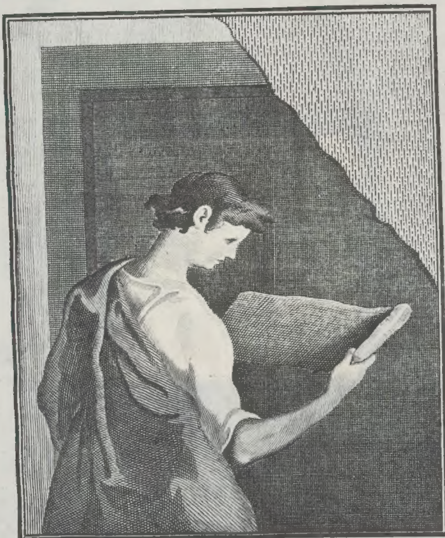
LA ILUSTRACION

ARTISTICA









LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XVI.—AÑO 1897

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1897



La Ilustración Artística

Año XVI. Barcelona 4 de enero de 1897. Núm. 784

RINCONETE Y CORTADILLO

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

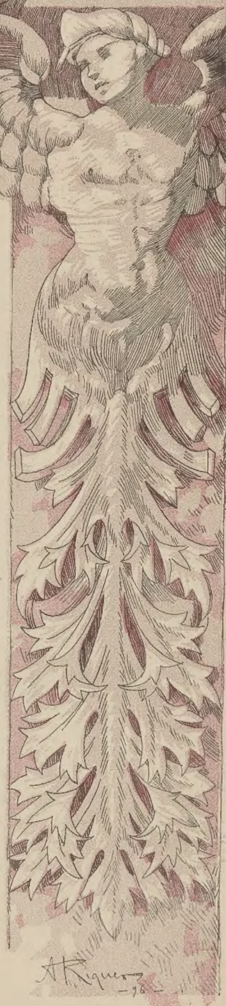
En la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla á la Andalucía, un día de los calorosos del verano se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce á quince años el uno, y el otro no pasaba de diez y siete: ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados; capa no la tenían, los calzones eran de lienzo, y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates tan traídos como llevados, y los del otro picados y sin suelas, de manera que más le servían de cormas, que de zapatos: traía el uno montera verde de cazador, el otro un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda: á la espalda y ceñida por los pechos traía uno una camisa de color de camuza, encerrada y recogida toda en una manga: el otro venía escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que á lo que después pareció, era un cuello de los que llaman valonas almidonadas, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecía hilachas: venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos, se les habían gastado las puntas, y porque durasen más, se las cercenaron y los dejaron de aquel talle: estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas, y las manos no muy limpias: el uno tenía una media espada, y el otro un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros.

Saliéronse los dos á sestear en un portal ó cobertizo que delante de la venta se hace, y sentándose frontero el uno del otro, el que parecía de más edad dijo al más pequeño:

—¿De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhombre, y para dónde bueno camina?

—Mi tierra, señor caballero, respondió el preguntado, no la sé, ni para dónde camino tampoco.

—Pues en verdad, dijo el mayor, que no parece vuesa mer-





ced del cielo, y que este no es lugar para hacer su asiento en él, que por fuerza se ha de pasar adelante.

—Así es, respondió el mediano; pero yo he dicho verdad en lo que he dicho, porque mi tierra no es mía, pues no tengo en ella más que un padre que no me tiene por hijo, y una madrastra que me trata como alnado: el camino que llevo es á la ventura, y allí le daría fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida.

—Y ¿sabe vuesa merced algún oficio?, preguntó el grande. Y el menor respondió:

—No sé otro sino que corro como una liebre, y salto como un gamo, y corto de tijera muy delicadamente.

—Todo eso es muy bueno, útil y provechoso, dijo el grande, porque habrá sacristán que le dé á vuesa merced la ofrenda de Todos Santos porque para el Jueves Santo le corte florones de papel para el monumento.

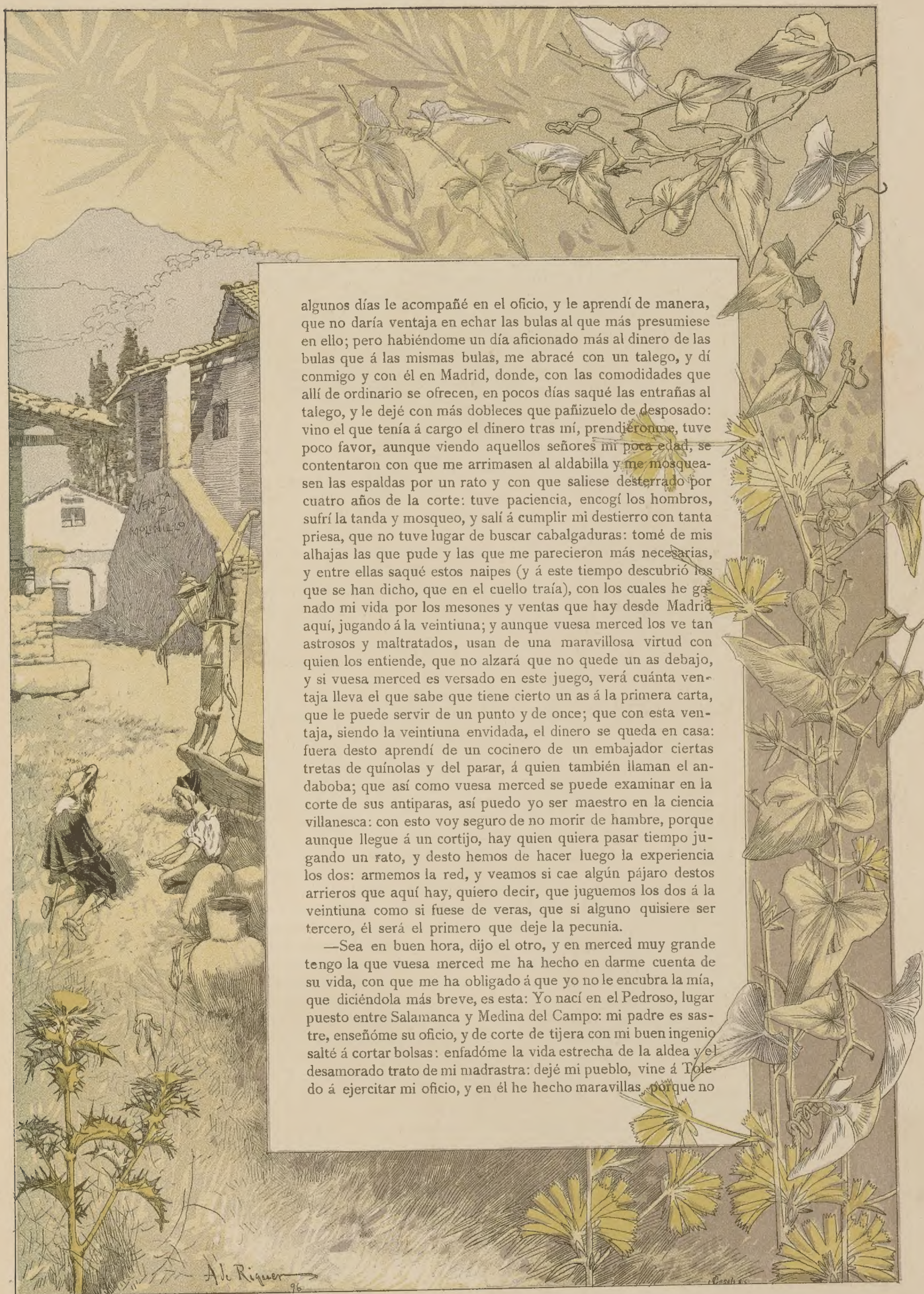
—No es mi corte desa manera, respondió el menor, sino que mi padre, por la misericordia del cielo, es sastre y calcetero, y me enseñó á cortar antiparas, que como vuesa merced bien sabe, son medias calzas con avampiés, que por su propio nombre se suelen llamar polainas; y córtolas tan bien, que en verdad que me podría examinar de maestro, si no que la corta suerte me tiene arrinconado.

—Todo eso y más acontece por los buenos, respondió el grande, y siempre he oído decir que las buenas habilidades son las más perdidas; pero aún edad tiene vuesa merced para enmendar su ventura. Mas si yo no me engaño y el ojo no me miente, otras gracias tiene vuesa merced secretas, y no las quiere manifestar.

—Sí tengo, respondió el pequeño; pero no son para en público, como vuesa merced ha muy bien apuntado.

A lo cual replicó el grande:

—Pues yo le sé decir que soy uno de los más secretos mozos que en grande parte se pueden hallar; y para obligar á vuesa merced que descubra su pecho y descanse conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mío primero, porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que habemos de ser, deste hasta el último día de nuestra vida, verdaderos amigos. Yo, señor hidalgo, soy natural de la Fuenfrida, lugar conocido y famoso por los ilustres pasajeros que por él de contino pasan; mi nombre es Pedro del Rincón; mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada; quiero decir, que es bulero ó buldero, como los llama el vulgo:



algunos días le acompañé en el oficio, y le aprendí de manera, que no daría ventaja en echar las bulas al que más presumiese en ello; pero habiéndome un día aficionado más al dinero de las bulas que á las mismas bulas, me abracé con un talego, y dí conmigo y con él en Madrid, donde, con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos días saqué las entrañas al talego, y le dejé con más dobleces que pañizuelo de desposado: vino el que tenía á cargo el dinero tras mí, prendiéronme, tuve poco favor, aunque viendo aquellos señores mi poca edad, se contentaron con que me arrimasen al aldabilla y me mosqueasen las espaldas por un rato y con que saliese desterrado por cuatro años de la corte: tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tanda y mosqueo, y salí á cumplir mi destierro con tanta priesa, que no tuve lugar de buscar cabalgaduras: tomé de mis alhajas las que pude y las que me parecieron más necesarias, y entre ellas saqué estos naipes (y á este tiempo descubrió los que se han dicho, que en el cuello traía), con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí, jugando á la veintiuna; y aunque vuesa merced los ve tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzará que no quede un as debajo, y si vuesa merced es versado en este juego, verá cuánta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as á la primera carta, que le puede servir de un punto y de once; que con esta ventaja, siendo la veintiuna envidada, el dinero se queda en casa: fuera desto aprendí de un cocinero de un embajador ciertas tretas de quínolas y del parar, á quien también llaman el andaboba; que así como vuesa merced se puede examinar en la corte de sus antiparas, así puedo yo ser maestro en la ciencia villanesca: con esto voy seguro de no morir de hambre, porque aunque llegue á un cortijo, hay quien quiera pasar tiempo jugando un rato, y desto hemos de hacer luego la experiencia los dos: armemos la red, y veamos si cae algún pájaro destos arrieros que aquí hay, quiero decir, que juguemos los dos á la veintiuna como si fuese de veras, que si alguno quisiere ser tercero, él será el primero que deje la pecunia.

—Sea en buen hora, dijo el otro, y en merced muy grande tengo la que vuesa merced me ha hecho en darme cuenta de su vida, con que me ha obligado á que yo no le encubra la mía, que diciéndola más breve, es esta: Yo nací en el Pedroso, lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo: mi padre es sastre, enseñóme su oficio, y de corte de tijera con mi buen ingenio salté á cortar bolsas: enfadóme la vida estrecha de la aldea y el desamorado trato de mi madrastra: dejé mi pueblo, vine á Toledo á ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas, porque no



pende relicario de toca ni hay faldriquera tan escondida, que mis dedos no visiten, ni mis tijeras no corten, aunque le estén guardando con los ojos de Argos: y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad, nunca fuí cogido entre puertas, ni sobresaltado ni corrido de corchetes, ni soplado de ningún cañuto; bien es verdad que habrá ocho días que una espía doble dió noticia de mi habilidad al corregidor, el cual aficionado á mis buenas partes quisiera verme; mas yo, que por ser humilde no quiero tratar con personas tan graves, procuré de no verme con él, y así salí de la ciudad con tanta priesa, que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras, ni blancas, ni de algún coche de retorno, ó por lo menos de un carro.

—Eso se borre, dijo Rincón, y pues ya nos conocemos, no hay para qué aquesas grandezas ni altiveces: confesemos llanamente que no tenemos blanca ni aun zapatos.

—Sea así, respondió Diego Cortado (que así dijo el menor que se llamaba), y pues nuestra amistad, como vuesa merced, señor Rincón, ha dicho, ha de ser perpetua, comencémosla con santas y loables ceremonias...

Y levantándose Diego Cortado abrazó á Rincón, y Rincón á él tierna y estrechamente, y luego se pusieron los dos á jugar á la veintiuna con los ya referidos naipes, limpios de polvo y de paja, mas no de grasa y malicia; y á pocas manos alzaba tan bien por el as Cortado, como Rincón su maestro.

Salió en esto un arriero á refrescarse al portal, y pidió que quería hacer tercio: acogiéronle de buena gana, y en menos de media hora le ganaron doce reales y veinte y dos maravedises, que fué darle doce lanzadas y veinte y dos mil pesadumbres: y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo defenderían, quiso quitarles el dinero; mas ellos, poniendo el uno mano á su media espada y el otro al de las cachas amarillas, le dieron tanto que hacer, que á no salir sus compañeros, sin duda lo pasara harto mal.

A esta sazón pasaron acaso por el camino una tropa de caminantes á caballo, que iban á sestear á la venta del Alcalde, que está media legua más adelante, los cuales viendo la pendencia del arriero con los dos muchachos los apaciguaron y les dijeron que si acaso iban á Sevilla que se viniesen con ellos.

—Allá vamos, dijo Rincón, y serviremos á vuesas mercedes en todo cuanto nos mandaren.

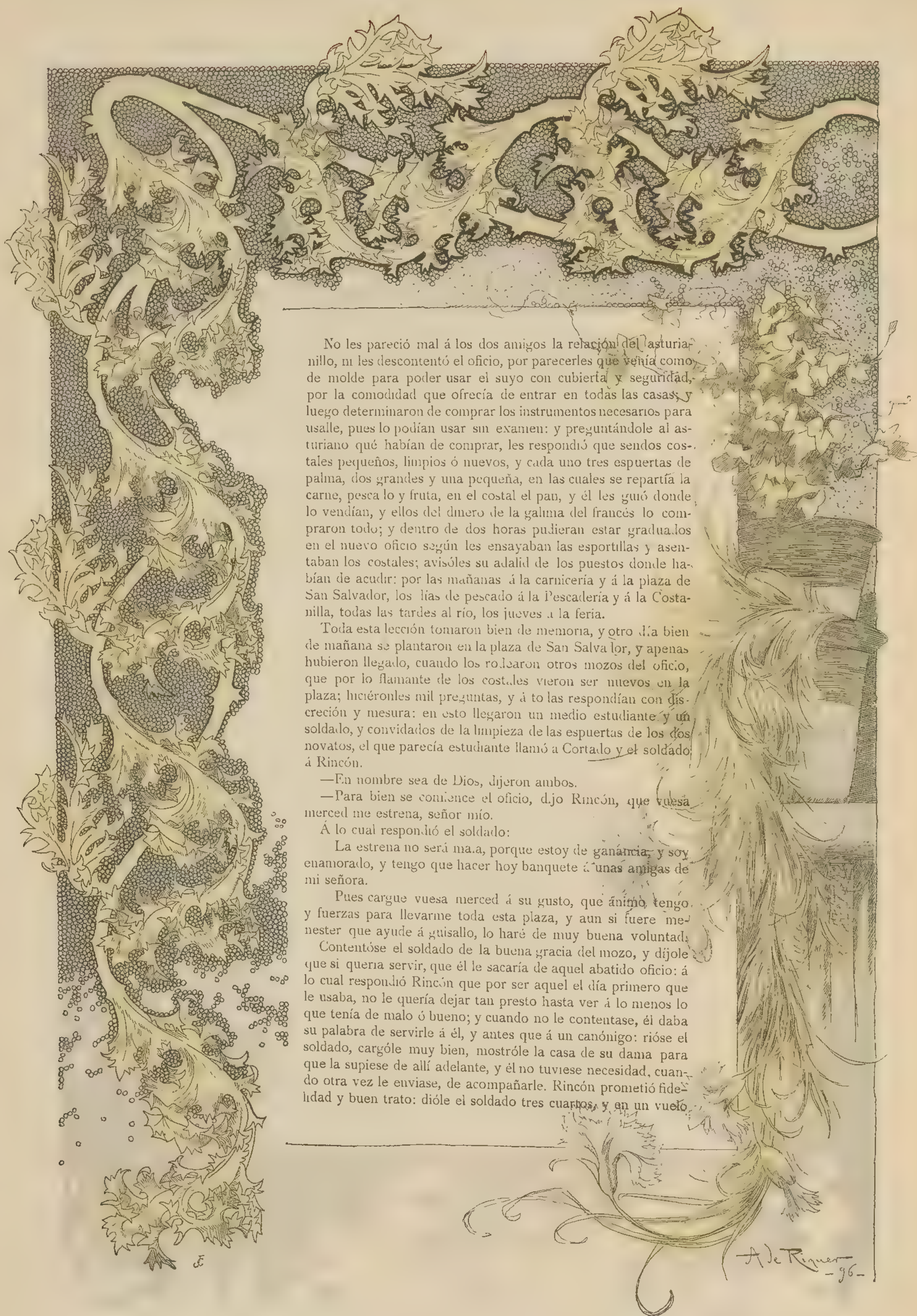
Y sin más detenerse saltaron delante de las mulas y se fueron con ellos, dejando al arriero agraviado y enojado, y á la ventera admirada de la buena crianza de los pícaros, que les había estado oyendo su plática, sin que ellos advirtiesen en ello; y cuando dijo al arriero que les había oído decir que los naipes



que traían eran falsos, se pelaba las barbas, y quería ir á la venta tras ellos á cobrar su hacienda, porque decía que era grandísima afrenta y caso de menos valer, que dos muchachos hubiesen engañado á un hombrazo tan grande como él: sus compañeros le detuvieron y aconsejaron que no fuese, siquiera por no publicar su inhabilidad y simpleza. En fin, tales razones le dijeron, que aunque no le consolaron, le obligaron á quedarse.

En esto Cortado y Rincón se dieron tan buena maña en servir á los caminantes, que lo más del camino los llevaban á las ancas; y aunque se les ofrecían algunas ocasiones de tentar las balijas de sus medios amos, no las admitieron por no perder la ocasión tan buena del viaje de Sevilla, donde ellos tenían grande deseo de verse: con todo esto, á la entrada de la ciudad, que fué á la oración y por la puerta de la Aduana á causa del registro y almojarifazgo que se paga, no se pudo contener Cortado de no cortar la balija ó maleta que á las ancas traía un francés de la camarada, y así con el de sus cachas le dió tan larga y profunda herida, que se parecían patentemente las entrañas, y sutilmente le sacó dos camisas buenas, un reloj de sol y un libro de memoria, cosas que cuando las vieron, no les dieron mucho gusto; y pensando que pues el francés llevaba á las ancas aquella maleta, no la había de haber ocupado con tan poco peso como era el que tenían aquellas preseas, quisieron volver á darle otro tiento; pero no lo hicieron, imaginando que ya lo habrían echado menos, y puesto en recaudo lo que quedaba.

Habíanse despedido, antes que el salto hiciesen, de los que hasta allí los habían sustentado; y otro día vendieron las camisas en el malbaratillo que se hace fuera de la puerta del Arenal, y dellas hicieron veinte reales. Hecho esto se fueron á ver la ciudad, y admiróles la grandeza y suntuosidad de su mayor iglesia, el gran concurso de gente del río, porque era en tiempo de cargazón de flota, y había en él seis galeras, cuya vista les hizo suspirar y aun temer el día que sus culpas les habían de traer á morar en ellas de por vida: echaron de ver los muchos muchachos de la esportilla que por allí andaban; informáronse de uno dellos qué oficio era aquel, y si era de mucho trabajo y de qué ganancia. Un muchacho asturiano, que fué á quien hicieron la pregunta, respondió que el oficio era descansado, y de que no se pagaba alcabala, y que algunos días salía con cinco y con seis reales de ganancia, con que comía y bebía, y triunfaba como cuerpo de rey, libre de buscar amo á quien dar fianzas, y seguro de comer á la hora que quisiese, pues á todas lo hallaba en el más mínimo bodegón de toda la ciudad, en la cual había tantos y tan buenos.



No les pareció mal á los dos amigos la relación del asturianillo, ni les descontentó el oficio, por parecerles que venía como de molde para poder usar el suyo con cubierta y seguridad, por la comodidad que ofrecía de entrar en todas las casas; y luego determinaron de comprar los instrumentos necesarios para usalle, pues lo podían usar sin examen: y preguntándole al asturiano qué habían de comprar, les respondió que sendos costales pequeños, limpios ó nuevos, y cada uno tres espuertas de palma, dos grandes y una pequeña, en las cuales se repartía la carne, pescado y fruta, en el costal el pan, y él les guió donde lo vendían, y ellos del dinero de la galima del francés lo compraron todo; y dentro de dos horas pudieran estar graduados en el nuevo oficio según les ensayaban las esportillas y asentaban los costales; avisóles su adalid de los puestos donde habían de acudir: por las mañanas á la carnicería y á la plaza de San Salvador, los días de pescado á la Pescadería y á la Costanilla, todas las tardes al río, los jueves á la feria.

Toda esta lección tomaron bien de memoria, y otro día bien de mañana se plantaron en la plaza de San Salvador, y apenas hubieron llegado, cuando los rodearon otros mozos del oficio, que por lo flamante de los costales vieron ser nuevos en la plaza; hiciéronles mil preguntas, y á todas respondían con discreción y mesura: en esto llegaron un medio estudiante y un soldado, y convidados de la limpieza de las espuertas de los dos novatos, el que parecía estudiante llamó a Cortado y el soldado á Rincón.

—En nombre sea de Dios, dijeron ambos.

—Para bien se comience el oficio, dijo Rincón, que vuesa merced me estrena, señor mío.

Á lo cual respondió el soldado:

—La estrena no será mala, porque estoy de ganancia, y soy enamorado, y tengo que hacer hoy banquete á unas amigas de mi señora.

—Pues cargue vuesa merced á su gusto, que ánimo tengo y fuerzas para llevarme toda esta plaza, y aun si fuere menester que ayude á guisallo, lo haré de muy buena voluntad.

Contentóse el soldado de la buena gracia del mozo, y díjole que si quería servir, que él le sacaría de aquel abatido oficio: á lo cual respondió Rincón que por ser aquel el día primero que le usaba, no le quería dejar tan presto hasta ver á lo menos lo que tenía de malo ó bueno; y cuando no le contentase, él daba su palabra de servirle á él, y antes que á un canónigo: rióse el soldado, cargóle muy bien, mostróle la casa de su dama para que la supiese de allí adelante, y él no tuviese necesidad, cuando otra vez le enviase, de acompañarle. Rincón prometió fidelidad y buen trato: dióle el soldado tres cuartos, y en un vuelo

volvió á la plaza por no perder coyuntura; porque también desta diligencia les advirtió el asturiano, y de que cuando llevasen pescado menudo, conviene á saber, albures, ó sardinas, ó acedías, bien podían tomar algunas, y hacerlas la salva siquiera para el gasto de aquel día; pero que esto había de ser con toda sagacidad y advertimiento, porque no se perdiese el crédito, que era lo que más importaba en aquel ejercicio.

Por presto que volvió Rincón, ya halló en el mismo puesto á Cortado. Llegóse Cortado á Rincón, y preguntóle que cómo le había ido. Rincón abrió la mano, y mostróle los tres cuartos. Cortado entró la suya en el seno, y sacó una bolsilla que mostraba haber sido de ámbar en los pasados tiempos; venía algo hinchada, y dijo:

—Con esta me pagó su reverencia del estudiante y con dos cuartos más; tomadla vos, Rincón, por lo que puede suceder.

Y habiéndosela ya dado secretamente, veis aquí do vuelve el estudiante trasudando y turbado de muerte, y viendo á Cortado le dijo si acaso había visto una bolsa de tales y tales señas, que con quince escudos de oro en oro, y con tres reales de á dos, y tantos maravedís en cuartos y en ochavos le faltaba, y que le dijese si la había tomado en el entretanto que con él había andado comprando. A lo cual con extraño disimulo, sin alterarse ni mudarse en nada, respondió Cortado:

—Lo que yo sabré decir desa bolsa es que no debe de estar perdida, si ya no es que vuesa merced la puso á mal recaudo.

—Eso es ello, pecador de mí, respondió el estudiante, que la debí de poner á mal recaudo, pues me la hurtaron.

—Lo mismo digo yo, dijo Cortado; pero para todo hay remedio, si no es para la muerte, y el que vuesa merced podrá tomar es lo primero y principal tener paciencia, que de menos nos hizo Dios, y un día viene tras otro día, y donde las dan las toman, y podría ser que con el tiempo el que llevó la bolsa se viniese á arrepentir y se la volviese á vuestra merced sahumada.

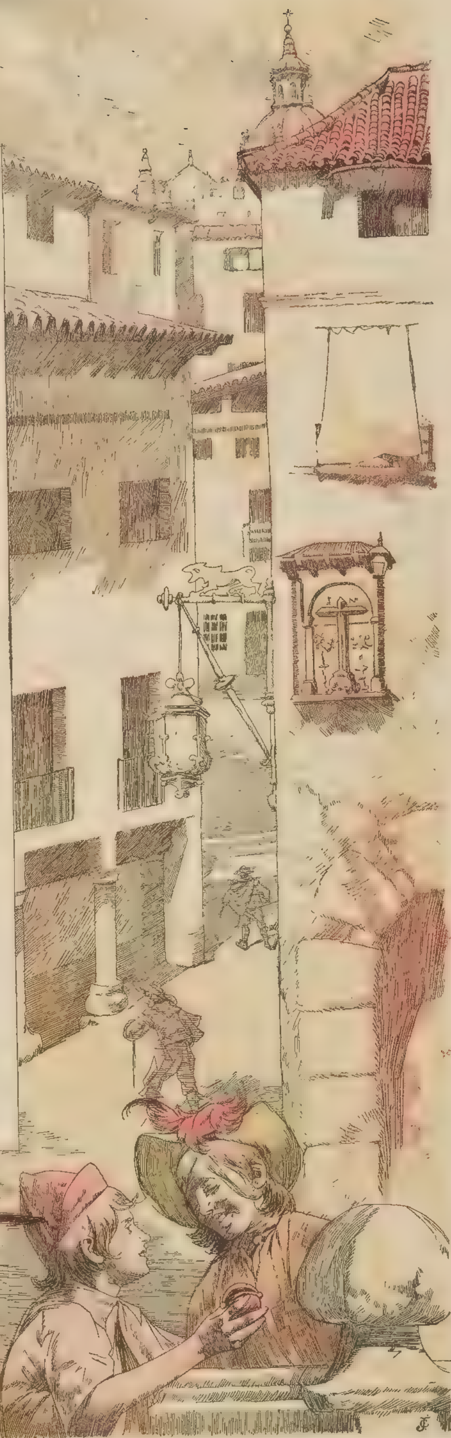
—El sahumerio le perdonaríamos, respondió el estudiante.

Y Cortado prosiguió diciendo:

—Cuanto más que cartas de descomunión hay paulinas, y buena diligencia, que es madre de la buenaventura, aunque á la verdad no quisiera yo ser el llevador de la bolsa, porque si es que vuesa merced tiene alguna orden sacra, parecermeía á mí que había cometido algún grande incesto ó sacrilegio.

—Y ¿cómo que ha cometido sacrilegio?, dijo á esto adolorido el estudiante; que puesto caso que yo no soy sacerdote, sino sacristán de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía que me dió á cobrar un sacerdote amigo mío, y es dinero sagrado y bendito.

—Con su pan se lo coma, dijo Rincón á este punto, no le arriendo la ganancia, día de juicio hay donde todo saldrá, como





dicen, en la colada, y entonces se verá quién fué Callejas, y el atrevido que se atrevió á tomar, hurtar y menoscabar el tercio de la capellanía: y ¿cuánto renta cada año, dígame, señor sacristán, por su vida?

—Renta la puta que me parió; y ¡estoy yo agora para decir lo que renta!, respondió el sacristán con algún tanto de demasiada cólera: decidme, hermano, si sabéis algo, si no quedad con Dios, que yo la quiero hacer pregonar.

—No me parece mal remedio ese, dijo Cortado, pero advierta vuesa merced no se le olviden las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella, que si yerra en un ardite, no parecerá en días del mundo, y esto le doy por hado.

—No hay que temer deso, respondió el sacristán, que lo tengo más en la memoria que el tocar de las campanas: no me erraré en un átomo.

Sacó en esto de la faldriquera un pañuelo randado para limpiarse el sudor que llovía de su rostro como de alquitara; y apenas le hubo visto Cortado, cuando le marcó por suyo; y habiéndose ido el sacristán, Cortado le siguió y le alcanzó en las gradas, donde le llamó y le retiró á una parte, y allí le comenzó á decir tantos disparates al modo de lo que llaman bernardinas, cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas esperanzas, sin concluir jamás razón que comenzase, que el pobre sacristán estaba embelesado escuchándole; y como no acababa de entender lo que le decía, hacía que le repitiese la razón dos y tres veces. Estábale mirando Cortado á la cara atentamente, y no quitaba los ojos de sus ojos: el sacristán le miraba de la misma manera, estando colgado de sus palabras. este tan grande embelesamiento dió lugar á Cortado que concluyese su obra y sutilmente le sacó el pañuelo de la faldriquera, y despidiéndose dél, le dijo que á la tarde procurase de verle en aquel mismo lugar, porque él traía entre ojos que un muchacho de su mismo oficio y de su mismo tamaño, que era algo ladroncillo, le había tomado la bolsa, y que él se obligaba á saberlo dentro de pocos ó de muchos días.

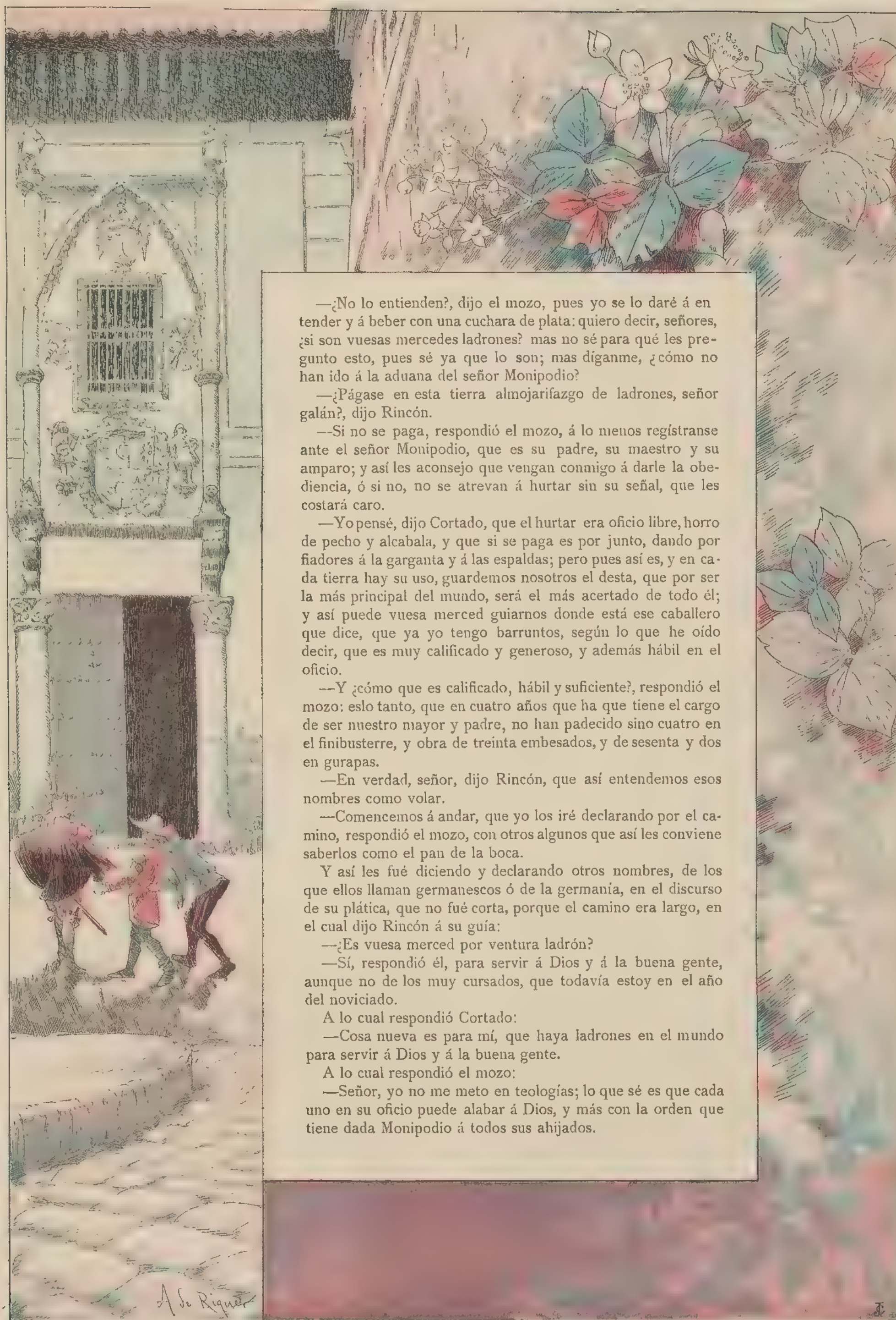
Con esto se consoló algo el sacristán, y se despidió de Cortado, el cual se vino donde estaba Rincón, que todo lo había visto un poco apartado dél, y más abajo estaba otro mozo de la esportilla que vió todo lo que había pasado, y cómo Cortado daba el pañuelo á Rincón, y llegándose á ellos les dijo:

—Díganme, señores galanes, ¿voacedes son de mala entrada ó no?

—No entendemos esa razón, señor galán, respondió Rincón.

—Qué, ¿no entrevan, señores murcios?, respondió el otro.

—No somos de Teba ni de Murcia, dijo Cortado; si otra cosa quiere, dígala; si no, váyase con Dios.



—¿No lo entienden?, dijo el mozo, pues yo se lo daré á entender y á beber con una cuchara de plata: quiero decir, señores, ¿si son vuesas mercedes ladrones? mas no sé para qué les pregunto esto, pues sé ya que lo son; mas díganme, ¿cómo no han ido á la aduana del señor Monipodio?

—¿Págase en esta tierra almojarifazgo de ladrones, señor galán?, dijo Rincón.

—Si no se paga, respondió el mozo, á lo menos regístranse ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestro y su amparo; y así les aconsejo que vengan conmigo á darle la obediencia, ó si no, no se atrevan á hurtar sin su señal, que les costará caro.

—Yo pensé, dijo Cortado, que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala, y que si se paga es por junto, dando por fiadores á la garganta y á las espaldas; pero pues así es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el desta, que por ser la más principal del mundo, será el más acertado de todo él; y así puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice, que ya yo tengo barruntos, según lo que he oído decir, que es muy calificado y generoso, y además hábil en el oficio.

—Y ¿cómo que es calificado, hábil y suficiente?, respondió el mozo: eslo tanto, que en cuatro años que ha que tiene el cargo de ser nuestro mayor y padre, no han padecido sino cuatro en el finibusterre, y obra de treinta embesados, y de sesenta y dos en gurapas.

—En verdad, señor, dijo Rincón, que así entendemos esos nombres como volar.

—Comencemos á andar, que yo los iré declarando por el camino, respondió el mozo, con otros algunos que así les conviene saberlos como el pan de la boca.

Y así les fué diciendo y declarando otros nombres, de los que ellos llaman germanescos ó de la germanía, en el discurso de su plática, que no fué corta, porque el camino era largo, en el cual dijo Rincón á su guía:

—¿Es vuesa merced por ventura ladrón?

—Sí, respondió él, para servir á Dios y á la buena gente, aunque no de los muy cursados, que todavía estoy en el año del noviciado.

A lo cual respondió Cortado:

—Cosa nueva es para mí, que haya ladrones en el mundo para servir á Dios y á la buena gente.

A lo cual respondió el mozo:

—Señor, yo no me meto en teologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar á Dios, y más con la orden que tiene dada Monipodio á todos sus ahijados.



—Sin duda, dijo Rincón, debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan á Dios.

—Es tan santa y buena, replicó el mozo, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. Él tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa ó limosna para el aceite de la lámpara de una imagen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque los días pasados dieron tres ansias á un cuatrero que había murciado dos roznos, y con estar flaco y cuartanario, así los sufrió sin cantar, como si fueran nada; y esto atribuímos los del arte á su buena devoción, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo: y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud y decírselo antes que me lo pregunten: sepan voacedes que cuatrero es ladrón de bestias: ausia es el tormento: roznos los asnos, hablando con perdón: primer desconcierto es las primeras vueltas de cordel que da el verdugo: tenemos más, que rezamos nuestro rosario repartido en toda la semana, y algunos de nosotros no hurtamos el día del viernes, ni tenemos conversación con mujer que se llame María, el día del sábado.

—De perlas me parece todo eso, dijo Cortado; pero dígame vuesa merced, ¿hácese otra restitución, ó otra penitencia más de la dicha?

—En eso de restituir no hay que hablar, respondió el mozo, porque es cosa imposible por las muchas partes en que se divide lo hurtado, llevando cada uno de los ministros y contrayentes la suya, y así el primer hurtador no puede restituir nada; cuanto más que no hay quien nos mande hacer esta diligencia, á causa que nunca nos confesamos, y si sacan cartas de descomunión, jamás llegan á nuestra noticia, porque jamás vamos á la iglesia al tiempo que se leen, sino en los días de jubileo, por la ganancia que nos ofrece el concurso de la mucha gente.

—¿Y con sólo eso que hacen, dicen esos señores, dijo Cortado, que su vida es santa y buena?

—Pues ¿qué tiene de mala?, replicó el mozo; ¿no es peor ser hereje ó renegado, ó matar á su padre y madre, ó ser solomico?

—Sodomita querrá decir vuesa merced, respondió Rincón.

—Eso digo, dijo el mozo.

—Todo es malo, replicó Cortado; pero pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradía, vuesa merced alargue el paso, que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan.

—Presto se les cumplirá su deseo, dijo el mozo, que ya desde aquí se descubre su casa: vuesas mercedes se queden á la puerta, que yo entraré á ver si está desocupado, porque estas son las horas cuando él suele dar audiencia.

—En buena sea, dijo Rincón.

Y adelantándose un poco el mozo, entró en una casa no muy buena, sino de muy mala apariencia; y los dos se quedaron esperando á la puerta: él salió luego y los llamó, y ellos entraron, y su guía les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado que de puro limpio y aljofifado parecía que vertía carmín de lo más fino: al un lado estaba un banco de tres pies, y al otro un cantaro desbocado, con un jarrillo encima no menos falto que el cántaro: á otra parte estaba una estera de enea, y en el medio un tiesto, que en Sevilla llaman maceta de albahaca.

Miraban los mozos atentamente las alhajas de la casa, en tanto que bajaba el señor Monipodio, y viendo que tardaba, se atrevió Rincón á entrar en una sala baja de dos pequeñas que en el patio estaban, y vió en ella dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho pendientes de cuatro clavos, y una arca grande sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo: en la pared frontera estaba pegada á la pared una imagen de Nuestra Señora, destas de mala estampa, y más abajo pendía una esportilla de palma, y encajada en la pared una almofia blanca, por do coligió Rincón que la esportilla servía de cepo para limosna, y la almofia de tener agua bendita; y así era la verdad.

Estando en esto entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí á poco dos de la esportilla y un ciego, y sin hablar palabra ninguna, se comenzaron á pasear por el patio: no tardó mucho cuando entraron dos viejos de bayeta con antojos que los hacían graves y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de sonadoras cuentas en las manos: tras ellos entró una vieja halduda, y sin decir nada se fué á la sala, y habiendo tomado agua bendita con grandísima devoción, se puso de rodillas ante la imagen, y al cabo de una buena pieza, habiendo primero besado tres veces el suelo, y levantado los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla, y se salió con los demás al patio. En resolución, en poco espacio se juntaron en el patio hasta catorce personas de diferentes trajes y oficios: llegaron también de los postreros dos bravos y bizarros mozos de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos á la valona, medias de color, ligas de gran balumba, espadas de más de marca, sendos pistoletes cada uno en lugar de dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina: los cuales así como entraron, pusieron los ojos al través en Rincón y Cortado á modo de que los extrañaban y no conocían, y llegándose á ellos les preguntaron si eran de la cofradía. Rincón respondió que sí, y muy servidores de sus mercedes.

Llegóse en esto la sazón y punto en que bajó el señor Mo-



nipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía: parecía de edad de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso, los ojos hundidos: venía en camisa, y por la abertura de delante descubría un bosque, tanto era el vello que tenía en el pecho: traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los cuales traía unos zapatos enchancletados; cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo anchos y largos hasta los tobillos; el sombrero era de los de la ampa, campanudo de copa y tendido de falda; atravesábale un tahalí por espalda y pechos, á do colgaba una espada ancha y corta, á modo de las del perrillo; las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos, y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecían, pero los pies eran descomunales de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él la guía de los dos, y trabándoles de las manos, los presentó ante Monipodio, diciendole:

—Estos son los dos buenos mancebos que á vuesa merced dije, mi señor Monipodio; vuesa merced los desamine y verá cómo son dignos de entrar en nuestra congregación.

—Eso haré yo de muy buena gana, respondió Monipodio.

Olvidábaseme de decir que así como Monipodio bajó, al punto todos los que aguardándole estaban, le hicieron una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos, que á medio mogate, como entre ellos se dice, le quitaron los capelos, y luego volvieron á su paseo. Por una parte del patio y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó á los nuevos el ejercicio, la patria y padres.

A lo cual Rincón respondió:

—El ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced; la patria no me parece de mucha importancia decirla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer información para recibir algún hábito honroso.

A lo cual respondió Monipodio:

—Vos, hijo mío, estáis en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decís, porque si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debajo de signo de escribano ni en el libro de las entradas: fulano, hijo de fulano, vecino de tal parte, tal día le ahorcaron, ó le azotaron, ó otra cosa semejante, que por lo menos suena mal á los buenos oídos; y así torno á decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres y mudar los propios nombres; aunque para entre nosotros no ha de haber nada encubierto, y sólo ahora quiero saber los nombres de los dos.

Rincón dijo el suyo, y Cortado también.

—Pues de aquí adelante, respondió Monipodio, quiero y es mi voluntad que vos, Rincón, os llaméis Rinconete, y vos, Cortado, Cortadillo, que son nombres que asientan como de molde á vuestra edad y á nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades, porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estupendo para la limosna de quien las dice, de alguna parte de lo que se garbea, y estas tales misas, así dichas como pagadas, dicen que aprovechan á las tales ánimas por vía de naufragio: y caen debajo de nuestros bienhechores el procurador que nos defiende, el guro que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que cuando alguno de nosotros va huyendo por la calle, y detrás le van dando voces: al ladrón, al ladrón, deténganle, deténganle, uno se pone en medio, y se opone al raudal de los que le siguen, diciendo: déjenle al cuitado, que harta mala ventura lleva, allá se lo haya, castíguele su pecado; son también bienhechoras nuestras las socorridas, que de su sudor nos socorren, así en la trena como en las guras; y también lo son nuestros padres y madres que nos echan al mundo, y el escribano que si anda de buena, no hay delito que sea culpa, ni culpa á quien se dé mucha pena; y por todos estos que he dicho, hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor popa y soledad que podemos.

—Por cierto, dijo Rinconete (ya confirmado con este nombre), que es obra digna del altísimo y profundísimo ingenio que hemos oído decir que vuesa merced, señor Monipodio, tiene; pero nuestros padres aún gozan de la vida; si en ella les alcanzáremos, daremos luego noticia á esta felicísima y abonada confraternidad para que por sus almas se les haga ese naufragio ó tormenta, ó ese adversario que vuesa merced dice, con la solemnidad y pompa acostumbrada; si ya no es que se hace con popa y soledad, como también apuntó vuesa merced en sus razones.

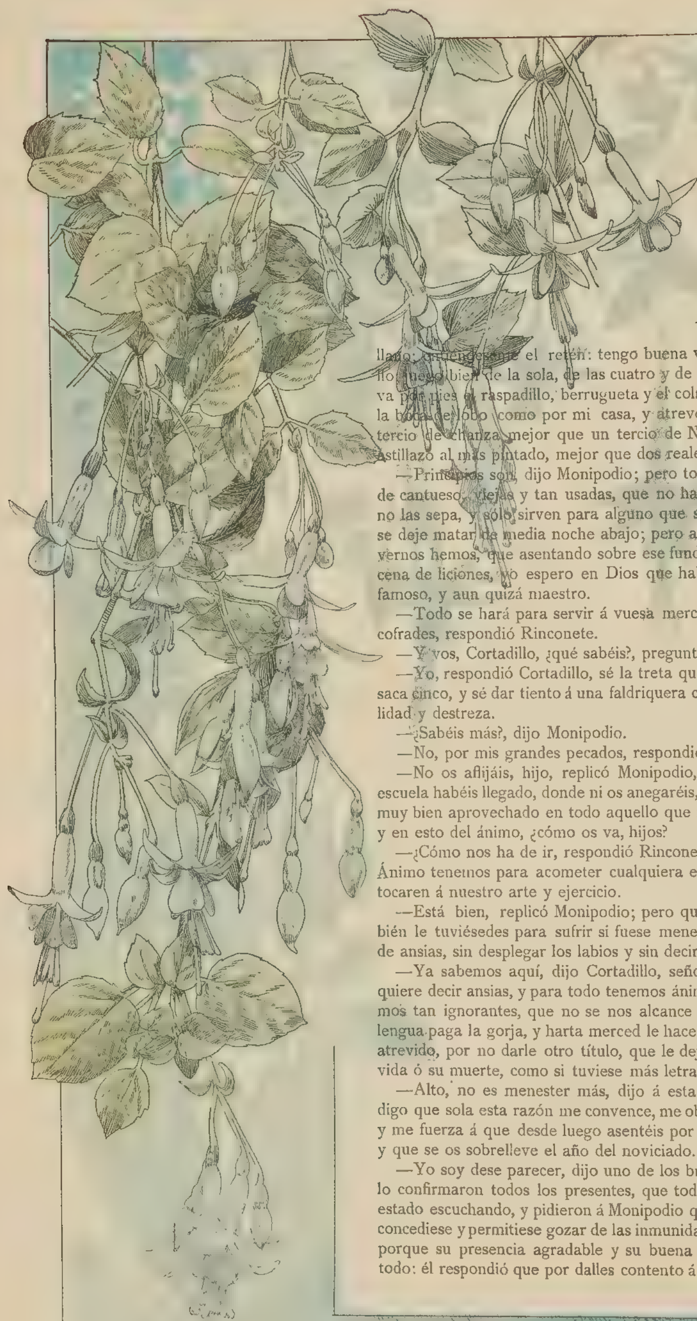
—Así se hará, ó no quedará de mí pedazo, replicó Monipodio; y llamando á la guía, le dijo:

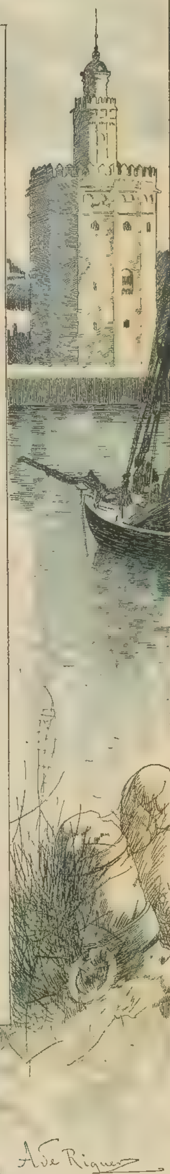
—Ven acá, Ganchuelo, ¿están puestas las postas?

—Sí, dijo la guía, que Ganchuelo era su nombre, tres centinelas quedan avizorando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto.

—Volviendo, pues, á nuestro propósito, dijo Monipodio, querría saber, hijos, lo que sabéis, para daros el oficio y ejercicio conforme á vuestra inclinación y habilidad.

—Yo, respondió Rinconete, sé un poquito de floreo de vi-





llano; entiéndeseme el retén: tengo buena vista para el humillo; juego bien de la sola, de las cuatro y de las ocho; no se me va por pies el raspadillo, berrugueta y el colmillo; éntrome por la boca de lobo como por mi casa, y atreveríame á hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y á dar un astillazo al más pintado, mejor que dos reales prestados.

—Principios son, dijo Monipodio; pero todas esas son flores de cantueso, viejas y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa, y sólo sirven para alguno que sea tan blanco que se deje matar de media noche abajo; pero andará el tiempo, y vernos hemos, que asentando sobre ese fundamento media docena de liciones, yo espero en Dios que habéis de salir oficial famoso, y aun quizá maestro.

—Todo se hará para servir á vuesa merced y á los señores cofrades, respondió Rinconete.

—Y vos, Cortadillo, ¿qué sabéis?, preguntó Monipodio.

—Yo, respondió Cortadillo, sé la treta que dicen mete dos y saca cinco, y sé dar tiento á una faldriquera con mucha puntualidad y destreza.

—¿Sabéis más?, dijo Monipodio.

—No, por mis grandes pecados, respondió Cortadillo.

—No os aflijáis, hijo, replicó Monipodio, que á puerto y á escuela habéis llegado, donde ni os anegaréis, ni dejaréis de salir muy bien aprovechado en todo aquello que más os conviniere; y en esto del ánimo, ¿cómo os va, hijos?

—¿Cómo nos ha de ir, respondió Rinconete, sino muy bien? Ánimo tenemos para acometer cualquiera empresa de las que tocaren á nuestro arte y ejercicio.

—Está bien, replicó Monipodio; pero querría yo que también le tuviésedes para sufrir si fuese menester media docena de ansias, sin desplegar los labios y sin decir esta boca es mía.

—Ya sabemos aquí, dijo Cortadillo, señor Monipodio, qué quiere decir ansias, y para todo tenemos ánimos, porque no somos tan ignorantes, que no se nos alcance que lo que dice la lengua paga la gorja, y harta merced le hace el cielo al hombre atrevido, por no darle otro título, que le deja en su lengua su vida ó su muerte, como si tuviese más letras un no que un sí.

—Alto, no es menester más, dijo á esta sazón Monipodio digo que sola esta razón me convence, me obliga, me persuade y me fuerza á que desde luego asentéis por cofrades mayores, y que se os sobrelleve el año del noviciado.

—Yo soy dese parecer, dijo uno de los bravos, y á una voz lo confirmaron todos los presentes, que toda la plática habían estado escuchando, y pidieron á Monipodio que desde luego les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía, porque su presencia agradable y su buena plática lo merecía todo: él respondió que por dalles contento á todos desde aquel



punto se las concedía, advirtiéndoles que las estimasen en mucho, porque era no pagar media anata del primer hurto que hiciesen; no hacer oficios menores en todo aquel año, conviene á saber, no llevar recaudo de ningún hermano mayor á la cárcel ni á la casa de parte de sus contribuyentes; piar el turco puro; hacer banquete cuándo, cómo y adónde quisieren, sin pedir licencia á su mayoral; entrar á la parte desde luego con lo que entrujasen los hermanos mayores, como uno dellos, y otras cosas que ellos tuvieron por merced señaladísima, y los demás con palabras muy comedidas las agradecieron mucho.

Estando en esto, entró un muchacho corriendo y desalentado, y dijo:

—El alguacil de los vagamundos viene encaminado á esta casa; pero no trae consigo gurullada.

—Nadie se alborote, dijo Monipodio, que es amigo, y nunca viene por nuestro daño: sosiéguense, que yo le saldré áhablar

Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados, y Monipodio salió á la puerta, donde halló al alguacil, con el cual estuvo hablando un rato, y luego volvió á entrar Monipodio, y preguntó:

—¿A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador?

—A mí, dijo el de la guía.

—Pues ¿cómo, dijo Monipodio, no se me ha manifestado una bolsilla de ámbar, que esta mañana en aquel mismo paraje dió al traste con quince escudos de oro y dos reales de á dos y no sé cuántos cuartos?

—Verdad es, dijo la guía, que hoy faltó esa bolsa; pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quién la tomase.

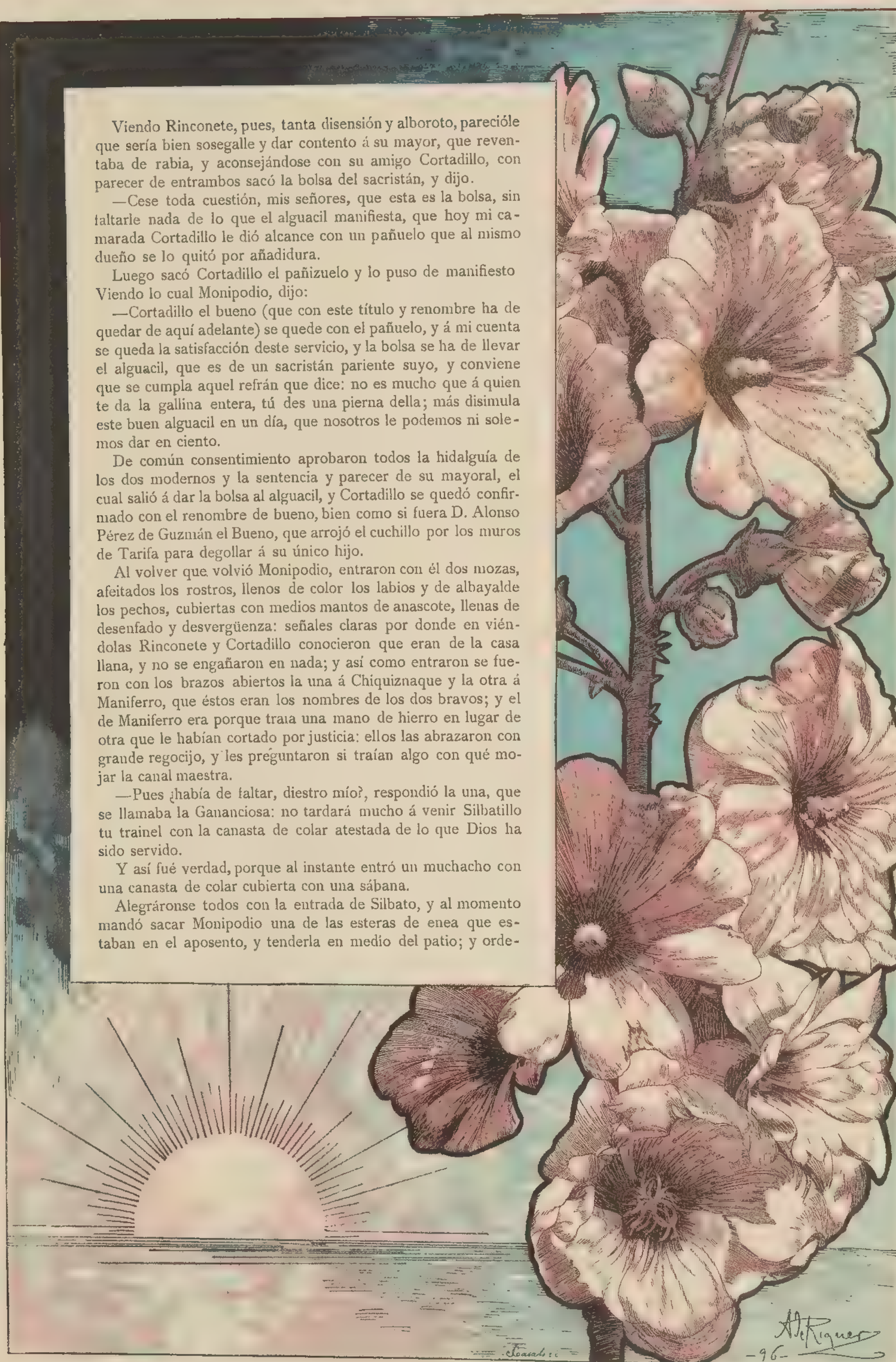
—No hay levas conmigo, replicó Monipodio, la bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo, y nos hace mil placeres al año.

Tornó á jurar el mozo que no sabía della: comenzóse á encolerizar Monipodio de manera que parecía que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo:

—Nadie se burle con quebrantar la más mínima cosa de nuestra orden, que le costará la vida: manifiéstese la cica, y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demás de mi casa, porque en todas maneras ha de ir contento el alguacil.

Tornó de nuevo á jurar el mozo, y á maldecirse, diciendo que él no había tomado tal bolsa, ni vístola de sus ojos: todo lo cual fué poner más fuego á la cólera de Monipodio, y dar ocasión á que toda la junta se alborotase, viendo que se rompían sus estatutos y buenas ordenanzas.





Viendo Rinconete, pues, tanta disensión y alboroto, parecióle que sería bien sosegalle y dar contento á su mayor, que reventaba de rabia, y aconsejándose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrambos sacó la bolsa del sacristán, y dijo.

—Cese toda cuestión, mis señores, que esta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta, que hoy mi camarada Cortadillo le dió alcance con un pañuelo que al mismo dueño se lo quitó por añadidura.

Luego sacó Cortadillo el pañizuelo y lo puso de manifiesto Viendo lo cual Monipodio, dijo:

—Cortadillo el bueno (que con este título y renombre ha de quedar de aquí adelante) se quede con el pañuelo, y á mi cuenta se queda la satisfacción deste servicio, y la bolsa se ha de llevar el alguacil, que es de un sacristán pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refrán que dice: no es mucho que á quien te da la gallina entera, tú des una pierna della; más disimula este buen alguacil en un día, que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento.

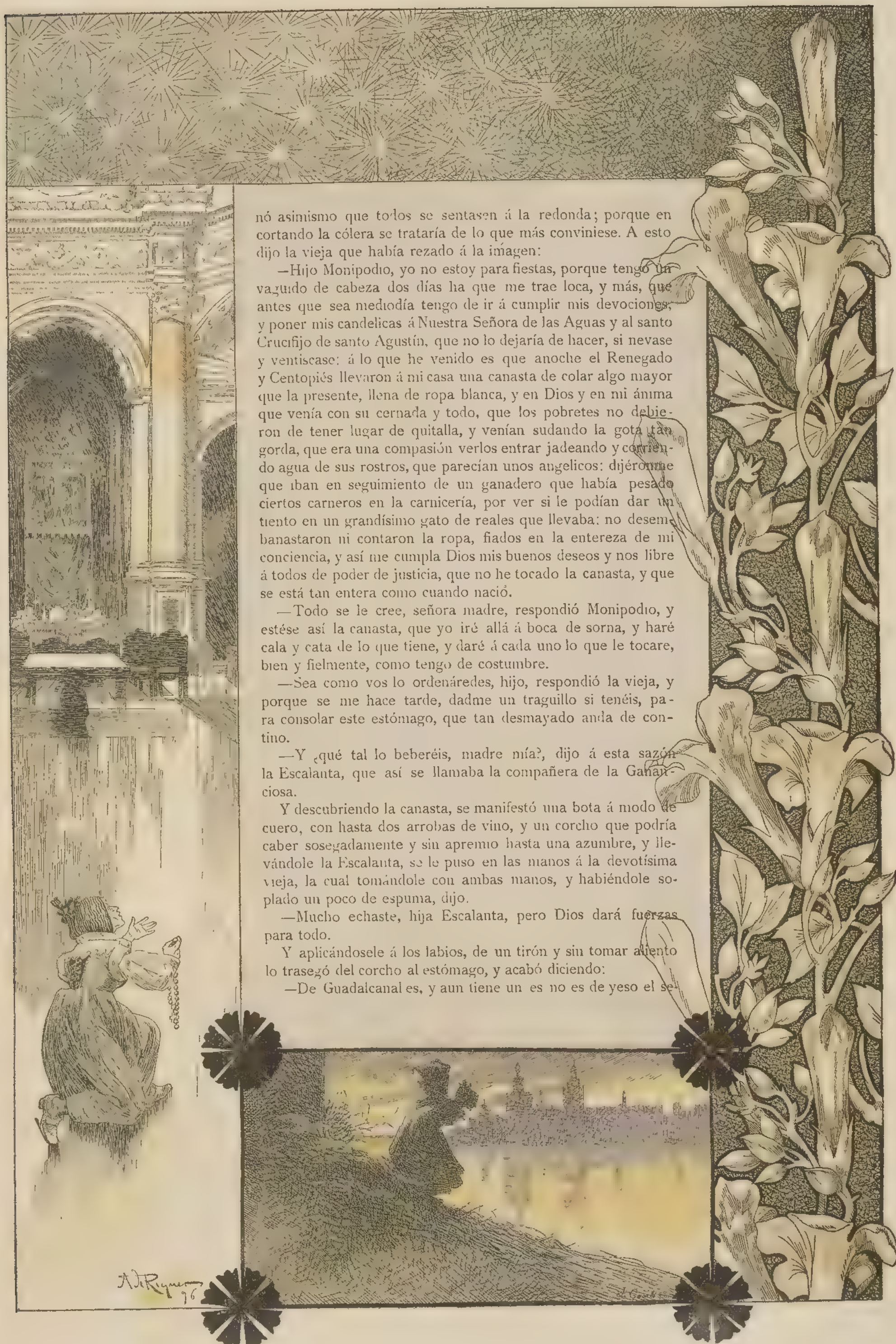
De común consentimiento aprobaron todos la hidalguía de los dos modernos y la sentencia y parecer de su mayoral, el cual salió á dar la bolsa al alguacil, y Cortadillo se quedó confirmado con el renombre de bueno, bien como si fuera D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar á su único hijo.

Al volver que volvió Monipodio, entraron con él dos mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza: señales claras por donde en viéndolas Rinconete y Cortadillo conocieron que eran de la casa llana, y no se engañaron en nada; y así como entraron se fueron con los brazos abiertos la una á Chiquiznaque y la otra á Maniferro, que éstos eran los nombres de los dos bravos; y el de Maniferro era porque traía una mano de hierro en lugar de otra que le habían cortado por justicia: ellos las abrazaron con grande regocijo, y les preguntaron si traían algo con qué mojar la canal maestra.

—Pues ¿había de faltar, diestro mío?, respondió la una, que se llamaba la Gananciosa: no tardará mucho á venir Silbatillo tu trainel con la canasta de colar atestada de lo que Dios ha sido servido.

Y así fué verdad, porque al instante entró un muchacho con una canasta de colar cubierta con una sábana.

Alegráronse todos con la entrada de Silbato, y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento, y tenderla en medio del patio; y orde-



nó asimismo que todos se sentasen á la redonda; porque en cortando la cólera se trataría de lo que más conviniese. A esto dijo la vieja que había rezado á la imagen:

—Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza dos días ha que me trae loca, y más, que antes que sea mediodía tengo de ir á cumplir mis devociones, y poner mis candelicas á Nuestra Señora de las Aguas y al santo Crucifijo de santo Agustín, que no lo dejaría de hacer, si nevase y ventiscase: á lo que he venido es que anoche el Renegado y Centopiés llevaron á mi casa una canasta de colar algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y en Dios y en mi ánima que venía con su cernada y todo, que los pobretes no debieron de tener lugar de quitalla, y venían sudando la gota tan gorda, que era una compasión verlos entrar jadeando y corriendo agua de sus rostros, que parecían unos angelicos: dijéronme que iban en seguimiento de un ganadero que había pesado ciertos carneros en la carnicería, por ver si le podían dar un tiento en un grandísimo gato de reales que llevaba: no desembanastaron ni contaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia, y así me cumpla Dios mis buenos deseos y nos libre á todos de poder de justicia, que no he tocado la canasta, y que se está tan entera como cuando nació.

—Todo se le cree, señora madre, respondió Monipodio, y estése así la canasta, que yo iré allá á boca de sorna, y haré cala y cata de lo que tiene, y daré á cada uno lo que le tocare, bien y fielmente, como tengo de costumbre.

—Sea como vos lo ordenáredes, hijo, respondió la vieja, y porque se me hace tarde, dadme un traguillo si tenéis, para consolar este estómago, que tan desmayado anda de contino.

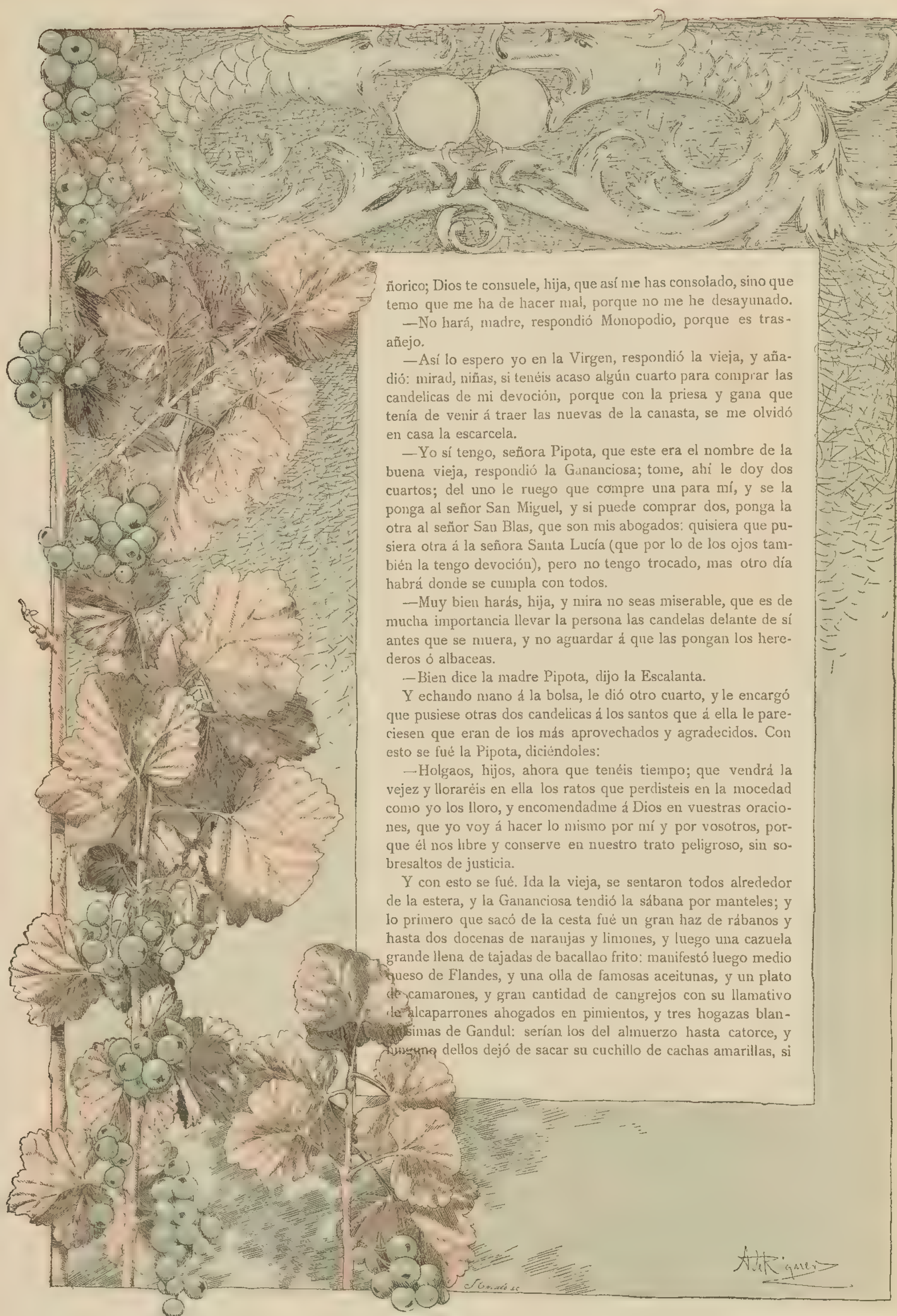
—Y ¿qué tal lo beberéis, madre mía?, dijo á esta sazón la Escalanta, que así se llamaba la compañera de la Gananciosa.

Y descubriendo la canasta, se manifestó una bota á modo de cuero, con hasta dos arrobas de vino, y un corcho que podría caber sosegadamente y sin apremio hasta una azumbre, y llevándole la Escalanta, se le puso en las manos á la devotísima vieja, la cual tomándole con ambas manos, y habiéndole soplado un poco de espuma, dijo.

—Mucho echaste, hija Escalanta, pero Dios dará fuerzas para todo.

Y aplicándosele á los labios, de un tirón y sin tomar aliento lo trasegó del corcho al estómago, y acabó diciendo:

—De Guadalcanal es, y aun tiene un es no es de yeso el se-



ñorico; Dios te consuele, hija, que así me has consolado, sino que temo que me ha de hacer mal, porque no me he desayunado.

—No hará, madre, respondió Monopodio, porque es trasañejo.

—Así lo espero yo en la Virgen, respondió la vieja, y añadió: mirad, niñas, si tenéis acaso algún cuarto para comprar las candelicas de mi devoción, porque con la priesa y gana que tenía de venir á traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela.

—Yo sí tengo, señora Pipota, que este era el nombre de la buena vieja, respondió la Gananciosa; tome, ahí le doy dos cuartos; del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor San Miguel, y si puede comprar dos, ponga la otra al señor San Blas, que son mis abogados: quisiera que pusiera otra á la señora Santa Lucía (que por lo de los ojos también la tengo devoción), pero no tengo trocado, mas otro día habrá donde se cumpla con todos.

—Muy bien harás, hija, y mira no seas miserable, que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí antes que se muera, y no aguardar á que las pongan los herederos ó albaceas.

—Bien dice la madre Pipota, dijo la Escalanta.

Y echando mano á la bolsa, le dió otro cuarto, y le encargó que pusiese otras dos candelicas á los santos que á ella le pareciesen que eran de los más aprovechados y agradecidos. Con esto se fué la Pipota, diciéndoles:

—Holgaos, hijos, ahora que tenéis tiempo; que vendrá la vejez y lloraréis en ella los ratos que perdisteis en la mocedad como yo los lloro, y encomendadme á Dios en vuestras oraciones, que yo voy á hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque él nos libre y conserve en nuestro trato peligroso, sin sobresaltos de justicia.

Y con esto se fué. Ida la vieja, se sentaron todos alrededor de la estera, y la Gananciosa tendió la sábana por manteles; y lo primero que sacó de la cesta fué un gran haz de rábanos y hasta dos docenas de naranjas y limones, y luego una cazuela grande llena de tajadas de bacallao frito: manifestó luego medio queso de Flandes, y una olla de famosas aceitunas, y un plato de camarones, y gran cantidad de cangrejos con su llamativo de alcaparrones ahogados en pimientos, y tres hogazas blanquísimas de Gandul: serían los del almuerzo hasta catorce, y ninguno dellos dejó de sacar su cuchillo de cachas amarillas, si



no fué Rinconete, que sacó su media espada: á los dos viejos de bayeta y á la guía tocó el escanciar con el corcho de colmena. Mas apenas habían comenzado á dar asalto á las naranjas, cuando les dió á todos gran sobresalto los golpes que dieron á la puerta: mandóles Monipodio que se sosegasen, y entrando en la sala baja y descolgando un broquel, puesto mano á la espada, llegó á la puerta, y con voz hueca y espantosa preguntó:

—¿Quién llama?

Respondieron de fuera:

—Yo soy, que no es nadie, señor Monipodio: Tagarote soy, centinela desta mañana, y vengo á decir que viene aquí Juliana la Cariharta, toda desgreñada y llorosa, que parece haberle sucedido algún desastre.

En esto llegó la que decía, sollozando, y sintiéndola Monipodio, abrió la puerta, y mandó á Tagarote que se volviese á su posta, y que de allí adelante avisase lo que viese, con menos estruendo y ruido: él dijo que así lo haría. Entró la Cariharta, que era una moza del jaez de las otras y del mismo oficio: venía descabellada, y la cara llena de tolondrones, y así como entró en el patio, se cayó en el suelo desmayada: acudieron á socorrerla la Gananciosa y la Escalanta, y desabrochándole el pecho, la hallaron toda denegrida y como magullada. Echáronle agua en el rostro, y ella volvió en sí diciendo á voces:

—La justicia de Dios y del rey venga sobre aquel ladrón desuellacaras, sobre aquel cobarde bajamanero, sobre aquel pícaro lendroso, que le he quitado más veces de la horca que tiene pelos en las barbas. desdichada de mí, mirad por quién he perdido y gastado mi mocedad y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, facineroso é incorregible.

—Sosiégate, Cariharta, dijo á esta sazón Monipodio, que aquí estoy yo que te haré justicia; cuéntanos tu agravio, que más estarás tú en contarle que yo en hacerte vengada; dime si has habido algo con tu respeto; que si así es, y quieres venganza, no has menester más que boquear.

—¿Qué respeto?, respondió Juliana: respetada me vea yo en los infiernos, si más lo fuere de aquel león con las ovejas y cordero con los hombres: ¿con aquel había yo de comer más pan á manteles, ni yacer en uno? Primero me vea yo comida de adivas estas carnes, que me ha parado de la manera que ahora veréis.



Y alzándose al instante las faldas hasta la rodilla y aun un poco más, las descubrió llenas de cardenales.

—Desta manera, prosiguió, me ha parado aquel ingrato del Repolido, debiéndome más que á la madre que le parió: y ¿por qué pensáis que lo ha hecho?, montas que le dí yo ocasión para ello: no por cierto, no lo hizo más sino porque estando jugando y perdiendo, me envió á pedir con Cabrillas, su trainel, treinta reales, y no le envié más de veinte y cuatro, que el trabajo y afán con que yo los había ganado, ruego yo á los cielos que vaya en descuento de mis pecados; y en pago desta cortesía y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginación había hecho de lo que yo podría tener, esta mañana me sacó al campo detrás de la huerta del Rey, y allí entre unos olivares me desnudó, y con la pretina, sin excusar ni recoger los hierros, que en malos grillos y hierros le vea yo, me dió tantos azotes, que me dejó por muerta: de la cual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que miráis.

Aquí tornó á levantar las voces, aquí volvió á pedir justicia, y aquí se la prometió de nuevo Monipodio y todos los bravos que allí estaban.

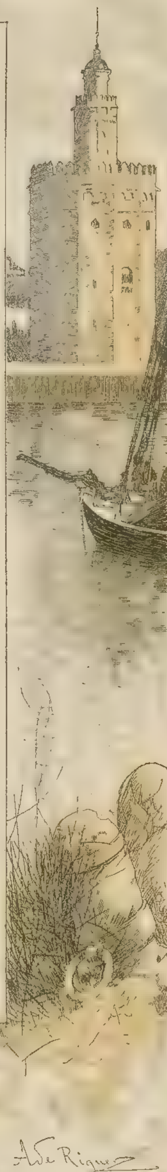
La Ganànciosa tomó la mano á consolalla, diciéndole que ella diera de muy buena gana una de las mejores preseas que tenía, porque le hubiera pasado otro tanto con su querido.

—Porque quiero, dijo, que sepas, hermana Cariharta, si no lo sabes, que á lo que se quiere bien se castiga, y cuando estos bellacones nos dan y azotan y acocean, entonces nos adoran; si no, confiésame una verdad por tu vida: después que te hubo Repolido castigado y brumado, ¿no te hizo alguna caricia?

—¿Cómo una?, respondió la llorosa, cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano porque me fuera con él á su posada, y aun me parece que casi se le saltaron las lágrimas de los ojos después de haberme molido.

—No hay dudar en eso, replicó la Gananciosa, y lloraría él de pena de ver cuál te había puesto; que en estos tales hombres y en tales casos no han cometido la culpa, cuando les viene el arrepentimiento: y tú verás, hermana, si no viene á buscarte antes que de aquí nos vamos, y á pedirte perdón de todo lo pasado, rindiéndosete como un cordero.

—En verdad, respondió Monipodio, que no ha de entrar por estas puertas el cobarde embesado, si primero no hace una manifiesta penitencia del cometido delito: ¿las manos había él de ser osado ponerlas en el rostro de la Cariharta ni en sus carnes,





siendo persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa que está delante, que no lo puedo más encarecer?

—¡Ay!, dijo á esta sazón la Juliana, no diga vuesa merced, señor Monipodio, mal de aquel maldito, que con cuán malo es, le quiero más que á las telas de mi corazón, y hanme vuelto el alma al cuerpo las razones que en su abono ha dicho mi amiga la Gananciosa, y en verdad que estoy por ir á buscarle.

—Eso no harás tú por mi consejo, replicó la Gananciosa, porque se extenderá y ensanchará, y hará tretas en ti como en cuerpo muerto. Sosiégate, hermana, que antes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho; y si no viniere, escribirémosle un papel en coplas que le amargue.

—Eso sí, dijo la Cariharta, que tengo mil cosas que escribirle.

—Yo seré el secretario cuando sea menester, dijo Monipodio; y aunque no soy nada poeta, todavía, si el hombre se arremanga, se atreverá á hacer dos millares de coplas en daca las pajas, y cuando no salieren como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos henchirá las medidas á todas horas, y en la de agora acabemos lo que teníamos comenzado del almuerzo; que después todo se andará.

Fué contenta la Juliana de obedecer á su mayor, y así todos volvieron á su *gaudeamus;* y en poco espacio vieron el fondo de la canasta y las heces del cuero: los viejos bebieron *sine fine*, los mozos adunia, las señoras los quiries, los viejos pidieron licencia para irse, diósela luego Monipodio, encargándoles viniesen á dar noticia con toda puntualidad de todo aquello que viesen ser útil y conveniente á la comunidad: respondieron que ellos se lo tenían bien en cuidado, y fuéronse. Rinconete, que de suyo era curioso, pidiendo primero perdón y licencia, preguntó á Monipodio que ¿de qué servían en la cofradía dos personajes tan canos, tan graves y apersonados?, á lo cual respondió Monipodio que aquellos en su germanía y manera de hablar se llamaban avispones y que servían de andar de día por toda la ciudad, avispando en qué casa se podía dar tiento de noche, y en seguir los que sacaban dinero de la Contratación ó casa de la moneda, para ver dónde lo llevaban, y aun dónde lo ponían; y en sabiéndolo tanteaban la groseza del muro de la tal casa, y deseñaban el lugar más conveniente para hacer los guzpataros (que son agujeros) para facilitar la entrada: en resolución dijo que era la gente de más ó de tanto provecho que había en su hermandad, y que de todo aquello que por su industria se hurtaba llevaban el quinto, como su Majestad de los tesoros, y que con todo esto eran hombres de mucha



verdad, y muy honrados, y de buena vida y fama, temorosos de Dios y de sus conciencias, que cada día oían misa con extraña devoción: y hay dellos tan comedidos, especialmente estos dos que de aquí se van agora, que se contentan con mucho menos de lo que por nuestros aranceles les toca: otros dos hay, que son palanquines, los cuales como por momentos mudan casas, saben las entradas y salidas de todas las de la ciudad, y cuáles pueden ser de provecho y cuáles no.

—Todo me parece de perlas, dijo Rinconete, y querría ser de algún provecho á tan famosa cofradía.

—Siempre favorece el cielo á los buenos deseos, dijo Monipodio.

Estando en esta plática llamaron á la puerta; salió Monipodio á ver quién era, y preguntándolo, respondieron:

—Abra voacé, señor Monipodio, que el Repolido soy.

Oyó esta voz Cariharta, y alzando al cielo la suya, dijo:

—No le abra vuesa merced, señor Monipodio, no le abra á ese marinero de Tarpeya, á ese tigre de Ocaña.

No dejó por esto Monipodio de abrir á Repolido; pero viendo la Cariharta que le abría, se levantó corriendo y se entró en la sala de los broqueles, y cerrando tras sí la puerta, desde dentro á grandes voces decía:

—Quítenmelo de delante á ese gesto de por demás, á ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas.

Maniferro y Chiquiznaque tenían á Repolido, que en todas maneras quería entrar donde la Cariharta estaba; pero como no le dejaban, decía desde afuera:

—No haya más, enojada mía; por tu vida que te sosiegues, así te veas casada.

—¿Casada yo, malino?, respondió la Cariharta; mira en qué tecla toca; ya quisieras tú que lo fuera contigo, y antes lo sería yo con una notomía de muerte, que contigo.

—¡Ea, boba!, replicó Repolido, acabemos ya, que es tarde, y mire no se ensanche por verme hablar tan manso, y venir tan rendido; porque ¡vive el dador! si se me sube la cólera al campanario, que sea peor la recaída que la caída: humíllese, y humillémonos todos, y no demos de comer al diablo.

—Y aun de cenar le daría yo, dijo la Cariharta, porque te llevase donde nunca más mis ojos te viesen.

—¿No os digo yo?, dijo Repolido; por Dios que voy oliendo, señora trinquete, que lo tengo de echar todo á doce, aunque nunca se venda.

A esto dijo Monipodio:

—En mi presencia no ha de haber demasías: la Cariharta

saldrá, no por amenazas, sino por amor mío, y todo se hará bien; que las riñas entre los que bien se quieren, son causa de mayor gusto cuando se hacen las paces: ¡ah, Juliana, ah niña, ah Cariharta mía, sal acá fuera por mi amor, que yo haré que el Repolido te pida perdón de rodillas!

—Como él eso haga, dijo la Escalanta, todas seremos en su favor y en rogar á Juliana salga acá fuera.

—Si esto ha de ir por vía de rendimiento que güela á menoscabo de la persona, dijo el Repolido, no me rendiré á un ejército formado de esguízaros, mas si es por vía de que la Cariharta gusta dello, no digo yo hincarme de rodillas, pero un clavo me hincaré por la frente en su servicio.

Riéronse desto Chiquiznaque y Maniferro, de lo cual se enojó tanto el Repolido, pensando que hacían burla dél, que dijo con muestras de infinita cólera:

—Cualquiera que se riere ó se pensase reir de lo que la Cariharta contra mí, ó yo contra ella, hemos dicho ó dijéremos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere ó lo pensare, como ya he dicho.

Miráronse Chiquiznaque y Maniferro de tan mal garbo y talle, que advirtió Monipodio que pararía en un gran mal, si no lo remediaba; y así, poniéndose luego en medio dellos, dijo:

—No pasen más adelante, caballeros; cesen aquí palabras mayores, y deshánganse entre los dientes; y pues las que se han dicho no llegan á la cintura, nadie las tome por sí.

—Bien seguros estamos, respondió Chiquiznaque, que no se dijeron ni dirán semejantes monitorios por nosotros; que si se hubiera imaginado que se decían, en manos estaba el pandero que lo supieran bien tañer.

—También tenemos acá pandero, seor Chiquiznaque, replicó el Repolido, y también si fuere menester sabremos tocar los cascabeles, y ya he dicho que el que se huelga, miente; y quien otra cosa pensare, sígame, que con un palmo de espada menos hará el hombre que sea lo dicho dicho.

Y diciendo esto, se iba á salir por la puerta afuera.

Estábalo escuchando la Cariharta, y cuando sintió que se iba enojado, salió diciendo:

—Ténganle, no se vaya, que hará de las suyas: ¿no ven que va enojado, y es un Judas Macarelo en esto de la valentía? Vuelve acá, valentón del mundo y de mis ojos.

Y cerrando con él le asió fuertemente de la capa, y acudiendo también Monipodio le detuvieron. Chiquiznaque y Maniferro





no sabían si enojarse, ó si no, y estuviéronse quedos esperando lo que Repolido haría: el cual viéndose rogar de la Cariharta y de Monipodio, volvió diciendo:

—Nunca los amigos han de dar enojo á los amigos, ni hacer burla de los amigos, y más cuando ven que se enojan los amigos.

—No hay aquí amigo, respondió Maniferro, que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo; y pues todos somos amigos, dénse las manos los amigos.

A esto dijo Monipodio:

—Todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se den las manos de amigos.

Diéronselas luego; y la Escalanta quitándose un chapín comenzó á tañer en él como en un pandero; la Gananciosa tomó una escoba de palma nueva, que allí se halló acaso, y rasgándola hizo un son, que aunque ronco y áspero, se concertaba con el del chapín. Monipodio rompió un plato, y hizo dos tejoletas que puestas entre dos dedos y repicadas con gran ligereza, llevaba el contrapunto al chapín y á la escoba.

Espantáronse Rinconete y Cortadillo de la nueva invención de la escoba, porque hasta entonces nunca la habían visto. Conociólo Maniferro, y díjoles:

—¿Admíranse de la escoba?, pues bien hacen: pues música más presta y más sin pesadumbre, ni más barata no se ha inventado en el mundo: en verdad que oí decir el otro día á un estudiante, que ni el Negrofeo que sacó á la Arauz del infierno, ni Marión, que subió sobre el delfín y salió del mar como si viniera caballero sobre una mula de alquiler, ni el otro gran músico que hizo una ciudad que tenía cien puertas y otros tantos postigos, nunca inventaron mejor género de música tan fácil de deprender, tan mañera de tocar, tan sin trastes, clavijas ni cuerdas y tan sin necesidad de templarse, y aun voto á tal, que dice que la inventó un galán desta ciudad, que se pica de ser un Héctor en la música.

—Eso creo yo muy bien, respondió Rinconete; pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros músicos, que parece que la Gananciosa ha escupido, señal de que quiere cantar.

Y así era la verdad, porque Monipodio le había rogado que cantase algunas seguidillas de las que se usaban; mas la que comenzó primero fué la Escalanta, y con voz sutil y quebradiza cantó lo siguiente:

Por un sevillano, rufo á lo valón,
Tengo socarrado todo el corazón.

Siguió la Gananciosa cantando:

Por un morenico de color verde,
¿Cuál es la fogosa que no se pierde?

Y luego Monipodio, dándose gran priesa al meneo de sus tejoletas, dijo:

Riñen dos amantes, hácese la paz,
Si el enojo es grande, es el gusto más.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silencio, porque tomando otro chapín se metió en danza, y acompañó á las demás, diciendo:

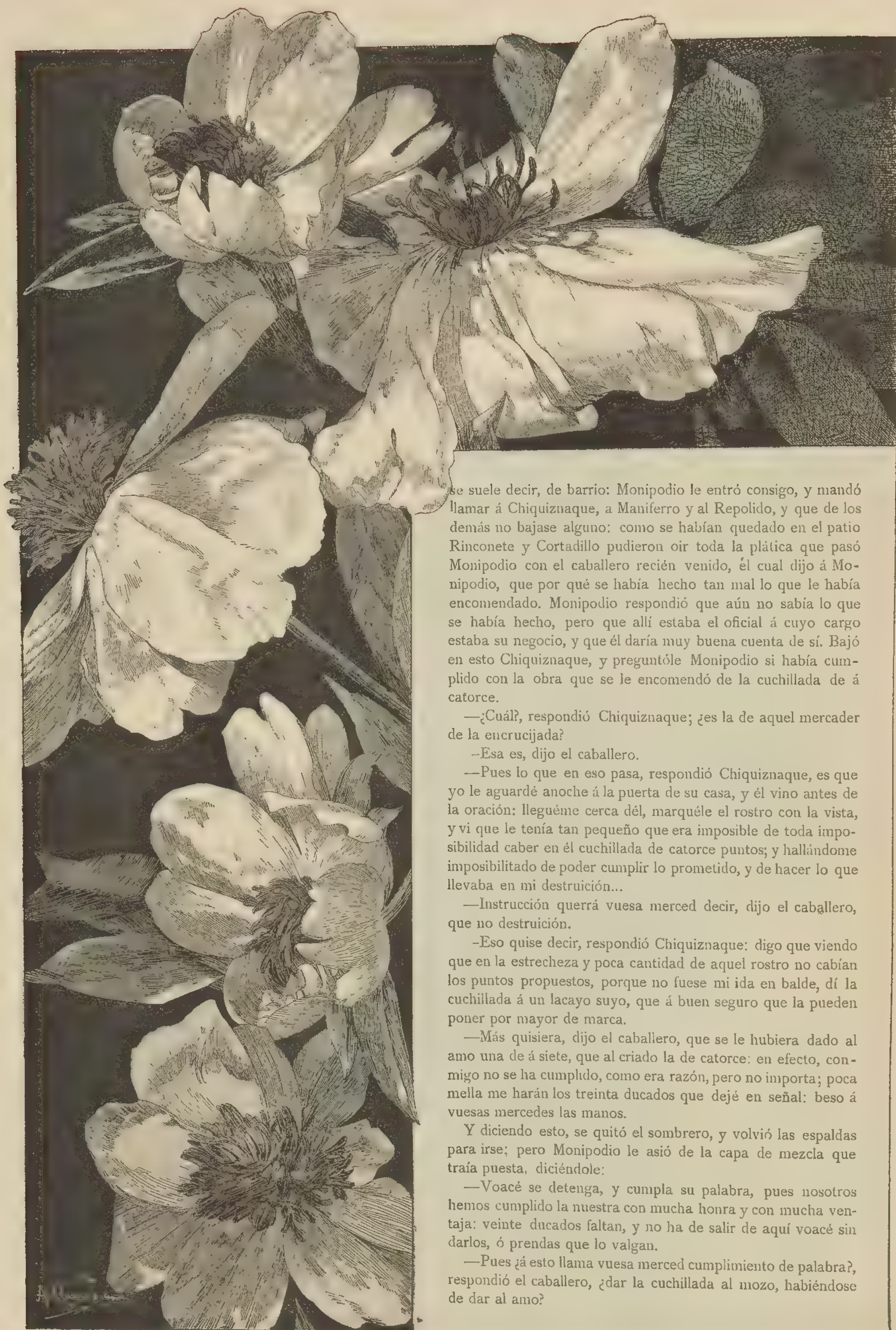
Detente, enojado, no me azotes más,
Que si bien lo miras, á tus carnes das.

—Cántese á lo llano, dijo á esta sazón Repolido, y no se toquen hestorias pasadas, que no hay para qué: lo pasado sea pasado, y tómese otra vereda, y basta.

Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cántico, si no sintieran que llamaban á la puerta apriesa, y con ella salió Monipodio á ver quién era, y la centinela le dijo cómo al cabo de la calle había asomado el alcalde de la justicia, y que delante dél venían el Tordillo y el Cernícalo, corchetes neutrales. Oyéronlo los de dentro, y alborotáronse todos, de manera que la Cariharta y la Escalanta se calzaron sus chapines al revés: dejó la escoba la Gananciosa, Monipodio sus tejoletas, y quedó en turbado silencio toda la música: enmudeció Chiquiznaque, pasmóse el Repolido y suspendióse Maniferro, y todos, cuál por una y cuál por otra parte, desaparecieron, subiéndose á las azoteas y tejados para escaparse y pasar por ellos á otra calle.

Nunca disparado arcabuz á deshora, ni trueno repentino espantó así á banda de descuidadas palomas, como puso en alboroto y espanto á toda aquella recogida compañía y buena gente la nueva de la venida del alcalde de la justicia y su corchetada: los dos novicios Rinconete y Cortadillo no sabían qué hacerse, y estuviéronse quedos, esperando ver en qué paraba aquella repentina borrasca, que no paró en más de volver la centinela á decir que el alcalde se había pasado de largo, sin dar muestra ni resabio de mala sospecha alguna. Y estando diciendo esto á Monipodio, llegó un caballero mozo á la puerta, vestido, como





se suele decir, de barrio: Monipodio le entró consigo, y mandó llamar á Chiquiznaque, a Maniferro y al Repolido, y que de los demás no bajase alguno: como se habían quedado en el patio Rinconete y Cortadillo pudieron oir toda la plática que pasó Monipodio con el caballero recién venido, él cual dijo á Monipodio, que por qué se había hecho tan mal lo que le había encomendado. Monipodio respondió que aún no sabía lo que se había hecho, pero que allí estaba el oficial á cuyo cargo estaba su negocio, y que él daría muy buena cuenta de sí. Bajó en esto Chiquiznaque, y preguntóle Monipodio si había cumplido con la obra que se le encomendó de la cuchillada de á catorce.

—¿Cuál?, respondió Chiquiznaque; ¿es la de aquel mercader de la encrucijada?

—Esa es, dijo el caballero.

—Pues lo que en eso pasa, respondió Chiquiznaque, es que yo le aguardé anoche á la puerta de su casa, y él vino antes de la oración: lleguéme cerca dél, marquéle el rostro con la vista, y vi que le tenía tan pequeño que era imposible de toda imposibilidad caber en él cuchillada de catorce puntos; y hallándome imposibilitado de poder cumplir lo prometido, y de hacer lo que llevaba en mi destruición...

—Instrucción querrá vuesa merced decir, dijo el caballero, que no destruición.

—Eso quise decir, respondió Chiquiznaque: digo que viendo que en la estrecheza y poca cantidad de aquel rostro no cabían los puntos propuestos, porque no fuese mi ida en balde, dí la cuchillada á un lacayo suyo, que á buen seguro que la pueden poner por mayor de marca.

—Más quisiera, dijo el caballero, que se le hubiera dado al amo una de á siete, que al criado la de catorce: en efecto, conmigo no se ha cumplido, como era razón, pero no importa; poca mella me harán los treinta ducados que dejé en señal: beso á vuesas mercedes las manos.

Y diciendo esto, se quitó el sombrero, y volvió las espaldas para irse; pero Monipodio le asió de la capa de mezcla que traía puesta, diciéndole:

—Voacé se detenga, y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha ventaja: veinte ducados faltan, y no ha de salir de aquí voacé sin darlos, ó prendas que lo valgan.

—Pues ¿á esto llama vuesa merced cumplimiento de palabra?, respondió el caballero, ¿dar la cuchillada al mozo, habiéndose de dar al amo?

—¡Qué bien está en la cuenta el señor!, dijo Chiquiznaque; bien parece que no se acuerda de aquel refrán que dice: Quien bien quiere á Beltrán, bien quiere á su can.

—Pues ¿en qué modo puede venir aquí á propósito este refrán?, replicó el caballero.

—¿Pues no es lo mismo, prosiguió Chiquiznaque, decir: quien mal quiere á Beltrán, mal quiere á su can?; y así Beltrán es el mercader, voacé le quiere mal, su lacayo es su can, y dando al can se da á Beltrán, y la deuda queda líquida, y trae aparejada ejecución: por eso no hay mas sino pagar luego sin apercebimiento de remate.

—Eso juro yo bien, añadió Monipodio, y de la boca me quitaste, Chiquiznaque amigo, todo cuanto aquí has dicho: y así voacé, señor galán, no se meta en puntillos con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo y pague luego lo trabajado, y si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad que pueda llevar su rostro, haga cuenta que ya se la está curando.

—Como eso sea, respondió el galán, de muy entera voluntad y gana pagaré la una y la otra por entero.

—No dude en esto, dijo Monipodio, más que en ser cristiano, que Chiquiznaque se la dará pintiparada, de manera que parezca que allí se le nació.

—Pues con esa seguridad y promesa, respondió el caballero, recíbase esta cadena en prendas de los veinte ducados atrasados y de cuarenta que ofrezco por la venidera cuchillada: pesa mil reales, y podría ser que se quedase rematada, porque traigo entre ojos que serán menester otros catorce puntos antes de mucho.

Quitóse en esto una cadena de vueltas menudas del cuello, y diósela á Monipodio, que al tocar y al peso bien vió que no era de alquimia. Monipodio la recebió con mucho contento y cortesía, porque era en extremo bien criado: la ejecución quedó á cargo de Chiquiznaque, que sólo tomó término de aquella noche.

Fuése muy satisfecho el caballero, y luego Monipodio llamó á todos los ausentes y azorados: bajaron todos, y poniéndose Monipodio en medio dellos, sacó un libro de memoria que traía en la capilla de la capa, y diósele á Rinconete que leyese, porque él no sabía leer. Abriólo Rinconete, y en la primera hoja vió que decía:



MEMORIA DE LAS CUCHILLADAS QUE SE HAN DE DAR
ESTA SEMANA

La primera al mercader de la encrucijada: vale cincuenta escudos: están recebidos treinta á buena cuenta. Secutor, Chiquiznaque.

—No creo que hay otra, hijo, dijo Monipodio: pasa adelante, y mira donde dice: *Memoria de palos.*

Volvió la hoja Rinconete, y vió que en otra estaba escrito: *Memoria de palos.* Y más abajo decía:

Al bodegonero de la Alfalfa doce palos de mayor cuantía, á escudo cada uno: están dados á buena cuenta ocho: el término seis días. Secutor, Maniferro.

—Bien podía borrarse esta partida, dijo Maniferro, porque esta noche traeré finiquito della.

—¿Hay más, hijo?, dijo Monipodio.

—Sí, otra, respondió Rinconete, que dice así:

Al sastre corcovado, que por mal nombre se llama el Silguero, seis palos de mayor cuantía á pedimento de la dama que dejó la gargantilla. Secutor, el Desmochado.

—Maravillado estoy, dijo Monipodio, cómo todavía está esa partida en ser; sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos días pasados del término, y no ha dado puntada en esta obra.

—Yo le topé ayer, dijo Maniferro, y me dijo que por haber estado retirado por enfermo el corcovado, no había cumplido con su débito.

—Eso creo yo bien, dijo Monipodio, porque tengo por tan buen oficial al Desmochado, que si no fuera por tan justo impedimento, ya él hubiera dado al cabo con mayores empresas. ¿Hay más, mocito?

—No, señor, respondió Rinconete.

—Pues pasad adelante, dijo Monipodio, y mirad donde dice: *Memorial de agravios comunes.*

Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito:

Memorial de agravios comunes, conviene á saber: redomazos, untos de miera, clavazón de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, publicación de nibelos, etc.



—¿Qué dice más abajo?, dijo Monipodio.

—Dice, dijo Rinconete, *unto de miera en la casa...*

—No se lea la casa, que ya yo sé dónde es, respondió Monipodio, y yo soy el tuautem y esecutor de esa niñería, y están dados á buena cuenta cuatro escudos y el principal es ocho.

—Así es la verdad, dijo Rinconete, que todo eso está aquí escrito; y aun más abajo dice: *clavazón de cuernos.*

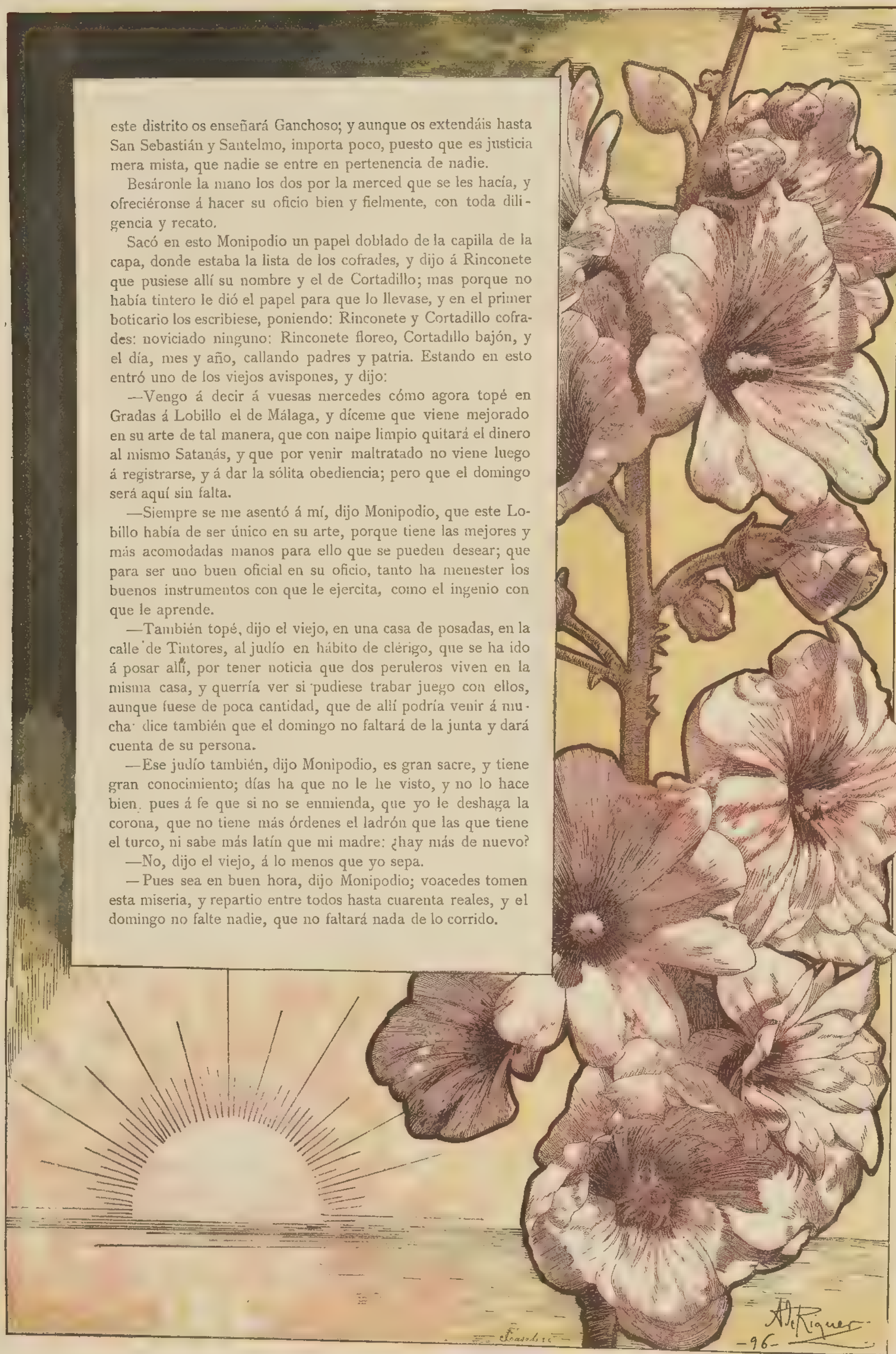
—Tampoco se lea, dijo Monipodio, la casa ni adónde, que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público, que es gran cargo de conciencia: á lo menos más querría yo clavar cien cuernos y otros tantos sambenitos, como se me pagase mi trabajo, que decillo sólo una vez, aunque fuese á la madre que me parió.

—El esecutor desto es, dijo Rinconete, el Narigueta.

—Ya está eso hecho y pagado, dijo Monipodio; mirad si hay más, que si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos: está dada la mitad, y el esecutor es la comunidad toda, y el término es todo el mes en que estamos, y cumpliráse al pie de la letra, sin que falte una tilde, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de muchos tiempos á esta parte: dadme el libro, mancebo, que yo sé que no hay más, y sé también que anda muy flaco el oficio; pero tras este tiempo vendrá otro, y habrá que hacer más de lo que quisiéremos; que no se mueve la hoja sin la voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se vengue nadie por fuerza; cuanto más, que cada uno en su causa suele ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus manos.

—Así es, dijo á esto el Repolido. Pero mire vuesa merced, señor Monipodio, lo que nos ordena y manda, que se va haciendo tarde, y va entrando el calor más que de paso.

—Lo que se ha de hacer, respondió Monipodio, es que todos se vayan á sus puestos, y nadie se mude hasta el domingo, que nos juntaremos en este mismo lugar, y se repartirá todo lo que hubiere caído, sin agraviar á nadie. A Rinconete el bueno y á Cortadillo se les da por distrito, hasta el domingo, desde la torre del Oro por defuera de la ciudad, hasta el postigo del Alcázar, donde se puede trabajar á sentadillas con sus flores: que yo he visto á otros de menos habilidad que ellos salir cada día con más de veinte reales en menudos, amén de la plata, con una baraja sola, y esa con cuatro naipes menos:



este distrito os enseñará Ganchoso; y aunque os extendáis hasta San Sebastián y Santelmo, importa poco, puesto que es justicia mera mista, que nadie se entre en pertenencia de nadie.

Besáronle la mano los dos por la merced que se les hacía, y ofreciéronse á hacer su oficio bien y fielmente, con toda diligencia y recato.

Sacó en esto Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y dijo á Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no había tintero le dió el papel para que lo llevase, y en el primer boticario los escribiese, poniendo: Rinconete y Cortadillo cofrades: noviciado ninguno: Rinconete floreo, Cortadillo bajón, y el día, mes y año, callando padres y patria. Estando en esto entró uno de los viejos avispones, y dijo:

—Vengo á decir á vuesas mercedes cómo agora topé en Gradas á Lobillo el de Málaga, y díceme que viene mejorado en su arte de tal manera, que con naipe limpio quitará el dinero al mismo Satanás, y que por venir maltratado no viene luego á registrarse, y á dar la sólita obediencia; pero que el domingo será aquí sin falta.

—Siempre se me asentó á mí, dijo Monipodio, que este Lobillo había de ser único en su arte, porque tiene las mejores y más acomodadas manos para ello que se pueden desear; que para ser uno buen oficial en su oficio, tanto ha menester los buenos instrumentos con que le ejercita, como el ingenio con que le aprende.

—También topé, dijo el viejo, en una casa de posadas, en la calle de Tintores, al judío en hábito de clérigo, que se ha ido á posar allí, por tener noticia que dos peruleros viven en la misma casa, y querría ver si pudiese trabar juego con ellos, aunque fuese de poca cantidad, que de allí podría venir á mucha: dice también que el domingo no faltará de la junta y dará cuenta de su persona.

—Ese judío también, dijo Monipodio, es gran sacre, y tiene gran conocimiento; días ha que no le he visto, y no lo hace bien, pues á fe que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona, que no tiene más órdenes el ladrón que las que tiene el turco, ni sabe más latín que mi madre: ¿hay más de nuevo?

—No, dijo el viejo, á lo menos que yo sepa.

—Pues sea en buen hora, dijo Monipodio; voacedes tomen esta miseria, y repartio entre todos hasta cuarenta reales, y el domingo no falte nadie, que no faltará nada de lo corrido.



Todos le volvieron las gracias: tornáronse á abrazar Repolido y la Cariharta: la Escalanta con Maniferro, y la Gananciosa con Chiquiznaque, concertando que aquella noche después de haber alzado de obra en la casa, se viesen en la de la Pipota, donde también dijo que iría Monipodio al registro de la canasta de colar, y que luego había de ir á cumplir y borrar la partida de la miera: abrazó á Rinconete y á Cortadillo, y echándoles su bendición los despidió, encargándoles que no tuviesen jamás posada cierta, ni de asiento, porque así convenía á la salud de todos. Acompañólos Ganchoso hasta enseñarles sus puestos, acordándoles que no faltasen el domingo, porque á lo que creía y pensaba, Monipodio había de leer una lición de oposición acerca de las cosas concernientes á su arte. Con esto se fué, dejando á los dos compañeros admirados de lo que habían visto.

Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento, y tenía un buen natural, y como había andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabía algo de buen lenguaje, y dábale gran risa pensar en los vocablos que había oído á Monipodio y á los demás de su compañía y bendita comunidad; y más cuando por decir *per modum sufragii*, había dicho por modo de naufragio; y que sacaban el estupendo, por decir estipendio, de lo que se garbeaba; y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como un marinero de Tarpeya y un tigre de Ocaña, por decir Hircania, con otras mil impertinencias: especialmente le cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que había pasado en ganar los veinticuatro reales, lo recebiese el cielo en descuento de sus pecados; y sobre todo le admiraba la seguridad que tenían y la confianza de irse al cielo con no faltar á sus devociones, estando tan llenos de hurtos y de homicidios y ofensas de Dios; y reíase de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar hurtada, guardada en su casa, y se iba á poner las candelillas de cera á las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida: no menos le suspendía la obediencia y respeto que todos tenían á Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico y desalmado: consideraba lo que había leído en su libro de memoria, y los ejercicios en que todos se ocupaban: finalmente, exageraba cuán descuidada justicia había en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivía en ella gente tan perniciosa y tan contraria á la misma naturaleza; y propuso en sí de aconsejar á su compañero no durase mucho en aquella vida tan





perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta; pero con todo esto, llevado de sus pocos años y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden más larga escritura, y así se deja para otra ocasión contar su vida y milagros, con los de su maestro, Monipodio, y otros sucesos de aquellos de la infame academia, que todos serán de grande consideración, y que podrán servir de ejemplo y aviso á los que los leyeren.

Terminada la anterior novela, juzgamos oportuno advertir á los lectores que hemos creído acertado no alterar en lo más mínimo el texto que supieron respetar la Academia Española y también otros eximios editores, prefiriendo sujetarnos estrictamente á lo mejor y más autorizado que hasta hoy ha visto la luz pública. Conste así para que no se tomen por errores ó descuidos algunos vocablos que no se conforman con su etimología y uso actual.

Unicamente nos hemos permitido emplear la ortografía acordada por la Real Academia Española, ya que la aplicación de esta reforma, además de no afectar en nada á la esencia de la festiva y picaresca novela de CERVANTES, imprime cierto carácter de actualidad á una de las producciones de doble y profunda crítica que inventó el príncipe de los escritores españoles.

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 11 de enero de 1897 — Núm. 785

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

VISTAS DE FILIPINAS

Una calle en el arrabal de Tondo. – Este arrabal, que se halla situado junto al mar y al extremo Norte de la ciudad de Manila, está compuesto de caserío de caña y nipa y fué en gran parte destruído por un incendio en 1893. La calle que reproducimos no es de las principales, como fácilmente puede deducirse de lo destartalado de los edificios que en ella se levantan; pero en cambio tiene un aspecto en alto grado pintoresco y es de bastante tránsito porque da salida á los cuarteles y porque en ella habitan las más de las cigarreras que trabajan en varias fábricas. Su urbanización no sólo es deficiente, sino que casi puede calificarse de nula. Por ser muy concurrida hay en ella muchos puestos de comida ó *calenderías*, y tabernas en donde se vende el *tubá*, bebida espumosa que los hijos del país prefieren á los más exquisitos licores.

Una calle de Caloocán. – El pueblo de Caloocán pertenece á la provincia de Manila y cuenta 8.500 habitantes: la calle que publicamos, de aspecto típico por sus casas de nipa y por la exuberante vegetación que por doquier se admira en ella, conduce á otro pueblo inmediato llamado Obando, en donde se celebra todos los años con gran pompa la fiesta de San Pascual, á la que acuden en romería los vecinos de todas las poblaciones cercanas.

Estatua de Carlos IV. – Esta estatua, erigida en 15 de abril de 1805, se alza en la principal plaza de Manila, la de Palacio, una de cuyas fachadas formaba el magnífico palacio del capitán general, destruído por un terremoto en 1860, y en otra de las cuales están las Casas Consistoriales; es de bronce, fundida en Manila, y constituye una verdadera obra de arte. Fué levantada en honor de aquel monarca en reconocimiento á haber ordenado la conducción de la vacuna transmitida de brazo en brazo, introduciendo tan inmenso beneficio en el archipiélago filipino.

Carrera de María Cristina. – Es un paseo ameno y delicioso situado en las afueras de Manila y á orillas del mar. Unido por un extremo con el paseo de la Luneta y por otro con el del Malecón, se ve muy concurrido todas las tardes, especialmente en los días festivos. Tiene mucho parecido, como paseo, con nuestro Paseo de Gracia, pero no hay en él más edificios que la Capitanía del Puerto y la artística caseta de los prácticos.

Plaza del arrabal de Malate. – El barrio de Malate hállase situado al extremo opuesto que el de Tondo. La plaza es muy bonita y está adornada de jardines y elegantes surtidores: en su centro se levanta la estatua de Isabel II; en uno de sus lados hay la iglesia parroquial y en otro el Tribunal Municipal, y de ella arranca una calle que conduce al cementerio Maytubig.

Las fotografías que reproduce el grabado de esta página son del reputado fotógrafo D. Félix Laureano.



ISLAS FILIPINAS

Vistas reproducidas de fotografías de D. Félix Laureano



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

AÑO MÁS

Al ver en la eternidad el de 1896, hemos brindado de todo corazón, en la mesa de un gran patriota, por que el nuevo año no se parezca á su antecesor. Y hay síntomas de que no se parecerá, y esperanzas de que será mejor - al menos para nosotros. – De las dos guerras, una por lo menos está herida en el ala, y la otra será dominada infaliblemente si se despliegan la energía y el rigor que los acontecimientos imponen. En previsión de que así suceda, podrían añadirse muchas observaciones para lo venidero, no pocos avisos á nuestros políticos, desprevenidos siempre en lo que se refiere á las colonias. Si se consigue apagar el incendio de Filipinas, habrá que pensar después en el modo de que no vuelva á reproducirse; habrá que poner en práctica medidas y arbitrios para que ese inmenso archipiélago, feracísimo y poblado por gentes á las cuales debemos ser superiores en cultura y en moralidad, no vean en nosotros á una gente inicua, á unos explotadores, sino á unos protectores, cuya autoridad se funda en la superioridad precisamente.

A Filipinas van también funcionarios honradísimos, y alguno conozco yo; pero es lo cierto que por todos los gobiernos y por todos los partidos políticos, Filipinas ha solido considerarse especie de *remediavagos* peninsulares, asilo de incurables perezosos ó viciosos, capa de *engraís* favorable al cultivo de esos hongos oficinescos y burocráticos que aquí brotan al amparo de las influencias oficiales. Hace tiempo oí contar que en un café de Madrid, un funcionario destinado á Filipinas lanzó esta frase cínicamente ingeniosa: «Me envían á Ilo-Ilo, pero yo sabré convertirlo en *guita guita.*» Ello puede ser chusca invención, ó agudeza sin trascendencia real; pero ¡qué mal suena en nuestros oídos cuando vemos salir trenes y trenes con carga de soldados que van á Oceanía á extinguir con su sangre la hoguera que estas centellas prendieron tal vez!

***

Dejando tal asunto, que contrista, recordemos que el año 96 ha concluído entre aplausos tributados á la memoria del Moliére español, ó sea D. Manuel Bretón de los Herreros. Se había pensado en solemnizar el centenario de su nacimiento, que sucedió el 19 de diciembre de 1796, en el pueblo de Quel, provincia de Logroño; la idea era acariciada por dos escritores muy queridos del público y capaces de dar calor de vida á cualquier proyecto, *Kasabal* y Mariano de Cavia: se susurraba que en un señorial palacio no acabado de decorar todavía, podría organizarse un baile en que damas y caballeros vistiesen los trajes de la época de Bretón; se soñaba, en fin, una curiosa reconstrucción de tipos y costumbres, pretextada por un homenaje al príncipe de los autores cómicos españoles en el presente siglo, dictado que se aplica á Bretón de los Herreros. No llegaron á cuajar estos proyectos, y todo lo que se hizo en honra á Bretón redújose á una velada en el Ateneo, obsequio tributado á otros escritores. Con tal motivo, sin embargo, el nombre de Bretón ha vuelto á sonar y á destacarse su figura literaria.

El Moliére español era ciertamente inferior al ilustre cómico francés, no por la cantidad, pues Bretón fué fecundísimo – se le cuentan ciento setenta y cinco comedias en verso, – sino en la calidad de la *vis* cómica, la intención y alcance de la sátira, la humanidad de los tipos. Decir Moliére es decir el avaro, el hipócrita, el misántropo, el pedante, la coqueta, la aristócrata infatuada, el aprensivo, el villano hecho señor y que sigue oliendo á ajos como antes, el marido burlado, el pleiteante, la *preciosa;* y en el estudio de estas pasiones, debilidades y ridiculeces raya tan alto Moliére, que nadie podrá nunca imaginar un *Tartuffe* superior al suyo, ni igual siquiera; es de esas creaciones en que el genio pone su sello definitivo, su marca de garra de león. Carácter que en su troquel funde Moliére, queda eternizado en bronce. Sería inútil buscar en el repertorio de Bretón nada parecido á *Tartuffe* ó al *Avaro*. Después de leer sus mejores comedias, ninguna figura saliente, exceptuando tal vez la donosa silueta de *D. Frutos Calamocha,* permanece en pie y gritando «existo.» Es la sátira de Bretón cosa á flor de epidermis social, que no penetra hondamente ni en el alma, ni aun diseca el cuerpo.

A no poseer Bretón tanto chiste, tal naturalidad y tan copiosa vena, hasta podría calificarse de anodina su sátira. Diríase que sólo veía Bretón, del vasto cuadro de las flaquezas humanas y de las anomalías sociales, aquello que un espíritu benévolo y optimista hasta la alegría puede ver de una ojeada. Si le falta la sólida razón y la amarga filosofía de Moliére, tampoco tiene los rasgos sentimentales á lo dieciocheno de Moratín, el verdadero modelo que Bretón se propuso. ¿Qué nos enseña Bretón en sus mejores comedias? Que la vida del campo puede no ser tan tranquila y apacible como nos la figuramos desde la ciudad; que hay aldeanos muy brutos y muy mal intencionados; que también en la aldea nos sale al paso la sociedad, con todos sus inconvenientes y sin ninguna de sus halagüeñas delicadezas; que los padres no deben obligar á sus hijas á casarse con un hombre que las repugna (esto ya lo sabíamos por Moratín, el cual nos lo había dicho con mayor intensidad, como actor que fué en uno de esos dramas íntimos de corazón violentado); que las viuditas, adiestradas por la experiencia, son capaces de marear al que las pretende; que cuando nos morimos, el mundo sigue rodando como si tal cosa, y que aprenderíamos mucho si pudiésemos morirnos temporalmente y ver lo que después sucedía; que en algunos matrimonios, si la mujer vale más que el marido, ella lleva los pantalones, como suele decirse, y que los cónyuges desunidos no acertarán á hacer cosa más provechosa que unirse y entenderse, y no dar que reir al diablo. Este es poco más ó menos el jugo que se extrae del teatro de Bretón en cuanto á ideas; nadie negará que no alcanza á llenar un dedalito. Su miopía de fondo era tanta, que el argumento de *Marcela ó cuál de los tres?* le sirvió, vuelto y remendado, para escribir varias piezas, copiándose á sí mismo y sin acertar á descubrir nuevas combinaciones. Larra decía acertadamente, que con el asunto de *Marcela,* otro autor se hubiese visto apurado para hacer una sola comedia, y Bretón había hecho nada menos que tres. Alabanza de doble filo, poco lisonjera en el fondo; y lo peor es que Larra, aunque algo desautorizado en su severidad crítica porque era muy mal autor dramático, tenía razón.

Lo admirable en Bretón de los Herreros, aparte de esta facilidad para armar una comedia sobre la punta de un alfiler, es la abundancia de la vena poética, lo castizo y rico de la forma. Pasma su facilidad de versificador, don genuino de la raza española, mérito que ya casi no se aprecia en el día, porque lo agotaron los Bretones y los Serras. Versificador más que poeta; imaginación y carácter de prosista sensato, pero de prosista que tiene la música del ritmo en el oído y en la pluma, y en quien bullen y hierven los versos y los asonantes y consonantes, como en las mallas de la red las plateadas sardinas, Bretón llegó á hacer en verso habilidades y juegos malabares que enriquecieron la lengua, demostrando su flexibilidad y sus inagotables recursos, sus múltiples registros del sobreagudo al grave. Es verdad que le habían abierto camino nuestros autores del siglo de oro, tan maestros en trabajar la pasta del idioma.

Mas no bastan la habilidad y la destreza: por la deficiencia del fondo dramático y de la doctrina está olvidado y fuera del repertorio Bretón. En toda mi vida he visto representar más que una vez *Marcela,* sin duda de las comedias de Bretón la que mejor soporta el público actual. La ocasión ahora era favorable para refrescar los laureles del autor de *El pelo de la dehesa,* pero en ningún teatro veo que los actores se decidan á arrostrar el frac de ala de pichón y las actrices el peinado de castillo y de *baterías*. Estamos más distantes de 1830 que del siglo XVII. La España de Lope nos parece contemporánea, mientras la de Bretón sólo la encontraríamos, yerta y mustia, revolviendo los cajones y armarios de nuestras abuelas. Al morir Bretón en la fecha relativamente reciente de 1873, estaba punto menos *pasado* que hoy. No sé si diga que estaba más, porque la tendencia de nuestra cultura presente es á que reverdezcan los troncos viejos y caducos.

***

Lo único que de Bretón persiste en la memoria de los aficionados á las letras son ciertas anécdotas referentes á su carácter irritable y violento (¿quién lo adivinaría al leerle?) y algunos epigramas oportunísimos y sazonados, migajas caídas de su pluma (nunca escribiré, tratándose de Bretón, *de su lira).* Nadie ignora el que asestó al famoso médico y filósofo Mata. Vivían en la misma casa y con las puertas de los pisos enfrentadas el cómico y el doctor, y á éste le aburrían los continuos campanillazos de la gente que se equivocaba creyendo llamar á la puerta de Bretón de los Herreros, por lo cual colocó en la suya el siguiente cartel:

«En esta mi habitación
no vive ningún Bretón.»

El desahogo era inocente, pero se le indigestó al autor de *Marcela,* que acto continuo replicó en su metro predilecto (cito de memoria y no respondo de la exactitud):

«En aquesta vecindad
vive un médico poeta
que al pie de cada receta
pone *Mata...* y es verdad.»

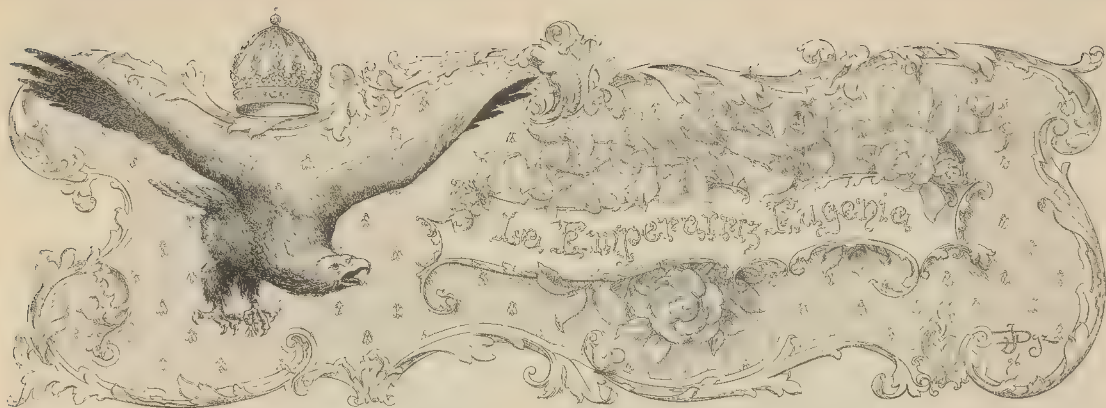
Mucho contribuyó á agriar el genio de Bretón la desdicha de haber perdido un ojo. Las burlas que le recordaban este defecto físico le enfurecían, y Ventura de la Vega, Espronceda y Larra no las escasearon ciertamente. Entre sí llamaban á Bretón el *Tuerto,* y á veces, con más dureza, *ese maldito tuerto;* porque mientras los románticos del Parnasillo hacían gala de vida bohemia y de no tener un ochavo que no derrochasen inmediatamente, Bretón (que había realizado vanos esfuerzos por adaptarse al romanticismo literario) tampoco en el vivir se les parecía, guardando cuidadosamente el dinero y no malgastando aquella fibra robusta que le permitió llegar á la avanzada edad de setenta y siete años; y esta doble parsimonia incomodaba á los chispeantes perdidos que no comprendían que nadie se defendiese ni contra la miseria ni contra los males. Ventura de la Vega se indignaba cuando, al pedir á Bretón un duro, Bretón le respondía ásperamente: «Si fumases del estanco y gastases camisas gordas como las mías en vez de esa camisa de olán, no andarías siempre fastidiando á los amigos.»

Los presentes se reían de la filípica; y Ventura de la Vega, sin perder minuto – me lo ha referido un testigo presencial, señor anciano cuando le conocí, íntimo amigo de todos los literatos de aquel período, – se arrancaba con la siguiente quintilla:

«Una víbora picó
A Manuel Bretón el tuerto.
¿Qué diréis que sucedió?
¿Murió Bretón? No por cierto:
¡La víbora reventó!»

Aunque no alcance Bretón á la cima de la gloria dramática, debemos sentir que no se haya celebrado cumplidamente el centenario de su nacimiento. Somos tan ricos en esto del teatro, que desdeñamos las perlas; en el estuche de Bretón las hay; y si no se quiere que se les llame perlas, les llamaremos granitos de sal castiza y de mostaza ligera, que no levanta roncha; la mostaza del moralista y del satírico superficial y sin hiel, y la sal ática y limpia de un gran hablista y de un hombre de buen sentido vulgar, pero sano y sin afectación. El trato con Bretón puede servir de descanso y de medicina en estos tiempos de teatro complicado y febril. En la tersa corriente bretoniana no veremos copiarse sino rostros conocidos, escenas sencillas y de un humorismo familiar. No nos dará jaqueca Bretón, á no ser por la prestigiosa maraña de sus rimas y el martilleo de su vivaz estilo poético. Sólo temo que un autor de tan grata y entretenida lectura no pueda ya cautivar al espectador. Por eso es lástima que no se haga la prueba.

Emilia Pardo Bazán



FIGURAS CONTEMPORÁNEAS

LA EMPERATRIZ EUGENIA

No la llamaremos ex emperatriz, porque no perdió la soberanía al ser derrocado el trono imperial de Francia. Después de cinco lustros de luto y de tristeza, la viuda de Napoleón III sigue siendo soberana, grande en la desolación, grande en la majestad del infortunio.

Después de largos años de extrañamiento y de olvido, su interesante figura reaparece en el suelo patrio como el espectro de la desgracia. Muerta para sus contemporáneos, sepultada ya en el panteón de la Historia, resucita en el recuerdo de uno de los desastres más terribles de este siglo.

Parece que era ayer; tan hondas é indelebles han sido las impresiones causadas por aquellos trágicos sucesos. Agregado á una ambulancia formada en Montpeller y destinada al teatro de la guerra, llegué á París por primera vez, al mismo tiempo que la noticia de la derrota de Sedán.

Una muchedumbre amotinada, amenazadora, había invadido el jardín de las Tullerías á los gritos de ¡Abajo el Imperio!.. ¡Viva la República!..

Pero á estos gritos, que eran anuncio de una tremenda crisis, se unía otro que evidenciaba la ligereza ingénita de los parisienses, que mezclan eternamente lo burlesco con lo dramático.

Este otro grito era el de ¡Viva Sardou!

Sí, Sardou, el autor cómico, que desnudo el pecho y descubierta la cabeza, guiaba á la guardia nacional contra la tropa.

Y la muchedumbre lo aplaudía, quizás porque su perfil recordaba el de Napoleón el Grande en el momento en que la nación proscribía para siempre á Napoleón el Pequeño.

Sin embargo, al constituirse en héroe de barricadas, el ingenioso dramaturgo, que en manera alguna pretendía formar parte del gobierno, no hacía más que intercalar una escena cómica en la gran tragedia de París, para proteger la huída de la emperatriz Eugenia y evitar el incendio de las Tullerías.

Como Luis Felipe, la Regente del último Imperio no abandonó el palacio hasta que su servidumbre la obligó á huir; y como aquel monarca, Eugenia huyó á la hora del almuerzo, cuando la regencia no era ya posible.

La guardia que entró proclamando la República, encontró aún sobre la mesa imperial el cubierto servido y uno de los dos huevos pasados por agua de que se componía aquel frugal almuerzo, bruscamente interrumpido por la soberana para seguir á uno de sus últimos servidores, que la hizo huir apresuradamente por el Louvre, á fin de evitar que cayese en manos del pueblo enfurecido.

Aún se veían en los manteles arrugados las huellas de una crispación de dedos, señales evidentes de la lucha que la emperatriz debió sostener en el fondo de su alma altiva antes de ceder á la fuerza.

Sus habitaciones particulares sirvieron de alojamiento al comandante del Estado mayor de París, quien pudo deducir de los detalles del mobiliario los sentimientos piadosos y las condiciones de carácter de la soberana.

En su biblioteca, las obras de Proudhon se codeaban con las novelas más insubstanciales del siglo XVIII y con todo el repertorio místico de la época.

En las paredes, cubiertas de ricos tapices, alternaban imágenes de santos con juguetones amorcillos, relicarios con medallones, Vírgenes de Perugino con bustos de hembras que recordaban las bacantes de Clodio.

El ambiente que allí se respiraba tenía tanto de mundano como de clerical; mezcla de incienso y de polvos de arroz, de piedad española y de coquetería parisiense, de eso que constituía el fondo del carácter de la graciosa emperatriz.



La ex emperatriz Eugenia
(según una fotografía de León Noel, copia del cuadro de Francisco Javier Winterhalter)

Ésta procuraba imitar á María Antonieta, á quien tomó por modelo para su mobiliario y su *toilette*, «esperando, según decía, el momento de acabar como ella.»

Otro había de ser su destino, menos violento, pero más cruel.

No tuvo nunca el espíritu altanero de la esposa de Luis XVI, ni los gustos desordenados de la emperatriz Josefina, á la cual se parecía más en el carácter.

Salió de las Tullerías no para subir á una carreta y terminar bruscamente su vida en el patíbulo, sino para refugiarse en un coche de alquiler y empezar una larga carrera de desdichas.

Por sus infortunios nada ha tenido que envidiar á Josefina ni á María Antonieta.

Una gran duquesa que amargó sus días, disputándole el poderío hasta las gradas del trono, con las armas de la seducción y la hermosura, la llamaba en son de burla Su Majestad Cenicienta.

Al apellidarla así, aquella rival aludía tanto al color de su pelo, de un rubio casi albino, como á las accidentadas fases de su vida, que parecían un cuento de hadas.

Y nunca recordó tanto á la Cenicienta como en aquel terrible momento en que, arrojada de su trono resplandeciente, erraba por la gran ciudad llamando de puerta en puerta en demanda de un asilo, ¡ella, que había albergado en las Tullerías á todos los potentados de Europa, postrados hasta entonces ante su poder y su belleza!

Era ya entrada la noche cuando encontró el ansiado refugio en casa de su dentista, quien la puso inmediatamente en camino para Deauville, donde encontró un yate dispuesto á transportarla á Inglaterra en compañía de una dama de honor.

Para llegar á bordo, las dos fugitivas tuvieron que andar media legua á pie por un terreno fangoso, lleno de charcos, y en la travesía encontraron una tempestad horrorosa que las tuvo veintiséis horas en el mar. La esposa errante de Luis Napoleón estuvo á punto de naufragar al mismo tiempo que su imperio.

Eugenia y su dama de honor llegaron á Hastings con los vestidos rotos, mojados, sucios, pegados á sus cuerpos ateridos. Presentáronse sucesivamente en varias fondas, cuyos dueños se negaron á admitirlas, tomándolas por miserables vagabundas. Al cabo de mucho mendigar un albergue, se les ofreció un sotabanco en el hotel de la Marina, donde una criada cuidó de lavarles y secarles las ropas mientras estuvieron acostadas, pues no tenían otro traje que ponerse.

La vida de esta soberana es de las que hacen creer en el fatalismo. No hay etapa en que no la persiga el infortunio. Aun en medio de sus grandezas se ve condenada por el destino á crueles torturas. Doncella, ve al hombre amado tomar por esposa á su hermana rival. Casada, halla en las infidelidades de su augusto

esposo la continuación de las decepciones y amarguras que precedieron al fin trágico de sus doradas ilusiones. Madre, ve rota su más legítima ambición, muerta su última esperanza.

Historiadores y libelistas han referido de diverso modo los episodios dramáticos y las intrigas en que se halla envuelta la vida de la emperatriz Eugenia. Al decir de algunos, el derrumbamiento del segundo Imperio tuvo por origen la rivalidad entre la esposa y la favorita de Napoleón III; la guerra de Prusia empezó por una guerra de mujeres...

No pretendemos dilucidar aquí el secreto del drama histórico que tuvo por desenlace la huída de la emperatriz á Hastings y el destierro del emperador á Wilhemshohe.

Queremos respetar, por otra parte, lo que afecta demasiado á la vida privada de la augusta señora, cuyos infortunios han superado á sus antiguos esplendores.

No faltó quien le presagiara en plena ilusión tan crueles desengaños.

Antes de subir al trono, la joven condesa de Teba visitó en Nohant á la famosa autora del *Marqués de Villemer*. La señorita de Montijo contaba ya entre sus adoradores al príncipe Luis Bonaparte. Éste, que fué siempre pertinaz y constante en sus empresas amorosas, se convertía en esclavo absoluto de las mujeres que le resistían. Tal se mostró, en grado superlativo, con la altiva española.

A *Jorge Sand* le sorprendía ver al heredero del nombre más glorioso y más popular de Francia convertido en galán obsequioso y servil de una extranjera, y aprovechó la ocasión para reprochar suavemente á la bella española sus desdenes con el príncipe.

– Mi obstinación en humillarlo, contestó Eugenia, no hará más que provocar sus deseos de casarse conmigo.

– ¿Le amáis, entonces, como coqueta?

– Le amo como ambiciosa. Yo no amaré sino al hombre que me dé un trono.

– ¡Cuidado! Hoy, todas las cabezas que se levantan, caen.

– ¿Qué importa, si hacen hablar de ellas? O el príncipe me hará emperatriz ó presidenta de la República, ó yo no me casaré con él.

– ¡Os exponéis á caer con vuestro esposo!

– ¿Qué importa, si caigo ante la historia?

¡Ay! ¡Cuán caros pagó sus sueños ambiciosos la que ya reinaba entonces en el corazón del futuro emperador de Francia!

Su destino le ha hecho expiar muy cruelmente sus cálculos; después de hacerle perder el trono, después de sumirla en las tristezas de la viudez, le arrebató al hijo que la hizo mujer al devolverle el amor más sagrado, el amor de madre.

La Providencia, al romper aquellos lazos amorosos, realizó la antigua ambición de la soberana; la hizo grande en la desolación, grande en la majestad del infortunio.

Ruy Blas

EL «SEÑORITO»

(CUENTO DEL DÍA DE REYES)

. . . .
«Rica se llama, no pobre, la vida
Del que se contenta vivir sin riqueza.»
Juan de Mena.

I

Nunca como entonces que el infortunio abatía mi espíritu pude apreciar los exquisitos sentimientos que encerraba el corazón de Carmen, mi mujer. Pagadas las deudas y libre mi casa de banca de una quiebra vergonzosa, liquidé con un *superabit* de unos cuantos cientos de reales. Carmen misma me indujo á que buscásemos en los suburbios una modestísima habitación: hicimos almoneda del lujoso mibiliario, y en una prendería se adquirieron los muebles indispensables para alhajar la celda que íbamos á ocupar en una gran colmena bautizada con el nombre de «casa de vecindad.»

Nos instalamos á título de obreros, y nuestros convecinos, en su mayoría albañiles y gente de oficio, de buenas á primeras nos apearon el tratamiento; y los que en el gran mundo éramos los excelentísimos señores de Gómez, allí resultábamos el «señor Claudio» y la «seña Carmen:» á Joaquín, nuestro hijo, que apenas contaba seis años, designábanle «Quinito» á secas.



Florecilla campestre, escultura de Miguel Blay
(de fotografía remitida por D. Juan Bautista Camós, de Palamós)

Para el que ha dejado deslizar su vida entre fastuosidades y ha recibido siempre respetuosas muestras de consideración social, ha de resultarle muy duro verse de pronto miserable y siendo uno de tantos en el corazón de la *urbs* madrileña. Carmen soportaba valerosamente el amargo cambio sobrevenido en nuestra fortuna, y ella, la pulquérrima y aristocrática dama, supo envolver su cuerpo, acostumbrado á lujosos trajes, en uno modestísimo de percal, y con la sonrisa en los labios, encuadró su rostro en el clásico pañuelo de las mujeres del pueblo. No me ciega la pasión al juraros que jamás paseó por las empingorotadas y sucias callejas del suburbio mujer de mayor belleza ni de más señorial porte. De su peregrino rostro desprendíase algo que atajaba en boca de los obreros la chanza picante con que suelen obsequiar al paso á las de su igual; algo majestuoso brillaba en sus pupilas, tanto que nuestros convecinos, siempre que por su lado cruzaba, modificaban la dureza de su semblante, y haciéndola sitio, los hombres quitábanse en son de galantería las gorras, murmurando:

– Vaya usté con Dios, seña Carmen.

Al niño besuqueábanle las vecinas, y cuando algún rapaz se permitía con él alguna broma pesada, chicos y grandes todos le gritaban:

– Tú, grandullón, á ver si dejas en paz á Quinito.

Y en los bolsillos de la buena gente siempre había para el chiquitín castañas pilongas, galletas, avellanas ó cualquiera otra chuchería.

Obsequios estos que le conquistaron al niño el mote del *Señorito*, con que le confirmaron los otros muchachuelos de la vecindad, reconociéndole sin duda como de muy superior condición y criado en otra esfera social en un todo divorciada de la de ellos, llena de miseria y abandono.

Aunque quería hacerme fuerte en la lucha contra la adversidad, muchas veces apoderábase de mí el desaliento, y Carmen, entonces, estrechándome entre sus brazos, me decía al oído como susurro profético:

– Valor, Claudio mío; ya saldremos de esta situación.

Y al hacerle yo consideraciones acerca del cambio sufrido replicaba:

¡Qué importa si has dejado tu nombre libre de toda sospecha! Ten confianza en Dios. Quien en Él espera, es feliz.

Si le atajaba frases de tan evangélica conformidad, pintándole con tintas sombrías el cuadro de nuestro porvenir incierto y la ingratitud de que podíamos acusar á centenares de personas que en la opulencia nos rodeaban, adulándonos y ofreciéndosenos amigos del alma, mi mujer, con su rosada y diminuta mano, tapaba mi boca y me decía con sin igual gracejo:

– Sr. Claudio, esa es la vida y ya tienes edad para haber aprendido aquello de «Tanto vales...» Así es la vida: todos se arriman siempre á los árboles más frondosos, y cuando alguno cae á tierra todos huyen del caído y no queda nadie... Es decir, te quedo yo: nos queda nuestro ángel... Trabajaremos contentos por él... Mira, tú que tienes mucho talento, puedes hallar alguna ocupación honrosa; y yo... antes bordaba por gusto y aun decían mis amigas que hacía obras maestras: ahora bordaré para ganar dinero... Seré bordadora de oficio... En casa, hombre, por supuesto... No; no me lo prohibirás... Es una tontería el que te opongas: preocupaciones. ¿Crees que voy á admitir esos distingos?.. No: la mujer, cuando la familia anda mal, debe trabajar como el marido.

Yo callaba y sufría. Con el ansia del hambriento pretendía un destino, algo con que poder hacer frente al presupuesto de sagradas obligaciones... Y eso que Carmen, mi ministro de Hacienda, era un ángel que realizaba portentosos milagros de economía.

Después de dar muchos pasos en balde, logré entrar como corrector de pruebas en una de las más afamadas tipografías de la corte.

Había desvanecido algo la nebulosidad que envolvía el porvenir de aquella bendita mujer y de aquel hermoso hijo de mi alma.

II

La Nochebuena se pasó alegremente. Pude apreciar que los pobres saben sacar de las fiestas mejor partido que los poderosos. Y es que aderezan sus holgorios con una salsa que no tiene ninguno de los platos más exquisitos: la de la alegría.

La casa nuestra parecía trasunto del infierno dantesco: desde que el sol bañaba melancólicamente las pardas paredes del patio, hasta que la portera cerraba el portal, oíase sonar de panderetas, tarreñas, rabeles, zambombas, guitarras y tambores, cánticos no muy honestos, villancicos, coplas y estribillos; las tarariras insoportables de las familias alegres de cascos; el vocear de «¡Besugos, casi de balde!» de los vendedores callejeros que se colaban hasta el patio; el cacarear de gallos y gallinas y el repiqueteo de los almireces. Algún que otro Fulano regresaba á su domicilio más flojas las piernas y más pesada la cabeza que cuando salió al arroyo; pero su alegría anticipada costábale



RECUERDO DEL DÍA DE REYES, dibujo de A. Forestier

[illegible]

una gritería de la «parienta,» que protestaba con suma indignación de la poca vergüenza de su «hombre,» y éste á su vez gruñía cuatro malas razones, dichas con voz tartajosa. Ahí todo.

Si os dijese que en tal solemnidad no eché de menos las grandezas y regalo de las pasadas, pecaría de optimista, mayormente que el contraste no podía ser ni más brusco ni más pintoresco. Cubría nuestra mesita de pino un mantel limpísimo: tres platos de loza ordinaria, en cuyas concavidades humeaban los trozos de pescado: una ensalada y un puñado de nueces constituían el *menú*, amén de una botella de lo tinto. El jaleo bullicioso y el ensordecedor sonar de los clásicos instrumentos que tocaban los vecinos alegres, nos recordaban que aquella noche era la Nochebuena.

Cenamos alegremente y con mejor gana que cuando se sentaban á nuestra mesa gran número de comensales, y la vajilla brillaba como ascua de oro al recibir los destellos de centenares de bujías, y múltiples criados escanciaban el Champaña, el vino que mejor miente alegrías.

Ya acostado Joaquín, Carmen me preguntó:

– ¿A que no sabes lo que me ha dicho el niño esta tarde cuando tú estabas en la imprenta?

– Tú dirás.

– Pues me ha preguntado: «Mamá, los Reyes me traerán algo, ¿verdad?..» Y yo, dándole muchos besos, muchísimos, le dije que sí... Y como viera que se me saltaron las lágrimas, me preguntó: «Mamá, ¿por qué lloras?..» De alegría, hijo, de alegría, repliqué. – Y es que pensaba, Claudio, en los fastuosos regalos que los Reyes hacían antes á nuestro hijo.

– Y este año también los tendrá, más modestos, eso sí. Si es preciso, nos lo quitaremos de la boca para agenciárselos y...

– No es preciso, interrumpió Carmen bañándosele el rostro de una sonrisa de satisfacción. Ya había yo contado con los señores Reyes.

Y levantándose de su asiento, se dirigió hacia la cómoda, abrió uno de sus cajones, sacó una cajita y destapándola me la enseñó diciendo:

– Todos mis ahorros..., ¡una fortuna!.. Mira: cuatro duros y unas pesetas.

Y con infantil regocijo volcó sobre el mantel aquella fortuna.

– ¡Bendita seas!, fué lo único que supe decirle.

III

Recorrí todos los bazares en busca de juguetes: habíalos primorosos y de gran lujo, pero costaban tan caros y era tan exigua la cantidad que llevaba en el bolsillo, que, con cierto sonrojo, apartaba la vista de ellos para fijarlos en otros de más modesta factura.

«¡Cómo cambian los tiempos!,» pensaba viendo á mi lado que otros padres, seguidos de un criado, arrebataban para sus hijos las chucherías de mayor gusto, la última moda, porque los juguetes también siguen la moda.

También yo otros años en vísperas de Reyes abría mi cartera atiborrada de billetes y no reparaba en el coste, con tal de proporcionar una alegre sorpresa á mi hijo que soñaba despierto con aquellos magnánimos reyes de Oriente, tan queridos de la infancia, que bien puede considerarse desdichado el que no tuvo en la niñez una persona que hiciese buena la tan agradable conseja del milagro de hadas que en la noche del 5 de enero realizan todos los años en el mundo estos bíblicos personajes, depositando en el zapato, que como reclamo se coloca en balcones y ventanas, una dádiva que por lo regular conmueve al que la recibe.

¡Ay! Y mientras ajustaba unos juguetes que agotaron los únicos seis duros que llevaba en el bolsillo, sentí más que nunca el peso abrumador de mi pobreza.

Entré en casa llevando mis compras ocultas debajo de la capa, para que Joaquinito no se enterase.

El tema de la charla del niño toda la noche fué la de la misteriosa visita de los ansiados Reyes. Joaquín tenía gran fe en ellos.

– Papá, ¿me traerán lo que los otros años?.. Los chicos de la calle me han dicho que muchas veces no les echan nada, á pesar de que ponen sus zapatos en el corredor. Di, mamá, ¿has puesto tú mis zapatos?..

– Sí, mi vida; ahí fuera, en la ventana los tienes.

– ¡A ver! ¡A ver!

Y arrastró su silla hasta aquel sitio, y después de encaramarse y comprobar el aserto de su madre, nos preguntó como si una duda ó un recuerdo asaltase de improviso su imaginación infantil:

– Papás, ¿no importará que sean viejos los zapatos?..

– No, rico; los Reyes no se fijan en eso.

Le desnudó Carmen, le acostó, y después de darle un beso, que fué devuelto por el niño echándole los brazos al cuello, repitió la pregunta:

– Mamaíta, ¿me traerán algo los Reyes?..

– Sí, cielo mío, sí.

Seguramente que mi hijo aquella noche vió en sueños las siluetas de Melchor, Gaspar y Baltasar.

. . . .

Con la misma ansiedad con que un autor en noche de estreno espera para su obra el fallo del público, Carmen y yo esperábamos aquella mañana de Reyes el momento en que el *Señorito* fuese á ver lo que contenían sus zapatos.

Llegó ese momento. Quinito recogió con gran algazara los juguetes, y después de contemplarlos á su sabor, mirándonos tristemente á su madre y á mí, nos dijo como descorazonado:

– Papás, ¡qué pobres han venido los Reyes este año!..

Alejandro Larrubiera

AMOR DE CRIOLLA

NARRACIÓN PARAGUAYA

Dos años antes de que estallase la célebre guerra de la Triple Alianza, una bellísima paraguaya, perteneciente á una de las familias más distinguidas de la Asunción, fué á Buenos Aires en compañía de su padre, rico hacendado, quien tenía relaciones comerciales con un porteño (1) no menos rico que él, estanciero y hombre de muchos negocios, cuya firma se cotizaba muy bien en la plaza.

Tenía un hijo bastante apto para el comercio y lo había puesto al frente de su escritorio.

Era todo un gallardo mozo, educado en París, activo, trabajador y de una inteligencia muy clara.

Y como la hija del hacendado y comerciante paraguayo era toda una belleza criolla y ya hemos dicho que el hijo del negociante porteño era un apuesto joven, se parecieron el uno á la otra muy bien y no tardaron en quererse y en decírselo mutuamente.

Al poco tiempo de haberse visto eran novios, y los padres de ambos miraban bien aquellos amores, que fueron parte á que la hija del Paraguay influyera para que el autor de sus días permaneciera en la Argentina bastante tiempo más de lo que pensaba, pero llegó por fin el término de su permanencia en la ciudad de Alsina y de Belgrano.

Sus asuntos lo reclamaban en la Asunción, se hacía necesario el regreso á su país en plazo muy breve y hubo de marchar sin demora.

No hay para qué ponderar el disgusto que la separación les causara á los tiernos enamorados, que se adoraban con todo el fuego de sus corazones meridionales.

A él le parecía imposible la vida sin ella á su lado y á ella se le antojaba que iba á morir de angustia cuando no escuchase su acento y mirase sus ojos y sintiera de cerca estremecerse su pecho al repetirle todos los días el inmenso cariño que la tenía.

Pero fué muy preciso, tanto que por si no fuera bastante la causa que motivara el regreso, determinó la urgencia de éste una carta en la que de un modo bien terminante se le participaba al paraguayo que su ya enferma esposa se había empeorado hasta el punto de que inspirase serios cuidados.

. . . .

Estalló la terrible guerra, la guerra cruenta de la Triple Alianza.

El poderoso imperio del Brasil, la Argentina y el Uruguay se coligaron y le declararon al Paraguay la guerra. Cierto que asolaba á este heroico país un tirano de los más grandes que ha habido en América: el insaciable presidente López, pero de todos modos perdió la vida como un valiente al frente del enemigo en reñido combate.

En América podrá haber habido tiranos, pero ha sido siempre difícil, por no decir en absoluto imposible, hallar un cobarde.

No hemos de juzgar ahora seguramente quién tuvo la culpa de la guerra de la Triple Alianza.

El hecho fué que la guerra fué un hecho y que duró más tiempo del que pudiera creerse.

Ambos ejércitos se batieron con mucho denuedo: el aliado y el paraguayo. Todos eran americanos y tenían el alma muy bien templada.

Y no vaya á creerse que yo soy un adulador de los hijos de América. Les reconozco cuantos defectos tienen, porque los tienen; pero en medio de todos, poseen dos grandes virtudes; la de la generosidad y la del valor.

En los países de Europa no se encuentra, por lo común, tanta gente como en los de América que le dé tan poco valor á cuanto poseen, y constituya un hábito en ellos el ofrecer y el dar cuanto tienen.

¿Qué mucho que sean pródigos, siéndolo en todo, en verter abundantemente su sangre cuantas veces sea necesario?

La guerra de la Triple Alianza es una de las páginas más interesantes de la historia del Sud América, desconocida casi por completo en España y por completo para una mayoría inmensa.

El Paraguay resistió heroicamente. La suya fué una defensa épica, un poema sublime que gime todavía en un suspiro el viento que mueve las hojas de algunos sauces que tocan las aguas de los ríos paraguayos.

El Paraguay estaba de luto; sus hombres perecían en la guerra, se acabaron las alegrías y las fiestas; ya no se bailaba la gomba, y una gran parte de aquellas ideales mujeres que parecían surgidas del cielo para venir á completar la belleza de aquella tierra privilegiada, se hallaban mutiladas por el plomo enemigo.

Porque en el Paraguay no hubo una heroína, que como en otros países se distinguiera por su amor entrañable á la patria, su ardor bélico y su entusiasmo. Heridos ó muertos los hombres hábiles, descartados los niños y los ancianos, se batieron con gran valor las mujeres más jóvenes en masas compactas, formando batallones disciplinados y aguerridos, disputando realmente palmo á palmo y con bríos varoniles la tierra donde habían visto por vez primera la luz del día al enemigo común, á tres ejércitos regulares con jefes idóneos y bravos á la cabeza.

¡Qué espectáculo tan desolador, tan triste, el que presentaban aquellos campos tan hermosos, devastados y llenos por todas partes de las señales de una guerra tan encarnizada y tan larga!

Un bello rostro á lo mejor, de seductora paraguaya, pero rígido, con la palidez de la muerte, salpicado de la abundante sangre que brotaba de una ancha herida en la cabeza, se distinguía entre otros á la luz de la luna, á la misma que tantas veces en su patio criollo luciría aquellos ojos ahora apagados, ante el hombre á quien había entregado su corazón, muerto seguramente antes que ella en otro combate por el mismo amor, por la misma causa, por el mismo ideal: por la patria.

Entre aquellas mujeres, doblemente admirables y hermosas, se hallaba la gentil paraguaya que de tal modo cuativó al joven argentino hacía tan poco tiempo en Buenos Aires, y ¡terrible ley del destino!, enfrente de los suyos, atacándolos con saña espantosa, distinguiéndose por su pericia y su bizarría entre todos los jefes del numeroso ejército aliado, se hallaba el hombre á quien había levantado un altar en su pecho la hija de la Asunción, más interesante y más valerosa también.

Muertos en la lucha su padre y su hermano, sin madre, que había perdido hacía un año á su llegada de Buenos Aires, aquel ángel de la belleza y del combate peleaba con desesperación, con fiereza.

Había perdido su familia, y la guerra le ponía ante su corazón una muralla que le impedía enlazarse al hombre á quien amaba ella tanto. Ya lo hemos dicho: era el jefe más encarnizado y temible del ejército de la Triple Alianza, de todas las fuerzas que atacaban á su país.

Nadie ignoraba en él aquellos amores, y á pesar de la digna y sublime conducta de ella, empezaron los cabildeos: no faltó quien asegurase que debía vigilarse á aquella mujer, y lanzadas la sospecha y la duda, muy prontamente tomaron cuerpo; que la mala semilla fructifica en seguida, á diferencia de la buena, que tanto tiempo tarda en dar el fruto.

Y ella, patriota como ninguna, sufría horriblemente con intenso dolor que le destrozaba el alma, de manera imposible. Continuar ante aquella acusación que primero en la sombra y luego ya de frente la abrumaba, era algo superior á sus fuerzas, y decidió poner término á tan calumniosas sospechas.

«Dudáis de mí – les dijo á los principales jefes de las fuerzas de su querida patria – porque no me conocéis lo bastante, y seguramente tampoco habéis podido medir el alcance del sentimiento patriótico de una mujer criolla, á pesar de haber visto las muestras que de él hemos dado todas.

»Yo estoy dispuesta á daros la mayor prueba de mi inocencia y del amor extraordinario que siento por esta tierra del Paraguay, donde he nacido. Yo os voy á entregar al hombre á quien quiero con toda mi alma. El terrible jefe argentino Juancito González será vuestro antes de veinticuatro horas. Os lo afirmo, os lo juro.»

. . . .

Juancito González recibía una carta de la persona á quien más amaba en el mundo, y le daba una cita en lugar oculto por frondosos y corpulentos árboles

(1) Así se llama el hijo de Buenos Aires.

que cubrían el sendero. El sitio hallábase próximo al enemigo, pero Juancito no dudó. El deseo de ver y de hablar á su amada era superior á cuantos peligros hubieran de presentársele. Solo, sin más compañía que sus armas y su espíritu amante y esforzado, voló al lugar de la cita no bien hubo mediado la noche, pero allí no halló á nadie. Se bajó del caballo, sentóse á esperarla en una peña próxima á una larga fila de árboles y á poco rato se encontró sorprendido por un numeroso grupo enemigo, contra el que inútilmente se resistió. Poco tiempo después se oyó una descarga por aquellos alrededores, que recibió en el pecho y en la cabeza Juancito González.

El famoso jefe argentino, terror de los paraguayos, había dejado ya de existir.

. . . .

En las primeras horas de la mañana que sucedieron á aquella noche, se trabó sangriento combate entre las fuerzas de la Triple Alianza, que atacaron á las paraguayas con extraordinario denuedo, dispuestas á vengar la muerte del mejor de sus jefes que acababa de ser fusilado después de habérsele apresado en una emboscada dispuesta por una mujer.

Las tropas argentinas se disputaron el honor de ser las primeras en avanzar, arrollando en su empuje á los paraguayos, que se rehicieron á seguida peleando con el valor de la desesperación y la embriaguez de la sangre.

Las fuerzas de la Triple Alianza ante una acometida tan brusca hubieron de replegarse y preparar sus cañones para recibir con mayor resistencia á los paraguayos, á cuya cabeza iba arengándolos, fascinándolos de una manera extraordinaria, una mujer, tendido el cabello, inyectados los ojos en sangre, con una bandera del Paraguay en una mano y un revólver en otra, que disparaba continuamente, sembrando la muerte y el espanto á su alrededor y sin cuidarse del mortífero fuego de los cañones enemigos.

Hubo un momento en que la fuerza que la seguía se detuvo, casi deshecha por completo y viendo lo imposible que les era avanzar; pero aquella mujer siguió sola, sola y corriendo hacia el enemigo, hasta llegar á pocos pasos de ellos, cayendo atravesada por una lluvia de balazos, asida fuertemente á la enseña de su país.

Era la amada del jefe argentino Juancito González, la que no habiendo podido desposarse con él en vida lo buscaba en la muerte, para habitar en el mismo mundo y ver si allí, ante Dios, se unían sus almas en el cielo, como lo habían estado en la tierra.

P. SAÑUDO AUTRÁN



ISLAS FILIPINAS. – VENDEDORAS DE CACAO EN PASAY, MANILA (de fotografía de D. Félix Laureano)

NUESTROS GRABADOS

Florecilla campestre, escultura de Miguel Blay. Pocos artistas han sabido sentir é interpretar la poesía de los campos como nuestro paisano Sr. Blay: nacido y criado en nuestra alta montaña, en continuo contacto con la hermosa natura-



ISLAS FILIPINAS. – MOJIGANGA DE UNA CORRIDA DE TOROS EN ILO-ILO (de fotografía de D. Félix Laureano)



POR CUESTIÓN DE NOVIO, CUADRO



E. DE BLAAS, GRABADO POR RICARDO BONG

leza de la zona pirenaica, ni sus estudios, ni sus viajes, ni su residencia en la capital de Francia han podido borrar de su alma las primeras impresiones de su niñez ni las puras inspiraciones que recibiera en su país natal. Y dondequiera que se encuentre, mientras modela el barro que entre sus manos ha de cobrar vida, tiene el pensamiento fijo en su patria, en el recuerdo de ésta se recrea, y sus dedos, guiados por tales sentimientos, imprimen en la obra que ejecuta todas esas delicadezas de que su corazón rebosa. *Florecilla campestre* es una verdadera joya, de una belleza que ha de cautivar á los más profanos en materia de artes plásticas: su perfección se admira con sólo sentirla, y se siente solamente viéndola. El busto, que reproducimos de una fotografía que nos ha remitido D. Juan Bautista Camós, á quien damos las más expresivas gracias, fué ofrecido por su autor para un certamen celebrado hace algún tiempo en Olot, patria de Blay, y fué adjudicado al laureado poeta de Palamós D. Francisco de A. Marull.



NIÑO ROMANO,
escultura de Francisco Viciano

Niño romano, escultura de Francisco Viciano. – Recientemente y en distintas ocasiones hemos reproducido en las páginas de esta revista varias obras del malogrado escultor valenciano D. Francisco Viciano, fallecido al poco tiempo de haber regresado á su patria, abatido por la terrible dolencia que contrajo en la Ciudad Eterna.

Hoy damos cabida á una copia de otro de sus interesantes estudios, en el que pueden apreciarse las envidiables cualidades que atesoraba el inspirado autor de la famosa estatua de Séneca, que avaloradas con el estudio hubieran convertido á Viciano en artista distinguidísimo, honra y orgullo del arte patrio.



MLLE. FERNANDA LOREY,
célebre amazona francesa

Fernanda Lorey.—La célebre amazona parisiense que actualmente hace las delicias del público berlinés es la mejor discípula de la famosa baronesa Camila de Valberg, con lo cual queda hecho su mayor elogio. De expresivo rostro y hermosa presencia, realza sus gracias naturales una elegancia que hace de ella el tipo de la verdadera amazona tantas veces dibujado por el gran artista francés Grevin. Los trajes que con predilección usa son el de montar propiamente dicho y el de bolera; por el retrato que en esta página publicamos puede verse cuán bien le sienta este último. Siente verdadera pasión por todos los deportes en general y por la equitación en particular, y conduce con sin igual maestría los caballos *Otelo* y *Excelsior*, que fueron de su profesora y que adquirió de ésta por 18.000 francos, haciéndoles ejecutar las suertes más variadas y difíciles y teniéndoles siempre sumisos á sus menores indicaciones. Es, en suma, una estrella en el arte hípico que ha conquistado en todas partes ruidosos triunfos.

*

Recuerdo del día de Reyes, dibujo de A. Forestier.—¿Quién no ha sido actor primero, testigo después de ese espectáculo alegre que ofrece la gente menuda en la mañana del día de Reyes? ¿Quién no ha gozado del placer de contemplar las explosiones de júbilo á que se entregan los chiquillos al abrir los balcones y encontrarse llenos de juguetes y golosinas los cestos colocados á prevención la noche antes para que en ellos depositaran los monarcas de Oriente sus regios dones? Pues todos los que tal goce han sentido, todos los que de aquella alegría han disfrutado apreciarán sin el menor esfuerzo la verdad con que el dibujante inglés A. Forestier ha interpretado en el dibujo que reproducimos en la página 37 la escena que todos hemos presenciado.

*

Islas Filipinas.—Continuando la serie de vistas que venimos publicando para dar completa idea de los tipos, costumbres y lugares del archipiélago filipino, reproducimos de fotografías de D. Félix Laureano las dos que van en la página 39, y que representan un grupo de vendedoras de cacao y una mojiganga de una corrida de toros en Ilo-Ilo. Lo que en números anteriores hemos dicho acerca de las mujeres filipinas y de la afición á los toros que existe en algunos puntos de aquellas islas, especialmente en Ilo-Ilo, en donde se ha levantado un circo taurino, hacen inútiles las descripciones especiales que pudiéramos hacer de estos dos grabados.

* *

Por cuestión de novio, cuadro de E. de Blaas. – Esta pintura del célebre artista italiano, de cuyas obras tantas veces nos hemos ocupado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, es de un realismo de buena ley por todo extremo admirable. Analícense una por una las figuras que en él entran, y en todas ellas se verá la naturalidad más asombrosa; la que con el brazo en jarras llena de improperios á su rival, la que mientras retuerce el mojado lienzo hace coro á su compañera, la que cruzada de brazos desafía á la que la amenaza y con su actitud y su sonrisa provocativa parece decirle «¡á que no te atreves!,» y las que con más curiosidad que interés presencian la disputa, están arrancadas de la realidad, y á pesar de la crudeza del asunto, á pesar de ser un lienzo verdaderamente zolanesco, nada hay en ninguna de aquéllas ni en todo el cuadro que no pueda satisfacer á los menos amantes de la pintura realista, nada que pueda ofender á los más fervientes adoradores del idealismo.

* * *

Luis Felipe, duque de Braganza.—El príncipe heredero de Portugal, cuyo retrato publicamos en esta página, nació en Lisboa en 21 de marzo de 1887. Como primogénito de Carlos I está llamado á ceñir la corona de la noble nación portuguesa. Además del título de duque de Braganza ostenta el de duque de Sajonia y es caballero de la orden española del Toisón de Oro.

MISCELANEA

BARCELONA. – *Salón Parés.* – Agradable impresión produce la exposición femenina de obras de arte organizada en el Salón Parés, tal es su número y las cualidades que la mayoría de ellas revelan en sus autoras. Acertada y plausible ha sido tal manifestación, puesto que al servir de estímulo para aquellas que se dedican al cultivo del arte, nos coloca en condiciones de apreciar los méritos que concurren en algunas expositoras, muy dignos de tenerse en cuenta si recordamos las dificultades con que ha de luchar la mujer para dedicarse á determinados estudios. No ha de estimarse como una novedad la manifestación femenina, pues por fortuna ha contado siempre nuestra ciudad con discretísimas é inteligentes pintoras. Desde el año de 1803, en que se celebró en la Casa Lonja una exposición de Bellas Artes, han figurado en todos los certámenes obras debidas á distinguidas señoritas. Los nombres de Montserrat Fivaller, Josefa Paternó, Anita Arxer y Eulalia Cabanes significan el de otras tantas artistas de mérito, ilustres precursoras de la pléyade que constituye un núcleo importante en nuestra ciudad, á cuya ilustración se deberán en lo porvenir provechosos resultados, traducidos en la mayor cultura y en la depuración del buen gusto.

Difícil es estudiar todas y cada una de las producciones expuestas, tal es la variedad de géneros y su armónica relación. Sin embargo, destácanse en primer término las medias figuras de doña Visitación Ubach, pintadas con singular delicadeza y con aliento de verdadera artista, así como las primorosas reproducciones del famoso frontal de San Jorge, y las franjas de ornamentos sacerdotales, obra de doña Juana Soler, y las que á su vez exhibe la profesora Sra. Coranty de Guasch, premiada ya en varias exposiciones y cuyas especiales aptitudes hállanse de manifiesto en sus proyectos de tapices y blondas. Las flores tienen cumplida representación en los lienzos de la notable pintora doña Antonia Ferreras, Egozcue, Vacarisas, Mirabent, Lomelino, Domenech y Gallifa, siendo muy recomendables las bellísimas acuarelas de la Srta. Texidor, el jarrito de la Srta. Garnelo, las cabezas de estudio de las Srtas. Martí y de la Srta. Castanys, los paisajes de doña Pilar España y de doña Anita Riviere, las flores pintadas sobre papel de la Srta. María Luisa Güell, revistiendo no menor interés las flores pintadas á la acuarela ó embelleciendo artísticos platos por las Srtas. Riva, Cases, Compte, Nohr, Garí, Valls, Pinto, Marchano, Caze, Monjo, Escarrá, Mehren, Nadal, Borrell, Bocquet y Arimany. La pintura de bodegones hállase representada por los cuadros de doña Teresa Costa, Virginia Angulo, Pilar Serra y Pilar Noguera. Interés ofrecen también las producciones de las Srtas. Tomás y Salvany, Gosch, Enrich, Ferrer, Palacios, Arnal, Bultó, Capdevila, Fors, Geli, Auger, Pujal, Boada, Pilar Seva, Julia Puiggarí, Botey, Domenech, Cruixent, Satrústegui, y los retratos obra de las Srtas. Juliá, Sicars, Camps, Vinardell, Cusachs, Ulsamer y de la Sra. marquesa de Santa Isabel.

Brillante resulta el aspecto de la exposición, mereciendo aplauso su organizador, extensivo á las artistas que han logrado formarla aportando producciones que tanto honran á nuestra ciudad, ya que ponen de manifiesto la ilustración, la cultura y las aptitudes de las damas y señoritas que constituyen su más preciado encanto.



LUIS FELIPE,
duque de Braganza, príncipe heredero de Portugal

Teatros.—*Madrid.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *La fiera*, drama en tres actos del Sr. Pérez Galdós, muy bien escrito y de argumento interesante, más propio de la novela del género de *Episodios Nacionales* que del teatro, y *Los gansos del Capitolio*, comedia en tres actos, arreglo de la obra alemana *El rapto de las sabinas*, muy bien hecho por los señores Mario (hijo) y Santoval; en Novedades *Los degenerados*, interesante drama en tres actos de D. Tomás Maestre, escrito en hermosos versos y abundante en bellísimos pensamientos; en Lara *El Sr. Tromboni*, arreglo también de *El rapto de las sabinas*, en dos actos, de D. Pedro Fernández, nombre que se cree es seudónimo tras el cual se oculta un conocido autor dramático; en la Zarzuela *Los bandidos*, chistosa pieza cómico-lírica en un acto de los Sres. Lucio y Arniches, con muy bonita música del maestro Torregrossa; en Apolo *La banda de cornetas*, graciosa zarzuela en un acto del Sr. Arniches, con música del Sr. Torregrossa, y en Eslava *Sombras chinescas*, revista de los Sres. Paso y García, con música de los Sres. Valverde (hijo) y Torregrossa.

Necrología.—Han fallecido:

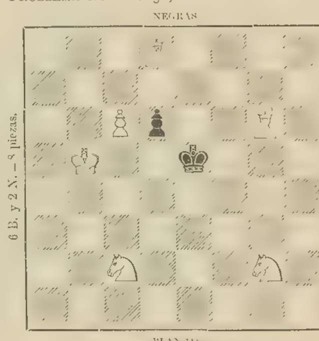
D. Juan Seriñá, teniente general del ejército español, capitán general de Aragón.

D. Venancio González, uno de los prohombres del partido liberal español, ministro varias veces de Gobernación y de Hacienda.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 52, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



6 B. y 2 N. — 8 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 51, POR J. PALUZÍE

Blancas.	Negras.
1. T 6 D	1. Cualquiera.
2. P 8 A (C) ó D ó C mate.	



Alain, al decir esto, señalaba al mar

LA ONDINA DE BRETAÑA

Novela por Pedro Maél. – Ilustraciones de Vicente Cutanda

PARTE PRIMERA

COMO LA NATURALEZA

– Padre Alain, ¿qué hay de nuevo?

Esta frase lanzada al viento fué inmediatamente seguida de una carcajada; carcajada de muchacha, fresca y sonora, que halló eco en la vecina arboleda.

Una voz de hombre, de anciano, respondió:

– ¡Oh! ¡Mucho tenemos hoy de nuevo, señorita Lena! ¡Y usted misma puede verlo igual que yo!..

El padre Alain, al decir esto, señalaba al mar.

Un viejo alto y encorvado por la edad, un antiguo marinero que había visto pasar sus años al impulso de las ráfagas saladas, pero que conservaba aún todos sus cabellos y todos sus dientes, tal era el padre Alain. Tenía ya setenta inviernos, y si su cuerpo se inclinaba no era sólo bajo el peso de la edad. Era más bien la lucha de los remos ó de la caña del timón contra la oleada lo que había doblado hacia adelante aquel dorso hercúleo. Sus manos callosas y flacas, cuya piel era tan dura como el cuero, habían hecho en otro tiempo rodar las bombas llenas de metralla, manejado el hacha de abordaje y encendido las teas de las guerras del comienzo del siglo. Grumete en Navarino, Alain Le Gadek fué artillero de marina en Tánger y en San Juan de Ulloa y cabo de cañón en el Báltico. Había bombardeado á Bomarsund, siendo aquél su último hecho de armas. Retiróse luego á la costa, ostentando en su pecho la medalla militar y consagrándose largos años á los sublimes esfuerzos que exigen los salvamentos marítimos.

Pero ya no iba al mar más que por su recreo; el resto de su tiempo lo pasaba en los bosques de la costa, en los alrededores de Saint-Gildas. Filósofo, algo misántropo, Alain no había nunca conocido las alegrías ni los cuidados de la familia. A veces esta misma soledad era lo que le hacía inclinar hacia el suelo su cabeza. Pero la levantaba rápidamente; pues los recuerdos tristes, superfluos en toda edad, se hacen importunos á los setenta años. No se puede ser abuelo sin haber sido padre, ni padre sin haber sido marido, y era bien cierto que Alain no había seguido el camino necesario para esto.

Su compañera en aquel instante era una jovencita de unos diez y seis años, ni siquiera los tenía, Magdalena Hevin de Kéroulaz huérfana del conde Hervé Hevin de Kéroulaz y de su esposa la condesa de Arzel; se llamaba *Maddalen* en lengua céltica, nombre que las gentes del país reducían familiarmente á las dos graciosas sílabas de *Lena*, dulces como las brisas del golfo en los días de invierno.

Era el mes de febrero. La verde inmensidad mostraba en reposo su superficie. Las brumas que suelen velarla desgarrábanse dejando ver el pálido azul de los firmamentos de Armor. A lo lejos, hasta perderse de vista, la orilla terrestre prolongaba su franja de arena dorada, ceñida de rosales silvestres, detrás de los cuales comenzaban las ondulaciones del paisaje con sus riachuelos y sus valles, sus grupos de nudosas encinas bajas y ventrudas, sus mimbreras semejantes á cabelleras en desorden, sus bosquecillos aisla-

dos, llenos de aleteos y de agudos gritos de grajos, cuervos y maricas.

Por el lado opuesto de la pequeña península mostraba sus *villas* Saint-Gildas, pobre y mezquina estación balnearia donde, felizmente para las salvajes bellezas de Bretaña, sólo á los viajeros de alguna imaginación puede ocurrírseles ir. Detrás seguía extendiéndose la campiña bretona, esa especie de estepa heroica donde no hay un eco que no haya repetido hechos maravillosos y nombres históricos, desde los *men-hir* de la época druídica hasta las ruinas sombrías de Sucinio y de la abadía que ha conservado el recuerdo de Abelardo.

En este cuadro grandioso Lena aparecía como una hada, con toda la gracia de su juventud y todas las seducciones de una hermosura inconsciente que prometía la más radiante expansión.

Alta y esbelta, aún no del todo formada, tenía, sin embargo, la perfección del rostro más adorable, y al mismo tiempo malicioso y cándido, que un artista ó un poeta hubiera podido soñar. Sus ojos, de un negro aterciopelado, profundo como las tinieblas de las grutas del Aber Vraeh, hacían resaltar la blancura de su cutis. Era éste de un blanco mate, un cutis de judía ó de andaluza, sobre el cual los cabellos de color castaño claro esparcían una sombra semejante á esa sombra del follaje que tamiza en pleno estío los rayos del sol.

Pero en la picaresca expresión de sus pupilas leíase la fresca y perfumada ignorancia de los primeros años. Lena, ciertamente, sabía que era bella. ¿Hay mujer que no conozca su belleza? Mas no sabía aún exactamente para qué puede servirle á una mujer su hermosura. Si Lena era coqueta lo era por instinto, y la alegría, la animación y la vivacidad propias de sus años sobreponíanse en ella á las seducciones conscientes y estudiadas de su sexo.

Magdalena de Kéroulaz era huérfana de padre y madre. Había perdido á su madre hacía diez años; su padre el conde Hervé acababa de morir apenas hacía diez meses, á consecuencia de una herida recibida en Champigny, donde se había batido como capitán á la cabeza de los movilizados del Morbihán.

La educación de Lena era muy incompleta.

Sólo había sido cuidada por una vieja institutriz inglesa, Gwendolina Hotspur, á quien la niña en su afectuosa familiaridad llamaba simplemente *Gwen*. El apellido y el nombre de la digna inglesa eran ambos heroicos, pero no lo era su persona. Nunca una hija de la rubia Albión había realizado más escrupulosamente el tipo de sequedad angulosa que transforma en caricaturas tantas fisonomías británicas.

Miss Gwen era católica, y buena católica, hasta rigorista, de un rigorismo exagerado que hubiera dejado atrás al de la más severa puritana.

Hallábase dotada de buenos sentimientos, á veces obscurecidos por una excesiva rigidez. Abrochada siempre hasta la barbilla, cubierta la cabeza de una cofia que hubiera causado envidia á la más caracterizada fundadora del «ejército salutista,» no cesaba un momento de reprender á Lena por su descuido en el vestir, pues ésta corría por los matorrales con el cuello al aire, los cabellos sueltos y las mangas recogidas hasta el codo. Así es que había un continuo conflicto entre la joven y su institutriz. Espontánea en sus afectos y en sus cóleras, Lena incomodábase algunas veces hasta el extremo de responder á su institutriz: «¡Vamos, Gwen, acabemos! No nos entenderemos nunca; lo que está usted diciendo no tiene sentido común.»

La buena Gwen no se enfadaba al oir una de esas salidas. Estaba acostumbrada ya desde hacía mucho tiempo á ver á su Lenita volver á ella con los labios sonrosados llenos de besos. Tenía que perdonar aquellas arriesgadas escapatorias á que se entregaba su discípula en pleno bosque, ó por la costa, donde la mayor distracción de Magdalena consistía en conversar con su viejo amigo el padre Alain Le Gadek.

El día en que vemos por primera vez á la señorita de Kéroulaz hallábase ésta en flagrante infracción de las prescripciones pedagógicas. Había dejado desde las siete de la mañana á miss Hotspur, abandonando las sombrías murallas del castillo de Ely para correr por los campos. ¿No sabía, por ventura, la joven desde hacía varios días, gracias á las noticias de Alain, que iba á ver *algo nuevo* en el golfo del Morbihán?

Acababa precisamente de encontrar al antiguo artillero de marina absorto en la contemplación del mar con sus ojos desmesuradamente abiertos.

El espectáculo que atraía la mirada de Alain era, en efecto, digno de verse.

Todo el golfo del Morbihán iba saliendo poco á poco de entre las brumas. Sus pequeñas é innumerables penínsulas se destacaban semejantes á los dedos de una mano gigantesca que la tierra hubiese extendido sobre el mar.

El agua entre ellas jugaba clara y límpida y en sus lánguidos movimientos parecía cubrir de temblorosas caricias la arena dorada de aquellas penínsulas sonrientes.

A la izquierda, hacia el Mediodía, abríase la entrada de la Crique, en forma de estuario, por la cual la marea penetra en el continente llegando hasta sus cimientos.

No era por gozar una vez más de aquel golpe de vista admirable, que podía contemplar á todas horas, por lo que Lena se fué del castillo aquella mañana.

La novedad anunciada, prometida por Alain, ofrecíase á sus ojos.

En el mar, á una distancia de dos millas, á la entrada misma del golfo, llamaron la atención de Lena y de su viejo compañero un raro silbido, unos pelotones de humo blanco que, después de elevarse compactos y espesos, volaban disipándose en el espacio, y un resoplido afanoso, acompañado de un ruido ronco de máquinas, cuyas entrañas de hierro se movían.

Por la superficie plácida, apenas ondulante, avanzaban unas manchas largas y negras que iban poco á poco, aunque visiblemente, aproximándose á la costa.

-¡Oh, ya comprendo!, exclamó Elena batiendo las palmas. ¡Son los torpederos de que hablaba ayer mi primo Pedro! ¡Qué ganas tengo de verlos!

Y uniendo la acción á la palabra se dejó deslizar por su propio peso, con los pies hacia delante, por el declive de la duna, y vióse en un abrir y cerrar de ojos al borde mismo de la rada.

El viejo Alain la siguió, pero con menos viveza.

Cuando Lena se encontró cerca de él, rozando el agua con las puntas de sus botas, colgóse de uno de los hombros del anciano como un niño mimado que acariciase á su abuelo.

-¡Qué barcos tan raros! ¿Verdad, padre Alain?.. ¿Cómo son por dentro?

El viejo meneó su cabeza.

-Eso, señorita Lena, no hay que preguntármelo á mí, pues en mi tiempo no había semejantes cacerolas. Yo soy de antes del vapor. He navegado, es cierto, en navíos de tres puentes que lo usaban; pero si he de decir la verdad, nunca he comprendido lo que son esos asadores. En mi tiempo se largaban, se rizaban y se cargaban velas, y había que esperar un viento favorable para poder marchar. Hoy para ser marinero hay que ser casi un pez. Nosotros bogábamos sobre el agua; los de ahora van dentro de ella, y es probable que los de mañana naveguen por debajo del mar.

Lena lanzó un profundo suspiro, y dijo retorciendo sus dedos, contrariada:

-¡Oh! ¡Qué fastidio que no sepa usted nada de eso! ¿A quién quiere usted que yo se lo pregunte? ¡No he de ir á preguntárselo á Gwen!

-No la aconsejaré á usted sobre eso. Es para mí cuestión... delicada, tanto más, cuanto que la señorita Hotspur (Le Gadek pronunciaba *Osbour)* no me mira de buena manera. Sin embargo, en su caso de usted, á fe de Gadek, iría á que me lo explicase quien yo supiera que podía hacerlo mejor; eso es lo que yo digo.

Lena, dándole unos golpecitos en el hombro por sus excesivas reticencias, exclamó:

-¿Qué quiere usted decir, padre Alain? ¿Habla usted todavía peor el francés que esa pobre Gwen, que lleva ya quince años en Francia?

El viejo artillero de marina se echó á reir á rienda suelta.

-Quiero decir, señorita Lena, que cuando se tiene como usted dos primos, uno capitán de fragata y el otro teniente de navío, se debe ir á preguntarles á ellos esas cosas, en lugar de preguntárselas á un viejo tiburón arrojado á la costa, como soy yo, al fin y al cabo.

El consejo no le satisfizo á Magdalena.

-¿Cree usted que lo que me aconseja es fácil? Mi tutor cuando le hablo ni siquiera me escucha, y Pablo nunca está aquí.

Al salir de sus labios este nombre, el hermoso rostro de Lena tomó una expresión más sentida, y la joven, desenojándose y con una sonrisa, preguntó al anciano, apoyando la frente sobre su hombro:

-A propósito, padre Alain, ¿verdad que es guapo mi primo Pablo?

Le Gadek asintió á ello sin la menor dificultad.

-Seguramente, no se puede decir lo contrario. Pero yo..., ¡qué quiere usted, señorita Lena!, á mí me parece mejor el otro.

Lena se apresuró á decir en tono de protesta:

-¿Quién? ¿Mi tutor? ¡Vaya un gusto! ¿Acaso porque es más fuerte, porque tiene los hombros anchos como una verga, es por lo que le encuentra usted más guapo? Quiero mucho á mi primo Pedro, mas prefiero á mi primo Pablo.

Y Lena abandonábase á la expansión de sus sentimientos juveniles.

-Es alto, delgado; sus manos y sus pies son pequeños. ¡Y si supiera usted, padre Alain!, canta, tiene una voz clara y profunda que suena como el órgano de la iglesia... ¡Y canta cosas tan bonitas!, *aires* de ópera. Sí, se lo aseguro á usted, quiero mucho á mi primo Pablo..., pero va á marcharse...

-¡Oh!, murmuró Le Gadek con una expresión grave. ¿Se va á embarcar?

-Sí, se embarca..., creo que por dos años...

El viejo marinero volvió la cabeza al oirlo.

Después dijo lentamente, reprimiendo un suspiro:

-¡Qué quiere usted, señorita! Es la ley; todos á ella tienen que someterse. No es uno marino para estar calentándose los pies al fuego de la chimenea... También su hermano D. Pedro, su tutor de usted, tuvo que pasar en el mar el tiempo reglamentario. Ahora le toca estar en la costa, lo que no le impide ir haciendo su carrera... Lo han colocado en... ¿Cómo se llama eso?..

-En la defensa móvil.

Sí, así se llama; la defensa móvil. Son palabras con las cuales no estoy familiarizado. En mi tiempo no se decía así... Pero es lástima que los separen á los dos hermanos. ¡Estaban tan bien juntos! El mayor era el jefe del menor... ¡Apostaría á que entre esos tres barcos está el de D. Pablo!..

Y se volvió hacia el mar.

Lena cogió una piedra delgada, un despojo de una roca olvidado por las olas al pie de la duna, redondeado y pulimentado por los besos de los siglos; designó uno de los barcos negros que se movían como monstruosos cetáceos á unos doce cables de la orilla y gritó:

-¡Justo! ¡Aquél es su barco! ¡El número 18! ¡Allí está! El último, á la cola... Siga usted con la vista esta piedra...

Y con la destreza de quien no hubiera hecho otra cosa en toda su vida, lanzó la piedra redonda y aplastada en dirección al torpedero. La piedra silbó hendiendo el aire, tocó la cresta de una ola, á unos veinte metros de la playa, y dando un rebote que la hizo recorrer un trayecto de casi la mitad del que había andado, describió una tercera parábola de cinco ó seis metros, y por fin, después de varios saltos fué á hundirse en el verde golfo, á unos sesenta pasos de la costa.

-¡Diablo, señorita!, exclamó Le Gadek riendo. ¡No se le escaparía á usted un mallón en el aire!

Lena se rió también.

-Tengo que distraerme en algo. ¡Como que es divertido pasar la vida en compañía de Gwen! ¡Oh, qué suerte tienen los hombres!, pueden hacer todo lo que quieren...

Oyóse de pronto un sonido vibrante y claro que se elevaba tras de los dos interlocutores. Magdalena contó las nueve.

-¡Oh, las nueve!, dijo. Dan en el campanario de Sarzeau. El viento vuelve á inclinarse al Este; el buen tiempo va á continuar.

De nuevo se disipó su alegría.

-¡Oh, ya es hora de almorzar en el castillo! ¡Mi primo Pedro sí que va á incomodarse!.. Hay veinte minutos de camino de aquí á Ely. ¡Puedo llegar si corro!

Y cubriendo su cabeza con la capucha de lana blanca que solía servirle para sus escapatorias, echó á correr por el camino que conduce á Ely.

Pero apenas había andado cien pasos cuando se detuvo.

Un silbido que salió de los torpederos la hizo mirar hacia atrás.

Era justamente el de su primo Pablo el que había dado aquel silbido avanzando derecho y á todo vapor hacia tierra.

Lena, cautivada por tal espectáculo, esperó para ver mejor la evolución.

Toda la flotilla de los tres barcos obedeció á la señal, que era una orden.

Semejantes á delfines que van respirando sobre el agua, marchaban formados en línea hacia la costa.

Al verlos, lanzados en su veloz carrera, hubiérase jurado que no había freno bastante poderoso para contener á tiempo su impulso é impedir á los torpederos que fueran á encallar ó á destrozarse sobre la playa de arena.

Iban saltando sobre el mar con avances formidables y bruscos, por medio de golpes de hélice que parecían coletazos de peces enormes, rompiendo la superficie del agua con su hocico prolongado, cuyos tubos lanzatorpedos simulaban bastante bien grandes ojos redondos, y cortándola con su afilada proa vertical, á cuyos lados el agua refluía en breves oleadas que lamían de proa á popa la férrea curva del casco.

Pero el 18 se había puesto á la cabeza, avanzando con rapidez prodigiosa.

Un penacho de humo adornaba incesantemente su

chimenea; parecía que el barco destructor se gozaba en lanzar pelotones de humo á los aires.

En el profundo silencio de la bahía oíase sólo el ruido de aquellas respiraciones anhelosas. Los pulmones de hierro exhalaban roncos suspiros y temblaba la arboladura, agitada por la trepidación del vapor.

Eran verdaderos monstruos aquellos torpederos, pero monstruos que el genio del hombre había hecho aún más crueles que los nacidos en el seno de la naturaleza.

Lena, que se había olvidado de todo, contemplábalos con estupor y admiración.

No porque encontrase en ellos la joven bellezas comparables á la del magnífico paisaje que los rodeaba, sino porque, entusiasta de la grandeza y de la fuerza, sentía acaso en su alma de bretona algo del alma universal de esos seres de hierro, inertes por sí mismos, vivos por la voluntad del hombre.

La hora del almuerzo pasaba mientras Lena abandonábase de aquel modo á la contemplación.

De pronto el 18 retrocedió y echó el ancla.

Sus dos compañeros desaparecieron tras de un cabo cubierto de árboles.

Magdalena, saliendo de su contemplación, pensó en el tiempo perdido, en su primo Pedro que iba á reñirla, en miss Gwendolina Hotspur y en los lamentos á que ésta iba á entregarse.

Sintió algo así como un remordimiento y apretó el paso.

Mas estaba escrito que llegaría tarde.

Al doblar la extremidad de un bosquecillo que surgía de una especie de valle muy estrecho, una voz robusta y vibrante le gritó:

– ¡Oh, oh! ¿Qué es eso, ondina? ¿Así es como estudias?

Lena, estremeciéndose, se paró temerosa. Trató de ver quién le hablaba.

Un hombre salió de la espesura y se acercó á ella, tendiéndole sus manos con una sonrisa.

– ¡Oh! ¡Es mi primo!, exclamó Lena. ¡Qué miedo he sentido!

Su voz tuvo una inflexión tan dulce y tan suave en la emisión de aquel tierno reproche, que el recién llegado, atrayéndola hacia sí conmovido, la besó en la frente.

– ¿Te he asustado, primita mía? ¿Es posible eso?

– Sí, hay veces..., murmuró Lena ruborosa, bajando los ojos.

Pablo de Guenezán, pues él era, dijo entonces:

– ¿De modo que soy solo yo quien goza de ese privilegio?.. Mejor quisiera dejárselo á tu tutor.

– También mi tutor me asusta algunas veces... Pero no me hace el mismo efecto.

Si Pablo de Guenezán no hubiera sido en esta materia un aturdido, como su hermano Pedro le llamaba, hubiese prestado alguna atención á las palabras de su prima y sobre todo á la manera con que ésta las había pronunciado.

Pero tenía veintiséis años; había sido nombrado comandante del torpedero 18 un año después de obtener el grado, y loco de alegría con su rápido ascenso, más joven aún por su carácter que por su edad, no se cuidaba de las cosas del corazón, ni comprendía aún sus misterios.

Su conversación con Magdalena volvió á caer en esas trivialidades que pueden igualmente hablar una joven de diez y seis años inconsciente de sus sentimientos y un hombre de diez años más y que sólo ve en ella una niña muy crecida.

Verdad es que desde que ésta vivía con su tutor el comandante Pedro de Guenezán era cuando la habían vestido de largo.

Pablo, que la había visto por primera vez hacía siete ú ocho años, no daba grande importancia á la charla infantil de Lena, intercalada de reflexiones profundas.

– En fin, exclamó, siguiendo en su tono alegre, te vuelvo á encontrar vagueando. ¿Qué va á decir la pobre miss Gwendolina?

Magdalena se encogió de hombros.

– Que diga Gwen lo que quiera. Me tiene sin cuidado.

Al oir esto, la hilaridad de Pablo subió de punto.

– ¡Gwen! ¿Así sencillamente? ¿Y el debido respeto, Lena?

– ¿El respeto? No es faltarle al respeto el no llamarla miss. Además es una inglesa. ¿Qué perjuicio le hago?

Seguramente no era esta una razón muy poderosa. A Pablo le interesó ya la conversación.

– Veo que eres una muchacha impertérrita. Pero, dime, ¿por qué no me llamas á mí Pablo á secas?



Lena, cautivada por tal espectáculo, esperó para ver mejor la evolución

Lena se puso colorada y se bajó á coger del suelo una flor.

Su voz se ahogó un poco al contestar:

– Porque... encuentro más cómodo el decir «primo mío.»

– Bien; pero entonces, prosiguió Pablo, creyendo ponerla en un apuro, ¿por qué no llamas también «primo mío» á Pedro?

Lena comprendió que Pablo estaba de broma.

Como ya era una mujer, tuvo la repentina intuición de superioridad en este juego y le miró resuelta, sin que la malicia de su sonrisa atenuase la dulzura de su mirada.

– Porque, primo mío, encuentro más cómodo el decir «mi tutor.»

– ¡Ah!, continuó Pablo. ¿Y si fuera yo tu tutor?

La verdad es que Lena no había nunca pensado en esto, y la hipótesis le pareció á primera vista tan absurda, tan extravagante, que se echó á reir á carcajadas.

– ¡Oh! ¿Usted mi tutor?

Pronunció el «usted» en un tono tan particular, estaba aquel «usted» tan cercano del *tú*, que ningún psicólogo hubiese podido distinguir los delicados matices del sentimiento que envolvía.

Mas brotó de él no sé qué secreta y sutil influencia, que fué de pronto á despertar el corazón y el espíritu de Pablo de Guenezán.

Tan inocente éste como la joven con quien conversaba puerilmente sobre las cosas más serias, sintió una especie de estremecimiento para él desconocido, estremecimiento delicioso que penetró en sus fibras más recónditas.

Hasta hubo un instante en que aquello le alarmó, abriendo á la luz sus ojos. Tuvo miedo de aquel candor pérfido, de aquella embriagadora frescura primaveral, de aquella seducción que lo atraía y lo cautivaba.

Comprendió de pronto que en aquella hermosa joven llena de promesas había una mujer, de la cual, ¡oh ignorante!, ni había sospechado la existencia.

¡Ignorante!, sí. Este era el epíteto que merecía. ¿Qué sabía de la vida, de sus sorpresas y de sus misterios, aquel gran niño, bueno y valiente, de ojos claros, que no había aprendido en las tempestades del Océano lo que son las tempestades del mundo?

Era él, Pablo, el verdadero niño al lado de aquella muchacha, pues la mujer entra sin transición en su papel, ó si preferís en su destino. Su bella ignorancia se había complacido hasta entonces en perseguir las quimeras de la gloria y en mantenerse en el estricto cumplimiento del deber.

Fuera de sus estudios técnicos y especiales, que hacían de él uno de los oficiales de más porvenir de la Armada; fuera de algunas lecturas, la mayor parte serias y las restantes hechas al azar en el fárrago inmenso de las publicaciones frívolas, Pablo no había tenido tiempo para aprender nada.

Mandaba á la sazón un torpedero.

Habíasele hecho el favor de colocarlo á las órdenes de su hermano, que le llevaba diez años y que era comandante de la defensa móvil de Lorient.

Desde que tomó el mando del torpedero había participado de la existencia de Lena, viviendo bajo el mismo techo, comiendo á la misma mesa, sin sospechar siquiera que pudiera surgir entre ellos nada desconocido, nada que ni el uno ni el otro hubiesen previsto.

Además ambos buenos y puros, como todo aquello que ni aun por la sombra de una sospecha fué manchado nunca, parecían hechos para pasar del viejo salón con artesonados de encina donde se cambian los anillos del desposorio, á la vieja iglesia de bóvedas grises donde se pronuncia el *sí* de la consagración eterna.

Pero aquel relámpago de visión íntima se apagó pronto, y ya no fueron los dos jóvenes más que el primo y la prima que se reían alegremente ante la hipótesis de que la suerte hubiera hecho á Magdalena pupila de Pablo.

– ¿De modo, dijo éste, que te parece imposible que yo hubiera podido ser tu tutor, Lena?

La joven volvió á reirse estrepitosamente, repitiendo entre sus carcajadas:

– ¡Sí, sí! ¡Pues ya lo creo!

Aquella risa era una de las seducciones de Lena, dotada ya por la naturaleza de tantas otras. Era una risa comunicativa, que se apoderaba del espíritu hasta el punto de disipar los pensamientos más graves en los cerebros reflexivos, como la brisa matinal disipa las nubes obscuras en un cielo de mayo. Había en ella una encantada música, una armonía suave y embriagadora. Cuando abría sus labios rojos y henchía, dilatándola, su garganta, estaba Lena verdaderamente irresistible. Sentíase el deseo de caer á sus pies de rodillas, exclamando en actitud suplicante: «¡Oh! ¡Ríe otra vez más!» Pablo, cautivado, arrebatado por el contagio de aquella hilaridad juvenil, se entregó á esa alegría que se experimenta cuando algunas veces en la vida vuelven á sentirse las francas expansiones de la infancia. Ofreció el brazo á su prima, diciéndole:

– Dime, Lena, me has contestado hace un momento, hablando de los enfados de miss Gwen, que te importan poco; si ningún cuidado te dan, ¿qué es lo que te inquieta entonces? ¿Por qué corrías?

La ruidosa alegría de Magdalena calmóse bruscamente:

– Tengo miedo de que mi tutor se enfade.

– ¿De que tu tutor se enfade? ¿Y por qué ha de enfadarse?

La joven meneó su bonita y graciosa cabeza.

– Porque salí á las siete de la mañana sin decir nada á nadie y vuelvo tarde á almorzar.

El teniente de navío miró su reloj y exclamó:

– En efecto, es algo tarde.

Lena se mostró desolada al oir estas palabras, que después de todo, no contenían nada nuevo para ella. Luego exclamó en tono quejumbroso:

– ¡Oh, primo mío! ¿Qué es ya lo que puedo hacer?

(Continuará)

LAS MUJERES EN LA EXPOSICION

DE LA REAL ACADEMIA DE LONDRES

Sabida es la importancia que tienen las exposiciones que anualmente se celebran en la Real Academia de Londres, á las que concurren con sus más notables producciones los más famosos artistas del Reino Unido. La mayor escrupulosidad preside en la admisión de obras, y merced al sano rigorismo ejercido por el jurado, cuantos cuadros, esculturas y dibujos en esas exposiciones figuran llevan desde luego y por el solo hecho de haber sido admitidas la mejor demostración de su valía.

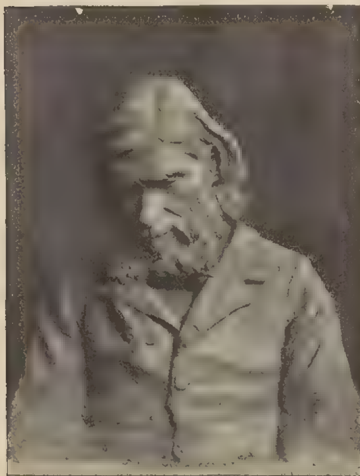
Muchas son las señoras y señoritas que en Inglaterra se dedican á las bellas artes y no pocas las que han logrado ocupar un puesto eminente en aquel mundo artístico y cuyos nombres han adquirido también gran notoriedad en el extranjero. La concurrencia de las mismas á las exposiciones de la Real Academia londinense ha ido aumentando de año en año, y hoy alcanza proporciones tales, que en la última el número de expositoras se ha acercado á doscientas.



Busto de niño, obra de Miss Edith A. Bell

La mayoría de éstas han expuesto cuadros al óleo, al pastel, á la acuarela y miniaturas; esculturas sólo ha habido nueve. Entre las obras pictóricas las había de todos géneros, y si bien predominaban los retratos, los paisajes y las flores, no faltaban cuadros de género perfectamente observados, algunos de historia grandiosamente concebidos y pinturas inspiradas en el más puro idealismo y en el simbolismo que imponen las más recientes tendencias como reacción fatal y necesaria contra los excesos cometidos por los realistas extremados en estos últimos tiempos.

Mucho menos numeroso ha sido el concurso de las esculturas, pero bien puede afirmarse que la calidad suplía á lo que en cantidad faltaba, habiendo merecido todas las obras que en esta sección figuraban los más entusiastas elogios de la crítica.



Pietro Corsi, escultura de Miss F. Isabel Swan

Como muestra de la producción femenina en la exposición que nos ocupa, publicamos en esta página dos cuadros y cuatro esculturas, por los cuales puede formarse idea de la parte que las mujeres han tomado en ella y justifican lo que ya casi no necesita justificación, las aptitudes de la mujer para el cultivo de las bellas artes. Y decimos que esto no necesita justificación porque del mismo modo que el movimiento se demuestra andando, la mujer ha demostrado siempre, pero más de algunos años á esta parte, con sus obras, que es capaz de hacer tan bien, y algunas veces mejor que el hombre, lo que un tiempo se creyó patrimonio exclusivo de éste.

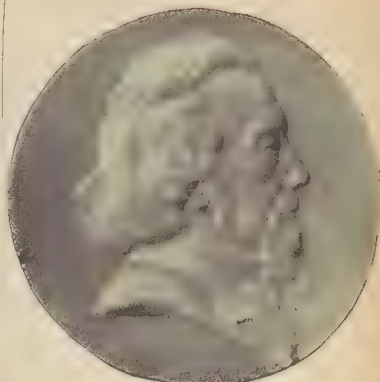


Dies Natalis, cuadro de Miss Margarita Wake

Pásese revista á todas las naciones civilizadas de ambos continentes, y en todas ellas se encontrarán al lado de los grandes hombres mujeres ilustres que en literatura, en bellas artes, en todas las ramas del saber humano han conquistado universal renombre. ¿Hemos de citarlas? Para qué, si en la mente de todos surgen sin esfuerzo alguno los nombres de las escritoras y artistas que en Europa y América han aportado materiales valiosísimos al edificio de la vida del espíritu! Novelistas, poetas, críticas, sociólogas, filósofas, pintoras y escultoras proclaman hoy en día con sus hechos esa igualdad intelectual contra la que tanto se ha dicho y que de tantas burlas ha sido objeto, destruyendo ridículas prevenciones y contestando con obras á inmerecidos ataques.

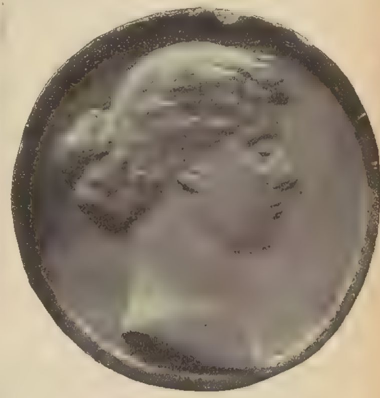


La primera lección, cuadro de Mistris J. W. Grey



Busto en relieve de G. Clark, obra de Miss Florence H. Steele

La mujer moderna, recordando lo que de su sexo dijeron algunos dómines aferrados á rancias doctrinas antropológicas y á absurdas cuanto injustas teorías sociológicas, recordando que aquéllas le negaron aptitudes para dedicarse á ciertos trabajos y éstas no le concedieron derechos para el ejercicio de ciertas profesiones, puede contestarles como el personaje de Calderón: *¡Vive Dios que pudo ser!* Lo que la sociedad no ha querido concederle, ella se lo ha tomado por derecho de conquista, y lo ha tomado luchando heroicamente contra necios prejuicios, tomando una por una las posiciones que la tradición construyera y que el hombre considerara inexpugnables. Cierto que quedan aún algunas fortalezas que hasta ahora han resistido sus asaltos; mas la constancia en los ataques de una parte y la debilidad cada vez más patente en la defensa, de otra, permiten predecir para dentro de muy breve plazo el triunfo completo de las aspiraciones femeninas; triunfo que, dicho sea de paso, no ha de significar la igualdad absoluta de los dos sexos, que las mismas mujeres de talento rechazan, sino la «igualdad en la diferencia,» como ha dicho Ernesto Legouvé, el reconocimiento de su perfecto derecho á desenvolver plenamente sus actividades intelectuales y á participar con el hombre de todas las prerrogativas que la manifestación de las mismas trae consigo.



Busto en relieve, obra de Miss Frances A. Dudley Rolls

Y si esto ha logrado la mujer por su solo esfuerzo y teniendo que vencer grandes obstáculos, ¡qué hubiera sido si desde antiguo se le hubiese allanado el camino para llegar adonde sin ayuda de nadie ha llegado! ¡Qué será el día en que halle para el desenvolvimiento de su inteligencia y para el ejercicio de su actividad las facilidades que le son debidas!

«El día en que la educación de la mujer será dirigida de una manera racional – ha dicho Devilliers, – sus facultades se desarrollarán normalmente y sus especiales aptitudes lograrán su entera expansión.»

Hagamos votos para que llegue pronto este día y contribuyamos todos en la medida de nuestras fuerzas á destruir los últimos baluartes que se oponen á la rehabilitación completa de la mujer. - A.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

EL MUNDO DE LOS NIÑOS, por *Emilia M. de A.* – Colección de cuadros dramáticos de salón que pueden representar niños de varias edades: su autora, distinguida dama barcelonesa que oculta su aristocrático nombre bajo el seudónimo de Emilia M. de A., se ha propuesto con ellos acostumbrar á los niños á presentarse bien y á hablar delante de las gentes, y lo ha conseguido por completo con esta serie de monólogos y diálogos tan sencillos como interesantes. El libro, editado por la casa Bastinos, lleva bonitas ilustraciones de Luis Masriera y Julián Bastinos y está lujosamente encuadernado.

DOS PASCUAS, poema por *Francisco Tomás y Estruch.* – Composición inspirada en nobles sentimientos y escrita en armoniosos versos libres, que fué premiada en el certamen científico-literario celebrado en 1896 por la Sociedad Protectora de Animales y Plantas, y por la cual merece sincero aplauso su autor, el conocido publicista Sr. Tomás y Estruch. Véndese á cincuenta céntimos.

ALMANAQUE BASTINOS. – La importante casa editorial barcelonesa de Antonio J. Bastinos ha publicado el almanaque correspondiente á 1897 que, además de constituir un catálogo de las principales obras de aquélla, contiene varios trabajos ilustrados de tan amena como útil lectura.

TAÑIDOS Y PULSACIONES, por *José Anguera Bassedas.* – Colección de poesías del poeta reusense Sr. Anguera: en algunas de ellas canta con elevación de pensamientos y en inspirados versos los grandes sentimientos y los más bellos ideales de la humanidad. Ha sido impresa en Reus, en la imprenta de Hijos de A. Sanjuán.

BUTLLETÍ DE LA INSTITUCIÓ CATALANA DE MÚSICA. – Ha empezado á publicarse en esta ciudad este boletín, órgano de la asociación musical que el título ndica, que contiene interesantes noticias musicales.

BARCELONA Á LA VISTA. – Se ha publicado el cuaderno quinto de este importante álbum de fotografías inéditas que con extraordinario éxito edita en esta ciudad D. Antonio López. Las 16 vistas que contiene son á cual más interesantes y reproducen algunos de los principales sitios y monumentos de Barcelona. Véndese á 30 céntimos.

ALMANACH DE «LA CAMPANA DE GRACIA.» – Como todos los años, contiene este almanaque trabajos chispeantes de nuestros mejores prosistas y poetas y preciosos dibujos de nuestros primeros artistas: digno continuador de sus antecesores, merece como éstos el favor que siempre ha dispensado el público á tan popular publicación. Véndese á dos reales.

LA NIÑA ARACELI, por *J. López Valdemoro.* – Interesante y bien escrita novela que forma el tomo 48 de la *Colección Diamante* con tanto éxito publicada por el editor barcelonés D. Antonio López: su autor, el conde de las Navas, ha demostrado en ella una vez más sus notables dotes literarias. Véndese á dos reales.

SUPREMA LEY, por *Federico Gamboa.* – El reputado escritor mexicano, correspondiente de la Academia Española, D. Federico Gamboa, ha ganado con su novela *Suprema ley* un nuevo lauro en su brillante carrera literaria. Esta obra, ajustada á lo que la actual novela exige, tiene una acción interesante, personajes perfectamente estudiados y escenas admirablemente observadas, y está escrita en elegante y castizo estilo. La novela ha sido editada por la casa de la Viuda de Ch. Bouret (París, 23, rue Visconti, y México, 14, Cinco de Mayo).

PANORAMA NACIONAL. – Se ha puesto á la venta el cuaderno 12 de esta importante publicación que edita en Barcelona D. Hermenegildo Miralles, y que contiene 14 notables vistas fotográficas de interesantes monumentos de Mérida, San Lorenzo del Escorial, Habana, Córdoba, Málaga, Matanzas, Alcalá de Henares y Barcelona, y un gran panorama de Zaragoza. Véndese á 70 céntimos.

LA GENTE DEL PUEBLO. – Graciosa pieza de costumbres en un acto y tres cuadros, que sus autores, nuestro querido amigo y colaborador D. Alejandro Larrubiera y D. Antonio Casero, califican de humorada cómico-lírica. Está muy bien escrita, en prosa y verso, y ha sido estrenada con gran éxito en el teatro de Romea de Madrid.

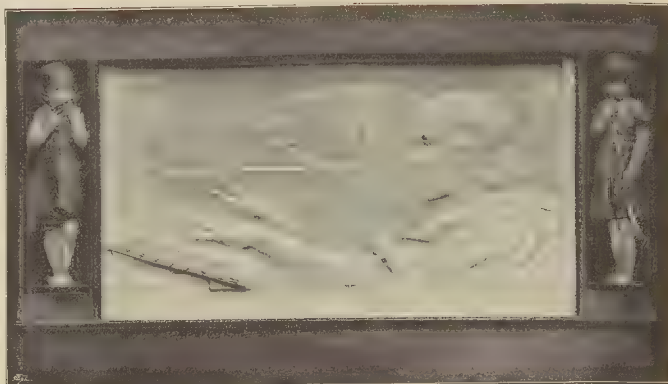
EL KAMBIO DE KOMPOSICIÓN KE ESPERIMENTA EL AGUA DE «EL SALTO» DURANTE EL IMBIERNO, por *K. Newman.* – Notable folleto que aumenta la lista de trabajos científicos llevados á cabo por el Sr. Newman, de muchos de los cuales nos hemos ocupado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Está escrito con la ortografía introducida por algunos escritores chilenos y ha sido impreso en Santiago de Chile en la imprenta Roma.

AZAHARES, versos líricos por *José S. Chocano.* – Colección de inspiradas poesías del notable poeta peruano que con razón figura entre los primeros vates de la América latina. Pertenecen á diversos géneros, están escritas en fáciles y armoniosos versos y abundan en ella los mas bellos pensamientos. El tomo, impreso en Lima, véndese á un sol.

LA ESCUELA DE EL SALVADOR. – Hemos recibido los números 7 á 10 del año once de esta revista salvadoreña que dirige la señorita Adela A. Orantes: contienen interesantes artículos pedagógicos y bonitos trabajos literarios y están ilustrados con retratos de personalidades importantes de aquella república.



Un marino, cuadro de Virginia Demont-Breton



Una visión,

bajo relieve de Jorge Frampton

La señora de Demont-Breton es una de las artistas francesas que mayor fama han conseguido en nuestros días, y sus obras han alcanzado siempre entusiastas aplausos del publico y de la crítica. Su nombre es conocido de los lectores de La Ilustración Artística, quienes han podido admirar, reproducidos en estas páginas, algunos de sus mejores lienzos: por esto al publicar hoy *Un marino* nada añadiremos á lo que en otras ocasiones hemos dicho.

El autor del bajo relieve *Una visión* ha sabido imprimir en su obra el carácter idealista que tan bien cuadra con el asunto escogido y que tanto prevalece entre los actuales pintores de Inglaterra, paisanos de Jorge Frampton, cuyos cuadros y esculturas, inspirados muchos de ellos en la escuela prerrafealista, contrastan notablemente con las tendencias en boga en otras naciones y son expresión de una reacción poderosa contra las exageraciones del realismo.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 18 de enero de 1897 — Núm. 786



CAPULLO, dibujo de Luis Marold



MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Desgracias y calamidades. Hambre y peste. - La cuestión de Venezuela y el arbitraje. - El Transvaal. - Italia y Abisinia. - Votos por la paz y la libertad universal. - Conclusión.

I

La pobre tierra nuestra, de paz ávida y de paz necesitada, para que pueda el espíritu humano continuar por el trabajo la creación divina hecha por el verbo, pasa los mayores trances y sufre las más extraordinarias plagas, al azote de la guerra, difundida por todas partes, con triste mengua de la humanidad y como un mentís escupido á nuestras creencias y confianzas optimistas en el progreso universal. Por la cuestión de Venezuela temimos una guerra intercontinental, y temimos otra guerra intercontinental por la cuestión de Cuba. La prudencia de Lord Salisbury, negándose á exacerbar las heridas del amor propio nacional con alardes ó arrogancias inútiles y sometiendo sus diferencias con los Estados Unidos en las bocas del Orinoco á un tribunal de arbitraje y á una sentencia de árbitros, así como la extraordinaria capacidad y sabia experiencia de Cleveland oponiendo su veto á intervenciones temerarias en tierras antillanas y recabando para sí la dirección de los asuntos exteriores en el Estado aquel, han felizmente concluído con todos los recelos y puesto un áncora incontrastable al seguro y defensa de la humana paz. Pero hay excepciones desventuradas á estas venturas obtenidas con tanto provecho en las innumerables guerras coloniales; hay pestes, hambres que azotan Asia y Africa y América. El bubón, descrito mil veces en Tucydides, en Florián, en Bocaccio, en el mismo contemporáneo Manzoni, ha caído sobre los humanos, como la voraz langosta sobre las plantas, en Bombay, amontonando tal número de cadáveres, que faltan fuerzas para envolverlos en el regazo de la tierra y cortar la comunicación de sus miasmas con el aire. Por los centros de las Indias no es menor la desgracia. Sequías pertinaces allí donde tanto se necesita de humedad y los excesos de vida traen aparejadas voracidades múltiples de la muerte, han desatado una miseria y un hambre que las descripciones hechas por los periódicos europeos parecen aquellos versículos del Apocalipsis donde se contiene la pintura de los días anteriores al Juicio Final. Y con todo esto se une la guerra filipina, en que una raza medio salvaje, sobrexcitada por ejemplos como los que presenta el Japón, y por ilusiones fáciles de concebir en estados mentales como el suyo, urde terrible conjuración, como aquellas asiáticas de universal exterminio, donde se degollaba todo un pueblo á una señal terrible convenida ó á un signo sangriento puesto en las puertas de los hogares, atrayéndose así con rebeliones insensatas represalias de un horror que no pueden sino apenar á los corazones piadosos estremecidos, y sugerir gritos de piedad clamando al cielo por la conclusión y término de calamidades tamañas. Y si á esto se unen las plagas extendidas por los insurrectos en Cuba, saqueos y estragos y violencias y talas y matanzas, y el incendio perpetuo que logra convertir en selvas de carbones gigantescos y en océanos de ceniza las palmeras cargadas de cocos y las maniguas cubiertas de lianas y enredaderas, bien puede asegurarse que nuestra España parece un infierno, y los españoles huérfanos de Dios, abandonados de la Providencia. Yo confieso mi culpa, si culpa hubiera en ello de mi parte; yo deseo la paz á toda costa, la paz á toda prisa, con la reserva de que la precipitación en intentarla y cumplirla no traiga mengua de ningún género al honor nacional: que siempre los españoles preferimos la muerte al deshonor. Mas el estado de nuestro Tesoro, el horror al odio y á la matanza, una imprescindible necesidad que tenemos en Europa y en España especialmente, tras innumerables guerras, de sustituir el trabajo al combate, nos inspiran y sugieren sin excepción á todos el deseo vivísimo de la paz.

II

Hanla obtenido los republicanos del Transvaal; mas ¡á cuánta costa! Un día, en principios del último enero, cayó, como centella fulminante, sobre nuestra Europa la noticia de que un aventurero inglés llamado Jameson había por el austral Africa roto en guerra, obedeciendo sólo á su voluntad soberana y libre albedrío, para conquistar, sin respeto alguno de los tratados y sin miramientos á una independencia reconocida por su patria, desde la Colonia del Cabo, la República de los boeros, compuesta por una raza provenida de los holandeses, y tan tenaz en el trabajo, como en el combate arrestada, fuerte, atrevida. El invasor era como un brazo de Rhodes, persona célebre, á quien se debía la fundación de un imperio inglés en el Cabo, conocido por este intento con sobrenombres que recuerdan las conquistas de César ó Alejandro; y dispuesto, según sus aduladores, á ir desde las aguas del Cabo á las bocas del Nilo, no para ceñirse tal estela y estola de dominios á su cuello, como la que llevan los Faraones y los Sardanápalos con los nombres en oro de sus conquistas, para ceñir con ella el cuello de la reina Victoria, y exaltarla sobre las Semíramis, Isabeles, Catalinas y demás amazonas coronadas, cuyas heroicidades han celebrado la Historia ó la Leyenda. Pero por mucho que se quisiera cohonestar con todos estos épicos velos el intento, resultaba que unos ciudadanos ingleses ó unos protegidos de Inglaterra, cuando menos, se habían apoderado del influjo que les daba esta nación poderosísima, sin escrúpulos y sin reservas, para cometer un acto piratesco de irrupción, y asaltar, como bandidos á viajeros, un pueblo soberano, cuyos poderes y Gobierno descansaban en la fe jurada, en las relaciones corrientes entre buenos vecinos, en los principios de la moral divina y humana, en las bases inconmovibles del derecho internacional. Pero los ingleses del Cabo pretextaban que sus vecinos los boeros, por ellos asaltados, consintiéndoles la libertad entera del trabajo y del pensamiento y del culto, como extranjeros, no les permitían revestir el carácter de ciudadanos y menos votar, no ya en las Cámaras, pero ni siquiera en los Comicios. Mas tal pretexto no podía excusar su crimen. Cuando Inglaterra tuvo noticia del entuerto quiso enderezarlo, impidiendo á Jameson el atentado; mas ya era tarde. Había tomado éste las órdenes del superior, urdido maquiavélica conjura, puesto sus gentes en armas, roto por las fronteras del Estado vecino, atropellando todas las leyes vigentes y cometiendo un crimen, del cual no podía en lo humano absolverle, ni la conciencia ni la historia. Pero tenía que habérselas con fornidas gentes, cazadores acostumbrados á poner la bala donde ponen el ojo, nautas en lucha perenne con las ráfagas del huracán y curtidos en los oleajes de las tormentas, todos resueltos, después de haber combatido con las cóleras del cielo y los furores del universo, á luchar con las cóleras y con los furores del enemigo circunstante, tan fiero como sus leones y tan cruel como sus tigres. Así, en cuanto Jameson pasara la frontera, cayó en poder de los boeros, quienes le disolvieron la partida invasora y le condenaron, por ser su jefe, á muerte. Imaginaos la imposible situación del gobierno inglés. Si aprobaba el paso de sus protegidos, tenía que declararse reo de conquistas injustas ante la conciencia universal, y si lo rechazaba tenía que indisponerse con la opinión inglesa. Prefirió esto último. El hábil presidente de los boeros, con destreza política nunca bastante alabada, después de haber cogido y condenado al rebelde según las leyes suyas, entrególo á Inglaterra para que lo juzgara según sus propias leyes, é Inglaterra no ha tenido más remedio que condenarlo. Indudablemente los usterlandeses, como se llaman entre los habitantes del Transvaal aquellos advenedizos, llegados allí de las colonias circunvecinas para explotar el oro, consiguieran la participación deseada en la gobernación pública, si apelaran al método evolutivo; pero apelando al suicida método de la revolución, han perdido todo derecho y han retrogradado en su empresa.

III

Puede también la paz cumplirse como se ha cumplido entre Italia y Abisinia, conforme á los deseos de la opinión europea, maguer oponerse á ella el patriotismo ciego de algunas fracciones italianas exaltadísimas, quienes todavía no han entendido los milagros que ha hecho y las ventajas que Italia, en la segunda mitad de este nuestro siglo, ha conseguido. Poseedora de una colonia Eritrea en los desiertos cercanos al mar Rojo por Africa, no quería el Negus, su vecino abisinio, tras las fronteras propias, otra cosa que un recíproco cambio de buenos oficios entre los dos pueblos y una perdurable amistad. Cristianos los abisinios, según ellos pretenden y dicen, quizás mucho antes que Italia lo fuese, no veían de mal ojo establecerse una potencia cristiana en su vecindad, cuando por todas partes envuelve al viejo y misterioso Imperio aquel la superstición y la combatividad musulmanas. Pero el pacto de alianza, firmado entre Menelik y Humberto, se convirtió en carta de protectorado, por la interpretación italiana, que rechazó el Negus al punto de pisotear con sus plantas los papeles donde se contenía y retar á guerra sin cuartel y sin descanso á los audaces intérpretes. Bajo impresión tal mandó sus señores feudales contra las tropas italianas y todos mordieron el polvo al valor de tan heroicos soldados, que mostraran en aquella tórrida campaña su noble descendencia de la eterna soberana Roma. Debió bastar este bello triunfo para seguridad completa de la colonia, tanto más cuanto que se había ido cada ras, como se llaman los reyecillos abisinios, á su respectiva madriguera, y no sentían gana ninguno de volver al combate, recibido el escarmiento. Siguiéronlos, pisándoles los talones, allende la línea del Mareb los vencedores, y el rigor de aquel clima, el cielo como un horno de fundición, el desierto donde parecen chispas las arenas, comenzaron á ponerse con sus fatalidades abrumadoras de parte del vencido. Así, conociendo lo angustioso de la situación del ejército italiano el Negus, y seguro tras sus intangibles líneas del Mediodía, organizó á su guisa y grado cien mil hombres, curtidos en la guerra, no tan valerosos, á pesar de su condición guerrera, como los italianos, pero favorecidos por su clima, en el cual viven ellos á su sabor y contra el cual pueden poco la inteligencia y la pujanza europeas. Así, después de haber contestado con grande jactancia el general Baratieri á una proposición de paz y hecho un fuerte que por completo carecía de agua, la primer avanzada en Alaghi, así como el primer avance, fueron á una contrastados y rotos por los malheridos de un menosprecio cándido é infame. Contaban los italianos con que pasase allí en Abisinia lo que pasa en todos los tiempos y en todos los pueblos feudales: así que se presenta una tropa enemiga del emperador feudal, supremo imperante, se desgranan los feudos, y se sublevan los vasallos con corona, que difícilmente sufren al ser supremo, quien parece, por lo soberbio, sobre la tierra un dios, acechado y combatido por ellos á la continua con odio y furor inextinguibles. Pero saliéronles á los italianos tales cuentas mal. Todos los régulos abisinios se quedaron á una con el emperador, y los inscritos bajo las banderas italianas concluyeron por abandonarlas, y se marcharon al campo, donde les llamaba con la voz de su sangre la voz de su tierra, incontrastables reclamos. Y al poco tiempo de tales sucesos, el ejército abisinio cayó sobre las tropas italianas con furores de ciclón y produjo efectos de naufragio. Después de haber matado muchas gentes, aquellos hijos de la guerra, por el odio enloquecidos, exterminaron todos cuantos italianos pudieron, y detenido el exterminio por una piedad superior, se llevaron los soldados restantes al cautiverio, repitiéndose los combates anteriores al comienzo de la civilización. El sentimiento público italiano se volvió contra el general que dirigiera la campaña y contra el ministerio que la ordenó, siendo entregado Baratieri á un consejo de guerra, como reo por lo menos de incapacidad sin ejemplo, y puesto en trance Crispi de dimitir el ministerio por haber ordenado la marcha del ejército patrio al Sur, donde halló su rota, y haber con grandes instancias pedido una victoria para sus personales fines políticos. Así un ministerio nuevo, presidido por el marqués de Rudini, se formó para tratar la paz; y en este ministerio entraron el caballeroso duque de Sermonetta, como ministro de Negocios Extranjeros, y el consumado economista Sr. Colombo en Hacienda, dirigida con tal acierto que se halla en vías el Tesoro italiano de restañar las heridas causadas por la guerra y ofrecer un *superabit*, regaladísimo fruto de la libertad y de la paz. Deseémosla para todos los pueblos y para todas las tierras.

Madrid, 11 de enero de 1897.



EL DR. D. GASPAR RODRIGUEZ FRANCIA

DICTADOR DEL PARAGUAY

El pueblo paraguayo fué el primero que en América proclamó resueltamente su independencia, pero el primero también en doblegarse al yugo de un tirano cuyo despotismo, como el de otros muchos triunfadores americanos, fué mil veces peor que el de los gobernantes españoles de la época del coloniaje. Los insurrectos de aquellos países, al proclamar las ideas de emancipación é independencia, cayeron en muchos puntos bajo el férreo poder, no de unas leyes más ó menos restrictivas, sino de un caudillaje que en más de una ocasión les hizo suspirar por la perdida tranquilidad de que antes gozaban, y que hoy, después de más de setenta años, no han conseguido recobrar por completo en muchas de las repúblicas que sustituyeron á los virreinatos, capitanías generales y presidencias españolas.

El tirano paraguayo á que nos referimos fué el célebre doctor D. Gaspar Rodríguez Francia, quien como todos los hombres de carácter adusto, nebuloso y poco comunicativo, ha tenido sus panegiristas y sus detractores, aunque por lo general son más los segundos que los primeros, aun entre los mismos americanos, como se comprenderá por los rasgos geniales y característicos de su vida, que sucintamente vamos á trazar.

Ya desde su juventud reveló en su modo de ser esa mezcla de buenas y malas pasiones, de astucia y resolución, de dominio y altanería, de misantropía y desinterés que tanto le distinguieron. Nacido en 1756 en la aldea india de Yaguarón, de un capitán paraguayo y una indígena, según la tradición, jamás fué niño en el verdadero sentido de esta palabra, pues desde sus primeros años reveló un alma reflexiva y triste, así como un humor independiente y autoritario que en su juventud dió á conocer riñendo con su mismo padre. Era ya hombre cuando salió para la famosa universidad de Córdoba, en el virreinato del Plata, á estudiar en el colegio de Monserrat de padres franciscanos, y al cabo de cuatro años se graduó de doctor en teología. En el colegio, donde dejó poco agradables recuerdos, llamábanle por su genio hosco y atrabiliario el *gato negro*, y se refiere que habiéndole robado un compañero tres ó cuatro duraznos, tuvo la rencorosa paciencia de guardar muchos meses los huesos, y cuando creyó llegada la ocasión propicia, se presentó á él pistola en mano y se los hizo tragar uno tras otro.

Era Francia de corta estatura; cuerpo bien proporcionado aunque algo cargado de hombros; ojos brillantes y sombríos; labio fuertemente contraído; frente ancha y protuberante, con un gran surco vertical, que parecía dividida por la mitad; nariz delgada y aguileña; oreja pequeña; lacio el cabello negro; tez amarillenta; palabra lenta y acompañada de ademanes pausados, y tenacidad incontrastable.

Treinta años contaba cuando salió de Córdoba, sin despedirse de amigos que no tenía y lleno de ciencia y de soberbia, y llegó á la capital del Paraguay con la fatuidad del que se cree superior á la mayoría de sus atrasados conciudadanos. ¿Sintió el amor este hombre en su juvenil edad? No puede asegurarse, pero lo cierto fué que pretendió casarse y que el padre de la mujer en quien había puesto sus ojos le rechazó, llamándole *mulato*, injuria que andando el tiempo le hizo pagar cara. La pérdida de su esperanza debió influir gravemente en su carácter, tornándolo si cabe más torvo y bravío.

Poco tiempo después dedicóse al foro, más por deseo de utilizar sus conocimientos que por afán de lucro. Un día ganó 800 pesos y por la noche los jugó: su frugalidad era proverbial, y su modestia en el traje, negro casi siempre, extremada.

Llegó el año 1811, en que el Paraguay dió en la noche del 14 de mayo el grito de independencia, y Francia, en su calidad de uno de los hombres más ilustrados de la Asunción, fué llamado á formar parte de la Junta de Gobierno. Disuelta esta junta á los veinticinco días, reúnese en simulacro de congreso, que á su vez elige una Junta gubernativa. Al discutirse en ella y en presencia de un gran número de ciudadanos convocados al efecto si el gobierno había de seguir rigiendo los destinos del país á nombre de Fernando VII, Francia dirime la cuestión: se levanta, acércase á la mesa, pone sobre ella un par de pistolas cargadas y exclama: «Estos son los argumentos que traigo contra la supremacía de Fernando VII.»

Esta frase decidió la completa emancipación del Paraguay.

Poco á poco Francia se fué imponiendo á sus compañeros, pues aunque maliciosamente retraído de la dirección de los asuntos que éstos descuidaban ó no acertaban á resolver convenientemente, consiguió tal vez por esto mismo que todos pusieran sus miras en él y acabaran por solicitar su activo concurso. Con motivo de haber llegado un comisario de Buenos Aires para tratar de la cuestión de la unión del Paraguay á las demás provincias argentinas, Francia salió de su retraimiento, pasó á Asunción, hizo que se convocara un congreso de nada menos que mil diputados en un país que apenas contaba 150.000 habitantes, y supo dar tales largas al asunto, que por fin los representantes del país, sin dinero, desnudos y muchos de ellos descalzos, acabaron por regresar á sus respectivas comarcas, después de rechazar á propuesta del doctor la proposición del gobierno de Buenos Aires, y de nombrarle cónsul en compañía del general Yegros. Amante Francia de las tradiciones de la antigüedad romana, mandó construir dos sillones en cuyos respaldos estaban inscritos los nombres de César y Pompeyo. No hay para qué decir quién ocupó el primero.

Dueño ya del gobierno, comenzó á dictar sus autocráticas disposiciones, entre otras la de vedar á todo europeo el derecho de casarse como no fuera con negras, indias ó mulatas, probablemente con la mira de exterminar la generación española; la de reunir en un sitio público á todos los españoles haciéndolos empadronar, y la de prohibirles hasta el inofensivo placer de montar á caballo. Cerró el Paraguay á todo el comercio exterior como no fuera el de pertrechos de guerra, que cambiaba por hierba mate y maderas.

Propúsose eliminar de su compañía al general Yegros, y lo consiguió fácilmente. Reunido de nuevo en octubre de 1814 el congreso de los mil, logró con sus manejos que se le nombrara dictador absoluto con 9.000 pesos de sueldo, pero sólo aceptó 3.000. Señor feudal del Paraguay, más bien que presidente de la República, desde entonces su poder no reconoció límites; y el mismo severo régimen que introdujo en su hogar doméstico procuró hacerlo extensivo á todo el país. A la sazón tenía 60 años y tan sólo cuatro personas constituían toda su servidumbre; tan minucioso en la administración pública como en la privada, elegía por sus propias manos los víveres que le llevaba la cocinera, á la cual entregaba medio duro diario para los gastos generales. Vigilaba personalmente las obras públicas, despedía á los empleados poco celosos y enviaba á la cárcel á los prevaricadores; con prolija solicitud velaba por que los contratistas no defraudasen un centavo al fisco; estudiaba á la vez que agricultura, táctica militar para instruir á sus soldados, y él mismo se ponía á su cabeza en los ejercicios y simulacros.

Acostumbraba tomar un baño en el río todas las tardes é iba acompañado de tres esbirros á los que daba pomposamente el nombre de lictores. A su paso debían cerrarse puertas y ventanas, y sus tres acompañantes apaleaban sin compasión á los transeuntes poco listos en meterse en sus casas ó en volverse de cara á la pared, porque «como el sol, el *supremo* no gustaba que le mirasen de frente.» Un día metióse su caballo en un bache; el propietario español á quien se ordenó el arreglo de la calle no se mostró todo lo diligente que el dictador deseaba, y al otro día era encerrado con grillos en una cárcel. «¿Le pesan? — preguntó á su esposa cuando se presentó á reclamar. — Pues que se compre otros si los quiere más livianos.» Otro día apareció un pasquín en una esquina, y el autor ó el tenido por tal pasó años y años en un encierro.

A nadie respetaba para hacer purgar delitos reales ó imaginarios. Su propio hermano perdió el juicio en una prisión; su hermana fué arrojada de su hogar por mandar dar unos cuantos palos á un esclavo; uno de sus sobrinos estuvo preso un año entero por el crimen de valerse de un músico militar para dar serenatas; otro de sus sobrinos pasó cuatro años en la cárcel por haber abofeteado injustamente á un ciudadano. A un obrero que le hizo un cinturón que no le gustó, obligóle á pasar doce veces bajo la famosa «horca de obreros» y le dió de plazo una noche para construirle otro.

Una conspiración tramada contra él en 1820 y descubierta, le tornó, de rígido y despótico, en sanguinario. ¡Crimen inaudito el atreverse á atentar contra la autoridad del doctor Francia! Llena el país de soldados; ordena rápidos arrestos, las cárceles se llenan de conspiradores, verdaderos ó supuestos, y en los calabozos los presos hacinados se afeitan con el fuego de los cigarros á falta de navajas: atados á un catre, con las espaldas desnudas, reciben de dos indios 25 azotes diarios y á veces hasta 200. Sesenta y ocho personas son condenadas á muerte y ejecutadas; otras, en número de muchos centenares, confinadas al Norte.

Desde entonces quedó tan cerrado el Paraguay á toda comunicación con el exterior, que nadie entraba ni salía sin permiso del dictador. El sabio naturalista francés Bonplain, que tuvo la malhadada ocurrencia de llegar á la mal llamada República, pasó nueve años como encerrado en ella, sin que el doctor Francia cediese á los ruegos de las potencias europeas para que le permitiese salir. Otro tanto le sucedió al médico suizo Rengger, que contra su voluntad hubo de permanecer en el Paraguay seis años. Cuando aquel sabio llegó en compañía de otro médico, tuvieron una conferencia con Francia, y hablando sobre cuestiones religiosas les dijo éste: «Profesen ustedes la religión que quieran: sean católicos, protestantes, mahometanos, cualquier cosa; pero no sean ateos. Si el Padre Santo viniera al Paraguay, le haría mi capellán.»

En otra ocasión, á un comandante que solicitaba la imagen de un santo para patrono de un fortín, le contestó: «Cuando yo era católico pensaba como tú; pero ahora conozco que los cañones son los mejores santos para guardar la frontera.»

En 1824 suprimió los conventos, apropiándose sus bienes y convirtiéndolos en cuarteles. Los frailes, casi todos españoles, se marcharon á pie. «Pronto se marchará también el dictador,» exclamó un peninsular al ver aquel éxodo. Sabida esta frase por el tirano, mandó llamar á su presencia al que la profirió y le dijo: «Yo ignoro cuándo partiré, pero lo que sí sé es que tú partirás antes que yo;» y lo hizo fusilar en el acto.

Este hombre, que tan poco aprecio hacía de la vida de sus semejantes, tenía gran cariño á los animales, y quería que se respetase tanto á su perro, que los transeuntes estaban obligados á desviarse de su camino para no molestarle. El servilismo de sus administrados no dejaba de repugnarle á él mismo. Presenciando cierto día una autopsia que Rengger practicaba en un cadáver, le dijo: «Vea, doctor, observe bien y dígame si estos paraguayos tienen un hueso de más en la garganta que les impide hablar fuerte, y uno de menos en el espinazo que no les deja llevar alta la frente.»

Y sin embargo, los hombres á quienes con tanto

desprecio aludía, acreditaron andando el tiempo su heroico valor luchando desesperadamente contra los ejércitos de tres Estados vecinos, hasta el punto de perecer en la contienda tres generaciones de paraguayos.

A una proposición de Bolívar para que abriera el país al comercio exterior y lo incorporase á la vida del continente, contestó: «Mientras yo viva, el Paraguay no abandonará su feliz régimen, y así seguirá hasta que se restituya al Nuevo Mundo la tranquilidad de que disfrutaba antes de que en él apareciesen apóstoles revolucionarios, cubriendo con ramos de olivo el pérfido puñal.» Tal era el concepto que le merecían los caudillos que luchaban por la independencia.

Con el *feliz régimen* por él establecido permaneció el país largos años en completo mutismo.

No abandonó á Francia el vigor y la energía hasta su más avanzada edad. Setenta y dos años contaba y aún repartía por su mano los cartuchos para los fusilamientos con gran parsimonia, porque era avaro de la pólvora y cuatro balas le parecían más que suficientes para un buen tiro.

Había cumplido ochenta y cuatro años y aún recorría las calles vigilando las obras públicas. Cuando sintió que se acercaba su muerte, quemó todos sus papeles, y para despedirse por siempre de su autocrático mando hizo encarcelar á todos los extranjeros. El 20 de septiembre de 1840 falleció de una apoplejía serosa, dejando al Estado heredero de todo su caudal, que era por cierto bien escaso.

«¡El dictador ha muerto - dijo el famoso uruguayo Artigas, – pero su sombra solitaria quedará largos años flotando sobre el Paraguay!»

El augurio se realizó, y no su sombra, sino su despótica dictadura, continuó siendo el gobierno del país en la persona de sus sucesores hasta 1870.

Tal fué el hombre que por espacio de veintiséis años dominó en su tierra como señor absoluto. Venerado todavía al morir, algún tiempo después el pueblo hubo de caer en la cuenta de que no merecía tal respeto, y desenterró sus restos y los arrojó al río, quedando hoy en el Paraguay del omnipotente personaje que fué el doctor Gaspar Rodríguez Francia una memoria execrada. - M. A. S.

BRETÓN DE LOS HERREROS

Cuando Moratín, ese campeón ilustre del buen gusto, envolviéndose con exceso en intransigencias y en exclusivismos de escuela - exclusivismos é intransigencias siempre perniciosos para el arte, – anatematizaba (y hasta pretendía expulsar del Parnaso) á casi todos los poetas de nuestro gran teatro del siglo de oro, bien que reconociese en las obras de aquellos dramaturgos bellezas que otros clásicos menos condescendientes y sobre todo menos artistas se habrían resistido á reconocer; y cuando esas ideas, por Moratín sustentadas con tesón y con perseverancia propagadas, ya con la doctrina en el libro, ya con el ejemplo en el teatro, prevalecían, de allá, de los centros literarios de la culta Alemania, llegó hasta nosotros una llamada al orden que detuvo en su marcha victoriosa á las huestes moratinianas y á los adeptos, más persuadidos que inteligentes, del clasicismo francés amanerado y anémico y frío.

Está claro que los buenos oficios de los literatos alemanes, entusiastas de Calderón, no habrían sido bastantes por sí solos para contener las corrientes, que parecían avasalladoras, de los imitadores de la escuela francesa, si una generación nueva de poetas genuinamente españoles no hubiesen vuelto por la honra de nuestros olvidados autores, y si al propio tiempo no se hubiese iniciado en Francia el movimiento literario denominado romanticismo, que tan eficaz y tan directamente influyó en nuestra literatura patria. Admitiendo la eficacia de esa influencia, puede comprenderse que las aficiones del público español saltasen, sin hacer escala en puntos intermedios, desde *El sí de las niñas* hasta *Don Alvaro*, desde el teatro de Moratín hasta las traducciones de *Dumas* y de *Víctor Hugo*.

Pero como aquí, en esta bendita tierra de los garbanzos y de las exageraciones, dicho sea sin ofensa del patriotismo hoy un tanto efervescente, somos extremados en todo, lo mismo en literatura que en política, devoramos reputaciones de poetas como si fueran famas de general y viceversa, hemos llegado á menospreciar á Moratín y hasta á olvidarnos casi de Bretón de los Herreros, que si bien imitó á su maestro en las primeras obras como *A la vejez viruelas*, *A Madrid me vuelvo*, y en algunas otras se apartó por completo del camino trazado por el autor de *El Café* y emprendió derrotero propio desde la excelente acogida otorgada á su MARCELA, comedia famosa, que aún se sostiene en el repertorio, después de dos tercios de siglo.

Y también ahora viene de Alemania, más española, por segunda vez, que los españoles, un toque de atención para que honremos la memoria del autor de *Muérete y verás*, de *El pelo de la dehesa*, de *El ¿qué dirán?* y el *¿Qué se me da á mí?*, de *La Independencia* y de tantas otras que fueron regocijo incesante de dos generaciones y que son hoy preciado tesoro y gloria imperecedera del teatro español del siglo diez y nueve

ó para hablar mejor, décimonono,

según dijo el mismo Bretón en una de sus composiciones sueltas.

Y digan lo que decir quisieren los exclusivistas de ahora, más intransigentes si cabe (que sí cabe) que los clásicos á lo Moratín, D. MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS merece por muchas razones y en conceptos muy numerosos los honores de un centenario.

Es verdad que para la ferocidad del sectario, tan exclusivista en literatura cuanto en política ó en filosofía, es y ha sido siempre axiomático lo de que fuera de su escuela respectiva no hay salvación posible, *nulla est redemptio*.

Los llamados *naturalistas*, por ejemplo, solamente el naturalismo á lo *Zola* admiten; lo demás ni en teatro, ni en novela, ni en arte, ni en nada.

Por ese mismo estilo juzgan á los que están separados de ellos, los *simbolistas* ibsenianos.

Y nada digo de otras escuelas, si son escuelas, ó sectas, si son sectas – que á mí ni escuelas, ni sectas me parecen, – y cada una de las cuales se ha bautizado con su *ista* correspondiente y se cree poseedora única de la verdad en el arte y de lo real en el teatro.

Para esos exclusivistas de la escuela *A* y de la escuela *B*, los personajes del teatro de *Bretón* no son de carne y hueso, no tienen nervios, ni músculos; son muñecos de teatrillo Guignol que mueve á su capricho ó según las exigencias de la acción el encargado de esos menesteres.

Este argumento de los monigotes, esa exigencia de que los personajes de los dramas sean de carne y hueso y tengan músculos y nervios, etc., etc., debe de ser, á juicio de los nuevos sectarios y de los escolásticos *modernistas*, de fuerza incontrarrestable, porque lo emplean con mucha frecuencia y echan mano de él en los momentos de apuro ó cuando el razonamiento flaquea un poco.

No sé á quién ocurrió por primera vez apelar á ese recurso *osteológico;* me parece que el inventor fué *Zola*, quien en su campaña de crítico, brillante por cierto, combatió rudamente el realismo á lo Dumas y á lo Sardou, y creo (no lo aseguro, ¿eh?), y creo que alguna vez dijo eso de que los personajes de esos dramaturgos eran muñecos de resorte y no personas de carne y hueso. Porque sin duda para el insigne Zola las únicas personas de carne y hueso que hay en el arte son su *Nana*, su *Teresa Raquin*, los ciudadanos de su *Pot-Bouille* y los campesinos de LA TIERRA.

Sea de esto lo que fuere, la ocurrencia tuvo buen éxito, y como suele decirse en los teatros, *quedó de repertorio*, y ahora echan mano de ella y la utilizan con el más admirable desenfado, no ya el pontífice y las dignidades de la iglesia naturalista, sino hasta los más humildes acólitos ó el menos tonsurado monacillo.

Y estos tales no se toman el trabajo de razonar y justificar sus afirmaciones, se limitan á declarar *ex cathedra* que la esposa no adúltera y el hombre bondadoso, y el hijo dócil y el delincuente arrepentido no son de carne y hueso, tal vez porque, según los modernistas, no hay en el mundo de la realidad mujer que no sea adúltera, ni hombre que no sea un perdido, ni hijo que honre á sus padres, ni criminal que se arrepienta.

Y por esta razón no es hombre de carne y hueso D. Frutos Calamocha de *El pelo de la Dehesa*, ni Matías de *Muérete y verás*, ni el protagonista de *A Madrid me vuelvo*, y sin embargo, el uno y el otro y muchos del primoroso teatro de Bretón están arrancados de la realidad, están vistos y estudiados y sentidos – aunque, como es natural, algo caricaturizados – como los más sentidos y mejor vistos y mejor estudiados del más celebrado autor dramático.

Ni la biografía del inolvidable Bretón, ni el examen de sus obras son trabajos necesarios ahora, pues de mano maestra los han realizado literatos ilustres, el primero de ellos el insigne y nunca bien ponderado *D. Juan Eugenio Hartzenbusch*, que los escribió y los publicó hace ya más de medio siglo al frente de la colección de las obras de Bretón de los Herreros.

Aun sin eso, que sería motivo más que sobrado para prohibirme yo á mí mismo tocar tales asuntos, no cabría tan importante tarea en los estrechos límites de un artículo.

Solamente me he propuesto llamar la atención hacia el hecho curioso de que los alemanes sean más bretonianos que los compatriotas de Bretón; como ya fueron más calderonianos que los literatos y críticos españoles; y al propio tiempo dejar sentado que, á mi juicio, nada se habría hecho de más celebrando solemne y públicamente el centenario del natalicio de Bretón de los Herreros.

Algo, aunque no mucho, ni muy lucido, ha hecho el Ateneo científico literario de Madrid... Hay que agradecérselo.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

ANTES DE TIEMPO

Al deshacerse el baile un domingo por la tarde en Cernadela, dos mozos se trabaron de palabras y concluyeron por cascarse la liendre.

Versó la disputa, al parecer, sobre cuál de los dos tenía más disposición y más habilidad para la cantería, que era el oficio á que uno y otro se dedicaban. Pero no era esa la madre del cordero, sino una galleguina paliducha y esmirriada, con unos ojos negros muy grandes, que parecía el espíritu de la golosina y que á los dos les tenía vuelto el juicio.

Uno de ellos, Juan Bouza, había sido ya novio de la muchacha anteriormente, y sin saber por qué, la había dejado.

Después había empezado á cortejarla Joaquín Pradeira, el otro contendiente, con tan buenos auspicios y con tan claras señales de hallar correspondencia, que ya se creía dueño de la muchacha y de las *terriñas* adyacentes, pues no sólo Rosa, que así se llamaba la chica, le daba á entender que por ella no había de quedar, sino que aun la madre, que era por de pronto la que mandaba en todo, no le ponía mala cara.

Pero el diablo, que todo lo enreda, ó por lo menos tiene fama de ser el que lo enreda todo, aunque también los hombres son seguros para enredar las cosas sin necesidad de que las enrede el diablo, y las mujeres... ¡no digo nada!..; el diablo, que si no lo enreda todo enreda muchas cosas, enredó éstas de modo que unos días antes del suceso que voy á contar, Juan Bouza, que había pasado la primavera y el verano en tierra de León haciendo alcantarillas en una carretera, tornara á su país con un traje nuevo de paño, una boina azul y un tapabocas de rayas blancas y negras, tan ancho que no sólo le tapaba la boca, sino todo el cuerpo.

En cuanto su antigua novia le vió por allí tan retejado, se le recrudeció la afición que del todo no le había perdido, y se propuso volverle á hacer á la mano sin perdonar medio.

Un sábado por la tarde, la víspera del domingo de la cuestión, estaba Rosa con otras muchachas arrancando maíz en una heredad próxima á las casas del barrio, y estaba no muy lejos Juan Bouza partiendo piedra para cercar otra finca contigua. Y como la muchacha notara la vecindad del mozo, comenzó á cantar con voz muy penetrante y clara, matizada de melancolía, cantares referentes al asunto, ó más bien á dirigirle saetas de esas que van derechas al alma. Como, por ejemplo:

«*Dixiste* que me querías
Y á la postre me olvidaste;
Si *vías* que non *che* gustaba
¿Para qué me enamoraste?..»

No era de acero el corazón de Bouza como la herramienta con que trabajaba, ni siquiera de piedra, como la que estaba partiendo; de manera que si el pico y el puntero y la uñeta con tener las bocas de acero se gastaban, y la piedra con ser piedra se abría en prismas rectangulares que parecían traviesas de ferrocarril, no tiene nada de extraño que el cantero no pudiera resistir á las punzadas de los cantares de la muchacha, que se le enterneciera el corazón y que suspendiendo por un rato la obra se aproximara á la cerca de la heredad donde trabajaba Rosa y entablara con ella un diálogo que traducido del gallego al castellano vendría á ser el siguiente:

– ¡Qué contenta estás, Rosina!

– ¿Dirálso por hacer burla?..

– Dígolo porque cantas.

También se canta para disimular las penas...

– No creo yo que tú tengas penas que disimular... Si dicen que eres tan afortunada.

– Alguna vez creí que lo era... Pero cualquiera se equivoca.

– ¿En qué te has equivocado, si se puede saber, y por qué tienes penas?..

No te interesará mucho saberlo.

– Mucho más de lo que tú te figuras.

– No me puedo figurar otra cosa; porque cuando hay interés en saber, se pregunta.

– ¿Y qué estoy haciendo más que preguntando?



MADONNA, cuadro de Pablo Barthel

– Pero has pasado mucho tiempo sin preguntar...
– Porque no esperaba buena respuesta.
– Me parece que no dices lo que sientes, que estás mintiendo...
– ¡Rosa!..
– ¡Juan!..

En fin, que tras de estos y otros dimes y diretes, Juan y Rosa volvieron aquella tarde á hacer las paces.

Y como nunca falta quien se goce en dar malas noticias, no pasaron dos horas sin que una de las muchachas que estaban con Rosa arrancando maíz fuera á contarle á Joaquín lo sucedido.



Guerra de Cuba. – Fuerte de Hoyo Colorado (Habana) que hizo el primer fuego al encontrar á Maceo la columna de Cirujeda (de fotografía de D. Ramón Carrera)

Ya se comprende que al pobre Pradeira no le cocerían buenas berzas con la noticia; y eso que no podía él acabar de creer en la volubilidad de Rosa.

Pero al día siguiente procuró encontrarse con ella después de misa, y dirigiéndola un requiebro para entablar conversación, le contestó ella sin detenerse con tal despego y con tan marcado desabrimiento, que ya no le quedó la menor duda.

Incomodado y casi enfurecido pasó todo el día haciendo coraje y decidido á tramarla con su rival en la primera ocasión que se presentara.

Y si no se presentaba pronto, él la buscaría. Como en efecto la buscó aquella misma tarde; pues hallándose Bouza en un corrillo con otros mozos contándoles sus aventuras del verano en las obras, se aproximó Pradeira, y sin dar siquiera las buenas tardes, tomó parte en la conversación, diciendo que conocía él á algunos que echándoselas de buenos canteros no tenían más que planta y fantasía.

Lo intempestivo de la interrupción puso nervioso á Bouza, haciéndole contestar inmediatamente:

– *Esu diráslu pur algún otru, que non pur Xuan Bouza.*

– *Dígolu pur quien queiru,* replicó Joaquín.

Y así comenzó la reyerta; y sobre si tú has dicho que yo soy un desmanicado, y si tú has dicho que á mí me han echado de una obra, se agarraron y comenzaron á darse cachetes.

La cosa no hubiera pasado de ahí, pues los circunstantes en seguida trataron de meterse por en medio; pero un hermano de Juan, más joven que él, que se hallaba presente, al ver que Joaquín tenía á su hermano agarrado por el cuello, enarboló un palo que llevaba en la mano y le descargó sobre Joaquín con tal fuerza, que le hizo caer en el suelo con la cabeza rota.

En el primer momento se creyó que le había matado. Las mujeres, que entonces se marchaban del baile, comenzaron á dar gritos que parecían aullidos, los hombres, algunos se escabulleron por temor de verse complicados en la causa; otros, más serenos, acudieron á levantar del suelo á Pradeira y le llevaron hacia su casa sangrando como un cabrito.

Alborotóse el pueblo, vino el señor cura con la Santa Unción, llegó el alcalde; y aunque pronto se les pasó á todos el susto, pues Joaquín fué recobrando el sentido que había perdido con el golpe y se vió que sólo se trataba de una descalabradura, con todo, por temor de que la herida fuera de más importancia que lo que parecía á primera vista, el alcalde dispuso dar parte al juez de Puenteareas.

Juan Bouza y sus hermanos y su padre trataron de obtener que se echara tierra al asunto sin dejarle llegar al juzgado, para lo cual ofrecían pedir perdón al ofendido y además costearle la curación, bien convencidos de la fuerza del aforismo popular que dice que el que rompe paga; pero el alcalde no quiso cargar con la responsabilidad de lo que pudiera sobrevenir, y dió parte.

Hallábase por aquel entonces representada la ciencia de curar en la villa de Puenteareas por un cirujano del antiguo régimen, llamado D. Rosendo Pardo, muy amigo del vino, pero más amigo todavía del dinero, sin conocimiento ninguno de la cirugía ni de la medicina, pero con mucha gramática del mismo color de su apellido.

Gracias á ella, cuando no sabía qué recetar á un enfermo, que era casi siempre, le contaba un cuento ó le decía un chiste, y así salía del paso. Tenía además sus lugares comunes para aplicar á las distintas clases de enfermos. Por ejemplo, si le llamaban para un niño, decía por toda solución: *¡Anxeliñus al cielu!* Si le llamaban para un anciano, decía: *¿E cómu queire que eu i quite os años?* Si el enfermo era persona robusta y de buena edad, solía decir: *Cunviene deixare que obre la naturaleza...*

A este *facultativo* encargó el juzgado ir á reconocer y curar al herido de Cernadela, para que á la vuelta prestara declaración sobre su estado en la causa que se comenzaba á instruir. Y como la orden no se le comunicó hasta el lunes á eso de mediodía, no llegó el cirujano á Cernadela hasta las cinco de la tarde, ó sea á las veinticuatro horas del golpe, cuando el herido tenía tiempo sobrado de haberse desangrado si no se le hubiera hecho remedio alguno.

Afortunadamente la madre de los Bouzas, que era algo curandera, se había presentado desde el primer momento en casa de Joaquín, y haciendo mil protestas contra la azaridad que habían cometido sus hijos, le había atajado la sangre y le había curado la herida con la medicina *de las nueve cosas,* que son: vino hervido con romero, aceite, manteca, azúcar, miel, clara de huevo, cañada de vaca y enjundia de gallina.

Humedecida frecuentemente con este complicado bálsamo, la herida, cuando el cirujano la descubrió, estaba ya en cicatrización, casi curada; pero D. Rosendo comenzó á mover hacia los lados la cabeza, como para dar á entender que aquello era muy grave. Y además lo dijo: dijo que aquella herida tardaría mucho en curarse, y gracias que el herido escapara bien, lo cual no podía él asegurar todavía, porque estaba expuesto á muchas complicaciones.

La madre del delincuente, que lo estaba oyendo, dijo para sí: «¡Este hombre nos pierde!,» é inmediatamente concibió la idea de proponer al cirujano algún arreglo. Para hacerlo con más comodidad discurrió suplicarle que cuando hubiera concluído allí la hiciera el favor de ir á ver á su marido, que estaba enfermo del susto.

El cirujano comprendió en seguida de lo que se trataba, pues no era aquella la primera zorra que había desollado, como suele decirse, y ofreció á la mujer que iría en acabando.

Fuése ella á su casa antes que D. Rosendo para prevenir á la familia, y aceptada la idea por el marido y por los hijos, tan pronto como el cirujano se presentó allí le planteó la cuestión el supuesto enfermo, diciéndole:



Guerra de Cuba. – Plateado ahorcado por Máximo Gómez en la hacienda «Jamaica» (de fotografía de D. Ramón Carrera)

– *Siñor dun Rusendu... ¿é nun se podeira esu arreglare?..*

El cirujano calló un momento como meditando en la gravedad del caso y después contestó:

– *Sí pur ciertu; se pode arreglar cun dos onzas.*

Y levantando la mano izquierda con dos dedos extendidos, volvió á repetir: *dos onzas...*

Le contestó Bouza el padre que dos onzas era mucho dinero y que ellos no

tenían tanto, que á duras penas podrían reunir la mitad, y le suplicó que en lugar de las dos onzas se contentara con una. Replicó el cirujano, muy enfadado, que una onza no era nada para la responsabilidad que iba él á contraer por servirles; que por las dos onzas se arriesgaría y daría una declaración favorable, diciendo que la herida no era más que un rasguño que estaría curado al día siguiente, con lo cual todo quedaría reducido á un juicio de faltas, pero él estaba expuesto á que el herido se muriera, y entonces..., ¿por dónde iba su reputación como facultativo?..

Los Bouzas ofrecieron entonces hasta veinte duros, pero D. Rosendo se volvió á enfadar, diciendo que no podía ser menos de lo dicho, y que se decidieran pronto porque tenía prisa, y de no decidirse, no tendría más remedio que poner en la declaración la verdad, es á saber, que la herida era grave y que tardaría en curarse un par de meses, con lo cual quedaba el agresor envuelto en una causa criminal que les había de costar más de las dos onzas y más de cuatro. .

Por último, después de mucho regatear, el cirujano rebajó dos duros de lo que había pedido, quedando ajustada en los treinta la declaración favorable.

La familia comenzó á rebuscar por todos sus escondrijos, y, duro de aquí, peseta de allá, reunieron entre los padres y los hijos los seiscientos reales, que, con duelo de su corazón y yéndoseles los ojos tras de ellos, entregaron al cirujano, quien los guardó muy contento en el bolso y montó á caballo, para volverse á su casa.

Apenas había salido de la de los Bouzas, éstos se miraron unos á otros con cierta tristeza mezclada de mala intención. Aquellas miradas querían decir: «¿No es buena lástima que ese tío ladrón se nos lleve esos treinta duros, que son nuestros ahorros de todo el año?..» Después cambiaron algunas palabras en voz baja...

En tanto D. Rosendo Pardo pasaba el puente de Cernadela, que no es romano como dicen en el país, sino gótico, del siglo XV ó principio del XVI, subía pausadamente en su caballejo la cuesta donde se asienta la parroquia de Mondáriz, tornaba á descender hasta Gándara, volvía á subir al Troncoso, y cuando se había ya internado en el monte de Pías, al llegar á un recodo del camino, oyó que le gritaron de muy cerca:

– ¡Alto!

Paró su caballo, miró hacia la derecha, que era de donde había salido la voz, y vió dos hombres con las caras tiznadas, uno de los cuales le apuntaba con una escopeta, mientras que el otro empuñaba un chuzo.

– *¿Qué queredes?*, les dijo en correcto gallego:

– *Os cartos que ustede leva,* le contestaron resueltamente.

Entonces el cirujano, que desde el primer momento había conocido que los que trataban de quitarle los cuartos eran los mismos que se los acababan de dar, se echó mano al bolsillo, diciéndoles:

– *¡O demo us leve!.. Tomálos, tomálos, que a declaración inda no está posta* (1).

Los asaltantes, que efectivamente eran los Bouzas, que habían salido detrás de D. Rosendo y por el atajo de la orilla del río se le habían adelantado en el camino, al comprender por las últimas palabras del cirujano que éste les había conocido, echaron á correr monte abajo sin recatarse, dejando en paz á D. Rosendo, que poco después llegaba á Puenteareas muy satisfecho, con sus treinta duros en el bolsillo.

[illegible]

(1) ¡El demonio os lleve! Tomadlos, que la declaración todavía no está puesta.



REZANDO EL ROSARIO, cuadro de José Benlliure

POMPEYA – JAPON – MADRID

Así enunciado parece que se trata de una vía, férrea en parte y en parte marítima, para comunicar entre sí estas tres regiones.

Pero no hay tal proyecto, que yo sepa.

Por otra parte, Pompeya «aún no existe,» como dijo un «novelador» moderno.

Sin duda quiso decir: Aún no han acabado de desenterrarla.

O no supo lo que escribió, y esto es más probable.

Madrid no necesita más comunicaciones que las que mantiene con «medio mundo» por París.

De allí recibimos noticias de Pompeya, como en principio de este siglo sabíamos del Gran Turco y de sus señoras por el ordinario de Constantinopla.

Esto de «sabíamos» es un decir; porque ni ustedes ni yo habíamos «venido nunca» á la vida pública.

De París recibimos noticias de Pompeya, como recibimos los figurines para hacernos ropa, con sujeción á los últimos adelantos del arte de sastrería.

Recordarán ustedes que todo era pompeyano hace pocos años.

Platos, ánforas, servicios de café y adornos de sobremesa.

Las mujeres, «desde la duquesa altiva» hasta la candorosa pantalonera, se peinaban á la pompeyana.

En varios *restaurants* y cafés había algún salón pintado al estilo de «allá,» y parroquianos de Pompeya.

Las portadas de los establecimientos mercantiles y de los libros, los cuadros en las exposiciones, las tarjetas, las cajas de cerillas, todo era de Pompeya... *sur Seine.*

Libretos de juguetes cómico-líricos del «género chico,» música de los mismos y aun artistas para interpretar estas obras, eran pompeyanos.

Los pucheros de Alcorcón y las tinajas llegaron á ser de Pompeya, como los botijos encarnados y verdes.

Pasó aquel pompeyanismo infeccioso.

Las muchachas renunciaron á peinados y vestidos con el estilo de Pompeya, y solamente quedaron los caballeros de riguroso guiñapo, de suyo pompeyanos arruinados.

Entonces empezó á enseñorearse de portadas y libros, cuadros, mobiliario, costumbres, artes y literatura el género japonés.

En establecimientos públicos, en casas aristocrático-modernistas, no faltaba el salón japonés, iluminado á la japonesa, para no verse unos á otros los concurrentes.

Salones iluminados *à notte.*

Tonos inverosímiles en la pintura, exuberantes de firmeza y brillo y frescura; inscripciones en japonés de telón escenográfico, retratos de «Llama, gata,» ó Yamagata y de cualquier otro personaje «del natural» ó fantástico, flores gigantes, árboles enanos, macetas con las asas «en jarras...»

Jabones japoneses para afeitarse sin necesidad de navaja, frutas japonesas criadas en España, y abanicos japoneses para señoras y caballeros.

Las señoritas y aun las jóvenes «chulas» de nacimiento, usaron peinado japonés puro con moño de lazo, y algunas llegaron á pintarse los ojos al *biais* para mayor verosimilitud.

Se hubieran disputado las muchachas á cualquier chico japonés auténtico.

En un saco de garbanzos con que embellecía la entrada de su establecimiento de «Ultramarinos y Coloniales» un modesto al par que instruído comerciante, leí:



LLEGADA DEL CORONEL TEJEDA CON SU COLUMNA A SONGO



GUERRILLA EN FLANQUEO



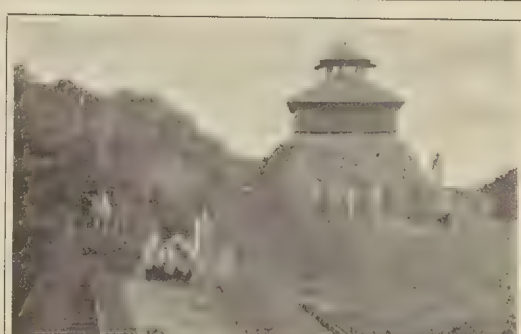
CAÑONERO «GALICIA»



CRUCERO «REINA MERCEDES»



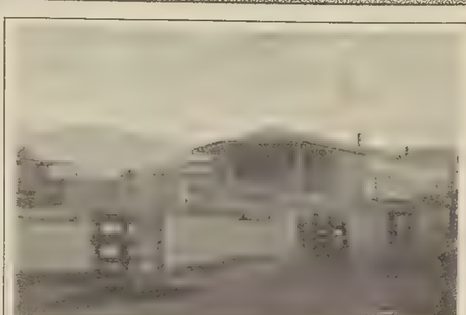
REMOLCADOR «CONCHITA» ARMADO EN GUERRA



FORTÍN EN LA LÍNEA FÉRREA DE DAIQUIRI EN SANTIAGO DE CUBA



FUERTE «LOS HORNOS» EN SANTIAGO DE CUBA

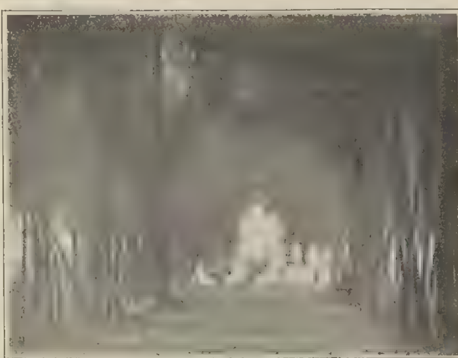


ESTACIÓN DEL FERROCARRIL DE SABANILLA Y MAROTO

SANTIAGO DE CUBA. — Vistas reproducidas de fotografías remitidas por D. Aurelio Ferrer



CALLE REAL EN EL POBLADO DE ALTO SONGO



CALLE DE CAÑA BAMBU EN EL POBLADO DE CUABITAS



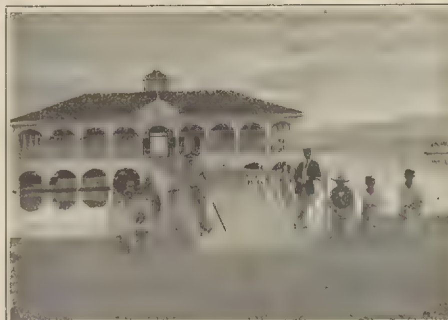
CASAS DEL POBLADO DEL CRISTO



ENTRADA DEL PUERTO DE SANTIAGO DE CUBA



OFICINAS DE LA COMPAÑÍA MINERA DE DAIQUIRÍ



CLUB NAUTICO EN SANTIAGO DE CUBA



EDIFICIO DEL GOBIERNO EN SANTIAGO DE CUBA



ESPERANDO EL TREN EN LA ESTACION DEL CRISTO

SANTIAGO DE CUBA. - Vistas reproducidas de fotografías remitidas por D. Aurelio Ferrer

«Garbanzos del Mikado. – La flor de Fuentesaúco del Japón.»

– Yo no los llevo, decía una poetisa latente que habitaba en el piso segundo de la misma casa, porque no los entendería mi esposo. Es el hombre más refractario á los idiomas.

– ¡Ya!

– ¿Usted ve lo que son los boquerones?

– Sí, señora, peces.

– No es eso.

– ¿De Málaga?

– No.

– ¿Cómo que no?

– Digo que si ve usted los boquerones.

– A Dios gracias, los veo y los trato, pero no sé quiénes son.

Pues solamente con que conserven el acento no los quiere mi esposo. El acento del mar.

– ¡Ah! ¡Qué bár..., digo, qué *barbián* es el esposo! Pasó el furor japonés.

Estamos en un período de caprichos modernistas. Combinaciones absurdas de negro y colorines.

Las damas usan sombreros con jardines, selvas y caza mayor.

Los caballeros se dejan crecer el cuello de la camisa, y llevan cayado, como para guardar cabras ú ovejas.

El arte pictórico modernista consiste en manchas de color y dibujo laberíntico.

– Mira qué pastora tan graciosa. ¿La ves?, pregunta una señora á su esposo, mostrándole un dibujo instantáneo, á pluma... y á pelo.

– ¿Dónde está? No veo la pastora, replica el marido de la dama artística.

– ¡Qué inculto eres y qué rutinario!

– Eso es una telaraña en un desván.

¿Y las titulares de algunos libros?

¿Y las muestras modernistas de algunos establecimientos?

Lo que me decía en un colegio un profesor de bien:

– Da mucha pena haber llegado á mis años y no saber leer de corrido en letras de adorno.

Eduardo de Palacio

NUESTROS GRABADOS

Monumento á Juan Leclair, obra de Dalou y Formigé.—Recientemente se ha inaugurado en París este monumento erigido á la memoria del iniciador de una empresa interesante, bien conocida de cuantos de sociología se ocupan. Leclair, que era pastor en Ivonne, abandonó sus rebaños para ir á



Monumento á Juan Leclair
recientemente inaugurado en París, obra de Dalou y Formigé

París, en donde aprendió y ejerció el oficio de pintor de edificios. Cuando llegó á ser patrono dedicóse, venciendo toda suerte de dificultades, á organizar en su casa el sistema de la participación de sus obreros y empleados en los beneficios, y supo establecer sobre bases tan sólidas su obra, que ésta le ha sobrevivido con prosperidad siempre creciente, ofreciendo un ejemplo hermoso de los beneficios que puede reportar la unión del capital y del trabajo. Los obreros á quienes esa obra ha favorecido han querido demostrar su gratitud á Leclair perpetuando su memoria con un monumento que de sus ahorros han costeado y cuya ejecución confiaron á dos artistas tan eminentes como Dalou y Formigé.

Capullo, dibujo de Luis Marold.—No es desconocido á los lectores de La Ilustración Artística el nombre del célebre dibujante francés autor de *Capullo:* algunas de sus obras han sido reproducidas en nuestras páginas, y en todas ellas hemos admirado la corrección del artista y la inspiración del poeta. Marold pinta poetizándolos, aunque sin quitar nada á la verdad, los más delicados tipos parisienses, y su lápiz reproduce con gracia admirable aquellas mujeres que el mundo elegante femenino toma como modelo: unas veces las representa tales como son, puestas en su natural elemento, en la calle, en el paseo, en los salones; otras, hace de ellas, como en *Capullo*, elemento de una composición alegórica combinando la femenil belleza con las formas graciosas de flores y pájaros, y siempre resultan sus composiciones páginas artísticas de refinado gusto y perfecta ejecución.

Madonna, cuadro de Pablo Barthel.—La Divina Madre ha sido siempre asunto predilecto para el arte cristiano, y se comprende que así sea porque nada existe que por lo noble, lo elevado y lo santo pueda compararse con la figura de la Vírgen Santísima, y ninguna imagen, ninguna representación despierta tan dulcísimos sentimientos como la Madre que por serlo del Redentor lo es del género humano, la que es consuelo de los afligidos, esperanza de los desgraciados, sostén de los débiles, amparo de los desvalidos. Pablo Barthel, el notable pintor alemán, ha sabido inspirarse en los grandes maestros y ha logrado envolver en una atmósfera del más puro idealismo el hermosísimo grupo de María y del Niño Jesús.

Excmo. Sr. D. Venancio González.—El ilustre hombre público cuya muerte, acaecida el día 5 de los corrientes, es una gran pérdida para el partido liberal español, nació en Lillo (Toledo) en 1831, terminó la carrera de abogado en 1854 y fué por vez primera diputado en las Cortes de 1863. Coadyuvó poderosamente á la revolución de 1868, y durante el período re-



Excmo. Sr. D. Venancio González,
fallecido en Madrid en 5 de enero de 1897
(de fotografía de la Sra. viuda de E. Debas)

volucionario fué Director general de Correos y Telégrafos y de Propiedades y Derechos del Estado. Después de la restauración contribuyó eficazmente á la organización del partido fusionista, y al subir éste al poder en 1881 ocupó el ministerio de Gobernación, cartera que ha estado posteriormente á su cargo en varias ocasiones, y en 1892 hízose cargo del de Hacienda, puesto desde el cual inició el sistema de las economías y de la reorganización de la hacienda española, que las actuales guerras han impedido desarrollar. Fué jefe de las mayorías liberales monárquicas parlamentarias y ha sido uno de los más leales y adictos partidarios del Sr. Sagasta.

Guerra de Cuba.—La importancia del combate que las fuerzas del heroico comandante, hoy teniente coronel, Cirujeda libraron contra las partidas insurrectas que mandaba el cabecilla Antonio Maceo y en el cual halló la muerte tan prestigioso cabecilla, presta interés al primero de los grabados que publicamos en la página 54, que representa el fuerte de Hoyo Colorado, desde donde se hicieron los primeros disparos al trabarse aquella memorable acción. El otro grabado representa un plateado á quien Máximo Gómez mandó ahorcar en la hacienda denominada «Jamaica.» Los plateados son, como es sabido, merodeadores, bandidos que aprovechando los azares de la guerra se dedican al robo y al pillaje.

Las dos fotografías de donde tomamos estos grabados nos han sido remitidas por D. Ramón Carrera, á quien damos las más expresivas gracias.

Rezando el rosario, cuadro de José Benlliure. – Este cuadro, que nos proporciona una vez más el placer de ensalzar el talento de nuestro ilustre compatriota, figuró en la exposición celebrada en Venecia en 1895 y mereció los más entusiastas elogios de la crítica. Es una obra que confirma las aptitudes excepcionales del gran pintor valenciano para abordar los más diversos géneros: la *Visión del Colosseo* y *Rezando el rosario* forman sorprendente contraste; aquél todo grandiosidad, todo fantasía, éste todo sencillez y naturalidad. Quien tan opuestas composiciones ha sabido crear, bien merece el puesto eminente que por voto unánime ocupa en el arte contemporáneo, tanto más cuanto que entre una y otra tiene Benlliure una serie de obras admirablemente concebidas y pintadas todas de mano maestra, muchas de las cuales conocen nuestros lectores por haber sido reproducidas en las páginas de La Ilustración Artística.

Vistas de Santiago de Cuba.—Innecesaria nos parece la descripción detallada de las diferentes vistas agrupadas en las dos láminas de las páginas 56 y 57 del presente número. Unas reproducen escenas relacionadas con la guerra, que siempre ha tenido como uno de sus principales centros el departamento oriental, al que pertenece la provincia de Santiago de Cuba; otras, calles y casas de algunos poblados de aquella región; otras, algunos de los buques de guerra encargados de la vigilancia de aquellas costas; y dos, otros tantos edificios de la capital. Las fotografías de donde están reproducidas estas vistas nos han sido remitidas por D. Aurelio Ferrer.



El Dr. Adolfo Deucher,
elegido presidente de la Confederación suiza para el año 1897

M. Adolfo Deucher, presidente de la Confederación Suiza.—Por segunda vez ha sido elegido presidente de la Confederacion suiza el Dr. Adolfo Deucher: cuando lo fué en 1883 combatiéronle rudamente los ultramontanos y los centralistas por sus tendencias radicales en materias religiosas; pero demostró tanto acierto en el desempeño de su cargo, que desde entonces se conquistó los votos de todos los partidos, así es que su reciente elección ha sido casi por unanimidad. Nació en 1831 y desde 1856 distinguióse en la política de su cantón, el de Thurgovia: formó parte de la Asamblea Nacional desde 1867 á 1873 y desde 1879 á 1883: es un médico notable y un experto político, goza de gran popularidad entre todo el pueblo suizo y á su iniciativa se deben sabias é importantes leyes.

MISCELANEA

Bellas Artes. – Londres. – En la Galería Grafton se ha celebrado una exposición de retratos, entre los cuales sobresalen los del difunto Millais, Guthrie, Lavery, Whistler, Herkomer, Tadema, Greiffenhagen, Benjamín Constant, Dagnan Bouveret, y otros.

Teatros. — *Barcelona.* – Se ha estrenado con gran éxito en el Liceo la ópera de Saint-Saens *Sansón y Dalila*, que han cantado la Sra. Campodonico y los Sres. Cardinali y Puiggener y ha dirigido con gran acierto el maestro Campanini: las decoraciones de los señores Soler y Rovirosa y Vilumara son muy notables. En Novedades actúa la excelente compañía de opereta italiana que dirigen los Sres. Bonazzo y Milzi, y de la cual forman parte las aplaudidas tiples Srtas. Perretti.

Necrología. – Han fallecido:

Francisco Víctor Manuel Arago, senador, notable político francés, ex embajador en Berlín, ex ministro del Interior y uno de los que votaron en contra de la guerra con Prusia en 1870.

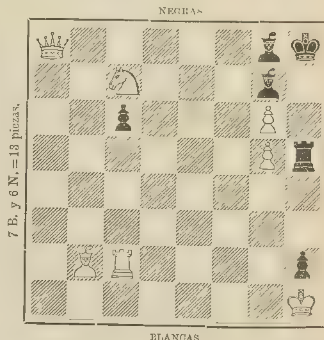
Benjamín Weed Richardson, uno de los más eminentes médicos ingleses.

José J. Cheeseman, presidente de la República de Liberia.

Benjamín Apthorp Gould, célebre astrónomo americano, director del Observatorio Nacional de Córdoba (Argentina).

AJEDREZ

Problema número 53, por José Beltrán
Dedicado á Andrés Fernández Pozo



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 52, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. C 4 D	1. R toma C (*)
2. A 6 A R jaque	2. R 4 D.
3. C 4 A R mate.	

(*) Si 1. R 4 D; 2. C 3 A R, R 3 R; 3. C 4 A R mate, – y si 1. P 4 D; 2. A 7 R, R toma C; 3. A 6 A R mate.



Por mucho que hagamos no podremos impedir que la hora del almuerzo haya pasado hace treinta minutos

LA ONDINA DE BRETAÑA

Novela por Pedro Maël. – Ilustraciones de Vicente Cutanda

(continuación)

En aquel momento fué Pablo de Guenezán quien meneó su cabeza. Complacíase en hacer durar la angustia de la joven.

– Reconozco que la cosa es difícil, dijo, puesto que el tiempo es un personaje que nunca vuelve sobre sus pasos. Por mucho que hagamos no podremos impedir que la hora del almuerzo haya pasado hace treinta minutos.

Entonces la contrariedad de Lena fué ya cosa más seria.

– Pero, ¡tonta de mí, tonta de mí! ¿Por qué no habré traído mi reloj?, murmuró retorciéndose las manos.

– ¿Tu reloj?, le hizo observar Pablo, pues ¿no lo llevas? ¡No puede estar más á la vista!

Y enseñó á la aturdida joven una verdadera joya de oro que llevaba imprudentemente colgando de una cadena, prendida en el cuerpo de su vestido.

Lena no se había enterado de la peligrosa posición de la joya. Seguramente el reloj se salió del sitio en que lo llevaba durante su precipitada carrera.

¡Vamos!, dijo de pronto Pablo, viendo sombrearse demasiado aquella hermosa frente. Que no te preocupen más las consecuencias de tu escapatoria. Yo salgo responsable de todo.

Y esta vez, dando su brazo á Magdalena, aceleró el paso.

Gwen y el comandante Pedro los esperaban sobre la escalinata de piedra del castillo, algo inquietos aún con motivo de aquella ausencia tan prolongada de la joven.

La buena inglesa la recibió con su habitual reproche:

– ¡Ah, Lena!, *my deard child,* no es razonable el irse de esa manera tan *inconveniente.*

Si Magdalena no hubiera tenido delante más que á su institutriz, de seguro que le hubiese contestado de un modo ú otro. Mas estaba allí el tutor, el terrible tutor que nunca la había reñido, pero que tenía una manera especial de fruncir el ceño cuando se incomodaba. La muchacha se calló y bajó los ojos, que no miraban al suelo con frecuencia, así como su frente, cuya curva un poco acentuada revelaba, sin embargo, verdaderas disposiciones para la réplica.

Por fortuna, según había prometido, intervino Pablo oportunamente.

– Miss Gwen, dijo, no hay que enfadarse. Ahora soy yo el culpable, soy yo quien ha retenido á Magdalena para que nos viese maniobrar. Mi querido comandante había convidado á almorzar á Boyer y á Leroux, pero han preferido comer sólo queso para que les quede tiempo de cazar palomas bravas.

Muy bien, murmuró tranquilamente el capitán de fragata.

Mas en cuanto Magdalena y su institutriz hubieron franqueado el umbral del vestíbulo, Pedro dijo á su hermano:

– Decididamente, mi pobre Pablo, no tienes formalidad.

– ¿Que no tengo formalidad? ¿Y por qué me dices eso, mi querido *superior?,* preguntó, bromeándose con su hermano el teniente de navío.

Porque no está bien que un muchacho de tu edad ande exhibiendo á cada paso, y menos aún ante camaradas, á una joven de la edad de Lena.

– ¡Bah! ¿Pues qué edad tiene?

– Va á cumplir diez y seis años.

– ¿Diez y seis años?.. ¡Toma! ¡Pues, es verdad!, dijo Pablo, cogiendo á su hermano del brazo y llevándolo hacia el comedor.

II

ONDINA

Debía Magdalena este gracioso nombre á las circunstancias de su vida rústica, casi salvaje. Llamáronla así los campesinos de Arzón, donde pasó los primeros años de su infancia. Tan apasionada por la naturaleza como rebelde á las lecciones de la excelente y digna Gwendolina Hotspur, adoraba los bosques, las soledades, los arroyuelos que corren entre la verde hierba, las ruinas cubiertas de hiedra añosa y las piedras roídas por el musgo.

Nada la asustaba en medio del silencio de los bosques, nada le parecía demasiado solitario. A pesar de su alegría de niña sana y robusta, era contemplativa y soñadora. Las horas deslizábanse rápidas para ella á la sombra de las gruesas encinas de Bretaña y sobre la hierba corta y ruda de las cañadas y de los hondos caminos ocultos bajo el follaje.

Trasplantada de los bosques á la orilla del mar, no tardó en adaptarse á aquella nueva vida. Hubiérase dicho que no había conocido nunca más paisajes que los del Océano, de tal manera se aclimató á aquellos horizontes sin límite que sucedían ya á los estrechos pedregales y pequeñas ensenadas de la costa, ya á los prados y á los barrancos cubiertos de aliagas. En lugar de oir los quejidos del viento á través del espeso ramaje, oía la profunda y monótona voz del mar, dominada á veces por los clamores de desencadenadas tormentas.

La poesía de Bretaña es al mismo tiempo triste y religiosa, pero enérgica, como nacida del alma de un pueblo fuerte, sobrio y laborioso, que guarda en sí, conservándolas por medio de tradiciones y de leyendas, los recuerdos de otra patria, de que la conquista violenta lo ha desposeído, y espera sacudir el yugo del invasor.

En esa poesía se impregnaba el alma de Lena. Oía ésta la voz de las rocas y de las playas, los soplos de la noche y el murmurio de los arroyos. Para ella los viejos troncos desmochados, y huecos como grutas, estaban habitados por almas errantes. No sabía nada de los faunos y de los dríadas de la mitología; pero creía en las hadas y en los duendes de las leyendas bretonas. En sus correrías por la costa había aprendido todas las baladas que aún vibran en medio del silencio de las veladas obscuras y en los campos durante las horas del trabajo. Viviana era su protectora y Myrddin su poeta, pero el Myrddin cristiano á quien bautizó San Corentino cuando el viejo bardo de Mont-Badou fué á refugiarse á la tierra de Armor después de la derrota del *Dragón Rojo.* Sabía la historia de los antiguos reinos de León, de Is y de Vannes, así como la de los gloriosos Tierns que lucharon hasta la sumisión de Alain, hijo de Judicaél, mas sabíala como la saben y la cantan los campesinos de la baja Bretaña. Toda su juventud exhalaba el perfume de los arbustos salvajes, y si con frecuencia sus blancos y pequeños pies bañábanse en el agua clara de los riachuelos ó en la espuma de las olas que ciñen la costa, sólo pisaba la arena de Bretaña, más fina y más suave al tacto que las más ricas alfombras que ha producido la civilización.

¡Ah! Lena era una hermosa y excelente muchacha, último retoño de una rama que con ella iba á extinguirse. Desde el Raz hasta el Monte de San Miguel no quedaría ya ningún sobreviviente de los Kéroulaz.

Habían vertido demasiada sangre en los combates épicos para que no se hubiera agotado su savia. La misma Magdalena, en sus momentos de melancolía, exclamaba á veces:

– ¿Por qué la última rama del roble no ha producido una lanza en lugar de un huso?

Entonces interrogaba al porvenir. En su ignorancia de la vida preguntábase qué suerte le esperaba, si sería esposa y madre en alguna mansión nobiliaria y decrépita, ó virgen consagrada á la oración á la sombra de un claustro silencioso.

Nada sabía del amor, como no fuese que amaba todas las cosas, aunque de una manera distinta. Había adorado á su padre, y de su madre conservaba sólo una imagen vaga, casi borrada por los años. Su tutor le inspiró después sentimientos cariñosos encerrados en un respeto quizás excesivo. Lo contrario precisamente le ocurría con Gwen, y sin embargo, Lena consagraba una gran parte de su afecto á su vieja institutriz. Ésta no lo ignoraba, y por eso era indulgente con las travesuras de su discípula.

A quien Magdalena tenía un especial cariño era al septuagenario Alain. No sólo sentía por él amistad, sino veneración. También Le Gadek era una ruina, si bien menos antigua que las redondas torres de Sucinio y los arcos de bóveda romanos de Saint Gildas, pero contemporánea de una época á la cual los progresos del vapor han hecho retroceder un siglo cada diez años.

Además aquella ruina vivía, andaba y hablaba. No era el eco lastimero que se limita á repetir vuestra voz; era el pasado que discutía con el presente, era un mundo del cual Lena veía sólo las líneas desvanecidas dentro del cuadro de un mundo nuevo, las cuales líneas aún no estaban para ella definidas por completo.

Pero todos aquellos afectos, simpatías ó aficiones eran sólo el alimento ordinario del corazón, alimento sano y nutritivo que lo sostiene desde el mismo período de la lactancia hasta el momento de emanciparse de la tutela. Lena, en medio de todo eso, notaba algo así como un vacío interno que un sentimiento distinto iría necesariamente á llenar.

Una hermosa tarde de otoño, hacía apenas cinco meses, se dió cuenta la ondina de que aquel sitio había sido ocupado, de que estaba colmado el vacío.

Era la hora indecisa en que el sol de las magníficas tardes de octubre diríase que se resiste á abandonar el cielo y se para tocando el horizonte, impidiendo á la noche tender su negro manto sobre la tierra. La luz, aún dorada, esparcíase en brillantes chispas por la atmósfera temblorosa. Por el Occidente extendíase el mar, infinito, inmenso, respirando en el reposo de esas calmas profundas que embriagan y adormecen. Hacia el Norte se veían los escalonados pliegues del terreno cubiertos de hierba amarillenta, sobre la cual los últimos rayos solares vertían colores misteriosos.

Sentíanse correr los primeros soplos de la noche; al pie de las dunas, el golfo del Morbihán iba haciendo más sombrío el azul de sus aguas á medida que el astro ensanchaba su disco. Y en aquella gloriosa retirada del sol, que parecía que cerraba una tras otra las varillas mágicas de un fantástico abanico abierto en la colosal bóveda enrojecida, cada cabo, cada isla iban tomando á su vez una chispa de aquel foco expirante. Líneas de fuego cortaban el agua y algunas velas desplegadas parecían arder al pasar por delante de aquel orbe incandescente.

Viejas piedras druídicas iban surgiendo aquí y allá como fantasmas evocados por las tinieblas, y mientras el rumor unísono de las olas daba al concierto habitual del crepúsculo un susurro monótono, las agudas notas de los grillos, encerrados ya en sus cuarteles de invierno, elevábanse queriendo llenar el silencio nocturno que avanzaba.

Lena amaba esta hora misteriosa. El alba y el crepúsculo vespertino eran para ella los instantes del ensueño, los momentos de actividad del alma.

Especialmente aquel día, bajo el cielo avaro de esplendores, permaneció extática, dejando correr el tiempo ante la grandiosa puesta del sol. Saturada de la poesía ambiente, apoyó su espalda en un *men-hir* solitario de unos tres metros de altura, que dominaba todo el paisaje. La religión de las ruinas y del silencio le invadió el alma en efluvios que se escapaban de aquella muerte viva. Convirtióse ella misma en un eco, en el son rejuvenecido de las liras invisibles de los bardos, olvidadas por ellos en los desolados bosques, bajo el musgo de los gigantescos peñascos que los sobrevivieron como las losas de las tumbas sobreviven á las cenizas de los huesos que guardan. Y lentamente, con inculta armonía, se elevó de su pecho infantil una de esas viejas canciones populares de Bretaña, cuya dudosa paternidad fué atribuída á los contemporáneos de Arthur ó á los del galo Llewellyn.

El *Maromad* que cantaba Lena es conocido en todo el país de Armor. Figura entre los fragmentos, más ó menos auténticos, de *Llywarc'h Hen:*

No hay mujer en este mundo
que á mi prometida iguale
en gracia y en hermosura,
en elegancia y donaire,
cuando su vestido rojo
ciñe su cuerpo arrogante.
Dios quiso su obra maestra
hacer ver á los mortales
y la envió entre nosotros,
en su hechizo recreándose.
He subido á las montañas,
he atravesado los mares,
he cruzado las llanuras,
y he recorrido los valles,
he marchado bajo tierra
donde la sombra se esparce
poblada de enanos gnomos,
llena de negros gigantes,
y para mi prometida,
en la que pensé constante,
quité á la cumbre más alta
la blancura inimitable
de su inmaculada nieve,
su flor más hermosa al valle,
sus espigas de oro al llano,
al mar inmenso en la tarde
más serena del estío
su azul profundo y brillante,
y los demonios que habitan
en los antros infernales,
lúgubres trabajadores
de la sombra impenetrable,
me dieron el oro puro
que penosamente extraen
desgarrando las entrañas
de la tierra, en los parajes
secretos donde jamás
de este mundo llegó nadie.
Allí estuve un año entero
sin descansar un instante,
haciendo con aquel oro
y con perlas admirables
el collar de soberana
que á ella voy á regalarle.
¿Qué más quieres? ¡Habla! ¡Dime!
¡Ordena! ¿Qué más te place?
Por una sonrisa tuya
soy capaz de apoderarme,
si lo deseas, del reino
del mal y, después, al darte
sus vastísimos dominios,
á tus plantas prosternándome,
convertirme en tu obediente
esclavo... ¡Si tus amantes
brazos fuesen la cadena
que fuerte me sujetase
á ti por siempre enlazado
hasta que mi vida acabe,
no habría rey que pudiera
á este esclavo compararse!

Ciertamente, esta balada sería demasiado atrevida para una señorita de nuestros salones. Cantada por aquella joven ingenua y sencilla, inconsciente del sentido de las palabras que pronunciaba, no tenía más sabor que el de su música extraña y original y el de la vaga poesía que suelen respirar todas las melodías populares, todas las elegías que corriendo de boca en boca á través de los siglos, perpetúan las tradiciones en la vida de los campos.

Para Lena esta canción venía á ser únicamente la nota complementaria del concierto formado por toda aquella armonía de los cielos, de la tierra y del mar.

Ella misma se rendía á su influjo, cediendo al magnetismo del paraje y del momento.

Quizás, como el viejo bardo, veía á los héroes de aquella extraña canción de amor llevando á cabo los prodigios que invadían su mente. Traducíase acaso en aquella melodía una vaga revelación de la necesidad de amar que saturaba todo su ser.

Apenas cantó los primeros versos, una voz grave, rica en sonoridades y en extremo flexible, respondió á la suya, continuando la canción.

Lena se calló. Sintióse sacudida por una emoción singular y las lágrimas saltaron de sus ojos. Perdiendo toda noción de la realidad, impulsada por el ideal del canto, abandonóse á la inacción y á su vez contestó á aquella voz desconocida, siguiendo las melódicas estrofas y alternando con el cantor invisible que á ella se acercaba.

Hubiérase prolongado mucho tiempo aquel diálogo rítmico y musical si no lo hubiese cortado de pronto una brusca y alegre carcajada. El que la lanzó, que era el mismo que tan galantemente había contestado al canto de la joven, exclamó dirigiéndose á Lena con marcado tono irónico:

¡A fe mía, ondina, es cosa de creer que el Gran-de Espíritu Errante se ha apoderado de tu razón y se la ha llevado en el saco del Infierno donde lleva las almas de los que murieron á la luz de la luna!

El encanto se disipó.

Lena tuvo una decepción que la puso en cólera. Frunció el entrecejo y un relámpago iluminó sus pupilas. Su enojo fué muy grande.

Sin embargo, no duró mucho tiempo.

Pasó el enfado en cuanto vió Lena quién era el que así de ella se burlaba.

Era alto, de anchos hombros y de delgada cintura; tenía su rostro líneas á la vez finas y enérgicas, que la barba no había cubierto. En sus carrillos un ligero vello sombreaba el tejido delicado de aquella epidermis de niño bajo la cual resaltaban en toda su pureza sus rasgos varoniles.

¿Qué es lo que por Magdalena pasó? ¿Se sintió, quizás, subyugada por la poesía difusa de aquel religioso crepúsculo?

Parecióle que veía á Pablo por primera vez en su vida; el joven oficial presentábase á sus ojos revestido de todos los atributos de la hermosura y del heroísmo.

Transformóse de pronto para ella en el personaje de la épica y amorosa balada, y mirándole fijamente, con los ojos muy abiertos, dejó Lena que su pensamiento y su corazón se recrearan en la contemplación de su imagen.

Pablo de Guenezán, aunque bretón, y poeta en ocasiones, habíase despojado desde hacía mucho tiempo del misticismo de los primeros años de su vida inculta. El teniente de navío no había tenido más remedio que sacrificar al estudio de los cálculos de precisión y de las combinaciones náuticas su afición antigua á las brillantes é inspiradas estrofas de los bardos.

Detúvose frente á Lena, conmovido en su fibra de artista, por el espectáculo que el azar le ofrecía en aquel instante.

La joven, con un vestido de cachemira blanco muy ceñido y la cabeza medio cubierta con una mantilla de encaje, producía el efecto de una aparición evocada por el canto de Lliwarc'h.

El cuadro que en torno de ella formaban aquel gigantesco monolito, aquellos árboles nudosos, decapitados, moviendo sobre sus bajos troncos sus ramas cortas y débiles, semejantes á las erizadas cabelleras de los duendes que escoltan á Gwyon, y aquella costa pendiente y desierta, por donde trepaban las olas del mar, en cuya superficie iba la luz del día extinguiéndose, incitaban, realmente, á un soñador á dar á la excéntrica joven de Rhuis el nombre de Marsya ó de Veleda.

Lena, al ver á Pablo, reconcentróse en sí misma; su pudor, sin motivo alguno, se alarmó de repente, como si Pablo con su mirada la hubiese sorprendido en una falta, y cruzando las manos sobre su pecho, cuya agitación quería reprimir, dijo en tono de súplica:

– ¡Oh, primo! ¡No hay que burlarse de mí!

Estas sentidas palabras aumentaron la hilaridad del oficial.

Difícilmente se puede estar en contacto con la civilización, con el progreso y con la ciencia sin asimilarse algo de ese escepticismo que destruye el prestigio de las leyendas á la vez que la pura sinceridad de los sentimientos. Fuerte en el terreno de su saber profesional, Pablo miraba ciertas cosas de la naturaleza con esa duda vaga que resulta de una transformación completa de las primeras impresiones. Respondió, por tanto, á Lena con ese tono desembarazado propio de la superioridad de la inteligencia masculina sobre la debilidad irreflexiva de la mujer.

– Queridita prima, la hora es más á propósito para la satisfacción del apetito terrestre que para las evoluciones de la fantasía á través del espacio. No hay que olvidar que á las siete se come en el castillo de Ély. He venido á recordárselo á la que así se expone al relente de la noche.

Y diciendo esto, el teniente de navío cogió del brazo á Lena y la llevó en dirección al castillo.

Cuando por segunda vez, en la mañana de febrero en que hemos conocido á la joven, se vió Pablo en situación análoga, le dijo riéndose:

¿Sabes, Lena, que voy ya sacándote dos veces del mismo aprieto?.. ¡Y siempre á la hora de comer! Me temo que á la tercera no va á ver remedio posible... Un poeta latino ha dicho: *Tertia solvet.*

No tuvo Pablo que esperar á la tercera.

El segundo encuentro dió sus frutos.

Desde aquel día Magdalena sintió todo un mundo de ideas nuevas que penetraban y se movían en su espíritu. Faltábale sólo la madurez de la razón para ponerlas en equilibrio y en orden. Lo que en seguida comprendió en aquella orientación inesperada de su vida fué que no debía contrariar nunca á su primo Pablo.

¿Por qué Lena se inclinó instintivamente á la idea de no disgustar á Pablo cuando nunca había sacrificado el menor de sus caprichos al tímido respeto que su tutor le inspiraba, ni al verdadero afecto que sentía por Gwendolina?

Los psicólogos podrían hacer hondas reflexiones sobre estas preferencias innatas; los moralistas tienen en ellas ancho campo donde disertar sobre los princi-

pios de la educación que debe darse á los niños. Los unos acumularían palabras y más palabras sobre un problema por su naturaleza insoluble; los otros acabarían por tratar de mal educadas á las jóvenes como Magdalena.

Una vez más todos ellos vendrían á confirmar la frase profunda del gran Pascal: «El corazón tiene sus razones que la razón no comprende.»

Desde la segunda aventura se modificó mucho el carácter de la ondina. De soñadora y descuidada se convirtió en meditabunda y reflexiva.

No se entibió su amor á la naturaleza, mas la edad de diez y seis años trájole un comienzo visible de madurez de juicio.

Al entrar su cuerpo en esa plena fase de la transformación en que la mariposa arroja de sí los últimos restos de la crisálida, su espíritu empezó á abarcar un horizonte más amplio aún que el de los mares, cuya inmensidad sondeaba todos los días con su mirada.

Mas, por lo mismo que la conciencia de un nuevo estado se despertó espontáneamente en ella, Magdalena experimentó una alegría íntima que no quiso desflorar revelándosela á otro. Además, ¿á quién hubiera podido elegir por confidente? No hubiese elegido á su primo Pedro, siempre inclinado sobre la carta náutica y sobre los planos de buques que cubrían la ancha mesa de su despacho, ni á la buena Gwen, á quien la joven, por instinto, consideraba extraña á aquellos recónditos y dulces secretos semejantes á las alegrías misteriosas de una nueva existencia que palpita.



Saturada de la poesía ambiente apoyó su espalda en un *men-hir* solitario

Acaso la vieja inglesa, como todas las hijas de su país, había tenido sus horas de sentimentalismo indefinido, su *sweet heart*, convertido ya en místico recuerdo. Pero si Gwendolina Hotspur había amado, no fué, ciertamente, como podía amar Lena.

Ésta no pensó ni por un solo momento en ir á confiar á nadie sus alegrías y sus sobresaltos, sus lágrimas que, á lo mejor, escapábanse bruscamente de sus ojos y sus tiernas emociones inexplicables.

Llena de un sentimiento inquieto é impregnado de delicias, condenábase á buscar por sí sola la clave de aquel enigma, resolviendo ella misma el problema planteado ante sus ojos y ante su alma.

De todos modos, este cambio operado en su corazón no dejaba de causar algún enojo y alguna molestia á su conciencia naciente. Llegó á echar de menos su despreocupación pasada y su indiferencia por todo lo que era ajeno á su vida campestre. Alguna vez se acusó de pensar demasiado en aquel primo querido, cuya imagen recreaba sus ojos. Hasta culpó á aquella imagen de haberle arrebatado su calma serena y de haber destruído su tranquilidad.

Quiso recuperar la independencia perdida, y con más afán que nunca trepó por las colinas y recorrió las playas.

Un nuevo compañero, que no hablaba como el padre Alain, pero que tenía su especial lenguaje, de ruidosa elocuencia en sus manifestaciones de contento, la escoltaba compartiendo con ella sus fatigas.

Era un perro de Terranova en el cual se reunían las dos principales razas del Labrador; de pelo abundante y lanoso, de cabeza noble, valiente y erguida, aún más aficionado al agua del mar que su joven ama y de tanta fuerza que hubiera sido capaz de extrangular á la vez dos lobos si estos desagradables huéspedes de los bosques de la Roche-Bernard y de Malestroit se hubiesen aventurado á aproximarse á la costa.

Gwen había hecho para con él las veces de madre y de madrina. Se le recogió cuando tenía tres meses, dentro de una chalupa arrojada á la costa por el vendabal. El pescador que operó el salvamento, uno de los protegidos de la excelente inglesa, probó á ésta su gratitud regalándole aquel despojo del naufragio.

Miss Hotspur quiso poner ella misma el nombre á su nuevo protegido.

Le aplicó un vocablo propio de las circunstancias; como fué el 22 de marzo el día en que el perro le lamió por primera vez la mano, le dió el nombre de *Spring*, saludando así á la primavera que comenzaba radiante y hermosa.

Spring quería mucho á la vieja institutriz, mas algunas veces dejábase llevar por las expansiones de la juventud y desertaba del castillo, siguiendo á Lena á través de los campos.

Aquel hijo del Norte y de los hielos parecía embriagarse con los rayos del sol que hasta entonces no había visto nunca. Cuando las saetas de oro de abril atravesaban las primeras hojas veíasele loco de alegría correr y saltar por los prados, mordiendo con sus primeros dientes las viejas ramas y los nuevos brotes.

El servicio de la defensa móvil en Lorient obligó á ausentarse durante todo el mes de mayo al comandante Pedro y á su hermano el teniente de navío. El castillo de Ely parecía abandonado, y en él no repetía el eco, como otras veces, los sonoros ladridos del perro de Terranova.

Aquel período de tiempo fué para *Spring* un período de libertad como jamás había tenido, pues Magdalena de Kéroulaz, libre de su tutor y sin ningún respeto por miss Gwendolina, se entregó de lleno á sus distracciones, que ella calificaba de *sus trabajos*.

Nunca ninguna adolescente aprovechó mejor, de seguro, la libertad de la vida de los campos.

Lena sabía un «rinconcito,» como decía con grande escándalo de su digna institutriz, donde iba á bañarse, á kilómetro y medio del castillo, lo que ocupaba la mayor parte de su tiempo, pues dotada de grandes aptitudes para los ejercicios corporales no se cansaba de nadar. La joven conocía bien la hora exacta en que el agua está más templada y más agradable.

El programa de estas expediciones era muy sencillo.

A eso de las dos de la tarde, porque sacrificaba la mañana á miss Gwendolina para que ésta no se enfadase demasiado, la ondina salía del castillo de Ely con un vestido de tela azul muy ligero, un verdadero vestido de colegiala, bajo el cual no hubiera podido ponerse el corsé, pues tenía ya puesto un traje de baño.

Dirigíase hacia el mar, con sus pequeños pies desnudos sujetos sólo por alpargatas, atadas á las piernas con cintas de lana, los cabellos recogidos en la tradicional redecilla, un sombrero de paja de anchas alas sobre su cabeza y colgado del brazo un cestito donde no llevaba más que la sábana indispensable para salir del agua.

Spring iba delante de ella saltando, como si se alegrara de no tener que cuidarse de semejantes preparativos, sabiendo ya de antemano dónde ir á secar sus lanas, después de sacudir su lluvia de agua salada sobre la arena ó sobre la hierba.

Aún no había acabado de crecer, pero la altura que tenía hacíalo ya respetable, por no decir temible.

La joven pareja – pues diríase que eran de la misma edad aquel perro de cinco meses y aquella muchacha de diez y seis años – llegaba, cambiando por el camino ruidosos ladridos y alegres carcajadas, hasta una especie de islote donde se alzaba una cabaña construída con solidez bastante para resistir el azote de las ráfagas del mar.

Aquella era la habitual morada del padre Alain Le Gadek, que con sus economías, había además comprado una casucha en el pueblecito de Saint-Gildas. Pero, como él decía riéndose, prefería su casa de campo.

En el interior de aquella vivienda figuraban una cama de tijera, provista de todo lo necesario, muy bien cuidada y muy limpia, una tosca mesa hecha con tablas cortadas del bosque vecino, como las que formaban las paredes de la rústica habitación, dos banquitos también de madera y varios objetos de cocina y de lavabo.

El único mueble digno de este nombre que había en la cabaña era uno de esos cofres de la Edad media que aún en Bretaña abundan, aunque los aficionados hallen tan pocos, verdadera obra de arte de una hechura sólida, simple y artística en su primitiva sencillez.

Dentro del cofre guardaba el anciano su ropa, sus redes, sus cañas y su escopeta, una arma soberbia de Saint-Etienne, que el capitán de fragata Pedro de Guenezán le había regalado y que el antiguo artillero de marina cuidaba y limpiaba, conservándola siempre en un estado perfecto.

Necesitaba tan poco Alain para vivir, que allí tenía todo lo que le hacía falta.

Justamente á seis pies bajo el umbral de su puerta, límite extremo de las olas más altas, aun en las tempestades y en las grandes mareas, abríase una cortadura de diez metros de larga y cuatro de alta, en forma de túnel, donde tenía amarrado el bote en que pasaba la mayor parte de su existencia.

La cortadura reunía tan excelentes condiciones que los vientos más furiosos pasaban por encima sin producir el menor movimiento en el agua que la llenaba.

Sentado en el umbral, con las piernas colgando sobre la entrada de la cueva, viendo debajo el bote, Alain Le Gadek fumaba su pipa.

Conocía las costumbres de Lena. Su oído, prodigiosamente aguzado por el silencio de las playas, percibía el ruido de sus pasos ligeros á más de la mitad del camino, y nunca se hubiera engañado aun sin escuchar los ladridos de *Spring*.

Pero no se molestaba en ir á su encuentro. Solía esperar á que la joven le anunciase su llegada.

Tenía siempre alguna novedad para su oído la voz de la muchacha cuando le gritaba ésta: «¡Eh, padre Alain! ¿Está usted ahí?»

El camino por donde iba Lena llegaba sólo hasta el lado opuesto de la cabaña, y el islote hallábase separado de la tierra firme por un foso de tres metros próximamente de anchura.

El agua del mar penetraba allí clara como la de una fuente, verde en verano cuando reflejaba las ramas de los árboles cubiertas de hojas.

Algunas veces Alain no contestaba. Sabía que el foso era poco profundo y que una caída de la joven no podía tener más consecuencia que un baño hasta la cintura.

Por lo general solía echar sobre el foso un puente portátil que había hecho para su propio uso con dos tablas. Así facilitaba á la ondina su acceso al islote.

Pero cuando tenía el capricho de contrariarla, hacíase el sordo, sabiendo que la muchacha no retrocedería ante tan pequeño obstáculo.

Lena le llamaba á gritos. Él la oía, mas reíase bajo su barba blanca.

La joven le gritaba lanzándole esta suprema invectiva: «¡Eh! ¡Viejo Robinsón!»

La historia de Robinsón era una de las que más habían impresionado á Lena en su infancia.

La muchacha no perdía largo tiempo en imprecaciones.

«¡Una..., dos!,» exclamaba retrocediendo tres ó cuatro pasos.

Y tomando carrera, sus pequeños pies golpeaban el suelo del continente y en un segundo se posaba Lena como un pájaro sobre aquel pedazo de granito abandonado por los peñascos de Finisterre en aquella punta arenosa del Morbihán.

(Continuará)

DIPLOMA Y MEDALLA

DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO DE 1893

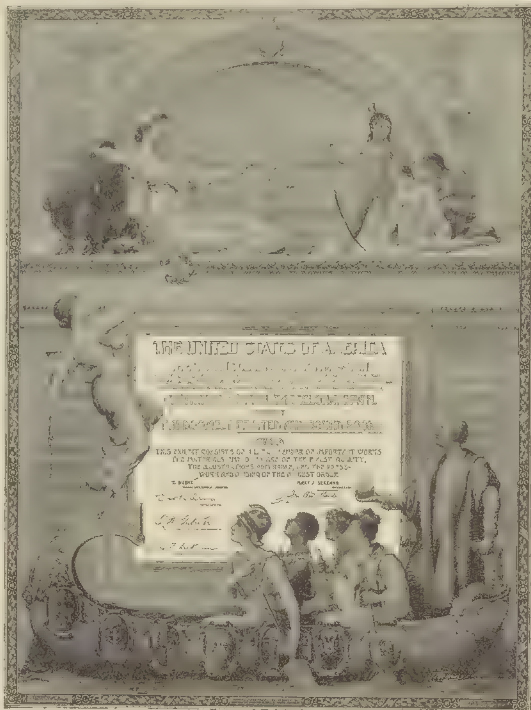
Publicamos en esta página la reproducción del diploma y de la medalla otorgados á los expositores que fueron premiados en la Exposición universal celebrada en Chicago en 1893 en conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América. Uno y otra son dos obras artísticas que merecen ser reproducidas, aun sólo por este concepto, en nuestro periódico.

He aquí la traducción del texto que el diploma contiene:

«*Los Estados Unidos de América han autorizado por acuerdo de su Congreso á la comisión de la Exposición Internacional Colombina celebrada en la ciudad de Chicago, Estado del Illinois, en el año 1893, para conceder una medalla por mérito específico que se manifiesta al pie, antes del nombre de un jurado individual que ha actuado como examinador, según fallo de un tribunal de jurados internacionales, á los Sres. Montaner y Simón, Barcelona, España. – Productos exhibidos: primorosos libros impresos y encuadernados. Fallo. – Esta instalación consiste en un gran número de obras importantes. Los materiales empleados son de la mejor calidad, las ilustraciones admirables y el trabajo de tipografía y encuadernación de primer orden. - K Buenz, Presidente del Comité Departamental. G. R. Davis, Director General. – J. W. Palmer, Presidente de la Comisión de la Exposición Universal Colombina. – J. Dickinson, Secretario de la Comisión de la Exposición Internacional Colombina. – Mary J. Serrano, Jurado individual. – J. Boyd Hacker, Presidente del Comité Ejecutivo de Acuerdos.*»

En el reverso de la medalla se lee la inscripción siguiente:

«*Exposición Universal Colombina en conmemoración del cuarto centenario del desembarco de Colón.* MDCCCXCII. MDCCCXCIII. *A Montaner y Simón.*»



Diploma concedido á los expositores premiados en la Exposición de Chicago de 1892-1893

LOS PRIMEROS TRABAJOS

DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1900

Al fin han sido definitivamente adoptados los proyectos trazados para la próxima Exposición universal parisiense, y ya se ha entrado de lleno en el período de ejecución. Dentro de poco se habrán olvidado todos los preparativos, razón por la cual nos parece oportuno conservar siquiera en un corto artículo el recuerdo del primer acto de tan colosal empresa. Sabido es que para esta Exposición se han aumentado las superficies útiles, y que el recinto de la misma comprenderá el Cours-la-Reine, los muelles, la Explanada de los Inválidos, el Campo de Marte y el Trocadero: la entrada principal estará en los Campos Elíseos, cerca de la plaza de la Concordia, casi en pleno París.

La inauguración de los trabajos data virtualmente del acto de colocación de la primera piedra del puente de Alejandro III, que realizó el emperador de Rusia durante su reciente estancia en la capital francesa. En efecto, los primeros golpes de piqueta no se han dado hasta los últimos días de noviembre para abrir la trinchera y el túnel que durante los trabajos pondrán en comunicación el Sena con los palacios que han de construirse en lo que hoy es Jardín de París. Para no interrumpir la circulación por el muelle se ha tomado la acertada determinación de hacer llegar los materiales de construcción hasta el pie de obra y de retirar los escombros por una vía subterránea en comunicación con el río. Los barcos llevarán al muelle las piedras y el hierro, y quitarán los escombros de los talleres. Algunos días después de las fiestas rusas comenzó la instalación de las empalizadas que limitan actualmente el sitio en donde se llevan á cabo las obras de construcción y de demolición: como estas empalizadas han de subsistir durante algunos años, se les ha dado una forma elegante. Adosadas á esta cerca se situarán de trecho en trecho ligeras pilastras de verja, unidas entre sí por travesaños de verja también: delante se plantarán macizos de flores y árboles, y las plantas se enlazarán entre unas y otras ocultando los talleres á la vista del público.

De un momento á otro se procederá á la demolición simultánea del Palacio de la Industria y del Palacio de la Ciudad para abrir la gran arteria que se prolongará por el puente de Alejandro III hasta los Inválidos: á fines de febrero se habrá derribado toda la fachada noroeste del viejo palacio de 1855; las salas consagradas á la exposición de Artes decorativas habrán desaparecido, y únicamente se conservará la nave y la parte opuesta del edificio para dar un último asilo al concurso hípico y al Salón de 1897.

M. Girault termina los estudios relativos al grande y al pequeño Palacio de Bellas Artes: el segundo se levantará conforme al plano premiado, si bien con algunas modificaciones; el primero está ya adoptado en sus grandes líneas y su estudio casi terminado. Para que pueda verse el efecto arquitectónico de este edificio, M. A. Picard, comisario general, ha mandado ejecutar una reproducción en yeso á la escala de uno por ciento, por la cual podrá formarse mejor idea del valor artístico del monumento.

En cuanto al puente de Alejandro III, el proyecto trazado por los Sres. Resal, ingeniero jefe, y Alby, ingeniero de puentes y caminos, ha sido definitivamente aprobado. Este puente tendrá un solo arco de 110 metros con una flecha de unos seis metros: su anchura será de 40 metros, distribuídos en esta forma: 10 para una acera central, 20 para dos arroyos y 10 para dos aceras laterales. El arco de medio punto tendrá tres articulaciones, una en cada lado y una en la clave; será de acero fundido y su ejecución comenzará en cuanto lo permitan las aguas del Sena.

En la actualidad la sección de vialidad de la exposición es la que ha iniciado los primeros preparativos para el establecimiento del túnel del Cours-la-Reine: en menos de un mes se ha abierto la trinchera al través del muelle, prolongándola hasta el sitio que han de ocupar los nuevos palacios, se ha terminado el túnel y restablecido la circulación. Los tranvías y coches pasan por debajo del subterráneo como antes de los trabajos, y nadie diría que se ha abierto una vía nueva desde el antiguo Jardín de París hasta el ribazo. Las obras de aterramiento han sido realizadas por solos 78 obreros, habiendo sido preciso desembarazar el terreno en una anchura de 12 metros por la parte del Sena hasta el paso de las vías de los tranvías, y construir una trinchera de 25 metros de longitud por cinco de anchura y tres de profundidad, que se prolongará hasta los nuevos palacios. En el entretanto una brigada de carpinteros ha construído las estacas que han de asegurar la construcción de la estacada del Sena destinada á la conducción de materiales.

El subterráneo está formado por un sistema de armaduras sencillo y sólido á la vez, que consiste en estacas ensambladas y clavadas por medio de martinetes de vapor: sus extremos superiores están cortados en espigas en las cuales se ensamblan piezas de madera de la misma escuadría que las estacas, y que tienen como éstas una sección de 40×40 milímetros. El primer tablero tiene encima otro de tablones de 11 centímetros sobre los cuales se restablece la vía.

Es este un trabajo relativamente insignificante, pero tiene interés por ser precisamente el comienzo de la gran empresa, tanto que siempre hay delante de los talleres de Cours-la-Reine un numeroso grupo de curiosos, pues todo el mundo quiere haber visto empezar los trabajos de la exposición y meter baza en lo que se hace.

Ingenieros, arquitectos, contratistas y obreros, todos imprimirán en lo sucesivo gran actividad á los trabajos, y es seguro que antes de que termine el año actual se verán surgir de tierra por todas partes las nuevas construcciones. Cualquiera que sea la opinión que haya merecido la conveniencia de la Exposición Universal de 1900, ya nadie la discute, pues la hora de la ejecución ha sonado, y los franceses, considerando que es una empresa eminentemente nacional y que en ella está empeñado el honor de su patria, sólo piensan en el éxito de la misma y se disponen á contribuir, cada uno en la medida de sus fuerzas, al triunfo de tan grandiosa obra. – E. de P.

UN VIAJE FRUCTUOSO

Una revista inglesa ha publicado con éxito inmenso una relación del viaje de Nansen al Polo Norte, habiéndose vendido 750.000 ejemplares de los tres números en que se insertó. Esta publicación ha originado un proceso por creerse perjudicado con ella el editor que había adquirido el derecho de dar al público en un tomo aquel relato.

El telegrama de 1.500 palabras que puso á su regreso á Noruega valió á Nansen 25.000 francos y el artículo antes citado 100.000. Si el explorador hubiese llegado al Polo, el telegrama le habría valido 125.000 francos. Además, como el editor ha de pagar 250.000 francos por el libro del explorador, puede calcularse, teniendo en cuenta los derechos de traducción, que la relación de su viaje habrá producido á Nansen unos 800.000 francos.





Medalla concedida á los expositores premiados en la Exposición de Chicago de 1892-1893

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

APUNTES É IDEAS SOBRE EDUCACIÓN Á PROPÓSITO DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA, por *R. Monner Sans.* – Libro es este que merecería algo más que el ligero suelto que podemos en esta sección dedicarle, no sólo por la importancia de su asunto, sino que también por la maestría con que ha sabido tratarlo su autor, abarcando en todas sus fases el trascendental problema de la educación, demostrando el estudio profundo que ha hecho de las escuelas más modernas que de él se han ocupado, y avalorando la exposición de teorías ajenas con gran caudal de conocimientos y pensamientos propios que dan capital importancia á su obra, digna por consiguiente de los mayores elogios. El libro del Sr. Monner Sans, director del Instituto Americano de Adrogué (Argentina) y miembro de las Reales Academias de Buenas Letras de Sevilla y Barcelona, ha sido impreso en Buenos Aires, en la imprenta de Félix Lajouane, 79, Perú, 85.

LA ILUSTRACIÓN GUATEMALTECA. – El núm. 9 de esta revista quincenal contiene trabajos literarios de J. C. del Valle, M. A. Navarro, R. Aceña, A. Macías del Real y R. A. Salazar y bonitos grabados que reproducen retratos de personajes importantes y vistas interesantes de Guatemala.

PANORAMA NACIONAL. – Se ha puesto á la venta el cuaderno 13 de esta interesante publicación que edita en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles: contiene preciosas vistas de Sangüesa, Cádiz, Sevilla, Habana, Burgos, Huesca, Zaragoza, Itálica y Granada, escenas de la vida á bordo y del ejército en maniobras, y un magnífico panorama de Cartagena. Véndese á 70 céntimos.

BAGATELAS, por *Vital Aza.* – Tratándose de escritor tan conocido y tan justamente celebrado, nos parece ocioso todo elogio de la colección de poesías festivas que con el título de *Bagatelas* forma el tomo segundo de la elegante Colección Elzevir ilustrada, que con tanto éxito publica el editor de esta ciudad D. Juan Gili. Todas están escritas con esa admirable facilidad que caracteriza á su autor y rebosan de gracia y donaire. El libro, primorosamente impreso, lleva bonitas ilustraciones de B. Gili y Roig y se vende al precio de dos pesetas.

SINOPSIS ESTADÍSTICA DE LA PROVINCIA DE TUCUMÁN, por *P. Rodríguez Marquina.* – Interesante trabajo que contiene datos completísimos de la provincia argentina de Tucumán y que ha sido redactada por D. P. Rodríguez Marquina, director de la Oficina de Estadística, por orden del Excmo. Gobierno de la provincia, para entregar á los delegados de la Asociación Nacional de Manufactureros norteamericanos.

EL CIELO ALEGRE, por *Salvador Rueda.* – Colección de artículos y poesías de Salvador Rueda, nombre que constituye el mejor elogio de unos y otras, porque no en vano se ha conquistado uno de los primeros puestos en la literatura española contemporánea. El libro, cuya mejor recomendación, además de la del nombre del autor, está hecha en el encomiástico prólogo de D. José M.ª de Pereda, forma parte de la Biblioteca Selecta que edita en Valencia D. Pascual Aguilar, y se vende á 2 reales.

REVISTA ARGENTINA. – El núm. 5 de esta revista publica interesantes artículos de Tiberio Graco y Próspero Zorrequieta, notas literarias de Castelar, Roxlo, F. Sánchez Buteler, noticias y pasatiempos y un cuento de Carmen Sylva.

LA ILUSIÓN EN LA CIENCIA MODERNA, por *Antonio.* – Libro en que su autor se ocupa de varias importantes cuestiones científicas, principalmente de la pluralidad de mundos habitados, tratándolas en estilo llano y al alcance de todos y dentro de un criterio ajustado á la más perfecta ortodoxia. Está impreso en la tipografía Hispano-Americana, Barbará, 13, Barcelona.

CUBA, por *J. de la Hermida.* Folleto en que se estudian en sus diferentes aspectos la cuestión cubana y los diversos problemas con ella relacionados. Está impreso en Santiago, en la imprenta de la *Gaceta de Galicia.*

CAMILO SAINT-SAENS

El estreno en nuestro gran teatro del Liceo de la ópera *Sansón y Dalila* y el éxito obtenido por dicha obra justifican la publicación del retrato del compositor ilustre, cuya fama es universal en todos los países en donde se rinde culto al divino arte.

Camilo Saint Saens nació en Dieppe en 3 de octubre de 1835; á los dos años sabía leer y á los diez había leído los clásicos franceses; á los tres sus dedos comenzaron á recorrer el teclado del piano, y á los cinco leía y descifraba sin faltas partituras de Gretry. Debutó como pianista en 1846 en el salón Pleyel de París, siendo entonces calificado de *pequeño prodigio*. Estudió el piano con Meleden, el órgano con Benoist y composición con Halevy, siendo la admiración de sus profesores y de sus condiscípulos. En 1852 la *Societé des Concerts de Sainte-Cécile* ejecutó la primera sinfonía del joven compositor, que fué muy aplaudida: desde entonces no ha cesado de componer en todos los géneros, música de cámara, religiosa, sinfónica y dramática y de escribir piezas para toda clase de instrumentos. Entre sus obras sinfónicas merece citarse la sinfonía en *do menor*, que con tan entusiasta éxito ejecutóse no hace mucho tiempo en nuestro Palacio de Bellas Artes: dignas son también de especial mención en este género la popular *Danza Macabra*, *Faetón*, *La juventud de Hércules*, *La rueca de Omphale* y otras. Sus principales piezas religiosas son *Oratorio de Navidad*, el gran salmo *Cœli enenant* y la *Misa de Requiem*. Citaremos asimismo *Las bodas de Prometeo*, *La lira y el arpa* y sobre todo su poema sinfónico *El Diluvio*.

En el género lírico dramático tiene tres óperas históricas, *Etienne Marcel*, *Henry VIII* y *Ascanio;* dos óperas cómicas, *Phrynée y Proserpina;* una ópera fantástica, *Le timbre d'argent*, *La princese Jaune* y su gran ópera *Sansón y Dalila*.

Estrenóse ésta en Weimar en 1878, y antes que en Francia se representó con gran aplauso en toda Alemania, Bélgica é Inglaterra. La primera ciudad francesa en que se cantó *Sansón y Dalila* fué Rouen, y en 1889 púsose en escena en París con éxito asombroso. Después se ha representado en los primeros teatros de Italia, siendo en todos ellos acogida con entusiasmo. En España se ha estrenado casi simultáneamente en Barcelona y en Madrid. Cuando escribimos estas líneas ignoramos el éxito que la ópera ha tenido en la corte; el que ha logrado en nuestra ciudad ha sido grande, como no podía menos de ser tratándose de público tan inteligente como el barcelonés y de una obra de historia tan brillante en los anales del arte lírico-dramático contemporáneo.



El eminente compositor Saint-Saens, autor de la ópera *Sansón y Dalila*, recientemente estrenada en el teatro del Liceo de esta ciudad

No haremos de *Sansón y Dalila* un juicio, que los críticos de todo el mundo tienen emitido desde hace mucho tiempo, ni nos detendremos en señalar el carácter vigoroso, poético y severo que en toda la partitura predomina, y nos limitaremos á citar como piezas culminantes la delicadísima danza de las sacerdotisas, el coral de israelitas y la magnífica escena de la seducción en el acto primero, el grandioso dúo de Sansón y Dalila en el segundo, y en el tercero los preciosos bailables.

Además de compositor eminente, Saint-Saens es un pianista de primer orden: el célebre Litz decía que no conocía más que dos pianistas, Rubinstein y Saint-Saens. Y en otras ramas del saber humano sobresale como escritor, como poeta, como crítico artístico, como hombre de ciencias, especialmente dedicado á la astronómica, y como aficionado á la arqueología.

Gounod hablando de él ha dicho que á la edad de siete años ya no tenía inexperiencia, y Berlioz afirmaba en 1867, en un artículo publicado en *La Presse*, que Saint-Saens era uno de los más grandes músicos de nuestra época.

A Saint-Saens le interesan lo que no es decible los sonidos y resonancias de la naturaleza, los gritos y el bullicio de las calles, el rumor del viento y el canto de los pájaros.

En el teatro ha puesto en práctica sus ideas musicales acerca de la subordinación completa del elemento melódico á la sinfonía, ideas á las que más de una vez mostróse refractario el público y que éste al fin y al cabo ha tenido que admitir y admirar, reconociendo lo que el músico vale y colocándole entre los primeros compositores modernos. Estas teorías las ha expuesto Saint-Saens en diversos artículos y libros: entre los primeros figura un notable estudio de estética, publicado en la revista *Auf der Hohe* con el título de «Materialismo y Música;» entre los segundos cuéntase la obra *Harmonie et Melodie*. También ha escrito una obra sobre las decoraciones de teatro en la antigüedad romana.

A la edad de quince años ganó Saint-Saens el premio de fuga en el Conservatorio; á los diez y siete era organista de Saint-Merry, y á los veintidós sucedió á Lefebure-Welli en el importante cargo de organista de la Madeleine. Fué elegido miembro de la Academia de Bellas Artes de París en 1881 y de la Academia de Bruselas, sección de Bellas Artes, en 1885; forma parte del Consejo de enseñanza del Conservatorio de música de París y es oficial de la Legión de Honor desde 1884. - X.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVI — Barcelona 25 de enero de 1897 — Núm. 787



MADRID DE NOCHE.—UN COLMADO dibujo de N. Méndez Bringa

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

TRIBULACIONES

Hace dos ó tres días tuve el gusto de ver á D. José Echegaray explicando matemáticas sublimes en su cátedra libre de Estudios superiores del Ateneo. Digo á propósito que le vi y no que le oí, porque oir es entender, y si no, la palabra es un vano ruido, y confieso que ruido y nada más eran para mí las fórmulas algebraicas erizadas de *alfas* y de *betas* que ensartaba, ante el encerado, con una precisión y una calma notoriamente científicas el autor de *El Gran Galeoto*. Aquello me sonaba á chino puro. Sin embargo, los atendientes le prestaban atención profunda, y no me cabe duda, debían de enterarse muy bien. Se les conocía en la cara. Eran en su mayoría muchachos como de diez y siete á veintidós, arrebujados en sus capas, descoloridos por la fatiga del *surmenage* intelectual que producen los terribles y abstrusos estudios de la ingeniería. Me parece á mí (todo esto se reduce á conjeturas), que dirían para sus adentros: «¡Ojalá el libro de la asignatura fuese tan luminoso y tan bien hilado y tan sencillo como esta explicación que nos da don José!»

Por mi parte, no reconocía á Echegaray en aquel señor catedrático tan penetrado de su misión docente. En Echegaray siempre había visto al encantador *causeur*, cuando no al autor dramático empapado de teatro hasta los huesos; siempre le había encontrado ó en el *camerino* de María Guerrero ó en el saloncito de Mario ó en la mesa de Castelar ó en las escaleras de la Academia, con su discurso bajo el brazo los días de recepción solemne; y me costaba trabajo convencerme de que fuese el mismo, y me acordaba de la sorpresa de Alejandro Dumas cuando veía á Chateaubriand dar de comer, en el corral, patriarcalmente, á las gallinas y á los pollos. No es que yo compare la enseñanza de Echegaray á la distracción del autor de *Atala*; es que no hay cosa más difícil de modificar que la idea formada ya acerca de un personaje literario, político ó eminente por cualquier otro concepto. Nadie puede ignorar que Echegaray es un insigne matemático; se lo han dicho, hasta en son de censura, para explicar por sus condiciones de matemático y geómetra cierta rigidez fatalista que en sus dramas creían notar; además, Echegaray ha escrito obras de vulgarización científica; y con todo, al verle así oficiando de matemático y nada más que de matemático, ante un auditorio especial, lejos del rumor de los aplausos - aunque tan cerca, topográficamente, del teatro Español, donde los cosecha, - me causó un singular efecto. Aparecíase otro Echegaray: uno de los varios hombres en que puede descomponerse todo hombre, y que después de bien aislados, si se encontrasen, tal vez no se reconociesen, ni en la esfera de las ideas ni en la de la realidad.

Bien mirado, quizás sea el culto de la esfinge de los números lo que ha influído sobre el carácter de Echegaray y le ha diferenciado tanto de los demás literatos, que en general son fogosos, sensibles, vehementes y quisquillosos, que sienten la censura como se siente el efecto de un líquido corrosivo, y el elogio como un vaho dilatador de la garganta y alegrador de las pajarillas. Echegaray es apacible y frío, de una frialdad suave y graciosa, amenísima en la conversación, pero que á guisa de la coraza ó saquete de seda acolchada que usaban algunos guerreros del Renacimiento, rechaza y hace caer al suelo los dardos. No le considero modesto, porque no he conocido aún caso de modestia, y digo de la modestia lo que Voltaire de los fantasmas y aparecidos: todos hablan de ellos y nadie los ha visto jamás. Pero si Echegaray ni es modesto ni viene á cuento que lo sea, aparece al menos poco impresionable, poco nervioso, tranquilo y muy superior al oleaje de las opiniones contradictorias que acerca de su teatro se han sostenido y se sostienen aún, pues Echegaray no es de los que consagra la aprobación general. Habla de sus fracasos y de sus triunfos con esa voz clara y sin vibración con que hablamos hoy, por ejemplo, de Hurtado de Mendoza ó de Cervantes. No se le mueve ni un músculo de la faz cuando, por ejemplo, nos dice pacíficamente: «Aquella noche (la de tal ó cual estreno), ¡qué enfadado, qué furioso estaba el público conmigo! Vamos, que temí que tirasen los bancos á la escena.» Y con la misma igualdad de tono y la misma placidez de fisonomía, declara poco después, refiriéndose, verbigracia, al estreno de *En el seno de la muerte* ó de *Mancha que limpia*: «¡Ah, sí, esa vez salimos muy bien: estaban de un humor excelente, y hasta las mismas cosas por las cuales yo temí que se alborotarían, las recibieron á palmadas!»

Puede ser este sosiego, en Echegaray, fruto de una disciplina de la voluntad que logra imponerse y subyugar á los nervios; mas yo, desde que le he visto tan embebido ante aquel encerado cubierto de signos para mí cabalísticos y endiabladamente confusos, atribuyo á la ciencia matemática - que debe de infundir en el ánimo cierto desdén hacia las agitaciones, las vehemencias de lenguaje y de acción y los desentonos - esa ecuanimidad, único preservativo del autor dramático contra las emociones de una profesión hecha de molde para dilatar un aneurisma y para enviar á la clínica del doctor Simarro lucido contingente de enfermos ilustres. Si Echegaray fuese impresionable, no le arriendo la ganancia. Hace bien en mantenerse así, risueño, ligero de alma, al menos en lo exterior, y creo que por dentro también, pues no cabe ficción tan continuada y tan parecida á la verdad.

Ya que he nombrado al doctor Simarro, por asociación de ideas se me ocurre hablar de una de las negruras de la vida contemporánea: las enfermedades nerviosas. Aunque va pasando de moda padecer de los nervios, y pocas señoras se quejan de ese mal indefinible, lo que desaparece y lo que todos ridiculizamos son los nervios *imaginarios*, ciertos frecuentes destemples de humor y de salud que á los nervios se achacaban; pero no así los verdaderos padecimientos nerviosos, que van haciendo más estragos cada día, por mil causas complejas, dependientes de nuestra organización social.

Los nervios no se calman y fortifican más que con la vida tranquila, con mucho aire libre, mucho baño frío, mucha regularidad en las horas, comida sana y nutritiva, y las menos emociones posibles, sean gratas ó ingratas, que para el caso da lo mismo, y tal vez las gratas son peores. Las pasiones violentas, los cuidados devoradores, la vanidad, la lucha por los puestos elevados y por los empleos lucrativos ó modestos, pues esto es relativo, como todo lo demás, y un empleo de sueldo escaso se disputa hoy á dentelladas; la incesante actividad del cerebro, generalmente desordenada; la precipitada lectura de periódicos, y en los periódicos, del telegrama conciso y seco; las muchas ideas puestas en circulación y que probablemente son superiores al alcance de la mayoría; el arte prodigado, la industria barata, los viajes fáciles y rapidísimos, en el zarandeo del tren ó en la impetuosa palada del vapor; la manía de la igualdad social, que impone al pueblo las necesidades de la clase media, á la clase media las de la aristocracia y á la aristocracia las de los monarcas y príncipes de sangre real; la noción de la dignidad individual, que difunde el orgullo y el amor propio y los exalta produciendo necias cavilosidades é insensatas concupiscencias; tantas y tantas causas de que se atiranten los nervios como hoy existen, explican el gran número de locos y de melancólicos que encontramos á cada paso, y los suicidios cuyo relato pone pavor en el alma, descubriendo un abismo de amargura bajo la capa de flores de la civilización.

Hace pocos días - todos lo hemos leído con hondo escalofrío de espanto era un artista, joven, cubierto de gloria, que tenía hogar, amigos, admiradores, el que voluntariamente daba el salto á la eternidad, y no en un arranque momentáneo de delirio, de obcecación, sino después de largas meditaciones, después de rumiar tranquilamente su infausto propósito, y deliberar si le convenía, más que el frío cañón de la pistola, el paso arrollador del tren destrozando sus huesos y convirtiendo su cuerpo en un puñado de sangriento lodo. A estilo del que sale, por las tardes, á recrearse en el campo para descansar de la asidua labor y á esparcir la imaginación buscando nuevas inspiraciones, ideas fértiles, simbolismos profundos y hermosos, salía Susillo, recorriendo las márgenes del río y estirando las piernas..., pero lo que buscaba era un lugar donde morir, y la idea que perseguía, la de realizar pronto y con el dolor menor posible su plan. Siempre noté en las composiciones de Susillo la influencia del sistema nervioso. No eran plácidas, serenas ni robustas aquellas esculturas tan lindas: revelaban cierta fiebre, mucho sentimiento y suma inquietud. Las figuras de Susillo, aunque respiren alegría, como las del precioso relieve que representa, si no me engaño, una Bacanal, son demasiado finas para el arte escultórico: palpitan, se retuercen, tienen espasmos, por decirlo así. El que las modeló debía de ser un espíritu intranquilo, un hombre á quien no dejaba descansar el mañana; un afanoso de gloria y de prosperidad, mal preparado á las decepciones y á las limitaciones inevitables en la carrera artística - y en todas.

La tristeza del drama de Susillo no es mayor que otras tristezas más calladas y sordas, que se esconden detrás de las paredes del manicomio ó de la clínica. Cae como la losa del sepulcro el más profundo olvido sobre el desgraciado á quien borra de la lista social una enfermedad ocasionada por las vigilias, por los cálculos y los empeños de acrecer la hacienda ó de salvarla cuando la comprometieron desdichadas especulaciones. El cerebro no ha podido resistir la obsesión y ha sucumbido; y la locura, peor que la muerte, deshace un hogar y separa, Dios sabe hasta cuándo, á dos seres felices, que se querían, dejando huérfanos á unos niños encantadores, y recluyendo á un hombre en la soledad y en la sombría paz de la llamada *casa de salud*, como se llama *pelón* al que no tiene pelo...

Los economistas os dirán que todas estas catástrofes son debidas precisamente al desarrollo de la riqueza pública, que jamás ha sido tan sorprendente como hoy. Ese desarrollo ha abierto las válvulas de la codicia; y olvidando que para vivir dichosos, si supiésemos moderar los deseos, nos bastaría lo que bastaba á Epicuro, pan y frutas, agua clara, el aire balsámico del campo y la tutela de Minerva, maestra y doctora de la templanza, todos aspiramos á más, con aspiración desordenada que turba el alma y consume el corazón. Un médico eminente, Bergeret, nos lo dice en su *Tratado de las pasiones*: «He asistido á muchos locos y he visto muchos incendios causados por el ansia de riquezas. En las calles de una ciudad donde residí vagaba hace poco un hombre que tenía la manía de que todo el mundo le debía dinero. Muy serio, en mitad de la calle, se dirigía al primero que pasaba, y decíale con severidad: - ¿Cuándo va V. á pagarme lo que me debe? Voy cansándome ya de esperar. - Los que estaban en el secreto le respondían sonriendo: - Mañana. - Pero si alguno, mal informado, le contestaba naturalmente: - ¡Nada debo á usted!, - el loco se ponía furioso, y era peligrosa su exaltación.» En las calles de Madrid hemos visto más que esto: un loco, creyéndose archimillonario y repartiendo á manos llenas plata y billetes.

También causa las alteraciones nerviosas el empobrecimiento de la sangre, á quien los antiguos médicos calificaban de *moderadora de los nervios*. Se padece mucho de anemia, y los daños de la anemia refluyen en el sistema nervioso necesariamente. Y así como el Renacimiento buscó el elixir vital, que en el siglo XVIII se jactaba de haber descubierto el célebre charlatán Cagliostro, hoy se busca el *reconstituyente*, la preparación que, á estilo del bendito bálsamo de Fierabrás, devuelve en un santiamén las fuerzas y el vigor pristino á los cansados y exhaustos por la lucha. El reconstituyente es menos malo, sin embargo, que el excitante, en forma de alcohol, ó que los estupefacientes, como el tabaco y la morfina; porque todo lo que excita ó calma artificialmente, gasta y deprime á proporción nuestro organismo.

La verdad es que en España, aunque existen todas las aberraciones y todas las manías de la civilización refinada, no pasan de la categoría de excepciones bastante raras aún. No abundan las señoras morfinómanas - aunque todos conocemos alguna - y deben de ser bien contadas las fumadoras de opio y las bebedoras de éter y alcohol.

En Inglaterra hay damas aficionadas no sólo al alcohol, la morfina y el opio, sino al cloral, el cloroformo, el éter, la clorohidresia y otros venenos que momentáneamente prestan ánimos y hacen olvidar las preocupaciones de cada quisque... ¡Qué caro pagan ese pequeño alivio, esa breve residencia en las regiones del *paraíso artificial!* De los morfinómanos, unos se quedan imbéciles; otros caen en profundo colapso; otros contraen mortales enfermedades crónicas, como la albuminuria; y todos, al salir del pasajero estado de excitación y de bienestar, rápido como un relámpago, sufren agonías del insomnio que la morfina causa, del asma y sofocación especial que la morfina engendra, y de las torturas morales que acompañan al despertar cruelísimo de esta especie de dementes. El catálogo de sus males es tan horrible, que una mujer del pueblo, acostumbrada á la morfina, declaraba pasar tal vida, que ansiaba morirse «aunque se fuese al infierno.» Así es la humanidad.

Emilia Pardo Bazán



D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

Nació en Málaga el año 1828, y con gracia andaluza decía D. José de Salamanca que á Cánovas y á él, sus paisanos les echaron de allí por tontos. Vino á Madrid, en cuya universidad cursó hasta graduarse de doctor, contrayendo íntimas relaciones de amistad con Castelar y Martos, dándose el caso excepcional de tres condiscípulos que llegaron á ministros, á presidentes del Congreso y á académicos, ocupando dos de ellos la jefatura suprema del Estado: Castelar cuando la República y Cánovas durante el Ministerio Regencia.

Llegó á la capital sabiendo que valía y dispuesto á abrirse paso, y dado su carácter, es de suponer que jamás perdió la seguridad de figurar en primera línea. Tuvo la protección de su tío D. Serafín Estébanez de Calderón, conocido en el mundo de las letras por *El Solitario*, de quien siempre ha conservado el cariñoso recuerdo de la gratitud, como lo prueban los elogios con que ha pagado al literato el apoyo que recibió del deudo. Supo lo que eran las casas de pupilos, y en las tertulias del café de la Perla derrochó ingenio á falta de dinero. Ganoso de notoriedad, aceptó la dirección del periódico *La Patria*, inspirado por el general Pavía, marqués de Novaliches, y tanto extremó los ataques á la situación moderada presidida por Narváez, que casi salía á denuncia por día, lo que le permitió ensayar en el tribunal sus dotes oratorias, después de haber hecho gala de sus cualidades de polemista en el diario. También escribió artículos literarios en *Las Novedades* y en algunos semanarios, y por aquel tiempo dió la última mano á *La Campana de Huesca*, novela que cuenta cuatro ediciones, y si bien no está á la altura de las de Walter Scott, no es posible confundirla con la morralla que hizo las delicias de los lectores de fantasías históricas por entregas.

Adquirió la deseada notoriedad cuando la sublevación de Vicálvaro. Buscaba la policía á D. Leopoldo O'Donnell, quien había hallado refugio en el domicilio del progresista D. Angel Fernández de los Ríos, director de *Las Novedades*. En aquel movimiento se distinguieron dos jóvenes: Cánovas y el marqués de la Vega de Armijo; el primero redactando el manifiesto de Manzanares, que convirtió en victoriosa la situación comprometida de los sublevados; y el segundo, grande de España, disfrazándose de cochero y guiando el carruaje que sacó á O'Donnell de Madrid. La primera vez el viaje resultó inútil, porque Dulce no pudo acudir á la cita, lo cual obligó á D. Leopoldo á regresar á la villa y corte, no sin peligro. Al llegar al puente de Toledo preguntóle el marqués si corría las cortinillas del carruaje para que los guardas de consumos y agentes no le vieran. «No – contestó inmediatamente O'Donnell, – porque el llevarlas corridas sería manera segura de excitar su curiosidad.»

A Cánovas no le hace gracia que le recuerden el manifiesto de Manzanares, porque ha puesto empeño en ser la encarnación del orden y del respeto á la monarquía, y es aquel un documento revolucionario.



Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo,
reproducción del último retrato del ilustre hombre público, hecho en Toledo por el fotógrafo Sr. Fraile

Cuando de él le han hablado en las Cortes, ha contestado con brío y exponiendo una teoría, porque es hombre que siempre tiene una preparada para todas las cosas y para todos los casos, con tanta claridad desarrollada y gallardía mantenida, que si á las naciones se las gobernara con teorías, España sería el pueblo mejor regido del mundo estando Cánovas en el poder. Por tremendo que sea el conflicto, planteadlo en el Congreso y en el acto expondrá con vigorosa dialéctica el pro y el contra y os resolverá la dificultad, lo que no impedirá que las cosas continúen como antes; porque si cuando habla domina las inteligencias, no domina los hechos, porque éstos obedecen á leyes muy distintas de las oratorias.

Durante el bienio fué oficial del ministerio de Estado y después agente de preces en Roma, donde ya patentizó sus excepcionales cualidades. Cuando el gabinete Armero, fué nombrado gobernador de Cádiz, y hay quien afirma que es delicioso oirle narrar sus impresiones al pasear la vista por la ciudad y recordar que él mandaba en todos y á todos podía enviar á la cárcel. Con la Unión liberal fué director de Administración local y subsecretario de la Gobernación; pero hizo sus pinitos de disentimiento, y á él se debe la famosa frase *panliberalismo* con la que calificó aquella situación. Fué por primera vez ministro de la Gobernación el 64, siendo Mon presidente del Consejo, y el año siguiente lo fué de Ultramar y de Hacienda con O Donnell. En los últimos tiempos del reinado de doña Isabel II adquirió gran relieve por sus discursos contra los errores políticos de Narváez y González Bravo, y al triunfar la revolución se destacó su personalidad por encima de cuantos permanecieron fieles á la causa vencida. No había querido seguir á los personajes de la Unión liberal y se había ido á Simancas á hacer estudios en su archivo, donde tuvo noticia de los sucesos del 68. Cuenta Cánovas que fuése al alcalde y le preguntó: «¿Se corre algún peligro en este punto?» Contestóle el alcalde: «¿Cómo quiere usted que pase nada si este año no se ha cogido un grano de trigo y la gente tiene hambre?» De lo cual deduce D. Antonio, y á nuestro entender no se equivoca, que el hambre produce la anemia, aplana la voluntad y por eso no engendra revoluciones; pero las produce la cuasi satisfacción del deseo en hombres que ganan lo suficiente para nutrirse y satisfacer las necesidades apremiantes, mas no para pagarse las superfluas.

Durante la revolución fué su actitud de respeto á la entidad monarquía y de adhesión á D. Alfonso XII, de quien había recibido la representación y plenos poderes. Trató D. Amadeo de atraerse á aquel hombre, á quien ya podían aplicarse las palabras del hidalgo al labrador en el malicioso cuento de Sancho: «Sentaos, majagranzas, que adondequiera que yo me siente será vuestra cabecera.» Pero Cánovas, respetuoso con quien ocupaba el trono, fué fiel á lo que representaba D. Alfonso y no modificó su actitud, que era la del político que no creía en el éxito de aquel intento de monarquía revolucionaria, pero que no quería contribuir á su fracaso ni apresurarlo á costa de la patria. D. Amadeo renunció la corona declarándose impotente para remediar los males de la nación, agravados y perpetuados por los mismos españoles, y en la sesión en que la Asamblea proclamó la República, quedó patentizado para los hombres reflexivos que no era viable la nueva forma de gobierno. Rivero, que presidía, negó la palabra á Ruiz Zorrilla y á Martos, quien dijo: «No está bien que contra la voluntad de todos parezca como que empieza la tiranía el día que la monarquía acaba.» Estas palabras inutilizaron á Rivero que estaba de-

signado para presidente de la República, la que desde aquel momento quedó sin cabeza, y sin ella vivió y murió. Cuando el general Pavía disolvió la Asamblea y llamó á los hombres eminentes de todos los partidos de gobierno para que constituyesen una situación, Cánovas negó su concurso porque se prescindía de la afirmación de la monarquía de D. Alfonso.

Sabía que la Restauración debía venir y esperó, apercibiéndose para que no le hallase desprevenido el acontecimiento, que creía fijado para cuando el gobierno provisional convocase al país en Cortes, pues después de las agitaciones del período revolucionario y del desenfreno de la federal, era tan general como vehemente el deseo de pedir la tranquilidad y la terminación de las guerras civiles al trono de D. Alfonso XII. Se suponía que las Cortes proclamarían la Restauración; pero Martínez Campos tuvo más confianza en el hecho que en la eventualidad, y aclamó á D. Alfonso en Sagunto, sorprendiendo á Cánovas y disgustándole, porque hubiera preferido el otro procedimiento: pero el éxito fué completo; D. Antonio se encargó del poder supremo en virtud de los poderes que le había conferido D. Alfonso, y entonces fué cuando pronunció aquellas famosas palabras: «Vengo á continuar la historia de España.» Gracias á Cánovas, aquella fué una Restauración sin agravios que recordar ni venganzas que satisfacer, pero también fué una situación en que quiso no hubiese más voluntad que la suya; y aunque eran ocho ministros, no pasaban de titulares, porque el ministro universal era él. Desplegó extraordinaria suma de energías y de aptitudes; á todo se impuso, á todos imprimió dirección, y si por dos veces se vió obligado á eclipsarse dejando el puesto á Jovellar y á Martínez Campos, puso término á la misión de ambos cuando lo tuvo por conveniente, porque en realidad él era quien presidía los gabinetes que los otros habían formado. Martínez Campos escarmentó, y de entonces data su propósito de no volver á ser presidente del Consejo de Ministros, porque tendría que depender de Cánovas ó de Sagasta, lo que no sería gallardo ni agradable.

No hay jefe que haya tenido sobre su partido autoridad tan absoluta como D. Antonio. Hacía sentir su voluntad, no consentía discrepancias, y de la obediencia nació la adulación. Cánovas vale mucho bajo todos conceptos, pero no está en situación de compartir con Lope de Vega el dictado de monstruo, que con falta de discreción le adjudicó un periódico. A fuerza de oirse llamar ilustre, como si fuese ofensa pronunciar su apellido á secas, se ha colocado y le han colocado á una altura desde la cual ve á los hombres más pequeños por efecto óptico, y no es de extrañar que políticamente los considere ateniéndose á la talla que aparentan. Sagasta es el único que en el Parlamento le trata de tú, ó sea de igual á igual.

Cánovas es Cánovas en todas partes; en las Academias, en el Ateneo, en el Senado, pero en ninguna como en el Congreso, porque allí el ataque reviste las proporciones de la pasión, y es aquella caldeada atmósfera la que necesita el gran orador. Cuando está en la oposición se sienta en el extremo de uno de los bancos que dan al pasillo que corresponde á la primera puerta de la izquierda de la presidencia: una vez entró distraído por otra y se encontró en los bancos ocupados por los fusionistas, quienes se levantaron riendo, ofreciéndole cada cual su sitio para que constase su ingreso en el partido. Cánovas no admitió la oferta; dió las gracias sonriendo, y se fué á su puesto. Por lo regular llega al Congreso después de las cuatro, y no hay diputado que no sienta la necesidad de verle. Los espectadores de las tribunas se dicen: «Ahí está el monstruo,» los provincianos murmuran: «¡Ese es!,» y las señoras le miran á través de los gemelos. La cabeza de Cánovas tiene extraordinario vigor: las pupilas no son bien parejas; el bigote es de militar retirado de la primera mitad de esta centuria, y la mosca revela que el barbero no es muy entendido en simetría, pues los pocos pelos que la forman se corren al lado derecho; es grande la boca, cuya parte izquierda echa hacia arriba repetido movimiento nervioso, que agita desde la mejilla á los tendones del cuello; son los dientes largos y descarnados; las facciones pronunciadas, el cabello gris, abundoso, rebelde al peine; cuando levanta la cabeza, la piel de debajo de la barba forma un sector que llega á la nuez. Lleva el cuello de la camisa vuelto, viste de negro y es la desesperación de su sastre, porque para Cánovas la ropa no tiene importancia, y á veces parece que la levita se le quiere escapar por la cabeza. No la lleva abrochada y las mangas resultan largas sin serlo. El chaleco es abierto y usa cadena de reloj, y pendiente de ella un lapicero de metal precioso. Este conjunto atrae, se impone desde el primer momento, porque ejerce la fascinación de lo grande; y para dar idea exacta de la materia al servicio del espíritu, sería necesario que labrase su estatua un Miguel Angel.



Anacreonte, estatua del distinguido escultor italiano Adolfo Apolloni

Cuando es presidente del Consejo de ministros no suele prodigarse en las Cámaras, pero en la oposición no pierde ningún debate importante. Al llegar no falta quien le entere del curso de la sesión. En el banco de detrás se sienta Pidal y en el del lado Romero Robledo. Durante la discusión acostumbra hacer comentarios, reducidos á un par de frases dichas en voz baja. Es muy cortés en el Parlamento, y á veces se molesta permaneciendo en su banco para que el orador no tome á desaire su ausencia. Siempre hay movimiento de expectación en la Cámara cuando pide la palabra, y al levantarse fíjanse en él todas las miradas. Deja el bastón en el banco; pide al diputado que tiene al lado que toque el timbre para que le traigan el vaso de agua azucarada, con café; apoya la mano izquierda en el respaldo del banco que tiene delante, y con la cabeza inclinada, á la que imprime pausado movimiento, comienza á hablar sin estar del todo libre de emoción; y apenas ha despegado los labios empieza la lucha de la mano derecha y luego de ambas con los lentes, que se tuercen y deslizan, y que vuelve á su posición natural sin lograr tenerlos en ella más allá de medio minuto; lucha que durante todo el discurso sostiene automáticamente, siendo tan porfiada, que si se diese cuenta acabaría por sentir el efecto del mareo, como los que en ella se fijan; pero la verdad es que nada pierde la oración parlamentaria. Perora con la cabeza algo baja, y se notan en los dedos de la mano izquierda los efectos de la emoción, que los agita aunque de modo apenas perceptible. Cuando está en el banco azul levanta la cabeza para mirar á las oposiciones. En los períodos de gran energía lleva la mano derecha cerrada á la altura de la sien, hacia el cabello, como si con ella vibrase el pensamiento que expone, y la baja con energía al acabar el período. Por el fondo son sus discursos de hombre del Norte, por la exactitud de la frase de castellano viejo, y por el acento de meridional; cuando expone, domina; asombra al sintetizar, y cuando al fuego de la imaginación se funde el pensamiento hasta evaporarse en párrafos grandilocuentes, entonces es imposible sustraerse á la fascinación que ejerce el orador de inteligencia privilegiada, que de todo sabe y á quien todas las grandes cuestiones son familiares, cuya palabra aún suena en nuestro interior después de haberse apagado en el espacio.

Se le acusa de soberbio: no lo es el hombre de trato afable y cortés. Cánovas es enérgico, y se limita á mantenerse á la altura de su posición política sin consentir que nadie se le imponga ni le manosee. Cuando á la muerte de D. Alfonso XII regresó de Antequera Romero Robledo y fué á verle con la pretensión de que justificase su dimisión, Cánovas, que jamás olvida que es el jefe del partido conservador, le habló de todo menos de política, con lo cual irritó tanto á Romero, que levantó bandera de disidencia, inventó el pacto del Pardo, y después de meter mucho ruido separándose de D. Antonio con un escuadrón, tuvo que llamar á su puerta acompañado de una patrulla. Al entrar Romero Robledo, se levantó para salir Silvela, quien en la sesión del 6 de diciembre del 92 empleó el verbo soportar, refiriéndose á las complacencias del jefe del partido con los romeristas. Cánovas no soportó el verbo; planteó al día siguiente la cuestión de confianza, y como sólo obtuviera 121 votos la toma en consideración y 107 la aprobación, se creyó en el caso de dimitir. Por cierto que el gobernador de Valladolid, al enterarse de que únicamente habían votado seis en contra, no tuvo en cuenta que la derrota consistía en el número de los abstenidos y felicitó al ministro de la Gobernación por el triunfo del gobierno. Silvela mostróse sorprendido del efecto producido y de la arrogante réplica de Cánovas á su discurso, y dijo á un amigo: «Me ha pasado lo que al cazador que apunta á la liebre y mata el perro, pues tiraba á los reformistas.» Estos llevaron al partido conservador su sumisión á Cánovas, pero no fuerza ni prestigio; en cambio la disidencia de Silvela lo disolvió, porque si hoy presta obediencia á su antiguo jefe, la voluntad está con Silvela. Cuando en graves circunstancias fué llamado D. Antonio á reparar las inconcebibles debilidades y los errores de la situación presidida por



(Dibujo y composición de Passos)

Sagasta, hubiera podido acabar con la disidencia, y en verdad no deseaba otra cosa Silvela; pero formó un ministerio que por su flojedad y su significación era un reto. Fué aquel gabinete un lamentable error que sobre todos pesa, en particular sobre el Sr. Cánovas, á quien no se le oculta que es jefe de un partido que obedece, pero no aprueba, cuyo antiguo brillante Estado Mayor está hoy reducido á inválidos y á improvisados.

Dice que el arte más difícil es el de gobernar, porque á todas las dificultades hay que sumar las que nacen de la voluntad y de la diferente manera de pensar, y añade que en política no debe intervenir la pasión ni se puede querer ni aborrecer, porque las circunstancias varían y á veces obligan á juntarse con quien menos se desea. Afirma que los pueblos de menos pasiones son los más á propósito para la libertad, y los más difíciles los pueblos que las tienen. Cuando toma parte en una conversación, todos callan por no perder ni una frase, pues narra con sobrio é inimitable gracejo, y maneja el epigrama con más habilidad que el indio la flecha. De él dijo Posada Herrera que era orador de primera, hombre de Estado de segunda y escritor de tercera. Como gobernante no desciende de las alturas, sin tener en cuenta que los pueblos viven de administración, ó sea de pequeñeces. No podemos dudar de que posee la noción exacta de la política, pero también es cierto que se atiene á los medios y descuida el fin, que consiste en llevar al ánimo de cada ciudadano, por medio de una administración recta y celosa, esa satisfacción interior que constituye la fuerza de los gobiernos. Cierto que en el mismo error incurren todos nuestros políticos, lo que hace que seamos una nación regida por hombres notables, pero pésimamente administrada.

TEODORO BARÓ

EL CENTENARIO DEL COMPOSITOR

CARLOS LŒWE

El 30 de Noviembre de 1896

Mientras se celebren los centenarios de los que se han trasladado á otra región en donde ya la muerte no tendría imperio para arrebatarlos, ha de recordarse el centenario del insigne organista, cantor genial y fecundo compositor romántico *Carlos Löwe*, el de las baladas, que nos dejó 560 baladas y canciones, conquistando con su arte, en que se unieron la invención riquísima, la fuerza del ingenio, la gracia y el sentimiento de la naturaleza, la amistad de Carlos María de Weber, las alabanzas de Federico Guillermo IV de Prusia, los elogios de Goethe y de Rückert, de Hummel y de Schumann, mereciendo ser llamado la estrella matutina de la época cuyo poderoso sol es Ricardo Wagner, porque ya en su grandiosa reforma artística se encuentran la armonía entre la música y la poesía y el principio del *leitmotiv*.

Löwe entonaba el himno sublime de los Alpes y del mar eterno; el canto más hermoso de los silfos, el epitalamio de los gnomos; cantaba los acentos sencillos de la pena, los gritos desgarradores del dolor, los sonidos ardientes de la pasión, los horrores de la víspera de la fiesta de Santa Valburga, los misterios del mundo de los espíritus, de los espectros y de los demonios, fábulas para los niños y leyendas para los adultos; oraba con el peregrino desmayado en el desierto, con el niño desviado en la selva, con el paria desheredado; daba á conocer su ánimo alemán, así en lo más tierno como en lo más fiero, en el lenguaje del primer amor y en la explosión de la ira más profunda; amaba el órgano de la iglesia de Santiago en Stettin, único resto del pasado católico de aquella población, como un alma humana en que se pueda depositar sus penas y sus alegrías y en que se encuentre consuelo y simpatía, y mandaba que su corazón fuese encerrado en una pilastra próxima á aquel órgano, porque su corazón y el órgano debían de estar juntos, y el instrumento armonioso de Santa Cecilia, de angélicas melodías, que mil y mil veces había resonado á impulsos de su corazón, había de vibrar también en el polvo del corazón muerto.

Las baladas más hermosas de *Carlos Löwe* nos parecen lejanos ecos de sus impresiones juveniles cuando en su cuarto, cuyas ventanas miraban á un viejo y ruinoso cementerio, escuchaba á su madre contándole en las horas del crepúsculo fantásticas consejas y peregrinas rondallas, y arrancando del violín, sin haber aprendido á tocarlo, dulcísimas melodías que penetraban en su corazón, transformándose lo que su madre puso en su alma en un mundo de figuras sonoras.

Su autobiografía, publicada en 1870 por el ministro de Hacienda de Prusia, Sr. C. H. Bitter, y aumentada con cartas de *Carlos Löwe*, nos ofrece un cuadro cumplido del amable músico que cantaba como canta el ave, y que no sólo cantaba, sino que *vivía* sus baladas. Al leer por primera vez composiciones de Goethe, Rückert y Freiligrath empezó luego á concebir ideas musicales, siendo para él sentir y producir una misma cosa. *Löwe* era un artista de cuerpo entero, y después de muerto es aún más popular que en vida, gracias á sus intérpretes, los distinguidos barítonos Eugenio Gura y Carlos Mayer, que popularizaron sus baladas.

Nació *Carlos Löwe* el 30 de noviembre de 1796 en el pueblecito de Löbejün, próximo á las ciudades de Halle y Köthen, como el hijo duodécimo de un pobre cuanto piadoso maestro de escuela y cantor. Las tardes de invierno que pasaba al lado de su madre eran las delicias del niño, después de haber descansado en las noches calientes de verano en las cabañas en que había de guardar las frutas. Su padre quiso que emprendiese la carrera eclesiástica, pero la Providencia hizo de él un músico. Corista en Köthen, la residencia tranquila de Sebastián Bach, llevando un sombrero de tres picos y un largo manto negro mientras una trenza de pelo pendía del cogote, y teniendo que ganar el sustento cantando en las calles y ante las puertas de los habitantes bien acomodados, vémosle más tarde en Halle como discípulo del famoso teórico musical Daniel Amadeo Fürk, y su magnífica voz encantaba tanto al rey Jerónimo de Westfalia, que le dió una pensión anual de 300 thalers. Pero después de destronado Jerónimo y muerto Fürk, había de interrumpir sus estudios musicales para matricularse en 1817 en la universidad de Halle como estudiante de teología. No se arrepintió, porque, como él mismo dijo, «el arte purificado no estriba sino en el fundamento seguro de la cultura científica.»

Ya en 1818 compuso sus primeras baladas *Edward* y *Erlkönig*, colocando su planta en el primer peldaño por donde había de subir á la meta de sus rosadas aspiraciones. En 1820 fué llamado á Stettin como director de música, ejerciendo aquel cargo desde el año de 1820 hasta el 25 de febrero de 1866.

Como en el umbrío valle encuentra la abeja la flor, así, alguna vez, se encuentran en el mundo la juventud y el amor. El joven Carlos se enamoró de la hermosa hija del consejero de Estado Sr. de Jacob y se casó con ella. Pero la implacable muerte le arrebató pronto á su querida Julia. Le consolaron sólo sus amigos y la música, que le inspiró algunas de sus más sentidas baladas, como *La hija de la huéspeda* y los *Cantos hebraicos*, que respiran todo su anhelo hacia la finada. Dos años después encontró una digna sucesora de la muerta en su discípula Augusta Lange, que amaba como la que más el divino arte.

La vida de los jóvenes esposos vinculados por el amor y el culto á la música se pareció á un idilio. La nave del maestro no fué arrastrada por las olas de la tempestad. Por eso parece que no se consagraba con la tenacidad del genio á la composición de óperas, siendo la balada la forma artística en que justamente es conocido como modelo por la sencillez y la concisión de su expresión musical.

Adonde dirigiera sus pasos el rapsoda é improvisador, cantaba su *Erlkönig*, y celebraba que éste gustase en Viena á pesar de la popularidad de que gozaba en aquella ciudad el *Erlkönig* por Schubert. Aquél sobresale en la melodía florida, cantando el rey de los siglos como si fuese una seductora niña, mientras el canto del rey en la balada de Schubert tiene una monotonía siniestra.

Löwe en la plenitud de su fuerza fué honrado en Stettin; *Löwe* cuando anciano y enfermo fué declarado cesante. Esta es la justicia que mandan hacer los hombres. Sólo pudo sobrevivir tres años á la época de su cesantía, y falleció en Kiel, á las orillas del mar, el día 20 de abril de 1869, siendo sus últimas palabras: «El mundo se hace cada día más hermoso.»

Su esposa le siguió á la tumba en Unhel, la del Rhin, en 1895, á la edad de noventa años, y su hija tiene la satisfacción de presenciar en Kiel los homenajes que la posteridad tributaba á *Carlos Löwe* erigiéndole un monumento con motivo de su centenario.

JUAN FASTENRATH

EL BASILISCO

Cuando el tren, después de pasar la diminuta estación de Menjíbar, dejó á la derecha la carretera, y siguiendo la curva de la línea, nos permitió ver á través de los cristales de la ventanilla el monte de Cuencas con su desmoronado castillo en la cumbre, nos dijo Antonio:

– Ese fué el alcázar del marqués de las Cuencas.

Y después señalando á la llanura añadió:

– Allí abajo estaba el pueblo, que ha desaparecido para siempre; el *basilisco* le perdió.

El padre Bonifacio, que también viajaba con nosotros, cerró el breviario, y como interpretando los deseos de cuantos íbamos en el departamento preguntó:

– ¿El basilisco? ¿Y qué es eso?

– Veamos, veamos; cuente usted, repetimos todos, y Antonio principió la historia:

«Es una cosa horrible. Hace muchos años, á principios de este siglo, alzábase en esas mismas tierras, hoy baldías y estériles, un pintoresco pueblecillo; era Cuencas. En lo alto del monte y como testimonio de antiguo vasallaje, dominando la llanura, elevábase el castillo de los marqueses, fortaleza inexpugnable un tiempo, alcázar más tarde y residencia aristocrática de su dueño en la época á que se refiere esta narración.

»El poseedor entonces del castillo era el prototipo del gomoso de su tiempo: débil, atildado, loco y divertido, tardó muy poco en convertir la finca en un palacio á la moderna. Las armaduras hicieron el servicio de rinconeras; las dagas y los pistolones pasaron á ser caprichosos *bibelots;* adornaron las espadas toledanas elegantes panoplias, y tapizáronse con sedas los macizos muros.

»Joven y con fortuna, el marquesito, después de dirigir por sí mismo la transformación de su casa, volvió á la corte, y cuéntase que se lanzó á una vida de desorden.

»Los veranos solía abandonar durante un mes ó dos la agitada existencia de Madrid por la tranquila vida del castillo. Durante estos días montaba á caballo, visitando todos los alrededores, entraba en las alquerías y se ponía al habla con labradores y cortijeros. Solía ir también al pueblo; hacer á ratos la vida de aldea, y hasta requebrar á alguna moza, dando al olvido el heráldico brillo de su cuna.

»Pero cierto año, el aristócrata no fué solo á la finca. Una hermosa muchacha le seguía esta vez en su excursión. El marqués, que tanto tenía de orgulloso como de preocupado, pues que lo uno ni lo otro lo fué nunca, no ocultó su conquista á los campesinos ni á nadie.

»Las antiguas cuadras de la fortaleza, transformadas en espaciosas cocheras, facilitaron caballos y carruajes á los que ya conocía todo el pueblo por los marquesitos, y éstos, que al principio eran vistos con escándalo por alguna vecina, concluyeron por no sorprender á nadie en sus paseos. Aquella mujer, por su parte, era la que mandaba, hacía y deshacía en el castillo, y aunque aseguraban los criados que era soberbia y de mal genio y que tenía al marquesito dominado, ello es lo cierto que la joven socorría pródigamente cuantas desdichas y miserias ocurrían en el pueblo, al cual acostumbraba la señora á bajar muy á menudo.

»Los honrados vecinos del lugar alarmáronse un día. En el corral de la *señá* Isidora había nacido uu basilisco.

»El basilisco para los sencillotes labradores es una desgracia irreparable. Del huevo empollado por el gallo nace el basilisco, y éste, aunque con muy pequeñas diferencias del polluelo, tiene la facultad de destruir y maleficiar cuanto sus ojos miran.»

El padre Bonifacio, al llegar aquí la narración, arqueó las cejas y haciendo un gesto sonrió.

Antonio, con aires de convencimiento, dijo:

– No me extraña lo que afirma la superstición: ya ven ustedes, los lagartos engendran con la mirada.

Nadie contestó, y siguió la historia.

«La marquesita, sabedora de la algarabía que las comadres armaban, quiso ver el peligroso animalucho por sus propios ojos, con aquellos tan grandes y sugestivos que tenía, antes que se diera muerte al basilisco ó se acordara el mejor conjuro para desbaratar el maleficio.

»El marqués se negaba al capricho de la bella; mas no era ésta de las que acostumbran á ceder, y asiendo al aristócrata por un brazo, llevósele á casa de la *señá* Isidora.

»Unos días después el marquesito de las Cuencas, que por primera vez en su vida mandaba en sí mismo, ponía fin á su existencia levantándose la tapa de los sesos.

»La bella joven de los hermosos ojos tuvo que abandonar el castillo, que poco más tarde asaltaban los franceses. El pueblo quiso estorbar el paso de las tropas de Napoleón, pero fué dominado sin esfuerzo, y lo que no destruyeron los soldados de Murat, las epidemias y el mal tiempo se encargaron de destruirlo: Cuencas tuvo que ser borrado de los mapas.»

– Tal es, dijo Antonio, concluyendo la historia, lo que aquí pasó. Todo por la mirada del basilisco. ¡Pobre marqués, él fué la primera víctima!

El padre cura apretóse los lentes y dijo:

– Creo con el señor, que al marqués le perdieron las miradas del basilisco: las de aquella mujer de los ojos sugestivos y hermosos.

P. GÓMEZ CANDELA



GUERRA DE CUBA. – Tropas del ejército español de regreso del forraje

(de fotografía del Sr. Gómez de la Carrera)



GUERRA DE CUBA. – Avance y toma de posiciones por las compañías de Valencia de la columna Francés en la marcha de Viñales á Dunas

(De fotografía del Sr. Gómez de la Carrera)



ÈL DESCANSO DEL SANTERO, dibujo original de J. García Ramos



BAJO EL PUENTE DE TRIANA, dibujo original de Manuel García Rodríguez

NUESTROS GRABADOS

Un colmado, dibujo de Méndez Bringa.—La palabra no está definida en el Diccionario de la Academia, pero cualquiera que conozca las costumbres madrileñas sabe lo que significa. Colmado es en la corte restaurant, por decirlo así, de noche: poco concurrido durante el día, cuando terminan las funciones de los teatros llénase de un público heterogéneo que allí acude á cenar ó á tomar unas copitas, pero principalmente en busca de esas emociones que parecen constituir la vida de los trasnochadores. Uno de estos establecimientos ha servido de asunto á nuestro querido colaborador Sr. Méndez Bringa para el bellísimo dibujo que en la primera página publicamos y para hacer destacar sobre las demás figuras de la composición uno de esos tipos de mujer que tan admirablemente traza el distinguido artista.

Anacreonte, estatua del distinguido escultor italiano Adolfo Apolloni.—Es Apolloni uno de los escultores italianos que más honran á su patria. Artista de temperamento, tan erudito como ilustrado y fácil en la ejecución, sus composiciones revelan la armónica conjunción de los modernos conceptos con las tradiciones del gran arte. De ahí el interés que despiertan sus obras, en las que siempre se descubre el sentimiento que las inspira, el poético encanto que las embellece. Y no se crea que Apolloni dedique sus aptitudes á la representación de producciones sujetas á los estrechos cánones del clasicismo, puesto que en su variedad de géneros y conceptos siempre se destaca, como nota característica de su personalidad, la razonada asociación de precedentes indiscutibles con las novísimas corrientes.

La humana representación de *Anacreonte*, el popular poeta lírico heleno, muestra hasta dónde llegan los alientos de Apolloni, que de modo tan cumplido evoca el recuerdo de uno de los genios de las letras griegas.



EL IDILIO DE SIEGFRIDO, programa de una representación de la ópera *Siegfrido*, de Wagner, dibujo de Enrique Holiday

El idilio de Siegfrido, dibujo de Enrique Holiday.—El arte no desdeña hoy en día las manifestaciones que antes consideraba indignas ó poco menos de su elevada misión, y así las pequeñas industrias, aun las que parecen más insignificantes, afánanse por dar á sus productos un sello artístico. En la Galería Nueva de Londres se ha celebrado recientemente una exposición de tales productos, entre los cuales pueden citarse tejidos, lámparas, bordados, papeles para habitaciones, naipes, programas y otros análogos: en ella figuró el dibujo del celebrado artista inglés Holiday que en esta pagina reproducimos y que es una alegoría bellísima de la ópera de Wagner *Siegfrido*, segunda de las que componen la Tetralogía del inmortal compositor alemán.

Decoraciones de la ópera «Sansón y Dalila.»—Los cinco dibujos que forman la lamina que publicamos en la página 69 permitirán á nuestros lectores formarse idea exacta de las decoraciones que para la representación de la hermosa y cada vez más aplaudida ópera de Saint-Saens han pintado los reputados escenógrafos Sres. Soler y Rovirosa y Vilumara: innecesario nos parece todo elogio detallado de las mismas tratándose de tales autores, el primero de los cuales hace mucho tiempo que se ha conquistado el título de maestro ilustre, y el segundo, que tantos triunfos tiene alcanzados en su carrera artística. Todas están admirablemente pintadas, todas demuestran el perfecto conocimiento que de los efectos y recursos escénicos tienen los Sres. Soler y Vilumara, y en todas se revela el concienzudo estudio de la época en que la acción se desarrolla, armonizado con las concesiones que el convencionalismo teatral exige. La escena final, que representa el derrumbamiento del templo de Dagón, es de un efecto indescriptible.

La princesa de Caraman-Chimay y el tzigano Janesy Rigo.—La ruidosa aventura de que han sido protagonistas estos dos personajes justifica la publicación de sus retratos como nota de actualidad. Clara Ward, hija de un rico comerciante de Michigán, heredó al morir su padre ocho millones de francos y vínose con su madre á Europa: en París la conoció el príncipe de Caraman-Chimay, que se casó con ella en 20 de mayo de 1890. Trasladóse el matrimonio á Bélgica, en cuya corte halló la princesa excelente acogida; pero á consecuencia de ciertos incidentes misteriosos y de cierto escándalo con ocasión de una *garden-party* en Laecken, residencia habitual de la familia real belga, los jóvenes esposos abandonaron al poco tiempo Bruselas y se establecieron definitivamente en Francia. En París Clara adoptó un género de vida independiente, llamando la atención por sus muchas excentricidades: la última de éstas ha hecho olvidar todas las demás. En el restaurant Paillard encontró á Rigo que dirigía una orquesta de tziganos: el resto de la aventura es harto conocido; la princesa abandonó á su esposo y á sus dos hijos y se fugó con el tzigano á Londres, de donde la amorosa pareja pasó á Italia y últimamente fijó su residencia en Budapest.



LA PRINCESA DE CARAMAN-CHIMAY EL TZIGANO JANESY RIGO
(de fotografías)

Janesy Rigo cuenta treinta y cinco años y dista mucho de ser un Adonis; es bajo y en su cara se ven las huellas de la viruela. Está casado y tiene varios hijos.

Según parece, el asunto terminará con el decreto de dos divorcios y con un nuevo matrimonio entre el humilde músico y la millonaria americana.

Guerra de Cuba.—Las dos fotografías que reproducimos en la página 71 representan la primera á un grupo de tropas regresando del forraje y la segunda el comienzo del combate que la columna Francés sostuvo durante su marcha de Viñales á Dumas: con ser interesantes ambas, el interés de la última es mucho mayor, porque está tomada en los primeros momentos de la acción, en los momentos en que nuestros bravos soldados empiezan el fuego. La comparación entre ambas fotografías es la mejor prueba de la serenidad y bravura de nuestros soldados; obsérvese á los que de regreso de forrajear se encuentran en sitio seguro y á los que en pleno bosque se aperciben á la lucha amenazados por esos peligros de una guerra de emboscadas como la que en Cuba hacen los insurrectos y no se notará entre unos y otros la menor diferencia. Correctamente formados y algunos en actitudes hasta artísticas, cual si de simples ejercicios ó maniobras se tratara, los individuos de las compañías de Valencia que el grabado reproduce son la confirmación más palpable de cuán serena y valientemente se bate el soldado español, orgullo de la patria y asombro aun de sus mismos enemigos.

El descanso del santero, dibujo original de J. García Ramos.—Cuadros de costumbres que retratan el modo de ser del pueblo andaluz, tipos que pasaron ó que las nuevas corrientes han modificado, he ahí los asuntos ó temas que elige para sus geniales composiciones el distinguido artista sevillano J. García Ramos. A las que ya conocen nuestros lectores agregamos hoy la titulada *Descanso del santero*, trasunto de otra época, tipo que encuadraba en las costumbres de antaño, representado con tal acierto y fidelidad que revela el natural, con el mismo sello que caracterizó á los personajes de sus sainetes el festivo D. Ramón de la Cruz.

Las producciones de García Ramos, á poder reunirlas, formarían una colección inapreciable, constituyendo todas y cada una de ellas otras tantas ejecutorias de su valía artística.

Bajo el puente de Triana, dibujo original de Manuel García Rodríguez.—Triana y el Guadalquivir ofrecen á García Rodríguez asuntos inagotables para su paleta, en la que se amasan siempre tonalidades ajustadas á la tónica local. Parece como si el artista sevillano se hubiese impuesto la hermosa misión de dar á conocer las bellezas y encantos que encierra su querida ciudad. Y cuenta que si tal propósito persigue lo ha realizado cumplidamente, puesto que en todas sus obras retrátanse con la brillantez propia del suelo andaluz los pintorescos pormenores que constituyen el mayor encanto de la reina del Guadalquivir.

A tan cumplida labor debe García Rodríguez su popularidad y la fama que merecidamente ha conquistado como paisajista, título honrosamente adquirido en los certámenes artísticos en que ha tomado parte, recibiendo las recompensas á que tenía derecho por sus méritos y aptitudes.

Un lance de honor, cuadro de Timoteo Pamplona.—Forma parte el discreto pintor aragonés Sr. Pamplona del grupo de artistas aragoneses que tratan con noble esfuerzo de sostener por medio de sus artísticas producciones el buen nombre de su ciudad querida. Y cuenta que no han de faltarles medios para realizar sus propósitos, cuando á las estimables cualidades que poseen, ofréceles Unceta ejemplo que imitar y enseñanzas que aprender en sus hermosas obras.

El cuadro que reproducimos, inspirado en las costumbres de épocas que pasaron, ha servido al Sr. Pamplona para hacer gala de sus condiciones de buen colorista, obteniendo efectos de las tonalidades que ofrecen los personajes que toman activa parte en el lance de honor.

De sus aptitudes y laboriosidad esperamos buenos resultados, confiando nos ofrecerá ocasión para ocuparnos de obras de mayores alientos.

Capitalistas, cuadro al óleo de Luis Graner (Salón de la Alhambra).—Abigarrado conjunto de grosería y miseria, de rudeza y vulgaridad representan los varios tipos que ha reunido Luis Graner en el lienzo que reproducimos, á los que titula por antonomasia *Capitalistas*. Todos ellos son copia fidelísima del natural, mas en su representación nótase ese algo distintivo que ha reputado al artista un elevado concepto de su personalidad. El vigor en los trazos de todas y cada una de las cabezas, que tanto contribuye á caracterizarlas, y el hermoso colorido, que tan diestramente interpreta, han sido siempre la nota distintiva del pintor á que nos referimos y las causas que han hecho estimables sus producciones, acogidas con interés por los inteligentes y aficionados.

MISCELANEA

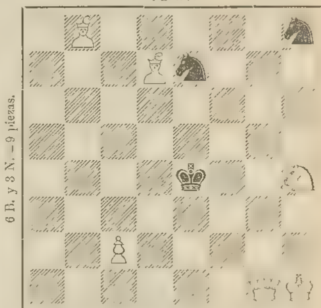
Teatros.—*Madrid*. – En el Real se ha cantado con gran éxito la ópera de Saint Saens *Sansón y Dalila*, habiendo obtenido grandes aplausos la Srta. Salvador, el tenor Sr. Garulli y el maestro Sr. Goula. Se han estrenado con buen éxito: en Lara *Venta de Baños*, comedia en un acto de Vital Aza, y en Eslava *Los charlatanes*, zarzuela en un acto de D. Calixto Navarro con música del maestro Chapí.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Le compte d' Ampurias*, drama de D. Ramón Bordas, y *Faixa ó caixa*, pieza en un acto de D. Pedro Reig. En Novedades los conciertos matutinales que todos los domingos se celebran siguen atrayendo numerosa y escogida concurrencia, que aplaude con entusiasmo las más notables piezas del repertorio clásico antiguo y moderno, admirablemente ejecutadas por la orquesta que tan acertadamente dirige el maestro Sr. Nicolau.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 54, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 53, POR J. BELTRÁN

Blancas.	Negras.
1. C 5 D	1. P toma C (*)
2. T 8 A D	2. A toma A ú otra.
3. T toma A mate.	

(*) Si 1. A toma A ó T 2 T; 2. C 7 R y 3. D toma A mate, —y si 1. T toma P; 2. T toma P T R jaque y 3. T toma T mate. La amenaza es 2. C 7 R ó C 6 A R y 3. D ó A mate.

CONCURSO INTERNACIONAL

DE PROBLEMAS DE AJEDREZ

La revista mensual de ajedrez *Ruy López*, que se publica en esta ciudad, acaba de abrir un concurso internacional de problemas en tres jugadas, directos, sin condiciones é inéditos. Cada concurrente ha de limitarse á enviar una ó dos composiciones con las soluciones detalladas. El plazo de admisión termina el 31 de mayo de 1897.

Los premios son cinco: el 1.° de 100 pesetas, el 2.° de 50, y los restantes consisten en obras de ajedrez.

Los problemas han de remitirse en la forma anónima acostumbrada al Director del *Ruy López*, calle Conde del Asalto, número 88, Barcelona.

Este concurso es el primero que se celebra en España, y es de esperar que se verá favorecido por los mejores compositores de la actualidad.



El viejo marinero fingía estar dormido

LA ONDINA DE BRETAÑA

Novela por Pedro Maél. – Ilustraciones de Vicente Cutanda

(continuación)

Luego, dando la vuelta á la cabaña rápidamente, presentábase enojada á Alain, el cual siempre acudía al mismo procedimiento para evitar los primeros reproches de Lena.

El viejo marinero fingía estar dormido, con la boca abierta, los brazos caídos á ambos lados y la pipa casi abandonada entre sus dedos.

No se dejaba Lena engañar por las apariencias y batía sus palmas, excitando á *Spring* á que prodigase sus caricias á Alain.

Por fin, éste abría con dificultad sus ojos y ella le decía:

– ¡Si viera usted que mal le sientan á su edad esas bromas de chiquillo!

El buen Alain levantábase en seguida. Hércules á los setenta años no sería menos Hércules.

Descolgábase hasta el bote, y cogiendo á la muchacha en su brazo izquierdo, sin esfuerzo casi, sentábala en una de las tostas de la embarcación.

Inútil es decir que el perro no necesitaba semejante ayuda.

Después Le Gadek empujaba el bote, que salía de popa, sin que fuese precisa ninguna maniobra para virar, pues la corriente, circulando de continuo al pie de aquella accidentada muralla, cuya altura en unos sitios era de dos metros y en otros de doce, apoderábase del bote y en su movimiento giratorio sacábalo afuera, alejándolo de la orilla.

Por supuesto, las expediciones de Lena á aquel paraje fantástico eran siempre á la hora de la marea.

Una vez mar adentro, Alain cogía los remos y la muchacha la caña del timón.

El botecillo deslizábase balanceado por pequeñas olas.

Así navegaban cuando el mar estaba en calma ó ligeramente movido en su superficie.

En alguna que otra ocasión, el viejo, cediendo al deseo de Lena, armaba la única vela del bote y desplegábala al viento, bordeando frente á la costa.

Alain guardaba, así en uno como en otro caso, la más extrema prudencia.

Sabía cuán preciosa era la carga que llevaba en su embarcación, y en cuanto una leve sombra de mal augurio ó un movimiento imprevisto del mar obscurecía ó agitaba el golfo, el prudente anciano, desoyendo las súplicas de la joven, apresurábase á volver al punto de amarre.

Además, ¿no tenía á su lado algo más seguro aún que su perspicacia y su experiencia, el instinto infalible, la ciencia infusa del peligro, de que la naturaleza ha dotado á los animales?

Bastaba que *Spring*, nadando de prisa junto al bote, volviera á él más pronto que de costumbre, ó que después de oler el agua se negara obstinadamente á avanzar, para que Alain, imitando al perro, ganase la orilla lo más rápidamente posible.

Entre aquellos dos guardianes, ¿qué podía temer Lena? Comprendía que estaba segura y entregábase de lleno al regocijo que producía en ella tan delicioso paseo.

Al llegar al sitio en que solía bañarse, se soltaba el vestido, dejándolo caer al fondo del bote; poníase de pie sobre la popa, elevaba juntos sus blancos brazos, arrojábase de cabeza al mar, describiendo con su cuerpo una curva, y apenas se ensanchaban los círculos producidos en la superficie por la caída, la cabeza risueña de la joven, aprisionada en su redecilla, surgía á unas diez brazas, y sus manos, cortando acompasadamente el agua, salpicaban de abundantes gotas el hocico del fiel *Spring*.

Entonces la vivacidad y la alegría de Lena subían de punto.

– ¡Ahora le toca á usted, padre Alain! ¡El agua está caliente! ¡Échese, que no le hará daño!

– ¡Prefiero mi pipa!, contestaba el viejo, que siempre tenía alguna razón que oponer á las provocaciones de la traviesa muchacha.

Aquellos baños de agua salada duraban horas.

Pocos nadadores hubiesen podido competir con Lena. La sal había acabado por ser su elemento.

Y fué dándole algo así como una vida nueva, haciendo más sólida su piel y sus carnes más firmes, sin alterar el color ni la finura de su epidermis de niña.

Solía suceder que al llevarla á tierra el antiguo artillero de marina para que se vistiese en la humilde cabaña, sintiendo su peso más que otras veces, manifestaba su admiración en exclamaciones por este estilo:

– ¡Truenos y rayos! ¡A pesar de ser hija de gentes de tierra adentro, es usted más dura, señorita, que las rocas negras de Scorff!

Lena se reía. En estos términos ponderaba el padre Alain la belleza y la fuerza de su discípula.

III

UN RASGO DE «SPRING»

En aquel magnífico mes de mayo prodújose un hecho que marcó en la vida de Magdalena y en la de Alain una fecha memorable, é hizo entrar, digámoslo así, en el círculo de la familia del comandante al bravo *Spring*.

El hecho ocurrió en una tarde esplendorosa, cuando el sol, aún en la altura de la bóveda celeste, derramaba sobre la tierra y el mar sus más ardientes rayos.

El capitán de fragata había elegido aquel día pre-

cisamente para una inspección de la costa que se extiende al Sur de Saint-Gildas.

Los cálculos de precisión que quería fijar sobre la velocidad y la fuerza variables de las corrientes de la bahía habíanle hecho volver de nuevo hasta las inmediaciones de su castillo.

Con el más escrupuloso rigor de su deber profesional, el comandante había resuelto no regresar á Ely hasta concluir su tarea.

Se hizo llevar á tierra, despidió la lancha de vapor que lo condujo, y fué, como si diera simplemente un paseo, con su lápiz y su cuaderno en la mano, á examinar en la misma orilla la intensidad de acción de la corriente.

Aquella entrada del golfo de Morbihán es sumamente peligrosa en ciertos momentos de la marea. Diríase que el Océano despliega todo su vigor para forzar, cada vez que sube, aquel paso que la obra de los tiempos y de las revoluciones del globo le han abierto hasta el seno mismo de las tierras bajas de la costa bretona.

Visto desde tierra, es aquél un soberbio espectáculo.

Es parecido al del choque de algunos de nuestros grandes ríos con la marea; la primera ola llega de pronto desde muy lejos; adelántase formando una larga línea de cabo á cabo y llena la bahía de un solo avance. Pero á esto se limita la comparación. Mientras que la lucha del mar contra la corriente de esos ríos caudalosos acaba en cuanto pasa adelante la primera ola, tras de la cual el equilibrio se restablece, las olas de la marea en aquella entrada del golfo de Morbihán continúan sin interrupción hasta que el mar ha subido por completo. Como no tienen que rechazar el descenso del agua dulce, siguen á cada segundo asaltando la costa, que al pasar las estrecha y las exaspera en el esfuerzo que hacen para penetrar todas á la vez dentro del golfo.

De ahí la continuidad de la corriente y también su violencia, violencia proporcional á la resistencia experimentada y al impulso engrandecido por las depresiones á los movimientos del mar.

Hay veces en que el vapor que hace el servicio de Vannes á Belle-Isle se ve detenido en su marcha y forzado á retroceder ó á pararse, aguardando que al mar le plazca darle su permiso para salir.

Un fenómeno análogo, aunque mucho menos peligroso, se produce durante el reflujo.

Sobre estos hechos diversos, cuya causa es conocida, pero cuyas razones íntimas quería explicarse bien, había resuelto el comandante Pedro fijar toda su atención. Por eso saltó á tierra y por eso avanzó siguiendo la orilla, sin subir al castillo de Ely, á pesar de hallarse éste próximo.

Cuando marchaba con paso lento por la parte de costa más baja que hay cerca de la embocadura, fué saludado de repente por alegres ladridos.

Muy poco después llegó un perro dando saltos gozosos, echándose á sus pies, meneando la cola y entregándose á locas manifestaciones de alegría y de cariño.

Este encuentro no sorprendió al capitán de fragata.

Mas provocó en su espíritu una idea muy natural.

—¡*Spring* aquí!, pensó. ¡Luego Lena no anda lejos!

Acarició la hermosa cabeza del animal, gritando:

—¡Magdalena! ¡Magdalena!

Nadie le contestó.

Sólo el rumor de las olas en la orilla repondió á sus voces.

Recordó que no era aquel el nombre á que estaba acostumbrado el oído de su pupila.

Entonces gritó más fuerte:

—¡Lena! ¡Lena!

Este nombre extinguióse también en el mismo silencio.

El comandante no sintió inquietud alguna.

Tenía sus razones para no alarmarse.

En primer lugar, la joven, que era muy aficionada á ese género de escapatorias, debía andar por allí ocupada como las abejas, á las cuales no se parecía, en buscar flores campestres.

En segundo lugar, la muchacha podía también en aquel momento estar hablando de cosas muy interesantes con Le Gadek, cuya cabaña solitaria veía sobre el peñón aislado, á algunas brazas de distancia, en la estrecha embocadura.

Había una tercera razón, más poderosa que las otras dos, que lo tranquilizaba.

Spring, tan pródigo con él en manifestaciones cariñosas, no se entregaría de tal modo al regocijo, si tuviera el más pequeño temor de que su joven ama corría algún riesgo.

El comandante continuó, pues, su paseo por el borde del agua, esperando de un momento á otro encontrarse con su pupila.

Conforme iba caminando, observaba los primeros fenómenos de la corriente en las orillas de la pequeña península, á la entrada del estrecho donde comienza el golfo de Morbihán.

El mar subía.

Veíase cómo el agua iba llenando rápidamente sobre la arena todos los recodos y envolviendo las rocas avanzadas.

Las primeras olas cortas rompían de una manera brusca contra los picos de las peñas.

Bajo los ardientes rayos del sol las playas doradas palidecían al contacto de la capa líquida que sobre ellas iba extendiéndose.

Mas un segundo después, al retirarse el agua, dejaba brillar invisibles cristales sobre la arena impregnada de sales marinas.

Un detalle le chocó al comandante Pedro.

Las olas no arrastraban consigo su carga ordinaria de algas y caloca.

Esto, que para un paseante cualquiera no tendría la menor importancia, fué en seguida un grave indicio para el experto marino.

Era un signo inequívoco de que las corrientes variaban, de que el empuje de las olas cambiaba de dirección á causa de los obstáculos con que iban tropezando.

Las hierbas estaban indudablemente retenidas en el fondo del agua; existía, por tanto, á algunos metros de la superficie un movimiento de repulsión inversa al de las olas superiores.

¿De qué género era el obstáculo?

Como el comandante conocía en detalle la costa, no tenía ninguna duda sobre este particular. El fenómeno era debido á bancos movibles que se colocaban, ya en una orilla, ya en la otra, y según sus masas estorbaban más ó menos en su entrada á las olas, así éstas eran más ó menos violentas al forzar la barrera interpuesta entre ellas y la bahía.

Con la frente pensativa y la mirada profunda dábase el oficial cuenta de aquel fenómeno contra el cual nada podía hacerse, pues era la consecuencia ineludible de una disposición de la naturaleza.

Poco á poco fué absorbiéndose en sus reflexiones ante el cuadro que á sus ojos se ofrecía.

Las olas adquirían mayor amplitud, prueba de que la línea alta de los bancos inferiores había sido ya dominada. Mas el problema no estaba resuelto por eso.

Faltaba saber si el banco mismo, una vez fijo, no se elevaba de una manera proporcional al impulso de las olas, y si al bajar la marea, el reflujo no lo reforzaba con poderosos contrafuertes por el estilo de los de esas históricas obras de defensa de los campos romanos y de las murallas de la Tracia y de Escocia, de que aún se conservan instructivos y magníficos restos.

Era sólo la primera hora de la marea ascendente, y para comprobar la hipótesis había que esperar á que el mar llegase á su plenitud.

Hasta ese instante reduciríase todo á simples suposiciones.

Sin embargo, Pedro tenía ya su idea formada sobre este punto.

Manifestábanse con claridad ciertos signos característicos.

A medida que el mar subía, las olas, en vez de ser más bajas, como parecía consiguiente después de dominado el obstáculo, hacíanse, por el contrario, mayores y más fuertes.

Al llegar á la costa roquiza no se extendían como una sábana sobre los pequeños arenales, sino que, refluyendo sobre sí mismas, amontonábanse confusas, hinchando su seno, como si su línea de ataque acabara de romperse en una de sus extremidades, y volvían rápidamente sobre el estrecho, prolongándose en forma de arco de blanca espuma, del cual se alzaban erguidos penachos de algunos metros de elevación.

Un fenómeno análogo se producía en la orilla opuesta.

Apenas transcurriesen una ó dos horas, las dos líneas uniríanse y formarían la temible barrera que varias veces había detenido en su salida al vapor de Vannes.

Hasta aquí llegaban las observaciones de Pedro de Guenezán cuando un lúgubre ladrido de *Spring* le sacó al comandante de su meditación y le hizo estremecerse.

El perro acababa de lanzarse, como poseído de súbita locura, hacia un lado de la costa que la vista no podía descubrir, pues se hallaba oculto por un promontorio cubierto de árboles.

Al mismo tiempo un grito humano, desesperado y estridente, salió del islote del viejo Alain, mientras éste corría, con toda la ligereza que le es posible á un septuagenario, por el puente volante que unía su roca á la tierra firme.

El capitán de fragata sintió que una especie de congoja le oprimía el corazón.

También él corrió con toda rapidez en la misma dirección que había seguido el perro.

Llegó á la vez que Alain á la orilla cubierta ya por la marea.

Un terrible espectáculo le dejó petrificado, haciéndole temblar.

En efecto, lo que veía hubiera causado espanto al hombre más intrépido.

A cuarenta brazas de la orilla, el bote de Le Gadek se iba mar adentro, llevado por la resaca, y dentro del bote, inmóvil y echada sobre la popa, veíase á Magdalena que dormía.

El viejo artillero de marina, cual si hubiera perdido el juicio, con las manos extendidas y juntas, profería palabras incoherentes.

—¡Qué desgracia! ¡Qué desdicha! ¡La niña! ¡Mi niña! ¡Hija mía!..

Mas en aquella naturaleza de héroe no duraban mucho los desfallecimientos.

Aquel viejo de setenta años era todavía vigoroso.

Con movimientos precipitados se despojó instantáneamente de su chaqueta y de su camiseta de punto, y antes que Pedro pudiera impedírselo se arrojó entre las olas.

No llegó lejos.

Apenas hubo nadado diez brazas, una ola inesperada, una ola fantástica, furiosa y pérfida como si la animara un demonio, surgió entre él y la pequeña embarcación y lo arrolló en dos segundos, despidiéndolo, por fin, rendido y maltrecho contra una saliente de la roca.

El viejo levantóse chorreando sangre y mostrando al mar su puño cerrado, exclamó:

—¡Ah, malvada!

Y sin perder tiempo, corrió otra vez á renovar su tentativa.

Entonces el comandante lo detuvo gritándole:

—¡Basta! ¡Esas cosas ya no son de tu edad!

—Pero, mi comandante, gimió el pobre hombre. ¡No hay más remedio! ¿No ve usted lo que pasa?

—¡Demasiado que lo veo!, le interrumpió el capitán de fragata rudamente.

—¡Pero es preciso que vaya alguno! Si no...

—¡Alguien va!, dijo Pedro comenzando á desnudarse.

—¡Virgen Santísima!, exclamó Alain. ¡Socórrenos!

—¡Oye!, le gritó el comandante al ir á lanzarse al agua. Corre siguiendo la costa y verás la lancha de vapor... Di al patrón que doble el cabo en seguida..., á escape..., antes que se cierre la barra...

Y apenas le dió esta orden, Pedro se arrojó al mar.

Alain corrió á cumplirla.

Pedro luchaba con todo su vigor contra el centro de atracción de las olas. Por desgracia, en los pocos minutos, minutos de indecible angustia, que aquella lucha iba durando, había ido el bote alejándose más.

Hallábase ya á cien brazas de la orilla.

La punta extrema de la embocadura lo protegía aún contra los golpes de mar.

Una esperanza le quedaba á Pedro: la barra, que tenía fuerza suficiente para detener en su camino á los vapores, impediría el paso á aquella cáscara de nuez.

Mas ¡ay!, ¿qué ganaría el bote corriendo tal eventualidad?

Por lo menos, una vez franqueada la barra, hubiese flotado en agua tranquila.

El peligro de quedar dentro era mucho más temible.

Si la desviación de la corriente lo sacaba de la línea de protección de la costa, arrastraríalo, de seguro, hasta la línea de la rompiente del mar.

En este caso hacíase inevitable la muerte de Lena. Una ola solamente bastaría para hacer pedazos la pequeña embarcación y para destrozar á aquella niña que, tan pura y en sueño tan plácido, dormía sobre el abismo, de la cual ni siquiera se encontraría el cadáver. Sepultaríala el mar en el lecho de arena de los altos fondos.

Esto presentía el comandante Pedro, ó mejor dicho, veíalo con claridad. La visión de esta catástrofe turbaba su mente como una pesadilla.

Afanoso por llegar al bote lo más pronto posible, se había echado al agua casi enteramente vestido.

No era difícil comprender la causa de lo que ocurría.

Contra su costumbre, el viejo Alain, en lugar de hacer que entrase el bote en la cueva protectora que le servía de puerto, lo dejó en la orilla, sujeto sólo por una ancla del más primitivo sistema.

Había hecho lo que casi todos los pescadores, los cuales cuando pierden una ancla carecen de recursos para comprar otra.

Le Gadek había anclado su bote con una enorme piedra atada al extremo de una amarra.

Hay pescadores que nunca tuvieron otra clase de ancla á su servicio.

Convencido de que el bote quedaba bien seguro,

se volvió á su roca con la intención de ir allí á buscarlo en cuanto lo necesitara.

Lena llegó durante esta ausencia de Le Gadek.

Viendo la pequeña embarcación á su alcance, suavemente movida por el agua, saltó sobre las tostas, sin reflexión y sin más guía que su capricho, y pensando que debía ser delicioso el dormir arrullada por el mar, se entregó al sueño, dejando á las ondas serenas el cuidado de que la meciesen.

¡Ay! Jamás ninguna metáfora, jamás ninguna comparación de poeta fué más vigorosamente exacta que esta realidad: Lena se había dormido sobre el abismo, en brazos de la muerte.

Estaba adorablemente bella y seductora, echada con languidez, con el cuerpo reclinado sobre el ancho asiento de popa y apoyada su cabeza sobre el brazo izquierdo, en el borde mismo del casco del bote.

Mientras así reposaba, con la sonrisa en los labios y la paz en el corazón, la cuerda tirante rozábase, allá en el fondo, contra algún invisible corte de escondida peña.

Era ya vieja la amarra y estaba muy usada por el largo servicio que había hecho. Las sales del mar habíanla ido royendo hilo por hilo, y el último se rompió, sin duda consecuencia de un tirón más fuerte, siguiendo la piedra en el fondo del agua mientras el bote era por la corriente arrastrado. Éste no tardó mucho en virar, entregándose á ella por completo.

Fué en aquel instante cuando el espantoso cuadro se ofreció á la vista del capitán de fragata.

A pesar de todos los obstáculos y contrariedades, Pedro nadaba vigorosamente para alcanzar á la pequeña embarcación fugitiva.

Por la orilla, *Spring* corría como loco, lanzando al aire desesperados aullidos.

El pobre animal iba y venía, tirándose al mar, volviendo á salir á tierra y multiplicando todos los esfuerzos que su inteligencia de perro le sugería.

De pronto el capitán de fragata sintió que sus fuerzas gastábanse en vano.

La corriente lo arrebataba á él también.

Entonces sufrió una presión terrible.

Dióse cuenta de un fenómeno que lo paralizaba. Debajo de él arremolinábase el agua. Una gran cantidad de algas flotantes acababa de ceñirse á sus piernas. Las hierbas marinas enroscábanse á él y lo apretaban como los tentáculos de un pulpo.

Ninguna duda cabía ya. La corriente que había notado no existía más que en la superficie. Contrariadas en su dirección las olas, volvían hacia atrás y formaban pocos pies más abajo una especie de torbellino.

Si Pedro se dejaba coger por él era hombre perdido.

Dió el comandante con uno de sus pies una vigorosa sacudida y se desembarazó de las algas, volviendo á la superficie.

Una vez arriba, nadó sobre su espalda, creyendo que el movimiento del mar ayudaríale á ir hacia el bote.

Por desgracia, no fué así. Prodújose en aquel momento un grande oleaje que lo llevó de un lado á otro, como mísero despojo de un barco deshecho por la tormenta, y por fin, lo arrojó á la orilla extenuado.

En cuanto se puso de pie vió un espectáculo desgarrador.

A bordo del bote que se perdía, Magdalena acababa de despertarse.

La joven abarcó la escena con una sola mirada y lo comprendió todo en seguida.

Un grito terrible salió de sus labios.

Buscó con la vista los remos... ¡Ay! El pobre Alain se olvidó de colocarlos sobre las tostas; no podía pensar cuando saltó á tierra que la pequeña embarcación fuese á emprender tan largo viaje fuera de su puerto habitual.

Pedro gritó á su pupila:

– ¡Rema cingando en dirección al cabo!

Ella, desesperada, levantó los brazos y exclamó con voz doliente:

– ¡No tengo remos!

Luego ambos guardaron lúgubre silencio.

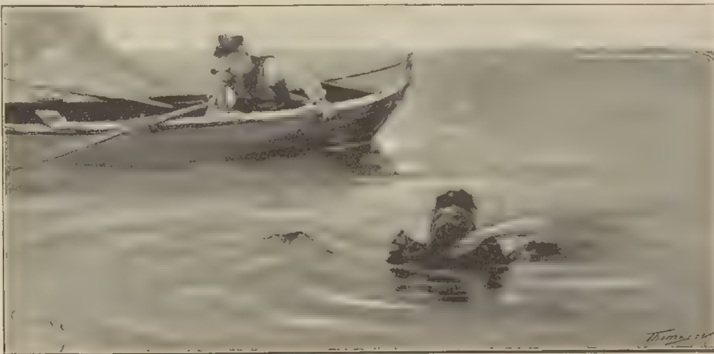
La escena era siniestra en medio de aquella calma admirable de la naturaleza, bajo los esplendorosos rayos del sol. Cuando todo reía en torno de ellos, había allí dos seres, de los cuales uno iba, en cierto modo, á apurar las heces de su propia agonía, y el otro á presenciar aquella agonía, asistiendo á ella como testigo impotente.

Lena, con los ojos dilatados por el espanto, interrogaba con ávidas miradas, ya á la costa, ya al horizonte del mar.

Nada, absolutamente nada veía que pudiera darle una esperanza, y ella sabía por costumbre juzgar los menores detalles del Océano.

Miró por el lado de popa, por donde avanzaba el bote cediendo al empuje del mar, y vió á unas cien brazas al Oeste el extremo del promontorio y la línea blanca de los arrecifes.

Las olas bramaban. Eran de una altura de diez metros y producían el efecto de una muralla, sin cesar desmantelada, al pie de la cual Lena iba á estrellarse con su bote.



La cabeza risueña de la joven surgía á unas diez brazas

Entonces, medio loca, corrió hacia la proa, resuelta á echarse al agua para ir á nado hasta la orilla.

Por fortuna, oyó á tiempo la voz del comandante.

– ¡No te tires!, gritó éste con toda la fuerza de sus pulmones.

Sabía ya el valiente marino que aquel esfuerzo era inútil y que serviría sólo para precipitar el desenlace.

Además del peso de su vestido, tendría Lena que vencer el serio obstáculo de las algas, de cuyo pérfido abrazo había necesitado salvarse él mismo.

El comandante Pedro, á la vez que de estos peligros se daba cuenta, había visto brillar una súbita esperanza. Creyó observar que hacia la punta del cabo la corriente se rompía, formando una especie de recodo que en ángulo entrante se iba insensiblemente estrechando en dirección al promontorio roquizo.

Iba á haber un minuto preciso en que aquel ángulo tendría que hallarse en la curva extrema del arco formado por el movimiento de la corriente.

Era necesario aprovechar aquel minuto.

Una idea brusca, inesperada, surgió en la mente de Pedro.

Si á él le era imposible arrojarse al mar, ¿no podría otro hacerlo en lugar de él?

Suele haber en las situaciones extremas inspiraciones repentinas, que son como relámpagos, cuyo instantáneo fulgor basta para sondear los abismos.

Fueron los ladridos de *Spring* los que le dieron á Pedro una de esas inspiraciones.

Anonadada por la desesperación, Lena cayó inerte dentro del bote, con la faz vuelta al cielo, y con las manos juntas en actitud suplicante se puso á rezar.

Diríase que era una aparición celeste ó una virgen del circo pagano preparándose al martirio.

Por las mejillas del comandante resbalaron gruesas y ardientes lágrimas.

Detrás de él lloraba también otro hombre.

Era Alain Le Gadek; con la razón perdida, rogaba á Dios que hiciese por Lena el milagro que en su resignación de marinero no hubiera solicitado nunca para sí mismo.

Acercóse de pronto al capitán de fragata, y su voz, ahogada por la angustia, sólo pudo decir:

– ¡Comandante! ¡Comandante!

Pero extendió el brazo izquierdo, apartando la mirada de Pedro de la aterradora atracción del bote y haciéndole ver fuera de la temible barra la lancha de vapor que se esforzaba por franquear el monstruoso obstáculo.

¿Lograría vencerlo? Y si lo vencía, ¿llegaría á tiempo?

La salvación de Lena era cuestión de minutos, ó quizás de segundos.

La inminencia del desenlace volvió á llevar la imaginación de Pedro hacia una idea de la cual Le Gadek le distrajo.

Aproximóse al perro y díjole con acento conmovido:

– ¡*Spring*, mi buen *Spring*, escucha!

Spring miró al capitán de fragata con sus grandes ojos claros é inteligentes.

Del fondo de sus entrañas salió un sonido áspero y profundo que parecía al mismo tiempo un quejido y una palabra.

Hubiérase dicho que el pobre animal interrogaba dolorosamente á su amo, preguntándole:

– ¿Qué es lo que tengo que hacer?

El comandante extendió un brazo en dirección al bote, cogió del suelo una piedra, y lanzándola lo más lejos posible, exclamó con tono imperativo:

– ¡Anda, *Spring!* ¡Vete á buscarla! ¡Tráemela!

El animal profirió un sonoro aullido.

Sin vacilar, sin mirar atrás siquiera, se arrojó en medio de las olas y fué nadando valerosamente hacia el bote.

Inmóviles y casi sin aliento, los dos hombres seguían con la mirada, desde la orilla, todas las fases del drama.

Los psicólogos que no conceden más que instinto á los animales están en un profundo error. Esas criaturas inferiores á que nuestro pobre lenguaje humano da el nombre de animales, tienen una inteligencia, ó si halláis la frase más acertada, participan de la razón universal.

En aquel momento *Spring* comprendía, razonaba.

Desde que empezó á nadar se hizo cargo de que perdería el tiempo yendo en línea recta al bote. Así es que en seguida cambió de rumbo, avanzando en línea paralela á la costa, á fin de cortar hacia la embarcación en el momento más favorable.

– ¡Buen perro! ¡Excelente animal!, dijo el capitán de fragata lleno de entusiasmo ante aquel rasgo de sagacidad de *Spring*.

Éste seguía su camino.

Vióse en la pequeña embarcación erguirse á Lena.

La joven se había levantado, y al darse cuenta de que el hermoso perro de Terranova se aproximaba, sintió en su corazón un soplo de esperanza y volvió á animarla el deseo de vivir.

Extendió sus manos hacia el sitio donde nadaba el perro y lo llamó anhelante:

– ¡*Spring!* ¡*Spring!*

De repente el bote se desvió de la dirección que seguía, á impulsos de un movimiento imprevisto, y pasando por encima de una ola, de una verdadera ola, anduvo cinco ó seis metros hacia la orilla.

Parecía que *Spring* lo había calculado todo, pues precisamente en aquel instante llevó á cabo un esfuerzo decisivo, nadando ya en línea recta hacia la embarcación, hasta cuyo costado consiguió llegar.

La cuerda rota del ancla colgaba de la proa, y el inteligente animal la cogió entre sus dientes, poniéndose á remolcar el bote hacia tierra.

– ¡Bravo, *Spring!* ¡Adelante!, gritó Pedro, corriendo al sitio de la costa más cercano y más favorable para el arribo.

El bote dejaba á su popa el centro de atracción del remolino del agua y acercábase á la orilla.

Unos minutos más y el perro tocaría tierra.

Llorando como un niño, Alain Le Gadek, inconsciente de lo que hacía, se puso á aplaudir á *Spring*.

Éste se detuvo.

Su hermosa cabeza hundióse en el agua hasta los ojos. Luego un salto convulsivo le hizo subir nuevamente á la superficie, pero fué para hundirse otra vez.

Magdalena lanzó un grito de angustia.

Era evidente que el perro tragaba agua y se sumergía. ¿Iba á ser inútil su heroísmo? ¿Se llevaría el mar el cadáver de aquel fiel servidor, juntamente con el cuerpo de su joven ama?

Una nueva duda, todavía más dolorosa, iba á complicar aquel problema terrible.

Pero no quiso Dios que así fuera.

El esfuerzo del valiente perro había bastado para retrasar la catástrofe.

(Continuará)

TEMPLOS MONOLÍTICOS DE LALIBELA

(ABISINIA)

Entre las muchas curiosidades que la Abisinia encierra figuran en primer término sus templos monolíticos. El número de éstos es considerable, pues según los datos proporcionados por M. A. Raffray, en la actualidad cónsul de Francia en el Cabo, que visitó algunos de ellos con ocasión de una misión oficial que desempeñó cerca del Negus en 1881, habrá unos doscientos todavía consagrados al culto.

El más próximo al litoral está situado en las fronteras orientales del Haramat, al Norte de la ciudad de Agula. Estos extraños edificios pertenecen á fechas más ó menos recientes, pero todos son por su estilo parecidos á los templos de la ciudad de Lalibela, capital de la provincia de Lasta. Lalibela se encuentra fuera de los caminos generalmente seguidos, sea por los europeos, sea por los mismos comerciantes abisinios, lo cual se explica por el hecho de ser una ciudad exclusivamente religiosa con una población de 3.000 almas únicamente, y que para llegar á ella es preciso recorrer un país muy accidentado. M. Raffray es el primer europeo que ha penetrado en Lalibela.

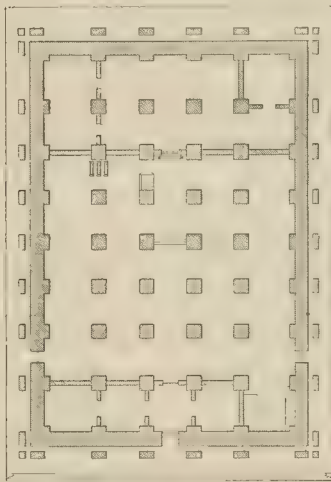


Fig. 1. – Planta del templo monolítico de Medani-Allemm (El Salvador del Mundo)

«Los templos que esta ciudad contiene – dice – son diez, y sin embargo el viajero que llega á Lalibela se queda sorprendido al no ver entre las cabañas que forman toda población abisinia ningún monumento digno de atención. Mas si recorre la ciudad no tarda en encontrar vastas trincheras, largas y sinuosas, que le conducen al pie de aquellos templos.» Y es que, en efecto, éstos forman parte integrante del monte Abuna Jusef, en cuya vertiente meridional está asentada Lalibela. El arquitecto ha hecho abrir grandes fosos en medio de los cuales ha dejado un bloque que sólo está adherido á la montaña por su base y algunas veces también por uno de sus lados: en este último caso un túnel semicircular permite dar la vuelta al edificio, como sucede en el templo de Abba Libanos. Hecho esto, se ha trabajado el bloque exteriormente, simulando en él muros y hasta pórticos con columnas, y luego se ha perforado el interior dejando columnas, bóvedas laterales y transversales de medio punto para sostener el techo, y finalmente se han practicado ventanas para dejar entrar la luz y el aire.

Estos edificios son verdaderos monolitos, y aunque todos tienen este carácter, en las disposiciones de detalle ofrecen notables diferencias que permiten clasificarlos en tres grupos: uno de cinco, otro de tres y otro de un templo. La orientación común á todos es la del Este, y todos los caracteres arquitectónicos se relacionan con el estilo bizantino y en ninguno de ellos se encuentran inscripciones. En los dos primeros grupos los templos están rodeados de patios y se comunican entre sí por medio de trincheras ó de túneles. La roca en que están tallados es una especie de asperón rojo de grano grande y bastante friable, y á juzgar por las señales que aún se observan en las paredes, el único instrumento empleado ha debido ser el pico, pues en parte alguna se encuentra la pulimentación que habría dado el cincel.

Los grabados que en esta página publicamos y que son reproducciones de dibujos de M. Raffray, representan el templo de Medani-Allemm (el Salvador del Mundo), y el de Hammanuel (Manuel), que son los principales del primero y segundo grupos.

El de Medani Allemm (fig. 2), es de forma rectangular y está rodeado exteriormente de una columnata que sostiene una prolongación de la azotea superior: ésta no es absolutamente plana, sino que tiene la forma de tejado de dos pendientes. En su interior (figura 1), el monumento está dividido en cinco naves y ocho galerías, formadas por columnas rectangulares adornadas con capiteles y unidas entre sí por arcos de medio punto, que sostienen plafones cuadrados y planos. Al extremo de cada galería hay una ventana cuya parte inferior comprende una cruz de brazos desiguales, y la superior diez pequeñas aberturas circulares, encima de las cuales se ve un grupo de otras aberturas más pequeñas todavía en forma de estrellas y cruces griegas. Estas últimas estuvieron cerradas en su origen con cristales de colores, de los que aún se ven algunos vestigios. Paredes transversales cierran el vestíbulo y el coro. La excavación tiene 43 metros de longitud, 38 de anchura y 10 de profundidad: las dimensiones exteriores del templo, medidas en la columnata, son: longitud, 33'50 metros; anchura, 23'50, y las interiores 26 y 19'50 respectivamente; el espesor máximo de las paredes es de 2'08 metros. Este templo en su interior se encuentra en perfecto estado de conservación, pero en su exterior la columnata que lo rodeaba está en parte destruída, por ser demasiado frágil para resistir las injurias del tiempo y de los hombres, conservándose intacta únicamente en la fachada oriental.



Fig. 2. – Vista exterior del templo monolítico de Medani-Allemm

El templo de Hammanuel (fig. 3) es el más hermoso del segundo grupo: la forma del edificio, así como la del patio que lo rodea, es rectangular. El patio tiene 30 metros de longitud por 24 de anchura y 11'50 de profundidad, y el edificio 17'50 de largo por 11'50 de ancho: en aquél hay un pequeño baptisterio en forma de cruz griega, y el templo descansa sobre una especie de basamento con gradas. Las grandes fachadas indican tres pisos con quince aberturas, una de las cuales es la puerta de ingreso. Las ventanas del piso bajo son en forma de cruz, las del primer piso de arco de medio punto con capiteles y las del segundo cuadradas. Entre ventana y ventana hay una columnata y varias molduras planas.



Fig. 3. – Vista exterior del templo monolítico de Hammanuel (Manuel)

La figura 4 reproduce la parte superior de la iglesia Ghorghis (Jorge), que pertenece al tercer grupo; tiene la forma de una cruz griega y es casi de las mismas dimensiones que la anterior: por el grabado puede verse el aspecto que á flor del suelo presentan los templos monolíticos que describimos. Los demás templos de Lalibela son generalmente más pequeños; sin embargo, para construirlos han tenido que hacerse trabajos de excavación muy importantes.

Todos estos curiosos monumentos fueron edificados en tiempo del negus Lalibela, á quien las tradiciones abisinias atribuyen un papel místico de los más importantes, y que vivió, según se cree, en el siglo XII de nuestra era. Este monarca envió á buscar á Alejandría á un egipcio llamado Sidi Meskal, que con 500 obreros fué á Abisinia á ejecutar tan notable empresa y cuya tumba subsiste todavía en el templo de Medani Allemm. Según un manuscrito en lengua gheze, consultado por M. Raffray y conservado en el mismo templo, para este trabajo, que bien merece ser calificado de colosal si se examina el cubo de las excavaciones interiores y exteriores de las iglesias y el de los patios y comunicaciones, no se emplearon más que 23 años, plazo que una tradición oral aumenta hasta 28.

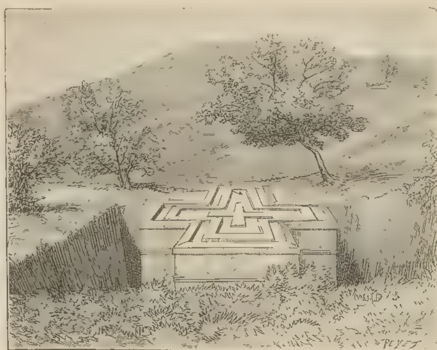


Fig. 4. – Templo monolítico de Ghorghis (Jorge). Vista á la superficie del suelo

Como hemos dicho antes, el estado de conservación de los edificios es generalmente perfecto en el interior de los mismos; el exterior, en cambio, ha sufrido no sólo á causa de la intemperie sino de las injurias de los hombres, especialmente en la época de la invasión musulmana, durante la cual el sultán Mahometo Grague, para borrar todas las huellas del cristianismo en Abisinia, hizo sepultar todos los templos bajo montones de escombros. Así permanecieron aquellos edificios durante muchos años, y no fueron descombrados hasta después de la expulsión de los invasores, que realizaron los abisinios ayudados por los portugueses, siendo entonces dedicados nuevamente al culto.

Los templos de Lalibela han servido de modelos á todos los que se han construído en las demás poblaciones abisinias, pero éstos no son sino copias más ó menos imperfectas de aquéllos, y de todos modos su construcción es de fecha mucho más reciente.

De aquí que ofrezcan menos interés al viajero, y que, al mismo tiempo, no gocen de la gran veneración que á los abisinios inspiran los recuerdos místicos del negus Lalibela.

G. Richou

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

TIERRA Y CIELO, por *Pedro Barrantes*. – Colección de poesías de diversos géneros y escritas en toda clase de metros, en las cuales los pensamientos más bellos é inspirados y los sentimientos más delicados y hondos aparecen expresados en armoniosos versos. *Tierra y cielo* es la obra de un verdadero poeta. Se vende á tres pesetas en las principales librerías.

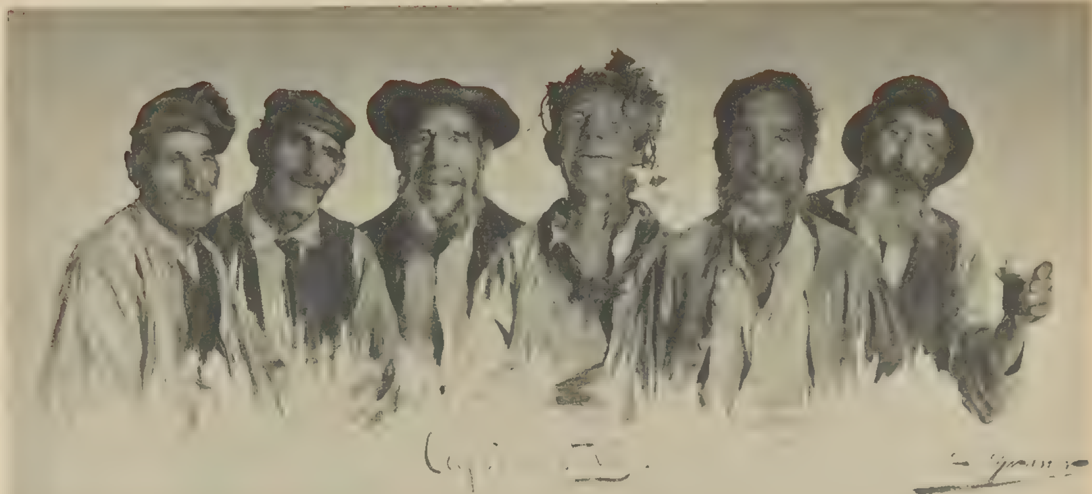
FILOSOFÍA ELEMENTAL (PSICOLOGÍA, LÓGICA Y ETICA), por *D. Juan Arolas Juani*. – Quisiéramos disponer de mayor espacio del que esta sección consiente para ocuparnos con la extensión que se merece esta obra del catedrático del Instituto de segunda enseñanza de Manresa, ó siquiera para copiar el laudatorio informe que precede á la licencia eclesiástica. En la imposibilidad de hacerlo, nos limitaremos á decir que en su *Filosofía Elemental* el Sr. Arolas desenvuelve las más puras y sanas doctrinas filosóficas, ajustándose en un todo á as de Santo Tomás de Aquino y á las de los más insignes filósofos españoles. El libro, que forma un tomo de 554 páginas, está dividido en 50 lecciones y lleva al final el programa á que se ajusta esa asignatura en el antes citado Instituto. Ha sido impreso en Barcelona, en la imprenta de Gutenberg.

UN LANCE DE HONOR, cuadro de Timoteo Pamplona

PANORAMA NACIONAL. – El cuaderno 14 de esta importante publicación que edita en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles, contiene catorce preciosas vistas de Lesaca, de la cartuja de Miraflores (Burgos), de la colegiata de Santillana, de la catedral de la Habana, del puerto de Pasajes, del castillo de [illegible], de [illegible] Zorita, de Santander, de San [illegible] de Sahagún y de Logroño, de una [illegible] en Cuba, un grupo [illegible] y una magnífica vista panorámica de Madrid. Se vende á 70 céntimos.

LA ILUSTRACIÓN GUATEMALTECA. – El número 10 de esta revista, que se publica en Guatemala, contiene interesantes trabajos literarios de Rafael Spínola, M. L. Vega y A. Macías del Real, y varias y abundantes y bonitos fotograbados.

LA NEBLINA. – Los cuatro últimos números de esta revista de artes y letras que se publica en Lima, bajo la dirección del distinguido escritor [illegible] D. José Santos Chocano, contienen interesantes artículos en prosa y bellas composiciones en verso de Chocano, O. Espinosa, Rubén Darío, [illegible], Salvador Rueda, López [illegible], A. Salomon, [illegible] García, A. López Lenna, J. M. Barreto y Mostajo. Insertan también crónicas y noticias y varios grabados.



CAPITALISTAS, cuadro de Luis Graner (Salón de la Alhambra)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 1.º de febrero de 1897 — Núm. 788

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LAS DOS INFANCIAS

En una de sus admirables composiciones ha sintetizado Campoamor el carácter de las dos edades extremas de la existencia humana, poniendo en boca de una abuela y de una nieta respectivamente aquellas conocidas exclamaciones:

–¡Pero, señor, si es tan niña!
–¡Pero, señor, si es tan vieja!

Estas frases parecen envolver cierta contradicción de caracteres, y sin embargo, la ancianidad y la niñez tienen muchos puntos de contacto, hasta el extremo de confundirse á veces en una sola infancia.

El cerebro gastado por el trabajo continuo en el anciano y la inteligencia no desarrollada todavía por la instrucción en el niño; la voluntad debilitada por una vida de esfuerzos en aquél y la voluntad aún no encauzada por la educación en éste; las energías físicas quebrantadas por el peso de los años en el uno y la fragilidad del cuerpo no vigorizado aún por la naturaleza en el otro, colocan, por decirlo así, á un mismo nivel al que tiene ya un pie en la sepultura y al que apenas empieza á sentar su planta vacilante en la tierra.

El niño vive de ilusiones; el viejo, de recuerdos que no pocas veces son ilusiones también, y del mismo modo que en aquél el instinto infantil de lo maravilloso agranda los sucesos que han de venir, en éste los ojos del pensamiento, á modo de lentes que aumentan el tamaño de los objetos en proporción á la distancia que de nosotros los separa, le hacen ver más grandes de lo que en realidad fueron los acontecimientos que han sido.

Con razón, pues, el distinguido dibujante Sr. Passos ha titulado *Las dos infancias* el bonito dibujo que publicamos al pie de estas líneas. Platicando amigablemente al amor de la lumbre están el nieto y el abuelo, éste relatando algún sucedido de *su tiempo*, que por ser tiempo pasado fué mejor, como dijo el poeta, y aquél escuchando atentamente el relato.

Cuando se truequen los papeles, cuando el niño hable de sus proyectos para lo futuro, emulando con sus soñadas hazañas las hazañas quizás también soñadas del viejo, la misma admiración que ahora se pinta en su actitud y se adivina en su semblante, se adivinará y se pintará entonces en el semblante y en la actitud de su oyente.

Esta coincidencia de ideas y sentimientos se traducirá en coincidencia de deseos cuando tras la tranquila velada se retiren á descansar los dos platicantes, y de fijo que exclamará el viejo mientras llama á sus ojos el tardío sueño: «¡Quién fuera niño para llegar á hacer lo que hará mi nieto!» En tanto que el niño, casi cerrados ya los párpados apenas acostado, suspirará diciendo: «¡Quién fuera viejo para haber hecho lo que ha hecho el abuelito!»



LAS DOS INFANCIAS

Reproducción de un dibujo á la pluma de José Passos

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR EMILIO CASTELAR

La enfermedad del czar. - Fiesta de los Reyes en Petersburgo. - Recuerdos de Venecia. - Nombramiento de Mourawieff. - Causas de este nombramiento. - Los viejos y los nuevos rusos. - La ortodoxia rusa y la heterodoxia francesa. - Pruebas científicas de la existencia de Dios. - El Dios de Jesucristo cambiado por el dios de Mahoma. - La representación de Portalier en el Congreso. - Su fervor musulmán. - Fuad Bajá y la joven Turquía. - Recuerdos de Midhat-Bajá. - Las cuestiones egipcias. - Conclusion.

I

Las enfermedades cesáreas no influyen hoy sobre los valores públicos, cual antaño influyeron. Cierta baja en estos días hubo; mas insignificante, pasajera, y en seguida repuesta. Provino la baja del rumor divulgado entre bajistas sistemáticos respecto de la salud imperial del buen Nicolás II. Como los czares dejaron de ser aquellos antiguos colosos, cuyas gigantes formas parecían proporcionadas á sus colosales poderes, y dejaron de serlo tras la intervención en su dinastía del elemento danés, á ella por la emperatriz madre aportado, todo el mundo teme ver corona, parecida en grandeza y esplendor á un astro, sobre las sienes de muy débil joven, quien sólo dejaría por herederos moribundo hermano y quizás póstumo príncipe, abriéndose así una era de regencias, muy ocasionada en todas partes, con especialidad en Rusia, por la debilitación del jefe de aquellas gentes, á perturbaciones extremas. Pero no fué nada. El czar está bueno. Se le resintió la herida en su cráneo abierta otro tiempo al golpe asestado por un fanático é intolerante japonés á su cabeza; y no obstante anunciar el telégrafo alguna operación quirúrgica de necesidad, todo ha corrido sin recurrir á tan extremo remedio. El gobierno ruso ha hecho lo posible para disuadir á los mercados de persuasiones pesimistas, y poner en los más empecatados agoreros de males impresiones y juicios coronados por un dulce optimismo. Las fiestas litúrgicas de los griegos vienen todas retrasadas respecto de las nuestras, por no haber admitido tales cristianos la corrección gregoriana. Y como el día de Reyes, que cae á comienzos del corriente mes entre nosotros, mientras allá en Petersburgo á mediados, el czar acaba de acudir á la fiesta del Newa, tan semejante á la fiesta del Dux en las lagunas, después de haber pasado revistas navales y terrestres, sin que se haya su buena salud resentido un minuto, ya nadie tiene recelo alguno, ni menciona tal especie.

II

En cambio se habla muchísimo del ascenso de Mourawieff al cancillerato ruso, vacante por muerte de Lobanoff. En todas las cortes del mundo hay partidos y en todos los partidos de las cortes hay cabezas. Más temibles que los motines callejeros las intrigas cortesanas. Parecía una balsa de aceite al vulgo el palacio de Berlín. Y sin embargo, viviendo el gran Guillermo, hubo tres centros de oposición á Bismarck, sostenido contra todo y contra todos por el emperador en persona. Uno de los centros constituíalo el cuarto de la emperatriz Augusta; otro el cuarto de la princesa imperial Victoria; otro el cuarto del príncipe imperial Federico. Pues lo mismo sucede ahora en Rusia. Danesa la emperatriz viuda y alemana la emperatriz consorte, no se llevan bastante bien, así por el parentesco entre las dos existente, suegra y nuera, como por el origen opuesto de ambas princesas, perteneciente á un pueblo desmembrador la una, mientras la otra pertenece al pueblo desmembrado. No debemos extrañarnos de que designación para una dignidad tan alta como la sub jefatura del Imperio, inmediatamente bajo la persona del emperador mismo, promueva muchas cavilosidades y al compás de las cavilosidades muchos comentarios. Para todo el mundo aparece como artículo de fe que la designación de Mourawieff, embajador en Dinamarca mucho tiempo y amigo de la dinastía danesa muy antiguo, significa un triunfo de la emperatriz madre sobre la emperatriz consorte. Yo nada quiero decir. Será todo eso lo que tase un sastre solo, el emperador, quien hará siempre su santísima voluntad.

III

Existen los jóvenes y los viejos rusos en Rusia. Pero no se distinguen unos de otros por su edad; se distinguen por sus ideas. El viejo ruso, chapado al modo antiguo, profesa ideas ortodoxas; el joven ruso, pensando siempre á la moderna, profesa ideas colectivistas. Mourawieff pertenece á los viejos rusos; y perteneciendo á los viejos rusos, no hay para qué añadir cómo aborrecerá los inquietos occidentales, empeñados en llevar allá nuestras instituciones parlamentarias con nuestras fecundas libertades, y cómo mantendrá el fiel de la balanza entre alemanes y franceses, por igual repulsivos á un buen ortodoxo reaccionario; pues si son héroes y profetas de la revolución moderna los franceses por su parte, son filósofos y pensadores de la revolución los alemanes. Así, mientras se dan de calabazadas todos los periodistas del mundo para inquirir y explicar qué proceder político seguirá Mourawieff, el gran estadista Bismarck, aunque sus poderosos favorecidos le han agraviado en su vejez y le han abierto mortal herida en su pecho, se cree tutor nato de los intereses germánicos, y asegura por medio de su órgano, tan escuchado en el mundo, que Alemania no recibirá nunca daño ni mengua del canciller Mourawieff. Al ver esto, sólo se me ocurre: los franceses tienen la palabra.

IV

Exceso de ortodoxia en Rusia y exceso de heterodoxia en Francia, sobre todo entre los republicanos de la izquierda. Se necesita vivir con éstos para comprender cómo les desatina y de quicio los saca el recuerdo, no ya de las religiones, el recuerdo de que habita en el espíritu la idea de Dios y en el espacio la presencia de Dios. En vano los adelantos contemporáneos científicos han por siempre concluído con la generación espontánea dentro de la experimental retorta de Pasteur; en vano el profundo sabio que ha perdido estos días Alemania, Reymond, ha muerto invocando el motor divino después de haber hecho revelaciones acerca de la relación del movimiento muscular nuestro con el movimiento cósmico universal, que confirman el gobierno por una Providencia de todos los seres: la facilidad en sus negaciones de los enciclopedistas se ha transmitido á sus herederos; y el nombre de Dios es callado en Francia por muchos, como puede callar el devoto una blasfemia. Y sin embargo se les ha entrado á los franceses por las puertas del cuerpo legislativo nada menos que un deista de tomo y lomo, quien cree con sinceridad en el dios más despótico de todos los proclamados por las diversas creencias, en el dios de Mahoma; y es digno de respeto á causa del sincero fervor que muestra en sus oraciones diarias y de la escrupulosidad con que cumple todos los deberes impuestos por su liturgia. Vestido á la manera de Abraham; envuelto en togas y hopalandas litúrgicas más antiguas que las usadas por los hijos de Santo Domingo y San Francisco; el turbante á la cabeza y el tafilete al pie y el rosario al cinto; vibrándole á la continua los labios oraciones y despidiéndole místicos relampagueos de sus órbitas los ojos, absorbidos en un éxtasis completo; con sus abluciones koránicas en el Sena y sus besos fervorosos á las escaleras, por lavar aquéllas el cuerpo de toda mancha y conducir éstas al Paraíso; el diputado de Portalier, médico y sabio, demuestra que pueden los materialistas, al huir del Dios de Jesucristo, caer en el dios de Mahoma.

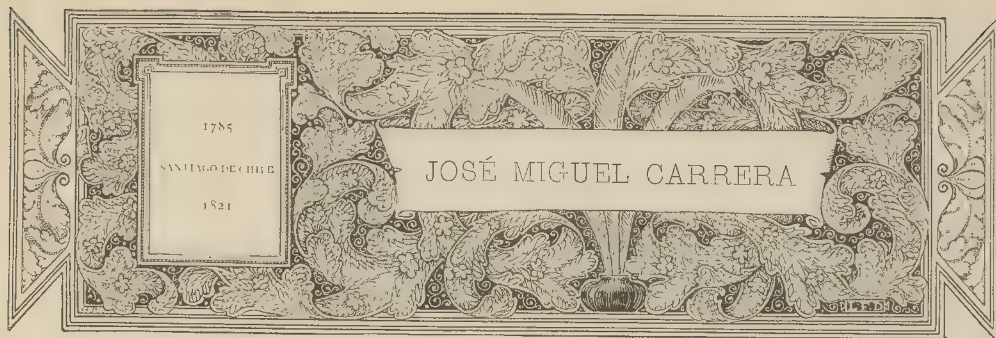
V

Y á propósito de Mahoma: gravísimo hecho ha pasado estos días por Constantinopla, nada conocido y que merecía mucho estudio. Uno de los ministros, el joven Fuad-Bajá, ha mostrado en sus conversaciones y en sus acuerdos pertenecer á la joven Turquía, es decir, al partido liberal y reformador, cuya cabecera ocupó un día Midhat Bajá, cabecera que le costó la vida. Pues parece que ha estado á punto de costarle tan precioso don del cielo al nuevo reformador, expedido por el sultán á un desierto, donde los leones dan cuenta de los vivos y los cuervos de los muertos. Una influencia diplomática se ha opuesto al propósito del sultán, y el jefe de los reformistas otomanos permanecerá en las amenísimas riberas del Bósforo Tracio, tan diversas del desierto árabe pétreo. Mas paréceme que habrá su intento de marrar, estrellado contra creencias que han encallecido el espíritu de los turcos y contra costumbres que les han dado una indeleble naturaleza. Nadie con la ciencia y con la experiencia de Midhat-Bajá. Dueño del poder; teniendo á sus espaldas Inglaterra; con un partido numeroso á sus órdenes; cuando escribía la Constitución, mi grande amistad con él, á quien conocí en uno de mis viajes, y las consultas con que tantas veces me honrara, obligáronme á decirle que no había el Turgot musulmán brotado aún y que sus esfuerzos habrían de costarle la vida, marrados so el despotismo de un sultán endiosadísimo y la ignorancia de un pueblo esclavizado. El Imperio turco se deshace. Quien lo dude vuelva sus ojos á Egipto.

VI

Enmarañado el problema egipcio á primera vista; más de una explicación por todo extremo fácil. Creían los franceses allanada por su inteligencia con Rusia esta cuestión y facilitado el regreso de las tropas británicas á su patria, mientras los ingleses continúan trabajando por extender el imperio egipcio y darle aquellos contrafuertes necesarios á la seguridad suya, especie de diques opuestos á una invasión de los nubios, prontos, de antiguo, siempre á descolgarse desde las altas corrientes del Nilo y los desiertos donde se adoraba el Júpiter Ammón, á las bajas corrientes del Nilo. Por las fiestas, por los regocijos consiguientes á hechos como la exaltación de nuevo czar al trono, como su boda con hermosa princesa germánica, como su coronación á grandiosos espectáculos ocasionada, parecía tan sólo en divertirse ocupado, diversiones y fiestas llevadas á sus últimos extremos con el paseo triunfal por París; mas en lo que realmente se ocupaba, era en atender á su propio engrandecimiento, sin curarse para cosa ninguna del respectivo engrandecimiento de Inglaterra. Muy envalentonados los dervises y los mahedies nubios á causa del combate trabado por Italia con Abisinia, se removían en términos de levantar temores por su propia seguridad entre las tribus del bajo Egipto; y para disiparlos, emprendió Inglaterra su feliz expedición á Dongola, con ánimo de ponerla bajo el yugo de los soldanes inmediatamente á un esfuerzo tenaz, el cual ha sido coronado por una victoria completa. Esta expedición cedía en bien del continente africano, porque importa y conviene á su prosperidad el predominio de razas como las egipcias, aunque infieles, ó cophtas á lo sumo, superiores por su cultura y por su color á las razas esclavistas y supersticiosas, las cuales se levantan batidas por el fanatismo y la intolerancia, y caen sobre cualquier centro de cultura, destruyéndolo bajo sus asoladores pies. Pero si la expedición favorecía mucho al bien común, castigando razas conservadoras aún de la mutilación y del comercio de carne humana, tenía la contra de que perpetuaba la ocupación británica y hacía perdurable á los humanos ojos el dominio de los ingleses sobre tierras claves de la navegación y senderos del comercio, desde que se convirtió en canal el istmo de Suez. Para ponerse Rusia un tanto en favor de Francia y sus pretensiones respecto de la evacuación inglesa, como los ingleses echaran mano de los fondos adscritos al pago de la deuda para gastos de la guerra, le interpusieron una demanda en tribunales de carácter intercontinental, que ganaron, viéndose obligados á restituir las cantidades puestas en circulación por creerlas un adelanto debido por el imperio egipcio á sus esfuerzos y á sus trabajos. Mas al ver perdida la demanda y encontrarse con la obligación de reintegrar en el tesoro los adelantos recibidos á título de pronta devolución, dicen que, siendo por ellos la expedición satisfecha, el resultado debe ser por ellos aprovechadísimo también, y tendrán en la Nubia un jalón más, conducente á prosperar el plan, que habrá de realizarse, y concluir dilatando el poder británico por todas las tierras del continente africano, hasta subir sus banderas desde los mares australes, azotados por las tormentas al primer origen ó manantial del Nilo, y bajar por su cauce hasta las plácidas riberas del Mediterráneo, iluminadas por el faro de Alejandría. Bueno será que recapacite Inglaterra sobre las extraordinarias consecuencias traídas por todos los extraordinarios excesos, y cumpla una promesa dada en el momento de ocupar Egipto, y que mantienen á una en todas partes y todos los días sus más escuchados oradores. Una reconciliación entre Francia é Inglaterra se impone, al ver los aires de matón y baratero que toma el imperio ruso en todas partes; y esta reconciliación es imposible mientras esté Inglaterra en Egipto. Deseemos y pidamos la posible independencia del Nilo, si contribuye á la libertad y á la paz universal.

Madrid, 24 de enero de 1897.



JOSÉ MIGUEL CARRERA,

PRIMER PRESIDENTE DE CHILE

I

No es únicamente en su patria ni en mármoles y bronces donde se conserva para la posteridad el nombre del guerrero temerario y caballeresco, del patriota infortunado, del caudillo insigne, que en el vasto escenario de la independencia chilena tuvo decisiva influencia.

Es en la historia americana, es en todo el inmenso continente colombino donde se representa el tipo audaz y aventurero, el belicoso héroe legendario que surgió á favor de aquellos tiempos y de aquellos sucesos.

José Miguel Carrera tuvo imaginación gigante, cerebro volcánico y corazón tan generoso como capaz de todas las grandezas y de todas las abnegaciones.

Era atrevido en sus pensamientos, intrépido para desarrollarlos y dispuesto á sostener sus principios con la pluma, con la palabra y con la espada.

Yo no sé ni conozco otra historia más heroica, más original, ni tampoco que inspire mayor interés que la del gallardo y desgraciado campeón que en trece acciones de guerra ganó en España sus primeros grados peleando bajo la bandera gualda y roja contra los franceses que amenazaban nuestra independencia por los años 1809 y después en 1811.

Carrera había nacido en Santiago de Chile; pero su padre, jefe del regimiento de milicia denominado del Príncipe y en el cual servía como cadete el joven José Miguel, resolvió enviarlo á la península, y esto en momentos azarosos para España y cuando denodadamente disputaba palmo á palmo su territorio invadido por los soldados del césar francés.

Carrera reunía á una presencia bellísima, á un tipo singularísimo, hermoso y arrogante, un carácter turbulento, inquieto y á la vez soñador y melancólico: había en su ser una mezcla extraña de valor, atrevimiento é hidalguía, con las aspiraciones ambiciosas, con ideas de futuras elevaciones y gloriosas proezas.

Batiéndose como bueno en España, obtuvo el grado de sargento mayor, con la honrosa demostración de confiarle formar el regimiento de «húsares de Galicia,» cuando el futuro adalid chileno contaba veintiséis años.

II

Desde aquella época comienza esa vida novelesca, cuajada de impetuosa iniciativa; de contrariedades sin fin; de episodios; de gloriosos relieves; de populares y delirantes entusiasmos, y por último, de infortunios y martirios.

Los laureles recogidos en España no satisfacían sus juveniles ímpetus; quería mucho más: y aún no definida ni concreta agitábase una idea en la mente de Carrera, que adquirió forma con los primeros chispazos de emancipación, agrandándose al saber que actuaba ya en Santiago de Chile una junta de gobierno, de la cual formaba parte D. Ignacio Carrera, padre del húsar denodado.

El temperamento de José Miguel, los ardores de la juventud en toda su lozanía, el patriotismo idealizado por el pensamiento de emancipación, dieron resultados rápidos. El primer paso fué pedir su retiro; abandonó honores, grados y distinciones: su noble brío anhelaba desplegarse en la gloriosa epopeya americana, y salvando cuanto oponíase á sus propósitos se embarcó para Valparaíso.



José Miguel Carrera

El pueblo chileno era entonces lo que es hoy: tenaz, persistente en sus resoluciones; intrépido á la vez que reflexivo, y como descendiente de los vascos inquebrantable y esencialmente patriota.

Instantáneamente José Miguel Carrera se hizo cargo de la situación y escaló el primer puesto, siendo el eje poderoso del radicalismo y la base de las evoluciones que transformaron la colonia en nación.

No hay para qué decir si las simpatías populares acompañaron al caudillo que ya en la cima del poder revelaba todas las capacidades y todas las energías de aquella privilegiada naturaleza que tenía por objetivo un bellísimo y glorioso ideal: crear una patria poderosa, fuerte y respetada. Para alcanzarlo, puso los cimientos de la organización democrática; creó el ejército; fomentó la enseñanza; estableció la prensa, y el primer periódico *La Aurora* nació bajo la dirección de un sabio y de un filósofo: Camilo Enríquez.

Hay organizaciones incansables y únicas, y cabalmente la de José Miguel Carrera cuéntase entre aquéllas y se distingue sobre todos por el espíritu de progreso que presidió en cuanto puso en práctica y por el profundo examen de las necesidades públicas que hizo en corto espacio de tiempo.

III

Aquel chileno insigne cedió más de una vez en sus determinaciones, para no ser tachado de ambicioso, y hubo de reformar la Constitución, aprobando el dictamen de hombres influyentes que se declaraban por aquéllos.

Dice Benavente: *Carrera era el hombre único de aquel tiempo capaz de poner en movimiento los medios de defensa que poseía el país, y si la opinión pública le hubiese prestado su concurso, muchos males se habrían ahorrado á Chile y á casi toda esta parte de América.*

No escasos fueron los desengaños y las ingratitudes durante un período en el cual los sucesos múltiples hacían ineficaces la actividad y esfuerzo de Carrera, como legislador, como reformador y como guerrero.

Y sin embargo, en aquel ínclito batallador todo revistió grandeza, característica trascendencia y purísimo desvelo por la patria naciente.

Después de las sombrías páginas de la guerra entre las fuerzas españolas y las independientes; después de una vida de campamento, de triunfos y derrotas que dieron á Carrera nuevos timbres inmortales, vino la funesta jornada de «Rancagna,» y con ella el ostracismo, donde había de soportar el primer presidente de Chile, á más de privaciones y de amarguras sin cuento, inhospitalaria acogida y persecución injusta.

Más que nunca fué heroico, y sin recursos, sin esperanzas de encontrarlos, no se doblegó, ni desistió en aquel su más caro propósito de redención nacional.

En su adversa fortuna multiplicó el trabajo organizador, y desdeñándose de pensar en sí mismo, fué á desarrollar su idea libertadora en los Estados Unidos.

Sus fieles amigos habíanle entregado quince mil pesos para facilitar la empresa.

Maravilla la magnitud del plan con lo exiguo de los elementos para ponerlo en práctica.

Por entonces ya la frente despejada y pensadora del ilustre patricio veíase surcada de prematuras arrugas: su mirada, siempre dulce, tornábase más triste y meditativa; su rostro, de atracción infinita, perdía la juvenil tersura y se demacraba reflejando las borrascas del corazón; pero aun así conservaba su arrogante presencia y altiva distinción.

Su prestigio, su nombre, su historia, su empeño noble y levantado alcanzaron el éxito apetecido.

Hizo armar dos buques; los pertrechó para la guerra y se lanzó al mar buscando una vez más apoyo y asilo en Buenos Aires, y al encontrar hostilidad en Pueyrredón, jefe supremo argentino, declaróse enemigo implacable de aquél. Manejó por entonces la pluma con igual soltura que la espada, y el fusilamiento en Mendoza de sus dos hermanos José y Luis dió mayores vuelos á su sed de venganza.

Tres años tuvo en jaque á la República Argentina: tres años aquel hombre excepcional se batió sin descanso, y vencedor ó vencido, ídolo de los indios y de la división chilena que mandaba, entraba en las ciudades á manera de conquistador romano, fugándose al siguiente día, obligado por las circunstancias.

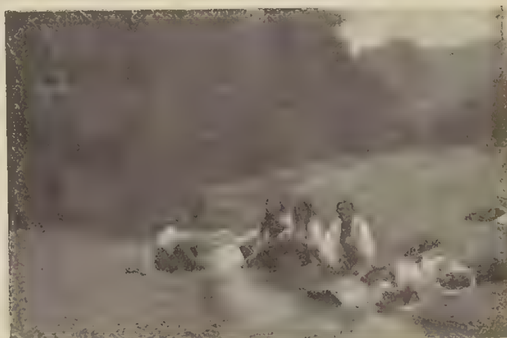

ATI-ATI O BAILE DE AETAS


UN PUENTE EN SANTA CRUZ DE LA LAGUNA


TIPOS DE LA MASA DEL PUEBLO


DESCASCARILLANDO EL PALAY (ARROZ DEL PAIS)


LEÑADORES FILIPINOS ACOPIANDO LEÑA


INDÍGENAS DE BALAGAS LAVANDO ROPA


CARRETERO DE AZÚCAR EN BATANGAS


PASTOR DE CARABAOS

ISLAS FILIPINAS. – Tipos, costumbres y vistas reproducidos de fotografías de D. Félix Laureano



HABANA - FUERTE DE SAN ANTONIO EN CUYAS CERCANÍAS FUÉ MUERTO MACEO



PINAR DEL RIO - IGLESIA DE PASO REAL FORTIFICADA POR LAS TROPAS



HABANA - LLEGADA DE UNA PARTIDA INSURRECTA AL INGENIO MORALITOS



HABANA - ESCUADRON DE GALICIA BAÑANDO LOS CABALLOS EN LOS CHORRITOS DE JARUCO



HABANA - ESCUADRON DE VOLUNTARIOS MOVILIZADOS QUE DEFIENDE LA CIUDAD DE JARUCO



HABANA - PARADERO Ó ESTACIÓN DE BEJUCAL INCENDIADO POR LOS INSURRECTOS



MATANZAS - COLUMNA DEL TENIENTE CORONEL TORT DESCANSANDO EN SEIBA MOCHA



HABANA - ARTILLERÍA DEL GENERAL LINARES ACAMPADA EN EL CASINO DE BEJUCAL

GUERRA DE CUBA. - Vistas y escenas reproducidas de fotografías de D. Ramón Carrera

La palabra elocuente de Carrera levantó más de una vez al pueblo en masa: era poética, persuasiva, fácil y de enérgica bravura, rica en ideas y brotaba limpia, sonora, sin previa meditación, como si en el cerebro estuviesen estereotipadas las frases y en orden admirable sumisas á su voluntad.

La voz, ora imperiosa, ora dulcísima, avasallaba y no era posible resistir su mágica influencia.

IV

Los poetas han dado á Carrera misteriosa idealidad; sus hazañas corren de generación en generación, transmitidas por la leyenda y en los palpitantes cuadros del drama; nada falta en la existencia del singularísimo campeón para que conmueva y apasione el ánimo.

El pensamiento sigue sus pasos por el desierto, huyendo de traiciones que le acechaban por todas partes, y ya entre las tribus salvajes se le admira por su osadía, por su habilidad, por el terrible propósito de venganza contra aquellos que habían inmolado á sus hermanos.

Lucha abierta é incesante, guerra sin cuartel era la divisa del noble proscrito, que sentía crecer sus bríos á medida que la fortuna menguaba, y su tenacidad era mayor cuanto menores eran las probabilidades de éxito.

Verdaderamente puede considerarse á Carrera como la representación genuina de aquel período de transición, durante el cual pereció el poder español en el Nuevo Mundo: él encarnaba en sí todos los esfuerzos, todas las aspiraciones y todas las inquebrantables osadías de los que rendían culto á los principios de independencia.

Parece que palpitan en Carrera y que se agrandan en aquella perpetua lucha que no acabó sino con su vida, y esto sin el logro de sus empeños ni de sus ideales.

Hermoso cuadro debieron presentar las orillas del río Colorado, cuando en las caprichosas tolderías indias, bañadas por fulgores del sol brillantísimo y ardiente, agitábanse los salvajes, aglomerándose, formando círculo en torno de José Miguel Carrera y aclamándolo por su *Pichi Rey*, dominados por aquel prestigio mágico y aventurera naturaleza.

Sólo en aquellos tiempos pudieron concebirse tan novelescos episodios; pero ellos son ciertos y apoyados en pruebas indiscutibles.

Por supuesto sería difícil y fuera de lugar en estas columnas reseñar la serie de tristes realidades que siguieron de cerca á victorias gloriosas, pero de fugaz resultado.

En terreno extensísimo ejerció absoluto dominio, y la fuerza de su brazo y de su voluntad lo elevó á la cumbre del poderío.

V

La suerte propicia en tantos combates le fué adversa después, precipitándose desde inmensa altura á lo más profundo del abismo.

En aquella República Argentina, teatro de sus hazañas, batieron palmas sus enemigos; Carrera estaba vencido, prisionero y á merced de los odios y de las venganzas.

Su defensa, hecha por él mismo ante el gobierno de Mendoza, es digna de aquel hombre singular: algunos párrafos lo demostrarán.

«Me veis reo de una culpa que no es mía, sino de mi destino. Cuan grande y terrible sea la acusación que vais á hacerme, yo la acepto, sin embargo, toda entera sobre mí. Cuan grande y terrible ha sido á la vez la conmoción que ha sacudido á esta república, mía es también la responsabilidad, porque mía es la obra.

»Tres años ha durado la contienda; pueblos y campiñas han visto pasar el huracán cual ráfagas de sangre, y el desierto y las aguas de los ríos orientales sostienen todavía la huella de mis pasos, porque durante esos tres años he dormido sobre mi caballo.

. . . .

»Mi ánimo se había remontado con atrevido vuelo á la altura de un gran pensamiento y de una aspiración inmortal como mi ser: ese pensamiento era mi patria: esa aspiración era la de su libertad. De esta manera estos países no han tenido ni nombres, ni nacionalidades, ni derechos propios para mí. Mi causa no tenía fronteras.

. . . .

»Al fin, con el último lastre de mi esquife cargado de cadáveres, tocaba ya, guiado por el magnífico faro de los Andes, la entrada al puerto, cuando un vaivén inesperado volcólo de improviso, dejándolo encallado en inhospitalaria tierra al pie de los volcanes... Aquí tenéis ahora al náufrago delante de vosotros.»

La altivez indomable y la entereza de aquel gran carácter no se doblegaron jamás, ni al escuchar la sentencia que le condenaba á ser pasado por las armas, ni ante el pelotón de soldados que cumplieron aquélla.

El mártir de Mendoza murió con estoicismo espartano.

Tal fué el trágico fin de aquella vida heroica y gloriosa.

Baronesa de Wilson

ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA

(RECUERDOS DEL MOTÍN DE ARANJUEZ)

I

¡Pobre Gorito! ¡Ya no era ni su sombra! Aquel pícaro liberalismo que tenía metido en la medula de los huesos le había obligado á buscar refugio en París, para librarse de las persecuciones emprendidas contra los de su calaña por el nunca bien celebrado D. Francisco Tadeo Calomarde; y él, que había desempeñado, si no de importancia, por lo menos ruidosos papeles en cuantos episodios habían ocurrido en España durante los accidentados períodos de 1808 á 1814 y aun de 1820 á 1823, se veía lejos de la madre patria, vegetando como planta exótica en un país que había detestado con toda la fuerza de sus convicciones patrióticas.

Pero ¿qué hacerle? Como es fuerza resignarse á las adversidades de esta vida perra poniendo al mal tiempo buena cara, aquel Gorito, cuyas pecadoras manos habían confeccionado en otros días airosos zapatos de rasilla para desenvueltas majas y remilgadas duquesas de pies chiquitos como almendras, se veía ahora reducido al mísero estado de zapatero remendón en un endiablado país en que para calzar á una aristocrática dama se necesita más material que para hacer un par de borceguíes al mejor cimentado de los aguadores de la Mariblanca.

Mas ¡ay! que los vaivenes de la fortuna no se sufren en balde. Tan así es, que trabajillo hubiera costado á cualquiera reconocer en el mal trajeado menestral de París al airoso majo de monillos de alamares, capa de grana y sombrero de medio queso, que algunos años antes había sido obligado comparsa, lo mismo de las puramente bullangueras escenas del motín de Aranjuez, que de las más sangrientas del Parque de Monteleón.

Al despojar su ya venerable cabeza de la típica redecilla, al afeitarse aquellas cerdosas patillas, que no pasaban de sus abultados pómulos, sin duda alguna había pretendido dejar de ser lo que era; pero como es verdad innegable que lo que entra con el capillo sale con la mortaja, seguía siendo por dentro español tan recto y madrileño de tan buena cepa, que aun llevando como llevaba largos años en la capital de Francia, se consumía de tedio al ver que á duras penas entendía la jerga de aquellos endiablados gabachos, y que no podía hacer alarde en parte alguna de aquel lenguaje plagado de expresivos solecismos que en otros días le diera fama de sazonado cuentista, y aun de elocuente orador, en las estrechuras de la Arganzuela y en las anchuras del Mundo nuevo.

Sin embargo, á fuerza de rodar de barrio en barrio, aquella mala sombra que atajaba su facundia hubo de apiadarse de él, y al fin encontró la persona que pacientemente escuchara el no siempre breve relato de sus pretéritas y pluscuamperfectas hazañas.

II

La tal persona era un anciano, de más bondadoso que venerable porte, que siempre solo y ataviado con tanto aseo como modestia, acudía casi todos los días, para disfrutar del sol en invierno y del fresco en estío, á ocupar uno de los bancos de los jardines del *Palais-Royal*.

Que el anciano debía haber estado dotado en sus tiempos de una arrogante figura y hasta de un semblante, si no con exceso inteligente, por todo extremo atractivo, lo decían bien claro, amén de la esbeltez que conservaba su talle, la rubicundez un tanto exagerada de sus todavía tersas mejillas, el brillo, aún no extinguido, de sus ojuelos pardos, y los hilos de oro que en su cabello se advertían, como residuos de una de aquellas no del todo varoniles bellezas á que tan bien sentaban unos años antes los recamos de una casaca bordada y el atildamiento de una chorrera del más fino encaje de Malinas.

Trabajo debió costar á Gorito trabar amistad con él, pues aunque el simpático anciano revelaba en su aspecto tanta bondad como llaneza, lejos de pecar de locuaz, se encerraba de ordinario en ese obstinado silencio propio de las personas que tienen más presente el recuerdo de no cicatrizados desengaños que la borrada memoria de sus grandezas.

Para simpatizar con él había bastado un solo detalle al en tiempos bullicioso maestro de obra prima. Al cruzarse entre ambos un día por casualidad no sé qué frases de cortesía, el anciano se había expresado en un castellano tan correcto, que Gorito comprendió desde el primer golpe de vista que se las había con un compatriota. El ligero acento italiano que en las frases del viejo se notaba, no podía engañarle. Aquello no era otra cosa que la falta de costumbre de hablar su propio idioma en una larga emigración.

III

Para Gorito se había hecho una segunda naturaleza el conversar una hora, y á veces dos, todos los días con el viejecillo del *Palais-Royal*.

El fárrago de jactanciosas baladronadas que por tanto tiempo se habían ido almacenando en la persona del olvidado héroe, salía entonces como desbordado torrente, y toda muestra historia patria, desde la *Causa del Escorial* al *Grito de las Cabezas*, salía como desbordado torrente de sus labios.

Pero en lo que con más complacencia y mayor riqueza de detalles se detenía, era en el episodio de la caída de Godoy. Su odio al Príncipe de la Paz parecía ser la nota dominante de aquella sinfonía patriótica, y jamás, ni aun en los tiempos más próximos á la destitución del favorito de Carlos IV y de María Luisa, se habían pintado con más exageradas tintas los no por cierto escasos defectos del *Choricero*.

Gorito no omitía detalle alguno de la famosa noche del 19 de marzo de 1808, y su cara rebosaba el orgullo que sentía al repetir, no una, sino cien veces, que aquellas manos pecadoras, empleadas ahora sólo en mover el tirapié y la lezna, habían sido las que lanzaron aquella piedra que partió una ceja al Príncipe de la Paz cuando atravesaba éste la plaza de San Antonio de Aranjuez, conducido por fuerte escolta al cuartel de guardias valonas que había de servirle de prisión provisional, empolvado todavía por aquellos rollos de esteras, único sitio en que pudo hallar refugio el que poco antes era árbitro de los destinos de España.

El anciano, que le escuchaba siempre sin hacer la más ligera objeción, llegó á hacerse tan simpático al antiguo majo que, aunque nunca pudo averiguar quién era, siempre que acudía á la plaza, teatro de sus enfáticos discursos, se decía Gorito, no sin cierto orgullo:

– Vamos á ver á mi mejor amigo.

IV

Y no tardó en convencerse de que aquello era más verdad de lo que á primera vista parecía.

La falta de trabajo empezó á dejarse sentir y la miseria no tardó en seguirla.

Gorito respetaba demasiado al anciano para hacerle la más ligera indicación acerca de su mala suerte, aparte de que no revelaba su amigo nadar en la opulencia, y se obstinó en callar. Pero el estómago tiene exigencias demasiado imperiosas, y un día en que el buen zapatero, más taciturno que de costumbre, trataba de evocar sus recuerdos, enmudeció de pronto, su arrugado semblante palideció de un modo horrible y cayó privado de sentido desde aquel banco de piedra en que conversaba con su buen amigo, dejando escapar de sus blancos labios estas dos palabras que hacía tiempo se anudaban en su garganta: «¡Tengo hambre!»

Cuando volvió en sí se encontró en una modesta habitación del piso segundo de la casa número 12 de la calle de la Michandiere, acostado en un mediano lecho.

A su cabecera estaba con paternal solicitud el anciano del *Palais-Royal*, haciéndole tragar algunas cucharadas de un substancioso caldo. Más lejos se veía una mesa conteniendo algunos manjares, dispuestos indudablemente para el enfermo.

Tan pronto como éste recobró en parte sus fuerzas, miró á su salvador y dos lágrimas se desprendieron de sus ojos.

– No hay que apurarse, dijo el anciano con bondad. Lo sé todo. En este país ni deudas se pueden tener. Usted se ha visto obligado á contraer algunas, y la falta de pago le iba á llevar á una prisión. Por ese lado nada tiene que temer, y puede cuando quiera regresar á su casa. Sus modestos débitos están ya satisfechos, y creo que podré proporcionarle un medio decoroso de vivir de aquí en adelante.

Gorito no pudo contenerse más, y ahogado por los sollozos cayó á los pies del caritativo anciano, que se apresuró á levantarle del suelo.

– Un favor le pido no más, murmuró el decaído majo besando su mano. Dígame usted su nombre

para que pueda bendecirle noche y día.

El desconocido dejó asomar á sus labios una amarga sonrisa y contestó con dignidad:

– Hoy nadie me conoce más que por el príncipe de Bassano. En tiempos fuí aquel D. Manuel Godoy, aquel duque de la Alcudia y Príncipe de la Paz que usted recuerda tan perfectamente.

Gorito, avergonzado, ni se despidió siquiera, y salió anonadado de aquella casa en que se le había prestado tal servicio.

Pero á la mitad de la escalera se detuvo, y deshaciendo el camino andado, asomó la cabeza por la entreabierta puerta murmurando:

– Por lo más sagrado le juro que es la primera vez que digo la verdad. ¡No fuí yo el de la pedrada de Aranjuez!

Ángel R. Chaves



GUERRA DE CUBA. – Construcción de un barracón de palma y guano para tropas en Viñales (de fotografía del Sr. Gómez Carrera)

NUESTROS GRABADOS

Islas Filipinas. – Continuando nuestra información acerca de los tipos más notables y de las costumbres y lugares más típicos de aquellas islas, vamos á dar una ligera descripción de los grabados que forman la lámina de la página 84.

Ati-ati ó baile de aetas. – Los aetas ó negritos forman una agrupación nómada sin hogar fijo, que vaga de montaña en montaña y que vive en degradante abyección: su único traje, digámoslo así, es el *bahag* ó taparrabos, viven de la rapiña y de la caza y son poco exigentes en materia de comida, como lo prueba el hecho de que las culebras son para ellos manjar exquisito. El *ati-ati* es una pantomima sin interés alguno, una especie de danza guerrera con muy pocos lances, que ejecutan los aetas armados de *paná* (saeta) y *bancaú* (lanza), al son del *agung* (campana de madera) y en medio de ensordecedores aullidos. La duración de este baile, que más tiene de repugnante que de distraído, suele ser de cinco á seis horas.

Tipos de la masa del pueblo. – Los tipos que reproduce esta fotografía son de filipinos algo iniciados ya en la civilización, cuyo estado de relativo adelanto se manifiesta en su modo de vestir y en sus modales; son obreros labradores de una hacienda que, como todos los de su clase, trabajan durante toda la semana para entregarse los domingos y días de fiesta á todos los vicios, especialmente á la borrachera de la *tubá* (aguardiente de nipa) y al juego de las galleras, al que son muy aficionados.

Leñadores acopiando leña. – En Filipinas la leña es el combustible generalmente usado en la cocina; de aquí el gran consumo que de ella se hace y de aquí que sean tipos muy populares los leñadores: en nuestro grabado se ve uno de éstos que, con sus calzones levantados hasta medio muslo y sin camisa, parte los troncos con su *uasay* (hacha), mientras otro, descalzo y cubierta la cabeza con el sombrero de *burí*, va recogiendo los pedazos de leña que ha partido su compañero.

Carretero de azúcar en Batangas. – Tipo es este como todos los de la clase obrera filipina; en él se observan los mismos rasgos fisonómicos y el mismo traje que en otras ocasiones hemos descrito: la carreta que le sirve para transportar el producto de la caña es bastante primitiva, y bien se necesita de la fuerza y de la resistencia del carabao para arrastrar durante mucho tiempo tan pesado armatoste.

Un puente en Santa Cruz de la laguna. – El paisaje que este grabado reproduce ofrece el interés que tienen todos los de aquellas islas tan privilegiadamente dotadas por la naturaleza: el puente, parte de piedra, parte de troncos, casi podría tomarse como muestra del estado en que, en punto á cultura, se encuentra aquel archipiélago, en donde aparecen extrañamente mezcladas las conquistas de la civilización moderna con los restos de las épocas rudimentarias.

Descascarillando el palay. – El sistema que todavía se emplea en el campo para descascarillar el arroz, confirma lo que acabamos de consignar: el procedimiento no puede ser más primitivo, como se ve por el grabado, y con ser el *palay* (arroz) el producto de mayor importancia en Filipinas, hasta el punto de habérsele llamado con razón pan filipino, hoy se sigue allí efectuando la operación del descascarilleo como en los tiempos remotos y sólo en las capitales y ciudades se emplea el procedimiento moderno.

Indígenas de Balagas lavando ropa. – El lavado se hace en Filipinas en los ríos, y las lavanderas no lavan en cajones, sino en medio de las aguas y á merced de la corriente: en ninguna parte se lava y se plancha la ropa tan barato como en aquellas



GUERRA DE CUBA. – Camino de Pinar del Río á Viñales. Paso del Chorrerón (de fotografía del Sr. Gómez Carrera)



A LA MEMORIA DEL HIJO, cuadro de C. Rettig



TRISTE ANTESALA, cuadro de Gonzalo Bilbao

islas, tanto que el lavado y planchado de cien piezas en las provincias y pueblos del Archipiélago cuestan de dos y medio á tres pesos fuertes, sin contar pañuelos y calcetines que se lavan y planchan gratuitamente.

Pastor de carabaos. – El carabao es el animal de labor en los campos filipinos; su trabajo es superior al de tres bueyes ó cuatro caballerías y su resistencia es la admiración de propios y extraños. Domesticado es manso y pacienzudo; su andar es lento, pero uniforme, pues el carabao pudiendo zambullirse dos veces al día en el agua no conoce la fatiga ni el cansancio. En estado salvaje es animal temible, de peor intención que un toro.



El capitán A. M. Boisragon
jefe de las fuerzas del protectorado inglés de la Costa del Níger

El desastre en el Níger.—Una expedición pacífica inglesa que salió del protectorado de la costa occidental africana para avistarse con el rey de Benín, ha sido hace poco traidoramente asesinada. Dado el carácter de aquel soberano salvaje, fué una verdadera temeridad que los expedicionarios se aventuraran por aquellas regiones sin escolta militar, pero quizás se decidieron á ello confiados en un salvoconducto que les diera aquél y que según se ve de nada les ha servido. La expedición tenía por objeto conseguir que el rey de Benín interpusiera su personal influencia cerca del rey Dvumah, á fin de que éste no siguiera oponiendo obstáculos á que los comerciantes ingleses se establecieran en su territorio y á que sus súbditos comerciaran con los europeos, y la formaban el cónsul general R. Phillips, el vicecónsul mayor Crawford, el capitán Boisragon, jefe de las fuerzas del protectorado, y su compañero el capitan Maling, dos individuos del cuerpo consular, el oficial médico Dr. Elliot y dos jóvenes empleados civiles. Todos ellos, según parece, fueron sorprendidos y asesinados al entrar en el territorio de Benín. El rey de Benín es uno de los monarcas más brutales del Africa occidental, un sucesor de Ju-Ju, que mantiene el sistema de los sacrificios humanos: su capital es, por decirlo así, la fortaleza de los brutales sacerdotes fetiquistas, y el capitán Gallwey, que en ella estuvo hace cinco años para firmar un tratado, dice que sus calles están sembradas de huesos, cráneos y cuerpos mutilados. Los sacrificios humanos son allí muy frecuentes: la decapitación y la crucifixión son los géneros de muerte más comúnmente empleados.

Guerra de Cuba.—Las provincias de Pinar del Río y de la Habana han sido teatro de los más importantes sucesos acaecidos en estos últimos tiempos en la isla de Cuba: en la primera mantúvose por espacio de muchos meses Antonio Maceo, obligando á dedicar á su persecución los más numerosos núcleos de nuestras fuerzas; en la segunda halló inesperada muerte aquel cabecilla. Por fortuna parece que aquellas dos provincias están casi pacificadas, lo cual permite dedicar la mayor parte de las fuerzas á combatir la insurrección en el resto de la isla. Aunque la pacificación de las dos provincias citadas sea un hecho, no por esto dejan de ser interesantes las fotografías que relativas al curso de la campaña en las mismas publicamos, porque todas ellas reproducen sitios y episodios, y contienen nombres bien conocidos de cuantos siguen con alguna atención el curso de la guerra. Dichas fotografías nos han sido remitidas por los Sres. D. Ramón Carrera (las de la página 85), y Gómez Carrera (las de la página 87), á quienes damos las gracias por su atención.



Una mujer crucificada en Benín en honor al dios de la Lluvia



El capitán A. J. Maling
compañero del capitán Boisragon

A la memoria del hijo, cuadro de C. Rettig.—A pesar de las corrientes realistas que ha poco prevalecieron y tal vez á consecuencia de ellas, hase promovido una reacción en contrario sentido, y hoy no son pocos los artistas que vuelven los ojos á aquellos tiempos en que el ideal constituía la suprema inspiración. Negar, sin embargo, que la escuela realista ha hecho un gran bien al arte, sería un absurdo, pues gracias á ella los que á este se dedican han aprendido á estudiar en la verdadera fuente, en la naturaleza, debido á lo cual hoy las composiciones más ideales tienen un sello de verdad que les presta mayor interés. Tal sucede en el cuadro de Rettig, en el que aparecen admirablemente combinados ambos elementos, personificados en la ideal figura del niño que besa en la frente á su madre y en la figura de ésta, arrancada de la realidad.

¡Triste antesala!, cuadro de Gonzalo Bilbao, (premiado con medalla de primera clase en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1896). – Si Gonzalo Bilbao no tuviera acreditada su valía, el hermoso lienzo titulado *¡Triste antesala!* bastaría para formar su reputación. No podía el distinguido pintor sevillano escoger un asunto más sugestivo y más dramático que el representado en el lienzo que reproducimos, ni era posible esperar más gallardías de ejecución. Concepto y procedimiento ajústanse á las razonadas corrientes que debieran informar las producciones pictóricas de nuestra época. Una agraciada y joven obrera, abatida por la desgracia, entrega á la usura cuanto le resta de su hogar, y en tanto que aguarda su turno para cobrar unas cuantas pesetas á cambio de las ropas que deposita en la *Caja de préstamos*, desfila por delante de ella un apuesto joven que acaba de recibir nuevos medios para entregarse á los vicios que le dominan. Virtud y miseria, vicio y relajación. He ahí el hermoso contraste, el drama moderno, una página de la vida social de nuestra época, hondamente sentida é interpretada con notable discreción é inteligencia.

La figura de la joven, los pormenores, el despacho que se divisa en el fondo y el ambiente y la media luz del interior, que parecen saturados del vapor desprendido de muchas lágrimas, todo, en fin, está magistralmente pintado. Así debió comprenderlo el público, que se detenía embelesado delante del lienzo en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona del año último, y el Jurado calificador, que no titubeó en conceder á Gonzalo Bilbao la primera recompensa.



La casa de Ju-Ju en Gwato, junto á Benín,
lugar en donde se celebran los ritos canibalescos y los sacrificios humanos

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Zurich. En esa capital suiza se trata de erigir un monumento á Pestalozzi, para cuya construcción se cuenta actualmente con 35.000 francos, esperándose que esta suma aumentará considerablemente y llegará á más del doble.

Berlín. En la Galería Nacional se ha celebrado una interesante exposición de las obras adquiridas durante el último año, en la que se demuestra que la dirección de aquel museo ha roto por completo con la práctica hasta ahora seguida de no comprar más que obras de artistas alemanes. Entre las últimamente compradas figuran cuadros de Constable, Courbet, Manet, Monet, Degas, Fantin Latour, Boldini, Billotte, Zorn, Thaulow, Bisbing, Gari, Melchers, Mesdag, Farasyn, Maris, Lavery, Nisbet, Lochhead, Segantini, Fragiacomo, Ciardi, Sorolla, Luque Roselló y Moreno Carbonero, y esculturas de Meunier, Vincotte, Rodin, Valgren y Rivalta. De los artistas alemanes figuran en estas adquisiciones obras de Schadow, Pettenhofen, Hildebrandt, Volkmann, Schonleben, Weishaupt, Kuhl, Liebermann, Skarbina, Feldmann, Bahner, Nuttgens, Vogel, Darnaut, Saltzmann, Jacob y Menzel. En suma, hacía muchos años que la Galería Nacional no había tenido un aumento de tanta importancia.

Munich. – La unión recientemente realizada entre los artistas muniquenses (asociados y secesionistas) ha sido de efímera duración por haber surgido entre aquéllos nuevas desavenencias á consecuencia de haber acordado la asamblea general que en lo sucesivo podrán tomar parte en la elección de jurados, no sólo los que hayan figurado en las exposiciones de los tres últimos años, sino todos los miembros de la asociación. Este acuerdo, que muchos suponen ha de influir desfavorablemente en la importancia de la exposición próxima, ha motivado la dimisión del comité de la Asociación y la declaración de 96 notables artistas de que no tomarán parte en aquel certamen, en caso de que el acuerdo no se modifique. Se cree, sin embargo, que podrá evitarse esta nueva escisión que tan graves consecuencias puede tener para la vida artística de Munich.

El mayor P. W. G. Copland Crawford,
vicecónsul
del protectorado de la Costa del Níger

Teatros.—En el teatro de la Residencia, de Munich, se ha conmemorado el centenario del nacimiento de Bretón de los Herreros, poniéndose en escena las tres preciosas comedias en un acto del inmortal autor dramático *Ella es él*, *Una de tantas* y *El hombre pacífico*, traducidas al alemán por el distinguido literato y querido colaborador nuestro D. Juan Fastenrath, cuyos esfuerzos por popularizar en su patria la literatura española son dignos del mayor encomio y merecedores de nuestro más vivo agradecimiento. La representación, patrocinada por la infanta de España Doña Paz y por su augusto esposo el príncipe Luis Alfonso de Baviera, gustó mucho al selecto público que llenaba el teatro. Los actores interpretaron admirablemente sus papeles.

Necrología. – Han fallecido:

Pablo Arene, célebre escritor francés, autor de notables cuentos, novelas y estudios de costumbres.

El barón Boigne, personaje muy famoso en Francia en tiempo de Luis XVIII y de Napoleón III.

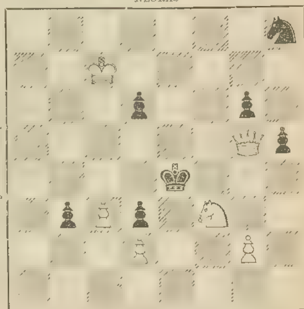
Luis Falero, notable pintor español, residente hacía muchos años en París, más conocido en el extranjero que en España. Muchas de sus principales obras están en Nueva York. Había ilustrado las obras de astronomía popular de Flammarión y logrado gran reputación por sus pinturas alegóricas de los astros.

Mme. Furtado Heine, dama francesa, célebre por sus fundaciones benéficas, en las cuales empleó la mayor parte de la cuantiosa fortuna (200 millones de francos) que heredara de su esposo Carlos Heine, sobrino del gran poeta alemán.

AJEDREZ

Problema núm. 55, por J. Tolosa y Carreras

NEGRAS



6 B. y 7 N.—13 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 54, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. C 5 A R	1. Cualquiera.
2. D [illegible] mate.	



...antes de que Pedro pudiera impedírselo, se arrojó entre las olas (véase pág. 70)

LA ONDINA DE BRETAÑA

NOVELA POR PEDRO MAËL. – ILUSTRACIONES DE VICENTE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

En aquel momento la lancha de vapor atravesaba la barra y vencía con gran trabajo la línea de la rompiente.

Todo peligro estaba ya, pues, conjurado.

Los tripulantes de la lancha no tardaron en apoderarse del bote de Alain, llevándolo salvo á la costa.

Ya el perro, por una especie de intuición, había comprendido que era su ayuda innecesaria y había soltado el cable que visiblemente lo ahogaba, obligándole á nadar con la boca abierta. *Spring* fué el primero que con sus saltos prodigiosos y sus atronadores ladridos saludó á su ama en cuanto ésta puso el pie en tierra.

Lena, al desembarcar, se quedó desmayada en brazos de su tutor.

Imposible reñirla en una situación semejante.

Pero comprendió que aquella lección de la experiencia daría sus frutos.

Limitóse á transportar á la joven á la cabaña de Alain, donde por medio de fricciones se la hizo volver en sí.

Después, apartándose algo de la resolución que por la mañana había tomado, dirigióse al castillo acompañando á su pupila.

Pero fiel á sus propósitos, no quiso transponer el límite que separaba el parque privado del resto de los campos y dejó á la arrepentida y turbada Lena en poder de Gwen, á quien aterró la relación de aquella aventura.

Besando á Lena en la frente, le dijo:

– Has tenido dos suertes, loquita; la primera, la de no haberte ahogado; la segunda, la de que tu tutor no tenga tiempo para reñirte como debiera hacerlo.

Su última recomendación fué dirigida á la institutriz, diciéndole:

– Miss Gwendolina, haga usted que se acueste pronto esta noche; lo necesita... ¡Ah! No hay que olvidarse de dar á *Spring* una magnífica comida; hay que agasajarlo más que nunca... ¡Que se le ponga una comida especial!

Y diciendo esto el capitán de fragata se alejó.

El antiguo artillero de marina Alain Le Gadek pasó toda la noche en vela al pie del castillo de Ely.

Su mirada estuvo fija en la ventana alumbrada del cuarto de Lena.

IV

LENA SE CIVILIZA

Algunos días después, Pedro de Guenezán volvió al castillo de Ely.

Interrogó en seguida á miss Hotspur para enterarse de las nuevas hazañas de su pupila y reñirla si había por qué, á lo cual no acostumbraba.

No oyó más que elogios de ella.

Jamás había estado Gwendolina tan satisfecha del comportamiento de la joven, que supo halagar el orgullo británico de la institutriz haciéndole referir hasta seis veces consecutivas los más gloriosos acontecimientos de la historia de Inglaterra.

Mas al comandante Pedro no le agradó el saber que su pupila había adelantado la época de los baños de mar, empezando á tomarlos á primeros de mayo, cuando por lo general suelen tomarse más tarde.

Hizo ir á su presencia á la joven y la reprendió, aunque suavemente, por haber faltado así á las reglas de la higiene, lo cual, según él aseguraba, hubiera podido ocasionar las más graves consecuencias para su salud.

Por fin, concluyó su sermón paternal con un anuncio que disgustó bastante á Magdalena.

Tengo que pasar los meses de junio y julio en Lorient y he resuelto que miss Hotspur y tú vengáis allá conmigo.

– ¡Oh!, exclamó Lena sin poder contenerse. ¿Es indispensable?

Nunca Pedro de Guenezán se rió de mejor gana que al oir esta exclamación y esta pregunta.

– ¿Cómo?, replicó. ¿Estimas en tan poco mi compañía?

Apenas la joven soltó su inconsiderada frase, mordióse los labios hasta hacerse sangre en ellos.

Hubiera querido volver á recoger sus palabras.

– Mi buen tutor, contestó á Pedro, no es eso lo que he querido decir. Quise decir únicamente que no me aburro en Saint-Gildas, y que si el llevarme á Lorient le causa á usted la menor molestia...

– No trates de desfigurar el sentido de las palabras que se te han escapado, le interrumpió el comandante, siguiendo en su tono de buen humor; eso les quitaría todo el sabor que tienen. Posees el mérito de la franqueza y no hay que perderlo, ni aun por el deseo de agradar á tu tutor.

Lena ya no respondió, comprendiendo la lección amistosa que Pedro de Guenezán acababa de darle, é inclinó ante éste su frente resignada.

Cosa singular: con aquella dulzura de tono que el comandante empleó, conquistóse en el acto y por completo la voluntad de Lena, que no consideró ya como un sacrificio el renunciar durante dos meses á sus preferencias por la vida rústica.

Sin embargo, preguntó con visible inquietud:

¿Llevaremos á *Spring* con nosotros?

– ¡Claro está!, respondió con alegría Pedro. ¿Quién lo había de cuidar hallándonos nosotros ausentes?

– ¿Y también al padre Alain?

Al oir esto, el capitán de fragata abrió desmesuradamente sus ojos, mirando á su pupila con extrañeza.

– ¿Alain? ¿Qué Alain? No conozco á nadie de ese nombre más que al padre Le Gadek.

– A ese precisamente me refiero.

– Pero, hija mía, murmuró entonces Pedro, lleno de asombro, ¿por qué no me preguntas si nos llevaremos también el castillo en nuestros baúles?

Lena contuvo un suspiro.

¡Ah! ¡No había que pensar ya, por dos meses, en las deliciosas zambullidas del golfo!

Además era tan sencilla, tan poco conocedora del mundo, que ni tenía idea de lo que podía ser una ciudad. La de Lorient estaba muy próxima, mas nunca había puesto en ella los pies. Conservaba recuerdos vagos de una corta permanencia en Pontivy, allá en los primeros años de su infancia. En su imaginación volvía á ver algunas veces las casas alineadas, tocándose unas con otras, con sus largas fachadas de piedras grises, llenas de balcones y ventanas que se iluminaban al llegar la noche. Esto era todo lo que sabía respecto á una aglomeración urbana.

Arreglóse pronto el equipaje.

Lena ignoraba las exigencias de un centro populoso. Fué necesario que miss Hotspur le diese los consejos que le sugería su experiencia. La buena Gwen dió muestras en la elección de vestidos y de sombreros de ese gusto particular que distingue á las inglesas de todas las demás mujeres del mundo.

Los vestidos y sombreros de Magdalena fueron de una extravagancia que producía el efecto más desfavorable.

Por fortuna, la gracia y el sentimiento natural de la joven atenuaron aquel mal gusto en el vestir que le impuso miss Gwendolina.

Al día siguiente salieron de Ely.

Hicieron el viaje por mar, lo cual para Lena fué casi un consuelo. El comandante Pedro utilizó para su uso particular la lancha de vapor que el departamento marítimo había puesto á la disposición de la defensa móvil.

Antes de embarcarse, Magdalena obtuvo permiso de su tutor para ir á despedirse del viejo Alain.

A Le Gadek causóle profunda emoción la noticia. Sintió en su corazón un fuerte latido.

A su edad se desconfía del porvenir y hay derecho á desconfiar de él. Dos meses sin ver á su *niña* parecíanle dos siglos.

Pero ocultó su tristeza; no quiso que notara nadie la contrariedad que sufría.

¿Por qué había de causar la menor preocupación á Lena?

¿Tenía aquella joven de noble familia, rica y de risueño porvenir, algo de común con el destino del anciano marinero, contemporáneo del siglo que había visto ya relegados sus buenos años á la región de los recuerdos importunos?

Lena se despidió de él alegremente, prometiéndole que no le olvidaría durante su ausencia y que, á su regreso, sería para él su primera visita. Añadió, empleando ese cálculo del corazón que fracciona los nú-

meros para disminuirlos, que dos meses no eran más que sesenta días.

Alain la siguió con la vista todo lo que pudo, y al dejar de verla rompió á llorar. No lloró antes porque temía que Lena volviese la cabeza para decirle adiós y viera sus lágrimas.

En Lorient, el capitán de fragata instalóse con su pupila y miss Hotspur en una casa cómoda y elegante que alquiló amueblada sobre el muelle. Desde sus balcones abarcaba Lena toda la rada, y al mirar al horizonte, no sólo distinguía Port-Louis, sino también la costa roquiza de la isla de Groix.

No tardó la joven en conocer bien la bella ciudad de Lorient.

Lo que más le interesó fué el arsenal y los astilleros de construcciones navales.

A los pocos días de su llegada tuvo la extraordinaria sorpresa de recorrer, viéndolo en todos sus detalles, uno de esos gigantes del mar que el arte naval contemporáneo cubre de hierro, como se cubrían los guerreros de la Edad media.

Aquella revelación de un mundo nuevo iba á ser, al mismo tiempo, para Lena, la primera experiencia del dolor.

Hacía diez días que ocupaban la alegre casa del muelle del Comercio cuando el comandante Pedro, al ir á comer, entró precedido de un convidado, en el cual Lena reconoció con verdadero regocijo á su primo Pablo.

Al sentarse á la mesa, dijo á su hermano el capitán de fragata:

– Has llegado oportunamente para sacarme de un compromiso.

– ¿De un compromiso?, preguntó Pablo. No adivino...

– Pues vas á saberlo. Hace dos días que las señoras de Pelvoux no me dejan en paz pidiéndome que las lleve á visitar el *Formidable*.

Pablo no pudo contener una exclamación gozosa.

– ¿Las señoras de Pelvoux? ¿Están en Lorient?

– Sí, llevan en Lorient tres días. Desde el siguiente al de su llegada me hicieron tan desagradable petición.

– ¿Desagradable? ¿Y por qué?

– ¿Por qué? ¡Es fácil comprenderlo!

Pues no lo comprendo tan fácilmente.

El estudioso marino exclamó entonces:

– ¡Cómo! ¿No te das cuenta de la ruda faena de llevar á esas dos muñecas del brazo, de recorrer con ellas el arsenal y de guiarlas durante dos horas á bordo de un buque acorazado?

Pablo se puso á hablar en broma del asunto.

– Mi querido comandante, dijo, las mujeres son algunas veces agradables.

– ¡Ah! Veo que hablas según tus propias impresiones... Pensando de ese modo, supongo que aprovecharás la ocasión que se te presenta.

El teniente de navío movió su cabeza sonriendo.

– Vamos, murmuró, quieres pura y simplemente que te sustituya en tan delicada misión y que, haciendo tus veces, enseñe á las dos parisienses el arsenal y el *Formidable*, ¿no es eso? ¿Te he comprendido ahora?

– Perfectamente, contestó Pedro. Me declaro satisfecho de tu perspicacia, y si quieres que en ese terreno te apoye para que se te incluya en la lista de ascensos, cuenta conmigo.

– Convenido, continuó Pablo en el mismo tono. Puedes poner en tus notas: Guenezán (Pablo), teniente de navío, 25 años, oficial de porvenir, excelente segundo para comandantes que se ven en algún aprieto; ha remolcado por sí solo y llevado á buen puerto dos corbetas...

Una doble y ruidosa carcajada interrumpió la frase.

Cierta mirada significativa de su hermano le recordó á Pablo la presencia de Lena y de miss Hotspur, que oían con grande atención, y el teniente de navío se calló para impedir que de sus labios saliese alguna palabra demasiado libre.

Por fin, exhalando un profundo suspiro, añadió:

– ¡Bueno! Te reemplazaré. ¿Para qué día es la visita?

– Fíjalo tú mismo; pero te advierto que esas señoras están muy impacientes.

– Entonces las llevaré pasado mañana. Iré mañana á ponerme á sus órdenes y á que me digan cuál es la mejor hora para ellas.

Magdalena intervino, exclamando:

– ¡Oh, primo! ¿No puedo ir yo también á visitar el *Formidable*?

– ¡Pues ya lo creo!, respondió Pablo. Te llevaré con el mayor gusto... Y si miss Hotspur quiere también venir...

Gwen aceptó la invitación con la más amable sonrisa, diciendo:

– Tendré un gran placer. Así podré juzgar si vuestros buques de guerra franceses valen tanto como los *ironclads* de Inglaterra.

Magdalena no pudo reprimir la impresión que le hicieron estas palabras.



Su mirada estuvo fija en la ventana alumbrada del cuarto de Lena

– ¿Que si valen tanto? ¡Gwen, sólo usted es capaz de decir cosas semejantes! En fin, puesto que mi primo nos va á llevar, podrá usted ver que nuestros marinos valen más que los ingleses.

Miss Hotspur se limitó á contestar con visible condescendencia:

– Lena, lord Nelson no pensaba como usted.

– Gwen, si Nelson no pensaba como yo es porque usaba peluca, replicó Lena con patriótico ardor.

Este detalle de la peluca chocóle sobre manera á la digna institutriz, muy escrupulosa en materia de exactitud histórica.

– ¡Oh, Lena! ¡No se usaban pelucas en tiempo de Nelson!

Los dos oficiales encendieron sus cigarros y Lena y miss Hotspur fuéronse á tomar el te en grandes tazas donde mojaban tostadas de pan con manteca.

Por la noche la ondina tuvo un sueño extraño.

Soñó que se embarcaba á bordo de un acorazado que iba á dar la vuelta al mundo, en compañía de su primo Pablo y de una joven muy morena, y que durante este viaje de circunnavegación la joven morena y ella entregáronse á un verdadero combate, después de cuyas numerosas peripecias Lena estuvo á punto de sucumbir, siendo salvada por Alain, que intervino á tiempo extrangulando á su enemiga.

Magdalena se despertó sudando.

Imbuída como estaba de leyendas y de supersticiones bretonas, aquel sueño inexplicable fué para ella un presagio.

Por fortuna, cuando brilló el alba, la clara luz de la aurora anunció toda una serie de días hermosos y la joven vió desvanecerse los terrores de las tinieblas.

Se echó á reir, burlándose de aquella pesadilla, que contó con todos sus detalles á miss Hotspur.

Ésta aprovechó la ocasión para explicar á su discípula un pequeño curso de moral.

– Lena, ya no es usted una niña. Debe usted saber que los sueños no son más que la afluencia de sangre al cerebro á impulsos de la fiebre ó por efecto de una digestión laboriosa. Yo sueño mucho, pero todos mis sueños son de color de rosa ó azules.

– ¡Oh!, exclamó la resuelta muchacha. Eso es sin duda porque usted hace muy buenas digestiones. ¡Come usted tan bien, Gwendolina!

El día acabó como los anteriores.

Por fin, lució el destinado á visitar el *Formidable*, buque acorazado de primer orden, que Lena iba á ver guiada por su primo.

Éste fué á almorzar, previniendo á la joven y á miss Hotspur para que estuviesen dispuestas á salir de casa á la una, con objeto de ir al hotel de Francia en busca de las señoras de Pelvoux y encaminarse juntos desde allí á bordo del *Formidable*.

Al anochecer comerían todos en Larmor y regresarían á Lorient en el *ferry-boat* que hace el servicio de comunicaciones con Port-Louis.

Este programa fué puesto en conocimiento de Lena á las diez.

Se almorzó rápidamente, y á las doce y media la discípula de miss Hotspur y su institutriz estaban ya dispuestas á salir de casa.

Pablo apenas pudo disimular la impresión que le causó el perfecto mal gusto con que se vistió Gwendolina. Llevaba una falda de color azul celeste, una chaqueta de color blanco crema y un sombrero diminuto, puesto como una toca de terciopelo en lo alto del tubo de un quinqué.

Mucho menos presuntuosa Lena, llevaba un traje azul marino, sin más adorno que uno de esos graciosos cuellos que por delante se abren en punta sobre la entrada del pecho y por detrás caen doblados sobre la espalda. Su sombrero, de anchas alas, rodeaba como una aureola sus cabellos rubios. Era un verdadero traje de excursión que nadie podía confundir con un vestido de visita.

A la hora indicada, Pablo de Guenezán, acompañado de su prima y de la institutriz, presentóse en el hotel de Francia.

La señora de Pelvoux y su hija aguardaban ya.

Esta señora de Pelvoux era una dama del gran mundo de París, que llevaba diez y ocho meses al capitán de fragata, aún muy hermosa y viuda desde hacía tres años. Además era muy rica y sentíase bastante consolada de la pérdida de su esposo para que deseara contraer nuevos lazos.

Era una amiga de la infancia de Pedro.

El estudioso y algo taciturno oficial la amó en otro tiempo; pero su amor no pudo impedir que Rosina de Hemón, mayor que él, se casara á la edad de diez y nueve años con el barón de Pelvoux, que tenía ya cincuenta y cinco y era un renombrado arqueólogo del departamento del Sarthe. Elegido luego el barón miembro del Instituto, esta circunstancia contribuyó á encerrarlo más todavía en el gabinete de trabajo donde se consagraba á sus estudios favoritos.

Rosina de Hemón fué muy dichosa durante su matrimonio. Jamás su esposo le dió disgusto alguno. Cumpliendo sus deberes conyugales la hizo madre al año de su casamiento.

El fruto de aquella plácida unión fué una niña, á la que se le dió el nombre de Rosa Alina. Llamósele casi siempre Alina, y sólo así se designó en adelante á la bella señorita de Pelvoux, que tiene, cuando en Lorient la vemos, diez y ocho años cumplidos.

Alina de Pelvoux era una joven encantadora.

Alta y muy bien formada, de blanca y sonrosada tez, ceñida la frente de abundantes cabellos negros y con ojos de color azul gris, tenía conciencia del efecto que producía su hermosura y no perdía ocasión de hacerlo sentir.

La educación y el mundo parisiense en que había vivido diéronle una madurez de juicio excesivo para su edad.

Tenía ingenio, originalidad y viveza, pero carecía de ese encanto que los hombres de corazón estiman más que nada en la mujer: no había en ella sinceridad, lo cual veíase claramente en la falta de espontaneidad que se notaba en sus movimientos. Su ingenio se había desarrollado á costa de su corazón. En su conducta y en sus maneras todo obedecía á un estudio previo.

No por eso la hermosa Alina dejaba de tener muy buenas cualidades, mas se adivinaba al verla y al oirla la constante preocupación de agradar sin comprome-

terse, de atraer sin ser atraída; en una palabra, de hacerse un reino de adulaciones, tan problemáticas como su propia reserva, pero con el cual la joven estaba decidida á contentarse, por no correr el riesgo de sufrir una decepción buscando el perfecto amor por otro lado.

Precisamente la señora de Pelvoux, que había presentado á su hija en sociedad al cumplir Alina diez y seis años, acababa de tomar una resolución importante.

Una mujer de treinta y nueve años que desea volver á casarse tiene que darse prisa, y sobre todo, no perder las ocasiones, si no quiere exponerse á que pase el momento oportuno.

La hermosa viuda practicaba muy atinadamente este aforismo.

Pensaba, y con razón, que la presencia á su lado de una hija casadera que, siendo su igual por sus atractivos físicos y por los de su inteligencia, la aventajaba por su edad, podía ser – y hasta debía ser – un serio obstáculo para la realización de su proyecto.

Como mujer de buen sentido, buscó, pasando revista á todas sus relaciones de París y de provincias, un terreno de acción, digámoslo así, que le permitiese llevar á un mismo tiempo adelante dos empresas matrimoniales, una por su propia cuenta y otra por cuenta de Alina.

Al hacer estos cálculos, esencialmente utilitarios, se acordó de pronto de los dos hermanos Guenezán.

La idea desde luego le pareció excelente, maravillosa. Por poco que Pedro, aún soltero – á cuyo celibato no se creía ajena la señora de Pelvoux, – conservase la memoria de aquella pasión juvenil, había probabilidades de que el capitán de fragata se casara con ella, y de inclinar á Alina á ser esposa de Pablo, el hermano menor.

La baronesa, encantada con tan dichoso plan y casi segura del éxito, regocijábase al pensar que iba á ser á la vez madre de su cuñado y hermana de su yerno y de su propia hija.

Como madre que no tenía secretos para ésta, habíale confiado sus proyectos, y la escéptica Alina, aprobándolos, había participado de la hilaridad que le causaba á su madre la perspectiva de aquella curiosa combinación de parentescos.

La baronesa de Pelvoux indicó á su hija cuál era el papel que quedaba á su cargo: la joven tenía que hacer de modo que Pablo de Guenezán se enamorase de ella.

No era una empresa desagradable para el carácter de la fascinadora Alina. Al contrario, aquella ocasión, casi única, de librar batalla en un terreno que no era el de sus triunfos habituales, la satisfacción siempre halagüeña - aun para una mujer que no cree en el amor - de apoderarse del corazón y de la voluntad de un joven simpático, distinguido, de buena familia y de posición brillante, lanzáronla á poner en juego todos los medios de seducción y todas las gracias tentadoras del arsenal de su coquetería.

En cuanto se pusieron de acuerdo, la madre y la hija tomaron el primer tren que salía de París para Bretaña y llegaron á Lorient sin anunciárselo á nadie.

La baronesa sabía que los dos hermanos servían juntos en la defensa móvil y que el centro de sus servicios era la pintoresca prefectura marítima del Morbihán, convertida de pronto en centro de las operaciones matrimoniales de las señoras de Pelvoux.

Empezaron éstas con suerte á desarrollar su proyecto, pues llegaron á Lorient en momento propicio. Justamente Pablo *acababa de incorporarse á Pedro*, según la expresión del teniente de navío.

Verdaderamente la baronesa tuvo motivos para figurarse en seguida que una de las partes de su programa se cumpliría muy pronto.

La impresión que Alina le produjo al teniente de navío fué profunda.

Ciertamente, Pablo de Guenezán no era en esta materia un novicio. Sabía lo que son los matrimonios en la clase social á que él pertenecía. Mas aunque había conocido la vida exterior de las grandes ciudades, y hasta la vida de París, su corazón estaba intacto, habíase sobrepuesto á todo género de influencias.

La llegada imprevista de aquella parisiense á Lorient, su gracia avasalladora, sus maneras á la vez modestas y hábiles, causaron un efecto indescriptible en aquel pobre oficial, tan sencillo bajo las apariencias de hombre que sabe lo que es el mundo. Pablo sintió un choque violento en las más recónditas fibras de su corazón.

La víspera, en la mesa, hablaba en broma con su hermano del encargo que éste le daba de llevar al *Formidable* á las señoras de Pelvoux.



Los siete remos cortaron el agua simultáneamente

Aún no habían transcurrido veinticuatro horas desde aquella conversación, cuando Pablo no se bromeaba ya. Estaba como enloquecido por un filtro misterioso, por ese encanto sutil que derraman las mujeres educadas en la escuela de la diplomacia galante de París.

Al llegar el día de la visita al acorazado, de buena gana, si la cosa hubiera sido posible, hubiese eludido la obligación de llevar también á su prima. Miss Hotspur no le importaba tanto: su ridículo vestido formaba, en cierto modo, parte de su nacionalidad, de su color local. Mas parecióle á Pablo que Lena, vestida de azul, sin noción alguna del arte de la elegancia, iba á hacer un papel desairado junto á las señoras de Pelvoux. ¡Pobre muchacho sin experiencia! Ignoraba todavía que la belleza y la juventud combinadas no necesitan artificios, y que el diamante, aun sin estar montado en oro, es diamante.

Este modo de ver las cosas le hizo de repente injusto. Al presentar á su prima á las señoras de Pelvoux usó una frase que parecía una disculpa. En efecto, designando á Magdalena, dijo:

– ¡Mi primita, que no había visto nunca la ciudad hasta estos días, pero que les iniciará á ustedes, cuando gusten, en las más salvajes hermosuras de la península de Rhuis!

Aunque poco al corriente de las sutilezas del lenguaje, Magdalena, sólo al observar el tono con que Pablo pronunció estas palabras, sintió que su corazón se oprimía. Creyó entender que su primo la recomendaba á la indulgencia de aquellas señoras. Una especie de súbita intuición iluminó sus ojos.

Lena irguió su cabeza, mirando frente á frente á la señorita de Pelvoux, y su expresión altiva, que encerraba algo así como un desafío, mostró con claridad á la hermosa parisiense que la joven bretona justificaba el renombre de su batalladora raza.

Los diez y seis años de Lena podían medirse con los diez y ocho años de Alina. Si ésta se hallaba ya completamente formada, era visible que el tiempo daría pronto á las líneas esculturales de Magdalena una opulencia rival.

Y como las mujeres se adivinan, se miden y se provocan de un solo golpe de vista, Rosa Alina de Pelvoux comprendió instantáneamente que aquella hija de la costa acababa de arrojarle el guante para una lucha cuyo motivo no era fácil todavía precisar.

Por su parte, Magdalena experimentó al ver á Alina una impresión de desagrado. Poco le faltó para reconocer en ella á la misteriosa enemiga que en su pesadilla se le había aparecido.

Desde aquel momento quedó declarada la guerra entre las dos jóvenes.

. . . .

Una lancha con siete hombres fué á buscarlos por orden del segundo comandante del *Formidable* al pie del embarcadero. Apenas atracó la mencionada lancha, el patrón dió su mano á la señora de Pelvoux para ayudarla á bajar á la embarcación.

Esto le permitió á Pablo prestar á Alina igual servicio, con una solicitud que á Magdalena le pareció excesiva, tanto más, cuanto que ella tuvo que contentarse, un segundo después, con la ayuda del patrón, mientras su primo daba su mano á Gwendolina, tan tiesa, tan majestuosa como si personificara en aquel instante toda la dignidad británica.

La lancha se puso en movimiento.

Los siete remos cortaron el agua simultáneamente, con una cadencia rítmica que fué el primer signo de la entrada de las viajeras en el mundo de la disciplina naval.

Magdalena tuvo un nuevo motivo de despecho al subir la escala del *Formidable*.

Pero esta vez su impresión fué atenuada por el asombro que le produjo la presencia de aquel coloso cubierto de hierro.

Ya, al ir aproximándose al costado del buque, había la joven sentido la influencia singular que ejerce en el espíritu el espectáculo de la fuerza.

El acorazado, con su elevadísima y férrea muralla, coronada de cables, jarcias y cadenas monstruosas, y con las enormes curvas salientes de sus torres, le hacía el efecto de un animal fantástico, del Leviatán bíblico proyectando en torno suyo la sombra de su cuerpo sobre las aguas tranquilas.

Cuando subió los peldaños estrechos de la pendiente escalera; cuando se encontró sobre la cubierta de aquella especie de fuerte flotante; cuando su vista, bruscamente cortada por la inmensa superestructura de torres y chimeneas, sólo adivinar pudo la longitud del buque desde la popa á la proa, sintió henchido su pecho de una emoción que tenía á la vez algo de orgullo y de miedo.

Aquellos hombres que veía en traje de servicio ó de faena, pigmeos que parecían parásitos de aquella mole colosal, á la que daban, sin embargo, la vida, fueron creciendo á sus ojos, tomando proporciones superiores á la medida humana.

Participaron en cierto modo de las dimensiones de la máquina misma, revistiendo los atributos de aquella materia formidable creada para la lucha y la destrucción. Y durante el reflexivo examen de tantas cosas como allí había; en medio del cordaje y del armamento; ante las piezas de artillería espantosas, cuyas almas, privadas entonces de existencia, no reciben la vida más que para sembrar la muerte, la huérfana se olvidó de que en aquel mismo instante su primo Pablo, dando el brazo á la señorita de Pelvoux, bosquejaba con la frívola parisiense una novela destinada quizás á concluir con Lena, conduciéndola á un fin trágico.

Se olvidó tanto de ello, que hasta complacióse en verse acompañada por el guardia marina de servicio y escuchó con el más vivo interés todas las explicaciones que el amable joven le prodigó con solicitud marcadísima.

(Continuará)



LA MUJER EN LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DEL SALÓN PARÉS

(Véase el artículo del Sr. García Llanso)

LA MUJER EN LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES

DEL SALON PARÉS

Un hecho digno de ser observado se repite en cada una de las exposiciones de Bellas Artes que se verifican en nuesro país, en el que los críticos no fijan su atención. En cada concurso artístico aumenta el número de mujeres artistas y el de obras por ellas aportadas. Este noble empeño de la mujer en tomar parte activa en las fiestas del arte, en asociarse á una de las manifestaciones de la inteligencia y del sentimiento, hasta ha poco monopolizada por el hombre, no se estimula ni se premia. Preciso es que la producción sea de inestimable mérito para que arranque un aplauso u obtenga una modesta recompensa. Cuanto á las demás, es decir, las obras de la generalidad, apenas llegan á atraer las miradas de los hombres que, considerándose como seres de superior organización, otorgan, desde su olímpico trono, su compasiva benevolencia.

No es posible establecer comparaciones, porque no existe paridad en los medios de producción. Los que á su alcance tiene la mujer son deficientes, especialmente en nuestro país, en donde más que en otro alguno ha de combatir todavía, aparte de los obstáculos que determinan su condición, las tradicionales trabas de la sociedad española, hidalga siempre y caballeresca, pero no dispuesta á aceptar modificaciones ni á conceder libertades á la mujer, sin tener en cuenta que su ilustración da la medida de la cultura y del progreso de los pueblos.

Todos los pueblos, todas las razas y todas las religiones han sido injustos con la mujer, pues aun el cristianismo, que la manumitió, no la otorga iguales beneficios que al hombre.

La mujer ha sido el primero de los seres de la creación que hubo de sufrir las amarguras de la esclavitud, ofreciendo la particularidad de que aun habiendo sido en todos los tiempos la inspiradora de los grandes poetas y de los artistas más geniales, ha permanecido esclava de la naturaleza, del hombre y de la sociedad en que ha nacido.

Aparte de estas consideraciones, preciso es tener en cuenta las dificultades que le ofrece su propio organismo, sujeto desde temprana edad á penosas transformaciones, que la subyugan de un modo que quebrantan su voluntad y su espíritu.

Sujeta al hogar, sea cual fuere su edad, y expuesta á los rudos combates de su organización y de su carácter, halla aún medio, tiempo é inspiración, entre sus deberes de hija, esposa y madre, para igualarse al hombre, cultivando su espíritu y buscando en las artes y las letras vasto campo en donde dar muestras de la delicadeza de su ingenio.

A nuestros lectores no pueden ocultárseles los móviles que se ofrecen á la mujer de nuestro país para dedicarse con aprovechamiento al cultivo de las Bellas Artes. De ahí la importancia y significación del certamen de producciones artísticas de la mujer recientemente celebrado en el Salón Parés. Acertada y plausible fué la manifestación, puesto que además de servir de estímulo, nos colocó en situación de poder apreciar los méritos y aptitudes que concurren en las damas y señoritas que en la exposición tomaron parte. Cierto es que la exhibición no constituye una novedad, pues por fortuna ha contado siempre nuestra ciudad con discretísimas é inteligentes pintoras; pero aun así, grato ha de ser para todos los amantes del arte la celebración de un certamen de obras artísticas de la mujer, el primero organizado en nuestro país, que nos ha dado á conocer la existencia de un núcleo importante, de una verdadera pléyade de discretas pintoras, á cuya ilustración se deberán en lo porvenir provechosos resultados, traducidos en la mayor cultura y en la depuración del buen gusto.

La circunstancia de habernos ocupado en el núm. 785 de esta revista de las principales obras que figuraron en la exposición, nos releva hoy de exponer otra vez las apreciaciones que ya entonces expusimos, limitándonos á aplaudir á las expositoras que tanto honran á nuestra ciudad por su indiscutible ilustración.

La pinturas que en la página anterior publicamos son: 1.º, *Biombo decorativo*, de la Srita. D.ª María Luisa Güell; 2, *Leyendo*, de la Srita. D.ª Mercedes Auger; 3, *Paisaje*, de la señorita D.ª Anita Riviere; 4, *Entre flores*, de D.ª Visitación Ubach de Osés; 5, *Biombo decorativo*, de la Srita. D.ª Josefina Juliá; 6, *Alrededores de Barcelona*, de la Srita. D.ª Conchita Tomás y Salvany; 7, *Retrato*, de la Srita. D.ª Josefita Camps; 8, *Rosas*, de D.ª Emilia Coranty de Guasch; 9, *Interior*, de la Srita. doña A. Boada; 10, *Una carta interesante*, de D.ª Julia Puiggarí; 11, *La pubilla*, de la Srita. D.ª Pilar Serra y Roca; 12, *Castigada*, de la Srita. D.ª Rosario Capdevila; 13, *Retrato*, de doña Valentina Cusachs; 14, *En la terraza*, de la Srita. D.ª Emilia Borrell; 15, *Flores*, de la Srita. D.ª María Luisa de la Riva; y 16, *Paisaje*, de la Srita. D.ª Genoveva Cruixent.

En el próximo número publicaremos la reproducción al óleo del frontal de San Jorge del edificio de la Diputación Provincial de Barcelona, obra que llamó con justicia la atención en la exposición que nos ocupa y que por no tener terminado todavía el grabado no podemos publicar en el presente.

A. GARCÍA LLANSÓ

MOMENTO DE DESCANSO

El hermoso grabado que adjunto publicamos es una prueba más de que la fotografía, especialmente la instantánea, puede producir verdaderas obras de arte, y demuestra además que un fotógrafo hábil puede vencer dificultades tan grandes como las que entraña la perspectiva, que origina desastrosos defectos de proporción. El artista que reprodujo la jauría en descanso ha sabido escoger con tanto acierto el sitio y momento oportunos, que á pesar de la diferencia de tamaños de los perros, inevitable tratándose de términos distintos, la desproporción no destruye la armonía general del cuadro. Aparte de esto, la fotografía y el grabado son en extremo notables por la exactitud con que en ellos aparece reflejada la expresión de cada uno de los animales.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

El ejército español. – Se ha publicado el cuaderno 3.° de esta notable colección de fotografías instantáneas, dedicada á reproducir las escenas más interesantes de la vida militar española. Contiene 16 bellísimas autotipias referentes á ejercicios y maniobras de infantería, caballería y artillería, con sus correspondientes explicaciones, y se vende á 80 céntimos.

* * *

Educación pública. Ensayo sociológico, por *José Bianco*. Este fué el tema escogido por el Sr. Bianco para optar al doctorado en derecho y ciencias sociales en la Universidad Nacional de Córdoba (República Argentina): satisfecho de su obra puede estar el autor, porque la memoria constituye un notabilísimo estudio del fundamento de la sociedad y del Estado, del desenvolvimiento de aquélla y de la misión de éste, con relación especialmente á la nación argentina.

* * *

Coplas alegres, por *Eustaquio Cabezón*. – Como el título indica, predomina en las composiciones poéticas de esta colección la nota alegre: en ellas el autor describe escenas de costumbres y pinta tipos con sumo gracejo, describiendo y pintando unas y otros en versos fáciles y con rasgos gráficos que revelan gran espíritu de observación. Además de las poesías alegres, hay algunas serias en las que el autor se muestra inspirado poeta. El tomo, editado en Madrid por D. Victoriano Suárez, se vende á dos pesetas.

* * *

Acta de la sesión pública celebrada en el Ateneo Barcelonés el 30 de noviembre de 1896. – Esta acta contiene una bien escrita memoria del señor secretario saliente D. Juan Maragall, reseñando los trabajos del Ateneo durante el curso de 1895 á 1896, y el discurso del presidente D. Valentín Almirall: está escrito en catalán y versa sobre el *Regionalismo*, doctrina que defiende el Sr. Almirall con entusiasmo, que explicó con elocuencia y de cuya aplicación dijo que había de ser hija la regeneración política y económica de España.



Momento de descanso, grabado en madera de una fotografía instantánea

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 8 de febrero de 1897 — Núm. 789

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DECLARACIÓN DE AMOR

cuadro de Alejo Vollon, grabado por Baude



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE AYER Á HOY

No hace muchos días nos enteraron los periódicos de que una actriz francesa, Sara Bernhardt, acaba de ser condecorada por el gobierno con la Legión de Honor, distinción altísima, que á pesar de la costumbre ya inveterada que tiene Sara de recibir obsequios y de ser como una especie de ídolo para sus compatriotas, llegó á conmoverla y á vidriar de lágrimas sus ojos. El hecho de que sea condecorada una mujer, una actriz – cuando las bandas, cruces y condecoraciones se las suele reservar exclusivamente para sí el hombre, como se lo reserva casi todo de tejas abajo, – es más significativo, socialmente, de lo que á primera vista parece. La honra concedida á Sara Bernhardt sirve como de norma para apreciar lo que hemos andado en poco más de un siglo y las transformaciones de la vida contemporánea.

Actores y actrices eran, en la sociedad antigua, mal mirados y tenidos por gentes que se lucraban de una profesión en cierto modo infamante. Reuníanse, para mantener esta preocupación, ideas de dos órdenes: el social y el puramente religioso. Las primeras enseñaban que el divertir y recrear á los demás es oficio que envilece; y no distinguían entre diversión y diversión. Las segundas infundían la creencia de que el teatro, resto y reliquia de las épocas de paganismo, relaja las costumbres é incita á pecar. El miedo al arte y á sus seducciones y prestigios no ha desaparecido aún; y triste es reconocerlo, si no en tanto grado como el teatro, la literatura, y en especial la recreativa y bella, y la novela en primer término, son todavía un espantajo para mucha gente apocada y de miras estrechas, de esa gente que no puede hacerse superior á la atmósfera en que respira, y contra la cual un día el padre Coloma se encendió en ira literaria.

No bastó para rehabilitar al teatro y á los actores, ni el origen litúrgico y eclesiástico del teatro moderno, nacido de los *misterios* que se representaban en los atrios ó dentro del templo mismo; no bastó el torrente de gloria que sobre la escena derramó nuestra musa en los siglos de oro; no bastó la inspiración seráfica de los *Autos sacramentales*; no bastó la afición decidida de algunos monarcas españoles y franceses á la literatura dramática, ni la instalación de escenarios en la misma corte, ni la protección que dispensaron á actores y autores, ni el trato familiar que llevaron con ellos. La posición del actor y de la actriz en sociedad siguió siendo anómala y falsa, muchas veces humillante; y en la última hora de la vida, cuando á tantos próceres y poderosos que han oprimido al mundo con sus delitos, sus vicios, su injusticia ó su inepcia, se les hacen ostentosos funerales y se les erigen ricos mausoleos con encomiásticos epitafios, la actriz que había arrancado lágrimas, conmovido el corazón, traído la risa á los labios, regocijado y elevado el espíritu de sus contemporáneos, poniéndoles en contacto con la belleza y el arte, sirviéndoles la sal cómica para que sazonase su vida y la ambrosía clásica para que nutriese su inteligencia; la actriz, vuelvo á decir, no podía enterrarse en sagrado, y sus despojos corrían la suerte del cuerpo muerto del perro ó del loro favorito, que á deshora esconde un criado en cualquier rincón del patio ó del jardín.

La condecoración que hoy brilla en el pecho de Sara Bernhardt es, á mi ver, desagravio de una de estas atrocidades sociales, cometida en 1730 en la persona de la ilustre comedianta Adriana Lecouvreur. La indignación que produjo el sepelio de Adriana, las protestas y quejas de los filósofos y de los escritores, influyen, después de tantos años, para que el gobierno francés dé alta y pública señal de respeto y de agrado á la profesión que ejerció Adriana, y la pongan en su propia esfera, al nivel de la virtud heroica, del valor militar, de los descubrimientos y trabajos científicos, de los servicios prestados á la patria en cualquier orden de la actividad humana. Más que recompensa á Sara Bernhardt, significa reparación á la memoria de Adriana Lecouvreur.

El mismo día que leí la noticia de que Sara había sido agraciada con la Legión de Honor, casualmente vino á mis manos un libro en que se refiere con nuevos datos la vida y fin de Adriana. Pocas novelas ofrecen mayor interés; y en efecto, ¿qué es la mejor novela, sino un mal retrato de la realidad? El drama de Scribe y Legouvé, titulado *Adriana Lecouvreur*, que estrenó Raquel y que representó en Madrid Sara Bernhardt no hace mucho, se limita á reflejar, en su desarrollo, algo del carácter trágico que tuvo la vida privada de la gran actriz.

Era Adriana Lecouvreur hija de un sombrerero muy pobre, muy iracundo y que murió loco. La niña contaba trece años, cuando, como por juego, resolvió encargarse, en una compañía de aficionados, del papel de Paulina en el drama *Poliuto:* vestida con ropa que le prestó la doncella de una señora rica, sorprendió al público «por un modo de recitar enteramente nuevo.» La novedad del modo de recitar de Adriana consistía en la naturalidad y la verdad: entonces los cómicos declamaban enfáticamente, cantaban y adoptaban posturas estatuarias. Aquella humorada decidió de la suerte de Adriana: el actor Le Grand la enseñó, la preparó y le buscó contrata para los teatros de provincia, escuela donde los actores noveles se forman hoy como entonces.

Caracterizaban á Adriana el sentimiento, la pasión, el decoro y la delicadeza: su alma se reflejaba en su escuela de declamación, y prestaba calor de verdad en sus labios, á los acentos de Fedra, de Andrómaca y de Roxana. Eran en la Lecouvreur serios y entrañables los afectos, y como sentía, así recitaba, transmitiendo su emoción á los espectadores. Faltábale energía y chorro de voz; poseía las cuerdas suaves y conmovedoras.

En los primeros años de sus correrías en provincia, Adriana encontró ocasiones y peligros de que no pudo defenderse; pero no servía para la vida galante, porque quería de veras, y padecía y se quebrantaba su salud cuando recibía desengaños. Soñaba con la constancia y el matrimonio; pero el destino le reservaba mayores agitaciones en París.

Su gran talento dramático, su sencillez, su deliciosa naturalidad, el sentimiento contagioso que rebosaba de su voz y de sus actitudes, la elevaron en poco tiempo al primer puesto entre las actrices de su época, y á pesar de la envidia, fué saludada reina del género fino, raciniano puro, y de la comedia de carácter. Su índole generosa y franca se hizo superior á las intrigas y á las rencillas de entre bastidores, y su entendimiento y distinción le abrieron las puertas de la alta sociedad; tuvo por amigos y amigas al duque de Richelieu, al conde de Caylus, á la duquesa de Maine, á la duquesa de Gesores, á hombres célebres, á damas honestas y linajudas; en su casa se celebraban cenas donde chispeaban la agudeza y la discreción; y Adriana cifraba su orgullo, no en trastornar cabezas, sino en saber sentir é inspirar la amistad, «á pesar de su profesión y de su sexo.» En aquel entonces, Adriana evitaba cuidadosamente los extravíos sentimentales, y vivía con suma regularidad y orden, sin una deuda, sin una falta.

La desgracia, para acercarse á ella, tomó la forma del conde Mauricio de Sajonia, mozo ilustre y gallardo, hijo reconocido de Federico Augusto, elector de Sajonia y rey de Polonia. Era Mauricio un caballero aventurero, con porvenir de héroe y esperanzas de rey. La sociedad parisiense le mimó, le festejó, le puso de moda en pocos días; Adriana, lisonjeada por sus homenajes, se consagró á pulir y dulcificar su condición y sus costumbres, á inspirarle gustos selectos y aficiones artísticas. Los vicios vulgares, la brutalidad soldadesca de Mauricio, se corrigieron con el trato de Adriana, que había adivinado – escribe uno de sus biógrafos – al héroe bajo la corteza ruda del sármata. «Puede decirse del vencedor de Fontenoy – añade el mismo escritor – y de su bella institutriz, que con ella aprendió todo, menos el arte de la guerra, que conocía por instinto, y la ortografía, que no llegó á poseer jamás.» Por eso decía con gracia Mauricio: «Parece que ahora quieren hacerme académico, lo cual me sentaría como una sortija á un gato.»

Varios años duró la intimidad entre Mauricio y Adriana, y la actriz tuvo que sufrir infidelidades y accesos de frialdad; pero, prendada y rendida de veras, supo conservar á su lado al inconstante. Había entonces en París una duquesa, la de Bouillón, asaz liviana y antojadiza; y esta señora, á quien sus caprichos llevaban á frecuentar los bastidores, se fijó en Mauricio de Sajonia, y le requirió. No hizo caso Mauricio, y la Bouillón quedó lastimada en su amor propio. Aquí encontramos el punto obscuro de la biografía de Adriana Lecouvreur, la cuestión en que cuantos escribieron acerca de ella, aun sirviéndose de documentos, no han podido ponerse de acuerdo jamás. Quejábase Adriana de cólicos y de fuertes dolores intestinales, pero tenía que desempeñar el papel de Jocasta en el *Edipo* de Voltaire, y otro largo y difícil en el fin de fiesta. Representó á maravilla, pero en los entreactos se desmayó: retiróse á su casa, se metió en la cama, y cuatro días después se supo que había fallecido entre horribles convulsiones. Le hicieron la autopsia: tenía las entrañas gangrenadas. Hablóse de veneno; se nombró á la duquesa de Bouillón; y un testigo coetáneo dice: «Si la señora á quien acusaba la voz pública hubiese aparecido entonces en la comedia, de fijo la echan del teatro ignominiosamente.»

¿Fué verdad lo del veneno? Repito que el punto no se ha podido esclarecer. Hay quien da crédito á la atroz venganza de la duquesa, dictada, no sólo por el rencor celoso, sino por el orgullo herido, á causa de haberla señalado con el dedo desde la escena Adriana, en una representación de *Fedra*. Existen hipótesis y conjeturas, y se evoca la figura cómica y siniestra, digna de Víctor Hugo, del abate jorobado á quien la duquesa encargó de llevar á Adriana la muerte en una caja de esmalte henchida de pastillas venenosas, y á quien, porque los remordimientos le hacían parlanchín, pusieron á buen recaudo en la Bastilla. La familia de Bouillón era poderosa é influyente en la corte, y la opinión estaba soliviantada por los rumores del crimen.

Lo indudable, lo que importa para estudiar el estado social de entonces, es la suerte que corrieron los restos de la mujer que había subyugado por medio del arte á su país, la que tenía su casa hecha un museo, la amiga de tanto personaje, la intérprete de Racine y Corneille. Mientras los criados saqueaban los armarios y se llevaban los objetos de valor, la autoridad negaba permiso para enterrar á Adriana en el cementerio de su parroquia, y disponía que, á fin de evitar hablillas, el cadáver fuese sacado de noche y sepultado sin pompa alguna. En efecto á las doce, el cuerpo de Adriana, sin ataúd, fué trasladado por dos mozos de cuerda á un coche simón, bajado en un erial no lejos del Sena, y echado en un hoyo, bajo una capa de cal viva. Hay quien dice que el sitio escogido fué precisamente bajo un guardacantón, infame columna de aquel triste sepulcro.

No tanto los actores como los literatos y los pensadores protestaron de este hecho incalificable. Voltaire, que rara vez ha solido tener accesos de sensibilidad, tuvo uno que le dictó los siguientes versos:

. . . .
Ils privent de la sepulture
celle qui dans la Grèce aurait eu des autels.
Quand elle était au monde, ils soupiraient pour elle;
je les ai vus soumis, autour d'elle empressés:
sitot q'uelle n' est plus, elle est donc criminelle:
elle a charmé le monde, et vous l'en punissez!
. . . .

Y en tanto que la pobre Adriana era arrojada así, como un trapo, al basurero, ¿qué hacía el hombre por quien acaso había absorbido el veneno que enviaba una rival? Aquí sí que se echa de menos la novela; ¡la verdad es tan fea y tan antipática! Mauricio de Sajonia sólo pensó en reclamar el coche y los caballos que Adriana usaba y que le pertenecían á él. No acompañó siquiera el cuerpo á su última morada, ni guardó fidelidad á aquel recuerdo quince días. Los únicos que no olvidaron á Adriana fueron los escritores y los poetas. Pero la negra página de su entierro ha servido para infundir respeto y estimación al arte dramático.

Emilia Pardo Bazán



EMILIO CASTELAR

Desde aquel día memorable del año 1854 en que Castelar pronunció en el teatro de Oriente el famoso discurso que le dió á conocer al público, no ha habido nombre que se haya pronunciado más que el suyo dentro de España, ni celebridad española que haya pasado con más éxito las fronteras y extendido más su fama al otro lado de los mares.

En todos los pueblos de la raza latina se le llama el *gran tribuno* y se le considera como el verbo y la encarnación de la democracia, acudiendo á él en solicitud de su palabra ó de su pluma los que sufren presiones de la tiranía y anhelan reparaciones de la justicia.

Víctor Hugo le consideraba como á un hijo predilecto. Gambetta como á un hermano y Mr. Thiers y Julio Simón como á un compañero, á pesar de la diferencia de edad que existía entre aquellos eminentes estadistas franceses y el insigne hombre de Estado español.

Para suceder en el Instituto de Francia al gran César Cantú á nadie se ha creído más digno que á él; las publicaciones más importantes del mundo culto solicitan sus trabajos, y le llama á su seno la Universidad de Oxford para hacerle entrega solemne del título de doctor que hace tiempo le ha concedido.

Al alemán se traducen con empeño sus obras, y en Italia su popularidad excede á la de los más insignes publicistas de aquel país y es sólo comparable á la que disfruta en los pueblos de la América latina, que le consideran como un genio del cual todos pueden enorgullecerse.

Todo esto lo ha conseguido el insigne tribuno en cuarenta y dos años de vida pública, durante los cuales ha estado siempre en la brecha, ocupando la cátedra y la tribuna, no dejando ociosa la pluma y publicando sin cesar libros, artículos, crónicas, en los que ha tratado los asuntos más trascendentales de la época moderna, sin dejar de acudir al Parlamento y sin cesar en su activa correspondencia con los hombres más notables del mundo. Dios le ha dotado para esto de un temperamento robusto y de una salud prodigiosa. No recuerda haber estado enfermo y nunca le han abandonado las fuerzas para el trabajo, ni aun en aquella época de su paso por el poder, en que tuvo que sufrir tantas fatigas y en que desplegó tan extraordinarias energías.

Le ha preparado para esto una infancia feliz y una juventud honrada. Creció de niño en medio de la naturaleza espléndida de las comarcas de Levante, adonde le llevaron desde Cádiz, donde había nacido, y bajo los cuidados de una madre amorosa que unía á las virtudes más piadosas una inteligencia muy despierta, y que adivinando, con delicado instinto, en su hijo un prodigio, cultivó su alma para que fuese bueno, como se cultiva una flor para que sea hermosa, y cuidó de su cuerpo para que fuese robusto, como se cuida el arbusto para que sea, andando el tiempo, el árbol frondoso y lozano.

Y los buenos propósitos de aquella santa señora se han cumplido; pues de pocos se podrá decir como de Castelar que es bueno como el pan, sano como el coral y fuerte como el hierro.

Por eso consagra á la memoria de su madre, á la que se lo debe todo, una veneración que le acompaña siempre, y por eso conserva de los primeros años de su vida recuerdos que le encantan y le hacen amar con delirio todo cuanto procede de aquella hermosa tierra en que se crió, hasta el punto de que él, que ha recorrido en artísticas peregrinaciones casi todos los países y contemplado y descrito tantas maravillas, no encuentra nada que más le seduzca que el campo alicantino, que el mar de ondas azules y espuma blanca, y no hay para su paladar frutos como los de aquellas huertas, ni para su olfato aroma como el de las flores de aquellos privilegiados jardines, ni para sus ojos paisaje más hermoso que el que forman las vides y las higueras enlazadas con el olivo y embellecidas de trecho en trecho por la esbelta palmera, descollando entre nopales y entre granados de encendidas flores, como no hay para sus oídos concierto como el de las olas del Mediterráneo al romperse en blancas espumas al llegar á la playa de arenas de oro.



D. Emilio Castelar (de fotografía)

La vida pública de Castelar, la que constituye su biografía, es muy conocida para que nos detengamos á reseñarla. Lo interesante hoy es conocer su vida íntima para poder apreciarle en todo lo que vale.

Conocemos de los hombres del día menos que de aquellos que figuran en la historia. Castelar lo suele decir. Sabemos quién mató á César y no hemos podido averiguar todavía con certeza quién mató á Prim.

Por eso interesa conocer á los hombres públicos en su casa. Esto es, en *robe de chambre,* como dirían nuestros vecinos los franceses.

Pasa el insigne tribuno de los sesenta años y no tiene ningún achaque, conservando la salud, que ha sido el tesoro de su vida.

Tiene que trabajar para atender á sus necesidades como cuando era estudiante, y se levanta en todo tiempo de cinco á seis de la mañana, antes que ninguno en su casa.

En invierno él mismo prende fuego á la chimenea que le dejan preparada, y se pone á trabajar hasta mediodía, sin tomar nada más que una taza de te que le sirven á las ocho.

A las doce le afeitan, se viste y pasa al comedor, donde tiene siempre amigos que le acompañan á la mesa.

Su apetito es por regla general excelente, sobre todo á la hora del almuerzo, y á los platos más famosos de las cocinas exóticas prefiere los de la clásica española.

En todas sus comidas figura el arroz á la alicantina, con frecuencia el bacalao y los callos á la madrileña. Come con deleite los tomates, los guisantes y las habas, que tienen jugos fosfóricos, y se deleita con los productos de la matanza del cerdo.

El mejor jamón de Trevelez que viene á Madrid es el que se sirve en su casa.

Sus amigos de provincias, que conocen sus gustos gastronómicos, le proveen la despensa y la bodega mandándole para todo el año provisiones que constituyen su lista civil.

Es con seguridad el vecino de Madrid que paga más derechos de consumo, pues raro es el día que no recibe la carga de buen aceite valenciano, la pipa de buen vino andaluz, el cesto de ricas y sabrosas frutas ó el cajón lleno de conservas.

Para dar uno de esos suntuosos banquetes con que suele obsequiar á sus amigos, apenas tiene que comprar otra cosa que el pan y la carne.

Habla mientras come, y su conversación de la mesa resulta amenísima, pues trata con donosura todas las cuestiones.

Está al tanto de cuantos sucesos de trascendencia se desarrollan en el mundo, y no ignora absolutamente nada de lo que pasa en Madrid.

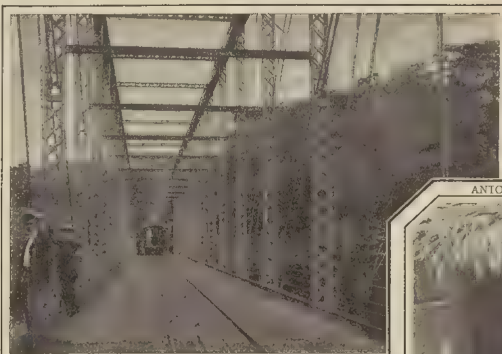
No suele usar en la comida más que un vino, y bebe lo mismo en invierno que en verano el agua helada.

No fuma, pero le gusta obsequiar á sus comensales con buenos cigarros. No toma licor, pero los tiene siempre superiores á la disposición de sus huéspedes.

Recibe después del almuerzo hasta las tres de la tarde á los que van á verle, y á esa hora se vuelve á encerrar en su despacho para entregarse al trabajo, que es su deleite, y á pesar de lo mucho que se afana

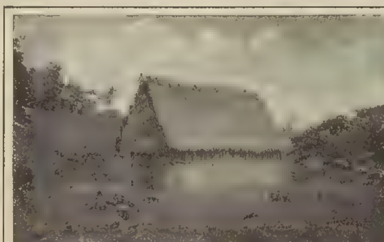

ISLA DE LA CUARENTENA EN PUERTO LIMÓN


HOSPICIO DE LOCOS EN SAN JOSÉ


PUENTE DE HIERRO EN EL RÍO BARRANCA

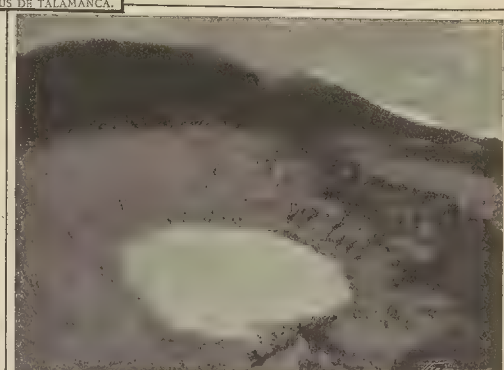

ANTONIO SALDAÑA
REY INDIO DE LAS TRIBUS DE TALAMANCA


CALLE DEL CEMENTERIO EN ALAJUELA


HABITACIONES DE TRABAJADORES EN EL CAMPO


PARTE SUPERIOR DEL VOLCÁN DE IRAZÚ
DESDE DONDE SE DIVISAN EL ATLÁNTICO Y EL PACÍFICO


PALACIO NACIONAL EN SAN JOSÉ


CRÁTER DEL VOLCÁN DE POÁS

VISTAS DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA (de fotografías)


UNA CALLE EN EL ARRABAL DE LA ERMITA


CALLE DEL ROSARIO EN EL ARRABAL DE LA ERMITA


PASEO DE LA LUNETA


HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS


LA CATEDRAL


CALLE REAL EN EL ARRABAL DE MALATE


CALLE REAL EN SANTA ANA


MONUMENTO A DON SIMÓN DE ANDA Y SALAZAR EN EL PASEO DEL MALECÓN

ISLAS FILIPINAS. – Vistas reproducidas de fotografías de D. Félix Laureano

no puede satisfacer á todos los que solicitan sus escritos.

Sostiene correspondencia con las notabilidades políticas de Europa y América, y el correo que recibe es de lo más notable que puede imaginarse; pues juntas llegan á su mesa las cartas de estadistas como Gladstone ó Crispi, con las solicitudes de los editores pidiéndole artículos, ó la misiva de una admiradora de lejanas tierras que solicita un autógrafo suyo. Existe un pobre señor loco que le escribe á diario desde hace más de veinte años cartas de cuatro carillas. Recibe comunicaciones de todas las partes del mundo, y sólo con elegir entre su correspondencia formó un deudo suyo la colección de autógrafos más notable que existe en España.

Lo que no lee nunca son los anónimos. Carta que llega á su mano sin firma, va á parar rota en pedazos al cesto de los papeles sin ser leída.

A las ocho se viste para ir á comer, la mayor parte de las veces fuera de su casa, pues llueven sobre él las invitaciones, y aunque no puede aceptarlas todas, no rehuye aquellas que implican una necesidad de las relaciones sociales y de la posición ó que nacen de un antiguo afecto.

Por eso va á las embajadas y á casa de su condiscípulo el Sr. Cánovas del Castillo ó al palacio de la duquesa de Denia, donde se hace siempre fiesta para recibirle.

Pero á todos los convites prefiere él invitar en su casa á las personas de su afecto y sentarse con ellas á la mesa, pródigamente cubierta de los más exquisitos manjares y sazonados con una conversación amenísima en que trata de lo divino y de lo humano, encantando á cuantos le escuchan; pues el más grande de los oradores posee el arte difícil de manejar la conversación particular de un modo admirable, sin dar á sus palabras el tono de discurso y sazonándolas con sal y pimienta.

En estos opíparos banquetes del gran tribuno es frecuente encontrar las notabilidades extranjeras que se hallan de paso en Madrid; damas linajudas, como una Medinaceli, una Laguna ó una Oñate, y al lado de ellas alguna modesta amiga de los primeros años de su residencia en Madrid, porque hay pocos hombres más firmes que Castelar en sus afectos y más constantes en sus amistades.

Tiene amigos como los de Salvany, los de Puig y otros, que son para él una familia. De su casa no se van nunca los criados más que cuando ellos quieren, y hoy le sirven hijos de los que hace muchos años le sirvieron.

Va á los teatros de verso cuando representan algo notable y con más frecuencia á la ópera, porque la música es uno de sus encantos. Sus maestros predilectos son los italianos, sobre todo Donizetti y Bellini; la *Sonámbula* la tararea desde el principio hasta el fin, y ha estado mucho tiempo sin transigir con Wagner, pero ya ha cedido y saborea con delicia las bellezas de *Tanhauser* y de *Lohengrin*.

No deja ningún jueves de asistir á las sesiones de la Academia Española, y allí aprovecha todas las ocasiones que se le presentan de hacer rabiar á los reaccionarios. Al idioma castellano le profesa una adoración que raya en culto, y una de sus mayores satisfacciones es la de poder dominarlo haciendo resaltar sus bellezas.

Su poeta favorito es el gran Zorrilla, del que recita largas tiradas de versos. Sabe también composiciones de García Gutiérrez, y en cuanto á oradores al que más admira es á Donoso Cortés, del que se sabe de memoria muchos discursos.

De once á doce se acuesta, apaga su luz, y al dejar caer la cabeza sobre la almohada, se queda perfectamente dormido para no despertar hasta después de siete horas de un sueño reparador y tranquilo.

Su casa es un museo de preciosidades artísticas, de las que no ha comprado ninguna. Todas son regalos, ó de colectividades, como el magnífico plato repujado con que le manifestó su gratitud el cuerpo de Artillería por él reorganizado, ó de amigos y admiradores.

La cama en que duerme, una obra primorosa de ébano labrado, del tiempo de los Reyes Católicos, procede de Vitoria. Su lavabo, un rico mueble de mármoles con todos los utensilios de plata, de Bilbao; los aparadores del comedor, de América; los muebles tallados de su sala, de Florencia; la magnífica colección de platos hispano-árabes con reflejos metálicos, de Granada.

Tiene sedas bordadas del Renacimiento; tapices flamencos; terciopelos de Toledo; maravillas de todas partes, y unido á cada objeto precioso vese el nombre de algún amigo querido ó de algún admirador entusiasta.

Y en medio de este ambiente de arte y de cariño vive contento, sintiéndose respetado y querido; oye misa mayor los domingos y fiestas de guardar; recita de memoria el Evangelio del día; asiste á los oficios divinos en Semana Santa y en todas las solemnidades de la Iglesia; tiene su puesto en el coro de la catedral de Madrid, donde le reciben los canónigos con agasajo; observa las tradiciones como las vió observar de pequeño en su honrado hogar, y no faltan en su mesa en Nochebuena la sopa de almendras, por Todos Santos los buñuelos, el pescado y la sopa de ajo en vigilia, el hojaldre en carnaval, ni la mona con los huevos duros en Pascua.

Viste siempre de negro, con pulcritud, pero sin aliño, pudiendo más bien pasar por lo que las gentes llaman *dejado* que por atildado, pues arruga en seguida las camisas y deforma los trajes, sobre todo si trabaja con ellos.

De toda su casa lo más destartalado es su despacho: estanterías de libros sin encuadernar cubren las paredes, y libros, periódicos, revistas y folletos hay por el suelo y por los muebles; su mesa de trabajo está llena de tinta; no usa más tintero que uno mazizo de cristal, del que saca tantas letras como borrones para sus cuartillas.

Es lo único que ensucia, porque por lo demás, así como Midas convertía en oro cuanto tocaba, él tiene el privilegio de embellecer cuanto trata y de hacer agradable lo más antipático, poseyendo una gran fuerza de voluntad para prescindir de lo que le desagrada.

Lo más antipático para él son las cuestiones de dinero.

Lo gana, lo gasta, lo da; pues tiene siempre la mano abierta para parientes pobres y amigos necesitados; pero detesta las cuentas y le enojan los números.

Su aspecto, por regla general, cuando la inspiración no le anima ó el entusiasmo no le arrebata, es el de un hombre cándido é inocente como un niño, que de nada se entera; pero no hay que fiarse de esta apariencia bajo la cual se oculta una sagacidad tan grande como su talento y un golpe de vista tan admirable que escudriña hasta el fondo del alma de la persona que á él se acerca.

Su espíritu de observación es grandísimo; su memoria prodigiosa, y como ha visto tanto y ha estudiado tan atentamente la historia y tratado y correspondido con tantos hombres notables, tiene una experiencia de la que nace el don de profecía que muchos quieren negarle, pero que es evidentísimo.

No ha hecho versos más que una vez en su vida, siendo estudiante, que compuso una oda á la luna. La poesía no debía ser muy excelente cuando sus compañeros la guardaban para bromear con ella. Un día que la leían, Castelar la rescató arrebatándosela violentamente de la mano al lector; éste quiso rescatarla, y no hallando el autor otro medio de salvar sus versos, hizo con ellos una pelotilla y se la tragó, devorando su obra poética como Saturno devoró á sus hijos.

De todas las épocas de su vida guarda memorias gratísimas. Sólo recuerda con horror el tiempo en que ocupó el poder, considerándolo como sus días de Pasión, en que pasó grandísimas amarguras y sólo por milagro se vió libre de ser crucificado.

Por eso le detesta y se ha alejado con toda sinceridad de la política, para dedicarse principalmente á dos tareas: una comenzada, escribir la historia de España, y otra en proyecto, escribir sus *Memorias*, que será el libro más interesante de los muchos y valiosísimos que han salido de su pluma.

Si á pesar de sus deseos, por su posición, su prestigio, sus relaciones, continúa ejerciendo en la marcha de los negocios públicos una influencia inevitable, no es culpa suya.

Amando mucho á la libertad, ama más todavía á su patria; y su acendrado cariño se aumenta á medida que la ve más desdichada, no pareciéndole grande ningún sacrificio para salvarla.

El presente es tristísimo, el porvenir incierto y España necesita del concurso de todos sus hijos para salir de esta tremenda crisis, y es consolador considerar que puede contar todavía con algunos tan ilustres y tan grandes como el hombre eminente que ha hecho su Logroño de su artística casa de la calle de Serrano, y que no se limitará á decir en momentos supremos *cúmplase la voluntad nacional*, sino que hará que la voluntad nacional se cumpla del modo que más convenga á la honra y á la dignidad de la patria.

Kasabal

ESO

Observen ustedes que cuando los revisteros de salones no saben qué decir de un sujeto, le titulan «sportman.»

A falta de méritos, carrera, oficio ó cualidades y virtudes que elogiar en él, le aplican el mote de... *eso*, de *sportman*.

Es un adjetivo, por el uso, como el bizarro, el opulento, el inspirado, el popular y otros.

Para ser «sportman,» según lo entienden los auténticos, se necesita reunir ciertas condiciones de posición social, figura, educación, aunque sea *sportiva*; algo que saque al hombre de lo vulgar.

Pero entre nosotros hay *sportmen* reducidos.

Apenas hay casa de pupilos con rebaja de precios donde no viva un «sportman» platónico; sin caballo, sin bicicleta, sin perro, sin caña, sin escopeta, sin estoque, siquiera, para matar becerros.

Se declara «sportman» él mismo, como pudiera declararse poeta espontáneo ó pintor modernista ó ñáñigo emigrado.

Alguno escribe en la casilla de la hoja de. padrón municipal, correspondiente á la ocupación del individuo: «Sportman.»

A uno de éstos preguntaba la dueña de una casa donde le presentaban:

– ¿Y lleva usted ya muchos años de «eso,» ó es desde hace poco tiempo?

La señora que desconoció la palabra, supuso que era el nombre de una enfermedad.

Para algunas personas aun es ofensivo el mote.

– Adiós, «sportman,» le decían unos muchachos á otro de blusa y gorrilla que pasaba á su lado.

– A mí no me pongáis apodos, porque *sus* revien to á uno: yo no soy eso, ni en mi familia hubo nunca semejante cosa.

Traté á un caballero, padre cursi, pero legítimo, de una joven bonita, pero cursi también, en segundo grado, por lo menos.

El padre se perecía porque su hija se casara con uno de «esos.»

Le hubiera preferido á *loro* inglés y príncipe ruso y á cualquier eminencia diplomática, militar, científica, artística, industrial y mercantil.

Fijamente no sabía él lo que era «sportman,» y «su niña» tampoco lo sabía. Pero lo sospechaban.

Ernestina, la hija, amaba aparte á un joven de cazadora gris, cara ídem, corbata encarnada, cuello de pajarita encantada, que parecía collar de galgo inglés, sombrero Frégoli y botinas de charol modernista ó brillante.

No sabía Ernestina si su amante era «eso;» vamos, «sportman,» y se lo preguntó.

– Soy de Guadalix, hija; no voy á ser de todas partes.

– El caso que si mi papá sorprende nuestras relaciones y se entera de que no eres «sportman,» á mí me encierra, pero á ti te levanta, cuando menos, la tapa de los sesos.

– ¡Caramba! ¿Cuando menos?

Ernestina era muy sensible y muy mimosa.

Parecía una de aquellas románticas doncellitas de la Edad media, que «se morían solas» por el «amor pasional.»

Restituto la vió en la calle, la siguió, se quedó en la estación inmediata; esto es, en la puerta de un establecimiento de ultramarinos lindante con el portal de la casa de Ernestina.

Después paseó la calle, puso los ojos en blanco, suspiró por «peteneras,» enseñó un papel á su amada, bajó una doméstica, tomó el papel y dos pesetas y se «desvaneció como un fantasma vano.»

Es decir, que saludó muy cariñosa á Restituto, subió y entregó la carta á su señorita.

A los cuatro días bajó el *sí* manuscrito la misma criada.

Todo fué bien hasta que se enteró el padre de la muchacha.

La madre había muerto dos años antes, dejando á su esposo en la orfandad, como él decía.

Cuando se enteró el padre de Ernestina de los amores con Restituto y supo que éste no era «sportman» se volvió un león.

Las súplicas del mozo, las de la niña, las influencias, los anónimos con puñales dibujados á pluma y corazones traspasados por estoques de matar toros, todo fué inútil.

– Desgraciadamente, dice hoy Restituto, murió el tirano y Ernestina fué mi mujer: nos casamos...

– Y serán ustedes felices y «sportmen?,» le preguntó un «guasón.»

– Mi mujer, sí, se dedica al *sport* de las luchas domésticas; yo soy en mi casa un *cerdo* á la izquierda.

Eduardo de Palacio



GUERRA DE CUBA. - SARGENTO DE SIGÜENZA EN EL COMBATE DE CEJA DEL TORO Y DEFENSA DEL CONVOY DE VIÑALES

(de fotografía del Sr. Gómez Carrera)

NUESTROS GRABADOS

Declaración de amor, cuadro de Alejo Vollon. - Si no por el interés del asunto, por la habilidad con que el artista ha sabido conjugar el nunca agotado tema del amor, merece elogios el cuadro del pintor francés Vollon. Un gentil mancebo, disfrazado de pierrot, declara su pasión amorosa á una linda costurera, que no parece desdeñarle; la escena, como se ve, es por demás sencilla; pero está tan primorosamente ejecutada, hay tanta expresión en aquellos rostros, tanta naturalidad en aquellas figuras, tanta delicadeza en los detalles, que la obra resulta simpática y agradable y atrae la atención tanto ó más que muchas producciones de mayor empuje.

La guerra de Cuba.—El interés que tienen las dos fotografías que reproducimos en esta página no necesita ser encarecido: basta ver los grabados para comprender la verdad é importancia de las escenas que representan y que no hemos de explicar porque son episodios de esos que con tanta frecuencia ofrece la campaña de Cuba y que la prensa diaria ha descrito minuciosamente repetidas veces. Las dos fotografías nos han sido remitidas por el Sr. Gómez de la Carrera, á quien agradecemos el envío.

Vistas de la República de Costa Rica. - No vamos á hacer una descripción de la República centro-americana de Costa Rica, de ese pueblo pequeño en población, pero grande en laboriosidad, rico y vigoroso y llamado á un hermoso porvenir; fáltanos espacio para esto y hasta para describir detalladamente las diferentes vistas que forman la lámina de la página 100. Por esto nos limitaremos á decir algunas palabras que den idea de lo que es cada una.

La ciudad de Puerto Limón, único puerto habilitado en el Atlántico y cuyas condiciones insalubres han ido mejorando merced á los costosos trabajos de rellenamiento del suelo que se han verificado, tiene buenos edificios y un magnífico muelle, donde atracan embarcaciones de alto bordo: frente al puerto y fuera de la rada está situada la isla Uvita, llamada también de la Cuarentena, en donde existen hospitales para cuarentenas y un muelle de 60 metros de longitud.

El río Barranca tiene su origen en las montañas del cantón de San Ramón (provincia de Alajuela) y desemboca en el golfo de Nicoya, en el Pacífico: el magnífico puente de hierro que sobre él se ha construído y que nuestro grabado reproduce, demuestra la importancia de las obras públicas que en aquel país se llevan á cabo.

La vivienda de trabajadores del campo es, como se ve, una construcción esencialmente rústica, formada de madera y ramaje;



GUERRA DE CUBA. - LA CURA DE UN MARINERO HERIDO DEL CAÑONERO «VIGÍA» EN LA ENFERMERÍA DE [illegible] (VUELTA DE ABAJO)

(de fotografía del Sr. Gómez Carrera)



LOS DOS HERMANOS, cuadro de Alfredo Schwarz



REGRESO DE LAS VENDIMIADORAS, cuadro de J. Salinas

pero denota cierto relativo bienestar, y por su regularidad y confortabilidad contrasta con otras habitaciones análogas de otros países.

San José, capital de la República, tiene 25.000 habitantes y está situada en el centro del país, á 1.135 metros sobre el nivel del mar: sus calles son rectas, formando manzanas de 86 metros de lado, y están iluminadas con luz eléctrica; contiene varias anchas plazas y cuenta con un hermoso parque, el de Morazán. Entre los principales edificios públicos sobresalen el Palacio Nacional, que reproducimos, los de la Gobernación y Justicia, la catedral, varias iglesias, el mercado, la aduana central y otros. El hospicio de locos, que está situado en las afueras de la ciudad, fué construído con los productos de una lotería nacional, y por sus dimensiones, por su arquitectura y por sus condiciones podría figurar con ventaja en capitales más importantes y populosas.

Alajuela, capital de la provincia de su nombre, es una hermosa población de 6.000 habitantes, tiene calles rectas y empedradas, buenos edificios particulares y públicos, entre éstos la iglesia, el Instituto de varones y el cuartel.

El volcán de Irazú está situado en la provincia de Cartago, á 11.500 pies sobre el nivel del mar: desde él se contempla un hermoso panorama, pues la vista descubre por un lado el Atlántico y por otro el Pacífico.

El volcán de Poás, en actividad, pertenece á la provincia de Alajuela y tiene dos lagunas, una de considerable extensión en un cráter antiguo, y otra pequeña, en continua ebullición, en el fondo del cráter actual.

En la lámina que nos ocupa publicamos el retrato de Antonio Saldaña, rey de Talamanca, actual cacique de una de las tribus más belicosas de la América Central. Los indios talamancos dieron mucho que hacer durante la época de la colonización; pero ahora reconocen, después de sus autoridades legítimas, al gobierno de Costa Rica, del cual recibe aquel monarca una pensión. Quizás Antonio Saldaña sea descendiente del célebre Pablo Presbere, jefe de la insurrección de los indios talamancos que estalló en septiembre de 1709 y de la que fueron las primeras víctimas los misioneros Fray Pablo de Rebullida y Fray Antonio Zamora. El gobernador D. Lorenzo Antonio de Granada y Balbín venció aquella rebelión, haciendo más de 600 prisioneros, entre ellos el cacique Presbere, que fué condenado á muerte y arcabuceado.

La peste en la India. Mr. Guillermo Digby.—La prensa de todo el mundo se ha ocupado del terrible azote



MR. GUILLERMO DIGBY,
de una fotografía de la Compañía London Stereoscopic

que en la actualidad aflige á la India: de los horrores del hambre que allí se padece puede dar idea el grabado que en esta página publicamos; los indígenas en él reproducidos más que seres humanos parecen esqueletos, y como ellos hay millones de infelices que sufren las torturas de aquella horrible necesidad. No es esta la primera vez que el hambre causa millares de víctimas en aquellas regiones: en 1877 y 1878 dejó sentir en Madrás sus consecuencias, que apenas bastaron á mitigar las ochocientas mil libras esterlinas que recogió el llamado Fondo de Auxilios y que se encargó de distribuir Mr. Guillermo Digby, propietario en aquella sazón del periódico *Madras Times*: á él se debió el resultado de aquella suscripción y él fué quien más contribuyó á mitigar la triste situación de los hambrientos. Conocedor, como pocos, de las causas del hambre que de cuando en cuando se deja sentir en la India, su opinión ha sido consultada en las actuales circunstancias y su parecer se considera de excepcional importancia en este asunto.

Los dos hermanos, cuadro de Alfredo Schwarz.—Los dos personajes de este cuadro forman notable contraste: ella, la joven alegre, la niña mimada de su casa, el regocijo de sus padres; él, el siervo de Dios, el hombre grave y reflexivo que ha renunciado al mundo para consagrarse al cielo. De cuando en cuando permanece una temporada entre los suyos: entonces el trato con las gentes, la atmósfera viciada que en la sociedad se respira y sobre todo la presencia de su hermana, hacen vacilar sus convicciones; entonces ante sus ojos aparece la tentación que procura acometerle con sus pérfidas y encantadoras armas; entonces duda, se examina y se interroga para saber hasta dónde alcanzan sus fuerzas. En estas ocasiones, su hermana procura distraerle; pero sus maliciosas burlas, más que disipar aumentan la turbación del que aspira al sacerdocio: en el momento en que el célebre pintor berlinés Schwarz nos lo presenta en su cuadro, ella con sus pompas de jabón parece querer indicarle la fugacidad de las bellezas humanas; mas el regocijo de su semblante no concuerda con la gravedad de su propósito; él en cambio, absorto en sus meditaciones, quizás comprende toda la verdad y toda la trascendencia que aquel frívolo entretenimiento entraña, y afírmase más y más en sus resoluciones de apartarse de los mentidos placeres de la tierra.

Regreso de las vendimiadoras, cuadro de P. Salinas.—La vendimia constituye en todas partes un acontecimiento alegre, pero más que en ninguna otra en los países meridionales, donde la recolección de la uva es motivo de fiestas, resto de las que el paganismo celebraba en tal ocasión en honor de Baco. Nuestro compatriota el ilustre pintor Salinas, residente en Roma, se ha inspirado en ella para trazar una de esas hermosas obras que tanto renombre le han conquistado, uno de esos trozos de aquella poética campiña, animada por unas cuantas figuras en cuyos bellísimos rostros y gentiles aposturas se advierten la satisfacción, la alegría que, como hemos dicho, son compañeras inseparables de aquella faena agrícola.



EL HAMBRE EN LA INDIA. GRUPO DE INDÍGENAS HAMBRIENTOS (de fotografía)

El conde Murawieff.—El nuevo ministro de Negocios Extranjeros de Rusia, cuyo nombramiento y cuya estancia en



EL CONDE DE MURAWIEFF,
nuevo ministro de Negocios Extranjeros del imperio ruso

París han dado tanto que hablar y que hacer á la diplomacia europea, comenzó su carrera diplomática en Berlín, desde donde pasó sucesivamente á las legaciones de Estokolmo, Stuttgart y El Haya: en 1880 fué nombrado secretario de la embajada rusa en París, en 1884 fué trasladado á Berlín y en 1893 pasó como ministro á Copenhague, en donde se hallaba cuando ha sido llamado al más alto puesto político del Estado ruso. El rey Cristián de Dinamarca le profesó desde luego afecto y admiración grandes, y merced á su protección el conde Murawieff alcanzó muy pronto la protección del tsar Alejandro III y de la tsarina: á la influencia de ésta, según de público se dice, debe el nombramiento con que Nicolás II le ha distinguido.

El cardenal San Felice di Acquavella.—Ha fallecido recientemente este ilustrado miembro del Sacro Colegio, arzobispo de Nápoles: contaba sesenta y dos años y hacía trece que ostentaba el capelo cardenalicio. Era uno de los cardenales

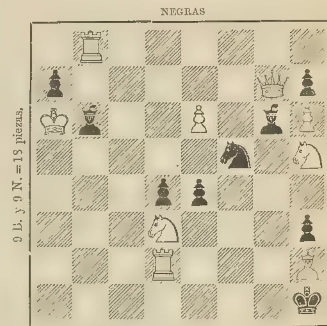


EL CARDENAL SAN FELICE DI ACQUAVELLA,
recientemente fallecido

a quienes más estimaba León XIII y uno de los candidatos á la sucesión de éste. Los napolitanos profesábanle gran afecto por los beneficios que de él recibían.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 56, POR JOSÉ PALUZÍE



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 55, POR J. TOLOSA

Blancas.	Negras.
1. C 5 R	1. P toma C (*)
2. D 6 A R	2. Cualquiera.
3. D mate.	

(*) Si 1. R 4 D; 2. C 7 A R jaque y 3. C mate, – y si 1. C negro juega; 2. C toma C y 3. C mate. La amenaza es 2. C 7 D y 3. C mate.



La inglesa, en la visita del *Formidable*, iba del brazo de un alférez de navío...

LA ONDINA DE BRETAÑA

NOVELA POR PEDRO MAÉL. – ILUSTRACIONES DE VICENTE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

Lena aprendió muchas cosas y retuvo en la memoria multitud de detalles, que luego repitió una infinidad de veces á miss Gwendolina Hotspur, hasta el punto de marearla en varias ocasiones.

La inglesa, en la visita al *Formidable*, iba del brazo de un alférez de navío, y el segundo comandante del buque en persona acompañaba á la señora de Pelvoux, mostrándose con ella sumamente obsequioso.

En fin, aquel paseo á bordo del acorazado fué encantador para todos, si bien por diversas razones. Magdalena adquirió un cúmulo de conocimientos sobre la vida de los marinos á bordo de los grandes buques de guerra. Gwendolina pudo convencerse, no sin inquietud, de que los *men of war* de Francia valían tanto como los de *Her Gracious Mejesty's Royal Navy*; la hermosa viuda adquirió la agradable certidumbre de que si Pedro de Guenezán tardaba mucho en encender nuevamente los apagados fuegos de su juventud, tendría un marido en el segundo comandante del *Formidable*, cansado ya de la vida de soltero, y por último, la bella Alina, satisfecha y sonriente al ver la pasión que había despertado en Pablo, salió convencida de que antes de ocho días iría éste á pedirla por esposa.

La semana siguiente confirmó algunas de estas hipótesis y llevó un gran dolor al corazón de Magdalena.

Y sin embargo, la ondina fué la única que ignoró que se había ya cambiado promesa de matrimonio entre Pablo de Guenezán y Alina de Pelvoux, por más que en atención al porvenir de Pablo, quedó convenido esperar que éste volviera de su más próxima campaña.

No corría prisa. Pablo tendría treinta años y Alina no perdería nada, pues iría aumentando en hermosura hasta la época de su mayor edad.

V

PRIMERAS TRISTEZAS

Quien hubiese dicho á Lena el día que salió de Saint-Gildas que iba á volver con pena á aquellos lugares, hubiérale causado asombro. Sin embargo, al anunciárselo así hubiera sido profeta. La joven sintió el corazón oprimido cuando supo por su tutor la noticia del regreso á Ely.

Decidióse regresar á petición de Pablo.

El comandante se quedaba en Lorient; mas concedió á su subalterno quince días de descanso, enviándole á hacer maniobras de torpedos en el golfo del Morbihán. Aquellos quince días eran, preciso es decirlo, el plazo que acordaban las señoras de Pelvoux, pues á mediados de julio tomarían el tren para París con objeto de trasladarse á Trouville.

Para aprovechar lo más posible aquellas dos semanas, Pablo decidió á la baronesa y á su hija á hacer una excursión á las agrestes regiones de la pintoresca península.

Después de hacerse rogar un poco, consintieron en ir.

Desde aquel momento hubo entre la madre y la hija diversidad de tendencias, pues la madre empezaba á hallar á Pedro demasiado indiferente. Por el contrario, el segundo comandante del *Formidable* mostrábase poseído de audaces esperanzas, y la viuda no quería alejarse mucho del teatro de aquellas escaramuzas amorosas. La hija, como estaba segura de que Pablo iba á ser su marido al volver de su próximo viaje, si el mar no malograba tan felices proyectos, sometíase de buen grado, sólo por complacerle, á tan penoso sacrificio.

Por fin, la señora de Pelvoux hizo comprender al segundo comandante del *Formidable* que de él dependía el ser por ella preferido, indicándole que podría volver á verla, ya en Trouville, en cuanto pasase un mes, ya en París, desde que entrara el invierno.

Una vez tomada esta precaución, y por consecuencia, más tranquila, la baronesa emprendió con Alina, bajo la égida de Magdalena y de miss Gwendolina Hotspur, su viaje al castillo de Ely.

Este viaje de las señoras de Pelvoux al castillo, la perspectiva de la vida común y la obligación de comer diariamente en su compañía causábanle ya cierto peso á Lena en su espíritu y le presagiaban futuras tristezas.

Su residencia de un mes en Lorient había dado un gran desarrollo á la educación de la huérfana.

Ésta había entrado en contacto con la sociedad y lo poco que en aquel mes había sufrido bastóle para entrever las traiciones y las perfidias del mundo.

Su trato con la señorita de Pelvoux durante veinte días fué suficiente para que la mirara con aversión, y en su franca ignorancia infantil comprendía que seguiría aborreciéndola mientras viviese.

En efecto, nada más opuesto que aquellas dos naturalezas y aquellos caracteres de dos jóvenes condenadas por la fuerza misma de las cosas á vivir así algunos días frente á frente, bajo el mismo techo y á la misma mesa.

Una de ellas, hija de los campos y del mar, amante de la libertad y de la vida, es decir, del movimiento y del aire libre, desdeñando las rígidas reglas de la etiqueta y amando apasionadamente ese viejo mundo de los ensueños puros y de las distracciones sanas que no empañan las brumas, ni obscurecen los tonos grises del cielo y de la tierra natal.

La otra, nacida en el principal de los centros urbanos, educada en medio de los placeres convencionales que el hombre de sociedad inventa para combatir el fastidio, hecha á las exigencias, como á las resignaciones, de la vida contemporánea, teniendo á cada instante que ahogar los bostezos del hastío y los suspiros de su indiferencia por todo lo que no sea la nerviosa alegría de los mundanales goces.

Desde el principio de su residencia en Ely, las parisienses tuvieron que hacer grandes esfuerzos para resignarse á aquella vida.

La campiña bretona, con sus grupos de árboles bajos; el mar, con su monotonía sosegada ó furiosa, *no les decían nada*.

Un día en que la señorita de Pelvoux, después de haber ido á buscar refugio contra su aburrimiento en la biblioteca, volvió á bajar á la sala, no pudo menos de decir á Magdalena:

– ¡Ah, señorita de Kéroulaz! ¿Cómo le es á usted posible vivir aquí?

A lo cual la hija de Armor, rebelde á fingimientos de la educación, replicó resueltamente:

– Y á usted, señorita de Pelvoux, ¿cómo le es posible vivir en otra parte?

Alina sonrióse con altiva y desdeñosa compasión:

– Es verdad, dijo, dando á su voz un acento de soberana impertinencia, que nadie desea lo que no conoce. Me han contado que los esquimales prefieren las nieves y los hielos de Groenlandia á todas las distracciones y á todo el bienestar que puede proporcionarles la civilización.

Lena era sencilla, pero no tonta.

– Bastan los fulgores de la fantasía, contestó con presteza, para revestir el hielo de mil encantos, y el fuego del corazón para derretir las nieves de los más crudos inviernos.

Alina comprendió que *la bretoncilla* no estaba desprovista de ingenio.

Coqueta hasta en el menor movimiento de su espíritu y atraída por toda originalidad real y sincera, sintióse poseída bruscamente de una simpatía afectuosa hacia aquella niña de dieciséis años que tan interesante lección acababa de darle en breves palabras.

Miró con curiosidad á Magdalena, y por primera vez la huérfana leyó en sus ojos algo que no era frialdad ó desdén.

– Vamos á ver, preguntó alegremente la parisiense á su interlocutora, ¿sería indiscreto en mí el pedirle á usted que me prestara su ayuda?

– ¿Mi ayuda? ¿Y para qué le hace á usted falta?

Alina se echó á reir.

– Confiese usted, señorita de Kéroulaz, que no nos tiene usted en grande estima á las parisienses en general y á mí en particular.

Una joven algo diplomática hubiese procurado eludir toda contestación directa.

Lena no tenía por qué disimular sus sentimientos y respondió con la mayor naturalidad:

– Acaso es cierto, por más que no he tratado de darme cuenta exacta de mi manera de sentir sobre ese punto... Pero eso no me impide ponerme á su disposición... ¿En qué puedo serle á usted útil?

– ¡Muy bien!, exclamó la señorita de Pelvoux, decididamente conquistada por aquella ruda franqueza. Vamos á entendernos, mi querida enemiga; he aquí lo que le pido á usted ahora.

Después de una breve pausa, formuló su petición de la manera más amable del mundo:

- Óigame: yo no tengo la culpa de ser parisiense y de que me gusten el aspecto, las calles, el ruido y las trivialidades de nuestra gran ciudad. Tampoco la tengo de no comprender los encantos de las soledades campestres, del silencio de los bosques, de las armonías del mar y de las melancolías del cielo. Mas no creo que sea ese un defecto incorregible y me propongo corregirme de él. Quizás con sólo iniciarme en esos misterios me baste para llegar á penetrarlos. Esa iniciativa es la que á usted le pido, pues me parece que usted ha de ser el mejor guía que yo pudiera desear. ¿Quiere usted aceptar la tarea de darme á conocer las bellezas y las seducciones de esta salvaje península? Pondré de mi parte la más firme voluntad para conseguir mi propósito.

Alina dijo todo esto con gran dulzura, mostrando la más graciosa sonrisa á Lena. Ésta, llena de bondad á pesar de su carácter vivo, se dejó seducir.

Una luz intensa iluminó sus grandes ojos.

La huérfana estrechó amistosamente la mano de la señorita de Pelvoux, diciéndole:

– No he tenido razón para hablarle á usted como lo he hecho hace un instante. Usted me perdonará, pues yo no soy una «señorita» como usted.

En aquel momento ambas eran sinceras.

Hízose entre ellas prontamente la reconciliación.

En vez de contentarse con el apretón de manos algo viril de Lena, Alina dió dos besos en la cara á su rival.

Lena tuvo que confesar *in petto* que aquella parisiense era muy amable.

– Vamos, le dijo, ¿qué debo hacer para complacerla?

Alina contestó:

– Pues... nada más que lo que tenga usted por costumbre cuando está sola. Me han hablado de sus excursiones de usted por los campos, de sus zambullidas en el mar... ¿Quiere usted llevarme en su compañía á esa clase de distracciones?

Lena permaneció algunos segundos mirando con sorpresa á su interlocutora.

– Mas ¡ah! si hay para ello algún obstáculo..., murmuró ésta ante el silencio de Lena.

– Ninguno... Pensaba únicamente...

– ¿Qué?.. ¡No deje usted de decírmelo!

Magdalena, fijando su vista en el elegante vestido de Alina, exclamó, echándose á reir:

– Pensaba que para correr por los campos, como usted quiere, está usted demasiado bien puesta y que las aliagas y los espinos le destrozarán las botas de tela y la falda...

– No importa, contestó Alina, desgarraré cuantas sea preciso.

– ¡Ah, no!, replicó Lena con seriedad. ¡Sería lástima!

– Pues entonces, no veo la manera... Dos días hace que estamos aquí, y marchándonos dentro de trece, no voy á encargar un traje especial.

Magdalena, que había ya reflexionado, movió su bonita cabeza.

– No, ciertamente; no he querido decir eso. Mas he encontrado ya el medio de arreglarlo todo. Somos de la misma estatura..., ¡si quisiera usted ponerse uno de mis vestidos!.. Le iría como si fuera suyo...

– ¡Bravo!, opinó la parisiense. ¿Y cuándo empezaremos, mi querida ondina?

Lena miró fijamente á su compañera con el mayor asombro.

– Señorita, ¿quién le ha dicho á usted que me llaman ondina?

– ¡Bah! Espero que no seguirá usted llamándome siempre *señorita*... ¿Que quién me ha dicho su nombre de ondina?.. Pues su primo Pablo... Yo no sé cuántas veces le he oído darle á usted ese nombre, que parece hecho para usted expresamente... ¡Vamos á ver! ¿No quiere usted llamarme de otro modo, mi querida Magdalena?

– ¡Sí, mi querida Alina!, pronunció casi con esfuerzo la señorita de Kéroulaz.

El nombre de *ondina* en los labios de una extraña, en la cual, á pesar de todo, veía un fondo de crítica y de escepticismo bajo apariencias de franqueza y de amabilidad, sonó á sus oídos como una palabra irónica.

Sintió Magdalena desbordarse en su corazón una grande amargura al pensar que Pablo, que casi siempre la llamaba así, había dejado profanar aquel nombre por otra boca.

Quería decir aquello que la estrecha intimidad sólo conocida por ella y por el oficial de marina había sido contada en triviales conversaciones.

No por eso se enojó con la señorita de Pelvoux.

Después de todo, no había cometido ésta ninguna mala acción al aplicarle un vocablo que oyó emplear á otro.

Alina sacóla de aquellas dolorosas meditaciones renovando su pregunta:

– ¿Cuándo empezamos?

– Hoy mismo, si usted quiere. El tiempo es magnífico; en cuanto almorcemos subirá usted conmigo á mi cuarto á elegir el vestido que más le agrade.

Hízose todo como convinieron las dos jóvenes.

Apenas terminó el almuerzo, Alina anunció á su madre que iba á emprender una excursión en compañía de Magdalena.

Este anuncio arrancó una exclamación á la señora de Pelvoux.

– Pero ¿tú no piensas, hija mía, en que hoy precisamente va á volver Pablo antes que de costumbre? ¿Qué va á decir si no te encuentra?

– ¡Que diga lo que quiera! No está en mí el esperarlo.

– Sin embargo, vivimos en su casa, Alina, y tiene hasta cierto punto derecho...

La parisiense hizo un movimiento de impaciencia, preludio de emancipación.

– ¡Que se resigne! Lena me lleva consigo y este castillo me aburre... Dile que ya conoce todos los escondites de la ondina y que con ella voy...

No quiso decir ni oir nada más, y subió la escalera corriendo detrás de Magdalena.

Las dificultades para la elección de un traje apropiado al caso empezaron en el cuarto de ésta: había que optar por un vestido blanco, por uno azul ó por uno negro.

La señorita de Pelvoux eligió el negro.

Lena no se había equivocado. Las dos jóvenes tenían la misma altura, la misma espalda y el mismo talle.

Pero la señorita de Pelvoux contaba dos años más y su busto era más desarrollado que el de Lena.

Una vez vestida la bella Alina, veníale el traje tan justo, que la tela, perfectamente amoldada á sus formas, contribuyó no poco á poner de relieve la pura armonía de sus líneas.

Magdalena le dijo:

– ¡En verdad, señorita, que es usted muy bien hecha!

– ¿Aún me llama usted señorita?, exclamó la parisiense con un gesto de reproche.

– Querida Alina, respondió esta vez Lena simplemente.

– No he venido aquí en busca de elogios, mi querida Lena, replicó con viveza la seductora señorita de Pelvoux. ¡Ya estoy preparada! Por mí no hay que detenerse. ¡En marcha pues!

Bajaron la escalera con la misma prontitud con que la habían subido.

Al llegar al patio del castillo, la ondina sacó de su bolsillo un pequeño silbato de plata con el cual llamó á *Spring*.

El perro acudió dando saltos, y como las dos jóvenes estaban de espalda, engañado por el vestido negro que se había puesto la parisiense, fué á frotarse con alguna rudeza contra Alina que, asustada, dió un grito.

Lena soltó una carcajada.

– ¡Ah, torpe!, exclamó. ¡Mi pobre *Spring*, si conocieras los proverbios sabrías que *el hábito no hace al monje!* ¡Vamos, repara la falta que has cometido! ¡Pide perdón á esta señorita!

El perro de Terranova, bajando la cabeza y la cola, se acercó humildemente á la señorita de Pelvoux y lanzó á sus pies un gemido.

Ésta le hizo una caricia, á la cual *Spring* se mostró muy sensible. Levantándose de un brinco, el perro lamió la cara de Alina, á quien no pareció que le agradaban mucho demostraciones tan exuberantes.

Lena comprendió que la parisiense haría su aprendizaje campestre con suma dificultad.

– ¡Marchemos!, dijo la ondina. ¿Dónde desea usted que vayamos?

– Creo que es usted quien debe decirlo...

– ¿Quiere usted que vayamos al mar?

– ¿Por qué no? El tiempo me parece á propósito.

– Entonces, vamos á despertar á Alain.

– ¡Alain!.. ¿Quién es Alain?

– Alain Le Gadec, un viejo amigo mío, á quien usted querrá también en seguida, un antiguo marinero que estuvo en Navarino y en Crimea.. ¡Ah! Ese sí que tiene cosas que contar. Usted podrá juzgar por sí misma.

Y de pronto, echando una mirada hacia el pasado, sintió que las lágrimas asomaban á sus ojos.

– ¡Pobre padre Alain! ¡Qué contento va á ponerse! De fijo que no espera mi visita... Ni siquiera sabe que he vuelto... ¡Voy á darle una sorpresa!

Alina de Pelvoux no se explicaba del todo la repentina emoción de su compañera.

Fué muy grande su curiosidad por conocer al que se la inspiraba.

Seguramente, su decepción, que no llegó á confesar, debió ser muy honda.

Lena tomó el camino más corto, á través del campo, como muchacha acostumbrada á ello, sin reparar en que los delicados pies de Alina se fatigaban de tanto hundirse en la arena y de tanto resbalar sobre las ramitas caídas de los fresnos y de los pinos.

La señorita de Pelvoux disimulaba su cansancio todo lo más que le era posible, prometiéndose verse recompensada de aquellas fatigas con el espectáculo de las agrestes bellezas del Morbihán. Siguió, pues, valerosamente á Magdalena, y culpa suya fué el que, por empeñarse en andar al mismo paso que ella, se sintiera pronto cansada.

A medida que iban avanzando, el horizonte del mar ensanchábase ante sus ojos y el borde roquizo del golfo y de la costa marcaba mejor sus peñascos, escalonados en cortaduras sucesivas.

Por eso mismo el camino hacíase cada vez más accidentado y más penoso.

De repente, al tocar el punto culminante de la pequeña península, vieron á sus pies el panorama del golfo y el del mar abierto que se extiende frente á Hœdic.

El espectáculo era tan nuevo, tan vasto y á la vez tan majestuoso, que Alina de Pelvoux, admirándolo, dejó salir de sus labios esta exclamación:

– ¡Oh, qué hermoso panorama!

Este grito de admiración sincera fué derecho al corazón de la ondina.

Lena se detuvo.

Brilló en sus pupilas un fulgor de victoria.

– ¿Verdad que es hermoso? Ya sabía yo que no permanecería usted insensible á los encantos de nuestros paisajes.

Alina había recobrado ya su sangre fría.

– Sí, dijo. Confieso que esto es magnífico. Pero al cabo de algún tiempo debe parecer monótono.

Lena era demasiado fanática en su culto á la tierra natal para aceptar la más pequeña restricción á lo que en su elogio se decía.

– No, replicó, esto nunca es monótono. Hoy ve usted el mar en calma bajo los rayos del sol; lo ve usted tranquilo y risueño sin un pliegue en su superficie. Mañana quizás lo encontrará usted irritado y furioso. Si viviese usted, como yo, todo el año en su orilla, sabría usted que no hay nada más cambiante que su fisonomía, y la contemplaría usted de seguro con el mismo interés con que se contempla el rostro de una persona cuyos sentimientos deseamos conocer.

Y arrastrada por el entusiasmo, dejó afluir á sus labios las palabras.

– ¡Ah, mi querida Alina! No puede usted suponer las sorpresas que encierra este cuadro, en apariencia siempre igual. El mar es un espejo vastísimo donde todas las impresiones del cielo se reflejan, y como nos cansaríamos de estar sin cesar mirando hacia la bóveda celeste, la naturaleza ha colocado su reproducción bajo nuestros ojos. La escena, después de todo, es la misma que en las ciudades; sólo faltan los hombres.

Alina aplaudió con los guantes puestos.

– ¡Bravo, Magdalena, bravo! Es encantador lo que está usted diciendo, y además ¡lo dice usted de una manera! Verdaderamente, desde que comenzó nuestra amistad sospeché en usted inclinación á la poesía, pero no estaba segura. Ahora ya lo sé. Si «sólo faltan los hombres» en el paisaje que nos rodea, en su inspiración de usted sólo faltan los versos.

Lena murmuró sin enfadarse y con gracioso gesto:

– No se burle usted de mí; si no, ya no diré más... Pero hasta ahora no había reparado en que tiene usted puestos los guantes. De fijo me mira usted como una campesina al verme sin ellos.

– ¡Oh! Si he seguido con los guantes puestos es puramente por costumbre. Mas para hacerme tan campesina como usted, me los voy á quitar.

Y con sus blancos dientes se puso á retirarlos de sus dedos.

Al conversar iban acortando el paso.

– Una sola cosa me sorprende en la comparación que acabo de oirle á usted ¿Cómo puede usted juzgar el mundo sin conocerlo?

Lena se puso colorada.

– ¡Oh!, dijo. Hablo de él principalmente por lo que

he oído y también algo por lo poco que he visto yo misma. Mis comparaciones pueden no ser exactas, pero no pretendo que se les dé más valor del que tienen.

Y por no prolongar la conversación sobre aquel tema, vecino de la literatura, capítulo sobre el cual era manifiesta la ignorancia de la joven campesina, se puso á bajar corriendo por la pendiente hacia el golfo.

Algunos minutos después, Alina, casi sin aliento, la alcanzaba al borde mismo del mar, frente al islote de Alain Le Gadek.

—¿Y cómo hay que hacer para llegar hasta allí?, exclamó la parisiense con estupor, mirando la pobre casucha.

—Va usted á verlo, contestó Lena echándose á reir.

La flexible y ligera muchacha retrocedió para tomar carrera, levantó sus enaguas casi hasta las rodillas, y sin preocuparse por la distancia, salvó de un salto el foso que separa el islote de la tierra firme.

—¡Jamás podré hacer yo eso!, gimió Alina con miedo.

Magdalena le contestó desde el peñasco riéndose:

—No es necesario. Si usted quisiera podría hacer lo mismo que yo. Mas si tiene el menor reparo, espere usted un poco, voy á poner un puente para que pase.

Luego, Lena gritó con alegría:

—¡Aquí, *Spring!* ¡Ven aquí!

En un abrir y cerrar de ojos saltó el perro junto á su ama, sobre la roca.

Alina, sola al otro lado, tuvo que esperar la colocación del puente portátil.

Vió á Magdalena correr á la casita, descolgar de la pared el puente movible, bastante estrecho y delgado para hacer de él un excelente trampolín, y cogiéndolo en sus brazos colocarlo atravesado encima del foso.

—¡Ya está!, gritó la joven bretona. ¡Ahora tiene usted por donde pasar!

Pero Alina no tenía gran confianza.

Parecíale que aquellas flexibles tablas iban á despedirla como un volante lanzado por una raqueta.

—¿Está bien segura?, preguntó.

Magdalena soltó una carcajada.

Era la revancha de sus audacias sobre las coqueterías de su rival.

También ella tenía derecho á bromearse con Alina.

—¡Bah! ¿Tan miedosa es usted? Vamos, ¡venga! ¡No hay peligro! Un regimiento de caballería podría pasar fácilmente. ¿Quiere usted que vaya á buscarla?

—¡Si usted fuera tan amable!, contestó Alina, apoyando tímidamente un pie en el extremo del puentecito.

Lena acudió, brincando como una pelota sobre el trampolín, satisfecha por cierto de poder infligir aquella pequeña humillación á la irónica parisiense.

Colocóse sobre las dos tablas, en medio del puente, y tendió su mano derecha á la indecisa Alina.

Para llegar al lado opuesto bastaban apenas cuatro pasos. Pero Alina necesitó dar lo menos diez.

Por fin, tocó la orilla del islote.

De pronto proyectóse una sombra humana delante de las dos jóvenes, y *Spring*, muy contento, empezó á dar sonoros ladridos.

Lena, al mismo tiempo, exclamó:

—¡Ah, padre Alain! ¡Padre Alain! ¡Le traigo una visita!

El anciano se acercó á ella sin poder dominar su emoción.

—¡Pequeñita mía!, dijo con voz profunda. ¡Qué sorpresa tan agradable! No creí que volvería á verla por lo menos hasta pasado un mes.

Y cogiendo á Lena por los brazos y levantándola como á una niña, la besó en las mejillas.

No dejó de chocarle á la parisiense esta familiaridad y retiróse algo, como si temiera ser objeto de una manifestación idéntica.

Pero Le Gadek llevó la mano á su gorro de lana y descubriéndose saludó respetuosamente á la desconocida.

—Es este un grande honor para un pobre viejo como yo, dijo.

Magdalena hizo la presentación de su compañera en estos términos:

—Padre Alain, le presento á la señorita de Pelvoux, una amiga mía que desea dar un paseo en bote por el golfo. ¿Quiere usted llevarnos?

El artillero de Bomarsund se inclinó hacia el agujero donde guardaba su embarcación.

—¡Hum!, murmuró. El agua está muy baja y acaso esta señorita...

Efectivamente, el bote se hallaba en aquel momento á una gran profundidad.

Magdalena allanó todas las dificultades.

—Bajemos los dos á sacar el bote y luego, dando la vuelta, tomaremos á bordo á mi amiga.

Tranquilizóse Alina, que no estaba dispuesta á dejarse deslizar por un cable hasta el fondo de aquella especie de cueva, cuyas paredes parecían cortadas á pico.

Así es que aceptó en seguida la solución propuesta por Lena.

Ésta se dejó caer por entre dos cuerdas que formaban algo así como una escala, en medio de los dos rígidos peñascos de la cortadura.

Pocos minutos después embarcábase Alina tal como se había proyectado.

El paseo duró cerca de dos horas.

Cuando el sol declinaba, la señorita de Pelvoux recordó la recomendación que le había hecho su madre. No debía hacer esperar mucho á Pablo de Guenezán.

Volvieron á tierra, desembarcando en la orilla más próxima al castillo.

La parisiense dió las gracias con efusión á Alain, á quien consideraría en adelante como un antiguo amigo.

Al desembarcar, vieron las dos jóvenes á un hombre que las miraba.

Pablo, con las manos en los bolsillos y con un sombrero de paja en la cabeza, había esperado á que ambas pusiesen el pie en la orilla para reprenderlas.

Dirigiéndose á la señorita de Pelvoux, se apresuró á decirle:

—¡Cómo, señorita! ¿Se ha dejado usted ya contagiar por la locura de mi prima? Tenga usted mucho cuidado, pues podría traerle consecuencias.

Apenas se ocupó de saludar á Magdalena, á la que hizo solamente un gesto familiar con la mano.

La pobre ondina sintióse cruelmente herida. ¿Acaso para Pablo ya no tenía Lena otro papel que el de distraer á la recién llegada?

Un brusco sentimiento de cólera hizo refluir su sangre al corazón.



Lena colocóse sobre las dos tablas, en medio del puente, y tendió su mano derecha á la indecisa Alina

Pero la cólera fué pronto reemplazada por un vivo dolor cuando vió á su primo ofrecer galantemente el brazo á Alina y marchar delante con ésta, dejando á la pobre Lena detrás sin otra compañía que la de su fiel *Spring*.

En un instante el espíritu de Magdalena fué invadido por las más amargas reflexiones.

Nunca mejor que en aquel momento supo apreciar la hermosura de su triunfante rival.

Mas ¿por qué había sido ella tan necia, proporcionando á Alina armas para su victoria? ¿Qué necesidad tenía de haberle prestado aquel vestido negro que tan admirablemente le sentaba, haciendo que resaltasen sus armoniosas formas, aquel vestido negro que en adelante, puesto sobre Lena, vendría á ser algo así como la túnica de Neso?

La cena en el castillo fué para Lena un suplicio atroz.

Sin embargo, lo soportó hasta el fin.

Después, durante las largas horas de la velada, pudo ver al teniente de navío prodigando su ingenio para agradar á aquella hechicera que acababa de conquistarlo.

Lo que le causó más daño á la ondina fué el reconocer que Alina merecía aquel tributo de amorosas demostraciones y que justificaba la fama de que gozan las parisienses por su gracia y su seducción.

Parecíale imposible á ella, hija del mar y de los bosques, poder llegar á rivalizar nunca en alegría chispeante y arrebatadora con aquella parisiense de cabellos negros, de penetrante mirada y de húmedos labios en que se adivinaba una expresión un tanto picaresca.

Por fin, sonó la hora de ir á acostarse.

Lena bendijo el momento en que el gran reloj, encerrado en su monumental caja de madera, empezó á dar las doce.

Al cabo iba á verse sola, iba á sustraerse al espectáculo de la ajena dicha que, á la vez, era para ella un tormento.

Apenas entró en su alcoba se echó sobre la cama y vertió abundante llanto.

Sus lágrimas fueron gruesas y ardientes, mas aliviaron su dolor.

Era la juventud de Lena demasiado vigorosa para que quebrantara sus fuerzas aquella sacudida. Un sueño imperioso acabó por imponerse á su honda amargura y cuando Magdalena volvió á abrir sus ojos observó que era la primera vez de su vida que no había visto brillar la aurora. El sol habíase levantado antes que ella, yendo hasta su cama á darle los buenos días cuando aún no había despertado.

Saltó de su lecho, avergonzada de su retraso, y corrió á la ventana en seguida.

Cuando la iba á abrir se detuvo.

Alegres voces llegaron á sus oídos, pronunciadas en el parterre al pie del edificio.

La curiosidad le aguijoneó el corazón.

Quiso oir lo que abajo hablaban.

A pocos pasos de la gran ventana abríase una especie de ventanillo, al cual aplicó muy atentamente su oído Magdalena.

—Es una niña, decía la voz de Pablo; no hay que dar importancia á sus palabras. Pero reconozco que en ocasiones resulta mal educada.

La voz de Gwendolina respondió:

—¿Mal educada, D. Pablo? Diga usted más bien que es viva y espontánea, que es sensible y generosa y que la educación de las ciudades no le ha enseñado á mentir aún.

Lena ya no escuchó más. Un fuego se abrió paso en su espíritu.

¡Ah, buena Gwen! Aquella lección iba á dar sus frutos.

(Continuará)

PROCEDIMIENTO DEL DOCTOR CALOT

PARA CORREGIR LAS JOROBAS

La comunicación extraordinaria que el Dr. Calot ha presentado recientemente á la Academia de Medicina de París, demuestra una vez más que, contra

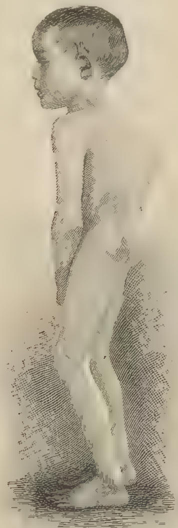


Fig. 1. – Niño jorobado de cinco años

la opinión de M. Brunetière, la ciencia está muy lejos de haber *hecho quiebra* en este siglo de progreso. Se ha dado la palabra á los mudos, hoy se endereza á los jorobados, y ¿no se ha hablado últimamente, bien que con alguna vaguedad, de devolver la vista á los ciegos?

De todos modos, las venideras generaciones no presenciarán el triste espectáculo de esos desdichados seres deformes y ridículos que sufren de su enfermedad durante toda su vida. El Dr. Calot endereza á los jorobados, habiendo ya operado este prodigio en treinta y siete casos, siempre con excelente resultado. Digamos, empero, que sólo han sido sometidos á este procedimiento los niños.

Para dar una idea exacta de su modo de proceder, el doctor Calot hizo desfilar delante de sus profesores fotografías que representan niños jorobados y una instantánea tomada durante la operación. Después los académicos vieron pasar derechos como un huso una docena de muchachos cuyas fotografías, tomadas antes de la operación, acababan de ver.

Digamos ahora algunas palabras acerca del doctor Calot, ayer desconocido y que mañana será célebre.

Es un hombre de unos cuarenta años, de fisonomía franca y abierta, de mirada dulce, de aire más bien modesto y sumamente simpático: desempeña las funciones de médico en el hospital Rothschild en Berk-sur-Mer, que, como es sabido, es para niños raquíticos, tuberculosos, etc., muchos de los cuales padecen del mal de Pott.

Compadecido de la miserable situación de estos infelices, ha reflexionado durante mucho tiempo acerca de la imposibilidad de corregir su deformidad, y pesando los peligros que la corrección verdadera, inmediata, brutal en apariencia, podría traer para la existencia del niño ó para el funcionamiento de su medula espinal, se ha dedicado á buscar un medio de mantener sistemáticamente esa corrección una vez obtenida y á determinar los recursos que posee la naturaleza para reparar los desórdenes producidos en el espinazo, sea por la enfermedad, sea por las maniobras quirúrgicas de la corrección.

¿A qué es debida la joroba? A un hundimiento de la columna vertebral. ¿Qué puede hacerse para corregir este defecto? Levantar la columna vertebral, enderezarla y mantenerla recta por medio de un aparato hasta que haya restablecido las soldaduras. Esta operación se practica bajo la influencia del cloroformo: se coloca al niño boca abajo, dos ayundantes tiran de él, uno por los pies y otro por la cabeza, mientras otros dos lo sostienen por debajo de la región umbilical y del esternón. El doctor opera con las manos una presión en extremo vigorosa sobre la joroba, procediendo con método hasta que las vértebras que estaban fuera de sitio vuelven al mismo nivel, ó aun más bajo, de las vértebras vecinas.

Debajo de la mano se perciben, y á veces también se oyen, crujidos de huesos que atestiguan la disgregación de los dos segmentos raquidianos y el deslizamiento de las vértebras unas sobre otras. Para obtener la corrección completa se necesitan de uno á dos minutos.

El doctor Calot no ha registrado ningún accidente desagradable en los treinta y siete casos que ha tratado, y aun ha quedado sorprendido de la facilidad con que la corrección se logra.

Pero la dificultad estribaba en mantener en su posición normal la espina dorsal desoldada: cualquier falso movimiento podía ocasionar una ruptura de la medula y producir la muerte inmediata; para evitar esto, el doctor Calot ha inventado un aparato en el cual se coloca al sujeto operado.

He aquí la disposición de este aparato: sobre una capa de algodón en rama acolchado, se aplica un vendaje enyesado circular, colocando en el sitio de la jibosidad almohadillas de aquella misma materia cruzadas que permiten apretar con fuerza las fajas acolchadas, sin haber de temer para el niño una dificultad en las funciones de las vísceras torácicas abdominales.

La construcción de este aparato exige de diez á quince minutos, transcurridos los cuales el yeso queda solidificado y el niño puede ser despertado, pues ha terminado la operación.

Este aparato de yeso se lleva tres ó cuatro meses, y cuando se quita, la espalda está aplanada. Entonces se sustituye aquél por otro análogo y que el niño ha de llevar durante el mismo período de tiempo que el primero. Después de este segundo aparato, y á veces de un tercero, el operado puede andar llevando sólo un corsé, pues ha entrado ya en el período de la convalecencia. La corrección absoluta de su enfermedad ha durado en total diez meses.



Fig. 2. – El mismo niño cuatro meses después de la operación

Tal es el tratamiento que hace seguir el doctor Calot á los jorobados á quienes opera, y todas sus operaciones han tenido el mejor resultado.

Hasta ahora sólo han sido operados niños, cuyas jibosidades se hallan en el período de formación, no habiéndose aún intentado experimento alguno con los adultos; pero ya es algo poder decir que desde hoy cabe impedir que las jorobas se formen.

Los resultados mencionados son notables porque, debido á la proximidad de la medula espinal, eran de temer los accidentes paralíticos y aun la muerte. Algunos sujetos han presentado varios días fenómenos de *paresia* y otros tuvieron accesos, pero en pocas semanas todo entró en su estado normal.

Las ventajas del procedimiento del doctor Calot son que este tratamiento es más corto que los hasta ahora empleados, y conserva en toda su integridad las funciones respiratorias y digestivas del niño.

La Academia de Medicina de París ha felicitado al doctor Calot por su comunicación, y ha encargado á dos de sus individuos, los doctores Monod y Reclus, que emitan dictamen. – L. M.



Fig. 3. – El Dr. Calot operando á un niño jorobado

ISLAS FILIPINAS

(Véase la lámina de la página 101)

He aquí algunos datos explicativos de las vistas que componen la lámina de la página 101.

El barrio de la Ermita, en Manila, está situado á orillas del mar y es el sitio de verano preferido por las familias acomodadas de la capital: hay en él multitud de chalets de madera artísticos y elegantes, construídos á la moderna, y en la playa se levantan en la temporada de baños infinidad de casetas, que le dan el aspecto de una estación balnearia europea.

El paseo de la Luneta es el punto de reunión de las gentes elegantes de Manila, que hallan grato solaz y fresco ambiente en sus amplias y sombrías alamedas, iluminadas de noche por grandes focos de luz eléctrica: en ambos extremos hay dos surtidores y en el centro álzase la glorieta destinada á las bandas militares que alternativamente tocan allí todas las tardes y entre las cuales merece especial mención la de artillería, compuesta de músicos indígenas y dirigida por el Sr. Villapol. En el paseo de la Luneta se han llevado á cabo últimamente las ejecuciones de los principales autores y cómplices de la actual insurrección condenados á muerte por los consejos de guerra.

La catedral de Manila, de estilo bizantino, es una obra grandiosa y de arquitectura modelo: en 1863 fué completamente destruída por un terremoto; reedificada en seguida, sufrió en 1880, á consecuencia de otro terremoto, terribles desperfectos que no tardaron en ser reparados. Este hermoso edificio está situado en la plaza del Palacio, en la que se levantan también las Casas Consistoriales y el Gobierno Civil y en la que se construye actualmente el palacio de Santa Potenciana, destinado á residencia del Gobernador general.

El pueblo de Santa Ana dista de Manila unos dos kilómetros: se le llama también el pueblo de los extranjeros por ser sitio predilecto de éstos, que tienen allí sus viviendas y centros de recreo. Es un lugar en extremo pintoresco, rodeado de espesos bosques y de extensos sembrados de palay y caña dulce que fertiliza el río Pasig. Hay en él un embarcadero donde van á parar las *bankas* ó piraguas cargadas de toda clase de mercancías y procedentes de las poblaciones vecinas.

El Hospital de San Juan de Dios ocupa una manzana entera entre las calles Real, de San Juan de Dios, San Francisco y de la Muralla: forma interiormente dos cuadrados, en cuyos centros hay jardines y artísticas fuentes. Sus condiciones interiores son excelentes. En él siguen sus estudios los alumnos de Medicina.

La calle Real de Malate, barrio del cual hemos hablado en uno de los anteriores números, es una calle ancha y bastante larga, continuación de la Real de la Ermita. El primer edificio que se ve á la izquierda, en la fotografía, es la Casa Consistorial, edificio de madera y bambú con techo de hierro galvanizado.

El monumento que otro de nuestros grabados reproduce perpetúa la memoria del ilustre patricio D. Simón Anda y Salazar, del que fué por las autoridades nombrado teniente gobernador y capitán general cuando el ataque de los ingleses en 1762, del que refugiado en la Pampanga supo organizar un ejército voluntario y vencer á los invasores, dejándolos encerrados en la capital y rescatando luego ésta, del que algún tiempo después como gobernador realizó importantes mejoras para la agricultura y el comercio, del que hizo construir barcos y fortificó la ciudad. Dicho monumento se alza en un extremo del paseo del Malecón; está formado por un obelisco de mármol blanco sobre un pedestal de granito y fué construído por suscripción pública.

Las fotografías que reproducimos son de D. Félix Laureano.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

REFRANERO METEOROLÓGICO. – CLIMATOLOGÍA, por *C. Puente*. – No es este libro una lista más ó menos completa de refranes relacionados con la meteorología; de aquí su originalidad y su interés, puesto que en él se estudian, analizan y comparan entre sí estos refranes y se les examina con criterio ajustado á los sanos preceptos de la lógica. La obra, que comprende no sólo refranes castellanos sino que también de los varios idiomas y dialectos usados en España y Portugal, además de interesante y útil desde los puntos de vista científico y agrícola, está admirablemente escrita, resultando su lectura por todo extremo amena é instructiva. Creemos que el Sr. Puente, distinguido astrónomo del Observatorio de Madrid, ha prestado un buen servicio á la ciencia y á la literatura nacionales y por ello merece entusiastas felicitaciones. El tomo que se ha publicado es el primero de la obra que comprenderá tres, forma parte de la biblioteca *Vox Populi* que se propone publicar el Sr. Puente y se vende á 3 pesetas.

PANORAMA NACIONAL. – Se ha repartido el cuaderno 15 de esta importante publicación que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles: contiene 14 preciosas fotografías reproduciendo monumentos interesantísimos de Palma, Salamanca, Granada, Santiago, Barcelona y Sevilla, escenas de la vida militar, una volanta y un platanar en Cuba, el célebre cuadro de Murillo San Antonio de Padua, existente en la catedral de Sevilla, y una gran vista panorámica de León, todas con interesantes descripciones. Véndese á 70 céntimos.

LA AVICULTURA PRÁCTICA. – Se ha publicado el número 6 de este boletín mensual ilustrado, dirigido por D. Salvador Castelló y Carreras y órgano de la Real Escuela de Avicultura de Arenys de Mar, que contiene artículos y grabados muy interesantes.

LA NEBLINA. – Los números 15 y 16 de esta revista ilustrada que bajo la inteligente dirección de D. José S. Chocano se publica en Lima, contienen artículos y poesías de J. M. Tapia, J. S. Chocano, barón de Tierralta, J. Pagador, B. García Sagastume, J. A. Román, C. Palma, L. Ulloa, S. Velarde, D. de Vivero, A. B. Méndez, A. A. [illegible], M. B. Ugarte, J. [illegible], D. del Prado, O. Espanza, F. G. Cisneros y M. C. [illegible], y varios grabados.

AGATA, por *Alfonso Pérez Nieva*. – Tratándose de autor tan conocido y tan estimado del público, es innecesario elogiar la preciosa novela *Agata*, hablando de su interesantísimo argumento y ponderando los primores de su estilo, cualidades propias de cuanto escribe el Sr. Pérez Nieva; por esto nos limitaremos á decir que el libro que nos ocupa forma el volumen tercero de la bonita *Colección Elzevir Ilustrada*, que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Juan B. Gili, lleva bellos grabados de F. Gómez Soler, y se vende como todos los de aquella biblioteca á 2 pesetas.

BARCELONA Á LA VISTA. – El cuaderno 6.º de esta interesante publicación, editada por la Librería Española de esta ciudad, continúa la serie de reproducciones de los sitios y monumentos más notables de Barcelona. Véndese á 30 céntimos.



Frontal de San Jorge, existente en la capilla de la Audiencia de Barcelona, reproducción al óleo ejecutada por la Srta. D.ª Juana Soler

FRONTAL DE LA CAPILLA DE SAN JORGE

Gallarda muestra de los bordados de imaginería catalana del siglo XVI es el notabilísimo frontal que se conserva en la capilla de San Jorge de la Audiencia de nuestra ciudad, que con tanta fidelidad y acierto ha reproducido al óleo la Srta. D.ª Juana Soler, venciendo las dificultades que así en el dibujo como en su tonalidad ofrece una producción de tal índole. Justamente llamó la atención del público en el Salón Parés, siendo á nuestro juicio digna de figurar, tanto por la importancia del original cuanto por el mérito de la copia, en el Museo de Reproducciones Artísticas.

Simbólico es el asunto que en el frontal desarrolló el maestro Antonio Sadurní, que es á quien se debe tan importante obra, labrada á mediados de la décimasexta centuria. Vese al Santo Patrón de Cataluña, armado de punta en blanco, humillando con la lanza á un fiero dragón que amenazaba devorar á una hermosa doncella.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 15 de febrero de 1897 — Núm. 790

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UNA NOCHE DE CARNAVAL

Dibujo de N. Méndez Bringa. (Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero.)

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Mourawieff en Berlín. – Agitaciones interiores de Rusia. – Eterna cuestión de Oriente. – Los trescientos mil armenios degollados. – Informes acerca de Armenia dados por un escritor francés muy sincero. – El sultán personificando la decadencia. – Inglaterra por los armenios y Rusia contra los armenios. – Causas de la opinión rusa. – Propuesta de repetir el exterminio de los genízaros. – Ultimas noticias de Creta. – Reflexiones. – Conclusión.

Todo mi gozo en un pozo. El canciller Mourawieff, después de haber visitado á París, hase detenido en Berlín. Es cosa natural esta segunda visita y en Europa nadie la extrañara de no haber insistido tanto los franceses partidarios de la inteligencia y alianza rusas en que no pasaría de ningún modo por Berlín el ruso canciller. Pues ha pasado. Y amén de pasar, se ha detenido tantos días como en París, aprovechados para departir sobre los problemas europeos, cada vez más dificultosos, y sobre las agitaciones orientales, cada vez más amenazadoras. Por cierto que periódicos franceses republicanos, muy republicanos, loando á Mourawieff, recuerdan la sangrienta pacificación de Polonia hecha por su señor padre allá en la década del sesenta, como si ya hubiéramos dejado de ser demócratas y nos apercibiéramos á inscribir nuestros nombres en las legiones exterminadoras compuestas por los fatídicos soldados del czar. Yo no digo hagamos todo cuanto hicieron en París nuestros predecesores y maestros, cuando violaban por Polonia el Congreso Constituyente ó por la Ciudad Eterna promovían una manifestación revolucionaria interior. Tristísimas experiencias nos han dicho que así como en el siglo pasado nada se pudo hacer por salvar á Polonia, en este siglo expirante nada se puede hacer por resucitarla y reconstituirla. Pero del reconocimiento de tamaña triste imposibilidad á los elogios, cómplices y encubridores del crimen mayor cometido por la monarquía y por los monarcas, media una gran distancia. En el año noventa y dos, perpetrados ya el desmembramiento y descuartización de Polonia, propusiéronse hacer lo mismo con Francia en su nueva coalición los coronados descuartizadores. Y no pudieron, porque si Polonia cayó por aristocrática y monárquica, Francia se redimió por progresiva y libre. Continuemos siendo una democracia.

No quieren otra cosa los rusos ilustrados que ser una democracia y no envidian otra cosa que la República en Francia. Mas el carro de tanto Imperio se atasca en el barrizal de la estepa, donde lo guarda inerte la superstición y la ignorancia del mujich, según llaman ellos al triste campesino moscovita. La esperanza de conmoverlo y sacarlo del atascadero late aún en el corazón de la juventud universitaria, sin duda porque han vivido poco aquellos jóvenes y no ha llegado aún á su frente la vespertina sombra del eterno desengaño. Quitadle al madrugador almendro sus flores y á la vívida juventud sus esperanzas. En la Universidad de Moscou no se dan clases hace un mes, porque creen los estudiantes justo aguardar alguna libertad moderna del czar, joven como ellos; y no pudiendo contener las grandes aspiraciones liberales que les retozan por el cuerpo, piden su indispensable satisfacción á gritos. De aquí una manifestación á diario y en cada manifestación una muchedumbre de presos. ¡Infelices! Si pudieran transportar á la mente del pobre labriego su estado mental, no habría duda posible acerca de la transformación moscovita; vendría cual ha venido en pueblos, de relativo atraso antes, como los uncidos al odioso yugo de las monarquías absolutas. Pero si en ciencia mandan los de arriba, los pensadores, nuncios de lo porvenir, en política mandan los de abajo, los labriegos, plantas del terruño apegadas á lo pasado. Y á medida que Rusia sea mayor y junte más pueblos bárbaros á su imperio, mayores serán los sostenes del despotismo. Mas esta convicción tristísima no empece á que los estudiantes rusos entre sí traben federaciones; designen federales consejos residentes en Moscou; envíen emisarios á Francia, los cuales den á esta nación, iniciadora y profeta, en rostro con que se prosterne de hinojos ante un régimen autocrático, y vayan en procesiones numerosas al cementerio de la Waganka, donde yacen los innumerables muertos inmolados por una imposible administración para protestar contra un despotismo que trae aparejadas tan tremendas catástrofes.

Por manera que no solamente se piden reformas en Turquía, se piden también reformas en Rusia. Mas por el paso que llevan los hechos, tardarán muchísimo las reformas en Rusia, y descompondrán á Turquía si llegan á realizarse alguna vez las hoy, según dicen, inminentes reformas. ¿Qué saben de reformas, ni pueden saber, los musulmanes? Cuando el sofista Pilatos oyó á Cristo hablar de la verdad, le preguntó: *¿Quid est veritas?* Cuando las tribus germánicas avanzaban pululantes y vengadoras sobre la Ciudad Eterna, los últimos césares hablaban de libertad al pueblo rey; pero este pueblo, embrutecido por cinco siglos de infame despotismo, preguntaba qué cosa era eso de libertad. No basta decretar las reformas; es necesario vivirlas. Y para que se vivan por los pueblos, es necesario que tengan éstos un aparato mental capaz de recibirlas y de asimilárselas. Dadle al más gallardo ciervo de la selva un higadejo de pato á lo Estrasburgo, y ¡valiente regalo le habéis hecho, si al mismo tiempo no le dais un aparato digestivo con que tragárselo y diluirlo por su cuerpo! Quien enajena su voluntad al fatalismo, su entendimiento á un libro revelado indiscutible, sus ideas á un Dios que todo lo sabe, su gobierno á un califa que todo lo puede con su omnipotencia de monarca y pontífice, desde abriros las puertas del sepulcro hasta cerraros las puertas del paraíso, no puede con la libertad y la soberanía como los llamados á la vida del derecho por seculares y hondas revoluciones, aunque lo mande un milagro.

El mundo se ha quedado atónito después de saber que los musulmanes habían inmolado trescientos mil armenios, al saber los tormentos indecibles con que agravaran estas inmolaciones. Y quien más de cerca vió todos estos cruentos sacrificios, que nos hacen retroceder á las tribus y á las edades antropófagas, es el sabio alumno de la Escuela de Atenas M. Berard, enviado allá para requerir de los naturales una información y publicarla, por el profundo catedrático de la Sorbona, compañero mío en el Instituto de Francia M. Lavisse, director de una gran revista europea, publicada hoy en París. Si personas de tal seso en su mente y de tal veracidad en sus informaciones varias no lo dijesen, nos resistiríamos á creerlo. El intento de suprimir Armenia suprimiendo los armenios, como un día los predecesores mongólicos del sultán suprimieron de Quio los griegos y los genízaros de Bizancio; la tala de ciento diez y nueve burgos desarraigados del suelo por los exterminios de la matanza y del incendio como se pueda arrancar un árbol de raíz; las mujeres arrastradas á la cola de los caballos con sus hijuelos en brazos; familias enteras conducidas á los mataderos donde sus verdugos les cortaban las manos y los pies antes que las cabezas para atormentarlas; el horror llevado hasta el extremo de dar á las víctimas para su alimento la propia carne de su cuerpo cercenada con el yatagán homicida; la circuncisión impuesta por el sable para llevar á Mahoma los fieles de Cristo; tantas crueldades increíbles demandan el desarraigo de un Imperio cuyos actos deshonran á la humanidad y pudren el planeta.

Y de todo tiene la culpa el sultán. Es una especie de Augústulo, quien creía salvar en sus postrimerías á Roma, porque cuidaba dentro de sus gallineros imperiales con sumo interés una gallina que Roma se llamaba. Indispensable ver su retrato recién hecho por Berard. La soledad le absorbe al sultán porque teme hallar un enemigo en cada semejante y porque la soledad es lo más parecido á su alma y á su conciencia que puede haber. En cada cortesano ve un traidor, en cada guardián un asesino. A nadie confía los secretos de su alma. En persona ninguna tiene confianza. Su escudriñadora mirada solamente revela recelos. El mal escondido temblor que le sacude cuando habla con cualquier interlocutor, dice que de todos teme algo y en todos sospecha cualquier mala intención. Sus domésticos más cercanos ignoran dónde duerme, porque cada noche cambia su alcoba. Solamente sale de palacio los viernes para ir á la Mezquita, y pone tal número de soldados y esbirros en movimiento, que le rodean dos ejércitos; uno á la vista y otro en el misterio. Dentro del coche lleva un hijuelo suyo sentado sobre las rodillas para que sea su escudo contra las balas, y en el pescante pone á Midhat-Bajá, por ser el héroe nacional, el defensor de Plewna, contra quien jamás se alzará un musulmán, por considerarlo el mayor enemigo de los cristianos y el mayor héroe de las creencias koránicas que ha tenido Turquía en los tiempos últimos. Le dominan dos consejeros, á cual más inhumano: un árabe nubio jamás de sangre saciado, y un sirio engañador, como perteneciente á la raza, hechicera y mágica de antiguo, en que tomaba Nerón los compañeros de sus fechorías, cortesano por atavismo y sustentador de esta doctrina: «muerte al infiel.»

No conozco ninguna cuestión que sea tan controvertida en Europa como la cuestión armenia lo es ahora mismo, batallando con encarnizamiento entre sí las más encontradas creencias respecto de tan pavoroso problema. Si á un estadista del fin de un siglo como el anterior, le dijeran que al fin de este nuestro siglo el imperio ruso estaría por los musulmanes y el pueblo inglés contra los musulmanes, resistiríase con resistencia increíble á creerlo. Que un heredero de Pedro el Grande suspenda la marcha tenaz de los suyos á Constantinopla y un heredero de lord Chatam disuelva el imperio turco, fenómenos tales son que escandalizan nuestra vejez, porque pasaba en nuestra juventud á este respecto precisamente lo contrario. Inglaterra cree que quien protestó con fortuna tan grande contra las matanzas de Bulgaria, debe protestar contra las matanzas de Armenia. Gladstone llama todos los días en profético lenguaje asesino coronado al sultán. Pero Rusia, que, natural redentora de los búlgaros, vió revolverse á éstos en su contra, no quiere por la parte asiática del imperio turco ninguna Bulgaria. Dominando una parte considerable del territorio armenio, cedido á su grandeza unas veces por la Turquía, otras por la Persia, teme Rusia que los habitantes á su dominio adscritos pugnen por irse al nuevo Estado y al nuevo pueblo libres, lo cual pudiera traerle dificultades inmensas. Así quiere la estabilidad.

Para una gran parte de los publicistas europeos no hay problema ninguno en Armenia; cuantos factores y términos lo constituyen, se han elaborado en el magín y caletre de los ingleses. Así no perdonan Armenia y los armenios. Con límites bastante inciertos, el territorio; con historia sobrado confusa, la vida; enemigos un día de Grecia y de los griegos hasta invocar á los mongoles ó turcos, y abrirles sin empacho las puertas asiáticas del bizantino imperio; cortesanos y aun favoritos de los sultanes, que los enriquecieron mucho; el odio, nunca muerto, redivivo siempre contra ellos en kurdos y en circasianos, proviene de haber estrujado á estas pobres gentes, exprimiendo todo el sudor de que sus cuerpos robustos son capaces sobre las usurarias cajas de tan voraces mercaderes como los armenios, quienes absorben el oro ajeno á la manera que absorben las aguas del aire los arenales del desierto. Así, quienes por tal modo discurren, equiparan el movimiento anti-armenio en Asia con el movimiento anti-semítico en Europa, asegurando carecer de todo carácter religioso y de todo carácter político por lo mismo que tiene un carácter social como el que tuvieran en la Roma del Aventino las reivindicaciones plebeyas contra los usureros patricios.

Así no se andan en escrúpulos estos enemigos de la nueva Bulgaria y de la nueva Servia que se dibujan en Oriente, proponiendo haga el califa reinante con los armenios aquello que hizo Tito con los judíos en la toma de Jerusalén, trasladarlos á cualquier ciudad musulmana bien vigilada, como fueron trasladados los hijos de Israel desde las tierras Palestinas al Guetto latino. Hasta el nombre de los genízaros en este conflicto suena, y algunos proponen que se descabece á los armenios como se descabeza á los genízaros, mas con orden y método, para que resulte regular y hasta legal de suyo la matanza, no anárquica como las perpetradas este verano y las usuales hoy en toda el Asia Menor. Cuando se dicen estas enormidades contra la eterna justicia y el humano derecho sin pestañear á ningún escrúpulo y sin avergonzarse de sí mismo quien las dice, cabe pensar que tales efluvios concluyan por producir una peste tan asoladora como la guerra. El telégrafo dice que resuenan los primeros disparos en Creta y que se aparejan al combate las naves griegas. Dios nos tenga de su mano

Madrid, 7 de febrero de 1897.



MANUEL RODRIGUEZ

(EL HÚSAR DE LA MUERTE)

I

Opiniones muy diversas y juicios más ó menos aventurados dieron y dan no poco que discurrir á los biógrafos é historiadores, cuando necesitan ocuparse en analizar las condiciones características del intrépido abogado que, ganoso de glorias bélicas y atento sólo á poner en relieve sus principios liberales, abandonó el foro y las investigaciones judiciales para convertirse en tenaz y turbulento guerrillero, que después fué también el amigo, el secretario, el compañero de aquel legendario José Miguel Carrera.

En la individualidad de Manuel Rodríguez andaban mezcladas las altas cualidades del hombre inteligente y estudioso con los alardes de una naturaleza por demás osada, con los impulsos del carácter impetuoso, dominador y de un temple tal, que jamás se plegó á las circunstancias: su alma era de hierro, no de acero.

La bizarría en el corazón y la fuerza en el brazo le hicieron siempre desafiar los peligros, y más de una vez salió ileso de entre una lluvia de balas, cual si poseyera un talismán que le hiciese invulnerable para el enemigo.

Como dice un escritor inmortal, Vicuña Mackenna, Manuel Rodríguez, «sublime y salvador en la víspera de una batalla, era un obstáculo en la tarde de una victoria, y á la mañana siguiente una amenaza.»

Estas anteriores palabras pintan al soldado que fué y será en la historia emblema de valor y patriotismo, y el alma de grandes combinaciones y de prodigiosas actividades organizadoras.

Sagaz, astuto, obstinado, ajeno al cansancio moral y físico, rápido en los movimientos, estratégico consumado, sereno, reanimaba el decaído espíritu cuando los azares de la guerra sembraban la confusión y hacían retroceder á los más valerosos.

Había en Manuel Rodríguez curiosas semejanzas con algunos de aquellos romanos y cartagineses que han dejado recuerdo perdurable por sus hazañas, por su prestigio popular, por la temeridad y fortuna en las empresas.

Con una palabra, con la enérgica y arrogante actitud, contuvo en una ocasión á los que buscaban en la fuga la garantía para su vida. El guerrillero hízose dictador, asumiendo todas las responsabilidades, todos los ardores patrios, todas las esperanzas del triunfo nacional; entonces fué el salvador de vidas y haciendas en la capital chilena.

El tipo de Manuel Rodríguez es de aquellos que se destacan, que se elevan y dominan á las multitudes en momentos de suprema angustia, convirtiéndose en árbitros, en apóstoles, en semidioses. Precisamente los grandes é inmortales servicios, las prendas características del glorioso joven, le condujeron al precipicio.

Después de un gran desastre dominado y neutralizado por su singular patriotismo, creó el memorable escuadrón que llevó el nombre de «húsares de la Muerte,» y mandándolo se batió bizarramente en Maipo, sin sospechar que la justa admiración y el delirio entusiasta de las masas pudiera ser su sentencia de muerte. Corrió la fama de su denuedo en la batalla, y por todos los ámbitos de Chile resonó el nombre del húsar valeroso, despertando rivalidades, envidias y temores en almas pequeñas y en corazones que protestaban contra aquella lógica popularidad.

En la historia abundan tales ejemplos.

Las circunstancias influyeron poderosamente, y no poca parte ha de atribuirse en la desgraciada suerte del noble húsar al rencor y la mala voluntad que abrigaba por el elemento argentino, dominante á la sazón en Chile.



Manuel Rodríguez *(el húsar de la Muerte)*

Esto le acarreó enemistades, y acusado de conspirador se le redujo á prisión en un castillo. Fugóse de allí escalando murallas y confiándose á la diosa Fortuna, pero no tardó en ser arrestado de nuevo y severamente vigilado.

Manuel Rodríguez era galante, enamorado y decidido por las aventuras: había en él mucho de D. Juan, por lo que no escaseó las salidas nocturnas que amistosamente protegía uno de los oficiales encargado de vigilarlo. El pueblo murmuraba de aquel rigor con su caudillo favorito, indignándose al pensar era una injusticia palmaria, y harto se daba cuenta de las causas, pues que era indudable constituía un rival temible, que aun prisionero hacía sombra á muchos.

El alma generosa y franca de Manuel Rodríguez no adivinó el peligro, y entretanto discutíase y decretábase su muerte en un famoso tribunal secreto. La juventud, el valor, la hidalguía de aquel denodado santiaguino, los méritos patrióticos que debieran hacerle acreedor á la gratitud de todos, no pudieron salvarle, por más que sus propios enemigos lo intentaron y para ello hicieron grandes esfuerzos.

Sin embargo, pronunciada la sentencia, se trató de llevarla á efecto sin dilación.

II

En la línea ferrocarrilera que conduce desde Valparaíso, la gallarda ciudad joya del mar Pacífico, hasta Santiago, capital de Chile, hay una estación que si bien es aldea de las más antiguas y sólo notable por las minas y lavaderos de oro, tiene mucho de legendaria desde 1818, y despierta con su nombre un recuerdo conmovedor y sombrío.

Debe consignarse que en aquella pintoresca vía todo es sorprendente, no escaseando en ella las perspectivas más soberbias, los panoramas montuosos y por extremo risueños, y las poblaciones alegres y rebosando luz y galanura, como Viña del Mar, Limache, Quillota y otras muchas: tampoco faltan exuberancias de la naturaleza, frondosas arboledas, *estancias* en la cima de las montañas y en los estribos de la majestuosa cordillera.

Hay abundancia de paisajes en los valles que el sol abrillanta, deslizándose por las altas copas de la *jacaranda,* vestidos con bellísimas flores azules y jugueteando entre magnolias y corpulentos nogales, para descender hasta las gargantas salvajes que asombran al viajero cuando desde el tren disfruta de los singulares contrastes que aterran y deleitan á la vez.

La locomotora sigue rápida por curvas atrevidas y peligrosas, hasta detenerse en la aldea ya mencionada, hoy histórica porque su nombre anda unido con el dramático fin del generoso apóstol de las libertades chilenas Manuel Rodríguez.

Un día, y á raíz del fallo pronunciado por el inexorable tribunal, dióse la orden de marcha al batallón que custodiaba en Santiago el noble coronel de los «húsares de la Muerte», debiendo éste seguirlo en su camino, sin sospechar siquiera la cruel verdad.

«¡Huid!», escribió una mano amiga aunque sin lograr el objeto apetecido; porque Manuel Rodríguez, hombre severo, capaz de todas las abnegaciones y de todas las hidalguías, no encontró motivo para seguir el consejo que creyó efecto de exagerado interés. Era imposible que la saña ó los recelos de sus enemigos llegasen hasta el punto de atentar á su vida.

El carácter de Rodríguez era alegre, muy dado á juveniles amorosos devaneos, y ante la perspectiva de algunas horas placenteras, hervíale la sangre y, arrebatado por su ardiente fantasía, dejábase llevar por ella y por sus impacientes aspiraciones.

El batallón descansaba frente á la aldea de Tiltil y á orillas del riachuelo el Lampa.

Caía la tarde del 26 de mayo de 1818, cuando un oficial llamado Navarro que en Santiago protegiera las impetuosidades y desbordes de Manuel Rodríguez, propúsole pasar la velada en grata y gozosa compañía, y como fuese aceptada la astuta oferta, se dirigieron inmediatamente á su realización.

Ni sombra de temor ó sospecha cruzó por la mente del héroe chileno; en su pecho gigante no cabían pequeñeces ni deslealtades y, muy lejos de ellas, soñaba tal vez con glorias y laureles.

El nubarrón sombrío y la tormenta cerníanse sobre su cabeza y el abismo sin fondo hallábase á sus pies, mientras que desbordaba el buen humor en sus ademanes y palabras.

Vestía medio uniforme: chaqueta de paño verde con alamares de trencilla negra, gorra militar y pantalón de campaña, y la marcial apostura medio cubierta con el *poncho* de viaje.

De repente sucedió una cosa horrible. Manuel Rodríguez pasaba rozando con unas tumbas indias *(ancariñas),* que el viajero observador puede aún encontrar, cuando sonó un tiro, único, certero. El soldado popular, el *húsar de la Muerte,* era cadáver.

Cuarenta y cinco años después se levantó una pirámide á corta distancia del lugar siniestro: el monolito histórico sirvió de tribuna á ilustres oradores, y sus elocuentes palabras rindieron homenaje á la memoria del patricio singular.

Fué una apoteosis solemne; una glorificación justísima; un espectáculo digno de una nación que sabe avalorar los méritos de sus hijos.

Más tarde, los restos del popular guerrillero han sido conducidos á Santiago de Chile y en ovación inmensa enaltecidos.

A semejanza de aquellos paladines de la Edad media, será perdurablemente Manuel Rodríguez el tipo hermoso y heroico de la tradición y de la leyenda, interesante por los ideales que defendió, por sus proezas bélicas y por el monumento que en Tiltil se levantó, conmemorativo del lúgubre atentado que cortara en mitad de su carrera una existencia llena de luz.

Como un lamento del prematuro fin, exclamó la desolada madre en su pintoresco lenguaje:

–*¡Champi, yunchapi tuta yarca!* «En la mitad del día le anocheció.»

Baronesa de Wilson

UNA NOCHE DE CARNAVAL

I

Buena, pero buena fué la *bronca* que se armó aquella tarde de Carnestolendas en la ahumada cocina de la casa de huéspedes de doña Eduvigis, sita en lo más angosto de la calle de Tudescos. En vano el inofensivo Sr. Colás trató, echando mano al recurso de sus inocentes bromas, de aplacar la furia del marimacho que regentaba la hospedería.

–Nada, nada, repetía doña Eduvigis agitando convulsa una sartén donde se preparaba á freir varias ruedas de merluza. ¡No me venga usted con retóricas ni con cuchufletas! Usted se larga esta tarde á la calle y no vuelva á parecer por aquí hasta que me traiga las dos mensualidades que me debe. ¿Lo ha oído usted bien?

–Pero Eduvigis, repare usted en que soy un anciano que podría ser su padre.

–Afortunadamente no lo es usted. ¡Vaya un papá lucido! Un murguista sin un céntimo, y además tramposo y embustero...

–Pues aquí donde usted me ve, he tenido un hijo bien guapo...

–Sí, sí, ya sé la historia del niño perdido. Buen punto estaría el mocito. De tal palo tal astilla.

–¿Y usted qué sabe, amabilísima señora, si usted no lo ha conocido, y hace cerca de veinticinco años que desapareció de casa pocos meses después de muerta su madre, cuando yo era clarinete de la compañía de Arderíus?

–Le daré á usted recibo del cuento para que no me lo vuelva á contar más. Aunque tampoco hay peligro, porque ahora mismo le voy á poner á usted de patitas en la calle en compañía de *Canelo*, ese perro viejo de todos los diablos, digno compañero de un pelele como usted. Hágale bailar en la Puerta del Sol, á ver si saca usted para un panecillo.

–Eduvigis, no sea usted tiránica, déme usted un plazo aunque sea muy corto, ocho días nada más, y le pagaré á usted los dos meses vencidos y otros dos adelantados.

–¿Y de dónde va usted á sacar ese dineral?

–Hoy me han dicho en la acera de la calle de Sevilla que Pendengue está formando una orquesta para dar conciertos durante la Cuaresma en el Liceo Ríus y que le faltaba un profesor de clarinete.

–Ya, lo de siempre. Pues cuando se contrate usted vuelva; entretanto, recoja usted sus guiñapos y á tomar el fresco,.., á ver las máscaras. Necesito el catre y el cuarto de usted para un señor que paga adelantado.

–¿Y en ese cuartucho que parece una carbonera va á entrar un ser racional?

–¡Cuartucho, repuso indignada doña Eduvigis; pues no llama cuartucho á una habitación que era despensa! ¡Si no fuera mirar, le daba á usted con la badila y le abría la cabeza, so estafermo! Inmediatamente sale usted de esta casa, y ya que me ha estado devorando por un costado, hágame el favor de que no tenga que ir por la pareja para que le lleve á la cárcel por estafa. No quiero escándalos que desacrediten el establecimiento, y menos ahora que tengo en el salón un señor general americano que paga desde anteayer cuarenta reales diarios diariamente.

El Sr. Colás quedóse inmóvil como una estatua, aterrado ante la idea de verse acusado de estafante y en poder de la policía, porque abrigaba la seguridad de que la terrible patrona no vacilaría en realizar su amenaza. Dos gruesos lagrimones se desprendieron de los ojos del vetusto personaje, que intentó bal bucear una última protesta. Pero doña Eduvigis, sin escucharle, entró en un cuarto obscuro inmediato á la cocina, cogió un talego, mediado de ropa al parecer, y le arrojó á los pies del murguista diciendo:

–¡Ahí está el ajuar! ¡Largo, en marcha y la del humo! Tome usted el clarinete. El perro le aguarda en el arroyo, porque hace un rato le he dado dos escobazos y salió disparado.

El Sr. Colás, resignado á la expulsión, cogió el instrumento músico que le tendía la implacable pupilera, y echándose al hombro el saco de los trapos, se encaminó hacia el pasillo que conducía á la puerta de la escalera; mas antes de entrar en él, volvióse hacia doña Eduvigis diciendo:

–Siento irme sin despedirme de las niñas, que siempre han sido tan cariñosas para mí.

–Maldita la falta que les hace su despedida.

–No obstante, dígales que no es culpa mía si no les digo adiós, pero que les deseo mucha suerte...

Y el desventurado, enjugándose las lágrimas con la manga de su raído chaquet, desapareció por el obscuro corredor.

II

Efectivamente, Canelo, el perro fiel arrojado de casa de doña Eduvigis como su amo, aguardaba sentado en la puerta del zaguán, y salióle al encuentro dando saltos y ladridos de satisfacción, á los que el viejo correspondió dándole palmaditas en el lomo, mientras decía:

–¡Estamos frescos, *Canelo*, sin tener qué comer, ni casa, ni un real! ¡A los sesenta y cinco años! Sólo me consuela la idea de que han sido muchos los grandes artistas que se han visto como yo. ¿Y qué haremos ahora, *Canelito*, nos tiraremos por el viaducto?

El perro miró á su amo fijamente y movió el rabo como contestando:

–Pues... usted dirá...

–Ganas me dan, continuó el viejo, de fingirme ciego y atarte una cuerda al cuello á ver si recogíamos algo. Pero y si los señores del Orden público nos echan el guante y se descubre el pastel, nos revientan... ¡Ah, qué idea más superior!, exclamó de pronto dando un achuchón al mugriento sombrero. Estamos en Carnaval, en pleno Carnaval, y disfrazándose se puede tocar el clarinete y pedir, que es lo importante. Pérez, el antiguo sastre del Circo, alquila trajes y me dará uno fiado ó de balde; ya lo creo, como que me conoció en mis buenos tiempos, antes de irse el chico mío, cuando estrenamos el *Robinsón*. Nos hemos salvado: corramos, *Canelo*, corramos á casa de Pérez.

Y no se equivocó el desdichado músico. Pérez le prestó una careta de cartón de las más baratas y un traje de aldeano de zarzuela viejísimo, apolillado y lleno de lamparones, con el que el Sr. Colás quedó convertido en el mascarón más grotesco y desarrapado. En cuanto á *Canelo*, el compasivo atrezista le colocó en la boca un platillo de hoja de lata que el chucho aceptó de tan buen grado como su amo había tomado el disfraz, y pocos minutos después los dos compañeros se encontraban en medio de la calle de Atocha, confundidos con la multitud de máscaras y curiosos que como un río caudaloso se encaminaban hacia el Prado, punto obligado de reunión de toda clase de gentes en semejantes saturnales.

III

La jornada no había podido ser más desastrosa para el buen hombre y su lanudo acompañante. A la entrada de la calle de Santa Isabel un *graciosísimo* pillete le tiró un troncho á la careta y le espachurró las narices del frágil cartón. Aún no repuesto del susto que le ocasionó tan *culta* broma, dos ó tres borrachos, envueltos en unos felpudos y blandiendo sendas escobas, se empeñaron en que tocara la Marsellesa, y como el Sr. Colás no se apresurara á complacerles, se divirtieron en atizarle una buena ración de escobazos, alguno de los cuales alcanzó al prudentísimo *Canelo*, que á pesar de tan injustificada agresión no soltó el platillo de entre los dientes; todo ello con gran regocijo del público y de unos guardias municipales que celebraron el lance con grandes carcajadas. Más adelante unos mocitos de pelo en pecho intentaron atarle al rabo una sartén vieja al mansísimo can, que gracias á la intervención de unas chulas comparsas pudo escapar sin detrimento de las manos de aquellos salvajes.

Abrumado por tantos percances, el anciano guardó el clarinete en el bolsillo, y seguido del perro, decidió trasladarse á otros barrios que le ofrecieran campo más seguro para lucir con fruto sus habilidades filarmónicas. La calle de Alcalá parecióle sitio á propósito, y llegado á la esquina de Fornos arrimóse á la pared y comenzó á tocar nada menos que la sinfonía de *Campanone;* mas apenas las primeras notas vibraban en el espacio, cuando un apreciabilísimo guardia del Ayuntamiento le pidió el permiso para postular en la vía pública, y como el Sr. Colás no le tenía, le intimó con las buenas formas propias de tales funcionarios que abandonara inmediatamente aquel sitio, si no quería ser detenido como «máscara ilegal.»

Este nuevo contratiempo dió al traste con el escaso ánimo del desventurado, que sin rumbo fijo comenzó á errar por las calles oyendo alguna que otra frase burlona que en su apurado corazón hacían el efecto de una puñalada. Ni él mismo podría dar razón de cuanto anduvo de aquí para allá sin atreverse en su pusilanimidad á implorar una limosna de los transeuntes. Por fin, ya bien entrada la noche, abatido, despeado y con la desesperación en el alma, el infeliz mascarón llegó á la plaza donde está situado el principal teatro de la corte, y dejóse caer muerto de fatiga sobre uno de los bancos que limitan el inmediato jardín; quitóse la careta, se arropó en el destrozado capote del disfraz, y sin darse cuenta de ello quedó profundamente dormido, en tanto que en el vecino templo del arte oíanse las alegres notas de un vals de Strauss, interrumpidas de vez en cuando por el rumor de la bulliciosa muchedumbre congregada en el anchuroso edificio.

Largo rato hacía que el Sr. Colás dormitaba, olvidando así su desesperada situación, cuando un reloj cercano dió la una, hora señalada por los carteles anunciadores pegados á la entrada del teatro para el descanso entre la primera y segunda parte, que debía prolongarse hasta la madrugada. Multitud de concurrentes al baile, disfrazados ó no, comenzaron á abandonar la fiesta, huyendo del carácter libre y un tanto tumultuoso que tales funciones suelen ofrecer después del descanso, y pronto invadieron la plaza, interrumpiendo con sus gritos y carcajadas el silencio de la dormida capital.

Entre otros apareció en la entrada del teatro un caballero alto, de aspecto militar, envuelto en amplio gabán de pieles y llevando apoyadas en sus brazos dos muchachas, disfrazadas con elegantes dominós de raso blanco y no mal parecidas, según dejaron observar al quitarse el coquetón antifaz.

–A ver si pescamos un simón, dijo el personaje mirando en derredor, que nos lleve á cenar algo antes de volver á casa, ya que ustedes no han querido tomar nada ahí dentro.

–Muchas gracias, D. Jacobo, dijo una de las máscaras; pero no aceptamos nada. ¿Verdad, Rosita?

–Digo lo que Purita, añadió la otra. Ya sabe usted que se ha comprometido con mamá á volvernos á casa antes del descanso.

–Bueno, pero doña Eduvigis ya sabe que están ustedes en buenas manos.

–No, mi general, no se empeñe usted; bastante calaverada ha sido el venir.

–Pero niñas, si mamá estará ya durmiendo y no sabrá á qué hora volvemos.

–De ningún modo, si usted no nos acompaña tomaremos un coche y abur.

–Entonces vamos á hacer una cosa, dijo el general deteniéndose junto al farol á cuyo pie dormía el asendereado músico.

No se pudo saber lo que iba á proponer D. Jacobo, porque en aquel instante Rosa lanzó un agudo chillido, ocasionado por la sorpresa que le causó el veterano *Canelo*, que abandonando el platillo apoyaba las patas sobre el blanco dominó moviendo alegremente la cola. El general levantó el bastón é iba á castigar la audacia del atrevido chucho, cuando Pura exclamó:

–¡Calle, si es *Canelo*!.. ¡Y aquí está su amo, el pobre Sr. Colás, durmiendo y vestido de mamarracho! Infeliz, se habrá desmayado de hambre...

–¿Y quién es ese tipo?, preguntó D. Jacobo, separando á *Canelo*, que continuaba dando saltos en torno de las muchachas.

–Un viejecillo, respondió Rosa, que ha sido profesor de clarinete en la compañía de Arderíus. Estaba en casa de huésped, y como no pagaba nunca.. Déle usted una limosna, general.

–¿Y cómo se llama este buen hombre?, dijo el personaje del gabán de pieles, disponiéndose á despertar al durmiente.

–En casa todos le llamaban el Sr. Colás.

–¡Eh, amigo Colás!, dijo el huésped de doña Eduvigis tocando con el bastón al viejo.

El músico abrió los ojos, se los restregó con los puños y murmuró como si estuviera soñando:

–¿Quién me llama? ¿Eres tú, Jacobito?.. ¿Vienes del Conservatorio?



ISLAS FILIPINAS. – Cementerio protestante en Ilo-Ilo (Isla de Panay), de fotografía de F. Laureano)



ISLAS FILIPINAS. – Entre los manglares de [illegible] (de fotografía de F. Laureano)

– ¡Cómo! ¿Qué dice usted?, exclamó con asombro el general. ¿Quién es ese Jacobo?

– Dispense usted, caballero; estoy tan débil de la cabeza... Creía estar oyendo la voz de mi Jacobito.

– No haga usted caso, interrumpió la pizpireta de Pura, es una manía que le da de un hijo que se le murió hace muchos años...

– No, no se murió, rectificó el anciano. Se fué de casa, á América, según dijeron, estando yo contratado en Valencia en el año 76 en el teatro Principal y no he vuelto á saber de él hasta hoy...

– Sí, hasta hoy, exclamó con voz temblorosa don Jacobo, hasta hoy en que él le encuentra á usted después de mucho tiempo de buscarle inútilmente por toda España para hacerle partícipe de la fortuna lograda con el ejercicio de las armas en la República Colombiana.

Y con asombro de Rosa y Pura estrechó entre sus robustos brazos al anciano, que le contemplaba como alelado, sin atreverse á creer en tan inesperada felicidad tras tantas desventuras.

. . . .

Calcule el benévolo lector la estupefacción de doña Eduvigis al ver regresar á sus hijas y á D. Jacobo llevando del brazo al murguista disfrazado de aldeano y seguido del inseparable *Canelo*, siempre con su platillo entre los dientes, que sólo abandonó para participar de la espléndida cena con la que el general colombiano celebró el feliz encuentro de su padre en aquella para ambos inolvidable noche de Carnaval.

En cuanto á «D. Nicolás,» como le titulaba la terrible patrona transformada ya en humilde sirviente, limitó su venganza á decirle mientras se propinaba un formidable *rosbif:*

– Si no me envía usted con la música á otra parte, me pierde usted, señora; me pierde usted, porque no hubiera hallado á mi Jacobo...

A. Danvila Jaldero

CÓMO SE LLEGA

I

A Pepín Rebollo solicitábanle todos en la aldea, y no por su hermosura ni por su dinero, que de caudales andaba aún más reñido que con la Naturaleza, que le regaló una figura desgarbada, unos ojos chiquirritines y pitañosos y una nariz que vista de canto semejaba el corte de un embudo.

Solicitábanle los de la aldea, porque Pepín era hombre de letras, y no había carta, contrato ni recibo en que él no estampara su letra clásica de Iturzaeta, valiéndole el encargo una *perra chica*, una copa de vino ó una merienda, según el caso; pero tales gajes no halagaban al mozo: el que le tuvieran por más listo que Briján era lo que le enorgullecía hasta el punto de que, excepción hecha del señor cura y del alcalde, consideraba al resto de sus convecinos como seres de tres al cuarto, incapaces de sacramentos.

A tanto llegó el propio envanecimiento y el desprecio hacia los demás, que con aquella su manera de vivir destripando terrones, túvose por el más miserable de los que comen pan, y anheló abandonar el pueblo y venir á Madrid, la Meca de cuantos cascanueces ambiciosos hay en España.

Y como lo pensó lo hizo: que Pepín era hombre de iniciativa y de una fuerza de voluntad imponderable.

Llegó á la corte sin otro caudal que tres pesetas y una esperanza ilimitada en los buenos oficios que pudiera prestarle su hermana María Jesús, cocinera en casa de un título de Castilla.

Viéronse los hermanos en plena cocina, y después de un abrazo de bienvenida y un rato de palique, en el que salieron á relucir las historias, cuentos y chismes de la aldea, preguntó María Jesús á su hermano mientras preparaba un vistoso plato de perdices:

– ¿Y tú á qué vienes?

– Yo, replicó Pepín, algo admirado de la pregunta, á ver si hago fortuna, mujer; que otros con saber menos que yo, han llegado á ser personajes de campanillas.

– Es verdad, pero principio quieren las cosas...

– En eso estamos... Mira, madre no me dejaba venir, diciéndome que yo era muy «fantasioso,» que me creía que en Madrid ataban los perros con longanizas. Ya sé que no los atan, pero más suerte puedo hacer en la corte que entre las cuatro casucas de nuestro lugar... Además, de algo ha de servirme lo mucho que he leío y he escribío... ¿No te parece?

– Tú bien sabes de letra y eso es lo principal... Pero ¿en qué vas á emplearte?..

– Pues eso á ti toca el decirlo, que conoces estos andurriales y me conoces á mí...

Quedóse María Jesús indecisa un momento, como si resolviera una duda enojosa; luego exclamó:

– ¡Ya te he encontrao colocación, hombre!..

Y sin dar tiempo á que su hermano replicara, continuó:

– Casualmente ayer despidieron los amos al chico que servía de mozo de comedor... Si yo hablo á los señores, puede que entres tú, y mejor que al lado mío no has de estar en ninguna parte...

– ¡Claro que no! Pero es el caso que yo no sé palabra del oficio ese que has dicho...

– Yo te enseñaré, Pepín.

II

Torpe sí estuvo en los primeros días de servicio; que no es cosa de maravillarse que un hombre acostumbrado á andar en alpargatas y á encerrar su cuerpo en amplio chaquetón, se viera como preso dentro de aquellas botas de charol y aquellos pantalones, chaleco y frac que heredó de su antecesor: lo que más le hacía padecer era el cuello de la camisa, tan tieso que sus puntas le raspaban la barbilla al menor movimiento que imprimiera á su persona. Faltábale esa gracia especial de un buen criado de casa grande que está penetrado del alto ministerio que ejerce. No presentaba los manjares ni servía á la mesa con la desenvoltura y cuidado que fueran de desear: más de una vez le valieron sus torpezas un «¡Bárbaro!,» dicho por los excelentísimos señores con no muy pulido acento.

A este epíteto, como á otros muchos más denigrantes, hacía Pepín Rebollo el sueco; esto en los primeros días; después, cuando la práctica le dió mayor soltura, procuró adaptarse al humor y gustos de los que servía, y al año escaso era el mozo de comedor más listo que pudiera pedirse.

Pepín, siempre atento á la realización del gran móvil que le impulsara á abandonar la aldea, no echó en olvido una historia que en cierta ocasión contó en la mesa un caballerete de los muchos que frecuentaban la casa de sus amos.

Era la historia pintoresca, y en ella se aludía á un gran pelagatos que vino á Madrid enseñando todo aquello que la decencia prohibe enseñar; es decir, que los pantalones los traía peor que criba vieja, con lo cual nos ahorramos pintar la situación lastimosa del individuo. Y no obstante, el desarrapado pelafustán, al cabo de unos cuantos años, logró sentarse en el Congreso y más tarde en el *banco azul*.

«El mundo es de los listos – terminó de decir con entusiasmo fervoroso el narrador, – de los que se sirven de su fuerza de voluntad como de un ariete para abrir brecha en el muro que á los adversarios opone la sociedad.»

Aquel aforismo produjo una revolución de ideas en Pepín Rebollo: él, como el afortunado héroe de la historia, tenía ambición, deseo loco de llegar á lo alto: teníase por listo y no se conformaba con ser toda su vida un simple mozo de comedor... ¿Cómo subiría él á la cúspide?.. Con sólo los escasos conocimientos rudimentales que trajo de la aldea, no pasaría jamás del primer escalón; el mundo es de los listos, es decir, de los que más sáben: esos llegan más pronto y mejor que los que sólo tienen la listeza ó picardía de pensamiento, pero sin la base de una instrucción sólida.

Pepín Rebollo, puesto ya en camino, no retrocedía: se enteró de cómo podría recibirse de abogado estudiando por libre, y al saber que en cuatro años podía realizar su deseo, compró los libros precisos para los exámenes del bachillerato y dedicóse con fervor de amante á cultivar su inteligencia: su sueldo, algunas pesetillas que le pedía á María Jesús y los gajes de su oficio los empleaba íntegros, sin distraer un céntimo, en cuantos gastos origina una carrera. Nada de esparcir el ánimo: todo el tiempo de que podía disponer era necesario á su empresa: luego, cuando fuese un grande hombre, disfrutaría de la vida.

Sacrificándose hasta lo inverosímil, convirtiendo las noches en días, Pepín Rebollo pasó cuatro años en perpetua lucha, hasta que un día se dirigió á las habitaciones particulares de su amo, y pidiendo licencia para entrar – que le fué concedida – vino á decir al excelentísimo señor, que se entretenía en acotar con un lápiz un «Diario» de las sesiones de Cortes:

– Tengo el honor de decir á V. E. que acabo de recibirme hoy de abogado en la Universidad central.

Maravillóse S. E. de tan inesperada como estupenda noticia: repuesto de su sorpresa, dijo á Pepín estrechándole con efusión la mano:

– ¡Así me gusta, muchacho! Los hombres que hacen lo que tú has hecho, llegan siempre adonde se proponen... Cuenta con mi apoyo.

– ¡Tanta bondad!..

– ¡Bah, dejemos eso!.. ¿Te gusta la política?

– Muchísimo.

¿Qué ideas profesas?

– Las de V. E.

Sonrióse el aludido, más que por la lisonja por el espíritu que la dictaba.

– Siendo así, replicó, desde mañana vendrás á mi despacho. Serás mi secretario particular, si eso te agrada, si no...

– ¡Siempre estaré al lado de V. E!, protestó Pepín.

– ¿Y quién sabe?, continuó el excelentísimo señor como si hablase consigo mismo. Puedo yo llegar á ministro y hacer tu felicidad...

El ser ministro era el punto flaco de aquel grande de España.

III

Pepín fué secretario del linajudo político, y con él aprendió cuantas triquiñuelas y falsedades pueden cometerse en esa ciencia de la cual fué Maquiavelo su más desenfrenado maestro.

Cuando el excelentísimo señor ocupó la suspirada poltrona, logró Pepín un acta de diputado por una circunscripción que ni de nombre conocía: en la elección hubo todo género de amaños, componendas, pucherazos, palizas, muertos resucitados y coacciones anejas al triunfo de un candidato ministerial.

Pepín Rebollo se sentó en el Congreso, y siempre apoyado por el partido gobernante, alcanzó la bicoca de una subsecretaría.

A poco de ocuparla y en una discusión de vida ó muerte para el gobierno, Pepín charló por los codos y defendió á los suyos con oratoria entre satírica y trágica... Pero al sentir la muerte en torno de aquellos mismos que le encumbraron, se resolvió á dar un avance en su carrera política.

Se sintió buitre, y en una sesión – en la última que decidiría de la suerte del maltrecho gabinete – pidió la palabra, y en vez de continuar en la defensa de los suyos – ya cadáveres, – clavó sobre éstos sus uñas tan magistralmente, que su discurso fué el golpe de gracia que hundió al ministerio entre las burlas y chacota de sus adversarios: el que más padeció en la caída fué el mismo que encumbrara al traidor. Este no tenía la culpa: el discípulo habíase rebelado contra el maestro y lo destrozaba.

Pepín Rebollo, al finalizar su oración... fúnebre, declamó que ningún hombre que se estimara en algo debía pertenecer al partido que tales atrocidades cometía.

El discurso ocasionó una crisis: entró á gobernar el partido que originó la caída del gabinete, y la candidatura de Rebollo para desempeñar una cartera rodó de boca en boca y por las columnas de la prensa.

Pero Pepín, con su sagacidad política, comprendió que aquel no era el momento oportuno para aceptar un puesto tan elevado: agradeció el ofrecimiento, rehusándole modestamente; con lo cual, los periódicos y el mundo entero le proclamaron ¡un gran patriota!..

A partir desde aquel memorable suceso, el nombre de Rebollo figuró en las notas políticas de los diarios y su caricatura en las planas centrales de los semanarios satíricos: entre la gente política teníasele por hombre avispado y temible en demasía: halagáronle los mismos con quienes tan traidoramente se portara y solicitáronle aquellos á los cuales dió el triunfo. Pepín no se decidía por ninguno, declarábase independiente para cotizar mejor su independencia.

Brujuleó siempre con intención aviesa, vendiéndose por amigo de unos y protector de otros: no reparó en felonías; fué débil, sumiso y adulador con el más alto, y despreciativo y soez con el más bajo: girasol humano, siempre volvía su cara al sol que más calentaba: ahogó todos los sentimientos, todos los impulsos generosos del alma, y su corazón fué roca para el caído, cera para el vencedor: el termómetro de su conciencia señalaba siempre «cero:» no parecía un hombre, era una masa animada de granito que se dirigía como movida por resortes hacia un punto determinado.

En el mar desaguan los ríos y éstos vuelcan en aquél las inmundicias que yacen en su alvéolo... Y no obstante, sus aguas, en calma, aparecen azuladas y copian como en un espejo las nubes del cielo... ¡Cuántos hombres son como el mar!.. ¡Cuántas grandezas se ofrecen puras en su exterior, pero inmundas en su fondo!..

IV

Pepín Rebollo logró verse ataviado con el vistoso uniforme de ministro de la corona.

Después de jurar el cargo el novel consejero, á solas en su despacho particular, repasó *in mente* cuantos sucesos le habían ocurrido desde que llegó á Madrid, y vió á su hermana en la cocina, hasta que juró el cargo ante S. M.

Y no pudo por menos de sentir ese ahogo que se produce al abrir una letrina y recibir sus mefíticos



GUERRA DE FILIPINAS. – Mapa de la parte de la provincia de Cavite en donde se han de desarrollar las operaciones que se están preparando contra el principal núcleo de la insurrección

miasmas. Su vida, hasta entonces, no era más que un tejido de infamias é ingratitudes: el llegar á lo alto, sin los prestigios de un nombre ni los de la riqueza, cuesta esfuerzos titánicos: es aventura propia de Hércules: hay que vencer los obstáculos y pisotear – si es necesario – á cuantos estorban en el camino emprendido.

«¡Arriba!,» ordena la ambición, colocada ya en la espinosa cuesta de los honores y de las riquezas.

«¡Arriba!,» repetís estimulado, procurando ganar terreno á los que van delante é inutilizar á los que os siguen.

«¡Arriba!» «¡Siempre arriba!..» Considerad, como Darwin, que la vida es lucha y que sólo se proclama campeón al que vence, así haya empleado malas artes para adquirir su triunfo; el vencido fué un necio ó un ambicioso desenfrenado: el batallón humano pasará por encima de su cuerpo cantando himnos al vencedor.

Hoy, Pepín Rebollo Pérez, era el Excelentísimo Sr. ministro de Tal, D. José del Rebollo y Pérez: para lograr esto sembró ingratitudes, renegó de su familia, dió al olvido á su propia madre; prohibió á María Jesús, su hermana, que se acordara del santo de su nombre: fué traidor al partido que le protegió y falso y rufián con el que abrió camino á su encumbramiento.

Al pensar en esto, al ver á sus plantas el *spoliarium* que su ambición había formado, experimentó gran malestar, pero se serenó pronto y púsose á re-



GUERRA DE FILIPINAS. – Cavite. – Batería de dos cañones de acero rayado de 13 centímetros, sistema Whitworth, emplazada en el baluarte de Porta Vaga con el fin de batir á los insurrectos de Binacayán, Cavite Viejo y Noveleta (véase la descripción)



LAS DAMAS ROMANAS ENTREGAN AL SENADO SUS JOYAS PARA EL SOSTE



MIENTO DEL EJÉRCITO QUE HA DE COMBATIR Á ANÍBAL

pasar la correspondencia que un criado acababa de traerle.

Eran cartas de felicitación en su mayoría.

Al romper el sobre de una y ver la firma, sintió encendérsele la cara de rubor.

Aquella carta, endiabladamente escrita, tenía un párrafo terrible en su laconismo:

«Sabrás de como madre pasó á mejor vida el sábado último, y el domingo la enterramos. La pobre, hasta que se murió, no hizo otra cosa que llamarte... Como no había en casa ni un céntimo y las cosas van de día en día peor, hemos tenido que enterrar á madre de limosna, habiéndole costeado los vecinos la caja.»

A la conclusión de aquella carta que firmaba María Jesús, quedóse S. E. como paralizado.

Pero recobrando pronto una serenidad estoica, rasgó en menudos fragmentos el pliego, y arrojándolos al fuego que ardía en la chimenea, murmuró con cruel parsimonia:

«¡Bah! ¡Cosas de la vida!»

ALEJANDRO LARRUBIERA

NUESTROS GRABADOS

Islas Filipinas.— Los grabados de la página 117, reproducidos de fotografías de D. Félix Laureano, continúan la serie de vistas del archipiélago filipino que venimos publicando en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por creerlas, dadas las actuales circunstancias, de interés para nuestros lectores. Ilo-Ilo, hoy ciudad importante con puerto comercial que compite con el de Manila, era antiguamente un villorio, compuesto de unas cuantas casas de pescadores que poco á poco fueron cediendo su puesto á hermosos edificios en su mayoría pertenecientes á extranjeros protestantes. A medida que el número de éstos fué creciendo, dejóse sentir la necesidad de un cementerio especial para los que profesaban el protestantismo, y al fin se construyó, á expensas de varios particulares, la necrópolis que reproducimos y que, situada antes en las afueras de la ciudad, hoy, por el aumento de ésta, viene á hallarse casi en el centro de la misma. La otra vista que publicamos reproduce los manglares que crecen junto á las playas adonde acuden á bañarse las familias filipinas. Los baños de mar vienen á ser en aquellas islas lo que en España una gira de campo, porque el baño, aunque se toma, no es más que el pretexto para pasar un día de *juerga* con sus correspondientes bailes y comilona. Estas expediciones se verifican especialmente en los meses de marzo, abril y mayo y son motivo de grandes fiestas y regocijos.

S. A. la infanta doña María Luisa Fernanda, duquesa de Montpensier.—El día 1.° del actual falleció en Sevilla, en donde residía desde hace muchos años, esta ilustre dama, modelo de virtudes que le granjearon cariño y admiración universales. La infanta María Luisa Fernanda nació en Madrid en 30 de enero de 1832, y no contaba todavía dos años cuando murió su padre, el rey Fernando VII. Crióse y educóse siempre al lado de su hermana la reina Isabel II, hasta que de ella hubo de separarse cuando en octubre de 1846 se casó con el hijo menor del rey Luis Felipe de Francia, Antonio de Orleans, duque de Montpensier. Trasladóse entonces á París; mas á los dos años la revolución que destronó á su suegro obligó á los jóvenes esposos á huir de Francia y á refugiarse en Inglaterra primero, después en Holanda y por último y definitivamente en España. En el hermoso palacio de San Telmo, de Sevilla, vió transcurrir días felices, mas también sufrió acerbos dolores, como el de ver morir á cuatro de sus hijos, entre ellos la infanta Mercedes, aquel tesoro de bondad que el amor de su primo, el malogrado Alfonso XII, elevó al trono de España con unánime satisfacción de los españoles, quienes cifraron en aquella santa princesa grandes esperanzas que una prematura muerte impidió ver realizadas. Algunos años después murió su esposo, y este nuevo golpe colmó la medida de los sufrimientos de la noble infanta, que desde entonces vivió en el más absoluto retiro, consagrada exclusivamente al recuerdo piadoso de sus muertos y al alivio de las miserias y consuelo de las aflicciones de los vivos. Bien puede decirse de ella que ha sido, para los sevillanos especialmente, el ángel de la caridad y que ha muerto como debe desear morir el justo, entre lágrimas de dolor sincero y bendiciones de gratitud profunda.



S. A. LA INFANTA
DOÑA MARÍA LUISA FERNANDA
DUQUESA DE MONTPENSIER,
fallecida en 1.° del mes actual



INTERIOR DEL VAGÓN-CAPILLA DEL FERROCARRIL TRANSIBERIANO

Guerra de Filipinas.—Toda la atención pública en España está fija en las operaciones que se están preparando contra la plaza de Cavite Viejo, centro el más importante de la insurrección filipina, en donde los rebeldes han acumulado sus recursos y se han fortificado para resistir el ataque que no tardarán en emprender nuestros valientes soldados. El éxito de esta operación puede ser decisivo para el término de la campaña, y de aquí la necesidad de no acometerla sin contar con la seguridad de llevar á feliz cima tan difícil empresa. Difícil, sí, porque aparte de los recursos y fortificaciones con que cuenta el enemigo, nuestras tropas tendrán que operar á pecho descubierto y en condiciones muy desventajosas, dada la topografía de aquel terreno. Por esta razón es de alabar la prudencia con que procede el general Polavieja en las operaciones preparatorias, no queriendo comenzar el movimiento de avance sobre la plaza enemiga hasta tener la seguridad de rendirla y de dar con ello el golpe de gracia á la rebelión. El detallado mapa de la provincia de Cavite que publicamos en la página 119 permitirá á nuestros lectores seguir, en el momento oportuno, las operaciones que contra Cavite Viejo se emprendan y que nadie duda que se verán coronadas por la más brillante victoria, demostrándose así una vez más lo que puede España, gracias á su valeroso ejército. La otra lámina de la misma página reproduce el baluarte de Porta Vaga, en donde se instalaron á fines de septiembre último dos cañones de acero rayado de 13 centímetros, sistema Whitworth, servidos por un pequeño destacamento de artillería al mando del primer teniente del cuerpo D. Valentín de Valera. El objeto de estas dos piezas es el de batir y molestar con sus fuegos todas las posiciones enemigas y poblados ocupados por los insurrectos en toda la gran zona comprendida entre el polvorín de la Marina de Binacayán y el cuartel de Noveleta, como lo ha hecho en diferentes ocasiones y continúa haciéndolo siempre que se presenta á la vista algún grupo de insurrectos. Este baluarte con sus fuegos y con los de la escuadra inició el combate del día 9 de noviembre sobre Binacayán y auxilió el nutrido fuego de las baterías del campamento de Dahalicán en los días 26 y 27 del citado mes. El alcance de dichas piezas, dadas las condiciones del montaje, es superior á 7.000 metros, si bien hoy no se emplean para alcances mayores á causa de la espesa cortina de bosque que dificulta la observación del tiro; aquel alcance, sin embargo, es suficiente para batir Binacayán, Cavite Viejo, Noveleta y poblados intermedios ocupados por el enemigo. El proyectil usado en dichos cañones es la granada ordinaria, de 32 kilogramos de peso, y la de metralla, de efectos perfectamente visibles en los edificios de materiales fuertes, como la iglesia y convento de Cavite Viejo, el puente del mismo pueblo, etc., y no tan eficaces en los caseríos de materiales ligeros (caña y nipa), si bien se ha dado el caso de incendiarse esas construcciones á la explosión de los proyectiles. De todos modos se consigue, en parte, con esos cañones el objeto principal, cual es desalojar al enemigo de sus atrincheramientos y entorpecer los trabajos en los mismos, con lo que se ha causado notable daño y, según confidencias, algunas víctimas á los rebeldes.

La fotografía de este baluarte ha sido tomada por D. Manuel Arias y Rodríguez.

Las damas romanas ofrecen al Senado sus joyas para organizar el ejército que ha de combatir á Aníbal, cuadro de G. Sciuti.—Tiempo de prueba fué para Roma el que comprende el período de la segunda guerra púnica. Aníbal, que saliendo de España había atravesado el Mediodía de Francia y realizado la empresa, tenida por imposible, del paso de los Alpes, derrotaba á los romanos en Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas: los aliados abandonaron á Roma, y contra ésta alzábanse los pueblos que hasta entonces respetaron su soberanía. Todo parecía conjurarse contra la república y todo anunciaba su próxima ruina: sólo los romanos no desesperaron; el Senado adoptó enérgicas medidas, prohibiendo cuantas manifestaciones de duelo pudieran conturbar los ánimos, obligando al servicio militar á todos los que no estuvieran imposibilitados de llevar las armas y utilizando los tesoros de los templos para hacer frente á los gastos de la lucha, recursos que se aumentaron con los donativos voluntarios que todos, sin distinción de sexo ni condición, aportaron en la cuantía que les permitía su fortuna. El notable pintor italiano G. Sciuti representa en su cuadro uno de estos episodios que en aquellos días se desarrollaron en el Capitolio: mientras los sacerdotes imploran el auxilio de los dioses, los senadores consignan en las listas sus nombres y las sumas que están dispuestos á aprontar para la continuación de la guerra y las matronas romanas entregan al Senado sus mejores joyas, rivalizando en el deseo de coadyuvar á la salvación de la patria. Aquellos esfuerzos de Roma, aquella explosión de patriotismo tuvieron la debida recompensa: algunos años después Cartago era vencida y la hegemonía romana quedaba por muchos siglos asegurada.

Interior de un vagón-capilla del ferrocarril transiberiano.—Para el servicio del ferrocarril transiberiano que ha de recorrer la distancia de San Petersburgo á Wladivostock en una extensión de 7.000 kilómetros, se han construído vagones-capillas que exteriormente apenas se diferencian de los ordinarios en otra cosa que en la forma de las ventanillas ajustadas al estilo bizantino. En su interior están elegantemente decorados y nada falta en ellos para la celebración de las ceremonias del culto llamado oxtodoxo, según puede verse en el grabado que en esta página publicamos. Cada vagón-capilla tendrá su pope especial nombrado por el Santo Sínodo.

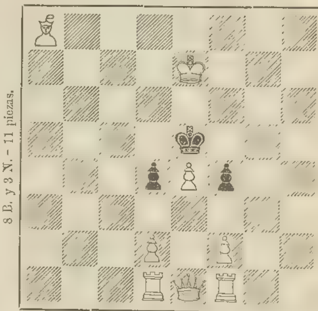
Guerra de Cuba.—La rapidez y seguridad de las comunicaciones y de los medios de transporte son indudablemente uno de los principales elementos para el buen éxito de una guerra: comprendiéndolo así los insurrectos cubanos, no se dan punto de reposo en realizar su plan de destrucción de las líneas férreas, apelando para ello á los medios más violentos y causando numerosas víctimas. De aquí que haya sido necesario organizar trenes exploradores debidamente custodiados por fuerzas del ejército, encargados, como su denominación indica, de explorar el estado de las vías y de mantener expedita la circulación por las mismas. Nuestro grabado de la página 128 reproduce uno de estos trenes, del cual ha descendido la compañía que lo custodia, cuya presencia habrá puesto de seguro en fuga á alguna partida que quiso intentar algún golpe de mano contra el convoy.

Teatros.—*Barcelona.*—Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *La marcha de Cádiz*, bonita zarzuela en un acto de Celso Lucio y García Alvarez, música de los Sres. Valverde (hijo) y Estellés, y *La zíngara*, zarzuela de los Sres. García Alvarez y Paso, con música de los maestros Valverde (hijo) y Torregrossa. En el Liceo ha terminado la temporada de ópera, habiéndose celebrado los beneficios de la Sra. Tetrazzini y de los Sres. Campanini, Blanchart y Cardinali, que obtuvieron sendas ovaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 57, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 56, POR J. PALUZÍE

Blancas.	Negras.
1. C 5 A D	1. Cualquiera.
2. D, T ó C mate.	



Pero la cólera fué pronto reemplazada por un vivo dolor cuando vió á su primo ofrecer galantemente el brazo á Alina (pág. 109)

LA ONDINA DE BRETAÑA

Novela por Pedro Maél. – Ilustraciones de Vicente Cutanda

(continuación)

VI

LAS DESPEDIDAS

Diez días le habían bastado á Magdalena para aprender ese arte de la mujer que consiste en mostrar húmedos sus párpados para mejor disimular la alegría de su corazón.

Por primera vez supo adoptar todas las apariencias de la tristeza al despedirse de las señoras de Pelvoux cuando éstas subieron al *breack* del castillo que las condujo á la estación de Vannes.

Si aquella despedida causó gran placer á la huérfana, en cambio le entristeció á Pablo profundamente.

El joven estaba enamorado.

La frívola Alina se llevó el corazón del oficial en su equipaje, sin preocuparse más de lo que le hubieran preocupado una sombrerera golpeada ó un estuche de tocador caído al suelo.

Él, por el contrario, sufría, conforme á esa verdad de que los que se quedan son los que soportan el peso de la ausencia.

Lena había aprendido ya lo bastante para comprender que aún no era el momento de que ella interviniese.

¿Qué hubiera podido ella decir á su primo?

Todavía se hallaba éste dominado por el encanto de la seductora joven; aún encontraba su imagen y su perfume por todos lados en aquella vieja mansión.

Magdalena no quiso interponer su sombra entre los ojos de Pablo y el recuerdo fugitivo de la parisiense.

Y sin embargo, ¡qué sombra tan encantadora! Cualquiera otro que no hubiese sido el ciego oficial hubiera encontrado en ella la luz para sus ojos.

La brusca y dolorosa experiencia por que pasó había dado á Magdalena una gracia puramente personal. La melancolía vaga que hizo siempre sus transportes de alegría tan vivos y tan originales, había adquirido con los recientes sucesos cierto carácter de gravedad.

Esto iba á servirle de preparación á un dolor todavía más grande que el que hasta entonces había sentido.

Acabó el verano; sucedióle el otoño. Después de secarse las hojas desprendiéronse de los árboles, volando en remolinos y formando sobre los senderos algo así como una alfombra enlutada.

Pablo, retenido por el servicio largo tiempo, volvió al castillo con la frente algo sombría.

Cierta mañana sonó en los oídos de Lena una doble noticia que derecha como un rayo le penetró hasta el corazón: Pablo era el futuro esposo de Alina é iba á ausentarse por dos años.

Esta segunda parte de la noticia estaba prevista, era segura. La joven sabía que su primo tenía que alejarse, no sólo de Bretaña sino también de Francia.

Exigíalo su gloriosa carrera. Pablo debía ir allí donde tantos otros, incluso su mismo hermano, habían ido antes que él. No se sigue la carrera de marino para quedarse en tierra calentándose al fuego de la chimenea. Los barcos son los mayores enemigos de los goces serenos del hogar.

La «bretoncita» sabía ya eso y á ello se había previamente resignado.

No todas las mujeres que lo desean son aptas para servir de compañeras á un marino. Hace falta la vocación, que ni se improvisa, ni se aprende.

He ahí por qué Magdalena, engolfándose en las más hondas é íntimas reflexiones, creíase con las aptitudes especiales que en una mujer se requieren para ser la esposa de un marino, á pesar de que ella no sabía aún más que por intuición en qué consisten los deberes del matrimonio.

Su sufrimiento cuando supo que su primo debía casarse con Alina de Pelvoux fué á la vez en su amor propio y en el afecto que á Pablo le profesaba.

No podía explicarse por qué su rival había cautivado á Pablo.

¿Había en aquella «muñeca» ni siquiera la sombra de una afinidad, ni aun la menor semejanza con aquel joven vigoroso, más á propósito para las aventuras heroicas que para las comedias de salón?

Si la hermosura justifica todas las preferencias, ciertamente Alina merecía aquel homenaje.

Pero Lena, aunque creía, sin falsa modestia, que en dicho terreno ella merecía otro tanto, apreciaba más las cualidades serias y positivas que las cualidades superficiales.

Aquel año llegó de pronto el invierno. Diciembre cubrió el firmamento con las más tristes nubes en que el cielo de Armor se vió velado.

En los primeros días de enero recibió Pablo la orden de embarque.

Debía embarcarse en el *Turenne*, con destino al mar de la China.

Acababa de conquistarse el Tonkín. El *Bayard* había traído á Francia los gloriosos despojos de Courbet.

Las hostilidades con China habían tenido fin mediante un tratado que el Celeste Imperio aceptó con gran repugnancia. Era preciso hacer respetar aquel tratado é inspirar miedo á los orientales. El papel de la marina en aquellos mares no había, pues, concluído.

Pablo de Guenezán era oficial especialista de la flota de torpederos. Conocía á fondo su especialidad. El torpedero que mandaba iba á pasar á las órdenes de otro oficial, mientras el joven teniente de navío encargábase de desempeñar funciones más activas á bordo de un acorazado de estación.

Sus maniobras ya no iban á ser simulacros, sino actos verdaderos.

Su vida en el mar de la China sería la del marino en tiempo de guerra.

A los peligros hipotéticos de las experiencias sucedían, al fin, los peligros reales y cotidianos de la estación marítima.

Por fortuna para Lena, aún no estaba ésta suficientemente instruída sobre las cosas de la vida del marino para apreciarlas con exactitud. Naturalmente, ninguno de sus dos primos la inició en la noción exacta de tan cruel realidad, con el fin de evitarle las grandes inquietudes que hubiera sentido en el momento de la separación.

Sospechó, sin embargo, observando la gravedad de los semblantes, que para Pablo las cosas iban á ser muy distintas de lo que habían sido hasta entonces, y que un factor desconocido y temible entraba desde luego en el cálculo de probabilidades de dicha á que se puede entregar el espíritu de un marino lejos de la tierra natal.

Llegó el último día, el día en que Pablo iba á ausentarse.

Dejó Saint-Gildas de madrugada, al rayar la aurora.

Su comida en el castillo iba á ser la comida de despedida del joven oficial.

Queriendo dominar la tristeza de la separación, el comandante Pedro había dado sus órdenes para que la comida fuese un verdadero festín.

La vieja cocinera recibió instrucciones precisas. Con una solicitud aún más conmovedora por tratarse de un hombre consagrado á serios estudios que jamás se ocupó de la mesa, el capitán de fragata llegó aquel

día hasta el extremo de hacer él mismo la lista de los platos que debían servirse. La lista era tan escogida y tan abundante como si la hubiera hecho el mismo Pablo queriendo darse á sí mismo un íntimo festín de Baltasar. No se escatimaron los vinos, sacados de la bodega del castillo, donde los había de los mejores.

De los labios de Pedro salió una frase profunda:

– Hay que servir vinos de buen color para que las lágrimas que puedan caer en las copas no alteren su brillo.

Sonó la hora de beber al feliz regreso de Pablo.

El comedor estaba iluminado por las arañas encendidas, cuya luz se reflejaba en la plata y en el cristal, sobre un mantel de inmaculada blancura, donde los manjares hallábanse colocados en un orden perfecto.

Desgraciadamente, una sola cosa faltaba en el festín y era el apetito de los comensales.

¡Ah! El estómago, dígase lo que se quiera, es un vasallo del corazón. Que el soberano esté contento y se verá al vasallo dilatarse, los ojos brillarán y un bienestar se derramará por todo el cuerpo. Ocurre justamente todo lo contrario si el luto y la tristeza dominan en torno de la mesa en que se come.

Al sentarse aquella noche en sus sitios los comensales, flotaban sobre el puente pesadas nubes.

El capitán de fragata quiso disipar aquella tristeza.

– Vamos, hermano Pablo, dijo, ¡por tu feliz viaje, por tu buena suerte, por tu dichoso regreso y por tu rápido ascenso!

Y levantó su copa, llena hasta arriba de Chateau Margaux.

El teniente de navío chocó la suya con la de su hermano con cierta languidez.

Hubiérase dicho que del cristal salía un quejido.

– Gracias, contestó el joven oficial con palabra lenta. Ya sé que aquí no cambiará nada mientras tú estés; que tu corazón será siempre el mismo, y que, después de mis dos años de destierro, mi puesto en nuestro viejo hogar me será siempre guardado por el más seguro y firme cariño. Soy yo, pues, quien debo brindar por tu dicha, Pedro, y porque no te falte nunca lo que tan bien mereces: la prosperidad bajo este techo y el honor sobre tu frente. Y si yo supiera un día bajo aquellos cielos lejanos que estabas decidido á asociar otra existencia á la tuya, ten por seguro que mi corazón salvará la distancia que va á separarme de ti, que mi pensamiento penetrará en esta morada y que estará aquí presente, aunque invisible, renovándote los votos que hago por tu ventura.

A Pedro le pareció la ocasión propicia para hacer brillar un reflejo de alegría en medio de la sombría tristeza que embargaba á todos.

– Pero ¿qué diablos dices?, exclamó. ¿A qué aludes, loco de atar? ¿Qué es lo que me deseas? ¿Un matrimonio? Basta un Guenezán para continuar la raza y las tradiciones de la familia. Si, por azar, eso ocurriera, no sería tan pronto; puedes estar tranquilo, en la seguridad de que aguardaría con paciencia tu regreso para la ceremonia.

Y se echó á reir al pronunciar estas últimas palabras.

¿No era esa la mejor respuesta que podía dar á la melancólica insinuación de su hermano respecto á su unión posible con madame de Pelvoux?

Pero Pablo quiso hablar el último.

¡Sea como tú quieras!, dijo. Admitamos que permanezcas soltero incorregible. En todo caso tengo aquí á quien poder dedicar mi brindis, pues quizás no sienta la misma aversión por el matrimonio. Dos años bastan para hacer de una niña una mujer y acaso á mi vuelta encuentre ya á nuestra pequeña ondina coronada de flores de azahar.

Interrumpió su brindis llamando al criado que servía á la mesa:

– El vino tinto no es para brindis de este género. ¡Destapa dos botellas de Champagne!

El Cliquot llenó las copas de finísimo cristal con su espuma.

– ¡Por tu felicidad, Lena!, brindó el teniente de navío en una especie de excitación febril. ¡Por el hombre feliz que sea tu esposo!

¡Cosa extraña! Magdalena, al oir esto, en vez de ruborizarse, se puso súbitamente muy pálida.

Sus manos temblaron y sus labios agitáronse convulsos.

Su copa, que Pablo llenó de Champagne, escapósele de entre los dedos, y cayendo sobre el mantel, donde se derramó el contenido, se hizo mil pedazos.

La joven había vacilado al levantarse, y por fin, viéndola caer sobre el respaldo de la silla, Gwen y Pedro acudieron en su auxilio.

– ¡Ah! ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que tiene?, preguntó Pedro, que también palideció, poseído de gran de inquietud.

Por fortuna, Lena sólo había flaqueado bajo la sacudida de la emoción.

Una vez pasada ésta, la joven se irguió sola y el color volvió á sus mejillas.

No es nada, murmuró, esforzándose por sonreir. He tenido así como un vértigo, una cosa que ha saltado de pronto dentro de mi cabeza y de mi pecho. Pero ya lo ven ustedes, todo pasó.

Y contemplando los pedazos de cristal que el criado recogía, murmuró como una niña avergonzada:

– ¡Oh, mi tutor, qué torpeza! ¡He dejado incompleto el servicio!..

Pedro replicó:

– No hay que preocuparse por eso... Al contrario, si fuésemos á creer en augurios...

– ¿Qué?, preguntó Pablo con presteza.

– Esa copa rota sería para nosotros el mejor de los presagios.

– ¿Cuál? ¿Estás tú al corriente de las supersticiones populares?

– ¡Oh! Al corriente no; pero esa es bien sabida de antiguo por todos en Francia. Cuando al brindar por una señorita la copa de ésta se rompe, eso quiere decir que la señorita por quien se brinda se casará con aquel á quien su corazón prefiera.

– Entonces, ondina, dijo alegremente Pablo, mi brindis no ha podido ser más oportuno.

El rostro de Lena se enrojeció.

Este incidente tan poco significativo devolvió la paz á su alma. Magdalena bendijo con todo su corazón aquella esperanza incierta que le llevaba el azar.

Pero Pablo, conmovido un momento, volvió á coger su copa y exclamó:

– A propósito, Lena, toma mi copa y moja en ella tus labios antes que te den otra.

Diciendo esto se la entregó á su prima, que bebió un poco. Pablo en seguida apuró el resto de un solo trago.



... por fin, viéndola caer sobre el respaldo de la silla, Gwen y Pedro acudieron en su auxilio

La voz tranquila de Gwen se elevó en un extremo de la mesa.

Con aquel acento de calma y aquella rígida corrección que la distinguían murmuró:

– Decididamente, es la noche de los presagios.

– ¡Vamos bien!, dijo Pablo. Si miss Hotspur interviene entraremos en las esferas de la alta magia.

Mas la vieja institutriz, moviendo su cabeza, continuó:

– No se ría usted. Es usted bretón y debiera comprender esto. He vivido mucho tiempo en el país de Gales, donde se habla casi la misma lengua que aquí. En uno y otro país las tradiciones, por lo general, son las mismas. Vuestro Myrdin ¿no es el mismo que el de los Erses y el de los Scots? Si leéis la Historia hallaréis en la de los primeros tiempos de la Galia un hecho análogo al que acaba de ocurrir en esta mesa.

Todos se miraron. Pablo intervino entonces, diciendo con tono algún tanto irónico:

– ¡Oh, miss Gwen! Dejemos á un lado la Historia. Díganos usted solamente en qué consiste el segundo presagio á que usted acaba de aludir.

Sr. Guenezán, contestó la institutriz. Era costumbre entre los viejos celtas que la joven que elegía un esposo le ofreciese para beber una copa, en la cual ella misma mojaba previamente sus labios.

¡Ah!, exclamaron á la vez Pedro, Magdalena y Pablo.

Los tres *¡ah!* tuvieron diferentes entonaciones.

Mas para un psicólogo, el que se escapó de los labios de la ondina llevaba en sí toda una revelación.

Era preciso que el teniente de navío estuviese bien enamorado de *la otra* para no observar bruscamente aquella confesión de Magdalena, tan inocente como espontánea.

No, no la observó; no vió nada, no comprendió nada. Antes por el contrario, comenzó á hablar en broma con Gwendolina.

– Vamos, ya entiendo, miss; recuerda usted un punto de la Historia que se reduce á una simple leyenda. Quiere usted aludir, ¿no es verdad?, al famoso matrimonio de Euxene y de Gyptis y á la fundación de Marsella..

– ¡Precisamente!, contestó la inglesa, inclinando su cabeza con un signo de asentimiento.

Entonces el teniente de navío estuvo cruel, en medio de la mayor inconsciencia.

– Mi querida Lena, he ahí, por desgracia, dos presagios que parecen contradictorios en los hechos. Es verdad que te quiero mucho; pero en cuanto á ser tu marido... Piensa un poco: tengo doce años más que tú... Entre los dos augurios escojo el que te ofrece la dicha. ¡Vamos, Lena, comienza á preparar tu vestido blanco y guárdame una flor de azahar de tu boda!

La joven respondió con una suavidad de voz adorable:

Puedes estar tranquilo, primo mío. Haré como mi tutor; esperaré tu regreso para casarme.

Él la miró sonriendo y contemplando nuevamente su rostro encantador. Por segunda vez sintió al mirarla aquella extraña emoción que experimentó algunos meses antes al llevar á Lena al castillo desde el borde del golfo, donde la había encontrado á hora ya algo tardía.

Mas sobreponiéndose á la emoción, se contentó con decir alegremente:

– Después de todo, es cierto, puedes esperar. El que se case contigo ganará en ello... desde todos los puntos de vista.

Levantáronse de la mesa.

Fueron á reunirse por última vez en el gran salón.

En la alta chimenea, de estilo del siglo XIII, cuyos adornos de madera esculpida llegaban hasta el techo, ardían gruesos leños calentando aquella habitación vastísima. Alrededor veíanse viejos sillones forrados de cuero, con escabeles de nogal. Candelabros soste-

nidos por brazos de acero, que concluían en garras de leones, alumbraban el salón con sus gruesas bujías.

El café y el te fueron servidos al mismo tiempo; el café para los caballeros y el te para las señoras.

Pedro dió un cigarro á su hermano y encendió el suyo.

La conversación volvió á adquirir cierta gravedad. Los dos marinos hablaron de cosas de su carrera.

– ¿De modo que es en el *Turenne* donde vas á hacer tus dos años de campaña?

– Sí, contestó Pablo sin prestar atención á lo que decía. ¡Dos años! ¡Qué plazo tan largo para estar esperando la dicha!

– ¡Bah!, exclamó Pedro. Es largo si se quiere. Pero te parecerá más corto de lo que te imaginas y eso te hará amar más aún á tu patria y á los tuyos. Por otra parte, creo que no tendrás necesidad de distraerte en borrar del calendario los días que pasan. Según lo que cuentan los camaradas que de allá vuelven, no hay tiempo para aburrirse...

– ¡Dios te oiga! Se me figura que en aquellos parajes y bajo aquellos cielos el no tener nada que hacer debe ser peor que el trabajo.

– ¡Ah! Eso depende... En cuanto á mí, puedo decir que no me he aburrido. La China es un curioso país, y por poco que pares en Shanghai ó en Nanking te distraerás estudiando á los hijos del Celeste Imperio y sus usos y sus costumbres.

Pablo, una vez lanzado por el camino de las ideas serias, se puso á meditar.

– Es cierto que ocupando bien mis días conseguiré abreviarlos. Dibujaré, haré fotografías, tomaré algunas vistas...

– Y además no os faltarán incidentes, estoy seguro... Aquella región es la de los piratas. Tendréis que andar persiguiéndolos, probablemente... Acaso tengáis que hacer algunos disparos contra los muros de la Sonde... Quizás puedas contar con esa distracción imprevista. Los malayos y los piratas de Borneo te proporcionarán más ocupaciones que las que tú mismo te procures.

La conversación siguió su curso natural.

Pedro sacó á plaza todos los recuerdos del tiempo en que él hizo su campaña en aquellas latitudes. Su hermano menor escuchábale con deferencia, con una deferencia que no excluía la familiaridad debida á los lazos de la sangre.

– Gracias, mi buen Pedro, dijo al terminar éste el relato de su campaña. Cuanto acabas de referirme me será útil. Vale mucho la experiencia de un hombre que ha pasado por las mismas pruebas, sobre todo cuando ese hombre es un hermano como tú.

Llegó el momento de separarse.

Pablo tenía que partir antes de rayar el alba, ó sea en las altas horas de la noche.

Se retiró á eso de las doce, después de estrechar la mano de Pedro.

Sólo entonces observó que miss Gwendolina Hotspur se había dormido en su sillón, y que Magdalena, que estaba con los ojos abiertos, había oído el grave diálogo.

Pablo se acercó á su prima y extendiendo sus brazos dijo:

– ¡Vamos, bésame, bésame bien fuerte!.. Ya no nos veremos hasta dentro de dos años, pues cuando yo me marche, mañana por la mañana, todavía estarás dormida!

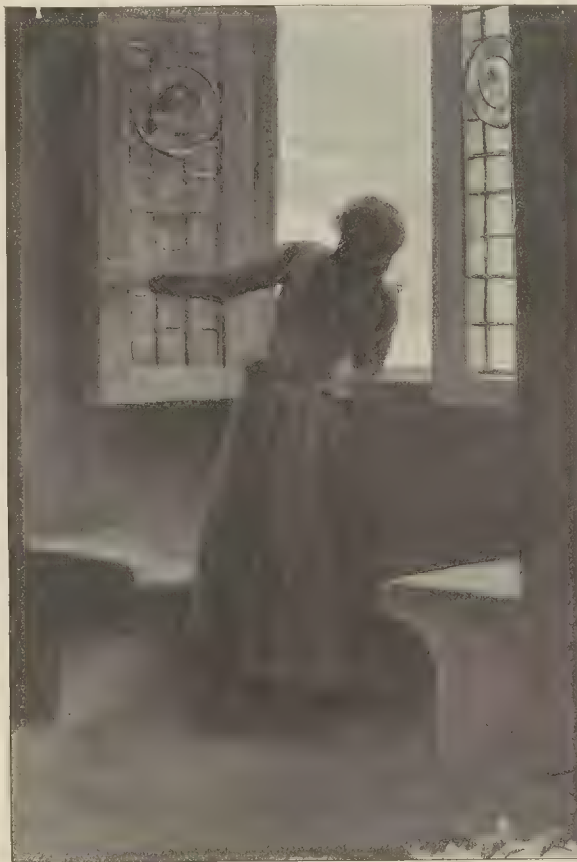
Los labios de Lena estremeciéronse como si de ellos fuera á salir alguna palabra. Pero no brotó ningún sonido.

En vez de hablar, presentó su pura y hermosa frente al beso de su primo, mirando al suelo.

Evidentemente, la ondina había tenido tiempo bastante para reflexionar entre las palabras de Pablo y su propia sorpresa y había decidido que no se trasluciera su pensamiento.

A pesar de tener el corazón henchido de amargura le impuso silencio y refrenó sus latidos.

Pero al día siguiente, de madrugada, en el momento en que los dos oficiales de marina bajaban juntos al comedor, donde Pablo iba á almorzar antes de abandonar el castillo, una mano blanca levantó la cortina de lana tras de la cual se abría el pasillo que iba á las habitaciones de Lena y de Gwen, y Lena, muy nerviosa, con los ojos enrojecidos á la vez por las lágrimas y por el insomnio, fué á dar á su primo la última despedida.



Entonces, segura de que ninguna mirada indiscreta la sorprendía en su llanto, la huérfana dió rienda suelta á su dolor

Pablo estaba también demasiado triste para intentar reprenderla, y el tutor no pensó ni por un solo segundo en incomodarse con su pupila. Sin embargo, exhortó á Magdalena á que se volviese á su alcoba, lo que no le impidió á la joven permanecer en la ventana hasta el instante en que el coche que llevaba al teniente de navío se perdió á lo lejos por la avenida del viejo castillo de Ely entre el ruido de las campanillas de los caballos y el restallido del látigo del mayoral.

Y entonces, segura de que ninguna mirada indiscreta la sorprendía en su llanto, la huérfana dió rienda suelta á su dolor.

VII

OJOS QUE NO VEN Y CORAZÓN QUE SIENTE

El castillo quedó sumido en un silencio de muerte.

El capitán de fragata estaba ya acostumbrado á esta clase de separaciones.

Hombre esclavo de su deber y de sus estudios, había abrazado por vocación su ruda carrera. Así es que estos incidentes no le causaban sorpresa alguna. Sabía ya que la carrera del marino estaba sembrada de tristezas y de contrariedades.

Se sobrepuso á la pena que le produjo aquella separación, dedicando más tiempo á sus habituales trabajos.

Bajo apariencias de frialdad el comandante Pedro ocultaba un alma muy sensible, y precisamente porque necesitaba ponerse en guardia contra su sensibilidad excesiva era por lo que procuraba aparecer cubierto de una máscara de estoica indiferencia.

Mas no tardó en dominar sus propias impresiones.

Su calidad de tutor le hizo observar con mirada vigilante el estado de ánimo de su pupila. Se fijó atento en la anormal agitación nerviosa que comenzaba á notarse en todos los actos de la vida de Lena.

En efecto, contra lo que Lena había sido hasta entonces, impetuosa, brusca é inconsiderada, mostrábase contenida en una gran reserva, más propia de una mujer que de una muchacha.

También de la buena Gwen se apoderó cierta vaga inquietud al observar aquel cambio.

Así ésta como el comandante Pedro adquirieron la certidumbre de que un elemento nuevo manifestábase en la original personalidad de la joven.

Lena daba signos inequívocos de una voluntad enérgica y persistente que luchaba contra las espontaneidades de un temperamento lleno de viveza y contra las rebeliones de un carácter indomable.

Y un día que hablaba sobre este asunto la excelente Gwen expresó en una frase pintoresca la común impresión que sentían ante aquel fenómeno que á la vez les inquietaba y llenábales de encanto:

– Sí, dijo miss Hotspur riéndose, Magdalena va reemplazando á Lena.

No era esta una simple antítesis de ideas ó de palabras; era la observación precisa y rigurosa de una realidad que estaba á la vista.

La ondina se transfiguraba lentamente y conscientemente.

Iba marchando ya hacia sus diez y siete años.

Gwendolina, habituada á la uniforme evolución de los temperamentos de su raza, no dejaba de sentir cierta alarma viendo la rápida metamorfosis que se operaba en su discípula.

Puso más cuidado que nunca en estudiarla á ésta y en vigilarla de cerca para descubrir mejor el secreto de aquel profundo cambio. Lo consideró tanto más fácil cuanto que Lena, que hasta entonces sólo había manifestado su afecto hacia Gwen por intermitencias, por explosiones, empezaba á ser con ella más respetuosa, más tierna y más confiada, hasta el punto de haberla hecho penetrar ciertas intimidades para Gwen casi totalmente desconocidas.

En esto se engañaba por completo.

Sin duda alguna, la transformación de la joven en lo tocante á su trato con Gwendolina era muy grande y de una absoluta sinceridad. Había comprendido todas las buenas cualidades de la excelente mujer que, con la mejor voluntad del mundo, aunque algo torpemente á veces, le prodigó atenciones y cuidados que, en realidad, no bastaban á suplir la maternal solicitud de que la muerte de madame de Kéroulaz había privado á su hija.

Al darse cuenta de ellos, Lena sintió crecer y tomar forma al verdadero afecto hasta entonces sin equilibrio y sin consistencia de que sólo había dado á miss Hotspur pruebas irregulares.

Pero la misma Magdalena no conocía, sino de una manera muy vaga, el motivo, la causa determinante de aquella transformación.

Ésta había sido ocasionada por un sentimiento de orden distinto.

Hallábase Lena en ese período del amor en que el corazón, envuelto todavía en las brumas con que lo rodea la poesía de la juventud, no se entrega aún á las expansiones ardientes de la pasión, ni habla el firme lenguaje del amor consciente y enérgico.

(Continuará)



VARGAS Y MACHUCA

I

La *y* de este epígrafe indica que estos apellidos pertenecen á dos personas y que nada tienen que ver con el esforzado amigo del rey D. Alfonso el Sabio. Hablemos primero de Vargas, para ocuparnos después de Machuca, puesto que ambos se completan en esta verídica narración.

Diego Vargas era un joven originario de Cuenca é injerto en Madrid, que por sus cortos alcances *machucaba* al sentido común. Pero si sus alcances eran cortos, sus pretensiones eran muchas, y á éstas debe el honor de salir en los papeles públicos; pues si no, hubiérase quedado en la obscuridad en que vegetan otros muchos tan necios como él, pero más modestos. Vargas era huérfano de padre y madre, y sin más que parientes sumamente lejanos, rico por su casa, puesto que tenía dos: una en la calle del Desengaño y otra en la de ¡Válgame Dios! Poseía además en tierra de Cuenca un coto redondo, y una huerta en la ribera del Manzanares; y con esto y con ser algo tacaño (cuando no se trataba de sus vicios y vanidades) nunca tenía escasez de dinero. Mucho del que manejaba gastábalo en trajes y perifollos, y especialmente en cosmético para el bigote, que era su constante preocupación, retorciéndoselo á cada instante, hasta cuando dormía. ¡Qué guías las de Vargas; asemejábanse á dos agudas lancetas! Con ellas pretendía atravesar los corazones femeninos. Porque, regla general, no hay nadie que se retuerza el bigote que no tenga conatos por lo menos de conquistador amoroso. Ya se ve, ¿qué mujer resiste á unos botines blancos sobre el *brodequín* de charol, á un bastón bien llevado debajo de la capa, y sobre todo á un bigote retorcido con cierto *chic*? Pero veo que me extralimito y que con lo dicho basta y sobra para que el discreto lector comprenda que Vargas era un tonto de capirote, con pretensiones de elegante, y sobre todo, con ínfulas de Tenorio. ¡Qué no hubiera dado él por poseer la lista de mujeres rendidas del amante de doña Inés, hasta prescindiendo de la *princesa real*, y contentándose con una marquesa, aunque fuera de nueva hornada! Como no sabía ni siquiera lo que era el equinoccio, sólo hablaba de mujeres, vencidas ya ó asediadas: en esto era insaciable, según y como se explicará más adelante. Por lo demás Vargas no era ni feo ni guapo, y sólo se distinguía por su diminuta estatura, á la que debía el diminutivo de Varguitas.

II

Una tarde entró Varguitas en la cervecería de la calle del Príncipe y atisbó á Machuca que en un velador de rincón tomaba café, fumaba un cigarro que, por la dorada abrazadera, debía ser habano, y tenía delante una copa de coñac. Por estos esplendores supuso Varguitas que Machuca estaba en fondos, y se sentó á su mesa sin recelo.

¿Quién era Machuca?

De positivo nadie lo ha sabido; pero por los pelos, señales y *sablazos* podía deducirse que era un vividor. Su rostro era inteligente y simpático, su palabra fácil y su acento persuasivo, como conviene á todo el que *pelea en el mundo*. Sólo tenía un defecto físico (prescindo de los morales) y era el de ser tan pequeño y exiguo como Varguitas. Sin embargo, no tenía diminutivo como éste, merced al alcance de su *sable*.

Vargas se sentó con cierto interés al lado de Machuca, aun á riesgo de tener que pagarle la consumación, como dicen los franceses, porque estaba *intrigado*, como también dicen los susodichos transpirinaicos. Dos días antes, pasando Vargas al anochecer por junto á la tapia de la huerta del convento de Santa Teresa (ya derribado), observó que Machuca, envuelto en las sombras del crepúsculo, se bajaba al vertedero de aguas pluviales que había en dicha tapia y extraía un objeto que Varguitas no pudo distinguir. Aquello olía á intriga amorosa, pero lo extraño era el sitio, por lo cual éste, que entonces pasó de largo, se propuso preguntar á Machuca no bien tuviera ocasión. Precisamente una intriga de tal clase era su bello ideal para aproximarse al de Tenorio.

Sentados, pues, ambos en el velador de la cervecería, Varguitas pidió un ponche de huevo y preguntó á Machuca:

– ¿Puede saberse, si no es indiscreción, qué hacía usted la otra tarde en la calle del Barquillo registrando un vertedero?

– ¡Hombre!, contestó Machuca sonriendo, usted que es aficionado no debe extrañarse...

– Lo que me extraña es el sitio, ¡la tapia de un convento!

– Como que se trata de una aspirante á monja.

– ¿Una novicia?

– Precisamente.

– ¡Ah!

Este ¡ah! hizo abrir mucho los ojos á Machuca, señal en él de que se le ocurría una idea, y dijo:

– Si á mí me sobrara el dinero como á usted, ¡qué feliz sería!

– Pues ¿cómo?

– Porque no veo resultados á mi conquista no habiendo *monises*, y eso que la novicita es muy corriente. ¿Sabe usted lo que me dice en su última carta? Pues me dice que daría diez años de vida por ir á un baile de máscaras del Real.

– ¡Vaya!

– Ya se ve, ¡como yo le doy periódicos, está soliviantada de cascos!

Varguitas bebía su ponche pensativamente. Machuca le observaba con el rabillo del ojo.

Hubo una pausa de silencio, que rompió Varguitas diciendo:

– ¡Quién estuviera en el puesto de usted!

– Pues á poco que me hurgue le cedo á usted la plaza.

– Pero ¿y ella?

– Mire usted, Varguitas, yo supongo que ella no me quiere por mi linda cara, sino porque soy hombre, sin contar que usted es más guapo que yo y está mejor vestido. Lo que ella desea es volar, y creo que lo mismo le dará hacerlo en compañía de un jilguero ó de un verderón.

Ocupóse el velador próximo al en que estaban los dos interlocutores, y como la conversación era reservada, saliéronse ambos á la calle.

El diálogo debía tener consecuencias.

III

Tres noches después había baile de máscaras en el teatro Real. A la media noche próximamente veíase un coche parado en la calle de Hortaleza, esquina á la del Barquillo, y en ésta, paseando hasta la de Santa Teresa, iba, venía y se detenía un hombre envuelto en un amplio gabán de pieles, cuyo cuello alzado le tapaba hasta los ojos.

A veces se asomaba con precaución á la última de dichas calles, pero sin torcer la esquina.

Era Varguitas.

Habíase arreglado con Machuca, y esperaba á la novicia de las Teresas. ¡Cómo le palpitaba el corazón al joven Tenorio! Estaba en plena aventura llena de emociones. ¡Una casi religiosa! Esta idea era lo que más le conmovía. Pero ¿cómo tomaría la novicia la sustitución de un galán por otro? Todas estas cosas le tenían inquieto. Asomábase con recato á la calle de Santa Teresa, porque así se lo había encargado Machuca, y esperaba el fin de la aventura con tanto interés y casi con igual miedo que Sancho Panza la de los batanes.

Por fin, al asomarse á la esquina vió una sombra que se destacaba de la puerta del convento.

Abandonó él la esquina, é instantáneamente apro-

ximósele el bulto y se agarró á su brazo. El joven Tenorio le examinó á la lejana luz de un farol y pudo distinguir que sobre el hábito llevaba un dominó negro y una careta de seda cuya guarnición llegaba hasta la mitad del pecho.

– Nos espera un coche.

– Bueno, pues vamos, dijo la novicia en voz casi imperceptible.

– Quítate la careta.

– Ahora no, ¿estás loco? Luego.

Varguitas se apoderó de una mano de su pareja: mano pequeña y enguantada.

Subieron al coche que partió no muy de prisa. El joven conquistador quiso permitirse alguna libertad, pero su pareja le rechazó, diciendo muy por lo bajo:

– Mira, Luis (Machuca se llamaba Luis), ten juicio hasta la hora de no tenerle; oye mi programa: ahora son las doce próximamente, puedo disponer de cuatro horas. Vamos al Real, me convidas á cenar...

– Eso por supuesto.

– Después damos una vuelta por el baile para que yo me entere...

– Bien, ¿y luego?

– Entre cena y paseo estamos en el baile hasta las dos...

– Bueno, pero ¿y después?

– ¿Tienes dónde llevarme?

– A mi casa, vivo solo con una vieja ama de llaves que ahora estará roncando.

– Pues vamos á tu casa.

Al oir tan seductor programa, Varguitas se estremeció de esperanza. Oprimía la mano de su pareja; ésta, que correspondía á los apretones, exclamó de repente:

– ¡Ah! ¡Tú no eres Luis!

– Yo...

– ¡Me has engañado!..

El seductor vaciló y después dijo:

– Pues bueno, sí, no soy Luis; éste me ha pedido que le sustituya á tu lado, porque á última hora ha recibido un telegrama de su pueblo anunciándole que su madre está moribunda.

– ¡Pobre Luis! ¿Está muy lejos su pueblo?

– No, en esta misma provincia: es Bocigas. Vaya, ¿te conformas con la sustitución?

– Cuando pasemos frente á un farol, bájate un poco el cuello del gabán.

– Pues ahora, ¿me ves?

– Sí, no tengo más remedio que conformarme.

– «Bien dijo Machuca que la novicia es muy corriente,» – pensó Varguitas, satisfecho de haber salido de aquel apuro.

IV

Entraron en el Real y dieron una rápida vuelta por el salón. La novicia miraba hacia todas partes como embebecida; pero pronto dijo:

– Desfallezco. Vamos á cenar.

– Quítate la careta.

– Repito que estás loco, ¿para encontrarme quizá con alguno de mis hermanos?

La futura religiosa levantóse un poco el rebocillo é hizo honor al *ambigú:* comía por cien marineros después de la tempestad. Varguitas estaba desganado de emoción. Cuando llegaron á los postres la novicia se levantó, llamó á un camarero y le preguntó dónde estaba el tocador. «Si la señora gusta, yo la guiaré,» dijo aquél, y ambos salieron de la sala.

Apresuróse Varguitas á pagar la cuenta ansioso de llevarse á su pareja lo más pronto posible. La presunta monjita apenas había hablado durante la cena, lo cual el joven calavera atribuyó á timidez, pues al fin y al cabo era una novicia. Esperábala con impaciencia, y cuál fué su sorpresa al ver que el camarero se le aproximaba presentándole una cartita en una bandeja.

Miró el sobre dirigido á él, abrió el billete y leyó:

«Amigo Varguitas: ¡Gracias por la cena que usted me ha dado, y gracias también por sus veinte duros, que no han servido para catequizar á ninguna portera; pero sí para que su humilde servidor pueda efectuar un viaje á su tierra para cumplir un voto hecho á Nuestra Señora de Utrera.

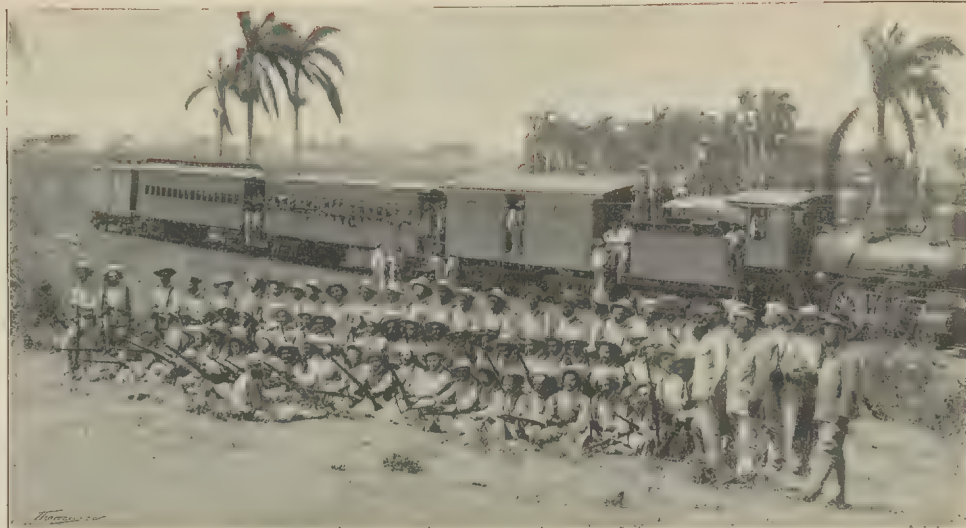
»Por lo demás, la novicia existe; y en cuanto á la portera, me consta, aunque no por experiencia, que no es insensible á las monedas del Rey nene.

»Así, pues, ¡Varguitas y á ella!

»Siempre suyo, hasta por el camino. – *L. Machuca.*»

¡Pobre Varguitas!

F. Moreno Godino



LA GUERRA DE CUBA

SEGUNDA COMPAÑÍA DEL PRIMER BATALLÓN DEL REGIMIENTO DE SORIA, ENCARGADA DE LA CUSTODIA DE UN TREN EXPLORADOR DEL GOBIERNO (de fotografía)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XVI — Barcelona 22 de febrero de 1897 — Núm. 791



FIESTA DE CARNAVAL.—¡AL... ASALTO!, cuadro de Alois H. Schram



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL TELÉFONO Á DOMICILIO

A los que cantan las maravillas de la civilización no les llevaré la contraria, así de frente, por no enojarles; pero que ellos me confiesen á su vez que la tal civilización no deja de traer consigo luchas, sofoquinas y un sin fin de trapisondas. Compramos muy caros – no sólo en el sentido literal, sino en el simbólico – los refinamientos de comodidad que exige la vida moderna y que la complican hasta un grado increíble.

Debo añadir, sin embargo, que estos inconvenientes que creo advertir en la civilización son mucho mayores en los países semicivilizados, como nuestra patria, donde realmente la cultura social es una delgada tela ó cáscara de cebolla, una cosa superficial, que apenas reviste el fondo de atraso debido á tantos siglos, que le prestaron en su no interrumpida labor un modo de ser tradicional casi incompatible con muchos de los adelantos contemporáneos. Aquí no se empollan, no se crían, no se fomentan, no se propagan las novedades: vienen del extranjero, preparadas, arregladas, con su forma y sus condiciones, y aparecen en España á manera de aerolito, caídas de las nubes, sin precedentes ni raíces en la sociología. Al asomar la desconocida *mejora* produce en algunos espíritus pasajero entusiasmo; la gente se las promete muy felices, y hay un momento en que todos anhelan, en momentáneo y generoso arrechucho, plantearla y disfrutarla y hasta recomendarla á los amigos. Pero entre la aspiración y la realidad, media, ya se sabe, un abismo; en la práctica se tocan las dificultades y los quebrantos, que hacen casi inaccesibles esas novedades tan provechosas, en apariencia, destinadas á facilitar y hermosear la vida del mayor número – novedades que debieran ser, no costoso recreo de algunos elegidos de la fortuna, sino patrimonio de la clase media y hasta del pueblo. ¿Por qué no?

Lo primero que sucede es que la novedad, oculta y convertida en mito, es privilegio y monopolio de una empresa poderosa, que entendiéndose con el Estado y pagándole pingües diezmos y primicias, se reserva el derecho de estrujar al público cinco veces más de lo que á ella la explota el Estado, y de imponer siempre al público las condiciones más vejatorias y onerosas, á cambio del servicio más detestable. Constituídas estas empresas industriales en forma de Compañías, redactan un reglamento que el complaciente Estado sanciona y que tiene fuerza de ley excepcional; en ese reglamento hay su penalidad, contra el público, naturalmente, y penalidad muy grave y seria, sobre todo en lo que se refiere al bolsillo (¿á qué estamos, tuerta?), y en cuanto á garantías concedidas al público para que á su vez pueda hacer válido su derecho, cuando ve lesionados sus derechos y desatendidas sus reclamaciones..., el reglamento guarda un silencio elocuentísimo, ó se parapeta tras de una denegación previa, de una cautela prudente, todavía más expresiva. Un estudio hábil y exquisito para abrumar de responsabilidades y para envolver al público en cortapisas y trabas sutiles como aquellas con que prendieron á Gulliver, y quedarse en cualquier caso libres y exentas de cargos, de cuidados y de culpas: tal es la marcada tendencia que informa los reglamentos de las Compañías que padecemos.

Parecía natural que el Estado, al aprobar un reglamento que hace ley, al conceder á unos industriales el privilegio de beneficiar exclusivamente una invención ó una mejora cuyo fin último debe ser el bien general y no la utilidad de una empresa; al confiar á determinada razón social la misión de distribuir cosas tan indispensables á la vida como el agua, la luz, el calor, el sonido ó la velocidad, tuviese en cuenta el interés de todos, y pensase en algo más que en sacar un nuevo impuesto ó en complacer y auxiliar á los capitalistas que forman la Compañía. Una de las razones que me hacen dudar y temer del socialismo de Estado, es que el Estado tiene, al menos en España, la propiedad de ciertos ácidos que descomponen cuanto tocan. ¡Ay de nosotros si el Estado se encargase de lactarnos, criarnos, sustentarnos, hacernos trabajar y hasta enterrarnos á su gusto!

Tal vez sea España el único país del mundo en que los ferrocarriles hacen echar de menos con nostalgia la galera, el carromato y los buenos tiempos de la arriería; la electricidad, la época pintoresca del tríptico velón de Lucena y del candil; el canal del Lozoya, la subida penosa del *maestro de baile* por las pendientes escaleras y el palique del astur con la maritornes á la vera del fogón; y el teléfono, los recados y misivas depositados por un gallego «en propia mano» y la célebre carta del payo, que antes de entregarla exigía perentoriamente la respuesta...

De todas las Compañías que sufrimos en Madrid, la única que ha empezado á tratar de hacer accesible al público la mejora que representa, es sin duda la Compañía de alumbrado y calefacción por gas. Aparte de cierta relativa complacencia que puede observarse en sus relaciones con los clientes, manifiesta una propensión constante á rebajar los precios, y justamente estos días he oído decir que se celebrará una reunión para hacerlos más módicos. ¿A qué se debe esta saludable inclinación; á qué la propaganda activa que realiza esta Compañía anunciando y divulgando las innumerables aplicaciones del gas corriente á los mil usos de la vida doméstica – cocina, plancha, baños, etc? – A la virtud del maravilloso talismán de la industria que se llama *competencia:* á la necesidad de luchar y defenderse cuando aparece en escena el alumbrado por la electricidad. La Compañía del gas se ha hecho tolerable al público, á pesar de que aún conserva resabios, y uno de ellos, el más curioso en mi entender, el de la *grafomanía*. Para solicitar que un tubo de plomo que conduce el fluido á la antesala se prolongue, verbigracia, hasta el pasillo y alimente un mechero, os obliga la Compañía del gas á gastar un litro de tinta. No he visto afición igual al papeleo, al expedienteo, á las firmas; no he visto desconfianza mayor, cuando el interés de estas empresas estaba en allanarlo todo. No hay cosa tan molesta como el papeleo, y por no firmar tantas veces una bobería, hay quien se encoge de hombros y prefiere quedarse sin gas hasta la consumación de los siglos.

Así que las Compañías ó Sociedades ven en perspectiva la competencia, por instinto natural se hacen menos fieras y tiránicas; son más racionales sus exigencias, y más discreta su acción. Pero ¡ay del que necesita servicios que dispensa una sola mano privilegiada! Ese sufrirá todo el rigor de la ley marcial y pasará bajo las horcas caudinas del reglamento, resignado de antemano á cuantas molestias se le inflijan y á cuantas decepciones le aguarden.

El teléfono, en las capitales populosas, donde las distancias son formidables, y donde no se puede tener, como en Filipinas, un sirviente para cada menester; donde los recados menudean y los avisos llueven, es algo imprescindible; es un criado casi mudo y que no come; es la solución de grandes problemas domésticos. Sí, es todo eso; ó al menos, eso debería ser; y lo sería, si tuviesen teléfono á domicilio todas ó siquiera la mayor parte de las personas á quienes su estado, condición y oficio obliga á frecuentes relaciones y comunicaciones con las demás. Si el teléfono se circunscribe á unos cuantos centenares de abonados, en una capital como Madrid, donde podrían tenerlo diez mil personas, pierde su utilidad. ¿De qué me sirve instalar teléfono, si no lo instalan las gentes con quienes deseo comunicar? De lo que serviría la elocuencia en un desierto.

Y ¿por qué, vamos á ver, no instalan teléfono las nueve décimas partes de las personas que pueden instalarlo y que sin duda lo necesitan, para comunicar con sus superiores, con sus dependientes, con sus clientes, con sus amigos y con sus proveedores? ¿Es por *misoneismo*? ¿Es porque creen que el teléfono, sobre ser el más *azarante* de los ruidos, es también una especie de intruso impertinente, una oreja de Dionisio abierta para recoger las confidencias de vuestra intimidad, algo que os despierta á las altas horas con tirriliiintilín apremiante y provocativo, un duende que no os permite aislaros ni estar completamente solos y recogidos en el silencio del gabinete de trabajo?

No creo que mucha gente, al privarse de teléfono, obedezca á consideraciones de esta índole. La razón verdadera de que en Madrid el teléfono tenga poco partido, es en primer lugar su elevado coste, y en segundo su servicio deficientísimo y calamitoso y las tranquillas de su mañoso reglamento.

Del servicio no se oyen más que pestes. Es un tópico de los salones renegar de él, y ha heredado el teléfono las culpas que antes se cargaban al correo. Puede á veces caber en esto alguna exageración; pero algo tendrá el agua cuando tanto la bendicen, y el público no es capaz de confabularse á fin de repetir las mismas lamentaciones por gusto y por capricho. La manera especial de ser del teléfono, la facilidad con que pueden las telefonistas rehuir prestar el servicio, á poco que se lo propongan, dejando sin respuesta las llamadas, ó alegando que no contestan del punto con el cual se pide comunicación – afirmación cuya exactitud no es posible desmentir ni comprobar, al menos en un largo plazo de tiempo, origina estos abusos. Así es que las relaciones entre el público y las señoritas telefonistas tienen de todo, excepto de cordiales. Por otra parte, el teléfono y esto sí que ignoro si es culpa de los empleados ó defecto de la instalación telefónica – rara vez transmite la voz perceptible. El diálogo más frecuente entre el comunicante y el comunicado es el que sigue (acento de mal humor, no reprimido por la presencia de nadie):

– Hable usted más claro. No le oiiigo.

– ¿Eh? ¿Eeh? ¿Quién eees?

– ¡Que no se oooooye!

– ¡Yo á usted ni palaaaaabra!

Aquí una serie de porracitos en el tímpano y de sones inarticulados, roncos, semejantes al chillido de una rata ó al zumbido de un moscón. El del otro lado se desespera, patalea, levanta las manos al cielo, y al fin grita:

– ¡Centraaaal!

– ¿Qué se ofrece?, responde una voz cristalina de puro clara, que suena como si la boca que la modula estuviese aplicada á nuestro oído.

– Que no está bien puesta la comunicación... A usted la oigo lo mismo que si la tuviese aquí, á mi lado, y al Sr. H ó X... no le puedo entender, ni él á mí, una jota.

– Bueno, dígame lo que quiere decirle, y se lo comunicaremos...

– No, si yo – ¡siempre que no consideren ustedes exorbitante esta pretensión! lo que deseo es comunicar con el Sr. X ó H... y no con ustedes, ni por medio de ustedes.

– Pues entonces... (Otros sonidos confusos y otros porrazos en el tímpano, que saben á gloria.)

¿Usted creerá que después del episodio se perfecciona el sistema? Por lo regular, se queda usted ante el aparato un cuarto de hora esperando, esperando, y desesperando; y cuando voltea usted otra vez el manubrio, resulta que «han creído que usted había acabado ya» y han suprimido la comunicación. Si le hacen el favor de restablecerla, vuelven las interpelaciones con vocales repetidas, los ¡eeehs! y el ruido como de tábano que se bate contra un vidrio ó que zumba cautivo bajo una taza...

Pues á pesar de tantas adversidades, el teléfono obtendría el puesto que le corresponde en nuestras costumbres, si su precio lo pusiese al alcance, no de todas las fortunas, pero al menos de las fortunas medianas. Cuesta cinco duros mensuales y no es permitido abonarse por menos de un semestre: es decir, representa un gasto anual de treinta duros lo menos: añádase el interés de la fianza, y encontraréis invertida en el teléfono la renta de un capital de mil duros, al 5 por 100, respetable suma que pocos pueden consagrar á un detalle del servicio. Si el teléfono bajase á mitad de su coste, el número de abonados ascendería, no al doble, sino al triple ó cuádruple: ventaja positiva para la Sociedad. La Sociedad alega que no puede; que las exigencias del Estado no le permiten sin grave quebranto de sus intereses rebajar la cuota. ¿Esto es verdad? No se sabe; todo es misterioso y casi masónico en estas Sociedades y Compañías; pero el público malicia que, á no ser el monopolio de la concesión, tendríamos este servicio más accesible y corriente, por menos dinero; por la mitad ó la tercera parte. Mucho me queda todavía que contar del teléfono y de su papel en la vida contemporánea: sólo que la crónica se acaba. Dejémoslo para otra quincena.

Emilia Pardo Bazán



LUIS GONZALEZ BRAVO

Así como se ha dicho *el siglo de Luis XIV*, pudiera decirse, más modestamente, por supuesto, la época de Luis González Bravo, porque este nombre casi simboliza el período más agitado y pintoresco de la moderna Historia de España, en el cual los acontecimientos iban pasando con la rapidez de los cristales de una linterna mágica. En tan corto espacio de tiempo ni la misma Francia, que parece destinada á ensayar todas las utopías, ha sido tan fecunda en sucesos; pues si bien ha tenido cambios de dinastías, dos repúblicas y varias guerras extranjeras, le ha faltado para compararse á España el terrible aditamento de tres guerras civiles. González Bravo nació con la revolución política y literaria españolas, y parece como que ha aguardado á morir cuando España íbase pacificando, aunque lentamente, y entrando en el concierto de civilización de otras naciones, como diciendo: «Ya nada tengo que hacer aquí.» Porque en efecto, él hizo todo lo que entonces se hacía, y resume en sí los cambios, turbulencias y prevaricaciones de su época.

En su primera juventud fué demócrata furibundo y publicó *El Huracán*, periódico tan tremendo como su nombre, en el que no dejaba títere con cabeza, desde las testas coronadas hasta los personajes notables y de pacotilla que en su tiempo pululaban. Después, por medio de rápidas gradaciones, modificó sus ideas exaltadas, adoptando las de orden, hasta el punto de hacerse moderado, partidario del autócrata general Narváez y ministro en los gobiernos que éste presidía. Sus evoluciones no tuvieron por móvil el medro personal, ni aun el de posición política, como las de tantos otros; como cuestión material, González Bravo nunca sufrió estrecheces, y al morir su padre heredó una renta de diez ó doce mil duros anuales. Respecto á notoriedad, en todos los partidos hubiérala tenido; pero él por orgullo se inclinó á los que representaban la clase social más elevada, y eso que su clarísima inteligencia hacíale comprender que éstos iban perdiendo terreno; tanto, que hasta fué profeta de la revolución de septiembre, y aun en vida de Narváez y de O'Donnell se le oyó decir: «Me parece que el trono se tambalea.»

González Bravo fué escritor castizo, poeta de canciones que se hicieron populares y notabilísimo orador. ¿Quién podrá olvidar la campaña parlamentaria que sostuvo en los cuerpos colegisladores con motivo de los sucesos de *la noche de San Daniel*? Acosado por los más elocuentes é impetuosos oradores de ambas cámaras, se revolvía contra ellos como combatiente esforzado y diestro que en lucha desigual *repara* los golpes que se le dirigen.

De estatura mediana, de facciones expresivas, de negra y abundosa cabellera antes que una calvicie prematura la devastase; con ojos negros, de mirada profunda y *magnetizadora*, según él pretendía; suelto de modales y de brillante y amena conversación, González Bravo podía ser reprobado como político, pero era acogido por amigos y adversarios con la distinción que merecía. Tenía aspecto de militar fino, y el uniforme de coronel de milicias de la Habana, que solía usar en algunos actos oficiales, le sentaba á las mil maravillas.

Acostumbraba á veces á apartarse de la verdad, y contaba sucesos de su juventud que podían ponerse en tela de juicio: recuerdo dos de los más verosímiles. En Sevilla, pelando la pava con una joven, por querer darla un beso metió tanto la cabeza por entre los hierros de la reja, que no pudo sacarla, y en este trance le sorprendió la mañana y con ella los madrugadores transeuntes, y después el padre de la muchacha. Cuando polleaba en Madrid, como entonces había mal alumbrado, mal empedrado y llovía más que ahora, sin saber por qué, y no existían ni por asomo coches de alquiler, Luis Bravo (así se le llamaba más usualmente) inventó un medio de presentarse limpio en las tertulias de confianza que frecuentaba, en las que se jugaba á juegos de prendas y á la lotería de cartones; cual fué el de aquilar un mozo de cuerda que le llevaba á horcajadas. Tenía, como ya he dicho, pretensiones de magnetizador, y contaba que había magnetizado con la mirada á un león de la casa de fieras del Retiro, obligándole á que bajara la cabeza y á que se postrara humildemente *cabe* la reja de la jaula.

Mas para diseñar de cuerpo entero al personaje de que me ocupo, paréceme oportuno describir *la época de Carabanchel*, como la llamábamos los que en ella tuvimos parte. Luis Bravo, conocido ya como hombre político y orador, en edad media, casado, padre de tres niñas, con restos de una fortuna cuya parte principal había disipado, alejado de la política activa por causa de la situación y disgustado con su esposa, se fué á vivir al pueblo de Carabanchel Bajo, en donde tenía una casa espaciosa, con un jardín vasto, aunque un tanto descuidado. La casa, si bien no ostentosa, estaba alhajada con lujo y *confort*, y contenía objetos artísticos de mérito y algunos cuadros notables. El primer día que me la enseñó su dueño, se detuvo ante uno que representaba un caballero vestido á la usanza de la corte de Carlos I de Inglaterra, y señalándome el cuadro me preguntó:

–¿De quién es ese retrato?

–Del duque de Alba (padre del actual), contesté yo sin vacilar; pues supuse que se habría presentado en aquel traje en alguno de los bailes de disfraces que entonces daba la reina Isabel.

–Se lo he preguntado á usted á propósito, me dijo González Bravo. El retrato no es del duque de Alba, pero sí de Carlos I de Inglaterra, antepasado suyo: constituye un salto inexplicable de las razas; pues, en efecto, es notable el parecido entre ambos personajes.

Alejado de la política, Luis Bravo entregóse con más ardor á la vida elegante, á la que era sumamente aficionado, para lo cual no fué obstáculo el vivir fuera de Madrid. Se levantaba á las diez, se acicalaba bastante, almorzaba sobriamente, montaba en un tílburi de cuatro ruedas tirado por dos poderosas yeguas meklenburguesas, que él mismo guiaba, y en diez minutos estaba en la Puerta de Toledo. Volvía al anochecer á Carabanchel, comía con alguna más solemnidad que almorzaba, porque con frecuencia tenía convidados, dos por lo menos, que éramos Miguel de los Santos Alvarez y yo, puesto que vivíamos en su casa; se vestía de sociedad, volvía á ocupar su carruaje, de noche tirado por mulas, tornábase á Madrid y regresaba á Carabanchel á las tres ó á las cuatro de la madrugada.

En Madrid iba á salones, á algún círculo político de oposición y casi todas las noches al teatro Real, donde tenía abono. Después del teatro, hacía su última parada en un sitio que la discreción me veda mencionar. Luis Bravo era enérgico y gustábale poner en relieve su energía. Así era que en todo tiempo, como no lloviese, usaba siempre carruaje descubierto, y por igual razón, teniendo una cama mullida, la endurecía por medio de una piel de culebra puesta debajo de la sábana. Se abrigaba poco y nunca se tapaba la boca: decía «que la pulmonía penetra por todas partes, hasta por las uñas de los dedos.»

Durante el verano daba comidas los jueves, que se trasladaban á los domingos no bien sus hijas regresaban del veraneo. Vivían éstas en Madrid en compañía de su madre, y todos los sábados se trasladaban á Carabanchel, acompañadas de una institutriz francesa, pasaban el domingo en casa de su padre y el lunes regresaban á la materna.

Los domingos de Luis Bravo, que así los llamábamos, eran deliciosos, si bien en ellos escasease el elemento femenino, eliminado á propósito por el anfitrión para que los hombres tuvieran más libertad de palabra; y por igual motivo las hijas de aquél y la institutriz comían en mesa aparte; porque como constituídos por hombres de elevada inteligencia, aquellos banquetes, si bien francos y festivos, resultaban verdaderamente académicos. Voy á nombrar á algunos de los comensales, suprimiendo el tratamiento con igualdad democrática para que el lector juzgue. Eran los más asiduos Eugenio Moreno López, que todo lo sabía; Miguel de los Santos Alvarez, que todo lo inventaba; Cándido Nocedal, que todo lo ponía en tela de juicio; Pascual Gayangos, para quien el Oriente no tenía misterios; Narciso Escosura, rebosando en gracia cáustica; el escultor Vilches, de reminiscencias griegas en su estatuaria; Fernando Vera, poeta distinguido y descendiente de héroes, y el entonces coronel y después general Rosell, que suplía con su mucho mundo otras deficiencias. Estos eran los habituales, pero á veces presentábanse también Nicomedes Pastor Díaz, del cual es ocioso que yo cite las relevantes cualidades; el gran actor Julián Romea; Tomás Rodríguez Rubí, que vivía en Carabanchel Alto, y otros que sería prolijo mencionar. Aquella reunión era un campo neutral, de donde estaba desterrada la política; un cenáculo en donde se sostenían, casi siempre en broma, las tesis sociales más paradógicas, y un crisol crítico en donde se depuraba el valor de las producciones literarias y artísticas de actualidad. Luis Bravo comía muy poco, pero tenía una mesa espléndida y un cocinero sabio. La sabiduría de éste un día nos costó cara, pues habiendo alabado Pascual Gayangos la cocina inglesa, el anfitrión nos dijo que el cocinero había estado mucho tiempo en Londres, y que el domingo siguiente comeríamos á lo inglés. Comimos, en efecto, á estilo de Albión; es decir, comieron Gayangos por afición y Luis Bravo por farfantonería; pues los demás no pudimos pasar de las sopas, que encendían lumbre. Se improvisaron manjares racionales aprovechando la carne; pero aun así, con sólo el prólogo y el olor del *potaje* inglés, casi todos estuvimos desvencijados durante algunos días. Aunque la mesa de Luis Bravo era lujosa, resaltaba en ella el magnífico servicio de plata. Era aquél tan *padrazo*, que sólo por cortesía nos acompañaba á la mesa, quiero decir, que adoraba á sus hijas y se desvivía por estar con ellas: esta cualidad, á no tener otras, hubiera bastado para atenuar sus muchos defectos. Y ¿cómo no adorar, aun no siendo su padre, á aquellas admirables criaturas? Eran tres, como las Gracias, con distintas fases de belleza. Luisa, la mayor, tenía el tipo delicado y melancólico de las hembras de la familia Romea, de la que descendía por parte de madre; Leonor, la segunda en edad, era morena, ardiente, expresiva, *digna de ser sevillana*, y Blanquita, la más pequeña, reunía la delicada hermosura y la impetuosa viveza de sus hermanas mayores. Pero el atractivo de aquellas niñas no consistía únicamente en su belleza, sino en su carácter y precoz inteligencia, que no excluía en ellas el candor infantil. No cometían nunca ni la más leve incorrección y tenían el tacto de hacerse halagüeñas á todo el mundo: parecían tres hadas que habían tomado la personalidad de la niñez.

Terminada la comida en el piso bajo, subíamos al principal á tomar café, y allí se verificaba un espectáculo único y exclusivo de aquel sitio. Las niñas, ayudadas á veces por sus primos Alfredo Romea y Ramoncito Nocedal, pollos que estaban á punto de romper el cascarón, colocaban sillas delante de un diván y las tapaban con una tela de Damasco, fijaban un cartel en éste anunciando la representación de un drama ó leyenda oriental, y preparaban actores y accesorios escénicos. Había en la casa, á guisa de *bibelots*, cuatro esquifes de madera: dos chinescos y los otros de la India Oriental, tripulados unos por figuras representando mandarines, chinos y soldados, y

los otros por bonzos y bayaderas, entre los que descollaban elefantes blancos y pájaros posados en el aparejo del esquife. Estas figuras eran movibles: las niñas colocaban todo esto en el diván, repartían billetes entre los concurrentes, Luisa se sentaba al piano y tocaba cualquier cosa, mientras que Eugenio Moreno López ó Miguel de los Santos Alvarez, los dos grandes improvisadores de aquella época, se tendían en el diván.

Comenzaba la representación, que tenía que ser forzosamente oriental. El que estaba en el diván asomaba al borde de la cortina las figuras ó esquifes, según las exigencias del dialogo, é improvisaba en verso una acción cómica ó dramática.

Aquello era admirable é inaudito.

A veces asomaba un bonzo, y después de muchos aspavientos, declamaba:

«Mirad, no en vano el oráculo
del soberano Visnú,
predijo que arribaría
muy pronto el esquife azul.»

Y con efecto arribaba. A veces aparecía un esquife chino, y en él un mandarín fumando en pipa, y un soldado gracioso, que le observaba y decía:

«Fumando está Lebratón
arsénico, azufre y pez,
y también de vez en vez
hipocondrios de escorpión.»

Et sic de cœteris.

Las representaciones constaban de dos actos: cuando Miguel empezaba, Eugenio Moreno concluía, y *viceversa.*

González Bravo daba también fiestas de otra especie. En una ocasión dió una becerrada en un corral próximo á Carabanchel. Estaba el corral rodeado de una galería ó corredor con postes de madera. Se hizo una barrera con tablas clavadas de poste á poste, y un tablado dentro del corredor para las señoras y niños. Cayetano Sanz, el primer torero de España, dirigió la lidia de aquellos becerros mamones. En el primero que se lidió no acaeció nada de particular, si se exceptúan algunos topetazos y un revolcón á Rodríguez Rubí, que era uno de los toreros. Pero el segundo trajo las de Caín. No hizo caso de nadie; desde el principio buscó la salida. Arremetió á topetazos contra las tablas de la barrera, abrió un boquete y se coló por él al corredor; dió vuelta á éste, despreciando á los espectadores que allí estábamos, y siempre buscando salida, metióse debajo del tablado que ocupaban las señoras, entre las cuales había dos francesas, amigas de la institutriz de las niñas de Luis Bravo. Sintiendo *la fiera* bajo sus pies, desmayáronse las francesas y se sobresaltaron grandemente las españolas, queriendo todas huir, y con esto y con el peso de hombres que acudieron á socorrerlas, se hundió el frágil *catafalco*, y no se restableció la tranquilidad hasta que un operario del matadero llamado Oliva cogió al becerro en brazos y le sacó á la plaza.

Por el somero relato que he hecho de *la época de Carabanchel*, puede formarse idea del carácter de González Bravo: era fastuoso y dado á la ostentación: á haber poseído mayor fortuna, hubiera dado más que hablar con sus esplendideces que con los actos de su vida política; lo cual es mucho decir. La calumnia le atribuyó hechos graves y hasta homicidios, á los que era completamente ajeno. No hay que decir que habiendo ocupado los primeros puestos del Estado, la malicia española (en esto no tenemos competidores) le atribuyó depredaciones de millones; tanto, que emigrado ya, se registró el equipaje que mandó á pedir desde el extranjero, y lo cierto es que á pesar de las munificencias de la reina Isabel, también emigrada, á los cuatro ó cinco meses de residir en Bayona ó Biarritz, la señora de González Bravo tuvo que venir á Madrid á empeñar sus últimas alhajas en el Monte de Piedad: así se escriben la historia pública y la privada.

Luis Bravo era muy alentado: tenía en su cuerpo señales de varios lances que había sostenido; por eso dudo que, aunque viejo ya y un tanto decaído, fuese uno de los que, metiéndola miedo, disuadieran á la reina Isabel de venir á Madrid á raíz de la Revolución de septiembre. Si lo hizo, no fué de seguro atendiendo á su seguridad personal, sino por rehuir responsabilidades. Prestó un gran servicio á la causa de la restauración, del que se ha hablado poco ó nada; puesto que él fué el primero que dió pasos y practicó diligencias para que el general carlista Cabrera reconociese al que fué después Alfonso XII, preparando las entrevistas que posteriormente tuvieron en Londres ambos personajes. En sus últimos años se reconcilió con su esposa, y sin negar la posibilidad de que González Bravo tuviese algún extravío, consecuencia de antiguos compromisos, puedo decir que su hogar era un modelo de cariño y tranquilidad. Era nervioso y sanguíneo, y estos dos ramalazos de temperamento le asediaban á veces. Se pasaba días enteros solo, sobrexcitado, vagando por su jardín de Carabanchel, intentando leer un libro. En otras ocasiones, por mínimo motivo, por una frase ó intención que le atribuían, se exaltaba pronunciando una filípica violenta. No tenía vicios, si se exceptúa su afición á las mujeres, y era con ellas tan galante, que recordaba á los caballeros de las cortes de Luis XIV y Carlos III, modelos, según se dice, de cortesía.

Voy á concluir con una frase de Roberto Robert. Yendo yo con éste, vi á Luis Bravo en su tílburi parado frente á la fachada del teatro Real. Nos acercamos, y le presenté al escritor catalán. Sostuvimos una polémica en la que aquél, brillantemente paradógico, intentó probarnos que Jesucristo había venido al mundo de mala fe.

Cuando nos quedamos solos Robert y yo, me dijo éste:

– ¡Sabe usted que González Bravo es un hombre encantador!

Éralo en efecto en su trato y vida privada: en cuanto á la pública, si cometió faltas, diré de él lo que Zorrilla del rey D. Pedro el Cruel:

«No fué él,
Fué su tiempo el que lo hizo.»

F. Moreno Godino

EL RATON DE TEATRO

I

La vida interior del teatro ofrece, y ya es sabido, singulares contrastes con el brillo, la alegría y las vistosas apariencias de las públicas fiestas que en él se celebran. Los obreros del teatro trabajan mucho, sufren mucho y siempre se hallan á merced de una recompensa insegura y su gloria es las más veces efímera.

Hace algunos años, Periquito, un niño de pocos meses, era llevado al teatro á las horas de la función, y en el cuartito en que su madre, pobre actriz, se vestía, dejaban á Periquito echado en un rinconcillo sobre una camita hecha con ropas de teatro y envuelto en un mantón. Muchas veces Periquito dormía, otras se despertaba y lloraba sin consuelo. Nadie podía atenderle; los coristas y los traspuntes y tramoyistas, toda la gente que iba y venía por los pasillos, le oían, pero no les era posible atenderle, ocupados como estaban en la faena; la madre se hallaba tal vez en aquellos momentos haciendo piruetas, fingiendo contento, y mostrando agraciadísimo rostro á los espectadores que regocijados aplaudían la comedia.

Periquín llegó, sin embargo, á tomar el mejor partido que le era posible tomar en tales casos; decidióse á no llorar, y si despertaba y se hallaba solito en el cuarto, se mantenía callado y mirando con los ojos muy abiertos al techo de la celdilla ó á los colgajos de trajes de colorines que había en las perchas, á la luz de gas que iluminaba la estancia, á aquella azulada llamita que oscilaba bailando con otra llamita reflejada en el espejo. ¡Pobre Periquito!

Periquito creció, empezó á hablar y á andar, y entonces su madre, que seguía llevándole al teatro, encerrábale en el cuarto, y allí el pobrecillo se pasaba arrastrándose ó caminando torpemente por el cuarto durante el tiempo que duraba la representación ó el trabajo de la madre.

– Y tú, Periquito, solían preguntarle los compañeros de su madre, ¿cuándo debutas?

Hasta el empresario llegó á conocer y á querer al pequeñuelo, especialmente cuando ya éste podía andar libremente y parlaba como una cotorra.

Era un niñito muy vivo, con grandes, animados y muy expresivos ojos; tenía muy despierta inteligencia; sus dichos eran tan ocurrentes como inesperados y graciosos.

Su carita era pálida, su cuerpecillo fino y delgado; ya la madre no dejaba á Periquito encerrado en el cuarto, dejábale correr libremente por los corredores del teatro y aun bajar al escenario y permanecer tras de los bastidores junto á su madre, y muchas veces esperaba en éstos á que ella terminara el trabajo, y la aguardaba con el abrigo al brazo para que la pobre artista pudiera cubrirse con él al terminar sofocada su rudo ejercicio.

– Este Periquito es un ratón de teatro, decía el director de escena.

– Se ha criado aquí; Periquito es un individuo de la compañía, acostumbraban á decir muchos artistas.

Como asistía á todos los ensayos y á todas las funciones, había llegado á adquirir un talento admirable, aprendía con facilidad los parlamentos de los actores en muchas obras, cantaba con afinación y en su delicada vocecita todas las piezas de música. ¡Iba á ser un artista, quizás un gran artista! Periquito, ¡el famoso Periquito!, hízose célebre. Era necesario verle por el escenario. Todos los artistas, los músicos, los poetas, los obreros del foso y del telar preguntaban por Periquito..., y ya por fin á un autor hubo de ocurrírsele aprovechar el talento de aquel lindo niño, de aquella ratita de teatro.

El niño se hallaba impaciente; deseaba sin duda empezar su carrera artística.

– Periquito, le dijo un día el empresario, te voy á contratar.

El rostro del niño se animó al oir esto; el gozo le retozaba en el cuerpo.

– ¿Quieres que te contrate? Pues te daré una peseta por cada noche, ¿quieres?

– Sí, señor, tan campante, replicó el niño frotándose las manecitas de gusto.

– Pero antes quiero que pierdas el miedo al público.

– No tengo miedo.

– ¿Qué sabes tú, si aún no has salido?, replicó el empresario.

No obstante las protestas del niño, se le obligó á éste á salir de comparsa con otros chicuelos en una obra de espectáculo..., y bien pronto hubieron de convencerse, así el empresario como el autor, de que Periquito tenía la suficiente serenidad y el desenfado necesarios para desempeñar un papel.

– ¡Ay, hijo mío!.. Vas á hacer papel antes que yo, que me veo condenada durante toda mi vida á desempeñar papeles muy secundarios, decíale su madre.

Tratábase de un drama: el pequeño hacía una escena muy graciosa en el primer acto, manteniendo un diálogo no muy breve con un actor que representaba el papel de un criminal que engañando á un niño se apoderaba de su confianza, y así cometía un secuestro.

En el segundo acto tenía el niño un monólogo no muy largo, pero que él dijo con notable expresión y hasta con verdadera inspiración. El niño veíase entre los bandidos que le habían secuestrado, y se extrañaba de que sus padres no le hubiesen ido á libertar de aquella horrible cueva.

Y por fin, en el tercer acto, acto trágico, aparecía en medio de la escena Periquito desmayado y mal herido en brazos de un soldado que había ido á libertarlo del poder de los bandidos, dejándole allí. La primera dama, que hacía el papel de madre del niño secuestrado y herido, llegaba á él, le besaba, lloraba... y el niño, volviendo momentáneamente del desmayo, dirigía á madre algunas frases entrecortadas y por fin caía de nuevo en desmayo y expiraba.

Aquella era una escena de horror que debía de conmover profundamente al público. Pues era aquella desgracia una horrible venganza, necesaria para hacer más patética la obra.

Periquito en los ensayos había representado de un modo maravilloso el papel; tanto, que su madre, su verdadera madre, que no tomaba parte en la obra, no había querido prestar mucha atención al tercer acto.

– Al fin, decía, se trata de una escena triste.

El estreno de la obra produjo un gran entusiasmo en el público; el autor fué muy aplaudido y á Periquito le cupo casi toda la gloria.

– No es extraño, decían los artistas; ese chico lo tiene en la sangre ser cómico; su padre lo fué, su madre lo es..., se ha criado entre los bastidores..., es una rata de teatro.

Todo el mundo supo que aquel monísimo niño era hijo de la característica de la compañía.

Mas á las pocas noches del estreno ocurrió un suceso inesperado; la primera dama, que hacía en la obra el papel de madre de Periquito, se puso enferma, y la verdadera madre de Periquito tuvo que aprenderse en pocas horas el papel. Llegábale, por acaso, á la actriz la deseada ocasión de desempeñar un papel dramático... ¡Esta había sido su ambición!

Sin embargo, el autor y el empresario desconfiaban de que saliese airosa con tal desempeño, y en los carteles de anuncio de la obra pusieron una nota demandando la benevolencia del público con una actriz que iba á representar un personaje que no correspondía al género de su carácter artístico.

Llegó el momento, y la sorpresa fué profunda; la madre de Periquito ejecutó admirablemente su papel del primer acto.

– Se trata de su hijo verdaderamente... y por eso está inspirada, decían los espectadores.

El segundo acto produjo un arrebato de entusiasmo.

– Esta mujer está sublime..., es una gran actriz.

Llegó el tercer acto y por fin el momento en que Periquito herido y desmayado aparecía en brazos de su libertador.



ISLAS FILIPINAS. – Una calzada (de fotografía de F. Laureano)



ISLAS FILIPINAS. – Baño en las vertientes de Ulián y Tagbacán (de fotografía de F. Laureano)

El grito que lanzó la madre fué horrible, conmovió todos los corazones.

Y cuando Periquito dijo las últimas frases y fingió morirse, la madre representó patéticamente su trágico dolor...; lloró, gritó, besó y abrazó á su hijo de tal modo..., que Periquito, el niño, el experto actorcillo, la ratita de teatro..., sintió de pronto en su corazón un impulso natural, é irreflexiva y nerviosamente se puso en pie y exclamó:

– No, madre, no, si no estoy muerto..., ¡no, madre, mamá adorada!

Y llorando se abrazó al cuello de su madre que emocionadísima á su vez abrazó al niño.

La obra había sido destrozada: aquel no era el final; pero el público aplaudió furiosamente; señoras y caballeros, todo el mundo se puso en pie; llevaban los espectadores el pañuelo á los ojos para secar las lágrimas.

Aquella alucinación del niño había sido de una hermosura superior á las hermosuras del arte..., era la naturaleza en el teatro apareciendo con toda esplendorosa verdad.

JOSÉ ZAHONERO

LA MALA SUERTE

Rodolfo Malsino nació un martes, 13 del mes de noviembre, y á contar desde el nefasto día, no tuvo bienandanza lograda, ilusión cumplida, ni dicha completa.

Cierto es que á todos los humanos, aunque no nazcan en martes, suele ocurrirles algo parecido, pero este de mi cuento se creía más desgraciado que ninguno.

La naturaleza, avara con él, habíale negado sus favores, y Malsino era feo, chiquitín, débil y enfermizo. A más había sido revoltoso y malo de pequeño, y una pedrada que otro muchacho le atizó en un ojo y una caída que por subirse á un árbol á desbaratar nidos sufrió, le dejaron tuerto y jorobado.

Niño todavía, perdió á sus padres y acabóse de educar en casa de unos parientes que maldito lo que cuidaron de la educación del chico.

Hecho ya un hombrecito, Rodolfo tuvo que buscarse la vida, y vino á Madrid huyendo de su mala estrella.

El hambre le persiguió encarnizadamente, y como no hay nada que mueva tanto al trabajo como la necesidad, Malsino aprendió dibujo, sin clases ni maestros, y dióse á buscar un empleo del Gobierno, recurso eterno de hampones y de vagos.

No bien había tomado posesión de su plaza de 3.000 reales, le dejaron cesante. Esto fué peor para Malsino que si nunca le hubieran colocado, porque ya en el breve tiempo de su empleo habíase acostumbrado á no hacer nada, que después de todo era su favorita ocupación.

Malsino recurrió al escaso dibujo que sabía, y escondido debajo de los asientos del tren ó poco menos, y las más de las veces á pie, recorrió España entera haciendo retratos.

¡Y qué retratos! A no ser por darle una limosna bajo las apariencias de una retribución, nadie le hubiera encargado ninguno.

Pero ello fué que Rodolfo iba saliendo al día y viviendo.

Entonces el afán inmoderado de obtener mayores ingresos le hizo pintar retratos al óleo en cosa de dos horas; y es claro, le ocurrió lo que no podía por menos de ocurrir: que en los lienzos perdióse el parecido por completo, y la demanda de retratos desapareció también.

Él no se explicó el fenómeno más que por su mala suerte. Después de todo era lo más cómodo.

Rodolfo, que según él creía, siempre había sido un hombre honrado que vivió de su trabajo, principió á mezclarse en negocios no muy limpios.

Pero ¡ay!, la *mala sombra* no se había cansado de perseguirle, y esta vez le persiguió en forma de policía, y Rodolfo dió con sus molidos huesos en la cárcel, complicado en un delito de estafa.

El tiempo que estuvo en la prisión, Malsino dióse á cavilar, y edificando sobre su amarga experiencia todo un castillo de lúgubres filosofías, salió de la cárcel ateo y anarquista en el fondo é intratable en sus formas.

Discutió con todo el mundo para reñir con todos los amigos, y Malsino, aislado por el desprecio de los demás, trató de buscar en lejanas tierras el apoyo y protección que en España le negaban.



EL CONDE DE TURÍN, hijo del ex rey de España Amadeo de Saboya (de fotografía)



La infanta de España D.ª MARÍA DE LAS MERCEDES, princesa de Asturias (de fotografía)

Una agencia de emigración le facilitó pasaje para la República Argentina, y allá se fué Rodolfo, dispuesto á trabajar.

Poco le duró este propósito: las circunstancias – ¡siempre las *circunstancias!* – le hicieron cambiar de rumbo cuando iba camino de hacer una fortuna.

Ideó convertirse, según él decía, de explotado en explotador; pero para montar un negocio necesitaba doble dinero, por lo menos, del que había ahorrado á fuerza de enormes sacrificios.

A nadie que estuviese convencido de su mala suerte se le hubiera ocurrido para duplicar un capital hacer lo que hizo Rodolfo. Irse un día al juego y poner todo su dinero á un naipe.

Aquella carta se llevó para siempre su fortuna, pero Malsino no quiso volver á ser explotado.

Mísero y feo, pensó hallar en el matrimonio la compensación á su desgracia. Una mujer, si no rica, medianamente acomodada, era la última esperanza de aquel desgraciado.

Rodolfo se casó, cubriendo con su apellido una falta de la juventud de su mujer.

Pero la pícara suerte, que hizo que Malsino emplease el capital de su esposa en negocios muy aventurados, dió al traste con el dinero, y la desgracia de Rodolfo transmitióse de este modo á la infeliz que en mala hora hubo de unirse á aquél.

Hasta aquí alcanzaban nuestras noticias, cuando ayer leímos en un periódico argentino la noticia del suicidio de Rodolfo.

Según afirmaba en la carta que junto á su cadáver se encontró, se quitaba la vida por su «mala suerte,» única causa de haber arrastrado á la miseria á su mujer y á su hijo.

El lector podrá deducir ahora la conclusión que mejor le venga en ganas para finalizar debidamente esta historia.

Yo, por mí, tentado estoy de borrarle el título y denominarla *La mala cabeza:* este es el peor de los sinos para que el que nace pobre, y aun rico, viva mísero y muera miserable.

P. GÓMEZ CANDELA

CRONICAS PARISIENSES

TRES ETAPAS

Cierta madrugada de invierno, después de salir de un baile, estuve llamando en vano durante media hora á la puerta de mi hotel. Convencido al fin de que el mozo de guardia, por alguna causa fortuita, me dejaba bonitamente en la calle, y poco dispuesto á permanecer por más tiempo á la intemperie, me refugié en una taberna vecina, donde estaban desayunándose varios noctámbulos de condición diversa y algunas barrenderas del barrio viejas y haraposas.

Una de éstas, locuaz y expansiva, juzgando por mi traje y por la hora que yo venía de la llamada Academia Nacional de música y de baile, me dirigió la palabra con el desenfado propio de la mujer *que tiene mundo* y se ha codeado con gentes de todo rango.

– Aquí donde usted me ve, dijo la vieja, yo he triunfado mucho tiempo en los bailes de la Opera.

– Hará ya muchos años...

– Naturalmente; al fin del Imperio. La Opera estaba aún en la calle Le Pelletier. Entonces se divertía uno de veras en los bailes de máscaras. La gente rica sabía gastarse el dinero, y los hombres eran verdaderamente amables y obsequiosos. Por eso se hallan arruinados todos los grandes señores, y la riqueza está en manos de advenedizos que desconocen los principios más rudimentarios de la galantería. ¿Y los bailes?.. Parecen entierros de polichinelas...

Durante algunos minutos siguió hablando en aquel tono la barrendera, viendo á la sociedad parisiense á través de su triste condición.

Excitó mi curiosidad y le pregunté cómo había descendido de sus grandezas pasadas á su actual miseria.

Entonces me refirió una larga historia de vicisitudes, de la cual recuerdo principalmente tres etapas, que pueden considerarse como compendio y resumen de la vida de casi todas las aventureras vulgares de París, y que apuntamos en estas crónicas como curioso estudio de costumbres.

Modista. Cortesana. Barrendera.

He aquí las tres etapas culminantes de la historia de la vieja parisiense.

Sabidas son las dificultades con que tropieza la muchacha pobre que quiera asegurarse por medio del trabajo una existencia honrada, en ese París donde á cada paso se tiende un lazo á la virtud y donde el vicio se presenta rodeado de tan hermosas perspectivas.

La instrucción, en que los padres cifran las más legítimas esperanzas, no siempre salva á las hijas de los escollos de la perdición.

Hay en París más institutrices que alumnas, y conozco á más de cuatro que después de haber esperado en vano la plaza largo tiempo prometida, y de haber gastado en anuncios sus últimos ahorros, han tomado la heroica resolución de hacerse modistas.

Las modas son el refugio de toda una clase de jóvenes que, después del naufragio de la fortuna paterna, recurren, para atender á las necesidades de la vida, á una profesión que reclama más gusto que trabajo, al único oficio manual que no estropea los dedos.

A veces son hijas de artistas que los padres no han querido exponer á los peligros de la vida de teatro.

En el ejercicio de su profesión conservan el susceptible orgullo de su pasada fortuna; de ahí que sean generalmente algo presuntuosas. Nada las ofende tanto como el que las tomen por obreras. Y la verdad es que no se parecen á éstas ni en su porte ni en sus costumbres. La más pobre de ellas no consentiría jamás en atravesar la calle sin sombrero y sin guantes.



PRIMERA ETAPA. – LA MODISTA (dibujo de S. Azpiazu)

Hay dos maneras de *entrar* en la moda. Las *señoritas* debutan ordinariamente en calidad de *alumnas* que pagan. El ama del establecimiento las toma como pensionistas durante un año, por una cantidad que varía entre ochocientos y mil francos; les confía formas viejas, flores usadas y trozos de cinta con los cuales aprende al principio á confeccionar sombreros, esforzándose en demostrar su habilidad. Se las educa y refina el gusto en este aprendizaje, que dura ordinariamente unos dos años. Pero á partir del segundo, cesan de pagar pensión y el ama las aloja y mantiene á cambio de su trabajo.

Para la que entra como obrerilla, el aprendizaje es



TERCERA ETAPA. – LA BARRENDERA (dibujo de S. Azpiazu)

más largo y duro. Todo el día está en la calle para recados, y cuando se han marchado las *señoritas*, limpia y barre el taller.

Raramente sucede que la aprendiz *ascienda* en casa de su primera ama. Prefiere separarse de ella después de año y medio de práctica, y entrar de *preparadora* en algún establecimiento bien aparroquianado.

La preparadora no inventa nada; se limita á ejecutar las órdenes de las oficialas; no se le exige talento, sino habilidad. Entonces gana de cuarenta á cincuenta francos mensuales. Si es una verdadera notabilidad en su género, podrá ganar hasta cien francos al mes; en este caso renuncia á subir de categoría y se estaciona en la especialidad que más conviene á sus aptitudes.

No todas las preparadoras llegan á guarnicioneras. Éstas son las verdaderas artistas, cuyo capricho reina y se impone. Al principio de cada estación recorren los museos, visitan las tiendas de estampas, exploran las viejas colecciones, los almanaques de modas, las galerías de trajes con una fiebre de competencia, con un estímulo de rivalidad, con un afán de descubrir algo original para la próxima forma, que viene á representar el principal papel en la creación de los modelos. La que menos, gana cien francos, y las hay que perciben un sueldo de seiscientos al mes. Pero no tienen nunca participación en los beneficios.

No sucede así con las vendedoras, que forman como una tribu aparte entre las modistas. Muchas debutan sin haber hecho aprendizaje alguno. Se exige de ellas más cualidades personales que habilidad profesional. Conviene que sean distinguidas, simpáticas, algo ladinas, capaces de adivinar el gusto de una parroquiana al verla entrar en la tienda, y de imponer el suyo propio á la que no lo tiene.

Las vendedoras que hablan algún idioma extranjero pueden ganar doscientos francos mensuales, y he conocido yo á una modista que daba á las suyas hasta tres mil francos de gratificación anual.

Mi vieja barrendera había sido vendedora, y esto la perdió, porque el oficio tiene un lado muy peligroso para la virtud de las que son jóvenes y bonitas.

En las casas que trabajan para la exportación, la vendedora es la encargada de visitar á los comisionistas, muchos de los cuales se hospedan de paso en la fonda. Cada mañana va á despertarlos con la colección de los últimos modelos metidos en grandes cajas de cartón. Y á menudo esos comerciantes dan la preferencia á las vendedoras más graciosas y bonitas y sobre todo á las que consienten en concluir el negocio de sobremesa en cualquier restaurant.

Mi interlocutora encontró un comisionista que se asoció con ella para la explotación de una tienda de modas. Pero como no entendía nada en la confección de vestidos y sombreros y era más aficionada á pasear en coche que á ocuparse en su comercio, pronto hubo disipado en toda clase de caprichos y placeres el capital social.

Sin la protección de su socio y con hábitos de lujo, se lanzó á las aventuras de una vida galante, que empezó en un reservado del Café Inglés y acabó en una sala de hospital.

Su caída fué rápida y terrible. Rodó hasta el fondo de un abismo de abyección y de miseria.

Al contarme las amarguras de esta última etapa de su vida, decía con una triste sonrisa en los labios y una furtiva lágrima en los ojos:

– ¡Verse una tan desdichada, después de haber ocupado posiciones capaces de dar envidia á las duquesas!.. Los egoístas me dicen: «¡Haber ahorrado!» ¡A buena hora! A una siempre se le figura que le sobrará tiempo para hacer economías. Cuando una ve que los hombres son tan fáciles de explotar, vive segura del porvenir. Pero á lo mejor el porvenir nos revienta:

– ¿Vive usted sola?

– Como un perro.

– ¿Sin un amigo?

– Hace medio siglo que no tengo ninguno. ¡No me queda más apoyo que esta escoba!

Y apoyándose realmente en ella, se levantó para ir á empezar el trabajo del día, que el Municipio le remuneraba con un franco cincuenta.

Salí yo también, esperando encontrar ya abierto el portalón de mi hotel.

En aquel instante acertó á pasar una joven modista, que iba sin duda á despertar á algún comisionista de sombreros para enseñarle los modelos de la próxima estación.

Y la vieja murmuró, al ver pasar á la que le recordaba los juveniles años de su accidentada vida:

– ¡Qué linda, y qué graciosa, y qué alegre!.. ¡Presérvela Dios de caer como yo caí á su edad! Si no tiene virtud bastante para vencer las tentaciones que la acechan, ya sé yo cuál va á ser su porvenir.

JUAN B. ENSEÑAT



SEGUNDA ETAPA – LA CORTESANA (dibujo de S. Azpiazu)

NUESTROS GRABADOS

Fiesta de Carnaval. ¡Al... asalto!, cuadro de Alois Schram.—¿Hemos de decir lo que significa esta palabra *asalto* en la acepción en que aquí la aplicamos? Aunque el diccionario de la Academia no la define propiamente en tal sentido, la costumbre le ha dado carta de naturaleza, y no hay nadie que no comprenda lo que con ella quiere expresarse cuando la oye pronunciar en la temporada carnavalesca. Pero en el cuadro de Schram, cuya elegancia y ejecución primorosa no es necesario ensalzar porque saltan á la vista, puede tener además otro significado: la bellísima mascarita se propone sin duda asaltar y rendir el corazón de algún enamorado vacilante; y si es así, no creemos aventurado asegurar que la fortaleza, por inexpugnable que parezca, capitulará forzosamente en cuanto aquellos hermosos ojos rompan el fuego y en cuanto empiece á desarrollar su plan de asedio aquella linda estratégica.

Islas Filipinas. - El primer grabado de la página 133 representa una de las mejores calzadas de los pueblos filipinos, pues más que calzada, es decir, camino vecinal entre dos poblaciones, es por su anchura y amenidad un paseo. Esa clase de vías de comunicación son comunales y se construyen con el importe de las *fallas*, tributo personal en metálico, y mediante los *polos*, prestaciones personales forzosas durante treinta días. El *gobernadorcillo* y su consejo popular, llamado *común de principales*, son los encargados de abrir y mejorar estos caminos, que, dicho sea de paso, en tiempos de lluvias son intransitables, llenos de baches y charcos profundos que durante semanas enteras interrumpen toda comunicación entre un pueblo y otro.

El segundo grabado de la misma página reproduce un rincón de las vertientes de las montañas de Ulián y Tagbacán que separan la provincia de Ilo-Ilo de las de Capiz y Antique (isla de Panay). El grupo que en él se ve está formado por una *aeta* y sus pequeñuelos, que acaban de bañarse en la pequeña laguna.

El príncipe de Italia Victor Manuel, conde de Turín, y la infanta de España doña María de las Mercedes, princesa de Asturias.—Varios periódicos, los extranjeros especialmente, vienen hablando de proyectos de matrimonio entre el hijo segundo del ex rey de España, Amadeo de Saboya, y nuestra princesa de Asturias, y alguno, como la revista inglesa *Black and White*, de donde están tomados los retratos que publicamos en la página 134, ha llegado á dar como realmente enamorados á los dos príncipes, llamándoles *Royal lovers*. No sabemos hasta qué punto serán ciertos esos rumores, pero no hemos podido resistir á la tentación de reproducir la gentil pareja, respecto de la cual bien puede asegurarse que en caso de concertarse el supuesto matrimonio poco tendría que trabajar en él la diplomacia, porque física y moralmente reune cada uno de los interesados cualidades más que bastantes para agradarse mutuamente y para hacer cada uno la felicidad del otro. Y cabe también asegurar que esta boda, de realizarse, sería acogida con entusiasmo por todos los españoles, cuyo amor y cuyas simpatías se ha conquistado la bella y bondadosa prin-



UNA VUELTA DE VALS, cuadro de E. Montzaigle (Salón del Campo de Marte de París)



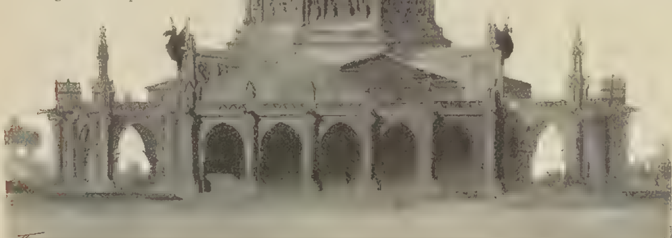
LA MUERTE DEL TORERO, cuadro de Andrés Parladé

cesa y que tan grato recuerdo conservan de la familia del príncipe que por poco tiempo rigió los destinos de nuestra patria.

Monumento-panteón de catalanes ilustres, proyecto del arquitecto D. Pablo Salvat y Espasa, premiado en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1896. – La galería de retratos que posee el Ayuntamiento de la Condal ciudad y las estatuas que coronan sus públicos monumentos demuestran el culto que Barcelona rinde á la memoria de sus ilustres hijos. Como complemento de este recuerdo póstumo, de estos medios de glorificación que como premio otorga la tierra catalana á los que la ilustraron y ennoblecieron con sus obras, existe el propósito de reunir sus cenizas, sus venerandos restos, en un monumento-panteón que sintetice el amor y el reconocimiento de la patria. De ahí que algunos arquitectos hayan estudiado y desarrollado proyectos para la realización de una obra tan importante, sin que hasta ahora, efecto seguramente de las difíciles circunstancias por que el país atraviesa, lleven traza de convertirse en realidades tan nobles propósitos.

El proyecto que reproducimos en estas páginas, obra del joven y distinguido arquitecto D. Pablo Salvat y Espasa, es uno, de entre los que conocemos, que mayores méritos reune, ya que por su belleza y suntuosidad interpreta el concepto á que obedece la construcción de un monumento cuyo objeto ha de ser la glorificación de los preclaros hijos de la patria. Así lo estimó el Jurado de la última Exposición de Bellas Artes celebrada en esta ciudad, al conceder la primera recompensa al citado Sr. Salvat por su notable trabajo.

Una vuelta de vals, cuadro de E. de Montzaigle.—La moda ha dejado sentir sus efectos en todas las manifestaciones de la actividad humana, desde las más vulgares hasta las más elevadas. Si á los elegantes de hace un siglo les hubiera alguien dicho que su ceremonioso minué dejaría de ser el baile *chic* por excelencia y sería sustituído en los aristocráticos salones por el vertiginoso vals ó por el boston ó el *pas á quatre*, habrían sonreído con aire de tanta incredulidad como el pintor contemporáneo suyo á quien hubiesen asegurado que la corrección de líneas y la armonía de colores, que él estimaba como elementos indispensables en toda obra artística, cederían su puesto á los trazos más ó menos confusos y á las manchas y contrastes de tintas más ó menos violentos. ¡Y sin embargo, así ha sido, lo mismo en el arte que en la danza, y el cuadro de Montzaigle, que tantas alabanzas mereció en el último salón del Campo de Marte de París, es buena prueba de ello y sintetiza en su asunto y en su ejecución los cambios que aquella veleidosa deidad impone y que hacen que hoy aparezca absurdo lo que ayer privó y harán que mañana se derriben los ídolos hoy levantados, tal vez para colocar sobre los pedestales que esta época les ha erigido los ídolos de las pasadas épocas que la actual generación ha derrocado.



Proyecto de monumento-panteón de catalanes ilustres, obra del arquitecto D. Pablo Salvat y Espasa, premiado con medalla de oro en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona. 1896

La muerte del torero, cuadro de Andrés Parladé.—Asunto es este en que se han inspirado varios artistas, y se comprende, porque se presta á realizar una obra de arte de gran efecto, en que interesen al espectador el tema por su sentimiento dramático, y los elementos de la composición por su carácter pintoresco. El notable artista malagueño Sr. Parladé en el cuadro que reproducimos ha sabido tratarlo con mucho acierto, combinando con gran habilidad la triste escena que en la capilla se desarrolla con la nota de luz, de animación y de alegría de la plaza que en parte se descubre por la puerta junto á la cual se agolpa una muchedumbre ansiosa de conocer las consecuencias del desgraciado lance. Andrés Parladé, autor del lienzo *El Parlamento de Caspe*, que pudimos admirar en la última exposición de Bellas Artes celebrada en esta ciudad, y de otros cuadros históricos no menos notables, ha obtenido varias medallas en Madrid, Londres y Berlín.

Amor de madre, escultura de Roberto Barwald.—El autor de esta bellísima escultura, inspirada en el más puro clasicismo, murió en noviembre del año último. Había nacido en Salwin (Bromberg) en 1858 y estudiado en la Academia de Bellas Artes de Berlín: apenas salido de ésta y cuando sólo contaba veintiocho años, se le confió la ejecución del monumento á Guillermo I que debía erigirse en Posen, obra que terminó en 1888 y que produjo general admiración por las innumerables bellezas que ostentaba, así en lo grandioso del conjunto como en la delicadeza de los detalles. Poco después ejecutó el monumento al mismo emperador que se levanta en Bremen y los de Bismarck en Bernburg y Dusseldorf, demostrando en todos ellos verdadero genio artístico. Además de estas grandes obras modeló innumerables esculturas, entre ellas la que publicamos, por la cual puede juzgarse de cómo el malogrado artista dominaba la corrección y armonía de líneas y proporciones.

Coquetería, cuadro de Pedro Sáenz.—Varias son las obras de este laureado pintor que hemos reproducido en La Ilustración Artística y en todas ellas hemos ensalzado como se merece el talento del artista elegante y correcto. De iguales alabanzas es digno el lienzo *Coquetería* que publicamos en esta página y que fué muy celebrado en la última Exposición de Bellas Artes de Madrid.

Monumento á Lamartine en Milly, obra de Authelain y Chamonard.—En Milly, cerca de Macón, se ha inaugurado recientemente el monumento que reproducimos en la página 144 y que por suscripción pública ha sido erigido á la memoria del gran poeta Lamartine, en la parte alta de aquella villa, en un sitio desde donde se descubre un magnífico panorama. La altura total del monumento, compuesto de un busto en bronce de gran parecido y notable expresión y de un pedestal de piedra de gran armonía de líneas, es de cuatro metros y medio y lleva en su cara principal y puesta debajo de una palma la inscripción *A Lamartine, sus conciudadanos.*

MISCELANEA

Bellas Artes.—Susa. – Se ha descubierto en esa población de la regencia de Túnez un interesante mosaico romano que data del siglo primero ó principios del segundo de nuestra era, y que representa á Virgilio escribiendo y á las musas Clío y Melpómene inspirándole.

Roma. – El litigio que hacía tiempo venía sosteniendo el príncipe Colonna de Sciarra con el gobierno italiano, ha terminado por una transacción en virtud de la cual el gobierno ha levantado el embargo de la galería del príncipe y concedido á éste el derecho de disponer libremente de las obras de aquélla, legalizando así las ventas por el mismo realizadas. A cambio de estas concesiones, el príncipe cede al estado italiano 15 obras de las que aún conserva y que se instalarán en la Galería Corsini: entre las más notables de ellas pueden citarse la *Magdalena*, de Guido Reni; la *Madonna con San José y San Pedro*, de Andrea del Sarto; la *Madonna con el Niño dormido*, de Juan Bellini; el retrato de Esteban Colonna, de Bronzino; *Vida de Jesús*, de Giotto; los *Pastores en Arcadia*, de Schidone; la *Canonización de San Ignacio de Loyola*, de Andrés Sacchi, y otros de Girolano da Carpi, Gagliardi y cinco esculturas antiguas.

Teatros.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Plutus*, adaptación en tres actos de la comedia de Aristófanes del mismo título, escrita en prosa y en verso y hecha con mucho ingenio por P. Gavault; en el Gymnase *Idille tragique*, drama en cuatro actos y seis cuadros, arreglo de la novela del mismo título de Pablo Bourget, hecho por los Sres. Artois y Decourcelle; en la Porte-Saint-Martin *Le colonel Roquebrune*, interesante drama en cinco actos y diez cuadros de Jorge Ohnet; en Nouveautés *Le sursis*, graciosísimo vaudeville en tres actos de los Sres. Sylvane y Gascogne; en el teatro de la Republique *Le voyage de mistress Robinson*, comedia de gran espectáculo en cinco actos y diez cuadros de Gastón Marot, admirablemente puesta en escena; en la Baudiniere *La faute*, bonita comedia en tres actos de Loriot-Lecaudey; y en el Athenée Comique *París sur scene*, revista de gran espectáculo en tres actos y ocho cuadros de los Sres. Blondeau y Montreal.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *Don Quijote de Madrid*, comedia en tres actos en verso de don Mariano Vela, de acción bien desarrollada y abundante en hermosos pensamientos; en la Zarzuela *La boda de Luis Alonso ó la noche del encierro*, gracioso sainete en un acto de D. Javier de Burgos, con bonita música del maestro Jiménez, segunda parte de *El baile de Luis Alonso*, de los mismos autores; en Lara *La monja descalza*, refundida en dos actos por D. Miguel Echegaray, y *El marido de la Téllez*, bonita comedia en un acto del Sr. Benavente; en Eslava *Maniobras militares*, zarzuela en un acto, letra de D. Federico Urrecha y música de los maestros Estellés y Rubio; en Romea *Madrid de noche*, revista en un acto de los Sres. Perrín y Palacios con música del maestro Valverde (hijo), y en Apolo *El sí natural*, zarzuela en un acto del Sr. Jackson Veyan con hermosa música del maestro Chapí.



Coquetería, cuadro de Pedro Sáenz

Necrología. – Han fallecido:

W. N. du Rieu, ilustre latinista é historiador, director de la Biblioteca universitaria de Leiden, modelo, gracias á él, de organización científica.

El padre Federico Faura, sapientísimo jesuíta español, eminente astrónomo y meteorólogo, fundador del importante Observatorio de Manila, inventor del célebre Indicador barométrico para los fenómenos sísmicos.

Rafael Altamura, notable pintor italiano.

Asako, emperatriz madre del Japón.

Monseñor Angelo Bianchi, miembro del Sacro Colegio, obispo de Palestina y prodatario pontificio.

Hugo Burkner, notable grabador, profesor de grabado en la Academia de Dresde.

Gustavo Heil, pintor alemán, excelente caricaturista.

Isaac Pitman, inventor de un sistema taquigráfico conocido con el nombre de fonografía, muy extendido en Inglaterra.

Lorenzo Vela, escultor italiano, profesor de la Academia de Bellas Artes de Milán.

Felipe Ferrari, escultor italiano.

Mr. Strauss, profesor de Patología experimental en la Escuela de París.

Eduardo Dubois Reymond, profesor de Fisiología de la universidad de Berlín, uno de los más famosos representantes de la llamada tendencia física de la Fisiología, desde 1867 secretario perpetuo de la Academia de Ciencias berlinesa.

Guillermo Steinway, propietario de la famosa fábrica de pianos de su nombre de Nueva York.

Carlos Valenziani, profesor de lenguas asiático-orientales en la universidad de Roma.

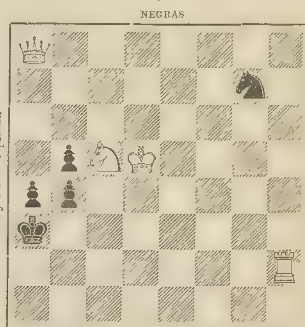
Emilio Chatrouse, notable escultor y periodista francés.

D. Luis de Madrazo, notable pintor español, director de la Escuela de Pintura de Madrid.

AJEDREZ

Problema número 58, por Pedro Riera

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 57, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. D 3 R	1. Cualquiera.
2. P ó D mate.	



–Pues, señor, voy á contar la historia de una ondina

LA ONDINA DE BRETAÑA

Novela por Pedro Maél – Ilustraciones de Vicente Cutanda

(continuación)

El suyo cantaba todavía como cantan al comienzo de todas las literaturas las razas jóvenes, incapaces de contener la vivacidad de sus emociones, sentidas aún bajo el encanto púdico de impresiones primaverales.

Lena había llegado á ese punto de su vida y de su amor.

Había tenido conciencia de ello, si bien indecisa, al contacto de las alegrías inexplicadas, de las lágrimas incomprensibles y de los celos infundados que sintió germinar en ella en diversos momentos de su vida durante el año que acababa de transcurrir.

La presencia de Alina de Pelvoux en el castillo y la despedida de Pablo le habían dado ocasión para convencerse de quién era el objeto de su amor. Era indudablemente por Pablo por quien se había sentido celosa; era á Pablo á quien amaba.

Al mismo tiempo, un deseo, primero vago, después lentamente convertido en invencible resolución, nació de este descubrimiento. Pablo la había tratado como á una niña y ella *no quería* que se la tratase como á una niña.

Esta voluntad era firme é imponíase progresivamente al espíritu de Lena, cambiaba el curso y la naturaleza de sus ideas que convergían hacia un fin único, hacia un solo esfuerzo.

Tenía ya algo así como una vaga noción de que si Pablo prefirió á Alina fué porque mereció mejor que ella atraer la atención de Pablo.

De esto á discutir aquel mérito decisivo, aquella superioridad, no había más que un paso y Lena lo dió pronto.

Era generosa hasta con sus enemigos, y franca aun consigo misma.

Reconoció aquella inferioridad suya que dió á su rival la victoria. Pero, en cambio, quiso hacerla desaparecer.

Sabiendo que Pablo y la señorita de Pelvoux eran prometidos, se vió impulsada por un extraño deseo, por una resolución que no se atrevía á confesar.

¿Iba aquel matrimonio á celebrarse? ¿Podía celebrarse?

¿Por qué no había ella de disputar á Alina el corazón de su primo?

No se trataba sólo de celos latentes, sino de una especie de instinto que levantaba su voz en el alma de Magdalena. Pensando mucho en ello, no tardó en estar segura de que la proyectada boda presentábase bajo los peores auspicios. Alina no poseía cualidad alguna de las que eran necesarias para hacer la felicidad de Pablo. A los ojos de la huérfana esto era evidente.

La parisiense le había hecho á aquel joven, bueno y sencillo, el mismo efecto que le hubiera causado la bebida de un filtro milagroso. Le había fascinado por su refinada coquetería; le había cautivado por sorpresa.

Lena poníase á pensar lo que sería un matrimonio formado con tan opuestos elementos. Jamás se resignaría aquella parisiense á vivir en un tranquilo rincón de provincia, para seguir las inclinaciones de su marido.

¿Y qué ocurriría entonces?

Hallábase Lena poseída de una gran clarividencia. Una porción de cosas, que ni siquiera sospechó nunca, le eran reveladas por una especie de instinto de adivinación. No la engañaba ese exterior de riqueza que lleva consigo la vida del gran mundo dividida en etapas de primavera y de otoño en París, de verano en Trouville y de invierno en Niza. Imaginábase que probablemente la fortuna de la hermosa Alina, bastante para ella sola viviendo en compañía de su madre, con el auxilio de todas esas precauciones y economías cuyo secreto conocen los habitantes de la capital, quizás no fuera suficiente para satisfacer su amor al bienestar y al lujo, y que la futura señora de Guenezán consumiría fácilmente toda la renta de su dote, si es que no iba aún más lejos.

Por otra parte, la fortuna de Pablo se reducía á una mitad de la de los Guenezán y ésta no había jamás pasado por muy importante en el país.

Atribuíasele á cada uno de los dos hermanos doce mil francos de renta anuales, lo que representaba, al tres por ciento, parte en tierras bretonas, parte en papel del Estado, un capital de ochocientos mil francos.

La ondina calculaba; á eso había llegado ya.

¡Ah! ¡Qué sorpresa hubiera tenido su primo Pablo si hubiese podido apreciar el estado de espíritu de la joven! ¿Dónde había aprendido á hacer tan bien las cuentas? ¿Quién pudo inducirle á aquellas reflexiones de orden tan prosaico? Pero si Magdalena, á fuerza de inducciones progresivas, había llegado á aquel extremo de *positivismo*, era porque aquellos pensamientos venían á ser la consecuencia obligada del encadenamiento natural de sus ideas.

Realmente se hubiera visto en un aprieto si hubiese tenido que evaluar sus bienes personales, y esto prueba que los intereses, considerados en sí mismos, para nada entraban en su meditación.

De pronto Lena se sentía hostigada por la necesidad de saber, de estudiar y de elevarse por encima de aquella ignorancia que Gwendolina le echaba en cara frecuentemente.

Pero por un efecto de la pereza inveterada, de la lentitud de espíritu contraída en los éxtasis solitarios, experimentaba verdadera fatiga en sus esfuerzos para aprender todo aquello.

Además tenía poca confianza en sus propias luces y en las que había adquirido de miss Hotspur. Y aquella desconfianza provenía, según todas las apariencias, de la parcialidad demasiado visible que la digna institutriz revelaba en sus lecciones, especialmente en materia de enseñanza histórica.

Gwen tenía, en efecto, una manera especial de probar que nada se había hecho en el mundo de grande, de bueno ó de hermoso que no le fuera debido á Inglaterra. Con los libros en la mano demostraba miss Hotspur que César, vencedor de los franceses, había huído de los ingleses; que Carlomagno era un príncipe inglés que conquistó el mundo; que Ricardo Corazón de León fué el único que dirigió todas las cruzadas; que Enrique V era el verdadero rey de los dos reinos, y que Juana de Arco, cuya suerte sin embargo lamentaba, no fué más que una insurrecta. Del mismo modo, Waterloo era una victoria inglesa ganada por el grande «iron duke» sobre *Nepolienne*, como ella decía; y Trafalgar, un hecho de armas que hacía de Nelson el más célebre marino de todas las edades.

Naturalmente, Magdalena fué alejándose de una erudición que honraba, es cierto, el exaltado patriotismo de miss Hotspur, pero que no concedía gran cosa al orgullo nacional de los demás pueblos.

Poco á poco la huérfana perdió la costumbre de consultar con su institutriz, y por una exageración muy lógica, por un fenómeno de reacción ordinario, llegó hasta el punto de inclinarse siempre á adoptar temperamentos de oposición á cuanto Gwen sostenía.

A veces respondíale con verdadera crueldad:

–¡Ah! ¿Si habrá sido grande la derrota de los ingleses en Sebastopol para que consientan en reconocer que les cupo alguna gloria á los franceses en la toma de aquella plaza?

Verdad es que para poner fuera de sí á Gwendolina al hablar de la guerra de Crimea, encontraba Lena datos suficientes en las relaciones más ó menos verídicas de Alain Le Gadek.

Era al padre Le Gadek á quien ella recurría en casos de duda, era á Alain á quien iba á pedir su opinión y sus lecciones.

Un día, triunfante, dijo á su institutriz, con las mejillas animadas y una expresión de victoria en sus pupilas:

¡Ah, Gwen! ¿Conque fué el genio de vuestro Nelson y la torpeza de los franceses lo que hizo que Inglaterra ganase el combate de Trafalgar?

– Ciertamente, *dear child*, contestó Gwen.

– Pues bien: decir eso sí que es audacia. Nelson no influyó para nada en aquel hecho..., fué el viento quien lo hizo todo..., el viento; si no, que lo diga el padre Alain, que estuvo allí.

Aquel día Pedro asistía á la discusión.

Al oir á Lena soltó una carcajada.

¡Oh! ¡Esa sí que es buena!, exclamó. ¿Alain en Trafalgar? ¿Sabes tú qué edad tendría hoy Alain si eso fuera así?

No, mi tutor, respondió la ondina poniéndose colorada, pues nunca había sido muy fuerte respecto á fechas.

Pues sería, por lo menos, centenario, y aún faltan treinta años para que el bravo Le Gadek llegue á serlo.

Gwendolina sonrió viendo sonreir al comandante.

Tuvo Magdalena que bajar cabeza y callarse.

Pero aquel tropiezo no amenguó en nada el crédito que concedía á las aserciones de su anciano amigo.

Un día, sin embargo, tan ciega confianza vióse sometida á una dura prueba.

Lena deseaba una explicación que no quería pedir á Gwen, y el problema era de los más arduos.

Tratábase de saber lo que significaba exactamente el sobrenombre de *ondina* que le daban sus primos.

En sus paseos por los campos, en sus excursiones rústicas, Lena, que hablaba corrientemente el bajo bretón, había oído narrar historias de hadas, de duendes y de otros fantásticos personajes de las leyendas del país.

Pero jamás oyó más que de labios de sus primos el nombre de *ondina*.

La joven corrió por la mañana muy temprano á sorprender á Alain, que componía sus redes.

Inmediatamente dirigióle esta pregunta:

Padre Alain, ¿qué es una ondina?

El viejo abrió, al oirla, sus ojos, lleno de la mayor sorpresa.

– Señorita Lena, contestóle, creí que sabía usted eso mejor que yo.

Ella replicó entonces, moviendo su cabeza y agitando al moverla sus abundantes cabellos.

– No..., padre Alain, no lo sé. Si lo supiera, ¿cree usted que vendría á preguntárselo?

¿Una ondina?, murmuró el anciano. Una ondina..., sé lo que es..., pero explicarlo... eso es distinto.

– ¿Cómo distinto?

– ¡Ya lo creo! Sí, señorita.., hay cosas así que se comprenden, pero que no se puede hacer comprender á los demás...



Inmediatamente abrió el libro en el suelo y se inclinó sobre sus páginas casi echada sobre él

Lena se echó á reir á carcajadas.

Vamos, inténtelo usted, padre Alain... Acaso no sea yo tan torpe... Quizás comprenda algo ..

Púsole, como suele decirse, entre la espada y la pared.

Empezó á correr el sudor por las sienes del viejo. Éste, á pesar de su edad, aún tenía su amor propio, y por nada en el mundo hubiera querido confesar su ignorancia á aquella á quien amaba como á una hija.

Tartamudeó mucho antes de afrontar una explicación.

¿Una ondina?.. Pues, verá usted, señorita Lena, eso es algo así como un ser único en su género . Hay, según parece, ondinas que viven entre las llamas...

Ella le interrumpió vivamente:

– ¿Entre las llamas? No, padre Alain, entre las llamas no; es en el agua donde viven.

El viejo era víctima de una confusión.

Había oído hablar de gnomos y de salamandras. En materia de salamandras sólo había visto el lagarto de cola aplastada de los charcos. La interrupción de Lena habíale prestado el servicio de hacerle entrar por el buen camino. Pero no permaneció en él largo tiempo. El error era fácil.

En el agua es donde quise decir, continuó. Hay seres de esos que son mitad personas y mitad peces.

Magdalena le interrumpió por segunda vez, comenzando ya á alarmarse de la insuficiencia de su profesor.

– Nada de eso, padre Alain. ¿Mitad personas y mitad peces?.. ¡De lo que usted habla es de las sirenas!

La joven tenía razón. Con una sola palabra había rejuvenecido los recuerdos del anciano.

Cuando éste era marinero había oído contar extrañas historias de aquellas famosas «sirenas.»

Algunos de sus camaradas afirmáronle haberlas visto.

¿Qué podía ser una *ondina* más que una *sirena?*

Después de una breve pausa, atrevióse á formular esta observación:

– Ya ve usted, señorita Lena, que yo no andaba descaminado y que usted no sabía mucho más que yo...

Ella se encogió de hombros.

– ¡Vamos, padre Alain, no es eso!.. Me parece haber oído alguna vez á mi tutor y á mi primo Pablo decir algo de las ondinas. Yo creo que las ondinas vienen á ser una especie de espíritus que viven cerca del agua y que son siempre mujeres. Ahora es usted quien debe completar eso diciéndome si me engaño.

Esta vez, por lo menos, Le Gadek mostróse bien informado...

Las palabras de Lena trajéronle á la memoria un antiguo cuento que oyó en su infancia.

Era Alain uno de esos marineros primitivos cuya imaginación fecunda no se paraba á considerar la verosimilitud de los detalles.

Así es que no creyó faltar al respeto debido á la verdad adornando con algunas particularidades inéditas una relación que había oído á su abuela, siendo niño.

Se frotó apresuradamente las manos y comenzó con la usual fórmula:

– Pues, señor, voy á contar la historia de una ondina... ¿Me escucha usted, señorita? Es la historia de la ondina de Rhuis. .

– ¿La ondina de Rhuis?, exclamó Magdalena.

– Sí, escuche usted... ¡Cric, crac!

Y Le Gadek pronunció una frase, para la joven incomprensible, que sólo podía ser entendida en un círculo de marineros.

Luego continuó:

– «Pasaba esto en el tiempo viejo, cuando la tierra de Bretaña estaba habitada solamente por salvajes y los lobos se paseaban á su gusto de Vannes á Pontorson, pasando por Concarneau y Roscoff.

»Vino á este país un noble cristiano, originario de Inglaterra, que estaba poblada también por bretones. Vino al país de Sarzeau y encontró al gran Saint-Gildas que se ocupaba con tres frailes en abrir un camino á través de los bosques. El noble se puso de rodillas á los pies del santo y le preguntó qué podría hacer para serle útil.

– »Nada para mí ni para mis hermanos, respondióle Saint Gildas, pues nosotros nos mantenemos de raíces. Sois fuerte y vigoroso Matad muchos lobos y edificad un castillo en los bosques. Seréis el duque de estos habitantes y nos ayudaréis á convertirlos á Dios.

»El noble se levantó, empuñó su grande espada y se internó en el bosque, en dirección á Roche-Bernard. A la semana siguiente él solo había ya matado 342 lobos. Los habitantes del país corrieron á besarle las manos y le nombraron su duque. Él entonces les dijo: «Eso no me basta. Yo no quiero ser el duque de una cáfila de paganos. Id á que os bauticen si queréis que siga entre vosotros » Y se los envió á Saint-Gildas, que bautizó 3.420 en un solo día, diciendo: «Por cada lobo muerto diez almas ganadas para el cielo.»

– Pero... ¿y la ondina?, preguntó Lena impaciente.

– Ahora viene, ahora viene... Ya llegó... «Entonces el diablo, que quería la revancha, es decir, que no quería perder todos sus parroquianos bretones, tuvo la idea de jugarle una mala partida á Saint-Gildas, quitándole gentes por un lado y otro. He aquí el medio que empleó:

»Un día que el buen duque estaba de caza, sintióse muy fatigado y con mucha sed. Fué al borde de un arroyo y bebió algunos sorbos de agua clara, durmiéndose allí mismo en seguida.

»Mientras dormía, salió del agua una cosa así como una bella dama, con los ojos azules y los cabellos verdes. Al ver á aquel noble dormido se enamoró de él... Y he aquí que se puso á llorar y que dos de sus lágrimas, que estaban heladas, despertaron al duque, cayendo sobre su frente... También él vió entonces á la dama y se enamoró de ella, llegando á sentirse loco de amor... Y fué tanta su locura, que no quiso marcharse de allí, y durante un mes sus gentes lloraron creyéndole muerto, pues los lobos volvían en masa á Roche-Bernard y á Sarzeau.

»Los vasallos del duque fueron á buscar á Saint-Gildas y le dijeron:

»Nuestro buen duque ha muerto, gran Saint-Gildas. Vos que habéis echado por tierra el *men-hir* solamente de un soplo, resucitad á nuestro duque para que volvamos á tenerlo.

»Saint Gildas les contestó:

»Vuestro duque no ha muerto, sino que está hechizado por el diablo en persona. Yo iré en su busca y lo haré salir del hechizo.

»Saint-Gildas llegó al paraje donde el pobre duque se consumía de amor viendo á la hermosa dama, y le gritó:

– »Señor duque, vuestras gentes os necesitan. Dejad á esa hechura del demonio, que ni siquiera tiene alma, y volved donde los vuestros.

»El duque se puso á rechinar los dientes y á mirar al santo como si quisiera matarlo; hasta tal punto estaba hechizado por la dama misteriosa.

»En los treinta días que llevaba en aquel sitio parece que no había comido ni un grano de maíz, ni había bebido una gota de sidra ni de agua clara.

»Entonces el santo dijo á la dama, que era precisamente lo que decía usted, señorita Lena, hace un instante, una ondina:

- »Maldita criatura, desencantad á este hombre de bien, pues si no Dios os castigará en este mundo y en el otro.

»Pero la ondina contestó:

- »Gran Saint-Gildas, soy inmortal y el mayor castigo que temo es el de perder el amor de este noble. Mas no tengo alma, y para tener una es preciso que yo consienta en morir. Rogad á Dios que me conceda esa gracia y bautizadme para que me pueda salvar y ser la esposa de este gran señor.

»El santo se puso entonces á orar á Dios, y cuando acabó su oración, dijo á la ondina:

- »Dios os dará una alma y yo os bautizaré si durante un año pasáis todos vuestros días y todas vuestras noches rezando, sin dejaros ver de este noble señor, que les hace á sus vasallos mucha falta.

»En seguida la ondina se hundió en el agua y el sortilegio cesó.

»Después, durante un año, la ondina siguió en el fondo del agua llorando y rezando.

»Al cabo de este tiempo, Saint-Gildas volvió acompañado del duque, que desde hacía un año lloraba también.

- »¡Ondina!, exclamó Saint-Gildas. ¡Salid del agua y venid á recibir el bautismo con el alma que Dios va á daros!

»La ondina salió del agua. Entonces el santo mandó al duque abrirse una vena y con la sangre que brotaba de aquella vena bautizó á la ondina, pues no puede bautizarse con agua á quien vive siempre en el agua.»

- ¡Ah!, murmuró Lena, absorta ante aquel extraño caso de teología.

- Después de todo, continuó Alain, yo no puedo asegurar si es verdad ó no... Yo no hago más que contar lo que me han contado... Ello es que al tocar la frente de la ondina, la sangre del duque le dió un alma. Saint-Gildas los casó delante de todo el pueblo y la nueva bautizada llegó á ser también una gran santa... Lo que parece seguro y cierto es que de aquel matrimonio nacieron los primeros duques de la Roche Bernard.

- ¿Cómo se llamaron?, preguntó Lena distraída.

- Lo que es eso, señorita, no sé decírselo, pues pasó probablemente en un tiempo muy remoto.. Pero puede usted preguntárselo al señor rector..., él debe saber esas cosas, que son su especialidad.

Tan extraordinaria aventura traspasaba los límites de la credulidad de Lena.

Por primera vez la joven concibió dudas respecto á la confianza que debían inspirarle las historias del viejo Alain.

Mas la cosa no le preocupó.

La leyenda, poética en sí misma, produjo honda impresión en su espíritu.

Aquel esfuerzo de la ondina para merecer un alma era una alegoría que encerraba una lección trascendental.

Magdalena se aplicaba la lección. También ella tenía que hacerse un alma, ella también debía dirigir su empeño á la conquista de Pablo elevándose hasta él. Como niña superficial é ignorante, había descuidado esa tarea. Pero ya no la descuidaría más. Acababa de jurarlo.

Al regresar al castillo se fué derecha al gabinete de su tutor.

Este, según su costumbre, hallábase engolfado en sus cálculos y en sus estudios delante de sus mapas.

Sorprendióse al ver entrar á Magdalena de un modo tan resuelto.

- ¡Ah! ¿Eres tú?, exclamó. ¿Qué te ocurre?

Entonces ella experimentó cierta dificultad para traducir su pensamiento.

- Mi tutor, dijo en tono vacilante, quisiera pedirle un consejo.

Pedro se quedó sinceramente asombrado. Abandonó el trabajo en aquel mismo instante.

- ¿Un consejo? ¿Conque esas tenemos?.. ¿Y qué consejo te hace falta?

- Mi tutor, continuó la joven con más firmeza, soy una ignorante y me avergüenzo de serlo.

El comandante, sonriendo, murmuró:

- A fe mía, tú debes saberlo mejor que nadie y tu acto de franqueza al confesármelo es un acto que tiene su mérito. Mas no comprendo bien cuál puede ser el consejo propio del caso; quizás el mejor de todos es que trabajes para instruirte.



Los ecos de la bahía repitieron la voz del cañón

Magdalena no había dicho más que una parte de lo que se proponía decir y meneó su cabeza.

- Mi tutor, añadió, quería justamente preguntarle qué debo hacer para instruirme.

- ¡Pues no es difícil la respuesta!.., exclamó el marino; estudiar, aprender. . ¡Ya tienes á miss Hotspur para que te guíe!.. Nadie mejor que miss Hotspur...

Lena contestó con un gesto significativo:

- ¡Ah! ¿Gwen? Es verdad... Pero quisiera aprender más de lo que me enseña Gwen... Se me figura que ya no adelantaré con ella gran cosa.

El comandante la tocó cariñosamente en un carrillo, expresándose en estos términos:

- ¡Ah, mi pobre ondina! Eres la más singular criatura que en mi camino he encontrado. Juraríase que no eres de este mundo y que, sin embargo, has hecho el aprendizaje de la vida. En fin, tomo en cuenta tu buena voluntad... No se te olvide esto; retenlo bien: todo ser que quiere instruirse puede prescindir de que otro le ayude... Sin desdeñar las lecciones de miss Gwen puedes educarte tú misma... La biblioteca del castillo está abierta para ti... Eres libre de elegir la lectura que te agrade... Veremos si ese ardor por saber se queda sólo en llamarada pasajera.

VIII

LOS ESTUDIOS DE LENA

No, en verdad, aquella biblioteca no era interesante.

La primera vez que Magdalena fué á hacer uso de la libertad que le había concedido su tutor, se vió desorientada.

Conocía aquella biblioteca; pero la conocía, digámoslo así, de oídas.

La había recorrido varias veces de un extremo á otro. Había fijado su mirada curiosa en los estantes de encina que cubrían las paredes. Mas ella no era como la mariscala Lefebvre; no echaba de menos en aquellos armarios tarros de caramelos y de dulces.

Lena miró los estantes de la biblioteca con el respeto propio de su sencilla ignorancia. Diríase que hasta había en la joven algo de temor supersticioso al ver las encuadernaciones cubiertas de polvo de los libros. ¿Cómo había podido producir el espíritu humano cosas bastantes para llenar tales espacios?

Así es que cuando Pedro de Guenezán dió permiso á Lena para entrar siempre que quisiera en la inmensa sala y le recomendó que se pusiese en relación con los libros que allí había, la joven se vió asaltada por grandes dudas.

¿Por dónde iba á comenzar su trabajo de exploración intelectual?

En aquella selva de volúmenes de todos tamaños se encontraba mucho menos á gusto que en los bosques de Sarzeau y de Saint-Gildas.

Le hubiera agradecido mucho á su tutor que le hubiese indicado un rumbo ó por lo menos que hubiese puesto en aquella selva virgen algunas indicaciones análogas á las que se leen en ciertos postes de Fontainebleau y de otras enmarañadas espesuras.

Pero Pedro olvidó ese detalle.

Tenía demasiado que hacer para entretenerse en guiar á su pupila por los laberintos de la biblioteca de Ely.

No tuvo Lena más remedio que buscar ella sola el camino.

Sus primeros pasos no fueron á propósito para animarla á seguir adelante.

Conforme á la lógica natural, abordó la biblioteca por su base, ó sea por abajo, donde estaban los libros más voluminosos, cuyo tamaño y cuyo peso asustaron á Lena.

Su susto aún fué mayor á causa de una tribu de ratones domiciliada en el primer estante que visitó la joven lectora, á los cuales perturbó en su vida tranquila concretada á roer la antigua pasta de los libros que constituía su diario alimento.

Los ratones dispersáronse corriendo por toda la sala, lo que produjo honda emoción á Lena, que huyó, y no queriendo confesar el terror que sentía, aplazó hasta el día siguiente su incursión en el terreno de la ciencia.

Al día siguiente se armó de todo su valor para subir á la biblioteca.

Los ratones estaban de humor tímido y habían cambiado de guarida.

Lena consiguió sacar un volumen que por sí solo hubiera podido servir para cargar un burro, lo que prueba que la ciencia, aunque se afirme lo contrario, es una carga tan pesada como cualquiera otra.

Inmediatamente abrió el libro en el suelo y se inclinó sobre sus páginas casi echada sobre él.

Nueva sorpresa: la obra estaba escrita en una lengua de la cual Lena sólo había encontrado algunas muestras en su libro de misa. Provisto de lazos de seda, el libro estaba adornado con magníficas láminas debidas al buril de algún grabador del siglo XVI y tenía por título *Plinii secundi historiarum libri quinque*.

Hubo que colocar de nuevo en su sitio el respetable volumen.

Cosa singular: los ratones no habían atacado las hojas de aquel *infolio* á pesar de su riqueza material é intelectual.

Lena revolvió todos los armarios de abajo sin obtener mayor éxito. Encontró allí, es cierto, cuanto el saber antiguo había confiado á las prensas desde el descubrimiento de Gutenberg hasta el siglo XVII inclusive.

Alineados unos junto á otros, sin discusión sobre el orden de preferencia, sin conflictos de escuela, hallábanse en igual abandono, bajo el mismo polvo que los cubría y que parecía conservarlos, Aristóteles y Platón, Juvenal, Tácito, Salustio, Suetonio, Virgilio, Ovidio, Marcial, los padres de la Iglesia y los filósofos de la escolástica, y á continuación veíase cronológicamente á los historiadores de la Edad media, á los del Renacimiento y á los del siglo XVII.

Lena no se desalentó por eso.

Abordó otros estantes superiores.

Eran éstos algo más interesantes.

Contenían ediciones nuevas ó raras, obras maestras de grabado ó de tipografía de los Estienne, de los Elzevirs, de los Froben, marcas variadas y auténticas, *Parisiis, Lutetiæ, Amstelodami, Basilæ*, etcétera, etc. Atlas que hoy es imposible hallar, tratados completos sobre el arte náutico con mapas, láminas y viñetas, diccionarios especiales y tablas de cálculos matemáticos.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

SOBRETODO SALVAVIDAS

Tal como lo representa la figura 2, flotando sobre el agua y con un libro en la mano, descendió hace poco tiempo por el Rhin en las cercanías de Colonia el Sr. F. W. Kuhl para demostrar ante los representantes de la prensa la bondad del sobretodo salvavidas por él inventado. Fué aquel un espectáculo sorprendente, pero el experimento tuvo el mejor éxito, pues el nadador se vió arrastrado por la corriente, manteniéndose siempre muy segura y tranquilamente en la superficie del agua.

Fig. 1. – Mr. F. W. Kuhl vestido con el sobretodo salvavidas de su invención

Como puede verse por la figura 1, el sobretodo salvavidas no se diferencia de un sobretodo ordinario: su única particularidad consiste en el pequeño tubo que se ve colgar en el lado derecho, y que provisto de una boquilla, que puede cerrarse, sirve para insuflar aire en aquella prenda en el momento del peligro. En dos minutos puede una persona ponerse el sobretodo, llenarlo de aire y tenerlo dispuesto para funcionar. Este sobretodo, una vez lleno, permite que una persona alta y gruesa pueda sostenerse sobre el agua un día entero, y el Sr. Kuhl asegura que con los víveres necesarios puede flotar hasta 18 días llevando pantalones, americana, zapatos, etc., del mismo sistema.

La calidad de la tela es un secreto de su inventor: el sobretodo es muy ligero; de modo que no cabe suponer que tenga un doble fondo de goma que le haga impermeable al agua y al aire.

Este invento llamará sin duda la atención de todos aquellos que por deber ó por afición viajan por mar.

Fig. 2. – Mr. F. W. Kuhl con su sobretodo salvavidas en el agua

***

PRUEBAS FOTOGRÁFICAS ARTÍSTICAS

OBTENIDAS POR MEDIO DE LA GOMA BICROMATADA

Los fotógrafos reivindican desde hace tiempo el título de artistas que muchos les niegan diciendo que lo que hacen es simplemente un trabajo mecánico en el que el arte no entra por nada.

Esta última afirmación es exacta tratándose de la mayoría de los fotógrafos, sobre todo desde que se han puesto tan en boga los aparatos de mano y de depósito. Una imagen artística es más bien una casualidad, en la que poca parte tiene el operador. Pero de esto no hay que deducir que la fotografía excluya necesariamente el arte; pues, lo mismo que el lápiz y el pincel, es un medio de realizar una concepción: el que lo emplee será artista si produce una obra que nos proporciona la sensación de lo bello, si hace una obra personal escogiendo los trajes y la agrupación de los personajes y de los accesorios, teniendo en cuenta la concepción que se propone ejecutar. ¿Y por qué no le hemos de conceder, además, el derecho de tomar varios clisés y componer luego con ellos un cuadro único, haciendo en cada uno de ellos una razonable selección? ¿Por ventura el pintor no hace una serie de estudios de sus principales temas para componer su cuadro? Cierto que algunas veces sucederá que el cuadro se ofrecerá hecho al fotógrafo, sin éste buscarlo, especialmente si se trata de un paisaje; pero aun así es preciso que dé muestras de sentimiento artístico para escoger el punto en que ese conjunto de árboles, agua, rocas, etc., forme el asunto del cuadro y se ofrezca bajo la luz más conveniente.

Pero no es bastante haber sabido obtener un clisé; es preciso, además, saber tirarlo por los procedimientos que más le convengan y que tiendan á que el resultado definitivo se acerque al dibujo ó al grabado, ó á algo que no se parezca á uno ni á otro, sino que tenga su sello particular. Para esto, es preciso dejar buena parte á la iniciativa del operador, en lo que podríamos llamar interpretación del clisé.

Uno de los procedimientos que mejor á esto se prestan es el de la goma bicromatada, conocido desde hace más de cuarenta años y sacado recientemente del olvido en que yacía por algunos aficionados, cuyas obras han sido consideradas en las últimas exposiciones de París, Londres, Viena y Bruselas como verdaderamente artísticas, y se han vendido como si fueran acuarelas ó grabados de grandes artistas.

La teoría descansa en la propiedad que tienen las substancias gelatinosas ó gomosas de ser insolubles á la luz cuando han sido tratadas por el bicromato de potasa: su grado de solubilidad varía en razón de la intensidad de la luz que las ha impresionado, pudiendo obtenerse con este procedimiento todas las medias tintas del clisé fotográfico.

Se prepara una solución de goma arábiga al 40 por 100 que se colora con un color de acuarela, y luego otra de bicromato de potasa al 10 por 100; se mezclan las dos soluciones por partes iguales, y por medio de un ancho pincel se extiende la mezcla sobre la hoja de papel que se haya escogido, Canson, Whatman, etc.

Después se deja secar el papel en la obscuridad y luego se le expone en el bastidor-prensa debajo de un clisé. El desarrollo, es decir, la disolución de las partes que han quedado solubles, se hace en agua tibia, á unos 30°. Tal es el modo de operar, pero cada una de las operaciones de detalle exige mucho trabajo.

Es conveniente no emplear la solución gomosa recién hecha, pues cuando lleva algún tiempo de preparada es más sensible. M. H. Khun, de Insbruck, aconseja que se haga disolver en un peso igual de agua una cantidad de goma arábiga y que se la deje en reposo hasta que se enmohezca, filtrándola luego y conservándola de este modo. La elección de colores tiene también gran importancia siendo inutilizables muchos de ellos que se descompondrían con el bicromato: entre los varios que pueden escogerse, citaremos el bermellón, el índigo, el azul de Prusia, el negro de humo y la tierra de Siena quemada, que dan buenos resultados. Los papeles de dibujo y de acuarela deben ser bien encolados, pues los que tienen el grano demasiado marcado no dan los blancos con tanta pureza. La cantidad de goma que se emplee tiene también gran influencia sobre el resultado, pues si hay demasiada, la imagen será dura, y débil si hay poca.

AMOR DE MADRE,
escultura de Roberto Lauwald

El papel puede secarse rápidamente (en la obscuridad, por supuesto) sobre un hornillo de carbón y ser empleado inmediatamente; pero también puede conservarse así durante tres ó cuatro días.

Es muy difícil determinar el tiempo exacto de exposición, pudiendo decirse, sin embargo, que varía en la sombra entre un cuarto de hora y media hora, según el clisé que se emplee. Por otra parte, ya se ve la imagen dibujarse ligeramente sobre el papel. Al salir del bastidor prensa, se sumerge la prueba en agua fría para desprender la mayor parte del bicromato, y desde entonces puede operarse en plena luz. Se cambia de agua dos ó tres veces hasta que sale clara, y luego se pasa al agua tibia, en la que la imagen sigue apareciendo, quedando completamente limpia en un cuarto de hora. Durante esta última operación es cuando el operador puede dar pruebas de su habilidad y de su buen gusto, facilitando con un pincel la limpieza de ciertas partes. Para terminar la operación lávase la prueba por última vez con agua fría y se la pasa en una solución de alumbre que endurece la capa.

Con toda intención hemos indicado la serie de operaciones de una manera muy concisa, pues á menos de escribir un libro es imposible dar indicaciones minuciosas.

Es preciso buscar, tantear y empezar de nuevo: esto precisamente es lo que constituirá la obra personal y permitirá á un operador distinguirse de otro y producir, en suma, una obra artística.

G. MARESCHAL

(De *La Nature*.)

LA BIBLIOTECA DE MENELIK

El negus Menelik ha decretado recientemente la creación en la capital de su reino, Addis-Ababa, de una biblioteca á la que serán trasladados todos los libros y manuscritos que se encuentran en Etiopia.

La historia de la parte más importante de estos manuscritos es muy curiosa: una tradición popular aseguraba que cuando en el siglo XVI los musulmanes invadieron la Etiopia los monarcas abisinios ocultaron en una de las islas del lago Zouay, la isla de Debra-Sina, una gran parte de los libros etíopes de su biblioteca. El abuelo de Menelik, el rey de Choa, Sehia Sellasié, decía en 1839 á Rochet d'Hericourt:

«Iremos al lago Zouay. Casi en el centro de este gran lago hay una isla donde están depositados los manuscritos que nuestros padres lograron poner á salvo cuando la invasión de Mahometo Gragne. Esa isla es la que visitaremos.»

Este proyecto de Sehia Sellasié, que era un letrado de quien se conservan todavía algunos poemas en lengua gheze, no se ha realizado hasta el tiempo de su nieto, el negus actual. En efecto, hace tres ó cuatro años el rey Menelik mandó construir una flotilla de balsas para realizar la conquista de las islas del lago Zouay. Creían que los naturales de estas islas opondrían una tenaz resistencia, teniendo en cuenta que aquellas gentes vivían desde hace tres siglos en un completo aislamiento; que estaban armados; que eran muy poco hospitalarios, y que consideraban como dioses tutelares los manuscritos cuya custodia les estaba confiada. Además la isla de Debra-Sina estaba protegida por las supersticiones de los ribereños, que nunca habían osado profanarla.

Organizóse una verdadera expedición para conquistar las islas santas, y es muy probable que la artillería que consigo llevaban las fuerzas expedicionarias del negus amedrentó á aquellos isleños, puesto que se sometieron inmediatamente.

En la isla principal se encontró un gran número de libros que fueron llevados al monarca abisinio, el cual después de haberlos envuelto en cubiertas de seda, según la moda abisinia, los devolvió al antiguo jefe, á quien mantuvo en sus funciones, confiándole nuevamente la custodia de los manuscritos: éstos serán trasladados á la nueva biblioteca de la capital en cuanto esté definitivamente instalada.

... ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN ... ORES Ó EDITORES

[illegible]

*

Panorama Nacional. – El cuaderno 10 ... [illegible] ... Vendese á 70 céntimos.

***

[illegible] – ... Véndese á 50 céntimos.

***

Los grandes problemas filosóficos naturales, por ... [illegible]

dad se demuestra con argumentos rigurosamente lógicos y científicos.» Ha sido impreso en San Sebastián, en la imprenta de A. Sanz.

***

La unifikazión de las medidas, por *R. Newman*. – Constituye este folleto un interesante estudio en el cual se examinan los diferentes sistemas de medidas empleados en varios pueblos y en distintas épocas, y se detallan los esfuerzos desde antiguo realizados para conseguir la unificación en materia tan importante, hasta llegar al sistema métrico decimal, cuyas excelencias encomia el autor, lamentándose de que aún no sea universal su aplicación. Este trabajo, escrito con la ortografía reformada, como todos los del Sr. Newman, de quien tantas veces nos hemos ocupado con el elogio que se merece, ha sido impreso en Valparaíso por la casa editorial de Carlos Cabezón.

***

El Monitor infantil. – Periódico muy propio para niños que publica la casa barcelonesa de Antonio J. Bastinos: contiene bonitos grabados é interesante texto y á cada número acompaña una hoja en colores de un álbum artístico.

***

El Katipunán ó el filibusterismo en Filipinas, por *José M. del Castillo y Jiménez*. – En la imposibilidad de analizar detenidamente este libro, cuyo interés de actualidad no necesita ser encarecido, diremos que en las tres partes de que consta estudia el autor con gran conocimiento de causa y abundancia de datos las causas y orígenes de la actual revolución y el desarrollo y efectos de la misma, y emite acerca de algunas personas y de varias cosas juicios muy dignos de ser tenidos en cuenta. Este libro, ilustrado con algunos grabados, forma un tomo de 400 páginas y se vende en las principales librerías de Madrid y provincias al precio de cinco pesetas.



Monumento á Lamartine recientemente inaugurado en Milly, obra de M. Authelain, arquitecto, y de M. Chamonard, escultor

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 1.º de marzo de 1897 — Núm. 792

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MATER PURISSIMA, escultura en bronce de Adolfo Apolloni

Premiada en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1896

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La santa madre y sabia maestra Hélade. – Los filohelenos antiguos. – Lord Byron y su muerte. – Creta y Macedonia. – Filosofía de la Historia. – Creta llevó el orientalismo á Grecia y Macedonia el helenismo á Oriente. – Ultimo estado de la cuestión oriental. – Reflexiones. – Conclusión.

Planteado el problema oriental, y surgiendo el interés heleno á nuestros ojos, no hay más que hablar: estuvimos, estamos, estaremos por la Hélade siempre. Salud, ¡oh Grecia!, madre del genio; salud, tierra de la inspiración y de la hermosura. El mar celeste se repliega en tus doradas costas de mármol, sobre cuyas arquitectónicas líneas tienden sus hojas los laureles y los mirtos, gratos á la gloria y á la inmortalidad. Las ondas del Egeo te arrullan; las brisas del Asia, perfumadas en los pebeteros de aromosas esencias, que forman las islas de tus archipiélagos, te orean; el sol embota sus rayos para no encender tu bienhadado suelo, templo antiquísimo de la sabiduría. En tus auras van los coros de las nueve musas, que trenzan sus divinas danzas sobre las alfombras de tus nubes teñidas por albadas y arreboles de una luz sin igual. Todos cuantos hacen de la estética su religión, desean verte rodeada de tu cintura de islas; cubierta de tus rojos granados y tus cipreses obscuros, de tus pámpanos verdes y de tus olivos negros; cortada por tus altas cordilleras, donde se refugian los dioses, y por tus colinas, á cuyos pies, desde los senos que las ninfas llenan, salen los murmuradores arroyos cantando. Entre los troncos de tus árboles corren los caballos en pelo, entre las ramas de tus bosques gorjean los ruiseñores enamorados, mientras los sátiros de largas pezuñas y hendidos pies vierten, á la voz de Baco, por doquier, voluptuoso regocijo. Todos quieren beber el agua del Cefiso cantado por Sófocles; coronarse con las purpúreas y gualdas hebras del azafrán y los ramos del oliente narciso, antigua guirnalda de las diosas; seguir las procesiones celebradas con carreras de mozos que fueron modelos para Fidias y con bailes de vírgenes que inspiraron divina embriaguez al dulce Anacreonte; contemplar el Egeo, cruzado por las naves doradas, donde los sacerdotes celebran flotantes sacrificios entre los conciertos de las cítaras y los hexámetros de los poetas que despiden á las brisas inmortales canciones.

* * *

Tal poesía y tal retórica empleaban los filohelenos antiguos, al comenzar el poema de la independencia griega. El filohelenismo llegó á constituir una religión, y de esta religión fué poeta y mártir el inmortal Byron. Este inspiradísimo genio, al ver los combates empeñados por Grecia, no se contentó con dedicarle su inspiración, consagróle también su vida, corriendo á pelear y morir en sus aras. El pueblo de las Termópilas y de Platea; el que ha enseñado á leer á la humanidad; el que ha puesto la cuerda del arte divino en todos los corazones; el que ha cincelado la forma humana en su escultura severa; el que guarda todavía el calor de la inspiración en sus vivificadoras cenizas, bien mereció contar entre sus mártires al primer poeta que Inglaterra poseyó en este nuestro siglo. Era el mes de abril y la mañana siguiente al día de Pascua. La naturaleza resucitaba con sus mariposas, con su tibio calor tan delicioso en la primavera de los climas meridionales. El clero griego cantaba la resurrección de Cristo. Byron presentía y profetizaba la resurrección de Grecia. Sin embargo, el combate, la incertidumbre, los choques con la realidad en que su alma se malhería, el dolor, una peste mortífera consecuencia de la guerra exterminadora, lo gastaron y le hicieron doblegarse hasta caer exánime sobre el pabellón de la libertad, en cuyos pliegues quiso envolver su agonía para morir á la sombra de su Grecia, como Catón y Bruto habían muerto á la sombra de su República. No tenía treinta y seis años Byron al morir. Y se inclinaba el inmortal hacia la muerte, como el árbol herido por el rayo se abrasa en la terrible fulminación, aunque lo adornen flores y lo santifiquen frutos. Era una hermosa mañana, y el sol deslizaba sus primeros rayos entre las últimas gotas de rocío, y las aves entonaban sus coros, como si la naturaleza consagrase un himno á la victoria del poeta. En su delirio de muerte se imaginaba el cuitado asaltar los muros de Lepanto, cuando en realidad se precipitaba por los fosos del sepulcro. Decía en sus agonías y estertores: «Adiós, adiós,» como perdiéndose allá en riberas misteriosas. Y su palabra última fué «adelante,» como si consolase á sus soldados llorosos y á sus amigos desolados, asegurándoles la continuación de su vida en otros horizontes más claros y en otro mundo mejor.

* * *

Todos estos recuerdos gloriosísimos influyen de un modo misterioso en todas las cuestiones griegas. Decid á un estudiante de París, de Roma, de Londres, que Arabi pelea por la independencia del Nilo: alzará los hombros con indiferencia y no le interesará la suerte de los egipcios. Pero decidle que un héroe, más ó menos conocido, pelea por Grecia: estará con Grecia su exaltado corazón. Este nombre de Creta mismo guarda en sus misteriosas sílabas mágicas atracciones. Y no puede menos que suceder así, cuando las gentes se acuerdan de que allá, en sus senos, las ideas asiáticas se templan para correr hacia Occidente y animarlo. Aquello mismo que fueran las Canarias entre Africa, Europa y América, estufa de aclimatación indispensable á los productos, fué Creta entre Asia, Europa y Africa, estufa de aclimatación indispensable á las ideas. Venían los dioses del Asia sobre nuestro continente borrachos del oriental panteísmo y resueltos á mantener las castas; pero en cuanto ponían sus pies sobre la santa Creta, se individualizaban, y tomando en sus labios el verbo de la libertad, ya no sustentaban los eslabones de las antiguas cadenas, los cuales se rompían al contacto con aquellas islas inspiradas, con aquellas ciudades republicanas. Imposible quitar estos privilegios á la Historia. Imposible impedir que la humanidad entera deje de interesarse por aquellos tiempos y por aquellos pueblos, que con el éter de sus ideas han formado el humano espíritu y con sus esfuerzos gigantes le han aquistado el imperio sobre la rebelde naturaleza y su incontestable supremacía en el universo. La isla de Creta es en la Historia Universal como el anillo de boda entre la divina Grecia y el Oriente, como el verdadero lazo entre las dos colosales porciones de la tierra, como el instante misterioso que unió los tiempos panteístas con los tiempos humanos, el continente de la petrificada inmovilidad con el continente de todos los progresos. Aquellos ídolos de Asia, piedras informes, troncos de árboles, cabezas de carneros, monolitos destrozados, allí en Creta dejaban su deformidad y se erguían á revestir la forma humana, para que después Grecia les ciñera la corona de su inspiración y los perfeccionara en las líneas de su rítmica hermosura. Y de aquí haber engendrado su monte mayor, el monte Ida, la unidad religiosa de los griegos, engendrando á Júpiter, y sus costas la legislación primitiva engendrando á Minos, quien granjeó un progreso tan indispensable á los pueblos cultos como la fijación y permanencia de los códigos. ¿Cuál pueblo puede presentarse ante la humanidad con estos prestigios?

* * *

Y lo mismo que de Creta, debe decirse de los pueblos cuyos nombres fijan hoy el público interés, de Thesalia, del Epiro, de Macedonia. La grande agitación que reina entre los ribereños de Creta, reina entre los montañeses de Macedonia. Esta región llevó el helenismo al Oriente, como la otra región trajo el Oriente al helenismo. La rivalidad interior entre Atenas y Esparta debió engendrar el predominio de otro Estado griego, fuerte y vigoroso. Entre los que se iban formando, ninguno dotado de facultades y medios, para levantarse con el ministerio de unir dentro de sí toda Grecia y lanzarla sobre Asia, como la formidable Macedonia. Colocada en las regiones helénicas del Norte, su frío clima y ásperos declives le daban extraordinario vigor, conducente á establecer allí severa disciplina que aunase muchas fuerzas y las dirigiese contra el común enemigo de la patria griega. Ésta, dotada de facultades eximias, que tantos lauros le granjearon, así en artes como en ciencias, no pudo conseguir jamás la unidad interior, bastante á impelerla en sus trabajos y en sus esfuerzos contra una región enemiga, tan enorme como Asia. Cada ciudad pretendía tener su hegemonía correspondiente sobre todo el territorio heleno; y cada partido, la dirección y gobierno de su ciudad. De aquí aptitud para las guerras civiles, ineptitud para las guerras extranjeras. Así, necesitando tomar Grecia de Asia el justo desquite, y tras este desquite, irradiar en Asia sus ideales propios, tuvo que organizarse militarmente, y para organizarse militarmente tuvo que recurrir á Macedonia. De aquí una grande antinomia, que parece insoluble, y se resuelve por sí misma en una síntesis cuando el tiempo, corriendo mucho, presta relativa eternidad á las humanas obras. Debiendo hacer Macedonia lo más heleno de cuanto hiciera la Hélade, según leyes providenciales, debiendo aportar el helenismo al Asia, parece anti-helena, enemiga de Grecia. El pensamiento heleno se recogió en Macedonia; pero Macedonia no podía, no, asimilarse tal fruto de la común cultura patria sin destrozar á esta patria como se destrozan en todas las asimilaciones todos los elementos asimilables. Macedonia, para encender en el genio griego la inmortal antorcha que iluminara el Oriente y consumiera todas sus escorias, necesitó romper la trípode maravillosa, en cuyo centro aquel genio ardiera y brillara. Macedonia, situada en el Norte de Grecia, no obstante la proximidad de Iliria y Tracia, tuvo siempre un alma griega en su cuerpo, un fondo griego en sus costumbres. ¿Quiénes más griegos que sus dos hijos Aristóteles y Alejandro, maestro y discípulo? Aristóteles nos cuenta que de los pueblos helénicos, tres tan sólo mantuvieron sus monarquías, los cuales son: los molosos, los macedonios, los espartanos. En Esparta la monarquía dominaba por su debilidad y en Macedonia por su fuerza. Las leyes fundamentales habían puesto un freno muy férreo al poder monárquico en Esparta, y las costumbres seculares habíanle dado una muy grande fuerza en Macedonia. Los macedones, robustos montañeses, dirigidos por su monarca, empezaron bien pronto á ufanarse de la cultura común helénica, y cuando ya estaban de su incontrastable superioridad bien penetrados, pudieron dirigirse á domar y á helenizar las regiones del Asia en representación y á nombre de Grecia. Para esta obra de conquista era más útil una Realeza que una República, y valía más, mucho más que la lengua de Demóstenes, la espada de Alejandro. Así cortó el nudo gordiano.

* * *

Fenómeno bien extraño: las dos regiones más agitadas hoy del mundo heleno son Macedonia y Creta, la región que trajo á Grecia el Oriente y la región que llevó á su vez al Oriente Grecia. Poco á poco iban surgiendo cuestiones graves en el imperio turco, primero cuestión de Armenia, después cuestión de Anatolia. Entre los estruendos y fragores de ambas cuestiones apenas se oía la doble agitación de Creta y Macedonia. Sin embargo, una y otra, durante los años postreros, han aparecido bien agitadas. En Macedonia llevan un pleito los esclavones de toda la península balkánica y los austriacos por dueños de Bosnia y Herzegovina con los griegos, mientras en Creta llevan una guerra de continuos combates por su predominio sobre tal región Turquía y Grecia. El grande imperio mongólico sostiene su porfía fundado en el derecho de conquista, y la pequeña Grecia sostiene su porfía evocando superior derecho, el derecho de las nacionalidades, organismos vivientes con un espíritu propio, los cuales organismos deben recoger sus miembros disyectos y reintegrarse por completo en su personalidad. Y como á los cretenses les hayan asegurado los gobiernos europeos reformas, siempre aguardadas y nunca cumplidas, hanse los cretenses en armas levantado. Al auxilio de su levantamiento han ido los griegos, desembarcados ya en la isla, y vencedores de sus enemigos los turcos. ¿Quién dejará de hallarse acorde con los cretenses y con Grecia? Unicamente difieren las opiniones en el método. Hay una opinión, que ante ningún genero de consideraciones se detiene, y pide la inmediata emancipación de Creta y su ayuntamiento á la madre Grecia. En cambio hay otra opinión que pide la integridad del imperio turco y promete á Creta una interior autonomía, fiada por el anfictionado de las naciones europeas; pues lo contrario, las impaciencias por el absoluto derecho helénico engendrarían la guerra europea. Yo pido que torne á su regazo maternal heleno Creta, porque lo creo de justicia y porque le asiste plenísimo derecho; mas que no haya guerra, pues traería en sus estragos la ruina y la desolación universal.

Madrid, 21 de febrero de 1897.

BERNARDINO RIVADAVIA

BERNARDINO RIVADAVIA

Este sol de libertad que resplandece en la bandera azul y blanca, sin duda alguna simboliza á la persona de Bernardino Rivadavia. Estas dos manos fraternales que aparecen entrelazadas en el escudo argentino personifican sus altos ideales. Él fué el más genuino padre de aquella república; quien implantó las instituciones libres en las risueñas márgenes del estuario de la Plata. La virtud de aquel hombre modesto, de mirada apacible y ancha frente, irradia aún y proyecta su luz sobre las generaciones presentes. Contemporáneo de San Martín y de Belgrano, permaneció siempre alejado del ruido de las balas, que sembraron la sangre en su país. Su única aspiración, el ideal de toda su vida y al que consagró todas sus fuerzas era la paz y la prosperidad de su pueblo. Considerábase como un pequeño átomo de la nación. El ciudadano era para él antes que el individuo. Así lo demostró siempre en todos los trances de su tormentosa existencia. Monarquista primero, presidente de la República más tarde, no tuvo nunca otra mira ni otro interés que los de la tierra argentina.

La figura genial del ilustre argentino crece y aumenta en proporciones al través de los tiempos; á él se debió la verdadera fórmula constitucional de la revolución, y aún hoy fructifican las semillas que con tanta previsión depositara en el surco del trabajo. Rivadavia pertenece á la clase de los hombres inmortales; la nobleza de su alma y la fuerza inicial de todos sus actos gravitan y permanecen esculpidas en el noble corazón de los patriotas argentinos. Su acción benéfica se prolonga hasta nuestros tiempos, y parece que todavía su sombra, guiando la gran columna de los soldados de la civilización, va en pos de nuevos destinos, siempre en busca de un ideal sagrado.

Refiriéndose á él, ha dicho con mucho acierto don Bartolomé Mitre: «que pertenece á la raza de los hombres selectos, cuyo molde rompen y renuevan las naciones cada cien años.»

Tres figuras hay en la historia americana que me cautivan y admiran. Hasta cierto punto comprendo que puedan despertar la envidia en los corazones más ambiciosos: Wáshington, Bolívar y Rivadavia, los tres pedestales de las naciones americanas. Los tres fundaron la libertad moderna en los opuestos extremos de aquel vasto continente, teatro de sus grandiosas epopeyas. Bolívar y Wáshington fueron á la vez guerreros y políticos; los laureles de la victoria coronaron sus frentes. Rivadavia fué sólo un gran político; su cabeza no ciñó la corona del guerrero, pero en su diestra de héroe resplandeció la palma del mártir. Las generaciones presentes se postrarán ante el guerrero, pero amarán y venerarán todavía más al infortunado hombre que, víctima de las enconadas pasiones de sus compatriotas, supo sufrirlas con estoica resignación y se ofreció como en holocausto para redimir el suelo natal.

En Rivadavia vemos siempre al intachable ciudadano, al hombre probo. Si viviera alguna persona de las que pudieron conocerlo os lo diría. En los días prósperos (que fueron muy pocos), en los momentos más acibarados de su existencia, no tuvo nunca otro pensamiento fijo que el de su patria.

En las reuniones de amigos, en los clubs políticos, frecuentemente solía decir: «El varón ilustre que ha sabido llenar la vida, no vivió para sí, no; vivió para su patria, para su especie. Así brilla el hombre de bien y la dignidad del ciudadano, como resplandece la majestad del hombre.» Estas palabras compendian su carácter, retratan al hombre, dándonos á conocer sus verdaderas tendencias psicológicas.

Rivadavia era uno de esos seres excepcionales que de vez en cuando nos envía la Providencia para hacernos tocar con las manos este sello de dignidad y superioridad que imprimió al hombre.



Bernardino Rivadavia

El ilustre argentino era muy amante de la ciencia. Siempre demostró verdadera afición por los estudios económicos. Pasábase largas horas leyendo los libros de Adam Smit y Stuart Mill. Apoyado en sus doctrinas, fué uno de los primeros en proclamar la libertad de industria y de comercio, «una de las primeras necesidades del hombre,» según expresión suya. Operó la reforma aduanera. Creó las contribuciones regulares para bien de los gobernados y seguridad del tesoro. Los primeros establecimientos de crédito que hubo en aquella región americana fueron debidos á su vasta iniciativa. En extremo amante del pobre, instituyó las cajas de ahorros.

Tanta reforma económica, leyes tan sabias, hicieron exclamar á Chevalier treinta años más tarde: «que las semillas sembradas á orillas del Sena á fines del siglo pasado, únicamente habían florecido en las márgenes del Plata.»

La instrucción pública fué siempre uno de los principales objetivos del gran ciudadano. «El hombre moral (no el hombre de la naturaleza, ni sus instrumentos materiales) era para él el verdadero agente de la riqueza pública y el secreto de la prosperidad de los pueblos nacientes.» Erigió los primeros edificios destinados á la enseñanza elemental. En persona inauguraba las escuelas, que propalaron los conocimientos por todo el país. En cierta ocasión que inauguraba la primera escuela lancasteriana que hubo en aquella parte del mundo, en un pueblecito del campo, exclamó con aquella convicción que le era tan propia: «La ilustración pública es la base de todo sistema social bien arreglado; cuando la ignorancia cubre á los habitantes de un país, ni las autoridades pueden con éxito promover su prosperidad, ni ellos proporcionarse las ventajas reales que esparce el imperio de las luces.»

Pero así la educación como la riqueza pública, sin los conocimientos científicos que las completan y vivifican, no tenían para él ningún valor.

Así solía decir: «No basta romper con el arado las entrañas vírgenes de la tierra patria. Nada importaría que nuestro fértil suelo encerrase tesoros inapreciables en los tres reinos de la naturaleza, si privados del auxilio de las ciencias, ignorásemos lo mismo que poseemos.» Consecuente con esta lógica premisa fomentó el estudio de las ciencias en todas sus ramas.

No cabe en los estrechos límites de la presente semblanza el historiar los múltiples establecimientos científicos, las diversas instituciones que fueron debidas á su prodigiosa mano civilizadora. Quédese para los biógrafos de Rivadavia el estudiar aquel programa enciclopédico-nacional, que fué llenado con el mayor cúmulo posible de conocimientos humanos, que constituyeron la base más sólida, el pedestal más glorioso de la cultura argentina.

Él fué uno de los primeros en preocuparse seriamente con el problema de la educación de la mujer. Aun antes de que Inglaterra y los Estados Unidos se hubiesen cuidado de semejante asunto, Rivadavia declaraba los indiscutibles derechos de la compañera del hombre. La sociedad de beneficencia, creación que aún hoy se admira, fué debida á su iniciativa. Siempre demostró un amor desinteresado hacia esta institución, á la que con legítimo orgullo apellidaba «su hija predilecta.» Esta sociedad, que aún vive, derramando en su derredor las bendiciones de la vida, fué la que imitando el ejemplo de Antígone griega, trajo á la tierra patria, treinta y cinco años más tarde, los huesos de su ilustre padre, fijando sobre su sepulcro una plancha de bronce que eternizara su memoria.

Sus palabras acerca de la dignidad y educación de la mujer permanecen grabadas en los pechos de todos.

Su programa político se extendió aún más. Emprendió la reforma eclesiástica, atacando añejas preocupaciones existentes. Secundáronle en su obra los más ilustrados y virtuosos sacerdotes del clero argentino. Las sepulturas, que constituían focos de infección, fue-



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. Vista de Cavite, capital de la provincia, tomada desde el pueblo de San Roque (de fotografía)



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – Cavite. – Porta Vaga. Puerta que da frente al istmo de San Roque y acceso á la población de Cavite (de fotografía)



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – Cavite. – Fosos, alambrados y trincheras delante de Porta Vaga, donde empieza el istmo (de fotografía)



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – Cavite. – Real Fuerza de San Felipe, cuartel de Artillería (de fotografía)

ron sacadas de los templos. Colocó los cementerios bajo la jurisdicción de la autoridad civil. La muerte igualó por fin á los individuos de todas las creencias. No había ya réprobos ante su temida presencia. Las vivas controversias, las enconadas discusiones que con motivo de esto se suscitaron, hiciéronle exclamar, con el tono más humanitario que labios humanos hayan jamás pronunciado: «Dejadles en paz, pasaron y descansan esperando.» Palabras que á modo de inscripción proyectaba grabar en las necrópolis de Buenos Aires.

Cualidad característica de los grandes hombres ha sido siempre la energía moral. El diamantino temple del espíritu del ciudadano no quedó desmentido en ninguno de los actos de su vida. El siguiente detalle histórico nos lo comprobará. El vencedor de Junín y Boyacá había brindado en presencia de varios jefes argentinos por el día en que desplegase sus estandartes en la plaza de la Victoria (10 de mayo) de Buenos Aires (1). Ebrio con la gloria conquistada, acababa de pasear su orgullosa diestra de guerrero victorioso por todas las ciudades del Alto Perú, donde fundara una república oligárquica que, juntamente con las otras cuatro redimidas por su espada, le obedecía ciegamente. Asistió al banquete de Arequipa que le ofrecía el general argentino Alvarado, y delirante rompió con furor copas y platos, bajo el tacón de su bota, exclamando: *Así pisotearé la República Argentina*. Entonces Rivadavia púsose al frente del gobierno supremo de las catorce provincias unidas que renovaron su acta de independencia en 1825 y dijo con resolución aceptando el reto: «Ha llegado el momento de oponer los principios á la espada.» De este modo pudo reaccionar contra el plan absorbente del Congreso de Panamá (2), y salvar con su actitud enérgica el porvenir de las instituciones verdaderamente republicanas de la América Meridional.

En el trato íntimo Rivadavia fué siempre muy simpático, muy querido de aquellos pocos amigos que aprendieron á conocer sus raras dotes. Era locuaz, de carácter expansivo, si bien siempre se le vió preocupado, meditando en la cosa pública. Su genio era dulce y apacible, aunque dispuesto á la energía, cuando la ocasión la hacía necesaria. Sus grandes ojos irradiaban la grandeza de su espíritu. El total de su rostro, agradable y fascinador, dejaba transparentar la bondad de su alma al par que la perspicacia de su privilegiada inteligencia.

Si grande fué Rivadavia como personaje político, más grande, más hermosa nos parece todavía su persona en las horas de infortunio, sublimadas por esta abnegación sin límites, por este alto desprendimiento que siempre le caracterizó.

En aquellos momentos tan críticos, durante aquellas horas acerbas en que la ciudad porteña se hallaba sumida en la mayor anarquía y las más terribles escenas, los cuadros más lúgubres, los crímenes más espantosos se sucedían en ella, la víctima de tan injustas persecuciones, tranquila y resignada, abandonaba su tierra querida. Se dirigió con paso mesurado hacia el puerto, para tomar pasaje á bordo de un buque. En medio de aquel desquicio que á todos atemorizaba, ante tamañas injusticias, Rivadavia no desesperó jamás. Con la vista fija hacia aquel hogar querido que le había visto nacer; hacia aquel suelo que le recordaba los más inocentes juegos de su infancia, y del cual se veía en aquellos momentos rechazado; con los ojos quizás velados por algunas lágrimas compasivas, se le oyó exclamar en tono profético: «Sin embargo, estos países se salvarán.» Convicción profunda que jamás le abandonó. ¡Quién sabe si fué una especie de bálsamo consolador que quiso derramar sobre él la Providencia para dulcificarle los acibarados días de vida que aún le quedaban!

Los amargos días pasados en el destierro, la nostalgia del país querido, hubieron de minar la existencia de aquel hombre magnánimo. Uno de sus más íntimos amigos, el Sr. Riesco, chileno, que le acompañó en sus últimos momentos, recogió sus postreras palabras; palabras llenas de abnegación, en las que perdonaba á sus más encarnizados enemigos, á aquellos verdugos que habían pretendido pisotear su grandeza y enlodar su virtud. Quizás exclamara también como Cristo en el Calvario: *Perdónalos, Dios mío, que no saben lo que se hacen*.

Aquella fe ciega en la regeneración de su país se le acrecentó aún más cuando se hallaba ya al borde de la tumba, según ha referido después el expresado Sr. Riesco... Al fin se apagó aquella preciosa existencia que sólo vivió para su patria, para su especie.

Hemos procurado bosquejar á grandes rasgos la vida del hombre y del ciudadano, conceptos que permanecieron en él indisolublemente unidos.

Hemos determinado los rasgos más salientes de su existencia política, viendo siempre al individuo anulado ante el patriota. A no hacerlo así, esto es, á haber prescindido de ciertos detalles de la vida pública del hombre, la semblanza resultaría inexacta y falsa. El personaje retratado no sería Bernardino Rivadavia.

Ignacio Luis Socías

(1) Cuatro años antes de los sucesos á que nos referiremos, esto es, en vista de la famosa entrevista que tuvo (Bolívar) con San Martín en Guayaquil.

(2) Compuesto por las cinco repúblicas sometidas á la dictadura de Bolívar.

LA MÁSCARA NEGRA

Quisiera darle á esta pequeña historia toda la vaguedad con que me la va dictando el recuerdo borroso, después de quince años de sucedida.

Era entonces mi buen amigo Luis un pobre joven á quien la eterna novela de los amores contrariados llevaba á mal traer desde tiempo atrás y que vivía cada día más triste: pálido, ojeroso, con sus grandes ojos negros hundidos en el fondo de sus órbitas, moviéndose apenas y como apretados allí por el peso que les hacían las lágrimas, vergonzosamente contenidas. Cuando, al comenzar la noche, durante aquel invierno tristísimo, abría algunas veces mi pobre amigo la puerta de mi cuarto de trabajo, y siempre con su cara pálida y con su mirada perdida, me estrechaba afectuosamente la mano, cerraba yo mis cuartillas á medio escribir, dejaba la pluma, y levantándome de la silla, me cogía á su brazo. Salíamos á la calle, y andando, andando sin rumbo fijo por los solitarios caminos que rodean la ciudad, mi pobre amigo me iba descubriendo todos los secretos de su corazón con candideces de niño y pasiones de salvaje, apretándome de vez en cuando la mano para darme en aquella presión nerviosa la medida de su agradecimiento y diciéndome conmovido al despedirse: «Gracias, hasta que nos veamos; me has consolado mucho.»

Yo no le había dicho nada: no había hecho más que escucharle con cariño: ¡pobre amigo mío!

Era un martes de Carnaval: un día triste de febrero, cuyas horas iban llenando el alma de esa melancolía tanto más dolorosa cuanto que no acertamos á dar con su causa. Abrió mi amigo la puerta de mi cuarto de trabajo, salimos á la calle como siempre, y fijándome entonces en su cara, sorprendíme al ver horriblemente descompuestas sus facciones.

Entonces me explicó la triste pesadilla de que había sido víctima, y tan honda impresión dejó en mi alma, que han pasado quince años, y aun ahora un estremecimiento de frío recorre todo mi cuerpo.

– «No te extrañe, me dijo, el verme así; escúchame: hoy traigo para explicarte muchas cosas; pero no vayamos por aquellos caminos solitarios; tengo desde anoche mucho miedo... Ya verás... Cógete á mi brazo y cruzaremos el paseo: ¿no te gusta que la gente te estreche y te magulle y te atropelle al andar? A mí, sí; á mí mucho desde anoche. ¡Todo desde anoche! Pero tú no sabes nada: escúchame. Acababa de dejarte en la puerta de tu casa y tuve que atravesar para dirigirme á la mía, la plaza donde está el teatro viejo, en el cual se daba anoche un baile de máscaras. Entonces empezaba á entrar la gente: máscaras blancas, rojas, azules, amarillas..., ¡no puedes imaginarte! Y los tres grandes mecheros de la fachada llovían un chorro de luz sobre aquella paleta, de donde el dios Carnaval iba tomando los colores para pintarse su traje de Arlequín. – Si pasa por nuestro lado alguna máscara negra, apriétame el brazo con fuerza. – Pues bueno; como aquel cuadro me pareció alegre, quise acercarme un momento para que también entrase un poquito de luz en mi alma; tú mismo me habías aconsejado que me distrajese. Y vi que todas las máscaras abrían una puerta y se bañaban en la atmósfera luminosa que había detrás de ella, subiendo por una escalera de mármol al salón inmenso del teatro. Hasta se me ocurrieron extrañas reflexiones: cada una de aquellas mascaritas de trajes llamativos y brillantes pasaba por mi lado alegrándome, como las ilusiones nos alegran; pero se alejaba después sonriéndome y desapareciendo en la atmósfera de oro, también como las ilusiones, ¿verdad? Entonces vi que había llegado, no sé cómo, una máscara nueva, una máscara vestida de negro que no tenía la alegría de las otras y que se perdió sin ruido, sin mover grita, como buscando á una persona determinada, por entre los grupos de curiosos. Todos se apartaban para dejarla paso y volvían la cara del otro lado, por no encontrarse con la suya. A los pocos minutos la máscara negra estaba delante de mí y apoyaba en mi hombro una mano leve, una mano de sombra que no pesaba nada, pero que producía una impresión angustiosa, después de la cual es una delicia sentir que la gente te magulla y te golpea al pasar. Yo quise marcharme de allí, pero me siguió la máscara, sin decirme nada; rodeando mi brazo con el suyo de aire también, sin ningún peso, liviano y ligero como un hilo de humo. Y entonces empecé á notar un frío horrible y miré en torno mío. Es extraño lo que voy á explicarte: había desaparecido todo, completamente todo lo que me rodeaba antes de llegar la máscara negra, y me encontraba en un mundo desconocido y nuevo; pero la noche era allí absoluta; no podía ver nada, y aunque conocía que todo aquello no era natural, estaba lleno de una paz, de una tranquilidad tan soberana, que por la primera vez miré á la máscara negra agradecido. Y quise entonces penetrar en mi alma y – lo recuerdo como si ahora mismo me pasase – mis dolores, mi amor tristísimo, mis desengaños habían desaparecido también; se habían quedado en el mundo que acabábamos de abandonar. Mi alma estaba vacía como el alma de los niños; dispuesta á recibir todas las impresiones de una vida nueva.

– »Dios mío, dije, considerando con deleite aquel reposo tranquilo, ¡qué bien se está aquí!

– »Estos son los principios de mi reino, dijo la máscara negra, con una voz que era más bien un eco vago, lejanísimo.

– »¿Y no nos moveremos de aquí?, hube de preguntarle sugestionado, atraído por todas aquellas visiones que, vuelto ahora al mundo, recuerdo con pena.

– »Tú no puedes entrar en mi reino todavía, continuó ella, pronunciando unas palabras que no eran éstas, aunque despertaban en mí estas ideas; pero tú serás mañana mi vasallo, y quiero que me recibas con la sonrisa en los labios; que guardes de mí buena impresión. Ya está cansada la máscara negra de que por todas partes la esperen llorando y aterrados. ¡Toma!

»Y dejando en mi frente un beso frío, horriblemente frío, me dijo:

– »El día de mi fiesta iré por ti: no me olvides, espérame en tu casa; ¡el día de mi fiesta!

»Todavía tengo en mis oídos el eco de esta cita estrambótica.

»Pero todo aquello hubo de ser un sueño, una pesadilla, algo como una alucinación, amigo, porque en acabando de hablar la máscara negra, abrí los ojos y me encontré de nuevo en la plaza delante del teatro viejo. Y había pasado tanto rato, que ya empezaban á salir algunas máscaras blancas, rojas, azules, amarillas. No pude reconocer en ninguna á mi máscara negra.»

Tranquilicé á mi amigo como supe, después de oirle aterrado su extraño relato, y viendo que su exaltación iba creciendo por momentos, quise acompañarle hasta su casa.

Ya en ella el pobre Luis se derribó sobre un sillón en su cuarto y me miró asustado:

– Ahora, dijo, empiezo á comprender toda mi historia de anoche: la cabeza me arde y no me encuentro bien. Cuando te marches cierra con la llave la puerta de mi cuarto y entrégasela á mi madre. Dila que no deje entrar á nadie. No quisiera volver á ver á la máscara negra, porque me atrae, me sugestiona, ¿sabes?, y yo tengo muchas cosas que hacer en el mundo todavía; yo tengo fuego en mi alma, y siento, sin embargo, que aquel beso frío de la máscara heló toda la sangre de mis venas...

Mientras decía esto le iba asaltando la fiebre, y por fin tuve que dejarle en cama, cuidado por su anciana madre y delirando.

Cuando volví á la noche siguiente, oí desde la escalera gritos desgarradores y sollozos ahogados por el pañuelo: nadie me había dicho nada; pero al estrechar consternado la mano de la pobre anciana: «¿Cuándo?», le pregunté; y ahogándose de angustia, «Esta tarde, á las cinco,» me contestó la madre.

Entré en la triste alcoba, vi el rostro pálido, pero apaciblemente tranquilo del cadáver querido, y al contemplar sus labios que había sellado la muerte, quise consolarme á mí mismo, haciéndome la ilusión de que me decían como en la noche anterior: «Mis dolores, mi amor tristísimo, mis desengaños han cesado ya: se han quedado en este mundo que acabo de abandonar, y mi alma está vacía como el alma de los niños, dispuesta á recibir todas las impresiones de una nueva vida.»

Era aquel día un miércoles de ceniza: la fiesta fúnebre: y volví á pensar en el sueño de mi amigo.

La máscara negra había cumplido su palabra.

Pero una obsesión dolorosa me tortura desde aquella noche: he pasado algunas veces por la inmensa plaza y he visto el teatro viejo con sus puertas abiertas, como las pupilas rojas de aquella sombría cabeza de gigante; y he distinguido su escalinata de mármol llena de gentes alegres, y siempre me ha hecho estremecer la sombra de la máscara negra que sube y baja impasible, diciendo al oído de cada uno su cita estrambótica...

E. Marquina

NUESTROS GRABADOS

Mater Purissima, escultura en bronce de Adolfo Apolloni, premiada en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1896. - La hermosa escultura que damos á conocer á nuestros lectores ha de estimarse como nueva muestra de las aptitudes de Adolfo Apolloni, cuyo nombre, digno de respeto en el mundo del arte, lleva consigo el concepto de la maestría, del gusto y del sentimiento. De género completamente distinto de la estatua de *Anacreonte*, que publicamos en uno de los anteriores números, recomiéndase la *Mater Purissima* por el delicado misticismo que revela, simbólica expresión de la cristiana creencia y del ideal artístico que tantas maravillas produjo en el glorioso período en que se confundieron las aspiraciones del artista con el fervor del creyente. La tranquila actitud y serena expresión del semblante sintetizan ese algo que se traduce en un compendio de esperanzas y recuerdos, de sentimiento y afectos.

La notabilísima obra de Apolloni, inspirada en las producciones de los maestros del siglo de oro, distínguese, aparte de los primores de procedimiento, por su majestad y belleza, cualidades distintivas de esta clase de manifestaciones.

Guerra de Filipinas.—Han comenzado las operaciones contra Cavite Viejo, núcleo de la insurrección que ha acumulado en aquella ciudad y en las poblaciones vecinas poderosos medios de resistencia. El éxito más completo ha coronado los esfuerzos de nuestras tropas, que allí, como en todas partes, han demostrado una vez más lo que vale y lo que puede el ejército español. Iniciado el movimiento de avance el día 16 de febrero último, el general Lachambre, con la brigada que manda el general Cornel, marchó sobre Río Grande, encontrando al enemigo fuertemente parapetado en resistentes trincheras sobre el paso de Silang. A la mañana siguiente la brigada del general Marina atacó de frente esas trincheras, muriendo en aquel ataque el comandante Vidal, y consiguió apoderarse de Barg, mientras la brigada Cornel llegaba á Barrio sin sufrir baja alguna. En las primeras horas del día 17, el general Lachambre, continuando el movimiento de avance sobre Silang, pasó el río Morong y tomó fuertes trincheras: siguió la columna su marcha, y evitando atacar de frente las defensas del río Iba, apoderóse de ellas mediante un hábil movimiento envolvente, distinguiéndose mucho en esta operación los cazadores, que hubieron de descolgarse por medio de cuerdas para salvar una gran cortadura de terreno y que no tardaron en apoderarse de aquellas trincheras. Esta brillante operación fué dirigida por el teniente coronel D. Fortunato López Morquecho, el cual, á pesar de haber recibido dos balazos, quería continuar mandando sus tropas, teniendo que ser retirado á viva fuerza del combate. Al anochecer de aquel día estaban nuestros soldados, por decirlo así, á las puertas de Silang. En la madrugada del 18 rompió el fuego la columna Marina, mientras la brigada Cornel cruzaba el puente de Iba: la media brigada Zabala atravesó el profundo barranco del río Silang y desalojó al enemigo de una formidable trinchera, siendo la primera en entrar en el pueblo de Silang, de donde fueron al fin arrojados los rebeldes, y en donde al poco rato entraron todas las fuerzas leales, posesionándose del convento á los gritos de ¡Viva España! y á los acordes de la marcha real.

Con esto queda terminada la primera parte del plan de operaciones del general Polavieja, y con fundamento cabe esperar que cuando el presente número llegue á manos de nuestros suscriptores, nuevas victorias habrán venido á coronar los admirables esfuerzos de nuestro ejército. En las operaciones hasta hoy realizadas ha desempeñado también un importante papel la marina, cañoneando sin cesar las posiciones y trincheras enemigas de la costa de Cavite y efectuando arriesgados reconocimientos.

Expuestas á grandes rasgos esas operaciones cuya importancia y trascendencia son evidentes, diremos algo para describir las cuatro vistas que publicamos en las páginas 148 y 149, y que reproducimos de fotografías remitidas por D. Manuel Arias Rodríguez, de Manila.

Cavite es una corrupción de la palabra tagala *cauit*, que significa anzuelo, forma que tiene en concepto de muchos la ensenada de aquel puerto. El trozo de mar que se ve á la izquierda del grabado forma parte de la que vulgarmente se denomina ensenada de Cañacao, y el de la derecha pertenece á la ensenada de Bacoor, que otros denominan de Dalahicán. El centro es la lengua de tierra conocida con el nombre de istmo de San Roque, única comunicación terrestre que tiene la población de Cavite. Al frente, en el centro de la muralla, está Porta Vaga ó Puerta Nueva. La muralla no circunda la población, sino que queda cortada á derecha é izquierda por dos baluartes: en el de la derecha se emplazó la batería que reprodujimos en el número 790; en el de la izquierda no hay artillería. Los edificios de Cavite son todos de mampostería, en su mayor parte antiguos y de poca elevación; las calles son muy estrechas, y en ellas brilla por su ausencia la policía urbana: la población es de 3.058 habitantes.

Cavite, como Manila, contaba con muy escasas fuerzas para resistir á una irrupción de los insurrectos de Noveleta y La Caridad, pueblos inmediatos al de San Roque, único que ha permanecido fiel. Para evitar que los rebeldes penetraran por tierra en la población, se llevaron á cabo sin descanso las obras que se ven en nuestro primer grabado de la página 149, consistentes en un pequeño foso, varios pilotes de madera con alambres de hierro galvanizado, otra línea de fosos y finalmente la trinchera de tierra sostenida por barriles. Del centro de la trinchera de tierra al foso que se ve en primer término hay un camino en ziszás para peatones, por el que difícilmente puede pasar un vehículo. Gracias á estas defensas, con poquísima fuerza se consigue oponer una resistencia muy difícil de vencer; así es que, aunque se ha aumentado la guarnición de la plaza, las defensas subsisten, pues son de reconocida utilidad.

El grandioso recinto denominado Real Fuerza de San Felipe es casi una fortaleza: en su interior hay una porción de edificios ó pabellones independientes, en donde están los alojamientos para las tropas y todas las dependencias necesarias. El cuerpo central ó entrada sirve de alojamiento á la fuerza que da la guardia y en él están situados los calabozos de encierro: en la parte alta del mismo fué donde en 1872 los sublevados de Cavite asesinaron al comandante del fuerte. Este fuerte ocupa por su frente todo un lado de la grandísima plaza de armas.



ISLAS FILIPINAS. - MUJERES MORAS DE JOLÓ PILANDO PALAY (de fotografía de F. Laureano)

Islas Filipinas.—Las mujeres moras de Filipinas son en general regalonas, como que viven sólo del producto de la rapiña de sus maridos, que con sus piraguas piratean por aquellos mares: las que reproduce nuestro grabado, ocupadas en la tarea de pilar *palay*, pertenecen á la clase pobre, como lo indica bien su traje. La mujer mora es esclava de su esposo y no obstante se desvive por que éste nada eche de menos cuando vuelva de sus excursiones ó de sus diversiones y pasatiempos.

El otro grabado que publicamos en esta página representa el datto moro Pian, uno de los que prestan sumisión y obediencia á nuestro gobierno, en la plazoleta de su ranchería de Joló, rodeado de sus mujeres, de sus hijos, de sus parientes y de sus adictos. Los moros joloanos son piratas por naturaleza y guerreros sin otra ley que su espada: tienen condiciones excelentes de marinos y hace sesenta años eran señores de aquellos mares. Sus rancherías están formadas por ocho ó diez casas agrupadas alrededor de la del cacique, la cual es un poco más grande y posee un cobertizo para encerrar las bestias que se emplean en las faenas agrícolas.

En el grabado que en segundo lugar de esta página reproducimos se ven los *gongs* y el timbal, instrumentos de que se sirven para sus ceremonias religiosas, pregones y fiestas.

La visita de año nuevo, cuadro de S. Sánchez Barbudo.—La plácida sonrisa que asomará sin duda á los labios de cuantos contemplen este cuadro es el mejor comentario y el mejor elogio que del mismo puede hacerse. La obra del laureado pintor español es de las que atraen desde el primer momento y de las que cuanto más se miran mayor encanto producen. Ese abuelo que en actitud entre cómica y solemne espera la felicitación de la nietecita; ese lindo *bebé* que medio avergonzado no se atreve á adelantarse para entregar al anciano el ramo de flores, que fuertemente aprieta entre sus manos, y recitarle en su incomprensible lenguaje la felicitación que como prendida con alfileres lleva guardada en su tierna cabecita, y esa gentil pareja que desde la puerta se goza anticipadamente en la gracia de su niña y en el placer del viejo, despiertan en nuestro ánimo una emoción dulcísima é intensa. En este hermoso cuadro nuestra fantasía pone en movimiento todas aquellas figuras, y nos imaginamos de pronto ver á la nietecita avanzar con paso vacilante y caer en los brazos del abuelo, que la estrechará en ellos con toda la fuerza de su alma y regará con lágrimas de la más pura alegría las flores que le lleva aquel pedazo, el pedazo más grande, de su corazón, formando unidos aquellos dos extremos de la vida el grupo más artístico y conmovedor. Sánchez Barbudo, que tantos triunfos ha alcanzado y cuyo nombre figura entre los primeros de nuestros pintores contemporáneos, ha escrito, en nuestro concepto, con la *Visita de año nuevo*, una de las páginas más hermosas de su brillante historia.



ISLAS FILIPINAS. - EL DATTO PIAN, JEFE DE LA RANCHERÍA DE MAGIBON (JOLÓ) CON SU FAMILIA Y SÉQUITO (de fotografía de F. Laureano)

La fiesta de familia en Andalucía, cuadro de P. Salinas.—Es esta una pintura genuinamente española, como casi todas las que produce nuestro ilustre compatriota: el españolismo está allí no sólo en los trajes y en los accesorios, sino que también en las caras, en las posturas de los personajes y se respira, por decirlo así, en todo el ambiente del cuadro. Mirando el lienzo nos parece oir el rasgueo de la guitarra, las palmadas con que uno de los invitados sigue los acentos alegres del popular instrumento, los chistes que á granel han de brotar de aquellas bocas, y se nos antoja ver moverse todas aquellas figuras y contonearse aquellos esbeltos cuerpos al compás de las airosas sevillanas, ó abrirse aquellos labios para dar paso á las melancólicas notas de las playeras, *soleaes* ó malagueñas. Tiene el lienzo de Salinas lo que es más difícil de conseguir en una obra pictórica, ese algo inexplicable que infunde vida y animación á las figuras y que hace que un cuadro produzca toda la ilusión de la realidad.

La heredera, cuadro de McLure Hamilton.—El autor de este bellísimo cuadro es uno de los que de mayor y más justo renombre gozan actualmente en Inglaterra. Nacido en Filadelfia en 1853, desde muy joven comenzó sus estudios artísticos en la Academia de Bellas Artes de aquella ciudad, continuándolos luego en Amberes y en París, desde donde regresó á su patria, hasta que en 1878 se estableció definitivamente en la capital de Inglaterra. McLure Hamilton no pertenece á ninguna escuela determinada, sino que sigue su camino independiente, mira cuanto se ofrece á su observación y reproduce cuanto le parece digno de reproducción, trasladándolo al lienzo con frescura de tonos y perfección admirables. Los retratos que su pincel produce se consideran como modelos en su género, mereciendo citarse entre los mejores los de

LA VISITA DE AÑO NUEVO, cuadro de S. Sánchez Barbudo (de fotografía de Franz Hanfstaengl, de Munich)



FIESTA DE FAMILIA EN ANDALUCÍA, cuadro de P. Salinas (de fotografía de Franz Hanfstaengl, de Munich)

Bismarck, John Tyndall, cardenal Manning, G. F. Wats, Onslow Ford, Herberto Spencer y de Gladstone.

Guerra de Cuba. El coronel D. Manuel Albergoti.—Este bizarro jefe, cuyo heroico comportamiento en la acción de Lomas de Río Blanco ha sido justamente recompensado con el ascenso á coronel, opera actualmente en Pinar del Río. Por méritos contraídos en la actual campaña, ostenta en su pecho la cruz roja de segunda clase del Mérito Militar, otra de la misma clase pensionada y la de María Cristina. El retrato que publicamos es reproducción de una fotografía que nos han remitido los fotógrafos de la Habana J. A. Suárez y Compañía, á quienes damos las gracias por su atención.

Monumento á Colón en el parque Speckenbuttel de Lehe.—Recientemente se ha inaugurado en Lehe, población cercana á Brema, este monumento, el primero que en Alemania se ha erigido á la memoria de Cristóbal Colón. Es autor del mismo el escultor Luis Habicht, de Darmstadt, cuyo proyecto fué premiado en público concurso, al que acudieron otros quince escultores. La estatua, modelada en yeso y de una altura de 2'10 metros, fué fundida en bronce en la Real Fundición de Munich: el pedestal, de granito, de tres metros de alto, ostenta en su cara principal el nombre del ilustre navegante y debajo de él un medallón de bronce en relieve con la nave *Santa María*. La figura del descubridor de América tiene una expresión eminentemente dramática: con los brazos cruzados en actitud solemne y fija la mirada en el horizonte, espera ver surgir el nuevo continente que su ciencia presintió. Como símbolo de su esperanza ha puesto el artista á sus pies el áncora. Este monumento, costeado por el Sr. Glahn, de Lehe, constituye una de las más notables curiosidades de los alrededores de Bremerhaven, y en verdad que no podía escogerse mejor sitio para su emplazamiento que las inmediaciones del importante puerto, centro de las relaciones mercantiles entre Alemania y América.



Guerra de Cuba

El coronel D. Manuel Albergoti, recientemente ascendido por méritos de guerra (de fotografía de J. A. Suárez y C.ª, de la Habana)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Berlín.—El célebre pintor ruso Wereschtschagin ha expuesto en Berlín 80 nuevos cuadros suyos, entre los cuales sobresalen un ciclo de 11 lienzos, admirablemente pintados, que representan la campaña de Napoleón de 1812, su entrada en Moscou, el incendio de la ciudad y su retirada de Rusia. Las demás obras son retratos, estudios de figura, asuntos arquitectónicos y paisajes, en su mayor parte rusos.



Monumento á Colón en el parque Speckenbuttel de Lehe, el primero erigido en Alemania en honor del inmortal descubridor de América (de fotografía de F. Meinken, de Bremerhaven)

—Parece que pronto será un hecho la realización del plan proyectado hace quince años de construir nuevos edificios para museos: en el presupuesto del gobierno prusiano para 1896-97 se ha consignado á este objeto una primera partida de 500.000 marcos (625.000 pesetas), merced á la cual comenzará en breve la construcción de un Museo del Renacimiento, cuyo coste está presupuesto en cinco millones de marcos. También empezarán pronto las obras de otro museo más pequeño, que será destinado á contener las esculturas de Pérgamo y cuyo coste se ha calculado en 850.000 marcos.

—Al concurso convocado el año último por el emperador de Alemania para completar la estatua de la *Ménade danzante* procedente de las excavaciones de Pérgamo, han concurrido 26 artistas, entre ellos tres del bello sexo. El soberano ha decidido no adjudicar el premio de 3.000 marcos (3.750 pesetas) á ninguno de los trabajos presentados, distribuyéndolo por iguales partes entre los escultores Glumer, Herter y Kraus, los cuales entrarán solos en otro concurso para ver cuál de sus obras merece más ser esculpida en mármol. Para el año que viene ha establecido Guillermo II un premio de 1.000 marcos para el mejor proyecto de restauración de una estatua de bronce procedente de la colección Sabouroff, que representa un niño y á la cual le falta la cabeza.

—La exposición de Bellas Artes se inaugurará este año en 1.º de mayo y se cerrará en 26 de septiembre.

Londres.—Las hermanas del difunto pintor lord Leighton han regalado á la Galería Nacional de retratos el del africanista Ricardo Burton, que se considera como uno de los mejores de aquel famoso maestro.

París.—En la gran galería del Louvre y en las secciones flamenca y holandesa se han colocado recientemente dos obras ofrecidas al museo, un *San Jerónimo* legado por pintor Juan Gilegoux y por él atribuído á Van Eyck, y un cuadro de género pintado por Siebrechts. El propio museo ha sido autorizado para aceptar un retrato de Dumas pintado por Meissonier, que representa al ilustre novelista sentado junto á una mesa llena de libros en el taller del pintor y que fué expuesto en 1877.

Milán.—Entre los varios cuadros cedidos recientemente á la Pinacoteca de Milán por el arzobispado de aquella ciudad, se ha descubierto, según se dice, un nuevo Correggio: es una *Adoración de los Magos* muy notable, que el director del Museo, M. Bertini, y otros varios inteligentes no vacilan en atribuir á los años de la juventud de Allegri, pudiendo fijarse la fecha de su ejecución entre 1513 y 1514, es decir, antes de la *Madonna de San Francisco* de la galería de Dresde, que hasta el presente se consideraba como la primera obra importante de aquel célebre maestro.

Munich.—El ministerio bávaro ha intervenido en la diferencia surgida entre la mayoría de los socios de la Asociación Artística Muniquense y el grupo de los que han protestado contra la forma en que ha sido elegido el jurado. En virtud de la resolución ministerial, este grupo, al que se le da el nombre de grupo del Café Leopoldo, expondrá sus obras en el mismo Palacio de Cristal, en donde se celebrará la exposición general de Bellas Artes, pero en salas especiales y con un jurado especial. De suerte que apenas realizada la unión ha surgido una nueva disidencia entre los artistas de la capital de Baviera.

Hannóver.—Entre la provincia y la ciudad de Hannóver se ha convenido la construcción de un nuevo Museo Provincial: la ciudad cede el terreno para el edificio y entrega la cantidad de 725.000 marcos (906.250 pesetas), y el Consejo Provincial costea la edificación en piedra, que importará un millón y medio de marcos (1.875.000 pesetas), y además hace donación á la ciudad del edificio que hasta ahora ha servido para museo junto con todas las construcciones á él anejas.

Teatros.—En Florencia se ha estrenado con éxito entusiasta una traducción italiana del drama de D. Joaquín Dicenta *Juan José*.

—En el teatro de la Corte, de Berlín, se ha estrenado con gran aplauso la ópera de Berlioz *Benvenuto Cellini*.

En el teatro Alemán, de Berlín, se ha estrenado con gran éxito un nuevo drama de Gerardo Hauptmann, titulado *La campana sumergida*.

—En el teatro Alemán, de Berlín, se ha estrenado con gran éxito el drama de Ibsen *El pato silvestre*.

En el teatro Nuevo, de Leipzig, se ha representado con gran éxito el drama de Ibsen *Emperador y galileos*.

—En el teatro de la Avenue, de Londres, se ha estrenado el drama de Ibsen *El pequeño Eyolf* con un éxito superior á todas las esperanzas.

—En el teatro de la Opera, de Francfort, se ha cantado con gran aplauso la ópera de Bizet *Djamileh*.

—En el teatro de la Argentina, de Roma, ha sido recibida con gran aplauso una nueva ópera del maestro Franchetti titulada *Asrael*.

—El último drama de Ibsen, *Juan Gabriel Borkmann*, recientemente estrenado en Helsingfors, en donde se representó en dos teatros, ha sido también puesto en escena en Copenhague, en Cristanía y en Francfort, habiendo logrado en todos estos puntos un éxito extraordinario.

—En el teatro Nuevo, de Berlín, se ha estrenado con buen éxito una traducción alemana hecha por Pab Lindau de la comedia *Marcela*, de Sardou.

—En el teatro Vienés, de Viena, se ha estrenado con mucho éxito una opereta de Millocker *Aurora boreal*.

—*El crepúsculo de los Dioses*, de Wagner, ha obtenido en la Scala de Milán un éxito mediano.

París.—Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Mieux vaut douceur... et violence*, bonita comedia en dos actos de Eduardo Pailleron; en el Odeón *Sous le joug*, interesante comedia en un acto de Daniel Riche, y *La promesse*, comedia en tres actos de J. H. Rosny; y en la Opera Cómica *Kermaria*, drama lírico en cuatro actos de Camilo Erlanger, que contiene algunas piezas muy inspiradas y llenas de poesía, pero que en general adolece de cierta vaguedad. El estreno en la Renaissance del último drama de Sardou *Espiritismo*, ha dado lugar á grandes discusiones, de las cuales se desprende que la última obra del gran dramaturgo no corresponde, en conjunto, á lo que hay derecho á exigir de un autor tan ilustre, aun cuando revela una vez más la habilidad de éste y tiene algunas escenas de gran interés dramático.

Madrid.—Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *El bajo y el principal*, comedia en cuatro actos inspirada en el drama alemán de Sundhermann *El honor*, escrita por el Sr. Fernández Villegas; en el Español *Gori gori ó el portugués de Madrid*, antiguo sainete de Quiñones de Benavente, hábilmente refundido por D. Tomás Luceño, que le ha añadido un cuadro lleno de animación y de vida; en Martín *Los dramas de la guerra*, cuadro dramático en tres actos de D. Vicente Moreno de la Tejera; en el teatro Cómico *La gente alegre*, bonita revista en un acto de los señores Larrubiera y Casero, con música del maestro Moreno Ballesteros; y en Romea *Los adelantos del siglo*, juguete cómico-lírico en un acto de D. Gabriel Merino, con música de Angel Rubio. La Sociedad de Conciertos ha dado un magnífico concierto dirigido por el célebre maestro alemán Muck, habiendo ejecutado admirablemente las mejores piezas de Wagner y Beethowen.

Barcelona.—En el teatro Eldorado se ha estrenado con muy buen éxito *El padrino del Nene ó todo por el arte*, sainete en un acto y tres cuadros, letra de Julián Romea, música de los maestros Caballero y Hermoso.

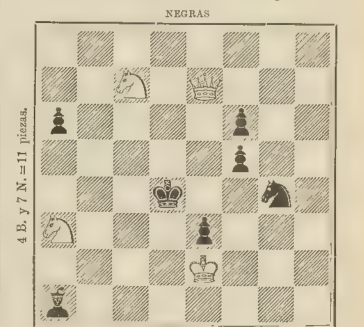
Necrología.—Ha fallecido:

D. Elías Rogent, arquitecto de las Reales Academias de San Fernando y de Barcelona, ex director de la Escuela de Arquitectura de esta ciudad, oficial de la Legión de Honor, autor de los proyectos de la Universidad y Seminario Conciliar de Barcelona y otros importantes edificios y monumentos y de las reconstrucciones de los monasterios de San Cugat del Vallés y de Santa María de Ripoll.

AJEDREZ

Problema núm. 59, por José Tolosa y Carreras

Dedicado á Andrés Clemente Vázquez



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 58, por P. Riera

Blancas.	Negras.
1. C toma P	1. P toma C (*)
2. D 8 T R	2. Cualquiera.
3. D mate.	

(*) Si 1. R 6 C; 2. C 5 A jaque y 3. D c T D mate,—y si 1. P 6 A; 2. D 5 T y 3. D ó C mate. La amenaza es 2. C 5 A mate

LA ONDINA DE BRETAÑA

NOVELA POR PEDRO MAÉL.—ILUSTRACIONES DE VICENTE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

La capa de polvo que sobre estos libros había era mucho más tenue y diríase que era reciente. No cabía duda de que estos libros recibían más frecuentes visitas que los de abajo y que la mano del capitán de fragata iba de vez en cuando á sacarlos de sus estantes.

Encima de ellos mezclábanse lo serio y lo profano. Había incomparables colecciones donde se adivinaba el gusto artístico tan delicado y á la vez tan seguro del siglo XVIII.

Pero de aquellas colecciones muchas no podían ser bien apreciadas por una joven ignorante. *Los cuentos de La Fontaine*, edición llamada de los «petits pieds de Fermiers generaux;» *Los Besos*, de Dorat, y otras obras, tenían su principal valor en la maravillosa ilustración de aquella época y merecían haber atraído la atención de Lena.

Mas no fué así. Impacientada por sus infructuosas investigaciones á través de los armarios del piso inferior, ni siquiera se detuvo en el otro.

Empujó la escalera portátil que conducía á los pisos superiores, y subió hasta lo más alto de la biblioteca, cuyo techo rozó con su frente, mientras sus manos ávidas pusiéronse á registrar los armarios de libros.

En aquellas alturas había de todo.

Periódicos, manuscritos, mapas, legajos de todas clases y hasta porcelanas de precio, que no hacían juego unas con otras, ocupaban uno de los lados de la biblioteca.

El otro estaba en completo orden. En él había obras recientes que podían servirle á Pedro para sus trabajos ó para su distracción. También se veían allí mapas, planos, libros técnicos, marítimos ó militares, cálculos de ingenieros, memorias de arquitectos con diseños de fortificaciones, dibujos de cañones y de torpedos, libros de Historia y algunas novelas.

A pesar de lo descuidada que se hallaba su educación, no ignoraba Lena que hay libros que una joven no debe leer. La buena Gwen sólo había logrado inculcar en ella ideas prácticas sobre un punto, sobre el relativo á las novelas y obras de recreo. La inglesa hablaba de esos libros con tal desdén, que la joven miraba con verdadero horror dicho género de literatura.

Así es que no tocó ninguno de aquellos volúmenes, ya encuadernados, ya en rústica, cuyos títulos, más ó menos significativos, le parecieron sospechosos desde el indicado punto de vista.

Llevó su mano á los libros de Historia, particularmente á la *Historia de la Marina Francesa*, en cinco tomos en octavo, con muy bellas ilustraciones.

La sola concesión que acordó á la curiosidad fué en favor de una obra misteriosa, también ilustrada, cuyo título era *Leyendas y creencias populares; hadas, gnomos, ondinas, genios familiares, etc., etc.*

La palabra *ondina*, como es de suponer, cautivó en el acto la atención de Lena.

Llevóse los libros á su cuarto, prometiéndose dedicar á su lectura los momentos de ocio que le dejasen las lecciones de Gwen.

Con adorable candor comunicó á ésta sus propósitos de trabajar seriamente, y anuncióle que iba ella misma á colmar los vacíos de su muy sumaria educación.

Durante horas enteras la huérfana encerrábase para devorar sus libros. Su memoria, semejante á una tierra rica é inculta, retenía todo lo que en ella se echaba.



Al mismo tiempo prolongados rayos luminosos cortaban el Océano en dirección á la costa

A los pocos días, la transformación de la ondina era visible para cualquier mirada observadora.

Desde los primeros momentos se unió á su alegría de aprender cosas nuevas la satisfacción de discutir puntos de Historia con Gwendolina. Segura de sí misma y de la erudición que adquiría en sus lecturas, oponía casi siempre al optimismo inglés de Gwen rectificaciones que mortificaban á ésta en su amor propio.

Inútil decir que semejante sistema de aprender era muy incorrecto; venía á ser algo así como esos ejercicios corporales que desarrollan ciertas partes del cuerpo con detrimento del conjunto, destruyendo la armonía.

Lena se hizo en poco tiempo tan competente en Historia como ignorante había sido algunos días atrás. Un partidario riguroso de la higiene mental hubiérale reprochado el aferrarse más á tal ó cual cuestión que á las otras, cosa perjudicial á todas luces.

Pero, en suma, aquello era un progreso, pues no hay esfuerzo de la inteligencia que resulte inútil, y cada adquisición de Lena poníala á ésta en camino de ir avanzando por el terreno del saber.

Las discusiones con miss Hotspur eran con frecuencia para el capitán de fragata la más interesante distracción que éste hubiera podido imaginarse. Algunas veces hasta se iba á solas para dar rienda suelta á la loca alegría que provocaban en él.

—Gwen, preguntaba de pronto Magdalena, ¿qué es un *periple*?

Al ver que Gwen no contestaba á su pregunta, la joven bromeábase con ella.

—Vamos, le decía, se lo voy á enseñar á usted, mi buena Gwen. Es una palabra que viene no sé de donde y que significa de seguro *viaje*, pues se le aplica á un cartaginés llamado Hammon, que dió la vuelta al mundo.

Y miss Hotspur le interrumpió:

—¿Cartaginés? ¿Está usted segura?

—¿Cómo? ¿Si estoy segura? ¡Si vendrá usted á decirnos que era inglés!

—¡Oh! Creo que nadie dió la vuelta al mundo antes que los ingleses...

Entonces exclamó Lena sin poder reprimirse:

—¡Eso sí que es bueno! Mi pobre Gwen, Inglaterra no se había inventado aún cuando ya se navegaba por los mares. ¿Acaso Cristóbal Colón era inglés? ¿Y Vasco de Gama? ¿Y Cortés? ¿Y Pizarro?..

—Pero no eran franceses...

—¡Ah! ¿Conque es eso lo que á usted la consuela? Mi buena Gwen, aguarde usted un poco. ¿Y Jacobo Cartier? ¿Y Sebastián Cabot? ¿Y Champlain y Laperouse y Dumont d'Urville?

Cuando de este modo se lanzaba, sabía ya bien Magdalena lo que hacía. Hallábase cierta de la victoria; la había calculado de antemano, preparando el terreno, segura de aplastar á la institutriz bajo una avalancha de nombres propios, de fechas y de hechos. Gwendolina tenía que operar en buen orden su retirada.

Inspiraba grande interés á Pedro de Guenezán aquel despertar de la inteligencia de su pupila. Había momentos en que se sentía vivamente sorprendido y otros en que confesaba riendo que no sabía él tanto como la joven sobre determinadas materias.

Poco á poco aquel interés del tutor creció hasta el punto de decidirlo á contribuir él mismo á la instrucción de Lena. Se puso á enseñarle las matemáticas.

Como Magdalena, por tanto tiempo abandonada, tenía excelentes facultades para aprender, y como el comandante era un verdadero sabio, de un saber claro y preciso, la alumna avanzó por aquella nueva vía con paso tan rápido y tan firme como había avanzado en el estudio de la Historia.

Nada une tan estrechamente á dos seres como la confianza recíproca. Cada día el capitán de fragata conquistaba un poco del espíritu de su pupila. Ésta aún no había llegado á manifestarle las incertidumbres que sentía y las dificultades con que tropezaba, pero atrevíase ya á exponerle las dudas, las cuestiones y los problemas más variados que surgían ante su inexperiencia.

Una intimidad creciente se estableció entre ambos. Aquel recalcitrante solterón convertíase insensiblemente en el mejor y el más cuidadoso de los padres.

La solicitud para con la huérfana descendía ya hasta los menores detalles de la vida diaria.

Sólo sus ausencias, demasiado frecuentes, impedíanle seguir tan de cerca como hubiera querido la evolución de aquella inteligencia.

Una noche, después de diez días que pasó fuera del castillo, el comandante, al sentarse á la mesa, dijo á Lena, lanzando un suspiro de satisfacción:

—Puedo hacerte asistir, mi pequeña Lena, á un espectáculo muy curioso. También puede asistir miss Hotspur si tiene interés en ello.

—¿Qué espectáculo?, preguntó la joven con avidez.

—Dentro de tres días habrá un simulacro de combate entre los torpederos de la defensa móvil y la división naval de la Mancha y del Océano.

—¡Oh!, gritó Lena batiendo con alegría las palmas de sus manos. ¿Y dónde va á ser?

—En la bahía de Quiberón, contestó Pedro, añadiendo: De modo que si quieres verlo, nada más fácil. No hay más que ponerse en camino. Te colocaré en la costa, ó si el tiempo lo permite, en una lancha. Podrás verlo bien todo.

—¡Oh, mi tutor!, volvió Lena á gritar. ¡Cuánto le agradezco que se haya acordado de mí para una cosa como esa! ¿Pues no he de querer presenciar ese espectáculo?.. Y también Gwen, ¿no es verdad?

La inglesa no podía menos de decir que sí.

También ella sentíase dominada por el yugo de su alumna. Era, ciertamente, la de ésta una influencia tiránica, pero la institutriz no la hubiera rechazado por nada del mundo. Amaba á Lena con toda su alma. Huérfana ella igualmente, sin parientes ni amigos, Gwendolina Hotspur no tenía otra familia que

la de su educanda, ni otro hogar que la casa hospitalaria donde entró hacía ya once años, joven aún, para encargarse de una niña que acababa de salir de entre los brazos de su nodriza y que no había jamás conocido el cariño de una madre. Cuando M. de Kéroulaz murió luego, fué ella quien consoló á Magdalena, de modo que sólo á sí misma podía culparse de todas las familiaridades y aun de todas las faltas de respeto á que, para con ella, se entregaba.

La había mimado sistemáticamente, ciegamente. Y la había mimado tanto, que mientras la niña de seis años llegó á la edad de diez y siete, la pobre institutriz, sin darse de ello cuenta, pasó de los veinticinco años á los treinta y seis.

Concentraba su ternura y su esperanza, su presente y su porvenir en el porvenir y en el presente de aquella niña, que era ya en cierto modo la hija de su espíritu y de su corazón.

Y la antigua costumbre que tenía de decir *amén* á todos los caprichos de Lena, le hizo una vez más inclinar la cabeza y aceptar sonriendo una partida de recreo que le prometía con algunas fatigas, no pocos temores é inquietudes, al pensar en las imprudencias que la ondina no dejaría de cometer.

. . . .

Se salió de Ely al día siguiente.

Tratábase de llegar á Quiberón antes que afluyesen los curiosos, á quienes, de seguro, no dejaría de atraer el anuncio de una verdadera fiesta náutica, prometida y esperada desde hacía mucho tiempo.

Por fortuna Pedro supo arreglar bien las cosas.

Conocía en Quiberón al patrón de una lancha pescadora, el cual le cedió dos vastas habitaciones bien aereadas, que dominaban toda la bahía desde sus cuatro ventanas anchas y profundas.

Así es que dijo á su pupila riendo:

– Estoy tranquilo, Lena. Veréis el espectáculo desde palcos principales.

A lo cual respondió Lena instantáneamente:

– ¡Ah, mi tutor! ¿No nos ha dicho usted que si el tiempo lo permite estaremos en una lancha?

– Es verdad, eso he dicho, pero...

Y el capitán de fragata miró inquieto hacia Gwendolina. Ésta, no queriendo dar su opinión, bajó púdicamente los ojos.

Por desgracia, Lena, á quien no detenían los obstáculos, no pudo menos de exclamar:

– ¿Cómo, Gwen? ¿Le da á usted miedo un paseo por mar?

La institutriz dió una respuesta evasiva y... normanda, que no decía ni sí ni no.

Al ver esto el comandante resolvió la dificultad, declarando que él lo decidiría al llegar la noche.

La decisión de Pedro fué que se encargaría él mismo de Lena, mientras la buena de miss Hotspur asistiría á las maniobras desde su ventana.

Así es que se resolvió el punto á gusto de todos

Pedro había reservado á su pupila una sorpresa que sólo le confió en el instante preciso en que fué á entregar á la joven al batelero, al borde de la playa.

– ¡Eh, señorita Lena!, oyó ésta decir, de fijo que no esperaba usted encontrarme aquí...

Lanzó Lena un grito de alegría, reconociendo en el batelero á su viejo amigo, el padre Alain.

El capitán de fragata había hecho ir desde Saint-Gildas á Le Gadek expresamente para cuidar de Lena.

Inútil decir que *Spring* era también de la partida. No podía menos.

Pedro de Guenezán fué á ocupar su puesto de comandante á bordo del aviso *Albatros*, perfectamente tranquilo respecto á la huérfana.

El espectáculo comenzó antes de que transcurriese una hora.

Estaba dividido en dos partes, como el programa de una fiesta: el ataque de la costa por los acorazados, y el de los acorazados por los torpederos. Había espectáculo diurno y nocturno.

El simulacro representaba el ataque de la costa por una escuadra enemiga y su defensa por cinco torpederos á quienes auxiliaban un guardacostas acorazado y un aviso.

Las operaciones fueron vivamente ejecutadas. Desde el mediodía los invisibles barcos desaparecieron, ocultándose en las pequeñas dársenas y aprovechando todos los accidentes de la costa. Sólo el aviso encargado de vigilar las proximidades del cabo y el guardacostas destinado á su defensa tomaron posiciones de combate frente al promontorio de Quiberón.

La bahía de Quiberón, tan célebre en la historia por el doloroso episodio que sirvió de prólogo á las guerras de la Vendée, es ciertamente una de las más pintorescas y de las más poéticas de la costa occidental de Francia.

Parece que la naturaleza le ha dado por destino servir de teatro á acontecimientos grandiosos y lúgubres.

Nada, en efecto, hay más melancólico, nada lleva el pensamiento á más tristes reflexiones que aquella abertura de una costa sombría, de líneas bajas y fugitivas, donde el cielo desciende como para tocar la tierra, y donde el líquido horizonte parece que pesa sobre la convexidad del globo.

Hay que ir hacia tierra, hay que llegar hasta los verdes paisajes de la ría de Auray para hallar una sonrisa de la naturaleza, un rayo de vida en aquel cuadro tan bien apropiado al cortinaje gris del cielo de Bretaña.

Diríase que en aquel cuadro sombrío les está reservado de antemano un lugar á conmovedores dramas, de que las maniobras náuticas que iban á verificarse no eran más que atenuados simulacros.

A eso de las dos un ligero penacho de humo blanco anunció en el horizonte la proximidad de la escuadra enemiga.

La lucha iba á entablarse.

Uno..., dos..., tres grandes buques fueron elevándose sobre la curva visual. Avanzaban lanzando su humo al viento. Parecían formidables guerreros que llevaban á la tierra la desolación y el espanto.

Cuando estuvieron á tres millas, oyóse una primera detonación.

Los ecos de la bahía repitieron la voz del cañón (*véase el grabado de la página* 141), que retumbó luego tierra adentro á través de los campos y en el fondo de los bosques.

Jamás Lena había oído aquella voz.

Sentada en la popa del barco gobernado por Alain, mientras un pescador que iba con ellos ejecutaba la maniobra de las velas, Magdalena devoraba con sus ojos la inmensidad silenciosa.

Al oir el estampido del cañón, estremecióse.

Ningún ruido de los que produce la industria humana posee la indecible potencia de un cañonazo. Acaso ésta es debida á la vibración de las ondas sonoras que se transmite directamente á los nervios del que lo escucha. Acaso la nota grave que emana de las bocas de bronce corresponde íntimamente á un estado psíquico cuyo análisis no se hará nunca.

Al oir aquel estampido formidable, Lena sintió un vuelco en el corazón.

Mas aquella impresión primera, solemne, inesperada, se desvaneció bajo la violenta afluencia de otras impresiones.

El guardacostas respondió al fuego de los acorazados de escuadra.

Más cercano y provisto de piezas de mayor calibre, produjo á su vez un sacudimiento de capas de aire cuya intensidad hizo surgir todos los ecos de la costa.

El tumulto de la batalla, la continuidad del cañoneo ya no parecieron ser más que la continuación natural, la prolongación no interrumpida de los dos primeros cañonazos.

Al generalizarse, los rumores de la lucha perdieron su carácter de grandeza.

Entonces la vista acudió en auxilio del oído.

Lo que perdían los oídos, lo ganaban los ojos.

Los gigantescos buques se mostraron con sus proporciones colosales, con sus formas amenazadoras y fantásticas. Aquellas siluetas enormes destacábanse en el cielo claro, semejantes á fantasmas vestidos de humo para ocultarse á las miradas, disimulando de repente sus líneas bajo la expansión brusca de las nubes formadas por la combustión de la pólvora.

Los cañonazos repitiéronse sin descanso. Un olor especial, característico, excitante se extendió por las capas inferiores de la atmósfera.

Desde su sitio vió Lena á los torpederos lanzarse uno tras otro fuera de sus escondites y correr hacia los buques acorazados. El resto ya no lo vió, lo adivinó viendo á los buques batirse en retirada ante aquella agresión, haciendo el cañoneo aún más vivo.

El combate duró hasta las cinco de la tarde, momento en que la división acorazada desapareció.

Sabíase que volvería por la noche, y que entonces las tinieblas, que les son, según se dice, tan favorables á los torpederos, darían realce á lo fantástico de su aparición.

Lena volvió á comer á tierra con Gwendolina. Regresó entusiasmada y encontró á Gwen algo nerviosa.

– ¿Qué le ha parecido á usted?, le preguntó. ¿Le ha gustado? ¿Verdad que valía la pena de ser visto?

Miss Hotspur inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

– ¡Oh, sí! Es muy hermoso, dijo; pero ya había visto una cosa idéntica, más hermosa aún, en la bahía de Spithead.

– Naturalmente, contestó la joven perdiendo la paciencia, debí suponerlo. Los ingleses lo hacen todo mejor que los demás. Pero eso no importa.. ¡Que vengan á medirse con los franceses y verán cómo salen!

Se comió tranquilamente. Hasta las ocho, hora reglamentaria, no se reanudaban las hostilidades.

Para no perder nada del espectáculo, Lena se embarcó á las siete y media. La lancha que la llevaba deslizóse suavemente entre las tinieblas nocturnas.

A las ocho en punto retumbó de nuevo el cañón.

En seguida pusiéronse en campaña los torpederos.

Pero los buques hallábanse alerta.

En un abrir y cerrar de ojos aparecieron envueltos en luz eléctrica, vestidos de un fulgor espectral.

Mostrábanse blancos é informes, habiendo dejado caer en torno de sus cascos, sus redes Bullivan, que los protegían.

Al mismo tiempo prolongados rayos luminosos cortaban el Océano en dirección á la costa, registrando todos los escondites de la bahía y todos los cabos y ondulaciones de la pequeña península.

En tierra cruzáronse las proyecciones luminosas de todos los puestos de observación diseminados por la orilla del mar.

El ataque y la respuesta de la luz fueron simultáneos.

Espectáculo verdaderamente maravilloso, digno de formar contraste con los encantos de la naturaleza, espectáculo que ni el arte ni la palabra pueden describir, pero cuya formidable grandeza se mide por los sentimientos que inspira.

Lena, muda, agitada, con lágrimas de emoción en sus ojos, tomaba, digámoslo así, parte activa en la escena, era uno de los actores del drama.

Hubo un instante en que recobró la noción de la realidad.

Entonces dijo á Le Gadek:

– ¡Más cerca, padre Alain; vamos más cerca!

Y el viejo, complaciente, ordenó á su compañero que avanzase más cerca de los buques.

La pequeña lancha entró casi en la zona de la acción, faltando muy poco para que tocase con el guardacostas, que le dió orden de salir inmediatamente de la línea de las operaciones.

La lancha obedeció, pero Lena ya había visto, como en una apoteosis teatral, el puente y las torres del enorme buque guarnecidos por líneas de hombres formados en batalla, ya había escuchado el ruido de la fusilería y de los Hotchkiss á través de los cuales salían de pronto la llama más blanca y el ruido más terrible de las piezas de 34, contestando al fuego de los acorazados de escuadra.

Retiróse al terminar la lucha, llevándose grabado el recuerdo de aquella memorable jornada. Soñó luego con la mágica visión amenazadora y sublime de los buques y de los hombres, dando y recibiendo la muerte con igual estoicismo y con el mismo desdén de la existencia ante los mandatos del deber.

Ciertamente no era aquello más que un simulacro, pero daba á la joven una idea bastante precisa de lo que debía ser la realidad...

El pensamiento de Lena abandonó la rada de Quiberón; alejóse, en alas del ensueño, de las costas de Francia, traspasó los límites de Europa y voló sobre los lejanos mares por donde navegaba en aquel momento el teniente de navío Pablo de Guenezán.

IX

MEDITACIONES SOBRE LAS LEYENDAS

Los habitantes del castillo están de regreso en Ely, viendo deslizarse los días con más rapidez de lo que se hubieran figurado, pues es cosa sabida que la vida uniforme y regular no abrevia el tiempo.

La primavera había vuelto, menos agradable aquel año que de costumbre. Había más lluvias y brumas que espacios de sol descubierto, y el viento del Oeste prodigaba sus besos húmedos á todas las costas del Atlántico.

Desde que emprendió sus estudios fué Lena tomándoles más gusto cada vez. La marcha ascendente de aquella inteligencia iba progresivamente elevándola á regiones cuya existencia ni aun había hasta entonces sospechado. Los descubrimientos continuos é imprevistos que llevaba á cabo su razón puede decirse que se añadían al placer con que la joven disfrutaba de la naturaleza.

Pero el alma soñadora, el alma de poeta de Lena encontraba, á pesar de todo, que la ciencia no era bastante para calmar el deseo de saber. No es precisamente por saber, sino por amar por lo que las mujeres quieren saber – por *amar mejor* acaso, puesto que el amor es el fin supremo de su sexo y de su misión social.

Desde cierto punto de vista sentía algunas veces, sin embargo, haber levantado la punta del velo que cubría su primitiva ignorancia. Sus ojos habían recorrido la árida nomenclatura de los hechos humanos á que se da el nombre de la Historia, y conocía ya los principios invariables con que ha llegado el hombre á fundar su civilización, ese progreso material que

arrebata á la expoliada naturaleza un bienestar siempre ilusorio, puesto que destruye el consuelo de las creencias sin alejar por un solo instante el espantoso vencimiento de la muerte. Había momentos en que pensaba Lena, en medio de sus melancolías, que hubiera sido preferible permanecer en un prolongado ensueño del cual la agonía sólo hubiese sido, al fin y al cabo, un despertar luminoso.

Sufría, vagamente, es cierto, pero con un sufrimiento real y positivo, al darse cuenta de que la soledad de los bosques no le infundía ya los terrores de otras veces y de que no era en ella tan vivo el culto por los recuerdos de las edades lejanas, cuya poesía, con frecuencia bárbara y ruda, buscaba un refugio en los bosques salvajes.

Entonces Lena quería con avidez volver á sentir sus primeras impresiones, volver á hallar el fresco sabor de años más juveniles.

Pero siempre sus conocimientos recientemente adquiridos ofuscaban con importunas claridades la misteriosa penumbra donde hasta entonces se había complacido en vivir su mística ignorancia.

¡Ah! ¡Qué árbol maldito el árbol de la ciencia, y qué bien se explica que la sabiduría divina haya negado sus frutos al pobre espíritu humano!

Mas aquellos desfallecimientos de Lena eran puramente pasajeros; no debilitaban su resolución de aprender.

No tardó la joven en terminar la lectura de una serie de obras, cuya lista había hecho su tutor un día en que Lena, con adorable sencillez, le llevó un montón de libros extra-profanos por ella descubiertos entre el polvo de uno de los estantes, sobre cuales libros fué inocentemente á pedirle su opinión.

Por desgracia Pedro no era dueño de su tiempo y Gwendolina Hotspur no era competente para el caso.

Algunos meses antes no le hubieran detenido á Lena estas consideraciones. Pero ¿de qué le hubiesen servido sus estudios si no daba muestras siquiera de prudencia y de docilidad?

Una orden del ministerio obligó al capitán de fragata á cambiar por algún tiempo de residencia. Recibió la misión de estudiar las experiencias que iban á hacerse en Cherburgo.

Imponíasele más de un mes de laboriosos trabajos, pero no podía quejarse de ello; al término de aquellos trabajos iba á ser ascendido. Aquel ascenso lo debería á sus excelentes memorias sobre experiencias navales y le haría abandonar sus apacibles tareas del golfo del Morbihán.

Vióse, pues, obligado á dejar á las dos mujeres en Saint-Gildas y á tomar el camino de la prefectura marítima normanda.

Aquella ausencia dejó á Magdalena sola durante dos meses.

En ausencia de su tutor no quiso la joven traspasar las prescripciones de éste y no penetró en la biblioteca.

El capitán de fragata le había dicho antes de partir:

– ¿Sabes por qué la mujer de Barba Azul penetró en el gabinete donde aquél tenía á sus esposas muertas? Porque su marido imprevisor le entregó la llave prohibiéndole que se sirviese de ella.

Y el oficial añadió en broma:

– Ni yo soy Barba Azul, ni tú eres mi mujer. Por consiguiente, te dejo todas las llaves de la casa, inclusa la de la biblioteca.

Hacía bien en fiarlo todo á la discreción de Lena.

Ni siquiera le vino á la joven la idea de quebrantar aquella prohibición, que casi parecía un permiso; hasta tal punto es cierto que la ley moral ha valido siempre más que las prescripciones de los códigos, y que el mejor medio para hacerse obedecer de los hombres es hacerlos legisladores á ellos mismos, ó más bien, ejecutores de la ley que llevan en el fondo de sus conciencias.

Aquella docilidad razonada no le impidió fastidiarse por falta de alimento intelectual.

Decidió volver á leer de nuevo los libros que había ya leído.

Por fin, como su fastidio fué aumentando, tornó á discutir con Gwen por cualquiera cosa.

Ni aun eso le bastaba ya. Por otra parte la implacable tristeza del cielo y la humedad persistente de la tierra impedíanle correr por los bosques.

Lena comenzó á sentir una especie de *spleen* que, aunque no era británico, no era por eso menos desagradable.

Cuando por vigésima vez removía con sus dedos impacientes el montón de libros *serios* que tenía sobre su mesa, su mirada tropezó con un librito que había olvidado.

Era el libro que trataba de las leyendas y otras tradiciones místicas, que encontró al principio en los más elevados estantes de la biblioteca.

Al reconocerlo lanzó un grito de alegría.

Semejante hallazgo en tales circunstancias le causó gran júbilo. Su lectura iba á dar nueva vida á sus ensueños de otra época.

Lena devoró, por decirlo así, las páginas del librito.

En medio de las más pueriles relaciones y de una porción de historias diabólicas de la Edad media, encontró en aquellas páginas sin esperarlo la leyenda de la ondina de Rhuis.

Para decir verdad, el cuento referido por el autor apartábase mucho de la narración de Alain Le Gadek. En vez de pasar en Bretaña el misterioso acontecimiento tenía por teatro las montañas de Escocia. El héroe no era el Sr. de la Roche-Bernard, sino un *laird de Highlands*. El papel de Saint-Gildas estaba desempeñado por Saint-Cuthbert.

Mas, fuera de esto, la leyenda era la misma. También había en ella un ser sobrenatural y complejo, inmortal como genio de las aguas, y sin embargo, privado de la visión divina, pues carecía de alma, pero que podía adquirir una si un mortal, si un cristiano consentía en darle su sangre para que recibiese el bautismo.

Cosa singular: este cuento, hallado casualmente en un libro y oído ya antes de entonces por Lena, tuvo el don de cautivar enteramente la atención de la joven.

Absorbióse en aquella lectura y su imaginación rejuvenecida se puso á vagar en pos de los personajes de la leyenda.

Como para completar la fiesta, al día siguiente un claro sol de abril brilló en el firmamento sin nubes.

La joven saludó con verdaderos transportes de alegría la vuelta del astro esplendoroso.

Llevaba demasiado tiempo aguardándolo. Así es que aprovechando la ocasión propicia abandonó el castillo y lanzóse á través de los campos, siempre escoltada por el fiel *Spring*, el salvador querido y mimado por todos.

Sus pasos la llevaron derecha á la casita del padre Alain.

Hacía más de tres semanas que no había ido.

No encontró á Le Gadek.

Como no le había anunciado su visita, el viejo marinero había salido al mar á echar sus redes para ganarse el sustento diario.

Lena saltó con su ligereza y flexibilidad habituales el foso que separaba la isla. Lo transpuso de un solo brinco.

La costa era tan pacífica y el país tan seguro que el padre Alain ni siquiera tomaba la precaución de cerrar la puerta cuando salía.

Hallábase ésta completamente abierta cuando Lena se acercó. Al inspeccionar la joven el interior de la pobre vivienda, se dijo:

– ¡Ah! ¡No vive en un palacio el padre Alain!

Y en seguida, el afecto dió á sus ideas un carácter práctico y Lena pensó que en tantos años como llevaba visitando á Le Gadek no se le había ocurrido un solo instante mejorar ó embellecer la habitación del marinero.

Resolvió entonces que en su primera excursión con Gwen á Saint-Gildas ó á Sarzeau compraría, con dinero de sus economías, varios objetos para la casita de Alain.

La primera cosa que ideó comprar fué un par de sillas. Mas reflexionó que sería mejor para aquel anciano un sillón; así es que decidió, al cabo, comprar ante todo un sillón.

Luego parecióle el fogón demasiado primitivo y concibió el proyecto de un horno que sirviese de cocina y de chimenea para calentarse.

Después, una vez lanzada por aquel camino, se propuso cambiar por completo el mobiliario, sin olvidar en aquella revisión total ni aun los más insignificantes utensilios.

En lo único que no pensó fué en que el instinto, ó más bien el sentimiento de una caridad fundada en un afecto antiguo y sincero, acababa de transformarla á ella en ama de casa práctica y entendida.

Cuando con el pensamiento hizo la lista de los regalos que iba á comprar para su anciano amigo, Lena salió de la casita y se sentó sobre el duro granito del islote.

Tenía el mar ante sus ojos. Era el momento de las grandes calmas, el momento en que bajo los primeros calores, parecía que el globo entero empezaba á dormir la siesta. El intenso resplandor del cielo hacía subir la evaporación por encima de las olas en capas imponderables y ligeras. Veíanse pasar á lo lejos barcos impelidos por sus velas blancas; veíanse correr grandes sombras por el espejo de las aguas cuando algunos que otros leves girones de nubes se deslizaban por delante del disco solar.

A su alrededor los árboles, aquel año retrasados, apenas mostraban verdes las puntas de sus ramas. La brisa del mar no se había levantado aún y el reposo habíase apoderado de las cosas inanimadas como de todos los seres vivientes.

Magdalena cedió también á aquella dulce pesadez de la atmósfera. Invadióla una soñolencia invencible. Reclinó su cabeza en el muro de la puerta, apoyó uno de sus codos en una piedra elevada que estaba en el umbral, de la cual se servía Alain para sujetar sus redes contra el suelo, y se entregó á las caricias de aquella calmante temperatura.

Y entonces un ensueño se apoderó de ella, llevándola á la región de las aventuras misteriosas cuya leyenda había leído la víspera.

Aquella misma tierra en que dormía era la península de Rhuis. Pero no la había reconocido. Sombrías é impenetrables selvas cubríanla; los aullidos de los lobos resonaban en las bóvedas de follaje y también de tiempo en tiempo se oían hachazos que cortaban seculares troncos y golpes de azada que abrían la espesa corteza del suelo.

¿En qué época del mundo ocurría la acción del ensueño de Lena?

...¿De Lena? Pero ¿se llamaba Lena? No nos lo hubiera podido decir ella misma.

Parecíale no vivir ya la vida de su cuerpo y que la materia de éste estaba hecha de una substancia tenue, imponderable, que no obedecía á la ley de la gravedad y que se sustraía á los efectos del calor y del frío.

Vivía en el fondo de una gruta alfombrada de juncos y de musgo. Tenía un lecho de agua clara entre nenúfares. No salía de él más que para sentarse en la verde orilla, vestida de una ligera gasa, hecha con el vapor de la fuente, que dejaba entre sus flotantes cabellos pequeñas y deslumbradoras gotas, las cuales parecían diamantes ceñidos en torno de su frente como una diadema.

Los golpes de azada y los hachazos multiplicábanse á lo lejos, y Lena, atreviéndose á alejarse de la gruta bajo las ramas, veía desconocidas figuras de hombres, vestidos de rudos sayones de piel, atravesando las arboledas silenciosas y las praderas iluminadas por el sol, poniendo sobre los gigantes de la selva sus profanas manos destructoras, encendiendo hogueras para preparar sus frugales alimentos, y arrodillándose para cantar alabanzas á un dios que Lena la ondina no conocía aún.

Después un nuevo cuadro reemplazó al que acababa de ver.

Bruscamente turbó el silencio del agua un ruido de pasos.

Apareció un ser de soberbia y varonil belleza, un hombre como aquellos laboriosos cenobitas á quienes hacía un instante había contemplado en el trabajo y en la oración. Limitábase á esto solo su semejanza.

El recién llegado parecía ser un dios. Tenía alta estatura y el aspecto de un héroe. De su cintura pendía una espada, y los feroces lobos al verlo huían de él aterrados.

El desconocido se sentó al borde del arroyuelo. Bebió agua para apagar su sed y se mojó las sienes.

Y Lena salió de su gruta llena de miedo y temblando, seducida, sin embargo, fascinada por el encanto del desconocido. Contemplábalo con ojos tímidos, y un sentimiento de dulzura infinita se fué apoderando de ella poco á poco.

Al fin comprendió que lo amaba.

De repente acabó el ensueño y Lena despertó. Seguía reclinada en el muro de la puerta de Alain. Las olas del mar rodaban á sus pies. Pero acababan de ceñir la roca con más elevación que antes de dormirse la joven. El sol, después de dominar el cielo, descendía rápidamente al ocaso, próximo á desaparecer tras el velo de vapores brillantes tendido sobre el horizonte.

Magdalena todavía se hallaba bajo la impresión que le dejó el ensueño.

¡Y qué raro había sido éste!

Había tomado simultáneamente algo del mundo de la ficción y del mundo de la realidad.

La ondina, el caballero desconocido, los espesos bosques, la gruta fresca y obscura, el arroyo cristalino, los sacerdotes laboriosos, los lobos aullando..., todo eso pertenecía á la leyenda.

Mas ¿por qué Lena se había reconocido en aquella ondina?

¿Por qué - fenómeno aún más sorprendente - en el héroe del mito había creído reconocer á su primo Pablo de Guenezán?

¡Ah! Sí, había sido bien singular aquel ensueño...

Pero ¡de qué inefable dicha había inundado el alma de Lena!

¿Por qué no se prolongó su sueño indefinidamente? ¿Por qué permitía Dios que al lado de aquella existencia ilusoria hubiese una vida real infinitamente menos feliz y también menos llena de inexplicable encanto?

(Continuará)

LA CALLE DE REAUMUR

EN PARÍS

La apertura de la calle de Reaumur, recientemente terminada, es una operación de vialidad que merece fijar por más de un concepto la atención pública. Es la continuación de la obra emprendida desde hace muchos años en la capital de Francia, y que tiene por objeto hacer penetrar en los barrios del París viejo el aire y la luz, y asegurar la circulación en las mejores condiciones.

La calle de Reaumur se extiende entre la calle del Temple y la plaza de la Bolsa, y tiene una longitud total de 1.400 metros: la anchura del arroyo es de 12 metros y la de las aceras de cuatro cada una, de suerte que la anchura total es de 20 metros. Trazada casi en la prolongación de la calle del Cuatro de Septiembre, formará aproximadamente una alineación recta entre la plaza de la Opera y el square del Temple, de suerte que servirá para disminuir el excesivo tránsito de los grandes bulevares.

Los trabajos que se han verificado han sido una alineación, por medio de la demolición de algunas casas, entre la calle de Turbigo y la de San Martín, y una apertura completa entre la de San Dionisio y la plaza de la Bolsa. En la alineación ha quedado al descubierto el antiguo convento de Notre-Dame-des-Champs: la apertura se ha realizado en varias secciones. En 1895 se ejecutaron las obras de la sección comprendida entre las calles de San Dionisio y de Clery: estas obras comprendían la elevación de la calzada, el alcantarillado y las conducciones de aguas entre la calle de Sebastopol y la de San Dionisio, cuyo nivel se ha subido unos 40 centímetros. Las obras de alcantarillado han consistido principalmente en la construcción de un colector que desemboca en el colector central del bulevard Sebastopol. Esos trabajos han ofrecido algunas dificultades: en efecto, tratábase de construir, á 80 centímetros de las casas y de alto abajo de los cimientos de las mismas, en un suelo de cascotes, una galería de unos tres metros de anchura entre paredes y 3'60 de altura, conservando al mismo tiempo la evacuación de las aguas pluviales y de las aguas sucias que iban á parar á una antigua cloaca que ha tenido que ser demolida.

En 1896 se ha llevado á cabo la apertura entre la calle de Clery y la plaza de la Bolsa, obras que han sido ejecutadas rápidamente á fin de poder anticipar la fecha de la inauguración, habiendo trabajado en ellas 300 obreros día y noche, y habiéndose para ello instalado el alumbrado eléctrico.



Fig. 1. – Vista de la calle de Reaumur en la sección comprendida entre las calles de San Dionisio y des Petits Carreaux

La figura 2 reproduce la vista de la calle en los últimos meses de 1896, en el período en que las obras se encontraban en toda su actividad. Por razón de la profundidad de las cloacas y de los muchos obstáculos que presentaba el subsuelo, hubo de lucharse con dificultades especiales.

En varios sitios, algunas casas no expropiadas salían fuera de la línea, de modo que la pared exterior de la alcantarilla estaba junto á los muros de fundación y que el fondo de la excavación, situado á siete metros del suelo, resultaba de alto abajo respecto de los cimientos de aquéllas. A fin de evitar los peligros que pudieran presentarse y de no comprometer la solidez de esas casas, una de las cuales tiene nueve pisos, ha sido preciso avanzar con mucha prudencia, por pequeños trazos y emplear diversos medios. Cuando la naturaleza del suelo lo permitía, procedíase por pequeñas secciones de cuatro metros, en subterráneo; en otros puntos, en donde los cascotes estaban á gran profundidad, se ha excavado hasta lo alto de la bóveda, que ha sido construída sobre el suelo formando arco con parte de pies derechos. Asegurada de este modo la solidez de las casas y del suelo, después de haberse secado completamente la obra de fábrica, se han construído los pies derechos y la cuneta, y se ha procedido á la extracción de los escombros.

En la parte de la calle de Reaumur comprendida entre la calle de San Dionisio y la de Petits-Carreaux, encuéntrase á la izquierda la de Thevenot, que ha sido incorporada á aquélla. La figura 1 nos da la vista en conjunto de la calle, tomada en aquel sitio: á la izquierda se ve la calle de Thevenot, luego un terraplén que forma acera y la calle de Reaumur; á la derecha se ven los andamiajes de nuevas construcciones. La figura 3 es la sección transversal de la calle en aquel mismo punto, en el subsuelo y á la altura del suelo: en C está el colector, en E la alcantarilla, en S una cámara para sales y útiles, en M el espacio reservado al futuro metropolitano, en T el destinado á una línea de tranvías, y en G, debajo de las aceras, las canalizaciones para el gas y la electricidad.

Las obras en total comprenden la construcción de 2.000 metros de alcantarilla, de ellos 700 de colector, y la colocación de 3.500 metros de tubería para el agua. Por razón de la inestabilidad del subsuelo se ha construído debajo de la fachada un fundamento de piedras. La calzada ha sido empedrada con adoquines, que serán más adelante sustituídos por la madera.

El gasto total, inclusas las expropiaciones, ha sido de 40 millones de francos y los trabajos se han ejecutado bajo la dirección de los Sres. Boreux, ingeniero jefe de Vialidad; de Marechal, ingeniero de Puentes y Calzadas, y de Bigorgne y Simonet, conductores municipales de la ciudad de París.

La inauguración de esta nueva vía se verificó solemnemente el día 7 de febrero último, habiendo presidido el acto el Presidente de la República.

Como se ve, en París no cesan los trabajos de reformas urbanas que tanto benefician á las grandes poblaciones. Allí se habla poco y se hace mucho. ¡Lástima que en nuestra patria no se imite este ejemplo, buscando los procedimientos más expeditos que de una vez permitan llevar á cabo proyectos que tanta utilidad reportarían á nuestras capitales, tan necesitadas de nuevas y amplias vías de circulación!

***

TEMPLE DE ACERO

Un ingeniero suizo, Mr. Taux, ha inventado, según leemos en las revistas extranjeras, un nuevo procedimiento de metalurgia eléctrica que da al acero una dureza extraordinaria.



Fig. 2. – Apertura de la calle de Reaumur. Vista tomada durante el período de ejecución de las obras

Un taladro templado por la electricidad ha atravesado un pedazo de fundición de obús con velocidad doble de la que hubiera podido darse á un taladro del mejor acero obtenido por el temple ordinario.

Este útil, examinado por medio de un lente, no ha presentado alteración alguna.

Una sierra circular, templada por la electricidad, ha cortado barras de hierro con una facilidad sorprendente.

Con un cincel de acero templado por este nuevo procedimiento, se ha podido cortar en frío una barra de acero de 35 milímetros de ancho por 18 de espesor. Se ha repetido cinco veces la operación sobre la misma barra.

El mismo útil ha cortado en frío una placa de acero de cuatro milímetros de espesor.

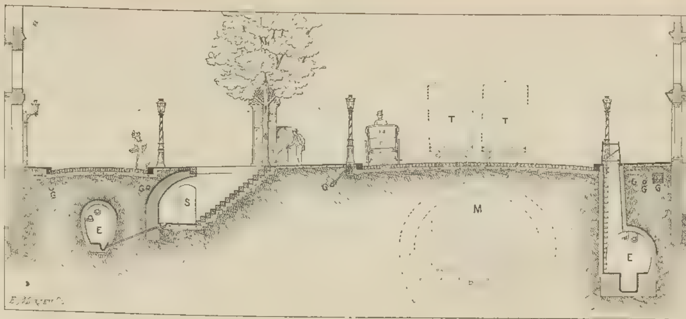


Fig. 3. – Sección transversal de la calle de Reaumur, entre las calles de San Dionisio y de Petits-Carreaux

No se ha observado sobre el filo del cincel grieta ni alteración alguna.

Otro ejemplo: Un simple cuchillo de mesa templado por este procedimiento ha cortado once veces consecutivas un alambre de hierro de un milímetro y medio de espesor, con la misma facilidad con que hubiera cortado un simple cordel.

Este procedimiento consiste, al parecer, en templar las piezas, previamente caldeadas, en un baño conductor atravesado por una corriente eléctrica.

Si la experiencia justifica estos primeros ensayos, las consecuencias del temple por la electricidad podrán ser muy importantes en metalurgia, porque permitirá obtener útiles bastante duros para trabajar los metales con la misma facilidad con que se trabaja la madera.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

El ejército español. – Se ha publicado el cuaderno 4.° de esta interesante colección que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Luis Tasso: contiene 16 autotipias perfectamente ejecutadas, que representan curiosas escenas de la vida militar, en el cuartel y en campaña, y de las diferentes armas del ejército. Véndese á 80 céntimos.

***

Anuario estadístico de la República Oriental del Uruguay. – Varias veces hemos elogiado como se merece esta publicación que honra sobre manera al gobierno uruguayo y al Sr. Director de Estadística General de aquella república Honoré Roustan. El tomo que acaba de publicarse y que corresponde al año 1895, con algunos datos de meses de 1896, reúne las mismas excelencias que los publicados en años anteriores, puesto que, como éstos, contiene cuantos datos y noticias puede desear en materia de estadística pública el más exigente hombre de estudio. Todo cuanto se refiere á territorio, población, agricultura, comercio, navegación, hacienda, riqueza pública, propiedad, ganadería, instrucción pública, beneficencia, justicia, ferrocarriles, correos, telégrafos, administración, legislación; en suma, cuanto constituye la vida y el progreso de un país, está estudiado concienzudamente y expuesto con tanto método como claridad, y permite formarse cabal concepto del estado de aquella floreciente nación. El tomo que nos ocupa lleva algunas bonitas autotipias y tres planos, proyectos del puerto de Montevideo.

***

Revista de Catalunya. – Se ha publicado el cuaderno cuarto de esta notable revista, que contiene interesantes artículos de los Sres. Ontalvilla, Alí-Ben-Noab-Tun, Rahola, Brunet y Bellet, Farnés, Company y Fages y Eximenis. Suscríbese en Barcelona, Rambla de las Flores, 8.



La heredera, cuadro de McLure Hamilton

Por esos mundos, por *Rodrigo Soriano*. – El nombre que en la prensa madrileña se ha conquistado el Sr. Soriano, redactor de *El Imparcial*, garantiza la bondad de los artículos que contiene este tomo, que forma parte de la Colección Diamante con tanto éxito publicada por el editor de esta ciudad D. Antonio López. Son, como su título indica, crónica de viajes, de episodios, que han servido á su autor para dar una prueba más de su espíritu de observación y hacer gala de sus dotes de escritor castizo y de narrador ameno. Véndese á dos reales.

***

El arte en la patria, por *D. Francisco Tomás y Estruch*. – Discurso inaugural del curso de 1896 á 1897 del Centro de Artes Decorativas de Barcelona, leído por su Presidente el Sr. Tomás y Estruch: es un trabajo muy notable, que constituye un interesante estudio del arte, especialmente del decorativo; en él se exponen con gran acierto los medios que habrían de emplear en España el gobierno, las diputaciones y los municipios para que se hiciera arte en la patria y después patria en el arte, es decir, para que renaciera el verdadero arte español.

***

Santander. El Hospital de San Rafael en 1896. – Se ha publicado la memoria que el director de dicho establecimiento, Dr. J. P. de Barbáchano, dedica al Ayuntamiento de Santander y en la cual se relatan los trabajos médicos y quirúrgicos realizados en aquel hospital: las estadísticas que contiene demuestran los satisfactorios resultados obtenidos.

***

La Ilustración Guatemalteca. – Los números 11 y 12 de esta revista quincenal contienen interesantes artículos de Macías del Real, Matilde Ariza y Poitevin, Juan Ramón Molina, Manuel E. Vega, Rafael Spínola, Eugenio Dussaussay, Rafael Machado Jáuregui, Vicenta Laparra de la Cerda, Carlota H. O. de Kelly y J. Méndez, y bonitos grabados reproducciones de retratos y vistas de Guatemala.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVI — Barcelona 8 de marzo de 1897 — Núm. 793



¡ARRUINADO!, dibujo de René Reinicke

ADVERTENCIA

ANTOLOGIA AMERICANA

Próximamente repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tomo primero de los correspondientes á la serie del presente año. Este tomo será la Antología americana, y en él figurarán las mejores composiciones cortas de trescientos veinte poetas, los más renombrados de la América latina.

Dichas composiciones nos han sido remitidas por eminentes literatos americanos, cuyos nombres no consignamos, aunque el de alguno de ellos estará sin duda en la mente de todos nuestros lectores, y que han escogido cuidadosamente entre el abundantísimo material existente las poesías más inspiradas y más á propósito para nuestra publicación.

Sin pretender que nuestra Antología americana sea completa, cosa imposible en una obra como ésta, creemos que en ella figuran los más ilustres cultivadores de la poesía en América, y si alguno resulta omitido débese, no á propósito deliberado, sino á la índole de aquélla, á la que menos que á otra alguna puede exigirse la perfección. Además, en la imposibilidad de insertar todas las composiciones que merecían ser publicadas, nos hemos visto precisados á reducir considerablemente el número de las mismas, incluyendo en el libro sólo alguna ó algunas de cada autor.

El tomo de Antología americana irá ilustrado con retratos de muchos de los poetas cuyas firmas en el mismo figuran. Nuestro deseo hubiera sido publicar los de todos, pero no nos ha sido posible por no haber podido conseguirlos, á pesar de los esfuerzos que hemos realizado para obtenerlos.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MÁSCARAS DE TEATRO Y CALLE

Estos días ha intentado Emilio Mario sacar á luz algunas comedias viejas y antiguas, que antaño electrizaron al público y fueron objeto de discusiones y apasionadas controversias, y que hoy deben escucharse, si no con entusiasmo, al menos con el religioso silencio que imponen las obras clásicas, sancionadas ya por el tiempo. La primera, escogida por Mario para su beneficio, fué *Muérete y verás*, de Bretón de los Herreros. Yo no sé si á la gente, en general, le produjo la misma impresión que á mí: de mí sé decir que me sorprendió la maestría de la factura y la extremada sencillez, casi elemental, de la trama. Desde el primer acto se ve patente el desenlace; así es que el estímulo de la incertidumbre y de la curiosidad no sostiene el interés del espectador: el autor se priva voluntariamente de este recurso. Tampoco se vale de frases de relumbrón, ni de alambicadas ingeniosidades, ni de golpes trágicos de sentimiento. Toquecitos ligeros; apacibles escenas en que no hay un grito ni una contorsión de cuerpo ó de alma; sales cómicas y nada de pimentón ni de especias; la sensibilidad recatada y pudorosa, la energía contenida y sólo manifestada en las acciones, y sobre todo el cuadro de una época trazado discretamente, con media docena de pinceladas rápidas y con profusión de medias tintas., he ahí el arte de Bretón, algo anticuado, pero exquisito. *Muérete y verás* fué bordado delicadamente por los actores del teatro de la Comedia, vestidos con rigurosa exactitud á la moda de los años 30. Los hombres parecían *currutacos* y las mujeres *lechuguinas*. El traje de la mujer, en aquel tiempo, era tan fino y tan sencillo como las mismas comedias de Bretón: nada más pulcro y decente, nada más atractivo que aquella falda algo corta descubriendo el zapato de raso y las galgas cruzadas sobre la blanca media; aquellos corpiños altos y bien ceñidos, aquellos *chales* que señalan el talle airoso, y aquellos peinados de canastillo y bucles que dejan libre la nuca y la garganta y encuadran el rostro afinando su óvalo suave.

La segunda exhumación fué *El tanto por ciento*. Esta comedia de Ayala es relativamente de ayer. No hay que contar muchos años para recordar las discusiones que suscitó su estreno; y cuando digo discusiones, más bien debería decir aclamaciones, porque el juicio de la crítica y de los espectadores fué desde el principio favorable á esta producción de Ayala, estrenada, si no me engaño, allá por 1860 á 1861. Por ella le ofreció la prensa, y costearon mediante suscripción sus admiradores, una corona de laurel de oro, y por ella fué Ayala reconocido jefe de una escuela que pretendía conciliar el espíritu romántico y la perfección y mesura de un clacicismo en cierto modo realista. Esa hora que no siempre oyen sonar los escritores una vez en la vida, y en que su inspiración se funde con el alma del público, sonó para Ayala al producir *El tanto por ciento*. Se le saludó y proclamó gran moralista, satírico profundo y admirable disector del alma humana. Revistió *El tanto por ciento* los caracteres de un acontecimiento literario de primer orden; y la moral del desprendimiento y hasta de la imprevisión, que el poeta procuraba inculcar en las escenas del drama, tuvo, ya que no discípulos prácticos, por lo menos imitadores teóricos en centenares de autores de comedias que maldijeron del interés y elevaron altares á la prodigalidad y á la holgazanería.

Anoche asistí á la representación de *El tanto por ciento*, ante un público que ya debe de tener puesto en olvido el nombre de Adelardo López de Ayala. Con sorpresa noté desde el primer instante que la actitud de ese público era, más que otra cosa, hostil al drama, y que si en las escenas donde la Cobeña y Thuillier tenían parlamentos largos, de pasión, sonaba el aplauso, rumores de descontento acogían en cambio los diálogos de los demás personajes. No era posible dudarlo: la que hasta *Consuelo* pasó por obra maestra de Ayala, *aburría* al público; al mismo público que complacido y atento escuchara pocos días antes *Muérete y verás* de Bretón. ¿Les parecía más lánguida la comedia de Ayala? Tal vez... y yo confieso que me sucedía algo de lo mismo. *El tanto por ciento*, en determinados momentos, me pesaba como plomo. Sin embargo, Ayala no ha perdonado medio para animar el diálogo, y ha buscado elementos cómicos en las figuras de Petra, de Ramona, de Sabino y hasta de Andrés, el tronado vividor y calavera. ¿Por qué lo cómico de Ayala parecerá hoy tan apagado, tan inerte, tan soso – digámoslo de una vez? – «Estos chistes hacen llorar,» exclamaba un espectador para quien era nuevo *El tanto por ciento*, y en general todo el repertorio de Ayala.

El respeto, en literatura, debe cultivarse como se cultiva una virtud: hasta á contrapelo del gusto, yo creo que es preciso respetar nombres como el del autor de *Consuelo*; y si en mi interior compartía la impresión de fatiga del público, procuré no dejarla asomar al rostro. Lo único que deseaba vivamente era darme cuenta del *porqué* de esta impresión. ¿Es que la obra de Ayala no está divinamente construída, como á torno? No por cierto: difícilmente se podrá imaginar un arte más consumado y diestro y mayor habilidad para tocar resortes. Atribuyo la frialdad con que escuchamos la obra á otras causas: la tesis ha caducado: el *negocio* que Ayala estigmatiza y flagela es una cosa, y lo que en el día entendemos por *negocio*, otra: no se puede convencer el público, toda vez que la definición de Ayala y la suya no concuerdan. En *El tanto por ciento* Ayala presenta como *negocio* una serie de infames charranadas: Andrés escondiéndose alevosamente en el cuarto de una señora y saliendo de él á vista de todo el mundo, con el mal fin de desacreditarla y casarse con ella y gozar de su riqueza; Petra dejando calumniar á su bienhechora y amiga, cuya inocencia le consta, por un fin de lucro; los criados procurando la desdicha de sus amos; Roberto traicionando la amistad y ejercitando la sórdida usura; en fin, un hormiguero de bajezas y ruindades que no hay por donde cogerlo, que Ayala califica de *negocio* y el espectador de *maldad* pura y neta. Por otra parte, en España no hace estragos el afán de negociar, sino más bien la pereza, la apatía y el sueño ó modorra del capital; todo el mundo encuentra más cómodo invertir sus caudales en *papel del Estado*, cortando descansadamente el cuponcito y gastándose lo que viene así, como de momio, en pasarlo lo mejor posible. Anatematizar la industria, el comercio y la actividad podrá ser muy español, pero ya nadie cree que sea conveniente y útil á la patria, ni sano y fortificante como enseñanza y lección. La tesis de Ayala, mal planteada, ha envejecido, mientras la miga filosófica de *Muérete y verás* tiene una actualidad eterna.

El culto teatrito de la Comedia va á perder su fisonomía el año próximo. Se convertirá en un teatro más *por horas*. El «género chico» plantará su enseña triunfante en ese recinto donde habitó tanto tiempo una Talía seria ó cómica, siempre señoril y discreta. El público especial del teatro de la Comedia – público sano, sólido y algo remirado en cuestiones de moral – se ha enterado de la noticia con extrañeza y con pena. Estaba acostumbrado á su repertorio, á sus actores, á sus cómodas butaquitas, á su templado ambiente, á aquella atmósfera de formalidad en la diversión y de corrección burguesa en la literatura. La nueva etapa de su coliseo favorito rompe hábitos que forman ya parte de su ser. Veremos si la compañía que ha de sustituir á la de Mario consigue una concurrencia tan fiel y adicta como la que acudía á la Comedia, aun en este año triste y angustioso para todo el mundo, y más para los que de recrear al público viven.

* * *

¿Y el Carnaval?, preguntarán los que todavía están encariñados con la tradición y recuerdan tiempos prósperos para la careta y el disfraz. ¡Ah! ¡El Carnaval! Ni mejor ni peor que otros años... Más saraos y más banquetes que en Cuaresma, y muchos bailes públicos, tal vez animados para los hombres de quince á veinticinco años de edad: es cuanto puede decirse del Carnaval de 1897. A mí, en esta época, me gusta mucho mirar los escaparates. Son alegres y bonitos en su colorido los disfraces, las caretas, los abanicos, las panderas, los *confetti* y los guitarros encintajados y erizados de moños chillones. El regocijo, que acaso no existe ya en las almas, se ha quedado relegado á las cintas y á los cascabeles y á los vivos y gayos tonos de los adminículos y chirimbolos carnavalescos. Al mirar ciertas caretas, fantaseamos las bromas ingeniosas que podrían abrirse paso al través de esos sardónicos labios de cartón y de esos bigotes de tieso y fosco *crepé*. La seda de los dominós, la luz que juega en los pliegues del raso, evocan carnavales de Italia, fiestas venecianas, con góndolas que ostentan un collar de farolillos rojos, verdes y amarillos, cuyo reflejo enciende el agua sombría de los canales. Recuérdame los versos de Alfredo de Musset, tan saturados de embriaguez romántica, donde describe el dominó negro de la siracusana, y su diálogo con el extranjero que pasa y á quien sonríe. Pero el que quiera imaginar ó soñar el Carnaval, que no lo vea, sobre todo en las calles, entre el polvo y el bullicio, la gresca y la jarana, en esa serie de innobles disfraces que son la danza macabra de la miseria. Que cierre los ojos para no contemplar el repugnante espectáculo de los pobres demonios enfundados en percalina negra, con rabo colorado y cuernos del propio matiz embadurnados de almagre; de los andróginos cuyo seno está hecho de rollos de trapos y cuyas botas parecen cogedores de la basura; de los chiquillos sepultados en una chistera derrengada y sin forro, y blandiendo una escoba vieja; de las muchachas envueltas en una colcha, rodando por las calles entre cuchufletas y requiebros bárbaros; de los andaluces y valencianos pedigüeños, que tienden á los coches una mano con uñas de riguroso luto; del asqueroso mascarón que columpia el *higuí*; y sobre todo, de la tristeza general que se revela en todos estos payasos infelices, que probablemente llevan el estómago vacío, á no ser que dance en él la matinal copa de aguardiente... ¿Hay cosa más fúnebre que la apariencia de la diversión y la realidad de un sombrío aburrimiento? ¿Hay nada tan melancólico como la caricatura del placer?

La batalla de flores se ha quedado en proyecto. No sé cuándo se convencerán de que no cabe batalla de flores en climas que no las producen. Si hay que comprar á peso de oro los proyectiles, pocos guerreros se atreverán á entrar en liza. Una rosa vale un *perro* en Madrid el resto del año; y en Carnavales valdría una *perrera* si la *batalla* fuese un hecho. Déjenles esas batallas á Niza, á Valencia, á los países en que la flor está en las costumbres y al nivel del pueblo, que la canta en sus coplas amorosas y la prende en la cabeza y en el seno de sus mujeres. En Madrid sólo los ricos pueden darse este lujo poético: sólo los ricos ven flores todo el año. Por eso, y no porque destrozarían las platabandas y jardines del Retiro los combatientes, no cuajó la batalla de flores. ¡Para florecitas están los tiempos! Una batalla de hortalizas tendría siquiera el resultado práctico de que los pobres golfos hambrones recogerían del arroyo alcachofas y lechugas y harían caldo ó menestra para devorarla al día siguiente como pan bendito...

Emilia Pardo Bazán





EL GENERAL MARTÍNEZ DE CAMPOS

Se ha suprimido la partícula y se le llama Martínez Campos. Ayala decía de él que era un corazón de niño forrado en héroe, y la definición es exacta. Hace años, ya después de la Restauración y siendo capitan general de Cataluña, le invitaron á recorrer las obras de prolongación del ferrocarril desde Gerona á Francia, entonces en construcción. Los carruajes eran tartanas; cuantos formábamos parte de la expedición parecíamos escolares en día de asueto, Martínez Campos el primero, siempre sencillo; y como al entrar en un pueblo echaran las campanas á vuelo: «Eso es para usted,» le dije; y el general sonrió y hasta se sorprendió de que se molestaran tocando las campanas. Tuvimos que dejar las tartanas para pasar un río en una barcaza sujeta á un cable, del cual tiramos y también el general. Luego nos embarcamos en un vaporcito, en la costa de Llansá, y durante la corta travesía se habló algo de política, cosa que nada tiene de particular tratándose de españoles, pero he de añadir que se habló muy poco, lo que prueba el buen gusto de los excursionistas; y como se preguntara al general si iría á las Cortes y si aceptaría la cartera de la Guerra, contestó con viveza negativamente, porque no quería exponerse á que un teniente que fuese diputado le tratase en el Congreso de igual á igual, le interpelase y tuviese el derecho de censurarle, cosa que el general ni admitía ni comprendía. Verdad es que ó sobra la disciplina ó sobran los diputados militares; pero también lo es que lo que Martínez Campos no aceptaba está en uso en nuestras costumbres políticas, y que acabó por ser presidente del Consejo de ministros; pero al hallarse de general en jefe de aquel ejército de políticos, se encontró con que le eran desconocidas su estrategia y su táctica, y como al poco tiempo cayese en la cuenta de que quien mandaba en los ministros y en las mayorías de ambas Cámaras no era él, sino Cánovas, aprovechó la primera ocasión para decir á sus compañeros de gabinete con franqueza militar: «Señores, queda planteada la crisis.» Recogió las dimisiones de todos, se fué á palacio, las entregó á S. M., la suya la primera, y regresó á su casa con el propósito de no volver á ser presidente del Consejo de ministros, á menos que altísimos deberes no le obligaran á encargarse del poder. Desde entonces la opinión pública le ha señalado varias veces para presidir un gabinete, pero siempre se ha encogido de hombros cuando de tal cosa se le ha hablado, porque sabe que en circunstancias normales el verdadero jefe de la situación sería Cánovas ó sería Sagasta. En cambio aceptó con D. Práxedes el ministerio de la Guerra, donde le sorprendió el movimiento de Badajoz, y desde entonces ha perdido la afición al cargo de ministro, si es que alguna vez se la ha tenido.

Ha llegado á los más altos puestos, tan elevados que ya á más no puede aspirar, sin que le desvanecieran las alturas ni le engrieran los honores, y continúa siendo tan sencillote y modesto hoy como cuando salió de la Academia: come lo que le dan y fuma cigarros del estanco ó habanos de clase ínfima, deleitándose en ahumar la boquilla, tarea en la que pone el mismo cuidado que un gran pintor en dar los últimos toques á una obra maestra. Cuando era presidente del Senado, algunas veces almorzaba solo para llegar con puntualidad á la Cámara alta, y tomaba un huevo frito, un biftec, del cual daba la mayor parte á un hermoso buldog, si es que los hay hermosos, y una taza de café con leche. Cuando está en campaña no hay que preocuparse de la mesa del general en jefe, porque come pollo si hay pollo, y patatas al rescoldo si ni siquiera hay con qué freirlas ó guisarlas; pero en cambio, se ocupa mucho en la alimentación y en el bienestar de la tropa.

El soldado le quiere y va confiado adonde él le lleva, porque sabe que cuida más del rancho que de su mesa y piensa más en su salud que en la propia. En una ocasión mandó quitar el termómetro del interior de su tienda y ponerlo al exterior. «Pero, mi general...» «No necesito saber la temperatura que tengo en mi tienda, sino la que tiene el soldado en el campamento por si le falta abrigo.» Durante la primera guerra de Cuba dictó minuciosas disposiciones que libraron á muchos hombres de la muerte, porque teniendo en cuenta el clima y las enfermedades, todo lo preveía para que no se abusara de la resistencia del soldado, para que éste no cometiera imprudencias y para atajar el mal al iniciarse, á fin de evitar que el descuido convirtiese en grave dolencia la que podía curarse acudiendo á tiempo. La apatía y el descuido de los generales son en campaña los más poderosos auxiliares del enemigo.

Martínez Campos no ha recordado en su larga carrera militar lo que Sancho dijo al bachiller Sansón Carrasco, esto es, «que en los extremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía,» aforismo que puesto en boca del escudero de D. Quijote por quien á la vez que príncipe de los ingenios es llamado el Manco de Lepanto, debe ser observado por cuantos á la noble profesión de las armas se dedican, y en especial por los caudillos, porque la bala que les mata, hiere á todas sus tropas. Como si el peligro no tuviese nombre, así en la península como en Cuba ha atravesado durante la guerra, solo, con su ayudante ó con un par de soldados que le servían más de ordenanzas que de escolta, territorios ocupados por el enemigo; ha celebrado entrevistas sin tomar ninguna de las precauciones que la prudencia aconseja, fiando en la lealtad del adversario, porque él no comprende que se pueda ser desleal; proceder que excita la imaginación, pero merece fuerte censura, porque el verdadero valor consiste así en hacer como en dejar de hacer, pues la temeridad no es cualidad, sino defecto. Cuando la guerra carlista se hallaban en un café de San Felío de Torelló unos cuantos partidarios de D. Carlos, quienes vieron aparecer en la plaza como por escotillón á Martínez Campos, un ayudante y dos ordenanzas; aquéllos se apearon en el acto, entregaron las bridas á los soldados y entraron en el café, no sin que antes se hubiesen escurrido más que de prisa los carlistas, quienes creyendo que las tropas habían penetrado en el pueblo salieron por una puerta que detrás del mostrador había y daba el huerto, desde el cual ganaron el puente para pasar escapados el río; porque no se les ocurrió – y á nadie se le podía ocurrir – que Martínez Campos hubiese metido espuelas á su caballo y penetrado en Torelló, dejando muy atrás á las fuerzas de su mando. Días después un vecino dió aviso del peligro que corrió de haber caído prisionero ó sido muerto por los carlistas si éstos no huyen, pero Martínez Campos se limitó á sonreir y á encogerse de hombros. Siendo capitán general de Madrid montaba de noche á caballo é iba sin acompañamiento á Leganés, á Villalba, á los puntos donde había fuerzas, sin avisar á nadie, para enterarse de cómo se cumplía el servicio; y en Barcelona daba solo largos paseos y eran muchas las noches que iba á Sarriá á jugar al tresillo con la anciana marquesa viuda de Sentmanat, de donde regresaba al aproximarse la hora del último tren, atravesando á pie y sin compañía las desiertas calles del pueblo para ir á la estación. Los anarquistas hubieran podido matar una de esas noches al corazón leal y confiado, que nada teme porque nada debe. Cuando el atentado de Pallás, Martínez Campos sólo se dió cuenta de que el caballo le faltaba, y cayó desvanecido arrastrado por el corcel. Su ayudante D. Laureano del Busto y otro acudieron á levantarle, y al verle sin sentido creyeron que había muerto. Metieron al general en un coche, y ya en él, recobrado el conocimiento, comenzó á darse cuenta de lo que había ocurrido. La noche del horrendo crimen del Liceo estaba en el teatro la familia de Martínez Campos y él tenía el propósito de ir; pero ocupado en los preparativos para el embarque de la brigada mandada por el general Rivera, que debía salir para Melilla, se le pasó la hora; y como al terminar sus tareas fuesen las diez y cuarto, se acostó. Al saber lo ocurrido se alegró de no haber ido al Liceo, porque su presencia hubiera podido hacer creer que contra él iba dirigido el atentado y que por estar en el teatro había perecido tanta gente.

El malogrado rey D. Alfonso XII siempre consideró mucho á Martínez Campos. Éste iba en el vagón real cuando D. Alfonso regresó de la campaña del Norte, y como el general se fijase en la espada que llevaba el monarca, le dijo que era muy buena. «Mejor es la de usted,» contestó D. Alfonso. «Señor, más vale la de V. M.» «No es mejor – insistió el rey, – porque la mía no tiene las glorias que la de usted.» No se ganó el afecto del monarca convirtiéndose en cortesano, porque nunca lo fué, y aunque se propusiera serlo, no lo lograría, pues aunque muy respetuoso con el trono, siempre ha habido en su lenguaje la sencillez del soldado y la firmeza del leal caballero que sabe que se daña al soberano ocultándole la verdad y se le sirve diciéndola. En su correspondencia con el rey brillan estas cualidades, y si un día se publica, pues guarda el general las cartas recibidas y copia de las que escribió, se aclararán algunos puntos obscuros de nuestra historia. En algunas de estas cartas insiste por que se conceda el tercer entorchado al general Jovellar y aboga por que entre como agente activo el partido fusionista en el juego de las instituciones llamándole al poder.

La enfermedad del rey le tenía hondamente preocupado, y en el mes de octubre del 85 dijo á un ministro que si el gobierno no hacía asistir á D. Alfonso por dos médicos, le interpelaría en el Senado sobre la salud de S. M. Al enterarse el Sr. Cánovas comisionó á D. Alejandro Pidal para que le manifestara que deseaba tener con él una entrevista, en casa del general, en la suya, en la presidencia ó donde quisiera. Optó Martínez Campos por la presidencia, y como Pidal le hiciera observar que acaso llamaría la atención, contestó que subiría á las habitaciones particulares entrando por la calle de la Greda. En la conferencia Cánovas le dió cuenta de la gravedad del rey, añadiendo que estaba dispuesto á abandonar el poder y á entregarlo al Sr. Sagasta, porque se sentía cansado; y habiéndole preguntado el general por qué no lo abandonaba en seguida en vez de esperar la muerte del monarca, replicó Cánovas que era cuestión de honor no abandonar el puesto en tales momentos. Prometió avisarle en cuanto la enfermedad tomara el carácter de gravedad extrema, añadiendo que en semejantes circunstancias prefería entenderse con él que con Sagasta. Preguntó al general qué médicos deseaba que viesen á D. Alfonso, y contestó

que el designarlos era de la exclusiva incumbencia de la reina madre y de doña María Cristina.

Se censuró al gobierno porque no dió cuenta en la *Gaceta* del estado del rey, y acalló la murmuración el Sr. Cánovas diciendo: «Publicado el primer parte, será necesario seguir insertándolo en el periódico oficial, y dada la naturaleza de la dolencia, ¿en qué cabeza medianamente organizada cabe que se condene á D. Alfonso á leer cada día el parte dando cuenta de los progresos de su enfermedad?» Esta observación es de sentido común, y por lo mismo á pocos se les había ocurrido, porque el sentido común escasea mucho.

A últimos de noviembre se presentó después de media noche el Sr. Pidal en el domicilio de Martínez Campos con una carta del señor Cánovas, en la que le daba la triste noticia de que el rey se había agravado. Fué el general el día siguiente á casa del Sr. Sagasta para anunciarle lo que ocurría y que sería llamado á formar gabinete; pero como, según costumbre, tuviese D. Práxedes mucha gente en su casa, no pudo hablarle con la reserva necesaria, porque de hacerlo hubiera llamado la atención. Volvió al otro día muy temprano para encontrarle solo. Aún no se había levantado Sagasta, á quien dió cuenta de lo que pasaba; y como durante la conversación recibiese Martínez Campos un volante en el que se le noticiaba que la enfermedad se había agravado hasta el punto de hallarse D. Alfonso en peligro de muerte, dijo á Sagasta que en vez de formar gabinete dentro de unos meses, se preparase para constituirlo inmediatamente.

La crisis de la enfermedad del rey fué rápida, y el 25 de noviembre de 1885 murió D. Alfonso XII, quien poco antes de entregar su alma á Dios había murmurado: «¡Qué conflicto!,» pensando en la patria. El mismo pensamiento preocupaba á Martínez Campos y fué el inspirador de todos sus actos antes y después del fallecimiento del monarca. Al saber su muerte, corrió al Pardo y quiso ver á la reina, pero se negó á pasar recado el mayordomo mayor, duque de Sexto, ateniéndose á la consigna recibida; insistió el general invocando las circunstancias y sus títulos; mas como no cediera el duque, se dirigió Martínez Campos á su íntimo amigo el general Blanco, jefe del cuarto militar de S. M., quien pasó el recado, y á poco volvió de la regia cámara anunciando á Martínez Campos que la reina le recibiría. La encontró el general enlutada, recostada en un sofá, en estado moral y físico que movía á compasión, y después de haberle dicho que estaba dispuesto á acatar y defender las resoluciones que se sirviese tomar, preguntó respetuosamente cuáles eran sus propósitos, á lo que contestó la reina que confiar el poder á Sagasta, cosa que ya tenía pensada D. Alfonso. Salió el general de aquel lugar de tristezas, siempre pensando en el porvenir de la patria y en las tremendas dificultades de la situación, impaciente por ver realizado el cambio de gabinete, porque lo creía necesario para la tranquilidad pública. Vió á doña Isabel II, á quien el dolor de madre arrancó esta exclamación: «¿Qué va á pasar aquí?»

El general Martínez Campos contestó con entereza para llevar la tranquilidad á su corazón: «Señora, no va á pasar nada. Se cumplirá el precepto constitucional. ¡El rey ha muerto! ¡Viva la reina regente doña María Cristina!» Esto fué lo ocurrido.



EL PRÍNCIPE JORGE DE GRECIA,
jefe de la escuadrilla de torpederos que ha acudido en auxilio de los cristianos de Creta

Se le llama el hombre de las corazonadas desde que en el Senado dijo que le daba el corazón que Sagasta no sería mucho tiempo poder, y á los pocos días dejó de serlo, lo que fué origen de que se le atribuyera la crisis, en la que sospechamos que no tuvo arte ni parte. Corazonada fué la proclamación de D. Alfonso XII, porque en la reunión de generales todos declararon que no había medios de hacer la Restauración en aquel entonces, lo que no impidió que Martínez Campos, después de haber logrado reunir unos diez mil reales, demostrase en Sagunto que la Restauración ya era un hecho en la opinión pública.

El éxito constante molesta á los que á él no están acostumbrados, y no falta quien diga de Martínez Campos que no es más que hombre de suerte. Está bien; pero algo habrá puesto de su parte para tener aquélla, y preguntamos: ¿por qué no han hecho lo mismo los que le escatiman el mérito? El país se acostumbró á acudir á él en circunstancias graves, creyendo que le sacaría de todos los apuros, por lo mismo que parte tan principal había tomado en la terminación de la guerra carlista en el Centro, en Cataluña y en el Norte. Cuando se le envió á Cuba, el duque de la Torre dijo que si restablecía la paz, todos los generales deberían descubrirse ante él. Y restableció la paz. Cuando el conflicto de Melilla, se le envió á Melilla; después de embajador al sultán de Marruecos para pactar la paz: cuando unos cuantos tenientes hicieron perder la cabeza y el prestigio al gabinete Sagasta, se acudió á Martínez Campos para que afirmara la disciplina, y el general se propuso decir á los jóvenes oficiales: «Señores, si ustedes me obligan me presentaré ante ustedes sin más armas que estos tres entorchados, y ó bien los respetan ó me matan.» Pero para imponerse como se impuso necesitaba los entorchados, esto es, el uniforme, y no lo tenía. Uno de sus hijos deseó poseer su retrato pintado por Martínez Cubells, quien lo comenzó en el taller del marqués de la Rodriga. El general dijo sonriendo al notable pintor: «Pínteme algo guapo para que la posteridad no me halle muy feo.» En dos sesiones de pocas horas pintó Cubells la cabeza, marcó los contornos á brochazos y Martínez Campos dejó en el taller la levita de uniforme con todas las condecoraciones, encargando al artista que despachase pronto, porque no tenía otra y podía necesitarla; como sucedió al ser nombrado capitán general de Madrid en las difíciles circunstancias que hemos indicado, y tuvo que mandar por ella. En aquel taller



MAPA DE LA ISLA DE CRETA



LA INSURRECCION DE CRETA. – INSURRECTOS ENCENDIENDO UNA HOGUERA SEÑAL EN LAS MONTAÑAS, dibujo de R. Catón Woodville

se habló de ir á Cuba, idea que no le halagaba.

Pero la gravedad de los sucesos y la unanimidad con que le designaba la opinión pública le obligaron á hacer un nuevo sacrificio por la patria y por el rey. El Sr. Cánovas le dijo en el Senado: «General, es indispensable que vaya usted inmediatamente á Cuba. – ¿Quiere usted que me ponga en camino esta noche?,» contestó sin mostrar extrañeza. Más tarde le vió el Sr. Pidal en el Congreso y le dijo emocionado: «España va á deber á usted un nuevo favor más;» y contestó con profética sencillez: «¡Tanto va el cántaro á la fuente!..»

Fué á Cuba por deber, no por deseo; pero tenía derecho á confiar, porque no era posible que no palpitasen en la isla los recuerdos de su mando. Los guajiros narraban que en los tres años que duró su campaña no había permanecido tres días en un mismo punto, atravesando la isla en todas direcciones sin más escolta que una docena de soldados. «El general – decían – llevaba chaqueta de rayadillo, con los entorchados en las bocamangas, pantalón de paño encarnado con media bota y jipijapa. La silla era mejicana, el estribo cerrado y sacaba los pies al poner el caballo al trote. Es un jinete infatigable, y después de dos y tres leguas de carrera, marchaba al paso una media hora para fumar un tabaco y ennegrecer la boquilla. Su equipo cabía en un maletín que ataba á la grupa, y en una hamaca de lona y un impermeable que llevaba en la capotera. No se ponía el impermeable hasta después de la lluvia, «porque – decía – así me abriga y está seco;» y al rayar el día, mientras los oficiales sudaban por ponerse las botas, el general estaba ya calzado, porque dormía sin quitarse las suyas. Aunque tenía hamaca, solía dormir en el suelo. Cuando llegó al campamento de Palma-Hueca y se enteró por un delegado de que la paz sería pronto un hecho, su fisonomía se animó, y recordando que hacía dos días apenas había probado bocado, dijo al coronel March: «Pepe, denos usted de almorzar.» Máximo Gómez se despidió de él con estas palabras: «Dondequiera que esté tendrá usted siempre un amigo, y mi casa en Santo Domingo, para donde salgo seguidamente, es la suya; pero – añadió sonriendo – si donde voy á habitar hay patio y en él un árbol, lo arrancaré. He quedado muy harto de manigua y de manigüeros.»

Al llegar á Cuba el general no encontró, como antes, españoles unidos por el solo sentimiento de amor á la patria, sino políticos apasionados, divididos. Los combates de Peralejo y Coliseo son dignos de la epopeya, y en ellos sólo la serenidad del general evitó la derrota y la catástrofe. «Calma, muchachos, y apuntar sin precipitación,» decía con voz tranquila á los soldados entre bocanada y bocanada del humo de su cigarro. En Coliseo, rodeado de las llamas de los cañaverales, blanco de las balas, su corazón lacerado puso en sus labios estas palabras, dichas al corresponsal de *La Correspondencia de España:* «Si me da una bala se resuelve un problema y se despeja una nebulosa.» No hubo amargura que no conociera, y el noticierismo, que es el fermento de la prensa moderna, llegó á suponerle loco. Cuando los mismos que pocos días antes le habían aclamado en la Habana le indicaron la conveniencia de que dejara el mando, el general dijo: «La verdad es que quien ha subido á tan altas posiciones con tanta injusticia, no puede pedir justicia en los momentos de la caída.»

No la halló al desembarcar en la península, pero se la han hecho los acontecimientos; y hoy todos reconocen que se cometió una gran falta al llamarle de Cuba, pues se acude á su política y á sus procedimientos para devolver la paz á la isla.

Terminamos por donde debíamos empezar, consignando que nació en Segovia el 14 de diciembre de 1831, y que procede del Cuerpo de Estado Mayor. Cuando fué á Melilla, lo primero que hizo al llegar á Málaga fué ir á la catedral á rezar una salve á la Virgen de las Victorias, y arrodillándose ante el prelado le pidió su bendición. Es tan desinteresado, que cuando se abrió en Barcelona una suscripción pública para hacerle un espléndido regalo, exigió que la importante suma recaudada se destinase á los huérfanos de la guerra. Está en las altas regiones de la sociedad porque en ellas debe estar, pero conservando sus sencillas costumbres, y cortés con todos, habla con más cariño al pobre que nada tiene, que al poderoso á quien nada falta. Cuando toma la palabra en el Senado se llena el salón de sesiones, porque sólo interviene en los debates cuando á hablar se cree muy obligado, y si bien no es orador, sabe hacerse oir, prescindiendo de la retórica. En verano viste levita negra, que cubre en invierno con un gabán claro, y se le ve solo por la calle, con el bastón y el cigarro. Es nervioso, y cuando se anima, levanta la cabeza y fija en el espacio sus ojos, que parece quieren saltar de las órbitas. Es muy enemigo del derramamiento de sangre, como lo probó en Barcelona poniendo en libertad á los federales prisioneros después del ataque de Sarriá, á pesar de que el gobierno no se mostraba dispuesto á soltarlos. Martínez Campos es lo que dijo Ayala: un corazón de niño forrado en héroe. Aunque nada puede ganar, porque todo lo tiene, siempre está dispuesto á perderlo todo por la patria y por el rey, repitiendo aquellas nobles palabras que con la mayor sencillez dijo á un periodista cuando fué á Melilla: «La patria me ha dado mucho más de lo que yo he merecido. Si pierdo mi popularidad y aun mi prestigio cumpliendo como buen español, le habré devuelto lo que es suyo.»

Teodoro Baró

. . . .

LA PANACEA

Ventura Sánchez era uno de los estudiantes más desgraciados de la Facultad de Medicina: tenía cuarenta y ocho años y hacía más de veinticinco que cursaba la misma carrera sin conseguir alcanzar el título de licenciado. Y no se vaya á creer que Ventura fuese un calavera que malgastaba el tiempo; por el contrario, era estudioso y constante como ninguno; pero el pobrecito tenía muy poco fósforo en la mollera y las asignaturas se le olvidaban conforme las aprendía, de suerte que al llegar con mil fatigas y tropezones al último curso de la Facultad, vió que le era imposible graduarse de Licenciado.

Hacía cuatro años que se estaba preparando: en este tiempo no se le vió nunca en el café, ni en parte alguna; se pasaba, como D. Quijote, «las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio;» acudía á todas las convocatorias y buscaba recomendaciones de todas clases.

A su lado habían desfilado dos ó tres generaciones de estudiantes, que, más listos ó más afortunados que él, terminaron la carrera con relativa facilidad, y el pobre Ventura les veía llegar y después irse para no volver, mientras él seguía bregando por arrancarle al destino el ansiado título.

Una mañana entró en el colegio de San Carlos dispuesto para una nueva refriega, con los ojos hundidos de no dormir, la cabeza atiborrada de nombres y de recetas mal aprendidas.

Al entrar le dijo uno de los bedeles:

– Hola, Venturita; vaya usted en seguida al despacho del señor rector, que le está esperando.

La noticia le consternó. ¿Para qué le querría el señor rector? ¿Sería para suspenderle sin tomarse el trabajo de examinarle?.. La impaciencia le torturaba, corrió al despacho del rector y se hizo anunciar.

– Amigo Ventura, dijo éste abrazándole; sé que viene usted á examinarse y no quiero hacerle sufrir una nueva decepción; su constancia, ya que no sus conocimientos, merecen alguna recompensa, y yo deseo dársela. Usted será médico hoy mismo si jura hacer lo que voy á pedirle.

Ventura estaba como quien ve visiones y no supo qué contestar.

– ¿Usted piensa ejercer cuando salga de aquí?.., preguntó el rector.

– Sí, señor... No tendré otro modo de vivir...

– Pues bien; yo le hago á usted médico, siempre que me prometa no dar á sus enfermos más que *agua de limón*, sea cual fuere su enfermedad.

Ventura se sintió anonadado; ó soñaba, ó el rector tenía ganas de broma.

– Se lo digo á usted formalmente, continuó éste, porque creo que más curas hace la naturaleza que un mal médico; el agua de limón es inofensiva, y dándola en todos los casos nunca tendrá usted el remordimiento de haber sacrificado á ningún semejante. Conque, ¿quedamos en eso?..

– Sí, señor...

– Usted es hombre de honor, y los hombres honrados son esclavos de sus promesas.

– Hasta la muerte lo seré de la que le hago á usía en este momento.

– ¿No recetará usted más que agua de limón?..

– Nada más que agua de limón, repuso Ventura.

Entonces el rector cogió un título que estaba sobre su bufete, y después de firmarlo se lo entregó diciendo alegremente:

– ¡Ya es usted médico!..

Y Ventura, no encontrando palabras con que expresar su gratitud, le besó la mano y salió ebrio de alegría, y oprimiendo contra su corazón aquel título que tantos y tan malos ratos le había costado.

Todavía, al volver un pasillo, oyó la estentórea voz del rector que le recordaba su juramento.

– ¡Ventura, que todo se sabe!.. ¡Agua de limón, Ventura, que la conciencia no duerme!..

Cinco años hacía que D. Ventura vegetaba en su pueblo; en este tiempo muchas fueron las personas que hubieron de recurrir á sus conocimientos profesionales, y Ventura, fiel á su palabra, recetaba agua de limón á todo pasto; lo mismo á los niños atacados de garrotillo ó sarampión, que á los viejos reumáticos, que á los que tenían estrecheces en la uretra.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que Ventura hizo, al creer de las gentes, algunas curas milagrosas que le granjearon la admiración de todos, especialmente del cura, que no se cansaba de encomiar la ciencia del *doctor*, su invariable compañero de tresillo.

Entretanto era feliz, mucho más feliz de lo que algunos filosofastros escépticos creen que se puede ser en este mundo; se había casado con una jamona frescota, algo entrada en años y en carnes, á quien conoció niña y que tuvo la rara paciencia de esperarle los treinta años que duró su vida estudiantil; era de carácter bondadoso y ya le había dado un fruto de bendición; un chico lombriciento, tripudo y pernitorcido; el vivo retrato de su padre, cuando era niño.

Dos cosas nada más turbaban la felicidad de don Ventura: primera y principal, las habladurías del boticario del lugar, viejecillo bilioso que no se cansaba de ponerle como digan dueñas, sin duda porque con su panacea dificultaba la venta de los malditos ungüentos que tenía en su farmacia; y segunda, que si cualquier día un vecino se quebraba las piernas ó recibía una puñalada, ¿cómo iba á recetar agua de limón?.. ¿No sería exponerse á las burlas de todo el mundo?.. Tales eran los pensamientos que acibaraban la vida de D. Ventura, cuando la suerte dispuso las cosas de manera que cobrase nueva fama con aquello mismo en que temía tropezar.

Sucedió, pues, que una tarde, á la hora de la siesta, se presentó un mozo en casa del médico diciendo que le siguiera inmediatamente, porque había un hombre que se estaba ahogando.

– ¿De qué se trata?, preguntó D. Ventura por el camino.

– Se trata, contestó el mensajero, de que en el tren que ha *venío* de Madrid hay un señor enfermo; *paice* ser que se ha *tragao* una semilla de melocotón y no *pue* echarla ni *pa alante* ni *pa* atrás.

– ¡Ya apareció *aquello*, el caso que yo temía!, murmuraba el médico, y agregó en voz alta: ¿Dices que viene de Madrid?..

– Sí, señor; es un viejo grueso, *mu* simpático, que va á Archena á curarse el reuma.

Llegaron á la estación: D. Ventura, más muerto que vivo, atravesó el grupo de curiosos reunidos en torno del paciente y acercóse á éste... ¡Oh sorpresa á nada comparable!.. El enfermo que en aquellos instantes reclamaba su ayuda con tanta urgencia era el mismísimo rector de San Carlos, su antiguo amigo y maestro. El pobre anciano, á pesar del estado en que se encontraba, hubo de reconocerle, y le dirigió una mirada de angustia, suplicante, como diciendo:

– ¡En buenas manos he caído; este zángano me mata sin sacramentarme!..

D. Ventura miró á su alrededor con ojos de loco, é iba á pedir una cuchara..., pero de repente se acordó del juramento empeñado, y haciendo un esfuerzo gritó con todos sus pulmones:

– ¡Esto no es nada: que traigan agua de limón en seguida..., pronto!..

Los circunstantes se quedaron estupefactos, pues aunque ya conocían la panacea de D. Ventura, nunca imaginaron que también la recetase en un caso tan extremo como aquel: en cuanto al rector, fué tan grande la hilaridad que le causó oir la inesperada medicina de su antiguo discípulo y la buena fe con que cumplía su ridícula promesa, que se olvidó de su estado, y en un violento ataque de risa logró arrojar la semilla que le ahogaba; poco después tomó el brebaje que le presentaron, que sirvió para suavizarle la garganta, y se sintió completamente bien. El tren, entretanto, se fué, y el rector, viendo que hasta dentro de algunas horas no podría reanudar su interrumpido viaje, aceptó gustoso la invitación que su salvador le hizo de cenar en su compañía.

Desde entonces la fama de D. Ventura quedó definitivamente asentada, y hasta el mismo boticario, á pesar de su genio avinagrado, pareció participar de la opinión general.

Algunos años más tarde, después de la muerte de Ventura, los vecinos del pueblo, por iniciativa del alcalde, hicieron una suscripción para levantar un monumento que perpetuase la memoria de tan famoso médico. Y en efecto, á la entrada del lugar, y en un recodo de la carretera, hay una estatua que representa á D. Ventura Sánchez, de pie, con sus patillas á lo Méndez Núñez, el sombrero en una mano y un libro en la otra; y á sus pies, bajo un grupo de limoneros, corre una fuente en donde nunca falta algún viejo que cuente la anterior historia á las mozas del lugar que van por agua á la caída del sol.

Eduardo Zamacois



GUERRA DE CUBA. – SANTIAGO DE CUBA. UN BOHÍO EN LA MANIGUA (de fotografía de D. A. Ferrer)



GUERRA DE CUBA. – SANTIAGO DE CUBA. BRIGADA DE TRANSPORTES DE SAN LUIS (de fotografía de D. A. Ferrer)



GUERRA DE CUBA. SANTIAGO DE CUBA. SECCIÓN DE ARTILLERÍA DISPUESTA Á SALIR Á OPERACIONES (de fotografía de D. A. Ferrer)



DESPUÉS DEL BAILE DE MÁSCARAS, CUADRO DE A. EDDLER, GRAB



...DO POR BRENDAMOUR (de fotografía hecha en 1894 por Franz Hanfstaengl, de Munich)

NUESTROS GRABADOS

¡Arruinado!, dibujo de René Reinicke.—El afán del lujo y de los placeres, el deseo de eclipsar á los demás, hacen á veces forzar la máquina, como vulgarmente se dice, y el que vive de sus rentas, no teniendo bastante con éstas, consume el capital, y el que de sus negocios vive, hallando insuficiente el rendimiento de los ordinarios, acomete otras empresas en que el mayor lucro es proporcional al riesgo mayor. Cierto que no todos los rentistas ni todos los comerciantes obran así y que la mayoría obedece las reglas de la prudencia; pero las excepciones, los que emprenden aquellos caminos peligrosos, tienen segura la ruina, que muchos no pueden resistir: entonces surge ante ellos el espectro de la miseria, tal vez el de la deshonra, para huir de los cuales no hallan mejor remedio que el suicidio. El célebre dibujante alemán René Reinicke nos presenta en su hermoso dibujo el triste desenlace de uno de esos dramas de la vida moderna, y la figura por él tan admirablemente trazada es de un vigor tal, encierra un sentimiento tan profundo, que contemplándola nos parece seguir el curso de los agitados pensamientos que bullen en aquella cabeza que una bala no tardará en destrozar.



El sacerdote PAPAMALEKOS,
uno de los principales jefes de los insurrectos de Creta



MANDEKOS,
otro de los principales jefes de los insurrectos de Creta

La insurrección de Creta.—Nuestros lectores habrán podido ver en las *Murmuraciones europeas* publicadas en el número anterior tratada la cuestión de Creta de la manera magistral con que trata todas las cuestiones de la política internacional nuestro ilustre colaborador D. Emilio Castelar. Esto nos ahorra de entrar en explicaciones acerca de las causas del movimiento insurreccional estallado en aquella isla, y nos permite entrar de lleno desde luego en la descripción de los grabados que relacionados con el mismo publicamos en el presente número. El príncipe Jorge, que á poco de iniciada la insurreccion cretense fué investido del mando de la flotilla de torpederos griegos enviada para ayudar más ó menos ostensiblemente á los cretenses, es el hijo segundo del rey de Grecia: cuenta actualmente 27 años, es rubio, de ojos azules, alto y robusto, hábil en todos los deportes y está dotado de una fuerza muscular maravillosa, por lo que los súbditos de su padre le llaman el *príncipe atlético*. Ha hecho sus estudios en la Escuela Naval y en la actualidad es capitán de fragata y comandante de la primera división de la defensa móvil. En 1886 hizo su primer viaje dirigiéndose á París; después dió la vuelta al mundo y permaneció largo tiempo en Inglaterra, estudiando allí todas las cuestiones navales. Unido por estrecha amistad con su primo el actual tsar de Rusia, acompañóle hace seis años en su viaje á Oriente, y pudo salvarle la vida cuando en los alrededores de Tokío un fanático japonés atentó contra el entonces tsarewitch. Desde aquella época quedaron más unidos si cabe que antes el príncipe Jorge y el actual emperador Nicolás II.

El príncipe Jorge, panhelenista ardiente, es en extremo popular por su buen humor y su afabilidad extraordinaria.

La isla de Creta, cuyo mapa publicamos en la página 164, tiene 8.580 kilómetros cuadrados y 294.192 habitantes, cristianos en su inmensa mayoría. Por todos lados, excepto por el que mira al Peloponeso, rodéanla profundos abismos marítimos y en su interior álzanse elevadas y abruptas montañas que constituyen la más segura defensa para aquellos isleños. Las principales ciudades son la Canea, Retimo y Candía. La primera es la capital de la isla, está situada sobre una playa baja y su puerto es el más importante de Creta.

El clero cretense ha tomado siempre parte muy activa en la insurrección de la isla, provocadas todas ellas por la barbarie y el fanatismo de los musulmanes: entre los sacerdotes que forman actualmente en las filas insurrectas ocupa lugar principal el monje de San Basilio, Papamalekos, que ya se distinguió en el levantamiento ocurrido en el verano último. Goza de gran influencia en Creta, está en constantes relaciones con los más importantes personajes de Atenas y en él tienen ilimitada confianza sus ricos compatriotas, que con sus caudales apoyan la rebelión. Hace poco estuvo en Francia, en donde adquirió gran cantidad de armas y municiones. En el retrato que de él publicamos lleva el traje nacional cretense. El otro personaje que á su lado aparece es Mandekos, uno de los más prestigiosos jefes de la insurrección, admirado en toda la isla por su valor y su energía; nunca se siente más feliz que cuando pelea contra los dominadores de Creta, y cuando dispara contra ellos dice que *juega á la pelota con los turcos*.

La lámina que va en la página 165 representa á un grupo de cretenses encendiendo en las montañas una hoguera-señal, sistema que los insurrectos emplean á modo de telegrafía de campaña para comunicarse unos con otros.



El eminente pintor español D. LUIS DE MADRAZO
recientemente fallecido en Madrid (de fotografía)

Guerra de Cuba.—En la página 167 publicamos tres grabados reproducidos de fotografías que de Santiago de Cuba nos ha remitido D. A. Ferrer, cuya mejor descripción está en ellos mismos: son tres notas interesantes del teatro de la guerra, que creemos han de ver con agrado nuestros lectores y que continúan la serie de las que venimos dando como información gráfica desde que comenzó la campaña.

Después del baile de máscaras, cuadro de A. Eddler.—¿La llevó al baile el afán de placeres, el vicio, el impulso de un instinto desenfrenado? ¿Fué allí en un acto de desesperación para ver si encontraba algo con que aliviar la miseria en que ella y su madre moribunda se consumían? ¡Quién lo sabe! El cuadro de Eddler no nos permite adivinar el primer término del problema y sólo nos ofrece la solución del mismo, solución horrible, expresada en una composición intensamente sentida y desarrollada con un vigor que revela la mano de un consumado maestro.

La figura de aquella joven, cubierta aún con las galas que en el baile luciera y contemplando el cadáver de su madre, produce una de esas impresiones que difícilmente se borran y á la que contribuye poderosamente la tristeza de la estancia en que la escena se desarrolla y el tinte sombrío en que están envueltos los objetos.

D. Luis de Madrazo.—Este ilustre artista, uno de los que más han contribuído á la elevación de la pintura española en nuestros días, nació en Madrid en 27 de mayo de 1825 y se distinguió muy pronto como dibujante y pintor de cualidades excepcionales. Con su primera obra, *Tobías devolviendo la vista á su padre*, ganó en 1848 la pensión de Roma, pintando desde entonces infinidad de cuadros que le valieron las mayores recompensas en España y en el extranjero: entre ellos citaremos el *Entierro de Santa Cecilia*, *D. Pelayo en Covadonga* y *Santa Isabel reina de Hungría*. Disgustado justamente por el fallo del Jurado de la Exposición de Madrid de 1862, renunció desde entonces á exponer en certámenes públicos y siguió pintando sólo asuntos de encargo y retratos, género en el que ha dejado verdaderas obras maestras. Modesto hasta la exageración, no quiso nunca ser académico, ni tenía cruces ni distinciones. Fué auxiliar en la enseñanza de las Bellas Artes en 1857, profesor de la Escuela de Pintura en 1880 y director de la misma desde 1891.

El teniente coronel de artillería D. Salvador Ordóñez.—El nombre de este ilustre jefe de nuestro ejército es popular, no sólo en España, sino que también entre todos los ejércitos extranjeros: los cañones por él inventados le han dado universal celebridad, y recientemente en la Habana se han hecho en la batería de «Santa Clara» nuevas pruebas de los mismos, que han demostrado una vez más su bondad y su importancia. La fotografía que reproducimos nos ha sido remitida por los fotógrafos de la Habana J. A. Suárez y Compañía.



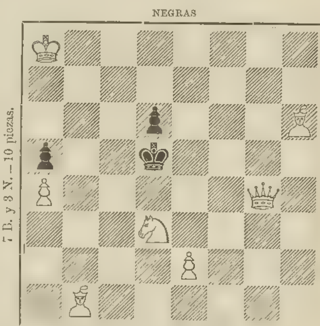
El teniente coronel de artillería D. SALVADOR ORDÓÑEZ,
inventor de los cañones de su nombre
(de fotografía de J. A. Suárez y C.ª, de la Habana)

Lámpara eléctrica, obra de F. W. A. S. Bensom.—Por su elegancia, por su carácter artístico bien merece ser reproducida la lámpara eléctrica que publicamos en la página 174 y que figuró en una exposición de industrias artísticas recientemente celebrada en Londres. La armonía del arte y de la industria es hoy una tendencia universal, y las naciones que dan á los asuntos artísticos la importancia que merecen, hacen constantes esfuerzos para que la industria vuelva á sus antiguos derroteros y fomentan aquellas enseñanzas que convierten á los artesanos en verdaderos artífices.

AJEDREZ

Problema número 60, por Valentín Marín

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 59, por J. Tolosa

Blancas.	Negras.
1. D6R	1. R4AD (*)
2. C toma P jaque	2. R5D
3. C5CD mate.	

(*) Si 1. R6AD; 2. D6CD y 3. C5D mate; – 1. P4TD; 2. C de 7A á 5CD jaque y 3. D mate; – 1. A7CD; 2. D5D jaque y 3. D mate; – 1. P5AR; 2. D4AD jaque y 3. D mate; – 1. C4R; 2. D6CD jaque y 3. D ó C mate; – 1. C juega á otra casilla; 2. D toma PR mate, – y 1. A6AD; 2. D5D mate.

LA ONDINA DE BRETAÑA

NOVELA POR PEDRO MAÉL - ILUSTRACIONES DE VICENTE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

¿Por qué había necesitado dormirse para conocer la dicha de ser amada? Lena volvió á cerrar sus párpados y se empeñó obstinadamente en dar nueva vida á la seductora ilusión.

¡Ay! Fueron vanos sus esfuerzos.

El hilo de la trama estaba ya cortado: las visiones huían en el espacio, desvaneciéndose para no volver más.

Y la razón, aquella razón que Magdalena había conseguido despertar á fuerza de voluntad y de energía, reconquistó victoriosamente el terreno de que la imaginación poco antes se había enseñoreado.

- ¡Estoy loca!, pensó en voz alta la joven.

Y ¿quién sabe? Quizás había algo de verdad, pues locura venía á ser la prolongación del ensueño.

Como si aquella frase hubiera sido un desafío, la imaginación volvió á ejercer su influencia. De su conflicto con la razón nació la reflexión. Poco á poco, la soñada imagen fué reduciéndose en el espíritu de Magdalena á una simple alegoría.

Comenzó la joven á analizar sus propios sentimientos, haciéndose preguntas á las que ella misma contestaba.

¿De dónde le había venido el brusco deseo de aprender? ¿Por qué había emprendido con tanta tenacidad estudios que hasta entonces tuvo por inútiles y encontró insípidos é insoportables?

Su conciencia habló claramente.

Toda aquella transformación de su ser había sido provocada por un solo sentimiento, había sido inspirada por una sola idea: la idea de merecer de Pablo una estima á que quería hacerse acreedora, y el sentimiento del perfecto egoísmo que descubría en el fondo de la gracia superficial de Alina.

¿No le faltaba á ella también, acaso, á la misma Lena, una perfección que adquirir, y para girar dentro de los términos de la leyenda, no era *su alma* la que quería conquistar?

Estaba tan sumergida en la meditación, que permanecía con los ojos abiertos, inmóvil, en el mismo sitio, sin darse cuenta del tiempo que pasaba, ni de la noche que á su espalda sombreaba el cielo.

La hora estaba llena de armonía sublime. Las estrellas empezaban á brillar en el azul pálido del firmamento. Las nubes del horizonte retenían en sus contornos un filete de oro fundido. Las gaviotas tornaban á los arrecifes lanzando gritos agudos y haciendo gran ruido de alas.

Lena recobró de pronto la noción del momento y del lugar.

- ¡Dios mío!, exclamó. ¡Qué olvido! Se me ha pasado la hora. ¡Qué inquietos estarán en el castillo! Mi pobre Gwen debe ser presa de espantosos terrores.

Levantóse, disponiéndose á partir.

El mar estaba en su plenitud.

Cuando la joven fué á saltar el foso, tuvo que retroceder ante la anchura inusitada del agua que lo cubría. El agua salada encerrábala en su islote, y si Alain no regresaba en seguida, seríale preciso esperar seis horas para poder volver á tierra firme.

No podría estar en el castillo hasta media noche.

Experimentó una verdadera contrariedad, no por ella precisamente, sino pensando en las crueles angustias que aquella tardanza iba á causar á la institutriz.

Sus ojos se humedecieron y murmuraron sus labios:

- ¡Pobre Gwen! ¡Me ama tanto! ¡Le doy tantos disgustos!

Por fortuna, su olvido no iba, por aquella vez, á tener consecuencias.

Volvió á sentarse en el umbral, y cuando su mirada se perdía en la creciente sombra, *Spring*, que se había echado silencioso á sus pies, dejó oir de pronto un ladrido sonoro y alegre.

Al mismo tiempo se percibió, á un centenar de metros del islote, un ruido de remos que acompasadamente hendían el agua.

El bote del padre Alain destacóse lentamente de las brumas, impregnadas aún de una claridad vaga, y el viejo marinero hizo entrar por fin la pequeña embarcación en su estuche roquizo.

Un instante después saltaba á tierra el muy bondadoso anciano delante de Magdalena regocijada.



Al llegar á la última línea, cayó una lágrima de sus ojos

- ¡Ah, señorita Lena!, exclamó sin preámbulos. ¿Sabe usted en qué me está haciendo pensar?

- No, padre Alain. Dígamelo.

- En la historia que le conté á usted el otro día. Me hace usted el efecto de la... ¿cómo se llama eso?.. ¡Ah, sí!, de la ondina que suplicó y lloró para que le diesen una alma.

La huérfana estremecióse al oir aquello.

¿Por qué la primera palabra que le dirigía su anciano amigo, recordándole la leyenda, se relacionaba con el ensueño que acababa de tener y que la había cautivado hasta el punto de hacerle olvidar la hora del regreso?

Lena, sin embargo, se echó á reir contestando:

- Pues bien, padre Alain, es lástima que no tenga de la ondina más que el parecido... No he podido pasar el foso, siéndome preciso resignarme á aguardar hasta tanto que usted volviera para rogarle que echara el puente.

. . . .

Como lo había previsto, cuando Lena hubo regresado al castillo encontró á la pobre Gwen presa de los más vivos terrores.

Contra su costumbre, no quiso bromearse con ella burlándose de sus miedos. Por el contrario, corrió hacia la institutriz con los brazos abiertos, colgóse de su cuello y le dijo con una voz donde se sentían temblar las lágrimas:

- ¡Perdón, mi pobre Gwen! ¡En la culpa he llevado el castigo!

Inútil decir que miss Hotspur era incapaz de guardarle rencor.

Mas experimentó una verdadera sorpresa. El tono, la actitud y hasta la fisonomía de Lena revelaban un profundo cambio.

Creyó notar en su rostro algo así como un aire de gravedad que nunca en él había observado. El día fué para la joven día de revelaciones íntimas; pero aún le reservaba algo nuevo.

Apenas se calmó la emoción de Gwendolina, fué ésta á su cuarto, volviendo á los pocos momentos con una carta abierta que entregó á Magdalena, diciéndole:

- Su tutor me la envía. Es para usted.

La huérfana sintió latir fuertemente el corazón, al mismo tiempo que se encendía su rostro. Había conocido la letra, y aunque la carta no era larga, su contenido inesperado bastaba para motivar la repentina turbación de la joven.

Pablo le escribía lo que sigue:

«Mi pequeña ondina: No tengo más que el tiempo preciso para enviarte un recuerdo. Llegamos á la rada de Punta de Gales en el instante mismo en que sale el correo. ¿A que no adivinas lo que tengo á mano para sellar el lacre con que cerraré el sobre de esta carta Justamente el pie de la copa que rompiste la noche de nuestra despedida, pues me lo traje conmigo.

»Cuando veas á la señorita de Pelvoux háblale de mí, y háblame á mí extensamente de ella cuando me escribas.»

Lena sonrió al comenzar la lectura. Al llegar á la última línea, cayó una lágrima de sus ojos.

SEGUNDA PARTE

EL ALMA DE LA ONDINA

I

«EL TIEMPO NO TIENE RIBERAS»

«Mi querido primo: Ya hace año y medio que nos dejaste. Afortunadamente, el tiempo no pasa sólo para nosotros. También para ti pasan los días y tras las semanas deslízanse los meses. Con seis más que transcurran te veremos regresar á Ely. Espero que te darán esta vez una larga licencia, lo cual me causará gran placer, y que no tendrás que hacer nada, pudiendo entregarte al reposo, pues bien te lo has ganado. Por lo menos mi tutor me afirma que no pueden negártela y que ha dado ya oportunamente todos los pasos necesarios para conseguirla...

»Ya que hablo de mi tutor, déjame decirte en seguida que su ascenso á capitán de navío lo ha rejuvenecido..., no quiero darte á entender que estuviera viejo, nada de eso; pero diríase que se ha quitado algunos años de encima. La verdad es que desde que no necesita estar como antes con la cabeza siempre inclinada sobre sus malditos mapas, se lo ve derecho como un álamo del Laita.

»Tengo que darte la noticia de que, gracias á la inteligencia de esta buena de Gwen, cuyo mérito cada día aprecio más desde que dejé de ser la necia chicuela que conocías al marcharte, que gracias á esta buena de Gwen, te repito, hemos instalado en Ely una soberbia vaquería. Mi tutor ha encontrado una excelente ocasión de vender mi propiedad de Pontivy, pero se ha reservado diez vacas que aquí nos dan leche, manteca y quesos exquisitos. He de confesarte que yo he contribuído mucho á ello desde que nuestro buen doctor M. Loarn me ha dicho que no hallarás nada mejor para restablecer tu salud, después de tu regreso del Extremo Oriente, que la leche, la manteca y los quesos de nuestra vaquería. Además, no se me ha olvidado lo mucho que te gustaban las cremas frescas de Sarzeau, y puedo asegurarte que si en otras cosas no he dejado muy satisfecha á miss Hotspur, en esta he aprovechado bien sus lecciones.

»Desde que ni tú ni mi tutor pertenecéis á la defensa móvil, diríase que estos marinos están incomodados con nosotros. Ya no se ve por aquí ni un solo torpedero. Hay que ir hasta Quiberón para ver desde lejos la silueta de un buque.

»Verdad es que he visto muchos este invierno en Lorient, de donde acabo de llegar; me es preciso conformarme á las constantes reclamaciones que me diriges en tus cartas.

»Alégrate, voy á hablarte de *ella,* y extensamente esta vez, según me lo exiges. La señorita Alina de Pelvoux está más bella que nunca... Así es que mientras ha permanecido en Lorient ha obtenido muchos triunfos... Le han hecho la corte de una manera que, ciertamente, te hubieras sentido orgulloso si los numerosos adoradores de nuestra encantadora parisiense hubieran podido saber que su ídolo estaba destinado á hacer la felicidad de un teniente de navío que yo conozco. Por su desgracia, todos esos galanes han perdido el tiempo... No he visto nada más indiferente que la señorita de Pelvoux. Hasta se podría creer al ver su impasibilidad que no ama nada ni á nadie. Mas sobre este punto no hay para qué hacer caso de la opinión de una muchacha como yo, que ni conoce el mundo, ni ha vivido más que en medio de los bosques. Probablemente, vuestra hermosa Alina se halla al corriente de la diplomacia social y disimula sus sentimientos hasta el extremo de hacer creer que no tiene ninguno.

»Me engaño, sin embargo: hay una cosa que ama por encima de todo: los bailes y las fiestas. Te aseguro que bailó como nadie en el último baile de la Prefectura Marítima. Hay que reconocer que baila muy bien; aún tengo en el oído el eco de los elogios que provocó al pasar valsando con el ayudante del general que manda la división de Vannes. No recuerdo su nombre, pero es uno de los más airosos galanes que pueden verse. No se oía en torno de ellos más que esta voz unánime: «¡Oh, qué hermosa pareja!» Conque, primo mío, quedas advertido ya. Nunca te he visto bailar, mas estoy persuadida de que lo haces de una manera arrebatadora. De todos modos, no olvides ejercitarte en el baile, pues tu mujer te hará valsar en grande á la vuelta de cada una de tus campañas.

»Ahora tengo que revelarte una cosa que quizás no te sorprenda y es que los asuntos de tu futura suegra van más de prisa que los otros. Es más que probable que á tu regreso hallarás casada á la señora de Pelvoux. Donde digo señora de Pelvoux debiera decir señora de Defresne, pues es el capitán de fragata de este nombre el que desde antes de tu salida se presentó candidato á la sucesión del difunto señor de Pelvoux. He oído que si mi tutor hubiera querido ser en esta materia tan perspicaz como lo es en cosas de marina, hubiese podido triunfar sobre este rival de hoy. Pero tu hermano, ya lo sabes, es poco aficionado á las cosas profanas, según él mismo dice cuando habla del matrimonio, y me parece destinado á morir soltero, al mismo tiempo que excelente marino, á menos que no se decida á hacerse definitivamente ermitaño de Ely.

»Mi buen primo Pablo, encontrarás sin duda que estoy charlando demasiado, sin orden ni concierto, y que es excesiva esta audacia en una muchacha que rompe copas de champagne en la mesa. Pero te ruego no olvides que esta muchacha tendrá pronto diez y nueve años, edad respetable aun tratándose de las ondinas de Rhuis. Añade á esto que estoy saliendo de mi ignorancia, á lo cual me ayuda mi querido tutor, y que mi buena Gwen, que no se rejuvenece, ha vuelto á empezar sus estudios para que yo no la deje atrás. Sus cuarenta años, edad á la que está próxima, me prestan diariamente el auxilio de su experiencia, enseñándome á no precipitarme en mis juicios.

»¿Es necesario decirte que la quiero más cada día y que me empeño en hacerle olvidar mis travesuras y mis faltas de respeto de otras veces; en una palabra, todos los sobresaltos por que mi infancia indómita ha hecho pasar á su buen corazón?

»También he de hablarte del pobre padre Alain. A pesar de sus setenta y dos años no está mal de salud, y eso que afecta prever su próxima muerte. Nunca lo veo más alegre que al abordar este fúnebre asunto.

—»Ya ve usted, señorita Lena, me dijo el otro día, Dios concede á los viejos marineros como yo el favor de no prolongar sus últimos momentos. Les coge hoy la enfermedad, y á los tres días ¡crac!, todo está concluído.

»Naturalmente, yo combato con todas mis fuerzas tan lúgubres previsiones, y me siento dichosa cuando veo que eso no le impide salir al mar..., simplemente á recrearse. Una singularidad que quiero que sepas. Figúrate que—había olvidado decírtelo—Gwen y yo, hace algún tiempo, habíamos repuesto el mobiliario de su casita y especialmente su batería de cocina. Entonces al buen hombre se le puso en la cabeza que su vivienda no era digna de los muebles, y como aún le quedaban unos diez metros cuadrados disponibles sobre el islote, ha vendido en 1.200 francos la casa que tenía en Saint-Gildas y con ese dinero ha hecho construir sobre la roca un verdadero observatorio de piedra. Hay en el interior tres piezas. Una, según él dice, para los *amigos.* Conoces como yo á los amigos del padre Alain; llámanse, siguiendo el orden de la intimidad, Magdalena de Kéroulaz, por otro nombre Lena y por otro nombre la *ondina; Spring,* perro de Terranova, y miss Gwen Hotspur, á quien el bueno de Alain llama ahora la *señorita Graine.*

»Creo, mi querido primo, que estarás satisfecho de mí: he llenado ocho páginas de un lado á otro y de arriba abajo, de las cuales cuatro, por lo menos, consagradas á lo que más te interesa. Ya es hora de poner punto. Aún tendrás tiempo de contestarme antes que tu buque emprenda el camino de Francia.

»*Spring,* que no se separa de mí un momento y que acaba de ladrar de alegría oyéndome escribir su nombre, te manda sus felicitaciones más sonoras. Yo te envío el más parisiense de los saludos que he aprendido durante los dos meses de residencia en Lorient en compañía de quien tú sabes.

»Tu respetuosa prima

»Ondina.»

Magdalena cerró el sobre con cuidado y entregó la misiva al cartero á la hora en que le tocaba á éste ir por el castillo, ó sea á las once de la mañana

Corría el mes de octubre

Era el segundo otoño que pasaba desde que se fué Pablo.

Las cosas habían cambiado mucho de aspecto y aguardábanle al oficial de marina no pocas sorpresas.

Lena estaba también muy cambiada.

Sólo aquella carta bastaba para revelarle al teniente de navío la transformación de su prima. La crisálida se había convertido en mariposa; el espíritu de la mujer había roto los lazos de la infancia.

Sin perder nada de su virginal candor, Magdalena había adquirido esa gracia en las actitudes, esa originalidad en el carácter, ese giro intencionado y esa verbosidad en la conversación que dan á las mujeres distinguidas un encanto tan poderoso y una atracción tan viva sobre los que están cerca de ellas.

Y no era sólo el ser intelectual, sino el ser moral el que había adquirido tal grado de perfeccionamiento

En aquellos dos años de educación había aprendido Lena tanto como otra mujer aprende en diez años. Sin esfuerzo, por un desarrollo espontáneo de sus facultades, había adquirido, á la par que sólidas virtudes, esas cualidades brillantes que á la mujer adornan á los ojos del mundo.

Siguiendo los consejos de Gwen, que no era ya para ella más que una amiga, y las indicaciones de su tutor, que iba convirtiéndose en padre de su pupila, Lena fué acostumbrándose á pasar algunas temporadas fuera de Ely. De esto no escribió á Pablo nada ó casi nada.

Voluntaria ó involuntariamente, se olvidó de decir á su primo que las temporadas que pasó en Lorient durante los dos años formaban en junto cerca de ocho meses; que, además de aquellos viajes á la hermosa prefectura marítima del Morbihán, había estado dos veces en París, y que aquellos cambios de residencia habían extendido el círculo de sus relaciones, las cuales se hicieron más variadas, gracias á sus disposiciones maravillosas para todos los ramos del saber, á un verdadero talento musical que desdeñó durante largo tiempo, á su afición por el canto, que cultivaba con exquisito gusto y que añadía atractivos á su voz, de suyo hermosa y bien timbrada, y al estudio del dibujo y de la pintura, en el que adquirió conocimientos suficientes para practicar este arte, donde por la observación se llega hasta perfeccionar la naturaleza misma.

A medida que se enriquecía su espíritu, desarrollábase paralelamente su cuerpo, confirmando el adagio latino: *Mens sana in corpore sano.*

Estaban realizadas ya todas las promesas de su infancia rústica. Magdalena de Kéroulaz era admirablemente hermosa.

Aquella hermosura era un embarazo para su modestia, un motivo de fatiga y de enojo para su voluntad, fija en la idea de conquistar el amor de su primo

Pedro de Guenezán vióse obligado á presentar á su pupila en sociedad, donde produjo profunda y seductora impresión, y á abrir las puertas del castillo de Ely á varios pretendientes más ó menos disfrazados.

La cosa no se había limitado á eso.

Diéronse pasos, más ó menos francos, cerca del comandante, que empezaba á hallar abrumador el peso de la tutela de una soberbia joven de cerca de diez y nueve años, asediada por las madres deseosas de la felicidad de sus hijos y por los hijos á quienes atraía el brillo de un encanto incomparable

Lena había aprendido mucho en aquellos ventiún meses, sobre todo adquiriendo el discernimiento necesario para distinguir el verdadero afecto de los cálculos interesados; mas carecía naturalmente de esa experiencia que sólo se obtiene con la edad.

Por fortuna, servíanle de sostén la constancia y la tenacidad de su amor por Pablo.

Vago é irreflexivo al principio, aquel amor había adquirido toda la seriedad de las santas afecciones que se practican igual con la austera abnegación del deber que con las legítimas alegrías de los lazos sagrados.

Independientemente de su voluntad personal, las circunstancias contribuyeron á afirmar en Lena la resolución decidida de no casarse más que con Pablo de Guenezán, su primo en cuarto grado.

En efecto, el nombre del joven oficial había brillado en dos ocasiones con gran prestigio.

La primera vez la prensa del mundo entero lo había elogiado con motivo de un combate victorioso, en el cual, con una chalupa cañonera y veinticinco hombres, derrotó á cuatro barcos de piratas chinos y malayos en la bahía de Along.

La segunda vez, los periódicos marítimos franceses habían contado en detalle el rasgo de sobrehumana audacia y al mismo tiempo de admirable serenidad del teniente de navío Pablo de Guenezán que, desempeñando el cargo de comandante á bordo del *Volta* por enfermedad de sus jefes, salvó á la tripulación de una muerte segura atravesando con valor y serenidad la cola de un tifón desencadenado, en las costas de la isla de Hai-Nan.

Lena había sentido vibrar en lo más profundo de su corazón el eco de aquella admiración universal. Sí, Pablo era el héroe con que había soñado, y como la ondina del mito, desde hacía ventiún meses, plazo más largo que el de la leyenda, iba ella adquiriendo día por día, hora por hora, no sólo un alma, su propia alma, sino también el corazón de aquel amado ausente que corría el peligro de caer en poder de una coqueta desprovista de alma en absoluto.

Como la joven no podía, ni se hubiera atrevido á ello por timidez, ni en ello hubiera consentido por natural orgullo, ser la primera en revelar el estado de su corazón, quiso expresar á su primo la admiración que por él sentía, enviándole un presente tan delicado como sincero.

Ideó enviarle bajo sobre algunos líquenes secos del más viejo *men-hir* de Saint-Gildas, juntos con una ramita de zarza. Lo envolvió todo en una cinta azul y escribió en un papelito, prendido con un alfiler á la cinta, estas solas palabras:

De parte de la ondina de Rhuis.

¡La ondina de Rhuis! Nada le impedía tomar el nombre de la graciosa heroína de la leyenda, puesto que Pablo ignoraba la poética ficción y aquel nombre sólo le haría recordar el de su prima Magdalena de Kéroulaz.

Entre tanto, los pretendientes á la mano de la joven estrechaban el círculo, uniéndose en cierto modo para el asalto y aspirando ya á conquistar su corazón, ya á arrancarle por sorpresa su consentimiento.

Cosa sorprendente para Lena, el ataque llegó por un lado que no había previsto. Fué su tutor en persona quien se hizo intérprete de los diversos pretendientes que la solicitaban, reservando á Magdalena la completa libertad de elegir entre ellos el que fuese de su preferencia.

Aquella «batalla del matrimonio,» como la joven la llamaba en el acceso de loca alegría que le produjeron las gestiones de los principales candidatos, dióse en los últimos días de la estación, cuando las hojas muertas cubrían ya los estrechos senderos de las arboledas de Saint-Gildas y de Sarzeau.

El capitán de navío, que esperando un mando próximo gozaba de los últimos instantes de aquella temporada campestre, dirigióse á Magdalena una tarde á eso de las dos y media, viéndola ocupada en cortar las puntas de las ramas de unos rosales.

La halló en aquel momento tan resplandeciente de juventud y de hermosura, que el tenaz solterón experimentó al contacto de aquella frescura adorable algo así como un remordimiento de no haber nunca prestado culto al dios de los himeneos. El cariño profundo é intenso que había consagrado á Lena le arrancó un suspiro.

—¡Ah, si en vez de ser mi pupila fuera realmente mi hija!, murmuró.

Y pensó en sus cuarenta y cuatro años cumplidos.

En efecto, podía ser el padre de una Lena de la misma edad que aquélla.

Pedro de Guenezán meneó su cabeza, queriendo alejar aquel remordimiento importuno é inútil. Era ante todo un hombre razonable.

—¡Lena!, exclamó.

—¿Mi tutor?, contestó Magdalena mirando hacia él, sin dejar el instrumento con que cortaba.

—Ven aquí un rato, dijo el comandante. Tenemos que hablar.

La joven acudió, graciosa y encantadora, con ese andar ondulante algo perezozo, en el cual, sin embar-

go, un observador hubiese al momento reconocido la vivacidad de los nervios y el ardor de una sangre generosa.

Pedro la cogió de las manos, y riendo, si bien un tanto conmovido por el asunto que iba á tocar, dió á su voz las inflexiones de una alegría exagerada.

– ¿Sabes que ya no eres una niña, ondina?.. ¡No, nada de eso!

Ella, en el mismo tono, replicó:

– ¡Como que voy ya para diez y nueve años! y medio. Tendré entonces que darle á usted las cuentas de mi tutela, á no ser que un acontecimiento imprevisto, aunque fácil de prever, no adelante el plazo, lo cual me colmará de alegría.

– ¿Qué acontecimiento, mi tutor?

– ¡Pues la cosa está bien clara! El que suele poner fin á la vida de soltera de una mujer.

– Quizás la entrada en un convento...

– ¡Déjame en paz! Tú no naciste para monja.

¡Bah! Eso no lo sabe usted... es igual, y que una vez transcurrido ese plazo me reservo hacer mi elección, según mis inclinaciones, aunque me arriesgue á quedarme soltera.

Pedro se encogió de hombros, exclamando:

– ¡Bah! No es esa tu resolución terminante...

– Terminante... para esos señores. Y ahora, mi querido tutor, vuelvo á cortar mis rosales.

Pedro no pudo sacar más en limpio y se alejó diciendo entre dientes:

¡Hum! Esto no es natural.



El pobre Alain se va... Muy pronto habrá dejado de vivir

– Lo sé perfectamente, Lena, y es por eso por lo que he decidido hablarte.

– ¡Ah! ¿Es que á los diez y nueve años tengo que saber algo nuevo?

– Acaso. Por de pronto, debo decirte que son bastantes los que se han fijado ya en que te aproximas á los diez y nueve años. Para ser más exacto, te diré que se te encuentra, si no una mujer en todo el sentido de la palabra, por lo menos una cumplida señorita. Así opinan cuantos te conocen.

– Todos esos que me conocen son demasiado buenos y amables..., mas ¿á qué viene esa unanimidad de elogios?

– ¿No lo adivinas?

– ¡Ah! No sé si tengo derecho á adivinarlo...

– ¡Vamos! ¡Ya diste en ello! Veo que me has comprendido. Gracias; así me ahorras el exordio. Puesto que entramos bruscamente en el debate, abordemos el asunto. Estás en edad de casarte.

Magdalena al oirlo rompió á reir.

– ¿De modo que es eso lo que me quería usted enseñar, que el momento de casarse es á los diez y nueve años? Pues bien, mi buen tutor, espere usted que llegue á esa edad; no tengo todavía más que diez y ocho años y medio.

Y la joven dió con el tacón un golpecito en el suelo.

– Vamos, Lena, no te burles de mí. He tomado siempre en serio mi papel y en serio quiero seguir tomándolo en esta ocasión.

Y como Lena continuaba riéndose, apretando sus labios burlones para contener la risa, Pedro la pegó amistosamente con la mano en un carrillo, añadiendo:

– Pícara, no es eso lo que te digo. En vez de mirarme con ojos de indisciplinada, me deberías ayudar á cumplir mi misión. Conque ¡á ver si me ayudas!

Lena dió media vuelta girando sobre sus talones, y de espalda al comandante, exclamó:

– Me pondré así, puesto que no quiere usted que le mire. ¿En qué debo ayudarle? Ordéneme y seré dócil.

– ¡Oh, insoportable criatura!, gritó Pedro con furor cómico. Pues bien: continúa como estás. No has de intimidarme por eso. He aquí de qué se trata.

Y con una solemnidad de tono que contrastaba con la reprimida hilaridad de Magdalena, comenzó:

– Señorita Magdalena de Kéroulaz, mi querida pupila, va usted á ser mayor de edad dentro de dos años

– Pues ¿no he de saberlo? Estoy seguro, y prueba de ello es que tengo llenos los bolsillos de cartas de amigos y de conocidos pidiéndome el favor de ser presentados á ti, y disputándose el peligroso honor de darte una existencia tejida de seda y oro.

– Vea usted, mi tutor, las consecuencias de tomarse por mí un interés tan excesivo: esos amigos y conocidos ignoran mis inclinaciones. El oro y la seda no constituyen la felicidad.

– ¡Oh! Ya lo sé. Es un antiguo proverbio. La fortuna no hace la dicha, pero ayuda á ser feliz. Y tu fortuna es bastante crecida.

– Once mil trescientos cuarenta y dos francos de renta, mi querido tutor.

– ¡Cómo! ¿Has revisado mis libros?

– Algunas veces, sin que usted lo haya notado, y eso que encontraba usted hechas las sumas. Pero esté usted tranquilo, también sé á cuánto sube su renta de usted y la de mi primo Pablo.

– ¡Ah! ¿De modo que has dejado ya de ser una ondina?

– Acabemos nuestro diálogo, mi querido tutor. Me ha dicho usted que ha recibido numerosas cartas de candidatos á mi fortuna...

– A tu mano, loquilla.

– Bueno: ¿y cuántos son? ¿Doce, quince, veinticinco?..

– Cinco, mi Lenita, con méritos diversos...

– La diversidad no cambia nada á la cosa... ¿Y qué piden esos señores?

– ¡Pues no es difícil suponerlo! Piden una respuesta... favorable; de eso no cabe duda.

– Pero lo de «favorable» no creo que sea obligatorio. ¿Usted no está obligado más que á dar una respuesta?

– ¡Sea!, dijo Pedro. Dame la respuesta.

Lena permaneció unos segundos silenciosa.

Después murmuró:

– ¿Y tengo que darla completa, definitiva?

– Sí, hasta donde sea posible.

Entonces llevó á cabo una nueva conversión á la derecha, y colocándose con los brazos cruzados delante de su tutor le dijo resueltamente:

– Pues bien: responda usted á todos sus candidatos que no tengo ninguna necesidad de confiar mi dicha á nadie más que á mí misma; que quiero acabar bajo su tutela de usted los dos años y medio de minoridad que me quedan, en Ely ó en otra parte, me

Mas como era un espíritu apacible y lleno de confianza en el buen sentido de su pupila, no volvió á preocuparse de lo que consideró un modo de pensar momentáneo. El porvenir, en plazo muy breve, daríale la clave del enigma.

Sucedió que otro tuvo la clave del enigma antes que él.

. . . .

El 22 de diciembre por la mañana, tres días antes del día de Navidad, Lena dirigió sus pasos al islote y le sorprendió que su llamada á Alain quedase sin respuesta.

Sin embargo, Alain estaba en la casa, no cabía duda.

En efecto, la punta del palo del bote veíase por encima de la cortadura roquiza, atestiguando la presencia del anciano en su albergue.

Estaba baja la marea. Lena pudo franquear el foso sin esperar á que la mano del viejo marinero empujase el puente movible que, por un exceso de lujo, había reemplazado á las antiguas tablas.

Spring llegó antes que ella al islote.

Magdalena sintió al perro arañar en la puerta, que se abrió. Un instante después, la joven oyó un largo alarido que le hizo comprender que el inteligente animal había encontrado en el interior alguna cosa extraordinaria. Corrió al subir la ligera pendiente y franqueó á su vez la entrada de la casita.

También á su vez, apenas hubo entrado, lanzó un grito.

Contra su costumbre, Alain Le Gadek estaba sentado en el sillón de cuero que le regaló la ondina hacía un año.

Estaba inmóvil, en la más honda postración, tan brusca y tan profundamente marcado por las huellas del mal, que Lena, sintiendo un golpe en el corazón, ya no fué dueña de sí misma para ocultar á Le Gadek la impresión que sufría.

Pero nadie mejor que uno mismo conoce su propio estado.

Una pálida sonrisa iluminó sus ojos y resbaló por sus labios. Después murmuró con serena resignación:

– Cuando yo le dije á usted, señorita Lena, que esto vendría muy pronto... ¡Esto habrá acabado para Navidad!.. ¡Ah! Lo conozco bien... El pobre Alain se va... Muy pronto habrá dejado de vivir... ¡Para Navidad todo, sí, todo habrá concluído!

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL MICROFONÓGRAFO DUSSAUD

M. Dussaud ha hecho recientemente nuevos experimentos sobre la percepción de los sonidos por los sordo-mudos por medio de un aparato combinado á este objeto, que se denomina *microfonógrafo*. Sirve éste para amplificar la voz, del mismo modo que la lente amplía las imágenes, y por consiguiente abre en las ciencias un nuevo capítulo, la *microfonografía* ó microscopia del sonido.

Este instrumento permitirá estudiar, en la auscultación, los más débiles ruidos de los órganos sanos ó enfermos, y además prestará inmensos servicios á los sordos y á los sordo-mudos.

M. F. Dussaud nació en 1870, y en 1891 se doctoró en Ciencias: desde 1892 enseña Física en la Escuela de Mecánica y en la Facultad de Ciencias de Ginebra. Sus trabajos sobre los perfumes, la gutapercha, la volcanización, las amalgamas y el dorado del aluminio han tenido muchas aplicaciones y le han valido una medalla de oro por servicios prestados á la industria. En 1895 fué elegido diputado. Ha publicado muchas memorias, una de ellas especialmente muy notable sobre la refracción del sonido, en la que se expone un experimento que se ha hecho clásico.

En enero de 1896, compadecido de la suerte de una infeliz sordo-muda, reanudó un trabajo que había empezado en otro tiempo y dedicó sus esfuerzos á la invención de un aparato que aumentara á voluntad la intensidad del sonido. Después de un año de estudios y pruebas, en 29 de diciembre último hacía funcionar con éxito completo en el laboratorio de fisiología de la Sorbona y delante de algunos médicos el instrumento por él denominado microfonógrafo.

La amplificación de los sonidos pareció cosa extraordinaria, y al día siguiente el eminente doctor Laborde, director del laboratorio de fisiología, presentaba á sus colegas de la Academia de Medicina el resultado de las observaciones que había hecho con el microfonógrafo. Éste comprende dos aparatos, el registrador y el repetidor.



Fig. 1. – M. Dussaud y el joven sordo-mudo aplicando á su oído el auditivo telefónico. El aparato no funciona y el semblante del sordo-mudo tiene su expresión de tristeza habitual.



Fig. 2. – Reproducción de una fotografía instantánea tomada mientras el aparato toca la Marsellesa. El semblante del sordo-mudo se alegra y el oyente marca el compás.

El registrador. – Compónese éste (fig. 3) de un cilindro horizontal movido por un aparato de relojería sobre el cual se fija un cilindro de cera, delante del que se mueve, por medio de un mecanismo, una pieza de forma y tamaño de un reloj de bolsillo, compuesta esencialmente de electro-imanes minúsculos que accionan sobre una membrana, la cual gobierna el buril destinado á grabar la cera. Para registrar sonidos débiles colócase en la región correspondiente al órgano que se ha de examinar un micrófono de un sistema especial, que se comunica con el microfonógrafo registrador por una corriente eléctrica, procedente de uno de los sesenta pequeños elementos de sulfato de mercurio. Mediante esta corriente, los sonidos recogidos por el micrófono son reproducidos fielmente por la membrana del microfonógrafo é inscritos en la cera por el buril.

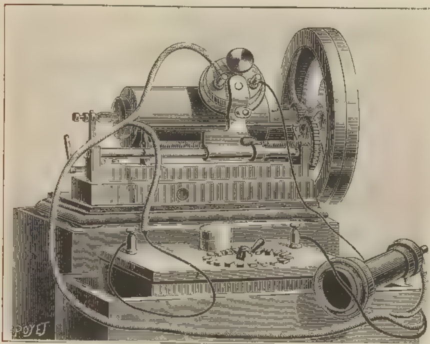


Fig. 3. – Microfonógrafo Dussaud. Vista en conjunto. – Consta de un cilindro horizontal movido por un aparato de relojería, de un micrófono registrador que gobierna el buril destinado á grabar la cera de varias pilas eléctricas y de un auditivo telefónico.

De este modo pudieron registrarse las pulsaciones del corazón en un joven en quien se determinó artificialmente una crisis de palpitaciones, y pudieron comprobarse las variaciones que se producen en el ritmo y en la intensidad de los latidos. M. Dussaud ha registrado de una manera análoga las crisis producidas en artistas y oradores por la emoción.

De suerte que en adelante se conservarán no sólo el canto y la palabra, sino que también los movimientos del alma.

En las estrofas apasionadas que exigen toda la fuerza, se comprueban golpes más secos, más precipitados, más rapidos, verdaderas emociones internas que se graban en sonidos más metálicos, más graves y que podrán reproducirse á perpetuidad como testigos de las horas en que se siente que vibra el alma entera.

Pueden inscribirse los sonidos más débiles observados en las diferentes enfermedades de los pulmones y del corazón: se comprende, pues, la importancia de este instrumento para la auscultación y el diagnóstico; todo queda en él registrado, pudiendo repetirse hasta diez mil veces sin sufrir alteraciones. El oído de los estudiantes de Medicina podrá acostumbrarse á oir todos los ruidos de los órganos sanos y enfermos: el aparato repite lo que acaba de escuchar el profesor, y el discípulo puede de este modo darse cuenta de los mismos ruidos y no de los siguientes que pueden en cierto modo ser distintos. El profesor de Patología interna podrá hacer oir á sus alumnos por medio del microfonógrafo todos los ruidos, normales y anormales, del cuerpo humano.

El médico podrá, por medio de esas observaciones, volver á oir los ruidos patológicos que notó en su primera visita y darse cuenta del curso de la enfermedad, en los casos difíciles, cuando se trata de una consulta ó cuando es necesario para comprobar el estado de un órgano, escuchar indefinidamente sin fatiga para el médico ni para el enfermo y sin que éste se entere.

Es el estudio de lo infinitamente pequeño en el dominio de los sonidos. Un ingeniero americano, mister Basaldua, ha consultado ya con Edison acerca de un trabajo que desea emprender con un microfonógrafo Dussaud extrasensible; trátase nada menos que de registrar los sonidos del pensamiento. En las horas de actividad cerebral intensa, el aflujo sanguíneo produce en nuestro cerebro una serie de ruidos que la caja craneal hace resonar. El pensamiento es un sonido imperceptible á nuestro oído, es quizás una armonía misteriosa y suave que llena los medios desconocidos en que se agita el pensamiento y en donde se realizan los fenómenos psíquicos y telepáticos.

En otro orden de ideas, M. Dussaud ha registrado con un microfonógrafo horizontal los sonidos infinitesimales que producen los insectos en su marcha ó por el roce de ciertos órganos. En esta materia hay una porción de nociones curiosas antes ignoradas y que arrojan mucha luz sobre las costumbres de esos seres que tienen también su sentido musical y que andan á veces con extrañas y variadas cadencias que le son propias.

El repetidor. – Se compone también de un cilindro horizontal movido por un mecanismo de relojería: sobre él se pone el cilindro de cera grabado por el registrador, y un mecanismo hace mover delante de él una membrana provista de un estilete de punta roma. Sobre esa membrana hay un pequeño micrófono provisto de tornillos micrométricos, de muelles y palancas.

Tal es en sus partes esenciales el microfonógrafo repetidor: para servirse de él se hace circular la corriente eléctrica de uno á 60 elementos de sulfato de mercurio, la cual después de haber atravesado aquél pasa á un auditivo análogo á los de los teléfonos, en el cual se oye lo que ha sido inscrito en la cera con una intensidad variable según la corriente.

La figura 1 representa un joven sordo-mudo: el aparato no funcionaba y el rostro del infeliz tiene su expresión de tristeza habitual. La figura 2 representa al mismo joven, según una fotografía instantánea sacada mientras el aparato tocaba la Marsellesa: inmediatamente el rostro se alegra y el sordo-mudo instintivamente marca el compás.

Actualmente se trabaja en la educación auditiva de los sordo-mudos por medio del microfonógrafo, y ya se comprenderá que este despertar del sentido auditivo les facilitará muchísimo el uso de la palabra, que hasta ahora no han podido adquirir más que por



LÁMPARA ELÉCTRICA, obra de F. W. A. S. Bensom que figuró en una Exposición de Industrias artísticas celebrada en Londres

el estudio del movimiento de los labios. No hay que olvidar que los sordomudos son mudos porque nunca han oído los sonidos, y que el microfonógrafo, al darles la percepción de éstos, cuando aún tienen algunos vestigios, por débiles que sean, de capacidades auditivas, ha de ser un poderoso auxiliar para mejorar su pronunciación.

Por lo que toca á los sordos, se ha llegado en muchos casos á sensibles mejorías aplicando el aparato dos horas al día durante cierto tiempo, lo cual es muy natural, porque los sordos son personas á quienes debería hablarse mucho y á quienes se habla muy poco por el cansancio que produce. Sus facultades auditivas se debilitan cada vez más por falta de uso, y si tienen un oído mejor que otro consagran á él toda su atención y el malo empeora de día en día. El microfonógrafo despierta por la gimnasia auricular los órganos dormidos y perezosos, y los estimula á vibrar con sus sonidos tan potentes que un oído normal no puede tolerarlos ni un segundo sin experimentar fuertes dolores.

Además el microfonógrafo constituye un *audiómetro* muy exacto por el número de elementos necesarios para oir los sonidos perceptibles, hasta el punto de que uno de los jóvenes sordo-mudos tratados por ese aparato que hace diez meses necesitaba 22 elementos, hoy tiene bastantes con dos. El aparato mide, pues, la sordera, y sólo por esto es ya de gran utilidad á la Medicina para comprobar las mejorías ó las agravaciones en las diversas fases de un tratamiento ó en los diversos períodos de la vida humana.

Los aparatos de M. Dussuad han sido construídos por un hábil mecánico francés, M. Sivan.

JORGE F. JAUBERT

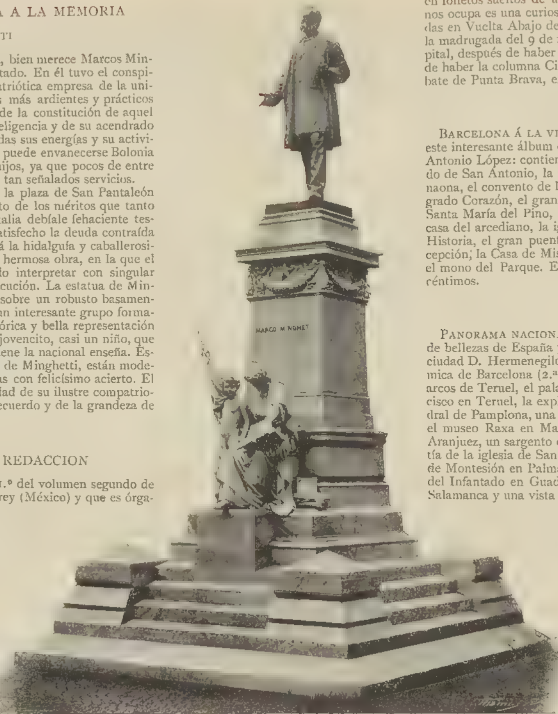
(De *La Nature*)

MONUMENTO ERIGIDO EN ROMA A LA MEMORIA

DE MARCOS MINGHETTI

Si Cavour tiene derecho á la gratitud de Italia, bien merece Marcos Minghetti los honores póstumos que se le han tributado. En él tuvo el conspicuo ministro un entusiasta colaborador en su patriótica empresa de la unidad italiana, y las modernas ideas uno de sus más ardientes y prácticos propagadores. En el luctuoso y difícil período de la constitución de aquel país, dió muestras Minghetti de su superior inteligencia y de su acendrado amor á la patria que le vió nacer, dedicando todas sus energías y su actividad á la realización de sus nobles ideales. Bien puede envanecerse Bolonia contándole en el número de sus más ilustres hijos, ya que pocos de entre ellos habrán podido prestar á la causa nacional tan señalados servicios.

El hermoso monumento que hoy embellece la plaza de San Pantaleón de la Ciudad Eterna significa el reconocimiento de los méritos que tanto enaltecieron al eminente político y estadista. Italia debíale fehaciente testimonio de su gratitud, y entendemos que ha satisfecho la deuda contraída cual cumplía á la significación de Minghetti y á la hidalguía y caballerosidad del pueblo italiano. El monumento es una hermosa obra, en la que el distinguido escultor Sr. Lio Gangeri ha sabido interpretar con singular acierto el concepto á que debía obedecer su ejecución. La estatua de Minghetti, en actitud serena y reposada, descansa sobre un robusto basamento, en uno de cuyos frentes se apoya y destaca un interesante grupo formado por la sedente estatua de una matrona, alegórica y bella representación de la *Política*, y junto á ella la de un hermoso jovencito, casi un niño, que representando al *Pueblo*, al nuevo Estado, sostiene la nacional enseña. Estas dos estatuas, que sintetizan la vida y la obra de Minghetti, están modeladas con la amplitud del gran arte y concebidas con felicísimo acierto. El Sr. Gangeri se ha identificado con la personalidad de su ilustre compatriota y ha logrado realizar una obra digna de su recuerdo y de la grandeza de la nación italiana.



MONUMENTO ERIGIDO EN ROMA Á LA MEMORIA DE MARCOS MINGHETTI, obra del escultor Lio Gangeri

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

LA UNIÓN DEL MAGISTERIO. – El número 1.° del volumen segundo de esta revista quincenal que se publica en Monterrey (México) y que es órgano de la Sociedad Pedagógico-Mutualista, contiene varios trabajos relativos á la marcha de ésta.

* * *

RÉPROBO, por *Eugenio Deschamps*. – Folleto en el cual se dirigen severas censuras contra una elevada autoridad de la República Dominicana. Está escrito en Nueva York, en donde hubo de refugiarse el autor, perseguido por razones políticas, según del folleto se desprende.

* * *

LA CAMPAÑA DE WEYLER EN VUELTA ABAJO. – *La Propaganda Literaria de la Habana* ha comenzado la publicación en folletos sueltos de una interesante crónica de la actual guerra: el que nos ocupa es una curiosa y detallada narración de las operaciones realizadas en Vuelta Abajo desde que el general Weyler salió de la Habana en la madrugada del 9 de noviembre último hasta que regresó á aquella capital, después de haber recorrido la provincia de Pinar del Río y después de haber la columna Cirujeda derrotado á las fuerzas de Maceo en el combate de Punta Brava, en el que pereció ese importante cabecilla.

* * *

BARCELONA Á LA VISTA. – Se ha puesto á la venta el cuaderno 7.° de este interesante álbum que publica en esta ciudad el conocido editor don Antonio López: contiene 16 bonitas autotipias que reproducen el mercado de San Antonio, la iglesia del colegio de Jesuítas, la plaza de Urquinaona, el convento de las Magdalenas, el convento de Misioneros del Sagrado Corazón, el gran salón del Palacio de Bellas Artes, la iglesia de Santa María del Pino, la entrada del cementerio del Este, el patio de la casa del arcediano, la iglesia de San Justo y San Pastor, el Museo de la Historia, el gran puente del Parque, el claustro de la iglesia de la Concepción, la Casa de Misericordia, el patio y la escalera de la Audiencia y el mono del Parque. Este cuaderno, como los anteriores, véndese á 30 céntimos.

* * *

PANORAMA NACIONAL. – El cuaderno 17 de esta interesante colección de bellezas de España y sus colonias que con tanto exito publica en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles contiene una magnífica vista panorámica de Barcelona (2.ª mitad) y catorce fotografías que representan: los arcos de Teruel, el palacio de Olite (Navarra), el convento de San Francisco en Teruel, la exploradora de un acorazado, el claustro de la catedral de Pamplona, una puerta en el claustro de la catedral de Pamplona, el museo Raxa en Mallorca, el salón llamado japonés en el palacio de Aranjuez, un sargento europeo del ejército español de Filipinas, la sacristía de la iglesia de Santo Domingo en Salamanca, la portada de la iglesia de Montesión en Palma de Mallorca, las galerías del jardín del palacio del Infantado en Guadalajara, unos sepulcros antiguos en la catedral de Salamanca y una vista de Sitjes (Cataluña). Cada lámina va acompañada de su correspondiente explicación hábilmente hecha en unas cuantas líneas que, aun con ser muy pocas, dan perfecta idea de lo que cada una de aquéllas representa. Este cuaderno, como todos los anteriores, se vende al precio de 70 céntimos.

* * *

REVISTA MUNICIPAL DE NUEVA SAN SALVADOR. – El número 11 de esta revista salvadoreña inserta, además de algunas disposiciones legislativas y actas municipales, un trabajo sobre *El municipio español en la Edad Media*, de Abdón de Paz, y otro sobre *La especulación bursátil*, de Alberto Raffalovich.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XVI — Barcelona 15 de marzo de 1897 — Núm. 794



PRIMAVERA, copia de un cuadro del malogrado pintor José Llovera

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo correspondiente á la presente serie, que será la «Antología Americana.»

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

El helenismo. — Los reyes de Grecia. — Sus viajes últimos. — Su parentesco estrechísimo con todos los grandes monarcas europeos. — Imposibilidad completa del viejo sistema fundado en los pactos de familia. — Despegos y guerras de los reyes entre sí. — Proceder del emperador Guillermo. — Apostasías por coronas. — Cambio de Rusia é Inglaterra respecto de Turquía. — Causas de este cambio. — Conclusión.

No renunciará nunca el genio europeo al helenismo. Esta palabra mágica significó un sistema de ideas y una serie de hechos allá en el mundo antiguo, y significa otro sistema de ideas y otra serie de hechos aquí en el mundo moderno. Al concluirse las empresas del Oriente dirigidas á convertir Grecia en una prolongación de Asia, comenzaron las empresas de Grecia dirigidas á convertir Asia en una prolongación de Europa. El magno Alejandro comenzó la realización de una idea tan sublime, y muerto sin sucesores directos, dejó su alma repartida, como en una comunión espiritual, entre los caudillos, á quienes mandó helenizar todo el Oriente, incluso Egipto, para que no pudiera perderse un trabajo creador, el cual contaba ya muchos siglos, y debía dar de sí la síntesis entre Asia y Grecia, sobre la cual habrían de fundarse, andando el tiempo, las dos obras más universales de todos los tiempos: el imperio romano y la religión cristiana. Los Ptolomeos en las orillas del Nilo y los Seleucidas en las riberas de Siria representan la continuación del alma de Alejandro y las sendas aplicaciones al Oriente y al Egipto de sus luminosas ideas, reunidas como en un foco en la ciudad maravillosa del Faro, en Alejandría, que compuso de su propio espíritu, identificado con el espíritu de Jerusalén y el espíritu de Atenas, una trilogía universal.

***

Helenismo quiere decir hoy restablecimiento y conservación de Grecia. Uno á la palabra restablecimiento la palabra conservación adrede. Nuestros predecesores peleaban del veinte al treinta por Grecia, nosotros peleamos contra Grecia. Medea trucidó ayer á sus hijos, Europa trucida hoy á su madre. Al restablecer la nacionalidad griega, lejos de incluir en ella desde los desfiladeros del Epiro y Macedonia, tan griegos, hasta los archipiélagos del mar jonio y del Egeo y del Asia Menor, nos empeñamos en mantenerla desmembrada y disuelta, sembrando con esta disolución y sus consiguientes desmembraciones mil guerras, como la que hoy aflige á todas las almas buenas, extendiendo por doquier el temor y el recelo fundadísimos de una conflagración europea. A fuerza de fuerza fueron, en varias crisis, determinándose sumas varias del territorio heleno con la madre Grecia, pues habían quedado fuera de sus senos la patria del poeta que cantó su gran epopeya, la patria del filósofo que fundó su metafísica, la patria del helenizador de Asia, la patria de aquel sabio inmortal á quien debió su cultura el Occidente, la montaña de los dioses y la montaña de las Musas, desde la cumbre donde nació Júpiter hasta la tierra donde rasgaron las Furias al divino é inolvidable Orfeo. Y sin embargo, sobre todos estos fundamentos históricos Grecia se levanta, magüer la disolución y las desmembraciones, con un solo cuerpo dotado de real organismo y con un solo espíritu, adorados hoy todavía por cuantas generaciones heredaran su inextinguible cultura.

***

Íbase, á comienzos del invierno corriente, por tal manera cayéndose Turquía en trozos, que su heredero legítimo, el helenismo, estaba ó creíase ya en el caso de reclamar la parte de aquella herencia que le pertenecía por propio derecho, justificado con gloriosos y antiquísimos títulos. Cuando los descendientes de la colonia trajana se habían erigido en pueblo libre hasta poseer nacionalidad propia y orgánico gobierno; cuando el Pelayo de la Montaña Negra se viera por todos recompensado al punto de alzarse con un puerto en el Mediterráneo, concedido por la conferencia ó congreso de Berlín á su diminuto territorio; cuando los servios tomaban el desquite de Kassovo y hacían á sus pastores de ganado reyes de Oriente; cuando hasta los búlgaros, los que combatieran un tiempo lo mismo al imperio mongólico que al imperio griego, se levantaban á una independencia conquistada con perdurable martirio, no podía concebirse quedara Grecia sin sus contrafuertes del Norte, sin Macedonia, y se tratase de satisfacerla con algunos recortes del Epiro y de la Thesalia, mientras iban sus dos mayores islas, Creta y Chipre, á los turcos y á los ingleses, cedidas á uno y otro pueblo por Europa, con desprecio de todas las leyes históricas, geográficas, etnológicas, sobre que las nacionalidades se fundan. Así, en cuanto comenzó desde los últimos días del año anterior á cuartearse bajo los furores de la tribu armenia el imperio de los formidables Ostmanes, la persona encargada de personificar el reino griego, ese alemán injerto en danés, que se llama rey Jorge, recorrió las cortes europeas á su guisa para reclamar los fragmentos de territorio heleno, por él juzgados piedras preciosas de su corona gloriosísima, forjada en los consejos europeos, como para ser la clave del helenismo, cuyos progresos y triunfos corresponden á toda la cristiandad y ornan toda la tierra.

***

Este rey pasa por el mejor emparentado de toda la tierra. Su padre, rey de Dinamarca, es conocido con el nombre, guardado en otro tiempo para Luis Felipe, del Nestor de las viejas monarquías europeas, y comparte con el pontífice León XIII y con la reina Victoria de Inglaterra un honor tan alto como la representación del decanato de la Realeza en Europa. Y á su madre la conocen todos por este gracioso mote: «Suegra del continente.» Con efecto, hace poco lo era del primer monarca oriental, de Alejandro III, y de quien deberá ser un día el primero entre los monarcas occidentales, del príncipe de la corona inglesa, entre quienes puede sin hipérbole decirse que se halla repartido el planeta. Pues bien: Jorge de Grecia es tío carnal del czar Nicolás II, hermano de la czarina viuda, cuñado del príncipe de Gales, suegro de una hermana del emperador Guillermo, marido de una gran duquesa rusa; y así el vulgo cree que puede permitírselo todo y que se arresta en este instante á empresas tan temerarias y desoye los consejos de la coalición europea, porque la sangre que corre por sus venas y los entroncamientos que tiene su familia le permiten librar muchas esperanzas en la complicidad de los poderosos, decididos á reirle sus calaveradas y perdonarle sus atrevimientos, como si pasáramos aún por los tiempos en que la política se fundaba sobre pactos de familia como los célebres entre los Austrias de Viena y los Austrias de Madrid, ó entre los Borbones de España y los Borbones de Francia.

***

El rey de Grecia puede aguardarlo todo del interés que cada monarca para su reino saque favoreciéndole; no debe aguardar cosa ninguna del sentimiento de familia en los reyes y de las voces que les den á estos señores sus venas varias rebosantes de sangre sobrenatural ó divina. Casualmente, por presidir á los regios matrimonios la razón de Estado, suele deprimirse mucho en ellos el amor y exaltarse pasión bien lejana del amor, la triste pasión de lady Macbeth, las ambiciones febriles é impacientes por reinar. Buen caso hicieron D. Enrique Trastamara y D. Pedro el Cruel de que un mismo padre les diera la vida, pues se buscaron uno á otro con saña para inferir quien de los dos pudiera más. Cercano parentesco entre los Borbones y los Orleanes no impidió á éstos contribuir al destronamiento de Carlos X é Isabel II, ni guillotinar á Luis XVI. El parentesco entre Isabel de Inglaterra y María Estuardo era tan estrecho, que un hijo de ésta heredó el trono de aquélla, por ser su deudo más próximo, y no impidió tal consaguinidad que la primera descabezase un día sin piedad á la segunda. Pedro I de Rusia y Felipe II de España se llamaron grandes, y fueron ambos á dos en verdad grandes parricidas. Nada tan chusco para cuantos conocen la Europa contemporánea como el furor apoderado de los ingleses al saber el telegrama puesto por el emperador al jefe de la República del Transvaal por haber vencido en aquellas tierras del Cabo la colonia británica, rota y maltrecha. «¡Que haga esto un legítimo nieto de la reina Victoria!,» se decían unos á otros los ingleses con admiración y extrañeza del desacato de un imperial nieto á su abuela, como si los pueblos pudieran tener entre sí un parentesco análogo al que tienen ó pueden tener los reyes. A Germania no le importan cosa los griegos, desde que al imperio de la filosofía y sus pensadores ha sucedido el imperio de la conquista y sus sargentos. Por consecuencia, el rey Guillermo, no solamente contrasta la extensión posible del reino futuro de su hermana, tiende la nerviosa mano con que abre, cual un Salomón, la Biblia en sus diarias oraciones, ó cual un David toca el salterio en sus litúrgicas ceremonias, al sultán de Constantinopla, manchado desde los pies á la cabeza con inocente sangre cristiana.

***

A los reyes les importa poco el parentesco y les importa menos la religión. Por heredar el trono de Grecia olvida la infanta heredera su confesión de Hamburgo, en que fué bautizada, y toma el agua lustral bizantina de los bautizos orientales, y acepta la inmersión como los Profetas y los Bautistas del desierto. Por ocupar el trono de Rusia entra en el Sínodo moscovita la princesa de Hesse, y por optar al trono de Italia entra en el canon y credo católicos la princesa del Montenegro. Así no hay que intentar moverlos por ningún afecto, ni humano ni divino, como no sea el interés de su dinastía, ó á lo sumo, el interés de su Estado. Lo he dicho en otra parte y no me cansaré nunca de repetirlo mientras estudie y considere las cuestiones orientales. Inglaterra, que profesaba como dogma capital de su política la conservación del imperio turco, alza los hombros ahora en presencia de su desquiciamiento, y Rusia, que profesaba como dogma capital de su política la destrucción del imperio turco, lo conserva con todo su cuidado y se apercibe á defenderlo contra toda formidable agresión. ¿Qué hay oculto dentro de este sendo proceder, tan diverso del antiguo y tradicional, de ambas monarquías? ¿Late alguna idealidad superior en ello y lo mueve cualquier noble pasión? Nada de eso. A Inglaterra nada le importa el Bósforo ahora mismo; por lo menos, no puede importarle lo que le importaba cuando no tenía en sus manos el canal de Suez y no mandaba la tierra donde se han resuelto las cuestiones orientales, el Egipto.

***

Rusia también ha obedecido á causas determinantes análogas. En primer lugar, le ofenden los levantamientos de armenios y anatolios y cretenses, porque podrían pegarse á sus propios súbditos, pues cunde mucho el mal ejemplo, y son más fáciles que los contagios epidémicos los contagios políticos; en segundo lugar, como sustituye á Francia y á Inglaterra y á Germania hoy en la cabecera del anfictionado europeo, no quiere arriesgar una dirección provechosísima y honrosa, tropezando y cayendo tras cualquier aventura de dudoso éxito; en tercer lugar, las empresas de obras públicas, á cuya virtud habrá de unir por medio de vías férreas las riberas del mar Negro con las riberas del mar Amarillo, le impiden dejar el azadón para tomar el fusil y huir del trabajo para encontrarse con el combate y con la guerra; en cuarto lugar, cualquier intento de coger á Constantinopla traería el incendio de la conflagración europea, y en ese incendio dañaríale mucho su grandeza territorial y la dispersión y el desmenuzamiento de sus tropas le traerían graves riesgos, haciendo saltar á sus pies en cien pedazos el trono que hoy ocupa y eclipsarse á su vista entre sombras el favor que hoy la sonríe. Los griegos, en su heroica pobreza, creen que el mundo se rige por ideas; los emperadores y reyes creen que se rige el mundo por intereses. Y con efecto, en esta lucha entre los intereses y las ideas, los triunfos parciales son todos para los intereses, mientras son todos los triunfos definitivos para las grandes y luminosas ideas.

Madrid, 6 de marzo de 1897.



JOSÉ ANTONIO SUCRE

PRIMER PRESIDENTE DE BOLIVIA

Vivió batiéndose como soldado valeroso: ambicionó con mayor ahinco que la gloria los sencillos y plácidos goces de la vida doméstica, y murió obscuramente, á traición, en el monte de Berruecos, á manos de asesinos pagados, y como dice la escritora colombiana Soledad Acosta de Samper, «cayó muerto entre el lodo del camino, atravesado el corazón y horadada la cabeza por sendos balazos.»

Todos los historiadores presentan al general Sucre, gran mariscal de Ayacucho, ceñido con la aureola de sus magnanimidades, de la honradez más acrisolada, de las hidalguías más puras, enlazadas con severas virtudes espartanas y con el valor sereno inquebrantable y sin alardes.

Cúpole en suerte á Venezuela ser patria del *soldado más virtuoso de la independencia americana,* y hónrase Cumaná porque en su recinto vió la luz primera aquel niño que años más tarde había de ser el amigo predilecto de Simón Bolívar.

Es fama que el futuro republicano entró en el mundo trece días después de la ejecución de aquel infortunado rey de los franceses, Luis XVI, y cuando los principios de libertad comenzaban á tomar vuelo y á lograr carta de naturaleza.

El historiador venezolano D. Ramón Azpurúa dice que el general Sucre nació en 1795. El general O'Leary fija el año 1790; otros biógrafos señalan el natalicio en febrero de 1793, y el general Flores, en su obra *El gran mariscal de Ayacucho,* expresa que fué en junio de 1793.

De todos modos, y año más ó menos, el niño nacido por entonces llegó á la adolescencia inspirado ya en las ideas liberales, y así henchido de bélicas aspiraciones, Sucre empuñó las armas en la aurora de sus quince años, poniéndose á las órdenes del glorioso Miranda.

Señálase un episodio asaz curioso, y que si fuéramos fatalistas como los árabes, diríamos *estaba de Dios* que el apuesto militar había de obtener todos los favores de la fortuna, todos los encumbramientos de la gloria y hasta la dicha cumplida conyugal, para que de pronto viese nublada su estrella en el siniestro camino de la montaña, y pereciese víctima quién sabe de qué tenebroso plan político, pues que aún la historia ni ha pronunciado su fallo ni ha penetrado bastante hasta las entrañas del crimen.

Pero dejemos á un lado lo que por este instante no es de oportunidad, y consignemos el episodio aludido.

Viajaba Sucre de Trinidad á Venezuela soñando con resarcirse de los desastres que le hicieran abandonar el suelo de la patria.

Meditaba sin darse cuenta del tiempo, mientras las olas de plácidas y serenas tornábanse hurañas, levantando penachos de espuma y chocando ruidosamente contra los costados de la nave, haciéndola juguete de su creciente furor y amenazándola con arrastrarla á lo insondable y á lo desconocido.

Luchaba el buque sin ventaja porque era débil, y por consiguiente no había de alcanzar victoria contra el poderoso enemigo. Los pasajeros, ante el cercano é inevitable resultado de la lucha, juzgábanse perdidos, y entre aquéllos, José Antonio Sucre no era el que menos sufría, y esto sin temor por la muerte próxima, pero sí al ver desvanecido su hermoso ideal de alcanzar el lauro en la independencia venezolana.

Sobrevino el naufragio: perecieron tripulantes y pasajeros, y entre el remolino que formaban las ariscas olas del mar, chocó Sucre con un objeto que se mantenía á flor de agua. Sentirlo á su alcance y aferrarse á él con toda la energía que presta el amor á la vida, fué todo uno, y durante un día y una noche se sostuvo sobre el inesperado auxiliar, hasta que por fortuna acertó á pasar una canoa y recogió al valeroso náufrago.

Sin aquel benéfico baúl vacío no ocuparía hoy el celebérrimo venezolano el puesto privilegiado en el templo de los inmortales ni hubiera ceñido los laureles de Pichincha y la corona de gloria de Ayacucho.

Declaramos punto menos que imposible pintar en tan pequeño cuadro la brillante y corta carrera del general Sucre, y ni aun á grandes pinceladas podríamos efectuarlo, si bien no dejaremos de señalar que sus capacidades superiores y su acierto como soldado lo condujeron por un camino sembrado de victorias.

«En éstas – dice el historiador Antonio José de Irisarri – manifestó que era digno de los favores de la fortuna, sellando sus espléndidos triunfos con la heroica generosidad de un valiente.»

El pecho del gran caudillo no alentaba ninguna idea bastarda ni mezquina; su alma y su corazón eran ajenos á la venganza y á los rencores: las páginas de su vida no tienen una mancha; por eso dícese al mencionarle que fué el inmaculado de la independencia.

Tenía además una modestia exagerada, á la par de exquisito tacto para el trato social y un entendimiento delicado y brillante, que se esforzó siempre en no poner en relieve, aun cuando de él ha dejado lozanos brotes en las cartas particulares, muy singularmente en las muchas dirigidas á Bolívar, su jefe, su compañero en la gran epopeya y su amigo fidelísimo.

Hay en ellas dulcísimos destellos mezclados con elevadísimos conceptos políticos y apreciaciones justas, rectas, precisas y que revelan en Sucre la alteza de un hombre de Estado, unida con el certero cálculo de un general aguerrido y la sabiduría del pensador.

Por supuesto, no debemos omitir que contaba únicamente veinticinco años cuando ceñía la faja de aquella alta graduación, ganada á fuerza de bravura y con la mente fija en la idea nacional.

Un detalle, unos párrafos de una carta señalarán la nobleza de carácter y la total ausencia de ambición.

Sucre, después de grandes servicios prestados en Venezuela y en Colombia, se cubrió de gloria en el Ecuador, y su sagaz iniciativa, su arrojo, su lealtad y buena suerte le hicieron omnipotente á la par que estimable y admirado.

No era tan sólo hombre de acción rápida y decisiva, sino que poseía madurez suma en momentos extraordinarios y grandes talentos militares.

Después de sus victorias esplendorosas en el Perú y como consecuencia de aquéllas, surgió Bolivia, y el general Sucre fué su primer presidente, no aceptando el nombramiento de vitalicio que se le otorgaba, sino únicamente por un período de dos años.

Desde aquella altiplanicie andina, coronada de nieves eternas que el altivo Sorata y el hermosísimo Illimani hacen más imponente, escribía Sucre á Bolívar diciendo:

«Desde antes he dicho á usted que me resigno á cuanto usted quiera disponer de mis servicios á la patria; siendo sincero por carácter, le diré que no deseo permanecer mucho en este país, no tanto por estar fuera de Colombia, cuanto porque veo que estando en el Perú se me obligará á conservar algún mando, y no puedo conocer bien el manejo de los pueblos para poder encargarme de una parte de su administración. El mando del ejército lo tendría porque en ese puedo hacer algo, al menos en su conservación, economía y orden; pero en pueblos no sé nada ni quiero saberlo. Confieso que mi corazón está muy distante de la carrera pública, y confieso también que la fortuna quiere protegerme en ella; yo no sé si podré vencer mi repugnancia en los negocios. Por usted continuaré en los ensayos en que estoy; por amistad á usted estaré en Ayacucho; usted me hace y me hará ser algo y digno de la gloria que me ha dado el destino.»

Un poco más tarde, y habiéndose sublevado una compañía de los granaderos á caballo, fué herido Sucre gravemente en el brazo derecho. Ya por entonces había resuelto renunciar á la presidencia, y como todos aquellos que abrigan sentimientos generosos, sintió la herida moral más que la física; y en una larga carta á Bolívar concluía con estas palabras:

«Llevo la señal de la ingratitud de los hombres en un brazo roto, cuando hasta en la guerra de la independencia pude salir sano.»

En algunas proclamas admírase la sobriedad de palabras á la vez que su vehemencia: recordamos las siguientes:

«Soldados:

»La patria os debe nuevos servicios; sus armas nuevo esplendor. Los pueblos del Sur os saludan como á sus salvadores: Colombia como los más celosos de su integridad, y Bolívar os proclamará como sus más fieles compatriotas.»

La probidad más exquisita y el corazón más humanitario le impulsaron para el famoso tratado de regularización de la guerra en 1820, que inspiró al Libertador Bolívar una apreciación entusiasta.

«Es digno del alma del general Sucre; la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron; él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada á la guerra; él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho.»

Entre los rasgos característicos del celebrado cumanés, sobresalía también el espíritu creador, vigilante, activo y perseverante.

He visto un precioso retrato que reproducía aquel tipo fino y aristocrático, que correspondía física y moralmente hablando á la magnitud de la misión que le estaba encomendada.

En ese retrato á que aludimos luce una levita azul cerrada con una hilera de botones dorados; pantalón azul, charreteras de oro y espada al cinto: ausencia total de faja y medallas: uniforme serio, sin pretensión, sencillo, revelando al hombre de la guerra, al que era «el alma del ejército en que servía, que todo lo metodizaba, todo lo dirigía con aquella modestia, con aquella gracia con que hermoseaba cuanto hacía (1).»

No desmereció en sus capacidades administrativas, ni fué menos digno de aplauso en las primeras leyes que promulgó para Bolivia, y las cuales él y sólo él pensó y redactó. El desinterés y la probidad fueron siempre los consejeros de Sucre, llegando al extremo de acudir á un préstamo para procurarse algunas onzas necesarias para sus gastos de viaje, cuando salió de aquel país donde mandaba como supremo magistrado.

«Sucre – dice José Manuel Losa – hizo amables la libertad, el orden y la patria con el ejemplo de su veneración santa á las leyes; con el respeto á los hombres y á sus derechos.»

Aún consérvase en Bolivia el recuerdo de la sencillez de costumbres de aquel vencedor insigne, que nunca tuvo guardias para su persona, ni abrigó temores de peligros ni de traiciones, que su alma generosa rechazaba como ajena á la rectitud de sus principios.

Su último mensaje á las Cámaras bolivianas encierra aquellas célebres frases: «Ninguna viuda, ningún huérfano solloza por mi causa.» Tales palabras son un poema.

A semejanza de los patricios de la antigüedad, era Sucre austero y firme en sus convicciones.

(1) Palabras de Bolívar.



GUERRA DE FILIPINAS. - PROVINCIA DE CAVITE. - HOSPITAL EN EL CAMPAMENTO DE DALAHICÁN, FRENTE Á NOVELETA (de fotografía)

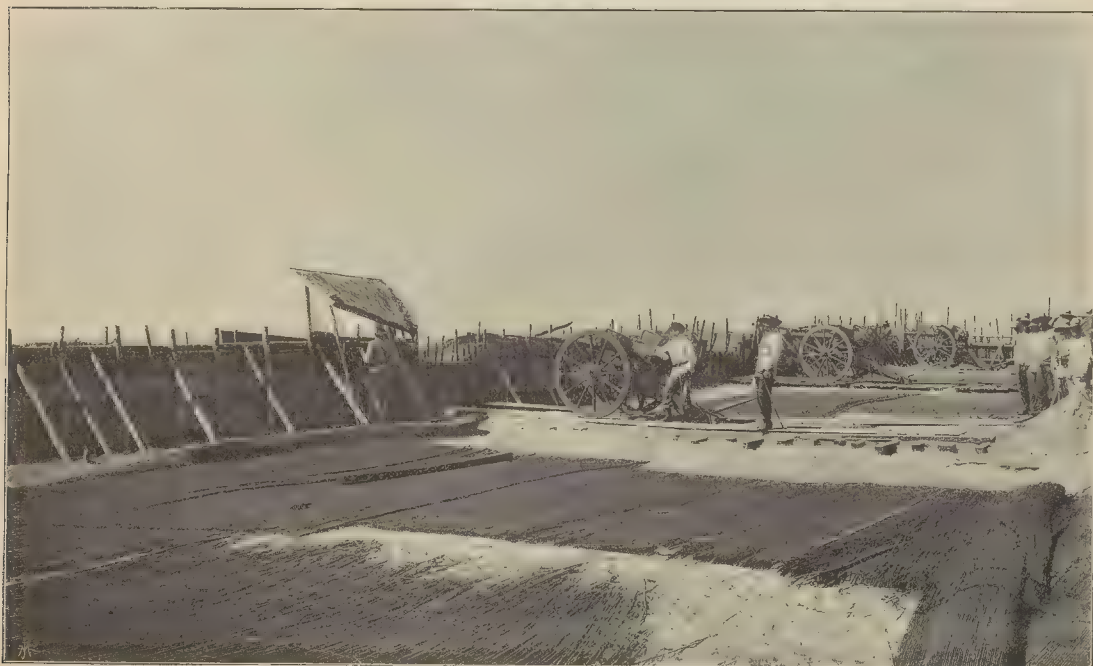


GUERRA DE FILIPINAS. - CAVITE. - REDUCTO CHICO QUE ENFILA LA LENGUA DE TIERRA Y EL MANGLAR FRENTE Á NOVELETA. - VISTA DE LA ENTRADA Ó PARTE POSTERIOR DE LA TRINCHERA TOMADA DESDE EL CAMINO DE ESTANZUELA AL CITADO REDUCTO (de fotografía)



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – Cavite. – Vista de la trinchera grande y campo atrincherado frente al campamento de Dalahicán (de fotografía)



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – Cavite. – Interior de la trinchera grande en Dalahicán, frente á Noveleta y cerrando el paso del istmo, en donde hay instalada una batería de tres cañones de bronce de calibre 9 centímetros (de fotografía)

En una ocasión, y después de su vuelta á Colombia, tratábase en una asamblea de mantener la organización federal de aquel país. Sucre expresó que la patria debía regirse con hombres nuevos y que no hubiesen ejercido cargo público, ya en el ejército ó en el gobierno, y de tal modo que en la nueva federación quedaran excluídos del mando los generales presidentes ó consejeros de Estado que anteriormente hubieran mandado en el país.

Al excluirse á sí propio daba el más hermoso ejemplo de patriotismo con una grandeza de alma sin rival.

Allá, en la enmarañada montaña de Berruecos, al Norte de Pasto (Colombia), fué muerto á balazos el denodado Sucre.

Así finalizó aquella vida fecunda en victorias y respetada por sus virtudes.

Baronesa de Wilson

CRÓNICA PARISIENSE

LOS BAILES EXCÉNTRICOS

Julio Mayet era un bohemio de mucho talento, de gran corazón y de extraordinaria complacencia. Le conocí, hace ya muchos años, en las célebres reuniones literarias de la marquesa viuda del general de Ricard, donde era el acompañador obligado de los cantantes que alternaban con los recitadores de versos. Había sido maestro concertador en el teatro de los Italianos, y los artistas afirmaban que para acompañar al piano no tenía igual. Pero desde que aquel templo de Apolo se había convertido en un Banco, Mayet vivía pobremente dando lecciones de su arte, redactando sin gloria la parte anónima del *Menestral* y componiendo música que no siempre encontraba editor.

Colaboró conmigo en una romanza que escribí para la Bonnaire, y en una zarzuela en tres actos que forma parte de mi *Teatro Infantil*, editado por la casa Garnier. Fuimos largo tiempo vecinos en la Sacra Colina de Montmartre, y con dolor profundo me despedí para siempre de él en una de las salas del hospital Lariboisière, donde sucumbió á una afección cardíaca.

En una época en que yo aún no conocía más que el centro de París, Mayet se empeñó en enseñarme lo más curioso de los barrios excéntricos; y á fe que la fortuna no hubiera podido depararme *cicerone* más amable ni más conocedor de aquel mundo enteramente nuevo para mí. Su espíritu era algo exaltado, pero en extremo original, y su memoria era un archivo de conocimientos y anécdotas.

Tenía la amable atención de pedirme, para leerlas, las crónicas que yo publicaba en varios periódicos y revistas acerca de las costumbres parisienses; y se lamentaba de que pocas versasen sobre el París pintoresco, vicioso, malhechor, originalmente extraño que él se había complacido en escudriñar.

– Todo el mundo conoce, me decía, el París opulento y refinado de las carreras, del bulevar, de los círculos, de las primeras representaciones; describa usted las costumbres de los barrios extremos; haga visitar á sus lectores los sitios mal famados; proporciónele emociones violentas, espectáculos de corrupción y de envilecimiento, escenas inauditas; inícielos en los misterios de la tenebrosa población que se esconde en los pliegues obscuros del París brillante y lujoso; población de malhechores, de mendigos y de vagabundos; los bailes, las tabernas, las hospederías en que viven los héroes de la crónica de los tribunales, que Sue, Zola y sus imitadores describen en sus novelas más interesantes.

Guiado por Mayet, visité sucesivamente lo más curioso y extraño de Batignolles, Montmartre, La Chapelle, La Villette y Belleville. La última excursión de este género que hice con él fué á los bailes excéntricos del Faubourg Saint-Antoine. El ómnibus de la Magdalena nos transportó á la plaza de la Bastilla, desde cuyo punto continuamos á pie, internándonos en el barrio.

Al enfilar la calle Traversière, mi simpático *cicerone* me dijo, señalando á un foco de luz que brillaba á poca distancia de nosotros:

– Ahí está el baile de la Rosière. Su nombre es un epigrama.

¿Quién ignora que *rosière* es sinónimo de *virgen*?

– A pesar de esa muestra, dije yo al llegar delante de la puerta del baile y leer el rótulo, no creo que á nadie se le ocurra venir aquí á buscar á las vírgenes ideales que, á imitación de Nanterre, muchos municipios coronan anualmente de flores y recompensan con valiosos premios.

– Corre, sin embargo, sobre este baile una leyenda tan edificante como inverosímil.

– ¡Venga!, exclamé.

Y después de haber penetrado, mediante el pago de veinticinco céntimos por barba, en aquel curioso establecimiento coreográfico, mi amable guía me contó la extraordinaria leyenda:

«Hace unos veinte años, el hijo de un rico mueblista del barrio, guapo joven, encontró en la calle á



Los bailes excéntricos. – Una asidua concurrente, dibujo de S. Azpiazu

una ribeteadora que le pareció adorable, y la siguió, como había seguido á muchas. Luego le dirigió la palabra... Nada más natural. Pero aquí empieza lo inverosímil. A pesar de su nombre, de su fortuna, de su elegancia y de sus mágicas promesas no la sedujo. La austera, la inflexible trabajadora despreció amor y riquezas y desapareció, sin dignarse siquiera mirar al pródigo galán, en la penumbra de una negra callejuela. El mueblista se quedó profundamente herido en su amor propio y más enamorado que nunca. «¡Me amará, pensó él, cueste lo que cueste, aunque tenga que casarme con ella!»

»Como usted ve, el muchacho estaba loco por la ribeteadora. Desde el día siguiente, se echó á buscarla por todo el barrio. Una noche se decidió á entrar aquí. Y cuenta que este baile, de una reputación atroz, aún no mentía en la muestra, que no adoptó hasta después del desenlace de esta romántica historia. Pero el señorito había concluído por averiguar que su adorado tormento se llamaba Rosa, que era hija de un trapero del callejón de Santa Margarita, y que este trapero, fiel á las costumbres de su juventud, acudía todos los sábados á beber media botella de vino y bailar unos rigodones en el Salón de la calle Traversière.

Rosa seguía á su padre y hacía lo que le daba la gana en este sitio de perdición.

«Me desprecia – decía el despechado galán, – y quizá se abandona al primer trapero que la invita á bailar un vals, y que apesta á vino, á tabaco y á basura.»

»Así reflexionando, se disfrazó de trapero y se vino al baile. En aquella época ya existía el puesto de patatas fritas que acaba usted de ver en el vestíbulo. Es probable que el enamorado mancebo, al dejar su cesta en la guardarropía, aspirase con fruición el olor de grasa rancia que como un incienso particular llena este templo de Terpsícore. Pero éste es un detalle que quizá tarde mucho en aclarar la historia. Lo que puedo afirmar en absoluto es que el joven mueblista no vió aquí un espectáculo distinto del que vemos ahora. Tal vez era el salón menos brillante que hoy. Pero si aún no le daba inusitado esplendor esta araña de cinco mecheros, si eran menos de cinco los músicos que ocupaban ruidosamente el palco de la orquesta, se respiraba ya, al menos, como ahora, una atmósfera tibia, infecta, saturada de polvo. Parejas entrelazadas confundían tiernamente sus malos olores en un vertiginoso torbellino. Oíanse las más *suaves* conversaciones en una jerga sumamente expresiva, y se presenciaban disputas, riñas y homicidios que no siempre puede evitar la policía á pesar de su infatigable vigilancia.

»Pero el ebanista no vió, ni oyó, ni sintió nada de todo aquello. No se fijó más que en Rosa, desde el momento que la divisó en la abigarrada mezcolanza de horribles grupos. Vestida con sencillez, pero con decencia – cosa que no es de rigor en estos bailes, – brillaba como una graciosa y fresca virgen en medio de una infinidad de monstruos femeninos. Iba el joven á dirigirle la palabra, cuando el cornetín del director de orquesta tocó los primeros compases de un rigodón, y vió con indecible disgusto la blanca mano de su ídolo apoyarse en la mano callosa, velluda y puerca de un trapero que la sacó á bailar. En un acceso de asco y de celos tuvo ganas de arrancar violentamente á Rosa de brazos de aquel hombre, pero desistió de su propósito al ver la manera casta y púdica de bailar que tenía la ribeteadora. Terminado el rigodón apareció en el palco de la orquesta un cartel anunciando una polka. Entonces el mueblista, revistiéndose de valor, se acercó á Rosa y le preguntó si quería dispensarle el honor de bailar con él. No tuvo en cuenta que al cambiar de ropa hubiera tenido que cambiar también de lenguaje, para no ser conocido. Su finura le perdió. Sin embargo, Rosa fingió no reconocerlo y aceptó la invitación, poniéndose colorada. Bailaron la polka. Él se entusiasmó y Rosa se hizo de hielo.

– »¡Os adoro!, suspiraba el señorito.

– »No digo lo contrario, murmuraba la muchacha.

– »Quisiera casarme con vos.

– »Pedid mi mano á mi padre.

»¡Encantadora sencillez! El mueblista prometió hacer aquella petición suprema. Pero antes quiso tomar informes acerca de Rosa; y para explorar la opinión pública preguntó á todas las mujeres del baile en qué concepto tenían á la ribeteadora. Sin vacilación alguna todas le contestaron, con ligeras variantes, que Rosa era un ángel de virtud, de dulzura y de pureza. Aquella rara unanimidad de pareceres puso término á lo que el amor había empezado. El hijo único del rico fabricante de muebles se casó con la pobre jornalera. Y, cosa inesperada, aquel matrimonio desinteresado fué para el marido un enlace ventajoso, porque el padre de Rosa, laborioso y económico, resultó poseer un capital suficiente para regalar una buena dote á su hija. Aquel desenlace hizo sensación en el barrio, y este baile adquirió una gran popularidad bajo el nombre de «Baile de la Rosière.» Lo cual no le ha librado de ser hasta hoy una de las sentinas innobles del París malhechor. No juraría, sin embargo, que no se encuentre aquí alguna muchacha cándida y pura. La parisiense, sobre todo la hija del bajo pueblo, tiene la singular propiedad de vivir en contacto con todas las perversiones sin pervertirse.»

Harto de polvo, de fetidez y de chulapería, si tal nombre puede darse á la inmunda sociedad de *souteneurs* y *gigolettes* que se confunde en París con los ladrones y asesinos de la peor especie, propuse á mi amable compañero que nos retirásemos. Mayet consintió, pero con la condición de que entrásemos un momento en el baile de Austerlitz, situado al extremo del Faubourg Saint-Antoine.

Pero el frío era intenso. Soplaba un fuerte viento glacial, arremolinando copos de nieve que caían á intervalos.

– El tiempo se pronuncia contra nuestro proyecto, dije yo. No habrá un alma á estas horas en el baile de Austerlitz, que es más bien un salón de verano que un salón de invierno. Son más de las once...

– El baile durará toda la noche, objetó mi guía, y estará lleno de su parroquia habitual. El invierno es la estación de los malhechores, pues favorece sus entrevistas, sus planes y sus crímenes.

Efectivamente, arrostrando la inclemencia del tiempo, los parroquianos de Austerlitz se entregaban al excitante placer de una *fiesta nocturna*. En el salón principal un centenar de parejas bailaban un cancán frenético. En las galerías de la platea y del primer piso, numerosos grupos, sentados en torno de pequeñas mesas, absorbían lentamente bebidas alcohólicas y hablaban en voz baja, sabe Dios de qué misteriosos proyectos. Los guardias municipales, graves y tranquilos, paseaban lentamente sus uniformes por entre los grupos. De la orquesta partía un bombardeo atroz y continuo de notas estridentes. Los intermedios eran tan cortos, que los músicos apenas tenían tiempo de sacudir sus cornetines llenos de saliva y de frotar con la pez la cuerda de sus violines.

«¡Recio, recio!,» gritaba con frecuencia, pasando por delante de ellos, un hombre rechoncho, ordenador del baile y cobrador de las contradanzas, tasadas en veinte céntimos cada una.

Y los pobres músicos, con los carrillos y los ojos

hinchados, se agitaban como autómatas movidos por una poderosa corriente eléctrica.

Las parejas, medio borrachas, bailaban con movimientos brutales, dándose empellones, estrujándose, cogiéndose por la cintura, deteniéndose para gritar á coro alguna estupidez, y volviendo á su danza desordenada y á sus brutalidades hasta perder aliento.

Después de un rato de descanso en las galerías, en torno de las mesas, respondían cada vez al llamamiento del comisario del baile, ávidas de la acre voluptuosidad de aquella zambra frenética.

- Muchos de esos que parecen obreros, me hizo observar Mayet, son vagos de profesión.

Fijéme en un mocetón alto y pálido, que vestía chaqueta de paño azul y pantalón de pana. Probablemente había dormido todo el día. No se notaba traza alguna de fatiga en su descolorido rostro. Se conocía que sus manos, carnosas y limpias, no estaban hechas al trabajo. Aquel hombre era sin duda un parásito del amor.

Al pasar por su lado, le oímos hacer esta confidencia á un amigo que le preguntó por su compañera habitual:

- La encontré á la puerta que salía con un burgués; me dieron ganas de estrangularla y destripar al señorito; pero la *endina,* que conoce mi flaco, me detuvo con un gesto... y con esta medalla de Napoleón que con disimulo me deslizó en la mano. ¡Ea! Te convido á unas copas de coñac...

Su camarada era un hombrecillo robusto, con un pescuezo de toro, cuidadosamente afeitado, como para la guillotina.

- A ese le conozco yo, dijo mi excelente *cicerone:* es hombre muy peligroso; cobra el barato en casas mal famadas de la vecindad y se le supone actor principal en varios crímenes; pero faltan pruebas contra él y sigue en libertad, aunque es de presumir que no tardará en caer en manos de la justicia.


Los bailes excéntricos. - En el baile de la *Rosiere,* dibujo de S. Azpiazu

Fijándome luego en un grupo de hombres que llevaban delantal azul, Mayet me explicó que eran trabajadores de Bercy, gente honrada, atraída únicamente por la animación del baile.

Apoyados en las columnas de las galerías, formando pequeños grupos, de pie, hablaban entre sí una porción de jóvenes, en cuya bestial fisonomía se retrataba un cinismo repugnante.

- Esos no bailan ni beben, porque no tienen dinero, me dijo mi guía; pero traman la manera de encontrarlo. Todos han sido huéspedes de la cárcel y del hospital, y aspiran á los honores del presidio.

- ¿Aspiran, dice usted?

- Sin duda. Un triste estímulo mueve á los criminales á rivalizar en maldad y en audacia; se esfuerzan en igualar á los héroes del patíbulo. Su ambición es cometer un crimen sensacional que los haga célebres. De esto, en parte, tienen la culpa los periódicos que llenan sus columnas con la relación detallada y minuciosa de la vida y milagros de los grandes criminales caídos en poder de la justicia.

Durante nuestra conversación había entrado tímidamente en la sala una mujer joven, flacucha y pálida, que se deslizaba, avergonzada y confusa, por entre la concurrencia. Desde luego nos pareció que era la primera vez que osaba entrar en semejante sitio. Despertó nuestra curiosidad y la seguimos de cerca. Al poco rato se le acercó un hombre que la invitó en estos términos:

- Si la señorita quiere bailar conmigo, me corro con unas copas.

Con esto pensaba darle una prueba de inmensa consideración, porque en aquel baile suelen ser las mujeres las que pagan el gasto.

Al volverse para contestar á su horrible interlocutor, la joven desconocida nos dejó ver un rostro demacrado, consumido por las privaciones y el dolor, pero respirando honradez y desprecio. Sin fuerzas para contestar, movió negativamente la cabeza y prorrumpió en llanto. El hombre se burló de sus lágrimas con groseros chistes que hicieron reir al público. La joven iba á desfallecer bajo las miradas cínicas y malévolas que la abrumaban, cuando nos acercamos á ella dispuestos á protegerla, si era preciso.

Entonces, vacilante y trémula, la infeliz buscó la salida, ocultando el rostro entre sus manos, sorda á las risas insultantes que la perseguían.

El hombre que la había invitado á bailar la siguió; pero encontrándonos entre ella y él, retrocedió ante nuestra actitud resuelta y entró de nuevo en el baile, diciendo en alta voz:

- La virgen dolorosa se va con la policía.

Nos había tomado por polizontes. Y quizá, para la generalidad de los parroquianos, no tenían otra explicación nuestra presencia y actitud en aquel mal famado establecimiento.

Una vez en la calle, en la obscuridad de la noche, oímos desplomarse un cuerpo humano. Nos acercamos al bulto negro que se destacaba confusamente sobre la nieve, y reconocimos á la pobre mujer insultada.

- ¿Un suicidio?.., dije á mi *cicerone.*

- Un desmayo, contestó éste, después de haberla examinado de cerca.

La metimos en un coche de los que estaban estacionados á la puerta del baile y la condujimos á una farmacia. Las hay, en todos los barrios de París, que permanecen abiertas toda la noche. Un cordial reanimó á la enferma, que exclamó al vernos:

- Caballeros, no me lleven ustedes á la comisaría...

- También nos ha tomado usted por lo que no somos.

- Tranquilícese usted. La llevaremos á su casa.

- ¡Ay! No me queda ya nada en el mundo, ni familia ni hogar. Mi madre murió ayer en un cuarto de fonda, donde por caridad nos dejaban vivir sin pagar.

- Pero ¿cómo explica usted su presencia en ese horrible baile?

- Cansada de andar errante, como una loca, me senté al borde del canal, con vagas tentaciones de arrojarme al agua. La idea del suicidio me produjo una especie de vértigo que me llenó de terror. Vime cubierta de nieve y eché á correr para sacudir aquel sudario. Tuve frío, sentí helárseme la sangre, se me apareció un local abierto con muchas luces, vi que era un baile público y entré en él para calentarme y ponerme al abrigo.

- ¿Quiere usted pasar la noche en un asilo?

- Haré lo que ustedes quieran.

- Gracias por la confianza.

Subimos nuevamente al coche y fuimos á llamar á la puerta de la Hospitalidad nocturna de la calle de Saint-Jacques, donde la dejamos recomendada á la directora.

Y nos retiramos con la satisfacción de haber salvado una vida y aliviado un grande infortunio.

Juan B. Enseñat


Los bailes excéntricos. - La salida del baile, dibujo de S. Azpiazu



EN LA HAMACA, cuadro de Francisco Masriera (Salón Rovira)



EN EL BOSQUE, cuadro de Francisco Masriera (Salón Rovira)



ALGABEÑAS CAMINO DE SEVILLA, dibujo original de J. García Ramos



Primavera, cuadro de José Llovera.—Cuadro lleno de frescura y de vida, como todos los del malogrado pintor reusense, es este que en el presente número reproducimos: la naturaleza sonríe, el campo se cubre de sus mejores galas, y el organismo encuentra en el aire puro y tibio que le envuelve los elementos que le vigorizan. Todo esto respira la obra de Llovera, en la cual el paisaje y la figura que sobre él destaca son una nueva prueba de cuán intensamente sentía y con cuánta maestría ejecutaba aquel artista, honra de su patria y tanto ó más que en ésta admirado en el extranjero.

En el camerino, cuadro de Manuel Cusí.—Acostumbrados nos tiene el Sr. Cusí á los hermosos efectos de luz y delicados tonos que distinguen á algunas de sus producciones. Parece como si el discreto artista persiguiera el laudable empeño de vencer, á fuerza de habilidad é ingenio, las dificultades que ofrecen necesariamente los contrastes y los delicados matices de determinados tejidos. La bella bailarina, que en el interior de su coquetón camerino cálzase las zapatillas para presentarse en la escena, es una muestra de cuanto apuntamos, ya que no cuesta esfuerzo comprender los obstáculos que ha debido vencer Cusí para interpretar los irisados tonos que despiden los tules y sedas heridos por la luz artificial que alumbra el reducido cuarto de la bailarina.



En el camerino, cuadro de Manuel Cusí

Guerra de Filipinas.—Prosiguen las operaciones emprendidas contra Cavite Viejo, principal núcleo de los insurrectos filipinos, y hasta ahora la victoria ha coronado siempre los esfuerzos de nuestro valeroso ejército: el plan del general Polavieja se va desarrollando felizmente, y aunque algunos impacientes lamentan la lentitud con que se marcha hacia el éxito decisivo, preciso es consignar que la precipitación y la temeridad nunca fueron buenas consejeras, y que la prudencia que ahorra la vida de algunos soldados, y evitando fracasos parciales asegura el definitivo triunfo, debe ser considerada como la más grande de las virtudes de un caudillo sobre quien pesan inmensas responsabilidades que no saben tener en cuenta muchos de los que lejos del teatro de la guerra censuran aquello que sólo sobre el terreno puede juzgarse.

La importancia y trascendencia de tales operaciones y de las que se realizaron allí mismo en octubre y noviembre últimos, prestan interés á las cuatro fotografías que en las páginas 180 y 181 reproducimos y que someramente describiremos.

El hospital de sangre que el primero de los grabados reproduce, fué improvisado en Dalahicán cuando en noviembre último intentó el general Blanco el ataque contra Noveleta: construyóse con escasos elementos, creyendo que apenas tendría que utilizarse; pero por desgracia tal esperanza no se realizó, y durante los combates que en aquella ocasión se libraron, aquellos barracones se llenaron pronto de heridos, cuya asistencia constituye un verdadero timbre de gloria para los médicos militares encargados de aquel servicio, que se multiplicaron para hacer las primeras curas en unos espacios reducidos y de no muy buenas condiciones y suplieron con su actividad y su imponderable celo la escasez de recursos que allí hubo de notarse.

Sublevados los pueblos de Noveleta, Salinas, Cavite Viejo y otros de la provincia de Cavite, corrían riesgo de ser invadidos los de La Caridad, San Roque y la misma capital, en la que había una guarnición muy escasa, que se aumentó con una compañía de voluntarios formada por unos cincuenta peninsulares y algunos insulares. Disponíase el gobernador político-militar de Cavite á salir con aquel pequeño contingente en busca de los insurrectos, cuando se descubrió en aquella ciudad una conspiración que se proponía soltar á los presos y asesinar á todos los españoles y á cuantos no se unieran al movimiento. Presos los principales cabecillas, fueron juzgados sumarísimamente, condenados á muerte y ejecutados ante la muralla de la Real Fuerza de San Felipe. En vista de la urgente necesidad de enviar fuerzas á Cavite, dispuso el general Blanco un reconocimiento sobre el pueblo de La Caridad é istmo de Noveleta, encargando de esta misión á los comandantes de artillería é ingenieros Arezpacochaga y Urbina. En aquella operación, que se verificó con escasas fuerzas del ejército y con algunos paisanos mandados por su capitán municipal que se portaron heroicamente, resultó herido el comandante Urbina. Como resultado del reconocimiento y consecuencia del aumento de la guarnición en Cavite, fué nombrado para ponerse al frente de aquella división el general D. Diego de los Ríos, el cual comenzó las operaciones de avance y los trabajos de atrincheramiento. En los primeros días de octubre quedaron terminados el llamado reducto chico y la trinchera grande. El reducto chico, de forma cuadrada, se emplazó á unos 300 metros del istmo de Noveleta, enfilando una lengua de tierra paralela á éste y el manglar que da frente al pueblo de aquel nombre; la trinchera grande, de mayores proporciones que el reducto, cierra por completo el citado istmo. Como complemento de estas fortificaciones se construyeron cobertizos para la tropa que no estuviera de servicio. La trinchera grande se artilló en noviembre, para el avance sobre Noveleta, con dos piezas de bronce comprimido de 8 centímetros, que á los pocos días fueron reemplazadas por tres cañones de 9, que son los que se ven en el grabado: están situados frente á Noveleta y sirven para proteger las descubiertas, pues barren con metralla todo el istmo. El piso de la trinchera es de arena; pero resultando ésta muy molesta para andar, se han tendido sobre ella unos tejidos de caña que emplean los indígenas para formar los corrales de pesca.

El primer grabado de la página 181 representa en el fondo la bahía de Manila; el barco que en el centro se distingue es el cañonero Leyte, de estación frente á Dalahicán. A la izquierda, en primer término, está la entrada de la trinchera grande y en segundo término el campo atrincherado protector del campamento; éste, una parte del cual se ve á la derecha, está formado por chozas de nipa construídas con materiales que dejaron abandonados los moradores de la Estanzuela, barrio del pueblo La Caridad.

En la hamaca. — En el bosque, cuadros de Francisco Masriera (Salón Rovira). – Sesteando en el campo ó en la quinta pudieran titularse los dos cuadros del Sr. Masriera, por más que el título poco significa, ya que aquel distinguido y laborioso artista sólo se propuso dar una muestra más de su buen gusto y de las bellezas que sabe obtener de la admirable gama que amasa en su paleta. Las obras de Masriera, aun las más triviales, llevan consigo tal sello de distinción, que cautivan y embelesan. La elegancia de los trazos y su tonalidad siempre simpática revelan al artista de espíritu delicado, que amando la belleza en todas sus formas y manifestaciones, huye de la vulgaridad y de cuanto no traduzca los ideales de toda su vida.

Algabeñas camino de Sevilla, dibujo original de J. García Ramos.—Si las regiones en que se divide la península ofrecen tipos, costumbres y productos diversos, nótanse asimismo diferencias en cada comarca y en cada pueblo. La representación plástica de tal variedad de aspectos ha sido empresa acometida por algunos artistas españoles, entre ellos el Sr. García Ramos, quien ha limitado su acción á su provincia, de la que ha copiado sus bellísimos cuadros. Si fuese posible reunir todas las producciones de carácter determinadamente local que ha ejecutado aquel distinguido artista, resultaría una gallarda y completa exposición de cuanto significa ó traduce la existencia del pueblo sevillano. De esta serie de obras podría formar parte el hermoso dibujo, cuya copia figura en estas páginas, representando á las aldeanas de Algaba, pueblecito inmediato á Sevilla y situado en la ribera del Guadalquivir, encaminándose al mercado para vender los sombreros y demás objetos que elaboran con las palmas secas, trasunto ó recuerdo de la industria á que cuando la dominación árabe se dedicaron probablemente sus antecesoras.

En la playa, cuadro de Dionisio Baixeras (Salón Parés). – Sea cual fuere el asunto ó género de la obra que represente ó ejecute, todos los lienzos de Dionisio Baixeras distínguense porque llevan en sí el sello de su personalidad. Pocos artistas, cual el á que nos referimos, han podido alcanzar en tan breve espacio de tiempo tan señalados triunfos y general consideración. A ello ha contribuído, además de sus indiscutibles aptitudes, la sinceridad que revelan todas sus producciones, ya que Baixeras presto comprendió que sólo en el estudio de la naturaleza y en la copia del natural podía hallar sus modelos y las fuentes de su inspiración. Amante del país que le vió nacer, ha dado á conocer en sus cuadros tipos, escenas y costumbres de la tierra catalana, siendo el que reproducimos una de sus bellas manifestaciones.

En la playa de Biarritz, dibujo de Méndez Bringa.—Varias veces hemos encomiado las cualidades excepcionales de observador que caracterizan al notable dibujante madrileño Sr. Méndez Bringa, y la elegancia y naturalidad con que traslada al papel los tipos ó las escenas que á su observación se ofrecen. Nada, pues, hemos de añadir hoy á nuestros anteriores juicios, porque al ocuparnos del bellísimo dibujo que en la última página de este número publicamos y que tan fielmente reproduce el alegre espectáculo que durante el verano se goza en aquella aristocrática playa, tendríamos que repetir lo manifestado en otras ocasiones: nos limitamos, por consiguiente, á tributar un aplauso más á nuestro asiduo y estimado colaborador.

MISCELANEA

Bellas Artes.—París. – La venta de los cuadros y objetos de arte procedentes de la testamentaría de los Goncourt han producido 950.000 francos.

Teatros.—En el teatro de la Scala de Milán se ha estrenado con buen éxito el baile de gran espectáculo del maestro Manzotti, titulado *Sport*, que ha sido puesto en escena con un lujo y propiedad extraordinarios.

–En el teatro Regio de Turín se ha estrenado con gran éxito la ópera de Wagner *Tristán é Isolda*.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *La loi de l'homme*, drama en cuatro actos de Pablo Hervieu: en Vaudeville *La douloureuse*, interesantísimo drama en cuatro actos de Mauricio Donnay; en el Eldorado *Kif-Kif*,



En la playa, cuadro de Dionisio Baxeras
(Salón Parés)

divertida revista en tres actos y 12 cuadros de A. Delilia; en el Odeón *Le Chemineau*, hermoso drama en verso, en cuatro actos y un prólogo, de Juan Richepin; en la Academia de Música *Messidor*, drama lírico en cuatro actos y cinco cuadros de Emilio Zola, con bellísima música de Alfredo Bruneau.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Español *Los plebeyos*, drama en tres actos y en prosa de los Sres. Francos Rodríguez y González Llana; y en Eslava *Los toros sueltos*, juguete cómico lírico en un acto de los Sres. Jiménez Prieto y Merino, con música del maestro Brull, y *Los cocineros*, zarzuela en un acto de los Sres. García Alvarez y Paso, con música de los maestros Torregrossa y Valverde (hijo).

Barcelona. – Se ha estrenado con muy buen éxito en el Eldorado *Las bravías*, sainete en un acto de los Sres. López Silva y Fernández Shaw, con música del maestro Chapí. En el Liceo, en Novedades y en el Tívoli actúan respectivamente excelentes compañías de ópera y opereta italiana, de zarzuela española y de declamación castellana y valenciana.

Necrología.—Han fallecido:

Antonio Bazzini, notable violinista y compositor, director del Conservatorio de Milán.

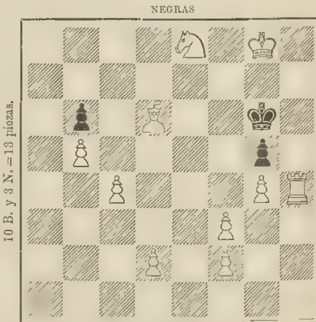
Jacinto Gallina, célebre autor dramático italiano.

D. Ricardo Blanco Asenjo, notable escritor.

AJEDREZ

Problema número 61, por J. Tolosa y Carreras

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

Solución al problema número 60, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. D 7 C R	1. R juega.
2. C, A ó D mate.	



Pedro había abierto un estuche. Sacó de él una medalla nueva, adornada con una cinta amarilla y verde...

LA ONDINA DE BRETAÑA

Novela por Pedro Maël. – Ilustraciones de Vicente Cutanda

(CONTINUACIÓN)

II

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

Magdalena no perdió el tiempo en llorar, ni en demostraciones inútiles. Dióse prisa á volver sobre sus pasos. Previno á Gwen y con ella fué á Saint-Gildas á buscar una enfermera y un médico, proponiéndose además asistir ella misma á su viejo amigo cuantos momentos pudiese.

El médico salió de la casa meneando la cabeza.

A las preguntas que Lena le hizo no dió más que respuestas evasivas. En cambio fué más explícito con miss Hotspur.

La enfermedad de Alain era de esas que no ofrecen peligro cuando el enfermo no tiene en contra suya la complicación de la edad. Era una bronquitis que empezó insidiosamente algunos días antes, de la cual el anciano no había hecho caso alguno. Mas al extenderse por las ramificaciones capilares, convertíase en ese género de catarro sofocante que con tanta rapidez se lleva á los viejos y á los niños.

Propiamente hablando, la más peligrosa enfermedad de Alain era la de sus setenta y dos años. El anciano ya lo sabía.

No se lo ocultó á Lena cuando al día siguiente por la mañana acudió la joven á reemplazar á la enfermera durante algunas horas.

Sus reflexiones no se hallaban impregnadas de la tristeza que caracteriza esa clase de conversaciones. Había en ellas, por el contrario, una resignación sumisa á la voluntad del Altísimo, una confianza tranquila en el día siguiente de aquella existencia.

La muerte al acercarse á aquel ser humilde daba á sus facciones una majestad desconocida y á sus palabras una sublimidad que ninguno hubiera sospechado. Era él quien consolaba á la joven. Con respetuosa familiaridad penetraba, en cierto modo, en el santuario de aquel corazón virginal y derramaba en él la luz suprema que comenzaban ya á percibir los ojos de su alma.

– Vamos á ver, mi querida hijita, decía medio sonriendo, cuando un hombre ha vivido lo que yo he vivido, ¿qué tiene ya que hacer en el mundo? Acaso pude aprovechar mejor mi existencia, crearme un hogar, como tantos otros, y tener á estas horas junto á mí hijos que cerrasen mis párpados. Ciertamente, eso hubiera sido mejor; pero quizás entonces hubiera sufrido mucho al morirme.

Luego añadió suspirando:

– Lo comprendo por la pena que me da el dejarla á usted, mi querida señorita. Pero me consuelo diciéndome que un poco antes ó un poco después volveremos á encontrarnos en un país donde ya no nos separaremos nunca.

Realmente desde que murió su padre no había sentido Lena un dolor tan vivo.

Distribuyó con la buena Gwendolina su tiempo de manera que la una ó la otra estuviesen siempre junto al enfermo.

En una de sus ausencias encontró al volver al castillo una carta del Cabo de Buena Esperanza que le llevó el correo, carta cuya letra causóle grande emoción.

Se apresuró á romper el sobre y leyó con avidez los nutridos renglones de la misiva.

Para que le escribiese Pablo directamente era preciso que tuviera que comunicarle algo de importancia.

Vió en seguida en el tono y en la forma de la carta que se había operado algún cambio en su primo.

La carta estaba concebida en los términos siguientes:

«Mi querida Magdalena: ¿Debo tratarte de *usted* ó de *tú?* No estando aquí para responderme, me veo obligado á resolver yo mismo tan grave asunto.

»A fe mía, aún me sirvo del *tú*. Me sería muy duro empezar á usar un lenguaje al cual no estoy acostumbrado. Y después de todo, ¡hallo tan cómodo el seguir llamándote como otras veces cuando voy precisamente á confiarte mis reflexiones sobre la carta última!

»Mi querida ondina, no necesitas recordarme que te aproximas á los diez y nueve años, ni que has ganado en fuerza, en juicio... y yo añadiré en belleza, cosa que tu modestia te impide decirme. Por fortuna yo suplo tu silencio y me bastan mis recuerdos para figurarme cómo debe estar hoy mi Lenita, la que no hace mucho tiempo cantaba en esos bosques las baladas de Merlín y de Llywarc'h Hen.

»A esa imagen seductora debo, te pudiera decir, el comprender la amable ironía de la carta respecto á ciertas personas cuyos nombres no escribo. Pero me tranquilizo pensando en la bondad de corazón de mi primita, y estoy persuadido de que la aparición en los parajes de Ely de algún paladín arrogante bastaría para hacer una señorita adorable de la ondina de Rhuis.»

El resto de la carta, que era bastante corta, trataba de varios asuntos familiares á los dos primos. Lena comprendió por los términos en que la carta estaba escrita que Pablo había modificado sus primeras apreciaciones respecto á su prima.

Sintió ésta una pena extraña, mezclada de cierto despecho. El teniente de navío mostrábase ciego y sordo á sus indicaciones. No quería ver claro; ni siquiera quería entender lo que le insinuaba Lena.

La pobre muchacha estrujó, dándole mil vueltas entre sus manos, la carta que acababa de recibir. En verdad, sentía algo parecido á la desesperación.

Era evidente que el amor de su primo no era para ella, y que Pablo, á pesar de todas sus buenas cualidades, y aun á causa de estas cualidades, quizás, pertenecía al número de esos hombres que se dejan cautivar por el contraste. Y en definitiva, ¿quién podría afirmar que aquel matrimonio con Alina de Pelvoux, deplorable en concepto de Magdalena, no reunía todas las condiciones requeridas para asegurar la dicha de los dos futuros esposos?

Pero Lena no meditaba sobre esta hipótesis para ella dolorosa.

Llegábale su turno cerca de Le Gadek. Era el momento de ir á reemplazar á miss Hotspur á la cabecera de Alain.

Cuando se aproximó á éste, el enfermo estaba aletargado.

Lena se encontró sola en aquel cuarto por donde ya andaba la muerte.

Fuera de la estancia, el mar y el cielo estaban tranquilos bajo la pesadumbre de nubes plomizas. La hora crepuscular hacía el silencio, digámoslo así, más opaco en aquel triste paisaje de invierno.

En el interior de la casa, en la alcoba sobre todo, ni el más pequeño rumor escapábase al oído de Lena.

Aunque era muy grande su amargura á consecuencia de la carta que acababa de leer, no por eso fué menos penetrante la impresión que le causaron aquella soledad y aquel silencio.

El enfermo estaba inmóvil en la cama.

Al verlo echado sobre su espalda, con la cabeza hundida en la almohada, hubiera podido creerse que dormía en el más apacible sueño, si el silbido de su respiración anhelante no hubiese revelado esa calma engañadora que es sólo el abatimiento de la fiebre.

Del ruido de aquella respiración desprendíase un sentimiento de terror indecible y apoderóse de Lena, por primera vez en su vida, un miedo misterioso que puso su resolución á prueba y casi la hizo desmayar.

Verdad es que el espectáculo de la muerte y de la agonía para el que jamás pudo darse cuenta de él presenta un conjunto de signos y de aspectos que infunden espanto.

Lena aún no había visto morir á nadie. No conservaba la menor huella del infortunio que le privó de su madre, pues era entonces demasiado niña. A su padre lo vió después de muerto, cuando en el rostro se retrata ya la imagen de la tranquilidad suprema que sucede á la última batalla.

Alain no había llegado ahí todavía. Pero la opresión contra la cual luchaba su aliento aumentaba, precipitando la crisis fatal.

Se sabe que en ese fin de la vida el sufrimiento es para los viejos relativamente nulo, así como es nula también la agonía, propiamente dicha, y que las facultades continúan intactas.

Lena se había aterrado antes de tiempo. El viejo se despertó. Su mirada, perdida un instante en el vacío, se fijó en los objetos que tenía á su alrededor y vió á Magdalena.

– ¡Oh, mi querida señorita!, murmuró con un acento en que se mezclaban la confusión y la gratitud. ¡Cuánto que hacer le doy á usted! Por fortuna esto acabará pronto. Quisiera mejor que estuviera usted en el castillo que en mi pobre casucha. No está hecho para usted eso de cuidar á enfermos pobres como yo.

La huérfana tranquilizóse.

Con la inocente inexperiencia de su edad creyó en un retroceso del mal y se complació en pensar que aún habría remedio.

– No, señorita Lena, repitió Alain con dulzura, esto no es para usted. Es para las hermanas de la Caridad el cuidar á los enfermos, y usted no será nunca hermana de la Caridad.

– ¡Bah!, dijo ella, intentando mostrarse alegre. ¿Qué sabe usted, padre Alain?

Él abrió desmesuradamente sus pobres ojos, que ya la muerte iba á cerrar, y preguntó á la joven:

– Pero ¿habla usted en serio?

Aquella pregunta la puso en un aprieto. Lena antes de hablar como habló no había reflexionado.

Así es que contestó vacilante:

– A fe mía, si he de ser franca, nada puedo decir... Mas no sería la primera vez que una joven como yo entra en un convento.

El anciano se sonrió tristemente.

– Ya lo sé, señorita, dijo, y hasta he conocido grandes damas y jóvenes ricas y de buenas familias que han querido á todo trance ponerse el hábito. Pero vea usted, yo no creo que esté usted en ese caso.

Lena se acercó al lecho y con solicitud cogió la ardiente mano de Le Gadek, diciéndole:

– ¿Y por qué no estoy en ese caso? Explíquemelo usted, para que yo lo sepa.

Una sofocación impúsole al enfermo un silencio de algunos minutos. Después, moviendo su cabeza y sin responder á Lena directamente, Alain continuó:

– ¡Oh, señorita Lena, mi buena hijita! Tiene usted que perdonarme que le hable así. Leo en su cara que la aflige hoy algún gran pesar. Sin eso, ¿cómo iba á pasar por su cabeza la idea de meterse monja? Las muchachas de su edad no conocen bien la vida, ni sospechan siquiera lo que es un gran dolor. La menor contrariedad las asusta, una palabra desagradable las alarma y hablan en seguida de entrar en un convento.

Hizo una pausa para respirar y siguió diciendo:

– Vamos á ver. Creo que el viejo Alain no le da miedo. Por otra parte, si fuese un secreto, el secreto no iría muy lejos... Casi apostaría, murmuró con mirada maliciosa, que sé ya el secreto...

Hablaba con tal desembarazo, con tal lucidez, que la joven, perdiendo el miedo, olvidó el sitio y la hora y sobre todo que su interlocutor se hallaba á las puertas de la muerte.

Apretó la mano que estrechaba y dejó salir estas palabras de sus labios:

– ¿Qué es lo que ha adivinado usted, padre Alain? ¡Vamos, dígamelo en seguida!

El viejo correspondió á aquel apretón de manos, atrajo hacia sí á la joven suavemente, y exclamó con cierta solemnidad:

– Hija mía, no tengo quizás el derecho de leer en su corazón, pero creo leer en él, sin embargo. Y además la quiero tanto, ha sido usted tan buena para mí y me recuerda usted tan bien á la *otra*, aunque hayan pasado ya cincuenta años, que su historia de usted me trae á la memoria la mía. Yo..., ¡ah!, yo era un hombre; en aquel tiempo tenía una prima, hermosa como un amor, que me había prometido ser mi mujer. Sucedió que durante una ausencia, una larga ausencia, pues serví siete años á mi país, mi prima consintió que la casasen con un joven del Mediodía, que la hizo muy desgraciada.

Cuando lo supe, á mi regreso, creí volverme loco. Hasta tuve intenciones de matarme. El buen Dios me preservó de ello, y ya ve usted que mi vida ha durado algo desde entonces. Acaso hubiera hecho mejor en no pensar más en semejante cosa y en olvidarme de ella como ella se olvidó de mí; en consolarme, creándome una familia, que hoy estaría rodeando mi lecho, en vez de morir aquí solo, causando á una bonísima señorita como usted la pena de asistir á mis últimos instantes.

El rostro de Magdalena, durante esta breve relación, de pálido que estaba fué coloreándose hasta tomar el vivo color del sonrojo.

¿Sería verdadera aquella historia contada por el anciano Alain? ¿No sería, quizás, una forma alegórica que había buscado para dar á Lena tan delicada lección?

Los grandes ojos de Lena se llenaron de lágrimas al oir la historia de aquellos sufrimientos, reales ó supuestos, que amargaron la juventud de su pobre y viejo amigo.

Impresionáronle más por parecerle, en virtud de las circunstancias, reflejo de sus propias penas.

Se vió adivinada por el anciano. La mirada de éste, que fascinaban ya las perspectivas de otros horizontes, había penetrado en ella, había sondeado su alma, y Lena encontrábase sorprendida en el interior de su pensamiento. ¿Cómo aquel anciano sin cultura y sin más que la sagacidad que da la práctica de la existencia había podido descubrir su secreto?

Pero aquel secreto no era de los que se sigue ocultando al que los adivina. Lena bajó los ojos para que Alain no viera sus lágrimas. Cuando volvió á levantarlos fijólos en los del moribundo con la expresión de la más tierna confianza.

Aquel lenguaje mudo del corazón, imposible de traducir en palabras, fué en seguida comprendido é interpretado por el viejo marinero, á quien alentó, sin duda, la buena acogida de sus primeras insinuaciones.

Le Gadek continuó:

– Esto se lo digo para que sepa usted, señorita Lena, que el buen Dios no quiere que nadie se desaliente. Con frecuencia es cuando todo va á triunfar cuando se abandona la partida. Si ha tenido usted semejantes ideas es preciso que se desvanezcan inmediatamente. Una señorita hermosa como usted está hecha para tener un buen marido, para tener hijos y para verse amada y rodeada de toda clase de satisfacciones como usted merece verse. Créame usted, la felicidad la aguarda; para conseguirla no le hace falta más que valor y paciencia. Ya sé que no siempre es fácil tener paciencia y valor. Pero con la voluntad se obtiene todo cuanto se desea.

Eran éstas, seguramente, palabras de aliento. Sin embargo, no dejaron del todo satisfecho el corazón ulcerado de Magdalena.

Vacilando y sin atreverse á mirar á su interlocutor, preguntóle en voz baja, como si temiera oirse á sí misma:

– ¿Todo cuanto se desea, padre Alain? ¿Hasta la afección de aquellos que no nos aman?

– ¡Hasta eso!, contestó el anciano, cuyo acento tomó singular energía al pronunciar estas palabras. La voluntad hace milagros, mi querida hijita.

Desde que se vió postrado en su lecho de dolor, Alain Le Gadek trataba frecuentemente á la joven con una familiaridad respetuosa que nunca empleó hasta entonces. Eso mismo daba á sus palabras un acento de verdad y una autoridad á los cuales la proximidad de la muerte añadía su austera grandeza.

Ambos interlocutores callaron.

Fatigado, sin duda, de haber hablado tanto tiempo, el enfermo cayó sobre su almohada abatido.

Lena, con tierna solicitud, se acercó á él y puso en orden las sábanas y la almohada para que el pobre y viejo cuerpo de Alain reposase de la más cómoda manera posible.

Al llegar la hora de su relevo, Lena, que se separó de la cabecera de Alain, dijo á su reemplazante:

– No hay que dejarlo solo. Le enviaré á usted la comida del castillo.

Y tomó pensativa el camino de Ely.

Su sorpresa fué tan viva como agradable al encontrar allí á su tutor, que se había ausentado por tres ó cuatro días. El mismo tenía una cara alegre, que fortificó el espíritu y el corazón de Magdalena.

– ¡Hola, muchacha!, dijo Pedro de Guenezán; llego de París, adonde he ido sólo por agradarte. Sé por miss Hotspur que el pobre Alain está muy enfermo y es de él de quien me he ocupado.

Y al abrir ella su boca para interrogarle, por no comprender el sentido de aquella declaración imprevista, puso Pedro de Guenezán uno de los dedos delante de sus labios:

– ¡Chist!, dijo. No me preguntes. ¿Cuándo vas á volver á visitar el anciano?

– Mi tutor, esta misma noche, á no ser que usted...

– ¿A no ser que yo me oponga, quieres decir? No, hija querida, no me opongo; bien lejos de eso. Te admiro por el cariño de que das prueba para con ese excelente hombre, para con ese antiguo servidor de Francia. Lo que temo es la fatiga que eso puede causarte..

É interrumpiéndose, como si temiera revelar el fondo de su pensamiento:

– ¡Sea!, añadió. Puesto que vas á volver esta noche, te acompañaré. Quiero llevarle yo mismo el legítimo consuelo de sus últimos instantes.

¿A qué consuelo podía el comandante aludir á través de sus reticencias? Esto es lo que Lena no supo adivinar.

Mas no tuvo que esperar mucho para descifrar la clave del enigma.

A las ocho, en el momento de levantarse de la mesa, Pedro preguntó á Lena:

– ¿Estás ya preparada para ir á ver al enfermo?

– Sí, mi tutor, contestó la joven muy satisfecha al ver que el comandante iba á acompañarla á la casita del viejo marinero.

Nada podía serle á Magdalena más grato.

– ¿Nos acompaña miss Hotspur?, preguntó además Pedro.

Por toda respuesta Gwendolina subió á su cuarto á buscar su sombrero.

Lena, según su costumbre, se contentó con ponerse una capota de lana blanca sobre sus hermosos cabellos, recogidos por detrás de la cabeza, en lo alto de la nuca.

Los tres tomaron, con paso ligero, el camino del islote.

En el umbral de la humilde morada encontraron al rector Quedic, de Saint-Gildas, que había ido á llevar al moribundo los consuelos de la fe.

El sacerdote no conservaba ninguna duda sobre el resultado de la enfermedad.

Aquello, evidentemente, era el fin.

Manifestó al comandante su triste certidumbre.

– Vuelva usted á entrar con nosotros, señor rector, y tendrá usted el placer de asistir al supremo gozo de nuestro pobre Le Gadek.

Pedro pronunció estas palabras con un aire de suprema gravedad que sorprendió simultáneamente al anciano sacerdote y á Magdalena.

El moribundo, prevenido ya por la enfermera de aquella visita, comprendió que sólo un motivo grave podía llevar allí al capitán de navío.

Le saludó, al verlo trasponer el umbral de su cuarto, con estas palabras:

– Comandante, ¡qué honor tan grande para este pobre viejo!

– El honor es para mí, padre Alain, respondió Pedro muy conmovido al pensar en la alegría *in extremis* que le llevaba.

Pues aquel hombre que iba á morir, de edad de tres cuartos de siglo, había aguardado todo aquel tiempo á que le hicieran la justicia que se le debía, única recompensa ambicionada por él.

Se había necesitado la intervención de un oficial mucho más joven, que ni siquiera lo conoció en activo servicio, para que se le remunerase por toda una vida de heroísmo obscuro.

Llegaba tarde para Alain Le Gadek la distinción por tan largo tiempo deseada. Poco faltó para que se le condecorase metido en su ataúd.

Lena permanecía inmóvil detrás del rector Quedic. Junto á ella estaba miss Hotspur, más conmovida de lo que al verla pudiera creerse.

El comandante se acercó al enfermo.

Le tendió la mano y con una sinceridad de acento que hizo estremecerse á cuantos presenciaban aquella escena grandiosa y sencilla, continuó:

– Sí, el honor es para mí, Alain Le Gadek, pues siempre es un honor para un hombre el acercarse á otro cuya vida ha sido la constante práctica del deber, sin humillaciones ni desfallecimientos. Y el honor es todavía más grande para el que, como yo, está encargado de anunciar á ese hombre que la recompensa que tanto tiempo ha esperado le ha sido concedida al fin.

Hubo un silencio profundo, durante el cual la respiración ya oprimida del enfermo se dejó oir aún más afanosa.

Alain se quedó como paralizado, con la boca y los ojos abiertos, sin darse todavía cuenta del sentido de lo que se le decía.

Pedro de Guenezán prosiguió:

Alain Le Gadek, tiene usted cincuenta años de buenos y leales servicios. La gratitud del país ha sido tardía para usted. No hay que enojarse por eso con la patria, cuyos trastornos políticos le hacen olvidar con frecuencia los méritos de sus más valientes servidores. ¡Dichosos aquellos que obtienen justicia en vida!

Y concluyó con majestad:

– Alain Le Gadek, el ministro de Marina y el jefe del Estado han reconocido, al fin, que su hoja de servicios hacíale acreedor á una importante recompensa y le han concedido á usted la más noble de todas, la que sólo se da á los valientes á quienes la patria ha pedido su sangre y la han derramado con heroísmo. Por decreto fué usted ayer condecorado con la medalla militar.

Un grito, grito de alegría intensa y de profunda gratitud, salió del pecho del moribundo. Dos gruesas lágrimas saltaron de sus ojos y corrieron por sus mejillas, donde los dedos de la muerte habían marcado ya sus huellas, y Le Gadek juntó sus manos mientras con la mirada buscaba el cielo.

– ¡Dios mío! ¡Dios mío!, dijo con una voz donde vibraba toda la intensidad de su fe, unida á toda la gratitud de su alma.

Pedro había abierto un estuche. Sacó de él una medalla nueva, adornada con una cinta amarilla y verde, y con mano temblorosa la prendió sobre el pecho del antiguo artillero de Navarino y de Bomarsund.

Lena habíase arrodillado al pie del lecho. Lloraba silenciosamente.

Ninguna escena más augusta y más conmovedora hubiera podido hacer latir aquel juvenil corazón abierto á todos los entusiasmos.

Cerca de ella la digna Gwendolina Hotspur pasábase continuamente el pañuelo por su rostro congestionado. Llorar es para una inglesa una debilidad. Miss Gwen confesó más tarde que fué débil aquel día.

El abate Quedic aprovechó la ocasión para fortalecer el espíritu del enfermo. Pero el anciano, bajando al cabo sus ojos y mirando á los que le rodeaban, respondió con una indefinible sonrisa:

– Gracias por su buena intención, señor rector; mas puede usted creerme, no me da miedo el morir. Inútil es decirme que me voy á curar; yo sé que todo se ha acabado. Además, ahora ya no me llevo del mundo ninguna amargura. El comandante Pedro me ha proporcionado cuanto yo deseaba. Todo marinero, en mi lugar, diría á usted lo mismo.

Y dirigiéndose directamente al capitán de navío:

– Comandante, le dijo, no sé cómo demostrarle á usted mi gratitud. Si no por usted, seguramente, no hubiera obtenido esto... ¡Ah! Voy á pedirle algo.

– Hable usted, mi bravo Alain, murmuró Pedro.

– He aquí lo que voy á pedirle. No tengo parientes ni amigos. Cuando muera, cuelgue usted mi medalla en la iglesia y coloque usted la cinta sobre mi pecho. Respecto á la casa, como no tengo herederos que la reclamen, la hará usted vender, á menos que la señorita Lena no quiera guardarla para ella como recuerdo del viejo Alain, y si se vende, el señor rector dará el dinero que produzca á los que sean más pobres que yo.

La opresión le interrumpió un momento. Sin embargo, pudo añadir:

– Si usted me lo permite, comandante...

El oficial, ahogado por la emoción, respondió:

– ¡Sí!

– Déjeme ahora la medalla, terminó el moribundo, delante de mis ojos, donde yo la vea. ¿No es verdad que la he ganado, á pesar de todo? Quiero estar viéndola hasta que mis ojos se cierren... No será mucho tiempo... Creo que todo concluirá mañana...

Y con sobrehumana tranquilidad pronunció estas últimas palabras:

– Mañana es Navidad... Navidad es mi nombre de pila.

III

LA NOCHE DE NAVIDAD

En las costas de Bretaña apenas se conoce la nieve. Sin embargo, suele caer allí fugaz y pasajera. Los arenales de la costa ni siquiera conservan huella de nieve alguna; pero tierra adentro la nieve dura más.

En la noche del 24 al 25 de diciembre el viento del Norte, que había estado soplando todo el día, cesó bruscamente. Gruesas nubes de color cobrizo invadieron el espacio y la brisa del mar no fué bastante fuerte para convertirlas en lluvia.

Entonces comenzaron á caer blancos copos, monótonos y uniformes, cortando la sombra con sus puntas blancas casi luminosas que, siguiéndose sin interrupción, formaron líneas continuas.



El perro de Terranova aullaba á la muerte

El escaso follaje de las ramas de los árboles y de las zarzas, la alfombra de hojas desprendidas y olvidadas por el viento, los senderos que surcan los bosques y hasta el suelo mismo de la landa envolviéron se en pocas horas en el manto virginal del invierno.

Cuando el primer toque de la misa del gallo llamó á los fieles desde el campanario de Saint-Gildas, los habitantes de la aldea vieron con estupor que los caminos habían desaparecido y que una inmensa alfombra cubría el suelo.

Para muchos fué una verdadera fiesta la caída de la nieve. En esas regiones donde nunca llega el frío casi puede decirse que la nieve es una amiga. La nieve los transforma interrumpiendo su invariable lluvia, y los pescadores que conocen todas las cóleras de la tempestad no sospechan que en otros parajes la nieve es el sudario de miserias que tiritan y de hambres sin abrigo.

La víspera por la noche, Lena había dejado la casita, procurando reavivar alguno de los amores de la vida en el alma resignada del enfermo. No consiguió nada y regresó al castillo de Ely con el temor cada vez más persistente de no poder asistir á los últimos momentos del anciano. Temblaba ante la idea de que éste no tuviese una mano amiga que cerrara sus ojos. Y aquella vez, sin ninguna esperanza, sabiendo que la curación era imposible, quedaba bajo la impresión de lo que el anciano le había dicho, anunciando su muerte para el siguiente día.

Por primera vez la Nochebuena fué triste para la joven. Pero ¿no tenía además otros motivos de tristeza? Cuando al salir del castillo vió toda aquella nieve que ocultaba el suelo, su imaginación creyó leer un presagio y las alegres campanas de la iglesia le pareció que tocaban á muerto.

En todo el camino no pronunció ni una sola palabra. Miss Hotspur guardóse bien de sacarla de su abstracción dolorosa. Respetó el mutismo de la joven, comprendiendo que hay instantes en que el silencio no viene á ser más que una conversación del alma consigo misma.

En la iglesia, sin embargo, Lena se distrajo de su sombría meditación. Con devoto recogimiento entregóse por completo al espectáculo de la ceremonia. La música del órgano, el canto sencillo de las plegarias latinas y de los villancicos populares, la seductora pompa del culto; en una palabra, todo el conjunto de consuelos y de armonía que se desprende de la liturgia católica, calmaron su turbado corazón é hiciéronle olvidar un momento el doble drama de que era á la vez testigo y parte activa.

La ceremonia acabó. Dijéronse las tres misas. La multitud salió, no recogida y silenciosa como á su llegada, sino bulliciosa y alegre, profiriendo gritos y entonando cánticos. No había casa por pobre que fuese, no había hogar, ni aun el más humilde, donde no ardiera el ascua sagrada, ó donde la mesa de familia no estuviese llena de tortas y de hojuelas bretonas, así como también de jarros de sidra que pronto quedarían apurados.

Magdalena y miss Hotspur volvieron á tomar juntas el camino del castillo.

Los grupos de pescadores y de campesinos iban aclarándose más cada vez. Los rumores y los cánticos fueron dispersándose, disminuyendo hasta que se extinguieron completamente.

Las dos mujeres llegaban tan sólo á la mitad del camino del castillo, escoltadas por el buen *Spring*, que como perro bien educado pasó bajo el pórtico de la capilla todo el tiempo que duró la ceremonia religiosa.

El silencio era opaco, un silencio que se podía cortar con un cuchillo, como dice una pintoresca expresión de la sombra, más intenso aún á causa de la alfombra de nieve que ensordecía el ruido de los pasos.

Diríase que el mar, bajo el cielo gris, retenía su aliento por respeto á la fiesta cristiana. Tan inmóviles estaban sus olas, que parecían transformadas en témpanos de hielo.

El alma y el oído de las dos nocturnas caminantes, impregnados aún de las armonías religiosas de la iglesia, hallábanse bien dispuestos para recibir las impresiones de aquella grandiosa calma y de aquella soledad sin límites. El desierto está poblado de terrores sobrenaturales que se esparcen espontáneamente en la trama de las tinieblas, y si hay un país en el mundo donde lo invisible, lo impalpable establecen misteriosos contactos entre el espíritu y los sentidos, ese país es seguramente el de Bretaña.

De pronto, cuando llegaron al punto culminante del camino, donde si hubiera brillado la luna hubiesen podido distinguir la vieja torre del castillo, en una especie de encrucijada, una de cuyas vías iba hasta la bahía directamente, paráronse á la vez, llenas de miedo, y apretáronse una contra otra, agitadas por el mismo temblor.

Un sonido extraño, aterrador, uno de esos lamentos sin nombre que hielan la sangre en las venas, alzóse delante de ellas, á pocos pasos, turbando la noche.

No tardaron en tener la explicación de lo que ocurría.

Spring, adelantándose, habíase parado en el centro mismo de la encrucijada.

Allí, con las patas tiesas, levantada la cola y la cabeza erguida hacia el cielo, en dirección á la bahía, lanzó la nota siniestra que espantó á las dos mujeres, ese terrible aullido al cual presta la imaginación popular una significación lúgubre.

El perro de Terranova aullaba á la muerte.

Lena fué la primera que se sobrepuso á la fúnebre impresión.

– ¡Sigue en paz, *Spring!*, le gritó con voz emocionada.

El animal se calló.

Pero en seguida, como impulsado por un secreto instinto, en vez de seguir el camino del castillo, tomó bruscamente la bifurcación y echó á andar por el sendero que conduce al golfo.

A unos cincuenta pasos se paró y lanzó por segunda vez su aullido siniestro.

– ¡Gwen!, exclamó Lena, que se puso á temblar ya entonces.

– ¿Qué es? ¿Qué es?, preguntó la institutriz.

– ¿Oye usted?

– ¿Qué? ¿Es el perro?

(Continuará.)

EL GENERAL ARGENTINO

D. ALBERTO CAPDEVILA

Las repúblicas americanas en esta última década han dado un paso vigoroso en el camino del perfeccionamiento de sus instituciones militares, colocándose á la altura que los adelantos y la ciencia moderna aconsejan. Entre ellas ha demostrado grandes iniciativas la República Argentina, gracias especialmente al elemento joven, que ha levantado la bandera de las reformas en el ejército.

Pertenece á este grupo, que hoy tiene la dirección técnica del ejército argentino, el general D. Alberto Capdevila, jefe del Estado Mayor general, militar de escuela y de brillante reputación, una de las primeras figuras militares de la república.

Cuando en 1870 el Colegio Militar de Palermo recibía en sus aulas el primer grupo de aquella juventud, de la cual habían de salir más tarde los generales de la Argentina, ya empezaba á destacarse la figura de D. Alberto Capdevila, quien á la terminación de sus estudios fué designado por el gobierno para perfeccionarlos en la Academia norteamericana de West-Point.

En 1874, cuando contaba 17 años de edad, fué premiado en el campo de batalla por su comportamiento valeroso. Proponíase visitar algunas academias europeas; pero el servicio activo le impidió realizar sus deseos, consiguiendo en cambio verse á los 34 años nombrado general después de una brillante carrera, en la que obtuvo tres ascensos sobre el mismo campo de batalla.

D. Alberto Capdevila es autor del reglamento de maniobras para la infantería, que ha sido adoptado por otros ejércitos americanos, y en su vasto plan de reorganización, que bajo su dirección ha acometido el Estado Mayor, ha puesto en vigor nuevos reglamentos en todas las armas. El ejército ha entrado en un período de provechosa y severa instrucción, se ha estimulado el ejercicio de la noble profesión militar y se ha reorganizado sobre bases estables la Guardia Nacional de la República.

Para que nuestros lectores conozcan el modo de pensar del general Capdevila, copiaremos lo que en cierta ocasión dijo á un periodista:

«Si le digo á usted que desestimo los ejércitos ineducados, no le digo toda la verdad de lo que pienso. Quiero ser sincero y le afirmo que los odio, porque ellos son un peligro para la nación en la paz y en la guerra.

»En la guerra, porque los soldados instruídos derrotan fácilmente á doble número de esos buenos paisanos disfrazados con el uniforme militar, en cuyas manos el Mauser es una arma peligrosa solamente para ellos mismos. En las batallas hay siempre dos enemigos que vencer, el más temible de los cuales es nuestra propia ignorancia.

»En la paz, porque de los ejércitos inorgánicos ha nacido esa indignidad que se llama *militarismo*. Esas turbas armadas, montoneras con bandas de música, han promovido todas las tiranías de América.

»La disciplina es el taller de la libertad.

»La libertad es la obra del soldado ciudadano, educado y consciente de sus altos deberes, incorruptible defensor de la patria y de sus leyes.»

He ahí cómo expresa sus ideas militares el general Capdevila: que ellas son fiel reflejo de sus apreciaciones personales, lo demuestra claramente la organización actual de aquel ejército que se desenvuelve brillantemente sin elementos extraños á la nacionalidad.

Terminaremos esos ligeros apuntes diciendo que el general Capdevila une á sus caballerescas dotes personales un carácter austero y levantado; y si como dice un distinguido escritor, la fisonomía es en el cuerpo lo que el carácter en el alma, á través de los rasgos bien acentuados de esta fisonomía se percibe claramente esa condición especial de los espíritus superiores. – V. F. B.



El general D. ALBERTO CAPDEVILA, jefe del Estado Mayor general del ejército argentino (de fotografía de Wicomb, de Buenos Aires)

* * *

CARNAVAL DE 1897

LA ESTUDIANTINA UNIVERSITARIA DE BARCELONA

Animados de un movimiento patriótico y caritativo, trataron los estudiantes de nuestra universidad literaria de allegar recursos con que socorrer á los enfermos y heridos que llegan á nuestra ciudad procedentes de Cuba y Filipinas. Inspirados en tan nobles propósitos han organizado una *estudiantina*, que durante varios días ha recorrido los sitios públicos de nuestra ciudad, sociedades y viviendas de personas acomodadas, cosechando entusiastas aplausos y recursos. ¡Bien hayan los estudiantes barceloneses por su caritativa campaña, que tanto les enaltece!

A la galantería de nuestro amigo el acreditado fotógrafo Sr. Xatart debemos la ocasión de dar á conocer el grupo formado por la estudiantina universitaria de 1897.

* * *

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

EL EJÉRCITO ESPAÑOL. – Se ha publicado el cuaderno 5.° de esta interesante publicación que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Luis Tasso; contiene, como los anteriores, 16 excelentes autotipias referentes á la vida militar, y se vende á 80 céntimos.

LA NEBLINA. – Los números 17 y 18 de esta revista, que se publica en Lima bajo la dirección de D. José S. Chocano, contiene interesantes artículos é inspiradas poesías de los más renombrados escritores americanos y de algunos europeos y varios grabados.

LA ILUSTRACIÓN GUATEMALTECA. – El número 13 de esta revista que se publica en Guatemala contiene notables trabajos de Salazar, Mora, Flamenco y Macías del Real y varias autotipias.

REVISTA MUNICIPAL. – Hemos recibido los números 11 y 12 de esta revista mensual, órgano de la Municipalidad de Nueva San Salvador.

LA UNIÓN DEL MAGISTERIO. – Hemos recibido los números 2 y 3 de esta revista quincenal de Monterrey (México) que contienen trabajos sobre asuntos de pedagogía.



CARNAVAL DE 1897. – LA ESTUDIANTINA UNIVERSITARIA DE BARCELONA, de fotografía del Sr. Xatart

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona.

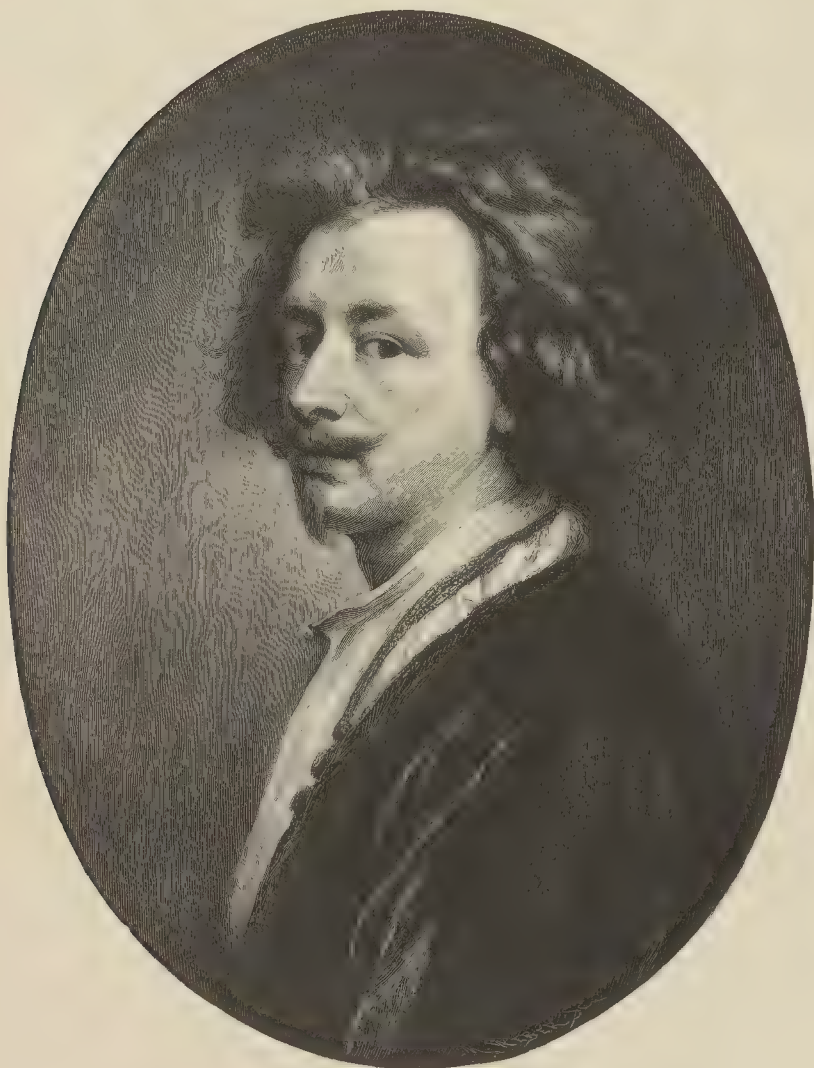


En la playa de Biarritz, dibujo de N. Méndez Bringa

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 22 de marzo de 1897 — Núm. 795



ANIVERSARIO DEL NATALICIO DE VAN DYCK, ACAECIDO EN 22 DE MARZO DE 1599

Retrato pintado por él mismo

ADVERTENCIA

ANTOLOGIA AMERICANA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tomo primero de los correspondientes á la serie del presente año. Este tomo es la Antología americana, y en él figuran las mejores composiciones cortas de trescientos veinte poetas, los más renombrados de la América latina.

Dichas composiciones nos han sido remitidas por eminentes literatos americanos, cuyos nombres no consignamos, aunque el de alguno de ellos estará sin duda en la mente de todos nuestros lectores, y que han escogido cuidadosamente entre el abundantísimo material existente las poesías más inspiradas y más á propósito para nuestra publicación.

Sin pretender que nuestra Antología americana sea completa, cosa imposible en una obra como ésta, creemos que en ella figuran los más ilustres cultivadores de la poesía en América, y si alguno resulta omitido débese, no á propósito deliberado, sino á la índole de aquélla, á la que menos que á otra alguna puede exigirse la perfección. Además, en la imposibilidad de insertar todas las composiciones que merecían ser publicadas, nos hemos visto precisados á reducir considerablemente el número de las mismas, incluyendo en el libro sólo alguna ó algunas de cada autor.

El tomo de la Antología americana va ilustrado con retratos de muchos de los poetas cuyas firmas en el mismo figuran. Nuestro deseo hubiera sido publicar los de todos, pero no nos ha sido posible por no haber podido conseguirlos, á pesar de los esfuerzos que hemos realizado para obtenerlos.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORANEA

LAS SUBASTAS

Entre las diferentes maneras de pasar las horas de la tarde, sobre todo durante este mes de marzo, de temperatura desigual, tan pronto fría como tibia y pegajosa, en que el paseo no atrae, hay que contar el nuevo entretenimiento de las subastas que se verifican en dos ó tres salones situados en calles céntricas, y donde se reune, de seis á ocho, un público curioso y franco de bolsillo. Todo lo que se canta se vende; para todo hay licitadores, con gran admiración de los que hemos oído decir que falta dinero y que las circunstancias son aflictivas y angustiosas.

En las subastas á que he asistido dominan tres clases de objetos: chirimbolos japoneses – abanicos y pantallas de chimenea, – cacharros, panderetas pintadas y cuadros. De éstos, el surtido es inmenso é inagotable. Asusta pensar lo que se embadurna de tela y de papel en el mundo. Al servirme del verbo *embadurnar*, no lo hago en sentido despreciativo: uso esa palabra genéricamente. Los pintores dicen *manchar*, y llaman *manchas* y *manchitas* á bocetos algunas veces deliciosos. Empleo el verbo *embadurnar* porque los colores siempre quitan la limpidez á la tela ó al papel, siquiera los extienda la mano del mismísimo Velázquez; y repito que es mucho, que es extraordinario lo que hoy se embadurna. Existe una legión de pintores buenos, aceptables, agradables, que saben su oficio, que poseen el secreto de ciertas pinceladas y ciertas triquiñuelas que antaño se desconocían ó eran patrimonio únicamente de los maestros. Existen además los maestros reconocidos é indudables, que no sólo saben dar esas mismas pinceladas y sorprender esos mismos efectos de luz, sino que tienen *algo más*, un aire propio suyo y una suma de ideas que les pertenece y que corre después por ahí reproducida en miles de ejemplares. Lo que ya casi no existe son pintores resuelta y honradamente detestables, de esos Orbanejas que en otro tiempo se iban de convento en convento y de casa en casa, alternando el San Antón con la Purísima, y el Cristo vertiendo almazarrón con el San Jerónimo semejante á un haz de espárragos barbudo... Este tipo clásico, ingenuo y primitivo, ha desaparecido de la superficie de la tierra. Hoy, hasta las diminutas tablas que se ofrecen á dos y á tres pesetas en los cafés, tienen una apariencia de maestría, unos brochazos desenfadados, unos golpes de verde y de azul que parecen decir: «Aquí está el genio, obligado por la necesidad á venderse muy baratito.»

* * *

Las vergonzantes ofertas de los cafés quizás han dado origen á la idea de las subastas públicas. En efecto, la cuestión de venta era para los artistas problema insoluble. ¿Quién se atreve á subir á un estudio y regatear al mismo autor un cuadro? Es imposible discutir precios en tales condiciones: al fin no se trata ahí de una vara de lienzo ni de un cuarto arroba de azúcar. No hay forma de acercarse á un pintor ó un escultor para pedirle que rebaje diez duros. Los aficionados á cuadros modernos tenían el recurso de entenderse con uno de esos intermediarios que ahorran al artista la molestia y al comprador el sofoco. Pero en cambio, la mitad del vellón de la oveja se quedaba en la zarza. El parroquiano lo sospechaba, y no le hacía maldita la gracia el caso. Al artista le constaba, y tampoco debía de parecerle justo. El público, escamado, se desviaba cada vez más de los talleres.

Por otra parte (es preciso decirlo todo), los precios que los artistas señalaban en las exposiciones á sus cuadros horripilaban y encogían los bolsillos. Se hablaba de miles de pesetas, y hasta de miles de duros, como agua. Contribuían á este exceso las adquisiciones del Estado, siempre bien pagadas, y la media docena de casos felices en que algún millonario, algún antojadizo pudiente, se enamoraba de un asunto ó de una manera, y cubría de oro su capricho. La fastuosa leyenda corría de estudio en estudio, y no la codicia, el amor propio, se excitaba y se traducía en exigencias imposibles de satisfacer. «¿Vale menos mi cuadro que el de X.?,» pensaba para sí el artista, sin calcular que las preferencias artísticas son tan inexplicables, y á veces tan infundadas, como las amorosas. Y el cuadro, tasado en exorbitante precio, se revestía de una capa de polvo en un rincón del estudio, cuando no en el desván, hasta que el azar de los mercados extranjeros permitía deshacerse de él sin rubor en una cantidad infinitamente más discreta, ó hasta que – se han dado casos – sobre el lienzo con tanta ilusión *manchado*, pasaba el cuchillo implacable, preparándolo á ser otra vez útil para recibir nuevas *manchas*, evitando el dispendio de otro lienzo.

La dificultad de discutir condiciones de adquisición fué causa de que, poco á poco, hoy que tanto se regala á pretexto de fiestas onomásticas y bodas, se perdiese la costumbre de regalar cuadros. Se entra en casa del joyero, del florista, del mueblista, del confitero, y no se sube al estudio del pintor, porque el gasto que se va á hacer en la joyería ó en la tienda de flores puede calcularse duro arriba ó abajo, y el de un cuadro es absolutamente incalculable, fantástico y desconocido. Un cuadro no tiene tasa; y cuando digo que no tiene tasa, no es porque necesariamente sea excesivo su coste, sino porque así puede representar una respetable suma como una cantidad ínfima. Del cuadro adquirido en el taller, mano á mano y cara á cara, al cuadro pescado en el río revuelto de las almonedas, las ventas judiciales, las testamentarías y las tiendas de anticuario, va – en igualdad de mérito y firma – una distancia formidable, que asusta y confunde. Y después, el rubor, ese sentimiento penoso á que antes me refería... El comprador ve en un estudio ó en una Exposición, por ejemplo, una cabecita abocetada de mujer, ó un vasito con dos rosas, ó un grupito de árboles que sombrea un puente rústico; la tabla es como la palma de la mano, rodeada por un marco descomunal, que se la come. «*Esto* me convenía á mí para obsequiar á Fulana,» piensa allá en sus adentros. «¿Qué pedirán por *esto*? El artista habrá tardado en hacerlo media hora... Bueno, pero estas cosas no se miran así; la firma es lo que se busca; y después, el marco es de lujo... ¡Ea! Cincuenta ó sesenta duritos habrá que soltar.» Y en voz un poco velada por la emoción, el aspirante se entera de la tasa. «Tres mil pesetas.» Un sudor frío le brota del pelo. «¡Atiza!» Y al retirarse precipitadamente con las manos en los bolsillos, dice alto: «Las vale, ya lo creo que las vale... Es una maravilla de factura...»

Las subastas han venido á remediar estos inconvenientes morales y materiales. Sale el cuadro; se canta su asunto, su autor, su tasa imaginaria (la real es la que decidirán las pujas) y, á partir de una suma insignificante, voces salidas de la concurrencia ofrecen lo que place á cada cual. En general, los cuadros, sin subir á aquellas inconmensurables alturas, sin cernerse en las nubes, suelen alcanzar un precio razonable y decoroso. Es de advertir que á este público mercado salen las primeras firmas: en una subasta á que asistí anteayer, se vendieron Pradillas y Sorollas. Ninguno llegó á las mil pesetas; alguno quedó por bajo de quinientas. Pero considérese lo difícil que es hoy, en momentos tan poco favorables al arte y á todo lo que representa un lujo y una superfluidad, arrancar mil pesetas á cambio de un lienzo ó una tabla. Bien mirado, el resultado de la subasta es un brillante triunfo para los artistas ilustres.

No hay objeto que no suba. Confieso que me admira el caso. Esos mismos objetos, expuestos en el escaparate de una tienda, probablemente allí se están años y años sin que á nadie se le ocurra pedirlos. Salen al tablado de la subasta, y al punto son pujados, disputados y adquiridos, á un precio poco diferente del que en la tienda tendrían. He visto platos modernos, imitación de los modelos hispano-árabes, de reflejos, que en el depósito de la Moncloa y en las fábricas de Manises se vendían á nueve ó diez pesetas, y en la subasta á ocho ó nueve. ¿Es esa problemática diferencia de diez *perros grandes* la que engatusa y decide á los compradores? Creo que no; que más bien es el *sport* de la puja, el gustazo de llevarse lo que otro solicita y de vencerle delante de todos con un desembolso y un rasgo de generosidad. Este móvil psicológico ya lo había yo observado en la licitación del pollo de las Animas.

* * *

¿Qué es el pollo de las Animas?, preguntará alguien que no esté al corriente de los usos y costumbres de mi tierra. Es un donativo en especie que algún devoto ofrece á las benditas ánimas del purgatorio, y que el párroco, á fin de convertirlo en numerario, vende en el atrio de la iglesia «á pujas» á la salida de la misa mayor. De pie sobre el tapial que cerca el atrio ó sobre una silla traída de la sacristía, el sacristán eleva la mercancía con la diestra, la columpia de las patas y chilla: «¡Un real, á la una! ¡Un real, á las dos!» (Allí se cuenta todavía por reales, cuartos y hasta ochavos.) El pollo de las Animas no suele ser de los más gordos y lucidos; por lo regular tiene la pluma aborrascada, el pescuezo flaco y los ojos tristes. No obstante, la gente aldeana, que es ducha y que da tres vueltas á la faja antes de malgastar un céntimo, puja con ahinco el pollo, cuya adquisición produce emociones semejantes á las de la caza y la pesca, ó á las del contrabando.

* * *

Las subastas satisfacen este instinto de lucha y de porfía que existe en la naturaleza humana. Divierten más que una sencilla compra, un rápido contrato verbal. Tienen lances. El mismo violetero que se vendió minutos ha en tres reales – es decir, el mismo no, pero uno idéntico, – se vende ahora en seis ó en ocho. ¿Por qué? Porque los licitadores están más vibrantes, más animados y con más humor de quitarse unos á otros el gusto. Además hay dichos, agudezas, incidentes, comentarios; todos vuelven la cabeza cuando alguien *sube* de pronto, y este movimiento halaga la vanidad del que acaba de revelar que posee una respetable suma y va á gastársela en un capricho. «¿Quién es ese Creso?» Y el Creso ríe, y otro Creso desconocido salta, impensadamente, con una oferta mayor, dejando tamañito á su contrincante... Todo alarde de fuerza entraña un goce de amor propio; toda discusión enciende y exalta; los espectadores pendientes de la puja son un auditorio como otro cualquiera, ante el cual no gusta quedar vencido... Y he aquí el secreto de las subastas, y por qué en ellas corre y se despacha lo que tal vez en el almacén no correría nunca, aunque fuese muy lindo y saliese realmente barato.

Y como las subastas sirven también de mataderos de ese inmortal llamado Tiempo – que se burla de nuestras asechanzas contra su vida, porque está seguro de que él acabará por dar cuenta de la nuestra, – no es extraño que se hayan puesto tan de moda, y que vayan entrando en nuestras costumbres, con su americanismo positivista, su noción de que todo en el mundo tiene un precio hecho – todo hasta el Arte, el cual, para los idealistas, vale tanto que no vale nada, – pues lo que carece de precio carece de valor, por carta de más.

Emilia Pardo Bazán



NOCEDAL

Corría el año 1856. Los unionistas, después de barrer á metrallazos en las calles de Madrid y Barcelona á la Milicia Nacional, habían quedado por amos del cotarro. Pero la cosa les duró poco. El ministerio O'Donnell-Ríos Rosas sólo vivió tres meses. El futuro vencedor de Africa había necesitado una batalla de tres días para hacerse dueño del poder, y al general Narváez le bastó un rigodón, bailado en Palacio, para derribarle. En aquellos tiempos, ya lejanos, los políticos tenían la epidermis muy delicada. La regia prerrogativa se ejercía muy fácilmente. Los presidentes del Consejo de ministros querían ser dueños absolutos de la confianza de la corona, espiaban á la reina como novios celosos, y el más leve asomo de desagrado les hacía abandonar sus carteras.

Formaron, pues, gobierno los moderados, que era, sin duda, lo que S. M. se proponía bailando en una fiesta palatina con Narváez antes que con O'Donnell, y D. Cándido Nocedal, nombrado ministro de la Gobernación, tomó posesión de su cargo.

Al llegar al ministerio el primer día, encontró al pie de la escalera á un individuo pobre, pero decentemente vestido, que quitándose el sombrero color de ala de mosca, le dijo:

– A la orden de V. E., señor ministro.

Cuando bajó, algunas horas después, el mismo hombre repitió las mismas palabras.

Volvió D. Cándido á su despacho por la noche, idéntica escena.

Al día siguiente, otra vez lo mismo.

Y esto durante una semana.

Aquel extraño personaje no se le acercaba nunca, no le entregaba memorial, ni le decía más que las palabras consabidas:

– A la orden de V. E., señor ministro.

Nocedal ya no pudo más, y una mañana al verle inmóvil en el sitio de costumbre, se dirigió á él con los puños cerrados, preguntándole:

– ¿Quién es usted?

– Un pretendiente, señor.

– Suba usted conmigo.

Llegaron al despacho. El ministro llamó al jefe del personal.

- Una vacante para este hombre.

– ¿En Madrid?

– No, fuera, lejos, lo más lejos posible. Tráigame usted la credencial al momento.

Y el pretendiente quedó colocado en pocos minutos.

* * *

Esta anécdota, rigurosamente exacta, pinta el carácter de Nocedal.

Un manojo de nervios encerrado en un cuerpecillo endeble. De mediana estatura, flaco, moreno, con ojos negros en los que brillaba la inteligencia, vivaracho, agresivo, audaz, batallador por temperamento, inquieto, burlón hasta rayar en mordaz y cáustico, siempre se dijo de él que una de las cosas más chocantes en hombre de tales condiciones era que se llamase *Cándido*.

El que le puso en la pila bautismal este nombre no supo lo que se hizo.

Si se llama literato al que produce obras literarias, Nocedal no lo era, pues no recordamos de él más trabajo de esta índole que el prólogo á las obras de D. Gaspar Melchor de Jovellanos, en la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneira, y aun este escrito podía haber salido de la pluma de cualquier legista que tuviera copiosa erudición y estilo fácil, correcto y animado; pero si se da aquel nombre al que, sin hacer oficio del cultivo de las letras, las ama profundamente, conoce á fondo la literatura y sabe apreciar en su justo valor las bellezas que se contienen en todos los libros antiguos y modernos, el personaje que nos ocupa lo merecía más que muchos que pasan la vida escribiendo novelas ó componiendo comedias.

De su afición á los escritores puede dar testimonio su conducta en la elección de personal para la secretaría del ministerio. Aquel centro era un *parnasillo*, como que de él formaban parte D. Manuel Tamayo y Baus, el primero de los autores dramáticos del siglo XIX; Selgas, el ternísimo poeta de *La primavera y el estío;* Navarro Villoslada, novelista de incomparable mérito; González Pedroso, y Tejado, que sólo con haber figurado á la cabeza de la redacción de *El Padre Cobos*, tendrían títulos suficientes para colocarse entre nuestros primeros satíricos, y D. Antonio Gil y Zárate, el gran poeta, que desempeñó la plaza de subsecretario.

Desde el año 1860 perteneció á la Real Academia de la Lengua, donde sucedió á D. José de la Revilla, ocupando la silla señalada con la letra Z.

Como ministro dejó fama por la rectitud, la entereza de carácter y la asiduidad en el trabajo.

Aunque no estuvo en el poder sino un año, solía decir que tomó su oficio tan por lo serio, que habiendo entrado en el ministerio con buen pelo, salió de él enteramente calvo.

* * *

Nocedal, que había nacido en la Coruña, hizo sus estudios en la famosa universidad de Alcalá de Henares, donde se graduó, á claustro pleno, de licenciado en ambos derechos, á la edad de 19 años.

Trasladóse á Madrid para ejercer la abogacía, se casó muy joven con una hermana del eminente actor D. Julián Romea, y no tardó en hallarse al frente de uno de los bufetes más concurridos de la corte.

Nunca se pudo decir de él lo que dijeron algunos años después de otro abogado eminente los zumbones del Salón de Conferencias. Llevaba éste un magnífico gabán de pieles y no faltó quien dijese que eran las de sus clientes.

Las cuentas de Nocedal como abogado tienen fama por lo módicas, y su conducta en el ejercicio de la profesión le acredita de hombre de escrupulosa conciencia. No se encargaba de un negocio sin estar persuadido de que el litigante tenía razón, y aun en este caso, hacía todo lo posible por lograr que las partes llegasen á un arreglo amistoso. Así logró evitar muchos pleitos, pero no consiguió enriquecerse, á pesar de que vivió siempre en honrosa medianía.

* * *

No tenía más que 21 años cuando fué elegido diputado por Ciudad Real.

Las Cortes le admitieron en su seno, dispensándole la edad, y allí empezó su brillante carrera política. Era entonces progresista, lo cual fué causa de que más adelante sus enemigos le recordasen con frecuencia que había sido miliciano nacional y fiscal de imprenta bajo la regencia de Espartero. Ni su temperamento ni sus convicciones le llamaban á figurar en aquel partido, al que abandonó pronto para ingresar en el moderado. Desde 1843 á 1854 perteneció siempre al Congreso de los Diputados, aunque tomó poca parte en la política, sin duda por dedicar mayor atención á sus tareas forenses. Su gran notoriedad data de las Constituyentes del 54, donde se reveló como gran orador parlamentario defendiendo con ardor la unidad católica, combatiendo despiadadamente á los ministerios que presidió el duque de la Victoria y acentuando cada vez más el sentido reaccionario de su política.

Hombre de lucha, se enardecía en el combate, y cuando lograba provocar las iras de sus enemigos y la mayoría y las tribunas se levantaban airadas contra él, estaba en sus glorias. En aquellos momentos se crecía moral y casi físicamente, su imaginación ardiente y viva le sugería la frase acerada, el cruel sarcasmo ó el terrible apóstrofe que hacía enmudecer á todos.

En cierta ocasión en que los diputados acogieron con fuertes murmullos una de sus teorías, el presidente les llamó al orden. Nocedal exclamó en el acto:

– Déjelos V. S., señor presidente. Ya aplaudirán cuando diga un disparate.

Imperturbable y sereno en el Parlamento, no se contentaba con arrostrar las tempestades, se complacía en provocarlas. Cuando rugían con más fuerza, quedábase callado y sonriente, se cruzaba de brazos, paseaba por el salón una mirada burlona y desdeñosa y esperaba á que se restableciera el silencio para decir alguna sangrienta ironía y proseguir su razonamiento como si nada hubiera sucedido.

Recordamos haberle visto levantarse á defender la proposición estableciendo la incompatibilidad entre el cargo de diputado y los empleos públicos, que reproducía en todas las legislaturas, y empezar diciendo:

Como digo, es el caso,
y vaya de cuento,
que á volar se desafiaron
un pavo y un cuervo;

y seguir, con mucha calma, recitando toda la fábula, que no es corta, y fué el único exordio de su discurso.

Tenía por cosa enteramente despreciable la popularidad, á la cual tantos hombres públicos sacrifican su reputación y su conciencia. Parecía complacerse en buscar los ataques de la prensa, y por eso cuando con ocasión de discutirse una ley de imprenta llamó á los periodistas *hijos de nadie*, el sagaz Posada Herrera, que ocupaba el banco azul, decía al contestarle, dirigiéndose á la tribuna de los redactores de periódicos: «¿Queréis vengaros de los ataques del señor Nocedal? No habléis mañana mal de su discurso.»

Cuando la unión liberal reconoció el reino de Italia, combatió este acto en una magnífica oración parlamentaria. En ella anunciaba la revolución, que se verificó tres años después, y decía: «Yo acompañaré á la reina hasta la frontera y me quedaré allí esperando á que entren los ejércitos católicos para incorporarme á ellos.»

Cumplióse la terrible profecía. La guerra civil ensangrentó durante cuatro años una parte de nuestras provincias. Nocedal, que desde la caída de doña Isabel II ingresó en el partido carlista, se opuso, sin embargo, á la apelación á las armas; pero su consejo fué desoído.

Hecha la paz, regresó á Madrid ostentando la representación de D. Carlos, y en 1885, después de larga y penosa enfermedad, que soportó con resignación cristiana y varonil entereza, pasó á mejor vida el 18 de julio á la edad de sesenta y cinco años.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO

BIEN ACORDADO

Pasaron ya, hace muchos días y aun muchas semanas, los aguinaldos; bien pasados sean y digámosles, como se dice vulgarmente: *la del humo;* porque, en realidad, maldita la falta que hacen.

Y habiendo pasado ya con exceso la ocasión de pedirlos y de darlos y de tomarlos, no podrán decir los pedigüeños que los perjudico, renegando, abominando de ellos y pidiendo á los *gremios de ultramarinos y de comestibles* que ratifiquen siempre la determinación adoptada en diciembre del año próximo pasado y de la cual daban noticia, por aquel enton-



CALLE REAL DE LIPA.—BATANGAS



ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS EN ILOILO



[illegible]



UN ENTIERRO EN FILIPINAS



CALZADA DE SAN SEBASTIÁN. MANILA



ROMBLON, CAPITAL DE LA ISLA DE SU NOMBRE



PASEO DE AGUADAS, HOY [illegible] — MANILA



[illegible] FILIPINOS

VISTAS DE FILIPINAS (de fotografía de D. Félix Laureano)



FILIPINAS. – Palacio de Malacañán, en Manila, residencia habitual de los Gobernadores generales de Filipinas.

Fachada que da al río Pasig (de fotografía)



GUERRA DE FILIPINAS. – Cavite. – Trinchera grande en Dalahicán que cierra el paso del istmo que conduce á Noveleta.

Vista tomada desde el campo insurrecto (de fotografía)

ces, casi todos los diarios de Madrid en los términos siguientes:

«Los *gremios de ultramarinos y comestibles,* siguiendo la costumbre de años anteriores, acordaron por unanimidad no dar aguinaldos; pero sí, en sustitución de éstos, acordaron dar un donativo para los enfermos y heridos que regresan de Cuba y Filipinas, autorizando á sus síndicos para que éstos hagan entrega de dicho donativo.»

¡Perfectamente!, y si ustedes me apuran *plusquam perfectamente,* como suele decir un ex ministro republicano de mucho talento y de muy buen humor.

La noticia no resultó del todo bien redactada, convengamos en ello; y si en lo porvenir hay quien publique, para instrucción de la juventud estudiosa, alguna colección de trozos escogidos de literatura periodística, no deberá incluir ese párrafo entre lo selecto; pero si la forma no llegó á mediana, la esencia, lo substancial pasó de sobresaliente.

No dar aguinaldos ya fué bueno; socorrer á los heridos y á los enfermos fué mejor todavía.

Llegará un día – ¡y ojalá llegue pronto! – en que no regresen de Filipinas, ni de Cuba, soldados heridos, y en que, por lo tanto, no sea necesario ratificar la segunda parte del acuerdo; pero la primera, lo que es la primera debe ser sostenida *per sæcula sæculorum.*

No hay para qué decir que este deseo mío, ya varias veces y en distintas ocasiones expuesto, es completamente desinteresado; no pertenezco al gremio de *ultramarinos,* ni al de *comestibles,* ni á ningún otro gremio, como no sea al de emborronadores de cuartillas, de los cuales no sé si están agremiados ó no lo están, aunque se me antoja que no deben de estarlo.

Lo humilde de mi posición social y las conocidas *deficiencias* de mi situación rentística me colocan, por derecho propio, entre los exentos de dar aguinaldos.

Bien que, aun sin eso, si yo fuera – que ¡ay!, no lo he sido nunca y así estoy de medrado – cicatero y como un puño, siempre podría acogerme al consejo famoso de Quevedo:

«Solamente un dar me agrada,
que es el dar en no dar nada,»

ó la máxima no menos conocida, aunque de distinta procedencia:

«Contra el vicio de pedir,
hay la virtud de no dar,»

ó á lo que dicen y enseñan en varios lugares de sus obras autores muy estimados, que podrían servir de texto en cualquier escuela de tacañería.

No, mil veces no. Soy, como llevo dicho, enemigo de los aguinaldos desinteresadamente y sin segunda intención, ¿qué?, ni aun primera.

Entiéndase, no obstante, que lo soy desde el punto de vista de la dignidad del hombre, dignidad que considero deprimida cuando lo veo mendigar una propina, como el pordiosero solicita una limosna.

Ya sé que el aguinaldo, en su acepción castiza y autorizada por la Academia Española, no es eso, sino *regalo que se hace por Pascua de Navidad.* Pero ese aguinaldo, ó *aguilando* que dicen otros, en el mero hecho de ser regalo, lleva aparejada la condición de espontaneidad; que es justamente lo que falta á las propinas, ó mejor dicho, limosnas solicitadas con molestísima insistencia por muchas personas, algunas de las cuales, en bastantes ocasiones, se hallan, tal vez, en situación más desahogada que aquellas á quienes importunan con solicitudes de mendigos.

Triste opinión puede formarse de un país en el que tanto abundan los pedigüeños. Santo y muy bueno que al hombre que trabaje le sea retribuído su trabajo; para eso lo hace. Si la retribución es escasa, si no corresponde á la importancia de la labor realizada, es mal ese que debe ser corregido, no con regalos ni con propinas, sino con aumento equitativo y proporcionado de jornal. Si por circunstancias cualesquiera, y en casos extraordinarios, se hubieran de hacer trabajos también extraordinarios y fuera, por consiguiente, de lo convenido, es muy justo y muy razonable también que el salario ó la retribución, ó los honorarios ó lo que ello fuere y se llamare, aumente en la medida misma en que la tarea haya aumentado; pero tampoco esto á modo de dádiva graciosa del amo ó patrón, y mucho menos como propina mendigada por el servidor ó el empleado. Fuera de esos casos ó de otros parecidos, resulta humillante para el hombre recibir de otro un dinero que no ha ganado.



El «MOULIN ROUGE.» Vista exterior, dibujo de S. Azpiazu

Por esto aplaudí entonces y aplaudo ahora y aplaudiré siempre el acuerdo de esos *gremios* que unánimemente resolvieron no dar aguinaldos. Ha pasado mucho tiempo y no se me olvida.

Ese puede ser el principio de una reforma beneficiosa para todos.

Porque no cabe discutir esto: si los que dan aguinaldos principiaran por negarse á darlos, esos otros que los reciben habrían de acabar por abstenerse de pedirlos.

Y con esto y con lo otro estaba realizada la reforma.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

CRONICAS PARISIENSES

EL MOULIN ROUGE

En invierno como en verano, ya sea que la pereza de arrostrar la intemperie de una noche fría y lluviosa haya hecho prolongar la conversación de sobremesa hasta después de la hora de los espectáculos, ya sea que la atmósfera sofocante del comedor haya hecho adelantar el momento de ir á respirar el aire libre de una noche estival; cuando, restauradas las fuerzas físicas que el trabajo ha gastado en un día de febril actividad, el cuerpo exige descanso y el ánimo esparcimiento; entre ocho y nueve de la noche, se ve subir por las calles que conducen del centro de París á Montmartre una multitud de gente que va á llenar durante tres ó cuatro horas los innumerables cafés artísticos, tabernas extravagantes, teatros, bailes y conciertos que han convertido la *Sagrada Colina* en en una inmensa aglomeración de espectáculos.

Allá, en lo alto, al extremo de la calle Fontaine, dominando el resplandor de un gran foco de blanca luz eléctrica, giran sobre un fondo obscuro las aspas de un molino, delineadas por globulitos rojos. Es el *Moulin Rouge,* especie de palacio encantado donde las Musas reciben ferviente culto y donde la alegría y el amor estallan en danzas y canciones, en discreteos y retozos. Es uno de los establecimientos más originales de París, y el que tiene más fiel y entusiasta parroquia de calaveras y mujeres galantes. Allí se dan cita todas las noches periodistas y hombres políticos, gomosos y *horizontales,* y la flor y nata de la población flotante que se divierte.

Atravesemos el vestíbulo; subamos la ancha escalera, y en medio de una simpática y deslumbradora amalgama de luces y colores, nos encontraremos de pronto en un local inmenso, dividido en salas, altas como catedrales, con tribunas y galerías, banderas y trofeos. En su disposición se ha huído de toda simetría vulgar. Desde luego seduce á los ojos la más armoniosa variedad de tonos y líneas, si bien domina el rojo como nota obligada de unidad en un establecimiento que tal nombre lleva.

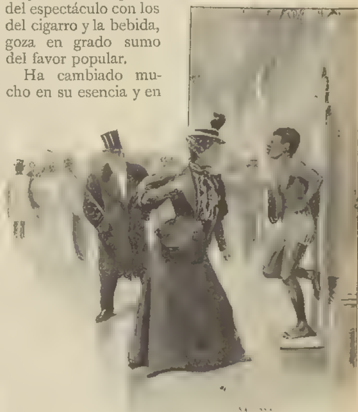
En el fondo de la nave principal se destaca del muro un inmenso palco para la orquesta, á cuyos acordes se ejecutará el baile de diez á doce. Mientras tanto, los espectadores se deleitan escuchando el concierto que se verifica en uno de los tres escenarios de la casa; porque la dirección previsora ha dispuesto un teatro de verano en el jardín, un teatro á cubierto para la estación fría, y un palco escénico en la parte más fresca de los salones de baile para las noches de verano en que el tiempo no permita permanecer en el jardín.

Este es bastante espacioso, umbrío y rodea por completo el escenario. Sentado en torno de mesitas de hierro, saboreando el cigarro ó el café, el público asiste á la ejecución de un variado programa, en que la canción, el monólogo, la pantomima y la opereta alternan con piezas sinfónicas tocadas por una orquesta excelente.

Observad á los espectadores, abigarrado conjunto de tipos de todas las latitudes del universo, unos de frac y otros de chaqueta, unos de aristocrático porte y otros marcados con el sello de baja estofa, hombres y mujeres, todos parecen divertirse por igual. No cabe duda que el teatro es la suprema diversión de los pueblos.

Los muchos atractivos de la reunión, siempre interesante, por la variedad de elementos que la componen y por la materia que ofrece á la observación y á la crítica; los efectos de luz, la animación de la música, la magia de las decoraciones, y sobre todo, el abandono de la vida ordinaria y el olvido de sus preocupaciones para vivir y sentir durante algunas horas con personajes imaginarios, son circunstancias que hacen del teatro un incomparable sitio de placer. Pero al lado de la comedia y el drama, de la zarzuela y la ópera, hay las obras líricas de corta duración, la romanza y el *couplet,* que constituyen la base del café concierto; y como este *género chico* está al alcance de los bolsillos más modestos, y no exige etiqueta alguna y concilia el placer del espectáculo con los del cigarro y la bebida, goza en grado sumo del favor popular.

Ha cambiado mucho en su esencia y en su forma el café concierto de París de diez años á esta parte. Las canciones que hicieron las delicias de la generación pasada, eran efecto de la inspiración particular ó reflejo del entusiasmo, más ó menos caprichoso, de las masas. Las canciones de hoy son obra de confección, como los trajes hechos que se expen-



El «MOULIN ROUGE.» EL DINAMÓMETRO, dibujo de S. Azpiazu

den en los bazares. Hay cancioneros de oficio, como hay maestros sastres y zapateros remendones.

Contra lo que sucede en los teatros, cada artista es dueño de elegir é interpretar á su manera sus canciones. Alguna que otra vez, para recompensar un servicio ó bienquistarse el favor de algún periodista influyente, la empresa impone á un cantante la *creación* de una obra determinada.

Asediando artistas y directores, se revuelve un enjambre de prosistas y poetas que ofrecen canciones, monólogos y libretos para bailes, pantomimas y operetas. Cada vez que surge una debutante, mariposean en torno de ella una infinidad de jóvenes, más ó menos compositores, vates ó periodistas que la inundan de manuscritos. La que aún no tiene repertorio, los acoge con entusiasmo; las otras calman sus impaciencias y rocían sus esperanzas con el agua bendita de promesas que raramente cumplen. Todas ellas saben hermanar admirablemente el arte lírico con el arte de la galantería. Saben que para crearse partidarios y protectores es un grave inconveniente presentarse escoltadas por una madre, un marido ó un amante. Todo el mundo ha de poder abordarlas libremente.

EL «MOULIN ROUGE.» UN RIGODÓN, dibujo de S. Azpiazu

El nombre de *astro* es cada vez más difícil de conservar, porque el público pasa á menudo del apasionamiento á la indiferencia. Mientras está de moda se la aplaude y aclama, se pregona su talento á son de bombo y platillos, atrae gente al teatro y es un *buen negocio* para la empresa. Pero basta que una noche se presente sin hallarse en plena posesión de sus facultades para que el público derribe á su ídolo.

El artista de concierto es para los espectadores un objeto de capricho, un juguete que trata con mimo mientras lo divierte, y que arrincona cuando se cansa de él.

¿Qué *divette* entronizada hoy, está segura de no caer mañana de su trono de oropel? Antes era difícil adquirir fama, pero se adquiría para siempre. Theresa, Bonnaire, Amiati y Duparc se han retirado de la escena en plena boga. Libert acaba de morir sin haber caído en desgracia ante el soberano público, y Paulus es tan célebre como Mario, que fué rey de los tenores.

Muchas celebridades de café concierto han sustituído el arte por la gimnasia musical, y ya se sabe que los acróbatas siempre están expuestos á mortales caídas.

El éxito de muchos cantantes procede más de la ligereza de sus piernas y elasticidad de su cuerpo que de la ligereza de su garganta.

Un viejo monologuista pasado de moda, que distribuye salidas después de haber proporcionado grandes entradas en el teatro, me decía no hace mucho tiempo.

– Créame usted; hoy es un peligro ser conocido. La moda quiere eminencias improvisadas. Lo nuevo priva en todos los terrenos; lo desconocido atrae. Muchos artistas de talento se ven de pronto eclipsados por un astro que se levanta entre carteles multicolores, reclamos y luces. Pero esos astros se eclipsan con la misma facilidad que se remontan, y las empresas tienen que poner constantemente á contribución su ingenio para inventar espectáculos y artistas que ofrecer á la voracidad del público.

En efecto, la dirección artística de los cafés-conciertos es más difícil de lo que generalmente se cree. La del *Moulin Rouge* está confiada á un español, don Juan Oller, hermano de D. José, fundador, propietario y director administrativo del establecimiento.

En 1887 el *Moulin Rouge* surgió como por encanto en el sitio que hasta entonces había ocupado el famoso baile de la Reina Blanca, y no tardó en gozar de una boga universal, así por la variedad de su espectáculo-concierto, como por las múltiples diversiones con que atrae desde su fundación á lo más selecto de la sociedad parisiense y á los extranjeros que sin cesar afluyen á París.

Uno de los placeres favoritos de las parroquianas del *Moulin Rouge* es montar por el jardín los burros argelinos de que están provistas las cuadras del establecimiento. Las que se entregan á este curioso *sport* no ponen freno alguno á su entusiasmo; galopan atropellando á todo el mundo; prorrumpen en gritos ó en ruidosas carcajadas á cada accidente lamentable ó cómico; se apodera de ellas un verdadero frenesí, una locura contagiosa, que concluye por divertir casi tanto á los espectadores como á las amazonas.

Enumerar todos los atractivos allí creados por Oller sería cuento de nunca acabar. Conciertos árabes; tiros de ballesta, de carabina y de pistola; dinamómetros, danzas orientales, un pequeño mundo de curiosidades exóticas, fiel trasunto de las costumbres de los países más apartados y diversos.

Terminado el concierto con una pantomima ó una opereta, empieza el baile en la Sala grande, única en su género, á los acordes de una nutrida orquesta, y el público forma apretados círculos para ver bailar el clásico cancán á las primeras celebridades coreográficas de París.

La vida de estas artistas es una serie de accidentes en que los placeres desordenados alternan con crueles desengaños y frecuentes amarguras.

Suelen tomar parte en sus danzas y en sus fiestas muchas mujeres galantes y no pocas obrerillas, cuya inocencia sale raramente incólume de tan peligrosas aventuras.

Aquellas celebridades coreográficas sólo pueden causar envidia á jóvenes sin experiencia que ignoran lo efímero de sus triunfos y los terribles secretos de su vida.

JUAN B. ENSEÑAT

NUESTROS GRABADOS

Van Dyck, retrato pintado por él mismo. – Coincidiendo la publicación de este número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA con el aniversario del natalicio de Van Dyck, acaecido en 22 de marzo de 1599, hemos creído oportuno reproducir el retrato del gran pintor flamenco pintado por él mismo. Van Dyck hizo muchos retratos suyos, y á fe que no podía escoger mejor modelo, pues su cabeza hermosa, su rostro inteligente y su porte distinguido se prestaban como pocos á ejecutar verdaderas obras maestras como la que reproducimos y que no creemos necesario acompañar de algunos datos biográficos por ser harto conocida su vida y sobrado universal la fama del inmortal artista del siglo XVII.

Islas Filipinas. — Continuando la serie de vistas de las Islas Filipinas que desde hace algún tiempo venimos publicando, reproducimos en la lámina de la página 196 ocho interesantes fotografías de D. Félix Laureano que someramente describiremos.

Calle Real de Lipa. – Lipa es una de las poblaciones más grandes de la provincia de Batangas y fué en otro tiempo muy rica y muy importante, cuando podía explotar sus extensos cafetales: entonces había allí mucha gente adinerada, y los lipeños se daban á conocer en todo Filipinas por su prodigalidad. Por desgracia las circunstancias han cambiado á consecuencia de la plaga de gusanos que ha destruído los árboles del café, y hoy Lipa no es lo que fué, aun cuando conserva no pocos restos de su pasada prosperidad.

Iglesia de Molo. – Este templo del pueblo de Molo, vecino de la ciudad Ilo-Ilo, es de construcción moderna y fué costeado por las personas pudientes de la población. Durante el terremoto de 1888 cayóse el remate de la fachada que se estaba construyendo. Como puede verse por la fotografía es un edificio grandioso y de estilo elegante.

Calzada de San Sebastián. – Es esta una de las mejores calles de las afueras de Manila: es muy larga, está regularmente urbanizada y hállase hermoseada por artísticos y grandiosos edificios que á ambos lados de la misma se levantan. Esta calzada, que se denomina de San Jerónimo, es de mucho tránsito, principalmente porque pone en comunicación el barrio de San Sebastián con el de Quiapo.

Paseo de Aguadas, hoy día de Vidal. – Es uno de los paseos más amenos de Manila por su longitud y por su vegetación: extiéndese desde el paseo del Jardín Botánico hasta al de la Luneta, y á uno de sus lados se alzan los cuarteles del regimiento peninsular, de artillería montada, de infantería y de caballería. Llamóse antiguamente de *Aguadas* porque en sus alrededores se encuentran los innumerables estanques que suministraban el agua para el riego de la capital y en los cuales se surtían también de agua potable los habitantes de Manila. Hoy las aguas de *Carriedo* proveen en abundancia á los manileños, por lo que apenas se utilizan ya las de los referidos estanques.

Escuela de Artes y Oficios en Ilo-Ilo. – Esta escuela se inauguró en junio de 1889 y fué creada por el gobierno, accediendo á las instancias de la ciudad de Ilo-Ilo, para la instrucción de la clase obrera. Está muy bien montada y tiene sus correspondientes talleres, gabinete y laboratorio: el edificio en que se halla actualmente instalada es de propiedad particular, pero el gobierno proyecta construir otro ex profeso, que estará situado en una de las principales calles de Ilo-Ilo.

Un entierro en Filipinas. – En Filipinas se verifican los entierros con gran pompa y aparato, sobre todo, como es natural, cuando se trata de alguna familia acaudalada: á ellos asisten, algunas veces formando parte del cortejo, no sólo hombres, sino que también mujeres de la familia ó amigas de ésta.

Vista de Romblón. – Esta población es capital de la isla de este nombre, y sería de muy poca importancia si no fuese residencia de la comandancia político-militar y si su puerto, uno de los mejores de Filipinas, no tuviese cierto movimiento, debido á que en él hacen escala los vapores correos encargados del servicio del Sur del archipiélago. Crecen en la isla con tal abundancia los cocoteros, que puede decirse que la cubren por entero: también se cría el abacá en la isla de Romblón, que es la única de Filipinas en donde existen canteras de mármol.

Carpinteros filipinos. – En muchas poblaciones de Filipinas no hay talleres de carpintería: el *panday*, ó carpintero, provisto de sus enseres, va á la obra que le está encomendada. Una sierra, un martillo generalmente de madera, algún cepillo y algunos escoplos constituyen todas las herramientas del *panday* filipino.

Palacio de Malacañán en Manila.—Trinchera grande en Dalahicán (Cavite).—El palacio de Malacañán, residencia habitual del capitán general del Archipiélago, ocupa una posición en extremo pintoresca, pues está bañado por un lado por el río Pasig en su parte más ancha y por los demás hállase rodeado de un grande y frondosísimo jardín. El edificio no reune grandes condiciones, ya que no es más que un gran caserón al cual se han añadido varios cuerpos que no guardan uniformidad entre sí ni obedecen al mismo estilo. La fachada principal es bastante fea y está á la izquierda de la que aparece en la fotografía; ésta está tomada desde las sementeras



LA DESPOSADA DE ABYDOS, cuadro de Domingo Morelli, inspirado en el poema del mismo título de Byron



GENOVEVA DE BRABANTE, cuadro de W. Rauber

de San Fernando de Dilao y en el primer término de la misma y en la parte baja se ve el embarcadero y la lancha del vapor del gobernador general; encima extiéndese una gran azotea y un cuerpo de edificio que corresponde á un salón.

En el número último dimos algunos detalles acerca de la trinchera grande de Dalahicán, cuya vista general reproduce el segundo grabado de la página 197. Esta vista está tomada desde una distancia de unos 80 metros, es decir, desde el campo considerado ya como insurrecto. La trinchera aparece coronada de soldados del primer batallón de Infantería de Marina que se relevan cada 24 horas con fuerzas del mismo cuerpo procedentes de Cavite: á la izquierda de la fotografía se ve el mar, ó sea una parte de la inmensa bahía de Manila, y á la derecha el bosque de mangles. La parte de playa es la única transitable y sumamente estrecha. El terreno enfrente del cual se levanta la trinchera estaba materialmente cubierto de aromos, arbusto que allí abunda mucho y cuyas espinas, largas y agudas, imposibilitan el andar porque traspasan el cuero del calzado: toda esta vegetación fué talada, habiéndose chapeado el terreno en toda la extensión posible, á fin de impedir que los insurrectos hallasen en él una natural defensa.

Estos dos grabados son reproducción de las fotografías que desde Manila nos ha remitido D. M. Arias Rodríguez.



D. José M.ª de la Vega, brigadier de la Armada mexicana, actualmente jefe del Departamento Central de Marina (de fotografía)

D. Luis Carballeda, general de brigada mexicano, Inspector general de policía (de fotografía)

El brigadier mexicano D. José M.ª de la Vega. – Cuenta escasamente cuarenta años de edad, lleva veinticinco de servir en la marina mexicana y hace cinco que está en posesión del grado de brigadier de la Armada. Su carrera es una serie de brillantes servicios prestados á su patria, hasta el punto de que á los veinticinco años mereció ser nombrado comandante general de Marina y jefe de la Capitanía del Puerto de Veracruz: mencionarlos todos exigiría un espacio de que no disponemos, por lo que nos limitaremos á decir que tanto en períodos de guerra cuanto en tiempo de paz su nombre ha figurado siempre en primera línea. A él se debe la formación de la Ordenanza para la marina de Guerra, del proyecto de Código para la marina mercante y de muchos reglamentos y disposiciones para la mejor administración del cuerpo, la adquisición de la corbeta escuela *Zaragoza* y el establecimiento del Arsenal Nacional de Veracruz y del dique flotante de Tlacotalpam. Ha sido varias veces y es en la actualidad diputado en el Congreso de la Unión y miembro honorario de la Sociedad de Geografía y Estadística y de otras corporaciones científicas. Por su ilustración y su talento ocupa un lugar distinguido en la Armada y por su modestia y carácter amable y bondadoso goza de generales simpatías. Está en posesión de varias medallas de salvamento y de la condecoración y placa por su constancia en el servicio.



D. Elías Rogent, ilustre arquitecto barcelonés, fallecido en Barcelona en 21 de febrero último (fotografía de A. E. F., dits Napoleón)

D. Elías Rogent. – El ilustre arquitecto barcelonés cuyo reciente fallecimiento lloran cuantos por el arte catalán se interesan, ha dejado escrita su mejor biografía en los monumentos que en nuestra ciudad y fuera de ella perpetuarán su nombre. Nuestra Universidad literaria, el Seminario Conciliar de Barcelona y el de Tarragona, multitud de edificios particulares de esta ciudad, el barrio de Salamanca de Madrid, las restauraciones de los monasterios de San Cugat del Vallés y de Santa María de Ripoll y el conjunto de edificios levantados para la Exposición Universal de 1888 son otros tantos testimonios elocuentes de la labor grandiosa del Sr. Rogent, en quien descollaron, aparte de sus talentos técnicos, un aliento que ante ningún obstáculo se arredraba y sus sentimientos genuinamente catalanes: gracias al primero, pudo llevar á feliz cima empresas como la transformación de nuestro salón de Lonja para el baile con que en 1860 fué obsequiada S. M. D.ª Isabel II, el trazado en pocos meses de los planos de nuestra severa y grandiosa Universidad literaria y la realización en cortísimo tiempo de nuestra citada Exposición Universal; y llevado por los segundos, hizo un estudio profundo del arte histórico catalán y consagró toda su vida á la aplicación del mismo á la arquitectura de nuestros días. D. Elías Rogent nació en 1821, fué director de la Escuela de Arquitectura, correspondiente de la Academia de San Fernando é individuo de número de la de Bellas Artes de Barcelona y deja escritos multitud de trabajos verdaderamente notables. Barcelona, Cataluña entera, le debe mucho y su nombre, honra de la tierra catalana, será siempre ilustre en los anales del arte arquitectónico español.

El general mexicano D. Luis Carballeda. – Nació en 1826 y comenzó su carrera militar en 1847: durante la invasión norteamericana mereció ser condecorado por sus importantes servicios, y terminada la guerra visitó las principales naciones de Europa. De regreso á su patria dedicóse á sus asuntos particulares, hasta que por amistad con el general Porfirio Díaz entró de nuevo al servicio militar. Ha ocupado varios puestos públicos de mucha responsabilidad, ha sido Inspector de las fuerzas rurales, y es actualmente, por segunda vez, Inspector general de Policía de la ciudad de México. Goza de la confianza absoluta del actual presidente y de las simpatías de sus conciudadanos por su rectitud, por su cortesía y por su bondadoso trato.

La desposada de Abydos, cuadro de Domingo Morelly.—No disponemos de espacio para referir el argumento del precioso poema en que Byron describe los desgraciados amores de Zulika y Selim y que muchos de nuestros lectores conocerán seguramente. Diremos únicamente que Zulika fué enterrada en el cementerio y que cierto día el cipo que se alzaba sobre su tumba fué transportado por manos no mortales á la playa, en el sitio en que cayó muerto Selim: con el cipo fué trasplantado también el rosal que junto á él crecía. Las doncellas de Elle buscan en aquellos objetos los auspicios para sus amores y acuden á contemplar aquellas rosas, que según ellas, no han nacido en la tierra. Cerca de ellas canta un pájaro desconocido cuyos trinos semejan los armoniosos sonidos de un arpa tocada por celestiales dedos: cuando las doncellas escuchan el canto del ave no saben moverse de aquel sitio y pasan la noche junto á la sepultura de Zulika, hasta que con el alba cesan las notas dulcísimas. En esta poética concepción hase inspirado el famoso artista napolitano Domingo Morelli, uno de los más grandes pintores italianos modernos, digno comentarista con su mágico pincel de la fantasía mágica del inmortal autor de *Childe Harold*.

Genoveva de Brabante, cuadro de W. Rauber. – ¡Cuántos de nuestros lectores se habrán deleitado en su infancia con la lectura del cuento del mismo título que este cuadro! ¡Cuántos se habrán conmovido con las desdichas de la infortunada palatina víctima de la perfidia del malvado Golo! ¿A qué, pues, explicar el cuadro que reproducimos? El notable pintor alemán Rauber se ha identificado con la antigua leyenda, y al trasladar al lienzo á Genoveva con su tierno hijo en el bosque y sin más compañía que la de la cierva, ha expresado de una manera sentidísima la síntesis de las escenas más interesantes de la narración.

La viuda en el campo, cuadro de Francisco Masriera (Salón Parés). – Dos hermosos lienzos ha exhibido recientemente el pintor Francisco Masriera en la Exposición anual del Salón Parés. Una preciosa *mascarita blanca* que ha brotado de su paleta, bella y animada, como todas sus plásticas manifestaciones y digna compañera y legítima descendiente de tantas otras *pierretes* que con gusto recuerdan los admiradores del laborioso y distinguido artista barcelonés. De asunto pequeño, verdadero contraste del anterior, es el cuadro cuya copia damos á conocer á nuestros lectores; mas á pesar de subordinarse en el concepto y en la técnica á otras ideas y á otros derroteros, resalta en esta, cual en todas las obras de Francisco Masriera, su personalidad artística, que se traduce por el sello peculiar y exclusivo que imprime en sus producciones, en las que aun sin ver encantos, se adivinan, presintiéndose la belleza.

El general Porfirio Díaz.—Por cuarta vez ha sido elegido presidente de la República Mexicana el general Porfirio Díaz, una de las glorias más legítimas de aquella nación americana, á cuya política inteligente se debe la prosperidad de que aquel Estado goza. Nació el general en 1828, y después de haber luchado al lado de Juárez por la independencia de su patria, cuando éste quiso aspirar á la dictadura combatió contra su antiguo jefe y lo venció, siendo en 1877 elegido por vez primera presidente de la república: en 1880, fiel á los principios constitucionales, negóse á ser reelegido; pero no habiendo respondido D. Manuel González, que le reemplazó, á lo que de él esperaba la nación, el general Porfirio Díaz hubo de ceder ante el voto unánime de los mexicanos, que en 1884 elevóle nuevamente á la presidencia y en ella le ha mantenido desde entonces, rindiendo así tributo á los méritos y á las virtudes excepcionales del gran gobernante.

MISCELANEA

Bellas Artes. —Berlín. – La Sociedad Fotográfica de Berlín va á emprender la reproducción de los principales cuadros del Museo del Prado de Madrid en fotograbados de 38 por 50 centímetros. La publicación se compondrá de diez cuadernos de once láminas cada uno, que se repartirán por todo el año actual, y en ella sólo figurarán las obras más salientes de los pintores más famosos. Se reproducirán 35 cuadros de Velázquez, 12 de Murillo y varios de Ribera, Coello, Zurbarán, Goya, Rafael, Tizziano, Correggio, Veronese, Rubens, Jordaens, Van Dyck y Alberto Durero.

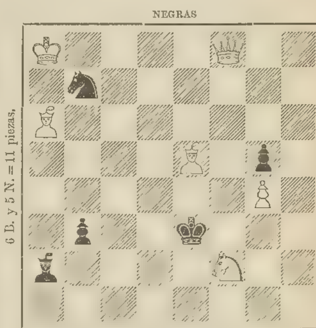


El general Porfirio Díaz, reelegido por cuarta vez presidente de la República Mexicana (de fotografía)

Teatros.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Palais Royal *Le Terre-Neuve*, graciosa comedia en tres actos de Bisson y Hennequin; en Varietés *Le pompier de service*, opereta en cuatro actos de Cottens y Gavault, con bonita música de Varney; en los Bouffes Parisiens *Peur de gendarme*, vaudeville-opereta en tres actos de Ferrier, música de Darien, y en el Athenée Comique *Madame Putiphar*, opereta en tres actos de Depré y Xanrof, música de Diet.

AJEDREZ

Problema número 62, por Valentín Marín



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 61, por J. Tolosa

Blancas.	Negras.
1. A 4 A R	1. P toma A (*)
2. T 8 T	2. R 4 C
3. R 7 T	3. R 5 T
4. R 6 C mate.	

(*) Si 1. P toma T; 2. A 3 R, P juega; 3. P 4 A R, P juega; 4. P 5 A R mate.



– Adiós, señorita, dijo Pablo, saludándola con una inclinación de cabeza

LA ONDINA DE BRETAÑA

NOVELA POR PEDRO MAÉL – ILUSTRACIONES DE VICENTE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

– ¡Sí, es el perro, Gwen! ¡Oiga usted aún!.. Un tercer aullido..., un cuarto aullido...

– Sí, ya oigo, respondió la inglesa. ¡Quizás tiene hambre ese animal!

– No, Gwen, *Spring* no tiene hambre. Ha comido bien esta noche. Además, si tuviera hambre, tomaría el camino del castillo.

Miss Hotspur había hablado por hablar. Hay momentos en que al que tiene miedo le alienta el sonido de su propia voz.

Spring volvió hacia sus dos compañeras. En cuanto llegó hasta ellas, á pesar de que Lena le mandó callarse, lanzó otro desgarrador aullido.

Una vez lanzado al viento aquel grito doloroso, el perro echó á andar nuevamente en dirección al islote.

Magdalena, cediendo á los impulsos de su corazón, dijo á la institutriz:

¡Venga usted, Gwen, venga usted conmigo! Este animal nos anuncia algo... ¡El pobre viejo Alain va á morir!

Y sin esperar la respuesta de la inglesa, corrió tras del perro, seguida á alguna distancia por la buena institutriz.

¿Había obedecido *Spring* al vago instinto que la superstición atribuye á los de su raza?

¿Quién se atreverá á afirmar que no hay alma, siquiera sea una alma mortal, en los animales, y que esa alma no tiene más penetración que la del instinto?

Lena atravesó la landa, guiada por un presentimiento, hipnotizada en cierto modo por su propia idea, sin darse cuenta de los objetos que dejaba á su espalda y de los lugares por donde iba.

Arrastrábala invenciblemente aquel drama que creía ver ante sus ojos y que helaba la sangre en sus venas.

Tal era la rapidez de su carrera, que los árboles, con cuyos troncos casi se rozaba, pasaban á su lado como una visión fugitiva que corría con la velocidad de un tren rápido.

Ya no nevaba.

Habíase desgarrado la pesada masa plomiza que llenaba los espacios. Una mancha más clara dejábase ver por el Poniente.

El viento del Oeste volvía á reinar venciendo brutalmente al viento del Norte, á aquel rival que había penetrado como un intruso.

El duelo entre el Eurus y el Aquilón terminaba en favor del primero.

Mas la nieve que cubría la tierra no se deshacía; chillaba bajo el pie. En menos de un cuarto de hora llegó la señorita de Kéroulaz al islote.

El puente movedizo estaba aún sobre el foso. No había sido retirado de allí desde que comenzó la enfermedad de Alain.

Lena lo recorrió velozmente, precedida por *Spring*, que arañaba ya la puerta.

La enfermera acudió á abrir, tomando mil precauciones. Su sorpresa fué extraordinaria.

Ciertamente no esperaba ver á «la señorita del castillo» llegar á aquellas horas. Pero no tuvo tiempo de entregarse á largas exclamaciones.

Lena, ávida de noticias, preguntó sin perder un segundo:

– ¿Cómo está?

– Mal, contestó la mujer. ¡Muy mal!

Lena ya no tuvo miedo.

– ¡No cierre usted!, le dijo á la enfermera. Miss Hotspur viene detrás de mí.

Y dejando á la mercenaria, la cual felicitábase de verse relevada por un momento á la cabecera del moribundo, abrió la puerta de la alcoba.

Pero no se atrevió á penetrar más adentro.

Alain Le Gadek entraba en su agonía.

Y desde el umbral Magdalena vió descorrerse el telón de la muerte.

Era para ella un espectáculo más aterrador por ser para la joven enteramente nuevo.

Echado sobre su espalda, inerte, el moribundo tenía aún en sus desfallecidas manos los signos que resumían su fe y su existencia: el crucifijo y la medalla militar.

Sus grandes ojos abiertos y fijos, con la pupila dilatada, miraban al infinito, que se acercaba á él.

Aquella mirada le asustó á Lena, que se cubrió el rostro con sus manos.

Mas era una muchacha valerosa.

Tuvo verguenza de haber sentido semejante desfallecimiento, y dominándolo en seguida, se precipitó hacia el lecho.

– ¡Padre Alain! ¡Padre Alain! ¡Mi buen amigo! ¿Me oye usted?

El grito del dolor tiene un poder indecible.

De pronto, los ojos fijos se movieron, la sombra que los empañaba se desvaneció. Las pupilas fueron bajando y una última llamarada iluminó aquel mirar casi extinguido.

Agitáronse los labios, por donde pasó vagamente una sonrisa. El moribundo había visto á Lena, á quien reconoció.

La joven notó que las pobres manos del viejo pugnaron por moverse. Un detalle supremo acabó de dar al cuadro desgarrador una nota terrible.

Spring, á quien no infundía la muerte el temor que infunde á los seres humanos, sentíala llegar con su infalible instinto.

Uno ó dos lamentos ensordecidos salieron de su boca, y el perro fué á posar su hermosa é inteligente cabeza sobre la sábana, calentando con su aliento las heladas falanges de Alain. Y permaneció allí silencioso, contemplando al viejo desde el fondo de sus húmedas pupilas. Si es verdad que los perros lloran, *Spring* lloró aquella noche.

Las miradas del moribundo recorrieron una vez más toda la alcoba. Vió al animal puesto de pie, apoyado en la cama, y salieron estas dos palabras de sus labios:

– ¡Buen perro!

Después, sus ojos se fueron hacia Lena, que lanzando un grito de esperanza exclamó:

– ¡Oh, padre Alain, se curará usted!

Pintábase en las facciones del moribundo un infinito enternecimiento.

Sin duda para resumir lo que pensaba en una despedida consoladora, y para dejar á Lená una impresión de su cariño, que ya iba á concluir sobre la tierra, murmuró:

– ¡Volverá!

«¡Volverá!» Esta palabra corrió como un dulce bálsamo por el lacerado corazón de Magdalena. Por una especie de intuición espontánea, la aplicó al objeto más querido de sus deseos, á la secreta causa de sus anhelos y de sus penas.

«¡Volverá!» ¿Quién era el que podía «volver» sino aquel cuyo regreso aguardaba con impaciencia y temor, sino aquel Pablo cuya reciente carta reavivó todas sus heridas?

¡Ah! Si hubiese podido la joven interrogar á aquel viejo que expiraba y que ya sumergido en la eternidad veía al mismo tiempo el porvenir y el presente, hubiérale preguntado con avidez el sentido de su singular profecía.

Mas ya el drama tocaba á su fin, el augusto misterio acababa de cumplirse.

La muerte habíase apoderado de su elegido.

La cabeza del viejo marinero se desplomó sobre la almohada y el estertor, la vitrificación de la córnea y la respiración cada vez más lenta anunciaban la inmediata proximidad del minuto supremo.

Lo último que en el hombre se extingue es la voluntad. Los dos brazos de Alain eleváronse un poco intentando coger el crucifijo y la medalla.

Lena le adivinó la intención y evitóle tan inútil esfuerzo, poniendo á su alcance ella misma el signo de la salvación del alma y la insignia de la gloria, que el moribundo besó á la vez con sus labios ya azulados...

Y entonces las pupilas rodaron en la órbita cayendo hacia dentro. Una contracción deforme hundió la boca de Alain con esa cruel rigidez que es la única fealdad de la muerte. Un sonido cavernoso, húmedo, un ruido de aire que penetra en una ánfora vacía llenó en un segundo el espantoso silencio de la estancia

mortuoria, y al segundo siguiente la expiración subió lenta, tranquila, devolviendo al rostro su calma y á aquellas líneas marcadas un instante por el estigma de la destrucción, la serenidad del reposo, la majestad del sueño infinito.

Alain Le Gadek había muerto.

Lena, aterrada y sollozante, lo había visto todo, mas no acababa de convencerse de ello, y sobrecogida cayó al pie del lecho de rodillas.

En aquel momento, miss Hotspur, agitada y sin poder apenas respirar, entró seguida de la enfermera. Una sola mirada bastóle para comprender lo que acababa de pasar.

– ¡Todo ha concluído!, dijo.

Y acercándose á Magdalena la cogió del brazo y la levantó.

La mirada de la joven tropezó de nuevo con la triste imagen de Alain.

Vió aquel despojo inanimado, con la boca y los ojos hundidos, y preguntó sollozando:

– ¡Oh, Gwen, Gwen! ¿Es verdad que ha concluído ya todo? ¿Es verdad que ha muerto?

La institutriz contestó:

– ¡Lena, hija mía, vámonos! ¡Lleva usted ya aquí demasiado tiempo!

– ¡Oh, Gwen!, suplicó Lena. ¡Déjeme usted seguir aquí!

– No, hija mía, no es posible. Su presencia en este sitio es ya inútil... Hasta es inconveniente. Hay que hacer ciertas cosas y tomar ciertas medidas. Voy á ocuparme con esta mujer de lo más urgente y después volveremos al castillo.

Habló miss Hotspur con afectuosa dulzura y al mismo tiempo con una autoridad que por primera vez impuso respeto á Magdalena.

Esta, dócil como nunca, obedeció y salió de la estancia mortuoria.

Como si su papel también hubiera acabado, *Spring* salió con ella y los dos fueron á sentarse en el cuarto que servía de entrada, esperando á que las dos mujeres amortajaran á Alain.

Entonces, al hallarse sola en la habitación contigua á aquella donde un ser mortal acababa de pagar el gran tributo de la condición terrestre, la joven cedió, digámoslo así, al hipnotismo de sus recuerdos.

Su pensamiento retrocedió algunos años. Lena dió nueva vida al drama en que estuvo á punto de perecer.

Volvió á verse en aquel bote que ya no tenía amo y que aún dormía en la roquiza cortadura que le servía de puerto. Volvió á verse sola, sin remos, sin timón, arrebatada por la resaca hacia una muerte de cuya seguridad tenía plena conciencia.

Primero dormía.

Después sintió que se despertaba y veía el peligro frente á frente. En verdad, su miedo fué muy grande. Pero ahora dábase cuenta de que su miedo nació al ver la desesperación de Alain y los esfuerzos sobrehumanos del comandante.

Acababa de ver lo que era la muerte.

Si ella hubiera muerto entonces, hubiese sufrido, como su viejo amigo, aquella agonía horrible á pesar de su rapidez. Como él, hubiera tenido los ojos sin miradas, sin pupilas; como él, hubiera tenido rígidas las facciones, la boca bruscamente hundida y los labios azules.

Un estremecimiento la sacudió de pies á cabeza. ¡Oh, sí! ¡Era bien fea la muerte!

Y sin embargo, era la ley común. Todo el mundo estaba á ella sometido. Nadie podía sustraerse á su imperio. La misma Lena, un día ú otro, tendría que franquear aquel terrible paso.

¡Cosa singular! En vez de afligirla, este pensamiento la consolaba.

Sus ojos al mirar hacia abajo vieron á *Spring* echado é inmóvil á los pies de Lena.

¡También él moriría, aquel perro excelente! Moriría, según todas las probabilidades, antes que ella. Aún sufriría Lena el dolor de perder á aquel otro amigo, á aquel compañero de sus excursiones y de sus alegrías infantiles, á aquel salvador que la arrancó de las garras del abismo.

Ligeras lágrimas se deslizaron por las mejillas de Magdalena, sin que ésta se diese cuenta de ello. Su pensamiento, grave y religioso, sometido á la idea del inevitable destino, alzábase á las esferas de los consuelos sublimes, recorriendo el círculo de las más caras afecciones...

¡Y Gwen también moriría!.. Lena sollozó... ¡Moriría también su buen tutor Pedro!.. La joven sintió su corazón cruelmente oprimido...

De pronto, le pareció que estallaba... Se puso de pie, vacilante, con los ojos extraviados...

¡También moriría *él*, Pablo!

¡Moriría..., acaso había muerto!

Se sintió dominada por una crisis angustiosa... Después, una sublime certidumbre tranquilizó su alma. No, *él* no moriría, puesto que ella no moriría tampoco, puesto que nadie muere... Lena acababa de sentir que llevaba en sí algo que no moriría nunca: su amor.

En aquel momento una mano le tocó en el hombro y la voz de Gwen pronunció estas palabras:

– ¡Vámonos, que ya es tiempo de irse!

IV

EL REGRESO

Hacía tres meses que por un favor administrativo y á instancias del abate Quedic y del comandante Pedro de Guenezán, el cuerpo de Alain Le Gadek reposaba bajo un bloque de granito sobre el cual había una cruz de mármol, al pie de su casa, en el roquizo islote, y desde aquella fecha, dos veces por semana, sin interrupción, había ido Magdalena á llevar flores á la solitaria tumba.

Era para ella una peregrinación piadosa; era aquel el único sitio donde se hallaba en contacto con la idea sombría y sin embargo consoladora que por primera vez se apoderó de su espíritu á la cabecera del viejo marinero moribundo.

El mes de marzo había vuelto á traer la primavera, y como todos los años, la joven había saludado el regreso de las golondrinas. Lena, que se había hecho más seria desde que vió de cerca á la muerte, y que aún sentía el alma dolorida por el fallecimiento de Alain, no acogió á las rápidas viajeras más que con una bienvenida melancólica.

– Buenos días, golondrinas, dijo al verlas llegar. Venís de lejos, de muy lejos, de regiones quizás más dichosas. Nos dejaréis después de colgar de estos muros vuestros nidos llenos de esperanzas. Ayer no me daba cuenta aún de vuestra existencia; hoy os conozco ya; sois como las alegrías de este mundo que alternan con los dolores, así como el color blanco y el color negro alternan en vuestras plumas.

La «bretoncilla» tenía alma de poeta, y si la hubiese vuelto á ver aquel año la señorita de Pelvoux, acaso se hubiera tomado la pena de reflexionar ante aquella joven tan seria y tan grave, cuya belleza hubiera eclipsado la suya, así como el sol hace desaparecer las estrellas del cielo.

Pero la señorita de Pelvoux no debía verla en mucho tiempo. La hermosa Alina tenía bastante que hacer con resistir á todos los asaltos de que su belleza era el centro de ataque.

Su correspondencia misma – aquella correspondencia diplomática que tan pesada se le hacía á la franca Lena – se había hecho muy irregular. Con una penetración admirable, en el sentido infuso de los misterios del corazón, la ondina adivinaba el creciente cansancio de las cartas de su amiga. El espíritu ligero de Alina no estaba hecho para soportar la constancia, y en sus misivas la señorita de Pelvoux hablaba de Pablo de un modo que á Lena, en su rectitud, parecíale inconveniente, llegando á veces á herir sus sentimientos en lo más íntimo de su ser.

En la última de sus cartas – de hacía más de un mes – la señorita de Pelvoux escribía á la señorita de Kéroulaz:

«Me llena de satisfacción el observar, mi querida Lena, que se va usted ya conformando con la desgracia de haber perdido á su amigo el anciano pescador. El pobre hombre, después de todo, no ha hecho más que seguir el ejemplo de sus antepasados, como nosotras seguiremos, ¡ay! ¡también nosotras!, el ejemplo de los nuestros. Es la única ley á la cual el hombre no falta, aunque buenas ganas se le pasan de ello. A menos que quiera usted hacerse monja, no puede usted continuar sumida por más tiempo en esas ideas sombrías; á juzgar por lo que he oído decir á mi madre, hay en la vida realidades más tristes que todas esas tristezas imaginarias que en nuestra mente nos forjamos.

»Una prueba de esto la tiene usted en mí; ¿no le parezco un poco más desgraciada que usted? Más de dos años hace ya que soy la prometida de un hombre que sólo me da noticias suyas cuando tiene la suerte de hallar á su paso un correo. ¿Cree usted que no me hubiera yo sentido feliz casándome el mismo día que mi madre? ¡Qué hermosa estaba con su vestido de color de lila! Todos decían á su alrededor: «¿No es lástima que la bella Alina no pueda presentarse en medio de este cuadro con su vestido blanco?»

»Entre nosotras sea dicho, su primo de usted no ha obrado con juicio y yo he sido una loquilla aceptando este matrimonio á largo término. ¿Se ha visto jamás eso de aplazar por dos años una ceremonia de esta especie?.. ¿Vendrá por las Pascuas ó por la Trinidad?.. ¡Ah! Si estuviéramos otra vez al principio...»

Tal era el tono de aquella carta, cuyos términos, en su mayor parte, producían en el alma de Lena dolor é indignación. La frase «el pobre hombre» parecíale una falta de respeto á la memoria de su anciano amigo ya difunto; lo de «tristezas imaginarias» hallábalo atroz; era burlarse de sus sentimientos. La bella parisiense dejaba ver el fondo de su corazón, donde resaltaba el más odioso egoísmo.

Y aquella era, sin embargo, la mujer á quien Pablo de Guenezán había dado su preferencia, la mujer que había escogido, la elegida de sus aspiraciones, el objeto de sus pensamientos. ¡Ah, qué exacto es el aforismo «el amor no se impone!» ¡Qué verdadera es la imagen que nos lo muestra ciego ó con una venda en los ojos!

¡Ay! Lena era demasiado joven y demasiado sencilla aún para aceptar con resignación esas injusticias de la suerte, esas contradicciones de la naturaleza!

¡Pobre Lena! ¡Pobre ondina! Desde hacía algunos meses había adquirido á través de las alegrías y de los dolores una experiencia muy útil de la vida. Pero aquella experiencia era puramente interna; casi nada de ella venía del exterior y la joven seguía siendo extraña á las traiciones inconcebibles y á las ordinarias felonías. ¡Pobre Lena! En verdad, aún tenía mucho que aprender, ó sea mucho que sufrir.

El día en que la primera mensajera del buen tiempo llegó, con alegres chillidos, á tomar de nuevo posesión de su nido, medio oculto en el rincón de una cornisa del siglo XIII, el teniente de navío Pablo de Guenezán regresó también á la casa paterna.

Estaba pálido y demacrado. Su larga permanencia en las zonas tórridas quebrantó el temperamento de hierro del teniente de navío, el cual entró en sus veintiocho años débil y enfermizo bajo el sol implacable del ecuador.

Así es que en medio de la alegría con que se celebró su llegada en el castillo de Ely, sólo se sonrió, llevando á cabo un esfuerzo. Besó distraído á su hermano y á su prima, estrechó casi maquinalmente la mano á miss Hotspur y á los viejos servidores de la casa, y ni reparó siquiera en el soberbio festín para el que su hermano mayor había hecho matar el ternero más gordo en celebridad de su regreso al castillo.

Limitóse á encargar que encendieran fuego en la chimenea de su alcoba y que pusieran mantas en su cama.

No se le vió ya más en todo el día. Sólo apareció al día siguiente á la hora del almuerzo. Y aquel día, como el de su llegada, la mesa estuvo triste; todos guardaron silencio. Preocupábale á Pedro el rostro macilento de su hermano. El capitán de navío temía, en vista de ciertos indicios, que se tratase de una enfermedad del hígado. Magdalena observó que el joven no se había fijado en el severo vestido que ella tenía puesto.

Sólo la buena Gwendolina mostrábase sin inquietud. Parecíale natural que Pablo, que desembarcó en Lorient la antevíspera, quisiera disfrutar de algún reposo. Lo contrario es lo que la hubiera sorprendido.

Al otro día, el oficial hizo todo lo posible por desvanecer con un poco de alegría forzada la triste impresión de la víspera. Habló de viajes y de aventuras y procuró disimular su verdadero estado de ánimo.

Pero ninguno se engañó, y Magdalena menos que nadie.

Era fácil comprender que su pensamiento estaba en otro sitio y que sólo volvería al castillo de Ely cuando la legítima impaciencia de Pablo quedase satisfecha; legítima, en efecto, puesto que Pablo era el prometido de Alina de Pelvoux y aún no había visto á la joven.

Por eso nadie se sorprendió al saber que Pablo iba á salir al día siguiente para París.

Pedro lo esperaba; miss Hotspur encontró aquel viaje muy natural.

Lena no pensó nada; se resignó. No iba á estar mucho tiempo sin noticias del oficial de marina. Las hubo en el castillo de Ely á los dos días de haberse ausentado Pablo.

Pedro recibió de su hermano una carta bastante triste y enteró sólo de una parte de su contenido á Lena y á miss Hotspur.

Lo que había contribuído á entristecer á Pablo mas aún que su enfermedad era una especie de presentimiento de los disgustos que á su regreso le aguardaban.

No era Lena la única persona á quien Alina había escrito cartas que revelaban falta de corazón. También Pablo había tenido algunas por el estilo.

Y como él estaba dotado de buen sentido y además su larga ausencia le dejó todo el tiempo necesario para estudiarse bien á sí mismo y para juzgar á su prometida, no había podido defenderse, durante aquellos dos años, contra ciertas reflexiones amargas y observaciones crueles sobre la ligereza de aquélla y la

poca relación que existía entre sus propios sentimientos y la inclinación visiblemente superficial de la joven parisiense.

Todas las cartas de la señorita de Pelvoux se reducían á descripciones de fiestas ó á comentarios de rumores de algún salón. En ninguna de ellas se abría paso uno de esos gritos del alma que tanto bien hacen al corazón de los desterrados, donde llegan como un eco de la patria, como la voz de un constante recuerdo.

Pablo cerró por mucho tiempo sus ojos ante la evidencia. Procuró engañarse, disimulándose su propio desencanto. Mas tuvo, al fin, que rendirse á la realidad de los hechos. Inútil es querer estar ciego sobre el carácter de una persona ó sobre la naturaleza de un sentimiento; hay, al cabo, una hora en que la ilusión se hace imposible, siendo preciso inclinarse ante la implacable verdad.

Por desgracia, no se hallaba Pablo todavía en el período del alejamiento. Si hubiera sido más experto en psicología, hubiese podido comprender desde el principio de sus relaciones con Alina de Pelvoux que en él no había más que una especie de arrebato, de fascinación, consecuencia de una impresión del momento, pero nada de amor.

Como era el teniente de navío la lealtad y el honor personificados, no sospechaba que un corazón pudiese ser cogido por sorpresa y que, por consiguiente, fuera lícito recuperarlo. Pablo dió á aquel sentimiento la consagración que se da al cambio recíproco y efectivo de dos almas. Alina, incapaz de sentir impresiones serias, siguió á Pablo en su error con ligereza lamentable.

Bajo aquella influencia penosa había entrado en Ely el joven oficial; bajo aquella influencia también acababa de marchar á París.

Sin preverlo, presentía el desengaño que allí iba á tener.

Apenas llegó á París y después de vestir se correctamente en traje de paisano, corrió á la calle de Murillo, donde aún vivían las señoras de Pelvoux. Por más que había cambiado de nombre y que ya no era viuda, la señora de Defresne seguía siendo llamada en los salones «la bella baronesa de Pelvoux.»

No se le esperaba, y aunque había anunciado su visita desde antes de su llegada á Ely, no precisó la fecha, intencionadamente, pues quería ver por sí mismo el grado de alegría espontánea que iba á causar su brusca aparición.

Como el criado que abrió la puerta no lo había visto nunca y no sospechaba que aquel caballero fuese un marino, lo recibió con ese desdén de que suelen hacer gala las libreas decorativas.

Luego el ayuda de cámara, en el primer piso, hablóle tan secamente, que Pablo sintió ganas de tirarlo por la escalera.

Por fin, al entrar en los salones, no fué pequeño su desagrado viendo que allí había bastante gente, pues era el día de recepción de la ex baronesa.

Estaban varias parisienses muy á la moda, periodistas, diplomáticos y oficiales, entre ellos el capitán Halliez, ayudante del general que mandaba la división de Vannes.

La señora de Defresne se levantó y adelantóse graciosamente al encuentro del recién llegado. Ella sola sostenía al entrar Pablo el fuego de veinte conversaciones superficiales.

Alina, que se hallaba todavía ocupada en vestirse, no había aún bajado al salón. Se la esperaba con impaciencia.

Ciertamente, la acogida que la antigua viuda dispensó á su futuro yerno fué de las más amables. Pero Pablo observó, con un estupor fácil de comprender, que no lo presentó en calidad de futuro yerno á los que la rodeaban.

¿Qué significaba aquello?

Alina, seguramente, le iba á dar la clave del enigma.

Sintióse, pues, tan impaciente como se mostraban los otros por verla aparecer, y lo que él creía que era amor, prestó relieve á todo cuanto podía inspirarle celos, muy naturales en su caso, hiriendo mucho su amor propio aquella especie de indiferencia con que se le recibía.

La hermosa hija de la señora de Defresne apareció, por fin, vestida de blanco y de color de rosa, con un gusto y una distinción indecibles.

Aquella entrada en escena de Alina fué saludada con un murmullo de adulación formado por veinte adoradores.

Ella contestó con una gracia encantadora á las sonrisas y á los cumplimientos, pasando junto á Pablo sin fijarse en él y sin que el corazón le revelase su presencia.



... Pablo de Guenezán regresó también á la casa paterna

Aquello fué en verdad un doloroso sufrimiento para el teniente de navío. Más tarde confesó que aquel día había sentido una impresión de absoluto desprecio por el gran mundo y por la falsedad de las gentes que lo componen. Pero no se había dado cuenta de que Alina era la causa determinante de tan viva repulsión.

Cuando la joven recorrió todo su círculo de adoradores, Pablo la vió cambiar con el ayudante una sonrisa que le pareció algo extraña.

De pronto, la señorita de Pelvoux volvióse hacia su prometido, que estaba inmóvil delante de un balcón, junto á una mesita de juego sobre la cual había apoyado su mano izquierda.

La joven palideció visiblemente y perdió su serenidad un segundo. Pero era mujer, y mujer de *perfecta* educación, ó si se prefiere la frase, de absoluta duplicidad.

Recobró en seguida su aplomo y adelantóse hacia el teniente de navío, tendiéndole la mano con una sonrisa amable.

– Buenos días, Sr. de Guenezán, le dijo con una voz que á pesar de su arte consumado revelaba cierto temblor.

– No me esperaba usted, Alina, contestó el leal marino.

– Lo confieso, en efecto, y hubiera usted hecho bien en prevenirme.

– Es verdad, replicó el joven oficial; las visitas inesperadas, como la mía, tienen inconvenientes bastante graves.

– ¡Ciertamente!, murmuró ella.

Él se contuvo para no estallar.

Sin embargo, no pudo menos de añadir:

– Sí, tienen inconvenientes graves; el de introducir como un importuno, como un agua-fiestas, si le parece á usted mejor, á un hombre cuya venida no se aguardaba, y el de iniciarle, sin haberlo él querido, en los arcanos de una ciencia oculta que no practicó jamás.

Estas palabras fueron derechas al corazón de Alina y la hirieron, sobre todo en su vanidad.

Primero palideció; después se puso encarnada. La serenidad le faltó de repente y la señorita de Pelvoux cometió la torpeza de responder:

– Es cierto; en este juego se corre siempre el riesgo de oir cosas desagradables. Es lo que les pasa á los que se ponen á escuchar detrás de las puertas.

A Pablo se le subió la sangre al rostro; él se había limitado á ser irónico; Alina le replicaba con una injuria.

Aquello equivalía á una ruptura.

– Adiós, señorita, dijo Pablo, saludándola con una inclinación de cabeza.

Y dejó á Alina aturdida por aquel desenlace tan brusco de la novela comenzada dos años antes. Luego saludó á la señora de Defresne, á quien el estupor privó del uso de la palabra, y salió de la casa inmediatamente.

Pablo no vió el efecto causado por su salida, el desmayo de Alina, que cayó al suelo presa de un ataque de nervios, y el atolondramiento de la madre que, á pesar de todos los indicios, nunca había querido prever la hipótesis de semejante desenlace.

Una vez Pablo de regreso en su hotel, se encerró, y á pesar de la energía de su carácter, no pudo impedir que se apoderase de él una gran tristeza. Lloró y sollozó como un niño.

Pero aquella crisis mitigó su pena, agotando toda la facultad de sufrimiento que en él había. Siguió, sin embargo, bajo el imperio de aquella tristeza que caía sobre él precisamente al volver de una larga y penosa campaña. Si hubiese podido leer con calma dentro de sí mismo, se hubiera convencido de que su herida era de esas que se cicatrizan con rapidez.

Cuanto más violento es el golpe más pronta es la cura. Pablo iba á experimentarlo.

Quiso terminar aquel asunto de un modo correcto, y haciendo un esfuerzo para sobreponerse á sí mismo, escribió á la señora de Defresne una carta en la cual devolvía su palabra á Alina. Su mano al escribirla no tembló.

Pero tembló cuando cogió la pluma para anunciar á su hermano la terminación de aquellas relaciones comenzadas hacía dos años bajo tan favorables auspicios.

Al comunicar á Lena y á miss Hotspur lo que debía comunicarles, el comandante dijo á su pupila:

– Ante todo, querida hija mía, no hay que dirigir á Pablo ni una palabra, ni una alusión sobre esto. Debe estar sumamente triste, pues se hallaba muy enamorado de esa insensata. Entre nosotros sea dicho, si no fuera por el dolor de Pablo, yo iluminaría nuestros balcones de júbilo, pues el pobre muchacho sale ganando con lo que ha sucedido. ¡Por lo menos está libre!

Pedro pronunció estas palabras con verdadera tranquilidad; hasta se dibujó en su rostro un comienzo de sonrisa.

En cuanto á la discreción de Lena, con su palabra era bastante; no había necesidad de pedirle una promesa escrita, ni aun siquiera formal.

El comandante conocía bien á su pupila, quizás sabía además alguna otra cosa, fingiendo ignorar lo que sabía.

La joven corrió á encerrarse en su cuarto, y como Pablo había hecho, ella también lloró.

Pero las lágrimas de Magdalena, por el contrario de las de Pablo, fueron lágrimas de alegría.

Hubo un instante en que experimentó algo así como un inmenso deleite, que hubiera podido confundirse á primera vista con el egoísmo. ¡Pablo estaba libre!

(Continuará)

RELOJES CURIOSOS ANTIGUOS Y MODERNOS

Es un estudio interesante el de las transformaciones que se han realizado en la forma de ciertas piezas de relojería en épocas distantes unas de otras, y no es menos curioso observar cuán frecuentemente un objeto antiguo vuelve á aparecer como invento nuevo por desconocimiento de la historia. ¡Cuántas reminiscencias se han hecho pasar por innovaciones en materia de relojería! En el presente artículo vamos á indicar algunos tipos hechos y reproducidos con fortuna varia desde el siglo XVI hasta nuestros días.



Fig. 1. 1. Puño de bastón con un pequeño reloj. – 2 y 3. Sortijas con pequeños relojes. – 4. Reloj del siglo XVII 5. Reloj del siglo XVIII

Una de las modas modernas ha consistido en colocar un reloj en las tapas de un tarjetero en forma de libro, pero ¡cuán distintos estos objetos de los análogos que se usaron en el siglo XVI! El libro que reproduce la figura 3, y que pertenece á la colección de M. Pablo Garnier, es uno de los más hermosos tipos de la fabricación alemana: es de color dorado, fué fabricado en 1583 por Hans Snier en Spier y tiene 113 milímetros de alto por 70 de ancho y 25 de grueso. Sus tapas, guarnecidas de grabados con rosetas en relieve y los dos broches de cobre fundido y cincelado, forman un conjunto de gran riqueza.

Las partes circulares caladas que se ven en la tapa de la derecha, rodeadas de grabados que representan flores y frutas, están hechas para dejar paso al sonido de los timbres que están encerrados debajo de las mismas.

En la tapa de la izquierda y en el centro de los grabados del mismo estilo que los de la otra hay un reloj de sol con su gnomon movible: una brújula puesta al lado de éste servía para orientarlo y podía moverse á voluntad para conservar la posición horizontal necesaria y para que, dándole vuelta, su fondo, grabado también, completara la ornamentación exterior de la tapa. En la cara interior de ésta hay representados dos personajes alegóricos, colocados entre arcadas y rodeados de flores y frutas: estos mismos adornos se encuentran en el interior de la otra tapa y en la platina del movimiento, que es de cobre dorado; hay también dos esferas, la de arriba compuesta de dos discos concéntricos, de los cuales el exterior tiene marcadas, según la antigua costumbre, las veinticuatro horas del día completo, y el interior, que es movible, sirve para regular el despertador.



Fig. 2. – Relojes esféricos

La esfera de abajo tiene también dos discos, uno exterior dividido en cuatro períodos de cuatro que indican los cuartos que da el mecanismo colocado detrás, y otro interior que marca la hora ordinaria. La pequeña esfera de la izquierda indica las fases de la luna, el día del mes y el curso de determinados astros; la de la derecha servía de guardapolvo á la brújula y marcaba la fracción de los cuartos.

Hay otro libro análogo perteneciente á la misma colección, mucho más pequeño y sencillo que el anterior: el grabado con ahuecados de la plancha dorada de la esfera ofrece un conjunto muy elegante.

Algunas veces estos libros tenían un cristal engastado en la tapa, lo cual permitía ver la hora en el reloj colocado detrás, sin necesidad de abrirlo: estos libros datan del siglo XVI.

Otros tenían una combinación muy curiosa en la tapa para ver la hora sin abrirla: consistía en una roseta del diámetro de la esfera, dividida en doce sectores aguejereados que correspondían á las horas; de este modo podía verse la posición de la aguja en su marcha. Había también tapas que tenían una convexidad circular del diámetro de la esfera para dejar paso á las agujas: esta disposición reemplazaba el cristal convexo, pero no ofrecía las ventajas de éste. Todas estas piezas estaban más ó menos grabadas, cinceladas, etc.

Eran en suma estos libros objetos artísticos algo más interesantes que nuestros tarjeteros, los cuales no son sino libros con relojes puestos otra vez en moda después de trescientos años. En esa resurrección hubieran ganado mucho si los que actualmente los fabrican se hubieran inspirado en lo que se hizo en otro tiempo.

El anillo colocado en la parte superior de esos libros parece indicar que se llevaban como se llevan ahora los relojes y en este sentido estaban hechos sus mecanismos; pero en nuestro concepto no debió ser así, á lo menos por lo que toca á muchos de ellos, sino que más bien se les colocaría en una habitación, como sucedía con otros objetos fabricados en las mismas condiciones y que la gente no llevaba encima, á pesar de que por su forma parecían destinados á ello. Así, por ejemplo, en el siglo XVI fabricábanse relojes en forma de enormes relojes de bolsillo: hemos visto uno que tenía un diámetro de 14 centímetros y pesaba más de un kilogramo, lo cual indica que tales relojes fueron objetos de adorno para las habitaciones. A fines del siglo XVI había en el Hotel de Ville de París, en la pieza en donde se reunían los oficiales municipales, un gran reloj, de forma de los de bolsillo, encerrado en una caja de tafilete encarnado: es, pues, probable que lo mismo debió suceder con los libros que, las más de las veces, debieron servir de relojes de mesa.

El reloj de la figura 2 pertenece también á la colección de M. Pablo Garnier: es un *reloj monstruo*, como se llamaba á estas piezas en el siglo XVI, y consiste en una esfera de cobre dorado algo mayor que el dibujo. Abrese en dos partes iguales, como lo indica la charnela, y se cierra por medio de un gancho elegantemente recortado; está firmado por Santiago de la Garde, Bloys, 1551. Este reloj, que se halla en perfecto estado de conservación, es muy interesante por su decorado y sobre todo por su forma, muy rara en aquella época. El grabado de los arabescos, delicadamente dibujado es bellísimo; los calados que se ven en la tapa superior están hechos para dejar paso al sonido de los timbres; la esfera, aunque sencilla, es sumamente clara, y el anillo que servía para suspenderlo de la cadena arranca de una pieza admirablemente cincelada y de un dibujo notable.

Si del siglo XVI saltamos al XIX encontramos esta forma de reloj convertida en última novedad: en efecto, hace unos veinticinco años se fabricaron relojes compuestos de dos hemisferios de cristal engastados en un círculo metálico en cuyo centro se encontraba el mecanismo del movimiento. Estos relojes eran feos y no tenían carácter ninguno, y sin embargo, estuvieron muy en boga. Afortunadamente poco después se fabricaron esas esferas de oro con esmaltes, piedras preciosas, etc.: esos relojes fueron, y son todavía, pues la moda subsiste, joyas bellísimas.

Los relojes con que se han adornado los puños de bastón y que tanta sensación produjeron cuando aparecieron hace algunos años, tienen larga historia, pues ya en 1545 Parker, arzobispo de Cantorbery legó á su hermano Ricardo, obispo de Ely, un bastón de caña de la India con un reloj incrustado en el puño.

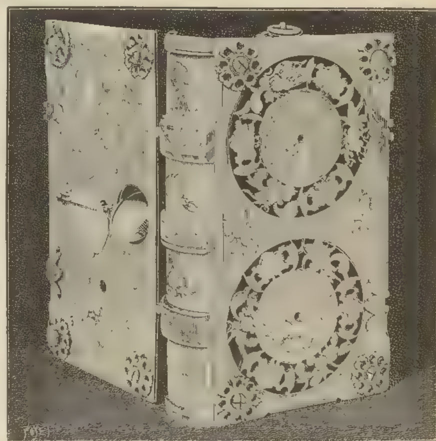


Fig. 3 – Tapas de cobre cincelado y dorado con un reloj en su interior

Estos bastones (núm. 1, figura 1), estuvieron muy en boga durante los siglos XVII y XVIII y principios del actual.

En el siglo XVI empezaron á fabricarse también relojes en sortijas (núms. 2 y 3, figura 1), que han seguido fabricándose ajustando su estilo al de las diversas épocas. – En 1542 el duque Urbino Guid' Nbaldo della Rovere poseía una sortija con reloj con timbre, y Ana de Dinamarca, casada en 1589 con Jacobo I, rey de Inglaterra, tuvo una que daba la hora, pero no sobre un timbre, sino sobre el dedo por medio de un martillito que lo golpeaba suavemente. En el almanaque Dauphin de 1772 se lee que el relojero Tavernier «era uno de los más famosos para los relojes en sortijas, brazaletes, puños de bastón y otros de pequeño tamaño.» En la misma época otro relojero llamado Divernois construyó relojes de repetición montados en sortijas.

De todos estos relojes los más decorativos son los del siglo XVIII, de forma rectangular, llamados *marquesas*.

Los relojeros modernos han restablecido la moda de los brazaletes con reloj, algunos de los cuales son joyas preciosas en cuya ornamentación halla naturalmente su sitio el reloj.

Durante el siglo XVIII fabricáronse los que entonces se llamaron relojes de berlina, que ofrecen gran contraste con el banal reloj de níquel que hoy sirve para el mismo objeto y que se encierran en un pequeño cajón de cuero. Entonces un reloj de berlina era un objeto de arte al mismo tiempo que de utilidad, notable por su ornamentación, por sus complicaciones y por la materia de que estaban fabricados.

Los relojes de coche del siglo pasado eran tan grandes como los del siglo XVI y el material en ellos empleado era la plata fundida, cincelada ó repujada: los asuntos de su decoración consistían en escenas mitológicas ó en retratos de personajes de la época, aunque algunas veces eran puramente ornamentales de dibujo admirable. Los mecanismos de los movimientos estaban cubiertos por piezas artísticamente dibujadas ó caladas hasta el punto de parecer encajes. Esos relojes daban las horas y los cuartos, tenían despertador y tocaban á voluntad de las personas que en el coche iban.

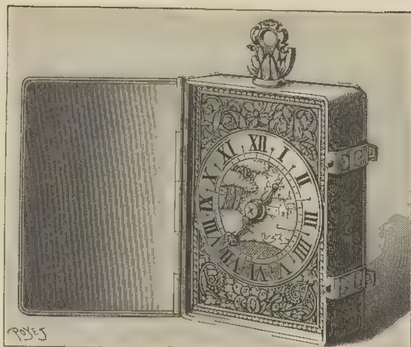


Fig. 4. Reloj en una caja de oro

En otro tiempo esos relojes de coche se encerraban en estuches de la misma forma que ellos, fabricados de concha, de piel, de metales preciosos, etc. (fig. 4) y adornados con clavos de metal, las más de las veces de plata, dispuestos de modo que formaban graciosas ornamentaciones. Este género de relojes se emplearon en Francia hasta la Revolución y en el extranjero hasta que los ferrocarriles acabaron con los largos viajes en coche.

A los relojes de berlina han sucedido los de viaje con su caja de cristales, montados en marcos de cobre dorado. Estos relojes aún siguen llamándose de viaje á pesar de que ya no se viaja con ellos porque estorban demasiado. No estorban tanto, sin embargo, como el reloj de viaje de Luis XI de que habla M. A. Franklin y que estaba encerrado en un baúl que había de llevar un caballo. – PLANCHON.

(De *La Nature*)



La viuda en el campo, cuadro de Francisco Masriera, Salón Parés (de fotografía de Audouard)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVI — Barcelona 29 de marzo de 1897 — Núm. 796



PRIMAVERA cuadro de F. Fabbi

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Reflexiones históricas y políticas sobre la guerra de Cuba. – Mejora de esta guerra. – Paralelo entre la presente y la pasada guerra. – Importancia del estado mayor político de la otra guerra; deficiencia en esta. – Importancia de Martí. – Su muerte. – Importancia de Maceo. – Su muerte. - Las Reformas y los Estados-Unidos. – Mensaje de Mac-Kinley. Dos lunares del documento. – Paz y libertad. - Conclusión.

Digan cuanto quieran las pasiones, el combate á la rebelión cubana va de vencida y los rebeldes van de cabeza. No puede á ciencia cierta el término y acabamiento de la guerra predecirse; porque nada tan fácil como convertir facciosos en bandoleros y bandoleros en facciosos, dejando así por Cuba gentes en armas, las cuales á su guisa y gusto pueden, cuando les plazca, en agrias laderas inaccesibles embreñarse, como en maniguas impenetrables, verdaderos laberintos, emboscarse, para fingir que un merodeo es una cruzada. Mi buen amigo el elocuente orador Montoro ha caracterizado por exacta manera la rebelión cubana de ahora con recordar cómo la mantiene todo el elemento inquieto de la isla, reclutable con facilidad donde varias razas existen, y cómo no posee una inteligencia superior que la dirija, ni una voluntad colectiva que la mantenga y sustente. Antaño, cuando se levantaron los rebeldes en Yara, una tradición política los animaba; un partido fuerte y rico los dirigía; una selección de publicistas y pensadores, muy equivocados, pero muy poderosos, los alentaba, teniendo todos por común ideal un Estado isleño, presidido bajo las formas parlamentarias y republicanas al uso por una oligarquía, patricia y negrera, la cual oligarquía estaba tanto contra la libertad española como contra la española patria, pues maldecía de nuestra gloriosa revolución del sesenta y ocho, y la condenaba, por creer con fundamento que iba contra la esclavitud, cuya sustentación la oligarquía deseaba, magüer decir lo contrario, al mismo tiempo que deseaba la separación y apartamiento de nuestra gloriosa España. Hoy se han invertido los términos del problema cubano, pues la fracción separatista y revolucionaria, mermada por la escuela evolutiva y legal, ni puede presentar un sistema fijo de política concreta, ni puede ofrecer una pasable sustitución al régimen que condena y combate.

De aquí la importancia obtenida en esta guerra por individualidades sobresalientes, las cuales, al morir, no han dejado tras sí un partido que las herede, ni un ideal que pueda reemplazar con su luz espléndida los negros agujeros abiertos en el suelo, por donde los ha lanzado la muerte, absoluta reina y señora del combate y de la guerra. Martí era un fanático, pero un fanático sublime, dotado, no de grandes cualidades políticas, pues la nerviosidad indudable de su temperamento y el mesianismo connatural á su espíritu hacían de él un profeta ó un héroe, más bien que un estadista, pero sí dueño de un verdadero talismán, del sentimiento, desinteresadísimo y sincero, magnética tumbaga que mantenía reunidos en torno de aquella su distinguidísima personalidad los rebeldes, como las misteriosas afinidades, generadoras de toda cohesión, mantienen los átomos en torno de sus núcleos y les dan esa geometría inconsciente de las cristalizaciones, á que obedecen por fuerzas mecánicas y químicas en su natural condensación, de suyo coincidente con su solidez y su gravedad como con su forma y naturaleza propias. Martí, en su entusiasmo y en su profetismo, como cualquier vidente de los que improvisan sobre tierras tan jóvenes y nuevas como América, sectas muy fáciles de convertir en ejércitos, habló al corazón caloroso de Maceo, al experto Máximo Gómez, al machucho Calixto García, conjurándolos para que formasen un ejército, en la seguridad completa, según él, de que muy numeroso el partido de la independencia en Cuba y muy debilitados el gobierno y el ejército en España, se lograría pronto una inmediata victoria. Dos hechos capitales de la península determinaron tal situación de ánimo en Martí. Fué uno la guerra de Melilla, con la que nunca debió ni soñarse, primero porque no teníamos razón entonces, y si la hubiéramos tenido, el sultán estaba en su trono para dárnosla con arreglo á los tratados; y después porque nos habíamos ido poco á poco hacia el presupuesto de la paz orientando y volcábamos en la guerra, con lo cual perdíamos toda nuestra vieja labor de progresos pacíficos y entrábamos en los agitados movimientos del combate y de la conquista, grandemente perturbadores, y amén de perturbadores, grandemente caros. Fué la otra causa el encrespamiento interior, que llevó á Cuba, no ya la reforma de Maura, pues alguna vez había que intentarla, sino la tardanza del partido liberal en admitirla y concederla, junta con las inconsideradas resistencias, á ella opuestas por la intransigente reacción ultramarina y cismarina, siempre ciegas.

Pero murió Martí; con Martí el alma de la rebelión se disipó. Una leyenda, que se desvanece al menor asomo de la crítica, romanceó la muerte de Martí, la puso en música elegíaca, difundiendo romántica especie; la especie de que llevaba un salvoconducto para tratar con el general en jefe y lo mató un general subalterno, sin obedecer á las órdenes de arriba, ni respetar superiores compromisos. Todo esto es torpe fábula. Martí murió lo mismo que murió Maceo y á iguales golpes. Todo general, seguro de sus tropas, se reserva mucho antes que arriesgar la propia vida, fianza de las vidas ajenas libradas á su dirección; pero todo general, ó jefe, ó cabecilla, inseguro de sus tropas, tiene que alentarlas con su propio ejemplo y que jugarse la existencia en el sitio de mayor peligro. Un fenómeno en la guerra cubana resalta: los numerosos muertos de las planas mayores, los cabecillas inmolados por nuestro glorioso ejército; y este fenómeno encuentra la fácil explicación de que necesitan ponerse á la cabeza de partidas y bandas sus directores y jefes, en cuanto el riesgo y el daño sobrevienen, para que tales partidas y bandas anden ó peleen.

Fuera cual fuera el hecho determinante, ó la causa ocasional del fin de Martí, pereció éste, y pereció el pensamiento de la revolución, encerrado y contenido en su cabeza. La muerte suya, en concepto mío, dañó á España más que á los rebeldes, pues hombre de inspiración Martí, así que hubiera visto cómo la metrópoli juntaba con su grande acción militar la correspondiente acción política, y á cada ventaja y avance apercibía una reforma, se hubiese ido de esta rebelión asoladora é infame á una evolución justa y legal, contentándose, como suelen cuantos acostumbran á pensar alto en política, con la mitad y no más del triunfo, pues para un triunfo total, imposible ante la heroicidad incontrastable de nuestro ejercito y los recursos increíbles de España, hubiese necesitado destruir la isla y exterminar sus compatriotas sin alcanzar otro resultado que ver desde los senos de la expatriación ó desde los senos de la eternidad cuán verdaderamente consubstancial es con Cuba el hispano genio.

Pues apenas había concluído el pensamiento de la rebelión cubana con Martí, concluyó también el brazo de la revolución cubana con Maceo. También aquí, en esta muerte, surgió fantástica leyenda y se divulgó la especie de haber muerto á ponzoña de un médico quien murió á plomo de un héroe. Maceo fué víctima de lo mucho que fiaba en su temeridad y de lo poco que valían, al revés de los del Pinar, quienes le secundaban sobre territorio como el cercano á la capital en sus inverosímiles arrestos y arrojos. Así como nosotros fuimos más mirados en la guerra pasada que en la guerra corriente, y enviamos el menor número de tropas posibles, cargando sobre la isla el gasto de sus guerras, mientras ahora hemos enviado más de doscientos mil hombres é impuesto graves cargas sobre todo el tesoro; en la pasada guerra fueron más cautos los rebeldes, y nunca llegaron hasta Occidente, donde han ahora mucho tiempo campado por sus respetos, constriñéndonos con esta increíble temeridad á levantar una trocha de Artemisa y á poner allí un ejército numeroso, como el que mandado últimamente por Weyler ha recorrido toda la provincia.

Pero en el arresto y en el atrevimiento de Maceo ha consistido su ruina y acabamiento. No podía en Pinar del Río sostenerse, ni atravesar en suficiente número y con partidas organizadas la trocha. Tuvo que dejar su gente sin dirección y pasarse á gatas desde la provincia de Pinar del Río al territorio de la Habana. Y como en este punto sus partidas ni eran lo numerosas, ni tampoco lo disciplinadas, que en el punto anterior, alentándolas con su ejemplo personal y dirigiéndolas con la desesperación propia de su heroísmo, cayó muerto. Columna bien desproporcionada en fuerza con las partidas suyas desbandólas y mató á su jefe. La insurreccción descabezada con la muerte de Martí quedó con la muerte de Maceo deshecha.

Como cuerpo mal organizado pudo vivir en esta descomposición, y hasta sin cabeza, por algún tiempo, como los reptiles viven separados en pedazos, pero vivir mutiladísima ó desorganizada. Y esta mutilación de sus brazos coincidió con el mensaje de Cleveland, desahuciando á los insurrectos del aguardado auxilio de la grande República y oponiendo á sus impacientes apremios vagas é indefinidas promesas de algún arrimo, si variaban las circunstancias, imposibles de variar como no fuera en bien y favor nuestros. Tras esto, viéndose ya claro el resultado, tuvo la feliz inspiración el gobierno de proclamar la reforma; por lo cual nosotros, los tan zaheridos y tachados de reaccionarios, amén de dar á los cubanos todos los derechos individuales contenidos en nuestra Constitución, después de haber abolido su esclavitud y abierto á sus representantes las puertas del Congreso, los emancipamos por completo. Y así hemos llegado con la guerra disminuída y las reformas formuladas á la presidencia, nunca bastante celebrada por los españoles, del severo Mac-Kinley. Detengámonos ante su discurso, verdadera honra y espléndido luminar de nuestro siglo.

Dos puntos hay en el Mensaje, sobre que debe la crítica fijarse, dirigiéndole severas censuras. Es uno el alarde reaccionario de ideas proteccionistas, que rayan en ideas de prohibición y aislamiento mercantiles, muy buenas para China, imposibles entre pueblos civilizados; y otro el anuncio de una defensa de la gente allegadiza y extraña, ciudadanos sajones de aluvión, por no decir de pega, los cuales se crean dos patrias, la originaria ó nativa y la legal ó aquistada, para traerles á una y otra sendos compromisos, y enzarzarlas cuanto pueden los particulares con sus intereses privados y enzarzar á los pueblos elevando estos intereses egoístas á intereses públicos. Por lo respectivo al comercio libre y á la protección, vano empeño contrariar las leyes naturales con leyes restrictivas. Tratándose de un pueblo industrial, como América, no huelga recordarle que á cada fase política ó económica, mejor dicho, á todas las fases sociales progresivas, precede una creación del trabajo, la cual se debe á creador ó agente tan ajeno de la política como la ciencia y la industria del hombre. La inmóvil torre feudal se vino á tierra cuando las grandes navegaciones ampliaron el globo, ampliando el mar; y el globo y el mar se ampliaron cuando halló el navegante la brújula. El fantasma de la previa censura no pudo concluir con el pensamiento libre que debía engendrar la revolución; y no pudo el fantasma de la previa censura concluir con el pensamiento libre, que debía engendrar la revolución, porque la industria encontró la imprenta. Pues debe dirigirse al jefe del gobierno americano esta interrogación: Si no pudo sostenerse ante la brújula el feudalismo y el absolutismo ante la prensa, ¿cómo podrá el mercantil sistema reaccionario sostenerse ante la máquina del vapor, ante la cuerda del cable, ante la electricidad aplicada en el mundo al comercio y al cambio? Mala idea la idea prohibicionista; peor el asomo de protección á los ciudadanos, más ó menos legítimos, que perturban las naciones vecinas. En el problema de los súbditos anglo-americanos hay una serie de sumandos, los cuales pueden mucho complicar las relaciones intercontinentales de América con el mundo todo y oponerse mucho al hercúleo trabajo prometido por Mac-Kinley en sus dobles anuncios del arbitraje diplomático y del presupuesto de la paz. Las colonias extranjeras, aunque sean de verdad, traen mil dificultades á las Repúblicas hispano-americanas en sus tratos diplomáticos; y las colonias anglo sajonas, casi todas ficticias ó amañadas, traen miles de dificultades á las naciones mayores, como se ha visto últimamente con un americano postizo y una policía poderosa. Los gobiernos del centro de América, sujetos á tantas revoluciones y cambios, no pueden tolerar se tome la bandera estrellada por los perturbadores suyos como pendón faccioso, á cuya sombra se urden aviesas conjuras y á cuyo despliegue se perpetran levantamientos criminales; la grande Inglaterra no puede consentir que se nutran y se armen los fenianos de Irlanda en América; España no puede consentir que gentes inscritas en la fácil ciudadanía yankee, muestren, como los dioses maniqueos, dos nacionalidades, fingiendo pelear en Cuba por la patria propia de que han renegado al adoptar una extranjera naturalización, doble crimen de falsedad y de apostasía; siendo necesario concluir con este colosal embuste, anatematizado ya por el ilustre Cleveland en su mensaje último. Pero, estas dos cuestiones aparte, la proclama del presidente americano es una gloria de la humanidad entera, por defender la política de paz y anunciar el arbitraje internacional.

Madrid, 22 de marzo de 1897.

ARTURO PRAT, MARINO CHILENO

MURIÓ EL 21 DE MAYO DE 1879

ARTURO PRAT

En los anales de la guerra del Pacífico hay episodios que revisten el carácter de poema épico, y en ellos resplandecen las hazañas, cual si el paso de los siglos y las leyendas y tradiciones hubieran prestado ya su colorido á los personajes históricos.

Cúmplenos hoy relatar un memorable suceso que encierra dramático interés, detalles de sobrehumano denuedo y un sacrificio sublime, inspirado en el sacro fuego del patriotismo.

La individualidad que se destaca en aquella acción y toma proporciones grandiosas es la del capitán de corbeta Arturo Prat, quien habíase singularizado desde muy joven por su bizarría, que más tarde habíale de conquistar fama perdurable para su nombre y honra gloriosísima para Chile, su patria.

Arturo Prat era porfiado y tenazmente perseverante hasta obtener el triunfo, intrépido en la pelea, audaz para vencer obstáculos y rápido en sus resoluciones.

En la vida del célebre chileno existen gráficos puntos de contacto con nuestro Jorge Juan, el marino forjado en el hermoso molde de los genios, si bien la muerte cortó en la lozanía de la juventud y en lo más brillante de su carrera las aptitudes magnas y singulares que sobresalían en el denodado capitán chileno.

Activo y laborioso por naturaleza, amante de las ciencias, henchido de ambición, no personal, sino de lauros y de glorias para el amado suelo natal, fué astrónomo, botánico, matemático y abarcó los trabajos del foro cuando sus deberes de marino no le llamaban á desempeñar arduas comisiones en las que su clara inteligencia y sus conocimientos hidrográficos eran por extremo útiles para su país.

En la fecunda y corta existencia de Arturo Prat no hubo un instante de ocio, ni una tregua en el activo trabajo intelectual: aquel privilegiado temperamento era refractario al reposo, á la inacción, y por otra parte estaba aguijoneado por la perseverante avasalladora voluntad.

Tales prendas hicieron se le considerase como uno de esos espíritus excepcionales que desde luego conquistan la atención general y se colocan sin esfuerzo en el puesto de honor. Sin la hazaña que le dió vida inmortal, hubiera logrado siempre por sus vastos conocimientos ser de los primeros y más celebrados marinos chilenos.

Un cúmulo de circunstancias hicieron acentuarse en mayor escala las aspiraciones del patriota Arturo Prat, que esclavo en el cumplimiento de su deber y por natural afición surcó los mares, batiéndose esforzadamente en «Abtao» y formando parte de expediciones en las que obtuvo general aplauso, dando á conocer sus especiales méritos.

Enviado á la República Argentina en misión privada, fué tan hábil diplomático como desinteresado y modesto ciudadano.

Mal avenida su austeridad con las vanidades y el fausto, no llevó sus gastos más allá de los límites necesarios, y tres meses después, á su regreso á Chile, devolvió al gobierno 970 pesos de los 1.796 que se le habían entregado para los gastos de aquel viaje.

Este rasgo es un retrato de cuerpo entero, moralmente hablando, del noble comisionado.

Físicamente tenía Arturo Prat buena presencia con todas las influencias y gallardías que son privilegio de la juventud.

La estatura mediana. Los ojos se iluminaban con fulgores indescriptibles cuando el entusiasmo guerrero subía del corazón á la mirada.

Por su cultura, propia de la esmerada educación que había recibido, captábase las simpatías y tenía como suele decirse *don de gentes*.

Uno de sus compañeros y amigos me elogiaba su trato social á la par que el carácter firme y entero.

Yo no sé si el singular marino sería fatalista como los árabes, mas está fuera de duda que hay extraños



Arturo Prat

presentimientos que á veces y en horas supremas nos asaltan; pero lo cierto es que Arturo Prat sintió dos muy diferentes impresiones cuando á bordo de la «Covadonga» recibió precisas instrucciones del gobierno chileno encontrándose en el puerto de Iquique sosteniendo el bloqueo. Según aquéllas, debía tomar el mando en jefe de la división naval, trasladándose á la «Esmeralda,» nombramiento de alta responsabilidad y que revelaba el prestigio y el mérito que se concedía á sus servicios.

El primer impulso estuvo de acuerdo con el esforzado corazón de Arturo Prat y con las ideas arraigadas, que habían adquirido carácter de fanatismo patriótico.

La reacción le avasalló después. Sin perder nada de sus bríos ni vacilar en el cumplimiento de sus más ardientes esperanzas, sintió tristeza inmensa, algo indefinible, acentuado de día en día.

Hay que tener en cuenta que en la tierra chilena vivía en continuas inquietudes una mujer amantísima, anhelando sí los triunfos de la patria, pero temiendo que ellos dejaran huérfanos á sus hijos y enlutasen el hogar tranquilo hasta entonces, risueño y feliz.

No era menester sino aquel recuerdo para que el corazón de Arturo Prat se anegase en melancolías infinitas.

Tal era el estado de su ánimo al tropezar con los dos blindados peruanos el «Huascar» y la «Independencia.»

«Pelearemos hasta morir,» exclamó Prat.

Y con sus frágiles barcos de madera intentó alcanzar el lauro de la victoria.

Seis horas duró el combate. Allí chilenos y peruanos eran dignos de medir sus fuerzas, y ambos combatientes pudieron vanagloriarse de haber sido la imagen viva y resplandeciente del valor que no cede hasta conseguir el triunfo ó con el postrer aliento.

La «Covadonga» se alejaba, perseguida por la «Independencia.»

La «Esmeralda» estaba herida de muerte por el potente ariete del monitor, y la situación era insostenible.

Así lo consideró el comandante del «Huascar,» el glorioso Miguel Grau, intimando la rendición.

Pero los hombres templados como Arturo Prat no se rinden, mueren.

De repente una idea extraña y por demás atrevida dominó al marino chileno. La de arrostrar el todo por el todo; la de vender cara su vida y perderla en poderoso choque cuerpo á cuerpo.

En el pensamiento de Arturo no cabía término medio. Tal vez soñó con la victoria obtenida por el estupor del primer momento.

En un instante se afianzó en su arriesgada decisión.

Tenía tres valientes para secundar su propósito.

El noble Luis Uribe, contraalmirante de la escuadra, hijo de una mujer insigne, celebrada por su clarísimo talento y por sus virtudes.

De ella pudiera también decirse como de Veturia, la madre de los Gracos: *Sus obras más notables fueron sus hijos.*

Ignacio Serrano, el habilísimo profesor náutico, y Juan de Dios Aldea, sargento de guarnición en la «Esmeralda.»

«¡Al abordaje!,» gritó Arturo Prat, aferrándose al «Huascar» y saltando sobre su cubierta, seguido por el bizarro Aldea.

Era la audacia heroica, el supremo sacrificio en pro de la gloria nacional y de la suya póstuma.

El resultado del imprevisto y sorprendente ataque no podía ser dudoso.

Batiéndose con desesperado empuje hasta el postrer momento, perdió la vida el héroe. Juan de Dios Aldea cayó á su lado.

No menos valeroso fué Serrano, intentando el segundo abordaje para sucumbir á su vez sobre la cubierta del barco peruano.

Al propio tiempo hundíase en el mar el contralmirante, el bravo Luis Uribe, llevándose la bandera chilena enarbolada en el palo mayor de la «Esmeralda.»

Antes que trofeo de los contrarios, valía más que desapareciera.

No muy lejos, allá en Punta Gruesa, se estrellaba contra las rocas el buque peruano la «Independencia,» uno de los mejores barcos de guerra con que contaba la armada del Perú.

El pueblo chileno levantó en granito glorioso monumento á la memoria del inmortal patriota, y años después, trasladados sus restos desde Iquique, fueron colocados en la cripta consagrada á la marina en Valparaíso.

El entusiasmo nacional celebró el acto con solemnes fiestas cívicas.

El valeroso jefe naval simboliza gloria imperecedera, y los pueblos pueden tomar ejemplo en su patriotismo.

Arturo Prat no contaba aún treinta años cuando el 21 de mayo de 1879 dió á la patria su sangre y su nombre invicto á la posteridad.

Había nacido en 1850 en Santiago de Chile y era descendiente de una familia catalana establecida en aquella capital.

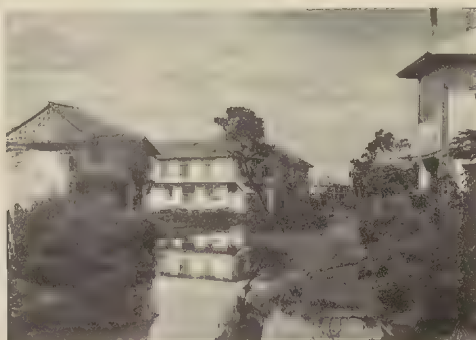
BARONESA DE WILSON



[illegible] CARABAO [illegible]



UNA CALLE DEL ARRABAL DE PACO (MANILA)



CASAS [illegible] SAN JUAN DEL MONTE



PLAZA DE SANTA ANA [illegible] ARRABAL DE SAN SEBASTIÁN (MANILA)



CARRETERA [illegible]



MUELLE DEL REY (MANILA)



BARRIO [illegible] TONDO



[illegible] JARO [illegible]

VISTAS DE FILIPINAS (de fotografías de D. Félix Laureano)



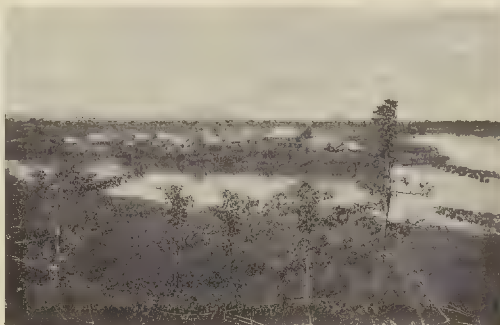
MUJERES DEL DATTO PIAN



CASA DEL DATTO PIAN - JOLO



CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL EN LA ERMITA - MANILA



RANCHERIA DE MAGIBON DE LA CUAL ES JEFE EL DATTO PIAN



IGLESIA DE LA CONCEPCIÓN EN JOLÓ



CUARTEL DE MEISIC EN MANILA



HOSPITAL MILITAR EN MANILA



IGLESIA DE LA CONCEPCIÓN EN JOLO VISTA DE FRENTE

VISTAS DE FILIPINAS (de fotografías de D. Félix Laureano)



CÓMO SE VAN (1)

¡Pobre Mariona, pobre niña!

Crecía despacio y enflaquecía de prisa, sin que su padre lo advirtiese, acostumbrado como estaba á verla diariamente.

Ya no era aquel angelito que daba envidia á las vecinas cuando vivía su madre, ni la hermosa criatura que se pasaban de mano en mano comiéndosela á besos, regordeta, risueña, blanca y siempre limpia y aseada.

No; Mariona estaba ya muy lejos de todo esto; habíase vuelto una chiquilla de siete años consumida por la anemia, descalza y con la ropa llena de remiendos mal hechos y de mil colores que no casaban.

Su padre Jaime había conocido en su vida de trajinero, dando vueltas y revueltas por esos mundos de Dios, una mujer demasiado señora para él, que, después del casamiento, tenía que dedicarse forzosamente á las faenas agrícolas. Tenía los pies demasiado pequeños para destripar terrones y las manos sobrado finas para doblar sarmientos.

A pesar de todo, Jaime se casó, y al poco tiempo dieron principio las penas consiguientes á lo mucho que su mujer daba que hablar á los vecinos del pueblo por su dejadez y holgazanería.

El marido iba siempre mal cuidado; su mujer á duras penas le repasaba de cualquier modo la ropa, que por todas partes ostentaba jirones, siendo lo peor que no era posible reemplazarla con otra por falta de recursos.

Al cabo de un año de matrimonio tuvieron una hija, la Mariona, que hacía olvidar al buen padre todos sus sinsabores y absolver con un perdón completo los defectos de la mujer que le daba aquel angelito.

Si las culpas de Ana, la esposa de Jaime, no hubieran sido más que las susodichas, si jamás hubiera cometido una falta mayor, ¡cómo la hubiera seguido queriendo su marido!

Por desgracia no fué así.

Cuando, al terminar la guerra civil, los carlistas regresaban á sus casas, llegó al pueblo un quídam, un fanfarrón que trascendía á ex oficial carlista á una legua de distancia.

Nadie acertaba á comprender por qué había ido al pueblo aquel hombre que vagaba por él todo el día mascullando una colilla apagada y sin ocuparse en nada.

Era alto, fuerte, de pocas palabras y hablaba con voz profunda y armónica. Por debajo de la vistosa gorra con visera de concha le asomaban unos *chavos* muy lucientes y casi pegados á las sienes. Vestía pantalón estrecho, chaqueta azamarrada, calzaba botinas de charol con botonadura de nácar y afectaba modales gitanescos.

Amigo de Anita desde antes que ésta se casara, é hijos ambos de la misma población, más de una vez los había sorprendido la gente del pueblo hablando con gran misterio junto á las huertas, hasta que una mañana desaparecieron los dos y no se ha vuelto á saber de ellos.

Quedaba la pequeña Mariona en poder de Jaime, de suerte que éste tuvo que hacer las veces de padre y de madre, y cuando el pobre marido abandonado se convenció de que eran inútiles todos sus esfuerzos para dar con los fugitivos y de que cuantos pasos daba resultaban infructuosos, comenzó á ponerse triste y la niña á desmedrar.

Sí, vivía triste, obligado á atender á las pocas tierras, que aun bien cuidadas, no producían más que lo estrictamente necesario para pagar las contribuciones y comer un bocado de pan de centeno.

Se fatigaba trabajando en su mísera hacienda y á veces á jornal en la de otros. En su casa tenía que ocuparse en los quehaceres femeniles, barriendo ó encendiendo fuego para asar una sardina ó freir un pedazo de bacalao.

Pase todo esto si hubiera estado solo ó con una hija ya crecida; pero Mariona era pequeña y débil; su rostro tenía la rojiza tinta del cáñamo, los cabellos descoloridos por el sol y por la nieve, los ojos azules y tristes, con tristeza enfermiza, la boquita medio abierta, afanosa, como si esperase un beso que jamás se la imprimía, las manecitas largas y enjutas, y toda ella era encanijada y miserable.

Dotada de un gran corazón en un cuerpo mezquino, no podía sufrir con paciencia que los otros chicuelos maltratasen por entretenimiento á los pájaros y á los insectos.

Si apedreaban á un sapo, hacía muecas de dolor á cada pedrada y su rostro expresivo hablaba por su boca callada y su corazón contristado.



Seguía á la chiquillería del pueblo porque su padre se lo mandaba, recelosa de todos, así de los muchachos como de las niñas, las cuales la atormentaban recordándole la falta de su madre con ese perverso instinto que llevan en sí las criaturas antes que la instrucción ó la experiencia eduque sus corazones, enseñándoles á compadecer al que sufre por lo mismo que todos hemos sufrido.

Cuando podía separarse de sus compañeros, se pasaba horas enteras sola, mirando cómo jugaban, entreteniéndose en contemplar un hormiguero y observando cómo las hormigas acarreaban hasta él las semillas que ella desgranaba, ó siguiendo con la vista, hasta donde le alcanzaba, el vuelo de una golondrina. Ensartaba moras encarnadas y verdes para hacerse un collarcito, ó entretejía flores campestres para formar con ellas una corona que se probaba cuando nadie la veía, sonriendo á su imagen reflejada por las aguas del riachuelo.

Sus juegos eran los de una niña enfermiza que no tiene fuerzas ni alientos para seguir á sus compañeras; pero sentía aletear el deseo de reunirse con ellas y pensaba en lo que haría y diría si las fuerzas le hubiesen permitido llegar adonde llegaba su voluntad.

Jaime, persuadido de que lo que necesitaba su hija era el ejercicio, le hacía llevar el pollino á pastar cuando salía la dula, para que el aire y el sol le abriesen el apetito.

Mariona echaba á andar rambla abajo con paso mesurado, mientras los demás chicuelos saltaban como desesperados, jugaban á hacer balsas y molinos, formando cauces por debajo del agua y atrapando algunos pececillos que ensartaban en un junco mezclados con ranas que, aun después de ensartadas y desolladas, todavía se meneaban. Promovía gran algazara el que llegaba á sacar, revuelta entre la hierba, alguna culebrilla inofensiva, que tan pronto era extraída del agua como arrojada á la orilla y muerta á pedradas.

Si algún chicuelo cogía un nido, á Mariona le tocaba el último polluelo, que estaba aún en cañones y que le hacía verter lágrimas cuando se moría.

Eso, si le llegaba á tocar alguno.

Cuando jugaban á hacer hornos y encendían fuego en las cuevas, no se oía sino gritar: «¡Mariona, trae leña!» Y siendo la que menos vigor tenía, era la que trabajaba más, sin que le valiese su intención de alejarse de sus compañeros, pues ellos corrían á buscarla.

A pesar de este ejercicio, del sol y del aire y de este modo de juguetear, Mariona no mejoraba.

No tenía apetito ni podía tragar aquel pan, que nunca nos falte, y que les amasaba por caridad una vecina, la cual más de una vez les había prestado harina y levadura á condición de devolvérselas á la próxima cosecha; mucho menos podía pasar aquella comida que arreglaba su padre en un santiamén.

Una tarde muy calurosa de agosto, Jaime salió á trabajar al huerto, mientras la pobre niña, un pie tras otro, casi arrastrando, peor vestida y más enferma que nunca, llevaba el asno á pacer, parándose con frecuencia porque no podía seguir á la manada.

La dehesa de los Tarsagons estaba lejos del pueblo y allí era adonde debía pastar el animal.

Los endemoniados chiquillos cometían mil tropelías con su pollino, que se había reunido con los otros, y ella no podía gritar para defenderlo, porque la voz se le anudaba en la garganta y el esfuerzo que hacía le producía un golpe de tos dolorosísimo.

El sol la deslumbraba, no dejándola ver bien; parecíale tener un enjambre de abejas metido en el cerebro, flaqueábanle las piernas, y cuando llegó á la dehesa era casi la hora de regresar, atontada por aquella turba de arrapiezos sucios, de rostro encendido y pantalones remangados, pero macizos y fuertes y tan diferentes de aquella niña de cara estirada, ojerosa y amarillenta, que no podía sostenerse.

¡Ah! ¡Si Jaime, con su buen corazón, hubiera sabido ver! ¡Si hubiera podido sospechar el estado de la pobre Mariona, ¿cómo había de haberla hecho salir de casa para que el aire y el ejercicio la vigorizasen? Al contrario, la habría tenido recogida, preservándola del aire del mar, y rogado al médico que hiciese el favor de visitarla, aunque se hubiera quedado sin camisa.

¡Pobre ciego, que eras el único que no veía cómo se iba acercando poco á poco el terrible acontecimiento que te había de destrozar el corazón!

La niña, sentada en la hierba, sentía frío á pesar de lo caluroso de la tarde, un frío intenso que le helaba los huesos.

Iba cayendo la tarde; era la hora del ocaso; las sombras de los árboles se prolongaban sobre la verde alfombra; los últimos rayos del sol, filtrando al través de los troncos, esparcían un polvillo dorado que se apagó al desaparecer el astro tras la montaña, y un velo de melancólica tristeza se difundió por el espacio.

Los gritos de los muchachos y el ruido de las esquilas se fueron perdiendo hacia el pueblo, abandonando á Mariona en aquella perturbadora quietud, tan sólo interrumpida por las riñas de los gorriones que se guarecían en las ramas y por el rumor del riachuelo que corría más allá.

Poco á poco cesó todo movimiento, reinando el silencio precursor de la entrada solemne de la misteriosa noche.

La luna se remontaba pausadamente por el firmamento.

Una nube, que poco antes semejaba un río de metal en fusión, pasó á morada y de morada á negra. Comenzaron á brillar las primeras estrellas, en tanto que en el campanario del pueblo resonaba el toque de ánimas.

La niña, reclinada sobre la hierba, percibía el clamor de la campana, lejos, muy lejos, triste como si tocase á muerto, y con todo, si no hubiese sido por aquel gran frío que le helaba los huesos, le habría parecido que estaba buena, que no tenía ningún mal.

Una lasitud imposible de dominar la tenía postrada. Sabía que no podía dar un paso, por lo cual no se movía en absoluto; tenía los ojos fijos en la luna, que iba subiendo, subiendo hacia la negra nube, sin apartarla un momento de aquella esfera luminosa; y cuando ésta empezó á ocultarse, parecíale que se le anublaba la vista y que le zumbaban los oídos. Abría cuanto podía los ojos, y su boca abríase asimismo inconscientemente.

La luna desapareció del todo.

A lo lejos se oía gritar: «¡Mariona! ¡Mariona!»

El ruido de los gritos se iba acercando, y cuando

(1) Tomamos este artículo del libro que con el título de *Quan jo era noy* acaba de publicar el reputado dibujante don Alejandro de Riquer, obra en la cual aparecen reunidos algunos recuerdos de la infancia del autor, bellísimas narraciones, impregnadas de la poesía de los campos, admirablemente sentidas y escritas con sencillez y naturalidad encantadoras, que revelan excepcionales dotes de escritor en quien tanto renombre se ha conquistado ya como artista. *Quan jo era noy* va ilustrado con preciosos dibujos del mismo Sr. Riquer, dos de los cuales reproducimos con este artículo.

el astro de la noche, saliendo de la nube, volvió á brillar con todo su esplendor, Jaime iba buscando cerca del sitio donde la niña se había tendido.

La descubrió por fin, y se acercó á ella nombrándola y moviéndola suavemente.

Estaba fría, helada; su hija no le respondería *jamás*.

Y así se van de este mundo las pobres criaturas, sin darnos un beso cuya impresión nos dure toda la vida, sin decirnos adiós, dejándonos el sentimiento de no haber realizado el bien que para ellas hemos soñado y del mal que creemos haberlas causado.

El pobre padre, arrodillado ante ella, con las manecitas de aquel ángel entre las suyas, como si quisiese devolverlas el perdido calor, comprendía que se había acabado todo.

¡Él, que ni siquiera lo sospechaba!

La creía débil, pero no enferma. Recordaba haberla reñido alguna vez, y este recuerdo pesaba en su conciencia como un remordimiento que le trastornaba el juicio.

Levantóla con mucho cuidado, poniéndosela sobre las rodillas, y así se quedó largo tiempo, con la vista como extraviada y sin fijeza.

Una lágrima rodó por su mejilla bronceada, en tanto que murmuraba: «¡Los hombres no sabemos, no sabemos! ¡Somos unos animales!»

Jaime se acordó de pronto de la pecadora de su mujer, y dijo entre sollozos, con su hija muerta en sus brazos:

– ¡Ay Ana, Ana! ¡Y yo que no había llorado nunca!

TRADUCCIÓN DE M. A. Y SANJUÁN

NUESTROS GRABADOS

Primavera, cuadro de F. Fabbi.— Son tantos los artistas que en la *Primavera* se han inspirado para sus composiciones, que la originalidad, tratándose de este asunto, resulta cosa bien difícil de conseguir. Sin embargo, el autor del cuadro que reproducimos ha sabido presentarnos bajo un aspecto enteramente nuevo la alegoría de esa hermosa estación del año, trazando una composición llena de frescura y de poesía, que simboliza perfectamente la llegada de esa época en que la naturaleza toda revive, en que el sol luce en un cielo diáfano y de un azul purísimo, y en que el aire se embalsama con el perfume de las flores qu por doquier brotan



LA DESPEDIDA DEL NOVIO, cuadro de Joaquín Agrassot (Salón Parés)

La despedida del novio, cuadro de Joaquín Agrassot (Salón Parés). – Otra bellísima producción del distinguido pintor valenciano Sr. Agrassot reproducimos en este número, digna compañera de los cuadros de costumbres y tipos de aquella hermosa región. En esta obra, cual en todas las de aquel artista, revélanse su personalidad y maestría, justificándose una vez más la merecida fama de que goza.

A ser posible reunir sus cuadros de género y costumbres y tipos valencianos, formaríase una interesantísima colección, en la que podría estudiarse el modo de ser de aquel pueblo, presentado en todos sus aspectos, pero siempre agradables, embellecido todo por los torrentes de luz y los hermosos efectos de brillantes tonalidades.

Bien merece nuestro amigo figurar en primera línea entre los más notables artistas españoles, y á la cabeza, como maestro indiscutible, de los pintores valencianos.

En la fuente, cuadro de Mariano Barbasán (Salón Parés). – Un rincón de Subiaco, pintoresco pueblecillo de los alrededores de la Ciudad Eterna, reproduce el lienzo del distinguido pintor Sr. Barbasán. Cuadro de animación, apuntado con acierto y observado con exactitud por el artista, nos revela una escena de la vida real de los lugareños de la campiña romana. La situación de las jóvenes que figuran junto ó inmediatas á la fuente, sus tipos y trajes, así como los pormenores de la composición, atestiguan las cualidades que distinguen al autor del lienzo, quien, aun desarrollando asuntos distintivos de estos países, conserva las buenas tradiciones de la escuela española, en lo que en sí tiene de característico por la gama que se amasa en la paleta de nuestro amigo, vigorosa y severa, propia para poner de manifiesto los bellos contrastes que ofrecen todas las provincias peninsulares.

Islas Filipinas.—Las láminas de las páginas 212 y 213 reproducen algunas interesantes vistas de Filipinas, de cada una de las cuales vamos á dar una ligera descripción.

En las ancas del carabao. – El carabao es un elemento indispensable para la vida en Filipinas por los grandes servicios que presta en las faenas agrícolas y como animal de tiro: su resistencia es admirable, y con tal de que pueda zambullirse un par de veces al día en el agua, no conoce la fatiga y puede hacer el trabajo de tres bueyes. Los indígenas suelen engancharlo á lo que ellos llaman *carroza*, como lo representa nuestro grabado, y repartida entre el vehículo y las ancas y los lomos del cornúpeto, una familia entera se traslada á puntos distantes, recorriendo aquellos caminos imposibles para cualquier otro sistema de locomoción.

Casas aristocráticas en las cercanías de San Juan del Monte. – Este sitio es uno de los más amenos y pintorescos de los alrededores de Manila, y por esta razón y por sus excelentes condiciones higiénicas, la gente adinerada lo ha escogido para sus viviendas, construyendo en él elegantes casas, que se alzan en aquellos inmensos campos, siempre verdes, siempre



EN LA FUENTE, cuadro de Mariano Barbasán (Salón Parés)



OLIMPIA MALDACHINI, CUÑADA DEL PAPA INOCENCIO X, ENTREGANDO AL CA...

CELEBRA...



ENAL CAMILO DEGLI ASTALLI EL DECRETO DE SU DESTITUCIÓN Y DESTIERRO

NCTIS, GRABADO POR R. BONG

lozanos. El panorama que ofrece aquel conjunto de edificios, contemplado desde la rotonda de Sampaloc, es verdaderamente hermoso.

Carretera Real de la Concepción. – El barrio de la Concep-



EUSEBIO PLANAS, notable dibujante fallecido en Barcelona el día 13 de marzo de 1897

ción está situado á orillas del río Pasig, entre el arrabal de Paco y las afueras de Manila, y sus habitantes se dedican principalmente al acarreo y á los transportes.

Barrio Aguilar en Tondo. – Este barrio es excesivamente pequeño para la población que contiene, compuesta en su mayor parte de jornaleros: construído en terreno en extremo pantanoso, conviértese en una inmensa charca durante la temporada de las lluvias.

Una calle de Paco. – La calle del arrabal de Paco que reproduce este grabado está regularmente urbanizada, tiene hermosas vistas y es de mucho tránsito por ser carretera de comunicación con el pueblo de Santa Ana, y porque por ella se va al colegio de la Concordia, situado á muy poca distancia del citado arrabal. En este colegio, cuya dirección está encomendada á las hermanas de la Caridad, se educan las niñas y las jóvenes de todos los puntos de la isla.

Plaza de Santa Ana en el arrabal de San Sebastián. – Como todas las de la isla, esta plaza es de alegre y hermoso aspecto: en su entrada se levanta el santuario de la Virgen del Carmen, y á ella desemboca el amplio y ameno paseo del arrabal de Pampaloc, paralelo al cual están las calzadas del Iris y de Tan-



EL CORONEL VASSOS, jefe del cuerpo de ejército griego desembarcado en Creta

duay. En la plaza de Santa Ana hay elegantes edificios y varios importantes establecimientos de comercio que contribuyen á darle animación.

Vista del muelle del Rey. – En este grabado se ve parte del puente de España y el muelle, y al lado opuesto el delicioso paseo de Magallanes, en medio del cual se levanta el monumento á este insigne caudillo y descubridor de aquellas islas: también se ven la artística iglesia de Santo Domingo y su convento. En el muelle hay constantemente anclados multitud de vapores y barcos de vela.

Catedral de Jaro. – Mandó construir esta catedral el primer obispo de Jaro, D. Mariano Cuartero y Medina, con fondos que le proporcionaron los habitantes de la villa y en especial el ex gobernadorcillo D. Mariano Argüelles, cuyos restos están enterrados en el templo.

Mujeres del datto Pian. – Como en uno de nuestros números anteriores hemos ya dicho algo acerca del datto Pian, nos parece innecesario ocuparnos nuevamente de este caudillo cuyas mujeres reproduce este grabado.

Cuartel de la Guardia Civil en la Ermita (Manila). – La Guardia Civil veterana, de creación muy antigua en Filipinas, presta servicios civiles y militares, siendo el guardia á la vez soldado, agente de vigilancia y de seguridad. El cuartel que en Manila posee esta institución está dividido en varios departamentos: la parte alta está destinada á habitaciones del jefe y de los individuos del puesto, y la parte baja á oficinas militares y civiles y á prevención.

Iglesia de la Concepción en Joló. – Esta iglesia, como podrán ver nuestros lectores, es de un estilo sencillo y elegante en el exterior: interiormente tiene un carácter severo. Como todas las de la isla, está regentada por los padres de la Compañía de Jesús.

Hospital Militar en Manila. – Situado en las afueras de la ciudad, es un establecimiento dividido en pabellones, todos de planta baja, donde los enfermos militares se encuentran admirablemente asistidos por las hermanas de la Caridad. Las habitaciones y salas de dicho establecimiento son muy confortables y en ellas reina la mayor limpieza.

Casa del datto Pian. – En todas las rancherías la casa del datto es siempre la mayor y más importante. El datto en su ranchería tiene la misma autoridad que el sultán, y dispone de la vida y hacienda de sus súbditos; junto á su casa álzase la garita ó atalaya en donde hay constantemente un vigía, que se renueva de hora en hora y que vigila y avisa á los vecinos si se presenta algún peligro.

Ranchería de Magibón (Joló). – Esta ranchería, de la cual es jefe el datto Pian, está situada á la orilla de un río y ofrece un panorama delicioso: la naturaleza ha derramado pródigamente sus dones sobre aquel pedazo de tierra, contrastando con la desidia de los hombres, que tan poco hacen por utilizar tales beneficios.

Cuartel de Meisic en Manila. – Situado en el arrabal de Pinondo, es un edificio bastante grande y consta de planta baja y primer piso; es de mampostería con techo de nipa, está aislado y tiene excelentes condiciones higiénicas. El grabado que publicamos representa el pabellón destinado á cuarto de banderas.

Las fotografías de donde están reproducidos los grabados de estas láminas son de D. Félix Laureano.

D. Eusebio Planas, fallecido el 13 del corriente. – Digno compañero de los pintores Martí y Alsina y Ferrán y de los arquitectos Mestres y Rogent, compartió con ellos la gloria de haber contribuído al renacimiento del arte en nuestra ciudad. A los esfuerzos de todos ellos, á sus nobles iniciativas débese la iniciación de un período de florecimiento, que desde entonces se traduce en todas las manifestaciones del arte y de la industria. Amantes de la tierra que los vió nacer, aportaron el caudal recogido para lograr despertarla del marasmo en que había quedado sumida como consecuencia de los desastres de la guerra de la Independencia y de los horrores de las contiendas civiles. Bajo este concepto, pues, debe Cataluña justo tributo de respetuosa consideración y sentido recuerdo á aquellos que, aun sin haber alcanzado la notoriedad de los maestros del siglo de oro, tuvieron inteligencia y energía bastantes para trazar el camino que otros después fácilmente han recorrido.

Nació Planas en esta ciudad en el año de 1833, y aunque su señor padre deseaba se dedicara al estudio del Derecho, pronto hubo de renunciar á la realización de sus propósitos, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos para vencer la decidida vocación de su hijo, quien ingresó en la Escuela Provincial de Bellas Artes de esta ciudad. Atraído por las corrientes artísticas de la vecina nación, trasladóse á París en 1851, en donde bajo la dirección de M. Eusebio Lasalle aprendió la litografía, debiendo, seguramente, la base de su reputación á los conocimientos entonces adquiridos. En 1857, y ya en el paterno hogar, dedicóse á la ilustración de obras editoriales, en cuyo género alcanzó singular popularidad, ya que, aparte de la elegancia de sus trazos, constituían una novedad sus dibujos, ejecutados en armonía con las situaciones descritas por el autor del libro, medio no empleado anteriormente, por más que hoy cueste trabajo comprender una ausencia tan completa de buen sentido. Variadísimas fueron sus producciones, sorprendiendo hoy tan extraordinaria labor, pues su nombre figura en un considerable número de libros, periódicos ilustrados, colecciones de litografías, etc. Esto no obstante, presenta su vida artística tres fases muy determinadas: la representada por sus trabajos litográficos, sus dibujos sobre madera y las producciones acuareladas. En todas ellas muéstrase su inagotable fantasía y se evidencia el afán con que perseguía la acentuación de líneas para embellecer la producción.

A pesar de su constante labor, Planas no ha podido legar á su familia resultado alguno de sus afanes, y cuenta que si aquel distinguido artista recogió durante cuarenta años el fruto de su trabajo, no se dedicó sólo á satisfacer sus aficiones de hombre culto y de buena sociedad, pues remedió grandes necesidades y enjugó muchas lágrimas.

Descanse en paz el que fué uno de los más aplaudidos artistas de nuestro país, que aparte de los méritos que someramente apuntamos, tiene el de haber sido maestro del malogrado Simón Gómez, del laureado Mas y Fontdevila, y del que ha sido su continuador, Luis Labarta, pues todos ellos al recibir sus enseñanzas, recibieron también ese algo de su personalidad artística, que les ha conducido después á otras esferas en que han podido singularizarse.

Olimpia Maldachini entregando al cardenal Camilo degli Astalli el decreto de su destitución y destierro, cuadro de G. de Sanctis.—Olimpia Maldachini, cuñada del papa Inocencio X, fué durante el pontificado de éste dueña de los asuntos eclesiásticos, hasta el punto de que escondida detrás de una cortina asistía á los consistorios, embajadas y audiencias. Unida con los cardenales Barberini y de acuerdo con Inocencio X, tramó una conspiración para que se sublevara el reino de Nápoles contra Felipe IV; pero el cardenal degli Astalli reveló el secreto á la corte española, por lo que fué desterrado y destituído de sus dignidades de cardenal y secretario de Estado, recibiendo el decreto de manos de la propia Olimpia, que así se vengó de quien quería sustraerse á su omnipotente influjo. Este último episodio es el que con su acostumbrada maestría ha trazado el famoso pintor italiano de Sanctis, cuyo cuadro reproduce con gran sobriedad la escena y expresa por modo admirable el carácter de los personajes que en ella entran y los sentimientos que les animan.

El coronel Vassos.—El nombre de este jefe de las fuerzas griegas desembarcadas en Creta se ha hecho popular en poco tiempo: sus dignas respuestas á las intimaciones de las grandes potencias, sus esfuerzos por defender á los cristianos candiotas, los brillantes hechos de armas por él realizados en aquella isla le han conquistado universales simpatías y han demostrado que el actual ayudante del rey Jorge ha heredado el valor, la firmeza y el ardiente patriotismo de los héroes de la antigua Hélade.

Esperando, cuadro de Timoteo Pamplona.—Cada provincia y cada región española ofrece tipos y presenta cuadros variados y opuestos. En cada una refléjanse en todo cuanto la constituye su historia, sus costumbres y aspiraciones. De ahí que nuestros artistas hallen siempre vastísimo campo de es-



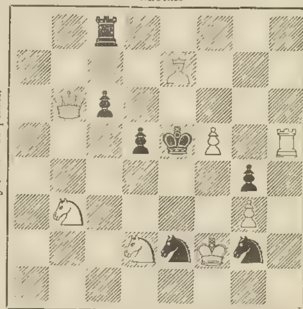
ESPERANDO, cuadro de Timoteo Pamplona

tudio y asuntos para sus producciones. Muestra de ello es e bonito lienzo que damos á conocer á nuestros lectores, obra del pintor zaragozano D. Timoteo Pamplona, en el que se reproduce con gallardía el interesante tipo del baturro, trasunto del natural, en cuya figura y actitud señálase el carácter distintivo del pueblo aragonés, firme, seguro y varonil en sus decisiones y empresas. Bien hace el Sr. Pamplona en buscar en cuanto le rodea asunto para sus composiciones, pues así cumple, á la vez que con sus deberes como amante hijo de su país, con los cánones del arte moderno.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 63, POR JOSÉ PALUZÍE

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 62, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D 6 T R	1. R 7 D (*)
2. D toma P jaque	2. R juega.
3. A 3 D ó D 3 R mate.	

(*) Si 1. R toma C; 2. D 2 T R jaque, y 3. D mate, – y si 1. R 6 A R; 2. D 3 T R jaque, y 3. D mate. La amenaza es igual á la última variante.

LA ONDINA DE BRETAÑA

Novela por Pedro Maél. – Ilustraciones de Vicente Cutanda

(continuación)

No se verificaría ya aquel odioso matrimonio cuyo solo pensamiento llenaba de sombras su frente y su corazón.

Sentía alegrías locas que refrenaba, conteniéndolas dentro de su pecho, para que Pablo á su vuelta no observase el espectáculo de su felicidad.

Una vez consumada la ruptura entre su primo y Alina de Pelvoux, érale permitido á Magdalena la esperanza; la dicha aparecía posible á los ojos de la huérfana.

Mas prever aquella ruptura, desearla, provocarla, hubiérale parecido un acto culpable. Era ya un hecho y Lena ignoraba cómo la cosa había ocurrido.

Sin embargo, adivinaba con una especie de certidumbre la escena que debía haber pasado entre el oficial y su prometida.

Indudablemente, la había sorprendido coqueteando con cualquiera, y una explicación difícil produjo entre ellos una explosión, quizás violenta, que apresuró la crisis, precipitando el desenlace.

El regreso de Pablo á Ely suspendió momentáneamente las suposiciones.

El oficial volvió triste, desilusionado, tomando por penas de amor lo que era únicamente mortificación del amor propio herido. Pero de todos los sentimientos del hombre, ¿no es el amor propio, que no hay que confundir con el egoísmo, el que reviste apariencias más diversas y el que anima mayor número de opuestas personalidades?

Pablo tomaba, pues, sinceramente la herida de su amor propio por una herida de su corazón. Encerróse en el mutismo de su dolor, negándose á aceptar consuelos, voluntariamente ciego á todas las compensaciones que ofrecía á su vista el cuadro que le rodeaba, voluntariamente sordo á los suspiros que iban hacia él, saliendo de un pecho oprimido por la pena más honda.

En vano Magdalena se esforzaba por consolarlo, por apartar de su vista la imagen de una dicha soñada y desvanecida; en vano se le mostraba llena de cuidados y de atenciones; el teniente de navío no veía nada, no adivinaba nada.

Quería olvidar solo, sin el auxilio de aquella adorable compasión.

Se puso á cazar con encarnizamiento, á recorrer los campos y los bosques, fatigando su cuerpo y malgastando su vigor.

Salía del castillo á las cinco de la mañana para no volver hasta las seis ó las siete de la tarde, llevando con bastante frecuencia patos salvajes, y menos frecuentemente liebres y perdices, que mataba contra las ordenanzas de la veda. Mas á tan larga distancia de los centros administrativos la vigilancia no es fácil, y los gendarmes de Sarzeau ni siquiera pensaron en ir á coger en flagrante delito á un oficial de marina que cazaba furtivamente en sus mismas propiedades.

Pedro, sin embargo, no dejó de hacerle observar que era un mal ejemplo para los habitantes del país que un oficial, que debía ser más escrupuloso que otro cualquiera en el cumplimiento de las leyes, las violara de un modo tan ostensible.

Pablo, dócil, reconoció lo justa que era la observación.

Descargó los dos tiros de su escopeta, limpió los cañones y colgó el arma en la panoplia de la sala de guardias, exclamando en tono humorístico:

–¡Guenezán, respeto á la ley!

Esta frase no era gran cosa, mas indicaba que la alegría abríase paso nuevamente en el alma del joven. Hasta tal punto se habían acostumbrado cuantos lo rodeaban á verlo silencioso y sombrío.

Mas si Pablo parecía renacer á la antigua vida, en cambio Lena sumergíase cada vez más en su propio dolor.

Empezaba ya á perder la esperanza.

Un desaliento anticipado paralizó su energía en todo cuanto hizo ó se propuso hacer; el desaliento obedecía á la idea de que Pablo ni se daría cuenta de nada. Alina había sido funesta hasta el fin: no sólo no supo apreciar el corazón de aquel hombre, sino que al decidirse á romperlo lo cerró á toda otra pasión.

Era evidente que en aquel momento Pablo no pensaba en consolarse de un amor engañado con un nuevo amor. Sólo los espíritus vulgares y estrechos creen que pueda haber para una pasión semejantes derivaciones. El corazón es entre todos los órganos el único cuyos movimientos son incompatibles con el cálculo.



–Quisiera ser monja, *madre mía*...

Al renunciar á las aventuras de la caza, el oficial buscó distracción en el trabajo.

Hacía tres semanas que estaba en tierra, provisto de una licencia de tres meses, que podía renovar, y para aquella inteligencia espontáneamente laboriosa la nostalgia del trabajo comenzaba. No había nacido para ser un desocupado, y no hubiera sido ese uno de los menores sufrimientos del pobre Pablo, si se hubiese casado con Alina de Pelvoux, pues le hubiera sido preciso ir escoltando á su mujer por los salones del gran mundo á que tan aficionada era por su educación y por sus inclinaciones.

Una mañana entró en el despacho de su hermano.

El capitán de navío esperaba siempre la orden de embarque, pero nada hacía por anticiparla. Los caracteres parecidos al de Pedro son siempre objeto de admiración, pues sólo ellos realizan la práctica de la filosofía. El comandante estaba suficientemente ocupado con la administración de sus bienes y los de su pupila y los estudios relativos á su gloriosa carrera.

Recibió á Pablo algo distraído.

–¡Ah! ¿Tú aquí? ¿Qué te ocurre?

El teniente de navío se dejó caer en un sillón.

– Pedro, me fastidio, murmuró bostezando.

El comandante fijó entonces en él sus ojos, en los que á Pablo le hubiera sido fácil leer el asombro más grande que puede expresar una mirada humana.

No, en verdad, Pedro de Guenezán no había visto nunca en su vida á un hombre dominado por el fastidio, ni concebía lo que eso pudiera ser.

–¡Ah!, exclamó después de una breve pausa.

Pablo replicó riéndose:

– Sí, comandante, me fastidio. Eso le asombra á usted, pero es así.

A lo cual contestó Pedro levantando sus brazos:

– Mi querido hermano, como yo ignoro lo que es esa enfermedad, no puedo prestarte el auxilio de mi experiencia... Enséñame tú la manera de curarte.

Haciéndome trabajar, mi buen Pedro.

El capitán de navío dijo respaldándose en su sillón:

– He ahí, ciertamente, un propósito laudable... Mas ¿en qué te puedo ocupar?

– Pues... en tu mismo trabajo.

–¿En mis estudios hidrográficos? ¿En mi mecánica?.. Pero ¿te gusta á ti eso?

– No me inspira ningún horror... Además, por el momento, como eso me distraería, agradaríame, de seguro...

Y añadió con una sonrisa casi irónica:

– Me hace falta un nuevo amor que reemplace al otro. La mujer es versátil... ¡Vivan las matemáticas! ¿No se les da el nombre de *ciencias exactas*?

– Sea, asintió Pedro, no queriendo prolongar la discusión.

Pablo consagróse con ardor al trabajo.

Existía entre los dos hermanos una diferencia que la edad no bastaba á explicar. Estaba en la naturaleza misma de los dos hombres; tranquila, reflexiva y metódica la del mayor, y la del menor viva, intuitiva y espontánea.

Pero empleándose en la misma tarea, aquellas dos inteligencias y aquellas dos actividades reunidas completábanse la una á la otra con excelente resultado.

Pedro y Pablo, trabajando juntos, no sólo se prestaban mutuos servicios, sino que hacían su tarea más agradable. Tan agradable que, en medio de aquella colaboración, el mayor dijo al menor lanzando un suspiro:

–¡Ah, mi querido Pablo! Es lástima que no se nos vea desde el ministerio trabajar juntos. Está fuera de duda que si se viese cómo esta colaboración multiplica los resultados de nuestra tarea, se nos dejaría juntos siempre.

Tales palabras fueron un verdadero consuelo para el pobre herido de las batallas de la existencia. Pasado poco tiempo, cuando quiso, con más serenidad y menos prevención, examinar su corazón para darse cuenta exacta de su verdadero estado, pudo convencerse de que la herida se iba ya á cicatrizar.

A consecuencia de aquel descubrimiento, el joven sintió en él renacer la vida y despertarse apetitos que le hicieron amar la existencia nuevamente.

Restaurado ya por un mes de permanencia en el país natal, volvió á sentirse lleno de savia y de vigor al aspirar los aromas de la primavera y el perfume de las rosas de mayo.

Sucedió que justamente en el momento en que Pablo, de quien se apoderaban los desvanecimientos del olvido, abría sus ojos á los horizontes de la dicha, ésta, por una contradicción bastante frecuente del destino, parecía querer alejarse de él.

Una mañana entró Magdalena en el despacho de su tutor.

Llevaba en la mano una carta abierta.

La carta era de una tía suya, la madre María Teresa, subpriora de las Damas de la Prudencia, que habitaba en el convento de la Cartuja de Auray.

La monja acababa de ser trasladada á esta última residencia, después de haber dirigido con tanta sabiduría como virtud un convento de la misma orden en Chateauroux.

Era una hermana menor de la señora de Kéroulaz y la persona de la familia de Lena más estrechamente ligada á la huérfana por los lazos del parentesco No había visto á su sobrina desde que ésta tenía diez años y aprovechaba la feliz circunstancia de su regreso á Bretaña para procurar verla otra vez.

La carta era una invitación muy expresiva y muy afectuosa dirigida á Magdalena para que fuese á pasar algunos días *de retiro* en el convento. La santa mujer la redactó con una ternura tan persuasiva que desde luego se apoderó del corazón de Magdalena.

Por otra parte, ninguna invitación llegó nunca con más oportunidad.

Llegó en el instante mismo en que la joven, poseída de un desaliento profundo, se hacía esta pregunta, siempre grave en el espíritu de una mujer: «¿He nacido para la vida del mundo, ó debo considerar las penas que me afligen como un aviso del cielo.»

Concibió serias sospechas sobre si estaría dotada de una vocación, y preguntábase cuál esa vocación podría ser.

Recibió la carta de su tía con gran júbilo, y entró en el despacho de su tutor á pedirle permiso para aceptar la invitación de María Teresa.

Cuando Pedro oyó lo que Lena le pedía, miróla con una especie de inquietud.

Aquel paso imprevisto, aunque motivado por las circunstancias, no dejó de alarmarle; parecióle que ocultaba algo.

– Pero ¿realmente deseas retirarte unos días?, preguntó á la huérfana.

Magdalena se sonrió de una manera ambigua.

- Sí, mi tutor, respondió. Si no, ¿le pediría á usted permiso?.. Además, mi tía tendrá un gran placer en volver á verme, y ya comprenderá usted que el placer que tendré yo será tan grande como el suyo.

– ¿Y te irás sola?, siguió preguntando el comandante.

– No, miss Hotspur está encantada con la idea de acompañarme. Usted sabe ya lo devota que es. Se ha puesto loca de contento al pensar que va á hacer por unos días la vida del claustro. Respecto á mí, creo que los necesito.

Pedro experimentó la misma indecisión que había experimentado hacía un año.

Por más que tenía confianza en el buen juicio de Lena y por más que conocía sus sentimientos religiosos, no acababa de explicarse el deseo de la joven, y volvió á decirse por segunda vez que allí había algo obscuro.

Pero se tranquilizó pensando que Auray se hallaba muy próximo á Saint Gildas. Acordóse de que había llevado á Magdalena á Quiberón para presenciar un espectáculo completamente profano, el de las maniobras navales en que él tomaba parte. Díjose, en fin, que si la vocación la impulsaba, no habría poder en el mundo que le impidiese hacerse monja. Por consiguiente, concedió, aunque con sentimiento, el permiso que le pidió la joven, persuadido, sin embargo, de que Lena no se acostumbraría á una vida severa, consagrada al sacrificio.

En esto se engañaba Pedro de Guenezán.

El sacrificio no la arredraba á la joven. Su alma era una de esas almas escogidas que vierten sobre la humanidad que sufre el amor que no han podido dar á un solo ser.

Pero lo que en aquella ocasión hacía plausible el optimismo de Pedro era que Lena no había abordado de un modo serio y decisivo el problema del abandono del mundo y de la vocación por la vida del claustro. La pena la engañaba sobre la naturaleza de sus sentimientos.

Los preparativos para el viaje fueron hechos sin tardanza.

Si Lena se iba sin entusiasmo, casi por despecho, no le sucedía lo mismo á miss Hotspur.

A la buena Gwen le regocijaba el retirarse por unos días dentro de un convento. Su fe profunda, su devoción sincera, que venían á ser algo así como la resultante de todas las afecciones de su juventud, hacíanle hallar inefables consuelos en aquel alejamiento del mundo, por más que ese mundo se reducía para ella á la limitada sociedad de Ely.

La salida del castillo fué al día siguiente, muy temprano, con objeto de tomar el primer tren.

No hubo una despedida, propiamente dicha, pues la ausencia de Lena sólo iba á durar quince días; mas se sintió entre las que se iban y los que se quedaban una emoción singular, como si se separasen en el umbral de lo desconocido.

Nadie podía decir, en efecto, de qué acontecimientos sería prefacio aquel viaje.

Cuando el ómnibus de familia que llevaba á las dos mujeres desapareció en el recodo del camino, entre las dos filas de árboles, Pedro y Pablo volvieron á entrar en el castillo sin dirigirse una palabra.

Pero el comandante notó que la frente de su hermano, despejada los días anteriores por el olvido de su contratiempo matrimonial, estaba nuevamente sombría y cavilosa.

Se guardó bien, en medio de todo, de turbar con ninguna pregunta indiscreta el misterio de aquel corazón cuyo despertar presentía.

V

CONSUELOS

Lena fué recibida en el convento de la Prudencia con el más conmovedor cariño.

La reverenda madre María Teresa era una verdadera santa, piadosa sin rigor, maternalmente severa, con el corazón lleno de ternura y las manos llenas de bendiciones. Fué allí llamada por el voto de todas sus hermanas en Dios, precedida de su elevada inteligencia y de resplandeciente virtud, para suplir á una abadesa á quien la edad y los achaques tenían casi inerte en su humilde celda.

En la comunidad colocada bajo sus órdenes reflejábase visiblemente la soberana distinción con que la superiora efectiva dirigía todos sus asuntos materiales y morales. Podía decirse que jamás el convento había estado bajo una dirección más sabia y más eficaz.

Magdalena fué acogida como «la hija de la casa.» Su belleza, su dulzura, su fisonomía, á la vez soñadora y llena de alegría sana y franca, hasta la melancolía anormal esparcida en toda su persona por la tristeza del momento, conciliábanle desde luego todas las simpatías.

La madre María Teresa instaló á su sobrina cerca de ella, en una parte del convento que no era la destinada á la viajeras que pasan por por Auray con motivo de la peregrinación de Santa Ana. Como prueba de exquisita delicadeza se le dió á miss Hotspur el cuarto mejor y el más cómodo por sus buenos muebles.

La subpriora conocía admirablemente el carácter y el temperamento inglés.

Sabía que en Inglaterra la más ferviente devoción, la más austera práctica del deber, no excluyen el amor á la comodidad y al bienestar. Por consiguiente, lo había dispuesto todo de manera que la institutriz no sufriese ninguna de esas privaciones que pueden, desde cierto punto de vista, hacer molesta la práctica religiosa distrayendo la atención hacia asuntos de orden esencialmente terrenal.

La buena Gwen pudo, por tanto, creerse asociada á la existencia ordinaria de las monjas, cuyas rigurosas abstinencias y cuyos ayunos continuos sólo muy imperfectamente conoció. Bajaba con ellas á la capilla al rayar el alba, asistía á todas las ceremonias, excepto á maitines y á laudes, y como las veía siempre con su cara risueña y afable y con la misma serenidad dichosa, pudo decir que, en realidad, la existencia monástica no era tan penosa como se creía generalmente.

Esta convicción, que manifestó desde los primeros días de su estancia en el convento, fué una de las más vivas y al mismo tiempo de las más inocentes distracciones que tuvieron las santas hijas de la Prudencia de Auray, comenzando por la subpriora.

Lena tomó no escasa parte en aquella distracción.

Y sin embargo, su vida en el convento, por más que la iniciaba en los misterios de un mundo de prácticas religiosas, por más que le hacía ver la paz inefable de que gozan las almas que voluntariamente se alejan de la tierra y renuncian á las felicidades del siglo, no le dió la calma que había esperado.

Por el contrario, el recogimiento, el silencio y la tenue sombra que la envolvían, que la colmaban á veces de tranquilidad mística, produjeron en ella una especie de reacción de su juventud contra aquel anonadamiento, contra aquella muerte anticipada.

Aquellos días de retiro sirviéronle para tomar posesión de sí misma.

La madre María Teresa observaba á su sobrina incesantemente. Gracias á la intervención de Gwen, á quien las circunstancias habían puesto en posesión del secreto de su discípula, la subpriora conocía toda la novela de la joven.

Compadecía con todo su corazón á la huérfana tan mal comprendida, ó mejor dicho, tan ignorada por su primo Pablo.

Y aunque tan apartada vivía de las relaciones profanas, anhelaba que se le presentase alguna ocasión favorable para abrir los ojos al joven sobre el valor del tesoro que tenía al alcance de su mano, mientras su corazón frívolo había ido á buscar lejos los sufrimientos con que fué recompensado su amor.

Pero lo que hubiera querido ante todo María Teresa hubiese sido que su misma sobrina le confiase el secreto de su propio corazón.

Aquel deseo de la subpriora fué satisfecho en el momento en que menos lo esperaba.

Magdalena, después de agotados todos los argumentos con que se propuso convencer á su corazón, y á pesar de todas sus vacilaciones, persuadida de que estaba en el caso de tomar una gran resolución que acabara con ellas, acudió á su tía en demanda de consejos.

– Quisiera ser monja, *madre mía*, le dijo con solemnidad, abandonando el tono familiar á que la autorizaba su estrecho parentesco con María Teresa.

Ésta le hizo sentarse junto á ella, en una ruda banqueta de madera, y con la más maternal de las sonrisas, con la más dulce de las miradas, emprendió la tarea de ayudar á aquella joven alma á conocerse á sí misma.

Evitó, pues, al hablarla, esas fórmulas de conversación en las cuales el respeto no es nunca más que un signo de prudencia... ó de indiferencia.

Fingiendo, por el contrario, tomar en serio la declaración de su sobrina, exclamó de un modo en extremo insinuante:

- ¿Cómo, Magdalena? ¿Piensas hacerte monja?

- ¡Sí, eso pienso, tía!, contestó la pobre ondina con voz ya menos segura.

Sólo el tono en el cual había sido planteada la cuestión bastó para quebrantar la confianza que en sí misma tenía la joven.

Ciertamente, había previsto aquella pregunta. Pero con la inexperiencia de su edad, aunque acumuló en su espíritu las observaciones con que adivinó que iban á ser acogidas sus palabras, no llegó á pensar que era quizás la forma de aquellas observaciones lo que iba á crearle invencibles obstáculos.

No conocía bastante á la humanidad para sospechar la fuerza que adquiere la más insignificante frase pronunciada por unos labios discretos con una inflexión de voz que turba el fondo de una alma poco segura de sí misma.

Esto le sucedió precisamente en aquel momento. Una causa, en apariencia fútil, provocó su derrota.

La voz era el gran poder, el infalible órgano de mando que ejercía la subpriora.

Con la ayuda de particulares entonaciones, suaves al oído y gratas al corazón, la madre María Teresa hacía penetrar en lo más íntimo de las almas la noción desconocida del deber ó la fórmula del precepto que había que cumplir.

La tía prosiguió, escudriñando con la mirada el pensamiento de su joven interlocutora:

– ¿Entonces ese proyecto es, sin duda, el fruto de una reflexión madura y de largas meditaciones?

No. Ese era el punto débil de Lena. Las meditaciones fueron largas; pero ¿quién hubiera podido decir á Lena que la reflexión había sido madura?

La huérfana no respondió. Su frente continuó inclinada como la de una culpable.

Y sin embargo, ¿qué había, bajo el cielo, más puro que aquella alma de virgen?

Una vaga sonrisa de duda corrió por los labios de la madre María Teresa.

Su idea quedó formada desde aquel instante. Ya sabía á qué atenerse sobre la vocación eventual de su sobrina.

A pesar de eso, llevó más adelante su interrogatorio.

– ¿Te das bien cuenta, hija mía querida, de la grave resolución que me anuncias? Tú comprendes que para no llegar indecisa ante la mirada de Dios, es necesario que tú misma no te engañes. Si no tuvieras esa certidumbre, ¿verdad que no hubieras venido?

Magdalena guardó también silencio y su tía vió pasar una sombra por aquella frente inmaculada.

Hubo un momento en que temió haber ido demasiado lejos y haber asustado á aquella inocencia.

Rápido como un relámpago, invadióla el temor de haberse interpuesto en el camino por donde la joven iba hacia Dios.

Quiso reparar su falta, si realmente falta había, y facilitar á Magdalena que tomase una resolución.

– ¿Sabes, añadió aún, á cuántas cosas renuncias y á qué sacrificio de los goces más legítimos y de las afecciones más santas te obligas? ¿No hay en ti vacilación ó sorpresa?

Al oir esto la joven comprendió que no podía callar ya más.

Entonces contestó con cierta firmeza:

– Sí, tía; sé á cuánto me obligo, sé á lo que renuncio. Sé que el mundo está lleno de mentiras y falsedades y no me atraen sus goces.

Dijo esto con voz fría, sin animación y sin confianza.

La buena monja prosiguió con mansedumbre:

– Hija mía, sólo te haré ya una observación, nada más. Las palabras que acabas de pronunciar me dan la medida de lo que tomas por una vocación. No vienen de tu experiencia, no proceden de la realidad de tu vida, no son la voz de tu alma. Las has recibido, ya hechas, del rumor público, sin pararte á ver que todavía no has tenido tiempo de comprobar su exactitud. Pues bien: soy yo quien tengo á mi cargo todas las almas confiadas á mi dirección, soy yo quien tengo que rectificar tu propósito si así fuera necesario, ó por lo menos, ayudarte á madurar tu resolución. La mujer que renuncia al mundo para abrazar la vida religiosa «elige la mejor parte.» Es, en efecto, la mejor parte la que no deja á cada alma más cuidado que el de sí misma, ahorrándole las cargas de la vida, las obligaciones para con la familia, las inquietudes de la vida diaria, las santas pero penosas necesidades del trabajo. Hace falta, pues, que la que toma para sí esa parte no sea impulsada ni por la repugnancia del resto, ni por la cobardía.

Este aviso, lleno de dulzura, le hizo bajar la frente á Magdalena y penetróle hasta el fondo del corazón.

Una voz profunda murmuraba en su conciencia algo que se parecía á un reproche.

La subpriora terminó así:

– Ninguna prisa te corre, hija mía. Tienes tiempo para sondear bien tu conciencia antes de tomar una determinación. Reflexiona con calma. Por mi parte, no te impondré ninguna prueba. Usa de tu libertad, que es completa en esta casa. Prolonga tu permanencia entre nosotras todo el tiempo que te convenga, y cuando te sientas bien segura de ti misma ven á hablarme de nuevo sobre el asunto. Entonces será el momento de decidir.

Después de pronunciar estas palabras, se levantó, pues la conversación ya no tenía objeto.

Lena presentó con docilidad su frente á la monja y volvióse á la celda que le servía de alcoba.

Sus pensamientos acababan de cambiar de rumbo.

Como le había dicho la madre María Teresa, hallábase enteramente libre en el convento. Era libre de salir y de entrar, libre de la mañana á la noche y de la noche á la mañana. Bajo su ventana, el paisaje, aunque limitado por altos muros y por árboles, tenía una dulzura llena de caricias. El jardín del convento extendía sus parterres y sus terrazas hasta el pie de los antiguos edificios de la Cartuja, y la capilla, iluminada por la luz de la aurora ó por los reflejos del ocaso, dejaba ver sus claustros, bajo los cuales el pincel del artista ha reproducido los diversos episodios de la vida de San Bruno.

Más allá, en direccion á la basílica de Santa Ana, la mirada se detenía en una línea verde, la de las cimas cubiertas de hojas que rodean el monumento elevado en el campo de los mártires. Adivinábase más lejos el río, ese bonito río de Auray que cierra en anillos sucesivos las vueltas de su corriente hacia el mar.

La capilla era uno de los mayores atractivos para el alma de Lena.

Devota y soñadora al mismo tiempo, la ondina acababa de franquear aquella etapa de dos años consagrándose al estudio, al cuidado de adornar su inteligencia. Con su espíritu esclarecido ya por un saber pronta pero seguramente adquirido, volvía á la contemplación, buscando nuevo alimento para aquella alma ávida de generosidad, de amor y de ideal sublime.

Mas la mirada clarividente de la monja había leído en el fondo de la joven. Todo aquello era sólo el desencanto, el cansancio moral provocado por una excesiva tensión de la voluntad, no era una vocación.

Y sin embargo, la joven no quiso aún creer los consejos de la experiencia. Entregóse espontáneamente á la práctica de los ejercicios religiosos, se encerró en largas meditaciones y procuró absorberse de una manera completa en la oración.

No lo consiguió sino á medias.

Durante los quince días que estuvo en el convento asistió puntualmente y con una devoción edificante á todas las ceremonias, encontrando en ellas un encanto que la seducía y aliviaba el sufrimiento de su corazón dolorido.

Volvía, al mismo tiempo, á sus ideas melancólicas, que tantas veces en el pasado dejaron oir su nota grave, en medio de las expansiones de su infancia, llenando de lágrimas sus ojos.

Desde el fallecimiento de Alain, casi podía decirse que Lena se había familiarizado con la idea de la muerte.

Desde este punto de vista, el convento de la Cartuja ofrecía diversas variantes á las reflexiones de Magdalena. La joven permanecía horas enteras sentada con los ojos fijos en el monumento donde reposan los blancos huesos de las víctimas de Quiberón.

Sus miradas clavábanse en la inscripción latina grabada en el frontispicio de mármol, *Pro Deo, pro rege, nefarie trucidati.* Faltábale ya poco para aprender de memoria los nombres de los 900 mártires, y en sus visitas al monumento no perdía ocasión de mirar la lámpara que desciende al pozo siniestro, en el fondo del cual se mezclan los restos gloriosos de los que murieron por sus creencias, entregados por su buena fe y vendidos por la traición.

Cuando en compañía de Gwen, que se considera ba cada día mejor dotada para la vida religiosa, llevaba á cabo algunas excursiones campestres, sus pasos encaminábanla casi invariablemente hacia el río, sobre aquel ribazo fúnebre.

Lena amaba aquel paseo.

En verdad, desprendíase del «campo de los mártires» del Auray una sombría y penetrante poesía. ¿Vagan aún las almas de los fusilados por aquella cima cubierta de obscura hierba, haciendo por la noche estremecerse las ramas de los árboles y atrayendo á aquel lugar desierto los innumerables ruiseñores que pueblan la soledad?

Magdalena conocía la historia de la hecatombe de Quiberón, la había leído muchas veces, como bretona digna de su raza y de su sangre, ya con el fuego de la indignación en sus ojos, ya con los párpados preñados de lágrimas.

He ahí por qué volvía allí siempre: encontraba algo así como un lazo extraño, como una misteriosa correspondencia entre la tristeza de aquel sitio y la de su alma.

. . . .

Las dos semanas de residencia en el convento pasaron.

Si se hubiera interrogado á sí misma con toda conciencia, la joven no hubiera podido negar que había vuelto con alegría á Ely. Aunque había sido para ella agradable la vida del convento, sintió la necesidad de volver á ver Ely, Saint-Gildas, la tumba de Alain y también á su buen *Spring*, que no pudo acompañarla á Auray.

La separación debió ser cruel para el pobre perro; la ausencia pareceríale de seguro bien larga... Lena tenía prisa por volver á verlo.

Pensó también en lo mucho que gozaría viendo de nuevo á su tutor.

Pero á todos estos recuerdos añadíase otro que por sí solo hacía afluir la sangre á las mejillas de Lena, á pesar de los esfuerzos que ésta hacía por alejarlo de su pensamiento. Y ese era el secreto que la joven no quería confesarse á sí misma y del cual, en una hora de despecho, juró emancipar su pensamiento y su corazón.

No sabía la pobre ondina que el amor no se arranca del corazón de que se ha posesionado, que eso no depende de los mandatos de la voluntad, y que cuanto más ésta se empeña en vencerlo, más extiende aquél su dominio y hace pesar su yugo.

Lena imitaba á esos niños que cierran los ojos cuando quieren que no los vean.

A pesar de todo, la idea del regreso alegrábala profundamente.

Obró, sin embargo, con alguna malicia.

Dejó pasar la fecha en que debía volver á Ely.

Ni la subpriora ni Gwendolina observaron el olvido voluntario de Lena.

¿Habían imaginado también ellas algún plan? ¿Habían convenido en dejar que pasara el plazo señalado para la residencia de la joven en el convento de Auray?

No iba á tardar Lena en saberlo.

Pasó la indicada fecha sin que nadie, en apariencia, se fijase en ello.

Mas dos días después, la madre María Teresa llamó á su sobrina y le entregó una carta de su tutor.

La monja había recibido otra carta del comandante sobre el mismo asunto.

He aquí lo que Pedro de Guenezán escribía á su pupila:

«Lenita mía: Parece que el tiempo no pasa para ti en Auray, pues ha terminado la quincena y no nos anuncias tu regreso. Por consecuencia, estamos algo inquietos pensando en ti y cometo la indiscreción de preguntarte si piensas venir pronto. ¿Habrás sentido germinar en ti una vocación religiosa?»

Esta sola pregunta, hecha en esa forma, acababa de modificar en pocos segundos las disposiciones de Magdalena. El espíritu de contradicción que hay en todas las mujeres le sugirió una resolución inesperada.

En vez de conformarse al deseo manifestado por su tutor, en vez de volver al castillo de Ely, prolongaría su permanencia en el convento.

Lo que la determinó á ello fué que en la carta de Pedro no había ni una palabra que aludiese á los sentimientos de Pablo de Guenezán.

De esto desprendíase que al teniente de navío le eran indiferentes la presencia ó la ausencia de Lena, puesto que ni se dignaba darle á conocer lo que sentía.

Tal fué, por lo menos, la impresión de la joven.

– Pequeñita mía, le dijo la subpriora, tu tutor desea verte volver á Ely. Yo sería muy feliz teniéndote conmigo, pero no quiero contrariar al Sr. de Guenezán. Lo cual quiere decir que á pesar de la pena que me causa, estoy obligada á enviarte donde tus primos.

Lena miró á la monja abriendo sus ojos con asombro y juntando sus manos.

– ¡Oh, tía! ¿Y es usted quien me manda irme?, exclamó.

– Sí, loquilla, te restituyo simplemente á tu hogar, murmuró la madre María Teresa.

Y al decir esto se reía de muy buenas ganas.

– ¿Y si tuviera que prolongar mi permanencia aquí?, continuó la huérfana con voz cariñosa.

– ¿Prolongar tu permanencia? ¿Con qué objeto?

– Con objeto de conocer mejor la vocación que en mí empieza á dibujarse.

La hilaridad de la subpriora subió de punto.

– ¿Tu vocación, queridita mía? No creo que sea posible hacerse una ilusión más completa y de más buena fe con respecto á sus propios sentimientos. Tú no tienes vocación, Magdalena.

– Pero, tía, yo le aseguro que...

– No asegures nada, cabecita ligera. Desde que estás aquí no dejo de observarte. Te estudio sin cesar en todos tus movimientos, en todo cuanto haces, en una palabra; pues bien...

– ¿Qué?, interrumpió la joven, confusa.

– Pues bien, hija mía, he adquirido la convicción de que no tienes nada de lo que hace falta para ser monja.

En el fondo, no estaba Lena en desacuerdo con su tía sobre este punto.

La prueba de ello fué que no la contradijo de una manera rotunda. Se contentó con hacer un movimiento de cabeza y un gesto que podían traducirse de un modo ambiguo. Mas volviendo á la idea que encadenaba momentáneamente su voluntad, insistió sobre el deseo que tenía de prolongar su estancia en Auray.

– ¡Bueno!, exclamó al fin la madre María Teresa, voy á escribir á tu tutor anunciándoselo. Te aconsejo que se lo escribas tú también. No olvides, añadió sonriendo, hablarle de tu problemática vocación.

Era precisamente lo que quería hacer Lena.

Dió á su tía las gracias con efusión y corrió en seguida á su cuarto á redactar la misiva donde iba á estampar sus legítimas quejas.

Pero desde que se encontró frente al papel, toda intención de venganza la abandonó.

Limitóse, pues, á contestar á su tutor que era muy dichosa en el convento, y en lo tocante á la insinuación contenida en la carta que él le había escrito, que no dejaba de sentir el benéfico influjo de la paz mística en cuyo seno vivía. Por consiguiente, rogaba á su tutor que no tomase á mal su franqueza y que se preparara á recibir una comunicación más grave si en el espacio de algunos días que aún iba á pasar en Auray se sentía más directamente llamada á la vida religiosa.

Esta fué toda la venganza de Lena, venganza destinada á ejercer su acción, á través del afecto de Pedro, sobre la indiferencia de Pablo.

El envío de aquella carta fué un acontecimiento capital en la vida de Lena.

Desde que la carta partió, la huérfana estalló en amargos sollozos.

Parecíale que acababa de pronunciar, sin saberlo, el fallo decisivo de su existencia y de entregarse, en un movimiento de despecho, á aquella renuncia del mundo que hasta entonces la había hecho retroceder. Una vez levantada la punta del velo que cubría el estado de su alma, tenía que someterse á la resolución desesperada de su amor propio, so pena de confesar el querido y cruel sentimiento que se la había dictado.

Antes que arriesgarse á ser objeto de la compasión de su primo, ella que había soñado en merecer su amor, hubiera pronunciado no sólo un voto perpetuo, sino diez. Hubiera preferido morir á declarar su secreto.

Abandonóse, pues, á su dolor, con la cabeza apoyada en el brazo y su hermoso rostro medio oculto entre las ondas de su abundante cabellera, vertiendo ardientes lágrimas, desahogando, por decirlo así, su amargura en aquel inmenso é infantil desconsuelo.

¡Pobre Lena! ¡Pobre ondina, tan bella, tan pura, tan amante!

No era un año, como en la leyenda, era más de dos años enteros lo que para ella había durado el período de prueba al cabo del cual debía ganar «su alma.»

(Continuará)

EN ALTA MAR

cuadro

DE J. PLANELLA Y R.

El autor de este cuadro nació en Barcelona, en donde reside, y estudió en nuestra Escuela de Bellas Artes. Desde muy joven concurrió á las exposiciones que se celebraron en esta ciudad, obteniendo una medalla de plata en la de 1871; en 1875 ganó, previas oposiciones, la pensión Fortuny, trasladándose en su consecuencia á Roma, desde donde envió varias obras de importancia, entre ellas copias al óleo de unos frescos de Tiépolo, que se conservan en la iglesia de los Descalzos de Venecia. En 1881 y en 1885 obtuvo dos medallas en la Exposición de Madrid. Sus principales obras son: *El invierno de la vida, La siesta del obrero, El general Prendergast y su estado mayor* y *En alta mar*, que reproducimos en esta página.



EN ALTA MAR, cuadro de Juan Planella y Rodríguez

BOMBARDEO DE LA CANEA

POR LAS ESCUADRAS DE LAS GRANDES POTENCIAS

El día 19 de febrero último los insurrectos cretenses, apoyados por las tropas griegas que manda el coronel Vassos, se apoderaron del fuerte de Vukolis y obligaron á las tropas turcas, que habían salido de la Canea para oponerse á su avance, á retirarse nuevamente á aquella plaza.

El comandante de la escuadra italiana, en nombre y representación de las escuadras de las grandes potencias reunidas en aquellas aguas, intimó á los cretenses y á los griegos para que ambos desistiesen de su empresa; mas éstos, lejos de obedecer, el día 21 rompieron nutrido fuego de fusilería contra los turcos: en vista de ello, á las cuatro de la tarde, los jefes de las escuadras decidieron bombardear el campamento de los insurrectos; una hora después, el disparo de una de las piezas del acorazado alemán *Emperatriz Augusta*, llegado el día antes á aquella rada, daba la señal del rompimiento de las hostilidades contra los cretenses. Se dispararon 40 granadas que causaron bastantes bajas entre los cristianos y algunas de las cuales fueron á caer dentro del recinto de la Canea.

Este acto de las grandes potencias, que nuestro grabado reproduce, causó gran indignación en Grecia y ha producido penosísima impresión en todos los pueblos civilizados, quienes no comprenden cómo la conservación del llamado equilibrio europeo puede exigir que se ataque á un pueblo que lucha por sacudir un yugo ominoso y que se den, por decirlo así, alas á los turcos para que prosigan las terribles matanzas de cristianos.



INSURRECCION DE CRETA. - BOMBARDEO DEL CAMPAMENTO CRETENSE DE LA CANEA POR LAS ESCUADRAS DE LAS GRANDES POTENCIAS, dibujo de B. F. Gribble de un croquis de un oficial de la marina inglesa

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

PANORAMA NACIONAL. – Se ha publicado el cuaderno 18 de esta interesante publicación que con tanto éxito edita D. Hermenegildo Miralles: contiene 14 preciosas fotografías, reproducción de monumentos de León, Santiago de Galicia, Sevilla, Manila, Los Santos de Maimona y Cáceres, paisajes de Elche, Lorca y Fuenterrabía y un gran panorama de Alicante, y se vende á 70 céntimos.

***

REVISTA DE CATALUÑA. – El último número de esta importante revista catalana contiene notables artículos de los señores Creus y Corominas, Fiter é Inglés, Ontalvilla, Brunet y Bellet, Comas (Ramón N.), Llabrés y Quintana y Eximenis, é interesantes secciones de noticias y variedades. Suscríbese en Barcelona, calle Ancha, 31.

MARRODÁN PRIMERO, por *José M. Matheu*. – La justa nombradía que en nuestra literatura se ha conquistado D. José María Matheu es la mejor garantía de la bondad de su última obra. *Marrodán primero* es una preciosa novela de argumento por demás interesante y está admirablemente escrita, siendo en todos conceptos digna continuación de *El santo patrono*, que tantos y tan justos elogios mereció de la crítica. Véndese á tres pesetas.

***

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD, por *Julio Payot*, traducción de *D. Manuel Antón y Ferrándiz*. – Esta obra del ilustre profesor de filosofía francés, es un estudio acabado, completísimo, que á todos interesa: el maestro, el padre que quieran conducir por el buen camino á sus alumnos ó á sus hijos, el que trate de combatir la pereza; en una palabra, todos los que deseen adquirir el imperio sobre sí mismos, encontrarán en el libro del sabio Payot medios racionales y fáciles de conseguirlo. *La educación de la voluntad* se ha hecho en poco tiempo popular en Francia y en el extranjero: en España, donde ya era bastante conocida, no tardará seguramente en popularizarse, merced á la excelente versión castellana que de ella ha hecho el docto catedrático de Antropología de la Universidad y Museo de Ciencias Naturales de Madrid D. Manuel Antón y Ferrándiz, á quien felicitamos, no sólo por la traducción, sino que también por el interesante prólogo que ha escrito para su edición española. Editado en Madrid por el Sr. Capdeville, véndese el libro á cuatro pesetas.

***

PERFILES CÓMICOS, por *Luis Taboada*. – El tomo 50 de la Biblioteca Diamante que con tanto éxito publica el editor barcelonés Sr. López, contiene una colección de artículos de Luis Taboada, uno de los escritores festivos más fecundos y populares de España: decir que en todos ellos la gracia abunda, es decir lo que por sabido tendrán de fijo todos nuestros lectores, pues seguramente no habrá uno solo entre ellos que no conozca algo de tan justamente celebrado autor. Ocioso, pues, nos parece recomendar el libro, que por sí solo se recomienda y que como todos los de la Biblioteca Diamante se vende á dos reales.

APARATOS MECANICOS

DE GIMNASIA MÉDICA

Estos aparatos pertenecen al método gimnástico conocido con el nombre de método sueco, porque ha sido inventado por un sueco, el Dr. Zander, el cual inventó una serie de aparatos que forman un conjunto lógico y fundó en Estokolmo en 1865 un Instituto especial, el *Instituto médico-mecánico*, que aún funciona. En este método, como en todos los análogos, se ejercitan los músculos venciendo la resistencia que ofrece una palanca de contrapeso que se ve perfectamente en las figuras de nuestro grabado. Estos ejercicios, acomodados á la fuerza de cada individuo, modifican los tejidos musculares, activan la circulación sanguínea ó linfática y vigorizan el sistema nervioso, utilizando no sólo los movimientos activos, sino que también, aunque de un modo secundario, los pasivos.

Algunos de estos aparatos obran por la acción del roce, por percusión, por amasadura, si podemos emplear esta palabra: el Dr. Zander ha inventado un aparato para ejercitar cada grupo de músculos sin contar con que otros dispositivos muy bien combinados miden con precisión matemática las más pequeñas particularidades, los más ligeros cambios de contorno del cuerpo y de los distintos miembros, y registran gráficamente las curvas de la espalda.

Como los aparatos son muchos, sólo mencionaremos los principales. Para enderezar el cuerpo se coloca el individuo en una plataforma, siendo preciso que la parte superior de los muslos esté en contacto con un apoyo metálico, mientras una cuerda que pasa por una polea de retorno tiende á levantar un contrapeso análogo al de los discos. Esta cuerda termina en una pequeña polea por la que se desliza otra cuerda unida á dos especies de correas en bandolera, una de las cuales rodea la cintura y otra pasa por encima de los hombros, algo más abajo del cuello. Para levantar el contrapeso, es preciso avanzar la cintura á fin de permanecer en contacto con el apoyo de que antes hemos hablado y echar atrás los hombros. Otro aparato consiste en una escala montada sobre un cuadro bastante alto y dispuesto oblicuamente: el individuo se acuesta sobre ella, apoyando uno de los brazos sobre una barra situada debajo de la escala, mientras que el otro, el que se ha de desarrollar, se extiende hasta tocar otros barrotes que forman una escala vertical en uno de los extremos del aparato. Para ejercitar al enfermo á doblar primero y á bajar después los brazos haciendo un esfuerzo más ó menos intenso, se le ponen en las manos dos anillas unidas á dos cuerdas, que después de haber pasado por dos poleas de remisión, se fijan en el brazo de una palanca de contrapeso (fig. 1). La figura 2 reproduce un aparato que tiene por objeto desarrollar el pecho y dirigir hacia atrás las espaldas, y la figura 3 otro en el cual el que lo utiliza adopta la misma posición que si montara á caballo, puesto que se coloca sobre una silla fija en un armazón de hierro fundido: este último aparato puede ser animado mecánicamente de vibraciones análogas á los movimientos del caballo.

Fig. 1 — Fig. 2 — Fig. 3

Aparatos mecánicos de gimnasia médica

En suma, el método Zander ha dado tan buenos resultados, que ha sido adoptado en muchos hospitales instalados en Alemania, como consecuencia de la ley sobre el seguro obligatorio. También se han creado institutos Zander en muchas estaciones termales, como Baden Baden, Wiesbaden, Karlsbad y Marienbad.

(De *La Nature*) DANIEL BLITT.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVI — Barcelona 5 de abril de 1897 — Núm. 797



HUMANA ANGUSTIA, cuadro de G. Rochegrosse. (Reproducción editada por Braun Clement y C.ª)

SUMARIO

ADVERTENCIA

Estando para terminar la novela «La ondina de Bretaña» que publicamos en la sección de novela ilustrada de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscriptores que una vez concluída aquélla empezaremos la publicación de *Isabel, la de los cabellos de oro*, interesantísima producción de la notable novelista alemana Eugenia Marlitt, que como todas las de esta eminente escritora ha sido traducida á los principales idiomas europeos y de la cual se han hecho en Alemania gran número de ediciones. Esta novela irá ilustrada con profusión de grabados, de los cuales damos una muestra al frente de estas líneas.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CUARESMA

El precepto de la Iglesia en esta época del año nadie duda que además de religioso es higiénico. En primavera hay una ebullición de la sangre y una especie de plétora vital. El organismo se encuentra más sobrecargado que otra cosa; la nutrición es excesiva, la oxidación difícil, y nuestros antepasados no iban tan fuera de camino al aconsejar en primavera la sangría y los purgantes, los refrescos de canchalagua y la limonada de crémor, honrada poción que ya apenas se oye nombrar por ahí, que va siendo una reminiscencia de la niñez...

¿Comemos lo que debemos comer, ó se come mucho más de lo necesario? ¿El hombre es animal omnívoro, ó carnívoro, ó más bien frugívoro? ¿La vida se alarga ó se acorta por la copiosa ó substanciosa alimentación? Hay partidarios y defensores acérrimos de estas contradictorias teorías. No están conformes, por cierto, ni los médicos ni los sabios; y el que en cuestión tan capital hubiese de guiarse por opiniones científicas, no se vería en mal aprieto, pues la ciencia es cosa muy elástica y que dice sí, no, y qué sé yo, en todo lo opinable y discutible.

Sufre la ciencia, ó lo que así se llama, oscilaciones y vaivenes, que se deben á corrientes intelectuales, filosóficas, reflejadas en los consejos prácticos de los doctores. En el siglo pasado estaba de moda la sobriedad, y se recomendaba como virtud, necesaria y conveniente no sólo al cuerpo, sino al alma. No se había echado en olvido entonces que la doctrina cristiana incluye entre los pecados la gula, y que si embriagarse de vino es perder la razón, embeodarse de comida es perder la delicadeza y el buen gusto y ponerse en un estado que repugna hasta en el animal irracional. Con textos latinos y griegos se encomiaba la abstención y la medida en el comer, y en los libros de *macrobiótica* ó prolongación de la vida humana, lo primero que se encargaba era la parquedad en la mesa, los manjares sanos, sencillos y pocos, regados con licor de la fuente. Se corroboraban estos consejos con detalles acerca del régimen que había observado siempre tal ó cual anciano centenario; su vasito de leche por la mañana, sus sopas de ajo y su par de huevos á mediodía, y su chocolate por la noche: todo ligero, metódico y casi eremítico. Solían citarse también casos de longevidad en los monasterios, bajo un sistema de escasez y frugalidad que tiene carácter de penitencia rigurosa. Un puñado de hierbas, cuatro acelgas mal cocidas y peor sazonadas, unos puches de centeno, y ahí tienen ustedes á un viejecito olvidado por la muerte, que arrebata á los muchachos disolutos y chorreando bríos, y no se decide á llamar á la puerta del humilde fraile nonagenario, mantenido con lo que se mantendría un jilguero.

En nuestro siglo cambian las opiniones: la sobriedad pasa de moda, y se ponen en las nubes los beneficios de la carne cruda y cruenta. No se oye hablar más que de anemia; no se aspira más que á enriquecer y fortalecer los globulillos. Todo padecimiento se origina de la falta de los elementos constituyentes de la sangre; y los químicos, poniendo en prensa el magín, se dan á inventar preparaciones que concentren, compriman y reduzcan la substancia de la carne de buey, para que en una cucharadita nos comamos un *beefsteak* muy gordo, y en una píldora nos asimilemos un solomillo entero y verdadero. El ideal de la ciencia parecía ser entonces el hombre-tigre: á más carne, más fuerza. Había en esto algo de la superstición de ciertos ferocísimos salvajes, de quienes se cuenta que devoran el corazón y los meollos de los enemigos muertos en la guerra, creyendo así apropiarse todo el valor y todo el *pesquis* de sus víctimas, que por maravillosa operación de la naturaleza se les infundiría al digerir tan asqueroso alimento. Los médicos, al hartarnos de carne de buey, pensaban comunicarnos y transmitirnos la robustez del vigoroso rumiante.

Empezó á desacreditarse este sistema por la alarma que cundió respecto á la triquina. Aunque ésta era un huésped del jamón, se receló que también podrían albergarlo las carnes ensangrentadas; y al lado de la triquina se alzó el espectro de la tenia, esa serpiente interior, nacida y criada en la selva de nuestras entrañas, y que nos devora poco á poco, si no conseguimos matarla allí en las cuevas donde se refugia. El dilema de la carne apareció bien planteado: carne cocida, no nutre; carne cruda, nutre, pero cría bichos. Y los *beefsteaks* colorados empezaron á caer de su pedestal, y el cerdo á inspirar repugnancia, y otra vez se alzó, vestido de ropaje científico á la última moda, la vieja teoría del frugalismo y del vegetarismo.

Con tanto como se hablaba de la higiene, se había puesto en olvido la dietética, que cuida de no dar al estómago más de lo que el estómago pide y requiere, y establece un régimen muy estricto y riguroso para asegurar la salud por medio de una prudente abstención. De esta idea nació la rehabilitación del vegetarismo. Una de las tradiciones más respetables invocadas en favor del alimento vegetal exclusivo, es la de los pueblos de la India. En la India, las clases aristocráticas sólo se alimentan de vegetales; el pueblo es el único necrófago, ó comedor de cuerpos muertos. Al aristócrata que se le cogía consumiendo alimentos impuros, se le degradaba; pasaba á la casta inferior, en castigo de su pecado.

En la Biblia encontramos también los preceptos mosaicos, que vedaban ciertas carnes como alimento impuro. Las doctrinas religiosas, en su origen, se confunden con las enseñanzas científicas; ó por mejor decir, son un medio de que las enseñanzas científicas lleguen al pueblo ignorante en forma tal que no las pueda discutir. Lo mismo en la India que en Palestina, el clima impone el alimento vegetal de un modo preferente, si no exclusivo; y los ingleses, dominadores de la India, que pretendieron llevar á aquel país cálido sus costumbres de devorar carne cruda, lo pagan con terribles enfermedades del hígado, que hacen mortífera la residencia. Nosotros, los españoles, no sufrimos el clima de la India, pero hace aquí bastante calor para que el ayuno y el vegetarismo nos venga de perlas; contra la opinión general, entiendo que sería sano y provechoso que todo el mundo ayunase, si no á pan y agua, por lo menos en la forma permitida por nuestra religión.

La plaza de Madrid, bien surtida de legumbres y frutas, da la base para un excelente ensayo de vegetarismo religioso. Abundan las sanas y gruesas patatas, las mantecosas alcachofas, los blandos tomates, las habichuelas y judías caras á Pitágoras, y ya empieza á venderse, aunque no todavía por las calles, el nunca bien ponderado espárrago, ese talismán contra todos los reatos y alifafes de la vida sedentaria, el mejor remedio alcalino, el más sabroso de los manjares sosos. Hay además exquisitas verduras, y frutas de todas las regiones y latitudes; para el pueblo, la dorada naranja, el refrescante de la sangre, el sorbete de los pobres; para la gente opulenta, la fresa temprana y el suave plátano. No cabe duda que, aparte del aspecto moral, esta alimentación vegetarista tiene un aspecto estético muy atractivo. Comparad un puesto ó tenderete de fruta á una carnicería. Ésta no nos inspira todo el horror que podría y quizás debería inspirarnos, porque nos hemos acostumbrado ya á ese cuadro espeluznante de costillas, piernas, cabezas y entrañas despedazadas, colgadas de garfios y rezumando sangre á gotas. Pero si lo pensamos bien, el espectáculo es atroz, y no tendría nada de extraño que llegasen á prohibirse, andando el tiempo, las exhibiciones de carneros, cerdos y terneros abiertos en canal y destrozados, ó de aves muertas, con los ojos vidriados y las patitas rígidas. Ved en cambio la frutería. ¡Qué alegremente irradia el sol sobre las pirámides de naranjas y sobre los dátiles relucientes y melosos! ¡Qué bonitas son las coloradas manzanas, qué encantadoras las fresquísimas sandías, qué sanas y recias las castañas y bellotas, qué apetecibles las históricas granadas, y qué simpáticas las uvas, con las cuales el hombre tiene el mal gusto de hacer vino!

No evoca la fruta sino ideas halagüeñas, dulces y pacíficas: vemos el huerto y sus árboles cargados de flor en primavera, de pomas en el verano y otoño; vemos el lindo cerezo salpicado de bolas de coral; el acerolo cuajado de puntos de oro; el pavío rompiéndose bajo el peso de sus globos rosados; respiramos el azahar del limonero y nos parece percibir la fragancia que delata á la fresilla en el bosque. En cambio la carnicería nos recuerda el sacrificio de los pobres borregos, las escenas crueles del macelo, el cuchillo hincándose en la garganta y descuartizando los miembros todavía calientes y palpitantes; cosas más á propósito para quitar el apetito que para abrirlo á la gula.

La Iglesia supo lo que se hacía al instituir la Cuaresma; pero bien se puede afirmar que la inmensa mayoría de los fieles no hace caso de tan sabia y provechosa cortapisa al apetito y á la mala costumbre de comer más de lo necesario. Sobre el daño de no moderar la comida, podría un predicador elocuente tejer un sermón fundado en las exhortaciones de los Padres de la Iglesia, entre las cuales sobresalen las homilías del Crisóstomo, que era un resuelto partidario de la higiene vegetalista. La descripción que hace San Juan Crisóstomo de los males que acarrea el abuso de las carnes y del vino, son de completa actualidad. Salen á relucir los reumatismos, la gota, los infartos del hígado, los humores y acritudes que se engendran de la intemperancia. «Los ascetas – dice el santo patriarca de Constantinopla – no saben qué es carnicería; allí no veréis correr sangre, ni percibiréis el tufo á matadero... Nuestras comidas de frutas y legumbres complacen hasta á los ángeles del cielo; y líbrenos Dios de imitar á los lobos y á los tigres, sobrepujándoles en ferocidad, pues estas bestias son por naturaleza carnívoras; nosotros no, y poseemos además un juicio y un raciocinio de que no hacemos uso...» Y San Jerónimo, con mayor energía, dice: «El uso de la carne de los animales no se conocía antes del diluvio; mas desde esa triste época nos metieron entre los dientes los nervios y el fétido jugo de la carne, y Cristo, que vino á restaurar todo en su estado de primitiva pureza, no quiere que comamos carne, según dice el apóstol Pablo...»

La ciencia médica, ó al menos una escuela médica modernísima, recuerda hoy estos presentimientos y doctrinas del espiritualismo cristiano, y se une á la Iglesia para ensalzar el ayuno cuadragesimal, fuente de salud y de vida.

EMILIA PARDO BAZÁN

D. Juan Mañé y Flaquer



D. JUAN MAÑÉ Y FLAQUER

La idea de festejar el quincuagésimo aniversario del primer artículo publicado por el ilustre periodista en el *Diario de Barcelona* el 6 de abril de 1847, fué acogida con tanta simpatía por la prensa de Barcelona, de Madrid y por el público, que temeroso el señor Mañé de que se realizara, contuvo á sus admiradores, pues á la par que agradecía el propósito les decía con sinceridad: «Yo pertenezco á una generación de cepa verdaderamente catalana, enemiga de exterioridades ruidosas, de dar á los hombres y á las cosas proporciones exageradas, de buscar ni dar satisfacciones de amor propio de las que engendran vanidades contagiosas y afeminan á los pueblos que las cultivan. Aquella generación profesaba principios fijos, que le servían de regla de conducta en todos los actos de la vida, contrariaran ó no sus aficiones, sus conveniencias ó sus pasiones. Según aquellos principios, cada hombre no debe ocupar más espacio social que el que rigurosamente le corresponde, ni aspirar á más honores y consideraciones que los que le sean debidos, ni aceptarlos si preocupaciones ajenas tratan de imponérselos. Por aquellos principios, la falta de cumplimiento de los deberes debe ser castigada, pero no ha de ser premiado el cumplimiento del deber cuando de cumplirlo estrictamente no se hace más que evitar el incurrir en falta. En este caso me hallo yo, juzgándome con indulgencia, pues muchas veces habré faltado á mi deber por incapacidad ó por negligencia.

»No como composición de lugar, sino como convicción arraigada hace años, bien lo saben cuantos de cerca me han tratado, creo que en Barcelona habrá á lo menos trescientas personas que reunen mis cualidades más sobresalientes, y que cada una de ellas las ha empleado como yo, desempeñando en conciencia la tarea que le ha correspondido, poniendo todo su empeño, como lo he puesto yo, en cumplir con su deber. Si la suerte les hubiese llevado á la calle de la Libretería, como me llevó á mí, hubieran hecho lo que yo he hecho, como indudablemente lo hicieron en el foro, en el taller, en el santuario, al lado de los enfermos, en el escritorio, en el campo de batalla ó sobre la cubierta de un buque donde la casualidad los empujó, y es posible y casi probable que ellos hayan prestado servicios más señalados y más útiles para sus semejantes que este redactor del *Diario*. ¿Por qué á mí se me ha de recompensar excepcionalmente y á ellos no?

»Ya sé que las generaciones que vinieron tras de la mía han tomado otros rumbos y profesan otros principios; que aman el ruido y la ostentación; que propenden á aumentar las dimensiones de las cosas y el mérito de las personas, convirtiéndolas á todas en seres excepcionales; pero considero que esas tendencias son fatales y nos llevan al abismo de la afeminación y de la anarquía, y por mi parte no he de seguir á nadie por este camino, porque de hacerlo renegaría de mis principios y me pondría en contradicción conmigo mismo.

»Espero, pues, deseo y suplico á las personas que me muestran afecto que desistan de sus propósitos y me permitan acabar mis días como digno compañero de mis inolvidables amigos Piferrer, Martí de Eixalá, Agell, Permanyer, Llorens, Coll y Vehí, Reynals y Milá que, respecto á estos asuntos, pensaban y obraban como yo.»

* * *

Tal lenguaje ya no se estila; pero Mañé pertenece á la época en que no se usaba otro en Cataluña, y lo aprendió en su modesto hogar de Torredembarra, provincia de Tarragona, donde nació el 15 de octubre de 1823.

Fué su padre D. Juan Bautista, quien no creía que fuese acto meritorio el cumplimiento del deber, pero que contra él no se hubiera nunca perdonado la más leve falta: alma cristiana, temperamento catalán, de voluntad enérgica, sobrio de palabras, resuelto en la acción, amante de la tierra donde había nacido y dispuesto á darlo todo por la patria, en cuya defensa empuñó las armas durante la epopeya de la Independencia, y de quien citaremos un solo hecho, porque con él basta para demostrar el temple de aquel hombre y cómo llegaban á héroes, sin creer que sus actos saliesen del común proceder, los varones de nuestra tierra. Defendió á Tarragona contra los franceses, fué herido de un balazo en una pierna al finalizar el sitio, y cuando penetró el enemigo en la ciudad, trató de escapar por mar, pero la herida dificultó el intento y fué hecho prisionero. Quería matarle un polaco, diciendo que era paisano y llamándole *¡Brigand!*, pero Mañé apartaba la bayoneta enemiga alegando su cualidad de soldado, que el otro negaba, insistiendo en su propósito de acuchillarle; mas intervino un sargento francés, quien dijo que puesto que se trataba de un soldado y no de un paisano, debía ser respetado como prisionero, y le salvó la vida. Cuando le llevaban á Francia logró escapar; volvió á tomar parte en aquella inverosímil lucha de un pueblo lleno de fe y de patriotismo contra Napoleón, y sirvió á las órdenes del barón de Eroles, quien indignado de las ejecuciones que á veces ordenaban los franceses para lograr por el terror lo que no obtenían por las armas, anunció al general enemigo que si llevaba al patíbulo á unos paisanos que tenía presos, acudiría á las represalias. Fué desatendido el aviso, se quitó la vida á los paisanos, y Eroles resolvió cumplir su palabra, pero matando en acción de guerra; y tras una marcha forzada cayó sobre los Atmetllons, sorprendiendo á los franceses, no sin haber impuesto pena de la vida al que concediese cuartel. D. Juan Bautista Mañé formaba parte de las fuerzas españolas, y cuando creía que todo había terminado después de haberse batido como un león, admirando su valor á los mismos jefes, tropezó con un sargento francés que se había escondido por escapar á la matanza, quien al verse descubierto pidió la vida. Se la concedió Mañé, no sintiéndose con ánimo para matarle á sangre fría, y se lo llevó prisionero; pero como hubiese faltado á la orden del general, éste mandó que el prisionero y su salvador fueran fusilados; mas suplicaron los jefes y oficiales, alegando en favor de Mañé que durante el combate se había portado como un héroe, súplicas que sólo fueron eficaces para obtener el aplazamiento de la ejecución, pues al llegar la columna á Reus fueron puestos en capilla el soldado español y el sargento francés. Los jefes insistieron en rogar, y tanto hicieron, que el general concedió el perdón; y como al anunciarlo á Mañé, alguien le dijera que no reincidiera, contestó con sencillez que si en igual caso volviese á encontrarse, lo mismo haría, porque si siempre se sentía con fuerzas para morir por la patria, nunca las tendría para matar á un enemigo indefenso. Resultó que aquel sargento á quien había salvado exponiendo su vida, era el mismo que en Tarragona le libró de ser acuchillado por el polaco. Giraud se llamaba, y terminada la guerra se estableció en Gerona, donde se dedicó al oficio de relojero.

* * *

Muchos otros hechos podríamos citar, que entonces parecían sencillos y á los cuales Juan Bautista no concedía importancia. Tras la guerra de la Indepen



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. - CAVITE. - LAS COCINAS IMPROVISADAS EN EL CAMPAMENTO DE DAHALICÁN. - CONDIMENTACIÓN DEL RANCHO POR COMPAÑÍAS



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. - CAVITE. - DISTRIBUCIÓN DEL RANCHO EN EL CAMPAMENTO DE DAHALICÁN



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – CAVITE. – LA MISA DE CAMPAÑA EN EL CAMPAMENTO DE DAHALICÁN



Propiedad de M. Arias R.

ISLAS FILIPINAS. – VIVIENDA DE INDÍGENAS EN LOS ALREDEDORES DEL PUEBLO DE CALAMBA (PROVINCIA DE LA LAGUNA)

dencia vinieron las suspicacias de las autoridades, y el valiente soldado defensor de Tarragona, que tantas veces había expuesto su vida, no logró disfrutar de la tranquilidad á que tenía derecho, ya que no pidiese recompensa porque no creía haberla merecido. Cuando la guerra civil, se vió obligado á empuñar de nuevo las armas para defender al pueblo de los carlistas, quienes jamás lograron penetrar en Torredembarra; y á pesar de sus pocos años, D. Juan Mañé y Flaquer corrió muchas veces los peligros y sufrió las penalidades de aquel período, educándose en tan ruda escuela y hallando constante ejemplo, así en el temple de su padre, como en los esfuerzos de su buena madre por ahogar los temores de su corazón, á fin de que nada distrajera á su marido del cumplimiento de su deber. Abunda la adolescencia del Sr. Mañé en episodios altamente dramáticos, en los cuales algunas veces fué actor empuñando el fusil, y que es de lamentar sean desconocidos, porque si hubiese narrado los hechos en que su padre fué actor y aquellos en que él ha tomado parte ó sido espectador, tendríamos una obra preciosa que permitiría apreciar los acontecimientos de este siglo con más exactitud que cuantas historias se han escrito, y que, además, ofrecería un cuadro lleno de luz de la familia catalana, siempre dispuesta al sacrificio y modesta, ajena á la ambición, que á Dios pedía el consuelo y de Dios esperaba la recompensa. D. Juan recuerda con fruición la lectura en los cuerpos de guardia de las poesías de «Lo Gayter del Llobregat,» que entonces publicaba el *Diario*, tan saboreadas que hacían olvidar los peligros de la guerra.

* * *

Cuando vino por primera vez á Barcelona embarcado en un falucho y en compañía de su padre, no podía sospechar la influencia que su pluma había de ejercer ni el lugar principal que en la capital de Cataluña le estaba reservado; pero las pérdidas y los azares de la guerra obligaron á sus padres, modestos industriales, á refugiarse en Tarragona; entonces tuvo que pensar en el porvenir; se trasladó á la capital del principado y en ella comenzó la lucha por la existencia, siendo escasa la salud, más escaso el dinero, sin títulos universitarios, pero con la sólida instrucción que se había proporcionado y con el propósito de aumentarla, propósito tan firme que al poco tiempo probaba en la Universidad su suficiencia para desempeñar cátedra y sustituir al insigne Piferrer, de quien siempre habla Mañé con elogio y cariñoso respeto.

Piferrer había leído algunos escritos de aquél publicados en un periódico literario que entonces daba á luz el Sr. Balaguer, y al leerlos adivinó un escritor de primer orden. Era tan delicada la salud de Piferrer que no se sentía con fuerzas para continuar las críticas teatrales que insertaba el *Diario de Barcelona*, y acabó por renunciar á ellas, porque habiéndole rogado D. Antonio Brusi que no dejara el periódico, pues la próxima inauguración del Liceo aumentaría el interés de sus escritos, accedió Piferrer y fué una noche á un teatro, lo que le costó ocho días de enfermedad. Deseoso de hallar quien le reemplazara por no pensar más en el asunto, y desalentado porque Semís y Llausás, que le habían sustituído, abandonaron el *Diario* al poco tiempo, dijo un día al Sr. Mañé, que era su compañero de paseo, que se había fijado en él.

Como era muy grande el vacío que Piferrer dejaba, Mañé temió no poder llenarlo y se excusó; pero como el insigne escritor le apremiara, se prestó al ensayo escribiendo una crítica, que fué la de un drama, hoy olvidado, del Sr. Larrosa; y una tarde, interrumpiendo el paseo por lo que entonces era campo, cerca de lo que hoy es plaza de Cataluña, la leyó á Piferrer, quien le dijo que estaba conforme respecto al fondo, pero le hizo algunas observaciones relativas á la forma y en especial sobre el exceso de retórica, y luego le expuso lo que en su concepto debían ser los escritos destinados á periódicos, llenos de jugo y despojados de hojarasca. Se desalentó Mañé, pero animóle Piferrer, á quien poco después leyó su segundo ensayo crítico. «Eso es,» le dijo el maestro. Y luego le presentó como su sucesor á D. Antonio Brusi. El 6 de abril de 1847 publicó su primer artículo, que era la crítica de *Don Fernando de Antequera*, drama de Ventura de la Vega, por el cual cobró diez pesetas, que era el precio tipo de los buenos artículos en aquella época.

Así entró D. Juan Mañé y Flaquer en el *Diario de Barcelona*.

* * *

Con ocasión del centenario del decano de los diarios barceloneses y también de los españoles, escribió una serie de artículos, que es de lamentar no se hayan coleccionado por ser notables, como todo lo que sale de su pluma, y por los datos que contienen, tan preciosos y exactos, que forzosamente habrán de ser consultados por quien quiera conocer la historia del periodismo en nuestra centuria. Narra las vicisitudes por que ha pasado el *Diario de Barcelona* desde su fundación, y no hay en el relato otro defecto que la sobriedad del autor cuando se ha tratado de su personalidad, cuya importancia demuestra el siguiente hecho: lleva medio siglo escribiendo en el *Diario*, y si sale un domingo sin su firma, el suscriptor se disgusta porque falta el artículo de Mañé, al que cree tener derecho y del que tiene necesidad. El público no le llama D. Juan y suprime el señor, porque para él Mañé es Mañé, esto es, algo propio, que pertenece á todos, y no es extraño oir decir á un catalán: «Mañé es nuestro.» ¿Qué otro periodista ha logrado conservar prestigio y autoridad, siempre en aumento ante el público, al cabo de cincuenta años de escribir en un mismo periódico? No tenemos de él noticia.

Los sueltos, en los que en breves líneas expone y aclara las cuestiones que más preocupan á la opinión, son leídos con avidez, porque en ellos siempre se halla la experiencia al servicio del sentido común para dar la nota exacta. «¡Esto es!,» exclama cada cual. Y resulta que lo que dice Mañé es lo mismo que confusamente creía pensar el que lo lee, si bien ha tenido necesidad de que el ilustre periodista diese forma á su pensamiento. Sus primeros artículos se leyeron á la luz del velón, después vino el gas, y hoy se leen al brillo de la lámpara eléctrica con la misma fruición que hace medio siglo. Un periodista que pasa del velón á la luz eléctrica sin envejecer, es un talento excepcional.

* * *

El secreto de la constancia con que Mañé es leído está en que todos le comprenden, porque expone con suma claridad, en estilo cuyo carácter es la difícil facilidad que está reservada á los maestros; y como su fácil y sencilla manera de exponer resulta del dominio del asunto, porque no trata ninguna cuestión sin haberla estudiado á fondo, lleva como por la mano á sus lectores á la conclusión sin que hayan tenido necesidad de hacer el más pequeño esfuerzo para llegar á ella.

Además tiene en su favor el respeto que hasta á los adversarios impone el convencimiento y la especie de fascinación que ejerce en el público el desinterés, pues á pesar de que nadie pone en duda que hubiera podido aspirar á mucho, todos saben que nada ha querido, prefiriendo á los honores y á los altos puestos decir como el monarca godo: «Wamba fuí, Wamba soy, Wamba me quedo.» O'Donnell le distinguía y quiso sentarle á su mesa, y como el obsequio motivara quejas de algún periodista madrileño, porque á tales deferencias no los tenía acostumbrados, contestó el duque de Tetuán: «A éste no puedo pagarle con recompensas como á los demás, porque no las admite.» Cuando estaba en Biarritz supo que Mañé pasaba por Irún y le obligó á detenerse por conocer su opinión sobre el estado del país. También D. Alfonso XII, que le tenía en mucho, quiso en alguna ocasión conocer su criterio, porque sabía que lo emitiría como hombre leal, amante de su patria y ajeno á toda idea de personal ambición. Cuando fué á Madrid por indicación de Alonso Martínez y obligado por su amigo Permanyer y por la confianza que inspiraba al marqués de Miraflores, presidente del Consejo de ministros, á encargarse de la dirección de *La Época*, se encontró con que varios ministros se creían autorizados para disponer del periódico en provecho propio, aunque fuera contrariando la política del gabinete, y Mañé comenzó por echar al cesto los sueltos que aquéllos le enviaban, con grande escándalo de la Redacción, que no comprendía tal acto de independencia. Con ella fué Mañé á Madrid, no por perderla, sino para conservarla, y á los ocho días dejó la dirección de *La Época*; pero entonces el gobierno le hizo brillantes ofertas pecuniarias y personales para que se encargase de otro periódico que ponía en absoluto á su disposición, á lo que se negó. Dióse cuenta á los ministros de su resistencia, y el marqués de la Habana, que lo era de la Guerra, se encargó de convencerle y le llamó á su casa, creyendo que se le impondría con su gran autoridad personal y política, pero vió con sorpresa que Mañé insistía en su resolución; y como entrase en el gabinete, donde D. José de la Concha porfiaba por convencer al periodista, el marqués del Duero, que conocía á Mañé y le estimaba, dijo sonriendo á su hermano: «Es inútil que insistas, porque si te ha dicho que no, nada lograrás.» El marqués de Miraflores deseaba que se quedase en Madrid, y sin adularle le habló del brillante porvenir político á que podía aspirar y que tenía seguro, pero Mañé le contestó: «Todo eso será cierto, pero no me halaga, porque no siento la ambición.»

Fué el único periodista no vasco que abogó con calor por la conservación de los fueros, y tan agradecida fué su campaña, que su presencia en las Provincias tomó las proporciones de acontecimiento; pero evitó las manifestaciones ruidosas; mostróse conmovido cuando la gente salía de los caseríos para verle pasar, y las madres le señalaban á sus pequeñuelos diciéndoles: «Este es;» y el que no ha admitido honores y ni siquiera es *excelentísimo señor*, tiene en mucho el título de *Padre de Provincia*, que le concedió Vizcaya.

* * *

Ha conocido y tratado á los hombres eminentes españoles y á muchos extranjeros, entre ellos á monseñor Dupanloup y al conde de Montalembert, quienes le distinguieron con su estimación. Cuando la infanta doña Isabel estuvo en Barcelona, quiso conocerle, y Cánovas dijo de él en el Congreso: «es incontestablemente uno de los primeros escritores políticos de España.» Siempre ha defendido los principios conservadores, que nunca ha confundido con el partido conservador, al que ha censurado cuando de aquéllos se ha apartado. Es inmensa su labor periodística, y por ella debe ser juzgado, á pesar de que ha escrito obras tan notables como *El Oasis*, y *El Otoño y la Primavera de la vida*, en la que revela grandes aptitudes para la novela, siendo de lamentar que las tareas periodísticas no le dieran vagar para cultivar el género. Es un polemista terrible, porque parece que recuerda cuanto han dicho, escrito y hecho los políticos, y siempre tiene á mano un texto aplastante. El público se pregunta: «¿De dónde saca eso Mañé?»

De él dijo el año pasado un escritor catalán: «Todo el mundo conoce en nuestra tierra el sistema de Mañé: escucha, observa, piensa... La gente se impacienta algo. ¿Nada dice Mañé?.. Mañé sereno y sin perder la calma sigue observando y reflexionando; y cuando ha visto y meditado bastante y los ánimos se han aquietado y están en disposición de escucharle sin apasionamientos, entonces Mañé hace oir el acento del buen sentido catalán.» El hombre cuya opinión desean todos conocer, vive aislado y con frecuencia escribe con lápiz sus artículos y sueltos en la cama, en la que gran parte del año le tienen clavado sus dolencias. Los médicos le desahuciaron en su juventud, creyendo que las hemoptisis acabarían con él; pero luchó con la enfermedad y conserva la vida á costa de todos los goces de la existencia. Varias veces ha estado en peligro de muerte, á la que ha mirado siempre con la tranquilidad del cristiano que tiene puesta su confianza en Dios. Hace muchísimos años que vive encerrado en su cuarto, sin más comunicación con el mundo exterior que raras salidas en coche cerrado, las visitas de algunos amigos y las que le hacen las personas notables que vienen á Barcelona y ponen empeño en saludarle; pero está en comunicación constante con el mundo de las ideas y el de los acontecimientos por medio de la lectura diaria de la prensa nacional y extranjera y de las obras más modernas para ponerse al corriente del movimiento filosófico, social, político, literario, artístico y científico; lectura de benedictino, en la que halla distracción y que le permite tratar todas las cuestiones con conocimiento de causa y espíritu libre de las presiones externas.

Puede tener adversarios, pero no hay quien no le respete.

* * *

Se ve en su despacho la misma modesta mesa de pino en que hace medio siglo escribió su primer artículo.

No ha mucho se le presentó un hombre del pueblo, á quien la emoción le impedía hablar, con gran sorpresa de Mañé, que no acertaba á explicarse lo que aquello significaba. Aquel hombre había sido detenido siendo inocente, y en las tristezas de su prisión, pesando sobre él una sospecha terrible, se le ocurrió escribir á D. Juan, que no le conocía, recordándole que hacía muchos años había trabajado en la imprenta del *Diario*; y gracias á su intervención recobró la libertad, evidenciada su inocencia. «¡Señor, señor!, exclamaba conmovido, ¿cómo podré pagarle lo que le debo?» «Muy fácilmente, contestó Mañé: cuando sepa que he muerto, rece por mí un Padrenuestro.»

Tal es el hombre. Jamás le ha preocupado la gloria terrestre, pero la eterna siempre, y por esto todos sus actos se han inspirado en su conciencia cristiana.

Teodoro Baró

NUESTROS GRABADOS

Humana angustia, cuadro de Rochegrosse.— El tantas veces celebrado autor de este cuadro desarrolla en él un gran pensamiento filosófico, presentándonos el esfuerzo de la humanidad hacia un ideal demasiado alto para que el hombre pueda alcanzarlo en este mundo. Por encima de la gran ciudad y envuelta entre nubes, ciérnese la Fortuna, que todos pretenden en vano conseguir: hombres, mujeres, aristócratas, obreros, se empujan y se destrozan para tocar con sus manos á la inconstante diosa que creen tener cerca; todos hacen unos de otros escalones para aproximarse al objetivo de sus ansias, y el que más se encarama más inmediato se encuentra del precipicio adonde no tardarán en arrojarle los que suben detrás. Grandiosa, como la idea en que está inspirada, es la composición de Rochegrosse, verdadero *tour de force* de técnica artística, no sólo por el sinnúmero de figuras que en ella entran, sino que también por las atrevidas actitudes de las mismas y por la claridad con que todas y cada una aparecen y se destacan en medio de aquella revuelta masa.

Primavera, cuadro de doña Visitación Ubach (Salón Parés). – En el grupo formado por las damas que en nuestra ciudad dedícanse con señalada discreción al estudio del arte, destácase la figura de doña Visitación Ubach, quien á pesar de los obstáculos que, especialmente en España, se ofrecen á la mujer para el cultivo de la pintura, dadas sus condiciones en el hogar y en la familia, ha logrado singularizarse de tal suerte que su nombre asume el concepto de una personalidad artística.

Todas sus producciones, y muestra de ello es el precioso estudio que reproducimos, recomiéndanse por la belleza de la ejecución y el singular encanto que su examen produce. Vese en ellas armónicamente asociados el esfuerzo del artista y el delicado sentimiento de la mujer, la realidad que el pintor persigue y el idealismo que refleja la elevación del espíritu, sin que en ese conjunto se adivinen vacilaciones ni decaimientos, pues el trazo resulta siempre tan elegante como correcto, la pintura amplia y fácil, y la tonalidad unas veces delicada y casi siempre vigorosa, cual si fuese obra de varonil esfuerzo.

Grato es para nosotros dar cabida en nuestras páginas á una de las bellas obras de tan modesta cuanto inteligente artista, rindiéndola, con tal motivo, un tributo de consideración.



PRIMAVERA, cuadro de D.ª Visitación Ubach (Salón Parés)

Bordadora, cuadro de Carlos Gampenrieder.—La corrección con que está trazada la figura de esa linda bordadora; la naturalidad de la actitud, tan hábilmente sorprendida, y la expresión del rostro, que refleja de un modo acabado la atención con que la muchacha se consagra á su labor, son cualidades que saltan á la vista en el cuadro de Gampenrieder, quien ha sabido de un asunto sencillo hacer una interesante obra de arte.

Guerra de Filipinas.—Tres de las fotografías que reproducimos en las páginas 228 y 229 representan interesantes episodios de la vida de campamento en Filipinas durante las operaciones que con tan brillante éxito se están llevando á cabo en la provincia de Cavite. La primera es reproducción de una de las cocinas que se improvisaron en el campamento de Dahalicán, la de una compañía de artillería. Y puesto que de esto hablamos, diremos en qué consiste la alimentación de los soldados de esta arma, según datos que nos remite un testigo presencial de la campaña. Por la mañana se les da café; el almuerzo se compone de arroz ó judías ó patatas con tocino, una chuleta ó trozo de carne asada, un huevo frito, plátanos, vino y excelente y abundante pan; la comida la forman los mismos platos, sustituyéndose á veces la carne por un chorizo. Los oficiales se ocupan mucho del alimento de sus subordinados, probando el rancho y sus componentes y presenciando su distribución. Es de suponer que para los soldados de las demás armas sea la comida tan sana y abundante como la de los artilleros, pues cuantos asisten á la campaña afirman que una de las cosas que más han preocupado al general Polavieja y á sus auxiliares es la alimentación de las tropas.

La distribución del rancho en el campamento ofrece una serie de cuadros curiosísimos. Al toque de corneta forman las tropas por compañías, provisto cada individuo de un plato y un vaso: uno á uno pasan por delante del ranchero que reparte las raciones, y luego van á buscar la ración de vino. Una vez recogido todo y con el pan debajo del brazo, busca cada cual el sitio más cómodo y agradable, y formando pintorescos grupos, despachan los soldados la pitanza contando cuentos y chascarrillos, celebrando al cocinero del batallón si el rancho es bueno, y prorrumpiendo en maldiciones y quejas si por casualidad la comida ha resultado mala. La vista del reparto de rancho que reproduce nuestra fotografía está tomada del punto que en Dahalicán ocuparon los cazadores del primer batallón de refuerzos que llegó á Filipinas.

La misa de campaña es siempre un acto solemne y difícil de describir: en la que representa nuestro grabado aparece en primer término parte de las fuerzas de artillería que formaron en el centro frente al altar que se divisa en el fondo, á la izquierda. El general con su Estado Mayor y escolta situóse á la izquierda, próximo al altar. La infantería de marina ocupó la parte derecha, dando frente también al altar y teniendo á su espalda la plaza y á su derecha la trinchera grande que describimos en otro número. Los cazadores formaban en el campo atrincherado, á la izquierda del celebrante, y los ingenieros situáronse en la misma línea que la artillería y á la izquierda de ésta. A esa misa de campaña asistió la artillería de montaña con sus cuatro piezas de 8 centímetros y sus armones. La fotografía que publicamos está tomada en el momento de la elevación.



BORDADORA, cuadro de Carlos Gampenrieder



CHRISTUS VICTOR, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE



La segunda fotografía de la página 229 representa una vivienda de indígenas en las inmediaciones del pueblo de Calamba: su forma es la de una tienda de campaña; una especie de saledizo de caña y nipa, como el resto de la choza, sirve durante el día para preservarse del sol ó de la lluvia, y durante la noche para cerrar la entrada, única abertura de aquellas viviendas que no tienen más ventilación que la que reciben por esta puerta y por los huecos que quedan entre la desigual nipa y el suelo. En el interior, sin división alguna, hay una hamaca de bejuco y los enseres más indispensables para la vida, como el *fagán* (fogón de barro portátil), ollas, etc.: allí duermen los indígenas con su inseparable gallo, el imprescindible cerdo y algún perro escuálido que hace las veces de guardián.



AGUADOR GRANADINO, cuadro de Juan García Ramos
(Exposición de Bellas Artes de Sevilla)

Aguador granadino, (cuadro de Juan García Ramos (Exposición de Bellas Artes de Sevilla). – Hermano de D. José, el distinguido pintor sevillano, dedícase también D. Juan García Ramos á reproducir en el lienzo tipos, cuadros y costumbres de la región andaluza, que constituyen hermosas manifestaciones plásticas del modo de ser de aquel pueblo, en donde todo parece rebosante de vida y belleza, cual si el fondo de su purísimo cielo prestara animación y abrillantara el colorido para dar lugar á esos contrastes de luz y tonos que tanto encanto producen.

Varias veces hemos podido dar á conocer en las páginas de esta revista algunas obras de este artista, por cuyo motivo hemos de limitarnos hoy á tributarle un nuevo aplauso por el cuadro que reproducimos, digno ciertamente de su buen nombre y merecida reputación artística.

Christus Victor, cuadro de Fernando Brutt.— El famoso pintor alemán ha querido oponer á los efectos del desquiciamiento social que en este fin de siglo se observa en todas las naciones y que no bastan á contener las leyes divinas ni humanas, el poder invencible de Dios, demostrando que á pesar de la desolación y la ruina producidas por aquellos que no retroceden ante el empleo de los medios más violentos, existe una roca firme é indestructible ante la cual estréllase la demencia de los que han olvidado los preceptos de la Santa Ley, de los que, según el salmo de David «Rompamos – dijeron – sus ataduras y sacudamos lejos de nosotros su yugo.» «Mas aquel que reside en los cielos se burlará de ellos; se mofará de ellos el Señor. – Entonces les hablará El en su indignación y los llenará de terror con su saña.» ¿Cuál será la salvación cuando este caso llegue? Ya lo dicen los salmos: «Abrazad la buena doctrina; no sea que al fin se irrite el Señor y perezcáis descarriados de la senda de la justicia. – Porque cuando de aquí á poco se inflamare su ira, bienaventurados todos aquellos que ponen en El su confianza.» Fernando Brutt ha expresado este pensamiento de una manera admirable, puesto que si de momento el ánimo se deprime al ver las escenas de horror que en el cuadro se desarrollan y al contemplar aquella multitud amenazadora, pronto esta impresión es sustituída por un sentimiento de inefable consuelo cuando se fija la mirada en la hermosa figura del Salvador, que con su ademán indica dónde está el único remedio de los males que la sociedad padece y señala dónde encontrarán su recompensa los que en él hayan confiado.

Desdenes, cuadro de Andrés Parladé (Exposición de Bellas Artes de Copenhague). – Existe en Parladé un algo que le conduce á retrotraer lo pasado, cual si tuviera facilidad para evocar cuanto recuerda el modo de ser de nuestro país en épocas que han sido. Y cuenta que logra satisfacer cumplidamente su deseo y realizar con verdadero acierto tan difícil empresa, á pesar de los inconvenientes que ofrece la representación de acontecimientos ó cuadros pertenecientes á períodos anteriores al en que vivimos. Sus hermosas composiciones *El Parlamento de Caspe*, página interesantísima de la historia catalana; *La batalla de Pavía*, y otras más, justifican las envidiables cualidades que residen en el Sr. Parladé para el cultivo de esta clase de producciones. De menores alcances que los cuadros á que nos referimos es el titulado *Desdenes*, que figura en la Exposición de Bellas Artes de Copenhague. No entraña un concepto de difícil exposición, trátase de un mero estudio; pero aun así, revélase en él á cuánto alcanza la genialidad de Parladé, en cuya paleta sólo se amasa la castiza gama española, la única que ha logrado días de gloria para el arte patrio.

El general Ulises Heureaux, presidente de la República Dominicana.— El general Heureaux, que recientemente ha sido reelegido presidente de la República Dominicana, ha merecido con justicia la denominación de *Pacificador* de la patria. Gracias á su habilidad política y á su honrada administración, aquel Estado ha conseguido en poco tiempo reponerse de las consecuencias de las luchas intestinas que durante algunos años allí se desarrollaron, y hoy es considerado como uno de los mejor regidos y más prósperos de América. Sus compatriotas le han dado la más elocuente prueba de lo que le estiman confirmándole en el cargo en que debía cesar en 27 de febrero último. Joven, alto, de buena presencia, de agradable trato, valeroso y dotado de claro entendimiento, el general Heureaux ha sabido conquistarse el amor de sus súbditos y el respeto y la simpatía de todas las naciones americanas y europeas. España débele especial agradecimiento, no sólo porque la considera y llama su madre patria y porque atiende con afectuosa solicitud á los españoles en la República Dominicana residentes, sino que también por su correcta actitud con motivo de la actual insurrección cubana: el gobierno español, reconocido á esta conducta, otorgó no hace mucho al general Heureaux la Gran Cruz de Isabel la Católica.

MISCELANEA

Bellas Artes.—LONDRES. – Mme. Richard Wallace ha legado á Inglaterra sus incomparables colecciones artísticas valoradas en 75.000 francos.

MUNICH. – En Munich se ha realizado con éxito completo una prueba de aplicación de los rayos Roentgen á objetos artísticos. Un caballero de aquella ciudad posee un cuadro que representa el busto de Jesucristo coronado de espinas y que muchos atribuían á Alberto Durero: para salir de dudas, el lienzo fué sometido á la acción de los rayos Roentgen, los cuales han revelado la presencia en el cuadro del monograma de aquel famoso pintor y la fecha de 1524.

Teatros. — El drama lírico de Massenet *Werther* ha sido cantado con aplauso en el teatro Municipal de Estrassburgo.

El eminente actor francés Mounet Sully ha concebido el proyecto de representar en las ruinas del antiguo teatro de Dyonisos de Atenas la tragedia de Sófocles *Edipo tirano*, para lo cual se reuniría una compañía con autores y actrices de la Comedia Francesa.

– En Venecia se ha estrenado con gran éxito el prólogo de la trilogía *Los Pirineos*, letra de D. Víctor Balaguer y música del maestro D. Felipe Pedrell.

Madrid. Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *El Angelus*, bonita comedia en tres actos de D. Eusebio Blasco, y *El tío de la flauta*, graciosa pieza en un acto de D. Joaquín y D. Serafín Alvarez Quintero; en Lara *El petrolero*, comedia en dos actos de los Sres. Perrín y Palacios, y *Los conejos*, chistoso juguete en un acto de los Sres. Arniches y Lucio; y en Apolo *La madre abadesa*, preciosa zarzuela en un acto, letra de D. Sinesio Delgado y música de los maestros Brull y Torregrossa. En el teatro Cómico funciona una compañía dirigida por el popular actor cómico D. Ramón Rosell. En dos de los conciertos dados en el teatro del Príncipe Alfonso por la Sociedad de Conciertos de Madrid ha tomado parte la eminente pianista española Mercedes Rigalt, primer gran premio del Conservatorio de París, que ha sido aplaudida con verdadero entusiasmo por el público madrileño y á la que todos los periódicos de la corte tributan los más calurosos elogios.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *L'hostal de la Coixa*, drama en tres actos y en verso de los señores Quer y Sanromá, y *L'anticuari del Putxet*, pieza en un acto de los Sres. Aspré y Blahé; en Novedades *Quiero ser santa*, arreglo de la opereta francesa *Sainte Freya*, hecho por el señor Coll y Britapaja, con música del maestro Audrán, y en el Eldorado *Los golfos*, zarzuela en un acto del Sr. Sánchez Pastor, música del maestro Chapí. En el teatro Principal ha dado un concierto el eminente pianista Sr. Vidiella: cuanto se diga de los prodigios que en el piano realizó el ilustre maestro catalán es poco; la ovación que le tributó el público fué ruidosa y entusiasta. En el teatro Lírico ha dado dos conciertos el incomparable violinista Sr. Sarasate: inútil nos parece decir que como de costumbre tocó admirablemente haciendo verdaderas maravillas; el público no cesó de aplaudirle frenéticamente, obligándole á tocar una porción de piezas fuera del programa, interrumpiéndole á cada momento con murmullos de aprobación y saludándole al final de las mismas con ruidosos aplausos y entusiastas aclamaciones. Cuando salga á luz el presente número se habrá celebrado en el propio teatro Lírico el concierto en que ha de tomar parte Mercedes Rigalt: el éxito excepcional por esta notabilísima concertista alcanzado en Madrid justifica el interés con que espera oirla el público barcelonés y permite asegurar que su triunfo en Barcelona no será menos brillante que el obtenido en la corte.

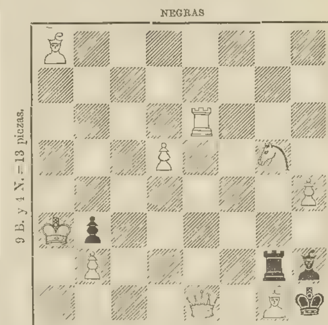


DESDENES, cuadro de Andrés Parladé
(Exposición de Bellas Artes de Copenhague)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 64, POR J. TOLOSA Y CARRERAS
(Dedicado á E. Pradignat)

NEGRAS



9 B. y 1 N. = 13 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 63, POR J. PALUZÍE

Blancas.	Negras.
1. C 5 A D	1. Cualquiera.
2. C, A ó T mate.	

LA ONDINA DE BRETAÑA

NOVELA POR PEDRO MAËL – ILUSTRACIONES DE VICENTE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

Y á pesar de la alegoría, á pesar de las esperanzas, á pesar de la promesa hecha por Alain moribundo, á pesar de los sucesos que, un instante, parecía que iban á devolverle el corazón de Pablo, nada había ido á recompensar su perseverante ternura. Sentíase más sola y más abandonada que nunca lo estuvo. ¿A qué se llama desesperación si aquello no lo era?

Magdalena sollozaba, y ciertamente en aquel momento, á falta de la vocación, el desaliento le podía dictar una resolución irreparable.

Al entregarse á su dolor no había notado que la puerta de su cuartito estaba abierta dando acceso á cualquiera que se acercara. Precisamente *alguien* se había aproximado, dos testigos silenciosos, llenos de lástima por aquel desconsolado sufrimiento. La subpriora y miss Hotspur, mudas, conteniendo la respiración, habían asistido al llanto de Lena.

La monja dijo, por fin, á Gwendolina:

– ¡Bastante, querida miss! Creo que es ya tiempo.

Y Gwen entró, andando de puntillas, en el cuarto de Magdalena.

VI

EL HERMANO MAYOR Y EL HERMANO MENOR

Era verdad. El día en que partió Lena, Pablo de Guenezán había vuelto á entrar caviloso en el castillo. Sus cejas se fruncieron y formóse sobre ellas un pliegue profundo y arqueado.

Aquel viaje, que no acababa de explicarse, proyectaba en su alma una sombra.

Aún fué peor cuando á la hora del almuerzo los dos hermanos se encontraron solos frente á frente. Intentaron distraer sus ideas abordando diversos asuntos, cambiando á cada instante de conversación, y por fin, concluyeron de almorzar sin comunicarse las reflexiones que á los dos los embargaban.

Al tomar el café, Pablo, que desde hacía media hora no había dicho nada absolutamente, hizo esta observación:

– El día está hermoso, añadiendo: ¿Piensas trabajar hoy?

Y Pedro, hombre de trabajo metódico, respondió con negligencia:

– ¡A fe mía, no! Si quieres, iremos á dar una vuelta.

Encendieron sus cigarros y fumaron paseándose delante del castillo.

Ni una palabra les vino á los labios. Por el contrario, su mutismo aumentaba. Era patente que ambos estaban dominados por un sentimiento cruel que los oprimía.

Pablo tiró su cigarro, lanzando una exclamación que pareció aliviarle del peso que lo agobiaba:

– ¡Este cigarro es detestable, mi pobre Pedro!

A lo que el capitán de navío contestó:

– ¿Le hallas detestable?.. Tienes razón... Ya llevo veinte minutos mascando el mío con persistencia sin llegar á encontrar en él ningún agrado. Sin embargo, son los mismos cigarros de Manila que ayer nos parecieron exquisitos.

– ¡Ah! Quizás somos nosotros mismos los detestables... ¿Si estaremos enfermos?

– Enfermos no, por lo menos físicamente; pero aburridos sí, muy aburridos. Por supuesto, querido hermano, te juzgo á ti por mí mismo... La verdad es que yo me encuentro completamente desorientado. Echo de menos alguna cosa.

– ¡Ya lo creo!, exclamó Pablo. Con ese viaje parece que ha quedado la casa vacía.



En el seno de aquellas impresiones nuevas la ondina experimentaba una voluptuosidad desconocida...

– Tienes razón, suspiró el otro. Me hace falta mi hija. A estas horas ya habrá llegado á Auray nuestra querida ondina.

Pablo no contestó. Volvió á caer en sus meditaciones.

Pedro lanzó un nuevo suspiro.

¡Oh, sí! Ella es lo que me falta. ¿Sabes?.., la llamo mi hija porque es verdaderamente mi hija adoptiva, mi Lenita amada. Ya van once años que vive aquí, junto á nosotros, bajo nuestro techo. No soy legalmente más que su tutor, pero un padre no podría quererla más... ¡Mi amada Lenita!

Un quejido doloroso los estremeció á los dos.

Pero Pablo rompió á reir.

– ¡Esto sí que es bueno! Un verdadero concierto de lamentos. He aquí ahora al mismo *Spring* dejando oir también su nota triste. Te ha oído pronunciar el nombre y ha gemido.

– Es verdad, murmuró Pedro, está así desde esta mañana ¡Bravo perro! ¡Excelente animal! Lena era su divinidad sobre la tierra. ¿No la salvó de la muerte?.. Ahora le va á ser preciso pasar quince días sin ella. No sé si podrá resistirlos.

Y diciendo esto el comandante llamó al perro.

– ¡Ven aquí, *Spring!* ¿Verdad que no me equivoco? ¿Verdad que lloras por tu ama?

El perro lanzó un lamento aún más quejumbroso que el primero. Después dió la vuelta en torno de los dos hombres y fué á echarse á sus pies, formando un círculo, con la cabeza sobre la cola.

– ¡Vamos!, añadió Pablo con forzada alegría. Estamos todos del mismo humor, y si esto dura ocho días, nuestras viajeras, á su regreso, nos hallarán muertos ó en disposición de ser llevados á una casa de salud.

Y exclamó, sacudiendo la impresión de tristeza que sobre la conversación pesaba:

– ¡Ea, Pedro! Coge tu sombrero y vamos á dar el paseo proyectado, si es que quieres.

Mas de nada sirvió el paseo; los pensamientos de los dos hermanos volvían invariablemente al mismo tema.

Pedro se mostró locuaz.

Sus elogios á Magdalena no se agotaban.

– ¿Ves, mi pobre Pablo? Esa muchacha es una perla. No la conoces como yo. Has estado casi siempre ausente y tu atención se hallaba en otra parte. Además, es sobre todo desde hace dos años cuando ha llegado á ser lo que es. Nunca he visto una joven con tanta energía y con tanta voluntad para instruirse. Yo puedo hablar así porque he sido sobre algunos puntos concretos su profesor. Tiene aptitudes asombrosas para las ciencias, especialmente para las matemáticas, y ciertos cálculos, que á nosotros nos cuestan tanto cuidado y tanto tiempo, los hace ella con una prontitud y con una seguridad que sorprende.. No puedes formarte una idea de ello.

Evidentemente, el tema agradábale, pues continuaba el panegírico:

– ¡Y si fuera eso solo!.. Pero no, la muchacha es completa. Sobresale en todos los géneros; no hay arte que le sea extraño. El profesor de música que hice venir expresamente de Vannes, renunció á seguir dándole lecciones, declarando que la discípula sabía ya más que el maestro. El poco tiempo que estuvo en París conmigo bastóle para iniciarse en el dibujo y en la pintura. Canta como una calandria, baila como la misma Terpsícore... Y además de todo eso es modesta, afable, buena para todos nuestros pobres campesinos, que la adoran, piadosa como un ángel, de tan fino talento como una mujer del siglo último y de un corazón como el de una hermana de la caridad.

Desde hacía un instante Pablo escuchaba á su hermano con una rara sonrisa, algo burlona.

– ¡Rayos y truenos! ¡Comandante! ¿Y no sientes orgullo al verte encargado de guardar ese tesoro? Yo, en tu lugar, ya sé lo que haría.

El capitán de navío se volvió bruscamente mirando con fijeza á Pablo.

– ¿Qué es lo que harías?

– Mi querido Pedro, no consentiría que nadie más que yo poseyese una maravilla semejante.

Pedro se rió, pero con una ligera risa á la que Pablo no prestó atención y que, sin embargo, significaba muchas cosas.

– ¡Ah!, dijo, no es bien seguro que yo no haya pensado en ello!.. Solamente...

– Solamente ¿qué?..

Que soy demasiado viejo. Tengo cuarenta y cuatro años y Lena tiene diez y nueve. Quiero ante todo mi reposo y mi felicidad. No quiero hacer el ridículo... Por otra parte, la amo como si fuera mi hija.

Aquel día el diálogo no pasó de ahí.

Volvieron al castillo, donde el tedio que les causaba la ausencia de Lena se apoderó nuevamente de los dos hermanos.

Al siguiente día, para distraerse, reanudaron sus habituales tareas.

La primera semana pasó así, sin alegría y bajo el influjo de un fastidio creciente.

Pedro hallábase ya acostumbrado á aquellos aislamientos periódicos, pero Pablo bostezaba.

Junto á ellos, *Spring*, privado de sus correrías cotidianas, había adoptado un *modus vivendi* poco conforme á sus inclinaciones y á sus costumbres: pasaba el tiempo durmiendo.

Así se entró en la segunda semana.

No había dado Lena señales de vida. Pero habíanse recibido noticias suyas por dos cartas de la excelente miss Hotspur.

El teniente de navío las leyó con el más profundo interés. Hacía ya dos meses y medio de su ruptura con Alina de Pelvoux, é iban ya dos que Pablo ni siquiera aludía á aquel acontecimiento en sus conversaciones con su hermano.

Hubiérase jurado que no se acordaba de ello más, ó que nunca semejante suceso había sombreado la frente del joven oficial.

La obra del olvido habíase realizado pronto. La herida estaba cicatrizada.

Pedro debió juzgarlo así, pues una tarde, después de levantarse de la mesa, haciendo con su hermano un paseo higiénico bajo los castaños del parque, le dijo á quemarropa:

– Mi querido Pablo, ¿no te parece, como me parece á mí, que basta con un solterón en nuestra familia?

El teniente de navío respondió á esta intimación:

– ¡Ah! ¿Es á ti ó á mí á quien esa interpelación se dirige?

– A ti, Pablo, á ti. Aún no chocheo, ni tengo la costumbre de entregarme al monólogo delante de testigos.

– Lo cual quiere decir que me invitas á unir mi suerte...

– A la de una hermosa y joven compañera que borre de tu espíritu la huella del dolor que acabas de experimentar y que te dé muchos hijos y á mí muchos sobrinos.

– Permíteme, continuó Pablo en tono de broma, no comprendo por qué motivo no habríamos de invertir los papeles. Tú eres mi hermano mayor, y no estás sólo obligado á darme consejos, sino también á darme ejemplo. Aprovecha, pues, para ti tu generosa idea.

– No piensas lo que dices. ¿A mi edad?

– Para hacer buenas cosas, siempre es tiempo. Además ¿por qué te obstinas en morir impenitente?

– No me siento con vocación.

– Yo tampoco.

– ¡Qué error! Tú has tenido novia, y si no hubiera sido por la vanidad estúpida de la que elegiste, á estas horas te hallarías ya casado. El que una vez ha bebido, volverá á beber.

– Sí, el que ha bebido... Pero yo no he bebido, me detuve á tiempo delante de la fuente de Fragonard, cuando observé que estaba envenenada. En la calle de Murillo encontré el camino de Damasco.

– Eso salta á la vista... Hablas como hablaba tu patrón..., durante el tiempo que estuvo ciego.

Los dos á la vez rompieron á reir.

Mas la risa de Pablo de Guenezán no era franca. Cambiando de tono, habló seriamente de cosas graves.

– Vamos á ver, Pedro, ¿te figuras que después de la dolorosa experiencia que acabo de hacer, puedo sentir ganas de arriesgarme á una segunda?

– No..., ¡jamás en las mismas condiciones! Pero no es en las mismas condiciones lo que te propongo.

– ¡Ah! ¿Conque tienes llenos los bolsillos de proposiciones convenientes?

– No, hermano, no tengo tantas. Sólo tengo una, y la creo buena.

– Dime, pues, lo que querías decirme.

El capitán de navío se vió forzado á jugar el todo por el todo.

– Pues bien, ¡sea! He aquí mi pensamiento, mi buen Pablo. No tienes derecho á invocar el «sofisma del accidente,» y porque esa necia señorita de Pelvoux no se haya mostrado digna de ti, no puedes decir que todas las mujeres se le asemejan. Hay, por fortuna, consoladoras excepciones á esa regla, algo caprichosa, del *ab uno disce omnes*.

– ¿Y conoces tú alguna de esas excepciones?

– En verdad, no conozco más que una... Por ventura ¿hacen falta más?

– ¿Y tu excepción se llama?..

El comandante no opuso ninguna reticencia, contestando desde luego:

– Se llama Magdalena de Kéroulaz. Tú la conoces más bien por el nombre de Lena.

Pablo palideció primero y después se puso encarnado.

– ¡Mi prima!, murmuró sin disimular el estupor y la turbación que sentía.

Mas añadió, volviendo á serenarse:

– ¡Oh! Ahora me explico por qué el otro día me hiciste un retrato tan elogioso de tu pupila. ¿Es que tienes prisa por rendir tus cuentas?

– ¿Mis cuentas? Están ya rendidas. He olvidado decirte que es la misma Lena la que las hace bajo mi alta dirección.

– He ahí, ciertamente, una cosa que hasta ahora no había visto nunca.

– Es posible. Eso se ve sólo en el castillo de Ely... y es bueno que en algún sitio se vea.

Hubo un instante de silencio.

– ¡Bien!, terminó Pedro. No te digo más ahora, después de tu declaración. Puede ser que te hable más despacio dentro de unos días. La vuelta de Lena está ya próxima. Es imposible que no te hayas hecho alguna vez la pregunta de si Magdalena podría ser tu esposa. Confieso que á tu edad hubiera yo tenido esa idea espontáneamente.

El teniente de navío contestó con una evasiva:

– No te equivocas, Pedro, es verdad. La idea me vino dos ó tres veces. Pero no persistí en ella, en primer lugar á causa de nuestras respectivas edades. Yo tenía 24 años y ella 16.

– Sí, pero ella tiene 19 años y tú tienes 27.

Pablo bajó la cabeza y se separó de su hermano, murmurando:

– Voy á pensar en ello.

Y entró en el castillo.

Mas no entró para encerrarse en su cuarto. Al contrario.

La noche magnífica y el encanto del paisaje, volvieron á sacarlo de allí.

Al franquear el dintel de la puerta vió al perro de Terranova que dormía á la luz de la luna, por no tener nada mejor que hacer para matar el tiempo.

– *¡Spring!*, gritó el teniente de navío, con un acento tan vivo que el perro se levantó de un golpe, se estiró, se sacudió, y adivinando el proyecto de su amo, le dió su asentimiento con un ladrido sonoro y alegre.

– ¡En marcha!, dijo Pablo bajando al parque.

Spring, saltando, como en su vida anterior á aquel período de fastidio, echó á andar delante, por el camino del golfo, como si quisiera indicar á Pablo el objeto de su peregrinación

Y así avanzaron el hombre y el perro, bajo las estrellas, sosteniendo, sin palabras, una conversación de sentimientos y acaso también de pensamientos íntimos.

Desde que el comandante había abierto ante sus ojos nuevas perspectivas, el joven oficial sentíase lleno de singular turbación.

No, jamás había experimentado nada igual.

Tres meses antes, cuando con el espíritu ocupado por la imagen de Alina, intentaba un retroceso sobre sí mismo, hallaba dentro de su ser los arrebatos de la pasión y la tortura de vagos celos. Pero ni aun en aquellos momentos de examen hubiera podido decir cuál era la base de sus emociones: ¿lo era la imaginación, ó lo era el corazón?

Aquella noche, por primera vez, Pablo se «encontró» un corazón.

¿Por qué el recuerdo de Lena, de la ondina, evocado bruscamente por su hermano, le producía aquel hondo estremecimiento que no sospechaba una hora antes?

Dos veces ya – se lo había confesado á Pedro – sintió en sí algo parecido. Dos veces, frente á los grandes ojos negros de su prima, sintió una especie de fascinación, de magnetismo extraño, que brotaba de aquellas pupilas obscuras.

No se había dado cuenta exacta de ello, juzgando de antemano imposible tal unión.

En verdad, en el momento en que reflexionaba, no comprendía bien las razones que entonces le dictaron semejante juicio.

¿Por qué aquella unión era, por qué había de ser imposible?

El joven se lo preguntaba á sí mismo sinceramente, escrupulosamente, bien decidido, si su espíritu le suscitaba alguna objeción insoluble, algún impedimento dirimente, á rechazar, como antes lo había hecho, una hipótesis que, sin embargo, presentábasele ya sonriente y llena de promesas.

Púsose, pues, á interrogarse con cuidado.

La primera objeción que halló – y que no se le había ocurrido otras veces – fué la dependencia relativa en que vivía Lena respecto á los dos hermanos. La joven era la pupila de Pedro, y ciertamente las malas lenguas no dejarían de acusar al comandante de haber proporcionado á su hermano uno de los «mejores partidos» del Morbihán.

Pero ¡bah! ¿A qué preocuparse por ello? ¿Puede impedirse la maledicencia? La calumnia y la murmuración ¿no son tan antiguos como el mundo?

Además, en el caso de que se trataba, los calumniadores ó murmuradores perderían inútilmente el tiempo. Sin ser muy ricos, los hermanos Guenezán no eran pobres, y sus bienes, sin dividir aún y destinados según todas las apariencias á seguir siempre unidos, podían figurar muy bien junto á la fortuna de la heredera de los Kéroulaz.

La segunda objeción valía todavía menos que la primera: Si se casaba con Magdalena, ¿qué pensaría de él Alina de Pelvoux? Ésta había aceptado sin reclamación y sin protesta una ruptura sobre la cual era ya inútil volver á hablar; de modo que al recobrar su libertad había reconocido por completo la de Pablo.

Y en cuanto al mundo, ¿le debía el teniente de navío cuentas de su conducta?

No, en verdad, ninguna de aquellas dos razones era seria.

Existía una tercera, de orden más delicado. Estribaba en la distancia – ocho años – que separaba las dos edades.

Pablo era una de esas almas elevadas, rectas, que no admiten ninguna atenuación, ni ninguna diminución de la verdad, aunque esa verdad hiera cruelmente el amor propio.

Su carrera viril había comenzado muy pronto y, por decirlo así, antes de tiempo. Había, pues, adquirido una madurez precoz y muchas ideas preconcebidas sobre la existencia. Tanto era así, que á los veinticuatro años teníase ya por viejo, por más que parezcan raros semejantes pensamientos en el espíritu de un joven de esa edad.

Era por ese motivo, en parte, por lo que había separado dos veces de sus ojos la imagen de Lena, prefiriendo fijarlos en otra.

Habíase encontrado incidentalmente con Alina de Pelvoux. Aquello fué para él una verdadera derivación de sus sentimientos, una digresión inútil hacia un capítulo que Pablo hubiera querido borrar del libro de su existencia.

Había amado sinceramente á Alina.

Aunque no fué aquello más que un fuego fatuo, una sorpresa, un capricho, la había amado vivamente, enteramente, sin reservas, dispuesto á sacrificar á aquel amor toda la dicha á que en su existencia hubiera podido aspirar.

Ahora el corazón que le era posible ofrecer á Magdalena no tenía ya la virginidad, la frescura del que había entregado á Alina. ¿Aceptaría Lena aquella inferioridad? ¿No sufriría si la aceptaba?

Esta doble pregunta, la más ociosa en apariencia, era sin embargo la que en aquel momento atormentaba más el espíritu excesivamente sensible del oficial de marina.

Marchaba á través de la radiante noche, después de haber franqueado los límites del parque, junto á un riachuelo que iba á perderse entre las sinuosidades de la costa.

Pablo no reconocía el sitio. ¿Qué le importaba? Seducíanle los esplendores de la naturaleza, las caricias de la brisa, la armonía nocturna, la mística palidez de las cosas bañadas por la luz del astro muerto y los perfumes de aquella tierra salvaje que la «ciencia» humana aún no ha hecho cómplice de sus mentidos encantos.

De pronto el oficial se estremeció.

Acababa de detenerse bruscamente oyendo un ladrido de *Spring*.

El perro estaba á cuatro pasos de él, frotando con su hermosa cabeza las esquinas de un gigantesco *menhir* y apoyando sus patas delanteras en el monolito.

Pablo entonces reconoció el *men-hir*.

Era aquel junto al cual, algunos años antes, había hallado á Lena cantando la balada de *Lly-warc'h Hen*.

La piedra elevábase soberbia en su aislamiento.

A su alrededor los fresnos y los olmos, así como las viejas encinas, que eran en la historia sus hermanos menores, estaban respetuosamente apartados, como para dejar intacto el dominio de aquel sobreviviente de las edades druídicas, de aquel testigo de olvidados crímenes ó de olvidadas hazañas.

A los ojos del teniente de navío el monumento no necesitaba estar revestido de tan grandiosa majestad.

Era un recuerdo de suave dulzura lo que, al verlo, sintió revivir.

Frente á la piedra pensó el joven en la emoción pasada. Recordó los rasgos, el gesto, la actitud y hasta la voz de la adorable criatura que, por un momento, había prestado al severo monolito el encanto de su gracia y la poesía de su brillante juventud.

Casi inconscientemente los labios de Pablo murmuraron un nombre:

– Ondina!

¡Ondina! No decía *Magdalena*; ni siquiera decía *Lena*.

Recordó el sobrenombre gracioso que su hermano y él habían dado en su infancia á la huérfana, cuando pequeñita y débil, pero con la frente ya ceñida de misterio bajo la aureola de sus cabellos rubios y con los ojos ya radiantes de hermosa luz, había tomado posesión al mismo tiempo de su hogar y de sus corazones.

Y entonces, al fulgor de aquel recuerdo, Pablo leyó en su alma.

Comprendió cuál fué el verdadero motivo de su «indiferencia» por Lena.

Había que dar á aquella indiferencia otro nombre, pues no era más que respeto. Sí, el respeto de esa cosa sagrada, que es la inocencia en su primera forma: la infancia.

Magdalena no había sido para él más que una niña, la niña recogida en el castillo después de la muerte de sus padres, la niña con la que tantas veces había jugado para divertirla. Recordó que frecuentemente se había quitado la levita de su uniforme, tirándola sobre la hierba, para correr ó jugar á la pelota con aquella niña de quince años. La niña había seguido siendo niña á los ojos de los Guenezán, creciendo sin prevenirlos, sin pedirles permiso, de modo que ninguno de los dos – y él menos que su hermano – se había dado cuenta de aquel desarrollo normal, y Magdalena habíase transformado sin que ellos lo notasen.

Sí, ese era el motivo, el único motivo que le había impedido al joven ver claro.

Si no había amado á Magdalena era porque le hacía falta amarla... de una manera distinta.

Pablo estuvo mucho tiempo contemplando el *men-hir*.

Cuando volvió sobre sus pasos hacia el castillo, había en sus ojos lágrimas de infinita dulzura. Parecióle que nunca habían brillado tanto las estrellas y que la brisa jamás llevó á sus labios tan embalsamado soplo.

VII

JETER L'ANCRE UN SEUL JOUR

(Lamartine)

La entrada de miss Hotspur en el cuarto de Magdalena fué para ésta una bienhechora distracción, en medio del dolor que sentía.

A medida que los años daban mayor madurez al espíritu y al corazón de la Ondina, juzgaba ésta las cosas de una manera más sana y más justa. La gratitud, esa flor que por lo general no brota en las almas muy jóvenes, comenzaba á extender sus hojas en la de la huérfana.

No era ya sólo gratitud lo que le profesaba á miss Hotspur, era un cariño tan vivo como profundo. La razón había nivelado totalmente las desigualdades del carácter de Lena, y no quedaba de sus bruscas salidas de otro tiempo más que esa presteza de frase y esa animación que sirven para embellecer las relaciones de la amistad.

Si aún llamaba á su institutriz simplemente «Gwen,» era sólo por costumbre. Ella misma lo confesaba en sus momentos de encantadora expansión, cuando se abrazaba al cuello de su antigua amiga para besarla.

– No hay que guardarme rencor. No puedo llamarle á usted *darling*. Tienen ustedes una manera especial de pronunciar esa palabra. Además no sería bastante respetuosa. En cuanto á llamarle á usted Gwendolina, eso... ¡jamás! No es suya la falta; ya lo sé; pero ese nombre es muy feo, horrible...

Y con laudable persistencia Magdalena se esforzó por sustituir el «Gwen» familiar por la denominación más deferente de «miss Winney.»

No había acabado de acostumbrarse, pero aseguraba que no estaba lejano el momento en que el «miss Winney» iba á hacerse en sus labios frase habitual.

La entrada de miss Hotspur en la celda de Lena contuvo la ola de lágrimas que de los ojos de la joven salía. Permaneció un instante Lena avergonzada de verse sorprendida de haber dado el espectáculo de su debilidad, de haber revelado casi el secreto de su desconsuelo. Mas levantando sus ojos enrojecidos hacia los de la inglesa, leyó en ellos tan tierna compasión, que otras lágrimas más suaves refrescaron sus mejillas, y la joven, apoyando su frente en el hombro de la institutriz, acabó de llorar, tranquilizándose.

Gwendolina la dejó llorar de aquel modo.

– ¿Qué es lo que la apena tanto? ¿Qué es lo que hace sufrir á mi hijita?

Lena sintió subir la confidencia á sus labios. Por un último impulso de falsa vergüenza se retuvo aún, limitándose á decir á miss Hotspur:

– Esta noche, si usted quiere, mi buena Gwen, se lo diré á usted todo. No hable de nada de esto á mi tía. Que ni sospeche siquiera que he llorado.

La institutriz prometió á Lena lo que ésta le pidió.

Nada le costaba comprometerse á callárselo todo á la subpriora. ¿No era esta misma quien la había impulsado á acudir en auxilio de Lena?

El día acabó como de costumbre, sin la menor alusión á las lágrimas de la joven.

La noche llegó.

La buena Gwen propuso á Magdalena dar un paseo por los alrededores. La proposición fué acogida favorablemente por la Ondina.

El convento de las Damas de la Prudencia está situado á alguna distancia de Auray. Había entre el convento y la ciudad unos veinticinco minutos de marcha.

Miss Hotspur y su compañera dirigiéronse á paso lento hacia el pueblecito. Atravesaron la línea férrea y siguieron la orilla del río, encaminándose hacia las plataformas del Loc'h.

La institutriz tenía su plan.

La experiencia había demostrado que en muchas circunstancias una distracción hábil puede modificar las malas disposiciones de un espíritu, y que el espectáculo de la naturaleza es frecuentemente el mejor sedativo para ciertos dolores.

Si Lena creía su secreto sepultado en lo más profundo de su alma, engañábase grandemente. Hacía ya muchos días que de aquel secreto se había apoderado Gwen.

Pero con la más hábil prudencia, con la más fina delicadeza, la institutriz aguardó á que algún acontecimiento le ofreciese ocasión de intervenir, á la vez como consejera y como amiga, en lo que pintorescamente ella llamaba los «negocios» de Lena.

Esperaba, pues, que la confidencia anunciada por la mañana iba á surgir espontáneamente del corazón oprimido de su discípula. Por eso eligió aquel sitio para el proyectado paseo, pensando que la soledad soltaría la lengua de la huérfana, en lo cual no se engañaba más que á medias, pues la eventualidad se produjo, si bien de una manera bien distinta de la que Gwendolina había imaginado.

Las dos mujeres iban al mismo paso á la luz de la luna, á través del más radiante paisaje que han iluminado los esplendores del firmamento.

Llegaron juntas á la altura del Loc'h.

Una brisa muy ligera, dulce y suave agitaba las copas de los árboles.

Lena subía la pendiente corriendo.

Gwen, menos ágil, medía sus pasos por sus fuerzas, no queriendo llegar rendida al punto culminante de la cumbre.

Cuando se vió arriba, la Ondina la esperaba ya sobre una piedra, y le dijo alegremente:

– Mi buena Gwen, ¿es tanta su edad que no puede usted ya correr?

Y antes que la inglesa pudiera contestarle, añadió:

¿Sabe usted? ¡Todavía no hemos llegado hasta el fin!

Y mostró la cruz del Loc'h que se eleva sobre la torre cuadrada, sobre el original mirador que se alza allí como el puesto de un vigía, y del que la tradición asegura que fué construído por los vandeanos en los tiempos de sus grandes guerras.

– ¡Vamos hasta el fin!, exclamó la joven.

– ¡Vamos!, respondió Gwen, que se regocijaba viendo á su «hijita» en mejor disposición de espíritu, y preparábase á recibir la confidencia que por la mañana le prometió.

Ya estaba Lena de pie subiendo el primer escalón.

La torre del Loc'h no es muy alta; sólo mide de diez á once metros desde su base hasta el extremo de la cruz de piedra, hecha de una sola pieza. Pero la plataforma sobre la cual se levanta domina los alrededores, y esto permite abarcar con la mirada desde aquella altura un panorama maravilloso.

En aquel momento el paisaje, bañado por la luz de la luna, era mágico.

El astro nocturno hallábase en su plenitud, mostrando su disco intacto en medio de un firmamento tan límpido y tan claro que parecía una bóveda de cristal. En torno, en aquella bóveda misma, las estrellas lanzaban sus rayos como destellos de diamantes esparcidos en átomos infinitos. Acaso nunca la profundidad de los cielos pareció contener, para regalar con ella las miradas del hombre, mayor suma de inmensidad visible, casi tangible.

Abajo, la tierra diríase que era llana, pues desarrollábase en extensiones prodigiosas, en horizontes sin límite, que aparecían medio velados en un impalpable polvo de plata.

Las cimas cubiertas de hojas eran blancas, siendo tal la intensidad de la luz que, en sus degradaciones proporcionales, la sombra proyectada era de la negrura de la tinta, cortando con precisión las siluetas sobre el suelo. El agua del río de Auray retenía partículas de aquella luz como si la humilde corriente hubiera arrastrado rayos disueltos y líquidos.

A sus pies, bajo el ribazo, Lena veía los tejados y los muros del pueblo blanquear con claridad mística consoladora. Por el lado opuesto del puente de piedra que une las dos orillas, Saint-Goustan dejaba ver su apretado montón de casas cubiertas de pizarra ó de ramas secas, y sus dos iglesias, de las cuales una, completamente nueva, está dedicada á Nuestra Señora de Lourdes, y la esclusa, donde se oía á la espuma bramar al pie del dique de granito.

Invenciblemente, era hacia aquella agua brillante hacia donde siempre se iba la mirada.

El río corría en ondulaciones, redondeando sus curvas, enlazando la tierra con sus repliegues, á la manera de una serpiente gigantesca cuyas escamas, parecidas á una armadura, llevaran en sí un reflejo fantástico.

Al pie mismo de las dos espectadoras, el talud del paseo, dominando la corriente, hacía el efecto de una altura escarpada inaccesible, en cuya cima la torre con su cruz venía á ser algo así como el supremo testimonio de la impotencia del hombre para elevarse más, algo así como el acto de fe sublime pidiendo á Dios que hiciera descender algo su firmamento hacia la tierra. Más allá el panorama prolongábase, se ensanchaba en planos sucesivos, en cuadros variados sobre los cuales resaltaban las más pequeñas sombras.

Detrás de ella, volviendo la vista á los sitios que acababa de dejar, Lena descubrió entre el follaje los tejados del convento. En las masas sombrías adivinaba la capilla y más lejos el Campo de los Mártires. Los caminos cortaban como cintas la llanura, y entre ellos la vía del ferrocarril hacía resplandecer aquí y allí sus rieles usados por el roce de las pesadas ruedas.

Más lejos aún, allá donde la vista no percibía más que contornos inciertos, allá donde la bóveda lumi nosa tocaba la tierra, en el borde extremo donde parecían lindar el globo terrestre y el cielo, destacábase, misterioso, inexplicable, un punto claro, semejante á una estrella más pálida que hubiera quedado suspendida á algunos metros del globo.

– ¡Santa Ana!, gritó alegremente Lena.

Y sin pensar en lo que hacía, arrebatada por el entusiasmo que despertaba en ella tan esplendorosa noche se puso á batir las palmas.

Lo que aplaudía de aquel modo en su juvenil rasgo de poesía era la estatua dorada que domina el campanario de la basílica de Santa Ana.

Las radiantes claridades que bañaban la efigie daban á la imagen de la madre de María un incomparable brillo.

De toda aquella naturaleza en reposo, de aquella tierra muda, de aquellos árboles refrescados por la noche, de aquellas casas dormidas en el silencio, elevábase una inmensa armonía de voces difusas, algo así como un poema de adoración cuyo encanto y cuyo hechizo ninguna palabra humana hubiese podido expresar.

Y á medida que las horas sombrías hacían más hondo el silencio, los mil rumores esparcidos íbanse haciendo más musicales.

Primero los grillos habían preludiado el concierto. Luego, como *solos* lejanos, fueron llegando del horizonte, de los cuatro puntos cardinales, los ladridos de los perros de granja, cortados de vez en cuando por el grito monótono de los buhos. Como ya iban á dar las diez, eran los pájaros más pequeños los que empezaban á dejar oir sus voces

¿No era la estación de los nidos y de las crías?

Lena, inmóvil bajo la torre, aguzaba el oído.

– ¡Vamos allá arriba!, repitió la joven al darse cuenta de que embriagada por el espectáculo se había detenido en el primer escalón.

Y rápidamente subió los tres tramos de la torre y se encontró al pie de la cruz misma.

No ganaba mucho en el cambio porque las líneas del cuadro se hubieran extendido algunos metros más. Pero toda ascensión lleva en sí la seducción de elevar el alma á la vez que el cuerpo. El hombre es un ser destinado á las sublimes contemplaciones, y parécele adquirir algo de la inmortalidad cada vez que se aleja de este suelo, teatro y centro de atracción de su vida animal.

La gravedad es la ley característica de la fatalidad humana.

Para Lena no era sólo el alejamiento de la tierra, era una subida vaga, casi inconsciente á través de las sombras de la noche que velaban la base de aquel pedestal improvisado, ocultándola tan bien, que hacía el efecto de que flotaba en el vacío, por encima de las nubes, en una atmósfera intermedia entre la tierra y el cielo.

Estaba allí, sobre aquel monumento de piedra informe, apoyada en la verja de hierro que le sirve de barandilla, sin ver los cimientos de la torre, pues veía sólo los escalones blanqueados por la luna que se perdían en espiral, borrándose gradualmente en la sombra. El vértigo, esa sensación que no existe más que de día, convertíase para ella en una especie de flotación en lo confuso y en lo indefinido. Y en el seno de aquellas impresiones nuevas, la ondina experimentaba una voluptuosidad desconocida, intensa, que le hacía casi olvidar el ayer y abstraerse del mañana.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

CHOQUE DE TRENES EN LOS ESTADOS UNIDOS

Los yankees son como niños grandes, inteligentes, jugadores y prácticos: para ellos no hay nada que no pueda servir de pretexto á un cambio de dinero. Así se cuenta que dos norteamericanos que pasaban por la orilla de un río vieron á uno de sus amigos caer al agua y luchar contra la corriente que lo arrastraba. «Se ahogará,» dijo el uno. «¡Ca!,» respondió el otro. «Veinte dollars á que se ahoga,» repuso el primero. «Cincuenta á que no,» replicó el segundo. Y concertada así la apuesta, aquellos dos individuos presenciaron impasibles la agonía del desdichado, que no tardó en sucumbir: ninguno de ellos aisladamente hubiera vacilado en acudir en auxilio de su amigo; pero había una apuesta de por medio, y si uno de los dos jugadores hubiese ayudado al moribundo habría perdido lo apostado.

El experimento de *Crush City*, algo menos macabro, tiene además la ventaja de ser más verídico que la anterior anécdota, sin ser por esto menos característico. La Compañía de los ferrocarriles Missuri-Kansas-Texas quería deshacerse de varias locomotoras y vagones viejos, que vendidos por el procedimiento ordinario, hubieran producido una cantidad insignificante. Uno de los principales agentes de la compañía concibió el proyecto siguiente, muy en armonía con su apellido, puesto que se llama Crush y *crush* en inglés significa aplastar, destruir: este buen señor propuso nada menos que hacer chocar las máquinas y los coches, ya que venderlos era un mal negocio. Aceptado el proyecto, se escogió un terreno de unos 400.000 metros cuadrados de superficie, rodeado por varias colinas que forman un anfiteatro natural, y luego se anunció por todos los medios con que en aquel país cuenta el reclamo, que tal día y á tal hora todos los aficionados á emociones fuertes podrían presenciar un accidente ferroviario, viendo cómo dos locomotoras arrastrando varios vagones se precipitaban una contra otra y se destrozarían con gran estrépito.

Choque premeditado de trenes en los Estados Unidos



Fig. 1. – Momentos antes del choque



Fig. 2. – El choque

Treinta mil personas respondieron á este anuncio, y abandonando sus ocupaciones se trasladaron el día fijado al lugar del experimento, que fué bautizado con el nombre de *Crush City*. Durante un día, en efecto, aquel sitio se convirtió en verdadera ciudad, pues además de los curiosos acudieron muchos industriales, como saltimbancos, fenómenos de feria, vendedores de bebidas y comestibles, empresarios de juegos de azar, amén de los agentes de policía que prudentemente organizaron barracones que podían servir de cárceles y de hospitales. Si sumamos los precios de entrada, que pueden calcularse en un dollar por persona, los beneficios realizados con el transporte por ferrocarril de aquella multitud y los alquileres de los puestos en que se instalaron los industriales, veremos que resultó ventajosa la *venta* del material inservible. Y como además de esto, treinta mil personas habían pasado un momento de inefable angustia, experimentando una sensación nueva, todo hubiera ido perfectamente si no hubiesen ocurrido algunos accidentes mortales. Pero no anticipemos los sucesos.

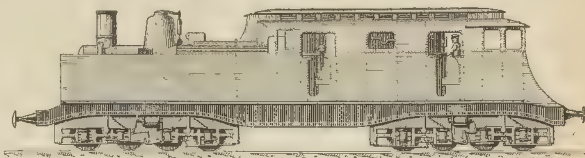
La locomotora número 999 y la 1001, que arrastraban sendos trenes de seis vagones, después de hecho su último viaje, retiráronse á 1.600 metros del sitio, y por vías diferentes cruzáronse á toda velocidad; puestas luego en la misma vía, moviéronse á pequeña velocidad, y al llegar cerca una de otra se detuvieron, y cual dos gladiadores se saludaron con sus silbatos y campanas entre las aclamaciones de la multitud; después fueron dirigidas á los *starting posts* y lanzadas una contra otra á toda velocidad.

Para indicar á qué punto había llegado la excitación, mencionaremos un incidente: el maquinista del tren 1001 permaneció en la locomotora hasta que ésta marchó á toda velocidad para asegurarse de que todo iría bien, y cuando todo estuvo preparado se suspendió del estribo y saltó sobre uno de los montones de ceniza que á este efecto se habían dispuesto á lo largo de la vía, sin hacerse ningún daño.

Los dos monstruos se aproximaban envueltos entre nubes de vapor y de humo, mientras la multitud prorrumpía en frenéticas aclamaciones: á poca distancia del punto del choque habíanse colocado un centenar de petardos, que las locomotoras hicieron estallar á su paso. Esta fué la señal de silencio; quince segundos después ocurrió el choque, choque terrible, monstruoso: por un momento los dos trenes retrocedieron, pero en seguida lanzáronse uno sobre otro haciendo explosión las calderas y aplastándose los vagones. Los restos de las máquinas volaron en todas direcciones, y una espesa nube de vapor ocultó durante un segundo el espectáculo: cuando se hubo disipado, vióse que las dos locomotoras y siete vagones no formaban más que un montón informe y repugnante. La comedia había terminado, pero entonces comenzaba el drama. Dos personas habían sido muertas por los hierros proyectados por la explosión y muchísimas resultaron heridas, habiendo corrido la voz de que habían sucumbido muchas más, lo cual por poco hace estallar un motín. Pero muy pronto se calmó la emoción y los *cazadores de recuerdos* se apresuraron á recoger, quién un pedazo de madera de los vagones, quién una pieza de las máquinas, objetos que servirán de adorno en sus viviendas.

Pudiera ser que ese experimento costase caro á la compañía, porque son muchas las víctimas que le piden judicialmente una indemnización de daños y perjuicios. – G. Pellissier.

(De *La Nature*)



Locomotora eléctrica Heilmann

GEMELOS PARA AUMENTAR EL RELIEVE DE LOS OBJETOS

Sabido es que la sensación del relieve procede de que nuestros dos ojos ven los objetos bajo ángulos diferentes, y aun cuando puede objetársenos que también la percibimos cerrando un ojo, esto es debido á la costumbre, ó mejor á la memoria, que nos dice que el relieve existe y cómo existe. Un tuerto de nacimiento no lo percibe, y en cambio ciertos animales que tienen los ojos muy desviados deben tener de él una sensación exagerada.

En los gemelos ordinarios hay que atenerse á la desviación media de los ojos que, en general, es de seis á siete centímetros, y como el ángulo bajo el cual se ven los objetos alejados es casi nulo, el relieve no existe. Para remediar este inconveniente, los señores Zeis de Jena y Huet de París, reanudando los ensayos hechos por el italiano Porro, han creído que por medio de prismas podían apartar á un lado los objetivos, dejando, empero, los oculares en el desvío obligatorio. Los gemelos que han fabricado, ajustándose á este principio, se componen (fig. 1) de dos prismas de reflexión total, uno B, situado delante del objetivo H, quiebra el rayo procedente del objeto y lo envía á otro prisma A, situado delante del ocular: el grabado indica claramente la disposición de los prismas y el curso que sigue el rayo luminoso. Con estos gemelos se llega á poner los objetivos á 11 centímetros uno de otro, desvío superior al de los ojos.

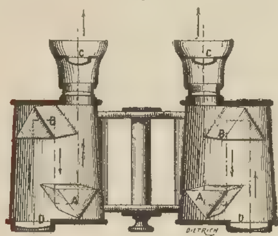


Fig. 1. Gemelos que permiten apreciar el relieve de los objetos distantes

Haciendo uso de un tercer prisma que permite colocar al ocular C en una posición perpendicular al eje del tubo (fig. 2), puede obtenerse aún mayor desvío entre los objetivos D; y M. Zeiss, que construye ya un modelo de este tipo, en el que el desvío es de 30 centímetros, se propone construir otro en que los objetivos resultarán á una distancia de 1'50 metros y que estará destinado á contemplar desde un punto elevado vistas panorámicas.

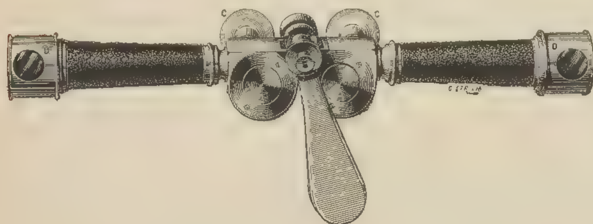


Fig. 2. - Los mismos gemelos con un tercer prisma por medio del cual los rayos son enviados á los oculares colocados perpendicularmente al eje del tubo

El empleo de los prismas permite además servirse de lentes de largo foco, con las que se obtienen grandes aumentos, conservando un campo bastante

extenso sin que la longitud del tubo sea exagerada. De modo que pueden obtenerse en forma portátil instrumentos que den los mismos resultados que los anteojos de larga vista.

G. MARESCHAL.

***

LOCOMOTORA ELÉCTRICA HEILMANN

La compañía de ferrocarriles franceses del Oeste pondrá en servicio durante este año dos locomotoras eléctricas: se comprende el interés que ofrece este nuevo sistema de tracción con sólo considerar los inconvenientes que en el de vapor ofrece la transformación del movimiento de rectilíneo alternativo en circular, y la imposibilidad de que haya sobre cada riel más de una rueda motriz. Para mejorar, pues, la actual locomotora hácese preciso, entre otras cosas, aumentar el número de ruedas motrices, y el ideal sería que lo fuesen todas las del tren. La solución de este problema es, en principio, relativamente sencilla: sabido es, en efecto, con cuánta facilidad puede construir un motor eléctrico que no necesita transformarse el movimiento, puesto que da vueltas desde que recibe la corriente. Estos motores ocupan muy poco sitio y pueden colocarse en el eje de las ruedas. Pero el material de vagones que actualmente poseen los ferrocarriles se presta poco á esta transformación que costaría una suma enorme. Debemos, pues, contentarnos por el momento con aplicar el principio solamente á la locomotora, colocando un motor eléctrico en cada uno de sus ejes. Ahora sólo falta escoger un medio para surtir á todos estos motores de la corriente eléctrica que necesitan: por de pronto hay que descartar el empleo de pilas ó de acumuladores por razones que sería largo exponer. Otra solución consistiría en colocar á lo largo de la vía, como se hace en los tranvías, una canalización á la que una fábrica suministrase la corriente y en unir constantemente por medio de un alambre fino ó trolley la locomotora á esta canalización. Mas esto, que es posible tratándose de un tranvía, resulta muy complicado en un ferrocarril, y por consiguiente ha de prescindirse también de este procedimiento.

M. Heilmann ha adoptado otro medio que consiste en montar la instalación generatriz de la corriente en la misma máquina. El grabado de la página anterior da una idea de la forma de esta construcción: consiste en una especie de gran furgón de palastro que tiene en su parte delantera una forma prolongada como la proa de un buque, á fin de disminuir la resistencia del aire. Este furgón descansa por delante y por detrás en dos plataformas ó *bogies* con cuatro ejes cada una. En la parte trasera de este furgón están la caldera y el combustible, y en la delantera la máquina de vapor que mueve una dinamo generatriz de la corriente, la cual es enviada á los motores eléctricos colocados debajo y montados directamente sobre los ejes de las ruedas de los *bogies*, todas las cuales contribuyen de este modo á la tracción.

El peso total de la locomotora es de 120 toneladas, y según los ensayos realizados en los talleres en donde se está terminando la construcción, se calcula que con ella podrá arrastrarse un tren de 250 toneladas á una velocidad de 100 kilómetros por hora.

G. MARESCHAL

(De *Le Monde Moderne*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Panorama nacional. - Se ha publicado el cuaderno 19 de esta obra que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles: contiene 14 bellísimas fotografías que reproducen notables monumentos de Toledo, el Escorial, Trapucó (Menorca), Manila, Villacarriedo, Alicante, San Salvador de Oña, Cáceres, y vistas de Cartagena, Puerto Pajares, Ciudadela y Filipinas y una gran vista panorámica de Mahón. Véndese á 70 céntimos.

Revista de Instrucción Pública de Bolivia. - El número último de esta revista mensual que se publica en Sucre contiene interesantes trabajos, documentos y noticias relacionados con la instrucción.

Fabianelo, por *J. Díaz Macías.* - Poema bellísimo por su forma y por su fondo, pues entraña ideas que de propagarse y arraigar entre la clase obrera contribuirían poderosamente á la solución de los conflictos sociales. El Sr. Díaz Macías, de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, demuestra en su obra, premiada en público concurso, ser tan buen poeta como sociólogo. *Fabianelo* va precedido de un notable prólogo del Ilmo. Sr. D. Juan Uña, ex consejero y ex director general de Instrucción pública, y ha sido impreso en Badajoz, en la tipografía de Antonio Arqueros.



El general Ulises Heureaux,
presidente de la República Dominicana, recientemente reelegido
(de fotografía)

De colada (La gramática en lejía), por *Francisco Antich é Izaguirre.* - El conocido poeta y novelista Sr. Antich é Izaguirre demuestra en esta obra sus profundos conocimientos gramaticales: el estudio acabado que hace de algunos importantes puntos con la gramática relacionados merece ser leído por cuantos se interesan por la lengua castellana. *De colada*, impreso en Palma de Mallorca, en la imprenta y librería de los Hijos de J. Colomar, se vende á una peseta.

Revista Argentina. - El último número de esta revista que se publica en Buenos Aires inserta interesantes artículos de Ignacio A. de Parga, J. Medina y Olano, Italo Ferrini, Julio del Campo, P. Zorreguieta, Celina M. Díaz, y varias secciones de noticias.

Barcelona á la vista. - El cuaderno 8.º de esta notable publicación que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Antonio López, contiene 16 bellísimas fotografías que reproducen edificios, monumentos y sitios notables de nuestra ciudad. Véndese á 30 céntimos.

La Ilustración Guatemalteca. - El último número de esta revista quincenal que se publica en Guatemala publica notables trabajos de R. A. Salazar, A. Macías del Real, Manuel E. Vega, J. L. Vega y F. S. de Tejada y bonitas autotipias perfectamente ejecutadas.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVI ←— Barcelona 12 de abril de 1897 —→ Núm. 798



ECCEHOMO, escultura de Rafael Atché (Salón Parés)

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Meditación sobre la Semana Santa. – Mi valle levantino. – Los anuncios de la Semana Mayor en Elda. – La Madre Dolorosa en los Evangelios y en las tradiciones. – Un Cristo de Morales. – Una procesión de Jueves Santo en Elda. – El Pasmo de Sicilia y Rafael de Urbino. – El dolor maternal. – La Virgen al pie de la Cruz. – Conclusión.

Escribo al comenzar la Semana de Pasión, por ende, al acercarse la Semana Santa, y no puedo vencer el deseo de ir evocando mis recuerdos y haciendo aquellas reflexiones que traen aparejadas consigo estas festividades religiosas del año. Ni la intimidad en el hogar de las Nochebuenas, tan regocijadas para los niños, que aturden las cabezas más seguras con sus rabeles y zambombas pastoriles, resonantes á églogas; ni la festividad con que principia el año, celebrada con mutuos recuerdos y bendiciones y regalos; ni la famosa Candelaria, conservada siglos y siglos en remedo y copia de las romanas Lupercales; ni el mismo día de San José, tan festejado, guardan el manantial de inolvidables emociones por estos días santos inspiradas, en los cuales días pasamos, cuando sabemos sentirlos, desde los arrebatos del férvido entusiasmo popular, expresado con los ramos de olivo y con las hojas de palmas, á las injurias del pueblo, escupidas con ingrato furor al rostro de su Mesías, y desde los júbilos de la Santa Cena, en que la divinidad se difunde por el ser humano, á los lutos y duelos de la muerte, simbolizados por las negras telas que cubren los templos como las nocturnas sombras los espacios, y desde los abismos insondables de la muerte, que nos aflige con sus dolorosos misterios, al sábado de la Resurrección, que nos alegra con sus promesas del rejuvenecimiento universal para todos los seres y de la perenne inmortalidad para nuestras almas.

* * *

Yo recuerdo todos los años mi valle levantino. Llegan por estos días las primeras golondrinas con revoloteos y píos alegrísimos. Los botones de manzanos y de albaricoqueros en flores matizadas estallan, que preceden á las hojas, bajo cuyas henchidas yemas preparan las aves sus nidos. Acaba el último vapor de la neblina en los montes y comienza el primer arpegio de las filomenas en los rosales. Aroman las brisas del Mediterráneo los salados efluvios de las algas, unidos á las bocanadas de los azahares que llegan leguas y leguas tierras dentro. Las palmeras vibran en lo alto, cual conjunto de arpas angélicas, preludiando en las solemnidades religiosas el hossanna ó el antífona de la misa. Todo sonríe. Desde la hermosa luna de Pascua rielando en los remansos, hasta las matas de claveles cubriéndose de capullos en los macetones. Todo sonríe. Y sin embargo, el altar en la Iglesia llora. La tristeza del morir se asocia en esto al gozo de florecer, como una serpiente atisbando el primer aleteo de las avecillas que persigue. La Virgen de los Dolores aparece llorosísima sobre las aras con sus siete espadas hundidas en el corazón; y al pie de sus negras ropas, en tazones relucientes por su cristal y por su porcelana, huelen como incensarios y gallardean como mariposas las blancas azucenas. Y por todas partes oíanse, allá en mi pueblo, al anochecer, murmullos de voces que susurraban dentro de los hogares con unísono eco. Y estos murmullos decían á una que rezaban las familias los misterios dolorosos, acompañadas por el rosario y presididas por los mayores de la tribu, en sus sillones asentados, después de haber ido, antes que cayera la tarde y que sonara la oración, en grupos á rezar los pasos extendidos al aire libre dentro de capillejas, donde resaltan lucientes porcelanas por el Calvario y el Convento que los seculares cipreses cubren y el cercano cementerio entristece.

* * *

Quedando siempre las mismas ideas en los fondos del alma, ¡cómo cambia el influjo por ellas ejercido, según la edad y la experiencia! Para nosotros, de niños, aparecía la pasión de María sobre la pasión de Jesús. Y sin embargo, no es lo mismo en el Evangelio. Atentos los evangelistas á confiarnos de Jesús aquello que interesará siempre á todas las generaciones y á todos los tiempos, háblannos mucho de su historia pública y háblannos poco de su historia particular ó privada. Entre las terribles señales de nuestra edad, ninguna tan verdaderamente infausta como la curiosidad insana que se apodera del público, indagando los actos animales, diarios, personalísimos, de los grandes hombres con preferencia, siquier sean particulares y privados, á las ideas y los afectos eternos, únicos factores interesantes, así á la historia como á la ciencia. Embargado el pensamiento de los evangelistas por la divina misión del Salvador, no refieren de su vida privada sino aquello que se necesita saber para fundar la correlación estrecha con sus vocaciones y con sus fines. Pero la fe cristiana y la tradición universal y el sentimiento de todas las generaciones han suplido este silencio, evocándonos la Madre del Salvador, muchas más veces que á la hora de su apostolado y de su triunfo, á la hora de su pasión y de su muerte. Acércase á más andar ésta en las páginas postreras de los Santos Evangelios. El pueblo tornadizo y voluble se aira contra el Galileo, á quien recibiera como un Mesías el Domingo de Ramos. Las gentes farisaicas, innumerables á la sazón en Jerusalén, comunícanse unas á otras lo dicho por aquel profeta, que se ofrece como Hijo de Dios en su increíble soberbia y promete derribar el templo de Jehová con una palabra y reedificarlo á los tres días. La gente oficial romana oye con menos interés lo relativo al profeta, por haberlos muy numerosos entonces en Palestina, incendiada por el Mesianismo Universal. Pero sabe que Jesús ha dicho algo, lo cual no cree bueno, de tributos á César, y algo de su propia regia dignidad personal. Y de aquí asechanzas eclesiásticas é imperiales á Jesús. Así desmayan los mismos apóstoles, tan ufanos cuando las palmas y los ramos de olivos saludaban á su Maestro, tan recelosos cuando le acosan los rayos del Sanhedrín judío y las lanzas del pretor romano. Pedro se apercibe á negar; Judas á vender; y entre tantas angustias, el Salvador llora lágrimas de sangre, siente agonías de muerte, alza las manos al cielo desde aquel huerto de las olivas, donde se iniciaban los prodromos de su pasión y los presagios de su fin; pide la intercesión del ángel con Dios, para que, si fuera posible, pasase de sus labios aquel amargo cáliz. Pero fué más amplio y más acerbo el cáliz de María, pues, como madre, centuplicó en su corazón las penas de su hijo.

* * *

El divino Morales, en cuadro que resplandece por Toledo, nos ha presentado la cabeza de Cristo al concluirse la flagelación, al pisar la vía del Calvario; y aquella cara lívida con la negra cruz á su lado, la diadema de abrojos en su frente, los cordeles al cuello, las lágrimas nublando aquella mirada que padece y aun expresa compasión de los demás, la sangre corriendo por los surcos de las mejillas y goteando de la negra barba, la respiración troncada por tensión de su garganta en una especie de sollozo, tienen tal realidad, que veis pasar todos los dolores humanos juntos y sentís allí la crucifixión á que os adscribe y sujeta vuestro propio ser, desposado el infeliz desde su nacimiento con la pena y con la muerte. Pues más efecto que la inmortal artística pintura de Morales producían en mí los santos de mi tierra en esta semana mayor. Cuando, por un lado, en aquella procesión de Jueves Santo se veía la Soledad y por otro lado entraba el Nazareno, como la naturaleza humana se reproduce y se copia toda ella en cada instante sublime, la inteligencia con el corazón se ponían en tanto caso, y las penas horribles, y los desengaños asesinos, y los combates eternos, y las tragedias infinitas é innumerables agolpábanse á nuestros corazones y nos traían el recuerdo completo de cuanto habíamos sufrido todos en nuestros progenitores y el anuncio de cuanto deberemos á una sufrir todavía en todos nuestros descendientes.

* * *

Rafael ha pintado por maravillosa manera el paso de Cristo desde la casa de Pilatos al Gólgota. Es el momento en que, agotadas las fuerzas de Jesús, necesita le auxilie y le acorra el Cirineo. Está Cristo caído en el suelo. Los golpes que le han dado, las heridas que le han abierto, la cruz que le han puesto sobre los hombros, las espinas con que le han taladrado la frente, los insultos y las vociferaciones de tanto calumniador como lo ha perseguido y acosado, la pena sugerida por los perjurios y por las traiciones, el coro infernal de blasfemias, la bofetada, la flagelación, la pública ignominia, en tales términos han acabado con él, que no puede sobrellevar la pesadumbre de su vida y cae derribado, como un árbol seco, por tierra. Pero hay quien sufre más allí, hay quien padece padecimientos más acerbos todavía: su pobre madre. Jesús parece no querer verla, por no resultar al cabo en aquella terrible situación que da involuntaria muerte á quien le diera vida. Por tanto, vuelve los ojos á las mujeres compañeras suyas, y viéndolas llorar también como su Madre, les dice: «No lloréis, hijas de Jerusalén, por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos.» Con efecto, Cristo vió todas las consecuencias de aquel terrible minuto; vió el templo de sus progenitores arruinado; el santuario destruído; las generaciones de aquella ciudad enclavadas como Él en una cruz; Sión hecho un monte de cenizas, y los hijos de Sión, que se creyeran señores de la tierra, dispersos, arrastrando una cadena moral, peor cien veces que la cadena material de los esclavos, el eterno deshonor y la eterna ignominia, sólo por no haber comprendido las nuevas ideas contenidas en sus viejos ideales.

* * *

Mas el dolor de los dolores no está en Cristo crucificado, está en su madre al pie de la Cruz. Para comprenderlo necesitamos tan sólo recordar el ministerio cedido de consuno por Dios y por el universo á la madre. Sólo un amor como el suyo podría conllevar los dolores congénitos á la gestación, al parto, á la crianza de sus hijos. Por eso en la maternidad ha puesto Dios invencibles propensiones á la enajenación de sí misma, que parecen un suicidio lento y que son un holocausto perpetuo. Por algún ave que deje su cría sobre el nido ajeno, en la universalidad casi de ellas, el sentimiento maternal fija inquietas alas como inquietos nervios sobre su nido, y los tiene allí como petrificados é inertes, dando el fuego de vida propio suyo á los menudos seres encerrados en las cortecillas del huevo. ¡Cuánto no ha menester la naturaleza de un ave contrariarse y qué milagros obra en ella el amor, cuando se calla y se fija, pliega sus alas y cierra su pico, entregada por completo á la incubación que pide y necesita la perpetuidad indispensable de su especie! Dígase cuanto se quiera por los pesimistas: así que la mujer siente un fruto de su amor en las entrañas, ya se ha transfigurado. Y así que tiene un hijuelo ha compendiado su vida entera en la cuna. Imaginaos qué le pasará en materia de dolor, cuando esa cuna se torne horrible sepulcro y la criatura idolatrada yerto cadáver. El dolor de María en la Cruz excede al dolor de Cristo, porque la pasión de Éste se agranda y exacerba y recrudece al pasar por las telas del corazón de su Madre. Adoremos á María en el pie de la Cruz.

Madrid, 5 de abril de 1897.

EL SUPREMO DOLOR

Cuando niños, los misterios augustos que conmemora la iglesia en estos días de Semana Santa nos producen sensaciones muy distintas de las que más tarde conmueven nuestro ser. De esa inmensa expansión de amor al hombre, que se llama la Redención, donde el Verbo de Dios en carne humana quiere ser víctima de una injusticia para destruir todas las injusticias, no vemos sino el génesis, el triunfo, el *Hosanna*. La Semana Santa es para la infancia la semana de las palmas y de los laureles, el tiempo de los Monumentos, donde el Divino Cuerpo sacramentado se ofrece glorioso al mundo desde los esplendores del altar. Y aun el dolor, la Pasión, la amargura revisten en aquel tiempo de la vida caracteres de un regocijo especial que acaricia nuestra tierna imaginación, sin herirnos el corazón ni preocuparnos el pensamiento.

Esto viene luego, más tarde, cuando el veneno de los desengaños nos sensibiliza el alma hasta llagarla, y por nuestros dolores y nuestras lágrimas comprendemos el Supremo Dolor de Jesucristo vendido por los fariseos, que son los sabios, y crucificado por los ingratos, que son los ignorantes. Entonces comprendemos cuáles y cómo debieron ser las lágrimas de aquella Madre, de cuyos brazos arrancan al Hijo de su amor, medio desnudo; á quien los latigazos dejaron la divina espalda en carne viva, y sangrienta la hermosa faz el espino cruel con que rodearon su frente. Comprendemos, cuanto puede alcanzar á comprenderlo la inteligencia del hombre, por qué debió caer desmayada la Santísima Virgen al contemplarle clavado en la Cruz, á aquel Hijo suyo, que sólo habló de amor y de verdad á los hombres. Entonces sí, antes no porque no se nos alcanza que en el mundo han perpetuado su raza Tiberio y Pilatos, Judas y Caifás, y toda esa grey de aduladores asalariados, de siervos venales, de soberbios cobardes y de hipócritas envilecidos que, como los de aquel tiempo hicieron con el Divino Jesús, nos abofetean y nos escupen al rostro entre carcajadas y mofas soeces cuando nos ven con las manos atadas á la espalda y la cabeza inclinada al suelo.

Pero cuando niños, ¿quién sabe todo esto?.. ¿ni que pueda llegar siquiera?

Yo recuerdo con singular encanto estos días de la vida. Paréceme que asisto, de la mano de mi madre, á contemplar el desfile de la procesión de la noche del Viernes Santo en mi pueblo. Treinta años de distancia no han borrado ni casi debilitado este recuerdo, y sé que entonces, cuando al desfilar ante mis ojos los *Pasos* de la piadosa comitiva, mi madre me hablaba de la Virgen de la Soledad que yo veía en andas al pie de una montaña de corcho y traspasado su pecho con espadas de plata, y del Nazareno, pálido y ensangrentado el rostro, con su vestido de terciopelo recamado de oro, llevando en hombros la santa Cruz, y de los sayones, á quienes la tradición y la piedad popular representó monstruosamente feos, azotando á Jesús con manojos de esparto que blandían en el aire con inverosímil ímpetu; cuando me hablaba mi madre de todo esto, señalándome é historiándome los *misterios* que pasaban ante mis ojos, sé que la oía como cuando se oye el relato de un cuento maravilloso, sin saber darme cuenta á punto fijo de si aquello aconteció en algún tiempo, ó si nos lo contaban nuestras madres para que fuésemos buenos.

Después veía cómo los penitentes, desnudos los pies y cubierto el rostro, arrastraban por las calles largas y pesadísimas cadenas ceñidas á sus cinturas. El tétrico rumor aquel me llegaba á los huesos y me helaba de terror, eso sí; y cuando la procesión se alejaba y veía entre las dos hileras de luces cimbrearse las palmas que adornaban las andas de los *Misterios* y más alta que todo la Vera-Cruz de donde pendían *improperios* de la Pasión que á mí me parecían juguetes, me daba calofríos aquel arrastre de cadenas que se confundía con el chillido de las cornetas militares y el solemne batir de los tambores; pero luego, cuando la calle quedaba desierta y cuando después me dormía en la alcoba de mi madre, aquel rumor persistía sobre todos los rumores de la noche, y desde el fondo del sueño veía á los penitentes con sus negras *vestes* y sus caperuzas cónicas caminar, inclinando el cuerpo hacia adelante para vencer la resistencia de las cadenas, al lento compás de los clarines de los soldados.

Pero todo esto tenía entonces para mí aires de fiesta, de fiesta triste y lúgubre tal vez, pero fiesta al fin, es decir, movimiento, vagancia, libertad.

La Redención del hombre, el cataclismo de cielos y tierra al expirar Jesucristo, el vuelco del vaso de los mares sobre la tierra, el desgajamiento de las montañas, el torbellino barriendo de la faz del mundo las impurezas de los hombres, el llanto de estrellas con que el cielo lloró la muerte del Hijo de Dios, y hasta el Supremo Dolor de María que yo había visto simbolizado con las espadas de plata clavadas á su pecho, no eran para mí, no son para el niño más que una leyenda vaga, lejana, que no cabe en nuestro infantil pensamiento.

Después vino la juventud, ese tiempo en que hasta las penas visten luto blanco; esa edad en que todo se analiza y se comenta, en que la vanidad del hombre llega á su grado máximo de necedad, y entonces



MADONNA, cuadro de Enrique Serra

estudiamos la Redención y elevamos ese *hecho*, con el más insigne orgullo, á la categoría de ciencia social. Como las Universidades y Academias, que alambican nuestro raciocinio, nos inclinan á ser comentaristas de todo y á aplicar nuestro espíritu crítico aun á las cosas menos sujetas á él, consideramos y discutimos la Pasión y Muerte de Jesucristo como un hecho histórico de profunda trascendencia para los pueblos y las razas. De él deducimos la decadencia del Estado político en Roma, el embrutecimiento de los pueblos orientales, y si, como es muy posible, el ardor de aquella edad nos lleva al sostenimiento y apología de las ideas democráticas, vemos en Jesucristo el libertador de los humildes, el apóstol de la libertad, el fustigador de los poderosos y de los ricos, y afirmamos, con un dogmatismo que más tarde nos inspira lástima á nosotros mismos, que Jesucristo fué el fundador de la doctrina democrática que descansa en los tres principios sublimes de igualdad, libertad y fraternidad, que después los pueblos han manoseado lastimosamente hasta el ridículo.

Solamente después, al través de los años, cuando hartos de luchar con la mentira y la injusticia, hemos perdido el candor y la inocencia del niño y las vanas esperanzas del joven y sabemos que toda la ciencia del hombre no es más que un pasatiempo pueril, un juego de niños mayores, y las tempestades de la vida han sacudido ese pomposo árbol de nuestro corazón arrancándole cruelmente las flores de las ilusiones y de los deseos, solamente entonces el Misterio de la Redención se ofrece tal cual es á nuestros ojos. Agrándanse inmensamente sus líneas y oímos mudos de terror el «Tengo sed» del Cristo agonizante y el suspiro desgarrador de la Virgen, al ver izarse en la estéril cumbre del Calvario la Cruz santa donde su Hijo padece para morir, abiertos los brazos como si quisiera estrechar en ellos á los hombres todos y abrevarles en el chorro regenerador de la sangre que brota de su corazón abierto.

Nuestros padecimientos sombra son tan sólo de los del Inocente, de los del Justo, y no obstante por ellos conocemos cuáles debieron ser los suyos. Él que vino para amar y enseñarnos á amar, diciendo á los hombres que el amor les regeneraría y les abriría las puertas de la eterna felicidad; Él que pasó sobre el lodo de la tierra sin mancharse de una injusticia ni de una culpa; Él que lo dió todo, verdad, sabiduría, salud y sangre para que el hombre supiera y pudiera ser feliz, porque le amaba tanto; Él que destruyó el orgullo y la soberbia y aniquiló la hipocresía y vino á poner á los hombres en paz, Ese recibe en pago de su misiva de amor el escarnio y la cruz.

«Crucifícale,» aulla el pueblo al juez de Roma. «¿Por qué?,» pregunta éste. Y el pueblo, que maldice la tiranía de Roma, contesta que es porque el hebreo viene á usurpar el poder del emperador. Y le arrastra por las calles de Jerusalén, bajo el peso de la Cruz, y le lleva al Calvario, blasfemando sin saber por qué y maldiciendo sin saber de qué, y allí le levanta en cruz y le parte el corazón de una lanzada y empapa sus sedientos labios con hiel y vinagre.

¡Cómo no debió temblar la tierra, espantada de tal monstruosidad! ¡Cómo no debieron huir aterrorizados los legionarios de Roma cuando desgarrándose el cielo y sacudiéndose el mundo, llenóse de tinieblas el espacio, cuando un haz de rayos de sol caía desde las profundidades del cielo sobre la Cruz divina, iluminando gloriosamente el Cuerpo agonizante del Hijo de Dios, cuya hermosa cabellera enredaba en torno á la lívida cabeza el huracán, que en su torbellino esparcía por la tierra el último suspiro de Jesús!

¡Cómo no debieron partirse de dolor las montañas al contemplar el Supremo Dolor de aquella Virgen Madre, sobre cuya cabeza goteaba la sangre del Hijo de sus entrañas, á quien el hombre crucifica por el delito de amar! ¡Cómo no debieron lanzarse airadas sobre la tierra las olas del mar al cometerse la injusticia de las injusticias, para tragarse á esos hombres, siempre los mismos, que pagan las mercedes con la ingratitud y el amor con el desprecio!

Sí, cuando les hemos conocido á esos hombres, cuando sus engaños y sus mentiras han llegado á endurecernos el corazón y envenenarnos el alma, entonces nos acordamos de Jesús subiendo por la calle de la Amargura al Calvario, y de esa Santísima Mujer que le sigue llorando, impotente para arrancarle de la muerte; y ante el Supremo Dolor del Hombre Dios que muere inocente por haber amado al hombre, y el de su Madre amantísima que le ve morir, pensamos en que todo dolor nuestro es deleznable, y sentimos que se redoblan nuestras fuerzas para subir hasta la cumbre de nuestro calvario y aceptar resignados la hiel y el vinagre, cuando, sedientos de amor y de caridad, gritemos á nuestros verdugos, como Jesús á los suyos: «Tengo sed.»

S. TRULLOL Y PLANA

EL SOL DE LOS ANDES

CUENTO CHILENO

El astro del día, con toda la intensidad de su fuego y la claridad de su luz vivísima, no era tan abrasador, ni brillaba tanto como el mirar de una mujer guaraní (1) de pura raza cobriza india, con el cabello negro como el ébano, suave como la piel del guanaco (2), largo, muy largo y muy abundante.

Moraba en los Andes allá por el año de 1520, y en la lengua de los pronancaes (3) la llamaban *el Sol de los Andes*, y á fe que se merecía el dictado, con la única diferencia de que los ardientes rayos del luminar que van á apagarse en las nieves de la famosa cordi-

(1) Raza india de la América del Sur.
(2) Llama sudamericano.
(3) Así denominaron los españoles á los chilenos.



EL SERMÓN DE LA MONTAÑA, cuadro de Moreno Carbonero,

existente en San [illegible]



BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN PORQUE ELLOS SERÁN CONSOLADOS, cuadro de Willy Spatz

llera al tocar en sus picos más elevados, se encendían más y más al herir el rostro y confundirse con los de los ojos del volcán que asomaba por ellos.

No se había visto nada que se le pareciese siquiera.

Ejemplar único en su clase, tipo admirable de su raza, fantasía viva de todo un mundo americano; embelesaba, arrebataba, atraía. Era un sueño con el vigor de la realidad, un encanto maravilloso por la virtud de cuya magia tenía cualquier creyente que inspirarse en toda su fe para no rendir culto á la idolatría; que si los ídolos todos del paganismo hubieran tenido la cara aquella y aquel cuerpo, hubiera sido extraordinario el número de prosélitos.

Cuando la tenaz resistencia de los chilenos á la invasión peruana, *el Sol de los Andes,* abandonando con los de su tribu las montañas heladas que le dieron su nombre, llegó hasta las márgenes del Biobio, adonde también se batieron ella y los suyos, no sin que á pesar de su empuje heroico quedaran dominados, siquiera fuese por poco tiempo, y gracias á los disturbios que causara la muerte en el Perú de Huaina Capac (1), sucesor en aquella conquista de su padre Tupac Yupanqui.

En tiempos de éste había quedado ya dominado por el Perú todo el territorio de Chile desde el valle que le dió nombre hasta el Cuzco, adonde regresó satisfecho de sus empresas aquel célebre emperador inca, el más grande de todos los de aquella dinastía de valientes de que tanto se han ocupado los poetas é historiadores.

Tupac Yupanqui dejó fuerzas suyas en todos los puntos que había conquistado.

La encarnizada guerra civil que estalló en el Perú á la muerte de Huaina Capac entre sus propios hijos Huascar y Atahualpa, hizo necesaria allí la concentración de las tropas, quedando por este motivo muy pocas en Chile.

Los chilenos creyeron que había llegado para ellos el ansiado momento de reconquistar su terreno, muy ajenos por cierto que unos hombres llegados de otro mundo tan desconocido para ellos, como hasta entonces ellos lo habían sido para su gran continente, habían de someterlos de nuevo á la misma condición á que los redujo Huaina Capac.

Del yugo de los hijos de éste consiguieron, eso sí, librarse, aprovechando las referidas luchas intestinas que diezmaban á los peruanos, en una memorable batalla que ha hecho época en la historia de los pueblos primitivos americanos. La batalla librada á orillas del Maule es de las epopeyas más grandes que se conocen.

Por ambas partes se batieron de un modo admirable, y ambos ejércitos combatieron con tenacidad heroicamente extraordinaria. Resistiéndose con escasas tropas los peruanos al abrigo de los fuertes que habían levantado; atacando á la descubierta los chilenos, retrocediendo un momento para rehacerse mil veces y atacando otras mil, hasta desalojar de sus posiciones al enemigo, duró la lucha tres días.

El Sol de los Andes brilló también en aquella memorable jornada.

Los rayos que fulminaban sus ojos eran las teas del combate que llevaban al asalto de las posiciones peruanas á los chilenos; sus gritos salvajes enardecían la sangre de aquellos bravos.

De aquellos bravos, que lo eran tanto como los defensores de los fuertes, los esforzados peruanos, los campeones del poderoso Imperio de los Incas.

. . . .

Habían pasado algunos años. Los españoles empezaban la conquista de Chile con lento impulso, gracias á las rivalidades de nuestros jefes, que en aquel país, como en todos, en la época del descubrimiento de América fueron tan grandes.

Entre los oficiales que acompañaron á Pizarro, iba uno que se unió luego á Almagro.

Pertenecía á una distinguida familia de Extremadura.

Se había batido siempre como un valiente. A diferencia de sus compañeros, á quienes llevaba una sed ardiente de oro, ante la cual todo parecíales pequeño y por la que llegaban á todo, era aquel apuesto guerrero hombre sin otras ambiciones que la de la gloria de España y la que pudiera cifrar en el cariño de dos mujeres á quienes adoraba en la tierra, como á unos ángeles del cielo: á su madre y á la que iba á ser para siempre la compañera amante de su vida.

Ante ellas quería presentarse con el lauro de la victoria: quería probar, siendo buen patriota, que se había hecho digno de aquel cariño tan grande que le tenían su madre y la que iba á llevar su apellido, honrado ya por su padre y glorificado con la sangre vertida en el combate en que perdiera la existencia dos años después de habérsela dado á él.

(1) El soberano del Perú.

Éste era Alfredo de Valdivia, pariente quizás del que fundó luego la que es hoy capital de la floreciente Chile.

En un momento en que se alejó de los suyos, fué sorprendido por un numeroso grupo de indios el bravo oficial Valdivia, quien se dispuso á vender cara su vida, defendiéndose, aunque inútilmente, de aquella avalancha humana, que con la fuerza de arrastre de los témpanos colosales de las montañas de los Andes, se le venía encima, le cerraba el paso y le intimidaba á que se rindiera. Aquel valiente guerrero español, no escuchando otras voces que las de su deber y su España, entabló una lucha titánica contra los chilenos hasta caer en tierra maltrecho, y lo hubieran allí rematado si una mujer, imponiéndose á todos y surgiendo de entre aquella tropa salvaje, no lo hubiese impedido, arrojando al suelo de un brusco é inesperado empujón á los que iban á descargar ya sobre él golpes tremendos que acabaran de cortar el hilo de su existencia.

– ¡A los vencidos no se les hiere, cobardes!, gritó aquella india, que no era otra que *el Sol de los Andes.* ¿No le habéis visto resistirse como un valiente él solo contra todos vosotros? ¿Cómo queréis ser grandes si no admiráis las grandezas, ni las consideráis, ni las respetáis?

– Es uno de esos extranjeros que vienen aquí á metérsenos dentro, á querer ser los amos, y aquí no hay más amos que nuestros jefes y... tú, que eres más que ellos para nosotros, repuso uno.

– Pues á callar y á obedecerme, añadió aquella mujer superior, en quien se notó, aunque quiso reprimirse en el acto, que al fijarse en Valdivia se había impresionado vivamente.

– Gracias, hermosa india, dijo el oficial español, tratando, con trabajo, de erguirse.

– A cuidar de ese hombre. Levantadlo del suelo, conducidlo hasta mi tienda; tened en cuenta que esa es mi voluntad, murmuró con imperio la india.

Aquellos salvajes tan fieros, dominados por *el Sol de los Andes,* pusieron por obra con toda exactitud su mandato y transportaron al herido con el mayor esmero al sitio que acababa ella de indicarles.

Al poco rato, cuando Valdivia se hubo repuesto del desvanecimiento que la pérdida de sangre que brotaba de sus heridas le había producido, su débil mirada se encontró con la ardiente de aquella mujer de fuego que le había salvado la vida, y quien le dirigió con el más tierno acento estas consoladoras palabras:

– Extranjero, no tengas cuidado; estás á mi lado, guardaré tu persona, curaré tus heridas, que la práctica de curar á los míos me ha hecho diestra en esto. Nada temas, gallardo joven, que *el Sol de los Andes* te da su calor y su sombra.

– ¿De los Andes?..

– Así me llaman aquí; yo soy para ellos *el Sol de los Andes.*

– Diríase que el dios de esta tierra.

– Casi como á tal me veneran, es cierto.

– Y con razón, según veo.

– ¡Ojalá lo creyeses tú así verdaderamente!

– Te lo juro; y para mí, cuando menos, si no mi Dios, has sido como un ángel de los que tiene en el cielo.

– ¿Y qué es un ángel?

– Algo así como tú. Luz hermosa y brillante; belleza y bien; consuelo y custodia; ráfagas de esa techumbre celeste que parece tocar en los Andes; algo que vuela por encima de nuestras desdichas, infinitamente más alto que el cóndor en la cordillera. ¿Lo comprendes ahora?

– Siento con un placer inexplicable esas palabras aquí dentro, muy dentro, repuso apretándose el corazón fuertemente con ambas manos. Por lo que quieras más en el mundo, añadió, por ese Dios que tú amas tanto y que tiene esos ángeles que tú dices, te pido de rodillas que no me engañes.

Y acompañando á la palabra la acción, iba á colocarse de hinojos ante Valdivia, quien haciendo un esfuerzo le impidió que se prosternase como iba á hacerlo.

– Un caballero español no miente jamás, le contestó con dignidad y resolución el guerrero.

– ¡Ah, gracias, bien mío! Luego entonces...

En aquel instante Valdivia, cuando se disponía á contestarle, se quedó nuevamente desvanecido.

«Lo primero es curarle, dijo para sí ella, me estaba olvidando de esto y pudiera perderlo, si me descuido. ¡Perderlo!.. Ni pensar quiero en semejante cosa. Equivaldría á que yo no existiese, y yo quiero vivir para él, para hacerlo feliz y ver si me ama... Si me ama tanto como yo á él...»

Y corrió en busca de los medicamentos de la madre Naturaleza, que era la única farmacia y toda la ciencia médica que allí se conocía.

Y dieron muy buenos resultados así el plan curativo como las medicinas propinadas por aquel ángel de Arauco.

El herido fué mejorando visiblemente, y ella continuó en su propósito de darle sólo á conocer con los ojos los sentimientos, que no pudiendo hallarse ocultos por tanto tiempo en su corazón, pugnaban por asomársele á aquellos labios, rojos como el color de la vergüenza, encendidos como el carmín del amor verdadero.

Un día en que ya se encontraba repuesto aquel prisionero de guerra á quien la india quería hacer igualmente el prisionero de su vehemente corazón, dijo Valdivia:

– ¡Cuántas gracias tengo que darle á Dios por haberme deparado en mi soledad compañía tan grata, en mi sufrimiento alivio tan grande y curación tan rápida y eficaz para mis heridas!

– Mucho quieres á ese Dios, extranjero: ¡quién fuera él!, añadió aquella mujer sublime con arranque apasionadísimo.

– ¡Pues no es nada lo que tú quieres ser!..

– ¿Tanto es Dios?

– Dios es todo: sabiduría, bondad, grandeza, inmensidad, mansedumbre, caridad, paz, amor infinito.

– Pues si quiere infinitamente, le adoro yo desde este momento, le declaro mi Dios, porque un Dios que ama tanto es el único Dios verdadero.

– Su amor es divino, elevado, abnegado. Ama espiritualmente á las almas buenas que lo comprenden y cumplen sus leyes, replicó Valdivia á la india cortándole la palabra rápidamente.

– ¡Grande y desinteresado y puro es mi amor, porque yo á ti te quiero con toda el alma!, dijo con delirante acento *el Sol de los Andes.*

– También te quiero yo á ti, como á la bienhechora Providencia, á la que tanto y tan señalados servicios debo.

– Yo soy únicamente una mujer que te ama y que desea ir contigo adonde se rinde culto á ese Dios tan hermoso que tiene admiradores como tú.

– Imposible.

– ¿Por qué?

– Porque yo quiero á otra mujer y he jurado hacerla mi esposa...

– ¡Muere entonces, traidor!, dijo abalanzándose sobre él con su arma la pobre india.

Mas al instante tiró al suelo la flecha que quería hundir en el pecho del español, asiéndose fuertemente á su cuello y cayendo en sus brazos, al mismo tiempo que dos gruesas lágrimas, como perlas riquísimas, humedecían y abrillantaban su rostro cobrizo.

Después de una brusquísima transición, dijo *el Sol de los Andes:*

– La noche ha cerrado y es muy obscura. Mi gente se halla lejos de aquí, y están muy cerca de los tuyos. Móntate en mi caballo que es más veloz que el viento. Te acompañará un fiel amigo, que me debe la vida, en otro muy corredor también. Él sabe el camino. Vete: es el único favor que te pido. Me mataría tu aliento sabiendo yo que no era mío.

– Escucha.

– Vete.

Y diciendo esto, salió corriendo de la tienda y le dijo á un indio que á la puerta se hallaba:

– Lleva á este hombre hasta el sendero que conduce adonde se hallan acampados los extranjeros y regresa tú aquí inmediatamente.

Y entrando con él en la tienda, le dijo á Valdivia con tono imperioso:

– ¡Ni una palabra más, ni un instante más en estos lugares! ¡Marcha lejos de ellos, como tu corazón está lejos del mío!

– ¡Por Dios!.., replicó el oficial de Almagro.

– Por ese que ya es el mío, para dirigirme á lo único que puedo ya tener de común contigo, te suplico que no demores tu marcha.

Valdivia lanzó una mirada sobre la india, llena de expresión y de sentimiento, y sin poder articular una sola palabra, embargado por una extraordinaria emoción, presa de una lucha terrible, separóse de aquella mujer que le envió su alma entera en una mirada.

. . . .

El Sol de los Andes, acompañada de aquella especie de perro de presa que no la abandonaba jamás, dispuesto á dejarse matar cien veces por ella, vagó por los más escondidos lugares de Chile, huyendo de los suyos, á quienes había arrebatado su presa; y no pudiendo resistir á un impulso superior á su voluntad de hierro, decidió pasar al campo enemigo, volver al lado de aquel hombre á quien se había propuesto no volver á ver más en su vida, é irresistiblemente atraída por aquel deseo, se dirigió al sitio adonde se hallaban los españoles. Su gentileza, su pasión, su apostura inspiraron á todos simpatía y un respeto al que pareciera que no hubieran de hallarse demasiado acos-

tumbrados, por cierto, soldados conquistadores, aventureros y por consiguiente despreocupados. Le dijeron que Alfredo Valdivia había ido á embarcarse en un buque que regresaba á España en aquellos días, y *el Sol de los Andes* salió sin pérdida de tiempo hacia el punto adonde había de hacerse á la mar el citado guerrero, llamado por su rey para premiar sus hazañas y apadrinarle en su concertada boda. Todo eso lo supo la india, quien llegó en los momentos en que el buque se iba perdiendo en el horizonte á medida que se alejaba rápidamente, favorecido por mar y viento de popa. Describir el hondo pesar de aquella mujer al presentársele aquella nave adonde se le iba todo cariño, toda esperanza, toda dicha, toda creencia, sería imposible, si había de ser el relato fiel.

Presa de un vértigo, atraída por el abismo, llevada insensiblemente por una loca atracción, pensando siempre en que algún sitio, á través de cualquier elemento, pasando por cualquier tránsito de una existencia á otra, con la idea fija en aquel lugar de venturas adonde le dijo él que se hallaban los que tanto de ella tenían, invocando por la primera vez en su vida al Dios de Valdivia, fiando en aquella misericordia suya infinita y en aquel amor infinito también y grande, cuya majestad parecían recordarle las olas gigantescas que venían á estrellarse en aquella orilla, se lanzó al agua, que con el último suspiro de tanta vida como brotaba por los ojos de tan interesante chilena, apagó el fuego de una mirada que se extinguió, clavada siempre en un punto negro que apenas se dibujaba ya en lontananza. *El Sol de los Andes* se puso aquel día para siempre, hiriendo con sus bellísimos resplandores el mar del Pacífico.

P. SAÑUDO AUTRÁN



AMOR SUBLIME, cuadro de Guillermo Rauber

ME ALEGRO

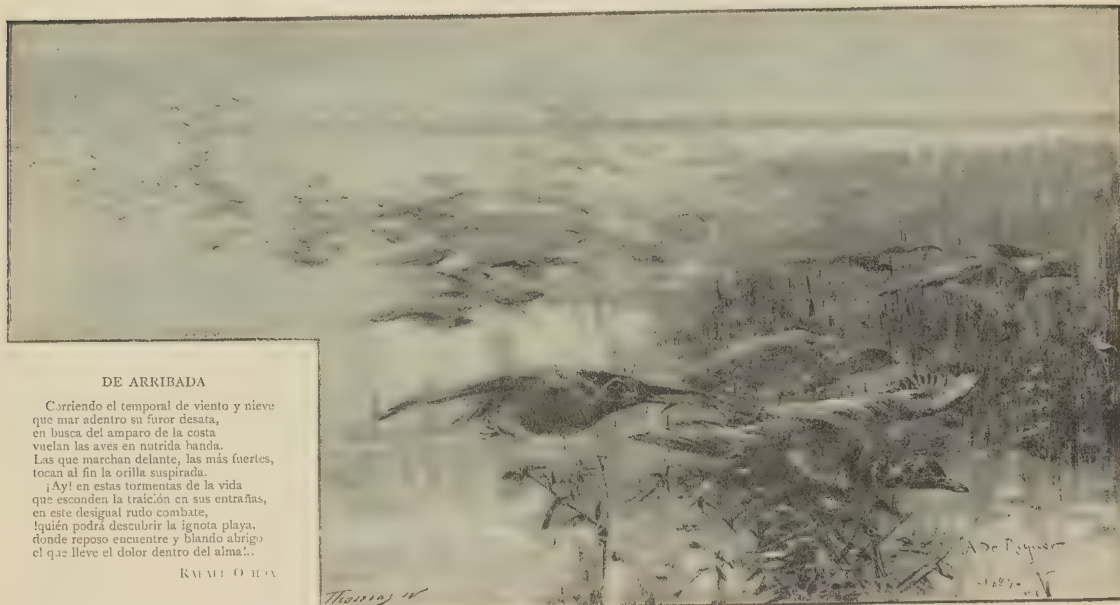
Sí, señores, me alegro con toda mi alma *de ó por* los triunfos, tan ruidosos como justificados, que ha obtenido en América nuestra compatriota la celebrada actriz *María A. Tubau de Palencia.*

Casi todos los periódicos de Madrid han reproducido y comentado noticias y artículos de la prensa cubana, en los cuales se encumbran, como ellas merecen serlo, las condiciones envidiables de la insigne artista española. Lo repito, me alegro de eso, lo mismo que si se tratara de una persona de mi familia; bien sabe Dios que lo digo sinceramente, y si me queda otra, Él permita que me nombren individuo correspondiente de cualquier Academia; la Española inclusive.

Por supuesto, que en esto mi alegría es todo puro patriotismo y puro amor al arte, ¿eh? Andamos en España muy poco sobrados, ¿qué?, nada sobrados, de eminencias artísticas, para que no procuremos, por todos los medios posibles, aupar á las pocas que tenemos; pero en esta bendita tierra de los garbanzos y de las supersticiones, antes que ayudar á subir queremos ayudar á caer; basta que una figura se eleve, sobra con que nazca un prestigio, para que aspiremos todos á derribar la figura y á destruir el prestigio..., y cuando eso no hagamos, lo que es contribuir á la elevación del que sube y al engrandecimiento del que vale, que no lo esperen de nosotros.

Afortunadamente para ella, *María Tubau* no es de las que necesitan quien las aupe para subir; llegó á la cúspide por derecho de conquista, que en estas luchas, es el único admitido y el solo que da resultados duraderos, y en la cúspide continúa; de lo cual es elocuente prueba el efecto que su aparición ha producido en la Habana.

Luis Morote, corresponsal fa-



DE ARRIBADA

Corriendo el temporal de viento y nieve
que mar adentro su furor desata,
en busca del amparo de la costa
vuelan las aves en nutrida banda.
Las que marchan delante, las más fuertes,
tocan al fin la orilla suspirada.
¡Ay! en estas tormentas de la vida
que esconden la traición en sus entrañas,
en este desigual rudo combate,
¡quién podrá descubrir la ignota playa,
donde reposo encuentre y blando abrigo
el que lleve el dolor dentro del alma!..

RAFAEL OCHOA

De arribada, dibujo de Alejandro de Riquer



LA ÚLTIMA PALABRA DE JESUCRISTO EN



CRUZ, CUADRO DE JUAN BRUNET, GRABADO POR BONG

moso que *El Liberal* ha tenido hasta hace muy poco tiempo en Cuba, dedicó á nuestra ilustre compatriota un artículo en el que se resume, con espontaneidad encantadora en la frase y al par con suprema elegancia en el estilo, cuanto los periodistas, literatos, hombres políticos y hombres de ciencia de la Habana opinan acerca de los merecimientos artísticos de nuestra gran actriz.

Repito que lo celebro, y repito y *reflauta* que me alegro mucho *de ó con ó por* (que de todas maneras está bien dicho, según la Academia) esos triunfos de la gran actriz que, por ahora y sin perjuicio, es lo mejor que poseemos en España... Y eso que mi alegría, desinteresada y todo, como llevo dicho, porque lo es de verdad, no deja de tener sus dejillos de amargura.

No soy rencoroso; pero si por algo hubiera de tener rencor á *María Tubau,* sería por sus aficiones (que á mí me parecen excesivas) al teatro francés.

Cierto, muy cierto que esas aficiones, más que á María A. Tubau (c. p. b.) es justo achacárselas á su esposo *Ceferino Palencia...,* un apóstata del españolismo literario, un desertor de las filas castellanas, un autor que después de haber escrito *Carrera de obstáculos* y *El Guardián de la casa,* y sobre todo La Charra, que á mi modo de ver, pecaba ya por demasiado *patriotera,* se nos ha pasado con armas y bagajes al teatro francés, en el cual hay mucho muy bueno; pero ¡caramba!, hay también algo medianillo y mucho malo.

Y francamente, que los autores españoles cedan con galantería y aun con respeto el paso á un *Dumas* cuando llega con su *Demi-monde* ó su *Francillon,* á un Augier con sus *Effrontèes,* y hasta á un Sardou mismo con su *Divorçons,* puedo tolerarlo, y aun, si se quiere, me parece bien; pero que invadan nuestra escena majaderías é insulseces como... – tente, pluma, no vayas á causar heridas de amor propio á algún traductor de los muchos que por ahí andan, confesos algunos, y lós más inconfesos, – que invadan nuestra escena, vuelvo á decir, majaderías é insulseces, mal escritas en francés y peor vertidas al castellano, es cosa que no puede sufrirse con paciencia.

Para majaderías, señor, ¿no tenemos bastante con las nuestras? ¿A qué buscar en autores extranjeros inspiración para expresar lo que sabemos decir de cuenta propia y acaso con más agudeza y más sal, aunque no sea precisamente ática, y más gracia, siquiera no sea de exquisita delicadeza?

Sí, amigo Ceferino, sí; juzgo muy meritorio traducir (traducir, ¿eh?; traducir, no *arreglar),* y traducir bien, casi literalmente, en cuanto esto sea posible, las obras dramáticas de los autores extranjeros. Por eso aplaudo y aplaudiré siempre la plausible y hermosa labor del inteligentísimo y concienzudo traductor de Shakespeare, *Guillermo Macpherson;* pero no puedo menos de lamentar que de un mismo juguete insípido, sin color y sin substancia, representado en cualquier teatrucho de París, se nos den varias *adaptaciones,* ya juguetes líricos, ya juguetes sin música, ya comedias en dos actos, que resultan al fin tres obras distintas y una sola tontería verdadera.

Séame perdonada esta digresión que me ha salido, sin yo quererlo, *ex abundantia cordis,* y conste que, según dije al comenzar y repito para concluir, me alegro de los triunfos de María Tubau como si hubieran sido propios, y que envío á la aplaudida actriz, que á estas horas se hallará probablemente, de regreso, en su patria, cariñosa bienvenida.

A. Sánchez Pérez

PUES SEÑOR...

I

Érase que se era un hombre tan pobre que no tenía un cuarto, ni poseía cosa mejor que un traje lleno de remiendos y corcusidos.

El hombre, todas las mañanas, al levantarse del montón de heno que le servía de cama en lo hondo de una cueva, pensaba con tristeza:

– ¿Comeré hoy?..

Salía de la cueva é íbase á la ciudad, en donde se entretenía en recitar con voz acatarrada romances é historias, en los cuales se contaban maravillas de Roldán, Gaiferos, Merlín y Aladino: gente sí reunía el pobre hombre, que nunca faltan desocupados que con tales consejas se queden boquiabiertos: lo que no reunía era un solo céntimo para remediar su infelicísima suerte. Discurría socarronamente el concurso que no debía necesitar de su auxilio quien se pasaba la vida entreteniéndole con tan fantásticas coplas, y Basilio – así se llamaba el malaventurado y parlante romancista – si quería comer tenía que mendigar las sobras de los ricos.

Parientes no se le conocían á Basilio, así como tampoco mujer alguna que con él compartiese su mísero destino.

Y no obstante, el mendigo, cada vez que recitaba en sus romances amores más ó menos extraordinarios, endulzaba la voz y en los ojos brillábale un deseo jamás confesado ni nunca satisfecho.

Si alguna pareja de novios se detenía en su corro, la miraba entre hosco y complaciente.

– ¿Por qué no te casas?.., hubo de preguntarle uno de esos muchísimos seres que en el mundo se desviven por averiguar lo que nada les importa.

– Eso no reza conmigo, replicó el hombre suspirando.

– ¡Qué! ¿No te gustan las mujeres?..

– ¡Muchísimo!.., afirmó Basilio con vehemente sinceridad.

– Entonces...

– Yo no encontraré jamás una mujer que me quiera, porque jamás la he de buscar.

Y viendo retratada la mayor sorpresa en el rostro de su interlocutor, añadió con enérgico acento:

– Los pobres no tienen derecho á casarse, porque por un egoísmo propio hacen desdichada á una mujer y preparan la infelicidad á unos hijos amasados entre hambres é infortunios...

II

Pues señor...

La vieja le da al huso, y el que á mí me contó el cuento me juró que sus palabras eran evangelios, y yo, que más peco de cándido que de suspicaz, creí el caso, lo retuve en la memoria y... y sin mayores tracamondanas sigo con mi cuento.

Un triste día de noviembre, en que el agua de los cielos caía pertinaz y ruidosamente sobre la covacha que servía de albergue á Basilio, encontrábase éste tumbado sobre el montón de heno pensando en muchísimas de estas injusticias que en el mundo son y han sido, en las irritantes diferencias que dividen á unos seres de los otros y en la ridícula escala social en que se colocan arriba, no los que tienen más corazón ni más espíritu, sino más oro.

Por esto él – Basilio Gómez – veíase como se veía, durmiendo bajo la negra bóveda de una covacha poblada de reptiles, mucho más felices que el hombre, puesto que satisfacían liberalmente sus necesidades sin sufrir humillación alguna.

Metido en tan hondas cavilaciones, llegó á quedarse dormido el romancista, y acaso por tener débil la cabeza (que no es para tenerla muy firme una abstinencia forzada), soñó con lo que muchos – mejor alimentados – soñamos despiertos: con grandezas y bienandanzas que crea en nubes de oro la inquieta fantasía.

Soñó Basilio que por arte de magia trocábase su covacha en espléndido palacio; su haraposo vestido en regia vestidura, el bosque en ciudad; de la cual él era su soberano; el día frío de noviembre en esplendoroso de mayo, y la lluvia en seductor tintineo de copas de Bohemia, con las que en pleno festín sardanapalesco celebraban él y otros señores su enlace con una bellísima princesa.

Así iba en el cuento de su venturoso sueño, cuando despertó Basilio azorado y... vió atónito que, despierto, continuaba el sueño, porque el heno de su cama habíase trocado en lecho suntuoso, la covacha en alcoba ornamentada con lujo asiático..., y á la cabecera de la cama, sentada en un diván, vió una mujer más bella aún que la princesa soñada.

Estupefacto, después de recorrer con ojos de miedoso asombro cuanto le rodeaba, quedóse fijo en la contemplación de aquella mujer, que, en silencio, también le contemplaba con ojos de esclava amante que vela el sueño de su señor.

Y como si quisiera Basilio desvanecer lo que seguía creyendo aún una pesadilla, balbuceó no sé qué frase, y la mujer, levantándose, vino cerca de él, y él, como para cerciorarse de que no trataba con un espíritu, palpó las desnudas espaldas de la beldad y sintió el contacto tibio de la carne y aspiró inenarrable vaho como si el cuerpo aquel estuviese formado de rosas. Hundió sus dedos en las finísimas hebras del espléndido cabello que caía ondulante con reflejos de oro sobre el nácar de las espaldas, y sintió la débil opresión del que hunde la mano en un copo de seda.

A tal punto, la encantadora mujer, como atraída por el afanoso mirar del hombre, encorvó las espaldas, recogió mimosa el cuello de Basilio con sus manos de hada, y su cara, en la que la vida retozaba voluptuosa en los trémulos labios y en los ojos nunca más avasalladores y parlanchines, unióse á la cara de Basilio y resonó un beso que parecía un acorde musical, lánguido, apasionado, enervador...

¡El primer beso! ¡La primera caricia que el hombre recibía en su vida exenta de cariño! ¡El beso amoroso más enloquecedor en la realidad que él pudo fingírselo en su fantástica ansia de mendigo.

– Dime, mujer, tartamudeó, ¿quién eres? ¡Cuéntame si esto es una pesadilla, si mi razón se ha extraviado ó si es tangible y real cuanto me rodea.

– Nada de lo que te rodea es mentira, replicó la aludida. Mis caricias las dicta el apasionamiento más grande. La Fortuna pasó esta mañana cerca de tu cueva y oyó cuanto en sueños anhelabas, y quiso gozarás de todas las venturas... Nada ha de faltarte en este palacio y tendrás todo lo que ansíes, porque para la diosa Fortuna nada es irrealizable.

III

Pues señor, dirán mis lectores, bien se ve que esto es un cuento, en el cual pasan las cosas á gusto del que las inventa, y milagro será que tanta maravilla no acabe en que el afortunado romancista goce una existencia más dichosa que la que en el séptimo cielo han de gozar los bienaventurados adeptos de Mahoma.

Pues señor, nada de eso.

Basilio sí fué feliz hasta que el espíritu y el cuerpo quedaron ahitos de tantas bienandanzas; pero llegó un día en que el hombre bostezó lo menos políticamente posible ante la bella mujer que le deparó la Fortuna.

Otro día sintió terrible hastío de oir las músicas y de ver las danzas que de continuo había en su palacio; otro día, en fin, halló los manjares insoportables y encontró su lujosa mansión lo mismo que debe encontrar el pájaro del bosque la dorada jaula en que le mima su dueña.

. . . .

No hace mucho tiempo vi á Basilio en la plaza de la ciudad, recitando, como en sus pasados días, un romance en que se describía la sugestiva y melancólica historia de los amores de Blancaflor.

Pero Basilio no miraba ya hosco á los novios, ni en su covacha siente los deseos de placeres y grandezas que en época anterior minaban su espíritu.

A los que en su presencia encarecen la vida de los ricos, les dice con irónica amargura:

– ¡Psh! Para soportar esa vida es preciso haber nacido en ella... Los pobretones que de repente se ven rodeados de todas las dichas que pueden pedirse en este mundo, hacen lo que los hambrientos en un banquete al que se les invite... ¡Se dan hartazgo de todo y acaban por aborrecer los más suculentos y delicados manjares!

Alejandro Larrubiera



Eccehomo, escultura de Rafael Atché (Salón Parés). – Si el arte antiguo inspiróse para la producción de sus más celebradas obras en el Olimpo pagano, los más geniales artistas cristianos, aquellos que han figurado como indiscutibles maestros, han hallado en la grandiosa figura de Jesús, en la expresión de sus sufrimientos y amarguras, en los abatimientos de su organismo y la elevación de su divinal espíritu, medios de inspiración, asuntos en donde poder manifestar el esfuerzo creador de su inteligencia. De ahí que en nuestra época, á pesar de los efectos del demoledor escepticismo, procuran los artistas de mérito, los escultores de verdaderos alientos, como el Sr. Atché, representar una vez más al gran Mártir de la idea regeneradora de la humanidad en el momento en que el pueblo ingrato mofábase de sus dolores y el representante del Estado entregaba en aras de su personal tranquilidad una víctima que sacrificar. La expresión, la actitud, la modelación de las masas y disposición de los pliegues, todo está interpretado con el aliento que se observa en las obras de Atché, distintivas por el sello de su personalidad.

* * *

Madonna, cuadro de Enrique Serra. – Con destino al palacio de una de las más ilustres familias de Montevideo, ha pintado recientemente nuestro distinguido paisano y querido colaborador la hermosa imagen que reproducimos en la página 243. Serra, como pintor religioso, es uno de los pocos que sustrayéndose á ciertas tendencias modernas, no muy puestas en razón tratándose de este género, ha sabido identificarse con los sentimientos en que se inspiraron los grandes maestros de la edad de oro para trazar esos magníficos lienzos que llenan los museos y los templos de Europa y especialmente de Italia, en donde ha podido estudiarlos á su sabor el autor de la *Madonna.* La obra de Serra satisface por completo los más puros ideales del espíritu cristiano, y las imágenes de la Virgen y del Niño, impregnadas de poesía, tienen esa expresión que penetra hondamente en el alma y la eleva á esas regiones en donde eternamente halla paz y consuelo.

El sermón de la montaña, cuadro de Moreno Carbonero.— Entre los magníficos lienzos con que los más ilustres pintores españoles adornaron las paredes de las capillas de San Francisco el Grande de Madrid, considérase como uno de los mejores el de Moreno Carbonero que en este número reproducimos. No hemos de describir el episodio bíblico á que el cuadro se refiere: ¿quién no conoce aquel sermón admirable, lleno de sublimes enseñanzas, cada uno de cuyos conceptos entraña un sabio consejo ó un consuelo dulcísimo? Recordándole, se comprende cuán acertado estuvo el artista en la reproducción de la escena y sobre todo de la figura del Salvador, que en actitud majestuosa y serena se dirige á la multitud que esparcida por el monte le escucha recogida y silenciosa. El nombre del Sr. Moreno Carbonero es sobrado conocido en nuestra patria y en el extranjero para que necesitemos encomiar esta obra que, por otra parte, es unánimemente celebrada por cuantos visitan aquel suntuoso templo, que son todos los que residen ó visitan la capital de España.

***

Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados, cuadro de Willy Spatz.— El celebrado pintor de Dusseldorf ha tratado este asunto de una manera muy distinta de como suelen tratar otros análogos los que en la tradición académica se inspiran: como Uhde, como Gebhardt, ha querido que la emoción la despierte el hecho en sí, no la forma brillante de que éste pueda ir revestido. No hay más que contemplar el lienzo para comprender cuán bien ha sabido conseguir su objeto el reputado artista: el grupo que forman el Salvador y la desdichada que se postra á sus pies, y la multitud que agolpada junto á la puerta espera el momento de acercarse al Divino Maestro y cada una de cuyas figuras expresa un dolor intensísimo y refleja á la vez la esperanza de un próximo consuelo, son notas que llegan al corazón, que impresionan profundamente y que revelan el temperamento de un artista que siente hondo, que concibe grandiosamente y que ejecuta con magistral sobriedad. Willy Spatz ha producido gran número de cuadros religiosos, *La huída á Egipto*, *La mujer adúltera*, *La Anunciación*, *La Virgen y el Niño*, y en todos ellos se observan las mismas cualidades salientes que se admiran en el que reproducimos.

***

Amor sublime, cuadro de Guillermo Rauber. - Decir amor sublime equivale á decir amor de madre: de todos los afectos humanos, de todos los sentimientos que unen al hombre con sus semejantes, ninguno tan grande, ninguno tan intenso como el que concentra una madre en su hijo. Así se explica que haya servido de tema á tantas obras artísticas, entre las cuales merece ocupar un lugar distinguido la del pintor alemán Guillermo Rauber, exenta de todo efectismo, pero llena de poesía y de naturalidad.

***

La última palabra de Jesucristo en la Cruz cuadro de Juan Brunet.—«Y á la hora de nona dice el Evangelio de San Marcos - exclamó Jesús diciendo con voz grande y extraordinaria: *¡Eloi, Eloi!, ¿lamma sabacthani?*, que significa: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?» Inspirándose en estas palabras y en las descripciones que los escritores religiosos han hecho de la escena de espanto y de solación que se desarrolló en el Calvario cuando el Hijo de Dios entregó su espíritu, el famoso pintor Juan Brunet ha trazado el cuadro que reproducimos, digno de admiración bajo todos conceptos, así por la grandiosidad del conjunto como por el vigor con que están tratados los menores detalles: la legión de soldados y el grupo de hebreos que aterrorizados huyen en presencia del prodigio de que son testigos; el grupo de las Santas Mujeres transidas de dolor al ver morir al que fué su guía y maestro; la sentida figura de la Virgen contemplando al Hijo amado expirante en la Cruz, y sobre todo la del Salvador, en cuyo rostro están maravillosamente expresados los sentimientos que hicieron brotar de sus divinos labios las palabras transcritas, son notas de una belleza tal, que el menos inteligente aprecia en todo su valor, porque sin esfuerzo alguno despiertan esa emoción estética que constituye la mejor alabanza de una obra de arte.

Sitio donde, según la tradición, fué apedreado San Esteban.—La casa de Simón el curtidor en Jafa (de fotografía). - Como notas propias de la Semana Santa publicamos estos dos grabados: el primero reproduce el sitio donde según la tradición fué apedreado San Esteban, el primero de los que sufrieron martirio por la fe de Cristo, el vencedor en las disputas contra la Sinagoga de los libertinos, cirenaicos y alejandrinos y de los estudiantes de Cilicia y Asia, á quien se tributan grandes elogios en los Hechos de los Apóstoles. El segundo es una reproducción fotográfica de la casa de Simón el curtidor en Jafa, en donde estuvo hospedado San Pedro cuando hubo de detenerse en aquella ciudad después de haber resucitado á la virtuosa Tabitha.


SITIO DONDE, SEGÚN LA TRADICIÓN, FUÉ APEDREADO SAN ESTEBAN

***

María Magdalena junto al cadáver de Jesucristo, grupo escultórico de Filipo Cifariello.— El artista italiano reproduce en toda su crudeza la muerte en la figura rígida del Salvador, y contrastando con esta nota naturalista pone como nota de sentimiento la figura de María Magdalena: de ello resulta un conjunto lleno de verdad y de poesía, y sobre todo de originalidad, cualidad ésta difícil de conseguir tratándose de un asunto que ha servido de tema á escultores y pintores de todos los tiempos y que por sí sola, aparte de las bellezas técnicas que el grupo escultórico encierra, demuestra el talento de su autor. Esta obra escultórica, fundida en bronce, fué adquirida por la Galería Nacional de Roma y muy celebrada en Munich y en Viena, en donde se expuso el original en yeso.

Venite adoremus, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila (Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1896). - Cuantos recorrieron los salones destinados á la sección de pintura española de la última Exposición de Bellas Artes celebrada en esta ciudad, deteníanse ante el fervoroso *Adoremus* de Arcadio Mas y Fontdevila, sugestionados, en cierto modo, por aquel hermoso cuadro, en el que con sentimiento tan hondo, supo el artista representar una escena que conmueve profundamente, en la que se enlazan y confunden de modo admirable lo humano con lo divino, la materia con el espíritu. El solemne acto de la adoración en el día que los creyentes solemnizan el cruento sacrificio de Jesús y se humillan ante su sagrada imagen, es el tema ó asunto que se desarrolla en tan hermosa composición, inspirada y sentida de tal manera, que sugestiona, tan viva es la impresión que produce y tal es el sello de su realidad. El carácter de su autor refléjase en el lienzo, con la misteriosa penumbra de la capilla, con los cambiantes de luz de los hacheros, confundiéndose con la que penetra por los ventanales, el recogimiento de los fieles, todo revela un espíritu culto y delicado, nos da á conocer al creyente, al artista que siente y al pintor que, dueño de su paleta, seguro de sí mismo, sabe dar plástica representación á la idea que germina en su cerebro y repercute en el corazón.

***

Al regresar la barca, cuadro de Ramiro Lorenzale.— La operación de descargar las barcas, cuando al regresar de la pesca quedan varadas en la playa, y su conducción al mercado por garridas pescadoras, es el asunto escogido por el Sr. Lorenzale en el cuadro que reproducimos. En toda la costa catalana puede el artista hallar temas de esta índole para sus composiciones, que han de resultar siempre simpáticos y agradables, dada la belleza que ofrecen el cielo, la playa y el mar, por sus brillantes tonalidades, y la variedad de tipos de los pescadores, cuyos trajes préstanse á que el artista pueda hallar contrastes que avaloren su obra.

El cuadro á que nos referimos, de género distinto del cultivado por el Sr. Lorenzale, recomiéndase también por su buen colorido y por su fidelísima copia del natural.

***

El artista prestidigitador, cuadro de Mariano Barbasán (Salón Parés). - Recuerdo de una excursión veraniega es el bonito cuadro que reproduce una escena animada, en la que toma activa parte un artista convertido en improvisado prestidigitador, para lograr dar un punto de reposo á las improvisados modelos. El asunto podrá ser trivial, pero aun así resulta agradable é interesante por el partido que ha logrado obtener el Sr. Barbasán, ya en la acertada disposición de las figuras, como en los pormenores que completan la escena y por su hermosa tonalidad.

En esta obra, cual en todas las que produce Mariano Barbasán, muéstrase la valía del artista, revélase el pintor de buena cepa, que ajeno á las volubilidades de las actuales corrientes, continúa firme, sin vacilar ni retroceder en el camino que con tanto acierto emprendiera.

***

Mercedes Rigalt.—Cuando se anunció que Mercedes Rigalt se presentaría por vez primera en público en los conciertos del Príncipe Alfonso de Madrid, los inteligentes y aficionados de la corte dispusiéronse á manifestar sus simpatías á la concertista que, después de obtener en el Conservatorio de París el gran premio, quería otorgar á su patria las primicias de su vida artística. Había en aquella disposición de ánimo del público madrileño más curiosidad que expectación, debido ello en gran parte á que Mercedes Rigalt, enemiga de bombos y reclamos, no quiso apelar á esos recursos de que tantos echan mano para predisponer las voluntades en su favor, deseando que se la juzgara por lo que ella en sí era y valía, no por lo que de ella pudieran haber dicho críticos y *reporters*. ¿Hemos de decir cuál fué el éxito que allí obtuvo? El público que asiste á las audiciones de la Sociedad Madrileña de Conciertos y ante el cual han desfilado las más ilustres eminencias musicales del mundo entero, quedó desde los primeros momentos subyugado


LA CASA DE SIMÓN EL CURTIDOR EN JAFA, DONDE ESTUVO HOSPEDADO SAN PEDRO (de fotografía)



MARÍA MAGDALENA JUNTO AL CADÁVER DE JESUCRISTO, grupo escultórico de Filipo Cifariello



VENITE ADOREMUS, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila (Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1896)

por el sentimiento exquisito, por la ejecución prodigiosa, por el arte incomparable de la joven pianista y tributóle una de las más grandes ovaciones que registran los fastos de los conciertos que desde antiguo se vienen dando en el Príncipe Alfonso. La breve estancia de Mercedes Rigalt en Madrid fué una serie no interrumpida de triunfos: la familia real quiso oirla en palacio y le dispensó la acogida más cariñosa y entusiasta; la aristocracia disputóse el placer de escucharla en sus salones; organizáronse brillantes fiestas en su honor; el teatro presentó el aspecto de las grandes solemnidades en cada uno de los cinco conciertos en que tomó parte, y la prensa unánime estampó en sus columnas, no los ditirambos que tan acostumbrados estamos á leer en ellos, sino los elogios que sólo salen en las grandes ocasiones.

La eminente pianista pudo decir, recordando la histórica frase: *Llegué, me oyeron y vencí.*

Si grandes fueron sus éxitos en la corte, no menores han sido en Barcelona: nuestro público, como pocos inteligente, que ha podido oirla en dos de los conciertos que la orquesta dirigida por el maestro Nicolau ha dado en el Lírico, ha confirmado en todas sus partes el fallo del público madrileño, tributando á nuestra insigne compatriota los más calurosos aplausos y proclamándola como verdadera notabilidad en el mundo del arte.

Mercedes Rigalt cuenta apenas veinte años: en su rostro bellísimo refléjase la superior inteligencia de que está dotada y que comunica un brillo especial á sus hermosos ojos. De figura esbelta y elegante, afable en su trato, modesta, reune todas las dotes que obligan á admirarla como mujer tanto como artista.

La Ilustración Artística, que se honra publicando su retrato, le envía su más entusiasta aplauso y sus más sinceras felicitaciones, deseando que el recuerdo que se lleve de su patria sea tan grato como el que en su patria deja.



Mercedes Rigalt, eminente pianista

EXPOSICIÓN LLOVERA

BARCELONA

Una nueva exposición de obras pictóricas se ha organizado en el Salón Parés que atrae á los inteligentes y aficionados. No se trata, cual otras veces, de exponer al examen del público y someter á los juicios de la crítica el resultado y los progresos realizados por alguno de los artistas que en nuestra ciudad se dedican con inteligencia y acierto al cultivo de la pintura: trátase, con la exhibición pictórica á que nos referimos, de honrar la memoria de un pintor que ya no existe, de un artista genial, de reconocidas aptitudes, que logró singularizarse y constituir una personalidad, gracias á su extraordinaria labor y al carácter especial de sus producciones. En honor de José Llovera, el distinguido artista reusense, se verifica esta póstuma exposición de algunas de sus obras, que deferentemente han cedido su familia y los aficionados que las poseían, cediendo gustosos á los nobles deseos de sus amigos y del Sr. Parés.

Al ocurrir, á fines del año anterior, el fallecimiento de nuestro malogrado y querido amigo, nos cupo la triste misión, al dedicarle un cariñoso recuerdo y un testimonio de la consideración que nos merecía, de analizar algunas noticias relativas á su vida artística, carácter de sus producciones y escuela. De ahí que hoy nos limitemos á examinar la colección de las obras expuestas, puesto que nos dan á conocer las fases y evoluciones que como pintor ofrece Llovera, reflejo de las corrientes que informaban los cánones artísticos en cada uno de los períodos en que aquéllas se produjeron. Acertada ha sido la exhibición, pues ella permite conocer cumplidamente al artista, nos da á conocer sus progresos, al comparar las obras, y permite establecer jalones que de otra manera sería difícil determinar de modo comprensible.

Vese, desde luego, el propósito constantemente perseguido de obtener la belleza de la forma y la elegancia de los trazos, expuestos con facilidad y donaire, y vese el noble afán de dar á conocer cuanto pudiera recordar la España de la época de Goya, en lo que en sí ofrece de típico y característico, imitando en cierto modo al ilustre aragonés, ya que en algunas de las producciones de Llovera rebosa la acerada crítica, la sátira cáustica, la acerba censura bellamente velada por la animación y movimiento de los cuadros, la brillantez de los trajes y la nota simpática y agradable que resulta de la composición. A este género pertenecen el *Baile del candil*, *En los toros*, *Una alegoría de Fortuny*, etc., etc.

El humorismo de allende los Pirineos, traducido en los chispeantes dibujos de Gavarni y de Cam, ejercieron asimismo en Llovera decisiva influencia, como la produjeron en su paisano Fortuny, mas como en aquél fué pasajera y sólo sirvieron las ingeniosas composiciones de los artistas franceses para que Llovera contara en las páginas de su historia una nueva modalidad, una prueba más de expresión artística, que á la postre sirve para atestiguar sus aptitudes en todos los géneros.

La gama especial que se amasaba en la paleta de Fortuny y la escuela por él representada fué la obsesión de Llovera, y preciso es convenir que fué durante toda su vida devoto ferviente del gran maestro español: su admiración, justa y merecida, hállase plenamente demostrada en algunas de sus obras, precisamente en aquellas en que se notan mayores cualidades.

Aplausos merecen los iniciadores de la exposición. Nosotros, que fuimos amigos sinceros de Llovera, no los escaseamos, como no los regatearemos á cuantos se dediquen á honrar la memoria de los que con su ingenio, sus virtudes y merecimientos ilustren su nombre y contribuyan al engrandecimiento de nuestra patria. – A. García Llansó.



Al regresar la barca, cuadro de Ramiro Lorenzale

Cada día se ve surgir algún específico para el cutis. Todas estas panaceas, que no son sino afeites, hacen la fortuna de la CREMA SIMON, á la que se está obligado á recurrir si se quiere volver á tener EL FRESCOR y LA BELLEZA. Desde hace 35 años, CREMA, POLVOS DE ARROZ y JABON SIMON son cual la última palabra de la higiene en perfumería.

J. SIMÓN, 13, r. Gragne-Batelière, PARÍS

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

Agua pasada, por *Federico Urrecha*. – Forma este tomo el quinto volumen de la *Colección Elzevir Ilustrada*, que publica el editor barcelonés D. Juan Gili, y contiene varios cuentos, bocetos y semblanzas del reputado escritor D. Federico Urrecha: sobrado conocido es el nombre del autor para que con sólo indicar lo que el libro encierra comprenda el público la valía de los artículos coleccionados, en los que al interés de los diversos asuntos tratados júntanse la amenidad de la forma y la elegancia de estilo. *Agua pasada* lleva bonitas ilustraciones de Gómez Soler y se vende á dos pesetas.

El ejército español. – Se ha puesto á la venta el cuaderno 6.º de esta notable publicación que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Luis Tasso: como los anteriores, contiene diez y seis preciosas autotipias que reproducen interesantes episodios de la vida militar, de cuartel y de campaña.



El artista prestidigitador, cuadro de Mariano Barbasán (Salón Parés)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 19 de abril de 1897 — Núm. 799

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ACCIDENTE

cuadro de Francisco Miralles

(Salón Parés)

El arte moderno ha conducido á la pintura por nuevos derroteros, ajustados á las corrientes de la época en que vivimos. Ya no seducen los efectismos de color que responden á la aplicación de hábiles recursos: exígese del artista la expresión del concepto, el desarrollo de un estudio que retrate un cuadro real ó plantee un problema psicológico. De ahí la creciente importancia de la pintura de género y costumbres, pues además de la que puedan tener, distínguense por el valor social y filosófico. Una y otra confúndense de tal suerte, que es difícil determinar en dónde empieza y acaba su respectiva esfera de acción. Ambas facilitan el práctico conocimiento de la vida y predisponen al artista para concebir nobles y grandes empresas, entre ellas la de analizar el espíritu de la época y los dramas nuevos y complicadísimos que conmueven actualmente nuestra sociedad.

A esta clase de producciones pertenece el hermoso cuadro del Sr. Miralles, de asunto tan dramático como sentido, interesante por el concepto y bello por su tonalidad. El artista ha escogido como tema la representación de un accidente en una vía pública. Una jovencita, al intentar atravesarla sorteando los lujosos trenes que por ella circulan, tropieza y cae, en el preciso momento en que un carruaje, arrastrado por dos briosos caballos, amenaza atropellarla. Así ocurriría si rápido como el peligro no se hubiese adelantado un obrero á socorrerla, coadyuvando á la acción de la elegante dama, que con varonil esfuerzo refrena el tronco. Altamente dramática es la escena y tan sentida como filosófica. La opulencia esforzándose por salvar á la infeliz niña; el artesano, falto de medios, pero rico en sentimiento, exponiendo su vida por conservar la ajena. Dos clases distintas, animadas por igual estímulo, alentadas por análogo pensamiento.

Aplauso merece el artista por su nueva obra, que consideramos como meritísima por la belleza de su ejecución y por la elevación del concepto que entraña.

EXPOSICIÓN PARÉS



ACCIDENTE, cuadro de Francisco Miralles

SUMARIO



ENSUEÑO, cuadro de Pedro Saenz

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DEVOCIONARIOS Y ROSARIOS

¿Habéis fijado la atención alguna vez en esos objetos que son de devoción y de adorno juntamente? Se os ha ocurrido observar cómo transforma la moda, que en todo se mete y no deja quieta cosa alguna, lo que más perenne é inimitable debe ser, y cómo se diferencian los rosarios y los devocionarios antiguos de los actuales.

El devocionario no es sino el arcaico horario ó misal, reducción del enorme códice con miniaturas donde se contenían los Evangelios, y que necesitaba atril. Los horarios eran idealmente hermosos antes de que los echase á pique la invención de la imprenta. Sus páginas de vitela, de un suave blancor amarillento, estaban bordadas por el infatigable pincel del miniaturista; cada letrita era una malla de encaje, cada capital una estrella, y las orlas y láminas otros tantos prodigios que hoy se buscan y estiman y admiran, y también se imitan ¡ay! desgraciadamente. El horario era algo personal; cada devoto lo bastante rico para darse el lujo de poseer y manejar ese objeto de arte, que se heredaba como los tapices y las joyas, lo hacía á su gusto y le comunicaba su espíritu. El misal de cierto monarca demasiadamente inclinado á galanteos, contenía una serie de representaciones de las penas que en el infierno se aplican á este pecado. Detrás de la esbelta castellana iba el paje con el horario, y en sus hojas más ó menos fatigadas del contacto de los dedos, blandas ya con esa blandura suave y amorosa de la vitela, podía adivinar, por los pasajes preferidos, las ideas y preocupaciones de su dueña, las tristezas secretas que embargaban su corazón.

Desde que la imprenta, apresurada y brutal, sustituye al paciente amanuense y al delicado iluminador, el horario empieza á perder su poesía... Al principio todavía es una mezcla de los dos sistemas: las minúsculas son impresas, las mayúsculas miniadas, hasta que la máquina se apodera de las mayúsculas también. Confieso que gran parte de la ilusión del famoso horario regalado por D. Juan Tenorio á doña Inés, y en el cual se encierra la incendiaria carta – el filtro envenenado que abrasa la mano de la incauta novicia – se me desvanece, al pensar que tal horario no era miniado y manuscrito, aunque tuviese «manecillas de oro.»

En el día, la transformación del devocionario indica un regreso hacia las épocas mejores de este objeto religioso. Los de rezo habían llegado á ser, de todos los libros, los más toscos y prosaicos. Su tipo de letra basto y desgastado por las tiradas á millares, sus orlas vulgarísimas, eran deshonor de la tipografía y horror de los inteligentes. El texto, por ley natural, descendía también. Poseo devocionarios españoles de mediados del siglo, que reemplazan las sublimes preces de la liturgia con otras chabacanas y de bajísimo estilo, compuestas sin duda por algún sacerdote más devoto que docto. El devocionario se había aplebeyado, y su papel de ínfima clase, sus cantos amarillos y su encuadernación de cartón negruzco respondían á lo pedestre de su texto y á lo detestable de sus láminas. Repito que hoy se nota una reacción favorable á la belleza del devocionario, el cual ciertamente debía ser la prenda de más valor que toda mujer católica aspirase á guardar en sus armarios, pues ninguna se presta tanto al decorado lujoso; cuando menos, debería costar un devocionario lo que un regular brazalete ó una peineta de diamantes.

Hoy los libros de devoción – sean misales, semanarios, oficios de la Virgen, horarios (de éstos hay pocos, pues los seglares ya no rezan horas), oficios de difuntos ó Ejercicios ignacianos – lucen una impresión más esmerada, mejor gusto en la selección de láminas y viñetas. Las hay que reproducen cuadros clásicos, de Murillo y Rafael; las hay que imitan las pinturas primitivas, los dípticos y trípticos de Angélico y Van Eyck, con su colorido. La forma de los libros también ha ganado: prolongada y esbelta, se adornan las tapas con remates de metal que aspiran á tener estilo, y recuerdan las manillas y cantoneras góticas, ó los ricos esquinales del período del Renacimiento.

Por desgracia, los devocionarios de pretensiones artísticas, en su mayor parte están invadidos por el cinc y la pseudo-piel de Rusia. ¿Cómo explicar lo antipático y *anti-religioso* de estas dos materias? El cinc ó símili bronce es una plaga, una úlcera de la vida moderna. En quinqués, candelabros, arañas, estatuas, ornato de muebles, crucifijos, benditeras, cofres, jarrones..., en todo se encuentra este pestífero metal, tan grosero, tan deleznable, tan refractario á la línea elegante que parodia. Si el cinc me repugna, tampoco soporto el níquel en los devocionarios, ni aun el acero; los devocionarios, ó deben ser sencillísimos, lisos, sin zarandajas ni arrequives, ó deben tenerlos de plata. Por lo que hace á la piel de Rusia, es la cifra de lo moderno y de lo archiprofano. Cuando el aire nos trae en sus alas una bocanada de piel de Rusia, inmediatamente evocamos la idea de la petaca bien rellena de *londres*, con su monograma de oro que supera una corona heráldica, ó de la cartera provista de tarjetas y billetes de Banco, y en cuya bolsa más recóndita se alberga una linda fotografía de mujer. No; la piel de Rusia no se amalgama bien con el perfume del incienso. El recogimiento, si lo hay, se disipa al aroma de esa piel ya algo cursilona, próxima á entrar en sus categorías más inferiores de imitación, dentro de la industria popular á real la pieza. Porque la piel de Rusia, ó lo que llaman así en el comercio, es demasiado barata, se ha propagado mucho, y los devocionarios del olorcillo consabido se pueden adquirir á precios módicos. – La mujer verdaderamente refinada se dedicará á buscar una de esas pieles antiguas, preparadas y curtidas por los árabes, que son inalterables y flexibles, y con ella encuadernará sus libros de rezo. Y la que no quiera refinamientos, se contentará con el humilde *Eucologio* sólidamente empastado, de letra gruesa, de respetable tamaño – cosa seria y austera, que respira piedad y formalidad.

En cuanto al rosario, ¡qué escala tan variada recorre, desde el opulento rosario de perlas engarzado en oro, hasta el pobrecillo de huesos de aceituna pasados por un cordel, regalo habitual de los franciscanos que vuelven de Tierra Santa! De la Edad Media apenas se conservan rosarios; en cambio, en el siglo XVII, en España, el rosario es una prenda usual, como lo fué después la tabaquera: se lleva á todas horas, y los señores graves y las dueñas haldudas y de repulgadas tocas echan al cuello el rosario de cuentas gordas como avellanas – hay autores que escriben *como nueces*, pero tengo para mí que será una exageración. – Retratos de gollilla he visto en Museos y casas de anticuarios, que, como el de Felipe II, están en actitud de pasar las cuentas del rosario devotamente.

Nuestras abuelas, que usaban mantilla, no prescindían del rosario, no ya al cuello ni á la cintura, sino arrollado á la muñeca: un brazalete bonito y airoso, con sus medallas y crucecillas que lo remataban, no sin gracia. El rosario de oro, el abanico de nácar ó de sándalo, la mantilla de blonda, son elegancias que nos han parecido añejas, y que hoy, pensándolo mejor, se nos figuran exquisitas. Los rosarios más primorosos de esa época solían ser de oro cincelado, muy sutiles: habíalos también de recia pedrería, y no dejaban de estilarse unos dieces que llamaban *camándulas*, que eran de marfil y tenían al extremo una calavera, de un realismo violento, que por el otro lado era la Santa Faz de Jesucristo. Estos dieces no se arrollaban á la muñeca, sino que se enganchaban al dedo meñique por un aro ó sortija de plata.

Dos grandes depósitos de rosarios he visto en el mundo: Lourdes y Roma. En Lourdes, debo declararlo, todos los rosarios son feos. El industrialismo francés, que en otras cosas no suele estar reñido con el buen gusto, en los rosarios de Lourdes se olvida de su prurito de agradar. El rosario clásico de Lourdes, la gran corona de quince dieces, de madera trabajada toscamente, y de cuentas gordas, no ya como nueces, sino como razonables ciruelas claudias, es el único que me parece simpático, pues representa bien el aspecto montañoso y salvaje de aquellas gargantas imponentes: labor de pastorcillo, hecha con navaja, á la sombra de un roble. – Roma ha conservado sus tradiciones de metrópoli del arte hasta en los rosarios: el rosario más sencillo, más barato, más ascético, procura en Roma revestirse de colores atractivos. En los rosarios algo costosos ya se nota ese encanto colorista de los objetos traídos de Oriente, de países donde todavía no se perdió el sentido de la nota pintoresca y de la fisonomía expresiva de las cosas. No he visto emplear en otra parte, para rosarios, las materias que en Roma: diríase que no se encuentran sino allí, especialmente ciertas ágatas y cornalinas que ellos llaman *pietre dure*, y de las cuales labran también camafeos, cajitas y sellos. Entre estas *piètre dure* hay dos muy lindas, conocidas por «rojo antiguo» y «verde antiguo» – esta última creo que será una variedad de la serpentina, – que adquieren un pulimento encantador. Aparte del rojo y del verde, hay otras innumerables. La malaquita, el ónice, la amatista, el cristal de roca, el coral sanguíneo, el coral rosa, el coral blanco, el granate, el ágata amarillo, el ojo de gato, el zafiro, la calcedonia, la venturina, el jacinto de Compostela, la madreperla, el alabastro, se tallan en facetas ó se pulen en esferitas para los rosarios. Algunos de ellos, por gracioso capricho, son de todas estas piedras mezcladas y hacen un efecto pintoresco hasta lo sumo.

No es indiferente que los objetos religiosos sean bellos, y que por su belleza nos atraigan y se nos hagan familiares y queridos. El hombre – sobreentiéndase la mujer – es un ser que necesita que lo conduzcan á lo bueno por todos los medios. «Somos – dice Pascal – autómatas, á la vez que espíritus; la costumbre nos guía y nos conduce á todo; la costumbre inclina al autómata, y éste arrastra al espíritu sin que lo advierta. Hay que preparar la máquina.» No es el mejor medio de *preparar la máquina* á las prácticas religiosas el que todo lo relacionado con la vida devota sea horrible, basto, ordinario, ó lúgubre y triste. El cuidado y esmero en adornar el misal y en hacer del rosario una joya prueban el lugar que ocupaba en el alma la religiosidad. No me puedo resignar á que hoy las mantelerías de comer se adornen con encajes soberbios y cuesten miles de pesetas, y en los manteles de altar se introduzca el encaje de algodón y el tul barato.

Así es que estos días de Semana Santa, en la calle, sin querer, miro hacia los rosarios y los devocionarios, más que hacia los flamantes trajes de seda brochada y terciopelo negro y hacia las mantillas que sólo en Jueves y Viernes santo ven el sol, dejando su prisión alcanforada.

Un rosario fino, una medalla con diamantes, un libro rico y serio, me atraen y me hacen formar buena idea de la que los luce. También me interesan los libros muy usados viejos y pobres – por otro concepto. – ¡Qué de consuelos, qué de diálogos del alma con el *más allá* representan esos libros humildes, que aprieta contra el pecho una mano desecada por la edad, rugosa, temblona y muchas veces desfigurada por el trabajo! Todas las mañanas ese libro ha sido un bálsamo, todas las noches sus palabras se han grabado en el cerebro para proporcionar un sueño dulce, después de la fatiga y la labor, ó después de dolores y padecimientos difíciles de sufrir. Abridlo y veréis que entre sus páginas conserva á veces la flor suelta de una coronita fúnebre, una carta gastada por los dobleces, del hijo ausente, la estampa del corazón de Jesús, la papeleta de comunión..., y ¡quién sabe si la de empeño de un mantón raído, último baluarte contra el frío del invierno! «Venid á mí los que estáis cargados de tribulaciones, y yo os aliviaré,» dice á cada párrafo ese libro que no vale dos reales, bisunto, blancuzco por las esquinas, el misal de la criada de servir ó de la jornalera... – EMILIA PARDO BAZÁN.



FRANCISCO PI Y MARGALL

¿Para qué excelencias? ¿Para qué señorías? El nombre solo expresa más que todos los tratamientos.

Cuando se dice en Europa, lo mismo que en América, *Francisco Pi y Margall*, ó sencillamente *Pi y Margall*, ó *Pi (tout court)*, todos saben que se trata de uno de los políticos españoles de más envidiable celebridad y de uno de los mejores prosistas que honran la literatura castellana.

Y ¡cosa extraña! Con ser tal y tanta la celebridad de *Pi;* con haber sido su nombre uno de los más populares en la segunda mitad y sobre todo en el último tercio del presente siglo, *Pi y Margall* es uno de los hombres menos conocidos entre los políticos españoles contemporáneos.

No significa esto que la persona de Pi carezca de celebridad, muy al contrario; pocas hay que sean tan célebres, ni tan justa y tan universalmente admiradas; sucede, sin embargo, que acerca de Pi cada cual ha imaginado una leyenda.

Para éstos, por ejemplo, es *estatua;* para los otros es *hombre de nieve;* para muchos *ministro de hielo,* y solamente los que lo han tratado con alguna intimidad saben que no hay tal hielo, ni tal nieve, ni tal estatua más que en la imaginación de algunos soñadores.

Quien, allá por los años de 1876, ¡hace ya más de veinte años!, hubiese concurrido á ciertas veladas deliciosas y casi de familia que, sin sujeción á *periodicidad* alguna, y sin previas invitaciones, y por supuesto, sin cronistas, solían improvisarse en un modesto, bien que desahogado, piso segundo de la *plazuela del Callao,* en Madrid; quien, ignorando el nombre y circunstancias del amo de aquella casa y jefe de aquella familia, hubiese disfrutado de su trato amable, de su hospitalidad franca, de su amenísima conversación y lo hubiera visto satisfecho en su hogar apacible, gozoso entre seres queridos, tomando parte en la fiesta con la discreción necesaria para que ni su presencia en ella pudiese cohibir á la gente moza, ni su alejamiento traducirse por enojo; quien lo hubiese contemplado *haciendo los honores de la casa* (según la locución admitida) con afabilidad no exagerada y con tacto exquisito; quien hubiera visto, por fin, una vez terminada la función, en la cual se *había hecho música,* habían leído algunos concurrentes composiciones poéticas, se había discutido un poco y no se había bailado porque las dimensiones del salón no permitían á los jóvenes esas expansiones; quien hubiese visto, vuelvo á decir, como una vez terminada la fiesta, el padre presentaba la frente á cada uno de sus hijos, alguno de ellos ya hombre, para que éstos grabasen en ella el ósculo de paz al despedirse, y quien después de haber presenciado todo eso (admitida la hipótesis de que pudiera haberlo presenciado sin saber cuya era aquella casa), hubiese preguntado: ¿quién es ese caballero tan bondadoso y tan ilustrado, tan amable y tan sabio, tan docto y tan sencillo en sus maneras y que vive de modo que hace recordar costumbres casi patriarcales?, no habría dado crédito al que le hubiese contestado: «Ese caballero es Pi.»

«¿Qué Pi? – hubiese preguntado de seguro, y de seguro con extrañeza: – ¿El Pi revolucionario?, ¿el Pi jefe de los federales españoles?, ¿el Pi que defendió en el Congreso á la *Internacional?,* ¿el Pi que en 23 de abril de 1873 disolvió la comisión permanente de la Asamblea?, ¿el Pi?...»

Ese; el único Pi á quien se refiere el que pronuncia ese nombre; el propagandista infatigable de la federación, el presidente de la República, el ciudadano honrado y laborioso, el modelo de padres de familia, el Pi que menos se parece, en una palabra, al terrible y feroz personaje que sus adversarios políticos han pintado.

En una afirmación, sin embargo, coinciden los amigos y los enemigos de Pi y Margall: en la afirmación de que ha dado ejemplo, tanto en la vida pública cuanto en la privada, de rectitud, de honradez y de probidad. Así como reconocen sus detractores y los que lo quieren y lo admiran la sinceridad con que profesa y propaga sus ideas; erróneas para unos, acertadas para otros, pero por Pi y Margall honrada y sinceramente profesadas y mantenidas con perseverancia inquebrantable.



Francisco Pi y Margall

No se han fijado los que llaman á Pi hombre de nieve, no se han fijado en el vigor, ni en la valentía que caracterizan cuanto produce y ha producido el bien templado espíritu del autor de *La historia de la pintura,* de *La Reacción y la Revolución* y de *Las Nacionalidades.* En las páginas hermosas de esos libros, que desde ahora lo profetizo, admirarán nuestros nietos y nuestros choznos, se sienten las palpitaciones de un corazón entusiasta.

Hállanse en ellas, es verdad, ideas nobles, pensamientos profundos que revelan al lector la existencia de un cerebro admirablemente equilibrado; hállanse también la corrección y la pulcritud de lenguaje propias de un gran escritor; pero á más de eso y sobre todo eso brillan en su obra la fe razonada del convencido y la energía y el entusiasmo del catequista que procura transmitir á otros esas convicciones.

Algunos admiradores del escritor y del literato han dirigido censuras á la *Academia Española* por no haberle dado la investidura de académico. Tales cargos, en este caso, son injustos. Pi y Margall no es académico de la Española porque no ha querido serlo. En una ocasión se trató por individuos muy estimados y muy influyentes en *aquella casa* y aun fuera de ella (y no por cierto correligionarios del apóstol de la federación) de votar á Pi y Margall para que ocupase uno de los sillones de la Academia, y alguien, cuyo nombre no hace al caso, fué encargado de decirle: «Amigo D. Francisco, los académicos *Fulano, Mengano* y *Zutano* (no estoy autorizado aún para publicar sus apellidos) han resuelto presentar la candidatura de usted para la *Academia Española,* tienen completa seguridad de salir triunfantes, pero necesitan saber si, caso de alcanzar la victoria, usted aceptaría esa designación.»

La respuesta de Pi fué clara y terminante:

«No solicito ni deseo ser académico, ni el puesto me seduce, ni la índole de sus tareas es de mi gusto. Está claro que si la corporación me eligiese por unanimidad, con que se probara que mi entrada allí era agradable á todos, sobre estimar la deferencia yo aceptaría el puesto por cortesía. Diga usted, pues, á esos señores que les agradezco muy de veras esos propósitos que me lisonjean y me honran; pero que si tienen otros compromisos, que de seguro los tendrán, los atiendan, ya que para complacer á otras personas hallarán probablemente menos dificultades en la Academia.»

Es muy común, es muy corriente hablar de la prosa de Pi y admirarlo, como literato, por la claridad del concepto, por la sobriedad de la frase, por lo natural del estilo, por lo castizo de la dicción; pero convengamos en que ni lo correcto, ni lo castizo, ni lo sobrio darían á los escritos de Pi (como no se la darían á los de ningún otro autor) la importancia que la fama con justicia les atribuye, si á más de todo eso no hubiera en ellos algo más, mucho más, que es justamente la substancia del trabajo: la esencia de vida, el alma del alma, que el autor leal y sincero pone siempre en sus producciones.

Sincero y leal es Pi en cuanto escribe, y por eso sus escritos producen efecto sorprendente. Muchas veces sin él pretenderlo y acaso hasta sin sospecharlo.

El primer trabajo político de Pi, escrito por casualidad en un diario en el que sólo tenía él á su cargo la crítica teatral, determinó la caída de un ministerio y un cambio completo de política en la gobernación de España.

El hecho, según lo refieren los biógrafos de Pi y Margall y muy especialmente el inteligente y conocido periodista Sr. Vera y González *(D. Enrique),* sucedió en *El Correo,* diario que recibía inspiraciones del famoso *don Patricio de la Escosura,* á la sazón ministro, y como tal, autor de un proyecto de reforma, enderezado en resumidas cuentas á disminuir la preponderancia cada vez mayor del militarismo.

En las tales reformas se equiparaban las atribuciones de los gobernadores civiles á las de los *capitanes generales.* Sin que esto, dicho así *grosso modo,* dé idea aproximada siquiera de lo que eran las reformas, ni de su trascendencia y alcance, en cuya investigación no hay para qué entrar, basta para que se comprenda lo que Pi escribiría acerca de ello.

Tanto fué y tan duro, que los partidarios de la preponderancia militar se alarmaron y produjeron una crisis de que fué víctima, en primer lugar el mismo Escosura, á quien se atribuyó la paternidad del trabajo periodístico de Pi, y en segundo lugar *El Correo,* cuya publicación cesó al día siguiente.

Lo más original del caso es que aquel artículo había de haberlo escrito Ferrer del Río, uno de los redactores políticos de *El Correo. Ferrer del Río,* que había obtenido por aquel entonces un cargo del gobierno, obsequió á sus compañeros de redacción con una cena, en la cual, como fácilmente se comprende, reinaron la mayor expansión y la más franca alegría.

Concluído el *gaudeamus,* Ferrer del Río, abusando quizás de sus prerrogativas de anfitrión, encargó á los compañeros por él obsequiados que lo eximiesen de aquel trabajo.

Como entre esos compañeros, cual menos, cual más, todos se habían excedido un poco, y el único del todo limpio de exceso era Pi, sobre él hubo de recaer la tarea, y Pi la desempeñó tan admirablemente y con tanta fuerza, que quedan expuestos los resultados.

Y esto mismo ó algo muy parecido á esto le ha ocurrido á Pi, muchas veces, por sólo exponer con franqueza y con lealtad – siempre con mucho comedimiento y con muchísima cortesía – lo que pensaba.

En 1854, cuando el pueblo de Madrid, triunfante en las jornadas del 16, 17 y 18 de julio, era dueño de sus destinos y ocupaba militarmente la capital, Pi expuso su programa de reformas, y lo expuso con tal

vehemencia, que la *Junta Revolucionaria* hubo de asustarse y redujo á prisión al autor de tan *espantable* proclama.

Pocos días después, constituído ya el gobierno progresista, publicó Pi un libro titulado *La Reacción y la Revolución*, y al gobierno progresista le asustó el libro casi tanto como el programa había asustado á la Junta revolucionaria, y aunque no encarceló al autor, recogió el libro y prohibió su circulación y su venta.

Algo más había, por lo tanto, en las obras del *hombre de hielo*, que filigranas de retórico y primores de artista; algo más era Pi que un escritor correcto, muy entendido en la sintaxis castellana y muy conocedor de las demás partes de la gramática, para que sus escritos, de forma irreprochable siempre, pusieran espanto en los espíritus de ministerios reaccionarios y de Juntas revolucionarias.

Sus ideas - salvas modificaciones absolutamente inevitables y también absolutamente necesarias en el transcurso del tiempo - han sido siempre: en política, republicanas federales y democráticas; en religión, panteístas; en filosofía, positivistas; en economía, armónicas.

Pero Pi, antes que filósofo, antes que economista, antes que literato, es un carácter entero y un hombre de bien.

Como literato, como sabio, como instruído, merece aplauso y admiración; como carácter, inspira respeto; como hombre de bien, logra cariño. La tranquilidad de su conciencia le mantiene sereno en las circunstancias más difíciles. Pi viene á ser casi la realización de aquel ideal concebido por el poeta latino en el varón justo y tenaz en sus propósitos.

Siendo Pi muy joven, hubo de ponerse al frente de una casa de comisión y giros. No eran esas, por cierto, ni lo fueron nunca, sus aficiones; pero careciendo, á la sazón, de otros medios de subsistencia, el futuro presidente de la República Española, el que había de ser orador insigne de las Constituyentes, literato eximio, jurisconsulto notable, honra y gloria de la prensa periódica, aceptó, y lo aceptó con reconocimiento, el cargo que en esa casa de giros y comisiones se le ofrecía, y llegó á ser - pues tiene su inteligencia privilegiadísima múltiples aptitudes, - llegó á ser peritísimo en asuntos bancarios y mercantiles.

Si los negocios de aquella casa hubieran ido bien, cabe en lo posible que Pi fuese hoy banquero opulento, y viviese alejado, por conveniencias profesionales, de las ardientes luchas de la política.

No sucedió así; la casa principal, establecida en Barcelona, suspendió sus pagos, y la sucursal en Madrid, al frente de la cual se hallaba Pi, hubo de entregar á la sindicatura de la quiebra *ocho mil reales* que se le reclamaban.

Pero Pi no entregó los *ocho mil reales* reclamados, sino *sesenta y cuatro mil* que obraban en su poder, y de los cuales, por razones que ignoro, la casa no tenía noticia alguna.

Al hacer la entrega de aquellos *cincuenta y seis mil reales* que nadie reclamaba y que hasta se resistían á recibir los síndicos de la quiebra, Pi poseía por todo caudal *veinte pesetas* y se quedaba sin destino indefinidamente.

Pi, hombre maduro ya, curtido en los combates de la vida, llega á ministro, es Presidente del gobierno, cae del poder y no cobra su cesantía de ministro, por no contradecir con sus actos lo que en contra de las cesantías ha sostenido con su palabra.

Estos rasgos caracterizan al hombre. Pi es el único ex ministro español que, pudiendo cobrar cesantía, no la cobra.

Hay quien pretende juzgar á Pi muy severamente por su gestión como gobernante. Los que á tanto se atreven, ni saben lo que es juzgar; ni han sabido nunca lo que es gobierno; ni, como dice el vulgo, saben de la misa la media.

Al estadista que, como Pi, ha pasado lo mismo que un relámpago por las esferas del poder, es imprudente y hasta temerario negarle ó concederle, según el capricho, dotes de mando.

Pi tiene, y lo ha demostrado: alteza de miras, serenidad de espíritu, rectitud de intención, claridad de inteligencia, amor á la justicia, perseverancia en el propósito, honradez en los procederes. Condiciones muy recomendables son estas para un hombre de gobierno, y dicho sea sin ofensa de nadie, pocos de nuestros personajes políticos las reunen todas.

¿Son ellas suficientes para dirigir con acierto la nave del Estado en medio de deshecha borrasca?

Ni lo sé, ni lo sabe nadie.

Pi estuvo en el gobierno muy pocos meses, ¿qué pocos meses?, muy pocas semanas.

Dígase si puede exigirse, en serio, á un reformador, que en ese período plantee sus reformas y dé desarrollo á sus proyectos.



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. - CAVITE. - CAMINO QUE CONDUCE AL FUERTE CHIQUITO Ó REDUCTO PÉREZ

Como de las personas muy acaudaladas suele decirse en lenguaje familiar que ni ellas mismas saben lo que tienen, podría afirmarse de Pi y Margall, sin incurrir en hipérbole, que nunca tuvo exacto conocimiento de su mucho valer.

Retraído por afición y por carácter de toda exhibición ruidosa, si había brillado en el periodismo como polemista invencible, no era conocido como orador de club ni como conferenciante de Ateneos.

Cuando, reunidos los diputados de la minoría republicana en las Constituyentes de 1869, se trató de distribuir los turnos para la campaña parlamentarla, ninguno de los individuos de la mencionada minoría quiso encargarse de las cuestiones de Hacienda.

Explícase y se comprende tal retraimiento con sólo fijarse en que se hallaba al frente del departamento del ramo el eminente hacendista D. Laureano Figuerola, el cual tenía en rededor suyo, como auxiliares, hombres de la talla de D. José Echegaray, D. Gabriel Rodríguez, D. Segismundo Moret, apóstoles de la doctrina librecambista y verdaderos atletas de la oratoria.

En vista de que nadie tomaba para sí la empresa de contender con tales adversarios, Pi se ofreció sencilla y naturalmente á combatir la gestión económico-rentística del gobierno.

Con este motivo dice uno de sus biógrafos: «Fué esta proposición tibiamente recibida por sus compañeros de minoría, que desconfiaban de las dotes oratorias de Pi y Margall.»

No tardaron en convencerse de que eran infundados sus temores.

Si con su primer trabajo periodístico había logrado Pi derribar un ministerio, con su primer discurso parlamentario alcanzó puesto preeminente entre los más célebres oradores. Aquella revelación inesperada conmovió profundamente á todos los hombres políticos... menos á uno; menos á D. Francisco Pi y Margall, á quien no desvanecieron aquellos aplausos, como no han intimidado después manifestaciones de hostilidad de otras mayorías.

Del hombre, en realidad, mal conocido y peor estudiado, he dicho cuanto se me ocurría... No; mucho menos de lo que se me ocurría, pero he escrito mucho.

«Y aun no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.»

Es acaso el único de nuestros prohombres con quien es dado al simple mortal departir muchas veces sin sentir el peso de la superioridad olímpica del interlocutor. Yo, pequeño entre los pequeños, he conversado con Pi muchas veces, sin que ni una sola me hayan obligado su actitud ó sus palabras á recordar mi pequeñez. Quizás por eso me parece él más grande.

A. Sánchez Pérez



Pr. piedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. - CAVITE. - EN EL CAMPAMENTO DE DAHALICÁN. EL TENIENTE CORONEL DE ARTILLERÍA SR. VILLAR Y OFICIALES FRANCOS DE SERVICIO



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. - CAVITE. - CASA EN DAHALICÁN DESTINADA AL GENERAL DE DIVISIÓN D. DIEGO DE LOS RÍOS

EL «TURNO» DE PEPE

(TIPOS MADRILEÑOS)

El «turno» se llama en los cafés de la villa y corte al número de mesas y horas en que presta en ellas sus servicios tal ó cual de los camareros del mismo. El turno de Pepe es, con arreglo á este convencional lenguaje, el conjunto de las doce mesas próximas al mostrador y en el fondo del café X, uno de los más animados y concurridos de la Puerta del Sol, desde las siete de la tarde á las dos de la madrugada.

Pero ¿qué tiene el turno de Pepe que no tengan el de Emilio, el de González ó el de Perico, camareros todos del mismo café?

Pues tiene lo que á los de los otros les falta: tiene carácter propio.

En todos los demás, el público es tan variable y heterogéneo que el de unos días no se parece en nada al de otros, ni el de unas horas se asemeja al que le ha precedido ni al que le ha de seguir. Pepe, en cambio, no tiene en su turno una cara desconocida y ha llegado á abrigar la triste convicción de que conforme se le vayan acabando los parroquianos actuales, por el término natural de la vida humana, se le irá acabando también el oficio y los ingresos que arrancan del mismo.

Si penetrando en aquel vedado ó huyendo del ruido y de la confusión del resto del café, nos refugiáramos en el turno de Pepe, podríamos hacer muy curiosos estudios, ya con la propia observación, ya auxiliados por el mismo Pepe, que conoce admirablemente á los suyos y está dotado de muy natural ingenio.

Por ejemplo, nadie puede adivinar á primera vista quiénes serán las dos señoras cuya edad denunciaría su blanca cabellera, sin los progresos que ha realizado la química en los últimos tiempos, y que ocupando la mesa del fondo, son saludadas en ella por un público masculino constantemente renovado. Pero no se apresure el lector á abrigar malos pensamientos.

Doña Beatriz y doña Genoveva Fernández de Sotomayor y Alvarez de Benavente, solteras, pensionistas del Estado, son las huérfanas de un personaje que tuvo grandísima influencia durante los años de la primera guerra civil. Desde poco después vienen cobrando del Erario público una pensión bastante exigua, pero que ellas se encargan de acrecentar ejerciendo de agentes de negocios no matriculados. Utilizan al efecto sus relaciones, recorriendo durante el día las oficinas del Estado para recomendar el despacho de numerosos asuntos pendientes en las mismas. Y como sería mal visto que recibieran en su casa á las muchas personas que acuden á su influencia, en el café de la Puerta del Sol, turno de Pepe, han sentado sus reales y reciben á sus amigos, que tienen la buena condición de no permanecer á su lado más que el tiempo necesario para averiguar si la solicitud pasó de clases pasivas á lo contencioso, si habrá que hacer algún pequeño sacrificio para que en la primera de dichas oficinas no pongan chinitas que dificulten el pronto despacho de otro expediente; si la marca de fábrica podrá concederse ó no; si el abono que solicita el soldado de Filipinas Fulano de Tal está en buenas manos, y otras muchas análogas noticias, incluso la de obtención de destinos. La malicia supone que en algún tiempo las citadas señoras fueron una verdadera potencia para esto último, y que, en combinación con algunas elevadas personalidades de su mismo sexo, tuvieron una verdadera agencia con su tarifa y todo, de la cual arrancan los servicios administrativos de muchos que hoy son jefes de negociado ó de administración. También dice la malicia que una de las dos señoras — no añade si doña Beatriz ó doña Genoveva, — después de realizada por aquellos medios una fortunita muy regular, se la dió á administrar á un habilitado que le había hecho promesa de casamiento, promesa que no pudo cumplir porque era ya casado, como poco después fué fugitivo cuando la solterona le reclamó su depósito. Lo averiguado del público es que si faltó durante algún tiempo del turno de Pepe, pronto volvió á él con el pelo muy negro (señal de que se le había vuelto más blanco), y que desde entonces no hay habilitado que se atreva á darle palabra de casamiento. Tampoco falta quien diga que las dos hermanas antes de marchar á su casa, cuando se retiran á las doce del café, entran en otra ajena, donde la inquilina, pensionista como ellas, reune á unas cuantas amigas y algunos amigos para entretenerse un rato jugando á las siete y media y sólo en ciertas noches se arma su poquito de monte. Pero ni esto lo pueden asegurar los concurrentes al café, ni mucho menos Pepe, modelo de discreción por lo mismo que ellas le dispensan no pocas confianzas, incluso la de deberle dinero en algunas ocasiones.



El Domingo de Ramos en los Abruzos, cuadro de C. Tiratelli

(reproducción de Franz Hanfstaengl, de Munich)

— Pero ¿quién es ese caballero de las patillas canosas y gafas negras que invariablemente entra á las nueve para retirarse á las once y se sienta junto á las señoras de Sotomayor y Benavente?

— ¡Ah!, me dice Pepe, á quien he dirigido la anterior pregunta, ese es D. Pedro, el único parroquiano que queda de los diez ó doce que hace quince años ocupaban esa misma mesa.

— ¿Pero D. Pedro qué?..

— No lo sé, señor; á él le llamaban sus amigos *el hombre cronómetro*, y desde hace veinticinco años llega como hoy al dar la primera campanada de las nueve y se retira en cuanto empieza el reloj á dar las once. Toma su café con leche, haciéndose servir primero aquél hasta la raya azul de la taza y la leche de modo que no se vierta una sola gota en el platillo; enciende un cigarro puro, lee *La Correspondencia*, duerme ó medita durante un rato (que eso no se puede ver por lo obscuro de las gafas), y se marcha hasta el día siguiente, en el que renueva la misma escena. Si no fuera porque su traje es nuevo, yo juraría que es el primero que le conocí y el mismo que usaba, según el dueño, cuando se abrió el café al terminarse las obras de reforma de la Puerta del Sol. Es seguro que, de no ser el mismo, es una copia perfecta de aquél.

— ¿Y no habla con nadie?

— Con nadie y también sé la causa de ello: desde hace dos años se quedó sordo como una tapia; quiere disimularlo y el medio mejor es no hablar nunca.

— ¿Será rico?..

— Yo sospecho que debe tener una rentita en papel del Estado, porque también viene por las mañanas y doña Beatriz ha hecho la observación de que falta dos veces al año..., los días de pago del cupón.

— ¿Y tiene familia?

— Vive con dos sobrinas suyas á las que no dejará nada cuando él muera, legándolo todo á la Beneficencia; es el medio de estar él bien cuidado.

— ¿Y cómo sabes tú todo eso?

— Porque me lo ha dicho don Serapio.

— ¿Quién? ¿Ese caballero alto que suele venir cuando acaban los teatros?

— El mismo. Ese sabe la historia de todo el mundo y es una gran persona.

— No lo pongo en duda, aunque algo me previene en contra suya el hecho de verle siempre acompañando á cómicas y cómicos.

— ¡Qué quiere usted!.. Cada uno tiene en esta vida sus debilidades, y la de D. Serapio consiste en no faltar á un estreno ni dejar de contribuir á un beneficio.

— Es verdad. Siempre que hay estreno pone aquí cátedra y explica á sus contertulios el argumento de la obra de *pe á pa*, haciendo á la vez una severa crítica del trabajo literario y de su interpretación.

— Pues lo de los regalos no lo invento yo; vea usted los periódicos. ¿Se celebra el beneficio de la da-

ma? Pues ya se sabe: entre la lista de los regalos nunca falta: «D. Serapio X., una pulsera.» ¿Da el suyo el galán? «D. Serapio X., una espada histórica.» ¿Se verifica el del gracioso? «D. Serapio X., una gorra con cascabeles de plata.» En los cuartos de los actores le quieren mucho y en todos ellos le llaman y le buscan para que lleve un figurín, para que recoja un dato histórico ó para que dé su opinión sobre el largo que deben alcanzar las trusas ó la cantidad de algodón que deben tener prudentemente las pantorrillas de una bailarina. Afortunadamente D. Serapio es rico, porque en otro caso, semejantes aficiones serían ruinosas.

– Por señas que no ha venido hoy...

– Hoy no vendrá ó vendrá muy tarde, porque una sociedad de porteros da una función dramática en el Liceo Ríus y se la ha dedicado.

– ¿Y qué tiene que ver?..

– Pues que empiezan con *La Pasionaria*, dan luego *El Patriarca del Turia* y acaban con *La Calandria*, habiendo en los intermedios juegos de prestidigitación, orquesta de bandurrias, el cinematógrafo y lectura de poesías.

– Pues algunos cuartos se le irán hoy al bueno de D. Serapio.

– No muchos... El pago del local, una caja de cigarros peninsulares para el primer galán y para la dama una corona de doublé comprada de ocasión en casa de una tiple que abandona la escena.

– Dime, Pepe, ¿y quién es ese señor que suele venir solo á un velador y que se pasa horas y horas leyendo periódicos, escribiendo cartas y dando encargos al fosforero?

– ¿El del rincón?

– Sí.

– ¡Ah! Ese es un gran parroquiano para el fosforero, pues todos los días le compra una porción de periódicos y le gasta papel y sobres, sin contar las propinas que le da.

– ¿Pues en qué se ocupa?

– Ese señor es un especialista en descifrar juegos de imaginación. Apenas sale *La Correspondencia* se enreda con la charada, y después de hacer una porción de combinaciones con las sílabas, cuando logra acertarla, escribe al director del periódico remitiéndole la solución en carta firmada por *Chactas*. Llega *El Heraldo* y emplea el mismo empeño hasta dar con el rombo, el triángulo de puntos ó el logogrifo, y cuando los acierta, carta al canto, firmada por *Tres amigos*, y envío de la misma con el chico del fosforero. Con el *Blanco y Negro, El Domingo* ú otro cualquier semanario, la misma operación y el mismo trabajo para dar reputación de listos á *Menandro, Caracolitos* y *Matacanes*, que de todas estas maneras suele firmarse.

– Me parece, por cierto, que te llama: le he oído dar una palmada.

– No, es que se la ha dado en la frente al acertar acaso algunas de las charadas. Tal vez la que tanto le preocupaba, pues hace una hora me llamó para preguntarme:

– «Pepe, ¿qué tienes en la cabeza?

– »No sé, señor; pero yo bien me limpio.

– »No digo eso, sino qué tienes de dos sílabas.

– »Pues, pelo.

– »No vale.

– »Canas.

– »Menos.

– »Calva.

– »Tampoco.

– »Pues entonces, señor, no tengo nada.

– »Me lo presumía.»

– Y le dejé engolfado con su charada que luego acerté yo: las dos sílabas eran *beza*, y por eso, según el charadista, estaban en la cabeza. Pero no he que rido decírselo.

– ¡Hombre, pues es una crueldad!

– No lo creo así; pero de todas maneras no me arrepiento, pues leí en mis mocedades en no sé qué libro que cuando se sirve á otro no se le debe demostrar que es uno más listo que él.

– Eso sería probablemente en el *Gil Blas*, donde hay algo parecido, y me prueba que tienes afición á la lectura.

– La tuve; pero después la fuí perdiendo al convencerme de que los libros no nos son necesarios. Basta fijarse un poquito en el mundo que nos rodea para aprender bastante, sin necesidad de averiguar lo que fingen los escritores. ¡Y si viera usted, señor, para cuánto sirve, cuando se quiere aprovechar, un café de estos! Ya ve usted, en poquísimo rato ha podido usted conocer varios tipos de gran actualidad y carácter, y á poco que hubiera prolongado el estudio habría tropezado con otros muchísimos, tales como unos parroquianos que se pasan la noche evocando á los espíritus, mientras sus mujeres y sus hijas llevan la fama de ser poco espiritualistas, ó los grandes estratégicos de aquella otra mesa que todas las noches resuelven los más arduos problemas militares y ganan combates y conquistan posiciones, que dejan marcadas sobre la mesa; ó la tertulia de los aficionados á la estadística, que han llegado á averiguar el número de granos de café que tiene cada saco de cuatro arrobas, y los cigarrillos que fuman en un año los parroquianos del establecimiento, con otros resultados no menos maravillosos y útiles; ó el coleccionista D. Venancio, que ha pasado veinte años reuniendo cajas de fósforos y ahora colecciona tapones de botellas.

– Veo, Pepe, que tienes aptitudes críticas que nunca te había supuesto. ¿Por qué no escribes todo eso en periódicos ó libros?

– Porque sería mi perdición... Precisamente el mayor número de mis deudores está entre periodistas y literatos; y no por mala fe, ¡pobrecillos!, sino porque su oficio es bastante más mezquino y menos retribuído que el que yo ejerzo y con el cual voy saliendo y sacando adelante á mi familia.

– Es que además tienes en esta casa un buen turno.

Sí..., mientras me vivan los parroquianos.

M. OSSORIO Y BERNARD



Primavera, fotografía de Walter Barnett, de Melbourne y Sidney (Australia)

NUESTROS GRABADOS

Guerra de Filipinas.—El grabado de la página 260 representa el camino que conduce al fuerte ó reducto chico ó de Pérez en Dahalicán, del cual hablamos en uno de nuestros anteriores números. Por él podrán formarse idea nuestros lectores de la lujuriosa vegetación de aquellas islas y de lo difícil que ha de ser á nuestros soldados avanzar por semejante terreno sembrado de obstáculos naturales. Por esto todos los batallones llevan algunos individuos provistos de *bolos*, especie de machetes, con los cuales se abren paso por entre aquellas selvas enmarañadas, realizando lo que se llama *chapeo*, operación indispensable, puesto que el avance por los caminos ordinarios es imposible á causa de estar sembrados de obstáculos, cortaduras, trincheras, etc. A izquierda y derecha del camino hay multitud de casitas de caña y nipa rodeadas de plátanos. Antes reinaba allí gran animación, pero ahora las casas están abandonadas y destrozadas muchas de ellas. En el fondo de este túnel de verdura se ve la silueta del fuerte chiquito.

De los dos grabados que publicamos en la página 261, el primero reproduce el grupo formado por el teniente coronel de artillería Sr. Villar y los oficiales francos de servicio, en el campamento de Dahalicán. El segundo es la casa que en Dahalicán se había destinado al general que se alojara en la población: está construída sobre pies derechos de madera y cercada en parte por caña partida; el piso alto es de madera y la techumbre de nipa. Ocupóla el general D. Diego de los Ríos después de permanecer varios días en el molesto barracón que se levantó en el reducto grande: á la verdad, esta vivienda ofrece pocas comodidades para un general de división, máxime si en ella han de habitar también sus ayudantes, pero ¡quién es exigente en campaña y quién no se da por contento con tener un techo bajo el cual recogerse en los momentos de descanso!

El Domingo de Ramos en los Abruzos, cuadro de C. Tiratelli.—En todos los pueblos cristianos se celebra solemnemente la festividad conmemorativa de la entrada de Jesucristo en Jerusalén. Las ceremonias propias del día revisten en las grandes ciudades caracteres de magnificencia; pero á pesar de su grandiosidad no pueden compararse con las de las aldeas, llenas de poesía y de esos encantos que sólo en la naturaleza se encuentran y que más que nunca nos cautivan cuando los campos se visten con sus mejores galas, acariciados por los primeros besos de la primavera. En los Abruzos, apenas amanece el Domingo de Ramos, los muchachos se dirigen á los oli-



EN EL PARQUE, cuadro de Román Ribera (Salón Parés)



PINAR Á ORILLAS DEL GUADAIRA, dibujo original de Manuel García Rodríguez

vares, cortan las ramas más pobladas de hojas y en procesión acuden á la puerta de la iglesia del pueblo; otros van provistos de artísticas palmas adornadas con flores de papel y cintas de colores. Suenan las campanas, los divinos oficios empiezan; la iglesia parece un bosque de verdura que el aire agita, el agua bendita rocía y el incienso perfuma y cien labios murmuran ora-



EL AMOR Y EL INTERÉS, grupo escultórico de Joaquín Bilbao (Exposición de Bellas Artes de Sevilla)

ciones asociándose á las preces del sacerdote. Las palmas bendecidas se colocan en las puertas de las casas, delante de los espejos, en los pesebres de los establos para que atraigan sobre los hogares las bendiciones del cielo. El que desea hacer las paces con alguien le entrega una palma y le dice en el dialecto de su país: *Ecche la parma se vô fà la pace, non è più tempo da facce la guerra* (toma la palma si quieres la paz; no haya guerra ya entre nosotros). Las muchachas consultan las palmas del Domingo de Ramos como oráculos: para ello arrojan las hojas sobre carbones encendidos, diciendo: «Palma bendecida que sólo una vez al año nos es dado tener, dime si podré bendecir la del año que viene.» Y si las hojas al quemarse saltan y chisporrotean, se considera como buen augurio. El pintor italiano Tiratelli, al reproducir en su cuadro el regreso á la aldea de los campesinos después de la bendición de las palmas, ha sabido imprimir en su composición toda la belleza que caracteriza las escenas de la vida rural.



D. BARTOLOMÉ PÉREZ CASAS, nombrado por oposición músico mayor de Alabarderos (de fotografía)

D. Bartolomé Pérez Casas.—En las oposiciones recientemente celebradas en Madrid ha obtenido por unanimidad de votos la plaza de músico mayor de Alabarderos D. Bartolomé Pérez Casas, cuyo retrato publicamos y de quien vamos á exponer algunos apuntes biográficos.

En 15 de junio de 1895 y hallándose en posesión de un primer premio de armonía, obtuvo también por oposición la plaza de director de la banda del regimiento de España, de guarnición en Cartagena, donde ha vivido y en donde ha estudiado por correspondencia con los Sres. Cantó, primero, y luego con el eminente Sr. Pedrell.

Debido á su incansable amor al estudio, ha conseguido en los comienzos de su juventud, pues sólo cuenta 24 años, llegar á un puesto que parecía reservado para maestros duchos en las lides musicales.

Dotado de un temperamento musical serio y reflexivo, ha rehuído siempre entretenerse en cosas fútiles, por ser necesidad imperiosa para su alma el cultivo de la música, que no es solamente su arte, sino que constituye también su moral.

Bartolomé Pérez Casas no es un soñador vulgar, es un espíritu fuerte que camina con paso seguro; y con la percepción clara y serena de los cerebros bien organizados, va hacia un fin determinado. Este fin es la música, que es su arte por excelencia.

Enamorado de la escuela moderna, ha estudiado los procedimientos musicales y las maneras de Bach, Handel, Beethowen y Wagner, y poseyendo el instinto de lo bello, ha sabido asimilarse todo lo bueno, haciendo la necesaria selección para no ser un intransigente exclusivista.

No se crea que por ser modernista abomina á los antiguos maestros. Es ferviente admirador de Morales, Victoria, Gluck, Palestrina, Guerrero y demás genios musicales, y en sus estudios ha seguido escrupulosamente el desenvolvimiento del arte musical.

Como cree que para ser un buen compositor, además de la inspiración, que ni se estudia ni se aprende, es preciso la completa posesión de la técnica, ha estudiado los mejores tratados de armonía, contrapunto y fuga, consiguiendo con esto poder moverse con holgura aun dentro de las leyes escolásticas más rigurosas.

Sus principales composiciones melódicas son varios cuartetos llenos de delicadeza, motetes impregnados de mística severidad y escritos con la pureza rítmica de este género de música, y últimamente varias rimas musicales escritas sobre la letra del inmortal Bécquer, rimas que le valieron la entusiasta aprobación del insigne Pedrell.

Tales son, ligeramente esbozados, los rasgos principales de Bartolomé Pérez Casas, en quien saludamos á un representante de la juventud estudiosa, esa gente nueva que llena de entusiasmo, de fe en el porvenir, viene á luchar con nobleza para conquistar á la atractiva y desdeñosa gloria.

El amor y el interés, grupo escultórico de Joaquín Bilbao (Exposición de Bellas Artes de Sevilla). – El joven escultor sevillano D. Joaquín Bilbao promete ocupar entre los escultores españoles tan preferente lugar y obtener tan señalados triunfos como los alcanzados en la pintura por su meritísimo hermano D. Gonzalo. Las tres obras expuestas en el certamen artístico recientemente organizado en Sevilla han sido una verdadera revelación, pues á pesar de ser el primer palenque á que acude, se ha presentado de modo tan excepcional, ha dado tan extraordinaria muestra de sus aptitudes, que no titubeamos en afirmar que sus obras se considerarán en lo porvenir como galanas producciones de la escultura española. Y que nuestra apreciación no peca de exagerada demuéstranlo sus hermosas composiciones en bajo relieve *El sueño de la Virgen* y *La visión de Fray Martín*, modeladas con singular habilidad y concebidas con el acierto que distingue á las obras del gran arte. De carácter distinto es el grupo alegórico que reproducimos, digno compañero de los relieves á que nos referimos y del apellido ilustre que ostenta el joven escultor.

Primavera, fotografía de Walter Barnett.—El autor de esta fotografía pertenece á la nueva escuela de fotógrafos que desdeñan, por decirlo así, la parte mecánica de su profesión y hacen de ésta una verdadera rama del arte, capaz de expresar la belleza, el sentimiento y por consiguiente de producir creaciones artísticas originales. Dígalo si no la preciosa lámina que reproducimos en la página 263, que no vacilarían en firmar los pintores de más renombre: y al hacer esta afirmación no nos referimos naturalmente á la ejecución, perfecta como obtenida por el aparato fotográfico, sino que consideramos la obra desde el punto de vista de la composición, y bajo este concepto la estimamos como acabadísima obra de arte, que honra á Mr. Barnett y con él á la industria fotográfica australiana.

En el parque, cuadro de Román Ribera (Salón Parés). Quien haya seguido paso á paso la vida artística de Román Ribera, hallará seguramente en el precioso lienzo cuya copia figura en este número la expresión de dos épocas, ambas brillantes, pero de diverso carácter. En la distinguida y elegante figura de la dama que se destaca en primer término, revélase al pintor que hoy nos embelesa con sus preciosos tipos femeninos siempre bellos, y que recuerdan los cuadros pintados durante su estancia en París, base de su reputación artística. El dibujo, la agrupación de las figuras, los términos y la tonalidad están perfectamente entendidos, resultando una obra digna del buen nombre de tan meritísimo artista, á quien con tanta justicia se considera, así en España como en el extranjero, como uno de los más inteligentes representantes del arte de nuestro país.

Pinar á orillas del Guadaira, dibujo original de Manuel García Rodríguez.—Entre los hermosos y variados paisajes que forman las fincas rústicas que bordean el pintoresco Guadaira, destácanse algunos por su jugosa y exuberante vegetación, de continuo regada por las aguas del río. Uno de estos poéticos y agradabilísimos rincones de la tierra andaluza ha servido de tema á nuestro amigo el distinguido pintor Sr. García Rodríguez para hacer una vez más gala de sus cualidades de paisajista, apreciadas y recompensadas por los jurados de todas las exposiciones en que ha tomado parte.

Recuerdo de su estancia veraniega en el bonito pueblo de Alcalá de Guadaira, inmediato á Sevilla, es el dibujo que reproducimos en estas páginas, ejecutado con el gusto y maestría que caracterizan todas sus composiciones.

Preparativos de pesca, cuadro de Dionisio Baixeras.—Si bien Baixeras cultiva con provecho todos los géneros, sobresale, sin embargo, en la pintura de costumbres marítimas, en la que pocos rivalizan con él y quizás ninguno le iguala en la verdad y expresión de los tipos. En sus lienzos hallase reproducido cuanto significa el modo de vivir de los pescadores de las costas catalanas, representados en todas las situaciones, ya descansando de sus penosas tareas en el hogar rodeados de su familia, preparando las redes, disponiéndose para lanzar al mar sus débiles embarcaciones, con tal exactitud y acierto, que á la vez que se adivina el natural se conoce al artista de singular temperamento, que reproduce con admirable acierto esos cuadros que remedan las costumbres y el modo de ser de una de las clases más dignas de estima y consideración de nuestro país.

El eminente compositor Juan Brahms.—Desde la muerte de Wagner ninguna noticia ha producido en el mundo musical alemán la impresión triste y profunda que la de la muerte de Brahms, acaecida en Viena el día 3 de los corrientes. Juan Brahms nació en Estrasburgo en 7 de mayo de 1833, estudió piano y composición en Altona y á los 20 años empren-

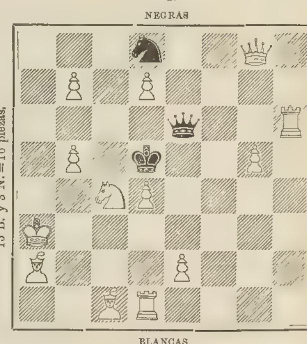


EL EMINENTE COMPOSITOR JUAN BRAHMS, fallecido en Viena el día 3 del corriente

dió un viaje artístico en compañía de un violinista húngaro. En aquella ocasión conocióle Schumann, el cual, admirado de las obras del joven compositor, dedicóle un artículo entusiasta en un periódico musical de Dusseldorf. Después de haber permanecido una temporada en Weimar al lado de Liszt, fué nombrado director de coro y maestro de música de la corte del príncipe de Lippe-Detmold, en la que residió algunos años. Establecióse luego en su ciudad natal, y en 1862 trasladóse á Viena, siendo al año siguiente nombrado maestro de coros de aquella Academia de Canto: en 1864 renunció este cargo, y después de haber vivido en Hamburgo, Suiza y Baden Baden fijó definitivamente su residencia en Viena. Desde 1872 á 1875 fué director de conciertos de la Sociedad Filarmónica, y en 1874 fué nombrado miembro de la Academia de Bellas Artes de Berlín. Como compositor Juan Brahms ha cultivado todos los géneros, excepto el de la música dramática, y en todos ha producido obras magistrales, siempre acogidas con entusiasmo en los principales conciertos del mundo. Brahms es conocido como el más distinguido compositor de la escuela clásica de la segunda mitad del presente siglo, y aunque la posteridad no le coloque en la misma línea que á Beethoven y Schubert, le hará figurar ciertamente al lado de Schumann, cuyo estilo reflejó en alguna de sus composiciones. Nunca se propuso arrebatar con sus obras á las multitudes, sino que su arte se encaminó á hacerse acepto á las personas inteligentes.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 65, POR PEDRO RIERA



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 64, POR J. TOLOSA

Blancas.	Negras.
1. T 2 R	1. A 6 C R (*)
2. A 2 A R jaque	2. R 7 T ó T cubre.
3. A toma A ó D mate.	

(*) Si 1. A 5 A R; 2. A 3 R jaque; – 1. A 4 R; 2. A 4 D jaque; – 1. A 3 D jaque; 2. A 5 A D jaque; – 1. A 2 A D; 2. A 6 C D jaque; – 1. A c C D; 2. A 7 T D jaque, y en todos estos casos la solución sigue así: 2. R 7 T ó T cubre; 3. A toma A ó D c C R mate.

Si 1. A toma A; 2. C 3 A R, y 3. T 2 T ó D toma A mate; – 1. T toma T; 2. A 3 R jaque, y 3. P 6 D ó D mate; – 1. T 7 A R; 2. P 6 D jaque, y 3. A toma T mate; – 1. T toma A; 2. P 6 D mate, – y 1. T toma C; 2. T toma A mate.

LA ONDINA DE BRETAÑA

Novela por Pedro Maél. – Ilustraciones de Vicente Cutanda

(continuación)

Vista desde aquella altura, donde le parecía volar, la tierra ya no la encadenaba. Y ella, en tanto crecía á través del espacio, subía á la región de las percepciones inefables, se perdía en la contemplación de lo que no cambia jamás.

Realizaba la leyenda al pie de la letra: tomaba posesión de su alma.

Y entonces, volviendo sobre sí misma, la joven preguntábase si no era lo que tenía delante todo el secreto de la existencia humana; si aquel secreto, tan buscado por todos los hombres al correr tras de la dicha y hallado y conservado por los santos, consistiría únicamente en renunciar al mundo de los goces bajos y degradados que sólo hablan á los sentidos; si no debiera la voluntad proponerse como fin el subir lentamente, penosamente, si así era preciso, los grados de la perfección, para llegar á una cumbre más sublime que la de la tierra del Loc'h, un nivel donde la mirada perdida abarque los cielos en que resplandecen las promesas de la inmortalidad.

La turbación de que se sintió invadida era una turbación religiosa y mística, uno de esos sentimientos imperiosos, dominadores, que imponen silencio á todas las demás voces del corazón y de la razón.

Lena sentíase tan cerca del infinito, que perdía poco á poco la noción de la realidad. Si no era el vértigo de los ojos, ¿no era aquello el vértigo del alma?

Pero la tierra tiene sus desquites y satisfacciones. El genio de la tierra retuvo á Lena por las faldas del vestido inmaculado que envolvía su alma flotante en las alturas del éxtasis.

Habíanse callado los perros y los bubos. Los pajarillos no lanzaban ya más que raras notas. Sólo los grillos continuaban llenando el espacio con sus chirridos.

De pronto se hizo oir un sonido en medio de la noche; un sonido dulce, delicado, hecho para las armonías de las tinieblas, tan lleno de melodía que, al escucharlo, era cosa de preguntarse si salía en realidad del pico de un pájaro.

¿Dónde estaba el músico que lo había hecho oir?

Allá lejos, allá lejos, en el fondo obscuro donde los tejados del convento proyectaban sus líneas, aún más allá, en los grupos de árboles que hay sobre aquel Campo de los Mártires que pueblan las almas de los muertos, un ruiseñor, sin duda inclinado hacia su compañera para hacer más breves los momentos de su tarea larga y fecunda, acababa de dar la señal á todos sus hermanos, que velaban como él atentos á la próxima realización de sus más tiernas esperanzas.

No era aquello más que un preludio.

La nota exquisita se repitió en la espesura del ramaje con desconocida potencia, y como una chispa eléctrica hizo surgir el inefable concierto de todas aquellas voces maravillosas.

Por todas partes á la vez los deliciosos músicos alados entonaron su canción.

Una sombra, que acababa de proyectarse al lado de Lena absorbida, dejó deslizarse dulcemente una palabra.

– *Nightyngale*, había murmurado Gwen.

He ahí una palabra que, por cierto, desmiente la fama de dureza del idioma anglo-sajón. Hay en esas cuatro sílabas una vibración cristalina que expresa infinitamente mejor que nuestra pobre palabra *rossignol* el encanto del ser representado por ellas.

Nightyngale «cantor de la noche.» Sólo los latinos tenían un término más dulce para expresar la misma idea y traducir la misma imagen. Verdad es que lo tomaban del mito y que en el pájaro músico se reunían un nombre propio y una ficción.

Magdalena se volvió al oir hablar á miss Hotspur.

– ¡Chits!, dijo sonriendo y apoyando un dedo en sus labios.

En verdad, la buena Gwen ninguna gana tenía de interrumpir. El ruiseñor había sido siempre su pájaro predilecto.

Las dos mujeres estaban en los escalones del monumento, sobre el zócalo de la cruz. Lena tenía enlazada con su brazo izquierdo la cintura de su amiga.



Por el camino llegaba un coche, levantando remolinos de polvo...

Escuchaban juntas mientras los ruiseñores cantaban.

Armonía, divina armonía que arrancaba al gran Platón gritos de entusiasmo y de encanto sublime, tú de quien él hizo el último grado, el fin supremo de la ciencia, el único medio terrestre de percibir por el alma á Dios, ¿son extraños á tus leyes esos graciosos seres que gobiernas? Las voluptuosidades deliciosas con que embriagan el corazón que les escucha, ¿no les dan conciencia de su mágico poder?

El concierto de cantores cubiertos de plumas había ido poco á poco extendiéndose por el bosque. Apenas había un árbol, hasta entre los que estaban al borde del paseo, que no ocultase entre sus hojas á uno de esos encantadores pájaros.

Las horas huían rápidas, sin que ni una ni otra de las dos compañeras advirtiesen que acababan de sonar las once y media en las campanas de Auray y de Saint-Goustan.

De repente hubo una pausa. Como si obedecieran á una magnética consigna, todos los pájaros calláronse al mismo tiempo.

Lena se irguió. Sentíase impregnada de efluvios melódicos. Pero las voces que cantaban en ella no iban al unisón de los *solos* de los ruiseñores. Pesaban sobre sus nervios entumecidos y confinaban con el llanto.

– ¡Qué hermosura, Gwen, qué hermosura!, exclamaba Lena llevada por el lirismo de su emoción.

Ciertamente, miss Hotspur era sensible á los encantos de la naturaleza, á las seducciones que brotaban de la garganta de su pájaro favorito. Mas había ya pasado de la edad de las turbaciones místicas y de las dichas que hacen desbordarse el alma.

Con voz suave contestó á su compañera:

– ¡Sí, Lena, es muy hermoso!

Y añadió en seguida:

– Muy hermoso..., pero tenemos que pensar en volver.

Las puertas del convento estaban ya, seguramente, cerradas. Mas por un favor especial, y á pesar de todas las reglas de la comunidad, miss Hotspur y su discípula tenían permiso para permanecer fuera hasta las doce, y aquella noche utilizaban el permiso por primera vez.

– ¡Gwen, un instante más!, dijo Magdalena. ¡Un instante más!

– No, no nos queda más que el tiempo preciso para volver.

– Entonces... ¡vamos!, exclamó la huérfana, resignada.

Y empezó á bajar.

Con una mirada llena de intensa avidez abarcó todo el paisaje, como si quisiera llevárselo en el fondo de sus pupilas.

En aquel momento la explosión se produjo.

La joven volvióse hacia la institutriz, su amiga de tantos años, y se echó en sus brazos bañada en lágrimas.

Gwen lo había previsto.

Tenía un sentido exacto de la realidad de las cosas y conocía bien el corazón de su *hijita;* así es que no pensó, ni por un momento, en provocar la confidencia esperada. Había seguido paso á paso la evolución del espíritu y del corazón de Lena hasta el punto de poder fijar, en cierto modo, por adelantado el minuto en que, como un fruto maduro, el secreto de la ondina se desprendería de su alma.

Al realizarse esta previsión era necesario tener manos seguras, manos amigas para recibirlo, y para curar, si hacía falta, la herida que la revelación conmovedora pudiera dejar en aquella alma doliente.

Una emoción intensa inundó el corazón de Gwendolina, emoción de que no dió muestra alguna. Limitóse á estrechar á la joven contra su pecho con más cariño que otras veces, y sin hacerle preguntas contraproducentes ó inútiles, se contentó con murmurar con un acento suave como una caricia:

– ¡Llora, mi pobre hijita! ¡Llora, mi pequeña ondina! Es bueno llorar.

Y las dos permanecieron en aquella actitud durante largo rato al pie de la vieja cruz de piedra.

Una sola cosa le chocó á la joven en aquel momento.

Gwen acababa de emplear un término que no era habitual en ella, una palabra que la huérfana sólo había oído hasta entonces en boca de sus primos.

Miss Hotspur la había llamado *ondina.*

Para Lena, aquel nombre pronunciado por la institutriz era más que una caricia, era algo mejor que un consuelo. Aquello era señal de que no había podido ocultar su sufrimiento á la mirada vigilante y maternal de la excelente mujer. Así es que, en seguida, cual si dicha palabra hubiera hecho el efecto de la hoja de acero cortante y bienhechora con que el médico abre paso al mal que hincha los tejidos, Lena dió rienda suelta á su dolor en este grito:

– ¡Entonces lo sabe usted todo!

Y apoyó su cabeza y escondió su frente en el hombro de su antigua amiga. Con dulzura, con verdadera compasión, Gwen, sin levantar aquella frente que quería ocultarse, murmuró en voz baja al oído de la joven, que casi rozaba con sus labios:

– ¡Sí, lo sé todo!

Fué aquello una confidencia sin palabras, en que no se pronunció siquiera el nombre del que era causa de aquel llanto.

Miss Hotspur sabía á qué atenerse sobre los sentimientos de la joven, sobre sus angustias y sus penas. Cuando comprendió que la herida había sangrado ya lo bastante, cuando vió aquel pecho menos oprimido, cuando los sollozos eran menos frecuentes, pronunció una frase, sin apresuramiento, sin explicaciones, cuyo efecto fué inmediato, pues Lena nada dijo en contra:

– ¡Vámonos! ¡Tenemos que madrugar mañana para tomar el tren!

¡Tomar el tren! Sin duda era para regresar al castillo de Ely.

Magdalena levantó de nuevo la cabeza.

Dos lágrimas pendían aún de sus largas pestañas. Pero ya la sonrisa iluminaba su rostro. Movió su hermosa cabeza y murmuró resueltamente:

– ¡Oh! Sí... Adivino, comprendo... Ya sé ahora cómo debo amar.

Y volvió á bajar la escalera de la torre del Loc'h.

Alrededor, entre las ramas, los ruiseñores reanudaron su concierto.

VIII

PERPLEJIDADES

Sin embargo, en el castillo de Ely reinaba la inquietud.

La fecha del regreso había llegado sin que recibiera el tutor carta de Lena en que ésta anunciase su llegada.

Por el contrario, Pedro había recibido una de miss Hotspur que lo dejó caviloso. ¿Qué contenía aquella carta? No lo dijo.

El comandante esperaba visiblemente que su hermano entrase en la vía de las confesiones. A consecuencia de su reciente conversación, tenía algunos motivos para suponer que se había operado un cambio en el espíritu de Pablo.

En efecto, el teniente de navío encerrábase en una especie de mutismo; hasta parecía evitar el encontrarse con su hermano, como si previera una pregunta á la que no supiese qué responder.

Pablo aún no había tomado una resolución. Al día siguiente de su paseo nocturno y de sus reflexiones al pie del *men-hir,* sus dudas le habían asaltado de nuevo.

La vuelta de la luz del día produce con frecuencia esos efectos, y si es verdad, según lo afirma el proverbio, que la noche es buena consejera, también es cierto que el día suele destruir los consejos de la noche. Pablo se había puesto á juzgar la situación, no ya bajo el influjo de la poesía de la luz de la luna y de las estrellas, sino con eso que puede llamarse el *buen sentido diurno* de las cosas. Lo que le había parecido la víspera perfectamente lógico y natural, parecíale ahora erizado de dificultades. La principal de las objeciones nacía, á sus ojos, del carácter de Lena y de la necesidad de reconocer ante ella su reciente error relativo á Alina de Pelvoux.

Una vez más, era el amor propio el que hablaba.

Es, en efecto, bastante frecuente que un hombre no consienta de la noche á la mañana en confesar que se ha engañado. Que Pablo se equivocó era evidente; que se lo confesase á sí mismo era fácil, que consintiera, en caso preciso, en reconocerlo ante su hermano á solas y aun en presencia de Magdalena, en una conversación sin importancia, era posible. Pero que bruscamente, sin plazo, sin preámbulo, fundara en ese reconocimiento la base de una petición para obtener la mano de Lena, he ahí lo que creía imposible.

Imposible no era, acaso, la verdadera palabra. Pablo sentíase interiormente inclinado por una atracción poderosa á ceder un día ú otro á la necesidad de aquella petición. Mas era en eso donde precisamente estaba el peligro. Veía el acto que tenía que llevar á cabo tan erizado de obstáculos, que aquello equivalía á una imposibilidad.

Por eso aplazaba la resolución de un día para otro.

Filosóficamente y prácticamente, los aplazamientos son faltas. Los que á ellos recurren proceden como los niños que apartan la vista de las medicinas que tienen que tomar. El aplazar las cosas para el día siguiente no reduce las dificultades, hace perder ocasiones propicias y quita fuerzas y valor en medio de la preocupación y de la incertidumbre.

Eso le ocurría á Pablo al cerrar sus ojos y al negarse á adoptar una resolución, esperando, como un fatalista oriental, que los acontecimientos le forzasen á tomar una iniciativa.

Precisamente, los acontecimientos le prestaron ese servicio.

Hasta la víspera del día en que Magdalena debía volver á Ely no le preocupó su silencio.

– ¡Bah!, decía á su hermano, cuando hablaban del asunto ordinario de sus conversaciones, ¿es posible que no conozcas mejor el carácter de tu pupila? Nuestra ondina es el capricho, es la versatilidad en forma de mujer. ¿Si resultará que la conozco yo mejor que tú?

– La verdad es, decía Pedro, que podía prevenirnos, ó más exactamente, debía prevenirnos, pues ya sabe ella que no podemos enviar el coche al azar, sin aviso alguno.

Pablo se encogió de hombros.

– ¿No nos reservará una sorpresa? ¡Si habrá resuelto llegar como una bomba! Créeme, sería absurdo el inquietarnos.

Estaba tan convencido de ello, que el día marcado salió del castillo muy de mañana y prolongó su paseo hasta el islote que encerraba la tumba de Alain.

A decir verdad, se hallaba seguro de que al volver al castillo encontraría en él á miss Hotspur y á Lena, repuestas ya de la fatiga de su corto viaje. Auray no está tan lejos de Saint-Gildas que el trayecto pueda realmente considerarse como un verdadero viaje, sino más bien como un paseo.

Además, Pablo quería tomarse el mayor tiempo posible para afrontar el primer choque. Parecíale que Lena, apenas fijase en él su mirada, vería no al primo, al amigo ó al compañero de otro tiempo, sino al candidato á su mano, es decir, al personaje oficial á quien el cambio de las simpatías y de las mutuas confianzas aún no ha hecho interesante y que hasta desempeña un papel ridículo á los ojos de ciertas jóvenes.

Pablo tenía horror al ridículo, y antes que soportarlo hubiera guardado silencio toda la vida.

Era, pues, para decidir qué actitud le convenía para lo que evitó el encontrarse en el castillo en el momento de la llegada de Lena. Al obrar así, engañábase por completo.

Nada es más fácil que romper el hielo de las presentaciones á favor del movimiento y de la animación que lleva consigo un viaje. Hubiera corrido donde su prima, la hubiera ayudado á bajar del coche y á recoger los paquetes, maletas, cajas y sombrereras de que siempre se rodea una mujer que viaja; mientras hacía esto, hubiérale dado al mismo tiempo la bienvenida, la hubiera besado y todo hubiese quedado hecho.

Pero ya la cosa iba á ser distinta.

Por de pronto, Lena habría notado su ausencia al llegar; habríase sentido un tanto ofendida ó, por lo menos, apenada. Después habría tenido tiempo de cambiar su vestido de viaje por otro más ceremonioso. De modo que por haber querido eludir el embarazo de aquella primera entrevista en medio del descuido propio del caso, el teniente de navío se había impuesto la doble necesidad de una entrevista más solemne y de una excusa que explicara su ausencia.

Reflexionaba sobre ello, midiendo vivamente con sus pasos el camino.

Las doce sonaban cuando llegó al islote.

No había un alma en aquellos parajes.

Veíanse sólo algunas velas lejanas deslizándose por la superficie azul del Océano. El sitio no era á propósito para las meditaciones, pues Pablo de Guenezán, á pesar del amor desdichado de que ya se curó y del amor tímido á que se preparaba, había conservado una salud robusta y un apetito no menos fuerte.

El estado de abatimiento pasajero en que lo puso su permanencia de dos años bajo los trópicos no había tenido más consecuencias que la de hacerle apreciar mejor las ventajas de la patria, y entre estas ventajas la posibilidad de una buena comida no era la que le agradaba menos.

Así es que al oir vibrar las doce campanadas en la torre de Saint-Gildas, el oficial se acordó de que en su precipitación por huir del castillo, sólo había tomado un desayuno muy ligero, análogo al *frustulum* de los días de ayuno. El apetito invocaba sus imprescriptibles derechos.

Estaba demasiado lejos del castillo para poder volver á tiempo de almorzar. Por otra parte, conocía en la inmediata aldea un sitio donde había hallado varias veces suculenta comida.

Dirigióse hacia allí.

Desde que divisó el invariable letrero «se sirve de beber y de comer,» Pablo experimentó legítima satisfacción.

El comedor estaba lleno de pescadores y de marineros. Levantáronse y se descubrieron todos al ver entrar el oficial.

Pablo distribuyó á derecha é izquierda apretones de manos; dió bromas á unos y tuvo amables frases para otros, pues á todos los conocía.

Luego fué á sentarse á una de las mesas donde las criadas se apresuraron á ponerle el cubierto y á llevarlo un jarro de sidra y un pedazo de pan negro.

Entretanto, el joven entabló la conversación con sus vecinos.

De pronto reconoció en una esquina de la mesa al cochero que hacía diariamente el servicio entre Sarzeau y Arzón.

– ¡Eh, padre Gludic!, le gritó. ¿Viene usted de Sarzeau?

– Sí, Sr. D. Pablo.

– ¿No ha encontrado usted nada en el camino?

El buen hombre abrió sus ojos con sorpresa.

– ¿Que si no he encontrado nada? ¿Qué quiere usted decir?

– Que si no ha visto á mi prima y á la inglesa.

– No, Sr. D. Pablo, no las he visto.

Aquella respuesta le preocupó al oficial.

Calculaba mentalmente que el cochero, saliendo de Sarzeau á las nueve de la mañana y llegando á Arzón á eso de las dos de la tarde, debía haberse hallado en el cruce del camino de Vannes con el coche de Lena y de miss Hotspur.

Si no lo había encontrado era que Lena no regresaba aquel día.

Esta reflexión le puso caviloso.

Almorzó rápidamente, pagó el gasto y volvió á tomar el camino del castillo.

Allí encontró á Pedro, que estaba tan inquieto como él.

– No acabo de comprenderlo, decía el comandante algo contrariado. ¿Se burlará de nosotros esa loquilla?

Y añadió por vía de reflexión:

– Está bien. Pero miss Hotspur es una persona seria. No me explico cómo no nos ha prevenido de este retraso.

El capitán de navío dejó que pasara el día y cuando llegó la noche escribió á su pupila y á la madre María Teresa las dos cartas que tan vivamente debían impresionar á Lena y cambiar su resolución de ponerse en camino.

Los días que siguieron fueron sumamente tristes para los dos hermanos.

Evitaron ambos más que nunca el comunicarse sus reflexiones.

Por fin, les llegó la contestación de Magdalena, que les produjo verdadero estupor.

Cuando el comandante había hablado á su pupila de una vocación religiosa eventual, lo había hecho en broma. Sinceramente, nada temía por ese lado.

Mas la hipótesis que había tenido por absurda tomaba cuerpo y la misma Magdalena la confirmaba.

Aquello era para Pedro un verdadero dolor.

– No, jamás yo hubiera creído á Lena capaz de darme ese disgusto, exclamó cuando la sorpresa del primer instante le arrancó la expresión de la amargura que acababa de invadir su alma.

Pero el más dolorosamente afectado de los dos no fué él.

Pablo acababa de sentir algo así como un cruel desgarramiento.

La carta de la joven resolvía el problema que á sí mismo se planteaba desde hacía algunos días y resolvíalo destruyendo sus más secretas y queridas esperanzas.

Era ya, pues, inútil buscar el medio de conciliar su declaración con su dignidad, como había sido inútil también el haberse escapado del castillo por evitar el primer encuentro con su prima.

Después de engañado en su afecto por Alina, cuando ya se hacía la idea de que Lena podría ser su esposa, hallábase con una decepción todavía más amarga.

Lena no le había amado nunca, Lena no había nunca pensado en él, Lena ni siquiera había pensado jamás en casarse. ¿No era de ello una prueba decisiva su resolución de hacerse monja? Si Magdalena era, realmente, la joven perfecta que le había pintado su hermano y que él mismo se complacía en reconocer como tal, no debía haber tomado semejante decisión á la ligera, sino después de largas meditaciones.

Sin embargo, queriendo poner contra mal tiempo buena cara, encogióse de hombros y dijo á su hermano irónicamente:

– ¡Bah! ¡Si es esa su vocación!..

Era precisamente de aquella vocación de lo que el comandante no quería oir hablar.

Renegó en todos los tonos de las religiosas, expresándose contra ellas en general y contra la subpriora en particular.

– ¡Todas iguales esas monjas! Se figuran que las mujeres están hechas para encerrarse entre cuatro paredes y entonar cánticos de la mañana á la noche. Eso es lo que ellas llaman «elegir la mejor parte.»

Pablo le apoyó:

– Acaso no les falta razón, dijo; es un santo egoísmo. Se sustraen á los cuidados de la tierra y entran vivas en el cielo. Así es que nuestra querida prima, la madre María Teresa, se ha apartado tanto del mundo, que no la hemos visto más que dos veces, y su hermana, la madre de Lena, murió sin poder darle un beso de despedida.

– ¡Por vida de!.., exclamó Pedro. Ella es la que ha debido influir en la conciencia de Lena, persuadiéndola de que tenía vocación.

Naturalmente, de labios de uno y de otro salían quejas inspiradas por la contrariedad. Ninguno de ellos creía, en el fondo, lo que acababa de decir.

El comandante suspiró, añadiendo con resignación obligada:

– No hay más remedio que aceptar lo que no puede impedirse. ¡Que se haga monja, si su inclinación es esa! Yo no opondré ningún obstáculo. Pero si ella se imagina que voy á asistir al acto de su profesión, bien se engaña. Todo lo más que haré será regalarle la toca.

El joven respondió sólo con un gesto evasivo y se alejó, por no continuar el diálogo.

Aún le quedaba á Pedro algo que decir:

– Conque ahí tienes las consecuencias de haber dejado escapar la ocasión, mientras corrías detrás de tu parisiense. Tenías aquí una perla y te fuiste en pos de un cristal tallado. Ahora estás sin una cosa ni otra. Lo has merecido. Hay en las fábulas de La Fontaine un perro que hizo lo mismo que tú y que tuvo la misma suerte.

Después de descargar sobre su hermano su mal humor, el capitán de navío, conservando una esperanza, á pesar de todo, en el fondo de su corazón, volvió á su despacho.

Entretanto Pablo esforzábase por coordinar sus ideas, en las cuales aquel inesperado golpe había producido una gran confusión.

La imagen evocada por las últimas palabras de su hermano causóle la impresión más dolorosa.

No, bien seguro, tampoco él iría á ver profesar á Lena.

Había asistido siendo niño á una de esas ceremonias, justamente á la de la madre María Teresa, y de ella había conservado un recuerdo indeleble.

Con motivo de la carta de Lena, aquel recuerdo había asaltado su memoria.

Volvía Pablo á presenciar el acto imponente, con todos sus detalles: la llegada del sacerdote y del cortejo; la entrada de la novicia, que iba á hacerse profesa, vestida de blanco y coronada de flores de azahar, como conviene á la esposa de Cristo; la fórmula de los votos; el ruido de las tijeras cortando los largos cabellos; la mortaja cubriendo á aquella viva, voluntariamente separada del número de los vivos; los salmos fúnebres, y por fin, la resurrección de aquella muerta con su hábito sagrado.

Pablo iba recordando con aterradora precisión lo que vió con sus ojos de niño. Por un extraño fenómeno de interposición, no era á la madre Teresa, sino á Lena á quien veía en aquellas diversas actitudes y en aquellos diversos momentos de la ceremonia.

Entonces su espíritu ya no pudo soportar aquel espectáculo.

Fué á encerrarse en su alcoba y se esforzó por no pensar en ello más.

Hundido en un sillón, con la cabeza entre las manos, la mirada vaga, sin ver nada de cuanto tenía alrededor, sin percibir rumor alguno que lo consolase, lleno de desdén por la vida, permaneció entregado al más atroz de los tormentos.

En verdad, aquel dolor no era para él inútil.

Solo, absorbido en su desvarío amargo, comprendía, por la intensidad misma de su dolor, cuánto quería á Magdalena, cuán íntimos y poderosos eran los lazos que unían sus dobles destinos y cuán grande era la gratitud que debía á la Providencia por haber roto sus esponsales con Alina.

Cuando la soledad de su alcoba se le hizo insoportable, se levantó, escribió de prisa algunas palabras dirigidas á Pedro, y silbando á *Spring*, después de descolgar de la panoplia su escopeta, tomó, acompañado del perro de Terranova, el camino de Sarzeau.

Un proyecto bastante singular, una resolución algo extravagante, pero que daba la medida de su carácter enérgico, acababa de germinar en su cerebro.

Puesto que Lena les notificaba tan desembarazadamente su resolución de entrar en el claustro, él iría, antes que aquélla formalizase más su compromiso, á hacerle los reproches que Pedro y él tenían derecho á hacer á la joven.

Sólo tenía que andar unas doce horas de camino, era buen andador y hasta apasionado por las expediciones á pie. Aún podía hacer más corto su viaje franqueando el estrecho que media entre Arzón y Loc-María-Ker.

El perro era un compañero; pero la escopeta no era más que un estorbo. Por consecuencia, Pablo volvió á dejar la escopeta en su sitio y animó al perro dirigiéndole estas simples palabras:

– ¡En marcha, *Spring!* ¡Vamos á buscarla!

IX

ENTRE DOS INFINITOS

Pablo no debía llegar muy lejos.

Aquella noche magnífica en medio de la cual caminaba, con la angustia en el corazón, era la misma que sugería sus meditaciones á Lena sobre la plataforma del Loc'h.

Había tantos ruiseñores en los robles, en los olmos y en los fresnos de Saint-Gildas como en las agrestes arboledas de Auray y del Campo de los Mártires. Mas el corazón del teniente de navío no estaba abierto á las influencias musicales de aquella noche de mayo. Las grandes emociones tienen celos unas de otras, se excluyen mutuamente. El dolor había deprimido demasiado el alma de Pablo de Guenezán para que éste fuese accesible á más armonías que á las de su infortunio.

Pero ese choque de la adversidad que arranca al genio gritos sublimes hacía sonar en el alma del oficial los primeros acentos del amor verdadero.

Andaba siguiendo el camino que va como una cinta por entre los arbustos. Marchaba con la cabeza inclinada hacia el suelo y con los brazos colgando, como un pobre diablo á quien hubiera abandonado la razón, entre los postes kilométricos, y que quisiera orientar su marcha sin objetivo.

Delante de él, *Spring* corría con presteza, volviendo frecuentemente donde su amo, como para sacarlo de su absorción, como para hacerle ver las seducciones del paisaje en medio de las cuales pasaba ciego en su desvarío doloroso.

¡Ay! El teniente de navío no veía nada, no oía nada.

En vano la luna prodigaba en torno suyo, en todas las vueltas del camino, el hechizo de sus rayos, multiplicando, completando la magia de aquella decoración salvaje y soberbia. En vano las brisas, volando ligeras entre las ramas, añadían nuevos estimulantes á los coros de ruiseñores y saturaban el aire con los perfumes de la flora bretona. Pablo ya no tenía sentidos. No veía más que su pensamiento horadando un corazón que desgarraba en pedazos.

¡Lena monja! ¡Lena cubierta con una mortaja, con el hábito gris del sacrificio eterno y de la abnegación divina!

Eso era lo que veía en aquel instante.

Le había hecho falta aquella sacudida para saber por sí mismo que la amaba. Su voluntad sobrexcitada negábase á creer en semejante desdicha.

Concibió el impío proyecto de disputar á Dios el don de aquella pureza, el homenaje de aquella inocencia.

¿Qué había hecho él para que Lena fuera suya? ¿Había sabido conquistar aquella joven alma imponiéndose á su candoroso ensueño? No, no había sabido captarse su confianza, atraerse su afecto. Lena había sido para él indiferente.

Como un ignorante ó como un insensible, dejó abrirse á su lado aquella flor de la tierra natal. Sus ojos permanecieron obstinadamente cerrados. Había sido necesaria para que los abriese la honda conmoción moral que acababa de sufrir.

A pesar de ello, no aceptaba la sentencia, protestaba contra el merecido castigo en que incurrió.

Cuando por toda clase de motivos debía callar y respetar el recogimiento en que iba á encerrarse aquella alma que se apartaba del mundo, quería hablar y darle á conocer su transformación y detener á Magdalena en el umbral del convento.

Avanzaba en tanto, dejando kilómetros á su espalda. El joven, absorto en sus ideas, no se daba cuenta de que ante sus pasos iba abreviándose la distancia.

Al mismo tiempo aclarábanse las tinieblas. Las noches son cortas en esa estación y el día despunta á las tres de la madrugada.

Al llegar al cruce de los caminos que se dirigen á Vannes y á Sarzeau sintió una vacilación.

¿Qué debía hacer?

Y sobre todo, ¿adónde iba? ¿Por qué caminaba en vez de hallarse tranquilamente en Ely gozando del reposo á que era acreedor después de sus dos años de campaña en Oriente? Su viaje solitario no se podía tomar por un paseo de trasnochador deseoso de oponer al insomnio una fatiga bienhechora.

No se había puesto en camino por pasearse.

Comprendió bruscamente lo absurdo de la situación.

¿Llevaría hasta el fin su plan de ir al convento de la Prudencia á echar á Lena en cara su decisión, que él tenía por violenta?

Mas la joven no le debía nada, no tenía que darle cuenta de nada. A lo sumo sería Pedro quien pudiera atribuirse un derecho semejante... Pero ¿no había Pedro renunciado al uso de ese derecho?

El comandante le había dicho que no negaría á Magdalena su autorización de tutor para que la joven llevara su determinación á cabo. Por otra parte, las cosas no habían llegado aún á ese punto; la huérfana no había dado todavía ningún paso oficial.

¿A qué venía, pues, la intervención de Pablo?

Por tercera vez aparecía en escena el amor propio. El oficial reconoció que su intervención era del todo improcedente y que corría el riesgo de representar un papel ridículo. Desde aquel instante la palabra y la idea del ridículo contuvieron los audaces propósitos de Pablo, que dió algunos pasos atrás.

Pero era aquella una retirada indecisa, producto más bien de influencias extrínsecas que de una reflexión interna.

Después de haber retrocedido algunos pasos, Pablo se detuvo sintiéndose asaltado por nuevas vacilaciones.

En aquel momento, en el Sudeste, hacia el horizonte del mar, dejóse ver en el cielo una mancha blanca.

La mancha creció rápidamente, y de un punto que era al principio, se convirtió en una línea. Un borde pálido marcó el límite extremo del alcance de la mirada; los vapores de la noche desgarráronse como velos de ligera gasa; la niebla deshízose en humo en toda la extensión de la llanura durante el primer minuto de aquel albor y algunas cimas destacáronse entre la fugitiva sombra.

– ¡Vamos, es el día!, exclamó Pablo con cierto desfallecimiento.

Sí, era el día; el día que consuela y que fortalece, la sonrisa del sol que disipa las tinieblas de la duda y del desaliento y que da ánimo á las almas viriles por un instante abatidas.

Las primeras horas de la mañana tienen la particularidad de hacer más imperioso el sueño del hombre, precisamente cuando los animales abren sus ojos sin vacilaciones desde que la primera flecha de oro desgarra el velo de la obscuridad nocturna.

Aunque su intención era volverse atrás, Pablo de Guenezán experimentó esa impresión; un peso invisible cerraba sus párpados. Incapaz de resistirlo, y por otra parte no teniendo motivo alguno que le obligase á continuar despierto, decidió acordar á la naturaleza el alimento que con tanta insistencia le reclamaba.

A cuarenta ó cincuenta pasos, bajo el follaje, había una cabaña de peón caminero. Pablo se dirigió hacia ella.

La puerta estaba abierta, ó mejor dicho, no había puerta. El joven tuvo una verdadera satisfacción al encontrar dentro de aquel albergue un lecho de paja, formado de haces recién cortadas. Nadie había dormido allí aún. Pablo había hecho campañas más duras y sabía por experiencia que no hay nada tan suave y tan blando como un lecho de paja para los miembros rendidos del viajero.

Extendióse allí con deleite, mientras *Spring* se echaba formando un círculo á sus pies delante del umbral, y se durmió en el más profundo sueño.

Cuando se despertó serían las nueve. Pablo abrió sus ojos algo sorprendido.

¿Por qué se encontraba en aquella choza? ¿En virtud de qué prescripción había preferido aquella cama de paja de peón caminero al esculpido lecho de su alcoba estilo Enrique II?

Su interrogación no duró más que un instante.

Levantóse y corrió á lanzar una mirada hacia la bahía, por encima del bosque.

El sol estaba ya bastante alto. Sus rayos habían secado el rocío. Manchas redondas y amarillas caían sobre la hierba, deshaciendo á su contacto las perlas aún temblorosas en las débiles ramas. Comenzaba á sentirse el calor.

Y frente á aquel radiante cuadro, al joven le extrañó no tener ya en el corazón el tormento que lo había martirizado en medio de la noche. La esperanza le vino durmiendo, como un ladrón que teme ser mal recibido al entrar.

– ¡Pues no soy yo simple!, dijo en alta voz el oficial riéndose á carcajadas.

Y entonces, bien resuelto, volvió á tomar el camino del castillo.

Pero lo tomó por el bosque, siguiendo los senderos que lo atraviesan, pues tenía prisa por hacer olvidar á su hermano la extraña escapatoria que al partir le había anunciado por escrito y bajo sobre.

Cosa singular é inexplicable, *Spring* no quería avanzar por aquel camino. Mostraba además una alegría que á primera vista podía observar cualquiera.

De repente, sin aviso previo, el perro dió dos ó tres sonoros ladridos, y separándose de Pablo salió por el paso más corto al camino de Vannes á Sarzeau, dando prodigiosos saltos.

– ¡Cómo!, murmuró aparte el oficial. ¿Qué quiere decir esto?

Pronto supo á qué atenerse.

Por el camino llegaba un coche, levantando remolinos de polvo y llenando los ecos con el ruido penetrante de sus ruedas.

Marchaba de prisa, arrastrado por uno de esos vigorosos caballos de raza bretona que la artillería ha elegido para sus baterías.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

APARATOS DE SALVAMENTO

La acción del aceite derramado sobre el mar para calmar el furor de las olas es conocida desde hace mucho tiempo, pero sólo de algunos años á esta parte ha sido este asunto estudiado metódicamente. El almirante francés M. Cloué ha hecho sobre el particular numerosos experimentos que no dejan la menor duda acerca de la eficacia del procedimiento y de los cuales resulta que una pequeña cantidad de aceite basta para dominar un temporal: en efecto, ha calculado, según la cantidad empleada y la extensión de la superficie en donde la presencia del aceite se manifestaba, que una capa de un espesor de 1/90.000 de milímetro, esparcida sobre la superficie del agua, produce el resultado que se desea. A menudo los marinos se contentan con colgar á lo largo de los costados y en la proa del buque algunos sacos de estopa empapados en aceite; este sistema es algo primitivo.

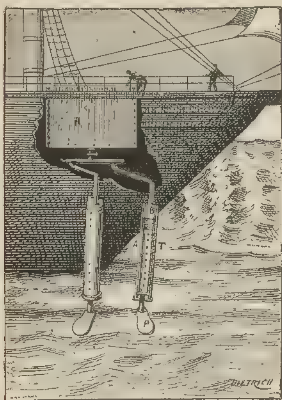


Fig. 1. – Aparato destinado á derramar el aceite en el mar según sea la agitación de las olas

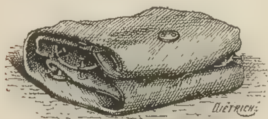


Fig. 4. – Boya reductible plegada

Algunos inventores, sin embargo, han tratado de obtener resultados mejores por medio de procedimientos más perfeccionados, y uno de ellos ha propuesto construir una especie de obuses cargados con aceite que calmarían la agitación de las olas á bastante distancia de la proa del barco. Esta idea no es mala y podría prestar excelentes servicios, sobre todo á las lanchas de salvamento.

También se ha construído un mecanismo que permite regular el gasto de aceite en proporción á la agitación del mar. El barco lleva un depósito de aceite R (fig. 1), que por medio de un tubo cerrado por una espita se comunica con una serie más ó menos numerosa de cilindros A: estos cilindros están formados por dos tubos A y B, encajados uno dentro de otro y provistos de agujeritos T, que pueden encontrarse unos enfrente de otros y dejar escapar el líquido, ó no coincidir y cerrar por consiguiente á éste toda salida. El movimiento de las olas es lo que realiza la maniobra necesaria para abrir ó cerrar automáticamente esos agujeritos.

A este efecto una paleta bastante ancha P está fijada, perpendicularmente al eje del cilindro, en la base del sistema, y cuando una ola la levanta empuja uno de los tubos hacia arriba, estableciendo de este modo la coincidencia de los agujeros: en cuanto cesa esta acción, un muelle rechaza el tubo B, quedando el sistema herméticamente cerrado. El derrame del aceite es, por consiguiente, proporcionado á la frecuencia de los golpes de mar sobre la paleta. Para que el aparato deje de funcionar basta cerrar la espita de que antes hemos hablado.

El efecto calmante del aceite sobre el mar ha sido aplicado no sólo á los barcos sino que también á las boyas de salvamento. Dos inventores franceses, los Sres. Desbrosse y Dibos, han construído un sistema de tubos de metal que forman una especie de galería T (fig. 2), la cual se fija en el salvavidas que constituye la boya propiamente dicha: estos tubos están llenos de aceite y un mecanismo especial muy sencillo abre los orificios dispuestos para la salida del líquido gota á gota sólo cuando se echa la boya al mar. Alrededor de ésta fórmase una zona de calma que permite en primer lugar que los náufragos se mantengan más fácilmente á flote y en segundo que puedan acercárseles más fácilmente los que van á salvarlos. Además, para llamar la atención de noche, los inventores han puesto en el centro del aparato un cilindro de cobre L, que contiene fosfuro de calcio, materia que tiene la propiedad de producir al contacto del agua un gas que se inflama espontáneamente: gracias á esto, en cuanto se echa la boya al agua prodúcese la luz en seguida.

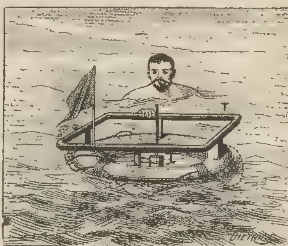


Fig. 2. – Boya con derrame de aceite y alumbrado automático

A propósito de boyas, diremos que recientemente se ha querido hacer insumergibles los buques, disponiendo en todos los huecos de los mismos grandes sacos impermeables plegados y unidos entre sí por medio de una canalización que vaya á parar á un depósito de gas comprimido: en el momento del peligro bastaría abrir la llave del depósito para que todos los sacos se henchieran rápidamente.

Esta idea nos parece poco práctica, pues en un buque ha de haber los menos huecos posibles si se quiere que los fletes produzcan algún beneficio, y en cuanto á los espacios reservados á los pasajeros, á las máquinas y á la tripulación, sería muy difícil disponer en ellos esos sacos con sitio suficiente para henchirse en el momento preciso. Es probable, por consiguiente, que la marina se contentará por mucho tiempo todavía con tener á bordo de los buques salvavidas reductibles como los de que están provistos la mayoría de las grandes embarcaciones y que son independientes del barco. Estos salvavidas consisten en grandes sacos de tela impermeable, que ocupan muy poco espacio cuando están plegados (fig. 4), y que una vez henchidos forman una especie de colchón provisto de asas á las que pueden agarrarse diez personas á un mismo tiempo. La idea del gas comprimido de que queda hecha mención podría en este caso ser aceptada para realizar rápidamente la operación de henchir los salvavidas (fig. 3).



Fig. 3. – Boya reductible henchida con aire para el salvamento

Las tripulaciones de los botes de salvamento realizan prodigios de valor y abnegación, pues por embravecido que esté el mar, nunca vacilan en volar en socorro de los náufragos. Varias veces se ha querido poner á su disposición medios más perfeccionados que el bote de remos de que se sirven actualmente, pero siempre sin resultado.

Quizás se conseguirá mejor éxito con el nuevo barco que recientemente se ha construído en América y que á juzgar por su disposición y por su forma especial parece ha de ser de resultados satisfactorios.

Este barco se compone de tres flotadores sólidamente unidos entre sí: el mayor, colocado en el centro, divídese en cinco compartimientos estancos y contiene la caldera de vapor y el propulsor; los otros dos, más pequeños, están colocados uno á cada lado del primero para conservar el equilibrio del sistema. No hay en él ni ruedas ni hélice, ni timón, piezas todas esenciales á la vida del buque y susceptibles de deterioro con mal tiempo; para reemplazarlos se recurre á un propulsor constituído por una bomba que empuja el agua en los orificios practicados en la parte inferior de la embarcación en distintas direcciones. Según se abran uno ú otro de estos orificios, la marcha se verifica hacia adelante, hacia atrás y aun de costado. Dos torrecillas provistas de escaleras interiores y de puertas estancos sostienen una plataforma unida á los flotadores por medio de escalas de cuerda. Dispuesto de esta suerte este barco puede, al parecer, resistir las mares más gruesas.

LÁMPARA INCANDESCENTE DE M. BRENOT

Recientemente se ha dado á conocer una nueva lámpara de incandescencia que nos parece llamada á prestar excelentes servicios en casos especiales en los que es preciso producir un alumbrado intenso con un material portátil. El principio sobre el cual se basa el aparato no es nuevo; es el que ha sido ya empleado por el doctor Paquelin hace veinte años para su termo-cauterio que tanto ha servido á los cirujanos.

El experimento fundamental es de fácil realización: se toma un hilo de platino arrollado en espiral, se le calienta en una lámpara de alcohol hasta la incandescencia y luego se le transporta lo más cerca posible del nivel del alcohol contenido en un vaso: en esta posición permanecerá incandescente mientras haya alcohol en el vaso. En vez de alcohol puede emplearse éter ó esencia de petróleo; si se utiliza el alcohol se fabrica formol ó aldehido fórmico y de este modo se tiene un aparato desinfectante cuyos efectos pueden observarse en una habitación en donde se fume, puesto que en seguida desaparece el olor del tabaco.

Pero hay además un pequeño aparato que en forma más comercial reproduce exactamente este experimento y tiene por objeto la desinfección de las habitaciones.

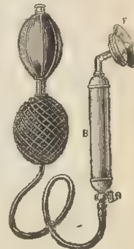


Fig. 1. – Lámpara de M. Brenot.

En la lámpara incandescente inventada por M. Brenot en vez de una espiral se lleva á la incandescencia una esferita de tejido de platino, calentándola con un fósforo y proyectando sobre ella por medio de una pera de caucho una corriente de aire cargada de vapores de esencia de petróleo de que está empapada una esponja contenida en el mango B del aparato (fig. 1); la proporción del aire está regulada por medio de una llave R; la esferita A va montada en el centro de un reflector metálico F que proyecta los rayos muy lejos, tanto que puede leerse un periódico á la distancia de 100 metros. Un modelo más pequeño que se fija en la frente (fig. 2) permite al médico examinar la boca y la laringe; y para que pueda tener las manos libres, el aparato insuflador está dispuesto de modo que pueda ser movido por el pie.

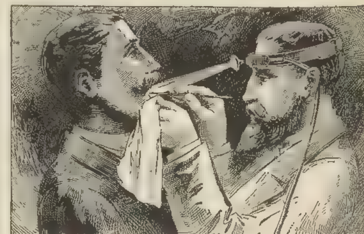


Fig. 2. – Aplicación de la lámpara de M. Brenot para el examen de la boca y de la laringe

El inventor se propone también construir un modelo que se adapte á los faroles de los velocípedos y en el cual una pequeña bomba movida por la máquina enviará el aire necesario al arrastre de los vapores de petróleo.

G. Mareschal

(De *Le Monde Moderne*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

LOS ORÍGENES DE LA VIDA ECONÓMICA, por *Pedro Estasén*. - Para que nuestros lectores comprendan la importancia de este libro, enumeraremos únicamente los libros y capítulos en que se halla dividido: el primero trata de las funciones fundamentales de la vida económica, y comprende los capítulos guerra y caza, la caza, caza y pesca, utilización y domesticación de animales, transición á la agricultura, orígenes de la agricultura, la vida agrícola, orígenes de la industria, de la industria fabril; el segundo, de las funciones intermedias de la vida económica (el cambio, el transporte); el tercero, de las funciones superiores de la vida económica (arte y ciencia), y el cuarto, de las leyes naturales y económicas. Dada la competencia del Sr. Estasén en punto á estas materias, ocioso es decir cuánta es la importancia del libro y cuánto interés ofrece en todas sus partes, resultando de ello que la obra se lee con gusto, y al par que instruye con sus sabias enseñanzas, deleita por la forma amena en que está escrita. El libro ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de Vidal Hermanos (Ronda de San Pedro, 12).

EXTERIORIZACIÓN DE LA MOTILIDAD, por *Alberto de Rochas*, versión española por *Víctor Melcior y Farré*. - Mucho espacio necesitaríamos si hubiéramos de ocuparnos de este libro con la detención que merece; en la imposibilidad de hacerlo, nos limitaremos á decir que en él se estudian y se explican los fenómenos verdaderamente maravillosos que hasta hace pocos años se consideraban como supercherías y que hoy son objeto de serios estudios científicos. El coronel de Ingenieros francés M. Rochas es bien conocido en el mundo de las ciencias por sus importantes trabajos sobre esta materia y su libro ha despertado gran interés y es digno de ser leído. La versión española, cuidadosamente hecha por el Sr. Melcior y Farré, Académico corresponsal de la Real Academia de Medicina de Barcelona, y precedida de un notable prólogo del catedrático de Medicina de la Universidad Central D. Abdón Sánchez Herrero, se vende en Barcelona, en las principales librerías, á 5 pesetas y 6 en provincias.

* * *

PANORAMA NACIONAL. – El cuaderno 20 de esta importante publicación que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles contiene 14 bellísimas fotografías de monumentos de Avila, Segovia, Santas Creus, cartuja de Miraflores, Cangas de Orís, Loyola, Madrid, Toledo, vistas del puerto de Gijón, del de Santa Cruz de Tenerife, del Pico de Teide, de Ceuta, una escena militar y una gran vista panorámica de Lérida. Véndese á 70 céntimos.

* * *

LA CASA DE SHAKESPEARE, por *Benito Pérez Galdós*. – Nada hemos de decir en elogio de este libro, que forma parte de la acreditada Biblioteca Diamante que publica el editor barcelonés D. Antonio López: la firma de su autor, el escritor y novelista incomparable, es la mejor garantía del interés de la obra y de las bellezas que la avaloran. Véndese á dos reales.

* * *

RONDA VOLANTE, por *Francisco Barado*. Colección de episodios, narraciones y estudios de la vida militar, de lectura amena y á cual más interesante, escritos con el profundo conocimiento que de estos asuntos tiene el reputado escritor señor Barado y en el estilo castizo que le caracteriza. El tomo forma parte de la Biblioteca Selecta que publica en Valencia D. Pascual Aguilar, y se vende á dos reales.



Preparativos de pesca, cuadro de Dionisio Baixeras (Salón Parés)

 – Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVI ←— Barcelona 26 de abril de 1897 —→ Núm. 800



LA ROMERÍA DE LA CARA DE DIOS EN MADRID

recuerdo del día de Viernes Santo, dibujo original de N. Méndez Bringa

(Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero)

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La Pascua. – El Sábado Santo. – La catedral de Sevilla en el Sábado Santo. – Apoteosis de la luz. – Momento de la misa en que suena el cántico de Gloria. – Carácter particular de la Semana Santa en Sevilla. – El arte sevillano. – El cielo. Gloria y honor á la gran ciudad. – Conclusión.

¡Cuán profundamente humana la divina Pascua de Resurrección! Al vacío y al silencio de la muerte opone tal día la esperanza universal, extendida como un éter vivificante por la inmensidad del espacio y por la infinidad del tiempo. Cuando sacude la planta los gérmenes de futuras plantas; cuando el hueso mondado de la fruta que parece leñoso germina entre la humedad de los campos, donde ha caído como en abandono y al descuido; cuando la oruga fría, por el cierzo arrastrada, echa las dobles alas de mariposa, cubiertas con esmaltes que parecen metálicos y despidiendo reflejos que parecen astrales; cuando el nido, solitario al mes de marzo, mes ventoso por excelencia, al abril se calienta bajo la pechuga de una madre solícita y se llena de maqueteados huevos, los cuales se rompen y abren para dejar paso á las canoras y multicolores avecillas que levantan coros de píos y de gorjeos; cuando en las colinas florece la gualda retama, y en el trigo la roja amapola, y en los ribazos el modesto jaramago, y junto á los arroyuelos, festonados de luciérnagas, crecen al par de las argénteas azucenas las encendidas rosas, y desde los olivos del valle cargados de perlillas que serán aceitunas y las palmeras cargadas de polen que será dátil, hasta las encinas y las hayas del monte se cubren de una flora misteriosísima, henchida con promesas de una perpetuidad no interrumpida, la cual asegura su permanencia hoy, su inmanencia mañana y siempre á toda vida, celebran en la sublime indeliberación propia de su material naturaleza una pascua de resurrección, donde son aleluyas é himnos los cánticos y los aromas. Por eso el cirio sagrado que brota sobre los altares del Sábado Santo, el agua lustral que cae como un rocío matutino chispeado por los litúrgicos hisopos, el alegre acento de las trompetas angélicas en los órganos de las iglesias desvestidas del canónico luto anterior, el Gloria rasgando la negra sombra del sudario que obscurecía los templos como si fueran tumbas y devolviendo su alegre voz á las campanas que repican en las altas torres el aleluya lanzado por las misas de resurrección á los cuatro puntos del cielo, no sólo nos dicen que ha resucitado Cristo, nos dicen también que ha vuelto la golondrina desterrada por el frío; que gorjea el ruiseñor, mudo durante todo el año hasta cuando la primavera le enardece con su incendio de amores; que ha plantado en el campanario la benéfica cigüeña su nido, compuesto con ramas y hojas secas convertidas en un brasero de rescoldo vital; que la savia se ha ido rejuveneciendo hasta meterse por todos los poros del árbol y ha despertado las hojas y las flores; que nos hallamos en la Pascua donde se canta y celebra una renovación, la cual parece, no esperada, por lo querida de todos, como un don súbito del cielo y un milagro excepcional de Dios.

En la mañana del Sábado he ido á la Misa de Gloria. Muchas y muy poéticas ceremonias tiene la Iglesia; ninguna comparable á las ceremonias del Sábado Santo. Cuando en las alturas del púlpito, con la entonación sublime del prefacio, entona eclesiástico cantor de rúbrica su magnífico raconto de cómo se creó el alma luz, en cuyos resplandores y en cuyos rayos todo lo criado se anima y esclarece, creo escuchar el poema cíclico de los Vedas entre las irradiaciones del cielo indio retratado por las aguas del Ganges, abrillantadas con las gelatinas donde se van formando gérmenes innumerables de múltiples cosas y misteriosos protoplasmas de varios organismos; la salmodia de los pastores caldeos al descubrir en el seno de aquellas sus noches luminosas las constelaciones del firmamento y pedirles manden sus querubes de fuego para revelarles cuanto dicen los espacios con sus jeroglíficos de soles; el cantar órfico que hace corresponder los números de nuestras tablas con los astros de nuestras constelaciones y arroja sobre la faz del hombre, todavía enredado en la materia y en las especies inferiores, el soplo de la humana ideal; los símbolos del mágico zoroastro divinizando el resplandor de la luz increada y diciendo como en sus focos todo se aviva y enciende y abrillanta; el *Te-Deum* lanzado por los orbes, al rodar sobre sus ejes, y componer una sinfonía, cuyas escalas son esferas celestes y cuyas notas son ráfagas de magnética electricidad, al Ser de los seres, á nuestro Sublime Creador. Después de todas estas bendiciones y todas estas loas al divino luminar, nada tan expresivo del misterio en la transmisión de nuestra vida como el recuerdo é invocaciones al misterio en la transmisión de nuestra luz. Cuando en la Misa de Gloria el turiferario enciende con modestas candelillas el blandón de los altares y la solitaria lámpara pendiente del techo en las bóvedas, recuerda el gran misterio de otra no menor animación, de la animación del espíritu, en cuyas creadoras lenguas de fuego las almas van encendiéndose para correr como fugaces exhalaciones por el tiempo, y volver, tras rápida carrera, como los cuerpos graves en sus caídas al centro de gravedad, ellas, en sus vuelos, al Eterno Criador. Y luego, encendidas las luces y puesto en su candelabro el cirio pascual, comienzan las profecías, que os ponen ante los ojos desde la aparición del hombre sobre este planeta nuestro, hasta la muerte y conclusión de todos los seres en el Juicio Final, que llega con estremecimientos tales como si quisiera volvernos al caos y en sus piélagos de tinieblas á todos confundirnos. Yo escucho con verdadero éxtasis todas las tradiciones á que la Iglesia llama en la Misa del Sábado Santo profecías; pero al oir la visión del gran Ezequiel, creo leer la respuesta incontestable al grito de Prometheo, de Job, de Hámlet sobre los orígenes del mal, dada por aquellos cementerios desolados donde yacen los huesos en montones, tan olvidados como yertos, que á un soplo se mueven y levantan y sobreponen unos á otros, organizándose como estatuas vivas y animadas en esqueletos y recibiendo infusiones de medula, riego de sangre, redes arpadas de nervios, vestiduras de fibras, concluyendo en un esférico cerebro análogo con la bóveda celeste, pues lo infinito comprende por medio de la idea, y por medio del Verbo de la idea con Dios se identifica y se confunde.

Después de haber leído á Ezequiel, ya no puede caber duda sobre la Resurrección. Por eso la Iglesia, con su maravillosa intuición estética, cuya virtud le conservará el dominio sobre las almas eternamente, poco después de cantada la Profecía, tras el rito de la bendición del agua bautismal y las letanías, llega por sabias transiciones al momento sublime y capital de la Misa. Mi primer emoción en la vida, que yo recuerde ahora, es una misa de Sábado de Resurrección á que asistí el año treinta y nueve, allá en la parroquia del Rosario, de Cádiz, cuando no había cumplido aún seis años. Yo creo que miraban mis ojos de niño más la frente y la mirada de mi amantísima madre que los resplandores del altar. Entonces me parecía milagroso aquel cambio de los paños enlutados en flores y luces, aquel silencio que hace del ara un sepulcro subseguido por Glorias y Aleluyas. Han pasado muchos lustros de tamaña emoción, y en mi pecho se repite con igual viveza de sentimiento é igual vértigo de alegría que los experimentados en mi lejana infancia. Cuando el deán se volvió en el sagrario ayer á entonar el Gloria, y á este clamor jubiloso la titánica Giralda rompió en fragorosos acentos con sus lenguas de bronce, y el cubierto altar sacudió su negro velo para mostrarnos los ángeles y serafines aleteando entre irisados espacios y circuyendo á la Virgen Madre representada en efigie de plata que una diadema de oro corona, y los paños negros, al desprenderse, mostraron los vidrios de colores, y los vidrios de colores cubrieron de círculos polícromos los altos pilares con las cinceladas ojivas, y el acento del órgano se unió al aleluya universal despedido hasta por las piedras y acompañado con repiques de campanas, yo me imaginé vuelto á la infancia y sentí la fe de mis primeros años, completada por una confianza verdadera y sin límites en el progreso universal. El mundo moderno guarda en la biblioteca de sus glorias dos páginas á este respecto del Sábado Santo y de la Pascua que no serán superadas nunca. Es una el repique general de campanas celebrando la Resurrección, á que dió Víctor Hugo en frases la sublimidad misma que tiene la catedral de París y el acento de sus sonoras torres cuando tocan á Gloria. Es otra el segundo monólogo del desengañado Fausto, cuando el campanero de Pascua le quita de sus labios la copa envenenada, y le reconcilia de súbito á sus repiques y á sus aleluyas con el universo y con Dios. Así tras las emociones despertadas en el sentimiento por las ceremonias litúrgicas, tras los estéticos goces inspirados y sugeridos por las artes consagradas al divino culto, tras los mudos rezos de una vida que pronto desaguará en la eternidad, la reflexión alcanzó el sobreponerse al sentimiento deplorando una vez el carácter de nuestra época y el divorcio consumado por dos fanatismos contradictorios, pero igualmente funestos, entre la religión y la ciencia. ¿Por qué no rezan aquellos que piensan y saben, mientras rezan aquellos que ni saben ni piensan? ¿Por qué los creyentes imaginan toda filosofía rebelde á Dios, y los filósofos rebelde á la ciencia y á la sabiduría toda religión? El órgano que para ver tiene nuestro cuerpo se halla compuesto de porciones contradictorias. En el sentimiento las ideas tienen un carácter, en la fantasía otro, y otro más diverso en la inteligencia. Con el raciocinio no podéis explicar el misterio. La silenciosa y triste sepultura sólo responde al llamamiento de la fe. Sólo podéis llenar el espacio vacío de los cielos é interrumpir el silencio mortal de las alturas con plegarias y oraciones.

Pero vamos al goce de la Pascua y olvidemos las alturas del pensamiento abstracto, creyendo en el futuro consorcio entre la fe y la religión, entre la democracia y el Cristianismo. Estamos en Sevilla; y aquí todo sonríe, todo reluce. No es la hermosísima ciudad del Guadalquivir una ciudad de Semana Santa, como Jerusalén y Roma, es una ciudad de Pascua. Se concibe la Pasión sobre los anfiteatros despedazados, sobre las ruinas alfombradas de cicuta; por las orillas del antiguo Tíber, que parece conducir al mar altares caídos y dioses muertos, entre los intercolumnios rotos y las colinas del Capitolio y del Aventino, consagradas como templo de ideas extintas y como Panteón de generaciones acabadas; allí el treno y lamentación de Jeremías espontáneamente sale del seno de los abismos que se han tragado los césares y los tribunos; pero aquí en Sevilla sólo se comprende la Resurrección universal. El genio trágico de Valdés ha dejado en un cuadro famosísimo los despojos de la muerte, cuadro más realista que la pintura pisana del cementerio donde se tapan las narices los vivos para no percibir el hedor de los muertos; pero inútilmente ha querido aglomerar podredumbre, gusanos, huesos mondados, calaveras siniestras; los Murillos, cercanos en el recinto de la Caridad al cuadro de la muerte, lo eclipsan y ocultan entre los resplandores de la vida. Quieren los sevillanos pintar la pasión; y los puñales que atraviesan el corazón de María son brillantes; y las gotas de sangre, que los mártires vierten, son rubíes; y el saco, en que la Magdalena envuelve sus arrepentimientos con sus penitencias, brocados; y las espinas del Salvador, líneas de oro macizo que compiten por su esplendor con los luceros de la noche y parecen las preseas del romano vencedor entrando bajo arcos de triunfo y entre aclamaciones de férvido entusiasmo en la Ciudad eternal, engalanada y florida. Aquí el torrente Cedrón es un río celestial parecido á una Vía Láctea en el suelo; una calle de la Sierpe donde se oyen toda suerte de gracias y se ven las chispas de femeniles ojos negros, singulares asesinos, la calle de la Amargura; el monte Olivete, una serie de jardines embalsamados por los azahares de naranjos que relumbran como esmeraldas y huelen á gloria; el cántico supremo unas saetas, las cuales parecen las serenatas de amor que no han podido repetir ni Mozart, ni Rossini, en sus dos inmortales óperas. Sevilla es una Florencia oriental. El arte y la naturaleza se han en ella convenido para verdaderamente hacerla única sobre la faz del planeta. Por eso Murillo ha dejado aquí atrás en reproducir la luz al Corregio y á Rembrandt, como el otro divino sevillano, que se llama Velázquez, hase llevado consigo á la eternidad el secreto de reproducir sobre un lienzo frío todo el calor de la vida humana en toda su verdad. Yo no creo haya en la tierra cielo como el cielo que yo he visto en Sevilla estos días. Unas veces asemeja celeste gasa y otras veces bóveda de cristales venecianos. Imposible que ningún mosaico de sus aljamas y ningún ladrillo de sus azulejos repita un arrebol de este ocaso, que no parece comienzo de la noche, sino alborada espléndida y multicolor de nuevo día. Y cuando se ostentan en el cielo tantas estrellas y en el espíritu tantas ideas; cuando al lado de una vegetación cargada con flores bien olientes se alza otra vegetación de monumentos colosales cargada con recuerdos benditos; cuando cantan de un lado los ruiseñores y de otro lado los poetas, expresando el amor en gorjeos y versos inolvidables; cuando á los cuadros formados por la Torre del Oro y la Giralda y el Alcázar y la Catedral gigantesca se unen los cuadros eternos de pintores parecidos á los ángeles auxiliares de la creación; cuando se junta todo esto, se produce nuestra Sevilla, la más visitada y más querida de las gentes entre todas las ciudades del mundo.

Sevilla, 18 de abril de 1897.

MARIA GUERRERO. MADRID, 1868

MARIANA
MARÍA DEL CARMEN
MANCHA QUE LIMPIA
LA NIÑA BOBA
LO POSITIVO

MARÍA GUERRERO

Personas á quienes deseo complacer, me exigen, con gran insistencia, una *semblanza* de la eminente actriz, que es hoy brillante realidad en la escena española y que será, andando el tiempo, gloria del teatro nacional en la historia del arte.

Será gloria en los anales de los grandes artistas españoles; pero lo es ya, y por todos aplaudida y admirada.

Mas no es una semblanza lo que voy á escribir: al menos en el sentido que á esta palabra suele darse en nuestros días. Voy sólo á escribir al correr de la pluma unas cuantas cuartillas sobre nuestra actriz predilecta.

Los grandes actores y las grandes actrices no llegan á serlo si no poseen alguna *cualidad extraordinaria;* alguna *suprema energía* que los eleve sobre la masa común y aun sobre los demás actores de talento.

En unos, es el gran arranque dramático; es *la inspiración* soberana que se comunica al público y que lo enloquece.

En otros, es *el estudio* profundo de caracteres y situaciones; el análisis minucioso de aquellos signos artísticos y externos, que son como notas características de las emociones humanas.

En otros, por fin, es lo que se llama comúnmente la *naturalidad:* ese talento especialísimo de convertir en realidad la ficción. Y puede decirse que éstos si no crean lo sublime, sino en casos muy excepcionales, realizan siempre *la verdad.*

Pero el ser humano pocas veces realiza la perfección; quiero decir, la perfección que con nuestra naturaleza es compatible. Y así, á cada una de aquellas tres grandes facultades que acabo de señalar, acompañan, en ocasiones, defectos innegables; como la sombra sigue al cuerpo; como al pie de la cúspide está el abismo.

De este modo *la escuela de la inspiración* puede traspasar los justos límites estéticos y caer en exageraciones antiartísticas. La violencia, el grito ronco, la exageración, van persiguiendo á los grandes actores de pasión para sorprenderles en cualquier instante de desfallecimiento y precipitarlos en la sima.

La escuela que pudiéramos llamar *de estudio concienzudo* y de *pormenores* y *matices,* por perfectos que sean, corre también sus peligros y tiene también sus exageraciones, que pueden provocar el cansancio del público, y que bordean muchas veces los abismos crueles del ridículo.

La escuela, en fin, *de la naturalidad* y *del buen gusto* tampoco se halla exenta de tropiezos y malas contingencias: ¡que cabe exagerar también la naturalidad y cabe hundirse en el más lastimoso amaneramiento; y si hay abismos de sombra, hay abismos de hielo, capaces de helar la sangre á todo un público!

Reunir estas tres facultades en una sola; armonizarlas entre sí; hacer de la inspiración, del estudio, de la naturalidad y del buen gusto una unidad artística, realizando, de esta suerte, toda la perfección estética que el hombre puede realizar, sólo es dado á muy pocos actores y á muy pocas actrices. Y esta ha sido la obra verdaderamente admirable de María Guerrero en los pocos años que lleva sobre la escena.

Es natural María Guerrero, con naturalidad exquisita, en que se revela el buen gusto innato y el buen gusto heredado en materias de arte.

Es actriz de estudio, y en él revela un gran talento y un talento profundo; capaz de comprender los caracteres; de analizar sus ocultos resortes; de distinguir sus rasgos decisivos; de hacer de la creación del autor un ser vivo y palpitante; pero siempre con severidad clásica, sin que la acumulación de pormenores y rasgos secundarios den nota churrigueresca á la creación artística.

Y es, al mismo tiempo, actriz de altísima y suprema inspiración; que deja desbordarse á la pasión cuando le llega su hora; que sabe gritar, pero con gritos musicales, que por algo le dotó la Naturaleza de singular talento musical, intransigente con toda desafinación. Sabe, en suma, recorrer toda la gama de



María Guerrero

los grandes movimientos pasionales, desde las notas graves hasta las notas más agudas y desesperadas.

Y en comprobación de todo esto, valga, no sólo mi palabra, que para decir la verdad siempre es leal y nunca aduladora, sino esa larga serie de obras dramáticas, que han sido para nuestra gran actriz una serie no interrumpida de triunfos.

Dígalo aquel papel de Mariquita en *El café,* de Moratín, en que es imposible llegar á mayor perfección de ingenuidad, de sencillez, de lágrimas verdaderas; y cuenta que entonces empezaba su carrera artística.

Díganlo, en el *Don Juan Tenorio,* la lectura de la carta; la escena del sofá – según se llama en términos de teatro, – escena en que, por primera vez, se reveló al público como gran actriz dramática, provocando una de las mayores ovaciones que he presenciado; y aquellas frases que dice doña Inés desde la tumba, con pureza de acento tan prodigiosa y con tanta inconcebible verdad dentro de lo fantástico, que no parece sino que está uno viendo cómo el mármol se anima y empiezan á surcar venas azules su fría y cristalina superficie, cual si la vida se fuera filtrando en él poco á poco, con hilillos de sangre apasionada.

Dígalo la creación de Mariana en el drama de este nombre, que ha sido uno de sus mayores triunfos por las enormes dificultades que ha sabido vencer.

Díganlo aun el final de *María Rosa* y la *Semíramis,* en que ha sido actriz trágica con la tragedia del pueblo y con la tragedia de Calderón, caldeando pasiones en las últimas capas sociales y heroicas ambiciones en las gradas del trono asirio.

Dígalo todo el repertorio de nuestros grandes dramáticos del siglo de oro que María Guerrero está resucitando en la escena como entusiasta tributo á nuestras más legítimas glorias.

Díganlo, en suma, porque la lista sería interminable, los triunfos que ha conseguido en los dramas de nuestros primeros autores; de Sellés, de Galdós, de Cano, de Enrique Gaspar, de Guimerá, de Feliu y de tantos otros.

¡Cuántos caracteres! ¡Cuántos personajes! ¡Cuántas pasiones distintas! ¡Cuántas esferas diversas de la vida social! ¡Y cuántas veces ha convertido la escena de más peligro en la escena del mayor triunfo!

Si fuera á analizar la labor artística que ha realizado la gran actriz en el espacio de ocho años, este artículo podría convertirse fácilmente en un libro, y puesto que no ha de pasar de *una semblanza,* aquí pongo punto con la pluma ya que no con el deseo.

JOSÉ ECHEGARAY

LA ROMERÍA DE LA CARA DE DIOS

EL DÍA DE VIERNES SANTO EN MADRID

Ni al mismísimo diablo se le ocurriría idea tan peregrina como la de utilizar uno de los días más solemnes en el mundo católico para celebrar una verbena con todo el aparato propio de tales zambras en un barrio tan populoso como lo es el de Argüelles en la villa y corte de Madrid. Pero ello es así, y con el capcioso pretexto de visitar la Santa Faz, venerada en la capilla de la calle de la Princesa, afluye á la hermosa vía en la mañana del Viernes Santo inmensa multitud, más atenta á hacer estación en las tabernas y buñolerías de los alrededores, que á orar ante la tradicional imagen.

Conocedores de tales inclinaciones, varios industriales al por menor acuden á establecer improvisados puestos, en los que con unos cuantos céntimos pueden *los devotos* proveerse de frutas, avellanas, nueces, *torraos* y otros varios productos heterogéneos de ínfima categoría, que son de rigor en toda romería ó verbena madrileña. Quéjanse los dueños de establecimientos fijos de la ruda competencia que les hacen los intrusos ambulantes, y procuran defenderse, inventando medios de llamar la atención de los romeros, ya alquilando voceadores que pregonan las excelencias de lo que allí se expende, ya colocando grandes cartelones en los que se leen los mayores atentados que cometerse pueden contra la gramática de la Real Academia.

No necesita acudir á tales recursos el Sr. Matías, el buñolero inmediato al vetusto caserón del Hospital Militar, porque para anuncio y reclamo de cuantos transitan por aquellos alrededores le basta y sobra con el palmito, la gracia y el descaro de su hija Lola, conocida en todo el barrio por el apodo de *La Pajarita,* sin duda por el contoneo especial que gasta cuando sale á lucir por las calles de la capital de Es-

paña el pañuelo de espumilla, las botas de charol con caña de color de avellana y la airosa falda de percal.

Desde que el sol comienza á aparecer sobre el horizonte de Madrid el sacrosanto Viernes, media docena de zanguangos asturianos y gallegos, que secundan las órdenes del Sr. Matías, colocan varias mesas de diferentes formas y tamaños y las correspondientes sillas debajo de los árboles, desnudos de follaje por los rigores invernales, que pueblan los alrededores de la buñolería, de cuyo interior sale y se esparce en cien metros á la redonda el *gratísimo* perfume que exhalan grandes calderas de aceite andaluz, en marcha y lanza una tierna mirada á la sabrosa fruta de sartén. ¡Vaya, no lo piense usted más, que no son venenosos y se dan como los relojes, con un año de garantía!

El individuo del gabán verdusco se aproxima y pregunta con aire sonriente:

– Diga usted, niña, ¿son de satisfacción?

– De lo más *superferolítico* que va usted á encontrar en *too Madriz.*

– Es que yo soy muy delicado y entiendo bastante de estas cosas.

– Vamos, ya; será usted *muñolero retirao.* lo que es la *nesecidaz,* que *sinós,* iba usted á llevar que contar, *so lipendi.*

– Tenga usted cuidado con lo que habla, que soy un caballero.

– Por la mañana.

– Y á todas horas. No quiero ya los buñuelos, no los quiero.

– Lo que es con éstos pocas mantecas echará usted, porque como se acerque usted á la mesa, le alumbro á usted dos sopapos que va usted á tenerse que comprar una dentadura.

– ¡Ole ya por las mujeres de genio!, dice entonces

Capitán Koellner (alemán) — Contraalmirante Hinke (austriaco) — Vicealmirante Canevaro (italiano) — Contraalmirante Pottiers (francés) — Contraalmirante Andrief (ruso) — Contraalmirante Harri, (inglés)



LA INSURRECCION DE CRETA

Los almirantes de las escuadras de las grandes potencias fondeadas en aguas cretenses á bordo del acorazado italiano «Sicilia» (de fotografía)

cuyas hirvientes ondas se fríen los clásicos buñuelos. Poco después, tres ó cuatro muchachas, reclutadas *ad hoc* para tal solemnidad, luciendo blancos delantales, se encargan de servir á los parroquianos en el interior de la tienda y en los sitios más cercanos á la puerta, mientras Lola ocupa una mesa avanzada y sita en el lugar más visible y estratégico para sugestionar á cuanto bicho viviente pase á tiro, especialmente del sexo barbudo, y hacerle consumir algunas docenas de los buñuelos contenidos en una bandeja de latón de grandes dimensiones, que el Sr. Matías cuida de tener siempre bien repleta.

En el momento en que tengo el gusto de presentar á mis lectores á *la Pajarita,* hállase mediada la mañana, los romeros invaden la calle de la Princesa y sus adyacentes, y mientras unos se estrujan y aporrean por entrar en el Santuario, los demás se dedican á pasear por la feria y á gastarse algunos *perros* en medio de una confusión de gentes y una algarabía que hacen subir de tono los gritos discordantes de los vendedores.

– ¡Venga acá, caballero, y lléveme unos *muñuelitos* que son canela de la fina!, dice Lola apoyando ambas manos en los extremos de la bandeja y dirigiéndose á un señor de venerable gabán verde obscuro y apabullada chistera, que al ser interpelado detiene su

– Tampoco.

– Pues será usted herbolario y por eso viste de verde...

– Aunque visto de lana no soy borrego.

– ¡Quiá! Ya se ve que es usted una res mayor.

– ¡Me gusta el descaro! Suerte que tiene usted unos ojos como dos luceros y una boca que es un rubí partido por gala en dos, como dijo el otro, y no hay quien se propase.

– Ni yo le dejaría tampoco, ¿está usted..., señor lata?.. Conque vamos, ¿los lleva usted ó no los lleva?

– ¿El qué?

– ¡Ay qué gracia! Pues esto.

Y la desenvuelta Lola, cogiendo con presteza un buñuelo, se lo pone en las narices al individuo, que al mismo tiempo abre la boca y coge con los dientes la pasta, engulléndosela en un abrir y cerrar de ojos.

– ¡Liboria, Benita, grita entonces la buñolera, venid y veréis á un oso de *bimba!*

– No llame usted á nadie, hija mía, que ha sido sencillamente por probar si el producto era tan bueno como la productora. Póngame usted cuatro docenas en un papel, que voy á la ermita, y á la vuelta...

– Sí, á la vuelta lo venden tinto. Usted lo que es, es un sinvergüenza mayormente, que ha venido á tomarme el pelo; pero *agradezga* usted que considero un sietemesino con pretensiones flamencas, ladeándose el sombrero cordobés. ¡Bendita sea la madre que tales pimpollos cría! ¿Qué te parece, Pepete?, añade dirigiéndose á otro chulo de guardarropía que le acompaña.

– ¡Superior, Carlitos, superior!

El caballero del buñuelo aprovecha la providencial aparición de los dos majaderos, y encasquetándose el sombrero se aleja apresuradamente del puesto, no sin oir á Lola gritar:

– ¡Adiós, tío *tronao,* y buen provechito!

– Pero niña, ¿qué es eso?, pregunta uno de los pollos, ¿qué pulga le ha picado á usted?

– A mí ninguna, no pueden los bichos conmigo. Es que hay personas que aparentan una cosa y son otra, y más de cuatro que parecen marqueses mal *comparaos,* no son más que unos *infundiosos,* y una por tener *diznidaz* y decoro y *too* lo demás que hace al caso, tiene que comprimirse, y en fin... ¿cuántas docenas van á llevar ustedes?

– Si usted me los trajera á casa, contesta el que parece llamarse Pepe, podría usted llevarnos toda la bandeja.

– Se iba usted á arruinar, porque hay lo menos ciento, y á dos céntimos..., ya ve usted, suben un dineral.



LLEGADA DEL PRIMER TREN, cuadro de Vicente Cutanda

– Total dos pesetas, ¿y qué?, aunque fuesen mil.

– Pues por llevarlos á su casa no quedará: justamente estará ahí mano sobre mano Toribio, ese tuerto que atiza el fogón, y dándole una propina andará más ligero que la *eletricidaz.*

– ¡Je, je, qué gracia tiene esta barbiana! ¡Qué lástima que esté usted vendiendo buñuelos cuando debería usted ir en coche!

– Me mareo.

– Usted sí que nos está mareando, ¿verdad, Carlos?

– ¡Divina, encantadora!, contesta el aludido.

– Pues cómpreme usted dulces.

– Yo le compraré á usted aunque sea toda la confitería de Roldán.

– ¡Puede!

– ¡Ya lo creo, vida mía!

– Pues para empezar, cómprenme ustedes *muñuelos,* digo, si llevan ustedes suelto, porque se dan casos.

– ¿De qué, prenda?

– De caballeros que no llevan más que billetes de mil pesetas, y por no cambiar...

– Pepete, me parece que esta joven desconfía de nosotros.

– ¡Ca, de ningún modo! *Siéntenseñ* ustedes y ánimo á los *muñuelos.*

– Bueno, pero nos los servirá usted, monísima.

– ¡A cuarto y á dos, caritas de Dios!, grita con voz estentórea un mocito con *persianas* y gorra de seda negra, que se presenta llevando en cada brazo un cestón lleno de monigotes de barro, estampas con marcos de plomo, figurones de cartón y otras obras de arte por el estilo. Al verle Lola, frunce el entrecejo y golpea el suelo con su diminuto pie; pero el vendedor deja uno de los cestos en la mesa de los buñuelos, suelta el otro en el suelo, y cogiendo un monigote, se lo presenta á los galanteadores diciendo:

– ¡Ministros á diez céntimos! Llévenme ustedes uno *pa ca* uno. ¡Sagastas y Cánovas á *perra grande!*

– No queremos nada de eso, replica Pepe de mal humor al verse interrumpido en su coloquio.

– Miren ustedes qué repúblicas más bonitas á quince céntimos, son *regalás.*

negocio y yo al mío, y de sobra sabe uno *destinguir,* porque *pa* eso *tie* uno el *quinqué* que Dios le ha *dao* y estamos en Semana Santa.



INSURRECCION DE CRETA. – CUARTEL GENERAL DEL CORONEL VASSOS EN EL VALLE DEL PLATANOS (de fotografía)

– ¡Chico, pues estás poco *predicaor!* ¡Qué lástima que ya esté *encargao* el sermón *pa* esta noche en la *catredal!*

– Mira, Lola, que me estoy cargando de esteras y...

– Lo que ha de hacer usted es dejarnos en paz, dice impaciente Carlos acercándose al *Chiruto* con aire de matón.

– Usted se ha *equivocao,* amigo, responde el chulapo haciéndose un poco hacia atrás, porque el que se *las pira* va á ser usted.

– No será sin patearle á usted los hígados, *so voceras.*

– *¡Chiruto,* no armes bronca, que te pesará!, exclama Lola roja de ira. Mira que ya sabes cómo las gasto.

– Si yo necesito tres docenas de señoritos *pa* desayunarme.

– Lo que éste necesita y lo va á tener en seguida, añade Pepe enarbolando el gruesa garrote en que se apoya, son dos trancazos.

– ¡Padre, padre, grita entonces Lola, venga usted *pa* acá!

El Sr. Matías, para quien no ha pasado inadvertida la escena, se aproxima, con sus grandes manazas metidas en los bolsillos del chaquetón, con el aire de un oso polar que acude á devorar la presa, y señalando una mesa inmediata dice á los flamencos:

– Señores, ahí estarán tan ricamente y podrán tomar lo que quieran, y además, continúa, mirando al expendedor de ministros, tendrán el gusto de ver volar á este mono por el aire y caer encima del *tejao* del Buen Suceso.

– ¡Sr. Matías!..

– ¡Ala! ¡Largo, pero á la carrera!; y si piensas en Lola..., límpiate, que estás de huevo.

– Pero si...

– ¡A callar y andando!

Los dos jóvenes sienten crecer sus bríos al contar con la poderosa ayuda del buñolero, y sonríen desdeñosamente burlándose del pretendiente de *la Pajarita,* mientras ésta suelta una carcajada insultante diciendo:

– Toma, tripita, avechucho, y vuelve por otra.

Al oirla el chulo, exasperado lanza un terno, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, le suelta una bofetada á Carlos, que por su desgracia se halla más cerca, recibiendo en cambio un soberbio garrotazo de Pepe en los lomos, que le tumba patas arriba. El Sr. Matías entonces se abalanza sobre el *Chiruto* y le agarra por las greñas, sacudiéndole vigorosamente hasta que el aporreado provocador logra afianzarse en la mesa de los buñuelos, que cediendo al impulso, cae, esparciéndose el contenido de la bandeja y los monigotes del cestón en todas direcciones, mientras Lola chilla desaforadamente.

Síguese á tal escena un lío monumental y un escándalo de primer orden, en que toman parte las camareras, los mozos, los parroquianos y transeuntes, y hasta algunos perros vagabundos, y que sólo termina con la intervención de unos guardias municipales, que con su prudencia habitual dan tiempo á que huyan los actores de la tragedia, evitando así el ser conducidos á la prevención, porque como dice el Sr. Matías:

– Aquí no ha *pasao na.* ¿A qué viene la gente á la Cara de Dios? ¿A divertirse? Pues *ca* cual se divierte con lo que se divierte, y hasta el año que viene...



INSURRECCION DE CRETA. – GRUPO DE VOLUNTARIOS GRIEGOS (de fotografía)



INSURRECCION DE CRETA. – UNA MANIFESTACIÓN EN LAS CALLES DE ATENAS (de fotografía)

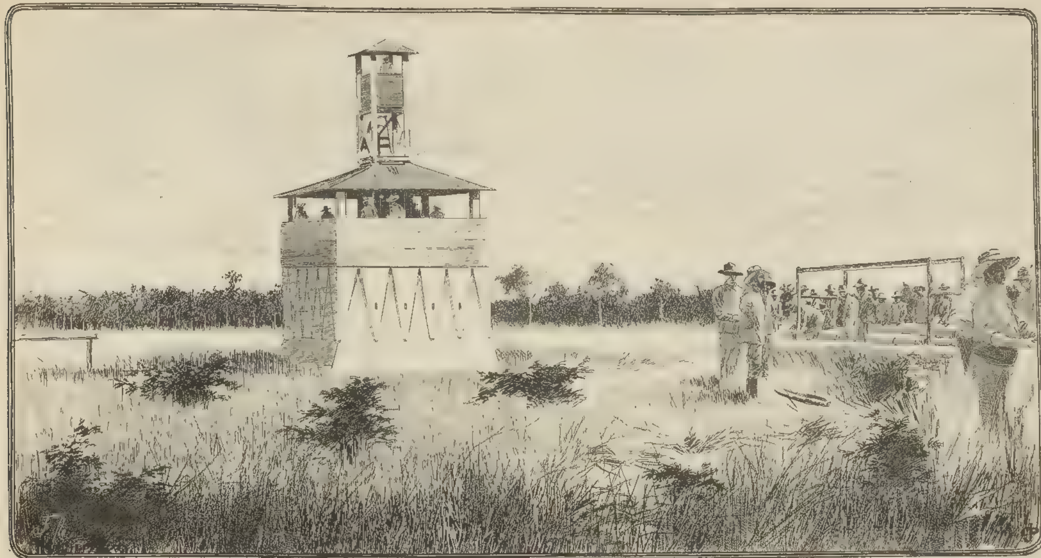
– ¡Hombre, no sea usted pesado!

– ¿Y dos *manguzás* en la panza quieren los señoritos?, añade el chulapo vendedor ambulante, echándose atrás la gorra.

– *¡Chiruto,* exclama entonces impaciente *la Pajarita,* á ver si te callas y te largas viento en popa con tus baratijas y no vienes á espantarme la parroquia! No hagan ustedes caso, es un primo mío que es *la mar* de guasón.

– Chiquilla, no es la cosa *pa* tanto. Tú estás á tu

A. DANVILA JALDERO



GUERRA DE CUBA. – TROCHA DE JÚCARO Á MORÓN. – VISTA DE UNA TORRE. – INGENIEROS CONSTRUYENDO UNA ESCUCHA (dibujo tomado de una fotografía)

NUESTROS GRABADOS

La insurrección de Creta.—Los sucesos que en Oriente se desarrollan adquieren cada día mayor importancia y gravedad: lo que comenzó por insurrección local promovida por los cristianos cretenses para sacudir el yugo de Turquía, ha ido enredándose de tal suerte por la intervención de Grecia primero y por la de las grandes potencias después, que hoy se ha declarado la guerra entre turcos y griegos y quién sabe si mañana estallará esa temida conflagración europea que desde hace tanto tiempo nos amenaza y que hasta ahora ha podido contener más que la prudencia el temor de los grandes Estados. Lo que ahora ocurre estaba más que previsto: desde el momento en que Grecia, apenas iniciado el movimiento insurreccional de los candiotas, no sólo vió con simpatía los esfuerzos que sus hermanos de raza hacían por volver á reunirse con su amada patria, sino que además envió en auxilio de los sublevados el cuerpo de tropas al mando del coronel Vassos; desde el momento en que en Grecia se reclutaban públicamente voluntarios para organizar y enviar expediciones armadas á la isla de Creta; desde el momento en que en Atenas y en las principales poblaciones griegas recorrían de continuo las calles manifestaciones patrióticas en favor de los cretenses y de la idea de una intervención más activa de Grecia en apoyo de éstos, nadie dudó de que al fin Turquía trataría de poner término á este estado de cosas. Acumuláronse por ambas partes poderosos ejércitos en la frontera turco-griega, hiciéronse por uno y otro pueblo grandes aprestos, y ha sucedido lo que había de suceder: á la amenaza sucedió el golpe y tras de éste se ha encendido la lucha, cuyas complicaciones y cuyo término es difícil prever. La diplomacia se agita; el emperador de Alemania preséntase inopinadamente en Viena para conferenciar con Francisco José sobre el asunto; Francia siente por un lado abandonar á los que por una causa luchan y teme por otro incurrir en el desagrado de su aliado poderoso; á Italia le pasa lo mismo, pues mientras su corazón está al lado de Grecia, sus compromisos con la tríplice le impiden dar satisfacción á sus sentimientos, y en tanto Inglaterra, sin hacer caso de las sublimes lamentaciones del gran Gladstone, mantiénese en actitud pasiva y no renuncia al sistema que tan buenos resultados le ha dado siempre de cruzarse de brazos mientras los demás se mueven, de mostrarse en apariencia indiferente, mientras por bajo mano trabaja sin descanso, y de manifestarse completamente neutral y desinteresada sin perjuicio de pedir ó tomar su parte cuando llegue el reparto del botín y de comerse las mejores castañas cuando los otros las hayan sacado del fuego. ¿Qué resultará de todo esto? ¡Quién lo sabe! Por de pronto la cuestión cretense ha pasado á ser una cuestión secundaria: esto no obstante, todavía tienen interés los grabados con ella relacionados que publicamos y que creemos que han de ver con gusto nuestros lectores.



GUERRA DE CUBA. – TROCHA DE JÚCARO Á MORÓN. – CONSTRUCCIÓN DE LA VÍA FÉRREA ENTRE CIEGO DE AVILA Y JÚCARO (de una fotografía)

* * *

Llegada del primer tren, dibujo original de Vicente Cutanda. – El momento en que la locomotora se desliza sobre los rieles de la nueva vía, inaugurando otra arteria por la que afluye la vida á la comarca, á la provincia y á la región, es el asunto escogido por el distinguido pintor Sr. Cutanda para desarrollar la hermosa composición que reproducimos. En ella revélase al artista que ha tiempo traslada al lienzo los cuadros en que se retrata la vida y el modo de ser de los obreros del Norte de nuestra península, de vigorosa musculatura, enérgicos y laboriosos, en lucha constante con el hierro, ya en las forjas ó en los altos hornos, que les sirven de escenario, recordando, en cierto modo, los mitos de las leyendas helenas. Cutanda es el glorificador del trabajo. Sus producciones son reflejo del natural, fielmente observado é interpretado con maestría. De ahí el buen nombre que ha logrado conquistarse y la consideración que merece de todos cuantos se interesan por el progreso del arte pictórico español.

Guerra de Cuba.—A juzgar por las noticias oficiales que de Cuba nos llegan, el interés principal de la lucha que allí sostenemos hállase, por decirlo así, circunscrito al departamento oriental. Allí se extiende la trocha de Júcaro á Morón destinada á impedir el paso de los insurrectos de Oriente á Occidente, de donde están tomadas las vistas que en esta página publicamos. Las obras construídas en esta trocha desde junio de 1896 son: 60 torres de mampostería, 70 blockhaus y 360 escuchas ó puestos atrincherados; se han tendido 65 kilómetros de alambrado, se han abierto seis pozos de gran profundidad en los campamentos, se han chapeado 21 kilómetros de manigua, se ha reconstruído una buena parte de vía férrea y se ha construído una línea férrea de Morón á la Laguna Grande. Estos datos darán idea de la importancia de los trabajos allí realizados bajo la inteligente dirección del ilustrado comandante de Ingenieros don José Gago: en un principio los elementos para ejecutarlos fueron escasos, pero á medida que avanzaron las obras aumentaron los recursos para llevarlos á feliz término. Rudísimos han sido los trabajos de los ingenieros para construir las defensas de la trocha, especialmente entre Morón y la Laguna Grande, pues como el terreno es en extremo cenagoso, los ingenieros han tenido que trabajar muchas veces con agua hasta la rodilla. Sin embargo, nuestros soldados, así los ingenieros como los de infantería, que auxilian y protegen las referidas obras, han soportado todas las penalidades con verdadero heroísmo.

Además de estas obras de fortificación, se está construyendo en Júcaro una fábrica para la producción de gas oxígeno para alimentar los aparatos que han de iluminar la trocha.

Las torres de que antes hemos hablado, y una de las cuales reproduce el primer grabado de esta página, constan de dos pisos y están provistas de aspilleras y matacanes, que cruzan sus fuegos sin dejar ningún espacio por batir, y de garita blindada con carriles. En el interior y en la planta baja hay un depósito de agua, que es llevada desde fuera de la torre por medio de una cañería y un retrete inodoro.

Entre torre y torre hay un blockhaus y seis escuchas ó puestos atrincherados: de la construcción de uno de éstos puede dar idea el mismo grabado á que acabamos de hacer referencia en las líneas anteriores.

El segundo grabado de esta página se refiere á los trabajos de reconstrucción de la línea férrea entre Ciego de Avila y Júcaro: esta línea estuvo á punto de ser abandonada por el deplorable estado en que se encontraba, pues habiéndose construído con materiales de distintas procedencias, por ser regalo de varios particulares, resultaron desiguales los carriles y las traviesas. Su reconstrucción ha sido necesaria para el transporte de los materiales y víveres con destino á la trocha y á las fuerzas que la guarnecen, así como para el comercio de los pueblos de aquella región.

A pesar de los 100 kilómetros que abarca esta costa (70 hasta la Laguna y 30 hasta la costa), gracias al acertado plan que en su fortificación se ha seguido, puede ser defendida con sólo 7.600 hombres.

* * *

El regalo de boda, cuadro de Enrique Serra.—Nueva muestra de sus excepcionales dotes artísticas nos ofrece nuestro ilustre paisano en el precioso cuadro que en el presente número reproducimos: como si en otras ocasiones no hubiese demostrado hasta dónde llega su dominio del arte que cultiva, parece que ha querido en este lienzo acumular las mayores dificultades para darse el gusto de vencerlas. El grupo que forman las cinco figuras está admirablemente dispuesto; los muebles, los adornos, los tapices, los trajes, las joyas, todo aparece con su verdadero valor á pesar de la profusión de tales objetos que en el cuadro se advierte, y las innumerables bellezas de detalle en nada perjudican, antes al contrario, avaloran la hermosa impresión del conjunto. El cuadro original, cuyo tamaño es el mismo que el del grabado, fué adquirido en París por lord Berfield, el cual pagó por él la respetable suma de 22.000 francos.



EL REGALO DE BODA, cuadro de Enrique Serra



EL GENERAL LA MUERTE, cuadro de H B Vieland

El general la Muerte, cuadro de H. B. Wieland.—Siempre han sido los pintores alemanes aficionados á pintar la Muerte, como lo demuestran los lienzos y frescos existentes en varios templos y conventos de Lubeck, Berlín y Basilea, las antiguas danzas macabras que aun hoy pueden admirarse en Füssen, Constanza, Lucerna, Kukusbad, Friburgo, Erfurt y en tantas otras ciudades del imperio germánico y de germánica procedencia, y en los modernos tiempos los lienzos, dibujos y grabados de Rethel, Spanzenberg, Hans Mayer, José Sattler, etc., etc. Wieland, el célebre pintor muniquense, nos presenta á la muerte como caudillo de un ejército del cual todos, más ó menos tarde, hemos de formar parte; sus filas van engrosando á cada momento y por doquiera que pasa deja en pos de sí ríos, si no de sangre, de lágrimas. *El general la Muerte* es de los lienzos que impresionan profundamente, no sólo por la idea que entraña y que nos recuerda lo efímero de nuestra terrenal existencia, sino que también por el tinte sombrío que le comunican el cielo cubierto de nubes y el paisaje desprovisto de todo encanto. Hay además en él una nota intensamente sentida, el grupo del primer término, formado por una joven pareja que entre sollozos se despide y á la cual mira la muerte como temerosa de que pueda escapársele el apuesto mancebo en quien ha hecho presa.

* * *

Una fuente en Granada, cuadro de Juan García Ramos (Exposición de Bellas Artes de Sevilla). – Aunque las continuas transformaciones que ha sufrido la antigua capital de los monarcas nazaritas han sido causa para que Granada perdiera en su conjunto el sello característico que antes la distinguía, queda todavía en sus pintorescas calles, en sus edificios y en todo cuanto constituye la ciudad, algo que recuerda su origen, que sintetiza la vida de un pueblo que tan hondamente influyó en sus conquistadores, transmitiéndoles algunas de sus costumbres.

El Sr. García Ramos ha escogido uno de los rincones más típicos de la antigua ciudad para su hermosa composición, avalorando la obra con el grupo de bellas granadinas, que junto á la fuente y mientras llenan los cántaros, departen amigablemente, resultando un cuadro bellísimo, digno del nombre de tan distinguido artista.

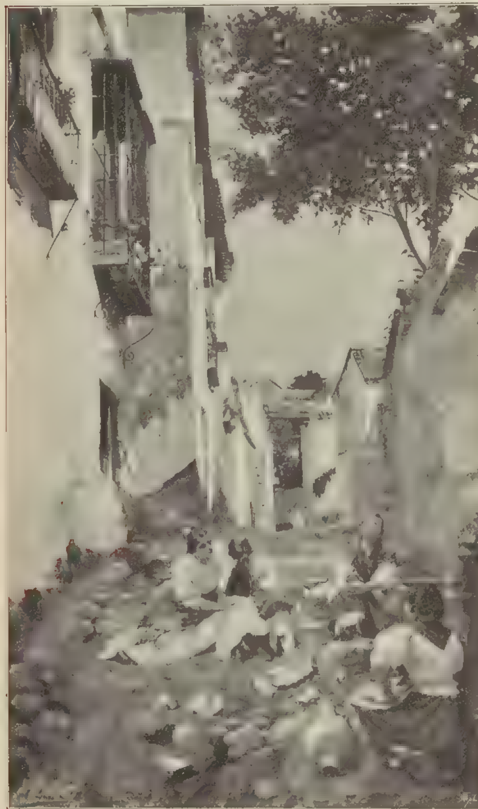
* * *

Expectación, cuadro de Andrés Parladé (Exposición de Bellas Artes de Sevilla). – En el estudio que reproducimos en estas páginas demuestra una vez más el Sr. Parladé sus envidiables cualidades artísticas, á las que debe triunfos tan señalados como el que le reportó en Berlín su gran lienzo *El Parlamento de Caspe*. Fiel á las tradiciones de la escuela sevillana, es uno de sus más entusiastas campeones, sin que se haya dejado arrastrar por extrañas corrientes, que sólo pueden influir en el ánimo de aquellos que no han podido hallar otros medios de singularizarse.

La circunstancia de haber consignado en distintas ocasiones algunas noticias respecto de la significación artística del señor Parladé, es causa para que nos limitemos á expresarle una vez más el testimonio de nuestra consideración.



Expectación, cuadro de Andrés Parladé (Exposición de Bellas Artes de Sevilla)



Una fuente en Granada, cuadro de Juan García Ramos (Exposición de Bellas Artes de Sevilla)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Viena. - Se ha inaugurado la exposición anual, en la que figuran 1.700 obras: en la sección de pintura son notables los retratos y los paisajes; la de escultura resulta deficiente.

Florencia. – La creación, hace mucho tiempo proyectada, de un Instituto histórico-artístico en Florencia como centro del mundo artístico italiano, será pronto un hecho: ya ha sido nombrado director del mismo el profesor G. Brockhaus, de Leipzig, y el instituto se inaugurará provisionalmente en el próximo otoño. Para su entretenimiento y para promover su instalación definitiva se ha formado una asociación cuyos individuos pagarán anualmente como cuota mínima 25 pesetas.

Berlín. – El pintor Otón Lingner ha inventado un procedimiento por virtud del cual los colores, así líquidos como pastosos, toman un brillo extraordinario y resultan en extremo persistentes y duraderos.

Teatros.—En el teatro de la Moneda, de Bruselas, se ha estrenado con gran éxito *Fervaal*, drama lírico en tres actos, letra y música de Vincent d'Indy. El libreto está escrito en prosa y constituye un poema interesante y bien desarrollado, aunque de un simbolismo un tanto obscuro: la partitura, á pesar de algunas reminiscencias de Wagner, Berlioz y sobre todo de César Frank, el pontífice de la escuela modernista á que pertenece d'Indy, revela el genio y el talento de un maestro. Las escenas pintorescas están maravillosamente tratadas, las dramáticas abundan en apasionados acentos y el desarrollo de los temas, magistralmente hecho, hállase revestido de una instrumentación brillante.

– En Londres se cantará en concierto la ópera de Wagner *Parsifal*, bajo la dirección del eminente maestro Mottl. Para estas audiciones el fabricante de pianos Schweissgut ha inventado un instrumento de cuerdas que reproduce admirablemente el sonido de las campanas.

– En el Lyceum, de Londres, se ha estrenado con aplauso la obra de Sardou y Moreau *Madame Sans Gene*.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Gymnase *La Carrière*, comedia en cuatro actos de Abel Hermant; en el teatro de la República *Le banquier des Halles*, interesante melodrama en cinco actos y ocho cuadros de Juan Le Rode y Jorge Rolle; en la Renaissance *Snob*, bonita comedia en cuatro actos, primera obra dramática del reputado novelista francés Gustavo Gniches; en el Odeón *Dix ans après*, graciosa pieza en un acto de P. Weber y L. Muhlfeld, y *Trois coeurs*, esbozo dramático en un acto de Gabriel Mourey; y en el teatro Lírico de la galería Vivienne *J'ai pris la Bastille*, ópera bufa en un acto de Augé de Lassus, con bonita música de Auzende.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en el Español, y con motivo del beneficio del señor Díaz de Mendoza, *Honor sin conciencia*, hermoso monólogo de D. Eugenio Sellés; *Boca de fraile*, gracioso juguete cómico en un acto de D. José Feliu y Codina, y *La niña del estanquero*, bonito sainete de D. Tomás Luceño: y en Lara *El regalo*, pieza en un acto de D. Angel M. Castell. En el teatro de la Comedia actúa una compañía dirigida por los Sres. García Ortega y Mendiguchía.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *En la esquina del cuartel*, graciosa pieza en un acto de D. Pablo Parellada (Melitón González), y *Per punt*, juguete en un acto del Sr. Campderrós; en el Eldorado *La tienta*, zarzuela en un acto de Jackson Veyán, música del maestro Nieto, y *La banda de trompetas*, zarzuela en un acto de Carlos Arniches, música del maestro Torregrosa; y en Novedades *Nuestra Señora de París*, interesante melodrama lírico en tres actos y diez cuadros, letra de D. Calixto Navarro con música muy notable del maestro Giró: esta obra ha sido puesta en escena con gran lujo y propiedad y para ella han pintado varias hermosas decoraciones los reputados escenógrafos Sres. Soler y Rovirosa, Moragas y Vilumara. En el Liceo ha comenzado con muy buenos auspicios la temporada de primavera, cantándose *Lohengrin*, en cuyo desempeño han obtenido grandes aplausos las señoras Bordalba y Mas y los Sres. Lussigniani y Navarrini y el maestro Ferrari. En breve debutarán las tiples Darclée y Parsi, el tenor Duc y el barítono Blanchart.

Necrología.—Han fallecido:

Alberto Bergmeier, notable escultor alemán, ex profesor del Museo de Industrias artísticas de Berlín.

Ras Alula, el famoso general abisinio que tanto se distinguió en la última guerra contra los italianos.

Enrique Pille, pintor y dibujante francés, muy celebrado por sus cuadros de costumbres de la Edad media y del Renacimiento y por sus ilustraciones de las obras de Cervantes, Walter Scott y Víctor Hugo.

Alfredo Pleasanton, general norteamericano, uno de los que más se distinguieron durante la guerra de secesión al frente de la caballería de los Estados del Norte.

Carlos Kopp, reputado escultor alemán, profesor de la Escuela Superior técnica de Stuttgart.

Daniel Sanders, ilustre lexicógrafo alemán.

Guillermina María Sofía Luisa, gran duquesa de Sajonia Weimar.

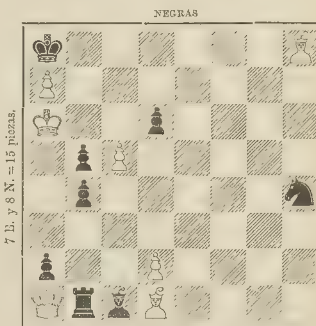
Pedro Eckardt, pintor retratista y de género, decano de los miembros de la Unión de Artistas de Dusseldorf.

Conrado Krez, poeta norteamericano de origen alemán, que durante la guerra de secesión luchó valerosamente, alcanzando el grado de general.

Federico Francisco III, gran duque de Mecklenburgo Schwerin.

AJEDREZ

Problema número 66, por Valentín Marín



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 65, por P. Riera

Blancas.	Negras.
1. D 8 R	1. Cualquiera.
2. A, P ó D mate	



Sacó del ramo que había puesto sobre la losa una flor y se la dió al teniente de navío

LA ONDINA DE BRETAÑA

Novela por Pedro Maél – Ilustraciones de Vicente Cutanda

(conclusión)

El animal no necesitaba los restallidos del látigo ni los juramentos del cochero para avanzar al trote largo, llevando tras de sí al coche, que no parecía tener para él peso alguno.

Fué hacia el coche hacia donde *Spring* había corrido.

Desde donde estaba Pablo podía ver al perro de Terranova saltando en torno del vehículo desordenadamente, como si quisiera tomarlo por asalto, á riesgo de que lo arrollasen las ruedas ó las patas del caballo.

–¡Por vida de!.. ¿Por quién hace eso?, díjose aún el teniente de navío.

Instantáneamente, con la rapidez del rayo, tuvo la intuición de la escena y se explicó la significación del frenético regocijo de *Spring*.

Intuición es la palabra, pues al minuto, el coche pasó veloz sin darle tiempo más que para adivinar, antes bien que para ver, á miss Hotspur y á Lena en las dos mujeres que iban sentadas entre las maletas y los paquetes que el furioso trote del caballo movía.

Ciertamente, Pablo de Guenezán no esperaba el regreso de Lena. La hipótesis que había anunciado cinco días antes en presencia de Pedro, hablando *por hablar*, realizábase por completo.

Lena volvía al castillo sin prevenirlos, sin dar el menor aviso del cambio de sus resoluciones, ó por mejor decir, de su capricho, pues con aquella muchacha antojadiza tratábase de caprichos, no de voluntades. Caían por su propio peso las absurdas suposiciones que había elaborado la imaginación enfermiza del oficial...

Mas ¿caían realmente?

¿No era muy posible y hasta muy verosímil que la joven volviese para marcharse de nuevo, una vez dado respetuosamente cerca de su tutor el paso que exigían las circunstancias y una vez pedido el permiso para obedecer al llamamiento de su fe?

Esta sospecha fué para el teniente de navío un nuevo motivo de dudas y de angustia. Tembló ante esa idea.

Mas la experiencia de la noche le sirvió por lo menos de lección.

Quiso, antes de abandonarse á la pena, iluminar su espíritu. La desgracia viene siempre tan de prisa que no debemos hacerla adelantarse.

Continuó, pues, andando ligero y privado de la compañía de *Spring* por los caminos de travesía que iban á Ely. Quedábale aún la esperanza de llegar al castillo al mismo tiempo que el coche alquilado que conducía á las dos viajeras con su equipaje.

–El carricoche sigue la carretera, decíase Pablo, pero yo corto á través del bosque. Tengo probabilidades de llegar primero.

Sin embargo, llegó después. Así debía ser.

Tuvo una contrariedad cuando vió el vehículo desenganchado en el patio del castillo. Ya habían llevado el caballo á la cuadra para darle la avena de la hospitalidad, mientras el cochero almorzaba.

El equipaje y todos los paquetes y sacos estaban á la puerta.

Haría ya unos veinte minutos que las viajeras se habían apeado.

Por el silencio que reinaba á la entrada del castillo, Pablo comprendió que en aquel momento debía su hermano estar en grave conversación con Lena. El tutor interrogaba á su pupila, ó la reñía quizás.

Hizo una pregunta á un criado y la contestación de éste confirmó su idea.

Iba Pablo por tanto á batirse en retirada cuando el comandante salió bruscamente de la habitación donde estaba con Magdalena y miss Hotspur, y viendo á su hermano le gritó:

-¡Ah! ¿Tú aquí?.. Afortunadamente... mientras tú corrías por esos campos nuestras viajeras volvían al redil.

–Ya lo sabía, contestó deliberadamente el joven, el cual, para salvar la situación, entró detrás de su hermano en la sala donde Gwen y Lena acababan de quitarse sus abrigos, sus velos y sus sombreros.

La escena del saludo entre los dos jóvenes fué mucho más sencilla de lo que á ellos les habían hecho presagiar sus propias emociones. Miss Hotspur simplificó las cosas bromeándose agradablemente con Pablo sobre su salida nocturna para Auray.

–¿Conque había usted decidido tomar por asalto el convento, usted solo?

-No, respondió en el mismo tono el oficial, no tenía miras tan ambiciosas. Me hubiera limitado á penetrar junto á la nueva educanda y á echar sobre ella la execración de los siglos y la mía en particular. Una vez hecho eso, me hubiera vuelto á Ely por las vías rápidas, á menos que...

–A menos que... ¿qué?, le interrumpió Lena sin miedo.

–A menos que mi bella prima, terminó el teniente de navío, no hubiese convertido la comedia en tragedia y yo me hubiese arrojado desde la altura del Loc'h al río de Auray.

Esta salida hizo reir á todos, incluso á Magdalena, que creyó, sin embargo, notar algo de amargura á través de aquel tono de broma.

En fin, se había roto el hielo. Todas las precauciones que al principio tomaba Pablo pensando en la primera entrevista fueron enteramente inútiles.

En el fondo se alegraba.

Llegó la hora de la mesa, se comió con buen apetito y se habló con no menos animación que de costumbre. Lena no hizo ni la menor alusión á su supuesta vocación religiosa.

Pablo, por su parte, no pronunció ninguna de las palabras que de sus labios se aguardaban ó quizás se esperaban.

Reanudóse la vida ordinaria hecha en el pasado, matando el tiempo, pero sin conseguir matar las inquietudes. Estas volvían á apoderarse del corazón de Lena y del de Pablo.

. . . .

Al tercer día, después del regreso de la ondina, Pablo se resolvió, por fin, á abordar la situación con franqueza interrogando en persona á la joven.

El paso iba á ser decisivo.

Según que Magdalena alentase su amor ó lo rechazara, adoptaría él una resolución suprema. Si el éxito era feliz, Pablo no retardaría la realización de un encantador ensueño, cuyos hechizos debió vislumbrar antes. Si era desgraciado, entonces soportaría su desdicha con virilidad, sin quejarse, sin protestar, y pediría su próximo embarque.

Tal fué el resultado de la deliberación que lo tuvo despierto una buena parte de la noche, pero que aún no había decidido poner en obra cuando, á las cinco de la mañana, salió de su alcoba al parque del castillo.

Los ladridos sonoros de *Spring* le revelaron que el perro había madrugado más que él.

Aquellos ladridos, que salían tan pronto de un lado, tan pronto de otro, oíanse sobre todo hacia el pequeño istmo que une á la península de Arzón con la de Saint-Gildas é iban alejándose, lo cual probaba que el perro lanzábase á correr por el campo.

Y como Pablo conocía muy bien las costumbres del perro, sabía que éste no salía nunca solo y que era necesario que alguno le indicase el camino. No había compañero de camino más alegre que *Spring*.

Nadie en el castillo entre la servidumbre gozaba sobre el perro de prestigio suficiente para llevárselo consigo de aquella manera.

¿Quién podía salir al campo á tales horas?

La curiosidad llevóle á Pablo de Guenezán en dirección hacia los ladridos.

Lo que vió, sin asombrarle, removióle profundamente el corazón.

La persona que madrugaba tanto era Lena.

– ¿Adónde va?, preguntóse el oficial.

La respuesta era fácil. Lena iba á Saint-Gildas, á la iglesia, á oir la misa de las seis.

Con prudencia, escondiéndose, Pablo le siguió los pasos á alguna distancia. Cuando la vió tomar el camino de la aldea que termina en la capilla restaurada del antiguo monasterio, supo ya lo que quería saber. Tuvo idea de volverse atrás.

La hermosura del cielo y los encantos de la aurora retuviéronlo bajo los árboles.

Luego, al cabo de algún tiempo, vió á Magdalena salir de la iglesia y volver hacia el castillo, precedida de *Spring*, expansivo y ruidoso como siempre.

Iba Pablo á retroceder para no ser sorprendido en flagrante delito de indiscreta observación, cuando Lena dejó el camino, tomando el sendero que va á la tumba de Alain.

Esta vez el oficial no necesitó preguntarse *¿adónde va?* El sendero que tomaba Lena conducía á un solo sitio, acababa en el islote.

Se puso tranquilamente á seguirla de lejos.

Lena marchaba despacio.

Iba como una abeja de flor en flor, penetrando en los campos vecinos y en los vallados limítrofes.

Pablo la vió inclinarse al suelo y formar un ramillete que, no por ser de flores silvestres, era de menos pintoresca belleza.

Lena andaba con gracia airosa y Pablo de Guenezán vió que llevaba puesto el mismo vestido negro que hacía tres años se puso Alina para la excursión á la bahía que las dos jóvenes hicieron juntas.

Lo que le impresionó ante todo aquel día fué la manera seductora con que la hermosa parisiense llevaba aquel vestido negro.

Seguramente la modista de Sarzeau que lo hizo, lo había confeccionado previendo el ulterior desarrollo de la cintura y de la corpulencia de Lena.

El desarrollo previsto era ya un hecho consumado; la falda tenía la apetecida largura y el cuerpo hacía resaltar admirablemente la perfección del busto.

Y Pablo, maravillado, yendo de sorpresa en sorpresa, descubría en la joven atractivos en que nunca se fijó.

Al acabar de hacer su ramillete, la ondina continuó su marcha hacia el islote.

Pablo la seguía.

Cuando la vió franquear el puentecito esperó á que volviera la esquina de la casa, tras de la cual alzábase la tumba, y entonces también él pasó al islote, yendo á ocultarse tras del muro.

Desde allí, si no podía verla, por lo menos podía oirla.

Sólo corría un riesgo, que se diera cuenta *Spring* de su presencia.

Pero el perro tenía, sin duda, otra cosa que hacer, y según las apariencias, ajustaba su actitud á la de su joven ama.

Como ella, corrió derecho á la losa sepulcral.

Pablo aguzó el oído.

Reinaba una calma magnífica; hasta la misma brisa se callaba.

Oíanse no más los golpecitos secos del oleaje en la cortadura de la roca.

La tierra abría con avidez sus poros bajo los besos de la onda fría. Una languidez universal aletargaba las fuerzas de la naturaleza.

Nada impedía, pues, que llegasen al oído del joven los ruidos más insignificantes, los más ligeros suspiros.

Era para él aquella ocasión una ocasión sin precedente. Que Lena hiciese un movimiento ó que el perro diese una vuelta alrededor de la casa, su presencia en el islote sería notada en seguida.

Y ¿cómo iba á justificar el encontrarse allí de aquel modo?

¿No haría el papel de un hombre que había ido á aquel sitio á espiar, á sorprender un secreto cuya existencia sospechaba en la vida de su hermosa prima?

Muchas veces no se reflexiona en las consecuencias que uno de esos actos puede tener. Pablo no había meditado sobre el que él realizaba.

Encontrábase allí cogido, siéndole ya imposible salir y siéndole igualmente imposible evitar que lo viese Magdalena. Invadíale cierta confusión que casi rayaba en la vergüenza.

De pronto la voz de la huérfana llegó distintamente á su oído. Si lo que la joven murmuraba era una oración, la oración parecíase mucho á un diálogo, en el cual la joven hacíase á sí misma las preguntas y dábase las respuestas.

Lena hablaba con Alain Le Gadek, con el muerto.

Sí, era verdad: por extraña, por insensata que la cosa pareciese, era á aquel difunto á quien Magdalena dirigía la palabra.

Hubo un instante en que Pablo de Guenezán creyó que estaba soñando.

Mas no era un sueño. Apenas reflexionó por segunda vez, el oficial salió de su extrañeza. Magdalena tenía en su carácter el germen de tales extravagancias.

Hablaba con toda seriedad al difunto:

– Padre Alain, ¿me reconoce usted? Soy Lena, la ondina, y vengo á recordarle su palabra. Ya ve usted ahora que «no ha vuelto,» y sin embargo, usted me dijo: «¡Volverá!»

Detrás de la casa, Pablo de Guenezán vaciló sobre sus pies y tuvo que sujetarse á la pared para no caerse al suelo.

Acababa de ser herido en medio del corazón.

¡Volverá! ¿Quién era aquel del cual había hablado Lena en sus confidencias al viejo Alain, aquel *que debía volver y que no había vuelto?*

X

EL BAUTISMO DE LA ONDINA

Magdalena terminó su visita á la tumba.

Puso sobre la losa el ramo de flores campestres.

Pablo fué de puntillas hasta la esquina de la casa y vió á Magdalena arrodillarse, y con un ademán de puerilidad conmovedor, enviar un beso á la tumba con su mano.

«¡Padre Alain, adiós! Ya no le veré á usted más en este mundo. Usted fué mi amigo y mi confidente. Ahora que está ya junto á Dios me verá más cerca todavía, allí á la sombra del claustro. ¡Adiós, padre Alain! Ya no podré traerle flores, pero le dedicaré mis oraciones.»

El teniente de navío se estremeció. ¡Ah! Había ido para saber, para sorprender el secreto de la ondina, y ya poseía aquel secreto que le destrozaba el alma. Sabía que Lena había vuelto á Ely para despedirse de sus habitantes, de su tutor y de él mismo. Respecto á Gwen, estaba seguro de que nada la podría separar de su *hijita*, siendo el retiro de Magdalena la señal del de la institutriz.

En aquel instante Pablo creyó que el alma se le desgarraba.

Mas aquel desgarramiento le hizo ver con claridad un mundo que no había podido hasta entonces comprender ni adivinar.

– ¡Pobre muchacha!, murmuró mentalmente. Querida é inocente criatura á quien la desdicha nunca ha herido, pero que al primer aletazo del dolor cae deshecha al suelo como esas flores que sus manos de virgen acaban de coger. ¿Soy yo digno de retenerla sobre la tierra, de proyectar mi sombra sobre su blancura inmaculada?

Lena se había levantado. Había ido á sentarse en una punta de la roca, sobre el arco de la cortadura donde en otro tiempo el viejo Alain amarraba su bote.

Reanudó allí su monólogo, flotando, digámoslo así, entre el infinito del Océano y aquel otro infinito hacia donde volaba su alma de ángel.

Luego le habló al perro:

«A ti también te voy á dejar, mi buen *Spring*. He pasado lejos de ti tres semanas, y sin embargo, me has reconocido á mi vuelta. Me has dado la mejor parte de tu pobre alma de perro; me has probado tu cariño salvándome de la muerte. ¡Tenemos que despedirnos, mi pobre *Spring!* Mas te quedarán aquí otros seres á quienes querer: mi tutor, mi buena Gwen y *él*, él también, *Spring*. Él no lo sabrá nunca y tú no podrás revelárselo. Pero le amarás por ti y por mí, ¿no es verdad?»

La voz se extinguió en un sollozo, y Pablo vió á la joven rodear con sus brazos la cabeza del animal, que, lanzando ligeros gritos, como si participase del estado en que se hallaba el corazón de la joven, devolvía á ésta sus caricias.

Nada hubiera podido dar una idea de la inmensa felicidad que llenó en aquel momento el corazón de Pablo de Guenezán, felicidad tan honda y tan brusca que hizo vacilar su razón, y que el joven, loco de amor, se lanzó fuera de su escondite y con los brazos abiertos, corrió hacia su prima, gritando:

– ¡Lena! ¡Lena! ¡Mi Lena!

Ésta se levantó, pálida como una muerta, y sintióse acometida de un vértigo.

Llevóse las manos casi al mismo tiempo á su corazón y á su frente. Parecióle que la tierra daba vueltas á su alrededor, y cediendo á una atracción fatal tocó el borde de la cortadura. Sus labios temblaron, y al grito del joven respondió un sonido débil como un suspiro armonioso ó como el aleteo de una paloma que vuela en el espacio.

– ¡Pablo!, había murmurado Lena.

En aquel momento de ansiedad y de embriaguez tuvo él una intuición rápida. Vió el abismo abierto á los pies de la joven.

Una caída en aquel agujero, caída necesariamente perpendicular, era la muerte.

Pablo tuvo conciencia de aquel espantoso peligro.

Había en el borde de la cortadura una especie de ángulo saliente, algo así como una cornisa de cinco metros de largo por uno de ancho. Para poder mantenerse en ella de pie era preciso bajar con cuidado, como lo hacía el padre Alain, que se servía de ella como de un estribo para descolgarse hasta el bote.

Pero querer agarrarse allí, detenerse bajo el impulso adquirido, era una tentativa loca, un propósito irrealizable.

Y sin embargo, Pablo no veía otra esperanza.

Era preciso llegar á la cornisa, antes que Lena, aturdida, inconsciente, cayera al abismo.

Estas cosas se llevan á cabo con la rapidez del pensamiento.

Pablo retrocedió tres pasos y tomó carrera.

Acababa de calcular, en un relámpago de razón, que debía caer echado, y no de pie, sobre la cornisa. Corría el riesgo de romperse en el choque una pierna ó un brazo; pero por lo menos, su cuerpo extendido interpondríase entre la cortadura y la joven, sirviendo de obstáculo á su caída y de barrera de salvación.

. . . .

Diez segundos después, Pablo de Guenezán se hallaba sin sentido y ensangrentado sobre aquel escarpe, al borde del abismo. Había caído echado, como lo calculó, mas si sus brazos y sus piernas estaban ilesos, en cambio su cabeza pegó contra una piedra; el cráneo quedó violentamente herido, y de un agujero abierto entre sus cabellos salía un chorro de sangre que teñía su sien y la parte derecha de su cara.

Antes de perder el conocimiento, por un movimiento instintivo, había levantado el brazo izquierdo y empujado á Lena hacia el escarpe superior sobre el cual cayó sentada, recobrando de pronto su presencia de espíritu.

Enérgica y fuerte, Magdalena llamó al perro.

– ¡A mí, *Spring!*, gritó.

Y con la ayuda del robusto animal retiró el cuerpo del oficial de la cornisa, llevándolo á la parte más elevada de la roca.

Después, arrodillándose, levantó la hermosa cabeza del herido, limpiando la sangre con su pañuelo de batista.

La sangre, durante el esfuerzo que había hecho la joven para levantar el cuerpo de Pablo, manchó su vestido negro, y un pequeño chorro le saltó á la cara, manchando también sus cabellos rubios.

Por fortuna el síncope de Pablo no fué largo. La sangre que salió de la herida despejó el cerebro y evitó una congestión casi infalible á consecuencia de tan rudo golpe.

El oficial abrió sus ojos, se incorporó y miró en torno suyo.

En aquella inteligencia abrióse paso el recuerdo.

Reconstituyó en su mente la inolvidable escena, y viendo el adorable rostro que hacia él se inclinaba, dijo:

– Lena, ¿es usted?

– Sí, respondió ella con encantadora sonrisa. ¿Por qué no me tutea usted ya, primo?

Pablo pareció debilitarse de nuevo y casi cerró sus párpados. Pero su voz suave y penetrante siguió saliendo de lo más profundo de su ser.

– Porque ya no es usted para mí la Lena de otro tiempo; porque ya no es usted la niña á quien mecí en su sueño, la que llevé al hombro en las horas de fatiga; aquella á quien tenía que cuidar en nuestra costa y en nuestras arboledas, aquella á quien oí cantar al pie del *men-hir* de Ely. Ya no es usted Lena, es usted Magdalena de Kéroulaz; es usted mi prima y nos va usted á dejar para siempre. Ha venido usted á despedirse de nosotros. Ya ve usted que tengo que hablarle como á una extraña.

La huérfana juntó sus manos. Dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

– ¡Pablo!, exclamó en un tono de amable reproche.

En aquel instante los dos estaban de pie.

Estaban de pie, frente á frente, fuera de sí, temblorosos.

Él continuó con voz más vibrante, pero sin mirar á su compañera:

– Magdalena, abora mismo se ha despedido usted del muerto, y después del perro, que no podía comprenderla.

–¡Ah!, gritó ella con voz doliente. ¿Lo ha oído usted todo?

–Sí, continuó el teniente de navío, lo he oído todo. Confieso que todo lo he escuchado. Me ha legado usted el cariño de *Spring*. Le estoy muy agradecido; eso me conmueve. Pero si me hubiera usted consultado sobre mis propios sentimientos y sobre la manera con que yo podría manifestarlos, ¿cree usted que eso la hubiera perjudicado en su dignidad?

Lena, que había bajado la frente, lloraba.

–Pablo, dijo, es usted cruel conmigo. Puesto que lo ha oído usted todo, nada tengo que ocultarle y mi carácter no es de los que niegan. Además, debe usted conocerme, añadió, levantando hacia él sus grandes ojos, donde brillaban las lágrimas. Debe usted saber que yo nunca miento.

–¿He dicho yo eso, Magdalena?, preguntó con ternura.

–No lo ha dicho usted, es cierto. Pero ¿no viene usted á echarme en cara que le he ocultado mis pensamientos y mis propósitos?

–Eso no era un reproche, prima, pues es usted libre y dueña de sus actos.

No eran estas las palabras que esperaba la joven. Así es que exclamó impetuosamente:

–¡Bueno! Mas usted mismo que me lanza esas palabras y que me afirma que no son un reproche, ¿ha hecho usted algo para evitar mi decisión, para ofrecer á mis ojos la perspectiva de un porvenir que acaso?..

–¿Acaso?.., preguntó el joven palpitante.

La huérfana volvió la cara para ocultar el rubor que la invadía.

–Que acaso espontáneamente yo hubiera preferido á otro.

Pablo dió un paso adelante. Un grito de alegría salió de su pecho.

Cogió una de las manos de la joven y ésta no la retiró.

–¡Ah! ¡Qué juego cruel es el que jugamos en este momento, Lena! Hace un instante, en tu turbación, ha pasado la muerte tan cerca de ti que ya te envolvía en su sombra. Luego yo he desafiado á esa misma muerte, sin segunda intención, sin reflexionar, con el único deseo de ser su víctima en vez de que tú lo fueras. Y en el momento en que Dios nos une, después de habernos preservado á los dos de morir, cuando nuestra primera palabra debiera ser una oración ó un himno de alegría, alejamos á la dicha, que quiere acercársenos, y nos exponemos á fundar en un equívoco nuestra común desdicha en este mundo. Pues bien: yo reconozco mi culpa y doblo la rodilla delante de ti y te pido perdón por haber estado tanto tiempo ignorando lo que vales. Y si realmente queda todavía en el fondo de tu corazón algo de ese cariño que ahora te hacía llorar, responde, Lena, ¿quieres desheredar de él para siempre al hombre á quien se lo habías concedido, al que sólo ha aprendido á conocerte llorando por ti sin esperanza?

Esta vez Magdalena quedaba convencida. Aquel grito de amor y de desesperación había removido su alma.

Dejó caer su cabeza sobre el hombro del teniente de navío.

–Pablo, dijo, nada ha cambiado en mí. He estado loca un instante. Me ha salvado usted del abismo. Le pertenezco á usted desde ahora.

Él, temblando, la apretó contra su pecho.

–¡Lena, mi Lena, mi ondina!, murmuró con fervor.

La joven se desprendió un instante de sus brazos.

–No, dijo, ya no soy ondina. He recibido el bautismo. He ganado mi alma.

Y sonrió con una sonrisa tal, que sintió él cierta inquietud.

Pero ella continuó, moviendo graciosamente la cabeza:

–Me cree usted loca, Pablo, porque le he hablado de una cosa que quizás usted no sabe... No importa, cuando volvamos al castillo le daré á usted el libro donde está la leyenda que me contó mi pobre padre Alain.

Y diciendo esto, le enseñó las gotas de sangre esparcidas por su rubia cabellera.

–Estas son las huellas del bautismo de nuestro cariño. Ya se cumplieron todos los presagios. ¿Se acuerda usted de la copa rota, de nuestros desposorios?

Pablo sonrió á su vez, llevando á sus labios la mano que estrechaba con la suya.

Al pasar delante de la tumba, Lena se arrodilló de nuevo y murmuró suavemente:

–¡Gracias!

Después sacó del ramo que había puesto sobre la losa una flor y se la dió al teniente de navío.

–Me había dicho «él volverá» y hace un instante le acusaba de haberme engañado. Era mía la culpa. Los muertos nunca mienten.

Pablo colocó la flor sobre su pecho.

Dió el brazo á su prima y ambos volvieron á tomar el camino del castillo.

Jamás *Spring* se había entregado á tan exuberantes transportes de alegría.

. . . .

Dos meses después, cuando Lena, vestida de blanco, salía de la iglesia del brazo de su marido, Pedro de Guenezán se acercó á ella.

–Si no eres ya mi pupila, le dijo, no has dejado de ser mi prima y además eres desde hoy mi hermana. Preciso es ya confesar que algo he contribuído á que cayerais uno en brazos de otro. Pregúntaselo á mi cómplice.

Y designó á Gwendolina Hotspur.

–¿Y yo?, preguntó la institutriz. ¿Debo volverme á Inglaterra?

Pablo respondió riéndose:

–Miss Gwen, no sería bonito eso de que usted nos dejase. ¿Con quién disputarían entonces los hijos de Bretaña?

Traducción de E. García Ladevese

LA SUPERSTICIÓN Y LA CRIMINALIDAD

ENTRE LOS RUSOS

En el vasto imperio ruso hay una porción de comarcas en las cuales se conservan y se perpetúan las supersticiones que las edades pasadas les legaron. Acerca de este asunto M. Levistine publica en la *Revista del Ministerio de la Justicia*, de Rusia, algunos datos curiosos que creemos interesante reproducir.

Se presenta, por ejemplo, una epidemia, como sucedió en 1831, en 1855 y en 1872: el hombre es impotente para resistir el devastador azote, y la credulidad del pueblo aterrorizado busca algunos remedios y como en otro tiempo recurre á los sacrificios para aplacar la cólera divina, inmolando animales y aun hombres. Generalmente las personas sacrificadas son enfermos y ancianos á quienes la muerte acecha; pero en 1861 se cita el hecho ocurrido en la provincia de Turukán, en donde un campesino enterró á una muchacha, parienta suya, para protegerse contra el cólera que amenazaba invadir la aldea.

Estos sacrificios humanos, aunque se reproducen de cuando en cuando, son excepciones; en cambio hay otras supersticiones, muy extendidas, que á menudo dan lugar á asesinatos. Cuando se teme que una epidemia invada un pueblo y cause estragos entre hombres ó animales, los habitantes de aquél se entregan á ceremonias destinadas á conjurar el mal, á arrojar de la comarca al espíritu maligno, ó á impedirle que á ella se acerque. A media noche se levanta una mujer para tocar á alarma, golpeando en una especie de tambor: cuando suenan esos golpes convenidos, levántanse las demás mujeres de la aldea y provistas de diversos utensilios ú objetos domésticos, cacerolas, garrotes, hoces, etc., salen de sus casas; la que dió el aviso se quita la camisa y se pone á conjurar la muerte, mientras las demás van á buscar una carreta, á la que se engancha una muchacha virgen ó una mujer que no haya tenido hijos, y se organiza una procesión que conduce la carreta haciéndole dar tres vueltas alrededor del pueblo. A la cabeza del cortejo se lleva la imagen de San Veas, ó, según las circunstancias, la de San Frole; sigue luego una vieja vestida solamente con una camisa y llevando los cabellos al aire y enmarañados, y detrás de ella la muchedumbre que arrastra la carreta y lanza gritos y aullidos para espantar al espíritu maligno. Los surcos que el vehículo traza en el suelo han de servir de obstáculo y de barrera infranqueable á la enfermedad, que á menudo procura burlar la atención de las mujeres, adoptando la forma de un hombre; pero las mujeres están alerta, y la crónica judicial registra más de un caso en que un pobre diablo á quien aquéllas encontraron mientras celebraban su ceremonia, ha sido apaleado ó dejado por muerto.

Es muy natural que en un medio ambiente de tal índole los brujos y las brujas ocupen un lugar importante. Poca cosa basta para que cualquiera sea considerado como brujo, mas por lo general ha de ser reconocido por una marca exterior, como por ejemplo tener los ojos rojos; otras veces, algún guasón se atribuye la cualidad de brujo para divertirse y vivir á costa de sus vecinos; pero este capricho le expone también á serios peligros, porque á menudo el populacho asesina á los hechiceros, haciendo con ellos verdaderos autos de fe.

Cítase, entre otros, un hecho ocurrido en 1871 que nos transporta á la Edad media. En la aldea de Vratchevka (distrito de Tikhvinsk) vivía una anciana enferma que sólo se ganaba el sustento ejerciendo la brujería. Sucedió que en aquel pueblo enfermaron repentinamente varias mujeres, las cuales sospecharon que su mal era debido á la vieja Ignatievna: esta sospecha, en un principio vaga, no tardó en generalizarse y tomar cuerpo, hasta que al fin los aldeanos determinaron acabar cuanto antes con la bruja, y sin más forma de proceso la encerraron en su choza y pegaron fuego á ésta, que consumida por las llamas, se derrumbó, sepultando entre sus ruinas á la hechicera. En 1893, en la provincia de Tversk, un hijo mató á su madre por sospechas de que era bruja. En 28 de diciembre de 1895 hallábase reunida en las inmediaciones de la iglesia de San Pantancleimón una compacta muchedumbre compuesta de enfermos: una aldeana, Natalia Novicova, apiadada de un pobre muchacho que entre aquella multitud se encontraba, trabó conversación con él y le dió una manzana; pero apenas hubo el chico mordido en el sabroso fruto, sintióse acometido de un ataque de nervios. El hecho no escapó á la atención de los circunstantes, los cuales, convencidos de que se trataba de una bruja, pronto ajustaron sus cuentas á la buena mujer, propinándole tal paliza que la dejaron medio muerta.

La influencia nefasta y los manejos criminales de los hechiceros no cesan con su muerte, pues aun después de muertos persiguen con su venganza á sus conciudadanos. En 1893, en la provincia de Pinzensk, una epidemia había causado numerosas víctimas: los habitantes de la aldea de Tachtumacoff celebraron una reunión para encontrar los medios eficaces de acabar con la enfermedad, cuya causa eran evidentemente los manejos de una bruja fallecida y enterrada hacía mucho tiempo. En efecto, cada noche aparecía sobre su tumba un globo de fuego, que despidiendo chispas, se corría por todo el pueblo, llevando la enfermedad á todas las casas. Pronto dieron con el remedio: desenterraron el cadáver de la bruja, y después de haberle hundido en la espalda una estaca de pobo, la volvieron á su tumba, encargándole que en lo sucesivo no se moviera.

Algunos difuntos se burlan de sus paisanos apartando de las comarcas la lluvia celeste, pues tienen el poder de destruir las nubes. Por esto en las épocas de gran sequía se ve á los habitantes de ciertas aldeas ir á desenterrar los cadáveres de quienes se sospecha que se divierten de este modo (generalmente personas fallecidas repentinamente), y arrojarlos á un torrente, á un lago ó á un río.

Otra superstición causa también numerosas víctimas. Algunas religiones, algunos cultos disidentes necesitan, según cree el vulgo, sangre de hombre ó de niño para la celebración de sus ritos secretos: así es que cuando se acerca la fecha en que se supone que se ha de celebrar la sanguinaria ceremonia, si desaparece algún individuo de la aldea, la imaginación popular supone que ha sido sacrificado en calidad de víctima, resultando de ello con frecuencia motines y matanzas como las de Balte de 1881 y de Nijni-Novgorod de 1884, en que fueron asesinadas nueve y diez personas respectivamente. – X.

ORFEBRERIA DE LA ANTIGUA ROMA

Los antiguos escritores hablan á menudo del lujo de los romanos en punto á objetos de orfebrería. La gente rica tenía cinceladores y esclavos especiales para la fabricación de tales objetos, cuyo uso había llegado hasta el punto de que en muchas casas eran de plata los utensilios de cocina.

Lo que aquellos escritores refieren ha sido plenamente confirmado por los hallazgos de varios tesoros, entre ellos los encontrados en 1868 en Hildesheim y en 1895 en Boscoreale, muy superiores á los descubiertos algunos años antes en Bernay y en Pompeya, que se conservan en el Gabinete de Medallas de París y en el Museo Nacional de Nápoles respectivamente.

El más recientemente hallado, es decir, el de Boscoreale, que ha sido cedido por el barón Gustavo Rothschild al museo parisiense del Louvre, descubrióse en una *villa* situada en las inmediaciones de Pompeya, que desapareció con ésta á consecuencia de la erupción del Vesubio, acaecida en el año 79 después de J. C. La belleza de las piezas que constituyen este tesoro demuestra que su propietario era hombre de exquisito gusto: entre los 95 objetos que lo componen, figuran dos espejos de elegante forma, adornados al dorso con preciosos relieves. Como los más antiguos señálanse dos grandes vasos con figuras en relieve, cuyo estilo pertenece á la época de Augusto.

Más moderna es la crátera que reproduce la figura 8, puesto que data del tiempo de Nerón: su ornamentación la coloca al lado de los cuadros última-

mente descubiertos en la casa de los Dioscuros y de los Vettios, que se consideran como verdaderas obras maestras del último período del arte pompeyano.

Algunos objetos ofrecen en sus adornos un estilo completamente nuevo y original, como por ejemplo la crátera (fig. 1), que representa con gran propiedad una escena de cigüeñas admirablemente observada.

De muy distinto género es la crátera (fig. 9) adornada con esqueletos. Los romanos eran muy aficionados á esta clase de ornamentación, puesto que á menudo la empleaban en las vasijas de barro, si bien en ninguna de éstas se ve una composición tan completa como la que se ve en esta crátera de plata, en la cual se lee al pie de cada esqueleto el nombre de algún filósofo ó poeta ilustre, y entre uno y otro inscripciones como las siguientes: «Goza mientras vives, que el mañana es obscuro.» «Disfruta de la vida.» «El mayor bien es el placer.»

Examinando atentamente los objetos que constituyen el tesoro de Boscoreale, se ve que en su forma preside una mayor libertad de la que habían demostrado los artistas de anteriores épocas. Las asas de las cráteras no guardan con los adornos del cuerpo de éstas la relación que vemos por ejemplo en la procedente del tesoro de Hildesheim (fig. 6), y en la forma general de todas ellas se nota mayor sencillez y menos variedad. Los grabados que acompañan estas explicaciones dan idea de las formas principalmente empleadas. La forma de cáliz (fig. 1) era la predilecta y la encontramos en multitud de vasos, como por ejemplo en el de los centauros de Pompeya (fig. 3), pero no resulta tan elegante como la de la crátera de Hildesheim (fig. 10), que es una forma de transición entre el cáliz y la taza, que encontramos aún más perfeccionada en la de los centauros procedente del tesoro de Bernay (fig. 4). La misma forma, aunque más achatada y desarrollada con menos libertad, tiene la crátera reproducida en la figura 8.

Entre estos utensilios de la vajilla forman grupo aparte las tazas que en la época romana no servían precisamente para beber, sino que se usaban como objetos de adorno y se colocaban en las mesas con este solo carácter. En el tesoro de Hildesheim figuran dos de estas tazas, una de las cuales reproduce la figura 5, adornada exteriormente con grupos de hojas y de ramas pobladas de pájaros y mariposas y lisa por dentro: lo contrario vemos en las tazas verdaderamente lujosas, en las cuales la superficie exterior se halla desprovista de todo adorno, y en cambio ofrece interiormente una ornamentación rica y formada generalmente por un alto relieve que en la mayoría de los casos sale de un disco colocado en el fondo de la taza. Este detalle confirma lo que hemos dicho de que estas tazas no servían para beber, sino simplemente de adorno. Ese adorno interior constituía por sí solo un objeto de arte.

Cuatro de estas tazas figuran en el tesoro de Hildesheim, mereciendo ser especialmente mencionada entre ellas la que reproduce la figura 2, que representa el busto admirablemente modelado de Hércules niño ahogando las serpientes. Análogas á éstas, aunque no tan importantes desde el punto de vista artístico, son las tazas encontradas en Boscoreale: una de ellas (fig. 7), muy grande y adornada con ricos dorados, tiene el busto de una mujer que ocupa todo el medallón interior y que está rodeado de una cinta de laurel. Este busto, artísticamente considerado, no es de gran valor, pero tiene mucho interés por los adornos y atributos que en tan gran número lo acompañan. Estos atributos son la piel de elefante que cubre su cabeza, el cuerno de la abundancia que ostenta en su mano izquierda, las espigas, los frutos, la pantera, el águila y la serpiente de Ureo.

Todos estos atributos evocan en la memoria el recuerdo de Egipto y especialmente de Alejandría, y demuestran que el busto femenino que adorna la taza es el de la diosa de aquella ciudad, la más importante del mundo helénico, desde el punto de vista mercantil, durante los siglos inmediatamente anteriores á la era cristiana.

Junto con esta taza de ornamentación simbólica, encontróse en Boscoreale otra cuyo adorno se ajusta á la verdadera realidad: del disco del fondo de la misma surge el busto de un joven romano, de cara huesosa, de fisonomía adusta y arrugado ceño, con las orejas muy separadas del cráneo y el pelo cortado al rape: haciendo pareja con ésta había otra con el busto de una mujer, probablemente la esposa del anterior, que ha sido desgraciadamente separada del tesoro de Boscoreale, y ha pasado á ser propiedad del Museo Británico de Londres.



Fig. 1. – Crátera de plata encontrada en Boscoreale

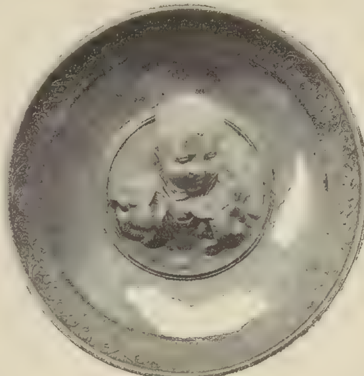


Fig. 2. – Taza de plata encontrada en Hildesheim



Fig. 3. – Crátera de plata encontrada en Pompeya

Fig. 4. – Crátera de plata encontrada en Bernay



Fig. 5. – Taza de plata encontrada en Hildesheim



Fig. 6. – Crátera de plata encontrada en Hildesheim



Fig. 7. – Taza de plata encontrada en Boscoreale

La ornamentación que predomina en la mayoría de los objetos del citado tesoro es la de plantas, frutas y flores que á tal grado de perfección llegó entre los romanos: Plinio habla de un artista llamado Possis, que vivía en tiempo de César y que modelaba en barro las frutas con tal verdad, que podían confundirse con las naturales. Las ramas están siempre simétricamente colocadas, enlazando la crátera á que sirven de adorno; unidas por uno de sus extremos, remóntanse y dan la vuelta á aquélla hasta encontrarse sus puntas en el otro lado, trazando un dibujo en extremo elegante, y cuando con las ramas se combinan

los frutos, éstos aparecen sueltos y surgiendo entre las hojas destácanse sobre la superficie lisa del vaso.

Es difícil señalar con fijeza la época á que pertenecen estos objetos así adornados, porque su estilo, más ó menos variado, prevaleció desde los últimos



Fig. 7. - Crátera de plata encontrada en Boscoreale



Fig. 8. - Crátera de plata encontrada en Boscoreale

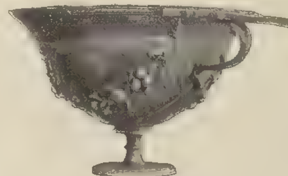


Fig. 9. - Crátera de plata encontrada en Hildesheim

tiempos del helenismo hasta el segundo siglo de la era cristiana, pero se supone que fueron fabricados dentro de los 100 años que precedieron á la catastrofe que los sepultó bajo las lavas del Vesubio.

Al trágico fin del dueño de la *villa* de Boscoreale ó de alguno de sus criados que al ocurrir aquel suceso apresurábase á recoger esos valiosos objetos para ponerlos en salvo, débese el que haya llegado hasta nosotros ese tesoro de tanta importancia por el interés que tiene dentro de la historia del arte. - X.



PATRIOTAS ESPAÑOLES EN MÉXICO (de fotografías remitidas por D. Claudio Scapachini)

Continuando la grata tarea de publicar en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA los retratos de los principales individuos de la colonia española en México que tantas pruebas está dando de amor á la madre patria, reproducimos al frente de estas líneas los de D. Eloy Noriega, industrial, comerciante y notable literato; D. Indalecio Sánchez Gavito, abogado ilustre que por sus excepcionales dotes de talento, celo y actividad ha merecido que el Gobierno mexicano le confiriera puestos honrosos y le confiara comisiones delicadas; D. Francisco M.ª Prida y Palacio, uno de los principales sostenedores de la Beneficencia Española en México y que ostenta en su pecho la gran cruz blanca del Mérito Naval que le fué otorgada por el Gobierno español en premio de sus relevantes y patrióticos servicios; D. Francisco Llamosa, agricultor tan acaudalado como inteligente; D. Ramón Ampudia, dueño de uno de los primeros establecimientos industriales de la República Mexicana; y D. Pedro Peláez, dueño de una colosal fortuna honradamente ganada en los negocios mercantiles é industriales y Presidente que ha sido varias veces de la Beneficencia Española y del Casino Español.

Detallar los títulos que todos y cada uno tienen á la gratitud de España, sería tarea larga que exigiría un espacio de que no disponemos: baste decir que en cuantas ocasiones la patria ha pasado por circunstancias difíciles, como las actuales, á la disposición de su patria han puesto su fortuna y su valimiento.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 3 de mayo de 1897 — Núm. 801



EL ALCALDE DE MÓSTOLES, episodio de la guerra de la Independencia

dibujo original de Enrique Estevan

SUMARIO

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH

Habíamos dado ya á las cajas el interesante artículo de D. Felipe Pérez y González que insertamos en este número y contiene curiosos datos biográficos sobre el fecundo novelista y aplaudido autor dramático D. Enrique Pérez Escrich, cuando recibimos la triste noticia del fallecimiento del popular escritor á quien está dedicado. Amigos íntimos ha ya muchos años del Sr. Pérez Escrich, cuyas dotes de bondad, talento y laboriosidad habíamos tenido ocasión de apreciar, la dolorosa nueva nos ha afectado profundamente, pues con su muerte no sólo hemos perdido un amigo cariñoso, sino también las letras patrias uno de sus más eximios cultivadores. ¡Que Dios le conceda en la otra vida el premio á que por sus méritos se había hecho acreedor durante su carrera en esta, no exenta de sinsabores y contratiempos, sobrellevados con paciencia y resignación ejemplares!

LA REDACCIÓN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

«SEASON»

En algo nos hemos de parecer á Inglaterra, ya que no sea ni en la formalidad, ni en el color del pelo, ni en la afición á los viajes, ni en otras muchas cosas que caracterizan á nuestros vecinos mar en medio; y nos parecemos en que hemos hecho de los meses de primavera la época más animada y bullanguera de todo el año. Mientras los primeros meses del invierno se deslizan como dormidos, lánguidos y apacibles, la Pascua da la señal de un recrudecimiento del bullicio y la alegría, de la sociabilidad y del derroche. Una parodia de la *season* británica, que allí se justifica porque es realmente el único tiempo en que se puede vivir en Londres; pero aquí no tiene más explicación que nuestro prurito de imitar á diestro y siniestro, y de seguir la corriente, así no sepamos adónde conduce.

La primer brisa templada y perfumada que respiramos – lejos de incitarnos á disfrutar la paz bucólica y de recordarnos el huerto en flor, los frutales cubiertos de nieve fina blanca ó rosada, el arroyuelo entre las mentas, los berros y los lirios, el prado festoneado de margaritas y la playa salpicada de conchas y orlada del verde tafetán de las algas cinteras, – nos anima á perder el tiempo revolviendo las tiendas de modas, y comprando trapos y más trapos para sostener la campaña de la *season.* A la hora en que la naturaleza y el campo nos solicitan, no tenemos ojos ni espíritu sino para las ciudades, para la polvorienta zambra de la ida á la Plaza de toros, ó el asfixiante recreo de los teatros de verano, donde la frescura es nominal y el calor efectivo.

Estudiad en los periódicos la dirección de los viajeros y excursionistas de esta época primaveral. Veréis que no se encaminan á los cortijos, á las haciendas, á los castillos ni á las viejas mansiones solariegas ocultas en el fondo de algún valle: adonde van – salvo honrosas excepciones – es á Sevilla ó á París. Sevilla es agradable para quien tenga allí preparado alojamiento cómodo; pero el que haya de recurrir al hotel, á la fonda ó á la tradicional casa de huéspedes, bien caro pagará el gusto de ver unas cuantas procesiones, oir las *saetas* y asistir á una *juerga* gitana, de esas que, convertidas en espectáculo pagado, han perdido ya - en mi concepto - todo su genuino y extraño sabor, y se han amanerado como los asuntos de las panderetas pintadas y los tangos zarzueleros.

Sevilla, y toda ciudad que tiene carácter realmente pintoresco y original, interesa más en épocas que no son de festejos. En general, los festejos van siendo algo de que la humanidad se fatiga. Al ver cómo se desborda por las calles el río humano en tiempo de fiestas, parece, al contrario, que las fiestas están ahora en su apogeo; pero adviértase que la humanidad, cuando se fatiga, empieza á fatigarse por la cabeza; es decir, que la gente *comprensiva,* como ahora dicen, es la que con su hastío y su desdén va atacando *ciertas* costumbres, y poco á poco, cuando se enteran los de abajo, las costumbres desaparecen. ¿Quién duda que los faroles de iluminación, las ruidosas ferias, las bandas de música, los mismos bailes gitanos y flamencos, son cosa de que está saciada la aristocracia intelectual?

En cuanto á los toros, la cuestión es mucho más compleja y difícil de resolver de una plumada. Los toros, combatidos unánimemente por los pensadores, no decaen, porque los sostienen los artistas; y los artistas son la mitad de la inteligencia – *la inteligencia bella,* la comprensión iluminada por la estética. – Que el espectáculo sea más ó menos inmoral, ni hay aquí para qué discutirlo, ni tiene realmente que ver con el aspecto intelectual de la cuestión. Inmoral no es lo mismo que tonto; y los espectáculos tontos son los que decaen. Ya sé que para muchos el espectáculo taurino merece la calificación de bárbaro; pero tampoco el concepto de barbarie es idéntico al de tontería; al contrario, la barbarie implica cierta grandiosidad y evoca una serie de impresiones pintorescas, originales y atractivas.

Los toros se encuentran hoy en plenitud de popularidad y moda. Años atrás les hacían competencia los frontones; pero fué efímero el entusiasmo con que al pronto acogió Madrid esta distracción sana, insulsa y campestre. Un partido de pelota no es propiamente un espectáculo. Si se le mira desde el punto de vista del desenfrenado juego á que sirve de pretexto, tampoco cabe defender su moralidad. Y el peligro de que la pelota se tuerza y vaya á herir la cara ó la cabeza de un espectador, no es tan remoto que no retraiga á la gente, y en especial á las señoras.

La corriente vuelve hacia su cauce antiguo: los toros son el acontecimiento magno de nuestra *season.* En esta semana de Pascuas se celebran nada menos que cinco corridas – se vive en la Plaza casi. – El hecho tiene mucho de anómalo, cuando parece que deberíamos estar que no hubiese por donde cogernos, de apurados, afligidos y desalentados, con las dos guerras y los conflictos de toda especie que amagan y nublan el porvenir; pero hay en España, y tal vez no sólo en España, sino en el mundo entero, una peregrina virtud de olvido, descuido y alegre imprevisión, que á no dudarlo hace más leves las cargas y las desdichas, y ayuda á pasarlas de un modo soberanamente filosófico. En efecto, puede sostenerse que no existiría el mal si no existiese su imagen, la representación que se hace del mal nuestra cuitada mente. ¿Qué le importan al mulo, al buey ó al caballo el hambre de la India, la pelea de turcos y griegos, ó la insurrección tagala? Nada seguramente; y no será porque no puedan alcanzarle, directamente ó de rechazo, las consecuencias de estos desastres, sino porque no es capaz de representárselos, de poner la consideración en ellos. Ahora bien: si nosotros conseguimos no representarnos tampoco esas calamidades, está probado que las habremos suprimido. He aquí la filosofía de la fiebre de diversiones en las actuales circunstancias.

***

Se ha dejado sentir esta fiebre en la concurrencia al Real de primavera, el teatro del Príncipe Alfonso. Cada noche hay un lleno, en un recinto vastísimo. Se aprovecha con afán la ocasión de saturarse de música, que en invierno cuesta más cara, y ciertamente ni es mejor ni peor que la oída en este tiempo. Una compañía desigual – como lo fué la del Real todo este año; – unos coros vestidos de la manera más risible – como en el Real sucede también; – una excelente orquesta – como en el Real igualmente, – y un cuerpo de baile medianillo... – Todo calcado en el regio coliseo; lo único en que noto diferencia, es en la atmósfera, cargada de humo de cigarro. Falta, eso sí, aquel *foyer* fino y selecto, con ínfulas de salón; aquella elegancia tranquila y perseverante del Real; hay esa confusión y esos empujones á la entrada y por las escaleras, que caracterizan á los circos; y los claveles y los confites que hasta los mismos palcos vienen á ofrecer ramilleteras y muchachuelos, son un detalle absolutamente incompatible con la seriedad del Real. Mas de telón adentro, lo repito, noto bien poca diferencia. Los que pretenden que el Real deja exprimidos los bolsillos, ¿qué habrán dicho al comprobar que hay bolsillo para la coletilla ó posdata del Real, y para todo cuanto vengan á brindar al público de Madrid los empresarios?

Hacen bien éstos en gastar cierto desenfado y confianza con el público. Hay mucha *bonhomie* en el modo de ser de los espectadores, tan resueltos en aflojar la mosca y tan poco exigentes en lo demás. Cuando en *Gioconda* se ve desfilar á los coristas del Príncipe Alfonso, con medias gordas de algodón blanco, zapatos de becerro ordinario ni embetunados siquiera, calzones de panilla raída, gorras de plato con una esterilla dorada, rostros ariscos y barbas de ocho días, queriendo representar á los elegantes patricios de Venecia, la gente mejor trajeada, más artísticamente ataviada y de más hermosas y pulcras cabelleras que recuerda la historia y que inmortaliza la pintura; cuando aparecen aquellas fachas singulares, y se adelantan hacia las candilejas mostrando las herejías del vestido y del rostro, la gente suelta una risa benévola, se mira para comunicarse el buen humor, se encoge de hombros, y no pasa de ahí: ya ha perdonado. Al otro día se repite la misma escena, y así sucesivamente hasta el final de la temporada, en que los coristas guardan cuidadosamente sus calzones de panilla y sus gorras de plato, para volver á sacarlas en la temporada siguiente. Yo creo que el público prefiere poder soltar esa carcajadita – tener ese derecho, – á que los actores vistan con propiedad y con cierto decoro. Si se presentasen según corresponde, ¿de qué nos íbamos á reir?

***

Uno de los rasgos característicos de esta *season* es la afluencia de extranjeros. España conserva todavía su atractivo de picante manola, su gracia exótica y moruna y su indiferencia por la admiración que causa. No hemos entrado en hacernos fondistas de oficio; continuamos siendo hidalgos y caballeros, desdeñosos de la ganancia que podría reportarnos el exhibir la hermosura de nuestras costumbres y de nuestros paisajes y monumentos, la típica fisonomía de nuestras clases sociales. Así y todo, y quizás más todavía por eso mismo, los de extranjis afluyen y se extasían con la menor cosa.

***

Ha ocurrido estos días un incidente de que se hizo eco la prensa y que, por extraña asociación de ideas, me recordó otro sucedido hará tres ó cuatro años. Del primero – el reciente – son héroes la dama extranjera de una princesa española y un *gentil toreador,* como dice la cancioncilla de la ópera *Carmen.* Pasaba el torero por la Puerta del Sol, y la dama se quedó mirándole, como se mira á una figura típica y gallarda, en quien se encarna momentáneamente la belleza propia de una raza y de una comarca del mundo. Así se mira al palíkaro en las calles de Atenas; al *highlander* de la guardia de Su Graciosa Majestad en las calles de Londres; al modelo transtiberino en *Trinitá dei Monti* de Roma, y al rígido uhlano en la *Bavaria* de Munich. Pero el torero no entendería de estos tiquis miquis de estética internacional, y soltó á la dama, con salero y picardía, algo por este estilo:

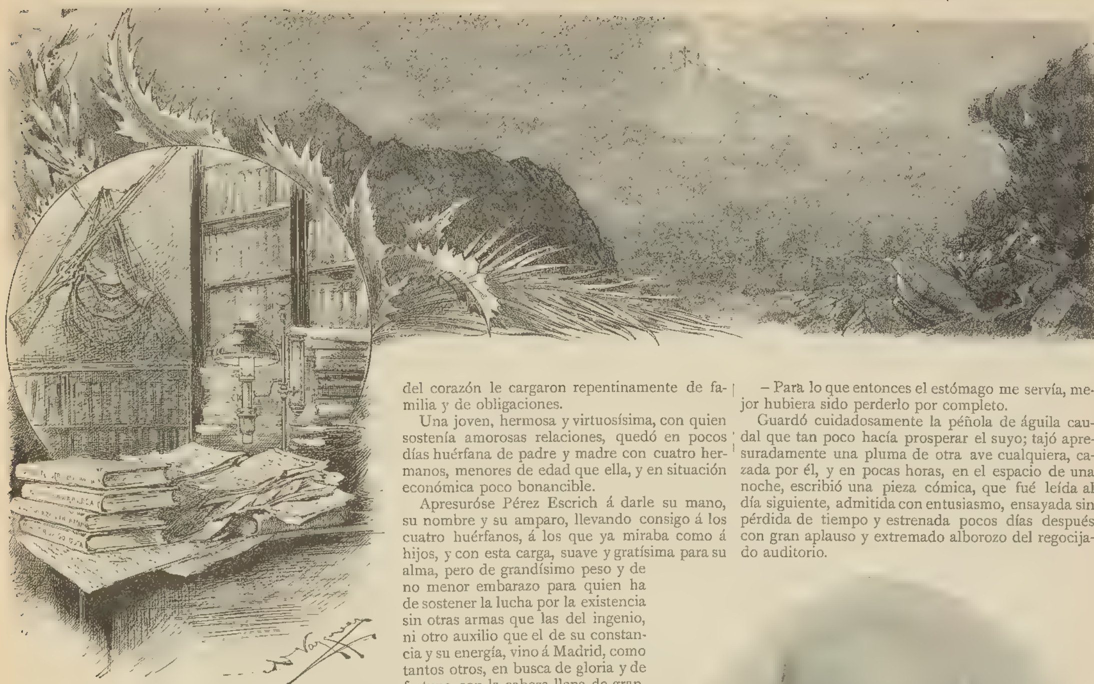
«¿Me *quié* usté retratar, prenda?»

La dama, al punto, sacó una maquinilla instantánea, y cátalo retratado. El torero quería recoger la prueba á domicilio, pero la dama se ofreció á llevársela á un café; y al café acudió á llevársela en efecto, acompañada por respetable rodrigón, con la mezcla de atrevimiento y dignidad de una miss Helyett palaciega.

***

El segundo incidente, el ya antiguo, tiene por heroína á una dama inglesa, por señas amiga mía, esposa de un diputado socialista; dama que vino á Madrid con objeto de perorar en un *meeting.* Así lo hizo; pero al día siguiente, al cruzar la Puerta del Sol – en la Puerta del Sol es donde sucede todo, – dos gomosos, enterados de que era la oradora, se acercaron y deslizaron en su oído una injuria en lengua inglesa. La dama se volvió, apretó los dientes, y de una soberana bofetada de su sólida palma – palma de jugadora de *lawn tennis* y de remadora – envió al más próximo á rodar al arroyo. Acudieron los guardias; ella refirió sencillamente el hecho, y la autoridad y el público arremolinado dieron la razón á la abofeteadora. El gomoso se retiró, sacudiéndose con el pañuelo la ropa manchada y haciendo de tripas corazón por no ponerse más en berlina, mientras la inglesa sonreía cándidamente á sus improvisados partidarios.

EMILIA PARDO BAZÁN



PÉREZ ESCRICH

– Si alguna vez hay un desocupado que pretenda entretenerse escribiendo mi biografía, me decía en cierta ocasión el ilustre veterano de las letras españolas con su habitual gracejo y su natural modestia, sólo sentiré que pueda olvidar el hecho «más culminante» de mi vida.

– ¿?

– Hace ya «algunos» años, viviendo yo en Madrid, salí un día de caza, y cazando, cazando, á pie fuí á parar á Barcelona.

– ¡

Porque Pérez Escrich, más que todo, antes que todo y sobre todo, ha sido y es cazador. Sus éxitos literarios, sus triunfos escénicos, sus glorias como novelista, que le dieron extraordinaria y universal popularidad, poco valen para él si se recuerdan sus aficiones, aventuras y proezas cinegéticas.

Ya en los comienzos de su carrera literaria un ingenioso poeta hizo su «semblanza» en estos cinco versos:

«Es un modesto escritor
que pasa días felices
persiguiendo con ardor
en el campo las perdices
y en Madrid al editor.»

En el apogeo de su popularidad, el insigne poeta D. Adelardo López de Ayala, que le profesaba gran afecto, solía presentarlo á sus conocidos con esta chistosa «fórmula sacramental:»

– Presento á ustedes al Sr. Pérez Escrich, cazador «de oficio» que, en sus ratos de ocio, escribe novelas y comedias.

Y todavía cumplidos ya los sesenta y siete años – porque nació en Valencia el 6 de octubre de 1829 – después de una vida de labor incesante, en la que si ha tenido grandes satisfacciones ha sufrido también grandísimos pesares, desengaños del mundo, perfidias de la amistad, contrariedades de la fortuna, dolores del cuerpo y dolencias del alma; todavía sentado en su sillón, dirige de vez en cuando amorosas miradas á las escopetas y á los arreos de caza, colgados en artístico trofeo en una de las paredes del despacho; si algún amigo va á visitarle en «su destierro,» recuerda con gozo sus buenos tiempos de cazador, se anima su semblante, brillan sus ojos, yérguese su cuerpo, se olvida de achaques y de disgustos, y si el visitante, sorprendido por la súbita transformación, exclama sin poderse contener: «*¡Ave María!*,» él contesta haciendo un gracioso y expresivo gesto:

– Es el único *ave* que he respetado y que no ha podido ser blanco de mi escopeta.

Pérez Escrich era muy joven, casi un niño, cuando azares de la vida, impulsos del cariño y delicadezas del corazón le cargaron repentinamente de familia y de obligaciones.

Una joven, hermosa y virtuosísima, con quien sostenía amorosas relaciones, quedó en pocos días huérfana de padre y madre con cuatro hermanos, menores de edad que ella, y en situación económica poco bonancible.

Apresuróse Pérez Escrich á darle su mano, su nombre y su amparo, llevando consigo á los cuatro huérfanos, á los que ya miraba como á hijos, y con esta carga, suave y gratísima para su alma, pero de grandísimo peso y de no menor embarazo para quien ha de sostener la lucha por la existencia sin otras armas que las del ingenio, ni otro auxilio que el de su constancia y su energía, vino á Madrid, como tantos otros, en busca de gloria y de fortuna, con la cabeza llena de grandes ideas y de hermosas ilusiones, el corazón repleto de risueñas esperanzas y de nobles sentimientos... y ocho ó diez duros en el bolsillo.

El joven valenciano, que ya en su ciudad natal había probado su talento haciendo con buen éxito gallardas tentativas literarias, soñaba con los triunfos de la escena, y traía á la corte, por todo bagaje, una tragedia muy clásica, con sus personajes griegos ó romanos, sus situaciones aterradoras, su final terrorífico, sus indispensables «parlamentos» y sus inevitables endecasílabos muy sonoros y muy correctos, y un drama «de época,» creo que «de la Edad media,» con sus esforzados y forzudos guerreros cargados de hierro, sus enamoradas y románticas castellanas, sus caballeros, heraldos, pajes y acompañamiento, todo aderezado con los correspondientes romances, redondillas y quintillas, muy entonados, castizos y perfilados.

Por aquellos tiempos en Madrid sólo había dos ó tres teatros, que todavía los viejos llamaban *corrales*, y en cada *corral*, á más del primer actor, especie de monarca absoluto, tiránico y desdeñoso, había siete ú ocho *gallos* de laureada cresta y de afilados espolones, que miraban primero con solapado recelo y después con manifiesta hostilidad á los *pollos* literarios que llegaban de provincias y que pretendían acercarse á «sus comederos.»

No hay para qué decir que el recién llegado corrió inútilmente de un lado para otro con sus manuscritos bajo el brazo, y con el manuscrito de otro drama que había tenido tiempo de escribir en los momentos de reposo necesarios durante su larga y penosa peregrinación y que tenía este «expresivo» título: *La calle de la Amargura.*

Por fin consiguió que un actor muy aplaudido y estimado, Fernando Osorio, le concediera su protección. Pero ¡ay!, aquel actor era un actor cómico de mucha gracia y de mucho talento, que echó á rodar en un instante todos sus griegos, romanos, guerreros y castellanas, y tiró por tierra sus «castillos, más ó menos feudales, en el aire,» con esta sencilla é inesperada proposición:

– ¡Hombre! ¿Por qué no me escribe usted una piececita cómica en un acto?

Escrich echó á correr hacia su casa «dispuesto á todo» para salvar la situación y para no acabar de perder el estómago, aunque como él dice muy chuscamente recordando «aquellos tiempos:»

– Para lo que entonces el estómago me servía, mejor hubiera sido perderlo por completo.

Guardó cuidadosamente la péñola de águila caudal que tan poco hacía prosperar el suyo; tajó apresuradamente una pluma de otra ave cualquiera, cazada por él, y en pocas horas, en el espacio de una noche, escribió una pieza cómica, que fué leída al día siguiente, admitida con entusiasmo, ensayada sin pérdida de tiempo y estrenada pocos días después con gran aplauso y extremado alborozo del regocijado auditorio.



Pérez Escrich

La obra se titulaba *El maestro de baile.*

Pérez Escrich, para atender á necesidades apremiantes del momento, vendió en seguida su obra á un editor que, pródigo con exceso, le dió por ella ¡nueve napoleones!, y que, afortunado con exceso también, ha cobrado por ella algunos miles de duros.

Todavía suele aparecer con frecuencia en los carteles de los teatros, todavía el público la ve con alegría y la aplaude con gusto, todavía el editor cobra por ella derechos de representación y todavía – ¡memoria más feliz que la suerte! – el autor se acuerda de aquellas «nueve lentejas del tamaño de napoleones,» por las que vendió, no su derecho de primogenitura, pero sí los derechos de su obra primogénita.

Después el autor de *El maestro de baile* escribió otras varias piezas que igualmente lograron buenos éxitos é igualmente le valieron exiguos, pero por necesitados muy bien recibidos provechos.

La mosquita muerta, Calamidades, Géneros ultramarinos, Los extremos se tocan y algunas otras resolvieron y salvaron apuros de momento, pero no satisfacían otras legítimas aspiraciones.

En aquella época las piezas de mayor éxito podían dar á sus autores dinero, pero no les daban «categoría literaria.» Los que entonces se dedicaban á eso que hoy llamamos «género chico,» eran considerados como *novilleros del arte*, y no podían dignamente «alternar» con los «matadores de cartel» hasta que habían despachado en regla «toros formales;» esto es, hasta que habían estrenado con aplauso por lo menos un drama ó una comedia original en tres actos.

Pérez Escrich puso manos á la obra, y después de representarse con éxito muy lisonjero su drama en tres actos *La dicha en el bien ajeno*, dió á la escena otra «obra grande» que fué aplaudida con entusiasmo, que llamó poderosamente la atención, y que, sin embargo, le señaló muy distinto rumbo para conseguir popularidad y fortuna.

Por una de esas extrañas paradojas de la vida, especialmente de la vida literaria, un gran éxito como autor le hizo apartarse de la escena para dedicarse á la novela, donde le esperaban mayores triunfos y mayores beneficios, pues si bien luego ha dado al teatro algunas obras que han sido muy aplaudidas y celebradas, entre ellas *El músico de la murga, El maestro de hacer comedias* y *La Guerra Santa*, la «novela grande, la novela de interés y de pasión, la novela por entregas,» es la que ha dado á Pérez Escrich fama universal y la que le proporcionó un capital, si no muy grande, suficiente para haber gozado cómoda y tranquila vejez, si desgracias de su familia, á que siempre rindió fervoroso culto, bondades de su corazón, para todos noble y generoso, apremios de la amistad, que en todo caso encontró en él lealtad y amparo, y codicias de la usura, siempre implacable con el que se pone al alcance de sus garras, no lo hubieran disipado en brevísimo espacio de tiempo.

La obra que convirtió al autor dramático en novelista, que «era para lo que había nacido,» se titulaba *El cura de aldea*.

¡El cura de aldea! No hay seguramente en España, en Portugal y en toda la América latina quien no conozca ese título, quien no haya leído ú oído hablar de la novela que lo lleva en su portada y que fué escrita por Pérez Escrich, dando nueva vida y mayor desarrollo al hermoso pensamiento y al simpático protagonista de su aplaudidísimo drama.

El cura de aldea, El manuscrito de una madre, El mártir del Gólgota, Las obras de misericordia, La esposa mártir, La mujer adúltera, El corazón en la mano, Los ángeles de la tierra, La hermosura del alma, El frac azul, especie de curiosísima autobiografía, *El amor de los amores, La perdición de la mujer, El último beso, El pan de los pobres...*, todas las numerosas novelas que han brotado de su inagotable imaginación y de su fecundísima pluma, pues pasan de ciento los voluminosos tomos que lleva publicados, han hecho las fortunas de algunos editores, han contado por cientos de millares sus lectores, y muy especialmente sus lectoras, han visto multiplicarse prodigiosamente sus ediciones; algunas han sido traducidas al inglés, al francés, al alemán, al portugués y al italiano, y en Lisboa se publica una biblioteca popular titulada *Bibliotheca do cura d' aldeia*, en que van traducidas casi todas las obras de Pérez Escrich, y en la que, para ampararlas con su nombre y con su popularidad, los editores se han tomado la libertad de atribuirle la paternidad de algunas obras ajenas.

Mucha parte de la moderna generación acaso no conozca más que «de oídas» las obras de Pérez Escrich, pero los que no las conozcan pregunten por ellas á sus padres, y muy particularmente á sus madres, y en la mayoría de los casos obtendrán seguramente esta ó parecida respuesta:

—Pérez Escrich ha sido uno de los novelistas españoles más populares y más «leídos,» porque en sus novelas, siempre inspiradas en la moral más sana, ha sabido cautivar con la magia del interés y conmover con la ternura del sentimiento. Muchísimas mujeres han aprendido á leer en sus obras, muchas han aprendido á leer sólo por leerlas. Las páginas de todos sus libros han sido humedecidas por lágrimas, pero lágrimas dulces, consoladoras, sacadas del fondo del corazón sin violencias ni torturas, tocando suavemente sus fibras sensibles, no brutalmente arrancadas destrozándolo con el terror y con el espanto. Pérez Escrich ha hecho llorar mucho; pero, según la frase de un antiguo refrán español, «como te hará llorar quien te quiera bien.»

Para dar una idea de la brillantísima imaginación del famoso novelista, basta recordar una curiosa anécdota, perfectamente «histórica.»

En cierta ocasión contrató con un editor la publicación de una novela que había de formar un solo tomo de cuatrocientas á quinientas páginas. Publicados los primeros cuadernos, y ya casi terminada por el autor la obra, el número de suscriptores fué tan extraordinario, que el editor acudió suplicante á casa del autor, rogándole que «estirara el asunto» para hacer dos tomos, porque aquello «era una mina.» Pérez Escrich, después de ofrecer los naturales reparos, accedió á ello, porque nunca ha sabido negarse á un ruego, pero la suscripción aumentaba de un modo fabuloso; agotados los cuadernos del tomo primero, hubo que hacer nueva edición, y antes de dar por terminado el segundo, se repitió la escena del editor pidiendo con las mayores instancias uno ó dos tomos más y del autor procurando primero zafarse de tan arduo compromiso y cediendo, al fin, á aquella nueva exigencia que ya parecía de imposible satisfacción.

La obra se concluyó por fin; todo en este mundo tiene su término, hasta las exigencias editoriales; el negocio fué de los mejores para el editor; los suscriptores tomaron y leyeron muy satisfechos los ¡cuatro tomos! que la novela tiene, y nadie se dió cuenta de que aquella obra, pensada para un solo tomo, había sido tan prodigiosamente «estirada.»

Hasta podría asegurarse que «todavía» á muchos lectores les había sabido á poco.

Hoy Pérez Escrich vive principalmente ocupado en atender á las obligaciones de su cargo de director del Asilo de las Mercedes, que él ha sabido convertir en un inmenso y venturoso hogar, donde seiscientas ó setecientas nietezuelas viven sanas y felices, criadas con mimo y educadas con esmero, merced á la solicitud, al cuidado y al cariño del más prudente y bondadoso abuelo, dignamente secundado por algunas excelentes Hermanas de la Caridad y por dos modestos, laboriosos é inteligentes empleados que tiene á sus órdenes.

En aquel Asilo modelo, pues seguramente si hay alguno que lo iguale no hay ninguno que lo aventaje, por el orden, por la limpieza, por el *confort*, y sobre todo, por la atmósfera de bondad y de cariño que en él se respira; en aquel Asilo, que Pérez Escrich llama graciosamente «mi destierro,» porque apenas le permiten sus achaques salir de él si no es en los días de sol para dar un pequeño paseo por los alrededores, todavía el veterano escritor maneja la pluma y se ocupa en terminar una novela titulada *El hermano Obregón*, cuya publicación comenzará á principios del invierno próximo, y que es continuación, ó mejor dicho, segunda parte de su celebrada novela *La hermosura del alma*.

Seguramente la nueva obra de Pérez Escrich, á juzgar por la interesantísima lectura de cuanto lleva escrito, serviría para aumentar su fama, si esta necesitara ya de acrecimiento; porque aunque su cuerpo, que siempre fué flaco, pero fuerte, enérgico y resistente, ya algunas veces parece que se rinde al peso de los años, de los achaques, de los trabajos y de las penas, siempre conserva puros, firmes y lozanos, como en los mejores días de su juventud, su imaginación privilegiada y su corazón bondadosísimo.

Felipe Pérez y González
(Tello Téllez)

UN VOTO EN CONTRA

Mi gozo en un pozo; creía yo, y la verdad es que lo creía con algún fundamento, que mis opiniones en asuntos literarios coincidían, en parte, con las opiniones del ilustre Valera. Cuando, hace ya muy cerca de diez años, hablé no recuerdo dónde, ni eso importa, de la versión castellana de Tierra, novela (ó lo que fuere) de *Emilio Zola*, aunque los partidarios del *naturalismo*, que abundaban entonces casi tanto como ahora escasean, se enojaron mucho conmigo y me hicieron guerra sin cuartel, condenándome inapelablemente al fuego eterno de su desdén olímpico por el imperdonable pecado de no pensar como ellos pensaban en asuntos literarios y no creer en la escuela naturalista, ni en Zola su profeta, hallaba yo consuelo para aquellos disgustos y atenuación dulce para aquellas amarguras leyendo con gran contentamiento algo de lo mucho y muy bueno y muy razonable que *D. Juan Valera* había escrito sobre materia, á la sazón tan discutida.

El celebrado autor de *Pepita Jiménez* creía sobre todo aquello, con muy insignificantes diferencias, lo mismo que yo; aunque, es claro, lo exponía y explicaba infinitamente mejor que yo lo había expuesto y explicado.

Esta coincidencia de pareceres, tan halagüeña y tan honrosa para mí, lisonjeaba, ¿por qué no decirlo?, lo que nadie puede figurarse mi amor propio; «estaré entre los réprobos, decía yo á los naturalistas intransigentes, pero no me nieguen ustedes que estoy en muy buena compañía.»

Pero, como he dicho, *mi gozo en un pozo*: ahora que el naturalismo se halla en los postreros instantes de su existencia efímera, antójasele al novelista ilustre, tan enemigo teóricamente del naturalismo, hacerse naturalista en la práctica y dar á luz una novela, titulada Genio y Figura, de la cual si Cervantes resucitara podría decir como de *La Celestina* dijo:

«libro, en mi opinión, divi-
si ocultará más lo huma-»

aunque, tal vez no lo dijese; pues se me antoja que *Genio y Figura* tiene mucho más de *huma-* y bastante menos de *divi-* que la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*.

Como el nombre solo de *Juan Valera*, en lo que respecta á cuestiones de literatura y de arte, es garantía de las mejores y de las más indiscutibles, tengo por seguro que muchos noticieros no han leído el libro y han dicho de él que es excelente.

Tampoco habría yo vacilado un punto en decirlo, aunque siempre haciendo la salvedad, á fuer de sincero, de que no conocía la obra.

«Me basta saber que es de Valera para afirmar que es buena,» hubiera dicho yo hace pocos días.

Y me habría equivocado.

Porque *Genio y Figura*, digan cuanto decir quisieren los amigos apasionados y los partidarios incondicionales del insigne Valera, á quien yo respeto y admiro, tanto por lo menos cuanto el que más lo respete y lo admire, ni me parece buena novela, ni me parece buena obra.

Digo más, aunque se me tome por soberbio: ni me lo parece, ni lo es.

«Yo no quiero probar nada (dice D. Juan Valera en las primeras páginas de su libro), ni menos aún dejarme convencer; pero la vida, el carácter y los varios lances, acciones y pasiones de la persona que mi amigo ponía como muestra, son tan curiosos y singulares que me inspiran el deseo de relatarlos aquí, contándolos como quien cuenta un cuento.»

Y lo cuenta efectivamente, y el cuento se reduce á un estudio, entre psicológico y fisiológico, más de esto que de aquello, de una mujer hermosísima y buena, á quien llaman Rafaela, y por apodo La Generosa, y que lo es tanto que se pasa la vida entregándose á cuantos hombres la tratan y la solicitan, jóvenes y viejos, ricos ó pobres, malos y buenos.

El cuadro está admirablemente pintado, es verdad; pero eso es lo peor que tiene, porque su contemplación resulta muy poco edificante.

No sé, ni necesito saber, si la protagonista de Genio y Figura, llámese la señora de Figueredo, llámese Rafaela, ó llámese *La Generosa*, es tipo creado por Valera, ó es, como sospecho, retrato de alguna persona de carne y hueso á quien ha tratado el autor y ha favorecido el retratista elevándola desde la esfera humildísima de mujer vulgar hasta la de heroína de novela.

De su personaje, real ó imaginario, dice el autor:

«No se vaya á creer que presentamos aquí á Rafaela como un pozo de sabiduría. Su educación había sido descuidadísima, ó mejor dicho, Rafaela no había recibido ninguna educación; pero naturalmente era muy lista. En sus ratos de ocio había aprendido á leer y á escribir, aunque escribía sin reglas y apenas leía de corrido. Sólo había leído algunas novelas y los periódicos.»

Fíjense ustedes en que *Rafaela* ó *La Generosa escribía sin reglas y apenas leía de corrido*.

Bueno, pues ahora vean ustedes cómo escribe Rafaela, cuando á ello se pone:

«Te aseguro que lamenté y lloré mi viudez con no menor abundancia de lágrimas que las que vertería la más fiel y enamorada de las esposas á quien se le muriese, en la flor de la juventud, su idolatrado y gentil marido. No se afligió más que yo Artemisa con la muerte de Mausolo; ni Victoria Colonna con la del marqués de Pescara; ni la propia Venus con la de Adonis.»

¡Y eche usted historia, y eche usted mitología y eche usted erudición!

Ya sé que todo eso, aunque parece dicho por *La Generosa*, una *horizontal* afortunada, lo escribe el elegante y pulcro y erudito académico D. Juan Valera; lo hago notar, no obstante, para que se vea cómo efectivamente el novelista al pintar á *La Generosa* la ha favorecido mucho.

Como que aparece simpática, buena, de nobles sentimientos, de gran corazón, de talento clarísimo, y en una palabra, la más adorable de las mujeres.

Y *velay*... Por eso *Genio y Figura* me parece una mala obra, si no quieren ustedes que la llame una novela mala.

Y basta lo dicho para explicar mi voto.

A. Sánchez Pérez



EL ALCALDE DE MOSTOLES, EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA, cuadro de A. Pérez Rubio que se conserva en la Diputación Provincial de Madrid

EL ALCALDE DE MÓSTOLES

Napoleón amenazaba á Inglaterra acumulando en el campamento de Boulogne inmensos elementos para invadir á la Gran Bretaña, pero Pitt le convirtió de amenazador en amenazado y le obligó á apartar la mirada del canal de la Mancha para luchar á brazo partido con una nueva y formidable coalición europea. Los suecos y los rusos debían avanzar por Hannover; los rusos y los austriacos por el valle del Danubio; otro ejército austriaco tendría por campo de acción la Lombardía; y los ingleses, los rusos y los napolitanos maniobrarían en el Mediodía de Italia. Napoleón clavó su mirada de águila en los cuatro ejércitos que amenazaban al imperio francés, y formó su plan, que consistió en prescindir de los dos que estaban en los extremos, oponer uno de sus lugartenientes al famoso archiduque Carlos, que mandaba ochenta mil austriacos, y caer él personalmente sobre el general Mack, que al frente de otros ochenta mil hombres, avanzada del gran ejército ruso y de las reservas austriacas, atravesaba Baviera y Suabia, teniendo por objetivo los desfiladeros de la Selva Negra y las orillas del Rhin. Al general austriaco no le cabía ninguna duda de que los franceses no faltarían á su tradicional costumbre de desembocar por los desfiladeros; pero el emperador ladeó la Selva Negra, y Mack se lo encontró á retaguardia cuando creía tenerlo delante. Napoleón le atacó, acorraló, encerró en un círculo de hierro, y el 19 de octubre de 1805 el general austriaco se vió obligado á capitular.

En el espacio de tres semanas había sido deshecho un ejército de ochenta mil hombres.

Algunos días después, el primer ministro de Inglaterra sentaba á su mesa, en su casa de campo, á varios amigos, entre ellos á sir Arturo Wellesley, recién llegado de la India y destinado á convertirse en lord Wéllington, el vencedor de Napoleón en Waterloo; á sir Hawkesbury, más conocido por lord Liverpool; á lord Castlereagh y á lord Bathurst. Durante la comida entregaron un pliego á Pitt, quien creyó que debía enterarse en el acto de su contenido, por si se refería á la terrible partida que se jugaba en el continente entre la Europa coligada y Napoleón, y notaron los comensales que aquella lectura dejó preocupado al ministro. A los postres salieron los criados, según costumbre inglesa, y Pitt dijo á sus convidados: «Malas noticias: Mack se ha rendido en Ulm con cuarenta mil hombres y Bonaparte sigue á Viena sin obstáculo.» La noticia produjo el efecto del rayo, y aquellos hombres eminentes manifestaron su opinión de que todo estaba perdido y no había remedio contra Napoleón. «Todavía lo hay si consigo levantar una guerra nacional en Europa,» dijo Pitt, á quien todos miraron con asombro. ¿Una guerra en Europa cuando los ejércitos unidos de Austria, Rusia, Inglaterra, Suecia y Nápoles no habían logrado atajar al emperador? ¿Dónde? Pitt adivinó lo que aquellos hombres pensaban, y añadió en tono que tenía algo de profético: «Y esa guerra ha de comenzar en España.»

Callaron por respeto, dominados por la conmiseración, pues las palabras que acababan de oir las atribuyeron á desvarío, causado por la enfermedad que ya tenía herido de muerte á Pitt y que tres meses después debía llevarle al sepulcro; y no es de extrañar que tal efecto produjeran, porque en aquel entonces España era la aliada de Napoleón y se sabía que la escuadra inglesa, al mando de Nelson, maniobraba en busca de las naves españolas y francesas, con las que chocó en Trafalgar el 21 de octubre, dos días después de la capitulación de Ulm, obteniendo el almirante inglés la victoria, pero á costa de la vida, y sufriendo nuestros marinos una derrota, de la cual nos enorgullecemos tanto, que ponemos á la altura de los héroes á Churruca, Gravina, Galiano, Alcalá, Moyúa, Castaños y otros muchos. Como revelaran los semblantes algo de lo que los labios callaban, comprendió el ministro inglés el efecto que sus frases habían producido, é insistió en su afirmación, diciendo: «Sí, señores; España será el primer pueblo donde se encenderá esa guerra patriótica, la única que puede libertar á Europa.»



GUERRA DE CUBA.—CASA EN DONDE SE DICE QUE FUÉ VELADO EL CADÁVER DE MACEO EN PUNTA BRAVA (de fotografía de D. Aurelio Ferrer)

Apoyó la afirmación en las noticias que tenía de nuestra patria, donde, si bien las clases altas habían degenerado con el mal gobierno y estaban á los pies de Godoy, en cambio, añadió, «el pueblo conserva toda su pureza primitiva, y su odio contra Francia es tan grande como siempre, y casi igual al amor á sus soberanos. Bonaparte cree y debe creer que la existencia de éstos es incompatible con la suya; tratará de quitarlos, y entonces es cuando yo le aguardo con la guerra que tanto deseo.»

El vaticinio de Pitt se cumplió, y el año 1808 Napoleón se halló con que le declaraba la guerra, no un gobierno ni un Estado, sino un pueblo; y este pueblo fué el español, que tuvo por representante al Alcalde de Móstoles, quien con la mayor sencillez, como si hiciera la cosa más natural del mundo, supo condensar é interpretar las audacias, los arrebatos, las cualidades, el heroísmo de los españoles, sus glorias pasadas y las amarguras presentes, pero también la fe inquebrantable en la patria, puesta la esperanza en Dios. El Alcalde de Móstoles no es un personaje nuevo en nuestra historia, pues en ella le hallamos desde los más remotos tiempos; pero así como se llamó Viriato en la lucha con los romanos, y D. Pelayo en la epopeya contra los árabes, tiene por nombre Andrés Torrejón en la guerra de la Independencia. Napoleón exclamó en Santa Elena: «Esta desgraciada guerra me ha perdido.» Probablemente murió sin tener noticia del Alcalde de Móstoles ni de la anciana haraposa que, al presenciar la salida para Francia de los infantes D. Antonio y D. Francisco, gritó con acento estridente y desgarrador: «¡Que se nos los llevan!» Suprímase el grito de la mujer del pueblo y se suprime el 2 de mayo, y con él el famoso parte del Alcalde de Móstoles. El empuje inicial que debía derribar á aquel coloso, partió de una pobre vieja y de un alcalde de monterilla.

En todos los corazones y en todos los labios está el Alcalde de Móstoles, pero poco es lo que se sabe de su persona, de la que no se han dado detalles. Pude adquirirlos en 1892, y he aquí cómo fué: en el balneario de Sobrón tuve de vecino de mesa á un caballero, de quien supe que era secretario del ayuntamiento de Móstoles, que D. Mariano Torrejón se llamaba y á la familia del famoso alcalde pertenecía, con la circunstancia de haber conocido y tratado á personas que figuraron en el celebérrimo acontecimiento de la redacción y envío del parte. Comencé á preguntar y él á responder con cortesía, unida á la complacencia de quien habla de hechos que á su familia y pueblo enaltecen, y el resultado del interrogatorio, completado por algunos documentos que después me envió, fué el que voy á narrar.

D. Andrés Torrejón, el celebérrimo alcalde, vivía en Móstoles el año 1808 y contaría setenta y tres de edad. Era hombre muy alto, regular de carnes y labrador de pan llevar, que á pesar de ser propietario necesitaba de su trabajo personal en las faenas de la labranza para sostener á su familia sin estrecheces ni empeños. Habitaba casa propia, modesta y de piso bajo, sita en la entonces calle de Segovia; edificio del cual se conserva como estaba la parte que mira á la sierra, pero no la que da á Oriente, ya modificada.



GUERRA DE CUBA. - Un corredor del Hospital Militar de Santiago de Cuba
(de fotografía de D. Aurelio Ferrer)

Según tradición, en tiempo de los sarracenos escondieron los de Móstoles la venerada imagen de Nuestra Señora de los Santos. Pasaron los siglos, y cierto día ocurrió que jugando los chiquillos á la pelota, ésta se metió en una grieta que había en el muro, y al encaramarse para recobrarla, tuvieron la fortuna de descubrir la santa imagen que allí había sido escondida. Extraordinario fué el júbilo del pueblo, que levantó á la Virgen una ermita, que llaman basílica, y en la que se reunían todos los años los que componían el ayuntamiento para proceder á la designación de los que debían entrar en funciones, poniendo así bajo el amparo de la religión la administración y buen regimiento del municipio. El 1.° de enero de 1808 se juntaron, según costumbre, en la ermita, los capitulares y los escribanos de número para dar fe del acto, á fin de proceder, entre otros nombramientos, al de dos alcaldes, uno por el llamado estado noble y el otro por el de hombres buenos. Reunida la asamblea y presenciando los vecinos el acto, trajeron el arca donde se conservaban las bolsas que contenían lo que el acta llama tejuelos, en los que estaban metidos los nombres de los que podían desempeñar los cargos, pues el procedimiento que se seguía era el de la desinsaculación, que mucho contribuiría á la pública tranquilidad si á él volviéramos, pues acabaría con diputados y concejales de oficio. Abierta el arca se sacó una bolsa con una etiqueta que decía: «Alcaldes por el estado noble,» y al meter en ella la mano un niño para extraer un nombre, se notó que se había olvidado poner los tejuelos. Reparóse la falta no sin alguna leve protesta; sacó el niño un tejuelo, del que se extrajo la cédula, que fué entregada al alcalde saliente, quien leyó el nombre de Andrés Torrejón; y como nadie le pusiera óbice, quedó proclamado alcalde por el estado noble á disgusto del interesado, quien trató de excusarse alegando su avanzada edad, y por si esto no bastase, también alegó que era deudor al pósito; mas no le valieron las excusas, y aquel mismo día se vió obligado á tomar posesión de la vara, convirtiéndose en Alcalde de Móstoles (1).

El 2 de mayo de 1808 se hallaba en Madrid un sacerdote nacido en Móstoles, llamado D. Fausto



GUERRA DE CUBA. - Clínica de heridos en el Hospital Militar de Santiago de Cuba
(de fotografía de D. Aurelio Ferrer)

(1) Por ser documento curioso, histórico é inédito, y por saberse tan poco de Andrés Torrejón, á pesar de su notoriedad, insertamos el acta de las elecciones verificadas en Móstoles el día 1.° de enero de 1808, de la cual nos facilitó copia D. Mariano Torrejón. Dice así:

Desinsaculación. En la villa de Móstoles, á primero de Enero de mil ochocientos ocho, los señores don Felix de Olarte y Manuel Lucas, Alcaldes ordinarios por sus respectivos estados; don Juan Antonio Ortiz de Acedo y Segundo Martínez, Regidores por los mismos; Juan Hernández, Diputado, y José Rodríguez, procurador Síndico general, los mismos que componen este Ayuntamiento, con la asistencia de nosotros los Escribanos de número y Ayuntamiento, (con la asistencia) pasaron sus mercedes á la Capilla de Nuestra Sra. de los Santos, intramuros de esta dicha villa, sitio acostumbrado para estos actos de desinsaculación, á la cual concurrieron igualmente á virtud de citación los capitulares que han sido don Alfonso García de Sena, Gabriel Encinas, Marcos Rodríguez, Simón Montero y Simón Hernández, todos vecinos de esta villa, y habiéndose bajado el arca de donde se hallaba, introducidas las Bolsas con los tejuelos para el nombramiento de Justicia para el corriente año, habiéndola abierto y sacado la Bolsa donde dice «Alcaldes por el Estado Noble,» á cuyo estado entraron á este acto, Pascual Torrejón y Juan Montero, dos de los citados vecinos y capitulares de esta villa; y continuando el mismo acto y abriendo la citada Bolsa y metido la mano un chico de corta edad, se halló no había en ella tejuelo ni nombre alguno. En cuyo estado se profirió por don Alfonso García de Sena que protesta no estén los dos sujetos del estado Noble en esta Bolsa, según lo propuesto por el Alcalde mayor al Real y Supremo consejo. Y seguidamente se sacó la Bolsa que dice: «ponentes para Alcaldes por el estado Noble de desinsaculación,» y sacado por dicho niño un tejuelo, se halló introducido en él una cédula, y habiéndosela entregado al señor Alcalde la leyó y halló en dicha cédula el nombre de Andrés Torrejón, por lo cual y no habiéndosele puesto óbice ninguno, quedó electo para Alcalde del estado Noble. Y seguidamente se sacó la Bolsa de Alcaldes por el estado de hombres buenos, y habiéndola meneado y metido el mismo niño la mano y sacado un tejuelo y entregádosele al mismo señor Alcalde, sacó la cédula que tenía introducida y se halló el nombre de Simón Hernández; el que



GUERRA DE CUBA. - DEFENSA DE UNA TRINCHERA POR FUERZAS DE LA CONSTITUCIÓN EN EL ALTO SONGO (de fotografía de D. Aurelio Ferrer)

Frayle y González, quien horrorizado de lo que había visto salió escapado de la capital y cayó como una bomba en el pacífico y tranquilo pueblo, con la noticia de la sangrienta y heroica jornada. Vivía entonces retirado en Móstoles, deseoso de tranquilidad y reposo, el asturiano D. Juan Pérez Villaamil, quien entre otros elevados cargos había desempeñado el de secretario del Almirantazgo, y á él acudió el alcalde Torrejón en demanda de consejo, en vista de la efervescencia producida por el relato de Frayle. El que le dió Villaamil fué que convocase á reunión al ayuntamiento, mientras él salía á la carretera de Madrid á Badajoz por si veía á alguien procedente de la corte á quien interrogar, para confirmar la noticia en todas sus partes ó atenuarla, pues la importancia del suceso requería cerciorarse antes de tomar acuerdo. Al poco rato de estar en la carretera, vió Villaamil á un hombre de traza sospechosa, el cual fué detenido; y como sus respuestas resultasen incoherentes, se le registró, encontrándosele una comunicación de los franceses que no dejaba lugar á duda respecto de lo ocurrido en Madrid. No necesitó más D. Juan para ir al ayuntamiento, y deseoso de que la noticia circulase con rapidez, propuso el envío á los alcaldes de los pueblos vecinos del parte famoso, si había quien se atreviese á redactarlo, pues no ocultó la gran responsabilidad que ante los franceses contraería el que tal hiciera. El anciano Torrejón debió contestarle esto ó cosa parecida: «Dicte el parte y yo pongo lo que diga.» Dictó Villaamil y el Alcalde escribió de su puño y letra: «2 de mayo de 1808. Madrid perece víctima de la perfidia francesa. ¡Españoles, acudid á salvarle! – El Alcalde de Móstoles.» Parece que si Torrejón no conocía el miedo, tampoco conocía muy á fondo la ortografía, cosa nada rara en un labrador, pues es tradición que escribió *vitima*.

En el sorteo llamado de desinsaculación, verificado el 1.º de enero, fué designado para alcalde por el estado de hombres buenos, al mismo tiempo que Andrés Torrejón lo era por el estado noble, Simón Hernández, maestro de postas de Móstoles, quien en cuanto estuvo redactado el parte, lo entregó á su hijo Antonio, con orden de que lo circulara; de modo que dos eran los alcaldes de Móstoles, y si el uno es famoso por haber escrito el celebérrimo documento, merece serlo el otro por haberle dado curso. Montó Antonio á caballo y de un trote llegó á Navalcarnero, á cuyo alcalde dió á leer el parte; y como es natural que los de Navalcarnero preguntaran mucho y el mensajero no fuera escaso de palabras, puede suponerse que aunque lo sucedido el 2 de mayo no necesitara el aumento de la exageración, se lo diera Antonio, quien volvió á montar á caballo; hizo en los demás pueblos lo que en Navalcarnero, y no paró hasta Badajoz, donde terminaba la carretera. Dice el conde de Toreno en su historia del «Levantamiento, Guerra y Revolución de España» que la noticia «cundió creciendo de boca en boca, y en tanto grado exagerada, que cuando llegó á Talavera pintábase á Madrid ardiendo por todos sus puntos y confundido en muertes y destrozos.» Tan extraordinario fué el efecto producido por el parte y los comentarios, que algunos extremeños se presentaron con armas y palos en Móstoles para librar á Madrid de los franceses, según persona que los vió refirió al secretario don Manuel Torrejón, quien me dijo en Sobrón que había conocido á D. Fausto Frayle y González, que fué el primero que dió noticia del 2 de mayo en Móstoles, fallecido precisamente en la misma fecha en 1865, á la edad de ochenta y nueve años; y también á Antonio Hernández, que fué el que circuló el parte y murió de edad muy avanzada, siendo conocido por Antonio el Postillón.

Cuando durante la guerra pasaban los franceses por Mósteles, sus vecinos se refugiaban en la ermita de Nuestra Señora de la Salud, situada á unos tres kilómetros del pueblo, en el pradillo de San Marcos y á orillas de un arroyo. A esta ermita iban en romería los de Móstoles el 25 de abril, festividad de San Marcos evangelista, y se hacía una distribución de pan y queso á cada vecino que asistía á la fiesta, pero también se llevaba una cadena para traer con ella atado al pueblo al que se emborrachara ó alborotase, con lo cual no había borracheras ni pendencias.

D. Andrés Torrejón dejó de ser alcalde al terminar el año, pues no había reelección, dado el procedimiento que se seguía para el nombramiento, y falleció en Móstoles el 16 de agosto de 1812, á los setenta y siete años cumplidos de edad. En el libro

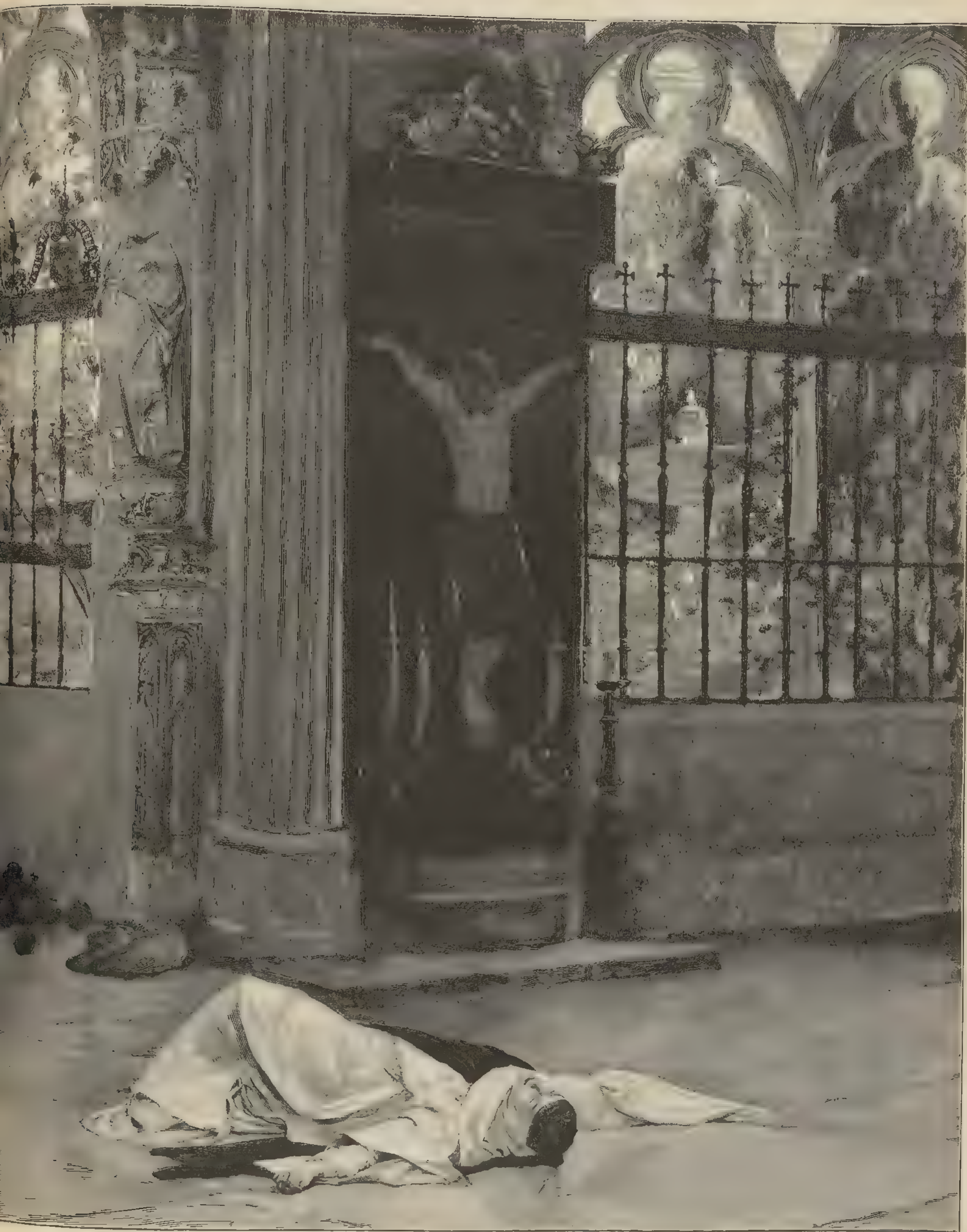
no habiéndole puesto tacha alguna quedó electo para Alcalde Ordinario por el estado de hombres buenos; y seguidamente se sacó la Bolsa para Regidor en depósito por el estado Noble, y habiéndola meneado y metido el mismo chico la mano y sacado un tejuelo que tenía introducido una cédula, se halló en ella el nombre de Antonio Alrn de Carlos, el que quedó electo por tal Regidor en depósito por el estado Noble; y seguidamente se sacó la Bolsa de Regidores en este año por el estado general, y habiéndola meneado, metió la mano el citado chico, y sacado un tejuelo y visto la cédula que tenía introducida, se halló el nombre de Manuel Montero de Manuel, el que quedó electo por tal Regidor en este año por el estado general; y seguidamente se sacó la Bolsa de procurador Síndico general en depósito por el estado Noble, y habiéndola meneado y metido dicho niño la mano y sacado un tejuelo y entregádosele á su merced, halló el nombre de José Salazar, el que quedó electo por tal procurador Síndico general; y sacada la Bolsa de Alcalde de la Santa Hermandad en depósito por el estado Noble, y sacado un tejuelo por el mismo niño y entregádosele á su merced, halló en él una cédula con el nombre de Fernando Frutos, el que quedó electo por tal Alcalde de la Santa Hermandad en depósito por el estado Noble; y habiendo sacado la Bolsa de Alcaldes de la Santa Hermandad por el estado general, y meneádola, metió dicho niño la mano, y sacando un tejuelo se halló introducida una cédula con el nombre de Juan Godino, el que quedó electo para Alcalde de la Santa Hermandad por el estado general; en cuyo estado quedó concluído este acto que firmaron sus mercedes junto con los concurrentes, de todo lo cual nos los Escribanos damos fe (Siguen las firmas). – Móstoles 21 de Septiembre de 1892. – Es copia. – Mariano Torrejón.»



GUERRA DE CUBA. - GUERRILLA VADEANDO EL GUANINICUM (de fotografía de D. Aurelio Ferrer)



UN EPISODIO DEL SITIO DE ZARAGOZA EN



8, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE CÉSAR ÁLVAREZ DUMONT

octavo de defunciones, folio 150 vuelto y siguiente, se halla la partida de defunción de «El heroico Andrés Torrejón», y al margen una nota que tiene la fecha del 17 de agosto, nota que parecerá extraña si no se recuerda el hambre que se padeció en Madrid y alrededores á consecuencia de la guerra, y la significación que en ésta tuvo el difunto. Dice así: «Certifico que en los meses anteriores de este presente año llegó á valer la fanega de trigo á 540 reales, la de algarrobas á 420 reales, siendo estas especies de granos las únicas que se encontraban, y por consiguiente el pan de dos libras llegó á valer en este pueblo á 11 reales, con la advertencia de que este llamado pan era compuesto de salvado, ceniza, yeso, ladrillo y otras penitencias, de cuyo veneno y de tan grande hambre se ha seguido la muerte de tantas personas como constan en este libro desde el marzo próximo anterior; llegaron á tal extenuación los cuerpos de estos muertos, que andando caían exánimes. Dios nos libre de otra semejante. D. Josef Alvarez Vázquez.» Tiene una rúbrica, y después de la rúbrica: «Nota 2.ª Este Andrés Torrejón, q. D. h., fué el invicto *alcalde* que el día 2 de mayo de 1808 declaró el primero la guerra en España á Napoleón I, emperador de Francia, y proclamó la independencia nacional. R. I. P.» Para formarse idea de las víctimas que causó el hambre en Móstoles, citaremos las siguientes cifras: en tiempos normales eran de 40 á 50 anuales las defunciones, y el año 1812 aparecen inscritas en el libro parroquial, desde 1.° de abril á 16 de agosto, 140, cifra aterradora y que prueba á qué extremo de miseria se había llegado. Los de Móstoles conservan la tradición, sienten el orgullo del hecho y han dado los nombres de Torrejón, Simón Hernández y Villaamil á las calles en que vivieron. No se posee ningún retrato auténtico del Alcalde, y el publicado por un periódico se hizo aprovechando el parecido á D. Andrés que tenía uno de la familia, según afirmaban los que á aquél conocieron. No ha mucho vivía en Madrid su nieta doña Celedonia, á quien sostenía su hijo, que pertenece á la Administración militar de Marina y entonces estaba en la Habana. De otro hijo de D. Andrés descienden dos biznietos, residente uno de ellos en Móstoles y el otro en Madrid, donde por imposibilidad de ambas manos, que no le permite ocuparse en otra faena, se dedica á vender agua en los paseos, siendo de lamentar que el gobierno no haya sabido encontrar para él una plaza de portero ó de ordenanza.

Las víctimas del 2 de Mayo tienen un monumento, así como Daoiz, Velarde y el teniente Ruiz, con los cuales se honra el ejército todo y en particular los cuerpos de artillería é infantería; pero no lo tiene el pueblo, principal héroe de aquella jornada y de la guerra de la Independencia, y merece que se le erija personificado en el famoso Alcalde de Móstoles, que es un tipo popular y acabará por serlo legendario.

TEODORO BARÓ

NUESTROS GRABADOS
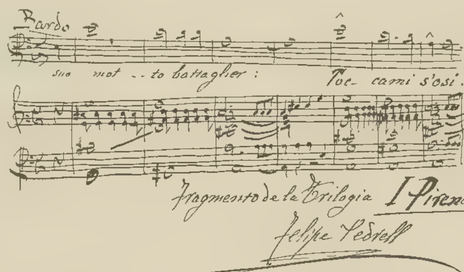
El general Hernández Velasco.—Este bizarro militar nació en Motril en 1847, hizo los estudios de su carrera en el colegio de Toledo y á poco de salir de él se encontró en la batalla de Alcolea y fué ascendido á teniente. Batióse después en Cataluña contra los carlistas, habiendo sido herido y obtenido el empleo de capitán. Pasó luego á Cuba, donde tuvo ocasión de distinguirse en muchos combates, y regresó á España de comandante. Un año prestó sus servicios en el ministerio de la Guerra; volvió á Cuba, en donde, ya teniente coronel, desempeñó importantes mandos; al ascender á coronel en 1895, fué destinado á su instancia, al iniciarse la actual guerra, á las columnas que operan contra los insurrectos, mereciendo por su bravura y brillante comportamiento el ascenso á general de brigada y el mando de la columna á cuyo frente estaba el general Luque, herido en la acción de Paso Real. El 29 del pasado marzo, Hernández Velasco, que venía operando en la provincia de Pinar del Río contra los rebeldes mandados por el cabecilla Ríus Rivera, sucesor de Maceo, consiguió sorprenderle en Cabezadas de Río Hondo, donde se hallaba atrincherado, y tras breve pero empeñada lucha, le hizo prisionero juntamente con el cabecilla Bacallao, titulado jefe de Estado mayor, prestando así un servicio de grande importancia, puesto que ha contribuído á quebrantar más y más la ya decaída insurrección en aquella provincia.



El general de brigada D. CÁNDIDO HERNÁNDEZ VELASCO que hizo prisionero al cabecilla Ríus Rivera el 29 de marzo último

La guerra de Cuba.—Merced á la diligencia de nuestros corresponsales de aquella isla podemos hoy aumentar con seis nuevos grabados, reproducción de otras tantas fotografías, la serie de los que venimos publicando referentes á la lucha que allí sostienen nuestras tropas. Juzgamos ocioso hacer una descripción detallada de lo que cada uno de ellos representa, pues los títulos que llevan al pie así como su examen bastan para la mejor inteligencia de su asunto. El sexto de dichos grabados es el retrato, tomado asimismo de una reciente fotografía, del general de brigada D. Cándido Hernández Velasco.

El maestro D. Felipe Pedrell.—«Los Pirineos,» esa hermosa trilogía del ilustre vate catalán D. Víctor Balaguer, sirvió al eminente maestro Pedrell para producir una obra musical de extraordinario aliento, manifestación elocuente de su valía. A ella debe el honroso calificativo de el *Wagner español* con que le denominan sus compañeros y los musicógrafos de Europa, quienes admiran en la magistral obra de Pedrell la inteligente adaptación de los elementos de la estética alemana al sentimiento musical de nuestro país, que es uno de los medios de expresión del *genio latino*.





El maestro FELIPE PEDRELL, autor de la música de la trilogía «Los Pirineos,» poema de D. Víctor Balaguer

Boito, Verdi, Mascagni y Tebaldini prohijaron con entusiasmo la obra de nuestro querido amigo, ejecutándose por primera vez el prólogo de *Los Pirineos* por la Academia *Benedetto Marcello*, de Venecia, el día 12 de marzo último. Allí, en la poética ciudad de los Dux, entre los vítores de sus compañeros y los calurosos aplausos de los espectadores, tuvo lugar la consagración de la obra de Pedrell y el reconocimiento de sus méritos.

Difícil es exponer en breve espacio la importancia y significación de la totalidad de la ópera á que nos referimos. Basta consignar que la trilogía de D. Víctor Balaguer, ese canto épico en que tan admirablemente se pinta la íntima unión de los pueblos que expresaban sus ideas en la misma lengua y que alentaban por idénticas aspiraciones, la caballeresca Provenza y la generosa Cataluña, ha dado lugar á Pedrell para escribir una producción robusta y vigorosa, inspirada en ideales nobilísimos, que si de momento no interesan á nuestro público sugestionado por el apasionamiento artístico, llegará en plazo no lejano á apreciarse en todo su valor. Entonces, y sin reserva de ningún género, se tributará á Pedrell el homenaje á que tiene derecho, que por desgracia retardan sus émulos en nuestro país.

Próximamente se ejecutará en el Gran Teatro de la Scala de Milán la totalidad de la obra, cuyas decoraciones pinta en estos momentos el hijo de una de las más justificadas glorias españolas, Mariano Fortuny, el eximio pintor reusense. Barcelona, en donde se escribió la obra, y Madrid, en donde fué premiada y se contrajo el compromiso de ejecutarla, recibirán esta nueva lección de la caballerosa Italia, que siempre grande y generosa, acoge y patrocina el mérito, sea cual fuere su procedencia y nacionalidad.

Reciba Pedrell el sincero pláceme que le tributamos y el testimonio de nuestra consideración.

Un episodio del sitio de Zaragoza en 1808, copia del celebrado cuadro de César Alvarez Drumont.—«Jamás he visto, señor, un encarnizamiento igual al que muestran nuestros enemigos en la defensa de esta plaza. He visto á las mujeres dejarse matar delante de la brecha. Cada casa requiere un nuevo asalto...» «El sitio de Zaragoza en nada se parece á nuestras anteriores guerras. Para tomar las casas nos vemos precisados á hacer uso del asalto ó de la mina. Estos desgraciados se defienden con un encarnizamiento de que no es fácil formarse idea. En una palabra, señor, esta es una guerra que horroriza. La ciudad arde en estos momentos por cuatro puntos distintos y llueven sobre ella centenares de bombas; pero nada basta para intimidar á sus defensores...»

Así escribía el mariscal Lannes al emperador Napoleón, dándole cuenta de las dificultades con que tropezaba para apoderarse de Zaragoza y haciendo en pocas palabras la más brillante apología del heroísmo y constancia de los zaragozanos. A falta de otros baluartes, extremaron éstos su resistencia en los conventos, algunos de los cuales, como los de Capuchinos y las Descalzas, perdieron y recobraron varias veces y haciendo inútiles los furiosos ataques que los franceses dieron á los de San Agustín y Santa Mónica.

La defensa de uno de estos conventos ha inspirado al notable pintor Sr. Alvarez Drumont el bellísimo lienzo que reproducimos en nuestro grabado, tratando el asunto con vigorosos tonos, inimitable movimiento y un carácter local tan acertado como sólo puede representarlo un artista español de tan reconocido mérito, condiciones todas que le han valido justificados plácemes por tal obra.

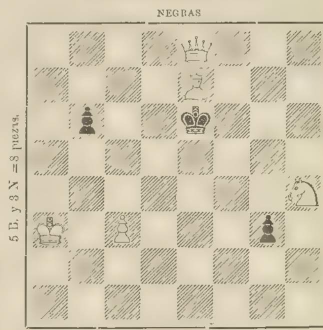
En el estanque del Retiro, dibujo de A. Lavernia.—Los antiguos jardines del Buen Retiro, en la actualidad Parque de Madrid, son el paseo favorito de los habitantes de la coronada villa, y de ellos con especialidad las inmediaciones del estanque grande, donde se reunen las damas elegantes cuando no prefieren pasear en coche. La época actual, con sus deliciosos días primaverales, atrae más concurrentes á aquellos jardines, viéndose junto al estanque grupos ó familias como la que por manera tan vistosa ha reproducido en su dibujo el lápiz del estudioso artista Sr. Lavernia.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 67, POR JOSÉ BELTRÁN

([illegible] Carreño)

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 66, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. A 2 C D	1. T toma A (*)
2. A 3 C D	2. T toma A ú otra.
3. D 8 T R ó A 5 D mate.	

(*) Si 1. P toma P; 2. A 2 A D y 3. A 4 R mate; — y si 1. C negro juega; 2. A 3 A R jaque, P cubre; 3. A toma P mate. La amenaza es 2. A 3 C D y 3. A 5 D mate.



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE LA NOTABLE ESCRITORA ALEMANA EUGENIA MARLITT





DURANTE todo el día había nevado tan copiosamente y con tal constancia y tal regularidad, que los tejados y las cornisas de las casas estaban cubiertos de una espesa capa de inmaculada blancura. La noche presentaba todas las señales de un siniestro huracán, y el viento que se había levantado ahuyentaba los copos de nieve esparcidos, que huían ante su furor cual bandada de palomas perseguidas por un ave de rapiña.

Aunque el tiempo fuese tal que los sensibles habitantes de una pequeña villa no hubieran querido exponer su perro, ni mucho menos su preciosa persona, á las intemperies de la calle, no por eso había disminuído de una manera notable el movimiento de transeuntes que circulaban entre seis y siete de la noche á través de las calles de la capital B... Las llamas del gas sustituían á las claridades del cielo, y en la confluencia de las principales arterias de la ciudad los carruajes se cruzaban con rapidez peligrosa para los peatones; éstos se veían obligados á hacer prodigios de velocidad, y cuando gracias á un brusco salto alcanzaban un refugio provisional, veían, conducidos por soberbios caballos, en primer lugar cocheros cuidadosamente envueltos en sus majestuosas pieles, y después, detrás de las ventanillas de los carruajes, herméticamente cerradas, damas elegantes, ostentando sus cabezas coronadas de flores sobre ondas prodigiosas formadas por las faldas de sus vestidos de gasa. Relojeros silenciosos, entregados pacientemente á su trabajo; dependientes de comercio con caras risueñas; flores artificiales dispuestas en guirnaldas y ramos, colocadas junto á otras naturales que habían servido de modelo para crearlas; todo esto se ostentaba, vivía, trabajaba y agitábase detrás de los grandes cristales de los almacenes, que oponían una barrera infranqueable entre la atmósfera exterior y la cálida temperatura de la tienda. Las numerosas luces de los almacenes difundían sus claridades en las aceras, señalando las narices enrojecidas ó amoratadas por el frío, el pestañeo de los ojos molestados por el aire, los movimientos rápidos y la expresión de disgusto, en general, de los transeuntes.

Pero no, no *todos* tenían esta expresión. De una callejuela vecina salió una joven con paso elástico y ligero: el mantón, estrecho y demasiado corto, que la servía de abrigo, indicaba miembros delgados; el viejo manguito, oprimido contra el seno, sujetaba la extremidad de un gran velo negro deslucido, debajo del cual sonreía la dulce mirada de una mujer en todo el brillo de su fresca juventud; y esta mirada fijábase alegre en los capullos de las rosas y en los sombríos ramos de violetas que se ostentaban en los escaparates de las floristas, ocultándose tan sólo bajo largos párpados en el momento en que la tempestad, redoblando su furia, arrebataba y arrastraba con los copos de nieve pedacitos de hielo endurecidos y puntiagudos.

Aquel que no ha oído jamás á una niña, y hasta á una persona mayor, cuya inteligencia debería estar desarrollada, comenzar con aplomo en el teclado de un piano una melodía bien conocida, interrumpir después seguidamente el hilo musical con una disonancia imprevista, monstruosa..., ensayar luego en falso todos los tonos, excepto el que se debería producir, mientras el profesor, desorientado, detiene indefinidamente la mano que llevaba el compás ó la deja caer de nuevo vacilante; aquel cuyos nervios auditivos han sufrido este suplicio comprenderá que la joven de quien nos ocupamos en este momento acogiese con placer el cierzo glacial que enfriaba sus mejillas ardientes, y que los mugidos de la tempestad, desencadenando su furor, equivaliesen para ella á los sonidos del órgano y hasta á los de un arpa eólica, porque acababa de dar lecciones de música durante dos horas en un colegio.

La joven, pues, andaba con paso ligero, tan indiferente al huracán como á las oleadas humanas entre las cuales atravesaba, y bien puede afirmarse que en la calle, expuesta á la intemperie, hubiera hecho exactamente lo mismo que si se hubiese hallado en un salón; es decir, que habría saludado con radiante sonrisa y una graciosa inclinación de cabeza al lector á quien la hubiera presentado, pronunciando su nombre: señorita Isabel Ferber. Desgraciadamente, esta presentación es imaginaria, lo cual me contraría tanto más cuanto que pensaba referir al lector el pasado de la joven, cuya existencia acabo de señalar á su atención.

El Sr. Rodolfo de Gnadewitz era el último descendiente de una familia célebre por su opulencia, y cuyo origen se remontaba á esos tiempos fabulosos que van perdiéndose en una densa bruma..., esos tiempos en que el tráfico estaba reducido á la buhonería, y en que el negociante transportaba de castillo en castillo los brocados de seda que servían para vestir á las castellanas, las telas para cortar las banderas que flotaban en medio de los torneos, y las alhajas fabricadas para engalanar á los hombres y á las mujeres... De aquella edad de oro databa la introducción de una rueda en el escudo de armas de los Gnadewitz. Uno de los individuos de esta familia, que se había distinguido particularmente por el robo á mano armada, se vió obligado á expiar en la rueda las fechorías y matanzas á que solía entregarse. Esto fué una gran injusticia, que estuvo á punto de sublevar á toda la nobleza del país, pues al fin y al cabo la rueda no era suplicio noble, y después de todo, el ajusticiado no había hecho más que derramar sangre de traficante, que no valía más que el agua. Por eso el héroe expoliador no dejó una sola mancha en su árbol genealógico, y su familia, por una especie de bravata, que se consideró de muy buen gusto y de gran tono, puso en su blasón la rueda que Gnadewitz había ennoblecido.

El Sr. Gnadewitz, último vástago de su familia, era chambelán en la corte del soberano del principado de X...; estaba condecorado con gran número de cordones de todos colores, cruces de todas dimensiones y formas, y además poseía la *distinción*, patrimonio inalienable, según él, de todo hombre bien nacido. En rigor, esta distinción no era sino una especie de compasión desdeñosa y de indiferencia despreciativa respecto á todas las cuestiones de moral y todos los casos de conciencia. Desde este punto de vista, en efecto, esa especie de *distinción* no puede pertenecer jamás á los descendientes de aquellos que han sufrido por el abuso de la fuerza, que han luchado y dado su vida para ver al fin la aurora del día en que la equidad para todos debía sustituir á los privilegios de algunos.

El Sr. Rodolfo de Gnadewitz era tan fastuoso como su abuelo, que había abandonado el antiguo castillo de Gnadewitz, situado en las montañas de Turingia y cuna de su familia, para erigir en el valle una morada fantástica de estilo italiano. El nieto abandonó aún más completamente que él la antigua mansión de la montaña, y embelleció de una manera notable el nuevo castillo, aumentando su importancia. El Sr. Gnadewitz no dudaba, al parecer, ni un solo instante que su posteridad sería eterna; esperaba sin duda que á su alrededor crecerían innumerables vástagos; y no se necesitaba menos para poblar los nuevos edificios. El Sr. de Gnadewitz tenía un hijo, el cual, llegado á la edad de veinte años, prometía tan cumplidamente ser un verdadero Gnadewitz, que su antecesor, el que inventó poner la rueda en el escudo de la familia, hubiera palidecido ante aquel heredero de su nombre. Por desgracia, en ocasión de efectuarse la primera gran cacería del otoño, el joven asestó un tremendo golpe con el mango de su látigo en la cabeza de un montero que había pisado por descuido la pata del perro favorito del Sr. de Gnadewitz hijo, y este acto estúpido tuvo por consecuencia inutilizar completamente al can para tomar parte en aquella expedición cinegética. Poco después, el joven Juan de Gnadewitz, no solamente figuró en el gran árbol genealógico de la familia, sino que también en

uno del bosque, del cual estaba suspendido por medio de una gruesa cuerda muy nueva, pasada alrededor de su cuello. El montero, brutalmente herido, se había vengado; y aun cuando pagó su crimen con la vida, no pudo esto resucitar al último de los Gnadewitz. Con él terminaron bruscamente las cacerías, las orgías y los escándalos de toda especie con que se daba á conocer en el país.

Después de aquella espantosa catástrofe, el señor de Gnadewitz abandonó el hermoso castillo del valle, que había embellecido y ensanchado tan cuidadosamente, y hasta dejó aquel país funesto para retirarse á Silesia, á una de las numerosas propiedades que allí poseía. Desde allí envió á buscar á una parienta lejana, también la última de la descendencia, para que le cuidara y gobernase su casa. Ahora bien; la parienta estaba dotada de una belleza angelical, y el Sr. de Gnadewitz, olvidando los dolores pasados, las desgracias que le habían conducido á buscar refugio lejos de su país, y juzgando, en una palabra, que su inmensa fortuna era más que suficiente para hacer olvidar los sesenta años de su edad, pensó en un matrimonio. Hoy día, este proyecto no se hubiera juzgado extravagante é inmoral: poco importa á las jóvenes la edad del marido con tal que proporcione el bienestar á las que sin él se verían obligadas á trabajar, ó los trajes y joyas á las que de otro modo deberían privarse de algunos de estos objetos; pero en aquellos tiempos y en aquel país de costumbres primitivas no sucedía así... El poderoso señor supo, con profunda indignación, que podía darse el caso de que un Gnadewitz no fuese admitido por una joven á quien propusiera el honor de llevar su nombre; júzguese, pues, cuál sería su resentimiento cuando la joven le anunció que había dado su corazón á un oficial, hijo de uno de sus propios guardabosques.

El oficial no poseía más que su espada, su juventud, su fuerza y su gracia; pero había adquirido por sí propio una sólida instrucción, y tenía los más elevados sentimientos y el carácter más digno de afecto y respeto. El Sr. de Gnadewitz, después de oir aquella confesión, abandonó á su parienta, y ésta se casó con el joven Ferber... Durante diez años consideróse como la esposa más feliz de la tierra, y no habría cambiado su obscuridad por la corona de una reina; pero en el undécimo los dos esposos debieron sostener una lucha penosa... Ferber se vió obligado á optar entre dos deberes igualmente sagrados á sus ojos: uno era el que su padre le había enseñado con palabras y actos desde su más tierna infancia: *Debes amar á tu prójimo como á ti mismo, y más aún á tus compatriotas.* El otro deber, aunque concebido más tardíamente, pero aceptado por el militar con todo conocimiento de causa, le ordenaba obrar conforme al juramento de fidelidad prestado á su príncipe. En este conflicto, el deber más antiguo fué el que se antepuso, pues sus raíces penetraban á mayor profundidad en el corazón de Ferber; éste no pudo resolverse á matar á sus hermanos, á sus compatriotas, á quienes debía amar más que á sí propio; pero le costó su porvenir... Presentó la dimisión, y hallóse, en la fuerza de la edad, sin carrera y sin fortuna, presa de una enfermedad que duró largo tiempo, originada probablemente por la lucha moral que había sostenido. Cuando al fin pudo abandonar el lecho donde había estado tan largo tiempo, dirigióse con su familia á B..., y allí obtuvo, después de penosas diligencias, una plaza de tenedor de libros en una importante casa de comercio. Ya era hora..., la escasa dote de María Ferber se había agotado hacía largo tiempo para cuidar al enfermo y alimentar á su familia; y sin el generoso auxilio, sin las reiteradas remesas de metálico hechas por el hermano mayor y único de Ferber, guardabosque en Turingia, la familia hubiera conocido mucho antes las angustias y los horrores de la miseria.

Desgraciadamente, esta felicidad no debía ser duradera. El jefe de Ferber pertenecía á esa secta bien conocida cuyos actos están en constante desacuerdo con las palabras; su lenguaje es caritativo, humilde y expresa lógicamente su desinterés respecto á los bienes y las vanidades de este mundo; pero en sus actos se revela, por el contrario, la dureza, la sequedad para los que dependen de ellos, el orgullo que les inspira su impecabilidad, la sed insaciable de honores y dinero, y sobre todo y ante todo, una intolerancia implacable para todos los que no participan de sus convicciones; Ferber no era hipócrita, y puesto en el caso de obrar como su jefe, parecióle que esto era imposible; y el digno Sr. Hagen, su jefe, no tuvo punto de reposo hasta que le hubo sustituído. La ocasión se presentó muy pronto, y el Sr. Hagen, retirando á un padre de familia todo medio de subsistencia, experimentó una especie de satisfacción que calificó de piadosa... ¡No le condenemos; compadezcámosle; tampoco él sabía lo que hacía; también él, desconociendo el precepto de Jesucristo, alejábase de sus vías para caer en los errores de las pasiones humanas!


El testamento de Gnadewitz

Hacia aquella época, el Sr. de Gnadewitz fué á reunirse con sus antecesores, y como había tenido siempre muy buen cuidado de no dejar jamás impune un agravio inferido á su familia, el último capítulo de su vida, es decir, su testamento, estuvo en perfecto acuerdo con todos los actos de su existencia. Aquel testamento, cuidadosamente meditado, todo él escrito de su puño y letra y considerado por el señor de Gnadewitz como un monumento digno de atestiguar la firmeza de sus principios, legaba todo cuanto el donador poseía á un pariente lejano de su esposa, y terminaba con este párrafo:

«En consideración á los lazos de parentesco que existen entre nuestra familia y Ana María de Gnadewitz, ahora señora Ferber, le dejo el antiguo castillo de Gnadewitz, situado en Turingia; por este legado, Ana María Ferber será propietaria del edificio donde tomó nacimiento la familia de que tiene el honor de formar parte, y que contiene innumerables recuerdos de nuestra grandeza y poderío. Sabiendo que durante muchos siglos la prosperidad favoreció siempre esa antigua mansión, considero inútil agregar nada á tan preciosa herencia; pero si Ana María Ferber no la apreciase en su justo valor; si, desdeñando la significación del donativo, tratase de enajenarlo, y si, en una palabra, quisiera vender ó alquilar el antiguo castillo de Gnadewitz, téngase por nulo este legado. Ana María Ferber perderá todo derecho, y en tal caso dejo el citado castillo para el hospicio de huérfanos de la ciudad de L...»

Ferber y su esposa no habían visto nunca el antiguo castillo de Gnadewitz; mas era un hecho de notoriedad pública que ya estaba reducido á una ruina. Había pasado medio siglo sin que se hiciera en él ninguna reparación, y cuando se construyó, amuebló ó embelleció el nuevo, se habían tomado sin cesar en el antiguo edificio todas las colgaduras y todos los muebles, despojándole hasta de las planchas de cobre que cubrían los tejados. Hacía medio siglo que los cerrojos y las macizas cerraduras de las antiguas puertas no se habían tocado, y el orín y el polvo parecían haberlos sellado para siempre. Los inmensos bosques que rodeaban la vetusta mansión se habían ensanchado holgadamente, extendiendo sus raíces y sus ramas á través del castillo, y éste se hallaba cercado por los árboles como una momia circuida por sus ligaduras.

El feliz legatario universal de la fortuna del señor de Gnadewitz, muy contrariado al ver aquella ruina elevarse en el centro de su más hermoso bosque, hubiera comprado de muy buena gana la posesión á costa de un sacrificio de dinero; pero la breve cláusula contenida en el párrafo referente al castillo hacía absolutamente imposible toda proposición de este género.

La señora Ferber puso silenciosamente sobre el bufete de su esposo la copia de aquel testamento, que le había sido enviada, y sobre la cual sus ojos derramaron algunas lágrimas, después de lo cual continuó con redoblada actividad, casi febril, su labor de bordado, abandonada algunos instantes para enterarse del legado que se le había hecho. A pesar de sus múltiples diligencias, Ferber, no pudiendo encontrar otra colocación, habíase visto obligado á buscar la subsistencia de su familia en algunas traducciones míseramente pagadas, y á falta de este trabajo, en la copia de actas, ó en llevar la contabilidad de algunos contratistas de obras. Su mujer procuraba aligerarle la carga, trabajando, por su parte, en algunos bordados bien poco retribuídos.

Por sombrío que fuese el cielo que se extendía sobre aquella familia, una estrella brillaba, no obstante, y parecía prenda y promesa de bendiciones que suplían todas las prosperidades terrestres. Ferber tuvo el presentimiento de esta influencia bienhechora cuando se acercó por primera vez á la cuna en que se acababa de colocar á su niña, la primera que había nacido, y cuando fijó una mirada de ternura en su fino rostro, iluminado por ojos magníficos que ya parecían sonreirle. Todas las amigas de la señora Ferber, presentes en aquel gran acontecimiento, convenían en declarar que la niña recién nacida era una criatura admirable, cuyas facciones anunciaban una inteligencia sorprendente, y que tenía, en una palabra, algo de particular jamás observado en los demás niños, toda vez que éstos suelen venir al mundo con un color rojo vivo, que se convierte en violáceo cuando los gritos contraen sus facciones... Aquella niña tenía, por decirlo así, un aspecto casi sobrenatural, que hacía pensar involuntariamente en los seres elegidos y dotados por las buenas hadas para esparcir á su alrededor el consuelo y la felicidad.

Sostuvieron á la niña *en cuerpo* sobre la fuente bautismal, disputándose sobre cuál de ellas demostraría más ternura á la que era ahijada de todas, y juraron no olvidar jamás aquel día memorable... Sin duda hacían alusión á un proyecto de testamento ó de herencia muy lejana... El hecho es que cuando la desgracia comenzó á perseguir á Ferber, el egoísmo vino á borrar con su dedo inexorable aquel recuerdo conmovedor, y tan bien lo hizo que no dejó de él la menor señal.


Todas las amigas de la señora Ferber...

Este triste descubrimiento, con el cual se halló asociada Isabel, que entonces contaba nueve años, turbó muy poco su tranquilidad. Las hadas que habían tenido á bien ocuparse de ella en su nacimiento, según la suposición de sus entusiastas, pero olvidadizas madrinas, habían depositado en su cuna, entre otros dones, el muy inapreciable de una constante serenidad, unida con la voluntad más enérgica; de modo que recibió los pedazos de pan negro y duro de las manos maternales con el mismo agradecimiento y satisfacción que expresara en otro tiempo á sus madrinas cuando la llevaban á porfía suculentos pasteles. Y en la fiesta de Navidad, al ver ante sí un mísero arbolillo sin bujías y adornado tan sólo con escaso número de manzanas rojas casi secas, ni siquiera se acordó al parecer de otros árboles de la misma fiesta profusamente iluminados y llenos de regalos y golosinas de toda especie.

Ferber educó é instruyó por sí mismo á su hija, la cual no salió nunca del hogar paterno para ir á una escuela ó á un colegio cualquiera, ni se alejó un momento de los padres que velaban sin cesar sobre aquella joven alma á fin de modelarla para el bien. Su inteligencia, tan viva, tan pronta, tan naturalmente ávida de conocer todo cuanto es bueno, se desarrolló de una manera prodigiosa en aquella atmósfera de instrucción formal. Se entregó con ardimiento al estudio, porque el deber se había revelado á ella en su majestuoso esplendor, y quería ante todo contentar á sus padres y estar en paz con su conciencia. En cuanto á la música, consagróse á ella con el afán que se pone al servicio de lo que representa una vocación que el mismo dedo de Dios nos ha señalado aquí bajo. Su madre fué la iniciadora; pero muy pronto aventajó á su maestra; y así como, siendo niña aún, abandonaba el pequeño rincón destinado á sus muñecas apenas observaba nubes más sombrías que de costumbre en las frentes de sus padres, para deslizarse sobre sus rodillas y distraerles pidiéndoles que le contaran un cuento, ahora que era casi una joven, abría sin ruido el piano, y sus dedos, recorriendo el teclado, hacían surgir melodías maravillosas en medio de su sencillez. Entonces el mal espíritu quedaba conjurado..., la música desvanecía los cuidados que atribulaban el alma de sus padres; la niña prestaba consuelo y reanimaba los corazones abatidos, para los

cuales únicamente vivía. Su talento maravilloso fué conocido muy pronto de los demás habitantes de la casa, que se callaban todos apenas oían su piano, á fin de no perder nada de la música. Muy pronto le propusieron algunas discípulas, y al fin fué admitida para dar lecciones en un colegio, lo cual le permitió atenuar los más apremiantes apuros de su familia.

Hecha esta digresión, reanudemos el curso de la narración empezada, y sigamos á la joven, que volvía apresuradamente á la casa paterna, sin cuidarse de las ráfagas de viento ni de la nieve.



II

Mientras avanzaba á través de las calles rectas brillantemente iluminadas y de las obscuras callejuelas tortuosas, Isabel se representaba el cuadro que se ofrecía siempre á sus ojos cuando traspasaba el umbral de la puerta de su casa. En primer lugar veía á su padre, siempre sentado delante de su bufete, lleno de papelotes, iluminado por la luz de una pequeña lámpara provista de pantalla verde; Ferber levantaba vivamente la cabeza, mostrando su rostro pálido, que revelaba el cansancio, y sonreía al reconocer el paso de su hija; después tomaba con la mano izquierda la pluma que había corrido infatigable sobre los pliegos de papel durante todo el día, y con la otra, aunque cansada, hallaba bastante vigor para atraer hacia sí á su hija querida para besar su frente. Su madre, con la canastilla de labor á sus pies, y siempre sentada junto á su esposo, á fin de estar lo más cerca posible de la débil luz proyectada por la lámpara, recibía á Isabel con una sonrisa de ternura, señalándole con la mano sus zapatos, que había puesto á calentar para que la *niña* no estuviera con el calzado húmedo. Sobre la plancha abrasadora de la estufa se asaban algunas patatas, y en el rincón más obscuro veíase una tetera llena de agua caliente, junto á la cual se extendía un regimiento de soldaditos de plomo que acababa de alinear el pequeño Ernesto, niño de seis años, hermano único de Isabel.

Isabel debía subir cuatro pisos para llegar al estrecho y obscuro corredor que conducía á la habitación ocupada por su familia. Llegada á este pasadizo, se quitó el sombrero, tomó de un paquetito una gorrita de piel de color pardo y cubrió con ella su rubio cabello. De este modo hizo su entrada, siendo acogida por Ernesto con un grito de alegría.

Pero aquel día el cuadro no era del todo idéntico al que Isabel se había representado: su padre no estaba en el bufete; la mesa en que se ostentaba la tetera, en medio del ejército formado por la solicitud de Ernesto, hallábase bien iluminada, y en el canapé, de ordinario desocupado, veíase á los esposos Ferber uno junto á otro. Su fisonomía revelaba una animación particular, y aunque los vestigios de lágrimas fuesen visibles en el rostro de la señora Ferber, su hija comprendió muy pronto que habían corrido por efecto de la alegría. Isabel se detuvo en el umbral, muda de sorpresa, y su expresión seria contrastaba sin duda tan cómicamente con la toca que llevaba en la cabeza, que sus padres no pudieron reprimir una carcajada. Isabel se rió también, y puso la gorra de piel sobre el cabello negro y rizado de su hermanito.

– Esto es para ti, pequeñuelo, le dijo, cogiendo entre ambas manos la cara del niño y besándole con ternura... Y también traigo algo para mamá, continuó, con el rostro rebosando satisfacción y poniendo cuatro escudos de oro nuevecitos en la mano de su madre...

– ¡Hoy he cobrado mi primera paga en el colegio!, dijo. ¡Cinco escudos!... ¡Es muy hermoso! ¡Oh, qué contenta estoy!

– Pero Isabel, repuso la señora Ferber, atrayendo á su hija hacia sí y mirándola con sus hermosos ojos húmedos, la gorra del año pasado bastaba para Ernesto, y ciertamente necesitabas tú mucho más un par de guantes de abrigo que tu hermano una toca de piel.

– ¡Yo, mamá!.. ¡Toca mis manos y verás si están faltas de calor, aunque vengo de fuera!.. No, no, comprar guantes de abrigo para mí hubiera sido puro lujo. En cuanto á nuestro niño, ha crecido y ha engordado; su gorra no ha seguido este ejemplo, y en rigor ya no le entra. Bien ves que esta compra era, no solamente necesaria sino indispensable.

– ¡Querida y buena Isabel, exclamó el niño transportado de alegría, qué hermosa es mi nueva gorra! ¡Apenas tendrá el hijo del barón, aquel que vive en el piso principal, una tan magnífica! Me la pondré para ir de caza... ¿No es así, papá?

– ¿De caza?.., repitió Isabel riéndose. ¿Te propones, pues, tirar sobre los gorriones del jardín público?

– ¿En el jardín público?.. ¡Oh! No, no me lo permitirían... No es eso; iré á cazar en un bosque, un verdadero bosque, tan lleno de ciervos y liebres, que ni siquiera es necesario saber apuntar para que los animales caigan.

– ¡Oh, oh!, exclamó el Sr. Ferber sonriendo; quisiera saber qué pensaría tu tío de esas buenas disposiciones.

Después cogió una carta que estaba sobre la mesa y presentóla á su hija.

– Lee eso, hija mía, dijo; el tío guardabosque de Turingia, como tú le llamas, nos ha escrito.

Isabel recorrió rápidamente con la mirada las primeras líneas, y después leyó en alta voz:

«...El príncipe, que prefiere la modesta cocina de mi ama de gobierno á las refinadas comidas que su cocinero francés le sirve en su palacio, ha pasado anteayer algunas horas en la casa forestal. Se mostró más afable que nunca, y me dijo que deseaba agregarme una especie de contador, de escribiente ó qué sé yo, para aligerar un poco la carga que pesa sobre mí. Al punto aproveché la ocasión..., tenía la caza á mi alcance, y en caso de que no acertarla, todo se reducía á perder un poco de pólvora y algunas balas.

»Le referí, pues, que una suerte maligna parecía perseguirte hacía algunos años, y que á pesar de tu talento y de tu buena educación, te veías reducido á trabajar día y noche para no morirte de hambre. El anciano señor comprendió al punto adónde iba yo á parar, porque me expresaba con toda claridad, como siempre, y en buen lenguaje, bien inteligible... Tanto peor para los que no comprenden; esto prueba que tienen la cabeza muy dura... El viejo príncipe, pues, contestó que estaba dispuesto y hasta decidido á concederte esta plaza, añadiendo ciertas cosas que no necesitas saber, pero que á mí me dejaron muy satisfecho.

»En una palabra, el príncipe me ha encargado terminantemente que te escriba para proponerte la plaza en cuestión; tendrás trescientos cincuenta escudos de sueldo..., ¿me entiendes?.. y leña á discreción... ¡Hum!.. Bien vale la pena de pensarlo, pues la cosa no es despreciable. ¿No es más hermoso habitar nuestro bosque que vuestras condenadas buhardillas, alrededor de las cuales se pasean toda la noche los gatos de la vecindad, mayando como demonios, y desde las que no se ven más que miles de chimeneas, que os envían descaradamente á los ojos un humo acre y negro?

»No debes tomarme, sin embargo, por uno de esos perros que se echan delante del amo, á fin de atrapar alguna cosa para sí ó para los suyos. Si tú no hubieses sido lo que eres, es decir, si tú no hubieras hecho magníficos estudios, si tú no hubieses sido más capaz que ningún otro para ocupar esta plaza, me habría cortado la lengua antes que engañar á mi amo en tu favor y provecho. Con el mismo calor hubiera recomendado á otro extraño tan capaz como tú... No has de tomar esto en mal sentido, pues ya sabes que la franqueza es mi norma.

»Hay además una circunstancia de la cual debemos ocuparnos á fondo. Lo más conveniente habría sido que vivieras en mi casa, puesto que diariamente habremos de tratar de los asuntos concernientes á la administración de los bosques; esto hubiera sido muy fácil, á ser tú, como yo, un joven célibe, á quien bastan cuatro paredes desnudas para su persona, y que acomoda todos sus efectos en los tres cajones de una cómoda vieja; pero yo tengo bastante sitio para alojar una familia en mi vieja casucha, que bien necesita algunas reparaciones; mas no hay que pensar en ello, y como, después de todo, no se trata sino de mis comodidades, ya comprenderás que no puedo pedir nada, ni aun hablar del asunto. El pueblo más próximo se halla á media hora de distancia, y la ciudad más cercana á una legua por lo menos; de modo que la idea de vivir en ella debe también ser desechada, pues las comunicaciones no serían cómodas, dados los temporales que la montaña nos prodiga á menudo.

»La vieja Sabina – mi ama de gobierno, – nacida en el pueblo inmediato, ha tenido una singular idea respecto á todo esto cuando yo la consulté, como es natural, tratándose de asuntos caseros. El antiguo castillo de Gnadewitz – brillante legado del difunto señor de ese nombre – se halla situado como á un tiro de fusil de la casa forestal, y la vieja Sabina dice que cuando ella era aún joven – fecha que, dicho sea de paso, se remonta á mucho más de un cuarto de siglo, – había servido como camarera en casa de los señores de aquella finca. En aquella época no se habían ensanchado aún las construcciones del castillo, y éste no bastaba siempre para contener los numerosos huéspedes que allí acudían invitados para realizar grandes cacerías. En tales circunstancias, el cuerpo de edificio del antiguo castillo, que servía de punto de enlace á las dos alas principales, se ventilaba un poco y habilitábase para el caso; y Sabina se acuerda de haber puesto allí algunas camas. Y por cierto que lo hacía con mucho miedo, lo cual creo muy bien, pues bajo su vieja cofia guarda, cuidadosamente coleccionadas, numerosas historias de brujas y demonios, y nadie podría hacerla observaciones sobre este asunto ni aventajarla en credulidad. Fuera de este defecto, Sabina es una persona respetable que gobierna mi casa á las mil maravillas.

»Asegura resueltamente que el antiguo edificio no es tan mísero como parece; cuando lo conoció era muy sólido aún, y según ella, tú y tu familia encontraríais todavía allí un buen abrigo. Esto no es imposible; pero ¿no tendrían tus hijos algunos reparos que oponer al ver allí, en vez de los inquilinos que encuentran en la casa donde vivís ahora, otros habitantes rústicos bajo la forma de mochuelos, lechuzas, etcétera? ¿No les infundiría temor la antigua mansión, visitada por duendes, según los cuentos populares, como todas las casas viejas deshabitadas?

»Ya sabes cuánta fué mi cólera cuando tuve conocimiento de la naturaleza del legado que el Sr. de Gnadewitz había hecho á tu esposa; no pude reprimir este sentimiento, y desde que estoy instalado aquí no he tenido valor para ir á visitar ese viejo nido que se derrumba ruinoso. No obstante, después de escuchar la proposición de Sabina, he enviado á uno de mis guardias hacia allí, y el hombre ha trepado á un árbol para dirigir una mirada al interior del edificio. Parece que las malas hierbas han crecido á su antojo y que aquello tiene pésimo aspecto; mas queriendo asegurarme, he ido hoy á la pequeña ciudad vecina para ver al notario que tiene en su poder las llaves del castillo. Me las ha rehusado terminantemente, alegando que no podía entregármelas sin una autorización de tu esposa, y parecióme que experimentaba una ansiedad que apenas comprendería si los tesoros de Golconda se hallaran encerrados en aquella ruina. Ninguno de los que pusieron los sellos en aquel tiempo, después de la muerte del Sr. Gnadewitz, ha podido decirme qué aspecto tenía el interior del edificio... Permanecieron fuera, prudentemente, temerosos sin duda de que algunos fragmentos del tejado se precipitaran contra sus sabias cabezas con una familiaridad que se hubiera podido considerar extraña. Para evitar este ligero percance, se contentaron con aplicar una ó dos docenas de sellos, como la mano de grandes, en la puerta cochera. Sería para mí sumamente agradable visitar todo eso contigo, y discutir en familia qué partido se podría sacar de ello. Arregla, pues, tus asuntos ahí cuanto antes y ponte en camino con tu familia.»


Isabel recorrió rápidamente con la mirada las primeras líneas

Isabel dejó caer la gran hoja de papel que tenía en la mano y dirigió á su padre una mirada ansiosa.

– ¿Y qué decisión has tomado, querido padre?, preguntó.

(Continuará)

EL FERROCARRIL TRANSIBERIANO

MERCED AL CUAL SE PODRÁ DAR LA VUELTA AL MUNDO EN UN MES

Entre las grandes obras llevadas á cabo á fines de este siglo, figurará el camino de hierro que los rusos están construyendo á través de la Siberia.

Este camino de hierro pone directamente en comunicación por tierra á la Europa occidental con el extremo Oriente. En doce ó catorce días se podrá ir desde Barcelona ó Madrid hasta Vladivostock, importante puerto ruso situado en el mar del Japón, mientras que ahora, pasando por el canal de Suez, se invierte triple tiempo.

El ferrocarril transiberiano será, pues, la vía más corta y por consiguiente la más frecuentada; y la Siberia, que tan mala fama tenía hasta aquí, va á verse transformada. Allí donde en la actualidad no se encuentran más que llanos áridos é incultos, habrá cultivos y la industria se desarrollará poco á poco á lo largo de esa inmensa vía férrea que, andando el tiempo, engendrará importantes ramales.

Desde San Petersburgo á Vladivostock hay 10.500 kilómetros, es decir, la cuarta parte del meridiano terrestre. El Transpacífico, que enlaza á Nueva York con San Francisco y al que se consideraba hasta el presente como el ferrocarril más largo del mundo, no llega á la mitad de esta longitud.

En realidad, las obras no están aún terminadas y no lo estarán probablemente hasta 1900; pero tales como se encuentran ahora, permiten ya recorrer rápidamente el trayecto aprovechando en las partes no concluídas los ríos y los lagos navegables.

La verdadera cabeza de línea es Tscheliabinsk (véase el mapa), situado á 2.000 kilómetros de Moscou, trayecto que se cruza en dos días y medio. La construcción de la vía en un país desprovisto de todo recurso hubiera sido sumamente difícil á no haberse recurrido á un procedimiento tan cuerdo como ingenioso, que consiste en tener un tren, verdadero pueblo ambulante y rotatorio, que avanza á medida que adelantan las obras, transportando todos los recursos necesarios al cuerpo y también al alma, pues contiene una capilla, y mantiene así constantemente reunidos los trabajadores con la cabeza de línea.

En las inmensas llanuras siberianas los trabajos son muy sencillos y no necesitan más herramientas que el pico y la pala. En seguida se ponen las traviesas y los rieles, llevados conforme se van necesitando por los trenes que circulan por la vía terminada, y en muchos puntos se ha podido construir de tres á seis kilómetros diarios. Claro está que no sucede así en todas partes: de vez en cuando han impedido la presteza en las obras varios ríos sobre los que ha habido que construir puentes, y en aquel país de inviernos largos y rigurosos en donde el deshielo imposibilita toda instalación del material ordinario, la construcción de los puentes adelanta poco.

Uno de los más interesantes ha sido el fabricado sobre el Irtich cerca de Omsk: es el segundo de los dos grandes puentes metálicos que se han establecido en la primera sección de la Siberia occidental. El trabajo no ha sido fácil, pues además de los inconvenientes opuestos por los grandes deshielos, no había piedras ni rocas en los grandes llanos donde ha habido que construirlo. Los ingenieros rusos han allanado tales inconvenientes, haciendo transportar 8.770 metros cúbicos de granito desde el Ural, ya labrado, para el revestimiento y el coronamiento de las pilas; al mismo tiempo se recibían con regularidad por vía fluvial los fragmentos de roca, calizas y granitos, destinados á la mampostería interior de las pilas. Para la armazón del puente se han empleado 4.127 toneladas de metal procedente de la fábrica rusa de Wotkine junto al Kama. Terminado el puente, como se ve en nuestro grabado, presenta dos muros de sostenimiento y cinco pilas. Los grandes tramos tienen 106m 68 de largo; los pequeños 23m 47, y el tablero 4m 87 de ancho.

Mientras se efectuaban las obras de construcción del puente y para acelerar el establecimiento de la línea, se instaló una vía férrea provisional, tal como se ve en nuestro grabado, directamente sobre el río Irtich, á la sazón helado y cuyo espesor variaba de 75 centímetros á un metro.

Además del mencionado puente, ha habido que construir otros sobre el Tobol, el Obi y el Kolima.

Más allá de Irkutsk es donde se encuentra el obstáculo principal, el lago Baikal, verdadero mar de agua dulce que tiene 700 kilómetros de largo por 80 de ancho. La vía le contorneará, pero mientras tanto una compañía americana se ha encargado de cruzarlo, poniendo sencillamente un tren sobre un barco, y se propone durante el invierno, en lugar de poner rieles sobre el hielo, mantener un canal constantemente abierto por medio de barcos provistos de útiles especiales.

Las obras de esta gran vía férrea comenzaron á fines de 1891. Los gastos se calculan en 350.210.500 rublos ó sean 825.526.250 francos. El Estado, y no una compañía particular, es el que corre con ellos.

Cuando todas las secciones actualmente en construcción queden terminadas, se podrá dar la vuelta al mundo en un mes. Saliendo de San Petersburgo, por ejemplo, el 1.° del mes, se regresará el 31, con algún cansancio sin duda, pero con satisfacción completa. El trayecto por el Transiberiano durará ocho días.

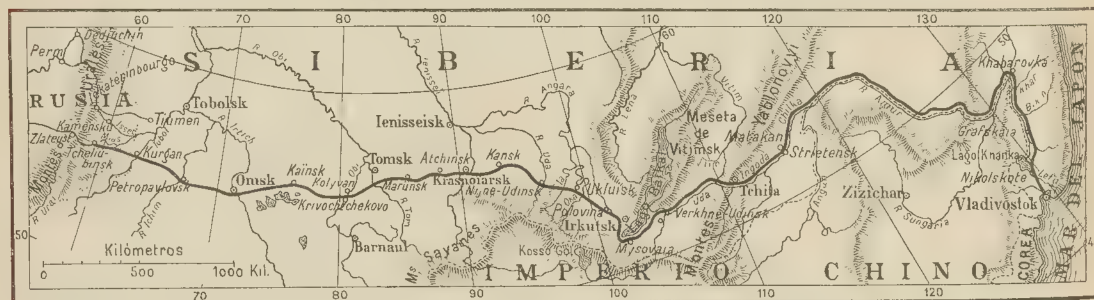
De Vladivostock á San Francisco de California por mar se necesitan diez días, y cinco para ir desde este último puerto á Nueva York por el Transpacífico. Embarcándose inmediatamente para Brema, se puede llegar á este puerto alemán en seis días y desde él á San Petersburgo en dos días y medio. – X.



FERROCARRIL TRANSIBERIANO. – Puente sobre el río Irtich



FERROCARRIL TRANSIBERIANO. Vía férrea provisional construída sobre el hielo del Irtich



FERROCARRIL TRANSIBERIANO. – Mapa y trazado del ferrocarril cuya construcción abrevia la vuelta al mundo hasta reducirla á un mes

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CÉLEBRES
EL PAPEL Ó LOS CIGARROS DE Bon BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dr DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK



Estreñimiento,
Jaqueca,
Malestar, Pesadez gástrica,
Congestiones
curados ó prevenidos.
(Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
Y en todas las Farmacias.

VINO AROUD

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MÉDICOS.
DOS FÓRMULAS:

I — CARNE-QUINA
En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.

II — CARNE-QUINA-HIERRO
En los casos de Clorósis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.

Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CH. FAVROT y Cía, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL Dr CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS 1867 – LYON 1872 – VIENA 1873 – PHILADELPHIA 1876 – PARIS 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS — GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vejetal
Prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES
Acritud de la Sangre, Herpetismo, Acne y Dermatósis.

El Mismo con IODURO DE POTASIO
Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este Medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Específicas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculósis. Folleto según los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.
CH. FAVROT y Cía, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

Las Personas que conocen las
PILDORAS del Dr DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Agua Léchelle

HEMOSTATICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los esputos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. — DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

Jarabe de Digital de LABELONYE
Empleado con el mejor exito
contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la Sad de Fia de Paris
HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en injeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
LABELONYE y Cía, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.



UNGUENTO ROJO MÉRÉ

CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
Cojeras – Alcance – Esguinces – Agriones
Infiltraciones y Derrames articulares
Corvazas – Sobrehuesos y Esparavanes
Los efectos de este medicamento pueden graduarse a voluntad, sin que ocasione la caida del pelo ni deje cicatrices indelebles; sus resultados beneficiosos se estendien á todos los animales.

BLACK MIXTURE MÉRÉ

BALSAMO CICATRIZANTE
Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.
EN TODAS LAS DROGUERIAS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
y toda afeccion Espasmódica de las vias respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y Cía, Fcos, 102, R. Richelieu, Paris.

Franco 6 fr. — en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie, Bd St-Denis, 16

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagracion del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invencion. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

MEDICACION TÓNICA

PILDORAS Y JARABE DE BLANCARD

Con ioduro de Hierro inalterable
ANEMIA — COLORES PÁLIDOS — RAQUITISMO — ESCRÓFULOS — TUMORES BLANCOS — etc., etc.
Exíjase la firma y el sello de garantia.
PARIS
40, rue Bonaparte, 40

SIMIENTE DE LINO TARIN

Preparado especial para combatir con suceso
Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejica (Exigir la marca de «la Muger de 3 piernas»).
Una cucharacia por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
La Cajita: 1 fr. 30
Marca de Fábrica

POMADA FONTAINE

Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamacion de los parpados, Caspa y Caida del pelo. — Fricciones ligeras por la noche.
El Boto: 2 fr; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

JABON FONTAINE

Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
La Bola: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
TARIN, Farmacéutico de 1ra Clase, ex-interno de los Hospitales
PARIS. — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS Dres JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS EVITAN DOLORES, RETARDOS
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARCIAS Y DROGRIAS

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

La Neblina. – Los últimos números de esta revista mensual que se publica en Lima bajo la inteligente dirección del reputado poeta D. José S. Chocano, contiene multitud de notables composiciones en prosa y verso que firman los más conocidos escritores americanos y no pocos europeos.

Revista de Catalunya. – El cuaderno VI de esta notable revista, que se publica en Barcelona, contiene interesantes trabajos de L. d'Ontalvilla, José Brunet y Bellet, Salvador Bové, Fr. Francisco Eximenis, una sección de noticias y un boletín bibliográfico.

Por teléfono, monólogo por *Luis Matas y Carré.* – Monólogo escrito en prosa y verso y estrenado con aplauso en el teatro del Círculo Obrero de Palma de Mallorca en la noche del 22 de noviembre de 1896.

Fabianelo, poema social por *J. Díaz Macías.* – Este bien escrito poema del conocido poeta extremeño Sr. Díaz Macías está consagrado á corregir una tendencia malsana y perturbadora, señalando los principios religiosos y morales como fuente de salvación para los desheredados: es, por consiguiente, digno de encomio, no sólo por las bellezas de forma, sino que también por la bondad del fondo. *Fabianelo*, precedido de un notable prólogo del ex consejero y ex director general de Instrucción Pública D. Juan Uña, ha sido impreso en Badajoz en la tipografía de Antonio Arqueros.

Indicador general de viajes circulares y semicirculares por España. – Se ha publicado este indicador que comprende doce itinerarios de viajes circulares y cinco de viajes semicirculares: además de los datos referentes á distancias, precios, condiciones, etc., contiene varias noticias y grabados interesantes relativos á los puntos situados en los itinerarios y en sus inmediaciones. Impreso en Barcelona, véndese en las librerías, kioscos y estaciones al precio de 35 céntimos en España, 50 en Francia y 100 reis en Portugal.



En el estanque del Retiro, dibujo de A. Lavernia

La avicultura práctica. – El último número de este periódico mensual, órgano oficial de la Real Escuela de Avicultura de Arenys de Mar que dirige D. Salvador Castelló, contiene interesantes trabajos relacionados con la gallinocultura é industrias auxiliares y curiosas noticias que leerán con gusto los avicultores, agricultores y aficionados.

Las corporaciones extranjeras dedicadas á la enseñanza, por *D. Pedro Garriga y Puig.* – Memoria premiada con medalla de plata y diploma honorífico por la Sociedad Barcelonesa de Amigos de la Instrucción en el concurso de 1896, en la que su autor, el licenciado en Filosofía y Letras Sr. Garriga y Puig, combate, haciendo gala de vastos conocimientos, el funcionamiento en España de corporaciones extranjeras dedicadas á la enseñanza. Los términos del fallo del jurado son el mejor elogio de este trabajo, que ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de los Sucesores de Blas Camí.

La Unión del Magisterio. – Hemos recibido el último número de este periódico quincenal, órgano de la Sociedad Pedagógico-Mutualista que se publica en Monterrey (México), y que está dedicado al fomento de la enseñanza en aquella república.

Veleta, monólogo en verso por *José Santaló.* – Monólogo escrito expresamente para el actor D. José González, y estrenado con extraordinario éxito en el teatro de Santiago el 30 de enero de 1897. Ha sido editado por la Administración Lírico-dramática de Hijos de Eduardo Hidalgo.

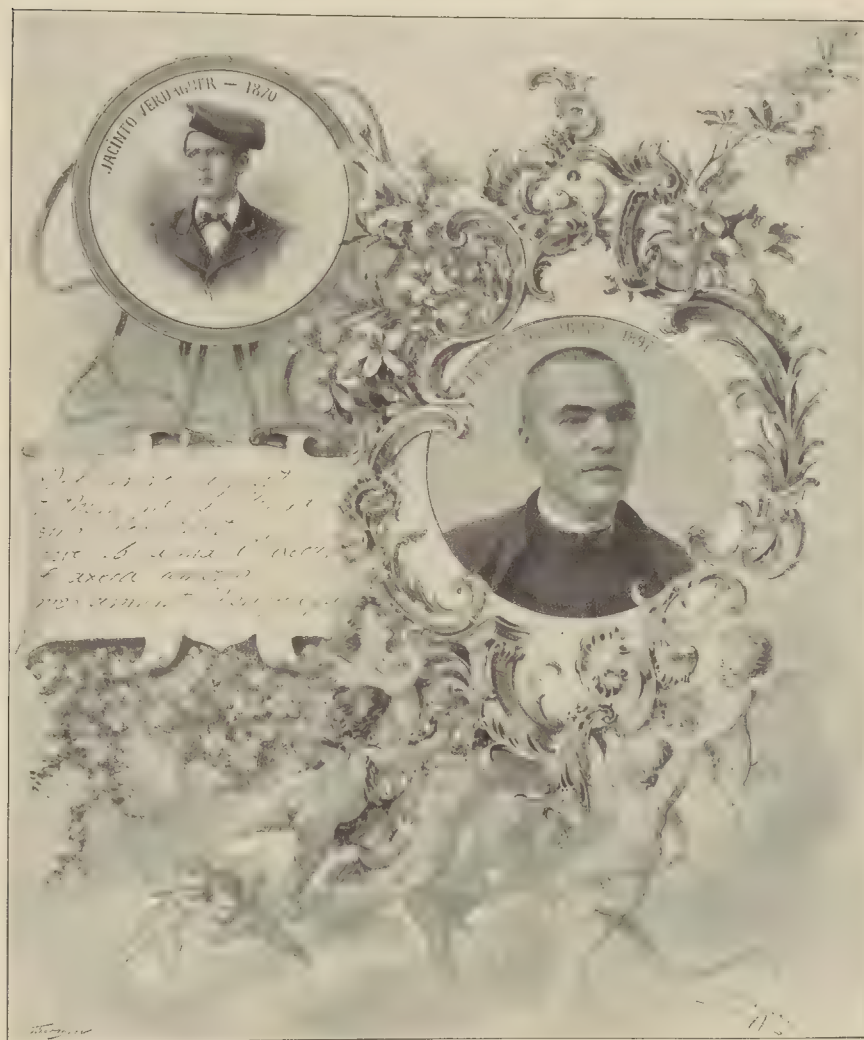
Panorama Nacional. – El cuaderno 21 de esta notable publicación que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles contiene 14 fotografías que reproducen interesantes monumentos de Madrid, Deusto, Málaga, Burgos, Gerona y Valladolid, vistas de la plaza de Santo Domingo en Murcia, del dique flotante de Cartagena, del barranco del Santo (Tenerife), de un batey de un ingenio cubano, del río Pasig (Manila), de una sección de artillería apuntando un obús y una gran vista panorámica de Ilo-Ilo. Véndese al precio de 70 céntimos.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 10 de mayo de 1897 — Núm. 802

POETAS CATALANES CONTEMPORÁNEOS



EL LAUREADO POETA «MOSEN» JACINTO VERDAGUER,

autor de los poemas L'Atlántida y Lo Canigó



MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La feria de Sevilla. – La bahía de Cádiz. – Recibimiento hecho á la persona de quien estas *Murmuraciones* traza por los gaditanos. – Mi discurso en el casino de la ciudad. – Palabras dirigidas á la mujer. – La patria y la madre. – Ministerio de esta última en el mundo. – Todas las entidades bellas pertenecen al sexo femenino en nuestra lengua. – El Océano y la política. – Reflexiones. – Conclusión.

Yo no creo haya en la tierra espectáculo como el ofrecido por un día de feria en Sevilla. Mucho lo ha encarecido la fama; pero la realidad sobrepuja de suyo al renombre. No puede á una exposición dar fuera de Sevilla marco ninguno como el prestado por aquellos espacios de la ciudad á su feria. Donde se levanta la Giralda de los abdibitas; la Torre del Oro construída por los alarifes mudéjares; el primer zapote de América plantado por la próvida mano de Fernando Colón; el último desarrollo de nuestra nacional arquitectura, tanto en las pirámides del edificio consagrado á manufactura del tabaco, cuanto en los rojos ladrillos y en los blancos mármoles de San Telmo; las palmeras de Africa gallardeando sobre los naranjales de China; despidiendo las palmas, por el aura movidas, melodías sin fin, y los azahares, por el calor animados, penetrantes embriagadores aromas; los flamígeros botareles y cresterías de una catedral gótica junto á las almenas y alminares de un alcázar mahometano, bien puede asegurarse que han hecho de consuno la Naturaleza y el Arte una síntesis en vegetales vivos y en piedras vivificadas, como no habrá, ni puede haber, ninguna otra en el mundo. Yo nunca olvidaré, nunca, el primer día de feria este año, aunque viviera ciento. Bajo un cielo de Caldea, entre torrentes luminosos como los que inspiraron á los sabeistas su dogma del alma luz, son de ver las hermosas mujeres, engalanadas de mantillas blancas que rematan peinetas de concha, bajo las cuales purpurean en graciosos ramilletes los ramos de rosas y de claveles; las gitanas, entre negras y amarillas, como Cleopatra, fulminando relámpagos de sus ojos y ejerciendo como Semíramis la quiromancia en las manos y la astrología en el horizonte; los jinetes, caballeros en las monturas que cría el Guadalquivir, formando un ejército vistosísimo, el cual no despide la muerte asoladora, sino el vivificante amor; las tiendas, como jaulas, en que vibran canoras gargantas de cantadores y cantadoras en porfía y competencia con los ruiseñores del campo, y danzan hermosas bailarinas tan flexibles á la música como al céfiro los rosales; la guitarras tañidas por dedos angélicos y vibrantes en los corazones; y ante todo, Sevilla, sobre su alfombra de flores y bajo su diadema de torres, real zada, en una primavera sin rival, por la fecundidad del Universo unida con la fecundidad del Arte.

* * *

Y no digo nada del sitio llamado bahía de Cádiz. No ha visto cosa bella quien jamás vió la ciudad fenicia sobre su negro pedestal de formidables murallas; coronada de torres en cuyos cristales el sol rompe sus rayos y los irisa como en colosales diamantes; con su pacífica bahía, sobre la cual vuelan las velas griegas y latinas del agua en porfía y competencia con las gaviotas del aire; batida por el Océano, é inmóvil, como un buque de amarras tan fuertes y áncoras tan sólidas que, atracado á una estrecha lengua de tierra, pudiese por toda una eternidad resistir al huracán y á la tormenta. Yo nunca olvidaré mi estancia en la ciudad hermosísima, donde abordaron mis padres, náufragos de las contiendas empeñadas por nuestra sublime libertad, y donde al par de la primera luz en mis ojos, sentí en mi corazón el primer amor á las ideas progresivas, que son luz de mi siglo, y cuyo constante culto, que toda la vida he profesado, es honra y gloria, así de mi nombre como de mi vida. Yo soy pequeño por mi natural y por mi entendimiento. Pero no hay hombre pequeño si acierta bien á desposarse con una grande idea. Y la idea de libertad ha sido la idea de mi vida, como cumple á quien fuera engendrado y parido en la ciudad que abrió el siglo con las Cortes Constituyentes á que ha dado su nombre inmortal, y lo cerró con el grito dado en su bahía incomparable á los grandes principios que son como el éter de nuestra luz y como el oxígeno de nuestro aire. Así Cádiz me ha dispensado una tan grande acogida que le he consagrado un discurso, del cual no han podido publicar los periódicos texto ninguno íntegro, y os copio varios párrafos poco relacionados con la política y algo con las artes.

* * *

«Mis primeras palabras deben, obedeciendo móviles de cortesía y móviles de afecto, consagrarse á la mujer; porque yo no digo nada nuevo si digo que me retrajera siempre de venir á Cádiz el recuerdo, cuyos resplandores llenan para mí todos sus espacios, el recuerdo de una santa mujer, recuerdo que no puedo invocar, porque al contemplarlo algunos momentos, desfallecerían mis fuerzas, nublaríanse mis ojos, anudaríase la voz en mi garganta, y no podría decir ni una sola palabra. Cada piedra del suelo y cada estrella del firmamento, cada giro del aire y cada ola del mar, llamaríanme ingrato aquí, pues parece imposible que siendo un ser amado como el alba de nuestra vida con su sonrisa; estando sus ojos fijos en los cielos para interceder con el Eterno por nuestra felicidad; habiendo arrostrado todos cuantos sacrificios pueden arrostrarse por la salud de nuestro cuerpo y por el brillo de nuestro espíritu; ser consagrado á embellecer con el amor al arte la fantasía y santificar con el amor al bien la voluntad, modelo y ejemplo de todas las virtudes, podamos vivir, después que tal ser ha muerto, sin morir nosotros, cuando sus suspiros eran el aire de nuestra vida y sus miradas el calor que vivificara nuestro corazón.

* * *

»El hombre parece un mundo abreviado que nada en el éter celeste; y el éter un amor vivificante, dilatado por todo el Universo; y el amor una emanación divina que baja del alma de la mujer hasta el abismo de los sentimientos y los afectos varoniles, quienes no podrían extenderse y dilatarse cumpliendo sus ministerios materiales y sociales, sin que los guia se la estrella de un femenino ideal, desposada con el corazón nuestro como con el planeta su hermosa inseparable luna. La historia tiene un carácter femenino, tan indispensable á su carácter masculino, como es mutuamente indispensable un sexo á otro sexo. Así convienen todos los estudios históricos modernos en que las sociedades no han comenzado por el régimen patriarcal, como creíamos; han comenzado por el régimen matriarcal, en virtud de una razón muy sencilla, en virtud de hallarse por ley natural irrevocable las madres siempre más cerca de sus hijos que los padres. La tradición homérica del triunfo de Aquiles sobre las amazonas representa el triunfo de la sociedad patriarcal ó masculina sobre la sociedad matriarcal ó femenina. Será todo esto lo que quieran fábulas ó historias; mas no puede negarse que los tiempos tienen su lado masculino y su lado femenino, á virtud y por obra de lo cual se levanta una mujer en cada edad, significando una fase del humano espíritu y de su evidentísima inmortalidad. En la cuna del mundo Eva; en la redención de Israel María, quien inspira y entona el cántico de Moisés, tan análogo con nuestros himnos democráticos; al pie de la Cruz nuestra Virgen Madre; al comienzo de las edades clásicas Elena, y al fin Hipatia; frente á los césares y á sus circos las mártires del Cristianismo surgiendo de sus catacumbas; junto á San Francisco su hermana en Cristo la mística Santa Clara; junto á los albores de la idea filosófica el amor inextinguible de la enamorada Eloísa; Victoria Colonna en el Renacimiento, después de haber brillado Beatriz y Laura en la Edad media; sobre la reacción religiosa y sus horrores, la palabra efusiva y amorosa de Santa Teresa; sobre la revolución, mujeres tan animosas como las primeras mujeres cristianas; mujeres cuyos nombres callo, por próximos á nuestras discordias, demostrando todas que vosotras sois, hermosas mujeres, las Pitonisas, las Musas, las inspiradoras del hombre, porque lleváis en vuestra frente un reflejo tal del cielo como la hermosura y en vuestros corazones un éter tan vivificante como el amor.

* * *

»Pero cualquiera que sea el estado social de la mujer, problema sumamente controvertido, no puede negarse que le toca en suerte la educación del género humano. Así todo fisiologista que quiere conocer el corazón de cualquiera grande hombre, comienza por preguntar quién es su madre. ¿Y por qué tal pregunta? Porque cada varón, al examinar su propia naturaleza, encuentra dos clases de afecto contradictorios, que se resolverán en armonía unas veces, y que lucharán otras veces sin descanso. Vean los varones cuanto en ellos odia, cuanto en ellos lucha, cuanto en ellos guerrea, cuanto en ellos al combate llama, y observarán cómo todos sus afectos belicosos pertenecen á su propio sexo; mientras si les afecta la caridad por el desgraciado, si desean los consuelos del afligido, si comparten su pan y sus vestiduras con el pobre, si oyen el reclamo de las artes gorjeando entre los desastres de la vida, si ruegan en plegarias, si lloran sus ojos dulces lágrimas, si vibran como arpas sus corazones, todas estas melodiosas cuerdas las ha puesto en su pecho el alma de una madre.

* * *

»Yo lo he dicho varias veces y lo corroboro y lo vuelvo á decir ahora: una madre recibe de la divinidad y de la naturaleza para sus hijos infusa é instintiva ciencia, cuya posesión jamás le podrá disputar el hombre. Como sólo femeniles pechos lactan, sólo femeniles sentimientos educan la humana infancia. Cuentan los naturalistas que la madre del imperceptible insecto, quien granjeaba en otro tiempo la púrpura, extraída hoy del carbón, daba todo su jugo, es decir, toda su vida, sin descanso, á su prole, y al morir, no teniendo qué darle, porque nada guardó para sí, cubríala con su propio cadáver, con su esqueleto transparente, rescoldo extinto del amor maternal, preservándola de las inclemencias del universo. Una madre sabe fisiología presintiendo todo lo conveniente á su hijo, higiene para contra las enfermedades apercibirlo, medicina con que curarlo, toda la moral instintiva que lleva y conduce al bien, toda cuanta filosofía se puede hallar en una religión acariciada por la fe maternal, el arte necesario á que sus canciones balanceen las cunas con ritmos no aprendidos y sus cuentos queden como levadura de ciencia en el alma; pues, tras haber defendido y preservado el fruto de su amor á las cóleras del mundo, si muere, sube á la Gloria, y de hinojos, plegadas las manos, consagra todo su eterno ser á pedir al Creador que proteja sus hijos en esta vida y los lleve luego á su lado en la bienaventuranza.

* * *

»Es tan cierto cuanto digo de la mujer, que acostumbramos á personificar en ella todas las entidades mejores y más hermosas del mundo. Así debemos hablar ahora de otra mujer, buena y hermosa también, de nuestra ciudad, de nuestra madre, de Cádiz, de nuestra patria. ¡Cuántas relaciones entre las aptitudes varias del alma y los espacios donde el alma por vez primera brilla ó amanece! La filosofía moderna cree descifrar el origen misterioso de las especies por el espacio que las rodea, por el aire vívido en que respiran, por el suelo donde se nutren. Indudablemente debimos nacer sobre un escollo del Océano infinito los destinados á las luchas políticas; porque si hay tempestades en el Océano, jamás tan fragorosas, jamás tan asolantes, jamás tan terribles como las tempestades que sacuden á los Estados; si hay oleajes y trombas y ciclones, jamás tan espantosos como los hervideros de la pasión humana; si hay abismos, jamás tan obscuros como los abismos de la sociedad; si hay oleaje y tormentas, jamás tan amargos como la calumnia ó como el desengaño; y he aquí por qué aquel que debió luchar medio siglo por la libertad absoluta, por la democracia progresiva, por la Soberanía nacional, estaba destinado, para que pudiese afrontar el vilipendio y el ultraje, sembrados por el mal en los caminos del bien, á tener su cuna donde habían de combatirla la tempestad y el huracán, para que se acostumbrase y se curtiese así desde su nacimiento á las cóleras del cielo y á las injusticias del mundo.» Basta; no copio más.

Madrid, 2 de mayo de 1897.



DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

Cuando fué inaugurada solemnemente la línea férrea que, realizando esperanzas hacía mucho tiempo concebidas, unía el centro de España con las hermosas regiones de Galicia, fuimos á la Coruña en el tren regio varios periodistas madrileños encargados de describir los festejos con que se celebraba aquel importante acontecimiento, al que daba mayor solemnidad la presencia de S. M. el rey D. Alfonso XII y de su augusta esposa la reina doña María Cristina.

Uno de los primeros cuidados de los representantes de la prensa de Madrid al llegar á la hermosa capital gallega fué rendir homenaje á una ilustre cultivadora de las letras que allí tenía por entonces su residencia y que más de una vez nos había encantado con las descripciones de su querida Marineda. Enviamos para realizar nuestro propósito un respetuoso mensaje, acompañado de algunas flores, á la insigne doña Emilia Pardo Bazán, solicitando el honor de saludarla, y bien pronto nos llegó la amable contestación de la dama, que tenía la bondad de esperarnos en su casa.

Yo había leído cuanto la ilustre escritora había publicado hasta entonces, y tenía vivos deseos de conocer á la que después de la muerte de Fernán Caballero y del voluntario retiro que se había impuesto por causa de su pena la inolvidable Carolina Coronado, consideraba que era, como la insigne doña Concepción Arenal, una gloria legítima de su sexo, que llevaba á los trabajos literarios algo más que el sentimiento, que es la cualidad sobresaliente de la mujer.

La imaginación se complace en trazar á su antojo el retrato de las personas que no conoce y á las cuales está unida por algún lazo intelectual ó de afecto; y siguiendo esta regla muy general, yo me había formado de la autora de *Pascual López* y *Un viaje de novios* una idea que no correspondía en nada, muy pronto iba á verlo, á la realidad. Sabía que la señora Pardo Bazán pertenecía á una familia aristocrática; había oído hablar algo de sus tendencias legitimistas, de los versos de *Jaime*.

Se desprendía, además del título, algo que hacía pensar en lo pasado al mirar el porvenir; y todo esto me daba idea de una figura algo parecida á los retratos de las damas pintadas por Coello. El barrio aristocrático de la casa adonde nos encaminábamos, los viejos muros que se alzaron ante nosotros cuando la divisábamos, el nobiliario escudo que coronaba la puerta, todo me confirmaba en mi primitiva idea; y mucho más cuando después de atravesar el zaguán, en la escalera misma, vi un severo decorado de cuadros de esos en que ha dejado su patina el tiempo, y alternando con ellos algunas copias muy felices de los lienzos de asuntos religiosos trazados por Murillo.

Se alzaba en los descansillos de la escalera la gallarda estatua de un voluntario carlista en actitud arrogante, que armonizaba mucho con el decorado general y con lo que me habían contado; y no hay duda, dije para mí, señora de severísimo aspecto tenemos, y hay que andar por aquí como por los venerables claustros de las Huelgas de Burgos.

La estancia donde nos introdujeron para esperar á la que íbamos á rendir el homenaje debido al talento no correspondía ya á esta idea; pues no tenía por cierto nada de celda de convento, ni de camarín de dama chapada á la antigua. Era un mezcla de salón biblioteca inundado de luz, con vistas al mar, que se distinguía algo lejos; con una tallada estantería en la que se veían más libros modernos que de esos que revisten su respetable antigüedad con severos pergaminos, y en la repisa no muy alta, pues todos los volúmenes podían alcanzarse con la mano, multitud de figuras artísticas, de jarrones con flores, de porcelana y bronce, de esos que constituyen el adorno principal de los gabinetes elegantes.

La mesa de trabajo no tenía tampoco nada de severa. Las flores descollaban en ella como en la repisa de la estantería, y allí se debía trabajar entre aromas y colores, como trabajan las abejas que producen miel sabrosa y delicadísima.

En estas reflexiones estaba, cuando por la puerta que había quedado abierta y precedida de los perfumes suavísimos y de los rumores inimitables que forman faldas que rozan, sedas que crujen, pies que pisan muy menudito, apareció una dama del aspecto más femenil que pueda imaginarse, y ¡adiós retrato de Coello!, quedó desvanecido por completo por una encantadora figura de Watteau, de la que rebosaba la exquisita elegancia que tan admirablemente ha sabido copiar Bahamonde en el retrato más parecido que se ha hecho de la insigne escritora.

Blanca y rubia como las mujeres del Norte, que tienen en la cumbre de su montaña nieve, y que cosechan en los campos de sus frondosos valles el maíz madurado por el sol; si no baja, muy lejos de la estatura alta que impone; con curvas en vez de líneas acentuadas; con muchos hoyuelos en la cara rebosando salud y alegría, y los ojos entornados de la miope que desea ver sin el auxilio de los lentes; aquella dama, vestida con el elegante traje de piqué blanco (estábamos en pleno verano) y adornada con lazos muy sencillos y con tiras admirablemente bordadas, no daba ni la más remota idea de la literata tal como nos la imaginamos, ni aun los que remotamente participamos de la injustificada antipatía que muchos sienten contra las señoras que escriben, aunque escriban bien.

Llevaba la amable dama en las manos las flores que le habíamos enviado. Había tenido la atención de prender algunas en su pecho, y desde su primera palabra se presentó tal como es: una señora de tanta distinción como amabilidad, de talento admirablemente cultivado, amenísima en la conversación si ésta no pasa de lo que nuestros vecinos los franceses llaman *causserie*, y profunda si se formaliza y eleva, revelando la energía de un pensamiento eminentemente varonil, pero libre siempre de pedantería: una persona, en fin, á quien se admira por su genio y que se capta simpatías por su carácter: una unión afortunada de inteligencia vigorosa y de delicadeza exquisita, que se eleva á las más altas regiones del pensamiento cuando desarrolla ideas y principios estéticos en *La cuestión palpitante*, y que mariposea gallardamente cuando trata de modas femeninas en una crónica de la Exposición universal de París; que discutiendo con Castelar, con Cánovas ó con cualquier otro hombre eminente se manifiesta como pensador profundo, y que en la conversación vulgar y corriente es la mujer más mujer que pueda imaginarse; al corriente de los últimos figurines; enterada de las noticias de sociedad; enemiga de los ejercicios violentos del *sport*, que convierten en marimachos á las más bellas representantes de la hermosa mitad del género humano; pero muy partidaria de los ejercicios que desarrollan la gracia propia del sexo, y sobre todo muy convencida de que existe una gran superioridad en la mujer sobre el hombre, y de que éste ganaría mucho procurando asimilarse algunas cualidades de aquélla, mientras aquélla sólo pierde tratando de imitar defectos de éste.

* *

No es el objeto de estas *semblanzas*, trazadas á vuela pluma, hacer el estudio crítico de la labor intelectual de los personajes en ella retratados, porque ésta sería tarea muy superior á mis débiles fuerzas, sino dar idea de su modo de ser, de sus rasgos salientes, de consignar algunas impresiones que las presente tal como son al público que no las conoce, y por esto se detienen más en la superficie que en el fondo, dejando para la crítica razonada y profunda la tarea delicadísima de la apreciación y del estudio.



Doña Emilia Pardo Bazán

En la señora Pardo Bazán han querido ver algunos sólo á la literata, y hay que considerar unida, muy unida á ella, la mujer. Se casó muy joven, y en plena luna de miel tuvo á su primer hijo, al que consagró lo más tierno de su alma de artista en los delicadísimos versos de *Jaime*, que han sido traducidos á todos los idiomas de Europa, sin duda por lo que domina en ellos el sentimiento, y que constituyen la única obra poética que ha publicado, no llegaré á decir que ha escrito, la insigne autora. Pero la que consagraba versos á su hijo le criaba también á sus pechos, como ha criado á las niñas que después ha tenido, cumpliendo así una de las misiones más sublimes de la madre y sustrayéndose á las preocupaciones de las señoras de su clase, que creen que es un desdoro no entregar los frutos de sus entrañas á los mercenarios brazos de una aparatosa ama de cría vestida con mucho lujo.

Y precisamente la época en que ha criado á su hijo ha sido la más fecunda para los estudios, para la preparación de las obras de la ilustre escritora; porque sujeta entonces á la vida tranquila de la capital de

provincia, sin los viajes, que han sido una de sus distracciones favoritas, tenía más tiempo para consagrarse al trabajo y para sostener desde su retiro una activa correspondencia con literatos eminentes, ya de España, ya del extranjero.

Cuando se considera el número de obras de diverso género que la señora Pardo Bazán ha publicado, penetrando algunas veces en el campo severo de la crítica y de la historia, no saliendo otras del de la novela; haciendo en ocasiones papel de periodista diligente que describe importantes acontecimientos, ó de viajero curioso y observador que publica sus impresiones: cuando se tiene en cuenta las polémicas que ha sostenido, las cartas que ha escrito, su empresa abrumadora del *Nuevo Teatro crítico,* la de la *Biblioteca de la mujer* y la de las *Conferencias acerca de la literatura contemporánea* en que actualmente está empeñada, no puede menos de asombrar tan portentosa actividad y producción tan importante en señora que no llega todavía á lo que racionalmente pensando se considera la mitad de la vida, y que se ha casado, ha tenido hijos, los ha criado, ha atendido á su educación y cumple los deberes sociales que le impone su posición y sus alianzas con aristocráticas familias, frecuentando el mundo, esto es, asistiendo á fiestas, banquetes y recepciones, y dándolas ella á su vez en su casa admirablemente organizada.

De novelas hay que recordar entre las suyas *Pascual López,* que fué la primera; *Un viaje de novios,* que comenzó á darle celebridad; *La Tribuna,* estudio notable de las costumbres populares de su querida Marineda; *El cisne de Villamonta,* algo así como la historia de un joven pobre; *Insolación* y *Morriña,* historia de amor en que se trazan cuadros de la vida cortesana; la *Cristiana,* la *Prueba,* la *Piedra angular, Los Pazos de Ulloa, La Madre Naturaleza* y multitud de cuentos y novelitas cortas de un carácter especialísimo, de un sello eminentemente ultrapirenaico, que hace que se traduzcan con deleite á todos los idiomas.

Entre sus trabajos de crítica é historia figuran su *San Francisco de Asís,* notable estudio del siglo XIII y de la obra sublime del seráfico padre, que es una de las más notables de la insigne escritora; *La cuestión palpitante,* en el que ahondó la cuestión de la novela en nuestros días, exponiendo sus ideas estéticas y dando lugar á interesantes polémicas literarias, así en España como en el extranjero y sobre todo en Francia, donde el interesante libro fué admirablemente traducido y publicado con un prólogo del eminente literato Alberto Savine.

La Revolución y *La Novela en Rusia* y el tomo de *Polémicas* y *Estudios literarios* pueden considerarse como complemento de *La cuestión palpitante.*

Los Pedagogos del Renacimiento y *Los Franciscanos y Colón* sobresalen también entre sus trabajos críticos é históricos.

La prueba del interés con que se leen todas las obras de Emilia Pardo Bazán es que apenas hay una sola de sus producciones que no haya provocado polémicas, y para no citarlas todas, dando demasiada extensión á estas modestas líneas que no tienen la pretensión de ser un estudio de las obras de la ilustre escritora, bastará recordar la escisión producida en el campo carlista por la correspondencia de Venecia que publicó en *La Fe,* reseñando su entrevista con el pretendiente D. Carlos de Borbón. Nocedal, que ya se hallaba mal dentro del partido legitimista, aprovechó aquella ocasión para llevar á otra parte su tienda, seguido de sus fieles de *El Siglo Futuro,* y sus primeros tiros fueron contra la ilustre autora de *Mi Romería,* que en esta, como en todas las ocasiones, se defendió bizarramente.

D. Carlos terció en la cuestión, calificando á la señora Pardo Bazán de escritora liberal, y la interesada no ha protestado del calificativo, demostrando que está conforme con él y que aquello del carlismo no fué más que un romanticismo de la primera juventud, algo fortalecido por la admiración que la causaron las nobles prendas y las superiores virtudes de doña Margarita de Borbón, la primera esposa de don Carlos, á la que tuvo ocasión de tratar con alguna intimidad en sus viajes por el extranjero y con la que sostuvo correspondencia.

Por lo demás, en lo que se refiere á la política, es la ilustre escritora partidaria decidida de la legalidad. Cuando el malogrado rey D. Alfonso XII fué á la Coruña, fué presentada al simpático soberano en una fiesta de la Diputación Provincial, y el rey y la escritora pasaron casi toda la velada charlando de asuntos literarios, despidiéndose muy buenos amigos y muy bien impresionado él de la que tanto había oído celebrar, y ella del que poseía en alto grado el don de saber hacerse agradable.

Después de haber fijado su residencia en Madrid la señora Pardo Bazán, cumple deberes de cortesía y de respeto ofreciendo de cuando en cuando su homenaje á la soberana, cuyas cualidades y virtudes admira, y que se complace en tratar con ella de cuanto se relaciona con la educación de la mujer.

Los lazos de parentesco que unen á la ilustre escritora con linajudas familias de la aristocracia española, como los Bendaña, los Aranda, los Salazares y Monforts; sus amistades y sus propensiones la inclinan en política á lo conservador, por más que sus ideas estéticas y pedagógicas sean muy expansivas.

De esto ha dado ejemplos en la práctica, haciendo que su encantadora hija mayor haya cursado en las aulas todas las asignaturas del grado de Bachiller en Artes, el cual ha tomado con notable aprovechamiento en públicos exámenes.

Con los literatos, sus compañeros, ha procurado siempre estar en buenas relaciones, y si algunas se han enfriado ó requemado no ha sido por culpa suya. Profesa gran amistad al Sr. Cánovas del Castillo, cuyo trato frecuenta; es uno de sus predilectos amigos Castelar, con el que discute sin tregua; el mejor recuerdo que guarda de su polémica con Nocedal es que le proporcionó ocasión de tratar á D. Alejandro Pidal, al que estima mucho; por D. Ramón Campoamor siente un gran cariño, y entre el autor insigne de las *Doloras* y la autora de *Jaime* se cambian con frecuencia regalos y frases cariñosas. Con D. Juan Valera está, como vulgarmente se dice, á partir un piñón. D. José Echegaray se suele sentar á su mesa. Nuñez de Arce la recita sus versos inéditos, y si los achaques y edad avanzada de los unos, la ocupación de los otros, no hubieran presentado algunos obstáculos, ella hubiera hecho de su señorial y artística morada de la calle Ancha de San Bernardo el salón literario que tanta falta hace en Madrid.

Suponen algunos que tiene muchos deseos de pertenecer á la Academia Española, y lo cierto es que la disgustaría; pero más, como suele decirse, por el fuero que por el huevo; más por dejar bien establecidos los derechos de su sexo que por su conveniencia personal; pues ni las dietas aumentarían gran cosa su peculio, ni la adición *de la Real Academia Española* puesta después de su nombre la había de dar más fama de la que tiene en Europa y en América.

De sus intereses pecuniarios cuida poco, subordinándolos á lo que considera más importante. Así es que la conferencia que explica este año en el Ateneo acerca de la Literatura contemporánea, la arruina, financieramente hablando, porque la quitan mucho tiempo para atender á otros trabajos y cumplir los encargos que la hacen editores nacionales y extranjeros. Pero puede permitirse estos lujos por su posición independiente, que no la obligan á la producción forzosa.

En su trato con los editores es de una gran formalidad, y en sus empresas de una gran constancia: palabra que dé la cumple, y empresa que comienza la acaba, cueste lo que le cueste.

Para la polémica está siempre dispuesta, pidiendo sólo al adversario que ponga en el florete el botón de la cortesía, porque si no la lucha sería muy desigual. En el trato particular no tiene más que admiradores, siendo grande el número de sus amigos, lo cual no es frecuente en las literatas de gran talento.

Aficionadísima á la vida de sociedad y encontrándose en su centro en los salones, no es, sin embargo, infiel por ellos á sus amores por el campo, y le sería imposible vivir á gusto sin pasar lo menos la mitad del año en contacto directo con la naturaleza, renovando el aire sano á plenos pulmones, correteando á la sombra de los árboles, bebiendo leche pura y comiendo fruta recién cogida de los árboles.

A sus aficiones campesinas cree, y quizá no sin razón, deber su salud, el equilibrio entre su sistema muscular y su sistema nervioso, que le produce sueño largo y apacible y una disposición muy favorable para el trabajo, y por nada del mundo renunciaría á su granjita de Meira, que convertirá muy pronto en un magnífico castillo.

Su carácter es jovial é inclinado á la alegría, como el de todas las personas que no tienen motivo de arrepentirse de haber nacido y no encuentran muy amarga la vida. Lo que más la altera y la perturba es la enfermedad de sus hijos, pues á madraza no la gana ni la mismísima doña Aurora, tan admirablemente pintada por ella en *Morriña.*

Un dolor de cabeza de su Jaime, de su Blanca ó de su Carmencita puede dar al traste con su propósito más decidido de trabajar, ó dejar suspendida en las cuartillas más interesantes la novela comenzada.

Tiene la dicha de vivir con su madre, verdadero tipo de la señora de su casa, eminentemente española, de esas que lo mismo se distinguen en el estrado, que vigilan en la cocina, que tienen el manojo de llaves como uno de los principales accesorios de su traje casero, y esto la libra de muchos cuidados, dejándola tiempo para atender á sus trabajos literarios, á su numerosa correspondencia con notabilidades de España y del extranjero, y especialmente de la América latina, donde cuenta con muchos admiradores.

Nunca dicta, no tiene secretario y ella misma llena las cuartillas con una letra menudita, pero muy clara y elegante. Pasea en coche propio y en casa propia vive, y aunque sus salones son grandes, tendrá que ensancharlos si ha de dar en ellos cabida á los libros, que aumentan continuamente en su morada.

Frecuenta mucho los salones; algunos, como los de la Huerta y los de la embajada, por gusto especial; otros, por cumplir los deberes de mamá que tiene niñas que llevar al *mundo;* y si en unos se complace en conversar con los hombres más eminentes, en otros toma parte en patriarcales partidas de tresillo.

Se viste con arreglo á la prescripción de la moda, sacrificándole su gusto, que tiende á lo artístico y lo suntuoso, y es una de sus cualidades esenciales acomodarse á todos los centros donde se halla y encontrarse bien en todos.

Su humor es muy igual; en sus amistades es constante; pero si le dan motivos para romperlas, no es de las que los soportan, y está siempre dispuesta á la polémica, no retrocediendo más que cuando su dignidad se lo impone.

Con su posición, con el nombre que se ha conquistado, podía vivir tranquila; pero no dejará la pluma y perseverará en su propósito de escribir la *Historia de la Literatura Española,* en la cual ya ha trabajado mucho, recogiendo apuntes en las Bibliotecas del extranjero, y sobre todo en París, donde ha pasado inviernos enteros con este objeto.

De un estado especial de su ánimo nació la hermosa obra *San Francisco de Asís;* de otro estado análogo puede nacer el *San Fernando* que tiene proyectado. A lo que no parece ahora muy inclinada es á escribir su *autobiografía,* que anunció en el prólogo de uno de sus libros.

Para formar una exacta idea de la señora Pardo Bazán hay que considerarla mujer y muy mujer en su manera de ser, en su trato, en todo lo exterior, y de un pensamiento eminentemente varonil en sus trabajos. D. Francisco Silvela la llamó en un notable discurso que leyó en la Academia la Mad. Stael española, y tiene razón, porque con el genio de la insigne escritora francesa es con el que mejor puede compararse el suyo.

Está en todo el vigor de sus facultades intelectuales, tiene grandes energías para el trabajo, goza de una salud excelente y se puede asegurar, sin temor de equivocarse, que ha de producir todavía su inteligencia preciosos frutos para regocijo de sus admiradores, que son muchos, y para gloria y esplendor de las letras patrias.

Kasabal

FIESTAS ESPAÑOLAS EN BUENOS AIRES

Organizadas por la «Asociación Patriótica Española,» se celebraron en la populosa capital de la República argentina unas fiestas de las que conservarán imperecedero recuerdo cuantos tuvieron la suerte de asistir á ellas.

Dicha Asociación, que en el corto espacio de un año que lleva de existencia no se ha dado ni se da punto de reposo para aunar los esfuerzos de todos los españoles residentes en aquella República en pro de la madre patria, había organizado dichas fiestas con el objeto de fomentar la suscripción cuyo resultado ha de ser el de aumentar nuestra armada con un buque de combate de mil quinientas ó dos mil toneladas.

Tuvieron aquéllas lugar en los días 8 y 13 de diciembre último en la Plaza Euskara de Buenos Aires con tan brillantísimo éxito, que superó á todos los cálculos hechos por los más optimistas. Durante tan corto espacio de tiempo circularon más de cuarenta mil personas por frontones y jardines, paseos y pabellones, teatro y galerías, con la fraternal concordia que da el recuerdo de la ausente patria, unidas bajo una misma aspiración, gozosas de mancomunar sus esfuerzos para ofrecer á España un presente digno de ella y de la colonia desparramada por todos los ámbitos del país argentino, y sin que en medio de tanta aglomeración de gente ocurriera el más pequeño incidente desagradable.

La gran cancha de la citada plaza fué destinada para reñidos partidos de pelota y carreras de velocípedos, cuyos premios consistían en ricas y primorosas cintas regaladas por señoritas españolas y también por argentinas que con delicada gentileza quisieron contribuir al mayor realce de la fiesta. Aparte de estos premios hubo otros regalos, consistentes en centenares de objetos artísticos. La cancha cerrada

BUENOS AIRES

FIESTAS DE LA ASOCIACIÓN PATRIÓTICA DE ESPAÑOLES PARA LA ADQUISICIÓN DE UN BUQUE DE GUERRA



LA CABALGATA VALENCIANA EN LA GRAN CANCHA DE LA PLAZA ÉUSCARA (de fotografía enviada por D. Justo Solsona)



PALCOS Y TENDIDOS DE LA PLAZA ÉUSCARA DURANTE LOS PARTIDOS DE PELOTA Y CARRERAS DE BICICLETA (de fotografía enviada por D. Justo Solsona)

se transformó luego en espacioso teatro donde se dieron conciertos y zarzuelitas españolas, unos y otras desempeñados *gratis et amore* por los más distinguidos artistas españoles y aficionados.

En las canchas pequeñas se instalaron los artísticos pabellones donde se pusieron á la venta los productos más preciados y populares de las regiones españolas de la península y de Ultramar.



Vista general del crucero rápido protegido «Río de la Plata,» de 1.750 toneladas, mandado construir en los talleres de *Forges et Chantiers de la Mediterranée* por las Asociaciones Patrióticas de la Argentina y del Uruguay

El *Pabellón aragonés* era el punto donde bailaban la clásica jota incansables parejas luciendo los airosos trajes de la tierra, acompañadas por las rondallas del «Centro Aragonés» y «Orfeón Gayarre.» Junto al Pabellón vascongado, el aurresko y los zortzicos eran bailados con entusiasmo á los sones de las dulzainas, chistus, etc., ó bien se comía el rico pescado frito á usanza del país ó se bebía legítimo chacolí. En el Pabellón de Cataluña predominaban las sardanas, mientras circulaban *tortells, cocas, panellets, borregos, atmetllas, malvasía de Sitges* ó vino del Priorato, todo ello servido y despachado por lindas muchachas que lucían la roja barretina, ó la numerosa sociedad coral «Cataluña» entonaba á voces solas las canciones más escogidas del inmortal Clavé. En el pabellón andaluz abundaban las bellezas de morena tez é inimitable garbo; al son de vihuelas, palmas y castañuelas se cantaban rondeñas, malagueñas y peteneras; corría la manzanilla y el dorado Jerez, y se comían tortas de Morón, alfajores, pestiños y otras golosinas del país.

Asturias y León presentaron también los típicos trajes de aquellas montañosas provincias, lo propio que Galicia, cuyo orfeón cantó en fabla gallega melodiosas canciones.

Madrid presentó una vistosa chocolatería, donde se servían tazas del sabroso soconusco acompañado de buñuelos, churros, mantecados y mojicones, ofrecidos con gentil donaire por elegantes tías Javieras.

A la entrada del pabellón valenciano se había construído una barraca de la huerta en la que no faltaba el más insignificante detalle. En el pabellón servíase por hermosas valencianas, con sus graciosos trajes y complicados y artísticos peinados, la fresca horchata de chufas hecha á presencia del consumidor, agua de cebada, limón helado, *torrats, tramuzes* y *cacahuets*.

Pero lo notable en esta fiesta fué la hermosa cabalgata organizada por el «Círculo Valenciano» bajo la dirección del reputado pintor Sr. Cutanda, la cual recorrió las principales calles, llegando á la Plaza Euscara en el momento de mayor animación.

Su llegada se saludó quemándose una *traca* como de mil metros de extensión.

Abrían la marcha dos jinetes con *banderoles*, iguales á las que se usan en Valencia para semejante objeto; seguían *tabalet* y *dolsaina*, dos gigantones y cuatro enanos. Después, montados en cuatro jaquitas, cuatro niños con sus parejas correspondientes á la grupa, y en seis preciosos caballos, ricamente enjaezados, otras tantas parejas de personas mayores, todos con los trajes propios de los labradores de la vega valenciana. Seguían á caballo un timbalero, dos heraldos, y en medio de las banderas española y argentina una fiel reproducción de la célebre *Senyera*. A continuación, un precioso *milord* tirado por cuatro *ponnys*, en el que iban dos diminutas parejas de huertanos; un espléndido *landeau* arrastrado por seis soberbios rusos, ocupado por cuatro preciosas labradoras; después, en otro *milord*, la comisión, y cerrando la marcha una numerosa banda de música.

No hay por qué citar el frenético entusiasmo y el aplauso con que se recibió tan espléndida cabalgata.

Para terminar añadiremos que cuanto se vendió, rifó, subastó, comió, bebió y fumó dentro de la Plaza Euscara, que no fué poco, todo fué regalado por el comercio español de Buenos Aires; que todas las señoritas españolas se prestaron gustosamente á vender y rifar objetos y víveres en el bazar y en los pabellones; que la celebrada banda de policía bonaerense contribuyó al lucimiento de la fiesta tocando entre otras piezas la marcha de Cádiz; que por la noche el local estaba iluminado por más de cuatro mil faroles á la veneciana y sesenta focos eléctricos de mil bujías cada uno, y que el producto íntegro de las fiestas ascendió á unas *ciento cincuenta mil* pesetas efectivas, suma que unida á lo anteriormente recaudado, representa la de *dos millones y medio de pesetas* existentes en la caja de la «Asociación Patriótica Española» para el objeto antes indicado.

Nuestros beneméritos compatriotas residentes en el hospitalario país argentino se han hecho acreedores á la profunda gratitud de la madre patria. – J. S.

LOS SIETE PELOS DEL DIABLO

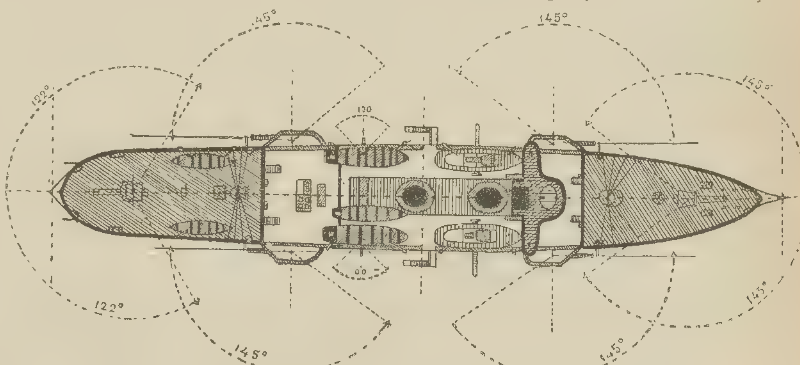
(CUENTO TRADICIONAL)

I

– ¡Teniente Mandujano!

– Presente, mi coronel.

– Vaya usted, por veinticuatro horas, arrestado al cuarto de banderas.



Vista de la cubierta y campo de tiro de la artillería del crucero «Río de la Plata»

– Con su permiso, mi coronel, contestó el oficial, saludó militarmente, y fué, sin rezongar, á cumplimentar la orden.

El coronel acababa de tener noticia de no sé qué pequeño escándalo dado por el subalterno en la calle del Chivato. Asunto de faldas, de esas benditas faldas que fueron, son y serán perdición de Adanes.

Cuando al día siguiente pusieron en libertad al oficial, se encaminó éste á la mayoría del cuerpo, donde á la sazón se encontraba el primer jefe, y le dijo:

– Mi coronel, el que habla está expedito para el servicio.

– Quedo enterado, contestó lacónicamente el superior.

– Ahora ruego á usía que se digne decirme el motivo del arresto, para no reincidir en la falta.

– ¿El motivo, eh? El motivo es que ha echado usted á lucir uno de los siete pelos del diablo..., y no le digo á usted más. Puede retirarse.

Y el teniente Mandujano se alejó architurulato, y se echó á averiguar qué alcance tenía aquello de los siete pelos del diablo, frase que ya había oído en boca de viejas.

Compulsando me hallaba yo unas papeletas bibliotecarias cuando se me presentó el teniente, y después de referirme su percance de cuartel, me pidió la explicación de lo que, en vano, llevaba ya una semana de averiguar.

Como no soy, y huélgome en decirlo, ningún egoistón de marca, á pesar de que

en este mundo enemigo
no hay nadie de quien fiar;
cada cual cuide de sigo,
yo de migo y tú de tigo...
y procúrese salvar,

como diz que dijo un jesuíta que ha dos siglos comía pan en mi tierra, tuve que sacar de curiosidad al pobre teniente, que fué como sacar ánima del purgatorio, narrándole el cuento que dió vida ú origen á la frase. Ahí va, lectorcita mía.

II

Cuando Luzbel, que era un ángel muy guapote y engreído, armó en el cielo la primera trifulca revolucionaria de que hace mención la Historia, el Señor, sin andarse con repulgos, ni moratorias, ni decretos, ni proclamas, le aplicó tan soberano puntapié en salva la parte que, rodando de estrella en estrella y de astro en astro, vino el muy faccioso, insurgente y montonero á caer en este planeta, que astrónomos y geógrafos bautizaron con el nombre de Tierra.

Sabida cosa es que los ángeles son unos seres mofletudos, de cabellera riza y rubia, de carita alegre, de aire travieso, con piel más suave que el raso de Filipinas, y sin pizca de vello. Y cata que al ángel caído lo que más le llamó la atención en la fisonomía de los hombres fué el bigote, y suspiró por tenerlo, y se echó á comprar menjurjes y cosméticos de esos que venden los charlatanes, jurando y rejurando y perjurando que hacen nacer pelo hasta en la palma de la mano.

El diablo renegaba del afeminado aspecto de su rostro sin bigote, y habría ofrecido el oro y el moro por unos mostachos á lo Víctor Manuel. Y aunque sabía que para satisfacer el antojo bastaríale dirigir un memorialito bien parlado pidiendo esa merced á Dios, que es todo generosidad para con sus criaturas, por pícaras que ellas le hayan salido, se obstinó en no arriar bandera, diciéndose *in pectore:*

–¡Pues no faltaba más sino que yo me rebajase hasta pedirle favor á mi enemigo!

–¡Hola!, exclamó el Señor que, como es notorio, tiene oído tan fino que percibe hasta el vuelo del pensamiento. ¿Esas tenemos? ¿Envidiosillo y soberbio? Pues tendrás lo que mereces, grandísimo bellaco.

Y amaneció, y se levantó el ángel protervo luciendo bajo las narices dos gruesas hebras de pelo, á manera de dos viboreznos. Eran la Soberbia y la Envidia.

Aquí fué el crujir de dientes y el encabritarse. Apeló á tijeras y á navaja de buen filo, y allí estaban, resistentes á dejarse cortar, el par de pelos.

– Para esta mezquindad mejor me estaba con mi carita de hembra, decía el muy zamarro, y reconcomiéndose de rabia fué á consultarse con el más sabio de los barberos, que era nada menos que el que afeita é inspira en la confección de leyes á un mi amigo, diputado á Congreso. Pero el socarrón barbero, después de alambicarlo mucho, le contestó:

– Paciencia y *non gurruñate,* que á lo que vuesa merced desea no alcanza mi saber.

Al día siguiente despertó el rebelde con un pelito ó viborilla más. Era la Ira.



BUENOS AIRES. – Fiestas de la Asociación patriótica de españoles. Grupo de valencianas vendedoras de flores (de fotografía enviada por D. Justo Solsona)

– A ahogar penas se ha dicho, pensó el desventurado.

Y sin más encaminóse á una *parranda* de lujo, de esas que hacen temblar el mundo y sus alrededores, en las que hay abundancia de viandas y vinos y superabundancia de buenas mozas, de aquellas que con una sola mirada le dicen á un prójimo: «Date preso.»

¡Dios de Dios, y la *mona* que se arrimó el maldito! Al despertarse miróse al espejo, y se halló con dos huéspedes más en el proyecto de bigote: la Gula y la Lujuria.

Abotargado por los comistrajos y licores de la víspera, y extenuado por las ofrendas en aras de la Venus pacotillera, se pasó Luzbel ocho días sin moverse de la cama, fumando cigarrillos de la fábrica de *Cuba libre* y contando las vigas del techo. Feliz semana para la humanidad, porque sin diablo enredador y perverso, estuvo el mundo tranquilo como una balsa de aceite.

Cuando Luzbel volvió á darse á luz le había brotado otra cerda: la Pereza.

Y durante años y años anduvo el diablo por la tierra luciendo sólo seis pelos en el bigote, hasta que un día, por malos de sus pecados, se le ocurrió aposentarse dentro del cuerpo de un usurero, y cuando, hastiado de picardías, le convino cambiar de domicilio, lo hizo luciendo un pelo más: la Avaricia.

Tal es la historia tradicional de los únicos siete pelos que forman el bigote del diablo, historia que he leído en un palimpsesto contemporáneo del estornudo y de las cosquillas.

Ricardo Palma

NUESTROS GRABADOS

D. José Feliu y Codina.— Ha fallecido recientemente en Madrid el eminente poeta Feliu y Codina, cuya muerte es una gran pérdida para el arte dramático español. Nació en Barcelona en 1847, y en nuestra Universidad cursó la carrera de derecho con grandísimo aprovechamiento: siendo estudiante, despertóse en él el amor á las letras y especialmente al teatro, escribiendo al poco tiempo varias obras que le valieron grandes aplausos y le colocaron á la altura de los mejores autores dramáticos catalanes. Después de la revolución de septiembre trasladóse á Madrid é ingresó en el periodismo, entrando á formar parte de la redacción de *La Iberia*, en donde se distinguió desde luego como escritor correcto y vigoroso y como pensador profundo é intencionado. Los triunfos escénicos obtenidos con *La Dolores*, con *Miel de la Alcarria* y con *María del Carmen* son harto recientes para que los hayan olvidado nuestros lectores: la carrera dramática de Feliu y Codina en la escena castellana ha sido de las más rápidas y brillantes, y las obras citadas han quedado como obras de repertorio, logrando en todas partes los más entusiastas aplausos.



BUENOS AIRES. – Fiestas de la Asociación patriótica de españoles. – Las vendedoras de flores de la barraca, pabellón valenciano (de fotografía enviada por D. Justo Solsona)



AMOR MATERNAL, escultura de C. Van der Stappen.



¿DE QUIÉN SERÁ?—De una fotografía de la Compañía estereoscópica de Londres

Como muestra de la actividad literaria de Feliu y Codina citaremos sus principales obras dramáticas catalanas: *Lo senyor padrí*, *La rambla de las Flors*, *Los fadrins externs*, *Lo tamboriner*, *Lo pont del diable*, *Lo rabadá*, *Lo mestre de minyons*, *Cofis y mofis*, *La bolva d' or*, *Lo mas perdut*, *A cá la sonámbula*, *L' esparver*, *Un pis al ensanche*, *Del ou al sou* y *Lo gra de mesch*. En colaboración escribió: *Un mosquit d' arbre*, *Lo rovell del ou*, *La filla del marxant* y *La dona d' aigu*. En castellano, además de las citadas, deja escritas *La tuna*, *El testamento de un brujo* y *Boca de fraile*, precioso paso de comedia este último, estrenado hace poco en el teatro Español de Madrid con gran aplauso. También en la novela consiguió lisonjeros éxitos con *La dida* y *Lo rector de Vallfogona*, inspiradas en los dramas de los mismos títulos de Federico Soler.



El eminente poeta D. José Feliu y Codina, fallecido en Madrid el día 2 de los corrientes

Fundó y dirigió los semanarios catalanes *La Pubilla* y *Lo Nunci*, y colaboró en *Lo tros de paper*, *La América*, *El Imparcial*, etc.

En suma, Feliu y Codina ha sido uno de nuestros escritores más fecundos y aplaudidos, y su nombre, honra de Cataluña, figurará dignamente en los anales de la literatura española.

Su entierro en Madrid fué una manifestación patente de la admiración y simpatías que en todos los centros literarios de la corte había sabido conquistarse.

Estatua de Beaumarchais, obra de Clausade. – Sin ceremonia alguna se ha instalado cerca del boulevard que lleva su nombre la estatua del ilustre poeta Beaumarchais, el autor de *El barbero de Sevilla* y de *Las bodas de Fígaro*, que al fustigar con la más fina sátira á la sociedad de su tiempo, atrájose los enconados odios de aquellos cuyos vicios sacó á plaza con gracia inimitable y sutil ingenio. Votada hace algún tiempo la erección de la estatua, la ejecución de ésta fué confiada, en público concurso, al joven escultor Clausade, segundo premio de Roma, autor de la de Carnot que erigió recientemente la ciudad de Limoges. La obra es digna de la reputación de su autor: Beaumarchais aparece en ella en su verdadero carácter, animando su rostro la expresión con que nos lo imaginamos al leer sus producciones.



Estatua de Beaumarchais, recientemente erigida en París, obra de Clausade

El laureado poeta Mosén Jacinto Verdaguer. – Es el poeta Verdaguer, si no la primera, una de las más culminantes figuras de la literatura catalana contemporánea, y su nombre, traspasando las fronteras de nuestra región y las de nuestra patria, ha volado en alas de la más justa fama por las naciones extranjeras, aun por aquellas que menos relaciones intelectuales mantienen con nosotros. Dedicado á la carrera eclesiástica, distinguióse desde muy joven por sus aficiones literarias, obteniendo á la edad de diez y seis años un premio en los Juegos florales de Barcelona. Desde entonces, y exceptuando un corto período en que, quizás por indicación de sus profesores, no dió ninguna de sus composiciones al público, no ha cesado de producir joyas valiosísimas que enriquecen el tesoro de nuestra poesía. *L' Atlántida* es un verdadero monumento literario de los que forman época, del cual ha dicho el ilustre Mistral que después del *Paraíso perdido*, de Milton, y de la *Caída de un ángel*, de Lamartine, es el poema en que con más grandiosidad y pujanza se han tratado las primordiales tradiciones del mundo. Digno compañero de *L' Atlántida* es *Lo Canigó*, leyenda pirenaica del tiempo de la Reconquista, que revela en su autor un completo estudio de los poemas clásicos y de los poemas primitivos de la Edad media. Innumerables son las poesías religiosas que ha escrito y en todas ellas se revelan su acendrada fe y su devoción profunda. La característica de Verdaguer es el amor intenso y purísimo á los ideales más nobles que sirven de guía, consuelo y esperanza á la humanidad en su peregrinación por este mundo: el odio, el rencor, no tienen asiento en el corazón delicadísimo del poeta, y ni siquiera en los momentos de terrible prueba por que Verdaguer ha pasado se ha desmentido una sola vez la bondad de su alma; cuando ha sentido las más crueles punzadas, su lira ha exhalado ternísimos lamentos, de sus ojos han brotado dulces lágrimas y sus labios sólo se han abierto para pronunciar palabras de perdón. Hoy que la personalidad de Verdaguer se halla un tanto olvidada, por causas que no hemos de examinar, La Ilustración Artística se honra dedicándole un modesto recuerdo y haciendo votos porque continúe aportando al caudal literario de Cataluña los productos de su potente inspiración y de sus elevados y nobles sentimientos.

El crucero «Río de la Plata.» – El pensamiento concebido por los españoles residentes en el Río de la Plata de regalar á España un barco de guerra puede darse ya como realizado, puesto que recientemente se ha firmado ante el cónsul el poder autorizando al ministro de Marina para contratar la construcción del buque en nombre de las Asociaciones patrióticas de la Argentina y del Uruguay.

El barco, que se construirá en los astilleros de la Sociedad *Forges et chantiers de la Mediterranée*, se denominará *Río de la Plata*, y su coste, cuando esté ya en disposición de prestar servicio, será de tres millones y medio de francos, ó quizás algo menos, porque ajustada su construcción directamente, sin intermediarios de ninguna clase y pudiendo anticiparse casi todo el importe, es muy probable que se obtenga en la casa constructora una importante rebaja ó bonificación en concepto de comisión é intereses, que tal vez llegue al 10 por 100 del precio antes indicado.

La nave proyectada será un crucero rápido protegido, de gran marcha y de 1.750 toneladas de desplazamiento, siendo sus dimensiones 75 metros de eslora, 10'80 de manga y 6'90 de puntal. Sus máquinas desarrollarán á tiro natural una fuerza de 3.600 caballos, que á tiro forzado se elevará hasta 7.100. El espesor de su casco será de 10 á 14 milímetros en la borda; llevará además cubierta protectriz y la coraza del puente será de metal extradulce. Su armamento consistirá en dos cañones de 15 centímetros González Hontoria, cuatro de 12, seis de 57 milímetros, dos cañones revólvers Hotchkiss de 37 milímetros y dos de desembarco de 7 milímetros, y como armamento suplementario llevará además 160 mausers españoles, 40 revólvers de reglamento, 100 sables y 40 hachuelas, dos tubos lanzatorpedos y seis torpedos cargados.

El aparato motor del barco consistirá en dos máquinas de triple expansión, cada una de las cuales funcionará con una hélice. Dichas máquinas tendrán tres cilindros verticales, dos condensadores, dos aparatos compuestos de dos bombas de aire y una rotativa de circulación, movidas por un motor independiente vertical de dos cilindros. Todas las piezas movibles de la máquina serán de acero dulce de la mejor calidad; los árboles de transmisión serán también de acero y de este metal estarán también revestidos los portahélices. Las hélices serán de bronce, de tres palas, y las calderas de sistemas Normand y Sigaudy con rejilla en las dos extremidades. Las cámaras de combustión serán cuatro y verticales.

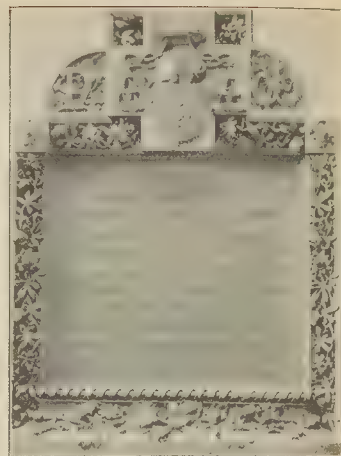
El *Río de la Plata* llevará las siguientes embarcaciones menores: una lancha de vapor de 8'80 metros, un bote de madera sistema White de 7'65, una chalupa de 9, un bote de 9, dos balleneras de 7, un bote del comandante de 8, un chinchorro de 5 y una balsa.

Amor maternal, escultura de G. van der Straeten. – Muchas obras hemos reproducido del celebrado escultor belga que como pocos sabe armonizar la belleza de la forma y la verdad viviente con la nobleza del pensamiento en que todas ellas se inspiran. La que hoy publicamos es digna de figurar entre las mejores del afamado artista, no sólo por su admirable ejecución, sino que también y muy principalmente por la naturalidad y elegancia con que expresa ese sentimiento del amor maternal, al que ningún otro iguala y ante el cual todos los demás palidecen.

¿De quién será? – La contemplación de los objetos que el inesperado visitante ha dejado en la antesala inspira naturalmente esta pregunta á la joven que con curiosidad los examina, procurando descubrir en ellos alguna señal que le sirva de indicio para conocer á la persona á quien pertenecen. El interés con que los mira demuestra que su dueño puede ser algo más que un amigo de la casa; pero si fuesen de *él*, ¿no los habría reconocido sin necesidad de tan minuciosa inspección? Por consiguiente, es de suponer que tendrá que resignarse á seguir esperándole y á soportar la visita de otro, para ella indiferente, si no importuno.

Lápida de bronce dedicada al Ilmo. Sr. doctor D. Antonio Estalella, obispo de Teruel. – Los albaceas y amigos del que fué doctísimo y virtuoso prelado de Teruel Dr. D. Antonio Estalella han costeado la hermosa lápida que reproducimos, destinada á perpetuar su memoria, junto al enterramiento donde reposan sus mortales restos en la catedral de Teruel. Su ilustración y bondad captáronle grandes simpatías durante el corto período que ocupó aquella silla episcopal, debiendo considerarse esta demostración como testimonio de la respetuosa consideración que en vida se le tributó.

El proyecto honra al distinguido arquitecto D. Ignacio Romañá y á la fundición de los Sres. Masriera y Campins, de Barcelona, en donde se ha realizado la obra con la perfección que tiene acreditada.



Lápida de bronce dedicada á perpetuar la memoria del Ilustrísimo Sr. Dr. D. Antonio Estalella, Obispo de Teruel, proyecto de D. Ignacio Romañá, fundida en los talleres de los Sres. Masriera y Campins de Barcelona.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – El Cairo. – El jetife de Egipto ha puesto solemnemente la primera piedra del museo que se ha de construir en Kasr-el-Nil y en el cual se conservarán las antigüedades egipcias.

Teatros. – *Madrid*. Se han estrenado con buen éxito: en la Zarzuela *La viejecita*, bonita zarzuela en un acto, de corte antiguo, original de D. Miguel Echegaray con preciosa música del maestro Fernández Caballero, y en la Comedia *Five o clock tea*, visita en un acto de D. Domingo Sandoval.

Barcelona. – Se ha estrenado con muy buen éxito: en el Eldorado *Los cocineros*, zarzuela en un acto y tres cuadros de los Sres. Paso y García Alvarez, música de los maestros Torregrosa y Valverde (hijo). En el Liceo se han cantado *Amleto* y *Sansón y Dalila*, habiendo obtenido grandes y entusiastas aplausos en el desempeño de la primera la Sra. Darclée y el Sr. Blanchart, y en el de la segunda la Sra. Parsi Pettinelli y el Sr. Duc.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Porte-Saint-Martin *La montagne enchantée*, comedia fantástica de gran espectáculo en cinco actos y doce cuadros de Emilio Moreau y Alberto Carré, con bonitos números musicales de Messager y Leroux; en la Renaissance *La Samaritaine*, interesante pieza en tres actos basada en el episodio bíblico y escrita en hermosos versos por Edmundo Rostand, con música de Gabriel Pierné; y en los Bouffes Parisiens *Niobé*, comedia en tres actos arreglada del inglés por Mauricio Ordoneau.

Necrología. – Han fallecido:

José Weitmann, notable escultor austriaco, decano de los miembros de la Asociación de Artes plásticas de Viena.

Edmundo Yon, reputado paisajista francés.

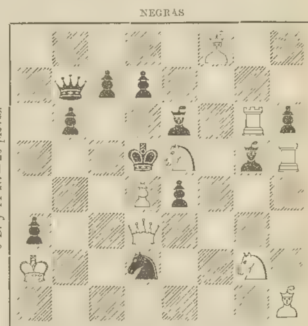
D. Enrique Pérez Escrich, eminente novelista español cuya semblanza publicamos en el número 801 de La Ilustración Artística.

D. Ramón de Navarrete, notable periodista español, redactor y colaborador de los principales periódicos de la corte, muy conocido y celebrado especialmente por sus crónicas de salones, que firmaba con el seudónimo de *Asmodeo*.

AJEDREZ

Problema número 68, por Juan Carbó

NEGRAS



9 B. y 11 N. = 20 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 67, por J. Beltrán

Blancas.	Negras.
1. R4CD	1. P4CD (*)
2. R5AD	2. R4R ó cua.
3. A5CR mate.	

(*) Si 1. R juega; 2. D7D, y 3. D mate. La amenaza es: 2. A5AD jaque, R juega; 3. D7R ó P4AD mate.



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

Novela original de la notable escritora alemana Eugenia Marlitt

(CONTINUACIÓN)



¡Con qué sentimiento y expresión tocó la romanza de Mendelsohn!

– Apenas sé cómo decírtelo... ¿Consentirías tú en trocar la residencia en esta grande y populosa ciudad, animada por la verde soledad de los bosques? Debo decirte, sin embargo, que sobre mi bufete hay un sobre conteniendo la petición escrita y firmada que dirijo á Su Alteza..., pero queda entendido que se consultarán tus deseos... ¿Prefieres quedarte aquí?

– ¡Ah! ¡Eso sí que no!, exclamó Ernesto. Por lo pronto, si Isabel no viene con nosotros, tampoco quiero yo ir..

Y al decir esto, oprimíase ansioso contra su hermana.

– No tengas cuidado, querido mío, dijo Isabel sonriendo, ya encontraré un sitio cualquiera en el coche que os conduzca..., y si no lo hubiese..., pues bien, tengo el valor de un soldado, y sé correr como una liebre. Me servirá de brújula el vivo deseo de reunirme con vosotros, el amor que siempre me inspiraron las verdes montañas, y que, siendo yo niña aún, ocupaba tanto lugar en mi corazón. ¿Y qué haría papá cuando por la noche se presentase ante la puerta del castillo un pobre viajero muy cansado, con los zapatos rotos y la bolsa vacía, solicitando un refugio?

– ¡Seguramente abriríamos nuestra puerta, contestó Ferber, sonriendo; los deberes de la hospitalidad ante todo! Si obrásemos de otro modo, nos expondríamos al peligro de atraernos la animosidad de todos los buenos genios de aquel lugar... Por otra parte, es probable que te veas obligada á pasar de largo, alejarte del viejo castillo é ir á llamar á la puerta de una cabaña aislada en el bosque, pues no debe esperarse que encontremos un abrigo en aquel montón de ruinas.

– Así lo temo yo, dijo la madre; con el pensamiento vagamos en medio de espinos y zarzales, y por último hallaremos...

– ¡La poesía!.., exclamó Isabel. El principal atractivo de nuestra existencia desaparecería si no pudiéramos alojarnos en esa morada. Es imposible que no se encuentren en un rincón del edificio cuatro buenas paredes y un techo para abrigarnos... En cuanto á lo demás, ya procuraríamos arreglarnos poco á poco con nuestro ingenio y nuestra imaginación. Se rellenarían de musgo las grietas; se clavarían algunas tablas en las aberturas que se han dejado arrancar sus puertas; y se extendería sobre el suelo de encina, reducido á polvo, una gran estera de paja trenzada por nosotros... Después declararíamos la guerra á los indiscretos intrusos que se atrevieran á penetrar con sus cuatro patas en nuestra despensa, y daríamos caza á las arañas, que tienen el descaro de introducirse en la casa sin autorización de mi madre y sin respetar los grandes sellos aplicados por la justicia en persona en nuestra gran puerta cochera.

Isabel se dirigió hacia el piano lentamente. Sus grandes ojos parecían divisar á lo lejos, á pesar de la distancia, la frescura y el verdor de los grandes bosques solitarios; y sus meditaciones la llevaban hacia la existencia, nueva, desconocida, que ante ella se presentaba. El piano era un instrumento viejo, gastado, cuyos sonidos roncos y débiles se animaban aún bajo los dedos de la joven. ¡Con qué sentimiento y expresión tocó la romanza de Mendelsohn, dedicada á la Primavera! El Sr. Ferber y su esposa escuchaban religiosamente aquel canto de esperanza; Ernesto dormía, y el huracán había cesado; pero la nieve seguía cayendo con regularidad y amontonábase en el alféizar de la ventana, desde donde hubiera podido contemplarse el dulce cuadro interior que ofrecía la pobre habitación donde se elevaba en el seno de un horizonte desolado un himno de confianza y de alegría.

III

¡Pascua de Pentecostés! Esta palabra conservará su poderoso encanto mientras un árbol florezca en la tierra, mientras una alondra se eleve hacia el cielo, mientras la primavera se disponga á sonreirnos... Hasta bajo la capa del egoísmo, bajo la nieve de la vejez, esa palabra suena alegremente en nuestro oído.

La Pascua de Pentecostés había llegado; una suave brisa soplaba sobre las montañas de Turingia, y borraba á su paso los últimos vestigios de las nieves del invierno. Éstas se evaporaban en ligeras nubes primaverales, cediendo su lugar á las zarzas y á los mirtos; en el desfiladero inmediato gemía el frío torrente, en el cual circulaban las doradas truchas; el molino solitario recobraba alegremente su movimiento interrumpido por el invierno, y sobre su tejado gris, libre ya de la nieve que le sepultaba, los árboles frutales dejaban caer una nueva nieve en forma de perfumadas flores.

Delante de las ventanas de las cabañas de los leñadores y de las viviendas de los campesinos, los pinzones, encerrados en sus estrechas jaulas, que habían pasado el invierno bien abrigados en los aposentos bajos y obscuros, cantaban alegremente: habían empleado su tiempo de encierro en estudios musicales de los más arduos, y orgullosos ahora del talento adquirido, hacían á porfía gala de su ciencia. Más lejos, en las profundidades del bosque, reverdecido ya, oíanse otros cantos, no tan artísticos, pero incomparablemente más dulces y penetrantes... Era porque aquellas incultas avecillas canoras, inspirándose en la libertad, cantaban lo que el mismo Dios había puesto en su ser: las alegrías y esplendores de la naturaleza.

Allí donde pocas semanas antes las aguas dormían inmóviles en su lecho de hielo, los musgos variados, tan admirables por su tinte y su finura, extendían una alfombra aterciopelada al paso de los arroyos que habían recobrado su libertad.

Por el magnífico y bien conservado camino que atravesaba los bosques de Turingia, corría un coche cargado de paquetes de todas dimensiones, en el cual la familia Ferber se dirigía hacia su nueva patria. Era muy temprano... Precisamente en aquel momento un timbre algo agudo daba las tres en un reloj vecino; y he aquí por qué los viejos postes del camino, solitarios, inmóviles y melancólicos, y una familia de ciervos de carácter emprendedor, que se había aventurado hasta el lindero del bosque, fueron los únicos que



Isabel se inclinaba fuera del coche...

vieron un dulce rostro encantador, sonriendo con expresión de felicidad ante el espectáculo de la naturaleza que pasaba de la noche á la aurora.

Isabel se inclinaba fuera del coche para aspirar con delicia el aire fortificante y embalsamado que las montañas enviaban; parecíale que aquella atmósfera límpida arrebataba hasta los últimos vestigios del polvo y los olores viciados que la gran ciudad hubiera podido dejar en sus pulmones. Ferber estaba pensativo delante de ella, y también su corazón se dilataba en el seno de aquella hermosa campiña; pero lo que le conmovía sobre todo era la expresión radiante de las miradas de su hija, que se abandonaba al encanto ejercido por la naturaleza, mostrándose tan agradecida por aquel cambio de situación. ¡Con qué ardimiento habían trabajado sus manos desde el día en que se recibió el nombramiento de su padre bajo la forma de un decreto! Y ciertamente había muchas cosas de qué cuidarse y no pocos preparativos que hacer. ¿No era necesario ahorrar á sus padres toda molestia, toda contrariedad y trabajo? La carga de otro no le parecía á ella nunca demasiado pesada para sus fuerzas. El príncipe había mandado remitir á su nuevo servidor una suma suficiente para cubrir los gastos de su viaje, y el buen tío guardabosque agregó algo de su propio peculio, pero todo ello no hubiera bastado si Isabel no hubiese trabajado durante las últimas semanas para una lencería.

No solamente los días, sino también gran parte de las noches con frecuencia, se emplearon en aquella obra... Y cuando los padres, fatigados, se habían dormido tranquilamente, la joven se levantaba silenciosa para coger de nuevo la aguja y aumentar en algunos *groschen* la suma destinada á los gastos de viaje.

Estas penas y fatigas no alteraban la serenidad ni la salud de la joven; tan sólo tuvo un momento de angustia, una amarga aflicción que la hizo derramar algunas lágrimas, cuando se presentaron dos hombres para cargar con su querido piano á fin de llevárselo á su nuevo dueño. Lo habían vendido muy barato, por algunos escudos tan sólo; pues viejo ya, no habría podido resistir tan largo viaje; mas era para la familia un antiguo y querido amigo. Sus sonidos sordos, algo temblorosos, eran tan gratos para el oído y el corazón de Isabel como la misma voz de su madre, y ahora quedaba descartado de la vida común, que tanto había embellecido. ¡Perder un amigo..., esto es doloroso; se le llora toda la vida...; pero perderle, retirarle de su existencia voluntariamente.., enviarle á casa de extraños..., venderle!.. ¡Ah, qué pesar! Sin embargo, por profundo que fuera, el valeroso corazón de la niña supo sobrellevarlo, y dominarle después, y ahora le rechazaba muy lejos de sí, como tantos otros dolores que se han sufrido silenciosamente. Mientras Isabel contemplaba con sus ojos límpidos y brillantes los velos grises que huían hacia el horizonte ante las claridades crecientes del alba, como para pronosticarles un porvenir feliz que triunfaba de las brumas de la mañana, nadie hubiera podido reconocer en aquel rostro, que expresaba una fe tranquila y un contento puro y santo, el menor vestigio de las luchas valerosamente sostenidas.

Durante media hora el coche continuó rodando por el camino, cuidadosamente conservado, y después tomó otro que se desviaba á la izquierda para penetrar en el bosque. El sol brillaba en todo su esplendor y parecía sonreir á la tierra, que para honrarle, sin duda, se había engalanado durante la noche con sus más hermosos diamantes. Hacia la media noche, en efecto, había estallado una violenta tempestad, lloviendo copiosamente, y gruesas gotas, suspendidas de la extremidad de cada hoja, retemblaban ó caían ruidosamente sobre la imperial del coche cuando un latigazo del postillón alcanzaba una rama inclinada.

...¡Qué magnífico bosque! Del seno de espesos tallares elevábanse árboles gigantescos que á gran altura sobre la tierra unían sus ramas como para defender su suelo misterioso contra dos enemigos, el aire y el calor. Tan sólo acá y allá un fino rayo de sol teñido de verde deslizábase de rama en rama, para acariciar después las humildes hierbas ó los fresales silvestres, cuyas florecillas parecían otros tantos copos de nieve olvidados por el invierno.

Más adelante aparecieron los árboles más espaciados, y poco después se divisó la casa forestal, situada en el centro de un pequeño valle. El postillón cogió su bocina y produjo un sonido que fué acogido por los furiosos ladridos de algunos perros; mientras que una bandada de palomas, espantadas por aquel estrépito, abandonó el tejado de la casa, remontando rápidamente su vuelo.

En el umbral de la puerta estaba un hombre que vestía el uniforme de guardabosque; de estatura colosal, tenía espesa y larga barba que caía sobre el pecho; y con la mano sobre los ojos, contemplaba ansiosamente el coche que avanzaba... Después echó á correr, profiriendo una exclamación; precipitóse sobre el coche; apenas detenido, abrió la portezuela, y recibió en sus brazos á Ferber, que se disponía á bajar... Los dos hermanos prolongaron aquel mudo abrazo durante algunos segundos, y después el colosal guardabosque separóse un poco del recién llegado, aunque reteniéndole por el hombro, y examinó con ternura aquel cuerpo delgado, aquel rostro pálido que revelaba la fatiga.

—¡Pobre Adolfo, exclamó, ahogando la emoción que hacía temblar su voz, cómo te ha tratado la suerte!.. ¡Pero todo esto va á cambiar; aquí volverás á ponerte sano y fuerte y estarás como el pez en el agua!.. Aún se puede remediar todo. . Sé mil veces bien venido... ¡Ahora no nos separaremos ya nunca hasta la hora en que suene el gran *halali!* En tal momento no nos consultarán sin duda sobre los inconvenientes que pudiéramos tener en separarnos, ni nos preguntarán si preferimos permanecer juntos.



Isabel se lanzó del vehículo...

El guardabosque procuraba dominar su emoción; mas no pudiendo conseguirlo, volvióse vivamente para ayudar á su cuñada á bajar del coche, y cogió al pequeño Ernesto, á quien abrazó con ternura.

—Debo confesar, haciéndoos justicia, dijo el guardabosque sonriendo, que habéis llegado muy temprano, cosa bien difícil cuando se viaja con mujeres.

—¿Es esa tu opinión respecto á nosotras? ¡Eh!, querido tío, debes advertir, sin embargo, que las mujeres conocemos la fisonomía del sol cuando se presenta á la tierra.

—¡Bravo!, exclamó alegremente el guardabosque, profiriendo una sonora carcajada. Pero ¿quién replica en ese rincón del coche?.. ¡Vamos, sal de ahí, niñita!

—¿Yo niñita?.. ¡Vamos, querido tío gigante, que ahora te asombrarás cuando haya salido del coche y veas mi estatura!..

Así diciendo, Isabel se lanzó del vehículo sin tocar apenas el estribo, y de un salto hallóse junto á su tío, empinándose para medir con él.

—Ya lo ves, añadió Isabel, casi te llego á los hombros empinándome un poco, y esto es más que suficiente para una modesta joven.

El tío la contempló un instante colocada junto á él, derecha como un cirio, seria en su pretensión, empinándose sobre la punta de sus piececitos, midiendo su estatura con la mirada, y con expresión satisfecha... De repente el guardabosque la levantó, como si hubiera sido una pluma, llevósela en brazos, en medio de las carcajadas de los presentes, y entró en la casa gritando, con una voz que parecía el fragor del trueno:

—¡Sabina, Sabina, ven aquí pronto!.. ¡Quiero enseñarte cómo son las avecillas de la ciudad!

Llegado al vestíbulo, depositó á Isabel en tierra con el cuidado y las exageradas precauciones que se hubiera impuesto para manejar un frágil juguete; después cogió con suavidad su cabeza entre sus grandes manos, y besó varias veces la frente de la joven, repitiendo:

—¡Esta liliputiense, esta princesa del Claro de Luna, que se imagina ser casi tan alta como su tío!.. ¡Pequeña hada, que pasas sobre la hierba sin rozar una brizna, bien puedes conocer la fisonomía del sol á todas horas del día, pues que tienes la cabeza cargada de sus rayos!

En la confusión del momento la joven había perdido su sombrero en el instante de cogerla su tío; y la extraordinaria abundancia de cabello rubio dorado que rodeaba su cabeza comunicábala un aspecto tanto más particular cuanto que sus finas cejas, bien dibujadas, y las largas pestañas que franjeaban sus párpados eran negras.

Por una de las puertas que daba acceso al vestíbulo apareció de pronto una mujer anciana; mientras que en el piso superior algunas cabezas masculinas se inclinaban con curiosidad, desapareciendo en seguida apenas se encontraron con la mirada del guardabosque.

—¡Vamos, vamos, dijo éste, de nada sirve desaparecer y huir, porque ya os he visto!..

—Esos son mis guardas, añadió, volviéndose hacia su hermano; son curiosos como gorriones; mas hoy no puedo censurarlos...

Al decir esto fijó una mirada cariñosa en Isabel, ocupada en reunir sus largas trenzas y arrollarlas alrededor de su cabeza, y después cogiendo la mano de su anciana sirvienta dijo con acento cómico:

—La señorita Sabina Halzin ministro de negocios, interiores de la casa, con derecho de vigilancia y de alta policía sobre todo cuanto existe en el corral, en el establo y en la cuadra... Es además soberana absoluta del departamento de la cocina, con derecho de vida y muerte sobre todo lo que anda en cuatro patas, excepto mis perros. Cuando pone los platos sobre la mesa, sentaos tranquilamente y comed con buen apetito, pues sabe lo que hace. Si se le antoja comenzar á referir sus leyendas de aparecidos y sus cuentos de brujas... ¡hum, hum!, esto podría durar largo tiempo y aburriros algunas veces, pues no siempre sabe lo que se dice... Y ahora, añadió, volviéndose hacia su sirvienta, que reía de la mejor gana y cuya extremada fealdad estaba compensada con una mirada llena de benevolencia y con el admirable aseo de su ropa, ahora nos vas á entregar todo cuanto contienen la cocina y la bodega. Por fortuna, has hecho tus pasteles de Pentecostés antes que de costumbre, en previsión de las queridas personas que han llegado, y vamos á ver si los has confeccionado tan bien como de costumbre.

El guardabosque abrió una puerta lateral que conducía á un reducido comedor, y todos le siguieron; solamente Isabel no pudo abstenerse de dirigir una mirada hacia la gran puerta del patio, cuyo umbral estaba ocupado por una infinidad de aves de todas las razas conocidas. A través de aquella puerta se veían risueños parterres de flores y manzanos, cuyas ramas, de un blanco sonrosado, elevábanse por encima del muro. El jardín, muy grande, trepaba por la montaña, formando bancales sobrepuestos, y había en su recinto algunas magníficas arboledas pertenecientes antes al bosque, del cual se había tomado el terreno necesario para construir la casa. Mientras Isabel, encantada por el espectáculo que tenía á la vista, se apoyaba contra la puerta del vestíbulo, sin poder separar sus ojos del paisaje de los alrededores, abrióse la puerta de una de las dos alas del edificio y apareció una joven. Notablemente linda, aunque tal vez un poco demasiado pequeña, parecía que la naturaleza había querido reparar este defecto dándole ojos excesivamente grandes, por decirlo así; eran dos soles, tan luminosos, tan profundos, que se podía decir, como lo hubiera dicho un héroe de la *Astrea*: «Maduran los frutos y entreabren las flores.» Su cabello negro, muy abundante, estaba arreglado con visible y sabia coquetería, y algunos bucles se desprendían para realzar la blancura de lirio de una frente modelada según las más puras reglas de la plástica. El mismo traje, aunque muy sencillo y de tela muy basta, revelaba cierto buen gusto, y el observador más indiferente no hubiera podido menos de sonreir al contar los pliegues hechos sobre el dobladillo de la falda, demasiado larga porque no dejaba ver bastan-

te bien los dos piececitos, que de cuando en cuando por debajo de ella se asomaban.

La joven llevaba una cesta grande llena de grano, del cual arrojó un puñado en el suelo del patio. En el mismo instante se produjo un gran tumulto; de todos los tejados precipitáronse bandadas de palomas; las gallinas abandonaron apresuradas, cacareando con toda su fuerza, las perchas que habían elegido, y el perro grande, guardián del local, se creyó obligado á asociarse á aquel estrépito con algunos ladridos.

Isabel permanecía inmóvil, muda de sorpresa. Cierto que su tío había sido casado; pero ella sabía muy bien que jamás había tenido hijos. ¿Quién era, pues, aquella joven, de la que nunca hizo mención en ninguna de sus cartas?.. La sobrina del guardabosque bajó los escalones que conducían al patio, y acercóse á la joven desconocida.

– ¿Es usted de la casa?, le preguntó amistosamente.

Los ojos negros de la interpelada se fijaron en Isabel con expresión de frialdad, y claramente indicaban una sorpresa más que desagradable; sus labios, un poco delgados, se fruncieron desdeñosamente mientras sus párpados, al bajarse, cubrieron en parte los ojos brillantes, que se apartaron de Isabel. Después, tranquila y silenciosa, como si creyese estar sola, arrojó á puñados el grano contenido en su cesta, distribuyéndole tan imparcialmente como era posible á las aves que la aturdían con sus clamores.

En el mismo instante Sabina, que llevaba la bandeja con las tazas para el café, pasó por delante de la puerta que conducía al vestíbulo, é hizo una seña á Isabel, que parecía haber echado raíces en el suelo del patio y permanecía inmóvil, poseída de asombro... Después, cuando la joven se hubo acercado á la anciana, ésta la cogió de la mano y atrájola á la casa, diciendo:

– Venga usted, hija mía... Eso no vale la pena de que lo mire.

En la habitación principal se hallaba reunida toda la familia, y todas las personas que la formaban parecían haber vivido siempre en aquella dulce intimidad y confianza. La madre ocupaba un cómodo sillón que su cuñado había puesto junto á la ventana, desde donde podía contemplar un paisaje encantador por un claro del bosque. Un gato grande, atigrado, acababa de saltar con toda confianza á sus rodillas, y complacíale evidentemente sentir pasar sobre su dorso aquella dulce mano. En cuanto al niño Ernesto, las cuatro paredes de la habitación le representaban una mina inagotable de cosas sorprendentes é interesantes. Iba de silla en silla, y habíase detenido con muda admiración delante de un gran armario de cristales que contenía una magnífica colección de mariposas. Los dos hermanos, sentados en el canapé, discutían sobre la instalación de la familia. En el momento de entrar Isabel oyó á su tío decir:

– Después de todo, si no halláis donde alojaros en el castillo, os quedaréis provisionalmente en la habitación del primer piso; yo pondré mi despacho en cualquiera parte, y me quejaré tanto y tan bien, que habrán de permitirme construir otro piso en el ala de esta casa.

Isabel, dejando á un lado su mantón de viaje, ayudó á la anciana Sabina á poner la mesa para el almuerzo. Una sombra acababa de perturbar la dulce benevolencia que llenaba su alma, pues desde que tenía uso de razón no recordaba haberse encontrado jamás frente á frente con la hostilidad, é ignoraba sincera y completamente que debiese este privilegio al encanto de su aspecto, á la pureza y nobles sentimientos de su corazón, que ganaban ó desarmaban á cuantos la habían conocido. Había aceptado esta benevolencia de todos como una cosa natural, como cosa corriente, pues ella misma experimentaba inagotable simpatía por todo cuanto existe, y jamás hubiera podido dejar de manifestarla, hasta á los seres más humildes. Su sorpresa y alegría al encontrar una joven casi de la misma edad que ella, y de la cual se prometía hacerse amiga al punto, ó por lo menos compañera, fueron tan grandes, que sintió doblemente el desvío que aquélla le había manifestado. El esmero que un observador hubiera reconocido sin dificultad en el tocado y en el aspecto de la desconocida había pasado inadvertido para Isabel, sin dejarle, por lo tanto, ninguna mala impresión. En este punto, sobre todo respecto á sí propia, mostraba una indiferencia infantil, cuidadosamente mantenida por sus padres, que la habían inducido siempre á enriquecer su espíritu desarrollando su instrucción, á perfeccionar su alma, apartando de ella todo pensamiento que no fuera grande y bueno, afirmándole – lo cual era ciertamente la pura verdad – que ningún adorno podría comunicarle mayor belleza que aquella cultura de la inteligencia y del corazón.

La expresión pensativa que se notaba en las facciones de la joven no dejó de observarla su madre, la cual la llamó á su lado antes de hacerle ninguna pregunta. Isabel que jamás había ocultado á sus padres un solo movimiento de su alma, comenzó á referir el singular encuentro que acababa de tener; pero desde las primeras palabras el guardabosque aguzó el oído, y entre sus pobladas cejas se formó una arruga profunda, comunicando una expresión sombría de enojo á su franco semblante.

– ¿Conque ya la has visto?, preguntó, interrumpiendo el relato de su sobrina. Vamos, será preciso contaros lo que á ella se refiere. La admití en mi casa algunos años hace para que ayudara á Sabina, que se hacía vieja y no había sido nunca muy fuerte. Es parienta de mi difunta esposa, y no tiene en este mundo ningún allegado próximo ni lejano. He querido hacer una buena acción, ofreciendo apoyo á la niña abandonada, y me he impuesto un sacrificio sin la menor necesidad de ello... Pocas semanas después de su instalación aquí, eché de ver que no había una sola idea sana en su cerebro..., nada más que vanidad, disgusto al trabajo y á su humilde condición; nada más que aspiraciones insensatas, peligrosas, hacia todo cuanto brilla, hacia todo cuanto atrae las miradas, hacia todo lo que obtiene las cortesías y lisonjas de los caracteres viles y cobardes... Yo estaba muy bien dispuesto á enviar á esa joven al sitio de donde la saqué; pero Sabina se entregó á una serie de lamentaciones contra las cuales no tuve fuerza para luchar; y sin embargo, bien sabe Dios que la pobre mujer no tenía interés alguno en conservar junto á sí á esa perezosa, que nunca pensó más que en acicalarse y presumir, pues habéis de saber que se mostraba impertinente con mi ama de gobierno, creyendo que su parentesco conmigo la autorizaba á tratarla altivamente. Ya comprenderéis que le aplaqué los humos, y lejos de permitirla que pasara el tiempo componiéndose, como se lo dictaba su inclinación, la obligué á trabajar de firme para combatir en ella el demonio del orgullo... Durante algún tiempo la cosa marchó bastante bien; pero allá abajo, en Lindhof – es el castillo nuevo de los Gnadewitz, que su legatario universal vendió á un tal Sr. Valde, – allá abajo, repito, hay desde hace cosa de un año cierta baronesa de Lessen. El propietario del castillo, que no tiene mujer ni hijos, es una especie de anticuario, un sabio muy amante de las cosas viejas, y viaja de continuo, dejando á su hermana única, aún soltera, en compañía de esa señora de Lessen y bajo su protección. Desde entonces todo está revuelto en el país. Cuando me decían en otro tiempo: «He ahí un hombre devoto,» me descubría respetuosamente; pero ahora me alejo de él lleno de ira, porque las cosas han cambiado mucho. La baronesa de Lessen pertenece á esa secta de pietistas que llegan á ser implacables para todos aquellos que sufren aquí abajo y no piensan como ellos, que petrificando su corazón, estrechan su inteligencia y persiguen con encarnizamiento á todas las personas que no juzgan propio tener siempre los ojos bajos, y prefieren levantarlos hacia el cielo para buscar á Dios y su luz... Esa es la vía que mi excelente sobrina ha considerado oportuno seguir; y en verdad que las doctrinas más falsas y erróneas, las más violentas é inicuas, no podían encontrar para desarrollarse terreno más favorable que el de su pobre cerebro. Mi sobrina había trabado conocimiento con una de las camareras del castillo, y pasaba allí todo el tiempo de que podía disponer; en un principio no fijé en ello la atención, y la dejé completamente libre de emplear sus ratos de ocio como quisiera; mas el espíritu de propaganda entró en juego, y esa pobre necia se permitió juzgar la conciencia de otro... ¡Y de qué manera!.. ¡Ella, que no hubiera hecho por la beneficencia ni el sacrificio de una cinta nueva, ni el de ninguno de sus placeres, tuvo la ocurrencia de observar que mi anciana Sabina, la cual ha cuidado y socorrido á todo el pueblo durante su larga existencia, no era bastante piadosa porque no se pasaba todo el día rezando! ¡Sabina, que á pesar de sus reumatismos está siempre dispuesta á dejar su cómodo aposento bien abrigado, para ir, apenas se la llama, á velar á una enferma ó á un pobre niño!.. ¡Ella, que remienda sus ropas cuanto es posible, á fin de alimentar á los que carecen de pan con el dinero que otra emplearía para engalanarse!.. En fin, esto era lo que pasaba, y convendréis en que había ya suficiente para irritarse. Muy pronto, yo mismo fuí objeto de los sermones; y como pienso que no necesito recibir lecciones de ignorante de esa especie, como pretendo conocer mis deberes para con Dios y mis semejantes, y como siempre traté de cumplirlos del mejor modo posible, no quise permitir á esa necia vanidosa que se encargara de lo que ella dió en llamar mi *conversión*, exactamente como si yo fuera un hereje. Ya supondréis que la envié á paseo en cuanto á mí se refería, prohibiéndola en absoluto que volviera al castillo de Lindhof, toda vez que bajo pretexto de la religión la distraían de sus deberes. Tengo el sentimiento de añadir que mi prohibición no ha servido de nada; esa joven ha tenido á bien considerarse perseguida por su fe y se va ocultamente al castillo á pesar de mis órdenes. De su agradecimiento á mí, no hay que hablar. Y lo que más me enoja es que entre ella y yo no existe ya ningún lazo, y que á causa del desdén que me manifiesta, no puedo ni siquiera darle un buen consejo, poniéndola en guardia contra un peligro cualquiera. Para coronar la situación, en el cerebro trastornado de esa joven domina ahora una idea fija..., ignoro cuál... ¿Creeríais que desde hace unos dos meses se ha condenado al mutismo más completo? No la hemos oído articular ni una palabra, ni una sílaba, ni siquiera una exclamación, y esto no solamente respecto á nosotros dos, Sabina y yo, sino respecto á todos. Ni el razonamiento, ni la súplica, ni las amenazas, ni las órdenes más terminantes han bastado para cambiar esa resolución. ¿Habrá hecho algún voto? ¿Será que se ha impuesto una penitencia? Nadie lo sabe. Atiende á sus ocupaciones como en otro tiempo, come y bebe como de costumbre, y no es menos vanidosa que antes, sino todo lo contrario. Sin embargo, como me parecía que estaba un poco más flaca y pálida, envié á buscar un médico que la había cuidado ya durante una enfermedad que sufrió y por la cual Sabina estuvo tres días y tres noches en pie, sin permitirse un momento de reposo. El médico, después de haberla examinado, me dijo que estaba muy buena, físicamente; pero que tenía un espíritu exaltado por naturaleza, y que bajo la influencia de algunas excitaciones podría muy bien llegar á la locura... Y como en su familia se han contado algunos casos de enajenación mental, nos recomendó mucho que la dejáramos tranquila, añadiendo que el mejor día, cansada de su papel de muda, comenzaría á charlar como una cotorra, mientras que, si hacíamos demasiado aprecio de aquella extraña resolución, sería capaz de perseverar en ella aunque solamente fuese por amor propio... Me he atenido á este consejo; pero ¡Dios mío, qué sacrificio de todos los instantes! Jamás he podido tolerar á mi alrededor malas caras, semblantes sombríos; y mejor quisiera comer pan solo con buena gente, alegre y franca, que pasteles en compañía de personas adustas.

(Continuará)



... arrojó á puñados el grano contenido en su cesta...



Fig. 1. – Clínica ortopédica en Berlín. – 1. Posición tendida y con suspensión en una superficie plana é inclinada. – 2. Enderezamiento del cuello. – 3. Ejercicios con pesos. – 4. Ejercicios de resistencia en posición tendida después del masaje.

SECCIÓN CIENTÍFICA

CLÍNICA ORTOPÉDICA EN BERLÍN

No por medio de congresos ni de asambleas de protesta conseguirán las mujeres abrirse paso en el camino de su llamada emancipación, ni lograrán de esta suerte hacer efectivos sus derechos al ejercicio de ciertas profesiones que hasta ahora ha monopolizado el hombre y que con tanta razón como éste pueden ejercer aquéllas. En efecto, muchas veces la constancia y la energía de una sola mujer han podido encontrar un nuevo modo de ganarse honradamente la subsistencia, dando con ello un ejemplo que fácilmente podrán seguir las que se sientan con voluntad y con conocimientos para llevar á cabo una empresa análoga. Tal ha sucedido con la señorita Catalina Wegner, que en Berlín ha conseguido formar bajo su dirección una clínica ortopédica y de gimnasia terapéutica, en la que se dan cursos públicos y privados.

Tiempo hace que en Suecia las mujeres se dedican á esta especialidad, pero en las demás naciones las mujeres habíanse limitado hasta ahora á ser profesoras de gimnasia ordinaria, de esa gimnasia que sólo tiene por objeto el robustecimiento del cuerpo.

La señorita Wegner no fué, en un principio, sino una profesora de éstas; pero habiendo tenido ocasión de ver en el ejercicio de esta profesión multitud de niños contrahechos que necesitaban un tratamiento especial, ocurrióse le que podía haber en esto un campo amplísimo á su actividad. Inmediatamente puso manos á la obra, y después de haber estudiado privadamente con un médico ilustre anatomía y ortopedia, entró como enfermera en la policlínica universitaria del profesor berlinés Wolf. En 1894 la señorita Wegner sufrió los exámenes de ortopedia, y provista del título correspondiente, abrió la clínica que nos ocupa.

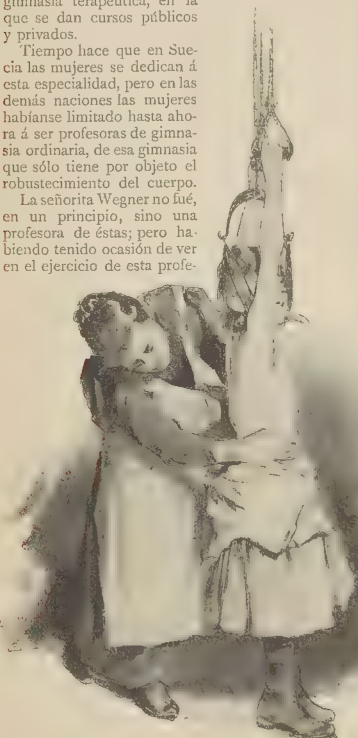


Fig. 2. - Suspensión en el aparato de la cabeza para enderezar la columna vertebral

El municipio puso á su disposición una sala de gimnasia para ejercicios ortopédicos y autorizóla para instalar en ella los aparatos necesarios, con la condición, empero, de que había de curar gratuitamente á cierto número de niños pobres, número que ella espontáneamente aumentó. En cuanto á los niños de pago, los honorarios son 25 marcos mensuales los ricos, y los de posición modesta una cantidad proporcionada á los recursos de sus familias.

A pesar de que sólo lleva dos años de práctica, la señorita Wegner ha obtenido éxitos que permiten asegurar que en la ortopedia puede encontrar la mujer una profesión á la que perfectamente se adaptan sus aptitudes.

He aquí algunas curaciones realizadas por la señorita Wegner.

Una niña de once años padecía de raquitismo, y estaba, á consecuencia de esta enfermedad, tan poco desarrollada que no aparentaba más de cinco años. Mas no era esto solo el único defecto de la infeliz criatura. Sabido es que el raquitismo consiste en la calcinación insuficiente del tejido destinado á la osificación, á consecuencia de lo cual los huesos no se endurecen y por consiguiente no pueden ofrecer la resistencia necesaria. Resultado de todo ello y del descuido de los padres fué que en la niña se inició una desviación de la columna vertebral que aumentó de día en día, complicándose con desviación de las vértebras, elevación de costillas y relajación de varios músculos. Además, la desviación de aquellas partes óseas produjo opresión de los nervios correspondientes y por ende dolores agudísimos. En tan deplorable estado encontrábase la paciente, cuando en febrero de 1896 fué sometida al tratamiento de la señorita Wegner: después de un corto período de masaje y de gimnasia terapéutica cesaron los dolores, y en septiembre del mismo año pudo comprobarse un aumento notable en el desarrollo de la niña.

Otro caso notable es el de una joven de 16 años que padecía de desviación de la columna vertebral y consiguiente elevación de las costillas, enfermedad que se había iniciado á la edad de siete años y que, descuidada en un principio, habíase desarrollado de tal manera, que el último médico consultado no pudo corregir en lo más mínimo ninguno de los defectos del sistema óseo de la muchacha. A los dos meses de sometida al tratamiento de la señorita Wegner, consistente en masaje y gimnasia terapéutica, las costillas adquirieron cierta flexibilidad, de suerte que la elevación de las mismas no sólo no aumentó, sino que disminuyó considerablemente, desapareciendo al propio tiempo los intensísimos dolores que también sufría la paciente y mejorando de una manera notable el estado general.

Esta ortopedia, fundada en la gimnasia terapéutica natural y combinada con el masaje, ofrece grandes ventajas á todas aquellas personas que no pueden comprar los aparatos mecánicos, caros, como los del sistema Zander, ni tienen medios para someterse á otros tratamientos que exigen grandes dispendios.

El peligro de esa clase de enfermedades es temible durante todo el período del crecimiento humano, aun cuando se logre á veces una curación ó una mejoría aparentes; pero merced al tratamiento ortopédico de la señorita Wegner, el paciente se acostumbra á mover y utilizar los músculos sin aparatos, á mantener los miembros en su posición normal y á respirar bien, de modo que aun en su casa, es decir, fuera de la clínica, puede tener los miembros enfermos en las posiciones que á cada uno convienen.



Fig. 3. - Enderezamiento en el aparato horizontal

Cuando se estudia la obra realizada por la señorita Wegner, cuando se ve la paciencia, la habilidad y el vigor de que da pruebas en el tratamiento de sus enfermos, cuando se contempla á las infelices criaturas deformes acariciando á la joven que ha logrado calmar sus dolores y devolver á sus miembros contrahechos su posición normal, hay que reconocer que en esta esfera de la actividad humana puede realizar la mujer una misión noble y útil y encontrar un medio de ganarse la subsistencia con tanta honra y provecho para ella como beneficio para los pacientes á quienes consagre sus cuidados.

Ya lo hemos dicho al principio; la que algunas mujeres llaman su emancipación pueden conquistarla por su propio esfuerzo: á los hombres y á la sociedad en general toca fomentar sus nobles iniciativas. – X.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

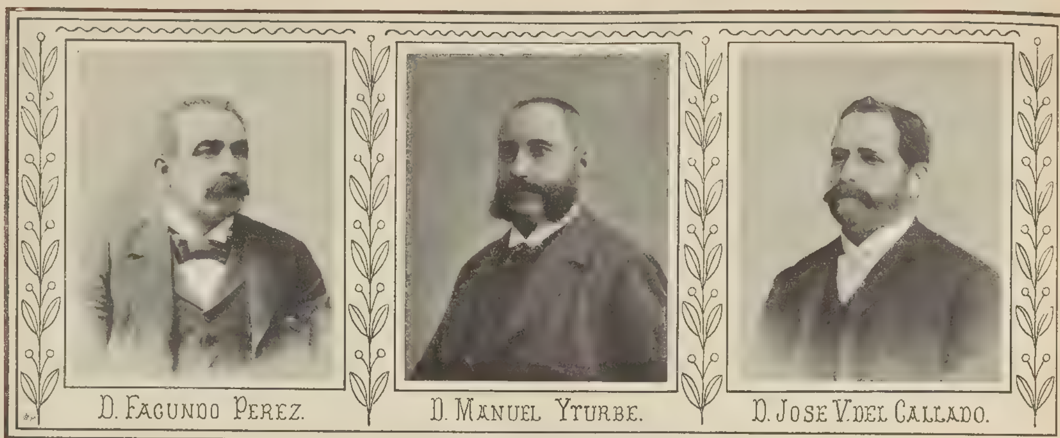
POR AUTORES Ó EDITORES

CORONA FÚNEBRE Á SANTIAGO COLOM. – Los amigos y admiradores del distinguido poeta guatemalteco Santiago Colom le han consagrado después de su muerte este recuerdo que contiene varios trabajos en prosa y verso dedicados al mismo por los más reputados escritores de aquel país, y gran número de inspiradas poesías originales del malogrado vate. El libro ha sido impreso en Guatemala en la tipografía artística de Carles.

BARCELONA Á LA VISTA. – El cuaderno 9.º de esta interesante publicación que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Antonio López, contiene, como los anteriores, 16 vistas de los monumentos y sitios más notables y típicos de Barcelona. Véndese á 30 céntimos.

EL EJÉRCITO ESPAÑOL. – Se ha publicado el cuaderno séptimo de esta notable colección, que contiene 16 bonitas autotipias, reproducción de varios episodios interesantes de la vida militar de campaña de las armas de ingenieros, artillería de montaña y carabineros.

OBRAS DEL PUERTO DE BARCELONA. – Se ha impreso en un voluminoso folleto el voto particular presentado á la Junta de obras del Puerto por los Ingenieros de la dirección facultativa de las mismas: sus autores hacen en él muchas y muy notables observaciones sobre la marcha y circunstancias especiales de estos importantes trabajos, y estudian con gran copia de datos las rebajas más convenientes en el arbitrio que se percibe para su ejecución. El voto particular es digno de que en él fijen su atención cuantos por el puerto de nuestra ciudad se interesan, y honra á los ilustrados ingenieros Sres. D. Carlos Mondéjar y D. Julio Valdés que lo han formulado.



PATRIOTAS ESPAÑOLES EN MÉXICO (de fotografías remitidas por D. Claudio Scapachini)

Completando la serie de retratos de españoles residentes en la República Mexicana que más se han distinguido en estos últimos tiempos por las pruebas de amor dadas á la madre patria, insertamos los de los Sres. D. Facundo Pérez, D. Manuel Iturbe y D. José V. del Collado. Es el primero uno de los comerciantes más populares de aquel país, dotado de fecunda iniciativa y tan entusiasta é incansable por todo lo que concierne á España, que á él se deben en parte principal los fructuosos resultados de las suscripciones allí abiertas para el fomento de la armada y socorro de heridos; el segundo, dedicado á los negocios y labores de minería, en los que á costa de grandes esfuerzos, riesgos y penalidades ha logrado reunir una regular fortuna, es director y propietario de ricas minas de oro y pertenece á lo más selecto de los individuos que componen la colonia española; y el tercero, consagrado asimismo desde muy niño al comercio, ha dado á conocer sus excelentes aptitudes ocupando puestos tan distinguidos como el de Director del Banco Nacional de México, establecimiento al que ha hecho prosperar por espacio de muchos años, no sólo con sus acertadas operaciones financieras, sino mejorando sobre manera el local. Oriundos los tres de la provincia de Santander, son respetados y queridos de todos y han dado y continúan dando relevantes muestras de amor patrio que los hacen acreedores á la gratitud y consideración de todos los españoles.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 17 de mayo de 1897 — Núm. [illegible]



CAMINO DE LA ESCUELA, cuadro de Félix Mestres

(Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1896)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal**, como segundo tomo de los correspondientes á la serie del presente año, la novela *El ídolo*, original de D. Ernesto García Ladevese, ilustrada con preciosos dibujos de N. Méndez Bringa.

Nuestro propósito era repartir ahora el primer tomo de *Don Quijote de la Mancha*, reproducción en facsímile de la segunda edición de esta obra inmortal, impresa en 1608; pero las dificultades que entraña un trabajo de índole tan especial como éste, si la reproducción ha de resultar digna del libro de Cervantes, y entre las cuales mencionaremos únicamente la necesidad de imprimirla en un papel fabricado ex profeso, nos han impedido, á pesar de los esfuerzos realizados, satisfacer nuestros deseos.

De todos modos, ofrecemos á nuestros suscriptores que el citado tomo de *Don Quijote de la Mancha* corresponderá al próximo reparto de la **Biblioteca Universal**, es decir, constituirá el tercer tomo de la presente serie.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Muchas veces se me ha ocurrido establecer una comparación entre los árboles y las mujeres – comparación triste para éstas, y sobre todo para los maridos y padres que tienen que cultivar en su huerto los gentiles árboles y arbustos humanos. – He aquí el tema de mi comparación: los árboles, á cada primavera, se cubren naturalmente de hojas y flores. Después, en el estío, dan su fruto..., los que lo dan; ó forman y consolidan su recia y útil madera, que un día servirá – si el reinado del hierro no la destrona definitivamente – para los variadísimos menesteres de la construcción.

La mujer, en primavera, también se cubre de flor y de hoja, pomposa, fresca, de lindos colores; pero ¡ay! no creáis que esto sucede naturalmente, sino al contrario, muy á redopelo y á fuerza de sangrías al bolsillo. La flor y hojarasca de la mujer, en primavera, se paga á peso de oro.

En cuanto á dar fruto, sí que lo da, y sin aguardar al estío; en cualquier estación del año. Sólo que este fruto no se come (¡Dios nos asista!), y en vez de servir de alimento á su dueño, quiere ser alimentado, vestido, instruído, divertido... ¡Un fruto muy costoso el del árbol femenino! Fruto con dientes.

Por otra parte, el árbol femenino no se cubre de hoja en primavera tan sólo. Por lo menos tiene en el año dos épocas de necesitar vestimenta. La entrada del invierno también es formidable para los honrados padres de familia, á quienes preceden, en los paseos, dos ó tres parejitas de muchachas más ó menos agraciadas y casaderas. Sin embargo, el invierno se presta más al aprovechamiento de los trapitos y á las ingeniosas combinaciones y variaciones sobre temas conocidos ya. La primavera, con su claro sol y sus modas atrevidas y picantes, es doblemente incitadora al gasto en perifollos y á la variación y capricho de las *toilettes*. La tentación del primo es insidiosa, por la misma forma de baratura que reviste. Telitas peseteras, canoas de paja, sombrillas de percal, parecen así al pronto lo más accesible, y poco á poco, sumando lo que cuestan esas menudencias tan sopladas, tan abuñoladas y vaporosas, asusta el total que arroja la suma.

* * *

En cambio Madrid está bonito y alegre apenas empiezan á despuntar sobre las aceras polvorosas ó regadas de fresco los trajes y los sombreros primaverales, de claros y limpios colores. Este año los sombreros son gayos, una nota franca y campestre, que en las playas y en los senderos de aldea redoblará su gracia vivaracha y chillona. Los sombreros todos rojos parecen amapolas gigantescas; los morados, enormes *bluets* (hay *bluets* morados, se lo advierto á los que no conozcan sino la variedad azul); los verdes, un trozo de prado donde surgen los cálices de la manzanilla y del acónito; los amarillos, un haz de paja trigal, en el cual se deslizaron casualmente, bajo la afilada guadaña del segador, algunos lirios.

* * *

He hablado de *bluets* morados, y me han inspirado una digresión que nada tiene que ver con las modas de primavera, aunque sí con la floricultura y la botánica. Es el caso que estos días se ha publicado en periódicos extranjeros una curiosa lista de garrafales desatinos, anacronismos y errores cometidos por los escritores de mayor fama y justo crédito en las letras. Entre estos errores figuran las flores inventadas – flores que no existen en la naturaleza; - y en el número de estas flores quiméricas, el articulista encargado de catalogar los gazapos incluye la *rosa verde*. Al leerlo no pude menos de exclamar: ¡á la justicia ahorcan! En efecto, aquí quien comete el *lapsus* y demuestra no estar fuerte en botánica, es el susodicho articulista.

La rosa verde existe, y la vemos florecer, desde muchos años hace, en el jardín y hasta en los setos de mi Granja de Meirás. Su nombre técnico es *viridiflora*. Pertenece á la dilatada familia de las *lunarias*. Confieso que es una rosa bastante fea, y que, si no se considerase su rareza, la arrancaríamos. En jardinería hay que declararla útil para *patrón:* en ella se injertan perfectamente las otras variedades más bellas, amarillas, blancas, rosadas ó purpúreas. De suerte que la rosa verde no sólo existe, sino que, entre los botánicos, ya no es ninguna novedad. ¿Quién sabe si otros supuestos errores de autores ilustres no tienen más fundamento que la ignorancia del Aristarco reparón?

* * *

Volviendo á las calles de Madrid – de este Madrid tan atractivo y tan animado en medio de sus innumerables inconvenientes y defectos, de su detestable urbanización, de sus mefíticos olores y de su empedrado con justicia comparado á abiertas bocas de perros de presa, que van mordiendo al paso los pies de los transeuntes, – en la presente época del año, uno de los elementos de animación de las calles, son las horchaterías.

Así como la horchata de chufas no se conoce, que yo sepa, en ninguna parte del mundo sino en España, tampoco tienen idea los extranjeros de lo que es una horchatería, y su sorpresa, al ver estos coquetones establecimientos, es gratísima. La horchatería es lo contrario del café. En el café hay siempre olores fuertes, vaho de cigarro, atmósfera cargada y espesa, barullo de encarnizadas discusiones, porrazos sobre las mesas y en los billares, sillas que arrastran, y cierto desaseo inevitable donde se sirven y consumen tantos manjares y bebidas diferentes. La horchatería, al contrario, es pulcra, nítida, clara, despejada y de un ambiente ligero. Allí no se discute, no se arma bulla: la refrigerante y deliciosa horchata templa la sangre y aplaca los nervios.

Teófilo Gautier, en su *Viaje á España* – titulado *Tras los montes*, – dedica á los refrescos españoles, y en particular á la horchata, un ditirambo que no me resuelvo á llamar *caluroso*, porque es todo lo contrario, refrescante en grado sumo.

Por cierto que habla Gautier de cierto refinamiento que yo no he oído mentar nunca, y que si se practicaba entonces, dudo mucho que se practique ahora, pues costaría caro. Trátase de los sorbetes de mantecado hechos con huevos nonnatos, ó mejor dicho, no puestos, sacados del intestino de las gallinas muertas. Sin duda esos huevos son más finos, y no hay que recelar que estén averiados ó podridos; pero dudo que los cafeteros se consagren á buscarlos para mejorar el vulgarísimo sorbete de mantecado, de que tanto consumo se hace en Madrid apenas empieza el calor á ser asfixiante y digno de la zona tórrida.

* * *

Por ahora todavía no molesta. La primavera de Madrid, que es tan corta, reviste caracteres de extraordinaria benignidad y dulzura. Las lluvias de esta semana han rociado el aire y han sentado el polvo. En cambio han ocasionado una desazón á los aficionados á la tauromaquia, que es tanto como decir á la inmensa mayoría de los madrileños, cuando obligaron á suspender en el cuarto toro una corrida de domingo, dejando á los espectadores á media miel. Si España fuese el país de la lógica (pero ya sabemos que le han llamado «el de los viceversas»), parecería caso admirable el de que con una corrida cada dos días no esté desierta la plaza. No se explica de dónde puede salir tanto dinero, tanto humor, tanto pañolón de Manila y tanta naranja. Sólo en la corrida magna de los ocho toros, cuatro de Veraguas y cuatro de Miura, estoqueados por Mazzantini, *Guerrita*, *Bombita* y Reverte, se calcula que ha tirado por la ventana el pueblo de Madrid unos veinticinco mil duros – medio millón de reales. Al ver esto los hacendistas y arbitristas, no pueden menos de decir: «Este pueblo es inagotable. Apretemos: duro en los impuestos, duro en las gabelas, duro en los consumos, duro en las cédulas, recargos y multas de toda especie.»

* * *

A decir verdad, el aspecto económico de la cuestión taurina me preocupa mucho más que su aspecto moral y filantrópico. Hay cosas vulgares y dichas cien veces, pero que nunca se habrán dicho bastante, puesto que la gente las echa en olvido. Una de estas vulgaridades convenientes de recordar, es que las diversiones de los pueblos que se llaman civilizados y nos tratan á nosotros de bárbaros, son cien veces más bárbaras y feroces que las nuestras.

En los Estados Unidos, no hay placer comparable, para la juventud, al de un buen partido de *foot ball*. En el *foot ball* está siempre presente el médico, con su cajita de instrumentos, sus vendas y sus compresas, dispuesto á curar al infeliz que ha sido arrollado, pateado, aplastado por los treinta jugadores que cayeron sobre él como un alud.

Hay otro placer más vivo que el del *foot ball*, que al fin es diversión de muchachos: éste, peculiar á los hombres, es la lucha atlética á puñadas.

Con el torso desnudo, las manos enguantadas según la regla del juego, dos hombres se acometen, ante un concurso que ríe, que vocifera, que cruza apuestas, que apunta cifras, que saca billetes y oro. Las puñadas caen como granizo duro sobre la carne descubierta; por ojos, nariz y boca y oídos sale la sangre, llamada por los aficionados *claret*, por su semejanza con cierta bebida que está de moda y á que presta color rojo el vino de Burdeos. Entre arremetida y arremetida, á los campeones se les lava el sudor, se les frota el cuerpo, como se frota el de los caballos en las carreras. El público suspira de gozo, se crispa de alegría, aplaude hasta la desollación, y los porrazos que van derechos á la cara, que desbaratan una nariz ó revientan un ojo, son los que más le electrizan.

Este «espectáculo atroz, mengua...» de donde sucede, tiene sus defensores, y no falta quien alegue razones en favor suyo, así como en alabanza de las brutalidades del *foot ball*, demostrando que es la vitalidad de la raza la que inspira esos desahogos, que prueban su energía viril. Aceptemos estas circunstancias atenuantes, pero que nos concedan á nosotros también algo en abono de la fiesta nacional. Que por lo menos no vean en ella un símbolo de nuestra vida y de nuestro espíritu. Esta fiesta es relativamente reciente; en los tiempos en que hemos condensado nuestra tradición, no existía, ó era uno de tantos *juegos nobles*, como el romper lanzas, el bohordar tablado, el cazar con azor, halcón ó neblí, el acosar y el derribar, las cañas, los torneos, las sortijas y las bizarrías á la jineta. No se ha arraigado en el pueblo el rejoneo y estoqueo de toros hasta la época barroca y decadente – el siglo XVIII.

* * *

Por cierto que en la corrida magna á que antes me referí ha sucedido un incidente curioso. En la lidia se ha quedado *tonto* un Veraguas. ¿Que un toro no puede volverse *tonto* como las personas? Pues sí que puede. Dos coces de un caballo en la región frontal dejaron al Veraguas en tal estado de imbecilidad, que ni hacía caso del trapo, ni al presentarse los cabestros les reconoció, ni quiso seguirles. También los animales pueden perder, por lesiones en el cerebro, la memoria, el sentimiento, la comprensión – es decir, los rudimentos que de todo esto tengan, y que en ellos reciben el nombre de *instinto*. – El público creyó que se trataba de un toro manso y blando, de *un buey*, como dicen, y se armó una gritería y una silba fenomenal. Y se trataba de un lisiado, sencillamente. Una fiera convertida en idiota.

Emilia Pardo Bazán

ARMIDA PARSI PETTINELLA

CARMEN
SANSÓN Y DALILA
EL PROFETA
ORFEO

ARMIDA PARSI PETTINELLA

Cuando un artista nuevo en nuestro gran teatro lírico logra imponerse desde los primeros momentos al público barcelonés que goza merecida fama de inteligente, pero también la tiene, bien ó mal adquirida, de severa intransigencia, bien puede decirse que ese artista posee verdadera valía. Tal es el caso que se ha dado en la actual temporada con la contralto Sra. Parsi Pettinella, que ha debutado en el Liceo con el difícil papel de protagonista en la ópera *Sanson e Dalila.*

Ya al emitir las primeras notas cautivó su hermosa y bien timbrada voz, y al terminar el primer acto los aplausos que escuchó fueron para ella la sanción de su indisputable mérito, aplausos que se repitieron durante toda la obra, como se repiten cuantas noches se pone ésta en escena.

Armida Parsi nació en Gallese, pequeña población de la provincia de Roma, y desde muy niña manifestó singulares aptitudes para el arte que profesa. Tan notables fueron éstas, que al decidirse á consagrarse al teatro bastáronle dos años de estudios bajo la dirección del que luego ha sido su esposo, el inteligente profesor Pettinella, para hallarse en disposición de satisfacer su deseo. Presentóse al público por vez primera hace cuatro años, en el Teatro Argentina de Roma, en la ópera *Il Trovatore*, alcanzando el más lisonjero éxito. Desde entonces su carrera ha sido una serie no interrumpida de triunfos, y las óperas *Favorita, Carmen, Aida, Profeta, Sanson e Dalila, Orfeo* y otras se los han proporcionado muy cumplidos en los diferentes teatros en que ha actuado, entre ellos los de Roma, Brescia, Scala de Milán, Santiago de Chile, Valparaíso, Nueva York, etc.

En esta última ciudad norteamericana el entusiasmo que excitó y el aprecio con que la distinguieron los aficionados fueron tales, que no sólo recibió numerosas cartas de las principales damas solicitando algún autógrafo suyo, sino que se organizó en un suntuoso hotel una recepción en su honor, á la cual asistieron las familias más distinguidas de la buena sociedad neoyorkina.

Análogos ó parecidos agasajos ha obtenido en las otras poblaciones americanas, y por lo que respecta á la nuestra puede decirse, como antes hemos indicado, que la Sra. Parsi Pettinella *llegó, cantó y venció* en toda la línea, á pesar de hallarse algo cohibida por el temor que le inspiraba nuestro público, de cuya supuesta intransigencia se le había hablado en el extranjero. Afortunadamente, pronto pudo convencerse de que de tal intransigencia, si es que existe, no han de temer nada los artistas de mérito evidente.

Lo cierto es que no deben extrañar á nadie los aplausos que Armida recibe en Barcelona, pues reune en sí las dotes de cantatriz perfecta, actriz inteligente y mujer hermosa. Su voz vibrante, pastosa é igual en todos los registros, su correcto estilo de canto de modulación irreprochable, su expresivo rostro y su arrogante presencia hacen de dicha contralto una artista que logrará ovaciones dondequiera que se presente.

Modesta además en alto grado, los triunfos, aunque la halagan, no la envanecen, y los tranquilos goces del hogar doméstico, el estudio, al que constantemente consagra una parte principalísima de su atención, y el teatro llenan por completo su existencia. Esta especie de plácido retraimiento no obsta para que sea mujer de sociedad, y á un finísimo trato, matizado por su conversación franca y expansiva, reune la afabilidad propia de las personas de esmerada educación.

¡Lástima grande que en atención á lo breve de la actual temporada, sólo nos haya sido dado oirla en la ópera *Sansón*, de cuyo papel de *Dalila* ha hecho una verdadera creación! – A.



ARMIDA PARSI PETTINELLA, en la ópera *Sansón y Dalila*
(de fotografía de Julio Rossi, de Milán)

COSTUMBRES

MATRITENSES

LAS MAÑANAS DEL RETIRO

(Véase el grabado de la pág. 329)

– ¡Gracias á Dios y qué mañanita tan hermosa!, exclama la anciana Macaria, dueña del aguaducho inmediato á la fuente monumental situada en uno de los extremos del estanque grande del Parque de Madrid, disponiéndose á colocar una docena de veladores de modesto pino en pintoresco desorden por las cercanías del puesto con el que gana «honradamente los garbanzos,» como acostumbra ella á decir á sus parroquianos. Ya era hora de que se acabaran las heladas y dejase de soplar el pícaro gris. No, si llega á seguir el tiempo como iba en enero, ¡Dios me valga, pero ni para pagar al Ayuntamiento sacaba una! ¿Quién querrá creer que desde Reyes hasta el presente, y estamos á fines de febrero, no he metido en el cajón más que veintisiete pesetas y media? Nada, miseria y compañía. Pero hoy creo que andará el negocio. ¡Vaya, como que lo primero que he visto al salir de casa ha sido un jorobado, y eso todo el mundo sabe que es de buen agüero! Dios lo quiera, porque el pícaro de Ramoncito ya tiene rotos los zapatitos que le compré en Navidad. ¡Claro, como que es el mismísimo diablo y está tan consentido!.. Calle, ¿qué andará buscando esa señorita, que ya ha pasado dos ó tres veces por aquí? Parece que mira donde sentarse. A ver si me estreno.

La señora objeto de la atención de Macaria, que es una joven alta, bien parecida, con elegante traje negro, cuello de sedosa piel y amplio sombrero, lleno de lazos y perifollos, se detiene junto á un velador situado al pie de un altísimo plátano, y sacando del bolsillo una página arrancada á un número del *Blanco y Negro*, lee un «Anuncio telegráfico» concebido en los siguientes términos:

«Aurora. Siempre pensando en usted. Acuda jueves 8 mañana Retiro, fuente egipcia, y demostraré la formalidad de mis intenciones. Enamoradísimo Chichito.»

– Aquí debe ser, murmura la incógnita. Ya han dado las ocho y él aún no ha venido. Aguardaré sentada, porque estoy fatigada de andar de aquí para allá hecha un zarandillo. La verdad es que la cosa lo merece: ¡un joven tan rico y que le dijo á Consuelo que se quiere casar conmigo! Como feo y estúpido lo es bastante; pero ¡dejar el teatro, salir del coro de señoras y tener coche es tan hermoso!..

Y Aurora, sentándose en una de las sillas inmediatas á ella, se quita uno de los guantes, y con la sombrilla hace una seña á Macaria, que acude presurosa con su delantal tan blanco como las canas que rodean su bondadosa fisonomía.

– Buenos días, señorita. ¿Qué desea usted?

– No sé; espero á uno..., á mi hermano.

– ¡Ya!, dice sonriendo Macaria; vienen aquí muchas señoras á esperar á sus hermanos.

– ¿Qué me puede usted dar?

– Todo lo que usted quiera; agua, aguardiente, azucarillos, merengues y hasta cognac.

– Bien, traiga usted agua con azucarillo.

Mientras Macaria corre á servir á su primera parroquiana, ésta murmura:

– Lo que es el desayuno no puede ser más parco. Y tengo un apetito feroz. Como Chichito no venga pronto, estoy divertida con mi vasito de agua con azucarillo. ¡Ay amor, cómo me has puesto! ¿Por qué este imbécil en vez de citarme aquí por medio del *Blanco y Negro* no me lo dijo anteayer en el ensayo? ¡Qué misterios más tontos!

La aguadora interrumpe las reflexiones de la joven corista, poniéndole delante el vaso lleno de agua, en la que sobrenada un esponjoso azucarillo.

– Estará fresca, ¿verdad usted?, pregunta Aurora.

– No, señora, está á buen temple. Estas fuentes del Retiro dan siempre el agua muy agradable, porque como son obra de los moros, que sabían tanto, no sé qué mecánica tienen en las tuberías que sale así. Y esta agua es muy saludable y tiene mucha fama en todo el mundo y los médicos la recetan á todo el que quieren.

Macaria no puede continuar el elogio de las aguas del Retiro en general y de su fuente en particular, porque interrumpe su perorata la llegada de un matrimonio de edad provecta; él con holgado gabán y flamante sombrero de copa echado hacia atrás, y ella con forrado *collet* de pieles y capota de terciopelo negro. A pesar de que entre los dos deben contar cerca de siglo y medio de existencia, caminan á buen paso dirigiéndose hacia el pilón, donde una gran ánfora, cuya tapa termina con la cabeza de un egipcio, vierte un abundante caño de cristalinas aguas.

– ¡Macaria, grita el caballero, los vasos!

– Va en seguida, D. Antonio.

Aurora quédase sola, y después de tomar algunos sorbos del refresco, entretiene su impaciencia registrando ansiosa con la vista las avenidas que conducen al sitio donde se encuentra, esperando el momento en que el galán del anuncio aparezca entre los árboles.

– Macaria, dice en tanto la señora anciana á la aguadora, después de sorberse un gran vaso de agua, entregándole unas monedas de cobre, ya tenemos nuestra racioncita, ahora vamos á dar la vuelta de costumbre hasta el Angel caído y luego vendremos á sentarnos un ratito.

– Muchas gracias, doña Tecla, ¿y cómo se encuentran ustedes?

– Tan fuertes, responde D. Antonio, tan fuertes y tan campechanos. Nosotros somos de otra pasta que los jóvenes de hoy en día. Ya veremos si todos estos jovenzuelos que andan por ahí haciendo el payaso con las bicicletas, vienen á los ochenta como yo todos los días al Retiro á dar un paseo y tomar un vaso de agua en esta fuente. Ya quedan pocos de los guardias de Corps que acompañábamos á D. Fernando VII, que en gloria esté, á pasear por el Real Sitio del Buen Retiro. ¿Te acuerdas, Teclita?

– ¡Vaya, pues podía olvidarme! Como que te conocí en esta misma fuente un día que la *Señora* tuvo el capricho de beber, y como no había aguaduchos como ahora, tuvimos las damas que pedirle un vaso á un guarda que vino corriendo con uno de vidrio muy feo y un cucurucho de anises, á cuyo momento llegaste tú con el rey, que como era tan tragón, se zampó todos los anises y luego le dió un doblón de á cuatro al guarda.

– Aquellos eran otros tiempos, añade D. Antonio.

– Bien puede usted decirlo, señor, exclama Macaria. Ahora ya no hay doblones de á cuatro, y para las aguadoras menos, porque el oficio está perdido.

– Pues yo creo, dice doña Tecla, que las personas tendrán sed ahora igual que treinta años atrás.



Disputándose un alma, dibujo de Alejandro Schneider

– No digo que no, señora; pero mire usted cómo beben; como los animales, mejorando lo presente.

Y la aguadora, indignada, señala á varios individuos de modesto aspecto que, inclinándose sobre el caño, sorben el agua á grandes tragos, limpiándose luego la boca con el pañuelo algunos y otros con el reverso de la mano.

– ¡Psh!.., consecuencias de las ideas democráticas, dice D. Antonio. En las naciones en que desgraciadamente el trono...

– Mira, Antonio, interrumpe doña Tecla, no comiences con tus discursos políticos, que se hace tarde para dar nuestra vuelta. Luego podrás explicarle á Macaria tus teorías sobre el altar y el trono.

Un numeroso grupo de jóvenes de ambos sexos invade la plazoleta cercana á la fuente, ocupando varias mesas y llamando con alegres voces y sonoras palmas á Macaria, que corre presurosa á servirles, mientras que el antiguo guardia de Corps y su vetusta mitad se alejan recordando anécdotas de pasados tiempos y renegando de las variaciones introducidas en el Retiro por el afán innovador de la corporación municipal.

Entretanto Aurora, impaciente y nerviosa, ha leído veinte veces el anuncio del *Blanco y Negro;* ha dibujado en el suelo con la punta de la sombrilla enrevesados jeroglíficos y adoptado mil posturas, mientras murmura *sotto voce:*

– Pues señor, buen bromazo me está dando el tal Chichito. No, lo que es como no me dé palabra for-



UN AVENTURERO, cuadro de Seymour Lucas [illegible]

mal de casamiento le arranco los ojos, porque este plantón no merece menos: «Jueves 8 mañana Retiro fuente egipcia.» La cosa es evidente. Pero este mamarracho... ¿habrá querido tomarme el pelo?.. Y todo el mundo me mira como si tuviese monos en la cara. Estoy por irme y no esperar más. Pero no, pudiera haberse retrasado por cualquier cosa y pierdo una proporción tan magnífica, de las que entran pocas en libra. Aguardaré otro poco. ¡Aguadora, venga usted!

La diligente Macaria acude al llamamiento, diciendo con hipócrita sonrisita:

– Qué, ¿no viene su señor hermano?

– No, aún no ha venido.

– El vendrá si es de ley. Habrá tomado el tranvía; y ya se sabe, cuando se toma el tranvía, siempre se llega tarde. Estas Pascuas pasadas me fuí con mi nietecito al teatro de Maravillas á ver el Nacimiento, y tardamos cerca de una hora en ir desde la Puerta del Sol hasta la Glorieta de Bilbao.

– Pues entonces eso será.

– ¿Quiere usted tomar alguna cosa para entretenerse?.. Así se hace menos pesado el tiempo.

– Bueno, traiga usted otro vasito con otro azucarillo.

– ¿No sería mejor un merenguito? Los tengo de rechupete. Son del Riojano, que ya sabrá usted quién es, y luego esta agua es muy fuerte, y no estando acostumbrada puede sentarle mal. Mire usted, ¿ve usted á ese señor de la capa á quien acompaña un criado?; pues un día se tomó tres vasos seguidos; y según me ha contado el chico, por poco revienta; y le estuvo muy bien empleado, porque ese es de los que se traen su vaso en el bolsillo, y como no le consultan á una que tiene práctica en estas cosas, se exponen á un percance, porque esto de las aguas tiene sus *mases* y sus menos.

– Venga, pues, el merengue.

En aquel momento una muchacha rubia, pálida, algún tanto anémica y de aspecto romántico, y una miss, inglesa al parecer, fea, desgarbada y con un sombrero que semeja un canasto de legumbres, toman posesión de un velador inmediato al de nuestra corista, que la contempla fijamente analizando á su sabor la elegante *toilette* de la recién llegada.

Macaria se aproxima exclamando:

– Felices los ojos que la ven á usted. ¿Y el señorito que la acompañaba otros días?

– Ahora vendrá. ¿Qué hora, miss Estéfana?

– Las nueve menos tres, responde la inglesa consultando el reloj.

– Aún nos hemos adelantado un poco; pero él vendrá, estoy segura.

Aurora se revuelve impaciente en su silla; la seguridad que demuestra la joven de que el que espera va á llegar, la saca de quicio, y por su imaginación cruza rápida como una exhalación cierta sospecha inverosímil.

– A no ser, dice miss Estéfana, que usted no haya leído bien la *citasión*.

– Sí, sí he leído bien, y además he recortado el anuncio y lo llevo aquí dentro del guante. Mire usted, «jueves 8,» que es hoy; nada dice de la hora, porque ya se sabe que mientras no haya contraorden es la de siempre; las nueve.

Al oir estas palabras, Aurora experimenta un estremecimiento nervioso, su rostro se enrojece y sin darse cuenta de ello se pone de pie. La sospecha de una burla sangrienta va tomando aspecto de realidad; pero aún duda de ello.

– ¡Ah, infame!, dice para sí. ¿Conque nos has citado á dos?.. Pues bien: las dos estamos aquí, y si llegas á venir cuenta con un remojón en el estanque.

– Señorita Aurora, exclama la extranjera con voz alborozada, allí viene el señorito Chichito.

Las dos jóvenes vuelven la cabeza al mismo tiempo, en el momento en que rápido como una golondrina un gomoso, vistiendo pintoresco traje de *sport*, se apea de una bicicleta y dice quitándose la gorrilla:

– Aurorita, tengo ya el permiso de mamá. Se acabaron los misterios...

Oyense dos gritos; uno de alegría de la joven pálida y otro de asombro de la corista, para quien aquel Chichito es completamente desconocido.

– Vaya una plancha, murmura; pero más vale así, porque si llega á ser el otro...

– Señorita, el merengue, dice Macaria presentándoselo á la despechada cantante.

– Cómaselo á mi salud. Ahí van dos reales para usted.

– Muchísimas gracias, y... si el hermano no ha venido hoy.., ya vendrá mañana.

– Puede..., pero lo que es yo no pienso volver al Retiro en todos los días de mi vida...

A. DANVILA JALDERO



CONVERSACIÓN, cuadro de José de Pando (Exposición de Bellas Artes de Sevilla)

EL PIANO MECÁNICO

Iba envuelto en blanca funda, semejante á siniestro sudario. Lo arrastraba un *poney* con guarniciones de plateados adornos, que lucían heráldico blasón, representado por corona nobiliaria, símbolo acaso de alguna grandeza decaída; emblema de uno de tantos dramas de familia, desconocido para el modesto industrial que fiaba al manubrio del instrumento músico miserable presente y obscuro porvenir.

El piano era objetivo hacia el cual convergía apiñado corro que oía extasiado las notas de zarzuelas y óperas, interpretadas con precisión matemática, pero sin dulzura en la modulación, sin revelaciones del sentimiento, sin poesía, en fin.

Una joven y su padre, él en los linderos de la ancianidad, ganaban la vida á favor del piano; y cuando éste había dado al aire dos ó tres tocatas, la gallarda moza de negros ojos, sombría expresión, triste sonrisa y pálido semblante, invitaba al público callejero y al de los balcones á que arrojase monedas al platillo. Algunas caían; mas eran tan pocas, que al regresar de noche á la posada padre é hija, difícilmente podían atender á las precisas necesidades; y ambos seres y la paciente jaquita contentábanse con mezquino alimento.

Celebraban feria en un pueblo próximo á la capital, y de ésta iban allí, en demanda de esparcimiento y regocijo, porción de familias.

Recorrían la polvorosa ruta numerosos carruajes, y en ellos percibíase el contento, ese contento que, por inevitable flaqueza humana, arranca suspiros al desventurado.

– Vamos allá, dijo el padre de la muchacha.

– Vamos, pues, respondió ella.

Pero estaba enferma. La fiebre se mostraba en el fulgor de sus ojos y en el color encendido de sus mejillas. Y emprendieron la excursión.

El pequeño *poney* marchaba lentamente, con la cabeza inclinada, jadeante, casi hambriento, de suerte que el conjunto parecía de melancólico duelo.

El piano, envuelto en su funda, se balanceaba en las desigualdades del suelo, y el trayecto hacíase más difícil para el mísero grupo que lo recorría sin aliento.

¡El camino! ¡Qué de misterios ofrece! ¡Cuántos asuntos brinda para la meditación! En la desabrida lengua de tierra, sinuosa y escabrosa, se desarrollan escenas que no advierte el transeunte de un instante.

El mendigo va fatigoso por la carretera en busca de lugar propicio para pedir el óbolo á la caridad. La mujer, cubierta de andrajos, investiga en las hazas próximas el seco ramaje y lo recoge á fin de llevarlo al exhausto hogar. El vendedor ambulante surge en el lejano término, agobiado bajo el peso de su mercancía. El trajinante conduce larga recua; y en tanto que con sus diferentes aspectos se desenvuelven estos cuadros de realismo implacable, denunciadores de la lucha cruel contra las adversidades, fulgura el sol, y las aves, extrañas á los combates de la humanidad, reposan felices en los hilos del telégrafo, y orea el campo la brisa perfumada y tiene el paisaje los suaves tonos del idilio desligado de toda impureza.

– ¡Padre, me siento mal!, exclamó la joven.

Y él repuso:

– Hija mía, haz un esfuerzo. Ya estamos cerca, y esta noche, si Dios quiere, recogeremos abundante colecta y descansaremos después.

– ¡Ay, padre! ¡Qué existencia tan dura!

– Resignación.

– ¿Hasta cuándo?

– ¡Ah!

– ¡Adelante, padre mío!

– Sí; adelante. ¿Tenemos derecho para sublevarnos contra la Providencia? Mira los trenes lujosos que pasan á nuestro lado; pero advierte, al mismo tiempo, los individuos que van por la vía que seguimos.

– Es verdad.

– El contraste siempre. Trabajemos y aguardemos, hija mía. He aquí nuestro deber.

Las lágrimas asomaron á los ojos de la enferma.

No habló más.

Por último llegaron y la esperanza sonrió á los infelices.

Todo era animación y movimiento en aquel pueblo con motivo de la celebración de la feria.

¡Cuánto iban á ganar!

La acogida de los viajeros en el pueblo fué jubilosa. La gente se arremolinaba en torno del piano; los chicuelos batían palmas y el concurso esperaba impaciente descifrar el enigma, oir las composiciones líricas y aumentar el jolgorio de la localidad, engalanada con farolillos á la veneciana, vistosas colgaduras, *tío-vivos* y, en suma, el cúmulo de alicientes que acuden á las ferias y les dan característico realce.

Pero la comitiva, sin parar mientes en la general sorpresa, fué á la posada, pidió un miserable cuarto, y allí la moza, desfallecida por la calentura, dejóse caer en escuálido jergón.

– ¡Padre, padre! ¡Me muero!, decía con voz agonizante.

– Eso no es nada, hija mía, respondió tembloroso el viejo. Verás cómo te mejoras así que tomes alimento.

Y corrió en busca de algo que reanimase las fuerzas de la extenuada enferma, y luego desenganchó el *poney*, lo enmantó cuidadosamente para enjugarle el sudor, y volvió al lado de su hija. ¡Qué noche!

El rasgar de las guitarras, los cantares de los aldeanos, el repique alegre y el estallido de los cohetes llegaban hasta el tugurio de la pareja sombría.

El cura del pueblo rezaba al pie del jergón; el padre sollozaba, y la vacilante claridad de un candil difundía sobre el cadáver de la muchacha lúgubres reflejos.

Llegó el día, alborozado, próvido de encantos, indiferente al drama de la posada, y abandonó el viejo la humilde cámara mortuoria y salió á la calle, guiando la jaquita enganchada al piano.

La multitud, apercibida á poco, lo siguió satisfecha y riente.



POR LA PATRIA, cuadro de Ricardo López Cabrera (Exposición de Bellas Artes de Sevilla)

El industrial detúvose; giró el manubrio, y hendieron el espacio raudales de notas, inspiradas y juguetonas.

Calló luego, y el desdichado padre tomó el platillo de metal y, horriblemente lívido y con fúnebre sonrisa, recorrió el círculo de espectadores, extendiendo el brazo y murmurando á la vez:

– ¡Para enterrar á mi hija!

AUGUSTO JEREZ PERCHET

CUARTETO NOCTURNO

– Dios nos libre de la miseria.

– Es lo que yo le digo á éste, doña Gregoria.

– ¿Quién sabe si cualquier día puede uno verse emigrado y extranjero?

– Y son jóvenes, al parecer.

– Alguno de ellos: los otros no.

– ¿De qué país serán esos, papá?

– No sé, hija mía; supongo que serán tiroleses, ó húngaros ó del cantón de Lucena.

– ¿Lucena ó Lucerna?

– Son sinónimos, como Suecia, Suiza y Sueca.

– Aquél tiene aspecto de general forastero.

– ¿Cómo forastero?

– De otro país.

No hablaban de otro asunto los concurrentes al café, cuando entraban en el establecimiento los profesores del cuarteto nocturno.

Eran ellos cuatro, «como suelen ser los que forman un cuarteto.»

El que parecía director del pelotón, se dirigía al mostrador, después de saludar con varias reverencias á las personas que componían el respetable público.

Solicitaba el competente permiso para ejecutar, con sus tres compañeros, algunas piezas de concierto y en los intermedios implorar la caridad pública.

En varios cafés, los dueños se oponían, pero en otros los toleraban.

En los cafés que contaban con personal fijo de profesores ó de tiples «cantaoras,» que era en los menos, á la sazón, no entraban siquiera los del cuarteto ambulante.

¡Con cuán envidiable majestad artística saludaban los cuatro maestros al respetable público, que los miraba con curiosidad y aun con extrañeza!



PASADO Y PRESENTE, cuadro de Nicolás Alperiz (Exposición de Bellas Artes de Sevilla)

Desenfundaban los instrumentos con gravedad y parsimonia.

¡Qué instrumental!

Un figle de doscientos milímetros, de tiro rápido, sistema Krupp; un fagot en el período de su crecimiento, de dos metros y veinte centímetros de longitud; una *trompá*, porque aquello pasaba de trompa, y un *strafalarius*, que no Stradivarius; un violín que tocaba solo, al decir del director del cuarteto, pero *sotto voce*.

Generalmente, cada uno de los cuatro, provisto de platillo de metal, recorría un turno del establecimiento: un turno de cuatro, postulando para el sostenimiento del arte, en una de sus más interesantes manifestaciones.

Los concurrentes al café extrañaban un tanto la premura de la petición, puesto que no había precedido la ejecución de alguna pieza musical.

Pero no faltaba quien depositase su óbolo en el platillo.

Otros decían al postulante, en voz alta para facilitar la inteligencia, tomando al tal por extranjero:

– Después, después de que toquen ustedes alguna cosa.

Y efectivamente, después de la recolecta, los profesores volvían á enfundar los instrumentos gigantescos, y salían sin saludar á la ilustrada concurrencia.

Los que esperaban el concierto quedaban como en Babia.

– ¿Qué habrá ocurrido?

– ¿No les permite el dueño que toquen en el café?, preguntaba alguna persona.

– Sí, señor, respondían los camareros; ¿por qué no?

Solamente en dos ó tres ocasiones rompieron á tocar en dos ó tres establecimientos.

Fueron tres acontecimientos artísticos, y en poco más, de orden público.

Los platillos, los vasos, las botellas, las bandejas y hasta las sillas *surcaron el aire*, para obsequiar á los profesores ó para defenderlos.

Porque hubo quien decía:



LABOR, cuadro de José Tova Villalba (Exposición de Bellas Artes de Sevilla)

– El público antiartístico no sabe lo que oye. No merecen ustedes semejantes profesores. ¡Bárbaros! ¡Pobre gente!

– Es una música que va más allá de Wagner.

– Ellos tienen la culpa por venir á este país.

– Es verdad.

– ¿Pero qué país ni qué arte, si lo que hacen es rugir con instrumentos?

– Nosotros ser tutti emigratti e la música también emigratta, explicaba el director.

Pero tuvo que disolverse la sociedad de cuartetos para librarse del peligro de una muerte probable. Por más que en algunos cafés de los barrios extremos daban sumo gusto á los parroquianos, á voces solas.

Uno cantaba peteneras chapurradas.

Otro la *kota aragonesa* vertida al inglés.

Aquello era poco menos que cantar en el patíbulo.

¿Y quién dirán ustedes ó quiénes eran los que formaban aquel pelotón de profesores nocturnos y ambulantes y desgraciados?

Un actor con muchísima gracia que, á la sazón, empezaba á «hacer papelitos;» dos aprendices de pianista, que pronto fueron notables, y un joven de ilustre familia, y entonces empezando la carrera de las armas.

¡Cuántas veces oí á Paco Arderíus contar las peripecias de aquella campaña artístico-humorística!

EDUARDO DE PALACIO



EL ANGEL DE LA GUARDA, dibujo de Guillermo Schade



COSTUMBRES MATRITENSES.—LAS MAÑANAS DEL RETIRO, dibujo de Méndez Bringa

(Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero)

NUESTROS GRARADOS

Camino de la escuela, cuadro de Félix Mestres (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1896). – Entre los tres lienzos que presentó el Sr. Mestres en la última Exposición de Bellas Artes celebrada en esta ciudad, llamaba justamente la atención el notable estudio que reproducimos en estas páginas, trasunto fidelísimo del natural. Quien haya visitado los pueblos de nuestro litoral recordará, al examinar el cuadro á que nos referimos, los hermosos rapazuelos de cabello rubio y rosadas mejillas que, descalzos y con la cartera pendiente de la correa en bandolera, entréganse á sus bulliciosos juegos cuando van á la escuela. Uno de estos tipos ha escogido el artista para hacer gala de su habilidad é inteligencia, pues aparte del estudio que revela, vese en la actitud de la figura ese algo que caracteriza y distingue á la niñez, manifestándose el tipo étnico de nuestra región.

Disputándose un alma, dibujo de A. Schneider. - Como ya en otras ocasiones hemos hablado del famoso dibujante, omitiremos toda nueva apreciación acerca de sus relevantes méritos y del carácter de sus composiciones. Digna de figurar entre las mejores de éstas es la que reproducimos en la página 324, cuya descripción creemos ocioso hacer, pues harto claramente aparece expresado el pensamiento del autor en el hermoso grupo que forman el ángel y el espíritu del mal disputándose el alma que residió en el cuerpo muerto, yacente entre aquellas dos figuras tan admirablemente trazadas.

Un aventurero, cuadro de Seymour Lucas. — El autor de este cuadro es uno de los primeros representantes del arte inglés contemporáneo. En sus obras, algunas de las cuales hemos reproducido, adviértese desde luego la mano del maestro que ejecuta con trazos enérgicos y vigorosas entonaciones las ideas concebidas por un talento privilegiado. Muestra de ello es el *Aventurero:* la figura del soldado, tratada con amplitud y soltura magistrales, da una idea exacta de lo que fueron aquellos mercenarios que alquilaban su espada al que mejor les pagaba.

El duque de Aumale. — Con el duque de Aumale ha desaparecido una de las figuras más interesantes y más dignas de respeto de la Francia contemporánea. Hijo de rey, su elevada cuna no fué obstáculo para que abrazara con entusiasmo la carrera de las armas, entrando á la edad de 17 años en el ejército, después de unos estudios brillantísimos y ganando innumerables laureles en la campaña de Argelia, de 1840, á la que fué como ayudante de su hermano el duque de Orleans y en la



El duque de Aumale
fallecido en Zucco (Sicilia) el día 7 de los corrientes

que por méritos de guerra conquistó el grado de coronel. Por enfermo hubo de regresar de Africa al año siguiente; pero en 1842, siendo ya mariscal de campo, volvió á Argelia, consiguiendo nuevos é importantísimos triunfos. Después de la revolución que derribó del trono á su padre, y á consecuencia de la expulsión que á ella siguió, establecióse en Inglaterra, desde donde al estallar la guerra franco-prusiana solicitó que se le reintegrara en el ejército francés, petición que no fué contestada: en las primeras elecciones del gobierno de la República fué elegido diputado por el departamento del Oise, y al día siguiente de derogada la ley de destierro volvió á Francia, siendo en 1872 repuesto en la escala activa del ejército y nombrado en 1873 presidente del Consejo de guerra que juzgó al mariscal Bazaine. Confiósele en aquel mismo año el mando del 7.° cuerpo, cargo del que fué relevado en 1879; en 1883 fué declarado de reemplazo y en 1886 expulsado nuevamente y borrado del escalafón por el general Boulanger. Poco después de su expulsión hizo á la Academia Francesa, de la que formaba parte desde 1871, donación del magnífico castillo de Chantilly con todos sus tesoros artísticos, tierras y dependencias. Gracias á las reiteradas peticiones del Instituto, el decreto de expulsión fué revocado, y el duque volvió á habitar el castillo, cuyo usufructo habíase reservado.

Enrique Eugenio Felipe Luis de Orleans, duque de Aumale, era el cuarto hijo de Luis Felipe y nació en París el 16 de enero de 1822; ha muerto en Zucco, posesión de Sicilia, en la que solía pasar tres ó cuatro semanas todos los años. Además de general ilustre fué escritor notable, habiendo escrito, entre otros trabajos, una *Historia de los príncipes de Condé*, y varios estudios sobre el *Cautiverio del rey Juan* y el *Sitio de Alesia*. Era gran cruz de la Legión de Honor.

Terminaremos esta ligera noticia biográfica refiriendo dos anécdotas interesantes.

El general Bazaine trataba de excusar ante el Consejo de guerra la rendición de Metz: «Caído el imperio, destruído el ejército – decía – ¿qué quedaba?» – «Quedaba la Francia,» contestóle el duque.

En cierta ocasión, haciendo los honores del castillo de Chantilly, enseñaba á sus visitantes un dibujo de Detaille en que él, con la espada levantada, mandaba una carga de caballería. El artista había puesto delante de la figura del duque á cinco ó seis jinetes. «¡Hermoso dibujo!,» exclamó uno de los que lo contemplaban. – «Sí, respondió el duque; pero debo oponerle un reparo desde el punto de vista biográfico: durante mi vida militar he dirigido muchas cargas; pero en ninguna había nadie delante de mí; siempre estuve en la primera fila.»

Juegos florales de Barcelona de 1897.—El eminente poeta Francisco Matheu y Fornells.—La reina de la fiesta Srta. D.ª María Oller. — La fiesta de los Juegos Florales es una de las más típicas de Barcelona: palenque de las letras catalanas, á él acuden, así los poetas con-



La Srta. D.ª María Oller,
reina de los Juegos Florales (de fotografía de Audouard)

sagrados tiempo ha como tales y en el mundo literario conocidos, como aquellos que ansiosos de la gloria literaria hallan en ese certamen ocasión de subir los primeros peldaños de la escala que al palacio de aquélla conduce. El Sr. Matheu pertenece ya al número de los antiguos, y no por su edad, sino porque entró en las lides literarias muy pronto, y muy pronto también consiguió en ellas brillantes victorias é inmarcesibles laureles: las cuerdas de su lira responden á los más encontrados sentimientos, y si vibran enérgicas cuando entonan viriles acentos patrióticos, suenan dulcísimas cuando se mueven á impulsos de afectos delicados. El renacimiento catalán debe mucho á Francisco Matheu, pues no sólo ha aportado á la literatura regional un valioso caudal literario, sino que además ha sido uno de los fundadores de *La Renaixensa* y ha sostenido y dirigido durante muchos años *La Ilustración Catalana*. En la fiesta del presente año ha obtenido la flor natural con sus *Tardanías*, colección de poesías amorosas llenas de melancólica pasión, escritas en forma irreprochable y abundantes en bellísimas imágenes. La Ilustración Artística, que hoy se honra publicando su retrato, le envía su aplauso y su felicitación más entusiasta.

Con el retrato del Sr. Matheu publicamos el de la reina de la fiesta por éste elegida, la bella Srta. D.ª María Oller, hija del eminente novelista catalán.

Conversación, cuadro de José de Pando (Exposición de Bellas Artes de Sevilla). – Es el Sr. Pando uno de los pintores sevillanos que, formando parte del núcleo artístico que reside en la reina del Guadalquivir, más honra con sus producciones á la ciudad que le vió nacer. Su cuadro titulado *Conversación*, tan bien dispuesto como pintado, revela un progreso, significa un adelanto, pues aun siendo igual la factura, nótase mayor seguridad y amplitud que en otras producciones, todas por cierto tan recomendables como la que, después de haber sido premiada en la primera Exposición de Bellas Artes celebrada en esta ciudad en 1891, figura hoy en el Museo Municipal.

Por la patria, cuadro de Ricardo López Cabrera (Exposición de Bellas Artes de Sevilla). – Cuadro por desgracia repetido en los hogares de nuestra patria es el representado en el lienzo del Sr. López Cabrera. La angustiosa aflicción que produce la separación de los que parten para combatir en defensa de la patria, podía servir de asunto á nuestros artistas para ejecutar obras sensacionales. Así lo ha comprendido el autor del lienzo reproducido en este número, quien ha logrado ejecutar una hermosa obra que hace presentir la realidad, página sentida de la historia contemporánea, cuadro de género y concepto modernísimo que responde á las corrientes actuales, y que nos da á conocer un drama íntimo, un efecto psicológico, trasunto de lo real y reflejo de lo observado.

La ejecución guarda relación con el concepto. Si López Cabrera siente como artista, demuestra lo que vale como pintor.



Francisco Matheu y Fornells,
poeta premiado con la flor natural en los Juegos Florales
(de fotografía de Audouard)

Labor, cuadro de José Tova Villalba (Exposición de Bellas Artes de Sevilla). – Bien comienza el joven pintor sevillano Sr. Tova Villalba, puesto que su cuadro titulado *Labor* es una bella manifestación de la pintura moderna, sin que incurra por ello en las exageraciones á que se han entregado aquellos á quienes alcanzó el contagio transpirenaico. Todo en el lienzo tiene marcado carácter español, sin que pueda censurar la crítica las minucias de ejecución ni la disposición de las grandes manchas que sólo sirven en algunas obras para ocultar incorrecciones y salvar dificultades.

Siga el Sr. Tova Villalba por tan buena senda, en la seguridad de que ha de obtener honra y provecho.

Pasado y presente, cuadro de Nicolás Alperiz (Exposición de Bellas Artes de Sevilla). – Vida, juventud y belleza: frío, amarguras y ancianidad. En la humana criatura reproducido el contraste de la naturaleza. Botones, capullos y flores; hojas secas, troncos sin savia y polvo. El constante trabajo de renovación manifestado en todos los seres. La nueva vida brotando junto á las muertas cenizas.

Tal ha sido la idea que se ha propuesto representar el discreto pintor Sr. Alperiz. La primavera y el otoño, el pasado y el presente de la humana existencia. A lo lejos la gentil pareja forjando ilusiones, presintiendo dichas: cerca, los dos ancianos agobiados por sus pesadumbres.

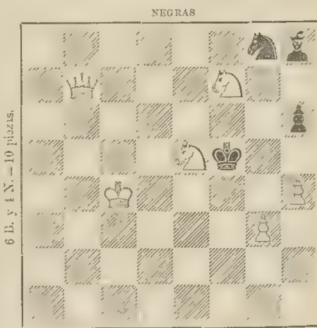
Bella resulta la composición y elevado el concepto que la inspira, gallardamente desarrollado, cual cumple al buen nombre de su autor y de la escuela sevillana á que pertenece.

El Angel de la Guarda, dibujo de Guillermo Schade. — La bellísima composición del celebrado dibujante alemán Guillermo Schade da forma á uno de los símbolos más sentidos de nuestra religión. No hay madre que no encomiende á su hijo á la protección del Angel de la Guarda y que no haga recitar al niño alguna plegaria implorando su amparo. Y el niño se duerme tranquilo, seguro de que aquél velará su sueño y apartará de su lado á cuantos enemigos le acechen, y cree sentir el suave roce de sus alas que le arrulla y el dulce contacto de sus dedos que cierra sus párpados.

AJEDREZ

Problema núm. 69, por J. Tolosa y Carreras

NEGRAS



6 B. y 4 N. — 10 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 68, por J. Carbó

Blancas.	Negras.
1. C 6 A D	1. Cualquiera.
2. P 5 D, ó C mate.	



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

Novela original de la notable escritora alemana Eugenia Marlitt

(continuación)


Patio del castillo del Sr. Gnadewitz

–Vamos, cabecita dorada, añadió el guardabosque volviéndose hacia Isabel, y pasando suavemente su gruesa mano por la frente de la joven, como para hacerle olvidar penosos pensamientos; vamos, acerca el sillón de tu madre á la mesa, anuda una servilleta alrededor del cuello de ese rapazuelo, que no aparta la vista del armario donde mis carabinas reposan, y almorcemos. Después descansaréis de vuestro largo viaje, y cuando hayamos comido, podremos dirigirnos hacia el castillo de Gnadewitz. Bueno sería que tratarais de dormir un poco antes de emprender el paseo. También debéis preveniros anticipadamente para no quedar deslumbrados ante las magnificencias que sin duda contiene el castillo que tan generosamente os legó el Sr. de Gnadewitz.

Siguiendo este consejo, los esposos Ferber durmieron la siesta después de almorzar; Ernesto los imitó de la mejor gana, y en cuanto á Isabel, dijo que no estaba cansada en lo más mínimo, por la sencilla razón de que había nacido infatigable, y se ocupó en desenvolver algunos paquetes á fin de colocar los objetos más indispensables en la habitación destinada á sus padres. De vez en cuando interrumpía su trabajo para dirigir una mirada de satisfacción á la montaña cubierta de sombra que se elevaba casi á pico detrás de la casa forestal. Allá arriba, en el punto culminante de la cumbre más alta, veía elevarse una ligera línea negra... Según lo que le había dicho Sabina, aquello era el asta, varias veces secular, donde ondeaba la orgullosa bandera de los Gnadewitz... ¿Podría la pobre familia encontrar un refugio detrás de los árboles que encerraban las ruinas del antiguo castillo? ¿Podrían los padres de Isabel reposar al fin en su hogar sus pies fatigados por su carrera errante á través de un mundo indiferente, cuando no se había mostrado hostil?

Sus miradas se fijaban también á veces en el patio; pero ya no se veía allí á la joven muda, que tampoco se había presentado á la hora de almorzar, y que parecía evitar cuidadosamente toda relación con la familia de su bienhechor, lo cual contristaba á Isabel. El relato de su tío había producido en ella alguna impresión; pero un corazón joven no renuncia fácilmente á sus ilusiones; más bien se deja convencer viendo sus pompas de jabón evaporarse en el aire, que escuchando los consejos y razonamientos dictados por la experiencia de los viejos. Aquella hermosa joven, que por voluntad propia había sellado sus labios para sepultar su secreto, parecíale doblemente interesante, y se perdía en conjeturas novelescas sobre las causas de aquel mutismo misterioso.

IV

No tardaron mucho los comensales en despachar el almuerzo, porque la impaciencia era general y la curiosidad de todos estaba muy excitada. Terminado aquél, Sabina fué á buscar una pipa, rellena ya de tabaco, y se la presentó á su amo con un fósforo encendido.

–¿En qué piensas, Sabina?, preguntó el guardabosque con tono de reprensión cariñosa. ¿Crees tú que me sería posible fumar tranquilamente cuando veo los piececitos de mi sobrina agitarse impacientes en el suelo? Bien ves que no puede estar quieta, por lo mucho que desea trepar allá arriba para inventariar las magnificencias de ese castillo encantado... No, no fumaré. Vamos, ya es hora de emprender nuestro viaje de exploración.

Todos hicieron sus preparativos; el guardabosque ofreció el brazo á su cuñada, y la familia cruzó el patio y el jardín, agregándose á ella un hombre: era un albañil del pueblo inmediato, á quien se había enviado á buscar para que prestase auxilio en caso necesario, ó para ver qué era más urgente en materia de reparaciones *posibles*.

Era preciso franquear una pendiente bastante rápida á través del bosque; pero el camino, angosto en un principio, ensanchábase gradualmente para desembocar al fin en un pequeño claro, detrás del cual se elevaba un edificio alto con muros de color gris.

–Tengo el honor y el placer de mostrarte en todo su esplendor, dijo el guardabosque á su hermano, el legado que tu familia debe á la grandeza de alma del difunto Sr. de Gnadewitz. ¡Paz á su alma!.. si es que la tenía..., lo cual me he permitido poner en duda muchas veces.

Se habían detenido ante un muro inmenso que parecía una mole de granito transportada allí por un pueblo de gigantes; era imposible distinguir los edificios que se elevaban detrás de su égida, pues el bosque, desarrollándose en libertad, lo había invadido y cercado todo. El guardabosque echó á andar á lo largo de aquel muro interminable, cuya base estaba oculta por la maleza, y detúvose al fin delante de una puerta enorme de encina maciza, cuya parte superior terminaba por una verja de hierro, y que el día antes había mandado despejar, y sacó de su bolsillo un manojo de llaves, que la señora Ferber había recogido á su paso por la ciudad de L...

Fué necesario recurrir á los esfuerzos reunidos de los tres hombres antes de que se consiguiese hacer funcionar el pasador de las cerraduras y mover los enormes cerrojos de la puerta; pero al fin ésta rechinó sobre sus goznes enmohecidos, y al entreabrirse levantó una nube de polvo espeso y sofocante. Los visitantes penetraron en un patio flanqueado de construcciones por tres de sus lados. Enfrente de ellos elevábase la imponente fachada del castillo; una ancha escalera de piedra con sólida balustrada de hierro forjado conducía al primer piso; y en toda la longitud de las alas laterales se corría una elegante columnata, cuyos capiteles y ojivas parecían triunfar del tiempo y de sus rigores. En medio del patio algunos añosos castaños extendían sus ramas sobre un inmenso estanque, en cuyo centro veíanse cuatro leones de granito, que estaban allí siglos hacía, con las fauces abiertas. En otro tiempo sirvieron sin duda de conducto á las corrientes que brotaban del seno de la tierra, pero de aquella abundancia sólo quedaba un hilo de agua que se deslizaba entre los dientes descantillados de uno de los cuadrúpedros de piedra; para regar después algunas matas que crecían entre las baldosas del estanque..., único y melancólico vestigio de vida que se revelaba en aquel desierto poblado de ruinas. Las paredes exteriores de los edificios y la columnata de las alas eran los únicos puntos en que la


Sabina fué á buscar una pipa

mirada se podía fijar sin desaliento. Los marcos de las ventanas, despojados de sus vidrios, permitían ver en el interior una vetustez desesperante; en algunas habitaciones faltaba completamente el techo, y en otras el suelo presentaba una curva que infundía inquietud, pues hacía temer que un solo paso, un pequeño movimiento determinaría un espantoso hundimiento definitivo. La escalera exterior continuaba después de una notable interrupción; algunos de sus venerables peldaños parecían haberse desprendido recientemente y habían rodado hasta el centro del patio.

– Nada se puede hacer aquí, dijo Ferber. Sigamos adelante.

Pasaron por debajo de una alta bóveda sombría y encontráronse en un segundo patio más grande que el anterior, pero que producía una impresión mucho más penosa, debida en parte á su irregularidad. Aquí se prolongaba una construcción angulosa, destinada aparentemente á proteger todo un lado del patio contra la acción del sol, y más allá elevábase una alta torre que proyectaba densa sombra sobre la otra parte del edificio. Ningún rumor interrumpía el silencio solemne que allí reinaba... Una corneja gris volaba silenciosamente sobre aquel espacio; y los visitantes, cuyos pasos eran lo único que turbaba aquella paz melancólica, no pudieron menos de experimentar una angustia supersticiosa.

– ¡He ahí, dijo Ferber, conmovido ante el aspecto de aquellas ruinas, todo cuanto queda de un pasado que se calificó de glorioso por los que en este recinto vivieron! Los poderosos señores de esta tierra habían hecho acarrear hasta aquí moles de granito á fin de construir para siempre esta cuna de su raza... ¡Y habían edificado sólidamente con la esperanza y la convicción de que su morada y su nombre pasasen á la más remota posteridad, atestiguando de siglo en siglo su grandeza y poderío!.. Cada generación, añadió Ferber, examinando las construcciones de estilo tan diferente, ha querido agregar alguna cosa al cuerpo de edificio principal, como si todo eso no debiera concluir jamás.

– Y sin embargo, dijo el guardabosque, cada uno de esos poderosos señores no ha sido más que un dueño efímero de lo que creía poseer..., pero sigamos adelante... ¡Uf!.. Todo esto me hiela... ¡Aquí está la muerte..., nada más que la muerte!..

– ¿Llamas tú á eso la muerte, tío?, exclamó de pronto Isabel, que hasta entonces había examinado silenciosamente la triste herencia del Sr. de Gnadewitz. ¿Llamas tú á eso la muerte?, repitió, señalando con el dedo una bóveda en parte oculta por un pilar.

Allí, detrás de una puerta enrejada, extendíase un magnífico prado, y algunos jóvenes agavanzos elevaban sus cabezas detrás de la verja, como pobres prisioneros solicitando su libertad.

Isabel se encaminó corriendo hacia la puerta, y á fuerza de sacudidas logró abrirla en parte. Aquel espacio, bastante extenso, ante el cual se había detenido, pudo ser en otro tiempo el jardín del castillo; mas este nombre no le correspondía ya por ningún concepto, pues no se veían en él senderos ni calles de árboles. Acá y allá divisábanse la cabeza ó los miembros de alguna estatua rota, que se elevaba entre los arbolillos degenerados, que habían vuelto al estado salvaje, y entre las ortigas, las grandes malvas y las matas de hierbabuena. Algunos árboles frutales y varios tilos añosos alzaban sus copas sobre los modestos arbustos, y en una pequeña eminencia divisábanse los restos de un pabellón.

Dos lados del jardín estaban flanqueados de edificios, y el cuadro se completaba con una especie de muro por encima del cual los árboles del bosque parecían mirar curiosamente lo que pasaba en la mansión de los hombres. Las construcciones tenían también aquí el sello de la vetustez..., eran paredes muy sólidas en el exterior, que encerraban habitaciones del todo ruinosas. Unicamente un cuerpo de edificio, estrechado entre dos alas y de un solo piso, llamó en particular la atención de los visitantes; la luz diurna no se filtraba en aquél, como en los otros edificios, á través de sus tejados, de sus puertas y ventanas; el techo, plano, sostenido en cada extremidad por grandes piedras, se había librado de los destrozos del tiempo, y las ventanas no parecían estar en muy mal estado.

El guardabosque, tomando al punto la palabra, declaró que aquel edificio era indudablemente el que Sabina había citado, aquel que servía para alojar á varios huéspedes del castillo nuevo, por lo cual había alguna probabilidad de que el interior fuera, si no habitable, por lo menos pasadero; mas en esto estribaba precisamente la cuestión. Por el aspecto, aquel cuerpo de edificio no parecía accesible, puesto que no había el menor vestigio de escalera ni de puerta alguna que á él condujese, aunque ciertamente las malezas eran tan altas y espesas que ocultaban por completo el piso bajo y las salidas que en él debía haber. En su consecuencia se resolvió subir por la escalera de piedra, bastante sólida aún, que se veía cerca de una de las alas, y procurar dirigirse, á través de las ruinas y de los escombros, hacia el edificio que representaba la única esperanza de la familia. Así lo hicieron, no sin dificultad, y los visitantes penetraron primeramente en una vasta sala, sin más techo que la bóveda del cielo, ni más adornos que varias matas de alhelíes silvestres que crecían en lo más alto de las paredes. Escombros de toda especie, en los cuales se veían aún vestigios de algunas pinturas, obstruían



... vieron á Sabina, que salía á su encuentro con Ernesto

los suelos hundidos; después seguía una serie de habitaciones en el mismo estado de devastación, y de algunas paredes pendían aún varios retratos de familia bastante deteriorados. Por último llegaron ante una alta bóveda, cerrada por un muro de ladrillos.

– ¡Ah, ah!, exclamó Ferber; he aquí lo que prueba que se ha querido aislar y de consiguiente preservar el cuerpo de edificio en que tratamos de introducirnos; pienso que lo más acertado sería averiguar por lo pronto qué ocultan esos ladrillos.

La proposición fué aprobada, y el albañil, poniendo manos á la obra, descubrió á poco un nicho profundo, asegurando que allí había una doble pared. Los dos hombres le ayudaron con todas sus fuerzas, y muy pronto apareció una sólida puerta de encina que no estaba cerrada con llave y cedió fácilmente á los esfuerzos que se hicieron para abrirla, dando paso á una habitación obscura y nauseabunda, donde un fino rayo de sol, que pasaba al través de una grieta, era lo único que indicaba la dirección de la ventana. Esta última, cerrada durante tan largo tiempo, resistió á los esfuerzos que se hicieron para abrirla, tanto más poderosamente cuanto que á ello contribuían las ramas de los árboles que habían crecido fuera del edificio y delante de las ventanas... Al fin cedió, produciendo un sordo gemido, y la luz dorada del sol inundó la estancia. Entonces se vió la alta ojiva y una habitación no muy grande, pero de bastante fondo, cuyas ventanas estaban guarnecidas de tapicerías de los Gobelinos y en cuyo techo veíanse pintadas en los cuatro ángulos las armas de los Gnadewitz. Con asombro y alegría de todos se observó que la habitación estaba completamente amueblada para servir de alcoba. Dos camas con pabellón y cortinajes descoloridos estaban arrimadas á las dos paredes principales, con sus colchones cubiertos de finas sábanas y sus colchas de seda picadas, las cuales no habían perdido al parecer nada de sus colores y solidez. Todo cuanto se considera indispensable para la comodidad de la gente rica hallábase allí, cubierto de una espesa capa de polvo, pero en buen estado. Con esta habitación se comunicaba otra mucho más grande, que recibía la luz por dos ventanas y estaba provista de muebles antiguos, pertenecientes á las épocas más diversas. Un gabinetito, amueblado también, se unía con este aposento y completaba la habitación; este gabinetito conducía á un vestíbulo, al que se llegaba por una escalera. Detrás de esas estancias había tres cuartos de iguales dimensiones, cuyas ventanas daban al jardín; uno de ellos, con muebles de madera de pinabete, estaba destinado evidentemente para servir de alcoba á los criados, y contenía dos camas.

– ¡Mil millones de tiros!, exclamó el guardabosque en el colmo de la alegría y de la sorpresa; no esperaba lo que estamos viendo! He aquí una herencia, como no nos hubiéramos atrevido á soñarla...

– Pero ¿podemos conservar todo eso?, preguntaron á la vez la señora Ferber é Isabel, que se habían dejado llevar hasta entonces de una extremada alegría.

– Sin duda alguna, querida esposa, contestó Ferber; el castillo ha sido legado *con todo cuanto contenía*...

– Sí, murmuró el guardabosque entre dientes, porque creían que no contenía nada...

– Esto parece verdaderamente un cuento de hadas, dijo la señora Ferber, abriendo un magnífico armario de cristales, lleno de preciosas porcelanas. Y si en otro tiempo, cuando pensaba con tanta ansiedad en el porvenir..., sobre todo el de los niños, mi pariente me hubiera dejado una hermosa herencia, no sé si habría sido más feliz que lo soy en este momento en presencia de los descubrimientos que nos libran de angustiosos apuros y de apremiantes dificultades.

Isabel se asomó á la ventana de la primera habitación y procuró apartar las gruesas ramas que obstruían toda la abertura, comunicando al exterior una densa obscuridad...

– ¡Es lástima, dijo, al reconocer la inutilidad de sus esfuerzos, hubiera sido tan agradable ver un poco el bosque!

– ¿Y crees tú, exclamó su tío, que la seguía, que os dejaré vivir detrás de ese muro de verdura, que os roba el aire y la luz? Hoy mismo quedará eso convenientemente arreglado, y voy á dar las órdenes necesarias.

Bajaron por la escalera interior que se hallaba en bastante buen estado y conducía á una gran sala cuadrada, en cuyo centro se veía una mesa circuida de sillas de alto respaldo; las paredes y el techo estaban revestidos de tableros de encina con curiosas y artísticas esculturas. Esta gran sala tenía además de sus cuatro ventanas dos puertas: una conducía al jardín; la otra á una pequeña pradera situada entre los edificios y el muro exterior. Allí florecían las jeringuillas y los alhelíes. Una última sorpresa, y no la menos importante, esperaba á la familia: en la extremidad del prado había una sólida puertecilla que daba salida al camino que cruzaba el bosque.

– ¡He ahí, exclamó Ferber, muy complacido, lo que desvanece mis últimas inquietudes. Esa puerta vale mucho, porque nos dispensa de abrir un paso á través de las ruinas del castillo, lo cual hubiera sido enojoso, y hasta arriesgado...

Después de visitar una vez más la morada tan milagrosamente descubierta, discutióse en familia la instalación definitiva, y el albañil prometió volver al día siguiente para convertir en cocina uno de los aposentos posteriores.

De regreso ya á la casa forestal, vieron á Sabina, que salía á su encuentro con Ernesto, confiado á su vigilancia. Inspirábales suma curiosidad conocer el resultado de la exploración practicada, y después de conducir á todos á la mesa, colocada debajo de las hayas y cubierta con un mantel muy blanco; después de haber servido el café con leche, quiso que le refiriesen detalladamente los pormenores de la visita al castillo. De vez en cuando elevaba al cielo sus manos unidas, bajo un impulso de alegre sorpresa.

– ¡Ya ve usted, señor, que yo tenía razón!, exclamó. ¡Oh!, sí, todo eso quedó olvidado allí dentro, y no hay motivo para extrañarse. Cuando el joven señor de Gnadewitz fué enterrado, su padre, que había perdido por completo la cabeza, huyó de allí llevándose consigo todos los criados y dejando tan sólo al viejo Siber como guardián de su morada; pero éste no tenía el juicio cabal, y adoptó las más absurdas precauciones para conservar lo que el edificio contenía. Sin duda él fué quien mandó amurallar la puerta del edificio.

Mientras comían tranquila y alegremente, Isabel dijo que nada le parecería más hermoso en el mundo que oir desde el antiguo castillo las campanas del pueblo inmediato cuando anunciaran la fiesta de Pentecostés, y como su madre participara de la misma opinión, se acordó que cada cual pusiera manos á la obra animosamente para preparar la habitación de manera que pudieran ocuparla en la noche de la víspera de Pascua. El guardabosque prometió emplear todos los hombres que tenía á sus órdenes para des-

pejar y limpiar las inmediaciones del edificio, y encargóse de instalar á la familia en el plazo apetecido.

Sabina se había sentado en un banco de césped, no lejos de la mesa, á fin de oir las órdenes que pudiesen darla; y para no estar ociosa del todo, había cogido algunas zanahorias y ocupábase en pelarlas. Isabel fué á sentarse junto á ella, y entonces la anciana fijó una mirada picaresca en los finos y blancos dedos de la joven, que ésta colocó junto á las manos curtidas y rugosas de la sirvienta para ayudarla en su trabajo.

– No, no, dijo Sabina sonriendo, deje usted eso, porque esta ocupación no es propia para usted; se le pondrían los dedos amarillos.

– Poco me importa, contestó Isabel riéndose, quiero ayudar á usted, y entretanto me referirá historias... ó cuentos. Usted ha nacido en este país, y debe conocer todos los sucesos ocurridos en el antiguo castillo.

– ¡Si los conozco!.., exclamó la anciana sirvienta. La aldea de Lindhof, en donde nací, pertenecía desde tiempo inmemorial á los Sres. de Gnadewitz, y advierta usted que en las localidades reducidas – y hasta, según se dice, en las ciudades más grandes, – todo el mundo se preocupa de los actos y ademanes de los señores; se refieren los menores hechos; no se ignora nada de cuanto sucede en la casa señorial; y esos relatos, transmitiéndose como una herencia de generación en generación, se aumentan con todos los incidentes particulares, que cada cual ha tenido más ó menos ocasión de conocer... Y los años pasan..., y mucho tiempo después de muertos los señores, todavía las jóvenes y los muchachos del pueblo refieren su historia.

Yo he conocido á mi abuela, que era ya muy vieja cuando yo vine al mundo..., y con esto quiero decir que había visto tiempos muy remotos... ¡Pues bien: ella sabía cosas que hacían erizar los cabellos! Y sin embargo, profesaba el más santo y profundo respeto á los Sres. de Gnadewitz, y humillábase hasta tocar la tierra para saludarlos cuando pasaban. Estaba enterada del nombre y de la historia de cada uno de los individuos de la familia de los Gnadewitz; sabía todo cuanto había ocurrido allá arriba, y entre las cosas de que se acordaba contábanse no pocas que no estaban conformes con los mandamientos de Dios, ni con los deberes que tenemos unos para otros.

Muchos años más tarde, cuando entré á servir en el castillo nuevo, encargándome, entre otras cosas, de la limpieza de las grandes salas, en las que estaban todos los retratos de aquellos poderosos personajes, con frecuencia me detuve á contemplarlos, y no podía menos de admirarme cuando observaba que no tenían nada de particular, que se parecían á los demás hombres, y que á pesar de ello se consideraban tan superiores á sus semejantes que no parecía sino que eran enviados por el mismo Dios á este mundo. Ni siquiera las mujeres se distinguían por una belleza notable, lo cual se explica porque los señores las elegían por sus considerables bienes y sus nombres ilustres y de ningún modo por la hermosura física y la bondad de su alma. Yo era tan sencilla y tan necia, que me decía algunas veces: «La bella Elisa, que es la joven más linda del pueblo, parecería mucho mejor en ese magnífico marco dorado, con ese rico vestido de brocado de larga cola y esas numerosas joyas preciosas en el seno y en el cabello. Y seguramente que el negrito que está allí en un ángulo del cuadro, con su bandeja de plata en la mano, hubiera parecido aún más negro y más extraño junto á Elisa, que es blanca como la nieve...» Mi necedad era tanto mayor cuanto que la familia se mostraba particularmente engreída de aquella dama, hija de un conde soberano, y que había llevado á la familia de los Gnadewitz una fortuna inmensa..., pero también un gran caudal de altivez, de soberbia y de dureza, habiendo dejado en el país el recuerdo de un alma de bronce y un corazón de granito.

Entre los retratos de los señores había uno que yo miraba con mejor voluntad que á todos los demás; tenía un semblante hermoso, de expresión afable y dulce, pero con los ojos negros como el carbón... Y ese probó justamente, una vez más, que los mejores de nosotros son los que están más expuestos á sufrir en la tierra. De todos aquellos que estaban alineados en la pared cerca de él, la tradición no sabía nada, como no fuera que habían vivido poderosos y felices, y que los acontecimientos les habían favorecido siempre á medida de sus deseos. Muchos de ellos, sin embargo, ocasionaron no pocas desgracias en el mundo, lo cual no impidió que reposaran en su magnífico túmulo blasonado con las armas de la familia, que servía para los funerales de los Gnadewitz, tan tranquilamente como si hubieran vivido de una manera honrosa y caritativa... Y volviendo al retrato, aquel á quien representaba, Justo de Gnadewitz, había sido muy desgraciado. Mi bisabuela le había conocido, y según parece, cuando era joven llamábanle el cazador salvaje, porque pasaba su vida entera en el fondo de los bosques. Su retrato le representaba con traje verde – traje de caza – y una gran pluma blanca pendiente del sombrero sobre su cabello negro, rizado y brillante... A mí me parecía sumamente bonito.. A pesar de su reputación de salvaje era bueno, y la tradición refiere que jamás hizo daño á nadie. En su tiempo todo iba bien para la gente del pueblo, y todo el mundo deseaba que aquella situación no tuviera término.

Pero un día desapareció y se ignoraba lo que había sido de él, cuando de pronto se supo que había regresado durante una noche de tempestad, de lluvia y de viento... Desde aquel instante ya no fué el mismo de antes... No hizo desgraciado á nadie, pero nadie volvió á verle más... Había despedido á toda la servidumbre, encerrándose en el antiguo castillo, completamente solo, con un servidor fiel y de toda su confianza.

Este cambio hizo que la gente empezara á hablar de *magia negra* y de otras cosas por el estilo y que nadie se aventurase á recorrer la montaña, ni aun en medio del día, á la luz del sol..., y mucho menos durante la noche. Pero mi anciana bisabuela era una niña curiosa y temeraria: con la esperanza de averiguar algo extraño conducía siempre sus cabras hacia los muros del castillo, cuando un día en que estaba sentada bajo la copa de un árbol y preguntándose qué pasaría en el misterioso edificio, vió aparecer de pronto un hermoso brazo blanco, y después un rostro... ¡Oh!, pero un rostro que, al decir de ella, era más hermoso que el sol, la luna y las estrellas... Y de repente una joven saltó sobre el apoyo del muro levantó los brazos al cielo y profirió una exclamación... Después, muy poco faltó para que se precipitara en el agua profunda que corría entonces alrededor del castillo, y en la cual se hubiera ahogado infaliblemente... Pero hete aquí que de improviso apareció detrás de ella Justo de Gnadewitz, el cual, poseído de ansiedad, luchó con ella, le suplicó y conjuró con tan tiernas palabras que hubiera enternecido á las mismas piedras... Después arrebatóla en sus brazos como si hubiera sido una niña y los dos se alejaron. El velo que la joven llevaba se desprendió de su cabeza, y empujado por el viento fué á caer cerca de mi bisabuela... Era una blonda magnífica, y la niña, muy contenta, se la llevó á su padre; pero éste, sobrecogido de espanto, le arrojó al fuego en el acto, pensando que habría algún hechizo en todo aquello, y prohibió á la joven volver más á la montaña ni rondar alrededor del castillo.

Más tarde..., como un año después de aquel incidente, y cuando Justo de Gnadewitz seguía allí arriba llevando una existencia tan solitaria y misteriosa, se le vió bajar un día del castillo; iba montado en su caballo favorito, y habíase producido en él un cambio tan prodigioso que con dificultad se le podía reconocer. Su palidez resaltaba más aún por su traje completamente negro, como si vistiera de riguroso luto. Cabalgaba muy despacio, y devolvía un triste saludo á los que, al encontrarle, se apresuraban á descubrirse ante su señor... Así marchó, y no se le volvió á ver jamás... Dícese que fué muerto en una batalla, juntamente con su fiel servidor... Es muy posible, porque entonces estábamos en la época de la guerra de los Treinta años.

– ¿Y la joven?, preguntó vivamente Isabel.

– ¡Ah, sí!.. Pues bien: nadie supo jamás nada de lo que á ella se refería... Justo había depositado en la casa ayuntamiento de L.. un gran paquete sellado, diciendo que allí estaban contenidas sus últimas voluntades, y ordenando que se tomara conocimiento de ellas apenas se recibiera la noticia de su muerte... Pero en aquella época hubo un terrible incendio en la ciudad de L...; muchas casas, incluso la del ayuntamiento, y hasta la iglesia, quedaron destruídas por la conflagración, y como es de suponer, el paquete sellado con las armas de Gnadewitz, se quemó con todo lo demás.

Asegúrase que poco antes de su desaparición, Justo había sido visitado con bastante frecuencia por el cura de Lindhof; pero éste no dijo nunca nada que pudiera explicar cuáles habían sido sus relaciones con el Sr. de Gnadewitz..., y como aquél era viejo y no tardó en morir, se llevó consigo el secreto de lo que había averiguado en el castillo... De aquí resulta que nadie en el mundo pudo averiguar jamás cuál había sido la suerte de la joven; y el secreto seguirá siendo impenetrable hasta el fin de los siglos.

– ¡Vamos, no tengas reparo, Sabina!, exclamó el guardabosque con su tono jovial. ¿Por qué ocultas tu verdadero pensamiento? ¿No se ha de acostumbrar á Isabel á la inevitable conclusión de todas tus historias?.. Dile, pues, porque tú lo sabes y estás segura de ello, que la joven se fué volando por los aires en un palo de escoba, y que todo el pueblo la vió cruzar á través de las nubes, dirigiéndose al aquelarre.

– No, señor, contestó Sabina muy gravemente; no digo eso, porque no estoy segura de ello y porque ni siquiera lo creo así.

– ¡No jures!.. ¿Acaso no hay, según tú, muchos casos de estos?.. Sí, sí, añadió el guardabosque, volviéndose hacia la familia; Sabina es de la verdadera raza de Turingia, que tiene buen sentido, clara inteligencia, bastante despierta, y el corazón bien puesto; pero cuando la brujería interviene, mi sirvienta pierde todas esas cualidades; ya no es más que una anciana de inteligencia débil y crédula, y sería capaz de rechazar á una pobre mujer que pidiese en la puerta un pedazo de pan, si viera que tenía los ojos colorados, y según ella, aspecto poco tranquilizador.

– ¡Oh, señor!, exclamó el ama con expresión de tristeza y escandalizada. ¿Cómo puede usted decir tales cosas? ¡Yo rehusar un pedazo de pan! ¡Jamás! Ni aun á la que me pareciese bruja, en fin, una mujer dudosa. No, señor, yo le daría de comer; pero haría la señal de la cruz sin contestar palabra, cosa que nadie puede censurarme.

Todos se rieron de la mejor gana de aquel remedio empleado contra la brujería y los sortilegios; pero el ama de gobierno, sin perder su gravedad ni hacer caso de tales risas, levantóse, sacudió de su delantal las raspaduras de las zanahorias y fué á preparar la cena.



V

A la mañana siguiente, cuando despertó Isabel, el gran reloj rústico del piso bajo daba las ocho, probando así á la joven de la manera más perentoria y desconsoladora que había dormido demasiado tiempo. No era culpa suya, sino de un sueño que había tenido al amanecer. El soplo poético y novelesco que agitara su cerebro durante la narración de Sabina en la víspera, habíase convertido durante la noche en aire tempestuoso que acumuló á su alrededor espesas nubes, las cuales pesaban sobre ella aun después de haberse despertado... Isabel había recorrido mentalmente con angustia las vastas salas del antiguo castillo, siempre perseguida por Justo de Gnadewitz, cuyo cabello negro se erizaba de espanto en torno de su pálido rostro y que le suplicaba con sus grandes ojos sombríos... Presa de un terror desconocido, había alargado las manos para rechazarle, cuando se despertó de pronto... Su corazón latía aún; pensaba con un sentimiento compasivo en la infeliz que se había precipitado sobre la muralla, buscando sin duda la muerte, perseguida en realidad, como ella en sueños, y cogida al fin por aquel Justo de Gnadewitz en el momento en que iba á escapar de él, aunque fuese al precio de su vida.

Isabel saltó del lecho y se asomó á la ventana que daba al patio. Sabina, sentada bajo un peral, preparaba manteca, rodeada de todas las aves del corral que picoteaban las migajas que de cuando en cuando aquélla les arrojaba.

Cuando la mirada de Isabel se encontró con la de la anciana, ésta dijo á la joven que á las seis todos se habían ido al antiguo castillo; y como Isabel se quejara de que no la hubieran despertado, la anciana añadió que así lo había dispuesto la señora Ferber, deseosa de que su hija descansara de las fatigas de los pasados días.

La amistosa expresión del rostro de Sabina y la dulce frescura de la mañana calmaron al punto los nervios agitados de Isabel, desvaneciendo todo vestigio de su sueño. Entonces concentró sus recuerdos y díjose que su pesadilla había sido el justo castigo de su desobediencia; pues á pesar de las recomendaciones de su tío, había permanecido hasta media noche apoyada de codos en la ventana, sin poder separar su mirada de las profundidades del bosque silencioso, iluminado por la luna. Se vistió rápidamente; apuró de prisa un gran vaso de leche, que Sabina acababa de ordeñar, y se apresuró á reunirse con sus padres, muy ocupados en el antiguo castillo.

Cuando Isabel franqueó la gran puerta principal del castillo, vió junto á la fuente un montón gigantesco de zarzas y espinos, ramas de agavanzo y manojos de hierbas silvestres arrancadas. La bóveda que conducía al segundo patio estaba obstruída por ramas verdes y follaje, como si se hubiese preparado á través de las ruinas un camino destinado á un cortejo nupcial.

(Continuará)

EL INCENDIO DEL BAZAR DE LA CARIDAD

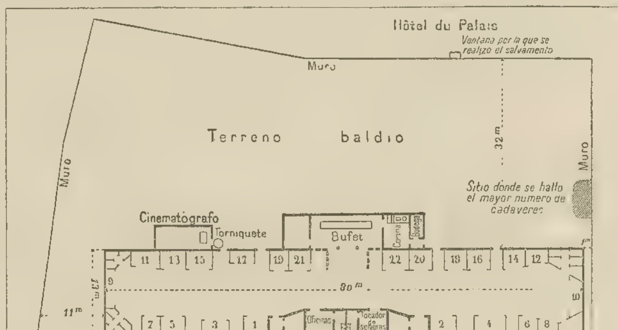
EN PARÍS

El incendio ocurrido el día 4 de este mes en París figurará entre las catástrofes más terribles del presente siglo: la fatilidad parece haber acumulado en esta ocasión todas las circunstancias propias para aumentar en grado sumo el horror del siniestro, la rapidez con que se generalizó el fuego, la ineficacia de los socorros, el número de víctimas, los contrastes trágicos y hasta el motivo de la fiesta que se celebraba, fiesta de beneficencia.

El Bazar de la Caridad, institución destinada á sostener diversas obras benéficas importantes y patrocinada por las damas de la alta sociedad parisiense, había inaugurado el día anterior su venta anual. Para dar más alicientes á la fiesta, que desde su fundación ha producido por término medio quinientos mil francos cada año, el comité organizador adquirió la *calle del París antiguo* que figuró en la Exposición del Teatro y de la Música hace poco tiempo celebrada en el Palacio de la Industria, y la instaló en un solar de la calle de Jean Goujon, graciosamente cedido por su propietario, M. Miguel Heine. Esta instalación, con fachada sobre dicha calle y limitada al lado opuesto por las paredes de las casas vecinas, quedando en medio un espacio vacío, medía 80 metros de largo por 13 de ancho, estaba cerrada por una valla de madera barnizada y cubierta con un inmenso toldo de tela.

Una concurrencia numerosa, compuesta de 1.300 personas, en la que dominaba el contingente de la aristocracia, se agrupaba delante de los mostradores, detrás de los cuales linajudas damas y bellas señoritas les vendían á peso de oro varias chucherías. El Nuncio de Su Santidad acababa de abandonar el local después de haberlo bendecido; la fiesta estaba en su apogeo, cuando á las cuatro y veinticinco minutos sonó la terrible voz de ¡fuego! Lo que sucedió en aquel momento no puede describirse y ni siquiera los que allí estaban y lograron salvarse encuentran palabras bastante expresivas para explicarlo. El incendio prendió fácilmente en los materiales del bazar y se generalizó en menos de cinco minutos; horrible pánico se apoderó de la multitud, que se veía rodeada de llamas por todos lados y sobre la cual caían pedazos de tela inflamados que comunicaban el fuego á los vestidos. Todos se estrujaban para ganar las puertas de salida, todos corrían azorados buscando un sitio por donde salvarse; pero la rapidez del siniestro hizo que muchísimos perecieran antes de lograr ponerse á salvo: en efecto, á los cinco minutos de haber sonado el primer grito de alarma, el bazar se hallaba convertido en un montón de humeantes ruinas, por entre las cuales asomaban cadáveres horriblemente mutilados y carbonizados restos humanos.

Esta misma circunstancia fué causa de que por muy pronto que se organizaron los socorros apenas llegaran á tiempo. Los municipales hicieron grandes esfuerzos para facilitar la salida de las personas que aleladas por el terror no acertaban á moverse del local, muchas de las cuales se salvaron por una ventana que sobre aquel solar se abre en la fachada del hotel del Palacio. Esta ventana, que se ve en el plano que reproducimos, estaba cerrada por cinco fuertes barrotes de hierro: la muchedumbre se agolpó á ella comprendiendo que por allí podía salvarse; entendiéndolo también así el cocinero del hotel, M. Gomery, armado de un cuchillo y desplegando un vigor que el sentimiento del deber centuplica, logró romper tres de aquellos barrotes. Entonces surgió otro peligro: aquella abertura sólo podía dar paso á una sola persona y eran centenares las que la asaltaron, pero M. Gomery, auxiliado por su ayudante, logró regularizar el salvamento, consiguiendo, gracias á su serenidad y á su energía, librar de la muerte á más de cien.



Plano del Bazar de la Caridad tal como estaba antes del incendio
(Los números indican los sitios que ocupaban los puestos de ventas)

Pasado el primer momento de estupor, los heridos fueron transportados unos al hospital Beaujon, otros á varias casas vecinas y otros á sus domicilios: entre los primeros estaba la esposa del cónsul de España en París señor Flores, que falleció pocos momentos después de haber sido conducida á aquel benéfico asilo.

Los enfermeros del citado hospital llevaron al lugar de la catástrofe sábanas para envolver los cadáveres y restos humanos, que los coches de la ambulancia depositaron en el Palacio de la Industria, en donde iban á reconocerlos las familias que habían perdido alguno de sus individuos en el espantoso siniestro. Los cuerpos identificados eran sacados de allí y transportados á sus casas en los furgones de las pompas fúnebres.

Entre las víctimas figura la duquesa de Alençon, cuya muerte ha producido impresión hondísima en el gran mundo parisiense. Entre las que milagrosamente se salvaron se cuenta la duquesa de Uzés.

Citar los nombres de otras personas notables que

El Bazar de la Caridad después del incendio. – Los soldados del 28.° regimiento de infantería recogiendo los cadáveres de las víctimas

fallecieron ó resultaron heridas y narrar siquiera los más salientes episodios y escenas de horror que allí se desarrollaron, exigiría un espacio de que no disponemos y nos parece, por otra parte, innecesario, dado que la prensa diaria de todo el mundo ha llenado páginas enteras con los detalles de aquella catástrofe. Sólo consignaremos un dato curioso: en la Prefectura de Policía se depositaron 84.000 objetos de los que entre las ruinas del bazar se encontraron.

La causa del incendio fué la explosión de la lámpara del cinematógrafo instalado en una pequeña sala contigua á la galería del bazar, que inflamó el toldo, convirtiéndolo instantáneamente en una sábana de fuego. El encargado de aquel aparato, apenas advirtió lo que sucedía, comunicóselo en seguida al barón de Mackau, presidente efectivo de la comisión, el cual para evitar los efectos de un pánico le dijo: «No gritee usted; voy á prevenir á esas señoras.» En seguida comenzó la evacuación del local, pero era demasiado tarde; el fuego, como hemos dicho, se propagó en pocos instantes y el pánico se produjo con todas sus terribles consecuencias.

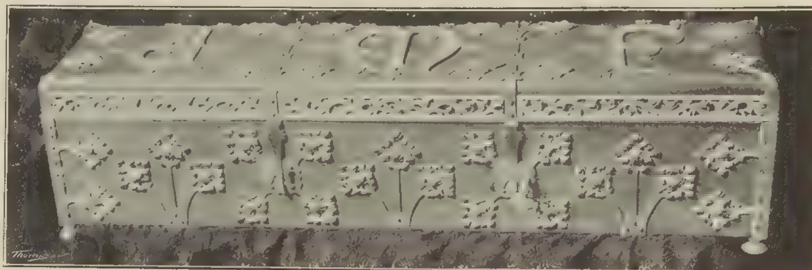
Para terminar estos ligeros apuntes diremos algunas palabras acerca de la historia del Bazar de la Caridad.

Esta institución fué creada en 1885 y ha producido desde su fundación la cantidad de siete millones de francos aproximadamente, habiendo los ingresos aumentado de año en año. En 1885 la cantidad recaudada fué sólo de 123.915 francos, y en 1895 y 1896 llegó casi á un millón: en el presente año se calculaba que la recaudación excedería de esta cifra. El iniciador de esta obra caritativa fué M. Enrique Blount, que todavía es presidente honorario.

El bazar ha cambiado de local varias veces: en 1885, 1886 y 1887 las ventas se verificaron en la sala Albert le Grand; en 1888 la princesa Branicka cedió generosamente su hotel de la calle de Boetie; en 1889 el bazar fué instalado en el hotel de M. Enrique Say, de la plaza de Vendome; en 1890 en el número 107 de la calle de Boetie, trasladándose después al número 108, en donde estuvo hasta el año pasado.

Como en ocasiones análogas, la caridad de los parisienses ha correspondido á la magnitud de la desgracia. Además de la suscripción abierta por *Le Figaro*, que ha producido ya unos 800.000 francos, el joven conde de Castellane ha entregado al barón de Mackau un millón para compensar los ingresos que ha dejado de percibir este año el Bazar de la Caridad. – X.

ARQUETA QUE GUARDA EL PERGAMINO OFRECIDO POR LA REDACCIÓN DEL «DIARIO DE BARCELONA» Á SU DIRECTOR D. JUAN MAÑÉ Y FLAQUER, CON MOTIVO DE SUS BODAS DE ORO CON EL CITADO PERIÓDICO



Trabajo de D. Concordio González, según dibujo del Sr. Pascó

ARQUETA regalada á D. J. Mañé y F.

La arqueta que reproduce el adjunto grabado y que contiene el pergamino regalado por la redacción del *Diario de Barcelona* á su director don Juan Mañé y Flaquer ha sido labrada por el hábil artífice D. Concordio González, siguiendo el dibujo del reputado artista señor Pascó. El distinguido dibujante ha dado con esta obra una nueva muestra de su buen gusto y del profundo estudio que ha hecho de la historia del arte decorativo, probando además la originalidad que sabe imprimir á los temas que su lápiz desarrolla. En conjunto trae la arqueta á la memoria las que se labraron en los siglos XIV y XV; mas á pesar de ello, en todas sus partes y en todos sus detalles responde á un sentimiento moderno, sin que presente aspecto alguno de innovación arqueológica. Va recubierta de piel de un color leonado claro y reforzada con piezas de plata gallardamente dispuestas, relevadas con superior gusto y cinceladas, formando una lindísima combinación de hojarasca de excelente estilo. En la tapa se ven las iniciales de gran tamaño J. M. F., también de plata, cinceladas y enriquecidas con esmalte azul. La entonación tranquila y rica á la par de la plata se armoniza bellamente con el delicado tinte de la piel, dando un conjunto en el que no se advierte nota alguna desentonada. Los cierres, del propio metal que los demás refuerzos del cofrecillo, se ajustan perfectamente al carácter que domina en el decorado de éste, al que sirve de forro raso moaré de leonado obscuro que redondea este objeto en cuyos pormenores brilla la pulcritud más acabada.

El pergamino que la arqueta encierra lleva la firma de todos los redactores y corresponsales de Madrid y Cataluña del *Diario*, precedidas de una sencilla y sentida dedicatoria: está ricamente policromado y dorado y es obra del citado Sr. Pascó. Hállase rodeado por dos de sus lados con un tema ornamental que recuerda las barbas de pluma sin copiarlas exactamente; en el espacio superior se ve la pintoresca silueta de la villa de Torredembarra, donde nació el Sr. Mañé y Flaquer, y en uno de los lados, sobre fondo de platino, encuéntrase la cabecera del *Diario* con la fecha del quincuagenario, y abajo, á continuación, los párrafos con que principia el artículo crítico sobre el drama *Don Fernando de Antequera*, de Ventura de la Vega, artículo con que el Sr. Mañé inauguró sus fecundas y levantadas tareas en el *Diario*. Las letras doradas que forman la cabecera de la dedicatoria, de severo y hermoso carácter, están ejecutadas en relieve y cinceladas como las de los códices y misales de la Edad media y de las ejecutorias de comienzos del Renacimiento. Relevados y cincelados en oro están asimismo varios motivos decorativos que embellecen distintas partes del pergamino, en el cual compiten la severidad que demandaba su objeto con el arte más exquisito, como obra de quien, como el Sr. Pascó, conoce al dedillo todo cuanto se refiere á la ornamentación y al arte en general.

Pergamino y arqueta guardan perfecta relación por ser idéntico el criterio y el estilo que en su decorado presiden y por avenirse también á maravilla el aire severo y la entonación reposada que en uno y otra prevalecen, constituyendo dos obras que honran á su autor y son dignas de la ilustre y por todo el mundo respetada personalidad á quien han sido dedicadas en fecha memorable para la historia del periodismo español.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 24 de mayo de 1897 — Núm. 804



EN LA CORONA HABÍA UNA MANCHA DE SANGRE

Reproducción de uno de los dibujos de Méndez Bringa que ilustran la novela *El Idolo*, que repartimos con el presente número

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal**, como segundo tomo de los correspondientes á la serie del presente año, la novela *El Idolo*, original de D. Ernesto García Ladevese, ilustrada con preciosos dibujos de N. Méndez Bringa, de los cuales damos una muestra en la primera página de este número.

Como decíamos en el número anterior, nos proponíamos repartir ahora el primer tomo de *Don Quijote*, pero dificultades materiales nos han impedido realizar nuestros deseos. En su consecuencia, suplicamos á nuestros suscriptores que nos dispensen, en la seguridad de que en el próximo reparto de la **Biblioteca Universal** les daremos el referido tomo.

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Varios sucesos europeos. – Incendio del Bazar de la Caridad. – Muerte del duque de Aumale. – Desgracias de Grecia. – Equivocaciones de la dinastía griega. – Suerte de las armas. – Solidaridad de las tiranías. – Saludo á Grecia. – Conclusión.

Muchísimos hechos han pasado en la primer quincena de mayo que se acaba, y faltan medios para numerarlos con exactitud y exponerlos en serie. Una catástrofe inenarrable, un terrible incendio, como el estallado en la tienda parisiense de Caridad, dilata sus torbos destellos, cual un relámpago del infierno, sobre mes como el corriente, mes de cariñosa luz para los ojos, de regaladas mieles para el paladar, de suaves aromas para el olfato, de gorjeos para el oído, que parecen llamar á la vida y ahuyentarnos la muerte. Profundo sentimiento de solidaridad ha brotado en todos los corazones á esta horrorosa enseñanza de cómo el dolor se halla extendido y el mal sembrado por todas partes en nuestro mundo, y cómo cuantos no admiten la igualdad clarísima del derecho tienen que admitir la igualdad misteriosa del sepulcro, distinto cada cual por fuera, como sobreponiéndose al destino, pero en su fondo semejantes todos, pues así bajo las diademas como bajo los hierros, en la gloria y en la obscuridad, los humanos seremos podre y ceniza después de vueltos á nuestra madre tierra.

Cuando la noticia de tal catástrofe se difundiera, personaje de alcurnia regia muere, malherido por la pena que le causara, muere allá en Palermo el duque de Aumale. Una es y unida está la familia de Orleáns; con claro carácter se presenta, siendo la sangre suya real y el nombre suyo Borbón, de hostilidad á los Borbones de la rama primera; y sin embargo, sus príncipes han roto en lo posible todo su heredado atavismo é inscrítose de antiguo en escuelas y fracciones políticas diversas y aun encontradas ó enemigas. El príncipe de Joinville, marino principalmente, no desdeñaba este régimen parlamentario nuestro, cuya fundación costó á su abuelo paterno, Felipe Igualdad, honra y vida; pero en cambio, el duque de Nemours se alistó en las banderas legitimistas, y hubiera de grado combatido por los viejos ídolos en la Vendée.

No así el duque de Aumale. Muy caballeresco en su carácter, muy militar en sus vocaciones; tan pronto á requerir la espada como á usar la pluma, resaltaba entre todos los Orleanes por una personalidad propia muy de relieve, y aspiraba en sus ensueños á constituir especial magistratura, capaz de conservar algún resplandor monárquico en sí misma, y servir como un puente á la inevitable República. Por eso, cuando estalló la revolución del cuarenta y ocho proclamándose la República, el duque, jefe allá en Argel de un ejército numeroso, hubiera podido volverlo contra las nuevas instituciones, y prefirió acatarlas, dando por base al trono de su familia un principio bien diverso del principio hereditario, y que aparece como el único que podía limpiarla del dictado de usurpadora, un principio tan republicano como el principio de la soberanía nacional. Y aunque la República tercera no lo admitió de grado en su seno, bajo la inevitable advocación republicana, mantuvo el pabellón tricolor Aumale, y se opuso primero á que su familia se ciñera el sudario de los Chambords y después á que su familia entrara en maniobras revolucionarias, las cuales imitasen los procederes de antiguos conspiradores y repitiesen el espectáculo de conspiraciones antiguas.

Y esta doble afirmación de su política le indispuso primero con la paciencia y conformidad del conde de París al político legado de la vieja dinastía legítima, que lo amortajaba en su pabellón blanco, y después con las algaradas del duque de Orleáns, tan parecidas á las conjuras y á los pronunciamientos clásicos. Así no fué á las honras fúnebres del rey legítimo con sano consejo, pues al sobrino que fué, al conde de París, no le permitieron presidirlas, magüer su parentesco tan cercano con el difunto y su dignidad de rey legítimo por herencia; y cuando, á su vez, llegaron los funerales del conde de París, no permitió al duque de Orleáns llamarse jefe de la casa real francesa por temor á sancionar los procederes del muerto y reconocer en el vivo un verdadero pretendiente. Aumale, ya que no pudo dirigir la República, quiso habitarla; ya que no encontró en los franceses unos súbditos, cual soñara por los días de su juventud, se conformó con encontrar en ellos unos conciudadanos. Y así fué de veras francés, pues para demostrar que prefería el cariño de los franceses al imperio de su familia, hizo regalo de primer orden á una corporación ilustre, donde yo estoy hace años inscrito en calidad de asociado extranjero, le donó al Instituto en vida un regio dominio, como dicen los franceses, ó sea un sitio real, como decimos nosotros, el cual contiene tales museos y bibliotecas y jardines, que sin duda lo hacen una maravilla entre las maravillas de Francia.

Con estos antecedentes, los políticos superficiales creían de antiguo la cosa más natural y más legítima del mundo que llegase Aumale hasta la jefatura del Estado francés, para desde allí prepararse la restauración de una realeza parlamentaria y constitucional para sí y para los suyos. Mas todos cuantos de tal suerte pensaban desconocían una muy sencilla cosa, evidente de suyo y que á la vista salta, si consideramos un poco Francia, la cual es, no puede menos de ser, será siempre ya una democracia; y esta democracia puede admitir el cesarista imperio, la militar dictadura, la República conservadora ó radical; mas lo que no puede admitir jamás es una monarquía burguesa; y Aumale con los suyos representa esta monarquía, levantada sobre un censo restringido, contrario al primero entre los principios democráticos modernos, contrario al sufragio universal. Así, cuando hubo necesidad inevitable de acabar con el censo de las clases medias y admitir el censo de las clases privilegiadas, desapareció la monarquía de Orleáns, que no se restaurará nunca. Descanse, pues, en paz de sus ambiciones, contrarias á la salud del pueblo francés y á los decretos de la Divina Providencia, el duque de Aumale.

El incendio en la tienda de Caridad y el fin súbito del duque de Aumale han divertido un instante la general atención de lo que hoy la embarga y absorbe, del problema turco-heleno. Si á nuestros gloriosos predecesores, los inspirados publicistas del año veintisiete, les dijeran entonces que, al acabarse una centuria tan rica en obras liberales y progresivas, como nuestra centuria, el turco había de avanzar y el griego de retroceder, así en el Epiro como en la Tesalia, y que á este doble movimiento había de bambolear Grecia no lo creyeran y juzgaran maldito, inhumano, embustero, el oráculo de tan siniestra é increíble profecía. Y no digo nada del desengaño que nos hemos llevado cuantos creíamos no pasar de esta vida sin ver sobre la basílica de Justiniano la cruz de Constantino, repuesta por los helenos allí para retrollevar la media luna de Ostmán á sus cielos propios y naturales, á los cielos de Asia. Ahora es evidente lo contrario; y á la evidencia no hay que oponer negativas, ni siquiera reservas. En los espacios mismos donde resolvió el destino la formidable batalla entre imperialistas de César y republicanos de Pompeyo, espacios rescatados al despotismo tártaro de la Constantinopla turca, por los mismos árabes aborrecida, el principio de la reconquista del territorio griego ha surgido con espanto de la Europa cristiana, que teme una retrogradación á la barbarie, si el derecho de la fuerza se sobrepone á la fuerza del derecho, y los antropófagos de Armenia y Anatolia, que han convertido los mataderos de aquellas regiones en carnicerías de carne humana, consiguen la ruina de Grecia, nuestra madre intelectual, á quien debemos desde los arquetipos de nuestra escultura y las columnas de nuestros monumentos, hasta las ideas filosóficas que han esclarecido la ciencia y que han animado el espíritu.

Yo creí la dinastía helénica incapacitada de proceder, como ha procedido, por deberes superiores á las complacencias con el pueblo; yo creí que, no contando con alianzas y con aliados, debió refrenar el público entusiasmo, en vez de alentarlo; reconocida y proclamada ya la inevitable autonomía de Creta, estuvo en el caso de contentarse por el pronto con este progreso y defender la reincorporación de los cretenses á la patria, muy deseada por éstos, no en los campos de batalla con inútiles violencias, en los consejos europeos con buenas ideas; pues si la ceguera de unas pasiones, más exaltadas que convenientes, y los arrebatos de unos voluntarios, más heroicos que útiles, impedían sus resistencias á las temeridades cometidas ó propuestas, debía imitar en la realeza los ejemplos de abnegación dados por Perier y por Grevy en la República, para no presentarnos ocasión á los republicanos de mostrar cómo todas las dinastías son iguales, y cómo, puestas en el caso de optar entre los intereses dinásticos y los intereses nacionales, optan siempre por los intereses dinásticos sin escrúpulo, con grave detrimento de las naciones que rigen y con eterna infamia del nombre que llevan. Desde los principios de la guerra estuve yo diciendo á los griegos no hicieran caso á las relaciones de afinidad existentes entre Jorge I y su cuñado el príncipe de Gales, ni á las existentes entre la reina y su sobrino el czar de Rusia, ni á las existentes entre la princesa heredera y su hermano el emperador de Alemania, ni á las existentes entre la dinastía dinamarquesa y casi todas las casas reales de nuestra Europa; pues los reyes no tienen familia, y han de subrogar sus afectos particulares á los afectos políticos: que muy hermano de D. Pedro I era su asesino el infante D. Enrique de Trastamara; muy prima de María Estuardo quien la decapitó, Isabel Tudor; muy yerno de Jacobo II quien lo destronó, Guillermo de Orange; muy padres del príncipe Carlos y de Fernando VII quienes los prendieron, Felipe II y Carlos IV; muy deudo de Luis XVI quien votó en la Convención su muerte y su muerte inmediata, Felipe Igualdad; y no se habían de suspender las leyes connaturales á una monarquía ni de variarse la índole congénita con los monarcas, por atender y servir á la muy artificial y muy exótica dinastía de Grecia.

Fueron los griegos, y el coronel Vassos á su cabeza, en defensa de Candía, movidos por la fatal creencia de que repetirían la marcha sublime de Garibaldi, encontrando la misma victoria; y mientras Garibaldi no encontró en su navegación á Sicilia obstáculo de ningún género, antes complicidad manifiesta de las naves francesas y auxilio patente de las naves británicas, ha encontrado Vassos un bloqueo derogatorio de las leyes internacionales y un apoyo á las tiranías que necesitaba derribar, los cuales, bloqueo y apoyo, deshonran hoy á Europa entera y hacen temer sea ese anfictionado europeo, donde han entrado Estados tan libres como Francia, Italia, Inglaterra, una confabulación retrógrada en pro de los tiranos. ¡Cuánto se han equivocado los demócratas germánicos, fundadores de la unidad alemana, creyendo esta unidad favorable al progreso universal, aunque revistiera la forma, incompatible con sus orígenes y sus finalidades, de un imperio conquistador; cuando este imperio debía corresponder con su organismo, sosteniendo un asolador armamento de guerra y deservir la libertad aliándose con déspotas feroces como quien preside las matanzas de Armenia y espanta con sus voluntariedades arbitrarias y despóticas á la misma Turquía! En vano han mostrado los griegos el temperamento heroico de sus mejores soldados y han uno contra cinco en batallas terribles combatido como combatieran sus mayores héroes: en la isla y en la montaña se han llevado la mejor parte. Pero en las llanuras de Creta y del Epiro y de la Thesalia se han visto por la fuerza obligados á reconocer la superioridad del número, y los tigres de Jamna maullan todos con las fauces saciadas de sangre, y las raíces del Olimpo han visto levantarse victoriosos los hijos de las tinieblas y caer inmolados los hijos de la luz, y los desfiladeros de Tempe, donde hasta las piedras despiden gritos de libertad, se han trocado en estadio de los feroces jinetes que cazan hombres por Asia para convertirlos en mutilados siervos, y el siglo que comenzó con el cántico de la Marsellesa y el triunfo sobre los déspotas coligados, corre peligro de concluir con el triunfo de los déspotas, saludados por los relinchos del caballo de Atila redivivo, significando, como los caballos del Apocalipsis, el fin de la humanidad y de la tierra.

Madrid, 16 de mayo de 1897.



Llegada del general Polavieja á Barcelona. – El muelle de la Paz en el momento de desembarcar los soldados heridos y enfermos que regresan de Filipinas con el general Polavieja (de fotografía del Sr. Xatart)



Llegada del general Polavieja á Barcelona. – La plaza de la Paz en el momento de pasar el general Polavieja por el arco de triunfo levantado en su honor por el Comercio, la Industria, la Agricultura y la Navegación de Barcelona (de fotografía del Sr. Castro)

LA CUEVA DE MENGA

I

Sentados en la cumbre del montículo artificial que en forma de pirámide resguarda el grandioso dolmen llamado *cueva de Menga;* disfrutando de las delicias de una tranquila noche de verano, que iluminaba la luna con claros y poéticos tonos; admirando el paisaje, que como de Andalucía es encantador; aspirando ese perfume de los campos que nutre el cuerpo de salud y de vigorosa vida, y que parece que eleva el espíritu hacia lo inmaterial; sin oir nada que distrajese nuestra atención, sino al contrario, todo cuanto contribuye á separarla más y más de lo real y tangible – todos esos miles de rumores del campo que Beethoven tradujo en poéticas melodías en la *Sinfonía Pastoral* y Wagner en sus *Murmullos de la selva,* – así pasamos tres ó más horas de aquella noche inolvidable, en que una alucinación, un sueño ó un misterioso secreto del pasado nos hizo conocer la trágica leyenda del severo monumento megalítico.

Quedo, muy quedo, para no turbar el augusto y solemne silencio que dominaba en nuestro derredor, nos comunicábamos impresiones y recordábamos noticias arqueológicas acerca del monumento, en cuya cumbre, y muy cerca de la gran piedra que sirve de arquitrabe á las que forman la entrada, estábamos sentados.

Cuando nos hacíamos notar la semejanza que la *peña de los enamorados* tiene con una cabeza de mujer, y la particularidad de que puede conceptuársele como una gran esfinge tallada en una roca, algo distante del dolmen, pero orientada con éste, una voz misteriosa, tenue y pausada nos dijo:

– Oíd, mortales, la extraña historia de esa peña y de este templo, en que hace miles de años consumo mi eterna vejez.

Volvimos los ojos hacia la entrada de la cueva, y allí vimos un anciano venerable de rostro inteligente y expresión melancólica. Cabellos y barba blancos como la plata servían de marco á aquella hermosa cabeza, que se asentaba con noble majestad sobre un cuerpo de proporciones correctísimas.

Una especie de túnica de pieles de extraños animales cubría el cuerpo del anciano hasta la mitad de las piernas; rodeaba su garganta un collar de pintadas y pequeñas caracolas, del que pendía á modo de joyel una gran piedra verde parecida á las esmeraldas, rudamente labrada, y una cinta de oro casi nativo, aprisionaba los blancos cabellos, á estilo de diadema.

Impresionados hondamente contemplamos la inesperada aparición, sin atrevernos á pronunciar una sola palabra.

El anciano, con afectuosa y tranquila voz, nos dijo:

– Nada temáis. Temblad ante los hombres que os rodean en el mundo de los vivos, porque para hallar entre ciento un alma recta y honrada tendréis que desechar noventa y nueve, dado caso de que las podáis conocer; pero no esperéis nada malo de los que Dios ha elegido para que permanezcan en la tierra, más ó menos visibles, y con misteriosos mandatos que á vosotros no os es dado adivinar. Sentaos junto á mí, y oíd la historia que os he prometido.

El anciano se sentó en una de las piedras que están á la entrada del dolmen, y nosotros silenciosamente descendimos de nuestra altura y fuimos á ocupar otras piedras frente á él.

II

«En una época, cuya cronología no han podido averiguar vuestros sabios, á pesar de sus profundos estudios, de los descubrimientos con que les favorece la fortuna y de las ingeniosas hipótesis en que fundamentan teoría tras teoría, que los mismos estudios y descubrimientos se van encargando de destruir más tarde, acampó en estos sitios, cerca de donde mucho más tarde se fundó la Antequera romana, una tribu oriental, de las que de antiquísimos países donde después se desarrollaron las civilizaciones históricas de Caldea y Asiria, de Perisa y de la India, vinieron á colonizar la tierra ibera.

»Con la tribu oriental – que gobernaba un príncipe nacido allá en la Caldea, feroz en sus venganzas, terco en los combates y duro é incansable para las fatigas y los viajes – venían algunas mujeres, esposas é hijas de los más sobresalientes guerreros, pues los que peleaban como soldados no gozaban del privilegio de transportar sus hembras, y venían á ser el lazo de unión entre los indígenas y la tribu invasora, ya conquistando por amor á las mujeres, ya tomándolas contra la voluntad de sus dueños, esposos ó padres.

»Entre aquellas mujeres, en su mayor parte de familias asiáticas, descollaba por su hermosura una joven egipcia, robada por el príncipe al atravesar el Egipto anterior al de las pirámides.

»Era hija de jefe ó caudillo, y tan altiva y brava, que el feroz guerrero caldeo había tenido que respetar su virtud, porque cuando le hablaba de amores, la hermosa mujer le amenazaba con hundirse en el pecho, en cuanto pretendiera tocarle siquiera á un cabello, un estrecho y afilado cuchillo de bronce, envenenado con extrañas hierbas, que siempre llevaba oculto entre la fina túnica de filamentos de plantas del Nilo, en que envolvía su espléndido cuerpo.

»Las fatigas y los cuidados de la expedición habían tenido en relativa calma al príncipe; pero cuando se instaló el campamento en estos contornos, y las familias iberas hicieron amistad con los invasores y éstos comenzaron á gozar de las delicias de este país, brutal amor renació en el caudillo, que se decidió á hacerse adorar por la bella egipcia, empleando cualquier medio que le proporcionara el triunfo.

III

»Los iberos eran gentes sencillas, ilustradas, valientes y hermosas, y como la tribu oriental no había llegado en son de guerra, otorgáronle, desde luego, afecto y amistad, y se estableció íntimo trato entre indígenas é invasores.

»La egipcia vivía retirada con las dos esclavas del príncipe, y apenas salía de la tienda de pieles, ramas de árboles y enormes peñones que servía de albergue á las tres mujeres.

»Desde el día en que quedó sellado el pacto de amistad entre orientales é iberos, uno de éstos, hermoso joven, guerrero muy respetado por su prudencia y su valor, quedó preso en el corazón de la bella mujer, que, como toda la tribu, presenció la ceremonia de ajustar el convenio entre las dos grandes familias. La egipcia habíase también enamorado de aquel joven, y buscaba ocasión de contemplarle, aunque á respetable distancia, porque separábanle de él raza, religión y costumbres.

»Sucedió que una noche de luna, tan espléndida y hermosa como ésta, el ibero se aventuró á penetrar en el campamento, y á poco trabajo dió con la tienda de su amada.

»Nada parecía turbar el silencio de la noche; pero á medida que el enamorado se acercaba á la tienda, mejor advertía los ahogados sollozos de mujeres y oía las duras é imperantes palabras de un hombre, que muy á su pesar, reprimía la voz para no despertar á la tribu que descansaba cercana á la tienda.

»El príncipe, porque él era, rogaba, maldecía, trataba de imponerse, hacía callar á las dos esclavas que lloraban atemorizadas en un rincón; pero el maldito cuchillo envenenado no se separaba del palpitante pecho de la egipcia, que grave é imponente como severa esfinge, aguardaba el instante de cumplir su promesa de arrancarse la vida.

»El ibero llegóse con precaución hasta la tienda, entreabrió con cuidado las pieles y las ramas, y se hizo cargo inmediatamente de lo que sucedía allí. En un vigoroso arranque de pasión, con salvaje energía, tronchó ramas y cuanto se oponía á su paso, y penetró de improviso en la tienda, pero era tarde; el feroz caldeo, al sentirse sorprendido, quiso apoderarse de la hermosa, y ella, con la noble majestad y entereza de una matrona de las edades históricas, se hundió en el pecho el afilado cuchillo; vaciló, y vino á caer moribunda en los brazos del ibero.

IV

»Una espantosa escena, trasunto de los combates de las fieras en los bosques vírgenes, se desarrolló después.

»La egipcia, exánime, pero con la inefable sonrisa del amor y del triunfo de la virtud; envolviendo en una sublime mirada de sus hermosos ojos, que ya iban perdiendo su brillo, al ibero, díjole en entrecortadas frases:

– »Te adoro; muero pensando en ti; pero véngame.

»Cuando la hermosa perdió el último átomo de vida, el ibero besó con amor infinito aquellos ojos que ya no veían y aquella boca que jamás podría hablar; depositó cariñosamente el cadáver en el suelo, y arrancando el cuchillo de la herida, avanzó hacia el príncipe, diciéndole:

– »Ahora vas á morir.

»Una lucha de titanes; un salvaje combate de fieros leones; el rayo chocando con el rayo, ó las olas del mar con la dura roca, son menos crueles que fueron aquellos hombres.

»El ibero dejó el cuchillo envenenado porque no le parecía bastante fuerte para vencer al caldeo, y empuñó un hacha de piedra serpentina; su contrario le acometió con una especie de espada corta y recia, de cobre, de aguda punta y cortante filo.

»La sangre salía á borbotones de las heridas y se esparcía en el suelo; uno y otro resbalaban en la sangre, y como fieras volvíanse á levantar para no dar ventaja á su enemigo; y así hubieran estado hasta aniquilarse y destruirse, á no haber penetrado en la tienda el gran sacerdote de la tribu.

– »La maldición de los dioses caiga sobre vosotros, si no rendís las armas y os detenéis ante mi poder, les dijo. Tú, príncipe feroz y sanguinario, expiarás eternamente tus culpas y la muerte de esa infeliz mujer, y tú...

– »Yo muero con ella, pero después de vengarla, dijo el ibero.

»Y más rápido que el pensamiento hundió el cuchillo envenenado en la garganta del caldeo, á quien este ataque cogió desprevenido, y después se hirió él mismo en el corazón.

V

»A la trágica y sangrienta escena de la tienda siguieron crueles días, en que la guerra diezmó á indígenas é invasores.

»Los restos de la tribu, sin vencedores ni vencidos, levantaron sus tiendas y emigraron hacia el centro de la península, temiendo que los iberos vengaran, aún más, la sangre que ya se había derramado á torrentes.

»Cuando renació la tranquilidad en estos contornos, las gentes indígenas detuviéronse un día admiradas ante la aparición de esté dolmen, que manos invisibles habían construído por arte de conjuro. El túmulo que lo defiende, apenas dejaba entrever la entrada que cubrían dos grandes piedras.

»Suave olor á resinas olorosas y á flores frescas se evaporaba por las junturas de aquellas dos grandes piedras, que vosotros los hombres históricos habéis destruído.

»Al propio tiempo que el dolmen brotó de la tierra ó fué construído por invisibles trabajadores, esa peña que desde aquí se divisa, y que vosotros llamáis la *peña de los enamorados,* se desprendió de las sierras vecinas, y tomando la apariencia del rostro de la egipcia quedó adherida á la tierra en la misma posición y en el mismo sitio en que la hermosa exhaló su último suspiro.

»Inútil fué que los indígenas trataran de acercarse al dolmen; una fuerza desconocida los repelía antes de que pudieran llegar hasta las piedras que obstruían la entrada...

»Y aunque vosotros, los hombres de las edades históricas, hayáis conseguido romper el conjuro y derribar esas piedras sobre cuyos restos estamos sentados; aunque en modernas edades el dolmen haya servido de albergue á malhechores, á saludadores y á brujas, y se diga que Menga fué una vieja fabricante de filtros para hechizos, que estableció aquí un laboratorio; aunque hayáis profanado este templo del dolor, del arrepentimiento y de la muerte, no habéis descubierto un secreto. Mirad y convenceos.»

Volvimos los ojos hacia el interior del dolmen, y siempre dominados por la impresión de lo fantástico y lo desconocido, vimos en el fondo, iluminados por mágicos resplandores del fuego sagrado que ardía en extraña pira, los cadáveres momificados de un hombre y una mujer, colocados en blando lecho de flores y rodeadas las cabezas de simbólicas piedras.

Vestía ella finísima túnica de tela blanca y roja, que había descolorido el tiempo; un original adorno de flores de adormidera, símbolo del sueño, rodeaba su hermosa cabeza de marcado tipo egipcio; zarcillos de cobre con pequeñas caracolas de mar pendían de sus orejas, y adornaban su cuello, brazos y piernas collares, brazaletes y una especie de ajorcas de cobre sin labores, pero con adornos de piedra negra, pintadas conchas, y un colmillo de jabalí en el collar, á modo de joyel.

Él era también muy hermoso. Vestía túnica de pieles, y tres hondas, que rodeaban una la cabeza, otra el vientre y otra la diestra mano, demostraban que aquel hombre, en vida, fué guerrero. Varias hachas de piedra, cuchillos y flechas de pedernal y hueso y algunas ofrendas hechas á los cadáveres, consistentes en flores, mechones de pelo, piedras verdes, negras y rosáceas y cabezas de adormideras colocadas en vasijas de barro de ruda y sencilla fabricación, llenaban el estrecho hueco que entre las dos momias quedaba.

Un cuchillo de bronce, sencillo y rudo también, atravesaba el pecho de la egipcia.

El anciano nos dejó algunos minutos entregados á la muda contemplación de aquellos cadáveres antehistóricos; después dijo:

– Ellos son; la egipcia y el ibero; las víctimas sangrientas de una tragedia salvaje. Un misterioso man-



Evacuación de Tyrnavos por sus habitantes



Griegos sin casa ni hogar



Fuego de artillería en el campo griego



Construcción de trincheras en Larissa por las tropas griegas



Línea avanzada de infantería griega haciendo fuego



Columna griega haciendo alto durante una marcha



Sección de artillería griega en marcha



El corresponsal de «Black and White» presenciando un combate

LA GUERRA TURCO-GRIEGA. – Episodios de la campaña (de fotografías de Mr. René Bull, corresponsal de la revista inglesa *Black and White*)

dato de los dioses permite que esos muertos y su guardián, que soy yo, permanezcamos invisibles para vosotros los mortales. El mismo misterioso mandato me convirtió á mí, de feroz príncipe perseguidor de esa hermosa criatura, en el eterno guardián de ella, de su amante y de sus purísimos y poéticos amores de ultratumba.

VI

Muchas veces hemos vuelto á la cueva de Menga, dominados por el recuerdo de la extraña alucinación de aquella noche. Hasta hemos tratado de averiguar si debajo de aquel pavimento hay alguna bóveda ó ruda cripta; pero el imponente silencio de los tiempos que no tienen historia responde siempre á nuestras tentativas.

Aquel anciano; aquellos dos jóvenes hermosísimos, de corrección de estatua y de fantástico traje, no se apartan de nuestra memoria.

Francisco de Paula Valladar

¿HABLABA USTED DE MI PLEITO?

Sí, señor: aunque el pleito no es precisamente mío, como el objeto del mismo es de interés general, puedo, sin cometer inexactitud, hacer esta pregunta: *¿hablaba usted de mi pleito?* Lo que ya no puedo es dar con igual exactitud la contestación consagrada: *aquí traigo los papeles,* porque en efecto, ni traigo los papeles, ni sé dónde se hallan, si es que los hay, como debe de haberlos.

Bien será que, antes de proseguir, entere yo al lector curioso de cómo lo que llevo dicho y algo mas, que me propongo decir, *Deo volente,* hace referencia á un premio fundado por un Sr. Piquer (q. e. p. d.), á quien no tuve la honra de tratar, pero del que dicen cuantos lo conocieron que fué entusiasta por la literatura y por las artes y gran amigo y decidido protector de artistas y de literatos.

A lo que parece, dicho Sr. Piquer dispuso en cláusula testamentaria que parte de su cuantiosa fortuna fuese destinada á crear una renta de DOS MIL pesetas anuales; y que cada una de esas anualidades se entregara como premio al *autor español* (fíjense ustedes en esto, *al autor español)* que durante el año hubiese compuesto, ó hecho representar (sobre esto son dudosas mis noticias), una obra dramática de mérito bastante para que el tribunal nombrado al efecto la diputase por la mejor entre todas las compuestas ó representadas durante el mismo período.

He comenzado diciendo *á lo que parece,* porque la *Academia Española,* encargada por el testador de adjudicar ese premio, no ha creído conveniente dar publicidad á la cláusula testamentaria que al asunto respecta, y siguiendo los procederes tradicionales en aquella casa, piensa, según todas las señales, resolver en esto lo mismo que resuelve en todo, á cencerros tapados; y ustedes perdonen lo vulgar de la locución en gracia de la oportunidad de su empleo.

Como, á consecuencia de esa intempestiva cuanto impertinente reserva, ni conozco, ni conoce casi nadie (y digo *casi,* por suponer que la conocerán los albaceas) el texto literal de esta disposición testamentaria, claro está que nada puedo afirmar, con certeza absoluta, sobre si la última voluntad del difunto ha sido ó no ha sido bien interpretada por los *inmortales.* Pero, si con certeza no, con mucha probabilidad de acierto cabe presumir que la *docta corporación* hará en eso del premio, como suele hacer en todo, mangas y capirotes; pues en eso, y solamente en eso, de obrar como bien les parece, nuestras Reales Academias en general, y la Española en particular, constituyen sendos cantones y son partidarias de las autonomías. Y véase por dónde voy á resultar correligionario de Pidal, de Menéndez Pelayo y de Cheste... y hasta de Mariano Catalina.

Lo mismo que, por procedimiento de inducción, es lógico atribuir á la *Academia Española* el propósito de hacer, en lo que se relaciona con el premio Piquer, cuanto le viniere en voluntad, esté ó no esté conforme con la del fundador, así es lícito suponer que este insigne amante de las letras, valenciano ilustre, dispuesto siempre á estimular y favorecer á la juventud, instituyó el premio para continuar, después de muerto, la obra plausible y meritoria que había iniciado en vida.

Es, debe de ser al menos, el premio Piquer – y los antecedentes y las circunstancias del mismo inducen á creerlo así, – recompensa al mérito de dramaturgos españoles, sin distinción de castas; estímulo para literatos, jóvenes ó viejos, que hallen obstáculos difíciles de superar en su camino.

Y por eso precisamente habla en su testamento, según tengo entendido (pues repito que de cierto no lo sé, porque en la Academia todo es misterioso y sombrío y secreto), de premiar una obra de AUTOR ESPAÑOL, de autor español; nada más, y nada menos.

El fundador del premio no dijo, creo yo que no lo dijo, que la obra premiada había de haber sido precisamente escrita en idioma castellano, sino que debía ser original de *autor español...*

Y autores españoles son los catalanes, y autores españoles son los valencianos, y autores españoles son los *bascos,* y autores españoles son los *gallegos.*

Así lo entendió sin duda el difunto Piquer (q. e. p. d.); pero no lo han entendido de igual manera los *inmortales,* para quienes – contra lo taxativamente dispuesto por el testador – solamente las obras escritas en idioma castellano pueden ser admitidas á concurso.

¿Por qué?

Pues porque así le ha parecido bien á la Academia; ni existe otra razón, ni veo otro motivo.

Si ese criterio de los señores académicos prosperase (espero que no prosperará), el hermosísimo drama del duque de Rivas *Don Alvaro ó la fuerza del sino,* por ejemplo, no habría sido admitido á concurso por el jurado, porque, según todos sabemos, su autor lo escribió primeramente en francés y luego lo vertió al castellano.

Y hasta podría darse el caso – porque aceptada una premisa, no es lícito rechazar sus consecuencias, – hasta podría darse el caso de que aspirasen al premio un autor andaluz presentando una obra escrita en ese dialecto; un poeta valenciano, con un drama escrito en su idioma; un catalán y un vascongado y un gallego y un asturiano, con sendas comedias compuestas en sus lenguas respectivas, y aceptado el estrecho criterio de la Academia, evidentemente opuesto al del ilustre valenciano que fundó el premio, sería preciso negar su condición de españoles á todos esos; conque imagínese á lo que se reduciría España, si el sistema académico de exclusiones prevaleciese.

No prevalecerá, pues aunque, según los académicos han hecho decir en casi todos los diarios madrileños, el idioma oficial en nuestro país es el castellano – lo cual nadie discute, ni hay para qué, – ahora no se trata sino de cumplir las últimas disposiciones de un ciudadano español, el cual fundó un premio como recompensa al dramaturgo que escriba durante cada año la mejor obra escénica, y nada dijo acerca de si esa obra había de estar escrita en este ni en aquel idioma, ni menos de que hubiera de tener preferencia el *idioma oficial* para los efectos del concurso.

Y aun, con ser ese exclusivismo de los *inmortales* verdaderamente inadmisible y absurdo y hasta antipatriótico, paréceme más absurdo y más inadmisible todavía el acuerdo adoptado por la *corporación doctísima* de que puedan concurrir al certamen y aspirar al premio Piquer los encargados de adjudicarlo, es decir, los académicos mismos, si han escrito una obra dramática.

De lo que sobre este punto concreto de la cuestión piensan *los inmortales,* esto es, *algunos inmortales,* pues no todos ellos piensan lo mismo, se formará idea á la lectura del diálogo siguiente, tomado al vuelo por un *reporter* encargado de la *información,* en cierto diario de Madrid.

Los interlocutores son un académico que no escribe y un escritor que no es académico.

Académico

Por lo visto, cree usted que los académicos no podemos ser admitidos al concurso del premio Piquer.

Escritor

Efectivamente; eso creo.

Académico

¿Y en qué funda usted su creencia?

Escritor

Pues la fundo en la práctica general y constantemente seguida en todos los certámenes de la misma índole. En ninguno de ellos se admite, ni se concibe siquiera la posibilidad de admitir que un ciudadano sea al mismo tiempo juez y parte, opositor y jurado. Aun procediendo en justicia, sería irregular y de pésimo efecto que el juez se concediese á sí mismo el premio. Esto no se ha hecho nunca, ni puede hacerse. A lo menos no debe hacerse, y si se hace está muy mal hecho.

Académico

Pero usted ¿conoce la cláusula testamentaria?

Escritor

No, señor; no la conozco; porque ustedes se han guardado muy bien de publicarla. También muy mal hecho.

Académico

Esa es otra cuestión. Pues bien: dejando eso aparte, yo le digo que el testador no excluye á los académicos.

Escritor

Ni era necesario excluirlos, eso por sabido se calla. De sobra los excluye en el mero hecho de nombrarlos jueces del concurso.

Académico

Usted lo verá así; nosotros lo hemos visto de otro modo. Un académico puede haber escrito la mejor obra del año, y no hay razón ni justicia para excluirlo de una lid honrosa en la que se disputa, no ya solamente una mezquina recompensa pecuniaria, sino un título de gloria, los honores literarios. – Los académicos que entren en concurso como autores dramáticos no formarán parte del jurado, ni votarán. – Y luego, si obtienen el premio, probablemente renunciarán á él y darán su importe á cualquier establecimiento benéfico.

Escritor

Nada de eso que usted me dice destruye mi argumentación. – El ilustre Piquer, de grato recuerdo, concedió siempre protección á literatos y artistas; quiso estimular á los que se dedican á cultivar la literatura dramática, y estableció ese premio – esto es evidente de toda evidencia – para animar á la juventud, para ayudar á los que, jóvenes ó viejos, han menester ayuda; no para premiar á los que, cargados de laureles, han llegado á la meta de la carrera literaria. Si escogió para jueces á los académicos fué, sin duda alguna, por eso mismo: por considerar que los *inmortales,* colocados ya en la cumbre, estaban muy alejados de las luchas en que se hallan metidos los que aún no se han elevado á tanta altura. – El no votar los académicos aspirantes al premio, no quita ni pone en la sospecha de parcialidad y de compadrazgo que habría de recaer sobre la sentencia dictada por amigos y compañeros y camaradas de los agraciados. – Ni es cierto que Piquer pensase ante todo en otorgar honores y gloria; pensó principalmente en socorrer con dinero contante y sonante, y por eso en vez de hablar de coronas de laurel y plumas artísticas y diplomas honoríficos, habló *de pesetas;* necesarias al dramaturgo, lo mismo que al mortal menos artístico y más prosaico, para pagar al casero y comprarse botas, y comer y beber y demás menesteres que tenemos todos, poetas inclusive.

Y aunque el *inmortal* premiado diese el importe de su premio á los pobres ó á un establecimiento benéfico, se falsearía notoriamente la voluntad del testador, el cual si hubiese querido dejar esa manda á los pobres, se la habría dejado sencillamente, sin buscar tantos rodeos y sin pedir el auxilio de la Academia como intermediaria. Piquer se propuso, y eso es clarísimo, ayudar con *unas cuantas pesetas* al dramaturgo de talento que hubiese escrito una obra hermosa.



«Nuestra Señora de París.» – El capitán Febo (Sr. Alcántara). De fotografía de Audouard



«NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.» – CLOPIN (Sr. Segura)
De fotografía de Audouard

Sin que yo me explique la causa, los literatos de Madrid no han concedido á este asunto, ni á los acuerdos adoptados sobre él por la Academia, toda la atención que merecen. Veamos si se la conceden los literatos de provincias y se discuten y se dilucidan las cuestiones como deben ser discutidas y dilucidadas. – A. SÁNCHEZ PÉREZ.

NUESTROS GRABADOS

Llegada del general Polavieja á Barcelona.—Con verdadero interés era esperado en Barcelona el ilustre caudillo á quien una penosa dolencia había obligado á dejar el mando superior de las islas Filipinas después de haber obtenido brillantísimas victorias sobre la insurrección tagala. Desde muchos días antes hacíanse grandes preparativos para recibir al general, y todos los elementos de nuestra ciudad disponíanse á dispensarle la acogida á que por sus méritos excepcionales habíase hecho acreedor. En la madrugada del día 13 arribó á nuestro puerto el vapor *León XIII* que conducía al marqués de Polavieja y á otros generales, jefes, oficiales y soldados que con él compartieron las gloriosas jornadas de Cavite, y apenas las campanas echadas al vuelo anunciaron la llegada del barco, la gente se echó á la calle como en día de fiesta, los balcones de la carrera que debía recorrer el general cubriéronse de vistosas colgaduras y una multitud extraordinaria llenó las calles y el muelle en donde aquél había de desembarcar, y en el cual habíase levantado en pocos días un arco de triunfo, reproducción de la puerta de Alcalá de Madrid. A las once y media desembarcó el general Polavieja, siendo saludado, apenas saltó en tierra, con entusiastas vivas y aclamaciones; púsose en marcha inmediatamente la comitiva, y desde el desembarcadero hasta que llegó al alojamiento que en uno de los pabellones del Parque el Ayuntamiento le tenía dispuesto, el caudillo insigne fué saludado sin cesar por las damas que agitaban los pañuelos desde los balcones y por la muchedumbre, por entre la cual apenas podía abrirse paso el coche en que iba, y que se descubría respetuosamente á su paso y prorrumpía en aplausos y vítores. Estas muestras de admiración se reprodujeron cuantas veces presentóse en público el general durante su breve estancia en Barcelona, pudiendo afirmarse que la recepción hecha al vencedor de Cavite en nuestra ciudad ha sido verdaderamente entusiasta y cariñosa.



«NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.» – GRINGOIRE (Sr. Gamero)
De fotografía de Audouard



«NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.» ESMERALDA (Srta. Landy)
De fotografía de Audouard

De muchas maneras ha querido explicarse el recibimiento dispensado, tanto aquí como en Madrid, al marqués de Polavieja, habiéndose echado á volar á propósito de ella las más absurdas especies. En nuestro sentir, sin embargo, las ovaciones tributadas al general desde que regresó á España tienen una explicación lógica y sencilla: el país en masa deseaba una ocasión para demostrar á nuestro heroico ejército, que hace tanto tiempo lucha al otro lado de los mares contra los enemigos de la patria, el entusiasmo y la gratitud que por él siente. Esta ocasión no se había por desgracia presentado hasta que por causas involuntarias hubo de regresar á la península un general, que á la circunstancia de haber obtenido hasta el último momento de su mando importantísimos triunfos, unía una historia militar de las más gloriosas que registran los anales de nuestro ejército, una hoja de servicios en que consta que en veintidós años D. Camilo Polavieja ascendió desde soldado hasta teniente general, alcanzando por méritos de guerra todos sus grados, excepción hecha de los de cabo y de sargento segundo, que obtuvo por elección, del de alférez que logró por pase á Cuba y del empleo de teniente que se le otorgó por antigüedad.



«NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.» – QUASIMODO (Sr. Querol)
De fotografía de Audouard

¿No son estos motivos bastantes para que los nobles sentimientos del pueblo español se condensaran en las entusiastas manifestaciones al general Polavieja tributadas?



«NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.» – JUAN FROLLO (Sr. Huerva)
De fotografía de Audouard

Nuestra Señora de París.—En el presente número reproducimos algunas de las principales escenas del melodrama lírico de D. Calixto Navarro, música del maestro Giró, que con tanto éxito se está representando en el teatro de Novedades. Tratándose de escenógrafos como los Sres. Soler y Rovirosa, Moragas y Vilumara, autores de las decoraciones, nos parece excusado señalar las bellezas innumerables que éstas atesoran, tanto desde el punto de vista de la verdad histórica, cuanto bajo el concepto de la ejecución: los nombres de tales pintores son el mejor elogio y la mejor recomendación que de sus obras puede hacerse. También publicamos los retratos de los más importantes personajes que figuran en *Nuestra Señora de París*, cuyos trajes, confeccionados según figurines del reputado dibujante Sr. Labarta, nada dejan que desear en punto á propiedad y buen gusto. Las cuatro fotografías que van en las páginas centrales de este número son instantáneas y han sido obtenidas por el conocido fotógrafo de esta ciudad Sr. Audouard por un procedimiento especial suyo, mediante una preparación cuya base es el magnesio en polvo. Con este procedimiento, que es de una sencillez extraordinaria, se suprimen en absoluto las lámparas y aparatos empleados hasta ahora. La impulsión del polvo de magnesio se verifica por medio de una ó varias explosiones de algodón pólvora.

Felicitamos al Sr. Audouard por el éxito obtenido con su procedimiento, de cuya bondad es la mejor prueba la perfección de las fotografías que reproducimos.



«NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.» – CLAUDIO FROLLO (Sr. González). De fotografía de Audouard



TEATRO DE NOVEDADES. – «NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.» – ACTO 1.°, CUADRO 4.° – DECORACIÓN DE MORAGAS

(De fotografía obtenida durante la representación por un procedimiento especial del fotógrafo Sr. Audouard)



TEATRO DE NOVEDADES. – «NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.» – ACTO 2.°, CUADRO 5.° – DECORACIÓN DE VILUMARA

(De fotografía obtenida durante la representación por un procedimiento especial del fotógrafo Sr. Audouard)



TEATRO DE NOVEDADES. – «NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.» – ACTO 2.°, CUADRO 6.° – DECORACIÓN DE VILUMARA

(De fotografía obtenida durante la representación por un procedimiento especial del fotógrafo Sr. Audouard)



TEATRO DE NOVEDADES. – «NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.» – ACTO 3.°, CUADRO 9.° – DECORACIÓN DE SOLER Y ROVIROSA

(De fotografía obtenida durante la representación por un procedimiento especial del fotógrafo Sr. Audouard)

La guerra turco-griega.—A propósito de los grabados que publicamos en la página 341 y que reproducen interesantes episodios de la guerra turco-griega, nos parece oportuno hacer un ligero resumen de las principales operaciones que durante esta corta lucha se han llevado á cabo.

Rotas oficialmente las hostilidades el día 20 de abril último, los turcos penetraron en territorio griego, forzando, no sin gran resistencia por parte de los helenos, el paso de Meluna y apoderándose de Turnavo, punto dominante de la llanura de Larissa, y después de una reñida batalla, librada á una hora de esta ciudad, apoderáronse de esta plaza. Los griegos en retirada concentráronse en número de 40.000 en la línea de Farsalia, en donde se les juntó el príncipe heredero de Grecia con su estado mayor.



Edhem-bajá, general en jefe del ejército turco en Tesalia (de fotografía de Abdullah, de Constantinopla)



Osman-bajá, generalísimo del ejército turco (de fotografía de Abdullah, de Constantinopla)



Riza-bajá, ministro de la Guerra de Turquía (de fotografía de Abdullah, de Constantinopla)

Ayudado por la escuadra, el ejército griego consigue algunas victorias en la parte occidental, desembarca en Salunova y dividido en dos columnas marcha sobre Prevesa y Janina, se apodera de Filipiades, obligando á los turcos á retirarse, y proyecta un ataque contra Salónica.



En el parque, cuadro de D.ª Visitación Ubach (Exposición de Bellas Artes de Madrid de 1897)

La Puerta nombra general en jefe del ejército de operaciones, en sustitución de Edhem-bajá, á Osmán-bajá, el héroe de Plewna, cuyos retratos junto con el del ministro de la Guerra turco publicamos en esta página: el gobierno de Atenas á su vez confía el mando supremo al coronel Smolenski.

Prosiguen los turcos su triunfal carrera, y tomando á Trikkala, avanzan sobre Farsalia, de la que se apoderan con poco esfuerzo y en la que encuentran abundante botín de guerra. Caen Velestino y Volo en su poder, y sus tropas del Epiro, en donde hasta entonces habían logrado algunas ventajas los griegos, se dirigen hacia Arta y obligan á sus adversarios á retirarse.

Los griegos llaman á las fuerzas que tenían en Creta á las órdenes del coronel Vassos, y al propio tiempo se retiran sobre Domokos, ciudad que no tarda en caer también en manos de los turcos.

El gobierno de Atenas acepta al fin la mediación que le habían ofrecido las potencias, y Turquía cede al fin por su parte, quedando desde este momento en suspenso las hostilidades.

En la actualidad hanse entablado negociaciones de paz, para la cual, según parece, Turquía impone entre otras condiciones la anexión de Tesalia al imperio turco hasta las antiguas fronteras, una fuerte indemnización de guerra y la anulación de los tratados existentes, exigencias que probablemente quedarán reducidas á su más mínima expresión.

Corta ha sido la duración de esta guerra y de fatales resultados para el pueblo griego, que con tanto entusiasmo la emprendiera creyendo que los levantados fines que le impulsaban le atraerían, si no el apoyo, por lo menos la simpatía de las potencias que de cristianas se precian. El desengaño habrá sido grande y la lección, aunque dura, provechosa, no sólo para Grecia, sino para otros muchos pueblos que en la comedia del equilibrio europeo desempeñan un papel análogo al del Estado heleno. Una y otros habrán podido convencerse de que por encima de la razón, por encima de los sentimientos humanitarios y por encima de las más elevadas ideas están los convencionalismos de una diplomacia rutinaria y el egoísmo de los Estados que por azares de la historia hoy ocupan el lugar de primeras potencias y de los hombres que el destino ó la suerte puso al frente de ellos.

¿Se restablecerá la paz después de la derrota de los griegos? ¿Surgirán ahora entre las potencias complicaciones, en evitación de las cuales la guerra ha sido tolerada por quienes pudieron y debieron evitarla? ¡Quién lo sabe!

Lo que sí nos parece cierto es que la historia ha de ser algún día muy severa con los que han consentido que este siglo, que empezó con el más hermoso triunfo de las ideas de libertad y fraternidad humana, termine con esta victoria del fanatismo musulmán.

En el parque, cuadro de D.ª Visitación Ubach (Exposición de Bellas Artes de Madrid de 1897). - Digna pareja del hermoso estudio que recientemente reprodujimos en esta revista es el nuevo cuadro que ha remitido á la actual Exposición Nacional de Bellas Artes la ya distinguida pintora doña Visitación Ubach. En esta obra, como en la anterior, nótase la simplicidad con que ha sido ejecutada y un sello de distinción que revela el temperamento de la artista y la delicadeza de su espíritu. La obra, á pesar de su belleza, resulta un acabado estudio, pues adivínase en ella la observación del natural, la existencia de un modelo animado, debiéndose el encanto que produce á su acertada disposición y á esa simplicidad de tonos, masas y trazos que tan inteligentemente aplica la Sra. Ubach, á quien deseamos que en el certamen á que ha acudido obtenga la recompensa á que tiene derecho por su laboriosidad y aptitudes.

La fama, estatua colosal de bronce de Roberto Henze.—Alzase esta estatua sobre la cúpula que corona el nuevo palacio de exposiciones de la ciudad de Dresde, y bien puede asegurarse que nada podía sintetizar tan bien el objeto del edificio como la magnífica escultura de Roberto Henze que, asentada en lo más alto del mismo, divísase desde muchas leguas á la redonda cuando los rayos del sol la hieren, arrancando de ella brillantes reflejos. Esta estatua, de una elegancia de líneas y de una corrección irreprochables, parece invitar con su actitud á los artistas á que acudan con sus obras á los certámenes que en el palacio se celebren, convocándoles á los acordes de su trompeta y brindándoles con la corona de laurel que en su mano sostiene.

MISCELANEA

Teatros.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Ateneo Cómico *Seraphin*, bonita comedia en un acto de Loriot-Lecaudey; en el Eldorado *Hop-Fog*, adaptación en dos actos de un cuento de Edgardo Poe, hecha por los Sres. Vanor y Bremontier; y en el Odeón *Irreguliers*, interesante comedia en tres actos de Alfredo Bonsergent y Carlos Simón.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *El lujo*, arreglo en tres actos de *Les lionnes pauvres*, de Emilio Auger, muy bien hecho por los Sres. Francos Rodríguez y González Llanos; y en la Zarzuela *Un tío modelo*, juguete lírico en un acto del Sr. Ordóñez, con música muy bonita del Sr. Saco del Valle.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Terra baixa*, drama en tres actos de D. Angel Guimerá que con gran aplauso se estrenó en castellano durante la última temporada en el teatro Español de Madrid; en el Eldorado *La boda de Luis Alonso ó la noche del encierro*, sainete en un acto de don Javier de Burgos, con preciosa música del maestro Jiménez; y en Novedades *Artús*, ópera en cuatro actos y seis cuadros de D. S. Trullol y Plana, música del maestro D. Amadeo Vives: esta obra lírico-dramática, la primera que escribe este joven compositor, abunda en bellezas de inspiración y revela gran conocimiento de la instrumentación y de los efectos orquestales, pudiendo considerarse entre las mejores que en el género de ópera española se han escrito hasta ahora. El éxito logrado por el Sr. Vives ha sido completo; el público le aplaudió con entusiasmo é hizo repetir las principales piezas de su partitura. En la próxima temporada de verano actuarán, en el teatro de Novedades la compañía que dirige el Sr. Mario y en el Lírico la que bajo la dirección de los Sres. Rubio y Ruiz de Arana funciona durante el invierno en el teatro Lara, de Madrid.

Necrología.—Han fallecido:

Girolamo Alejandro Biaggi, notable crítico musical italiano, profesor de las asignaturas de Historia de la Música y de Estética del Real Instituto de Música de Florencia, autor de un *Diccionario de Música.*

D. Francisco García Ayuso, eminente filólogo español, catedrático, autor de importantes obras, entre ellas *Ensayo crítico de gramática comparada de los idiomas indo-europeos*, *Estudio de la filología en relación con el sánscrito* y *Los pueblos iranios y Zoroastro.*

Jacobo Gilles Maissonneuve, eminente cirujano francés.

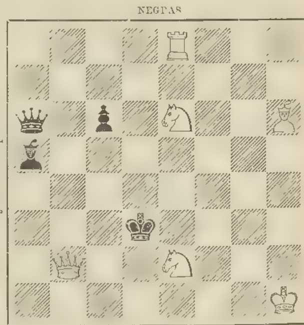
Hans Muller, celebrado músico alemán, primer secretario perpetuo de la Academia de Bellas Artes de Berlín y profesor de la Escuela Superior de Música de aquella capital.

Domingo Berti, historiador italiano, filósofo y hombre de Estado, ex ministro de Instrucción pública y de Agricultura y Comercio.

AJEDREZ

Problema número 70, por Valentín Marín

NEGRAS



6 B. y 4 N. = 10 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 69, por J. Tolosa

Blancas.	Negras.
1. C 8 D	1. A toma C (*)
2. D 7 D jaque	2. R juega.
3. D mate.	

(*) Si 1. R toma C; 2. D 6 A D y 3. D 6 R mate, – y si 1. R 3 A R; 2. D 7 A R jaque, y 3. D mate. La amenaza es 2. D 3 A R jaque y 3. D 4 A R mate.



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE LA NOTABLE ESCRITORA ALEMANA EUGENIA MARLITT

(CONTINUACIÓN)



Mientras Isabel reflexionaba así...

El jardín, en el cual no se hubieran podido dar la víspera ni siquiera dos pasos, apareció á los ojos de la joven completamente transformado; una calle de árboles, casi despejada, cruzábale desde la verja, y echando á andar por ella, Isabel llegó sin obstáculo al muro que había entrevisto la víspera y que cerraba uno de los lados del jardín. Grandes baldosas corroídas por el musgo y limpiadas apresuradamente conducían á la cima del muro, á una especie de meseta, limitada por una balaustrada de piedra esculpida. Desde allí se veía el bosque; más lejos, en el sitio donde los árboles no estaban tan hacinados y eran menos altos, una parte del valle, y de consiguiente la casa forestal con su tejado de pizarras de color azul obscuro. Al pie del muro, en el sitio donde terminaba la vía principal, veíase un pequeño estanque, en el cual un enano de piedra, muy desfigurado por el musgo, inclinaba cuidadosamente una urna de la que salía un chorro de agua fresca y clara como el cristal.

Frente á la pared elevábase el edificio que debía servir de morada á la familia. Con sus ventanas despejadas y las puertas del piso bajo abiertas de par en par, aquello tenía ahora un aspecto alegre y hospitalario, muy diferente del que presentaba la víspera. Isabel, cuyo corazón pareció dilatarse con la idea de que *aquello* era la casa de su familia, dirigió una rápida mirada al pasado, á su infancia, cuyos raros placeres consistían en pasearse con sus padres de cuando en cuando. Entonces se quedaba algunas veces un poco atrás, y oprimía su rostro contra las verjas cuidadosamente cerradas que impedían la entrada en los jardines de otro... Allí, alegres niños jugaban sobre los prados de aterciopelado césped, y les era permitido coger las rosas abiertas en sus tallos y disfrutar cuanto querían del aire libre, del hermoso sol, de las flores y de los árboles... ¡Y qué delicioso debía ser echarse sobre la hierba odorífera, sobre las ramas de los grandes árboles!.. ¡Ay! Todo esto era entonces un sueño irrealizable, y como tal, relegado por la niña, ya juiciosa, en lo más recóndito de su alma, allí donde encerraba todos los modestos deseos que no debían ser satisfechos. Se hubiera considerado feliz si á través de la verja algunos de aquellos hermosos niños hubiesen puesto en sus manecitas hasta los ramos marchitos de que nadie hacía caso... Mas no lo hacían... Era preciso alejarse sofocando un suspiro; era forzoso reunirse con sus padres y volver con ellos á la mísera vivienda, desde donde no se veían más que tejados.

Mientras Isabel reflexionaba así, de pie sobre el muro, el guardabosque apareció en una de las ventanas del primer piso del edificio. Apenas divisó á la joven, que se apoyaba en la balaustrada, con la cabeza medio vuelta hacia el jardín, su rostro expresó la satisfacción y una tranquila alegría.

Y esta expresión se reflejó en el rostro de Isabel, que saludando alegremente á su tío franqueó presurosa los escalones de la meseta y dirigióse hacia la casa. El pequeño Ernesto dió un salto para salir á su encuentro y la estrechó en sus brazos sonriendo. El muchacho, según le refirió, había efectuado un trabajo prodigioso, llevando piedras para el albañil que construía el hornillo y sacudiendo la ropa de las camas bajo las órdenes de su madre. Mientras hablaba así, suspendíase del cuello de su hermana, que se le llevaba en brazos para subir la escalera, y repetía sin cesar que se estaba allí mejor que en la ciudad.

El guardabosque recibió á Isabel en el vestíbulo que conducía á la habitación del primer piso, y sin permitirle detenerse junto á su madre, la condujo, muy silencioso, á la habitación donde estaban las tapicerías de los Gobelinos... ¡Qué metamorfosis!.. La densa cortina de ramaje verde que interceptaba antes toda la luz había desaparecido; mientras que fuera, á cada lado del muro exterior, extendíanse los planos del bosque, dispuestos como los bastidores de un teatro para dejar ver un valle, que pareció á Isabel como una porción separada del paraíso terrestre.

– Eso es Lindhof, dijo el guardabosque, señalando con el dedo un magnífico edificio de estilo italiano, apoyado, por decirlo así, en la montaña donde se elevaba el castillo antiguo... Te he traído algo que te permitirá contar los árboles del bosque si te place, y ver cada mata de hierba de la pradera que se extiende por allá á nuestros pies.

Así diciendo, puso en manos de la joven un buen anteojo de larga vista, gracias al cual pudo ver Isabel las cimas de granito que en medio del bosque se elevaban, los pinos que se alzaban más lejos formando un océano de verdura, y más allá un vallecito estrecho y sombrío, que parecía un corte practicado en la montaña, del cual surgían dos esbeltas torrecillas de un edificio gótico, medio velado por la bruma azulada del horizonte. Un riachuelo, un ancho camino flanqueado de álamos y varios pueblecillos graciosamente diseminados en aquella vasta extensión animaban el valle en su último término. Más acá, muy cerca, veíase el hermoso castillo de Lindhof, situado en el centro de un parque grandioso, y bajo sus ventanas extendíase un vasto prado de suave césped, admirablemente conservado y embellecido por grandes tiestos donde florecían magníficas colecciones de tulipanes. La mirada de Isabel se fijó con delicia en la sombra misteriosa de una avenida de tilos, cuyas espesas copas, cuidadosamente recortadas, elevábanse sobre los troncos que les rodeaban, y al pie de las cuales extendíase un pequeño lago, de aspecto bastante melancólico en aquel momento, porque sólo reflejaba en su espejo azul un cielo nebuloso.

Después de haber paseado su anteojo por todas direcciones, Isabel procuró buscarle un punto de apoyo sólido para mantenerle en una dirección fija, pues acababa de observar una cosa que excitaba su interés en alto grado.

Bajo los últimos árboles de la avenida veíase, tendida en una otomana, una señora joven con la cabeza echada hacia atrás, de modo que los numerosos rizos de su admirable cabello de color castaño se extendían sobre el almohadón: el borde de su ancha falda de muselina blanca dejaba al descubierto dos piececitos cuidadosamente calzados, y entre los flacos dedos de la mano, casi transparente, tenía algunos tallos de flores, que agitaba con aire distraído. Su rostro era de un color blanco lechoso uniforme, semejante al de la camelia, y en vano se hubiera buscado allí un vestigio de vida, que solamente se revelaba en dos grandes ojos de color azul obscuro, de un brillo admirable... Estos ojos miraban fijamente el rostro de un hombre que leía sentado en frente de ella y cuyas facciones no pudo ver Isabel porque estaba vuelto de espaldas.

– ¿Es la baronesa de Lessen esa hermosa y joven dama?, preguntó Isabel á su tío, bajando la voz involuntariamente, como si los personajes que el anteojo acercaba hubieran podido oirla. El guardabosque tomó á su vez el catalejo.

– No, contestó, es la señorita de Walde, hermana del propietario de Lindhof. ¿Te parece hermosa? Sí, tiene una cabeza muy bonita; pero la pobre joven está inválida y no puede andar sin muletas.

La señora Ferber vino á reunirse con su hija; examinó también el grupo, y parecióle que el rostro de la señorita Walde era en extremo encantador, insistiendo particularmente sobre la expresión de bondad que sus facciones revelaban.

– Sí, contestó su cuñado, es buena, compasiva y benéfica. Cuando yo llegué aquí todo el mundo la elogiaba y á poco más nuestros campesinos la hubieran invocado como un ser casi celestial... Por desgracia, allí se han producido también algunos cambios desde que la baronesa de Lessen ha venido á encargarse del gobierno de la casa... Las limosnas se distribuyen con *discernimiento*, y van á manos, no de aquellos que necesitan auxilio y socorro, sino á las de los que se han hecho notar bien por su celo en favor de la que aquélla llama buena causa. Los más pobres que hay entre los inválidos del pueblo no reciben nada cuando tienen la desgracia de preferir nuestra antigua iglesia y los sermones de nuestro buen cura á los discursos exaltados y fanáticos que pronuncia en la capilla del castillo un joven cura ecónomo muy protegido de la señora de Lessen, que quisiera sustituir al cura efectivo.

– ¿Y participa el Sr. de Walde de las convicciones de la baronesa de Lessen?, preguntó la señora Ferber.

– Según lo que he oído decir de él y lo que se sabe de su carácter, no es así... Pero ¿de qué sirve que no piense como ella? En este momento trepa tal vez por las pirámides para descubrir alguna cosa de los tiempos antiguos, y si mientras él se dedica á estos estudios su señora prima atormenta á todo el mundo, él no sabe nada, ó como si no supiese, puesto que no se ocupa del asunto. Por lo demás, también tiene su locura particular: el príncipe de L..., que le profesaba sincera amistad, había deseado vivamente casarle con una hermosa señorita; mas sin respeto al mediador, cortó por lo sano en el proyecto, rechazando la proposición, porque la señorita citada no tenía en su árbol genealógico, según el examen practicado, suficiente número de cuarteles para aliarse con la familia de Walde.

– Entonces, exclamó Isabel riéndose, se puede esperar que traiga á Lindhof en calidad de esposa y dueña de la señoría á la hija de un *fellah*, que pueda *probar* la existencia de un gran número de antecesores sepultados en Memfis y descubiertos en estado de momias.

– Creo que no piensa en casarse, prosiguió el guardabosque; ya no es muy joven; ama con pasión los viajes, la vida errante, y según dicen, jamás se ha cuidado de ninguna mujer. Yo apostaría á que el joven sentado allá abajo, el que está leyendo, participa de la misma idea, y que considera el hermoso castillo de Lindhof, las ricas tierras situadas en Sajonia y las considerables sumas depositadas en los Bancos como la propiedad que representa su futuro porvenir, como *su* fortuna propia.

¿Tiene derechos sobre todo eso?

– Seguramente; es hijo de la baronesa de Lessen, y fuera de esta familia, el Sr. de Walde y su hermana, no tienen ningún otro parentesco. La baronesa se había casado en primeras nupcias con cierto Sr. de Hollfeld, y de este matrimonio nació aquel joven, que por la muerte muy prematura de su padre es propietario de Odenberg, extensa y magnífica tierra situada muy cerca de aquí. La bella viuda se dijo entonces que era preciso utilizar su libertad cuanto antes, procurando subir un escalón más de las grandezas humanas; y he aquí por qué renunció apenas pudo al nombre de un simple caballero, para tomar el de un hombre con título, por más que éste no fuese muy puro... Muchas cosas se podrían decir acerca de él..., de esas que vulgarmente se habrían calificado de deshonrosas; pero esta es una manera de ver buena tan sólo para la gente inferior. El hecho es que el barón de Lessen desempeñaba el cargo de chambelán y llevaba sujeta en uno de los botones de su frac una llave que abría el paraíso de las grandezas. Al cabo de diez años de matrimonio la señora de Lessen quedó viuda otra vez, sin que su marido le dejase nada más que una niña y numerosas deudas... Por eso le conviene bajo todos conceptos vivir en Lindhof, porque aquí ejerce una autoridad que no tiene en casa de su hijo, que no le da voz ni voto en sus asuntos.

Una criada de la casa forestal entró en aquel momento en la habitación, provista de una escoba, una gran esponja y un cubo de agua; y no dudándose de sus intenciones, todos se apresuraron á cederle el sitio. La señora Ferber y su hija fueron al aposento inmediato para someter á varios muebles á un procedimiento de frotación que les devolvía su brillante aspecto; y el guardabosque comenzó á cortar plantas trepadoras que, demasiado indiscretas, habían invadido las ventanas.

IX

Pasó la Pascua; las campanas que por ella tocaran á vuelo estaban ahora silenciosas, y esforzando un poco la imaginación se hubiera podido tomarlas por el ataúd donde se encerraba la vida melódica que había hecho vibrar las torres durante los días de fiesta. Pero para las campanillas floridas del bosque no había concluído la fiesta, y poco las inquietaba el leñador, que habiendo dejado en su cabaña la ropa del domingo, pasaba cerca de ellas, armado de su hacha, rozándolas con su grueso calzado y silbando una canción melancólica. No, la fiesta no había concluído aún..., el bosque no se engañaba; á través de sus tallares, de sus espesuras, de las humildes florecillas y de los árboles gigantescos, oíase una oración que parecía repetirse por millares de voces, y las aves entonaban día y noche un cántico de acción de gracias elevado al Señor.



Por allá arriba, en el antiguo castillo de Gnadewitz, todo se armonizaba con la fiesta de la naturaleza, por más que Ferber hubiese comenzado á trabajar ya, proponiéndose además hacer en la ciudad de L... las visitas indispensables. Su esposa y su hija, gracias á los consejos y conocimientos de Sabina, habían buscado y obtenido trabajo de costura en ropa blanca del almacén principal de la ciudad de L..., y ocupábanse ya de su labor en el jardín. Si á pesar de todo esto se notaba cierto aire de fiesta en el antiguo edificio, debía atribuirse al contento de que la familia estaba poseída al verse por fin en una situación que podía considerarse como muy feliz, por poco que se tuviera el buen juicio de comparar el pasado con el presente. La vida en el campo se armonizaba demasiado bien con las aficiones y los instintos de todos los individuos de la familia para que sus corazones no estuviesen humildemente agradecidos á Dios, que les había otorgado aquellos inefables goces.

El Sr. Ferber y su esposa habían destinado para Isabel la habitación donde estaban las tapicerías de los Gobelinos, porque desde allí se disfrutaba de una vista más hermosa, y también porque la joven había sido la primera en descubrir el precioso asilo de que todos se mostraban tan satisfechos. Se había tapiado la puerta que conducía al cuerpo de edificio ruinoso, y nada recordaba por este lado que se estuviese tan cerca de los escombros del gran castillo. El fondo de la estancia estaba ocupado por una de las grandes camas con pabellón, y cerca de la ventana se había colocado el antiguo bufete, sobre el cual se veían una curiosa escribanía de porcelana y dos jarrones llenos de flores frescas... Fuera, en la cornisa, hallábase una jaula de alambre dorado, en la que el canario favorito de la familia ejecutaba sus melodías como si quisiera mostrar sus habilidades á los pájaros del bosque.

Por más que la habitación estuviese arreglada ya, la señora Ferber entraba á cada instante con algún nuevo objeto destinado á embellecer el aposento de su hija: de pronto entró su esposo trayendo una consola que clavó en la pared, y colocando en ella el busto de Beethoven, exclamó:

– Este sitio me lo reservo; ¡aquí debe campear solo el genio incomparable!

– Pero eso está muy frío así, dijo la señora Ferber; parece vacío, desnudo...

– ¡Bah, bah!.. Ya sé yo lo que hago, y mañana, ó pasado, á más tardar, podrás convencerte de ello.

Al día siguiente se fué con su hermano á la ciudad vecina, y al regresar, ya de noche, no pasó por la puertecilla del prado; la puerta principal se abrió, y presentáronse cuatro hombres vigorosos, llevando un gran cajón. Isabel se hallaba precisamente junto á la ventana de la cocina, ocupada por primera vez, desde su instalación, en preparar la cena de la familia..., y al ver á los portadores del cajón profirió un grito de alegría, pues acaba de reconocer la forma de un piano.

Sí, era un magnífico piano, al que se despojó en el acto de su cubierta de tablas para colocarlo en la habitación de los Gobelinos bajo el busto de Beethoven; Isabel lloraba y reía al mismo tiempo, é inclinándose hacia su padre, le abrazó... Ferber acababa de gastar en aquel objeto todo su reducido capital, producto de los muebles vendidos en B... y de algunos ahorros penosamente hechos, destinados á la compra del ajuar de la nueva instalación... Había gastado todo cuanto le quedaba para proporcionar á Isabel lo que constituía las delicias de su existencia, el deleite de su corazón y de su espíritu... La joven se precipitó sobre el magnífico instrumento nuevo que la esperaba, levantó la cubierta, y al punto resonaron majestuosos acordes bajo aquellas bóvedas, donde durante tanto tiempo había reinado tan sólo el silencio de la muerte.

El guardabosque, que había acompañado á su hermano, porque deseaba disfrutar también de la sorpresa y de la alegría de su sobrina, se apoyaba en la pared para escuchar la maravillosa melodía que del teclado arrancaban los dedos de la joven... Era el lenguaje de un alma inundada de felicidad, y por primera vez reconocía la elevación de ideas que el admirable talento de la joven revelaba. Aquella linda cabeza se iluminaba con una aureola de entusiasmo, inclinándose al parecer bajo el peso de los pensamientos... Hasta entonces no había habido entre el tío y la sobrina más que un cambio de amistosas bromas; él la consideraba como una niña graciosa que sabía encontrar siempre contestación adaptada á las circunstancias y corresponder con agradables chanzonetas á las de su tío. Por la ligereza de sus movimientos, el guardabosque había dado en llamarla *mariposa*, y más á menudo aún, designábala con el nombre de *Isabel la de los cabellos de oro*, pretendiendo que su cabeza dejaba un rastro luminoso á su paso.

Pero aquella noche, cuando la joven hubo acabado de tocar y puso ambos brazos sobre su piano, como si quisiese estrechar á aquel amigo de su corazón, su tío no se permitió ninguna broma con ella; acercóse á su sobrina, la besó en la frente y alejóse silencioso.

Desde aquel momento fué cada día al castillo; y apenas los últimos rayos de sol desaparecían entre las copas de los árboles, era preciso que Isabel se sentara al piano. Toda la familia tomaba asiento junto á la gran ventana, y sumergíase en el océano de sentimientos é ideas que á su antojo desencadena el gran maestro, cuyo busto severo, colocado sobre el piano, parecía contemplar á la joven artista, concediéndole su muda aprobación. En aquellos instantes de paz, de recogimiento, de puros y vivos goces, Ferber recordaba complaciente aquella noche en que el deseo de su hija había influído tan poderosamente en sus



Una criada de la casa forestal entró en la habitación

decisiones, y en que la carta de su hermano llegó tan oportunamente para ofrecer á la pobre familia una perspectiva más risueña... Recordaba que Isabel se había formado de la vida en el campo un cuadro que la realidad se había complacido en hacer aún más bello.

Una tarde la familia Ferber estaba reunida para tomar el café con leche. El guardabosque había llegado ya, provisto de su pipa y de algunos diarios; aceptó con el mayor gusto la taza que Isabel le presentaba, y disponíase á leer en alta voz un artículo muy interesante, según él, cuando alguien llamó á la puerta del cercado. Con indecible asombro de todos, vióse llegar en compañía de Ernesto, que acababa de abrir la puerta, un criado que se anunció como perteneciente al castillo de Lindhof, portador de una carta para Isabel. Esta carta, escrita por la baronesa de Lessen, comenzaba haciendo grandes elogios del talento de la joven, que había podido reconocer durante sus últimos paseos por el bosque y terminaba preguntando á la señorita Ferber si estaba dispuesta, mediante los honorarios que ella misma estipulase, á ir dos ó tres veces por semana á tocar el piano á cuatro manos con la señorita de Walde.

La carta estaba concebida en términos muy corteses; mas el guardabosque, después de leerla por segunda vez, arrojóla con enfado sobre la mesa y volvióse hacia Isabel, dirigiéndole una mirada de enojo.

– Tú no irás allí, le dijo. ¿No es verdad?

– ¿Por qué no, querido Carlos?, preguntó Ferber, contestando por la joven.

– Porque á su vez sería engañada, y sometida á la influencia de aquella casa, para sufrir persecuciones después. ¡Alistarse en el partido de esa gente!.. ¿Quieres, pues, ver reducido á un montón de ruinas el edificio que levantaste con tanto cuidado, vigilancia y ternura?

– Hasta aquí, contestó Ferber con calma, he tenido en mis manos el alma de Isabel, y he procurado, como era mi deber, despertar en ella todos los buenos instintos, fortalecer lo que hubiese podido debilitarse, y dirigir lo que era susceptible de inclinarla fuera del buen camino. Pero jamás me he propuesto criar una débil planta de estufa; y lo que yo he querido desde hace diez y ocho años establecer sobre las bases seguras de la razón, de la conciencia, del sentimiento y de la fe, no puede hundirse al primer choque... He educado á mi hija para la batalla de la vida, que deberá empeñar más pronto ó más tarde, porque es condición de la que no puede escapar nadie, y es preciso que sepa encontrar la fuerza en sí misma, sin buscarla siempre fuera, á su lado... Si yo llegase á cerrar los ojos mañana, sería necesario que prescindiera del apoyo que yo le he prestado hasta ahora, y por lo tanto, mejor es comenzar desde luego, mientras vivo aún y puedo aclarar los puntos dudosos ó dar un consejo en circunstancias delicadas... Si los habitantes del castillo son en realidad capaces de intentar alguna cosa contra su conciencia, ó de resentir su dignidad, sabrá luchar valerosamente ó alejarse de ellos... ¿Y eres tú quien emite un parecer dictado por una prudencia tan exagerada..., tú, Carlos, que jamás fuiste débil ante el peligro ni retrocediste ante la lucha?

– ¡Oh, es claro..., pero yo soy diferente! Jamás he podido contar más que conmigo mismo.

– ¿Y estás tú seguro de que no llegará día en que Isabel no podrá tampoco contar más que consigo misma? ¿Estás tú seguro de que encontrará un protector que le dispense de toda decisión, una fuerza extraña que sea su responsabilidad?

El guardabosque dirigió una furtiva mirada á la joven, que escuchaba las palabras de su padre con apasionado interés... En sus facciones movibles y expresivas, espejo fiel de su alma, leíase que el padre y la hija estaban estrechamente unidos, y que los sentimientos expresados por aquél no eran más que la exacta traducción de los de la joven.

– Padre, dijo Isabel, tienes razón como siempre, y no te has engañado al creer que no había nada en mí de la debilidad proverbial que se supone en las mujeres. ¡No tengas cuidado, tío!.. Déjame ir á ese castillo, añadió, insistiendo con ternura al ver que las pobladas cejas del guardabosque se fruncían con expresión de descontento... ¿Piensas tú que sus habitantes tienen corazones endurecidos?.. Yo los compadeceré. ¿Crees que son altivos y que tratarán de humillarme con su gravedad?.. En cuanto á esto se cansarán en balde, pues sabré mantenerme en un pie tan elevado que las flechas de su desdén se detendrán lejos, muy lejos de mí... ¿Dices que son hipócritas? He tenido la dicha de conocer en mi familia la verdad, á la que rendiré un culto más ferviente aún después de haber reconocido por mí misma la fealdad de aquellos que explotan sus apariencias en provecho de sus pasiones vanidosas y de sus intereses mundanos.

– ¡Bien dicho, Isabel!, exclamó Carlos Ferber! ¡Pero cómo revela tu candor la falta de experiencia!..



Vióse llegar á un criado, portador de una carta para Isabel

¿Crees que los hipócritas son tan fáciles de reconocer? Tú no sabes que toda esa gente aparecerá á tus ojos bajo un aspecto sin tacha...; creerás tratar con corazones de oro, y el mejor día descubrirás que son de plomo.

– ¡Oh! No soy tan tonta como piensas, replicó Isabel. Cuando se ha sido siempre pobre, querido tío, no se alimentan muchas ilusiones, lo cual no obsta para que se tenga un poco de confianza en la buena estrella, y constituye parte de las armas con que se debe empeñar la lucha en lo que mi padre llama batalla de la vida... No quiero, pues, desconfiar de antemano de todo y de todos, porque la desconfianza no es la prudencia, y no tiene, por lo tanto, nada de común con la sabiduría... Quiero creer, creo y creeré siempre, que hay muchos buenos corazones y almas sinceras en el mundo, y que aun entre aquellas personas en quienes no se reconoce la bondad se hallan también algunas susceptibles de mejorarse y...

– ¡Vaya..., vaya..., pequeña misionera entusiasta..., estás gastando tu pólvora en salvas!.. ¡Te digo que nada se puede hacer con esa gente; que pronto ó tarde te arrepentirás de no haberme escuchado, y que me veré en la precisión de ir á buscar á nuestra querida ovejita en ese nido de aves de rapiña!

– ¡Ah!, exclamó la señora Ferber riéndose, si esperas asustar á nuestra Isabel, querido hermano, es que conoces poco esa cabecita de hierro... Pero veamos, es preciso resolver algo. Yo opino que Isabel debe presentarse mañana mismo á las señoras que envían á buscarla.

Al día siguiente, á eso de las cinco de la tarde, Isabel bajó de la montaña donde se elevaba el antiguo castillo; un hermoso y ancho camino, bien conservado, conducía, á través del bosque, hasta el centro del parque, y ninguna verja separaba aquél del primer prado, cubierto del más suave césped. Su padre la había acompañado hasta el primer prado, y desde aquí continuó sola su camino valerosamente. No encontró á nadie en las alamedas umbrosas que conducían al castillo, y el silencio parecía más completo aún bajo aquellos árboles bien cuidados que en el mismo bosque... Hubiérase dicho que las aves, poseídas de respeto, no osaban dejarse oir como allá arriba... La joven, impresionada por aquel quietismo y algo sobrecogida por la soledad, estremecíase algunas veces cuando la arena crujía bajo sus pies; mas al fin se halló frente al castillo, y allí se burló del miedo que había experimentado.

Isabel se acercó al cuerpo de edificio principal y vió un rostro humano; pero también allí reinaba el silencio más absoluto. Atendiendo á la súplica de la joven, que le rogó la condujese á presencia de la baronesa, subió por una escalera de aspecto majestuoso, cuyo pie guardaban dos gigantescas estatuas rodeadas del sombrío follaje de algunos naranjos, y á poco reapareció para anunciar á Isabel que la esperaban. Dicho esto, volvió á subir la escalera para indicar á la joven el camino que debía seguir... Su paso era tan ligero, que apenas rozaba con los pies los escalones de mármol.

Isabel le siguió; latíale el corazón, mas no por efecto de las magnificencias que entreveía, sino por el aislamiento y por esa inquietud que acosa á las naturalezas nerviosas cuando se encuentran delante con lo desconocido. El criado la guió por un ancho corredor al que tenían salida muchos aposentos ricamente decorados, con magníficos muebles, y tan llenos de una infinidad de objetos raros, preciosos ó singulares, que jamás Isabel hubiera podido soñar nada semejante.

El criado abrió con toda clase de precauciones una puerta lateral y apartóse á un lado para que Isabel pasase. Muy cerca de la ventana veíase una butaca ocupada por una señora que, á juzgar por las apariencias, sufría mucho. Su cabeza se apoyaba en un almohadón; su cuerpo, bastante obeso, se hallaba envuelto en una gruesa manta y en la mano tenía un frasquito.

La dama se incorporó un poco, de modo que Isabel pudo ver su rostro; era grueso y pálido y no desagradable al pronto; pero si se examinaba con alguna atención, descubríase en él una singular expresión de altivez, revelada por grandes ojos azules franjeados de pestañas de color rubio claro y con las cejas del mismo tinte, muy separadas de los ojos y demasiado altas, que destacaban sobre una frente de aspecto glacial. Los labios delgados, la nariz dilatada y la barba ancha y angulosa, no modificaban, antes bien acentuaban la expresión de las demás facciones.

– Es mucha amabilidad por parte de usted, señorita, que se haya molestado tan pronto en responder á mi invitación, dijo la baronesa con voz quejumbrosa aunque firme, señalando á Isabel un sillón colocado junto á la butaca.

La joven se había inclinado, y en cumplimiento de la invitación que se le hacía sentóse junto á la baronesa.

– He rogado á mi prima, continuó la dama, que venga á verse con usted en mi casa, pues con gran sentimiento mío, padezco demasiado para poder conducir á usted á la suya.

La acogida era cortés y hasta amable, aunque se podía reconocer fácilmente por el tono y la actitud de la señora de Lessen cierta dejadez que sin duda hubiera suprimido si se hubiese hallado frente á ella, en el lugar ocupado por Isabel, una de las personas á quienes consideraba como sus iguales.

La joven iba á contestar á la pregunta que le dirigían respecto á su llegada á Turingia y á la impresión que le había producido este hermoso país, cuando la puerta se abrió de pronto, empujada por una mano impaciente. Una niña de unos ocho años, con largos bucles algo rojizos, entró corriendo; llevaba en sus brazos un perrito que ladraba, forcejeando para escapar, y que parecía haberse rebelado por completo.

– *Alí* es muy terco, mamá, sumamente malo, exclamó la niña sin aliento, arrojando el perrillo sobre la alfombra.

– Sin duda le habrás atormentado ó tal vez maltratado, hija mía, contestó la baronesa. No puedo tenerte aquí, Bella, porque haces un ruido horrible y me duele mucho la cabeza.. Vete, vuelve á tu cuarto.

– ¡Ah, es tan fastidioso estar allí! La señora Mertens me ha prohibido jugar con *Alí*... Es preciso aprender aquellas viejas fábulas... y precisamente yo no puedo sufrirlas.

– Entonces, quédate aquí; pero te estarás quieta.

La niña pasó por delante de Isabel, mirándola fijamente é inspeccionando su traje; y después se subió á un escabel, revestido de una hermosa tapicería, para ponerse al nivel de un jarrón lleno de flores naturales, colocado en una consola cerca de Isabel. El magnífico ramo quedó muy pronto deshecho, pues la niña fué arrancando todas las flores para fijarlas en la pasamanería de los cortinajes; y al ocuparse en aplicar este nuevo adorno, dejaba caer grandes gotas de agua en el vestido de Isabel. Esta última, observando que aquella extravagante diversión no iba á tener término ni por cansancio de la niña ni por intervención de la madre, tomó el partido de apartarse á fin de evitar el riego á que parecía estar condenada.

Apenas hubo hecho este movimiento, y antes de que hubiera podido contestar del todo á la baronesa, diciendo en pocas palabras que Turingia le parecía el país más hermoso de la tierra, entraron en la habitación los dos jóvenes á quienes había visto desde el castillo gracias al catalejo del guardabosque. ¡Cuánto difería la realidad de la visión que la sedujo!

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

AL POLO NORTE EN GLOBO

Los resultados de las expediciones llevadas á cabo de tres siglos á esta parte demuestran que el acceso al Polo Norte es casi imposible por los medios de locomoción ordinarios, tales como trineos, lanchas, buques, etc., puesto que el banco de hielos constituye, aun durante el corto estío polar, una barrera infranqueable. Ante esta dificultad surgió la idea de llegar al Polo en globo, idea enunciada por vez primera en 1873 ante la *Sociedad francesa de navegación aérea* por Sivel, una de las víctimas de la ascensión á gran altura del *Zenith*, y reproducida en 1890 por los Sres. Hermite y Besançon, quienes presentaron un proyecto muy bien concebido en todos sus detalles, que vamos á analizar.



M. Besançon y M. Hermite, autores del proyecto de llegar al Polo Norte en globo

La mayor dificultad que había que resolver consistía en impedir toda variación de altura del aerostato, por significar esta variación una pérdida de gas, y para ello el único procedimiento era equilibrar el globo por medio de aparatos particulares, de los cuales el más sencillo es el llamado *guide-rope*, inventado en 1850 por el aeronauta inglés Green.



Navecilla de Sivel
(proyecto de globo polar de Besançon-Hermite)

La teoría del *guide rope* es muy sencilla, pues consiste el aparato en una cuerda que arrastra por el suelo y uno de cuyos extremos está atado al fondo de la barquilla del globo: cuando éste pierde su fuerza ascensional, una parte de cuerda se deposita en el suelo, y esta diminución de lastre basta para impedir que la navecilla se ponga en contacto con la tierra; en el caso contrario, si el gas se dilata originando una ascensión súbita, el aerostato levanta la cuerda que arrastra y el peso adicional de ésta compensa el esfuerzo ascensional.

Para evitar los inconvenientes de los cambios de altitud producidos por las variaciones termométricas é higrométricas, el gas ha de ser mantenido constantemente bajo presión, para lograr lo cual hay el medio indicado en 1785 por el general Meusnier, ó sea la adición de una bolsa de aire en el interior del globo: cuando el hidrógeno se dilata, expulsa el aire de dicha bolsa, y cuando se contrae, un ventilador colocado en la barquilla y que funciona según las indicaciones de un manómetro muy sensible envía aire á la misma.

Volviendo al proyecto Besançon-Hermite, diremos que el globo debía medir 30 metros de diámetro ó sean 2.900 metros cuadrados de superficie y 15.000 metros cúbicos de capacidad; la cubierta debía componerse de tres capas de seda de China barnizadas y encoladas de modo que ofrecieran una resistencia de 30.000 kilogramos por metro cuadrado. Para mantener el aerostato en una zona de equilibrio cuya altura máxima no habría excedido de 800 metros, M. Besançon preconizaba el uso de un *guide-rope* de 1.600 metros de longitud, formado de una parte ligera, de seda, de 1.200 metros, y de una parte pesada, de cáñamo rodeado de alambre, de 400 metros de largo, cuyo objeto es evitar los mayores desniveles, y mantener constantemente el globo en estado de globo cautivo movible. El aprovisionamiento del aerostato conductor y la sustitución del hidrógeno perdido por endósmosis al través de la cubierta, quedaban asegurados en el curso del viaje por medio de 16 globos de 7 metros de diámetro y 180 metros cúbicos de capacidad, atados al ecuador del gran aerostato y maniobrables desde la barquilla. En cuanto al interior de ésta, contenía cuanto era necesario para la expedición, según puede verse en uno de nuestros grabados.

Los autores del proyecto habían estudiado los menores detalles de la expedición con el mayor cuidado, y sólo les faltaba el medio millón de francos para la construcción del material; pero á pesar de sus perseverantes esfuerzos, sólo encontraron en Francia una indiferencia profunda. De todos modos hay que reconocerles la prioridad del estudio de tan difícil problema y la determinación de los principios, sin los cuales sería imposible tan larga navegación aérea y que han sido adoptados posteriormente por sus continuadores.

Más afortunado que ellos M. Andrée, director del departamento de patentes de Estokolmo, consiguió encontrar en su país el apoyo financiero que no hallaron en Francia Besançon y Hermite. M. Nobel, el inventor de la dinamita, y el rey de Suecia pusieron á su disposición 100.000 francos, y á principios de 1896 comenzaron los preparativos de la expedición. El proyecto de M. Andrée apenas difería del anterior; mas á pesar de las fundadas observaciones de los que debían ser sus compañeros y sin duda por razones de economía, el volumen del globo se redujo á 4.500 metros y la bolsa de aire y los globos-gasómetros fueron suprimidos. La cubierta, de tres capas de seda de China hasta tres metros debajo del ecuador y de dos en el resto, unidas por medio de una cola especial y luego laminadas y barnizadas por los dos lados, pesaba 1.000 kilogramos y llevaba dos válvulas de maniobra en el ecuador y un postigo de desgarramiento que podía arrancarse en un momento, permitiendo el deshenchimiento instantáneo del globo. La red iba cubierta de un casquete de seda barnizada para evitar la aglomeración de nieve y escarcha en las cuerdas, y sostenía una vela triangular de 88 metros cuadrados destinada á obtener cierta desviación en la línea del viento. La barquilla, de forma ovoide, de dos metros de largo por 1'30 de alto, era de junco y estaba cubierta de un puente bombado para impedir la aglomeración de la nieve.

Para realizar su proyecto, M. Andrée delegó á su compañero de viaje, el meteorólogo M. Eckholm, el cual encargó el material aerostático á un constructor francés, M. Lachambre. El globo quedó terminado en mayo de 1896 y fué expuesto en el palacio del Campo de Marte, siendo luego conducido á Suecia.

Llegados Andrée y sus compañeros, Strindberg y Eckholm, á Danskoe, en Spitzberg, en los primeros días de julio, comenzaron por edificar un cobertizo para guardar el material. Desembarcáronse los aparatos y las substancias transportados por el buque sueco *Virgo*; montóse el generador de hidrógeno, y el día 23 se empezó el henchimiento del globo, que quedó terminado el 27. Sólo faltaba esperar que soplase un viento favorable para lanzar á los aires el aerostato. Pero entonces se vió que la tela, por su estructura ó por mal barnizada ó por deterioros sufridos durante las manipulaciones, dejaba escapar el hidrógeno en tal cantidad, que la fuerza ascensional disminuía más de 100 kilogramos por cada 24 horas. Para atenuar este defecto de impermeabilidad, se barnizó nuevamente el casquete superior del aerostato que ya no perdió sino unos 60 kilogramos de potencia ascensional por día.

Henchido el globo, los exploradores hubieron de esperar veinte días un viento favorable para emprender la marcha; pero por desgracia este viento, tan frecuente en aquella estación, no se presentó, y en vista de la proximidad de los grandes fríos, los expedicionarios hubieron de deshenchir el globo y regresar á Noruega.

A consecuencia de este fracaso, surgieron varias discusiones entre los miembros de la empresa, separándose de sus compañeros M. Eckholm, el cual explicó su conducta en una carta dirigida al periódico *L'Aerophile*: esta carta contiene algunas manifestaciones que demuestran la poca confianza que el célebre meteorólogo tiene en el aparato de locomoción.

A pesar de esta defección, M. Andrée no se ha desanimado ni ha disminuído en lo más mínimo la confianza que tiene en su constructor y en su plan. Apoyado por las notabilidades financieras de su patria, ha hecho reparar su aerostato en París y ha completado su material para una nueva campaña que ha de efectuar en el presente año. El globo ha sido agrandado por medio de la adjunción de una zona ecuatorial que ha aumentado la capacidad de aquél hasta 4.900 metros; se ha dado á la cubierta una nueva capa de barniz y se ha completado el material de determinación geográfica así como el de observaciones científicas.



Sección vertical de la navecilla del globo polar Besançon-Hermite

Actualmente M. Andrée se encuentra instalado de nuevo en el Spitzberg. Es de desear que esta vez los vientos le sean propicios y que su empresa no fracase por insuficiencia del aparato de locomoción empleado.

¿Es una quimera la conquista del Polo por la vía aérea y los proyectos que acabamos de examinar son simplemente ensueños de visionarios ó de iluminados? El aerostato ¿no es todavía más que un juguete incapaz de ningún empleo serio, siendo, por consiguiente, su papel puramente ilusorio? De ningún modo: los anales de la ciencia demuestran los servicios que puede prestar este aparato cuando su disposición esté en armonía con el fin que se desee alcanzar, y el último sitio de París, de una parte, y de otra los recientes experimentos de globos-sondas lanzados á las regiones inaccesibles de la atmósfera, han demostrado la utilidad de los aerostatos para el arte militar y para las investigaciones científicas.

Por otra parte, nos vamos acercando á la solución del difícil problema de la navegación aérea, problema en el cual el empirismo ha cedido el paso á los principios matemáticos. Todos los elementos de la construcción de un aerostato se calculan con precisión rigurosa y todos sus órganos son sometidos á la comprobación de una severa experiencia. La resistencia de los tejidos, la composición de los barnices destinados á asegurar la impermeabilidad, la fuerza de las cuerdas de suspensión, la forma de las válvulas de maniobra y los más insignificantes aparatos que en la construcción de un globo entran son estudiados con el cuidado más exquisito, y el globo habrá llegado al summum de perfección cuando irá provisto de un dispositivo físico ó mecánico que le permita permanecer indefinidamente en la atmósfera y subir y bajar sin perder su fuerza vital, ese gas al que con razón se ha llamado su sangre y que nunca ha de faltarle, como no debe faltar á la caldera de vapor el agua que la alimenta. Entonces, cuando el aerostato haya adquirido esta estabilidad vertical, la solución estará cerca, puesto que la dirección horizontal no será ya más que una cuestión de fuerza motriz, como lo han demostrado en Francia los notables trabajos de los capitanes Krebs y Renard.

El descubrimiento del Polo, si Andrée y sus émulos logran realizarlo, será la etapa más importante en este camino del progreso, y es indudable que este gran experimento aumentará el interés general que la aerostación inspira y precipitará la llegada de una nueva era, la navegación aérea, esta conquista pacífica que asegurará la paz y la fraternidad universales.

Hemos hablado al principio del escaso resultado de las expediciones hasta ahora organizadas para descubrir el Polo por los medios de locomoción ordinarios, y nos parece interesante indicar á continuación cuáles han sido las principales durante sus últimos años.

En 1875 y 1876 el capitán inglés Nasod llegó al Norte de la tierra de Grinnel: uno de sus tenientes descubrió el cabo Britania, situado en los 82° 54', y otro, Markham, avanzó hasta los 83° 20' 26" de latitud. Finalmente en 1883 el americano Lockwood llegó al cabo Wáshington, al Norte de Groenlandia, á los 83° 35' latitud, que hasta el presente sólo ha sido superada por Nansen en 1895.

En 1878 el sabio sueco Nordenskiold, que había salido de Gotheborg á bordo del *Wega*, consiguió doblar el cabo de Thelionskine y el estuario del Lena, y después, al cabo de un año entero de invernada, llegó al estrecho de Behring. Entonces, prosiguiendo su ruta, arribó al Japón y penetró en Europa por el canal de Suez. El paso por el Nordeste había sido descubierto, ó por mejor decir, forzado, ya que lo mismo que el del Nordeste es desgraciadamente impracticable como vía comercial, pues los hielos impiden durante una gran parte del año que los buques penetren en él.



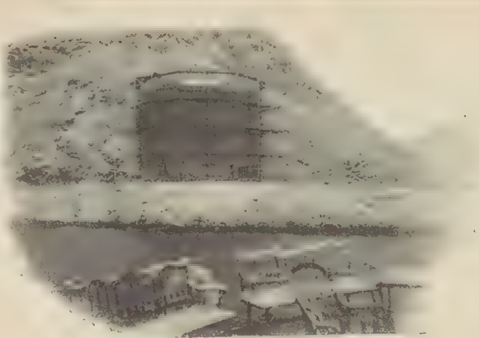
Expedición Andrée. – Desembarco de la caja que contenía el globo (de fotografía)

En 1879 el buque *Jeanette*, mandado por el capitán americano Long y fletado por J. Gordon Bennet, el mismo que envió

á Stanley en busca de Livingstone, fué á explorar la tierra de Wrangel, perdiéndose al Norte de esta isla: una parte de la tripulación ganó la costa; el resto no fué hallado hasta 1882 en la desembocadura del Lena. El último sobreviviente de esta desgraciada expedición dejaba consignado en su diario la dramática narración de los crueles sufrimientos que él y sus compañeros habían padecido durante esta terrible campaña.

El viaje más reciente á las regiones árticas es el del noruego Fridtjof Nansen, que ha llegado á 86º 14′ de latitud, es decir, á unas 100 leguas de distancia del Polo. En 1893, este intrépido navegante, acompañado de doce personas, sabios y marinos, embarcóse en el *Fram*, buque de vela de una construcción apropiada á ese objeto especial y capaz de resistir el choque de los *icebergs* y aun de dejarse levantar por los hielos. La expedición llevaba víveres para siete años, canoas groenlandesas, trineos y gran número de instrumentos científicos para observar los fenómenos de toda clase, y los gastos de la misma habían sido cubiertos en parte por el Estado y en parte por una suscripción nacional.

Nansen se dirigió desde Vardoe, puerto situado cerca del cabo Norte, al estrecho de Waigatz, en donde se proveyó de los perros necesarios para los trineos, navegó á lo largo de las costas de Siberia, dobló el cabo Tchelouskine, atravesó el delta del Lena y llegó á las islas de Liakhov, en donde, á los 78º 50′ de latitud y 133º 37′ de longitud Este, un banco de hielo infranqueable cortó el paso al *Fram*. El 22 de septiembre el barco fué amarrado á un *iceberg*, y la corriente del polo arrastró á este prisionero voluntario, primero hacia el Norte y luego hacia el Noroeste, durante diez y ocho meses. Llegado á los 84º de latitud, Nansen abandonó el mando del *Fram* á su segundo, M. Swerdrup, y en trineo avanzó hacia el Norte, acompañado sólo de su teniente Johansen. Llegado en 7 de abril de 1895 á los 86º 14′ de latitud, parecióle imposible continuar su marcha por haberse roto el banco de hielo. Los exploradores hubieron de retroceder hasta la tierra de Francisco José, en donde invernaron desde el 26 de agosto de 1895 hasta el 10 de mayo de 1896, fecha en que se dirigieron hacia el Sur, siendo encontrados el día 13 de junio en el cabo Flora por el explorador inglés Jackson, que hacía dos años recorría aquellas regiones poco conocidas. El día 13 de agosto siguiente, Nansen y Johansen desembarcaban en el mismo puerto de Vardoe, de donde salieron tres años antes. – E. de J.


Expedición Andrée. – El globo henchido en el interior del cobertizo (de fotografía)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Zaragoza Monumental. – En las noches de 14 y 28 de enero de este año dió en el Ateneo de Madrid el presbítero D. Pedro Gascón de Gotor dos conferencias sobre el tema interesantísimo que sirve de epígrafe á estas líneas, conferencias que han sido impresas en un folleto de 85 páginas. Conocida la competencia del Sr. Gascón, uno de los autores de la importante obra *Zaragoza artística, monumental é histórica*, premiada en Madrid y en Bruselas y brillantemente informada por la Real Academia de San Fernando, creemos inútil encarecer la bondad de su trabajo, que fué unánimemente celebrado por la prensa madrileña y aplaudido con entusiasmo por el público que asistió á las conferencias de aquella ilustre corporación. Véndese el folleto á una peseta cincuenta céntimos.

La gente alegre. – Bonita humorada lírica en un acto dividido en cuatro cuadros, escrita en prosa y en verso por Eduardo Villegas, Alejandro Larrubiera y Antonio Casero, y estrenada con éxito extraordinario en el teatro Cómico de Madrid en la noche del 18 de febrero último.

Procreación de varón ó hembra á voluntad en el matrimonio, por *J. M. Dalmau Pujadas*. – La índole de esta sección no nos permite examinar este libro con la detención que merece: hemos de limitarnos, por consiguiente, á decir que el Sr. Dalmau y Pujadas hace gala en él de sus conocimientos fisiológicos y que la obra responde perfectamente al título de la misma, estudiando además varios problemas interesantes relacionados con el que constituye el objeto principal de su trabajo. Véndese en las principales librerías de Barcelona, provincias y Ultramar á 4 pesetas.

En casa de mi tío. Veladas. Segunda parte, por *Antonio*. – De la primera parte de este libro nos ocupamos no hace mucho en esta misma sección: la segunda, que se ha publicado recientemente, contiene como la anterior saludables enseñanzas expuestas en forma muy amena. La obra ha sido impresa en la tipografía Hispano-Americana (Barbará, Barcelona, 19.)



La fama, estatua colosal de bronce de Roberto Henze

Dos mons, por *Claudi Mas y Fornet*. – En un pequeño folleto de escasas páginas ha reunido el Sr. Mas y Fornet, de Vilafranca, algunas composiciones poéticas escritas con facilidad, en las cuales desarrolla una idea moral y elevada que justifica el calificativo de *Biología social* que como subtítulo ha puesto el autor en su obra. El librito ha sido impreso en la imprenta de La Saura, en Alcover.

La Ilustración Guatemalteca. – Los últimos números de esta revista quincenal que se publica en Guatemala contienen notables trabajos de Ramón A. Salazar, A. Macías del Real, N. Bolet Peraza, Salvador A. Saravia, Rafael Spínola, J. Miguel Saravia, Juan J. Rodríguez, José Castro y Juan R. Molina. Publican también varios retratos y vistas interesantes de aquella república.

Panorama Universal. – Se ha publicado el cuaderno 22 de esta interesante colección que con tanto éxito edita D. Hermenegildo Miralles, que contiene notables reproducciones de monumentos de Madrid, el Escorial, Santiago de Galicia, Santas Creus, Burgos, Toledo, vistas de Murcia, de Cáceres y de Gerona, una tabaquería filipina, el desfile de un piquete de cazadores y una gran vista panorámica de Santa Cruz de Tenerife. Véndese á 70 céntimos.

Consultor Avícola. – Con este título ha empezado á publicarse una interesante revista que trata de la cría de aves de corral y de todo lo que se relaciona con la agricultura, y cuyo director es D. Luis M.ª de Febrer, propietario de la Granja Avícola de San Luis (Carretera de Sarriá, Sarriá), en donde están la redacción y administración del periódico.

Flores de luz, por *Jaime Martí Miquel, marqués de Benzú*. – Este tomo, que forma parte de la *Biblioteca Selecta* que en Valencia publica D. Pascual Aguilar, contiene gran número de poesías de los más ilustres poetas extranjeros, tales como Goethe, Lamartine, Víctor Hugo, Schiller, Petrarca, Muset, Byron, Gautier, Murger, Hoffmann, Uhland, Heine, Coppée, Shakespeare, Sully Prudhomme, Cavalcanti, Tolstoi y otros, muy bien traducidas en verso. Véndese á dos reales.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 31 de mayo de 1897 — Núm. 805



ESTUDIO, acuarela de José Garnelo



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿CUAL LOS MAZOS DEL BATÁN?

Esta popular sentencia, que enseña que los nacidos reemplazan á los fallecidos, y cierto pasaje sublime de la *Iliada*, en el episodio del combate de Glauco y Diomedes, que viene á significar lo mismo, nos ofrecen un consuelo algo fatalista, al momento en que vemos caer y desaparecer á nuestros semejantes. El divino ciego de Esmirna lo dijo con su sencillez primitiva y su energía jamás superada:

«Como nacen las hojas en los bosques,
también nacen los hombres en la tierra.
Si unas hojas abate al suelo el viento,
otras nuevas la selva brota y cría,
haciéndolas surgir la primavera.
Esto mismo sucede con los hombres.
Una generación ahora se extingue,
y otra después florece...»

Pero... si en el bosque son iguales las hojas que despuntan cada abril..., los hombres – es el privilegio de nuestra raza – salen diferentísimos. Por eso no puede servirnos de consuelo, ni cosa que lo valga, el pensar que cuando ciertas hojas humanas se van, arrastradas por el cierzo frío del otoño, acudirán á sustituirlas otras hojas muy parecidas á ellas por fuera, y diferentísimas por dentro... El hombre es una hoja, sí, pero una hoja con alma; «frágil caña, pero caña pensante,» que decía Pascal.

Hay generaciones más fecundas, más copiosas de savia que otras; las hay robustas, gigantes, y las hay entecas y pigmeas: ¿quién duda que Alemania, por ejemplo, á fines del siglo pasado produjo una camada de titanes? No comparemos, pues, al juego de los mazos del batán, ni al sube y baja de los cangilones de la noria, este flujo y reflujo del género humano. Los *superhombres* ó *progenerados*, los genios y los semigenios, son un lujo que la naturaleza no despliega todos los días. Después de sacar de su ardiente horno una hornada exquisita, saca otras, sin color ni sabor, mal cocidas y desazonadas. No nos conformamos, no, tan fácilmente, si pierde sus hojas el árbol del arte y de la ciencia. ¡Sabe Dios cómo y cuándo reverdecerá!

***

Al escribir lo que antecede he estado pensando en D. José Feliu y Codina. Ha muerto este autor, tan simpático y que se había hecho popular tan pronto, dejando un hueco – bien aparente en la literatura dramática, – un vacío visible, como la mella en una dentadura compacta. Nos quedan dramaturgos que ya tienen un pasado gloriosísimo, y todavía no han cerrado el ciclo de su producción abundante y variada – y ya todos los que me leen han adivinado á Echegaray; – nos quedan otros con alientos juveniles y estímulos de triunfos recientes; nos quedan, sí, acaso más en este terreno que en ninguno, mantenedores, ó, como ahora dicen, *campeones* nacionales; pero el lugar que Feliu y Codina se había conquistado era un lugar propio, aparte, definido, característico: tal vez pecaba, ó empezaba á pecar, de esto último: del carácter pintoresco tomado, no como fondo y medio, sino como asunto y fin último del drama. Mas su inteligencia y su buen gusto habrían puesto, á tiempo, el límite allí donde era conveniente que se pusiese, y lo demás quedaba fiado á su inspiración, á su numen.

Tiempo tenía de reencarnarse, porque Feliu y Codina apenas llegaba á la madurez, y toda su fama se la había ganado desde hará cuatro ó cinco años; desde 1892, en que se estrenó *La Dolores*, perla del teatro de Feliu y del teatro español. Antes de esa fecha, Feliu era un autor estimado, un literato serio, selecto; pero la celebridad no le había salpicado la frente con la espuma de las marejadas impetuosas. Yo había asistido al estreno de *Un libro viejo*, creo que en 1891, y recuerdo que me agradó mucho el primer acto, y en general la traza del drama todo, y lo dije así en el *Teatro crítico*. Soy tan descuidada, que nunca tengo conmigo y á mano mis propios libros, de suerte que no puedo citar el texto; lo que sé es que Feliu y Codina me demostró gran reconocimiento por él, y que al estrenarse *La Dolores* en Madrid mostró empeño en que yo asistiese á la *première*. No me fué posible, y supe el feliz resultado por las alabanzas de la prensa. Sin embargo..., ¿cómo ocultarlo?, estas alabanzas no me impidieron suspender el juicio hasta ver por mis ojos qué era la guapa moza de Calatayud... No es que la prensa yerre por costumbre al elogiar: es que á veces comenta con las mismas frases, al parecer igualmente calurosas y encomiásticas, los verdaderos y espléndidos triunfos y los casi fiascos; es que hay giros y frases hechas con que la benevolencia periodística encubre las derrotas..., y es que, en lo teatral, la resolución definitiva queda siempre encomendada al público. Quise, pues, ver *La Dolores*, y la vi una noche en que estaba punto menos que desierto el teatro de la Comedia. Mi sorpresa, mi emoción fueron profundísimas. Aunque en Feliu y Codina, desde *Un libro viejo*, barruntase yo que había condiciones de dramaturgo, no podía haber adivinado que estallarían en creación tan genial, de una originalidad tan fresca, sentimental y castiza, de un romanticismo realista y popular tan hermoso. Salí del teatro entusiasmada, y poco después escribí de *La Dolores* algo que también tuvo la suerte de contentar á Feliu y Codina. Porque este excelente y malogrado autor (1) era modesto. Su modestia, ciertamente, no consistía en lo que creen muchas gentes que la modestia ha de consistir, á saber: en protestas de inferioridad y nulidad tan exageradas como artificiosas, en una actitud reservada é impasible ante los homenajes de la admiración, en toda esa comedia que debiera haberse desacreditado ya, y no obstante aún arranca aplausos; ¡tan cierto es que á la humanidad se la entretiene siempre con los mismos sonajeros y las mismas lilailas! La modestia de Feliu y Codina se revelaba precisamente en la espontaneidad y complacencia con que acogía el elogio, señal de que no despreciaba la opinión ajena; en lo que lo agradecía, señal de que no pensaba que se le debiese de derecho; y en la calma y apacibilidad con que recibía las observaciones, fundadas ó infundadas, demostrando perpetuo afán de adelantar, de perfeccionarse. Era difícil que, después del raro acierto de *La Dolores*, Feliu y Codina encontrase pronto otra joya equivalente. *Miel de la Alcarria* y *María del Carmen* no llegaron á *La Dolores*: se quedaron en fábulas interesantes, aplaudidas, con escenas de mucho efecto, maestras, que demuestran el gran instinto dramático patente ya en *Un libro viejo*. Mas ¿quién podrá asegurar que Feliu no tenía en su imaginación y en su mente repuesto de ideas y fuerza bastante para acertar otras veces del todo, como en *La Dolores* acertó? La gloria dramática de Feliu y Codina germinó tarde, y duró poco: cuatro años apenas disfrutó de la fama, de la consideración, de la popularidad, de esa seguridad moral que presta un primer golpe afortunado. Las obras que produjo después de *La Dolores* tampoco son caídas ni fracasos; y si lo hubiesen sido, eso no supondría que el autor no tuviese preparados brillantes desquites, pues en el teatro, ya se sabe, hay que contar una de cal y muchas de arena. Encantado ahora con la idea del regionalismo escénico, que resuelve tan lucidamente el problema de las decoraciones y los trajes y da forma especial al sentimiento, Feliu emprendería otros caminos, seguiría filones no explotados. El porvenir que ofrecía á Feliu tantas esperanzas, lo truncó una muerte súbita, brutal, una especie de mazazo ó puñalada traicionera... Y los que éramos amigos suyos – amigos de su musa, apreciadores de su carácter, – hemos sentido, al saber la desaparición de este catalán insigne, lo que se siente hallando rota y por el suelo el ánfora digna de un museo, el busto trabajado por primoroso cincel... El ingenio de Feliu no había rendido la cosecha que aguardábamos. Cuando hojas así caen de la rama, la tristeza del invierno se apodera de nosotros.

(1) Es muy frecuente ver usada con risible impropiedad la palabra *malogrado*. El escritor ó el artista que mueren después de larga carrera y de dar su coeficiente máximo de trabajo, no puede decirse que se malogran. Feliu y Codina se malogró realmente; mas ¿quién no se asombrará al leer, como yo leí no hace mucho, que Zorrilla fué un poeta malogrado?

***

Ya que de autores y de teatros hemos hablado hoy, no quiero omitir una rectificación, enlazada con una de mis crónicas anteriores en que traté de D. Manuel Bretón de los Herreros. Recordaba en aquella crónica el epigrama sangriento que en un momento de impaciencia lanzó contra el autor de *Marcela* el autor de *La muerte de César*, y que empieza así:

«Una víbora picó...»

Pues bien; desde Rancagua (Chile) me escribe un suscriptor de LA ILUSTRACIÓN y lector de mis crónicas, el Sr. D. Patricio Venegas, para decirme, con suma cortesía, que la flor ó si se quiere el cardo de ese epigrama no nació en el jardín de Ventura de la Vega, sino que fué trasplantado del huerto del poeta francés La Martiniére, donde brotó por primera vez en esta forma:

«Un gros serpent mordit Auréle.
¿Que croyez vous qu'il arriva?
Q'Auréle eu mourût? Bagatelle:
ce fut le serpent qui creva.»

Me doy prisa á declarar que ignoraba la existencia del epigrama francés, y por lo tanto me contaba en el número de los que creyeron original, y hasta improvisado, el de Ventura de la Vega. Por lo demás, el hecho no me sorprende: bastantes veces, leyendo libros franceses, encontramos en ellos cosas que después, transportadas á nuestro idioma por autores eminentes, pasan plaza de inéditas y nunca oídas. En cierta ocasión leí una crítica que ponía en las nubes una novela corta, muy dramática por cierto, de afamado novelista andaluz; y en lo que más insistía el crítico – francés por señas – era en el carácter *tout à fait espagnol*, castizo, neto, del asunto de la tal novela. ¿Qué diría el francés si supiese que la novela alabada por española no era sino el precioso cuento de Hipólito Lucas, titulado *El clavo*? Para diluirlo y vestirlo con el ropaje de su estilo mágico, no necesitó el novelista á que aludo ni aun saber francés, pues *El clavo* se publicó traducido por A. Magariños Cervantes en el *Museo de las familias* el año 1854. Retorciendo á los autores españoles que escribieron desde mediados del pasado siglo, sale jugo francés á chorros. Se dicen y escriben pestes contra Francia; se invocan los dioses de la patria á cada momento; pero no se evita esa influencia continua, honda, y á la larga (así lo creo), más bien provechosa que letal. Siempre que registremos y escudriñemos la literatura francesa nos admirará la persistencia y magnitud de su influjo irresistible. Lo que menos descubre la acción del genio francés sobre la inteligencia española son, si se quiere, merodeos y pecadillos de menor cuantía como el del epigrama de Vega; de superior importancia me parecen las grandes corrientes que arrastran á un escritor, que lo impregnan de pies á cabeza, haciéndole ser reproducción fidelísima, por supuesto involuntaria é inconsciente, del tipo de otro escritor francés, que ha deslumbrado su fantasía y se ha apoderado de su espíritu. Y este fenómeno se ha visto á cada momento. Aquí hemos tenido nuestros Alfonsos Karr, nuestros condes de Maistre, nuestros Dumas, nuestros Sué, nuestros llorones Lamartines... No hablo sino de lo que ya pertenece á la historia. Eran *pseudos*, pero en muchos resplandecía un talento superior á su molde, cualidades propias, que al fin y al cabo encontraron expresión adecuada y felicísima. ¿Qué culpa tiene nadie de que el pensamiento francés haya sido, desde hace cien años ó ciento cincuenta, más intenso, más rico, más vibrante, más original é innovador que el nuestro, como el nuestro tenía esa misma superioridad en el siglo XVII, y ellos nos imitaban, traducían y copiaban? Ni se crea que hoy dejan de hacerlo ocasionalmente..., y puede decirlo, verbigracia (es el primero que se me ocurre) Paul Ginisty...

Queda complacido mi corresponsal chileno, y sepa que en nada puede molestarme, al contrario, el que me digan (y tan respetuosamente) lo que no sé ó no recuerdo, que es harto más de lo que quisiera. El epigrama de La Martiniére, al pronto, me sonó á cosa conocida; quizás lo hubiese leído ya sin fijarme en él, á pesar de la coincidencia con el de Vega; pero, en plata, tanto monta haber olvidado, que no haber sabido una noticia literaria. Lo único que le falta para llegar á sabio al que ha manejado y revuelto muchos libros, es memoria.

EMILIA PARDO BAZÁN



JOSÉ DE LA LUZ CABALLERO

No existe cosa alguna más digna de brillar con todo su esplendor y majestuosa grandeza que la aureola inmortal, patrimonio augusto del genio, glorioso trofeo ganado muchas veces á costa de labores asiduas, de incesantes desvelos, de no pocas amarguras, que más tarde inspiran respeto profundo y entusiasta veneración, nunca más justa que al tratarse de un sabio cubano, grande por su talento, insigne como educacionista, noble por sus altezas morales y de perdurable memoria por el caudal de conocimientos, todos consagrados al bien de la humanidad.

En el primer tercio de esta fecundísima centuria empezó á brillar en Cuba, su patria, José de la Luz Caballero.

Por temperamento laborioso, por aficiones especiales, por seriedad de carácter, desdeñoso de juegos infantiles, por espíritu singularmente observativo, crecieron y ensancharon en la mente del niño las grandes aptitudes intelectuales que desde entonces, y cada día en mayor escala, aparecen de relieve.

A los veinticuatro años ya desempeñaba la cátedra de filosofía en el colegio de San Carlos; hacíase notable en las tareas del profesorado, á las que rendía culto con infatigable perseverancia, y conquistaba voluntades por la provechosa influencia de su palabra.

El magisterio es un sacerdocio sublime, y de no haber seguido la carrera eclesiástica, primera aspiración de José de la Luz Caballero, á él consagró todas las hermosas facultades de su ser.

Su primer viaje á Europa obedeció á los ideales que para la enseñanza habíase forjado en la imaginación; en los grandes centros quiso buscar la realidad de las innovaciones soñadas. Fué amigo en aquella época del sapientísimo Humboldt, bebiendo en las ricas fuentes del saber humano cuanto el siglo XIX prodigaba en progresos científicos y en adelantos para la instrucción pública.

José de la Luz extendió el ya vastísimo campo de sus capacidades, y á su vuelta al suelo patrio, sin perder tiempo, llevó á terreno práctico cuanto creía era ventajoso para la primera y segunda enseñanza, siendo no sólo el perseverante apóstol, eficaz y benemérito, sino también el más ilustre de los cubanos por la inciativa poderosa que le era característica, por el impulso que le debió la educación popular, por la trascendencia de su palabra en las cátedras por él creadas, en el gran centro de primera enseñanza del que era fundador.

José de la Luz Caballero tenía ideas tan fijas y arraigadas, que jamás en ellas hubo indecisión ni vaguedad, por lo que en sus apreciaciones brilla con purísimo relieve la precisión matemática, la lógica ajena á dudas ó errores.

Para juzgar aquella hermosa, nobilísima inteligencia y darse cuenta exacta de los altos méritos aquilatados en el eximio educacionista, fuera preciso leer sus escritos, fruto de los escasos instantes no dedicados á las tareas del magisterio. En aquellas expansiones del espíritu revélanse la hondísima erudición del sabio y las austeras nociones del filósofo.

Pero tan extremada consagración al trabajo y tan persistente laboriosidad mental debieron agotar la fuerza física y el brío moral de José de la Luz, hasta el punto que hubo de pasar dos ó tres años en forzado alejamiento de sus alumnos.

El estudio psicológico de aquella privilegiada individualidad nos demuestra que el reposo no se amalgamaba fácilmente con la inquietud de la imaginación, siempre creadora y por extremo opuesta á la inacción; así es que á pesar de no haber recobrado la salud, volvió á ejercer el profesorado, siendo doctísima y esplendorosa lumbrera en las polémicas públicas concernientes á la filosofía ecléctica.

Había en el ilustre antillano dos elementos siempre en cruda guerra: la voluntariosa é inflexible aspiración al trabajo y la enfermedad que no cedía en su destructor empeño.

Por fin fué suyo el triunfo, y José de la Luz Caballero, apesadumbrado y cediendo á la fuerza de la dolencia, emprendió segundo viaje á Europa, necesario para restablecer su salud, y del que aprovecharon los enemigos de su talento y de su nombradía para poner en tela de juicio su acrisolada honradez y lealtad.

Ruda y amarga fué la prueba para el generoso corazón que sólo tenía apasionadas preferencias por el progreso, en la esfera intelectual, y únicamente abrigaba sentimientos inspirados en la sana razón y en la justicia.

Era en los momentos aciagos en que descubierta una conspiración de la raza africana contra la blanca, se procedía á formar la correspondiente causa.

¿Por qué lamentable amaño se envolvió en ella el nombre del ilustre pensador? ¿Por qué se inició algo como acusación contra José de la Luz Caballero, adalid del saber y mentor de la juventud?

Lo cierto de ello es que á todas luces resultó la intriga contraproducente, y por consecuencia lógica no consiguieron sus émulos otra cosa que aumentar el prestigio del docto educacionista, provocando ruidosas demostraciones de admiración y de cariño en todas las esferas y sin distinción de partidos.

Consignaremos un rasgo, un detalle gráfico que retrata lo elevado del carácter, la pureza y tranquilidad de la conciencia y la confianza que su propio comportamiento le inspiraba á José de la Luz Caballero.

Atendía al recobro de su salud y acariciaba risueñas esperanzas de encontrarse en breve al lado de sus discípulos, cuando recibió con la noticia del suceso político los edictos que le emplazaban á término perentorio.

En caso idéntico, tal vez otro hubiera temido el resultado de tamaña arbitrariedad; pero el recto y honradísimo cubano, seguro de su inocencia y fiado en su popularidad, no vaciló ni tardó en presentarse más que los días estrictamente necesarios empleados en el viaje de Europa á la Habana.

El éxito no era dudoso, y por sí solos se derrumbaron los cargos que no habían tenido base para formularse, quedando incólume la fama de José de la Luz y humillados sus detractores.

Después, y con mayor ahinco, volvió á sus queridas tareas escolares; á sus libros, amigos fieles del filósofo; á sus plantas, que tenía particular esmero en cultivar, y á la vida íntima con los niños, que eran su universo.

Hay un sitio en la Habana por demás pintoresco y alegre como alborada primaveral, lleno de flores y rico en perspectivas; allí, en el *Cerro,* estableció, creó un colegio, «El Salvador,» adonde acudieron numerosos alumnos que las familias del más alto linaje, las de la clase media ó más modestas, conocidas y apreciadas por sus virtudes, confiaban á la hábil dirección intelectual de José de la Luz Caballero para que transformara los niños y adolescentes en ciudadanos útiles para la patria y provechosos para la civilización.

Lejos del bullicio social y ajeno á las ambiciones vulgares, enseñaba con elocuentísima palabra, descubriendo horizontes científicos y filosóficos desconocidos para muchos en aquella época.

La casa del docto maestro era un oasis risueño y apacible, frecuentado por admiradores y amigos, y las francas manifestaciones de cariñoso respeto fueron siempre la inefable recompensa y la satisfacción más cumplida para el anciano.

En tales horas mostrábase contento, feliz, benévola sonrisa iluminaba su semblante y reflejábase en sus ojos la expresión juvenil.

Precisamente cuando todo le sonreía, cuando su ánimo tranquilo subyugaba al físico abatido por los achaques, sobrevino un suceso tristísimo, una desgracia irreparable, un dolor intenso que amargó la existencia de José de la Luz, destruyendo de un golpe su ya cansada y débil naturaleza.

Tenía una hija única idolatrada, rayo de sol en todas sus tristezas, esperanza y aliento de su vejez. La muerte le arrebató aquel ser que era su ángel de consuelo, la vida de su vida, y desde entonces encerró en sí mismo el agudo sufrimiento, tornándose huraño, sombrío é indiferente á cuanto le rodeaba.

Ni aun pensó en combatir el mal físico; ¿para qué? La herida moral era tan honda que todo resultaría deficiente para cicatrizarla.

Poco á poco se le vió languidecer, extinguirse, morir. Su fallecimiento debió causar inmensa sensación. La juventud respetaba tanto al noble mentor y amábale con tan singular cariño, que el duelo fué general.

Los funerales revistieron la pompa y solemnidad debida á los merecimientos de José de la Luz Caballero, que de tal modo había cumplido su misión en la tierra, que debía considerársele como una gloria nacional.

Las autoridades, las corporaciones, todas las clases sociales acompañaron y rindieron el último tributo al noble cubano.

Aquellas simpatías que públicamente se manifestaban fueron una grandiosa apoteosis, y la presente generación guarda como recuerdo bendito y eterno las sabias enseñanzas del profesor egregio.

BARONESA DE WILSON

LA CASTELLANA DE MEDIALDÚA

LEYENDA

I

¡Pobre castellana de Medialdúa!

Desde la torre de honor de tu mansión que en lo alto de la montaña parece desafiar al cielo, miras con melancólica amargura á las humildes golondrinas, mucho más felices que tú por cuanto no tienen un tirano que las sujete.

¡Cuántas veces á la hora en que la iglesia llama á tus vasallos á la oración has apoyado tu cuerpo en una de las barbacanas, y tus ojos impregnados de lágrimas han vagado por la feraz campiña que á lo lejos limita una montaña tras de la cual el sol se hunde.

Al pie de tu castillo resuena en la callada noche una canción de amores.

¡Escúchala, castellana de Medialdúa!

Se trata de un amante incógnito por el que suspiras con tristeza.

Escuchas atenta, murmuras no sé qué frase, sonríes, y al volver el rostro te encuentras con la cara hosca y ceñuda del conde, tu marido: al verle lanzas un grito y huyes de su presencia con el azoramiento de la paloma que divisa al gavilán.

¡Pobre castellana de Medialdúa!

II

Feo, enano, patizambo, cargado de espaldas era Zario, el bufón de los señores de Medialdúa.

Si de él nadie en el castillo hacía caso, él en cambio reíase de todos y odiaba á todos, excepto á doña Luz, su ama y señora.

Por ésta sentía el estrambótico Zario amor tan grande que degeneraba en locura.

Viéraisle acurrucado como un perro en un ángulo de la estancia de doña Luz, fijos los ojos en ésta, mientras que sus labios temblaban perceptiblemente; viéraisle á la hora en que nadie podía observarle, arrastrándose por el suelo como un reptil, ir besando

los sitios en donde posó sus plantas la bella castellana; viéraisle, en fin, pasar las noches en vela, tendido á lo largo cerca de la puerta del dormitorio señorial, escuchando atento el débil respirar del sueño de la condesa, y de seguro tendríais lástima infinita de aquella caricatura de hombre que tal pasión animaba.

Muchas veces Zario tuvo ideas espantosas. «¡Si yo estrangulase al conde y me apoderase de doña Luz,» pensaba. Y de su garganta escapábase un grito gutural, abríanse desmesuradamente sus ojos y temblaba como un epiléptico... Sentía horror de sí mismo.

Algunas mañanas le sorprendió la gente del pueblo mirándose atento en la corriente del río.

Amenazaba al líquido espejo, como si éste tuviera la culpa al retratar á Zario de copiar su deforme y risible persona.

Odiaba á la humanidad. Si él fuera un hombre de la presencia de aquellos otros que vivían en el castillo, tendría el consuelo de la esperanza: doña Luz podría corresponder á su amoroso anhelo; pero, así, más parecido á un sapo que á un ser humano, no podría esperar otra cosa que una piadosa compasión.

De día en día el fuego pasional tomaba más incremento en el pecho del enano: que no hay huracán que levante en un fuego llama más alta que la del amor no correspondido.

Una tarde, á tiempo de anochecer, subió el enano á la torre del castillo y oyó la trova de aquel misterioso enamorado de doña Luz.

Al oir aquellos acentos amorosos, sintió ira y desconsuelo: los celos claváronsele como puñales en el pecho: otro hombre amaba á su ídolo: se asomó Zario á la barbacana á trueque de estrellarse, y vió al pie de la fortaleza al incógnito cantor: un mozo que llevaba con gallarda altivez su ropilla de hidalgo pobre.

– ¡Diera mi alma al diablo por ser como ese hombre!, gruñó rabiosamente el bufón.

Aquí el cronista, abriendo un paréntesis á la leyenda, jura por su hombría de bien que al acabar de decir Zario la frase arriba copiada, apareció en la plataforma un hombre misterioso vestido de rojo y de ceño tan terrible que el enano, atónito y asustadizo, cayó suplicante de rodillas.

– ¡Levanta! ¡Me has llamado y aquí me tienes!, dijo con acento intraducible la visión.

– Pero ¿tú eres el diablo?, tartamudeó Zario.

– ¡Di lo que quieres de mí!

– ¡Ya lo has oído!, balbuceó el bufón levantándose.

– Esta noche se realizarán tus deseos...

– ¿Sí?, le interrumpió el enano chispeándole los ojos de alegría.

– ¡Sí!, afirmó el caballero de lo rojo; pero te advierto que mañana al amanecer tu cuerpo estará colgado de una de estas almenas.

– ¡No importa!, advirtió Zairo con resolución. ¡Es más grande el placer de ser amado un segundo por doña Luz, que arrastrar una vida tan miserable como la que arrastro!..

III

La austera habitación de la condesa débilmente iluminada por los destellos de una lámpara de plata, antojábasele á Zario un trozo del cielo que con entusiástica fe describía el capellán del castillo.

Doña Luz, trémula, encendida la faz por la llama de la verecundia, respiraba con anheloso ritmo, y sus ojos animados por la pasión fijábanse en los de su galán, que no menos trémulo y ansioso describía con frases ardientes el amoroso entusiasmo de que se hallaba poseído.

Y aquel amante que así hablaba y tal se veía no era otro que Zario, trocado su cuerpo giboso y repugnante en seductor y garrido, su cara mal pergeñada en rostro varonil, su ropilla bufonesca en vestido riquísimo de caballero.

¡Pobre escarabajo trocado en mariposa!

Olvidábase de su pristino estado y condición, y entregábase, como si dispusiera de una vida felicísima, en brazos de aquella grande ansia suya de verse amado por la altiva castellana de Medialdúa.

Ya se habían convertido en realidad sus locos antojos: él, el bufón del castillo, el ser más despreciable por su mísera condición y el más repugnante por su facha, veíase á los pies de doña Luz recogiendo de sus labios ternísimos suspiros de amor con que correspondía á sus protestas la que olvidando su rango y sus deberes sólo parecía vivir para aquella pasión criminosa.

Hora de amor que fué fugacísima para el miserable bufón y para la castellana hambrienta de cariño, porque cuando mayor era el torrente pasional que por boca y ojos vertía el alma de Zario, presentóse en la estancia, lívido y tembloroso, iracundo y terrible, el Sr. de Medialdúa.

A su presencia lanzó un grito de terror doña Luz, y Zario, espantado, quedóse de rodillas ante la condesa, mientras que el ultrajado conde avanzaba implacable como la fatalidad hacia los culpables.

En aquel momento de suprema angustia vióse Zario tal como fué siempre: un bufón que excitaba la risa con su giba de dromedario y sus muecas de orangután: sintió desvanecida la imponderable ventura gozada y tembló de rabia y de miedo.

A costa de su vida había logrado la metamorfosis que le hizo alcanzar el único momento de felicidad que como un rayo de luz irradiaba sobre su pasado tenebroso y triste.

¡Moriría! Y sus labios orlados de espuma dieron paso á un gemido como de lobezno moribundo.

. . . .

Aquí el cronista vuelve de nuevo á jurar por su hombría de bien que ignora la dramática escena que debió mediar entre los protagonistas del lance que cuenta.

Y sigue:

«La tradición afirma como verídico que la condesa de Medialdúa perdió su lucidez de ideas y que Zario fué ahorcado y colgado su cuerpo de una almena para escarmiento de villanos que pongan sus osadas miras tan en alto cual las puso el muy desdichado bufón, cuyo cuerpo gentil, una vez salida de él la ánima que Dios le plugo concederle, trocóse en lo que en sí era de raquítico, contrahecho y abominable.

»¡Grande fué el castigo decretado por la Providencia, y es fama que en el señorío de Medialdúa, hombres y mujeres recuerdan siempre con espanto lo acaecido, y no osan – temerosos de tan terrible fin – romper con criminales antojos el lazo indisoluble y santo del matrimonio...»

Alejandro Larrubiera

UNA BODA

El almuerzo fué espléndido, como no podía menos de serlo estando las cocinas á cargo del Sr. Isidro, el rico choricero de la Macarena, una calle de Sevilla larga, estrecha y torcida como la vaina de un alfanje.

Se comió bien, se bebió mucho y de lo más exquisito que producen los famosos viñedos de Montilla, hubo quien vació una botella de Jerez en un plato hondo para beber mejor, y parejas retozonas que bailaron hasta caer en el suelo rendidas de cansancio, y mujeres ataviadas con el clásico mantón de Manila que cantaron malagueñas, y hombres borrachos de vino y de alegría que las jalearon hasta ponerse roncos.

Los novios, en honor de los cuales se celebraba tan risueña batahola, fueron los que tomaron una parte más activa en la fiesta. Ella era una muchacha alta, vistosa, con esa belleza basta, pero incitante, de las mujeres andaluzas, y que al bailar entornaba los ojos y entreabría los encendidos labios como si las cadencias de la música hicieran en los profundos de sus entrañas de virgen ardiente inexplicables cosquilleos. Y él, un mozo garrido, fuerte y bronceado por los aires del campo y el sol de la tierra, que cuando miraba de cerca á aquella niña tanto tiempo deseada, parecía poner en los ojos el corazón y todo el fuego de su sangre.

Se brindó á la salud de los amigos ausentes; alguien recordó el nombre de uno que había fallecido algunos meses antes, y á varios viejos que por sus muchos años no podían resistir tranquilos los traidores halagos del vino, se les aguó los ojos y se secaron las húmedas mejillas con el dorso de la mano, haciendo unos visajes que tanto parecían producidos por un dolor real como por una borrachera incipiente, y que lo mismo podían inspirar pena que risa; se dieron ¡vivas! frenéticos á los novios, se bendijo, según es de rúbrica en casos tales, al cura que les bautizó, á la madre que les parió y á la partera que les envolvió en pañales; todos hablaban y reían sin tino, embriagados por esa felicidad indefinible que, cuando estamos bien dispuestos, nos inspira la alegría de los demás, y que entonces se desbordaba en medio de aquella pradera exuberante de vegetación y bajo un cielo azul que arrojaba torrentes de calor y de luz.

A las siete de la tarde la comitiva emprendió el regreso á la ciudad: al principio todos caminaron en grupo; pero después los años y las aficiones de cada uno, y sobre todo el vino que entorpecía las piernas, fraccionó la boda en multitud de grupos: los viejos quedaron á retaguardia, la gente moza corría y bailaba cogiéndose por las manos, y ellas reían huyendo de los hombres que las perseguían, haciéndolas cosquillas; los enamorados caminaban solos, pensando en sus bodas y en lo mucho que aquel día habían de divertirse; delante de todos iban Felicidad y Manuel, los novios, que avanzaban como si tuviesen alas en los pies, arrastrados por aquel vehemente deseo, tanto tiempo contenido, de verse solos: ella reclinaba su hermosa cabeza, adornada de encendidos claveles, sobre el pecho palpitante del joven, y Manuel le estrechaba la cintura, diciendo que la quería con toda su alma y que daría su sangre por ella.

– Quisiera, aseguraba el mozo en su media lengua andaluza, que se presentase un peligro; ¡verías tirarme á él como una fiera *pa* librarte á ti!..

Y en el mismo instante, como si aquellas palabras hubiesen sido un conjuro, la boda se detuvo obedeciendo á un movimiento instintivo, al ver varios bultos que la distancia impedía reconocer y que avanzaban por la carretera envueltos en una densa nube de polvo: luego se oyeron voces ahogadas, como de gentes á quienes la fatiga impide hablar, y después apareció, destacándose súbitamente de aquella polvareda, un hermoso torazo negro, con las narices henchidas y la mirada ardiente, y á quien perseguían un picador y varios hombres de á pie.

El efecto producido entre los de la boda por la súbita aparición del terrible cornúpeto, fué indescriptible; se extinguieron las risas y la general borrachera se disipó.

– ¡Un toro, un toro!, gritaron muchas voces.

Unos se lanzaron á través de los campos, confiando á la agilidad de sus piernas, estimuladas por el poderoso acicate del miedo, la salvación de su vida: las mujeres se echaron de bruces en las cunetas del camino, y algunos, más borrachos á más serenos, se dispusieron á sortear al toro con sus chaquetas.

Pero al animal sólo le había llamado la atención el mantón de Felicidad, aquellas flores amarillas que se destacaban poderosamente sobre un fondo encarnado; la impresión que en su fiero instinto causaron los dos colores nacionales fué tan viva, que detuvo un instante su veloz carrera y luego se precipitó sobre la joven con la cabeza baja, lanzando un bramido de rabia.

– ¡Húyele, húyele!, gritó el picador.

Ella dió un salto, y guareciéndose detrás de un olivo, exclamó angustiada:

– ¡Sálvame, Manolo!

Pero éste, que olvidándose de sus promesas en el instante de presentarse el peligro, sólo había procurado por su persona, ya estaba encaramado en el árbol, y sin moverse miraba pálido de miedo la terrible escena.

De la primera embestida del toro pudo librarse la joven sirviéndose del tronco del olivo como de un burladero; después, con una increíble presencia de ánimo, empezó á correr alrededor del árbol, salvando el cuerpo de las furiosas embestidas del animal, cada vez más empeñado en hundir la cabeza en aquel pedazo de trapo encarnado salpicado de manchas amarillas, cuyos flecos le hacían cosquillas en el hocico, y mientras huía daba gritos apostrofando al cobardón que la había abandonado.

– ¡Pillo, miedoso, decía, si no sirves *pa na!*..

En esto llegaron los laceros y lograron sujetar al toro, maniatándole fuertemente.

Esta escena, que apenas duró medio minuto, la presenciaron todos desde las posiciones que cada cual adoptó para escapar mejor, y al convencerse de que el peligro había desaparecido, se apresuraron á acercarse á la joven tan milagrosamente salvada: unos la abrazaron y las mujeres la besaron llorando y la obligaron á beber algunos sorbos de agua para serenarse. Mas ella estaba tan furiosa que el coraje le impedía reflexionar en el peligro pasado, y continuaba abrumando á su marido con el peso de sus improperios.

– ¡Cobarde, gallina, si no he de volverte á mirar á la cara; si merecías vestirte por arriba!.. ¿Quieres quitarte los pantalones y ponerte mis enaguas?..

Entonces los concurrentes levantaron la cabeza y estalló una carcajada general.

– ¡Vamos, hombre, exclamó el Sr. Isidro; eso no lo hace *naide!*..

– Yo no lo hubiera hecho.

– ¡Ni yo!..

Y todos hablaban mirando á Manuel, que aún seguía encaramado en el árbol, y zahiriéndole más con los ojos que con las palabras.

– ¡Eres un cochino!, dijo ella.

– Ha *cío cin* querer, repuso el interpelado: los malditos nervios...

– ¡Un cobarde!

– Te diré..., un *gayo* puede huir de un perro y no ser por eso una *gayina*...

– ¡Un mandria!..

– Lo que tú quieras, reina.

– Y es tan grande el desprecio que me inspiras, agregó Felicidad poniéndose en jarras y mirándole con ademán provocativo, que desde hoy no he de mirarte más á la cara. ¡Puf, que asco!.. (Y escupió).

Digo..., que si me dicen que mi novio iba á huir de un toro, así, dejándome fuera del *burlaero*, cualquier día dejo yo que nos echen las bendiciones...

Y cuando todos creyeron que estos insultos habían acabado de aniquilar al pobre Manolo, oyeron que éste respondía con la parsimonia característica de esos andaluces de buena pasta que nunca se corren:

– ¡Pues... *arma* mía, haberte *cazao* con Mazantini!..

E. ZAMACOIS



ASCENSIÓN AL MONASTERIO DE METEORÓN, situado en lo alto de una montaña de la frontera turco-griega



EL MONASTERIO DE HAGIOS BARLAAM, situado en lo alto de una montaña de la frontera turco-griega

EXPOSICIONES DE BELLAS ARTES EN PARÍS

CAMPOS ELÍSEOS Y CAMPO DE MARTE

Como todos los años el acontecimiento dominante en estos últimos días ha sido la apertura de los *Salones*; el espectáculo, ó mejor, espectáculos del barnizaje en el Palacio de la Industria y en el de las Bellas Artes, por partida doble en uno y otro local, han puesto en movimiento á *todo París*.

La alta sociedad que asiste á esas solemnidades como á un estreno en un teatro y que son motivo de una exhibición de ricos, caprichosos y elegantes trajes y sombreros, se ha confundido con la turbamulta de artistas, de aficionados, de curiosos, de *snobs* y de indiferentes que han llenado las salas de una y otra Exposición. Como todos los años, la primera visita á ellas ha consistido en dejarse llevar por el oleaje de la multitud de una y otra sala, ser estrujado, sufrir pisotones y contemplar en vez de cuadros el remolino de plumas y flores, producido por los desmesurados y extravagantes sombreros con que la moda corona á las parisienses de este fin de siglo. Las obras expuestas, las que se alcanzan á ver en parte, pasan como un torbellino, visión vaga, indecisa, de imágenes disparatadas é inconexas, quedando en la retina la impresión de una escena cinematográfica, incoherente, atropellada y absurda. Esto dura hasta tanto que, inconscientemente, el espectador se halla *descendido* en la gran sala de la Escultura, donde deshechos los apretados haces de la muchedumbre, respira aire, si no puro, menos viciado, y reposada la vista, se dedica á contemplar la legión de bustos colocados en correcta formación, de las estatuas, grupos y monumentos que pueblan el inmenso espacio de la sala central.

El almuerzo en uno de los *restaurants* de los Campos ó en la primera galería de la torre Eiffel, forma parte integrante de la fiesta del barnizaje en el Palacio de la Industria ó en el de las Bellas Artes del Campo de Marte.



NUEVA YORK. – INAUGURACIÓN DEL MAUSOLEO ERIGIDO Á LA MEMORIA DEL GENERAL GRANT

Por la tarde aumentan, si cabe, el bullicio, las apreturas y la animación: este año ha sido extraordinaria la concurrencia en los Campos Elíseos con motivo de despedirse los parisienses del Palacio de la Industria, en donde desde 1855 tantas y tantas manifestaciones han verificado las artes todas, y tantas fiestas y espectáculos contempló París en esos cuarenta y dos años últimos.

La próxima Exposición Universal destruye el edificio levantado por Napoleón III; y ya en funciones la piqueta demoledora, el Salón actual ocupa solamente la mitad de él. Dentro de tres años una nueva y monumental fábrica albergará, si cabe, á las obras de arte que en número cada vez más imponente se presentan todos los años á la vista del público.

La falange de pintores, sobre todo, aumenta de modo asombroso; el ejercicio de la pintura se ha convertido para muchos, como dice un revistero de aquí, en un *sport* agradable y nada peligroso. Así es que en uno y otro *salón* se produce todos los años una verdadera inundación de tela pintada, ya por artistas de profesión más ó menos dignos de este nombre, ya por simples aficionados.

El verdadero artista en los tiempos que corremos, sin ideal concreto que le estimule y le dirija, y con que responder á un sentimiento social, se acoge á las Exposiciones como único medio de comunión con los más; solo recurso de que dispone para ser comprendido, á pesar de la indiferencia y escepticismo propios de estos momentos, y así son los certámenes modernos cada vez más verdaderos mercados; ferias anuales en donde ofrecen algunos rasgos de verdadera sinceridad artística; otros, los más, productos debidos á la hábil labor del *virtuoso;* y muchos, rebuscamientos, si no exageraciones y excentricidades para singularizarse entre los kilómetros de tela pintada ó las toneladas de mármol, bronce ó barro esculpidos.

Sin embargo, en esas exhibiciones tumultuarias del arte no hay en suficiente número obras inspiradas por ideales nobles y elevados, afirmándose la belleza aun en una sociedad indiferente y desdeñosa de los goces del espíritu.

Bien sabido es de todos en qué difieren las dos manifestaciones del arte que desde hace algunos años se verifican en París. El elemento oficial, la tradición, la escuela y el rutinario procedimiento de las medallas viven en el Palacio de la Industria; tendencias, si no opuestas, más expansivas y un espíritu nuevo, más moderno, predominan en el Campo de Marte. Hállanse, pues, en aquél las obras que puede decirse representan al Instituto. *La huída de Egipto* y la *Entrada de Jesús en Jerusalén*, de Gerome; *Compasión*, un Cristo en la cruz que mira piadosamente á un desgraciado, y *Herida de amor*, una jovencita flechada por Cupido, de Bouguereau; los retratos pintados por B. Constant del duque de Aumale y del ricacho M. Alfredo Chauchard; el de M. Bertrand, por Bounat; otros de Julio Lefebvre, de P. Dubois; los *Funerales de Pasteur*, obra de Detaille, y una tela de grandes dimensiones de Juan Pablo Laurens: esta última tal vez es en pintura la obra más saliente entre las del grupo oficial.



Una travesura, cuadro de P. C. Chocarne-Moreau

(Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)

La Noche y *Tentación de San Antonio* son dos cuadros que por la unidad obtenida y la solidez con que están pintados ponen á su autor, Dantin Latour, por cima de todos en este salón; en cambio, H. Martin, artista joven todavía y de grandes cualidades, demostradas en otras obras, ha dado un traspiés con su alegoría fantástica *Hacia el abismo.*

El cuadro de nuestro compatriota el pintor valenciano Sorolla *Cosiendo la vela*, por su ejecución franca y habilísima es considerado como una de las notas salientes de este año: sólo sus dimensiones no están en relación con el interés del asunto. Parecidas cualidades, aunque de tonalidad y carácter muy distintos, presentan dos cuadros de J. Bail, una mujer vertiendo vinagre en un tarro de pepinos y unos chicos que en una cocina juegan á las cartas, fuman y beben, escenas pintadas con pincelada amplia y jugosa, produciendo una entonación armónica y fina como en el mejor cuadro holandés.

Por la sobriedad en los medios empleados y el interés de la composición hay que citar el cuadro de Struys *Consolar á los afligidos*. En cambio los dos de Roybet *Portaestandarte* y *Felipe Cluvier* pueden citarse como ejemplos de la habilidad material, exenta de todo pensamiento, de ninguna pasión artística, puro virtuosismo; y al contrario, pueden citarse *El Sinaí* y *Cristo*, de Destrem, como dos obras de un artista modesto y sincero, impregnadas de una melancolía que conmueve. En este concepto hay que hacer mención del interior de San Germán Auxerrois, de Sabatté; de dos cuadros de Dierk *Los Abandonados* y *La comida en un asilo de niños;* de *Una vocación*, de la señorita Blanca Noriac y de *La Crèche de Geoffroy*. Aunque más presuntuosa la obra de H. Cain *El triunfo del oro*, merece también un aplauso.

Merecen también especial mención *Una travesura*, de Chocarne Moreau, escena perfectamente observada; *¡Cuidado con mancharse!*, de C. B. d' Entraygues, composición de dibujo y color acertadísimos; *Flores de primavera*, de A. E. Artigue, cuadro de encantadora poesía, y



¡Cuidado con mancharse!, cuadro de C. B. d' Entraygues (Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)

Entre el amor y el arte, de A. Cresswell, lienzo inspirado en un hermoso pensamiento. Estas obras las reproducimos en las páginas 358 y 359.

En oposición á esas escenas, pueden ponerse las telas que conmemoran la visita de los Emperadores de Rusia, la llegada del tsar, el tsar en la Academia, el tsar, etc., etc., y el pequeño cuadro de Detaille representando los funerales de Pasteur.

En la sección de retratos, entre buenos y medianos podría hacerse una lista interminable, correspondiendo á los primeros los pintados por Dubois, Barchet, Lynch, Kouznitsoff, Bisoon, Bordes, Lemeunier, Brozik, etc.

No menos interminable sería la lista de los paisajes, donde abundan obras serias verdaderamente buenas, como el lienzo decorativo de J. P. Laurens, y los de menores dimensiones de A. Demont, P. Antin, Tattegrain, J. Breton, Clermont, Stauton, L. Loir, Cogniart, Pointelin, Morlot, Harpignies, Guillemet, Zuber, Francais, Norton, etc., etc.

Tampoco faltan entre los dibujos, grabados y litografías, nombres dignos de mención, como Knight, Pointelin, Morlot, Kappstein, Leveillé, Baude, Florian, Willette, Gentz, Leandre, Roedel y otros.

En la Arquitectura llaman la atención *las fantasías* de Mayeux, las reconstituciones de Pérgamo de Pontremoli y la sala de fiestas de M. Marcel.



FLORES DE PRIMAVERA, cuadro de A. E. Artigue (Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)

La sección de Escultura y de objetos de arte, es, como todos los años, interesantísima; se imponen al espectador *El Poeta*, de Falguiere; el hermoso *Monumento* dedicado á M. Carvalho, de Mercié; el de Madagascar, de Barrias; *La edad de piedra*, de Fremiet, y *Agar*, de Sicard, uno de los más bellos ejemplares expuestos este año y que se considera digno de la medalla de honor por su firme y delicada ejecución.

Si esta vez no impera en el Palacio del Campo de Marte una de esas serenas y grandiosas concepciones de Puvis de Chavannes, en cambio brilla esplendorosamente en el Jardín de la Escultura el monumento de Víctor Hugo, de Rodin, que debe erigirse en el Luxemburgo.

Es esta bella y excelente obra una nueva confirmación de la potencia creadora del gran artista y un ejemplo más de esa escultura animada, viva, de un modelado infinito con que Rodin se eleva á la altura de las mejores obras de los grandes períodos del Arte.

Expone además Rodin una Cariátide, el grupo de *El sueño*, *El amor y Psiquis* y *El sueño de la vida*, obras en que predominan las mismas cualidades de inspiración y de hechura maravillosa que caracterizan la personalidad de este escultor.

En pintura con justicia llama la atención el Cristo de Carriére, obra de un verdadero artista. Gervax expone un gran lienzo en que se

ENTRE EL AMOR Y EL ARTE, cuadro de A. Cresswell (Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)



SEVILLA.—LAS COGEDORAS DE ACEITUNAS, dibujo original de J. García Ramos



CATEDRAL DE SEVILLA. – EN EL PATIO DE LOS NARANJOS, dibujo original de Manuel García Rodríguez

representa la distribución de recompensas en el Palacio de la Industria en 1889, una de esas ceremonias oficiales tan difíciles de inspirar algo bueno; Tissot con poca felicidad la recepción del legado apostólico en Jerusalén, y G. Bertrand y A. Bouvet composiciones destinadas á la decoración de edificios municipales.

Entre los retratos, los hay excelentes de los artistas Blanche y L. Simón, mereciendo ser también citados otros de Boldini, René Menard, L. Stevens, Roll, Desboutins, de nuestro paisano Rusiñol, de Besnard, de la Srta. Luisa Breslau, etc. En cuadros de género ó escenas de la vida actual, innumerables notas y observaciones muy recomendables, y en el grupo de los paisajes, obras del maestro Cazin, de Raffaelli, de Danchez, de Lhermitte, de Thaulow, de Willaert, de Damoye, Groment, Griveau y las impresiones de Versailles de Hellen.

Avaloran la sección de escultura, además del monumento á Hugo, la ejecución definitiva del funerario de Bartholomé, el grupo en bronce de Dalou *Triunfo de Sileno*, la estatua de Canrobert de A. Lenoir, los bajos relieves de C. Meunier, de Baffier y de A. Charpentier, y muchas otras obras, de entre las cuales hay que mencionar el busto en mármol, esculpido directamente del natural por la Srta. Camila Claudel y sus esculturas de Salón *Causeuses*, *La ola* y *Un pintor*.

Terminaremos esta ligera revista mentando á los artistas españoles que más se distinguen en los certámenes de este año además de Sorolla y de Rusiñol: en los Campos Elíseos Bilbao con *Triste antesala*, Fabrés, Garnelo y Checa: en el campo de Marte Sánchez Perier, Jiménez, Baixeras, Graner, Feliu, Barrau, Teixidor, Alarcón y Canals.

R. D.

NUESTROS GRABADOS

D. Juan Puig Marcel, jefe de la estación naval española en el Río de la Plata.—Desde el año 1865 en que ingresó en la Escuela Naval hasta el presente, puede decirse que el Sr. Puig Marcel ha estado constantemente al servicio de la patria. Teniente de navío de primera clase en la actualidad, su permanencia en el Río de la Plata ha sido altamente beneficiosa para España y para todos los españoles residentes en el Uruguay y en la Argentina, pues á su talento y patriotis-



D. Juan Puig Marcel,
jefe de la estación naval española en el Río de la Plata
y comandante del *Temerario*

mo se debe en gran parte que unos y otros se unieran y contribuyeran con su óbolo á la construcción del buque que llevará el nombre de aquel río, y cuyo mando desearían nuestros compatriotas de aquellas repúblicas que á él se confiara. Posee gran número de condecoraciones militares y la encomienda de Isabel la Católica: mandando el *Temerario*, fondeó el año pasado en la Asunción, capital del Paraguay, siendo aquella la primera vez, durante el presente siglo, que un buque de guerra español visitara aquellas aguas, en donde le festejaron calurosamente, no sólo los españoles, sino que también el presidente de la República y las personalidades más importantes del comercio, de las artes y de la política paraguayos.

Estudio, acuarela de José Garnelo.—Destinada á una tómbola organizada en Montilla para allegar los recursos necesarios para la creación de un establecimiento benéfico, ofrece la obra que damos á conocer á nuestros lectores el doble valor de su mérito artístico y el de la ofrenda aportada por la caridad. ¡Bien haya Garnelo, que aun en el medio en que vive, entregado á la ejecución de obras de empeño, halla manera de contribuir á socorrer necesidades y mitigar sufrimientos á los menesterosos de su villa querida, en la que residen los seres que sintetizan todas sus afecciones!

La notable acuarela que figura en la primera página de este número es un estudio digno del buen nombre de José Garnelo, á quien con justicia se considera entre los meritísimos artistas que honran el arte patrio.

D. Fernando López Benedito, director de «El Correo Español,» de Buenos Aires.—Escritor y poeta de corazón, periodista firme y valiente, ha sabido poner á envidiable altura el importante diario que dirige, órgano de la colonia española bonaerense, defendiendo siempre con energía, pero sin alardes ridículos, la causa de España cada vez que algún otro periódico ha intentado atacarla. Modesto en exceso, pone gran empeño en quedar relegado ú obscurecido cuando vale mucho más como poeta y como prosista que muchos cuyos nombres pregona la fama. Fué presidente de la Liga Patriótica, que así se llamó durante el período de organización la actual Asociación Patriótica Española de Buenos Aires, de cuya comisión consultiva es individuo, y no hay duda de que buena parte del éxito de la suscripción para la compra del crucero *Río de la Plata* se debe á sus escritos y á su continua y entusiasta propaganda. Sus trabajos literarios diseminados en diarios y revistas formarían numerosos tomos si su autor los recopilara: si algún día se resuelve á hacerlo, mucho han de agradecérselo sus amigos y admiradores, y mucho han de ganar con ello las letras españolas.



D. Fernando López Benedito, director de *El Correo Español*, de Buenos Aires, primer presidente de la Asociación Patriótica Española hasta su constitución definitiva.

Monasterios griegos construídos en lo alto de las rocas.—En un rincón de Tesalia álzanse como restos de una formación de la época terciaria algunas rocas abruptas y elevadísimas, cuya vista sorprende al viajero. Pero la admiración de éste sube de punto cuando observa que sobre aquellos gigantescos peñascos hay construídos grandiosos edificios que son otros tantos monasterios allí asentados como nidos de águilas, para subir á los cuales hay varios medios, ninguno de ellos muy seguro por cierto. Los grabados que publicamos en la página 357 dan perfecta idea, el uno de la situación verdaderamente extraña de estas construcciones, y el otro del sistema de ascensión más generalizado por ser el que menos peligros ofrece: como se ve, el viajero va metido en un saco de mallas amarrado á una cuerda, de la cual tiran los monjes desde arriba dando vueltas á un torno. Otros monasterios tienen colocadas en la roca varias escaleras que hasta ellos conducen y que pueden levantarse cuando los monjes desean aislarse por completo. Según se cuenta, el fundador de esos monasterios construídos sobre rocas aisladas, alguna de las cuales tiene una altura de 800 metros, fué un monje devoto llamado Nilos: el número de los mismos llegó á ser veinte, pero en su mayor parte fueron abandonados en el siglo XVI, después que los turcos hubieron establecido cierta paz y cierto orden en aquel territorio, quedando reducidos á cinco, los cuales en la actualidad se hallan bajo la tutela del gobierno griego.

Inauguración del mausoleo erigido en Nueva York á la memoria del general Grant.—El día 27 de abril último, aniversario del natalicio de Ulises S. Grant, inauguróse en Nueva York el grandioso mausoleo que el pueblo de los Estados Unidos ha dedicado á su héroe nacional. La ceremonia, con su parada militar, en la que formaron 70.000 hombres, y su revista naval, en la que tomaron parte buques norteamericanos y extranjeros, fué un acontecimiento solemnísimo. El general Grant, el vencedor en la guerra de Secesión, es considerado justamente como el verdadero fundador de los Estados Unidos y como el presidente que además de la unidad dióles fuerza y poderío; por esta razón á la fiesta se asociaron, no sólo los tres millones y medio de habitantes de Nueva York, sino los americanos procedentes de las más apartadas regiones.

A pocos mortales se ha concedido, ni aun después de muertos, el honor de un monumento como el que á la memoria de Grant acaba de inaugurarse. El ilustre general manifestó en su lecho de muerte el deseo de ser enterrado donde lo está, á la orilla del río Hudson; pero al morir no sospecharía de seguro que doce años después de su muerte se construiría para guardar sus restos un mausoleo digno del más fastuoso soberano.

El monumento, para el cual, por suscripción pública, se reunieron 560.000 dollars, y cuya primera piedra se colocó en 27 de abril de 1891, es de granito de Lee (Massachussets), muy parecido al mármol de Carrara, y tiene una altura de 165 pies ingleses: interiormente consiste en una inmensa cúpula que cubre la cripta: en ésta se ve el sarcófago de pórfido obscuro que contiene los restos de Grant.

Situado junto al río, en un punto en que éste es navegable para los grandes buques, el mausoleo presenta un aspecto imponente.

A la ceremonia de la inauguración concurrieron el presidente de la República, el vicepresidente, los ministros, el expresidente Cleveland, los gobernadores de los Estados y el cuerpo diplomático.

Catedral de Sevilla.—En el patio de los naranjos, dibujo original de Manuel García Rodríguez.—El severo y hermoso patio de los naranjos de la catedral hispalense ha servido esta vez á nuestro amigo el Sr. García Rodríguez para producir otro bellísimo dibujo, dedicado, como todos los suyos, á poner de manifiesto los encantos que encierra su ciudad nativa.

Entusiasta por el arte y amante devoto de la reina del Guadalquivir, dedica sus conocimientos y aptitudes artísticas á reproducir sus pintorescas vegas, sus poéticos jardines y sus suntuosos edificios, mudos recuerdos de su pasada grandeza. Empresa digna de encomio es la que realiza el distinguido paisajista sevillano. Prueba de ello son los triunfos alcanzados en públicas exposiciones y la justa fama que merece en el mundo del arte.

Las cogedoras de aceitunas, dibujo original de J. García Ramos.—Una faena agrícola, de carácter completamente local, típica y asaz pintoresca, representa el notable dibujo que reproducimos en estas páginas, obra del celebrado artista sevillano Sr. García Ramos, de quien tan bellísimas producciones hemos podido dar á conocer á nuestros lectores.

La operación de recolectar las famosas aceitunas de la vega sevillana, ejecutada por garridas y bellas campesinas, ataviadas de modo peregrino, ha servido para que el inspirado intérprete de los cuadros de costumbres sevillanas agregara otra página interesantísima á la ya copiosa serie de excelentes obras que tienen por objeto dar á conocer cuanto constituye la vida y el modo de ser de su querida ciudad.

Una carreta salamanquina, dibujo original de Baldomero Galofre.—Caudal inestimable encierran las carteras de Baldomero Galofre, resumen de sus impresiones de viaje por todas las regiones peninsulares. Sus apuntes, dibujos ya en negro ó en color, traducen de modo admirable y personalísimo cuanto en nuestra patria existe de típico é interesante para el artista. Esta clase de obras están ejecutadas por medio de diversos procedimientos, ya que su temperamento, inquieto é investigador, necesita obtener recursos que traduzcan fielmente sus concepciones ó alcancen á recordar lo que reproducen. En todas ellas obsérvase la constante manifestación de su vigor y de su modo de sentir, significado por la valentía del dibujo y la seguridad en la ejecución. El estudio que publicamos, escogido al azar entre los que llenan sus carteras, demuestra la valía del artista, pues retrata con extraordinaria exactitud el grupo formado por los bueyes y el robusto salamanquino.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Berlín. – La Exposición Internacional de Bellas Artes recientemente inaugurada está por debajo de las celebradas en los dos años últimos: su principal aliciente consiste en las exposiciones parciales de algunos maestros, entre las cuales sobresale la de las obras de Max Liebermann.

Rieti. – En la iglesia y en el convento de San Domenico de Rieti (Italia), el pintor italiano G. C. Tosti ha descubierto una serie de frescos, entre ellos una *Coronación de San Pedro Mártir* que supone obra de Pinturicchio, y una colección de cuadros de la escuela de Giotto.

Necrología.—Han fallecido:

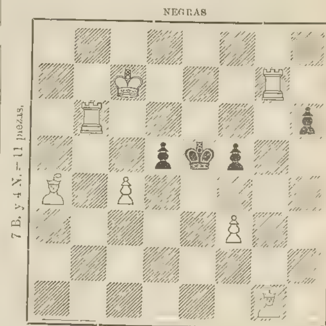
Jacobo Teodoro Bent, ilustre viajero y explorador inglés.

Juan Altgelt, notable arquitecto alemán residente en Buenos Aires, bajo cuya dirección han sido construídos los grandes edificios públicos de la capital de la República Argentina.

Andrés Anagnostakis, médico oculista griego, inventor del oftalmoscopio, catedrático de Oftalmología en la Universidad de Atenas.

AJEDREZ

Problema núm. 71, por J. Tolosa y Carreras



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 70, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. C de 2 R á 4 D	1. Cualquiera.
2. T, C ó D mate.	




Bella se había acurrucado sobre la alfombra y hostigaba al perrillo

ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

Novela original de la notable escritora alemana Eugenia Marlitt

(continuación)

El Sr. de Hollfeld, cuyo cuerpo delgado y flexible tenía una estatura superior á la de los hombres más altos, se inclinaba penosamente para sostener la manecita que se apoyaba en su brazo..., y la hermosa aparición que antes viera en tan graciosa actitud de reposo, apenas tenía la talla de una niña Su cabeza encantadora se hundía entre los dos hombros, y la muleta que llevaba en la mano derecha era testimonio del triste achaque que afligía la existencia de la señorita de Walde.

– Dispénsame, querida Elena, dijo la baronesa, que acogió á los recién venidos con la sonrisa más dulce y seductora; dispénsame por haber enviado á buscarte; pero según ves, vuelvo á ser de nuevo el infortunado Lázaro que pone á contribución de continuo tu bondad angelical... La señorita Ferber, añadió, señalando á la joven, que se había levantado ruborizándose, ha tenido la suma bondad de venir aquí en contestación á mi carta de ayer.

– No podría expresar á usted con este motivo todo mi agradecimiento, dijo la señorita de Walde volviéndose hacia Isabel y ofreciéndole su mano con la más franca y benévola sonrisa.

Y como su mirada se fijase en la joven con sorpresa, y particularmente en las voluminosas trenzas rubias de su cabello, que sobresalían del sombrero, exclamó:

– ¡Ah!, reconozco ese hermoso cabello dorado..., ya le vi ayer, mientras daba un paseo por el bosque; usted se inclinaba sobre el muro del antiguo castillo.

Isabel se ruburizó más aún.

– La presencia de usted había redoblado mi vivo deseo de acercarme á su persona, porque ya la había oído tocar la víspera un adagio de nuestro gran Beethowen... ¡Y tan joven..., casi una niña!..., añadió la señorita de Walde como hablando consigo misma ¡Y tener tan profundo sentimiento musical!.. ¿Cómo es posible?.. Me complacerá usted mucho si consiente en tocar conmigo y delante de mí con tanta frecuencia como sea posible.

Las facciones de la baronesa tomaron como una expresión malévola al oir á su prima pronunciar estas palabras, impregnadas del más vivo y sincero interés; y un observador no hubiera dejado de notar al paso la sonrisa irónica que vagó en sus delgados labios. Esto pasó inadvertido para Isabel, pues su alma entera concentrábase en la infeliz señora que le hablaba con tanto interés, y cuya voz, singularmente armoniosa, algo velada y de un timbre delicioso, resonaba en su oído como una música angelical.

El Sr. de Hollfeld había adelantado una butaca para la señorita de Walde, colocándola junto á la baronesa, y después se retiró sin haber tomado parte en la conservación. Al salir del aposento, Isabel, colocada enfrente de la puerta, que se cerró tras él, no pudo menos de notar que su última mirada se había fijado en ella con insistencia; su expresión la inquietó un poco, é indújola á inspeccionar su traje, temerosa de que fuera demasiado impropio en aquella opulenta morada.

La señorita de Walde interrumpió aquel examen, preguntando á Isabel quién había sido su maestro. La joven contestó sencillamente que no había tenido nunca más profesor que su madre, ni se había separado jamás de sus padres, á quienes era deudora de lo poco que sabía.

Durante esta conversación, Bella se había acurrucado sobre la alfombra y hostigaba al perrillo: el cuadro habría resultado encantador si los movimientos desordenados y los gemidos del animalito no hubieran indicado claramente que se le atormentaba y se le hacía sufrir bajo pretexto de *divertirse* con él... Cada uno de sus gritos ocasionaba á la señorita de Walde un estremecimiento nervioso, y la baronesa de Lessen levantaba entonces la voz para repetir con tono automático: «¡Vamos, Bella, basta de juegos!» Pero hubiera podido dispensarse de la molestia, por ligera que fuese, reducida á repetir de continuo la misma advertencia, porque aquella orden, dada tan distraidamente, parecía ser inútil. De pronto, sin embargo, *Alí* profirió un aullido tan lastimero, que la baronesa de Lessen levantó el dedo con expresión severa para amenazar á la pequeña desobediente, diciéndole:

– Si continuas así, voy á verme obligada á llamar á la señorita Mertens.

– ¡Ah!, replicó la niña, haciendo un impertinente movimiento de hombros. ¿Y después qué? No se permitirá castigarme, porque tú misma se lo has prohibido severamente.

En el mismo instante entreabrióse una puerta interior, y una anciana entró tímidamente, saludó á las damas con una profunda inclinación y dijo en voz baja:

– El señor profesor espera á Bella.

– ¡Pues hoy no quiero dar lección!, exclamó la niña indisciplinada.

Y cogiendo de una canastilla de labor un gran ovillo de estambre, lo arrojó contra la recién venida.

Sin embargo, es preciso, hija mía, dijo la baronesa. Ve con la señorita Mertens y procura ser buena.

Bella fué á sentarse en una butaca, cual si la orden fuese tan indiferente para ella como para el perrillo, y levantó sus dos pies en el aire. El aya trató de acercarse á la niña; pero una mirada de enojo de la baronesa la hizo retroceder hacia la puerta.

Aquella desagradable escena se hubiera prolongado probablemente mucho tiempo si la baronesa no hubiese pensado en servirse de un auxiliar bajo la forma de una gran caja de confites. La niña dejó su asiento, fué á llenarse la boca y los bolsillos, y después, rechazando violentamente la mano del aya, salió corriendo y saltando.

Isabel permaneció inmóvil, muda de sorpresa; y la dulce fisonomía de la señorita de Walde expresó un doloroso descontento; mas no pronunció una palabra.

La baronesa volvió á recostarse sobre sus almohadones.

- Esas institutrices, dijo con tono lánguido, acibaran mi vida y me roban muchos años de existencia. Si esa señorita Mertens fuera tan sólo un poco inteligente, muy pronto sabría cómo ha de arreglarse para gobernar una niña nerviosa, buena en el fondo, como es Bella...; pero esa raza inepta carece en absoluto de inteligencia. . Las ayas no son capaces de tener en cuenta la diferencia de orígenes, y por lo tanto, la de temperamentos, de caracteres y de constituciones. A sus ojos, la niña es una niña y nada más, y pretenden poner al mismo nivel la de nacimiento obscuro y la que es hija de nobles; la criatura robusta, tosca, sin nervios ni sensibilidad, y la niña delicada de cuerpo, de alma y de corazón. La señorita Mertens es simplemente una maestra de escuela, adusta, grave y pedante; y además, el inglés que habla es detestable... ¡Sabe Dios de qué obscuro y abandonado rincón de Inglaterra será originaria!

– No puedo participar de tu opinión en este punto, querida Amelia, dijo la señorita de Walde. Me parece, por el contrario, que el sonido de su voz revela distinción, y que su rostro expresa la franqueza y la bondad.

– Es que tú juzgas á los demás por ti misma y les atribuyes tus cualidades… Cierto que yo no conozco el inglés; pero cuando conversas con ella, observo al punto la diferencia que existe entre vosotras, y hasta qué punto este idioma parece más elegante y más dulce cuando tú lo hablas.

Isabel rechazó en sus adentros este juicio, mientras la señorita de Walde protestaba con un ligero movimiento de su mano. Pero la baronesa, sin dejarse imponer silencio, prosiguió en estos términos:

– Bella también nota muy bien todos estos visos, pues en ciertas cosas su inteligencia es en realidad



mi imaginación evoca la imagen de una rama tierna…

sorprendente; guarda silencio con expresión burlona cuando su aya la habla inglés, y quiere obligarla á contestar en este idioma. No dudo un momento, ni puedo pensar en ello sin irritación, que esa señorita atribuye la actitud de la niña, no á su propia incapacidad é insuficiencia, sino á lo que ella se atreve á calificar de obstinación y malignidad de Bella.

El tono de la baronesa, lánguido en un principio, se había animado gradualmente bajo la influencia del resentimiento, elevándose al fin, en las últimas palabras, al diapasón más alto… De pronto echó de ver sin duda este cambio, y recobrando al punto su serenidad, cerró lánguidamente los ojos.

– ¡Oh, Dios mío!, exclamó con voz que volvía á ser débil; mis pobres nervios vuelven á jugarme una mala partida… Me animo cuando debería procurar calmarme, tener paciencia y soportarlo todo silenciosamente… Mas es preciso convenir en que estos disgustos domésticos emponzoñan la existencia, y no solamente perjudican al cuerpo, que es poca cosa, sino también á nuestra alma, lo cual es mucho más grave.

– Si me fuera permitido darte un consejo, querida Amelia, dijo la señorita de Walde, te invitaría, cuando sufres como hoy, á dejar á Bella bajo la vigilancia de la señorita Mertens y del Sr. Mohring. Así podrías estar tranquila, pues el aya desempeña concienzudamente su cometido y educa muy bien á la niña. Aunque comprendo tu solicitud en cuanto se refiere á tu hija, podrías seguir mi consejo sin temor. La señorita Mertens es demasiado amable é instruída para adoptar respecto á Bella medidas que fueran perjudiciales á su educación ó á su carácter… Me parece que estás sumamente abatida, añadió la señorita Walde con tono de conmiseración, y será necesario dejarte descansar… No dudo que la señorita Ferber tendrá la complacencia de acompañarme hasta mi habitación.

Al decir esto se levantó, y después, inclinándose sobre la baronesa, besóla en la mejilla. Luego apoyó su mano sobre el brazo de Isabel, á quien la baronesa despidió con un gracioso movimiento, y salió así del aposento de la enferma.

Mientras avanzaban lentamente por los inmensos corredores, la señorita de Walde dijo á Isabel que su hermano, el cual vivía ahora lejos de ella, se alegraría mucho al saber que iba á reanudar el cultivo de la música.

– En otro tiempo, añadió, no conocía mayor recreo que sentarse en el rincón más obscuro de mi sala para escucharme. Yo tocaba siempre las composiciones clásicas, que tanto le agradan, y esto me complacía doblemente por la satisfacción que yo le proporcionaba; pero una prolongada enfermedad nerviosa me obligó hace largo tiempo á dejar el piano. Ahora siento que mis fuerzas renacen, que recobro la salud, y como el médico no se opone ya á ello, voy á dedicarme de nuevo á la música para sorprender á mi hermano con mis adelantos.

Y mirando graciosamente á Isabel añadió:

– No puedo menos de hacer progresos si usted tiene á bien ocuparse de mí, porque su talento animaría á las mismas rocas.

Dichas estas palabras, las dos jóvenes se despidieron. Isabel tomó rápidamente el camino que debía conducirla á la morada de sus padres… Allá arriba, delante de la puerta del prado, los veía pasear, esperándola, y el pequeño Ernesto, que la había divisado de lejos, saltaba alegremente y corría á su encuentro… ¡Qué aspecto de tranquila felicidad y de dulce confianza tenía todo aquello! Sus padres le hacían repetidas señales de ternura… Al acercarse oyó el canto alegre de su pajarillo, y al fin pudo ver más allá del prado, por la gran puerta del vestíbulo, abierta de par en par, los tilos inclinados sobre la fuente: cerca de los árboles habíase dispuesto la mesa para la cena.

El magnífico castillo de la baronesa, con sus magnificencias interiores y exteriores y su majestuoso silencio, turbado tan sólo por los gritos de cólera de una niña mal educada, todo esto le pareció á Isabel uno de esos sueños poco agradables de los cuales se despierta con satisfacción. Después de haber dado cuenta á sus padres de todas sus diversas impresiones por su orden cronológico, Isabel añadió:

– Según las lecciones que tú me has dado, querido padre, debería suspender mi juicio en cuanto concierne á las personas con quienes acabo de trabar conocimiento, pues tú condenas la primera impresión como susceptible de inducirnos á error, haciéndonos injustos; pero no sé cómo arreglarme para reprimir mi loca fantasía. Cuando pienso en las dos damas que me han recibido, mi imaginación evoca al punto la imagen de una rama tierna, flexible, arrastrada por una nube tempestuosa que agita sus jóvenes retoños y á la cual se abandona al fin sintiéndose impotente para luchar con ella.

VII

Desde aquel día Isabel fué dos veces por semana al castillo de Lindhof. Al día siguiente de la visita, una carta muy cortés de la baronesa de Lessen fijó las horas, señalando considerables honorarios por las lecciones que la joven debía dar, lecciones que fueron muy pronto para ella origen de vivos y elevados goces. Elena de Walde había perdido seguramente mucho en cuanto á mecanismo desde que se había visto obligada á renunciar á la música, y no podía compararse con Isabel; pero tocaba con el más puro sentimiento, con un gusto encantador, y sobre todo, no incurría nunca en ese defecto tan general entre los aficionados – y hasta entre los artistas, – que consiste en buscar de preferencia las obras superiores á sus fuerzas. La baronesa de Lessen no asistía jamás á las sesiones musicales, y tal vez á causa de su ausencia, la música y los ratos de descanso parecían particularmente deliciosos á Isabel. Un criado solía presentarse con una bandeja cargada de ligeros refrescos; Elena se hundía en un sillón, é Isabel, colocándose junto á ella en una banqueta, escuchaba silenciosamente la voz tan melodiosa de la desgraciada joven, que le hablaba de su triste infancia y de su juventud aún más triste. Entonces la imagen de su hermano aparecía siempre en primer término, y no podía cansarse de recordar la tierna solicitud con que la había cuidado. De mucha más edad que ella, y de un carácter grave, que debía alejarle más de los juegos de la infancia, prestábase, sin embargo, á todos los caprichos de la niña, y sabía divertirla mejor que nadie durante largas horas. Referíale también que su hermano había adquirido el castillo de Lindhof únicamente porque ella había permanecido largo tiempo en la corte de L…, y porque el aire de Turingia parecía serle favorable. De todos estos relatos no se podía menos de concluir que el hermano de Elena de Walde la amaba entrañablemente.

Una tarde la sesión musical se había prolongado extraordinariamente; un criado entró en el salón y anunció una visita.

– Quédese usted conmigo esta tarde, dijo Elena á Isabel, y tomaremos el te juntas; mi médico llega de L…, y algunas señoras de la vecindad me han anunciado que pensaban reunirse aquí hoy. Voy á enviar un recado á su señora madre de usted á fin de que no esté inquieta por la tardanza. Mi consulta con el doctor terminará muy pronto, y me reuniré con usted en seguida.

Y se alejó apoyada en su muleta… Apenas habían transcurrido algunos minutos, reapareció apoyada en el brazo de un hombre, el que presentó á Isabel, diciéndole:

– El doctor Fells, de la ciudad de L…, uno de nuestros mejores amigos.

El doctor era hombre de cierta edad, muy robusto, y su rostro tenía una expresión de viva inteligencia. Se acercó apresuradamente á Isabel al oir pronunciar su nombre, y le expresó de la manera más agradable el asombro de todos los habitantes de L… al saber que el antiguo castillo de Gnadewitz estaba otra vez habitado por personas en carne y hueso.

De pronto se oyó un ligero rumor en la habitación contigua, y repentinamente aparecieron dos damas, una de ellas de edad madura y la otra joven, de rostros tan parecidos que no se podía dudar de que eran madre é hija. Ambas llevaban largos vestidos de tela obscura, manteletas negras de lana y sombreros de paja. Elena de Walde saludó á las dos damas dándoles el nombre de señora y señorita de Lehr, é Isabel supo después que habitaban en la ciudad de L… durante el invierno, y en verano en el pueblo de Lindhof, en donde acababan de alquilar una casita de campo.

Poco después entró la baronesa de Lessen del brazo de su hijo y seguida de un hombre á quien llamaban el señor candidato Mohring.

La baronesa llevaba un traje de color obscuro, pero de una elegancia rebuscada; su aspecto era imponente. Cuando la puerta se abrió ante ella, la señora de Lessen se detuvo en el umbral algunos segundos, y al parecer le sorprendió desagradablemente ver á Isabel. Miró á la joven con expresión desdeñosa de pies á cabeza, y apenas inclinó la cabeza correspondiendo á su saludo.

Elena, sorprendiendo al paso aquella expresión malévola, se adelantó hacia su prima y díjole en voz baja:

– He retenido á mi pequeña favorita porque nuestra sesión se había prolongado más que de costumbre por culpa mía, y no podía dejarla marchar en el momento en que nuestros visitantes llegaban.

Esta excusa no pasó inadvertida para Isabel; ésta sentía el ultraje, y hubiera deseado volar por la ventana, á no ser por un sentimiento de dignidad ofendida que la aconsejaba no huir cobardemente ante los modales desdeñosos de la baronesa. Esta última parecía satisfecha de la explicación dada por Elena, que implicaba, en efecto, una respetuosa deferencia por las opiniones y voluntades de su prima. Por eso la abrazó, y acariciando sus hermosos bucles castaños le prodigó las más tiernas lisonjas. Después saludó á todos los presentes y rogó á Elena que pasara á la



y repentinamente aparecieron dos damas

habitación contigua, donde estaba dispuesta la mesa para tomar el te. Hizo los honores de la misma, y desplegó en aquella ocasión el incomparable talento de que estaba dotada. Mientras dirigía la conversación, ocupándose de cada uno de los presentes, servíase de un arte maravilloso á fin de probar á Elena de Walde que continuaba siendo á sus ojos la persona más querida y más importante de la reunión. Un observador perspicaz hubiera seguido con interés aquella soltura admirable que triunfaba de las dificultades, evitándolas, y que daba á cada una de sus palabras, á cada uno de sus ademanes, precisamente el sentido deseado y buscado para conseguir el objeto que se proponía.

Isabel permanecía sentada silenciosamente entre el médico y la señorita de Lehr, y la reunión tenía poco interés para ella, puesto que la conversación versaba particularmente sobre personas para ella desconocidas y sobre acontecimientos que ignoraba. La señora Lehr hablaba mucho y parecía estar muy bien enterada de todo cuanto había sucedido y se había dicho en público y en privado durante las últimas semanas en la comarca de Lindhof.

Aquella señora se expresaba en voz baja, con tono plañidero, y después de citar un nuevo escándalo, cuya existencia se hubiera ignorado sin su intervención, dirigía siempre á su oyente una mirada dolorosa, como si ella hubiese sido el cordero encargado de redimir los pecados del mundo. De vez en cuando sacaba de su gran bolsa de punto de malla un frasquito de un agua maravillosa, con la que se humedecía los ojos, invariablemente elevados al cielo.



Elena se hundía en un sillón...

¡Qué contraste entre ella y Elena de Walde! Isabel la contemplaba apoyada graciosamente en una almohada de terciopelo, y su imaginación evocaba la imagen de un puro y hermoso nenúfar. Sin embargo, aquella tarde se notaba una animación particular en sus facciones; sin duda la impresión del sufrimiento no se había desvanecido del todo; pero en sus ojos brillaba un rayo de felicidad; mientras que en sus labios, de un color sonrosado pálido, deslizábase una sonrisa encantadora, la cual se repetía cada vez que levantaba el hermoso ramo de rosas que el joven Hollfeld le entregó cuando se acercó para hablarle. El caballero estaba sentado junto á ella é intervenía á veces en la conversación; cuando tomaba la palabra, todas las damas enmudecían, como si no hubiesen querido perder nada de aquel lenguaje, poco elocuente, sin embargo, y que ni siquiera tenía el mérito, como lo reconoció Isabel muy pronto, de indicar una idea original ó un sentimiento generoso.

Era un bello joven de unos veinticinco años; sus facciones, muy nobles, caracterizábanse sobre todo por una extremada placidez, y difícilmente se hubiera notado una línea que indicara un poco de firmeza viril; pero cuando se había podido leer en sus ojos, olvidábase al punto su belleza plástica... Aquellos ojos, aunque grandes y bien formados, carecían de expresión, y no se veía en ellos nunca el fuego que revela la inteligencia antes de que la anuncie la palabra, ni aquel brillo especial que sin atraer poderosamente encanta y cautiva.

Pocas personas se ocupaban, por lo demás, en hacer aquel estudio, porque se había convenido ya en la pequeña corte de L... que el silencioso Sr. de Hollfeld, cuyo mutismo ocultaba sin la menor duda profundos y graves pensamientos, era un hombre original y extravagante. Las damas de Lindhof y las que vivían en sus alrededores no estaban seguramente dispuestas á comprobar aquel juicio; la corpulenta señora Lehr no pensaba tampoco en ello, y cada vez que el Sr. de Hollfeld hablaba inclinábase con ávida curiosidad hacia Isabel. En una de estas ocasiones preguntó á la joven:

– ¿No está usted entusiasmada con los sermones que nos ha predicado el candidato Mohring en las últimas fiestas?

– Siento mucho no haberle oído, contestó Isabel.

– Entonces, repuso la señora Lehr con frialdad y retirando involuntariamente su silla, no habrá usted asistido al oficio divino...

– ¡Oh!, sí, he estado con mis padres en la iglesia del pueblo de Lindhof...

– ¿De veras?, preguntó la señora de Lessen, volviendo la cabeza por primera vez hacia Isabel; mientras una sardónica sonrisa vagaba por sus labios. ¿Y se han celebrado todas las ceremonias del culto de una manera muy edificante en esa iglesia?, añadió.

– Seguramente, señora, contestó Isabel con mucha cortesía, pero fijando una mirada de firmeza en los ojos de la señora de Lessen, que expresaban desdeñosa ironía... Me ha conmovido en extremo el elocuente sermón de nuestro cura, pronunciado al aire libre bajo las verdes encinas que rodean la antigua iglesia... En el momento de comenzar el servicio divino, y como echase de ver que el templo era demasiado pequeño para contener á los fieles, mandó levantar un altar bajo la bóveda del cielo, según se hacía en otros tiempos, á lo que dicen.

– Sí, desgraciadamente, así ha sucedido, dijo el candidato Mohring, interviniendo en la conversación.

Hasta entonces había hablado poco, limitándose á escuchar á la señora de Lehr, con una sonrisa complaciente, ó estimulándola con la mirada y la cabeza.

– Sí, señora baronesa, continuó, así se ha hecho. Esto nos recuerda los desolados tiempos en que los hombres tenían ídolos y no conocían á Dios... En aquellas épocas, en efecto, los druidas ofrecían sus sacrificios bajo las encinas...

Al decir esto, la ancha cara del señor candidato se cubrió de intenso rubor.

– No comprendo bien esa comparación, contestó Isabel, y á decir verdad la ceremonia á que asistí no me recordó en lo más mínimo aquellas fiestas idolátricas á que el señor se refiere. En aquel hermoso día de Pentecostés, mientras por las ventanas y las puertas del antiguo edificio se exhalaban las magníficas armonías del órgano, he visto de pronto á un anciano venerable levantarse para hablarnos dignamente de Dios; he oído resonar su voz bajo la verde bóveda de los grandes árboles, y he experimentado una emoción religiosa, que sólo puedo comparar con la que sentí la primera vez que penetré en un templo.

– Tiene usted una memoria sorprendente, señorita, dijo la señora de Lehr; pero ¿qué edad contaba usted cuando fué por primera vez á la iglesia?.. Tal vez sea indiscreta mi pregunta..

– Nada de eso, señora; tenía ya once años.

– ¡Once años!.. ¡Oh, Dios mío, es posible!, exclamó la vieja dama con expresión de espanto. ¿Pueden incurrir en tan terrible responsabilidad padres que son cristianos? Mis hijos han conocido y frecuentado la Casa de Dios desde su más tierna edad... Y usted puede dar testimonio, señor doctor.

– Ciertamente, dijo con gravedad el médico, y hasta recuerdo que usted atribuyó á la circunstancia de haber permanecido largo tiempo en una iglesia fría el ataque de *crup* que le arrebató á su niño á la edad de dos años.

Isabel miró al doctor con espanto. Aún no había tomado parte en la conversación sino para dirigir acá y allá, sin preferencia ni premeditación, algún sarcasmo, que le atraía una mirada malévola de la baronesa.

Cuando Isabel, interpelada, debió tomar la palabra; cuando el ataque del señor candidato la obligó á defender al anciano sacerdote acusado de idolatría, no pensó en mirar al médico, ni vió, por lo tanto, la expresión de cómica satisfacción que se había pintado en su rostro..., pero esta vez la broma le pareció de mal gusto, hasta bárbara, y no pudo reprimir un ademán de desagrado... No obstante, el médico debía conocer bien las personas entre quienes se hallaba; y el hecho es que no había traspasado los límites permitidos, pues la señora de Lehr permaneció impasible... Después volvió á tomar la palabra y dijo con un tono lleno de unción:

– Sí, Dios quiso llevarse aquel angelito tan piadoso..., era demasiado perfecto para este mundo...

Y luego cambiando de tono prosiguió dirigiéndose á Isabel:

– De modo que la palabra divina ha sido desconocida de usted, y ha tenido cerrado el reino de Dios hasta la edad de once años...

– Tan sólo su templo me fué desconocido, porque desde mi más tierna infancia me enseñaron las verdades del cristianismo, y he conocido y amado á Dios; pero mi padre opina que no conviene llevar á los niños demasiado jóvenes á la iglesia; piensa que sus almas, inconscientes aún, no son capaces de comprender la alta significación del culto; y que los sermones les aburren, porque por mucha que sea su buena voluntad, no pueden penetrar el sentido de la palabra divina. Mi hermanito tiene siete años y no ha ido aún á la iglesia. Se le reserva como una recompensa, en vez de imponérsele como un deber enojoso, y así estimulado, escucha y retiene con más fervor la enseñanza religiosa proporcionada á las fuerzas de su inteligencia infantil.

– ¡Oh, padre feliz!, exclamó el doctor. ¡Ha podido..., ha osado obrar así!

– Y ¿por qué no ha seguido usted la misma vía?, preguntó la baronesa. ¿Por qué no ha dejado usted á sus niños crecer como las setas?

– ¿Por qué? Puedo explicárselo en pocas palabras, señora. Tengo seis hijos, y no soy bastante rico para proporcionarles un preceptor; por otro lado el ejercicio de mi profesión no me permite tampoco instruirlos yo mismo. Me ha sido forzoso enviarlos á la escuela, y someterme á las reglas que en ésta rigen.

Al oir estas palabras la baronesa de Lessen se levantó impaciente... En sus anchas mejillas, pálidas de ordinario, se extendían dos manchas rojas, síntomas irrecusables, para todos cuantos la conocían, de un próximo y violento acceso de cólera. La señorita de Walde no se engañó; había escuchado pasivamente la conversación que tomaba poco á poco tan peligroso giro; y levantándose al mismo tiempo que su prima, cogióla del brazo y la condujo hacia la ventana, preguntándole si le agradaría oir un poco de música y ofreciéndole sentarse al piano con Isabel.

Esta proposición fué acogida con una señal afirmativa. Tal vez la baronesa se consideraba sin fuerzas para contender con el doctor, y aprovechaba aquella coyuntura para terminar la discusión, pero su indignación debió ser observada por la concurrencia.

Apoyándose en el alféizar de la ventana, contempló el paisaje que se desarrollaba delante de la casa. Las primeras y ligeras sombras del crepúsculo se extendían por la campiña. La mirada de la baronesa era fría, hasta en los momentos en que experimentaba una violenta cólera, que sólo se revelaba por un pliegue profundo formado entre las cejas y en un ángulo de la boca... Estos pliegues no desaparecieron ni siquiera cuando las dos artistas comenzaron á tocar magistralmente en el piano, á cuatro manos y con una energía casi violenta, el *Rey de los Alisos* de Schubert. El corazón de la dama no se emocionaba con aquella melodía. Extinguido el último acorde, las dos pianistas se levantaron, y el doctor, que las había escuchado religiosamente, se acercó á ellas presuroso, con los ojos brillantes y dióles gracias por el placer que acababan de proporcionarle, placer de que no había disfrutado, según dijo, hacía muchos años... Al oir estas palabras, la señorita Lehr se ruborizó, y su madre dirigió una mirada de encono al malaventurado entusiasta... ¿No había tocado su hija varias veces, durante el invierno anterior, en los conciertos organizados en L... para obras de beneficencia? ¿Y no había asistido el médico á todos aquellos conciertos? El doctor, por otra parte, no hizo el menor aprecio de la tormenta que se formaba detrás de él, y comenzó á hablar del genio original de Schubert, dando á conocer su delicado gusto y sus profundos conocimientos musicales.



El candidato acababa de sentarse ante el piano

De repente el gran piano dejó escapar un sonido duro y seco, y todos los que hablaban se volvieron con espanto... El candidato acababa de sentarse ante el piano, alta la cabeza, los ojos fijos en el techo y las narices dilatadas... Su mano izquierda vino en ayuda de la derecha, y produjo á su vez un acorde no menos estridente. Después el Sr. Mohring comenzó á tocar un hermoso coral de una manera tan destemplada, tan grotesca y deplorable, que constituía un verdadero martirio para oídos inteligentes...

(Continuará.)

UN TEATRO CON DOS PLATEAS EN NUEVA YORK

Los habitantes de Nueva York tienen fama de ser los más aficionados al teatro de toda América, y esta fama justifícase por el número creciente de diversiones que allí hay y que atraen gran concurrencia. De algunos años á esta parte el favor progresivo obtenido por los que aquí llamamos cafés-conciertos, ha dado origen á un tipo especial de teatro que, además del escenario y de la platea, tiene otras distracciones anexas, paseos, cafés, salones de descanso, jardines cubiertos para el rigor del verano, etc. La superioridad de una representación se juzga ciertamente por la calidad de las obras puestas en escena, pero lo que constituye el mayor atractivo son la duración y la variedad del espectáculo; así es que atrae público más numeroso el empresario que logra en menos tiempo presentar más distracciones.

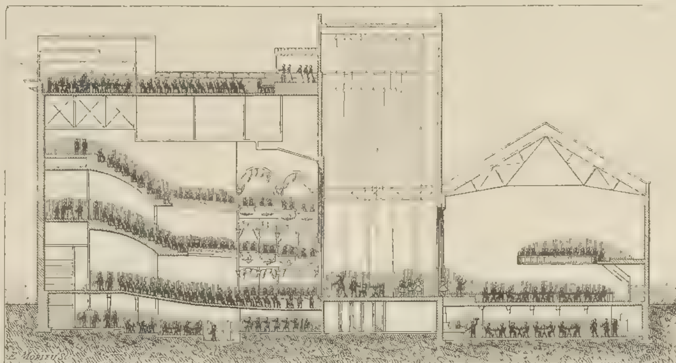


Fig. 1. – Sección longitudinal del teatro de dos plateas

Para responder á esta necesidad, el propietario del *Proctor's Pleasure Palace*, de Nueva York, ha apelado al recurso que indican los adjuntos grabados, y que consiste en hacer servir un mismo escenario para dos plateas distintas: una de ellas es, como puede verse en la figura 1, la platea propiamente dicha; la otra es la nueva platea llamada *palmarium*, por las palmeras y plantas tropicales que la decoran, y está separada de la anterior por el escenario. El teatro primitivo no ofrece otra cosa de particular que el jardín y el café, situados en los subterráneos; en él se ven las grandes paredes del escenario, el telón, los escotillones, y á la derecha un espacio antes reservado á los cuartos de los artistas.

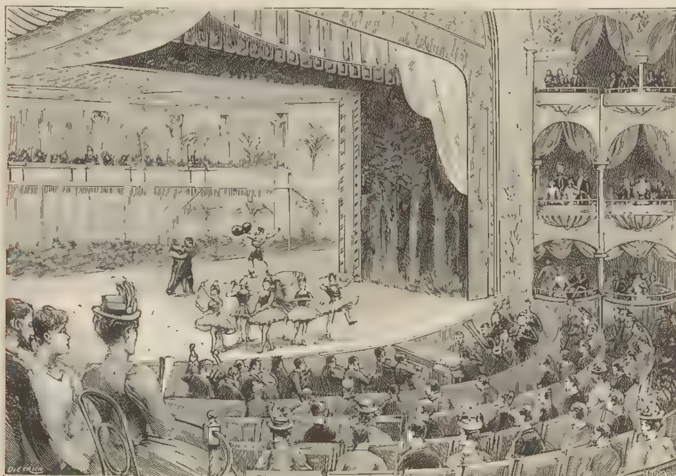


Fig. 2. – Vista en conjunto del teatro doble de Nueva York

Para realizar la idea de hacer una doble platea, construyóse detrás del teatro propiamente dicho una vasta sala que se puso en comunicación con la anterior abriendo un gran arco en la pared del fondo: el piso del escenario, convenientemente sostenido, se prolongó en el sentido deseado y se le proveyó de todos los accesorios.

En un principio se intentó dar simultáneamente en estos dos escenarios representaciones que no se perjudicaran una á otra, y así se hizo durante el verano último, pero generalmente el telón correspondiente al palmarium permanece bajado y sólo se levanta durante los entreactos ó para ciertos espectáculos de acrobatismo, exhibición de animales, etc. Un corredor subterráneo siempre abierto pone en comunicación las dos plateas.

Esta es la primera vez que se ha intentado un experimento de este género, que de fijo ha tenido buen éxito en Nueva York, pero que difícilmente aceptarán los públicos europeos. – E. Boistel.

VAGONES AUTOMÓVILES PARA FERROCARRILES

(SISTEMA SERPOLLET)

La idea de un ferrocarril trae siempre consigo como corolario la de un tren que por dicha vía circule, y cuando se trata de viajeros, este tren debe llevar por lo menos, además de los vagones á ellos destinados, una locomotora, un ténder y un furgón de equipajes. Este material resulta evidentemente exagerado en las líneas de interés local, que tienen escaso tráfico y no muy considerables ingresos.

Algo se simplifica este material empleando locomotoras-ténders y vagones mixtos con compartimientos de distintas clases, pero el personal de uno de estos trenes ha de componerse siempre de un conductor de tren, de un maquinista y un fogonero.

Un tren ligero ideal debería reducir á la unidad así el material como el personal, y en este camino de simplificación y de economía constituyen un progreso los vagones automóviles estudiados por la *Sociedad de generadores de vaporización instantánea*, cuyo primer modelo (fig. 1), ha sido recientemente ensayado en la línea París-Lyón-Mediterráneo, en el trayecto entre Corbeil y Malesherbes.

Este vagón automóvil es impulsado como una locomotora ordinaria por motores de cilindro horizontal dispuestos debajo del bastidor y que ponen directamente en movimiento las ruedas delanteras. El motor está alimentado por una caldera de vaporización instantánea, sistema Serpollet, calentada por panes de carbón aglomerado que reducen al mínimo el volumen del combustible y facilitan su colocación.

El vagón automóvil pesa 17 toneladas en orden de marcha y puede transportar 44 viajeros, 32 sentados y 12 de pie en la plataforma trasera: las cuatro ruedas tienen un metro de diámetro y la distancia de sus ejes es de cuatro metros. La característica de la caldera Serpollet es que produce vapor á presión esencialmente variable y proporcionada á las necesidades, es decir, al esfuerzo de tracción que debe realizar á cada momento el motor según los declives y las resistencias de la vía. Así, en un caso particular, puede suministrar vapor á la presión de 15 kilogramos por centímetro cuadrado, pero basta una presión de ocho para dar movimiento al vagón con sus 44 viajeros á una velocidad de 50 kilómetros por hora. Reduciendo la velocidad y aumentando la presión, el mismo vagón puede, en las pendientes ordinarias de las líneas de ferrocarriles, arrastrar un segundo coche de viajeros ó un furgón de equipajes, como indica la figura 2.

El material simplificado, que en sus líneas esenciales hemos descrito, ha sido construído por vez primera para una línea de Wurtemberg, lo cual es un gran éxito para M. Serpollet por haber conseguido que un Estado alemán haya encargado material francés.

Las compañías de ferrocarriles de interés local, que apenas cubren los gastos de explotación, harán bien en estudiar atentamente los vagones automóviles de Serpollet: en ellas encontrarán ciertamente el medio de reducir sus coeficientes de explotación que en algunas pasa del 150 por 100, es decir, 150 pesetas de gastos por 100 de ingresos. Este desnivel es aun mayor en las líneas no subvencionadas por el Estado.

El automóvil está á la orden del día y las compañías de ferrocarriles tendrán que recurrir á él cuando tengan interés en organizar trenes ligeros y frecuentes, trenes-tranvías, en una palabra, adoptados desde hace algunos años por ciertas grandes compañías para atender á necesidades especiales. – A. Dufaut.



Fig. 1. – Vagón de ferrocarril automóvil, sistema Serpollet

UTILIZACIÓN

DE LAS CATARATAS DEL NIÁGARA

El *Electrical Engine* publica una nota de M. B. Rankine que da algunos detalles sobre la fuerza actualmente tomada de las cataratas, con su repartición.

La Compañía Niágara Falls Paper utiliza 7.200 caballos hidráulicos; Pittsburg Reduction C.° para la fabricación del aluminio, 3.050 caballos eléctricos; the Carborundum para la fabricación del carborundum, 1.000 caballos; Acetylene L. H. and P. C.° para la preparación del carburo de calcio, 1.075; B. and N. F. Electric Light and Power C.° para un alumbrado local, 500; Walton Ferguson para la preparación del clorato de potasa, 500; Niágara Electro-Chemical C.° para el peróxido de sodio, 400; B. and N. F. Electrical Railway tranvías locales, 250; N. F. and S. B. Railway C.° también para tranvías locales, 250.



Fig. 2. Vagón automóvil arrastrando un furgón ordinario de ferrocarril

Toda esta potencia está distribuída desde el 1.° de octubre de 1896. La Buffalo street Railway C.° utiliza 1.000 caballos desde el 15 de noviembre de 1896. L'Acetylene Light, Heat and Power C.° recibió 1.000 el 1.° de febrero de 1897, 1.000 el 1.° de marzo y recibirá 2.000 el 1.° de noviembre. La fábrica Mathison Alkali Works dispondrá el 1.° de junio de 2.000 caballos. En fin, el 15 de noviembre de 1897, la Sociedad dará 1.000 caballos á la Buffalo street Railway C.° y 3.000 á la Buffalo General Electric C.° para alumbrado.

La potencia eléctrica que debe distribuirse llega hoy á 18.025 caballos. Si se agrega á esto los 7.200 caballos hidráulicos para el Niágara Fals Paper C.° y 400 para MM. Albright y Wilson electro químicos se llega á un total de 25.625 caballos. Se notará que esta utilización de las cataratas está destinada especialmente á las aplicaciones electroquímicas.



UNA CARRETA SALAMANQUINA, dibujo original de Baldomero Galofre

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 7 de junio de 1897 — Núm. 806



DURANTE EL DESCANSO, dibujo original de Vicente Cutanda

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

El fin de mayo. – Sus terribles aniversarios. – La comunidad socialista en París. – Los incendios. – Las ceremonias monárquicas en el entierro de Aumale. – Los retratos del duque de Orleáns al cromo y al anuncio fijados en las esquinas. – Interpelación al prefecto y donosa respuesta del prefecto. – Las canonizaciones de dos bienaventurados en San Pedro. – Esplendor de la colosal basílica. – Desgracias de los griegos. – Evocación de las Termópilas. – Conclusión.

Mes de mayo, mes de las mariposas y de las flores, ¡cuán terribles aniversarios en tus días serenos y floridos guarda la humanidad! No queremos recordar otros, no necesitamos recordarlos, sino los traídos ahora con tanto estruendo á colación por los comunistas franceses, el aniversario de las quemas y de las matanzas, que asolaron y estragaron París el año setenta y uno. *Nefanda, regina, jubes, memorare dolora.* Sí, dolores terribles los conmemorados, dolores colectivos y sociales, engendro de alucinaciones extraordinarias, sugeridas á pueblos enteros, no solamente por la religión y el arte, por la historia y la ciencia. Una idea general dominó á Francia el día que Francia proclamó su República vigente, la idea de que bastaba con comunicar al aire tan prestigioso mágico nombre, para que surgieran los voluntarios de la libertad antiguos, cuyas voces, cantando la Marsellesa en coro, que al corazón de los enemigos llegaba con mágicos acentos, y cuyas bayonetas, metiéndose por los riñones en el cuerpo de los seides del absolutismo, aterraron á todos los reyes europeos y les arrancaron de las sienes sus tradicionales coronas. Y si esta idea dominó en los franceses todos, con especialidad en los jóvenes, dados, desde su primera juventud, al culto de la República; otra idea dominó en los franceses exaltados, la idea de que bastaba entrar en el municipio parisiense, lleno de tradiciones revolucionarias, constituir numerosa junta, como la célebre constituída la madrugada del diez de agosto en mil setecientos noventa y dos, llamándose Comunidad revolucionaria, para que renovase los prodigios de la inolvidable, cuyas legiones improvisadas tomaron las Tullerías y pidieron la Convención, quien, si dentro de Francia desatara un terror, sólo comparable á las maldecidas matanzas hechas por los déspotas asiáticos y por los triunviros fundadores del imperio romano, fuera de Francia extendiera legiones y más legiones de apóstoles del progreso, cuyas huellas dejaron en el suelo europeo luminosos regueros y en la conciencia humana inextinguibles ideas.

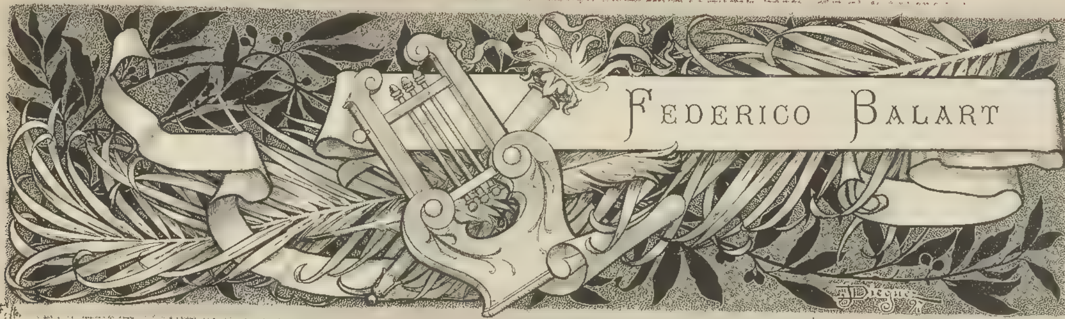
¡Cuál día el miércoles veintitrés de mayo de mil ochocientos setenta y uno! Las tropas del gobierno republicano establecido en Versalles tomaban posesión del edificio de la Bolsa. Sonreían las gentes como libres de peso enorme; gallardeaban al aura primaveral innumerables banderas tricolores; oíanse gritos de júbilo mezclados con ecos de músicas, cuando, de súbito, retiembla el suelo, ennegrécense los aires, columnas de humo suben á las alturas despidiendo de sus senos siniestros relámpagos, como si tormenta inesperada hubiera caído sobre la ciudad en guerra. Seguidamente, con la celeridad de un rastro de pólvora encendido, dícense unos á otros los vecinos, al terror generado por una calamidad repentina, que las Tullerías vuelan, que París arde por los cuatro costados, que llueve petróleo incandescente, que se abren las letrinas repletas con pólvora, cayéndose por el suelo, abierto en simas, derruídos y calcinados, todos los monumentos. Un indecible fragor de rabia estalla. Nada de cuartel, gritan las ciegas muchedumbres del centro contra las ciegas muchedumbres de los extremos. Y en efecto, los prisioneros inermes caen muertos de cuatro tiros, sin causa predecesora y justificante del irreparable castigo. Muchas personas sabían que aguardaba nueva catástrofe á la ciudad probada por tantos horrores. Para evitarlo no había más que un medio: entrar instantáneamente por todas las puertas; ocupar de un golpe todo París, cayendo sobre sus espacios como los aludes sobre las llanuras; no detenerse un minuto en asestar este golpe tremendo de audacia; salir á los tejados y bajar á las alcantarillas; agruparse alrededor de los grandes monumentos y arrancarlos en lo posible á la devastación y al incendio. Así lo intentaron las tropas de Versalles: para cerrarles el paso no encontraron sus enemigos más que la tea incendiaria. Y para que pueda verse cuán ciegos de vista y cuán dementados de cabeza estaban los comuneros, baste decir que incendiaron el palacio de la Comunidad, es decir, el Hotel de Ville, testigo de los combates y de las glorias del pueblo parisiense. Allí puso París el tricolor lazo en los hojales de la casaca que ceñía Luis XVI, cuando se imaginaba rey absoluto aún. De allí se partieron los que, al tomar y destruir la Bastilla, tomaron y destruyeron la vieja sociedad. El gobierno de Robespierre y su junta de salvación pública halló su origen y su fuerza en el palacio de la Municipalidad, pedestal también un momento del titán de las revoluciones, del gigantesco Dantón. Sobre los rellanos de su gran escalera proclamó Lafayette el definitivo destronamiento de los Borbones y Ledru-Rollín la República de Febrero. Y si allí Lamartine, tan grande orador como gran poeta, contuvo con la virtud de su palabra divina los excesos de la demagogia y enrolló en su puño la bandera roja, también allí se levantaron los que destruyeron el imperio napoleonida y asentaron definitivamente sobre la monárquica tierra de Francia los definitivos fundamentos de duradera República. Y como en la postrer guerra, invadida Francia por Alemania, no surgieron los vencedores voluntarios del noventa y dos; proclamada la comunidad revolucionaria de París, si pudo imitar los crímenes, no pudo repetir los milagros de la comunidad revolucionaria del noventa y tres. ¿Por qué? Los franceses no han variado; son los mismos en inteligencia y heroísmo que sus padres, han variado los tiempos, y con los tiempos el medio ambiente donde se generaron aquellos hechos, la sociedad.

Son los tiempos nuestros más positivistas que los tiempos de la revolución francesa, y son las generaciones mucho más reflexivas que aquellas generaciones revolucionarias; por lo cual menos inspiradas y heroicas; pero en la comparación entre unas y otras, mayormente trabajadoras y sesudas. Nuestros padres del noventa y dos proclamaron la República entre los relampagueos de un Sinaí sublime; mas no supieron, magüer heroicos é inspirados, conservarla. Frustróse como los frutos anticipados á su estación propicia. Sus hijos hanla conservado. Inútilmente quiere la monarquía restablecerse con esfuerzos continuos sobre un suelo que la rechaza y apoderarse con espejismos deslumbradores de una conciencia que la maldice. Cada día recoge los desengaños correspondientes á las ilusiones. Muerto en las corrientes semanas de mayo el potentado Aumale, sus sobrinos, los aspirantes al imposible trono, se han dado el inocentísimo placer de celebrar besamanos presididos por la augusta reina, quien ha con placer aspirado muchos salamelechs de los arqueológicos realistas y recibido con orgullo unos ramilletes de las Damas del Mercado. Entre las muchas escenas de la farsa representada para traer el restablecimiento de los Orleanes, con que han cascabeleado los monárquicos una ceremonia tan luctuosa cual el entierro de Aumale, escogieron la más extremadamente risible que puede imaginarse, por sainetesca y ridícula. Entre las innumerables cábalas del reclamo, puesto en moda por los Barnums al uso, ninguna tan frecuente como tirar en muchos ejemplares, y luego engrudar el retrato en cromo de cualquier titiritero para pegarlo llamativo sobre las esquinas con este rótulo: «Vendrá» ó «Pronto vendrá.» Pues los realistas echaron mano para jalear á su rey de tan payaso recurso. Y aparecieron retratos del duque de Orleáns por todas las esquinas del republicano París. El prefecto, lejos de arrancar aquellos pasquines rebeldes, los dejó á su guisa, y como le interpelara la fracción exaltada del Senado sobre su increíble incuria é inercia, creyéndola desacato á la República, respondió haber creído cosa de los enemigos del pretendiente aquella pintura clownesca, por lo cual parecióle prudente imitar lo que dijera el perro en una de las más populares fábulas francesas, traducidas al castellano por célebre poeta de la pasada centuria en estos realistas términos, por los cuales pido perdón á mi lector: «Alzo la pata, me orino, y prosigo mi camino.»

Levantemos los ojos á cosas más altas. Y altísima la canonización de dos piadosos mortales en la Basílica vaticana. Por vez primera tras la supresión del poder temporal, una festividad religiosa de tamaña magnificencia se ha celebrado en público y con todas las ceremonias propias del espléndido culto romano. Imaginaos el templo mayor de la cristiandad ostentando, no sólo sus clásicos mosaicos, los mármoles y pórfidos y bronces y ágatas, entre cuyos subidos colores lucen las blancas estatuas de alabastro y los negros sarcófagos y los bronces tan relucientes cual el oro, sobre los cuales se reflejan innumerables bujías, y por mucho esfuerzo que empleéis y por mucha imaginación que tengáis, no llegará vuestra idea, fantaseando, á la verdadera, y aunque verdadera, increíble realidad. Siempre me pareció mal que Lutero en los campos de Roma pareciese un agrimensor y en la Ciudad Eterna un empleado de la estadística municipal. No mira Lutero el lado estético de las campiñas y el lado religioso de los monumentos; mide las tahullas de aquélla y cuenta las proporciones de éstos. Quien quiera convencerse del fundamento de esta observación mía no tiene que hacer sino asesorarse de cualquier descripción suya contenida en sus célebres memorias. ¿Qué sitio podía inspirar más ideas sublimes al siempre teólogo, y entonces asceta Lutero? ¿Las catacumbas? Pues la descripción de tal pasaje por Lutero parece una estadística. Imitando el método luterano, para dar idea de aquella pompa y magnificencia en el ceremonial de una canonización, sólo necesito decir que han entrado cuarenta mil personas en la Basílica y diez mil en las tribunas; que se hallaba compuesto el cortejo por cuatro mil funcionarios, así civiles como eclesiásticos, y que ha tardado este cortejo una hora larga en desfilar ante la santidad de León XIII, iluminado dentro del templo por veinte mil bujías. Pero, entre todo, ha resaltado la inclinación de éste á una inteligencia con el gobierno italiano, cuando abre su Basílica de par en par, y se muestra sobre su sede gestatoria por el vestíbulo y ante la plaza del Bernino, como por los tiempos en que bendecía la ciudad y el orbe desde los balcones de San Pedro.

No cerremos esta revista sin recordar las desgracias de los griegos, y al recordar las desgracias de los griegos no olvidemos que se acaban de concentrar sobre las célebres Termópilas, y al evocar las Termópilas evoquemos las causas de que tengan perpetuamente sus espacios una fresca corona de inextinguibles inmortales laureles. Leonidas expresó allí el verdadero sentimiento de todos los griegos al proponer una resistencia desesperada y á muerte. Todo el espíritu exhalado por aquella tierra de la democracia y de la libertad se condensó en el hombre superior que sabía cuántos heroísmos para lo porvenir podían amasarse con el polvo levantado en aquellos combates heroicos y con la sangre difundida por las venas de aquellos hombres libres. Tespios y tebanos, últimos sobrevivientes, juraron morir al lado y compañía de los suyos, para que sus cadáveres sirvieran también como de una égida moral á la patria y á la libertad y á la gloria de todos. El sol salía cuando Leonidas y sus compañeros abandonaban sus ocultas guaridas y surgían armados y retadores en busca de luz y de aire. Las recatadas trincheras de los griegos quedaron desiertas, y el punto de ataque fué acorrido por su esfuerzo. Llegó la batalla decisiva en el terreno más amplio que podía ofrecer á los combatientes desfiladero tan estrecho. Los griegos, enfurecidos, despiadados, con el encarnizamiento propio de la desesperación, resueltos á que su muerte se compensara con creces incalculables en las filas contrarias, pisaban entrañas en los riscos á la manera que pisa uvas el vendimiador en los lagares. Cada griego presentaba seis ó siete muertos á sus plantas, como esas estatuas simbólicas del heroísmo y del combate que se alzan sobre los cadáveres. La imagen de su patria y el sentimiento de su libertad los alentaba, mientras el déspota oriental tenía que poner á las espaldas de sus falanges, inertes y pesados cortesanos y sátrapas suyos, armados de látigos que hirieran á sus esclavos y los excitaran con estas vergonzosas heridas materiales al combate y al holocausto por su aborrecido y aborrecible déspota. La puntiaguda lanza helénica clavábase con furor en las carnes asiáticas, cual si tuviese animación y fuerza de un organismo, defensor de sus héroes. Al aliento moral de los libres petrificábanse bajo el peso de sus cadenas los siervos. Parecían los pocos muchos por la superioridad intelectual y moral, los muchos pocos por la escasez de sus fuerzas materiales. El número, solo el número, que subía de las riberas y bajaba de las cumbres, rodeando á los vencedores, dió cuenta de todos ellos. La horda oriental venció por una fatalidad mecánica en aquel encuentro á la sabia y libre falange; pero ésta derribó en el suelo veinte mil bárbaros. Xerxes puso en una cruz el cadáver de Leonidas. ¡Ah! Esas cruces alzadas por los caminos de la historia resultan en las perspectivas de los tiempos y en los juicios de la posteridad las cumbres del humano espíritu.

Madrid, 31 de mayo de 1897.



FEDERICO BALART

Balart es grave, serio y muy nervioso. Cetrino el color, nevados el cabello y la barba, de estatura baja, triste la mirada y con cara de pocos amigos. Sin embargo, apenas tiende la mano ó rompe á hablar (que posee, por cierto, extraordinaria facilidad de palabra), todo recelo se disipa en el que le escucha, y se ve que aquel hombre que parecía retraído y de mal genio es afable, expansivo y bueno hasta dejarlo de sobra. La magia de su acento cautiva, la profundidad de sus juicios obliga á meditar y la viveza de imaginación le hace pasar de la sentencia al chiste con naturalidad tan arrebatadora, que conversar con él es estar á punto de llorar unas veces y otras á pique de soltar la carcajada. De todo habla, de todo entiende y en todo tiene juicio propio. No hay sabio menos aficionado á citar nombres de autores y libros que D. Federico. No obstante, hoy no creo que haya otro en España (ni Giner, ni Pi, ni Menéndez Pelayo, ni Clarín) que tenga igual facilidad de enseñar siempre algo nuevo y algo bueno al que le escuche.

Cuando hace años me llevó por primera vez á casa de Balart su amigo Antonio Ortiz, la presencia del poeta causó gran sorpresa en mí. ¿Cómo le encontramos Ortiz y yo? No fué ciertamente en traje y guisa de apasionado cantor de una mujer ya celeste, no. Venía el ilustre escritor prisionero en amplia bata de color ceniza, colgando bajo ella unas cintajas blancas y envuelta la argentada cabellera en un gorrete de franela ó algo así, no menos *albo*, como diría cierto académico de que no quiero acordarme, ó no menos *cándido*, como escribiría cierta poetisa que yo me sé.

En trabajos de la índole del presente, no hay otro recurso que ser indiscreto. El más leve detalle de la personalidad de un literato eximio puede ser de señalado interés para sus devotos, y así tienes que perdonarme, lector amigo, que te presente á tan poético cantor aderezado con tan prosaicas vestiduras. ¡Bienaventurados aquellos que lleguen á ver á Balart con las cintas y la bata y el gorro, porque ellos oirán de sus labios encantadoras palabras y pensamientos admirables!

Balart habla como escribe; siempre intencionado, siempre cortés, siempre elegante y correcto, siempre reflexivo y sincero. De él podría decirse que reune como nadie las tres bellísimas condiciones que se recomendaron á la Guardia Civil: es prudente sin debilidad, firme sin violencia y político sin bajeza. Así ha podido ejercer, con tan notable acierto y durante tantos años, de Guardia Civil del Parnaso, del arte dramático y de la pintura.

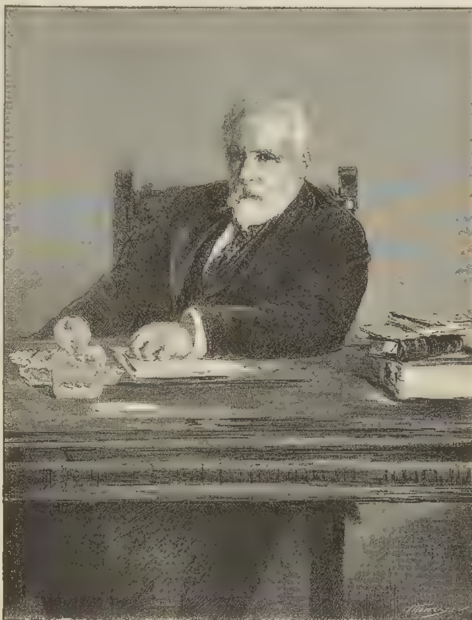
Al ver á Balart, se cae al punto en que es un hombre serio, en el buen sentido de la palabra. Apenas se le oye, se percibe que es ante todo un hombre bonísimo, un caballero irreprochable y un amigo de los que entran pocos en libra.

* * *

Cuando le hallé después en Asturias, pude advertir cuánto le horroriza la exhibición. Fué en una casa de baños. Encontrábame apoyado en la baranda y mirando al mar, cuando vi de súbito pasar á un anciano, vestido con elegante y artístico desarreglo, de airoso chambergo y bien cortado traje gris obscuro, y agarrando con fuerza un quitasol blanco que en verano jamás abandona.

—¡D. Federico!, grité sorprendido, y no transcurrió un minuto sin que Balart viniera á mis brazos.

—Ayer he llegado, pero no lo diga usted á nadie.



Federico Balart

Ya nos divertiremos nosotros solos. En el libro de la fonda he firmado Juan Fernández. Conste, pues, que es Juan Fernández, y no Federico Balart, el que está en Salinas.

Nunca olvidaré aquellos días. D. Federico, más madrugador que yo, bajaba á la playa todas las mañanas á cosa de las diez. Allá á las once y media nos reuníamos en un banco, delante de una caseta, charlábamos algunos ratos (casi siempre de literatura), y callábamos otros para quedarnos contemplando el mar y las rápidas y continuas variaciones de los grandiosos, sublimes, casi salvajes panoramas de Asturias.

Algunas mañanas, y cuando parecía que el cielo gris de aquella bendita tierra, que tan diversos matices extiende y muda sobre las altivas rocas y las encrespadas olas de Salinas, no iba á salir de aquellas neblinas misteriosas, cómplices de los vagarosos ensueños, como no hay en Asturias un Noherlesoom capaz de predecir cuándo va á aparecer ó esconderse el rubicundo Febo, brillaba de súbito un sol de justicia, y entonces estaba de ver Balart desplegando á toda vela el quitasol blanco, empezando á sofocarse á todo vapor, roja la cara, la mirada iracunda, señalando con angustia al astro del día y diciéndome con voz trémula:

¡Ahí está mi enemigo!.. ¡Ya sudo, ya sudo! ¡No sé cómo á Castelar puede gustarle tanto el sol!.. ¡Esto es imposible! Quede usted con Dios, que yo me largo á acostarme; me siento muy mal, muy mal... Hasta la tarde, si ese condenado lo permite.

Y levantándose brusco y serio, siempre enarbolando (á guisa de estandarte de la poesía brumosa del Rhin y del Nalón) el quitasol blanco, Balart, no diré corría, volaba á refugiarse en la fonda.

Para gustos se hicieron colores, y con respecto al sol no es posible que Balart y Castelar se pongan jamás de acuerdo.

A propósito de Castelar. Tiempos hubo en España, y no andan tan lejanos, de los cuales Clarín ha dicho graciosísimamente que por poco nos volvemos entonces tontos todos los españoles; cuando á Eguílaz se reputaba dramático sin rival, y D. Gregorio Romeo Larrañaga (del cual se dijo que su nombre y apellidos parecían, ¡oh colmo de la onomatopeya!, una riña de gatos) era tenido por poeta lírico de lo más selecto, y las novelas de entregas pasaban por cosa mayor y se llamaba escritores amenos á cuatro desahogados insulsos. Por entonces regresó Zorrilla de América, y llegó á tal punto entre la mayoría del público la estupidez, que de los versos de D. José se dijo que no encerraban nada, que habían pasado de moda (¡cómo si pasaran de moda Calderón y Lope!), y poco menos que se llamó al gran Zorrilla poeta cursi y *desaborío*. Cierto día y en un corro de literatos *soi-disants*, mientras Balart y D. Gabriel Tassara permanecían en nervioso mutismo, salió á la conversación el asunto de moda (¡la moda siempre, esta gran tirana!) y aquel grupo de necios nacidos para escribientes y disfrazados de escritores, dióse á poner á Zorrilla de oro y azul. En vista del prolongado silencio de Balart, no faltó quien le preguntara:

—¿Y usted qué dice, D. Federico?

—Digo, repuso con viveza, que D. José Zorrilla es el poeta nacional, el poeta más inspirado de este país, el más grande de nuestros líricos contemporáneos.

—Tiene usted razón, le interrumpió García Tassara con su marcado acento andaluz. *¡Eze ez er malo!*

—¿Cómo el malo?

—Sí, señor; el que siempre hará mejores versos que todos nosotros.

A los pocos días, y quizás de resultas de aquel incidente, Castelar pronunciaba en el Ateneo de Madrid ante numeroso y exquisito auditorio la elocuentísima apología del inimitable cantor de *Margarita la tornera*.

* * *

Por mucho trabajo que le cueste á Clarín dar con un poeta de veras, no le costaría hoy menos á Diógenes encontrar el hombre que con su linterna buscaba. Por esto, al hablar de que Balart es un gran artista, cosa que todos saben, bien se puede añadir en su elogio que es además un carácter, cosa que tal vez no todos sepan.

La independencia con que discurre y habla es harto asombrosa en los tiempos que corren.

Cuando apenas hay un muchachito en los últimos periódicos de los más recónditos villorrios que no se atreva á burlarse de Grilo, Balart le sigue citando en su lista de los grandes poetas.

Fué D. Federico de los pocos que siempre supieron admirar á Rosales en toda su grandeza, antes del ruidoso triunfo en París, que valió después á Pradilla y Benlliure alcanzar tan altos premios en nuestras Exposiciones artísticas.

Hay que oirle con cuánta fe se lamenta del empeño de Emilio Zola en que la misión creadora del arte se convierta en copia servil de un lugar determinado. Balart quiere las cosas más en grande, más á lo Dickens, más desdibujadas tal vez, pero más generales y más hondamente conmovedoras. El arte es la exteriorización de las ideas y los sentimientos más exquisitos, no la reproducción fiel de un cuadro vulgar. Balart, que admira como pocos al Zola escritor y estilista de primera fuerza, no transige con el Zola apóstol del naturalismo, y quiere que el arte sea arte y la ciencia ciencia, y que el hombre que busque la belleza la encuentre en *La niña Dorrit*, pongo por maravilla, y el que desee conocimientos fisiológicos vaya á perseguirlos en un tomito de Bernard ó en un libro de Wundt, en vez de buscarlos en el barniz científico superficialísimo de *Le docteur Pascal* ó de *La bête humaine*. Así suele afirmar nuestro crítico en sus conversaciones íntimas, y aun tengo idea de que en algún libro lo ha escrito, que de idéntico modo que Zola juzga á Víctor Hugo nada más un gran retórico, después de haber lanzado el más gigantesco de los líricos á los cuatro vientos su célebre verso

«Guérre a la retoryque et paix a la grammaire,»

tal vez los Zola de los siglos venideros dirán también del autor de *Lourdes* que era otro gran retórico semejante.

Conviene advertir que el ilustre murciano, que tan hermosos *Horizontes* ha sabido vislumbrar en Asturias, es seguramente el más apasionado de los admiradores de Víctor Hugo. Si hay alguien capaz de causar daño á D. Federico, viva seguro de que el poeta no le guardará rencor, pues no se concibe abnegación alguna ¡que de la generosidad de su alma no se consiga. Pero ¡cuidado con decirle la menor cosa que tienda á rebajar al poeta de *Los castigos*, porque todos los *castigos* le parecerían pocos para el insolente!

Balart, que además de un gran poeta es, por desgracia, un gran holgazán (y esto tampoco va á perdonármelo, pues excusas para no escribir nunca le faltan), dejará muchas temporadas de honrar los periódicos con sus críticas y sus estrofas, pero no le creo capaz de pasar algunos días sin releer *La Leyenda de los siglos*. Una tarde estuvimos él y yo con Clarín. Alas habló de *Toute la lyre* con un entusiasmo sólo comparable á su buen gusto. ¡La cara que ponía Balart! No oye un hijo más satisfecho elogiar á su padre.

Y es que á D. Federico, tan hombre en todo y tan amante de la independencia del arte, le enamoran los poetas grandiosos, de ideales definitivos y rotundos, los que saben encumbrarse hasta tocar el cielo y dar consuelo al alma. Prefiere Víctor Hugo á Mussett, Lamartine á Gautier, Manzoni á Leopardi.

***

Es Balart en sus costumbres el hombre más modesto que pueda soñarse. Tiene pocas necesidades y vive tan conforme con su honrada pobreza. (Ha pasado largas temporadas además, por prescripción facultativa, sometido á cuartillos de leche.) Escribe poco y sueña mucho. Le agrada la soledad, pero no le agradan menos los amigos, que siempre encuentran en casa del poeta un puro de quince céntimos y un corazón abierto de par en par.

Franco hasta la rudeza, el que le consulta un trabajo literario ya sabe que no va á ser engañado.

La muerte de la celestial Dolores, su valerosa compañera en la tierra, le tuvo varios años sumido en las más sordas y tremendas angustias. Los amigos llegaron á temer por su razón. Al fin encontró algún consuelo en los versos, muchos de los cuales fueron escritos tan sinceramente que ni pensaba en publicarlos jamás. Las necesidades de la vida y las iniciativas de algunas almas buenas (Grilo muy especialmente) arrancaron del secreto á que el autor los destinaba aquellos inmortales gemidos.

***

De cuando fué Subsecretario de Gobernación, Balart habla poco. Creo que tomó cierto asco á las intrigas de la vida política. ¡No es para un poeta, no!.. ¿Qué habrán sido el despacho de Campoamor en la



Salomé, escultura de Eusebio Arnau

Dirección de Sanidad, el de Ayala y Núñez de Arce en el ministerio de Ultramar, el de Balart en Gobernación? Los políticos pueden á veces escribir versos, como Ríos Rosas, como Pastor Díaz, como el mismo Cánovas. Pero á mí no hay quien me quite de la cabeza que los grandes poetas no sirven para resolver expedientes. Así Ayala estaba dispuesto á renunciar la presidencia del Congreso antes que privarse del gustazo de salir á escena á recibir la estruendosa ovación que su *Consuelo* le había conquistado. Campoamor no ha querido ser ministro, Manuel del Palacio no vuelve á la política así le aspen, y Balart viene rehusando una plaza de consejero de Estado con tanta tenacidad como renunciaba el archiduque Constantino la corona de Rusia.

De esta suerte, oir hablar de política á Víctor Hugo al final de su vida era cosa de morirse de risa, según refieren. El poeta de *Les feuilles d' automne* decía una vez á Castelar delante del malogrado hijo del marqués de Albaida:

– La República Social es un hecho. Se impone, y no tardará. En Francia presidida por mí, en Italia por Garibaldi, en España por usted.

Y al salir, habló Orense á Castelar como sigue:

– No te fíes. Lo ha dicho porque te hallabas presente. Lo que ha querido decir es: en Francia por mí, en Italia por Garibaldi, y en España... por el padre del señor, que está tan chiflado como nosotros.

Ricardo J. Catarineu

LOS PREMIOS NOBEL

¿Cuánto apostamos á que el apellido *Nobel* no dice nada á la mayor parte de mis lectores?

«*Nobel, Nobel*, se dirán muchos, ¿quién será ese Nobel, y qué premios serán los suyos?» Si se tratase de el *Guerrita* ó de el *Reverte*, ó de la *bella Otero* ó de la princesa *Chimay*, todos estaríamos al tanto; pero *Nobel* y sus premios, ¿qué viene á ser eso? Nada, un par de frioleras: Nobel es el inventor de la dinamita; sus premios son cinco fundaciones, que representan más de *cincuenta millones* de francos.

Ahora que tanto hablan los literatos y los artistas de por acá sobre un premio de *cuatro mil pesetas* instituído en la fundación *Cortina* para las obras dramáticas españolas *(ó castellanas solamente, según quiere la Academia)*, y sobre otro premio de *dos mil pesetas* fundado por *Piquer* (q. e. p. d.), en obsequio asimismo de los dramaturgos españoles *(reducidos también á los castellanos, según la susodicha Academia)*; ahora que, sobre si deben ó no deben optar á esos puñados de pesetas los académicos encargados de otorgarlos, se discute con vehemencia en nuestros círculos literarios, no carece de oportunidad el recuerdo de que allí. . en Suecia, ha de concederse un premio de TRESCIENTOS MIL FRANCOS (¡una miseria!) al literato que escriba *la obra más elevada en sentido idealista*.

Es de advertir que á ese premio pueden optar literatos de todos los países.

Ya he dicho que los premios fundados por el ilustre químico sueco son cinco.

Uno para el *Físico* á quien se deba el invento más importante realizado durante cada año.

Otro para el *Químico* de quien se pruebe que ha llevado á cabo, en el mismo período de tiempo, el más trascendental descubrimiento en esa ciencia.

El tercero para el profesor de Medicina que enriquezca la *Fisiología* con nuevos hallazgos.

El cuarto es el destinado á los escritores.

El quinto se otorgará, copio textualmente de un diario madrileño: «*al* pensador ó estadista que haya hecho más en favor de la fraternidad universal, ó haya contribuído á la supresión ó diminución de los ejércitos permanentes, activando la propaganda de los Congresos de paz.»

Bien es fijarse en la circunstancia de que el insigne NOBEL, el inventor de la dinamita, era partidario de la paz universal. No faltará quien asocie la invención de ese terrible explosivo á los criminales procedimientos de algunos anarquistas, y presuma que *Alfredo Nobel*, á quien tanto deben las ciencias y la industria, fué un camarada distinguido de Ravachol, de triste memoria.

No; Alfredo Nobel, un sabio, un verdadero sabio que al estudio de las ciencias naturales y muy principalmente al de la *Química* dedicó su gran talento y su prodigiosa laboriosidad fué, como sabio de veras, amigo de la paz y de la fraternidad universales; en favor de ellas trabajó mucho durante su vida, y por medio de una cláusula testamentaria se propuso, ¡loable propósito!, continuar trabajando después de su muerte.

¡Trescientos mil francos! anuales de premio á quien más haga en pro de esas humanitarias ideas, son estímulo muy suficiente para que á ellas conviertan su atención inteligencias privilegiadas.

Prescindo, no obstante, de ese aspecto científico de las últimas disposiciones de Nobel, y torno al aspecto literario, que se relaciona, como puede relacionarse lo muy grande con lo muy pequeño, con los *premiecitos* de dos mil y de cuatro mil pesetas que ha de conceder anualmente la *Academia Española*.

Debo advertir que acerca de los premios instituídos por Nobel en su testamento, no sé mucho más que acerca de los premios *Piquer* y *Cortina;* como que de los unos y de los otros sólo tengo las noticias publicadas por algunos periódicos.



Rondalla, cuadro de Joan Brull (Salón Parés)



Episodio de la guerra carlista, cuadro de José Casachs

Las cuales noticias, si he de hablar sinceramente, me han parecido muy incompletas y no todo lo claras que la importancia y la trascendencia del asunto exigían.

Pasando la vista por las kilométricas columnas de nuestros inmensos diarios, tropiezan mis ojos, muy frecuentemente, con extensísimas y circunstanciadas reseñas de solemnidades CICLISTAS, de partidos de pelota, de corridas de toros (que muchas veces se publican á pares, y siempre con un lujo aterrador de pormenores), de vistas de causas criminales, de ¿qué sé yo?, de todo; pero sobre esos otros asuntos, solamente allá, relegado al último término, entre la cotización de fondos públicos y las observaciones meteorológicas, suele aparecer, como si se ocultase ruborizándose por su insignificancia, algún párrafo de media docena de líneas, en que á ellos se alude muy á la ligera y muy confusamente.

No estoy, por lo tanto, seguro de que, en efecto, existan esos premios fundados por *Alfredo Nobel,* cuyo testamento fué abierto y leído en Stokolmo en 30 de diciembre del año próximo pasado. Los diarios políticos de Madrid dijeron algo de eso; después nada he leído que rectifique ni confirme aquellas noticias.

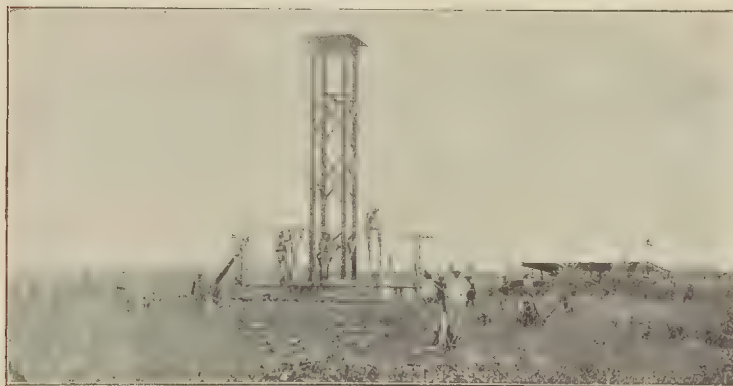
Como nada he visto, á pesar de tocarme mucho más de cerca, que explique la actitud de la *Academia Española* en el asunto del premio Piquer, del cual apenas si se ha dicho en substancia nada definitivo.

Si lo del testamento de *Nobel* se confirma, tendremos desde el presente año un premio de *trescientos mil francos* al que pueden aspirar en los sucesivos los literatos de todos los países.

Pero ¿quién va á conceder esos premios?



GUERRA DE CUBA
D. José Gago y Palomo, comandante de Ingenieros, ayudante del general en jefe y director de los trabajos de fortificación de la trocha de Júcaro á Morón



GUERRA DE CUBA. – Trocha de Júcaro á Morón. – Instalación del andamiaje y del primer tramo de encofrado ó molde de una torre (de una fotografía de nuestro corresponsal)

Aquí es, aceptando la frase del vulgo, donde empieza Cristo á padecer.

Los premios han de ser concedidos por corporaciones científicas de Suecia ó de Noruega.

Concretando mis observaciones al premio destinado á la obra literaria, tengo entendido que el ingeniero sueco, lo mismo que nuestro compatriota Piquer, ha encargado á la *Academia* ese penosísimo y difícil trabajo.

Supongo que la *Academia Sueca,* acerca de cuya organización y manera de funcionar nada sé, pero de la que supongo que para algo habrá sido fundada y que en alguna cosa interesante ocupará su actividad, habrá declinado la honra de conceder ese premio.

La tal concesión supone un trabajo ímprobo y estoy por decir casi imposible.

Aun suponiendo, como debe suponerse, que los *inmortales suecos* sean, lo mismo que los *inmortales españoles,* la flor y nata de los literatos del país, no es de creer que todos conozcan perfectamente los idiomas en que pueden estar escritas las obras que se presenten al concurso.

Tratándose de premios tan importantes es de presumir además que los aspirantes serán muchos y las obras presentadas numerosísimas.

¿Cómo se arreglarán los académicos suecos para enterarse de todas?

Fácil es que la excelente intención del testador no llegue á feliz cumplimiento por culpa de esa ocurrencia desdichada de dar á la Academia el encargo que mucho mejor que la Academia desempeñarían tal vez los albaceas mismos, si el testador ponía cuidado al escogerlos.

Ya se comprende que, tratándose de una fundación permanente, no podrían encargarse los mismos testamentarios de cumplirla siempre; pero no se me niegue que cuando hay de por medio capitales de tal importancia, sobran elementos para instituir, á modo de patronato, ó lo que fuere, una colectividad – fuera de las oficialmente constituídas para fines ya determinados y preferentes – que lleve á cabo los propósitos del testador, aunque sólo para esto se organice y funcione.

Todo lo cual no obsta para que los amantes del progreso humano aplaudan las últimas disposiciones de Nobel, acerca de las cuales los periódicos españoles me parece que han hablado poco.

A. Sánchez Pérez

¡BUENA COMPRA!

(MEMORIAS DE UN LITERATO)

El eminente autor dramático D. Apolinar dejó el gabanón de pieles, que ya le sofocaba, sobre uno de los divanes del saloncito del Ateneo, y sentándose en la butaca más lejana de la chimenea, habló de esta suerte:

– Pues yo, el mejor dinero que he ganado y el que mejor empleé fué el de mi primera obra teatral, *La tienda de Don Rodrigo...*; me dieron por ella tres duros.

Y como se echara á reir el crítico Pérez, añadió D. Apolinar:

– No, no se ría usted, querido; aunque esa *Tienda* haya producido á su propietario miles de duros, nunca le agradeceré bastante su desprendimiento. ¡Qué sesenta reales aquellos!

Imaginen ustedes que yo, sin familia, sin recursos, sin nombre literario, perdido en este dédalo de Madrid, vivía en una casa de huéspedes en la calle de Lavapiés, cuya patrona, con una generosidad sin límites y una confianza en mí que yo mismo no tenía, llevábame fiados nada menos que catorce ó quince meses de pupilaje.

Yo, como la mayoría de los españoles, tenía *mi drama,* un episodio que inventé de la batalla del Guadalete...

– De la batalla de la Sanda, enmendó el crítico.

– Bien; pues el caso era que mi drama no se estrenaba. ¡Qué había de estrenarse! Ni á cien tirones encontraba ni quien quisiera oirme su lectura. Entonces comprendí lo que es ser principiante.

Era invierno, uno de esos inviernos de Madrid en que el termómetro baja del cero y el pan sube hasta las nubes. Todas las noches, á cuerpo gentil, con una americanilla de verano, cuyas mangas se reían por los codos de la desgracia de su dueño y un pantaloncillo que en fuerza de los barros y del uso parecía obra de pasamanero por sus flecos, más que engendro de sastre por su hechura, acudía á los teatros donde *hacían* dramas. ¡Que si quieres! Nunca pasaba de la puerta. Cuántas noches, en el quicio de la de algún escenario, calado por la lluvia, tirité de frío, dando diente con diente.

Ya desesperaba de todo, cuando en un teatro de segundo orden se anunció una desconocida compañía de verso. Desde que lo supe, no dejé una sola noche de acudir á aquel teatrillo. Por fin me puse al habla con la Empresa, es decir, con un tendero de ultramarinos, dueño del negocio. Yo seguía andando á cuerpo las calles de Madrid y persiguiendo



GUERRA DE CUBA. – Trocha de Júcaro á Morón. – Vista de una torre terminada (de una fotografía de nuestro corresponsal)



GUERRA DE CUBA. – TROCHA DE JÚCARO Á MORÓN. – ALMUERZO CON QUE EL AYUNTAMIENTO DE MORÓN OBSEQUIÓ AL JEFE Y OFICIALES DE INGENIEROS QUE HAN REALIZADO LOS TRABAJOS DE DEFENSA DE LA TROCHA (de una fotografía de nuestro corresponsal)

con verdadero encarnizamiento al tendero.

Cierta vez, más harto el empresario de mi osadía que convencido de mi valer, me ofreció dos duros por la obra garantizándome el estreno de aquélla. A mí lo que menos me importaba era el estreno, lo interesante era abrigarme: aquel frío era ya irresistible; yo no podía continuar sin abrigo: era mucho invierno el invierno aquel.

Rechacé, sin embargo, la oferta del empresario, pidiéndole doble de lo que él quería dar por la obra.

El tendero se resistió: él nunca había dado por ninguna más que el valor de una representación en un teatro de tercera clase. «Y si *me silban* el drama – me decía el empresario, – ¿quién me abona lo que yo he pagado de más?»

Y no dejaba de tener razón, *¡le habían* silbado tantos! ¡Como que los compraba sin leerlos y si los hubiera leído no hubiera tampoco entendido una sola escena!

Tuve que recurrir á otro sistema: herirle en la cuerda sensible. Ya muchas veces había reparado el Mecenas en que yo iba á cuerpo.

– Deme usted las veinte pesetas, aunque no sea más que para comprarme un abrigo, le dije.

– Quince pesetas le doy, dijo por fin el comprador, pero con una condición ineludible.

– Usted dirá, le contesté, seguro de que el comerciante no pasaría de las quince.

– Pues es sencillísimo: que yo he de ver el abrigo.

Hicimos el trato, firméle un documento estrambótico en un pliego de papel de tres reales, y coger los tres duros y comprarme una hermosa capa usada, fué cosa de un momento.

Volví al teatro, lucí en todas partes la capa que cubría mis andrajos, trabajé con fe y se estrenó mi drama, que fué mi primer éxito. Por fin logré pasar el resto del invierno bien abrigadito, contento y caliente.

Y después de encender D. Apolinar un magnífico habano, añadió á modo de resumen:

– Hoy que cobro un trimestre de cerca de dos mil duros y llevo esos gabanones que ven ustedes, no logro abrigarme tan ricamente como con aquella capa. Y lo que es más raro: hoy no empleo el dinero que gano con la oportunidad ni la razón de entonces. Hoy tiro y derrocho el dinero y soy más infeliz que cuando cedí *La tienda* al tendero. La obra valdría mucho; pero ¡ay!, si ustedes supieran lo que valía aquella capita de tres duros que aún conservo colgada en mi gabinete de trabajo .. – P. GÓMEZ CANDELA.



GUERRA DE CUBA. – TROCHA DE JÚCARO Á MORÓN. – CONSTRUCCIÓN DEL TERRAPLÉN DE LA VÍA FÉRREA DE MORÓN Á LA LAGUNA DE LA LECHE (de una fotografía de nuestro corresponsal)



GUERRA DE CUBA. – TROCHA DE JÚCARO Á MORÓN. – RANCHO DADO Á LAS COMPAÑÍAS DE INGENIEROS EL DÍA DE LA TERMINACIÓN DEL TERRAPLÉN EN LA ORILLA DE LA LAGUNA DE LA LECHE (de una fotografía de nuestro corresponsal)

NUESTROS GRABADOS

Guerra de Cuba.—Trocha de Júcaro á Morón.—En el número 800 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dimos algunos detalles acerca de las obras de fortificación realizadas en la trocha llamada Central, ó sea la que se extiende de Júcaro á Morón, detalles que dan idea de la importancia y de la dificultad de los trabajos allí llevados á cabo. Los dos grabados que publicamos en la página 374 representan una de las torres durante la construcción y después de terminada. Estas torres, elementos importantísimos de defensa en la trocha, se construyen por medio de unos encofrados ó moldes de madera trazados por el comandante de Ingenieros señor Gago: dichos moldes se colocan en los puntos de obra, se rellenan de hormigón y luego se desarman y trasladan á otro sitio, lo cual permite construir cada día uno de aquellos fortines.

Para instalar todas las obras de defensa de la trocha entre Morón y la Laguna Grande ó de la Leche, fué preciso construir un terraplén para el transporte de los materiales, terraplén sobre el cual se sentará una vía férrea que á la vez facilitará la más rápida comunicación con la Habana. El segundo grabado de esta página reproduce una sección de Ingenieros ocupada en esta obra. Los otros dos representan el almuerzo y el rancho con que los oficiales y los soldados que tomaron parte en estas obras fueron obsequiados por el Ayuntamiento de Morón, que en nombre de todo el pueblo quiso rendir este tributo de admiración á los que sufriendo todo género de penalidades y dando muestras de una abnegación sin límites han llevado á cabo trabajos de tan excepcional importancia, y que tanto honran al ilustrado jefe de Ingenieros D. José Gago y Palomo, bajo cuya dirección se han realizado.

El Sr. Gago, cuyo retrato publicamos, aban-



LA DESPEDIDA DEL TORE



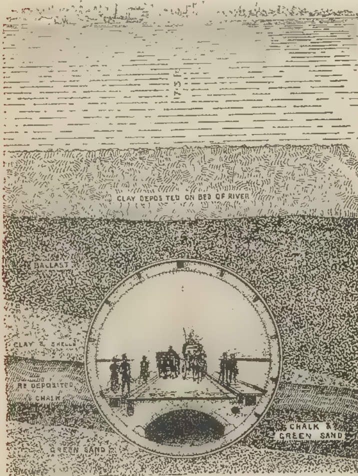
...RO, CUADRO DE PABLO SALINAS

donó la profesión de médico, que con gran acierto ejercía en Granada, su ciudad natal, para dedicarse á la de ingeniero militar, ingresando en la academia á la edad de veintiséis años. En 1885 pasó con el empleo de comandante á Filipinas, en donde adquirió gran nombradía construyendo la difícil trocha de Tukurán, al Norte de Mindanao; alcantarillas, jardines y almacenes para ingenieros en Cottabato. Comisionado por el general Weyler, entonces capitán general del Archipiélago, hizo el trazado de la hermosa población de Parang-Parang, hoy capital de distrito, construyendo el *thianguy* ó mercado, el cuartel de infantería, fuertes, almacenes, 21 pabellones para jefes y oficiales, el hospital, un muelle de piedra de 210 metros de longitud y cinco de anchura en la parte superior y nueve en la cabeza, y realizando la traída de las aguas del río Maquin y otras obras no menos notables con gran celeridad y reducidos presupuestos. Con el general Weyler regresó á la península, donde estaba encargado de la segunda jefatura de la comandancia de Ingenieros de Sevilla, cuando al partir para Cuba el citado general con el mando superior de la isla, fué destinado á la misma en calidad de ayudante de aquél, de quien recibió durante el viaje las instrucciones para los estudios y ejecución de las obras de fortificación de la trocha central, á las que con tanto afán y perseverancia se está dando cima y que son un timbre de gloria para el Sr. Gago y para el ilustre cuerpo á que pertenece.



Mr. Alejandro R. Binnie,
ingeniero director de las obras del túnel de Blackwall, recientemente inaugurado en Londres

El túnel de Blackwall por debajo del Támesis, recientemente inaugurado en Londres.—Hace pocos días el príncipe de Gales inauguró solemnemente este nuevo túnel por debajo del Támesis que pone en comunicación las



Sección vertical del túnel de Blackwall construído por debajo del Támesis, en Londres

dos partes de la ciudad separadas por el río. La primera tentativa que en este sentido se hizo fué el túnel de Vaze, comenzado en 1805, pero no terminado; después, en 1825, construyóse el de Brunel, que actualmente es propiedad de la Compañía del ferrocarril del Este de Londres; en 1870 terminóse el de la Torre, destinado exclusivamente á peatones; finalmente, en 1887, el *Metropolitan Board of Works* obtuvo la concesión del túnel de Blackwall, y en 1889 el Consejo del Condado de Londres, que sucedió á aquella entidad, decidió emprender la construcción de la obra, que en 1891 fué contratada con los señores Pearson é hijo por la cantidad de 871.000 libras esterlinas, y que se comenzó en 1892 bajo la dirección del ingeniero Mr. Alejandro R. Binnie. La longitud total del túnel es de 6.200 pies y su diámetro de 27, lo cual permite el tránsito de carruajes. El túnel de Blackwall, el más importante en su género en todo el mundo, es una obra que honra al sabio ingeniero que la ha dirigido, tanto más, cuanto que muchas eminencias científicas la habían considerado de realización imposible.

Durante el descanso, dibujo original de Vicente Cutanda.—En la región cantábrica, en aquellas hermosas provincias cuyas montañas encierran en sus entrañas ricos y abundantes veneros, funcionan esos importantísimos establecimientos creados por la industria moderna, llamados *altos hornos*, en donde el mineral se sujeta á operaciones que permitan utilizarlo en las diversas aplicaciones que precisan. Los obreros que en sus talleres trabajan, robustos, vigorosos y de desarrollada musculatura, ponen en movimiento las máquinas y aparatos que tienen por objeto sustituir la penosa acción del hombre sobre la ruda materia. De ahí que, á pesar de sus sencillas y casi patriarcales costumbres, todo sea en ellos violento, enérgico, y que aun en sus momentos de ocio sean los ejercicios corporales, entre ellos el juego de la barra, uno de sus agradables entretenimientos.

El distinguido pintor D. Vicente Cutanda, que con tanto acierto como inteligencia ha dado á conocer por medio de sus bellas producciones las animadas escenas que se desarrollan en las grandes manufacturas vascas, nos ofrece hoy otro cuadro digno de su pincel y de su merecida fama.

Salomé, escultura de Eusebio Arnau.—El busto, mejor dicho, la cabeza de la lindísima hija de Herodías, la que se ensañó con San Juan Bautista hasta el punto de pedir su decapitación, es la nueva obra de Eusebio Arnau, modelada con enérgica facilidad, de manera que aparece, por la acentuación de rasgos, por la intensidad de la mirada, el rencoroso espíritu que debía animar á Salomé cuando se disponía á saciar su venganza.

Conocidos son los méritos del joven escultor catalán. Nuestros lectores han tenido ocasión de ver reproducidas en estas páginas algunas de sus más notables obras. De ahí que nos limitemos á llamar la atención respecto de la nueva producción y á felicitar al artista por su laboriosidad y progresos.

Rondalla, cuadro de Juan Brull (Salón Parés). – Bello es el cuadro que ha servido al discreto pintor catalán señor Brull para producir la hermosa pintura cuya copia figura en estas páginas. Tan sencilla como tierna es la escena, que nos recuerda gratos períodos de nuestra infancia, en que ávidos de curiosidad, oíamos embelesados las leyendas y consejas que nuestra abuela ó nuestra madre nos referían, infiltrando insensiblemente en nuestro corazón máximas morales y el conocimiento de lo bueno. Tal es el asunto escogido por el artista, observado y reproducido con acierto.

Juan Brull, á quien ya tributamos los elogios que merecía cuando expuso su gran lienzo titulado *La tonsura del rey Wamba*, ha logrado significarse también en los cuadros de costumbres, que cual el á que nos referimos demuestran la delicadeza de su espíritu y sus estimables cualidades artísticas.

Episodio de la guerra carlista, cuadro de José Cusachs.—El cuadro que reproducimos, obra del reputado pintor Sr. Cusachs, representa la muerte del oficial de artillería Sr. Rochera, acaecida en 10 de enero de 1874, en el ataque de la ciudad de Vich durante la última guerra carlista, y ha sido pintado por encargo del octavo regimiento de artillería montado, de guarnición en Valencia, al que pertenecía el Sr. Rochera, para ser colocado en el cuarto de banderas. Tratándose de una obra de este artista que con razón figura en primera línea entre los pintores de asuntos militares, ocioso nos parece hacer el elogio de la misma. El Sr. Cusachs reproduce la escena de una manera fiel y sobria, huyendo de los efectismos exagerados á que tanto se prestan los asuntos de esta índole, y haciendo que los elementos accesorios de la acción no distraigan la atención del espectador del episodio dramático, en el que el autor quiso que se concentrara principalmente.

La despedida del torero, cuadro de Pablo Salinas.—No hemos de describir la escena que tan hábilmente ha trasladado al lienzo nuestro distinguido compatriota el señor Salinas, porque el artista ha sabido expresar por modo tan claro su pensamiento que, después de visto el cuadro, huelga toda clase de explicaciones. Se acerca la hora de ir á la plaza: el maestro, á quien los chicos esperan, se despide de su esposa que contristada le abraza, mientras su hija contempla entre asustada y curiosa aquella despedida, y una gallarda moza, tal vez la hermana del torero, coloca en el altar de la Virgen como ofrenda propiciatoria un ramo de flores. Tal es la composición altamente sentida del Sr. Salinas, composición en la que ha demostrado éste dominar todos los recursos del arte, así en la ejecución de las figuras como en la disposición de los grupos y de los accesorios que llenan el cuadro sin que se note en su agrupamiento la menor confusión y sin que atenúen el interés del asunto principal.

El capitán D. Eugenio I. Blanco.—El distinguido oficial cuyo retrato publicamos en esta página es natural de Pampanga (Islas Filipinas). Al iniciarse la actual insurrección, los rebeldes asesinaron á su hermano D. Agustín, capitán de infantería, que se encontraba en Batangas. Allí marchó inmediatamente el Sr. Blanco, deseoso de vengar aquella muerte, y en los varios combates que sostuvo con los insurrectos batióse bizarramente. Al dejar el mando del Archipiélago el general Blanco, regresó á la Pampanga y organizó 185 voluntarios que uniformó y mantuvo de su peculio, y al frente de los cuales tuvo muchos encuentros con los rebeldes. Nombrado capitán general de Filipinas el general Polavieja, encargóle de perseguir con sus voluntarios á los insurrectos de Bulacán, habiendo sido herido gravemente de dos balazos el día 23 de enero último en Paombong. Apenas restablecido de sus heridas, volvió á la campaña, incorporándose con su compañía al cuartel general del general en jefe en Parañaque hasta que regresó á la península el Sr. Polavieja, á quien acompañó á España para demostrarle su agradecimiento por las deferencias que con él había tenido. El Sr. Blanco, que tan brillantemente se ha portado en la actual campaña, ha presentado una instancia al Ministro renunciando á toda clase de recompensas, dando así una nueva prueba del desinterés con que ha prestado á España los importantes servicios que le hacen acreedor á la gratitud de la madre patria.

MISCELANEA

Bellas Artes.—Viena. – En la capital de Austria se ha fundado una nueva asociación artística, compuesta en su mayoría de artistas jóvenes que se proponen rejuvenecer, por decirlo así, el arte austriaco en todas sus manifestaciones, estimulando por todos los medios posibles toda tendencia nueva, abriendo en Austria las puertas á cuantas novedades aparezcan en el extranjero y haciendo que aquella nación tome parte en el gran movimiento artístico de las demás. Protegidos por algunos capitalistas aficionados á las bellas artes, los miembros de esta nueva asociación van á construir un edificio para exposiciones, en donde tendrán libre acceso todos los que en Viena, en Austria y en el extranjero cultivan los ideales artísticos.



Guerra de Filipinas. – El capitán Eugenio I. Blanco
que tanto se ha distinguido en las operaciones de la Pampanga, Bulacán y Cavite

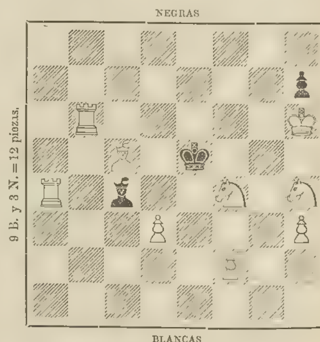
Teatros.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Fredegonde*, drama histórico en verso en cinco actos y seis cuadros de Alfredo Dubout; en Cluny *L' ecole des gendres*, gracioso vaudeville de Bertol-Graivil; en la Bodiniere *Degenerés*, comedia en tres actos, primera producción dramática de Miguel Provins, muy bien concebida y abundante en rasgos de ingenio; y en el teatro de la República *Le batard rouge*, interesante melodrama de capa y espada en cinco actos de Rodolfo Bringer y Gastón Rennes.

Madrid. – En el teatro Moderno se ha cantado con gran éxito la ópera española del maestro Espí titulada *Aurora*.

Barcelona. – Se ha estrenado con buen éxito la zarzuela en un acto *Tiple ligera*, letra de D. Federico Urrecha y música del maestro Rubio. En el Lírico ha comenzado sus tareas la notable compañía que dirigen los Sres. Rubio y Ruiz de Arana, habiendo puesto en escena las obras más aplaudidas de su repertorio y algunas de las que con más éxito estrenó en el teatro Lara de Madrid, entre ellas *Los señoritos*, bonita comedia en dos actos del Sr. Ramos Carrión.

AJEDREZ

Problema número 72, por Pedro Riera



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 71, por J. Tolosa

Blancas.	Negras.
1. T6AR	1. P5AR (*)
2. A7D	2. R toma T ó P juega.
3. A4D ó T mate.	

(*) Si 1. R5AR; 2. T4CR jaque, y 3. AcD ó A4D mate, y si 1. R toma T; 2. A4D jaque, y 3. A7D mate. La amenaza es 2. A7D y 3. T ó A mate.



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE LA NOTABLE ESCRITORA ALEMANA EUGENIA MARLITT

(CONTINUACIÓN)



Una casualidad ponía siempre á su paso al Sr. de Hollfeld

En rigor, esto hubiera podido tolerarse; pero con gran asombro de Isabel, la música instrumental no bastaba ya al santo ardimiento del Sr. Mohring, y éste entonó un canto con la voz más gangosa que se hubiera podido oir jamás. Aquello era ya demasiado; el doctor cogió su sombrero é inclinóse ante la señorita de Walde y la baronesa. Esta última volvió la cabeza hacia la ventana, é hizo con la mano un movimiento que no equivalía del todo convenientemente al saludo que se debe á un visitante.

Las facciones del doctor se contrajeron bajo la influencia de una impresión de mal humor... Estrechó cordialmente la mano de Isabel, é hizo una profunda cortesía á cada una de las personas que componían la reunión.

Apenas se hubo cerrado la puerta detrás de él, la baronesa se levantó y adelantóse impetuosamente hacia Elena, que se había dejado caer en un canapé.

—¡Insoportable!.., exclamó.

Y su voz, tan aguda de ordinario, parecía ahogada, como si la garganta, estrechada por el arrebato, no pudiera dejar paso á los sonidos... Su mirada pesaba sobre la señorita de Walde, que fijó los ojos en su prima con una especie de temor.

—¿Y tú consientes eso, Elena, exclamó la baronesa, tú toleras que bajo el techo que te pertenece, en la casa que tú habitas, se pisotee nuestra fe y cuanto hay de más santo, es decir, al mismo Dios?

—Pero, querida Amelia, yo no veo que...

—Tú no quieres ver, niña, en la inocencia de tu alma angelical, que ese doctor se ha propuesto ridiculizarme en todos mis más hondos sentimientos. Es preciso que yo lo soporte, porque esto no sucede en *mi* casa, porque soy buena cristiana y prefiero armarme de paciencia, de longanimidad y de resignación, más bien que apelar á otros medios. Mientras solamente se ha tratado de mí, he podido sufrirlo..., pero la paciencia tiene sus límites cuando se ataca á los derechos de Nuestro Señor... Entonces se ha de luchar, disputando el terreno palmo á palmo... ¿No es dejar que se insulte á Dios permitir á ese hombre tosco que coja el sombrero y salga de la habitación con estrépito, mientras nuestras almas estaban tan vivamente conmovidas al oir un cántico divino?

La santa cólera que agitaba á la baronesa hizo explosión súbitamente en el sonido de su voz, y sin que ella lo echase de ver, probablemente el diapasón se elevó hasta el punto de dominar por completo el canto piadoso que el infatigable Sr. Mohring se obstinaba en ganguear, á pesar de todas las interrupciones.

—No se debe censurar al doctor por su precipitada marcha, replicó la señorita de Walde con tono conciliador, ya sabes que el tiempo no le sobra; probablemente debía visitar aún algunos enfermos hoy, y quería retirarse antes que comenzáramos á tocar.

—¡Ah, de veras!.. ¡Y ese digno médico ha dejado á sus enfermos consumirse esperándole para no perder la música poco edificante de *El Rey de los Alisos*?.. Pero ¡qué saco de mis palabras! Es uno de los rasgos de nuestra desgraciada época... Los incrédulos triunfan siempre de las personas piadosas.

—¡Pero Dios mío, Amelia! ¿Qué quieres que haga? Tú sabes muy bien que el doctor Fels me es indispensable...; es el primero, el único médico que ha conseguido disminuir, y hasta hacer cesar mis padecimientos, exclamó Elena.

Y sus ojos se humedecieron de lágrimas, mientras un ligero rubor coloreaba sus pálidas mejillas.

—Siempre he creído, querida señorita, dijo la señora de Lehr, que hasta entonces había permanecido silenciosa en un rincón; siempre he creído, repitió lentamente, pero con creciente calor, que el alma importaba más que el cuerpo, que los cuidados que se debían prodigar á éste son secundarios. Además, en la ciudad de L... hay otros varios médicos muy instruídos, muy renombrados, los cuales pueden competir en cuanto á saber, á Dios gracias, con el señor de Fels... Créame usted, señorita, esto contrista á las almas piadosas de L..., les aflige y desanima ver á su adversario declarado, á su enemigo implacable, recibido por usted en este noble castillo, no solamente como médico, sino como amigo también.

—Aunque consintiese en hacer el sacrificio de tomar otro médico, no podría adoptar esta resolución sin el parecer y el asentimiento de mi hermano, y ya sé que en él chocaría con una voluntad muy firme y muy opuesta á ese cambio. Rodolfo aprecia en mucho los conocimientos del doctor Fels, y ha depositado en él toda su confianza.

—Sí, desgraciadamente es verdad, repuso la baronesa; en el carácter de Rodolfo hay cierta debilidad que jamás pude explicarme... Con propósito deliberado, y sin examinar las cosas más esenciales, impone á ese doctor Fels bajo el pretexto de que es muy sabio..., como si la ciencia pudiese bastar... Pero dejemos esto..., yo me lavo las manos, y en lo sucesivo sabré arreglarme de modo que no me encuentre con ese hombre grosero... Te suplico, querida Elena, que te tengas por avisada y me dispenses si no vengo á verte cuando estés en compañía de ese médico.

La señorita de Walde guardó silencio, é incorporóse un poco; mientras su mirada confusa parecía buscar á alguien ó algo en la habitación... Isabel pensó que los ojos de la señorita de Walde buscaban al Sr. de Hollfeld, el cual había salido del salón hacía algunos instantes sin decir palabra.

La señora de Lessen tomó su chal y las señoras de Lehr hicieron á su vez ligeros preparativos que indicaban la intención de retirarse. Dirigieron algunas palabras afectuosas y benévolas al candidato, que habiendo terminado al fin su cántico se apoyaba en el piano, algo desconcertado, y despidiéndose de Elena, salieron, seguidas de cerca por la baronesa.

Cuando Isabel bajó á su vez la escalera, vió al señor de Hollfeld en un corredor débilmente iluminado del piso bajo. Durante la discusión que se había suscitado entre su madre y la señorita de Walde había permanecido tranquilamente sentado ante una mesa, hojeando álbumes y absteniéndose de intervenir con la menor palabra. Esto pareció particularmente feo á Isabel, porque deseaba vivamente que prestara su apoyo á Elena y que pusiera término á la discusión, pronunciando algunas frases oportunas y sensatas; pero más desagradable le pareció notar que la seguía con la mirada, fijándola en ella de un modo que juzgó impertinente... Tal vez habría reconocido en las facciones de la joven el descontento que le había causado su reserva. Pero esto se prolongaba demasiado, y la joven comprendía que se ruborizaba bajo aquella mirada fija é insoportable, irritándola tanto más cuanto que el hecho se había producido varias veces involuntariamente siempre que sus ojos se encontraron con los del joven. Una casualidad singular y enojosa ponía siempre á su paso al señor de Hollfeld, bien fuese en la escalera, ó en los corredores del castillo de Lindhof, y hasta en las avenidas del parque, que Isabel atravesaba para dirigirse desde su casa á la de la señorita de Walde. ¿Por qué le parecían tan penosos aquellos encuentros? La joven lo ignoraba; pero no podía sustraerse de una impresión dolorosa.

Ahora estaba allí, en aquel corredor lóbrego; el sombrero negro ocultaba en parte sus facciones, y llevaba un *pardesú* obscuro sobre su traje de verano. Al paracer esperaba algo, y en el momento de franquear la joven el último peldaño de la escalera, avanzó vivamente hacia Isabel como si tratase de dirigirle la palabra.

En el mismo instante, la señora y la señorita de Lehr aparecieron en la meseta de la escalera.

–¡Eh, Sr. de Hollfeld!, exclamó la vieja dama, ¿piensa usted dar otro paseo hoy?

El semblante del joven, que parecía muy animado en el momento de acercarse á Isabel, tomó al punto la expresión de una extremada placidez.

–Vengo del jardín, contestó con tono indiferente, y me había olvidado un poco del tiempo admirando esta magnífica noche... Acompañe usted á la señorita Ferber á su casa, añadió, dirigiéndose á un criado que se presentaba provisto de una linterna.

Y después de dar las buenas noches á las tres damas, el Sr. de Hollfeld desapareció por el corredor.

–¡Qué felicidad que mañana sea domingo!, decía Isabel una hora después, sentada junto al lecho de su madre, y terminando así la fiel narración que acababa de hacerle, para que no ignorase nada de todo cuanto había visto y oído en toda aquella tarde. Iré á purificarme en la santa y buena iglesia de Lindhof de todas las malas y detestables impresiones que mi alma recibió durante esas pocas horas... Nunca hubiera creído que la audición de un *coral* pudiese excitar en mí más que un sentimiento de piedad; pero hoy me ha producido una impresión muy penosa, cuando en medio del movimiento ocasionado por el servicio de un delicado te, después de conversaciones poco edificantes, cuyo principal asunto fué la maledicencia contra el prójimo, he oído elevarse de improviso aquel canto religioso, que estoy acostumbrada á escuchar con recogimiento y con ese terror mezclado de ternura que siempre me inspira la omnipotencia unida con la infinita bondad.

Isabel habló también de la enigmática actitud del Sr. de Hollfeld, añadiendo que le era imposible adivinar de qué naturaleza sería lo que el joven trataba de decirle en el momento en que fué interrumpido por la aparición de las señoras de Lehr.

–Inútil es que tratemos de adivinar esa charada, cuya solución probablemente debe ser sencillísima, contestó la señora Ferber; pero si alguna vez se ofreciese para acompañarte hasta nuestra morada, rehusarás en absoluto. ¿Me entiendes, Isabel?

–¡Oh, mamá! ¿Cómo puedes pensar eso?, exclamó la joven riéndose. Cabe esperarlo todo excepto semejante oferta. Las señoras de Lehr, que son personas de calidad y de esclarecido nacimiento, se van solas sin que el Sr. de Hollfeld les haga el honor de acompañarlas... ¿Puedes suponer, pues, que se molestaría por mi humilde persona?

VIII

Desde que llegaron los forasteros, el guardabosque dispuso que éstos pasaran todos los domingos en la casa forestal, con gran contento de Isabel.

Mucho tiempo antes del primer toque de la campana, se dirigían todos á la iglesia; Isabel iba delante de sus padres, vestida de blanco y con el alma poseída de los alegres sentimientos que despertaba en ella el magnífico día que se anunciaba. Al fin veía el dorado campanario de la pequeña iglesia de Lindhof, que se destacaba sobre las verdes espesuras del bosque; y á derecha é izquierda divisábase por todos los senderos una multitud con pintorescos trajes, que se dirigía desde los puntos más opuestos hacia el centro representado por la iglesia. Junto á ésta estaba ya el guardabosque, que saludaba desde lejos á su familia con los ojos radiantes de alegría y agitando su sombrero. Cada uno de los movimientos de su robusto cuerpo indicaba claramente una franca y leal rudeza de que ninguna consideración podía hacer dudar, y revelaba una fuerza dispuesta á todas las luchas. A pesar de esta ruda corteza, Isabel se hubiera indignado contra cualquiera que hubiese negado á su tío los más dulces sentimientos.

Disfrutaba plenamente de la felicidad de ser querida por aquel hombre tan franco y tan justo, que no habiendo tenido nunca ningún hijo, ni nadie á quien consagrar la ternura paternal de su alma, tan rica de afecto, habíala prodigado toda á su sobrina. Con orgullo había visto que el carácter de la joven tenía muchas afinidades con el suyo, aunque atenuadas, según él mismo añadía, por la debilidad y la dulzura propias del bello sexo.

Isabel correspondía á su afecto con un impulso infantil y con las atenciones más asiduas é ingeniosas. Habíase familiarizado muy pronto con la casa del guardabosque, y sabía mejor que éste, mejor que la misma Sabina encontrar al punto cuanto su tío podía desear para sus comodidades, reducidas principalmente á tener satisfechos á sus huéspedes. Isabel obraba con tan buen tacto y discreción, que consiguió no resentir nunca ni contristar á la vieja criada. Aquello fué un verdadero renacimiento de corazón



El cochecito se detuvo delante de la casa...

para el guardabosque, que disfrutaba de una nueva vida, muy dulce, dejándose querer y mimar por su muy amada sobrina, su hija adoptiva, la hija elegida de su pobre corazón solitario.

A su regreso de la iglesia el tío conducía generalmente á la joven de la mano, exactamente como á una niña á quien llevan á la escuela, según decía riéndose Isabel. Seguían su camino hablando del sermón que acababan de oir, y que había consolado sus corazones, hablándoles de la eterna justicia y de la eterna bondad, Los pajarillos trinaban bajo los grandes árboles, como si hubiesen tenido voz en el capítulo, y los rayos dorados del sol, tamizados por las ramas, hacían centellear el polvo del sendero.

Al extremo del camino, cubierto de sombra, veíase la casa forestal inundada de luz; á medida que por él se avanzaba, destacábase el cuadro con más claridad, hasta el momento en que se distinguía en el umbral de la puerta á Sabina esperando á su gente y adelantándose á su encuentro. Había levantado una punta de su delantal blanco sobre su gorro á fin de preservarse de los rayos demasiado ardientes del sol, y tenía puesta una mano á guisa de pantalla para ver mejor á los convidados á quienes esperaba... Al fin los divisaba, y cuando ya no podía dudar de su identidad, abandonaba precipitadamente su puesto de observación. ¿No asumía acaso una grave responsabilidad? ¿No era preciso librarse de toda censura por descuido y pasar revista á las cacerolas, que alineadas en las hornillas recordaban vagamente un ejército al que pasaba revista su general en jefe?

Aquel día Sabina había hecho mayores preparativos que de costumbre... Además de algunos platos sencillos, pero muy bien arreglados, veíase sobre la mesa una gran pirámide purpúrea..., eran las primeras fresas de los bosques, que fueron saludadas con entusiasmo por el pequeño Ernesto y hasta por Isabel. El tío juzgó que no debía ser menos que Sabina en punto á extraordinarios, y dijo que mandaría enganchar su caballo para conducir á Isabel á L..., según se lo había prometido... Y según su costumbre invariable, para disminuir el agradecimiento que su sobrina hubiera podido manifestarle, añadió que ciertos asuntos le obligaban precisamente á ir á la ciudad.

Durante la comida, Isabel debió comenzar de nuevo el relato que había hecho á sus padres, refiriendo los incidentes ocurridos en la reunión de la víspera en el castillo de Lindhof.

–El médico ha dado pruebas de valor, dijo el guardabosque, pero ¡ay!.., será castigado; ya no tomará otra taza de te en el castillo de Lindhof.

–¡Imposible, tío, exclamó Isabel, esto sería demasiado injusto!.. La señorita no podrá ni querrá seguramente prestarse á semejante proceder; luchará con todas sus fuerzas y se opondrá á esa ignominia.

–¡Eh, eh!.. Podrías equivocarte de medio á medio. No se han de juzgar todos los corazones por el tuyo. Una mujer puede ser muy benévola y no tener energía para luchar en interés de las personas buenas y de las buenas acciones. Y dicho sea en disculpa suya, ¿cómo ha de haber un alma algo viril en ese cuerpo debilitado? La dama belicosa que vigila junto á ella dará cuenta muy pronto de sus intentos de resistencia. ¿No es verdad, Sabina, que hemos visto cosas singulares desde que la baronesa de Lessen manda el regimiento?

–¡Ah!, ciertamente, señor!, contestó Sabina, que precisamente ponía en la mesa un nuevo plato. ¡Cuando pienso en esa pobre Enriqueta!.. Era, añadió, volviéndose hacia Isabel, la viuda de un pobre jornalero; siempre había trabajado valerosamente á fin de atender á sus necesidades, sin que nadie hallase motivo para censurarla en lo más mínimo; pero la pobre mujer tenía cuatro niños, y apenas ganaba lo suficiente. Llegó muy mal tiempo para ella en el último otoño: ya no le era posible obtener el alimento para sus hijos, y contrajo algunas pequeñas deudas, lo cual no estaba muy bien, convengo en ello. Cierto día acababa de llenar su delantal de patatas en un campo señorial...; el intendente del dominio, que se llama Linke, estaba precisamente detrás de una espesura..., y ver aquello, salir de su escondite, arrojarse sobre la pobre mujer y maltratarla, todo fué obra de un momento. Si se hubiese limitado á un par de bofetones, yo no diría nada, pues al fin y al cabo ella había obrado mal; pero fué mucho más grave, porque después de haberla arrojado en tierra, siguió golpeándola con los pies, calzados precisamente con gruesas botas de campo. Yo había tenido algo que hacer en Lindhof, y al regresar vi un cuerpo humano tendido bajo los cerezos. Muy atemorizada, corrí al sitio donde se hallaba, y encontré á esa pobre Enriqueta; había tenido un vómito de sangre; no podía mover ningún miembro, y estaba allí sola sin que nadie la socorriese. Fuí á buscar gente, y me ayudaron á traerla á casa. El señor se hallaba ausente, pero yo sabía que no le parecería mal que hubiese cuidado de Enriqueta, y en su consecuencia así lo hice lo mejor que me fué posible. Todos los vecinos del pueblo estaban exasperados contra el intendente; pero ¿qué podían hacer? Ciertamente se dijo que el asunto se sometería á los tribunales; pero aún se espera esa justicia... El hecho es que el intendente es el protegido, el hombre de confianza de la baronesa; posee una habilidad maravillosa para fingirse piadoso, y con esta apariencia siempre se tiene razón en el castillo. Era preciso impedir á toda costa que la justicia informase contra un hombre de aquella especie; importaba á la buena causa que no fuese acusado y quedase convicto de inhumano y de cruel, y por eso la baronesa mandaba enganchar el coche todos los días para ir á la ciudad. En resumen, se manejó tan bien, que echaron tierra sobre el asunto, y Enriqueta, que no se ha repuesto aún, guarda para sí todos los padecimientos, sin que le hayan enviado del castillo, ni para ella ni para sus hijos, durante su larga enfermedad, ni un pedazo de pan ni una moneda... Sí, sí, el intendente y la vieja camarera de la baronesa hacen lindas cosas en Lindhof... Siempre están ocupados en averiguar lo que pasa en las casas de los demás y en denunciar tan pronto á unos como á otros, y más de una vez han perjudicado á personas honradas, privándolas del trabajo que se les daba en el castillo.

–Vamos, basta por hoy, interrumpió el guardabosque, cuyo semblante de hombre honrado se sonrojó. ¿De qué sirve criar mala sangre? Todo cuanto como, me parece amargo cuando pienso en esas cosas, y no quiero que nuestro hermoso domingo, en el que pensamos toda la semana con alegría, se obscurezca con todos esos tristes pensamientos.

Poco después de terminarse la comida, el cochecito se detuvo delante de la casa; el guardabosque se colocó en el pescante para conducir su caballo, y rápida como un relámpago, Isabel se lanzó tras él. En el momento de volverse para enviar otra sonrisa á sus padres, los cuales habían preferido no moverse, su mirada se deslizó sobre la casa, y experimentó una singular sensación de espanto al encontrar otra mi-

rada que se fijaba en ella desde el primer piso. La cabeza que se había inclinado para ver partir el coche se retiró al punto; mas Isabel pudo reconocer á Berta la muda, y adivinar también rápidamente que aquella mirada de encono, cargada de un odio intenso, se dirigía á ella; pero érale imposible descubrir la causa de aquella animosidad. Hasta entonces, Berta había vivido completamente separada de la familia Ferber, sin presentarse nunca cuando la joven iba á la casa forestal; comía sola en su habitación desde



El rumor de un carruaje atrajo á todas las señoras al balcón

que la familia se reunía todos los domingos, y el guardabosque la dejó obrar á su antojo, pues le convenía por todos conceptos que las jóvenes no tuvieran ocasión de encontrarse.

La señora Ferber había propuesto un día á su cuñado acercarse á Berta para tratarla un poco, pues tenía el defecto que el guardabosque encontraba en Isabel, es decir, que juzgaba siempre á los otros por su propio corazón bondadoso. Según ella, pues, era imposible atribuir la extraña conducta de Berta á la obstinación y á la malignidad; más bien se debía buscar la causa de ello en algún pesar profundo; á consecuencia del cual, y por un orgullo mal entendido, por un capricho infantil, habíase condenado al mutismo para preservarse de la curiosidad de los indiferentes. Pruebas de afecto, algunas dulces y buenas palabras bastarían, á juicio de la señora Ferber, para que se entreabriesen aquellos labios sellados... Pero si estaba dispuesta á emprender aquel tratamiento moral, sin dejarse arredrar por la resistencia que preveía, no juzgaba conveniente exponer á su hija á este choque, y habíale recomendado con mucho empeño que no tuviera ninguna relación con aquella extraña joven.

El guardabosque y su sobrina llegaron muy pronto al punto deseado,

L... era una verdadera ciudad pequeña, por más que tuviese el honor insigne de servir de residencia á la corte desde que se cerraban las prímulas hasta la caída de las últimas hojas en el otoño, y aunque también tuviera, en virtud de aquella augusta vecindad, la pretensión de no dejarse sobrepujar por ninguna ciudad grande en cuanto á su carácter distinguido, su elegancia y opulencia. Desgraciadamente, estas pretensiones probaban en L..., como en todas partes, que la realidad de las superioridades está sustituída por algunas apariencias que no pueden satisfacer largo tiempo á los menos perspicaces... ¡Ay, no! los habitantes de L... no eran *distinguidos*, ni *elegantes*, ni *opulentos* y no podían igualarse con los de la gran ciudad, así como sus gallinas rústicas no podían rivalizar con los pavos reales del parque regio, ni sus ánades con los magníficos cisnes que surcaban majestuosamente las aguas de los estanques del jardín del soberano.

El sitio donde se elevaba la pequeña ciudad constituía uno de los más hermosos paisajes que se pudiera soñar: en el centro de un gran valle, apoyado contra una colina, cuya cumbre estaba ocupada por el imponente castillo del príncipe soberano, veíase la población, circuida de tilos seculares y de innumerables árboles frutales.

El guardabosque condujo á Isabel á la casa de un empleado amigo suyo, en donde debía esperar á que su tío volviese á buscarla después de haber evacuado algunas diligencias. Aunque la dueña hubiese recibido á la joven con la mayor solicitud, Isabel hubiera preferido bajar la escalera corriendo para reunirse con su tío, pues no sin gran disgusto suyo hallóse en medio de un numeroso círculo compuesto de señoras. La dueña de la casa explicó rápidamente que á fin de celebrar el día de cumpleaños de su esposo había organizado unos cuadros vivos tomados de la mitología, en los cuales debía figurar todo el personal femenino que se agitaba en el salón. Diez ó doce señoras, revestidas ya de sus trajes mitológicos, hablaban con viveza y alegría; pero interrumpiéronse para examinar á la recién venida, sondeando con la mirada hasta el menor pliegue de su modesto traje.

Todas las diosas del Olimpo habían convenido, sin excepción, en que era imposible suprimir el miriñaque, «porque sin él – decía la que hacía de Ceres, una dama rubia y regordeta – no podría sostener el peso de los haces y de los ramos de amapolas que adornan mi vestido...»

La dueña de la casa iba muy afanosa de una á otra señora, y dirigíales sucesivamente la palabra.

– ¡Vamos, dijo con expresión de desaliento, entrando en el salón después de una breve ausencia, á nadie le suceden tales cosas más que á mí! La señora consejera Walf me envía á decir ahora mismo que su Adolfo no puede venir hoy, porque está en cama con calentura. Previendo yo el caso, había despachado un mensajero al doctor Fels; pero más fácil sería desalojar de su base una roca que inducir á ese hombre tenaz á desviarse de algunos de los principios sobre los cuales ha regulado la educación de sus hijos... Pretende que es perniciosa distracción para un muchacho de la edad de Mauricio; dice que si á esta edad toman parte los niños en las diversiones de las personas mayores, adquieren una idea exagerada de su importancia, pierden el gusto al estudio, miran con desdén sus sencillos juegos... y en fin, otras muchas cosas por el mismo estilo. Hasta ha añadido, y me parece que en esto traspasa todos los límites, que mejor haría yo si proporcionara á mi marido, que está enfermo, un poco de reposo en vez de prepararle una diversión que le molestará y aburrirá... ¿Qué os parece? ¡*Enfermo* mi esposo!.. Prescindiendo de algunos ataques de reumatismo y de ciertos ligeros zumbidos en los oídos, del todo insignificantes: su salud es excelente.

– ¡Qué dureza!

– ¡Qué grosería!

– ¡Qué cosa de tan mal gusto!

– ¡Y además, injusta!

– ¡Vaya un modo de agradecer el trabajo que nos imponemos!

– ¡Siempre quiere echarla de consejero!..

– ¡Y de reformador!

– ¡Y no sabe lo que dice!

Estas diversas exclamaciones partieron á la vez, como bandada de aves salvajes al oir el primer tiro del cazador, según hubiera dicho el guardabosque.

– Consuélate, querida Adela, dijo Ceres con tono afectuoso, agitando cuidadosamente su diadema de espigas. No eres la única persona maltratada por ese hombre. Si mi marido no hubiese resuelto no tener más médico que el tal Fels, no habría pisado más el umbral de la puerta de mi casa hace ya largo tiempo. El invierno último había preparado yo un baile de trajes para niños – que, dicho sea de paso, tuvo un éxito admirable; – pues bien..., rehusó la invitación para sus hijos... ¿Y sabes tú lo que me contestó cuando tuve la bondad de intervenir personalmente, insistiendo para que me enviase al menos á su niña, que es realmente muy linda?.. Pues me preguntó qué placer podría tener yo en organizar un baile de monos disfrazados y de perros sabios... Esto es cosa que no olvidaré ni perdonaré nunca.

La imaginación de Isabel evocó al punto, para asociarla con esta dura respuesta, la figura inteligente del doctor Fels, la expresión irónica que animaba su mirada, el pliegue que el sarcasmo había formado en sus labios... y se rió interiormente de sus severas contestaciones, lamentando al mismo tiempo que un hombre no pudiera obrar siempre con arreglo á sus principios.

– Todo el mundo podría referir otro tanto, apreciable amiga, repuso Flora (este personaje estaba representado por una lánguida y hermosa dama que hasta entonces había permanecido aislada, ocupándose únicamente en buscar ante un espejo la colocación más graciosa para su corona de flores y en sonreir ante su imagen). No se ha conducido mejor respecto á nosotras.. Ha dicho á mis padres, no hará más de dos años, y se lo ha dicho cara á cara, que no era solamente una locura, sino una estupidez, llevarme al baile, teniendo tan débil constitución... Mis padres se exasperaron. Dígame usted si en su calidad de tales no debían comprender mejor que él lo que era perjudicial para su hija... Afortunadamente pronto se supo por qué lo decía. En aquella época, su hermana más joven no se había casado aún, y á él le hubiera agradado mantener separadas del mundo á todas las jóvenes que podían ser preferibles á ella. Aquel día, papá le hubiera despedido de buena gana; pero mi madre no puede prescindir de su asistencia; y... como lo sabe, abusa, y esto es lo más censurable en él... Como quiera que sea, no se han seguido sus consejos, y bien ve usted que aún vivo.

El pálido rostro de la joven diosa de las flores atestiguaba desgraciadamente, si no en favor de la rudeza del médico, por lo menos en favor de la oportunidad de sus consejos. Isabel lo pensó así con el corazón oprimido. El silencio de todas las damas presentes le demostró que no era ella la única que hacía esta reflexión y que otras pensaban lo mismo. El triunfo de aquella joven de pecho endeble, de miembros raquíticos y cuyo rostro presentaba á veces manchas rojizas, como producidas por la fiebre, pareció de los más problemáticos á toda la reunión... Tal vez este sentimiento, experimentado tan en general, fué lo que puso término á las recriminaciones apasionadas dirigidas á la sombra burlona del doctor Fels, y más de un pensamiento se fijó con terror en la idea de lo posible que era una enfermedad, de la que solamente el sabio doctor podría triunfar.

El rumor de un carruaje que rodaba lentamente por la calle atrajo á todas las señoras á la ventana del salón. Desde el sitio donde Isabel estaba sentada veía al mismo tiempo el grupo de curiosos y el objeto de su curiosidad: en una elegante carretela iban la baronesa de Lessen y la señorita de Walde; esta última volvía la cabeza hacia la casa donde Isabel estaba, y ocupábase al parecer en contar todas las ventanas del edificio: un ligero rubor coloreaba sus mejillas, lo cual era en ella siempre indicio de una viva emoción... La baronesa, por el contrario, se apoyaba con abandono é indiferencia en el fondo del coche...; para ella no existían, según todas las apariencias, ni casas en la ciudad, ni transeuntes en la calle que fuesen dignos de atraer su mirada.

– ¡Las damas de Lindhof!, exclamó Ceres con voz contenida por la discreción, pero agitada por el sentimiento de la curiosidad... Pero ¡Dios mío! ¿Qué puede significar eso? Han pasado por delante de la casa del doctor Fels sin mirar á sus ventanas, y precisamente la esposa del médico se halla en una de éstas .. ¡Ja, ja, ja!.. Ha tratado de saludar á las damas, pero ellas ni siquiera la han mirado.

Isabel dirigió entonces una mirada á la casa que se elevaba: al otro lado de la calle en una de las ventanas, en efecto, veíase una mujer muy linda que tenía en sus brazos un niño encantador, el cual levantaba con curiosidad su cabeza rubia de cabello rizado. Se podía reconocer ciertamente algo de asombro doloroso en la mirada con que los ojos azules de la joven madre seguían la carretela de la señorita de Walde; pero distrajeron su atención las exclamaciones del niño, que examinaba con admiración los extravagantes tocados de las damas agrupadas frente á él; siguió su mirada, reconoció á las señoras, saludólas sonriendo, y éstas correspondieron con una infinidad de graciosos ademanes, propios de la más afectuosa pantomima.



La casa forestal desde donde se veía el campanario

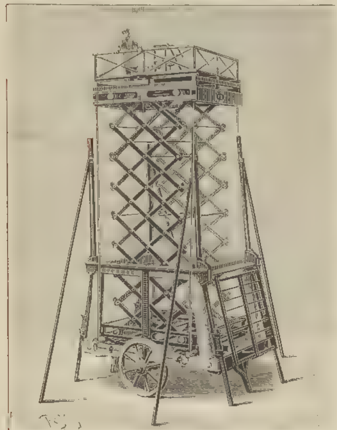
– ¡Es muy singular!, exclamó la dueña de la casa. No me explico que esas señoras hayan pasado por aquí sin querer ver ni devolver el saludo que les han dirigido. Hasta ahora no han pasado nunca por esta calle sin que su coche se detuviera delante de la puerta del doctor..., su mujer bajaba entonces, y sentándose junto á la señorita de Walde permanecíó á veces á su lado media hora. Y durante aquellas conversaciones la baronesa solía tener una expresión algo adusta... ¡Es sorprendente!.. ¡Vamos, el porvenir nos dirá lo que esto significa!

– El Sr. Hollfed se habrá quedado sin duda en su morada de Odenberg, puesto que esta mañana acompañaba á esas señoras cuando su coche pasó por delante de nuestra casa, dijo la casta Diana, mientras arreglaba de nuevo su media luna.

(Continuará)

ASCENSOR FIJO Ó MÓVIL

El Sr. Dumarchey, mecánico de París, ha inventado recientemente un sistema de ascensor en el cual una ó varias personas pueden elevarse por sí mismas sin ninguna fatiga á distintas alturas, detenerse, subir más y volver á bajar por medio de una maniobra sencillísima. El nuevo aparato, que ofrece más seguridad que las grandes escalas dobles hasta ahora empleadas, podrá servir en los museos para la colocación y limpieza de cuadros, y sustituirá los andamiajes construídos en el aire que emplean los pintores en los grandes edificios para reparar y limpiar techos y el interior de las cúpulas. Además, el ascensor de Dumarchey podrá ser utilizado para la construcción de casas ó reparación de fachadas, para salvamento en caso de incendio, etc.



Ascensor fijo ó móvil Dumarchey

Como el adjunto grabado indica, el ascensor puede moverse gracias á un carretón con ruedas, y la plataforma superior del mismo tiene una cabria que gobierna los órganos que sirven para hacerlo subir ó bajar. Estos órganos son travesaños cruzados y articulados en su centro y en sus extremos de modo que formen paralelogramos deformables: en estado de reposo todos estos paralelogramos están cerrados y todos los sostenes articulados permanecen plegados unos sobre otros en el carretón; una vez desdoblado el ascensor, tal como el grabado indica, los paralelogramos se abren y mantienen la plataforma á la altura que se desea. El movimiento se consigue del siguiente modo: las dos barras inferiores de los travesaños cruzados, lo mismo que las dos superiores, van montadas sobre ejes provistos de pequeños discos que se mueven en correderas horizontales; unos tornillos con las espirales á la inversa, gobernados por un piñón puesto en movimiento por un tornillo sin fin, producen el alejamiento ó la aproximación simultánea de los discos, y por consiguiente, cierran ó abren los paralelogramos que corresponden al descenso ó al ascenso de la plataforma.

Unos puntales formados por varias piezas que corren una dentro de otra aseguran la estabilidad del aparato. Cuando el aparato está doblado, se sube á la plataforma por medio de una pequeña escalera que se ve á la derecha del grabado. – ARTURO GOOD.

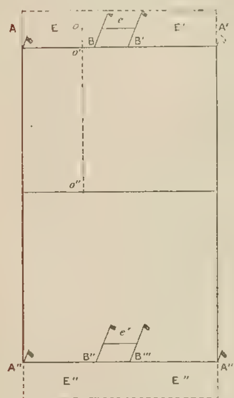


Fig. 1. – Un campo de *foot-ball* á vista de pájaro. A A'A''A''' Líneas de meta de los dos campos. – B B'B''B''' Metas formadas por dos postes unidos por una barra transversal. – E E'E''E''' Espacios en los cuales pueden contarse los *ensayos*. – *e e'*. Espacios por donde ha de hacerse pasar la pelota lanzándola con el pie para convertir el ensayo en *meta*. Si se ha hecho un ensayo en *o*, el jugador habrá de colocar la pelota en el suelo en un punto cualquiera de la línea *o' o* para intentar lanzarla con el pie á *e*.

* *

EL JUEGO DEL «FOOT-BALL»

Este juego, que tan generalizado está en Inglaterra, que después de muchas dificultades ha adquirido carta de naturaleza en Francia y que comienza á estar de moda en España, es bastante complicado para poder ser objeto de una descripción clara; pero puede formarse una idea de él explicando las principales reglas que en él rigen y el modo como se juega.

¿Qué se propone el jugador de *foot-ball*? Apoderarse de la pelota, llevarla cerca de la línea de meta del adversario y hacerla pasar al otro lado de esta línea lo más cerca posible de la meta, marcada por dos postes clavados en el suelo, unidos en su parte media por un travesaño. Si lo consigue, se marca un *ensayo* que vale á su partido cierto número de puntos, variable según la suerte que haya realizado. Entonces se coloca la pelota en una línea perpendicular á la línea de meta, partiendo del sitio en que se ha hecho el ensayo; se pone la pelota en el suelo en un punto cualquiera de está línea, y de un puntapié, hábilmente aplicado, un jugador se esfuerza en hacerla pasar por entre los dos postes y por encima de la barra transversal; el *ensayo* se convierte entonces en *meta* y se cuentan nuevos puntos: el total de éstos indicará la victoria.

Una falta, como lo es también arrojar al suelo al que no lleva la pelota, ó tocar ó rebasar con ésta las cuatro líneas del rectángulo dentro del cual se juega.

Los lances de este juego son muy variados y á veces forman los jugadores un remolino en que no se distingue más que una masa compacta de cuerpos que se empujan, brazos y piernas entrelazados y manos crispadas.

El *foot-ball* se juega en una *pelousse* y el terreno forma un rectángulo de 144 metros de largo por 70 de ancho, dentro del cual el campo de lucha está limitado por dos líneas trazadas á 22 metros de cada uno de los lados menores del rectángulo. A 22 metros de ésta y hacia el centro está la línea de límite de cada campo, llamada línea de jurisdicción. Otra línea en el centro del terreno indica el punto preciso desde donde debe ser puesta en movimiento la pelota.

Los jugadores juegan por equipos de 15 individuos cada uno, distribuídos en ocho delanteros, dos medios, cuatro tres cuartos y un zaguero.

El jugador de *foot ball* ha de reunir cualidades físicas y morales especiales: necesita fuerza y resistencia para contener á sus adversarios y resistir los esfuerzos que éstos hagan para detenerle, pero aún más necesita agilidad y elasticidad. Ha de ser buen corredor y poder en medio de su carrera modificar bruscamente su paso y su dirección, echarse hacia un lado ó hacia otro, deslizarse entre dos adversarios ó caer rápidamente sobre ellos para desorientarles en el momento en que ha lanzado hábilmente la pelota á un compañero, decisiones todas que exigen concepción rápida, excelente golpe de vista y gran sangre fría, y á veces hasta abnegación, porque á menudo tiene que desistir de realizar una proeza individual en interés de su equipo ó deshacerse de la pelota en el momento de intentar un ensayo á fin de que lo realice uno de sus compañeros que está en mejores condiciones. Además es preciso un gran espíritu de disciplina en cada equipo, pues todos deben obedecer al capitán, que es quien se hace cargo del conjunto de la lucha, quien dirige á los suyos, quien conoce las cualidades de cada uno y quien debe prever los movimientos del adversario y reparar los errores que sus compañeros cometan. Los ingleses opinan que un hombre poco inteligente ó de comprensión lenta no será nunca un buen jugador de *foot-ball*, y muchos oficiales del ejército inglés creen que un buen capitán de *foot-ball* puede ser un gran estratégico.

Las reglas que en este artículo quedan explicadas son las referentes al *foot-ball* llamado *Rugby*, nombre del célebre colegio inglés en donde se inició; además de este hay el conocido con el nombre de *Association*, deporte muy elegante y fino, pero que no puede compararse con aquél porque no tiene las peripecias y combinaciones que tanto interés dan al otro. – X.



Fig. 2. – Un partido de *foot-ball*. Comienzo del partido



Fig. 3. – Remolino de jugadores en el *foot-ball*

El *foot-ball*, á diferencia de la mayoría de los juegos, se juega en dos encuentros de cuarenta minutos, y durante el intermedio los jugadores cambian de campo. Al final de la partida se suman los puntos: ya se comprenderá que cuanto más fuertes son los equipos, es decir los bandos, menos elevados son los totales; si ningún bando se ha marcado puntos, el match es nulo.

La manera más ventajosa de acercarse á la línea de meta del adversario es indudablemente llevar á ella la pelota corriendo y evitando el corredor que sus contrarios le detengan: en efecto, hay el derecho de detener al que corre, pero sin poder cogerle por el cuello ni por las piernas, sino por el cuerpo. Cuando un jugador está á punto de ser cogido, procura deshacerse de la pelota y pasarla á un compañero, pero no puede pasarla á los que están colocados delante de él, sino á los de la misma línea ó á los de detrás; entonces el jugador está fuera de juego porque se encuentra delante de la pelota en el momento en que sus compañeros se la pasan, y no puede tomarla hasta que esté nuevamente en su lugar, es decir, detrás de aquélla.

La pelota puede cogerse con las manos, pero para lanzarla en dirección á la meta del contrario es preciso lanzarla con los pies: la contravención á esto es una falta, ...

EL TELEGRAFO ELECTRICO SIN ALAMBRES

Está llamando actualmente la atención del mundo científico un joven boloñés, Guillermo Marconi, que parece haber resuelto el problema de la telegrafía eléctrica *sin alambres*, siguiendo un camino completamente distinto del hasta ahora seguido por los que á este problema se han dedicado.

El nuevo sistema de telegrafía no se basa en el fenómeno de la inducción eléctrica, sino que utiliza la propiedad que tienen las ondulaciones eléctricas descubierta por Hertz, y que les permite trasladarse á grandes distancias y presentar, lo mismo que los rayos lumínicos, los fenómenos de reflexión, refracción é interferencia por virtud de la acción de determinadas substancias. Estas oscilaciones, más ó menos largas, se obtienen por medio de aparatos especiales llamados osciladores: son delicados y difíciles, pero interesantes los experimentos con los cuales se demuestra, por ejemplo, cómo atravesando un prisma de betún estas ondulaciones invisibles se desvían de su dirección, ó chocando contra un espejo metálico parabólico se concentran en un punto, siendo revelada su presencia en su nueva posición por pequeñas chispas, ó por el sonido de un timbre ó por los golpes de un martillito, objetos que se ponen en movimiento bajo la acción de las mismas ondulaciones.

Trátase, repetimos, de experimentos que exigen pacientes investigaciones y recursos ingeniosos, acerca de los cuales se trabaja hace tiempo sin descanso. Entre los físicos italianos, el que indudablemente ha realizado mayores progresos en el estudio de las ondulaciones de Hertz y el que por medio de aparatos de su invención ha hecho más fáciles las investigaciones sobre las mismas, es el profesor Righi de la Universidad de Bolonia, en cuyo laboratorio pudo Guillermo Marconi familiarizarse con los efectos de las nuevas manifestaciones eléctricas y con los aparatos que los evidencian. El referido profesor escribía, no hace mucho tiempo, que habiendo tenido ocasión de examinar algunos de los inventos de Marconi, y aun cuando no todos le parecieron prácticamente realizables, quedó sorprendido del rarísimo ingenio inventivo de aquel joven, á quien aconsejó que emprendiera estudios formales y metódicos.

Guillermo Marconi, que actualmente cuenta veintidós años, pertenece á una rica familia de Bolonia. Probablemente á causa de sus relaciones con Inglaterra, pues su madre es inglesa, ó quizás también por el hecho de que en aquel país se han verificado siempre y se verifican ahora continuos experimentos de telegrafía sin alambres, Marconi, después de una serie de pruebas realizadas en sus propias fincas, presentó á Mr. Preece, director general de los telégrafos ingleses, sus aparatos, que fueron por aquél reconocidos como muy superiores á los empleados hasta el presente y basados en el principio de la inducción eléctrica.

Acerca de los tales aparatos poco ó casi nada se sabe: en la pág. 384, además del retrato del autor, se ven algunos de ellos, de los cuales el uno es seguramente un oscilador destinado á producir las vibraciones eléctricas y parece idéntico á los inventados por Righi, y el otro, ó sea la caja cerrada, contiene probablemente el receptor.

En una reciente *interview*, Guillermo Marconi ha dado algunos datos acerca de su propio descubrimiento y sobre los aparatos que con él se relacionan; pero como se comprenderá son datos vagos, porque el inventor, en vez de echárselas de hombre de ciencia, se limita á hacer constar hechos sin buscar la explicación de los mismos. Haciendo investigaciones acerca de la transmisión de señales á distancia por medio de las ondulaciones eléctricas, descubrió que éstas impresionaban un re-

ceptor situado al otro lado de una colina; así fué como concibió y completó los aparatos con los cuales se han hecho los recientes experimentos en Inglaterra, en la llanura de Salisbury, experimentos que, según parece, han dado resultados excelentes. Según Marconi, trátase de ondulaciones especiales, análogas á las de Hertz, pero que poseen una fuerza de penetración extraordinaria á la que ningún cuerpo puede oponer obstáculo. En los experimentos llevados á cabo, estas ondulaciones atravesaron montones de tierra, paredes, etc., y á lo que parece podrían salvar distancias de más de veinte millas, siempre que sean proporcionadas á ellas las dimensiones del transmisor y del receptor, dentro de límites prácticos por supuesto.

En la *interwiew* á que nos referimos, Marconi hizo observar que la niebla no ejerce acción alguna sobre el libre paso de las ondulaciones, circunstancia que puede hacer muy útil el invento para evitar las colisiones de los buques, los cuales podrían conocer recíprocamente su presencia y la ruta que siguen. Respecto de las aplicaciones



Guillermo Marconi, inventor del telégrafo sin alambres

futuras que podrán hacerse de las ondulaciones eléctricas, especialmente para su transmisión á distancias enormes, el inventor se mostró, como es natural, muy reservado. La primera aplicación que se hará del nuevo sistema será, según Marconi, de carácter militar, sustituyendo con él los actuales aparatos telegráficos de campaña: otra aplicación, descrita en la *interwiew* como terrible y que parece demasiado *sensacional*, será aquella por la cual las radiaciones eléctricas servirán para producir la explosión de los polvorines, especialmente en los buques de guerra.

Tales son las noticias que por ahora pueden darse del descubrimiento del Sr. Marconi, á quien corresponde el mérito de haber sido el primero en llevar las ondulaciones de Hertz á un campo más vasto que el del laboratorio y en utilizarlo para la transmisión de señales á largas distancias sin alambres conductores. Pronto sabremos si verdaderamente se trata de nuevas radiaciones, porque una vez obtenido el privilegio, el inventor no tendrá reparo en hacer público su descubrimiento.

E. M.

CARRERAS-CAZA
EMBROCACIÓN MÉRÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

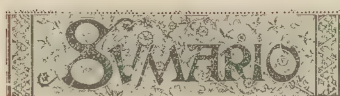
Año XVI — Barcelona 14 de junio de 1897 — Num. 807

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LAVANDERA, escultura de José Montserrat y Portella

(Exposición Nacional de Madrid de 1897)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

COCHES Y CIENCIA

El impuesto sobre los coches de lujo, que tiene el defecto de dar satisfacción á la envidia, tiene asimismo el de deslucir bastante las fiestas, las contadas fiestas al aire libre que se celebran en Madrid. Las personas más ricas y antojadizas se tientan la ropa antes de decidirse á pagar un año de contribución por el gusto de sacar un *mail* ó un *four in hand* el día de las carreras, ó en Carnavales, con media docena de máscaras bulliciosas. Este impuesto, como todos los que recaen sobre las superfluidades, está destinado á producir muy poco y molestar mucho, incitando á la gente rica á gastarse su dinero de otras maneras inaccesibles á las uñas del fisco y á los arbitristas municipales. El que había de sostener un tren de gran lujo y dar lícita ganancia á cocheros, lacayos, chalanes, fabricantes de coches, pajeros, tratantes en cebada, guarnicioneros..., etc., se compra, verbigracia, un brillante gordo – que *no come pan* – y se lo planta en la corbata, ó se lo cuelga de las orejas... y nadie le pide un céntimo por el gusto.

Para mí la contribución de coches es antipática, porque, lo repito, complace á la baja envidia del populacho. Lo que más indigna al español que va á pie es un coche: y aquel lugar común de la salpicadura de barro, conserva todavía fuerza bastante para concitar pasiones y soliviantar los ánimos de los que transitan á pie. Singularidad de la naturaleza humana, que no deba de envidiar nunca lo verdaderamente envidiable, los bienes reales y efectivos y á todos superiores, que Schopenhauer clasifica admirablemente en sus *Aforismos acerca de la sabiduría en la vida*, por otro nombre, *Parerga y Paralipómena*. El mayor bien de la tierra es la salud, y no veréis que generalmente cause envidia.

Prueba al canto: id por la calle á paso ligero, con piernas ágiles, con aire saludable, con esa animación que presta el ejercicio físico, y no escucharéis una exclamación envidiosa de los demás transeuntes. En cambio, que cruce un coche, y vaya reclinado en él un anciano valetudinario, una señora obesa ó demacrada, visiblemente enferma... y se oirán los acostumbrados anatemas contra tal medio de locomoción, y las inevitables hipótesis acerca de la salvación del alma del que gasta carruaje, «porque no ha de tener gloria aquí y gloria allá,» según el asombroso descubrimiento de los teólogos de la envidia, que mandan á las calderas de Pedro Botero en derechura á cuantos no usan la carroza barata de San Francisco.

* * *

¿Es, acaso, la comodidad del coche lo que se envidia? Mal conocería á los españoles quien tal creyese. El español apenas estima el *confort*, apenas sabe apreciar esa inteligente armonía del modo de vivir con las necesidades físicas é intelectuales, que es para el sajón un ideal constantemente perseguido. Ni llegar pronto ni ir sentado á gusto le parecen cosas muy envidiables al obrero ó al menestral madrileño, que cierra los puños y masculla sordas imprecaciones cuando ve pasar los trenes elegantes y aristocráticos. Por diez céntimos se puede él trasladar cómodamente de un punto á otro, en el coche de mejor movimiento que existe, que es el tranvía; el tranvía, del cual se dicen pestes, pero que es una cosa excelente, muy práctica, muy barata, muy superior al parisiense ómnibus, con su peligrosa y glacial *impériale*. Con el tranvía, las ventajas del coche son accesibles á todas las clases sociales; no hay cansancio, no hay distancias, no hay frío; es en verano el mejor abanico, en invierno una garita protectora, y es además, para el pobre, un Casino, una Bolsa donde se entera del alza y baja, recoge noticias, galantea, charla, dice y oye donaires, hace política y hasta implora la caridad. En el tranvía, las cocineras y criadas de servir se informan de las casas, comentan los precios de los víveres, inician ó desenredan intrigas amorosas; las modistillas se citan con los horteras, las chulas se mofan de los señoritos, los rateros hacen su agosto, los empleadillos fraternizan con sus jefes, y las Siervas de María y las Hermanas de la Caridad se codean con los Tenorios callejeros y los perdonavidas, sin que ni ellas se espanten, ni ellos se propasen y desvergüencen. En el tranvía se recoge limosna, se deslizan cartas, se leen y comentan periódicos, se regalan flores, se hacen amistades, se contrata verbalmente, se disputa, se curiosea, se ríe y se goza con la bulliciosa expansión y la intemperante franqueza propias de nuestro humor y de nuestra tradición democrática jamás desmentida. ¿Por qué este coche tan divertido y tan á mano no le basta á la gente baja de Madrid?; ¿por qué se enfurecen cuando un coche pasa al trote de su tronco más ó menos pura sangre?

* * *

Como todos los fenómenos psicológicos, la envidia encierra un problema extraño. Se envidia lo que no se desea; se envidia lo que no se necesita; se envidia lo que no envuelve ningún goce, ninguna felicidad verdadera; se envidia sobre todo lo vacío y lo inútil, lo que se relaciona con el amor propio y la vanidad.

Los países donde no se trabaja mucho, donde se cultiva la arrogancia y la bravata, son más fértiles en esa cosecha de ortigas y cardos que forma el jardín de la envidia. Un hombre muy ilustre me decía una vez, con gracia y humorismo: «En otras naciones, el escritor envidia al escritor, la hermosa á la hermosa, el banquero al banquero: España ofrece la particularidad de que los curas envidian á las bailarinas, los pintores á los toreros, los notarios á los tenores, y así por el estilo.» Riámos de la *boutade*, pero no podíamos menos de encontrarle miga y fondo de exactitud. El menestral que va á pie no envidia el coche porque sea cómodo ni porque sea abrigado: la prueba es que no se envidia á los que toman un simón, y el simón, en cuanto abrigo y comodidad, equivale al tren más magnífico. Se envidia la categoría del coche, la estética de su elegancia, el primor de su limpieza, el piafar de su fogoso tronco, la gravedad respetuosa y la tiesura correctísima del cochero, la travesura del lacayillo, los colores de la cucarda, el raso moteado ó el terso *chagrín* del forro, la corona heráldica pintada en la portezuela, – y más aún las pelucas blancas, los calzones cortos, las gorras de jockey, las botas de campana, las libreas de seda, el rumbo de los cuatro hermosos animales enganchados á la d'Aumont, arrastrando como una pluma la carretela airosa... Es decir, se envidia la exterioridad, la bizarría del lujo, lo que no es positivo, sino decorativo, ideal...

Sirva esto de demostración al dicho de un moralista, según el cual la envidia, y en general todas las malas pasiones, brotan de la raíz de ciertos sentimientos nobilísimos, en alto grado generosos y hasta poéticos. Al envidiar lo que carece de verdadero valor, lo que, obtenido, no acrecienta la felicidad ni el bienestar, la humanidad revela un desinterés romántico, una carencia absoluta de egoísmo.

Estamos en el tiempo de los exámenes, y á estas fechas se decide la suerte de nuestra estudiosa juventud. Es decir, se decide la de la estudiosa y también la de la holgazana y desaplicada; porque nadie creerá que se presenten á examen solamente los chicos estudiosos, ni que éstos formen en ninguna Universidad, Academia, Instituto, Colegio ni Escuela, compacta mayoría.

Una de las razones, acaso la principal, en que puede fundarse el escepticismo respecto á la asiduidad de los estudiantes, es lo mucho que se les encuentra por ahí, no sólo en tiempo de vacaciones, sino durante todo el curso. *Por ahí* quiere decir paseos, teatros, calles, cafés, tertulias .. y á horas avanzadas de la noche, que parecen indicar que al día siguiente no tienen pensado asistir á clase, ni ganas. Y, sin querer, hacemos en voz baja la reflexión del zapatero – que por si mis lectores la ignoran, voy á contársela.

* * *

«Érase un zapatero que vivía en la esquina de una callejuela, á la vuelta de la cual se encontraba situado cierto colegio famoso. Habían notado los colegiales que, al verles pasar el zapatero, dejando de machacar su suela ó de clavar su lezna, mirando por la estrecha ventanuca levantaba la cabeza, la balanceaba de hombro á hombro, y exclamaba en voz clara y sonora: «No lo entiendo.» Las primeras veces, los colegiales tomaron á risa la frase, creyendo que lo decía un alelado ó un demente; pero á fuerza de oírsela repetir, y siempre con tono reflexivo y cabeceo sentencioso, llegaron á sospechar que ocultaba algún concepto injurioso y despreciativo. Persuadidos de esto, avisaron al rector, acudió el rector en queja al corregidor de la ciudad, y éste se apresuró á llamar al maestro de obra prima y á ordenarle que sin tardanza y so pena de castigo, explicase la frase misteriosa.

«Señor corregidor, dijo el pobre hombre, ahora mismo se la voy á explicar á usía. Como yo veo á los colegiales pasar por delante de mi establecimiento por la mañana; como vuelvo á verles pasar á mediodía; como otra vez pasan á la tarde, y no es caso raro que á la noche, doy en cavilar ¿cuándo estudiarán? Y por eso exclamo á diario y en alta voz: *no lo entiendo.*»

«A fe, buen hombre, saltó el corregidor, que no lo entiendo yo tampoco: idos en paz, pues á nadie habéis agraviado.»

Regresó en seguida el zapatero, libre y contento, á su portal, y sentóse, como de costumbre, á batir suela sobre el poyo de las encallecidas rodillas; y á cada vez que veía pasar á los colegiales, asomaba la gaita por la ventana, y decía ya sin temor alguno, con todo el brío de quien posee el amparo de la autoridad: «Yo no lo entiendo, ni el señor corregidor tampoco.»

* * *

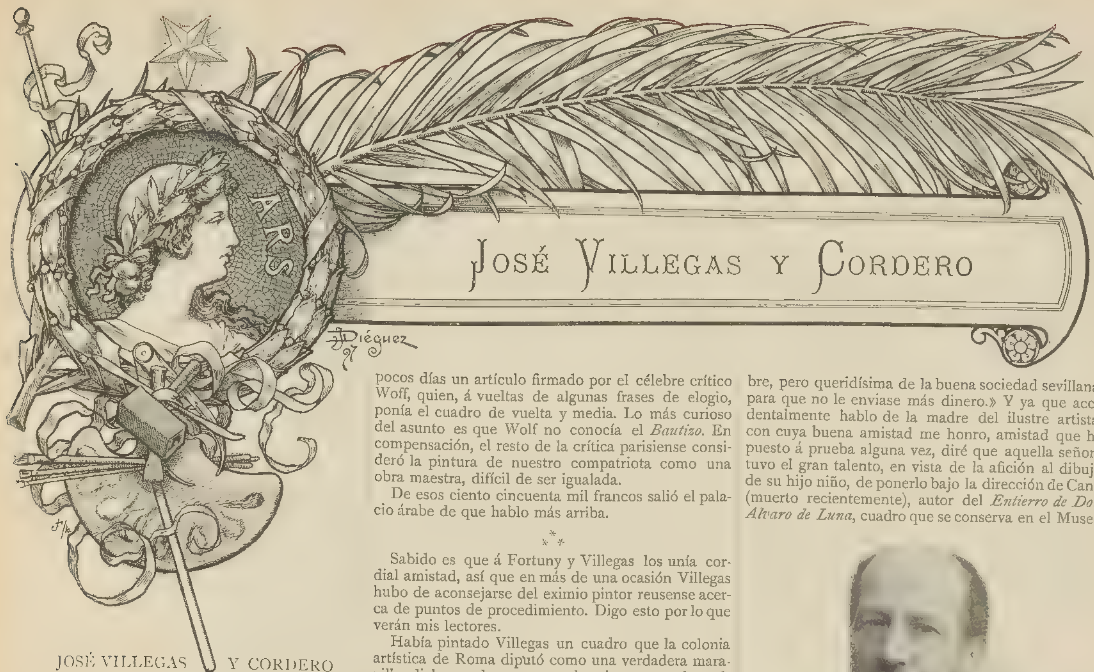
No solamente es difícil averiguar cuándo estudian muchos estudiantes, sino que el sistema de enseñanza, tal cual se practica, en cierto modo se opone al estudio.

Interrumpidas las clases por continuas é injustificadas vacaciones, el menor pretexto sirve además para que se cierren las aulas: festividades que la Iglesia no prescribe ó que ha abrogado ya, santos y cumpleaños de infantas é infantes, llegadas de generales, salidas de tropas..., ¿yo qué sé? Todo se traduce en asueto..., y el asueto en pereza, y la pereza en indiferencia, y esta indiferencia, al aproximarse los exámenes, cede de repente el puesto á una especie de frenesí, á un repentón de última hora, á una indigestión de lectura atropellada, prendida con alfileres y salteada, que no adquirida. El estudiante, á quien todo el año conocisteis alegre, sociable y comunicativo, de improviso se retrae, se encierra, no le ve ni el sol; el que *pedaleaba*, abandona su bicicleta; el que montaba, deja en la cuadra el caballo; los hay que hasta riñen con sus novias temporalmente, á fin de que no les distraiga cosa ninguna. La semana anterior al llamamiento crece la fiebre de los estudiantillos. No comen, y para desvelarse y pasarse la noche sobre los libros, preparan una decocción feroz, llamada *café de exámenes*. La mañana les sorprende con los codos sobre la mesa, los dedos hundidos entre la revuelta cabellera, y en ese estado en que ya es difícil averiguar si se duerme ó se vela ó se lucha con las visiones de la calentura. Los que así creen poder disponerse á un examen, son como los que creen reparar un ayuno de meses con un atracón desatinado y una borrachera encima...

Sin embargo, examen va, examen viene, año tras año, los muchachos van echando bigote y barba, las carreras terminándose; y salen hechos unos juristas, unos médicos, unos farmacéuticos, unos doctores de Filosofía y Letras (¡ah, pobres letras, pobre filosofía, pobres ciencias, casi siempre, en nuestra asenderea da patria!), y son ellos los que, á su vez, sentados detrás de una mesa, ya entrecanos, gruesos, con cara surcada de arrugas y nublada de preocupaciones, han de examinar á los mocitos de mañana, á los otros desventurados que acaban de chapuzarse en el *café de exámenes* y de pasarse la noche con los pies metidos en un barreño de agua fría, á fin de evitar el sueño. Y los estudiantes de entonces les tendrán á ellos el mismo terror que ellos han tenido á los catedráticos de su tiempo; y ellos, olvidando sus propios tropezones, fruncirán el entrecejo cuando el alumno titubee al responder á una pregunta capciosa, enrevesada y mal formulada – que casos de éstos se dan también á docenas...

¡Junio! ¡Qué mal se compensan tus rojas cerezas y tus amarillas calabazas! Un cerezo cargado de fruta, y encaramada en él una campesina fresca y de alegre humor, cogiendo cerezas y echándolas abajo... ¡Qué estudiante no sueña con este idilio!

EMILIA PARDO BAZÁN



JOSÉ VILLEGAS Y CORDERO

Fuera de la ciudad de los césares y de los mártires, en medio de la campiña romana, se levanta un palacete de nueva planta, que recuerda por su arquitectura algunos de aquellos edificios moriscos que guarda la ciudad que el Darro y el Genil bañan.

El dueño de esta *villa* española es Villegas, el insigne autor de lienzos tan famosos como *El triunfo de la dogaresa*, de la *Muerte del torero*, de acuarelas inimitables, superiores á las del mismo Fortuny algunas, y que por su número es imposible citar.

El palacete, ó *villa*, ó como quiera llamársele á la regia vivienda que Villegas se ha fabricado cuasi vis á vis del Janículo, es un rasgo del carácter de su dueño, español y *sevillano* hasta la medula de los huesos, y el producto de la venta de un celebérrimo cuadro, existente hoy en la galería de Vanderbilt en Wáshinthon; cuadro español y *también* sevillano, como el artista que lo pintó. Y ya que tal cuadro menciono, vaya el relato de la venta, que es instructivo y curioso á la par. Instructivo porque da á conocer, una vez más, la madera de que están fabricados los *marchantes* en general y algunos críticos, y curioso por las peripecias de la venta.

El cuadro en que me ocupo, ¿quién no conoce reproducciones de él?, es el titulado *Un bautizo en Sevilla*. Villegas lo llevó á París, donde ya era ventajosamente conocido por aficionados tan notables como Mr. Stuard, y por mercaderes como el celebérrimo Goupil, quien le había adquirido á buen precio varias obras. Gustóle á éste de un modo extraordinario el *Bautizo*, y ofreció al pintor cien mil francos; mas Villegas, que sabía perfectamente cuál era el mérito de su obra, y que, por otra parte, no andaba entonces muy escaso de dinero, se negó á dar el cuadro por ese precio. Insistió Goupil, subiendo la oferta, primero á ciento diez mil francos y después á ciento veinte mil. Aburrido, marchóse el opulento mercader; pero esperando sin duda vencer en la contienda, dejó pasar unos días sin ver al pintor.

Encontrábase á la sazón en París el archimillonario norteamericano Vanderbilt, y el conde d' Epinay, grande amigo de Villegas, llevó al *yankee* al hotel en donde aquél se hospedaba. El resultado de la visita fué la adquisición por Vanderbilt del cuadro en el precio de *ciento cincuenta mil* francos, precio que no había alcanzado hasta entonces ninguna otra obra de arte moderno, excepción hecha de alguna de Meissonier. Terminada la venta, bajaba d' Epinay las escaleras del hotel y subíalas Goupil. Cuando éste se enteró de lo acontecido, fué tal la ira que le acometió, que sin querer saludar al artista fué corriendo á su casa y devolvió á Villegas dos cuadros suyos de escasa importancia que en el establecimiento tenía á la venta, diciéndole además que quedaban rotas las relaciones de ambos. Mas no paró en esta niñería el desahogo del malhumor de Goupil. En uno de los periódicos más importantes de París, apareció á los pocos días un artículo firmado por el célebre crítico Woff, quien, á vueltas de algunas frases de elogio, ponía el cuadro de vuelta y media. Lo más curioso del asunto es que Wolf no conocía el *Bautizo*. En compensación, el resto de la crítica parisiense consideró la pintura de nuestro compatriota como una obra maestra, difícil de ser igualada.

De esos ciento cincuenta mil francos salió el palacio árabe de que hablo más arriba.

* * *

Sabido es que á Fortuny y Villegas los unía cordial amistad, así que en más de una ocasión Villegas hubo de aconsejarse del eximio pintor reusense acerca de puntos de procedimiento. Digo esto por lo que verán mis lectores.

Había pintado Villegas un cuadro que la colonia artística de Roma diputó como una verdadera maravilla; dicho cuadro representaba, si no recuerdo mal, un *vendedor de zapatillas árabe*. Fuese por la gruesa capa de color con que estaba pintado, fuese por las condiciones de fabricación de los colores, el resultado es que el cuadro tardaba mucho en secarse. Esto traía un poco preocupado á Villegas, y se lo dijo á Fortuny. Fortuny le aconsejó que cubriese toda la pintura con una ligera capa de yeso y que lo expusiera al sol. Dicho y hecho: Villegas extendió con gran cuidado el yeso sobre el moro y las zapatillas, lo colocó al sol y se marchó tranquilamente á esperar el resultado de la operación. Efectivamente, por la tarde Villegas comienza á quitar el yeso, y con el yeso la pintura también. ¡Adiós mi dinero! Medio loco, marcha nuestro artista en busca de Fortuny: «Pero tú, ¿qué me has aconsejado?, le pregunta. – Que cubrieses con una ligera capa de yeso el cuadro y que lo expusieras al sol. – Pues tal hice. Ven, añadió, ven á ver el cuadro y verás lo que le ha sucedido.» En efecto, cuando Fortuny vió la pintura, no pudo menos de decirle: «¡Pero hombre!, ¿cuánto tiempo has tenido esto al sol? Todo el día. – Vamos, repuso Fortuny, tú has hecho lo que la familia de aquel enfermo á quien le había recetado el médico unas sanguijuelas: que se las sirvieron fritas.»

Gracias á la habilidad de Fortuny, la pintura, aun cuando con grandes desperfectos, pudo salvarse.

Anécdota también digna de ser conocida es la de la venta del primer cuadro de Villegas en París, no por lo que tiene de particular, sino porque retrata el carácter cariñoso de nuestro artista y la fe que en éste tenía su madre.

Hallábase en Roma el espiritual pintor español Eduardo Zamacois en ocasión en que Villegas comenzaba á pintar un cuadrito que debía titularse, y que se tituló así efectivamente, *Preparativos de la lidia*. Dicho cuadrito representaba el instante en que las cuadrillas acaban de saludar al presidente, truecan los capotes de paseo por los de lidia y se colocan en los sitios convenientes para ver salir el toro. Terminado que fué el cuadro, Villegas se lo envió á Zamacois, que había regresado á París, para que viese el medio de poderlo vender. El precio era de dos mil francos; pero le rogaba que si encontraba exagerada la cantidad, lo vendiese en la que le pareciese prudente.

Zamacois, en cuanto hubo en su poder la obra de su amigo, fué en busca del célebre aficionado Mr. Stuard, cuya galería de pintura llegó á ser una de las más notables de Europa, para que viese el envío del novel artista sevillano. En efecto, Mr. Stuard quedó encantado del cuadrito, y augurando á Villegas un gran porvenir, concluyó preguntando el precio á Zamacois. «Quiere dos mil francos, contestóle Zamacois, pero á mi juicio vale más.» Mr. Stuard le entregó *tres mil*.

«Cuando Villegas – me decía la persona que me relataba esta anécdota – recibió el *chéque*, la primera operación que hizo fué la de escribir á su madre, pobre, pero queridísima de la buena sociedad sevillana, para que no le enviase más dinero.» Y ya que accidentalmente hablo de la madre del ilustre artista, con cuya buena amistad me honro, amistad que he puesto á prueba alguna vez, diré que aquella señora tuvo el gran talento, en vista de la afición al dibujo de su hijo niño, de ponerlo bajo la dirección de Cano (muerto recientemente), autor del *Entierro de Don Alvaro de Luna*, cuadro que se conserva en el Museo de Arte Moderno. Significaba para la madre de Villegas, modesta peinadora de las damas de Sevilla, tal resolución, un esfuerzo pecuniario incalculable; esfuerzo que siguió haciendo hasta la época en que Villegas, ya en Roma, vendió en París el cuadro que más arriba cito. Un detalle debo añadir. Una de las damas que con más ahinco trató de ayudar á la madre de nuestro artista, fué la madre del general Polavieja.



José Villegas y Cordero

* * *

Zamacois, el chispeante autor de tan celebrados cuadritos como *¡Revelación!*, *La educación de un príncipe* y *Jaque á la reina*, llevó á cabo, como hemos visto, la presentación de Villegas al mundo artístico y aficionado de París. A su vez Villegas realizó la presentación al mundo aficionado y ¿artístico? de Nueva York de otro artista eximio, Mariano Benlliure. Diré cómo.

Había llegado á Roma un *yankee*, gran admirador de los artistas españoles, y encargó á Villegas dos cuadros que se titularon *Las joyas de la novia* y *La bendición de las palmas*. Hablando un día con nuestro pintor, le preguntó qué escultor conocía de mérito saliente que pudiese efectuarle un gran relieve. Villegas acordóse al punto de Benlliure (quien apenas contaba veinte años). Ejecutó Mariano la obra, pagada espléndidamente. Por cierto que el bajo relieve citado es una de las joyas que ha producido el gran escultor valenciano.

* * *

Una de las aficiones más grandes que Villegas ha tenido, afición que alguien ha calificado *chifladura*, fué la de coleccionar telas antiguas. Solamente en terciopelos de Venecia, de Génova, de Valencia, etcétera, pasara seguramente de *cien mil* francos el va-

lor de los que posee. Especialmente de terciopelos del siglo XVII, la colección de Villegas es la más completa.

***

Y ahora, lectores amables, si queréis conocer al famoso artista, no en la *posse* del retrato fotográfico, sino en su naturalísimo modo de ser, no tenéis más que en ciertos días de la semana seguir adelante *Via Parioli* y esperar el paso de un *corricolo* de los que tan graciosamente ha descrito Dumas padre, tirado por desmedrado jaco, y en el conductor veréis á Villegas, quien dejando en una posada vehículo y cabalgadura, antes de internarse en la ciudad de los Papas entrará en una barbería de las que hay en la *Piazza del Popolo*, para arreglarse el cabello y la barba, sufriendo impertubable que el barbero le rasure á su gusto, mientras él se entretiene en escudriñar por centésima vez, con la viva mirada de sus pequeños ojos llenos de luz y de vida, los cachivaches que componen el ajuar del establecimiento.

Por otra parte, si llamáis en la puerta de su *villino*, tened por seguro que es más que suficiente vuestra calidad de español para ser acogidos con verdadera y cordial alegría. Os ofrecerá una copa de buen vino de Sanlúcar, y hará esfuerzos para no tutearos. Y es tan sencillo en sus gustos, que en cierta ocasión, mostrándole á un amigo, pintor también, el comedor de su casa, como le dijese el visitante que era un salón hermosísimo y le alabase el gusto exquisito con que lo estaba alhajando (pues todavía no concluyera de arreglar el decorado de la *villa)*, Villegas, volviéndose á su colega le dice: «Créame usted; pero á mí me parece que no comeré aquí, porque se me figura que me voy á morir de tristeza; este comedor lo hice únicamente para cuando vengan mis amigos y haya mucho ruido y mucha alegría.»

***

Si oís hablar á Villegas, creeréis escuchar á Lagartijo; vedle pintar y se os figurará que Fortuny no ha muerto. Pero *siente* más que Fortuny.

R. Balsa de la Vega

EL MILAGRO AL REVÉS

– Buenos días, señorito, me dijo el peatón al llegar á los espinos de Piedras del Agua, donde le estaba yo esperando sentado á la sombra.

– Hola, Juan; buenos días, le contesté.

– Ya estamos acá, continuó diciendo, mientras forcejeaba por sacar unos papeles del bolso de la chaqueta.

– Que sea enhorabuena, hombre, le dije yo alargando la mano para cogerle el correo.

– ¡Calla! ¿Pues quién le dijo á usted que yo me había acomodado?, me preguntó Juan muy sorprendido.

– ¡Ah! ¿Te has acomodado?, le pregunté yo á él con la misma sorpresa.

– ¡Ah! ¿Usted no lo sabía?.. Como me dijo usted «que sea enhorabuena,» creí que sabía usted que me había casado el miércoles.

– No sabía nada. Te dije que sea en hora buena, porque tú dijiste que ya estabas acá: quise decirte que vinieras en hora buena. Pero ahora que sé te has casado, te doy la enhorabuena de verdad... ¡Vaya, hombre!.. Aunque no sea más que por el valor de reincidir; porque ¿no eras viudo?..

– Sí, señor, sí; viudo era hacía ya dos años; y como la otra vez no le había ido á uno del todo mal, gracias á Dios, y parecía que así, solo, no se hallaba uno, dije para mí; ¿qué podrá ser que no sea?.. Vamos allá otra vez á ver cómo pinta.

– Bien hecho, hombre, bien hecho. ¿Y con quién te has casado?



Una carta interesante, cuadro de José M.ª Marqués (Exposición de Amberes)

– Allí, con una moza que usted no la conocerá, hija de un vecino que le llaman el tío José *Madruga*..

– ¡Buen apellido!..

– No, señor, no es apellido; se lo llaman de *muete*.

– Lo mismo da; para el caso viene á ser lo mismo, y mejor, si un poco me apuras; porque siendo apellido denotaría que sus antepasados eran madrugadores, y siendo apodo no heredado, sino personal, da á entender que él es el que madruga... Y también madrugará su hija, ¿eh?

– Pues no crea usted que es descuidada, no... Quiere decirse que tampoco es ya ninguna niña; porque como yo también voy siendo ya entrado, me dije, digo, ¿cómo me voy á casar ahora con una rapaza?.. Y la busqué ya talludica.

– Bueno, hombre bueno; pues que sea para servir á Dios, y por muchos años.

– Usted los vea, señorito; y se agradece el buen deseo... Pues no crea usted que todos le dicen á uno lo mismo..., porque nunca faltan malos quereres y envidias y uno y otro..., y como quiera que la chica tiene muy buena hijuela para el día de mañana que mueran sus padres, no falta en el pueblo quien diga: «¡Mira quién se la ha ido á llevar!..» Porque además la muchacha es espabilada y buena por todos conceptos; y si no se había casado primero era porque, vamos, como guapa, no es guapa, que todo se ha de decir, y además el tío José *Madruga* tampoco era rico hasta hace dos años que heredó de una tía suya que murió sin hijos... Pero por lo demás, ella lista es muy lista; como que por parte de madre es nieta del tío *Fonsín*, que en paz descanse, á quien creo que usted no habrá conocido ni acaso habrá oído nombrar.

– No diré...

– Pues parece extraño, porque era un hombre muy *celébre* y muy listo..., sentía crecer la hierba. Todavía me acuerdo yo algo de él; pero además he oído contar de él unas cosas más graciosas que, vamos, como de imprenta...

– ¡Hombre, hombre!.. Cuéntame alguna de esas cosas graciosas que has oído tú contar del tío *Fonsín*...

– ¿No ha oído usted lo que le pasó una vez con el señor cura?..

– No; pero lo oiré ahora. Siéntate un poco aquí en el antepecho del puente y cuéntamelo.

– ¡Colle! Es que para contarlo bien es muy largo, y como llevo la correspondencia de todo el ayuntamiento, si me entretengo tanto por el camino, dirán que...

– No hagas caso, Juan. ¿Crees tú que los demás correos andan más de prisa y con más puntualidad?.. Pues no lo creas. Todos van así al símil. Conque siéntate y cuéntame esas cosas del tío *Fonsín*, que son lo mismo que de imprenta.

– Bueno: pues el tío *Fonsín* era un hombre chiquitico, pero muy listo, como ya le he dicho á usted. Me acuerdo que tenía una perra negra muy gafa, y como teníamos que pasar por delante de su casa para ir á la escuela, siempre nos ladraba la perra, y nosotros la tirábamos piedras y salía el tío *Fonsín* tras de nosotros llamándonos picarucos, bribonzucos, libertadines, y diciéndonos que no teníamos vergüenza ni quien nos la pusiera. Y una vez por salir corriendo tras de nosotros muy furioso se le rompió una madreña en medio de la calle y tuvo que volver para casa en chapines, poniéndose perdido de barro.

– Sí, sí; pero ¿qué fué lo que le pasó con el señor cura?

– Verá usted... Yo no sé si usted conoció al señor cura viejo de mi lugar, al *entrecesor* de este que tenemos ahora, y Dios nos le conserve, porque, no agraviando á nadie, es muy buen señor... También el otro era bueno... ¿Le conoció usted?

– No, no le conocí; pero es lo mismo. Sigue.

– Pues era un señor alto, moreno, de nariz aguileña, con el pelo blanco, blanco del todo, y muy bueno, como le he dicho á usted, muy limosnero. Y si se ponía á *pedricar* no crea usted que había quien le echara el pie *alante*. En fin, que era un señor muy *estudiao*, pero se le pasaban algo las cosas.

Y una vez, un domingo, diz que se puso á *pedricar* explicando el Evangelio del día, que hablaba de la multiplicación de los panes y los peces; vamos, del milagro que hizo Nuestro Señor Jesucristo en el monte, cuando compadeciéndose de las gentes que le habían seguido hasta allí para oir su doctrina, quiso darlas allí de comer, y no habiendo podido encon-

trar sus discípulos más que cinco panes de cebada y dos peces, el Señor los multiplicó de tal manera que más de cinco mil personas, que eran las presentes, comieron cuanto quisieron y todavía sobraron doce canastas de rebojos.

Y estaba allí muy cerca el tío *Fonsín* que siempre se iba á la capilla mayor y se solía sentar en un banco pequeño que había allí mismamente junto á la escalera del púlpito, enfrente de la puerta de la sacristía; porque como de rapaz había andado un poco al estudio y sabía algo de latín, era muy aficionado á hacer de sacristán; y ya se sabía, en cuanto faltaba el mayordomo, el tío *Fonsín* era el que sacaba la cruz en el *Asperges* ó en la procesión, si la había, y el tío *Fonsín* era el que encendía las velas, y el tío *Fonsín* era el que las apagaba, de modo y manera que casi venía á ser mayordomo perpetuo...

Pues como digo, estaba *pedricando* el señor cura sobre la multiplicación milagrosa de los panes y los peces, y después de haber referido el caso tal como pasó, y lo que dijo el Señor á los apóstoles, que le daba lástima de aquella pobre gente y no quería dejarlos ir en ayunas para casa porque se iban á cansar por el camino, y lo que los apóstoles le contestaron diciéndole que no era posible dar de comer á tanta gente en un despoblado como aquel, y lo que Jesucristo les replicó diciendo que si tenían algo que comer, y lo que le volvieron á contestar los apóstoles diciendo que allí había un muchacho que tenía unos panes de cebada y unos peces, pero que qué era aquello para tanta gente, y como el Señor, no haciéndoles caso, les mandó que se los trajeran y se los trajeron, y el Señor los bendijo y mandó que la gente se sentara, y empezando los apóstoles á repartir tuvieron para dar á todos y todos comieron cuanto quisieron, y después les mandó el Señor que recogieran los pedazos que habían sobrado para que no se echaran á perder, y todavía llenaron doce canastas.

Y al llegar aquí el señor cura comenzó á ponderar mucho el poder de Nuestro Señor, que había hecho un milagro tan grande, diciendo:

– ¿Quién ha visto maravilla como esta? ¿Quién ha podido imaginar siquiera prodigio semejante?..

Y con el calor con que estaba hablando y como á él se le solían pasar las cosas, se le fué la especie y continuó diciendo con mucho fervor:

– ¿Quién obró jamás milagro tan estupendo como el que obró en este día Nuestro Señor Jesucristo, que con *cinco mil* panes y *dos mil* peces dió de comer á *cinco* personas todo cuanto quisieron?..

– Ese milagro también le hacía yo, dijo por lo bajo el tío *Fonsín*, que, como ya he dicho, estaba allí cerca.

Mas no lo dijo tan bajo que no lo oyera el señor cura, el cual advirtió entonces su equivocación; aunque, suponiendo que todos sus feligreses la habrían salvado en el acto mentalmente, por tener ya de antes conocimiento del milagro, no se detuvo á deshacerla y siguió adelante con sus reflexiones.

Así quedó la cosa. Pero el señor cura quedó algo resentido de la ocurrencia del tío *Fonsín*, porque temía que como



Un puesto de periódicos, cuadro de P. Legrand
(Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)



Un día de mayo, cuadro de Félix Mestres (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1897)

la había oído él, la hubieran oído también algunas otras personas, y porque, de todos modos, era una falta de respeto á él y al sagrado lugar en que estaban, y se conoce que dijo entre sí: «para el año que viene te espero;» y en efecto, se la tuvo guardada para otro año.

Pero al año siguiente sucedió que en aquel mismo domingo, que es el cuarto de la cuaresma, no pudo *pedricar* el señor cura en misa por tener que doblar en Villaobscura, que está allí cerca, como usted sabe, cuyo párroco estaba enfermo, y parecerle que si *pedricaba* como de costumbre en su parroquia iba á hacer esperar demasiado por la misa á los feligreses de la otra; porque era muy mirado para estas cosas, y más quería molestarse él que molestar á los fieles en lo más mínimo.

Y como no había podido echar su sermón por la mañana en misa, explicando el Evangelio como de costumbre, determinó explicarle por la tarde á la hora del rosario.

Mandó tocar como otros domingos; y cuando estaban ya los feligreses reunidos en el pórtico de la iglesia, les dijo que no habiendo podido explicarles por la mañana el Evangelio por no retardar la hora de misa en Villaobscura, se le iba á explicar allí brevemente.

Comenzó, pues, la explicación teniendo cuidado de decirlo todo bien. Repitió primero la narración evangélica punto por punto. Expresó los motivos de caridad que había tenido Nuestro Señor para obrar el milagro, tomando de aquí ocasión para recomendar mucho á sus feligreses la caridad con sus prójimos, especialmente con los pobres necesitados, pues por socorrerlos había hecho el Divino Maestro una obra tan maravillosa. Habló luego de la rudeza de los discípulos, que aunque habían presenciado ya otros milagros, todavía no creían posible dar de comer en aquel despoblado á tan gran muchedumbre...

Y llegando á lo esencial, refirió como los discípulos habían traído al Señor, por su expreso mandato, los cinco panes y los dos peces, y bendiciéndolos, se habían multiplicado de manera que de ellos habían comido cinco mil personas cuanto habían querido y se habían recogido todavía doce canastas de fragmentos.

Y pareciéndole que aquella era buena ocasión de reprender al tío *Fonsín* por su irreverencia del año anterior, repitió las mismas reflexiones sin equivocarse, ponderando el maravilloso poder de Nuestro Señor Jesucristo, que con solos *cinco* panes y *dos* peces había dado de comer cuanto quisieron á *cinco mil* personas, y dirigiéndose hacia donde aquel vecino estaba le dijo:

–¿Y esto lo haría usted también, tío Alfonso?

–Sí, señor, sí, contestó el tío *Fonsín* resueltamente.

–¡Hombre!, le replicó el señor cura muy incomodado, me pasma la osadía de usted... ¿Conque usted sería capaz de hacer lo mismo que hizo Nuestro Señor Jesucristo?.. ¿Conque para usted es cosa fácil repetir la obra maravillosa que sólo pudo hacerse por virtud de la divina Omnipotencia?.. ¿Conque usted también con cinco panes y dos peces daría de comer hasta que no quisieran más á cinco mil personas?..

Pues sí, señor, insistió el tío *Fonsín*, también lo haría... con las sobras del año pasado.

– Es verdad, dijo sonriéndose dulcemente el señor cura, que un momento antes estaba fuera de sí de enojo; es verdad... Porque no habiendo dado de comer el año pasado más que á cinco personas con cinco mil panes y dos mil peces, tuvo que haber sobrado muchísimo.

–¿Verdá usted que tiene chiste la cosa?, me dijo Juan al concluir su cuento.

– El público lo dirá, le contesté, porque la voy á dar á la imprenta.

–¡Hay que colle! ¿Y para eso andaba usted ahí apuntando con lápiz?..

– Para eso.

Antonio de Valbuena

GUERRA DE FILIPINAS

Aunque por fortuna parece completamente dominada la insurrección filipina, tienen verdadero interés los grabados que publicamos en las páginas centrales de este número, porque reproducen episodios de la lucha que con tanto heroísmo sostuvieron nuestras tropas contra las resistentes posiciones de Cavite, baluarte el más formidable de los rebeldes.

Representa el primero la gran plaza que en el campamento de Dahalicán servía de punto de reunión á las fuerzas francas de servicio que formaban allí animados corros, en los cuales se oía hablar todos los dialectos de la madre patria: en la parte izquierda de la fotografía se ve una sección de Ingenieros empuñando largas escobas de caña disponiéndose á proceder á la limpieza del campamento. Esta plaza es un inmenso arenal donde se camina muy difícilmente; para evitar esta molestia, se tendieron en el suelo unos tejidos de caña que abandonaron los indígenas, los cuales los emplean para la construcción de los corrales de pesca.

El segundo reproduce el desfile después de la misa de campaña en el expresado campamento. A la derecha se ve una parte del altar, y próximo á éste, de pie, al coronel de Infantería de Marina Sr. Herrera, jefe del fuerte ó reducto grande de Dahalicán. Al frente, en primer término, está el general Ríos, y en segundo término, en el centro, el coronel de Artillería Sr. Pellicer; á derecha é izquierda de éste los ayudantes del general y en los extremos los oficiales de Estado Mayor. Detrás de ellos se ven algunos jefes y oficiales y en último término las tropas formando en columna para el desfile.

Las dos fotografías de la otra página son indudablemente las más interesantes, puesto que están tomadas durante las operaciones contra el cuartel y puente atrincherado de Noveleta: en la primera se ve la batería de dos morteros Mata de 15 centímetros, uno de los cuales acaba de ser disparado; en la otra los dos cañones de bronce también en el momento de hacer sus disparos. Una y otra batería estaban emplazadas en la trinchera de Dahalicán.

Todas estas fotografías nos han sido remitidas por nuestro corresponsal en Manila, á quien agradecemos el envío. – X.

CRÓNICA PARISIENSE

EN EL BOSQUE DE BOLONIA

La metrópoli que tan vasto campo de aplicación y de estudio ofrece al moralista, al político y al sociólogo, es manantial inagotable de observación y de crítica para el cronista; y por mucho que se escriba sobre la asombrosa ciudad que se honra con el título de cerebro del mundo, siempre queda por decir algo interesante y nuevo sobre las infinitas é importantes funciones que desempeña en la vida universal.

Desde muy antiguo, París viene ejerciendo sobre los espíritus que algo se asimilan de su luz radiante, una verdadera fascinación. Aunque entre las venerandas ruinas de su pasado, únicamente conserva algunos monumentos de indiscutible grandeza, quédale el inmenso prestigio de un lugar sagrado en que los hombres se reunen, desde hace muchos siglos, para proclamar y afianzar sus derechos y para crear y robustecer vínculos de fraternidad. Esto explica la admiración y el amor con que historiadores y poetas de todos países han ensalzado á la moderna Babilonia.

«En esta ciudad, tan largo tiempo enferma de revolución, todo tiene su sentido, dice Víctor Hugo. París druídico, París romano, París carlovingio, París feudal, París monárquico, París filósofo, París revolucionario... ¡Qué lenta ascensión, pero qué sublime salida de las tinieblas!..»

«Imaginaos, dice Goethe, una ciudad como París, donde las mejores cabezas de un grande imperio se hallan reunidas en un mismo espacio, y por medio de relaciones, luchas y estímulos de cada día se instruyen y se elevan mutuamente; donde lo más notable de todos los reinos de la naturaleza y del arte de todos los puntos de la tierra es cada día accesible al estudio; imaginaos esa ciudad universal, donde cada paso sobre un puente, sobre una plaza, recuerda un gran pasado; ¡donde en cada esquina se ha desarrollado un fragmento de historia! Y no os imaginéis el París de un siglo estrecho é insulso, sino el París del siglo XIX, en que los sucesores de Molière, Voltaire y Diderot han puesto en circulación una abundancia de ideas que en ninguna otra parte del mundo pueden hallarse de tal modo reunidas.»

Después de las tinieblas de los tiempos bárbaros, cuando las luces empezaron á difundirse de nuevo por Europa, ¿de dónde partió el impulso? «El despertamiento, dice Renán, se verificó en Francia, tuvo efecto en París, en el momento en que París fué del modo más completo y legítimo el centro de Europa, bajo Felipe Augusto.»

De entonces data, en efecto, la Universidad de París, esa admirable institución que no tardó en imitar toda la Europa latina. ¡Extraordinaria comunión de ideas, de que tiene conciencia el mundo y que constituye la grandeza de la incomparable ciudad!

Si París fué en el siglo XVIII la patria adoptiva de los grandes espíritus, el siglo XIX ha recompensado su expansión intelectual transformándolo rápidamente, hasta convertirlo en la ciudad más grandiosa y bella del viejo continente europeo.

Después de haber absorbido poco á poco todos sus suburbios, París se ha apoderado de los bosques más hermosos de sus inmediaciones para convertirlos en parques y en paseos. Cada uno de estos parques tiene su carácter particular y su clientela propia. El Bosque de Vincennes es el teatro ordinario de las francachelas populares. El parque de las Buttes-Chaumont es el paseo favorito de la pequeña burguesía de los barrios de La Chapelle, La Villette y Belleville. El parque de Montsouris tiene por clientela habitual el vecindario del barrio de las Escuelas. El Jardín de Aclimatación es sitio predilecto de los burgueses del centro de la ciudad.

Pero el parque-paseo por excelencia, el que frecuentan todas las aristocracias, sin excluir la de la corrupción y del vicio, todas las elegancias parisienses confundidas con las elegancias y las excentricidades cosmopolitas, es el Bosque de Bolonia.

Desde la plaza de la Concordia, á las primeras horas de la mañana y á las últimas de la tarde, el movimiento de coches, biciclistas, jinetes y amazonas indica el camino del Bosque.

A la hora en que se acuestan las mundanas de Madrid, las parisienses elegantes hacen su *toilette* para su paseo matinal. Y mientras las calles del París industrial se llenan de operarias y dependientes de comercio que, elegantes, vivarachas y graciosas, se dirigen á paso menudo y rapidísimo á sus talleres ó á sus tiendas, la avenida de los Campos Elíseos ofrece ya el aspecto de una de las vías más concurridas del París mundano y rico.

Por todos los hermosos bulevares que convergen, como radios de un inmenso círculo, en la plaza de la Estrella, afluyen elegancias que, bajando luego por la antigua avenida de la Emperatriz, se dirigen al aristocrático parque.

La avenida del Bosque de Bolonia, con sus cien metros de anchura, con su kilómetro y medio de longitud, con sus tres paseos para peones, caballos y carruajes, con sus bellos parterres y sus dos calles laterales bordadas de elegantes hoteles medio ocultos entre las ramas de copudos árboles, es digno vestíbulo del famoso bosque en que diariamente se desarrollan tan interesantes escenas de la vida parisiense.

Aquí es donde se revelan en todo su esplendor el lujo, la elegancia y los caprichos de la alta sociedad cosmopolita que bulle febrilmente en París.

Y ¡qué bella decoración forman estos lagos en que se reflejan los árboles y chalets de sus riberas, y estas alfombras de mullido césped, salpicadas de flores, y estas umbrosas alamedas formando larguísimos túneles de verdura; y más allá de los hipódromos y del Sena la riente cordillera de colinas por entre cuyos árboles asoman sus campanarios y sus torres los pueblos de este magnífico anfiteatro!

¿Qué extraño es que vengan aquí á buscar esparcimiento y reposo los que gastan las fuerzas de su organismo en el abuso de los placeres ó en la lucha por la fortuna y el poder?

Penetrad en el corazón del Bosque por los tortuosos senderos que en él forman intrincados laberintos. ¡Qué contraste entre el bullicio de fuera y el silencio de estas poéticas espesuras! Sólo el murmullo de algún arroyo y el gorjear de algún pájaro turbará las meditaciones de vuestro espíritu. ¡Cuán lejos estaréis de los infiernos de París! Y sin embargo, no os separará de ellos más que una simple cortina de árboles. En la avenida de las Acacias, en torno del Gran Lago, á cien pasos de vosotros, hierven oleadas de la vida parisiense.

No describiremos este hermoso bosque donde se puede decir que afluye toda la Europa elegante. La Estadística os dirá que sus plantíos cubren una superficie de 900 hectáreas; la Historia os contará que antes de convertirse en paseo favorito de los parisienses esta porción del antiguo bosque de Rouveray fué sitio de cazas reales y guarida de bandidos; los guías os describirán los suntuosos palacios, los elegantes chalets, las mil bellezas que contiene; nosotros nos limitaremos hoy á dar una idea del aspecto que ofrece á las primeras horas de la mañana, en los días en que el tiempo se pone de parte de los que lo eligen para campo de sus deportes.

En vez de internarnos al azar por los intrincados senderos en busca de paisajes deliciosos ó poéticas soledades, encaminemos nuestros pasos por las grandes avenidas, deteniéndonos de vez en cuando en los puntos de observación más *estratégicos*.

Entrando por la puerta Dauphine, situada al extremo de la avenida del Bosque de Bolonia, encontramos, á la derecha de la carretera de Suresnes, el Pabellón Chino, donde se halla instalado un café-restaurant de los más concurridos y de los más caros del parque. A las horas de paseo sus inmensas terrazas se llenan de consumidores, y en las tardes y noches veraniegas suele tocar en el kiosco una orquesta húngara.



Las mañanas en el Bois. – La partida. El *montoir* de la Avenida (dibujo de Salvador Azpiazu)

Aquí se apean de sus coches para montar á caballo ó en bicicleta las elegantes que no se atreven ó no quieren entregarse á estos *sports* por las calles de la ciudad.

Continuando por la carretera de Suresnes, llegamos en breve á la encrucijada del Extremo de los Lagos, desde cuyo punto la vista abarca el Lago Pequeño y parte del Grande con sus islas, clubs de regatas, círculos de patinadores y restaurants. Sentaos en uno de los bancos colocados al borde del camino y veréis desfilar en menos de una hora cien celebridades parisienses.

El desfile es deslumbrador, pero no vayáis á creer que es oro todo lo que aquí reluce. Más de una de esas damas aristocráticas que se exhiben en carretela, se guardarían muy bien de exponer al público su árbol genealógico; muchos de esos personajes que nadan en la opulencia sufrirían gran bochorno si la sociedad les exigiese la presentación de su hoja de servicios.

Están en un error los que creen que en París la vida individual se pierde en el mar de la vida colectiva, permaneciendo en el misterio la existencia privada de cada cual. Aquí los secretos más íntimos de familia, las más nimias particularidades de todo el que figura en las guías oficiales y mundanas, no tardan en ser del dominio público. Y á su desfile por las alamedas del Bosque, como á su aparición en el teatro, la murmuración se ceba en los que proporcionan asunto á la crónica escandalosa.



Las mañanas en el Bois. – En el *Prado Catelán* (dibujo de Salvador Azpiazu)

Cierto es que pasan por delante de nosotros muchas personas honradas; pero la presencia de las que en gran número personifican la corrupción y el escándalo de una sociedad desmoralizada y descreída, nos hace formar un triste concepto de la alta sociedad que nos rodea. Si bien se nos presenta realzada por todas las conquistas de la civilización, por todas las glorias del progreso, descubrimos la podredumbre de su fondo. El hombre domina al mundo, arrancando á la naturaleza sus más recónditos secretos, y dicta leyes en que fija la línea de conducta para el perfeccionamiento de la vida social. Pero al lado de estos adelantos y de estas perfecciones en el orden exterior, vemos las sombras de la vida *interna*. Cierto es que la moral pública es por todos proclamada, pero si nos asomamos á las conciencias individuales, apartamos de ellas los ojos con el horror que causa una llaga cancerosa.

Si quitásemos la careta á todos los personajes que se revisten de una inalterable gravedad, veríamos cuán pocos son los que no se han encumbrado por medio de la corrupción ó de la intriga. Todo hace creer que esta sociedad ofrece verdaderos estímulos para la violación de las leyes morales. El mundo está lleno de egoísmos que se apoyan mutuamente, como si hubiesen constituído un pacto para gozar de la vida sin perjudicarse. La consigna es esta: respetar á los que tienen la sartén por el mango y guardar toda clase de consideraciones á los que pueden llegar á tomarla.

El mundo es un mercado donde todo se compra y se vende, donde todo se evalúa y se cotiza. Los hombres eminentes experimentan la necesidad de agrupar las doctrinas y los hechos en algunos puntos generales y culminantes, á fin de abarcar el conjunto y apreciar las relaciones. Se elevan y descubren el horizonte. Pero los detalles son tan numerosos y se encuentran á tal distancia del punto de observación, que escapan á la vista del observador.

La sensibilidad se exalta, la altivez acrece, las esperanzas rayan en delirio; y luego el hastío, el desaliento, la repugnancia se apoderan de la masa que forman los descontentos. ¿Y cuál es el resultado definitivo? Un mejoramiento moral muy dudoso; un desarrollo intelectual que se aplica á los cuidados de la fortuna; un acrecentamiento de la riqueza pública, pero también de las ambiciones individuales; la astucia sustituyendo á la fuerza.

La acumulación de capitales, el aumento de la habilidad mecánica, la extensión del crédito, impulsan á vivir del rédito del capital, en vez de vivir del producto del trabajo. La modesta lentitud del antiguo comerciante es sustituída por la violencia de la especulación audaz. Las grandes jugadas han reemplazado á las pequeñas transacciones comerciales. ¡O enriquecerse con rapidez, ó hundirse!

Pero dejemos este punto de observación para internarnos en el Bosque. Siguiendo el camino que ladea el lago inferior, pasamos por delante del embarcadero de los vaporcitos y canoas que por un módico precio puede alquilar el público. Al extremo del lago dejamos á la derecha la colonia Montemart y á la izquierda el hipódromo de Auteuil. Pasamos la encrucijada de las Cascadas, y acercándonos á la llanura de Longchamp, encontraremos el café que frecuentan, como término de excursión, muchos de los aficionados al Bosque.

Siempre reina aquí grande animación. Es un movimiento continuo de coches, caballos y bicicletas; un hormigueo de gentes elegantes; un animado concierto de gritos, conversaciones y risas. Y ese tumultuoso torrente de landós, cupés, victorias y breaks es el mismo que empieza allá, en la plaza de la Concordia, y continúa sin interrupción por los Campos Elíseos, la plaza de la Estrella, la avenida del Bosque de Bolonia y las interminables alamedas de este parque.

Más allá encontramos la casa de madera del conde de Artois, hermano de Luis XVI; esa *Bagatelle* famosa en los anales de la galantería. Hacia la puerta de Madrid hallamos el restaurant construído en el sitio que ocupó el castillo que Francisco I mandó edificar á su regreso de su cautiverio en la capital de España. No muy lejos de allí encontramos el Prado Catelán, en cuyo sitio se eleva la pirámide erigida en memoria del trovador provenzal Arnaldo Catelán, asesinado en esta encrucijada.

En 1889, á altas horas de una noche de verano, visité el monumento con el ilustre Mistral. El cochero que nos conducía se perdió en el Bosque, y sólo al cabo de dos ó tres horas de errar en la obscuridad por aquellos intrincados caminos, llegamos al término de nuestra piadosa peregrinación.

Juan B. Enseñat

NUESTROS GRABADOS

Lavandera, escultura de José Montserrat y Portella (Exposición Nacional de Madrid de 1897). – Modelada con elegante exactitud y bella en su realismo aparece la garrida lavandera, cuya representación ha logrado ejecutar el distinguido escultor catalán Sr. Montserrat con magistral acierto La obra revela al artista de temperamento hábil y sincero, que produce inspirándose en verdaderos y razonados ideales, sin acudir á nimiedades ni sutilezas. La hermosa estatua de la lavandera es testimonio de nuestras apreciaciones, pues en vez de modelar una figura con mentidos efectos, ha preferido el señor Montserrat reflejar la verdad. De ahí que su obra, á la vez de significar una fase del arte contemporáneo, signifique también un estudio acabado y digno por todos conceptos del buen nombre y de la sólida reputación artística de tan discreto escultor.



Las mañanas en el Bois. – La partida (dibujo de Salvador Azpiazu)



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – CAVITE. – UN DESCANSO Á PARTE DE LAS FUERZAS DESTACADAS EN DAHALICÁN



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – CAVITE. – EL DESFILE DESPUÉS DE LA MISA DE CAMPAÑA. – EL GENERAL RÍOS CON SU E. M. EN EL CAMPAMENTO DE DAHALICÁN


Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – CAVITE. – BOMBARDEO DEL CUARTEL Y DEL PUENTE ATRINCHERADOS DE NOVELETA. MORTEROS MATA DE 15 CENTÍMETROS, SITUADOS EN LA TRINCHERA DE DAHALICÁN, EN EL PRECISO MOMENTO DEL DISPARO


Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – CAVITE. – BOMBARDEO DEL CUARTEL Y DEL PUENTE ATRINCHERADOS DE NOVELETA. BATERÍA DE DOS CAÑONES DE BRONCE REFORMADOS, DE 14 CENTÍMETROS, SITUADOS EN NUESTRA TRINCHERA DE DAHALICÁN. UN DISPARO CONTRA CAVITE VIEJO

Merecida estimamos la recompensa conferida por el Jurado de la actual Exposición de Madrid, felicitando sinceramente al Sr. Montserrat y Portella por el nuevo triunfo alcanzado.

***

Una carta interesante, cuadro de J. M.ª Marqués.—Una vez más ha demostrado con este cuadro el distinguido pintor Sr. Marqués las buenas cualidades que en tantas ocasiones hemos encomiado en él. Hay en el lienzo exquisito gusto en la disposición de la figura y de los accesorios que llenan la estancia; la joven que lee la interesante carta está bien sentida, el efecto de luz está bien estudiado y el conjunto resulta elegante y armonioso. *Una carta interesante* resulta, en suma, una obra digna del pincel del celebrado artista.

***

¡Solos!, grupo escultórico de Rafael Atché.—El temperamento artístico de Rafael Atché se manifiesta abiertamente en el notable grupo que damos á conocer á nuestros lectores, premiado en la Exposición Nacional de Bellas Artes que se celebra en la coronada villa. El carácter enérgico del artista, el elevado concepto que de la escultura ha formado y hasta sus aptitudes no se amoldan á la producción tranquila, fría é inerte cual la materia empleada. Atché necesita la expresión del más tierno sentimiento, las torturas del sufrimiento, ó los entusiasmos del héroe y del caudillo, es decir, cuanto pueda traducir lo pasional, lo humano, cuanto retrate ó reproduzca las pasiones que elevan ó quebrantan el espíritu y la materia. De ahí que en todas sus producciones se halle impresa su personalidad, su alma de artista, que se identifica con sus creaciones. A este género corresponde el notable estudio que reproducimos en esta página, al que debe el triunfo alcanzado en el noble palenque en que ha tomado parte.



¡Solos!, grupo escultórico de Rafael Atché
(Premiado en la Exposición de Bellas Artes de Madrid de 1897)

***

Un puesto de periódicos, cuadro de P. Legrand.—Entre los cuadros que figuran actualmente en el Salón de los Campos Elíseos de París, llama con justicia la atención el del pintor francés P. Legrand, que reproducimos en la página 389. No es de extrañar el éxito conseguido por este lienzo, porque la escena que en él se reproduce no puede estar mejor observada: campea en él la verdad, pero no la verdad que pudiera tomarse por copia fotográfica, sino aquella en que se aunan el interés del asunto, el talento con que el artista lo ha interpretado y la corrección y naturalidad con que ha logrado darle forma. El grupo de chiquillos, perfectamente observado, nos permite admirar una serie de expresiones á cual más interesantes y una porción de actitudes arrancadas de la realidad, y él solo bastaría para acreditar de maestro al pintor que lo ha producido y que ha sabido, además, darle un fondo cuidadosamente ejecutado.

Un día de mayo, cuadro de Félix Mestres (Exposición de Bellas Artes de Madrid de 1897). – En esta época en que tanto abundan las producciones artísticas que nada significan, ya que no revelan concepto alguno, grato es ocuparse de aquellas que, como la del Sr. Mestres, demuestran el noble empeño que ha guiado al pintor, reproduciendo ó trasladando al lienzo con tanta discreción como acierto una escena altamente simpática, reflejo de nuestras costumbres, cual es una procesión formada por las infantiles hijas de María, dedicada á su augusta patrona.

Quien haya visitado durante el florido mayo los pintorescos pueblos que rodean nuestra ciudad, habrá tenido ocasión de admirar el bellísimo efecto producido por las largas hileras de niñas vestidas de blanco, recorriendo las calles bordeadas de casas de recreo, por encima de cuyos muros asoman las ramas de los árboles, los aromosos rosales y jazmines perfumando el ambiente, y subyugado por tanta belleza y por la sencilla grandiosidad del cuadro, se habrá inclinado reverentemente al pasar por delante de él la gloriosa imagen de la Virgen, conducida por bellísimas jóvenes, y confundido sus preces con los sagrados cantos de los infantiles coros.

Dificultades no escasas ha debido vencer el Sr. Mestres para representar una escena tan compleja, en pleno aire libre, pues no han de ocultarse á nuestros lectores las que se derivan de la variedad de tonos, subordinados al tiempo y á la situación. De ahí que hallemos justificados y merecidos los elogios que se le han tributado en Madrid, en cuya actual Exposición figura como una de las obras de mayor interés.

***

Los últimos momentos de D. Fernando IV el Emplazado, cuadro de José Casado del Alisal.- Acusados de haber dado muerte á Benavides, valido de Fernando IV, los hermanos Carvajales, fueron por éste condenados sin formación de proceso á ser arrojados desde lo alto de la peña de Martos. En vano reclamaron aquéllos, y no hallando justicia en la tierra, emplazaron al monarca para que compareciese ante el tribunal de Dios en el término de treinta días, al cumplirse el cual murió D. Fernando. Esta tradición, ó mejor dicho, leyenda, escogió el ilustre pintor español para el hermoso lienzo que en esta página reproducimos y que obtuvo una medalla de primera clase en la exposición de Madrid de 1862. Por lo mismo que la crítica española se ha ocupado distintas veces de este lienzo, creemos interesante reproducir lo que de él ha dicho recientemente un notable crítico inglés en una de las más importantes revistas artísticas que se publican en Londres: «Tal es el asunto – dice el citado crítico después de haber narrado la leyenda – en que se inspiró Casado para dar al mundo del arte una verdadera joya, en la que campea un sentimiento elevado y que es una tremenda protesta de la inocencia contra la estúpida sentencia de un hombre. La exposición de este tema, que pertenece más al género fantástico que al real, no debió ser tarea fácil para el artista, el cual, á pesar de las dificultades que por esta causa hubo de vencer, supo dar forma perfecta á su idea y realizar una composición sobria y severa. El desnudo está admirablemente estudiado en las figuras de los dos hermanos, y constituye una de las más admirables creaciones de Casado, quien logró además dar á las víctimas inmoladas por Fernando IV una expresión grave y triste, pero no vengadora.»

***

Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona.—Esta docta corporación, cuya vida activa y provechosa reflejase de continuo por la inteligente influencia que ejerce en cuanto existe ó se establece en nuestra ciudad que con las ciencias se relacione, ha sufrido diversas transformaciones desde su fundación. Sobre la base de la institución establecida en el mismo edificio en 1538 por D. Juan Cordillas, constituyóse en 1764 por diez y ocho personas de reconocida competencia científica la *conferencia de física* experimental, sancionada por el monarca al siguiente año, recibiendo en 1770 el título y consideración de Real Academia. Difícil sería condensar la historia de esta Corporación en breve espacio. Baste decir que instalada en suntuoso y propio edificio, cuenta con cuantos elementos científicos exige una institución tan respetable, como Observatorio Astronómico, Museo, Biblioteca, salones de conferencias y sesiones, etc., etc.

Como testimonio de la consideración y simpatía que nos merece, publicamos hoy el grupo constituído por la Junta Directiva, cuya fotografía debemos á la galantería del fotógrafo don Juan Martí.



Teatros.—*París.* – En el teatro de la Renaissance está dando la célebre actriz italiana Leonor Duse una serie de representaciones que son para ella otros tantos triunfos, pues el público parisiense la ha aplaudido y aclamado con verdadero entusiasmo y la crítica la ha proclamado como una de las primeras estrellas del arte dramático.



Los últimos momentos de Don Fernando IV el Emplazado, cuadro de José Casado del Alisal

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *La madre abadesa*, zarzuela en un acto de D. Sinesio Delgado, música de los maestros Brull y Torregrossa, y *Pepito Melaza*, juguete en un acto de D. Federico Urrecha, música del maestro Pérez Soriano, y en el Lírico *Venta de Baños*, graciosa pieza en un acto de D. Vital Aza. En el teatro de Novedades ha inaugurado con muy buen pie sus tareas la excelente compañía que dirige el inteligente actor D. Emilio Mario y de la que forman parte la Srta. Cobeña y los Sres. Thuiller, Vallés, Balaguer y otros actores no menos aplaudidos.

Necrología.—Han fallecido:

D.ª Isabel Fernanda de Borbón, infanta de España, hermana del rey D. Francisco de Asís.

Enrique Lossow, pintor de género alemán.

Pablo Reiffenstein, paisajista alemán.

Guillermo Roelofs, pintor de animales y paisajista holandés.

Carlos Lutzow, profesor de Historia de la Arquitectura en la Escuela Superior técnica de Viena, profesor y bibliotecario de la Academia de Artes plásticas de aquella ciudad y autor de muchas y muy importantes obras de historia del arte.

Roberto Stagno, famoso tenor italiano.

Luciano Biart, novelista y escritor de viajes francés, muy conocido en América por sus libros sobre México y los países Sudamericanos.

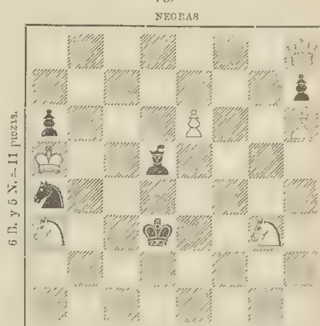
Julio Hoffory, profesor de Filología septentrional de la Universidad de Berlín.

D. Juan Creus, célebre cirujano español, ex catedrático y ex rector de la Universidad de Madrid, autor de un notable tratado de *Anatomía Quirúrgica*, de muchas monografías sobre interesantes temas médicos y de unos importantes estudios sobre resecciones subperiósticas.

Luis Français, célebre pintor francés, el último representante de las antiguas tradiciones de la pintura en Francia.

AJEDREZ

Problema número 73, por Valentín Marín



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 72, por P. Riera

Blancas.	Negras.
1. A 4 C	1. Cualquiera.
2. C ó A mate.	



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE LA NOTABLE ESCRITORA ALEMANA EUGENIA MARLITT

(CONTINUACIÓN)



... encontró un niño en el umbral de la puerta

–¿Cómo resistirá la señorita de Walde esa separación?, preguntó Flora, sonriendo malignamente.

–¿Esas tenemos?, preguntó la dueña de la casa con expresión de ávida curiosidad.

–¿Acaso lo ignoras, querida mía?, preguntó Ceres. En cuanto lo que ese caballero piensa ó siente, es cosa difícil de conocer, y nada sabemos aún de positivo sobre el particular. Por lo que hace á ella, es indudable que le ama con toda la fuerza de su corazón; pero se puede dar por seguro que de este sentimiento no participan los dos. Yo os pregunto si es posible que una pobre mujer contrahecha, como esa, inspire el sentimiento de ternura que ella experimenta... ¡Y además tratándose de un hombre tan poco inflamable y tan glacial como ese Hollfeld, que se ha mantenido insensible ante las bellezas más indiscutibles!

–Sí, es muy cierto, dijo Venus, dirigiendo una mirada complaciente al espejo que Flora había acaparado de nuevo. Eso es una verdad..., pero la señorita de Walde es inmensamente rica.

–¡Bah!, replicó Flora, ya podrá obtener la fortuna á menos precio, puesto que le basta esperar. ¿No es acaso el único heredero del hermano y de la hermana?

–Querrás decir de la hermana, repuso la dueña, corrigiendo á la joven, pues el Sr. de Walde no es tan viejo que no pueda pensar en el matrimonio.

–¡Vamos!, exclamó Ceres con acento de cólera, ¿es acaso posible? Se necesitaría por lo pronto que la mujer á quien él consintiera en dar su nombre descendiese en línea recta del cielo..., es un ente henchido de vanidad y altivez, y tiene aún menos corazón que su primo, lo cual no es poco decir... ¡Cuántas veces me irrité contra ese hombre cuando yo era todavía una joven y le veía durante los bailes de la corte apoyado contra una puerta, cruzado de brazos, y mirando á todo el mundo con su expresión severa y altiva! ¡Solamente cuando Su Alteza la princesa soberana, ó bien sus hijas, le hacían una seña, decidíase á dejar su sitio para bailar!.. Y aun concediéndole este honor, su expresión distraída indicaba claramente que para él no valía nada. Todos saben á qué atenerse en cuanto á sus exorbitantes pretensiones en caso de matrimonio. . ¡Abuelos... y siempre abuelos, los suficientes para que la familia de su futura pudiera probar que estuvo representada en el arca de Noé!

Todas las presentes soltaron la carcajada, y solamente Isabel se mantuvo seria. La conducta de la señorita de Walde había producido en ella dolorosa impresión, y sentíase como humillada por aquella debilidad... ¿Era posible semejante cambio en tan poco tiempo?... Un alma menos elevada que la de Isabel hubiera explicado el ascendiente ejercido por la baronesa de Lessen sobre su prima dándole precisamente la interpretación que la maledicencia acababa de dar..., diciéndose que Elena de Walde amaba, en efecto, al hijo de la baronesa; pero Isabel, rechazando semejante posibilidad, no admitía que una mujer noble y buena, tal como lo era seguramente la señorita de Walde, pudiera dejarse dominar por el afecto hasta el punto de cometer una injusticia... Además, persistiendo en juzgar á los otros por ella misma, evocaba la imagen del apuesto Sr. de Hollfeld, cuyas bellas facciones la inspiraban instintivamente repulsión, no justificada aún por los hechos ni ratificada por la razón, pero sí invencible... Y la joven acababa por rechazar indignada, en nombre de Elena de Walde, la posibilidad de semejante inclinación.

El Sr. de Hollfeld no parecía haber nacido, en efecto, para inspirar verdadero cariño á una mujer distinguida, pues faltábanle ingenio y talento; en toda circunstancia mostrábase ridículamente altivo, y pretendía excitar el interés general. Sin embargo, como tenía suficiente buen sentido para comprender que una buena figura rara vez suple las cualidades de corazón y de espíritu de que él carecía, había tomado el partido de ocultar su nulidad bajo una apariencia misteriosa, un aspecto constantemente taciturno y una actitud grave, rígida. No ignoraba que muchos individuos, gracias á semejante táctica, consiguieron pasar á los ojos de los necios por talentos notables y caracteres enérgicos; tan frecuente es, en efecto, confundir el vacío con la profundidad. Así, pues, aprovechábase de lo que la naturaleza había hecho por él, dándole un cerebro hueco y una inteligencia perezosa que no había podido asimilarse nada en la literatura ó en la ciencia, y había tomado el único aspecto que tenía á su disposición, cual era el de hombre desdeñoso. Nadie en el mundo podía vanagloriarse nunca de poseer la intimidad y la confianza del Sr. de Hollfeld; buenas razones tenía éste para eludir la perspicacia de sus semejantes, y en las circunstancias más frívolas adoptaba siempre una actitud reservada. Evitaba escrupulosamente toda relación con los jóvenes de su edad; y á las damas les parecía que esta conducta era de muy buen gusto.

El Sr. de Hollfeld sabía calcular, y para llevar á cabo sus planes de toda especie tenía una voluntad tenaz, con una mezcla de astucia encubierta por un aspecto de abandono. Toda la fuerza y ardimiento de que podía disponer empleábalos para buscar en todas las circunstancias su propia satisfacción y en preparar el porvenir sin sacrificar el presente. Para aumentar el brillo de su posición en la escena del mundo hubiera puesto por obra, sin vacilar, las más pérfidas intrigas, y ocupaba un puesto bastante encumbrado para proseguir este fin, puesto que desempeñaba un cargo de suficiente importancia cerca de la persona del príncipe. Podía llegar á ser un enemigo tanto más peligroso cuanto más ignorado. Su disimulo había sabido revestirse del aspecto de la indiferencia, y nadie sospechaba lo que se podía agitar bajo aquel rostro frío é impenetrable.

Isabel experimentó una viva alegría al ver el cochecito de su tío, que después de haber doblado la esquina de la calle, se detenía delante de la casa. Muy pronto estuvo sentada junto á él, y salió de la ciudad de L... bajo una impresión algo semejante á la de aquel que acaba de recobrar su libertad; se había despojado de su sombrero, y bañaba su frente abrasada en el aire refrescante de la tarde. El sol dejaba caer sus últimos rayos sobre las hojas temblorosas de los álamos que sombreaban el camino y no se olvidaba de acariciar al paso las flores de los campos; pero el bosque, hacia el cual volaba ya con toda confianza el alma de Isabel, mostrábase sombrío en su obscuridad relativa, como si hubiese olvidado ya la luz benéfica que le atravesaba antes.

El guardabosque había dirigido varias veces algunas prudentes miradas á su sobrina, que permanecía silenciosa junto á él; pero de pronto, no pudiendo contenerse más, sujetó con una sola mano la brida y el látigo, y cogiendo con la otra la barba de Isabel acercóla á su rostro.

–¡Vamos, dijo, veamos lo que pasa!.. ¡Diablo, veo en tu frente dos pliegues que son casi tan profundos como las arrugas de Sabina!.. ¿Qué ha ocurrido? ¿Habrán atormentado á mi Isabel? ¡Vamos, habla! ¿Qué ha pasado? Tú tienes seguramente alguna cosa. ¿Te has incomodado?

–No, tío, no estoy incomodada; pero me ha causado pesadumbre saber que tenías razón en el parecer que emitiste acerca de la señorita de Walde, contestó Isabel ruborizándose.

–*¿Pesadumbre?..* ¿Porque he tenido razón, ó porque la señorita de Walde ha cometido una injusticia cualquiera?

–¡Dios mío! Porque es mala, como tú profetizaste.

–¡Ah, ah! Así me creerás tal vez en lo sucesivo cuando te hable con la experiencia de un viejo cazador, que no se ha limitado á estar al acecho en los bosques, sino que estuvo expuesto á las intrigas de la corte. Pero dime, ¿qué ha pasado para que hayas reconocido la razón de mis juicios?

Isabel le refirió lo que había hecho la señorita de

Walde y las suposiciones á que se habían entregado las señoras con quienes había pasado la tarde.

El guardabosque se echó á reir.

– ¡Ah.., las mujeres, las mujeres!, exclamó. Un simple saludo cruzado entre un joven y una señorita es para ellas prueba segura de futuro matrimonio. A bien que en el caso presente tal vez pudieran acertar.

– Pero tío mío, tú no debes creer, sin embargo, que semejante móvil pueda inducirnos á cometer una iniquidad que subleva, una manifiesta cobardía ..

– Han sucedido cosas mucho más sorprendentes aún por ese móvil, hija mía; y aunque yo no trate de excusar la condescendencia y la debilidad de la señorita de Walde, ahora debo considerar las cosas menos severamente, mirándolas desde ese punto de vista... La fuerza á que obedece es aquella que nos hace dejar á nuestros padres, y hasta olvidarlos, si se exige.

– ¡Jamás admitiré la posibilidad de preferir un extraño á los padres!, exclamó Isabel con calor.

– ¡Hum!, murmuró el guardabosque.

Aquel *hum* preludiaba una breve pausa, durante la cual el tío hizo rápidamente algunas reflexiones... «Si ella no ha considerado aún, se dijo, la posibilidad de abandonarnos á todos para unirse con su esposo, de nada sirve explicarle los motivos que inducen á la señorita de Walde á obrar como lo hace... Isabel no comprendería, y yo no tengo empeño en comunicarle estas ideas demasiado pronto... Decididamente me he metido en un avispero... ¡Es tan difícil de manejar una joven como esa..., casi una niña!,» añadió, dirigiendo una mirada hacia Isabel.

Al fin se decidió á tomar de nuevo la palabra.

- ¿Y qué nos importa eso, después de todo?, exclamó. Dejemos al mundo componerse, embrollarse y desembrollarse como lo quieran la necedad ó la locura... Y por poco más vamos á imitar á esas señoras charlatanas de L... después de habernos burlado de ellas.

Y señaló con su látigo la montaña, que se veía cada vez más próxima.

– ¿Distingues allá abajo una especie de barra negra que domina el bosque?

– Sí, tío mío, es el poste que sostenía en otro tiempo la bandera señorial sobre el castillo de Gnadewitz... Ya la había divisado, y precisamente me decía en este momento con profunda satisfacción que allá abajo teníamos un rinconcito de tierra nuestro, bien nuestro, un alojamiento de donde nadie en el mundo puede expulsarnos, á Dios gracias... Tenemos un hogar.

– ¡Y qué hogar!.., repuso el guardabosque, contemplando con alegres ojos los alrededores... Cuando yo era niño aún, tenía un deseo extremado de conocer el hermoso país de Turingia, y la causa de ello era mi abuelo, cuyos relatos me encantaban. Su infancia se había deslizado en este país, y no se cansaba de referirnos cuentos, leyendas, episodios de caza y otros asuntos que seducen á los niños. He aquí por qué apenas hube terminado mis estudios vine á establecerme en el país de mis sueños, tan bien explorado mentalmente que de antemano me parecía familiar. En aquella época todo el bosque que se extiende allá, delante de nosotros, pertenecía aún á los Gnadewitz; pero yo no quería tener nada de común con ellos... Los conocía demasiado bien por todo lo que me había referido mi padre, que en otro tiempo fué su guardabosque, y tenía empeño en evitarlos cuidadosamente. Yo estaba recomendado al príncipe, que solamente era propietario de los bosques situados en la parte opuesta de L... El legatario universal del último Gnadewitz cedió al príncipe los bosques que formaban parte de su herencia, porque éste deseaba mucho aumentar sus terrenos de caza, y pagó por aquéllos más de su valor, según creo... De este modo se realizó la esperanza de mi juventud y me instalé en la antigua casa forestal, de la que podríamos decir, si hablásemos como los grandes señores, que ha sido cuna de la familia Ferber... ¿Ignoras tú que somos originarios de Turingia?

- ¡Oh!, no. Lo sé desde mi infancia.

- ¿Conoces también nuestro origen?

- No lo conozco.

- Lo suponía, porque es muy remoto, y tal vez sea yo el único que sabe esa antigua historia... Vamos, ya es tiempo de referírtela, porque es preciso que no se pierda del todo; el recuerdo es la única señal de reconocimiento que podemos dar á aquellos de nuestros ascendientes que han obrado bien, y por lo tanto debes retener esta historia para referirla cuando tu padre y yo no existamos ya. Doscientos años hace, poco más ó menos..., ya ves que nuestro árbol genealógico cuenta bastante antigüedad..., pero es enojoso que no podamos citar nuestros abuelos maternos, y si alguna vez la baronesa de Lessen ó sus allegados te interrogan sobre este punto, puedes contestar con toda confianza que descendemos de una gran dama – ó tal vez de una cantinera, pues el hecho ocurrió durante la guerra de los Treinta años. – Bien mirado, quizás era una valerosa mujer, obligada á seguir á su esposo en todos los azares de la guerra; mas no puedo perdonarle que abandonara á su hijo... Así, pues, para que sepas cómo sucedió la cosa, te diré que hace unos doscientos años, la mujer del cazador Ferber, al abrir por la mañana su casa, que es la misma en que ahora vivo, encontró un niño en el umbral de la puerta. Heida, que así se llamaba, volvió á cerrar inmediatamente, porque en aquel tiempo había por aquí hordas de gitanos que acampaban casi siempre en el bosque, y al pronto creyó que aquel niño era de aquella raza maldita. Pero su marido, hombre de buen corazón y verdadero cristiano, del que no podemos menos de honrarnos contándole entre nuestros abuelos, fué á buscar en seguida al niño, que apenas tendría un día. Sobre su pecho vió un papel escrito, en el cual se manifestaba que podían acoger la criatura, nacida de matrimonio legítimo y ya bautizada con el nombre de Juan, añadiendo que sería reclamada en tiempo oportuno. Entre los pañales encontraron una bolsita con algún dinero. La esposa del cazador era una buena mujer, y cuando supo que se trataba de un cristiano, probablemente hijo de un honrado militar, y á quien sus padres dejarían allí, deseosos de librarle de los riesgos de la guerra, adoptóle de buen grado y le crió con su niña, como si realmente hubiera sido hijo suyo. Y fué una gran dicha para ella, porque jamás sus padres, quienesquiera que fuesen, pensaron en ir á informarse sobre su suerte; el padre adoptivo le dió su nombre, y más tarde le casó con su hija. El niño que nació de este matrimonio, y después su hijo y su nieto, desempeñaron siempre el cargo de cazadores en los bosques de Gnadewitz, y solamente mi abuelo fué enviado á las tierras que estos señores poseían en Silesia. Cuando yo era todavía muchacho, á menudo me lamenté de que alguna condesa cualquiera no hubiese encontrado á nuestro abuelo y reconocido en él al hijo que le secuestraron por malignidad ó por venganza... Yo me decía que si las cosas hubiesen pasado así, ella le habría conducido en triunfo á su castillo señorial. Esta visión fantástica me sonreía; pero desde hace mucho tiempo he tomado mi partido... A pesar de todo, experimenté una viva emoción al traspasar por primera vez el umbral de la casa donde se representó el primer acto de aquel drama, que ha quedado sin desenlace. Allí fué donde el pobre abandonado fijó por primera vez su mirada. La compasión no había sustituído aún á la ternura y á los solícitos cuidados de un padre y de una madre... Esa antigua piedra es seguramente la misma donde el niño fué depositado, y mientras yo viva ó pueda tener algún derecho sobre la casa forestal, la antigua piedra permanecerá donde se halla.


Isabel estuvo largo rato hablando con su tío...

El guardabosque miró de improviso entre las ramas, pues hablando, habían llegado insensiblemente al bosque.

– ¿Ves aquel punto blanco?, preguntó á Isabel.

El punto blanco era el gorro de Sabina, que esperaba á los viajeros sentada precisamente en el umbral de la puerta que tanta importancia tenía en la historia referida por el guardabosque á su sobrina. La anciana se levantó muy pronto, y echando en una cesta el contenido de su delantal, lleno de miosotis, ayudó á Isabel á bajar del coche.

El guardabosque fué á quitarse su uniforme para ponerse un traje más cómodo, pero reapareció al poco rato llevando en una mano su pipa y en la otra un paquete de diarios, y fué á sentarse ante la mesa, donde Sabina acababa de colocar el cubierto.

La anciana sirvienta sonrió al pasar por delante de Isabel, que se había apoderado de su cesta y ocupábase en terminar una corona.

– ¿No parece esto algo extravagante de parte mía?, preguntó la anciana. ¡A mi edad emplear la mañana del domingo tejiendo coronas con esas florecillas! Pero debo deciros que lo hago porque estoy acostumbrada á ello desde mi juventud. Allá arriba, en mi habitación, hay dos pequeños dibujos que representan á mi padre y mi madre, á quienes el maestro de escuela de su pueblo retrató. Ciertamente debo darles alguna prueba de agradecimiento y de ternura, y por eso pongo á cada uno una corona de flores... Varios niños del pueblo de Lindhof me las traen todos los domingos, y como la provisión ha sido abundante hoy, me he entretenido en hacer una corona más para Isabel la de los cabellos de oro, como mi amo la llama.

Isabel estuvo largo rato hablando con su tío, cuyos recuerdos parecían haberse despertado todos á la vez desde que refirió á su sobrina la historia de sus antecesores. El Sr. Ferber y su esposa se habían retirado á su morada con Ernesto después de la marcha de su hija, conviniendo en que ésta iría á reunirse con ellos apenas regresase; pero la tarde estaba tan hermosa, y al tío y la sobrina les agradaba de tal modo conversar, que no podían decidirse á separarse. Un ligero resplandor apareció de pronto detrás de las copas de los árboles, confundidos hasta entonces en un fondo obscuro, y dibujó vivamente su sombra..; algunos rayos penetraban acá y allá entre el ramaje como otras tantas flechas argentadas que cayesen á plomo sobre la verdura, formando pequeños oasis luminosos; y muy pronto la luna salió de entre sus últimos velos elevándose sobre los grupos de árboles y difundiendo en derredor su luz pálida. La última brisa de la tarde había recogido sus alas hacía largo tiempo, y se hubieran podido trazar sobre el césped los contornos de las hojas de los tilos, súbitamente inmóviles.


Isabel con la corona de miosotis sobre la frente

– ¡Ya está!, exclamó Sabina con aire de triunfo, poniendo la corona de miosotis sobre la frente de Isabel y sujetándola. Es preciso llevarla así, pues se marchitará mucho menos que en la mano.

– Consiento en ello, dijo la joven, sonriendo y levantándose. Muchas gracias, Sabina, y á usted también, tío, por el paseo que me ha hecho dar. Vamos, buenas noches... ¡Adiós, Sabina!

Isabel emprendió al punto la marcha, después de cerrar la puerta del jardín, y hallóse muy pronto en la montaña. Recorría rápidamente el angosto sendero, iluminado por la luna, y contemplaba ya la luz encendida en la habitación de su madre, cuando en el momento de alcanzar la explanada donde se había edificado el antiguo castillo, vió una sombra singular que le salía al encuentro: era la sombra de un hom-

bre desconocido, que se hallaba á la orilla del camino, y á quien vió con espanto avanzar hacia ella. El hombre se descubrió cortésmente, y este movimiento desvaneció el terror de la joven, pues pudo ver el rostro de expresión benévola y risueña de un hombre de edad madura, muy cuidadosamente vestido.

– Dispénseme usted, señorita, por haberla asustado un poco, dijo, mirando bondadosamente á la joven. Juro á usted que no abrigo ninguna intención perversa...; no es mi ánimo atentar contra su vida ó la bolsa, y solamente soy un pacífico viajero extraño en este país, y muy curioso por saber qué pasa allá arriba, en aquellas ruinas iluminadas por una luz... que cualquiera creería una realidad..., aunque echo de ver en este momento que muy bien podría engañarme... Mi pregunta es superflua... Las hadas celebran sin duda su consejo allá arriba, y la más hermosa de ellas recorre el bosque para prohibir á los débiles mortales que penetren en el círculo mágico trazado por su varilla.

Esta fina comparación, muy insípida en cualquier otro lugar y en cualquiera otra hora, se justificaba bastante por el aspecto de la esbelta joven, con blanca frente coronada de flores, y cuyo rostro angelical iluminaba de lleno en aquel instante la claridad de la luna.

Isabel no pudo menos de reirse interiormente por el original cumplido que se le dirigía.

– Siento mucho, caballero, dijo, verme en la precisión de hacerle volver á la realidad; pero me sería imposible ver en la luz que brilla allá arriba más que la respetable lámpara que alumbra la habitación de uno de los empleados forestales del príncipe de L...

– ¡Oh, Dios mío..., y ese pobre hombre vive solo entre esos antiguos muros desagradables!

– Podría vivir en paz aunque estuviese solo, pues aquel que va por la senda de la justicia nada ha de temer; pero tranquilícese usted, porque á su alrededor tiene algunos seres vivos, entre otros dos cabras perfectamente enseñadas, y un canario encantador, sin contar las lechuzas, que se han retirado á la vida privada desde que el castillo fué invadido por los hijos de los hombres, porque no pueden sufrir la animación y la alegría...

– O bien porque no pueden soportar...

– ¿El qué?

– Los dos soles que han iluminado las ruinas del castillo, del que aquellas aves habían tomado posesión.

– ¿Dos soles á la vez?.. En efecto, sería mucho para esos pobres mochuelos y lechuzas, y hasta demasiado para los adoradores del fuego, exclamó Isabel, riendo alegremente.

Y haciendo una ligera inclinación, se alejó para acercarse á sus padres, que acababan de abrir la puerta del prado y acudían después de oir la voz de Isabel y la del desconocido que la había interpelado.

Después de referir lo que la joven llamaba su aventura, sus padres la reprendieron suavemente, en primer lugar por haberse detenido en casa de su tío, y en segundo por haber empeñado tan larga conversación con un extraño.

– Esa broma hubiera podido tener desagradables consecuencias para ti, hija mía, dijo la señora Ferber; mas por fortuna eran hombres bien educados.

– ¡Hombres!, interrumpió Isabel con sorpresa. No había más que uno.

– Vuelve la cabeza, y podrás verlos aún, repuso el padre.

En efecto, en el punto donde el sendero se prolongaba por una rápida pendiente veíanse los sombreros de viaje de dos hombres.

– Pues ya comprenderás, querida madre, dijo Isabel, riendo, que no corría el menor peligro. Uno de los viajeros no ha osado siquiera separarse del matorral que le ocultaba, y yo te aseguro que el rostro viejo, de expresión honrada, del otro no podía servir de pasaporte al alma de un bandido.

Cuando Isabel estuvo en su aposento, despojóse cuidadosamente de la corona de miosotis, y poniéndola en un plato lleno de agua la colocó sobre el busto de Beethoven. Después fué á besar la frente de Ernesto, profundamente dormido, abrazó á sus padres, y no tardó en conciliar el sueño.

IX

– ¡Hola, Isabel, no corras tanto!, gritaba el guardabosque al día siguiente, á eso de las tres de la tarde.

Acababa de salir del bosque con la carabina al hombro, había atravesado la pradera y hallábase á pocos pasos de su casa.

La joven bajaba de la montaña corriendo, con su sombrero debajo del brazo, y cayó sonriente en los brazos de su tío, que los tenía abiertos para recibirla.

Isabel introdujo la mano en el bolsillo de su vestido y retrocedió un paso.

– Adivina lo que llevo aquí, tío, dijo sonriendo.



Acababa de salir del bosque con la carabina al hombro

– ¡Oh, Dios mío!.. ¿Qué podrá ser? ¡Bah!, no es preciso calentarse los cascos; será alguna flor.

– Lo deploro, señor guardabosque, dijo Isabel, inclinándose con aire de conmiseración; pero se ha equivocado usted. ¡Mal apuntado..., mal tirado!.. He aquí lo que tengo...

Al decir esto, la joven sacó de su bolsillo una cajita de cartón, cuya tapa levantó cuidadosamente. En el fondo, sobre un lecho de hojas verdes, reposaba una gruesa oruga de color de limón con puntos negros y listada con rayas de un tinte verde azulado.

– ¡Mil millones de tiros!, exclamó el guardabosque. ¡Pues si es la *Esfinge Atropos!*.. Veamos, ¿dónde has podido descubrir ese ejemplar magnífico..., tal vez único?



El enfermo y su mujer la colmaron de bendiciones

– Allí abajo, hacia Lindhof, en un campo de patatas. ¿No es verdad que es hermosa? Y ahora, cerremos cuidadosamente la tapa de la cajita.

– ¡Cómo!.. ¿No es para mí esa oruga? ¿No será mía?

– ¡Oh!, ciertamente la tendrás si quieres, ó mejor dicho, si me la pagas.

– ¿Pero quién me ha traído esta linda especuladora tan entendida?.. ¡Vamos, dame la cajita y he aquí cuatro *groschen!*

– A ese precio de ningún modo; la oruga te costará doce *groschen*, y aun así es regalada. ¿No se paga á peso de oro un pergamino viejo, roído por los gusanos, lleno de manchas y que huele mal?.. ¿Y no valdría doce *groschen* esta hermosa página de la naturaleza viviente y animada?

– ¡Viejo pergamino con manchas, que huele mal!, dijo el guardabosque. Repite estas palabras delante de personas instruidas y ya verás cómo las reciben.

– A Dios gracias, aquí, en pleno bosque, no hay personas de esas.

¡Cuidado!.. Piensa en el Sr. de Walde.

Ahora estará posado tranquilamente en una pirámide cualquiera...

– Pero podría llegar de pronto, y si llegase á saber con qué culpable ligereza le trata cierta señorita que yo conozco, sin duda se mostraría muy enojado.

– ¿Y qué me importaría su enojo? Ni siquiera le haría el honor de notarlo. ¿Te parece á ti que puedo perdonarle que pase su vida consagrando todos sus afanes á esclarecer un punto dudoso de la historia antigua – tal vez una receta perdida de la cocina de Lúculo, ó bien la certeza de que los romanos alimentaban sus lampreas con esclavos, – mientras que en sus propios dominios permite que imperen la injusticia y la barbarie; mientras los pobres se mueren de necesidad en el suelo que le pertenece, y todo el mundo gime bajo la férula de hierro de la baronesa?

– ¡Oh, oh!, me parece que al Sr. de Walde le debe zumbar en este momento el oído izquierdo. Sensible es que no pueda escuchar esta elocuente requisitoria... He ahí tus doce *groschen*, ya que no hay medio de terminar el negocio bajo otras condiciones. Y ahora dime, ¿quieres comprar alguna pluma ó algún otro adorno para tu sombrero?, añadió el guardabosque sonriendo.

Isabel tenía su sombrero en la mano, y examinaba dos magníficas rosas frescas que había sujetado en la cinta de terciopelo negro que le rodeaba.

– ¿No te parecen estas flores lindísimas?, dijo. Toma, ahí tienes la oruga, y ahora vas á saber por qué he especulado sobre tu afición de coleccionista. Esta mañana, la mujer de un pobre tejedor de Lindhof vino á ver á mi madre para suplicarle que la socorriese; su esposo ha sufrido una caída terrible; se ha dislocado un brazo y un pie, y no puede trabajar algunas semanas hace. Mi madre le dió alguna ropa vieja y un pan grande. Ya sabes tú que no puede hacer más... He hallado en mi caja particular quince *groschen*, los cuales representan el total de los ahorros que he podido hacer desde... desde hace mucho tiempo; otros tres *groschen* constituyen la fortuna de Ernesto, que me ha obligado á tomarlos, y hasta me proponía vender sus soldados de plomo para aumentar la colecta. Ahora, gracias á mi especulación con la oruga, tengo un *thaler* completo, y voy á llevarlo al punto á la casa del pobre tejedor.

– ¡Bien! Ya no tengo motivo para quejarme, y hasta, bien mirado, me parece que tu hallazgo vale más de la suma en que le apreciaste. Aquí tienes otro *thaler*... ¡Sabina!, gritó después al ver á su sirvienta, trae un buen pedazo de carne y envuélvele bien... Llevarás también esto, dijo, volviéndose hacia Isabel.

– ¡Oh, tío incomparable!, exclamó la joven, estrechando la gruesa mano del guardabosque entre sus manecitas de afilados dedos.

– Procura solamente, contestó el tío, que este buen pedazo de vaca no se transforme en un ramo de rosas en tus manos, lo cual no sería nada conveniente para la pobre mujer; y no puedo menos de experimentar alguna inquietud sobre este punto, porque me parece que eres muy propia para seguir las vías de tu santa patrona.

– Por fortuna, no debo temer á un conde feroz, y además, aunque así fuera, yo no le mentiría.

– ¡Por San Huberto, qué alma tan heroica!, exclamó el guardabosque. ¡Ah, ya viene Sabina!

La anciana traía el pedazo de carne pedido, y mientras se lo entregaba á Isabel, á una señal de su amo, bajó un poco la voz para decir á éste que el Sr. de Walde, llegado la víspera de su largo viaje, le esperaba hacía un rato.

– ¿Dónde?, preguntó el guardabosque.

– Allí, en el piso bajo; está en el comedor.

El tío y la sobrina habían hablado delante de las ventanas abiertas de aquella habitación. Isabel se volvió con espanto, aunque no vió á nadie, y un vivo rubor cubrió sus mejillas. El guardabosque, sin volverse, bajó la cabeza con aire de contrición cómica, y dirigiendo una mirada á Isabel, díjole en voz baja:

– ¡Buen negocio has hecho!.. El señor de Lindhof y otros lugares ha debido quedar asombrado, porque no se le debe hablar en esos términos... ¡Piensa que lo ha oído todo!

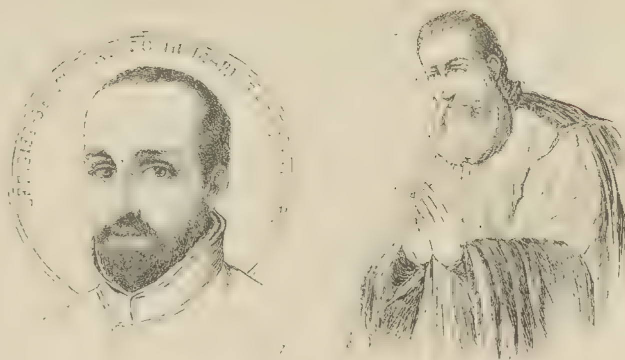
– ¡Pues bien, tanto mejor!, contestó la joven, levantando la cabeza valerosamente. Esto me consuela, pues habrá oído la verdad por lo menos una vez, lo cual no le ha sucedido hasta aquí.

(Continuará)

LA CANONIZACIÓN DE SAN ANTONIO MARÍA ZACCARÍA Y DE SAN PEDRO FOURIER

La fiesta celebrada el día 27 de mayo último en la Basílica de San Pedro de Roma marca una nueva página en la historia del Pontificado y ha hecho renacer las esperanzas de los que desean una reconciliación entre el Santo Padre y el rey de Italia.

La ceremonia que en tal fecha se verificó y que la ciudad eterna no había presenciado desde que en 1870 fué un hecho la unidad italiana, tenía por objeto la santificación de un monje francés, Pedro Fourier, y de un monje cremonense, Antonio María Zaccaría. Pío IX los había beatificado; León XIII les ha colocado entre los santos. Y el actual Sumo Pontífice entró esta vez en San Pedro por la puerta principal, como entraban en ella los papas en las grandes solemnidades antes de la ocupación de Roma. León XIII así lo ha querido, realizando un acto que ha dado motivo á grandes comentarios en el Vaticano y fuera de él entre los del partido intransigente, y cuya significación é importancia no hemos de encarecer porque con su admirable criterio las expuso nuestro ilustre colaborador D. Emilio Castelar en las *Murmuraciones europeas* insertas en el último número de La Ilustración Artística.



Los nuevos santos canonizados el día 27 de mayo último

San Antonio María Zaccaria — San Pedro Fourier

León XIII no salió propiamente del recinto del Vaticano, sino que entró en el templo sin poner los pies fuera del templo mismo, recorriendo hasta la puerta principal el atrio en cuyo fondo se alza la estatua de Constantino; pero de todos modos S. S. ha roto la costumbre.

Díjose hace algunos años que el Papa había salido del Vaticano para ver la estatua de Santo Tomás de Aquino en el estudio del escultor Aurelli; pero aquella salida, caso de ser cierta, fué misteriosa, no pública. Ahora, en cambio, la salida ha sido deliberada y se ha realizado públicamente, y en poco estuvo que las tropas se viesen obligadas á tributar al Papa los honores de soberano que prescriben las leyes de garantías, lo cual se evitó tendiendo tapices entre las columnas, por detrás de las cuales pudo de este modo pasar S. S. sin que le vieran desde la plaza de San Pedro.

¡Qué espectáculo tan grandioso el que ofrecía la Basílica cuando el Sumo Pontífice y la comitiva que le acompañaba penetraron en el templo! Cuatrocientos obispos procedentes de todo el mundo precedían al Papa: el Sacro Colegio de Cardenales casi completo, todo el cuerpo diplomático acreditado cerca de la Santa Sede, todos los dignatarios del Vaticano formaban un cortejo imponente. En cuanto al público que asistió á la ceremonia se calcula en 35.000 personas.

Cuando León XIII, con su augusta figura ascética, pasaba por debajo de las majestuosas bóvedas del templo, sentado en su silla gestatoria bajo palio y precedido y seguido de los grandes dignatarios de la Iglesia, elevóse de la multitud un murmullo de admiración saludando á aquel anciano venerable, al sucesor de San Pedro, al vicario de Jesucristo en la tierra, ante el cual todo el orbe católico se prosterna.

El grabado que al pie de estas líneas publicamos permite formarse idea del espectáculo que ofrecía el cortejo del Sumo Pontífice en tan solemne fiesta. – X.



La canonización de SAN ANTONIO MARIA ZACCARIA y de SAN PEDRO FOURIER en la Basílica de San Pedro en Roma

El Papa León XIII recorriendo en la silla gestatoria el atrio de la basílica. (Dibujo del natural de A. Bianchini)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Poesías, por *Ismael Enrique Arciniegas*. – Contiene este tomo buen número de poesías del joven vate colombiano que tan justo renombre ha conquistado en la América latina. Las composiciones del Sr. Arciniegas revelan al poeta que se inspira en la naturaleza y en los más nobles afectos y que sabe expresar bellamente sus pensamientos y sus emociones. El tomo ha sido impreso en Caracas en la tipografía de *El Cojo*.

Colecció Selecta. – Con este título ha empezado á publicarse en Barcelona una biblioteca, que en volúmenes de 128 páginas mensuales dará al público lo más notable de la literatura catalana. El primer volumen contiene varios artículos del popular escritor Emilio Vilanova, deliciosos como todo lo que sale de su festiva pluma. El precio del tomo es de dos reales; la suscripción por 6 tomos en Barcelona 10 reales y fuera 12. Dirección y Administración, Cendra, 4, 1.°

Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla. – Con motivo del décimo aniversario de su fundación ha publicado esta importante sociedad un folleto de gran tamaño, muy bien impreso y con algunos excelentes grabados, en el cual se insertan, además de algunas memorias que demuestran lo mucho que en todas las manifestaciones de la cultura ha hecho el Ateneo, multitud de trabajos de los más notables escritores sevillanos.

Revista contemporánea. – El último número de esta importante revista contiene notables trabajos de los Sres. Mesonero Romanos (D. M.), Amador, Barrett, Arriola, Apraiz, Blanco, Belmonte, Barbasán, Rod y Bouhours y un bonito dibujo de García Ramos.

Barcelona á la vista. – Se ha publicado el cuaderno 10 de esta colección, que contiene 16 vistas de sitios y monumentos notables de esta ciudad. Su precio, 30 céntimos.

Panorama Nacional. – Se ha puesto á la venta el cuaderno 23 de esta importante publicación que contiene vistas de notables monumentos de Toledo, Madrid, Córdoba, San Ildefonso, Jaén, Burgos, vistas de Játiva, Azpeitia del campo de Melilla, Monteagudo y del Santuario de Nuria, un grupo de bambúes filipinos y varios tipos femeninos de las cercanías de Melilla. El precio del cuaderno es de 70 céntimos.

Del poema dramático, por *Ignacio de Genover y de Balle*. – Cuando llegan á nuestra redacción obras como la de este distinguido crítico, sentimos muy de veras que la índole de esta sección no nos permita ocuparnos de ellas como se merecen y desearíamos. En la imposibilidad de hacerlo, nos limitaremos á decir que el Sr. Genover se propone estudiar de una manera completa el poema dramático y el género teatral de fantasía en Inglaterra, España, Francia, Alemania, Rusia, Polonia, Italia, etc., y examinar el Teatro Libre de Víctor Hugo, y que el primer tomo constituye un estudio completo del género en Inglaterra y en España. El tomo, editado en Madrid por La España Editorial, se vende á cuatro pesetas.

La Ilustración Guatemalteca. – Los últimos número de este periódico contienen interesantes trabajos de R. A. Salazar, J. L. Vega, Fr. Luis de León, P. F. Javier Torres, J. F. Aycinena, A. Macías del Real, J. R. Molina, V. Laparra de la Cerda, Pilar Larrave de Castellanos, M. Aristizábal, C. Meany y J. C. Mixco y gran número de grabados.

El ejército español. – El cuaderno 8.° de esta publicación, tan notable como los anteriores, contiene 16 autotipias que reproducen interesantes escenas de la vida militar.

Carnet del minero, por *Emiliano de la Cruz*. – Es este un librito muy interesante á los mineros, pues en él se estudian y resuelven todos los problemas que su industria pueda presentarles, valiéndose de descripciones, fórmulas y cálculos sencillos. Ha sido impreso en Almería, Gaceta Minera y Agrícola.

Política Oriental, por *Harmodio*. – Estudio concienzudo y detallado de las diferentes personalidades que han ejercido el poder en la República Oriental del Uruguay desde su fundación hasta nuestros días. Ha sido impreso en La Plata (República Argentina) en la tipografía El Mercurio.

La neumoterapia durante el pasado año en el Establecimiento Terápico Sulfuroso, por *D. Agustín Bassols Prim*. – Folleto en que se exponen los resultados que se han obtenido durante 1896 en el citado establecimiento que dirigen en Barcelona los doctores Puigcarbó y Bassols en el tratamiento por medio de la neumoterapia de las diversas enfermedades de las vías respiratorias.



JUNTA DIRECTIVA DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS Y ARTES DE BARCELONA. – Revdo. D. Jaime Almera (Director de la Sección 3.ª). – D. José Balari (Director de la Sección 5.ª). D. Federico Trémols (Director de la Sección 4.ª). – D. José Vallhonesta (Bibliotecario). – D. Santiago Mundi (Vicepresidente). – D. Silvino Thos y Codina (Presidente). – D. Arturo Bofill (Secretario perpetuo). – D. José Casares (Vicesecretario). – D. Eugenio Mascariñas (Contador). – D. José Masriera (Tesorero). – D. José Domenech Estapá (Conservador). – D. José Torá (Director de la Sección 2.ª). (De fotografía de D. Juan Martí). – Los nombres indican los retratos de izquierda á derecha.

CARRERAS-CAZA
EMBROCACION MERÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MERÉ FARM. ORLEANS

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XVI — Barcelona 21 de junio de 1897 — Núm. 808



SEVILLA.—Dibujo original de J. García Ramos



MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Las Termópilas. - Ultima defensa de los griegos vencidos si el armisticio se rompiera. - Un déspota del Asia. - El Imperio de Constantino hecho el Imperio de Atila. - Extensión del islamismo y amenazas que dirige á la civilización cristiana. - Guerrera complexión del pueblo mahometano. - Contacto de este pueblo con todas las naciones civilizadas. - Esfuerzos contra los mahometanos hechos desde Rusia hasta nuestra Península. - Necesidad universal de salvar á Grecia. - El toque á rebato por nuestra madre espiritual la raza helénica. - Observaciones. - Conclusión.

Hay que detenerse ante las Termópilas y sus recuerdos, porque las Termópilas y sus peñascos hoy son el postrer asilo de los griegos, allí replegados. Unicamente desde los espacios ungidos por el sacrificio de Leónidas puede impedirse aún, si el armisticio se rompiese, á los homicidas asiáticos, el avance inmediato en los llanos del Atica y la temible toma de Atenas. Mas el corazón se parte al considerar cómo habiéndose abierto esta centuria con una llave de oro por los jóvenes filo-helenos llamados desde aquella sazón Byron, Goethe, Chateaubriand, Víctor Hugo, puede llegar á cerrarse con un ímpetu regresivo de naturaleza tan espantosa como el que acabaría marcando con hierro candente la media luna en el hombro de los griegos, amarrados á las galeras turquesas cual nuestros antiguos cautivos, ó amontonados en las mazmorras de Constantinopla. Creemos exageración de la leyenda el colosal despotismo personificado en los seculares colosos que se llaman Faraón, Baltasar, Nabucodonosor, Sardanápalo. Y sin embargo, aún hay déspotas á nuestros mismos ojos, en nuestra misma historia y vida, sobre las tierras del europeo continente, que imaginamos esencial parte del cerebro humano. Donde Constantino dejó el Imperio heleno fundado, para que fuese sobre las familias y tribus de Oriente, como el Imperio romano sobre las familias y tribus de Occidente, un foco luminosísimo esparciendo ideas y un verdadero núcleo de razas disciplinando fuerzas, yace un tirano, que desde su harén, donde los pebeteros le trastornan el seso con sus ponzoñosos perfumes y las odaliscas le beben la sangre con sus torpes sensualidades, manda diezmar un día los armenios, otro los anatolios, ya los cretenses, ya los griegos, cual si fueran sus ejércitos legiones de ángeles exterminadores, y su primer ministro la muerte. Y este déspota, después de haber estado en un bienio consecutivo renovando las matanzas de los tiempos y de los pueblos carniceros, hociquea hoy en los cuerpos de aquellos que fundaron la civilización universal y que nos dieron el alma esencialísima de nuestro espíritu, aterrándonos con un retroceso á la barbarie y prometiéndonos por todo puerto la reacción hacia una guerra perenne que genere por toda solución á nuestros problemas sociales el bárbaro y asiático régimen de una perenne conquista. El progreso jamás se desarrolló en una línea tan derecha, que alguna vez no sufra oscilaciones regresivas; y la libertad jamás tuvo luz tan perenne que desafiara el eclipse y la noche á que se halla expuesto este astro moral como todos los astros materiales; y no es cosa de que así como los reyes del siglo diez y ocho pagaron en cien revoluciones y en cien guerras revolucionarias el crimen de haber enterrado bajo sus tronos la triste Polonia muerta, perdiendo sus coronas históricas trocadas en coronas parlamentarias, los pueblos paguen al fin del siglo décimonono en cien reacciones tremendas y guerras reaccionarias el crimen de haber asesinado á Grecia, rediviva otros días entre los derechos y las libertades populares, próximos á trocarse bajo tal retroceso en amarras que los aten al más feroz de todos los despotismos.

Y para que no parezcan exageraciones mías estos temores de retrogradación fatal, necesitamos traer á nuestro recuerdo la naturaleza del islamismo, y decir que aún ocupa considerable parte del planeta, obscurecido por esa mancha sangrienta, y forma una confederación de razas á cuyos tremendos golpes puede peligrar toda la cristiandad. Un temperamento secular, como el temperamento bélico de los musulmanes, se despierta y se rehace así que lo provoca la menor externa excitación á mostrar la entraña de su pensamiento. El califato no ha sido en la tierra y en la historia otra cosa que un sacerdocio pontificando en armas, el cual oponía, como contraste con la cruz de los apóstoles y de los humildes, el corvo alfanje de los guerreros y de los conquistadores. Y no solamente los musulmanes tienen tal carácter impetuoso y bélico y conquistador de por vida, conservan esta vida mucho, muchísimo tiempo, en una perseverancia que ha pasado á ser histórica y secular como los más altos y más enormes poderes, cuyos recuerdos guarden los anales de la humana memoria. Por consiguiente, no puede darse calor alguno al islamismo en parte ninguna del mundo, sin que salte á la vista inmediatamente un peligro, y peligro muy grave, para toda la cristiandad. En los últimos días, los mahometanos redoblaban sus plegarias y sus maceraciones y sus ayunos para que Alah concediese al estandarte verde del sabio profeta Mahoma y á la media luna del sultán Ostmán la victoria decretada por el destino á los fieles creyentes sobre los perros cristianos. Y como aquellos fanáticos creen que Dios está donde cualquier victorioso esté y el victorioso está con ellos, el victorioso es Edem-Bajá, erigido sobre la frágil persona del Diodoko griego, resuena el Imperio turco todo entero con himnos de victoria, y estos himnos despiertan en el corazón de los últimos musulmanes sentados en el desierto á la sombra de sus camellos la indestructible aspiración hacia una guerra santa y hacia una conquista colosal.

Y no hay pueblo europeo que deje de tener alguna complicación grave con pueblos ó de religión islamita ó de sangre africana. El más distante de toda política colonial, magüer sus pujos últimos de adquisiciones transmarinas, el pueblo alemán, ha tenido muchas dificultades con Inglaterra por el sultán de Zanzíbar y muchas más por la noble República de los boeros trasplantados desde las marismas del boreal territorio bátavo á los arenales de su austral territorio africano. Esta es la hora en que corren peligro de partir en guerra los dos Estados liberales del centro, británico y francés, por la tutela sobre los egipcios y el Egipto, como esta es la hora en que no han podido reconciliarse Italia y Francia, hija y madre, por la francesa conquista de Túnez. No puede haber paz entre Rusia y Turquía en adelante, aunque haya hoy un extraño armisticio. Turquía posee Armenia, que Rusia desea toda entera, después de haber puesto para esta reivindicación jalones y más jalones en su territorio; Turquía posee Anatolia, que Rusia desea, por estar enclavada una península tan hermosa y tan histórica como la península moscovita de Crimea entre Anatolia y Armenia; Turquía posee la cuenca del Jordán, que Rusia juzga como línea estratégica, militarmente considerada, superior á la cuenca del Nilo, y posee la tierra de Palestina, en cuyos senos encuentran los rusos satisfacciones religiosas parecidas á las encontradas por los musulmanes en la Meca; Turquía, en fin, posee Constantinopla, cuyas formas están dibujadas en la retina de todos los eslavos. Y lo que digo de Rusia, digo de Inglaterra, protectora de las altiplanicies del Afganistán, en cuyos senos brotaran las primeras tribus mongólicas; soberana en el Ganges de más musulmanes que tiene reunidos en sus dominios el sultán mismo; primer potencia islamita, como ella se llama; protectora del Nilo y del canal de Suez, más importantes para el mundo musulmán y hasta para el mundo europeo que la Tracia, que el Bósforo de Tracia, que los codiciados Dardanelos. Y no hablemos de las naciones latinas, sabiendo como sabemos cuántos asedios y asechanzas han puesto los malhedíes á la Kassala de los italianos y cómo desean éstos el dominio de Trípoli; cuáles sublevaciones musulmanas teme Francia dentro de su Argelia y cuántos conflictos sospecha tener con Marruecos; cuán reciente se halla en la memoria española su guerra de Africa y cómo nos envanecemos de nuestra epopeya nacional, en que mostramos, combatiendo desde los Pirineos hasta Ceuta, el ardor con que sabemos aterrar á los conquistadores musulmanes y la constancia con que hicimos retroceder el Islam á sus guaridas en el desierto líbico y en los desfiladeros del Atlas.

Así no hay más remedio, ya que no por culto á los progresivos ideales, como nuestros padres, por interés de nuestra seguridad propia, como amenazada la civilización cristiana por el alud enorme de la barbarie islamita, sino defender Grecia en todos los consejos europeos y salvarla del turco, dejándola en la integridad completa de un territorio del cual necesita para su defensa, pues no podría perder una pulgada sin detrimento propio y sin detrimento también de todos los cristianos. Así yo, que nunca he conjurado á Grecia para que arrostrase la última guerra, por mi horror á todas las guerras, hoy reclamo de América y Europa, de cuantos pueblos cultos y cristianos hay en el planeta, una intervención á favor de que Grecia quede intangible, tal como estaba en los tiempos anteriores á sus recientes infortunios. Y reclamo, no intervenciones más ó menos diplomáticas, acompañadas de intervenciones más ó menos armadas, reclamo una intervención de cada opinión pública nacional en sus respectivas naciones y gobiernos para que acorran éstos y salven la tierra donde guarda sus mayores títulos de nobleza el género humano. La opinión pública en todos los pueblos europeos puede y debe hacer mucho. Pues qué, ¿se hubiera jamás creado Grecia sin aquellas legiones de filo-helenos, cuyos generales eran poetas? Yo he oído contar á italianos meridionales cómo hicieran más por ellos los libros de Gladstone que los desembarcos de Garibaldi. Nunca hubiera desenvainado Napoleón III la espada de los césares franceses en los campos del territorio lombardo, si á ello no le mueven y para ello no le guían el coro de los grandes genios franceses, parecidos á esas legiones de ángeles precediendo desde los cielos á las legiones de los combatientes en las pinturas místicas. Los czares de Petersburgo, poco inclinados, como buenos germanos, hacia las razas esclavonas, se vieron obligados á emancipar Bulgaria y Servia, porque se lo impusieron y ordenaron en sus libros apocalípticos los dos genios gemelos de Rusia, los leídos y consultados eslavófilos que se llamaban Katkoff y Atkassoff. De modo que aquella cruzada del año setenta y seis, muy parecida de suyo á las cruzadas medioevales de la cristiandad; el paso franqueado á los rusos en las orillas del Danubio por mano de nuestros consanguíneos latinos, los rumanos; el épico escalo de los Balkanes por el audaz Gurko, tan semejante al escalo de los Alpes por Aníbal y Bonaparte; los asedios á Plewna, que pueden llamarse troyanos por la paciencia de los sitiadores y por el coraje de los sitiados; las condiciones impuestas en San Estéfano, barrio de Constantinopla, donde se olfateaba ya el incienso de Santa Sofía, no contrastado por las suras del Corán; todos los esfuerzos que glorificaron una de las más grandiosas campañas posibles, tuvieron en los publicistas contemporáneos y en la prensa periódica un ideal como el mostrado por San Bernardo y un impulso como el impulso por Pedro el Ermitaño impreso en las cruzadas medioevales. Pues hay que seguir tan luminosos ejemplos. No se necesita coger arma ninguna para ir ahora en socorro de Grecia; basta con esgrimir las plumas inspiradas; tocar á rebato las campanas resonantes de nuestra elocuencia política; erigir desde cada tribuna parlamentaria un pararrayos que arranque al cielo tormentoso la centella vibrante sobre la divina madre del Verbo humano, para que se detenga el bárbaro vencedor, y deba entrar en las condiciones de un verdadero armisticio; y renuncie á desangrar de sus últimas gotas las exhaustas venas del pueblo revelador; y no imponga sobre el tesoro ático deudas inaprontables, exigidas por una codicia inextinguible; y no quiera que la tierra de Tesalia, donde se congregaron los dioses redentores de la personalidad humana, y las tierras del Epiro, que convirtieron la luz material en espirituales idealidades, pasen del cristianismo, que tanto prepararán al dogma de la fatalidad, que todo lo emponzoña; y si ha de hacerse alguna rectificación en antiguas fronteras, se haga para preservar Grecia de la barbarie turca, y no para entregar á la barbarie turca Grecia, pues la patria del genio y del arte aparecerá siempre como un contrafuerte opuesto al Asia por Europa y como el único laboratorio de ideas que puede con su civilización y con su Iglesia orientales llevar el cristianismo al Oriente.

Madrid, 14 de junio de 1897.

EL GENERAL FRANCISCO MORAZAN



FRANCISCO MORAZÁN

GENERAL CENTRO-AMERICANO

La República de Honduras, coronada por altos riscos y verdes montañas, es tan feraz como pintoresca y ofrece contrastes asombrosos para el viajero en la contemplación de aquel variadísimo panorama, rico en vegetales, en maderas y en minerales.

Allí, en la capital hondureña, vió la luz primera Francisco Morazán que, andando el tiempo, había de iniciar la reconstitución y emancipación política del Centro-América.

Multitud de retratos del héroe nos lo dan á conocer desde el punto de vista fisiológico. Su estatura era más que mediana; el rostro de un óvalo perfecto; los ojos rasgados; la mirada penetrante y reflexiva, revelando esa sagacidad propia del hombre superior destinado á realizar grandes propósitos.

Desde luego descolló el joven hondureño por sus altas disposiciones para la guerra, por su bizarría y por su talento organizador, aptitudes que le colocaron en el puesto de Secretario general con el Presidente de Honduras D. Dionisio Herrera.

Por aquel entonces era Centro-América un campo de batalla, y en las Pampas de Chalchuapa se derrumbaba la Federación. Sin vacilar, desenvainó Morazán su espada, declarándose defensor de la agonizante República.

En Trinidad conquistó la primera hoja de laurel para su corona. A la derrota de las fuerzas federales siguió la entrada en Cornayagua, y por derecho de antigüedad en el Consejo fué encargado del Poder Ejecutivo.

Entre los rasgos más característicos en Morazán descollaba una actividad prodigiosa que se sobreponía á la escasez de recursos, á las contrariedades, á los inconvenientes y hasta podemos decir á la atmósfera política que hubiera imposibilitado á otro en igualdad de circunstancias.

La organización del ejército era indispensable para volar en socorro de los salvadoreños, y requería la suma de energías y las altas capacidades de Morazán para que en breve espacio se llevara á término.

En su mente bullían las ideas avanzadas, y sobre todo encarnaba una, estímulo para todos sus actos, aspiración exclusiva y grandiosa, que fué el eje de toda su existencia é influyó poderosamente en su porvenir tempestuoso y cuajado de heroicos é infortunados empeños.

Francisco Morazán era el apóstol de un pensamiento que debía cambiar la faz de un pueblo, caracterizar una época en la historia del Centro-América y grabar con marca indeleble el nombre del caudillo en el corazón de sus compatriotas.

Por todos los ámbitos de América se aclamaban sus triunfos, y la fama los extendía por Europa, dando á Morazán popularidad inmensa y justificada.

No era únicamente al guerrero y mantenedor de principios de trascendencia política y social á quien se rendía admiración y homenaje, sino también al caballeroso vencedor de los guatemaltecos, al hombre de alma grande y corazón generoso, que de victoria en victoria llegó hasta la capital de la república más importante de la América Central, y tomó posesión de ella después de dos meses de sitio, intrépidamente sostenido por sitiados y sitiadores.

Por segunda vez triunfaba el partido liberal, del que Morazán era la cabeza, el brazo, el campeón ilustre.

La lucha había concluído: la Restauración convocó al Congreso y al Senado para que libre y espontáneamente eligiese un jefe digno de gobernar en la nueva era que se iniciaba.

El patricio D. José Francisco Barrundia fué proclamado presidente interino, y Morazán continuó siendo comandante general del ejército aliado. La elección de Barrundia había satisfecho sus deseos.

Era un hombre de intachables antecedentes: una figura noble y honrada.

Su talento, su erudición, su fácil palabra, su probidad inmaculada y los méritos contraídos en servicio de las libertades patrias eran hermosas garantías de orden y apoyo eficaz para la colosal empresa del general Morazán.

Por aquel tiempo hubo conatos de reconquista. España no estaba conforme con la emancipación de sus arrogantes hijos americanos, y resolvió enviar una expedición á México al mando del coronel Barradas.

Morazán, atento á los intereses del Centro-América, hizo guarnecer los puntos y fortificar los puertos que fueran de fácil entrada para los españoles; preparó sus tropas, y con la seguridad absoluta de vencer y la fe en su propio esfuerzo, esperó los acontecimientos, abarcando con su mirada de águila y de soldado todas las probabilidades favorables.

Pero la invasión en tierra mexicana resultó un desastre: los expedicionarios desembarcados en Tampico tuvieron que luchar, no sólo con los soldados del gobierno, sino principalmente con el clima, traidor y malsano por aquellas costas.

Morazán había llegado entretanto al apogeo de su prestigio, á la cumbre de su gloria, y los pueblos lo habían aclamado Presidente de la Federación Centro-Americana.

Aquel espíritu viril era inalterable en su complicada y difícil tarea; sin descanso desarrollaba el programa que se había trazado.

Sin embargo, el horizonte político se enmarañaba cada vez más; los reaccionarios trabajaban en extranjera tierra, donde comían el amargo pan del destierro.

La agitación cundía; el descontento se manifestaba, y á pesar del amor y de la gratitud que á Morazán debían, encendióse una vez más la tea de la discordia y de la guerra.

Morazán había regenerado la gran nación abriendo ancha y franca vía para el progreso, labor gigantesca si se considera que sus enemigos interrumpían el impulso general que el grande hombre ambicionaba para los pueblos de aquella hermosa porción americana.

Pero Morazán no estaba destinado á recoger el fruto de su bienhechora iniciativa, ni á disfrutar días venturosos que recompensaran la alteza de sus sacrificios y la magna empresa.

Los sucesos se precipitaban; la turbulenta reacción se imponía á las alborotadas muchedumbres, y la tarea de Morazán era batallar sin tregua contra desordenadas ambiciones personales, que se abrían paso á favor de principios opuestos á la Federación.

El dolor más intenso para el ínclito general era que las ideas separatistas ganaban terreno, desmoronando el edificio que su entusiasmo y bravura habían levantado.

La suerte le protegió en los campos de batalla; en El Salvador una ruidosa victoria inclinó de nuevo la balanza en favor de la salvación del país.

Morazán era un genio: á su privilegiada capacidad no podía ocultarse que se acercaban momentos en los cuales habría que jugar el todo por el todo.

Estaba resuelto á defender su creación hasta morir. La borrasca política, terrible, amenazadora, le combatía; pero no arredraba su altivo corazón.

Toda circunstancia favorable servía de nuevo estímulo á sus bríos: á todo suceso adverso le hacía frente con entereza, buscando nuevos recursos y haciendo esfuerzos para contrarrestarlo.

De pronto surgieron otros conflictos, y la lucha fratricida fué inevitable.

En Guatemala habíase entronizado la anarquía: el departamento de los Altos se constituyó en sexto Estado de la Federación Centro-Americana. Pocos meses antes, en un levantamiento que se efectuó en Santa Rosa (Guatemala), surgió á la vida pública un hombre funesto para la Federación.

Era un joven desconocido, hijo de indio y africana, con todas las aptitudes y todos los impulsos propios en aquella mezcla de razas.

Rafael Carrera demostró desde luego la astucia del tigre, la osadía capaz de todos los crímenes, el valor para todos los atropellos. Desde un principio se propuso aprovechar de la sorda labor separatista para desarraigar el poder de Morazán, enarbolando la bandera de la revolución.

Morazán había vuelto de San Salvador á Guatemala, y el alborozo popular y los vítores hiciéronle comprender que al encargarse nuevamente del mando supremo, todo lo esperaban de su acierto y de su espada.

No tardó en castigar los saqueos, la inmoralidad y los homicidios cometidos por las hordas de Carrera.

El audaz cabecilla de la montaña no flaqueó por el descalabro que había sufrido, y aprovechando de otro viaje que Morazán emprendió al Salvador, continuó ejerciendo el sistema del terror. Los incendios, los asaltos y la rapacidad estaban á la orden del día.

Morazán abandonó los intereses apremiantes gubernativos para ponerse al frente del ejército y perseguir al temible partido faccioso, al feroz cachetero de la unión federativa.

Su tendencia observadora era grande, y adivinó sin tardanza que si el partido conservador le recibía en Guatemala con agasajos miles, era para llevarlo á sus filas.

Lejos de sus ideas y de sus profundas convicciones estaba el afiliarse con aquella orgullosa aristocracia que, deseosa de conservar sus antiguas prerrogativas, había hecho su programa opuesto á todo principio liberal. Era republicano, y rechazó con sublime altivez la dictadura absoluta que le proponían los nobles guatemaltecos.

La invasión de Carrera en El Salvador lo llamaba al combate; el audaz revolucionario fué vencido, y huyendo de las fuerzas salvadoras mandadas por Morazán, se internó en Guatemala sin someterse al Gobierno hasta que se firmaron los tratados llamados del Rinconcito.

Por ellos quedaba Carrera investido con el mando del distrito de Mita.

El invicto Morazán establecía la paz por aquel medio para acudir en defensa de la Federación amenada en Honduras y en Nicaragua. La vida del caudillo tornábase á cada instante más azarosa, pues que con las armas en mano defendía palmo á palmo el hermoso ideal por él realizado.

Todos los detalles referentes á las últimas campañas me fueron referidos por un hijo del general excelso, cuando yo viajaba por Nicaragua largos años después de los sucesos.

La traición velaba en la capital, y cuando Morazán defendía las fronteras contra la invasión armada, una fracción revolucionaria se apoderó de la ciudad y de la familia del jefe del Estado. Viendo el triunfo seguro, se apresuraron á enviar una comisión al campamento para que el general en jefe entregase el mando, de lo contrario serían fusilados los seres más queridos de su alma.

El duelo del corazón no asomó al rostro, ni la voz fué menos firme y reposada cuando el guerrero, después de un momento de silencio, contestó: «Los rehenes que mis enemigos tienen son para mí sagrados y hablan muy alto á mi corazón; pero soy el jefe del Estado y debo atacar pasando sobre los cadáveres de mis hijos; mas no sobreviviré un momento á tan horrible desgracia.»

En presencia de los comisionados, dió la orden de atacar al enemigo y lo derrotó, cubriéndose de gloria.

Vencedor, se alzó imponente, pero ya sin prestigio.

Sus enemigos respondían á tan noble proceder con calumnias, aislándole hasta en el seno de su propio partido. Todos los males desencadenados contra la República se los atribuían al restaurador de sus libertades, paralizando el esfuerzo constante para someter y refrenar á los revoltosos.

Con un golpe maestro intentó despejar la situación. Dirigióse rápidamente á Guatemala, y á marchas forzadas llegó á las puertas de la capital con sus escasas pero valerosas huestes salvadoreñas. La victoria habíase decidido por el liberal ilustre, cuando Carrera, rehaciéndose, cercó la ciudad que abandonara al empuje de Morazán.

El desastre fué inevitable: faltaban las municiones y no podía pensarse, sino evacuando la población, en retirada peligrosísima que se efectuó entre el fuego graneado del enemigo.

Cuando Morazán llegó á la capital del Salvador, comprendió que la unión Centro-Americana se desplomaba. Por levantarla hubiera dado su vida, pero la lucha de hermanos contra hermanos le desgarraba el corazón. Quiso evitarla y renunció á todo.

Una goleta le condujo á Costa Rica. ¡Amarga decepción! Aquel país le negó hospitalario asilo. Colombia fué más generosa.

Allí el héroe podía haber encontrado el reposo en la inacción, pero la patria le exigió nuevos sacrificios. Le llamaba para salvarla y voló á socorrerla, y si anteriormente le había dado su sangre, faltábale dar por ella su vida.

El país ardía en anárquica contienda. El desquiciamiento era general; los Estados se despedazaban, y Carrera en Guatemala seguía imponiéndose por el terror. Morazán se multiplicó, y desde El Salvador acudió en auxilio de Costa Rica, y sin trabar combate obtuvo la deposición del jefe supremo D. Braulio Carrillo, quien entregando el mando al vencedor de Charcas, abandonó el país.

Las puertas de la patria se abrieron para los emigrados: los arbitrarios decretos de Carrillo fueron derogados, las garantías individuales restablecidas y Morazán se ocupó de las reformas urgentes para reorganizar la administración.

Aquel gran carácter era invencible, y otra vez tomaba cuerpo la idea de reconstituir la Federación.

Tales propósitos asustaron á los pusilánimes y produjeron honda sensación en los conservadores.

Era preciso evitar á todo trance que Morazán se consolidara en el mando de Costa Rica y llevase á cabo sus planes.

La rebelión tomó incremento hasta el punto de lanzarse los sediciosos sobre la guardia de Morazán.

La componían cuarenta denodados salvadoreños, y su heroísmo en la defensa y su desprecio por la muerte fué tal, que hicieron frente á los enemigos que se multiplicaban más y más. La resistencia era homérica, admirable, pero infructuosa.

Herido Morazán, pensó en salvarse con los leales que sobrevivían; logró salir de la ciudad, pero en Cartago la traición le entregó indefenso en manos de sus enemigos, que implacables le hicieron poner grillos. Y surgió un episodio dramático y conmovedor. Uno de los amigos de Morazán, el general Villaseñor, intentó suicidarse hiriéndose gravemente con un puñal. Otro, el joven, valiente y fiel Saravia, amartilló una pistola, y al dispararla cayó en tierra y en medio de terribles convulsiones expiró.

Ambos preferían la muerte á presenciar los sufrimientos y la humillación del redentor de la patria.

Los esfuerzos hechos por hombres sensatos y justos fueron inútiles para obtener el destierro: el rencor y la injusticia decretaron la muerte de Morazán.

Hay palabras en su testamento que traducen la nobleza y dignidad de su alma.

«Declaro – dice – que mi amor al Centro-América muere conmigo.»

Y en otro párrafo añade:

«Declaro que no tengo enemigos ni el menor rencor llevo al sepulcro contra mis asesinos, que les perdono y les deseo el mayor bien posible.»

Su postrera voluntad significó que sus restos fuesen trasladados al Salvador.

Al par del noble mártir, murió fusilado también el leal Villaseñor.

Fué el día 15 de septiembre de 1842, aniversario de la independencia, cuando acaeció el trágico suceso.

El nombre del general Morazán ha pasado sin mancha á la posteridad.

BARONESA DE WILSON



FORJADOR CATALÁN, obra de E. Clarassó, fundida por Masriera y Campins (Exposición de Madrid)



La choza del pescador, cuadro de W. H. Weatherhead (Exposición del Real Instituto de Acuarelistas de Londres de 1897)



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – CAVITE. – EL «PANTALÁN» DE CAVITE. EMBARQUE DE LA ARTILLERÍA DE MONTAÑA PARA MANILA, DE REGRESO DE DAHALICÁN



GUERRA DE FILIPINAS. – CAVITE. – EL CAÑONERO «LEYTE» AL MANDO DE D. MANUEL PERAL, DE CRUCERO EN LAS COSTAS DE CAVITE Y BATANGAS

CRÓNICA PARISIENSE

MODAS

No se diga que el artículo es baladí. Es de los que más preocupan á las sociedades modernas. Su influencia es enorme en los actos individuales, en la suerte de las familias y hasta en los destinos de los pueblos. Merece, pues, por muchos conceptos, los honores de la crónica ilustrada.

Pero sin meterme en honduras, voy á apuntar las impresiones por mí recogidas en casa de una modista de sombreros, de esas que en París imponen, como ley suprema, los caprichos de su inventiva.

Estaba yo escribiendo, no ha muchos meses, en el salón de lectura de un gran hotel del Faubourg Montmartre, cuando distrajo mi atención un diálogo sostenido á mis espaldas entre dos mujeres. Volví la cabeza hacia ellas y las observé un momento. Una de las interlocutoras era joven, bonita, elegante y hablaba el *argot* de la modista parisiense. Era la otra una jamona de majestuoso porte, que hacía un pisto muy sabroso con las lenguas de Taboada y de Chavette.

– *¿Disé vu qué sé chapó* será el gran *susé* de este *hinver?*

– Sí, señora, para la exportación sobre todo.

– ¿Para la *Españ?*

– Para todos los países meridionales.

– ¿Qué forma *tené?*

– Entre Pompadour y Ange Pitou, de fieltro negro, con hebilla y plumas á la izquierda. Lo ha estrenado en el Concurso Hípico una célebre actriz que enciende una vela á San Miguel y otra al diablo. Ha llamado muchísimo la atención, pero no creo que cuaje mucho en París, porque de seguro las parisienses lo encontrarán demasiado extravagante. En cambio, repito que tendrá gran éxito en el extranjero.

– *¿Avé vu porté* algún modelo?

– Traigo uno en el coche.

– ¡Vamos á hacerlo *monté* á *ma chambre!*

Me dejaron solo, y una vez terminada mi correspondencia, me dirigí á casa de una gran modista de la calle Vivienne, que en más de una ocasión me ha proporcionado abundante materia para interesantes crónicas.

– Vengo á someter á usted á un interrogatorio, le dije.

– ¿Una interwiew? ¡Qué inesperado honor! ¿He pasado, sin sospecharlo siquiera, á la categoría de personaje?

– ¡Tregua de chanzas! Deseo escribir un artículo sobre los delicados secretos del arte que usted profesa con tanto honor como provecho. Quiero revelar á los lectores, y principalmente á las lectoras de La Ilustración Artística, cómo se *crea* un sombrero parisiense.

– Pues venga el interrogatorio.

– En primer lugar, veamos la disposición de su establecimiento.

Y departiendo amigablemente con la maestra, recorrí las dependencias de la casa, tomando notas.

¿Quién no ha visto alguno de esos establecimientos? En su exterior no ostentan ninguna muestra de relumbrón. Es inútil señalar el templo á los profanos, y los iniciados conocen el camino que á él conduce.

En la antesala, verdadero peristilo del templo, se elevan hasta la techumbre columnas de cajas de cartón. De allí se pasa á grandes y lujosos salones cuyas puertas nunca están cerradas. Ante monumentales espejos se ven elegantes damas en muda contemplación. Las *probadoras* se afanan en torno de ellas, pacienzudas, insinuantes, persuasivas, hábiles en adivinar los gustos y en dirigir las voluntades.

Ninguna de aquellas señoras pareció reparar en mí. No es fácil distraer de su éxtasis á una mujer que se prueba un sombrero ante un espejo.

– ¿Quiere usted explicarme el origen, la historia de un sombrero cualquiera?

– Oiga usted la de éste, dijo mi amiga señalando á uno, puesto como un avechucho sobre una percha.

– ¿Es típica?

– Muy típica. «Durante los ensayos de *La Gran Vía,* Micheline vino á encargarme un sombrero. Le hice explicar el carácter del personaje que tenía que representar en la famosa zarzuela, y de sus explicaciones deduje que la nota dominante había de ser la excentricidad. Pero también había que amoldar el sombrero al gusto personal y al capricho de la artista. Micheline sabe que uno de los principales adornos de su persona es su cabellera rubia, abundante y rebelde. Era, pues, necesario que el sombrero la dejase ver por delante y por detrás. Le hice sentar ante el espejo y le puse en la cabeza el molde deseado, hecho de esparto y alambre. En menos de media hora lo acomodé al tipo y al carácter de la actriz, sin perder un momento de vista la óptica del teatro, que exige para todo una disposición particular. En dos sesiones quedó dibujada la forma, que pasó á manos del confeccionador de moldes. Adorné el sombrero en armonía con el color del vestido, y aquí le tiene usted, sufriendo ligeras modificaciones cada vez que hay que adaptarlo á un tipo de mujer distinto. Cuando un modelo gusta, todo el mundo acaba por adoptarlo. No siempre son las actrices las que introducen un sombrero de nueva forma. También lo estrenan las grandes damas en las ceremonias oficiales, en las solemnidades religiosas, en los concursos hípicos, en el Bosque de Bolonia. Desde el momento que llama la atención, acuden mis parroquianas á encargarme otros iguales. Para llegar á confeccionar un tipo que siente bien á toda clase de mujeres, hago que se lo prueben todas mis oficialas, morenas y rubias, linfáticas y nerviosas, y merced á ligeras modificaciones apropiadas á cada muchacha, logro el fin deseado.



La moda en París. – El portal de un modisto de moda, dibujo de S. Azpiazu

»Al principio de cada estación, creamos varios modelos, pero únicamente suele haber uno que obtiene éxito franco y decisivo.

»Las estaciones nunca nos cogen desprevenidas. En febrero y en septiembre cada casa crea sus modelos particulares para visita, carruaje, teatro, etc., sin olvidar jamás el de todo uso. Entonces las guarnicionistas se esparcen por todo París, recorriendo las estamperías, los museos, todos los sitios donde puedan pescar un detalle, una idea, una inspiración.»

De regreso de sus excursiones, hacen mil pruebas con trozos de cinta y viejas formas de esparto, y cuando creen haber dado en el *quid,* confeccionan el sombrero. De este modo se presentan veinte, cincuenta, cien modelos á concurso, y la modista escoge diez ó doce. Nunca se sabe á punto fijo cuál será el color de moda.

– Jamás he podido prever, en esto, el gusto de mis parroquianas, me dijo la modista. Cuando la boga ha establecido un color, nos apresuramos á hacer un convenio con nuestros abastecedores de cintas y terciopelos, que se obligan á no vender esos artículos á nuestras rivales.

Las casas que trabajan para la exportación, no emplean tantos refinamientos. Pero la clientela parisiense tiene exigencias inagotables. Las artistas son las que más satisfacciones proporcionan á la modista. Hoy pagan al contado, por regla general, y facilitan la confección de los sombreros con sus ideas originales y el conocimiento perfecto de lo que les sienta bien. Las señoras del gran mundo pagan con menos puntualidad. En todo, menos en eso, procuran imitar ó copiar las modas de las actrices y de las *cocottes.* Estas últimas, en cambio, han puesto freno á sus excentricidades á fin de parecerse á las grandes damas.

Las señoras de la clase media son menos audaces. Sólo dos veces al año acuden con cierta timidez á la modista de alto rango, que con aires de protección les impone el sombrero que les sienta bien.

Lo que más divierte á las oficialas es la visita de la buena señora provinciana que se arriesga, una vez en su vida, á comprar en una casa de primer orden un sombrero que ha de hacer rabiar de envidia á todas sus conciudadanas.

Casi tan ridícula como ella es la novia de los barrios extremos de París que, escoltada por su madre y por su novio, viene á comprar el sombrero para sus visitas de boda. El futuro marido encuentra que todo le sienta muy bien á su futura esposa. En cambio, la mamá hace ascos á todo. Desde que está resuelta á pagar ciento cincuenta francos por un sombrero, quiere que éste sea una maravilla.

En estas grandes casas, el precio de los sombreros corrientes oscila entre ciento y doscientos francos. Pero hay caprichos que cuestan mucho más caros. Yo he visto factura de seiscientos francos por un sombrero de encajes.

Hay parroquianas que no gastan menos de diez ó doce mil francos anuales en sombreros. Pero la mitad, por lo menos, del importe de esas locuras, suele satisfacerse á escondidas de los maridos.

La existencia de los ricos está llena de trágicas aventuras, que permanecen más ó menos secretas.

Un tipo de cliente es el de la esposa engañada que encarga un sombrero idéntico al de su rival, con el objeto de reconquistar el corazón de su esposo infiel. Con ese tipo romántico contrasta el de la mujer celosa que se trae cosido á sus faldas á su paciente marido. Y hay una explosión de risa en el taller cuando el infeliz, condenado á la cadena perpetua de su esposa, aprovecha el instante en que á ésta le prueban un sombrero para guiñar el ojo á las oficialas.


La moda en París. – La prueba, dibujo de S. Azpiazu

¿Quién es capaz de contar los escándalos, las faltas, los dolores y las debilidades de la clientela de una gran modista?

Juan B. Enseñat

NUESTROS GRABADOS

Concurso para el monumento á Ríus y Taulet. – La idea de perpetuar la memoria de D. Francisco de P. Ríus y Taulet mereció unánimes y entusiastas elogios de cuantos por Barcelona y sus glorias y prosperidades se interesan. No hemos de recordar los títulos que á la gratitud de los barceloneses tiene el ilustre patricio, cuyo paso por la primera magistratura de nuestro municipio señala una de las épocas más esplendorosas de nuestra capital, pues en la mente de todos están los merecimientos del benemérito ciudadano, y no pocas en número son las mejoras y reformas que harán eterna la memoria de quien tanto y tan bueno hizo por Barcelona, su ciudad querida, la urbe que él aspiraba á convertir en una de las primeras del mundo, y que no habría tardado en serlo si la muerte no hubiese puesto término prematuro á sus maravillosas iniciativas.

Barcelona, recordando tales beneficios y deseando quizás que el ejemplo pueda servir de estímulo á los que á Ríus y Taulet sucedan en la presidencia de nuestro Ayuntamiento, acordó erigirle un monumento digno de sus hechos inolvidables, y á este efecto convocó á un concurso recientemente verificado, en el cual han concurrido artistas de gran nombradía presentando doce proyectos.

Al reproducir en estas páginas los principales de éstos, no pretendemos emitir juicios que el jurado y no nosotros debe formular.



Núm. 10. – *J. Campeny*, escultor. *J. Fossas*, arquitecto



Núm. 12. – *Atché*, escultor.



Núm. 5. – *Arnau*, escultor. *Puig y Cadafalch*, arquitecto



Núm. 2. – *Alentorn*, escultor. *Gustá*, arquitecto



Núm. 8. – *M. Benlliure*, escultor



Núm. 4. – *A. Vallmitjana*, escultor. *A. Font*, arquitecto

PROYECTOS PRESENTADOS AL CONCURSO PARA UN MONUMENTO QUE SE HA DE ERIGIR EN BARCELONA Á D. FRANCISCO DE P. RIUS Y TAULET

Por esto mismo nos limitaremos á dar acerca de ellos algunos detalles, describiéndolos según el orden por el cual fueron presentados.

El proyecto que lleva el número 2 es obra de los Sres. Alentorn, escultor, y Gustá, arquitecto: en un amplio basamento con relieves alegóricos descansa un esbelto pedestal con cuatro columnas en los ángulos y encima de éstos cuatro matronas rematado por el busto de Ríus y Taulet, á quien corona una estatua de la Fama. El conjunto resulta elegante y en los detalles se advierten gran corrección de líneas y conocimiento de las exigencias del arte monumental.

El número 4, de los Sres. Vallmitjana (D. Agapito), escultor, y Font, arquitecto, está muy bien estudiado, sus alzados están trazados con inteligencia y sus cuerpos hábilmente sobrepuestos: el busto de Ríus y Taulet, que aparece dentro de una esbelta hornacina, y las estatuas laterales, lo propio que la que corona el templete, están trazados con gran firmeza. La corrección, el buen gusto y la ejecución esmerada son las cualidades salientes de este proyecto.

El número 5, de los Sres. Arnau, escultor, y Puig y Cadafalch, arquitecto, es de estilo gótico, bello en sus detalles y elegante en sus líneas: la estatua que lo corona es de vistosa silueta; la figura de Barcelona, matrona medioeval, resulta noble por su actitud y por sus majestuosos trazos, y la estatua de Ríus y Taulet tiene verdadero carácter. La parte más importante de este monumento, considerado en conjunto, es el elegante y severo obelisco.

El número 8, del Sr. Benlliure (D. Mariano), sobresale por su parte escultórica, más que por la arquitectónica; la estatua sentada de Ríus y Taulet está abocetada con admirable firmeza, es natural en su actitud y tiene rasgos felicísimos. Asimismo están tratadas con mucha vida las figuras de los cuatro hombres del pueblo que sostienen en hombros al personaje principal y en las cuales hay bellísimos detalles arrancados de la vida real.

El número 9, de los Sres. Fuxá, escultor, y Falqués, arquitecto, es grandioso en su conjunto y de líneas muy severas; las esculturas tienen carácter clásico: la estatua del trabajo está mo-



Propiedad de M. Arias Rodriguez

GUERRA DE FILIPINAS. – CAVITE. – LA AGUADA EN LA PLAYA FRENTE AL CAMPAMENTO DE DAHALICÁN



Propiedad de M. Arias Rodriguez

GUERRA DE FILIPINAS. – CAVITE. – BOMBARDEO DEL CUARTEL Y DEL PUENTE ATRINCHERADOS DE NOVELETA. EMPLAZAMIENTO DE LAS BATERÍAS EN EL CAMPO ATRINCHERADO DE DAHALICÁN. UN DISPARO DE MORTERO MATA DE 15 CENTÍMETROS



P opiedad de M. Arias Rodriguez

GUERRA DE FILIPINAS. Cavite. - Bombardeo del cuartel y del puente atrincherados de Noveleta. Cañones Plasencia de 12 centímetros, emplazados en el campamento de Dahalicán. Un disparo de granada de metralla y explosión de ésta cerca del cañón



[illegible]

GUERRA DE FILIPINAS. - Cavite. - Batería de montaña. Las dos primeras piezas que entraron en fuego en el ataque á Noveleta

delada con gran inteligencia y la de Barcelona con la Victoria en la mano y coronando el busto de Rius y Taulet recuerda las obras del arte antiguo romano. Está también muy acertadamente entendida y ejecutada la figura del Genio que ocupa la cara posterior del monumento.

El número 10, de los Sres. Campeny, escultor, y Fossas, arquitecto, es elegante en su conjunto y rico en bellísimos detalles escultóricos. En la parte arquitectónica resulta oportuna y original la idea de indicar en la base del monumento las líneas del Palacio de la Industria de la Exposición Universal de 1888, y en la parte escultórica las diversas estatuas que en el proyecto figuran están dispuestas con gran habilidad y revelan en su concepción y ejecución el talento y la mano de un experto artista.



Núm. 9. - *M. Fuxá*, escultor. *Falqués*, arquitecto

En el proyecto número 12, del escultor Sr. Atché, las figuras están trazadas con gallardía; la estatua del heraldo que lo corona es elegante, está bien puesta y finamente detallada; en la joven que inscribe el nombre de *Rius y Taulet* hay espontaneidad y galanura y en la estatua sentada de Rius y Taulet admíranse la expresión y la actitud de la figura vigorosamente trazada. Los demás detalles de este proyecto armonizan perfectamente con el conjunto.

Ya hemos dicho al principio que sólo nos proponíamos hacer una ligera descripción de los proyectos que publicamos: la que de cada uno dejamos hecha, y sobre todo los grabados que reproducimos, permitirán á nuestros lectores formarse idea de ellos.

Sevilla.—Desde mi azotea, dibujo original de J. García Ramos.—Otro bello apunte de la encantadora Sevilla, de la hermosa ciudad andaluza que tantas joyas atesora, nos ofrece el fecundísimo artista Sr. García Ramos, infatigable vulgarizador de cuanto en ella existe digno de admiración y encomio. Es nuestro amigo amantísimo hijo de la que fué rico florón de la corona de los reyes de Castilla, hallando siempre tipos, costumbres, notas de color, forma, originalidad y armonías en cuanto le rodea y vive junto á él, que traslada al lienzo con la maestría y buen gusto que tanto le distinguen. Muestra de ello es el interesante apunte que reproducimos, en el que se divisa desde imaginaria azotea el hermoso y brillante panorama que Sevilla presenta, iluminada por los vivísimos rayos del sol, con sus blanquísimas casas salpicadas por el dorado reflejo de los azulejos ó por la nota juguetona de la vegetación.

Forjador catalán del siglo XIII, estatua de Enrique Clarassó, fundida en bronce por los Sres. Masriera y Campins. - No es Enrique Clarassó un artista novel. Aunque joven, ha podido darse á conocer como escultor discreto y campeón decidido de los modernos ideales. Alienta en él un sentimiento delicado y juguetón que se traduce en las obras que modela, finas, elegantes y fáciles, en las que imprime la nota picaresca ó sentida, con la emoción que debe presidir en todas las producciones del verdadero arte. La fantasía condúcele de continuo á la lucha, pujando por dar al barro, á la materia, la nota de su concepción.

El forjador catalán del siglo XIII es una de sus más bellas obras, evocación acertada del legendario tipo del herrero de nuestro país en el período de mayor florecimiento de la cerrajería. Fué modelada para figurar en la notabilísima colección de hierros que en la pintoresca villa de Sitjes instaló el distinguido pintor Sr. Rusiñol, en donde se halla colocada como si fuese la representacón de aquellos maestros que tantas maravillas crearon.

La choza del pescador, cuadro de W. H. Weatherhead.—Este lienzo tan hondamente sentido como sobriamente ejecutado es una nota dramática de gran intensidad: el pintor ha buscado el efecto apelando á los recursos más sencillos, y el efecto se produce naturalmente sin afectación alguna. La esperanza, el temor, la zozobra, todas estas emociones se revelan por modo admirable en las dos hermosas figuras que en aquella pobre vivienda aguardan al que tal vez no ha de volver. El reputado artista inglés Mr. Weatherhead, huyendo del efectismo trágico, del que tanto abusan los que tratan asuntos análogos, ha trazado con sin igual maestría esta composición que impresiona más que por lo que dice por lo que deja entrever.

Guerra de Filipinas.—Seis fotografías reproducimos en el presente número relativas á la guerra de Filipinas, de las cuales vamos á hacer una ligera descripción.

El *pantalán* ó embarcadero de Cavite es una construcción de madera que nada ofrece de particular, como no sea su solidez y el espectáculo animado que presenta cuando llegan ó salen algunos vapores, ó cuando embarcan ó desembarcan tropas. Nuestro grabado reproduce el embarque de la artillería de montaña á su regreso de Dahalicán á Manila.

El cañonero *Leyte*, que ha estado continuamente de crucero en las costas de Cavite y parte de Batangas, ha sido uno de los buques de nuestra armada que más se han distinguido durante la actual guerra, así por su constante trabajo como por los positivos resultados de su intervención en las operaciones militares. Nuestros marinos han demostrado en las actuales circunstancias que son dignos continuadores de las nobles tradiciones del ilustre cuerpo á que pertenecen: á ellos, como al ejército de tierra, debe eterna gratitud la patria.

En la denominada tierra baja de la provincia de Cavite se carece de agua potable, viéndose obligados los naturales á consumir agua de pozos que resulta salobre, repugnante y nociva para los que á ella no están acostumbrados. Nuestras tropas de Parañaque, Las Piñas, Bacoor, Cavite Viejo y Noveleta se han visto muchas veces privadas de tan indispensable alimento, cuya falta dejóse sentir especialmente en Dahalicán, en donde hubo un día en que faltó en absoluto hasta para los heridos. Como los pozos se agotaban y había que atender á las necesidades de más de 3.000 hombres, tomóse la determinación de llevar tanques de hierro y cubas para llenarlos á diario con agua procedente de Manila, que era conducida en un aljibe flotante remolcado por un vaporcito de las Obras del Puerto. Esto es lo que representa uno de nuestros grabados, en el que se ve un grupo de soldados llenando de agua el bombón de caña que cada uno está obligado á llevar colgado de una cuerda. Para conservar el orden y evitar que fuese derramado el líquido, un centinela armado de Mauser vigilaba constantemente los depósitos.

El siguiente grabado reproduce el bombardeo del cuartel y puente atrincherados de Noveleta desde el campo atrincherado de Dahalicán: en primer término se ven los disciplinarios encargados del arrastre de las piezas, armones y municiones, custodiados por fuerzas de infantería; vienen luego las dos piezas Plasencia de 12 centímetros, más allá los morteros Mata de 15 centímetros y en último término los cañones de bronce de 14, piezas todas estas de las cuales nos ocupamos en el número anterior. A la derecha está la trinchera de tierra y caña, y á la izquierda el campamento con sus chozas de caña y nipa.

De los dos últimos grabados, el más interesante es el que reproduce el disparo de uno de los dos cañones Plasencia; por la mala graduación de una espoleta, la granada estalló cerca de la boca de la pieza, sin que afortunadamente ocurriera ninguna desgracia entre los nuestros. El humo que se ve en primer término es el del disparo, el del segundo es el que produjo la explosión de la granada: por este detalle puede comprenderse cuán simultáneos fueron uno y otra. En el último grabado se ven las dos primeras piezas de la batería de montaña que entraron en fuego en el ataque de Noveleta.

Primavera, cuadro de Francisco Masriera.—Firme y consecuente, sin que las diversas corrientes que han influído tan poderosamente en la pintura moderna le hayan hecho vacilar un solo momento, continúa Francisco Masriera fiel á su escuela, infatigable en la empresa de representar la belleza en todas sus formas, sin que se separe en absoluto de la realidad. Aparte de la técnica especial que informa sus producciones, muéstrase cuidadoso en la elección de asuntos y modelos. De ahí la distinción y delicadeza de líneas y tonos que tanto embelesan, pues no cabe mayor finura, mayor encanto que el producido por la inteligente y armónica combinación de matices que se observa en sus obras.

En la preciosa figura que titula el autor *Primavera* puede apreciarse cuanto indicamos, así como su laboriosidad y excepcionales aptitudes para el cultivo del arte.

Cuadriga de leones guiada por un chimpancé. - La inventiva de los que luciendo habilidades ajenas se ganan la vida en los llamados circos es inagotable: una nueva prueba de la fecundidad de su ingenio es el espectáculo que actualmente llama la atención en el Circo Barnam-Bailey de Nueva York y que reproduce el dibujo tomado del natural que publicamos en la última página. No hemos de explicar en qué consiste, porque el grabado da perfecta idea del original ejercicio; únicamente diremos que el chimpancé que guía la cuadriga de leones puede competir, según dicen, con el más hábil cochero por el modo como empuña las riendas y conduce el extraño atelaje.

El cura Kneipp.—El célebre cura bávaro cuyo tratamiento terapéutico atraía á la aldea de Woerishofen desde hace algunos años un número extraordinario de enfermos, ha fallecido el día 17 de los corrientes, víctima de una enfermedad que hacía algún tiempo inspiraba serios cuidados á sus amigos. Monseñor Sebastián Kneipp nació en Stephansried (Baviera) en 17 de mayo de 1821, ordenóse de sacerdote en 1852 y en 1881 fué nombrado cura párroco de Woerishofen. Según parece, desde niño recurrió á las abluciones de agua fría para fortalecer su débil temperamento, y habiendo conseguido resultados excelentes hizo poco á poco prosélitos y demostró que el agua, además de ser un gran remedio para robustecer el cuerpo y evitar enfermedades, es también un específico milagroso, sobre todo para curar los padecimientos orgánicos. Desde entonces quedó fundado su sistema que propagó por medio de libros y conferencias que lograron extraordinario éxito en todas partes. Millares de enfermos, procedentes de todo el mundo, acudieron á Woerishofen, y en distintas ciudades de Alemania, Austria, Suiza, Francia, etc., fundáronsé institutos y establecimientos en donde se practica la cura kneippiana, que consiste no sólo en el tratamiento hidropático, sino que también en la aplicación de distintas hierbas y en un régimen alimenticio especial. Monseñor Kneipp, á quien el Papa León XIII nombró su camarero secreto y prelado doméstico, deja escritas varias obras



El cura Kneipp, autor del tratamiento hidropático de su nombre, fallecido en Woerishofen en 17 de junio de 1897

explicando y propagando su sistema, mereciendo ser especialmente citadas *Mi cura por el agua*, *Cómo habéis de vivir*, *Mi testamento* y *Codicilo á mi testamento*. El cura Kneipp, de carácter afable y bondadoso, era en extremo caritativo, empleando las cuantiosísimas sumas que sus consultas y sus libros le producían en socorros á los menesterosos y en fundaciones benéficas.

MISCELANEA

Bellas Artes. - Berlín. - Con destino á la Galería de Pinturas ha sido adquirido por 63.000 marcos un cuadro de J. Holbein, pintado sobre madera de roble, que procede de la herencia del pintor inglés Millais y que es muy conocido en el mundo del arte por haber figurado en varias exposiciones, entre ellas en las de la Real Academia de Londres de 1872 y 1880.

Teatros.—*París.* - Se han estrenado con buen éxito: en el Gymnase *Rosine*, preciosa comedia en cuatro actos de Alfredo Capus, y en el Cercle des Escholiers *L'enfant malade*, interesante comedia en cuatro actos de Román Coolus.

Necrología.—Han fallecido:

D. José Sadurní, notable grabador, colaborador antiguo de La Ilustración Artística.

Augusto M. Friedlander, pintor de género y retratista norteamericano, profesor de la Academia de Bellas Artes de Filadelfia.

Augusto Heyden, uno de los más ilustres pintores de historia de Alemania.

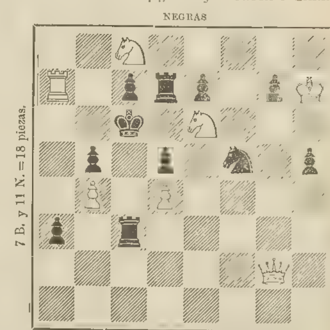
Sir Augusto Franks, presidente de la Sociedad de Anticuarios de Londres, uno de los más notables anticuarios de Inglaterra, conservador durante muchos años de las secciones de antigüedades británicas y medioevales del Museo Británico.

Guillermo Graupenstein, notable pintor retratista alemán.

AJEDREZ

Problema número 74, por J. Tolosa y Carreras

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 73, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. A 2 D	1. R toma A (*)
2. D 4 D jaque	2. R juega.
3. C 2 R ó C 2 A D mate.	

(*) Si 1. A juega; 2. D 8 D jaque, A cubre; 3. D toma A mate; - 1. P T R juega; 2. D 6 T R, y 3. D 3 R mate, - y si 1. C juega; 2. D 3 A D mate



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE LA NOTABLE ESCRITORA ALEMANA EUGENIA MARLITT

(CONTINUACIÓN)



Retírese al punto

Isabel, que había bajado la voz para contestar á su tío, estrechó la mano á éste, dió gracias á Sabina, y se marchó lentamente á través del bosque en dirección á Lindhof.

En el primer momento, Isabel había experimentado cierto pesar por haber ofendido involuntariamente á la persona de quien había hablado con tanta severidad en su ausencia, pues creía que el señor de Lindhof estaba muy lejos; pero después sus reflexiones le demostraron que, empleando probablemente un tono menos indignado, habría dirigido el mismo lenguaje al Sr. de Walde si éste la hubiese invitado á decir su opinión. El señor de Lindhof la había oído sin que Isabel lo sospechase, y el juicio emitido por ella tenía cuando menos el mérito de la imparcialidad. ¿Pero cómo y por qué había regresado tan súbitamente el señor de Lindhof? La señorita de Walde esperaba que la ausencia de su hermano, ocupado en un viaje científico, se prolongaría durante algunos años; y en la antevíspera no tenía aún la menor noticia de aquel regreso. Isabel recordó de pronto el encuentro de la noche anterior; el caballero de edad madura que le había hablado, le dijo que regresaba después de una larga ausencia..., pero no le era posible atribuir aquel semblante benévolo, aquel carácter festivo, al orgulloso y grave señor de Lindhof... Más bien sería éste el compañero del interlocutor de Isabel, aquel que había permanecido silencioso detrás de la espesura sin tomar parte en la conversación. ¿Pero por qué había venido el Sr. de Walde á buscar á su tío, con el cual no tuvo jamás ninguna relación hasta entonces?

Todas estas reflexiones ocuparon á la joven hasta que llegó cerca de la casa del tejedor, donde se olvidó de todo ante la alegría producida por los socorros que llevaba. El enfermo y su mujer la colmaron de bendiciones, y después la joven se dirigió hacia el castillo, donde ya debían esperarla para la sesión musical de Elena de Walde.

El regreso del dueño había cambiado completamente el aspecto exterior de aquella opulenta morada. Todas las ventanas del piso bajo que formaba el ala meridional del edificio, triste y misteriosamente cerradas en otro tiempo, hallábanse ahora abiertas de par en par, y parecían regocijarse por la luz del sol. Multitud de criados afanosos ocupábanse en limpiar, ventilar y decorar las habitaciones. Por una puerta de cristales, completamente abierta, se podía ver el interior de una gran sala, y en uno de los peldaños de la escalinata que conducía desde dicha puerta al jardín, un gran lebrel, blanco como la nieve, estaba echado, con su largo cuerpo tendido é inmóvil sobre la baldosa caldeada por el sol, y el hocico apoyado en las patas delanteras. El animal miró á Isabel amistosamente como si hubiera sido una antigua conocida. Cerca de una de las ventanas, el jardinero formaba un macizo de flores raras, y el viejo mayordomo Lorenzo paseaba por todas partes sus miradas investigadoras.

Parecía que todas las personas que Isabel encontraba al atravesar el castillo acababan de ser despertadas de un sueño mágico, y que el poder de un hechicero había cambiado súbitamente la expresión de todos los semblantes. Todas las voces resonaban con un acento más claro, más sonoro; todas las cabezas parecían levantarse; los movimientos eran menos estudiados, más libres, y la vida renacía en todas partes, no ruidosa, pero sí alegre, libre de las trabas hipócritas que la coartaban en otro tiempo. Hasta el mismo viejo Lorenzo, que antes andaba encorvado, con los ojos bajos y los movimientos indecisos y tímidos, tenía ahora en los ojos un rayo de sol, por más que llevase en la mano un plumero para dar el ejemplo en el trabajo. Ya no era tan viejo, ni tan vacilante, ni tan tímido; su cuerpo parecía más firme y su voz resonaba tan sonora, que Isabel le contempló con profundo asombro.

Dominada aún por la sorpresa que le causaba aquella súbita explosión de vida, Isabel se dirigió hacia el ala habitada por las damas, en donde reinaba siempre el silencio más profundo. Las ventanas de la habitación de la baronesa estaban veladas por gruesas cortinas, y ninguna voz se oía detrás de la puerta de aquel aposento. La atmósfera estaba impregnada de un fuerte olor de éter, y cuando se abrió una puerta en la extremidad del corredor, Isabel vió al fin un rostro humano que se aproximaba, como para reconocer quién era la persona que osaba venir á turbar el silencio de aquella parte del edificio. ¡Pero qué triste aspecto tenía la aparición! Era la anciana camarera de la baronesa; en sus facciones se notaba rigidez y abatimiento, y las dos manchas rojizas de sus pómulos indicaban un acceso de fiebre, ó bien una violenta perturbación de ánimo. Devolvió con sequedad el saludo de Isabel, y desapareció al punto detrás de la puerta que había entreabierto y que se cerró suavemente.

Cuando Isabel, después de llamar en vano varias veces á la habitación de la señorita de Walde, se decidió al fin á entrar, díjose que allí se representaba sin duda una escena análoga á la que parecía desarrollarse en la de la baronesa. Además de estar cerradas las ventanas, se habían cruzado cuidadosamente por delante de ellas los gruesos cortinajes de damasco; y aquella densa obscuridad, así como el profundo silencio que reinaba á su alrededor, retuvieron momentáneamente á Isabel en el umbral de la puerta. Sin embargo, muy pronto hirió su oído la débil voz de Elena, que estaba echada en un sofá en el fondo de la estancia apoyando la cabeza en una almohada.

–¡Ah, querida niña!, dijo, poniendo una mano helada sobre el brazo de Isabel; me ha sobrecogido una crisis nerviosa, sin que ninguno de los que me rodean haya echado de ver cuánto padecía, y me he creído horriblemente desgraciada en mi aislamiento en esta obscura habitación... La presencia de usted es un beneficio para mí...; tenga usted la bondad de abrir la ventana...; necesito aire.

Isabel se apresuró á satisfacer este deseo, y cuando la clara luz del día iluminó la habitación, volvióse hacia la señorita de Walde y notó que ésta había llorado.

Los rayos del sol despertaron en la habitación más vida y más movimiento del que Isabel esperaba, y la joven retrocedió de pronto al oir un grito estridente que partió de uno de los ángulos de la habitación... Allí se balanceaba en un anillo dorado un papagayo blanco que ostentaba orgullosamente una corona de plumas amarillas.

–¡Dios mío, qué insoportable es eso!, exclamó Elena, oprimiendo ambas manos sobre sus sienes. ¡Ese espantoso animal me pone nerviosa!

La mirada de Isabel fijábase con sorpresa en aquel huésped extraño y en todos los objetos esparcidos á través de la habitación, los cuales comunicaban á ésta el aspecto de un bazar oriental. En todas las mesas, en todos los sitiales, y hasta en el suelo veíanse diseminadas piezas de tela con listas de seda y trama dorada ó plateada; chales preciosos; fajas de una gasa que parecía tejido de oro; platos de cobre, cuya rareza rivalizaba con la admirable perfección del grabado; abanicos de todas clases; libros con encuadernaciones magníficas, y alhajas curiosamente trabajadas; todo esto se veía allí en revuelta confusión. La mirada de Isabel se encontró con la de la señorita de Walde, y volviendo ésta un poco la cabeza, contestó brevemente á la muda interrogación que en la joven adivinaba.

– Son regalos de mi hermano, que ha regresado ayer sin anunciar á nadie su llegada.

Al pronunciar estas palabras, su voz tenía entonaciones glaciales y no se observaba la más mínima señal de alegría en sus facciones contraídas por el sufrimiento, fatigadas por las lágrimas.

Isabel se bajó silenciosamente para recoger un ramo de camelias casi marchitas que yacía en el suelo.

–¡Ah, sí!, exclamó Elena incorporándose, mientras un ligero rubor coloreaba sus mejillas; es el saludo de la mañana que mi hermano me ha dirigido...

El ramo cayó de la mesa y quedó olvidado... Ruego á usted tenga la bondad de ponerlo en aquel jarro.

– ¡Pobres flores, dijo Isabel en voz baja, poco os figurabais al nacer que vendríais á morir aquí, en una atmósfera de hielo!

Elena dirigió una mirada singular á la joven, y hasta se hubieran podido ver asomar en sus ojos algunas nuevas lágrimas.

– Ruego á usted que ponga ese jarro en la ventana, dijo á Isabel con dulce acento; tal vez recobren su lozanía. ¡Oh, Dios mío!, añadió, nadie puede negar que mi hermano es un hombre excelente y notable bajo todos conceptos, pero no es menos cierto que su llegada interrumpe la cordialidad y la armonía de una vida de familia dichosa.

Isabel, sin poder apenas dar crédito á sus oídos, examinaba con indescriptible sorpresa á la joven enferma. Si el día antes le pareció ya que en el carácter de la señorita de Walde había contradicciones inexplicables, ahora perdía el hilo completamente, y no sabía qué juicio formar sobre la joven que le había inspirado tan vivo y profundo interés. ¿Dónde estaba aquel acento de ternura y de gratitud apasionada que parecía rebosar en todo cuanto decía antes al hablar de su hermano? «Ha sido para mí un padre y una madre á la vez que un hermano,» dijo un día con los ojos húmedos de enternecimiento. Y he aquí que el regreso inesperado de aquel hermano querido bastaba para producir en ella una crisis nerviosa, sollozos, gemidos, que no le era posible sofocar, ni aun delante de una persona extraña... Y aunque el recién llegado no simpatizase del todo con el círculo de familia en que Elena pensaba haber encontrado la dicha, ¿era posible que de improviso surgiese tanta frialdad entre dos seres tan estrechamente unidos, uno de los cuales era el único apoyo con que el otro podía contar en su debilidad y su completo aislamiento?.. Isabel experimentó de pronto profunda compasión por aquel hombre que había vivido lejos de su patria, y cuyo regreso al hogar que le pertenecía no excitaba más que un sentimiento de disgusto, casi un pesar. Según todas las apariencias, no tenía más afecto que su hermana. ¡Cuánto debió sufrir al ser acogido con tanta frialdad, y al ver que la única persona con quien había contado se apartaba de él disgustada!

Mientras hacía estas reflexiones, Isabel arreglaba las flores en el vaso, y no había contestado una sola palabra á las extrañas frases de que con tanta imprudencia se sirvió Elena para quejarse de su hermano ante una persona extraña. Evidentemente la señorita de Walde comprendía que había hecho mal en ceder á este impulso de dolorosa impaciencia, y el silencio de Isabel confirmaba semejante impresión. Por eso le rogó de pronto, con un acento mucho más tranquilo, al parecer, que tuviese á bien sentarse á su lado para hacerle un poco de compañía.

En el mismo instante la puerta se abrió, empujada con violencia, y una mujer apareció en el umbral. Isabel hubo de esforzarse para reconocer en aquella persona, cuyo traje estaba más que descuidado y cuyo semblante revelaba profunda emoción, nada menos que á la majestuosa, correcta y altiva baronesa de Lessen. Su cabello, escaso, mas por lo regular muy bien arreglado, sobresalía de su gorro de noche, lleno de arrugas; y su rostro, descolorido de ordinario, expresaba en aquel instante el resentimiento. Ya no se veía la menor señal de gravedad en su ademán..., nada de esa orgullosa confianza en sí misma que constituía el rasgo principal de su carácter. Todo en ella revelaba ahora un terror extremado y un abatimiento general.

– ¡Oh, Elena!, exclamó, sin echar de ver la presencia de Isabel, tu hermano acaba de llamar á su habitación al desgraciado Link; le ha armado un escándalo espantoso, y sus reprensiones alcanzaron tal diapasón que su voz se oía hasta en mi aposento... ¡Dios mío!, qué desgraciada soy... La sorpresa de esta mañana ha producido en mí tan terrible efecto, que apenas puedo tenerme en pie. Y toda esa odiosa turba de criados que durante la ausencia de Rodolfo no se atrevía á levantar los ojos ni á pronunciar una palabra, alza la cabeza ahora y regocíjase altamente de la desgracia que agobia á un honrado y fiel servidor... Tu hermano destruye de un solo golpe todo cuanto yo había edificado penosamente para la felicidad de todos y el servicio del Señor. ¡Y ahora precisamente es necesario que Emilio regrese á Odenberg! ¡Qué dignas de compasión somos! ¡Qué aisladas y qué abandonadas estamos, querida Elena!

Y la baronesa rodeó con sus brazos el cuello de la señorita de Walde, que lloraba silenciosamente. Isabel aprovechó aquel momento para salir de la habitación.

Al atravesar el corredor que conducía al vestíbulo, el rumor de una conversación llegó hasta ella. Una voz varonil, bien timbrada, elevábase bajo la bóveda sonora, y el acento indicaba indignación, pero no acritud. Aunque Isabel no pudiera distinguir ninguna palabra, estremecióse, no obstante, al oir aquella voz...; así era como debía hablar el *amo* digno de este nombre; con aquella firmeza inquebrantable debía expresarse cuando llenaba sus funciones de *justiciero*.

El silencio reinó un instante, é Isabel, sin darse cuenta de la dirección de las voces, apresuró el paso para no asistir á todos aquellos debates domésticos de un modo que pudiera calificarse de indiscreto; mas apenas hubo dado tres pasos, la voz se elevó de nuevo, y esta vez oyó las siguientes palabras:



El señor candidato había permanecido junto al órgano

– «¿Saldrá usted de Lindhof en el término de veinticuatro horas!»

– «Señor...,» murmuró otra voz

– «¡Es mi última palabra..., la última que pronunciaré delante de usted!.. Retírese al punto.»

Al bajar Isabel por la escalera se había encontrado ante una puerta abierta de par en par, que daba al vestíbulo; un hombre de elevada estatura, señalando con el dedo aquélla, mostrábala al intendente, encorvado hasta el suelo ante aquel ademán vengador. Dos ojos de color castaño obscuro, de expresión singularmente profunda, encontraron la mirada de Isabel, que se precipitaba fuera del vestíbulo, y á la joven le pareció que aquellos ojos, animados por la indignación de un alma generosa, la seguían hasta fuera del magnífico parque de Lindhof.

Cuando la familia Ferber se reunió para cenar, el padre dijo con mucha satisfacción que había trabado conocimiento con el Sr. de Walde en la casa forestal.

– ¿Qué te parece?, le preguntó su esposa.

– A esto no te podría contestar hasta dentro de un año, dijo el Sr. Ferber sonriéndose, y aun así sería preciso verle diariamente para atreverse á emitir un juicio algo bien fundado. Para mí ha sido un interesante objeto de estudio...; esto es lo único que por el pronto puedo decir. Al oirle hablar, al ver su manera de conducirse, uno se pregunta si es realmente el individuo que las apariencias, de acuerdo con su reputación, representan como hombre de carácter frío é indiferente... Ha ido á casa de mi hermano para practicar una especie de averiguación respecto á los informes contradictorios que le han dado sobre la conducta de su intendente, de ese Link..., y porque había oído decir que Sabina fué testigo ocular de su brutal conducta con la pobre viuda del jornalero. La pobre mujer recibió, pues, orden de comparecer ante el señor de Walde, y debió repetir la narración que nos hizo á nosotros. Por larga y difusa que fuese, porque á Sabina la turbaba mucho al parecer figurar como testigo acusador, el Sr. de Walde la escuchó pacientemente sin interrumpirla. Se informó de los menores detalles, é hizo varias preguntas, siempre muy lacónicas, pero directas al asunto, sin pronunciar una palabra de más. Ignoramos qué impresión puede haber causado en él la narración concienzuda de Sabina, pues su mirada se mantuvo impenetrable, y sus facciones impasibles no han revelado en lo más mínimo los sentimientos que le agitaban. Según algunas palabras que ha pronunciado, puede deducirse que tiene aquí un amigo cuyas cartas le habrán puesto al corriente de lo que pasaba en sus posesiones, induciéndole á regresar inmediatamente á Turingia para hacer justicia de un miserable.

– ¿Es hombre de edad?, preguntó la señora Ferber.

– No; es persona que me agrada, aunque se nota en sus maneras una rigidez y una reserva extremadas. Comprendo muy bien que las personas vulgares le hayan acusado de orgullosos, pero me parece imposible ratificar este juicio, porque hay demasiada inteligencia en aquella frente para que yo admita la posibilidad de una flaqueza que solamente reside en el cerebro de los necios. Su rostro expresa una tranquila frialdad, y tan sólo entre sus cejas se observa un pliegue, que cualquier otro observador consideraría quizás como indicio de altivez ó de carácter sombrío... A mí me parece más bien melancólico.

Isabel escuchó atentamente á su padre; no ignoraba que aquella tranquila frialdad se podía modificar, y refirió la escena á que había asistido involuntariamente.

– ¡Vamos, dijo Ferber, la justicia no se ha hecho esperar mucho, y se ha ejercido antes de lo que yo creía!.. Es probable que tu tío con sus observaciones haya contribuído á ello, porque no es de los que se callan cuando se les pregunta y de fijo que con el señor de Walde se habrá desahogado contándole todo lo que tanto le ha indignado en ausencia suya.

X

Apenas había transcurrido una semana desde el día memorable en que el regreso del Sr. de Walde había producido el efecto de una tempestad, destructora para los unos, benéfica para los otros; pero aquel corto número de días había bastado, no obstante, para que se efectuasen muchos cambios en la residencia de Lindhof. Se había instalado un nuevo intendente; pero sus funciones quedaban reducidas á muy estrechos límites, pues el propietario del dominio se reservaba la superior vigilancia de la administración de sus bienes. Varios jornaleros en otro tiempo despedidos porque no se habían mostrado bastante dóciles y humildes respecto al señor candidato Mohring, acababan de ser reinstalados en sus trabajos con gran contento suyo. El domingo, el Sr. de Walde, acompañando á la baronesa y á Bella, había ido á la iglesia del pueblo de Lindhof para asistir al servicio divino, y el señor candidato Mohring, con gran sorpresa de todos, había permanecido junto al órgano durante todo el acto como simple oyente. Además invitóse al cura á comer en el castillo. El doctor Fels iba diariamente á visitar á la señorita de Walde, que estaba enferma, y esto había sido causa de que las sesiones musicales cesaran y también de que, como decía el guardabosque, la baronesa no hubiese sido ya enviada al destierro, pues el Sr. de Walde no tendría nunca la crueldad de prolongar ó aumentar la enfermedad de su hermana, separándola de su prima.

– Una vez fuera la baronesa, añadía, las frecuentes visitas y las largas permanencias de su hijo en Lindhof no tendrían ya razón de ser. Su cálculo no había sido malo para ella.

Ya se sabía en el pueblo que en el castillo se habían desencadenado espantosas tormentas antes de que la atmósfera volviese á quedar pura y serena. Durante los tres primeros días que siguieron á su llegada, el Sr. de Walde había tomado sus comidas solo en su habitación, y todas las esquelitas que la baronesa le dirigió por conducto de su vieja camarera eran devueltas sin leerlas, con desapiadada regularidad... Pero al fin, la indisposición de su hermana había obligado al Sr. de Walde á ver á su prima cerca de Elena; de modo que había una especie de unión entre los parientes. Pero los criados decían que no se hablaban mucho durante las comidas. El Sr. Hollfeld se había presentado para dar la bienvenida á su primo, pero contábase que había vuelto á marcharse después de una visita muy corta y que se iba pensativo y de mal talante.

Cierto día sombrío y lluvioso del mes de agosto, Isabel recibió un recado de la señorita de Walde, rogándole que fuese á pasar una hora á su lado. Elena no estaba sola cuando Isabel entró en la habitación; el Sr. de Walde se hallaba sentado junto á la ventana, y la baronesa de Lessen, sentada junto á él, inclinábase obsequiosamente como para no perder una sola de las palabras pronunciadas por su primo. El grupo parecía copiado de una de esas viñetas que representan un interior feliz y pacífico. Elena, con su bata de mañana, estaba echada en una butaca; una graciosa gorra con cintas de color de rosa, que acentuaban más aún la palidez de su rostro, cubría sus hermosos rizos castaños; y en su mano, complacientemente extendida, habíase posado el papagayo, al que ahora dispensaba las más vivas muestras de simpatía.

Al entrar Isabel, la señorita de Walde le ofreció su mano amistosamente; mas no consiguió ocultar del todo á la joven una ligera confusión.

– Querido Rodolfo, dijo Elena, teniendo siempre entre sus manos la de Isabel y volviéndose hacia su hermano, he aquí á la amable artista á quien debo tantos dulces y nobles goces..., la señorita Ferber, á quien su tío, y después de él casi todo el país, llaman *Isabel, la de los cabellos de oro;* toca el piano tan

admirablemente que puede hacernos olvidar la tristeza de ese cielo lluvioso de color plomizo. Ya ve usted, querida niña, añadió, dirigiéndose á la joven, que todavía no puedo sentarme junto á usted al piano... ¿Tendría la bondad de tocar algo sola?

– Con mucho gusto, contestó Isabel; pero tendré mucho miedo, porque usted acaba de oponerme dos fuerzas temibles, contra las cuales lucharé difícilmente: la influencia del tiempo, y la demasiado elevada opinión que acaba de emitir acerca de mi talento.

– ¿Podré retirarme durante una hora?, preguntó la baronesa, dejando su labor y levantándose. Quisiera salir en coche con Bella, porque la pobre niña necesita mucho tomar el aire.

– Yo creía, contestó el Sr. de Walde secamente, que el aire era la cosa que menos faltaba en Lindhof... A decir verdad, basta asomar la cabeza á la ventana ó bajar al parque para tomar todo cuanto se quiera.

– Si no apruebas mi proyecto, repuso la baronesa apresuradamente, estoy dispuesta á renunciar á él, querido Rodolfo.

– No veo por qué había de oponerme, repuso el Sr. de Walde con un tono que volvía á ser indiferente, porque eres dueña de obrar como se te antoje.

La baronesa oprimió un poco los labios, y después volvióse hacia Elena.

– Queda convenido, le dijo, que tomaremos el café en mi habitación. Volveré dentro de una hora y no dejaré á nadie, querida Elena, el cuidado de acompañarte á mis aposentos.

– Sin embargo, dijo el Sr. de Walde, preciso será consentir en cederme ese cargo, pues yo le desempeñé durante algunos años, y me atrevo á esperar que mi hermana no me cree más torpe hoy que antes de mi ausencia.

– Ciertamente que no, querido Rodolfo, y te agradezco mucho las delicadas atenciones que siempre me dispensaste, contestó Elena apresuradamente, mirando con inquietud tan pronto á su hermano como á su prima.

Pero ésta había conseguido sofocar el resentimiento que comenzaba á dominarla; y con expresión del todo amistosa presentó la mano al Sr. de Walde, fué á besar á Elena en la frente, y salió diciendo: «Hasta la vista.»

Durante esta breve conversación, Isabel estudiaba el rostro del hombre á quien había visto por primera vez fulminando el rayo sobre un miserable é imponiéndole el castigo que su dureza y barbarie merecían. Aquella mirada, que había visto brillante, era ahora glacial cuando se fijaba en la baronesa. La parte superior de su rostro revelaba una firmeza que nada debía quebrantar y á la que daba mayor expresión su mirada franca; la barba, de color castaño, un poco rizada y muy bien cuidada, cubría la parte inferior del rostro y comunicábale un carácter austero, casi *monacal*. Al parecer no era muy joven, á pesar de su delgadez y de la notable elasticidad de un cuerpo admirablemente proporcionado; pero tal vez el imperio que ejercía sobre sí mismo, la calma y la frialdad de su ademán, le hacían aparecer más viejo de lo que en realidad era. El hecho es que á primera vista inspiraba respeto, y que nadie osaba apenas preguntarse si podía inspirar simpatía.

Cuando la baronesa hubo salido de la habitación, Isabel abrió el gran piano de Elena, y después se inclinó sobre la biblioteca musical colocada junto al instrumento.

– ¡No, no..., exclamó Elena, nada de música grave!.. A *usted* es á quien deseamos oir... Díganos sus pensamientos, sus impresiones, sus sentimientos.

Isabel cedió sin discutir, y apenas estuvo sentada ante el piano, el mundo exterior se desvaneció para ella; ya no pensó más que en la música, que en su corazón tenía un manantial inagotable. La pureza de su alma revelábase en sus improvisaciones, y jamás se había visto obligada á buscar un asunto... La música era para ella un lenguaje tan fácil, tan natural como la palabra puede ser para todos los seres humanos... ¡Pero cuánto más elevado, más poético y más conmovedor! En aquel momento una voz desconocida, misteriosa, dominaba á todas las que murmuraban en su alma lo que sus dedos traducían fielmente, todo el poema de un alma de joven, con sus esperanzas y temores, sus impulsos y su altivez, su ternura y su abnegación, sus tristezas y consuelos.

Cuando se extinguió el último acorde, dulcemente, como un suspiro casi ahogado, en las pestañas de Elena veíanse suspendidas dos lágrimas, y su palidez parecía idealizada. Dirigió una mirada á su hermano; pero no pudo verle el rostro, porque se había levantado y tenía la cabeza vuelta hacia el jardín. Cuando volvió á sentarse, sus facciones conservaban su acostumbrada gravedad, pero un ligero rubor coloreaba su frente, y el cigarrillo estaba apagado en el suelo. No dirigió una sola palabra á Isabel, y la señorita de Walde, visiblemente afligida por aquel mutismo, trató de excusarle, manifestando con efusión á la joven la admiración que había experimentado.



En las pestañas de Elena veíanse suspendidas dos lágrimas

– No recuerdo haber sentido jamás una emoción tan profunda y deliciosa, dijo sonriendo, con acento de ternura... ¡Ah! Los habitantes de B... no conocieron sin duda ese talento maravilloso, pues de lo contrario no hubieran dejado marchar nunca á esta niña de tan privilegiado talento, ni permitido que viniera á establecerse en nuestra rústica Turingia.

– ¿Ha vivido usted en B..., señorita?, preguntó el Sr. de Walde, dirigiéndose á Isabel.

La joven le miró un momento antes de contestar. El hielo había cedido..., una especie de fulgor luminoso se desprendía de sus ojos.

– Sí, caballero, contestó Isabel.

– ¿Y ha dejado usted una grande y hermosa ciudad, provista de todos los recursos, de todos los refinamientos de la civilización, para venir á establecerse en una montaña solitaria, en el fondo de un bosque casi salvaje?.. Debió usted estar inconsolable por este cambio.

– Le he considerado como una felicidad inesperada.

– ¿De veras?.. Es extraño.. Yo creí siempre que no se aspira á la zarza cuando se posee una rosa.

– Cada cual está en el derecho de tener su opinión, caballero, y yo no debo discutir la de usted.

– Muy bien; mas yo pensaba que esta opinión era la más generalmente admitida.

– Pues yo no creo ser una excepción en este mundo.

– Cierto es que la juventud se muestra ávida de lo desconocido, repuso el Sr. de Walde á media voz y como hablando consigo mismo; mas yo quiero creer en su propio interés, señorita, que no le ha sido dulce y fácil abandonar á sus amigas.

– Pues es muy fácil, porque no tenía ninguna.

– ¿Es posible?, exclamó la señorita de Walde. ¿No tenía usted relación con nadie?

– ¡Oh!, sí; mas eran personas que me pagaban.

– ¿Daba usted lecciones?, preguntó el Sr. de Walde.

– Sí, señor.

– Pero ¿no ha sentido usted nunca la necesidad de tener una amiga?, preguntó Elena con viveza.

– Jamás, pues tengo mi madre, contestó Isabel con tono dulcemente conmovido.

– ¡Niña feliz!, murmuró la señorita de Walde, bajando la cabeza.

Isabel comprendió que había tocado una de las llagas del corazón de Elena; este pensamiento fué penoso para ella, y deseaba poder borrar aquella impresión. El Sr. de Walde leyó al parecer en la frente pura de la joven lo que ésta pensaba, y sin hacer aprecio de la exclamación de su hermana, reanudó al punto la conversación.

– ¿Es realmente en los bosques de Turingia donde usted desea vivir?, preguntó con un tono que revelaba cierto interés.

– Sí, señor.

– ¿Y por qué?

– Porque desde mi más tierna infancia me habían dicho que éramos originarios de este país.

– ¡Ah!, sí, usted pertenece á la familia de Gnadewitz, según creo..

– Mi madre se llamaba así... Yo soy de la familia Ferber, contestó Isabel con firmeza.

– Parece que al pronunciar esas palabras da usted gracias á Dios por no llevar aquel nombre.

– Es verdad; estoy muy satisfecha de ello.

– ¡Hum!.. Sin embargo, hubo un tiempo en que ese nombre brillaba mucho.

– Pero no era un brillo puro.

– ¡Ah!.. ¡Qué le hemos de hacer!.. En todas las cortes soberanas, sin embargo, aceptábanle como un metal puro sin mezcla; además su familia era muy antigua, y sus miembros obtuvieron siempre las más altas dignidades.

– Dispénseme usted, caballero, pero en este punto no comprendo cómo...

– ¿Se interrumpe usted, señorita?.. Puesto que iba á explicar su pensamiento, no debe dejarnos en la duda y la ignorancia.

– ¡Pues bien!, repuso Isabel ruborizándose un poco, me parece extraño que se honren las malas acciones, tan sólo por el hecho de que son muy antiguas.

– Sin embargo, varios de los abuelos de la Gnadewitz han sido valerosos é intrépidos.

– Tal vez sí; pero no es menos injusto que los beneficios de esa nombradía se extiendan á través de los siglos hasta para aquellos que no son valerosos, ni intrépidos, ni siquiera honrados.

– ¿No deben sobrevivir los grandes actos al momento en que se ejecutaron, y no ha de proteger su recuerdo con justicia á la posteridad de aquellos que los llevaron á cabo?

– Sí; pero con una condición, y es que se perpetúen esas condiciones continuándolas, realzando el brillo de las grandes acciones imitándolas.

En el mismo instante se oyó el ruido de un coche que se detenía delante del castillo. El Sr. de Walde se pasó la mano por la frente, como si despertara con sentimiento de un sueño agradable. La puerta se abrió, y la baronesa penetró en la habitación, juntamente con Bella, la cual iba al lado de su madre con el aspecto grave de un personaje.

– ¡Ya estamos de regreso, á Dios gracias!, exclamó la señora de Lessen. ¡Qué tiempo!.. Veinte veces he deplorado haber salido, y mi solicitud maternal me valdrá probablemente un fuerte constipado... Bella ha querido ver por sí misma cómo te encontrabas hoy, querida Elena, y he aquí por qué me he permitido traerla.

La niña se dirigió en línea recta hacia la butaca, aparentando no haber visto á Isabel, que precisamente estaba sentada junto á la enferma, y al inclinarse para besar cariñosamente la mano de Elena, uno de los broches de su manteleta, enganchándose con el ligero adorno del vestido de Isabel, le desgarró. Bella levantó la cabeza, miró de reojo el desperfecto que acababa de causar, y volviéndose después tranquilamente fué á ofrecer su mano al Sr. de Walde.

– ¿Y bien, dijo éste, reteniendo la mano de la niña, no piensas excusarte por tu torpeza?

Bella, sin contestar palabra, retrocedió hasta cerca de su madre, cuyas mejillas se coloreaban ya con sus manchas rojas; y la mirada que dirigió á Isabel demostró hasta la evidencia que su enojo no era debido á la impertinencia de su hija.

– ¿No sabes hablar?, preguntó el Sr. de Walde, levantándose para dirigirse hacia la niña.

– Pero se ha de advertir que la señorita Ferber estaba sentada muy cerca de Elena, dijo la baronesa, tomando la palabra para excusar á la obstinada niña.

– La verdad es que yo he debido retirarme un poco, repuso Isabel, muy contristada por aquel accidente y alargando ambas manos hacia Bella con una sonrisa..., este percance no significa nada.

Pero la niña, como si no hubiese notado aquel movimiento, ocultó las manos debajo de su manteleta.

Sin pronunciar palabra, el Sr. de Walde cogió del brazo á Bella, y conduciéndola hacia la puerta, abrió esta última.

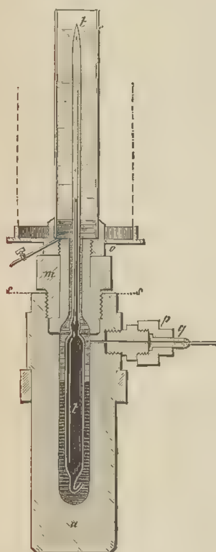
– Te vas á retirar ahora mismo á tu habitación, le dijo, y no volverás á presentarte delante de mí hasta que yo te llame.

La baronesa estaba evidentemente fuera de sí, y en sus facciones revelábase la lucha interior que sostenía... ¿Pero qué hacer? No tenía ningún arma eficaz para defenderse contra el despotismo y la barbarie de aquel hombre, que pretendía ser, y era, el único dueño de su casa. Y limitóse á fijar en él una mirada sombría, mientras que el Sr. de Walde volvía á ocupar su asiento, como si no se diese cuenta de la crueldad de su proceder..

(Continuará)

LA INDUSTRIA DEL FRÍO

Muy poco tiempo hace que se borró en la ciencia el calificativo de gases permanentes dado al hidrógeno, al oxígeno, al nitrógeno, al aire atmosférico y á algunos pocos más; puesto que su número disminuía á medida que se inventaban métodos para conseguir grandes presiones y sistemas especiales de obtener temperaturas muy bajas. No hace todavía muchos años que era acogida como insigne novedad la liquefácción del ácido carbónico, y cuando esto acontecía, reciente hallábase la del anhídrido sulfuroso y no era de muy larga data el ingenioso sistema de Faraday para liquidar gases en el tubo al cual dió su nombre esclarecido y sirve en la actualidad, empleándose como elemento demostrativo en lecciones elementales. De curiosidades, sin ulteriores consecuencias, ni sospechando siquiera que pudieran ser nunca objeto de industria alguna, eran calificados aquellos experimentos, en los cuales, usando, á la vez, grandes presiones y enfriamientos excesivos, llegábase á liquidar y aun á solidificar ciertos gases, en particular los dotados de mayor peso específico, como el anhídrido carbónico; mas resistían otros, obedientes á la famosa ley de Boyle y Mariotte y llamábanse perfectos ó permanentes, en cuanto su estado no cambiaba, dentro de los límites señalados por las condiciones experimentales en determinado momento. Sin embargo, aquellas curiosidades, á las que sólo podían llegar contados investigadores provistos de grandes medios, pues necesitábanse máquinas especiales para convertir en líquidos los gases, sirvieron de fundamento para esclarecer la teoría del estado gaseoso, haciendo ver de qué suerte depende de las condiciones externas, y es, en cierto sentido, función suya; de donde deriva un concepto más general de los estados de los cuerpos, apoyando la llamada teoría cinética, ahora por todos admitida: no se acertaba á vislumbrar la utilidad industrial de los gases liquidados, cuando ésta iba informando ya los conceptos de la Mecánica molecular, contribuía poderosamente á sus adelantamientos y progresos, por donde resulta ejemplo singular y notable ver las modernísimas industrias del frío, derivando de muy teóricos principios.



Sección del aparato compresor de M. Cailletet

Resultó el mayor progreso tocante á la liquefacción de gases de los experimentos emprendidos de una parte por Raoul Pictet y Cailletet de la otra, cuyos resultados fueron, en los últimos días de 1877, haber hecho cambiar de estado á los gases perfectos, por medio de ingeniosos aparatos por ellos discurridos. Para que pueda formarse una idea de uno de estos aparatos, el de Cailletet, por ejemplo, representado en los grabados que se acompañan, copiamos la descripción que él mismo hizo al dar cuenta de su descubrimiento á la Academia Francesa.

«El aparato que uso se compone de un cilindro hueco de acero, especie de probeta invertida, y de paredes bastante gruesas para resistir la presión de muchos centenares de atmósferas. En la parte superior del aparato hay una rosca á la que se puede sujetar, con una tuerca de bronce, el recipiente de vidrio que contiene el gas que se ha de liquidar. Este recipiente consiste en un tubo grueso y de escaso diámetro, soldado á otro tubo más ancho que penetra en el mercurio de que está lleno el cilindro hueco.

»Así pues, la probeta está sometida interior y exteriormente á presiones iguales, lo cual permite darle dimensiones notables, no obstante las altas presiones que habrá de soportar; en cuanto al tubo de pequeño diámetro puesto sobre ella, está también sometido interiormente á presiones que producen la liquefacción, al paso que sus paredes exteriores soportan únicamente la presión atmosférica. Un apéndice de metal da paso al tubo de reducido diámetro que está adherido á él con masilla, y que se eleva verticalmente, lo cual permite observar á la simple vista todas las fases de la liquefacción; para mayor seguridad conviene introducir esta parte del aparato en un cilindro más ancho lleno de agua.

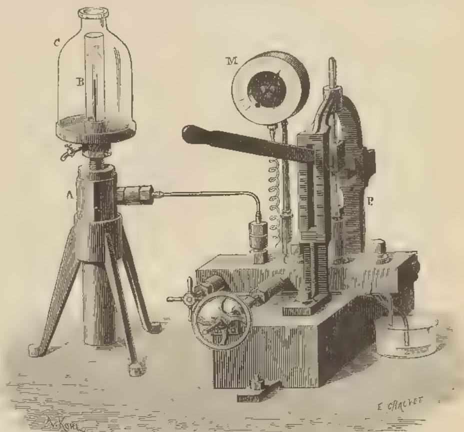
»Se comprime el gas con una bomba hidráulica por medio de una capa de mercurio.»

Los aparatos de Pictet son bastante más complicados y la descripción exigiría un espacio del que no podemos disponer.

Este cambio de estado de los gases perfectos hizo modificar las ideas corrientes respecto al estado gaseoso: menos importó desde entonces ver sólido el hidrógeno ó líquido el aire atmosférico, que tener datos seguros para inducir su constitución física molecular; el hecho del cambio de estado hallábase previsto en el terreno teórico en el punto y hora de haber reconocido límite á la ley de la compresibilidad de los gases y en el práctico, porque era lógico suponer que, disminuyendo temperaturas hasta alcanzarlas vecinas del llamado cero absoluto y aumentando presiones hasta llegar á las que se miden por cientos de atmósferas, como tanto cambiaban las condiciones externas, los distintos cuerpos gaseosos calificados de lo más fijo y menos propicio á transformaciones, no podrían subsistir en su pristino estado, conforme ahora sabemos que á las bajas temperaturas á que puede llegarse, las afinidades moleculares tampoco subsisten. Se debe tener presente, respecto del caso particular de las acciones químicas, el hecho bien curioso ciertamente, de perder sus energías mediante el frío cuerpos dotados de ellas en grado máximo á la temperatura ordinaria y no poder subsistir ninguna combinación cuando aquélla es muy elevada; entonces acontecen modificaciones más hondas, los cuerpos se disocian resolviéndose en sus elementos constitutivos; pero cada uno de ellos separándose así del conjunto va dotado de grandes actividades, habiendo adquirido propiedades que del calor derivan: en ambos casos prodúcense cambios profundos, fenómenos de trascendencia suma; los grandes descensos de temperatura anulan activas energías é impiden manifestaciones características, rompen equilibrios, aunque de modo transitorio; las elevaciones de temperatura significan, respecto de los cuerpos disociables, un cambio de estado más permanente, metamorfosis más íntima, siquiera los componentes en los cuales ha de escindirse la substancia adquieran determinadas aptitudes, dependientes al cabo de la propia fuerza comunicada por el calor, é invertida, á lo menos en parte, para romper de modo definitivo un equilibrio químico dotado de cierta estabilidad.

No fueron distintos los medios usados en los experimentos de Pictet y Cailletet para liquidar el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno y el aire atmosférico, de los empleados cuando se pudo cambiar el estado del gas anhídrido carbónico: Faraday había dado con un método general, de resultados evidentes, cuando en su famoso y sencillísimo tubo vió condensarse en incoloras gotas el anhídrido sulfuroso, ó al conseguir el cloro líquido, movible, más ligero que la disolución de cloro y obtenido partiendo de su hidrato sólido, á la temperatura correspondiente á pocos grados bajo cero, y los sabios citados presiones y enfriamientos usaron en sus respectivos aparatos; pero trabajaban más en grande inquiriendo medios de producir frío barato, frío industrial, aplicable, por ejemplo, á la conservación de substancias alimenticias, carnes y pescados en cámaras especiales, donde lo excesivamente bajo de la temperatura opónese al desarrollo de todo germen orgánico y es obstáculo para cualesquiera reacciones químicas, las cuales comienzan ya á ser nulas cuando la temperatura desciende hasta ser medida por cien grados bajo cero. Tales son los fundamentos de las industrias frigoríficas, no limitadas á producir hielo, sino á enfriar grandes espacios, aplicables á separar, en una mezcla de cuerpos en estado líquido, diversas substancias, como si tratara de destilar fraccionando productos, y que en lo porvenir, de realizarse las previsiones lógicas y justísimas de Pictet, serán el medio adecuado para conseguir de modo general y sistemático la síntesis ó reproducción artificial de todas las substancias orgánicas, así las más sencillas como las de complicada constitución molecular. A tanto llega lo que empezó siendo experimento curioso y delicado, que requería gran práctica y habilidad en quien lo ejecutaba y gran destreza para poder recoger pequeñísimas porciones de un gas liquidado, y á este punto alcanza la aplicación de las doctrinas acerca del estado físico de los cuerpos, establecidas luego de haber determinado sus condiciones y las influencias que sobre ellos ejerce el medio exterior, cuyos cambios son asimismo regulados atendiendo al calor fácil de medir.

Una importante y recientísima modificación en los procedimientos para liquidar los gases, el aire especialmente, anúnciase como trascendental progreso en la ya muy adelantada industria del frío; pues trata William Hampson de congelar el aire, apelando al propio y mismo gas, sin mezclas frigoríficas intermediarias, siempre costosas; pues exigen de ordinario otro gas liquidado ó solidificado de antemano: el aparato destinado á hacer práctico tan gran adelanto es un cilindro metálico de paredes resistentes; en su interior están colocados, formando espirales concéntricas, tres tubos cuyos extremos se comunican; los tubos más exteriores tienen, de cuando en cuando, agujeros pequeñísimos: al comprimir en el interior de los tubos aire, hasta la presión correspondiente á ciento veinte atmósferas, parte del gas sale por ellos y de ello es consecuencia el particular movimiento comparado al de un resorte que deja de actuar, de donde proviene cierto enfriamiento bastante considerable, el cual unido á la presión, de cuya constancia es fácil asegurarse previniendo todo cambio, cumple las condiciones exigidas en la práctica para el cambio de estado; esto se realiza y el aire llega á liquidarse y aun se solidifica sin mezcla frigorífica, aprovechando como productor de frío su mismo movimiento en condiciones determinadas y nada difíciles de conseguir. Que el método es sobre toda ponderación ingenioso, no hay para qué decirlo, ni tampoco traer á cuento su utilidad industrial cuando habiendo salido del período de ensayos pueda satisfacer las exigencias de la producción: conviene conocer sus bases ajustadas á los principios de la teoría cinética de los gases y conforme á cuanto se sabe de sus condiciones mecánicas en los momentos presentes y estando próximas á lo que parece nuevas transformaciones á la industria del frío, en grande y en pequeño, siendo su punto de partida la facilidad del transporte del anhídrido carbónico liquidado con grandísima sencillez y en circunstancias tales que puede ser empleado al momento, sin riesgo alguno, cuando hace bien pocos años constituía un peligro serio y era ocasión de accidentes bastante graves.



Aparato de M. Cailletet para la liquefacción de los gases

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO

***

LA VISIBILIDAD DE LOS COLORES

Parecía que ningún nuevo experimento quedaba ya por hacer acerca de la visibilidad de los colores y la de los fuegos de color vistos á distancia; pero no sucede así por lo que hace á los oficiales ingleses y alemanes, puesto que recientemente han funcionado en Inglaterra y Alemania comisiones encargadas de determinar, una de ellas á qué distancia deja el ojo

de percibir ciertos colores, y otra el punto en que se extingue el brillo de una luz blanca ó de color.

En Inglaterra tratábase de examinar hasta qué punto son fundadas las críticas formuladas desde tiempo inmemorial contra el color escarlata de los uniformes del ejército inglés, de los cuales se dice que destacan demasiado sobre el aspecto general del terreno. En su consecuencia se han verificado algunas pruebas en las cuales se ha procedido del siguiente modo.

Diez hombres se vistieron con trajes de color gris claro, escarlata, gris obscuro, azul obscuro y verde obscuro, dos de cada color; estas cinco parejas alejáronse progresivamente por el mismo orden de colores que acabamos de indicar, habiendo resultado que los últimos colores visibles han sido el azul y el verde obscuros.

Los experimentos llevados á cabo en Alemania han demostrado nuevamente que la visibilidad de la luz de una bujía es de 2.250 metros en una noche clara y 1.610 en una noche lluviosa. Sabíase ya que la visibilidad de la luz blanca es proporcional á la raíz cuadrada de su potencia luminosa.

La luz de una bujía rodeada de un globo verde ha podido ser distinguida á una distancia de seis kilómetros, límite máximo. Las luces de un color verde obscuro ó amarillo no han podido percibirse á una distancia bastante corta; en cuanto al encarnado, todos sus matices se ven desde bastante lejos, sobre todo el encarnado cobrizo.



PRIMAVERA, cuadro de Francisco Masriera

Estos últimos experimentos tenían por objeto averiguar cuál era la mejor coloración que puede darse á las señales que de noche emplean los buques.

* * *

PESCA POR MEDIO DE LA LUZ ELÉCTRICA

En Inglaterra se han hecho últimamente experimentos de pesca por medio de la luz eléctrica que han dado un resultado sorprendente. Para ello se ha puesto en una lancha pescadora una batería eléctrica de una intensidad de cinco bujías; esta luz bien protegida por un enrejado fué sumergida en el mar á una profundidad de 7'50 metros, en donde iluminó un círculo de 50 metros de radio. Todos los peces que se encontraban dentro de este espacio se precipitaron inmediatamente sobre la luz, y en pocos instantes los pescadores realizaron una pesca en extremo abundante, llenándose las redes continuamente una tras otra. Este procedimiento, en caso de que se confirmara el éxito por otros experimentos sucesivos, podría llegar á ser desastroso para algunos puntos de la costa ricos en pesca y dar lugar á abusos que es preciso evitar desde un principio no autorizando este sistema de pesca más que en alta mar.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

Los apéndices al Código Civil, por *D. León Bonel y Sánchez.* - Completando su importantísima obra *El Código Civil*, el ilustrado y dignísimo magistrado de esta Audiencia D. León Bonel acaba de poner á la venta cinco tomos de *Los apéndices al Código Civil.* Para demostrar el interés excepcional de cada uno de estos tomos, aparte del que les presta la reconocida competencia de su autor, bastará enunciar las materias que cada uno comprende. El primero contiene un índice general alfabético del Código Civil y una sección doctrinal con las discusiones de la Academia de Derecho de Barcelona sobre la vigencia y recopilación del derecho catalán; el segundo los Fueros de Aragón, Cataluña, Navarra y Baleares, la Ley hipotecaria ultramarina, el reglamento para su ejecución, la ley sobre hipoteca naval y un proyecto de las reformas principales que deben introducirse en nuestras leyes procesales; el tercero la sección legal relacionada con el Código; el cuarto la jurisprudencia del Tribunal Supremo, y el quinto lo más importante de las decisiones de la Dirección de los Registros. Estos cinco tomos han sido impresos en la casa editorial de Henrich y C.ª, y se venden á 10 pesetas encuadernados y á 9 en rústica.



Cuadriga de leones guiada por un chimpancé en un circo de Nueva York

La Avicultura práctica. - El último número de esta publicación, órgano de la Granja Paraíso de Arenys de Mar, inserta notables trabajos interesantes á los avicultores, agricultores y aficionados á la cría de aves y otros animales.

Boletín bibliográfico español. - Bajo la dirección de D. Miguel Almonacid Cuenca y con autorización oficial del Ministerio de Fomento, ha comenzado á publicarse en Madrid este *Boletín* que responde á una necesidad generalmente sentida en España, cual es la de una publicación periódica bibliográfica en la cual se registre cuanto sale en el día de las imprentas españolas. En el *Boletín bibliográfico español* se anotan con el debido método, orden y sana crítica todos los libros, folletos, revistas y periódicos que ven la luz pública en nuestra patria, y contiene una parte técnica y otra de crítica bibliográfica y un apéndice en que se consignan las obras de interés general y las referentes, bajo cualquier concepto, á España que se publican en el extranjero. En la clasificación por materias se ajusta al nuevo sistema decimal de M. Melvil Dewey, aprobado y recomendado por el Congreso Internacional de Bibliografía celebrado en Bruselas en 1895. El *Boletín* se publica por cuadernos en la segunda quincena de cada mes, y el precio de suscripción es de 6 pesetas al año en España y sus posesiones, y 9 en los países de la Unión postal. Los pedidos deben dirigirse al Administrador del *Boletín*, Correo, 4, 3.º (Madrid), y en Barcelona á D. Arturo Simón, Rambla de Estudios, 5.

Poesías, por *M. Morera y Galicia.* - Basta leer el prólogo que á esta colección de poesías ha puesto D. Antonio de Valbuena para suponer que el Sr. Morera es un poeta de verdad, cuando un crítico que tiene fama de tan severo encuentra tantas excelencias en sus composiciones; pero la suposición truécase en firme convencimiento con sólo hojear el libro que nos ocupa, y en el cual se admiran, á la par de bellísimos pensamientos, una forma más bella si cabe, una fluidez, una armonía, una facilidad, una sencillez que sólo encontramos en los grandes maestros. Este tomo de poesías, que forma el volumen séptimo de la *Colección Elzevir Ilustrada* que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Juan Gili, lleva bonitas ilustraciones de B. Gili y Roig y se vende á dos pesetas.

Panorama Nacional. - El cuaderno 24 de esta importante publicación que edita en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles contiene bellísimas vistas de notables monumentos de Madrid, Barcelona, Pontevedra, Bilbao, Orihuela, Lérida, San Juan de Puerto Rico, Infiesto (Asturias), del fuerte de Rostrogordo en Melilla, de un camarín para tropa en Mindanao, del árbol de Guernica y una gran vista panorámica de Manila. Se vende á 70 cénts.

Cómo y por qué se perdieron las colonias hispano-americanas, por *Enrique Manera y Cano.* - La lectura de esta obra justifica el interés que su título despierta, porque en ella ha hecho su autor un concienzudo y amplio estudio de las distintas causas que contribuyeron á la pérdida de Buenos Aires, de Venezuela, Nueva Granada, Perú y Santo Domingo, emitiendo observaciones y juicios inspirados en un criterio justo que pueden servir de experiencia para la conservación de las posesiones que aún tiene nuestra patria como restos de su antiguo poderío. El libro, impreso en la Habana en la imprenta «La Propaganda Literaria,» se vende á 80 centavos plata.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVI — Barcelona 28 de junio de 1897 — Núm. 809

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TIPOS MADRILEÑOS.—La trapera, dibujo inédito de Alfredo Perea



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

INFLUENCIAS

Un escritor insigne decía hablando de Francia: «De las personas que nos encontramos en la calle, la tercera parte lo menos va á cualquier sitio á solicitar de cualquiera cualquier cosa.» En España tendría que extender su afirmación, y contar que son más de la mitad de los transeuntes; y el resto, gente que sale á «matar el tiempo,» ese recalcitrante inmortal que acaba por enterrar á sus asesinos.

Lo único en que aquí suele derrocharse actividad, es, efectivamente, en fomentar, desarrollar y cruzar influencias de toda especie, devanándolas en complicada madeja, para conseguir de tal manera lo que sería mejor obtener por medio del trabajo, la industria y la constancia. ¿Es que nuestra raza carece de la fuerte iniciativa de la raza sajona, la que redobla tan vigorosamente el pronombre personal *Y, myself*, y se apoya, como en férrea columna, en el *self-help*, la ayuda propia? ¿Es resultado de una larga práctica de determinados sistemas políticos, en los cuales lo hacen todo el favoritismo y el capricho de los gobernantes, y poco ó nada el mérito, la energía y el valer del sujeto? ¿Es la maravillosidad, es la propensión de nuestra meridional fantasía á inventar y forjar golpes de la suerte, inverosímiles é inauditas combinaciones del acaso; á soñar la mágica varilla del brujo, la casualidad feliz que hace encontrarse en un mesón ó en una feria y fraternizar al general con el recluta, al rey con el pastor, al millonario con el mendigo, cambiando de súbito la decoración del destino, convirtiendo al recluta en oficial, en primer ministro al pastor, al mendigo en capitalista? ¿Es que en efecto se consigue aquí todo, ó casi todo, por el atajo de las influencias y de las recomendaciones, y que ese camino tortuoso es, realmente, más seguro y firme que el camino recto, pero pedregoso y áspero, de la laboriosidad y del merecimiento? Confieso que muchas veces he meditado acerca de este problema, al ver la formidable importancia que revisten en la vida contemporánea «los empeños.»

Hablo ¡ay! de males que padezco, de chinchorrerías que me abruman. No soy personaje político, no soy ministro, subsecretario, director, obispo, gobernador civil, diputado, senador, cacique, ni cosa que lo valga. Me paso la vida entre mis libros; puedo llamarme en cierto respecto un cero á la izquierda, y si el rodar de la bola trae para España complicaciones, desventuras, crisis, bajadas y subidas, no es ciertamente que yo empuje ni con el dedo meñique la bola susodicha. Pues á pesar de estas condiciones en que me ha colocado la condición de mi sexo: á pesar de que las incapacidades legales de la mujer deberían servir siquiera para que no nos hostigasen «recomendando,» no pasa día sin que me vea agobiada de solicitudes, sin que de palabra y por escrito soliciten de mí tirios y troyanos, hasta indiferentes y desconocidos, un sinnúmero de favores, puestos, momios, gangas, empleos, cargos, ascensos, colocaciones, traslaciones, ventajas y beneficios. A mí me piden que pida indultos, que dé capellanías, curatos y canongías, que haga fallar pleitos en este sentido ó en el de más allá; que ponga en colegios gratis á niños y niñas; que vindique agravios, que repare injusticias, que maneje palillos tan delicados como los de oposiciones y concursos á cátedras, notarías y registros de la propiedad; que active la concesión de pensiones, el cobro de atrasos, y hasta, por pedir, me piden neutralidad... ¡Esto es lo más fácil de conceder!

La recomendación es capciosa é insidiosa. ¿Por qué hemos de negarnos á una obra benéfica, un acto de generosidad realizado así al descuido, como quien no hace nada, sin que nos cueste sacrificios en metálico, sin más gasto que el de saliva ó tinta? Es el argumento que emplean los solicitantes para forzar la voluntad. «Una palabrita, dos renglones de su puño... y me he salvado: mis hijos tienen pan, de mi casa se va la miseria...» ¿Quién se resiste? Es decir, ¿quién no se alegraría de acceder y triunfar? Sólo que la suposición es gratuita, pues no creo que ni aun las personas que decisivamente influyen, las *buenas cuñas*, influyan así, con una palabra, con dos renglones. Las plazas, hasta las más ínfimas y mezquinamente retribuídas, no se conceden y reparten á voleo, como piensan los milagreros de la recomendación. Andan tan perseguidas, escatimadas y rebuscadas; está la heredad tan espigada, que hay quien considera menos dificultoso improvisar un ministro, que nombrar un portero del ministerio. Juegan en esta clase de asuntos múltiples resortes, incalculable número de esfuerzos se entrecruzan y entretejen; hay negocio «de colocación» que constituye una verdadera telaraña fina, un laberinto de influencias en diferentes sentidos, dominado por una influencia ó dirección principal que acaba por vencer é inutilizar los restantes. Obtener la posesión de un exiguo sueldo para un protegido, supone semanas y á veces meses y hasta puede suceder que años de postulación paciente, asidua, resignada, heroica. Cualquier recomendación implica un gasto de tiempo que no calculo en menos de veinticuatro horas una con otra; y desprecio por insignificantes, séanlo ó no, los gastos de envío de recados, porte de cartas, etc.

Ahora bien: el tiempo es lo que más suele escasear para los que residen en grandes centros de población y tienen un tablero de quehaceres de mil casillas. Si pudiéramos ir cogiendo uno por uno á los que piden recomendaciones y exponerles el argumento de Rothschild, no sé si les convenceríamos (el solicitante es más terco que mula manchega); pero de fijo les inspiraríamos compasión. Es el caso que Rothschild tuvo el humor y la paciencia de ir apuntando en un cuaderno todas las peticiones de dinero que le dirigían y de sumar las partidas al cabo de algunos años; y la suma de los petitorios arrojaba un total muy superior á la fortuna regia de Rothschild. El archimillonario enseñaba la adición á los pedigüeños y decía: «Si yo hubiese accedido á los ruegos de esta gente, ya lo ve usted..., hace tiempo que estaría completamente arruinado; pediría limosna á mi vez.» Apliquemos á las recomendaciones el procedimiento de Rothschild, y sumemos. Por término medio, una persona que no es poderosa recibe al mes sobre cincuenta ó sesenta cartas ó solicitudes verbales recomendando algo. El mes (no siendo el de febrero) lleva de treinta á treinta y un días. Figurémonos que cada recomendación, entre informes, pasos, carteo, visiteo y demás gestiones, no roba sino *cuatro* horas. Hemos dicho sesenta recomendaciones: á cuatro horas una, en treinta días son doscientas cuarenta horas; diez días, salvo error de cuenta. Pero como el día no tiene más que doce horas útiles, pues hay que descontar siquiera las de comer, dormir, asearse y vestirse, aparecen ya dedicados al desempeño de las recomendaciones unos veinte días del mes. Quedan diez para los asuntos personales de cada cual, para el trabajo, para el recreo, para la familia, para los viajes, para administrar nuestros intereses; en suma, para lo que nos importa á nosotros mismos y no á los demás... ¿Salta ó no salta á la vista lo absurdo de esta hipótesis? Y sin embargo, es tan exacta como la cuenta de Rothschild el rico. Una con otra, las recomendaciones no salen á menos. Si las hay que se despachan con una carta, las hay también que requieren asiduidades varios días. Los indultos – tan difíciles de conseguir – imponen una peregrinación (iba á decir de Herodes á Pilatos, pero diré de Zeca en Meca), un detenido examen de datos y antecedentes, una odisea oficinesca, un gasto de fuerza y de voluntad que asustan. ¡Y qué triste es, entre paréntesis, esto de los indultos! ¡Qué concepto se forma de una sociedad donde la vida humana puede ser pedida y otorgada mediante *recomendaciones!* ¡Qué aspecto tan extraño y lúgubre el problema de la influencia!

Sólo el contestar á las cartas de recomendación (si se contestase), exigiría el dispendio y el tono de un secretario; es decir, que las recomendaciones atendidas nos pondrían en el caso de crear un nuevo empleo á costa de nuestro presupuesto particular. Así es que por fuerza hay que ser mal criado, incivil, grosero y sordo, dando la callada por respuesta expresiva. A decir verdad, no creo que se peque de grosería cuando el corresponsal desatendido es una persona que no conocemos y á quien no debemos sino la equidad que se debe á todo prójimo, pero ninguna especial consideración. La absoluta imposibilidad de contestar á tanta carta y de recibir á tantos como llaman á la puerta, es ya abonada excusa, pues á lo imposible nadie está obligado. En mi domicilio de Madrid, verbigracia, se presentan mañana y tarde gentes que desean verme con urgencia, á fin de *pintarme el caso*, así diría un personaje de Pereda, ó para *decir su hecho*, según la frase usual de Sanz del Río. El título que alegan más comúnmente es que son de mi pueblo, el cual (la Coruña) tiene una población de cincuenta mil almas. Figúrese el piadoso lector que se haya de franquear la puerta á cincuenta mil personas, y que todas se creen revestidas de derecho á encomendarnos la gestión de sus *petites affaires*. Cuando los que acometen la puerta son despedidos, suelen enfurecerse y prorrumpir en dicterios. «¿Cómo se entiende? ¿No me recibe?» Y hubo alguno que añadió: «¿Conque es escritora y no recibe?» Este, sin duda, identificaba el concepto del escritor con el del memorialista de á real. ¡Oh Musas!

Hay en las recomendaciones algo muy divertido que llamaremos «la cadena sin fin.» Fulanito que recomienda á Menganito, para que Menganito lo haga á Perencejo, y Perencejo á su vez traslade la recomendación á Zutana, la cual ha de *apretar* con Perico de los Palotes; sólo que Perico de los Palotes no es más que una rueda para prender en otra, el señor de Piave, y el Sr. de Piave la influencia decisiva para el Excmo. Sr. de Pezuñarco..., y *così via discorrendo*, desde el hisopo hasta el cedro asciende gradualmente la recomendación y llega al fin de su viaje que ya no la conoce su propio inventor. Ni rastro queda en ella de la eficacia del primer deseo; con indiferencia profunda se la transmiten unos á otros los Zutanos, Menganos, Fulanitas y Excmos. Sres., acompañando la consabida fórmula: «Contésteme usted para cumplir con un amigo.»

Estudiando la psicología de los *influyentes*, estoy segura de que ese aire precavido, desconfiado, escamado y metido en sí que con frecuencia adoptan los hombres políticos, no se debe más que al terror de las recomendaciones. Andan cariacontecidos y mal engestados, y no pueden entregarse á la expansión, por atender á parar el sablazo de influencia que les descargan en cualquier esquina de un salón, en la calle, en misa (si es que la oyen), á la puerta de su casa, al comer y al dormir... «Dondequiera nuestros enemigos nos acometen y persiguen,» reza la cartilla. Compadezcamos á esos míseros poderosos de la tierra; mucho bien pueden hacer; harto pueden gozar favoreciendo y suscitando la divina armonía de la gratitud...; pero en cambio, ¡qué de acosones! ¡Qué de negativas, qué de efugios, qué de escapatorias, qué ardides de Piel Roja, qué estratagemas de pirata! ¡Qué sofoquinas, cuánta promesa escrita en el aire, cuánto embuste, cuánta labor sutil para no descontentar á nadie y dar una esperanza á todos; qué de pactos, de transacciones y de cambios de influencia entre personajes; qué abroquelarse, qué recogerse en la concha de tortuga de los aplazamientos!

Las recomendaciones son un aspecto tan peculiar de nuestra vida contemporánea, que he de volver á hablar de ellas: no he agotado la materia hoy, ni mucho menos. Y si me he nombrado á mí misma espero que el lector no lo lleve á mal, puesto que no ha sido con intentos de alabanza: me he presentado únicamente como *caso* de la terrible epidemia que padecemos. ¡Caso que por cierto no deja de ser curioso! Hay en España á estas fechas algunos centenares de personas que sólo ven en mi constante vocación literaria, en mi vehemente afición al estudio y á la palabra escrita, el aspecto útil que para ellas pueden revestir estas mis manías (es posible que así las consideren). Mi asidua labor, mis cicatrices de veterano significan para las personas á que me refiero algo que imaginan que puede serles materialmente útil, y me piden – sin conocerme, ó como algunos dicen, «sin que yo tenga el honor de conocerles» – el destino, el sueldo, la nómina, la colocación. Y si del montón de mis libros no puede exprimirse este jugo, ¿de qué sirven? Maldito si valía la pena de haberlos emborronado.

. . . .

Seamos justos. No siempre me escriben para tratar de empleos. Hay aún por ahí quien se acuerda de las letras por las letras. Entre ellos está otro nuevo corresponsal sobre Bretón y Ventura de la Vega, á quien prometo responder en mi crónica próxima. En esta las influencias lo han absorbido todo, como lo absorben y lo dominan en la vida real, saturando nuestra atmósfera de electricidad buscona y pedigüeña.

EMILIA PARDO BAZÁN



EL MARQUES DE MOLINS

Ministro de la corona, diputado á Cortes, senador vitalicio, embajador, título de Castilla, político influyente, noble por su cuna, hombre de mundo para quien los salones de la alta sociedad estuvieron siempre abiertos, condecorado con grandes cruces nacionales y extranjeras, el Excelentísimo Sr. D. Mariano Roca de Togores fué ante todo y sobre todo un literato que prefería las reposadas controversias de la Academia de la Lengua á los ardientes debates parlamentarios; la amistad íntima y cariñosa que le unió toda su vida con Bretón de los Herreros, el trato de los elevados personajes con quienes alternaba por razón de su nacimiento y de los cargos que desempeñó desde muy joven, y sus timbres de autor de *Doña María de Molina*, á los blasones heredados de sus ascendientes ó ganados en la vida pública.

* * *

Nació el Sr. Roca de Togores en Albacete el 17 de agosto de 1812. Cuando sus parientes le enviaron á Madrid para que empezara la segunda enseñanza, ya se había cerrado el Colegio de San Mateo, célebre por haberse educado en él tantos literatos ilustres y tantos políticos distinguidos; pero uno de sus directores, el famoso D. Alberto Lista, tenía en su casa, situada en la calle de Valverde, una Academia donde se daban lecciones de matemáticas, historia y literatura. En aquel centro docente estudió el joven, teniendo por camaradas á Espronceda, Ventura de la Vega, D. Juan Bautista Alonso, D. Felipe Pardo y otros que no tardaron en hacer sus nombres conocidos y aclamados. De todos ellos, acaso no viva hoy más que el capitán general don Juan de la Pezuela, conde de Cheste, luciendo todavía con noble orgullo sus entorchados de Príncipe de la Milicia en las solemnidades académicas que preside asiduamente.

Allí, sin duda, adquirió el escolar el buen gusto que caracteriza á todos los discípulos del insigne sacerdote, á quien tanto deben las letras patrias, y el atildamiento pulcro y académico que viene á ser el sello peculiar de sus trabajos literarios.

Cuando hace muy pocos años la novela del padre Coloma, intitulada *Pequeñeces,* alcanzó un éxito muy superior á su mérito artístico, pero no ciertamente á la recta intención moral que inspiró la obra, los maliciosos, queriendo á toda costa que los personajes imaginados por el famoso jesuíta fuesen retratos de personas vivientes, se empeñaron en que el marqués de Butrón era una copia del de Molins, sin más que porque creyeron encontrar entre uno y otro cierto parecido físico.

Nada hay más inexacto. Aparte de que el autor protesta con honrada sinceridad en varios pasajes de su obra contra los que han supuesto en él la intención de hacer retratos que convertirían un libro



Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, marqués de Molins

«escrito con altos fines morales, en intencionado libelo,» y declara que sus personajes no son *sino tipos de caracteres sociales,* es preciso no haber conocido al marqués de Molins ni poco ni mucho para encontrar analogías de ninguna clase entre su personalidad caballeresca y el acomodaticio político, amigo y consejero áulico de la descocada Currita Albornoz.

D. Mariano Roca de Togores, prócer ilustre, político influyente y escritor distinguido, era por su rectitud un caballero de la Edad media, y por su trato ameno y cultísimo un cortesano que hubiera hecho buen papel en los salones de Luis XIV.

Le repugnaba por instinto todo lo vulgar y grosero, y en cambio sentía la atracción irresistible de lo distinguido y de lo bello.

Hombre del justo medio, su puesto natural en literatura era el eclecticismo, y en política el antiguo partido moderado.

* * *

Comenzó su vida pública en 1837, apareciendo en aquellas cortes como suplente de diputado, y á los diez años justos era ministro, bajo la presidencia de Narváez. Desempeñó primero la cartera de Gobernación, para la cual su genio, nada intrigante, y la rectitud de su conciencia le hacían poco apto, y fué después ministro de Marina, en cual cargo alcanzó gran fama y se granjeó el respeto de todos, empezando por conquistar el de sus subordinados, que quizás no verían con gusto que un paisano fuera á mandarlos.

No en vano se ha dicho que España es el país de las viceversas. Entre todos los gobernantes que han regido los destinos de nuestra marina de guerra, los que han logrado dirigirla con mayor acierto, los que más han contribuído á su engrandecimiento, los que con mayor eficacia han impulsado la construcción de material flotante, primer elemento del poder naval de las naciones, ni llevaban el botón de ancla, ni siquiera vestían el uniforme militar. Eran dos paisanos, D. Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada, y D. Mariano Roca de Togores, marqués de Molins.

Dejó este último tal renombre en aquel departamento ministerial, que luego de la caída de Narváez, cuando ya el partido moderado empezaba á dividirse y después de muchas vicisitudes que no son del caso, el conde de San Luis fué llamado en 1853 á formar un gabinete, la opinión pública vió con aplauso que el Sr. Roca de Togores recobraba una cartera que en concepto de muchos le pertenecía poco menos que por derecho propio.

Otras varias veces fué ministro en diferentes situaciones, y en muchas le cupo la honra de representar á España en diferentes cortes extranjeras, para lo cual le hacían muy á propósito su fino trato, su perspicaz talento y sus cualidades de cumplido caballero.

En todos sus cargos demostró siempre moralidad irreprochable, gran celo por el servicio público, lealtad acrisolada para con la dinastía de Borbón y una firmeza de convicciones que le permitió morir en 1889, después de 52 años de vida pública, profesando, sobre poco más ó menos, los mismos principios con que apareció en ella.

* * *

Hablemos del literato.

Los que quieran saber lo que era aquella reunión



SEVILLA.—Puerta de los judíos en el ex convento de San Pablo, dibujo original de Manuel García Rodríguez

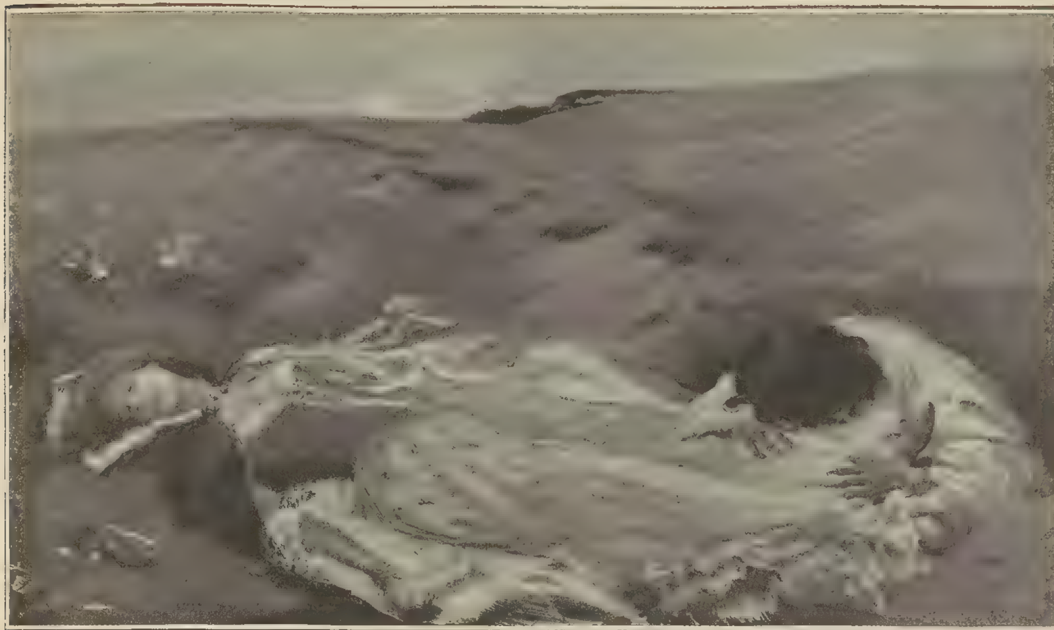
de escritores que se juntaba en el antiguo cafetucho del Príncipe y animaban con sus ingeniosos chistes Ventura de la Vega, y Bretón de los Herreros con sus sonoras y alegres carcajadas, á la cual bautizó con el nombre de *Parnasillo* D. Juan Nicasio Gallego, deben leer la descripción que hizo de ella el celebrado cronista madrileño D. Ramón de Mesonero Romanos.

La cosa vale la pena, no sólo porque la pintura es de mano maestra, como que se debe á la pluma incomparable del gran pintor de costumbres, sino porque en aquel local estrecho y sucio, donde el humo de los cigarros y el tufo del alumbrado de aceite hacían la atmósfera irrespirable, se verificó nuestro renacimiento literario del siglo XIX.

Allí acudió desde su primera juventud Roca de Togores; allí trabó amistad íntima con los que eran ya entonces, ó habían de ser muy pronto, nuestros más célebres poetas y nuestros prosistas más afamados; y allí dió á conocer sin duda las primicias de su ingenio, al que la afectación culterana robó espontaneidad y lozanía, lo mismo en sus obras poéticas que en sus discursos parlamentarios, pero al que el estudio y la imitación de los buenos modelos dieron siempre un tinte de buen gusto que hace verdaderamente agradables todos sus escritos para los espíritus cultivados.

* * *

Compuso algunas poesías líricas, entre las cuales hay varias que han merecido ser citadas con encomio por el eminente D. Marcelino Menéndez Pelayo, y escribió no pocos romances y leyendas de carácter histórico, á cuyas producciones sin duda perjudica la extremada nimiedad del autor en puntualizar los sucesos que sirven de fondo á sus narraciones, con textos de crónicas y citas de legajos polvo-



La muerte de Manón Lescaut, cuadro de A. Matignon (Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)

rientos, que yacen en el fondo de los archivos más bien para servir á investigaciones de eruditos que para avivar inspiraciones de poetas.

Muy joven todavía, escribió su drama *El duque de Alba,* que luego refundió, mejorándolo notablemente, con el título de *La espada de un caballero*, y por último, queriendo amalgamar los procedimientos de los románticos franceses con las tradiciones de nuestro teatro clásico, escribió *Doña María de Molina,* que le proporcionó un triunfo tan ruidoso como merecido.

***

Llegado prontamente, como he dicho, á las alturas del poder, y nombrado académico de la Lengua, hubo de retirarse de las reuniones del *Parnasillo;* pero no pudiendo ni queriendo renunciar á sus aficiones, determinó trasladar el *Parnasillo* á su casa.

Bretón, Vega, Hartzenbusch y otros acudían asiduamente á su tertulia, donde pasaban agradablemente la velada entretenidos en juegos de ingenio.

Todo era allí motivo para hacer versos. Las opíparas cenas con que obsequiaba á sus tertulianos en los días de Nochebuena, de las cuales salió el libro *Las cuatro navidades*, las fiestas de familia, los acontecimientos públicos, todo lo que podía llamar la



La pared de los judíos en Jerusalén, cuadro de G. S. Hunter (Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)

atención era festejado alegremente por las musas de los insignes vates.

Con los sonetos de pie forzado que se improvisaron en tan agradable reunión se podría imprimir un abultado tomo.

Entre otros, se conservan dos del marqués de Molins, notables por su correcta facilidad, dados los inconvenientes que ofrece versificar de ese modo.

A propósito de una *paella*, con la cual obsequió á los tertulianos la marquesa, se dieron á los postres pies forzados y se obligó á cada uno de los concurrentes á componer sobre la marcha un soneto.

El del marqués decía así:

AL ARROZ

Como el nauta que al ver la excelsa *roca*,
acometido de hambre y de *escorbuto*
tan sólo piensa en el cebado *bruto*
y no le da del «rumbo una *bicoca*.»
En tanto que á su olor la horrenda *foca*
alza del ancho mar su cuello *hirsuto*,
y le cobra á sus carnes un *tributo*
más ominoso que el usado en *Moca*,
Nosotros al compás del *calendario*
damos ensanche al vientre y *mesenterio*,
tan ciegos como el pobre *Belisario*.
Sin ver que, aun sin contar el *cementerio*,
quiere ya cercenar el grano *acuario*
la foca de Proudhomme á este *hemisferio*.

Cuando escribió su comedia *Un novio pasado por agua*, demandaron á Bretón por injurias los escribanos. Con este motivo hubo también improvisaciones. He aquí la del marqués:

BRETÓN Y LOS ESCRIBANOS

Cuando triunfa cualquiera *mata-siete*,
y la estafa procaz se pone en *facha;*
cuando vende su honor tanta *muchacha*,
y agranda sus talleres *Albacete*,
A ti, Bretón, te meten en un *brete*
y á tu inocente numen ponen *tacha*
los mismos que la impúdica *guaracha*
acompañan de aplauso y *sonsonete*.
Pues bien; no eches al numen los *cerrojos*,
que las niñas de quince á veinte *abriles*
te pagarán con creces los en-*ojos*.
Y aun si has de usar del argumento *Aquiles*,
deja los nudos del bolsillo *flojos*
y te habrán de aplaudir los *ministriles*

***

Deben las letras al marqués un servicio eminente.

En la legislatura de 1847 él tuvo la honra de presentar y apoyar en el Senado la ley de propiedad literaria, gracias á la cual se ha hecho posible que los escritores vivan de los productos de su ingenio.

A la edad de 77 años falleció este insigne patricio en Lequeitio el 4 de septiembre de 1889.

Descanse en paz.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO

LOS RIVALES

En un pueblecillo de las montañas de Asturias, oculto durante el otoño, invierno y parte de la primavera por las nieves, y á fines de ésta y durante todo el verano bajo la sombra de altos árboles, vivían dos valientes mozos, célebres jugadores de barra y sobre todo afamadísimos cazadores de osos, Fabián y Tristán.

Aunque en los juegos de barra, de pelota y de bolos, así como en la caza, hubieran podido ser rivales, ya unas veces vencedor uno, ya el otro, al terminar los certámenes y los desafíos estrechábanse la mano y seguían siendo, más que verdaderos amigos, hermanos. Cierto que en ocasiones Fabián creía que la cualidad superior de Tristán era la agilidad, y en otros casos parecíale que de éste lo más admirable era la fuerza; tales dudas tenía asimismo Tristán respecto de Fabián. Verdaderamente no hubiera podido decirse cuál de los dos era más fuerte ó más ágil.

Lo que en altura aventajaba Tristán á Fabián, Fabián tenía por compensación en el ancho desarrollo de sus espaldas; si uno era notable por la potencia de su vista, de prodigioso alcance, lo era el otro por la sutileza de su oído, y en el ánimo ambos tenían igual bravura, igual perseverancia, igual valentía ardorosa y el mismo entusiasmo para lanzarse á empresas difíciles y á los más imponentes peligros.

Cuando el pueblecillo, abrumado bajo el peso de la nieve, dormía el sueño invernal, Fabián y Tristán juntos le salvaban de una invasión de lobos, ó caminando hasta lo más abrupto y recóndito de los montes iban á la caza del oso. Sin embargo, para esta aventura determinaron al cabo de algún tiempo separarse.

– Fabián, el año pasado tuvimos pique y á punto estuvimos de reñir, ¡ya tú ves, reñir tú y yo!, dijo Fabián atristado. ¿Y por qué? Por si á ti ó á mí nos tocaba toda la gloria en la caza de aquel Pardocho. *Asina*, pues tú por tu vera y yo por la mía, y á cada cual Dios le dé lo suyo.

En esto convenidos Fabián y Tristán, llevando cada cual su espolón y su cuchillo, se despedían muchas veces, separándose en busca de hazañas y mutuamente deseando que Dios les diera á ambos gloria y fortuna.

Al cabo de algunos meses de haber hecho el referido convenio, Fabián empezó á mostrarse celoso de la gloria de Tristán.

– *Ta* alabas *demasiao* y haces *fantesía* además, Fabián.

– ¡Tontaina, si ahora que nos hemos *separao* haremos choque y nos tendremos inquina!..

Maruja era blanca como las nieves; tenía una carita tan bonita, tan bonita como la del Niño Jesús que había en el altar mayor de la iglesia; cacheticos sonrosados, ó dígase mejillas, que así mejor se los nombra; labios que juntos hacían como un fresón de grana; ojos azules dulcísimos, y un cabello castaño que así tiraba á rubio oro cuando le daba el sol como á negro azabache cuando quedaba á media luz.

Maruja era la novia de Fabián!

¡Claro es que ya habréis comprendido que Maruja empezó á ser y fué al fin la causa inocente de la aversión que bien pronto no supo ya ocultar Tristán contra Fabián!

Dispuesto se hallaba todo para la boda; convenidos los padres, el viejo cazador, el abuelo, padre de Fabián y la madre de Maruja, cuando Fabián rompió el convenio y dejó la novia. Taciturno, huraño, casi feroz tornóse Fabián; pocas veces se le veía en el pueblo, y si por acaso entraba en la taberna sentábase en un rincón, y allí callado y pensativo bebía grandes jarros de sidra y fumaba apretadas pipas de tabaco.

Sólo él conocía el motivo de su tristeza. Noches antes del día señalado para sus bodas y al volver de sus peligrosas excursiones, cuando ya era muy entrada la noche, vió bajar por la ventana de casa de Maruja á un hombre, le persiguió y no pudo darle alcance.

– No hay más que una persona que á mí se me pueda escapar cuando la persiga, Tristán.

Tristán era. Tristán que había intentado ó acaso conseguido deshonrar á Maruja; ésta tal vez amaba á Tristán, y tal vez obligada por la madre, porque Fabián era rico: lo cierto fué que ni Maruja supo defenderse cuando á solas Fabián le habló del caso, ni Tristán se había vuelto á poner cara á cara frente á su amigo.

¡Huía! Huía porque la conciencia le ahogaba sin duda con remordimientos; lo que Maruja y Tristán habían realizado era una vileza, y ¿quién sabe si sus pretensiones hubieran sido las de burlar en lo sucesivo la buena fe de Fabián?

– Se esconde, se esconde: como yo tope con él le hundo en el pecho mi cuchillo.

Una mañana hallábase Fabián en lo más encrestado y áspero de la montaña, siguiendo por la nieve las huellas de un oso, cuando en un punto en que hacía recodo una de las escarpaduras de una meseta, descubrió á Tristán en lucha con un oso. Sintió Fabián un estremecimiento de alegría propia del que ve en riña dos enemigos suyos. El oso era enorme y Fabián admiró su corpulencia y hasta sintió envidia de que tal pieza hubiera correspondido á otro cazador.

Tristán había gastado sin duda las municiones, porque cuchillo en mano se lanzaba á luchar á brazo partido con la fiera; de pronto resbala y cae rodando á alguna distancia de ésta, que al verle en tierra se apresura á precipitarse sobre él, pero Tristán se levanta rápidamente y de nuevo empuña su cuchillo esperando impávido la acometida.

– ¡Ah, es un valiente ese maldito!, murmura Fabián.

Y sintió en aquel momento la simpatía de valiente por valiente. Fácil le hubiera sido matar á su enemigo Tristán, pero esperaba el resultado de la lucha de Tristán con el oso. ¡Mala suerte tenía Tristán!; pues en el momento de abrazarse con la fiera, por la violencia del encuentro cayósele el cuchillo de las manos. Abrazado el oso al joven apretábale fuertemente é iba á ahogarle y deshacerle, Tristán estaba perdido; Fabián entonces, dando algunos pasos hacia los combatientes, apuntó á la cabeza del oso, disparó y la bestia cayó pesadamente en tierra.

Cuando Fabián llegó donde Tristán se hallaba, éste, avergonzado, con la cabeza baja, murmuró:

– ¡Tú me salvas! ¿Por qué no has dejado que me mate?

– El cazador debe defender al cazador, replica Fabián; ahora ajustemos nuestras cuentas. Saca la cuchilla, exclamó con rudeza y noble acento el valeroso Fabián.

AGUSTÍN MARCOS

HOMERO Y COMPAÑÍA

No digamos que fuera un genio, pero sí un ingenio de esta corte.

Facilidad para versificar, agudeza y aun buen gusto literario.

Pero pertenecía á la bohemia literaria, algo exagerada.

Vamos, no era un Manual de buenas costumbres, ni una guía del viajero en Madrid.

Pero tampoco era hombre perverso, ni aun capaz de intentar acto feo é indigno por cuanto le ofrecieran.

Era una mezcla de caballero andante y guiñapo social; esto último por el aspecto.

¿Cómo vestía?

Poco más ó poco menos del desnudo.

Y eran inútiles las tentativas de sus parientes y amigos de su familia para vestirle de limpio y descortezarle y redimirle de la miseria voluntaria.

Carácter enérgico, altivez caballeresca y vida de mendigo.

Terminada la carrera de Derecho se torció, como otros de igual procedencia.

Parece esto inverosímil y aun contrasentido manifiesto.

P. sintió la vocación poética y la de la libertad absoluta, sin obstáculos.

¡Vivir al aire libre! ¿Qué libertad más amplia?

En las tabernas de Madrid era popularísimo.

Recitaba versos alusivos á cualquier asunto, trozos de algún juguete cómico que escribía en sus ratos de ocio en pedazos de papel de diversos colores tamaños y formas.

Cuando entraba P. en alguno de esos *Mollate-club* ó taberna, los concurrentes ó consocios le saludaban como á persona de su agrado.

Él, por su parte, vivía como en su centro entre aquellos ciudadanos leales al par que «curdas.»

Uno le ofrecía un vaso de vino.

Otro le brindaba con una copa de aguardiente.

El alcohol era la debilidad de P.

El aguardiente se encargó de acabar con el poeta.

¡Poeta! No aspiraba á otro título el joven «y ya beodo P.»

Poeta libre como el ave, ó mejor dicho, como el perro vagabundo, á quien nadie estorba sus placeres de revolcarse en el fango y pasar los días y las noches en un solar ó al aire aún más libre.

Era poeta, pero poeta cómico.

A consecuencia de su sistema de vida, convertía en editores á diversidad de industriales honrados ó poco menos.

Por ejemplo: un tabernero le compraba la propiedad de un juguete cómico en un acto y en verso, y hasta en variedad de metros, por cinco duros, casi todos pagaderos en «artículos» de la casa.

Otras veces era un sastre el editor espontáneo.

Otras un librero de viejo.

El sereno de una calle céntrica, relacionado con el poeta por haberle levantado varias veces de la postración social en que yacía en medio de la vía pública, le compró una comedia en dos actos y en verso, escrita en parte sobre pensamiento de una obra francesa y parte sobre vinicultura.

El público disfrutaba viendo aquellas joyas desperdigadas.

Pero el autor se alcoholizaba insensiblemente, como decía de él un compañero en tormentas y fatigas.

– ¡Lástima de chico!, solía decir de P. un su compañero y cómplice en la bohemia desarrapada.

Y P. decía por su parte:

– Ese chico vale algo y es lástima que se abandone.

A las veces se veía á los dos paseando por sitios céntricos, en pleno día y de riguroso pingajo.

Pero altaneros siempre.

P. había escrito en uno de sus juguetes que se representó con muy buen éxito en el teatro Español:

Homero pidió limosna.

El amigo de P. marchaba con más velocidad hacia la tumba.

Su temperamento era más débil.

En sus últimos tiempos vagaba como una sombra y aun rehuía el trato con sus antiguos consocios en los círculos de más espíritu de vino de Madrid.

¡Pobre G.!

– Ese infeliz acabará mal, decía P., no tiene naturaleza.

– Es verdad, afirmaba otro, apoyándose en la pared para no dar con su cuerpo en el suelo.

– Y luego, añadía P., es altivo como él solo.

– Verdad.





Cabezas de estudio, cuadros de Antonio Torres Fuster (Salón Parés)

Un día entró P. en un templo para asistir á una fiesta solemne.

Estaba cuerdo en aquellos momentos.

Pensó, se enterneció y aun rezó devotamente.

En las sombras, al lado de una pila de agua bendita, vió á G. arrimado al muro, y cruzó por su cabeza la idea de la mendicidad

- ¡Implorará la caridad ese desdichado!, pensó.

Y para librarse, por rubor, del saludo, ó para evitarle la vergüenza á G., se retiraba P.

Entonces G., «resbalando por el muro,» llegó hasta su amigo, y le dijo de pasada, sin detenerse:

Homero pidió limosna.

EDUARDO DE PALACIO

NUESTROS GRABADOS

Cabezas de estudio, cuadros de Antonio Torres Fuster (Salón Parés). – Armonízanse en este artista y pintor las aspiraciones del que como él siente el arte con los ideales que alimenta el poeta, ya que en todos sus lienzos, en sus más sencillas notas de color, adivínanse siempre el esfuerzo de su fantasía y la delicadeza de su espíritu, infatigable en la representación de lo bello. Las condiciones especiales de su temperamento artístico exígenle la reunión de elementos, ya en



Un desengaño, dibujo de Alberto E. Sterner, reproducido con autorización del periódico inglés *Black and White*



UNA MAJA, dibujo de José Llovera



PAISAJE MONTAÑÉS.—UN VADO, dibujo original de Mariano Pedrero

trazos ó colores, para avalorar sus estudios. De ahí que las dos preciosas cabezas que reproducimos, como la mayor parte de sus obras, causen cierto encanto, al que contribuye indudablemente el acierto y buen gusto en la elegancia de las líneas y la suavísima gradación de tonos y matices.



El célebre pintor Luis Français, recientemente fallecido en París

Luis Français. — Con este celebrado pintor, recientemente fallecido, ha desaparecido el último representante en Francia de las antiguas tradiciones pictóricas, bien que modernizadas bajo la influencia de Corot y del medio naturalista en que vivió el autor de *Orfeo* y del *Bosque sagrado*. Estos dos cuadros de Français resumen su talento y sus tendencias artísticas, caracterizadas por su espíritu poético que no le permitía nunca ver la realidad tal cual es. Luis Français nació en Plombières en 1814, y á la edad de quince años trasladóse á París, en donde entró de dependiente en una librería, empleo que á poco trocó por el de dibujante en una vidriería de Choisy-le-Roi. Pero obedeciendo á su vocación no tardó en ingresar en la Escuela de Bellas Artes, ilustrando, durante sus estudios, varias obras, entre ellas *Daphnis y Cloe, Pablo y Virginia*, los *Cuentos de Lafontaine* y otras. En 1837 debutó en el Salón con su cuadro *Bajo los sauces*, y desde entonces no cesó de producir lienzos que le han conquistado grande y merecido renombre. A pesar de su avanzada edad, sus últimos cuadros no revelan ese lamentable desfallecimiento que tantos otros artistas han manifestado en el vigor de su edad.

Mr. Barney Barnato. — Uno de los más ricos y atrevidos especuladores de nuestros tiempos, Mr. Barney Barnato, se



Mr. Barney Barnato, llamado el rey de los diamantes, fallecido el día 15 de los corrientes

ha suicidado el día 15 de este mes arrojándose al mar durante la travesía de la ciudad del Cabo á la isla Madera. Nacido en 1852 de una pobre familia judía de Londres, después de una vida verdaderamente novelesca había logrado poseer una fortuna inmensa, adquirida en la explotación de minas de diamantes en el Cabo y de oro en el Transvaal. El rey de los diamantes, como se le llamaba, era uno de los grandes árbitros de las Bolsas de todo el mundo, y bastaba que diera su nombre á una sociedad para que las acciones de ésta alcanzaran precios fabulosos. Varias veces habíase jugado su fortuna en especulaciones arriesgadísimas y otras tantas la suerte le había favorecido. En estos últimos años hallábase aquejado de una enfermedad nerviosa, para aliviar la cual había emprendido el viaje á la isla Madera.

Tipos madrileños. — La trapera, dibujo de Alfredo Perea. — Pocos artistas han aventajado á Perea en la reproducción de tipos de la clase baja madrileña: conocedor de sus costumbres, que estudió de cerca, intérprete fiel de su modo de ser que supo analizar con gran espíritu de observación, sus dibujos en esas costumbres y en ese modo de ser inspirados tienen todo el relieve de la realidad, acentuado por una forma irreprochable, ya que tanto como del asunto preocupábase Perea de la manera de representarlo. Amante de la verdad, con el lápiz ó el pincel en la mano llamaba, séanos permitido decirlo así, al pan pan y al vino vino, y donde veía andrajos, andrajos dibujaba, y dibujaba miserias cuando las miserias impresionaban su inspiración, del mismo modo que reproducía galas donde debía haberlas y cuadros de esplendor y riqueza cuando veía en ellos motivos á propósito para sus composiciones. *La trapera* que en el presente número publicamos es buena prueba de lo que decimos, y el tipo de la vieja tomando su vasito de aguardiente y el del niño que la mira con ojos de envidia y que parece solicitar su parte de aquella bebida infernal, están arrancados de la realidad misma y constituyen una nota llena de naturalidad y de color.

Sevilla. — Puerta de los judíos en el ex convento de San Pablo, dibujo original de Manuel García Rodríguez. — Mezquita primero, sinagoga y templo cristiano después, fué utilizado por el Tribunal del Santo Oficio para que ante una de sus puertas formulasen sus retractaciones los judaizantes, moriscos y luteranos. El edificio ha sufrido repetidas modificaciones que han borrado por completo las trazas de su primitiva fábrica.

El Sr. García Rodríguez, consecuente en su loable propósito de dar á conocer de su ciudad natal cuanto entraña algún interés, ha copiado el histórico ex convento, precisamente aquella de sus fachadas en que se destaca la monumental puerta ante cuyos umbrales se humillaron tantos desgraciados perseguidos por aquel Tribunal, tan malamente apellidado santo, cuyo solo nombre producía espanto y terror.

La muerte de Manón Lescaut, cuadro de A. Matignon. — Hay pocos desenlaces más conmovedores y más heroicos en su sencillez que el de la inmortal novela del abate Prevost: la muerte de Manón, tan trágica al par que tan tranquila en la paz de este desierto, lejos del mundo que fué teatro de sus amores, de sus traiciones y de sus sufrimientos, tiene una grandiosidad que por decirlo así repara una vida de perfidias y mentiras. La composición de Matignon, que figura en el actual Salón de los Campos Elíseos de París, se aparta del género melodramático á que tanto se prestaba el asunto: el dolor del caballero des Grieux es sobrio y trágico; el pobre amante acaba de abrir con sus propias manos la fosa de Manón y en un momento de desfallecimiento supremo ha dejado caer pesadamente la cabeza sobre el cuerpo inerte de su amada.

La pared de los judíos en Jerusalén, cuadro de G. S. Hunter. — Este lienzo de pared, cubierto de sagradas inscripciones, es actualmente el único resto del antiguo esplendor del templo levantado por Salomón en Jerusalén. Delante de esas ruinas los judíos acuden todos los viernes á rezar y á lamentarse: allí se les ve prosternados y quebrantados por el dolor inundar con sus lágrimas aquellas piedras y tocarlas con amor y respeto. Arrojados del recinto de su templo, sólo se les permite un día por semana gemir públicamente por las calamidades que desde hace tantos siglos han pesado sobre su nación y renovar el duelo de su pasada independencia en este lugar con razón llamado lugar del llanto. Esta ligera descripción del cuadro permite apreciar cuán acertado estuvo el autor del mismo en la interpretación del asunto, acierto que justifica la atención que la obra ha merecido de cuantos han visitado el actual Salón de los Campos Elíseos de París.

Un desengaño, dibujo de Alberto E. Sterner. — ¡Cuán admirablemente ha interpretado el notable artista inglés la impresión producida por un desengaño! Y para conseguir tan hermoso efecto no ha apelado á grandes y complicados recursos; la sobriedad, la sencillez son la nota característica de este bellísimo dibujo: tres figuras magistralmente dispuestas, unos pocos accesorios con gran arte combinados, he aquí los únicos elementos de que ha echado mano el dibujante. El resultado no puede ser más completo. Aquel hombre que tiene todavía en la mano la carta que destruyó sus esperanzas, aquella joven que ansiosa le interroga y aquel niño que embadurna la tela preparada para recibir y perpetuar la inspiración del pintor están trazados de mano maestra: Sterner ha sabido encontrar en esta obra el camino más seguro para llegar al alma del espectador, despertando en ella la más intensa emoción estética.

Una maja, dibujo de José Llovera. — Ocioso nos parece todo elogio tratándose de una obra del malogrado pintor reusense: son tantos los que en La Ilustración Artística le hemos prodigado y es tan universalmente conocido el nombre del celebrado artista, que estimamos innecesario repetir lo que en cien ocasiones hemos dicho y lo que todo el mundo sabe. *La maja* que hoy publicamos tiene todas las bellezas que con hábil mano supo imprimir Llovera á las figuras genuinamente españolas, cuyos tipos elegantes y graciosos logró interpretar con acierto por muy pocos igualado.

Paisaje montañés. — Un vado, dibujo original de Mariano Pedrero. — Varias veces nos ha cabido la satisfacción de ocuparnos de las obras del discreto artista señor Pedrero, inteligente intérprete de las bellezas de la región montañesa. Por tal motivo hemos de limitarnos hoy á llamar la atención de nuestros lectores acerca del bonito dibujo que reproducimos, que como todos los suyos se recomienda por su fidelidad en representar los encantos de la naturaleza, engalanada en aquel país con las exuberancias de la vegetación. Las poéticas frondas, los obscuros chaparrales, las tranquilas charcas ó la movediza corriente de los riachuelos, los traslada Pedrero al lienzo con el poderoso esfuerzo de asimilación que tanto le distingue, embellecido y vigorizado por la habilidad del pintor y el sentimiento del artista.

El hermoso paisaje de la provincia de Santander, fresco y jugoso, es una de las obras que más enaltecen á nuestro amigo y en que más se manifiestan sus excelentes aptitudes.

Maniobras, dibujo de José Cusachs (Salón Robira). — Rama especialísima del arte contemporáneo es la pintura militar, que como derivada de la de género, ocupa tan señalado lugar, y ha cobrado tal importancia que no se celebra exposición ó concurso sin que deje de tener en ellos digna representación. A la de tipos ó asuntos militares deben algunos artistas su justa celebridad y el medio en que han podido manifestarse. Tal sucede con Cusachs, quien al renunciar á las ventajas que podía ofrecerle su carrera para dedicarse por completo á la vida artística, ha recogido verdaderos lauros, y logrado, sólo con su esfuerzo y laboriosidad, notoria reputación, distinguiéndose en el género que cultiva.

Sus indiscutibles conocimientos militares hanle servido de poderoso elemento para la producción de sus estimables obras, puesto que en todas ellas, cual en la que reproducimos, puede hallar el más exigente cumplida satisfacción á sus deseos: tal es el sello de verdad que revelan, avalorado por las cualidades pictóricas del autor.

Mimosa, escultura de Emilio Orduña (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1897). — Pertenece esta obra á la escultura que pudiéramos llamar de salón, ese género escultórico cuyas producciones, si no se distinguen por la grandiosidad de concepto ó de ejecución, son agradables á la vista por la gracia ó delicadeza del pensamiento y por la elegancia y finura de líneas. Desde este punto de vista merece elogios *Mimosa*, del escultor madrileño Sr. Orduña, obra sin



Mimosa, escultura de Emilio Orduña
(Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1897)

pretensiones, pero de muy buen gusto y ejecutada con mucha corrección, cualidades que la hacen en extremo simpática y digna de alabanza.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — Pisa. — Se ha inaugurado en esa ciudad italiana una gran exposición de arte sacro, instalada en el palacio arzobispal y muy importante, así por el número como por el valor de los objetos expuestos. Abarca las composiciones artísticas sagradas desde el siglo XI al XVIII, y contiene, entre otras, preciosas labores de Benvenuto Cellini, Gianbologna, y Juan y Nino de Pisa.

Teatros. — En el teatro Real de la Comedia, de Berlín, se ha representado con gran éxito la comedia de Lope de Vega *La hermosa toledana*, arreglada al alemán por E. Zabel.

Madrid. — En el teatro de la Zarzuela se ha estrenado con buen éxito *El ángel caído*, sainete en un acto y cuatro cuadros, letra de D. Federico Jaques y música del maestro Brull.

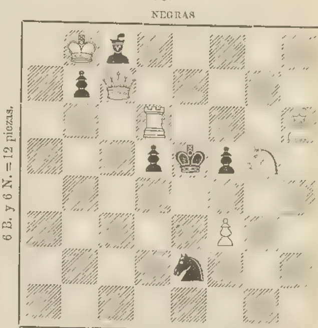
Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *El bajo y el principal*, comedia en cuatro actos de D. F. Villegas, inspirada en una obra alemana de Sudermann, y *Los gansos del Capitolio*, graciosa comedia en tres actos de los señores Mario (hijo) y Santoval, arreglo de *El rapto de las sabinas*; y en el Lírico *Pedro Jiménez*, bonita comedia en dos actos de los señores Perrín y Palacios.

AJEDREZ

Problema número 75, por Valentín Marín

Negras

6 B. y 6 N. = 12 piezas



Blancas

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 74, por J. Tolosa

Blancas.	Negras.
1. D 3 T R	1. C 6 R, 3 D ó 6 C R (*)
2. T toma P jaque	2. T toma T.
3. C 8 D mate.	

(*) Si 1. T toma D; 2. C 5 A D y 3. T mate, — y si 1. T 5, 7 ó 8 A D; 2. D toma P T D y 3. D mate. La amenaza es 2. D toma T mate.



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

Novela original de la notable escritora alemana Eugenia Marlitt

(continuación)



Isabel retiró su mano con espanto...

Al fin predominó el buen juicio de la baronesa, y dijo con voz temblorosa:

– Espero, querido Rodolfo, que dispensarás á Bella su ligera descortesía, teniendo en cuenta, yo te lo ruego, la suma incapacidad de su institutriz.

– ¡La señorita Mertens!.. ¡Mucho debe costar á su dulzura y á su distinción natural dar á Bella la educación de que acabamos de ver una muestra!

La baronesa se sonrojó de cólera; pero también esta vez consiguió dominarse.

– ¡Dios mío!, exclamó para cambiar de conversación, esta tontería me ha hecho olvidar deciros que Emilio llega ahora de Odenberg. Ha venido á caballo, y como la lluvia le ha maltratado mucho, se ha detenido para cambiar de traje. ¿Puede entrar?

Los ojos de Elena se iluminaron por una llama interior al oir esto, y un ligero carmín coloreó su pálido rostro; pero sin decir palabra volvió un poco la cabeza para ocultar su emoción.

– Ciertamente, contestó el Sr. de Walde. ¿Se propone quedarse aquí?

– Algunos días, si consientes en ello.

– Muy bien... Iremos á verle al dirigirnos á tu habitación para tomar el café.

– Se alegrará mucho... Nada se opone á que vayamos ahora mismo á mis aposentos, pues en el instante de apearme del coche mi camarera me advirtió que todos los preparativos estaban terminados.

Isabel se levantó al punto, disponiéndose á salir. El Sr. de Walde dirigió una mirada interrogadora á la baronesa, esperando sin duda que dirigiese una invitación á la joven; pero la señora de Lessen fingió no comprender la intención de aquella mirada, y hasta volvió la espalda á Isabel.

La joven saludó á todos, y retiróse después de haber recibido las gracias que Elena le dió en voz insegura, aunque de la manera más amistosa. Como Isabel viese que el Sr. de Hollfeld avanzaba hacia ella por el corredor, apresuró el paso; mientras la mirada de aquél inspeccionaba rápidamente todos los rincones como para asegurarse de que no había testigos, y antes de que la joven pudiera prever este movimiento cogió su mano, la besó y dijo en voz baja:

– ¡Qué feliz soy al ver á usted otra vez!

Isabel sintió tan fuerte impresión que no pudo pronunciar una sola palabra, y no hizo más que retirar su mano con espanto, movimiento que al parecer no disgustó al Sr. de Hollfeld, pues la puerta de la habitación de Elena se abría en el mismo instante dando paso al Sr. de Walde. Entonces el Sr. de Hollfeld, como si apenas hubiera visto á Isabel, saludóla, levantando ligeramente su sombrero: sus facciones habían recobrado la expresión plácida de siempre.

Semejante fingimiento sublevó á la joven... La inconcebible familiaridad de aquel hombre humillaba su orgullo, y tanta hipocresía despertaba en ella el más amargo disgusto. Sintió no haber tenido la fuerza y la presencia de ánimo suficientes para desenmascararle en el acto... delante de todos; y se marchó afligida y humillada. Parecíale tener una mancha en la mano, y lavósela varias veces en una de las fuentes del parque para borrar la señal odiosa que en ella debía quedar.

Presa de la más viva emoción entró en su casa, y llorando refirió á su madre el incidente que acababa de ocurrir en el corredor. No era posible engañarse acerca del sentimiento que Isabel experimentaba; su corazón no corría peligro, porque de él desbordaban el desdén y el disgusto que le inspiraba el grosero personaje que había osado tratarla con tanta familiaridad; y por eso la señora Ferber, después de haberle demostrado que daba demasiada importancia al acto y á los ademanes de semejante ente, díjole con voz tranquila:

– Ahora ya sabes á qué atenerte respecto al Sr. de Hollfeld, hija mía. Fácil te será evitar todo encuentro con ese individuo, y mantenerle muy lejos de ti con tu frialdad y tu indiferencia... Su conducta revela una grotesca fatuidad; pero cuando esté seguro de que no sientes por él más que desdén, su misma vanidad vendrá en tu auxilio para librarte de sus impertinencias... En todo caso es preciso prepararte á ver en él, más pronto ó más tarde, un enemigo que romperá tus relaciones con la señorita de Walde. . Prosigue tu marcha tranquila, y por de pronto te aconsejo que no suprimas tus visitas al castillo.

– ¡Oh! Ciertamente que no..., no pienso en ello, exclamó Isabel, consolada por las palabras de su madre. ¿Qué diría mi tío si viese que su «ovejita» se atemorizaba por tan poca cosa? Sería ridículo que siendo fuerte, como soy, no lograra conducirme de modo que ese caballerito abandonara sus impertinencias.

Y reflexionando después sobre la conversación que tuvo con el Sr. de Walde, pensó que había sido muy valerosa... Aquella mirada tan penetrante, aquella frente tan severa, no le impidieron decir con toda sinceridad su pensamiento, aunque éste fuese del todo opuesto á las opiniones bien conocidas de su interlocutor... Esperaba, sin embargo, uno de esos movimientos desdeñosos con que la baronesa le demostraba claramente que la hija de un burgués, de un obscuro empleado, era un ser inferior que apenas formaba parte de la humanidad; mas lejos de esto hasta creyó sorprender en la mirada del Sr. de Walde algo como un impulso simpático. Tal vez la consideró con la piedad que un león manifestaría á un ratoncillo. Había consentido generosamente en permitir á una niña desarrollar delante de él las cándidas reflexiones de su espíritu inexperto, y no se había molestado en recogerlas para refutarlas. Acaso se había divertido como si viese un perrillo ladrar á la luna.. Y reflexionando de este modo Isabel se exhortaba á manifestar siempre el mismo valor si volvía á encontrarse alguna vez, lo cual era bastante problemático, frente al majestuoso castellano de Lindhof.



XI

En la mañana del día siguiente, Isabel bajaba para instalarse en el jardín con su canastillo de labor, cuando de pronto llamaron á la puerta del prado. Abrió al punto, y encontróse frente á Bella, seguida de la señorita Mertens y de un hombre, en el cual reconoció al viajero con quien se encontró una tarde cuando volvía de la casa forestal. Bella la ofreció sin vacilar su mano; pero la expresión de sus facciones revelaba que lo hacía contra su voluntad. Isabel adivinó desde luego la causa de la visita, y quiso atenuar la humillación de la niña; díjole que se alegraba mucho de verla, y prometió enseñarle el jardín y las antiguas ruinas del castillo; pero la señorita Mertens tomó la palabra.

– No trate usted, señorita, dijo, de abreviar la misión de Bella... Le han ordenado terminantemente que venga aquí para hacer acto de contrición y solicitar que la dispense usted por la conducta descortés que observó ayer. Estoy aquí para ver si se cumplen las órdenes, y debo escuchar las palabras que pronunciará.

Estas palabras y la obscuridad del gran vestíbulo, donde Bella había sido introducida por Isabel, que le daba la mano, produjeron alguna impresión en la niña, y pidió perdón en voz baja, prometiendo no ser jamás impertinente con nadie.

—¡Dios sea loado!, exclamó el compañero de la señorita Mertens. ¡Ya está hecho!

Y se inclinó sonriendo ante la joven.

—Tal vez le sorprenderá á usted, señorita, prosiguió, verme formando parte de la diputación que le ha sido enviada, y figurando aquí como testigo de la satisfacción honrosa que acabamos de presenciar. Mi presencia es debida al temor de que la indulgencia de la señorita Mertens y la de usted malograsen este acto de reparación de un agravio, y por otra parte como el enternecimiento es un excelente introductor, me agregué á la comitiva y tengo el honor de presentar á usted en mi persona al Sr. Pablo Reinhard, compañero de viaje y secretario del Sr. Walde, que desde hace ocho días desea trabar conocimiento con la interesante familia que aquí vive.



Bella solicitando perdón

Y el secretario se inclinó cortésmente ante Isabel.

La joven se sonrió y ofrecióle amistosamente su mano, diciendo:

—Estos antiguos muros han visto huéspedes menos agradables que usted; venga usted, caballero; mis padres se alegrarán mucho de conocerle.

Isabel empujó la gran puerta de encina que conducía al jardín, y toda la familia, incluso el guardabosque, que jugaba junto á los tilos con el pequeño Ernesto, salió al encuentro de los visitantes. Las presentaciones se hicieron por una y otra parte, y después, á una señal de su madre, Isabel desapareció para ir á buscar refrescos. Cuando volvió pudo ver que Bella se había despojado de su sombrero y se hallaba en un columpio que Ferber había arreglado para su hijo. Ernesto la balanceaba, muy satisfecho de aquella compañera de juego; y el rostro de la niña estaba radiante de alegría.

—A la verdad, dijo Reinhard, señalando á Bella, quién la hubiera visto esta mañana, cuando la llamaron á la habitación del Sr. de Walde, acoger con una expresión de resentimiento rencoroso la orden que éste le dió de venir á pedir perdón á la señorita Ferber, advirtiéndole que no le permitiría presentarse á él sin haberle solicitado; quien la hubiera visto, repito, no la reconocería tal como se muestra ahora, alegre y franca, como debe ser una niña.

Aquella tarde fué una de las que más agradable recuerdo dejaron á todos. La señorita Mertens hizo gala de sus conocimientos y de su buena educación y Reinhard refirió varios episodios de sus viajes.

—No habríamos regresado tan pronto, dijo como final de su interesante relato; pero en vista de repetidas y poco agradables noticias que de aquí recibía, el Sr. de Walde resolvió al fin cambiar sus proyectos de viaje. Habría pasado por alto algunos intereses personales que peligraban; mas cierto día, habiéndole escrito una mano femenina y muy apreciada «que era absolutamente preciso conseguir que se despidiera al cura de Lindhof, de carácter demasiado débil para conducir sus ovejas...,» la medida se colmó. El Sr. de Walde comprendió al punto que el ojo del amo podía ser necesario, no sólo para evitar que se le causase el menor perjuicio, sino también y sobre todo para proteger á los que tenían derecho de considerarle como su apoyo natural. En su consecuencia emprendimos el regreso. Era tarde, la noche se presentaba magnífica; dejamos el coche y los criados en la carretera que conduce á Lindhof, y quisimos recorrer á pie, á través de los bosques, el corto trayecto que nos separaba aún del castillo... «¡Es muy sorprendente, Reinhard!, me dijo muy pronto mi compañero de viaje... Mire usted lo que hay allá arriba, en Gnadeck... ¿Qué cree usted que sea?..» «Seguramente una luz,» contesté... «Es preciso ver eso de cerca,» repuso, y continuó subiendo. La luz aumentaba á medida que nos acercábamos y parecía provenir de dos altas ventanas. De pronto una blanca aparición, que yo consideré del todo sobrenatural, vino á perfilarse á la claridad de la luna .. Yo que soy bastante valeroso, avancé reteniendo el aliento, aunque temblando un poco, lo confieso, y osé dirigir respetuosamente la palabra á aquella hada. Cuando descendíamos de nuevo por la vertiente de la montaña, mi compañero no dijo una palabra; mas ciertos indicios me indujeron á suponer que la señorita Isabel no era la única que se había reído á mis expensas. Llegados frente al castillo, vimos innumerables luces que pasaban como fuegos fatuos detrás de las ventanas del edificio. El coche, cargado con sus paquetes, había llegado antes que nosotros; parece que el rumor producido por sus ruedas sobre la arena de las avenidas había causado una impresión de terror casi general, que se traducía por una perturbación poco lisonjera para los que la ocasionaban, y tan desagradable, si he de juzgar por mí propio, que de buena gana hubiera retrocedido desde luego, prefiriendo apoyar mi cabeza cansada en el primer matorral que hallase, más bien que sentir pesar sobre mí aquel techo que nos acogía con tal sorpresa y disgusto... Solamente uno de los habitantes de Lindhof tuvo bastante imperio sobre sí mismo para recobrar su presencia de ánimo, y éste fué el candidato Mohring, el cual se hallaba al pie de la escalera, donde recibió al dueño del castillo, dirigiéndole un discurso muy sumiso, lleno de unción.

—Y á pesar de todo, el régimen por él introducido ha sido derrocado, según creo..., dijo el guardabosque.

—Por completo. ¡Dios sea loado!, exclamó la señorita Mertens. El Sr. Mohring abandonará muy pronto para siempre el castillo de Lindhof, pues la señora de Lessen ha obtenido para él un beneficio. El candidato no hubiera podido soportar que se le arrojase de nuevo á la nada, permaneciendo en Lindhof reducido á la impotencia después de haber reinado y gobernado. ¿Y qué ha sido ese reinado?.. Todos lo sabemos: la dominación de un déspota que pretende gobernar, dirigir, inspirar los actos de todos, y que después de haber sometido á todo el mundo bajo su ley, aspira también á reinar sobre las conciencias, á reglamentar el vuelo del pensamiento, á castigar ó reprimir toda idea de independencia. Los criados del castillo, los operarios y los jornaleros ocupados en el dominio estaban sometidos respecto á él á una ciega obediencia, que no podía menos de engendrar la hipocresía y de consiguiente la inmoralidad.

—En fin, ese peligro ha sido conjurado, exclamó el guardabosque.

—Sí, gracias al Sr. de Walde, dijo la señorita Mertens, que tiene una energía y una fuerza moral superiores á las de cualquier otro hombre. Ese taciturno caballero no desahoga sus sentimientos en palabras, pero nada escapa á su mirada, y ante él la falsedad, la hipocresía y la malignidad sucumben.

Después de esta conversación, Ferber se puso en marcha para enseñar su morada á los huéspedes que manifestaban curiosidad por conocerla. Subieron primeramente á la muralla y mientras todos se apoyaban en la balaustrada de piedra, admirando el paisaje poco extenso, pero encantador, que el valle ofrecía por aquel lado, Isabel dió á conocer la historia que Sabina le había referido y de la que seguramente fué teatro aquel mismo sitio en que se encontraban.

—¡Qué horror!, murmuró Reinhard. ¡Vaya un modo terrible de suicidarse!

—Y sin embargo, dijo la señorita Mertens, algunas veces ha sido forzoso buscar una muerte aún más horrorosa.

En aquel instante Isabel se representó la figura del Sr. de Hollfeld y el horror que experimentara cuando osó tocar su mano. Díjose que no era difícil de comprender la tentativa hecha por la joven cuya historia ó leyenda le había referido Sabina, y que en semejante caso la hubiera imitado fácilmente, pero sin dejarse coger ni persuadir. Tan absorta estaba en aquel pensamiento, que su tío se acercó á ella sin que fijase en él la menor atención.

—Y bien, hija mía, dijo el guardabosque, ¿en qué piensas? ¿Acaso quieres oir crecer la hierba que alfombra la montaña?

Al ver aquellos ojos límpidos, al oir aquella voz robusta, aunque dulce, la visión odiosa que acosaba el cerebro de la joven se desvaneció al punto.

—No, tío mío, contestó, volviéndose alegremente hacía el guardabosque, eso sería superior á mis fuerzas, aunque pretendo tener facultades especiales para ver, amar y comprender la naturaleza.

El guardabosque cogió la mano de la joven, y los dos fueron á reunirse con los demás, que se dirigían hacia la casa. Bella, que había subido ya la escalera, salió al encuentro de la señorita Mertens; en una mano llevaba unos volúmenes con láminas, y con la otra atraía á su institutriz hacia la habitación de Isabel.

—¡Figúrese usted, señorita, que desde aquí se ve *nuestro* castillo!, exclamaba la niña, que como es de suponer, viendo á su madre reinar y dominar en Lindhof, no tenía en cuenta el eclipse momentáneo de aquel poder, y esperaba confiadamente una restauración que no podía menos de producirse... ¡Mire usted allá abajo, por el camino! Precisamente ahora el tío Rodolfo acaba de pasar á caballo y me ha hecho con la mano una señal muy amistosa; mamá se alegrará mucho cuando sepa que ahora nos entendemos muy bien.

La señorita Mertens la exhortó á mantenerse siempre en las buenas disposiciones que le merecían la benevolencia de su tío, y la invitó á ponerse el sombrero y la manteleta, porque ya era hora de volver al castillo.

Isabel y Ernesto acompañaron á sus huéspedes hasta el parque de Lindhof.

—Nos hemos detenido demasiado tiempo, dijo la señorita Mertens algo inquieta, después de haberse despedido de los esposos Ferber, y me temo que van á regañarme.

—¿Cree usted que la baronesa estará descontenta porque hemos prolongado nuestra visita?

—Sin la menor duda.

—¡Vamos, vamos! No se inquiete usted por eso; en todo caso, ya hemos tenido una buena compensación, satisfecha de antemano, dijo Reinhard, pues hemos pasado allá arriba una tarde agradable.

Los niños corrían agarrados de la mano, y se entretenían en coger algunas flores. *Héctor,* el perro favorito del guardabosque, infiel á su amo, quizás por primera vez en su vida, y seducido por la perspectiva de un paseo, habíase agregado á la comitiva y saltaba alegremente alrededor de los niños para luego volver á reunirse con Isabel, la dama de sus pensamientos, según decía el guardabosque.

De repente *Héctor* se quedó plantado en medio del sendero; ya estaban muy cerca del parque; veíanse los prados de césped á través de las ramas de los arbolillos, y se oía ya el murmullo de las fuentes. El perro había visto á alguien que venía al encuentro de los paseantes, é Isabel reconoció al punto á Berta la muda, aunque le pareció notar en ella un cambio prodigioso.

La misteriosa joven no había visto seguramente el grupo que avanzaba hacia ella, pues gesticulaba vivamente, andando á paso largo. Un intenso rubor cubría su rostro, tenía las cejas fruncidas, sin duda por efecto de una fuerte excitación, y por el movimiento de sus labios comprendíase que hablaba consigo misma. Un lindo sombrero blanco, adornado con flores, había caído de su cabeza y estaba suspendido del cuello por las cintas... Éstas cedieron al fin, y el sombrero cayó en tierra.

La joven avanzaba rápidamente con los ojos bajos, y solamente cuando se halló cerca de Isabel levantó los párpados. Entonces se detuvo con expresión de horror, como si hubiese pisado una culebra. La expresión dolorosa de sus facciones se trocó en otra de indecible amargura; en su mirada revelábase el odio; sus manos se oprimieron convulsivamente, mientras una ligera exclamación se escapaba de sus labios; y hubiérase podido creer que se disponía á precipitarse sobre Isabel... Tanto fué así, que Reinhard, que estaba junto á ella, la retiró hacia atrás. Cuando Berta la vió profirió un ligero grito y lanzóse al punto en el tallar más próximo, donde se abrió camino, dejando pedazos de sus ropas en los espinos que encontraba... Pocos instantes después se perdió de vista.



—En fin, ese peligro ha sido conjurado

—¡Pero esa es Berta, la que vive en la casa forestal!, exclamó la señorita Mertens en el colmo del asombro.

—¿Y qué quiere decir eso?, preguntó Reinhard. Esa joven estaba poseída de una viva emoción, y al ver á usted, añadió, volviéndose hacia Isabel, fué cuando manifestó más evidentes señales de un paroxismo de cólera ó desesperación. ¿Es parienta de usted?

—No precisamente, contestó Isabel; tan sólo tiene un parentesco bastante lejano con la familia de la mujer de mi tío. Yo no la conozco; desde el primer día de mi llegada á Turingia ha evitado cuidadosamente encontrarse conmigo, y aunque tenía el vivo deseo de hallar en ella una compañera hasta tanto que el tiempo nos hiciese amigas, ni siquiera he podido manifestarle este deseo, por su empeño en alejarse de mí. Lo cierto es que me odia, mas ignoro la causa de su aversión. Esto debería afligirme; mas por otra parte, su carácter, tal como se me ha revelado, me inspira poca simpatía, y no doy ya importancia á la hostilidad que me manifiesta en todas ocasiones.

—¡Ah, ah! Hija mía, eso no es ya hostilidad, sino rabia, y esa pequeña furia la hubiera desgarrado á usted de buena gana, á juzgar por la expresión de su cara.

—No le tengo miedo, contestó Isabel con una sonrisa.

—Sin embargo, aconsejo á usted que esté alerta, dijo la señorita Mertens, pues esa joven tiene una expresión verdaderamente endemoniada. ¿De dónde vendría ahora?

—Del castillo, al parecer, contestó Isabel, recogiendo el sombrero de Berta.

—No lo creo, repuso la señorita Mertens. Antes de que se volviese muda la veíamos diariamente en Lindhof, por decirlo así; asistía á todos los ejercicios religiosos presididos por la baronesa, que la protegía ostensiblemente, y después dejó de presentarse en el castillo, sin que nadie haya podido conocer jamás la causa de esta abstención. Muy rara vez la veo durante mis paseos solitarios en el parque, y cuando su mirada se encuentra con la mía, deslízase como una serpiente á través de las más densas espesuras. Siempre ha producido en mí el efecto desagradable que me causa la vista de un reptil.

Hablando así habían llegado al parque, en donde se separaron, dándose por una parte y otra las mayores seguridades de simpatía.

—Escucha, Isabel, dijo Ernesto apenas se halló solo con su hermana, vamos á ver quién de los dos llegará antes á esa esquina..., allá abajo.

La esquina era el recodo formado por el sendero que se unía con la falda de la montaña.

—Muy bien, pequeño, contestó Isabel, echando á correr.

En un principio midió su carrera por las fuerzas de su hermano, el cual desempeñaba valerosamente la tarea que se había impuesto; pero al acercarse al punto señalado, Isabel tomó la cosa por lo serio; lanzóse ligera como un pájaro y puso el pie en la meta, donde se encontró de improviso con una cabeza de caballo, que la olfateó ruidosamente. *Héctor*, que había querido tomar parte en la carrera, siguiendo á la joven, cumplió su deber, ladrando con todas sus fuerzas. El caballo saltó hacia atrás, encabritándose sobre los cuartos traseros.

—¡Atrás!, gritó una voz sonora.

Isabel cogió á su hermano, que acababa de reunirse con ella, le tomó en brazos, y se apartó saltando á un lado. En el mismo instante el caballo se precipitó relinchando ruidosamente y haciendo retemblar el suelo bajo sus pasos. El Sr. de Walde dirigía su montura, dominada al parecer por el deseo de librarse de su jinete; pero éste no se prestó á que realizara su designio, y reteniendo el caballo, enloquecido de espanto, inclinóse para ahuyentar con el látigo á *Héctor*, cuyos saltos intempestivos y ladridos furiosos aumentaban más aún el terror del cuadrúpedo..., después desapareció á través de los bosques en vertiginosa carrera.

Isabel, pálida y aterrada, no dudó en aquel momento de la probabilidad de un desgraciado accidente; cogió á Ernesto de la mano, y disponíase á dirigirse al castillo en busca de socorro, cuando el jinete reapareció de pronto en su caballo, dominado ya. El Sr. de Walde se detuvo, acarició amistosamente el cuello de su montura, apeóse, ató la brida en la rama de un árbol y se dirigió hacia Isabel.

—Dispénseme usted, caballero, dijo la joven con voz temblorosa.

—¿Dispensarla? ¿De qué, hija mía?, contestó el señor de Walde con dulzura. Parece que está usted asustada; tranquilícese usted, yo se lo ruego; he aquí un banco; repose usted un instante.

Isabel obedeció y el Sr. de Walde tomó asiento á su lado; mientras que Ernesto, apoyándose en su hermana, comenzó á mirarle con sus grandes y hermosos ojos. No había tenido miedo, porque no comprendió el peligro á que el jinete estaba expuesto, y la carrera del caballo le divirtió como un espectáculo imprevisto.



Entonces se detuvo con expresión de horror

—¿Qué tenía usted para correr tanto?, preguntó el Sr. de Walde.

Una franca sonrisa vagó por los labios de Isabel, pálidos aún.

—Es que me perseguían, contestó.

—¿Quién?

—Este, contestó la joven, señalando á Ernesto, pues habíamos apostado á quién corría más.

—¿Es hermano de usted ese niño?

—Sí, señor, contestó Isabel, mirando á Ernesto con ternura en tanto que pasaba la mano por sus rizos de color castaño.

—Y ella es mi hermana única, añadió Ernesto, queriendo tomar parte á su vez en la conversación.

—Y á juzgar por las apariencias, te entiendes muy bien con esta hermana única, repuso el Sr. de Walde, sonriendo, al ver la expresión formal del niño.

—¡Oh!, sí, juega conmigo como con un compañero.

Una dulce sonrisa pasó por los labios del Sr. de Walde, sonrisa que Isabel no había visto aún en aquellas facciones tan graves, casi rígidas, y que las transformaba é iluminaba con una expresión imprevista... No pudo menos de compararla con los rayos de sol que disipan de repente las nubes sombrías y hacen resplandecer todo cuanto alcanzan.

—Muy bien, muchacho, dijo el Sr. de Walde atrayendo el niño hacia sí. ¿Pero no se enfada nunca?, añadió, señalando á Isabel, que se reía como una niña escuchando á su hermano.

—No, contestó Ernesto, no, jamás se enfada; pero á veces se pone seria y entonces toca el piano.

—Pero, Ernesto, exclamó la joven.

—¡Oh!, sí, Isabel, así es, y tú lo sabes muy bien. ¿Has olvidado el tiempo en que éramos tan pobres en B...?

—Es posible que tengas razón si piensas en aquel tiempo; después todo ha cambiado favorablemente para nosotros.

—Pero usted sigue tocando el piano...

—Sí, contestó la joven sonriendo: mas no en la disposición indicada por ese sagaz observador, pues mis padres tienen ya lo necesario.

—¿Y usted?, repuso el Sr. de Walde.

—Yo tengo suficiente valor para emprender la lucha por la existencia y alcanzar cuanto me sea indispensable, y me propongo el año que viene buscar una plaza de institutriz.

—¿No le infunde á usted cierto espanto el ejemplo de la señorita Mertens?

—¡Oh!, nada de eso. No soy lo bastante débil para tener el deseo de ganar sin trabajo mi subsistencia, cuando veo miles de mujeres, mis semejantes, mis iguales, que también trabajan sin descanso ni desfallecimiento.

—No se trata solamente del trabajo; hay cosas más sensibles aún que los afanes por el dinero. Usted es orgullosa; su rostro lo indica así, y su conversación de ayer no deja la menor duda sobre este punto.

—¿Orgullosa? ¿Lo soy acaso porque aprecio más el valor personal, moral é intelectual, que los honores y el brillo de lo que se llama una *gran posición*?.. Pues precisamente porque opino así, sería imposible que las humillaciones me alcanzasen; las personas superiores por la inteligencia y el corazón no tratan á sus semejantes con desdén... ¿Qué me importarían las humillaciones inferidas por aquellos que no tuvieran sobre mí más superioridad que la que aparentemente presta la fortuna?

—¿Y cree usted que esa opinión la preservará de todas las ligeras persecuciones, de todos los desdenes, de todas las injusticias de que tal vez llegue á ser blanco junto á una mujer que creerá tener derecho para considerarla como su inferior, y que tal vez —como ya se ha visto— no tendrá ni alma ni corazón?

—No, pero gracias á mi modo de pensar podré levantar muy alta la cabeza.

Siguióse una pausa, durante la cual Ernesto, acercándose al caballo, comenzó á examinarle con suma atención.

—Por lo que usted decía ayer, repuso el Sr. de Walde, deduje que le agradaba el país donde su familia ha venido á establecerse.

—Sí, y mucho.

—Lo comprendo, porque es uno de los más hermosos de Turingia... ¿Cómo puede usted, pues, tan fácilmente decidirse á abandonarlo?

—Fácilmente no es tal vez la palabra que se debería emplear en este caso; pero mi padre me demostró que es preciso siempre atender antes á la necesidad que á la comodidad, y yo lo he comprendido perfectamente; lo que no entiendo tan bien es que se pueda renunciar á la comodidad cuando no es indispensable imponerse este sacrificio.

—¡Ah! Esto lo dice usted sin duda por mí, exclamó el Sr. de Walde. Usted no comprende que un hombre esté recorriendo las Pirámides voluntariamente, cuando podría vivir tranquilo y feliz al lado de su familia bajo el hermoso cielo de Turingia.



El caballo saltó hacia atrás, encabritándose sobre los cuartos traseros

Un vivo rubor cubrió el rostro de Isabel, pues comprendió que el Sr. de Walde aludía á la conversación que tuvo con su tío bajo las ventanas de la casa forestal, y de la que él había sido oyente involuntario.

(Continuará)

EL JUBILEO DE LA REINA VICTORIA

El día 20 del presente mes se han cumplido sesenta años del advenimiento de la reina Victoria al trono de Inglaterra.

Para conmemorar tan solemne fecha hanse dispuesto en todo el reino unido y en todos los dominios ingleses magníficas fiestas en honor de Su Graciosa Majestad, fiestas que en Londres han revestido un carácter de grandiosidad no igualada hasta ahora por las que por motivos análogos se han celebrado en las cortes más fastuosas y en las más populosas capitales. Más de dos millones y medio de forasteros han acudido á la ciudad del Támesis deseosos de asistir á un espectáculo que difícilmente volverá á presenciar la actual generación, y de todos los países han llegado allí embajadas extraordinarias en representación de sus respectivos soberanos para asociarse al regocijo del pueblo inglés y felicitar á la reina que en su largo gobierno ha sabido engrandecer y hacer prosperar sus Estados y captarse el amor, rayano en veneración, de sus súbditos.

La reina Victoria Alejandrina, nacida en Londres, en el palacio de Kensington, en 24 de mayo de 1819, era hija única del duque de Kent y de la princesa Luisa Victoria de Sajonia Coburgo. Muerto en 1820 su padre, quedó como única heredera de su tío, el rey Guillermo IV, habiendo recibido desde sus primeros años la educación que correspondía á la que había de sentarse en el trono de Inglaterra, educación que dirigieron la duquesa de Northumberland y lord Melbourne, quien la instruyó en el arte de gobernar, imbuyéndole las ideas que formaban el credo del partido *whig* ó liberal. En 20 de junio de 1837 fué proclamada reina por muerte de su tío y coronada en 28 de junio de 1838. Cuando se trató de su matrimonio, prescindió por completo de la razón de Estado, y siguiendo los impulsos de su corazón casóse con el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha. Desde el primer día de su reinado ajustóse escrupulosamente á los preceptos del sistema constitucional y parlamentario, mas no se crea que carece de iniciativas y deje de hacer sentir su influencia sobre su gobierno; por el contrario, hay muchas cuestiones de política exterior y aun interior en las cuales ha dado siempre y da todavía el impulso decisivo. Por lo que toca á la política internacional, puede afirmarse que no sale del *Foreing Office* ningún decreto importante sin haber sido sometido á su inspección y sin que le haya puesto su *visto bueno.* La reina Victoria fué la que rechazó con gran energía la alianza de los franceses mientras estuvo en el trono Luis Felipe, y no accedió á visitar París, como este monarca deseaba. Más tarde, cuando subió al trono de Francia Napoleón III, la alianza entre ambas naciones fué un



S. M. LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA, dibujo de una fotografía hecha en el presente año



JUBILEO DE LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA. – CORONACIÓN DE LA REINA VICTORIA EN 28 DE JUNIO DE 1838 EN LA ABADÍA DE WESTMINSTER (LONDRES) facsímile del grabado de C. E. Wagstaff, copia del cuadro original de E. T. Parris

hecho, pues las tropas de los dos pueblos batiéronse juntas en Crimea contra los rusos. En 1855, poco después de una visita que Napoleón y su esposa le hicieron en su castillo de Windsor, la reina Victoria fué espontáneamente á París, en donde permaneció ocho días, admirando las maravillas de la Exposición Universal que entonces se celebraba en la capital francesa.

En 1861 falleció el príncipe Alberto, y desde entonces la reina Victoria ha llevado una existencia retirada, guardando luto por el que fué su amado esposo, hasta el punto de haber vestido con gran sencillez, siempre de negro ó de gris, pasando la mayor parte del año en su castillo de Balmoral y haciéndose generalmente representar por el príncipe de Gales en las solemnidades del reino.

La reina Victoria, que tiene una inteligencia muy clara y que posee vastos conocimientos, ha estudiado por sí misma hasta hace poco todos los asuntos que á su sanción se sometían; mas en estos últimos años, y á consecuencia de los achaques que padece, ha tenido que renunciar al examen de documentos que se refieren á cuestiones de poca monta, pero se entera todavía de los que revisten cierta importancia.

Hemos dicho que el reinado de la reina Victoria ha sido fecundo en prosperidades para la Gran Bretaña, y para demostrarlo bastará citar los siguientes datos: durante el mismo, la deuda pública ha disminuído en seis mil millones de pesetas, habiéndose rebajado desde 21 á 11 pesetas lo que cada individuo pagaba para subvenir á los gastos de este capítulo. No hay año en que los presupuestos no se cierren con superabit; el ejército y la marina tienen presupuestos enormes, y á pesar de esto, gracias á una administración proba é inteligente, todos los servicios están atendidos con gran esmero y con verdadera esplendidez. El comercio se ha desarrollado de un modo portentoso, se han adquirido nuevas colonias y se han ensanchado considerablemente algunas antiguas y poderosas escuadras, que juntas forman la mayor flota del mundo, pasean el pabellón inglés por todos los mares del globo. El comercio y la industria han realizado portentosos progresos y al par de ellos han florecido las ciencias, las letras y las artes.

Razón tiene por consiguiente el pueblo inglés para festejar con inusitado esplendor á su soberana con motivo del sexagésimo aniversario de su entronización y en dar carácter verdaderamente nacional á las grandiosas fiestas celebradas en Londres, porque estas fiestas, si por un lado son la apoteosis de una reina que ha dado desde el trono admirables ejemplos de virtud, de talento, de discreción, de serenidad de ánimo y de constante y ferviente amor á su país, por otro representan por modo elocuentísimo una recapitulación de todas las glorias conseguidas y de todos los adelantos logrados por la Gran Bretaña en el transcurso de esos sesenta años de reinado.

Las fiestas han sido suntuosas, según las noticias que la prensa diaria ha publicado, y el entusiasmo con que el pueblo ha aclamado á su amada reina ha rayado en delirio: la procesión, la ceremonia religiosa en la iglesia de San Pablo, la revista naval, todo ha revestido una magnificencia sin precedentes, pudiendo afirmarse que ningún soberano del mundo ha presenciado una manifestación tan brillante y tan espontánea como la que ha visto organizada en su honor la reina Victoria.

Como tendremos ocasión de hablar más detalladamente de estos festejos cuando publiquemos los grabados que á ellos se refieran, hacemos punto final en estas ligeras consideraciones, dedicadas exclusivamente á la augusta soberana de Inglaterra. – X.



Maniobras, cuadro de José Cusachs (Salón Robira)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVI — Barcelona 5 de julio de 1897 — Núm. 810

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SALÓN DE LOS CAMPOS ELÍSEOS DE PARÍS. 1897



EL DIVINO APRENDIZ,

copia del cuadro de la señora V. Demont Breton

Sumario

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Los festejos de Inglaterra. – Federación de las colonias inglesas. – Disputas anárquicas entre germanos y eslavones en Austria. – Guillermo II y su mala política lo mismo exterior que interior. – Alemania y Turquía. – Conclusión.

Magníficos en verdad los festejos con que Inglaterra se regocija por los largos lustros que ha cumplido Victoria en el trono. La población de Londres ya suma cinco millones, y el glorioso aniversario le aportó tres más, no habiéndose visto nunca en las planicies del planeta nuestro reunida tal copia de gentes. Aunque los tablados puestos en el orden y en el curso de la procesión, cubiertos con percalinas multicolores, no brillen por su poesía y por su hermosura, ostentan tales dimensiones y soportan número tan crecido de curiosos espectadores, que ya constituye todo esto una excepción apreciable y digna de la visita hecha por muchos á Londres, donde puede alcanzarse la satisfacción de verse unas á otras las gentes como en parte alguna, pues aquello es un mar de vida humana, en que han ido como ríos á desaguar filas y filas de míseros mortales. Enarenado el pavimento, extendidas vistosas fuerzas militares en las aceras, erigidos los tablados en graderías ascendentes desde los arroyos á los tejados, festonadísimas las ventanas y balcones por ramilletes con matices de iris y olores de pebeteros, gallardeando los mástiles uno á otro ceñidos con guirnaldas y todos ornados con blasones, ondeantes al aire las banderolas y los gallardetes, ornadas las esquinas con simulacros, resonantes con las músicas militares los espacios, jamás habíase visto cosa parecida, ni cuando los monarcas asiáticos reunían sus huestes y sus sátrapas en aquellos palacios-ciudades que se llamaron Babilonia y Nínive, ni cuando los césares de Roma, señores de todos los hombres y compañeros de todos los dioses, corrían desde las vías sacras á las vías flaminias, pasando bajo los arcos triunfales, deteniéndose sobre su logia del circo, y después de pisar el Foro y ver entre sus intercolumnios el Senado entero y las embajadas del Universo, ascendían al Capitolio para ofrecer á Júpiter, que representaba el cielo, todos los homenajes del mundo representado por las legiones romanas y los romanos emperadores.

***

Y lo que más excedía en grandeza y originalidad acaso á todo lo visto y á todo lo soñado, era el número de gentes congregadas en Londres y desconocidas cuando no habían descubierto España y Portugal todo el planeta, redondeándolo con sus próvidas manos y ciñéndole un zodíaco de glorias para que fuese templo digno del humano espíritu y se apropiara el templo al Dios como al cuerpo se apropia el alma. Junto con los malteses tan conocidos en la Edad media, y con los chipriotas sabedores de tantas cosas otros días, y con los egipcios de aires sacerdotales, y con los árabes curtidos por el sol de la Libia y envueltos en sus blancos alquiceles de lana y lino, estaban en aquella procesión colonial, con la que solamente hubiéramos podido competir nosotros, cuando poseíamos las Indias occidentales con las orientales durante la monarquía de Felipe II, ya representados ó ya presentes, el negro marmóreo ó estatuario de la Nubia y el deforme hotentote negro de la Nigricia; el fuerte montañés del Afghanistán, que avecina las cumbres del Himalaya y guarda contra los mongoles el manantial primero de donde fluyen los ríos sacros indios, y las gentes amarillas, tan frías y tan lustrosas como sus multicolores porcelanas; los arios del Ganges, que creen ser padres de los dioses, amén de los hombres, y los parias que se creen rebujo de la humanidad; el igorrote apresado como un salvaje á los bosques impenetrables de los archipiélagos oceánicos, y el cipayo que ha corrido desde los feudos birmánicos á las ruinas del templo en que á Júpiter Ammón Alejandro consultaba y le rendía parias; desde los salvajes del Cabo de las Tormentas y los zulúes del afro desierto austral, hasta los cultos ciudadanos que beben las aguas del Orinoco; las islas australias y las islas Hyeres; desde los habitantes de aquellos escollos vecinos á la desembocadura del Amazonas en el Mediodía y del Missisipí en el Norte americano, hasta los habitantes que oyen los fragores del despeñado Niágara, pues la corona británica es como una serpiente de mar que se ha enroscado al árbol de la vida.

***

Entre razas tan opuestas y contrarias, extendidas desde los inflamados arenales del Africa meridional hasta los hielos eternales del Polo Norte, ha constituído Inglaterra una federación rematada por espléndida corona que bien podían estudiar los eslavones con los alemanes de Austria, condenados á una guerra perpetua entre sí mismos, á pesar de sus afinidades históricas, é incapacitados por sus mutuas discordias, no ya de constituir materiales para procurar la construcción del Estado fuerte y uno, indispensable á la igualdad del derecho, incapacitados de fundar ni siquiera una pasable y duradera confederación. Porque un estadista de origen polonés, como el conde Badeni, ha propuesto la igualdad de lenguas para los usos oficiales entre las diversas razas, los germanos han movido escándalo tan fragoroso que han llegado dentro de las cámaras á denostar á sus compañeros y han promovido encrespamientos análogos á una revolución. En vano quisieron los estadistas aquellos decretar el sufragio universal á ver si los factores plebeyos aportaban al seno de tales fraccionados pueblos la idea de igualdad opuesta de suyo al fraccionamiento en castas y ahogaban los separatistas casi feudales en los senos de una idea tan cosmopolita como la que sirve de base al socialismo, quien echándoselas de humanitario, comienza por aspiraciones de universal y por humano. Mas también los comuneros, aspirantes á borrar las fronteras en todo lo relativo al derecho, se han roto por varios lados hasta distinguir dentro de su seno propio nacionalidades correspondientes á la inferior idea de tribu, idea oriental y primitiva, contradictoria con esta superior personalidad social surgida de nuestros continuos progresos. Cinco grupos nada menos dividirán á estas huestes universales, cuyo ideal consistía en uniformar el humano espíritu y el globo terráqueo de modo que hubiese un solo derecho en todos, y con arreglo á esta igualdad de derecho se constituyera la tierra entera en una propiedad colectiva para todos. Tribu germánica, italiana, polaca, cheque, yugo-esclavona reconocidas en el socialismo uslhestano, dejando aparte los madgyares, dicen y enseñan, al constituirse por separado cada una, cuán utópica idea la del trabajo universal, como la del Imperio universal, pues la vida se compondrá siempre de bien y mal y se constituirá á su vez el mundo siempre con variedad y con unidad.

***

En cambio Guillermo II lleva tan lejos la idea de unidad alemana, que concluirá por estallar Alemania. Demanda de un material marítimo incompatible con las fuerzas del contribuyente germano; regreso al feudalismo agrícola é industrial representados por una personalidad tan reaccionaria como el fabricante Sturm, parecido á los potentados promovedores en la revolución religiosa del movimiento labriego; amenazas á la cátedra y al catedrático independientes con prohibiciones de que muestre los progresos efectivos de la evolución económica necesaria en el advenimiento de la democracia universal; veto á las alteraciones votadas por las autoridades legislativas en la ordenanza para concordarla con el código civil y evitar sea Germania un verdadero cuartel; restricciones al derecho de asociación hasta entregarlo á merced y arbitrio de una policía sin entendimiento y sin entrañas; crisis ministeriales conducentes á que un reaccionario tan reaccionario como Putkamer se apodere de la gobernación interior y un renegado tan renegado como Miquel de las relaciones exteriores; desgracia del ministro Marschall porque no ha querido caer en el señuelo de las intrigas cortesanas ni perdonar á los esbirros secretos de la corte; fomento al espíritu neo-luterano, más temible para la libertad que todo nuestro asfixiante y necio dogmatismo neo-católico; vuelta de los jesuítas y propósitos de aplicar á los liberales algo así como la revocación del Edicto de Nantes; lucha con todos los elementos progresivos y propensiones á caer de espaldas en una regresión espantable hacia las reacciones de todo género: he ahí lo que nos ofrece un poder, en cuya transformación libraban mil ilusiones los ilusos liberales alemanes, como si el humano poder alcanzase hasta cambiar en el cesarismo su complexión intrínseca, y hacer de los césares, constituídos para déspotas por la índole política y social de su encargo y ministerio, verdaderos demócratas en plena democracia.

***

Y aun peor, mucho peor que la política interior, es la política exterior. Guillermo, semejante á muchos romanos césares por sus múltiples aptitudes y vocaciones, deseméjase de todos ellos en lo que tenían de idéntico, en el amor y culto á Grecia. No creerán los venideros haya en el siglo décimonono existido un césar que se huelga con ver cómo los musulmanes exterminan á los cristianos en el territorio helénico y reponen bajo los cielos de Tesalia la media luna de Ostmán, borrada por innumerables holocaustos. Hasta el día de hoy los emperadores alemanes llevaban la espada de Carlomagno al cinto, el globo áureo coronado por la cruz en su mano y la corona casi pontificia en su cabeza, para indicar su ministerio símbolo de apoyo y de auxilio á la cristiandad. ¿Quién había de creer entrara el sultán en Grecia, sobre su caballo apocalíptico, llevándole á este caballo, como un paje, las bridas el joven césar de Alemania, el monarca primero y mayor entre todos los monarcas cristianos? Lutero no habrá podido comprender desde la otra vida cómo la victoria del imperio luterano de los Brandeburgos sobre el imperio católico de los Hapsburgos únicamente haya podido servir para el triunfo de Turquía en Oriente, cuando él propuso, al acercarse los turcos en su tiempo hasta las cercanías de Viena, que cesaran todos los odios entre los príncipes cristianos y se unieran en un haz los por él mismo levantados y á causa de su doctrina perseguidos, para que bajo las enseñas españolas y católicas del emperador Carlos V expulsasen del Danubio á Turquía, caída ya sobre los húngaros, y pronta en sus triunfales carreras á marcar con la media luna el imperio germánico, el nato y verdadero defensor de toda la cristiandad.

***

En vano le ha pedido una madre llorosa, la emperatriz viuda, que preservara á su hija, la princesa griega, de tan horrible desgracia como la pérdida del trono en Atenas, que su posición sobre Alemania le había granjeado, trono expuesto á romperse ahora en mil pedazos, lanzado al aire por los artilleros alemanes adscritos á servicio de Constantinopla: Guillermo no ha sabido hacer otra cosa en este verdadero trance que azuzar á los musulmanes contra los cristianos y ofrecerse por ayudante al verdugo de Grecia. Entre servir á su familia imperial ó servir al harén turco, ha servido al harén. Y mientras sirve así los intereses de Turquía, desirve los intereses de Inglaterra. No obstante tratarse del festejo universal tributado á su abuela por los innumerables súbditos y vasallos que Victoria en el mundo tiene, Guillermo no se ha presentado entre los príncipes idos á Londres, donde al cabo se celebraba increíble apoteosis de su propia sangre y de su propia familia. Sólo el príncipe, su hermano menor, Enrique de Brandeburgo, ha ido, porque le llaman y es, como buen sajón, el marino de la dinastía. Según coloquios divulgados por las indiscreciones periodísticas, Guillermo II se cree, á pesar de sus propensiones hacia el Corán, un romano emperador con el ministerio y la finalidad internacionales de oponerse á la nueva Cartago, quien, so pretexto de navegación y de comercio, va poco á poco posesionándose del Océano, que podrá cerrarnos cuando se le antoje; y así que suelta la paleta de pintor, el rifle de soldado, la verga de marino, la composición de músico, el verso de poeta, el breviario de predicador, coge un mapa y se pone á trazar un bloqueo continental contra Inglaterra, como aquel soñado allá en otros días por Napoleón el Grande. Dios lo tenga de su mano.

Madrid, 28 de junio de 1897.



Mariano Benlliure

MARIANO BENLLIURE

No recuerdo ahora dónde ni cómo conocí al famoso autor de *¡Accidente!* Me parece que le conozco de toda la vida. Hay amistades que hacen pensar en una existencia anterior á la que tenemos en este planeta.

Por de pronto recuerdo que hace ya siete años trazaba yo una *semblanza* de Mariano Benlliure, que vió la luz pública en las columnas de un periódico de la corte y que más tarde reproduje en mi libro (1). Bastante tiempo antes había dado cuenta ya de los triunfos del famoso escultor en una revista extranjera (2). De todo esto deduzco que mi amistad con el insigne artista es antigua (relativamente, como diría un académico muy amigo del justo medio y á quien conozco), porque Mariano Benlliure nació en el año de gracia de 1866.

* * *

El autor del célebre sepulcro de Gayarre es el cuarto de los hermanos Benlliure; nueva dinastía de artistas que hoy ocupa en el mundo del arte el lugar que ocupó otra dinastía no menos famosa; la de los Madrazos. Mas en nada se parecen aquéllos y éstos, como no se parecen tampoco los tiempos de *Werther* y *René*, de *Graziella* y *Men. Rodríguez de Sanabria*, y estos de *Los reyes en el destierro*, de *La Obra*, y de *Marta y Jacinta*. En los días en que D. Pedro y don Federico Madrazo contaban la edad que hoy cuenta Mariano Benlliure, un artista no era una recomendación para la buena sociedad, en lo que se refería á concederle un turno en la vida íntima de los salones. D. Pedro Madrazo nos refiere, á propósito de esto que vengo diciendo, la siguiente anécdota: «Sorprendió en medio de la calle á dos señoras un fuerte chaparrón, y se guarecieron en un portal: cuando caía á más y mejor el agua, supieron que en aquella casa vivía un artista, y sin esperar á que cesara en algo la lluvia, se lanzaron á la calle; pues según ellas, de seguir allí no ganaba nada su reputación.» Artista significaba poco menos que ser relajado, inmoral; en fin, *bohemio*.

Al presente, ese concepto denigrante del artista ya no existe; mejor dicho, hace mucho tiempo ya que no existe. Pintores y escultores, músicos y poetas alternan en recibir las más delicadas atenciones de la alta sociedad. Dígalo Mariano Benlliure que ha tenido en más de una ocasión el honor de bailar con la infanta Doña Isabel, comer en aristocráticas mesas rodeado de linajudas damas. No diré que muchas veces no prefiera un banquete ó *juerguecita* de amigos á una invitación del diplomático A, ó de la duquesa de Z. Recuerdo que en cierta noche de verano nos hallábamos reunidos en casa de Lhardy varios amigos de Benlliure, y apareció éste vestido de rigurosa etiqueta. «¿Adónde vas?, le preguntamos. – A comer á casa de la marquesa de X... – Pues nosotros nos dirigimos á los Jardines á darnos una comidita. – Bueno: os acompañaré hasta la puerta.» Efectivamente, montamos en unos *simones* y allá nos fuimos. Cuando nos apeamos, Benlliure fué el primero en entrar en el *restaurant* y pedir que le sirviesen también un cubierto.

* * *

Las distracciones de Mariano Benlliure se cuentan por centenas. Una tarde, víspera de famosa corrida de toros, espectáculo á que es muy aficionado, pasaba por la calle de Sevilla, donde está instalado el despacho de localidades, y compró varias que necesitaba. Horas después recayó la conversación sobre la corrida y dirigiéndose á uno de sus amigos: «Vamos á ver cómo nos arreglamos para comprar unos tendidos, porque mañana estarán por las nubes. – Pero ¿que estás diciendo? ¿No tienes las localidades en el bolsillo?,» le contestó el interpelado.

Otra tarde estábamos también en casa de Lhardy – la casa de Agustín, como llamamos familiarmente sus amigos al dueño de la famosa repostería y notable paisajista, es punto de reunión de buen número de pintores, – cuando entró á tomar un *tente en pie* una arrogante dama, cuyo blasonado carruaje acababa de detenerse á la puerta del establecimiento. La señora reconoció á Benlliure y estuvo charlando con él más de un cuarto de hora. Al cabo se despidió la dama, y Mariano se vuelve hacia nosotros y nos pregunta muy preocupado quién era aquella dama, pues á punto fijo no sabía si era la que él creía ó su hermana. Debemos advertir que la dama en cuestión era y es conocida de hace años de nuestro escultor, y más de dos veces le había invitado á su mesa y más de veinte á sus salones y á su palco.

* * *

Cada cigarro le cuesta á Mariano una caja de fósforos, especialmente cuando está trabajando. Enciende el puro, le da una chupadita, y al cabo de unos minutos, con los dedos llenos de barro, torna á encender el cigarro, que al poco tiempo de este trajín se vuelve blanco. Fuma casi tanta arcilla como tabaco. Y una de las más deliciosas distracciones de cuantos le vemos modelar es el examen de la indumentaria de trabajo de Benlliure. Unos días aparece envuelto en los pliegues de una salida de baño, larga bata del tejido de las toallas turcas; otros aparece con una chaquetilla de esgrima; otros se planta un coleto, la mitad de ante y la otra mitad, la que le cubre el pecho, de terciopelo, ribeteada de piel; otros con un largo camisón de franela blanca. Y así almuerza, y en esta guisa recibe á sus visitantes.

Sin embargo de todo esto, Benlliure es un elegante y casi estoy por decir que un gomoso. Viste siempre con riqueza, y como buen artista, con verdadero gusto. Lleva el cabello recortado al estilo de la moda *flamenca* y el bigote cuidadosamente compuesto. Mas á pesar de este esmero en el vestir y del cuidado de su persona, si se le ocurre trabajar cuando lleva el *smoking* ó el frac puesto, lo hace como siempre, febrilmente, sin preocuparse de su corbata de plastrón, ni de su camisa reluciente como porcelana. No cesa un instante de modelar, de arrojar sin cuidado de su indumentaria el barro, de ir y venir para ver la línea, la media tinta, el parecido, si se trata de un retrato, como le aconteció con el famoso de *Velisla*, que lo comenzó después de un almuerzo cuasi de etiqueta.

Benlliure, por lo mismo que es un artista portentoso, no escatima su trabajo. Modela, dibuja, pinta la mayor parte de las veces, como se dice en el *argot* del arte, «para el obispo.» No conozco amigo de Mariano que no tenga un busto, un dibujo, un bajo relieve, algo, en fin, de su mano. No hay periódico ni ilustración ni empresa caritativa que necesite de la firma del ilustre escultor que no la obtenga. De esto puedo dar fe; y por cierto que soy de entre todos sus amigos quizá el único que no posee ni un rasguño de su lápiz ni un esbozo de su palillo ó de su pincel. Pero sé que no me negará nunca una obra suya.

Como me reserva siempre un cubierto en su mesa. Pasan días y semanas y meses enteros sin vernos ambos, y una mañana enderezo mis pasos hacia el estudio-habitación de Benlliure en la crítica hora del almuerzo, y allí almuerzo, y allí me dan las seis y las siete de la tarde charlando con otros dos ó tres *gomosos* de los que allí caen al olorcillo de los *macaroni al sugo*, que por cierto los hace el cocinero italiano del artista de un modo que no parece sino que le dieron en el cielo la receta.



Mariano Benlliure

* * *

Muchas veces he pensado que Mariano Benlliure, de haber vivido en los tiempos de Lorenzo el Magnífico y de León X ó de Julio II, hubiera figurado entre los grandes artistas de aquellos días gloriosos para el arte, no solamente por su genio, sino por su fausto. El dinero apenas si tiene valor alguno para Benlliure. No escatima ni un céntimo de nada ni por nada. Celebridad artística que venga á Madrid y que sea amiga de nuestro escultor, seguramente que recibirá de él agasajos sin cuento, francos y entusiastas.

Hace pocos días, hallándose de paso en esta corte el célebre cantante Marconi, Benlliure le dió un opíparo almuerzo en su taller, en aquel taller donde tantas y tan hermosas obras de arte hay, en pintura, en escultura, en tapicería, en muebles, en armas. Y reunió la *élite* de los críticos musicales y de sus amigos íntimos, y derrochó en la fiesta más dinero que el que necesita un título ó un hombre político cualquiera para hacer que los revisteros de salones se ocupen de él en sus crónicas, á propósito de sus *tes dansants*.

(1) *Artistas y críticos españoles.*
(2) *Brithis Rewew.*

No hay estreno en teatro alguno adonde Benlliure, rodeado de sus amigos más íntimos, no vaya; no hay *tómbola*, rifa benéfica ó cosa parecida donde Mariano no deje, además de su dinero, una obra de arte.

Mariano Benlliure tiene tiempo para todo, y eso que se levanta entre diez y once de la mañana. Invierte casi siempre una hora en su aseo, y en los minutos que le restan para la del almuerzo dibuja siempre alguna de esas bellísimas alegorías que suelen aparecer en libros y semanarios ilustrados, y que no le valen al artista un ochavo. Después de almorzar es cuando se pone al trabajo formal; trabajo que se ve obligado á interrumpir veinte veces para recibir las numerosas visitas que artistas, críticos, amigos, marchantes, etc., le hacen á diario. Pues con todas esas interrupciones, sus obras avanzan rápidamente. Y es que, como he dicho más arriba, trabaja febrilmente.

Pero lo asombroso es que trabaja en varias obras á un tiempo. Como cosa de una semana, sobre poco más ó menos, hará que le vi trabajar en un busto retrato, en una figura en bajo relieve de mármol, en una figura alegórica de mayor tamaño del natural, y trazar (una maravilla) sobre el papel y con el carbón un proyecto de chimenea decorativa. El proyecto quedó terminado en aquella misma tarde.

* * *

Cuantos no tratan íntimamente á Benlliure le juzgan de dos maneras: ó como un infatuado, ó como una cabeza incapaz de pensar dos minutos en serio. Y á fe que se equivocan grandemente. Sencillo hasta olvidarse de su *Excelencia;* amigo de todos sus amigos, sean grandes ó pequeños, es al propio tiempo lo que vulgarmente se llama *un padrazo*. Todos los días de fiesta y muchos entre semana deja su estudio y emprende la caminata hacia el inmediato pueblecillo de Chamartín, donde se educan sus hijos en los colegios allí instalados. Con sus hijos pasa largas horas, jugando con ellos como si fuese otro chico, y al anochecer regresa á Madrid.

¡Cuántas veces lo he sorprendido charlando con *Marianito* por teléfono!

R. Balsa de la Vega



Triste plegaria, cuadro de Otón Goldman

LAS DUDAS DE EPIFANIO

– Que pase el que haya traído esta tarjeta, dijo el médico D. Juan á su criado.

Y el que había llevado la tarjeta, que era un labriego bien acomodado y frisando ya en los sesenta, entró pronunciando desde la puerta:

– ¡Á la paz de Dios!

– Adelante, adelante; esta tarjeta de mi condiscípulo D. Blas me indica que vive y sigue de médico de partido. ¿Está bueno?

– ¡No hay rayo que le parta!

– Ni es necesario. ¿Y en qué puedo servirle?

– Pues él me encargó que le trajera unos libros que quedan ahí fuera, y yo de paso me he dicho que podría dirigir á usted una consulta, pues D. Blas me ha dicho que usted es un sabio, para ver si me ilustra y me quita la comezón que me impide dormir.

– ¡Ah! ¿Usted padece de insomnios?

– Diré á usted: yo antes dormía mis trece ó catorce horas ó más si se terciaba, porque los muchachos eran pequeños; pero ahora han dado en crecer y ya no puedo dormir. Porque es lo que yo me pregunto: Epifanio – porque yo me llamo Epifanio...

– Supone poco...

– Epifanio, cuando cierres el ojo, ¿qué va á ser de esos chicos? Eso es lo que yo quiero que usted me diga.

– Algo difícil es; pero si se explica un poco más... ¿Tiene usted bienes de fortuna?

– Una poca labranza; pero la epizootia ha atacado á mis campos y el oidium á mis ganados...

– Al revés.

– Para el caso es lo mismo. El hecho es que mi hacienda ha venido muy á menos, y que como mis hijos no sirven para nada, tendrán que verse negros para ganar un pedazo de agua y un sorbo de pan.

– Al revés.

– Crea usted que para el caso es lo mismo.

– Sí; pero para entenderlo no es igual.

– Por eso me estoy preguntando siempre: Epifanio – porque yo me llamo...

– Adelante.

– ¿Qué va á ser de esos muchachos?

– ¿No siguen carrera ni oficio? ¿No tienen ocupación? Lo primero en los padres debe ser estudiar la vocación de sus hijos para facilitarles que la sigan y adquieran un medio decoroso de vida.

– Ahí quería verle á usted; en eso de la vocación, porque mis chicos no tienen ninguna.

– Veamos, veamos... Usted les habrá observado... Ante todo, ¿cuántos son?

– Cuatro mal contados.

– ¿Cómo mal contados? Eso no es posible.

– Mal contados, porque uno de los chicos no es chico, sino chica, y ya me la rondan los mozos del pueblo, porque á ninguno de ellos le disgustaría casarse con una buena muchacha y tres ó cuatro pares de mulas.

– ¡Vamos..., por eso descuenta usted uno de los cuatro!

– ¿Y no hago bien? Me quedan, pues, para darme dolores de cabeza Epifanio, porque el mayor, que tiene veintidós años, se llama también Epifanio; Claudio, de veintiuno, y Domingo, de veinte. Epifanio me dió un chasco cuando niño, haciéndome creer que tiraba para la iglesia; pero luego supe que sólo iba á ella para beberse en la sacristía lo que quedaba en las vinajeras. Le puse á la escuela, y á los pocos meses el maestro acudió al ayuntamiento, diciendo que ó le subían el sueldo ó le quitaban el chico, y el ayuntamiento me lo comunicó, añadiendo que ó retiraba al muchacho ó me doblaban la contribución. Quise ponerle á la labranza; pero cada día que salía á las tierras me encojaba una caballería y en campo por el que anduviera no volvía á brotar la hierba.

– ¿No le gusta siquiera la música? ¿No toca ningún instrumento?

– Allá por las Pascuas toca la zambomba, y no lo hace del todo mal; pero ya ve usted que eso no basta para ganarse la vida.

– Ciertamente, y que correría el peligro de que le llevasen á la cárcel. En fin, pensaré acerca de Epifanito. Dígame entretanto algo de Claudio.

– Ese fué también á la escuela; pero hubo que sacarle, porque no pasaba día sin que rompiera la cabeza á alguno de los demás muchachos. No deja de ayudarme en la labor; pero todos los mozos están señalados por su mano, y las noches que sale de ronda, ya es sabido que despierta en la cárcel por herir á alguno de sus compañeros. Él no lo hace por malas; pero como tiene muy dura la mano y muy mal vino, saca por juego la navajilla y allá va un hombre rodando al suelo.

– Ese no debe preocuparle á usted... ¿Y el tercero? ¿Qué hace el simpático Domingo?

– ¡Ah! Ese es muy bromista y nos hace reir las tripas á todos. En la escuela puso una vez en el sillón del maestro una porción de alfileres con la punta hacia arriba, y ya puede usted figurarse la broma que habría. En otra ocasión colocó por burlas en la ventana de casa del alcalde un cartucho de pólvora que al estallar se llevó el techo y rompió todos los cristales, salvándose de milagro la familia por estar en las eras. A otro mozo, mientras dormía la siesta, le sujetó el pelo con una cuerda que ató á un árbol,



Recolección de adormideras, cuadro de J. A. Breton (Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)



Juego de bolos en la Flandes francesa, cuadro de R. Cogghe (Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)

y después le despertó haciendo en burlas que le iba á disparar un tiro, y al querer aquél levantarse y huir se dejó todo el pelo en la cuerda.

– ¿Y no hace cosas más útiles?

– El dice que los domingos se han hecho para descansar, y como se llama Domingo no trabaja nunca. ¡Es muy gracioso!

– Mucho, pero ahora comprendo bien que sus tres alhajas le quiten el sueño. ¿Y no les ha correspondido el servicio militar?

– Para eso han tenido una suerte loca. A ninguno de ellos le ha llegado el número.

– ¿Ni les da por los viajes? Porque en las repúblicas americanas ó en la isla de Fernando Poo podrían hacer suerte.

– No, señor. No quieren salir de Vallehondo, que es nuestro pueblo. Un gran pueblo, con su ayuntamiento, su puesto de la guardia civil y hasta un juzgado que van á llevarle ahora.

– Malo es que tengan tanto apego á su pueblo natal, porque voluntariamente al menos no se alejarán de él y en las condiciones de los muchachos ha de ser á usted difícil llenar los deberes de padre, que consisten en guiar á los hijos desde la infancia, estudiar sus aficiones y sus aptitudes, aficionarles al trabajo, base primera del bienestar y acaso de la fortuna, hacerles comprensible y grato el cumplimiento de todos sus deberes de hijos y de ciudadanos, alejar con el consejo los peligros que puedan amenazarles y colocarles en posición de vivir por sí mismos. De esta suerte las dudas y los temores no turban el sueño á los padres, y á la hora de la muerte pueden entregarse al descanso eterno, satisfechos de haber cumplido su misión.

– Algo de eso suele decir el cura del pueblo; pero mi Epifanio se encoge de hombros; el Claudio, creyendo una vez que lo decía por él, le tiró una pedrada que no le dejó en el sitio porque la teja disminuyó la violencia del golpe, y Domingo le esperó una noche por broma á la salida de vísperas y le tiró de cabeza en el abrevadero. Conque dígame usted qué hago con esos diablos de muchachos.

El doctor pareció reflexionar un momento y después preguntó:

– ¿No me ha dicho usted que en su pueblo hay juzgado, puesto de la guardia civil y ayuntamiento?

– Eso dije y así es lo cierto.

– Pues bien: creo que lo tiene usted resuelto todo. El simpático Epifanio puede suplir perfectamente á las mulas que él estropea, ya procurando el riego de la huerta con el trabajo de la noria, ya en la tracción y acarreo de las mieses, y cuando llegue á la mayor edad, que ya le falta poco, podrá ser concejal y hasta empuñar la vara de alcalde.

– Algo, algo de eso había pensado yo.

– Y muy discretamente.

– Bien ¿pero y Claudio y Domingo?

– Ellos recorrerán la carrera á que muestran vocación tan decidida. No puede suponerse otra cosa desde el momento en que hay en Vallehondo juzgado de primera instancia y puesto de la guardia civil.

M. Ossorio y Bernard

COSTUMBRES ANDALUZAS

ACOSO, DERRIBO Y TIENTA

He aquí, lector, que voy á poner de mi parte todo lo posible por entretener tu atención algunos momentos hablándote de estos viriles ejercicios, que al mismo tiempo que pueden considerarse como recreo y agradable divertimiento, son en primer lugar indispensables para obtener la mejora de las ganaderías bravas que se destinan á la lidia

El pueblo andaluz ha demostrado siempre predilección singular por todos aquellos ejercicios en los cuales la inteligencia, el valor y la agilidad vencen al humano esfuerzo; y de aquí la desmedida afición, el delirante entusiasmo por cuantos se relacionan más ó menos directamente con la lucha de animales salvajes ó bravíos; desde el acoso, derribo y tienta, hasta la lidia del toro, que cae muerto de certera estocada en los medios de una plaza, entre los vítores, aclamaciones é indescriptible entusiasmo de una multitud ebria de alegría, que arroja á los pies del afortunado matador un diluvio de sombreros y cigarros, y hasta chaquetas y zapatos, cuando ya no tiene otra cosa á mano, en premio de su inteligencia y de su valor.

Hay quienes suponen que el acoso, el derribo y la tienta son reminiscencias de las costumbres de nuestros abuelos los musulmanes; pero con toda seguridad puede afirmarse que los árabes españoles no practicaron la lidia de toros tal como hoy la presenciamos, á pie ni á caballo, sin que esto sea afirmar que no se holgasen alguna vez alanceándolos en un palenque cerrado, ó rejoneándolos como otros pretenden. Las más antiguas noticias que hemos reunido referentes á su lidia, datan de los tiempos de D. Juan II. Sevilla celebró el casamiento de aquel monarca, contraído con la infanta doña María de Aragón en 1418, jugando ocho toros, y desde esta fecha puede asegurarse que no hubo público festejo ni regocijo por bodas reales, victorias ú otros hechos análogos en que no se *corriesen* toros y se verificasen justas durante la citada y siguientes centurias.



COSTUMBRES ANDALUZAS. – El acoso, dibujo de S. Azpiazu

En qué consistió entonces aquel espectáculo no es fácil averiguarlo, y hemos de contentarnos con suponer que los jinetes, armados de lanzas ó picas, lucharían con aquéllos dentro de un palenque, hasta cansarlos ó hacerles perder la vida á fuerza de desangrarlos.

Si queremos, pues, buscar el origen verdadero de los tres ejercicios de que vamos á tratar en este artículo, habremos de acudir á la época en que se instalaron los primeros cerrados para guardar los machos que se trataba de destinar á la lidia, y aquéllos, según nos asegura persona muy competente, no pueden remontarse antes del primer cuarto del siglo actual. En la citada fecha gozaba ya de gran fama el cerrado de Cabrera, vecino de Utrera, y no la tenía menor el Cestero, de Lesaca, junto á la Dehesa de Coria.

El acoso y el derribo fueron los medios que entonces comenzaron á ponerse en práctica para sujetar el ganado en campo abierto, *cortándole los pies* á fin de que entrase en la tienta ó pelea.

Antes de intentar la descripción de los tres tiempos que constituyen el arriesgado ejercicio, diremos breves palabras acerca del tipo tan característico de esta región andaluza, conocido con el nombre de *el garrochista*.

El garrochista de verdad ha de comenzar por domarse sus caballos y adiestrarlos, de suerte que con todos se encuentre en disposición de derribar, escogiéndolos con las aptitudes necesarias, las cuales pueden resumirse en estas dos: agilidad y finura de boca. Acostumbrado el caballo al ejercicio, parece en ocasiones que entre su instinto y el entendimiento del jinete establécese secreta correspondencia, y á veces, casi sin dirigirlo, con la más leve inclinación de la cintura del segundo, con el más insignificante movimiento de la mano ó de la espuela, el animal aprieta en su carrera, se echa á un lado ó á otro y facilita á su dueño el medio de clavar la puya en el acosado becerro.

He aquí la razón de estimar tanto los garrochistas *netos* á los caballos de que se sirven, que por lo demás suelen tener mala apariencia, pero que son insustituibles para los ejercicios del derribo.

Con las cualidades de que hemos hablado que deben adornar al jinete, con la posesión y dominio de un caballo apropiado y con la mucha práctica desde niño es como se forma el buen garrochista, que más de una vez en sus principios se ha visto expuesto á perder la vida, ya por alguna peligrosa caída, ya por haberle hecho frente algún bravo, ya por haber clavado la garrocha en el suelo en vez de en el cuarto trasero de la res, yendo á toda la velocidad del caballo, con lo cual ha saltado de la silla, volteando á la altura del regatón de la pica; ya finalmente por haber tenido la desgracia de efectuar una *carambola*, lo cual acaece cuando es derribado el becerro con tal violencia que pone el lomo en el suelo, y con él caen confundidos el jinete y el caballo.

Pero como «no hay atajo sin trabajo,» y «principio quieren las cosas» y «la letra con sangre entra,» que diría un émulo de Sancho, todas estas peripecias, sustos, caídas, magullamientos y malos ratos los pasa el garrochista de muy buen grado para obtener la consideración y el aprecio de sus maestros y compañeros, y el natural envanecimiento cuando practica con marcadas habilidad y destreza.

De dos maneras se efectúa la tienta. Si se trata de machos tiene lugar en campo abierto; si de las hembras, en corral. No se emplea esta segunda con aquéllos, porque una vez castigado en lugar cercado de vallas, podría ocurrir que al sacarlo para la lidia, resabiado el animal por el castigo primero que sufrió, se emplace en los medios y no acuda á la suerte cerca de las tablas, adonde los picadores no han de ir á buscarlos, y siendo bueno el toro lo quemen. Déjase el corral por lo tanto para las hembras que no han de ser lidiadas, por cuyo concepto se las castiga sin piedad, no dando por buenas sino las que toman muchos puyazos y demuestran gran bravura, con el fin de dedicarlas á la reproducción. De lo contrario, se les corta la cola y son desechadas. En la primavera, cuando el sol brilla en todo su esplendor, cuando los campos se ven matizados de lirios, amapolas y esas mil florecillas sin nombre que bordan el suelo con los tonos del más hermoso tapiz; cuando los pájaros saludan el nuevo día y alegran el espacio con sus armoniosos trinos, vese salir del cortijo y dirigirse al cerrado la alegre cabalgata de los garrochistas y de los invitados á la fiesta, que como tal es considerado el acoso en todos estos pueblos de Andalucía.

Montados sobre las moriscas sillas vaqueras, cubiertas de fina y rizada piel de borreguillo, descansando los pies en los estribos vaqueros, silla y estribos de marcado carácter sarraceno, saboreando el cigarro de la mañana, que tan bien sabe después de las primeras libaciones del Cazalla, alegres y satisfechos, van los garrochistas haciendo cábalas y adelantando juicios acerca de los becerros que han de ser acosados, cuyas filiaciones conocen á la manera que un bibliófilo las de los más celebrados libros. Detrás de la alegre cabalgata suelen ir algunas carretas, tiradas por poderosos bueyes, con altos y piramidales frontiles, adornados de menudas piezas de paños de colores, entre las cuales se combinan fragmentos de espejillos, los cuales reverberan y deslumbran al ser heridos por el sol. Aquellas carretas semejan enormes cestos de flores, pues conducen á las muchachas que han de presenciar la fiesta, cuyas cabezas y pechos, cuajados de rosas y claveles, envueltos airosamente los flexibles talles en los bordados pañuelos de Manila, alegres y sonrientes, van entonando cantares acompañados por la morisca guitarra entre el estruendoso palmoteo y la inusitada algazara con que animan la voz de la cantadora.

Ya se distingue el cerrado: ya los garrochistas perciben claramente la pinta de cada uno de los bravos cornúpetos. Aquel toro *ensabanao corniabierto* que levanta de pronto la cabeza, es *Conejito*, hijo de *Farolero*, que tomó veinte puyas en Madrid. El otro *cárdeno*, que semeja por su inmovilidad ser de estuco, procede de la ganadería de Saltillo; los otros de más allá, *sardo acapachao* el uno y el otro *verdugo cornialto*, que se embisten retozando, son los mejores de la torada; y finalmente aquel *mulato listón apretao de cuerna*, que tan pacíficamente se espanta las moscas con la cola, es el padre de uno de los becerros en que más esperanzas tiene el ganadero.

Así por sus nombres son conocidos y señalados por los garrochistas cada uno de los toros y novillos, sin temor de que puedan equivocarse.

Una vez dispuesta la manera como se va á efectuar el rodeo, ó sea el acto de sacar los becerros que habrán de acosarse, amadrinados con los cabestros y efectuada la operación sin contratiempo alguno á conveniente distancia del cerrado donde se hallan los padres, los garrochistas dirígense hacia el novillo que ha de ser acosado primero, y con voces y hos-

tigándolo consiguen sacarlo de la piara. Llega, pues, el momento de lucirse á la primera pareja. Pero dejemos ahora hablar á los maestros, que nos dirán cómo y de qué manera se acosa y se derriba.

«Para derribar – decíame uno de los más notables garrochistas contemporáneos, á quien debo la mayor parte de las noticias que consigno – lo primero es saber acosar, ó lo que es lo mismo, obligar al animal á que vaya corriendo en una dirección determinada hasta que los caballos de la pareja que ejecutan el acoso alcanzan más velocidad que la res vacuna. Entonces, como el acto de derribar es la diferencia mayor de velocidad del caballo sobre aquélla, hay que calcular este exceso: si la diferencia es mucha, soltando el caballo *sobre largo* para poder corregirle; y si las diferencias son cortas, *echándolo sobre corto*, porque no da lugar á corregir; suéltase aquél, como para pasar por delante de la cabeza del novillo, y poniendo la puya de la garrocha en el nacimiento de la cola, y con el empuje vigoroso de la velocidad del caballo, sin dejar de apretar con el palo, consíguese que la res caiga. Este resultado tiene que obtenerse naturalmente formando un ángulo de unos 30 á 40 grados entre el caballo con la prolongación de la garrocha y la res, cuya posición la facilita el jinete que va á la izquierda *amparando*, aligerándose por delante del que va á derribar, más abierto ó más cerrado, según las necesidades que se aprecian en el momento y las facultades de ligereza del caballo.»



COSTUMBRES ANDALUZAS. – UN GARROCHISTA, dibujo de S. Azpiazu

Una vez que el novillo se levanta, si es bravo arráncase á los caballos; y si no, huye en demanda de la querencia. Cámbianse entonces los jinetes, y el que amparó antes es el que derriba luego, cuya faena se repite hasta que el becerro se para: en ese momento acude el jinete que monta el caballo de la tienta, que suele ser ó un hombre de campo ó un picador de oficio, con su pierna derecha defendida por la *mona* de hierro. Pone el caballo contra querencia, en cuya posición se colocan los jinetes que lo han acosado con el dueño de la ganadería ó el director de la tienta, y dejando al novillo libre todo el terreno de su querencia, adelántase el picador á una distancia prudente; y si se arranca con *buena voluntad* en todas las buenas condiciones de un toro de lidia, vuélvese á buscarlo, porque si el becerro es bravo no se va del sitio, y si toma bien un segundo puyazo se le deja libre y á la tarde se les busca y recoge con los cabestros para llevarlos al cerrado, no volviendo á inquietárseles hasta que son llevados á la plaza para lidiarlos.

Con respecto al que sale manso, derríbasele las veces necesarias hasta sujetarlo. Una vez parado, llega la gente de á pie, y lo torean y se divierten con él.

Córtanle la cola ó las orejas, entreteniéndose en esto hasta que se aburren ó hay que ir á buscar otro de las mismas condiciones de mansedumbre. Opinan los maestros que ya que no se castren los becerros en el campo, es más conveniente cortarles las orejas que la cola, pues aquéllas no crecen, mientras que las cerdas de ésta sí, y esto da lugar á lamentables equivocaciones, tomando por bravo el que ha sido desecho de tienta.

Las peripecias que suelen ocurrir en estos ejercicios, los lances cómicos ó burlescos á que dan lugar, la alegría que en todos ellos reina, los comentarios tan sabrosos que hacen los garrochistas de los mil lances que han tenido lugar durante el día, con los que se amenizan las espléndidas comidas que los dueños de las ganaderías ofrecen á todos los invitados, aumentan el interés de la tienta y despiertan la afición en los más indiferentes, pudiendo asegurarse que el que una vez acude á presenciarla conserva un grato recuerdo y está dispuesto á asistir á la primera invitación que se le haga.

JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ



COSTUMBRES ANDALUZAS. LA CARRETA, dibujo de S. Azpiazu



LOS BULEVARES DE PA



...S, [illegible] LAUREANO BARRAU

NUESTROS GRABADOS

El divino aprendiz, cuadro de la señora Demont-Bretón.—En la ternura con que está concebido este asunto, en el encanto íntimo que respira la sentida escena, en la fe que la composición revela y hasta en la sencillez con que el cuadro está trazado, adivínase el alma de una mujer. Nunca el hogar de la Sagrada Familia ha sido presentado con tan hermosa delicadeza. Bellísimo es el grupo que forman San José y el Niño Jesús, á quien su divino padre enseña los primeros rudimentos de su profesión humilde; pero lo que más cautiva en este lienzo, lo que atrae desde luego en el lienzo de la señora Demont-Bretón es la figura de la Virgen, en cuyos ojos, velados por la melancolía, parece que se lee el presentimiento de un porvenir próximo en que su amado Hijo se desprenderá de sus brazos para entregarse á la humanidad y padecerá los más cruentos martirios para redimir los pecados de los hombres. Aparte de estas bellezas que directamente llegan al alma, admíranse en la que nos ocupa una ejecución sólida y una sobriedad que cuadra admirablemente al asunto, y que distrayendo apenas los sentidos, hace que domine en toda su intensidad la impresión despertada en el espíritu.

***

Triste plegaria, cuadro de Otón Goldmann.—¡Cuán hondamente sentida la figura de esta pobre anciana á quien la muerte acaba de arrebatar á un ser querido, cuyo cuerpo exánime junto á ella yace y para el cual teje modesta corona, última muestra de su cariño inmenso! Con las manos cruzadas, dolorido el rostro y vueltos al cielo los ojos que han agotado ya el raudal de sus lágrimas, eleva su pensamiento á Dios, y de su corazón, no de sus labios, brota triste plegaria encomendando al Creador de todas las cosas el alma de la que fué alegría y consuelo de su desvalida vejez. Y quizás entre las preces que por la muerta mentalmente recita, va envuelta una súplica ardiente, salida de lo más hondo de su ser, una súplica al Señor para que llamándola también á ella á su seno, le permita reunirse muy pronto con aquella criatura en quien cifró todos sus afectos y sin cuyo amor ha de serle imposible la existencia.

***

Recolección de adormideras, cuadro de Julio A. Bretón.—Julio Bretón, el ilustre pintor francés cuyo arte lleno de encantos le ha conquistado uno de los más eminentes puestos en el mundo pictórico contemporáneo, siente predilección especial por esas llanuras inmensas del Norte de Francia, cuya poesía ha penetrado y descrito como nadie. En el cuadro que reproducimos nos transporta al campo en esa hora solemne llena de recogimiento y de silencio misterioso en que comienzan á extenderse sobre la tierra las primeras sombras del crepúsculo: los pálidos resplandores del sol poniente despiden todavía sus tenues reflejos, dorando los haces de adormideras que unos cuantos labradores se apresuran á recoger para poner término á la tarea de aquel día. Las mujeres, arrogantes muchachas, robustas y esbeltas y colocadas en actitudes arrancadas del natural, destacan sus firmes siluetas sobre los tonos obscuros que constituyen el fondo del lienzo, contribuyendo á la armonía y á la belleza del conjunto. Trasunto fiel de la vida real, el cuadro de Bretón es una soberbia página llena de poesía; la obra del célebre artista francés es la obra de un pintor y de un poeta.

***

Juego de bolos en la Flandes francesa, cuadro de R. Cogghe.—El autor de este cuadro parece haberse propuesto seguir las huellas del gran Teniers, dedicándose á pintar escenas de la vida campestre de su patria, que es la misma que la del gran artista flamenco. En la observación de los tipos y de las actitudes, en la distribución de los grupos, en el naturalismo que en toda la composición campea, en la elección de los personajes que en el lienzo figuran, adviértese la misma gracia, la misma alegría, la misma espontaneidad que caracterizaron á aquel maestro del siglo XVII. La tendencia es evidente y el resultado no puede ser más satisfactorio para M. Cogghe: tomar por modelo á los buenos, adaptar su estilo y su espíritu á las costumbres de nuestra época, constituirá siempre un mérito positivo, sobre todo si aquel á quien por modelo se toma buscó para asuntos de sus obras y para escenarios de sus cuadros lo que, variando apenas en sus formas externas, permanece inmutable resistiendo victoriosamente los embates de la moda, es decir, la naturaleza, fuente de la mejor inspiración y tesoro de bellezas inagotable.

***

Los bulevares de París, cuadro de Laureano Barrau.—Bien aprovecha el tiempo de su permanencia en París nuestro querido paisano el distinguido pintor Sr. Barrau: sin olvidar las cosas de nuestra tierra, que cuanto más lejanas de él más parecen atraerle y en las cuales ha buscado siempre y busca todavía inspiración para sus composiciones, de cuando en cuando produce obras como la que en el presente número publicamos, en las cuales refleja las impresiones que en su mente de artista deja el medio ambiente en que en la actualidad vive. París ofrece ancho campo á cuantos al cultivo del arte se dedican, y la vida parisiense desarrolla ante ellos una serie incesante de escenas y episodios que no pueden menos de herir su imaginación: Barrau, dotado de no común talento y de un espíritu de observación privilegiado, ha sabido asimilarse el modo de ser de aquella capital de una manera tan acabada, que contemplando su lienzo *Los bulevares de París*, no sólo se imagina uno estar en aquellas hermosas vías siempre animadas, siempre alegres, sino que además parece que el lienzo ha sido pintado por un artista que si no nacido en aquella capital, por lo menos ha pasado en ella la mayor parte de su vida.

La diva de los cabellos de oro, cuadro de Enrique Serra.—Nuestro ilustre y asiduo colaborador el celebrado artista Sr. Serra, que á tanta altura mantiene en Roma, su habitual residencia, el buen nombre del arte español, tiene bien demostrado su talento y justificada la fama de que universalmente goza. No es, pues, preciso elogiar sus obras, puesto que en su firma está su mejor alabanza: *La diva de los cabellos de oro* es una concepción delicadísima, ejecutada con esa habilidad que en todos los cuadros del mismo autor se observa y que tantas veces han podido admirar los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en cuyas páginas hemos reproducido las principales producciones de Enrique Serra.



LA DIVA DE LOS CABELLOS DE ORO, cuadro de Enrique Serra

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—VENECIA. — El gran príncipe Alberto Giovanelli ha dirigido al alcalde de Venecia una carta invitando al municipio á fundar una galería de arte moderno en donde se conserven las manifestaciones artísticas más características del modo de pensar y de sentir en nuestros días, así como en los templos, palacios y academias de aquella ciudad se guardan los maravillosos documentos del pasado. Y para dar más fuerza á su invitación, ha hecho un valioso donativo, consistente en ocho cuadros de pintores italianos y extranjeros que figuraron en la exposición recientemente celebrada en Venecia. El ejemplo del príncipe ha tenido ya imitadores, pues la asociación *Riunione Adriatica Sicurtà* adquirió en la propia exposición un bellísimo lienzo y el presidente del municipio veneciano otros dos, todos con el mismo objeto.

MUNICH. - Se ha inaugurado en la capital de Baviera la Exposición Internacional, en la que por vez primera, después de algunos años, aparecen nuevamente unidos los artistas de la antigua Asociación y los secesionistas.

URBINO. — Con motivo de la inauguración del monumento dedicado á Rafael, se celebrará durante los meses de agosto y septiembre en Urbino una exposición internacional de copias antiguas y modernas de las obras del inmortal maestro, en la cual, además de cuadros al óleo, pasteles, grabados, fotografías, etc., serán admitidas toda clase de publicaciones que á Rafael hagan referencia. Se concederán medallas y diplomas de honor á las obras más notables.

LONDRES. — Las hermanas de lord Leighton han regalado á la nación inglesa la casa de éste con todos los tesoros artísticos que encierra.

AMSTERDAM. Se ha constituído en Amsterdam un comité de artistas que se propone publicar una edición única de la Biblia, confiando su ilustración á los artistas más famosos de todo el mundo.

PARÍS. — Para el monumento que se proyecta erigir á la memoria del ilustre Pasteur se han recogido hasta ahora 297.000 francos: la ejecución del monumento se confiará probablemente al famoso escultor Falguière.

HANNÓVER. — Un aficionado á las bellas artes ha regalado á la ciudad de Hannóver 180.000 marcos (225.000 pesetas) para que se construya en una de las principales plazas de aquella capital una fuente monumental, pero con la condición de que el municipio ha de contribuir con igual cantidad á la construcción de esta obra.

Teatros.—Los periódicos de Buenos Aires últimamente llegados dan cuenta del éxito inmenso que en el teatro Odeón de la capital argentina ha conseguido la compañía de la señora Guerrero y del Sr. Díaz de Mendoza. Entre las obras que han sido acogidas con verdadero entusiasmo citaremos especialmente *El desdén con el desdén*, *El vergonzoso en Palacio* y *La niña boba*, del teatro antiguo, y *Lo positivo*, *La Dolores* y *Mancha que limpia*, del teatro moderno. Los referidos periódicos dedican los más calurosos elogios á la actriz y al actor citados, y de sus encomiásticos artículos se desprende que las representaciones de la señora Guerrero y del Sr. Díaz de Mendoza han sido uno de los éxitos teatrales más grandes que ha presenciado la capital de la República Argentina, éxito que supera á todo cuanto podían esperar los más optimistas.

— En el teatro Alemán, de Munich, se ha estrenado con gran éxito el drama de Zolá *Teresa Raquin*, muy bien traducido al alemán por Savits.

— En el teatro de la Corte, de Stuttgart, se ha dado con muy buen éxito una serie de representaciones de las principales obras de Ibsen.

— En el teatro de la Residencia, de Munich, se ha cantado con gran aplauso la ópera cómica de Auber *La part du diable*.

— En el teatro de San Carlos, de Nápoles, se ha estrenado con muy buen éxito la ópera *Maruzza*, del maestro Floridia.

— La viuda de Wagner ha rechazado la proposición que le ha hecho un director de teatros de Nueva York para que le permitiera representar la ópera *Parsifal* en las principales ciudades de América mediante el pago, por su parte, de la suma de 1.250.000 francos.

Madrid. — Se han estrenado con muy buen éxito: en el teatro de Apolo *Agua, azucarillos y aguardiente*, graciosísima zarzuela ó pasillo cómico-lírico, como lo titula su autor, en un acto y dos cuadros, letra del Sr. Ramos Carrión, con preciosa música del maestro Chueca, y *Aquí va á haber algo gordo ó la casa de los escándalos*, divertido sainete en un acto y dos cuadros, letra de D. Ricardo de la Vega con música muy bonita del maestro D. Jerónimo Jiménez.

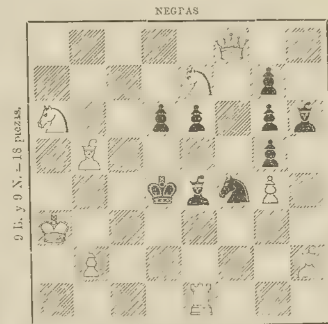
Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Las damas negras*, entretenida comedia en tres actos, escrita sobre un pensamiento francés por los Sres. Revenga y Briones; y en el Lírico *Los corazones de oro*, interesante comedia en dos actos de D. Luis Mariano de Larra. En el teatro Lírico se han celebrado los beneficios de las Sras. Valverde y Rodríguez y de los Sres. Ruiz de Arana y Rubio con variadas funciones que han valido grandes aplausos á los beneficiados.

Necrología.—Han fallecido:
Hans Baur, notable escultor alemán.
Ney Elías, conocido explorador inglés.
Carlos Herpfer, reputado pintor de género muniquense.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 76, POR PEDRO RIERA

NEGRAS



9 B. y 9 N. = 18 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 75, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D 4 A D	1. Cualquiera.
2. C, D ó T mate.	

NOTICIA. — El concurso de problemas abierto por la Revista de ajedrez *Ruy López*, de que hablamos en uno de nuestros anteriores números, ha tenido un éxito muy satisfactorio. Según vemos en el número de junio de la citada Revista, se han presentado 73 composiciones, algunas de ellas verdaderas obras maestras, á juzgar por las publicadas en el *Ruy López*.

Esperamos el fallo que darán los ilustrados ajedrecistas don Juan Carbó y Batlle y D. José Tolosa y Carreras, jueces del concurso, para publicar los problemas que hayan merecido los honores del premio, interrumpiendo así provisionalmente la serie de obras de los compositores españoles que continuamos en esta sección y que son las que se han dado á luz después de lo colección que apareció al final del *Traité analytique du problème d'échecs* del Dr. Tolosa y Carreras.



JUBILEO DE LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA. - Panorama de la procesión al dirigirse á la catedral de San Pablo, dibujo del natural de René Bull

LAS FIESTAS DEL JUBILEO DE LA REINA VICTORIA EN LONDRES

Las fiestas que con motivo del jubileo de diamante de la reina de Inglaterra se han celebrado en Londres han superado en grandiosidad y en magnificencia á cuanto podían imaginar los que más esperasen de ellas.

Comenzaron oficialmente el día 20 con acciones de gracias en San Pablo, en la abadía de Westminster y en Santa Margarita, iglesia de la Cámara de los Comunes: á San Pablo concurrieron el príncipe de Gales, los duques de York, todos los miembros de la familia real actualmente en Londres, los embajadores extraordinarios y ordinarios de las potencias y los primeros ministros de las colonias; los individuos de la Cámara alta presididos por el lord canciller y los de la Cámara baja por el *speaker* asistieron respectivamente á los oficios de la abadía de Westminster y de Santa Margarita.

El día 21 por la mañana llegó la reina á Londres, recibiendo por la tarde á los embajadores extraordinarios y por la noche á los primeros ministros de las colonias.

El día 22 se verificó la gran procesión, que con la revista naval han sido los verdaderos *clous* de las fiestas del jubileo. Desde las primeras horas de la madrugada, y aun pudiera decirse desde la noche anterior, una muchedumbre inmensa, que se calcula no bajaría de dos millones de personas, llenaba las calles del largo trayecto que debía recorrer la regia comitiva y que estaban ricamente adornadas: una doble fila de soldados y de *policemen* contenía á aquella multitud. Las ventanas y los balcones de las casas del tránsito y las tribunas que en distintos puntos se habían levantado y que podían contener hasta cuatrocientos mil espectadores rebosaban de gente que ansiosa esperaba el paso de la procesión.

A las once y quince minutos un repique general de campanas de todos los templos de Londres y las salvas de artillería anunciaron que se había puesto en marcha la comitiva: ésta salió del palacio de Buckingham por el orden siguiente: un piquete de coraceros, un destacamento de marina, las bandas de los guardias de corps y de los dragones de la guardia, la artillería montada, los dragones escoceses, los húsares, los lanceros, los ayudantes de campo de S. M., el lord teniente del condado de Londres, duque de Westminster á caballo, los consejeros municipales en coche, los sherifs de Londres á caballo, la diputación del primer regimiento de dragones de la guardia prusiana, del que es coronel honorario la reina Victoria, una diputación de los oficiales de los ejércitos coloniales con sus vistosos uniformes, coches con los altos dignatarios de la corte y las princesas reales con sus correspondientes escoltas. Seguía luego la escolta de honor formada por los príncipes extranjeros é ingleses, entre los cuales figuraban el príncipe heredero de Siam y el de Montenegro, los grandes duques Cirilo y Sergio de Rusia, los príncipes herederos de Dinamarca y el duque de Oporto, y después de una sección de tropas indias el carruaje de la reina. Ocupaba ésta un magnífico landeau tirado por los ocho famosos caballos hannoverianos color de crema, montados por postillones vestidos con chaqueta azul galoneada de oro y con mangas encarnadas y gorra de terciopelo negro. Ocho palafreneros con librea encarnada llevaban del diestro á los caballos, los cuales iban enjaezados con arneses encarnados y azules con adornos de oro.

La reina Victoria, en cuyo semblante se pintaban la emoción y la alegría que aquella apoteosis le causaba, ocupaba el testero del coche, teniendo enfrente á las princesas de Gales y de Cristián.

Seguían al coche regio el estandarte real, militares irlandeses á caballo, un escuadrón de los reales guardias, la caballería canadiense, el primer ministro del Canadá en coche, los tiradores y lanceros de Nueva Gales del Sur, los tiradores de Victoria, los de Queensland, los del Cabo, los lanceros del Sur de Australia, la caballería de Natal, los tiradores de Trinidad, los de Chipre, los voluntarios, la milicia y la artillería de Malta, la milicia del Canadá, el 48.° regimiento de highlanders del Canadá, los voluntarios escoceses, precedidos de sus escuadras de gaiteros y tambores, la artillería de voluntarios de la Australia Oriental, un destacamento de artillería de la isla Trinidad, la infantería de la Australia Oriental, la de Trinidad, agentes de policía de Borneo y Trinidad, los tiradores voluntarios de Irlanda, la artillería de Jamaica y Sierra Leona, los soldados de la Costa de Oro, la policía británica de Guinea, tropas de Ceylán y últimamente las tropas de Hongkong, con sus trajes chinos, mandadas por oficiales europeos.

A la entrada de la City la reina fué recibida por el lord corregidor de Londres, que se incorporó á la comitiva colocándose delante del coche real y al frente de un piquete de coraceros.

Al llegar S. M. á la catedral de San Pablo, en donde la esperaban los arzobispos de Cantorbery y de York y los demás altos dignatarios de la iglesia anglicana, un coro compuesto de 550 voces entonó un *Te Deum* y después el himno nacional, que repitió el público en masa, produciendo un conjunto majestuoso é indescriptible.

Después la comitiva prosiguió su curso, regresando al palacio de Buckingham en donde entró la reina á la una y cuarenta y cinco minutos.

Cuantos han presenciado esta fiesta dicen unánimemente que es imposible describir el entusiasmo que se apoderó de la multitud al contemplar á su soberana, ni formarse idea, sin haberlo visto, del espectáculo de aquellos cientos de miles de espectadores que agitaban sombreros y pañuelos y prorrumpían en frenéticos hurras, mientras los músicos entonaban el *God save the Queen* y las salvas de artillería atronaban el espacio. El aspecto que ofrecía la comitiva resultó verdaderamente deslumbrador.

El día 23 verificóse en el palacio de Buckingham la recepción de los miembros del Parlamento, portadores de un mensaje de felicitación á la reina, la cual pasó revista á 10.000 niños, en su inmensa mayoría de la clase obrera, repartiéndoles dulces, juguetes y medallas conmemorativas, mientras aquel numeroso coro infantil, acompañado de varias músicas y de todo el público que presenciaba el acto, cantaba el himno nacional. A las seis de la tarde la soberana regresó á Windsor, su habitual residencia, siendo allí recibida con delirante entusiasmo y saludada al entrar en palacio por el *God save the Queen*, cantado por un coro de 2.000 niños de las escuelas públicas.

En la noche del propio día celebróse la función de gala en el teatro de Covent Garden, que ofrecía un aspecto mágico: la sala, profusamente iluminada, estaba materialmente llena de flores que cubrían los palcos, las galerías, las columnas, las paredes desde el suelo hasta el techo. Los seis palcos del centro habían sido convertidos en uno solo que ocupaban los príncipes de Gales, los individuos de la familia real, los príncipes extranjeros y los embajadores extraordinarios. El resto de la concurrencia componíase del cuerpo diplomático acreditado en Londres, de los altos dignatarios y de la *élite* de la sociedad londinense. El programa lo constituían el himno nacional, el segundo acto de *Tanhauser*, el cuarto acto de *Romeo y Julieta* y el cuarto de *Los Hugonotes*. Un corresponsal de uno de los más leídos periódicos parisienses resume aquella fiesta diciendo que en opinión general no se ha contemplado nunca un golpe de vista tan deslumbrador, ni una sala de espectáculos tan brillante, ni una representación tan perfecta.

El día 24 la reina recibió en su palacio de Windsor á los almirantes extranjeros que habían de asistir á la revista naval del 26. El mismo día sirvióse en Londres la comida á los 300.000 pobres, organizada por la princesa de Gales y para la cual un solo particular, Mr. Lipton, hizo un donativo de 25.000 libras esterlinas (625.000 pesetas).

El día 25 el lord corregidor de Londres dió un gran *lunch*, al que asistieron los príncipes de Gales, los duques de York, los duques de Sajonia-Coburgo-Gotha, los príncipes de Nápoles, el príncipe Enrique de Prusia y su esposa, el gran duque y la gran duquesa Sergio de Rusia, el príncipe y la princesa Carlos de Dinamarca, los grandes duques de Hesse, el duque de Cambridge, los príncipes de Siam, de Bulgaria, de Hannóver, de Baviera y de Persia, los embajadores extraordinarios, el cuerpo diplomático, los ministros, los altos dignatarios del Parlamento y de la Corte, etc.

El día 26 celebróse en la rada de Spithead la revista naval, que ha sido sin duda el más grandioso de los espectáculos presenciados durante las fiestas del jubileo y también el más grande que en su género se ha verificado en el mundo. Tomaron parte en la revista 145 buques de guerra ingleses á saber: 21 acorazados, 11 cruceros de primera clase, 27 de segunda, 5 de tercera, 20 contratorpederos, 5 cañoneros, 30 destroyers, 18 buques escuelas y 8 buques de puerto. El desplazamiento de estos buques excede de medio millón de toneladas, sus tripulaciones se componen de 40.000 tripulantes y el número de sus cañones pasa de 2.000. Esta escuadra estaba formada en cinco líneas de combate paralelas distantes entre sí 400 metros, compuestas las dos primeras por los acorazados y los grandes cruceros, la tercera por los pequeños cruceros, la cuarta por los avisos y contratorpederos y la quinta por los torpederos. La distancia de buque á buque era de 400 metros y el frente de cada línea tenía una longitud de unos diez kilómetros. El mando superior de esta inmensa flota estaba confiado al almirante Sir Nowell Salmon, un veterano de la marina inglesa que hace poco ha celebrado el quincuagésimo aniversario de su ingreso en la armada.

Paralelamente á las líneas inglesas estaban formados los buques de guerra extranjeros, colocados por el orden siguiente: Austria, Alemania, España, Italia, Rusia, Francia, Estados Unidos, Países Bajos, Portugal, Noruega, Suecia, Dinamarca, Japón y Siam.

El número de embarcaciones de todas clases desde el gran transatlántico hasta el modesto lanchón, que se reunieron en aquella rada para presenciar la revista, es imposible de precisar, habiéndose visto obligado el Almirantazgo á dictar severas disposiciones á fin de evitar toda confusión y todo accidente desgraciado.

A las dos en punto el yate real *Victoria-and-Albert* salió de Portsmouth: una salva de artillería anunció su llegada á la rada é inmediatamente las tripulaciones de todos los buques subieron á las vergas para tributar los honores debidos al príncipe de Gales, quien vestido de almirante, rodeado de los príncipes y representantes extranjeros, pasó revista á la escuadra entre los hurras de los marineros, las salvas de artillería y las aclamaciones del inmenso gentío que asistía al espectáculo. Detrás del *Victoria-and-Albert* iban el yate *Alberta* con las princesas reales y su servidumbre, el *Enchantress* con los lores del Almirantazgo, el *Danubio* con los individuos de la Cámara de los Pares, el *Campania* con los de la Cámara de los Comunes y el *Eldorado* con el personal de las embajadas.

Por la noche hubo gran iluminación en todos los buques, que estaban materialmente cuajados de luces eléctricas, y el príncipe de Gales revistó nuevamente la escuadra, habiendo sido al final de la revista saludado con salvas de veintiún cañonazos que disparó cada barco.

Con esto terminaron las principales fiestas del jubileo, á pesar de lo cual durarán hasta el día 10 de este mes los festejos de menos importancia, tales como la revista militar de Aldershot, las visitas á las escuelas y hospitales, los banquetes, las recepciones, los conciertos, los bailes, las funciones de gala, etc.

Para que nuestros lectores puedan formarse idea del número de forasteros que durante los días de las fiestas se han reunido en Londres, diremos que el día de la procesión las compañías de ferrocarriles organizaron un servicio como no se ha visto nunca en ninguna nación del mundo, puesto que durante veinticuatro horas sucediéronse los trenes sin interrupción con intervalos de unos pocos minutos. Los hoteles estaban repletos de huéspedes, á pesar del aumento excesivo de precios, aumento que han tenido también las tarifas de los ómnibus, de los coches de punto, cafés y restaurants y, en una palabra, todo lo que se alquila y se vende.

El precio de los asientos en las tribunas levantadas en todo el trayecto que recorrió la procesión del día 22, fué de dos guineas (52'50 pesetas) los peores y hasta de 25 guineas (656'25 pesetas) los más favorecidos. Esto sin contar con los precios exorbitantes que se pagaron por el alquiler de las ventanas y los balcones.

Imposible sería contar el número de retratos de la reina que con motivo del jubileo se han publicado en periódicos y revistas y sueltos, y en los escaparates de las tiendas todos los objetos en ellos expuestos se referían á suceso tan fausto para los ingleses, y en todos ellos se veía la efigie de la reina Victoria.

Para terminar, enumeraremos los representantes de las grandes potencias, enviados extraordinarios para asistir á las fiestas, de algunos de los cuales publicamos los retratos en la siguiente página: el príncipe Enrique de Prusia (Alemania), el archiduque Francisco Fernando (Austria), el príncipe Ruperto (Baviera), el príncipe de Ligne (Bélgica), el príncipe Fernando (Bulgaria), Min Yong Hoan (Corea), Chang Yen Huan (China), el príncipe Valdemaro (Dinamarca), el príncipe Mohamed-Alí-Khan (Egipto), el duque de Sotomayor (España), Mr. Witelaw Reid (Estados Unidos), el general Davout d' Auerstadt (Francia), M. Rhangabe (Grecia), el gran duque de Hesse, los príncipes de Hesse (Hohenlohe Langenburgo), el conde van Lynden (Holanda), los príncipes de Nápoles (Italia), el príncipe Arisugawa (Japón), el gran duque heredero de Luxemburgo, el príncipe Danilo (Montenegro), el príncipe Amir Khan (Persia), el duque de Oporto (Portugal), el príncipe Fernando (Rumanía), el gran duque Sergio y el príncipe Cirilo (Rusia), el príncipe Federico Augusto (Sajonia), el duque de Sajonia Coburgo, el príncipe Hermann (Sajonia Weimar), el príncipe heredero de Siam, el príncipe Eugenio (Suecia y Noruega), Munir-Bajá (Turquía) y el duque Alberto (Wurtenberg). - X.


La gran duquesa de Hesse


El gran duque de Hesse


La princesa Enrique de Prusia


El príncipe Enrique de Prusia


El príncipe de Nápoles


La princesa de Nápoles


El gran duque Sergio de Rusia


La gran duquesa Isabel Feodorowna


El gran duque heredero
de Luxemburgo


El archiduque José de Austria


El príncipe heredero de Sajonia


El duque Alberto de Wurtenberg


El duque de Sotomayor,
representante del rey de España

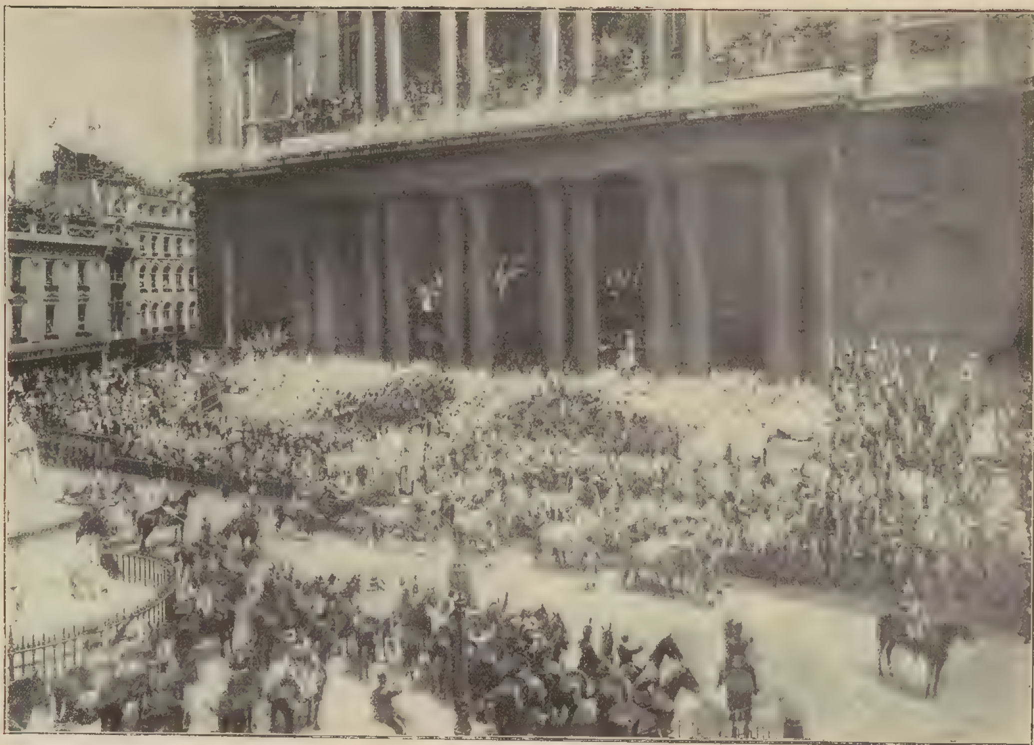

El conde van Lynden,
representante
de la reina de los Países Bajos


El príncipe Roberto de Baviera


El príncipe Arisugawa,
representante
del emperador del Japón

EL JUBILEO DE LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA

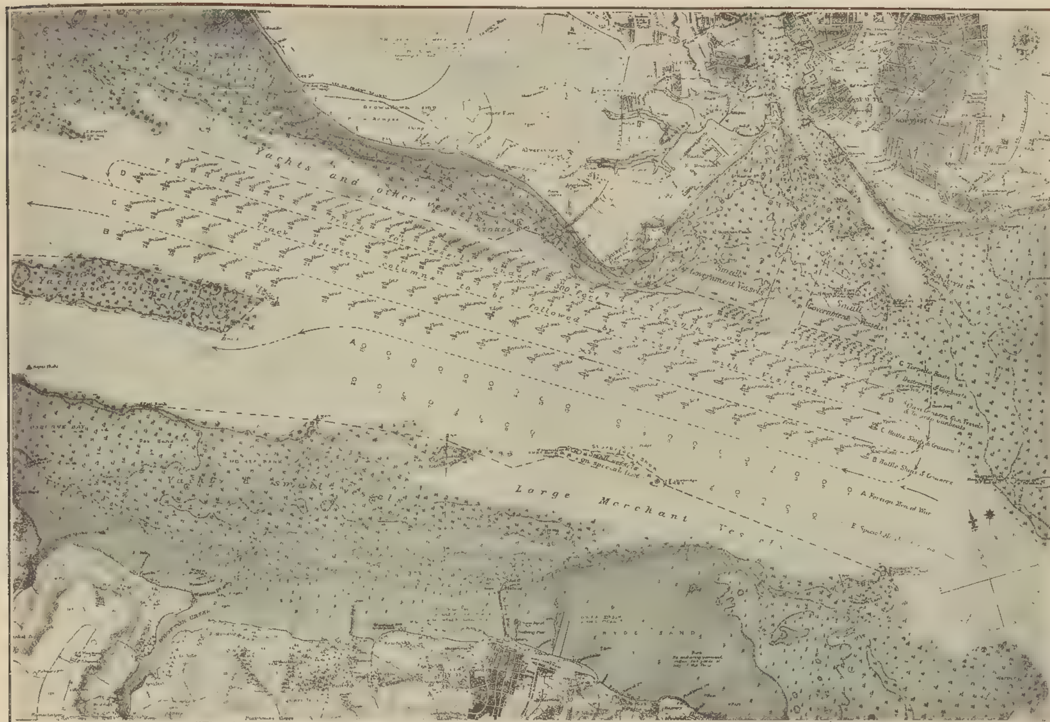
representantes extraordinarios de las potencias (de fotografías)



JUBILEO DE LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA. – La reina delante de la catedral de San Pablo
(de fotografía de la London Stereoscopic Company)



JUBILEO DE LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA. – La reina delante de la Cámara de los Comunes (de fotografía)



JUBILEO DE LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA. – SITUACIÓN DE LA ESCUADRA INGLESA Y DE LOS BUQUES DE GUERRA EXTRANJEROS Y MERCANTES EN LA GRAN REVISTA NAVAL, reproducción autorizada del plano trazado por el Almirantazgo inglés

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

por autores ó editores

El tesoro de Gastón, por *Emilia Pardo Bazán.* – Forma esta novela el volumen 6.º de la *Colección Elzevir ilustrada* que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Juan Gili, y con sólo el nombre de la autora, la escritora ilustre que con tantas y tan preciosas joyas ha enriquecido el tesoro de la literatura nacional, queda hecho el mejor elogio de esta obra interesante, hondamente sentida y admirablemente escrita. El tomo, elegantemente impreso, lleva varias ilustraciones de José Passos y se vende á dos pesetas.

Consultor Avícola. – El número 4 de esta interesante revista, órgano de la Granja Avícola de San Luis (Sarriá), contiene notables trabajos y bonitas ilustraciones relacionados con la cría de aves de corral y con la agricultura.

El aguinaldo, por *Juan B. Pont.* – Poema muy sentido y muy bien escrito, en el que su autor, el conocido poeta valenciano Sr. Pont, desarrolla un bonito pensamiento revistiéndolo con bellísima forma. Se vende á 50 céntimos de peseta.

La literatura y la mujer, por *Augusto Jerez Perchet.* – Sobre este tema versó la notable conferencia que el distinguido periodista malagueño Sr. Jerez Perchet leyó en el Centro Pedagógico gratuito de Málaga en 17 de enero de este año. En ella hace gala el autor de sus conocimientos literarios y expone excelentes doctrinas en materia de literatura.

Ensayos poéticos, por *Manuel Navarrete Tejera.* – El joven poeta costarricense Sr. Navarrete y Tejera ha reunido en este libro algunas de sus composiciones, en las cuales ha demostrado que sabe sentir la poesía y que fácilmente encuentra las formas propias para exteriorizar su inspiración. *Ensayos poéticos* ha sido impreso en San José de Costa Rica por D. Antonio Font, y se vende á un peso.

Panorama Nacional. – Se ha publicado el cuaderno 25 de esta importante colección que edita con tanto éxito en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles: contiene preciosas vistas de Madrid, Gran Canaria, Tenerife, León, Ferrol, Montjuich, Lorca, San Juan de Puerto Rico, Segovia, Lequeitio, Bilbao, Mindanao, Pontevedra y Alicante. Se vende, como todos los anteriores, á 70 céntimos de peseta.

La Unión del Magisterio. – Los últimos números de este periódico quincenal que se publica en Monterrey (México) contienen interesantes trabajos de José G. García, Pablo Livas, Mariano de la Garza, José Gómez Valdés, María Luisa Treviño, Emilio Rodríguez, Abel J. Ayala y Jerónimo Gorena.

La Huelga, por *J. Díaz Macías.* – Nobilísima es la tarea que se ha impuesto el distinguido poeta de Badajoz Sr. Díaz Macías de buscar la solución del problema social en el espíritu cristiano y en las leyes del amor y de la justicia, únicos medios de resolver cuestión tan grave y amenazadora. Hace poco nos ocupamos con el elogio que se merecía de *Fabianelo*, del mismo autor, y las alabanzas que entonces le dedicamos podemos reproducirlas á propósito de *La Huelga*, poema social de hermosas tendencias, escrito en fáciles y armoniosos versos. *La Huelga* ha sido impreso en la tipografía El Progreso, de Badajoz.

Fifina, por *J. Ortega Munilla.* – Forma parte este libro de la *Colección Diamante* que publica el editor barcelonés D. A. López, y contiene una colección de interesantes narraciones del reputado escritor Sr. Ortega Munilla. Véndese á dos reales.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

AÑO XVI — BARCELONA 12 DE JULIO DE 1897 — NÚM. 811

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUPERSTICIONES POPULARES



LA CONSULTA DE LOS APÓSTOLES DEL AGUA EN MADRID, dibujo de N. Méndez Bringa

(Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

He prometido en mi pasada crónica responder á una carta de índole literaria que me escriben desde esa Barcelona tan intelectual, en que tanto se lee y se digiere tan bien lo leído; y lo hago con gusto, como siempre que se dirigen á mí personas que demuestran interesarse en estas cuestiones, halagando así la pacífica manía de los que las tenemos por importantísimas y nos pasamos la vida curioseándolas.

Trátase en la carta á que me refiero, y que viene firmada por el Sr. Ignacio Genover, del ya asendereado epigrama que Ventura de la Vega disparó contra D. Manuel Bretón de los Herreros en ocasión de no querer éste prestarle unos duros con que pensaba solucionar, como ahora dicen, no sé qué conflictos económicos. Recordarán mis consecuentes lectores que desde América me escribía el Sr. Venegas para advertirme que ese epigrama no era de Vega, sino traducción literal del poeta francés La Martiniére (un vate algo menor que Lamartine). Publiqué muy gustosa esta advertencia sin extrañar el hecho denunciado, que es frecuentísimo en las letras españolas; las cuales, desde fines del para nosotros venturoso siglo XVII, último de nuestro esplendor y poderío, han dejado de dominar é influir, y son poderosamente influídas y dominadas. Mas para consuelo del amor propio nacional, el Sr. Genover me recuerda que á su vez La Martiniére tomó este epigrama de un poeta de la Antología griega. Lo admito sin vacilar, y no acoto la cita, según las indicaciones del Sr. Genover, porque tengo ese libro y otros muchísimos en cajones clavados, esperando la hora en que á mi reducida estantería de la Granja de Meirás suceda una desahogada biblioteca en el Pazo, que está construyéndose. ¡Ah! Los que conocen la vida contemporánea saben bien qué problema representan en ella los libros. Nada requiere tan buena y cómoda colocación, tan á mano, tan fácil y ordenada, si se ha de beneficiar la lectura; porque tener los libros amontonados y revueltos equivale á no tenerlos; y nada ocupa más espacio, un espacio casi incompatible con la estrechez y penuria de las viviendas – aun las que pasan por buenas en las grandes capitales. – En Madrid vierais las casas de todos los estudiosos que no poseen una quinta ó un caserón de provincia donde almacenar y acomodar libros; vierais, digo, esas casas recargadas por todas partes de estantes y tableros, aprovechando pasillos, antesalas, los menores rincones y dependencias donde es posible colgar una tabla abrumada de papel impreso. Las moradas de D. Juan Valera, D. Juan Facundo Riaño, Emilio Castelar y otros «amigos de la letra de imprenta,» me recuerdan siempre el caso de aquel estrafalario, Tomás Quincey, que alquilaba una casa é iba metiendo y apilando en ella libros y más libros, folletos y más folletos, papeles y más papeles, hasta que ya sólo quedaban para el tránsito por entre los rimeros de papelería unos senderitos angostos, por los cuales no cabía una persona corpulenta, y había que escurrirse y deslizarse como un reptil y de costado. Así que estos mismos senderos se rellenaban también, Quincey se declaraba *snowed up (nevado*, sepultado bajo la nieve del papel), y bonitamente echaba la llave á la casa y alquilaba otra, también para rellenarla y abandonarla así que la viese hasta los topes. Siéndome imposible emplear el costoso sistema de Quincey, y teniendo bien puesto el vicio de los libros; viendo crecer de un modo terrorífico mi fondo de biblioteca y soñando con alojarla de un modo conveniente algún día, por hoy la guardo en gran parte prisionera en jaulas, que es lo propio que si no la poseyese. Por tan plausible razón no consulto la edición de la *Biblioteca Universal* á que se refiere el Sr. Genover; y repito que creo, á estilo del boticario, «como si lo viera,» que el consabido epigrama se remonta á Grecia, y que allí lo cazó La Martiniére. Porque es caso muy general que al investigar el origen de las obras literarias se les encuentre numerosa ascendencia y descendencia no menos abundante; como sucede á este epigrama de la culebra, serpiente ó víbora que reventó con el veneno absorbido al picar al literato. El Sr. Genover saca á luz, además del ascendiente, el descendiente del epigrama; y es otro epigrama de Voltaire contra Fréron, que habré leído lo menos dos ó tres veces, porque otras tantas he recorrido de cabo á rabo al «patriarca de Ferrey,» el cual, como escritor, cada día me encanta más por la viril sencillez y tersura de su prosa – al paso que me cansan el lirismo y la afeminación de Rousseau. – No estaba, sin embargo, presente á mi memoria el epigrama, que casi palabra por palabra tradujo Ventura de la Vega aplicándolo al autor de *Marcela:*

> L' autre jour, au fond d' un vallon,
> un serpent mordit Jean Fréron:
> ¿que pensez vous qu' il arriva?
> Ce fut le serpent qui creva.

* * *

Es bien cierto el dicho de Brunetiere; que el autor más original, aunque haya escrito cien volúmenes, sólo tiene uno ó parte de él que le pertenezca, que sea suyo y nada más que suyo. Casi siempre que apuramos una genealogía literaria comprobamos esta verdad. Hace algunos años publiqué en *El Liberal* un cuento, y á pesar de haber advertido que estaba tomado de una colección de cuentos chinos, hubo quien advirtió que era de Voltaire. Insistí en que ni era de Voltaire ni mío más que por la respectiva redacción, y que el asunto se encontraba originariamente en los susodichos cuentos chinescos, recogidos por los misioneros y los padres jesuítas; y como estos escarceos son divertidos, anuncié que iba á publicar otro cuento y ofrecí un insignificante premio al que dijese de qué autor *español* había tomado su asunto. Salió el cuento, titulado *La hierba milagrosa*, y llovieron sobre mi escritorio cartas citando los varios autores, extranjeros y españoles, donde existen redacciones más ó menos variadas de su argumento. Nadie acertó, sin embargo, con el autor español donde yo lo había encontrado, en un parrafillo: este autor era Luis Vives, en su *Institución de la mujer cristiana.* Pero de la disquisición saqué en limpio que apenas existe cuento sentencioso, moral ó fantástico que no se halle en veinte ó treinta autores, los cuales se lo pasan de mano en mano como el cucurucho de papel, y no tienen más cuidado que transmitirlo encendido, es decir, en bello estilo y con redacción y sentimiento personal. Y es digno de notarse que muchos cuentos vulgares, al través de los anillos de esa cadena, llegan á ser joyas – como sucedió á la regocijada historieta del *Corregidor y la Molinera*, que tan castizo y artístico sello adquirió pasando á la pluma de Alarcón desde el inagotable fondo del *folklore* ó sabiduría popular.

* * *

El pueblo es la cantera donde yace en bloque, en compacto y denso bloque, no sólo la materia literaria y estética, sino los sentimientos y las pasiones. Ved ese episodio de Madrid, ese doble suicidio, repetido casi en las mismas circunstancias con tres años de intervalo. Al lado de esta trágica escena, ¡qué mezquinas parecen nuestras preocupaciones literarias, qué pigmeas las luchas políticas, qué bajas las aspiraciones positivistas de los que quieren abrazar los bienes terrenales, como si hubiesen de poseerlos por una eternidad!

Esos enamorados de Madrid, en quien alguien ha querido ver la prueba de la supervivencia del romanticismo, son la prueba de su cursi anemia. Cambian los ideales artísticos, pero no cambian los puramente humanos; y esa pareja que Dante hizo girar en la *bufera* de su Infierno, arrastrada y prolongando por los siglos de los siglos su abrazo desesperado y estéril, aparece á cada vuelta de la rueda del tiempo, como para decirnos que hay algo que no varía á merced de las distintas civilizaciones y los diversísimos estados de la colectividad. He oído calificar de muy distinta manera el suicidio del Romeo y la Julieta madrileños; y claro es que las calificaciones dependen del punto de vista en que se coloca el censor. La Iglesia nos enseña que el suicidio es un pecado mortal; la ciencia lo considera consecuencia de un estado patológico; la filosofía entiende que lo determina una perturbación de la razón; el egoísta, metido en su concha de tortuga, se encoge de hombros ó se ríe de que haya quien deje esta vida por su gusto; el moralista truena contra esa violenta substracción al deber social; y todos tienen razón desde su cátedra ó desde su ventanillo; pero el artista, desde su nube, desde el mirador del alcázar de sus sueños, la tiene también cuando exclama: «¡Hermosa tragedia!,» y, pensativo, afila el lápiz ó enristra la pluma...

Ni combinada por un dramaturgo insigne sería la tragedia más completa, sentida y rica en detalles que le prestan interés. Escenas, pocas: una de amoroso idilio, otra de muerte. ¡Pero con qué exactitud y rigor se cumplió el programa trazado de antemano por los novios! ¡Qué lejos estuvieron de vacilar, de temer, de hacer alharacas y remilgos; qué entereza, qué decisión estoica en esa niña de diez y seis años y ese mozo de veinte! ¡Con cuánta serenidad se ataron y enlazaron para que no los desuniesen y separasen ni las convulsiones de la agonía! ¡Con qué sonriente y tierna aquiescencia presentó ella la sien al cañón de la pistola, como presentaría la mejilla al beso! ¡Con qué energía é instantaneidad envió él la muerte ofrecida y se dió la propia, deseoso de llegar á la inexplorada costa al mismo tiempo que su amante; de no hacerse esperar ni un segundo en las tristes playas de la muerte!

Hay una novela de Pablo Bourget, *El discípulo*, donde se estudia un caso de la enfermedad moral dominante en estos últimos años del siglo, que es una especie de parálisis de la voluntad. El héroe de la novela, pervertido por las doctrinas del filósofo Adriano Sixto, mortificado en su orgullo y en su amor propio por su inferioridad social, se propone seducir á una señorita de noble familia, y lo consigue, con la promesa de que morirán juntos bebiendo un veneno. Pero llegado el momento de expiar con tan terrible castigo el extravío amoroso, el joven discípulo del determinista Sixto no encuentra en su alma fuerzas para el sacrificio, y entonces la señorita, indignada y despreciándole, se da la muerte ella sola. La idea de Bourget – que la civilización, el refinamiento y el abuso del análisis quitan el vigor de la acción y matan el heroísmo natural – parecería demostrada por el doble suicidio de Madrid, si no recordásemos que casos parecidos han tenido por actores á príncipes reales, herederos de una doble corona.

El caso de Madrid, de todos modos, merece un lugar especial en la estadística de estos sucesos, más frecuentes de lo que se cree. La edad de la Julieta, diez y seis años, una edad de adolescente que es una sonrisa; la del Romeo, veinte, un poema de juventud y de esperanzas; las cartas que proclamaban á la vez su felicidad, su gozo en la tumba, su espiritualismo en el ruego de ser enterrados juntos, y por último, el típico motín de cigarreras, gracias al cual pudo realizarse este deseo, y los huesos de los dos amantes se ven reunidos en la misma sepultura, apoteosis final digna del pueblo de D. Juan Tenorio, donde hay un Dios de clemencia y una teología y una casuística propias de tan soñadora religión..., todo esto compone un suceso real demasiado bonito, inverosímil, como lo parecen á primera vista ciertos dramas de la verdad. La verdad no sufre competencias cuando se resuelve á hacer arte; la verdad es el poeta más inspirado, el dramaturgo más fecundo en peripecias, el historiador más rico de doctrina, el novelista más interesante y que menos «se cae de las manos,» y por eso yo disculpo á los aficionados á saber vidas ajenas; porque cada vida, ajena ó propia, puede contener un mundo de enseñanza y de hermosura, y la curiosidad tiene la llave de ese misterioso mundo.

Los periódicos, con motivo del doble suicidio y del entierro de los amantes, han elogiado á las cigarreras. A mí no me sorprende nada bueno ni heroico de cuanto hagan estas mujeres generosísimas, á quienes tuve ocasión de ver muy de cerca durante más de un mes en la Fábrica de Tabacos de mi pueblo. Son el desinterés en persona. ¡Pobres jornaleras, que podrían amotinarse por mil motivos egoístas, por más salario, por consignas, por la incomodidad é insalubridad de los talleres..., y sólo se alborotan y encrespan por una poesía, por una estrofa – por reunir en el sepulcro á Julieta y Romeo!

EMILIA PARDO BAZÁN



D. JOSÉ ECHEGARAY

– Contadnos, mi querido conde, decía una noche Napoleón I, que se hallaba rodeado de los personajes que formaban de ordinario su tertulia, contadnos lo que dicen por ahí de mí.

Aquel á quien se dirigía el soberano era el conde Luis de Narbonne, que pasaba, no sin razón, por ser uno de los hombres más ingeniosos de su época y que regresaba á París después de haber desempeñado una misión diplomática que el czar le había confiado.

– Señor, contestó el cortesano inclinándose respetuosamente, hay quien dice que V. M. es un dios.

– ¡Un dios!.. Eso es demasiado, contestó el emperador, lanzando una alegre carcajada... ¿Pero son todos de esa opinión?, añadió después de haber recobrado su seriedad.

– No ocultaré á V. M., repuso M. de Narbonne inclinándose más respetuosamente que la vez primera, que hay quien asegura que el emperador de los franceses es un diablo.

Napoleón frunció su olímpico entrecejo al escuchar esta palabra.

– Pero no hay nadie que se atreva á decir que V. M. es un hombre, añadió vivamente el listo cortesano temiendo haber desagradado á su señor.

El Sr. de Napoleón desapareció, y dirigiéndose cariñosamente á su favorito, se apoyó en su brazo y le llevó á un ángulo de la cámara para interrogarle allí seriamente acerca de la misión que le había confiado.

Lo que el conde Luis de Narbonne decía de Napoleón, puede decirse de D. José Echegaray, sin incurrir en adulación cortesana. Créenle sus entusiastas partidarios el dios reparador del teatro moderno. Le tildan los adversarios del género que cultiva con predilección, como un fantástico enemigo de la verdad; pero no hay nadie que ose decir que es sólo un escritor distinguido, y todos convienen con razón en que hay en su genio mucho de extraordinario.

Y digo en su genio, porque en su vida, aparte de aquella gran sorpresa que dió al público cuando allá por el año 1873 se presentó con *La esposa del vengador*, revelándose como autor dramático de primer orden y poeta de riquísima fantasía el que había sido ministro de Fomento y de Hacienda y era sólo conocido como profundo matemático, no hay nada que se salga de lo ordinario y corriente para dar á su existencia caracteres novelescos.

Nacido en el riñón de la clase media; hijo de un médico aragonés que gozaba, gracias á su trabajo, de lo necesario para sostener decorosamente á su familia, y de una señora vizcaína que era el orden y el arreglo personificados, su infancia se deslizó serena y apacible en medio del cariño de los suyos, recibiendo el equilibrio moral que nacía de las cualidades de los autores de sus días.

Sin embargo, en el consorcio del hombre de ciencia nacido en Aragón y de la señora de su casa procedente de las Provincias Vascongadas hubo algo favorable á la propagación del genio, porque todos sus hijos, el mayor, que es nuestro D. José; el segundo, el ingeniero; el tercero, D. Miguel, el aplaudido autor cómico, y la única hija que tuvieron, doña Pastora, todos recibieron algo de la chispa divina.

Diríase que Echegaray, padre, el respetable doctor en Medicina y profesor de Botánica, disponía de un troquel con el que imprimía á sus hijos cuando nacían un sello que les comunicaba el genio. En el primero le imprimió con vigor y fuerza, en los otros quizá más débilmente; pero el caso es que no hay un Echegaray de esa línea sin talento que se sale de lo corriente, distinguiéndose entre todos el primogénito.



D. José Echegaray

Del equilibrio de sus facultades y del orden con que se deslizó su infancia y entró en la juventud nació, sin duda, su predilección por las matemáticas y su vocación por la carrera de ingeniero, que siguió con gran brillantez, obteniendo en todas las asignaturas la nota de sobresaliente y saliendo con el número uno de la Escuela, después de los cinco años reglamentarios de estudios.

La aplicación ha sido una de las cualidades distintivas de Echegaray; fué aplicado en la escuela de primeras letras, aplicadísimo cuando estudió el latín y no menos en los estudios superiores, y esto lo ha hecho siempre, sin mucho esfuerzo, gracias, además de sus felices disposiciones naturales, á una conducta ordenada y á un método que no ha abandonado en ninguna de las épocas de su vida. Las horas que proponía dedicar al estudio las empleaba religiosamente en tan útil tarea, y hasta que la acababa no se entregaba á las distracciones, que por regla general consistían en la lectura de libros amenos y especialmente de cuantas novelas y comedias caían en sus manos; porque aunque hasta que pasó de los cuarenta años no escribió un solo verso, ni había dado nada al teatro, el espíritu romántico ha ido en él siempre unido á su afición por la ciencia exacta, y desde muy pequeño y por cualquier motivo forjaba en su imaginación escenas dramáticas que tenían por asunto lo que le pasaba y de las que él mismo era el héroe.

En la aplicación de Echegaray debe haber también influído mucho su anhelo, que no puede llamarse ambición en su sentido más corriente, sino anhelo generoso de ocupar los primeros puestos en todo aquello á que se ha dedicado.

Como alumno, sobresaliente; como ingeniero, el número uno de su promoción; como político, ministro, y como autor dramático, siempre en primera línea, produciendo con sus obras tempestades más ó menos terribles, pero nunca la indiferencia.

Si se afana por llegar á los primeros puestos, no se desvela para conservarlos; dejó la carrera de ingeniero cuando todo en ella le sonreía, y ha abandonado la política cuando podía esperar, no sin fundamento, volver á desempeñar carteras, cambiarlas por embajadas, ó bien una situación parlamentaria de primer orden, de esas que hacen disponer de mucha influencia y son como virreinatos dentro de España.

Pero hoy por hoy no es nada más que autor dramático, aunque no deje de ocuparse alguna que otra vez en asuntos de su profesión y aunque escriba con frecuencia notables artículos científicos.

Vive con comodidad burguesa, pero sin ningún género de ostentación, y su único lujo es la casa de campo que se ha hecho construir en Murcia y donde va á pasar los veranos con su familia y á preparar sus trabajos para el invierno. Su cesantía de ministro, lo que le producen sus obras dramáticas, lo que gana en algún asunto de su carrera y con su colaboración constante en periódicos y revistas le dan lo bastante para cubrir sus necesidades y las de los suyos sin sentir apuro, pero sin permitirse más prodigalidades que los regalos que hace á los artistas que interpretan sus obras las noches en que celebran sus beneficios.

No tiene coche, ni creo que lo necesite. Anda con gusto á pie ó sube al tranvía cuando se cansa. La sociedad la frecuenta poco, pero no huye de ella y acepta las invitaciones para algunos banquetes, sentándose con gusto á la mesa del Sr. Cánovas del Castillo ó de la señora Pardo de Bazán, siendo un comensal amenísimo. Pero su tertulia predilecta es la que se forma en el cuarto que ocupa en el teatro Español la señora Guerrero, su actriz favorita. Va allí todas las noches, como iba al cuarto de Rafael Calvo, en aquellos tiempos del apogeo de la gloria del insigne y malogrado actor en que arrebataba al público en *Mar sin orillas* ó *En el seno de la muerte*.

Por el famoso y llorado actor tuvo el insigne dramaturgo una amistad cariñosísima, que era correspondida, y el rasgo de aquel artista inolvidable, que era un cumplidísimo caballero, cuando al regresar de una campaña artística por América entregó á Echegaray los derechos que le correspondían como autor

de las obras suyas que habían representado, prueba que merecía el aprecio que el ilustre poeta le profesaba.

Por la primera actriz del teatro Español siente don José Echegaray un profundo cariño, en el que hay algo de paternal: en los dramas que él ha escrito ha sido en los que principalmente se ha demostrado el genio de María Guerrero, genio que él fué de los primeros en adivinar, que ha visto con deleite desarrollarse y cuyo brillo actual es una satisfacción para su alma.

El camarín de María Guerrero es para el insigne autor dramático algo de lo que era para M. de Chateaubriand el salón de su gran amiga la hermosa madame Recamier, una especie de hogar intelectual, su lugar favorito, el sitio donde mejor se encuentra, porque sabe que allí, no sólo se reconoce su genio como en todas partes, sino que se le profesa cariño purísimo y es considerado como el primero.

Para él es el rinconcito más cómodo, la palabra más cariñosa, la consulta cuya contestación se escucha con respeto. Sus consejos se siguen fielmente, sus opiniones prevalecen, y lo que dice D. José es indiscutible para la aplaudida actriz, para su esposo, para su padre, para los que constituyen el alma de la compañía y de la empresa del teatro Español.

Pero el insigne autor de *Locura ó santidad* no es tan intransigente como el de *El genio del cristianismo*. La vanidad de éste era tan grande como su talento, y su genio se amargó con los años hasta el extremo de que no podía soportar que delante de él se leyesen versos que no fuesen suyos, ni se tributasen obsequios á nadie más que á él.

D. José, por el contrario, es la benevolencia suma, y aunque tenga conciencia, como no la puede menos de tener, de su gran valer, sabe disimularlo con una gran modestia, y es para sus compañeros de letras, discípulos se podría decir, haciendo sólo un par de excepciones, de una gran indulgencia.

No deja de asistir á ningún estreno. Se coloca en las primeras filas de butacas y escucha atentamente la obra. Si gusta, sus aplausos son de los primeros y más entusiastas, y en cuanto baja el telón corre al saloncillo á buscar al autor para dirigirle sus felicitaciones y estrecharle en sus brazos. Si la obra no gusta á los *señores*, no escasea las disculpas en favor del que la escribió, y éste le tiene á su lado en las amarguras de la derrota, que procura atenuar con palabras de animación y consuelo.

Terminadas las representaciones en los teatros y disuelta la tertulia del cuarto de María Guerrero, don José Echegaray se retira á su casa y ya no se le vuelve á ver en público hasta el día siguiente, al anochecer, en la librería de Fe, adonde va á revolver libros, á enterarse de los nuevos que se han publicado en España y en el extranjero y á cambiar algunas palabras con Campoamor, con Núñez de Arce, con los literatos que hacen diariamente una parada en el reducido despacho del acreditado librero de la Carrera de San Jerónimo.

Conserva D. José su afición de mozo á las novelas y las matemáticas, y lee las unas y estudia cuanto nuevo aparece en las otras, como cuando era estudiante. En lo único en que no ha perseverado es en asistir al teatro Real, como cuando iba allí á escuchar óperas y resolver mentalmente problemas matemáticos mientras Mario cantaba el *Salve dimora casta e pura*, Tamberlick daba el do de pecho en el *Trovador* y entusiasmaban al público artistas como la Penco y la Lagrange.

Lo que no le ha gustado nunca ha sido pasear; en su metódica distribución del tiempo no hay horas para el higiénico ejercicio, y aunque monta bien á caballo, pues aprendió en el picadero de Medinaceli para tomar revancha del papel poco airoso que le obligó á hacer un noble cuadrúpedo por las calles de Madrid cuando no sabía manejar las riendas, ni á caballo ni á pie se le ve por los paseos. Coche no ha tenido nada más que cuando ha sido ministro.

Ultimamente demostró gran afición á la bicicleta y pedaleaba muy bien, pero como no sea en su casa de verano no dedica mucho tiempo al nuevo *sport*.

Y es que el tiempo no le sobra ni le ha sobrado nunca. Un hombre que ha explicado en la Escuela de Caminos Geometría descriptiva, Aplicación de la geometría descriptiva á las sombras y á la perspectiva, Estereotomía, Cálculo diferencial é integral, Mecánica racional, Mecánica aplicada á las construcciones, Hidráulica y no sé cuántas cosas más, que ha sido orador en los *meetings*, ministro por dos veces y que ha compuesto tantas obras dramáticas, no ha podido realizar labor tan asombrosa sin mucho método.

Su salud le ha ayudado poderosamente, porque ha sido siempre buena; duerme como un patriarca, sin que turben su sueño ni pesadillas ni sobresaltos; come muy sanamente y digiere sin trabajo, y con esto tiene mucho adelantado para entregarse á su labor verdaderamente abrumadora.

Tiene una gran memoria, y excepto fechas y nombres, recuerda admirablemente cuanto ha presenciado ó leído. Su espíritu de observación es grandísimo, y mucho antes de dedicarse á escribir dramas y comedias estudiaba por inclinación, sin darse apenas cuenta de ello, cuantos tipos y caracteres hallaba á su paso.

Condiscípulos, maestros, compañeros de profesión, autoridades y particulares con los que tuvo que tratar durante el ejercicio de su carrera, personajes que ha hallado después, todos han sido objeto de sus observaciones, y muchas de sus particularidades, de sus genialidades, de sus rasgos distintivos salen á relucir en las creaciones de su fantasía, que tienen por lo tanto mucho de la vida real, digan lo que quieran los que le tachan de inverosímil.

Diestro en el manejo de las armas y de una serenidad demostrada en ocasiones tan difíciles como los tumultos populares del 27 de abril del año de la República, en que estuvo varias veces expuesta su vida, se ha distinguido siempre por su afabilidad y cortesía; pero una vez en que un señor se permitió dirigirle palabras inconvenientes en el teatro Real porque creía que ocupaba la butaca que él había comprado, le obligó no sólo á desdecirse, sino á que le diese las excusas públicamente y en el mismo sitio donde le había inferido la ofensa.

En el carácter de este hombre de aspecto tan dulce y tímido antes de resolverse á la acción, hay mucho de la constancia aragonesa y de la tenacidad vizcaína, heredadas de los autores de sus días. Lo que se propone lo realiza; adonde se propone llegar, llega; ni un éxito le deslumbra, ni un fracaso le abate, y como cuando aprendió equitación por castigar al caballo que le había obligado á hacer un papel poco airoso como jinete, él se ha propuesto imponerse al público y lo ha conseguido.

En la escena ha cultivado todos los géneros, desde el romántico de *En el puño de la espada* hasta el cómico de *Un crítico incipiente*, y el que marca las nuevas tendencias, como *El hijo de Don Juan*.

Rafael Calvo, que poseía además de su genio de actor un gran talento práctico y que fué uno de los que más íntimamente han tratado á D. José Echegaray, decía que era muy difícil conocer á este hombre de apariencia tan sencilla, y que él no lo había conseguido.

Actualmente publica una historia de su vida, escrita con gran sinceridad, sin pretensiones literarias, cuidando poco el estilo y enviando las cuartillas á la imprenta tal como las dicta. Es trabajo interesantísimo, en el que se ve sin velos su alma de niño y de adolescente, en el que se destacan sus aficiones y sus tendencias. Cuando llegue al período de su intervención en la vida pública, el trabajo ha de tener más interés, sobre todo si continúa poniendo en él la sinceridad que hasta ahora ha empleado.

Aunque ha llegado al término de su carrera, se sienta entre los inmortales, tiene su categoría de ministro y va sumando años, todavía es fuerte y vigoroso, y le hemos de ver mucho tiempo en la vida activa haciendo discutir cada vez que dé al teatro una obra nueva, pero asombrando siempre por su genio, que ha de brillar entre los que más se han destacado en España en el período verdaderamente interesante que comenzó con la Revolución de septiembre del 68, en cuyos albores Echegaray se dió á conocer á la generalidad con el famoso discurso de la trenza incombustible.

KASABAL.

SUPERSTICIONES POPULARES

LOS APÓSTOLES DEL AGUA EN MADRID

Afírmase generalmente que estamos en un siglo de escepticismo, en el que las verdades más sagradas é indubitables apenas logran imponerse á la incredulidad de las gentes. Creo que no les falta razón á los que semejante cosa aseguran; pero por mi parte me permitiré añadir que el siglo XIX es también uno de aquellos en el que toda majadería, por desatinada que sea, encuentra al punto numerosos y entusiastas adeptos. Y si lo dudas, carísimo lector, toma la capa, embózate bien en ella por si acaso al pícaro Guadarrama se le antoja obsequiarnos con alguna de sus frigidísimas brisas pulmoníacas, y vámonos á la Puerta del Sol para tomar asiento en el tranvía de Leganés, que mediante la módica cantidad de cinco céntimos por barba nos llevará á la calle de Toledo, en donde nos hallaremos ya muy cerca del lugar de nuestras observaciones.

¿Pero qué es lo que vamos á observar?, exclamarás sin duda. Ten un poco de paciencia, cierra el pico y atiende á la conversación de esos dos ciudadanos que junto á nosotros se han colocado en la plataforma del tranvía, que ellos nos dirán cuanto deseas saber, satisfaciendo tu justa curiosidad.

—¡Hola, *Melecio!*, dice uno de ellos con blusa y pantalón azul, cuyo rostro y manos tiznadas de carbón demuestran su oficio de fogonero. *¿Ande* vas con esa cara que *paece* una ensaimada de la Mallorquina?

—*¿Onde* he de ir?, responde el otro, albañil según su traje blanco, que contrasta con un amplio pañuelo negro con el que encubre un grueso bulto que le desfigura el carrillo izquierdo. A ver si me quitan esta *barbaridaz* que me ha *salío* en salva sea la parte.

—¿Y que *meico* es el que hace la cura?

—*¡Meicos!* Buenos están esos *iznorantes*. Pues no vino el otro día á *vesitarme* uno *enviao* por la señora de la casa donde asiste la Nicanora, y después de estarme *chinchando* una hora con preguntas *inconmenientes*, dijo, dice: «Cataplasmas de malvavisco, y *na* de vino ni aguardiente, ni olerlo.» Mira, *Pintao*, me quedé hecho una *estauta* y dije, digo: Este tío sabe tanta *medecina* como el caballo de la plaza de Oriente. ¡Suerte que la *vesita* era de gratis; que si no, el malvavisco lo hubiera necesitado el matasanos *pa* aliviarse del *mamporro* que le atizo! ¡Y á eso llaman hombres *centíficos!*..

—Pues mira, *Melecio*, no me parece del *too* mal eso del malvavisco, porque es una planta muy *afamá* *pa* las dolencias del orden de la tuya. En cuanto á la *bebía*, habría sus mases y sus menos, porque tú eres muy *aficionao*...

—Calla, *Pintao*, calla y no *desageres*, que *pa* una pizca que bebe uno *pa* hacer sangre...

—Pues tú debes de tener mucha *ahorrá*.

—¡Anda la osa, pues mía que tú!..

—Pero en fin, en estas cosas *ca* uno *tié* sus teorías y hay que respetar los derechos individuales.

—Y que lo digas, gachó.

—¿De modo y manera que irás á la Escuela de la Veterinaria?

—¡Muchas gracias, hombre! ¡Ni que fuera uno una mula del tranvía! Voy á que me curen los Apóstoles del agua que tienen gracia de Dios *pa* ello.

—¿Y tú eres de los que creen esas pamplinas?

—Como que se necesita no tener ojos en la cara *pa* no creer. A un chico de la obra que no sé si tú conocerás, *Panzota*, el hijo de la *señá Iznacia*, la mujer del *Ceporro*, el *vegilante* de los consumos, le salió un tumor menudo en un brazo, y fué á la consulta de los Apóstoles, le dieron á beber del botijo *consagrao* y á la tarde...

—Ya estaba bueno.

—Ya lo creo; yo fuí al Depósito *pa* reconocerlo, y aunque estaba hecho una tortilla, *oservé* que tenía el brazo tan bueno...

—Pues el demonio que te entienda.

—Yo te diré, hombre. Estaba trabajando en el *tejao* de la obra, se le fué un pie, y ¡zas!, se hizo cisco en la calle; pero si no le ocurre ese tropiezo, *curao* le tenías sin recetas ni boticas ni porquerías.

—¡Recorcho! ¡Pues anda tú con ojo, no te suceda algo por el estilo!

—No seas *panoli*, que ya sabe uno cómo se anda por los andamios.

—Bueno, *Melecio*, que te alivies me alegraré mayormente. Yo me quedo aquí en la ferretería á comprar unas escarpias.

—Adiós, *Pintao*, y recuerdos á la Bárbara. Ya iremos por allá el domingo, que de fijo ya estaré bueno...

Ahora que gracias á las conferencias de *Melecio* estamos ya en autos, dejemos el tranvía, sigamos por la calle de la Ruda, salgamos al Rastro, y en una plazuela inmediata detengámonos ante el vetusto caserón donde se albergan los sagrados varones, según indica un cartel pegado junto á la puerta, en el cual, con gruesas letras manuscritas, se lee: *Consulta apostólica gratuita*.

Un compacto grupo de gentes, ninguna de las cuales ofrece aspecto de capitalista, se agolpa en el zaguán y en la calle, aguardando el momento en que los milagrosos personajes comiencen su benéfica tarea. Algunos de los creyentes entretienen la prolongada espera *tomándose unas tintas* en la taberna que linda con la mansión apostólica, sin duda para preparar mejor su espíritu á recibir dignamente la medicina acuática. Oigámosles un momento, y luego pensaremos si nosotros subimos también á consultar al Sr. Vicente *el Chufero*, jefe y cabeza visible del apostolado, ó á cualquiera de sus compañeros de propaganda.

—Lo que es hoy, gruñe un viejo con un gran casacón y apoyado en dos muletas, bien se hacen desear los señores apóstoles. Va *pa* dos horas que estoy aquí penando, ¡y que si quieres! ¡Si les diera á ellos tan fuerte el dol or *rumántico* como á mí!



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – Parañaque (provincia de Manila). – Embarcadero de 281 brazas de longitud, construído en 5 días exclusivamente con caña bambú



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – Parañaque. – Sección de dos piezas de 8 centímetros dispuesta para ser revistada

—¡Quiere usted callarse, buen hombre!, le dice una verdulera harapienta que está á su lado. ¡Como que á ellos les puede doler ningún remo ni cabeza ni *na!* No ve usted que ellos tienen la *virtuz* que Dios les ha *dao pa toa* clase de enfermedades, y si pongo por caso al Sr. Vicente *el Chufero* le sale algo en una pata, *pus* como entre apóstoles no hay cumplidos, le dice al Sr. Paco *el Tripero:* «Salúdame el mal,» y ¡zas!, ya está bueno.

—¡Bendito sea Dios!, exclamó otra prójima con la cara entrapajada. ¡Y qué maravillas tan maravillosas ostentan algunas criaturas! ¡Mire usted que con cuatro bendiciones que le echan al agua y una oración que leen en un libraco, y no se necesita más *pa* sanar al *too* género universal!

—Y aún hay quien les tiene tirria y mala *voluntaz*, replica la verdulera, y si pudieran los *acochinaban.*

—¡Jesús, qué malas tripas!

—¡Si hay unas almitas más negras!..

—La culpa de *too* la tienen cuatro *lipendis* de presbíteros, añade el viejo del casacón; cuatro ratas de sacristía, de esas que no viven más que de la *iznorancia* del público, y les sabe mal que estos buenos hombres hagan tantos beneficios á los proletarios. Pero anda, que de *ca* día se extiende más la religión esta de los apóstoles, y si ellos pudieran salirse con la suya, pronto se acabarían las engañifas de curas y médicos.

—Bien puede usted decirlo, amigo, dice otro lisiado; pero no les dejan, y hasta los papeles tiran á darles. El otro día leían unos amigos en el cerrillo de San Blas *La Correspondencia*, y allí sacaban á relucir si *el Chufero* ha *estao* en presidio *ú* no, y si el Código esto *ú* lo otro.

—*Too* envidia, compañero, envidia de los boticarios y del clero, los unos porque ven que se les acaba la parroquia, y los otros porque como los apóstoles lo mismo curan á las personas que á los animales, que casan ó bautizan al primero que se presenta y *too* gratuito, sin tener que soltar una perra chica... ¡Eso es ser apóstoles, lo demás es guayaba!

—Y diga usted, buen hombre, pregunta un ciudadano de boina y con una pata de palo, ¿me podrán á mí hacer salir otra pierna?

—Difícil es el caso, pero si *el Chufero* se empeña...

—Es que he *venío dende* Ateca pidiendo limosna *pa* ver si me retoña la pata, y sentiría haber hecho el sacrificio del viaje y volverme como *enantes.*

—Y después de gastarse un dineral, interrumpe una chulapa.

El aragonés mira á la madrileña con ojos torvos y responde, soltando previamente un terno:

—Pues *mía* que tú también habrás *gastao* un *pirul* en coche.

—¡Huy, qué tío, si se habrá *figurao* que viene una de coger colillas! Aquí donde usted me ve, he ido más en coche que usted andando. ¿Está usted?

—¡Otra que Dios!, el coche que tú habrás *gastao* habrá *sío* el furgón en que llevan á los del *Abanico.*

—¡Bien se ve que le conoce usted, cojo de los diablos!, exclama la chula con aire de tormenta. ¡Pero anda con *cuidao*, no te dé dos *manguzás* y te ponga las narices como un pimiento morrón, tío *arrastrao!*

—Vamos, orden, dice el viejo de las muletas, que si se arma bronca los apóstoles no abrirán la puerta, y nos quedamos *toos aviaos.*

Estas palabras, dichas en alta voz, contienen el tumulto próximo á estallar y dan lugar á un clamoreo de protestas.

—¡Callarse, callarse!

—¡Fuera esos!

—¡Será algún sacristán *pagao* por el Gobierno!

—¡Un enemigo del pueblo!

—¡Silencio y á callar!

Restablécese por fin el orden y continúan los comentarios, mezclados con gritos de impaciencia, pues la hora designada para la consulta ha pasado con exceso. Por fin suena ruido de cerrojos detrás de la puerta del zaguán. La muchedumbre de lisiados y enfermos se agolpa, pugnando todos por colocarse los primeros. Oyense chillidos, maldiciones y hasta alguna que otra blasfemia propia de gente tan piadosa como la que asiste á la apostólica ceremonia.

¿Pero qué ocurre, qué dice ese hombre que sin abrir del todo la puerta dirige la palabra á la multitud? Prestemos atención á ver si logramos enterarnos.

—Sí, hermanos. Hemos sido sacrificados otra vez como borregos santos ante el altar del despotismo. Nos han denunciado otra vez, y el Sr. Vicente ha sido *empapelao* por los fariseos del distrito por unos casamientos que hizo la semana *pasá.* Hoy no se puede curar á *naide.*

Un vocerío espantoso acompaña á estas palabras.

—¡Mueran esos pillos!

—Vamos al Gobierno civil á pedir justicia.

—¡Hace falta la anarquía!

—¡Vivan los apóstoles!

—Hermanos, vocifera el apóstol, *retirarsus* en paz y no *haiga escandalera*, porque si el *delegao* nos echa otra multa nos parte por el eje. *Too* se arreglará si tenéis una *miaja* de *pacencia.* Mañana volved por aquí, y mal fin tenga yo si no curamos y bautizamos á *toos* en menos que canta un gallo.

—¡Qué lástima!, exclama el pinche de un pastelero que hace una hora descansa apoyado en el pretil que separa la plazuela de una calle inmediata. Yo que esperaba que *escomenzara* la función para ver si es *verdaz* que se ven salir llamas por los balcones y se oye tocar la guitarra á los angelitos. *Mecachis*, me *paece* que han dado las tres, y á las dos había yo de estar en la calle de Bailén, en casa de D. Cayetano. ¡Tampoco! Hoy te la ganas, Luisito; menuda tanda de coscorrones me va á atizar el maestro. Corramos, *Blanquita*, añade dirigiéndose á una perrilla que le acompaña. ¡Malditos apóstoles, de buena gana les regalaba las *punteras* que me darán de propina en la pastelería!

Y mientras el chiquillo, cargado con los cestos, corre calle abajo como alma que lleva el diablo, los devotos concurrentes á las consultas apostólicas se esparcen por los alrededores murmurando y maldiciendo á las autoridades.

—La suerte que tiene el gobernador, vocifera el vejete de las muletas, es que no hay *melicia* nacional; que *sinós*..., vamos hombre, antes de la noche había caído el Gobierno...; por menos que esto hemos *tirao* otros en mis buenos tiempos.

—Tiene usted razón, abuelo, añade *Melecio*, el albañil del tranvía que al salir de la taberna dando traspiés se encuentra con la desagradable sorpresa. Pero no hay hombres, ni coraje, ni tripas, ni *na* más que *faznatismo* y *ca* día se pagan más consumos y el vino subiendo..., y si uno, pongo por caso, se quiere curar un grano, ¿sabe usted lo que le dan los *doztos*?..

—¿Qué?

—Pues... malvavisco, sí, señor... *Pa* malvaviscos está uno. Venga usted á tomarse un chico con *menda* el cerillero.

—Pero...

—Qué pero ni qué ciruelo. Yo convido porque se puede y se quiere y me da la gana... Vamos á tomarnos unas lamparillas de malvavisco..., tío cojaina.

El viejo celebra la gracia con una gran risotada, y ambos desaparecen en el antro tabernario, de donde Dios sólo sabe cuándo saldrán... ó los sacarán.

Y nosotros, indulgente lector, ¿qué haremos? ¿Subiremos á ver si hay algún apóstol vacante para celebrar una *interwiew* con él, ó volveremos mañana á presenciar la bendición de los botijos si el pontífice *Chufero* logra escapar de las redes del delegado de policía? Tú dispondrás, pero mi parecer es... que para muestra basta un botón.

A. Danvila Jaldero

LA INQUISIDORA

I

No es caprichoso afirmar que así como cada hombre tiene su fisonomía, cada país su propio aspecto, singular y característico. ¡Miren que pretender que mi país, con sus enormes peñascales grises, sus cerros y montañas yermos, ó cuando más cubierto de recio arbustaje, sus ríos tortuosos y estrechos, sus aldeas pobres, sus campos quebrados y por fin sus viejas iglesias, en las cuales se descubren algunos adornos románicos como huellas borrosas de una olvidada civilización, se asemeja á la alegre y lozana Andalucía, es aventurada pretensión!

Por allá, por Marti-Herreros, hállase Barquisancho —llamémosle así para medio encubrir su verdadero nombre,— lugarejo tristón, donde suena la campana diariamente á las mismas horas desde remotísimo tiempo, y persisten las mismas costumbres de otras edades, y se oye misa á la aurora y se reza el rosario al atardecer... y siguen en la devoción de las gentes las mismas historias y romances, fábulas, verdades consejeras, refranes sentenciosos, gozos y temores del bueno del Rey que rabió y de la venerable Maricastaña.

Vengamos á nuestro cuento. Vivía en Barquisancho Celedonia, viuda devota que tenía dos hijos, Frutos y Agustín. ¡Y con qué encanto se había mirado en ellos la madre!

—¡Madre! Me ponga usted las sopas y los torreznos *trempano*, que tengo *dir* con tío Cajales á Fuenterroble por la novilla.

El que esto decía hablaba con voz recia y acento de imperiosa exigencia; era Frutos, muchachote colorado, fortachón y cuyos alientos tenían tufo campestre y de montaña. Aquella boca olía á bellota, á romero y á cantueso.

—¡Ah, brutazo, brutazo!.. ¿No vas á ir á *Aldivieja* á la escuela?, replicaba la madre con cierta expresión de pesar.

¿La escuela? ¡Cabales! Aquel lugar estrecho, obscuro, donde no se podía respirar por el olor que despedían los mostrencos pelones... ¡Campo libre, aire fresco, la nieve, el sol, la cata de colmena, la caza de los revoloteadores pajarillos y la de los rastreros lagartos!.. El arado, el trillo, la hoz... ¡Esto sí que se avenía con el alma y los gustos de Frutos!.. Tenía muy fuertes los brazos para manejar tan sólo el puntero, muy caliente la sangre para aguantar palmetazos, muy llena de carne la cabezota para poder reducir la atención al garabateo de las letras y al sonsonete de las *liciones.*

—¿*Pa qué* de ir? ¿No dice el señor maestro que soy un topo? *Pus* pa los topos la tierra... y á la tierra voy, solía decir Frutos.

—Buenos días nos dé Dios, señora madre, decía Agustín casi todas las mañanas entrando en la cocina libro en mano, estudiando y sentándose en un banquejo de roble á esperar el desayuno.

Tenía Agustín dos años menos que Frutos, que contaba doce, y así como éste era vigoroso, Agustín delicado, tanto como aquél franco, Agustín discreto, aplicado y amigo de apacible recogimiento.

Dulce, respetuoso, vivía impaciente por ir á la escuela y á la doctrina, y era su júbilo inmenso cuando de un libro pasaba por sus adelantos á estudiar en otro. Cartilla, Catón, Catecismo, Fleuri, Fábulas, Rueda... y más y más libros.

—¿Pero cuándo habrás acabado con los libros?, preguntaba la madre llena de asombro, no acertando á comprender que el número de libros no tuviera fin, ni el estudio límite.

Agustín pasaba por un portento.

Que era una planta delicada; que era un prodigio; que llegaría á muy alto; que se le cuidara; que se le dejase proseguir su labor... Todo esto decían de Agustín á su madre el señor cura, el boticario, el maestro y el médico. La misma Celedonia miraba con religioso respeto á su hijo; pero estaba tan pensativo, tan pálido..., que á veces la pobre mujer sentía pena y temor inexplicables.

El montón de libros fué aumentando, la aplicación fué cada vez más vehemente... y claro que mayor el saber de Agustín. Modoso, dulce, ¡un ángel de Dios! Delicada su sensibilidad, todo lo sentía con fineza y por muy viva percepción.

Brusco era el constraste que ofrecían los muchachos. Agustín miraba con íntima compasión á su hermano, que á fuerza de tiempo y sudores había llegado á leer con tropiezos y á escribir con borrones, y Frutos no estimaba gran cosa los conocimientos literales fervorosamente adquiridos por Agustín.

—¿Sabes tú, decía Frutos cuando, enojándose por las sermoneras de la madre, deseaba acoquinar á Agustín, sabes tú cómo se quita el gorgojo?.. Pues con la *cornicabra*... ¿Sabes para qué días *chitan* los pinos? ¿Sabes adónde cae Arroyos Altos? ¿Sabes para qué remedios sirve la cebolla? Vamos, ya que tanto estudias, ¿á que no distingues el trigo candeal del trigo trigueño que por acá decimos?

—¡Calla, calla, brutazo!.. Calla..., y ve á destrabar la burra .., que no puedes tú ni descalzar en listeza á tu hermano, decía la madre satisfecha, así de tener un hijo fuerte y lleno de vida, como de tener otro afinado y lleno de sabiduría.

¡Estaba pálido! Y por ello á veces se alarmaba la madre... Como otras se inquietaba por la tardanza de Frutos en volver del campo á casa. Las aventuras de aquel espíritu de Agustín por las sublimidades de los libros y las aventuras de Frutos por la tierra eran tal vez igualmente peligrosas. Agustín estaba cerca de ella y muy á su cuidado; esto era un consuelo, y el valor y la fuerza de Frutos daban alguna confianza á la madre.

¡Ah, pero aquellos venerables, aquellos misteriosos libros que ofrecían á Agustín tantos encantos, como furiosas rebeldías en Frutos!..

Uno era amante de la meditación, el otro de la aventura; Agustín perseguía la idea, Frutos la realidad; éste los hechos, aquél los pensamientos; Agustín la ciencia, Frutos la vida.

Agustín enflaqueció, enfermó, y enfermó hasta el extremo de obligar á que el médico dijese un día gravemente:

—Nada de libros, quitadle los libros..., que viva.

Tarde fué la advertencia; tardía la orden. Agustín murió.

II

Tres años después presenciamos una escena extraordinaria, singular, inexplicable.

El bueno del cura del pueblo, hombre celoso en





JUEGOS FLORALES DE GRANADA. – D. FRANCISCO DE P. VILLA REAL, iniciador y organizador de los Juegos Florales. – SRITA. D.ª MARGARITA VASCO, reina de la fiesta. D. MIGUEL GUTIÉRREZ, autor de la poesía *La Paz*, premiada con la flor natural (de fotografía de Ayola, hijo)

el cumplimiento de sus más graves deberes, supo que por el lugar circulaban algunos libros obscenos, noveluchas y cuentos peligrosos; pudo recogerlos y resolvió quemarlos en una cerca inmediata al pueblo. Un auto de fe, un verdadero auto de fe, aconsejado así por la moral como por el buen gusto.

Ya ardía la hoguera y en ella los despreciables libracos, cuando vimos descender apresuradamente por el camino de la aldea á la cerca una mujer desgreñada, lívida, con rostro en el cual se pintaba el furor. Traía el delantal cogido por las manos crispadas y lleno de libros, y gritaba:

– ¡Aquí, aquí, aquí hay más; quemarlos todos!

Antes de que nadie pudiera impedirlo, aquella mujer arrojó á la hoguera un montón de libros...

– ¡Qué haces! ¿Qué libros son esos?, exclamó el rector.

– ¡Libros, libros, gritó la pobre madre loca, los que mataron á mi hijo, los malditos, los malditos libros!

Nunca el fanatismo pudo ser como entonces conmovedor y respetable... Y á él debió la desdichada madre de Agustín el apodo que hoy tiene de «la Inquisidora.»

Más tarde leímos en un célebre autor: «La instrucción adquirida únicamente por los libros es el más pernicioso de los venenos de la inteligencia. Consume la vida y enloquece el alma.»

JOSÉ ZAHONERO



SESIÓN DE LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN 25 DE JUNIO ÚLTIMO POR LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE GRANADA EN EL PALACIO DE CARLOS V EN LA ALHAMBRA

(de fotografía instantánea de los Sres. Señan y González)



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – RÍA DE PARAÑAQUE. – LLEGADA DE UNA GABARRA CONDUCIENDO UNA BATERÍA DE 8 CENTÍMETROS, DE CAÑÓN LARGO, CON ARMONES, MUNICIONES, ETC.



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. - RÍA DE PARAÑAQUE. - DESEMBARQUE DE UNA BATERÍA DE 4 PIEZAS DE 8 CENTÍMETROS, DE CAÑÓN LARGO



Propiedad de M. Arias Rodriguez

GUERRA DE FILIPINAS. – Una misa de campaña en la plaza de Parañaque. – Casa-convento donde se alojó el Cuartel General del general Polavieja



Propiedad de M. Arias Rodriguez

GUERRA DE FILIPINAS. - El río Pasig y la ciudad de Manila. Vista tomada desde la farola



Aplicación de los rayos X á los registros aduaneros.—En 1844, M. Gretrin, entonces director de Aduanas de Francia, que se encontraba en Ginebra, visitó una de las principales relojerías de la ciudad y compró un magnífico reloj. Hecha la compra, dijo al relojero: «Soy el director de aduanas de Francia y desearía estudiar los procedimientos merced á los cuales se cometen tantos fraudes en nuestras fronteras con los artículos de relojería suiza. ¿Podría usted hacer llegar hasta mis manos en París este reloj entrándolo de contrabando? – Nada más fácil, contestó el relojero. – Advierto á usted que

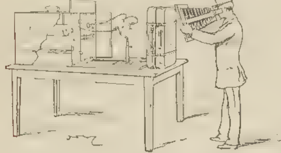


Fig. 1. – Dispositivo del aparato para la aplicación de los rayos X á los registros aduaneros

voy á dar las órdenes más severas para evitarlo. – No importa, replicó el fabricante; este reloj llegará á París al mismo tiempo que usted.»

M. Gretrin, á las dos horas, salió de Ginebra y al pasar por la aduana francesa de Bellegarde explicó el caso á los aduaneros y les dió las instrucciones más rigurosas. Pero ¡cuál no sería su asombro cuando pocas horas después de su llegada á París encontró sobre la chimenea de su cuarto el reloj famoso! Llamó á su ayuda de cámara y preguntóle quién había llevado aquel objeto. «Señor, contestó el criado, me lo entregó el relojero á quien usted lo compró, diciéndome que usted tenía gran empeño en que viajara con usted, razón por la cual lo puse en el saco de mano que usted mismo llevaba y de donde lo he sacado hace un momento.»

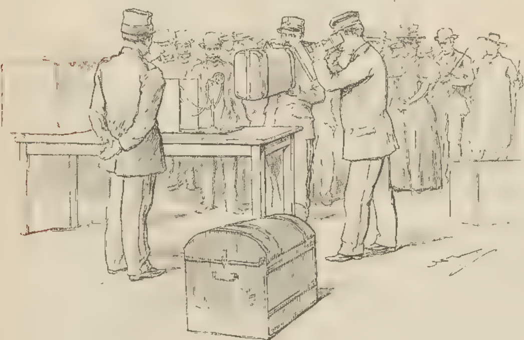


Fig. 2. - Funcionamiento del aparato para la aplicación de los rayos X á los registros aduaneros

Esta anécdota, que se ha hecho popular en Francia, no podrá ya repetirse gracias á los rayos X, cuyas propiedades no hemos de explicar porque de ellas nos ocupamos oportunamente. Apenas realizado el descubrimiento de Roentgen, M. Pallain, actual director general de aduanas de la vecina república, concibió el proyecto de aplicar á los registros aduaneros aquel invento maravilloso, y después de algunos estudios y pruebas preliminares, ha podido recientemente comprobar las excelencias de su idea. En efecto, hace pocos días fueron examinados por este procedimiento varios paquetes postales, y entre varios que estaban en regla encontráronse otros en los cuales los indiscretos rayos X descubrieron varios artículos de contrabando. En una estación de ferrocarril examináronse varias maletas y bultos, y siempre el resultado fué completo y satisfactorio. Finalmente, gracias á los referidos rayos, pudo verse que una señora, que espontáneamente se había prestado á hacer la prueba, llevaba escondida debajo de las faldas una botella de alcohol.

El éxito de estos experimentos permite esperar que no se pasará mucho tiempo sin que se generalice esta aplicación de los rayos Roentgen que facilitará considerablemente la tarea de los aduaneros, evitará á los viajeros no pocas molestias y hará en extremo difícil el contrabando, con grandes ventajas para los tesoros de los países en donde la reforma se implante.

El aparato que ha servido en Francia para estos ensayos se compone de un transformador accionado por un acumulador que producía una chispa de 15 centímetros, encerrado todo ello en una caja de madera: delante de ésta colocóse el tubo de Crookes que se ilumina en cuanto se establece el contacto, y el objeto que se examinaba púsose entre el tubo y la pantalla fluorescente que un aduanero sostenía con las manos. Para no tener que operar en la obscuridad, como exigen los rayos X, M. Seguy, preparador de la Escuela de Farmacia de París, ha inventado un aparato consistente en una especie de cámara obscura parecida á la de las máquinas fotográficas, uno de cuyos extremos está formado por la pantalla fluorescente: el otro extremo se ajusta perfectamente á los ojos del experimentador é impide que llegue á ellos la luz ambiente. De este modo, aun en pleno día, el que examina el objeto ve reproducirse en la pantalla lo que éste contiene en su interior, fielmente revelado por los rayos X.

Los tres grabados que en esta página publicamos permitirán á nuestros lectores formarse perfecta idea, así del dispositivo del aparato inventado por M. Seguy, como de los experimentos que ligeramente acabamos de describir.

* * *

Guerra de Filipinas.—Prosiguiendo la tarea que desde el principio de la campaña nos hemos impuesto, damos á continuación algunas explicaciones acerca de los interesantes grabados que en el presente número publicamos, reproducidos de fotografías de D. Manuel Arias y Rodríguez.

El embarcadero ó *pantalán* de la playa de Parañaque, de 281 brazas de largo, fué construído por los *polistas* de aquel pueblo por orden del general Polavieja para facilitar la conducción á la gabarra hospital de los heridos y enfermos, que antes eran llevados allí en una balsa. En primer término se ve un grupo de oficiales; en el agua se distinguen unos puntos negros que son indígenas recogiendo almejas: al extremo del *pantalán* aparece la gabarra hospital.

La segunda fotografía reproduce la batería de dos piezas de 8 centímetros, dispuesta en la plaza de Parañaque, para ser revistada antes de salir á campaña con destino á las Piñas. El pueblo de Parañaque está situado en la provincia de Manila y cuenta con una población de unos 10.000 habitantes.

Representa la tercera la llegada á la ría de Parañaque de una gabarra conduciendo una batería de 4 piezas de 8 centímetros, de cañón largo, con armones, municiones, etc. Por temor á que el puente de caña se hundiera y para no cansar á los caballos á fin de que la artillería pudiera entrar inmediatamente en acción contra el enemigo que ocupaba la orilla opuesta del río Zapote, se decidió que las cuatro piezas referidas fuesen conducidas desde Manila por una gabarra remolcada: así se hizo utilizando el material de las Obras del Puerto, cuyos empleados tantos y tan buenos servicios han prestado y prestan todavía desde que se inició la insurrección. Entre ellos se ha distinguido muy especialmente el Sr. Gamba, quien combatió contra los insurrectos en la isla de Talim (laguna de Bay), procuró llevar diariamente agua á las fuerzas de Dahalicán y noche y día estuvo á bordo de su remolcador en los sitios de más peligro. El desembarque de la artillería, que reproduce la fotografía siguiente, parecía de pronto sumamente difícil, pero el referido Sr. Gamba se comprometió á ponerlo todo en tierra, y así lo hizo, sin más elementos que unos tablones, unas cuerdas y los artilleros que servían aquellas piezas.

Pocas fuerzas asistieron á la misa de campaña que representa el otro grabado y que se celebró en Parañaque, pues la mayor parte de la división se encontraba destacada en Las Piñas, Pamplona y Almansa. Levantóse el altar junto á la casa convento que servía de cuartel general al general Polavieja y las tropas se situaron en la forma siguiente: á la izquierda las fuerzas peninsulares de artillería, al frente una sección del escuadrón peninsular y alabarderos y á la derecha fuerzas del batallón indígena de Cagayán.

La última de las fotografías que reproducimos representa el río Pasig, que divide en dos mitades la ciudad de Manila; á la derecha se distinguen las torres de la iglesia de los PP. Recoletos, la de San Agustín, el convento de esta orden, el Ateneo, la Casa misión de los Jesuítas, el Seminario, el palacio arzobispal, la Catedral y el templo de Santo Domingo: á la izquierda se ve en primer término el barrio de Tondo y en segundo se divisa el de San Nicolás.

* * *

Los Juegos Florales de Granada. – El día 25 de junio último celebróse en el palacio de Carlos V de la Alhambra la fiesta de los Juegos Florales organizada por la Sociedad de Amigos del País de Granada. Enfrente de la puerta principal levantábase el trono de la reina, rodeado de plantas tropicales y de hermosas flores artísticamente dispuestas. A la hora designada, precedidas de los reyes de armas y de los pajecillos de la ciudad y entre los acordes de la música y los aplausos de la concurrencia, subieron al estrado la corte de amor y la reina de la fiesta, la bella cuanto distinguida señorita doña Margarita Vasco, que al igual que las ocho encantadoras señoritas que formaban su corte, iba rica y elegantemente vestida y llevaba airosa mantilla blanca.

Después de un brillante discurso del director de la Sociedad Económica D. Francisco de P. Villa Real, que con el ilustre poeta catalán D. Víctor Balaguer ha sido el alma de estos juegos florales, y conocido que fué el fallo del jurado, la reina entregó los premios á los poetas laureados, leyendo sus poesías D. Miguel Gutiérrez, catedrático del Instituto granadino, premiado con la flor natural por su hermosa composición titulada *La Paz*, y los Sres. Tournelle y Afán de Ribera.

Terminadas estas lecturas ocupó la tribuna el mantenedor D. Víctor Balaguer: el inspirado vate, el eximio hombre público, el moderno trovador comenzó saludando «en nombre de los poetas de Provenza, de los que moran en las comarcas catalanas y de los que viven en los jardines de Valencia, á Granada, á las bellísimas granadinas, sueño de los poetas, imán

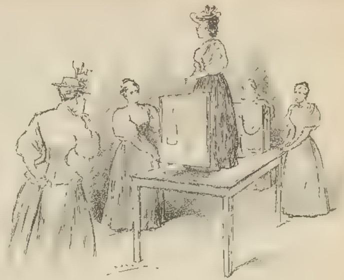


Fig. 3.ª – La aplicación de los rayos X á los registros aduaneros.

del arte, joya de la patria española, sello de la grandeza nacional y alma de la poesía.» Dedicó luego un entusiasta recuerdo al inmortal Zorrilla, al poeta nacional, coronado en día memorable en aquel mismo recinto, y continuó después con arrebatadora palabra exponiendo lo que son en el fondo y en la forma los juegos florales y analizando en maravillosos párrafos el famoso lema: *Patria, Fides, Amor*.

La fiesta, que resultó en extremo brillante, terminó con un himno, música de Bretón, cantado por sesenta alumnos de la escuela de solfeo de la Sociedad Económica.

En la página 455 publicamos los retratos de la reina de la fiesta y de los Sres. Villa Real y Gutiérrez y una vista instantánea de la sesión.

MISCELÁNEA

Teatros.— *París.* – Se ha inaugurado un nuevo teatro, el Teatro Feminista, en el cual sólo se representarán obras dramáticas escritas por mujeres ó que traten asuntos especialmente interesantes á ellas, sobre todo desde el punto de vista de sus reivindicaciones sociales. La primera obra puesta en escena ha sido una comedia en tres actos, *Hors du mariage*, de Mme. Daniel Lesueur, en la que la autora se propone demostrar, y lo demuestra muy bien en el caso por ella planteado, que la felicidad es imposible para la mujer fuera del matrimonio: el éxito de la comedia ha sido excelente. También se ha estrenado con buen éxito en el Odeón *Don Juan en Flandre*, comedia en un acto de Virgilio Josz y Luis Dumur.

Barcelona. – Se ha estrenado con muy buen éxito en el teatro de Novedades *El Angelus*, comedia en tres actos de don Eusebio Blasco. En el propio teatro se ha representado el drama de Feliu y Codina *Miel de la Alcarria*, con preciosos intermedios musicales y melopeas compuestos por el joven maestro Sr. Granados: entre los varios números, todos notables y todos inspiradísimos, sobresalen una jota del segundo acto y una escena religiosa del tercero, admirablemente concebidas y desarrolladas. El Sr. Granados fué objeto de una ovación tan entusiasta como merecida. En el teatro Lírico se ha celebrado el beneficio de la primera actriz doña Rosario Pino, quien pudo con tal motivo ver confirmadas una vez más las muchísimas y muy justas simpatías que con su talento artístico ha sabido conquistarse entre el público barcelonés.

Necrología.—Ha fallecido:

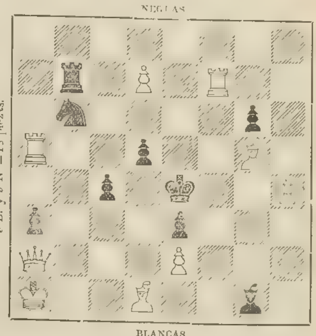
Jacobo de Falke, ex director del Museo austriaco de Artes é Industrias, ex conservador del Museo Germánico de Nuremberg, director del Museo de Artes é Industrias de Viena, autor de importantes obras sobre historia del arte.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 77, POR VALENTÍN MARÍN

(Dedicado á J. Tolosa y Carreras)

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 76, POR P. RIERA

Blancas.	Negras.
1. C 7 A D	1. Cualquiera.
2. A, C ó D mate.	

Este problema tiene una solución aparente muy engañadora, y es: 1. D 8 A D. La única defensa es 1. C 7 R.



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

Novela original de la notable escritora alemana Eugenia Marlitt

(continuación)



Isabel encontró á Sabina en el jardín

Aunque yo tratase de explicarle que se puede abandonar un país agradable sin estar obligado á ello por la necesidad, no me comprendería, pues si no me engaño, á usted no le falta nadie aun entre aquellos que le son caros, repuso el Sr. de Walde después de una breve pausa.

Su voz se había velado un poco, y hasta tenía un tono patético.

– Pero llega un tiempo, continuó, en que se vaga por el inmenso mundo á fin de olvidar que la dicha no se halla bajo el techo que se posee. Difícilmente se llenan ciertos vacíos; mas en fin, se trata de olvidar que existen consagrándose al trabajo y á todas las investigaciones que el mismo impone.

Era evidente que el Sr. de Walde no se hacía ilusiones sobre los sentimientos que inspiraba; había comprendido que su hermana misma, á quien consagrara todo su cariño, no correspondía á su ternura con otra igual, y que el recibimiento que se le hizo era el que se dispensa á un amo temido, más bien que á un hermano. Isabel había presentido antes todo esto, dispensando su compasión á aquel rico indigente, que no tenía ni siquiera una pequeña parte de los afectos con que Dios había colmado á la joven en su pobreza. Este divino sentimiento dictaba á Isabel palabras que acudían á sus labios, y que iba á pronunciar, cuando de pronto experimentó una repugnancia invencible á dejar ver la emoción que de ella se había apoderado. Y una mirada á las líneas inflexibles del perfil de aquel rostro y de aquella frente altiva, que conservaban su expresión de firmeza, aunque la voz tuviese entonaciones suaves y melancólicas, comunicó más fuerza á esta repugnancia. Era posible, en efecto, que en un instante de distracción el Sr. de Walde hubiese olvidado á la persona junto á la cual se hallaba. ¡Cuánto se resentirían sus sentimientos de reserva aristocrática cuando al volver en sí echase de ver que había permitido á una obscura é insignificante joven dirigir una mirada á sus más íntimos pensamientos!

Al representarse estas probabilidades, Isabel se ruborizó, y levantóse, llamando á Ernesto. El Sr. de Walde la miró con sorpresa, pero se levantó también, recobrando al parecer su indiferencia y su acostumbrada actitud altiva; pero entre sus cejas habíase formado un pliegue que comunicaba á su fisonomía esa expresión melancólica observada ya por Ferber.

– Tiene usted el genio muy vivo, dijo esforzándose para tomar un tono indiferente, y andando despacio junto á Isabel, que se dirigía hacia Ernesto por no haber contestado éste á su llamamiento. Aun antes de que uno haya acabado de expresar su idea se ve en la mirada de usted que tiene ya la contestación preparada; su silencio en la circunstancia presente me prueba, por lo tanto, que yo tenía razón al prever que le sería imposible comprender la fuerza á que he debido obedecer; usted no podía entenderme porque no le falta nada.

– La noción de la felicidad se produce bajo formas tan diversas, que por lo mismo yo no sabía...

– Todos tenemos esa noción, dijo el Sr. de Walde, interrumpiendo á Isabel; pero en usted dormita todavía.

– ¡Oh!, no, exclamó la joven, olvidando de pronto la reserva que se había impuesto y expresándose con viveza. ¡Oh!, no, yo amo de todo corazón á los que constituyen mi familia, y la verdadera felicidad, aquella á que yo aspiro con todas las fuerzas de mi alma, es disfrutar del afecto que me profesan.

– ¡Ah! Pues entonces ha podido usted comprender hasta cierto punto... ¿Y es numerosa su familia?.. ¿Tiene usted muchas personas á quienes amar?

– No, contestó la joven sonriendo; pronto estarán contadas: mi padre, mi madre, mi tío y este hombrecito, añadió, cogiendo la mano de Ernesto, que corría hacia ella; en cuanto á éste, gana terreno todos los años y adquiere un desarrollo que no perjudica á los demás... Ahora es preciso volver á casa, hijo mío, continuó la joven volviéndose hacia el muchacho, pues si nos detuviéramos más tiempo mamá estaría inquieta.

Al decir esto, Isabel se inclinó ante el Sr. de Walde, que después de saludarla profundamente dió la mano á Ernesto y se dirigió lentamente hacia su caballo, montando en él y desapareciendo en seguida.

– ¿Sabes, Isabel, dijo el niño al franquear el sendero de la montaña, á quién se parece el Sr. de Walde?

– No.

– Pues á San Jorge, exclamó Ernesto con aire triunfante. Ya sabes..., cuando derriba al dragón.

– ¿Has conocido acaso á San Jorge?, preguntó Isabel.

– No, replicó Ernesto, picado por aquella pregunta irónica; pero en fin, así es como me le represento.

También á ella se le había ocurrido esta idea al ver al Sr. de Walde dominando á su caballo desbocado. Y en aquel momento recordó el sobresalto que había experimentado al pensar que podía sucederle una desgracia y la alegría que había sentido al verle retroceder sano y salvo. Recordando esto, se detuvo y se llevó sonriendo la mano á su corazón que palpitaba fuertemente.

– ¡Vamos!, dijo de pronto Ernesto, ahora ya vuelves á correr demasiado. ¡Cómo te reñiría el tío si lo supiese; pero no tengas cuidado, que no diré nada!

Isabel continuó su marcha lentamente y como perdida en una vaga meditación. No había oído, ó por lo menos escuchado, las palabras de Ernesto. ¿Qué se agitaba en ella?.. ¿Qué había sentido la víspera su corazón cuando comenzó á improvisar, sentada ante el piano de Elena? ¿Qué conmovía su alma, unas veces alborozándola y otras haciéndola llorar? El mismo sentimiento confuso, complicado, indescifrable, pero mil veces más poderoso, se agitaba todavía en ella.

– Pero Isabel, dijo el muchacho con impaciencia, ¿qué tienes?.. Ahora andas tan despacio que será de noche cuando lleguemos á casa.

Y diciendo esto, tiró del vestido de su hermana, la cual, vuelta así á la vida real, recobró al fin su serenidad y continuó andando con su paso normal.

Al llegar al gran vestíbulo que servía de comedor, Isabel dejó sobre el aparador el sombrero de Berta. No quería dar cuenta inmediatamente á sus padres del extraño incidente de aquel encuentro, temiendo con mucha razón ocasionarles una viva inquietud. Sin duda hubieran hablado de ello al guardabosque; y como éste se mostraba desde hacía algunas semanas cada vez más descontento de Berta, si hubiese tenido noticia de la inexplicable animosidad que la animaba contra su querida sobrina, sin duda hubiera echado á la joven de su casa. Ernesto no echó de ver el sombrero recogido en el bosque ni el cuidado que su hermana tuvo para ocultarle momentáneamente; de modo que no podía descubrirla.

Después de cenar, Isabel fué á la casa forestal; encontró á Sabina en el jardín, y supo con satisfacción que su tío había ido á dar una vuelta por los bosques hacia la parte de Lindhof; entonces entregó el sombrero á la anciana, y hablóle de su encuentro con Berta, preguntando después si ésta había regresado ya.

Sabina estaba como aturdida.

– Sí, sí, contestó; y es casi seguro que si hubiera usted estado sola se habría precipitado sobre usted para sacarle los ojos. Yo no sé qué sucederá, pero es evidente que desde hace algunos días es más mala que nunca. Ya no duerme durante la noche; va y viene, vagando como alma en pena; y ahora no es muda, pero sólo habla consigo misma. Yo quisiera abrir la puerta de su cuarto cuando hace todas esas cosas; mas no puedo, y aunque me prometieran una mina de oro, no me atrevería á tocar ni la cerradura.

Va usted á burlarse de mí, como lo hace mi amo, pero le aseguro que ocurre algo extraordinario. Para convencerse de ello basta observar la mirada de esa joven...; sus ojos brillan, chispean como el fuego de los condenados ó de los hechiceros; mas yo permanezco tranquila y no digo una palabra. Nuestro amo duerme bien, profundamente; los demás hacen lo mismo, y si yo les dijese que en la casa ocurren cosas extrañas, me contestarían que veo visiones y que chocheo. Tengo el oído muy fino, y ni siquiera un ratón podría moverse sin que yo lo sintiera. ¡Pues bien!.., tan cierto como que existo, Berta va de noche á vagar sin duda por alguna encrucijada, y el perro grande que está encadenado en el patio durante el día desaparece al mismo tiempo que ella; es el único ser que ama á Berta, y á pesar de su fiereza nunca le hizo el menor daño.

–¿Y mi tío no sabe nada de esto?

–Nada, y no seré yo quien se lo diga, pues seguramente me costaría caro.

–Pero Sabina, ¿no piensa usted que su silencio podría ocasionar un gran perjuicio á mi tío? Ya ve usted que la casa está muy aislada, y si el perro no se halla en el patio...

–¡Oh!, yo me estoy en la ventana y vigilo hasta que ella vuelve de su paseo, acompañada del animal.

–Pero usted se impone así unas molestias que podría evitarse; mejor sería que Berta...

¡Chist, chist!.., hable usted más bajo, dijo Sabina, porque está cerca de aquí.

Y con un ademán señaló el gran peral que se elevaba en el patio. Isabel se acercó lentamente; debajo del árbol había un banco de piedra, y allí estaba Berta sentada. El rubor producido por la emoción y la cólera no coloreaba ya su frente y sus mejillas, habiéndole reemplazado una palidez lívida. Isabel notó que la extraña joven había enflaquecido mucho desde hacía algún tiempo; su nariz, tan fina, sobresalía más aguda entre las mejillas, que habían perdido ya su color; los ojos estaban rodeados de un círculo pardusco, y entre las cejas habíanse formado dos pliegues profundos que se armonizaban con el movimiento de los labios para comunicar al rostro una expresión salvaje, pero sumamente dolorosa. Aquel aspecto conmovió el corazón de Isabel, despertando en ella, con toda su fuerza, el divino sentimiento de la conmiseración. Los hombros de la pobre solitaria parecían hundidos bajo el peso de un dolor insoportable, tanto más intenso cuanto que la joven se obstinaba en sobrellevarlo sin el auxilio de sus semejantes. Isabel, olvidando la hostilidad que Berta le había manifestado hasta entonces, dió con viveza algunos pasos hacia adelante para apoyar sobre su seno aquella cabeza fatigada por el dolor, para decir á la joven que sufría: «Reposa sobre mi pecho; comunica á un corazón fiel todas las penas contra las cuales luchas sola, y yo te daré por lo menos un consuelo, que representará la simpatía de nuestros semejantes.»

Pero Sabina se precipitó hacia la joven y cogióla de un brazo.

–¡No vaya usted allá!, murmuró con voz entrecortada; no lo consentiré..., tiene un cuchillo en la mano, y sería capaz de clavárselo á usted en el pecho.

–Pero me parece que sufre alguna desgracia insoportable..., y yo quisiera probarle que siento por ella profunda compasión y simpatía.

–No, no; ahora mismo verá usted hasta qué punto se puede confiar en ella.

Sabina franqueó los escalones que conducían desde el jardín al patio; Berta dejó que se acercara á ella sin levantar siquiera los ojos.

La señorita Isabel lo ha encontrado, dijo, poniendo el sombrero sobre las rodillas de la joven.

Y después, tocándole amistosamente el hombro, añadió:

–La señorita quisiera dirigir á usted algunas palabras.

Berta se levantó con expresión de terror, como si le hubiesen anunciado una espantosa catástrofe; apartó de sí con salvaje ademán la mano de Sabina, apoyada en su hombro aún, y dirigió una mirada de cólera al sitio donde Isabel se hallaba, manifestando así que adivinaba muy bien su presencia. Después arrojó su cuchillo sobre la mesa, empujó violentamente la cestita llena de judías que estaba mondando y precipitóse hacia la casa. Allí se oyó, á través de las ventanas abiertas, el ruido de la puerta que se cerraba estrepitosamente.

Isabel permanecía inmóvil, muda de sorpresa y de dolor. Debía rendirse ante la evidencia y aprender á familiarizarse con el odio; mas parecíale injusto inspirarlo cuando se adelantaba con el alma llena de conmiseración y de benevolencia.

Hacía como una semana que Isabel iba todos los días al castillo. La señorita de Walde había recobrado milagrosamente sus fuerzas desde el día en que pasó la tarde en la habitación de la baronesa, según repetía ésta con mucha satisfacción; día que se señalaba también por la llegada del Sr. de Hollfeld. Elena estudiaba con afán varias composiciones á cuatro manos, y al fin confió á Isabel que á fines de agosto debían conmemorar el aniversario del nacimiento de su hermano, por lo cual deseaba obsequiarle excepcionalmente, celebrando al mismo tiempo su regreso. En dicho día debía oir á su hermana tocar por primera vez desde hacía algunos años, y Elena no ignoraba que no podía prepararle más dulce y agradable sorpresa.



Cuando la señora de Lessen no estaba bien dispuesta para ejercer de profesora, enviaba á buscar al candidato Mohring

Isabel veía llegar la hora de aquellas sesiones musicales con una extraña mezcla de alegría y angustia. El castillo y el parque habían llegado á ser para ella agradables y familiares, sin que pudiese adivinar la causa de aquella disposición de ánimo, y hasta el banco donde el Sr. de Walde se había sentado junto á ella algunos instantes tenía á sus ojos el grato aspecto de un antiguo amigo, tanto que para volver á verle hacía siempre un corto rodeo. En cambio, experimentaba cierta angustia y repugnancia bien marcadas apenas veía al Sr. de Hollfeld. Después de evitar cuidadosamente todo encuentro con él y de acoger friamente sus apresurados cumplidos, vióle entrar una tarde en la habitación de la señorita de Walde para solicitar permiso para asistir al ensayo musical. Con gran descontento suyo, oyó á Elena decirle, después de haberle acogido con una mirada radiante de felicidad, que era un agente doblemente bien venido, puesto que hasta entonces había manifestado por la música una indiferencia y un desdén incurables. Tomó, pues, la costumbre de presentarse con regularidad después de la llegada de Isabel; ponía delante de Elena algunas flores acabadas de coger, lo cual daba por resultado que Elena, tocando con mano temblorosa, produjera algunas notas falsas, y después iba á colocarse cerca del alféizar de la ventana, sentándose de modo que estuviese bien de frente á las dos artistas. Durante la ejecución de una pieza se cubría los ojos con la mano, como para aislarse del mundo exterior y absorberse en el pensamiento del autor de la composición; mas Isabel observó muy pronto, con no poco disgusto, que cubría así su rostro solamente por el lado que Elena podía ver; mientras que detrás de la mano, su mirada, fija en Isabel, seguía todos sus movimientos, produciendo en la joven una impresión tan penosa, que muy á menudo tuvo intención de renunciar á aquellas sesiones, tan desagradables por la continua presencia del Sr. de Hollfeld.

Elena no echaba de ver en modo alguno este doble juego; hacía frecuentes pausas para distraerse con su primo, aunque más exacto fuera decir que hablaba casi sola, pues el Sr. de Hollfeld respondía tan sólo por monosílabos, que á pesar de lo insignificantes y triviales eran acogidos como una gracia por Elena.

Algunos momentos antes de terminar la sesión se retiraba. Desde el primer día, Isabel, que estaba alerta, notó que salía del castillo; observóle desde una de las ventanas del primer piso, y le vió pasearse con perseverancia fuera del parque, delante del sendero que ella debía seguir para volver á su morada. La joven frustró este plan dirigiéndose á la habitación de la señorita Mertens, junto á la cual se detuvo por lo menos una hora. Allí era siempre bien recibida con los brazos abiertos por la pobre institutriz, ansiosa de benevolencia y afecto; y muy pronto hicieron el convenio tácito de que Isabel no pasaría por delante de aquella puerta sin entrar en la habitación.

Por lo demás la señorita Mertens estaba triste y abatida, comprendiendo que su situación en Lindhof se hacía diariamente más penosa é intolerable. La baronesa de Lessen, de quien dependía en absoluto, se aburría á más no poder, según decía. Cuando estaba delante de sus parientes afectaba todas las apariencias exteriores de la bondad y de la satisfacción; mas parecíale difícil sostenerse en su papel é indemnizábase de la violencia que allí se hacía apenas se hablaba en su habitación. Allí era decididamente insoportable, no para Bella, cuya cuna y parentesco respetaba, ni tampoco para su anciana camarera, con quien tenía infinitas é inexplicables consideraciones, ni para el viejo Lorenzo y los demás criados, con los cuales no osaba ejercer su tiranía, cuyos efectos hubiera reprimido muy pronto el Sr. de Walde, sino para la desgraciada señorita Mertens, blanco de todas las humillaciones, de todas las injusticias, en que el alma de la baronesa, henchida de rencor, buscaba una compensación de sus enojos.

A fin de atormentar mejor á su víctima, la señora de Lessen quiso asistir á las lecciones que daba á Bella; y á presencia de la discípula, el método de la institutriz fué criticado amargamente desde un principio. En realidad, decía la baronesa, no debía extrañarse que su hija no hiciese ningún progreso... Ahora comprendía por qué aquella niña tenía siempre los nervios en tensión. ¿Y cómo podía ser su ademán correcto y gracioso, viendo siempre los movimientos rígidos de la señorita Mertens cuando tenía un libro en la mano y le hojeaba? Y otras cosas por el estilo, á propósito de todo, ó más bien de nada. En las lecturas que la señorita Mertens hacía practicar á la niña, su elección, según la baronesa, era tan pronto insulsa como demasiado sentimental, vulgar y común. ¿Y no tenía aquella institutriz la audacia de manifestar algunas veces su propia opinión al citar hechos históricos? En semejantes casos la lección se interrumpía; la baronesa ocupaba el asiento de la institutriz, obligando á ésta á escuchar con sumisión la enseñanza que daba á su hija, cuyas conclusiones no estaban de acuerdo con la justicia y la caridad, siendo más propias para pervertir el ánimo de una niña y depravar su corazón, aunque en un principio hubiese sido bueno. Cuando la señora de Lessen no estaba bien dispuesta para ejercer sus funciones de profesora, enviaba á buscar al candidato Mohring; ya sabía que éste hablaba un francés detestable; pero le rogó que asistiera á las lecciones durante todo el tiempo que aún debía permanecer en Lindhof, para corregir la pronunciación defectuosa de la institutriz.

Derramando lágrimas muy amargas, la señorita Mertens refería á Isabel los detalles del martirio que sufría, añadiendo luego que la situación de su anciana madre, sola, sin recursos y sostenida casi únicamente por la pensión que su hija le pasaba, era lo único que la podía obligar á sufrir todos los alfilerazos, los desdenes y las humillaciones á que se hallaba sometida. Sin aumentar las privaciones de su madre, no le era posible incurrir en los gastos que la ocasionaría un cambio de colocación. Mas por afligida que estuviese, sus facciones se iluminaban cuando Isabel, entreabriendo la puerta, solicitaba con su fresca voz permiso para entrar. La presencia de la joven conjuraba los tristes pensamientos, las reflexiones amargas y las inquietudes dolorosas para el presente y el porvenir. Sentadas una junto á otra en el pequeño canapé, comunicábanse sus pensamientos y sus impresiones; la señorita Mertens recobraba con aquel contacto algunos impulsos de juventud, é Isabel obtenía una enseñanza preciosa, porque la señorita Mertens era notablemente instruída.

Aquellas tardes tenían además para la joven un encanto misterioso, que ella no hubiera querido revelar por ningún precio, y que no se confesaba á sí misma, aunque sintiera latir su corazón con fuerza apenas entraba en aquel aposento.

Las ventanas de la habitación que la institutriz ocupaba daban á un extenso patio separado del resto del edificio, rodeado de altas paredes y siempre silencioso, en el cual disfrutábase de un fresco agradable cuando el sol del mediodía abrasaba las calles de árboles del parque. El Sr. de Walde, cuyas habitaciones comunicaban con este patio, solía pasearse silenciosa y lentamente alrededor del estanque. ¿Qué

pensamientos se agitaban detrás de su hermosa frente, tan grave y meditabunda? Algunas veces levantaba la cabeza bruscamente como si despertase sobresaltado de un sueño que acariciara dulcemente. La señorita Mertens repetía con frecuencia que su carácter había cambiado mucho desde su regreso.

«Antes de su viaje, decía, el Sr. de Walde le pareció tan inmóvil y grave como una estatua, y aunque hubiese reconocido en él buenos y nobles sentimientos, se había sentido siempre sobrecogida en su presencia de una impresión glacial. Ahora parecía que una mano benéfica había pasado sobre sus facciones para animarlas y embellecerlas; durante los paseos solitarios que daba por aquel patio, una ligera sonrisa entreabría algunas veces sus labios, como si una aparición cuya vista le hiciera feliz hubiese surgido de pronto ante él.» Al dar así cuenta de sus observaciones, la señorita Mertens sonreía, añadiendo que, según toda probabilidad, había traído de sus viajes agradables recuerdos y algunos proyectos para el porvenir. Aseguraba que no le era posible alejar de ella la certidumbre de que dentro de poco Lindhof cambiaría completamente de aspecto bajo la influencia de una joven, hermosa y noble castellana. Al repetir varias veces sus conjeturas, la señorita Mertens no observó jamás la angustia que producían en el corazón de su joven amiga, y que su semblante revelaba con una franqueza de que ella misma no podía formarse idea.

Los paseos que el Sr. Walde daba por aquel jardín monacal eran interrumpidos á menudo por toda clase de personas: obreros, agentes de negocios... y sobre todo desgraciados; éstos avanzaban con la cabeza baja, detrás de los criados que los introducían, y deteníanse á pocos pasos del Sr. de Walde, sin osar acercarse más. Este último les dirigía entonces la palabra con dulzura, informábase de sus necesidades y aflicciones; les daba un buen consejo, prometiéndoles su protección, y en los casos de más apuro escribía algunas palabras para su intendente en una de las hojas que arrancaba de su libro de memorias... Poco á poco las cabezas se erguían; las frentes, inclinadas bajo el peso del dolor, serenábanse, y todos sin excepción se retiraban consolados y fortificados, pues los que no se reconocían dignos de solicitar el auxilio del Sr. de Walde, no osaban arrostrar su penetrante mirada.

Cierto día Isabel se dirigió al castillo media hora antes que de costumbre; su padre había encontrado en las inmediaciones del parque á la señorita Mertens, con el rostro humedecido por las lágrimas, y al parecer nada dispuesto á trabar conversación, pues habíase limitado á devolverle su saludo, alejándose muy de prisa. Esta noticia inquietó mucho á Isabel, que de ningún modo quería esperar á que terminara la sesión musical para visitar á la pobre institutriz, necesitada sin duda de consuelo y afecto.

En uno de los dos lados de la gran pradera que unía el parque de Lindhof con el bosque había un pabellón encantador, rodeado por todas partes de espeso bosquecillo, de tal modo que solamente se podía ver su elegante fachada. Hasta entonces aquel pequeño edificio había permanecido cerrado; pero los postigos entreabiertos permitían ver unos muebles cómodos y suntuosos, como todos los del castillo. Al llegar por el bosque, Isabel vió que las puertas del pabellón estaban abiertas de par en par; un criado que llevaba una bandeja desocupada salía en el momento de acercarse Isabel, é inclinándose ante ella la invitó á entrar. Entonces vió á la señorita de Walde, á la baronesa y al Sr. de Hollfeld, que tomaban café en el único aposento del pabellón.

– Viene usted más temprano que de costumbre, querida niña, dijo Elena al ver á Isabel.

La joven contestó que pensaba hacer una visita á la institutriz antes de comenzar la sesión de música.

– Ruego á usted que renuncie á ese proyecto por hoy, repuso Elena, algo cortada al parecer, mientras que una sonrisa burlona entreabría los labios de la baronesa... Sabrá usted que he recibido esta mañana de Leipzig una caja llena de música nueva, añadió la señorita de Walde. Ya he leído algo de todo eso, y elegido también algunos fragmentos que convendrán admirablemente al talento de usted. Hasta es posible que encontremos la pieza capital de nuestro concierto... Tenga usted la bondad de sentarse, y volveremos al castillo juntas.

Así diciendo, presentó á Isabel una magnífica pera, ofreciéndole después algunos bizcochos.

El lebrel del Sr. de Walde franqueó en aquel momento de un salto el umbral del pabellón; las dos damas cruzaron al punto una mirada de temor; Elena dirigió después la suya con inquietud hacia la puerta, procurando al mismo tiempo que su rostro tomara una expresión afectuosa, y la baronesa arrojó á un canastillo su labor para examinar la cafetera y asegurarse de que su contenido estaba bastante caliente. Después preparó una taza y colocóla sobre la mesa delante de un asiento. La sonrisa impertinente que parecía antes como estampada en su rostro ha-



En uno de los lados de la gran pradera había un pabellón encantador...

bía desaparecido, sustituyéndola una expresión grave. Al divisar el lebrel, Hollfeld se lanzó al jardín, y muy pronto reapareció acompañado del Sr. de Walde, que al parecer regresaba de una excursión, pues vestía una especie de traje de viaje.

– ¡Ya temíamos, querido Rodolfo, dijo Elena, ofreciéndole la mano, no volver á verte esta noche!

– Me he encontrado en L... con más negocios de los que esperaba, contestó el Sr. de Walde, rehusando la silla que le ofrecían, para sentarse junto á su hermana, y por lo tanto muy cerca y enfrente de Isabel, á la que saludó cortésmente. Hace ya media hora que regresé, pero Reinwald me esperaba impaciente para hablarme de un asunto y saber mi resolución inmediata. Poco ha faltado para que todo esto me privara del placer de tomar una taza de café en tu compañía, querida Elena.

– Le tendré ojeriza á ese pícaro Reinwald, repuso la señorita de Walde, sonriéndose... ¿No podía esperar un poco? Supongo que el mundo no estaba en peligro.

– ¡Ah, querida niña!, dijo la baronesa, nosotras no podemos cambiar esas cosas... Estamos todas condenadas, y para toda la vida, á ser esclavas de nuestros inferiores.

El Sr. de Walde volvió tranquilamente la cabeza y examinó á la condesa con curiosidad.

– ¿Por qué me miras tan fijamente?, preguntó la señora de Lessen.

– Para ver si realmente eres á propósito para representar el papel de uno de esos esclavos infelices de *La cabaña de Tom*.

– Sí, los hombres son muy felices, porque pueden chancearse con motivo de todo..., pero nosotras no tenemos tu grandeza de alma, tu serenidad ni tu fuerza viril para soportar las ligeras amarguras y los enojos que sufrimos en la vida.. Nosotras las mujeres tenemos nervios fácilmente irritables, que redoblan la intensidad de toda emoción..; Si me hubieras visto hoy! Me hallaba en una situación espantosa..

– ¿De veras?

– Sí; obligada á dejarme llevar de una cólera terrible..., pero la señorita Mertens responderá de ello ante Dios.

– ¿Te ha ofendido acaso?

– ¡Qué singular suposición haces, querido Rodolfo! ¿Cómo podría ofenderme una persona de esa condición? No ha sido eso; pero me ha hecho montar en cólera.

– ¡Vamos, dijo el Sr. de Walde, veo con satisfacción que no te doblegas fácilmente bajo el yugo de los esclavos, del cual nos hacías poco ha una pintura tan melancólica con ejemplar resignación!

– Desde hace algún tiempo he debido tolerar muchos sinsabores de esa desagradable persona, prosiguió la baronesa, sin hacer aprecio de la observación de su primo. La misión maternal es santa á mis ojos, y considero como uno de mis primeros deberes vigilar la instrucción que se da á mi hija, pues la marcha que se imprima á su espíritu y á su corazón no puede serme indiferente... Por desgracia, he descubierto que la enseñanza de la señorita Mertens era defectuosa, y que, por otra parte, sus opiniones y su manera de considerar las cosas y las personas no eran del todo convenientes para una niña colocada en la posición que Bella ocupará... Hoy mismo he oído desde una habitación inmediata á esa necia institutriz decir á Bella que el valor moral está muy por encima del que se debe á una elevada cuna... ¡Como si estas cosas pudieran separarse jamás!.. Y añadió que el mendigo de corazón puro tiene más mérito á los ojos de Dios que el mismo rey, si éste se halla cargado de culpas... Cuando te haya dicho, querido Rodolfo, que Bella está destinada á vivir en la corte, pues me han hecho la promesa formal de concederme una plaza de dama de honor para ella, ya comprenderás que no puedo tolerar enseñanzas tan subversivas de todo sentimiento de dignidad y de todo respeto de jerarquía... Admitirás sin duda que si pudiese adoptar semejantes ideas y sentimientos, Bella haría un papel muy extraño en la corte, llegando á ser pronto intolerable su situación.

– No se puede negar esto.

– ¡Dios sea loado!, exclamó la baronesa, visiblemente satisfecha. Ahora puedo confesarte que experimentaba cierta inquietud al preguntarme qué juicio formarías de mí por haber despedido á la señorita Mertens, á la cual atribuías al parecer un mérito que no tiene...

– No tengo el menor derecho á intervenir en tus relaciones con las personas de tu servicio, contestó fríamente el Sr. de Walde.

– ¡Convenido! Mas á pesar de todo, siempre procuro obrar según tus opiniones, y hasta conformarme con tus voluntades, querido Rodolfo. No puedo expresarte la satisfacción que experimento al pensar que no veré más esa desgraciada y desagradable fisonomía.

– Lo siento mucho; mas á pesar de todo no podrás evitarlo completamente, puesto que la institutriz habitará bajo el mismo techo que nosotros. Reinhard, mi secretario, acaba de desposarse con la señorita Mertens hace media hora.

La labor que la baronesa había vuelto á coger escapó de sus manos, y su rostro se cubrió de manchas purpúreas, que invadieron muy pronto hasta su frente.

– ¿Ha perdido el juicio ese hombre?, exclamó.

– No lo creo así, ó por lo menos acaba de expresarse con muy buen criterio en mi presencia hace pocos momentos.

– ¿Conque se ha enamorado de pronto de las antigüedades?.. ¡Oh, qué joven y bella novia!, exclamó la señora de Lessen, tratando de reir á carcajadas.

Su hijo quiso imitarla, demostrando así que había seguido la conversación, por más que se abstuviera cuidadosamente de tomar parte en ella. Elena le dirigió una mirada de indignación é Isabel experimentó un sentimiento de cólera que apenas pudo reprimir.

– Espero, no obstante, repuso la baronesa, que no te propondrás obligarme...

– ¿A qué?

– A vivir en la misma casa que esa persona.

– Es evidente que yo no puedo obligarte, Amelia, así como tampoco me es posible prohibir el casamiento de mi secretario.

– Pero puedes alejarle, ya que ha juzgado oportuno hacer una elección que obliga á tus parientes á salir de la casa.

– Pues ni aun eso está en mi poder; Reinhard debe permanecer junto á mí mientras viva, y precisamente acabo de señalar una pensión á su futura, para el caso en que le sobreviva. Además cometes un ligero error, prima mía, si piensas que una causa cualquiera puede inducirme á despedir un hombre cuya probidad, instrucción y afecto me son bien conocidos. Por lo demás, he debido aprobar la elección de Reinhard, porque su edad conviene con la de su futura, y he destinado al matrimonio las habitaciones bajas del ala del Norte, de cuya posesión disfrutarán mientras vivan. Reinhard quiere vivir también con su suegra, que vendrá aquí á establecerse con ellos.

– Pues no me resta más que felicitar á los futuros cónyuges, repuso la baronesa; todo eso está perfectamente arreglado, y tan sólo me permitiré añadir que me sería imposible comprometerme á conservar esa persona á mi lado un día más... Que busque un asilo donde quiera, pues ya comprenderás, Rodolfo, que esos dos interesantes desposados no pueden convenientemente permanecer bajo el mismo techo hasta el día señalado para su matrimonio.

(Continuará)



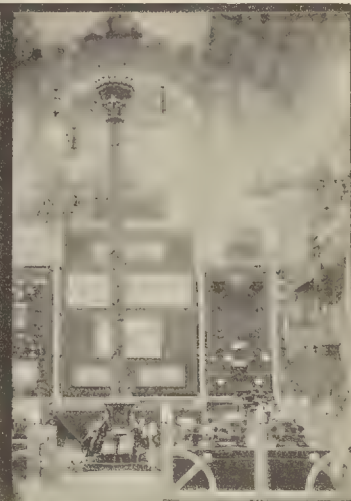


INSTALACIÓN DE APARATOS ELÉCTRICOS DE LOS SEÑORES RAMIS, PETIT, GUILLAMOT Y C.ª, DE BARCELONA

INSTALACIÓN DE APARATOS ELÉCTRICOS DE LA SOCIEDAD «LA INDUSTRIA ELÉCTRICA», DE BARCELONA



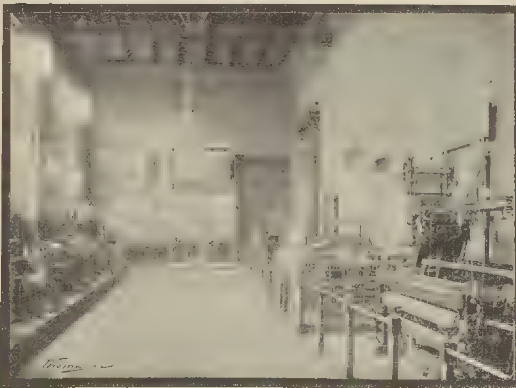


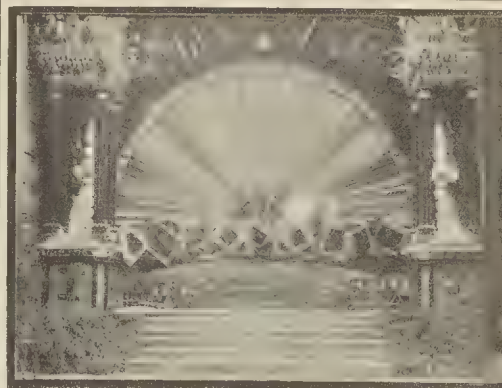


INSTALACIÓN DE MUEBLES Y ARTÍCULOS JAPONESES DE LOS SEÑORES CLAPÉS Y C.ª, DE BARCELONA

INSTALACIÓN DE CERVEZAS DE LOS SEÑORES COMAS Y C.ª, DE BARCELONA

INSTALACIÓN DE APARATOS ELÉCTRICOS DE D. JUAN BRUJAS PELLISSÉ, DE SABADELL





SECCIÓN DE TELARES MOTORES, BÁSCULAS, ETC.

INSTALACIÓN DE MOLDURAS, JUGUETES Y MUEBLES DE D. JAIME PUJOL É HIJO, DE BARCELONA

Exposición de Industrias creadas, introducidas y desarrolladas en España al amparo del vigente arancel, organizada por el Fomento del Trabajo Nacional, de Barcelona

LA EXPOSICION INDUSTRIAL

Afirman los organizadores de este Certamen que las muestras expuestas atestiguan los progresos realizados y las industrias creadas al amparo del vigente arancel; de ahí que la exhibición no deba juzgarse como muestra general y completa de la industria nacional, puesto que en ella sólo figuran los productos de aquellas manufacturas que han nacido ó se han desarrollado por efecto del régimen aduanero existente.

Llama extraordinariamente la atención el grupo formado por las instalaciones de aparatos y máquinas destinadas á producir la electricidad para el alumbrado y como fuerza motriz, descollando las que exhiben los Sres. Planas, Flaquer y C.ª, de Gerona; los Sres. Ramis, Petit, Guillamot y C.ª, de Barcelona; la Sociedad anónima titulada «La Industria Eléctrica,» de Barcelona, y las de D. Juan Pujadas Pellissé, de Sabadell. Sirve de complemento la exposición de elementos auxiliares, como los alambres que presenta D. Pedro Vilafranca, los records, cubrecables para salón y otras piezas de D. Jaime Pujol é hijo, los aisladores de porcelana de Berenguer y Canals y las bombillas de colores de la Compañía Nacional de Electricidad establecida en Madrid. Merecen citarse también el encendedor eléctrico presentado por D. Mariano Lázaro, y el llamador *Fénix*, para combatir los incendios, que exhibe D. J. Vila Forns, de Gerona.

Extensa es la sección de maquinaria, que comprende las instalaciones de los Sres. Durán, Cañameras y C.ª; Miguel Sala, de Sabadell; la Sociedad anónima de Bilbao; la de poleas de Pons hermanos, de Sabadell; la de cilindros para hilados y rodillos de José Janer; los aparatos de vapor de M. Rodríguez; las máquinas auxiliares de la tipografía y tipos fundidos de A. Steinhausen, de Gracia; las piezas de hierro fundido de F. Mestres, de Villanueva y Geltrú; los arados de Miguel Mestres; las heladoras de Puig y Negre; los telares de José Planell y Serra, de Sabadell, y los de J. M. Feliu; las prensas y motores de Torres, así como las de Escuder; las máquinas para fabricar chocolate de Valls hermanos y las de Pedro Rosell.

Sigue á este grupo el constituído por la metalistería, en el cual llaman la atención los aparatos quirúrgicos de Joaquín Sala; las bicicletas de José Sagarra y C.ª; la báscula de hierro forjado de M. Ballarin; los gálvanos artísticos de Ramón Brossa; los grabados en metal y estereotipia de A. Vidal Martí; los tornillos de Dionisio Bobín; los bronces de arte de Masriera y Campins; los clavos y puntas de Roses y Masriera; las tuberías de Hernani; las puertas onduladas, cocinas, prensas, etc., de J. Más Bagá; los tubos de plomo de Manuel Arquer; los clavos para calzado de Carlos Oliver; los alambres de Quintana y Senil; los variados objetos de metal blanco, aluminio y bronce de A. y A. Santamaría; la colección de lámparas de los Sres. Costa y Pons; las cajas de metal decoradas de Ignacio M.ª Tintoré; las obras de hojalatería de Gerardo Bertrán; las limas de Jorge Murill, y el artístico espejo jardinera de hierro forjado de Antonio Pons.

En la sección de ebanistería figuran sillas, mesas, etc., de Antonio Ruiz; muebles de estilo japonés de Clapés y C.ª; lavabos, sillas, etc., de Juan Busquets; camas torneadas de Morató hermanos; muebles de José Pujol hermanos; pianos de Estela y C.ª, y de Corominas y Ricar; sillas de rejilla y sillones de Morales hermanos; molduras mecánicas, taraceas y parquets de Francisco Guilleumas; molduras finas de Pío Clos; la mesa billar de Tomás Mayol, y muebles artísticos de carácter económico de Jaime Pujol é hijo.

Los productos alimenticios representan un valioso elemento de la producción, conforme lo demuestran las conservas de J. Metgé; los chocolates de J. Ramón Ballester; las pastas para sopa de Magín Quer, Juan Quer y Raimundo Cerdá, y los embutidos de Manuel Herrero, así como los vinos de los señores Camps Bardagi; la de vermouths de Martini y Solá; la de cerveza de Comas y C.ª; las bebidas gaseosas de Hijos de J. Catalá; los vinos espumosos de Bosch y Fuster; la del renombrado Anís del Mono, de Bosch hermanos; la de vino espumoso de Codorniu; el cognac y licores de Fonseca, Pinto y Compañía, de Vigo, y los aceites de varias clases expuestos por los fabricantes reunidos.

En la sección formada por la cerámica y vidriería despiertan interés las intalaciones de Butsems y Fradera; J. Romeu Escofel y de Orsola, Solá y C.ª; J. Vilella, y A. Rigalt.

Más copiosa es la sección de tejidos, hilados, sederías, etc., que representa, á no dudar, la vida de Cataluña, la suma de iniciativas y el conjunto de inmensos capitales. En ella figuran dignamente las instalaciones de sederías, encajes, bordados, cortinas, visillos, etc., de punto de crochet; lanas, géneros de punto, carretes de hilo de las Filaturas del Ter; urdimbres, hilazas de lino, cintas, tejidos para corsés, hilados, lanillas, lanas, estambres, mercería, cintas de algodón sin trama de Tomás Soler hermanos; los tejidos de goma con bordados y el papel tela de A. Sedó y C.ª

Las instalaciones de juguetes despiertan interés, pues aparte de los curiosísimos ejemplares que contienen, especialmente los automáticos, sorprenden por su profusión y belleza.

La droguería hállase representada por los aceites y grasas lubrificantes, barnices, colores artificiales y silicatos; los aprestos, almidón, cola y gelatina, lejías, cápsulas amiláceas del doctor Martí; los productos de la Sociedad Farmacéutica Española; perfumería, las cápsulas y perlas dosificadas de Ramón Sol y las instalaciones de gas acetileno.

Completan la exhibición las gomas de José Gassó y Martí; los hules de la viuda Rovira; el papel de hilo de José Vilaseca; el papel para fumar, el cartón cuero, los peines, los impermeables, los sombreros, las flores artificiales, los trajes para niño, los acordeones, las cuerdas armónicas, los cepillos, los pinceles, los cueros relevados, los cestos de paja con bordados, la ballena artificial, las correas, las cortinas persianas, los anuncios artísticos de los Sres. Utrillo y Rialp; las encuadernaciones de J. Cunill; el producto titulado *Pegamoid*, y una preciosa canoa para regatas de Francisco Cid.

Agradable sorpresa causa la reunión de tantas iniciativas, con mayor motivo cuando demuestran grandes esfuerzos y energías más dignas de aplauso, dadas las calamitosas circunstancias que atravesamos. De ahí que al terminar esta sencilla revista aplaudamos al Fomento del Trabajo Nacional y á su delegado y organizador D. José Soler por el éxito alcanzado.

A. GARCÍA LLANSÓ



D. Gonzalo Segovia, conde de Casa-Segovia

Excmo. Sr. D. Juan Durán y Cuerbo

D. Rosendo Ballesteros de la Torre

LOS ESPAÑOLES EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

Al publicar en uno de nuestros anteriores números la vista del crucero *Río de la Plata*, que los españoles residentes en la Argentina y en el Uruguay regalan á la madre patria, nos ocupamos con el elogio que merecen de los trabajos realizados por la «Asociación Patriótica Española de Beneficencia.» Entre los principales miembros de ésta figuran los señores cuyos retratos reproducimos al frente de estas líneas.

El Excmo. Sr. D. Juan Durán y Cuerbo, ministro plenipotenciario de España en la Argentina y en el Uruguay, ha sido uno de los que más activa parte han tomado en la constitución de la Asociación Patriótica y de los que más han trabajado para que ésta diera los maravillosos resultados que viene dando. Es persona dotada de altas prendas de carácter, honradez é hidalguía y en él hallan los españoles de la Argentina y del Uruguay no sólo al defensor de sus intereses sino que también al amigo sincero y cariñoso.

El Dr. D. Gonzalo Segovia, conde de Casa-Segovia, nacido en Cádiz, es el presidente de la Asociación: á su patriotismo y talento organizador se debe que en menos de un año haya sido un hecho el regalo de un buque de guerra á España. A fuerza de labor y de constancia ha conseguido una posición brillante y con sus bondades hase conquistado el cariño de sus conciudadanos.

D. Rosendo Ballesteros de la Torre, hijo de Barcelona, es secretario general de la Asociación y tiene prestados á su patria grandes servicios que le han valido honrosas recompensas, entre ellas la cruz del Mérito Militar de 2.ª clase. El Sr. Ballesteros de la Torre es redactor de *El Correo Español*, periódico de Buenos Aires, y colaborador de varias importantes publicaciones americanas y españolas.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 19 de julio de 1897 — Núm. 812



NIÑO DORMIDO, cuadro de Van Dyck, que se conserva en la Real Academia de Venecia

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Resistencias á la paz de Turquía. – Rectificación de fronteras que demanda en Tesalia. – Grecia. – El culto de todos á tan divina tierra. – Sus heroicos esfuerzos en la primer guerra por su independencia. – Necesidad de su conservación. – Conmemoraciones de glorias occidentales. – Vasco de Gama divinizado en Lisboa. – El Poema de Camoens. – Reflexiones. – Conclusión.

Turquía quiere la reconquista del mundo cristiano por el Corán. Como si estuviéramos en el siglo séptimo, al corromperse la prematura civilización de los godos por la culta y hermosa Bética, ó como si estuviéramos en el siglo décimoquinto, al consumirse la civilización bizantina en su larga decadencia por la culta y hermosa Grecia, pasa el tiempo de los arreglos y pactos conducentes á la paz, transformando la batalla de Farsalia en la batalla del Guadalete ó trabucando la toma de Larissa con la toma de Constantinopla. La rectificación de la frontera Tesalia por ella pedida hoy, equivaldría en el fondo mañana por completo á un avance del fatalismo islamita sobre la cristiana libertad. Recobrar la val y desfiladero de Tempe, tomando la carrera tortuosa del célebre Peneo, sería tanto como dejar Grecia en lo futuro á merced y arbitrio de Turquía. Y esto no lo consentirán jamás las tribus manumitidas del vasallaje otomano en la península de los Balkanes y en las orillas del Danubio. Mi culto á Grecia es inextinguible, suceda lo que suceda. El pueblo que abriera otros días á todos estos pueblos orientales el camino de la libertad, el pueblo que los ha iniciado en la vida del derecho ha sido ese pueblo griego, cuya fecundísima inteligencia no se agota jamás y cuyo porvenir tiene celajes tan bellos como su pasado. Maravillosos en verdad siempre los griegos. Dominaciones varias los han oprimido desde la dominación romana hasta la dominación asiática; el bizantinismo, capaz de corromper los pueblos más fuertes y viciarlos para siempre, ha penetrado en la medula de sus huesos; bandas aventureras varias se han creído en las luchas de la Edad media llamadas á su dominación y se han ornado varios reyes con el vano título de duques de Atenas; el turco ha venido por fin y ha esterilizado con su despotismo desde el suelo hasta el espíritu; se ha cebado la miseria en sus familias, la sequía en sus campos; la despoblación ha llamado el desierto á sitios antes consagrados por las inspiraciones del genio y por los resplandores del arte; la tierra entera, desnuda de su primitiva vegetación, apenas produce con que mantener á sus hijos, obligados todos los años á largas emigraciones doblemente tristes para quienes han nacido bajo la sonrisa de aquel cielo, entre las reverberaciones de aquella luz, á la sombra de aquellos montes de mármol besados por las ondas de aquel mar de eternas armonías; todo se ha conjurado para perder á Grecia, desde los elementos implacables hasta la implacable política; y sin embargo, la inteligencia brota en su seno con tanta espontaneidad, la idea se apodera de la inteligencia con tanta viveza, la hermosura reviste á la idea de formas tan escultóricas y tan correctas que, hoy mismo, en su precaria independencia, en su mal gobierno, en su pésima administración, sin haber respondido en la ciencia de gobernarse á las esperanzas nuestras; rota y con el dolor de su vencimiento, asombra y maravilla por la suma de cualidades contradictorias como las aptitudes artísticas y científicas, unidas á las aptitudes guerreras y mercantiles en tan alto grado que parece vivir todavía en Grecia el alma deslumbradora de sus antiguos genios.

Todos tenemos una parte del alma de Grecia en nuestra alma, y todos imaginamos haber encendido la luz de nuestra vida en su divina luz. La resurrección nacional de Grecia se debe al prestigio de sus recuerdos y al resplandor de su historia. Todos los hombres eminentes de Europa se empeñaron á una en que Grecia había de ser; y Grecia fué, aunque arrancando su libertad á la Santa Alianza. Verdaderamente merecía ser por su esfuerzo y por su heroísmo. Jamás pueblo alguno ha combatido con pujanza tan grande como ese pueblo móvil, artista, inspirado, á quien los fuertes, incapaces de comprenderlo ni de imitarlo, llamarían el lado femenino de la historia humana. Su epopeya heroica tuvo tres momentos sublimes: la guerra en las montañas, la guerra en las ciudades, la guerra en los mares. La antigüedad no ha ofrecido jamás heroísmo semejante al heroísmo de los kleftas. En cada uno de aquellos montañeses del Epiro renacían los trescientos espartanos que sucumbieron por los desfiladeros de las Termópilas. El heroico Photos supo comunicar su heroísmo á las mujeres, que combatían á manera de las fabulosas amazonas, y se mataban antes que llegar á poder de los turcos. El monje Samuel, con su crucifijo en la mano, hacía saltar la última fortaleza en que se anidaba su esperanza para morir sobre las humeantes ruinas. Dos mil combatientes pelearon tres años seguidos con el feroz Alí-Bajá y detuvieron á sus plantas ejércitos numerosísimos, contra los cuales sólo tenían muchas veces las piedras de sus montañas. Sucumbieron, porque aquella guerra á la luz del raciocinio frío parecía una demencia; pero enseñaron á los suyos que no había muerto toda entera la Grecia, y que aún quedaba quien supiese morir en aras de su libertad y de su independencia, sentidas, adoradas, exaltadas por unos cuantos náufragos que escaparon en las montañas á la total ruina de su patria. No es mucho que su ejemplo despertase á Grecia, y sus imitadores descendieran á la llanura y á las costas superándolos en heroísmo, como los superó Botzaris, aquel epirota nacido para convertir en realidad la poesía del heroísmo, defensor de Arta y de Missolonghi; el mártir sublime que, no pudiendo ganar la última de sus batallas sino por el sacrificio de la vida, fué vivo á los monasterios y se arrodilló al pie de los monjes á pedirles que rogaran por su alma, y en seguida corrió á la pelea para concluir con un ejército, acabando con su jefe. Estas heroicidades de los montañeses y de los ciudadanos fueron coronadas con heroicidades increíbles también de los marinos, dignos descendientes de aquellos que habían sembrado con colonias todas las costas del Mediterráneo, y que habían traído al seno inmóvil de la vida antigua todo el movimiento y toda la actividad del comercio. Grecia, tras veinticinco siglos de decadencia, mostraba en pleno siglo décimonono al mundo que no había perdido el secreto de su grandeza, su histórico heroísmo. Así no puede morir y Europa no puede consentir que muera, pues la muerte de Grecia sería la muerte también de toda nuestra civilización europea. No se detendría el turco en Atenas como no se detuvo ni en Salónica, ni en Hungría, cuando su primera victoria sobre Constantinopla. Detestemos á los que abandonan Grecia por vencida. Hoy la queremos mucho más cuantos protestamos contra las fatalidades del triunfo bárbaro é injusto.

Quitemos los ojos del europeo Este para fijarlos en el Oeste. Portugal dedica todo el espacio de un año, que media entre julio de mil ochocientos noventa y siete hasta julio de mil ochocientos noventa y ocho, un año entero, á conmemorar el descubrimiento por Gama de las Indias Orientales. Mas debemos decir que antes de Gama, por encima de Gama, recuerdan los portugueses Camoens; y antes que el descubrimiento de las Indias, sobre tal maravilloso descubrimiento, evocan el poema que lo cantó; y hacen bien. No existe poeta ninguno en el viejo y en el nuevo mundo con la capacidad que Camoens para cantar el poema de los descubrimientos y de las navegaciones. El objeto y la materia de sus *Luisiadas* asemejase mucho á la materia y objeto del *Diario* de Colón. Precédenos y acompáñanos Portugal en la obra de agrandar los Océanos y centuplicar las tierras. Mientras España exploraba los mares tenebrosos por sitios donde halló la surrección del nuevo mundo americano, explorábalo Portugal por sitios donde halló la resurrección del viejo mundo asiático. Era un poema vivo aquella resurrección de las Indias, reconquistadas para Europa entera por Alejandros Magnos de Occidente. Camoens decía en los primeros cánticos de su poema por excelencia que Vasco eclipsaría de seguro á Eneas, y seguramente lo eclipsó para siempre. Nada tan maravilloso cual ver en los días mismos de levantarse resucitadas las estatuas clásicas y de florecer las guirnaldas helenas en los ornamentos de las logias rafaelinas, cuando el hexámetro de Virgilio resucitaba en los poemas de Sannazaro y los períodos de Cicerón en los labios de Bembo, por la Roma de León X entrando ceñidos á cadenas de oro portuguesas los elefantes y los leopardos, que llenaran en lejanos días el circo de los césares y mostraran la universal sumisión del mundo antiguo á la Ciudad Eterna.

Camoens tiene la estatura colosal indispensable para soportar como un titán fabuloso aquel poema ciclópeo que cantaba la renovación del planeta, y para medirse con Vasco de Gama, tan titánico, quien á pesar de moderno y cercanísimo á la edad nuestra, parece mitológico dios, más que los héroes de Homero, por su maravillosísimo viaje á las Indias. Pero los caracteres del Renacimiento pesaban como una cadena sobre Camoens. Verdadero hijo de su edad, veíalo todo, cual se veía entonces el universo, por las múltiples tradiciones del genio clásico y por la irremisible superstición del espíritu antiguo. Así emplea, como la máquina sobrenatural de su poema, el Olimpo. Y el Olimpo servía para lo que supieron aprovecharlo las artes plásticas; para restaurar y rehacer la forma externa; pero muerto en la conciencia humana su ideal, disuelto el espíritu suyo en los dogmas cristianos, por la Iglesia católica sustituído en la dirección de nuestra cultura, no podía inspirar un poema, el cual sólo merece la calificación de arqueológico y erudito cuando intervienen las antiguas divinidades en él, mientras merece la calificación de popular y épico sin duda cuando canta la historia y la nación lusitanas, así en los tiempos antiguos como en el Renacimiento. Más poética me parece la misa oída por Colón en el monasterio de los franciscanos sobre las breñas del promontorio de la Rábida; el Avemaría rezada en el paso por las desembocaduras del Guadalquivir y por las costas de Gades la tarde misma de haber el misterioso descubridor, desde la boca del Odiel, zarpado hacia el mar tenebroso; las letanías dirigidas á la Virgen Madre sobre la carabela cuando brillaban tras el ocaso los primeros vespertinos astros ó rielaba en la superficie oceánica, rizada por los vientos alisios, la luna llena; los ecos de la Salve y del *Maris stella*, como por un órgano inmenso acompañados de los rumores del oleaje y del velamen; los dos *Tedéums* entonados al descubrir tierra y al bajar á ella; la sencillez con que da Colón gracias á Dios en su *Diario* por la felicidad completa del viaje, que las apariciones de Mercurio á Gama en sueños para precaverlo contra los peligros circunstantes en Mombaza; que la bajada fabulosísima de Baco al mar de Melnide; que las apariciones de Venus por las isletas indias; que los agasajos de Tetis; que la presencia de dioses muertos hacía mil años en la humana conciencia é incapaces de trastrocar en cumbres de poesía las heladas cenizas de los extintos dogmas. En cambio es Camoens épico de primer orden, épico al nivel de los mayores poetas, digno de colocarse junto á Homero, superior en muchas ocasiones á Virgilio, más natural que Tasso y Milton, cuando á la manera que su predecesor Dante Alighieri evoca el mundo sobrenatural de la Edad media en tercetos sublimes, evoca él en octavas reales incomparables el mundo natural, rejuvenecido por la pascua del Renacimiento, y nos ofrece con toda la historia lusitana, encerrada en himnos de un vuelo increíble, las descripciones de los pueblos descubiertos por los nautas compatriotas suyos, y con ellos la poesía del mar; en todos los espectáculos del Océano, surcado por temerarias navegaciones, donde la voluntad y las fuerzas del hombre superan y dominan todas las resistencias y todas las fatalidades juntas del poderoso Universo. Sí, Camoens, entre todos los poetas del Renacimiento, perdura y prevalece como épico, llegando á gloria no gustada por el delirante poema de Ariosto, por el artificiosísimo poema de Tasso, por el británico poema de Milton y por el irónico poema de Pulci; porque Camoens canta la Naturaleza rejuvenecida por los descubridores portugueses de su creadora edad. ¿Dónde hubiera subido, si el estrecho patriotismo portugués, un patriotismo de terruño, no le posee como le poseyó, é inspirándose, cual debía, en toda la gloria peninsular, nos ofrece y presenta la invención increíble de América por el milagroso genio español? Reconociendo yo, cual reconozco, el mérito de tan excelso poeta, digo que no hallo en sus octavas, siendo tantas y tan hermosas y tan inspiradas, ninguna en que su héroe Vasco de Gama, cuyos relatos pasarán de siglo en siglo, exprese algo tan hondamente humano, á pesar de su perfección literaria, como las frases del *Diario* de Colón ante Cuba, parecidas en su concisión sublime á los primeros versículos del Génesis. Mas con estos reparos y todo, no puede negarse que se hallan entre las glorias mayores del Universo la poesía de Camoens, la empresa de Gama, los descubrimientos de Portugal, y que, al celebrarlos este pueblo, celebra genios y obras dignos de toda la humanidad.

Madrid, 11 de julio de 1897.



EL DOCTOR LETAMENDI

Tiempo ha que por su talento excepcional y por sus hechos y escritos meritísimos había ingresado don José de Letamendi y Manjarrés en la categoría excelsa de los hombres admirables, cuya biografía lo mismo puede trazarse en dos líneas que invirtiendo corpulentos é ingentes volúmenes; grabando sencillamente su apellido memorable, ó analizando con detención y alto criterio sus vastas y extraordinarias aptitudes, sancionadas por multitud de actos profesionales y de obras artísticas, científicas y literarias que constituyen su mejor apología y serán orgullo y enseñanza de los humanos.

Cuando la historia de la cultura médica española – andando el tiempo y una vez apagado el rescoldo de las pasiones actuales y agostado y consumido el matorral de frívolos reparos é injustificadas sospechas, sofocadoras de la eficacia docente de la sabiduría del finado – quiera recordar á los venideros una gloria profesional, un astro médico de lumbre propia, un prestigio científico de primer orden, sublimado por el estudio y por el amor al Arte, sólo extintos por la muerte, con majestuosa concisión dirá la crónica:

Letamendi, sabio enciclopedista, restaurador de la Medicina, floreció en España en el siglo XIX.

La obra capital del decano de San Carlos, la tarea de su vida se condensa en la resurrección del hipocratismo, en lo que esta escuela tuvo de vivaz por verdadero, con adición de las conquistas alcanzadas en Medicina durante los dos últimos milenios. Esta empresa colosal que requiere bríos é ilustración insólitos, vislumbrada fué y acometida por algunos genios del pasado; mas, hay que decirlo para gloria de nuestra tierra, ninguno llegó tan adelante, con tanta majestad y poderío como el eximio anatómico, en sentir de los doctos. Y como precisamente los libros en que tal empresa se realiza compuestos fueron en los últimos años de su existencia, agobiada por fieros sufrimientos é inacabables molestias, cabe dudar si aquel su cuerpo estaría formado de bronce y su espíritu de diamante cuando llevó á término tan difíciles y levantados propósitos en medio de las más terribles y deshechas borrascas en su salud.

Fué Letamendi de bella presencia, de hermosura masculina; su cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, airoso, pulquérrimo, de vivos movimientos y modales distinguidos. Torbellino de acción y de pensamiento, arrogante y simpático á la vez, llevaba en su cara, de facciones correctas, en sus ojos escrutadores, atractivos y dominantes y en su cabeza artística toda la inteligencia y toda la vida de un hombre singular que sobresale entre los mortales.

De joven se pareció á Espronceda, de viejo semejaba un capitán de los tercios de Flandes sin arreos ni tizona.

Su personalidad, su carácter, su alma, parecía, como la de Quevedo, de doble constitución; en su cuerpo anidaban el espíritu de la travesura y el de la sabia reflexión; y así, ciertos actos de Letamendi que algunos diputaron por extravagantes, comparados con los anteriores y subsiguientes, fueron naturales, aunque antitéticas manifestaciones de un apóstol de la ciencia injerto de diablejo. Esta doble naturaleza psíquica del catedrático de Anatomía de Barcelona explica harto claramente por qué este hombre de tan envidiables y supremas condiciones llegó á desaparecer á veces, oculto por el frondoso vivero de calaveradas, jugarretas y travesuras que de él se recuerdan, con gran regocijo, por su original donosura, infantil significación ó amorosos impulsos.

Hace unos veinticinco años, por exigirlo el grave estado de una enferma habitante en la Rambla de las Flores de esta capital, celebró Letamendi una junta con su amigo del alma el sabio Dr. Mascaró y Capella. Terminada la conferencia y notando el sabio anatómico y reformador de la Medicina que su comprofesor no se hallaba tan ocurrente y jovial como de ordinario, preguntóle el motivo del cambio, á lo que contestó el interpelado que se sentía indispuesto á causa de un ataque del hígado, y tan abatido, que ni alientos tenía para regresar á su casa y menos para concluir las visitas.

«No te apures, interrumpió Letamendi, te llevaré donde gustes,» y entre burlas y veras, el Dr. Letamendi paseó por la Rambla, llevándole á cuestas, á



El doctor Letamendi, recientemente fallecido en Madrid (de fotografía del año 1885)

su colega el Dr. Mascaró, á las siete de la tarde del mes de junio, con asombro de la muchedumbre.

Al llevar á cabo la mentada y pueril cabalgata era Letamendi uno de los maestros de mayor crédito, cirujano de vasto renombre y un personaje conocido y apreciado en la ciudad por su talento y revelantes hechos; Mascaró gozaba ya de justa y extensa reputación médica. Después de esta escena, cuanto se diga de Letamendi es posible.

En la habitación más modesta de la casa núm. 4 de la calle de Montjuich de San Pedro nació Letamendi el 11 de marzo de 1828. Ocho meses habían transcurrido desde el nacimiento del futuro decano de San Carlos cuando la muerte de su padre vino á sumir en honda aflicción á la desventurada viuda, sin recursos con que atender á las necesidades de su hijo y de una niña de poquísimos años; en medio de la frialdad y tristeza que el luto y las penalidades sostenían, fué creciendo el niño José, destinado en sus comienzos á mitigar con precoces destellos de su inteligencia el llanto de la dolorida madre, quien, adivinando por amorosa intuición las excepcionales aptitudes del hijo, hizo propósito firme de consagrarle á las ciencias, desafiando valerosa con tal determinación amarguras y privaciones sin cuento.

Desde 1838 á 1842 ganó con notas de sobresaliente cuatro cursos de Gramática y Retórica latinas en el Seminario conciliar de Barcelona, habiéndosele concedido la matrícula *gratis por pobre de solemnidad.* Terminó el bachillerato en la Universidad con las mismas honrosas notas y también con matrícula de pobre.

Corría el año 1843, fecundo en convulsiones políticas, en que Barcelona sufrió los rigores de un bombardeo; durante esta crisis pavorosa la madre de Letamendi vióse precisada á aceptar el socorro de la beneficencia oficial para dar pan á sus hijos. A consecuencia de este hecho tristísimo y de presenciar diariamente los heroicos sacrificios de su madre para suavizar las escaseces de un absoluto desamparo, resolvió erigirse el niño José, á la sazón de quince años, en sostén de la familia. ¿Cómo? Enseñando lo mismo que iba aprendiendo. Restablecido el orden se erigió en maestro de matemáticas y bien pronto la familia pudo ya respirar y sacudirse añejas privaciones. Desde 1845 á 1852 estudió Medicina en la ciudad condal con brillantez ejemplar. Dió lecciones de anatomía á sus condiscípulos y con el producto atendió á las necesidades de la familia; ascendió á ayudante segundo de Disección; luego, por oposición, á ayudante primero, y en 1854 alcanzó mediante lucidas é inolvidables oposiciones la cátedra de Anatomía de la Universidad de Barcelona.

Elevado á la dignidad de maestro y asistido por su afán inextinguible de saber, talento extraordinario y por la admirable y genial exposición de sus originales pensamientos, pronto cundió su fama de catedrático eminente, diestro operador y de profesor doctísimo en todos las ramas del arte de curar.

No quedó reducida á esto la fama del profesor catalán; corriendo los días y aplicándose con mayor fervor al cultivo de las ciencias, de las letras y de las artes, bizarras y evidentes pruebas dió de ser un talento de enciclopedia, especialista en muchas y difíciles materias, como filosofía, economía, música, poesía, pintura, filología, derecho, sociología, historia, matemáticas, sin contar la medicina y sus ciencias auxiliares.

Sus descubrimientos anatómicos y su destreza operatoria, sus composiciones y críticas musicales, sus murales pinturas, sus indagaciones acerca del origen del lenguaje, sus discursos, conferencias, folletos y libros le llevaron á ocupar los más variados y honrosos puestos.

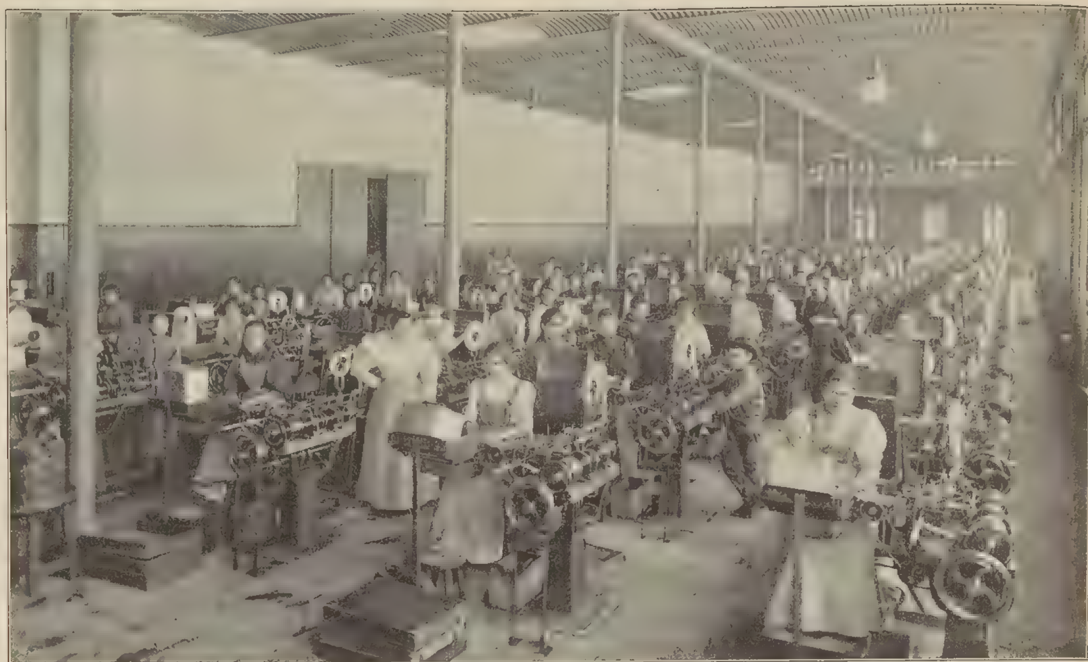
Llamado á la corte en el año 1878 para enseñar Patología general, comenzó la segunda y más gloriosa etapa de su vida científica; allí ha compuesto sus más trascendentales producciones; allí afirmó y aun dilató lo indecible su reputación de sabio, de erudito é ingenioso; allí prodigó á manos llenas las filigranas de su fecunda imaginación y los tesoros de su saber en su cátedra de San Carlos, en el Ateneo, en el Senado, en las Academias, en los consejos de Sanidad y de Instrucción pública, en la prensa política y profesional...

No es posible citar aquí todos los cargos, ni examinar los escritos del catalán ilustre; únicamente diremos que entre sus obras descuellan dos muy por encima de las restantes; el *Curso de Patología general*, en tres tomos, libro el más original y de más profunda reforma de la bibliografía médica española, y la *Clínica general*, de tan supremo valor que hay que remontarse á Hipócrates para encontrar un tratado semejante que le iguale en profunda y sana doctrina, según opinión de los eruditos.

Letamendi, en suma, es el Boerhaave español. Nacido como éste en época de transición y de lucha encarnizada de sistema, erigiéronse ambos en paladines del arte de curar, intentando hermanar el hipocratismo con los modernos adelantos. Nuevos koocos en esencia, proclamaron la observación, la experiencia, el naturalismo, la preeminencia clínica, el decoro y pericia profesionales y demás dogmas perennes de la escuela de Koos. Huérfanos los dos de padre y despojados de riquezas, comenzaron su carrera docente desde muy temprano; ambos enseñaron matemáticas, á cuya ciencia dedicaron las primicias de su edad juvenil, y el amor de estos grandes hombres á las matemáticas trasciende y nutre á sus obras médicas. Fueron ellos músicos, literatos, eruditos, filólogos y consumados maestros en la ciencia de curar, y sus obras culminantes dedicadas están á los mismos asuntos, aunque de mérito superior las de nuestro compatriota.

¡Descanse en paz!

L. Comenge



MÉXICO. – FÁBRICA DE CIGARROS «EL BUEN TONO.» – TALLER DE MÁQUINAS PARA LA ELABORACIÓN DE CIGARRILLOS SIN PEGAMENTO

(de fotografía de A. Briquet)



MÉXICO. – FÁBRICA DE CIGARROS «EL BUEN TONO.» – TALLER DE ENVOLTURA PARA LOS CIGARRILLOS SIN PEGAMENTO

(de fotografía de A. Briquet)



CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN



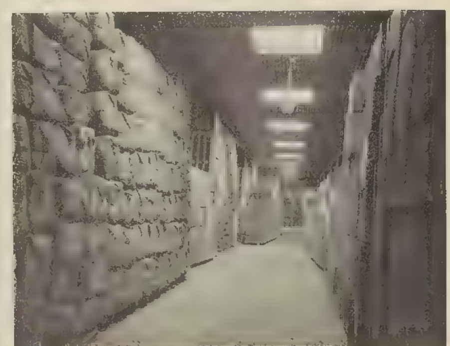
DIRECTOR-GERENTE, APODERADOS Y EMPLEADOS DE LA FÁBRICA



CABALLERIZAS Y COCHERAS



TALLER DE CIGARRO ESTILO HABANO



ALMACÉN DE TABACO EN RAMA



FACHADA PRINCIPAL DE LA FÁBRICA



TALLER DE MECÁNICA



DEPARTAMENTO DE EMPAQUE

MEXICO. – Vistas de la fábrica de cigarros «El buen tono» (de fotografías de A. Briquet)

CUENTAS GALANAS

No recuerdo bien los detalles, ni hacen falta... Lo que únicamente sé es que, hace algún tiempo, al pasar por la Carrera de San Jerónimo, llamó mi atención un grupo de personas que se hallaba estacionado ante el escaparate de un comercio.

Era un almacén de cuadros; pequeña exposición de objetos de arte, donde el público podía contemplar al lado de las firmas de los maestros, las de otros artistas sin nombre ni fortuna, gladiadores modernos que lanzan sus obras al mercado, ansiosos de popularidad, de fama.

A todas horas estaba muy favorecido por los curiosos el escaparate aquel, pero la tarde á que me refiero, efecto de ser la hora del paseo, la *hora del pastel*, como se la llama entre los parroquianos de Lhardy, ello es que el grupo se había hecho más numeroso que otras veces, hasta el extremo de obstruir casi por completo el libre tránsito por la acera.

Excitada mi curiosidad también, quise saber qué llamaba tan poderosamente la atención de los transeuntes, y abriéndome paso á codazo limpio entre la multitud, logré colocarme á dos palmos del escaparate de la exposición.

Aparecía aquél como encerrado por las paredes y el fondo entre cortinones de rojo *peluche* que hacían resaltar aún más los brillantes colores de los cuadros expuestos... Paisajes, marinas, bodegones, flores, chulas, de todo, absolutamente de todo había en aquel escaparate, como si con la exhibición de tanto distinto género, de tanta variedad de pinturas, se pretendiera tentar los gustos de todos, y además hallábanse las obras de arte colocadas con tal *exquisitez*, de modo tan artístico, que al verlas se comprendía perfectamente que los paseantes al discurrir por aquel sitio se detuviesen á contemplar, siquiera fuese por mera curiosidad, el diminuto museo de la Carrera.

Todo el mundo sabe que en los escaparates de esta clase de establecimientos suele haber siempre un cuadro principalmente colocado en el puesto de honor, ya por el mérito que en sí encierra, ya porque su autor abone más comisión por la venta... En este caso no se podía faltar á la regla general, y así, en el escaparate del almacén de cuadros de la Carrera hallábase colocada en el sitio de preferencia una obra de poco mérito artístico quizá, pero de un efecto sorprendente, encantador...

Era una tabla de un metro de alto por medio de ancho, y el asunto en ella desarrollado sencillísimo, casi trivial... Sobre un fondo claro esfumábanse primero las siluetas de algunas torres y á lo lejos la mancha de una parte de la ciudad; arriba un cielo azul, diáfano, y en el centro dos palomas, extendidas las alas de irisado color, que cruzan los aires, diciéndose asustadas, presas de pánico indescriptible:

¡Ayer se cayó una torre!..

***

Cuando Juan entró en posesión de la cuantiosa herencia de sus mayores, halló ésta considerablemente mermada, pues los usureros á quienes acudió en su menor edad y que le habían prestado diversas cantidades, hiciéronlo estipulando interés tan crecido y condiciones tan onerosas, que por unos cuantos miles de duros gastados alegremente hubo de pagar después casi una fortuna.

Pero la herencia legada daba para todo... Su capital hacíale figurar entre los millonarios más conocidos, y Juan no se apuró poco ni mucho al encontrarse con que tenía que satisfacer aquellas deudas antiguas. Pagó, pues; prometióse luego ser formal en lo sucesivo; buscó cómoda y lujosa instalación, y propúsose vivir todo lo bien que sus cuantiosas rentas le permitían.

¡Ah! Pero duran poco los buenos propósitos... Juan se aburría, se aburría extraordinariamente. ¿De qué le servían sus millones si no disfrutaba aquellas horas de alegría que ahora acudían á su imaginación envueltas en el encanto de la ventura gozada y perdida para siempre? Y un día Juan decidió buscar distracción á su aburrimiento, y á este fin reunió de nuevo á su lado á todos aquellos compañeros de estudios que desde entonces compartieron con él penas y alegrías, pues no hubo orgía á la que no le acompañasen, ni apuro en el que á Juan no buscaran.

Teatros, saraos, carreras, espectáculos, diversiones, banquetes espléndidos, bailes suntuosos, trenes magníficos, todo era costeado por nuestro millonario con el desprendimiento de un nabab, y las gentes contemplábanle asombradas, mientras él, ni orgulloso ni soberbio, paseaba indiferente su aburrimiento sin fijarse poco ni mucho en el efecto que producía ni en las consecuencias que había de traerle aquel desorden en plazo no lejano.

Todo era poco para disipar el tedio que le consumía. Si entraba en el casino perdía sumas enormes, jugando automáticamente, sin darse cuenta de lo que hacía. Acostábase siempre preocupado con una idea fija, tenaz, incorregible; ¿qué haría al día siguiente? Y esta pregunta todas las noches repetida, quedábase siempre sin contestación...

¡Oh días venturosos..., aquellos en que loco iba Juan de casa en casa visitando prestamistas que le proporcionasen dinero para satisfacer sus caprichos, para sus diversiones, para sus orgías! En aquellos días sin noche no tuvo que preguntarse nunca lo que había de hacer más tarde, pues sin tener que hacer nada, siempre le faltaba tiempo para todo.

Juan, millonario, casi poderoso, no se divertía, no hallaba distracción en nada... Agotó todos los recursos: viajes, industria, política, negocios, cuantos medios pudo sugerirle la imaginación; mas todo en vano, los resultados eran siempre negativos, y más de una vez hubo de preocupar á las gentes que vivían á su alrededor aquella tristeza eterna, aquel gesto de aburrimiento que parecía haberse estereotipado en el semblante de Juan, gesto que pareció á muchos de desprecio, de altivez, de soberbia...

Con tal manera de ser, Juan llegó á hacerse antipático, cosa que jamás pudo suponer, y como no hizo nada por desvirtuar aquella mala impresión, ni siquiera intentó desterrar tal idea del ajeno pensamiento, cuantos le veían murmuraban de su lujo, de sus esplendores, de todo cuanto le rodeaba, pues sabido es que nada excita más al vulgo que la creencia, ya cierta, ya errónea, del bienestar del prójimo.

Y al pobre Juan, alma de Dios que jamás hizo daño á nadie y en cambio procuró derramar bienes á manos llenas, se le llegó á tomar ojeriza tal, que eran muchos de sus íntimos los más furibundos y terribles detractores que Juan tenía.

***

Una tarde recibió nuestro millonario la visita de su administrador. Era éste un servidor antiguo y fiel, acostumbrado á obedecer sin replicar y á llevar á término todas las órdenes de sus amos, aun las más descabelladas. Por esto mismo había que hacerle caso cuando á vuelta de mil rodeos se decidía á hacer alguna advertencia respecto á cualquier asunto, porque ya se sabía que de seguro el consejo era saludable.

Aquella tarde presentó el administrador á Juan (á pesar de la resistencia de éste) el estado de las cuentas, y después de explicar minuciosamente la situación de los fondos y rentas de todas clases que Juan poseía, aconsejóle con el más delicado respeto la reducción de ciertos gastos verdaderamente superfluos. Los razonamientos que para llegar á este fin empleó el administrador debieron convencer á Juan, pues allí mismo, atendiendo las indicaciones que se le hacían, redujo sobre la marcha muchos de aquellos gastos, prometiéndose hacer más economías en lo sucesivo.

Así se conjuró aquel amago de crisis. Juan viajó durante algunos meses por el extranjero; inútilmente buscó distracciones y placeres y divertimientos; no logró hallarlos, y aviejado, triste, aburrido, regresó á España sin haber desechado el tedio que le consumía, y lo que era más grave, con el principio de un padecimiento crónico que, al parecer, había de tener funestos resultados.

Por entonces propuso alguien á Juan una solución que quizá conviniera al estado general de su vida. El matrimonio (que tal era la solución) le ofrecía encantos jamás disfrutados, placeres verdaderamente apetecibles; pero justo es confesar que la sola idea de unir para siempre su vida á la de una mujer asustaba á Juan de manera extraordinaria.

Estaba tan acostumbrado á ver al hastío, compañero inseparable del placer y la felicidad, que no se decidía á adoptar resolución á su juicio tan extrema.

Y con el tiempo transcurrido, el malestar, la intranquilidad y el estado de su espíritu fué agravándose cada vez más el padecimiento que tenía, y contribuyó á hacer más agrio y adusto el carácter siempre alegre de Juan.

Era una de esas enfermedades que al decir de los médicos, sin ofrecer por el pronto grandes caracteres de gravedad, minan poco á poco las naturalezas más fuertes; y así en Juan aquella enfermedad, unida á su incurable tristeza y al poco cuidado que de sí tenía, hizo tan rápidos progresos que, por fin, dos ó tres ataques alarmantes pusieron su vida en peligro. Y no hubo más remedio que advertirle de lo que ocurría. Los más sabios especialistas consideraban impotente á la ciencia para combatir el mal; algunos daban fecha aproximada para un triste desenlace y aseguraban que Juan no podría vivir más de dos años, y eso teniendo continuamente la vida en grave riesgo, pues en el caso de repetirse alguno de aquellos ataques, la naturaleza del enfermo, minada ya y gastada por los excesos y el padecimiento mismo, no lo podría resistir. Y con tan desconsoladores dictámenes Juan decidió utilizar cuantos medios hubiera á su alcance, y no satisfecho con aquellas consultas, fuese en busca de las eminencias médicas más respetables.

Todos hubieron de opinar de igual modo. Dos años de vida siguiendo un tratamiento y régimen escrupulosos..., y nada más. Juan llegó á acostumbrarse á la idea aquella de la proximidad de su fin, y tras maduras reflexiones, con tranquilidad pasmosa, con frialdad inconcebible repartió su capital, de manera que al morir no quedara una peseta.

Y entonces fueron los trenes magníficos y el derroche de lujo y boato. Juan daba la moda en el teatro, en el casino, en el paseo, en el *turf*... Sus despilfarros, sus excentricidades asombraban á las gentes que contemplaban aquellas riquezas con cierta secreta envidia y pensaban, no sin placer, en la ruina inevitable que aquel desorden traería consigo próximamente.

***

Y vean ustedes lo que son los designios inescrutables de la Providencia... Más de dos años habían transcurrido y Juan estaba arruinado y en perfecto estado de salud... Encontrábase sin dinero, eso sí; pero sano, robusto, vigoroso, y los médicos, aunque para no confesar su error seguían diciendo que el peligro continuaba, no obstante asombrábanse de aquella brusca transformación.

Juan había echado mal sus cuentas, y ahora que se veía arruinado, pobre, casi miserable, sentía comezón de disfrutar de todo, de vivir, de ser dichoso, como si nunca hubiera gustado deleite alguno. Ahora más que nunca ansiaba la fortuna perdida y ahora no recogía más que desengaños é ingratitudes.

Aquellas mismas gentes á quienes había asombrado con el lujo de sus trenes, al verle ahora pasear por las calles su *dorada miseria*, compadecíanle hipócritamente, y al hablar unos con otros citaban el ejemplo de Juan para aplicarle á Fulano y á Zutano, repitiendo una y mil veces la frase vulgar: «¡Otras torres más altas!..»

Juan es posible que hubiera soportado con valor su miseria, pero lo que no podía sufrir de ninguna manera eran las vejaciones, los desengaños, las ingratitudes... Maldecía su suerte, y poco á poco su imaginación, ya perturbada, fué acostumbrándose á la idea tremenda del suicidio.

Y fué á la muerte como á una redención gloriosa. La vida era ya una carga insoportable; y el potentado, el millonario, el que causó la admiración del mundo elegante con sus riquezas y esplendores, apareció un día colgado de una cuerda en su habitación, con una silla caída á los pies y una carta dirigida al Juez de guardia para que «no se culpara á nadie de su muerte.»

¡Fin más vulgar!..

Al pasear yo por esas calles recomponiendo historias, ya alegres, ya tristes, suelo ver á muchos que me traen á la memoria el cuadro aquel de un metro de alto por medio de ancho que llamaba la atención de las gentes en el escaparate de la Carrera, y repito también con las palomas de irisado color: «¡Ayer se cayó una torre!..»

José Juan Cadena

PERROS Y GATOS

El perro es el amigo más fiel del hombre.

El gato es el amigo íntimo de la mujer.

Entre el perro y el hombre, suponen varios autores que es más noble el segundo; pero otros aseguran que es más noble el perro.

De la mujer y del gato se sabe que arañan hasta jugando.

Las asociaciones protectoras de animales no podían olvidar al perro y al gato.

Los ingleses, particularmente, procuran mejorar la condición del perro, desheredado en otros países, y del gato, relegado á cocinas y despensas.

Aún no son autónomos en Inglaterra los canes y gatos; pero están en camino.

En Londres hay restaurants para perros que pudieran servir para personas, y comedores para gatos hijos de familia y huérfanos, ó padres de familia cesantes; esto es, sin colocación ni casa ni hogar.

En varias naciones hay perros y gatos funcionarios públicos.

En presupuestos de gastos se consigna la pensión anual de cada perro ó de cada gato oficiales.

En Madrid hemos tenido gatos de sección y de negociado en varias oficinas del Estado.

En el furor por las economías, hubo representante del país que pidió la cesantía de los gatos.

Varios oradores defendieron á los laboriosos funcionarios de raza felina.

En Londres está asegurado el presente y el porvenir de perros y gatos.

No más humillaciones.

El perro libre en el Estado liebre.

Ya sabrán ustedes que en la capital de Inglaterra no faltan hospitales «caninos y felinos.» Ni asilos para perros y gatos mendigos.

Señoras de alta posición social se dedican á la asistencia de perros y gatos insolventes.

Médicos estudiosos asisten á los enfermos de tan importantes «clases sociales.»

– A ver, saque usted la lengua, dice el doctor al perro paciente, y se lo dice en inglés; porque allí todos los perros ladran y gruñen en inglés, como en España gruñen y ladran en castellano de teatro por horas.

Por otra parte, el perro está dotado de suma facilidad para los idiomas.

Defiriendo á la indicación del doctor, le muestra la lengua.

El médico la examina, después pulsa al paciente, le pregunta algunos pormenores, supone que el perro contesta, le receta y le salva ó «le ejecuta.»

En los hospitales de gatos ó para gatos ocurre lo mismo.

Un jornalero beodo decía á voces en Trafalgar Square:

– Aquí para poder vivir es necesario hacerse *jockey* ó caballo ó perro ó gato; animal del todo.



EN ORACIÓN, cuadro de Edmundo Carlos Tothell

Un filósofo proponía el establecimiento de universidades para canes y *mininos*.

El perro es cazador, pastor y *policeman*.

Fué guerrero y vuelve á serlo en algunos ejércitos.

Ahora se les brinda con una carrera nueva para ellos.

La de perros sanitarios ó portabotiquines en campaña.

De los gatos se dice que los emplearán como concertistas en *Coventgarden*.

En España no hemos pensado en eso.

Bien dicen que en nada serio pensamos los españoles.

En Londres se ha llegado á la perfección en el asunto.

Más de una Lady ha imitado el ejemplo de aquella que mandó labrar un mausoleo para un pobrecito y malogrado *Yorik*, que en vida había sido un bulldog con cara de «diplomático incunable.»

Y en la lápida que cubría el enterramiento, se leía:

«¡Juventud!, ¡belleza!, ¡inteligencia!,
»Todo lo reunías, luz de mis ojos, corazoncito.
»Contigo quedan sepultadas mis ilusiones.
»Hubieras sido un jefe de familia modelo,
»Un patriota ilustre, tal vez un orador impetuoso.
»Duerme, Yorik.»

Y un descorazonado escribió debajo, con tinta de imprenta:

«Que viene el coco.
»Tu madre que te adora – Lady X.»

Hasta ahora habíamos creído, equivocadamente, que á los perros y á los gatos bastaba el pelo natural para librarse del frío.

Pero no es así.

En Londres andan los perros con cazadora ó con *smoking*, pantalón y chaleco.

Y los gatos con bata para casa.



EL SUEÑO DE LA VIRGEN, alto relieve de Joaquín Bilbao (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897)



EL ANTRO DE LA HECHICERA, cuadro de Esteban Bersani. (Exposición de Milán



EN LA PRADERA, cuadro de F. Miralles

Aquí hay quien proporciona más abrigo á los gatos. Se los come.

Aún no se ha extendido la costumbre de vestir á los perros, aunque hay sastres que se dedican exclusivamente á ello.

Se anuncia la inauguración de varias sastrerías y la transformación de algunas modistas de señoras y niñas, en modistas de perras bien acomodadas.

Empezarán los anuncios:

«N. sastre de la clase canina. Ternos á la medida para perros grandes y chicos, bozales sueltos.»

«Miss Fanny Stanley. – Ultimos modelos para señoras de Terranova y señoritas de lanas.»

Con frecuencia se oirá en algunas casas principales:

– William, vista usted á la señorita, que vamos al teatro.

– Que enganchen la berlina y que llamen al señorito.

– ¿Al señorito *Sultán?* Si está durmiendo con el gato.

– Al otro, á mi esposo, imbécil.

– (¡Anda!, ¡cómo pone al marido!)

Eduardo de Palacio

NUESTROS GRABADOS



Jesús en el huerto, escultura de José Campeny que forma parte del Rosario que se está disponiendo en el camino de la Cueva de la Virgen en Montserrat

Jesús en el huerto, escultura de José Campeny. – Cuando hace muy poco se expuso en el Salón Parés esta obra del justamente celebrado escultor catalán, los periódicos de esta ciudad dedicaron los más entusiastas elogios á tan hermosa escultura, que realmente merece ser considerada entre lo mejor de lo mucho bueno que el Sr. Campeny ha producido. Admirablemente sentida la figura del Salvador, en su rostro dulcísimo pero contraído por el sufrimiento y en su actitud dolorosa aparece perfectamente interpretado aquel sublime momento de la divina pasión: no es posible contemplar aquella imagen sin sentirse conmovido ante el recuerdo del cruento sacrificio del Hijo de Dios. Completa la honda impresión que la escultura produce la grandiosidad con que está tratada y que tan bien armoniza con el lugar á que está destinada, y la amplitud, sencillez y corrección de líneas que se observan en el ropaje. El Sr. Campeny, á quien en tantas otras ocasiones hemos tenido el placer de elogiar como se merece y á quien hoy enviamos con motivo de reproducir su última obra nuestro más cordial y caluroso aplauso, ha confirmado una vez más sus excepcionales talentos artísticos y justificado la fama de que en el mundo del arte goza. *Jesús en el huerto* es de tamaño algo mayor que el natural y está colocado en el camino de la Cueva de la Virgen de la montaña de Montserrat, constituyendo el primer misterio de dolor del Rosario que se dispone en aquel pintoresco sitio. La escultura, que ha sido perfectamente fundida en los talleres de Masriera y Campins, se completará con tres preciosos relieves, cuyos modelos tiene ya terminados el señor Campeny y que son dignos de la obra á que han de servir de complemento.

*
* *

Niño dormido, cuadro de Van Dyck. – Este busto es una tabla de 23 centímetros por 18, y á pesar de sus reducidas dimensiones constituye una de las más preciadas joyas del Museo de Bellas Artes de Venecia, al que fué regalado por un patricio veneciano llamado Ascanio Molin. Es punto menos que imposible conseguir en pintura mayor naturalidad, mayor gracia que las que admiramos en esa preciosa cabecita de niño que duerme el dulce sueño de la inocencia, y harto se ve en la preciosa tablilla el genio que compartió con Rubens la supremacía del arte pictórico flamenco del siglo XVII.

*
* *

México.—La fábrica de cigarros «El Buen Tono.»—Recientemente se han inaugurado los nuevos talleres de esta importantísima fábrica de cigarros, la primera sin disputa de la República Mexicana, habiendo revestido aquel acto gran solemnidad, puesto que á él asistieron el Presidente de la República general Profirio Díaz, los ministros, el gobernador del distrito federal, los representantes diplomáticos de España y Francia, periodistas y cuanto de notable encierra la sociedad de México.

Hace algunos años esta fábrica no contaba más que cuarenta máquinas: hoy, gracias á los esfuerzos de su Consejo de Administración y en especial de su Gerente D. Ernesto Pugibet, ha sido preciso ensancharla considerablemente, y el número de máquinas que en ella funcionan es de 102.

El Presidente recorrió en el acto de la inauguración todas las dependencias, admirando el estado de prosperidad de aquella explotación y el orden, aseo y actividad que reinan en sus dependencias, y dirigiendo entusiastas elogios á los que se hallan al frente de la empresa.

Mucho sentimos que la falta de espacio no nos permita describir cual se merece la fábrica que nos ocupa: obligados por esta razón á ser concisos, diremos que el salón de engargolado contiene 102 máquinas, servidas por dos operarios cada una y movidas por una máquina de vapor de 120 caballos de fuerza; que en el departamento de fundición y maquinaria se hacen todas las reparaciones necesarias en las piezas de máquinas; que en la cuadra hay cuatro carros y doce caballos para el reparto de los géneros elaborados; que en el departamento de preparación de tabacos funcionan seis máquinas de cerner, seis secadoras y dos de cortar, y que completan las dependencias del establecimiento el baño para los operarios, dotado de todos los requisitos que la higiene aconseja, el taller de litografía, el de carpintería y además una notable instalación contra incendios.

Para que se comprenda la importancia de esta fábrica bastará decir que en ella trabajan 1.500 operarios, entre ellos 300 mujeres, y que en los inmensos almacenes de tabaco había el día de la inauguración 23.753 tercios con un valor de dos millones de pesos.

El alto personal de la fábrica lo componen: D. Ernesto Pugibet, fundador de la misma y director gerente; D. Francisco Pérez Vizcaíno, vicedirector; D. Andrés Eizaguirre, cajero; y D. Baldomero de la Prida, director de las labores. El Consejo de Administración lo forman: D. José V. del Collado, consejero del Banco Nacional de México, presidente; el general don Manuel González Cosío, Ministro de la Gobernación, vicepresidente; D. H. C. Waters, director del Banco de Londres; don Rafael Dondé, senador, y D. Julio Gargollo, propietario, consejeros; D. Francisco Pérez Vizcaíno, secretario, y D. Indalecio Sánchez Gavito, abogado consultor.

Los grabados de las páginas 468 y 469 dan perfecta idea de las principales dependencias de la fábrica y están reproducidos de fotografías que nos ha remitido nuestro colaborador artístico y literario en México D. Claudio Scapachini, á quien damos las gracias por su envío.

La Ilustración Artística, que se interesa por cuanto significa bienestar y progreso en las repúblicas americanas, á las cuales como verdaderas hermanas consideramos y queremos los españoles, se honra hoy publicando en sus páginas esa elocuente muestra de la prosperidad de la nación mexicana, prosperidad lograda merced á la paz de que disfruta y á las condiciones de laboriosidad y talento de sus hijos.

*
* *

En oración, cuadro de Edmundo Carlos Torbell.—En la actitud y en la expresión de esta joven refléjase admirablemente la intensidad del sentimiento que la domina: la oración parece brotar de sus labios y al través de sus entornados ojos se adivina el pensamiento fervoroso que se traduce en ardiente plegaria. Cualidades son estas suficientes para acreditar de maestro al pintor que tan bien ha sabido interpretar un asunto no por lo gastado menos interesante.

*
* *

El sueño de la Virgen, alto relieve de Joaquín Bilbao (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897). – Composición escultórica bella y sentida es el alto relieve en que el joven artista sevillano ha representado místicamente á la Virgen. La obra del Sr. Bilbao es un verdadero cuadro, puesto que, como en las producciones pictóricas, existen términos y planos, en gradación, modelados con más ó menos vigor y con la intensidad que determinan las tonalidades. Sólo poseyendo excepcionales aptitudes es posible presentarse en el palenque del arte en forma tan cumplida cual la en que se ha dado á conocer el autor en la obra á que nos referimos, en la que si causa admiración por la habilidad y maestría que revela, embelesa y encanta por la expresión de su concepto, delicado y hondamente sentido, pues no de otra suerte podría el autor haber logrado producir en el semblante de la Virgen la inefable dicha que manifiesta al conocer en su místico sueño la elección de que había sido objeto.

El antro de la hechicera, cuadro de Esteban Bersani.—Los críticos que se han ocupado de la exposición de Bellas Artes recientemente celebrada en Milán, convienen en que de todos los lienzos que en ella figuraban, el único tal vez que constituía una afirmación de un talento verdadero era *El antro de la hechicera*, que en este número reproducimos. Dos viejas echadoras de cartas han predicho el porvenir á la joven que ha ido á consultarlas: el horóscopo debe haber sido terrible, porque la infeliz muchacha, no pudiendo resistir la impresión que le produjera, ha caído al suelo desmayada. El pintor italiano autor de este cuadro, que se halla en los comienzos de su carrera, ha sabido vencer con habilidad maravillosa las muchas dificultades que ofrecía el asunto, prescindiendo de todo cuanto pudiera hacerlo repugnante y dándole todo el carácter de la realidad.

*
* *

En la pradera, cuadro de F. Miralles.—Los cuadros de nuestro paisano y querido colaborador se distinguen, como en multitud de ocasiones hemos hecho notar, por la elegancia y la gracia de sus figuras y por la belleza y poesía de sus paisajes: las primeras ofrecen siempre un sello de distinción, un *chic* que acredita el buen gusto del Sr. Miralles; los segundos tienen todos los encantos con que la naturaleza llena los campos cuando las plantas se cubren de flores y los árboles de frutos. A ese talento en la elección de asuntos une el reputado pintor catalán un gran conocimiento de la técnica y de los recursos que permiten al artista, sin apartarse de la realidad, dar á sus obras ese carácter poético que tan agradables hace lienzos como *En la pradera* y tantos otros reproducidos en La Ilustración Artística.

*
* *

Rejas de hierro artísticas en una casa de Rothenburgo (Alemania).—La pequeña ciudad de Rothenburgo es una de las poblaciones alemanas que mejor conservan el carácter pintoresco de la Edad media: sus edificios ostentan detalles arquitectónicos y artísticos del más puro estilo del Renacimiento, en una profusión verdaderamente asombrosa. Como muestra de las bellezas de estos detalles reproducimos en la página 480 unas rejas cuya perfección y gusto exquisito no hemos de encarecer, porque la elegancia de sus líneas y lo acabado de su ejecución se imponen apenas se fija en ellas la vista.

MISCELÁNEA

Teatros.—En el Nuevo teatro Alemán de Praga se ha cantado con muy buen éxito la ópera en un acto de Isaac Albéniz, *Pepita Jiménez.*

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Gente conocida*, comedia en cuatro actos de D. Jacinto Benavente, y *La fiera*, interesante drama en tres actos del Sr. Pérez Galdós, y en el Lírico *Curro López*, graciosa pieza en un acto del Sr. Jackson Veyan. En el primero de estos coliseos se ha celebrado el beneficio de la aplaudida primera actriz señorita doña Carmen Cobeña y en el segundo el del simpático y popular actor cómico Sr. Larra, habiendo el público demostrado á una y á otro lo mucho que aprecia sus relevantes méritos artísticos.

Necrología. – Han fallecido:

Enrique Meilhac, notable escritor francés, miembro de la Academia Francesa, autor en colaboración con Halevy de los libretos de *La Bella Elena*, *Barba Azul*, *La gran duquesa de Gerolstein* y de otras muchas aplaudidas operetas y comedias.

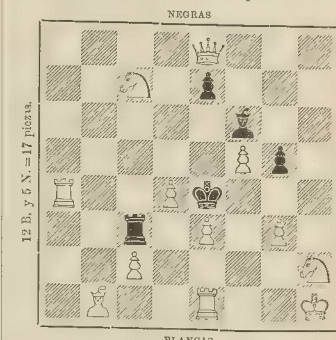
Dr. Jurgen Bona Meyer, eminente filósofo alemán, catedrático de la Universidad de Bonn.

Margarita Oliphant, célebre escritora inglesa.

AJEDREZ

Problema número 78, por José Paluzíe

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 77, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. D 2 D	1. P toma D (*)
2. T 7 R jaque.	2. R 4 A R ó 5 D.
3. P 4 R ó A mate.	

(*) Si 1. R 4 R; 2. A 4 A jaque, y 3. P 8 D pide C ó A 2 A D mate. La amenaza es 2. D 3 A D, y 3. A 2 A D mate.



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

Novela original de la notable escritora alemana Eugenia Marlitt

(continuación)



Las mesas y sillas estaban ocupadas por ropa blanca y libros de toda especie

—Si usted me lo permitiera, señorita, dijo Isabel, dirigiéndose á Elena, rogaría á mis padres que dieran hospitalidad á la señorita Mertens, ya que en casa no falta sitio.

—¡Oh, sí!, haga usted eso; es la mejor solución que puede hallarse, contestó la señorita de Walde, ofreciendo su mano á Isabel, mientras la baronesa la dirigía una mirada de encono.

Arregladas así las cosas á satisfacción general, dijo la señora de Lessen:

—Me someto, y voy á esperar con humildad á que la esposa del secretario se digne señalarme un sitio donde pueda evitar su presencia... A propósito, señorita Ferber, añadió, ahora recuerdo que los honorarios por las lecciones de usted se entregaron, días hace, á mi camarera; sírvase, pues, llamar á su puerta al pasar por el corredor; ella le entregará el dinero y el recibo extendido por mí, que usted se servirá firmar.

—¡Pero, Amelia!.., exclamó Elena, visiblemente resentida.

—Lo haré así en cumplimiento de los deseos que usted acaba de manifestar, señora, contestó Isabel muy tranquila.

El Sr. de Walde acababa de lanzar á su prima una mirada chispeante de cólera; mas poco á poco su expresión se modificó y transformóse en burlona.

—Si pudiera dar á usted un consejo, señorita, dijo, volviéndose hacia Isabel, le invitaría á no entrar más en la habitación de la baronesa, porque indudablemente la frecuentan malos genios... ¡No se sonría usted! Yo le aseguro que la visitan espíritus malignos, cuyos fines perversos he debido contrarrestar ya varias veces. Sírvase, pues, no ocuparse de la cuestión que se acaba de suscitar y que concierne tan sólo á mi intendente. Es persona muy bien educada, y trata esta especie de asuntos con tan buen tacto y delicadeza que podría servir de modelo aun á señoras de alto linaje.

La baronesa dejó caer al punto su labor y levantóse.

—Creo que lo mejor será retirarme á mi habitación, dijo, volviéndose hacia Elena; hay momentos en que las personas no se entienden, ni aun en las cosas más sencillas, y en que se ofenden mutuamente sin mala intención. Lo más acertado en tales casos es dejar que pase el arranque de mal humor... Supongo que no llevarás á mal que no me presente á la hora de servir el te.

Y haciendo una ceremoniosa reverencia á sus parientes, la baronesa cogió el brazo de su hijo, que la acompañó con aire muy disgustado, y retiróse al punto.

Elena alzó los ojos, llenos de lágrimas, y quiso seguir á su prima; pero su hermano la cogió del brazo con dulce gravedad y obligóla á sentarse en el diván.

—¿No me acompañarás al menos mientras tomo una taza de café?, preguntóle afectuosamente y con la mayor indiferencia por la escena que acababa de ocurrir.

—Ciertamente, si tú lo deseas, contestó Elena sin mirarle; pero te agradeceré que te apresures un poco, pues la señorita Ferber se halla aquí para darme lección, y hace ya largo tiempo que espera.

—Pues entonces, vamos ahora mismo al castillo, pero con una condición, Elena.

—¿Cuál?

—Que yo asistiré á la lección.

—¡No, no!.. Esto no puede ser...; estoy muy lejos aún de hallarme en estado de tocar el piano delante de ti, porque eres demasiado inteligente y padecerías mucho por mis torpezas.

—¡Pobre Emilio!, exclamó el Sr. de Walde; de fijo no sospecha que debe á su ignorancia en materias musicales el honor de poder asistir á estas lecciones.

Elena se ruborizó; no había hablado á su hermano de las visitas del Sr. de Hollfeld, y guardaba silencio sobre este punto por motivos fáciles de comprender, suponiendo además que en todo caso le serían indiferentes. Elena no halló nada que responder, mientras Isabel, comprendiendo lo que pasaba en el corazón de la señorita de Walde, y compadecida de su pena y confusión, sintió que se ruborizaba á su vez, precisamente cuando el Sr. de Walde volvía la cabeza hacia ella... Su semblante tomó una expresión severa y fría, mientras que examinaba el rostro confuso de la joven.

—¿Improvisa también la señorita Ferber durante estas horas de estudio?, preguntó con tono algo irónico.

—¡Oh, no!, contestó vivamente Elena. En cuanto á Emilio, le permitía permanecer en el salón, porque pensaba que era preciso estimular la afición musical allí donde se revela.

En los labios del Sr. de Walde dibujábase marcadamente una sonrisa cada vez más burlona.., ya no era la sonrisa misteriosamente bondadosa que tanto atractivo tenía para Isabel, y su mirada había tomado también una expresión dura, desdeñosa por decirlo así.

—Tienes razón, Elena, repuso con frialdad; pero ¡qué poderoso encanto deben tener los ejercicios que tú haces! En efecto, será verdaderamente milagroso, pues muy recientemente á Emilio le agradaba más oir los ladridos de su *Diana* que escuchar las sonatas de Beethoven.

Elena guardó silencio, bajando los ojos.

—¡Ah!, prosiguió, cambiando de tono, ahora me acuerdo de la institutriz. ¿No sería conveniente que la señorita Ferber se ocupase de este asunto con preferencia á ningún otro?

—¡Sin duda!, contestó Elena, alegrándose de que cambiara el giro de la conversación. Renunciemos por hoy á nuestra sesión musical, querida niña, á fin de que esté usted en libertad de tomar sus disposiciones, añadió, dirigiéndose á Isabel. Vaya usted, pues, como embajadora á ver á sus padres y presentarles, con todos mis cumplidos, la petición que les dirijo para que tengan á bien admitir á la señorita Mertens en su casa.

Isabel se levantó; Elena hizo lo mismo, y su hermano pasó el brazo por su talle y condújola hasta el sillón de ruedas que estaba junto á la puerta del pabellón. Después de haber dispuesto los almohadones con mucho cuidado, cubrió las rodillas de Elena con un grueso chal, y comenzó á empujar el sillón hacia el castillo, saludando profundamente á Isabel. La joven observó entonces que las nubes que antes obscurecían su frente no se habían despejado todavía.

«Su hermana llena todo su corazón, díjose Isabel, subiendo por el sendero de la montaña, y la señorita Mertens debe engañarse cuando supone que piensa dar una compañera á esa hermana querida... Está celoso de su primo, y por desgracia no se engaña del todo... ¿Cómo es posible—aquí se detuvo de pronto—que Elena pueda hacer caso alguno de un hombre como el Sr. Hollfeld si le compara con su hermano?.. Aquél se resguarda siempre en un majestuoso silencio, porque no tiene absolutamente nada que decir..., y el otro, bajo su calma serena, bajo su calma imperturbable, oculta una llama siempre avivada por todos los sentimientos buenos y nobles.»

De repente recordó que el Sr. de Walde la había mirado de una manera extraña... ¿La consideraría como cómplice, como una confidenta de su hermana tal vez, cuando precisamente nadie deseaba tanto como ella que el Sr. Hollfeld suspendiera sus visitas durante las sesiones musicales? Pero esto ella no podía decírselo á nadie y menos al Sr. de Walde. Sumergida en estos pensamientos prosiguió su marcha, maldiciendo el rubor que pudo despertar semejantes sospechas.

XII

De muy buen grado consintieron los padres de Isabel en dar hospitalidad á la institutriz, y la joven volvió inmediatamente al castillo para decírselo así á la interesada. Cuando entró en su aposento la encontró con las manos unidas y apoyada en el respaldo de un sillón. A sus pies se veía un cofre medio

arreglado; los armarios y las cómodas estaban completamente abiertos, y las mesas y sillas ocupadas por ropa blanca y libros de toda especie. Isabel abrazó á la institutriz, que tenía los ojos llenos de lágrimas, pero á través de éstas brillaba en ellos un vislumbre de felicidad y de esperanza.

– Estoy tan sorprendida de todos los acontecimientos que se suceden de una manera tan imprevista, dijo la señorita Mertens con voz entrecortada, que no sé cómo ni por dónde comenzar... Esta mañana me encontraba sola para luchar, sola para sufrir, y cada uno de los golpes que recibía me causaba una doble herida, porque alcanzaba también á mi madre. No sabía materialmente dónde buscar un asilo, ni dónde ganar un pedazo de pan para ella y para mí, cuando ha surgido de repente el consuelo más inesperado: un noble corazón que yo me había acostumbrado á estimar, un dulce y bondadoso carácter que me encantaba..., todo esto se me ha ofrecido... ¡Será posible que tenga un amigo fiel, un compañero bueno y amable! ¡Tendré un asilo al fin, y para colmo de dicha, mi madre acabará su vejez á mi lado! ¡Mi madre, mi pobre madre que vivía lejos de mí, lamentándose de mi ausencia, llorándome; pero sin atreverse siquiera á desear verme otra vez, porque no podíamos vivir juntas sin estar en una miseria cuya perspectiva nos espantaba, á ella por mí, y á mí por ella! ¡Oh Dios mío!.. ¿Qué dirá, qué sentirá cuando reciba mi carta? ¡Es demasiada felicidad para unas pobres mujeres como nosotras, familiarizadas tan sólo con los pesares y el dolor!

La institutriz hizo una pausa de pocos instantes, y después comunicó á Isabel las disposiciones que se acababan de adoptar. Reinhard debía ir próximamente á Inglaterra para volver con su madre, según lo resuelto por el Sr. de Walde, que sufragaba todos los gastos del viaje. Cuando la institutriz pronunciaba este nombre, lágrimas de alegría y de agradecimiento acudían á sus ojos, y repitió varias veces que todo cuanto había sufrido por causa de la señora de Lessen quedaba olvidado, y mil veces compensado por la generosidad de su primo, que no quería soportar que se cometiese una injusticia en su casa. La invitación de Isabel puso el colmo á su dicha, pues por lo pronto se había propuesto elegir domicilio en la pequeña posada de Lindhof hasta el día de su casamiento.

– ¡Vamos á subir cuanto antes á su casa!, exclamó la institutriz con alegría. La baronesa acaba de arreglar sus cuentas conmigo, prohibiéndome verla..., y Bella acaba de cruzar por mi habitación sin dirigirme la palabra, ni una mirada siquiera. Esto me ha hecho daño, mucho daño, porque la he cuidado afectuosamente, y por esto mismo me había encariñado con esa niña. Cuando yo me encargué de ella tenía muy mala salud, y como su madre asistía siempre á todas las fiestas de la corte, he pasado muchas noches velándola. . ¡Vamos, es preciso olvidar todo eso! Solamente quiero decir á usted que estoy forzosamente dispensada de despedirme de la baronesa y de su hija.

Mientras la señorita Mertens iba á ver á la señorita de Walde para saludarla y á dar algunas palabras de gracias á los criados que habían sido corteses con ella, Isabel acabó de hacer los paquetes, acordándose no llevar más que lo estrictamente necesario; los demás efectos quedarían depositados en la habitación destinada al futuro matrimonio.

Isabel se entretuvo en arreglar aquellos efectos y en colocar los libros en la biblioteca. Todos los volúmenes de que la colección se componía interesaban á la joven, que los abría y alineaba, y á veces deteníase para leer un capítulo ó un párrafo de alguno de ellos. Olvidada de la institutriz, Isabel hojeaba un volumen de Goethe, cuando una rosa arrojada contra su hombro vino á caer en el libro entreabierto... Isabel se estremeció ligeramente, pero después comenzó á sonreir, sin querer siquiera volver la cabeza y sacudiendo la rosa, que cayó á sus pies. No quería que la institutriz gozase del triunfo que la hubiera valido su broma si su joven amiga hubiera manifestado el más leve temor ó sorpresa..., mas no pudo retener un grito de espanto cuando una mano de hombre, muy bien formada, se alargó para coger suavemente la suya. Entonces Isabel se volvió, y pudo ver que no era la institutriz quien estaba junto á ella, sino el Sr. de Hollfeld.

Su espanto se convirtió al punto en un vivo sentimiento de cólera; pero antes de que pudiera pronunciar ni siquiera una palabra, oyóse una voz imperiosa que dijo:

– ¡Emilio, te buscan por todas partes! Tu intendente de Odenberg ha llegado y desea comunicarte algo importante; ve á buscarle.

Cerca de Isabel había una ventana abierta de par en par; fuera de ella estaba el Sr. de Walde, y él era quien había pronunciado aquellas palabras, cambiando súbitamente la expresión amable del Sr. de Hollfeld en otra de temor y confusión. En la frente del Sr. de Walde notábanse visibles señales de un descontento irónico, y su mirada parecía anonadar á los actores de aquella escena bajo un desdén implacable, fijándose desde luego en Isabel, que al pronto permaneció inmóvil, pero que repuesta de su doble temor, hacía un movimiento para volver al fondo de la habitación.



Cerca de Isabel había una ventana abierta de par en par

– ¿Qué hace usted aquí?, preguntó el Sr. de Walde en un tono bastante violento.

La joven, impresionada por aquel olvido de toda cortesía, disponíase á contestar con altivez á una pregunta tan bruscamente hecha, pero pensó que al fin y al cabo ella estaba en casa del Sr. de Walde, y por lo tanto contestó con calma:

– Ya lo ve usted, caballero, arreglo los libros de la señorita Mertens.

– Iba usted á dar una respuesta muy diferente...; lo he visto por la expresión de su rostro, y quiero saber cuál era.

– Es verdad; pensaba decirle que no me creía en la obligación de contestar á una pregunta así formulada.

– ¿Y por qué se ha abstenido usted de esta... reflexión?

– Porque me he dicho de pronto que usted tenía derecho para mandar aquí.

– Esto es tanto más oportuno cuanto que precisamente tengo intención de usar de todos mis derechos... Sírvase usted pisar esa rosa que se muere ya á sus pies.

– No lo haré así, porque la rosa es inocente de lo que pasa.

Y se bajó para coger la flor, poniéndola en la cornisa de la ventana. El Sr. de Walde la cogió al punto y arrojóla á lo lejos sobre el césped.

– Tendrá un fin poético, dijo, sin dejar su tono irónico; quedará cubierta por la hierba, y un rocío compasivo vendrá por la noche á verter algunas lágrimas sobre esa pobre víctima.

Las señales de descontento que se manifestaban en las facciones del Sr. de Walde desaparecieron poco á poco al parecer, pero su mirada no había perdido aún ni toda su dureza ni toda su ironía.

– ¿Qué leía usted cuando he tenido la desgracia de interrumpirla?, preguntó de pronto bruscamente.

– Un volumen de Goethe.

– ¿Conoce usted todas sus obras?

– Solamente algunas.

– ¿Qué me dice usted de la conmovedora historia de *Margarita?*

– No la conozco.

– Sin embargo, la leía usted...; está en el tomo que usted tiene abierto.

– No; leía la coronación de José II en Francfort.

– Veamos eso.

Isabel le alargó el libro entreabierto aún.

– Es verdad..., pero vea usted que cosa tan desagradable... Precisamente en el punto en que Goethe representa al emperador franqueando la escalera del *Romer,* hay una fea mancha verde... Sin duda ha cerrado usted el libro demasiado bruscamente sobre la rosa; y el emperador, Goethe y la señorita Mertens no se lo perdonarán nunca.

– La mancha es antigua; yo no he tocado la rosa.

– Pero se ha sonreído usted al verla.

– Porque creí que venía de la señorita Mertens.

– ¡Ah!.. Esa amistad es verdaderamente conmovedora... Debió usted experimentar una viva sorpresa cuando en vez del rostro de su amiga vió la bella cara de mi primo.

– Sí.

– ¡Que *sí* tan seco!.. Me agrada ese lenguaje lacónico, pero lo dice todo y nada á la vez. . ¿Cuál es su verdadera significación? No quisiera quedarme en la duda... ¿Qué es eso? ¿Por qué toma su rostro una expresión tan severa?

– Porque me parece que el derecho, sea cual fuere, tiene un límite.

– No creía haber traspasado en este momento los límites de mis derechos.

– Se convencerá usted fácilmente preguntándose si me dirigiría semejantes preguntas, con ese tono, en la casa de mi padre.

El Sr. de Walde palideció y retrocedió un paso, mientras Isabel, cogiendo el libro que él había puesto sobre la cornisa de la ventana, se dirigió al estante para encerrarlo.

– Si hubiera estado en casa de su padre de usted en semejante circunstancia, repuso el señor de Walde, acercándose á la ventana, seguramente habría usado el mismo lenguaje... Usted tiene la culpa en parte; yo aprecio ante todo la claridad, y el *sí* que usted ha pronunciado se puede interpretar en sentidos muy opuestos... ¿Cuál es el *verdadero* sentido?

Y se inclinó sobre el borde de la ventana como para buscar la verdad en las facciones de la joven, pero ésta volvió la cabeza con pesar. ¿No era muy triste aquello? ¿Era posible engañarse hasta el punto de suponer que la presencia del Sr. de Hollfeld pudiera ser nunca agradable para ella? ¿No revelaban bastante su actitud y su fisonomía la repugnancia que le inspiraba aquel hombre?

En aquel momento se presentó la institutriz, que venía á buscar á su joven amiga y que estaba ya dispuesta á salir del castillo. Isabel salió á su encuentro, mientras el Sr. de Walde, apartándose de la ventana, comenzó á pasearse por delante de la habitación. Cuando se acercó de nuevo, la institutriz, inclinándose respetuosa, le dijo que hacía horas había procurado inútilmente varias veces verle, para expresarle todo su agradecimiento á la bondad que le había manifestado.

El Sr. de Walde puso pronto término á sus frases de gratitud, pero con gracia y cortesía, y después la felicitó. De su rostro había desaparecido súbitamente la expresión imperiosa é irónica que tanto sorprendiera á Isabel, y ésta se preguntó cómo pudo tener antes valor para recordar á aquel caballero tan bien educado las consideraciones que se deben á todas las damas. Su mirada, tan desdeñosa antes, fijábase ahora dulce y grave en la señorita Mertens, y toda expresión de desprecio y de cólera se había desvanecido tan completamente que Isabel estuvo tentada de preguntarse si no habría soñado la escena que acababa de ocurrir.

El Sr. de Walde alimentaba respecto á su primo sentimientos por lo menos hostiles, según lo había echado de ver ya Isabel; mas ¿por qué se revelaban en particular tales sentimientos cuando aquel hombre aborrecido se presentaba ante ella? ¿No le molestaban lo bastante las solicitudes con que el señor de Hollfeld la perseguía?.. ¿Debía ser también víctima de un error, del que Elena era la causa principal? Isabel experimentó una dolorosa opresión al recordar la ternura con que el Sr. de Walde se había llevado á su hermana, las atenciones que le prodigó, absteniéndose hasta de dirigirle una mirada de reprensión por las asiduas visitas del Sr. de Hollfeld... y la pobre joven, obligada á sufrir la presencia de una persona odiosa, había atraído ahora sobre sí toda la cólera del Sr. de Walde... ¿O sería tal vez que su orgullo aristocrático se había resentido al ver á su primo honrar con sus atenciones á una pobre y humilde joven?.. ¡Sí, esto era, esto debía ser! Por esto le había hablado con un tono tan extraño y singularmente imperioso... ¡Ah, qué mal había hecho en rehusar la explicación que no quiso conceder ante aquel tono de mando! Habría dicho al Sr. de Walde que su primo, por noble que fuese, no le inspiraba más que desprecio y odio, y que lejos de creerse honrada con sus atenciones, las consideraba como una intolerable impertinencia. Mas ya era tarde; el Sr. de Walde hablaba con la institutriz del próximo

viaje que Reinhard debía hacer á Inglaterra; y no solamente parecía haber olvidado las causas de su enojo, sino que se mostraba tranquilo y hasta alegre. Era imposible reanudar la conversación de antes, y por otra parte, el Sr. de Walde ni siquiera la miraba.

– Estoy casi decidido, decía el Sr. de Walde, á emprender ese viaje con mi amigo Reinhard que volverá con su madre de usted, porque estoy resuelto á encargarle del gobierno de Lindhof, mientras que yo me quedaría á pasar el invierno en Londres, y en la primavera iría á Escocia...

– Y pasarán muchos años sin que se le vuelva á ver, dijo la institutriz, muy contristada ante aquella perspectiva. ¿No le ofrece á usted, pues, la Turingia ningún atractivo?

– Sí tal; pero aquí sufro, y ya sabe usted que á veces un tratamiento enérgico cura una herida que podría enconarse, por el contrario, si se la tratase con demasiadas contemplaciones. Espero mucho del aire puro y sano de las montañas de Escocia.

Estas palabras habían sido pronunciadas en un tono de broma que contrastaba singularmente con un ligero fruncimiento de cejas. El Sr. de Walde ofreció su mano á la institutriz, se marchó lentamente y no tardó en desaparecer detrás de un bosquecillo.

– ¡Vamos, ya es cosa hecha!.., dijo tristemente la señorita Mertens. En vez de traernos aquí una esposa joven y bella, como yo esperaba, se propone continuar su marcha incesante á través del universo. Tiene un carácter inquieto, que se explica cuando se conocen las causas de ese afán de viajar: no puede sufrir á la baronesa de Lessen, y se ve obligado á vivir cerca de ella, porque su hermana, á la cual profesa el más tierno cariño, le ha declarado que la presencia de su prima le era indispensable para soportar las tristezas inherentes á su estado de salud... Su primo es también para él un huésped importuno. El Sr. de Walde tiene un carácter demasiado recto y leal para no saber ocultar su despego hacia la madre y el hijo, pero éstos no quieren darse por entendidos y no piensan abandonar este castillo por más indirectas que les echen. El Sr. de Hollfeld es verdaderamente un triste personaje, y no me explico cómo la señorita de Walde ha podido conceder su afecto á semejante hombre.

– ¡Ah!, exclamó Isabel, es decir que usted ha echado de ver...

– Hija mía, ese es desde hace mucho tiempo el secreto de la comedia; ella le ama profundamente, con toda la generosidad, con toda la abnegación que se puede esperar de un alma hermosa, y esta desgraciada inclinación la prepara crueles disgustos para el porvenir. El Sr. de Walde está muy contristado por esto; pero como no puede hablar claramente á su hermana sin exponer su delicada salud á una enfermedad que tal vez fuera mortal, hace el sacrificio á la ternura de callarse y renuncia á su país, á su morada, á su hermana misma, y se va, para vivir lejos de aquí, siempre triste y solitario, ahuyentado de su casa por la imposibilidad de estar en buenas relaciones con personas que no aprecia.

Hablando así, la institutriz é Isabel habían salido del castillo y franqueaban ya el sendero de la montaña. Allí encontraron á Reinhard, que había hecho una excursión, y la señorita Mertens le habló de su entrevista con el Sr. de Walde, así como de los proyectos de viaje de que le había dado conocimiento.

– Aún no me había dicho nada, repuso Reinhard pensativo; pero hace poco me pareció que estaba dispuesto á salir de Lindhof al punto... ¡Bonita situación! El dueño de la casa es considerado como un déspota caprichoso é injusto en el seno mismo de su familia, que tanto le debe; sostiene á toda esa pandilla, y en agradecimiento á su generosidad separan de él á su hermana, robándole su afecto. ¡Bondad divina! Si yo estuviera en su lugar tan sólo cuarenta y ocho horas, bien pronto purgaría mi casa de esos peligrosos parásitos. Por lo demás, espero que el Sr. de Hollfeld volverá pronto á su domicilio, aunque no sea más que por algunos días, pues su intendente acaba de anunciarle que el ama de gobierno se ha despedido y que todo allí está abandonado. Ese amable caballero es tan avaro y exigente con sus criados, que no puede conservar ninguno; y parece que en su casa han ocurrido otros acontecimientos desagradables.

Por fin llegaron al antiguo castillo de Gnadewitz, y Ferber recibió á sus huéspedes con la más franca cordialidad. La reducida habitación destinada á la institutriz ofrecía un aspecto encantador en medio de su sencillez. Mientras la institutriz colocaba sus efectos en los cajones de una cómoda, Isabel preparó el te.

Entretanto había llegado el guardabosque acompañado de Héctor y con su gran pipa en la boca. Reinhard aceptó la invitación que se le hacía, y todos juntos pasaron agradablemente la tarde. El guardabosque estaba muy contento, y según costumbre, su alegría se explayaba en bromas con su sobrina. Esta última hacía muchos esfuerzos para contestarle en el mismo tono alegre; pero por más que hizo no pudo evitar que su tío notara en ella algo anormal y extraño.

– Veamos, Isabel, dijo al fin, algo te preocupa. ¿Qué tienes?

Y cogiéndola por la barba, la miró fijamente.

– ¡No me engañaba', añadió. Hay un velo en tus



Vió el caballo de silla del Sr. de Walde, detenido delante del pórtico de la fachada

ojos como en tu alma; tu rostro está alterado. ¿De qué proviene ese aspecto de languidez?

La joven se ruborizó, y quiso eludir aquel examen con algunas bromas; pero como esta tentativa no sirviese de nada, fué á sentarse al piano, pues allí, al menos, no la molestarían.

Su corazón oprimido se aligeró un poco cuando pudo exhalar su queja en acordes dolorosos, que se unían con el crepúsculo para llevar el eco del pesar que sentía desde el momento en que supo que el Sr. de Walde se proponía abandonar la Turingia; y el arte cumplió con su misión consoladora. ¡Fuera la perturbación y la duda y esa excitación ocasionada por el deseo de resolver el enigma planteado de pronto ante su corazón y su espíritu! Ahora era preciso apartar sus miradas de todos aquellos sueños..., era necesario considerar la realidad con fuerza y valor; y aunque diciéndose que su voluntad sabría reconquistar la calma que había perdido, la joven no podía impedir que sus miradas contemplasen una vez más el país de sus sueños dorados, la patria de sus ilusiones, la tierra prometida cuyo suelo no debía pisar nunca, porque no había puente que salvara el sombrío abismo que de ella la separaba.

¿Cuánto tiempo tocó así? No se dió cuenta de ello, porque había olvidado el mundo exterior, y despertó de pronto de sus visiones al ver un rayo de luz que desde la sala se había deslizado sobre el pálido rostro del busto de Beethoven. La señora Ferber había encendido su gran lámpara en la habitación contigua, é Isabel echó de ver entonces que su tío estaba de pie cerca de ella, junto á la ventana; había entrado de puntillas, y la había escuchado sin decir palabra. Cuando el último acorde se extinguió como un suspiro ahogado, pasó su mano sobre el cabello de Isabel.

– Mira, hija mía, dijo al fin con voz conmovida, si yo no hubiera observado ya que te pasaba algo extraordinario, lo habría visto ahora, porque en lo que acabas de tocar había lágrimas, no más que lágrimas.

XIII

La permanencia de la institutriz en el seno de la familia Ferber había comunicado á este círculo íntimo más vida y atracción aún del que hasta entonces había tenido. Por primera vez desde largo tiempo hacía, la pobre señorita Mertens se veía rodeada de afectos y tratada con la simpatía y la consideración que merecían su corazón y su talento. Su alma agradecida inducíala á hacerse útil á los que formaban la dulce y amistosa atmósfera en que hallaba nueva vida. Para demostrar su gratitud á los Ferber, ocupóse particularmente de Ernesto, y le hizo estudiar el francés y el inglés; Isabel, á su vez, se dedicó á los estudios literarios. ¿No era éste el mejor medio de conjurar la perturbación de su alma?

Las sesiones musicales en el castillo continuaban: el Sr. de Hollfeld, que se había detenido solamente un día en Odenberg, asistía siempre con asiduidad á estos estudios, valiéndose de todos los medios para encontrarse solo con Isabel algunos instantes. Ya había tratado varias veces de pedir un libro á Elena, ó bien un objeto cualquiera, que ella se apresuraba á ir á buscar por sí misma; pero esta hábil táctica era siempre burlada por la joven, que aprovechaba la ausencia de la señorita de Walde para ir á pedir un vaso de agua al ayuda de cámara; no se debía contar tampoco con que Isabel volviese sola á su casa, pues la señorita Mertens salía con regularidad á su encuentro en compañía de Ernesto. Estos continuos obstáculos apuraron al fin la paciencia del Sr. de Hollfeld, comunicándole una dosis de irritación que le indujo á desviarse un poco de su prudencia habitual. Se reprimió menos, y su inclinación se manifestó con una franqueza que hubiera permitido ver claro á la señorita de Walde á no haber estado tan ciegamente enamorada. Las visitas que Isabel hacía al castillo llegaron á ser, pues, cada vez más penosas para ella, y daba gracias á Dios al ver que se aproximaba el día de la fiesta proyectada, después de la cual debían cesar las sesiones musicales, ó por lo menos dejarían de ser cotidianas.

La víspera de aquel gran día, Reinhard fué á visitar, después de comer, á los habitantes de Gnadek, según lo hacía diariamente, y anuncióles que á Lindhoff había llegado una visita.

– Tan sólo faltaba en la colección esa necia, añadió con un despecho y una acrimonia muy extraños á su carácter.

– ¿Y quién es?, preguntaron á la vez, sonriéndose, la señora Ferber y la institutriz.

– ¡Oh, Dios mío! Es una titulada amiga de la señorita de Walde, dama de honor en la reducida corte de L..., que ha venido para poner su experiencia al servicio de la señorita Elena con ocasión de los preparativos de la fiesta... ¡Que Dios guarde ó consuele á los infelices criados que van á estar bajo sus órdenes!

– ¡Ah, es la señorita Quittelsdorf!, exclamó la institutriz sin dejar de reirse; la reconozco por ese bosquejo poco halagüeño. Tiene azogue en las venas, y no puede menos de mandar y desmandar, prodigar consejos y retirarlos, hacer arreglar y desarreglar todas las cosas á su alrededor; no puede ser más superficial; pero no creo que tenga mal corazón.

Poco después Isabel marchó á Lindhof en compañía de Reinhard. Al divisar el castillo vió el caballo de silla del Sr. de Walde, detenido delante del pórtico de la fachada: muy pronto se presentó aquél con el látigo en la mano. Isabel no había vuelto á verle desde aquella tarde en que le demostró una rudeza que la joven no sospechaba en él; estaba singularmente pálido, y su expresión era sombría.

En el momento de montar á caballo apareció una joven muy linda con vestido de muselina blanca. Iba seguida de Elena, que se apoyaba en el brazo del señor de Hollfeld, haciendo un gracioso saludo con la mano á su hermano.

– ¿Es esa joven la señorita de Quittelsdorf?, preguntó Isabel. Parece que el Sr. de Walde la escucha con infinito placer, añadió en voz baja.



... en lo que acabas de tocar había lágrimas, no más que lágrimas

En efecto, el jinete se inclinaba hacia aquella linda aparición y al parecer escuchaba sus palabras con vivo interés.

– ¡Oh, sin duda! Es hombre de mundo, y escucha de buen grado esa ligera charla algunos instantes..., sin contar con que no puede ser grosero con una señorita tan graciosa, contestó Reinhard.

(Continuará)

ISLAS FILIPINAS

EN EL RÍO PAGSANJÁN (PROVINCIA DE LA LAGUNA)

La provincia de La Laguna, situada á la orilla de la hermosa laguna de Bay que le da el nombre, y colindante con las de Batangas, Tayabas, Cavite y Manila, es el verjel de Filipinas: su exuberante vegetación, sus ríos caudalosos, que se despeñan á veces por entre rocas y árboles formando cascadas de una hermosura incomparable, causan la admiración de todo el que la visita.

Su clima es muy variable, y su suelo en extremo fértil, con esa fertilidad de las tierras vírgenes, sólo produce las plantas y los árboles más tropicales. En general recoléctase en ella caña dulce, palay, bonga, maíz, café y cocos, cuyo aceite es objeto de la industria más rica y floreciente de la provincia. Hay asimismo grandes destilerías de vino de coco, ebanisterías, quizás las más adelantadas del archipiélago, herrerías y fábricas de armas, célebres por los *bolos* que salen de sus talleres.

Entre sus particularidades naturales merecen notarse la gran cascada de Majayjay, los baños termo-minerales de Aguas Santas y las grutas de Maquiling.

Su comercio es casi nulo, limitándose al cambio de productos entre las provincias limítrofes; su población no es muy numerosa y sus habitantes son laboriosos y sencillos.

De la provincia de La Laguna está tomada la bellísima fotografía del Sr. Arias y Rodríguez que, al par que reproduce un poético paisaje, constituye, por decirlo, así un cuadro de costumbres filipinas. En ella aparece en primer término una especie de embarcadero de cañas enteras, apoyado por uno de sus extremos en tierra, y por el otro sobre pies derechos de caña clavados en el fondo del río: en este embarcadero dos indias lavan la ropa; detrás, dos *bancas* ó piraguas esperan carga, y más allá, á la izquierda, un *casco*, embarcación especial de bastante cabida, espera también su cargamento para conducirlo por el río y por la laguna de Bay al pueblo de Pasig ó á Manila. El fondo del paisaje lo forman cocoteros y bambúes que bordean las orillas del expresado río Pagsanján, uno de los más pintorescos del archipiélago.



Propiedad de M. Arias Rodríguez

ISLAS FILIPINAS

En el río Pagsanján (provincia de La Laguna)

* * *

Carta á la novia, cuadro de L. E. Baille

(Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)

La sencilla escena que reproduce este cuadro cautivó á cuantos visitaron el último Salón de los Campos Elíseos de París: admirablemente observado é impregnado de sentimiento, el lienzo es de los que se hacen simpáticos por su delicadeza á la vez que por la naturalidad. El joven soldado, que con la pluma en la mano y el rostro pensativo está buscando en su mente las palabras que mejor puedan traducir sus afectos y expresar con más pasión las dulces emociones que el recuerdo de la novia ausente despierta en su alma, es una figura en extremo interesante. No lo son menos las de los dos camaradas que le acompañan, y de los cuales el uno espera con gran curiosidad ver lo que la pluma trazará sobre el papel, mientras el otro parece gozarse en la perplejidad de su compañero y se sonríe burlonamente pensando quizás en lo poco que á él le cuesta, por lo mismo que las siente menos, espetar de palabra ó por escrito las declaraciones más incendiarias que á más de cuatro incautas han trastornado el seso.

Este episodio de la vida militar tiene en estos momentos para nosotros cierto carácter de actualidad que lo hace doblemente simpático. ¡Son tantos los corazones enamorados á quienes han separado en muchos casos para siempre las maldecidas guerras!



CARTA Á LA NOVIA, cuadro de L. E. Baille (Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)

PUENTE COLOSAL EN MUNGSTEN (ALEMANIA)

Para conmemorar el centésimo aniversario del natalicio del emperador Guillermo I, la provincia del Rhin ha celebrado recientemente la ceremonia de la inauguración del puente colosal que el adjunto grabado reproduce antes de estar terminado, y que es el puente más alto de cuantos hay en Alemania.

Adornada la imponente fábrica de banderolas, á las doce del día 22 de marzo último pasó por ella el primer tren, en el cual iban los empleados técnicos de la dirección del ferrocarril de Elberfeld, los directores é ingenieros jefes de la Sociedad para Construcción de Máquinas de Nuremberga, constructora del puente, y 120 trabajadores. Cuando el tren llegó al centro del puente hizo alto, y solemnemente se clavaron los tres últimos remaches, y en tanto que uno de los altos funcionarios decía: «Para fomento del bienestar público, para facilitar el tráfico y en testimonio de gratitud á la técnica,» el público entonaba un himno de gracias al Señor.



PUENTE COLOSAL EN MUNGSTEN (ALEMANIA)

Este puente, de colosales dimensiones, causa al contemplarlo una impresión de asombro y es un timbre de gloria para la ingeniería y la industria alemanas. Su longitud total, contando los contrafuertes de piedra de los extremos, es de 488 metros y la abertura del arco de 160. Los estribos que descansan sobre el arco tienen 65'5 metros de altura y los enclavados en tierra, á distancias de 30 y 45 metros, tienen 47 y 24 respectivamente. Los cuatro contrafuertes del arco que sirven de puntos de apoyo á los primeros estribos y cada uno de los cuales tiene 20 metros de largo por cuatro de ancho, cubren una superficie de unos 350 metros cuadrados aproximadamente: los 16 zócalos, también de piedra, sobre los cuales se levantan los estribos enclavados en tierra, ocupan una superficie de unos 180 metros cuadrados.

La altura de este puente es de 107 metros, altura no superada en todo el continente europeo en construcciones de esta clase más que por el viaducto de Garabit, obra análoga á ésta que se encuentra en el Sur de Francia y que tiene una altura de 122 metros y una abertura de arco de 165.

En el verano de 1893 comenzáronse las obras por ambos lados del valle sobre el cual está tendido el puente, y cuando se llegó al arco, dióse comienzo en el verano de 1896 al montaje del mismo, que se llevó á cabo por un procedimiento no seguido nunca hasta entonces. Aquel fué el período más interesante de la construcción. Por medio de cables de alambre de 90 milímetros de diámetro se unieron entre sí los estribos de cada lado y por medio de grúas rotatorias se condujeron al sitio que debían ocupar las piezas ya terminadas, algunas de las cuales pesaban ocho y hasta doce toneladas. Una vez en su sitio correspondiente y suspendidas por medio de cables, fueron montadas por los operarios que iban en andamios suspensos en el aire y transportables; merced á este procedimiento se evitaron costosísimos andamiajes. Desgraciadamente y á pesar de todas las precauciones adoptadas tres trabajadores perecieron despeñados durante la construcción.

Sólo en el arco han entrado 1.700 toneladas de hierro, siendo de 4.000 toneladas la cantidad total de éste que se ha empleado en todo el puente, cuyo coste asciende á dos y medio millones de marcos (3.125.000 pesetas). – X.

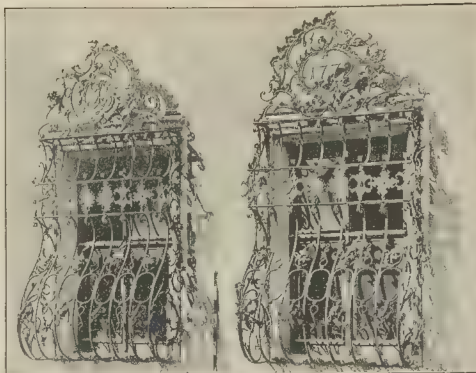
LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

REVISTA CONTEMPORÁNEA. – El último número de esta importante revista contiene interesantes trabajos de Serpa Pimentel, P. Fr. Angel Rodríguez, Mingote, Mouret, Cambronero, García Maceira, Rod, Ruiz y Contreras y F. Bonhours.

EL EJÉRCITO ESPAÑOL – El cuaderno 9.º de esta interesante publicación que edita D. Luis Tasso contiene 16 autotipias que reproducen varias escenas de la vida militar de los cuerpos de Administración, Carabineros y Marina de Guerra.

BARCELONA Á LA VISTA. – Se ha puesto á la venta el cuaderno 11 de esta publicación que edita D. Antonio López, y que contiene 16 bonitas vistas de Barcelona y sus alrededores. Véndese á 30 céntimos.

CUADROS DE LA FANTASÍA Y DE LA VIDA REAL, por *Enrique R. Saavedra, duque de Rivas.* – El mejor elogio de las cuatro narraciones comprendidas bajo este título es la encomiástica carta autógrafa del ilustre D. Pedro de Alarcón, que las precede, y en la cual se lee entre otras alabanzas la siguiente: «Me doy á mí mismo la enhorabuena por tener la dicha de tratar á quien atesora el corazón, el talento, el saber, el arte y el buen gusto necesarios para escribir páginas tan interesantes y útiles, tan amenas y saludables.» ¿Qué más podemos decir de los trabajos del señor Saavedra? Las cuatro narraciones forman los tomos octavo y noveno de la notable *Colección Elzevir Ilustrada* que con tanto éxito edita en Barcelona D. Juan Gili, llevan bonitas ilustraciones de Bertodano y Salis, y se venden á dos pesetas cada uno.



Rejas de hierro artísticas en una casa de Rothenburgo (Alemania)

AMIGOS Y MAESTROS, por *Pompeyo Gener.* – No es Pompeyo Gener de los autores que necesitan reclamos para sus obras: su talento, su aplicación, su laboriosidad le han creado un nombre universalmente conocido y respetado, que puesto al frente de un libro es la mejor garantía de la bondad del mismo. *Amigos y maestros* es una colección de estudios íntimos, admirablemente hechos, de escritores y artistas que han logrado grande y justa fama: Bartrina, Grosclaude, Willette, Bourget, Richepin, Sarah Bernhardt, Champfleury, Taine, Renan, Littre, Claudio Bernard, Flaubert, Paul de Saint-Víctor y Víctor Hugo. En todas estas que podríamos llamar semblanzas literarias ó científicas, los personajes aparecen profundamente estudiados y retratados con perfección suma: el autor se propone, y lo consigue por completo, que el lector los sienta tales cuales ellos son identificándose con su espíritu, constituyendo por consiguiente esta obra un elemento valioso para el estudio del espíritu humano á fines del XIX. El libro, muy bien impreso en Gerona en la imprenta de Paciano Torres, véndese al precio de cuatro pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XVI — Barcelona 26 de julio de 1897 — Núm. 813



EN DEMANDA DE ALOJAMIENTO,

dibujo original de Enrique Estevan

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

JUBILEO

Mezclados con las solemnidades y fiestas mundanas, ocupan lugar en nuestra vida contemporánea *española* ciertos festejos tradicionales, que lejos de perder su interés y su encanto con el transcurso del tiempo, se diría que adquieren en estos últimos años del siglo, de tan compleja estructura íntima, nuevo realce. No pretendo probar que el Jubileo del Apostol Santiago, el venerable *Año Santo*, sea hoy externamente lo que fué en la Edad media; pero sí que, gracias á la facilidad de las comunicaciones y al renacimiento de la tradición, atrae á cada paso mayor concurrencia. Este año afluyen á Santiago viajeros numerosísimos de toda España, y si la ciudad compostelana tuviese disponibles más alojamientos, más forasteros acudirían.

Santiago merece la visita. Prescindamos de la belleza del país gallego, de su amenidad y frescura, de sus incomparables condiciones y sus gracias idílicas; supongamos á Compostela enclavada en las llanuras más áridas y desoladas del mundo, ó empinada sobre las montañas más inaccesibles, y todavía reunirá mérito suficiente para recompensar con usura las molestias y dispendios del viaje. En nuestra patria, donde cada pueblo viejo es un relicario y un museo cada parroquia; donde el arte ha corrido como río caudaloso, bañando paisajes diversos y pintorescos; donde se encuentran más bellezas en una provincia sola que suelen encontrarse en naciones enteras – Santiago sobresale, no sólo por los recuerdos, sino por el valor intrínseco de los monumentos. – Voy á indicar, sencilla y claramente, como se debe hablar cuando no se tienen pretensiones doctorales, en qué fundo esta afirmación.

En el culto que hoy rendimos á las antigüedades, entran dos elementos diversísimos que importa distinguir, porque casi todo el mundo los confunde. Una cosa es el interés *histórico* y *arqueológico*, otra el *estético*. Visitamos la casa de un anticuario, verbigracia, y vemos, confundidos en gracioso revoltijo, mil cachivaches heterogéneos que nos embelesan por su misma extraña disparidad. Un ahumado retrato de golilla desaparece bajo un retazo de raído tisú; un rudo cerrojo gótico reposa cerca de un abaniquito Luis XV, afiligranado y galante; hebillas de pedrería falsa oprimen un iluminado misal del XIII; y un cuadrángano de devoción, enorme y de mala mano, se oculta á medias detrás de un sofá barroco de dorado copete. En estos trastos, en todos, hasta en el más desvencijado y apolillado, hay algo que halaga la vista, que nos entretiene, que nos enseña á conocer épocas pasadas y estados sociales que ya desaparecieron; así fácilmente tomamos por emoción artística ese movimiento de complacencia, esa satisfacción de la curiosidad, ese *divertimiento* del ánimo. Pero, de pronto, entre las baratijas y los trastos, sorprende nuestra mirada un objeto distinto de los demás, que reina como el sol entre los planetas menores: un objeto que fija la atención de otra manera, por otro concepto: un cuadro en que se reconoce la factura del maestro, una talla de mano de célebre escultor, un tapiz de prodigiosa finura, un mueble raro auténtico, rico de incrustaciones, impecable de forma; una bandeja de plata de gran estilo; y al punto aquella especie de juego de la fantasía provocado por las baratijas, se convierte en emoción más elevada, más intensa, más próxima al ideal: es la emoción estética pura, nacida de la contemplación de lo bello. Hay en la belleza una categoría superior, y lo que forma parte de esta categoría tiene que reunir, al sentimiento y á la concepción del artista, *la perfección en el desempeño*, sin la cual no se concibe hermosura artística digna de este nombre. – Ahora bien; en Santiago de Compostela existe uno de estos tipos de belleza completa; lo que es el Partenón á la arquitectura pagana, es á la arquitectura y escultura cristiana el pórtico de *la Gloria* en la catedral de Santiago. Este pórtico puede clasificarse, sin duda, por su estilo, que es románico (hay quien dice bizantino); pero se sale de los estrechos límites de la clasificación y pertenece al corto número de obras capitales que arrancan de una inspiración directa de la naturaleza y la verdad. El románico, estilo algo achaparrado y que muchos autores caracterizan por la misma tosquedad y rudeza de su forma y ornamentación, estilo que se combina bien con lo *frusto* de la piedra granítica, sin duda ha marcado su sello en el pórtico de la Gloria, porque la obra más genial tiene que sujetarse al ambiente y á la época en que se produce; pero allí se han vencido y como desdeñado las incorrecciones y convencionalismos del románico, y se ha conseguido la plena realidad en el modelado de los cuerpos, en la expresión de las cabezas y en el plegado de los paños; se ha hecho todo lo que haría un escultor helénico, y además se ha ostentado cuanta nobleza, distinción y afinamiento luce la escuela de pintura llamada *primitiva*, con la elegancia y sentimentalismo de ciertos relieves de Donatello; modo de ser que delata gran cultura y delicadísima idealidad. El arte del pórtico de la Gloria sienta los pies en el suelo y con la cabeza toca al Empíreo. Los que trabajaron en ese pórtico, bajo la dirección del maestro Mateo, sin duda alguna imitaban fielmente el natural; y sin embargo allí hay *más* que el natural; el natural solo no produciría sino una serie de estudios magistrales; nunca la armonía del conjunto ni el simbolismo que obliga á recordar, cuando se mira este pórtico único y sin rival, el poema de Dante, la *Divina Comedia*.

No se me atribuya que digo que en Santiago no hay que ver sino el pórtico de la Gloria. Monumentos tiene Santiago á docenas, y una plaza del Hospital que por la grandeza de sus ámbitos y la suntuosidad de los cuatro edificios que forman su cuadrilátero puede ser envidia de la misma Roma. Sólo quiero hacer comprender que la *Gloria* es una cosa aparte, excepcional. El arquitecto, el maestro Mateo, se representó á sí propio en una estatua orante de doncel, con linda cabellera rizada en bucles, postrado delante del altar, como si en vez de premio á su inspiración sólo demandase perdón de sus culpas. La gente sencilla, las aldeanas, tienen por costumbre inveterada llevar á los recién nacidos á darles un coscorrón contra la cabeza de la estatua, á fin de que se les comunique aquel talentazo, aquel chirumen donde cupo la maravilla del pórtico, el universo entero del espíritu, con el Paraíso, el Purgatorio y el Infierno, las jerarquías celestiales, los apóstoles, los evangelistas, los profetas, los Anuarios, los ángeles, los arcángeles, los pecados, los vicios, Adán y Eva, y en que las orquestas de los bienaventurados parecen contestar á las lamentaciones de los réprobos. El homenaje ingenuo de las aldeanas al maestro Mateo recuerda el respeto supersticioso con que el pueblo florentino miraba á Dante, cuando creía que la palidez de su cara era un rastro de su bajada al Infierno, un signo de la comunicación con el otro mundo. Sólo que las pobres aldeanas santiaguesas no se contentaron con atribuir virtud de abrir las inteligencias al contacto de la testa de piedra del arquitecto de la Gloria: le canonizaron, llamándole *Santo dos croques* (santo de los testarazos ó de los chichones.) Esta misma candorosa forma de la admiración á la inteligencia he visto en Orense cuando se inauguró la estatua del Padre Maestro Feijoó: las mujerucas se arrodillaban y le rezaban devotamente un Padre Nuestro.

Del tropel de forasteros que rebosa por las calles de Santiago en estos días, sólo una mínima parte habrá acudido al cebo de la arqueología y del arte. El resto va por ver gente, por divertirse, por decir que sabe lo que es un Año Santo en Compostela. Del programa de los festejos forman parte integrante las funciones de carácter más ó menos religioso, en la magnífica Basílica y fuera de ella: la novena al Apóstol, la exposición en los claustros de la colección de tapices antiguos, la solemne velada en el Ateneo León XIII, bajo la presidencia de tan conspicuo personaje y docto escritor como el padre Cámara; la función del Círculo Católico en la iglesia de San Agustín; el reparto de bonos á los pobres en Santo Domingo; las suntuosas Vísperas de la Catedral, con asistencia de quince ó diez y seis obispos y el cardenal al frente, y el día 25, la solemnísima función en que oficia de Pontifical el arzobispo y vuela por los aires, «de nave á nave,» el rey de los incensarios, el enorme *Botafumeiro;* no faltando la procesión mitrada, el motete á toda orquesta, y al Ofertorio la ofrenda nacional presentada por el gobernador de la provincia, que pronuncia ó lee en voz alta un discurso dirigido al Apóstol, implorando para España todo género de bienes, auxilios y especialísimas gracias, y durante el cual, los que tenemos alguna imaginación, nos figuramos ver (figuración pura, naturalmente), que la santa efigie, abrumada bajo el peso de su esclavina de plata, va poco á poco volviéndose, y acaba por presentarnos, en vez del plácido y grave semblante, el dorso de metal... Y ello será aprensión; ¿pero habrá quien niegue que los españoles tenemos *el santo de espaldas?*

Para mayor dolor, toda la octava de esa función ostentosa luce expuesto en la nave del coro el insigne gallardete de Lepanto, el que ondeaba en la capitanía de Don Juan de Austria, el que simboliza nuestra victoria contra los eternos enemigos de nuestro poder naval y del nombre cristiano. Tristeza profunda causa el contemplar esa enseña gloriosísima.

Aparte de los festejos religiosos, abundan los callejeros. Dianas, cucañas, retretas con faroles, exposiciones de ganados, verbenas, iluminaciones, gigantes, enanos, gaitas, *ciclalgatas* (¡qué vocablo, válganos Dios!), y la noche de los fuegos artificiales, el gran regocijo popular por excelencia, el que pertenece á los sencillos de corazón y á los devotos espontáneos, á la gente de las aldeas comarcanas, que acude como acudiría en el siglo XII; que duerme en la calle, bajo un pórtico, como entonces se dormía, aprovechando la tibia noche veraniega; que se empuja y se codea y bulle en la vasta plaza del Hospital, con la cabeza levantada, abierta la boca y exhalando á cada árbol de lucería y á cada rueda de colores un *¡aaah!* encantador por lo ingenuo, un grito infantil, contemporáneo de la Catedral Vieja y la inauguración del pórtico de la Gloria.

Hay también mucha concurrencia de *snobs* venidos de distintos puntos de la península, con el fin siniestro de robar corazones en el teatro, en el paseo de la Alameda y en el baile del casino. Son esos tipos tan donosamente borroneados por Cilla, Mecachis y Pons, tan gráficamente descritos por Luis Taboada; los del blanco botín y el tieso cuello de *pajaritas;* los de la flor en el ojal y la esencia en el pañuelo de ancho listón... Hay que verles cuando salen de su casa de huéspedes, cuando invaden los cafés, cuando hacen molinetes con el junquillo al paso de una beldad indígena ó forastera; hay que verles..., por más que no ofrecen novedad alguna; en su género son tan invariables como las esculturas de la Gloria.

Emilia Pardo Bazán

PENSAMIENTOS

Cuando oigo que alguien juzga una composición musical diciendo: «Sí, es muy bonita, pero deja frío, no llega al alma,» pregunto: «¿Al alma de quién, á la de usted ó á la de los demás?,» y me acuerdo siempre de un cierto americano que después de un concierto en el cual había yo tocado composiciones de Bach, Beethoven, Schubert, Schumann, Chopin, etc., vino á mí y me dijo: «Señor, ha tocado usted admirablemente; pero dígame usted, ¿por qué no toca usted algo que haga sentir?»

***

Antes la mayor parte de los teatros y salas de concierto eran pequeños y los artistas grandes; ahora todos aquellos locales son grandes, en cambio...

***

Un hombre joven que sea pesimista y esté cansado de vivir me parece un ser ridículo y censurable, porque no ha tenido todavía tiempo de conocer el mundo y la vida en todos sus aspectos; en cambio considero como seres extraños é incomprensibles á los viejos que son optimistas y están contentos de la vida, porque han tenido tiempo de sobra para conocerlos.

***

Los artistas tienen una manera especial de alabar á sus colegas. «¿Conoce usted á X?,» se les pregunta. «Sí - contestan – es todo un artista; pero la noche en que trabajó conmigo en Z estaba seguramente en mala disposición é hizo un fiasco completo.» Este sistema de alabanzas es el corriente, especialmente entre los cantantes.

***

No comprendo por qué hoy en día las mujeres suspiran tanto por la conquista de sus pretendidos derechos, como si en todos los tiempos y en todos los asuntos (particularmente en los domésticos) no hubiesen ejercido una verdadera dirección. Ahora quieren tener derechos especiales, y mucho me temo que la concesión de éstos no sería sino una diminución de los que hasta el presente han disfrutado.

Antonio Rubinstein

EL GENERAL DON MARCELO DE AZCÁRRAGA

CUBA
MÉXICO
SANTO DOMINGO
CARTAGENA
SEO DE URGEL

EL GENERAL AZCÁRRAGA

No recuerdo la fecha, pero sí que por aquellos días las Cortes liberales *cristinearon* á su presidente. Un amigo íntimo de D. Antonio Cánovas me llevaba á la Huerta, y por el camino hablábamos de la inminente salida de los conservadores.



El general D. Marcelo de Azcárraga

– Lo difícil, dije, es encontrar ministro de la guerra.

– Ya está buscado, para ahora y para siempre. No puedo decirle más.

– Ni hace falta. Ese ministro indiscutible es el general Azcárraga.

¿Por qué adiviné el secreto de golpe y porrazo? ¿Conocía, siquiera, muy á fondo al que era entonces capitán general de Valencia?

Nunca le había hablado; y verle, sólo recuerdo la jornada del 22 de junio en las calles de Madrid; era él teniente coronel de Estado Mayor (me parece), capitán de ingenieros yo, y si él no tuvo ocasión ni motivo para fijarse en mí, yo sí los tuve, y al cabo de muchos años recuerdo todavía á aquel jefe sereno, de semblante entre serio y malicioso, que pasó á mi lado varias veces llevando su caballo á un galope reposado, lo mismo por los sitios donde había peligro que por los más abrigados.

Después, cuando triunfó la revolución, supe que el brigadier Azcárraga era subsecretario de ministros revolucionarios, y si no de nombre, de hecho lo fué hasta con el mismo Fernández de Córdova, y lo supe sin asombro, aunque también sabía que el subsecretario era tan monárquico y conservador como el ministro era republicano y radical. Pero por entonces nadie en el ejército ignoraba que el general Azcárraga tenía una cualidad sobresaliente: la honradez. Una honradez compleja que constituía todo un carácter; la de no tomar nunca lo que no le pertenecía, y claro que no me refiero á la fácil y común honradez de no tomar indebidamente dinero, sino de no tomar nada, absolutamente nada, de lo que era de otro.

Y así á sus subordinados no les quitó jamás la parte de recompensa debida á sus trabajos; ni á sus compañeros les disputó honores ni ascensos; ni los secretos de sus jefes los consideró como cosa propia y aprovechable; ni con la nación se consideró nunca en paz hasta haberla pagado con un trabajo excesivo, inteligente y discreto lo que de la nación recibía. Así era entonces el general Azcárraga, y de que así sigue siendo ha dado no hace mucho prueba bien patente al renunciar lo que no creo haya renunciado jamás un militar de ningún país, el tercer entorchado concedido por sufragio universal.

Pero si esto explica por qué Azcárraga fué subsecretario con ministros republicanos, y jefe de Estado Mayor con generales revolucionarios (por lo menos de origen), ¿explica también por qué adiviné que era el ministro de la guerra escogido por Cánovas antes de subir al poder? También lo explica.

La cuestión militar estaba entonces que ardía. Al influjo de las ideas reformistas de Cassola se había entablado un pleito dificilísimo entre las armas generales y los llamados cuerpos facultativos ó especiales. El pleito legalmente se había fallado ya bajo el gobierno de Sagasta; pero los gananciosos recelaban hasta de su sombra, y en todo veían un peligro de que se casase la sentencia y lo adjudicado se pusiera otra vez en tela de juicio; los que habían perdido no se resignaban, y pedían justicia que creían se les había negado.

¿Y quién mejor que un carácter honrado á toda prueba para aplicar la sentencia de modo que aplacase suspicacias y remediase daños necesarios, pero innegables? Por eso el Sr. Cánovas pensó en el general Azcárraga, y por eso vino su nombre á mi boca en la ocasión ya referida. Y bien estuvo la elección; porque la paz que reina hoy en la gran familia militar se debe en gran parte á la honradez del general Azcárraga, que supo desde el primer momento dar equitativamente á cada uno lo suyo, dejando á unos tranquilos y á los otros resignados.

Para ser tan honrado claro es que se necesita gran firmeza, y claro es que el general Azcárraga la tiene; pero su firmeza tiene más de tenacidad que de dureza; para comprenderla no hay como asistir á una sesión parlamentaria en que hable como senador ó como ministro el general Azcárraga. Empieza siempre de una manera conciliadora, que parece indicar el principio de una transacción; no hay nada de eso. Al hacer justicia á los propósitos y hasta á los hechos de sus adversarios, irritados ó apasionados, imita al marino que vierte un barril de aceite sobre las olas encrespadas; bajan éstas de tono y el bajel toma puerto. Así el general Azcárraga en las discusiones entre el asombro de sus propios adversarios saca adelante la razón de su conducta, y rara vez se da el caso de que no sea él quien diga la última y más convincente palabra.

Su tenacidad, su constancia hubiera sido capaz de traer al ejército español á una organización racional si no hubieran surgido nuestros funestos disturbios coloniales. Poco á poco, dando la razón en unas cosas á los tradicionalistas, dándosela en otras á los reformadores, cambiando aquí, remendando acá, atacando de soslayo los prejuicios, rutinas y abusos, fomentando las buenas costumbres, la verdad es que la mano de Azcárraga se iba ya notando. ¡Dios quiera que esa labor de benedictino no sea perdida, y pueda continuarse cuando luzcan días mejores para la patria!

¿Irá el general Azcárraga á Cuba? Si alguna vez se ha tratado en Consejo de ministros la especie, cosa que bien pudiera ser, aunque yo no tengo entrada en el capítulo, casi me atrevo á decir lo que habrá expuesto el general.

– Señores, habrá dicho, yo debo á la patria cuanto ésta me pida; no me hago la ilusión de poder acabar aquello; y tampoco es ilusión mía que en el ministerio de la Guerra hago algo de provecho, favoreciéndome en mi gestión hasta la propensión de todos los españoles á dar por bien hecho lo que yo hago. En esta situación, ustedes decidirán, é iré donde más útil sea.

El general no habrá dicho más; yo añadiré que acabarlo no, pero ponerlo en orden, darlo un aspecto más satisfactorio para el país, más beneficioso para el soldado, eso sí puede hacerlo y lo hará si va á Cuba. Añadiré también que realizaría su sueño dorado mandando un ejército de 200.000 hombres en campaña; y es más, creo que rejuvenecería. Porque se me figura que el general es de los que se hacen pronto al medio ambiente físico; bueno y sano está con doce ó catorce horas de oficina al día; pero más bueno le vi yo hace cuatro años en las maniobras de Monzón, durmiendo en la tienda de campaña con un frío de muchos grados bajo cero, tieso á caballo horas enteras bajo un sol de justicia por la llanura de la Encomienda, y comiendo con un apetito envidiable manjares nada apetecibles; buenísimo y muy contento, diciéndome á cada paso: «Aquí aprendemos todos, desde general á soldado, en un día, más que en un año en los cuarteles.» Y decía algo más, que no he de estampar en este sitio.

Y acabo, porque no estoy haciendo ni una biografía ni un retrato; nada más que una silueta del hombre tal y cual tiene derecho á conocerle el público. Además, aunque quisiera, nada habría que decir del hombre privado; éste no tiene historia, ó al menos la que tiene es la de todos los hombres honrados que cumplen sus deberes en el hogar como fuera de él; que ayudados por el espíritu religioso soportan las amarguras de la vida según se van presentando, y que al caminar hacia el fin de la jornada pueden volver la vista atrás y pueden dirigirla hacia adelante: atrás van quedando recuerdos del deber cumplido; adelante están las esperanzas del deber que se cumplirá por quienes con la carne han heredado el espíritu que la anima.

JENARO ALAS

LA CORALITO

I

El tradicional concurso de mantones de Manila, convocado por *La Incógnita* en el famoso teatro de la Alhambra, tocaba á su fin, y la abigarrada concurrencia, después de largas horas de locuras y baileteo, comenzaba á esparcirse por las calles de Madrid, silenciosas y solitarias siempre al amanecer y mucho más cuando acontece como en aquella madrugada de febrero, en la que una neblina húmeda y pegajosa envolvía á la villa y corte, esfumando los contornos de los edificios y ocultando á la vista las personas á pocos metros de distancia, dejando adivinar tan sólo por alegres voces y ruidosas carcajadas el paso de los trasnochadores.

De entre el compacto grupo que obstruía la entrada del teatro, dificultando la salida de las máscaras, se destacó una gentil pareja que con ligero paso se encaminó por la calle de la Libertad, volviendo por la del Arco de Santa María en dirección á la de Fuencarral.

Era él un buen mozo, de aspecto achulado, envuelto airosamente en amplia capa sevillana cuyo embozo de terciopelo verde en parte encubría un rostro de enérgica y varonil expresión. Cogida de su brazo marchaba una mujer que apenas contaría veinte años de edad, de correctas y bien proporcionadas facciones, animadas por el fulgor de unos ojos hermosísimos y brillantes, sombreados por arqueadas cejas negras. Vistoso mantón de Manila, rojo, bordado en blanco, cuyos largos flecos tocaban en las losas de la acera, cubría casi por completo la gallarda figura de la muchacha.

– Esta noche, decía el joven, me he contentado con darle cuatro bofetadas; pero como el trasto ese vuelva á ponerse por delante, le rompo la cabeza. ¡Habráse visto mamarracho, y qué ganas de fastidiar, hombre! Y tú también de nada te asustas. Lo menos te figurabas que se me iba á comer. .

– Paco, es que tú no conoces á esa gente. Son más malos que *arrancaos*. Te imaginas siempre que estás

en la Mancha tratando con los mozos de tu pueblo.

– ¿Y qué?

– Que aquí en Madrid hay gente mala de todas partes...

– Claro, y se comen los niños crudos. Ya sabes tú que no me asusto fácilmente, y de hombre á hombre no va nada.

– Sí lo sé, y por lo mismo tengo tantas ganas de que concluyas la carrera, nos casemos y nos vayamos á mi pueblo, donde estemos quietos y tranquilos y no tengas que ocuparte más que de tus enfermos

– Vaya, pues ya poco falta para ello y para que tú dejes de ir al obrador de Madama Durand. Pronto tendrá que buscar otra «primera» que reemplace á *la Coralito*.

– No me llames así, que tengo un nombre bien bonito. ¡Me da un coraje cuando las majaderas del obrador comienzan: «*Coralito* por aquí, *Coralito* por allá!..,» y todo por los pendientes de coral que tú me regalaste.

– Bueno, pues te llamaré Josefina y te regalaré otros pendientes de perlas para que tus compañeras te llamen *la Perlita*

– Déjate de perlas, que lo que yo quiero es tu corazón, y sobre todo que me des palabra de no ser tan valentón y de no meterte con nadie. ¿Me lo prometes?

– Mujer, ya volvemos á las andadas. ¡Si soy una malva!

– Vaya una malva, y esta noche en cuanto has visto que *el Malagueño* se acercó á mí, te pusiste hecho una furia. ¿No sabes que es un tío posma y que yo me sobro y basto para pararle los pies? ¿A qué santo te has de exponer?..

– ¿Exponer á qué? Tendría gracia que un escribientillo de una notaría estuviera haciéndole el oso á mi Josefina y yo lo consintiera. ¡Un mequetrefe que de una puntera va por encima de las casas!

– No te fíes de esos *tipejos; el Malagueño* tiene un aire traicionero que no me gusta; y cuando se levantó del suelo, ya viste que no dijo esta boca es mía; sólo te miró de un modo que me dió frío y luego se marchó. Ese hombre...

– ¿Qué?.., nada. No nos ocupemos de él, que demasiado hemos hablado de semejante títere. Ahora te acompañaré hasta la puerta de tu casa. Descansas un rato y á la tarde pasaré por ti y nos iremos á un teatro.

Y los dos jóvenes, olvidando el desagradable encuentro del baile, que al parecer no había pasado de una ligera camorra de las que con tanta frecuencia tienen lugar en semejantes reuniones, continuaron su camino, formando risueños proyectos para el porvenir que ambos entreveían á través de los más lisonjeros espejismos que puedan forjar el amor y la juventud.

Embebidos en tan agradable plática, que hacía más intensa la soledad de las calles, Josefina y Paco llegaron junto á la ermitita que forma el ángulo de la calle del Arco de Santa María, y doblaron hacia la de Fuencarral.

Al pasar por delante de la imagen tan conocida de los madrileños, tenue resplandor de luces, saliendo por una de las enrejadas ventanas de la puerta, les hizo fijar su atención en el interior, donde sobre el altar ardían algunos cirios. Instintivamente, Josefina se detuvo, soltó el brazo de su acompañante, y acercándose á la ventana, dirigió su mirada al cuadro que representa á Nuestra Señora, mientras sus labios murmuraban una corta oración.

Paco, acostumbrado ya á esta práctica de su amada, se detuvo también y llevó respetuosamente la mano al sombrero; mas antes de que pudiera descubrirse, un hombre, que les seguía á alguna distancia, surgió de pronto, destacándose entre la niebla, y se precipitó sobre el estudiante sin que éste pudiera darse cuenta de ello. Oyóse un grito lastimero y angustioso de Paco; ruido de pasos precipitados del incógnito agresor que huía, y Josefina, arrojándose sobre su amante, estuvo á punto de caer al suelo, derribada por el peso del cuerpo del joven, al que, haciendo un gran esfuerzo, pudo contener entre sus brazos.

– ¡Paco, Paco!.. ¿Qué es eso que te pasa?, preguntó animosamente Josefina, aturdida por lo imprevisto del suceso y sin darse cuenta de lo ocurrido. ¡Socorro..., socorro!.., gritó luego con energía al sentir en sus manos la horrible impresión de la sangre tibia que en abundancia salía sin duda de profunda herida. ¡Guardias.., sereno..., socorro, Dios mío!..



La visión de fray Martín, alto relieve de Joaquín Bilbao (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897)

Paco hizo un supremo esfuerzo para desembozarse y trató de afirmar los pies sobre el suelo; su mirada extraviada se fijó un momento en la sagrada imagen, y sin que Josefina pudiera detenerle, cayó pesadamente en la acera murmurando:

– ¡Madre..., perdón!..

Una pareja de orden público y el sereno de la calle, que acudieron presurosos al oir los desgarradores lamentos de *la Coralito,* encontraron á ésta sentada en el suelo sosteniendo sobre sus rodillas la cabeza de su amante, muerto de una certera puñalada que le había atravesado el corazón.

II

En las afueras de Madrid, junto al Manzanares y no lejos del puente de Toledo, existe un edificio desmantelado, casi ruinoso y de lúgubre aspecto, titulado pomposamente «Depósito judicial de cadáveres.» El interior, por su pobreza y miseria, contribuye á hacer más repulsiva y nauseabunda aquella última estancia de los desgraciados que tienen que aguardar en ella la orden del Juzgado, permitiendo su enterramiento después de verificada la autopsia por los médicos forenses.

Esta fúnebre exigencia de la ley había tenido cumplimiento respecto al infortunado estudiante, y su cuerpo, cubierto piadosamente por una sábana que ocultaba los destrozos de la disección, yacía en modesta caja, depositada en el suelo sobre un paño y alumbrada por algunas velas amarillentas, que iluminaban con su luz temblorosa y desigual las blancas paredes de aquel triste cuarto, desprovisto de todo mobiliario.

Todos aquellos cuidados tributados al cadáver se debían á la cariñosa solicitud de Josefina, que después de haber acudido inútilmente en demanda de auxilio á un pariente de Paco, dueño de una tienda de ultramarinos, que la despidió con cajas destempladas, había empeñado cuanto poseía de algún valor, empleando su importe en aquel último testimonio de su amor al desdichado mancebo, de cuyo destrozado cuerpo no se separó desde que el juez de instrucción autorizó su enterramiento. Faltaba apenas media hora para la conducción del cadáver al cementerio del Este, y Josefina, pálida, ojerosa, despeinada, continuaba sollozando junto á la caja, cuando en el exterior oyóse el ruido de un carruaje, y á través de las empañadas vidrieras de la ventana la joven distinguió vagamente las columnas de un coche fúnebre, y llegó á sus oídos la voz bronca del conductor que preguntaba al conserje con aterradora indiferencia:

– ¿Está eso á punto?

– Sí, podéis entrar cuando queráis.

– Ahora vendrán los otros, que se han quedado tomando unas *tintas* en el ventorrillo del Charco. ¿Y al asesino, lo han cogido?

– Ca, ni rastro... Se conoce que es un *guaja*...

Aquellas palabras hicieron salir á Josefina de su ensimismamiento. El horrible instante de la separación eterna había llegado.

Un sacudimiento nervioso hizo estremecer á la joven, que muy convulsiva y con la mirada extraviada levantóse tambaleando, se acercó al cuerpo de Paco y comenzó á besar su helada frente.

– ¡Adiós, murmuró, adiós para siempre..., para siempre..., para siempre!..

Reinó un silencio de algunos momentos, interrumpido tan sólo por el chisporroteo de los cirios, y luego *la Coralito* se incorporó como sobrecogida por una idea que sus mismas palabras habían despertado en su cerebro.

– ¿Para siempre?, dijo con sombrío acento. No, no puede ser; su cuerpo ha muerto, pero ¿su alma? Su alma es eterna y me espera; sí, me aguarda en la otra vida para unirnos de nuevo y no separarnos jamás... Pero ¿y si no nos encontramos allá arriba?.. ¡Paco, Paco, espérame, que yo sabré encontrarte!

Un acceso de locura invadió aquel cerebro ya trastornado por tantas emociones; palabras incoherentes, mezcladas con risas y frases de cariño, salieron de los labios de la enamorada joven, y cuando el conserje y los sepultureros penetraron en la estancia, su cuerpo, agitado por horribles convulsiones, yacía á los pies del cadáver de su amante.



Propiedad de M. Arias Rodriguez

GUERRA DE FILIPINAS. – CAVITE. – EL VAPORCITO «TRUENO» REMOLCANDO UNA GABARRA QUE CONDUCÍA LA ARTILLERÍA DE MONTAÑA DE REGRESO DE CAVITE Á MANILA



Propiedad de M. Arias Rodriguez

GUERRA DE FILIPINAS. – PROVINCIA DE MANILA. – IGLESIA DEL PUEBLO DE PARAÑAQUE Y ENTRADA Á LA CASA CONVENTO, RESIDENCIA QUE FUÉ DEL CUARTEL GENERAL

III

El encuentro había sido rudo. Los mambises, dirigidos por el mulato Maceo, cargaron con furioso empuje, y sólo el valor heroico de los soldados españoles y la pericia de su veterano general pudieron impedir un desastre y hacer que las feroces hordas separatistas emprendieran la retirada, huyendo en desorden á ocultarse en las ignotas guaridas de la traidora manigua.

Empero la sangre había corrido con abundancia, y rústicas carretas atestadas de heridos comenzaban á llegar al hospital de Santa Clara. Los médicos, los enfermeros y las hermanas de la Caridad no se daban punto de reposo para recibir y colocar á los desgraciados que tras de algunas horas de camino llegaban en un estado lamentable y en tal número, que acongojaban el ánimo más esforzado.

Las hermanas de la Caridad, con solícito cariño, ayudaban á la instalación de los heridos, cooperando á su primera cura que varios facultativos militares realizaban con relativa rapidez.

Uno de los últimos en llegar fué un soldado que presentaba en la cabeza ancha y profunda herida ocasionada por un machetazo. El doctor López, con los brazos arremangados y las manos manchadas de sangre, reconoció la horrible cisura, y un gesto desconsolador se dibujó en su enérgica fisonomía, tras de lo cual tomó una esponja, la mojó en una jofaina que sostenía Sor Francisca y lavó la cara del soldado, que continuaba en un profundo sopor. Luego dió algunas indicaciones al sanitario, que le trajo algunos medicamentos, y pocos instantes después la cabeza del herido, cubierta casi por completo por los vendajes, descansaba sobre la almohada.

– Mal está el pobrecillo, murmuró con su dulce voz Sor Francisca.

– Muy mal, hermana. Es un voluntario procedente de Buenos Aires. Dicen que se ha portado como un valiente. Ahora reaccionará algo, pero... En fin, no le pierda usted de vista y avíseme en cuanto note alteración. Vamos entretanto á ver á los otros.

Algunos minutos después el herido abrió los ojos, paseó la vista alrededor, y notando la presencia de Sor Francisca, dijo con voz muy débil y marcado acento andaluz:

– ¡Hermana, agua, agua por Dios!

Sor Francisca corrió á una mesa inmediata y volvió con un vaso que presentó al soldado, ayudándole á incorporarse para beber el ansiado líquido.

Al terminar, rodeó con el brazo la espalda del herido para dejarle caer suavemente en la almohada, cuando con indecible asombro notó que aquél le cogía la mano y se la llevaba á los labios diciendo con fatigoso aliento:

– ¡Gracias..., gracias hermana... *Coralito!*

La religiosa dió un grito de asombro y retrocedió dos ó tres pasos.

– *¡Coralito!*, volvió á repetir el herido. Soy yo..., *el Malagueño...*

Sor Francisca quedóse un momento indecisa y súbita palidez invadió su semblante. Hubo un instante de vacilación en su actitud; pero luego cogió la cruz del rosario que pendía de su cintura, la besó fervorosamente, y acercándose de nuevo al lecho dijo con reposado ademán:

– ¡Te reconozco! ¡Eres el asesino de Paco! ¡Justos juicios de Dios!

– Hermana, balbuceó el herido, cuyo rostro iba adquiriendo un tinte lívido, ¡voy á morir!.. Siento ya el frío de la muerte, pero... antes perdóname..., ¡cómo me hubiera perdonado Paco!..

– Tu delito ha sido horrendo. ¡Dios sólo te puede juzgar!

– Pero... di... que me perdonas, insistió el desventurado con voz apenas perceptible.

– Mataste á Paco, destruíste mi felicidad, pero tu crimen fué la luz que me guió por el camino de la verdad y de la vida inmortal. Sin tu intervención en nuestro destino, ¡quién sabe!.. Te perdono con todo mi corazón.

El moribundo quiso decir algo á Sor Francisca, pero le faltaron fuerzas para ello y sus ojos vidriosos brillaron por última vez, fijándose en el rostro de la que había sido la causa de su delito.

Muy pocos días después un violento ataque de vómito negro añadía el nombre de Sor Francisca á la tremenda lista de las víctimas de tan terrible azote.

Coralito, cumplida su misión sobre la tierra, había volado á la mansión de la felicidad eterna, donde se encuentran los que se aman sobre la tierra, purificados por el dolor y el sacrificio.

A. Danvila Jaldero

LA HADA DE LOS OJOS VERDES

¡Ay de aquellos que no posean una flor de la hada de los ojos verdes!

I

Era el amanecer de un día de mayo: el mes de las flores, del amor y de las hadas: las tres cosas más espirituales que pueden existir en el mundo; la aurora, como maga invisible, recogía los negros tules en que aparecía envuelto el bosque; los árboles, que en la noche semejaban medroso batallón de gigantes que dormía un sueño agitado, mostrábanse en toda su lozanía cuajados de hojas y de canciones; al pie de uno de estos árboles había un hombre joven vestido de pastor.

Dormía, y su sueño debía ser tan alegre como la aurora de aquel día, por cuanto en su rostro dibujábase una sonrisa. ¿Quién sabe si el amor, el interés ó alguna de esas ocultas ambiciones del espíritu satisfarían éste en la quimérica realidad del sueño?..

Los rayos del sol naciente vinieron á despertar al joven, el cual, refregándose los ojos, miró en torno suyo, y al verse así, tan solo, al pie de un árbol, hizo un gesto de asombro.

– ¡Todo mentira!, balbuceó con acento de amargura.

Y poniéndose en pie, echó á andar por entre el laberinto del bosque; andaba el pastor á paso tardo, la cabeza inclinada al pecho, caídos los brazos: como anda quien se ve bajo el peso de una gran preocupación.

– ¡Sería yo tan feliz!, pensaba en voz alta, poco cuidadoso de que los pájaros interrumpiesen sus cantos para escucharle. Si yo poseyera como el amo una casa, un huerto y un millar de ovejas, podría atreverme á hablar á Marcela, la hija del señor alcalde... ¡Y sería dichoso, dichosísimo: no me cambiaría por ningún rey ni príncipe, porque el que se case con Marcela puede decir que se casa con la propia felicidad!

Y moviendo tristemente la cabeza continuó:

– ¡Pero yo no soy ese!.. ¡No podré serlo nunca!.. Soy sólo Pedrín el pastor, y mi vida se ha de pasar apacentando los rebaños de los otros, de los ricos... ¡Yo siempre seré pobre!.

Aquí llegaba Pedrín en sus lamentaciones cuando se detuvo en su marcha, quedóse inmóvil, entre confuso y maravillado, con los ojos muy abiertos.

Motivo sí había para que cualquiera – no un simple pastor – experimentase parecidas turbaciones.

II

Una mujer de peregrina belleza, envuelto su cuerpo en flotante túnica, más nítida que la nieve de los picos de las montañas, coronada su gentil cabeza con una guirnalda y trayendo en la mano una varita de flores, presentóse ante el pastor y con voz suave como eco de dulce risa le dijo:

– ¿Por qué te asombras de mi presencia?..

Y amorosa, fijó sus ojos, que parecían dos esmeraldas heridas por el sol, en el rostro de Pedrín, que al verse así mirado experimentó un consuelo inefable: calmáronse como por encanto las congojas que nublaban su espíritu, y ya sereno, se atrevió á preguntar:

– ¿Y quién eres tú, la mujer más hermosa de cuantas he visto en la tierra?..

- Una hada, á la cual el fatalismo quiso enterrar en una caja terrorífica; mis hermanos son el Sol y la Muerte.

Y al ver que sus palabras arrancaban un estremecimiento al pastor, hubo de advertirle:

– Pero no temas: el Sol, que es la luz, ahuyenta las sombras que produce el dolor, y la Muerte es para el pesar el consuelo eterno. He oído tus quejas y quiero que las deseches. ¿Tienes confianza en mí?..

– ¡La tengo!, afirmó con viveza Pedrín.

– Pues entonces, escucha: todos los deseos de los hombres, todas sus ansiedades son otros tantos caminos por los que marcha la voluntad hasta encontrar el objeto ó fin que motiva su viaje. Vuestra alma es eterno viajero perdido en el Sahara de la ilusión; por efecto del espejismo, cree ver oasis, y al cerciorarse de su yerro, si desmaya, muere; si continúa, acaso encuentre un deleitoso refugio... Sé tú perseverante en el camino que te traza tu noble deseo: que jamás se apodere de ti el desaliento... Y si acaso en algún punto de tu vida lo sintieras, toma esta flor (y la hada arrancó una del ramo que traía en la mano y se la entregó á Pedrín). Consérvala siempre y vivirás feliz.

Dicho esto, internóse en el bosque, mientras que el pastor – no muy repuesto aún de su asombro – contemplaba afanoso la flor que le entregara la hada de los ojos verdes.

III

Ya los años han encanecido los cabellos de Pedrín, é indudablemente acertó en su juventud al afirmar que Marcela era la encarnación de la felicidad: tan venturosos han sido los días del matrimonio del pastor y Marcela.

Al conocer esta ventura, comprenderéis cuán rudo fué el empeño del hombre para lograr su fin: tuvo que luchar con su pobreza, con el amor de Marcela y con las vicisitudes inherentes á la vida: ¡venció á todas! Tuvo constancia, no desmayó nunca ni le abatió el infortunio: la vista de la flor de la hada le centuplicaba la energía en la lucha por los ideales de su existencia

. . . .

Comprendía Pedrín que era llegada su última hora, y no obstante con sus manos calenturientas apretaba la flor á la cual debía su ventura: la apretaba en la firme creencia de que su virtud ahuyentaría el peligro.

Una noche, la última que el espíritu había de permanecer encerrado en el cuerpo de Pedrín el pastor, exclamó éste con acento que pintaba su angustioso estado de ánimo:

– ¡Dios mío, si pudiera yo ver á la hada de los ojos verdes!

Al acabar de pronunciar estas palabras, presentósele la hada tal como él la conoció en el bosque.

Y sentándose al borde del lecho y tomando una de las manos de Pedrín le dijo:

– Es ya hora de que mi hermana la Muerte dé sosiego eterno á tus ambiciones y deseos... Durante tu vida te he sostenido y alentado en cuanto intentaste realizar... Ahora esa flor que retienes en tu mano sólo ha de servirte para hacer más feliz tu tránsito al otro mundo.

Pedrín, al oir esto, suspiró, y mirando con ojos extraviados á su interlocutora, repuso:

– Perdona esta curiosidad de última hora: ¿quién eres tú que tanto bien me has hecho en mi peregrinación por este valle de lágrimas?..

– ¡Fíjate bien en mis ojos: ellos te dirán mi nombre!

– ¡La Esperanza!, exclamó Pedrín apretando convulsivamente entre sus manos las de la hada de los ojos verdes.

Alejandro Larrubiera

NUESTROS GRABADOS

En demanda de alojamiento, dibujo original de Enrique Estevan. — Limitado es el número de los pintores españoles que se dedican especialmente y con provecho á la pintura militar. Cierto es que la mayoría de ellos ha logrado singularizarse por el mérito de sus producciones, pero no lo es menos que la limitación se halla en relación directa con las dificultades que presenta la ejecución de obras que exigen conocimientos que no pertenecen á la generalidad. Nuestro buen amigo el discreto pintor D. Enrique Estevan, de quien tan bellas producciones hemos reproducido en las páginas de esta Revista, ha logrado alcanzar merecida fama en los cuadros de tipos y asuntos militares de carácter español. A este género pertenece el bonito dibujo que figura en la primera página de este número, representando á un trompeta de artillería de un regimiento divisionario, en demanda de alojamiento, después de fatigosa jornada.

La visión de fray Martín, alto relieve de Joaquín Bilbao (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897). – Digna pareja de *El sueño de la Virgen*, que recientemente hemos dado á conocer á nuestros lectores, es el hermoso alto relieve que bajo el título de *La visión de fray Martín* ha modelado el joven y distinguido escultor sevillano Joaquín Bilbao, y que tanto ha llamado la atención de los inteligentes y del público que ha visitado el certamen artístico celebrado en la coronada villa. En la obra que reproducimos nótanse cualidades de igual valía que las observadas en el relieve á que también nos referimos. La composición revela un temperamento artístico notable, y el modelado y disposición de los planos y términos una habilidad no común y excepcionales conocimientos y aptitudes que conducirán al Sr. Bilbao, si no se malogran, á ocupar uno de los primeros sitios entre los escultores españoles.

Guerra de Filipinas. – Continuando la información gráfica de cuanto pueda ofrecer algún interés relacionado con la guerra de Filipinas, reproducimos en el presente número varias fotografías que desde Manila nos envía nuestro activo corresponsal Sr. Arias y Rodríguez.

Nada hemos de decir de la primera, ó sea la del vaporcito *Trueno* remolcando una gabarra que conduce á Manila dos piezas de artillería procedentes de Dahalicán, porque el epígrafe que lleva es explicación bastante.

La iglesia de Parañaque, en donde residió el cuartel general durante las operaciones que en aquella región se llevaron á cabo, es, como la mayoría de los templos del archipiélago, una mole de piedra sin gusto arquitectónico, sin esbeltez; en una palabra, sin ninguna cualidad estética; en cambio, por sus condiciones de solidez y por su excelente situación constituye, debidamente parapetada, un buen punto de defensa.

El primer grabado de la página 488 reproduce una vista parcial del pueblo de Parañaque. Este pueblo, situado cerca de la playa de la bahía de Manila, fundóse en 1580, es localidad poco sana para el peninsular, como pudo observarse en las fuerzas de nuestro ejército allí acantonadas, que padecieron mucho á consecuencia de las fiebres palúdicas, producidas, según se

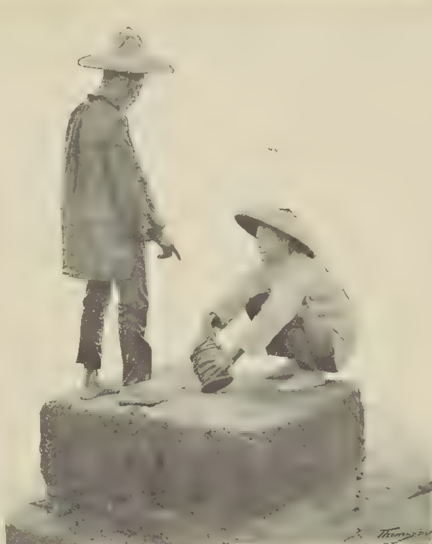
crece, por las salinas cercanas á la población, y sobre todo por la falta absoluta de policía urbana. Parañaque está dividido por una ría sobre la cual construyóse hace muchísimo tiempo un puente de cañas sostenido por pilotes de madera; como este puente es de gran tránsito, pues pasan por él innumerables calesas, carretones y otros vehículos, continuamente han de hacerse reparaciones en su piso, que está formado por un tejido de caña. Hace muchos años que debió pensarse en sustituirlo por un puente sólido, puesto que de este modo se contaría con una comunicación segura con la provincia de Cavite y no se habrían presentado las dificultades que ahora han tenido que vencerse para el transporte de las grandes piezas de artillería, armones, etc.

En el segundo grabado de la citada página vemos el regreso de una descubierta al pueblo de Las Piñas (provincia de Manila). Todos los días, al caer la tarde, desde la empalizada construída alrededor del pueblo hasta un puentecito próximo colocábanse unos farolitos sobre estacas para ver si el enemigo se acercaba y evitar de este modo una sorpresa. En algunas ocasiones los insurrectos tuvieron la osadía de aproximarse y de entretenerse en apagar los faroles. La misión de esas descubiertas es arriesgadísima, pues los que las realizan no son sino un puñado de hombres que han de reconocer una extensa zona muy á propósito para las emboscadas y las traiciones á que tan aficionados son los rebeldes filipinos.

El primer grabado de la página siguiente reproduce la última casa del referido pueblo de Las Piñas, casa que fué preciso atrincherar por encontrarse enfrente de ella el enemigo: en él se ve la empalizada de que antes hemos hablado y á la derecha se levanta una torre-observatorio de caña desde donde podía vigilarse á los insurrectos del Zapote.

El grabado segundo de la misma página representa la batería de dos cañones de ocho centímetros y cañón largo emplazada en las afueras del pueblo de Las Piñas, con el objeto de batir á los insurrectos que estaban atrincherados en el puente del Zapote y en toda la extensión del río del mismo nombre.

Aunque no están relacionados con la guerra, reproducimos á título de curiosidad dos fotografías, que representan una de ellas, la primera de esta página, dos indígenas pescadores del barrio de Tondo (Manila), y la otra, la de la página 496, un órgano construído de caña y madera que hace muchos años existe en la iglesia parroquial de Las Piñas. En aquélla vemos al encargado de una *banca*, embarcación destinada á la pesca, dando cuenta al dueño de la misma del producto obtenido en la venta del pescado: la especie de tarro que tiene en la mano le sirve al embarcarse para guardar en él el indispensable *buyo*, los cigarrillos y los fósforos y al regreso para meter el dinero que ha sacado de la venta. Esos tarros son de madera torneada y con tapa que ajusta perfectamente, así es que aunque calgan al mar no se pierden porque flotan. El dueño de la *banca* se apresura á recoger los cuartos y se informa detenidamente del resultado de la pesca; sin embargo, la mayoría de las veces forma él mismo parte de la expedición, gobierna el barco y como el último de sus pescadores realiza los penosos trabajos de esta industria, que no deja de producir bastantes ganancias en las inmediaciones de Manila.


Propiedad de M. Arias Rodríguez

MANILA. – Indígenas pescadores del barrio de Tondo (de fotografía)

El órgano de la iglesia de Las Piñas es, como antes decimos, todo de caña y madera, á excepción del fuelle, no habiendo en él ni una sola pieza de metal. Un fraile de la orden de Recoletos fué el que hace años ideó esta obra que tanto llama la atención, empleando en ella mucha paciencia y mucho tiempo. La elección de cañas exigió gran cuidado, y una vez bien escogidas se las *curó* enterrándolas en la arena para que se secaran bien: gracias á estas precauciones, los tubos no se rajan ni el gorgojo los ataca, pudiendo decirse que son de duración indefinida. El sonido de este órgano es más agradable que el de los órganos metálicos porque sus notas son más dulces.

Desembarque en Barcelona de soldados heridos y enfermos procedentes de Filipinas, dibujo de V. Buil. — La escena que est dibujo reproduce repítese con harta frecuencia por desgracia, no sólo en Barcelona, sino que también en todos los puertos de España en donde tocan los vapores que de Filipinas y de Cuba nos traen á esos infelices que han perdido la salud en cumplimiento del deber que la patria les impuso. ¡Cuánta juventud malograda en esas infames guerras que nos aniquilan! ¡Cuántos elementos perdidos para las industrias de la paz por causa de esas maldecidas luchas que nos empobrecen! Todos esos jóvenes que hoy regresan inútiles, salieron hace poco rebosando salud, llenos de vida, de los mismos puertos que les ven llegar heridos y enfermos: las balas enemigas en unos pocos relativamente, las crueldades de climas mortíferos en los más, han agostado en flor todas esas preciosas existencias, arrancando lágrimas de dolor y gritos de desesperación á cuantos en aquellas vidas tenían condensados sus más tiernos afectos. Si odiosa es siempre la guerra, más execrable se hace contemplando de cerca á sus infelices víctimas, que la madre patria debería honrar como se merecen, asegurándoles un porvenir tranquilo que con su sangre inocente tienen bien ganado, y que por desgracia no siempre consiguen.

El joven dibujante Sr. Buil, al reproducir del natural uno de estos tristes espectáculos de desembarque, demuestra ser un excelente impresionista en [el buen sentido de la palabra, puesto que no sólo ha sabido copiar con gran fidelidad y corrección la escena que se ofrecía á sus ojos, sino que además ha puesto en ella el hondo sentimiento que causa en cuantos lo contemplan el desfile de aquellos héroes, mártires del deber.

Vista de uno de los templos de una ciudad nahuatl recientemente descubierta en México. – Mr. W. Niven, naturalista distinguido, agregado al Museo de Historia Natural de Nueva York, estaba haciendo exploraciones en México, en busca de granates rosas que en tanta estima tienen los indios, cuando tuvo noticia de la existencia de grandes ruinas ignoradas de los europeos y apenas conocidas de los indígenas. No sin grandes dificultades consiguió Mr. Niven encontrar un guía que le diera algunos informes y consintiera en acompañarle.

La ciudad sepultada bajo las arenas del desierto es probablemente Quechmictoplicán, ciudad mítica en concepto de muchos y cuya tradición conservan sólo algunos arqueólogos. Emprendió Mr. Niven la expedición, y después de muchos días de penosa marcha por un país desolado y sin senderos, cuando comenzaba á dudar de la fidelidad y veracidad de su guía, éste le



BARCELONA. – DESEMBARQUE DE SOLDADOS HERIDOS Ó ENFERMOS PROCEDENTES DE FILIPINAS, dibujo del natural de V. Buil



Propiedad de Arias Rodríguez.

GUERRA DE FILIPINAS. – MANILA. – VISTA PARCIAL DEL PUEBLO DE PARAÑAQUE, RESIDENCIA QUE FUÉ DEL GENERAL POLAVIEJA



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – LAS PIÑAS (PROVINCIA DE MANILA). – REGRESO DE LA DESCUBIERTA. – EMPALIZADA Ó CERCO DE CAÑAS QUE CIERRA LA SALIDA DEL PUEBLO EN EL CAMINO QUE CONDUCE AL PUENTE DEL ZAPOTE Y PUEBLO DE BACOOR



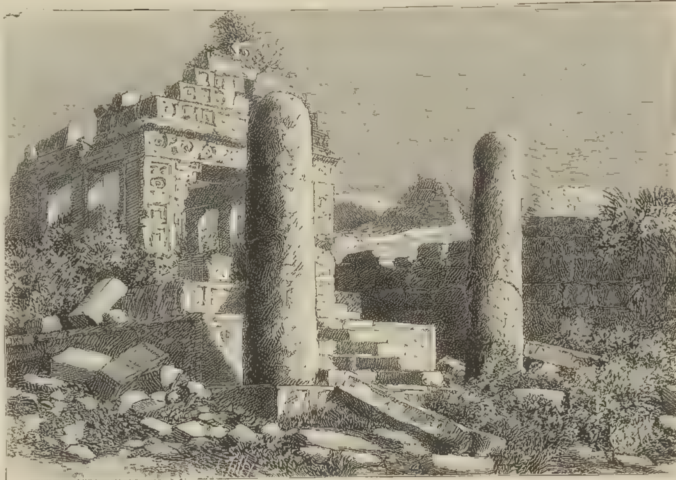
Propiedad de M. Arias Rodriguez

GUERRA DE FILIPINAS. – Las Piñas (provincia de Manila). – La última casa del pueblo atrincherada por encontrarse el enemigo enfrente. Elevada torreta de caña para vigilar á los insurrectos del Zapote, punto inmediato á Las Piñas



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – Las Piñas (provincia de Manila). – Batería avanzada de dos cañones 8 centímetros, batiendo al enemigo atrincherado en el puente y río Zapote



VISTA DE UNO DE LOS TEMPLOS DE UNA CIUDAD NAHUATL RECIENTEMENTE DESCUBIERTA EN MÉXICO

hizo notar los restos de un antiguo camino construído indudablemente por mano del hombre y sombreado por árboles gigantescos. Al día siguiente, el explorador pudo ver compensados todos sus sufrimientos y fatigas: una ciudad inmensa se ofrecía ante sus ojos, y en cuanto su vista alcanzaba, el valle, las colinas, todo estaba cubierto de ruinas á las cuales daba acceso una puerta de bloques de piedra groseramente escuadrados. Mr. Niven durante su corta permanencia en aquellos parajes recorrió el valle y por todas partes encontró restos de templos y de monumentos ocultos entre el polvo de los siglos y la vegetación tropical.

Seguro del éxito y persuadido de los ricos descubrimientos que le reservaban posteriores excavaciones hechas con toda regla, regresó Mr. Niven á Nueva York con objeto de organizar una expedición, para la cual suministró los fondos suficientes un rico banquero que no ha querido que su nombre fuese conocido.

El explorador púsose en camino en agosto de 1896: en Chipalcingo organizó su caravana, y hechos los convenientes preparativos, que exigieron bastante tiempo, emprendió la marcha. Llegado al término de su viaje y examinado el terreno que ocupaba la ciudad y cuya superficie parece ser tan grande como la de Nueva York, convencióse de que el origen de aquélla no se remontaba á los tiempos fabulosos, si bien nada podrá afirmarse definitivamente sobre este punto hasta que se hayan llevado á cabo por completo las excavaciones.

Antes de los aztecas, los sanguinarios y fanáticos habitantes de México, esa ciudad ahora descubierta había sido habitada por una raza más benigna y más civilizada, los mayas de raza nahuatl, los iniciadores de la civilización en la América Central y que, vencidos sin duda por los aztecas, hubieron de ceder su puesto á sus feroces enemigos. Pero Mr. Niven cree que ni los aztecas ni los mayas fueron los fundadores de Quechmictoplicán y piensa haber descubierto huellas de una raza primitiva á la que habían pertenecido los primeros habitantes de la ciudad.

Hasta ahora se han descubierto veintidós templos y numerosos altares, que forman los principales monumentos de la ciudad. Los altares están erigidos sobre pirámides colosales de adobes; los templos, algunos de los cuales cubren una superficie de 600 metros cuadrados, son en su mayoría de piedra, y en el centro de los mismos hay siempre un altar de cinco á veinte

MONUMENTO Á VÍCTOR MANUEL RECIENTEMENTE INAUGURADO EN NÁPOLES, construído según el proyecto de Franceschi por los escultores Solaro y Balzico y el ingeniero Leone

pies de altura y de quince pies cuadrados en su base por término medio. El grabado que en esta página publicamos reproduce uno de estos templos: las gradas que á él conducen, los arabescos que lo adornan y las ventanas que se abren á los lados presentan grandes analogías con las construcciones de Uxmal, Labna, Kabah y Chichen-Itza; pero hasta ahora no se ha encontrado ninguno de estos indescifrables jeroglíficos que tanto abundan en las antiguas ciudades del Yucatán. Dos inmensas columnas de piedra, redondeadas por arriba, levántanse delante del templo: en ellas se ha querido ver un testimonio del culto fálico, tan generalizado en la América Central.

En Cerro Porterio y en Calchiatepet, nombres dados á diferentes partes de la ciudad, se ven dos pirámides de 65 pies de alto y al lado de ellas templos de 600 por 200 pies. Las excavaciones practicadas en uno de éstos pusieron en descubierto á nueve pies de profundidad un altar, y debajo de éste un ánfora que contenía 72 objetos de nácar, cuatro de los cuales representaban cabezas humanas y los demás pájaros, peces y animales diversos.

En Quechmictoplicán abundan los subterráneos más que en todas las otras antiguas ciudades americanas: en Organos y en Texas Mr. Niven descubrió salas inmensas medio sepultadas debajo de montones de cenizas y de cacharros rotos pertenecientes á distintas épocas; en Xochocotzin encontró una cabeza esculpida en piedra de siete pies de largo; en Texcal el edificio entero era subterráneo y hasta el presente no se han descubierto más que las losas que forman el techo. En todas partes, en los templos y en los subterráneos, los exploradores han recogido entre los restos de vasijas de barro, granos, pendientes, máscaras, sortijas, amuletos y adornos de toda especie de jade y de concha.

Multitud de osamentas humanas formaban un osario de 20 pies por lo menos de longitud: de aquel gran montón se retiraron algunos cráneos que al contacto del aire se convirtieron en polvo; hecho lamentable, pues ha impedido estudiar antropológicamente aquella raza que ha dejado tan notables huellas de su paso.

Las exploraciones de Mr. Niven se prosiguen con actividad y es indudable que han de poner de manifiesto nuevas maravillas de aquella antigua civilización mexicana.

Monumento erigido en Nápoles á la memoria de Víctor Manuel. – Recientemente y en presencia de la familia real italiana se ha inaugurado en Nápoles este monumento á Víctor Manuel, ejecutado, según el proyecto del malogrado estatuario Franceschi, por los escultores Solaro y Balzico y por el ingeniero Leone, á cargo de quien ha corrido la parte arquitectónica. Un pedestal de granito de 4'60 metros por 6'40 de ancho y 7'50 de alto descansa sobre tres gradas de piedra y ostenta á su alrededor una cornisa de hojas entrelazadas, interrumpida en sus cuatro ángulos por asuntos decorativos de bronce alusivos al gran monarca. En los dos lados están las armas de la ciudad de Nápoles con la corona mural; sobre la última grada se ve la estatua de Parthenope (nombre primitivo de Nápoles) y las armas de la casa de Saboya, y en la cara opuesta un águila y un trofeo de banderas: en las caras laterales dos bajos relieves representan el encuentro de Víctor Manuel y Garibaldi en el Volturno, y el acto en que el ministro Conforti, el prodictador Pallavicini y el general Cosenz presentan á Víctor Manuel el plebiscito del pueblo napolitano. La estatua ecuestre es de bronce, como todas las citadas esculturas, y tiene una altura de seis metros. La altura total del monumento es de 15'50 metros.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – ROMA. – El cardenal Rampolla, Secretario de Estado del Sumo Pontífice, ha enviado al cardenal Parrocchi, protector de la Exposición de Arte Sacro que ha de celebrarse en Turín en 1898, la siguiente carta, que de seguro verán con gusto todos los que se interesan por la religión y por el arte: «El Santo Padre, queriendo dar nueva prueba de su benevolencia hacia el Comité ejecutivo de la Exposición de Arte Sacro que ha de verificarse en Turín, y secundando el deseo manifestado por vuestra eminencia, en su calidad de protector de la misma, se ha dignado destinar un premio de 10.000 liras á favor del artista que pinte el mejor cuadro de la *Sagrada Familia* dentro del plazo y con las condiciones que el Comité determine. Sírvase vuestra eminencia dar aviso de esta disposición de Su Santidad al señor barón Manno, presidente del citado Comité, y esperando que la munificencia del Santo Padre sirva para dar gran impulso al arte sacro y propague al mismo tiempo la devoción á la Sagrada Familia, le beso humildemente las manos, etc. M. cardenal Rampolla.»

LONDRES. – La casa Christie ha comenzado la venta de la galería que perteneció á Sir John Render: en la primera sesión se vendieron 110 cuadros que produjeron 1.920.476 francos, y entre los cuales figuraban cuatro obras maestras de Turner, el célebre pintor inglés del siglo pasado: *Venecia* (178.500 francos), *Naufragio en las costas de Northumberland* (199.500), *Procesión* (183.750), *Mercurio y Herse* (196.875). Algunos lienzos de Landseer y Millais han alcanzado precios elevados aunque inferiores á los de Turner: un paisaje de Rosa Bonheur se ha vendido en 39.375 francos y otro de Troyon en 44.605.

VENECIA. – El éxito económico de la Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia durante el primer mes de su apertura ha superado en mucho las esperanzas de los más optimistas: en dicho mes los visitantes de la exposición fueron 80.000, ó sea un promedio diario de 2.300. Los abonos á diez y cinco liras produjeron 45.000 liras, y añadiendo á esta suma los ingresos diarios y el producto de la venta del catálogo ha resultado un total de 110.000 francos. Por su parte, los expositores pueden también estar satisfechos, puesto que en el referido período de un mes se vendieron obras por valor de 100.000 liras.

PARÍS. – La junta general de accionistas de la Compañía del Canal de Suez ha acordado por unanimidad erigir un monumento conmemorativo á Fernando de Lesseps en la entrada del canal. El coste del monumento se calcula en 250.000 francos.

Teatros. – *Madrid.* – Se ha estrenado con gran éxito en el teatro de la Zarzuela *Los chicos*, juguete cómico-lírico en un acto de los Sres. Larrubiera y *Mecachis*, con música del maestro Brull.

Barcelona. – Se han estrenado con muy buen éxito en el teatro de Novedades: *Don Quijote de Madrid*, interesante comedia en tres actos y en verso de D. Mariano de Vela y Maestre, y *Tierra baja*, hermoso drama en tres actos de D. Ángel Guimerá, traducido al castellano por D. José de Echegaray. Esta obra se estrenó en la noche del beneficio del aplaudido actor Sr. Thuiller, á quien el público tributó una ovación tan entusiasta como merecida.

Necrología. – Ha fallecido:

Luis del Moro, presidente de la Academia de Bellas Artes de Florencia y director del departamento regional toscano de monumentos.

Aquiles Vertunni, célebre pintor italiano.

Adolfo Binet, notable pintor francés.

Eduardo Dantan, pintor de género y retratista francés.

D. Domingo García, notable actor cómico español, uno de los predilectos del público de Barcelona, en donde actuó durante muchos años seguidos alcanzando grandísimos éxitos.

Pablo Schützenberger, ilustre químico francés, profesor de Química del Colegio de Francia y miembro de la Academia de Ciencias de París.

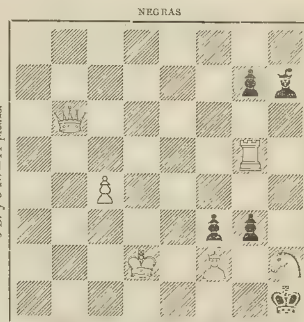
Juan Japetus Smith Steenstrup, notable naturalista dinamarqués, director del Museo Zoológico de Copenhague.

Maximiliano Stieler, pintor de género y autor dramático alemán.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 79, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



6 B. y 5 N. = 11 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 78, POR J. PALUZÍE

Blancas.	Negras.
1. D 6 C R	1. Cualquiera.
2. D, A ó P mate.	




... fué á ocultarse bajo una silla, arrastrando su largo vestido blanco como un manto de corte

ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

Novela original de la notable escritora alemana Eugenia Marlitt

(continuación)

Llegados al vestíbulo, Isabel se despidió de Reinhard para ir al salón de música, donde Elena y el Sr. de Hollfeld la encontraron un momento después. La primera se dirigió hacia su gabinete tocador para reparar el desorden que el aire había ocasionado en su cabello; y Hollfeld, aprovechando aquel momento, se acercó al punto á Isabel, que colocada junto á la ventana, hojeaba un cuaderno de música.

– El otro día nos interrumpieron bien desagradablemente, murmuró á su oído.

– *¿Nos?*.., preguntó Isabel con frialdad, mirándole de pies á cabeza. Debo quejarme, en efecto, de que me interrumpieran en mi lectura, lo cual me causó una viva contrariedad.

– ¡Ah, repuso Hollfeld con cierta emoción..., una contrariedad! ¿No comprendió usted, pues, el lenguaje de la rosa?

– Pienso haberle comprendido: decía que era mil veces mejor morir en su tallo que ser arrancada para morir tan inútilmente.

– ¡Qué cruel es usted..., un verdadero mármol! ¿No comprende qué es lo que me atrae invenciblemente aquí cada día?

– Sin duda alguna, la admiración que inspiran los grandes genios de la música.

– Se engaña usted.

– En todo caso no será en su desventaja.

– ¡Pues sí que lo es! Si yo la dejase á usted en esta convicción, no adelantaría un paso. En realidad, la música es para mí un puente...

– Pues le invito á mantenerse firme, porque sin su apoyo correría peligro de caer al agua.

– ¿Y me dejaría usted perecer?

– Sin la menor duda, contestó con sequedad Isabel; no me propongo hacer méritos para ganar la medalla de salvamento.

La señorita de Walde volvió á entrar, y sorprendióle mucho al parecer que su primo estuviera conversando animadamente con Isabel, pues no le había visto nunca dirigirle la palabra. Su mirada se fijó en el rostro del Sr. de Hollfeld, que conservaba aún señales de un vivo pesar, y después, sentándose silenciosamente al piano, comenzó á preludiar, mientras Isabel reunía los papeles de música. Hollfeld tomó asiento en el sitio de costumbre, apoyando melancólicamente la cabeza sobre su mano y fija su mirada en la joven. Isabel sintió entonces haberle contestado, pues la frialdad misma de su lenguaje parecía haber producido un efecto del todo contrario al que ella se proponía.

En aquel mismo momento resolvió arrostrar hasta las burlas triunfantes de su tío y renunciar á las lecciones que la exponían á una persecución tan desagradable.

La lección tocaba á su fin, cuando la señorita de Quittelsdorf se precipitó en el salón; llevaba en brazos una criatura ataviada con un largo vestido blanco, y cuya cabeza oprimía contra su hombro.

– La gran señora de Falkenberg, dijo ceremoniosamente, envía sus más afectuosos cumplidos, y á la vez la expresión de su vivo sentimiento con motivo del ataque de gota que no le permitirá asistir á la fiesta de mañana, y solicita al propio tiempo que se tenga á bien recibir en su lugar á su querido y encantador nieto...

En aquel instante, la criatura que la señorita de Quittelsdorf estrechaba tan tiernamente en sus brazos, hizo varios movimientos desordenados, incomprensibles, y consiguiendo al fin caer en el suelo, fué á ocultarse bajo una silla, arrastrando su largo vestido blanco como un manto de corte.

– ¡Pero Cornelia, eres verdaderamente demasiado niña!, dijo la señorita de Walde, riéndose y á la vez disgustada al ver al pobre Alí, que con la cabeza cubierta con una gorrita de recién nacido se aventuraba un poco fuera de la silla debajo de la cual se había refugiado. Si la señora de Falkenberg llegase á tener noticia de esta broma, sentirías los efectos de su desagrado.

Bella, que había seguido á la señorita de Quittelsdorf, se desternillaba de risa, y la baronesa de Lessen, atraída por aquel estrépito inexplicable, vino á tomar parte en la alegría general, amenazando con el dedo á la culpable, y acercándose á Isabel le dijo con tono de condescendencia:

– Tal vez la señorita de Walde no haya advertido á usted que los convidados estarán reunidos mañana á las cuatro en el gran salón del piso bajo; yo le ruego que sea muy puntual y que no se retrase. El concierto terminará á las seis, y se lo prevengo á fin de que sus padres no la esperen antes.

Al escuchar estas palabras, Elena inclinaba la cabeza sobre las teclas del piano con cierta confusión, mientras la señorita de Quittelsdorf, colocándose junto á la baronesa, observó curiosamente el rostro de Isabel...

Por hermosos que fueran sus grandes ojos negros, produjeron muy pronto cierto malestar en la joven, y después de haberse inclinado ligeramente ante la baronesa, asegurándole que sería puntual, irguióse y fijó una mirada firme y grave en la joven curiosa, lo cual bastó para que ésta cambiase de actitud, volviendo la cabeza y comenzando á recorrer la habitación como un niño díscolo, en busca de una distracción cualquiera. De pronto divisó al Sr. de Hollfeld, que no se había separado del alféizar de la ventana.

– ¿Cómo, Hollfeld, exclamó, es usted, usted en persona, y no su fantasma? ¿Qué hace usted ahí?

– Escucho, como puede usted ver.

– ¿Usted escucha?.. ¿Usted? ¡Ja, ja, ja! ¿Comprende acaso á Mozart y Beethoven, y disfruta usted de sus obras? ¡Pues si apenas hace cuatro semanas me confesó á mí misma, durante un concierto de la corte, el extraño efecto que la música le producía! ¡Usted me aseguró que la música clásica le ocasionaba dolores de estómago!

– ¡Oh, querida Cornelia! Dejemos á un lado las bromas, dijo la baronesa con tono suplicante, pues necesito que me ayude usted con su espíritu de inventiva para determinar el programa de la fiesta... Tú también, querido Emilio, podrás serme útil, y me prestarás un servicio reuniéndote con nosotras, pues ya sabes que me hallo ahora en la triste obligación de apelar al apoyo de un hombre para que los criados respeten las órdenes que doy.

Hollfeld obedeció muy contra su voluntad.

– Si es así, permitidme á mí ir también... ¿Seríais lo bastante crueles para abandonarme en mi soledad hasta la hora de tomar el te?, exclamó Elena levantándose...

Parecía estar muy contrariada, é Isabel sorprendió al paso la mirada celosa que fijó en Cornelia, que del brazo del Sr. Hollfeld se dirigía hacia la puerta.

Isabel arregló los papeles de música, cerró el piano y salió del salón.

Al atravesar el castillo observó que había un movimiento extraordinario; varios criados transportaban cestos llenos de cubiertos de plata y de vajilla á una de las habitaciones del piso bajo; y en uno de los aposentos que entreabrió al paso, observó que había un montón de ramaje verde, de ramos y guirnaldas de flores.

¡Y aquel en cuyo honor se hacían todos estos preparativos, vagaba fuera solo, con el alma y el ánimo penosamente perturbados!

Isabel se dirigió al pueblo para desempeñar una comisión de que su padre la había encargado, y una vez terminada emprendió la vuelta á través del bosque: en medio del camino que conducía desde el pueblo á la casa forestal comenzaba un angosto sendero que se unía con el camino principal abierto en la montaña; era poco frecuentado, y por esta razón pasaba inadvertido. A Isabel le agradaba aquel sendero pintoresco, y tomábale á menudo para volver á su casa

Nunca había encontrado allí á nadie; pero esta

vez, apenas hubo dado algunos pasos bajo la obscura bóveda, vió á la distancia de unos veinte pasos, junto al tronco de un árbol gigantesco, algo como un brazo que se elevaba lentamente y después volvía á caer. No podía engañarse sobre este movimiento, tanto menos cuanto que los árboles se hallaban algo separados en aquel sitio. Isabel se adelantó lentamente, y después detúvose poseída de terror.

Un hombre, apoyado en aquel árbol, volvía la espalda á la joven; tenía la cabeza descubierta, y veíase su cabello desgreñado; permaneció inmóvil durante un momento, como si acechase á alguien; dió un paso hacia adelante, levantó el brazo derecho, y apuntó con una pistola delante de sí, cual si hubiera tomado por blanco un árbol vecino... Después dejó caer de nuevo el brazo.

«Es un tirador que se ejercita,» pensó Isabel para tranquilizarse. Pero no lo consiguió, pues una indecible angustia se apoderó de su corazón, y no sabía qué hacer... ¿Debería avanzar ó retroceder?

Una fuerza invencible la clavó en el suelo, donde parecía haber echado raíces.

De repente percibió el rumor producido por los pasos de un caballo; el hombre que estaba apoyado en el árbol se estremeció como si hubiese recibido un choque eléctrico, y poco después apareció un jinete en el espacio cubierto de césped.

El caballo avanzaba con bastante lentitud sobre aquel suelo blando, y su dueño, absorto en sus reflexiones, había dejado caer descuidadamente la brida.

El hombre del cabello desgreñado y que tenía en la mano una pistola, dió con viveza dos pasos hacia adelante, levantó el brazo en dirección al jinete, y volvió un poco la cabeza hacia Isabel.

En aquel rostro lívido, con las facciones contraídas por el odio y por la horrible pasión de la venganza, Isabel reconoció al punto al intendente Linke, y el jinete que avanzaba descuidado hacia la pistola apuntada contra él era el mismo Sr. de Walde.

Entonces se produjo de repente un cambio prodigioso en Isabel, que había observado con espanto los preliminares de aquel drama; el terror de la joven ante una tentativa de asesinato, convirtióse de pronto en su alma en un valor sobrehumano, y calculó con una sangre fría heroica los medios de salvar aquella vida amenazada... Avanzó ligera como una sílfide, y hallóse de pronto cerca de Linke, cuya atención se concentraba toda en el cuidado rencoroso con que apuntaba á su víctima.

Una vez junto al asesino, la joven cogió su brazo en el momento en que tocaba el gatillo de la pistola, é hízole retroceder bruscamente. El tiro partió en dirección del todo opuesta, y la bala fué á chocar en un árbol..

El criminal, poseído de espanto, cayó entonces en tierra...; en el mismo instante una voz femenina pidió socorro, y el asesino, levantándose al punto, emprendió la fuga, mientras que el caballo, espantado, se encabritaba, llevándose á lo lejos á su jinete, que tratando de dominarle, condújole al fin tembloroso hasta cerca de Isabel. La joven, sintiendo que desfallecía, habíase apoyado en un árbol; la debilidad del sexo recobraba sus derechos, y su rostro había palidecido mortalmente; pero una alegre sonrisa iluminó sus facciones cuando vió ante sí al hombre salvado por ella.

Al divisarla el Sr. de Walde, apeóse del caballo. Bajo el imperio todavía del terror que acababa de experimentar, Isabel profirió un grito al sentir dos manos que se apoyaban en sus hombros; mas vió que era la institutriz, cuyo rostro se inclinaba hacia ella con expresión de espanto.

– ¡En nombre del cielo, Isabel!, exclamó con voz entrecortada. ¿Qué ha hecho usted? ¡Hubiera podido matarla!

El Sr. de Walde atravesó rápidamente el espacio que le separaba de las dos amigas.

– ¿Está usted herida?, preguntó con emoción, dirigiéndose á Isabel.

La joven hizo una señal negativa con la cabeza, y encaminóse, conducida por la institutriz, hacia un tronco de árbol derribado, donde las dos tomaron asiento.

– Pero ¿qué ha pasado?, preguntó el Sr. de Walde, dirigiéndose á la señorita Mertens.

– ¡No, no, exclamó Isabel con acento de angustia, aquí no, ni en este momento... Es preciso que usted se aleje; el asesino se ha escapado; vaga quizás por los tallares vecinos, y se pone otra vez al acecho para realizar su crimen.

– Linke ha tratado de asesinar á usted, caballero, dijo la institutriz con voz temblorosa.

– ¡Infeliz! ¡Conque ese pistoletazo era para mí!, repuso el Sr. de Walde con calma.

Y avanzando hacia el tallar vecino, designado por la institutriz, penetró en él, mientras que Isabel le seguía con la mirada, poseída de terror.

– Podemos estar tranquilos, dijo el Sr. de Walde,



– ¡Qué vileza!, exclamó el Sr. de Walde examinando el arma

presentándose de nuevo; no se ven huellas del culpable, y seguramente no hará otra tentativa por hoy. Pero refiérame usted ahora el suceso en que yo desempeñaba sin saberlo uno de los principales papeles.

La institutriz dijo entonces que, conociendo el rodeo que daba Isabel para regresar á Gnadeck, había tomado, para salir á su encuentro, la senda que conducía al pueblo, segura de encontrar á su amiga. Avanzando hacia el sitio en que debía ocurrir el drama, había observado lo mismo que Isabel, y sospechó en el acto el designio del miserable, que estaba emboscado; mas el miedo la paralizó; su garganta contraída no dejó salir ningún grito de espanto, y solamente al ver el peligro que la joven corría dió la voz de socorro, la misma que se oyó en el momento de partir el tiro.

El Sr. de Walde había escuchado este relato con mucha atención y tranquilidad; pero cuando la institutriz habló del valeroso impulso por el cual Isabel se precipitó sobre el asesino, cambió de color, y fijando en la joven una mirada llena de ansiedad, como para asegurarse más de que se había conjurado el peligro á que se expuso, inclinóse respetuosamente y besó su mano. La señorita Mertens, que se había alejado algunos pasos, se bajó de pronto, recogió la pistola, abandonada por el asesino, y entregósela al Sr. de Walde.

– ¡Qué vileza!, exclamó éste examinando el arma... Ese miserable se ha servido de una pistola que me pertenece.

Isabel se levantó, asegurando á la institutriz que se hallaba ya en estado de volver á su casa. Las dos amigas quisieron despedirse del Sr. de Walde; pero éste ató cuidadosamente la brida de su caballo á la rama de un árbol, y declaró que no se alejarían sin que él las acompañase.

– Linke acaba de probarles, añadió con un tono casi de broma, que tiene un carácter muy vengativo, y podría ser que en este momento sintiera contra la persona que me ha salvado un odio más implacable aún que el que á mí me tiene. No puedo soportar la idea de que se expongan ustedes á encontrarle sin estar protegidas por la presencia de un hombre.

Subieron por el sendero de la montaña juntos; la institutriz iba delante y trataba de apresurar la marcha, porque era preciso dar los pasos necesarios para detener al culpable; pero sus esfuerzos no dieron el resultado apetecido. El Sr. de Walde andaba despacio y silencioso junto á Isabel, y ésta, después de sostener largo tiempo una lucha interior, le rogó en voz baja que enviase á buscar su caballo y volviese al castillo por otro camino.

– Belisario es muy salvaje y tenaz, contestó el señor de Walde, sonriendo; á nadie conoce ni obedece más que á mí, y el temerario que se atreviese á montar en él para conducirle á casa, se resentiría seguramente de los efectos de su enojo... Por otra parte, ese hombre, según he dicho á usted ya, no renovará su tentativa por hoy. ¡Y aunque así fuera!.. Yo soy, y debo ser invulnerable, porque una buena estrella se ha mostrado en mi cielo y me protege contra toda desgracia...

El Sr. de Walde se interrumpió de pronto.

– ¿Qué le parece á usted?, añadió en voz baja. ¿Debo fijarme en esta creencia, debo conservar esta ilusión, que embellecería toda mi vida?

– Si esa ilusión puede conducirle á un objeto deseado, creer en la influencia de una buena estrella no es cosa indiferente.

– ¡El objeto... sería esa ilusión misma!, murmuró el Sr. de Walde, como hablando consigo.

– No le comprendo á usted, repuso Isabel sorprendida.

– ¡Se concibe!, replicó el Sr. de Walde con una especie de acritud. Comprendo que los pensamientos de usted hayan seguido otro curso, una dirección opuesta. Por severo que uno sea y por mucho cuidado que tenga consigo mismo, sucede á veces que se deja llevar por un hermoso sueño... ¡No, no, no hable usted! Ya estoy bastante castigado, puesto que estoy despierto.

Y apresurando el paso, alcanzó á la señorita Mertens; mientras Isabel los seguía, preguntándose con angustia por qué habría usado otra vez de repente aquel acento de dureza y amargura. El Sr. de Walde no dijo una palabra más, y cuando hubieron llegado á los muros de Gnadeck saludó á sus compañeras con una frase lacónica, y volvió á bajar de la montaña con paso rápido. La institutriz le contempló con sorpresa.

– ¡Qué hombre tan extraño!, dijo, moviendo la cabeza. Aunque la vida tuviese poco precio á sus ojos, me parece que hubiera debido pensar que no habría estado de más alguna palabra de agradecimiento á la persona que le ha salvado la vida, exponiendo la suya propia.

– Yo no veo como usted, repuso Isabel, la necesidad de expresarme un agradecimiento cualquiera; da usted demasiada importancia á un acto bien sencillo en sí, y puramente instintivo, pues no he hecho más que cumplir con un estricto deber respecto á mi prójimo, y hubiera obrado de igual manera si cualquiera otro, incluso el mismo Linke, hubiese sido la víctima amenazada por el cañón de una pistola. Espero que el Sr. de Walde verá las cosas de este modo, y lo deseo vivamente, pues si con su carácter altivo considera como importuno y desagradable todo sentimiento por una persona tan obscura como yo lo soy, es muy cierto que yo no consentiría tampoco por ningún precio en reclamar, ni siquiera aceptar, sus muestras de agradecimiento.

Muchas impresiones opuestas de alegría y de amargura sucedíanse rápidamente en el alma de la joven; seguía con el pensamiento al paseante solitario que bajaba por el sendero de la montaña, y decíase con angustia que tal vez encontraría á su miserable asesino...

Después, andando más de prisa, procuraba desechar esta preocupación, repitiéndose que era necesario carecer completamente de sentido común para conceder algún interés á un hombre que se empeñaba en mostrarse á ella bajo el aspecto más extraño, con las facciones más duras y desagradables. Hasta cuando estaba frente á la baronesa, que incontestablemente era objeto de su antipatía, no abandonaba un solo instante la calma soberana que presidía en todos sus actos y palabras. Solamente con ella se dispensaba de toda cortesía, solamente con ella usaba un lenguaje rudo y á veces violento... ¡Qué viveza se revelaba entonces de improviso en todos sus movimientos! Exigía que ella le entendiese aun antes de haberse tomado la molestia de hablar y de explicarse... ¡Y cómo se impacientaba contra la lentitud de su comprensión!.. Sin embargo, ¿qué más podía ella hacer? Por mucho que se esforzase, él, su conducta y sus discursos no dejaban de ser menos enigmáticos para ella... Sí, en adelante era necesario evitar todo encuentro con el Sr. de Walde. Felizmente, su viaje, su próxima marcha, era cosa resuelta... ¿Felizmente?.. ¡Ay, el edificio laboriosamente levantado y con el cual pensaba engañarse á sí misma, se derrumbaba de improviso al pronunciar esta palabra!.. Y de tal modo quedaba reducido á ruinas, que con extremada sorpresa de la institutriz, Isabel se precipitó hacia uno de los puntos desde donde se divisaban las sinuosidades del sendero para asegurarse de que el Sr. de Walde había recorrido su trayecto sin sufrir ningún percance. La institutriz la siguió, y ambas le vieron, casi con igual alegría, apearse delante del pórtico del castillo.



XIV

AQUELLA tarde la familia Ferber se hallaba reunida bajo los tilos inmediatos á la fuente; y la madre de Isabel trabajaba con la institutriz en la confección de una gruesa alfombra, compuesta de una infinidad de pequeños retazos de tela, que se había de colocar debajo del piano cuando llegara el invierno.

La señora Ferber había perdido gran parte de la tranquilidad exterior que embellecía su semblante, el cual se conservaba hermoso á despecho de las penas y de los años. El peligro á que su hija estuvo expuesta había agobiado aquel corazón tan valeroso, cuando se trataba de otros pesares; y aunque su hija hubiese vuelto sana y salva para guarecerse bajo el ala maternal y por más que la viera á su lado, no podía menos de seguir todos sus movimientos con mirada inquieta... Las facciones algo alteradas de Isabel inspirábanle también otras inquietudes. ¿No se podía temer, en efecto, una enfermedad, resultado posible de las emociones debidas á semejante peligro? El padre tenía opiniones completamente opuestas... ¡Bien, hija mía!, había exclamado después de escuchar el relato de la institutriz; tomar una resolución á sangre fría, y ejecutarla con rapidez y decisión... Así es como yo quería que obrase mi hija.

La señora Ferber había visto siempre en su esposo el modelo de los hombres y de los maridos; aun ahora, después de tantos años de unión, adoptaba ciegamente sus opiniones, porque estaba persuadida de su infalibilidad; pero en aquella ocasión, sin embargo, ahogó un ligero suspiro al oir los elogios que dirigía á Isabel, y dijo que una madre amaba á su hija mucho más y mucho mejor que un padre.

- *Más*, no, repuso Ferber; pero de *otro modo*, sí; precisamente porque la amo estimulo en ella el valor y la fuerza del sentimiento; y porque la amo quiero ver en ella una fuerza de carácter que le permita defenderse y la libre de la triste condición á que están sujetas las mujeres sin energía.

Isabel tomó su labor y Ernesto la miró con aire muy contrariado al ver que se disponía á trabajar.

- Está bien, dijo; el Sr. de Walde podrá preguntarme todo lo que quiera, que no seré tan tonto que le conteste afirmativamente. Ya no juegas nunca conmigo ni te ríes, y parece que desde hace algún tiempo te imaginas haber llegado á ser de pronto tan vieja como la señorita Mertens... ¡Te engañas!.. Aún ha de pasar largo tiempo antes de que seas como ella.

Todos los presentes acogieron este discurso riéndose; pero Isabel, sensible á la reprensión que se le dirigía, se levantó al punto; recogió con ayuda de algunos alfileres su vestido, demasiado largo, y después se las apostó con su hermano para ver quién correría más.

Entretanto llamaban á la puerta del cercado; Ferber corrió á abrir, entrando entonces el doctor Fels, Reinhard y el guardabosque. Isabel, perseguida por su hermano, y excitada por el placer que tomaba en aquella diversión, no se había fijado en los visitantes.

- No olvidaré lo que he visto, exclamó el doctor sonriéndose, y sabré dar cuenta de ello. . ¡Cómo, una heroína al mediodía y una mariposa por la tarde!

En cuanto al guardabosque, se había precipitado hacia su sobrina, y cogiéndola en sus brazos, la besaba en la frente, riendo á la vez que llorando un poco.

- ¡Hija mía, exclamó, hija preciosa y bien amada! Y alejándose después algunos pasos, la contempló con dulce orgullo.

- ¡Vean ustedes esto!, exclamó. Tan frágil parece, que cualquiera diría que la han tallado en marfil, y á pesar de esto tiene en el corazón y en el puño una fuerza masculina... ¡Es una lástima que no hayas nacido muchacho, porque vestirías el uniforme verde de los guardabosques y lo honrarías.

El doctor Fels se había acercado á la joven, ofreciéndole su mano.

- El Sr. de Walde, dijo, ha ido á la ciudad, y me ha encargado que venga aquí desde luego. Desea vivamente estar seguro de que el espanto que la sobrecogió á usted no ha tenido ninguna mala consecuencia.

- Ninguna, como de ello podrá usted convencerse, contestó Isabel ruborizándose. Ernesto acaba de afirmar que era imposible alcanzarme.

- Muy bien; daré textualmente esta contestación al Sr. de Walde, repuso él médico; él juzgará por sí mismo si debe considerarse ó no como tranquilizadora.

Ferber condujo á los visitantes á presencia de su esposa, y muy pronto se formó agradable tertulia. El doctor Fels se familiarizó al parecer muy pronto con la compañía, y declaró que las ruinas de Gnadeck eran un lugar delicioso. Naturalmente, habló del atentado de Linke. Poco después de su marcha de Lindhof habíanse descubierto las pruebas de innumerables malversaciones cometidas por el antiguo mayordomo en perjuicio del Sr. de Walde. Estos abusos de confianza – por no calificarlos más enérgicamente – comenzaban á ser conocidos del público, aunque el Sr. de Walde había guardado sobre ellos un generoso silencio, y acababan de impedir á Linke, muy recientemente, obtener un cargo que ambicionaba. El fracaso había exaltado sin duda los sentimientos de venganza que le agitaban... Se habían adoptado ya todas las medidas necesarias para prender al asesino, y el guardabosque acababa de ser requerido para que todos los hombres que tenía á sus órdenes practicaran activas pesquisas. Reinhard dijo á su vez que el Sr. de Walde había prohibido severamente á todos los criados del castillo revelar á su hermana el peligro que había corrido á fin de evitarle una peligrosa emoción. Semejante orden se había dado también respecto á la baronesa, su hijo y la anciana camarera. Las autoridades de la ciudad habían prometido al Sr. de Walde guardar el secreto, al menos durante los primeros días... Sin esta loable precaución, hubiera sido muy difícil impedir que el suceso llegara á noticia de aquellas personas á quienes se quería ocultar, porque de fijo no hubiera faltado un indiscreto que lo refiriera en la fiesta que debía celebrarse al día siguiente en el castillo y á la cual estaban invitados la mitad de los habitantes de aquélla.

- Por supuesto, dijo el médico, que sólo concurrirán á esta fiesta las familias que tienen un bípedo ó un cuadrúpedo en campo de azur ó de gules, que se adornan con blasones más ó menos auténticos, algunos de ellos muy cómicos. ¡Oh!, los convidados han sido elegidos con mucho cuidado, ni más ni menos que si se tratase de una recepción en la corte. Ya he advertido á mi esposa que debe mostrarse muy humilde, como una corneja vulgar admitida casualmente en medio de nobles halcones..., pues con extremada sorpresa nuestra hemos recibido una invitación redactada en nombre de la señora de Lessen, que abusa un poco, á mi modo de ver, de la docilidad con que la señorita de Walde se eclipsa detrás de ella.



El castillo del Sr. de Walde

- A propósito, señor doctor, exclamó Reinhard, me han dicho hoy en L... que la anciana princesa Catalina ha querido nombrar á usted médico suyo y que usted ha rechazado el cargo, ¿es esto verdad?

- En efecto, he tenido la osadía de rechazar tal honor.

- ¿Y por qué?

- En primer lugar porque no tengo tiempo para aguantar todos los días los caprichos de aquella ilustre histérica; y en segundo porque la etiqueta de la corte me impone cierto respeto.

Había cerrado la noche y la familia Ferber y la institutriz acompañaron á los visitantes hasta la puerta del cercado. En aquel momento alegres sonidos se elevaron del fondo del valle cruzando el bosque silencioso, en el que todo parecía dormido, hasta la brisa que antes agitaba los árboles .. Era la banda de música de la ciudad de L..., que iba á obsequiar con una serenata al señor de Walde.



XV

EL siguiente día, serían las cinco de la mañana, la detonación de innumerables petardos despertó á los habitantes de Gnadeck.

- ¡Ah, ah!, dijo Ferber á su esposa; ya comienza la fiesta.

Aquel estrépito puso fin á un sueño lleno de angustias de que Isabel era presa.

En efecto, el drama de la víspera había tomado cuerpo: la joven veía al Sr. de Walde, herido á sus ojos, vacilar y caer á tierra...; la primera detonación había comunicado á este sueño un carácter de realidad tan poderoso, que Isabel no pudo recobrar seguidamente la noción de la verdad de las cosas. Por rápidos que hubiesen sido aquellos momentos de angustia, la joven había pasado por todas las fases de un dolor agudo, indescriptible. Había supuesto que el cielo y la tierra debían convertirse en un caos completo en el instante en que aquel hombre perdía la vida, y su único deseo era quedar sepultada en aquellas ruinas generales... Y hasta cuando se encontró frente á un alegre sol que iluminaba su habitación, y no en medio de un charco de sangre sobre el césped del bosque, sintió aún vibrar en su alma la emoción que acababa de sentir. Más todavía que la víspera, más y mejor que en el momento de exponer su vida para salvar la del Sr. de Walde, comprendía que si él hubiese muerto, ella no hubiera podido sobrevivirle.

Las detonaciones seguían resonando allá abajo en el valle; los vidrios de las ventanas del antiguo edificio de Gnadeck retemblaban y el pequeño canario agitábase aturdido, cogiéndose á todos los alambres de su jaula.

Isabel se estremeció de nuevo dolorosamente cuando su madre, temiendo siempre las consecuencias del drama de la víspera, se acercó de puntillas para asegurarse de la buena salud de su hija.

Isabel la abrazó, y no siéndole posible dominar por más tiempo la agitación de sus nervios, comenzó á llorar, sollozando como los niños.

- ¿Qué hay?, exclamó la señora Ferber en el colmo del terror; tú estás enferma. ¡Ya lo había previsto, Dios mío! ¡Con razón temía las consecuencias de ese espantoso acontecimiento!. ¡Y todas esas detonaciones insoportables!.. Esto te agitará más aún..., no te levantes; voy á prepararte una infusión de tila.

Pero Isabel rechazó enérgicamente estas dos proposiciones, declarando que por ningún precio permanecería un minuto más en su cama.

Dicho esto, se levantó, vistióse, sumergió en una cubeta llena de agua fría su rostro hinchado por las lágrimas, y fué á dar la última mano á los preparativos del almuerzo, comenzados por su madre.

Las detonaciones habían cesado ya; toda señal de lágrimas había desaparecido de las mejillas de Isabel, y ésta dirigió una mirada más tranquila al mundo exterior, pues en fin, aunque se desarrollase ante ella la perspectiva de una existencia sometida á difíciles pruebas, por lo menos *él* vivía. Con esta idea todo se podía soportar, hasta su marcha, hasta su alejamiento..., aunque éste durase largo tiempo, tal vez años, y después de todo, nada en el mundo podía impedirle pensar en él.

Más tarde marchó con sus padres y la institutriz á la casa forestal, donde toda la familia se reunía los domingos. La frente del guardabosque, según observó Isabel muy pronto, estaba sombría, y esto era debido á los disgustos que Berta le ocasionaba.

(Continuará)



El profesor José Sanarelli, Director del Instituto de Higiene de Montevideo y descubridor del microbio de la fiebre amarilla
(de fotografía de Dolce hermanos, de Montevideo)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL MICROBIO DE LA FIEBRE AMARILLA DESCUBIERTO EN MONTEVIDEO POR EL PROFESOR JOSÉ SANARELLI

Entre los más grandes descubrimientos del presente siglo merece colocarse el del microbio de la fiebre amarilla, realizado por el profesor italiano José Sanarelli, director del Instituto de Higiene experimental de Montevideo, después de un año y medio de profundos estudios y notables experimentos.

José Sanarelli nació en Monte San Savino en 24 de abril de 1864, estudió medicina en la Universidad de Siena y perfeccionó sus estudios en Pavía, en Alemania y sobre todo en el Instituto Pasteur de París. En París estudió las aguas del Sena y las de alimentación de Versailles, durante los meses de invierno, cuando no podía sospecharse siquiera la existencia de una epidemia colérica, á pesar de lo cual consiguió aislar los vibriónidos coléricos y descubrir la causa de su inocuidad relativa. Estos experimentos le dieron gran fama. De regreso á Italia enseñó higiene en la citada universidad, y no habiendo podido conseguir que el gobierno le ascendiera á profesor extraordinario como solicitaba, marchóse á Montevideo aceptando la cátedra de Higiene que la Universidad de aquella capital había fundado con un grandioso instituto de higiene experimental análogo al de Pasteur, con un sueldo de 25.000 francos, aparte de otros emolumentos. Al partir para América, Sanarelli acariciaba la esperanza de descubrir allí nuevos microbios patógenos y de encontrar los correspondientes remedios profilácticos. Pocos meses después de su llegada á Montevideo, leía en español delante del presidente de la República, de las autoridades y de los hombres de ciencia su discurso inaugural del Instituto: *Higiene pública y cuestiones sociales.*

En mayo de 1896 fué al Brasil á estudiar de cerca la fiebre amarilla: visitó allí innumerables enfermos, hizo varias autopsias, y cuando creía haber encontrado el bacilo de la terrible enfermedad y comenzaba á preparar el suero, sintióse atacado del mismo mal que estudiaba y estuvo á punto de sucumbir. Por fortuna se curó y volvió á sus estudios, consiguiendo al fin descubrir la existencia y los caracteres del microbio, que, según él, es el más extraño de cuantos hasta el presente se conocen.

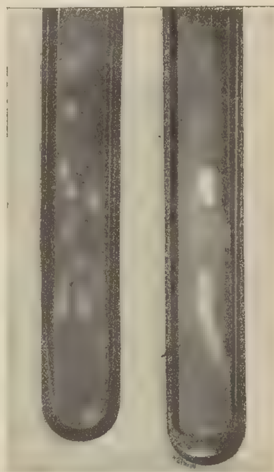
Numerosísimos fueron los experimentos que llevó á cabo, vacunando más de 2.000 animales de toda especie, y cuando vió que los resultados de los mismos confirmaban sus estudios, resolvióse á poner en conocimiento del presidente de la República del Uruguay su descubrimiento del origen y del remedio de la fiebre amarilla. Ultimamente, confirmadas por nuevos hechos sus investigaciones, dió cuenta de todos sus trabajos en una conferencia celebrada en la Universidad de Montevideo.

El microbio de la fiebre amarilla preséntase bajo el aspecto de pequeños bastoncitos redondos en sus dos extremos, generalmente reunidos en parejas; su longitud es de dos á cuatro milésimas de milímetro y su anchura de la mitad; posee de cuatro á ocho filamentos vibrátiles que le prestan gran movilidad, y vive lo mismo en contacto con el oxígeno que en ausencia de éste. Puede ser cultivado por todos los medios ordinarios de nutrición de los microbios, en los cuales segrega un veneno potentísimo, la *toxina amariligena.*

El Instituto de Higiene experimental de Montevideo, en donde el profesor Sanarelli ha realizado su importantísimo descubrimiento, es el mayor y mejor organizado de la América del Sur, y puede rivalizar con los mejores establecimientos análogos de Europa. Propuesta su creación por el gobierno á las dos Cámaras en 21 de diciembre de 1894, el proyecto fué aprobado en enero de 1895. En agosto siguiente comenzaron los trabajos bajo la dirección del mismo profesor Sanarelli, y en 16 de marzo del año pasado pudo inaugurarse el Instituto en presencia del Presidente de la República, de los ministros, de las autoridades y de un público inmenso.

El descubrimiento de la patogenia y de la etiología de la fiebre amarilla es el primer trabajo científico que sale del Instituto, siendo él solo timbre bastante de gloria para el gobierno y el pueblo uruguayos y para el profesor eminente que lo ha llevado á cabo.

En esta página y en la siguiente publicamos el retrato del Sr. Sanarelli, una vista del laboratorio en donde se han hecho los importantes experimentos, otra exterior del Instituto, los microbios vistos con el microscopio y dos tubos con cultivos del mismo. – X.



Cultivos del microbio de la fiebre amarilla

***

NAVEGACIÓN RÁPIDA

En todas partes los inventores y los constructores luchan por aumentar la velocidad de los buques. Hace poco tiempo llamaron la atención los notables resultados conseguidos en Inglaterra por el barco *Turbinia* empleando la turbina como motor, y en Francia M. Bazin, de cuyo invento nos ocupamos oportunamente en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, ha logrado recientemente velocidades considerables con su buque rotatorio.

Pero las velocidades de 30 nudos resultan pequeñas comparadas con las de un barco de escasas dimensiones que, según parece, se va á ensayar en América y que andará la friolera de 50 nudos por hora. Esta embarcación, que mide 20 metros de eslora por 1'95 de manga y cuyo calado no excede de 1'65, ha sido ideada por el capitán danés Flindt, va provista de un propulsor helizoidal inventado por este mismo y está cubierta de uno á otro extremo por un puente en forma de dorso de tortuga. La máquina tendrá 20 caballos de fuerza y será movida por medio de la gasolina. La tripulación del buque se compondrá de siete hombres.

El capitán Flindt ha hecho numerosos ensayos antes de fijar definitivamente las formas del barco y del propulsor, y se propone, una vez hecha la prueba de velocidad, aprovechar el buen tiempo del verano para atravesar el Atlántico, de Nueva York á Queenstown, en dos días.

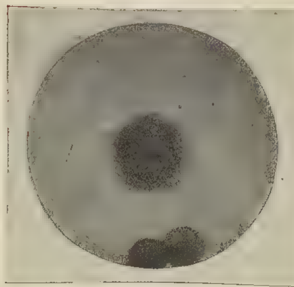
Si consigue su objeto, habrá conquistado el *record* de la velocidad por mar y á grandes distancias, y aún quedarán por él vencidos los grandes expresos del continente. Pero es muy probable que el resultado no corresponda á las esperanzas del inventor, porque indudablemente es más fácil prometer 50 nudos por hora que realizar prácticamente esta promesa. – X.



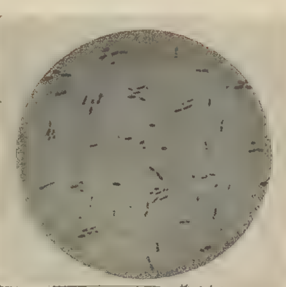
Gabinete experimental para los estudiantes de Medicina en el Instituto de Higiene de Montevideo



Vista exterior del Instituto de Higiene de Montevideo



Colonias de microbios de la fiebre amarilla en gelatina nutritiva, aumentadas 60 veces



Microbios de la fiebre amarilla, aumentados 1.000 veces

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

Algo de todo, por *Francisco Salazar*. – Forma este libro el tomo 53 de la *Colección Diamante* que edita en esta ciudad D. Antonio López, y contiene trece interesantes artículos en prosa y en verso del conocido escritor Sr. Salazar. Véndese á dos reales.

Barcelona á la vista. – Se ha dado á luz el cuaderno 12 de esta interesante publicación que edita en esta ciudad D. Antonio López, y que contiene 16 bonitas vistas de los pintorescos alrededores de nuestra capital. Véndese á 30 céntimos en Barcelona y 35 en provincias.

El Derecho civil al alcance de los niños y de las demás personas no versadas en derecho, por *D. Valentín Requena*. – En este libro, sumamente útil para las familias y declarado oficialmente de texto, se propone el autor, D. Valentín Requena, director de la *Revista del Secretariado Catalán*, inculcar en los niños los principios más elementales del derecho civil, cuyas más importantes cuestiones logra presentar y resolver con facilidad y claridad sumas. Véndese á una peseta el ejemplar en Madrid en la librería de Hernando (Fuencarral, 11), y en casa del autor, calle de la Estación, Tortosa.

Cosecha del diario, por *Jerónimo Forteza*. – Colección de artículos muy bien pensados y bien escritos, en los cuales domina una sátira hábilmente manejada contra los vicios y defectos que más caracterizan á la actual sociedad española. Impreso en Valencia en la imprenta de M. Alufre, véndese á dos pesetas.

La Ilustración Guatemalteca. – Los últimos números de esta revista contienen interesantes trabajos de Ramón A. Salazar, Ramón P. Molina, G. Labadie-Lagreve, A. Macías del Real, Angel Disconzi, Eduardo de la Barra, Juan R. Molina, José L. Vega, Rafael Spínola, T. Lloyd y Aquileo J. Echeverría, y bonitas autotipias con retratos de personas notables y vistas de monumentos, edificios y paisajes.



Propiedad de M. Arias Rodriguez

Islas Filipinas. – Las Piñas (provincia de Manila). – Curiosísimo órgano construído *todo* de caña y madera, que existe ha muchos años en la pobre iglesia parroquial de «Las Piñas.»

Hojarasca, por *Baldomero García Sagastume*. – Colección de poesías escritas en diversos metros, algunos sumamente originales; su autor, el joven argentino Sr. García Sagastume, secretario de la Legación argentina en el Perú, revela en ellas gran imaginación y felices disposiciones poéticas. El libro ha sido impreso en Lima, en la imprenta y librería de San Pedro.

Boletín Bibliográfico Español. – Hemos recibido el cuaderno 3.° de esta importantísima publicación que con autorización del ministerio de Fomento ve la luz en Madrid bajo la dirección de D. Miguel Almonacid y Cuenca. Como ya en uno de nuestros anteriores números nos ocupamos de esta obra, es ocioso encomiar una vez más sus excelencias, por lo que nos limitaremos á decir que los datos contenidos en el cuaderno último son completísimos y están admirablemente clasificados. Suscríbese en Madrid en la Administración del *Boletín*, Correo, 4, 3.°, y en Barcelona en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

Panorama Nacional. – Se ha publicado el cuaderno 26 de esta colección que edita D. Hermenegildo Miralles, y que contiene catorce interesantes vistas de Alcalá de Henares, Elche, Otón (Filipinas), Cortejarena, Madrid, Bilbao, Lérida, San Juan de Puerto Rico, Alicante, San Sebastián de Gomera, Valencia y Murcia, y una gran vista panorámica del Ferrol. Véndese á 70 céntimos.

Diminutas, por *Alfonso Pérez Nieva*. – Colección de interesantísimas narraciones de cuyos méritos literarios nada hemos de decir, porque harto conocido es en el mundo de las letras el nombre del fecundo y castizo escritor Sr. Pérez Nieva. *Diminutas* forma parte de la *Biblioteca Selecta* que con tanto éxito publica en Valencia D. Pascual Aguilar y se vende á dos reales.

Gaceta eclesiástica mexicana. – Con este título ha empezado á publicarse en México una revista quincenal editada por D. Juan de la Fuente Parres y dirigida por el doctor D. Antonio J. Paredes, que será el órgano oficial del Arzobispado de México: el primer número contiene una notable pastoral del Ilmo. Sr. Arzobispo y varios trabajos religiosos.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVI — Barcelona 2 de agosto de 1897 — Núm. 814



MONUMENTO Á WÁSHINGTON RECIENTEMENTE INAUGURADO EN FILADELFIA,

obra del escultor alemán Rodolfo Siemering

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Dos libros recientes, uno en Zurich, otro en París, sobre un gran poeta. – Enrique Heine. – Sus juegos con las ideas. – Diferencias entre Heine y Voltaire. – Diferencias entre los métodos de Heine y los métodos de la sofistería griega. – Heine teólogo y burlándose de los dogmas. – Heine filósofo y burlándose de la filosofía. – Heine político y burlándose de la política. – Sus profecías sociales. – Heine poeta. – Demasiado alemán para los franceses, demasiado francés para los alemanes, inmortal para todos. – Lo sobrenatural y lo sobrehumano. – Afectos de amistad entre Niestzche y Wagner. – Causas de que rompiera el filósofo individualista con el músico poeta. – Lo sobrehumano y la suprahumanidad. – Reflexiones. – Conclusión.

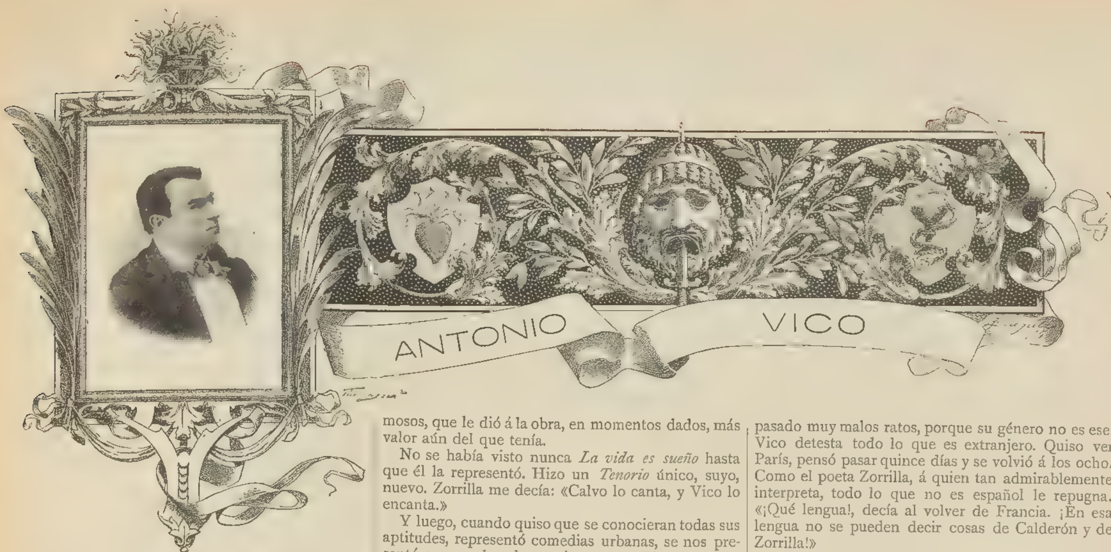
No se agota el interés despertado de antiguo por el arte y la poesía de tan extraño y original poeta como el judío alemán Enrique Heine. Dos libros acaban de publicarse ahora sobre su poesía y su vida: uno por los editores de Zurich en lengua germánica, y otro en francesa lengua por los editores de París. Extraño enigma su genio, de los más extraños enigmas que puede ofrecer la Historia literaria. Pensador, juega con el pensamiento en juegos vistosos, parecidos á los juegos de Malabar usados por los titiriteros en los circos. Las ideas le sirven para divertirse con ellas ó divertir al público; esas ideas por las cuales millares de batallas se han empeñado, millones de martirios se han sufrido, corriendo muchas veces el planeta los riesgos del naufragio total en mares de lágrimas y sangre. Hase llamado el Voltaire alemán á Enrique Heine; y corre tal denominación, como cosa vulgar y corriente, por todas las literaturas, sin atención á que Voltaire se burlaba de las ideas teocráticas ó reaccionarias, mientras Heine se burla de todas las ideas. Algo análogo lo que hacía él con lo que hicieran las escuelas sofísticas griegas, mediando sólo una diferencia, y es á saber: los sofistas, clase muy especial de pensadores, sustentaban el pro y el contra de todos los problemas, en tanto que Heine del pro y del contra se reía con igual gracia é igual hilaridad. A estas volubilidades en su naturaleza psicológica juntaba un carácter fisiológico muy nervioso, y así extremadamente sujeto á enfermedades varias. Y si en su psicología entraba como factor principal un escepticismo que le condujo hasta blasfemar de todas las religiones, en su fisiología entró una neurastenia, cuyos rigores no le atacaron al cerebro en las facultades intelectuales, que producen la idea, le atacaron en las fuerzas locomóviles, que determinan el movimiento. Aquel hombre, de pensar tan copioso, de tan contradictorias emociones, vibrante á la continua en sus nervios; con una cabeza volcánica en erupción eterna; el cual si no sabía creer, sabía discurrir y amar; dotado de alas en su fantasía, que le remontaban hasta el séptimo cielo de la inspiración poética; en su interna sensibilidad muy susceptible; capaz de adquirir las formas imaginables en perpetuos metamorfoseos, yacía clavado sobre un sillón, sin poderse valer de sus pies.

Necesitaríase todo un volumen para registrar y contener las frases dichas por el inmortal poeta en materia de religión, en materia de filosofía, en materia de política. Nacido de la raza más creyente que puede imaginarse y más en sus creencias tenaz, entreteníase ostentando todas sus dudas, expresadas por negaciones y por blasfemias. «Cristianos, decía Heine, burlándose de sus propias tradiciones bíblicas, tenéis que creer cuanto yo creo, judío, mientras yo no tengo por mi parte obligación alguna de creer lo que creéis vosotros.» Cuando veraneaba en Colonia, solía dormir la siesta sobre un banco de la catedral, y despertándose tras aquel sueño tranquilo, procurado por la frescura de tan grande iglesia, exclamaba: «¡Qué religión de verano tan deliciosa es el catolicismo.» Cierto día encontró un asnillo, á quien apaleaba labriego cruel. «Padece, padece, dijo, dirigiéndose al atormentado animal, puesto que comieron tus padres cebada prohibida en el paraíso.» Y todas estas increíbles atrocidades de su ingenio contra lo más respetable y más sagrado que hay en el mundo, contra las creencias dogmáticas, no eran cosa, comparadas con las escritas por él contra las ideas filosóficas modernas y contra los más inspirados pensadores del siglo. En materias de religión, aún le contenía el respeto universal profesado por la humanidad á los profetas y á los redentores; mas en materia de filosofía, como los maestros de tal ciencia sean generalmente blanco de iras y cóleras varias por sus porfías y contradicciones con los sacerdotes de todas las iglesias y con los fieles de todas las sectas, despachábase á su gusto, no sólo maldiciendo de las ideas filosóficas, atormentando á los filósofos en sus personas y en sus vidas. «Todo me lo creo permitido, después que mi gran maestro Hegel me ha demostrado ser yo un dios en carne y hueso.» «Dicen que Schelling da hostias en Munich; las da, pero son hostias envenenadas.» «Por el paraíso de los luteranos extremos los girasoles son pasteles y las aves descienden á vuestro paso cocidas y trufadas, con la salsera en el pico.» Pues un sofista de tamaña ligereza, burlándose á la continua de todos los pensamientos que animan los problemas sociales, hasta en política, pensaba con amor y mantenía con una elocuencia helénica y una gracia verdaderamente aristofanesca, digna de los primeros libelistas, una gracia como la inmortal de Camilo Desmoulins, todos los principios liberales y democráticos en su combate á muerte con la tiranía histórica y con los odiosos tiranos. «Tenemos en Alemania treinta y cuatro reyes, exclama, y le llamamos patria, ¡oh estultos!, á la tierra que á ellos pertenece por derecho divino.» Jamás diré yo que fuera un estadista Heine, hasta en política era un vidente. Faltábale por completo la mesura ó medida de las cosas reales con la circunspección ó arte de mirar alrededor que caracterizan los verdaderos políticos; y le faltaban estas condiciones segundas y subordinadas, porque poseía las primeras y creadoras, la sensibilidad despierta, la intuición profética, la llama de una pasión eterna, el relampagueo de ideas, cuyo esplendor aumentaba la sombra en que solía por hábito envolverlas, el arte de hallar analogías entre los objetos más dispares, todas las dotes y calidades constitutivas del algo misterioso é indefinible á que llamamos genio.

Y no siendo un verdadero político, aparece como profeta en política. Él anunció la unidad alemana con grande anticipación, y hasta la sangre que habría de costar el triunfo de principio tan acariciado por todos los verdaderos alemanes. Él describió, antes de que sucediera, con toques apocalípticos la invasión prusiana en Francia. Él, estipendiado por los políticos franceses durante toda la monarquía de julio, anunció en tales correspondencias, pagadas por esta monarquía, el advenimiento de la República, según adivino en febrero del cuarenta y ocho. Él dijo cómo las monarquías estaban en el caso de avanzar tanto que tendrían ministros republicanos y cómo las Repúblicas de retroceder tanto que tendrían ministros y gobiernos monárquicos, necesitadas las segundas de frenos como las primeras de impulsos. Alma en verdad múltiple y varia el alma de Heine. Pero, con toda esta variedad y toda esta ondulación, alma en verdad de poeta. ¡Hombre singular éste! Los franceses, que le quisieron y admiraron mucho, no le pueden perdonar fuese alemán de nacimiento; no le pueden perdonar los alemanes fuese francés de adopción. Sin embargo, su alma tenía universalidad propia de la raza que ha dilatado con sus profetas, ya oradores, ya generales, el religioso culto á la idea monoteísta. Por tal virtud comprendía nuestro Romancero popular y nuestro milagroso teatro como un español; hablaba de Shakespeare cual pudiese hablar el inglés más entusiasta por su patria; se extasiaba, de igual suerte que los historiadores lusitanos, ante las octavas de Camoens; adolecía de la vaguedad germánica, uniendo á los pensamientos profundos claridades latinas; y con todos estos caracteres objetivos que le hubieran hecho idóneo para una epopeya humanitaria y filosófica, cual aquella producida por Goethe mismo en la segunda parte de su *Fausto*, aparece, buen semita, el más subjetivo poeta de nuestra poesía lírica y el más apto para sugerir ideas y creencias, no obstante podérsele llamar el Burlador de la idea, como se llamó al calavera D. Juan el Burlador de Sevilla, y sugerir estas ideas y estas creencias por su genio y su estilo, cuando quiere volar á lo sublime con alas de verdadero poeta. Germania no gusta de Heine, pues cree haber sido maltratada cruelmente por su acerba sátira, como Inglaterra no gusta de Byron, pues cree haber sido maltratada en sus tradiciones y en sus costumbres por este gran poeta; mas con todos sus defectos, los dos genios pertenecen á la humanidad é ilustran sus anales.

Y puesto que discurrimos de poesía germana, también debemos discurrir de música germana un poco, en estas revistas, donde pretendemos reseñar de manera sumaria el movimiento general de la idea contemporánea. Extravagante para su tiempo Heine; más extravagante aún para nuestro tiempo el célebre filósofo Niestzche. En tiempos de fe viva, como eran los tiempos del germano Heine, oponía éste sus dudas burlonas á las creencias generales; y en tiempos de concentración social, como son estos nuestros tiempos, opone al socialismo instintivo contemporáneo un filósofo germano, Niestzche, individualidad exagerada, salvaje casi, muy parecida con la puesta por nuestro divino Calderón de la Barca en su Segismundo de *La Vida es sueño*. Así pues, la estrella, que guiaba en sus disquisiciones al filósofo, enloquecido por su desgracia y nuestra desgracia, en el período, no ya de su florecimiento, de su madurez, y el objeto que acariciaba, como finalidad entera de su espíritu y materia capital de su inteligencia y de su esfuerzo, era el requerimiento de un supra-hombre, derivado del reino humano, como el hombre, según los naturalistas más conspicuos, no resulta otra cosa en el orgánico mundo que un supra-hombre derivado del reino simio. Y para contribuir á la formación de tal arquetipo, el supra-hombre, destinado á transformar la especie humana en especie sobrehumana, quiso valerse Niestzche del arte más comprensible para todos, del arte músico. Y con efecto la poesía con la música se relaciona en igual guisa y de igual suerte que se relacionan las notas del pentagrama con los colores del prisma. El *Guillermo Tell* de Schiller sirvió al poema lírico de Rossini; el *Fausto* de Goethe al poema lírico de Gounod; la célebre novela de Walter Scott al poema lírico de Bellini los *Puritanos;* la maravillosa producción del duque de Rivas *Don Alvaro,* al poema lírico de Verdi: el único excelso compositor, poeta y músico al mismo tiempo, que ha puesto en nota sus propios dramas, ha sido el inmortal Wagner, cuyo genio se proclama hoy por todos en razón de lo mucho que costara el reconocerlo y el admitirlo entre los genios primeros y más altos de la especie humana dentro de su desarrollo total. Pues bien: quiso Niestzche recurrir al músico-poeta por excelencia para cincelar el supra-hombre futuro y producir así un alma individual perfectísima, capaz de servir en lo sucesivo para generar la especie sobrehumana, que apercibe la filosofía hoy, que recogerá mañana la historia. Con razón, pues, fué por mucho tiempo Wagner el ídolo de Niestzche. La universalidad de ideas manifestada en su *Tannhauser* y el corte artístico de su *Rienzi* prestaron al pensador la esperanza de que serviría el músico para la producción del prototipo á que se ajustará la especie sobrehumana, que, remontadísima en su sistema nervioso por la ópera y la poesía, tendrá el arte y la ciencia por su religión, el globo entero sometido á su voluntad por templo, y por esperanza el cielo de lo ideal sembrado de luminosos pensamientos. Mas como quiera que se mostrara Wagner, tras la guerra franco-prusiana, en su *Parsifal* católico reaccionario, en su *Oro del Rhin* patriota exclusivista, en su vida cortesano devoto de los reyes, Niestzche maldijo su genio y puso el alma de tan grandioso compositor en el infierno de la reacción, anatematizada por el progreso indefinido y universal que convertirá el hombre de ahora en el suprahombre futuro y la especie inferior derivada del simio en una especie superior derivada del hombre. Hay entre los animales de nuestra especie hombres tan desmesuradamente crecidos y avanzados en la escala progresiva del ser, que rompen los misterios con sus cabezas metidas por los altos espacios del silencio y las tinieblas, haciendo agujeros de luz en la obscura inmensidad. Así Carlyle, tan sublime, lo cree. Niestzche imaginó un día que Wagner á esta clase de hombres perteneciera; mas viéndolo tan patriotero y tan fanático, lo echó de su iglesia para siempre y hasta rompió una fraternal amistad de muchos años con él, amistad cuyos tiernos y mutuos afectos fueron como una verdadera dicha y un honor verdadero de ambos. Y siendo tal obra de progreso humano suspendida por la muerte ó la insuficiencia de Wagner y por la triste locura de Niestzche, un poeta compositor alemán quiere continuarla, escribiendo poema sinfónico titulado el *Suprahombre y la Sobrehumanidad.* Dios lo prospere como no quiso prosperar á sus dos predecesores; mas entienda y sepa que la torre de Babel permanece desmochada y Nabucodonosor embrutecido permanece, y por el suelo Icaro; pues no se deben traspasar los límites señalados al género humano, sin caer en la demencia y en la muerte.

San Sebastián, 24 de julio de 1897.



ANTONIO VICO

Salió de aquellas compañías que ya pudiéramos llamar *antiguas,* porque en este siglo el tiempo corre más de prisa que en otros. Fué en sus principios el cómico de provincias, traído y llevado, baqueteado por la necesidad y las exigencias de entonces, haciendo cada noche un drama distinto, en Valencia hoy, mañana en Zaragoza, este invierno en Alcoy, el verano en Cádiz.

Era un galán joven muy buen mozo, muy guapo, muy gracioso en la conversación, como lo es hoy todavía. Popular entre los suyos, y aplaudidísimo del público.

Hizo, desde los veinte años hasta los cuarenta, todos los galanes de las obras que tanto le gustaban á la generación de los frailes y de los milicianos nacionales. Mucho de *Flor de un día,* y de *Carlos II el Hechizado,* y del *Zapatero y el Rey* y de *Don Juan Tenorio.*

Gustaban entonces los desplantes y las grandes tiradas de versos de las comedias de capa y espada. Esos parlamentos que duran un cuarto de hora y al fin de los cuales *inevitablemente* el público aplaudía.

Pero á él le gustaba más en aquella primera época de su carrera escénica el género cómico. Hubiera sido un actor cómico á lo Fernando Ossorio. Pero el hombre no es más ni hace más que lo que las circunstancias quieren que sea.

Muchos años pasó rodando de teatro en teatro hasta que vino á Madrid, porque Madrid tenía tres grandes actores que no cedían ni podían ceder el puesto á nadie; Romea, Valero y Arjona.

Todo pasa, sólo Dios es eterno, decía Santa Teresa. Los dioses mayores de la escena fueron envejeciendo y había que reemplazarlos.

Vico era ya primer actor y director de compañía cuando comenzó en Madrid á declinar el sol de aquellas celebridades.

Antes que él vino Rafael Calvo, hijo de un gran actor, y cómico que resucitó en la villa y corte la afición del público á las obras clásicas.

Calvo y Vico eran en España los dos jóvenes que debían un día suceder á los maestros ya viejos ó muertos. Calvo se adelantó. Fué el Bautista, y el Cristo fué Vico.

Y así que llegó á Madrid y comenzó á darse á conocer, del actor que el público había oído siempre con gusto y recibido con aplauso, Madrid hizo un actor á quien le bastaron dos ó tres representaciones para conquistar á los madrileños. La consagración de Madrid es la que corona la carrera de un artista con verdadero talento; y Vico tiene más que talento: es genial.

¡Cómo hizo *García del Castañar, El Cid,* de Fernández y González! Los días brillantes de Valero volvieron á lucir, y el arte de la escena salió de orfandad. A los tres meses de residencia en Madrid, Vico era popularísimo; se repetían sus frases, se estudiaban sus arranques de pasión, esos momentos de genio en los cuales se transfigura y saca efectos grandiosos aun allí donde el autor no había pensado que los hubiera. Ayala le confió su *Consuelo,* y la noche del estreno hubo tanta gloria para Vico como para el gran autor, porque hizo detalles tan inesperados y tan hermosos, que le dió á la obra, en momentos dados, más valor aún del que tenía.

No se había visto nunca *La vida es sueño* hasta que él la representó. Hizo un *Tenorio* único, suyo, nuevo. Zorrilla me decía: «Calvo lo canta, y Vico lo encanta.»

Y luego, cuando quiso que se conocieran todas sus aptitudes, representó comedias urbanas, se nos presentó en papeles de gracioso, y en *El padre de la criatura* y *Jugar al escondite,* que yo escribí expresamente para él, el salvaje Segismundo de la obra inmortal pasó á ser el tipo cómico que sólo con moverse hacía brotar la risa de todos los labios.

Facilísimo en estudiar, y aun más fácil en apoderarse del carácter de un personaje sin necesidad de que el autor se lo explique, parece que adivina la interpretación. Y en el arte de arrancar lágrimas al público ó de levantarle del asiento con una sola frase, no ha habido después de Romea y Valero quien le iguale.

En todos los teatros de Madrid ha tenido el primer puesto, y en todos ha acudido el público á verle, porque hay entre el público y él verdadera *intimidad.* No hace mucho que, prendado del papel de *Juan José,* vino á Madrid expresamente á representarlo, después de llevar la obra cientos de representaciones, y durante un mes tuvo lleno el teatro y le sacó al papel doble partido. Aquel último acto hecho por él no se olvidará nunca.

Artista hasta la medula de los huesos, este actor único podría ser millonario si su carácter no se opusiera á ello. ¡Contar! ¿Hay algún gran artista que sepa contar? Y él menos que ninguno. Para él los duros, las onzas, no son onzas ni duros; son fichas, una cosa que se gana hablando y que se gasta después. ¿Se acabaron? ¡Vengan más fichas! ¡Y sale de Madrid y se va á Barcelona y de allí á América, y en todas partes le colman de aplausos y de dinero y siempre necesita dinero!

No es para él. Pero tiene un corazón muy grande, una familia numerosísima, quiere que todos los que le rodean vivan dichosos, no carezcan de nada, y parientes, amigos, conocidos, son familia para él, y como el cura del Pilar de la Horadada

¡Como todo lo da, no tiene nada!

Su manera de entender la administración es singularísima. Se vá á ganar miles de duros á América y tiene que dejar aquí á aquellos seres adorados para quienes vive y de cuya felicidad es dichoso esclavo. Le da pereza escribir, y además sus cartas llegarán á Madrid muy tarde... ¿Pues para qué sirve el cable?, y Vico lo usa casi á diario y cada cablegrama le cuesta setenta ú ochenta duros. ¿Se le pone malo un actor? Le paga el médico, el tiempo que está enfermo, lo necesario y lo superfluo. Llega á Madrid, cuenta con más gracia que todos los escritores festivos sus aventuras ultramarinas, sus viajes, sus éxitos y sus mareos. Pero para contarlo bien lo cuenta comiendo... ¡y todo el mundo á la mesa! Entre hijos y ahijados y amigos, treinta cubiertos. A tal hijo le gusta tal cosa. ¡Que la compren! A tal otro no le gusta tal vino, ¡otro en seguida! No hay hombre que haya querido más á los suyos que este artista, cuyo destino es trabajar sin reposo hasta que se muera por dar gusto á todo el mundo.

No hace mucho me escribía desde Jerez una carta en versos facilísimos, llena de tiernas intimidades. «El negocio no va bien; escríbeme en seguida uno, dos, tres ó cuatro monólogos, porque he resuelto hacérmelo todo yo solo!»

Español como pocos y patriota ferviente, cuando ha tenido que hacer obras traducidas del francés ha pasado muy malos ratos, porque su género no es ese Vico detesta todo lo que es extranjero. Quiso ver París, pensó pasar quince días y se volvió á los ocho. Como el poeta Zorrilla, á quien tan admirablemente interpreta, todo lo que no es español le repugna. «¡Qué lengua!, decía al volver de Francia. ¡En esa lengua no se pueden decir cosas de Calderón y de Zorrilla!»

Ya va para viejo, pero no dejará de hacer comedias mientras viva. Molière murió en la escena, y á él puede sucederle lo mismo. Cuando empezó su carrera en Madrid con *La muerte civil,* decía Revilla: «¡El que sabe morirse así no debía morirse nunca!» Y añadía Correa: «Y cuando se muera lo hará peor.»

Pídole á Dios que viva muchos años, porque cuando ya no sirva para galán hará unos viejos primorosos y se abrirá para él una nueva era de triunfos. Y además tendrá el encanto de verse rodeado de nietos y biznietos, y como tiene el culto de la familia será muy dichoso.

¡Qualis artifex pereo!, dijo Nerón en el momento de expirar.

Y este grandísimo artista, que de Nerón no ha tenido nada, podrá decir lo mismo.

EUSEBIO BLASCO

ESPERANZA

LEYENDA VENEZOLANA

—¿Por qué esa nube de tristeza que empaña todas las alegrías de tu cara, toda la hermosa luz de tus ojos y la sonrisa de tus labios tan rojos y la expresión de gloria de un semblante tan angelical como el tuyo?

—Porque me temo haberlo perdido para siempre, y si hubiera sucedido tal cosa se me habría desplomado el mundo, habría estallado en mil pedazos mi corazón y se habría sumergido mi alma en el martirio de una vida de acerbo dolor y agonía constante, sin más término que la muerte.

—¡Jesús! No parece sino que no tienes á nadie más en el mundo, ni una madre amantísima como yo que diera por ti cien y cien vidas y cuanto tuviese, y un padre que tanto te quiere y es el orgullo de tu patria en estos momentos, mientras que ese español...

—Sí, madre mía, cuanto tú digas está bien, cuanto tú quieras está bien dispuesto; pero no vayas á decirme una palabra en contra suya, ni mucho menos en contra del amor que nos profesamos y que está por encima de todo.

—¡Esperanza!..

—Ay, perdóname, madre mía, perdóname; yo estoy ciega, desesperada. Yo te quiero también á ti mucho, pero me ahoga la pena, y me domina y me subyuga y manda en mí el cariño que le tengo á ese hombre.

Y diciendo esto en un transporte de frenética pasión, al mismo tiempo que le brotaron de sus hermosísimos ojos dos gruesas lágrimas, caía en los brazos de su madre aquella encantadora criatura, aquella venezolana de raza, con todo el fuego que he ponderado tantas veces de los países americanos.

Aquella interesante mujer, que acababa de cumplir veinte años, era la hija de una de las figuras más respetables y que se hallaba rodeado de más aureola en la época en que Simón Bolívar hizo frente á España y procuró entre otros proclamar la independencia de Venezuela.

Apellidado el libertador, el general Guzmán Blanco creó para honrar su memoria una encomienda llamada del *Busto del Libertador,* que se concede á los hijos de aquel país que por algo se han distingui-

do y también á los extranjeros que por servicios prestados al mismo se han hecho acreedores á recompensa tan preciada que reducido número de personas tienen hoy en Europa. Aparece en el anverso esmaltado el busto de Bolívar de gran uniforme, y en el reverso un sol irradiando sus rayos en derredor. Lleva cinta con los colores de la bandera de Venezuela, celeste, rojo y amarillo.

Los españoles se batieron con bizarría, como siempre; pero faltos de gente, de recursos y de caudillos, no consiguieron contrarrestar el empuje de todos aquellos países de América que se habían levantado en armas como un solo hombre y luchaban con una fe, con un entusiasmo y con unión tan inquebrantable que les hacía poderosos y semejaban dura avalancha que se venía encima clavando sus enseñas, á costa de luchas reñidas y en medio de torrentes de sangre, en los terrenos de que se iban haciendo dueños.

Entre los muchos españoles, que al igual de los americanos hacían prodigios de valor, se hallaba un apuesto oficial, que honraba con sus repetidas hazañas la tierra en que había nacido y en cuyos dominios iba á ponerse al cabo de tantos años el sol, aquel sol que había alumbrado con sus rayos nuestra bandera en la Alhambra, nuncio de engrandecimientos para España que ensanchaba sus territorios allende los mares, poco después de haber vencido á la media luna en su último baluarte.

El oficial que formaba parte de las tropas reunidas bajo el mando supremo del virrey Sámano, había conocido en Caracas á una venezolana de extraordinaria belleza y de un encanto mayor si era posible que ésta, y se había enamorado de ella.

La hemos visto hace un momento con su madre, en el alegre patio de su casa, lleno de flores, en una hermosa noche de luna espléndida que plateaba su interesante rostro criollo.



Convaleciente, cuadro de R. Fontana

Excusamos por lo tanto decir si á la joven le había parecido bien el gallardo militar español y si todas las hazañas del mundo habían de parecerle poca cosa al lado de las que acometía el elegido por ella como dueño de su vehemente corazón.

Tiempo hacía que Esperanza había perdido la de ver á su amado, y mucho tiempo hacía igualmente que éste había perdido también la esperanza de que sus ojos volviesen á cruzar su mirada con la brillante y atrayente de su amada.

Pero dicen que la esperanza es lo último que hay que perder, y el oficial español, en esto pensando, pensaba en ella y no se desalentaba.

Para esta relación importa saber que se llamaba Fernando y servía á las inmediatas órdenes de un esforzado capitán. Pertenecía á una ilustre familia y se había distinguido siempre por su caballerosidad y su inteligencia, además de haber acreditado, como antes hemos dicho, un heroico valor en reñidos combates.

. . . .

No perdimos nuestras posesiones en la América del Centro, del Norte y del Sur sin librar batallas muy grandes, sin disputar al enemigo el terreno, á pesar del valiente empuje de su resuelta acometida, que luchaban como leones aquellos hombres ávidos de conquistar la independencia de su país á toda costa, sacrificando para ello sus haciendas, sus hijos, sus vidas; todo en una palabra.

Y de España no se enviaban refuerzos, siendo completamente necesarios y con urgencia, que de no ser atendida, y esto sí que era quizá imposible, era todo empeño poco menos que inútil.

Había llegado para nosotros el momento de la fatalidad, como antes habíamos tenido el de las prosperidades. Se derrumbaba aquel inmenso poderío que teníamos, íbamos á perder aquellos ricos y florecientes países de América. Se nos venía el mal encima sin que fueran parte á contrarrestarlo, ni mucho menos á detenerlo, los elementos con que contábamos en aquellos apartados países, mucho más distanciados entonces por lo imperfecto y lo difícil de nuestras comunicaciones con ellos.

Simón Bolívar organizaba y mandaba ya fuerzas considerables en la América del Centro que fueron muchas veces á la victoria, disputada con verdadero y extraordinario heroísmo por los soldados españoles, pero conseguida al fin y al cabo por las fuerzas rebeldes que entre otros caudillos notables tenían á Páez, Urdaneta, Valdés, Zarasa y Bermúdez, como nosotros á los esclarecidos jefes Durán, San Just, Maya y Barreiro y tantos otros, entre los que se hallaba Fernando de Alvarez, á quien tanto quería Esperanza González, la hija de uno de los principales agitadores venezolanos, tan respetado por todos los suyos.

Se había empezado la contienda y continuaba con más empeño cada vez por ambas partes.

De nada sirvió el audaz golpe de mano de San Just entrando por sorpresa con sólo cuarenta caballos en una población como Barcelona, defendida por mil combatientes, aunque mal armados y desalentados los más, que fueron batidos en las calles de aquel puerto, al que se puso el nombre de la ciudad condal en recuerdo de esta victoria.

San Just, sin fuerzas que le ayudasen, sólo pudo llevar á cabo aquel hecho glorioso sin resultado, porque repuestos los defensores de Barcelona, volvieron á ser dueños de ella, rechazando después los ataques que se intentaron por nuestras tropas.

En la defensa que hicieron de Barcelona los españoles murió de una manera gloriosa el comandante D. Francisco Maya.

Venezuela en masa se había levantado en armas contra la madre patria. Por todas partes pululaban partidas; por Barinas, por Cumaná, extendiéndose hasta Quito, Popayán, Tunja, Neiva, Chocó, Antioquía y Honda, hasta los mismos territorios de Santa Fe.

Una acción memorable se libró en un pueblo distante cinco leguas de Nutrias: *La Cruz*.

La Cruz fué teatro de una de las jornadas más sangrientas de aquella guerra entre las fuerzas españolas mandadas por Durán y las venezolanas por Páez.

A las órdenes de Durán se batió con su gente con mucho brío Fernando de Alvarez, con tanto que herido y todo, de tal manera se metía en las filas venezolanas que fué hecho prisionero, no sin que en aquel momento atravesara el pecho de uno de los más esforzados adalides que iban con Páez.

La lucha fué por extremo encarnizada desde aquellos momentos.

Páez perdió toda su infantería, y los setecientos jinetes que llevaba echaron pie á tierra y hubieron de batirse con las lanzas.

A Durán le quedaron sólo setenta hombres, y de éstos la mayor parte heridos, y él mismo tenía un brazo atravesado por dos balazos. Fuera de combate los oficiales, tomó el mando un cabo que se portó con un denuedo de que no hay ejemplo quizá en todos los anales de nuestras guerras.

Peleó como un soldado y como un jefe; con tanto arrojo como pericia.

. . .

– No hay más remedio que fusilarlo, é inmediatamente. Ha matado á Juan Díaz. No es sólo un prisionero. Nos ha arrebatado á un hombre que tanto valía.

– Se condujo como un valiente en la jornada y le



LAVANDERAS GALLEGAS, cuadro de Segundo Matilla (Salón Parés)

mató cara á cara, eso sí; en lucha personal, noble, franca, en defensa de su existencia y por la bandera de su país.

– Pero no hay remedio. Se hacen precisos ya los escarmientos y sobre todo los castigos. A ese español hay que darle un castigo ejemplar.

– ¿Aunque las represalias se acentúen?

– Pase lo que pase.

– Me habían inspirado simpatía su valor y su gentileza.

– A mí también; pero es preciso hacer lo que va á hacerse. Y á no perder tiempo.

– A usted, González, se le encarga de su custodia. En usted fiamos.

– Ya pueden hacerlo, contestó con acento firme el padre de Esperanza, que no era otro el que hablaba.

Todo se hallaba dispuesto ya para el fusilamiento de D. Fernando de Alvarez; pero ¡cuál no sería la sorpresa de los de Páez cuando se supo que el prisionero se había fugado, protegido por alguien que estuviera muy cerca de D. Carlos González ó á quien se respetara por su gente, y desde luego hubiese podido llegar hasta el sitio en que se hallaba el español, bien custodiado, como todos los reos de muerte lo están!

Había ocurrido algo extraordinario, y así era en efecto. El prisionero había sido puesto en salvo, pero la persona que tanto se había interesado por él, una vez que así lo había hecho, aprovechando un momento de descuido de Fernando de Alvarez, había desaparecido de su lado rápidamente, saliendo en el mismo caballo que les había servido para la fuga.

Era Esperanza, que con una orden falsa de su padre, y á pretexto de que éste le llamaba para una entrevista reservada de suma importancia y urgencia que adonde él estaba tenía que celebrar con el reo, hacía que lo llevaran á su presencia. De lo demás se encargó Esperanza. Con gente suya fué la falsa orden, y ella, merced á la obscuridad de la noche, se encargó en persona de la evasión de aquel preso que tan aprisionada tenía su alma.

¿A qué volvió Esperanza? A salvar á su padre de cualquier modo y á todo trance. Confesándose desde luego autora de la fuga de Fernando de Alvarez, probando la inocencia de su padre, impetrando perdón para la falta que ella había cometido, si era posible, ó entregándose en último término para responder de sus actos con su vida, inmolándola satisfecha por haber salvado la del oficial español.

Por rápida que fué su vuelta adonde se hallaban los suyos, no lo fué tanto que pudiese impedir la muerte de su padre, que trató de evitar aquella apasionada mujer con su presencia en aquel sitio.

Tachado ya de simpatías hacia el reo, fué inútil toda reivindicación, disponiéndose que á la misma hora en que debiera ser fusilado el oficial español, lo fuera D. Carlos González, sin más demoras ni apelaciones ni sumarias.

En el momento mismo en que Esperanza llegó, presentóse ante ella un horrible cuadro; el que formaban los encargados de fusilar á un reo, en quien reconoció inmediatamente á su padre aquella desdichada mujer. Verlo y sonar en aquel instante la terrible descarga que le hiciera rodar por tierra, todo fué obra de un instante.

Esperanza, fuera de sí, se arrojó sobre el expirante cuerpo de D. Carlos González, desencajada, lívida, con sus hermosos ojos llenos de una expresión singular, extraviada la vista y lanzando un ¡ay! de dolor infinito, desgarrador, espantoso, horrible.

Cuando fueron á separarla del cadáver, reía, lloraba, y palabras incoherentes y sollozos y carcajadas se escapaban de aquellos labios tan sonrosados y tan bellos y de aquel pecho virginal tan enamorado.

Había perdido la razón.

Para el pobre Fernando ya no fué más su amor que un desvarío, pero consagró su vida á seguir adorando á su loca Esperanza hasta que la perdió el desdichado, sobreviviendo poco tiempo á su inmensa desgracia.

P. Sañudo Autrán

EL INFIERNO

Cerca de una semana llevaba el Sr. Rufo agonizando (que ni para morirse fué ligero), y Satanás con impaciencia por que acabara mirábale con expresión codiciosa, sentado á los pies del angostísimo catre, como perro que hambriento aguardara su presa. Pero el espíritu no podía separarse de aquel cuerpo aunque se le ofreciera la gloria, y no por el mucho amor que el uno al otro se tuviesen, sino porque el señor Rufo era un montón de carne nada más, en el que nunca habían entrado los rayos de la divina luz.

Ocurriósele por fin esto al demonio, y soltando la risa, dijo, asiendo por los pies al paciente:

– ¿Qué separación de cuerpo y alma espero, si éste ha vivido siempre sin alma? Carguemos con los huesos y con la piel, porque carne nunca tuvo gran cosa y ahora apenas le queda, y vuelva á los infiernos, de donde vino.

Dicho esto, se echó á cuestas aquel cuerpo viejo y enjuto, los pies hacia adelante y la cabeza á la espalda; filtróse con él á la calle por entre los barrotes de la reja, y á la vez que un relámpago rojizo daba luz á la noche, se remontó desde el arroyo, espantando á las muchas comadres que en espera del suceso de aquella muerte formaban corrillos en las aceras.

Pasado lo más grande del susto, convinieron todas en dar aviso á la autoridad, y ésta, después de muchas pesquisas en la casa y algunas fuera de ella, hizo inventario de los muebles, que no eran muchos (el catre, una silla coja y una mesa inválida); halló en el sótano una buena cantidad en onzas de oro que, según alguien dijo, no figuró en el inventario, y testimonió que el diablo se había llevado al Sr. Rufo, lo que fué causa de conversación durante mucho tiempo en el barrio de las Peñuelas, allá por los fines del pasado siglo en que esto ocurría.

Entretanto caminaba el demonio, no tan aprisa como quisiera por el peso del Sr. Rufo que, aunque seco, estaba relleno de pecados; y como la marcha se hacía de más fatigosa, tuvo necesidad de algún alivio, por lo que se desembarazó del vejete, quien, tras una graciosa voltereta, quedó sentado sobre el pico de una negra nube y Barrabás á horcajadas en otra.

– Creíate más listo, dijo entonces al diablo el señor Rufo. Si lo fueras, te ahorraras el trabajo de llevarme, porque conozco de tal modo el camino, que por él he marchado desde que nací.

– Eso es verdad, díjole el demonio; pero no me fío de ti, porque aunque tan mío eres que no parece sino que te engendré, no me quieres gran cosa.

– ¡Que he de quererte yo, si yo nunca he querido!

– Mientes, gritó el diablo, puesto que por amor al dinero hiciste cuanto malo hiciste.

– Te confirmo de mentecato de aquí para adelante. ¿Dices que por amor? Por odio al dinero di, y aciertas, que le traté como á enemigo. Moneda que agarraron mis manos nunca volvió á la luz: presa estuvo en el sótano de mi casa. Ni sirvió para nadie ni para mí; he sido secuestrador del oro, y no dirás que quien secuestra ama al secuestrado.

– Ahí te esperaba, y mira cómo amaste: te amaste á ti mismo, porque con tus maldades te proporcionabas placer.

– ¡Qué placer ni qué niño muerto! Te digo que eres más torpe que un demonio. Si no he disfrutado con el dinero ni de lo que él produce, ¿qué amor ni qué ocho cuartos me tenía? Y si conocí que cuanto hice me llevaba á la condenación, y lo hice con saberlo, ¡digo si mi amor hacia mí sería grande!

El demonio, que no parecía sino que trataba de atenuar las maldades del Sr. Rufo como si algo le fuera en ello, pensó un poco, y díjole entonces:

– No me negarás, aunque te obstines, que has producido algunas alegrías, y que, por tanto, has hecho algún bien, aunque no lo hicieras por hacerlo.

– Habla, que aseguro que me maravillas.

– Sí que hablaré, aunque de esa manera te burles. ¿Qué oficio tenías en la tierra?

– Usurero, para servirte.

– Luego si prestabas, aunque fuera con interés, á diario remediaste la necesidad de los que solicitaban el préstamo.

– Delgado hilas, pero de continuo con torpeza. ¿Dirás por ventura que se quiere al cerdo porque se le da de comer? O mejor aún: ¿tiene cariño el cazador á la fiera si buena presa le abandona á fin de que se acerque, ó á los peces el pescador porque les deja el cebo á cambio de que piquen? Abajo sólo produje maldiciones, ¡conque mira cuánto bien habré hecho!

Callóse de nuevo el demonio, y como no se le ocurriera nada que argüir, díjole como si de la maldad se espantara:

– Con verdad te digo que no he visto hombre alguno más malo que tú. Pero ¡calle!, exclamó de pronto. De esta no te me escapas. Al infierno quieres, puesto que desde que naciste le buscas.

– ¡Claro! ¡Como que me agradará que me tuesten!

– Entonces te agradará lo contrario. No me niegues que querrías á quien te salvara.

– No tengo amor á la gloria ni tampoco al infierno, porque á nadie le es posible amar aquello que no le proporciona gusto. A mí en el cielo, por muy bien que me fuese, me parecería que no me iba bien, porque la envidia de lo que gozaban los demás, que siempre creería superior á lo que yo gozase, anularía mi gozo. ¡Pues digo si he de disfrutar en los infiernos! Sobre la pena de mis martirios tendré la de que los demás los tienen menores; que esto ha de parecerme por grandes que ellos sean.

– Anda, anda, dijo por fin el diablo, que con ser Satanás lo peor, aún se espanta de ti.

Y embistiéndole de improviso, le desequilibró en el asiento, y el Sr. Rufo vínose hacia el abismo de cabeza, seguido muy de cerca por Barrabás.

– ¡Alto!, gritó éste cuando vió que llegaban, y ambos se detuvieron.

Miró el Sr. Rufo á todas partes; pero estaba aquel sitio tan obscuro, que no viera aunque se apuñeara los ojos; aplicó los oídos y nada oyó; y como él suponía que se hallaba ya muy cerca del infierno ó en el infierno mismo, extrañóle el silencio y la obscuridad. Creía que los gritos de tantos condenados serían tales que atronarían el espacio en muchas leguas á la redonda, y que las llamas para tostar á tanta gente iluminarían hasta muy lejos.

– Dime, le dijo al diablo, ¿estamos ya?

– ¿Pues no lo ves?, le contestó el demonio.

– ¿Cómo he de ver á obscuras?

Acudió entonces el diablo á la necesidad del señor Rufo, dando un golpe en la puerta del infierno con el extremo de su cola, que ardió de pronto, y poniéndola en alto, á modo de candelero, hizo entrar al vejete en la primera sala, y él se coló detrás.

Era aquélla tan grande que no se alcanzaba con la vista su límite, y apenas se podía andar por ella: de tal modo se aprovechó el terreno para los instrumentos de martirio. Había allí horcas, guillotinas, garrotes, todos los aparatos que para suplicios hay en la tierra, y todos los que se usaron antes, excepción hecha de la cruz, que dejó de existir allí desde que fué divina.

Admiró al Sr. Rufo verse entre aquellos instrumentos que le eran perfectamente conocidos, porque siempre había pensado que en la otra vida todo sería novedad, y se le ocurrió, quizás con fundamento, que aquellas que se suponen aquí invenciones del hombre y que no tienen otro objeto que el de hacer daño, habíanle sido inspiradas por el mismo demonio.

Rodeaba cada uno de aquellos aparatos infernales una buena tropa de diablejos de los que dejaron de ser ángeles cuando, acompañando en su desobediencia á Lucifer, formaron su cohorte; pero estaban sentados alrededor del instrumento, con sus armas puestas en pabellón, como si nada tuvieran que hacer; y era así la verdad, porque lo que es condenados por ninguna parte se veían.

– ¿Dónde estarán mis compañeros?, se preguntó el vejete. Aquí sólo veo á mis verdugos.

El demonio, que entendió lo que el Sr. Rufo pensaba, le contestó sin que él le hablase:

– Anda y hallarás lo que buscas.

Con esto penetraron por un boquerón en la sala segunda, tan grande como la otra, y también atiborrada de instrumentos para el martirio; pero de estos ninguno el usurero conocía. Eran los últimos modelos, el perfeccionamiento del suplicio, y aún el demonio no se los había inspirado á los hombres. De allí, con la civilización, nos irán viniendo.

Tenían, como los primeros, su guardia, compuesta también de los ángeles caídos cuando se condenó Lucifer, y como los de la sala primera, estaban en completo reposo, porque aquí tampoco había ni un solo condenado.

– Pero ¿qué hará toda esta guardia inútil?, volvió á preguntarse el Sr. Rufo. Hasta ahora no he visto ningún hombre ni tampoco ninguna mujer, y aquí deben estar casi todas.

Y el diablo, que entendió también esto que el señor Rufo se decía, contestó sin que le preguntaran:

– Más adentro hallarás lo que buscas.

Y empujando al vejete, entróle de golpe en el tercer compartimiento. En éste había luz, aunque no mucha, porque la sala era tan grande como las anteriores, y las llamaradas ocupaban un pequeño espacio: el suficiente para que se calentaran dos calderas de no exageradas dimensiones, en las que se cocían hasta dos docenas de condenados.

– Ya veo aquí gente de mi tierra, dijo el Sr. Rufo. Pasemos adelante, que ha de haber muchos más.

Y buscó agujero, puerta ó abertura por donde pasar á alguna otra parte del infierno.

El diablo que le acompañaba le dijo al detenerle:

– ¿Adónde vas, hombre, si ya todo lo has visto?

– ¿Esto nada más es el infierno?, preguntó atónito el vejete.

– ¿Es chico, por ventura?

– No, sino muy grande. Hay aquí demonios en abundancia y sobran instrumentos de martirio; pero los condenados ¿dónde están?

– A la vista los tienes.

– ¡Imposible que no haya más que éstos! Sólo en un presidio de España hay más gente maldita.

– El mismo chasco que ahora te llevas nos hemos llevado nosotros. Cuando nació la humanidad creímos que todo espacio sería poco para contener á los malvados; por eso nos instalamos en este recinto, que ocupa todo el interior de la tierra. Llenámosle, como viste, de tantos instrumentos de tortura, pero ya ves: la mayor parte resultaron inútiles.

Oía con asombro el Sr. Rufo lo que el demonio le decía, y hasta sospechó que se burlaba; pero como el diablo no es amigo de bromas, y no había con efecto más condenados que los allí presentes, se convenció por fin y preguntó muy aturdido:

– ¿Pero cómo es esto posible? ¿Qué es necesario entonces para que los hombres se condenen?

– La respuesta es sencilla, díjole Barrabás: que sean malos.

– ¿Y qué es preciso para que sean malos?

– Pues una cosa muy difícil. Que los malos sepan que lo son, y que además no les importe.

LUIS CALVO REVILLA

NUESTROS GRABADOS

Monumento á Wáshington recientemente inaugurado en Filadelfia, obra de Rodolfo Siemering.—En una de las entradas del famoso Fairmount-Park de la ciudad de Filadelfia se ha inaugurado recientemente este monumento, uno de los más imponentes é importantes de los Estados Unidos. Sobre una amplia base de granito está asentado un inmenso pedestal de bronce que sostiene la estatua ecuestre del Libertador. La base es de forma oblonga, mide 61 por 74 pies y tiene trece escalones, símbolo de los trece primeros Estados que compusieron la Unión Americana. En las esquinas de esta plataforma hay algunas figuras de indios y unas fuentes que representan los cuatro grandes ríos de los Estados Unidos; el Delaware, el Hudson, el Potomac y el Mississipí, y que están guardadas por animales de aquel país. En la cara del pedestal se ve un grupo alegórico de América y de su poderío, y debajo un águila teniendo entre sus garras el escudo americano: en la cara opuesta, otro grupo representa á América enseñando á sus hijos el estado de sus esclavos para que continúen la obra de la independencia destruyendo la esclavitud. A los lados dos grupos en bronce reproducen la marcha del ejército libertador y la de los inmigrantes hacia el Este. Corona el pedestal la figura de Wáshington montado á caballo y vistiendo el uniforme del ejército revolucionario. La obra, grandiosa en su conjunto y bellísima en sus detalles, honra al famoso escultor alemán Siemering.



EL GENIO TRÁGICO, estatua de Modesto Quiles (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897)

El Genio trágico, estatua de Modesto Quiles (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897).—Bien concebida y modelada la alegórica representación del Genio trágico, es una obra que honra al escultor alicantino D. Modesto Quiles, quien ha hallado medio para representar de modo grandioso un concepto asaz difícil, inspirándose para ello en las producciones del gran arte. Justificado resulta el interés que esta obra ha despertado y merecidos los aplausos que le han tributado cuantos han tenido ocasión de admirarla en la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada recientemente en Madrid. Por nuestra parte no escaseamos los plácemes á tan discreto artista, deseando prosiga por tan segura senda, ya que en ella ha de hallar honra y provecho.

Mensaje de amor, cuadro de E. J. Poynter.—A pesar de las modernas tendencias artísticas que imponen, por decirlo así, la percepción directa de los asuntos que han de servir de tema á una obra de arte, no faltan pintores notables que nos ofrecen episodios históricos de antigüedad más ó menos remota. El célebre pintor inglés E. J. Poynter, sin desdeñar los asuntos de nuestros días, gusta también de cuando en cuando de hacer sus excursiones por el pasado, produciendo joyas tan estimables como la que reproducimos, y que fué una de las que más llamaron la atención en la última exposición de la Real Academia de Londres.

Convaleciente, cuadro de R. Fontana.—El que durante una grave enfermedad se ha visto próximo á la muerte y luego consigue vencer el peligro y recobrar la salud, siente algo difícil de explicar y más difícil aún de comprender para los que no se han encontrado en tal situación: las personas objeto de sus afectos, las cosas que le rodean, el mundo todo, aparecen á sus ojos con nuevos encantos: la existencia se le presenta envuelta en alegre luz y rosados colores, y diríase que



Mensaje de amor, cuadro de E. J. Poynter (Exposición de la Real Academia de Londres. 1897)



Sansón escarnecido por los filisteos, cuadro de E. Vassari (Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)



San Buenaventura en el momento de recibir el capelo cardenalicio, cuadro de A. P. Dawant (Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)


Propiedad de M. Arias Rod iguer.

GUERRA DE FILIPINAS. - PROVINCIA DE CAVITE. - VISTA PARCIAL DE LA EXTENSA LÍNEA DE TRINCHERAS DE LOS INSURRECTOS PARA DEFENDER EL PASO DEL RÍO ZAPOTE (de fotografía)



GUERRA DE FILIPINAS. - PROVINCIAS DE MANILA Y CAVITE. - PUENTE DEL ZAPOTE SOBRE EL RÍO DEL MISMO NOMBRE CORTADO POR LOS INSURRECTOS Y HABILITADO CON CAÑAS POR UNA SECCIÓN DE INGENIEROS (de fotografía)



Recuerdo de la estancia de la familia real española en Aranjuez con motivo de la inauguración de la estatua de D. Alfonso XII

(de fotografía de D. Lucas Fraile, de Toledo)

en su alma brotan por vez primera dulcísimos sentimientos, que su ser renace, que su vida empieza en aquel momento y que todo aquello que creyó perder para siempre adquiere á sus ojos un valor hasta entonces no comprendido. Esa satisfacción, esa beatitud inefable se hallan admirablemente expresadas en la bellísima obra de Fontana, en el rostro de esa joven, en el cual las huellas de los sufrimientos pasados se hallan casi por completo borradas por los alegres sentimientos de su estado presente y por las risueñas esperanzas para el porvenir.

Lavanderas gallegas, cuadro de Segundo Matilla.—No es Matilla un artista novel. Ha algunos años que se dió á conocer, y cada uno de los que transcurre señala nuevas etapas, progresos y triunfos para nuestro amigo. La Exposición recientemente celebrada en la coronada villa, en donde ha figurado el lienzo que reproducimos, y el Salón de París, en donde ha sido también aplaudida y celebrada otra de sus producciones, confirman, en cierto modo, el ventajoso juicio que merece Matilla, en quien se adunan la laboriosidad con la modestia, las aptitudes con su entusiasmo por el arte que con tanto acierto cultiva. Las *Lavanderas* es un hermoso estudio, recuerdo de su última excursión á la tierra gallega, que ha logrado copiar con pasmosa exactitud. Los copudos castaños, bajo cuyo obscuro y jugoso ramaje ejercen su oficio las garridas lavanderas, metidas en el agua sus desnudas piernas; las húmedas rocas, de continuo bañadas por la corriente; los pormenores todos del cuadro, y singularmente su entonación, son fiel trasunto del natural y revelan al artista sincero que reproduce las bellezas que admira.

Sansón escarnecido por los filisteos, cuadro de E. Vassari.–Sobrado conocido es el episodio bíblico á que este cuadro se refiere para que hayamos de describirlo: encadenado á la rueda del molino, vendados los ojos para no dejar ver las sangrientas heridas de sus órbitas, vencido por el dolor moral más que por el sufrimiento del cuerpo, el que un día fué terror de los filisteos, ríndese ahora al peso de las burlas y de las humillaciones de que éstos le hacen objeto. Vassari, notable pintor francés, ha sabido interpretar con gran acierto esta situación, expresando perfectamente los sentimientos, así de los que hacen chacota del que antes tanto terror les inspirara, como del desdichado juez de Israel, á quien su pasión por Dalila condujo al estado en que el artista nos lo muestra.

San Buenaventura en el momento de recibir el capelo cardenalicio, cuadro de A. P. Dawant.–Ejemplo de virtud y de humildad fué San Buenaventura, el varón ilustre que ejerció el cargo de general de la orden de frailes Menores por espacio de diez y ocho años, durante los cuales elevó á gran altura y esplendor la religión de San Francisco, dotándola de unos prudentes estatutos hechos en el capítulo general celebrado en Narbona en 1260. El papa Clemente IV nombróle arzobispo de York, cargo que no admitió por considerarlo superior á sus merecimientos, y Gregorio X concedióle el birrete cardenalicio: cuando los legados pontificios fueron al convento á llevarle las insignias del cardenalato, lo encontraron en la cocina del convento limpiando la vajilla con sus compañeros de claustro. Tal es la escena que ha reproducido en su cuadro el pintor francés Dawant, quien, después de haber abandonado temporalmente el género histórico que tantos triunfos le valiera, ha vuelto recientemente á él con esta composición que figuró dignamente en el último Salón de los Campos Elíseos de París.

Guerra de Filipinas.—Casi todas las trincheras construídas por los insurrectos filipinos obedecen á un mismo plan: exteriormente presentan un talud de arena, contienen varios obstáculos formando bancos de piedra y están cubiertas de ramaje, especialmente de espino. Su espesor varía entre un metro y medio y dos metros. Para construirlas clavan perpendicularmente y á corta distancia unas de otras gruesas cañas bambúes, introduciéndolas en tierra lo más profundamente posible, luego se tienden entre estaca y estaca unos tejidos de caña cortada y se rellenan con tierra ó arena los huecos que resultan. Las trincheras construídas con más esmero han sido las levantadas en el río Zapote, una parte de las cuales reproduce el primer grabado de la página 505.

Los insurrectos, creyendo que se les atacaría por el Zapote, línea divisoria de las provincias de Manila y Cavite, pusieron todo su afán en defender no sólo el paso del puente, cortando éste, sino que también aquella orilla del río en toda su longitud; así es que las líneas de trincheras se contaban por kilómetros, variando su altura y espesor según que el punto fuera más ó menos estratégico. Tomadas por nuestras tropas estas posiciones al parecer inexpugnables y libre el paso para el pueblo de Bacoor, los ingenieros militares, sin darse punto de reposo, habilitaron en muy pocas horas el arco del puente que había sido destruído, valiéndose para ello de las cañas bambúes tan abundantes en aquellos sitios, y construyeron un fortísimo tramo bien apuntalado y tan sólido que por él pudieron pasar sin ningún inconveniente las piezas de ocho centímetros de cañón largo, los armones, etc. Este tramo de caña fué sustituído poco después por otro de madera. La vista del puente que reproduce el segundo grabado de la página 505, fué tomada al día siguiente de ocupadas aquellas posiciones.

El grabado de la página 512 representa una sección de artillería rodada, formada en el campo de Bagambayán para la revista que pasó el general Polavieja.

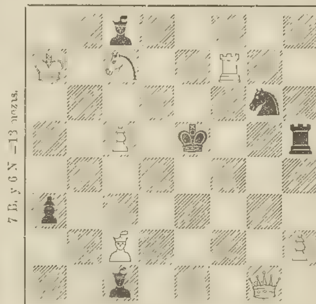
La familia real española en Aranjuez.—Para conmemorar la visita que D. Alfonso XII hizo á Aranjuez durante la epidemia colérica de 1885, inauguróse el día 31 de mayo último en aquel real sitio una estatua que el pueblo agradecido acordó erigir en honor del malogrado monarca.

Al acto de la inauguración de la estatua asistió la real familia, acompañada de algunos ministros, personas de su servidumbre y otros elevados personajes. Como recuerdo de aquel acto publicamos en esta página el grupo hecho en el palacio de Aranjuez por el reputado fotógrafo de Toledo Sr. Fraile, á quien damos las gracias por el envío de tan interesante fotografía. En primera fila, sentados, se ven, de izquierda á derecha: la condesa de Sástago, S. M. el rey D. Alfonso XIII, S. M. la reina doña María Cristina, S. A. la infanta doña María Teresa y la marquesa de Navarrés; en la segunda, el coronel de Montesa, el duque de Sotomayor, la condesa de Mirasol, el duque de Medina Sidonia, S. A. la princesa de Asturias, el general Sánchiz, el general Barcáiztegui, el general Azcárraga, el ayudante del general Azcárraga, el general Alameda y el inspector general de los reales palacios; y en la tercera, el general Manzano, el alcalde de Aranjuez Sr. Almazán, el general Martitegui, el conde de Peña Ramiro, el general Correa y el administrador del real sitio.

AJEDREZ

Problema número 80, por Valentín Marín

NEGRAS



7 B. y 6 N.—13 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 79, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. D 8 C D	1. P toma C (*)
2. D 8 T R	2. A ó P juega.
3. T c C R ó D c T D mate.	

(*) Si 1. P 7 C R; 2. C toma P A, y 3. D ó T mate; – 1. P toma A; 2. C c A R, y 3. D 2 T mate; – 1. R juega; 2. D toma P C R, y 3. D mate. La amenaza es igual á la última variante.



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

Novela original de la notable escritora alemana Eugenia Marlitt

(continuación)



El doctor Fels le ofreció su mano al punto y presentó á Isabel á su esposa

-¡No toleraré todas esas cosas más tiempo!, exclamó con viveza. ¿Estaré yo obligado, en mi vejez, á desempeñar las funciones de carcelero, á vigilar, acechar y espiar en mi propia casa á una joven necia que no está emparentada ni de cerca ni de lejos con mi familia, á Dios gracias?..

-Tío, dijo Isabel con tristeza, piense usted que es desgraciada.

-¡Desgraciada..., ella desgraciada! Lo que es, es una comedianta. ¡Yo no soy un ogro, qué diablo!.. Y cuando era verdaderamente desgraciada, es decir, cuando quedó huérfana de padre y madre, la recogí en mi casa. ¿Pero sabes tú, Isabel, que entonces, cuando hacía pocas semanas que habían enterrado á sus padres, sabes tú que cantaba como una alondra, saltando y divirtiéndose durante todo el día? Aquello me contristó el ánimo, y estaba como humillado al observar en ella tanta indiferencia y ligereza... ¿Y por qué se cree tan desgraciada ahora? Yo no pretendo descubrir su secreto, y puesto que no tiene confianza en mí, peor para ella. Si le complace tener siempre cara triste y ademanes dramáticos, no seré yo quien me oponga á ello; pero su mutismo, sus excursiones nocturnas al bosque, donde vaga como una loca, exponiéndome á ver alguna vez la casa ardiendo sobre mi cabeza, es cosa mucho más grave, y me parece que tengo el deber y el derecho de intervenir en todo este asunto.

-¿Has hecho uso de mi advertencia?, preguntó Ferber.

-¡Ya lo creo! Inmediatamente le señalé otra habitación, situada exactamente sobre la mía; de modo que puedo oir todos sus pasos. Desde que me has hablado de todo eso, las dos puertas de la casa se cierran, no solamente con cerrojo, como otras veces, sino con las llaves, que se llevan á mi aposento... ¡Pero vaya usted á detener á una mujer astuta! Gracias á esas medidas hemos tenido algún tiempo tranquilidad. Pero esta última noche no podía conseguir dormirme, porque me preocupaba mucho el atentado de ese Linke. De repente oigo pasos sobre mí, pero ligeros, muy ligeros. ¡Ah, ah!, me dije, ya se prepara algo. Y me levanté al punto; mas cuando llegué á su cuarto el pájaro había volado: sobre la mesa vi una vela encendida, y el viento agitaba una cortina en la cual se había prendido fuego... ¡Cielo santo, si no llego á subir, si no hubiera ido á ver yo mismo lo que pasaba, ved lo que habría sucedido! Las viejas tablas y las vigas se hubieran quemado como yesca... ¿Y de qué modo salió? Pues por la ventana de la cocina. Mejor quisiera tener que vigilar á una legión de hormigas que á semejante persona.

-Estoy persuadida de que tiene algún amorío, dijo la señora Ferber.

-Ya me lo has dicho otra vez, repuso el guardabosque con viveza; pero si pudieras indicarme al mismo tiempo quién es el novio, el informe tendría más valor... ¡Pero mira á nuestro alrededor! ¿Hay aquí un solo individuo que pueda trastornar la cabeza á esa joven? ¿Mis guardas? Siempre los ha despreciado, y bien injustamente, pues valen más que ella por todos conceptos. Fuera de ellos no veo más que á ese Linke, con sus piernas encorvadas y su peluca amarilla.

-Sin embargo, tal vez has omitido alguno, repuso la señora Ferber con tono circunspecto, dirigiendo una mirada á su hija, que acababa de alejarse con el objeto de cortar una varilla que Ernesto había pedido.

-¿Quién?

-El Sr. de Hollfeld.

El guardabosque se mostró sorprendido.

-¡Hum!, murmuró al fin, apenas hubiera pensado en ese... Y sin embargo... Pero no, no, añadió vivamente, no puedo creerlo... No es ella lo bastante tonta para imaginar que ese joven la tomaría por esposa, haciéndola señora y dueña de Odenberg.

-La vanidad es crédula; puede haberlo esperado y reconocer ahora su error.

-Es verdad, repuso el guardabosque pensativo, que desde hace algún tiempo se mostraba singularmente orgullosa. ¡Pero el Sr. Hollfeld!.. No hace caso de las mujeres.

-¡Es un frío egoísta, dijo la institutriz.

-Muy cierto; pero lo que dice mi cuñado no es exacto, replicó la señora Ferber, y precisamente esta convicción es la que me permite ver claro en el estado de ánimo de Berta.

-Pues si es así, la historia será muy triste, dijo el guardabosque. ¿Y se habrían burlado de mí á mis barbas, como de un tutor de comedia? Yo me aseguraré de esto, descubriré la verdad... ¡Y pobre de la mujer despreciable que, viviendo bajo mi techo, se haya dejado extraviar por necias ilusiones, las cuales no pueden conducir sino á la vergüenza para ella y para mí!

La comida fué muy silenciosa; el guardabosque estaba muy preocupado, y hubiera querido interrogar inmediatamente á Berta. La familia Ferber volvió temprano á su morada, y el guardabosque, echándose la carabina al hombro, la acompañó hasta la puerta del prado; después se alejó y comenzó á vagar por el bosque, lo cual, según él, calmaba siempre las tempestades de su espíritu.

Isabel se arregló para ir al concierto, poniéndose un vestido blanco de muselina y en el pecho un ramo de flores silvestres. Su madre fué á buscar un pequeño medallón, le ató en una estrecha cinta de terciopelo negro, y suspendióle del cuello de su hija. Tal era el único adorno destinado para aquel gran día, y cualquiera otra joven habría mirado con disgusto aquella excesiva sencillez que había de contrastar con el lujo de los demás invitados. Isabel, por el contrario, observó con viva satisfacción que su vestido, tantas veces lavado ya, conservaba todavía un aspecto decente, y de buena gana hubiera dejado en su cuarto el pequeño medallón de oro de su madre; pues pensaba que si se la admitía en aquella reunión era únicamente á título de artista, y que en aquel día, lo esencial era tocar lo mejor que fuese posible. La molestaba ver sus brazos desnudos y sus hombros medio descubiertos, pues hasta entonces no había usado más que cuerpos altos, y no podía comprender que las mujeres para vestirse de etiqueta debieran ir descotadas. Ni siquiera observó que sus brazos eran de una forma perfecta; que sus graciosos hombros tenían una blancura deslumbradora, y que su cabeza, con su magnífico y abundante cabello, formaba con el cuello una línea encantadora. Su madre misma había rizado los ligeros bucles que pendían sobre su frente, realzando sus finas cejas negras que tan poderoso encanto comunicaban á su fisonomía. La señora Ferber acompañó á su hija hasta el parque, y no pudo contradecir á la institutriz cuando ésta aseguró que Isabel tenía aquel día un aspecto casi celestial, pues ella también se había dicho que su hija nunca le había parecido tan hermosa.

Cuando Isabel entró en el vestíbulo del castillo de Lindhof, vió al doctor Fels, dando el brazo á su esposa y disponiéndose á entrar en el salón; apresuróse á reunirse con ellos y á saludarlos amistosamente, muy satisfecha de poder evitar la molestia que le causaba la necesidad de entrar sola en un salón casi lleno de convidados. El doctor Fels le ofreció su mano al punto y presentó á Isabel á su esposa, diciéndole á media voz: «la joven heroína del drama ocurrido ayer.» Los dos prometieron ser sus acompañantes, y la gran puerta del salón se abrió de par en par ante ellos.

Isabel dió gracias á su buena estrella, que le permitía avanzar detrás de la sombra protectora que proyectaba la figura majestuosa de la señora Fels, pues el aspecto que ofrecía la gente reunida allí no era muy propio para reanimarla. No vió más que trajes magníficos, ostentándose en un salón inmenso.

grupos imponentes por la calidad de aquellos que los formaban, calidad presumida por la actitud altanera de las damas y por los modales algo impertinentes de los hombres. En el centro del salón, muy cerca de la puerta de entrada, hallábase de pie la baronesa de Lessen, encargada de hacer los honores de la fiesta y que llevaba con mucha dignidad un soberbio vestido de seda gris guarnecido de blondas. Acogió con suma gracia el saludo del doctor Fels y de su esposa, y contestó á una pregunta del primero señalándole un grupo de hombres en cuyo centro estaba el Sr. de Walde.

Mientras el doctor Fels y su señora se dirigían hacia aquel grupo, Isabel obedeció con alegría y agradecimiento á una señal de Elena, que sentada junto á una ventana indicaba á la joven un asiento á su lado. La señorita de Walde confió á Isabel apresuradamente que estaba muy emocionada pensando en que había de tocar delante de un público tan numeroso, y le suplicó que en vez de la pieza á cuatro manos con que debía comenzar el concierto tocase ella sola una sonata de Beethoven, petición á la que accedió gustosa Isabel, repuesta ya de su primera impresión de miedo.

Mientras las dos jóvenes resolvían este cambio de programa, los coches se sucedían sin interrupción, afluyendo sin cesar los convidados. No se veían más que blondas y sedas, alhajas deslumbradoras, preciosas flores, é Isabel no pudo menos de sonreir al comparar su pobre vestido de muselina con aquellos trajes tan ricos y elegantes. Adivinaba por la manera de saludar de la señora de Lessen, á qué clase de la sociedad pertenecían los recién llegados: un simple movimiento rígido del penacho de plumas que engalanaba su tocado era la señal de que entraba un burgués; y las ondulaciones repetidas de aquél parecían marcar el ritmo de una alegre marcha cuando la puerta se abría ante un aristócrata.

– Bien mirado, dijo Isabel, tiene razón... A los plebeyos nos irritan mucho en general esos límites que la nobleza eleva entre ella y nosotros..., mas por otra parte, ¡cuántos burgueses se prestan á desempeñar el papel de cortesanos cerca de los nobles, á quienes desprecian y envidian! Y por otro lado, esos mismos burgueses se apresuran á elevar análogas barreras entre sí y aquellos de sus semejantes á quienes consideran como menos favorecidos en cuanto se refiere á la fortuna y á las dignidades

La multitud de convidados, después de haberse detenido un momento delante de la baronesa de Lessen, avanzaba en oleadas cada vez más numerosas hacia el dueño de la casa, cuya elevada estatura dominaba á cuantos le rodeaban, formando en torno suyo una numerosa guardia que se relevaba sin cesar.

De repente abrióse la puerta del salón, y una dama anciana, de talle muy grueso, apoyada en el brazo de un hombre entrado en años que ostentaba numerosas condecoraciones, penetró en el salón en compañía de la señorita de Quittelsdorf. La baronesa se dirigió con extremada precipitación hacia ella, y hasta la misma Elena se levantó, y conducida por el Sr. de Hollfeld se adelantó seguida de muchas damas. El grupo de hombres que rodeaba al Sr. de Walde se dispersó al punto, y éste quedó frente á los recién venidos.

– ¡Es preciso venir á casa de usted cuando se quiere verle, hombre desnaturalizado, descortés y salvaje!, exclamó la anciana, amenazando con el dedo al Sr. de Walde. ¿Ha borrado España en usted todo vestigio del recuerdo que se conserva generalmente de los amigos? Ya lo ve usted, á pesar de los padecimientos que la gota me produce y de los dolores no menos intensos que me ocasionan su olvido y abandono, me he puesto en camino, porque no quería dejar de hallarme entre las muchas personas que traen aquí los votos que hacen por la felicidad de usted.

El Sr. de Walde, inclinándose, contestó dando las gracias; después la dama le aplicó, riéndose, un golpe en el hombro con su abanico, y la paz quedó al parecer firmada entre ellos, pues aceptó su brazo y dejóse conducir hacia un sofá, en el cual se instaló majestuosamente.

– Es la baronesa de Falkenberg, gran dama en la corte de L..., contestó el doctor Fels, interrogado por Isabel.

La señorita de Quittelsdorf estaba muy linda con su vestido de crespón blanco y las rosas encarnadas que adornaban su cabello castaño. Se ocupaba en atender á la señora de Falkenberg con respetuosa solicitud; mas no se abstenía de lanzar en todas direcciones algunas miradas maliciosas y burlonas.

La llegada de aquellos importantes personajes era la señal que se esperaba para dar principio al concierto. Isabel oía, por decirlo así, los latidos precipitados de su corazón; manteníase todavía detrás de la señora Fels, y podía ocultar aún su rostro á las miradas de una multitud indiferente, tal vez hostil, que muy pronto iba á seguir todos sus movimientos. Indescriptible angustia se apoderó de ella, y deploró amargamente haber consentido en comenzar sola el concierto; pero cuando comenzaba á temblar sorprendió una seña que la señorita de Walde le hacía... Levantándose al fin, atravesó el salón y fué á sentarse ante el piano. Un murmullo discreto y continuo se produjo en todas partes, y sin mirar á nadie, comprendió que todos los ojos estaban curiosamente fijos en ella... A este murmullo siguióse un profundo silencio apenas hubo rozado las teclas del instrumento; y al primer sonido que produjo, su angustia desapareció, sus temores se desvanecieron... Ya no estaba sola en medio de un mundo desconocido é indiferente..., se hallaba con *él*, con el gran maestro, el genio divino cuya obra había estudiado piadosamente..., aquel cuyo rostro le era tan familiar como el de su madre misma, y que le inspiraba no menos que ella un amor lleno de confianza, por más que bajase los ojos con respeto ante su cabeza poderosa, circuída de los rayos de una gloria incontestable... Estaba con Beethoven; y las cabezas adornadas de flores ó de plumas que se elevaban á su alrededor, los gemelos dirigidos hacia el piano, todo desapareció á sus ojos. Estaba sola con él, y tocó como hubiera tocado con él, delante de él, penetrando su pensamiento con una intuición maravillosa.



– Sírvase usted, señorita, elegir y guardar uno de esos papeles

Una verdadera tempestad de aplausos estalló á su alrededor en el momento en que, terminada la sonata, se levantó para dejar el piano. Más confusa aún que lo había estado antes de tocar, la joven se refugió precipitadamente junto á la señora Fels, que reducida al silencio por la intensidad de su emoción, no pudo hacer más que ofrecerle ambas manos.

El concierto duró poco tiempo; cuatro jóvenes cantaron un cuarteto; luego tocó un buen violinista, y la señora Quittelsdorf cantó también dos romanzas nacionales, con voz muy agradable, pero con poca afinación. Por último, la señorita de Walde, algo repuesta de su terror, tocó perfectamente acompañada de Isabel una pieza á cuatro manos.

Cuando hubo concluído el concierto, Isabel se dirigió á una habitación contigua para tomar su manteleta; detrás de ella iba un señor viejo que había estado sentado frente á ella, examinándola con una atención constante. Este caballero á quien la señora Fels presentó á Isabel, era el Sr. Busch, presidente del tribunal de la ciudad de L... Después de manifestar á la joven en términos entusiastas la admiración que su talento le había causado, añadió que para él tenía el mayor interés conocer á la persona que había salvado la vida del Sr. de Walde, y que de consiguiente aprovechaba aquella ocasión de encontrarla, con tanto más motivo cuanto que esperaba obtener de ella algunos informes importantes respecto al crimen. «No debe usted hacerse ilusiones sobre este punto, señorita, añadió; será preciso que se ponga en relación con la justicia.»

Isabel retrocedió con espanto, y el presidente comenzó á reirse.

– Vamos, vamos, dijo, tranquilícese usted, pues ya no se ha de aclarar ninguna duda, y en su consecuencia no tengo, con gran sentimiento mío, ningún pretexto para citarla ante mi tribunal... Linke ha buscado por sí mismo un espantoso desenlace para su horrible drama... Esta tarde han extraído su cadáver del estanque de Lindhof, añadió el presidente en voz baja; me han comunicado el hecho en el momento de entrar en la posada del pueblo; allí había un médico, é invitándole á seguirme, me he dirigido al sitio, donde pude convencerme de que la mano del asesino no trataría ya más de cometer un crimen. Todas las pruebas resultantes de las conjeturas que se han hecho indican que ese desgraciado se dió muerte después de haber visto frustrada su criminal tentativa.

Isabel escuchaba estremecida.

– ¿Conoce ya el Sr. de Walde ese suceso?, preguntó con voz apagada.

– No; aún no he hallado ocasión favorable para comunicárselo.

– Según todas las apariencias, dijo el señor Fels, nadie sospecha aquí los acontecimientos ocurridos ayer.

– Felizmente para el dueño de la casa, contestó el presidente con tono algo irónico. ¡Debe estar en extremo agradecido á nuestra discreción, pues sin el silencio que hemos guardado, el número de visitantes cumplimenteros y aduladores habría sido seguramente doble ó triple, y difícilmente hubiera sostenido el Sr. de Walde tantas pruebas de un interés tan... sincero!

El viejo Lorenzo, sumiller del castillo, apareció de pronto, y presentando á Isabel una bandejita de plata en la que se veían varios pedacitos de papel arrollados, le dijo:

– Sírvase usted, señorita, elegir y guardar uno de esos papeles.

Isabel vaciló.

– Se trata de alguna broma, observó la señora de Fels, elija usted pronto.

Isabel siguió el consejo, sin darle al parecer gran importancia; mas retrocedió algo atemorizada al ver á la baronesa de Lessen, que acababa de entrar y le dirigía una mirada hostil.

– ¡Cómo!, exclamó, encarándose con el viejo Lorenzo. ¿Qué hace usted aquí?.. Bien puede suponer que la señora Fels no aceptará más compañía que la de su esposo.

– He presentado la bandeja á la señorita Ferber, señora baronesa, replicó el criado.

Por toda contestación, la baronesa le dirigió una mirada de cólera, y midiendo después con la vista á Isabel, exclamó con acento de enojo:

– ¿Cómo, señorita, aún está usted aquí?.. Yo creía que se hallaba en su casa hace largo tiempo, reposando sobre sus laureles.

Y volviendo hacia la puerta, se detuvo un instante delante del criado, encogiéndose de hombros.

– Es usted, desgraciadamente, muy distraído, Lorenzo, díjole; este achaque se revela cada día más y comienza á ser muy molesto.

Se alejó después de pronunciar estas palabras, y el viejo criado la siguió silencioso; mas un ligero rubor había coloreado sus pálidas mejillas, y sus espesas cejas blancas se fruncieron significativamente.

No se había descubierto aún la clave de aquel enigma, cuando el doctor Fels entró de pronto, é inclinándose respetuoso ante su esposa, hablóle en estos términos:

– Por voluntad de la alta y poderosa señorita de Quittelsdorf me hallo sometido al yugo del himeneo, exactamente lo mismo que quince años hace cuando el sacerdote nos bendijo... Es preciso, pues, que continúe sosteniendo mi costilla con paciencia, y que participe contigo de todos los placeres que nos tiene reservados el día memorable que en este momento celebramos.

– ¿Qué significa ese galimatías?, preguntó la señora Fels riéndose.

– Rechazo esa definición, repuso majestuosamente el doctor..., pero echo de ver que no has oído el

discurso pronunciado por la señorita Quittelsdorf, pérdida irreparable si las hay. Sabe, pues, ya que es preciso decírtelo, que según la disposición adoptada por esta joven dama, todos los matrimonios aquí presentes, en pie de guerra ó de paz, poco importa esto, están condenados á ir, cogidos del brazo, á la Torre de las Religiosas, situada en el bosque, á un cuarto de legua. Allí nos espera una fiesta campestre; allí deberás cuidarte de mí, no principal, sino únicamente - esta es la palabra; - allí deberás atenderme, servirme, procurar que yo tenga la parte que me sea agradable de los manjares que se sirvan; y en una palabra, esforzarte para que yo posea la mayor suma posible de bienestar y de satisfacción. Pero á fin de que los célibes, que constituyen la mayoría, no se resientan demasiado en este día de fiesta de los inconvenientes y las tristezas inherentes á su condición, se ha organizado una especie de lotería en extremo acertada y prudente. Cada señora soltera toma á la casualidad un rollo de papel, que contiene el nombre de un célibe, el cual ha de ser su compañero durante la fiesta. Ya veremos si la fortuna es siempre ciega, ó bien si se decidirá á deponer un momento su venda, uniendo ó separando dos corazones hechos el uno para el otro.



La dama reprendía al parecer á la señorita de Quittelsdorf ..

Esta explicación dejó á Isabel sumamente perpleja, pues no había pensado que después del concierto hubiera otra fiesta. Ahora recordaba las palabras pronunciadas la víspera por la baronesa, indicándole muy claramente que debía retirarse apenas no la necesitaran ya... Se sonrojó al recordar que había tomado uno de los rollos de papel presentados por Lorenzo, y que por este acto irreflexivo había tratado, aparentemente, de usurpar la parte que se la negaba en aquella noble asamblea. Resolviéndose súbitamente, se dirigió al salón, donde cada cual hacía sus comentarios alegres ó tristes sobre la asociación que la suerte le había señalado.

- ¡Qué abominable idea ha tenido esa Quittelsdorf!, decía un caballero joven, que se lamentaba de su pena á un vecino. ¡Heme aquí asociado con esa Lehr, cuyo entendimiento es aún más obtuso que pesada su persona!

Isabel no necesitó buscar largo tiempo á la baronesa de Lessen; hallábase bastante aislada junto á una ventana, y á su alrededor la señorita de Quittelsdorf, la dama de la corte y Elena de Walde, que hablaban con bastante viveza, aunque no muy alegremente. La dama reprendía al parecer á la señorita de Quittelsdorf, que de vez en cuando se encogía de hombros con indiferencia; y el rostro de la baronesa de Lessen revelaba profundo descontento. No lejos de aquel grupo, el Sr. de Walde, cruzado de brazos, parecía escuchar distraídamente un discurso del respetable compañero de la gran dama, observando en cambio con incesante interés á las cuatro señoras, que gesticulaban discutiendo.

Isabel se acercó vivamente á la baronesa, y no pudo menos de observar que la señorita de Quittelsdorf, al divisarla, había llamado la atención de la dama de la corte, la cual fijó en la joven una mirada hostil. También reconoció que, según todas las apariencias, ella era el objeto de la discusión, por lo cual apresuró aún más el paso á fin de poner término al conciliábulo.

- Señora, dijo Isabel, inclinándose ante la baronesa, sin saber absolutamente de qué se trataba, y por una equivocación, elegí uno de los rollos de papel que me presentaban, y acabo de saber que ese papel lleva consigo una obligación á la cual no podría someterme, porque mis padres me esperan.

Y presentó el pequeño rollo de papel á la baronesa, que le cogió con febril apresuramiento, mientras que sus facciones se iluminaban de alegría.

- Creo que está usted en un error, señorita, dijo el Sr. de Walde, interviniendo de pronto, y expresándose con calma y cortesía; ante todo debe usted exponer esta dificultad á la persona cuyo nombre se halla inscrito en el papel que ha elegido, pues él solo tiene derecho para relevar á usted de la obligación que ha contraído.

El Sr. de Walde miró con una expresión algo maliciosa á todos los convidados, que se disponían á salir, y acercándose lentamente, tomó de nuevo la palabra.

- Como dueño de la casa, dijo, debo cuidar de que ninguno de mis huéspedes quede perjudicado, y exijo de la bondad de usted, señorita, que se sirva leer el nombre escrito en ese papel.

Isabel abrió el rollo, que le había sido devuelto, y se ruborizó al entregarle al Sr. de Walde, que fijó en él la vista.

- ¡Ah!, exclamó, pues he combatido para mantener mi propio derecho... Usted me concederá, señorita, que de mí depende enteramente relevarla de la obligación que la incumbe, ó mantenerla en toda su integridad; opto por esto último, y reclamo el estricto cumplimiento de los deberes que le impone á usted ese pedacito de papel.

La baronesa se acercó al Sr. de Walde y puso la mano sobre su brazo con aire de profunda contrición.

- Dispénsame, querido Rodolfo, dijo, la culpa no es verdaderamente mía.

- No sé de qué culpa se trata, Amelia, contestó con frialdad el Sr. de Walde; pero si necesitas perdón has elegido bien el momento de pedirle, porque ahora estoy dispuesto á olvidar todas cuantas ofensas hayan podido dirigírseme.

Cogió su sombrero, que un criado le presentaba, ofreció el brazo á Isabel, y dió la señal de marcha.

- Pero mis padres me esperan..., murmuró Isabel.

- ¿Están enfermos?

- ¡No, á Dios gracias!

- Pues entonces permítame usted enviarles un recado para que sepan la causa de su ausencia.

Y llamando á un criado, le envió al punto á Gnadeck con sus instrucciones.

Mientras el gran salón se desocupaba poco á poco, el grupo de las cuatro damas, al que acababan de agregarse el viejo caballero condecorado, compañero de la baronesa de Falkenberg, y el Sr. de Hollfeld, no podía resolverse á separarse, y permanecía inmóvil junto á la ventana.

- ¡Muy bien hecho, y harto merecido lo tiene usted, Cornelia!, dijo la dama de la corte, dirigiéndose á la señorita de Quittelsdorf. ¡Qué insensata idea la de esa lotería! ¡Cuántas veces la he reprendido á usted por causa de esas inspiraciones extravagantes á que cede con tanta facilidad, y que nuestra princesa acoge, por desgracia, con demasiada indulgencia! Usted se excusa, atribuyendo toda la culpa al mayordomo Lorenzo. ¿Por qué no le ha dado usted sus instrucciones? Usted se cree ser una dama de corte excelente y no sabe que no se debe dejar nunca á esas personas seguir su propio impulso. Me alegraría mucho de esta lección que acaba de recibir si ese desgraciado de Walde no fuese víctima de la imperdonable ligereza con que usted ha dirigido todo ese asunto... ¡Hele ahí ahora con esa rubia insulsa y humilde pendiente de su brazo, él, que guiado por su altivez aristocrática, por su indomable orgullo, ha cometido tan á menudo la falta imperdonable de no echar de ver que nobles, y muy nobles damas, deseaban tenerle por caballero!.. ¡A qué valor no habrá debido apelar para resignarse á llevar consigo esa insignificante artista!, hija... ¿de quién?.. ¡de un humilde empleado forestal!

- ¿Y por qué se sacrifica con tan buena voluntad?, repuso la señorita de Quittelsdorf con aire travieso y burlón. ¿Qué necesidad tenía de tomar cartas en el asunto? La niña se preparaba á marcharse, había devuelto el papel, y todo se arreglaba á las mil maravillas, cuando el barón, cual nuevo caballero andante, se decidió resueltamente á tomar la carga de que se le quería librar.

- Pero esa carga es maravillosamente linda, exclamó el viejo caballero riéndose... ¡Ja, ja, ja!

- ¿Qué le pasa á usted, conde?, preguntó la dama de la corte con acento de enojo. Le reconozco en eso; es usted verdaderamente incorregible; siempre su frívolo entusiasmo por el primer rostro agraciado y vulgar... Por lo demás, no niego que la muchacha sea linda; pero ¿no era la pobre Rosa de Berg una maravilla de hermosura? Contaba por centenares sus aspirantes, y éstos pasaban la vida prosternados á sus pies..., pero ella tenía inclinación por Walde, y éste se mantuvo frío é impasible como el mismo dios de la indiferencia... No, jamás hace caso de ninguna mujer, sea cual fuere su belleza, y hace ya largo tiempo que le he borrado del registro donde tengo nota de los célibes que deseo casar con mis protegidas. Si hoy se ha mostrado generoso y dispuesto al sacrificio, ya conocemos la causa de ello, puesto que nos la ha indicado: se considera feliz y le lisonjean todos los testimonios de respeto y cariño de que le hemos colmado. Por un sentimiento generoso, que le honra hasta cierto punto, no ha querido que haya aquí una sola persona descontenta, ni aun esa pobre niña, que además ha tocado muy bien el piano. De todos modos, señora baronesa de Lessen, aconsejo á usted que otra vez no se fíe del buen tacto y acierto de la extravagante Quittelsdorf.

Fuera se oía el rumor de los coches que debían conducir á la dama de la corte, á Elena de Walde, á la baronesa y al anciano conde.

- ¡Hum, qué dama tan regañona!, dijo la señorita de Quittelsdorf, después de haber ayudado á la baronesa á instalarse en el coche, velando con solicitud para que estuviese cómoda y á sus anchas... Está furiosa porque no se la ha consultado para la organización de la fiesta... ¿No ha observado usted, Hollfeld, que el postizo de Su Excelencia ha estado á punto de caer sobre su nariz cuando movía demasiado vivamente la cabeza al agobiarme con las flechas de su ironía? Me hubiera desternillado de risa durante dos semanas si se hubiese podido ver de pronto su cabeza pelada.

La idea tan sólo bastó para excitar la hilaridad de la señorita de Quittelsdorf; mas su compañero avanzaba silenciosamente como si no hubiera oído una sola palabra de su charla, y apresuraba cada vez más el paso.

Todo revelaba en él la impaciencia y la precipitación, y parecía en extremo deseoso de alcanzar cuanto antes á los que le precedían. Sus ojos exploraban ávidamente el camino, registrando todos los matorrales, y solamente cuando veía parte de un vestido blanco á lo lejos, en uno de los recodos del camino, deteníase un instante como para observar mejor lo que pasaba.

- Verdaderamente es usted pesado en demasía, Hollfeld, más de lo necesario para aburrir á cualquiera, exclamó la señorita de Quittelsdorf; tiene usted el privilegio de ser mudo como un pez, y quiere pasar por hombre de talento... Imposible me sería descubrir dónde le guarda. Sírvase usted, si me es permitido dirigir esta súplica, pensar un poco en mi vestido de crespón nuevo, que se engancha en todos los matorrales, gracias á la extraña marcha tortuosa que ha tenido á bien adoptar, y en la que costeamos alternativamente los dos linderos de este pintoresco camino.

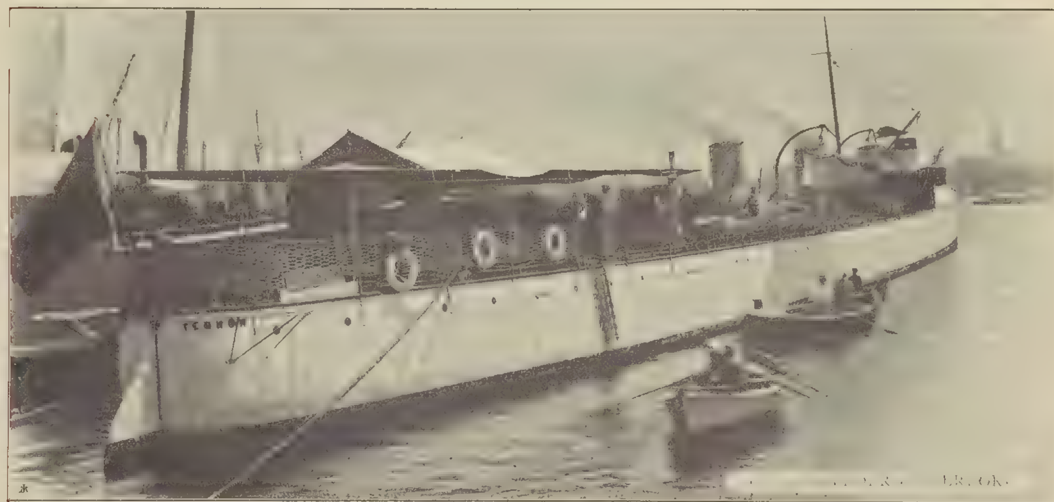
La Torre de las Religiosas, hacia la cual se dirigían, había formado en otro tiempo parte de un rico convento, y era el único resto de aquella fábrica que se mantenía en pie, rodeado de ruinas. Hallábase situada en medio de una espesura de encinas y de hayas, en la vertiente de la montaña que formaba parte de la propiedad de Lindhof, la cual se prolongaba hasta muy lejos por este lado.



La Torre de las Religiosas adornada para la fiesta campestre

(Continuará)







Nuevos buques de la marina de guerra española.—El crucero «Alfonso XIII» y los cazatorpederos «Terror» y «Furor» en el puerto de Barcelona

(de fotografías de D. Félix Laureano)

EL CRUCERO «ALFONSO XIII»

Y LOS CAZATORPEDEROS «TERROR» Y «FUROR»

Si la marina de guerra es necesaria á todas las naciones, su necesidad sube de punto cuando se trata de una nación como la nuestra que, además de una extensa línea de costas, posee grandes y ricas colonias situadas en apartados mares, que la madre patria tiene forzosamente que amparar y defender. Y si en estas colonias, como en las nuestras por desgracia sucede, hay gérmenes separatistas que en momentos dados enarbolan la bandera de la rebelión, es preciso que la marina sea debidamente atendida á fin de que en tales momentos cuente con medios bastantes para realizar la importante misión que le está encomendada.

Por causas que no hemos de exponer y razones que no podemos discutir, la marina de guerra española no contaba con el número y calidad de buques que los modernos tiempos exigen, así es que cuando estalló la insurrección cubana húbose de ver la deficiencia de nuestras fuerzas navales y fué preciso adquirir á toda prisa nuevos barcos y apresurar la terminación de los que se estaban construyendo en nuestros arsenales.

Entre los nuevos buques con que cuenta la armada española desde hace poco, figuran los tres cuyas reproducciones publicamos en la página anterior.

El crucero de primera clase *Alfonso XIII* ha sido construído conforme á los últimos adelantos de la ingeniería naval, y está dotado de las piezas de artillería más perfeccionadas, que hacen de él un poderoso elemento de combate. Sus máquinas han salido de los acreditados talleres de la Maquinista Terrestre y Marítima, de Barcelona.

Los cazatorpederos *Terror* y *Furor* han sido construídos por la casa Thompson, de Glasgow: tienen cada uno de ellos 67 metros de eslora, seis de manga y 3'96 de puntal, desplazan 380 toneladas y su andar es de 29 millas. Su armamento consiste en dos ametralladoras de 14 milímetros, sistema Maxim-Nordenfeldt, situadas una á proa y otra á popa, dos más de seis milímetros y del mismo sistema, situadas á ambos lados del buque y dos cañones automáticos Maxim de 37 milímetros colocados á babor y á estribor. Llevan además dos tubos lanzatorpedos del sistema Schwartzkov.



EL GENERAL STEWART S. WOODFORD
nuevo ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en España

Cuantos por el porvenir de España se interesan han de ver con satisfacción este movimiento impulsivo que se da á nuestra marina de guerra, y han de desear que por este camino se continúe á fin de que nuestro poderío naval sea lo que debe ser y de que nuestro brillante cuerpo de la Armada cuente con todos los elementos á que le da derecho su gloriosa historia.

Las tres fotografías de donde están sacados los grabados que reproducimos no han sido facilitados por el acreditado fotógrafo de esta ciudad D. Félix Laureano.

* * *

EL GENERAL STEWART S. WOODFORD

nuevo ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en España

El general Woodford nació en Nueva York en 1835 de una antigua familia puritana residente en Connecticut: dos de sus antecesores distinguiéronse en las guerras contra los indios, su bisabuelo sirvió en las filas revolucionarias durante la guerra de la independencia y su abuelo en la de 1812. Hizo sus estudios en Columbia, y graduado en 1854 fué admitido en 1857 en el foro de Nueva York. Al estallar la guerra civil en 1862 renunció al cargo de ayudante fiscal federal que en aquella ciudad desempeñaba y sentó plaza de soldado, ascendiendo tan rápidamente que en tres años llegó á coronel con el título de brigadier general. En 1865 volvió al foro, declinando en aquel mismo año el nombramiento de juez, pero al año siguiente fué elegido por el partido republicano teniente gobernador de aquel Estado. En 1868 renunció también su nombramiento para el Congreso, obteniendo en 1870 el de gobernador. En 1872 fué delegado de la Convención que eligió á Grant, y en 1877 fué *attorney* del distrito del Sur en Nueva York. En 1882 abandonó la política para dedicarse exclusivamente al ejercicio de la abogacía, entrando á formar parte de la importante razón social Arnoux, Ritch y Woodford abogados.

El general Woodford es republicano y está completamente identificado con el gobierno de Mac Kinley y tiene fama de orador elocuente. El hecho de haber sido designado para el cargo de ministro plenipotenciario en España en circunstancias tan difíciles como las actuales, demuestra el altísimo concepto que sus dotes merecen al gobierno americano.



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. - Manila. - Artillería rodada, morteros y piezas de montaña formados en el campo de Bagambayán, para la revista que pasó el general Polavieja

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVI — Barcelona 9 de agosto de 1897 — Núm. 815



FLORISTA VALENCIANA, cuadro de Joaquín Agrassot (Exposición Robira)

ADVERTENCIA

Estando para terminarse la encuadernación del primer tomo de *Don Quijote de la Mancha*, reproducción en facsímile de la segunda edición impresa en 1608, tenemos el gusto de anunciar á nuestros lectores que con uno de los próximos números repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** este volumen de tan importante obra, que no hemos podido repartir antes, como era nuestro deseo, por las muchas dificultades que entraña un trabajo de la índole de éste, si la reproducción ha de resultar digna de una edición tan interesante como aquella del inmortal libro de Cervantes.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CABOS SUELTOS

Seguramente que la prensa es gentil invención, y el humilde obrero y la persona alejada de los grandes centros sabe hoy más noticias en una hora que nuestros abuelos en un año; pero tiene la prensa un defecto gravísimo; es como el famoso reloj de Burgos: apunta y no da. Escribe todos los días el primer acto de un drama, y jamás quiere ofrecer á los conmovidos espectadores el desenlace; inicia en alta y resonante voz una historia que interesa, y en lo mejor la trunca; su canción no se acaba; su relato tiene cabeza y le faltan los pies. Haced la observación y reconoceréis que es muy exacta. Jamás os dirá la prensa cómo terminan los lances que nos refiere, con los cuales pica nuestra curiosidad, para dejarnos, al fin y á la postre, con un palmo de narices.

Que se ha caído de un andamio un albañil y le han llevado al hospital con pocas esperanzas de vida. – Hétenos ya compadecidos y deseosos de saber si esas pocas esperanzas se convirtieron en realidades; y nos gustaría mucho que un suelto á los ocho días nos enterase de la entrada en convalecencia del desventurado albañil. – Pues ese suelto no aparecerá jamás: toda la vida nuestro corazón compasivo ignorará la suerte final del pobre diablo. – Que ha sido desbalijada una casa y se sigue la pista á los ladrones. – Despidámonos, hasta el valle de Josafat, de esa pista: nunca la encontraremos. – Que se ha fugado un cajero, que se ha evaporado una pareja amorosa, que se ha arrojado de un quinto piso una muchacha desesperada y romancesca, que aparece envenenado un vejete, que se ha sacado de un pozo un fragmento de pierna y la mitad de un costillar humano... – Apuesto lo que no tengo á que jamás llegaré á averiguar, por medio de la prensa se entiende, si se descubrió la guarida del cajero y se recobró lo *filtrado;* dónde se encuentra el arrulladero de la pareja amorosa, y si el lance acabó en la iglesia; por qué la precipitada del quinto piso adoptó resolución tan radical; quién le dió al anciano el jicarazo, y de quién era aquella pierna mutilada... – El periódico, que lanza el primer día la noticia con estrépito, con los redobles correspondientes á los sucesos extraordinarios, al segundo ya sólo le consagra diez renglones, distraídos y fríos; al tercero dos líneas casi ininteligibles, y al cuarto lo ha relegado al cajón de los expedientes muertos, y trompetea con furia otro evento cualquiera – guerra, desfalco, inundación ó parricidio, – olvidado á su vez á la vuelta de media semana. Yo creo que de esta inconstancia, de esta caza de la noticia repentina, incompleta y confusa como una charada casi siempre, se origina esa impresión de esterilidad y de vacío que deja en el ánimo la lectura de las secciones noticieras y de la parte estrictamente consagrada á la actualidad en los periódicos. Una inmensa fatiga nace de esa incoherente amalgama de noticias sin antecedentes ni consiguientes, sin ilación ni clave. Por eso hay quien todavía prefiere el artículo político y quien busca como una golosina la sección literaria. En lo político sí que se enlazan los sucesos y se mira una cuestión por todos sus aspectos y se discurre sutilmente acerca de los móviles de las acciones más insignificantes; y en la literaria, el escritor que cuenta un cuento se cree en el caso de decir *en qué paró;* si en boda, si en entierro... A lo menos esta ventaja tenemos los cuentistas – historiadores al modo lírico, en tono menor, pero historiadores. – La historia, en el noticierismo, es un picadillo: *disjecta membra*, que dijo el profano: y nuestro interés y nuestra emoción se pierden en el vacío, y nuestra curiosidad, sinapismo perpetuo, sigue estimulándonos, y la picazón no se nos quita nunca. ¡De cuántas historias, que la prensa había iniciado y dejado colgadas, á estilo de la cabeza sangrienta del folletín, he buscado yo las huellas en referencias particulares, como se busca el segundo tomo de una novela después de que la casualidad nos hace devorar el primero!

Facilísimo es cerciorarse de este procedimiento en la prensa. Fijaos en los dramas que ahora mismo ruedan por las columnas de todos los diarios. Hay un joven que aparece muerto al pie de las tapias de la quinta de su padre: sobre la conducta de este joven, sobre sus antecedentes, sobre la persona del asesino, todas son conjeturas, comentarios, revelaciones contradictorias. Sin embargo, nuestro instinto parece que nos dicta una hipótesis; para fundarla, necesitaríamos que la prensa, que dispone de tantos medios de investigación, nos trazase, con la precisa puntualidad del coleccionista de *documentos humanos*, la biografía del joven Ricardo Olivier, los orígenes de la escisión entre el malaventurado mozo y su padre, el carácter y antecedentes de éste – algo en fin que diese luz acerca de los motivos que pueden sugerir á todo un pueblo la suposición terrible y monstruosa de que un padre ha asesinado á su hijo. – Pero abro los diarios, y ya ha caído el peso del silencio sobre este espeluznante drama; ya no se consagran ni las dos líneas de despedida á la *muerte misteriosa.* Ahora empiezan las lentas actuaciones judiciales, y el misterio, en vez de esclarecerse, probablemente se obscurecerá más y más. A no ser que el acaso nos lleve á tropezar con alguna persona enterada, nunca volveremos ni á sospechar quién fué el que arrastró por las ropas el cadáver de Ricardo Olivier, con la espina dorsal fracturada y magulladas las sienes.

Hace pocos días era otro negro enigma el que nos proponía la letra de molde. En la bóveda de un edificio adherente á una iglesia habían aparecido docenas de cajas con restos humanos, de niños y de mayores; un cementerio clandestino en toda regla, ó mejor dicho – si no fuese algo irreverente la expresión, – una fábrica de conservas humanas, hedionda fábrica donde el sueño de la muerte se dormía en cajones desvencijados, entre el polvo y las telarañas de un desván. Un sacristán codicioso, indiferente, como por desgracia suelen serlo muchos de su profesión al respeto y al decoro del templo, traicionando la confianza que en él se había depositado, era quien traficaba de tan repugnante manera, recogiendo en secreto los cadáveres para hacinarlos en aquel sitio, donde al fin los denunció el hedor de la podredumbre. Esto, y la prisión del sacristán, es lo que de las noticias de la prensa hemos podido deducir. Después ya nada más se supo, y quedaron puestas en el magín de muchos lectores media docena de interrogaciones lo menos. ¿Con qué objeto se entregaban al sacristán esos cuerpos muertos, que según la prensa no presentan señales de violencia, huellas de heridas ó golpes? ¿Qué economía resulta de comprar tan extraño sepulcro, exponiéndose á todos los inconvenientes y riesgos de una causa, si no se trata de ocultar ningún crimen? ¿Pueden desaparecer en una ciudad treinta ó cuarenta personas, muchas de ellas adultas, sin que nadie sospeche nada, sin que la justicia se alarme? ¿Puede ponerse en libertad, como decían los diarios, al hombre en cuyas manos se encuentra un matute fúnebre de tal magnitud? ¿Cabe que ese contrabando permanezca oculto durante años, sin que el vecindario sospeche algo; sin que las desapariciones, el traslado de los cadáveres desde la casa mortuoria á la del sacristán enterrador, levante esos rumores que entre la gente del pueblo cunden lo mismo que la llama en la mies seca, y que, por lo lúgubre del asunto, tenían que ser en este caso doblemente graves, doblemente hondos, más difíciles de acallar y de extinguir?

Ni la más insignificante explicación de todos estos problemas he visto en ningún diario. La razón de un hecho tan inusitado y sospechoso como el del sacristán de Sevilla (creo recordar que de Sevilla era), me la he buscado yo, en la carestía de los entierros y en la antigua y tradicional afición de las gentes á ser sepultadas en las iglesias. Presumo que el sacristán ofrecía á sus parroquianos depositar los difuntos que le entregaban bajo las losas de la nave del templo. Esto era halagüeño para la familia, y más si el estipendio se reducía á dos ó tres duros, y se ahorraban mucho dinero y cien enojosas formalidades. Al pobre le cuesta relativamente carísimo el nacer, el casarse, el morirse; así es que evita casarse todo lo que puede, y morir, se muere porque no hay más remedio; pero como le dejasen, á buen seguro que ni en broma se muriese. Por donde el sacristán tenía una constante clientela, y depositaba á sus *parroquianos* en sitios de esos que jamás se registran, ni se visitan, y donde tal vez presumía que se quedasen sin dar guerra hasta el momento en que sonase la trompeta del Juicio final...

Hoy, lo que creo que preocupa más la atención del público, es la desaparición de un niño, á quien unos creen arrebatado para suprimirle ó secuestrarle, y otros para rodearle de toda clase de felicidades y bienes terrenales, encumbrándole á una posición muy alta. Ese condesito de nombre romancesco, Fernán González, antes jugando en pernetas con los pilluelos de la plaza de Vigo, y ahora reclinado en una berlina de ocho resortes – si es que no yace en el fondo del mar con una bala de grueso calibre al cuello, – constituye una de las novelas más interesantes que habrá escrito la gran novelista llamada *la realidad*, la cual se mete en el bolsillo, no digo yo á los Balzac y á los Walter Scott, pero también, en ocasiones, á los Ponson du Terrail y Dumas; á los de más descabellada y fértil fantasía, á los más fecundos en sorpresas, complicaciones, aventuras y lances inverosímiles.

Apostaré, sin embargo, que con todo el *clavo* que tiene la novela de Fernán González, pasados los primeros momentos la prensa cesará de agitarla, y sólo por casualidad sabremos acaso, dentro de diez ó de doce años, si los vivimos, en qué quedó. ¿Se acuerdan ustedes de una boda que dió que imprimir en ambos mundos, en todos los idiomas conocidos; que hizo jugar el telégrafo, que puso en movimiento á las agencias, que revistió los caracteres de un acontecimiento internacional, aunque en el fondo se redujese á una intriga de amor asaz baladí? ¿Se acuerdan ustedes de doña Mercedes Martínez Campos y el señor Mielvaque? Después de tanto ruido, verdad que sería agradable leer alguna vez tres renglones que dijesen, verbigracia: «Aquel matrimonio que nos ocupó durante un mes ó mes y medio, reside ahora en tal parte, tiene un chico y dos chicas, y se encuentra bien de salud.» Pues nada: no he vuelto á ver impreso el nombre de esa pareja. Cuando censuran á los novelistas que dejan en la obscuridad la suerte ulterior de sus héroes, deberían hacerse cargo de que así queda la de los personajes «de carne y hueso» en la vida real.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

Los ceros representan un papel importante en la combinación de cifras; también las nulidades lo representan en el conjunto de la sociedad humana.

* * *

Los reyes tuvieron antiguamente á su lado los bufones, es decir, hombres que podían decirles la verdad, pero sólo como diversión.

* * *

La mayor felicidad que en mi concepto ha sido concedida al hombre es el sol, y no me explico que hombres que viven bajo un cielo azul y luminoso se muestren en las cuestiones políticas y sociales tan descontentos como los que habitan en países donde predominan las nubes y la niebla.

* * *

Las ciencias naturales no excluyen la creencia en Dios, porque por mucho que se estudie y explore la naturaleza desde todos los puntos de vista, siempre queda en definitiva un misterio enigmático por resolver y por explicar: el del Creador.

* * *

En Rusia vivo, en Alemania pienso, en Francia gozo, en Italia, España y Suiza admiro, en Inglaterra, Holanda y Bélgica trabajo, en América comercio y en todas partes amo.

* * *

Comer y alimentarse son dos cosas idénticas que, sin embargo, en el lenguaje corriente se diferencian: el rico come, el pobre se alimenta.

ANTONIO RUBINSTEIN

EL PRINCIPE DE BISMARCK

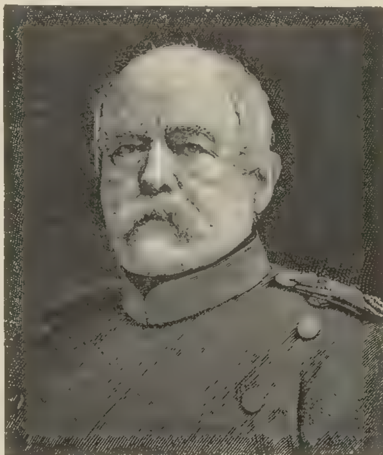
El solitario de Friedrichsruh, que *puso en la silla á la Germania,* conduciéndola hacia el sol, figura aún hoy en el primer plano de la escena universal, preguntando el mundo á cada ocasión: «¿Qué piensa el príncipe de Bismarck?»

A pesar de la dimisión á que le forzaba el nieto del emperador Guillermo I el 18 de marzo de 1890, el ermitaño del Sachsenwald, que por sus inclinaciones patriarcales y su naturaleza enérgica recuerda á Oliverio Cromwell, asemejándose por su temperamento irascible, por su esencia tan genial como juvenil, por su inclinación de retirarse del ruido del mundo y por sus victorias á Aquiles, el príncipe de Bismarck continúa siendo el señor de los pensamientos, el ídolo, el héroe favorito del pueblo alemán, y lo será mientras haya gratitud en los corazones alemanes por el creador de su unidad, por el que en pro de la patria sugirió su voluntad á Guillermo I, aunque Guillermo II trate de rebajar el mérito de Bismarck, llamando al director de la política alemana el instrumento de la regia voluntad. No y mil veces no: Bismarck era mucho más que un allegado del rey, aunque por motivos tácticos ó cortesanos se denominaba con frecuencia su vasallo fiel. Guillermo I no creía en su estrella y necesitaba en el otoño de 1862 de una personalidad tal que Bismarck, que le levantara al sentirse inclinado á la abdicación.

Guillermo I es el hombre bondadoso y modesto, el carácter sencillo y cándido en que nada había de transformar la inmortal fuerza creadora de la fantasía popular, y tal que era pasaba á la tradición, obteniendo ya en vida una gloria legendaria que no tendrán ni Diderico de Berna, ni Carlomagno. Si Guillermo I no es el grande, como le denomina su nieto Guillermo II, es el emperador caballero, el señor fiel sin falsedad alguna.

La amistad que existía entre el emperador y su Gran Canciller es sin segunda en la Historia.

Nadie ha seguido con mayor firmeza las buenas tradiciones de su familia que Bismarck, y su vida demuestra que la tradición constituye la fuerza del pueblo germánico, pareciéndose al áloe, que produce



El príncipe de Bismarck

siempre flores encantadoras. En medio de los escollos del tiempo, Bismarck tenía siempre fija la mirada en el único faro, el cual es el trono y la patria. Mientras que Moltke, cuya figura era flexible como una buena espada, y cuyo rostro tan fino tenía en sus surcos las huellas de continuo trabajo intelectual, infundía admiración y respeto, Bismarck inspira, no sólo respeto, sino asombro y miedo. Nos figuramos estar ante un armario lúcido, ante una colección de armas peregrinas, no sabiendo qué arma debemos tomar, pues ignoramos cuál está cargada. Unas veces se hace un estruendo ya al más mínimo contacto; otras veces podemos contemplar tranquilamente y sin miedo alguno aquel organismo extraordinario.

Produce admiración y hasta asombro á los mismos diplomáticos, y aun á los reyes y emperadores, la sin igual franqueza con la cual Bismarck expone, y siempre expone oportunamente, sus más íntimas ideas, sus más grandiosas concepciones, sus más atrevidas conclusiones. Aquel ingenio satírico que produce la tierra arenosa de la Marca de Brandemburgo desde que Voltaire la habitó y desde que Lessing se desarrolló allí, se encuentra también en Bismarck.

Tiene gracia lo que decía en Viena á un poeta alemán, el Sr. Dingelstedt, que arregló á la escena alemana el drama *Enrique VI,* de Shakespeare: «Tiene usted razón, decía el canciller alemán, en haber suprimido en su drama de usted á mi colega el canciller; hay tanta gente en la corte, que se puede carecer fácilmente del canciller.»

¿Pero quién hubiera imaginado que llegaría día en que un sucesor de Guillermo I suprimiese al príncipe de los estadistas?

Los biógrafos de Bismarck nos damos la enhorabuena por el riquísimo material que nos proporciona el Sr. Horst Kohl en los *Anales bismarckianos*, que no titubearemos en llamar un monumento más duradero que mármol y bronce, y el doctor Mauricio Busch en su publicación *El Conde de Bismarck y su gente*, que contiene lo que pudieran llamarse *discursos de mesa* del conde y de sus comensales los miembros de su estado mayor diplomático, durante la guerra franco-alemana. En aquellos discursos que se deben al impulso del momento y que tienen, lo mismo que los discursos parlamentarios del entonces conde y después príncipe, rasgos



El príncipe de Bismarck en el castillo de Friedrichsruh (de fotografía instantánea de Hans Breuer, de Hamburgo)

propios del folletín; en aquellos discursos que – perdónesenos la frase – *están empedrados* de anécdotas y de recuerdos en que el canciller no fué sino diplomático en embrión, hombre de Estado en agraz; en aquellos cáusticos juicios críticos sobre sus contemporáneos, en aquellas efusiones de su sentimiento, se refleja el carácter de Bismarck de la manera más fiel, ofreciéndonos el cronista de aquellas tertulias al Bismarck más puro y más genuino. Es como si viésemos un retrato cumplido de Bismarck como particular, formando los rasgos del cuadro una mezcla singular de melancolía propia de todos los grandes hombres de la historia, de agudeza, de profundidad del ánimo, de orgullo ante los hombres y de humildad ante Dios. Al caracterizar á otros, el estadista se caracteriza aún más francamente á sí propio. ¡Cuánto pudieran aprender en sus discursos, no sólo los neófitos en política y los diplomáticos en estado de crisálida, sino también los que tienen experiencia del mundo!

No hay nada teatral, nada artificial en los discursos del canciller que revele aquel rasgo eminentemente positivo de los naturalistas de nuestra época que se fijan en las relaciones reales.

¡Cuán características para Bismarck son estas palabras que pronunció el 28 de septiembre de 1870 en el palacio de Ferrières: «Yo no comprendo cómo sin la fe en una religión revelada, en Dios que quiere lo bueno, en un Juez supremo y en una vida futura, se pueda vivir de una manera ordenada, cumpliendo con su deber y dejando lo suyo á cada cual. Si dejase de ser cristiano, no quedaría yo ni una hora más en mi puesto. Si no confiase en mi Dios, ciertamente no haría caso de ningún señor de la tierra. ¿Por qué debo trabajar sin descanso en este mundo, exponiéndome á sinsabores de todo género, si no me penetro del sentimiento de que por Dios tengo que cumplir con mi deber? Si no creyese en un orden divino que haya destinado á la nación alemana para algo bueno y grande, hubiera luego renunciado al oficio de diplomático, ó no lo hubiera empezado. A mí no me seducen las condecoraciones ni los títulos. La constancia de que he hecho prueba durante diez años continuos contra todo género de absurdos, la debo solamente á mi fe resuelta é inquebrantable. Si no fuese un creyente cristiano, si no tuviese la base peregrina de la religión, no hubieran visto ustedes tal canciller de la Confederación. Mostradme un sucesor que tenga aquella base, y yo me retiraré de buena gana. Pero estoy en medio de paganos. Diciendo eso no quiero yo hacer prosélitos, pero tengo necesidad de confesar mi fe. Quien me quita esto me quita mi patria.»

Había una cosa en Bismarck mucho más poderosa que el amor á la gloria, y es el amor á la patria; había una cosa en él mucho más poderosa que el estímulo del aplauso, y es el estímulo del deber. Bismarck sabía por las luces de su inteligencia y por la historia que un Parlamento podría ser el coronamiento de la unidad alemana, pero que la base había de ser una fuerte monarquía, la firme voluntad del rey. La varonil palabra de Bismarck hirió, no sólo abajo, sino también arriba. Si hay mudanzas en sus opiniones, el mismo Bismarck las explica con estas modestas palabras: «¿He aprendido algo?» Las mudanzas son las del árbol que está creciendo. Bismarck, que fué un hidalgo de la Marca, el adalid más esforzado de la aristocracia prusiana, ha aprendido á ser un verdadero alemán.

Antes de 1866 el pueblo alemán le odiaba. Después de 1866 el pueblo le admira; después de 1870 el pueblo le ama, y desde su abdicación le adora, le idolatra.

Se ha dicho que no hay ningún grande hombre para su ayuda de cámara. Al contrario, Bismarck, para quien le conozca en sus relaciones más familiares, en vez de descender de su altura, hace acrecentar la admiración y conquista las simpatías. En sus cartas, escritas desde Francfort, Viena, Pesth, Copenhague, Berlín, Amsterdam, San Petersburgo y Koenigsberg, hace sonar ese cascabel argentino que los franceses llaman *esprit*.

Los mayores enemigos de nuestro Bismarck son el insomnio y los nervios. Podría escribirse un capítulo entero, un capítulo humorístico, sobre los nervios de Bismarck. Por la irritación y la rabia de sus nervios, el referendario Bismarck se despidió de la carrera de la administración prusiana; después irritáronse los nervios bismarckianos, aquellos nervios tan sensibles y autocráticos, en la dieta prusiana cuando se hablaba de libertad y de Constitución; pero gracias al curso del tiempo y á la corriente de las ideas, sus nervios se acostumbraban á todo, al constitucionalismo y á las elecciones directas.

Antes de su advenimiento al poder Bismarck nos presentaba el cuadro olímpico de un hombre valiente en la plenitud de la salud y de prepotente virilidad; pero desde ahora tiene que luchar con indisposiciones físicas de todo género. Su médico y su providencia eran su esposa; su medicina y el encanto de su vida eran la selva. Ya se desvaneció su rica cabellera, reemplazada por aquellos famosos y sutiles *tres cabellos*, que ostenta su retrato en los dibujos humorísticos del *Kladderadatsch* y de otros periódicos festivos.

Hoy, después de haber tenido la amargura inmensa de perder á su esposa amantísima, su querida Juana, se llama á sí propio un *inválido de la guerra*.

En 1863 escribía: «Veo un bienhechor en cada persona que trata de derribarme del ministerio.» Y el 12 de julio de 1865 escribió á su hermana desde Carlsbad: «La rueda continúa haciendo su camino día por día, y se me figura que soy yo el caballo cansado que está arrastrado por ella, sin que avance de su sitio.»

El emperador Guillermo II habrá sido, pues, el bienhechor de Bismarck al dimitirlo en marzo de 1890, dejándole salir para su modesto castillo de Friedrichsruh, donde no tiene por amiga sino la historia universal, á que pertenece desde hace años, rodeando ya el alma del pueblo al heroico anciano con la aureola de la leyenda, anticipando su juicio á los siglos.

Nuestro pueblo se regocija con él al verlo volver á su hogar después de hazañas inmortales, fumando su pipa larga, no queriendo pertenecer sino al pueblo, pues á éste pertenecemos todos y asimismo el rey de Prusia. Conoce todos los árboles de su frondoso Sachsenwald y les profesa un afecto singular, así como á sus perros.

Bismarck es el hombre providencial soñado por el poeta Manuel Goibel cuando decía: «¡Oh, destino, danos un hombre, un hombre! ¿Qué nos importa el ingenio de los periodistas, el tiriteo bien rimado de los vates desde las arenas del mar del Norte hasta el Brenner? Necesitamos sólo un hombre, un nieto de los Nibelungos, para que con su mano y su pierna de hierro dirija al tiempo, ese corcel enloquecido.»

Ahora el anciano del Sachsenwald, los ojos serenos bajo la frente majestuosa, envuelto en capa larga, nos parece el Odhin de la mitología germánica. ¡Con qué vehemencia había de conmover al Olimpo y al Aqueronte, y qué de veces tenía que agitar el martillo de Jhor para construir el Imperio alemán!

Al conmemorar el 1.º de abril de 1895 el 80.º cumpleaños de Bismarck, hemos saludado al genio de la Historia. Debía de alcanzar la edad de Matusalén, si pudiese beber la cerveza y el vino que le han enviado sus admiradores, y con las cantidades de comestibles enviadas á Friedichsruh se podrían mantener varios regimientos.

Desde hace años Asociaciones patrióticas, corporaciones y particulares, ruegan á Bismarck les envíe vástagos de su encinal del Sachsenwald.

Juan Fastenrath



Retrato del rey D. Alfonso XII, obra de Román Navarro
(Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1897)

LA TARTANA

Dando tumbo sobre tumbo, más bien que rodando por la empolvada carretera, la obscura tartana de bombeada cubierta y arrastrada por miserable cuartago, que en eso de dejar adivinar la osamenta á través de la piel da quince y raya al inmortal Rocinante, marcha á la sombra que extienden las rectas palmeras alineadas á uno y otro lado, y que dejan caer desde lo alto, como brillante y verde quitasol, sus anchas y puntiagudas hojas.

Sentado en el pescante y con las piernas colgadas hacia fuera, el tartanero, al hombro la rayada y obscura manta y en la cabeza anudado el típico pañuelo, canturrea á media voz la resobada copla:

Chiquetas, si voleu vindre
al olivar de m' aguela...

De vez en cuando interrúmpese en su canción, hace restallar como de mala gana y con indolencia musulmana de verdad el nudoso látigo, y al sentirlo sobre sus orejas el jamelgo, pega un bote, hace vacilar un punto á la tartana y arranca en un trotecillo corto y desigual hasta que de nuevo vuelve á acortar la marcha y á hacer soltar un mal sonante vocablo al hombre.

Allá, á lo lejos, al final de la recta carretera, descúbrese la hermosa ciudad del Turia con sus terrazas y sus torres, con sus puertas y sus flores; á la derecha las pintorescas *masías*, las empalizadas de juncos y de cañas y el río con sus inmensos puentes y



GUERRA DE FILIPINAS. – PROVINCIA DE CAVITE. – SEGUNDA LÍNEA DE TRINCHERAS QUE DEFENDÍA EL PUENTE DEL ZAPOTE Y CAMINO QUE DESDE ÉSTE COMUNICA CON EL PUEBLO DE LAS PIÑAS (de fotografía)



GUERRA DE FILIPINAS. – PROVINCIA DE CAVITE. – IMUS. – SITIO DENOMINADO DE BANCAL EN EL CAMINO QUE CONDUCE Á DASMARIÑAS (de fotografía)



TRIBU DE ASCHANTIS EN BARCELONA. – El jefe de la tribu y algunos de sus súbditos (de fotografía de Xatart)

su corriente escasa; á la izquierda largas filas de naranjos, interrumpidas acá y allá por los bruñidos carriles de la vía férrea, ó por los obscuros macizos del alto cáñamo.

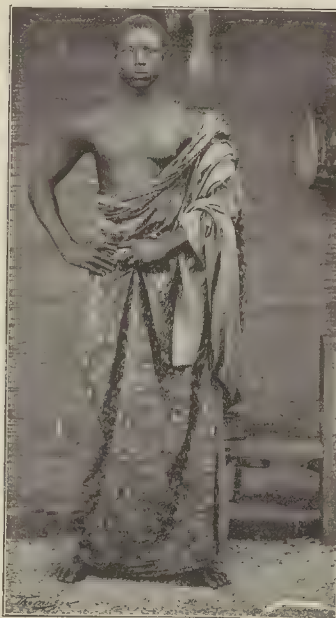
Detrás se queda el puerto del Grao, sorprendido en un momento de exaltación artística por el incomparable Suste, el desdichado marinista, perdido para el arte mucho antes que para el mundo. Allá se queda con sus casetas pintarrajeadas y sus banderines en la playa, con sus barcazas y sus vapores, con sus tabernas y sus paseos...

Al pasar por debajo de las palmeras, la tartana se sintió acariciada por un rayo de sol que hurgando por entre las verdes y lanceoladas hojas, deslizóse furtivamente por la trasera ventanilla del carricoche, poniendo de repente al descubierto y mostrando á la luz todo su interior y su pobreza.

Detiénese primero en los asientos rellenos de reseca y podrida paja que se muestra desvergonzada por entre los desgarrones y las puntadas de los mal cosidos remiendos; sube y sube, y párase á contemplar la tela, desteñida por el sol y por el uso, que cubre los cuatro planos del carruaje, una tela que en otros tiempos fué de colores claros y chillones, pero en la cual hoy el azul del fondo aparece casi blanco y el rojo de los ramos y las flores obscuro y ceniciento; asciende luego á la bombeada y negra cubierta, que tiene todo el aspecto y traza de la tapa de una tumba, y se complace en examinar los manchones que la brea dejó al retocar su color desteñido por el sol ó por el agua, y las poco cuidadas costuras de los remiendos de la impermeable tela, para salir luego, después de su breve y detenido examen,



Mujer aschanti con su hijo (de fotografía de Xatart)



Joven aschanti (de fotografía de Xatart)



Mujer aschanti machacando patatas (de fotografía de Xatart)



NIÑOS ASCHANTIS EN LA ESCUELA (de fotografía de Xatart)

por la ventanilla delantera, buscando de nuevo el aire libre y escapándose alegremente para reunirse con sus otros compañeros y recrearse en otros espectáculos mucho más gratos y hermosos que le brinda el paisaje valenciano.

Cuando el tartanero se encuentra al paso alguna *chiqueta* de falda clara que deja ver la media azul y la garganta de un pie bullidor y coquetón, se desata en una serie de jaculatorias, alabanzas y piropos, que no cesan hasta perderla de vista, y que no las corta



EL MAESTRO DE ESCUELA (de fotografía de Xatart)

sino la interjección brusca y malsonante á la que acompaña el restallido del látigo azuzando á la cabalgadura.

Y vuelta luego á la indolencia musulmana, y vuelta á dejarse llevar mejor que guiar la tartana, mientras repite por milésima vez la canción

Chiquetas, si voleu vindre...

MANUEL AMOR MEILÁN

UNA TRIBU DE ASCHANTIS EN BARCELONA

Desde hace algunos días el público barcelonés puede admirar un espectáculo en extremo pintoresco, curioso é instructivo: la exhibición de una tribu de aschantis que ha sentado sus reales en un solar de la Ronda de la Universidad. El espacio no resulta muy grande para el objeto á que ha sido destinado, y por su situación y su carácter carece de árboles, de accidentes de terreno, en suma, de todos esos elementos que pudiéramos llamar decorativos y que tanto contribuyen á aumentar los atractivos de esta clase de exhibiciones. Y sin embargo, la mano hábil de una dirección inteligente ha sabido sacar tal partido del local, que la gente apenas nota aquellas deficiencias y la ilusión resulta poco menos que completa.

A lo largo de dos de los lados del solar extiéndense dos líneas de barracas, dormitorios y talleres, y en el centro levántanse, además del destinado á cocinas, cuatro cobertizos en los cuales lucen sus habilidades los aschantis de ambos sexos y de todas edades.

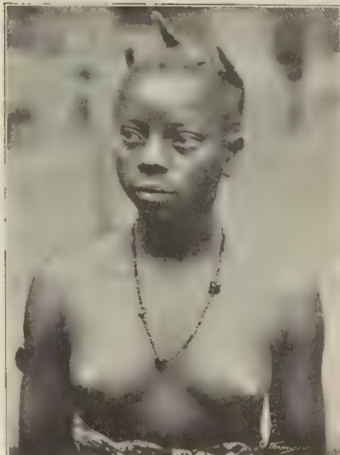
Compónese la tribu de 150 individuos, y en todos ellos, así en los hombres como en las mujeres, lo mismo en los adultos que en los chiquillos, admíranse la elegancia y esbeltez de sus figuras y el hermoso color bronceado de su limpia piel. En sus rostros se adivina una gran viveza, sus ojos son inteligentes y expresivos y sus actitudes resultan verdaderamente artísticas. Muéstranse en extremo corteses con el público, agradecen con expresivos ademanes cualquier atención de que se les hace objeto, y los padres demuestran con cariñosas manifestaciones su reconocimiento á los que acarician á sus chiquitines. Estos, por su parte, aun los más pequeños, muéstranse sumamente sociables y admiten, no sólo sin protesta, sino con verdadero agrado, las caricias que los visitantes les prodigan, cosa tanto más sorprendente cuanto que por decirlo así no les dejan aquéllos un momento de reposo.

Algunos de ellos, por ejemplo las familias del jefe, del segundo jefe, del maestro de escuela y varios otros, revelan una cultura y una educación muy superiores á las que muchos esperaban encontrar en individuos de un pueblo de tal procedencia.

Los niños de ambos sexos leen y escriben correctamente en caracteres europeos, y dirigidos por su maestro entonan algunas canciones con afinación perfecta.

En resumen, los que van á visitar á los aschantis, creyendo encontrarse con gentes poco menos que en estado salvaje, quédanse agradablemente sorprendidos al observar en ellos cualidades que en vano se buscarían en ciertos puntos y hasta en comarcas de países civilizados.

En donde más se advierte el carácter de pueblos naturales que tienen los aschantis es en sus usos, costumbres, juegos y danzas. Su comida es por demás sencilla y el modo de prepararla en extremo rudimentario: compónese aquélla, además del pan, de una especie de tortas de patatas y harina de maíz que se machacan en un gran almirez y con una mano de mortero de un tamaño colosal, y se comen mojadas en una salsa compuesta de varias legumbres. Las cocinas consisten en sencillos fogones de arcilla construídos en hilera debajo de uno de los cobertizos, y los utensilios para guisar son cacerolas, cubos,



MUCHACHA ASCHANTI (de fotografía de Xatart)

palanganas y otros objetos por el estilo. En la alimentación entra también, aunque como elemento muy secundario, la carne.

Las danzas y los cantos son de una sencillez verdaderamente primitiva; redúcense las primeras á movimientos lentos, por regla general, y extrañas contorsiones que las muchachas ejecutan con el cuerpo encorvado, y las segundas á unas melodías monótonas, tristes, á esas cadencias características de la música de los pueblos negros. Unas y otros se acompañan con tambores y calabazas que, como es natural, no tienen más objeto que el de marcar el compás.

La industria está representada por cerrajeros que forjan especialmente puntas de flecha y de azagaya, ebanistas que confeccionan bastones de ébano, joyeros que labran sortijas y otros objetos de plata y oro, grabadores que ejecutan bonitas labores en calabazas y tejedores que en rudimentarios telares fabrican tiras de elegantes dibujos y brillantes colores. Hay además un taller de lavado y planchado que corre á cargo de tres aschantis del sexo feo, los cuales desempeñan su cometido con la misma perfección que nuestras más hábiles lavanderas y planchadoras.

Hombres, mujeres y niños envuelven sus cuerpos en holgados mantos que caen formando artísticos pliegues, dejando al descubierto los brazos y parte de las piernas y del pecho, pero el traje femenino no tiene todo el carácter que debiera tener y que tuvo en los primeros días de la exhibición, gracias á unas blusas de tela, confección y forma europeas, tan poco graciosas



LA DANZA DE LOS ASCHANTIS (de fotografía de Xatart)



Una fragua de gitanos en Granada, dibujo original de Isidoro Marín



Paisaje montañés, dibujo original de Mariano Pedrero



El camino de la aldea, cuadro de A. Vilar (Exposición Robira)



Amiguitos, cuadro de A. Mas y Fontdevila (Exposición Robira)



EL JEFE DE LA TRIBU ASCHANTI Y SU FAMILIA (de fotografía de Xatart)

como fuera de lugar con que ahora cubren sus bustos. Lo propio puede decirse del traje de los niños, á cuyos preciosos cuerpecitos tan bien sentaría una honesta desnudez. Los peinados de las mujeres son tan variados como caprichosos: las aschantis aparecen con el pelo recogido unas veces en forma de bola artísticamente redondeada, otras formando una especie de cuerno, otras partido en multitud de rayas y atado en trencitas ó nudos.

Al frente de la tribu está el jefe, á quien todos quieren y respetan, que alterna con sus súbditos, les trata afablemente y no se desdeña de trabajar con ellos: ostenta como distintivo un casquete de terciopelo encarnado bordado en oro, que en algunos ratos sustituye por una especie de solideo de finísima paja, y así él como su familia, compuesta de su esposa, de la princesa y de varios hijos, visten mejores ropas que los demás de la tribu y se adornan, ellas especialmente, con algunas valiosas joyas de oro. Entre éstas sobresalen varias peinetas que la esposa del cacique se coloca de modo que juntas forman una especie de corona.

Tal es, descrita á grandes rasgos, la tribu aschanti que actualmente se encuentra en nuestra ciudad, adonde la ha traído M. Gravier, especialista, por decirlo así, en esta clase de exhibiciones, á quien los individuos de aquélla profesan tanto cariño como respeto, y á quien los barceloneses debemos estar reconocidos por habernos ofrecido un espectáculo en extremo interesante y para nosotros completamente nuevo.

Dicha tribu procede del Africa occidental, su país forma parte del inmenso territorio de la Guinea, denominado Costa de Oro ó de los Esclavos, y constituye desde 1896 una posesión británica, unida á la colonia de Accra.

Las interesantes fotografías que publicamos han sido sacadas por el reputado fotógrafo de esta ciudad Sr. Xatart: innecesario creemos elogiarlas, porque á simple vista comprenderán nuestros lectores no sólo su perfección material sino que también el acierto y buen gusto que ha demostrado el artista en la elección y disposición de tipos y escenas para dar una idea completa de las condiciones físicas, de los usos y costumbres de los aschantis. – X.

NUESTROS GRABADOS

Florista valenciana, cuadro de Joaquín Agrassot (Exposición Robira). – Si Joaquín Agrassot no fuera ventajosamente conocido en el mundo del arte, el precioso cuadro que reproducimos bastaría para que se le reputara como inteligente artista: tales son las cualidades que se observan en la linda florista, transportada al lienzo de los encantadores verjeles de la ciudad del Turia. Artista de corazón y amante de su patria, ofrece al arte y al país que le vió nacer las mejores galas de su ingenio y de su rara habilidad y maestría. Nadie como él ha logrado dar cuerpo y forma á sus brillantes cuadros de costumbres valencianas, á esos tipos admirables que revelan, entre la delicadeza de su espíritu, la arrogancia de los moriscos y esa esplendidez y exuberante vegetación que convierte en continuado jardín la tierra valenciana, cual si la naturaleza se hubiera empeñado en embellecerse con los brillantes tonos de su luz y de su vegetación y con el encanto de sus mujeres.

El tipo que ha interpretado Agrassot es sin duda uno de tantos que abundan en aquella privilegiada región, y aunque real, descúbrese la experta mano del pintor, el esfuerzo del artista, que por medio de la delicada combinación de tonos y la elegancia del dibujo, avalora hasta lo que por sí reune condiciones de belleza.

Retrato del rey D. Alfonso XII, obra de Román Navarro.—Con justicia llamó la atención del público y de la crítica madrileños este retrato, que figuró en la última exposición de Bellas Artes celebrada en la corte. La obra del justamente reputado pintor de costumbres militares Sr. Navarro es notable por muchos conceptos: el retrato nos presenta á D. Alfonso XII en los últimos tiempos de su vida, cuando estaba ya minado por la terrible enfermedad que le llevó al sepulcro, y el artista ha sabido armonizar admirablemente en su rostro y en su actitud los primeros estragos que el mal causó en aquella naturaleza, con la energía y fuerza de ánimo de que hasta los postreros instantes dió pruebas el malogrado monarca. El caballo constituye un hermoso estudio del noble animal, digno de figurar al lado de los mejores que su autor ha producido y algunos de los cuales hemos publicado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. El bellísimo paisaje que le sirve de fondo completa el efecto de este cuadro, por cuya ejecución merece ser calurosamente felicitado el Sr. Navarro.

Guerra de Filipinas.—La segunda línea de trincheras que defendían el puente del Zapote consistía, lo propio que las que flanqueaban el camino y de las cuales nos ocupamos en el número anterior, en trincheras abiertas y aisladas que se adaptaban á los accidentes del terreno, como puede verse en el primero de los grabados que publicamos en la página 517. Detrás de un parapeto de cañas había un foso capaz de contener seis, ocho, diez ó más hombres, escondidos en el cual los rebeldes desafiaban los proyectiles de nuestra artillería, de los que sólo podían causarles daño, y eso no siempre, las granadas con espoleta de tiempo. En el segundo término del grabado se ve una trinchera construída únicamente de tierra, que á distancia se confundía con el terreno destinado á sementeras, que en la época del calor se agrieta apareciendo como formada por trozos casi regulares y sobrepuestos.

El segundo grabado de la citada página representa el sitio llamado Bancal en el camino de Dasmariñas, sitio en donde estaban fuertemente atrincherados los insurrectos. En Imus, en cuyo término radica el Bancal, y que pertenece en toda su jurisdicción á los padres Recoletos, hay un sistema de riegos tan perfecto, que aquella vastísima extensión de tierra resulta ser una de las haciendas más productoras del archipiélago.

Una fragua de gitanos, dibujo original de Isidoro Marín.—A semejanza de las obras de sus paisanos, distínguense los dibujos y cuadros de Isidoro Marín por su carácter marcadamente andaluz, ya que los asuntos que desarrolla son exacta reproducción de tipos y costumbres meridionales, rebosando en ellos la luz, gracia y brillantez de colorido que distingue á aquel privilegiado país, en donde el cielo y la tierra sonríen, puesto que como sonrisas deben considerarse las espléndidas galas de la naturaleza.

El dibujo que reproducimos es uno de tantos recuerdos de la legendaria ciudad morisca, que de modo tan simpático y agradable va dando á conocer el distinguido artista granadino, quien en esta producción, como observarán nuestros lectores, ha copiado con notable fidelidad uno de los cuadros que más interés despiertan al que por primera vez visita las afueras de Granada, en donde vive un pueblo aparte, original y digno siempre de estudio: los gitanos.

Paisaje montañés, dibujo original de Mariano Pedrero. – Cuando el duro cierzo sustituye en las comarcas del Norte de la península, en la estación otoñal, á las tibias brisas del estío, pierde la vegetación sus encantos y la región montañesa trueca sus esplendentes galas en tétricos y fríos atavíos. Las hermosas y verdes frondas despójanse de sus bellos matices, y las hojas, muertas primero y secas después, despréndense de los árboles, alfombrando prados y bosques. Sólo quedan los añosos y escuetos troncos faltos de vida, en espera de la estación primaveral, en que al retoñar la savia produzca nueva lozanía. Tal es el período que el distinguido artista Sr. Pedrero ha tratado de representar en el notable dibujo que figura en estas páginas, trasunto exacto de un hermoso paisaje de la provincia de Santander y digna pareja del titulado *Un vado*, que recientemente dimos á conocer á nuestros lectores.

El camino de la aldea, cuadro de A. Vilar (Exposición Robira). – El momento en que después de fatigosa jornada emprenden las dos campesinas el regreso al hogar, cargadas con su correspondiente haz de leña, ha sido el escogido por el discreto pintor Sr. Vilar para ejecutar la bonita composición que figura en estas páginas. El fangoso camino que recorren, cauce de seca riera, los álamos que la bordean y la hora han sido interpretados con suma habilidad, resultando un conjunto agradable y simpático que atrae y embelesa.

Bien merece el Sr. Vilar un aplauso, y no se lo escaseamos, convencidos de sus merecimientos, en la confianza de que ha de procurarnos nueva ocasión en que podamos ocuparnos de otras y más importantes producciones.

Amiguitos, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila (Exposición Robira). – Si el laureado pintor Sr. Mas y Fontdevila no hubiese dado repetidas y frecuentes pruebas de su maestría, sería el lienzo que reproducimos testimonio de sus aptitudes y cualidades. Mas como, por fortuna, el nombre de tan distinguido artista lleva consigo un elevado concepto, no precisa que llamemos la atención de nuestros lectores respecto de sus méritos, puesto que éstos los pregonan, á la vez que sus obras los triunfos alcanzados en las exposiciones y concursos.

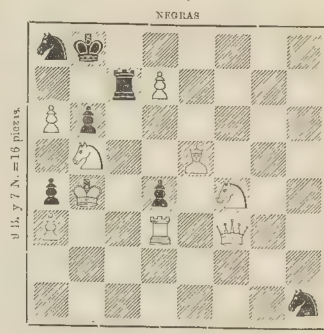
El lienzo cuya copia figura en este número ha de estimarse como una brillante manifestación, conforme lo demuestra la frescura de sus tintas, á la vez que un feliz resultado del consorcio que persigue el autor en todas sus obras entre la belleza y la realidad. El cuadro cautiva, especialmente por las figuras de los dos niños, que lo avaloran, haciéndolo más simpático y agradable.

Preparativos de pesca, cuadro de Dionisio Baixeras (Exposición Robira). – Con igual acierto cultiva Baixeras diversos géneros, habiendo logrado singularizarse en todos ellos, especialmente en los que se desarrollan asuntos ruralistas de las altas comarcas catalanas, ó en aquellos que tienen por objeto dar á conocer cuadros, escenas y tipos del litoral. A esta última clase de producciones corresponde el lienzo titulado *Preparativos de pesca*, verdadero trasunto del natural, en el que el artista ha podido asimilar de modo admirable cuanto sujeto á su observación recuerda la acción, la vida y el modo de ser de los pescadores de nuestras costas, siempre dignos de estudio y de atención.

Dionisio Baixeras es uno de los artistas que más cumplidamente ha logrado en el extranjero mantener, por medio de sus producciones, el buen nombre y las gloriosas tradiciones del arte patrio.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 81, POR PEDRO RIERA



Las blancas juegan y se hacen dar mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 80, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. T 4 A R	1. Cualquiera.
2. D mate.	



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE LA NOTABLE ESCRITORA ALEMANA EUGENIA MARLITT

(CONTINUACIÓN)

Una señorita de Gnadewitz, la propia hermana del señor que fué ajusticiado, quiso fundar aquel claustro, y se instaló en él con doce jóvenes á fin de rogar por el alma del que murió en el suplicio. Ricamente dotado, el monasterio prosperó durante largo tiempo. Después vino la Reforma; atravesó hasta aquel bosque solitario y remoto, y su soplo derribó una parte del edificio; los cerrojos y las puertas cayeron, y las religiosas debieron dispersarse. Después el tiempo consumó su obra, aplicando su inexorable mano en los muros seculares y destruyéndolos insensiblemente. El tejado se hundió; los árboles se habían estrechado, echando sus raíces hasta en el santuario, y todo lo que los humanos habían edificado hallábase reducido á un polvo tan impalpable como el de las religiosas que reposaban bajo sus piedras.

Todo... es demasiado decir: aún se elevaba sólidamente sobre su base una torre cuadrada desprovista de todo adorno; el nombre mismo del convento se había borrado de la memoria popular, y tan sólo se recordaba que el convento había sido habitado por monjas, por lo cual se daba á los restos del mismo el nombre de Torre de las Religiosas. El tejado, plano, estaba circuído de una barandilla de piedra, y se llegaba á él por una escalera construída en el interior de la torre, que desembocaba en una plataforma cuadrada bastante reducida. La vista de que desde la plataforma se disfrutaba era magnífica, prolongándose á lo lejos hasta la ciudad de L..., y la vieja torre debía seguramente á esta particularidad los cuidados que le permitieron sobrevivir al edificio de que formaba parte.

Aquel día en la antigua torre se habían hecho preparativos para adornarla: en sus cuatro ángulos destacábanse á guisa de penachos cuatro pinos jóvenes, y la balaustrada estaba guarnecida de una infinidad de banderolas, oriflamas y banderas que se agitaban alegremente, elevándose como otras tantas alas sobre las copas de los árboles. Desde el vetusto edificio, que existía hacía tantos siglos en una soledad salvaje, sin tener ningún punto de contacto con los árboles más próximos, se habían tendido, para enlazarlos con sus ramas, una infinidad de guirnaldas de flores y de follaje. Muy cerca de la torre, una tienda de campaña contenía considerable número de barriles pequeños y de botellas. Una linda joven, vistiendo traje de cantinera, estaba en el interior de la tienda dispuesta á servir á los convidados.

Isabel había salido del salón cogida del brazo del Sr. de Walde, silenciosamente y sin tener fuerza para contradecirle y demostrarle que hubiera deseado ser dispensada de asistir á la fiesta; su caballero se había expresado imperiosamente, y la joven pensó que la obediencia era más fácil que la oposición. Por otra parte, reflexionó que, bien mirado, el Sr. de Walde había intervenido por generosidad en aquella circunstancia tan delicada para su amor propio, y toda reclamación ó todo disgusto expresado por ella habría revestido fácilmente un carácter de ingratitud que no podía manifestar hacia él.

Detrás de Isabel bajaban todos los convidados; los vestidos de seda de las damas rozaban la barandilla de la escalera, y las carcajadas resonaban bajo la bóveda del vestíbulo. Así siguieron al Sr. de Walde hasta la puerta principal del castillo, formando un largo cortejo que se desarrollaba detrás del dueño de la casa; pero cuando todos hubieron salido fuera, cada cual se echó á andar á su antojo por los diferentes senderos que conducían á través del bosque hasta la Torre de las Religiosas. Muchas damas, cuidadosas de resguardar su traje, eligieron el camino principal; en cuanto al Sr. de Walde, sin duda no sospechó que su joven compañera hubiera de guardar tantas precauciones para su vestido de muselina blanca, planchado por ella, pues de lo contrario no habría elegido el angosto y solitario sendero por donde penetró resueltamente.

– Este sendero suele estar muy húmedo, dijo Isabel, aventurándose á expresar una censura indirecta respecto á la vía que su compañero había elegido, y aparentemente mucho más dispuesta á retroceder que á seguir adelante.

Tal vez no pensaba en su vestido, que se haría jirones, quedando éstos pendientes en los espinos de la orilla del sendero; ni tampoco en su calzado, nada propio, por lo fino, para pisar un suelo húmedo; pero contemplaba pensativa aquel camino solitario que debía recorrer del brazo de su acompañante, esperando oir al Sr. de Walde interpelarla con la impaciencia y el tono imperativo que había notado varias veces ya, entre otras cuando se halló sola con él.

– Hace largo tiempo que no ha llovido, contestó tranquilamente el Sr. de Walde; vea usted las grietas del terreno.

Y siguió adelante, desviando una rama que había rozado á Isabel.

– Tomando este sendero, añadió, acortamos el trayecto y tendremos la ventaja de llegar un poco antes al edificio donde mi familia ha querido celebrar el trigésimo sexto aniversario de mi nacimiento. ¿Teme usted quizás encontrar á Linke en este angosto sendero?

Un temblor estremeció á la joven, haciéndole recordar el suicidio del asesino; mas no pudo resolverse á comunicar esta noticia al Sr. de Walde.

– Ya no le temo, contestó con gravedad.

– Seguramente ha abandonado esta comarca, y aunque así no fuera, debemos esperar que no será tan descortés que venga á perturbar las pacíficas y honradas diversiones de tantas personas reunidas para celebrar una fiesta y también para divertirse un poco. A propósito..., no debe haber pasado del todo inadvertido para usted que cada una de las personas que forman esa numerosa reunión ha tenido á bien dirigirme hoy una palabra de atención particular. Hasta la más joven é insignificante de las personitas que charlan allá en el camino se ha creído obligada á saludarme, pronunciando algunas palabras que, según he podido juzgar, parecían una especie de cumplido... ¿Le parece á usted que soy demasiado viejo para desearme á su vez algunos años de existencia?

– Creo que ese deseo se puede manifestar lo mismo á la juventud que á la edad madura, y hasta la vejez, pues ninguna de estas edades tiene el monopolio de la longevidad.

– ¡Pues bien! ¿Por qué no ha hecho usted como todo el mundo?.. ¿Por qué no ha querido acercarse á mí? Ayer me salvaba usted la vida, y hoy se muestra tan indiferente, que ni siquiera se toma la molestia de articular una frivolidad, de decirme, como todos los demás convidados: «¡Que Dios proteja á usted en lo futuro!»

– Usted mismo ha dicho *como todos los demás convidados*... Yo no formaba parte de los mismos, y de consiguiente, no podía colocarme entre aquellos que le daban sus felicitaciones.

Isabel enmudeció al punto, reconociendo por ciertos síntomas que la impaciencia se apoderaba de su compañero; el brazo en que apoyaba la mano se había estremecido...

– Sin embargo, estaba usted invitada, dijo el señor de Walde.

– Para divertir á los convidados.

– ¿Era esa modesta opinión la única causa á que se debió que rehusase hace poco mi compañía?

– Sí; mi determinación no concernía de ningún modo al compañero que la casualidad me había destinado.

– Con gran sentimiento mío, no puedo aceptar esa explicación tal como me la da... Usted debió observar desde luego que todos los hombres de la reunión – excepto yo – habían ofrecido ya su brazo á la dama que debían acompañar. También sabía usted que mi hermana se había reservado desde luego el brazo de Hollfeld, porque sabe mejor que ningún otro sostener su marcha vacilante... ¿Qué tiene usted que contestar á esto?

– Nada he visto ni sabido. Estaba muy turbada cuando entré en el salón para devolver ese rollo de papel, y también muy resuelta á entregarlo á quien correspondiera, pues ya me habían indicado ayer á qué hora debería retirarme una vez terminado el concierto. Ignoraba que después de éste debía haber una fiesta, y al consentir en tomar ese papel he cometido una indiscreción cuyo recuerdo me atormenta, y que no podré olvidar jamás ni perdonarme.

El Sr. de Walde se detuvo de pronto.

– ¡Míreme usted!, dijo con tono imperioso.

Isabel alzó los ojos, y aunque conoció que se ruborizaba, sostuvo tranquilamente la mirada que se fijó en ella iracunda al principio, pero que fué mitigándose poco á poco.

– No, no, murmuró el Sr. de Walde, con su voz más dulce, hablando consigo mismo, imposible ad-

mitir aquí la posibilidad de ese vicio despreciable que tiene por nombre «mentira...» ¡Y sin embargo, añadió con una singular entonación de voz y como si hubiera querido renegar de su propia debilidad, y sin embargo!.. ¿No la oí á usted decir un día que se necesitaba más valor para decir una mentira que para reconocer una falta?

– Es muy posible que lo haya dicho, porque lo creo así.

– ¡Ah! Eso es muy noble... Pero cuando una persona no quiere mancharse los labios con la mentira, tampoco debe mentir con los ojos. Conozco, sin embargo, en su vida de usted un momento en que se mostró muy diferente de lo que pensaba.

Isabel, resentida del giro que la conversación tomaba, quiso retirar la mano que apoyaba en el brazo del Sr. de Walde.

– ¡Oh, no, exclamó éste, reteniéndola con firmeza, no saldrá usted del paso tan fácilmente!.. Es preciso explicarse; usted aparentó la mayor indiferencia el día en que me permití arrojar á lo lejos el poético y dulce homenaje de mi primo; en una palabra, la rosa que tan delicadamente había ofrecido á usted.

– ¿Era preciso recogerla?

– Ciertamente, si era usted tan sincera como lo afirma.

Isabel comprendió entonces por qué su compañero había elegido aquel sendero solitario: quería que le confesase su pensamiento respecto al Sr. de Hollfeld. ¡No se había engañado! El Sr. de Walde, considerándose jefe de la familia, estaba inquieto por las ilusiones que ella hubiera podido formarse en el plan que tal vez se había trazado... ¡Ella, obscura burguesa, enamorada de la categoría y del nombre de un caballero! Por un rápido movimiento retiró la mano y retrocedió un paso.

– Debo confesar á usted, dijo con el tono más tranquilo que le fué posible, que en esta circunstancia no se ha engañado usted: si mi rostro expresaba indiferencia, no estaba en armonía con mi verdadero sentimiento.

– ¡Ah, ya lo ve usted!, exclamó el Sr. de Walde con un tono que expresaba su triunfo.

– Estaba más bien indignada.

– ¿Contra mí?

– Por lo pronto contra la inconveniente broma del Sr. de Hollfeld.

– Sin duda... la asustó á usted.

– No, me ofendió y me humilló. ¿Por qué se permitía conducirse de tal modo respecto á mí? ¡No puede ignorar que le aborrezco..., que me es odioso!

Isabel había augurado muy acertadamente el efecto que esta declaración tan explícita produciría; pero el efecto sobrepujó en mucho á lo que esperaba. Pareció que el Sr. de Walde se aliviaba de pronto de un peso inaguantable; un sentimiento de felicidad hizo brillar sus ojos, y disipó de repente la expresión sardónica y recelosa de sus facciones. Respiró profundamente, y sin pronunciar palabra volvió á coger la mano de Isabel; púsola de nuevo sobre su brazo, que temblaba, y echaron á andar silenciosos.

De improviso se detuvo otra vez.

– Estamos solos, dijo con acento increíblemente dulce y armonioso... Vea usted, solamente el cielo sobre nosotros, y ningún rostro importuno en torno nuestro; no puedo, ni quiero, perder la felicitación que me *debe* usted en este día... ¡Pronúnciela usted ahora, cuando nadie sino yo puede oirla!

Isabel, muy turbada, guardó silencio.

– Vamos... ¿No sabe usted cómo se dice?

– ¡Oh!, sí, contestó la joven, mientras una alegre sonrisa iluminaba sus facciones; es cosa en que estoy muy ejercitada... Mis padres, mi tío, Ernesto...

– Sin duda, interrumpió el Sr. de Walde, riéndose, cada cual de ellos tiene su cumpleaños, por el que usted les da afectuosamente su felicitación; pero usted me permitirá desear que la que á mí me dirija difiera un poco de todas esas. Así debe ser, pues yo no soy ni su padre ni el tío guardabosque, y no quiero tampoco en modo alguno que me equipare con el hermanito con quien juega tan complaciente. Conque felicíteme usted.

Isabel, sin embargo, continuó guardando silencio. ¿Qué podía decir? Hacía ya mucho tiempo que tenía los ojos bajos, no pudiendo sostener la mirada dolorosamente inquieta que espiaba sus impresiones.

– ¡Sigamos adelante!, dijo el Sr. de Walde, otra vez con su tono seco, después de haber esperado algunos segundos á que Isabel se decidiera á hablar. Esa exigencia es insensata por mi parte... ¿No sabía yo, por ventura, que, siempre dispuesta á dirigir una palabra de afectuosa bondad á cuanto existe, siempre está muda ó se mantiene en una rigurosa reserva cuando se trata de mí?

Isabel palideció al oir estas palabras, y detúvose involuntariamente.

– ¿Consiente usted?, preguntó el Sr. de Walde con más dulzura... ¿No? ¿No quiere usted hablar?, añadió, moviendo la cabeza, mientras Isabel, siempre muda, le miraba con aire suplicante... ¡Pues bien!, quiero hacerle una proposición; dictaré la felicitación que espero de usted, y usted la repetirá punto por punto.

Esta vez Isabel sonrió al fin é inclinó la cabeza afirmativamente.

– En primer lugar se da la mano al amigo á quien



- Aquí va mi mano..., dijo al fin Isabel

se felicita, continuó el Sr. de Walde, cogiendo la mano de la joven, y se le dice: «Usted ha sido hasta aquí un pobre hombre errante, desgraciado, y ya es tiempo de que las nubes se desvanezcan y de que un rayo de sol llegue hasta usted para hacerle renacer. Mi más sincero deseo es que este rayo de sol no vuelva á faltarle jamás, y aquí va mi mano, que es la prenda de una felicidad indecible.»

Hasta entonces Isabel había repetido dócilmente la lección que se la enseñaba, pero se detuvo en las últimas palabras, mientras el Sr. de Walde, cogiéndole la otra mano, exclamó:

– ¡Continúe usted, continúe usted!

– Aquí va mi mano..., dijo al fin Isabel.

– ¡Qué feliz casualidad la de encontrar á usted aquí, Sr. de Walde!, exclamó de repente Cornelia de Quittelsdorf desde el otro lado del tallar... Así tendré la gloria, llegando con usted, de ser recibida al son de una marcha triunfal, que debe anunciar su aparición.

El cambio que se produjo en el rostro del Sr. de Walde espantó á Isabel: en su frente pálida se marcó de pronto una gruesa vena azul; sus ojos despidieron relámpagos, y sus fosas nasales se dilataron; su pie golpeaba el suelo con cólera, y al mirar á Cornelia, que levantaba su vestido de crespón para atravesar entre los matorrales sin detrimento, parecía muy inclinado á enviarla al otro lado del tallar con menos precauciones de las que ella adoptaba para dirigirse hacia él. Esta vez no supo dominar sus impresiones con la calma soberana que todos le conocían, ó tal vez no quería esforzarse para ocultarlas, pues sus cejas se fruncieron al divisar al Sr. de Hollfeld detrás de la joven dama de honor. El Sr. de Walde cogió al punto del brazo á Isabel como si hubiera temido que se la arrebatasen.

– ¡Qué singular acogida nos hace usted!, exclamó la señorita de Quittelsdorf, saltando ligeramente hasta el centro del sendero. ¡Nos mira usted exactamente como si viera en nosotros bandidos que atacasen su vida, ó por lo menos que le pidieran la bolsa!

Sin contestar una palabra á esta interpelación, el Sr. de Walde se volvió hacia su primo.

– ¿Dónde está Elena?, preguntóle lacónicamente.

– Ha temido lo largo del trayecto, contestó el Sr. de Hollfeld, y se ha decidido á subir al coche.

– Me parece que no confiarás al anciano conde de Wildenau el cuidado de ayudar á Elena á bajar del carruaje; y no comprendo tampoco por qué has dejado un camino agradable y fácil para ir por este sendero perdido... Pocos pasos te bastarán para reunirte con Elena... No quiero ser importuno.

Y el Sr. de Walde, sonriendo con ironía, se apartó á un lado como para dejar paso al Sr. de Hollfeld y su compañera.

– ¿Y me atreveré á preguntar á mi vez por qué ha dejado usted mismo el camino agradable y fácil para ir por este sendero perdido?, dijo la señorita de Quittelsdorf, visiblemente resentida.

– Atrévase usted, señorita, atrévase usted. He dejado el camino para evitar habladurías de muchas lenguas femeninas que usted conoce y yo también.

– ¡Hum!.. ¿Y cree usted haber conseguido su objeto? Desengáñese usted, querido amigo, y renuncie á esa ilusión, halagüeña, pero falsa. Las lenguas de que usted habla trabajan tanto más cuanto menos se les da que hacer; y bien mirado, yo creo que no es muy cortés lo que usted acaba de decir, sin contar que, para ser día de su cumpleaños, parece estar muy sombrío y preocupado.

Mientras hablaba así la señorita de Quittelsdorf cogió el brazo de su compañero y le hizo avanzar; pero éste, por primera vez en su vida, parecía inclinado á desobedecer á su primo. Andaba lentamente, mirando á derecha é izquierda, examinando todos los árboles, sus raíces y sus ramas; y trabó conversación con Cornelia, tomando en ella tan vivo interés, que se detuvo de pronto varias veces para hablar más á su gusto.

El Sr. de Walde murmuró algunas palabras, cuyo sentido no pudo comprender Isabel; pero adivinó, por las miradas desdeñosas y hostiles que dirigía á su primo, hasta qué punto estaba irritado contra él. Ya no habló más á la joven, y ésta no se atrevía á levantar los ojos. ¿No hubiera reconocido cuán conmovida estaba por la felicitación que él había reclamado con tanta insistencia? No pudo ver, por lo tanto, que el rostro del Sr. de Walde había perdido la expresión que antes le transfiguró, sustituyéndola de nuevo la sombra melancólica que de ordinario velaba su mirada.

Un ligero toque de trompeta, que revelaba la impaciencia de los músicos encargados de acechar la llegada del héroe de la fiesta, indicó que estaba cerca la Torre de las Religiosas; muy pronto se oyó un rumor confuso, pero alegre, y al fin las ruidosas tocatas que saludaban al Sr. de Walde. Isabel retiró suavemente su brazo y perdióse entre las numerosas personas que formaban un vasto círculo alrededor del propietario de Lindhof. Una dama joven, vestida de driada y seguida de otras cuatro en traje de ninfas se adelantó hacia el Sr. de Walde y felicitóle en verso en nombre de las divinidades del bosque, que se consideraban felices al festejarle.

– Vamos, dijo la anciana dama de honor al conde de Wildenau, sentado junto á ella en un sillón que dominaba toda la escena; vamos, Walde ha sabido por lo menos separarse oportunamente de la Dulcinea que se le había impuesto. De fijo que jamás perdonará esta aventura á la baronesa ni á nuestra extravagante señorita Quittelsdorf, y no olvidará tampoco que su imprudencia le ha obligado á servir de caballero á esa personita. Hija mía, añadió, inclinándose hacia Elena, sentada á su derecha y que examinaba la reunión con mirada inquieta, puesto que su señor hermano se ha librado al fin de su carga, es preciso llamarle, tenerle cerca de usted y hacer todo lo posible para que olvide el penoso prefacio de la fiesta.

Elena inclinó la cabeza en señal de afirmación, mas apenas había escuchado y muy imperfectamente comprendido la proposición de la anciana señora; apoyábase melancólica en el respaldo del sillón destinado para ella, y sus mejillas estaban más pálidas que las rosas blancas del ramo prendido en su corsé.

Isabel había conseguido reunirse con el doctor Fels y su esposa, que la cogió al punto del brazo para estar segura de no separarse de ella entre la multitud.

– Quédese usted hasta el momento en que comiencen á bailar, contestó la señora Fels cuando Isabel le manifestó su deseo de retirarse de la reunión para volver á casa de sus padres. Comprendo muy bien que no se divierta usted aquí mucho; y en cuanto á nosotros, no tardaremos en retirarnos, pues confieso que no dejo de pensar en mis hijos, de los que estoy alejada por primera vez en su vida; pero ha sido necesario venir aquí, ó por lo menos mi esposo lo ha juzgado indispensable, á causa del Sr. de Walde. En su nombre también la invitó á no alejarse sin su con-

sentimiento; él no baila, y seguramente le devolverá su libertad apenas se comience á organizar el primer vals.

El grupo de hombres se separó en el momento en que la orquesta, colocada en lo alto de la torre, comenzó á tocar una marcha solemne. Cada cual eligió su puesto á la sombra, y entretanto las damas se dirigían á los aparadores para proveerse de los refrescos apetecidos por sus compañeros. No se habrá olvidado tal vez que, según los estatutos promulgados por la señorita de Quittelsdorf, cada señora debía cuidarse principal y únicamente del caballero que le había tocado en suerte.

El Sr. de Walde se paseaba, hablando con el presidente del Tribunal, y pasó así cerca del grupo en que imperaba la anciana dama de honor.

–¡Querido Walde!, exclamó ésta al verle, venga usted aquí, cerca de nosotros, pues le reservo el mejor sitio que pueda apetecer; venga usted á descansar sobre los laureles bien merecidos que le han prodigado hoy. Cierto que las damas están sujetas ahora por los deberes que deben llenar respecto á sus caballeros; pero ya encontraremos alguna ninfa que se apresurará á ofrecerle un helado ó una copa de vino de Champaña.

– La previsora bondad de usted me conmueve profundamente, señora, contestó el Sr. de Walde; mas no puedo suponer que la señorita Ferber, encargada del deber de velar por mí, sea tan poco complaciente que me abandone á la caridad pública.

Hablaba en voz alta, y volviéndose hacia Isabel, que estaba á pocos pasos. La joven, que había oído cada una de sus palabras, se puso en movimiento, cruzó valerosamente entre la multitud, y fué á colocarse á su lado como para probar que estaba resuelta á no sacrificar ningún deber. Su rostro expresaba una especie de alegre temor, y sus ojos encontraron la mirada conmovida que el Sr. de Walde fijaba en ella, sonriendo. Parecía haber olvidado completamente el sitio que la dama de honor le tenía reservado, puesto que después de inclinarse ante ella y las damas que la rodeaban, ofreció su brazo á Isabel y la condujo hasta una encina, al sitio mismo donde el doctor Fels acababa de instalarse con su esposa.

–¡Eso es ya demasiado!, exclamó la anciana baronesa de Falkenberg. Su espíritu de venganza le impulsa á traspasar todos los límites, añadió, dirigiéndose al conde de Wildenau y á las cinco driadas que la rodeaban..., quiere burlarse de todo el mundo y ridiculizar la fiesta, dispensando á esa joven una atención tan marcada. No tardaré en enojarme contra él... Nadie mejor que yo reconoce que en el fondo tiene motivo para estar furioso por la ocurrencia estúpida que le ha expuesto á tal percance; pero me parece que no debía dejarse llevar de su resentimiento, y que bien pudiera guardar algunas consideraciones á las personas que no son responsables de la contrariedad que le ha sido impuesta. No, no debía extremar tanto las cosas, y le diré cuál es mi modo de pensar sobre este punto... ¡Apuesto á que por fin de cuentas esa pequeña tonta se figura ser la heroína de la fiesta; que no echa de ver en modo alguno que Walde se burla de ella de una manera ultrajante, y que cree buenamente que todo eso lo hace por sus lindos ojos!

Las miradas de las amables driadas se fijaron con expresión hostil en Isabel, que había ido en busca de la cantinera y atravesaba entre la gente llevando una bandeja en la cual se veían algunos helados, copas y una botella de vino de Champaña. Soportó tranquilamente el fuego cruzado de las miradas de curiosidad ó de censura de que era blanco, y puso los refrescos sobre la mesa junto á la cual estaban sentados el Sr. de Walde, el doctor y su esposa.

– Todas las damas reunidas aquí, dijo la señora Fels, tienen verdaderos parterres de flores en la cabeza; la señorita Ferber no se ha puesto ni siquiera una rosa en su cabello, y no parece sino que es la Cenicienta del cuento. No puedo tolerarlo más tiempo.

Y desprendiendo dos magníficas rosas de su ramo, la señora Fels quiso fijarlas en el cabello de Isabel.

–¡Espere usted!, dijo tranquilamente el Sr. de Walde, reteniendo su mano, la flor de azahar sentaría mejor en ese cabello.

– Solamente la llevan las desposadas, dijo el doctor, sumamente sorprendido.

– Sin duda, repuso el Sr. de Walde, llenando su copa de vino de Champaña.

Y volviéndose hacia el doctor, añadió:

–¡Vamos, brinde usted conmigo, querido doctor! ¡Yo brindo por la felicidad de mi libertadora, *Isabel, la de los cabellos de oro*, de Gnadeck!

El doctor se estremeció, levantándose vivamente, y á esta señal todos los hombres se acercaron con la copa en la mano.

–¡Bien, señores, me alegro de que se acerquen!, exclamó el Sr. de Walde. Y puesto que están aquí, brinden conmigo por la realización de mi más ardiente deseo!

Un *hurra* estrepitoso despertó los ecos del bosque, mientras que las copas se entrechocaban alegremente.

–¡Escandaloso!.., exclamó la baronesa de Falkenberg, dejando caer sobre su plato el tenedor de que hacía uso para probar un poco de salmón ahumado, cuya excelencia había reconocido... Todo se hace ahí abajo como en una taberna de estudiantes... Estoy verdaderamente consternada... ¡Qué incesante clamoreo! ¡Y á nuestra presencia, sin respeto ni consideración á nosotras!.. A decir verdad, el populacho de L... tiene más gracia cuando aclama á su soberano. . A propósito, querida niña, añadió, volviéndose hacia Elena, observo con extremada sorpresa que su hermano parece tratar de igual á igual á ese doctor Fels ..



¡Yo brindo por la felicidad de mi libertadora, *Isabel, la de los cabellos de oro!*

– Aprecia en alto grado su carácter y su ciencia, contestó Elena.

– Todo esto está muy bien; pero no es una razón para familiarizarse con sus inferiores; y además hay una cosa que su señor hermano ignora sin duda... Es que ese doctor tiene muy mala nota en la corte; se ha querido nombrarle médico de nuestra princesa Catalina, y ha rehusado de la manera más inconveniente, diciendo que, como la princesa disfruta de una salud excelente, no necesitaba médico, y que á pesar de ser dicha plaza una prebenda, le impediría cuidar de sus verdaderos enfermos... En fin, ¡qué sé yo! Una infinidad de razones subversivas...

– Todo esto lo sabe mi hermano.

–¡Cómo! ¿Conoce esos detalles y tiene tan poco en cuenta la opinión de nuestra corte, que siempre le ha dado tantas pruebas de consideración? ¡Esto es increíble..., esto es incomprensible para mí! ¡Aseguro á usted, hija mía, que no me atreveré ya á levantar los ojos en presencia de Sus Altezas, por lo mucho que me contristará y humillará el remordimiento de haber estado en contacto, aunque sea indirecto, con ese hombre vulgar!

Elena, encogiéndose ligeramente de hombros, presentó á la dama una copa de Champaña á fin de cambiar la conversación, ó cuando menos para obtener una corta tregua En aquel momento experimentaba ese padecimiento profundo que se sufre algunas veces cuando es preciso escuchar, con la sonrisa en los labios, palabras frívolas que contrastan tan penosamente con los tormentos que se ocultan en el fondo del corazón. La baronesa, para quien una mirada benévola de su soberano valía más que todas las felicidades de la tierra, y que no fijaba nunca la menor atención en cuanto no se relacionaba estrechamente con sus intrigas de corte, con sus pretensiones y sus ambiciones microscópicas, era la única que no podía comprender el sufrimiento soportado por la señorita de Walde y que se revelaba en su rostro con harta elocuencia.

No solamente se había descuidado el Sr. de Hollfeld lo bastante para no estar junto á Elena en el momento de apearse ésta penosamente del carruaje, sino que ni siquiera le había dirigido la palabra, y al fin fué á sentarse junto á ella distraído y con expresión de mal humor. Sus facciones, examinadas de cerca, expresaban el trastorno mental, y la señorita de Walde, con la humildad propia de las almas verdaderamente afectuosas, atormentaba su ánimo y su corazón para descubrir la causa de aquella extraña conducta. En un principio, su mirada siguió con sordo enojo á la vivaracha Cornelia, que andaba de grupo en grupo, dejando oir á cada momento sus ruidosas carcajadas; pero muy pronto quedó tranquila por este lado, pues la mirada del Sr. de Hollfeld no se dirigió ni una sola vez hacia la joven dama de honor. Sus preguntas no obtuvieron ninguna contestación satisfactoria; mandó que la trajesen los más variados refrescos, y los puso ella misma delante de Hollfeld, pero éste no los tocó siquiera, y tan sólo quiso tomar algunas copas de un vino muy rancio que él mismo indicó á la joven cantinera. Al fin Elena adoptó el partido de guardar un silencio absoluto y cerró á medias los ojos... Nadie vió dos lágrimas suspendidas de sus pestañas.

Después del brindis que se había pronunciado y acogido tanto más ruidosamente cuanto que la iniciativa había partido del héroe de la fiesta, de ordinario tan frío y reservado, pareció que una sombra se extendía sobre aquella reunión, ó por lo menos tal fué la impresión de Isabel al ver al viejo Lorenzo deslizarse de árbol en árbol, tratando de llamar la atención de su amo. Al fin lo consiguió; el Sr. de Walde, levantándose vivamente, fué á reunirse con Lorenzo, y alejóse algunos pasos, mientras sus huéspedes volvían á ocupar sus puestos. Poco después volvió, pálido y abatido.

– He recibido una noticia terrible, dijo al doctor con voz ahogada; el Sr. de Harstwig, uno de mis mejores amigos, acaba de ser herido en una cacería, mortalmente según dicen... Tal vez no le queden más de veinticuatro horas de vida, y conociendo su estado me envía á buscar para confiarme los intereses de sus hijos, los cuales encomienda á mi protección; de modo que debo marchar inmediatamente. Dé usted cuenta de este suceso á la baronesa de Lessen, encargándole que cuide de que la fiesta no se interrumpa. Mi hermano y todos nuestros huéspedes deben creer que me han enviado á buscar para un asunto urgente, y que volveré dentro de una hora. Entretanto se organizará el baile y no se notará ya mi ausencia.

El doctor se alejó al punto para cumplir la comisión que el Sr. de Walde le diera para la baronesa; su mujer acababa de dirigirse al *buffet*, é Isabel quedó por lo tanto sola cerca del Sr. de Walde, que se aproximó á ella vivamente.

– Yo esperaba, dijo, que no nos separaríamos hoy sin que usted hubiese completado al fin la felicitación que yo solicitaba.. Héteme aquí otra vez como los peregrinos que no están seguros de alcanzar el objeto que se proponen á través de los obstáculos, de las penas y fatigas de toda especie... Me he de marchar; ésta es la única cosa cierta en el presente instante; mas usted puede aligerar sensiblemente el doloroso deber que voy á cumplir... ¿Recuerda usted las palabras que pronunció poco ha junto á mí?

– Yo no olvido fácilmente.

–¡Muy bien! He aquí por lo menos una frase que anima; conozco un cuento de hadas en el que una palabra, una sola, basta para adquirir tesoros maravillosos .. El fin de la felicitación que yo le dictaba tiene la misma virtud, y por lo tanto si usted quiere ayudarme, es preciso decir esas palabras.

–¿Cómo podré ayudar á usted á conquistar tesoros?



El Sr. de Walde fué á reunirse con Lorenzo, y alejóse algunos pasos...

– Eso es asunto mío. Yo le ruego formalmente que no oponga ninguna objeción, pues el tiempo urge. Le pregunto á usted, pues, si durante los días que estaré alejado de Turingia consentirá en conservar en su memoria el principio de la felicitación.

– Sí.

(Continuará)

UN VIAJE DE PLACER

dibujo de N. Escalien

En Alemania, en Suiza, en Inglaterra, en Italia y en otros países, en los viajes veraniegos de placer, entran por mucho las excursiones por los lagos y por los ríos. Preciosos vaporcitos transportan diariamente centenares de viajeros que desde la cubierta extasíanse ante los bellísimos paisajes que á su vista se desarrollan evocando recuerdos históricos ó pintorescos que aquellos lugares despiertan, mientras el barco surca las aguas de los lagos de los Cuatro Cantones, Lomond ó Como, ó del poético y legendario Rhin. El autor del dibujo adjunto, inspirándose en uno de estos viajes de recreo, ha trazado con hábil mano una graciosa pareja á bordo de uno de esos cómodos barcos, tal vez dos recién casados que realizan su excursión de boda, como parecen indicarlo por un lado la escasa atención que prestan á cuanto los rodea y por otro la expresión de alegría y de felicidad que brilla en sus semblantes.



UN VIAJE DE PLACER, dibujo de N. Escalien

EN EL CAFÉ DEL PARQUE DE BARCELONA

apunte del natural por Torres G.

Animado y pintoresco es el aspecto que en las horas del sol durante el invierno y al caer la tarde en los calurosos días de verano ofrece el café del Parque de Barcelona. En los grupos que junto á las mesitas se forman, tiene el observador materia abundante para estudiar tipos, caracteres y costumbres, y si no quiere descender á esas minucias, para recibir impresiones de conjunto, de esas que por sus notas de color y por su movimiento sirven al artista para producir un dibujo ó un lienzo lleno de verdad y de poesía, ó siquiera para tomar uno de esos apuntes en que brilla como cualidad primera la espontaneidad, reveladora del verdadero modo de ser del pintor ó dibujante. A este último género pertenece el apunte del joven Sr. Torres, quien aparece en él como excelente impresionista que ha sabido observar bien y reproducir con acertados toques y con firmeza de líneas el alegre espectáculo. El calificativo de apunte que el artista ha puesto á su obra indica que ésta es simplemente un boceto, una escena trasladada al papel mientras dura la impresión por la misma producida.



EN EL CAFÉ DEL PARQUE DE BARCELONA, apunte del natural por Torres G.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

EL PROCURADOR YERBABUENA (reverso de una medalla), por el *conde de las Navas*. – En extremo agradable resulta la lectura de esta novela de costumbres andaluzas, original del conde de las Navas, escritor bien conocido por sus notables trabajos literarios: el argumento interesa desde el primer capítulo, la acción se desarrolla con gran naturalidad y los tipos están perfectamente estudiados y admirablemente reproducidos. Unase á esto un estilo castizo y elegante, esmaltado de toques humorísticos de la mejor ley, y se comprenderá cuánto vale *El procurador Yerbabuena*. La novela, con bonitas ilustraciones de B. Gili y Roig, forma el tomo décimo de la Colección Elzevir Ilustrada que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Juan Gili y se vende á dos pesetas.

EL EJÉRCITO ESPAÑOL. – Se ha puesto á la venta el cuaderno 10 de esta colección que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Luis Tasso: contiene 16 bellísimas autotipias que reproducen escenas interesantes de la vida militar de los cuerpos de Marina de Guerra, Sanidad Militar y Guardia Civil.

REVISTA ILUSTRADA. – El último número de esta revista quincenal que se publica en Santiago de Chile contiene artículos y poesías de Jaime Brull, Gustavo Valledor, M. T. Podestá, G. García Hamilton y A. Daudet, y varios interesantes grabados.

LA AVICULTURA PRÁCTICA. – El último número de esta revista, órgano oficial de la Real Escuela de Avicultura de Arenys de Mar, contiene, entre otros, interesantes trabajos sobre la alimentación de las aves, la influencia de sexos en el acto de la generación, el plumaje de las gallinas y la orientación en las palomas mensajeras. Se suscribe en la Granja *Paraíso*, Arenys de Mar (Barcelona).

ANTISEPSIA INTESTINAL. MANERA DE REALIZARLA, por *K. Newman*. – Varias veces nos hemos ocupado con el elogio que merecen de los escritos científicos del Sr. Newman. El folleto suyo últimamente publicado en Santiago de Chile sobre la antisepsia intestinal, es un trabajo muy notable que fué presentado á la Sociedad Científica de Valparaíso y que ha sido impreso en la imprenta *Barcelona*, de Santiago de Chile.

PANORAMA NACIONAL. – Se ha publicado el cuaderno 27 de esta importante colección que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles: contiene interesantes vistas de Bilbao, Madrid, Pontevedra, Covadonga, Segovia, La Orotava, Burgos, Jerez de la Frontera, San Juan de Puerto Rico, Gijón y Barcelona y una gran vista panorámica de Santiago de Compostela. Véndese á 70 céntimos.

LA REVISTA CONTEMPORÁNEA. – El último número de esta importante revista madrileña inserta notables trabajos de Guillermo Hahn, Antolín López, Rodríguez Intilini, Policarpo Mingote, García Castañón, Antonio Frates, Lucas Mallada, Eduardo Rod, Jacinto Benavente y F. Bonhours y un bonito dibujo de A. Cortina.

ODAS DE ANACREONTE, traducidas al gallego por *Florencio Vaamonde*. – El distinguido poeta gallego Sr. Vaamonde, que ha publicado correctamente vertidas al gallego varias odas del gran vate griego, ha demostrado tanto gusto en la elección de las mismas como escrupulosidad en la traducción, reproduciendo fielmente en dulces y armoniosísimos versos los delicados conceptos en que Anacreonte canta el amor, la primavera, la vida apacible, las dulzuras de Baco y el desprecio de las riquezas. El libro ha sido impreso en la Coruña, en la imprenta y librería de Carré.

LA ILUSTRACIÓN YUCATECA. – Los últimos números de este semanario que se publica en Mérida (Yukatán) contienen, además de varios grabados, artículos y poesías de P. Contreras, R. Aldana, C. Baudelaire, N. Tahorda, A. Casañal Shakery, M. Reina, D. Moreno Cantón, J. Alayola, L. Rosado, N. Bolet Peraza, Ruben Dario, E. Roch, S. Díaz Mirón, el marqués de Castañeda, T. Gautier y otros.

QUIEBRAS, por *Alejandro Valdés Riesco*. – Hemos recibido el tomo primero de esta importante obra, en la que el distinguido jurisconsulto chileno Sr. Valdés Riesco estudia profundamente esta materia tan interesante de la legislación mercantil, comentando el artículo IV del Código de Comercio de Chile, concordándolo y comparándolo con diversos códigos extranjeros y completando su trabajo con la jurisprudencia de los tribunales desde que se puso en vigor aquel código hasta 1897. La obra que nos ocupa y cuyo primer tomo es un estudio completo de las quiebras en general, ha sido impresa en Santiago de Chile en el establecimiento poligráfico *Roma*, Bandera, 75.



Preparativos de pesca, cuadro de Dionisio Baixeras (Exposición Robira)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVI — Barcelona 16 de agosto de 1897 — Núm. 816



D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO,

† en Santa Agueda en 8 de los corrientes

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Período ahora de grandes trabajos por los descubrimientos. – Nansen y sus esfuerzos. – Andrée y su globo. – El telégrafo sin hilos de Marconi. – El combate y el trabajo. – Los trabajadores en edades prehistóricas. – Las dinastías de los industriales. – Necesidad de preferir la historia del trabajo creador á la historia del combate guerrero. – La electricidad y sus progresos. – Invenciones del aguardiente y del papel en la Edad media. – Loor á la industria. – Conclusión.

Asistimos hoy maravillados á los innumerables y grandiosos esfuerzos que se notan por todas partes para procurar al hombre un conocimiento profundo del universo y una soberanía cada día mayor sobre su planeta. El apellido Nansen, apellido propio del sublime navegante noruego, consagrado á buscar en hielos eternos, desiertos é inhabitables, una clave para los enigmas del Polo; ese apellido, ya inmortalizado y sobrepujando en popularidad al apellido de todos los guerreros y conquistadores presentes, demuestra cómo han las ideas históricas hoy cambiado, y cómo sentimos culto mayor hacia los triunfos del trabajo que hacia los triunfos del combate. Un millón de francos le reportó al argonauta de la ciencia el aplaudido volumen histórico en que narra, como Colón en su diario, las alternativas de sus esperanzas, los esfuerzos de sus puños, los rigores de sus sufrimientos, los pasos nuevos conocidos en las nieves cristalizadas como diamantes por la noche invernal que dura medio año. Tras el viaje revelador de Nansen tenemos el globo aerostático de Andrée, al Polo también destinado, y parecido en su forma y en su envoltura cilíndricas á un pez con alas, apercibido á volar y nadar entre los efluvios de océanos sin movimiento y de atmósferas sin luz. Y como si todos estos esfuerzos no fuesen bastantes para demostrar en qué términos prospera el hombre con su trabajo la ciencia de aplicaciones y prácticas que sirven al dominio del suelo terráqueo hecho un trono de nuestras plantas, experiméntase ahora con fortuna el telégrafo sin hilos, cuyos beneficios habrán de ser inmensos, pues permitirán comunicaciones libres entre individuos apartados que hoy necesitan de una red conductora inmóvil, y podrán evitar en el Océano con sus avisos los choques tremendos que hoy producen innumerables naufragios. Admiremos al trabajador y sus servicios, consideremos el trabajo y su historia.

El combate precede al trabajo. Los nombres de Nino, de Sesostris, de Nabucodonosor, se oyen más en las edades históricas que los nombres de aquellos bienhechores del género humano, por cuyos esfuerzos obtuvimos el imperio y dominación sobre la naturaleza y la materia, tan rebeldes á nuestra voluntad y pensamiento. Imaginaos enredado el hombre primitivo, en una existencia casi vegetativa, con las raíces del mundo inferior inorgánico; sin fuego á su disposición todavía; sin medio ninguno de forjar y machacar el hierro; vestido con los filamentos de los árboles que le procuran las lianas de los bosques gigantescos; armado de un hacha conseguida con rozamientos que han dado á las piedras toscas filo; en el seno de cavernas abiertas bajo las aguas y parecidas á la gruta por los castores cavada en sus rudimentarios instintos; forzado á comer, como las alimañas feroces, de la depredación feroz, á sus guerras eternales consiguiente; en una batalla sin término con los elementos airados y en una guerra sin tregua con todas las especies inferiores; imagináoslo así perdido en la naturaleza y apenas elevado un punto de las escalas animales; ayuntándose al acaso con su hembra; sin presentimiento siquiera de la posteridad, y decidme cuál gradería tendrá el trono de sus invenciones, cuando lo ha elevado desde semejantes miserias á eminencias donde ha cogido en su puño el rayo tonante, y prestado, así á su palabra como á su escritura, las tempestuosas alas del relámpago. La historia no ha recogido los nombres de los primeros inventores, ni los actos de las primeras invenciones, y los ha recogido la poética leyenda, según hánselos dado á conocer las consejas orales, cuyo sentido, al pasar de labio á labio, se modifica y altera. El nombre de Prometeo está mezclado á la invención de la llama del hogar, ó sea del etéreo elemento, cuya luz nos esclarece y cuyo calor nos anima. La sabida leyenda, personificada por Ceres, cuya hija, tan amada, tan bella, tan inocente, la diosa Proserpina, baja una parte del año al orco y asciende otra parte mejor al Olimpo, no enseña en el fondo sino que los hombres han encontrado el trigo, sujeto á pasar de las tenebrosidades del surco bajo los hielos del invierno al brote de sus espigas en los calores de la primavera. Y el episodio bíblico de Noé, por la ciencia moderna invenido, tal como se halla por los primeros capítulos del *Génesis*, en las leyendas orales de la Caldea, representa y significa la invención del vino.

Así cuantos quieran enterarse de lo que valen las grandes invenciones ó los inmortales descubridores en la tradición oral, no tienen más que dirigirse á cualquiera de los libros en que la tradición oral se fija y se formula. Por ejemplo, la historia de los Patriarcas, desde la creación hasta el diluvio, apenas abraza una media docena de capítulos en el *Génesis*. Y á pesar de su brevedad, narra las creaciones geológicas y las creaciones industriales. Dos genealogías, cuya raíz común está en Adán, se dividen, la una desde Caín y la otra desde Seth, bifurcándose luego en dos descendencias, ambas de inventores. La genealogía de Caín genera todos los grandes industriales hasta Tubal, en quien se inicia la edad verdadera del cobre; y la genealogía de Seth engendra los grandes agricultores hasta Noé mismo, en quien se inicia la edad verdadera del vino. Examinad la descendencia de Caín y veréis cómo revela en sus primeros representantes todos los progresos del trabajo, á cuyo término coronará la espiga el trigo, brillará entre los pámpanos la uva, y los frutales ceñiránse con guirnaldas de olorosas flores y copia de sabrosos frutos. Henoch, hijo de Caín, edifica un hogar. Jarai fija la tienda que llevaban en los hombros las tribus errantes, y trueca muchas especies bravas en domésticas. Tubal inventa las flautas, cuyos ecos acompañan el cántico de las aves y expiden las notas melodiosas del arte, amén de preparar, como Ceres, el hierro, y preparándolo, forjar el azadón que abre los hoyos y el arado que abre los surcos.

Entonces ya comienza el mundo, redimido por tales grandiosos esfuerzos del trabajo industrial, á entrar en las armonías del cultivo agrario. Y aparece la vida. No hay que dudarlo, ha dado importancia grande á la humanidad al descubrimiento del vino. Tras tantos siglos, después de haberse los cultos espiritualizado en la medida que ahora los vemos, aun bajo las bóvedas de nuestras catedrales consagradas al dios espíritu, el sacerdote ofrece ante los altares y sobre las aras libaciones de vino al cielo como la mejor de todas las ofrendas. Un dios ha tenido la clásica antigüedad para el vino; un dios llegado en peregrinación larguísima desde las Indias á la Grecia, seguido por turbas ebrias, artífice de las más dulces melodías, personificación de los placeres, verdadero tipo del exceso en la vida y de la plenitud en el ser. Indudablemente no fueron arios quienes descubrieron el vino. La invención de tal vivificante licor se debe al semita. Así la poesía hebraica y sus efusiones líricas encontraron una cantera de tropos en la vid, en el vástago de la vid ó sarmiento, en el pámpano verde por la primavera y purpúreo por la otoñada, en el polen de las viñas, en el racimo hermoso, en la benéfica vendimia, en el oliente lagar de donde rebosa el mosto. Pues todo esto no significa otra cosa á la verdad, sino que, así como la invención ó descubrimiento del fuego encontró sus resonancias en las tradiciones relativas á Prometeo, la invención ó descubrimiento del vino encontró sus resonancias en las tradiciones relativas á Baco y á Noé. Tal honda huella dejan en la humana memoria los inventores útiles.

¿Cuánto más no le importa hoy al hombre conocer quién halló el molino de harina, que conocer quién ganó la batalla de Arbelas? Como la costumbre de la imitación impera casi tanto entre los hombres cual entre los monos, un achaque, de antiguo contraído por los historiadores, ha compuesto la historia humana con espesa urdimbre de guerras y combates. Así los descubrimientos han quedado en la penumbra de los crepúsculos y los relatos de ellos han adquirido un carácter intermedio entre la historia y la fábula. Tal vez á esto débase la indiferencia con que los ha recibido el pueblo y la parquedad con que los ha contado la historia. Lo cierto es que, poniendo enfrente los volúmenes consagrados á la política y la guerra de los volúmenes consagrados al trabajo y á la industria, se queda uno pasmado y asombradísimo de la increíble desproporción. Aún la comprendo en edades que creían vil el trabajo manual y menospreciaban el tráfico, relegado á gentes de poco más ó menos, inhabilitados de hombrearse con hijosdalgo. Pero en la edad nuestra la edad por excelencia del trabajo y de la industria, mientras los nombres de los generales por doquier corren y se divulgan, el nombre de los descubridores cae con la mayor facilidad en triste olvido ingrato. Por un Galvani, por un Franklin, por un Daguerre, por un Edison, que han difundido entre todas las clases el renombre propio y han puesto á los descubrimientos el sello de sus apellidos, ¡qué número de olvidadas ó desconocidas glorias! Cuando vamos en ferrocarril, como en alas del viento, no tenemos un recuerdo para Wath, que aplicó el vapor al transporte, ni para los ingenieros que acabaron la primera línea de Liverpool á Manchester en 1830. Y mucho más de lo que sucede con el vapor sucede con el telégrafo. Se opera el milagro á vuestra vista, por unos hilillos de metal, que burlan los climas y los océanos; estáis como dioses á un mismo tiempo en todas partes, y sentís los afectos y las ideas del género humano cual si formarais con todos vuestros semejantes un solo cuerpo: sin embargo, nada sabéis del profesor de Gotinga Sichtemberg, el primero en aplicar la electricidad á la telegrafía; ni del industrioso Weatstone, el primero en establecer una línea telegráfica sobre Inglaterra; ni del inmortal Morse, más conocido entre la gente del oficio, entre los telegrafistas, que los anteriores, pero desconocido en el pueblo, no obstante haber obligado á la máquina eléctrica á escribir y casi hablar con sus campanillas de alarma: magos milagrosísimos y sobrenaturales, más que los buscadores de la piedra filosofal, pues han hallado riquezas incomparables al oro en los medios de centuplicar las fuerzas de nuestra especie y extender sobre la creación el imperio de nuestra inteligencia y la intensidad de nuestra vida.

Las gentes de lo porvenir no habrán de ser tan ingratas. Los primeros años del siglo crecerán en la memoria universal, no por esas victorias napoleónicas, en mil poemas divinizadas, no ciertamente; por otro mejor timbre, por esa pila de Volta donde la difusa electricidad se condensa, y que guarda en sus líquidos y en sus metales corrientes y fuerzas, como si fuera un reducido universo, un resumen de la química con que producen y conservan la vida los grandes agentes de la Naturaleza. Los pueblos cambiarán sus peregrinaciones de hoy por otras peregrinaciones en tiempos no lejanos. Y agradecidos á todos sus bienhechores, irán á ver, por ejemplo, el escollo cercano á Alejandría, conocido con la denominación de faros, por el cual se denominan faros también esos guías salvadores que muestran al navegante las costas y le excitan á luchar con las tormentas y á obtener las victorias del trabajo sobre la fuerza, sin las cuales victorias no tiene valor alguno la vida. En verdad que, para entender la importancia de los descubrimientos, se necesita cambiar por completo el sentido histórico y hasta el sentido poético. Si un día por la huerta de Játiva os paseáis, pocos sabrán deciros que allí se descubrió el papel de escribir á la moderna, tan diverso del papiro de unos y del pergamino de otros, cuyo empleo estaba reservado por su coste á los poderosos y á los magnates. Aquella tenue hoja, cayendo en todas las manos, sirve al progreso intelectual de nuestra especie. Los chinos, raza bien poco religiosa, casi han divinizado, y si no divinizado, inmortalizado al tercer emperador de la dinastía Tag por haber descubierto el papel. Mas todo el mundo sabe la inutilidad completa de las invenciones chinas para nosotros. Aislado este pueblo por su muralla, ha sentido nuestras mismas necesidades y las ha satisfecho de un modo parecido al nuestro; pero sus invenciones no se comunicaron al resto del Asia, ni á Europa.

Cuando en la Edad media se halló el aguardiente, creyeron todos que se había encontrado el elixir de la inmortalidad. Y hallado por el cordobés Abul Hasem en aquellos jardines cercanos á Córdoba, el tal médico mahometano comunicó su invento al sabio Arnaldo de Villanueva, su discípulo, y el sabio Arnaldo á otro discípulo suyo, no menos ilustre, Raimundo Lulio; y merced á las continuas comunicaciones de Cataluña y de Provenza con Italia, se dilató por Europa. El papel y el aguardiente, ¡cuán útiles! Y sin embargo, ¡cuán ignorada su historia! Pues igual ha sucedido con todo. El estruendo de las armas ciertamente se ha oído más que los golpes del azadón y del arado sobre la tierra. Y nunca nos hubiéramos enseñoreado del planeta sin esa red maravillosa de invenciones, que han contribuído á formarlo, como sus zonas geológicas, sus irradiaciones sucesivas, su enfriamiento gradual, sus terrenos sobrepuestos y todo lo de más que nos ha enseñado la historia natural de nuestro globo. ¡Loor eterno al trabajador y al industrial! Hagamos una religión del trabajo y de la industria.

San Sebastián, 7 de agosto de 1897.

SARAH BERNHARDT

SARAH BERNHARDT

Para glorificar á la que es justamente tenida por reina del teatro francés contemporáneo, se le ocurrió, no ha mucho, á un comité de ilustres escritores nada menos que obsequiarla con un almuerzo en el «Gran Hotel» de París. ¡La genial artista, que ha vivido siempre en guerra con lo rutinario y lo vulgar, condenada á una apoteosis de mesa redonda en ese hotel donde la flor y nata de la cursilería universal celebra sus fiestas, precedidas del mismo *menú* y seguidas de las mismas indigestiones!

Cierto es que el almuerzo fué amenizado con un himno compuesto *ad hoc*, en vez de serlo con valses de Metra y polcas de Farback, y que para facilitar la digestión se hacinó á los comensales en el exiguo teatro de la Renaissance, donde la gran actriz representó las escenas más culminantes de su repertorio y fué coronada por varios académicos, previa lectura de composiciones más ó menos poéticas.

Así y todo, dudamos que con semejante fiesta haya aumentado la gloria de Sarah Bernhardt Las glorificaciones, tan conmovedoras cuando se tributan á muertos ilustres, ponen en tela de juicio el mérito de los vivos que las reciben. La artista incomparable que ha encarnado de un modo sublime las más bellas creaciones del teatro francés, no necesitaba esa apoteosis prematura para coronar su fama. Bastábale el éxito colosal obtenido en su última *creación*, que así puede llamarse la interpretación prodigiosa que ha hecho de ese *Lorenzaccio* de Alfredo de Musset, que parece personificar el alma libertina, sutil y terrible de la Florencia del siglo XVI.

Hasta ahora, nadie había creído que fuese representable esa obra vigorosa, compleja y desordenada que el poeta quiso, sin duda, apartar de todos los convencionalismos del arte dramático. Sarah ha acometido la empresa temeraria de darle vida escénica, interpretando con un arte maravilloso el papel de protagonista. Nunca la habíamos visto elevarse á tal altura. Jamás entusiasmó tanto al público con la espontaneidad de su genial inspiración. En ninguna otra obra había llevado á tal punto la prueba de que su gran talento se halla dotado del mágico poder de rejuvenecerse hasta el infinito. Ese papel de muchacho afeminado y escéptico, que bajo exterioridades de libertinaje ha conservado bastante virilidad para concebir y ejecutar el homicidio del tirano de su patria, es representado por Sarah Bernhardt con un relieve tan intenso, con una amplitud dramática tan verdadera, con una naturalidad tan desprovista de todo esfuerzo y artificio, que la belleza de la interpretación eclipsa á la belleza de la obra.

En este gran triunfo está el verdadero coronamiento de su fama; esta apoteosis del arte de la declamación es su mayor timbre de gloria, y este ruidoso éxito, más que la aparatosa fiesta del Gran Hotel, presta el interés de la actualidad á cuanto se relaciona con la célebre actriz, cuya accidentada vida artística reaparece en nuestra memoria como los cambiantes cuadros de un kalidoscopio.

Hace más de un cuarto de siglo que dos muchachas de extranjero porte fueron á sentarse en sillas de alquiler en el jardín del Palacio Real de París, donde tocaba una banda militar. La mayor tendría unos quince años y la otra habría cumplido apenas los catorce. Miraban con curiosidad á los transeuntes, cambiando observaciones con aire regocijado, cuando la mujer encargada del alquiler de las sillas se les acercó á pedirles el importe de las dos que ocupaban: cinco céntimos por persona.



SARAH BERNHARDT EN EL PAPEL DE GISMONDA (de una fotografía)

Las dos jóvenes, que no tenían siquiera un ochavo, le contestaron con una fresca carcajada. La mujer insistió y las otras la mandaron á paseo. Intervinieron el guardia y un agente de policía, que las llevaron á la prevención, donde dieron explicaciones.

Las dos muchachas llegaban de Amsterdam. Pertenecían á una buena familia holandesa, que habían abandonado para trasladarse á París, sin más recursos que un puñado de calderilla. A fin de burlar á la administración de la diligencia – aún había diligencias entonces – llenaron de leña un viejo mundo cuyo peso inspiró la mayor confianza. A su llegada, dejaron el mundo como gaje y echaron á andar, ligeras y aturdidas, por las calles de París, yendo á parar á los jardines del Palacio Real.

La más joven de aquellas dos fugitivas estaba á punto de ser madre, y efectivamente, dos meses después dió á luz á la primogénita de las once hermanas ó hermanos de la que había de ser Sarah Bernhardt. La precoz muchacha había heredado la fecundidad de la autora de sus días, que aumentó en dieciocho hijos la población holandesa. Era una familia de israelitas, en quienes los bohemios instintos de raza habían adquirido extraordinaria energía. Se dispersaron todos por las cuatro partes del mundo, de tal manera que Sarah no puede ir á ningún punto de Europa ó América sin encontrarse con algún *tío* ó con algún *primo*, en el sentido literal de la palabra.

En la familia, todas las mujeres se han distinguido por su belleza. La madre de nuestra protagonista fué célebre por las pasiones que inspiró á sus numerosos adoradores. Pero respetemos el sagrado de la vida privada. De ella únicamente es lícito recordar lo que explica el talento y el carácter de la singular artista, cuya semblanza nos hemos propuesto trazar.

Del padre de Sarah sólo se sabe que fué un cumplido caballero y que murió joven, en el seno de la Iglesia Católica, después de haber hecho bautizar á su hija.

La educación de ésta fué confiada á las monjas de un convento de Versalles, que la expulsaron cuatro veces por pecadillos infantiles, considerados allí como enormes faltas. Pero cada vez, las buenas madres cedieron á sus súplicas y á sus lágrimas y á ese atractivo inexplicable que la acompaña toda la vida.

Años después consiguió ver las notas que le habían aplicado en el convento. Una de ellas expresaba que no había nacido para las condiciones ordinarias de la vida social; que sería fatalmente ó una de las más vivas lumbreras de la piedad, ó una de las más terribles piedras de escándalo anatematizadas por la religión.

Cuando salió del convento cargada de coronas y pudo formular por primera vez sus aspiraciones, exclamó con tono de ardiente fe: «¡Quiero ser religiosa!» Y al observar que se la quedaban mirando con estupefacción, añadió: «A menos que no sea actriz.»

Entonces la pusieron en el Conservatorio. Para su examen de ingreso, su madre le había hecho aprender una fábula de La Fontaine. Pero apenas hubo recitado los dos primeros versos, fué interrumpida por Auber, que presidía el tribunal como director de la Escuela.

– Basta, pequeña; ven acá, le dijo.

Y Sarah se acercó á él con graciosa desenvoltura. Era una niña flacucha, de pobre aspecto; pero sus ojos tenían ese brillo de un verde límpido y profundo que caracteriza á las hijas del Norte. Toda su fisonomía respiraba inteligencia.

– ¿Te llamas Sarah?, le preguntó Auber.

– Sí, señor, contestó ella.

– ¿Eres judía?

– De nacimiento; pero he sido bautizada.

– Ha sido bautizada, señores, repitió el presidente á sus compañeros de tribunal. Ha recitado muy bien su fábula; hay que admitirla.

Y fué admitida. Entró en el Conservatorio y tuvo por profesores á Provost y á Samson, que han sido los mejores maestros de dicción de la escuela francesa. Salió con un premio y fué inmediatamente contratada por la Dirección del teatro nacional de la Comedia para el repertorio clásico.

Pero no hizo más que pasar por la *Casa de Molière*. Cuenta la historia que el director le aconsejó que no se obstinase en permanecer en un teatro donde

no la esperaba porvenir ninguno. Las crónicas refieren que Sarah rescindió el contrato á consecuencia de cierto bofetón, aplicado por su linda mano, tan ligera como su lengua, en la mejilla de una de las principales actrices de la casa.

De la Comedia Francesa pasó al Gymnase, donde su corta permanencia no dejó recuerdo alguno. Una noche en que había de trabajar como de costumbre, no se presentó en el teatro. Mandaron recado á su domicilio, donde nadie supo dar razón de ella. Llamáronla á los ecos de toda la vida parisiense; ninguno respondió. Los periódicos inventaron mil historias sobre aquella fuga. Unos la suponían camino de América, contratada con un sueldo fabuloso para una serie de representaciones; otros aseguraban haberla visto tomar para Bruselas el tren de los cajeros desfalcadores, y no faltaba quien asegurase que no había salido de París, donde se ocultaba en un nido de rosas.

Mientras tanto, la caprichosa artista viajaba por España de riguroso incógnito, dándose atracones de naranjas, que es, de las frutas no prohibidas, la que más le gusta.

A su regreso, ningún teatro serio se atrevía á contratarla. Era ya más célebre en París por sus excentricidades que por sus éxitos. Contaban que se había envenenado dos veces y que, á cada tentativa, había surgido á tiempo un salvador para administrarla un contraveneno oportuno. Estas habladurías, verdaderas ó falsas, al popularizar su nombre, echaron sobre ella como una sombra de descrédito.

Sintió la nostalgia de la escena y se contrató, bajo un nombre supuesto, para representar el papel de la princesa Deseada de la *Biche au Bois*, en el teatro de la Porte-Saint-Martin, y nadie reconoció en aquel papel de reina de magia á la que más tarde había de ser reina de *Ruy Blas*.

Deseosa de cultivar un arte más en armonía con sus facultades y su temperamento, se presentó en el Odeón, en cuya escena debutó á mediados de enero de 1867, en el papel de Armanda de las *Femmes savantes*, de Moliére. Pero su primer triunfo fué en el de Zacarías, el amigo dado por Racine á Joas en su *Athalia*. Se había anunciado como una solemnidad artística la *reprise* de esta tragedia con coros de Mendelssohn, y la concurrencia era escogida y numerosa. Los principales intérpretes eran Beauvallet y Taillade, la Agar y la Periga; sin embargo, los inteligentes sólo tuvieron ojos para aquel joven levita, que en el segundo acto venía á contar la visita inesperada de la horrible reina de Jerusalén. Aquella voz deliciosa y aquella dicción incomparable causaron la admiración del auditorio.

Durante cinco años Sarah trabajó en el Odeón, estrenando muchos papeles con varia fortuna. El primero que la reveló á las masas fué el de Ana Damby en el drama *Kean*, donde declamaba con una ternura inefable uno de aquellos parlamentos que el viejo Dumas se complacía en introducir en sus obras. Pero su primer gran triunfo fué el Zanetto del *Passant*, de Coppée. Su traje de trovador florentino dejaba á descubierto la delicada esbeltez de formas que hace dudar si nos hallamos en presencia de un muchacho ó de una mujer. ¡Con qué sensibilidad poética decía los versos de Coppée! Desde entonces no hubo función benéfica para la cual no se reclamase el concurso de Zanetto. Sarah se cansó de representar siempre el mismo papel. Afortunadamente para ella, la *reprise* del *Ruy Blas* vino á proporcionarle con el de reina de España uno de los triunfos más decisivos de su carrera artística y su vuelta al teatro de la Comedia Francesa. Pero esto último lastimó el amor propio de unos y avivó los celos de otros, por cuanto amenazaba mermar derechos adquiridos. En esas guerras sordas que se propagan de los bastidores á la platea, Sarah no observó quizá las estrictas leyes de la prudencia. Si antes había tenido la mano ligera, tuvo después la lengua pronta, sin medir el alcance de sus palabras. Esa nerviosa criatura que pisotea con alegría ó con rabia todas las convenciones sociales, había de poner en revolución la tranquila sociedad de actores de la calle de Richelieu.

Con tal motivo se establecieron entre el público dos corrientes, que dominaban por turno, según el mayor ó menor éxito alcanzado por la artista en sus representaciones. La contienda cesó ante el nuevo y decisivo triunfo de la genial actriz en el papel de Berta de Savigny, que le tocó representar en *La Sphinx*, de Octavio Feuillet. Poco á poco se disiparon las prevenciones que habían existido contra ella, y acabó por ser el ídolo del público que durante tanto tiempo la había escuchado con desconfianza.

No la seguiremos en sus excursiones artísticas por el Viejo y el Nuevo Mundo. El viaje resultaría muy fatigoso. En nuestro concepto, Sarah había llegado á la plenitud de sus facultades y al completo desarrollo de su genio cuando abandonó por última vez la Comedia Francesa.

En la *Tosca*, en *Fedora*, en los papeles que durante estos últimos quince años ha cortado Sardou sobre las facultades de Sarah Bernhardt, la eminente artista no ha estado á mayor ni á menor altura que en Berta de la *Hija de Rolando*, ó en doña Sol de *Hernani*. Ni los años, ni los embates de su agitada vida han hecho mella en sus hermosas facultades ni en su prodigioso temperamento. Sarah conserva incólume su incomparable dicción y ese aire de nobleza antigua que no abandona ni aun en las costumbres de la vida privada. Todos sus movimientos son armoniosos. Los largos pliegues de su vestido toman en torno de su cuerpo una gracia poética. Su voz es lánguida y tierna, y su declamación es de un ritmo y de una claridad tan perfectos, que el auditorio no pierde nunca una sílaba, aun cuando las palabras no brotan de sus labios sino como un suspiro ó una caricia. ¡Cómo sigue las ondulaciones de la frase sin quebrarla jamás! ¡Qué entonaciones tan delicadas y penetrantes da á ciertas palabras, que adquieren en sus labios un valor extraordinario!

Hemos dicho que de su vida privada no queremos recordar sino lo que explica su talento y su carácter. Sin embargo, no creemos que haya indiscreción en repetir algo de lo que es hace tiempo del dominio público y que completa el retrato de Sarah. ¿Quién no ha oído hablar del lúgubre capricho de tener en su cuarto un ataud donde se acostaba un rato cada día? ¿Quién no recuerda sus ensayos pictóricos y literarios, sus ascensiones en globo, su sorprendente casamiento con Damala y su ruidosa separación de este cómico de la legua, que la gran actriz había elevado súbitamente á la categoría de primer actor? Nadie ha olvidado su pleito con la Comedia Francesa, ni sus polémicas con María Colombier, ni las tremendas oscilaciones de su fortuna.

Pero en medio de todas sus excentricidades, de fatal explosión en su naturaleza de bohemia genial, ha conservado las maneras aristocráticas y la altivez propias de una soberana. Y Sarah no es sólo la reina de la dicción poética; es la musa de la poesía en persona.

Ruy Blas

CASTIGO DEL MAL HABLAR

(cuento de dos siglos ha)

I

Tenía tal labia el estudiante, con tal gracejo decía las cosas, y sobre todo, tan picante y subida de tonos era la historia que sin callar nombres propios había contado, que no era mucho que con un palmo de boca abierta le hubiera estado escuchando por espacio de una hora la no por cierto escasa concurrencia que la buena suerte del posadero había juntado aquella noche en la cocina del mesón.

Y eso que allí había de todo. Maleantes amigos con más conchas que tortuga; pícaros en quienes desde la primera ojeada se advertía cercano parentesco con los Guzmán de Alfarache, Lázaros de Tormes y Pablos de Segovia; tratantes en ganado caballar que daban tufo de cuatreros á cien leguas; estudiantes que no tenían de tales más que las raídas y sucias bayetas, y hasta unas cuantas mozas que de todo podían jurar menos de doncellas, haciendo razón con el jarro al picajoso salmorejo, ó esperando la hora de recogerse buscando encuentros con una baraja tan roída de puntos como marcada de pintas, se mezclaban y confundían con más de un soldado de esos que siempre están yendo, sin llegar nunca, al puerto de Cartagena en busca del galeón que ha de llevar un tercio á Dunkerque ú Ostende, con dos ó tres peregrinos de Santiago de Compostela más falsos y hechizos que la moneda con que pretendían pagar la costa, y hasta un autor de compañía que sin más séquito que la dama, dos galanes y el bobo, caminaba en chillona y desvencijada carreta con rumbo á dos ó tres lugarejos del contorno, donde había de representar los autos y pasos del Corpus.

Sin embargo, gente de más fuste y fundamento debía haber allí, puesto que en el zaguán de la posada se veía desatalajado un coche de camino que á tiro de arcabuz decía no ser de la pertenencia de ninguno de los personajes que componían el ilustre senado que llevamos dicho, como asimismo cuatro briosas mulas de tiro y un regalado alazán de silla que habían ocupado los mejores puestos de la cuadra, y tras de las cuales cinco sabrosas piezas se le iban los ojos, y con ellos el alma, á uno de los tratantes fondo en cuatrero, de que también queda he cho el debido mérito.

Y á eso era debido, á no dudar, el desusado empeño que ponía el posadero, redomado truhán, bastante peor bautizado que el vino que hacía pasar sus fementidas cenas, en que más temprano que de ordinario se recogieran sus huéspedes, que cuando despiertos, no guardaban todo el silencio y moderación que para su descanso necesitaban viajeros de calidad, molestados por las incomodidades de un largo camino.

No poco trabajo le costó realizar su empeño; pero de tan poderosas razones debió valerse, que antes de una hora, cogiendo cada cual su cabo de sebo ó su mortecina candelilla, se dió á buscar el cuchitril que la suerte le deparara para pasar la noche, y tan en silencio quedó la cocina del mesón, que ni los mismos cuadrilleros de la Santa, que eran los que mejor conocían el paño, hubieran dicho que allí se albergara otra cosa que personas que por su santidad podían servir de ejemplo de buenas costumbres.

II

El último en retirarse fué el estudiante hablador, que sin duda con barruntos de que algo digno de ser conocido se recataba y recluía en la casa, fingiendo no conocer bien el camino del pajar, que era todo el suntuoso camarín logrado para pasar la noche, tomó la escalera de uno de los corredores altos con ánimo de husmear el interior de cierta estancia cerrada á piedra y lodo desde las primeras horas.

Pero no tuvo necesidad de molestarse mucho. Sólo unos peldaños había subido, cuando tan de súbito se abrió la puerta, que el mozo, cogido en flagrante delito de curiosidad, hubiera deshecho de un salto lo adelantado, si el que salía, que aun á la dudosa luz de que se gozaba, dejaba descubrir un buen talle y una apostura no exenta de gallardía, no le hubiera dicho con acento en que lo cortés no disimulaba la inquietud:

– Deténgase al punto el seor bachiller, y no dé tanta ligereza á las piernas como hace un momento daba á la lengua, tomando en boca el nombre de personas que por su alcurnia debieran merecerle mayores respetos. Y dígole esto, añadió dulcificando la aspereza de su tono, no porque quiera, aunque con títulos para ello cuento, pedirle razón de sus indiscretos juicios, sino porque como de hombre de estudios he menester su consejo, y como de hidalgo y bien nacido, que así lo revelan los modos de vuesa merced, necesidad tengo de su ayuda en el mayor aprieto en que se vió galán enamorado, más atento á conseguir el logro de sus ansias, que no cauto y apercibido en buscar los medios de hacer su esposa legítimamente á la dama por quien sacrificaría gustoso una hacienda que no es por cierto escasa y una vida que se arriesgó más de una vez en servicio del rey más grande que conoció la tierra.

El estudiante, á quien si el título de bachiller había halagado no dejaba de desazonar el convencimiento de que sus palabras habían sido escuchadas por quien á no dudar no debieron ser oídas, recobró su aplomo con las postreras razones del desconocido, á quien contestó con una caballerosidad un tantico afectada y jactanciosa:

– Abrirme puede vuesa señoría su pecho con entera libertad, seguro de que esta mal traída loba y estos maltrechos estudiantiles arreos encubren á quien tan hidalga sangre lleva en las venas, que por favorecer y amparar á persona que con tanta nobleza le demanda ayuda, no habrá peligro que no afronte, ni temeraria empresa á que vuelva el rostro.

– Siendo así, le respondió su interlocutor, hágame vuesa merced la de entrar aquí, que ni me conviene ser visto de nadie, ni el negocio de que se trata admite dilaciones ni moratorias.

III

Del aposento, que se componía de dos piezas, no se veía más que una, quedando la otra cuidadosamente oculta tras una cortina de tela grosera. En la pieza ofreció el desconocido un taburete, que sillas no las había, á su improvisado huésped, y sin darle tiempo á hacer pregunta alguna comenzó:

– Con deciros que soy D. Lope de Figueredo, el rico mayorazgo de que no ha mucho hablabais, excuso entrar en grandes pormenores de una historia, que por lo visto conocéis á la perfección. Asuntos de familia, en que se trataba de la honra mal reparada de una hermana mía, me hicieron dejar la holgura de mi casa solariega de Granada y el amor de mi buen padre, para venir á parar, ocultando mi nombre y condición, á la vecina ciudad. En ella conocí á la que desde entonces es único norte de mi esperanza y estrella que me guía á los seguros puertos de la dicha. La hija del corregidor, cuya hermosura vos mismo encarecíais en vuestro relato, cautivóme el alma y



Propiedad de M. Arias Rodriguez

GUERRA DE FILIPINAS. – Provincia de Cavite. – El puente de Noveleta cortado en su primer tramo por los insurrectos y habilitado por nuestros ingenieros militares (vista tomada desde una de las trincheras enemigas)



Propiedad de M. Arias Rodriguez

GUERRA DE FILIPINAS. – Noveleta (provincia de Cavite). – Cuartel que fué de la guardia civil, levantado en el camino de Dahalicán á Noveleta. Efectos del bombardeo

las potencias todas de ella; tuve la suerte de vencer, si no la honestidad, su inclinación, y esposa mía es ya en mi conciencia, como dentro de poco lo será ante los altares. Descubrir mi nombre era imposible, sin comprometer el logro de ciertas empresas que, por ser de honra, más que la vida me importan; aplazar la petición de la mano del imán de mis venturas, fuera exponerme á que, consumado el casamiento que su padre le tiene concertado, hallaran muerte mis más legítimas y nobles aspiraciones. ¡Qué queréis! La juventud y el amor son arrebatados é irreflexivos. Conté con su asenso, tomamos lo preciso, compramos el coche de camino que habéis visto á la puerta, y tras esos menguados cortinajes está la que sólo aguarda el momento preciso de entregarme su mano, como ya me entregó su corazón.

– ¿Y en qué puedo serviros?, preguntó con extrañeza el estudiante

– En cosa muy sencilla, respondió el que se decía D. Lope. Antes de apartarme de estos lugares necesito ver al seductor de mi hermana. Para lograrlo he de dar un pequeño rodeo que pudiese descubrir la traza de mi viaje á los criados del gobernador, que me siguen. A vuestra lealtad fío el tesoro que á nadie confiaría. Si cuando rompa el día salís de aquí con esa dama y me aguardáis en la parada que haréis antes de cerrar la noche, no sólo me habréis prestado el mayor de los servicios, sino que podréis tener por hecha vuestra fortuna.

Las razones que después siguieron no podemos decirlas; pero sí aseguramos que debieron ser de tal peso, que no echando en saco roto el estudiante – que entre sus defectos contaba el de ser un poco pagado de su persona – la posibilidad de que la dama, que daba seña de ser antojadiza y no de dura condición, prendándose de él, diera ocasión de hacer alguna pesada burla al mayorazgo granadino, quedando para el intermediario su hermosura y la esperanza de la herencia de su padre, hizo que tomara por tan suya la empresa, que D. Lope, estrechándole contra su corazón con los mayores extremos de amistad y de reconocimiento, después de asegurarle que la costa de la posada estaba satisfecha y que la dama quedaba de antemano advertida, le rogó se quedara allí toda la noche, no despertando á doña Leonor, que así se llamaba la hija del corregidor, hasta que hubiese reparado sus fuerzas con algunas horas de descanso.

Hechas todas estas advertencias, se despidió hasta la noche siguiente, y salió sigilosamente, dejando al estudiante entregado á los más dulces y fantásticos sueños que embargaron nunca cerebro saturado de *Institutas*, *Digestos* y *Decretales*.

IV

Mas ¡ay! cuando despertó, que fué mucho antes de que las blandas almohadas del Oriente dejara el padre de la luz, encontró la escena variada por completo.

En vez de las dulces razones de la dama, á quien ya daba por rendida á sus galanteos, lo que oyó fueron los más groseros insultos de media docena de esbirros del corregidor, que se disponían á maniatarle con no suaves cordeles, y las descompuestas voces de la andariega doncellica, que juraba no conocer ni tener noticia de aquel hombre y sí sólo de D. Lope de Figueredo, que era ya, según dicen, su esposo de palabra.

– Téngase usiría, dijo al fin el que hacía de cabeza de los ministriles con una grosería que se esforzaba en hacer pasar por respeto. El que como mayorazgo de Granada nombra, ni es tal, sino el truhán más batanado por la penca que vi en mis días, y eso que he visto muchos; ni jamás se enamoró de otras perfecciones que de las de las buenas joyas y no peores ropas que con engaño hizo que mi señora sacara de casa del señor corregidor, su padre y mi dueño. Este bribón, que es su cómplice y encubridor, dirá en el potro dónde dió con el coche y sus huesos, mientras mis gentes conducen á su casa á vuestra señoría.

Y viendo que la dama había sido tomada de un desmayo, mandó introducirla en una litera que traía aparejada, y á empellones sacó al estudiante de la posada, mientras el mesonero pedía por unos santos, en que á fuer de morisco no creía, las monedas que con gentes tenidas por tan principales pensó ganarse.

V

Que el fingido mayorazgo no volvió á parecer, no hay necesidad de encarecerlo; que la hija del corregidor halló consuelo tomando por marido al que su padre la destinaba, no hay para qué decirlo; y que el esposo fué de mansa condición y natural benigno, se adivina con saber que, no siendo la aventura de la escapatoria desconocida de nadie, él jamás se percató de averiguar si algo más que joyas y ropas robó el que tomó por su nombre el de D. Lope de Figueredo.

El único que escapó mal fué el estudiante, que después de todo, salvo los doscientos azotes que sufrió de exordio, no hizo otra cosa que variar de carrera, puesto que en vez de las letras tomó la naval.

Por cierto y verdad que los diez años que estuvo remando en las galeras del rey nuestro señor, le debieron dar tiempo á pensar más de una vez que suelen traer las indiscreciones peores consecuencias para quien las comete, que para aquellos mismos á quienes se quiere perjudicar. – Angel R. Chaves.



Propiedad de M. Ar. s Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – Provincia de Manila. – Pueblo de Parañaque. – Ermita de San Nicolás que sirvió de alojamiento á algunas tropas primero y de repuesto de municiones últimamente

EL MONO

(cuentos del saloncillo)

Siempre que se ponía á escribir lo tenía delante. ¡Cómo no, si contaban que gracias á él Paco había llegado á ser un gran compositor, uno de esos artistas que en esta tierra, donde los músicos y los poetas parece que nacen espontáneamente, logró sobresalir entre todos y ascender á la categoría de gran maestro.

Una figurilla de porcelana, algo así entre juguete de bisutería y objeto de escritorio, era aquel monito de loza, que servía al artista de pisapapeles en aquella mesa, que siendo de despacho, era de las más revueltas que se han visto.

El modelador de aquella figurita había tenido el capricho de darle la forma de un mono: mono fantástico por su color y por su brillo, y no menos inverosímil por su diminuto tamaño, que apenas si excedía de tres pulgadas. La cabeza del insensible animalito, con sus orejas levantadas, su cerquillo redondo y su cráneo aplastado, resultaba airosa y atractiva, y su cara puntiaguda, con aquel hocico pintado de color de carne y aquellos ojos de cristal, hubiera podi-

do decirse que era la cara de un mono *simpático*, si el pedazo de porcelana que sirvió para formarla no hubiera afirmado que sólo se trataba de un muñeco.

Sin embargo, es lo que decía Paco á sus amigos íntimos cuando les hablaba de *su mono:*

– Ahí donde le veis, es casi una persona. ¡Cuántas personas no son sino un pedazo de carne con ojos! Pues eso es un trozo de barro con los suyos. He conocido muchos monos vestidos de persona y bastantes micos con aires de entendidos. ¿Que ese mono tiene hueca por dentro la cabeza? ¡Bah, bah! Sé de más de una cabeza humana vacía por dentro y hasta hermosa por fuera.

Así, á su modo, razonaba el artista, y no le faltaban motivos para ello.

Desde hacía muchos años tenía el mono en su poder: el maestro de Paco, que á buen seguro había sido el mejor organista de su tiempo, al morir legó al discípulo predilecto las partituras de dos misas á grande orquesta inéditas y la figureja de porcelana.

– Toma este bichillo, dijo el maestro á Paco, cuando ya la agonía comenzaba á tornar vidriosos los vivarachos ojuelos del compositor. Guárdale y cuida bien de él, porque será tu censor como lo ha sido mío. Jamás encontrarás un crítico mejor.

Murió el famoso organista, y Paco, desde entonces, colocó el mono encima del piano. Siempre que el músico se sentaba al instrumento y su mano nerviosa recorría el teclado y brotaban las nuevas notas de la partitura en los ardores de la improvisación, Paco miraba la cara del mono.

La figura parecía adquirir movilidad y vida: arqueábanse sus cejas, abría los ojos, miraba fijamente al compositor y acusaba con ligeros movimientos de cabeza la opinión que le merecía la composición que allá en el cerebro del músico íbase engendrando.

La idea de que el mono juzgaba lo que oía, llegó á adquirir tal fuerza de obsesión en Paco, que éste ya no dudó un momento del mérito de su extraño censor.

Cierto día, afanoso y convulso, el maestro ocupábase en terminar de prisa y corriendo las últimas notas de un «coro de pajes» con destino á una zarzuela que en breve se estrenaría en un gran teatro.

Al acabar su trabajo el compositor miró al mono: su hociquillo parecía plegado en burlona mueca.

El autor, sin embargo, pensó que su música en fuerza de gracia y de donaire movía á sonreir, y aun cuando dudó al principio de la virtud de la composición, acordóse que el tiempo apremiaba, y despidiéndose con un gesto del mono, hizo un rollo con la partitura y salió de su casa, camino del teatro.



PENSATIVA, cuadro de Federico Gastambide, premiado con mención honorífica en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1897.

Cuando aquella misma tarde se tocó en el escenario, al piano, la música, á todos los que por vez primera la oían les pareció de perlas: crítico hubo que se deshizo en alabanzas.

Transcurrieron unos quince días y llegó por fin la noche del estreno. La zarzuela resultó un horrible fracaso, no gustó á nadie; si el libro era malo, la música pareció peor.

El corito «de pajes» silbóse estrepitosamente.

Fué un rudo golpe para la fama del compositor. El músico creyó perdida para siempre la reputación adquirida con tanto trabajo.

D. Francisco – como aquella noche le llamaron – trató de consolarse de su derrota cenando opíparamente en un café que estaba de moda entonces.

Cuando, á pesar de los vapores del *champagne*, dióse á pensar en el fracaso, y ya de madrugada entró en su casa, extrañóle sobre manera temer que á tales horas hubiese gente en su despacho.

Y sin embargo, él había oído carcajadas.

Abrió la puerta de su despacho y sólo pudo ver á la luz del alba, que entraba cerniéndose por las cortinas, la silueta del mono. Al acercársele Paco, la figurilla de porcelana dió al aire una estridente carcajada.

Paco cogió el mono y lo lanzó contra el suelo: saltó en mil añicos sobre la alfombra la frágil porcelana, y el músico se dejó caer sobre un sofá murmurando:

– ¡Por qué no reiste así cuando acabé el coro de pajes!

P. GÓMEZ CANDELA

NUESTROS GRABADOS

El Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.—No hemos de hacer la biografía del eminente estadista villanamente asesinado hace pocos días en el balneario de Santa Agueda, ni es preciso que enumeremos los talentos y los mé-



Propiedad de M. Arias Rodríguez

ISLAS FILIPINAS. – VISTA PARCIAL DEL PUENTE SOBRE LA RÍA DE TAMBOBONG (MANILA), PUEBLO DENOMINADO VULGARMENTE MALABÓN. BARCA GRANDE DEDICADA Á LA PESCA EN LA BAHÍA DE MANILA



ALEGRE REGRESO, cuadro de A. de Kowalski-Wiernez



LA ROMERÍA DE NUESTRA SEÑORA DE LA GUÍA, cuadro de Francisco Pradilla

ritos que le habían conquistado uno de los puestos más altos en la historia contemporánea: su biografía escrita está á grandes rasgos en la semblanza que no hace mucho publicamos; sus méritos y talentos no hay en el mundo quien no los conozca, pues en el mundo entero Cánovas era considerado como una de las más grandes figuras de nuestro siglo. Al dedicar hoy LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, sin mira alguna política, una página á la memoria del ilustre hombre público, asóciase al duelo nacional producido por la muerte del patriota insigne cuyas últimas palabras al caer mortalmente herido fueron un ¡viva España!, compendio de una existencia á su patria por entero consagrada. Un miserable asesino extranjero ha cortado su preciosa vida; pero la historia le ha abierto de par en par las puertas de la inmortalidad y ha grabado en letras de oro su nombre al lado de los que por el bien de su país y de la humanidad han derramado su sangre.



MONUMENTO AL CARDENAL GRANVELA, recientemente inaugurado en Besançón, obra de Juan Petit

Monumento al cardenal Granvela, obra de Juan Petit.—La ciudad de Besançon, patria del célebre cardenal y ministro de Carlos V y Felipe II de España, acaba de erigir á este personaje un monumento conmemorativo en el patio del palacio de su nombre, hoy destinado á museo y biblioteca. Consiste dicho monumento en una estatua de mármol blanco, puesta sobre un pedestal de piedra perlada, en cuyos ángulos hay cuatro genios de bronce que simbolizan las Bellas Artes, las Bellas Letras, la Ciencia astronómica y la Imprenta. El zócalo contiene esta inscripción: «Antonio Perrenot de Granvelle, cardenal, ministro de Estado de Carlos V y Felipe II, virrey de Nápoles, nacido en Besançon en 1517, muerto en Madrid en 1586.» Gracias á la liberalidad de M. C. Weiss, antiguo bibliotecario de la ciudad, este monumento, ejecutado por el escultor Juan Petit, estaba ya terminado en 1865, por consiguiente hacía más de treinta años que aguardaba el consentimiento del municipio para ocupar su puesto, consentimiento que al fin han otorgado aquellos ediles de mezquinas miras, pero con la condición de que se prescindiera de toda solemnidad en su inauguración. Ninguno de ellos ha asistido á la ceremonia íntima, aunque ha sido presidida por el prefecto del departamento.

Monumento del ingeniero Perronet, obra del escultor Adriano Gandez.—Otro monumento se ha erigido el mes pasado en Neuilly, obra del escultor Adriano Gandez, para honrar la memoria de Juan Rodolfo Perronet, inge-



MONUMENTO AL ILUSTRE INGENIERO PERRONET, recientemente inaugurado en Neuilly, obra de Adriano Gandez

niero de Puentes y Caminos, nacido en Suresnes en 1708 y muerto en París en 1794. Perronet, que fué nombrado director de la Escuela de Puentes y Caminos en 1747, construyó los primeros puentes de tableros horizontales, especialmente el de Neuilly y el de la plaza de la Concordia en París. Suyos son también los planos del canal de Borgoña, los de la gran cloaca de París, el trazado de 600 leguas de camino, muchas máquinas ingeniosas y notables Memorias que los prácticos consultan aun hoy día con provecho.

Guerra de Filipinas.—Por desgracia sigue teniendo carácter de actualidad cuanto á la guerra de Filipinas se refiere; por esta razón creemos interesante para nuestros lectores continuar la crónica gráfica de la misma publicando varios grabados que con ella se relacionan.

El puente de Noveleta, cuya parte derecha comunica con Dahalicán, fué teatro de los primeros combates que nuestras valientes tropas trabaron con los insurrectos. A los dos lados del mismo el terreno se compone de manglares y marismas. El tramo cortado se habilitó con maderas procedentes en su mayoría del edificio en ruinas que sirvió de cuartel á la guardia civil, invirtiéndose pocas horas en este importante y urgente trabajo. El segundo tramo estaba defendido por fuertes trincheras, unidas con otras levantadas en tierra firme, una de las cuales se ve en el grabado, y ostentaba una larga caña bambú en la que ondeaba la bandera de la insurrección.

Pasado este puente, encuéntranse á la derecha los restos del que fué un buen cuartel de la guardia civil, edificio que en algunos momentos sirvió de refugio á los insurrectos, quienes lo abandonaban en cuanto sus vigías observaban algún movimiento en nuestros barcos ó baterías de tierra, refugiándose en el poblado de Noveleta, adonde no llegaban los proyectiles de aquéllos. La techumbre del cuartel servía de blanco á los disparos de nuestros cañones, así es que fueron innumerables las granadas ordinarias y de metralla que sobre él cayeron, dejándolo en el estado en que en nuestro segundo grabado de la página 533 puede verse. Cuando el ejército español se apoderó de aquellos lugares, los ingenieros militares colocaron en el techo del edificio el heliógrafo para comunicarse con la plaza de Cavite. El grabado de la pág. 534 representa la ermita de San Miguel del pueblo de Parañaque, que sirvió de alojamiento á algunas tropas primero y de repuesto de municiones más adelante. Los soldados que en él se ven pertenecen á uno de los batallones de cazadores, y el centinela puesto en lo alto del edificio fué colocado allí para vigilar la parte opuesta, en donde están la ría y una gran extensión de terreno dedicado á salinas y á sementeras de arroz.

Reproduce el segundo grabado de la página 535 una parte del puente y de la ría de Tambobong. Durante mucho tiempo, el tránsito por esta ría fué un grave problema, puesto que para atravesarla había que hacer uso de una balsa, abonando un cuarto por persona ó su equivalente en tabaco elaborado; pero hace algunos años se inauguró el puente que aparece en el grabado y por el cual circula el tranvía de vapor de Manila á Malabón, con lo cual quedó normalizado el paso, ahorrándose el público molestias y dinero. En el propio grabado se ve una *banca* (piragua) que se dispone á salir para la pesca y á cuyos lados hay dispuestos casi horizontalmente largos bambúes formando las llamadas batangas que aumentan en gran manera la estabilidad de la embarcación. Estas bancas, que se gobiernan por medio de un largo remo, andan muy poco en tiempo de calma, pero con buen viento llegan á correr ocho millas por hora como mínimo.

En el último de los grabados que en este número publicamos, el de la página 544, se ve el puente de madera y caña que existe sobre la ría de Parañaque: á la derecha y en primer término distínguese una gran balsa formada por tres *bancas* con piso de caña tejida, que se improvisó para conducir á los heridos y enfermos hasta la gabarra-hospital que los llevaba á Manila y de la cual nos ocupamos en uno de nuestros números anteriores.

Todas las fotografías de donde están tomados los grabados que publicamos nos han sido remitidas por nuestro corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez, que desde que se inició la actual guerra ha seguido á nuestras tropas en los puntos en donde se han desarrollado los sucesos más importantes de esta lucha, y ha podido de este modo fotografiar los detalles más interesantes de la campaña.

Pensativa, cuadro de Federico Gastambide.—El autor de este cuadro es muy joven todavía, y á pesar de esto tiene ya conquistado un buen nombre, pues dondequiera que ha expuesto sus obras, éstas han llamado la atención de inteligentes y aficionados. El género que especialmente cultiva es la figura, y de lo bien que sabe tratarlo es evidente muestra la que en el presente número publicamos y que ha sido premiada con una mención honorífica en la última Exposición Nacional de Bellas Artes recientemente celebrada en Madrid. El señor Gastambide, cuyas dotes de artista corren parejas con su modestia, tiene asegurado un brillante porvenir dentro del arte.

Alegre regreso, cuadro de A. de Kowalski-Wiernez.—Este interesante cuadro forma contraste con los que de la vida campesina sólo toman aquello que justifica la divina sentencia «ganarás el pan con el sudor de tu rostro.» Cierto que el trabajador de la tierra sufre penalidades sin cuento; cierto que el labrador padece como pocos con las crudezas del tiempo, aguantando los rigores de las madrugadas invernales y de los días veraniegos; pero cierto también que la vida del campo encierra momentos de alegría purísima que compensan aquellos sufrimientos y aquellas fatigas. En uno de estos momentos ha sorprendido el celebrado autor de *Alegre regreso* á varios grupos de labriegos que montados en sus toscos carricoches vuelven al anochecer á sus hogares, recordando todavía llenos de contento el placer disfrutado en una de sus divertidas excursiones. El cuadro está admirablemente trazado y las figuras que ocupan en el primer término el centro del mismo revelan la mano de un maestro en el arte pictórico.

La romería á Nuestra Señora de la Guía, cuadro de Francisco Pradilla.—El santuario de Nuestra Señora de la Guía está situado en un monte que se alza sobre la ensenada de Vigo, y la imagen que en ella se venera es objeto de especial devoción por parte de la gente de mar que puebla aquellas costas y que en romería acude en día determinado á dar gracias á la Virgen por los favores recibidos y á pedirle siga prestándole su divina protección. El cuadro del ilustre pintor español Sr. Pradilla, que reproduce tan poética peregrinación en el momento en que los romeros oyen la misa solemne rezada al aire libre, no necesita encomios; pero para que se comprenda todo el mérito de esta obra diremos únicamente que este lienzo, que contiene más de ciento cincuenta figuras primorosamente detalladas, y que en conjunto ofrece un aspecto grandioso y un efecto tan bello de luz y de perspectiva, es de un tamaño muy poco mayor que el grabado que en este número reproducimos.



DJEWAD-BAJÁ, nuevo gobernador de Creta

Djewad-bajá, nuevo gobernador de Creta.—El nuevo gobernador de Creta fué gran visir del Imperio otomano hasta que en 1896 Inglaterra exigió su destitución á consecuencia de los desórdenes que por entonces ocurrieron en Oriente. En 1889 era walí de aquella isla y logró dominar una rebelión, ofreciendo solemnemente á los cretenses las reformas que demandaban. ¿Conseguirá sofocar la insurrección actual? Esto parece ya más difícil, porque aquellos isleños no se pagan ahora de promesas de los hombres de Estado turcos, pues les consta por experiencia que Turquía, pródiga en prometer, muéstrase parca en cumplir lo prometido, y que su diplomacia no repara en escrúpulos ni se detiene ante engaños y falacias con tal de hacer su cometido, que no parece ser otro que tener en jaque á Europa entera y burlarse de los delegados de las grandes potencias.

MISCELÁNEA

Teatros.—Se ha representado en Turín con éxito extraordinario una traducción italiana del hermoso drama de D. Joaquín Dicenta *Juan José*.

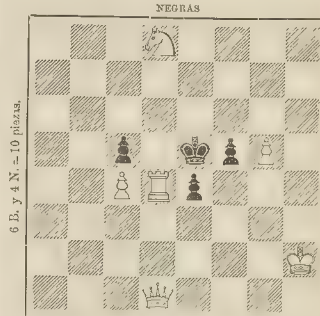
París. – Se ha estrenado con buen éxito en la Comedia Francesa *La Vassale*, comedia en cuatro actos de Julio Case, en la que se estudia el problema de las relaciones entre el marido y la mujer dentro de nuestro estado social.

Barcelona. – En el teatro de Novedades está actuando con grandísimo éxito el eminente actor D. Antonio Vico, quien cuenta el número de representaciones por el de las ovaciones entusiastas que no cesa de prodigarle el numeroso público que todas las noches acude á aplaudir y á aclamar al genial artista. En *Juan José*, *Un drama nuevo*, *La carcajada*, *O locura ó santidad* y otras obras que hasta ahora ha puesto en escena, ha demostrado las excepcionales cualidades que le han conquistado el primer puesto entre los actores españoles contemporáneos. En el propio teatro se ha estrenado con buen éxito *El trazado de una línea*, interesante drama en dos actos y en prosa del notable primer actor de la misma compañía D. Antonio Perrín.

Necrología.—Ha fallecido:
Augusto Len, notable pintor alemán, miembro de las Academias de Bellas Artes de Berlín, Viena y Amsterdam.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 82, POR J. TOLOSA Y CARRERAS



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 81, POR P. RIERA

Blancas.	Negras.
1. C 6 R	1. C 7 A R (*)
2. C 5 A D	2. C juega
3. D toma C	3. P toma C jaque
4. R 4 A	4. C 3 C D mate.

(*) Si 1. C 6 C R; 2. C 5 A D, P toma C jaque; 3. R 4 A, C juega; 4. D toma C, C 3 C D mate.



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE LA NOTABLE ESCRITORA ALEMANA EUGENIA MARLITT

(CONTINUACIÓN)



El Sr. de Hollfeld iba detrás de Isabel...

– Y cuando yo haya regresado, ¿estará usted dispuesta á escuchar el fin de la felicitación?

– Sí.

– ¡Muy bien; llevaré, pues, conmigo una dulce esperanza en el seno de las tristezas á que es preciso entregarme, y quiera mi ángel bueno murmurar al oído de usted el nombre del ausente! ¡Hasta la vuelta!

Y le ofreció su mano, alejándose después por un sendero que flanqueando la torre conducía directamente al castillo.

Isabel quedó un rato como sumida en un sueño feliz, del que la arrancó bruscamente el regreso de la señora Fels. Volvía cargada de golosinas, y le sorprendió mucho no encontrar al Sr. de Walde ni á su esposo; pero Isabel le comunicó en pocas palabras el suceso que acababa de ocurrir. El doctor volvió muy pronto, y dijo que la baronesa estaba sumamente resentida porque su primo no había juzgado oportuno ir él mismo á darle la noticia transmitida por el doctor Fels. Por lo tanto, éste había debido escuchar varias observaciones picantes y algunas alusiones bastante ofensivas respecto al papel que algunas veces desempeñan los extraños cuando se mezclan entre parientes para desunirlos... Había tenido la poca delicadeza de no resentirse, y de no perder la flema de su carácter; fué á sentarse tranquilamente, y comenzó á comer con el mejor apetito.

Isabel fué á ver á la señorita de Walde para despedirse de ella, pues ya no la retenía nada: al fin iba á serle permitido disfrutar de una inmensa alegría al encontrarse otra vez sola con sus pensamientos, repitiéndose cien veces cada una de las palabras que le habían dirigido. Iba á meditar sobre su sentido y á completarle, recordando todas las entonaciones, todos los movimientos de la fisonomía, cuya imagen conservaba tan fielmente su corazón.

– ¿Desea usted retirarse?, preguntó Elena cuando la joven, inclinada sobre el respaldo de su sillón, le dió las buenas noches en voz baja. ¿Y qué dice mi hermano?

– Rodolfo acaba de ser llamado al castillo apresuradamente para un asunto muy importante, contestó con viveza la señora de Lessen, que acababa de llegar, y por lo tanto la señorita Ferber queda dispensada de permanecer aquí.

Elena dirigió á la baronesa una mirada bastante recelosa.

– No veo eso demostrado aún, repuso; el asunto de que se trata no puede ocupar á mi hermano largo tiempo, y en todo caso, no le impedirá volver.

– Sin duda, sin duda, replicó la baronesa; pero seguramente regresará muy tarde... Es de creer que la señorita Ferber no se divertirá mucho en una reunión compuesta de personas que le son completamente desconocidas, y...

– ¿Le ha devuelto á usted mi hermano su libertad?, preguntó Elena, dirigiéndose á la joven.

– Sí, señora, y ruego á usted que consienta en permitirme volver á casa de mis padres.

Durante este rápido cambio de palabras, la baronesa de Falkenberg se había vuelto y medía á Isabel de pies á cabeza, fijando en ella una mirada fría y desdeñosa. El Sr. de Hollfeld acababa de abandonar su puesto. La señorita de Walde le seguía con los ojos, poseída de doloroso descontento, y ni siquiera pensaba en contestar á Isabel... Al fin le ofreció su mano con aire distraído y le dijo:

– Váyase usted, pues, querida niña, y reciba las más expresivas gracias por su complaciente cooperación.

Isabel se despidió de prisa del doctor Fels y de su esposa, y penetró en el bosque. Parecíale que sus hombros habían adquirido de repente alas, que la elevaban lejos de la tierra para mecerla en una atmósfera radiante; y respiró con satisfacción al oir resonar tras sí el primer preludio que daba la señal del vals... Podía, pues, abandonarse del todo á los pensamientos que llenaban su alma, recordar una por una todas las palabras que *él* había pronunciado, y representarse cada uno de los extraños accidentes de aquel día. Pensó, no sin sorpresa, en la sumisión con que había consentido en acompañar al Sr. de Walde, siendo así que su dignidad la ordenaba tan imperiosamente abandonar una reunión donde se la consideraba fuera de su lugar. Recordó la alegría que había experimentado cuando el Sr. de Walde dijo que sería su compañero todo el día; y no pudo menos de experimentar profunda sorpresa al recordar que le había parecido tan fácil ir á su lado, tanto que le hubiera seguido así hasta el fin del mundo sin vacilar. ¿Y sus padres?.. Ahora comprendía cómo una hija puede resolverse á dejarlos para seguir á un esposo, á quien antes no conocía, y que por su educación, sus ideas, sus sentimientos y opiniones, era extraño á su existencia, cosa que dos meses antes le parecía imposible.

Isabel había tomado un sendero por donde con frecuencia se dirigía á Gnadeck acompañada de la institutriz; prolongábase entre la espesura que flanqueaba el camino principal trazado á través del bosque, y señalaba el límite que separaba la propiedad del señor de Walde de los bosques pertenecientes al príncipe soberano de L... Desde un lado de la vía opuesta al sendero arrancaba un buen camino vecinal que conducía á la casa del guardabosque.

Perdida en sus meditaciones, Isabel no había notado que hacía ya algún tiempo que alguien andaba precipitadamente detrás de ella; y estremecióse de espanto al oir de pronto una voz varonil pronunciar claramente su nombre á pocos pasos de ella... El señor de Hollfeld iba detrás; la joven dominó el sentimiento de repulsión que experimentaba, y apartóse un poco como para dejar paso al importuno personaje.

– No, señorita, dijo sonriendo, no estoy aquí para eso; he deseado acompañar á usted hasta su morada.

– Doy á usted gracias, caballero, contestó Isabel tranquilamente, aunque poniéndose en guardia; sería un sacrificio del todo inútil por parte de usted, pues prefiero ir sola á través del bosque.

– ¿No tiene usted, pues, ningún temor?

– Ninguno, como no sea el de encontrar una compañía importuna.

– ¡Ah! He aquí que vuelve usted á tomar el aire altivo que tan largo tiempo me ha mantenido á respetuosa distancia... ¿Por qué? Aún no he podido descubrirlo; pero lo sabré, pues sea como fuere, es menester que hable con usted ahora mismo.

– ¿Tanto le urgía que se ha separado de sus amigos y ha abandonado la fiesta?

– Sí, es cosa que no podía demorarse más; es preciso que usted conozca al fin lo que siento, lo que no me permite disfrutar ya de un momento de reposo.

Isabel andaba cada vez más de prisa, porque la compañía de aquel hombre le parecía odiosa; pero su instinto la decía que la calma era su mejor arma, y en su consecuencia trató de conservar el aspecto de frialdad é indiferencia.

– Dispense usted, caballero, repuso con aire distraído; por lo que puedo comprender de sus palabras, nuestras sesiones musicales han dado buenos frutos y desea usted mi ayuda para dedicarse al piano. Pues lo siento mucho, pero tengo demasiado que hacer para encargarme de dar lecciones.

– ¡No, no!, replicó Hollfeld con despecho, no es esto.

– Pues debería usted agradecer un poco, caballero, que le ofrezca ocasión de emprender una retirada casi honrosa. Si yo hubiera dado á su discurso el sentido ofensivo que usted quiere atribuirle, le habría dirigido algunas palabras bastante desdeñosas.

– ¡Bueno, bueno! Conozco las mujeres, y sé muy bien que no las ofende nunca seriamente ser admiradas con sinceridad... Nada nuevo le anuncio al decirle que desde el primer día que la vi he sido su esclavo.

Isabel se estremeció indignada.

– ¿Cómo se atreve usted, replicó, á usar conmigo semejante lenguaje? ¿Le he autorizado, concediéndole la menor atención? Si la inteligencia de usted es decididamente demasiado obtusa para comprender lo que, sin embargo, se le deja adivinar, hablaré claro: en dos palabras, su presencia me es odiosa y deseo que se retire usted cuanto antes.

– ¡Ah, ah, cómo se echa de ver al punto que por parte de madre, cuando menos, se tiene un poco de sangre noble en las venas!.. Es imposible mostrarse más imponente... ¿Qué he hecho yo, pues, para merecer semejante trato? Yo le he dicho que era su esclavo, y no se puede mostrar más humildad.

Isabel apresuró más el paso aún, y de pronto, por un brusco movimiento hacia la derecha del sendero ganó el camino principal, donde podía esperar que encontraría alguno que la librase del compañero á quien las más duras palabras no podían desanimar, y que continuaba andando siempre á su lado. De repente oyóse á lo lejos el rumor producido por un coche, y en el momento de pasar aquél cerca de Isabel, la cabeza de un hombre se inclinó hacia adelante y después se echó atrás con expresión de asombro: era el Sr. de Walde. Como si rehusase creer lo que sus ojos veían, dirigió otra mirada á Isabel, acompañada del Sr. de Hollfeld, y después el coche, arrastrado rápidamente, desapareció detrás de un recodo que el camino formaba.

Isabel había extendido involuntariamente el brazo en dirección al coche, como si hubiera esperado alcanzarle y detenerle... El que acababa de pasar, llevado por el galope de los caballos que le conducían, conocía ya el horror que Hollfeld la inspiraba. Muy pocas horas habían transcurrido desde el momento en que le dió á conocer su opinión sobre aquel hombre, y hubiera debido comprender que ella no iba voluntariamente á su lado. ¿No habría podido suspender su viaje un instante para librarla de aquel execrable compañero?

Hollfeld había notado su movimiento.

– ¡Ah!, exclamó con maligna sonrisa, ¡vaya un espectáculo conmovedor, casi tierno! Si yo no pensase en las treinta y seis primaveras que pesan sobre la cabeza de mi primo, casi podría estar algo celoso... ¿Conque usted ha supuesto que mandaría detener el coche, y que vendría á ofrecerle galantemente su brazo para acompañarla á su casa? Ya ve usted que es demasiado virtuoso para retardar el cumplimiento del deber sagrado que ha de llenar. Es un hombre de hielo; no se haga usted ilusiones sobre este punto; y á pesar de su humorada de hoy, puede estar persuadida de que ya no recuerda ni siquiera la existencia de usted. Si se ha mostrado atento y galante con usted, no lo ha hecho por sus lindos ojos, encantadora Isabel del cabello de oro, sino únicamente para enojar á mi querida madre.

– ¿No se avergüenza usted de atribuir semejantes móviles á la conducta de un pariente, del bienhechor de su familia?, exclamó Isabel.

Se había prometido no contestar una palabra más á los necios é impertinentes discursos del Sr. de Hollfeld, pero su manera de expresarse respecto al Sr. de Walde le hizo olvidar su resolución.

– ¡Realmente se expresa usted con mucha energía!, repuso el Sr. Hollfeld. Lo que yo digo en este momento no es á mis ojos más que un desquite muy ligero de las muchas contrariedades que él me ha ocasionado. No veo en modo alguno qué motivo hay para que yo deba estarle agradecido, porque á él le conviene tener aquí á mi madre y á mi hermana; y si consiente en ello, sin duda será porque le resulta de ello alguna ventaja. Además, esto no es sino un adelanto sobre la herencia, pues su fortuna debe recaer en nuestro favor, y si se quiere considerar las cosas con equidad, más bien me correspondería á mí reclamar su agradecimiento. ¿No me he sacrificado hasta aquí diariamente? ¿No valen nada los cuidados y atenciones que dispenso á la señorita de Walde?

– En efecto, gran sacrificio es entretenerse en coger algunas flores para llevárselas á una desgraciada enferma, contestó Isabel desdeñosamente.

– ¡Oh! ¿Estaría usted irritada contra mí por esas ligeras atenciones?, exclamó Hollfeld con expresión alegre. ¿Habrá usted creído acaso seriamente que mi corazón podía consagrarse á una persona cuyo aspecto tan sólo basta para ofender en mí el culto que profeso á todo cuanto es bello?.. Quiero á mi prima, pero no olvido que tiene algunos años más que yo, una joroba en la espalda y una pierna inútil.

– ¡Esto es espantoso!, exclamó Isabel indignada, y precipitándose hacia el lado opuesto del camino.

– ¡Espantoso!, digo yo también, repuso Hollfeld, alcanzando á Isabel, sobre todo cuando comparo eso con el talle de ninfa de usted. No apresure tanto el paso, haga las paces conmigo, y no me condene más tiempo á soportar el cruel martirio que su desdén me hace sufrir.

Isabel, poseída de indignación y de disgusto, elevó al cielo una ferviente plegaria... y pudo creer que había sido oída, pues percibió un ladrido que la era familiar.

– *¡Héctor*, aquí *Héctor!*, gritó la joven, entreviendo al fin la libertad.

Oyóse un gran rumor en la espesura, y de repente se vió saltar al perro del guardabosque, que se precipitó hacia Isabel con todas las demostraciones de la más viva alegría; pero de vez en cuando interrumpía sus saltos el alegre can para enseñar al Sr. de Hollfeld sus agudos colmillos blancos.

– Mi tío se halla á dos pasos de aquí, dijo la joven, poniendo su mano sobre la voluminosa cabeza velluda de *Héctor*..., y acudirá apenas le llame... Me parece que no deseará usted que le pida protección para librarme de su presencia. No puedo menos de aconsejarle que se retire cuanto antes si en algo tiene conservar su preciosa existencia.


De repente se vió saltar al perro del guardabosque, que se precipitó hacia Isabel

Y se alejó acompañada de *Héctor*, que de vez en cuando dirigía una mirada al audaz persónaje, el cual parecía haber echado raíces en medio del camino. Estaba completamente perdido en sus reflexiones; su tentativa había quedado del todo burlada; lo que menos sospechó era la franqueza; lo que no preveía jamás era la sinceridad en los sentimientos y las palabras. Por eso no podía tomar en serio el desdén que Isabel le había manifestado, pues á sus ojos, toda mujer era una coqueta, siempre dispuesta á rechazar y retener á un admirador que lisonjease su vanidad ¿Cómo creer que no hubiese quedado deslumbrada y seducida por su persecución aquella pobre hija de un empleado ínfimo? ¿Acaso no había visto en la corte de L... tantas jóvenes nobles encantadas de que él les concediese alguna atención? La rectitud, la dignidad, todos los buenos sentimientos que nos hacen mirar con disgusto los caracteres bajos y viles, no existían para él, ó por lo menos, si admitía su existencia como hipócrita disfraz, juzgaba de buena fe al negar que fuesen realmente posibles.

Solamente se dijo que había sido torpe, que se había mostrado demasiado impetuoso, y prometióse buscar mejores medios para conquistar á Isabel. Después, seguro de haber recobrado su calma, se decidió á volver á la fiesta para tranquilizar con su presencia á Elena de Walde, siempre inquieta y desgraciada cuando no le veía.

Isabel prosiguió su marcha con paso muy firme al principio, cuidando de no mirar á los lados, temerosa de ver el odioso rostro de su perseguidor; pero al fin se aventuró á detenerse y á mirar tras sí: Hollfeld había desaparecido. Entonces, apoyándose en el tronco de un árbol, trató de poner un poco de orden en sus pensamientos, mientras *Héctor* permanecía delante, fijando en ella una mirada juiciosa y serena, como si hubiese comprendido muy bien el papel de protector que desempeñaba á su lado. Era evidente que había hecho una correría en el bosque por su propia cuenta, pues al parecer no estaba inquieto ni deseoso de reunirse con su amo, lo cual no hubiera dejado de suceder si hubiese salido con él. Solamente entonces Isabel echó de ver que temblaba, y que no habría podido dar un paso más. Todas sus risueñas visiones habían huído, velándose la faz ante el hombre odioso que osó reunirse con ella; y vertiendo lágrimas de desesperación, Isabel se representó la imagen del señor de Walde, no tal como se le apareció durante aquel día que terminaba de una manera tan aflictiva, sino severo, altivo y desdeñado. La opinión que sobre el mismo había expresado Hollfeld, aunque altamente injusta, convenía, sin embargo, en ciertos puntos con la reputación tan bien establecida del Sr. de Walde; y pensó en su orgullo, harto conocido, y en el desdén que manifestaba á todos aquellos que no tenían un ilustre árbol genealógico. Todos los sueños, todas las ilusiones que se había formado cayeron muy pronto en el suelo de la fría realidad, perdieron sus brillantes colores y desvaneciéronse una por una... Y después de todo, ¿por qué había olvidado tan completamente los consejos de la razón? El Sr. de Walde le había hablado con dulzura; ya no se atrevía á decir con afecto: esto no podía negarse; además habíale guardado muchas atenciones, pero ¿no provenía todo esto evidentemente de un excesivo escrúpulo de equidad? ¿No había protegido con igual generosidad á la institutriz, procurando compensar el perjuicio que se le había causado? Le había resentido la impertinente conducta de la baronesa, y trató de remediar aquel daño... A esto se reducía todo. ¡Pero aquella felicitación, cuyos términos había dictado él, mostrando en ella tanto empeño! ¡Ah! Era preciso no fijarse en este enigma, si no quería resucitar todos los sueños desvanecidos.

Cuando traspasó el umbral de la casa del guardabosque, Sabina salió á su encuentro con el rostro alterado; y sin pronunciar palabra hizo un ademán, señalando la sala de su amo. Su tío hablaba en alta voz, con viveza, y oíase el rumor de sus pesados pasos mientras recorría la estancia de un lado á otro con agitación.

– ¡Ah, dijo Sabina en voz baja, esto va mal! Desde hace algún tiempo, Berta se esforzaba en evitar el encuentro con mi amo, y lo conseguía perfectamente; pero hace poco, creyéndole ausente, fué á sentarse en el umbral de la puerta Mi amo se presentó de pronto sin hacer ruido, y antes de que ella pudiese huir cogióla por un brazo y la condujo á la sala; el espanto la había paralizado... ¡Dios mío, comprendo muy bien esto, porque el señor guardabosque debe ser un terrible confesor!

Un fuerte sollozo dominó de pronto la voz de Sabina, después del cual oyóse al guardabosque que con voz más suave decía:

– ¡Bien!, llora..., prefiero eso, porque al menos veo la prueba de que no eres completamente insensible, ni estás del todo pervertida... ¡Vamos, habla! Piensa que para ti hago las veces de tus buenos y honrados padres. ¿Tienes alguna pena? Confiésala; trataremos de disminuirla ó de consolarla. ¿Has sufrido una desgracia de que eres inocente? Puedes estar segura de que haré cuanto pueda para remediarla.

Los sollozos continuaban.

– ¿No puedes hablar?, continuó el guardabosque después de una breve pausa. Es decir, que te obstinas en no dirigirnos la palabra, pues te oigo muy bien dirigirte á ti propia largos discursos. ¿Te impide algún voto hacer uso de la palabra?

Berta no contestó.

– ¡Cabeza de hierro, exclamó el guardabosque, pobre espíritu fanatizado, ó más bien trastornado! ¿Cómo puedes suponer que te haces agradable á Dios, rechazando el más hermoso don que ha hecho á la humanidad, la palabra, por la que es reina de la creación? ¿Esperas, observando ese voto extravagante, obtener de Dios la realización de algún deseo?.. ¡Ah, parece que he tocado en la llaga!.. ¡Pues bien, no eres más que una pobre loca, y además una pobre imbécil, al imaginar que Dios te agradecerá esa abstención! ¡Pero sea! Yo no puedo obligarte á hablar, y por lo tanto, lleva tú sola el peso que te agobia y te hace tan desgraciada... No puedes negar esto, pues se lee claramente en tu rostro alterado..., mas te prevengo que tendrás en mí un juez inexorable el día en que sepa que has cometido algún acto que no pueda arrostrar la luz ni decirse al oído de un hombre honrado. Para ti no habrá perdón, pues á causa del orgullo feroz que te anima has rechazado todo consejo, toda advertencia sensata, toda lección prudente, y has hecho imposible para mí la misión que he querido desempeñar concienzudamente como representan-

te de tus padres... Te toleraré algún tiempo más; pero si llego á saber que has salido una sola vez de casa para ir á vagar durante la noche por el bosque como una fiera, podrás empaquetar inmediatamente tus efectos... Añadiré dos palabras: mañana vendrá aquí el médico, porque no quiero ser responsable de una enfermedad cualquiera, de la que me pareces afectada desde hace algún tiempo... ¡Y ahora vete!



Abrióse la puerta y Berta se precipitó fuera

Abrióse la puerta, y Berta se precipitó fuera, sin ver siquiera á Isabel ni á Sabina; levantó las manos al cielo por un movimiento desesperado, y después subió la escalera corriendo, como si la persiguiesen todas las furias del infierno.

– Seguramente tiene algo que pesa sobre su conciencia, murmuró Sabina, encogiéndose de hombros, mientras Isabel penetraba en la habitación de su tío.

El guardabosque, apoyado en la ventana, golpeaba los vidrios con los dedos, según su costumbre invariable cuando estaba alterado. Parecía muy sombrío, pero su rostro se serenó al ver á su sobrina.

– ¡Bien venida seas, hija mía!, exclamó; necesito ver una cara que exprese honradez y pureza, pues los ojos negros de la que sube la escalera para encerrarse en su cuarto como una fiera en su guarida, me parecen espantosos. . ¡Vamos, ya he vuelto á cargar con mi cruz para llevarla aún hasta el fin del camino!.. Me es imposible ver llorar á una criatura – ni siquiera á esa, – aunque estoy casi seguro de que finge y se burla de mi credulidad.

Isabel, muy satisfecha al ver que el tan temido encuentro entre su tío y Berta había terminado tan sencillamente, se apresuró á dar otro curso á sus ideas, refiriéndole algunos de los incidentes de la fiesta, y le habló también de la súbita marcha del señor de Walde. Por último, le dió cuenta del suicidio de Linke, que no le sorprendió, porque lo había previsto. El guardabosque acompañó á su sobrina hasta cerca del antiguo castillo, y la recomendó que llamase con suavidad á la puerta del prado.

– Tu madre tiene una fuerte jaqueca, dijo, y está en cama... Hace poco fuí á preguntar cómo seguía.

Isabel, algo inquieta, apresuró el paso, y no tuvo necesidad de llamar, pues la institutriz salió á su encuentro con el pequeño Ernesto, y la tranquilizó al punto. La jaqueca había pasado, y su madre dormía tranquilamente, según pudo convencerse de ello al acercarse silenciosamente á su lecho.

El crepúsculo había triunfado del día y el más profundo silencio reinaba en aquella tranquila mansión: no se oía ni siquiera el vuelo de una mosca indiscreta é inconsiderada, pues Ferber se había cuidado él mismo de evitar á su enferma todo cuanto pudiese agravar su padecimiento.

Si Isabel hubiese encontrado á su madre en su sillón, junto á la ventana, entre los gruesos cortinajes y las ramas verdes que se extendían delante de la casa, hubiera tenido, á favor del crepúsculo, suficiente valor para confesarse. Se habría arrodillado en el taburete en que la señora Ferber solía apoyar los pies, y hubiera puesto la cabeza sobre las rodillas de su madre para abrir su corazón á la mirada maternal..., pero no hallando esta ocasión, su secreto retiróse al fondo de su alma. Tal vez no volvería á tener valor para hacer aquella confesión, descubrir sus sentimientos y pedir ayuda ó consejo.

XVI

Las ruinas de Gnadeck debieron experimentar gran sorpresa al rayar la aurora del día siguiente: oíase un ruido regular, en nada semejante al fragor de la tempestad, y que no era el movimiento pausado ó violento de la lluvia, ni el de las moles de nieve que, acumuladas durante un riguroso invierno, desaparecen al soplo de la primavera y se derriten bajo la acción del sol. Cuando esto sucedía, el agua se deslizaba entonces suavemente, abriendo surcos á través del antiguo edificio, y levantaba las piedras de granito para precipitarlas desde lo alto de la posición que tan largo tiempo habían ocupado. Algunas veces también percibíanse durante la noche los pavorosos rumores del huracán; oíanse crujidos siniestros, y después, cuando la luz del día reemplazaba á las tinieblas, el sol penetraba con sorpresa en rincones que hasta entonces tuvo prohibidos. En alguna parte había un tejado menos; á esto se reducía todo, y era cosa conocida, casi familiar; mas lo que se oía el día aquel era insólito, sorprendente. Ya no se trataba de las lluvias ni de los huracanes que osaban atacar el antiguo castillo, sino de la mano del hombre, levantada contra su propia obra; las piedras caían una por una con increíble prontitud; y el antiguo mirador que se elevaba hacía algunos siglos junto al edificio, vigilando como un centinela avanzado, estaba ya medio derribado. Su cortina de hiedra había sido arrancada, y detrás de este velo protector aparecían las ojivas de grandes ventanas y los delicados adornos que las rodeaban, algunas de cuyas partes subsistían aún intactas. Los operarios trabajaban con ardimiento é interesábanse en el nuevo aspecto que el edificio tomaba; desde lo alto de la brecha sus miradas penetraban en un rincón ignorado, desconocido, que la leyenda popular poblaba de fantasmas y de relatos dramáticos y misteriosos.

En la tarde de aquel día, la señora Ferber, la institutriz é Isabel estaban sentadas en la muralla, trabajando, mientras Reinhard les hacía su visita cotidiana y leía en alta voz el relato de un descubrimiento importante. Interrumpió su lectura para anunciarles que el cadáver de Linke había sido enterrado secretamente aquella mañana, y que la señorita de Walde acababa de saber la tentativa de asesinato, gracias á la indiscreción de un criado. Añadió, no sin amargura, que todas las precauciones adoptadas por el señor de Walde para evitar que su hermana tuviese noticia de aquel crimen eran bien inútiles, pues no había manifestado la menor emoción, y que la desgracia misma del Sr. de Hartwig, cuya esposa era una de sus mejores amigas, la dejó del todo indiferente...

– Si su querido primo, el del cabello rubio y rizado, se hubiese hecho tan sólo un rasguño, añadió Reinhard arrebatadamente, esto hubiera bastado sin duda para que vertiese torrentes de lágrimas y se arrancara á puñados su hermoso cabello...; no tiene ojos ni oídos ni sentimiento más que para él... ¡Ese Sr. de Hollfeld me es decididamente insoportable! Hoy vaga por el castillo con la extraña expresión del rostro de un hombre que meditara un crimen... La señorita de Walde, que ha escuchado sin pestañear la noticia del peligro á que su hermano estuvo expuesto y sabido con indiferencia la triste causa que le obligó después á emprender su viaje, sigue con mirada inquieta á ese belitre y enjuga de vez en cuando una lágrima cuando no consigue distraerle y calmarle.

Isabel se inclinó sobre su trabajo para ocultar el rubor que coloreaba sus mejillas, porque este tema de conversación le recordaba vivamente la impudencia de aquel Hollfeld y la penosa escena ocurrida la víspera.

La joven no había podido resolverse aún á comunicar este incidente á sus padres, temiendo, por una parte, alarmar á su madre, comprometiendo á su padre en un asunto desagradable, y por otra, la resolución que probablemente adoptarían, es decir, la de poner término á toda relación con el castillo de Lindhof, lo cual le arrebataría para siempre toda esperanza de ver jamás al Sr. de Walde.

Los albañiles seguían su obra destructora en el mirador. Ferber, que volvía de la casa forestal en compañía de su hermano, apareció de pronto en la extremidad del jardín, y Ernesto corrió á su encuentro. Aunque respetando la prohibición que se le hiciera en interés de su seguridad, el niño se había adelantado hasta el límite extremo que se le tenía señalado, y desde allí observaba con el más vivo interés el trabajo de demolición á que se entregaban los obreros.

– ¡Papá, exclamó el niño, ven pronto, muy pronto! El albañil dice que ha visto algo muy singular.

En efecto, el hombre que estaba en la brecha llamaba á sus tres compañeros vivamente.

– Hemos llegado, decía el albañil, á una habitación ó lo que sea, y creo que el objeto que se ve es muy semejante á un ataúd. ¿No quiere usted examinar eso, Sr. Ferber, antes de que sigamos más adelante? Puede usted venir aquí sin peligro, pues la parte de tejado en que nos hallamos está muy sólida todavía.

Reinhard había oído esta proposición, y abandonando la muralla, bajó los escalones apresuradamente. Un rincón desconocido que contenía un ataúd excitaba en alto grado su curiosidad de anticuario.

Los dos hermanos y Reinhard subieron á la escalera que se había aplicado al mirador y encontraron á los trabajadores agrupados señalando con el dedo una abertura bastante grande que se hallaba á sus pies.

Hasta entonces no habían visto nada semejante, pues el tejado faltaba en la mayor parte del edificio que se habían comprometido á demoler; pero ahora se divisaba desde el mirador un laberinto de habitaciones abiertas, unidas entre sí por estrechos corredores en parte hundidos, mientras que por las anchas grietas del suelo entreveíanse algunas partes de la capilla del castillo. Aquella parte del castillo no tenía en su interior el rudo aspecto que presentaba exteriormente: el cielo azul, los rayos del sol, embellecían algunos de sus rincones, y ahora se descubría un espacio rodeado de paredes, sólidas aún, protegido por un techo que parecía hallarse en bastante buen estado. En cuanto se podía juzgar, examinando las cosas desde tal distancia, aquella habitación debía hallarse situada como una cuña entre la capilla y el mirador propiamente dicho. No podía dudarse que hubiese una ventana entre el ángulo que formaban el mirador y el edificio principal, pues se veían por allí algunos reflejos de luz tamizados por vidrios de color, los cuales reposaban sobre el objeto que, según el albañil, tenía alguna semejanza con un ataúd.

Fueron á buscar una escalera y todos bajaron con la emoción que produce una viva curiosidad á punto de ser satisfecha. Una vez dentro, pudieron contemplar una gran tabla esculpida clavada en la pared y ennegrecida por el tiempo, en cuyas primorosas esculturas se fijaron sus ojos con asombro. En el techo se conservaba todavía un cuadro de madera, de fecha mucho menos antigua, del cual pendían pedazos de paño negro; el resto de aquella colgadura fúnebre yacía en tierra.



Su cortina de hiedra había sido arrancada, y detrás aparecían las ojivas de grandes ventanas

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL TRABAJADOR SUBMARINO

Hace pocas semanas verificáronse con excelente éxito en Choisy-le-Roi, pueblo situado en la orilla izquierda del Sena y á doce kilómetros de París, las pruebas de este nuevo aparato submarino, habiendo asistido al acto, que revistió gran solemnidad, los ministros de Marina, de Obras Públicas y de las colonias de la vecina república, buen número de representantes y delegados de la Academia de Ciencias de París y multitud de periodistas.



Fig. 1. – El *Trabajador submarino*. Sección vertical del aparato

Las personas que debían ir á Choisy se embarcaron en un vaporcito fletado al efecto, y á las dos de la tarde la comitiva de hombres de ciencia y *reporters* llegaba al lugar señalado para los ensayos. El *Trabajador submarino núm. 1 Francia*, en parte sumergido en las aguas del río, aguardábales allí con el inventor del aparato Sr. Piatti del Pozzo y con el constructor Sr. Deslile. A bordo se hallaban los administradores de la Sociedad explotadora Sres. Sage, Dunal y Armando Schwob.

M. Schwob es una personalidad conocidísima en París: rico en su juventud, sufrió grandes tribulaciones y cuantiosas pérdidas que le llevaron á la ruina. Sin desalentarse por estos rudos golpes de una suerte adversa, antes bien estimulado por ellos, propúsose reconquistar con el trabajo la posición que la desgracia le arrebatara, y gracias en gran parte á sus esfuerzos y á su tenacidad debe la ciencia hidráulica ese nuevo aparato que ha de producir una verdadera revolución en los procedimientos hasta ahora seguidos para los trabajos submarinos, pesca de perlas, del coral y de las esponjas, construcción de puertos y muelles, reparaciones de cables telegráficos, extracción de restos de buques, etc., etc. M. Schwob ha facilitado al Sr. Piatti del Pozzo decidido concurso, y los servicios que con ello ha prestado á la ciencia y el brillante éxito que ha alcanzado el *Trabajador submarino*, á la par que le compensarán de los pasados sinsabores, le valdrán en un porvenir próximo honra y provecho tan grandes como merecidos.

Digamos ahora algo acerca del aparato: los grabados que en esta página y la siguiente publicamos serán importante complemento de las ligeras explicaciones que vamos á exponer.

El *Trabajador submarino* consiste en una gran esfera de hierro fundido, de tres metros de diámetro exterior y dos y medio de diámetro interior, en cuya parte superior hay una plataforma en la cual ábrese una escotilla que puede dar paso á un hombre. Y así como las campanas de los buzos no pueden descender más que á 80 metros de profundidad y los buzos provistos de escafandra hasta 40, el nuevo aparato podrá descender hasta 500. El peso total es de unas 10 toneladas.

En el interior del *Trabajador submarino*, que es completamente estanco, están la instalación de los hombres que en él hayan de ir, dispuesta alrededor de la escalera de acceso, el aparato telefónico, los acumuladores eléctricos, el motor de las hélices y el mecanismo que gobierna el timón. En una de las caras laterales de la esfera hay la poderosa lente por medio de la cual pueden explorarse las profundidades de las aguas que envuelven el aparato.

El *Trabajador submarino* puede moverse independientemente, cambiar de sitio, girar sobre sí mismo y reconocer exactamente el sitio en que se halla, y por medio de palas, pinzas y garfios dispuestos en la parte de afuera y gobernados desde dentro, recoge los objetos que se desean y condúcelos, según la naturaleza de los mismos, á flor de agua. Además de esto, el aparato está en comunicación constante con el mundo exterior por medio de un cable de suspensión que sirve á la vez de funda á un manojo de hilos eléctricos para la transmisión de la fuerza motriz y para las comunicaciones telefónicas. Pero este cable que establece una comunicación no constituye en manera alguna una dependencia del aparato respecto del buque con el cual éste se comunica; así es que aun en el caso de que por cualquier accidente dicho cable se rompiera, nada malo acontecería á los tripulantes del *Trabajador submarino*, gracias á un mecanismo ingenioso que constituye una seguridad completa para la vida de aquéllos.

En la pared del fondo de la esfera hay dos cajas de lastre que pueden vaciarse á voluntad de los tripulantes, en cual caso el aparato asciende rápidamente á la superficie del agua sin necesidad de que le preste ayuda el buque adonde está amarrado el cable.

En el *Trabajador submarino* se ha hecho aplicación de los aparatos eléctricos de Thieri Wierre que, desde el interior de la esfera, pueden transmitir la luz al exterior por medio de acumuladores de un género completamente nuevo.

Las pruebas hasta ahora realizadas han sido, como hemos dicho, coronadas por el éxito más satisfactorio. Pronto se verificarán en el Havre, y á una profundidad de 250 metros, nuevos ensayos en los cuales tiene M. Piatti del Pozzo completa confianza.

De confirmarse las esperanzas fundadamente concebidas, se habrá dado un gran paso en el terreno de la ciencia en sus aplicaciones submarinas y se habrá convertido en realidad, hasta cierto punto, una de las más interesantes é ingeniosas concepciones del ilustre novelista y hombre científico Julio Verne. – X.

***

LA SEDA REEMPLAZADA POR EL ALGODÓN

El mundo de la industria textil hállase vivamente interesado en un descubrimiento que, según se afirma, permitirá sustituir la seda con el algodón: éste, no contento con el título de rey de los textiles que le han otorgado los ingleses, aspira á mucho más, á lo que se ve, y si bien su ambición no se ha colmado todavía, ¿quién sabe si de los resultados hasta ahora obtenidos saldrá algo que le permita realizarla, alguna fibra, si no tan brillante ni tan hermosa como la seda, por lo menos nueva, y como tal, abonada á obtener los favores de la moda?

Numerosas son las tentativas llevadas á cabo para reemplazar la seda por un producto que, reuniendo las mismas cualidades que ésta, sea menos caro: una de las más interesantes es sin duda la de M. de Chardonnet, cuyo procedimiento consiste en hacer pasar por presión en hileras capilares una solución etero-alcohólica de celulosa nitrada; el chorro líquido, excesivamente fino, se solidifica al salir de la hilera merced á una corriente de agua. Los hilos así obtenidos tienen todo el brillo de la seda, pero han de someterse á varios procedimientos para que pierdan sus cualidades explosivas, porque esta seda artificial no es otra cosa que algodón pólvora. A pesar de los hábiles perfeccionamientos de que ha sido objeto, la seda artificial de M. Chardonnet no ha podido hasta ahora entrar en el uso corriente por varios motivos, entre los cuales figuran á nuestro modo de ver su elevado precio y la dificultad de teñirla.

Por el nuevo descubrimiento no se fabrica el hilo sedoso, sino que se toma sencillamente algodón, y por medio de una acción química combinada con una acción mecánica, se le comunica un brillo que resiste al lavado: esta operación se denomina *mercerisaje* con tensión.

Hace unos cincuenta años, Mercer, químico francés, demostró que el algodón sometido á la acción de los álcalis ó de los ácidos concentrados adquiría nuevas propiedades, una de las cuales es la de que se encoge, y posee mayor afinidad para los mordientes y los colores. Observó además Mercer que la acción de los álcalis es tanto más enérgica cuanto más baja sea la temperatura: así, por ejemplo, una solución alcalina de 10 á 12° B no ejerce acción alguna *mercerisante* á la temperatura ordinaria, y en cambio la ejerce sobre el algodón enfriada á cero grados.

Esta acción de los álcalis sobre el algodón, llamada *mercerisaje*, tuvo en su origen varias aplicaciones; pero hasta hace muy poco tiempo no se reparó en el efecto brillante que producen los álcalis aplicados al algodón. Dosne, químico francés establecido en Aglié (Piamonte), fabricó de este modo un género de estampado sobre un tejido ligero que tuvo mucho éxito. La tela aparecía brillante á trechos por efecto de la impresión directa de un álcali.

Pero el descubrimiento que ha tenido más notoriedad en estos últimos tiempos, es el que consiste en someter el algodón, ya en madejas, ya en piezas, á la acción del *mercerisaje* y en estirarle fuertemente durante ó después de esta operación. Cuando las operaciones se ejecutan simultáneamente, las hebras de algodón se sumergen tirantes en el baño alcalino frío; pero también se puede someter la fibra vegetal después del *mercerisaje* á una tensión que hace desaparecer su encogimiento y la vuelve á su longitud primitiva. Añadiendo al estiramiento una frotación enérgica, se aumenta el brillo final que el algodón adquiere y conserva.

Este procedimiento, del que los inventores han sacado privilegio, ha pasado ya por numerosas modificaciones que, en sentir de sus autores, son otros tantos perfeccionamientos importantes, y aún se pretende que la tensión no es necesaria para dar brillo al algodón mercerisado. Difícil es decidirse en pro ó en contra del valor de estos perfeccionamientos. De todos modos, es lo cierto que el *mercerisaje* del algodón, hecho en ciertas condiciones, le comunica un brillo que resiste á la acción del agua.

Fuerza es, sin embargo, confesar que el algodón, así tratado, no tiene todo el brillo de la seda; el que se le hace adquirir puede compararse con el de esos tejidos baratos que se hacen con borra de seda, y este es uno de los obstáculos con que el nuevo invento tropieza para tener completa aceptación y generalizarse. Además, en la práctica de los talleres, las manipulaciones con álcali cáustico concentrado ofrecen siempre graves dificultades, y por otra parte la operación mecánica de la tensión es bastante larga.



Fig. 2. El *Trabajador submarino* en el fondo del mar

En una palabra, hoy por hoy, parece que el precio de coste del algodón tratado por el procedimiento

que acabamos de describir es bastante caro en relación con el resultado obtenido.

Pero los industriales que á ello se dedican trabajan activamente el asunto, y no sería de extrañar que sus esfuerzos llegasen á la solución del problema planteado: «Dar económicamente brillo al algodón.»

LEÓN LEFEVRE

* * *

LA HORA DECIMAL

La comisión nombrada por la Sociedad de Ingenieros civiles de Francia ha presentado á ésta una memoria sobre la hora decimal, cuyas conclusiones son las siguientes:

1.ª Por lo que hace á la numeración de las horas de 0 á 24, considerando que esta modificación ha sido ya aplicada en varios países durante un período suficiente para que se haya podido demostrar prácticamente que no ha causado ninguna perturbación seria en las costumbres, y antes al contrario, ha sido favorablemente acogida, así por el público como por los hombres de ciencia, por las innegables ventajas que ofrece, especialmente en la redacción y en la lectura de los indicadores de ferrocarriles, la comisión acuerda que procede emitir un dictamen favorable á esta nueva numeración;

2.ª En lo que concierne á la decimalización de la hora, la comisión ha juzgado que las ventajas señaladas por los partidarios de esta transformación que, en resumen, se reducen á simplificar ciertos cálculos, no compensarían las perturbaciones que de ello resultarían, así en el uso de las unidades en que interviene el tiempo, como en la industria de la relojería, y por consiguiente, es de parecer de que por ahora no debe apoyarse esta transformación;

3.ª Por lo que toca á la decimalización de la circunferencia, la comisión, después de haber oído las

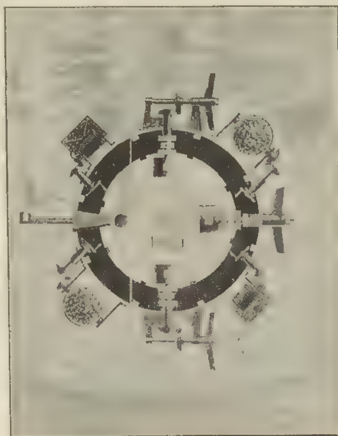


Fig. 3. – El *Trabajador submarino*. – Sección horizontal del aparato

explicaciones de M. Vallot, ha podido comprobar que si la división en 360 grados es la más usada, la división en 400 se emplea en Francia desde hace un siglo aproximadamente, en particular para el servicio geográfico del ejército, y ha opinado que entre los dos sistemas existentes, de los que se sirven á la vez los interesados, según sus trabajos, no deben los ingenieros civiles declararse en pro de uno de estos dos sistemas con exclusión del otro.

* * *

LAS COMETAS Y LOS PRONÓSTICOS DEL TIEMPO

El departamento de meteorología de los Estados Unidos ha comenzado á emplear recientemente las cometas elevadas á grandes alturas con el objeto de facilitar los pronósticos del tiempo á corto plazo. Los cambios atmosféricos empiezan por las regiones elevadas, pues en las grandes alturas comienzan á formarse las corrientes que han de dominar. Los meteorólogos de Wáshington creen que los cambios de viento se producen entre 2.000 y 3.000 metros doce ó diez y seis horas antes de que el cambio de dirección se manifieste en la superficie del suelo. Esta opinión, á menudo exacta, no puede considerarse como incontestable, pues algunas veces en caso de tempestad la transmisión de los movimientos superiores del aire cercano al suelo efectúase más rápidamente. De todos modos, el saber lo que pasa en las altas regiones atmosféricas constituirá siempre un dato precioso. Las cometas ensayadas hasta ahora se han elevado á 1.600 metros, y el departamento meteorológico de los Estados Unidos espera llegar á conocer por su mediación los vientos reinantes y publicar diariamente un mapa de la atmósfera á 1.600 metros de altura, que comprendería toda la región que se extiende entre las montañas Rocosas y los montes Alleghanys.



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – PROVINCIA DE MANILA. – PUENTE SOBRE PILOTES DE MADERA, PISO Y BARANDILLAS DE CAÑA, EN LA RÍA QUE DIVIDE EL PUEBLO DE PARAÑAQUE, PUNTO DONDE ESTUVO EL CUARTEL GENERAL DE POLAVIEJA

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 23 de agosto de 1897 — Núm. 817



LAS PRIMERAS GOLONDRINAS, cuadro de **J. M. Tamburini**, último grabado ejecutado por Sadurní

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los suscriptores á la **Biblioteca Universal** el primer tomo de *Don Quijote*, reproducción en facsímile de la edición impresa en Valladolid en 1608, reconocida como la única revisada por el mismo Cervantes en Valladolid, y que contiene las últimas correcciones de su inmortal autor, por lo que se la considera como el solo original autorizado de tan renombrada obra, habiendo sido por tal concepto adoptada por la Academia Española para su edición especial.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LA TRAGEDIA

¿Y de qué habíamos de hablar? ¿Acaso pensamos en otra cosa; acaso esta tragedia de la vida real no nos absorbe, no borra todo lo demás, no obliga á poner en olvido las guerras, el problema económico, las amenazas del sombrío porvenir?

Pocos días hace, releía yo en la novela de Alfonso Daudet *El Nabab* la admirable descripción de la muerte del ministro de Estado, duque de Mora — muerte ocasionada por una causa tan ignominiosa como gloriosa es la que lleva al sepulcro á D. Antonio Cánovas del Castillo. — Inexplicable sensación, que ahora me parece semejante á vago presentimiento, me sobrecogía al recorrer las páginas donde el novelista francés expresa el terror, el retemblido que produce en las entrañas de la sociedad la caída de uno de estos árboles gigantescos, cuya sombra se extiende á tanta distancia del tronco robusto, erguido y colosal... Casualmente la misma tarde vi cortar un árbol enorme. Atacado por el hacha, sujeto con cuerdas para que al desplomarse no derribase muros y no destrozase plantaciones, al quedar prendido sólo por unas cuantas pulgadas de madera á su base anchísisima, de pronto, á un nuevo esfuerzo de los trabajadores que atirantaban las maromas, oyóse formidable crujido, intenso desgarramiento de fibras; la atmósfera gimió y resolló fragorosamente — como una persona que se asfixia, — rasgada y herida por el rápido paso del grueso mástil; y al chocar éste contra la tierra, oyóse un golpe mate y profundo, y la ramazón susurró con ese susurro prolongado y solemne que se nota por la tarde en el seno de los bosques muy frondosos. — Y después, tumbado ya el árbol, extinguido el eco de su caída, nos figuramos que se había quedado todo en derredor sordo y silencioso, en un silencio fúnebre, extraño, una parálisis repentina de la naturaleza... ¡Cuántas veces me acuerdo, desde el día 8 de agosto, del desplome del árbol grande!

No es posible contar las múltiples ramas ni las hondas raíces de ese roble majestuoso que se llamaba Cánovas del Castillo. El estupor que causa su muerte prueba hasta qué punto penetraba en el subsuelo y señoreaba el aire. Combatido por los huracanes, importunado por los vientecillos de la sátira, la envidia y la hostilidad, no he visto otro que menos se conmoviese, que mejor diese el hermoso ejemplo del estoicismo en la acción. Los que éramos sus amigos, nada más que sus amigos, y le escuchábamos y recogíamos las migajas de su sabiduría y nos complacíamos refinadamente en saborear su ingenio, claro y vivo como terrón de sal pura; los que le preguntábamos para oirle y aprender, y sobre cualquier cuestión que se ofreciese al discurso, veíamos con asombro nunca disminuído salir de sus labios la sentencia profunda, la observación radiante de luz, la explicación satisfactoria é inesperada, la doctrina copiosa y jugosa y rebosando esa amarga dulzura de la experiencia; los que comprobábamos á cada momento cuánto le importaban la literatura y el arte, el interés con que seguía la evolución estética, podíamos creer, y á veces creíamos, que aquel docto varón había nacido, más que para la diaria batalla política, para la paz de la biblioteca, para trazar con seguro pulso páginas históricas, ó para legar á la posteridad alguna colección de máximas al estilo de las de Larochefoucauld ó Chamfort. Sin embargo, de pronto, en medio de animada conversación, en la cual parecía haber sacudido todo el peso de preocupaciones graves, un incidente cualquiera, una carta que le presentaban cerrada y enigmática como el destino, una alusión á sucesos recientes, la entrada apresurada de algún personaje político, ensombrecían por breves instantes su frente, inteligentísima bajo la aureola del poblado cabello blanco, denso aun en las entradas como el pelo de un joven; y la transición, en él rapidísima, de la vida puramente intelectual á la vida activa y de combate, descubría el temple de un alma de acero, la energía prodigiosa de un organismo en que el amplio cerebro, en vez de absorber las fuerzas vitales, las centuplicaba y las transformaba en inquebrantable voluntad.

Aquella entereza magnánima y varonil enseñaba á Cánovas á olvidar, ó á hacer como si olvidase — con un buen gusto que rayaba en aticismo — los peligros de que vivía rodeado. Cuando le encontrábamos en la severa sala de las armaduras (la sala donde presumo, á la hora en que esto escribo, que habrán expuesto su cadáver); cuando le oíamos de sobremesa referir episodios de la mocedad, evocar memorias de la época romántica, dibujar á grandes rasgos las figuras de Ayala, de la Avellaneda, de Zorrilla, ó recitar, alardeando de feliz memoria, estrofas de Quintana ó de Leopardi; cuando perfilaba, con meridional gracejo, la sabrosa anécdota, ó grababa en frase indeleble el histórico recuerdo, no podía menos de pegársenos su serenidad, aunque bajo nuestros pies — en los sótanos del elegante palacio á la italiana, el palacio de las flores, que criaba en sus estufas y en sus jardines magníficos los tulipanes y las orquídeas de las tres *corbeilles* de la mesa, siempre frescas, renovadas como por mano de los silfos — velaban día y noche hombres armados, una brigada de policía, destinada á impedir que la piqueta de los minadores subterráneos llegase á los fundamentos de la galería ó del comedor, y pudiese interrumpir el banquete el pavoroso trueno de la dinamita.

Hubo, sin embargo, un momento en que sentí, y debieron de sentir también otros, el frío del temor, la impresión fatídica de un *aviso*. No es que tengamos la pretensión de leer en lo futuro, ni que ningún agente extranatural se encargue de anunciárnoslo: es sencillamente que las combinaciones posibles de los sucesos se nos presentan á la imaginación, y ésta se sobrecoge y espanta. En el momento á que aludo vi lo que no suele verse en esas existencias, tan brillantes, que concitan y exasperan las malas pasiones: vi, digo, el lado obscuro, el punto negro, la fatal zona de sombra. Fué la primera vez que visité la *Huerta* después del atentado de la bomba, del cual no se habló mucho en Madrid, y por el cual nadie apareció menos alarmado que el propio Cánovas del Castillo, contra quien se dirigía. El criminal que intentó lanzar dentro del parque y hacia la morada del insigne político la máquina explosiva, fué castigado inmediatamente por su mismo crimen: la bomba le destrozó. Tal desenlace parecía á algunos de los mejores amigos de Cánovas un signo de su buena estrella, un golpe acertado y hasta ejemplar de la suerte. Sólo un detalle de aquel suceso me quedó clavado en la fantasía, asombrándola. Y fué que, mientras el cuerpo despedazado del sectario iba á caer á un desmonte próximo, su mano derecha — la mano que había arrojado la bomba, — separada del brazo, salvando la tapia, caía dentro del parque. Al cruzar por las calles de éste, enarenadas, silenciosas, apenas alumbradas por algún foco eléctrico; al pensar en lo que representa de bienestar y de goce, en medio de la aridez y el bullicio de Madrid, una *huerta* semejante, que no es el mezquino jardinete de los hoteles á la moderna, sino un pedazo de sitio real, con su arbolado vigoroso y añoso, su lago, sus fuentes abundantes y claras, sus rincones de sombra y frescor, sus alegres perspectivas de paisaje, de sol filtrado al través de la verdura; al observar una vez más lo bien que de tan apacible y rico fondo se destacaba la figura del sabio, del pensador, del hombre de Estado que allí tenía sus delicias, un involuntario pavor se apoderó de mí, recordando que en aquellas mismas frondas grandiosas y tranquilas, sobre la felpa verde del *grass* cuidadosamente recortado — al borde de aquel lago donde nadaban los cisnes negros y blancos, haciendo ondular con reposo su fino cuello, quizás entre los macizos de rosales, — acababa de caer, como siniestro aerolito, la mano destrozada del anarquista, ¡la horrible mano exangüe!

Muchas veces esta idea me causó frío en el corazón; muchas veces pensé en aquel despojo humano lanzado por ciega rabia destructora en medio del lujo y de la grandeza, como para abofetear á lo más alto, al poder, al genio, á la inteligencia, soberana del mundo.. Mas, ya lo he dicho, la sangre fría es contagiosa, la calma infunde calma, y en medio de ciertos momentáneos recelos que acaso sentíamos muchos sin decírnoslo, Cánovas nos parecía invulnerable... Si es cierto, como refieren los periódicos, que allá en su juventud, una gitana le predijo que moriría de muerte violenta, la predicción no debió de hacerle otra mella que á Julio César los prodigios que, según Suetonio, anunciaron su próximo fin, las advertencias de los augures y los tristes sueños de la fiel Calpurnia. En estos últimos días de la vida de Cánovas, no sé que pueda haber nada más trágico que la confianza y descuido de hombre tan amenazado y tan emplazado como él; su indiferencia hacia las precauciones, sus salidas á pie y solo, sus hábitos iguales á los del bañista más obscuro que se sienta á la puerta del balneario para leer pacíficamente un periódico; mientras el asesino, con perseverancia que eriza el cabello, le seguía, le avizoraba, pisaba sus huellas hora por hora, aguardando el momento seguro y favorable, y pasaba rozándole, sin que ningún estremecimiento secreto advirtiese á la víctima de que su destino estaba allí cerca, implacable y en acecho.

Hay quien dice que el desenlace de la vida de Cánovas fué tal cual él lo desearía, y glorioso á proporción de su gloria. No niego que campea imponente la estatua sobre el pedestal de mármol negro y de pórfido rojo que terribles circunstancias alzaron; pero no nos sirve de consuelo á los que por él sentíamos afecto inalterable, ni creemos, dígase la verdad, que muriendo de muerte menos horrenda no reconociese la posteridad sus merecimientos ni justipreciase su valía. Pudo al borroso y frío Carnot realzarle la puñalada de otro asesino italiano; Cánovas no necesitaba tal realce. Prometíale su robusta complexión salud en la longevidad, y su experiencia creciente, su prudencia acendrada por los años, le señalaban para consejero y moderador político, cuando no fuese piloto en ejercicio de esta pobre nave tan contrastada y batida por las tormentas. Deja á la patria á orillas del precipicio, cercada de peligros y agobiada de tribulaciones infinitas; y las abundantes lágrimas que he visto derramar, á la noticia del asesinato, á personas que nada debían á Cánovas, que nada esperaban de él, que sólo de vista y nombre le conocían, que en vida ni aun eran entusiastas de su política y de sus principios, no demuestran solamente la efusión de sensibilidad y la humanitaria protesta de las conciencias honradas contra un acto bárbaro é inicuo: responden á la convicción de que al derrumbarse Cánovas, se derrumba el baluarte de España, la fortaleza donde nos refugiábamos, donde se reconcentraba enérgica la defensa nacional...

Por eso el dolor de todos ha respondido al dolor de una mujer tan noble y buena siempre como infeliz ahora — dolor sagrado, que hasta parece que lo profana la tinta de imprenta al caer sobre él, — y que merece el respeto del silencio, la callada simpatía que se inclina profundamente, pensando en el único consolador verdadero — que no es por cierto el tiempo, no. Más arriba.

Emilia Pardo Bazán

PENSAMIENTOS

Dos cosas principalmente exige el público á los actores y también á los concertistas: primera, que sientan lo que ejecutan, y segunda que lo ejecuten con naturalidad; y sin embargo estas dos condiciones sólo de una manera relativa son procedentes. En efecto, por lo que hace á la primera, un artista debe ejecutar durante su carrera una misma obra ó una misma pieza centenares de veces; y siendo esto así, ¿se concibe que, aunque no sea sino por motivos de salud, pueda sentir siempre la situación que ha de interpretar? Su arte, por consiguiente, debe consistir en despertar en el espectador ó en el oyente la ilusión de que siente de veras lo que ejecuta, y con ello llena perfectamente su misión. En cuanto á la segunda, el hecho de que el artista está solo en el escenario, separado del público, de que tiene que pintarse para aparecer con un color natural y de que cuando ha de hablar en voz baja ha de hacerlo de modo que le oigan millares de personas, demuestra que la naturalidad escénica debe sujetarse á condiciones especiales, pues de lo contrario no produciría el menor efecto: la risa y el llanto verdaderos, por ejemplo, producirían en la escena una contracción del rostro y una alteración de la voz que no causaría en los espectadores el efecto por la situación exigido. Todo lo expuesto puede concretarse en dos preceptos, á saber: que el artista represente su papel dentro del espíritu de la obra, y segundo que no lo exagere, que no lo recargue.

***

Del mismo modo que la sal y la pimienta sazonan los manjares, las luchas sazonan la vida.

***

El éxito fortalece y estimula los temperamentos artísticos elevados; á los caracteres bajos les engríe, les detiene á veces en el curso de su carrera y en algunas ocasiones hasta es causa de su decadencia. El fracaso exaspera á los primeros, pero no les hace desesperar, antes bien les impulsa á seguir luchando y avanzando; en cambio mata á los segundos.

***

Es más fácil perdonar que olvidar una injusticia.

Antonio Rubinstein



JOAQUIN DICENTA

Hace ya algunos años volvía yo de dar mi acostumbrado paseo matinal por las alamedas de la Moncloa, y andando despacio dirigíame á la estación del tranvía del barrio de Argüelles.

Una mañana vi subir en el coche á una señora de franco y altivo rostro y abundante cabello blanco, acompañada de un joven de fisonomía expresiva y simpática, el cual ayudó á la señora á tomar asiento con delicadas precauciones y cariñosa solicitud.

La dama, á su vez, cuidaba con gran esmero de un diminuto galguito revoltoso y juguetón que apoyado en su brazo llevaba y al que con frecuencia solía acariciar. El joven, cubierta la cabeza con amplio sombrero de redondas alas y cuidadosamente vestido y arreglado, aunque sin la más ligera sombra de afectación, sentóse enfrente de la anciana, y cruzado de brazos contemplaba con aire distraído el largo paseo de árboles extendidos á ambos lados, por entre los cuales el tranvía deslizábase con rapidez vertiginosa.

Luego, al llegar al final de la calle donde el tranvía tiene señalado otro lugar de parada, la anciana apeóse del coche, ayudada siempre por su joven acompañante con la misma cariñosa solicitud que emplearon al subir, y después, acercándose rápidamente á la acera, penetraron por una de las bocacalles paralelas al paseo.

Durante aquella primavera vi diferentes mañanas, siempre en el tranvía y haciendo idéntico viaje que la vez primera, á la anciana señora y su joven acompañante que, desde luego, supuse fuera hijo suyo, y justo es que confiese que mi curiosidad por saber quiénes fueran iba en aumento cada vez que los veía.

Por fin una mañana, hallándome yo esperando el tranvía que había de conducirme al centro de Madrid, encontré á un íntimo amigo mío, el cual, preguntado por mí acerca del motivo que le llevaba por aquellos barrios, me contestó que iba en busca de Dicenta, pues había quedado citado con él para almorzar juntos en su casa y darle lectura de un libro al que quería que el aplaudido autor pusiese un prólogo.

Distraídos con la conversación, no advertíamos que el tiempo pasaba rápidamente y los tranvías llegaban, se detenían y marchaban después, mientras que yo al verlos salir decía:

—¡Bueno!.. Tomaré el otro...

Y así hubiéramos permanecido Dios sabe cuánto tiempo si mi amigo, mirando fijamente á uno de los lados del paseo, no dijera de pronto:

—¡Calla! Si no me engaño, por allí viene Dicenta. Justamente... Es él...

—¿Quién?, le pregunté yo. ¿Aquel joven que viene acompañando á una señora anciana?

—El mismo... Esa señora es su madre...

Díjome mi amigo rápidamente que Dicenta adoraba á su madre; le referí yo mis encuentros con él en el tranvía, la curiosidad que había experimentado por saber quién pudiera ser... Mi amigo ofrecióse á presentarme á él; á mí la ocasión no me pareció oportuna y decliné tal honor esperando hallar circunstancia más á propósito para ser presentado.

Era, efectivamente, Dicenta el joven del amplio sombrero que ayudaba á subir y bajar del tranvía á su madre, la anciana señora de cabellos blancos.

Era Dicenta... No sé por qué á veces nos figuramos á los hombres por sus obras distintos de lo que son, y luego se da el caso de que la realidad nos presente al hombre completamente contrario á la idea que de él hemos formado. Y con Dicenta me ocurrió algo de esto. Yo le conocía por tres ó cuatro obras que llevaba estrenadas, y le conocía además por dos libros de artículos publicados y algunos trabajos sueltos escritos de prisa y corriendo en periódicos que había dirigido.

Por eso aquella mañana que conocí á Dicenta tardé en reponerme de la sorpresa que me causó, y es que tales cosas se contaban de él, que me hubiera sido imposible adivinarle.

Dicenta en aquella época, aunque no tenía el nombre, fama y autoridad que hoy disfruta, era ya bien acogido en los círculos literarios, considerado por las empresas teatrales y cortésmente tratado por los periódicos.

Acerca de él circulaba una leyenda especial, rara, extraordinaria. Decíase que hacía una vida completamente desordenada, vida llena de peligros y de azares, espantosa bohemia que le agotaba las energías y le consumía la vida. Nadie le conocía cariños ni afecciones... Considerábasele incapaz de la ternura más insignificante. Fiero, hosco, desabrido, de carácter atrabiliario y dominante, pintábanle por todo extremo antipático los que aseguraban conocerle y tratarle con íntima confianza.

Al anunciarse el estreno de una obra de Dicenta, la cuestión de siempre, la eterna cuestión, colocábase sobre el tapete. Las disputas eran grandes: á veces tomaban carácter de riña; pero por regla general los discutidores del talento ajeno concluían por reconocer las brillantes condiciones de autor que adornaban á Dicenta, si bien inmediatamente después añadían, con la mejor intención, que ya le consideraban incapaz de producir nada que siquiera fuese medio regular.

Cuando Dicenta entregó al popular maestro Chapí el libreto de la obra *El Duque de Gandía* convertido en zarzuela, varios individuos, amigos hoy del autor famoso y que si se les recordara el suceso no vacilarían en negarle tres veces, pronosticaron con voz grave y solemne que Dicenta se alejaba del teatro formal y serio, puesto que aquello que hacía era una deserción, y de derivación en derivación hubo quien llegó á decir que Joaquín Dicenta acabaría escribiendo piececitas para Eslava.

A fe que más de una vez se habrá visto inclinado á hacerlo.

Cuando contemplara la vida de triunfo y derroche que hacían los *mercaderes* del arte, la media docena de autores del género chico, y pensara después en el escaso resultado que sus obras le habían dado, ¿no es lógico y natural que alguna vez sintiera vehementes deseos de correr un velo sobre el pasado, dedicándose al género que tan brillantes trimestres proporcionaba?

Pero estas vacilaciones desaparecían bien pronto. Para un temperamento de artista como el de Dicenta, la lucha es el elemento principal de la vida y nunca ha tenido más energías que cuando ha sabido que se le discutía más. Hoy sabe y le consta positivamente que muchos cariñosos compañeros dudaban del éxito de *Juan José*, y el día del ensayo general salían del teatro haciendo augurios tristes y poniendo música á diversos parlamentos de la obra. ¡Qué deliciosa fraternidad la del arte!

* * *

El calvario que Dicenta sufrió fué largo y penoso. Para luchar y vencer, como al fin lo ha logrado, ¡cuántas vicisitudes ha atravesado, cuántos desengaños ha sufrido! Largos años de trabajo infructuoso y baldío han marcado profundo surco en su alma. Luchador invencible en el libro, en la prensa, en el teatro, ha librado una batalla diaria sin que los resultados adversos le hayan quitado fuerzas para continuar, siempre firme, amarrado al yunque del trabajo. Su poderosa fuerza de voluntad, la confianza íntima en el propio valer, la esperanza del éxito más ó menos tarde, no le abandonaron jamás, y cuando recibió los aplausos de todos al conseguir el triunfo teatral más formidable de los últimos años, ni siquiera se inmutó. Era cosa que esperaba y, por consiguiente, no podía sorprenderle.

Pero no haya miedo que el joven autor se engría con sus éxitos. Por experiencia larga y dolorosa sabe que cuantos homenajes hoy le tributan no se los conceden graciosamente, que los ha ganado de una vez y decisivamente en lucha franca y noble. Así, cuando no hace muchos días, comentando el escandalazo que entre los escritores madrileños produjo la aparición de un libro infamatorio que afortunadamente no llegó á ponerse en las librerías porque el fiscal recogió la tirada, al saber Dicenta que su autor, un pobre perturbado, decía en el prólogo que huyendo de la corte se marchaba á su aldea cansado de una lucha de *cuatro meses*, sonreía compasivamente y nos decía:

—¡Pobrecito!. ¡Cuatro meses!.. ¡Pues si él supiera!..

* * *

Dicenta, en la situación en que hoy se halla, pudiera serlo todo; pero Dicenta tiene un enemigo mortal, irreconciliable: su carácter. Con independencia indómita, mantiene sus ideas tan tenazmente que en vano ha de intentarse nunca hacerle ceder. Sería inútil.

Por eso Dicenta, que como autor sabe dominar al gran público, y como periodista conoce la manera de atacar á la opinión, y como orador es de fácil y brillantísima palabra, á poco que se lo propusiera alcanzaría posiciones que han conseguido otros sin ostentar la cuarta parte de sus méritos.

Quizá si cediera algo, si él se propusiera con verdadero empeño brillar en otras esferas de igual modo que en la literatura brilla, lo conseguiría con relativa facilidad; pero rodeado de gentes que no estimulan su ambición y á cuyo *medio* ha llegado á acostumbrarse, será difícil convencerle por ahora, si bien yo no dudo que, andando el tiempo, Dicenta comprenderá que así como el cuerpo se entrega á las calaveradas de la juventud hasta que la madurez y el buen juicio aconsejan lo contrario, del mismo modo las ideas se lanzan á hacer sus correrías por los campos avanzados de las teorías siempre nuevas y siempre antiguas, hasta que la sana razón sabe refrenarlas con mano firme y poderosa.

Estas condiciones del carácter de Dicenta demuéstranse en el trato particular, donde nuestro autor recuerda por su caballerosidad é hidalguía las tradiciones legendarias.

Sus aficiones á cuanto puede relacionarse con los asuntos de armas, han hecho de él un hombre necesario á todo el que se ve en el difícil y delicado trance que ocasiona una cuestión de honor.

Dicenta, enamorado de los tiempos pasados, sábese de memoria los Códigos del Honor y estudia cuidadosamente las diferencias que existen entre unos y otros. Es un discutidor terrible por la lógica arrebatadora de su argumentación, y si por casualidad el asunto en que él interviene no es de los que *reclaman sangre*, su apadrinado puede tener la seguridad de que se lleva todos los pronunciamientos favorables.

En la tertulia del café, donde un grupo numeroso de literatos se reune diariamente, cambiando impresiones y emitiendo juicios sobre los asuntos de palpitante actualidad, suscitóse una tarde un altercado.

Un joven, literato también, que por disgustos de familia hallábase reñido con ésta, presentóse una tarde en el café, y fuertemente excitado comenzó á referir las peripecias domésticas que le ocurrían. Las opiniones que escuchó de sus amigos y contertulios fueron, como siempre que de cualquier asunto se trata allí, diversas y encontradas. El muchacho, no encontrando solución de su agrado al conflicto, desesperábase y su irritación iba en aumento. Comenzó

primero por culpar de su desgracia á algunos parientes lejanos; luego vino á parar á sus hermanos, á quienes calificó de egoístas, y por último, en el colmo de la excitación, hubo de recriminar á su padre, al que consideraba principal causante de su aflictiva situación.

Como al pensamiento es imposible ponerle freno, sobre todo cuando un motivo provoca la irascibilidad, aquel joven, correcto siempre, de sano talento y buen juicio por todos reconocido, pronunció algunas palabras de mal gusto y que no sentaron bien del todo en la reunión.

Dicenta, que presenciaba la escena desde un principio y que apenas había despegado los labios, al oir las palabras que en un momento de ceguedad pronunció el joven contra su propio padre, no pudo contenerse y cariñosamente le advirtió que no hacía bien en tratar de aquel modo al autor de sus días.

Algo más le dijo, siempre en tono suave y cariñoso, y lo hizo con tal tacto y tan extremada cordura, poniendo al propio tiempo tan exquisito cuidado para no herir la delicadeza del interesado, que seguramente otro cualquiera le hubiese agradecido profundamente la advertencia

Pero su contrincante, cuyo carácter violento conocemos todos, no lo entendió así ó no quiso entenderlo, y encarándose con Dicenta sostuvo sus afirmaciones. Este quiso suavemente convencerle de que aquella manera de ser no era la que correspondía á un hombre bien educado; la discusión se caldeaba, la irritación de ambos aumentaba por momentos y llegó una ocasión en que de las palabras pretendieron pasar á los hechos, y quizá lo hubieran conseguido si la oportuna intervención de los demás concurrentes no lo impidiera.

Alguien pretendió devolver la paz y buena armonía á aquellos dos hombres que hasta entonces habían sido cariñosos amigos, pero resultaron inútiles cuantas gestiones se hicieron en tal sentido, y colocada la cuestión en un terreno asaz peligroso, no hubo recurso capaz de evitarla, y á los dos días concertóse y verificóse un lance en el que Dicenta tuvo la fortuna de herir á su adversario, dejándole fuera de combate.

—¿Por qué se ha batido Dicenta?, preguntaban las gentes al tener conocimiento del caso.

—¡Por nada!.. ¡Por defender al padre de su adversario!, contestaban los que conocían el incidente.

Este es el caballero, inflexible y tenaz si de asuntos de honor y justicia se trata.

* * *

En la conversación particular Dicenta es ocurrente sin llegar jamás á la ofensa, pues sabido es lo fácilmente que puede hacerse un chiste á costa de una persona. Dicenta no ve nunca con gusto que se mortifique á nadie, y por esto ha tenido en varias ocasiones serios disgustos que han podido producirle gravísimos perjuicios.

Es cierto que tiene muchos y muy buenos amigos, pero no lo es menos que los triunfos conquistados le han proporcionado buen número de envidiosos, roedores de la gloria ajena, que le inventan las más inocentes calumnias.

Dicenta finge no hacer caso de ellas. Es probable que acostumbrado como está ya á esas pequeñas miserias, las desprecie olímpicamente; es posible también que sean una amargura más que acumula á tantas y tantas ya experimentadas, pero continúa impasible su camino, y aunque todo se conjurase contra él proseguiría su labor, confiando siempre en el éxito que habrían de proporcionarle sus merecimientos.

Es además Dicenta un prodigio verdadero de laboriosidad. Difícil es encontrar otro caso como el que ofrece este joven autor, que á los 32 años ha producido ocho grandes obras dramáticas (cinco más que Sundermann á la misma edad y están locos con él los alemanes) y ha dado á la estampa tres libros é innumerables trabajos periodísticos.

En la actualidad se ocupa en la preparación de un tomo de poesías, que publicará al comenzar el próximo invierno, y además escribe á toda prisa dos obras dramáticas, en las que la empresa confía la salvación de la temporada.



LA MARINA DE GUERRA ESPAÑOLA. – El clipper «Nautilus,» escuela de guardias marinas (de fotografía de F. Laureano)

Y allá va un dato curioso para terminar.

El drama *Juan José* ha producido durante los dos años que hace se estrenó más de 20.000 duros.

El último trimestre, esto es, el liquidado en fin del próximo pasado mes de abril, rindió todavía por derechos de representación la suma de quince mil pesetas.

Bien ganado lo tiene el más arriesgado y valiente autor dramático contemporáneo, que ha sabido con el esfuerzo de su poderoso talento romper los convencionalismos en que parecía estar encerrado el arte.

José Juan Cadenas

EN LAS ESQUILAS

ESCENAS DE LA VIDA ARGENTINA

Concluye septiembre y el calor aprieta ya de firme. En el brete encerradas, expuestas al sol, que cae á plomo, están las ovejas que deben ser faenadas en el día, inquietas, amontonadas, estrechándose unas á otras, resollando fatigosamente y buscando con afán alguna sombra, que sólo encuentran ocultando la cabeza bajo la barriga de la compañera de al lado. El *agarrador* entra y sale constantemente del brete, sin tener un momento de descanso; por una pata agarra las ovejas, que se revuelven y forcejean, y las arrastra afuera, á la *cancha*, donde las voltea para manearlas, á fin de que puedan hacer libremente su obra las tijeras. *¡Ovejas á la cancha!*, gritan de todas partes así que el *agarrador* se para un punto, ó se arrima á la cocinera para pedirle un mate; y el pobre, sudoroso, jadeante, pero resignado, vuelve á su tarea, entrando y saliendo incesantemente del brete, para ofrecer nuevas víctimas á las insaciables tijeras.

A un paso del brete, frente al galpón levantado á un lado de la *estancia* (1) y en que se guardan los *frutos* (2), está la *cancha*, es decir, el lugar de las altas funciones de los esquiladores. Puestos en semicírculo en número de veinte á treinta, mal sentados sobre un resto de silla ó sobre un leño, ó puestos en cuclillas apoyándose sobre los talones, apenas resguardados del sol por el ramaje de algún sauce, manejan con sin igual destreza las enormes tijeras y *la sin hueso*. Maravilla la rapidez con que despojan á la oveja de su vellón, dejándola absolutamente rapada, sin una hebra y sin herir, los más duchos, casi nunca al animal; en tanto que la lengua no tiene punto de reposo, ya burlándose de alguno ó contando chascarrillos, bien concertando jugadas y carreras, ó tarareando alguna *milonga* (3). Esquilada una oveja, van á vaciar el vellón sobre un cuero de potro ó encima de una mesa, recogiendo entonces una *latita* (4) de manos del patrón, quien con cara de aburrido, pero vigilándolo todo, está sentado bajo el cobertizo de la casa, cruzadas las piernas y en la mano la bolsa de las latas, imponiendo silencio á los peones si hablan demasiado, y levantándose de vez en cuando para calcular la cantidad y el peso del vellón entregado, ó para ver si se esquila con gran cuidado los carneros finos.

En tanto que los esquiladores van entregando el vellón, el *atador* lo recoge y clasifica, formando paquetes ó *atados* según la procedencia y calidad. Y el *médico*, es decir, un peón provisto de un tarro de alquitrán y de un pincel ó hisopo, recorre la cancha, atento á las llamadas, dispuesto á curar las heridas ó lastimaduras que las tijeras ocasionen.

Junto á la cocina, grande y ahumada, está cebando mate la cocinera, sucia y desgreñada. Y allá más lejos, en la entrada de la estancia, á la sombra de los paraísos, están en amable compañía dos ó tres caballos de pobre aspecto, masculLando los brotes tiernos del pasto, y los perros de la casa, tendidos largo á largo, con la lengua fuera de la boca, fatigados por el calor, pero atentos á cualquier ruido de afuera y dispuestos á saltarle encima al primero que se arrime á la puerta, ó á salir ladrando detrás de cualquier jinete que pase trotando ó al galope.

¡Ruda faena la esquila! La atmósfera quieta, un tanto brumosa, caldeada por aquel fuerte sol de septiembre, pesa como losa de plomo sobre aquellos peones, quienes arqueado el tronco, sudoroso el cuerpo, agitado el resuello, mal protegidos de los rayos del sol, entre el vaho de las ovejas, aspirando el polvo y la suciedad mezclados con las hebras del vellón, se pasan todo el santo día moviendo incesantemen-

(1) Casa de campo, cortijo; el principal edificio levantado en el campo ó heredad donde vive el dueño ó el arrendatario.
(2) Los productos de la ganadería.
(3) Canto popular.
(4) Pedazo de lata que se entrega por cada oveja esquilada para saber al fin de los trabajos cuánto ha ganado cada peón.

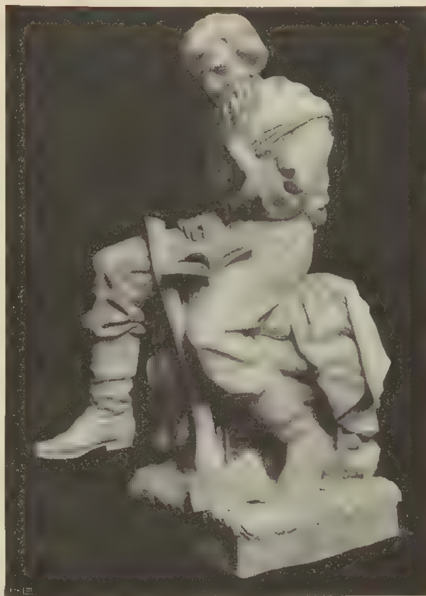
te las sendas tijeras, sin otra satisfacción para sus cansados cuerpos que algún mate tomado junto á la cocina de prisa y corriendo.

Y sin embargo, se pasan todo el día alegres y apenas para un momento su lengua, ya conversando en voz alta, ya quedo y entre vecinos, cuando el patrón refunfuña, temiendo que con la conversación afloje el trabajo. Sorprende verdaderamente aquel humor para tanta charla en hombres que deberían estar rendidos por la fatiga. *Retrúcanse* constantemente, agudos y decidores como son, y de todos los accidentes de la esquila y de todas las circunstancias de la vida criolla, entre chanzas y veras, sentenciosos y marrulleros, sacan motivo para su charla continua, interminable, de todo el día. Y muy dados á burlas y sin compasión para ellos mismos, le arman frecuentes *fumadas* (1) al *médico*, llamándole para supuestas heridas y levantándole la cola á un carnero cuando con el hisopo pringado en la negra brea se acerca presuroso para ejercer su ministerio, ó le azuzan al pobre *agarrador*, si se para un punto, para que traiga ovejas, ó se ríen á mandíbula batiente del que larga un carnero mal esquilado, con *banderas* ó hilachas de vellón flotando al viento.

No dan, con todo, paz á la mano hasta concluir con la *encierra* del día. Podrá haber algún maula, siempre pronto á *hacer sebo*, es decir, á haraganear, que con el pretexto de afilar las tijeras se salga frecuentemente de la cancha, y se le arrime á la cocinera y le dé conversación mientras toma un *verde* (2). Acaso en las horas de siesta, enervantes con aquel aire de fuego que se respira, disminuyen un tanto las energías; pero así que el sol se va acercando sensiblemente al horizonte y la brisa de la tarde orea y refresca los cuerpos sudorosos, actívase el trabajo, sirviendo de poderoso acicate el deseo de concluir antes de que anochezca para poder correr alguna carrerita. Y cuando la encierra toca ya á su término, la charla va aflojando y el ruido de las tijeras, nerviosamente movidas, se oye cada vez más fuerte; nadie piensa ya en burlas; sobrexcitados, sienten todos una ansia loca por concluir pronto; y al fin acábase la encierra, y se abre la puerta del brete, del que salen saltando, asustadas, las ovejas, cuando el sol, rojo y enorme, se dispone á hundirse en las inmensidades de la pampa, matizando con hermosísimos colores las ligeras nubes que flotan por el espacio. Y en tanto que el pastor *repunta* ó lleva las ovejas hacia la majada, que está en aquellas horas abrevándose en el arroyo que bordea el campo, corren presurosos los peones ó desatar los caballos y arman una carrera, sirviendo de cancha ó pista algún retazo del mismo campo, ó el camino más próximo, ó se contentan, si está ya muy próxima la noche, con algunas jugadas de *taba* (3), en las que suele *tomar un barato* ó acompañarles el patrón de la estancia.

Ya de noche, júntanse todos en la amplia cocina, donde despachan en un santiamén abundante guisote de carne. Y en tanto que los mujeriegos se quedan departiendo allá en la cocina, mate tras mate, con las peonas, *¡el dúo eterno!*, los más se van al galpón de la peonada, no á descansar, sino á armar un *torito* ó partida de monte. El juego es la gran pasión del argentino, como de los americanos todos. Juégase en América á todo; á la taba, al truco, al monte, á las bochas, á la pelota, á las carreras, á los gallos, á la bolsa; no importa la clase de juego; lo que interesa es sentir y gozar los arrechuchos de la avasalla-

(1) Engaños.
(2) Mate.
(3) Hueso del pie del cerdo, el *astrágalo*, con el cual se juega tirándolo al suelo á manera de dado.



ABRAHAM LINCOLN ADOLESCENTE, escultura de C. Caccia
(Exposición de la Real Academia de Londres)



Caricias de león, cuadro de Hans Krause

dora pasión. Y los esquiladores, criollos al fin, corren presurosos á sentarse alrededor de una *carona* (1) ó de un poncho que hace el oficio de tapete verde, cada cual con su montoncito de latas (la moneda corriente), ganadas con el rudo trabajo del día. Y allí, mal alumbrados por una vela de sebo, con el alma en los ojos, observando al banquero que va descubriendo nerviosamente la pinta de los sucios y grasientos naipes, se pasan las horas sin pensar en el descanso, absortos, clavados en su sitio, silenciosos, pintada el ansia en los rostros, y allí se pasarían toda la noche si el capataz de la estancia, que no juega, aburrido y cansado, no ordenara ya muy tarde que apagaran la vela y se retiraran á sus camastros.

Y al día siguiente y al otro y otros después, vuelta á empezar, repitiéndose el mismo trabajo y reproduciéndose análogas escenas. El patrón, cada vez más nervioso, apura, apura constantemente el trabajo, por el deseo de verse libre cuanto antes de tanta peonada y, sobre todo, para poder entregar pronto la lana ante el temor de que bajen los precios. Al fin, entre los apuros de unos y otros y entre veras y chanzas, quedan limpias las majadas y concluye la esquila.

Salen los peones de la cancha contentos y alborozados como niños al salir de la escuela; y como es seguro que habrá algún *monguengue* ó fiestecita, porque hay en la estancia algunos amigos del patrón venidos para presenciar las esquilas, va la peonada á la tina, cerca del pozo, á desengrasarse, á quitarse el polvo y el sudor de la ruda faena. Mientras, queda el patrón con los amigos bajo el cobertizo, saboreando el *mate* y comentando el resultado de la esquila. La cosecha no ha sido buena, todo lo más fué regular; el vellón no ha resultado ni fino ni muy limpio, de calidad regular y con bastante carretilla. «¡Mal van las cosas, mal! ¡Oh, aquellos tiempos! Hoy es una pena ser estanciero: las cosechas malas, los precios bajísimos, los jornaleros caros, las obligaciones tremendas; así no se puede prosperar. Valdría más arrendar el campo para agricultura.» Y continúan en este tono por largo rato las lamentaciones; pero hay que tomar lo que dice el patrón á beneficio de inventario, porque cada año dice lo mismo, y todos los años, sin embargo, aumenta su capital en *hacienda* (2).

De todos modos hay que celebrar la terminación de las faenas, haya sido buena ó mala la cosecha. Y al caer de la tarde, bajo los árboles de la quinta, ásanse á estilo de campo unos corderitos jugosos, doraditos, olorosísimos, que son despachados en un momento, junto con un sin fin de pasteles dulces y aderezado todo con sendos tragos de rico *carlón* (3).

(1) Pieza de cuero del *recado* ó silla de montar que emplea el paisano argentino.
(2) Ganado.
(3) Vino catalán.

Y para fin de fiesta, lo mejor, un bailecito. Llegan los conocidos y los amigos de la vecindad, toma uno la guitarra, y allá van *gatos* y *triunfos*, y allá van bailes *agarrados*, y allá van mates y copas y pasteles, no dando paz á las piernas ni á las lenguas ni á los buches hasta que la rosada aurora empieza á desvanecer las negruras de la noche...

. . . .

Concluyó ya todo en la estancia. Arregló el patrón sus cuentas con la peonada, y al amanecer dispérsase toda aquella gente por los cuatro puntos cardinales. Los amigos vuelven al pueblo, los vecinos á sus casas, los peones á sus *pagos* ó á nuevas esquilas. Algunos, los menos de los peones, llevan consigo el dinero ganado con su rudo trabajo; otros cambian *la plata* (4) por los géneros que á la puerta de la estancia les vende el buhonero, siempre á la husma de los pesos, oliendo siempre dónde se guisa, dónde hay algo que recoger. Pero la mayor parte se vuelven como han venido, montados en su *flete* pobre de apero, sin llevarse un peso, pues dejaron toda la plata entre los zarzales del *monte*. Y van resignados, que así es la vida, y hay que tomarla como ella es y como viene. Que, por lo demás, de pobres y tristes peones no han de salir, como dicen ellos, hagan lo que quieran, porque ya es cosa sabida que

«Cuando la suerte se inclina
á fastidiar los mortales,
al ñudo (5) son los candeales
y los caldos de gallina.»

como cantaba un día un paisano viejo, sentencioso y fatalista, como buen habitante de la pampa.

FRANCISCO PI Y SUÑER

(4) Dinero.
(5) Inútiles.



Propiedad de M. Arias Rodriguez

GUERRA DE FILIPINAS. – BANDERA QUE ONDEÓ EN EL PUENTE DE NOVELETA, ABANDONADA POR LOS INSURRECTOS AL SER TOMADAS SUS TRINCHERAS POR NUESTRAS TROPAS (de fotografía)

NUESTROS GRABADOS

Guerra de Filipinas. – Prescindiendo de consideraciones para justificar la publicación de grabados referentes á la insurrección filipina, pues mejor que pudiéramos hacerlas nosotros las harán todos y cada uno de nuestros lectores, entraremos desde luego en la descripción de los que en el presente número reproducimos.

Tres ó cuatro son las banderas ó estandartes *katipunescos* que se han cogido al enemigo durante la campaña, pero ninguna que represente la verdadera enseña de la insurrección ó mejor dicho del *generalísimo* más que la reproducida en el grabado de esta página, que ondeó en el puente de Noveleta y que arriaron y abandonaron allí los insurrectos al ser tomadas sus trincheras por nuestros soldados. Dicha bandera, que se encontró tirada y rota dentro de la trinchera del puente, es de lana, toscamente tejida y procede al parecer de una manta; es de color encarnado, tiene poco más de un metro en cuadro y está bastante deshilachada en sus bordes. Cosida á ella hay una estrella flamígera de 24 puntos de tela blanca ordinaria, en cuyo centro se ve la letra K del antiguo tagalo, inicial del *katipunán*. Esta bandera fué recogida por el sargento de Ingenieros D. Rafael Medina, que es uno de los que más se distinguieron en aquellas operaciones, por lo cual ha sido propuesto para una merecida recompensa, y hoy está en poder de nuestro corresponsal señor Arias y Rodríguez, que la conserva como interesante y precioso recuerdo de aquellas jornadas.

El río y el puente de Bacoor encuéntranse cerca del que fué pueblo de este nombre, y decimos que *fué* porque con los incendios desaparecieron casi todos los edificios que lo constituían, hasta el punto de que sólo quedaron de él seis casas y aun éstas medio destruídas. El día en que nuestro corresponsal tomó la vista que el primer grabado de la página 551 reproduce, el límite de nuestro campo por aquella parte lo constituía el puente en su punto más avanzado, en donde se ve un centinela: los terrenos que enfrente se extienden pertenecían aún al enemigo. Sobre el puente hay un grupo de oficiales francos de servicio y en el río varios soldados lavando la ropa y bañándose; en la parte izquierda está el retén con los mausers adosados al muro. Las barandillas que tuvo el puente las destrozaron los insurrectos. Todas las tierras inmediatas las utilizaban los indígenas, destinándolas á salinas, que les producían grandes rendimientos.

El segundo grabado de la página 551 reproduce la playa de Bacoor y el heliógrafo instalado sobre una trinchera abandonada por el enemigo. Esta trinchera, como todas las construídas por los insurrectos, tiene el muro de contención formado de caña, y sólo difiere de las otras por la mayor anchura que le dieron los insurrectos, para evitar los efectos de las granadas que les disparaban nuestros buques. Internadas en tierra vense dos grandes *bancas*, una de ellas con su arboladura, y ambas agujereadas por nuestros proyectiles á pesar del cuidado que en salvarlas puso el enemigo. La bandera que ondea en la trinchera es la azul turquí de nuestros ingenieros militares para llamar la atención de la estación de señales de Cavite: detrás de ella está el heliógrafo. Cuantos, como nuestro corresponsal, estuvieron en aquellos sitios durante las operaciones, muéstranse asombrados del inmenso trabajo llevado á cabo por los insurrectos para el movimiento de arena y tierra en una extensa línea de trincheras próxima á la playa y en otras más pequeñas y paralelas á la principal dentro del pueblo. Momentos después de tomar la vista que reproducimos, los insurrectos rompieron nutrido fuego contra los nuestros, causándoles dos bajas y obligándoles á retirar el heliógrafo. Entonces empezó el combate en las inmediaciones del pueblo de Bacoor por un reconocimiento que el bravo general Marina Vega llevó á cabo en los alrededores de Binacayán, mientras el incendio destruía los caseríos de materiales ligeros que constituían los arrabales del pueblo. «A esto agréguese – nos dice en una de sus cartas el Sr. Arias – la elevadísima temperatura y la falta absoluta de



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – Río y puente de Bacoor (Cavite). – Una avanzada de nuestras tropas



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – Playa de Bacoor (Cavite). – Heliógrafo instalado sobre una trinchera abandonada por los insurrectos



CONCIERTO INFANTIL, copia del celebrado cuadro de V. Irolli



FIESTA EN UN MERENDERO Á PRINCIPIOS DE SIGLO, cuadro de P. Salinas

agua para mitigar la sed y podrá formarse idea, aunque remota, de los sufrimientos padecidos por todos. La ceniza de los incendios cubría la mayor parte del terreno que pisábamos formando un suelo de rescoldo.» La jornada fué difícil para nuestras sufridas tropas, pero el éxito coronó sus esfuerzos y una vez más ciñeron nuestros heroicos soldados los laureles de la victoria.

También publicamos el retrato de uno de los generales que más valientemente se portaron durante las operaciones realizadas en tiempos del general Polavieja. D. José Marina Vega nació en Figueras en 1848, y á la edad de quince años entró á formar parte, como cadete, del batallón de cazadores de Llerena. Ascendido á subteniente, sirvió en Filipinas en los regimientos de Isabel II, Princesa, España, Príncipe, expedicionario de Artillería y Magallanes, regresando á la península con el empleo de teniente. Batióse en el Norte contra los carlistas y ganó en aquella campaña varios empleos hasta el de comandante. En 1882 pasó á Puerto Rico, en donde desempeñó la fiscalía y otros cargos importantes, y vuelto á España fué profesor de la Academia general militar desde 1885 á 1887, en que regresó á Puerto Rico, pasando al poco tiempo á Filipinas, en donde por su comportamiento en el ataque de Binacayán se le



El general de brigada D. José Marina Vega que tanto se ha distinguido en la campaña de Filipinas (de fotografía)

concedió el empleo de general de brigada, y por el valor y acierto con que dirigió la marcha de sus fuerzas de Biñang á Silang, en el ataque á esta última población, ha sido recientemente condecorado con la gran cruz del Mérito Militar.

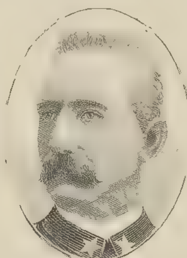
No terminaremos estos apuntes sin dar una vez más las gracias á nuestro corresponsal artístico Sr. Arias y Rodríguez, que afrontando los peligros y arrostrando las grandes dificultades de una empresa como la que está llevando á cabo, ha estado siempre entre nuestras tropas y en los sitios de mayor riesgo para poder facilitarnos los interesantísimos datos que constituyen una información gráfica completa é importante de la campaña filipina.

***

El príncipe Enrique de Orleans y el general Albertone.—Los conceptos que juzgando la conducta de las tropas italianas en Abisinia emitió el príncipe Eugenio de Orleans produjeron gran indignación en el ejército de Italia. El general Albertone, considerándose directamente ofendido, retó al príncipe en desafío; mas éste no ha podido llevarse á efecto por haber querido asumir la representación de todos sus compañeros de armas el conde de Turín, hijo segundo del que fué rey de España D. Amadeo de Saboya, cuyo retrato publicamos en el número 791 de La Ilustración Artística, en vista de lo cual retiróse el general Albertone. El lance se llevó á cabo en la mañana del día 15 de los corrientes en el bosque de Marechaux, en las inmediaciones de París: duró veintiséis



El príncipe Enrique de Orleans



El general italiano Albertone

minutos y hubo durante él cinco asaltos. El resultado fué quedar gravemente herido el príncipe de Orleans en el vientre y en la mano, y levemente en una mano el conde de Turín.

***

Las primeras golondrinas, cuadro de José M.ª Tamburini.—El distinguido pintor catalán Sr. Tamburini tiene temperamento de poeta: sin salirse de la realidad, pero buscando lo que ésta ofrece de verdaderamente bello; sin dejarse llevar de las falsas exageraciones de un idealismo extremado, pero tomando de esta escuela aquel sentimiento que engendra la emoción estética, ha logrado de tal manera aunar la verdad con la poesía, que sus obras satisfacen las exigencias de la razón y de los corazones abiertos á los más dulcísimos afectos. Si nuestros lectores recuerdan las varias obras que de él llevamos publicadas, convendrán en que nuestro juicio es exacto y el cuadro suyo que reproducimos en la primera página de este número es una nueva confirmación de esas relevantes cualidades que en el Sr. Tamburini señalamos; la poesía del pensamiento en que está inspirado y que tan admirablemente ha sabido exteriorizar el artista, está avalorada por una ejecución que se ajusta á los cánones del realismo de buena ley, puesto que ni en la figura ni en el paisaje hay nada que de la verdad se aparte.

Entusiastas elogios merece también la reproducción del cuadro, última obra ejecutada por el malogrado grabador Sr. Sadurní, artista tan notable como modesto, cuya muerte, no ha mucho acaecida, ha sido una gran pérdida para el arte del grabado y cuyos talentos han podido apreciar los lectores de La Ilustración Artística, de la que fué el Sr. Sadurní colaborador constante.

***

La marina de guerra española. El clipper «Nautilus.»—Este buque de nuestra escuadra, que recientemente visitó nuestro puerto, es escuela de guardias marinas, tiene el casco de hierro y madera, y desplaza 1.500 toneladas: mide 59'30 metros de eslora, 10'40 de manga y 12'30 de puntal, siendo su calado de 4'80 metros. Monta cuatro cañones Hontoria de siete centímetros y una ametralladora de 11. Su dotación se compone de 208 hombres, además de 40 guardias marinas que hacen en el buque las prácticas de mar, y está al mando del capitán de fragata D. José Romero. El *Nautilus* es un buque de grandes condiciones marineras que ha dado la vuelta al mundo y navegado por todos los mares.

***

Abraham Lincoln adolescente, escultura de C. Caccia.—Esta escultura reproduce al ilustre estadista norteamericano tal como lo describe el libro *Desde el bosque hasta la presidencia de los Estados Unidos*. Lincoln adolescente, vestido de labrador, está sentado y en actitud meditabunda con el libro en la falda y el hacha apoyada entre las piernas: su cabeza está finamente modelada y sus manos son un prodigio de ejecución; su rostro tiene expresión extraordinaria y la obra en conjunto ofrece una severidad y una corrección de líneas dignas de los mayores encomios.

***

Caricias de león, cuadro de Hans Krause.—A pesar de las dificultades que indudablemente ofrece la pintura de animales fieros, no son pocos los artistas que se dedican á este género y que han logrado sorprender no sólo las figuras sino también el carácter y la vida de sus modelos. El pintor alemán Krause, al presentarnos esa escena íntima de una pareja de leones, ha demostrado haber estudiado con cariño al rey de las selvas y á su gentil compañera, formando con ellos un grupo lleno de vida y de naturalidad, y haciendo de tal asunto una bellísima composición artística.

***

Concierto infantil, cuadro de V. Irolli.—No se necesita una detenida observación para hacerse cargo de las bellezas de este cuadro: el pensamiento ingenioso en que está inspirado, la habilidad con que están agrupadas y ejecutadas las figuras, la gracia con que aparece tratado cada uno de los infantiles *concertistas*, son otras tantas excelencias que saltan á la vista en esta composición, bajo todos conceptos simpática.

***

Fiesta en un merendero á principios de siglo, cuadro de P. Salinas.—Digan cuanto quieran los exagerados campeones del modernismo, cuando un artista de verdad traslada al lienzo tipos y costumbres de pasados tiempos, imprimiendo en ellos el sello de la época y comunicándoles esa vida sin la cual no existe el arte, merece el aplauso de la crítica. Recordarnos cosas que fueron es obra simpática y meritoria, sobre todo si estas cosas subsisten todavía, bien que modificadas en sus elementos accidentales y secundarios. La fiesta que tan admirablemente ha pintado en su cuadro el celebrado artista Sr. Salinas es una de las tradicionales en Madrid: los madrileños de hace un siglo acudían á solazarse á la pradera de San Isidro, y á la pradera de San Isidro á solazarse acuden los madrileños de hoy, como seguramente seguirán acudiendo los del siglo que viene. Aparte de esta consideración que hace agradable el asunto del cuadro, Salinas ha sabido interpretarlo con tanto acierto y ofrecernos una escena tan animada y tan verdadera y unos personajes tan bien tomados de la vida real, aunque esta vida se remonte á una época lejana, que cuantos contemplen su obra no podrán menos de aplaudirle y de desear para bien del arte que siga cultivando un género en el que se ha mostrado siempre como consumado maestro.

***

En Venecia, dibujo de José M.ª Marqués.—Varias veces hemos publicado en estas páginas bellos apuntes en los que el celebrado pintor catalán Sr. Marqués ha consignado las impresiones recogidas en sus viajes por Suiza, Holanda, Italia, etc. El que hoy reproducimos en la última página de este número es un interesante recuerdo de la perla del Adriático, que, como los anteriores, demuestra cuán bien sabe el autor sentir la naturaleza y con cuánto acierto logra fijar en el papel ó en el lienzo los poéticos espectáculos que recrearon su vista durante sus provechosas excursiones por los países extranjeros, en donde tantos motivos de inspiración halla quien como el Sr. Marqués tiene temperamento de verdadero artista.

***

Monumento á Máximo Lalanne, obra de Pedro Granet.—Recientemente se ha inaugurado en Burdeos este monumento dedicado á la memoria del célebre dibujante Máximo Lalanne, fallecido en 1889. Este monumento, erigido en el Jardín público, se compone de un busto de mármol blanco colocado sobre un pedestal de mármol rojo, en el cual se ve una rama de bonetero, arbusto del que se hace el carbón llamado fusín para dibujo, que por este concepto tiene un carácter á la vez simbólico y decorativo. Apoyado en el tronco hay un genio que tiene en una mano un trozo de fusín y en la otra una hoja que figura ser de ese papel especial al cual Lalanne dió su nombre y que es tan conocido por los artistas. El monumento, de elegantes líneas y de aspecto sobrio y severo, es obra del distinguido escultor bordelés Pedro Granet, que con él ha glorificado dignamente el nombre de su ilustre compatriota.



Monumento al dibujante Lalanne, recientemente inaugurado en Burdeos, obra de Pedro Granet

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Londres.—Con asistencia del príncipe de Gales se ha inaugurado solemnemente en Londres hace poco un nuevo museo de pinturas llamado Galería Nacional de Arte Británico, cuya fundación se debe á la munificencia de un rico comerciante, Mr. Enrique Tate, el cual, además de haber costeado el edificio, cuyas obras han importado 100.000 libras esterlinas (dos millones y medio de pesetas), ha cedido al Estado una colección de 65 cuadros de los más célebres pintores ingleses modernos. El museo cuenta por ahora, aparte de esta colección, varios lienzos sacados de otros museos, entre ellos algunos del de South-Kensington y 17 donados por el pintor Watts.

—Se ha vendido recientemente en Londres un cuadro de Romney, que es el retrato de dos niños de tamaño natural, en 9.100 libras esterlinas (227.500 pesetas).

Roma.—El municipio romano ha adquirido por tres millones de liras, pagaderos en veinte años, la célebre Villa Borghese con sus magníficos parques y jardines y con todos los tesoros artísticos que contiene. La extensión de esta magnífica finca es de un kilómetro cuadrado.

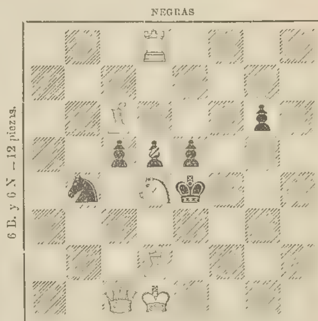
Teatros.—Se han inaugurado en Baireuth las representaciones wagnerianas de este año, asistiendo á la función inaugural los reyes de Wurtenberg, la gran duquesa viuda de Sajonia-Weimar, el duque Luis Víctor de Austria y otros miembros de familias reales alemanas. Las dos primeras obras representadas han sido *Parsifal* y *El oro del Rhin*, dirigidas respectivamente por los maestros Seidl y Richter.

Barcelona.—En el teatro de Novedades continúa siendo objeto de muchas entusiastas ovaciones el eminente actor señor Vico, que últimamente ha puesto en escena *La capilla de Lanuza*, *El alcalde de Zalamea*, *La vida es sueño*, *La carcajada*, *La Pasionaria*, *Guzmán el Bueno*, *El soldado de San Marcial* y *Consuelo*.

AJEDREZ

Problema número 83, por Valentín Marín

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 82, por J. Tolosa

Blancas.	Negras.
1. D 3 C D	1. Cualquiera.
2. C, D 6 T mate.	



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

Novela original de la notable escritora alemana Eugenia Marlitt

(continuación)

Era indudable que aquella habitación había sido desde su origen una cámara secreta. Su forma sumamente irregular – la de un triángulo mal proporcionado – no fué elegida al parecer, sino impuesta por el espacio de que se disponía. Un ángulo, provisto de la ventana cuya existencia se sospechaba, se unía estrechamente con la capilla. Reinhard emitió la opinión, muy verosímil, de que aquel aposento debía haber servido para ocultar los objetos preciosos usados para el culto católico; suposición tanto más verosímil cuanto que varios escalones conducían á una puerta, ahora tapiada, que servía en otro tiempo de entrada á la capilla. Algunas ramas de hiedra se habían deslizado hasta la ventana y rodeábanla con una ligera red; pero los vidrios, que pertenecían á una de las mejores épocas del arte, estaban perfectamente conservados, gracias, según todas las apariencias, á las dos gruesas paredes que formaban saliente á cada lado de la ventana.

Lo que se veía allí era en realidad un ataúd de estaño, pequeño y angosto, que reposaba solitario, olvidado ó ignorado, sobre su catafalco guarnecido de terciopelo negro, ocupando el centro de la estancia. En la cabecera elevábase un candelabro gigantesco, el cual conservaba aún algunas manchas de cera sobre el escudo de armas que le adornaba; y al pie del ataúd había un escabel sosteniendo una mandolina, cuyas cuerdas rotas caían melancólicamente fuera del instrumento. No tan sólo era este último muy antiguo, sino que estaba en extremo desgastado, pues la chapa negra, que remataba en un mango, tenía señales de un uso continuo, y la tablilla armónica estaba ligeramente hundida en el sitio donde se habían puesto los dedos para hacerla vibrar.

Los últimos átomos de algunas flores reducidas á polvo se dispersaron desde el ataúd al acercarse los curiosos, que entonces pudieron leer el nombre de *Lila*, profundamente grabado en la tapa.

En la gruesa pared, en el sitio más ancho de aquella estancia, veíase un armario de madera de encina.

– Ahí se encerraban sin duda los ornamentos de la iglesia, dijo Reinhard.

Y entreabrió las dos hojas, que solamente estaban ajustadas, quedando al pronto cegado por las nubes de polvo que se desprendieron. Allí se hallaban reunidos muchos objetos que debían haber formado parte del tocador de una mujer; su forma era extraña, sus colores muy variados; y aquellos oropeles, adornados de oro ennegrecido, de lentejuelas enrojecidas, ofrecían un singular contraste con el triste y severo espectáculo que presentaba el aposento y con su destino actual.

La persona que en otro tiempo usó aquellos adornos debía haber sido singularmente pequeña y graciosa; todos los vestidos, bordados de oro y plata, eran cortos como los de un niño, y los corsés, de terciopelo púrpura, azul ó violeta, adornados con lazos de cintas de oro, habían ceñido sin duda un talle singularmente esbelto y delgado... Muchos, muchísimos años habían transcurrido sin que ningún ser humano respirase bajo aquella bóveda, sin que ninguna mano viviente hubiese tocado los objetos contenidos en aquel armario.


Ferber se acercó y levantó con precaución la tapa del cofrecillo

Contra una de las paredes inmediatas al armario apoyábase una mesita de mármol, que bien necesitaba este apoyo, porque sus pies, vacilantes y carcomidos, estaban á punto de ceder y su caída hubiera ocasionado la de un cofrecillo puesto sobre la mesa, verdadera obra artística de marfil con incrustaciones de oro y plata. La tapa no estaba del todo cerrada, sino un poco entreabierta, asomando por ella una hoja de pergamino que parecía había sido colocada así para llamar la atención. Este pergamino, ennegrecido por la acción del tiempo, estaba cubierto, como todas las cosas de aquel misterioso cuartito, de una espesa capa de polvo; pero distinguíanse fácilmente grandes y bien marcados caracteres de escritura, destacándose en letras casi gigantescas el nombre de Justo de Gnadewitz.

– ¡Mil millones de tiros!, exclamó el guardabosque. ¿Qué significa todo eso? ¡Justo de Gnadewitz!.. ¡Pues si es el héroe de los cuentos de Sabina, ó más bien de su abuela!

Ferber se acercó y levantó con precaución la tapa del cofrecillo para examinar lo que contenía. Allí se hallaban, colocados en almohadillas de terciopelo, que antes debieron ser de color de púrpura, brazaletes, alfileres, collares, y varias sartas de perlas finas.

El pergamino había caído al suelo; Reinhard lo cogió, y pidió permiso para descifrarlo. Atendida la fecha, que se remontaba á unos dos siglos, era notablemente incorrecto, tanto por la ortografía como por la redacción; según todas las probabilidades, el que había trazado aquellas líneas era mucho más hábil para manejar las armas del caballero que la pluma del amanuense; mas á pesar de tal inexperiencia, exhalábase de aquellas líneas el soplo poético que siempre acompaña á un sentimiento verdadero. Reinhard leyó en alta voz:

«¡Quienquiera que seas, y fuera cual fuese la causa que te trae á este sitio, en nombre de todo cuanto es santo para ti, en nombre de todo lo que amas, de todo cuanto conmueve tu corazón, no perturbes su reposo! ¡Ahí está *ella*, dormida como un niño..., y sin duda la muerte misma no ha osado borrar la maravillosa sonrisa que animaba sus facciones!.. Vuelvo á repetírtelo: bien seas noble ó mendigo, bien tengas derechos sobre la difunta, ó ya carezcas de ellos, atiende á mi ruego, y haz que mi mirada sea la última que en ella se haya fijado!

»No he podido, no, ni podía consentir en sepultarla bajo la tierra pesada y fría; aquí al menos se reflejan sobre ella alegres rayos de luz, y los pajarillos se posan en las ramas del árbol que se inclina hacia la ventana; sus alas traen algo del perfume de los bosques, y su garganta modula algunas de las melodías que mecieron su cuna.. También había rayos de sol en el bosque, y las aves cantaban alegremente el día en que el cazador cautivado por su aparición, y dejando sus armas, siguió á la joven que huía ante él. La niña de los bosques, la hija de una de esas hordas que parecen arrastrar sobre la tierra el peso de una maldición, que vagan sin patria y sin Dios, sin haber tenido jamás un techo

para cobijarse, había conquistado el corazón del joven salvaje que aquí bajo no había amado aún nada más que la libertad y la caza... Y mendigando su afecto, hallando bajo los pies el recuerdo de sus antecesores, la siguió por todas partes hasta que ella, conmovida por su ternura, consintió en seguirle secretamente. El cazador la condujo durante la noche á su castillo, y llegó á ser su asesino... El cura de Lindhof fué allí para instruirla en la religión cristiana, la bautizó, y un día la casó al fin con aquel que la amaba tanto, con Justo de Gnadewitz. Pero su familia era poderosa, y la joven podía haber sido víctima de una desgracia... Para protegerla, y también para estar seguro de que no la separarían de él, Justo debió imponer á su esposa una cautividad severa, cruel... Debió olvidar que era hija de la independencia, debió olvidar que padecía la nostalgia de los grandes espacios, que sentía la necesidad del cambio, el amor á la vida animada; y así como el ave salvaje, prisionera en una jaula dorada, golpea su cabeza contra todos los hierros que la encierran, así la joven vagaba enloquecida de pesar por el estrecho recinto que le estaba señalado y que la tenía cautiva. Justo vió palidecer sus mejillas y apagarse aquella mirada tan alegre, pero cerró los ojos; oyó sus suspiros y su llanto, y se tapó los oídos, porque no podía resistir más..., ¡oh, no, Dios mío, bien lo sabéis! No podía consentir en separarse de ella, en dejarla ir á reunirse con su tribu nómada... Muy pronto comenzó á profesarle aversión, á odiarle después; y solamente él supo que los tormentos del infierno debían parecer dulces, comparados con los que él soportaba entonces... Pero no quería que se alejase, y extremó más aún la violencia y aumentó el número de cerrojos, ejerciendo la mayor vigilancia cerca de ella noche y día, pues no ignoraba que la perdería para siempre apenas sus pies tocaran el suelo del bosque. Sin embargo, llegó después un tiempo en que se calmó al parecer un poco; deslizábase delante de él ligera y silenciosa como una sombra, y por lo menos, ya no reclamaba la libertad con gritos y llanto; cierto que no le miraba tampoco ni le dirigía la palabra, pero en cambio no estrechaba ya con frenesí los barrotes de la ventana ni se escapaba para tratar de precipitarse desde lo alto del muro; permanecía sentada tranquilamente bajo la encina que crece junto al mirador, é inclinaba un poco hacia el suelo su rostro blanco y puro como un lirio: sabía qué iba á ser madre.

»La necesidad de tenerla oculta á todos los ojos para preservarla de las asechanzas de mi familia, por una parte, y por otra la que me obligaba á tenerla prisionera para que no abandonase el techo que ya le era odioso, habían acreditado en el pueblo creencias, según las cuales se me consideraba como hombre dado á la brujería y en comunicación constante con el enemigo de los hombres. ¡El momento terrible llegó al fin; le presentaron su hijo, besóle penosamente, y su alma se exhaló en aquel beso: ya estaba libre!.. ¡Libre... y en el rostro de aquel cuerpo inanimado se hubiera creído ver como una expresión de triunfo!.. Al fin escapaba del desgraciado que vió sus hermosos ojos cerrarse, y que cayó á sus pies, suplicando en vano á la que ya no existía que le concediera su perdón, al menos en una mirada.

»El niño recibió en el bautismo el nombre de su padre – el mío. – Yo le miré con desesperación, y vi que tenía mis ojos; él y yo éramos los asesinos de la madre... ¡Mi viejo criado Simón se lo llevó; yo no podía vivir para él; también quería tener la libertad de morir! Simón decía – y el cura aprobaba – que ninguna mujer de los alrededores consentiría en criar mi niño, es decir el hijo de un réprobo, de un hombre que pasaba por estar vendido á Satanás... El niño fué enviado á la mujer de Ferber, mi guardabosque, que le cría sin conocer su origen.»

El lector se interrumpió estupefacto; el guardabosque, que había escuchado muy atentamente aquella lectura, se precipitó de pronto sobre Reinhard, cogió su brazo y estrechóle convulsivamente; su rostro atezado había palidecido, y su mano temblaba... También Ferber se había acercado con todas las señales de la más viva sorpresa.

– ¡Continúe usted, lea el resto!, exclamó al fin el guardabosque con voz ahogada.

«Simón lo ha depositado en el umbral de la casa del guarda, y no se ha ido de allí hasta haber observado que le recogían y se le llevaban dentro. Aún hoy ha visto á la mujer de Ferber, que cuidaba el niño y le mecía con su propia hija. Jamás mi matrimonio secreto será considerado como válido por mi poderosa familia, y por lo tanto el niño no puede tener ninguna esperanza de recoger mi herencia; pero cuando menos, la fortuna de mi madre, de la cual puedo disponer, recaerá en su favor toda entera, sirviéndole de compensación. He depositado en la Casa Ayuntamiento de la ciudad de L... mi testamento, con la copia de mi acta de matrimonio, y lego dicha fortuna á mi hijo. ¡Ojalá pueda nacer de él una nueva rama de la familia Gnadewitz! ¡Quiera Dios poner en su camino corazones misericordiosos para educarle y protegerle! Mi propio corazón está ulcerado, y nada más puedo hacer por mi hijo.

»Todo cuanto engalanó á mi bien amada en días felices debe rodearla hasta en la muerte y perecer con ella, y nadie tocará más lo que ella ha tocado. Su hijo tendría sin duda derecho sobre sus alhajas, pero todo se subleva en mí al pensar que los objetos con que adorné su frente, su cuello y sus brazos pueden pasar á manos indiferentes ó codiciosas. ¡Más vale que todo eso se destruya aquí, junto á ella!


... y después, mostrando el pergamino, dió lectura de su contenido

»Una vez más me dirijo á ti, extranjero, á quien los acontecimientos pueden conducir aquí, al cabo de muy largo tiempo sin duda: respeta á la difunta y reza por mí. – *Justo de Gnadewitz*.»

Los dos hermanos se dieron silenciosamente la mano y se dirigieron hacia el ataúd. Por sus venas circulaba la sangre de aquella mujer tan amada, tan encantadora y tan infeliz, que murió del pesar de haber perdido su libertad, y abandonó la vida contenta porque al mismo tiempo escapaba de su prisión... Allí estaba reducida á polvo, en aquel pequeño ataúd de metal, y junto á ella hallábanse ahora los robustos descendientes del pobre niño á quien no había besado más que una vez, y que fué conducido á través del bosque para ser depositado en el umbral de la puerta del servidor; mientras que el amo, el noble padre, marchaba lejos de allí á buscar y encontrar la muerte.

– Fué nuestra abuela, dijo al fin Ferber, profundamente conmovido, dirigiéndose á Reinhard... Somos descendientes del niño cuyo nacimiento fué siempre un enigma para la honrada familia que le recogió y educó; pero las actas que establecen sus derechos y su origen se quemaron en la Casa de la Ciudad que las guardaba y antes de que se pudiera tener conocimiento de ellas... Es preciso suspender los trabajos durante algunos días, añadió, dirigiéndose á uno de los obreros que los había seguido y que estaba aún en los últimos travesaños de la escalera, contemplando aquella escena con mucha sorpresa y escuchando con el más vivo interés la confirmación de todos los cuentos que se repetían hacía doscientos años en las veladas que tenían lugar en el pueblo de Lindhof.

– Sí, dijo el guardabosque, y preparará usted una tumba en el cementerio de Lindhof; quiero consultar al cura sobre este asunto.

Y se acercó de nuevo al armario para examinar los vestidos que la joven gitana usó en vida. Estaban cuidadosamente alineados, sin duda por la mano misma de aquel que tanto amó á la pobre Lila, y en la tablilla del fondo del armario veíanse varios zapatos... El guardabosque cogió un par..., no hubieran podido contener su mano..., eran verdaderos pies de niña los que usaron aquel calzado.

– Quiero llevárselos á nuestra Isabel, dijo el guardabosque sonriendo y cogiéndolos delicadamente entre el pulgar y el índice, como si fuesen las alas de una mariposa... Quedará muy admirada al saber que nuestra abuela era originaria de Liliput.

Ferber, por su parte, después de quitar el polvo que cubría la mandolina, la puso cuidadosamente debajo de su brazo, mientras Reinhard cerraba la tapa del cofrecillo de las alhajas, levantándole por el asa de que estaba provisto; y así cargados los tres hombres volvieron á subir por la escalera. Una vez llegados arriba reunieron todas las tablas disponibles para cerrar por el pronto la abertura del techo, y después todos bajaron del mirador.

Las señoras que esperaban allí cerca reclamaron al punto el relato del descubrimiento que ellos habían hecho; pero no quisieron contestar una palabra á sus múltiples preguntas hasta que hubieron llegado al bosquecillo de tilos. Reinhard puso entonces el cofrecillo sobre la mesa, describió la cámara secreta, y después, mostrando el pergamino, dió lectura de su contenido.

Las señoras escucharon silenciosamente, con viva y profunda emoción, el relato de aquel drama doméstico. Isabel había palidecido un poco, y cuando el lector llegó al punto que tan imprevista claridad arrojaba sobre el pasado de su familia, fijó una penetrante mirada en el rostro risueño de su tío, que la observaba atentamente. La misma señora Ferber permanecía muda de sorpresa, y la institutriz unía las manos, admirando las extrañas vías que á veces sigue el destino.

– ¿Confiere ese pergamino derechos á la herencia de que hace mención?, preguntó al fin.

– Sin duda alguna, contestó Ferber; pero ¿cómo encontrar las partículas de esa herencia, dividida en el transcurso de los siglos? La familia no existe ya; el nombre de Gnadewitz se ha extinguido; y todos los bienes han pasado á manos extrañas. ¿Quién podría decirnos dónde y cómo deberíamos reclamar lo que está disuelto de hecho?

– No, no nos ocuparemos de eso, repuso acertadamente el guardabosque; semejantes reivindicaciones son buenas tan sólo para mantener ilusiones peligrosas y gastar mucho dinero... Esto conduciría tal vez, después de agobiarnos á fuerza de pleitos, á recoger algunos escudos, único resto hoy día de nuestra herencia señorial... ¡Muchas gracias!.. Dejemos todo eso, pues por fortuna, hasta ahora no nos hemos muerto de hambre.

Isabel levantó con expresión meditabunda los zapatitos que su tío había puesto delante de ella. La tela de seda, descolorida ya y hasta cortada en algunas partes, conservaba aún la señal de la curva del pie; estaban muy usados, pero no en los senderos del bosque, pues la suela se conservaba muy limpia, sino seguramente en el piso de las habitaciones donde la prisionera vagaba, presa de la nostalgia de libertad y de aire.

– Mira eso, Isabel, dijo el guardabosque; ahora sabemos de dónde vienes, con tu esbelto talle y tus pequeños pies que corren sobre las briznas de hierba sin doblegarlas; eres verdaderamente una mariposa del bosque, lo mismo que tu abuela, y también tú te romperías la cabeza contra las paredes si se tratara de encerrarte... Hay un poco de sangre de zíngara en ti, mi querida artista, aunque tengas el cabello de oro y seas blanca como la nieve... ¡Vamos, pruébate esos zapatos! Seguro estoy de que te sentarán á las mil maravillas.

– ¡Oh, no, tío mío!, contestó Isabel, retrocediendo, esas son reliquias para mí, y yo no me atrevería á tocarlas de ese modo sin temer que los ojos negros é irritados de Justo de Gnadewitz se fijaran en mí para censurarme ó maldecirme!

La señora Ferber y la institutriz opinaron como la joven; la primera propuso trasladar el armario con todo cuanto contenía á un sitio sano y seco, y considerar este mueble como un relicario de familia.

– No me opongo á esto, dijo Reinhard; pero en cuanto á los objetos que contiene soy de distinto parecer.

Así diciendo, abrió el cofrecillo; y los rayos del sol, reflejándose entre las joyas, deslumbraron todas las miradas. Reinhard sacó un collar, que era muy grande y de exquisito trabajo.

– Hay aquí diamantes de las más hermosas aguas, dijo á los presentes..., y estos rubíes, añadió, tocando unas agujas para la cabeza, debían ser un magnífico adorno en el cabello negro de la zíngara.

Isabel se puso una diadema en la frente sonriendo.

– ¿Cree usted, Sr. Reinhard, dijo, que debemos dejar á un lado todos nuestros escrúpulos respecto á las joyas, y adornarnos con todas estas magnificencias? Mi vestido de muselina blanca tendría un as-

pecto muy lastimoso si le asociase con estas alhajas para ir á una reunión.

– Esa diadema le sienta á usted perfectamente, repuso Reinhard; pero verdad es que un ramo de flores acompañaría mejor al vestido de muselina. Por eso mi proposición, que usted no conoce aún, no tie-



La joven permaneció largo tiempo junto al ataúd...

ne otro objeto sino el de aconsejar que se lleve todo eso á casa de un joyero, para convertirlo en dinero contante y sonante.

Ferber inclinó la cabeza en señal de aprobación.

– ¡Cómo!, exclamó la institutriz, ¿piensa usted que se deben vender esas alhajas de familia?

– ¡Oh! Sin duda, contestó Reinhard; sería de todo punto insensato conservar sin producto el capital que esas joyas representan. Las piedras preciosas valen por lo menos siete mil escudos; también hay perlas finas, y todo esto representa una suma muy bonita, se lo aseguro á ustedes.

– ¡Mil rayos, exclamó el guardabosque, transportado de alegría, no hay que vacilar! Es preciso seguir adelante. . Ya ves, Adolfo, añadió con voz conmovida, poniendo la mano sobre el hombro de Ferber, que las cosas se han arreglado bien para ti. Siempre te dije que la Turingia te sería favorable, y eso que nunca pude sospechar que algún día te caerían en la mano esos miles de escudos.

– ¿A mí?, exclamó Ferber sorprendido. ¿No tienes tú, siendo el primogénito de la familia, derecho á ese capital?

– ¡Vamos..., tú desatinas! ¿Qué podría hacer yo de un capital? ¿Te parece á ti que yo, un oso viejo que vive solitario, iría á ocuparme en colocar dinero y á recordar que debo cobrar los intereses? ¿De qué me servirían? Yo no tengo hijos fuera de los tuyos, que yo considero hasta cierto punto como míos, con tu permiso ó sin él; disfruto de un buen destino, y cuando mis huesos, demasiado viejos ya, rehusen prestar su servicio, me quedará una pensión más que suficiente. Renuncio desde luego á todos mis derechos sobre esa herencia y los transmito á esa niña del cabello de oro, que es nuestra alegría y nuestra verdadera felicidad para todos... No quiero que la justicia meta las narices en este arreglo íntimo... ¡Y basta ya! No permito que se me den las gracias por tan poca cosa, añadió, dirigiéndose á su cuñada, que con los ojos húmedos le tendió la mano, mientras su hermano se acercaba á él enternecido... Mucho mejor sería que pensarais en vuestros huéspedes, ofreciéndoles una taza de café... ¡Las cuatro..., y aún no he tomado nada! ¡Ah!, se lo diré á Sabina.

El guardabosque consiguió su fin, que era evitar la manifestación de agradecimiento, pues la señora Ferber é Isabel se apresuraron á ir al reducido aposento que hacía las veces de cocina, y muy pronto se hallaron reunidos todos en el terrado delante de las tazas de café con leche.

– Sí, dijo el guardabosque, reclinándose en su sillón, hay acontecimientos extraños en la vida, y muy lejos estaba yo de imaginar al levantarme esta mañana que me acostaría esta noche convertido en un señor de Gnadewitz..., pero aunque me empeñase mucho, creo que me sería difícil olvidar mi situación pasada... En fin, procuraré hacerlo; en la primera visita que el príncipe me conceda, me presentaré á él con ese nombre... ¡Qué efecto voy á producir!

Y miró de reojo á Isabel, rodeándose de una espesa nube de humo de su pipa.

– Pero, tío, dijo la joven, supongo que no piensas formalmente en usar el blasón de los Gnadewitz...

– ¿Y por qué no, hija mía? Son armas bonitas, muy bonitas, con muchas barras y estrellas.

– Y también una rueda llena de sangre, repuso Isabel. Dios nos libre de obrar como aquellos que exhiben las faltas ó los crímenes de sus antecesores para hacer remontar su origen á una fecha más lejana, y que bajo pretexto de nobleza asumen la solidaridad de todo cuanto no es noble en la buena y verdadera acepción de la palabra... Cuando me remonto á ese pasado tan lejano de nosotros y comparo esos dos abuelos, el uno feroz, aunque demasiado débil para soportar la desgracia que sufrió, y huyendo de la vida sin pensar que dejaba tras sí un pobre niño con todos los derechos posibles á su protección; el otro, un pobre servidor que recogió el niño abandonado, le prodigó sus cuidados y su pan, más tarde su ternura y al fin su nombre, no puedo desconocer de parte de quién está la nobleza, y cuál de los dos era el verdadero noble... ¡Y cuántos dolores le ocasionó á mi madre aquella orgullosa familia!

– Sí, sí, es muy cierto, dijo la señora Ferber, suspirando; yo le debo por lo pronto una infancia tempestuosa, privada de toda alegría. Mi madre era una mujer honrada y encantadora, pero de origen burgués, con quien mi padre se casó contra la voluntad de su familia; y esta alianza desigual fué origen de tormentos y pesares. Mi padre tenía un carácter algo débil, y no osó romper con aquella parte de la familia Gnadewitz que se había mostrado más abiertamente hostil á su matrimonio, lo cual ocasionó penosas discusiones, de las que yo fuí desconsolado testigo... Y nosotros, añadió la señora Ferber, alargando la mano á su esposo, ¿podemos olvidar nunca la lucha que hemos sostenido antes de que nos fuera posible vivir el uno para el otro? ¡Ah! No experimento el menor deseo de pertenecer otra vez á esa casta, que rompe tan á menudo con los mejores sentimientos para conservar una superioridad convencional.

– Y esto no sucederá, querida María, contestó Ferber, sonriendo tranquilamente y dirigiendo una mirada á su hermano, que hacía esfuerzos para arrugar la frente, á fin de tomar un aspecto de enfado.

– ¡Adiós, mis hermosos sueños!, exclamó el guardabosque con acento dolorido. ¿Será forzoso renunciar á ellos? Eres muy cruel para mí, sobrina... Me hubiera parecido muy dulce poder probar de improviso á esos boquirrubios que forman la corte de L... que yo soy de una familia más antigua que la suya... Y tú misma, ¿no hubieras valido un ciento por ciento más si te llamaras señorita de Gnadewitz?

Isabel movió la cabeza sonriendo, pero enérgicamente.

– ¡Y quién sabe!, repuso la institutriz. Tal vez en virtud de ese origen un noble caballero vendrá á llamar á la puerta del antiguo castillo de Gnadeck para pedir y llevarse á *Isabel la de los cabellos de oro*.

– ¿Y cree usted que yo aceptaría y le seguiría?, exclamó Isabel, con las mejillas inflamadas de indignación.

– ¿Y por qué no, si usted le amaba?

– ¡Jamás, por ningún precio!, contestó la joven, aunque le amase, pues entonces sería doblemente desgraciada al pensar que el prestigio de mi nombre ha pesado en la balanza más que mi corazón.

La señora Ferber fijó una mirada de sorpresa en su hija, cuyas facciones expresaban profunda emoción, y el guardabosque aplaudió aquellas palabras.

– ¡Bravo, bien, hija mía!, exclamó, así es como se debe pensar cuando se tiene algún valor y se aprecia en algo la dignidad propia. Decididamente soy de tu opinión: no reclamaremos el nombre del abuelo que abandonó á su hijo en el umbral de la puerta de unos pobres... ¿No es verdad, Adolfo? No impondremos al registro de la iglesia donde fuimos bautizados la humillación de firmar nuestro nombre sino como ya está inscrito...

– Le hemos llevado medio siglo entre penas y alegrías, añadió Ferber con su tranquila sonrisa, y un compañero como éste no se abandona nunca. Depositaré el pergamino en lugar seguro para que cuando éste – y al hablar así puso la mano sobre la cabeza del pequeño Ernesto – llegue á la edad de la razón, pueda hacer lo que tenga por conveniente. En semejante asunto no puedo adoptar una resolución que algún día le afectaría directamente, pero me esforzaré para inclinarle á pensar como nosotros, es decir, para que aprenda á buscar la fuerza en sí mismo, á reclamar tan sólo la parte de honor y de consideración que haya sabido merecer de por sí... Durante largos años los Gnadewitz han tomado mucho de sus semejantes sin darles nunca nada..., y tiempo es ya de romper con esa tradición, dejando que otros disfruten de lo que podríamos reclamar como nuestro.

– ¡Pues ya está dicho!, repuso el guardabosque, y si quieres, ahora iremos á ver al cura. Allí, bajo los tilos, hay un espacio donde ese pobre y pequeño ataúd estará mejor que en el vetusto edificio; y para que la «fría y pesada tierra» no le toque, mandaremos construir una bóveda, que cerraremos con una lápida.

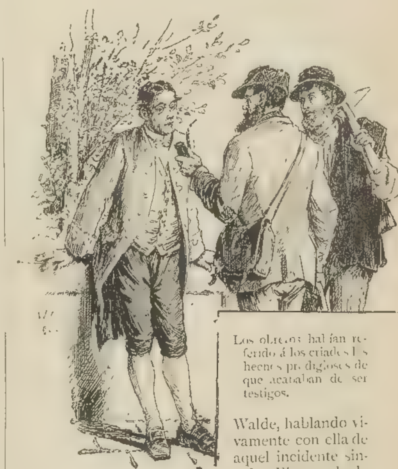
Reinhard se reunió con los dos hermanos que se alejaban, y mientras la señora Ferber y la institutriz ponían en lugar seguro el cofrecillo de las alhajas, Isabel se dirigió hacia el mirador, subió por la escalera que conducía á la parte más alta, apartó las tablas y deslizóse en la habitación misteriosa. Un rayo de sol penetraba á través de los vidrios de color y teñía de rojo el nombre de *Lila*. La joven permaneció largo tiempo junto al ataúd, representándose los tormentos sufridos por aquella antecesora suya y pidiendo á Dios que perdonara á los culpables, concediendo tranquilidad á todos los corazones agitados.

XVII

El descubrimiento hecho en Gnadeck era conocido ya en Lindhof aun antes de que Reinhard hubiese regresado al castillo, pues los obreros habían referido á los criados, á quienes encontraron en el parque, los hechos prodigiosos de que acababan de ser testigos; la noticia se propagó rápidamente, y adquiriendo más importancia á medida que se propalaba, fué al fin á estallar como una bomba en medio del salón de Lindhof.

Uno de los temas favoritos de la baronesa de Lessen versaba sobre el indiscutible prestigio que tenía toda persona de origen noble; aseguraba que no había cometido jamás ningún error sobre este punto, y que siempre supo distinguir á un plebeyo de un noble aunque sus nombres le fueran desconocidos. «Reconocía con la misma facilidad, decía, toda mezcla de raza, y cuando una plebeya tenía cierto aspecto elegante, estaba segura de no engañarse al atribuirla á una alianza desigual contraída por algún noble.» Por eso había citado á menudo, en apoyo de estos principios, el ejemplo de la «pequeña Ferber,» dotada, según decía, de cierta distinción, gracias al origen materno. En cuanto al guardabosque, jamás había contestado al saludo que éste le dirigiera sino con la inclinación distraída que se concede á un inferior. Además de esto, resentida contra él desde que se permitió prohibir á su sobrina Berta que frecuentase el castillo, había asegurado, hacía poco, que á la legua se reconocía el origen plebeyo de aquel hombre vulgar. ¡Y pensar ahora que á pesar de su penetración tan probada y de su golpe de vista, resultaba haberse equivocado por completo! ¡Aquel tosco guardabosque era descendiente de una de las primeras familias del país, y su nombre, ó por lo menos el que tenía derecho á llevar en adelante, era uno de los que más habían brillado durante el período heroico de la historia de Alemania!

Sin duda era un consuelo para ella pensar que aquella sangre noble se había envilecido por numerosas alianzas desiguales, de modo que al cabo de doscientos años debía quedar de ella tan sólo una cantidad insignificante en las venas del guardabosque; y demostraba esta evidencia á la señorita de



Los obreros habían referido á los criados los hechos prodigiosos de que acababan de ser testigos.

Walde, hablando vivamente con ella de aquel incidente singular. Elena, echada en su diván, la escuchaba con una ligera sonrisa algo irónica. ¿Sería por un interés personal en favor de la familia Ferber, ó tendría la señorita de Walde algún motivo secreto que la inducía á dar una lección á su prima? Lo cierto es que, incorporándose un poco para apoyarse en su almohadón, contestó:

(Continuará)



Vista general de la Exposición de Artes é Industria que actualmente se celebra en Estockolmo (reproducción de una fotografía)



Vista general de Honolulu, capital de las islas Hawai, cuya anexión pretenden los Estados Unidos (de fotografía)

EXPOSICION UNIVERSAL

DE ARTES É INDUSTRIAS EN ESTOCKOLMO

La capital de Suecia, á la que con razón se da el nombre de Venecia del Norte, ha celebrado durante el presente verano una exposición interesantísima que ofrece un cuadro completo de las aptitudes artísticas é industriales de los dos reinos escandinavos. Admirablemente situada en las afueras de la ciudad, rodeada de bosques y jardines y por los brazos de mar que en aquellos arrecifes forma el Báltico, júntase en ella á lo pintoresco de su aspecto en conjunto la importancia de las instalaciones que contiene.

Llaman desde luego la atención los distintos edificios, en los cuales están representados todos los estilos, desde el severo gótico al gracioso barroco, desde el palacio soberbio á la modesta vivienda de madera, propia de aquel país. Cerca de la entrada principal álzanse á un lado el soberbio Museo del Norte, no terminado todavía, pero provisionalmente concluído con materiales ligeros para que los visitantes puedan formarse una idea de tan hermoso edificio, y á otro el palacio principal hecho de madera y coronado por una cúpula que por medio de cuatro puentes se comunica con otros tantos almimbares levantados en sus cuatro ángulos, desde cuyas plataformas se domina toda la ciudad y se descubre un panorama tan grandioso como bello. En el Museo están las instalaciones de enseñanza, de ciencias, de higiene y de las industrias domésticas, especialmente femeninas, que tanta importancia tienen en aquel país y tan protegidas se hallan por el gobierno sueco. El palacio principal contiene los productos industriales de Suecia, Noruega, Dinamarca, Rusia y Finlandia.

Junto al Museo del Norte hay una porción de elegantes pabellones destinados á exhibiciones especiales de deportes y excursiones, panoramas artísticos, industrias químicas, minas, escuelas y lazaretos, las instalaciones de navegación y pesca, el museo biológico, los edificios para música y teatro, llenos de interesantes recuerdos históricos, y la gran sala de conciertos, en donde se ejecutan las composiciones de los más ilustres maestros suecos del siglo pasado.

Una de las principales curiosidades de la exposición es la reproducción de la antigua Estockolmo, con sus murallas y torres, sus fosos y baluartes, sus estrechas calles y antiguos edificios, por donde circulan soldados vestidos como en tiempos de Gustavo Adolfo. De cuantas creaciones en este género han podido admirarse en las diversas exposiciones celebradas en estos últimos años, ninguna tan completa, tan auténtica, por decirlo así, como la que se admira en la actual de Estockolmo.

La exposición abarca una superficie de 400.000 metros cuadrados y ha costado cuatro millones y medio de coronas (6.187.500 pesetas): el protectorado de la misma fué confiado al príncipe heredero, el cual lo ejerció con verdadero entusiasmo, contribuyendo como el que más á su realización, eficazmente ayudado por su padre el rey Oscar II y por su hermano menor el príncipe Gustavo, que es un pintor notable y que se cuidó especialmente de la sección artística. En ella se ofrece á los ojos del visitante toda la vida social é intelectual de un pueblo activo é inteligente que, aun sin vanos alardes de orgullo, está perfectamente convencido de su fuerza y de su valer, y muestra al mundo entero sus excepcionales condiciones para figurar en los más reñidos concursos de las naciones civilizadas.

La exposición ha sido organizada para conmemorar el quincuagésimo aniversario del advenimiento de Oscar II al trono: la nación no podía presentar á su soberano, con tal motivo, más grata ofrenda que esta demostración elocuente de lo que ha llegado á ser en todos terrenos el pueblo escandinavo bajo el gobierno de su amado monarca.

HONOLULU, CAPITAL DE LAS ISLAS HAWAI

La pretensión de los Estados Unidos de anexionarse las islas del archipiélago polinesio que un día fueron el reino de Hawai, dan carácter de actualidad al grabado que en la página anterior publicamos y que reproduce una vista general de Honolulu, capital de aquéllas.

La ciudad de Honolulu, situada en la costa Sur de la isla Oahu, ocupa una gran superficie de terreno junto á la pintoresca colina de Punchbowl y tiene una población de 30.000 habitantes. Las casas de la gente principal se levantan en medio de frondosos jardines y algunas de ellas están construídas con gusto exquisito y lujo extraordinario; sus espaciosas calles se hallan iluminadas por potentes focos de luz eléctrica.

Entre los edificios públicos que más llaman la atención figuran el palacio Jolani, residencia que fué de los reyes de Hawai; el palacio del Parlamento, en donde se encuentra la estatua colosal de bronce de Kamehameha I, el fundador de la unidad hawayana, y el hospital, que puede considerarse como modelo en su género. Cuenta además con varias iglesias, entre ellas una para los indígenas y otra cristiano-china, museo, biblioteca, aduana, banco, cuartel, cárcel, varias grandes escuelas, manicomio, casa de corrección, asilo de huérfanos, elegantes tiendas y vastos almacenes.

Honolulu posee abundancia de aguas potables y una red telefónica tan completa que apenas hay casa que no tenga teléfono. La población compónese principalmente de extranjeros.

El aspecto general de la capital hawayana es en extremo pintoresco como puede verse en nuestro grabado, contribuyendo á ello la exuberancia de aquella vegetación y el hermoso anfiteatro de montañas que la rodea.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Cartas de Jerusalén, por *Carlos Walker Martínez*. – Colección de cartas del conocido literato chileno Sr. Walker Martínez, escritas durante su viaje á los Santos Lugares realizado en el año último: inspiradas en los más elevados sentimientos religiosos, contienen interesantes noticias avaloradas con observaciones oportunísimas y con bellísimos pensamientos. El libro ha sido impreso en Santiago de Chile, en el establecimiento poligráfico Roma.

Panorama nacional. – El último cuaderno de esta publicación que con tanto éxito edita D. Hermenegildo Miralles contiene interesantes vistas de Segovia, Toledo, Puerto Pajares, Jerez de la Frontera, Begoña, León, Barcelona, Cádiz, Cambados, Valladolid y Guayama, la reproducción del cuadro de Casado del Alisal *Aparición del Apóstol Santiago*, una guerrilla de infantería y una gran vista panorámica de San Juan de Puerto Rico. Véndese á 70 céntimos.

En Venecia, dibujo de José M. Marqués

Ceros á la izquierda, por *Ienaro Genovés*. – Colección de interesantes artículos en prosa y en verso, en los que el autor, el distinguido escritor valenciano Sr. Genovés, con elegante estilo é inspiración no común, trata los asuntos más diversos, ora cantando en armoniosas estrofas la independencia de la patria, ora satirizando las costumbres del siglo, ora describiendo con fina sátira la vida de pueblo. *Ceros á la izquierda*, que es un libro de muy amena lectura, ha sido editado en Valencia por D. Federico Doménech y se vende á dos pesetas.

Plaza partida, por *Luis Siboni*. – Contiene este libro tres artículos, los dos primeros dedicados á examinar la última obra de D. Juan Valera *Genio y figura*, y el último consagrado á estudiar los vicios de que generalmente adolece la actual crítica periodística. En todos ellos muéstrase el Sr. Siboni censor severo, pero justo es consignar que sus severidades hállanse apoyadas en sólidos razonamientos y en hechos recientemente ocurridos que justifican sus censuras. El libro ha sido impreso en Madrid en la imprenta de la Revista de Navegación y Comercio.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVI ——— Barcelona 30 de agosto de 1897 ——— Núm. 818



GRATAS TAREAS, cuadro de Mlle. Nourse

(Salón del Campo de Marte de París. 1897)



MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La muerte y los muertos. – Tristezas y soledades. – Muerte del filósofo Vacherot. – Sus cambios filosóficos y políticos. – Asesinato de Cánovas. – Su inteligencia y su carácter. – Muerte de Monescillo. – ¿Era carlista? – Conclusión.

Dicen por ahí las gentes que una larga vida cosecha celestes bendiciones y representa en quien la consigue, no sólo robustez del cuerpo, fortaleza del alma. Sesenta y cinco años tengo yo; por causa y razón de mi salud puedo prometerme algunos más en el discurso natural de este río sin reposo llamado la vida; y por grande bendición que los muchos años sean, créame quien me leyere, los temo, no los deseo. Y no deben desearse por nadie que de sentir afectos humanos se precie, si considera cómo bosteza el hambre de la eternidad á diario, tragándose allá en sus abismos insondables tantos y tantos seres queridos como nos abandonan y nos dejan solos en las tristes playas del tiempo, cuando nos creíamos de ellos inseparables hasta por la muerte, cuya guadaña esperábamos en Dios se embotaría sobre lazos tenidos en nuestro corazón por indisolubles é inmortales. Yo he visto el cerebro de Cánovas, radiante un día y difundiendo éter ideal, atravesado por unos adarmes de plomo y roto en pedazos á manera de cualquier mísero ladrillo amasado con cal fría; yo he visto exangües, con amarillez de cirio mortuorio, aquellos labios rojos donde vibraba el verbo de la más alta elocuencia: no quiero ver más, pues enseñanzas tales hacen desesperar del destino de nuestra especie y temer se interrumpa en lo vacío la escala misteriosa de Jacob por donde nos imaginábamos subir á lo infinito en busca y posesión de lo perfecto. ¡Cuántos muertos! Y á la vista de tantos muertos, en vano el sol brilla, el cielo sonríe, la ola espuma sus aguas celestes en el escollo estriado como un diamante, las arboledas exhalan su oxígeno vivificador de la fresca fronda, visten las montañas del color de la violeta, prados del color de la esmeralda; el universo todo se nos aparece como un cruento campo de batalla, donde reina la muerte con absoluto imperio, y los mortales como tiburones, quienes, después de haber devorado á sus semejantes más débiles, se comen unos á otros con resoplidos de cóleras, coletazos de combate, quijadas de voracidad, movidos á estas obras carniceras, que de sangre tiñen el Océano, cubierto con diluciones de levadura vital, por el genio de las tinieblas, diciéndonos cómo supera, no obstante nuestras ufanías y soberbias, al amor y á la caridad, el odio y el exterminio.

* * *

Tres muertos hemos llorado en estos días: Vacherot, Cánovas, Monescillo; gran filósofo el primero, gran estadista el segundo, gran prelado el último, los tres á una entrañables amigos míos en este mundo triste, donde tengo tantas y tan preclaras amistades juntamente con innumerables enemigos. Todavía recuerdo al Vacherot del año setenta y cinco, tan reflexivo en el pensar como claro en el exponer, sobre las playas de Normandía sentado, por los topes de las altas dunas, entre cuyas raíces el mar hervía, departiendo de lo invisible y de lo perdurable conmigo en un diálogo, que por su parte, no por la mía, bien podíamos calificar de coloquio científico á lo Platón. Ciertamente no estábamos en el sitio donde los diálogos platónicos revelaron al mundo maravillado el Verbo de Dios y la inmortalidad del alma; no se veían allí lucir bajo cielo meridional crestas opaladas del Hibla henchido de áticas mieles y arrullado por estivales cigarras y áureas abejas; el aire no estaba cargado con el aroma voluptuoso de las rosas y de los jazmines helénicos; no corría entre adelfas de Apolo el arroyo castalio, derivado de la fuente ubérrima, en cuyos bordes los artistas se congregan y de cuyas aguas beben la inspiración los poetas; el horizonte gris, el helecho boreal, el olor de algas, el suelo compuesto por las mareas, el aire de tormentas cargado, inspiraban tristezas profundísimas y tiraban del ánimo hacia grandes consideraciones sobre la muerte. Añadíase á esto que acababa de caer Francia en su derrota, bajo una República, cuyo primer lustro iba entonces cumpliéndose con suma inquietud y trabajo sumo. Reveses de tal gravedad influyen hasta sobre pensadores que han procurado aparecer como seres abstractos. Vacherot, discípulo de Hegel hasta Sedán, de Hegel esencialmente germano, buscaba otra doctrina, la cual no hubiese nacido en tierras tan funestas para su patria como Alemania. Yo le felicité por su patriotismo de todo corazón; pero le argüí por su filosofía de poco circunspecto. ¿Porque ganaron la batalla de Waterloo los ingleses sobre Napoleón, habría que cambiar la ciencia del cosmos á lo Newton, revelador verdadero, con cualquier otra explicación perteneciente á un sabio nacido en pueblo aliado de Francia? Vacherot me pronunció un discurso, admirable de forma y fondo, para decirme había encontrado su nueva doctrina en la lectura y meditación del sabio Spencer, inglés. Debe notarse que aún reinaba en Egipto el condominio de Francia con Inglaterra. Ignoro si tras la exclusiva ocupación inglesa, el gran maestro francés habría de doctrina cambiado, como se creyó en la obligación de cambiar tras el nefasto Sedán. Mas debemos recordar cómo, acogiéndose á Spencer, mi amigo ilustre no se preservaba de Hegel. Imposible una doctrina que sea prole sin madre. Toda idea produce otra idea. Si el dogma de la concurrencia vital fué trasladado por Darwin desde los principios fundamentales del mayor sistema económico moderno á la explicación del origen de las especies, el dogma de la evolución universal, explicado tan prolijamente por Spencer, al aplicarlo así á lo espiritual como á lo material, es un dogma recogido en las entrañas del pensamiento hegeliano. Si la ciencia de Kant y de Hegel no ha podido desasirse de Platón y Aristóteles tras tantos siglos, ¿cómo desasirnos ahora nosotros de Kant y de Hegel? Historiador fiel de las escuelas alejandrinas, á quienes alzó un verdadero monumento; profundísimo comentador de la filosofía contemporánea en sus diálogos científicos; político al modo sabio en su libro de la Democracia, como Vacherot cambió Hegel por Spencer en las ideas filosóficas, también en sus preferencias sociales cambió la república por la monarquía, pero movido de honradas convicciones y dejándonos el ejemplo de una vida sin mancha y de una honradez en el pensar sin eclipses y en el proceder sin desmayos.

* * *

Puedo discurrir con serenidad y aplomo de Vacherot, y no puedo discurrir de Cánovas con la misma serenidad y el mismo aplomo. Vacherot era un amigo del pensamiento; Cánovas era un amigo del corazón. Vacherot me llevaba muchos años de edad; Cánovas tenía poco más ó menos mis años. A Vacherot le guardaba un culto científico; por Cánovas sentía un afecto exaltado de camarada escolar. Imposible comparar el dolor sufrido á la muerte natural de Vacherot con el dolor sufrido á la muerte violenta de Cánovas. Nuestra misma perpetua contradicción de ideas aproximaba nuestros perennes sentimientos. Eso de contradecirse y disputar á la continua sin reñir nunca era un encanto. Si por espacio de un lustro llegamos á no saludarnos, obra fué de nuestros partidarios esta, no de nuestros corazones. Hubo más canovistas que Cánovas y más castelaristas que Castelar, aun pasando los dos por muy pagados de las sendas personas nuestras, tenido él generalmente por soberbio á lo déspota y tenido yo por vanidoso á lo artista. Cuando leo estos juicios, no los contradigo, levanto los hombros y exclamo: «Todo sea por Dios.» Una vez dije yo en cierto escrito que me había encontrado en mi vida con dos amigos ilustres, uno en Francia, otro en España, los cuales ejercieran poder omnímodo sobre sus dos naciones, Gambetta y Cánovas, dotados por el cielo de cuantas cualidades concede á sus predilectos, pero aquejadísimos de una debilidad grave: no poder sufrir ninguna contradicción. El artículo se publicó en un periódico de la mañana y hubo en la embajada inglesa baile aquella misma noche, al que asistíamos los dos. Apenas en el salón entré, dí de manos á boca con Antonio, como le llamaba yo siempre cariñosamente. Y al verme clama: «¿Cómo, Emilio, te atreves á decir que no puedo sufrir ninguna contradicción, cuando hace cuarenta años que te estoy sufriendo á ti, contradicción perdurable conmigo, en el diario, en el libro, en el parlamento, en el hogar?» Pues yo, cuanto menos asentía en mis riñas intelectuales con él á sus ideas monárquicas, más admiraba su genio inagotable. Cánovas fué toda su vida el primer polemista de la tierra. Leía refunfuñando contra el libro que pasaba por sus ojos aquel incansable lector. Amigo de sus maestros como nadie, los azotaba, mejor dicho, azotaba sus ideas, en las academias sabatinas con una dialéctica realzada por su maravillosa facundia, pues las palabras abundaban tanto en él como las ideas, y en un aparente desórden predominaba el método y en unas amplificaciones perpetuas predominaba el pensamiento. Yo he visto inteligencias telescópicas que sólo saben ver lo infinitamente grande, así como inteligencias microscópicas que sólo saben ver lo infinitamente pequeño. Cánovas tenía un microscopio y un telescopio en su inteligencia. No continúo. Cuando haya traído el tiempo algún calmante á mi dolor, lo historiaré con fidelidad escrupulosa y lo juzgaré con juicio sereno. Ahora lo veo tras mis lágrimas: dejad que lo llore.

* * *

D. Antolín Monescillo ha fallecido, casi al par que Cánovas, y enterado del fin cruel de éste, cuando le asaltaba su postrer agonía, entre los estertores dolorosos del cuerpo y las beatíficas visiones del alma, escribió, desde su lecho parecido á un túmulo, pésames iguales á los que habían de suscitar su cuerpo muerto y su recuerdo vivo pocas horas después. Era un celtíbero Monescillo, en quien lo ibero y el ingenio ibérico predominaban sobre lo céltico y la metafísica celta. Erguido, corpulento, el traje talar le prestaba una verdadera majestad y le disponía mucho para el primero de los efectos oratorios, el efecto que sin necesidad de hablar produce una gallarda prestancia, pues Monescillo, tanto al hablar como al escribir, era un orador verdadero. Así profesaba grande amistad á los del oficio, á Cánovas, á Moret, á mí, á todos los demás conocidos, con excepción de Pidal, á quien toda la vida detestara, por razones teológicas, creía el arzobispo, en realidad por razones puramente políticas, esfera de acción donde nunca se hallaron acordes tan grandes oradores, consagrados por sus sendos caminos al servicio de la religión y de los sentimientos religiosos. Estatura esbelta, gesto irónico, ojos penetrantes, labios finos, color pálido, pelo castaño, Monescillo con la púrpura eclesiástica me parecía siempre, por la distinción de sus maneras y por la brillantez de su inteligencia y por la facundia de su palabra y por la gracia de su trato un prelado como los que dejara vivos el pincel de Pinturricchio en la divina librería de Siena. Hoy, que las clases altas no dan á la Iglesia en España príncipe ninguno eclesiástico, y que las clases medias sólo dan uno que otro, sacándose los sacerdotes del mismo seno de donde se sacan los soldados, del más humilde pueblo, Monescillo, aunque algo rural por su origen, mostraba distinción elegante, sin haber jamás pertenecido á la corte y menos á los cortesanos. El objeto de toda su vida fué la mitra de Toledo, y con la mitra de Toledo en su frente ha muerto el gran prelado. Por obtenerla tuvo alguna impaciencia, pero no hizo jamás ninguna bajeza. Su primer escrito, pues era un escritor clásico, el que lo elevó entre nuestros más eximios doctores sagrados cuando había ya muerto Balmes, fué la refutación de los anatemas lanzados, á fuer de neófito, por el gran Donoso Cortés sobre la humana razón; y las últimas palabras que yo le oyera, hoy hace dos meses, dentro de su palacio arzobispal, tendido en la cama donde había de morir, fué una elocuente apología de León XIII, fundada en el amor de tan glorioso pontífice á la libertad y en los esfuerzos hechos por hermanar la República con la Religión en Francia. Dicen los carlistas que fué siempre de don Carlos; yo tengo documentos irrefragables para decir que perteneció á la democracia. Pero si fué carlista en este mundo, ya se habrá convencido en el otro de que D. Carlos no triunfará nunca. Dejémolos en paz.

San Sebastián, 20 de agosto de 1897.



CASIMIRO SAINZ

CASIMIRO SAINZ

También pertenece al número de los muertos, aun cuando todavía «esté en pie,» como dijo el gran Gustavo. Es un muerto vivo ¡ay!, pero que vive como vivió los dos ó tres últimos años de su existencia el *Greco*, como vivió durante otro número de años igual el insigne autor de *Lucia di Lammermoor*, sumido en un mundo caótico al que pondrá fin la interrogante de Hámlet.

Hace ya seis ó siete años que Casimiro Sainz murió; los últimos destellos de su inteligencia están grabados por su mágico pincel en unas cuantas tablitas y en unos lienzos pequeños. Aquel chispeante cojo (porque Casimiro es cojo), cuyos chistes nos hacían reir á carcajadas á todos cuantos fuimos sus amigos, ha enmudecido para siempre; sus palabras hoy son gritos de extraño lenguaje; sus miradas, llenas de maliciosa y socarrona gracia, son ahora miradas espantables que se clavan dolorosamente en el corazón del que va á ver cómo muere en la casa de locos de Carabanchel.

– Escúchame, Casimiro, le decía hace ya algún tiempo un colega suyo, creyéndole en un momento de lucidez. Te traigo pinceles y colores, porque don Fulano (aquí el nombre de un aficionado que solía comprarle algunos cuadritos), me ha encargado que le pintes una tablita que le recuerde este paisaje que tú interpretas tan admirablemente.

Casimiro echó á correr agitando un extraño sombrero de papel y al propio tiempo gritando:

–¡Alto, señores, alto! ¡La religión y las armas son hermanas!

Dos años antes de esto, lo encontré en Santander. Llovía á torrentes y Casimiro llevaba unas alpargatas blancas, completamente empapadas. Me conoció y me tendió la mano; con la izquierda sujetaba un cartapacio.

– ¿Qué llevas ahí?, le pregunté señalando el cartapacio.

– Un trabajo que estoy haciendo.

– ¿Pictórico?

– No, me dijo secamente.

Como yo callase por no saber qué rumbo darle á la conversación, dulcificando la expresión de su rostro me preguntó:

– ¿No tienes deseos de saber qué clase de trabajo es este?

– Creí que sería indiscreto, repuse.

– Tú no eres indiscreto, y por eso te lo voy á decir.

Y bajando la voz y deteniéndose en medio de la calle, continuó:

– Es un estudio filosófico de interés grandísimo. Relación filosófico-social entre la religión y las armas.

Y se quedó mirándome con ojos que herían.

–¡Magnífico, chico, magnífico!, le dije fingiendo gran admiración. ¿Abandonas por lo visto los pinceles?

– Tú no dirás nada, repuso sin hacer caso de mi pregunta. Tú no querrás que me quede sin la gloria del pensador. Porque de este asunto no ha tratado nadie todavía.

– Vamos, por lo visto has abandonado la pintura. Ya no somos colegas, volví á decirle.

Quedóse pensativo y enmudeció durante largo rato. Al cabo se despidió de mí murmurando:

– Mañana nos veremos. Tengo mucho que hacer.

– Mañana me marcho, le dije.

Ya había echado á andar y volvió á mí.

– ¿Te marchas? ¿Te marchas á Madrid?

– No: á América.

– ¡A América! Pero ¿te marchas á América? Pues entonces te voy á enseñar algo que estoy pintando.

Y echó á correr. Le esperé un rato y apareció Casimiro con una caja de campo. La abrió y vi una maravilla, como todas las suyas. Un paisaje de los alrededores de Santander. Paisaje melancólico de otoño, con los arbolitos grises, casi sin hojas: la montaña, en cuya falda destaca la ciudad santanderina, envuelta en ligera y húmeda niebla; el suelo del primer término, apenas indicado, parecía empapado en agua; el cielo plomizo. ¡Cuánta verdad! Pero ¡qué triste!

Dejemos al Casimiro que ha muerto para el arte; vamos á recordar al Casimiro vivo, chispeante, con arranques originalísimos.

Vivían en un mismo estudio Eugenio Oliva, pintor de mérito, y Casimiro Sainz. Una tarde este último preparó los bártulos y se marchó á la sierra del Guadarrama á pintar. Pasaron seis ó siete días sin que Oliva tuviese noticia alguna de su colega, hasta que una tarde, al subir las escaleras de la casa donde tenían el taller, notó que olía á quemado, y que el olor, cuanto más se acercaba al cuarto-estudio, era más fuerte. De tres en tres concluyó Oliva de subir los escalones que le faltaban, y franqueando de un salto la entrada de la habitación, la ve envuelta en humo. Tranquilamente sentado en un ángulo del taller estaba Casimiro, y en medio del suelo ardía un montón de apuntes al óleo, tablitas casi terminadas de pintar, en fin, todo el arsenal de notas de color, de apuntes, de recuerdos, etc., que constituye la íntima manifestación del genio del artista.

– ¿Qué haces?, gritó Oliva mientras se dirigía á la hoguera y comenzaba á desbaratarla.

– Deja que arda toda esa porquería, exclama Sainz. Somos unos necios que no pintamos una sola palabra de verdad. Créeme, deja que ardan esas vergüenzas. Mira, prosiguió echando mano á unos cuantos apuntes que conservaba á su lado. ¿Ves esto? Pues esto no es más que algo así como un mal recuerdo de lo que vi en la sierra.

Oliva miraba aquellos paisajes asombrado, y no acertaba á calificarlos más que de maravillas.

En cierta ocasión le preguntábamos por el motivo de su cojera.

– Pues nada. Que me subí á un manzano cuando era chiquitín y me caí; de resultas quedé cojo.

Pasara algún tiempo, y á otro que no sabía la causa del defecto físico de Casimiro se le ocurrió preguntarle lo ya dicho. El pintor santanderino se quedó un momento pensativo y al cabo dice:

– Chico, no recuerdo.

– ¡Cómo! ¿No recuerdas eso?, responde admirado el que hacía la pregunta.

– Sí, sí. Ahora me acuerdo. Se me antojó, cuando yo era un chiquillo todavía, pescar truchas, y del baño de pies me sobrevino un reuma terrible, y... ahí tienes la causa.

– ¡Eh, Casimiro!, tú nos has dicho, hace poco tiempo, que habías quedado cojo de una caída.

– ¿Os he dicho eso? Pues entonces eso sería.

– Vaya, ¿se puede saber de qué cojeas?

– ¡Hombre, eso á la vista está! De la pierna izquierda.

Hacía algún tiempo que no veía yo á Casimiro, y una noche lo encontré en el Círculo de Bellas Artes.

– ¿Qué haces ahora? ¿Pintas algo?

– No me hables, chico; estoy empeñado en un duelo á muerte con la sabia Naturaleza.

– ¿Cómo es eso?

– ¿Que cómo es? Pues mira, yo empeñado en hacerle comprender á esa señora que no soy escribano, y ella erre que erre, empeñada en hacerme creer que lo soy.

– Vaya, habla seriamente.

– ¡Caracoles, pues si no estoy haciendo otra cosa en este momento! Figúrate que hace días que he plantado mis reales en una de las orillas del caudaloso Manzanares, con el objeto de trasladar al lienzo el primoroso paisaje ribereño y la no menos encantadora silueta de la villa y corte; y tan pronto como doy por terminada la sesión del día ¡cataplún!, sopla la sabia Naturaleza y cubre de arenilla lo pintado. Y así estamos; es decir, ella está bien, supongo yo, pero este prójimo sin un céntimo.

– ¿Cómo tienes el cuadro?, le preguntaba cierto día un amigo suyo.

– Con viruelas.

– ¿Cómo con viruelas?

– Sí, hombre, sí. Esta mañana le cayó un chaparrón encima, y de la impresión...

Entre las condiciones salientes de Sainz pintor una de ellas era *saber ver*, como se dice en el *argot* del arte. Todos los juicios que emitía (siempre á petición de sus compañeros) eran breves, precisos y graciosísimos al propio tiempo. Recuerdo en este momento dos de esos juicios que declaran cuán ciertos son los extremos que he apuntado. Recorríamos varios compañeros las salas de cierta exposición nacional de Bellas Artes, y nos paramos delante de una magnífica *Marina* de un pintor valenciano. La obra era admirada de todos; los elogios se sucedían (cosa no muy común entre gentes de un mismo oficio), pero notábamos algo en aquel cuadro que no concluía de hacer completa la ilusión óptica. Llevábamos un buen rato tratando de encontrar el *quid* de esta deficiencia sin que ninguno de los que allí estábamos acertásemos á verlo, cuando aparece Casimiro, se acerca á nosotros y enterado de lo que nos preocupaba se expresó así:



Casimiro Sainz

– Vaya; estáis tocando el violón. Lo que tiene esa preciosa marina es que le *faltan términos;* y como *pesan* tanto las aguas de la lejanía como las de cerca, resulta que no aparece clara la distancia.

Efectivamente, la observación del paisajista montañés era tan acertada, que inmediatamente nos dimos cuenta del defecto.

Vaya la segunda *crítica* de Casimiro.

También fué en una exposición. Delante de un cuadrito de pequeñas dimensiones estaban haciendo elogios varias damas y caballeros de gran tono. El cuadrito objeto de aquellos laudes era uno de tantos en que los casacones y los vestidos de medio paso y las cornucopias de rigor para la decorativa de las escenas familiares del siglo pasado, parecían de nácar y de hojas de rosa, y todo muy nuevecito. Casimiro se asoma por entre el grupo de los aristocráticos espectadores y haciéndonos una seña dice:

–¿Eh? Esto sí que es cosa buena. Todo aquí está *pintado y con pinturas finas.*

Nosotros, que comprendimos el alcance de aquella crítica burlona, soltamos la carcajada. Molestado uno de los caballeros por las risas, se vuelve hacia el crítico y midiéndole de alto abajo, exclamó:

–¡Con pinturas finas, sí, señor!

De nuevo soltamos el trapo, y ya iban los caballeros á responder con sobrada energía á nuestras carcajadas, cuando Casimiro, poniendo la cara más inocente del mundo, les dijo:

– No se incomoden ustedes, señores. Mis compañeros se ríen porque el señor (y señaló á uno de nosotros), que es el autor de ese cuadrito, se empeñaba en hacerles creer á sus padres (con el pecaminoso objeto de que soltasen *guita)* que pintaba con pinturas finas; y á las pinturas les sucede lo que á Marco Tulio Cicerón, que no hubo más que uno; quiero decir que todas las pinturas son unas y que no las hay ni más finas ni más ordinarias.

Y dando media vuelta y saludando muy cortésmente, se alejó del grupo aquel de damas y caballeros.

La primer noticia que tuvimos de la terrible enfermedad que apagó la luz de aquella inteligencia superior, fué la de un acto de arrebato místico. Una mañana, cuando más concurrida estaba la iglesia de las Calatravas, entró el notable artista, y arrodillándose en medio del templo, comenzó á dar grandes voces, arrepintiéndose de qué sé yo qué imaginarios pecados y á protestar en la fe.

Creímos todos que aquel accidente sería pasajero. Aún pintó después algunos cuadritos; pero sus extravagancias iban en aumento. Vestía algunas veces de la manera más extraña, y apenas sostenía razonablemente una conversación más allá de unos cuantos minutos. Muchos de los colegas del desgraciado artista velaron por él con verdadero cariño; mas todos los cuidados fueron vanos. Decidióse, no sé si por disposición facultativa, que marchase á su país natal. Quizás la vista de aquellas melancólicas y siempre verdes montañas y la pureza del aire y de los alimentos, y más que todo, el alejarle de Madrid, donde tantos sinsabores había gustado luchando con su prodigioso pincel contra la sórdida usura de unos, contra la indiferencia de otros, pudiera llevar á su espíritu perturbado un reposo reparador. En esa temporada fué cuando le encontré en Santander. Marché á América, hondamente afligido del estado de Casimiro. Mis presentimientos no fueron, desgraciadamente, sin fundamento. Cuando regresé á la península supe que Casimiro había muerto para el arte, que su inteligencia había roto por completo sus lazos con el espíritu, sumiendo aquel cerebro en caos horrible, cuya negrura no ha vuelto á iluminar el más ligero y fugaz destello de razón.

Al presente hablamos del pobre Casimiro como de ser que ya no existe, y de la memoria de las gentes que no viven en las esferas del arte ha desaparecido como desaparece la de aquel á quien hace años que abriga ya en su seno la piadosa tierra.

R. Balsa de la Vega



Propiedad de M. Arias Rodríguez

ISLAS FILIPINAS. – Cavite. – Río Cay-sabo Binabangán. – Se encuentra en las inmediaciones del pueblo de Indang y los naturales le denominan río Tibagán

LA BUENA MUERTE

Jenaro Laínez había sido siempre un calavera, pero cuando se casó con Blanca, la sobrina del viejo marqués de Troux, sus costumbres cambiaron al pronto de tal modo, que no parecía el mismo.

El amor hace milagros, y no fué el operado en Jenaro el menos asombroso de tantos como se observan. Para el marido de Blanca toda la vida estaba en hacerla feliz, y consiguiéndolo, no era él menos dichoso que su hermosa mitad. Porque la sobrina del marqués era lindísima como las flores primaverales, buena como nos biografían á las santas y capaz de convertir al pecador más empedernido.

Antes de casarse, Jenaro había malgastado la mayor parte de sus cuantiosos bienes, y malas lenguas dijeron que, al pretender á Blanca, iba unido al cariño el pensamiento de disfrutar una colosal fortuna, la del marqués de Troux, ya achacoso y con un testamento hecho en regla, en el que nombraba á Blanca su heredera universal.

Pero el marqués seguía viviendo, y Jenaro esperando impaciente la prometida herencia que no acababa de llegar nunca.

Pasados los primeros meses, esa luna de miel siempre corta para todos, Jenaro volvió al mundo del que momentáneamente se había apartado, adormecido entre los brazos de su mujer, que le adoraba con delirio.

En vano Felipe, el antiguo ayuda de cámara del marqués, que quería á Blanca como á una hija, le había advertido del inminente riesgo á que se exponía aceptando aquellas ya olvidadas amistades de gentes sin pundonor ni vergüenza; Jenaro persistía en frecuentarlas, y por vez segunda, casi insensiblemente, volvió á llenarse de cieno, á beber, á jugar, á correr aventuras tan locas como temerarias.

Blanca había notado necesariamente el cambio operado en su marido; le reconvino con la paciencia y sumisión propias de su carácter, pero Jenaro la convenció de que en todo aquello nada había de particular, y á fuerza de hipócritas caricias logró la relativa independencia que necesitaba para satisfacer su sed de vicio.

Comenzaron los despilfarros, las trampas, las demandas á la usura, la conversión de joyas en billetes de Banco, esa sucesión de hechos que anuncian el



Propiedad de M. Arias Rodríguez

ISLAS FILIPINAS. – Provincia de Batangas. – Arado arrastrado por un toro y dirigido por un indígena en el monte Suñgay



Propiedad de M. Arias Rodríguez

ISLAS FILIPINAS. – Cavite. – Fondo del barranco de Halang, el más importante de los do[illegible] (conocidos vulgarmente por Apóstoles) que se encuentran en el camino de Silang á Indang



MADRID. – El entierro del Sr. Cánovas del Castillo á la salida de la Huerta, dibujo de Passos, tomado de una fotografía

cataclismo cercano, y Blanca, la infeliz Blanca, fué á llorar su desdicha en brazos de Felipe, aquel viejo que la había tenido en ellos al nacer, que en ellos la había dormido tantas veces, no encontrándose fuerte para ocultar á su tío el marqués la inmensa desgracia que la aquejaba.

– ¡Pobre, mi pobre señorita!, exclamaba el viejo apenadísimo; ¡qué infelicidad tan injusta, qué desgracia tan grande!

Y juntos lloraban, lamentando el rigor de la suerte.

Pasaron unos meses, Jenaro escandalizando, Blanca y Felipe llorando amargamente y el anciano marqués de Troux ignorante de aquel drama que lentamente se desarrollaba á su lado.

Llegó el instante del arrepentimiento, y Jenaro dijo á Blanca, arrodillado ante ella como pecador contrito ante su confesor:

– No es mía la culpa... Los amigos me han hecho caer en este precipicio que me absorbe, que me atrae como el vértigo de las alturas; yo te quiero con toda mi alma; estoy de veras arrepentido; ¡sálvame, sálvame!

¡Salvarle! ¿Y cómo? Ya no quedaban joyas, ya se habían agotado los créditos, ya no restaba nada, nada. Hasta el mismo Felipe había entregado sus ahorros.

Entre las deudas las había bochornosas; algunas pedían un presidio; Jenaro estaba irremisiblemente condenado á pasar el resto de su vida, y si no el resto buena parte de los años que de existir le quedaban, en una cárcel.

Y se operó en Jenaro un cambio súbito, increíble. No salía de su casa, y cuando lo hacía nunca solo, acompañado siempre de su Blanca. Con ella buscaba en la religión el consuelo que le negaba el mundo, y con el consuelo el perdón deseado. Si hubiera podido trabajar lo hubiera hecho; pero no tenía en qué ocuparse porque de nada sabía.

Felipe, confidente de tantas penas, procuraba animarles, dándoles una esperanza. «Dios aprieta, pero no ahoga,» les decía; mas Dios seguía apretando tanto, que aquello era verdaderamente ahogarse.

***

Jenaro había ido á comer aquella noche con el marqués de Troux, invitado por él; tenía que hablarle de interesantes asuntos, muy interesantes.

La comida fué breve; una vez terminada, el marqués cerró por sí mismo las puertas del comedor, y encarándose con su sobrino, le habló de esta manera:

– He sabido y conozco detalladamente la relajada vida que usted ha hecho: ¡nunca imaginé que pudiera usted llegar á tanto! Mi fortuna, aunque grande, no es bastante para borrar las cifras que la usura ha escrito, que usted ha reconocido con su firma, con la de Blanca, que torpemente ha firmado obligada por usted. Una asquerosa fila de acreedores espera el momento de mi muerte para echarse encima, para arrebatar mis bienes, cedidos á mi pobre Blanca en testamento que usted conoce y ha sido causa de su inicua conducta. Pues bien: es necesario que esa gente no pueda tomar un solo céntimo de lo que quiero para Blanca, y para lograrlo, vamos á ponernos de acuerdo, sacrificándonos ambos, para que ella, ¿lo entiende usted?, ella, no tenga que mendigar el pan que le pertenece, el que yo le dejo, ya que usted ha disipado el caudal que le dejaron sus padres.

Jenaro le escuchaba pálido, sin comprender el final de aquel exordio extraño y solemne; y el anciano marqués prosiguió con una tranquilidad que contrastaba con lo desencajado de su semblante:

– Los manejos de usted han hecho inútil mi testamento; moriré y los deudores de usted se lo llevarán todo. Esto hay que evitarlo. ¿Cómo? Va usted á verlo.

Cerca había una chimenea, y sobre su tabla forrada de terciopelo, entre varios artísticos objetos, un tintero, una pluma y un rollo de papeles. El anciano llevó el recado de escribir á la mesa de comer, extendió papel ante Jenaro, le entregó la pluma, colocó el tintero á su alcance é imperiosamente dijo:

– Escriba usted lo que voy á dictarle.

Jenaro, como subyugado por la enérgica actitud del marqués, oprimió la pluma entre sus dedos temblorosos, la impregnó de tinta convulsivamente y esperó.

– «Solemnemente confieso, dictó el marqués con entera voz, que por conseguir créditos de que carecía he falsificado la firma de mi esposa, y que, por lo tanto, su nombre, puesto al pie de los documentos todos, es apócrifo. – *Jenaro Laínez.*»

Jenaro escribió y firmó sin titubear; en un principio le temblaba el pulso; pero después, recuperando toda su energía, dueño de sí mismo, dió á cada letra el rasgo natural, y las frases resultaron claras, hechas firmemente, sin la menor señal de violencia. Esperó unos momentos, y viendo que el marqués callaba, le presentó la cuartilla escrita.

Leyóla el viejo; la dobló cuidadoso, y después, lentamente, como si cada letra de las palabras que iba pronunciando fuera un agudo puñal, continuó diciendo:

– Ahora, Jenaro, hay que pagar. «¿Cómo?», leo en su rostro que usted me pregunta. ¡Así!

Y al decir esto le presentaba un revólver que pausadamente sacó de su bolsillo.

Jenaro se levantó y retrocedió asustado. Aquel viejo estaba loco. ¡Matarse! ¿Matarse él? ¿Para qué? ¿Por qué? No, y mil veces no; no se mataría.



Corona dedicada á la memoria del Sr. Cánovas del Castillo por el Ayuntamiento de Barcelona, ejecutada por el Sr. González, según dibujo de José Luis Pellicer.



MADRID. – El entierro del Sr. Cánovas del Castillo á su paso por la Castellana, dibujo de Vázquez, tomado de una fotografía



El cardenal Monescillo, arzobispo de Toledo, fallecido en aquella capital el día 11 de los corrientes

El marqués entonces comenzó á explicarle todo el bien que de su muerte se esperaba. ¿Jenaro quería á Blanca? Pues así la salvaba de verla pobre, miserable, tal vez pidiendo limosna. ¿Qué les esperaba si no? A Jenaro el presidio, á Blanca el hospicio; él deshonrado allá en una penitenciaría, ella pereciendo de hambre en medio del arroyo. Y este fin trágico había que evitarlo á todo trance. Si su fortuna, si la herencia deseada fuera suficiente para salvarlos, él, él mismo, ¡y Dios se lo perdonaría!, hubiera ya hecho lo que pedía á Jenaro que hiciera; pero ¿de qué iba á servir la muerte del marqués? De nada para Blanca ni para Jenaro; los acreedores se lo comerían todo, y no bastando para cubrir las deudas, la herencia no evitaba ni la cárcel para el uno ni la miseria para la otra. ¡Ea!, había que decidirse, pero pronto, pronto ..

– ¡Esto es horrible!, murmuraba Jenaro mirando con horror al terrible viejo; puede haber otro medio de salvarnos; huiré lejos, muy lejos..., pagaré desde América..., allí se hacen fortunas..., se improvisan capitales...

– No, continuaba el marqués, el telégrafo es más veloz que los transatlánticos..., el que tiene dinero allá se olvida de los que aquí son pobres..., ya no se hacen fortunas en América...

É insistía con el gesto, con el ademán, con la voz, con todo, en aquella muerte deseada por él ahora, más, mucho más que tantos, Jenaro mismo, estaban deseando la suya hacía mucho tiempo.



El cardenal Monescillo, pocos momentos antes de morir (de fotografía de Lucas Fraile, de Toledo)

La víctima miró á todos lados angustiosamente; quería escapar, y salvando con un último esfuerzo la distancia del arma ya dirigida hábilmente por el anciano para atravesarle el pecho, huyó hacia la puerta. El marqués entonces, presa de un loco frenesí, irguiéndose colosal como un héroe, tomó el revólver, y sin apuntar apenas, como muy seguro de lo irremediable, disparó contra Jenaro que, después de exhalar un terrible grito, cayó contra el suelo bañado en su sangre.

El marqués se aproximó; le vió muerto, abrió la puerta, que ya violentamente sacudía Felipe por el otro lado; entregó á éste el papel que Jenaro había antes escrito, y dando un alarido, se desvaneció en los brazos de su antiguo ayuda de cámara, en tanto que los criados, despavoridos, asombrados, corrían en todos sentidos sin darse cuenta de lo que pasaba.

* * *

A la mañana siguiente, Jenaro yacía sobre una mesa de la sala de autopsias en el cementerio, y el marqués de Troux, agonizando en su lecho, abrazaba y bendecía á Blanca, heredera pocas horas después del marquesado de Troux y de sus bienes...

Alberto Díaz de la Quintana

NUESTROS GRABADOS

El cardenal Monescillo. – El venerable prelado recientemente fallecido en Toledo nació en Corral de Calatrava en 1811; á los doce años empezó el estudio de la Filosofía en el Seminario toledano, siguió luego allí mismo la carrera eclesiástica y á los veinticuatro años era licenciado y doctor en Teología. En 1835, después de haber explicado diferentes cursos en aquel seminario, hizo oposiciones á un curato, y en 1847 fué nombrado vicario general de Estepa. En 1852 ascendió á canónigo de la catedral de Granada, y pocos meses más tarde á la dignidad de maestre-escuela del arzobispado de Toledo. En 1861 fué electo obispo de Calahorra y en 1865 trasladado á la silla episcopal de Jaén. Tomó asiento en las Constituyentes de 1869, pronunciando elocuentes discursos en defensa de la unidad católica, y después de la Restauración ocupó en 1877 la sede de Valencia. Nombrado cardenal en 1884, en 1892 tomó posesión de la silla arzobispal de Toledo, primada de España. Sacerdote de gran saber y de grandes virtudes, consagrado sin descanso á la defensa del catolicismo, literato consumado, eminente teólogo, cuyas obras eclesiásticas, modelo de sana doctrina, se distinguen además por su castizo estilo, orador elocuente en el templo y en el parlamento, el cardenal Monescillo era indudablemente la figura más grande de la Iglesia española de nuestros días. Trabajador infatigable, ni los años ni las enfermedades lograron debilitar sus energías, y postrado en el lecho donde la muerte debía encontrarle no le faltaron hasta los últimos momentos de su vida alientos para hacer brotar de sus labios ó de su pluma hermosas y profundas enseñanzas.

Gracias á la amabilidad del reputado fotógrafo de Toledo D. Lucas Fraile, podemos ofrecer á nuestros lectores las dos fotografías que en esta página publicamos, una del cardenal pocas horas antes de morir, y otra del entierro, que fué solemnísimo y al cual se asoció toda la población de la imperial ciudad.

Gratas tareas, cuadro de mademoiselle Nourse. - ¿Qué trabajos puede haber más agradables para esa madre que el cuidado de su tierno hijo y el arreglo de la ropa que constituye su modesto ajuar? Bien se ve que ha sido una imaginación femenina la que ha concebido el sentido asunto de este cuadro y la que ha sabido darle una forma tan delicada. Pero al mismo tiempo la notable artista americana Mlle. Nourse ha demostrado ser una pintora de primer orden, puesto que el lienzo que nos ocupa satisface desde el punto de vista técnico al más exigente, de lo cual es buena prueba el éxito que tuvo en la última exposición celebrada en el Salón del Campo de Marte de París.

Islas Filipinas. - Alternándola con la información gráfica de la guerra, creemos interesante para nuestros lectores la publicación de vistas de paisajes y costumbres que contribuyan á dar á conocer aquel hermoso y rico archipiélago, menos conocido desgraciadamente para nosotros de lo que debiera ser. A este propósito obedece la reproducción de las tres bellísimas fotografías que nos ha enviado nuestro corresponsal en aquellas islas Sr. Arias y Rodríguez, y acerca de las cuales vamos á dar algunas ligeras noticias.

La primera vista de la página 564 está tomada en el río Caysabo Binabangán, denominado Tibagán por los naturales del país, en las inmediaciones del pueblo de Indang: en el lecho de este río, lecho situado á una gran profundidad y al cual es difícil bajar sin el auxilio de la gente del país, se ven inmensos peñascos contra los cuales se estrella en época de lluvias la impetuosa corriente que corre en aquel punto por un plano sumamente inclinado. A aquel sitio suelen bajar muchas indias á lavar la ropa y á bañarse: una de ellas se ve perfectamente en la fotografía del Sr. Arias, hacia la izquierda y en primer término.

La carencia absoluta de agua en toda la cordillera del alto Suñgay y en sus estribaciones obliga á los indígenas á sustituir, para la labranza de aquel quebrado terreno, al carabao por el toro, que resiste mejor la falta de aquel indispensable elemento, puede trabajar en las horas de más calor y no necesita que se le bañe dos veces al día por lo menos. El indígena que dirige el arado en la fotografía que en la página 565 reproducimos, viste pantalón de algodón y una camisilla fina, resguarda su cabeza de los ardores del sol por medio de un pañuelo arrollado que deja al descubierto la coronilla, y como todos los indígenas que salen al campo va provisto del correspondiente *bolo*, especie de machete.

El barranco de Halang, el más importante de los doce vulgarmente conocidos por Apóstoles, encuéntrase situado en el camino de Silang á Indang en la provincia de Cavite. Viniendo de Silang, es decir, por el lado izquierdo de la fotografía, el descenso es dificilísimo por lo húmedo y pendiente del camino de herradura; la subida por el otro lado, que conduce á Indang, resulta algo más cómoda, á pesar de ser también muy empinada y resbaladiza. Durante la época de las lluvias fórmanse allí impetuosos torrentes que imposibilitan el tránsito. El puentecito de cañas que se ve en la fotografía, se construye todos los años por diciembre y desaparece arrastrado por la corriente con las primeras lluvias de mayo ó junio. Este barranco fué uno de los puntos estratégicos escogidos por los rebeldes filipinos para oponerse al avance de nuestras tropas; mas no obstante hallarse fuertemente atrincherados, fácilmente fueron arrojados por nuestros soldados de tan importante posición.



El entierro del cardenal Monescillo á su entrada en la calle de Alfileteros (de fotografía de Lucas Fraile, de Toledo)

El entierro del Sr. Cánovas del Castillo.—El día 13 de los corrientes recibió cristiana sepultura en el cementerio de San Isidro el cadáver del eminente hombre público, víctima del más repugnante crimen. El entierro fué una manifestación grandiosa como pocas ha presenciado la corte: á los honores oficiales, que dieron gran solemnidad al acto, juntóse la explosión de duelo de todo el pueblo madrileño, que invadió las calles del tránsito para descubrirse por última vez ante los restos del grande hombre, admirado por propios y extraños, por amigos y adversarios, que constituye una verdadera gloria nacional. No hemos de describir el entierro, porque minuciosamente lo ha hecho ya la prensa diaria de todo el mundo y porque no ha de costar gran trabajo á nuestros lectores formarse idea de lo que debió ser el fúnebre cortejo que acompañó el





JUVENTUD, cuadro de C. Chaplin, grabado por Baude



SANTA CRUZ DE TENERIFE. – FIESTAS DEL CENTENARIO DEL ATAQUE DE LA ESCUADRA INGLESA AL MANDO DE NELSON. – EL ORFEÓN QUE CANTÓ EL SOLEMNE TEDÉUM EN LA FUNCIÓN RELIGIOSA Y TOMÓ PARTE EN OTROS FESTEJOS (de fotografía de J. Bonnat)

cadáver de quien conquistó en vida tantos títulos á la gratitud de la patria y á la admiración de las letras, de las artes y de las ciencias. Los dos dibujos que publicamos en la página 566, hechos sobre fotografías instantáneas, reproducen algunos detalles de la interesante ceremonia. También publicamos en la misma página la preciosa corona dedicada por el Ayuntamiento de Barcelona á la memoria del Sr. Cánovas, fabricada en doce horas por el reputado artífice Sr. González según un dibujo de nuestro director artístico D. José Luis Pellicer: esta corona, obra de arte que ha merecido los más entusiastas elogios de la prensa y del público y que unánimemente fué considerada como la más notable entre los cientos de las que adornaron la capilla ardiente, mide 2'30 metros de alto por 1'30 de ancho; las hojas, las flores y la palma son de hierro, las cintas de bronce y las letras de la dedicatoria de plata oxidada.



D. MANUEL MÉNDEZ DE ANDÉS,
patriota español fallecido recientemente en Buenos Aires

D. Manuel Méndez de Andés.—Ha fallecido recientemente en Buenos Aires este distinguido industrial español y entusiasta patriota, que á fuerza de trabajo y de constancia logró reunir una fortuna de más de dos millones de pesos. Nacido en El Franco (Asturias) en 1847, desembarcó en la capital argentina en 1861, y de dependiente de un almacén al pormenor llegó á ser el dueño de una de las fábricas de tabacos más importantes de la república. Su laboriosidad mercantil é industrial no le impidió interesarse grandemente por las bellas artes, siendo un verdadero Mecenas para los españoles de valer y complaciéndose en proteger á los artistas: pensionados por él, vivían actualmente en Roma un pintor, Villar, y un tenor, Constantino.

Como español pocos le aventajaban en patriotismo: cuando se inició la suscripción para el buque de guerra que los españoles de la Argentina y del Uruguay regalan á España, Méndez de Andés se suscribió por 5.000 pesos, y como por aquellos días se hablase de una probable guerra con los Estados Unidos, «Me suscribo – dijo – si este caso llega, por 20.000 pesos á cuenta, ya que estoy dispuesto á vender todas mis propiedades para poner su importe á disposición de mi patria. Después me quedará la vida, que desde ahora ofrezco.»

¡Descanse en paz tan noble compatriota!

Juventud, cuadro de C. Chaplin.—¡Juventud, hermosa palabra! En ella se funden las ideas de belleza, de frescura, de alegría; en ella se compendian las más risueñas ilusiones de la existencia. Tesoro poco apreciado cuando se posee, resulta inapreciable para los que lo han perdido; sólo cuando no se tiene se comprende lo que la juventud vale, los mil encantos que la adolescencia encierra, los dulces placeres que la edad juvenil nos proporciona. El celebrado pintor francés Chaplin ha logrado dar forma perfecta á esa felicidad característica de los pocos años: la preciosa niña que constituye su cuadro es una representación fiel de la primavera de la vida, de ese período en que la mujer, como la naturaleza, aparece revestida de sus mejores galas, no agostadas todavía por los ardores estivales, preludio de las nieblas del otoño, que lo son á su vez de las nieves del invierno.

Una malagueña, cuadro de Pedro Sáenz (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897). – Cada nueva producción de este discreto pintor revela nuevos progresos y adelantos, que contribuyen poderosamente á cimentar su reputación artística. Tal puede notarse en el cuadro que reproducimos en estas páginas, que ha llamado con justicia la atención del público en la Exposición de Bellas Artes, recientemente celebrada en la coronada villa. El hermoso tipo que ha interpretado el Sr. Sáenz es trasunto fiel de los que se admiran en la ciudad andaluza, recuerdo de aquel pueblo tan digno de estudio y que tantas bellezas nos legó como testimonio de su grandeza. *La malagueña* á que nos referimos merece figurar entre las obras de los pintores españoles que con laudable empeño dan á conocer los encantos que nuestro país encierra, considerando que cumplen una honrosa misión al dedicar el esfuerzo de su inteligencia y sus aptitudes á perpetuar cuanto recuerda las bellezas de España.

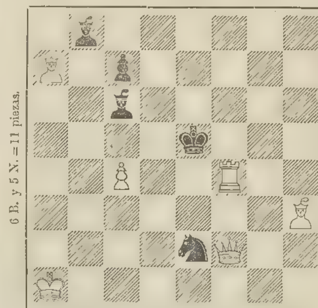
MISCELÁNEA

Bellas Artes. – El Ayuntamiento de esta ciudad ha abierto un concurso entre artistas españoles para la ejecución del cartel anunciador de la próxima Exposición de Bellas Artes. El cartel, cuyo estilo, carácter y procedimiento queda á libertad del artista, ha de medir 1'40 × 0'80 metros, y el original debe presentarse completamente terminado en el Palacio de Bellas Artes antes de las doce de la mañana del día 30 de septiembre próximo, acompañado del presupuesto por cada mil ejemplares, indicando el procedimiento ó procedimientos que se empleen para su reproducción, la fecha fija de la entrega de los ejemplares reproducidos y el compromiso del establecimiento que deba ejecutar el trabajo. Los premios consisten en uno de 500 pesetas y medalla de primera clase y un accésit de 250. Los carteles presentados se expondrán públicamente, y el artista premiado habrá de dirigir los trabajos de reproducción, no cesando su compromiso hasta la entrega de los ejemplares reproducidos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 84, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 83, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D 4 A D	1. P 4 C R (*)
2. A 7 D	2. P toma D ú otra.
3. A ó D mate.	

(*) Si 1. C toma A; 2. D toma P jaque, R 6 D; 3. C toma C mate; – 1. P A toma C; 2. T 8 A R, y 3. D 6 A mate; – 1. P R toma C; 2. D 2 R jaque, y 3. T mate.




Elena tenía fijas las miradas en el rostro de la camarera mientras hacía aquel relato sorprendente

ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE LA NOTABLE ESCRITORA ALEMANA EUGENIA MARLITT

(CONTINUACIÓN)

–Dispensa, querida Amelia, que te diga que incurres en un ligero error. Yo sé, sin que haya lugar á duda, que la señora Ferber no es la única joven noble que se alió con la familia Ferber; esta última fué siempre buena, inteligente y bien dotada, y su valor personal triunfó más de una vez de las repugnancias nobiliarias. Fácil sería probar que no ha habido en esa familia muchas más alianzas desiguales que en las de los Lessen, y sin embargo tú no admitirás que las venas de Bella no están del todo llenas de sangre suficientemente noble y pura.

Una mirada singular, penetrante y hostil se deslizó entre los párpados medio cerrados de la baronesa y fijóse en su prima, pero á esto se redujo todo, porque en seguida asomóse á sus labios una sonrisa conciliadora. Desde la víspera, en efecto, la señora de Lessen sentía temblar el suelo bajo sus pies, y preveía con terror la suerte que le estaba destinada desde el momento en que encontraba de pronto resistencias allí donde hasta entonces todo el mundo había estado sometido á su despótica voluntad.

Además de esto, la señora de Lessen estaba convencida de que las disposiciones algo hostiles de Elena debían atribuirse mucho menos á la mala influencia ejercida por su hermano que á la inconcebible actitud del Sr. de Hollfeld. Hacía algunos días, en efecto, que su hijo se conducía con un descuido inexplicable respecto á su prima, manifestando evidentes pruebas de una distracción y una preocupación alarmantes. Elena era en rigor una joven generosa, susceptible de elevarse á todas las abnegaciones, á todas las grandezas y nacida para comprender cuanto es noble y sublime; pero desde su más tierna infancia, su delicada salud exigió que se le prodigaran todas las atenciones, toda la solicitud, todos los cuidados posibles; y á pesar de sus achaques no había conocido jamás el disgusto que produce la indiferencia de otro, ni menos las tristezas del abandono. Todo había cedido á su ley, y aunque tuviese buenos sentimientos y un carácter bastante elevado para no abusar de su posición, ni perder completamente de vista los derechos de la equidad y los deberes de un carácter bondadoso, no por eso había llegado menos á temer un cierto egoísmo nacido de las circunstancias. Hubo un tiempo en que Elena de Walde, persuadida de que la naturaleza le prohibía llenar aquí bajo las funciones de esposa y de madre, había buscado consuelos en la ternura fraternal, en el culto de las artes, en el desarrollo de su inteligencia, y sobre todo en la caridad; mas á despecho de su criterio, entonces sano y firme, y gracias á ciertas insinuaciones interesadas de que ella misma se hacía con gusto cómplice, había podido creer durante algún tiempo que desconfiaba demasiado de sí propia, que podían amarla y que era posible encontrar un corazón que respondiera al suyo. Las continuas atenciones que su primo le prodigara, sus repetidas permanencias en el castillo de Lindhof, las medias palabras y las reticencias de la baronesa hicieron nacer y mantuvieron en ella la esperanza de un enlace, bajo todos conceptos conforme con su nacimiento, con las conveniencias exigidas por el mundo, y de acuerdo, en fin, con su inclinación... Y de pronto, aquel edificio tan penosamente levantado, con tanta dificultad mantenido en equilibrio, amenazaba ruina; la indiferencia, por lo pronto intermitente y bien marcada desde la víspera, que el Sr. de Hollfeld le manifestaba, había desvanecido sus ilusiones. Sufría profundamente, y un resentimiento cuya violencia la infundía espanto luchaba en ella contra el afecto, vivo aún, por más que se creyese burlada. Aún no había alcanzado el punto á que los caracteres nobles llegan más pronto ó más tarde; sentíase todavía incapaz de tener resignación y de perdonar, y se mostraba mordaz y malévola, no contra aquel que era la causa de su decepción, sino contra su madre, que había alimentado sus esperanzas. El crédito y la autoridad de la baronesa eran lo que estaba en peligro ahora, á causa de la indiferencia de su hijo y el cambio que se observaba en él.

Hollfeld se hallaba sentado junto á las dos damas y se disponía á leerles un diario cuando la anciana camarera de la baronesa, llamando directamente á la puerta, pidió permiso para entrar á fin de poner en conocimiento de su señora el suceso extraordinario de que todo el pueblo se ocupaba desde que los obreros de Lindhof refirieron las particularidades de la demolición de Gnadeck. Si Elena no hubiese tenido fijas las miradas en el rostro de la camarera mientras hacía aquel relato sorprendente, sin duda hubiera llamado su atención el extraño cambio que se producía en las facciones de su primo. Escuchaba ansioso, y su semblante expresaba la más viva alegría. El descubrimiento de las alhajas se había exagerado en el trayecto de Gnadeck al castillo, y alcanzaban ahora las proporciones de un tesoro de inapreciable valor; hasta el simple ataúd de estaño de la pobre Lila había llegado á ser, gracias á la leyenda, un ataúd de plata maciza, y por el estilo lo demás.

La baronesa no había descubierto aún las causas del cambio producido en las costumbres de su hijo; pero este cambio había sido demasiado evidente para no llamar su atención, al mismo tiempo que despertaba sus inquietudes. Por eso le extrañó mucho que, después de las mordaces palabras de Elena respecto á la nobleza de la familia de Lessen, su hijo se acercara á la señorita de Walde para colocar bien una almohada que se había resbalado un poco. Cuando lo hubo hecho así, volvióse hacia su madre y dijo con frialdad:

– Elena tiene razón, y creo que si se quisiera mirar tan de cerca como tú lo haces cuando se trata de los otros, se vería que hay pocas familias libres de la censura en punto á alianzas desiguales.

Aunque á la baronesa le horrorizaba la idea de que fuera igual á ella la que hasta entonces tan por debajo de ella había estado y de que la joven objeto de su menosprecio resultara ahora mucho más rica que ella, tuvo bastante prudencia é imperio sobre sí misma para abstenerse de toda réplica ofensiva, y se limitó á decir que el suceso era demasiado fabuloso para que se pudiera darle crédito y que necesitaba, antes de formar opinión definitiva, enterarse de lo ocurrido por un testigo presencial más competente que los dos albañiles.

Aquel testigo se presentó inopinadamente, como si el deseo expresado por la baronesa le hubiese evocado de improviso. Era Reinhard, que volvía de Gnadeck y que pasaba por delante de las ventanas del salón, situado en el piso bajo. Al oir que la señorita de Walde le llamaba, sonrió; las preguntas apresuradas que le habían hecho ya confusamente los criados y jardineros del castillo acerca del descubrimiento realizado en Gnadeck bastaban para que adivinase por qué le llamaban al salón.

Apenas hubo entrado en éste, Elena le interrogó con viveza, y Reinhard hizo con mucha tranquilidad el relato acerca del derribo del mirador, regocijándose extraordinariamente en su interior al reconocer la amarga decepción que se traslucía en las preguntas, casi indiferentes y en las objeciones que la baronesa hacía con abandono.

– Y según ese documento, preguntó, tomando una hermosa dalia en el jarro de flores que tenía á su alcance y examinándola con la mayor atención, ¿podrían los Ferber reivindicar ese antiguo nombre y hacer uso de él?

– No veo con qué título se les podría negar ese derecho, contestó Reinhard. Les bastaría probar que son los descendientes del niño abandonado por Justo de Gnadewitz, lo cual había de serles muy fácil.

La señora de Lessen apoyó su cabeza en el alto respaldo del sitial que ocupaba y cerró á medias los ojos con dejadez, indiferencia y aburrimiento.

– Y bien, repuso después de una pausa, ¿son en realidad tan considerables como lo afirma la voz pública los tesoros descubiertos en ese antiguo nido?

La baronesa se esforzaba para comunicar á su voz una entonación burlona, pero el fino oído de Reinhard reconoció con vivo placer una tensión ex-

traordinaria y como una especie de angustia latente.

– ¿Considerables?, repitió, sonriendo. Esto depende completamente del punto de vista desde el cual se mire, y en semejante materia yo no puedo juzgar.

Sí que podía, pero quería prolongar la diversión que le proporcionaba la curiosidad femenina, y proponíase mantenerla en suspenso.

El interrogatorio se hubiera prolongado aún largo tiempo sin duda alguna si Bella no le hubiese interrumpido, precipitándose en el salón con su turbulencia habitual.

– Mamá, dijo, echando hacia atrás los grandes bucles rojizos que caían sobre su rostro, la nueva institutriz ha llegado... ¡Uf! Aún es más fea que la señorita Mertens, añadió, sin fijar la menor atención en la presencia de Reinhard... Lleva en el sombrero cintas rojas, ajadas ya, y su manteleta es de forma aún más antigua que la de la que lleva la señora Lehr... Seguramente no saldré nunca con una persona tan mal vestida y de aspecto tan mísero... ¡Puedes estar seguro de ello, mamá!

La baronesa aplicó ambas manos sobre sus orejas.

– ¡Hija mía, te suplico en nombre del cielo que no hables tan alto!.. Tu voz me trastorna. ¿Y qué manera de expresarse es esa, tan inconveniente en una niña?.. Saldrás con la señorita Jamín siempre que yo quiera.

Bella, manteniéndose un poco detrás del sillón de la baronesa, hizo una mueca burlona, y arrancó una punta del fleco que guarnecía el sillón ocupado por su madre. La baronesa había tratado en un principio de suprimir el cargo de institutriz entre sus servidores, y después de marcharse la señorita Mertens pensó seriamente en no reemplazarla; pero esta tentativa se conservó en la memoria de la baronesa como el recuerdo de una época de insoportable martirio. Muy á menudo había hablado á Elena de los tormentos que le hacía sufrir la señorita Mertens en cuanto á su enseñanza, y se quejaba indistintamente de su carácter débil ó de su severidad; pero reconocía en su interior que Bella se asemejaba singularmente á su padre, que había heredado de él una terquedad indomable y una inclinación irresistible al *dolce farniente*... Nada tenía que ver con esto, sin embargo, la señorita Mertens, porque era una persona pagada para soportar las faltas de la niña y los caprichos de la madre, y porque en su calidad de institutriz no debía permitirse hacer observaciones sobre las unas ni fijar su atención en los otros. La experiencia por que había pasado la baronesa después de marcharse la señorita Mertens y la evidencia de los defectos de su hija no debían, pues, aligerar la tarea que había aceptado la nueva institutriz, cuya llegada era para la baronesa una especie de liberación.

Después de haber dirigido algunas palabras severas á su hija, se levantó, y seguida de ésta dirigióse á su habitación para ordenar que se presentase la recién venida. Reinhard, en quien Elena no fijaba ya la atención, se alejó á su vez.

– ¿Quieres que continúe mi lectura?, preguntó Hollfeld, cogiendo el diario que había dejado momentáneamente.

– Más tarde, contestó Elena con expresión de descontento y fijando en su primo una mirada escrutadora... Puesto que estamos solos, me parece que no te negarás á decirme cuál es la causa que desde hace algunos días ha cambiado de tal modo tu humor y tus costumbres... Tú sabes, Emilio, que sufro mucho y profundamente cuando juzgas oportuno que yo ignore tus penas, tus inquietudes ó tus alegrías; y no se te oculta que no me anima una curiosidad indiscreta, vulgar y malévola, sino que me guía realmente un interés sincero y afectuoso por todo cuanto te atañe. Ya ves el dolor que me produce tu frialdad; háblame, pues, con franqueza: ¿he hecho algo para que me retires tu confianza?

Y diciendo esto, tendió los brazos hacia su primo con ademán suplicante; su actitud y su voz hubieran conmovido á una piedra.

Hollfeld bajaba un poco la cabeza y doblaba maquinalmente el diario, evitando la mirada franca y leal que la señorita de Walde fijaba en él. Un observador hubiera visto fácilmente en aquella actitud confusa los síntomas por que se reconocen los cálculos contradictorios de un alma desleal que pesa las diversas ventajas de resoluciones opuestas y no puede resolverse á tomar ninguna decisión por temor de perder los beneficios de una determinación diferente. Pero el corazón de una niña, cariñoso y confiado, debía ver en aquel bello joven, un poco inclinado hacia adelante, con el rostro circuído de magnífico cabello rubio y rizado, todo menos un hombre falso que hacía cálculos vergonzosos.

– Siempre has tenido mi confianza, Elena, dijo al fin, después de doblar y desdoblar diez veces su diario... Tú eres la única persona en el mundo de quien puedo y quiero fiarme...

Los ojos de la señorita de Walde brillaron de alegría y de orgullo.

– Pero á veces, continuó el Sr. de Hollfeld, hay en la vida duras y crueles necesidades..., ¡oh, muy crueles! Y las consideramos bajo todos sus aspectos, preguntándonos con angustia si no podríamos eludirlas. Después, aunque hayamos reconocido la imposibilidad de sustraernos á su ley, no hallamos en nosotros valor para comunicar las resoluciones que nos imponen.



Y diciendo esto, tendió los brazos hacia su primo con ademán suplicante

Elena, poseída de extremada angustia, inquieta de antemano y herida en el corazón, se incorporó vivamente.

– Me veo obligado, prosiguió Hollfeld, á tomar una resolución sumamente penosa para mí, mucho más penosa de lo que yo puedo expresar, y esto es lo que me pesa en el corazón desde hace algunos días.

Y levantó los ojos para estudiar la impresión producida por sus palabras.

Elena no parecía prever en modo alguno de qué se trataba, pues su ademán no había cambiado; pero tenía la mirada fija en su interlocutor con un interés apasionado. Hollfeld se vió, pues, obligado á ir más lejos, sin que nada viniese en su auxilio para ahorrarle la parte más penosa de su confidencia.

– Tú sabes, Elena, continuó lentamente, que desde hace más de un año he debido soportar disgustos domésticos de toda especie. Mis amas de gobierno abandonan la casa apenas han entrado en funciones, y en mi castillo ocupado por un pobre célibe reina un desorden que va agravándose y me hace verdaderamente odiosa la permanencia en mi morada; mis más serios intereses se resienten, por otra parte, de mis continuas ausencias, Elena, y. .

– ¡Ah, quieres vender tu propiedad de Odenberg!, exclamó Elena con viveza.

– No, porque esto sería una locura; mi dominio es uno de los más hermosos de Turingia, y sus productos aumentarán considerablemente de aquí á pocos años. He de tomar, por consiguiente, otro camino para poner en orden mi casa, y este camino ha de ser forzosamente el matrimonio.

Al oir esto la señorita de Walde, sus facciones expresaron el más doloroso asombro; entreabrió sus labios pálidos, mas no pudo articular un sonido, é incapaz de comprimir más tiempo su pena, cubrióse el rostro con ambas manos y volvió á caer sobre su almohada, profiriendo un débil gemido.

Hollfeld se precipitó hacia ella y cogió sus manos, estrechándolas entre las suyas.

– Elena, dijo en voz baja y con dulce entonación, ¿quieres aún que continúe hablando? ¡Tú lo has querido, tú exigiste tan penosa confidencia!.. ¿Tú no sabes que en mi corazón hay una llaga profunda?.. ¡Oh, sí, tú lo sabes! No ignoras que amo... ¡También sabes que esta pasión inextinguible vivirá tanto como yo, y que animará y ennoblecerá toda mi existencia!

Aquel hombre, cuya inteligencia era tan inferior, tenía, sin embargo, las cualidades de un gran comediante, y desempeñaba su papel con una apariencia de sinceridad muy propia para convencer á un corazón algo menos prevenido aún que el de Elena. Y era tanto más fácil engañar á ésta cuanto que sus ojos permanecían cerrados y su mirada no pudo observar ciertas disonancias entre el lenguaje y la actitud del bellaco que le dirigía este discurso.

– Pluguiera al cielo, prosiguió con calor, que me fuese permitido obedecer á mi corazón, seguir su impulso... Aunque un destino cruel me impidiera unir mi suerte á la de aquella que mi corazón prefiere á todas las mujeres de la tierra, viviría junto á ti sin encadenar mi libertad, feliz y satisfecho con tu noble cariño... Pero ya lo sabes..., yo soy el último Hollfelld, y esta sola razón bastaría para obligarme á tomar el partido que acabo de indicarte... No puedo menos de casarme, y ante esta idea tan sólo me queda la esperanza de unirme con una mujer que te conozca íntimamente...

– ¡Oh, di su nombre al punto!, exclamó Elena, mientras que sus mejillas se cubrían de lágrimas... ¡Ah! Mi instinto no me engañaba... ¿Quieres casarte con Cornelia?

– ¿La de Quittelsdorf?, preguntó Hollfeld, sonriendo desdeñosamente... ¿Esa extravagante criatura? ¡No, ciertamente que no! Más valdría abandonar mis bienes, intereses y capital á las amas de gobierno infieles y gastadoras que se suceden en mi casa... Tengo carácter serio, y mimado por mi intimidad con una mujer escogida como tú, ¿qué sería de mí junto á una joven frívola, aficionada tan sólo á la charla; á las diversiones y á los trajes elegantes?.. Ya te lo he dicho, y te lo repito de la manera más terminante, que todavía mi elección no está resuelta. Déjame hablar con tranquilidad, querida y noble Elena, y procura reprimir tus lágrimas, que me agobian de dolor y de alegría al mismo tiempo... Es preciso que me case con una joven bondadosa y sencilla, bastante resignada para que yo pueda decirle: mi corazón pertenece del todo á una mujer angelical con quien no puedo unirme... Sea usted para ella y para mí una buena y sincera amiga.

– ¿Y crees encontrar acaso una mujer que consienta en semejante arreglo?

– Seguramente consentiría si me amase.

– ¡Yo no lo aceptaría jamás!, exclamó Elena, apoyando convulsivamente su cabeza sobre la almohada. ¡Jamás, jamás!

En la frente del Sr. de Hollfeld se formaron dos pliegues, debidos sin duda á un sentimiento de enojo; palideció y sus labios se contrajeron. Seguramente le agitaba una sorda cólera, y dirigió una mirada de encono á la que trastornaba los cálculos que con tanta habilidad había combinado; pero ahogando su resentimiento, continuó con un tono dulce y melancólico:

– ¿Piensas abandonarme, Elena, en el momento de tomar yo esta penosa decisión? ¿Podrás separarte de mí, dejándome solo ante una mujer que no podré amar, solo con los recuerdos angustiosos de un pasado que huyó para siempre y que amargará el resto de mi vida?

Elena alzó los párpados, dilatados por las lágrimas, y dirigió una mirada de ternura al hombre vil que se burlaba de ella. Había desempeñado admirablemente su papel y reconoció por la mirada de Elena que en adelante estaba seguro en su terreno.

– Tú experimentas en este momento, prosiguió, los dolores por que yo mismo he pasado en estos últimos días, y sostienes la lucha que yo he soportado por mi parte antes de tomar la decisión que acabo de darte á conocer... Antes de reflexionar, en efecto, no se acepta sin sublevarse y sin protesta el pensamiento de que una tercera persona se halle entre nosotros; y sin embargo, te doy mi palabra de honor de que el afecto que une nuestros corazones no se resentirá en lo más mínimo... ¡Reflexiona bien, Elena! Cuando yo haya dado mi nombre á una mujer que será para ti una compañera y una amiga, podré vivir mucho más completamente para ti. En las circunstancias actuales todo depende de un capricho de tu hermano... y para no dejar de verte he debido soportar ya muy á menudo las muestras de su desagrado. No podía hacer en tu obsequio mayor sacrificio que el de mi dignidad... Una vez casado, todo marcha por sí solo; podrás instalarte en Odenberg, vivir junto á mí, y nada te quedará que desear en cuanto á los cuidados y atenciones con que se endulzará tu existencia.

Bien se ve que no es necesario tener inteligencia para manejar la palanca de la falsedad; y Hollfeld había conseguido atraer á sus redes á la desgraciada víctima, que cayó en ellas con el corazón lacerado.

– Vamos, murmuró con voz apagada, procuraré soportar esa idea..., pero ¿dónde hallarás la mujer que sea lo bastante altiva ó humilde para tolerar esa combinación, para llamarme hermana y ponerme en tercer lugar en su existencia conyugal?

– Me ha ocurrido de pronto una idea, hace un momento, y la creo buena; pero no está bastante formada todavía. Me he abstenido por el pronto de comunicarte esta inspiración, temiendo agitarte... Cuando estés más tranquila, mi querida Elena, te pediré parecer, y piensa que dejo entera y únicamente en

tus manos la elección de mi futura esposa .. Para mí será un ama de gobierno á la que habré dado mi nombre, y á esto se reduce todo; de ti depende aceptar ó rechazar el proyecto que someteré á tu juicio.

–¿Y no será espantoso para ti vivir junto á una mujer á quien no amarás?, preguntó Elena.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, su rostro se transformó

Hollfeld reprimió cuidadosamente una sonrisa burlona, y como su prima le miraba, contestó con acento tranquilo:

–Yo puedo todo cuanto quiero, y tu presencia me dará más fuerza... Tan sólo te rogaré que guardes silencio y no digas nada á mi madre, pues seguramente no aprobaría que se tratara semejante asunto sin su intervención; deseo que no conozca nuestra decisión hasta el momento de presentarle mi prometida.

Esta falta de ternura y de respeto filial hubiera excitado en cualquiera otra circunstancia la indignación de Elena; pero esta vez apenas oía más que las palabras que se relacionaban con su dolor. Todo su ser se había estremecido ante la imagen evocada por las palabras «mi prometida,» que representan invariablemente la felicidad, aunque hay en la tierra bastantes novias y esposas desgraciadas.

–¡Oh Dios mío!, dijo Elena suspirando, mientras sus manos unidas se apoyaban de nuevo inertes sobre sus rodillas, siempre había esperado que no se me causaría este disgusto, no porque mi egoísmo me hiciera desear que por cariño hacia mí vivieras solitario, sino porque pensaba que la duración de mi vida, que según todas las probabilidades debe ser muy corta, te permitiría ahorrarme este dolor... Pensaba que el día que yo desapareciera serías aún bastante joven y que consentirías tal vez en no ocasionarme esta angustiosa aflicción .. en esperar á que yo hubiese abandonado la tierra para elegir esposa y crearte una familia.

–¡Qué horrible pensamiento, Elena! ¡Te conjuro á perdonar á un desgraciado! ¿Cómo se puede evocar la imagen de la muerte cuando se está en la flor de la edad, en el umbral de la juventud?.. Es preciso vivir; entiéndelo así..., y con ayuda del tiempo todos podremos ser felices; yo lo espero, y estoy seguro de ello. Voy á dejarte ahora sola..., reflexiona un poco y me darás la razón.

Y estrechando afectuosamente la mano de Elena, Hollfeld se alejó silencioso.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, su rostro se transformó; fué un cambio á la simple vista, un súbito cambio de decoración: la expresión de sarcasmo sustituyó á la de ternura, y una sonrisa burlona entreabrió sus labios. De todos modos estaba contento de sí mismo y del sesgo que tomaban sus asuntos. La pasión que Isabel le inspiraba era la única causa del cambio de que Elena había pedido explicación; pero difícilmente se hubiera decidido á pedir la mano de la hija de un obscuro burgués. El suceso ocurrido en Gnadeck le parecía muy propio para allanar todas las dificultades. La joven pertenecería en adelante á la nobleza, y el tesoro debía constituir para ella un dote apetecible. No era de extrañar, por lo tanto, que hubiese acogido aquella noticia con profunda satisfacción y que resolviera al punto casarse con Isabel... No podía dudar ni un solo instante de que ésta aceptaría con el mayor gusto y agradecimiento su proposición, pues calificaba siempre su frialdad de coquetería, y tenía demasiado buena opinión de su persona y de su cabello rizado para imaginar que ninguna mujer pudiera resistirle. Mas era necesario obrar prontamente, pues si la noticia del descubrimiento del tesoro se propalaba, sin duda alguna muchos pretendientes se apresurarían á presentarse á fin de disputarle la mano de la hermosa, noble y rica joven; este pensamiento hacía hervir la sangre en sus venas.

Otro obstáculo había, y no menos temible, para la realización de sus deseos, y era Elena, no porque le detuviese la idea del dolor que le ocasionaría, sino porque le desagradaba perder el fruto de sus asiduidades y temía verse privado de la fortuna de su prima al anunciar aquel matrimonio. Hacía largo tiempo que se consideraba como su heredero, y Elena había mantenido esta certidumbre por algunas palabras, indirectas sin duda, pero significativas para quien conocía sus sentimientos generosos y su lealtad. Ya hemos visto cómo se había arreglado para que la dificultad redundara en su favor, y hasta para reducir el obstáculo al estado de instrumento que concurriese á la realización de sus designios.

Apenas hubo desaparecido, Elena se arrastró hasta la puerta y la cerró con llave. Al fin estaba sola y era libre de sufrir sin que nadie se lo impidiera.

Quien no ha conocido esas horas de desconsuelo irremediable durante las cuales no tenemos más goce que el de ver cómo se desangra nuestro corazón lejos de los demás; quien no ha pasado por esos momentos en que la luz se extingue al mismo tiempo que la fe en un corazón, en que la soledad se produce junto á nosotros, murmurando que será en adelante nuestra única compañera, en que el alma, precipitada desde las altas regiones donde se cernía en plena luz, sufre un choque semejante al del cuerpo que hiende el espacio para estrellarse contra la tierra...; quien no ha conocido la precisión de arrancar de su alma, de su pensamiento, la imagen querida en que se cifraba todo para arrojarla lejos de sí, no comprenderá sin duda á Elena cayendo sobre la alfombra, presa de un temblor convulsivo y desviando de su frente febril sus hermosos bucles castaños. ¡Ay, no vivía, no respiraba más que por aquella ilusión! Algunas miradas indiferentes, un poco de negligencia, habían bastado ya para que perdiera todo reposo hacía algunos días..., mas ¿qué era esto, comparado con la certidumbre de perderlo, adquirida para siempre?

Un espantoso caos de ideas y sentimientos contradictorios se agitaba en su cerebro. El humillante convencimiento de sus enfermedades que acababa de arrojarla del soñado paraíso, la confesión que de su amor habíale hecho Hollfeld, abriéndole á la vez el cielo y el infierno, la locura de los celos hacia una persona á quien no conocía, pero que no tardaría en estar al lado del que ella amaba y en disfrutar cerca de él los derechos de esposa, todo se agitaba en ella amenazando romper el tenue hilo que unía su alma á su cuerpo valetudinario.

Hasta muy tarde, cuando la noche había cerrado ya hacía largo tiempo, no abrió la puerta, instada por las súplicas de sus doncellas, consintiendo entonces en que la acostaran. Sin embargo, se opuso enérgicamente á que enviasen á buscar al médico; mandó decir á los de la casa por conducto de la baronesa, que había venido á darle las buenas noches, que deseaba algunas horas de reposo completo, y al fin quedó libre para pasar la más espantosa noche de su existencia, entregando su corazón á todos los tormentos más torcedores.

Al fin adquirió un poco de calma; es decir, que la extremada tensión de sus nervios cedió algo. Al despuntar la aurora, un débil rayo de luz se deslizó por una abertura de las cortinas, y este rayo, vacilante é indeciso, pareció insinuarse hasta su alma, iluminando con nueva luz el caos de sus pensamientos. Entonces comenzó á decirse que, bien mirado, y por desagradable que fuese para ella, Hollfeld había procedido generosamente. Aunque la necesidad de su casamiento le hubiese parecido siempre una visión espantosa, no por eso la había desconocido nunca ¿No debía conmoverla ver cómo él rehusaba obstinadamente pensar en la hora más ó menos próxima de su muerte como fecha que se fijaría para pensar al fin en su propia felicidad? ¿No hacía, después de todo, un grande y penoso sacrificio? Porque, en fin, él la amaba sincera y profundamente, y sin embargo, consentía en casarse, en buscar una compañera, no de su elección, sino ateniéndose á las conveniencias particulares de Elena, que sería dueña absoluta de indicar la persona cuya intimidad le agradase más, ¿había de agravar sus propios pesares, dificultando más aún para Hollfeld el cumplimiento de aquel deber, dejando ver la intensidad del dolor que ella experimentaba? Su primo deseaba que siguiese con él, á su lado, una vida difícil, sembrada de espinas... ¿Podía mostrarse cobarde en tal circunstancia, en que él esperaba de ella una fuerza heroica, de la que, por lo demás, le daba ejemplo? ¡No, esto no podía ser! Era preciso probar por la grandeza de su abnegación que era muy digna de ser amada; era preciso ser para él un ángel de consuelo, siempre dispuesto á preservarle de todos los pesares ó compartirlos con él. Elena cogió febrilmente la campanilla que tenía á su alcance y la agitó, ordenando después á su doncella que la ayudase á vestirse. Sí, era preciso luchar y vencer, mostrándose fuerte y valerosa; mas para llegar á triunfar de sí misma, necesitaba ante todo conocer el nombre de la persona destinada, en el pensamiento de Hollfeld, á llenar las veces de esposa de conveniencia, de *ama de gobierno* que llevaría su nombre. Elena había evocado sucesivamente la imagen de todas las jóvenes que formaban parte de su círculo; mas no encontraba ni una sola que ofreciese las condiciones exigidas de resignación y de humildad.

Aún no era llegada la hora en que solía almorzar en compañía de la baronesa y su hijo, pues el Sr. de Walde no tomaba parte en él nunca; pero no pudo resolverse á permanecer más tiempo solitaria en su habitación, y demasiado débil para andar, se hizo conducir en su sillón hasta el comedor. Con gran sorpresa supo por el mayordomo que hacía ya media hora que la baronesa había salido á dar un paseo, cosa extraordinaria en ella, pero sumamente grata en aquella ocasión para Elena, pues habiendo querido que la acercasen á la ventana vió á Hollfeld paseándose por delante del castillo. No sospechaba él de ningún modo que le veían; todo su semblante expresaba un contento que no se podía ocultar; andaba con paso ligero y su actitud indicaba las alegrías del triunfo; de vez en cuando lanzaba una bocanada de humo de su cigarro, observando complaciente las azuladas espirales, que llegaban hasta Elena por la ventana abierta en que ésta se apoyaba. Entonces se sintió herida en el corazón, porque necesariamente hubo de ver en Hollfeld todos los indicios de una satisfacción grande é íntima. En la ligera sonrisa que entreabría sus labios, en la graciosa ondulación comunicada á su cabello, en todo su ser, en fin, rebosaba la alegría de vivir y como un sentimiento de libertad inesperada... No se descubría en él el menor vestigio de luchas dolorosas, de penas, ni de esas tribulaciones del alma cuyas consecuencias había soportado Elena; ni tenía, en fin, de ningún modo, el aspecto que suelen ofrecer las víctimas de algún grave pesar. O tal vez sería tan poderosa su fuerza de voluntad que le permitía triunfar fácilmente de las penas más crueles, consumando con la sonrisa en los labios el sacrificio que consideraba como un deber.

La señorita de Walde, pensando así, frunció ligeramente el ceño.

... vió á Hollfeld paseándose por delante del castillo

–¡Emilio!, gritó vivamente con tono brusco y casi amenazador.

Hollfeld se estremeció, y de un gracioso salto se halló junto á la ventana con el sombrero en la mano.

–¡Cómo, exclamó, levantada ya! ¿Ya estás aquí? ¿Me será permitido subir para estar á tu lado?

–Sí, contestó Elena con voz más dulce.

(Continuará)

EL CENTENARIO DE LA DEFENSA

DE SANTA CRUZ DE TENERIFE EN 1797

Recientemente, en los últimos días del pasado mes de julio, conmemoró con singulares festejos la *muy leal, noble é invicta villa, puerto y plaza de Santa Cruz de Tenerife*, las memorables jornadas de 22, 23 y 24 de julio de 1797, en las cuales rechazó el ataque de la escuadra inglesa al mando del *marino más grande* de Inglaterra Sir Horacio Nelson, á quien estaba reservado ocho años después el laurel de la victoria en las fatídicas aguas de Trafalgar, panteón de nuestro poderío naval. Aflictiva y desconsoladora era entonces la situación de nuestra patria, entregada á la desatentada política y á las torpezas de un favorito, D. Manuel Godoy, encumbrado por el capricho de una mujer y la debilidad de un monarca, traduciéndose cada gestión en un desastre, cada alianza en un descalabro. Desoídos los atinados consejos del conde de Aranda y de otros ilustres próceres, caminaba España á su ruina, incierta y vacilante, sujetos sus destinos á los que malaventuradamente la regían. De ahí la alianza con la República francesa, y como consecuencia de ella la guerra con la Gran Bretaña, que se inauguró con la derrota de una de nuestras escuadras, compuesta de veinticinco navíos y diez fragatas, en 14 de febrero de aquel año en el Cabo de San Vicente. Este descalabro, debido más á la ineptitud del almirante español D. José de Córdoba que á la impericia de sus subordinados y á las condiciones de los buques, fué causa para que Nelson interesara de su jefe superior, el almirante Sir Jhon Jervis, el correspondiente permiso para intentar con su decisión una nueva empresa que sirviera de coronamiento á la tan fácilmente realizada. Encaminóse á Cádiz con el intento de apoderarse de aquel puerto y plaza, viéndose obligado, á pesar de sus esfuerzos, á levantar el bloqueo ante la inutilidad de sus tentativas, que se estrellaron siempre ante las previsoras disposiciones del insigne general D. José de Mazarredo.



SANTA CRUZ DE TENERIFE. – FIESTAS DEL CENTENARIO. – EL BATALLÓN INFANTIL EN EL MOMENTO DE RECIBIR LA BANDERA EN LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN (de fotografía de la Fotografía Alemana)

Comprometido su buen nombre y duramente escarmentado por los gaditanos, dirigióse Nelson á Canarias, deseoso de hallar ocasión en que distinguirse al frente de nueve buques artillados con 393 piezas y con dos mil hombres de desembarco. En la mañana del 20 de julio dió vista á Tenerife, disponiendo al siguiente día 21 las fuerzas destinadas al ataque de la plaza, que después de rudos combates, repetidos el 22, 23 y 24, fueron victoriosamente rechazadas, con pérdida de algunas embarcaciones, 226 muertos y 123 heridos, incluso el almirante, que perdió el brazo derecho en el combate del último día y en ocasión en que acudía en auxilio de sus tropas, comprometidas en el ataque del baluarte del puerto. La pericia de Nelson y de sus bravos oficiales y el valor de las tripulaciones resultaron inútiles ante el patriotismo de un puñado de héroes, ya que no otro calificativo merecen la escasa guarnición, las milicias y paisanos armados que en número total de 1.669 hombres humillaron las armas de la poderosa Albión.

Difícil sería relatar en el limitado espacio de que podemos disponer los gloriosos episodios que se desarrollaron en las jornadas á que nos referimos: bastará que consignemos que todos se portaron como buenos y que la varonil respuesta de *Aún tenemos pólvora y balas para defendernos*, dada por el invicto caudillo de las fuerzas españolas comandante general D. Antonio Gutiérrez al recibir la intimación para rendirse que le dirigió Sir Troubidge, capitán del navío *Culloden*, sintetiza el carácter del pueblo español y la entereza y heroísmo de aquellos valerosos soldados que inmortalizaron con tan hazañosos hechos la historia patria, en la titánica lucha que hubo de desarrollarse después en favor de nuestra independencia.

Vencidos los que arrogantemente pretendieron apoderarse de aquel florón de la corona española, el ilustre Gobernador, que tan señaladas muestras dió de su pericia y de su valor, á pesar de sus años y de sus achaques, selló con un rasgo de magnanimidad é hidalguía la terminación de la lucha, permitiendo el reembarque de las tropas inglesas y auxiliando convenientemente á los heridos. Este rasgo de bondad y grandeza de ánimo del general español fué altamente apreciado por Nelson, quien antes de abandonar aquellas aguas le manifestó su reconocimiento y gratitud por medio de una comunicación, que tanto honra al que la suscribe como al caudillo á quien iba dedicada.



SANTA CRUZ DE TENERIFE. – FIESTAS DEL CENTENARIO. – LA PROCESIÓN CÍVICA DEL PENDÓN DE LA CIUDAD DIRIGIÉNDOSE Á LA IGLESIA MATRIZ (de fotografía de Martí)

Con grandes festejos, como hemos dicho celebróse en Santa Cruz de Tenerife la conmemoración de su heroica defensa contra el ataque de la escuadra inglesa: entre ellos merecen especial mención la procesión cívica, el funeral, la comida á los pobres, la fiesta del Club Gimnasta, el certamen literario y el asalto de armas.

La procesión cívica del pendón de la ciudad componíase de todos los elementos importantes de la capital, figurando en ella autoridades, personalidades notables y representantes de todas las corporaciones provistas de sus estandartes.

Los funerales por el eterno descanso de los héroes que perdieron su vida en las referidas jornadas fueron solemnísimos, y en ellos tomaron parte los jóvenes de la sección de canto de la sociedad filarmónica de *Santa Cecilia* y el *Orfeón de Tenerife*, que cantó magistralmente un hermoso tedéum.

La comida á los pobres verificóse en el salón de la sociedad *Santa Cecilia*, en donde se sentaron á las bien provistas mesas unos setenta individuos, á quienes sirvieron varias señoritas y caballeros.

La fiesta organizada por el Club Gimnasta se celebró en la plaza de toros, que presentaba brillantísimo aspecto, y el *clou* de la misma fué la presentación del batallón infantil, que ejecutó bonitas evoluciones de todas clases, demostrando su perfecto estado de instrucción militar.

En el certamen literario, que corrió á cargo del Gabinete Instructivo y para el cual se congregó en el teatro lo más escogido de la sociedad tinerfeña, leyeron inspiradas poesías ó pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Arocena, Chevilly, Cullén, Delgado, de la Laguna y Herrero, y cantó el Orfeón de Tenerife los *Cantos Canarios* de Power y la marcha de *Cádiz*. Los autores de los trabajos premiados resultaron ser los Sres. Pedreira por su «Narración histórica-crítica de los hechos realizados en el ataque y defensa del Puerto y Plaza de Santa Cruz de Tenerife en 25 de julio de 1797,» Arocena por un trabajo análogo, Zerolo por su «Canto épico á la defensa de Santa Cruz de Tenerife» y Perera por su «Oda al amor patrio.»

El asalto de armas tuvo lugar en el antes citado salón de Santa Cecilia, que se veía completamente ocupado por distinguidas damas y bellísimas señoritas, ante las cuales dieron pruebas de su dominio del arte de la esgrima los principales aficionados de Santa Cruz de Tenerife.

Digno complemento de estas fiestas fué el número extraordinario que publicó el *Diario de Tenerife*, en el cual se publicaron interesantes grabados y notables artículos, referentes todos al glorioso hecho por

el pueblo tinerfeño conmemorado.

Bien hace Santa Cruz de Tenerife en recordar aquel gloriosísimo hecho de armas. Bien hace en tributar un homenaje de respeto y simpatía y orar por el eterno descanso de los que sucumbieron en tan noble y patriótica empresa, puesto que al honrar su memoria, al enaltecer sus nombres, se eleva y engrandece, por ser los triunfos alcanzados por sus hijos páginas gloriosas y timbres de su preclara historia.

El amor á la patria sublima y enaltece. Los pueblos que se nutren con el recuerdo de sus gestas se vigorizan y robustecen, hallándose siempre dispuestos á luchar por su independencia. El concepto de patria constituye la vida y el espíritu de las nacionalidades; sin él, sin el sentimiento que engendra el cariño á la tierra en que se ha nacido, al verbo en que traduce su pensamiento, no sería posible la existencia, ni germinarían en el hombre ideas y sensaciones que le elevan ó le colocan en condiciones de llenar su noble misión.



SANTA CRUZ DE TENERIFE. – FIESTAS DEL CENTENARIO. – LA PROCESIÓN CÍVICA Á SU PASO POR LA CALLE DE SAN FRANCISCO (de fotografía de la Fotografía Alemana)

¡Bien por Santa Cruz de Tenerife! Plácemes merece por haber solemnizado una de sus glorias, con mayor motivo cuando por serlo suya lo es también de nuestra querida patria, tan necesitada hoy del cariño y del esfuerzo de todos sus hijos.

A algunos de los festejos que hemos descrito refiérense los grabados que en el presente número publicamos, reproducciones de fotografías de la Fotografía Alemana, de Martí y de Bonnat, que nos han sido remitidas por varios socios de la *Sociedad X*, de Santa Cruz de Tenerife, á los cuales damos las gracias por su atención.

A. GARCÍA LLANSÓ

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Diario compendiado, por *Domingo Cabré y Estany*. – La acreditada revista barcelonesa «El consultor mercantil é industrial» ha comenzado á publicar una *Biblioteca Comercial* que ha de ser de gran utilidad para los que al comercio se dedican. El primer volumen, *Diario compendiado*, es un estudio teórico y práctico que enseña á reducir á la mitad el trabajo de la partida doble en el libro Diario y en las cuentas impersonales del Mayor, sin contravenir á las disposiciones del Código de Comercio vigente y sin perjuicio de la claridad y exactitud. Esta obra, de gran interés para los tenedores de libros, véndese á dos pesetas en la Ronda de la Universidad, 3, 3.º, 1.ª

***

Revista contemporánea. – Los últimos números de esta importante revista madrileña contienen interesantes artículos de G. Iribas, A. de Lapparent, L. Mallada, M. Gil Maestre, R. Méndez de San Julián, E. Bullón Fernández, A. Contreras, C. Cambronero, L. Barrios, F. Bonhours, F. Silvela, G. Hahn, A. López Peláez, G. Vergara, A. García Maceira, J. Benavente y E. Villeiga Rodríguez.

***

Dos madres, por *R. Monner Sans*. – Apropósito patriótico lírico-dramático, en un acto y en verso, muy sentido y bien escrito: su autor lo escribió para que pudiese ser vendido á beneficio de la Asociación Patriótica de Buenos Aires, habiendo sido costeada la edición de 5.000 ejemplares por varios españoles en aquella ciudad residentes.

***

Rosas y espinas, por *Carola*. – Interesante novela que constituye un bonito estudio del corazón humano, que puede compendiarse en el lema que figura al frente de la obra: «No hay otra dicha posible para la mujer que el amor en el matrimonio.» Forma un tomo de 176 páginas, editado en Barcelona por el Sr. González Font é ilustrado por Cuchy, y se vende á una peseta.



Una malagueña, cuadro de Pedro Sáenz (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897)

Joya literaria, inéditos y artículos escogidos de *Juan Montalvo*. – Deseando rendir un tributo de admiración á la memoria del ilustre cuanto malogrado escritor ecuatoriano Juan Montalvo, D. Miguel Aristizábal ha reunido en un tomo de cerca de 200 páginas algunos bellísimos trabajos inéditos y artículos escogidos de aquel literato y pensador eminente que es legítima gloria de la América latina. En todos ellos, aparte del interés de las materias tratadas, admírase una elegancia de lenguaje que coloca á su autor al lado de nuestros mejores estilistas. El libro ha sido impreso en Quito (Ecuador) en la imprenta de «El Pichicha.»

***

Carta familiar de D. José Butrón y Cortés. Décimas, de *D. Emilio José Butrón y de la Serna*. Proceso formado en la Habana al capitán de navío D. Emilio José Butrón. – El dignísimo jefe de la Armada, comandante de Marina de Barcelona D. Emilio Butrón, recientemente fallecido en esta ciudad, publicó poco antes de morir el libro que nos ocupa, incluyendo en él los interesantes documentos que en el título se consignan. La carta familiar de D. José Butrón, abuelo del autor, contiene admirables consejos que debe tener presentes todo buen marino, y lo propio puede decirse de las décimas con facilidad escritas por D. Emilio José Butrón y dedicadas á su hijo Emilio Manuel con motivo de su ascenso á oficial en julio de 1892. El libro ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de Luis Tasso y se vende á tres pesetas.

***

Los chicos, por *Eduardo. S. Hermúa* (Mecachis) y *Alejandro Larrubiera*. – Gracioso sainete lírico en un acto, de cuyo éxito, cuando se estrenó recientemente en el teatro de la Zarzuela de Madrid, nos ocupamos en nuestra sección de Miscelánea.

***

El consultor avícola. – Los últimos números de esta revista, órgano de la Granja Avícola de San Luis, que con tanto acierto dirige D. Luis M.ª de Febrer, publican, entre otros, interesantes trabajos sobre la cría de pollitos, la selección en la cría de aves, la difteria en las aves, la alimentación, los conejos y las orugas.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVI — Barcelona 6 de septiembre de 1897 — Núm. 819

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL ÚLTIMO RECURSO, cuadro de J. Jendrassik



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL SILENCIO

La resolución que adoptó el Gobierno de impedir que la prensa llene sus columnas con detalles de los últimos momentos y suplicio del criminal reo del asesinato de D. Antonio Cánovas del Castillo, ha sido juzgada diversamente, como fué, es y ha de ser diversamente juzgado cuanto se haga en el mundo; porque ni cuando el Redentor descendió á él agradó á todos, muy lejos de eso, y baste tal ejemplo para consolarnos de no ser nunca doblón de á ocho.

Claro es que la prensa siente á par del alma no explotar y agotar un asunto *sensacional* ó *emocionante*, porque con los de esta índole teje la tela efímera de la actualidad; y el no poder enviar á las cajas los telegramas y los relatos de los corresponsales produce cierto mal humor que se revela en protestas más ó menos disimuladas contra la medida. No obstante, los que conocen la imaginación del hombre — no siempre ha de ser el corazón — se han puesto de parte del Gobierno, aprobando el sistema de silencio absoluto que cae como mortaja de nieve sobre el individuo sentenciado á desaparecer de la sociedad, porque la hirió alevemente en las entrañas.

Puédense calcular las distancias interplanetarias, el peso y volumen del sol, la marcha de los astros por el espacio infinito; no se puede calcular jamás adónde llega la vanidad humana, ni qué carga de trabajos y sufrimientos es capaz de arrostrar un mortal, no ya por la gloria, por la fama solamente, sea mala ó buena. Elevaron los jonios, en la poderosa ciudad de Éfeso, un templo que se contó entre las maravillas del mundo. Era su anchura de unos setenta metros, y lo soportaban ciento veintisiete pilares, de veinte metros de alto, en cuyos capiteles y ornato habían trabajado los más hábiles escultores griegos. Se invirtieron más de dos siglos en erigir tan admirable fábrica, que consagrada á Diana y enriquecida con oro, plata y marfil, fué orgullo de los efesios y asombro de los que acudían en peregrinación desde lueñes tierras á visitarla y á ofrecer sacrificios á la diosa. Una noche tuvo la deidad que abandonar su santuario; la llamaba fuera un deber imperioso: asistir al feliz alumbramiento de Olimpias, que en aquel instante daba á luz á Alejandro, el que había de ser Magno andando los tiempos. Aprovechando la corta ausencia de la blanca Diana, un malvado penetró en el templo recatando tras el manto una tea, y cuando todo dormía en Éfeso, la roja luz de las llamas anunció que se reducía á pavesas la maravilla del orbe. Fué preso el incendiario y le aplicaron la tortura, á fin de que revelase quiénes eran los enemigos de la ciudad que le habían inducido á destruir su mejor prenda, su más preciada joya; pero él, negando que tuviese cómplice alguno, declaró que sólo le guiaba el deseo de perpetuar su nombre y que pasase á las generaciones futuras, ya que no con la dorada aureola del genio, con la rojiza del crimen. Y entonces los magistrados, hiriéndole por donde pecaba, prohibieron bajo severísimas penas pronunciar ni escribir el nombre del que había quemado el templo. La prohibición fué desacatada, y bastantes historiadores consignaron el nombre odioso y abominable que, en efecto, ha llegado hasta nosotros grabado en letras de fuego. Yo censuro á los que no obedecieron la ley de aquellos justos jueces, y me complazco en cumplirla á los veintidós siglos y medio de promulgada; por mí no sabrás, ¡oh lector!, cómo se llamaba el que abrasó el monumento á fin de inmortalizarse. Caiga la obscuridad sobre quien buscó la publicidad á cualquier precio, y olvídesele como se olvida la piedra en que tropezamos y que después no distinguimos de las otras, aunque haya estado á pique de costarnos la vida.

Lo que prueba esta historia de la quemazón del templo, es que en psicología sociológica no hay progreso alguno. Los móviles de vanidad monstruosa que guiaban á un efesio contemporáneo de Filipo y anterior trescientos y pico de años al advenimiento de Cristo, son los que hoy determinan quizás ciertos actos horribles que nos estremecen como una pesadilla; y los métodos de represión y castigo empleados por la autoridad constituída á fines del siglo XIX no se diferencian de los que ponían en práctica los representantes de la confederación jónica en los primeros días de la existencia de Alejandro Magno. Tampoco han aprendido los escritores ni pizca, puesto que hay en ellos el mismo prurito de hablar y repetir nombres vedados, reprobados y reprobables, que demostraron Teopompo y otros autores contemporáneos del incendiario de Éfeso.

Posee la palabra, hablada ó escrita, tal fuerza de expansión y tal dinamismo, que se diría que en ella reside la raíz misteriosa de la acción y la esencia de la voluntad. Si las cosas no se hablasen ni se escribiesen, acaso nunca llegarían á ejecutarse. Quitad la efervescencia de la propaganda, quitad la agitación del aire, y no se producirá la crisis activa. Sin el verbo, nunca serán hechas las cosas. Todo principio político ó social, antes de armar los brazos, pone en ejercicio las lenguas y las plumas, y crea una literatura propia — oral ó escrita: — discursos, arengas — esas prolijas declaraciones á que los criminales políticos demuestran tanta inclinación, — artículos, versos, dramas, tratados, biografías y hasta jaculatorias: de éstas compusieron los nihilistas rusos algunas muy notables. Hay revoluciones que nos han legado, en primer término, no hechos, sino frases sentenciosas, lapidarias y á veces magníficas por su concisión. Todo este caudal literario es el campo de cultivo de los gérmenes que van después á propagar la epidemia.

Así la llaman los tratadistas: hoy es un concepto generalizado el ver en los motines y asonadas, y aun en los atentados que se cometen aisladamente, casos de una enfermedad del alma, que se pega. Lombroso, en su libro *El crimen político y las revoluciones*, donde hay, como en otras obras del mismo autor, observaciones luminosas mezcladas con peregrinos errores y con datos mal depurados y generalmente inexactos, estudia este fenómeno de la *impulsión epidémica*, y describe gráficamente á las muchedumbres excitables, de ardiente imaginación, ricas en fe, en ignorancia y en heroísmo, y predispuestas á la embriaguez moral, acrecentada por los gritos recíprocos, el contacto, el valor que infunde el estar juntos, y que llega al extremo de suprimir el sentimiento de la conciencia individual, y arrastra á cometer acciones que uno solo ni se atrevería á realizar, ni siquiera le pasaría por las mientes que pudiesen llevarse á cabo. Como consecuencia de estos fenómenos, resurge el instinto sanguinario, la inclinación natural al homicidio, que largos años de normalidad y múltiples elementos de cultura moral habían adormecido y apaciguado; entonces la crueldad, la ferocidad, el ansia de destruir ciegamente y de hacer daño por gusto de hacerle, aunque ningún provecho reporte, ni alivie la situación de nadie, ni gane nada la misma causa de los malhechores, aparecen cual escorpiones irritados, ansiosos de morder y matar. Mas lo que Lombroso no dice explícitamente es que un individuo puede ser atacado de esa enfermedad epidémica sin necesidad del contacto inmediato de la multitud. No es necesario que le rodeen los cuerpos de los demás enfermos: basta con sus espíritus: basta el contagio transmitido á distancia, con sutiles efluvios, por la palabra hablada ó escrita. Aquel *tolle, lege*, que una voz hizo resonar en los oídos de San Agustín cuando lloraba bajo la higuera, y que para su bien escuchó; aquella excitación á leer, á asimilarse la substancia del verbo, óyenla por su mal y su perdición los que no habían nacido para comprender, sino para vivir en su esfera humilde, mil veces más venturosos. No se ha estudiado el problema de si la lectura y la instrucción convienen indistintamente á todos los hombres. Difícil sería que el Estado, y hasta que los mismos profesores, dedicados á la enseñanza, señalasen con acierto los individuos aptos para aprender, á quienes el estudio aprovecha, mejora y moraliza realmente; pero es indudable que no son todos; es indudable que hay cabezas mal organizadas, que no resisten el embate de las ideas adquiridas por la lectura. Así como vemos mucha gente con pulmones, piernas y brazos endebles, conocemos infinitos cerebros de escaso vigor, entendimientos flacos, jorobados y tuertos, meollos sin consistencia; y si á veces pecan por perezosos, lentos, cerrados y duros, donde cae la instrucción como en las peñas la simiente, otros adolecen de combustibles, ilusos y fáciles á la sugestión, incapaces de análisis y crítica; y para éstos, determinadas teorías son como ciertos grabados y ciertas noveluchas eróticas para los adolescentes. Entre estos hombres agusanados por los libros, víctimas de una obsesión ó idea fija que se alberga en su inteligencia y la desorganiza hasta llevarla á los linderos de la locura, se reclutan los regicidas, los dinamiteros, los asesinos fríos y los suicidas indirectos, los incendiarios, los que cometiendo un italianismo se suelen conocer ya por el calificativo de *matoides* que les da Lombroso.

Los únicos fanáticos políticos que he visto de cerca eran nihilistas. A pesar de la aureola que presta la persecución, á pesar de que la convicción suele ser comunicativa para las personas de mi sexo, siempre noté que entre aquellos sectarios y mi inteligencia se alzaba una pared — no puedo expresar sino así lo que sentía. — Los que á la novela hemos consagrado buena parte de nuestra actividad literaria, hacemos profesión de comprenderlo todo, de encontrar en los más singulares casos algo que explique, si no justifique, los desvaríos del pensamiento y las aberraciones de la sensibilidad. No obstante, me costaba gran trabajo reunir la necesaria cantidad de simpatía y de tolerancia cuando, al correr de las pláticas, notaba de pronto que aquellos cerebros no funcionaban normalmente; que, semejantes á D. Quijote, cuerdos siempre que de otras cuestiones se tratase, aparecía en el nihilista de acción, al tocarse el punto del tiranicidio — llamémosle así, — esa zona de sombra del alma donde agitan las Furias su cabellera de sierpes. Y sin embargo, ¿cómo comparar á los nihilistas, procedentes de una nación donde por fin el régimen existente puede llamarse despotismo, de una nación donde se aplicaban castigos y penas que aquí desconocemos por fortuna, con los criminales políticos que surgen en países tan libres y tan sometidos á la normalidad legal como Francia, Italia y España?

Dejemos caer sobre esta nueva úlcera social, más extensa de lo que tal vez supongan los espíritus optimistas, el bálsamo bienhechor y calmante del silencio. No ayudemos á que se difunda la infección, no seamos vehículo del contagio, al menos en estos artículos ligeros, que ni aun tendrían la excusa de querer mover el ánimo á serias consideraciones. Quizás la enfermedad, declarada á mediados del viejo siglo, decrezca en los primeros años del que ya asoma en el horizonte. Las sectas son como meteoros: no tienen la duración y consistencia de las opiniones templadas que en la razón se fundan. Los trastornos son fugaces, la evolución lenta, firme y perseverante. Esperemos callando.

Emilia Pardo Bazán

PENSAMIENTOS

Algunos me censuran porque hago poco ejercicio. Debo decir, contestando á estas censuras, que sólo puedo pensar cuando estoy sentado ó echado, y que si mientras ando se me ocurre una idea, tengo que pararme para seguir meditando sobre ella y desarrollarla y perfeccionarla. El andar impide la concentración; mientras se anda, las ideas también se mueven y aun se precipitan unas contra otras. En cuanto al ejercicio higiénico sin pensar, quédese enhorabuena para los paseantes.

***

La multitud en sus accesos de cólera es tan terrible, tan indomable, tan destructora, tan inconsciente y tan irresponsable como los elementos de la naturaleza.

***

Cada idioma es en su espíritu la verdadera característica de la nación.

***

A los compositores actualmente ignorados debe consolarles la esperanza de que algún día se pongan de moda las excavaciones en el terreno musical.

***

El arte es una Eva que ofrece la manzana al joven artista; el que la come pierde el paraíso de su tranquilidad de espíritu, y la culpa de ello la tiene esa seductora serpiente que se llama éxito.

***

Los seres débiles necesitan un amparo, un punto de apoyo; por esto el hombre y sobre todo la mujer han de tener una religión.

***

Los monarcas nunca consideran al pueblo bastante *maduro* para la libertad.

Antonio Rubinstein



JOSÉ DE SAN MARTÍN

GENERAL ARGENTINO

Es en la historia americana uno de los hombres más excelsos, y cuyo prestigio ganado en múltiples batallas no dejó como recuerdo nada sangriento, ni esa estela de dolores compañera inseparable casi siempre de los guerreros.

Hoy la figura de San Martín brilla en toda su pureza y majestad. Dos naciones pueden disputarse la gloria de ser su patria, pues que nació en Yapeyú, situado en la frontera uruguaya, provincia de Entre Ríos, y que al presente pertenece á la República Argentina.

Siendo hijo de padres españoles, fué enviado á la península muy niño, y apenas contaba quince años cuando ya era oficial y se batía denodadamente á las órdenes del inmortal Castaños, y más tarde, como ayudante del sin ventura general Solano, á quien las iras populares hicieron víctima en un sangriento motín del año memorable de 1808, dió muestras de heroico valor defendiendo la entrada del palacio donde estaba de guardia y que habitaba su jefe.

Poco después y en aquella jornada gloriosa de Bailén desplegó San Martín sus grandes aptitudes militares y llegó por sus méritos hasta teniente coronel. El grito de libertad lanzado en las orillas del anchuroso Plata despertó en el noble uruguayo todas sus energías á la vez que sus elevados impulsos patrióticos, y sin vacilar pasó á Inglaterra, donde se embarcó para Buenos Aires.

Señalaremos los triunfos del corazón antes que las victorias del patriota.

La gallarda figura de San Martín, sus cualidades morales y sus servicios consagrados á la patria le conquistaron el amor de una argentina hermosísima, que fué tras breve plazo su esposa, y la afección más íntima, igual al acendrado sentimiento que su país le inspiraba.

Un retrato de aquella época nos presenta á San Martín en toda su varonil belleza: en los ojos negros y penetrantes revelábase el carácter serio y la austeridad del hombre á quien le estaba reservada tan alta celebridad; tenía el color moreno pálido, la nariz aguileña, la boca de un corte perfecto; el andar airoso, la estatura más que mediana. En su trato era franco y sus costumbres sencillas por demás, hasta el punto de que nunca, ni aun después de sus más culminantes triunfos, se pagó del fausto ni de la lisonja, no admitiendo ni los homenajes ni las ovaciones que á su gloria militar se le consagraban.

No sabríamos qué ensalzar más en el vencedor de Chacabuco, en el jefe supremo de Chile, si la honradez y desinterés sin límites, ó la modestia que sobresalía en todos los actos del valeroso general. A un arrojo á toda prueba adunábase en él la sagacidad del hombre de Estado, y bien puede decirse que en aquella época extraordinaria hubo dos glorias en América que brillaron con sin igual esplendor: cada una tiene su elevadísimo puesto en las páginas de la Historia; cada una merece veneración y aplauso universal; cada una es de talla gigantesca: la de Bolívar y la de San Martín.

Ambas glorias fueron base de la emancipación americana; ambas ostentan los laureles que se otorgan á las abnegaciones heroicas.

Al general San Martín le debió Chile la organización del ejército, en la que descollaban los famosísimos «Granaderos de los Andes;» él creó las Escuelas militares, y aquel genio especialísimo para la guerra y para la política planteó todas las ideas científicas y prácticas que había adquirido desde muy joven en Europa.

Era el bizarro argentino sobrio en sus discursos y proclamas, pero cada palabra suya tenía admirable precisión y el privilegio de levantar el decaído espíritu del soldado.

Nada más gráfico que aquella tan celebrada entrevista que tuvo lugar en Guayaquil entre el general San Martín y Simón Bolívar, la cual fué decisiva para los destinos futuros de los países americanos. Resaltaron en aquella conferencia la generosidad, hidalguía y abnegación del general San Martín, así como las nobles ambiciones patrióticas del libertador Bolívar.

Con entusiasmo ardiente exclamó el general argentino:

«Serviré á las órdenes de usted.»

El inmortal caraqueño no podía aceptar la desinteresada oferta, ni mucho menos tener bajo su mando á un hombre de tan elevados méritos y gloriosa nombradía.

No había en San Martín mayor ambición que terminar favorablemente la prolongada lucha, y creyó asegurado el triunfo al contar con el poderoso auxilio de Bolívar.

En las manos del héroe venezolano depositó la salvación del Perú, y decidido á separarse del mando activó su regreso á Lima y la instalación del primer Congreso Constituyente para dimitir el cargo supremo de que estaba investido.

Allí pronunció aquellas célebres palabras históricas:

«Un encadenamiento prodigioso de sucesos ha hecho ya indubitable la suerte futura de América. Mi gloria es colmada.»

No menos digna de elogio fué la contestación del Congreso peruano:

«La primera obligación de un pueblo libre, dijo, es la gratitud y el reconocimiento á los autores de su existencia política y de su felicidad; el soberano Congreso, convencido de que al fuerte brazo de V. E. debe la tierra del Sol este bien incomparable, decreta una acción de gracias á V. E.»

Nombró el Congreso al protector San Martín generalísimo de las armas de mar y tierra, título que aquél no aceptó más que como cariñoso recuerdo, resuelto á retirarse de la escena política.

En la carta de despedida que dirigió á Simón Bolívar hay frases dignas de un caudillo de la antigüedad. Reproduciremos algunas:

«Lleno de laureles en los campos de batalla, mi corazón jamás ha sido agitado de la dulce emoción que le conmueve en este día venturoso; el placer del triunfo para un guerrero que pelea por la felicidad de los pueblos, sólo lo produce la persuasión de ser un medio para que gocen de sus derechos.»

¡Cuán hermosos resaltan varios pensamientos en su adiós á los peruanos!

«Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la campaña están cumplidas.»

. . . .

«Siempre estaré pronto á hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular, y *no más*.

»En cuanto á mi conducta pública se refiere, los patriotas dirimirán sus opiniones, como sucederá en todo lo demás: á las generaciones venideras queda reservada la misión de pronunciar su verdadero fallo con imparcialidad.

»¡Peruanos! Os dejo establecida la Representación Nacional: si depositáis en ella una entera confianza, cantad el triunfo; si no, la anarquía os devorará. Que el acierto presida vuestros destinos, y que éstos os colmen de paz y ventura.»

Por entonces la salud de San Martín había decaído en alto grado. Aquel rostro severo y un tanto adusto habíase demacrado, y su mirada profunda y observadora tornábase lánguida y melancólica. El abatimiento físico le hizo permanecer dos meses en la tierra predilecta chilena, aquella tierra donde en tiempos más felices había sido aclamado con delirio, con admiración entusiasta, con locas demostraciones; pero entonces parecióle al triste general que el pueblo chileno le recibía con el frío glacial de la indiferencia.

Aún le estaba reservado otro dolor más intenso. La mujer á quien amaba con todas las potencias de su alma había muerto, y al recibir la noticia sintió San Martín el dolor más acerbo que pudiera desgarrar su corazón.

El consuelo que había soñado para sus decepciones políticas desaparecía para siempre, y sólo podía refugiarse en el cariño de un ángel que esparcía luz y alegría en el solitario hogar del guerrero.

El general San Martín, el hombre que había ejercido poder omnímodo sobre los pueblos, era pobre, y cuando con su hija se trasladó á Europa vivió en Bélgica, careciendo hasta de lo necesario y sacrificando hasta lo preciso para dar cumplida educación á Mercedes San Martín.

¡Curioso contraste! El militar valeroso que toda su vida habíase complacido con el choque de las armas y el fragor de las batallas; el campeón americano que luchando con las tempestades políticas pasara años y años, buscó en los últimos de su vida la soledad del campo, los apacibles rincones de las florestas entre París y Fontainebleau y más tarde en Boulogne, donde se deslizó la última época de su existencia.

Comía frugalmente; levantábase muy temprano y él mismo se preparaba su desayuno, te ó café, que tomaba como el *mate* en *poro* y con *bombilla*.

Sus principales aficiones eran los cigarrillos habanos; los picaba con prolijidad y esmero para fumarlos en pipa, de las que poseía gran colección.

Había conservado San Martín su gusto por las armas, las que cuidaba y limpiaba diariamente, así como su afición predilecta era montar á caballo, pidiendo á este ejercicio de toda su vida los bríos y actividades que la edad y los achaques menguaban aceleradamente.

El denodado vencedor en Maipu vivía rodeado por el respeto y la veneración de propios y de extraños.

Nada en su conciencia podía turbar los postreros fulgores de aquella brillante existencia próxima á su fin.

Páginas de recuerdo imperecedero eran sus campañas en tierras argentinas: el famoso paso á través de los Andes gigantescos; las victoriosas jornadas en Chile y el generoso esfuerzo en el Perú, donde había señalado su administración por actos de alta justicia, de liberales trascendencias, de organizadores decretos y de humanitarias iniciativas, como la abolición de los tributos que pesaban sobre los indígenas y la emancipación de los esclavos.

Tales debían ser las amables y gratas memorias que complacido evocaría.

Cítase su testamento como un modelo de precisión y laconismo: una cuartilla de papel encerraba las postreras voluntades del soldado patriota.

En agosto de 1850 dejó de latir para siempre el corazón nobilísimo de San Martín y sus restos permanecieron en tierra extranjera hasta 1880. En tal año fueron trasladados al suelo de la patria, cuando ya ésta, reconocida y orgullosa, había levantado estatuas en honor del benemérito y glorioso argentino.

BARONESA DE WILSON

MI CUARTO A ESPADAS

¿Y por qué no? Esto del teatro es seguramente asunto que interesa á todos - aunque no á todos por igual, - y que importa mucho á quienes por necesidad apremiante ó por invencible afición se dedican á inventar dramas ó comedias ó *juguetes*, ó bien á copiar, más ó menos descaradamente, los *juguetes*, las comedias ó los dramas que otros han inventado.

Digo todo esto para que no se eche á mala parte - á soberbia, pongo por caso, - mi atrevimiento, si me permito, con todas las salvedades que sean necesarias y aun algunas más de las necesarias, decir algo y quizás algos del libro titulado El Año Teatral, crónicas y documentos por *Salvador Canals*, con un artículo preliminar sobre *El Público* por *Jacinto Octavio Picón*, con dibujos de Pellicer Monseny, J. B. Nisarre, Federico y Cilla, y fotografías de Company, Debas, Napoleón, viuda de Amayra, Alviach, Otero, de Madrid; Reuthinger, de París; Audouard y Esplugas, de Barcelona; García, de Valencia, etc. Libro publicado hace ya mucho tiempo, y del cual, aunque se dijo bastante pocos días después de publicado, sospecho que ha de decirse mucho todavía.

Los nombres de *Salvador Canals* y de *Jacinto Octavio Picón*, así como los de todos esos artistas famosos que han cooperado al ornato del libro, dicen más en alabanza de *El Año Teatral* que cuanto yo podría exponer para colmarlo de elogios; renuncio, pues, á esa tarea, cómoda y grata para mí, pero en este caso completamente inútil - y, á mas de inútil, extemporánea y trasnochada, - y después de afirmar que el libro me gusta mucho y que la lectura de alguno de los notabilísimos trabajos en él contenidos me ha hecho recordar al malogrado crítico Pepe Yxart, el inolvidable autor de *El Arte escénico en España*, voy á poner algunos *reparos* á lo que tanto el autor del libro cuanto el prologuista asientan; éste, con respecto al público; aquél, acerca de nuestro teatro llamado clásico.

Y en esto es en lo que podría ser censurado mi atrevimiento, pues habiéndose iniciado y sostenido, á su tiempo, literaria controversia entre el insigne *Clarín* y el inteligente *Canals*, parece como que - dados la consideración y el respeto que, por razones distintas, cada uno de esos distinguidos escritores merece, - aconseja la prudencia guardar silencio y mantenerse en la más estricta neutralidad; que así lo enseña al menos el antiguo refrán que dice: *Entre dos muelas cordales, nunca pongas tus pulgares*.

Pero, como he indicado al comenzar, el asunto importa á todos, y es justo que todos, cada cual desde su esfera y sin poner en olvido las atenciones que son debidas á los mayores *en saber y en gobierno*, digamos sobre él lo que se nos ocurra.

Y adviertan ustedes que al hablar de las atenciones debidas á los mayores, he prescindido de los *mayores en edad*, á quienes incluye el precepto, lo mismo que á los otros. He prescindido intencionadamente para que nadie pueda vislumbrar en mí pretensiones de utilizar esa triste ventaja, que ¡ay! nadie podría, en justicia, negarme.

Allá voy, pues, renunciando á las ventajas y preeminencias que pudieran darme mis años (ventajas y preeminencias que fundadas únicamente en la edad nunca me parecieron justificadas), á emitir mi opinión, que nadie me pide; y principio por declarar á mi querido amigo el insigne crítico y famoso novelista *Jacinto Octavio Picón*, después de enviarle mil parabienes por su primoroso artículo, que se me figura excesivamente severo con el público y hasta creo ver en su trabajo puntas y ribetes de injusticia.

«El origen de la relativa incapacidad del público - dice Picón en su precioso artículo - es casi de origen bíblico: está fundado en aquella frase célebre, según la cual el número de tontos es infinito.»

Creo que no puede manifestarse con más claridad la deplorable opinión que del público tiene formada el discreto prologuista; para él nuestro público es, en resumen, una colección de majaderos, entre los cuales pueden encontrarse, como rarísimas excepciones, algunas personas de criterio mediano.

Y para que sobre esto no quepa duda, véase lo que el distinguido literato, á quien me refiero, asienta en otro lugar del mismo apreciable trabajo:



Excmo. Sr. D. Manuel Planas y Casals, retrato pintado por José M.ª Marqués

«Una noche de estreno, pasead la mirada por el teatro, recorred la sala con los ojos, y entre las gentes que conocéis y las que llevan pintado en la cara lo que son, ¿cuántas habrá capaces de comprender y juzgar la obra que se representa?»

«La facultad de percibir lo bello y la delicadeza para apreciarlo no son patrimonio de todos.»

Mi querido amigo Picón habla aquí, él sabrá por qué, no del público en general, sino de un público especialísimo: *el público de los estrenos;* público *sui géneris*, del cual no afirmaré yo (porque en realidad no lo sé) que valga más ó menos que el otro; pero sí digo que es muy diferente.

Aun refiriéndose á ese público de los estrenos en que hay artistas, literatos, dramaturgos, críticos y simples aficionados; amigos del autor, muy decididos á encontrarlo todo bueno; compañeros del autor mismo, muy resueltos á considerarlo todo malo; *alabarderos* de la empresa y del primer actor y de la primera actriz y del actor cómico y de la dama joven con la consigna de aplaudir, en lugares previamente señalados, á sus patronos respectivos; aun en ese público excepcional, no hay que fiarse de las apariencias, que muchas veces engañan. Aquello de que «todos los que tienen cara de tontos lo son y la mitad de los que no la tienen también,» puede pasar como dicho agudo ó como broma ingeniosa; pero no puede aceptarse en serio, pues contra la frase célebre citada por Picón, y que no voy á discutir ahora, hemos inventado últimamente otra frase no menos famosa, aunque mucho más moderna, la siguiente: «ha muerto la madre que paría los hijos tontos.» Y cuando uno menos lo espera se encuentra chasqueado, pues aquel á quien más tonto consideraba resulta que no es tan tonto como parece.

Pero, lo repito, no es en noches *de estreno* ni en funciones *de moda* cuando hemos de estudiar al público. Ese público verdadero y sano que va al teatro de buena fe á divertirse ó á conmoverse, y en ambos casos á deleitarse, dando á su espíritu un rato de esparcimiento.

Ese público suele acudir ahora (me refiero á Madrid) á las funciones de tarde en los días festivos.

Penetre, penetre mi amigo Picón en la sala de cualquier teatro en una de esas tardes, y estudie aquella concurrencia. No hallará allí, se lo fío, ninguno de esos que van al teatro á ver ó á ser vistos; no encontrará damas aristocráticas que hagan del palco escaparate de su belleza y de su lujo; no verá esas caras conocidas de rivales envidiosos, de émulos impotentes, de severos críticos, de aficionados aburridos; verá sí millares de ojos que no se apartan del escenario, caras desfiguradas por la risa ó rostros contraídos por la compasión ó el terror, según los casos; sorprenderá tal vez en algún hombre muy barbudo el acto de enjugarse furtivamente las lágrimas, fingiendo limpiar los cristales de sus gemelos; oirá ruidosas y francas risotadas ó bien sollozos ahogados, y hasta ocasión habrá en que advierta que el entusiasmo se desborda y se traduce en aclamaciones espontáneas al personaje que simboliza los nobles sentimientos, ó en insultos lanzados contra el pícaro traidor, cuyo justo castigo es siempre celebrado con hilaridad unánime y satisfacción de todos... Pues nada, amigo Picón, ese es el público; público en el cual no hay tantos imbéciles como usted se figura...; y si los hubiera efectivamente, ¿qué nombre habríamos de dar al poeta que sabiéndolo solicita humildemente el aplauso de ese público, y hasta lo llama respetable y señor, y *senado ilustre?*

No, no son tontos, ni son imbéciles, aunque otra cosa digan ó crean los vanidosos (y no incluyo á Picón entre ellos), los que buscan en el teatro honesto pasatiempo. El solo hecho de asistir espontáneamente á una función teatral, demuestra ya un grado de cultura intelectual y de delicadeza de sentimientos que lo saca indiscutiblemente del número infinito de los estultos.

El menestral acomodado, el comerciante laborioso, el inteligente empleado, el artesano entusiasta, elementos que integran ese público, suelen no saber estética, es verdad, y hasta ignoran lo que viene á ser eso; acaso no habrán oído hablar de Hegel en toda su vida, ni tendrán noticia de que ha habido un Shakespeare, ni un Schiller, ni un Goethe en el mundo, pero aptitud para percibir lo bello y delicadeza para apreciarlo sí tienen, y buena prueba de que lo tienen es que van á ese espectáculo cuando podrían acudir al circo ecuestre ó al juego de pelota.

Y para ese público, para ese público en que hay pocos literatos, ningún periodista y en el cual no abundan críticos ni dramaturgos, para ese público



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – CAVITE. – PUENTE SOBRE EL RÍO NAIG Ó NAIC (TÁRTARO SEGÚN EL MAPA). – COMUNICA EL CAMINO DE SANTA CRUZ CON LAS PRIMERAS CASAS DEL NÚCLEO DEL PUEBLO DE NAIG Ó NAIC (de fotografía)



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – NAIG Ó NAIC (PUEBLO DE LA PROVINCIA DE CAVITE). – VISTA INTERIOR DE UNA TRINCHERA INSURRECTA SITUADA FRENTE AL RÍO EN EL SITIO POR DONDE PENETRARON NUESTRAS TROPAS (de fotografía)

escribe el autor sus obras, las obras que pretende ver representadas, y ese público es el que no se equivoca nunca, y no se equivoca, lo he repetido muchas veces, porque no da opinión, porque no juzga, porque no dicta sentencia; acude á ver una comedia y se ríe; no dice que es buena, no confiesa que es mala, en lo cual podría equivocarse; dice lisa y llanamente: *Me ha divertido, me ha gustado;* y en esto la equivocación no es posible.

Puedo hablar de esto con conocimiento de causa y por experiencia, porque varias veces me he hallado en el mismo caso.

Soy aficionadísimo á la música, arte divino, del cual no sé absolutamente nada...; no sé sino que me gusta mucho.

Y he oído muchas óperas, y he aplaudido á muchos cantantes, y me ha deleitado una música; y otra, en cambio, nada ha dicho á mi sensibilidad. – Cuando esto ocurría, aquella música no me gustaba; y sobre eso no admití nunca discusión.

Me decían que aquella música era admirable, y yo no lo negaba; me juraban que era un prodigio de hechura, y yo, encogiéndome de hombros, reconocía que así podría ser; pero agregaban que debía gustarme, y por esto ya no pasaba yo – porque ¡caracoles, si yo sabría lo que me gustaba y lo que no me gustaba!..

Y al llegar aquí echo de ver que, engolfado en las reflexiones sugeridas á mi espíritu por el prólogo de Picón, nada he dicho de las críticas de *Salvador Canals*.

Demasiado tarde es para subsanar este descuido.

Y como no estoy muy seguro de volver sobre este mismo tema en este mismo sitio, paréceme que debo renunciar *generosamente* á decir lo que en *El Año Teatral* (libro que me pareció muy bien), hallé de censurable.

Equivocadas me parecieron, desde luego, las afirmaciones que sobre nuestro teatro clásico hace el señor Canals. Pienso, no obstante, que si (como es de presumir) él piensa de un modo – que á mí me parece equivocado, – ha hecho muy bien en decirlo. Creo que el que para el público escribe, debe al público la verdad, toda la verdad, tal cual el escritor la ve y la entiende.

Precisamente porque creo eso, declaro y sostengo que nuestro teatro clásico vale más que el teatro de *Shakespeare*.

¿Que esto es una herejía?

Bueno. Pues me confieso hereje, y vengan las excomuniones que por creer eso y, sobre todo, por proclamarlo, haya merecido.

A. Sánchez Pérez

¡SI SE VOLVIERA A NACER!

I

Érase que se era uno de los hombres más infelices que he conocido yo en este pícaro mundo, único, es verdad, que hasta ahora he visitado.

Pudiera calificársele de infeliz de la clase de tropa, porque ciertamente su candorosidad, rayana con la estulticia á veces, no rebasaba en ningún sentido los límites de la vulgaridad más supina. Con esto quiero decir, que el tal incurría en todas las supersticiones, majaderías, inocencias y dislates á que nos tiene acostumbrados la masa general del público, sin discrepar de ella un ápice, para ofrecer al respetable auditorio una nota original, personal, típica, que siempre presenta quien por cualquier concepto logra rebasar los estrechos límites en que se mueve, rebulle, agita y lucha el numeroso contingente de seres desconocidos que constituyen lo que ha dado en llamarse montón anónimo.

Con este boceto de su personalidad moral y con decir que nuestro hombre se llamaba ó le llamaban Pérez, ni más ni menos, y que su físico reunía cuanto se necesita para pasar inadvertido por esas calles de Dios, creo queda hecho el retrato de cuerpo entero que merece personalidad tan insignificante, que á no ser por este cuento, con puntas y ribetes de biografía, jamás habría obtenido los honores de la publicidad, cosa por otra parte hoy tan al alcance de todas las fortunas, que ya únicamente el que no quiere es quien no es célebre, eminente, famoso ó por lo menos, por lo menos, distinguido.

Pues bien, y con esto queda finido el proemio, entre las manías del amigo Pérez, porque tenía varias, figuraba la de creer á pie juntillas que si el hombre volviera á nacer, haría las cosas mejor que las hizo durante lo que pudiéramos llamar su vida primera. Y Pérez, el gran Pérez, al quemarse la lengua con una cucharada de sopa, al notar que un zapato le apretaba más de lo que buenamente los zapatos deben molestar, al recibir calabazas de una adorada deidad ó de una simple modistilla adorada, al sorprender en su bolsillo una moneda falsa con que un truhán sorprendió antes su buena fe, al perder por unos minutos un tranvía ó al tenerse que agachar para atarse las cintas de los calzoncillos que imprudentemente le habían adornado las bocas del pantalón, repetía con la tranquilidad, serenidad y prosopopeya del que dicta *urbi et orbe* una sentencia:

– ¡Si se volviera á nacer!..

Y por nada ni nadie dejaba el estribillo, que además le largaba de todo corazón, poniendo los ojos en blanco, frunciendo agriamente el ceño y mordiéndose con la boca torcida la punta izquierda del caído bigote, que parecía trasplantado á aquel labio desde la alambrada superficie de un cepillo.

Cuentan las crónicas, y en este punto la crónica debe ser creída, porque no hay motivo tampoco para otra cosa, que Pérez murió un día, aunque ignoro si fué el *mejor*, como el vulgo, y Pérez con él naturalmente, califica al en que ha de ocurrirle una desgracia; y esta muerte, que unos consideraron como la cosa más natural en un atacado de apoplejía y otros también por la fama del médico que le asistió en sus últimos momentos, me consta positivamente, y en este detalle estoy conforme con la crónica citada, que fué obra exclusiva de la volutad de Dios. Nadie se muere hasta que Dios quiere.

La parte segunda de la crónica debiera creerse por la sola palabra del que la escribió, pues considero un poco difícil el poder comprobarla, la cual dice, que si el Ser Supremo le llamó á su lado, fué sola y únicamente para celebrar con él una detenida conferencia y tratar en ella de sú estribillo constante; pues de otra suerte no hubiera podido charlar con él largo y tendido sin desde luego elevarle á la categoría envidiable de iluminado, cosa que en honor de la verdad no merecemos la mayoría de los mortales, y Pérez por lo tanto, que no había de ser de mejor condición que los demás hombres.

Desapareció, pues, del mundo el amigo Pérez, y como la voluntad de Dios es siempre respetada y San Pedro por su parte tampoco tenía ningún resentimiento con el que por mí es héroe, aun cuando sea sólo de un cuento, le dejó pasar los umbrales de la gloria en cuanto en ellos apareció. Los tontos, por lo regular, son buena gente.

La *interview* entre el Ser todo gloria y el hombrecillo todo polvo no puedo transcribirla sin temor de que el lector, llamándose á engaño, me moteje con los calificativos más denigrantes para un caballero, como son los de embustero, mentiroso y falseador de la verdad, tres cosas distintas y una sola injuria verdadera. Pero creo no andar muy descaminado, si la reconstituyo en los siguientes términos:

– Te he mandado subir, porque así lo has querido y yo soy todo bondad. Por tu afán de desear volver á nacer, has perdido por lo pronto unos cuantos años de vida positiva y no maleja que te tenía destinada en el libro del porvenir, si no por tus méritos, porque no los tienes, al menos por tu pasividad para lo malo, lo cual en estos tiempos en que tan pícaros se han vuelto los hombres no deja de ser una relativa virtud.

(A todo esto, Pérez, escuchando las divinas palabras, se encuentra verdaderamente en la gloria y no se atreve ni á levantar la vista del trono de nubes de nácar en que se halla el Juez Supremo.)

– Para convencerte de que la mayoría de las veces – continuó el Eterno Padre – el hombre no sabe lo que quiere ni lo que pide, ni las consecuencias de una y otra cosa, por vez primera en fastos de la historia los ladridos del perro han llegado á la luna y no he dado oídos de mercader, es decir, oídos sordos á palabras necias. En suma, ¿quieres volver á nacer? Responde.

– Señor... – tartamudeó Pérez, con aquel embarazo de que hacía abuso cada vez que en el mundo tenía que presentarse ante el jefe de su oficina – la verdad es que no sabía lo que pedía y que de poderme quedar aquí renuncio á mis pasados deseos.

– Eso sí que no es posible, Pérez, pues por lo menos te falta un limpioncillo en el clarificador celestial que se llama Purgatorio. Te pregunté si querías volver á nacer y... te pregunté mal. Lo que quiero que me digas, porque esto ya lo tendrías pensado por allá abajo, es la forma en que deseas se realice tu nueva encarnación. ¿Nacer de nuevo niño inocente y correr el albur á que está sujeta toda criatura, expuesto á cometer los mismos errores que te prometías corregir, á caer de patitas en los mismos peligros que pensabas evitar siempre que exclamabas: «¡Si se volviera á nacer!..,» ó, por el contrario, tu deseo de nacer de nuevo iba ligado al de poseer desde un principio la experiencia que dan los años, para con ella evitar lo que sólo ellos evitan?

El bueno de Pérez no sabía por dónde salir, ni qué contestación dar á tal pregunta, ni qué solución á tal problema espetado á boca de jarro. Verdaderamente, al morirse, en lo que menos pensó fué en que podría presentársele ocasión tan bonita para realizar su sueño dorado, y menos aún en que aquel paso tenía que ser inevitablemente el primero para volver á nacer, y ¡claro!, no estaba preparado para tamaña sorpresa. Jamás en vida tampoco se le pasó por su obtusa imaginación que pudiera llegar el momento feliz de dar forma á su quimérico estribillo, de modo que el conflicto en que se halló fué más que mayúsculo.

Pero el dueño de todo lo creado le sacó de dudas lo mismo que le quería sacar de penas, diciéndole:

– La primera solución no te resuelve nada: serías otro, no serías tú.

Algo de eso llegó á alcanzársele al Pérez nuestro, porque bastó esta para su caletre *pequeña indicación* para que exclamara al punto:

– ¡Ah, Señor!.. Si yo deseé tanto volver á nacer, no fué ciertamente para pasar una vida igual ó peor que á la que me obligaron mis inexperiencias y falta de mundo. De los escarmentados nacen los avisados, y ahora, si he de nacer, quisiera nacer ya escarmentado, tanto para no tener que escarmentar de nuevo, cuanto para ser un avisado ó prevenido, que siempre por allá abajo, hombre prevenido ha valido por dos.

Ante tales razonamientos, el Padre Eterno, si no hubiera estado dispuesto á devolverle al mundo conforme Pérez deseaba, creo yo que no hubiera dejado de complacerle, y dijo solemnemente:

– ¡Sea!

De repente, en la celeste mansión retumbó un trueno tan cristalino como el chocar de dos moneditas de oro; una suave espiral de incienso envolvió la figura de Dios; los angelillos revolotearon por el espacio azul tachonado de estrellas de brillantes, con sus alitas de paloma blanca; á lo lejos se oyó un coro de voces celestiales acompañadas de arpas, y... Pérez, sin saber cómo ni cuándo, desapareció.

II

Todo era júbilo en casa de D. Homobono Corderillo aquella noche.

La murga alegraba con sus destemplados resoplidos los contornos de la feliz mansión; á sus compases, criadas, horteras y demás gente alegre y bulliciosa del barrio se entregaban á algo que quería ser baile y no pasaba de ser un contoneo y vaivén en extremo alarmantes; la doméstica de la casa, alcarreña de pura raza, no descansaba un momento subiendo y bajando las escaleras para comprar por tandas una buena cantidad de azucarillos, otra de bollos y pasteles, almendras y peladillas, y alguna que otra botella de agua teñida y calificada por un exceso de imaginación del fabricante de «licor de damas,» y los vecinos entraban y salían incesantemente en la reducida habitación del Corderillo citado, protagonista ó por lo menos padre del protagonista de la fiesta, porque debo decir que semejante y desacostumbrado movimiento obedecía lisa y llanamente al *bateo* que se celebraba por haber venido á este valle de lágrimas una nueva víctima en forma de rollo de manteca, del cual la esposa de D. Homobono había tenido la esplendidez de desprenderse.

El chiquillo, la verdad, y no se tome á lisonja, era bastante feúcho. Encogidillo, llorón, cabezota y las piernecillas como arcos de violín, era de los muchachos que, según decía una señora amiga mía, parece que están hechos á trompazos. Ni D. Homobono podía esperar menos, ni el hado haberse ensañado más con aquella criatura, que como observó alguno de los invitados á la cuchipanda y que conoció en vida á nuestro difunto Pérez, más se parecía á éste que á su padre, quien no encontró de muy buen gusto el recuerdo, así por lo que pudiera ofender el pudor de la bonachona parturienta, como porque dió lugar á que los graciosos, que nunca faltan en ese género de solemnidades caseras, lucieran su ingenio de guardarropía á costa de la paciencia del anfitrión.

Pero que el chico se parecía á Pérez, nadie lo puso en duda desde que el recién nacido lanzó á los aires el primer y estridente lloriqueo. La virtud berroqueña de la madre, no obstante, desbarataba cuantas suposiciones denigrantes hubiera fantaseado la malicia. Además, el cómputo del tiempo que medió entre la muerte del uno y el nacimiento del otro, atestiguaba la imposibilidad completa de un negocio de mala índole.

¿Cómo se explicaba, pues, esta fatal coincidencia?

Yo estoy en el secreto y puedo y debo revelárselo á ustedes, así por el buen nombre de la señora de D. Homobono, como porque si no, aquí habría concluído insulsamente este cuento.

El recién nacido no era otro que Pérez, el mismí-

simo Pérez en persona, que como queda dicho, había de Dios alcanzado el don de nacer nuevamente.

Un ojo práctico, un espíritu observador hubiera encontrado en aquel niño mucho de anómalo. Los gestos, las miradas, los ademanes, todo era en él extrano.

Empezó por rechazar cuantas nodrizas feas se proponían amamantarle y se resignó sólo con la más guapa; cuando sus padres le hacían caricias, él correspondía con fuertes apretones de manos; se reía de los que por adular á los autores de sus días le llamaban monín y bueno, como si conociera la falsía con que se lo llamaban; estaba atento á las conversaciones que de política se sostenían en su casa, y palmoteaba cuando se defendía la república; demostraba en fin una precocidad tan grande, que la familia en masa no se cansaba de decir:

–¡Qué chiquillo! ¡Si parece un viejo!

Y lo peor del caso es que no lo parecía, sino que por su espíritu lo era. ¡Había logrado volver á nacer, sabiendo lo que sabía cuando murió... la otra vez!

¡Qué desequilibrio más aterrador!

Pérez lo comprendía así y no lo podía evitar. ¡Cuántas veces lo que sus padres creían que eran los lloros efecto de la dentición, no eran sino lamentos por encontrarse con la pequeñez de fuerzas, cuerpo y medios de vida de un chiquitín, y los alientos, si no de un gigante, de un hombre hecho y derecho! ¡Cuántas veces protestaba á rabieta tendida de haber deseado trastornar las leyes de la humanidad, y por todo consuelo le hacían chupar el biberón!

«Pero en fin – llegó á pensar filosóficamente en tanto que le hacían tomar á la fuerza una cucharada de denticina – todo será hasta que pase de esta primera infancia, que después... ¡oh!, después la experiencia adquirida me va á servir de mucho para andar por el mundo...»

Y con esta confianza Pérez, ó si quieren ustedes el niño del Sr. Corderillo, sufría con paciencia los azotes que le proporcionaban cuando, á pesar de su experiencia y de ser un verdadero hombre de mundo, cometía cualquier ligereza propia de los niños, acostumbrados á tratar con bastante poco aseo los pañales y demás prendas de vestir.

Fué creciendo, naturalmente, y como la experiencia suya le colocaba fuera de los límites de lo ordinario, llegó á ser el chicuelo más antipático de la creación. No se emprendía conversación alguna en su presencia, que no fuera interrumpida por él, lo cual le valía ser encerrado en el cuarto obscuro. Y... ¡no les digo á ustedes nada cuando, hablando de amores, negocios ó empresas, aquel colegialete osaba imponer su opinión y trataba de igual á igual á los amigos de su padre!.. ¡Calabozo seguro, y sin postre además!

Y aquel engendro, medio viejo, medio infante, no salía de su asombro al ver que para maldita de Dios la cosa le iba sirviendo todo cuanto aprendió en su anterior encarnación.

Llegaron para él la época de los estudios, y se encontró con nuevos planes de enseñanza, nuevos libros de texto, y lo que era peor, nuevas doctrinas, escuelas é ideales; la de los noviazgos, y tropezó con añagazas con las que no pudo soñar, falsías de nuevo cuño, infidelidades eternas é inevitables y engaños de quien, á pesar de su experiencia, podía esperarlos menos, la de los amigos, y se convenció de que con su mundología no podía mejorar la raza de aquéllos, concluyendo por ser víctima del amigo á quien más protegía, ni más ni menos que le ocurrió cuando se llamaba Pérez; la de los negocios, y... «¡cuidado que es mala fortuna la mía – sollozaba el infeliz Corderillo, – todos me salen mal, todos son nuevos y no entiendo ninguno!»

¡Claro que había de ser una gran casualidad que le fueran á proponer negocios exactamente de la misma índole y en idénticas condiciones que aquellos contra los cuales él estaba ya preparado y prevenido! No en vano el mundo da vueltas.

Acongojado porque se le fugó con los fondos de



ESTUDIO, dibujo á la pluma de Baldomero Galofre

GUERRA DE CUBA. – UN PATIO DE CANDELARIA (PINAR DEL RÍO). – BOHÍOS DE CAMPESINOS RECONCENTRADOS (de fotografía de Otero y Colominas)



EL DUELO, CUADRO DE ILJA REPINE (Exposición de Bellas Artes de Venecia. 1897)



DESPUÉS DE LA PRIMERA COMUNIÓN, cuadro de Arnaldo Ferraguti

su casa el hijo de cierto personaje que «á Pérez» le había estafado una regular cantidad, comprendió que aquella experiencia trasnochada no le reportaba ningún beneficio, cayó enfermo y en el delirio de la calentura repetía:

– ¡Si se volviera á nacer!..

. . . .

Como la majadería es un castigo con el que por adelantado se cobra Dios de las fechorías que le cometemos los hombres, Corderillo fué al cielo calzado y vestido.

Y el Supremo Hacedor, que si es todo justicia es también todo misericordia, pasando á Pérez cariñosamente la mano por el hombro, no pudo menos de decirle:

– Supongo te habrás convencido de que cuando he hecho que no se nazca dos veces... ¡por algo será!..

Carlos Ossorio y Gallardo

NUESTROS GRABADOS

D. Juan Idiarte Borda.—El infortunado presidente de la República del Uruguay, recientemente asesinado, fué elevado á la presidencia en 21 de marzo de 1894 y debía cesar en su cargo en 1.º de marzo de 1898. Al ser elegido figuraba en el partido colorado, de cuya Comisión directiva formaba parte, y hacía tiempo que como diputado y senador habíase conquistado un lugar importante en la política uruguaya. Durante la presidencia del general D. Maximino Santos y siendo diputado se embarcó para Buenos Aires con un grupo de veinte diputados, por ser completamente opuesto á la política del citado presidente, permaneciendo en el destierro hasta después de la pacificación del Quebracho. Era hijo de una familia vasco-francesa y había nacido en Mercedes, departamento de Soriano.



D. Juan Idiarte Borda,
infortunado presidente de la República del Uruguay,
asesinado en Montevideo en 25 de agosto último
(de fotografía)

El Sr. Idiarte Borda fué asesinado el día 25 de agosto último al salir de la catedral, en donde se había cantado un *Tedéum* en conmemoración del aniversario de la independencia del Uruguay. Su asesinato se atribuye al estado actual de la política del país y á venganzas personales, por suponerse que era un obstáculo para la paz tan deseada por toda la nación.

El retrato que publicamos es reproducción del último fotográfico que se ha hecho del Sr. Idiarte Borda y que nos ha sido facilitado por el digno cónsul del Uruguay en Barcelona señor D. Antonio Sáenz de Zumarán, á quien damos por su amabilidad las más expresivas gracias.

El último recurso, cuadro de J. Jendrassik.—¿A qué explicar el asunto de este bellísimo lienzo? Al contemplar aquella niña, ¿quién no adivina que yace en cama moribundo alguno de los seres que le son más queridos y cuya salvación sólo se espera de la medicina que el farmacéutico está preparando detrás del mostrador? El cuadro de Jendrassik, hondamente sentido, es una nota de dolor admirablemente expresada que sugestiona á cuantos lo contemplan, haciendo que se asocien desde el fondo de su alma á la tristeza tan magistralmente pintada en el semblante y en la figura toda de aquella infeliz muchacha.

Excmo. Sr. D. Manuel Planas y Casals, retrato de J. M.ª Marqués.—Al reproducir La Ilustración Artística el retrato del Excmo. Sr. D. Manuel Planas y Casals, lo hace en el doble concepto de rendir un testimonio de consideración á un patricio ilustre y de dar á conocer una producción pictórica de relevante mérito.

La personalidad del Sr. Planas y Casals es asaz saliente para tener derecho al tributo de consideración que le rinden sus conciudadanos. A sus indiscutibles méritos y superior inteligencia debe la elevada posición que ocupa, puesto que así en el foro como en los diversos cargos que ha desempeñado, ya como Presidente de la Diputación Provincial, Diputado á Cortes y Senador del Reino, ha logrado notoria singularidad. Vivo está el recuerdo de su provechosa gestión en el primero de dichos cargos, que desempeñó con general aplauso durante tres bienios, ya consagrándose á la defensa de los grandes intereses del trabajo nacional, cuantas veces se vieron amenazados por reformas arancelarias ó tratados comerciales, ó bien acudiendo presuroso en auxilio de los pueblos de la provincia, durante la última epidemia colérica, visitando las localidades infestadas para prestar socorros y consuelos, y vivo está también el recuerdo de su último discurso en el Congreso de los Diputados, cuando Barcelona entera se conmovió por el último atentado anarquista: el Sr. Planas y Casals, haciéndose intérprete de tantos dolores y de tan crueles amarguras, contribuyó entonces á que la Cámara adoptara acuerdos que tendieran á la defensa del orden social.

Su condición de jefe de un partido político y su alto cargo de senador vitalicio le han procurado medios para intervenir en asuntos que afectan á nuestra ciudad, traduciéndose en ventajas y beneficios las soluciones en que ha tomado activa parte.

Asequible para todos, de clara inteligencia y singulares dotes de mando, es el Sr. Planas y Casals la figura más saliente del partido conservador barcelonés, y su autoridad, al igual de lo que acontecía con su ilustre jefe D. Antonio Cánovas del Castillo, es reconocida y aceptada por sus correligionarios en esta provincia.

El retrato que damos á conocer á nuestros lectores es trasunto fidelísimo del natural. El Sr. Marqués ha sabido trasladar al lienzo los rasgos que tanto le distinguen, y especialmente ese algo que revela el espíritu de aquellos que sobresalen de entre los demás por los destellos de su superior inteligencia. De ahí que no titubeamos en aplaudir al artista que tan gallarda y nueva muestra acaba de dar de sus aptitudes, produciendo una obra notable digna de su buen nombre y de su historia artística.

Guerra de Filipinas.—El puente que reproduce el primer grabado de la página 581 cruza el río Naic en las inmediaciones del pueblo de este mismo nombre, y es de madera, excepción hecha de la techumbre y de las barandillas, que son de hierro. Los insurrectos, además de fortificarlo con trincheras, habían acumulado sobre él gran cantidad de nipa con el intento de prenderle fuego si nuestras tropas atacaban el pueblo por este lado. Sus preparativos, sin embargo, resultaron inútiles, porque el ataque no se realizó por aquel sitio.

La trinchera reproducida en nuestro segundo grabado de la página citada estaba emplazada frente al río en la parte por donde penetraron nuestros soldados, y tenía varias troneras para falconetes y lantacas. Su altura era de unos tres metros y en su frente había mucho ramaje espinoso puesto allí para dificultar el asalto. El árbol que se ve en el centro, y al cual hay adosada una escala, servía de observatorio. Esta trinchera era la más fuerte de las construídas en Naic, si se exceptúa la situada frente al puente, que la superaba en altura y espesor.

Las fotografías de donde reproducimos los grabados fueron sacadas por nuestro corresponsal artístico Sr. Arias y Rodríguez al día siguiente de la ocupación de Naic por las fuerzas leales.

Estudio, dibujo á la pluma de Baldomero Galofre.—El notable estudio que reproducimos, escogido al azar de entre los que guardan las repletas carteras de Baldomero Galofre, demuestra, como todos los suyos, las cualidades que tanto le distinguen. En esta producción, como en todas la de este distinguido artista, adivínase el laudable empeño de avalorar la acción, de representar el movimiento y la vida de los tipos ó escenas que reproduce, trasunto de las que se desarrollan en nuestro país.

Nuestros lectores han podido admirar frecuentemente en estas páginas obras meritorias del Sr. Galofre, y habrán podido apreciar cuán justa es la fama de que goza, alcanzada ha muchos años y cimentada de continuo por la valía de sus obras, siempre aplaudidas y celebradas.

Guerra de Cuba.—Bohíos de los campesinos reconcentrados.—A fin de limitar los recursos de que pudieran disponer los rebeldes cubanos, dispúsose la reconcentración en los grandes poblados de los habitantes del campo. La fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana, que reproducimos en la página 583, da perfecta idea de cómo viven los reconcentrados á quienes los rigores de la guerra han arrancado de sus hogares, colocándoles las más de las veces en situación apuradísima por la gran dificultad en que se encuentran las autoridades locales para proporcionarles medios de subsistencia.

El duelo, cuadro de Ilja Repine.–Este cuadro del famoso pintor ruso fué el verdadero *clou* de la última exposición de Venecia; y en verdad que nadie calificará de injustificada la admiración que allí produjo, pues aparte de la fuerza dramática que el desarrollo del asunto encierra, desde el punto de vista técnico, el lienzo en su conjunto y en los menores detalles de la triste escena satisface á los más exigentes. Ilja Repine es discípulo de la Academia Imperial de San Petersburgo, en la que obtuvo una bolsa de viaje, y hoy se le considera como el pintor más popular de Rusia: su cuadro *Los navegantes del Volga* es juzgado como la obra maestra del arte ruso moderno, no siendo menos célebre el retrato que hizo de Tolstoi arando un campo. *El duelo* es propiedad de la citada Academia.

Después de la primera comunión, cuadro de Arnaldo Ferragutti.–El célebre pintor italiano ha trazado en este cuadro una página llena de sentimiento, un idilio impregnado de poesía. Aquellas tiernas criaturas revelan en su recogimiento la fe con que han recibido por vez primera el divino Cuerpo del Salvador, y en sus infantiles rostros refléjase la pureza de sus almas. Completa el efecto del hermoso grupo el paisaje pintado de mano maestra y cuya severidad armoniza por modo admirable con la expresión de las figuras.

El rey de Siam Chulalongkorn y sus hijos menores.—El monarca siamés, que actualmente viaja por Europa, es el quinto soberano de la actual dinastía: nació en 1853 y subió al trono en 1868, empuñando de hecho las riendas del gobierno en 1873. Como su padre, el rey Mongkut, ha decretado en su reino grandes reformas, entre ellas la abolición de la esclavitud hereditaria y el ingreso en la unión postal y en la red internacional telegráfica; ha fomentado la industria, construído carreteras y ferrocarriles y establecido un sistema monetario regular. En su capital, Bangkok, se encuentran todos los adelantos modernos y magníficos edificios á la europea. Es, en suma, un entusiasta de la civilización europea, y gracias á sus iniciativas y á sus esfuerzos Siam es actualmente, después del Japón, la nación más apegada á nuestra cultura, de la cual ha tomado todo aquello que mejor podía asimilarse á la vida y á las necesidades nacionales.



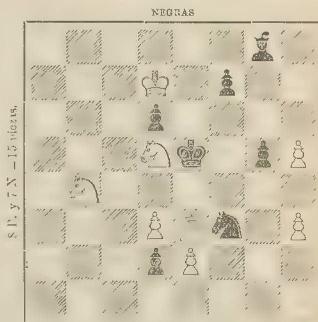
El rey de Siam Chulalongkorn y sus hijos menores (de fotografía)

La Galería Nacional de Arte Británico.—Hace diez años un acaudalado londinense, Mr. Enrique Tate, ofreció construir á sus expensas un edificio destinado al arte británico y, cosa extraña, tal ofrecimiento fué mirado por los poderes públicos con la mayor indiferencia, á pesar de lo cual el generoso patriota no sólo mantuvo su oferta, sino que fué todavía más allá de lo que al principio había dicho, empleando en la construcción 100.000 libras esterlinas en vez de las 80.000 primeramente ofrecidas, y proveyendo además al futuro engrandecimiento de la galería, para el caso de que esto se hiciese necesario. El nuevo museo se levanta actualmente en el sitio que antes ocupara la cárcel de Millbank, y ha sido construído por el arquitecto Mr. Sidney Smith, el cual ha dado pruebas de su talento y de su buen gusto no sólo en la parte externa, sino que también en la disposición interior del edificio. La inauguración de la Galería Nacional, verificada recientemente, ha sido presidida por el príncipe de Gales. Hasta el presente, la galería contiene tres colecciones, de las cuales la más importante es la regalada por el propio Mr. Tate, que consiste en 65 cuadros de los pintores ingleses más afamados, tales como Millais, Orchardson, Leighton, Stanhope Forbes, Hook, Briton Riviere y otros. Otra colección es la de obras de artistas anteriores á 1790 y otra la de los cuadros de Mr. G. F. Watts, regalados por su autor al Estado.

AJEDREZ

Problema número 85, por José Paluzíe

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 84, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. D 6 C D	1. Cualquiera.
2. A ó D mate.	



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

Novela original de la notable escritora alemana Eugenia Marlitt

(continuación)

Poco después el joven acercábase á ella, y la señorita de Walde tuvo motivo para mostrarse más satisfecha, pues su rostro tenía una expresión grave y seria. Arrojó su sombrero sobre una mesa, arrastró una silla hasta cerca de Elena, ofreció á ésta ambas manos, y conmovido al parecer de su palidez, le dijo:

– ¿Te sientes indispuesta esta mañana?

– ¿Y te parece extraño?, replicó Elena, sin poder reprimir los sentimientos de amargura que la agitaban... Desgraciadamente, me falta ese grado de valor que permite levantar al cielo la frente serena después de sufrir la más cruel de las pruebas que el destino nos reservaba... No puedo menos de envidiarte, añadió, observando con tristeza el rostro del Sr. de Hollfeld.

Este deploró interiormente su paseo matinal, ó más bien los tiernos pensamientos consagrados á Isabel, que se habían reflejado en su semblante.

– Eres injusta, Elena, dijo el Sr. de Hollfeld con voz penetrante y enternecida. ¿Puede el hombre que ha tomado una resolución lamentarse y llorar cuando trata de llevarla á cabo?

– Lo cierto es que hace un instante parecías poco dispuesto á gemir y sollozar.

En el alma del Sr. de Hollfeld se produjo una borrasca. ¿No debía aquella pobre joven enfermiza mostrarse animada del más profundo agradecimiento á los que no se alejaban de ella con indiferencia y hasta repulsión? ¿No era así, con alegría y gratitud, como había acogido en otro tiempo las primeras atenciones de su primo? ¡Y he aquí que ahora se permitía dirigirle censuras! Aunque no había perdonado medio alguno para hacerle creer que la amaba tiernamente, no por eso dejaba de comprender que era necesario estar dotada de una fuerte dosis de vanidad para dar crédito á la comedia que él había desempeñado. Mucho le costó ahogar este resentimiento, pero lo consiguió; y con una sonrisa impregnada de melancolía volvió á tomar la palabra.

– Si hubieras podido leer hace un instante en mi interior, dijo, habrías comprendido sin dificultad el sentimiento que había desvanecido momentáneamente mis crueles pesares, y no me habrías dirigido una censura de la cual te arrepentirás. Me representaba con satisfacción la hora en que, avistándome con tu hermano, podré decirle: «Elena acaba de resolverse á vivir en adelante junto á mí con mi familia...» No niego que me complacía vivamente representarme este momento, porque siempre le ha disgustado la ternura que te profeso, mostrándose celoso de la que tú tienes á bien dispensarme.

Lector, se ha dicho á menudo que el amor es ciego; tal vez deberíamos añadir que su ceguera es con frecuencia voluntaria: cierra los ojos para absorberse en la visión que le sostiene, porque sabe que el momento en que vea claro será también el de su muerte... Lucha mientras sus fuerzas se lo permiten para conservar las tinieblas de que su existencia depende, y se aisla de la realidad para no perder la ilusión, que es su razón de ser.

Elena trató, pues, de conciliar las observaciones que el semblante de su primo le había sugerido con la explicación que se le daba, y por fortuna esta adaptación no presentaba dificultades. Elena le tendió emocionada su mano.

– Te creo, le dijo con acento penetrante; perder la fe que en ti tengo me ocasionaría la muerte. ¡Oh, Emilio, sé siempre sincero, yo te lo suplico, y no me ocultes nada, ni aun con el piadoso pensamiento de complacerme! Mil veces más vale la certidumbre, aun siendo cruel, que la sospecha, que gravita sobre nosotros como un peso angustioso. He pasado una noche espantosa; mas al fin he podido vencerme y considerar tranquilamente el caso extremo de que me has hablado... Podemos, pues, hablar de tu proyecto, pues no recobraré del todo la calma hasta que sepa el nombre de la joven que te propones asociar á nuestra suerte. Hasta aquí esa tercera persona se mantiene para mí como un fantasma, cuyas facciones me esfuerzo por ver sin que me sea posible conseguirlo, y yo quiero saber lo que debo esperar ó temer de esa esfinge desconocida... Esta incertidumbre me perturba ahora más que todo, más aún que el proyecto mismo. Dime su nombre, Emilio, te lo ruego encarecidamente.

La mirada de Hollfeld se fijaba en el suelo con inquietud creciente; había llegado el momento peligroso y parecíale que el papel que desempeñaba ofrecíale obstáculos insuperables.

– Yo no sé, dijo al fin, haciendo un esfuerzo, si sería prudente continuar esta conversación hoy, el día después de una noche penosa, y cuando aún estás debilitada por el insomnio. Temo agravar tu indisposición, y sin embargo, debo confesarte que cuanto más considero mi proyecto y la elección que quiero someter á tu juicio para que tú resuelvas en definiva, más sensato y práctico me parece... Aunque conformándome con tu parecer, sentiría, no obstante, que tu oposición nos hiciera perder las ventajas, preciosas para nosotros, que reflexionando maduramente encuentro en esa elección.

– Esa oposición no es de temer, exclamó Elena, inclinándose hacia adelante; yo también he reflexionado, he sabido vencerme, y estoy resuelta á someterme á lo inevitable. Me obligo á juzgar tu elección fría é imparcialmente, en una palabra, como si no te amase.

Al decir esto, Elena se ruborizó, porque jamás se había expresado de aquel modo.

– ¡Pues bien!, dijo Hollfeld, tembloroso, porque el momento decisivo había llegado, ¿qué te parece de la joven de Gnadeck?

– ¿Isabel Ferber?, exclamó Elena en el colmo de la sorpresa.

– ¡Oh! No, Isabel de Gnadewitz, repuso Hollfeld; y precisamente el cambio sobrevenido en el estado de la familia es lo que me ha hecho fijar los ojos en ella. Te confieso que hasta aquí no había fijado la menor atención en esa joven; su misma insignificancia la recomienda á nuestra elección; mas no habría sido esto, sin embargo, lo suficiente para inducirme á una alianza desigual. Reflexionando, me he dicho que su aire formal y la calma que su semblante revela eran buenas garantías para nuestro proyecto.

– ¡Insignificante..., ella insignificante! ¡Oh, Emilio, qué ciego es preciso ser para no ver en esa encantadora niña nada más que su «aire formal y la calma que su semblante revela!»

– ¡Sea!, contestó Hollfeld tranquilamente; pero sin duda tenía buenas razones para no observarlo. Tan sólo recuerdo que mientras tú te irritabas á veces contra las dificultades de una composición que las dos tocabais á cuatro manos, ella no perdía nunca la paciencia y volvía á comenzar el pasaje difícil hasta que lograbas tocarlo á tu satisfacción. Esto me agradó desde luego, disponiéndome para apreciarla por esa hermosa cualidad de la paciencia, tan necesaria á los que deben desempeñar aquí bajo papeles secundarios. También es evidente que ella te estima y te respeta, cosa esencial; y en fin, se ha criado en una posición precaria y hasta humilde... No tendrá, pues, pretensiones, y sus deseos quedarán colmados mucho más allá de sus esperanzas hasta con el limitado lugar que puedo ofrecerle entre nosotros. Creo que está dotada de buen sentido y educada muy sencillamente y que, por lo tanto...

Elena había vuelto á recostarse en el almohadón y se cubría el rostro con las manos.

– ¡No, no!, exclamó incorporándose de pronto, como si hubiese tomado una resolución súbita é irrevocable... ¡No, esa encantadora niña, no! ¡Isabel merece ser amada!

En aquel momento se oyó el penetrante aullido de un perro, que hizo proferir á Elena un grito de espanto. Hollfeld, al levantarse, acababa de pisar la pata de su perra de caza, que le había seguido y estaba tendida á sus pies. Aquel incidente burlesco vino en su auxilio; las últimas palabras de Elena ofrecían un contraste tan chistoso con el sentimiento que animaba á Hollfeld, que estuvo á punto de soltar la carcajada. Abrió la puerta, hizo salir á *Diana*, y pudo volver junto á Elena después de haber dominado los movimientos de su fisonomía.

– ¡Dios mío!, dijo con tono bondadoso, amaremos á esa niña, querida Elena... Tan sólo se trata de hacerle comprender que el primer lugar en mi corazón te pertenece, y ella lo entenderá así mejor que cualquiera otra. Tiene mucha sangre fría, como lo demostró anteayer, salvando á Rodolfo.

– ¿Cómo es eso?, exclamó Elena, con los ojos muy abiertos por un asombro indescriptible.

El criado que, á pesar de la prohibición formal del Sr. de Walde, propaló la noticia del atentado de que aquél estuvo á punto de ser víctima, había querido,

por lo menos, atenuar los efectos de su indiscreción, afirmando que el asesino había apuntado mal, y que el Sr. de Walde se libró por esta torpeza. El mismo Hollfeld no sabía la verdad sino desde hacía una hora solamente, gracias á la confidencia de uno de los jardineros. El proceder valeroso de Isabel había aumentado más aún la pasión que experimentaba, y estaba resuelto á no perdonar medio alguno para obtener su mano. Refirió á Elena todos estos incidentes, y concluyó diciendo:

– Ahora tienes una razón más para amar á esa joven, y todo me induce á creer que ninguna otra llenaría tan bien las condiciones que deseamos.

Hollfeld, que había quemado su último cartucho, contemplaba con aire de triunfo á su prima, que en silencio y derramando abundantes lágrimas, parecía sostener consigo misma una lucha decisiva.

¿Cómo era que los dos interlocutores no se habían preguntado ni una sola vez si Isabel consentiría en las combinaciones que debían regir su existencia? Si alguna lectora se dirige esta pregunta, fácilmente hallará la contestación en el simple hecho de que Elena estaba tan enamorada de su primo que no concebía que otra mujer pudiera dejar de amarle y aceptar su mano.

El silencio, que comenzaba á ser penoso, fué interrumpido al fin por la llegada de la baronesa, que volvía del paseo. Elena se levantó, enjugando precipitadamente sus lágrimas; pero con visible impaciencia soportó las manifestaciones de amistad prodigadas por la señora de Lessen, que no pudo obtener de ella más que contestaciones muy lacónicas.

– ¡Uf!, exclamó la baronesa, sacudiéndose la falda y dejando la manteleta en manos de su hijo, para acercarse después á un sofá; estoy sofocada de calor. ¡Qué camino tan horrible el de esa montaña! ¡Seguramente no volverán á verme por allí!

– ¿Has ido á la montaña?, preguntó Hollfeld con expresión de incredulidad.

– Sí por cierto; ya sabes que el médico me ha recomendado siempre dar paseos matinales.

– Sin duda; pero de eso hace muchos años, y desde entonces nos has dicho siempre que tus palpitaciones te impedían andar.

– Es preciso probarlo todo, hasta lo que es desagradable ó penoso, contestó la señora de Lessen algo confusa... Y como no he podido cerrar los ojos durante la noche última, me he decidido á intentar la prueba, andando un poco esta mañana; pero no la repetiré. Hay remedios peores que la enfermedad. Y además, he sufrido esta mañana una enojosa contrariedad. Figúrate, Elena, que he encontrado en el parque á Bella acompañada de su nueva institutriz... ¿Podrías tú creer nunca que esa mujer tenía la audacia de llevar á la niña á la izquierda?.. Por otra parte, esa señorita Gwerin tiene el aspecto más desagradable y más risible que puedas imaginarte; me he dejado dominar de la cólera y la institutriz ha llevado su merecido, yo te lo aseguro; pero ¿no es cosa que desespera no poder contar con un momento de reposo? ¡Cuando espero obtener al fin la calma que ansío, me veo otra vez acosada de toda especie de molestias y enojos que alteran mi salud y me hacen desgraciada!

La baronesa quiso apoyar su frente en la mano; pero echó de ver que su trenza postiza, oprimida y desalojada de su sitio por el sombrero, había tomado una dirección inverosímil, y pidió permiso para retirarse á su habitación algunos instantes á fin de reparar el desorden de su tocado.

– A propósito, dijo, reteniendo con ambas manos el sombrero, encargado á su vez de sostener la trenza rebelde, Reinhard nos ha engañado ayer con su cuento de hadas... He encontrado por casualidad al señor Ferber cerca de las ruinas... y le he felicitado...

– ¡Ah! Ahora comprendo tu paseo matinal, y el objeto que te proponías, dijo Hollfeld con tono irónico... ¿Y has hablado con ese hombre, madre mía?

– Ahora se puede hacer... Yo me interesaba principalmente por aquellas alhajas ..

– ¿Deseabas comprarlas?, preguntó Hollfeld.

– Nada de eso, contestó la baronesa, dirigiéndole una mirada de cólera; pero siempre he tenido manía por las piedras preciosas, y si tu padre no hubiese muerto repentinamente, hoy poseería muy buenos diamantes, pues me los había prometido. Pero volviendo á ese hallazgo, Ferber me ha dicho de qué se componía, y contestando con mucha franqueza á mis preguntas, añadió que el valor total se elevaba tal vez á poco más de nueve mil escudos... ¡Y esto es lo que Reinhard llama un valor considerable!.. Pero esperadme aquí un solo instante, que en seguida vuelvo.

La sonrisa irónica con que Hollfeld había escuchado las quejas de su madre se desvaneció súbitamente de su rostro, en el cual se pintó una viva decepción.

Apenas se hubo cerrado la puerta detrás de la baronesa, Elena ofreció ambas manos á su primo.

– Emilio, le dijo vivamente, aunque con voz temblorosa y algo velada, si consigues ganar el corazón



Elena había vuelto á recostarse en el almohadón y se cubría el rostro con las manos

de Isabel, lo cual no dudo, queda convenido que yo me instalaré con vosotros en Odenberg.

– Estamos conformes, contestó Hollfeld algo forzadamente; pero será absolutamente preciso resignarte á no encontrar en mi casa el aparato y el lujo á que estás acostumbrada... Mis recursos son bastante modestos, y acabas de oir que Isabel no puede esperar dote alguno.

– ¡Puedes estar tranquilo! La joven no entrará pobre en tu casa, Emilio, te lo aseguro, contestó Elena. Desde el momento en que haya consentido en darte la mano de esposa, será mi hermana .. De lo que posco haré dos partes iguales, una para ella y otra para mí, hasta tanto que ambas sean suyas. Le cederé, por lo pronto, la propiedad y las rentas de Neuborn, mi dominio de Silesia; y apenas regrese Rodolfo le hablaré de este asunto. Cuando yo muera, lo demás os pertenecerá. ¿Estás contento de mí?

– ¡Oh, Elena, eres un ángel!, exclamó Emilio, arrodillándose á los pies de su prima. Y yo te prometo que no te arrepentirás de tu generosidad.

Y esta vez el Sr. de Hollfeld no mentía; sus transportes no eran fingidos, porque la propiedad de Silesia convertía á la pobre Isabel en una novia rica.



XVIII

Dos días habían transcurrido desde el momento en que Elena creyó haber alcanzado una victoria decisiva sobre sí misma. ¡Dos días tan sólo, pero llenos para ella de indecibles sufrimientos! Se repetía sin cesar que el término de su vida no estaba muy lejano..., y no obstante, espantábale pensar que fuesen tan pocos los días que le quedaban de existencia en este mundo. La promesa de vivir junto á los jóvenes casados le parecía cada vez más intolerable; mas no hubiera consentido en cambiar la resolución que le había valido la admiración y los elogios de su primo. Quería ser digna del amor de éste y merecer su estimación por medio del más terrible sacrificio.

Su frágil existencia vacilaba en la lucha que sostenía contra tantos sentimientos contradictorios; la fiebre no la abandonaba, por decirlo así, y una inquietud invencible la minaba rápidamente; pero sufría en silencio, porque Hollfeld así lo quería. Éste se había opuesto á que enviase á buscar inmediatamente á Isabel, suponiendo, no sin razón tal vez, que podría resultar de la entrevista un conflicto desfavorable para la realización de sus esperanzas. Por su parte había hecho ya algunas tentativas para ver á la joven: dos veces se presentó en el castillo para ofrecer sus respetos á la familia de Gnadewitz; pero por más que tiró de la campanilla no consiguió que le abriesen la puerta, viéndose obligado á retirarse, como vulgarmente se dice, con el rabo entre las piernas. La primera vez toda la familia estaba en realidad ausente; pero la segunda, Isabel le había visto venir cuando sus padres estaban con Ernesto en la casa forestal, y la señorita Mertens aprobó la resolución adoptada por la joven de no recibir al desagradable visitante. En su consecuencia, las dos permanecieron tranquilas en su cuarto, mientras la campanilla se agitaba con violencia.

No eran todavía las siete de la mañana, y Elena, envuelta en un peinador, se había recostado en su butaca. No había podido disfrutar de un momento de reposo durante toda la noche. La baronesa dormía aún, y como la señorita de Walde no podía ni quería permanecer sola de ningún modo, una de sus doncellas había tomado una labor de costura y hallábase junto á ella, sin que Elena fijase la menor atención en su charla. La doncella se calló muy pronto para escuchar... En efecto, oíase á lo lejos el rumor producido por las ruedas de un carruaje que se desviaba del camino para penetrar en las avenidas del parque, hundiéndose en la espesa arena que las cubría. Elena se apoyó de codos en la ventana; era el coche de su hermano, y estaba vacío.

– ¿Dónde está tu amo?, preguntó Elena al cochero cuando estuvo cerca del castillo.

– El señor se apeó en el camino, contestó el antiguo cochero descubriéndose, y vuelve á pie desde la montaña, pasando por delante de Gnadeck.

Elena se retiró de la ventana estremeciéndose; la palabra Gnadeck había producido en ella el efecto de un choque eléctrico... ¡Ay, el momento se acercaba!.. ¡Su destino iba á tener el desenlace que temía!

Se levantó, y apoyada en el brazo de la doncella, bajó á la habitación de su hermano, donde dió las órdenes necesarias para que le sirviesen el almuerzo en el salón que se comunicaba con el pórtico por una puerta vidriera; después fué á sentarse en un sillón para esperar al Sr. de Walde. Cogió uno de los álbums ricamente encuadernados que estaban esparcidos en la mesa, y le hojeó maquinalmente.

Al cabo de media hora de espera apareció en el umbral de la puerta la alta figura del Sr. de Walde; Elena abandonó el libro y ofreció ambas manos á su hermano. El Sr. de Walde se mostró sorprendido, y le enterneció al parecer aquella acogida; adelantóse rápidamente, y luego se detuvo de pronto al ver más de cerca aquel semblante de expresión tan desolada.

– ¿Has estado enferma, Elena?, preguntó, sentándose á su lado.

Y pasando su brazo por detrás de ella, la levantó suavemente con la mayor ternura á fin de examinarla mejor. Había en su tono y su mirada tan viva solicitud, que la pobre joven atormentada experimentó una especie de bienestar moral, cuya dulzura no esperaba volver á conocer. Dos lágrimas cayeron de sus ojos, y oprimió el rostro contra el hombro de su hermano.

– ¿No ha venido Fels desde mi marcha?, preguntó el Sr. de Walde, asombrado del cambio que notaba en su hermana.

– No; y he prohibido terminantemente que fueran á buscarle para mí; sigo el régimen que me aconsejó,

y tomo con regularidad los remedios prescritos. Ni él ni yo podemos hacer nada más, y no debes atormentarte por mí, Rodolfo, porque ya me pondré buena. ¿Has debido pasar horas tristes desde que nos dejaste?

- Sí, contestó el Sr. de Walde, sin poder apartar su mirada de aquel rostro tan profundamente alterado. El pobre Hartigny había muerto ya; una hemorragia puso término á los padecimientos que sufría, y ayer mismo se verificó su entierro. No reconocerías á su viuda, mi pobre Elena; una sola noche ha bastado para convertir aquella mujer alegre y bella en una vieja encorvada por el dolor.

El Sr. de Walde dió otros detalles sobre aquel desgraciado suceso; después se pasó la mano por los ojos como para desechar la visión de las horas penosas que acababa de pasar, y cambiando de tono añadió:

- ¿Se halla todo como de costumbre? ¿Encontraré cada cosa en el mismo lugar?

- No del todo, contestó Elena, estremeciéndose... Mohring ha dejado ya nuestra casa.

- ¡Ah!.. Le deseo buen viaje; y puedo contar con un enemigo más en el universo... Difícil era que pudiéramos congeniar, porque me repugnaba su carácter falso.

- Y allá arriba, en la montaña, prosiguió Elena, temblando, la felicidad ha entrado en casa de los Ferber.

El sitial que la señorita de Walde ocupaba recibió una especie de choque violento por el lado en que se apoyaba el brazo de su hermano; pero como Elena no levantaba los ojos, no vió la palidez lívida que cubrió súbitamente el rostro de aquél, ni el temblor de sus labios, que debieron hacer un esfuerzo para pronunciar con indiferencia esta única palabra:

- ¿De veras?

Entonces Elena le refirió lo del descubrimiento debido al derribo del mirador, y su hermano la escuchó atentamente. No sabía que cada una de las palabras de aquel relato era un puñal que penetraba en el corazón de Elena, porque representaban á sus ojos el prefacio de la penosa comunicación que deseaba hacerle.

- Es una extraña solución, dada por la casualidad á un enigma del pasado, dijo el Sr. de Walde cuando su hermana hubo terminado su narración... Dudo, sin embargo, que esa familia considere como una dicha el pertenecer á la familia de los Gnadewitz.

- ¡Ah!, repuso vivamente Elena, ¿recuerdas tú la opinión expresada por esa joven respecto á la nobleza y sus privilegios?.. Por más que haga, no puedo menos de recordar en esta ocasión la fábula de la zorra y las uvas.

Elena pronunció estas palabras con singular acritud; su propio pesar hacíala maligna, é instintivamente trataba de rebajar el carácter de la joven que resultaba ser su rival involuntaria.

Las facciones del Sr. de Walde expresaron el mayor asombro; inclinóse y miró atentamente el rostro de su hermana, como para convencerse de que aquellas palabras malévolas habían sido pronunciadas realmente por ella.

En aquel momento, *Diana*, la perra de caza del Sr. de Hollfeld, se presentó en el pórtico, dió algunas vueltas por el salón, y después desapareció al punto, llamada por un silbido que partía del parque. Su amo no tardó en atravesar uno de los prados; parecía ignorar que el Sr. de Walde hubiese regresado; andaba rápidamente y tomó una avenida que conducía á Gnadeck. Elena le siguió con la vista hasta que hubo desaparecido, y después se dejó caer sobre su sillón con las manos crispadas y casi sin fuerzas. El Sr. de Walde echó un poco de vino de Burdeos en su vaso y la obligó á tomarle. Elena, mirándole con expresión de agradecimiento, procuraba sonreir.

- Aún no he terminado mi informe, dijo, incorporándose un poco; hago como los novelistas, que reservan sus principales efectos para el fin del libro.

Y fijando sus miradas en el bosquecillo añadió:

- Se prepara un acontecimiento feliz para nuestra casa: Emilio contrae matrimonio.

Elena esperaba una exclamación de sorpresa, ó por lo menos preguntas; mas el silencio no se interrumpió, y después de esperar un momento, se volvió hacia el Sr. de Walde; éste apoyaba la frente en su mano, mas al notar el movimiento de Elena levantóse con el rostro pálido y se dirigió á una ventana.

- ¿Estás indispuesto, Rodolfo?, preguntó Elena con inquietud.

- Es un ligero vértigo ocasionado por la fatiga de tantos días penosos, contestó tranquilamente.

Y volvió á sentarse otra vez junto á su hermana.

- Te he dicho que Emilio quiere casarse, repuso Elena, recalcando en cada palabra.

- Ya lo he oído, contestó maquinalmente el señor de Walde.

- ¿Apruebas este proyecto?

- No me atañe en nada; Hollfeld es dueño de su persona, y puede adoptar la resolución que más le convenga.

- Creo que ya tiene hecha su elección... Si me fuera permitido, te diría el nombre de la joven.

- No es necesario; ya la conoceré después.

- ¡Rodolfo, te ruego que no te muestres tan seco



Y volvió á sentarse otra vez junto á su hermana

y desdeñoso! Ya sé que no te agradan los discursos largos, y estoy acostumbrada á tus contestaciones lacónicas; pero en esta ocasión me contrista que seas tan rudo, pues precisamente debo pedirte un favor.

- Habla. ¿Debo aceptar la misión de servir de padre á nuestro primo para conducirle hasta los pies del altar?

El desdén que se traslucía en el tono con que pronunció estas palabras hizo estremecer á Elena.

- Eres hostil al pobre Emilio, replicó, y por esa prevención te muestras algunas veces injusto. Yo te ruego encarecidamente, querido Rodolfo, que me escuches con calma; es preciso que te hable hoy mismo de este asunto.

El Sr. de Walde apoyó los brazos cruzados en la ventana y repuso:

- Puedes hablar; ya te escucho.

- La joven que Emilio ha elegido es pobre.

- ¡Cosa extraña! Continúa.

- Las rentas de Emilio son muy insuficientes.

- ¡Pobre hombre! Apenas tiene seis mil thalers de renta; su triste suerte es digna de compasión.

Elena conocía la escrupulosa veracidad de su hermano, y no pudo dudar de la exactitud de aquella evaluación, que le produjo alguna sorpresa.

- En fin, repuso, aunque fuese más rico de lo que yo creía, esto no cambia en nada el aspecto de la cuestión... Yo quiero mucho..., mucho, á la persona que ha elegido, pues ha obrado en una ocasión que yo sé de tal modo que mi ternura fraternal le debe un agradecimiento eterno.

El Sr. de Walde permaneció impasible.

- Es para mí una hermana, continuó Elena; no quiero que entre pobre en la casa de Emilio, y deseo vivamente asegurarle la propiedad de Neuborn... ¿Puedo hacerlo?

- Neuborn te pertenece; eres mayor de edad, y de consiguiente no es necesario pedirme permiso para obrar á tu antojo.

- Dispénsame, Rodolfo..., podrías tener alguna objeción que oponerme si reflexionases un poco..., si, en fin, te hubieras considerado como mi heredero... ¿Conque me otorgas tu consentimiento?

- En un todo, si crees que este consentimiento es necesario.

- ¡Gracias, mil veces gracias!, exclamó Elena, ofreciendo la mano á su hermano; mas éste aparentó no ver el movimiento, aunque tenía la mirada fija en ella... ¿No apruebas mi resolución?, añadió después de esperar un momento.

- Yo apruebo siempre tus resoluciones, cuando deseas contribuir á la felicidad de aquellos menos favorecidos que nosotros por la fortuna; y debes recordar que siempre te ayudé en semejantes circunstancias, pero debo advertirte que en el caso de que se trata te podrían acusar de un poco de precipitación... Te urge mucho labrar la desgracia de la joven por quien te interesas.

- Esas frases son duras y amargas, dijo Elena temblando de cólera. Tú eres libre de tener contra Emilio un resentimiento, cuya causa nadie conoce; pero no de atacarle, acusándole tan ligeramente como lo haces..., sin conocer á quien ultrajas.

- ¡Le conozco bien..., demasiado bien! Más de lo que tú crees, mejor que tú misma, y pensaba que mi carácter debía preservarme, cuando menos de parte tuya, de que me acusases de ligereza. ¡Ese hombre es un bellaco sin honor, sin vergüenza, falto de todo sentimiento de dignidad; y desgraciada la mujer que le acepte por compañero de su vida! ¡Pobre de ella el día en que llegue á conocer bien la bajeza de esa alma, la inferioridad de esa inteligencia, la cobardía de ese carácter!

- ¡Oh, Dios mío, qué injusticia!, exclamó Elena, herida en el corazón. ¡Rodolfo, Rodolfo, no te reconozco! ¿Qué te ha hecho Emilio para que le injuries de ese modo?

- ¿Es preciso estar uno mismo atacado del mal, ó beneficiarse personalmente del bien para apreciar una cosa ú otra? ¿Dejará el ladrón de ser tal á mis ojos aunque no me haya robado? ¡Niña! Tú eres quien recibe el mayor daño; pero estás obcecada, voluntariamente obcecada... Tiempo vendrá en que, herida sin remedio, reconocerás la verdad que en este momento te indico y que rechazas con enojo, y aunque yo intentara entonces apartar de ti ese cáliz de amargura no lo conseguiría. Tú te consideras ahora como víctima; tú ves en mí un verdugo; y me obligas, con gran dolor mío, á dejarte proseguir sola y sin consejo por esa vía, á perseverar en ella hasta el momento en que, herida en tu fe y en tus afectos, te refugiarás sobre mi corazón para buscar un poco de consuelo... Esto te será siempre posible, este refugio no te ha de faltar..., pero ¿qué le quedará á la que se halle unida para siempre con ese hombre?

El Sr. de Walde pasó á la habitación contigua, y cuando la puerta se hubo cerrado tras él, Elena, loca de dolor, apoyándose en las paredes y en los muebles, se apresuró á salir del salón del piso bajo.

Indecible amargura llenaba su corazón, y sentía una especie de aversión hacia su hermano; él, que le había manifestado siempre una ternura casi maternal, que había sabido dispensar sus menores sensibilidades, venía de pronto á romper el silencio que se impusiera, lanzando contra aquel á quien ella amaba tan tiernamente acusaciones agobiadoras, puesto que emanaban de un carácter íntegro, equitativo, de una inteligencia que se tachaba de fría, pero que juzgaba bien. ¡Acusar de falsedad, de egoísmo, al que acababa de darle tan palpable prueba de su abnegación! Durante un momento, hasta la pareció haber tomado parte en un acto censurable tan sólo por el hecho de haber escuchado aquellas odiosas acusaciones. En adelante, el sacrificio le sería más fácil, porque vería una especie de expiación del daño causado por su hermano á aquel primo tan injustamente aborrecido, daño que se debía resarcir, aunque hubiese de quedar ignorado del que le sufrió. Pero Emilio no podía permanecer ya bajo el techo del pariente que le calumniaba; se lo haría comprender así, invitándole á no volver á Odenberg, y le estimularía al propio tiempo á persistir en la realización de sus proyectos respecto á Isabel.

Se dirigió al comedor, y cuando Hollfeld vino á reunirse con ella, acogióle con la más dulce sonrisa, anunciándole que su hermano, sin conocer siquiera el nombre de la persona en quien la elección de ambos había recaído, acababa de dar su consentimiento respecto á la distribución de fortuna que pensaba realizar y al donativo que se proponía hacer á su futura prima. Solicitó ver á Isabel aquel mismo día, y el señor de Hollfeld, muy satisfecho de la prisa que se daba para terminar aquel asunto, se puso de acuerdo con ella sobre el particular. Elena indicó el pabellón del jardín para su entrevista con Isabel y señaló para celebrarla las cuatro de aquella tarde: Hollfeld salió inmediatamente á fin de dar á uno de los criados del castillo, en nombre de la señorita de Walde, las órdenes necesarias. ¡Cuál no hubiera sido la sorpresa de la joven si hubiese oído á su primo decirle al criado que la señorita citaba á Isabel para las tres en punto, una hora antes de la que ella había señalado!

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

AL POLO NORTE EN GLOBO

EXPEDICIÓN ANDRÉE

Dos meses hace que la expedición Andrée partió en globo con rumbo al Norte y todavía no se ha recibido de ella noticia alguna. Teniendo en cuenta el tiempo transcurrido y considerando que los aeronautas llevaban consigo palomas mensajeras, los espíritus pesimistas empiezan á inquietarse. Muchos creían, como si se tratara de una excursión por el continente, que al cabo de algunos días se recibiría un despacho alado, y aún no habían transcurrido veinticuatro horas desde que el globo se elevara cuando ya se anunciaba el regreso de una paloma mensajera que luego resultó procedente de Noruega. Algunos días después, la tripulación de un ballenero regresaba á puerto diciendo que había encontrado en alta mar un objeto flotante parecido á los restos de un globo. ¡Y quién sabe cuántas cosas más se irán diciendo! Y sin embargo, conviene reflexionar un poco antes de anunciar rotundamente que no volveremos á ver á ninguno de los miembros de la expedición al polo Norte.

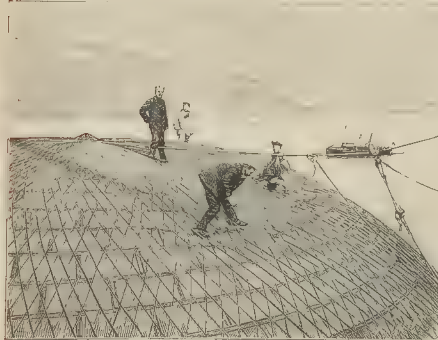


Fig. 1. - Reconocimiento del globo durante el henchimiento (de fotografía de M. Machuron)

Las palomas mensajeras no han llegado; pero ¿se sabe acaso si las soltaron? Y aun cuando hayan sido soltadas, nada demuestra que las tales palomas puedan orientarse en medio de las nieblas y de los hielos de las regiones polares. A las palomas soltadas en alta mar á algunos centenares de kilómetros de las costas, cuéstales muchísimo orientarse y á menudo se pierden, como sucedió en la suelta verificada en el Atlántico en 1895.

De aquí que sólo hipótesis pueden hacerse sobre el viaje del globo Andrée. Elevóse éste con fuerte viento favorable, viento Suroeste, y en tal dirección debió mantenerse durante algún tiempo la corriente. Si, por desgracia, saltó el viento en plena noche, los aeronautas lo habrían advertido oportunamente, antes de ser lanzados hacia el mar, y habrían tomado tierra en el banco de hielo; si, por el contrario, la corriente se mantuvo, los viajeros no tuvieron que detenerse y debieron pasar en menos de dos ó tres días por las inmediaciones del polo, después de lo cual el aerostato continuaría su ruta hacia el Nordeste, hasta que los aeronautas consideraran oportuno hacer alto. El viaje de ida se explica así perfectamente; en cuanto al de vuelta, ya resulta más problemático. ¿Habrá aprovechado el globo alguna corriente favorable?, ó por el contrario, ¿habrán resuelto los aeronautas explorar las regiones vistas desde la barquilla?, ¿habránse visto obligados á desembarcar en los hielos de las costas siberianas? Los expedicionarios llevaban consigo todo lo necesario para una larga invernada, y por consiguiente cabe suponer que transcurran muchos meses sin que M. Andrée pueda tranquilizarnos respecto de su suerte y de la de sus compañeros. Tal vez hayamos de esperar un año á tener noticias suyas: el invierno llega muy pronto en las regiones árticas, como se ha visto en la expedición Nansen, y hasta fines de mayo no puede pensarse en abandonar aquellos helados lugares. Antes de que los expedicionarios regresen á regiones menos inhospitalarias, pueden pasar, pues, muchos meses, y por consiguiente la curiosidad pública habrá de esperar quizás hasta 1898, á menos de que surja algún accidente imprevisto, para saber qué ha sido del globo de Andrée y de la expedición sueca.

M. Andrée ha cumplido su palabra, abandonando la tierra firme casi el mismo día que había señalado, cuando tantos fueron los que dijeron que no partiría, sin tener en cuenta que si no se elevó en 1896 fué porque soplaron siempre vientos contrarios. Cuando llegó la primavera del presente año, los detractores de la expedición comprendieron que la resolución del explorador era firme é irrevocable, puesto que vieron que se hacían los necesarios preparativos.

Creemos que es interesante para la historia de la ciencia relatar, siquiera brevemente, los detalles característicos de los preparativos de esta arriesgada pero memorable expedición.

El día 28 de mayo un buque sueco, el *Swensksund*, salió de Gothenburgo llevando á bordo el personal expedicionario y el material y seguido del *Virgo* que conducía los ácidos y los metales para la producción del hidrógeno. Los viajeros desembarcaron en Danskeen, pequeña isla de la costa Noroeste del Spitzberg, y pudieron ver que la instalación y el cobertizo de 1896 habían sufrido poco: el día 14 de junio desdoblaron el globo, y el henchimiento de éste comenzó el día 19: el 22, á media noche, el aerostato alzábase dentro de la construcción que le servía de abrigo.

El globo, construído en París por M. Lachambre, tiene 20'60 metros de diámetro y su capacidad en 1896 era de 4.600 metros cúbicos: después de la primera prueba del año pasado, fué devuelto á París para introducir en él algunas modificaciones, habiéndose cortado la cubierta por el ecuador á fin de añadirle dos zonas de una altura total de 95 centímetros, con lo cual aumentóse el volumen del aerostato en unos 500 metros cúbicos. De suerte que este año la capacidad del globo era de 5.100 metros cúbicos.

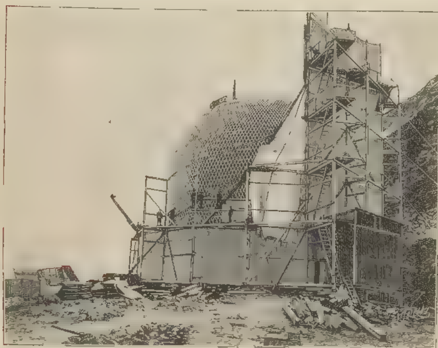


Fig. 2. - Restos del cobertizo antes de la salida del globo (de fotografía de M. Machuron)

Una vez henchido el aerostato, sometiósele á minuciosa observación durante algún tiempo y se probó su impermeabilidad colocando sobre las costuras tiras de tela impregnada de acetato de plomo, que se ennegrece al contacto del hidrógeno sulfurado. Diez personas trabajaron así encaramadas en la parte superior del globo, procurando mantenerse en equilibrio en las mallas de la red. En estas pruebas se descubrieron algunas pequeñas hendeduras que se cerraron inmediatamente. Durante cinco días, el globo dejó escapar 126 metros cúbicos de gas, ó sea una pérdida de unos 25 metros por cada 24 horas. Este resultado puede considerarse como bastante satisfactorio.

Entonces se preparó la barquilla, de dos metros de altura, completamente cerrada, de dos pisos, con dos ventanas laterales y envuelta en gruesa tela de vela. En el piso inferior, un colchón de muelles cubierto con un saco de piel de reno sirve de cama. Las paredes están llenas de estantes para libros, mapas, instrumentos, armas, municiones, objetos de tocador y batería de cocina. Para guisar llevaronse los expedicionarios un braserillo de alcohol encerrado en un cilindro que una especie de cincha mantiene á 10 metros debajo del orificio practicado en el suelo de la barquilla: un mecanismo movido por una cuerdecita permite encender á distancia el fósforo destinado á prender fuego á la lámpara, que se apaga cuando se quiere soplando en un tubo de caucho que corre á lo largo de la cincha. Una pequeña marmita puesta sobre el braserillo hace hervir el agua en pocos minutos. En el primer piso están de guardia dos aeronautas, mientras duerme el tercero. A un metro de la barquilla, una suspensión á la Cardan sujeta los instrumentos, brújulas, sextantes, teodolitos, barómetros, termómetros, higrómetros, anemómetros, los aparatos fotográficos, etc., y además, en un gran saco, las provisiones, jamones, salchichones, lenguas, latas de conservas, una porción de boyas en forma de peonzas de 50 centímetros de alto, especie de buzones de cartas, para ser arrojadas en cualquier parte con la esperanza de que, si la expedición tenía un término desgraciado, esas boyas acabarían por llegar al mar y darían noticias de los exploradores, y finalmente una jaula con cuatro palomas mensajeras.

El día 1.° de julio todo estaba dispuesto para la partida y sólo se esperaba el viento favorable, que no sopló hasta el día 11. El momento decisivo había llegado.

He aquí en qué términos describe la escena M. Alejo Machuron, sobrino y representante de M. Lachambre, que presenció la partida de Andrée y de sus compañeros.

«A las once, todo el mundo está trabajando; los carpinteros, ayudados por los marinos, derriban con sorprendente rapidez la parte Norte del cobertizo, mientras otros cierran la parte Sur á la mayor altura posible con la ayuda de telas para protegerse contra la acción del viento, cuya fuerza va aumentando.



Fig. 3. - Partida del globo (de fotografía de M. Machuron)

»La mayor dificultad estriba en hacer salir el globo sin que la tela sufra averías al rozar con las maderas del cobertizo; para esto se han cubierto con una gruesa capa de fieltro todas las partes salientes del cobertizo, con lo cual queda evitado todo peligro.

»A fin de impedir que el aerostato se mueva durante las últimas maniobras, se le ha rodeado á la altura del ecuador de anchas cinchas fijadas en las partes del cobertizo que aún están en pie.

»Los preparativos van de prisa; á las dos se coloca la barquilla en su sitio y se la ata al círculo que está sólidamente amarrado en tierra por medio de tres cables. Todo está á punto y bien dispuesto. Los exploradores se despiden de nosotros; crúzanse pocas, pero conmovedoras palabras, y muchos apretones de manos que hablan más directamente al corazón; después Andrée, entrando en la barquilla, grita desde el puente: «¡Strindberg, Frankel, vamos!,» y en seguida sus dos compañeros ocupan sus sitios á su lado.»

Llegado el momento oportuno y á una orden de Andrée, tres marineros cortaron los cables que sujetan el aerostato, y éste se lanzó al espacio desapareciendo en el horizonte al cabo de una hora, llevando consigo al jefe de la expedición, al ingeniero M. Frankel y á M. Strindberg, joven de 25 años, á quienes no han podido detener los consejos y las advertencias de cuantos temen que sus nombres vengan á aumentar la larga lista de los mártires de la ciencia.

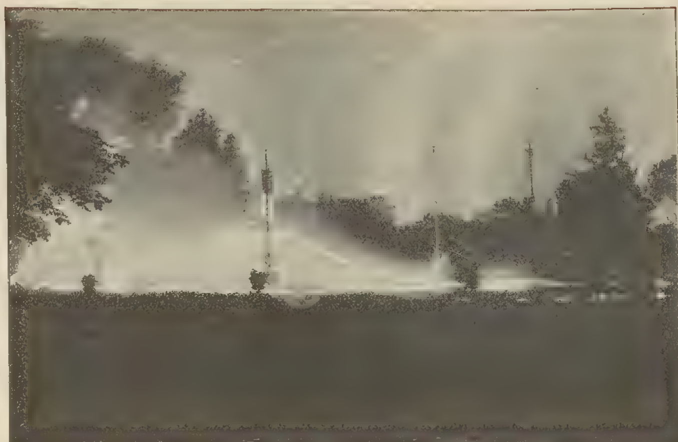
Desechemos, empero, estas ideas sombrías, y terminemos haciendo votos para que los tres intrépidos exploradores realicen felizmente su atrevida empresa y puedan, sanos y salvos, recibir los aplausos del mundo civilizado.

E. DE PARVILLE

* *

FOTOGRAFÍA DE ILUMINACIONES Y RELÁMPAGOS

La interesante fotografía que adjunta publicamos fué tomada por M. A. P. Deseilligny en Enghien-les-Bains, cerca de París, á las 10 de la noche. Después de media hora de postura para obtener las iluminaciones, el operador iba á retirar el aparato cuando observó que se preparaba una tempestad, y deseoso de sacar fotografías de relámpagos, cerró el obturador esperando á que aquélla estallara en toda su violencia. En el momento necesario abrió de nuevo el obturador y lo tuvo abierto un minuto, durante el cual se produjeron cinco relámpagos. Al desarrollar el clisé, quedó admirado de la red luminosa que había obtenido. A consecuencia del exceso de postura, puesto que ya estaban hechas cuando el operador quiso obtener los relámpagos, las iluminaciones presentan algunos halos desagradables á la vista.



Reproducción fotográfica de iluminaciones y relámpagos observados en Enghien-les-Bains, cerca de París

Gracias á la circunstancia de haber uno de los relámpagos, el que aparece entre los dos gallardetes de la derecha, prendido fuego á las esteras del invernadero de un amigo del operador, pudo éste apreciar la distancia entre el relámpago y el objetivo, que resultó ser de 567 metros.

(De *La Nature*)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Poesías, por *Ismael Enrique Arciniegas.* – En la imposibilidad de analizar como se merecen las inspiradas composiciones que contiene esta obra, diremos con el prologuista de la misma que el joven y notabilísimo poeta colombiano Sr. Arciniegas es de los que nos conmueven, elevan y fortifican, interpretando noblemente nuestros sentimientos é idealizando los fenómenos del mundo exterior. El libro ha sido elegantemente impreso en Caracas en la tipografía de *El Cojo.*

Gaceta Meteorológica. – Con este título ha empezado á publicarse en Valladolid una interesante revista quincenal de meteorología, hidrografía, orografía, geología y agricultura, dirigida por Escolástico y dedicada principalmente á la predicción del tiempo.

La Ilustración Guatemalteca. Los últimos números de esta revista quincenal contienen notables artículos de Castelar, Batres, Echegaray, Tejada (F. S.), González Serrano, A. Macías del Real y Vargas Vila, inspiradas poesías de Carlos Meany, F. González Campo y E. de la Barra, y bonitos grabados.

Panorama Nacional. – Los dos últimos cuadernos de esta notable publicación que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles, contienen interesantes vistas de monumentos de Zaragoza, Bilbao, Cuenca, Ubeda, Valencia, Guernica, Burgos, Barcelona, Baeza, Cervatos, Sevilla, Avila, Jaén y Soria, dos grandes panoramas de la Habana y Cuenca, el famoso cuadro de Juan de Juanes, titulado *El Salvador*, que se conserva en el Museo de Madrid, un grupo de gitanos del Sacro Monte (Granada), una banda de trompetas de artillería, almacenes y secaderas de café en Puerto Rico, el salón central del Museo de Artillería de Madrid y vistas de Utuado (Puerto Rico), de Panticosa, de Cieza y de Cádiz. Véndese cada cuaderno al precio de 70 céntimos.



Galería Nacional de Arte Británico recientemente inaugurada en Londres y regalada al Estado por Sir Enrique Tate (de fotografía de Bolas)

La Avicultura práctica. – El último número de esta notable revista, que conmemora su primer aniversario, contiene, entre otros, interesantes artículos sobre la incubación artificial, la orientación en las palomas mensajeras y nuevo tratamiento de la difteria ó angina crupal en las aves.

El socialismo y la caridad cristiana, por *José M.ª González de Echávarri.* – En este trabajo, premiado en los juegos florales celebrados en Vitoria y aprobado por la autoridad eclesiástica, su autor, distinguido abogado vitoriano, después de estudiar concienzudamente el problema social y de analizar las principales escuelas que de él se han ocupado, señala como medio más eficaz para resolverlo la caridad cristiana, apoyándose en las sabias doctrinas de Su Santidad León XIII. El folleto ha sido impreso en Logroño en el establecimiento tipográfico de *La Rioja.*

Cuernos históricos, por *Ismael Portal.* Aficionado inteligente, rebuscador pacientísimo de archivos y escritor elegante y castizo, el Sr. Portal ha reunido en un tomo una serie de artículos histórico taurinos relacionados con el arte del toreo en el Perú. Son crónicas curiosísimas escritas con mucho ingenio y en un estilo que recuerda el del ilustre autor de *Tradiciones Peruanas.* El libro ha sido impreso en Lima en la imprenta de Gil.

Asistencia pública de los enajenados, por el *Dr. D. Manuel A. Muñiz.* – Notabilísimo bajo todos conceptos es este trabajo que fué premiado en el concurso abierto por el ministerio de Fomento del Perú y que por cuenta de éste acaba de publicarse. En la memoria se tratan con gran extensión y extraordinaria competencia todos los problemas que con los manicomios y la asistencia de los enajenados se relacionan y en los planos se desarrolla por modo admirable el pensamiento del autor, pudiendo decirse que el proyecto satisface todas las exigencias de la ciencia moderna en tan importante asunto. Por ello merecen ser felicitados el profesor de la facultad de Medicina de Lima Sr. Muñiz, distinguido especialista, y el gobierno peruano.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVI — Barcelona 13 de septiembre de 1897 — Núm. 820

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



GRACIA Y BELLEZA, cuadro de José M.ª Tamburini

(Salón Parés)

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Viaje de Faure á Rusia. – Entusiasmo francés. – Causas del entusiasmo. – Las instituciones czaristas provienen del medio ambiente ruso; las instituciones republicanas del medio ambiente francés. – Los fundadores de la República. – Censuras al fundador Dantón. – Su temperamento y su carácter. – Alianza franco-rusa. – Lorena y Alsacia. – Observaciones.

No conozco ningún movimiento de público entusiasmo tan fervoroso en Europa, cual este recentísimo que ha suscitado en el ánimo de los franceses la visita de su presidente á Rusia. Pocos hechos enseñarán el arraigo de las instituciones republicanas, tan dificultosas entre los pueblos latinos, más dificultosas todavía en Francia, como que pueda representar su Nación y su Estado, no un semi-dios heredero de cien reyes, no un general ceñido con los ensangrentados laureles de la guerra, no un dictador forjado en los altos hornos de las revoluciones ardientes; un modesto ciudadano de origen humildísimo, de carácter vulgar, de temple ordinario; curtidor en sus comienzos, industrial y comerciante ahora mismo, quien es el símbolo y representación de su patria como el gran Luis XIV, porque lo ha elegido para personificarla durante un septenado el poder que crea y sostiene los Estados modernos, la voluntad nacional. En el imperio moscovita, donde todavía no se ha erguido bien el siervo recién emancipado sobre los surcos de las campiñas y terruños; donde reina en una indefinición absoluta el protoplasma de las sociedades nacientes, el *mir* esclavón, ó sea el municipio comunista; donde crecen desde las tribus nómadas en un patriarcado bíblico, hasta las exterminadoras legiones de los Tamerlanes entregados á la conquista perdurable; donde los fetiches de las edades prehistóricas reciben culto idolátrico en sacrificios cruentos y los cosacos llevan su ración de carne cruda bajo el muslo y sobre la veloz yegua del desierto, no puede personificar la sociedad atrasadísima sino un czar, semi-adorado por los mujichs y por los popes como un relicario bizantino, llevando sobre las sienes una tiara pérsica, sobre los hombros una capa pluvial, en el dedo un anillo reluciente como una estrella, en la mano un cetro muy largo, indicativo, como todas sus demás insignias y preseas, de que representa entre tantos rebaños de hombres el pastor sobrenatural, destinado á someterlos con fascinaciones y conducirlos donde le guste á las señales de un cayado, descendido desde lo alto y que tallaran por una orden ó mandato de Dios los ángeles del cielo. Pero en Francia, donde se ha extendido el espíritu moderno derivado del Cristianismo y de la Filosofía y de la Revolución, revelaciones verdaderas, no se necesita para dirigir la sociedad que tenga el poder público la naturaleza despótica tomada por necesidad en los imperios, sino que basta con que la razón común sepa ungir al elegido portador con el óleo de un derecho proclamado en la Constitución y con que ostente como único símbolo de su autoridad y de su poder las leyes que lo han designado para su alto puesto y en su alto puesto lo conservan. Imposible medir cuánto ha marchado el mundo sin poner en paralelo y parangón lo que Francia republicana fuera en fines del pasado siglo y lo que Francia republicana es después de cien años no bien cumplidos todavía. Entonces los reyes contra Francia se coligaban; hoy los reyes solicitan á Francia. Entonces la Marsellesa resonaba como un eco del infierno en los oídos regios; hoy se toca la Marsellesa en los palacios imperiales. Y todo este poder de Francia se debe á la revolución francesa; y toda esta revolución fué obra de unos apóstoles, entre los cuales descuella Dantón, que tan mal han juzgado siempre quienes, como franceses, alaban el maquiavelismo de Luis XI por haber contribuído á fundar Francia, y como católicos alaban la crueldad de Felipe II por haber sustentado el catolicismo en Europa, cuando en los trances trágicos del año noventa y dos aquel titánico Dantón, envuelto en la mayor tempestad social vista por los tiempos, no solamente salvó á Francia, salvó á la humanidad entera de un retroceso hacia el absolutismo, á cuyos estragos Europa se hubiera convertido en el Asia de los reyes y el planeta se hubiera convertido en un pudridero, el cual sólo podía producir la servidumbre y la muerte. Insisto, é insistiré aún más con grande constancia en esto, porque ahora mismo, en el verano corriente, con ocasión de un tributo popular ofrecido á la memoria del gran hombre, se han desatado contra él en acerbas censuras plumas francesas, ignorantes, á no dudarlo, de que Francia es la cabeza del mundo civilizado por la revolución francesa, y de que la revolución francesa no hubiera podido salvarse y extenderse á todos los pueblos cultos con sus instituciones y sus leyes humanitarias, si el hercúleo Dantón, tribuno y dictador un momento, no deshace la coalición de los reyes absolutos contra el humano progreso.

Detengámonos los redimidos ante uno de los grandes redentores que han tenido las sociedades modernas. Hay genios que lo son por su naturaleza propia, por la naturaleza traída consigo al nacer, y genios que lo son por las circunstancias y medios ambientes. Poned á Mirabeau en cualquier edad, y fuera siempre un orador sublime; poned en cualquier edad á Vergniaud, y fuera siempre un orador melodioso. Pero Dantón es un aborto del Etna revolucionario, un producto de la erupción política dilatada entonces por todas partes, un verdadero monstruo de la tempestad. Su voz estentórea sonaba como la voz de un demagogo; su cabeza fría era la cabeza de un estadista. Latíale como á un tribuno de la plebe francesa el corazón; pero las sienes latíanle como á un lógico de las cátedras universitarias. Excesivo de complexión, este natural suyo violento violentábalo todavía él, no poniendo puntal ninguno á sus innatas propensiones, freno ninguno á sus desenfrenados vicios. El estudio no le puliera nunca y el amor lo exaltaba siempre. Todo el tiempo ahorrado por los demás en estudiar, dispendiábalo él en amar. Pocos maestros podía encontrar en su vida hombre tan desaplicado; pero su tiempo le procuró dos excepcionales: Diderot, con menos genio, pero con más sentido que Rousseau; Smith, el oráculo de la moderna Economía. Campesino de abolengo, provincial de origen, abogado de carrera, fué revolucionario de complexión, revolucionario de temperamento, naciendo armado para vivir en las revoluciones, como puede nacer armado el león para vivir por el desierto en perpetuos combates. De lo antiguo practicaba máximas, las cuales parecían archivadas en los estantes empolvados de la erudición clásica. Para Dantón el fin justifica los medios: la salud y salvación del pueblo es la ley suprema. A nadie pedía para entrar en estrechas relaciones políticas un certificado de buena conducta. Le cargaban las virtudes no explotables para la política y le placían los vicios explotables para cualquier cosa útil. En toda virtud encontraba caracteres contemplativos, tendencias moderadas, miramientos y circunspecciones con los cuales no podía transigir él, impaciente por una grande acción perdurable, y en esta grande acción perdurable por una tenaz audacia sin escrúpulos. Así lo dispendiaba todo: el dinero de su bolsillo, el verbo de su labio, el tesoro de su robustez, menos la fuerza política. Sobre un vorágine, bajo un ciclón, á manera de los profetas improvisados en Asia por los espejismos del arenal inmenso y de los tribunos surgidos en la Edad Media de una credulidad universal, había topado con la dictadura; y no quiso desaprovecharla, utilizándola, no para sí mismo y para su familia, para el ídolo de su vida, para el numen de su alma, para el amor de sus amores, para Francia. En este amor se derritiera, pero también se forjara su temperamento de bronce. Todavía no contaba la edad de Cristo y sobresalía ya por la madurez de su idea, por la virtud de su constancia, por la fuerza de su voluntad. Aquellos grandiosos esfuerzos de su alma trascienden á la robustez de su cuerpo. Con figura de gañán reune pensamiento de filósofo. Tiene cara de perro y ojo de pensador. El color suyo á encendido tiende; la piel parece una criba por la granizada de viruela. Nadie ha sabido pasar desde los entusiasmos hasta las cóleras sino él; nadie como él transportarse desde las fealdades del odio al arrobamiento del éxtasis. Carnicero como un tigre de la Hircania, le asalta la piedad á lo mejor, como si fuese una hermana de la Caridad. El mundo le perdona sus crueldades y holocaustos de mayor grado que á los demás asesinos; le perdona las matanzas que perpetrara ó presidiera, porque si derramó el infeliz mucha sangre ajena, también derramó muchas lágrimas propias. Así aparece como el genio de los contrastes, con la razón muy fría y el pecho muy caliente, copioso en raciocinios lógicos y exaltado por ilógicas pasiones. Defender la patria del extranjero; acerar el pueblo para la República: he ahí su obra. Una cosa Dantón adivinó que nadie sabía entonces: la prosapia secular de aquella revolución, su inmanencia en el tiempo corriente, su trascendencia inevitable á lo porvenir. Adivinó, á pesar de su poco idealismo, que la personalidad suya provenía de cuantos héroes combatieran y de cuantos mártires expiraran por la libertad. Alcanzó que aquel su paso breve y trágico por la vida encerraba toda una eternidad. Comprendió que recibiera un imperioso mandato de los tiempos pretéritos y apercibía una Francia nueva para los futuros tiempos. Así le pareció cosa de poco momento el sacrificar la vida de algunos por la vida de todos. Así le pareció mejor matar y morir en el seno de una Francia libre, que traer á la posteridad una Francia menguada y disminuída por el aro de la servidumbre con que intentaban traspasarla en el Sinaí de la revolución los reyes coligados. Sabía que se deshonraba, pero salvando el honor de Francia. No se movió por ninguna quimera; se movió por una realidad tan viva como la patria en peligro. Si los reyes tantas veces llegaron al crimen por salvar los privilegios de sus dinastías ó familias, ¿cómo extrañar que Dantón llegase al crimen por salvar el derecho de todos los hombres en general y en especial de todos los franceses? Nada de retórica: discurre si le conviene un discurso; aulla si le conviene un aullido. Combate por aquel aire donde respirara la primera vida y por aquel suelo en que naciera. Bajo el cosmopolitismo á la sazón imperante, sólo sintió un afecto superior: el religioso culto á la patria. Nada en él de la metafísica empleada por Mirabeau, nada en él de la teología explotada por Robespierre: su filosofía toma de las circunstancias un grande carácter positivista; su ideal y método político toman del combate una tendencia práctica. Así el gran tribuno salvó á su nación, á la nación recién fundada sobre las nociones más puras del humano derecho, de los asedios reaccionarios con que la persiguieron los reyes coligados. Todo francés patriota debe decir hoy: «A Dantón debo la República y la Francia.»

Yo comprendo el entusiasmo de los franceses por sus instituciones actuales. Dentro, en la política interior, les han dado las instituciones republicanas un verdadero concierto entre la paz y la libertad, como jamás lo habían en su historia conseguido; fuera, en sus relaciones internacionales, unas alianzas con que jamás habían soñado. Hace ya lustros veían todos los hombres, bastante maduros para de la experiencia extraer la previsión, una grande alianza entre Francia y Rusia dibujarse por el espacio é imponerse á la política europea. El canciller de Alemania, Bismarck, con ese ojo certero que le distingue, había previsto semejante caso y desconcertádolo, cuando se rompió el pacto de los tres emperadores, urdiendo á hurtadillas entre Rusia y Prusia un pacto aparte y desligado de cualquier otra inteligencia. Pero teniendo esta última dos enemigos, uno circunstancial en Francia, otro en Rusia permanente, debió huir de cosa tan grave como trastrocar su enemigo circunstancial, el enemigo francés, en enemigo permanente. Y esto hizo el canciller de hierro al quedarse locamente con Alsacia y Lorena: convirtió un enemigo circunstancial en un enemigo perdurable. Así apenas acaba de oir Europa que han pronunciado franceses y rusos el sustantivo alianza, levántanse y surgen Alsacia y Lorena reunidas ante los ojos de ambos pueblos. Y apenas surgen Alsacia y Lorena, cuando el joven césar germano con fruncida arrogancia notifica que no cederá ni una pulgada de su territorio sino después de una guerra en que fuera vencido. Y una guerra puede hoy equivaler á una tremenda catástrofe para todos. El mundo no puede progresar mientras no vuelvan de nuevo á entenderse Francia é Inglaterra, é Inglaterra y Francia no pueden llegar á una inteligencia, como esta última no se aparte de Rusia. Como los alemanes jamás debieron adherirse Alsacia y Lorena por fuerza, los ingleses jamás debieron separarse de Francia en el condominio sobre las tierras egipcias. El mundo moderno tiene un verdadero sentimiento religioso hacia Francia por una razón muy sencilla, porque Francia nos hizo libres. Desmembrarla equivale á herir en el corazón á nuestra Europa. Lo dije hace más de diez años en la Cámara española: como la reincorporación de sus provincias desmembradas á Italia quitó un elemento de revolución á Europa, el reingreso de las provincias desmembradas á Francia quita un elemento de guerra. Y es necesaria para el progreso la paz; porque sin paz no hay libertad, y sin libertad el mundo entero retrocederá á la barbarie. Confiemos en que Alsacia y Lorena tornarán á Francia, sin guerras ni combates, por los caminos del derecho, para cumplir los ideales de la humanidad.



JOSÉ BENLLIURE

Recuerdo que, hace ya algunos años, una dama me preguntaba al salir del Palacio de la Industria y de las Artes, donde se celebraba una exposición y donde habíamos contemplado obras pictóricas de José Benlliure y escultóricas de su hermano Mariano:

– Diga usted, ¿se parecen los dos hermanos?

Confieso sinceramente que no supe qué contestar; mejor dicho, no pude contestar... por una razón sumamente sencilla; porque apenas conocía al autor de *La Visión del Coloseo*. Habíalo visto una noche en el café de Fornos, rodeado de varios amigos suyos y de alguno mío, y no recuerdo si llegamos á cruzar más frases que las obligadas del saludo. Dos ó tres días después volví á ver á José Benlliure en la calle, pero fué también un instante; de esta vez sí que tengo la seguridad de que nos saludamos con una ligera inclinación de cabeza. De entonces á la fecha en que trazo estas líneas, no he vuelto á ver al pintor que en una edad muy temprana, cuando era casi un niño, alcanzaba ya en una Exposición Nacional de Bellas Artes los primeros laureles con un cuadro lleno de luz, de vida, de verdad y que se ha reproducido cientos de veces, y que se titula *Descanso en la marcha*.

Mas con todo, hoy puedo afirmar que José y Mariano Benlliure no se parecen apenas, ni en el carácter ni en la fisonomía. Y para afirmar esto, tengo los datos que de José me han proporcionado muchos de mis íntimos amigos y sus hermanos Mariano y Juan Antonio, además de los retratos fotográficos. Mis lectores podrán confirmar este aserto comparando las reproducciones de los últimos retratos que de ambos artistas van al frente de sus *semblanzas* respectivas. En una condición espiritual reside muy especialmente el parecido de los dos hermanos; en la exuberancia de la fantasía, en la rapidez con que conciben y dan forma á una idea, á un pensamiento; el pintor con el pincel ó el lápiz, el segundo con el palillo ó el escoplo. En este punto no pueden negar su parentesco.

* * *

Si Mariano cuenta las distracciones por docenas, José Benlliure, en cambio, es incapaz de distraerse por nada ni por nadie. Pese á la brillantez de su imaginación, no realiza ningún acto de la vida ni acomete la tarea de pintar un cuadro sino después de maduro examen. Sus hermanos tienen mas fe en el juicio que *Pepe* emita respecto de una obra, que en el del mismo Wolf ó en el de Blanc si vivieran. Y no son únicamente sus hermanos los que escuchan la voz de José Benlliure cuando hace la disección de un cuadro ó de una estatua; artistas de gran mérito conozco que no vacilaron en *echar la cuchilla* al lienzo después de oir los consejos de su colega y borrar aquello que José Benlliure encontraba deficiente.

A pesar de la aparente frialdad de su carácter, es amigo verdadero de sus amigos. Allá en la región más agreste y pintoresca de la Toscana, donde el gran acontecimiento conocido por el Renacimiento tuvo su cuna en Italia, en Asís, en la Umbría, José Benlliure pasa los estíos. Afincó en aquel rincón donde todo, Naturaleza, edificios, ambiente, es arte; y allí, en la casa de su propiedad, acoge á sus colegas y amigos que van á visitarle, y como en Vía Babuino en Roma, en la tienda del comerciante en lienzos y colores el español Juliana, bien conocido de nuestros artistas, y al anochecer, en esa hora de descanso, José Benlliure charla con sus amigos con la expansión de que es capaz. Porque Benlliure, además de su carácter reservado, trabaja activísimamente. Tentado estoy de creer que pocos pintores habrán producido tanto como José Benlliure. Recuerdo que un querido amigo mío – y de los Benlliure, – fallecido ya, diplomático, crítico á ratos y de muy buen sentido, pintor, también á ratos, y que por razón de su carrera había residido largo tiempo en Roma, me decía una noche paseando por las calles de Londres y recordando un cuadro que de José Benlliure acabábamos de ver:

– Tenga usted por cierto que á la edad de Pepe Benlliure ningún pintor, excepción hecha de Fortuny, ha trabajado más ni ha subido tan alto.

Bien sabido es el recibimiento que D. Amadeo de Saboya, á la sazón rey de España, hizo á José Benlliure. No sé á punto fijo los años que por entonces contaba el pintor; sé únicamente que no debía pasar muchos meses de los dieciséis ó de los diecisiete cuando tuvo la honra de que el monarca, encantado del artista, le encargase el retrato del príncipe de Asturias. Benlliure demostró ya entonces sus dotes de pintor y poco tiempo después su firmeza de carácter, no desvaneciéndose ante el brillante porvenir que se le abría cuando aún no contaba veinte años.



José Benlliure

* * *

No sé si José Benlliure me perdonará que saque á relucir, para demostrar su conocimiento del mundo heterogéneo en que vive, compuesto de mercachifles, de *amateurs* y de verdaderos artistas, dos anécdotas que me refirió nuestro común amigo el ya citado diplomático, crítico y artista; creo que sí, que José Benlliure, al leerlas, recordará tiempos pasados, que si acaso para él no hayan sido *mejores*, como dice Jorge Manrique, sin embargo no por eso dejará de recordarlos con placer.

Tratábase de aquilatar los méritos de varios cuadros que de Roma enviaban á Madrid á figurar en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887 artistas del mérito de Benlliure, de Villodas y otros. La discusión era en una *trattoria* y los que discutían gentes del arte y españoles, por supuesto. Uno de los que más chillaban, poniendo como no digan dueñas el cuadro de José Benlliure, era un pintor de los más modernos de la colonia, y que también tenía en punto de obra un lienzo que destinaba al citado certamen. No faltó quien le contase á Benlliure la discusión; Benlliure siguió trabajando tranquilamente. Poco tiempo después, el detractor de marras fué á rogar al autor de *La Visión del Coloseo* que hiciese el favor de ir á su estudio á ver qué le parecía el cuadro. Benlliure fué, en efecto, y aun hizo más, consignó varios de los desdibujos más gordos que en el engendro de su enemigo sobresalían. Inauguróse la Exposición; entre los artistas que vinieron de Roma á traer sus obras, uno de ellos fué el sujeto del cuadro corregido. Discútense los premios; á Benlliure se le concede una medalla de oro, al otro los *buenos días*. «¡Lo que son los jurados! – exclamaba dirigiéndose á mi amigo el diplomático. – Premian á Benlliure en *La Visión del Coloseo*, y *no me lo premian* en mi cuadro. ¡Ate usted cabos!»

Vaya otra anécdota. José Benlliure, pintando para su satisfacción, es un pintor de una sobriedad grande; es enérgico en el dibujo y tanto ó más en el manejo dificilísimo de las grandes masas de claro obscuro. Algunas veces, así por su imaginación fecunda como por la entonación y distribución de la luz, me hace recordar á Teniers y á Rembrandt. La facilidad con que sabe caracterizar, con solos cuatro toques, un objeto ó un tipo, es muy grande, y esa facilidad, sólo adquirida por fuerza de una labor constante y de un talento excepcional, le sirve para no emplear en sus obras la mitad del tiempo que á otros les cuesta sudar tinta. Esto en cuenta, vaya la anécdota.

Habla mi amigo:

«En una de las varias visitas que al cabo del mes hacía al estudio de Pepe Benlliure, encontré á éste, como siempre, trabajando, mientras en derredor suyo charlaban y discutían algunos amigos y artistas. Pintaba Benlliure una de esas deliciosas tablitas que por la riqueza de los detalles, por la luz, por el movimiento que las avalora tanto gustan á inteligentes y *marchands*. Yo seguía atentamente el pincel de Pepe, y veía que pasaba ya del *repujado* elegante, pero vigoroso y de líneas firmes, á la *filigrana*. Por mi gusto (respondiendo al suyo también) le hubiera quitado el cuadro del caballete para que no pintase más. Al cabo no pude contenerme, y le dije lo que pensaba; Pepe Benlliure, sin dejar de trabajar, se encogió de hombros y me contestó: «Ni tú ni yo somos *marchantes*.» Yo – me decía mi buen amigo Luis Llanos, que era el que me contaba esta anécdota, – no repliqué; me acordé de Fortuny pintando *La Vicaría*, y me quité el sombrero.»

* * *

Una de las más puras glorias de José Benlliure es la protección que supo dispensar á sus hermanos cuando él era casi un niño, y se trasladó para dar cumplimiento á encargos que por valor de treinta mil

duros le había hecho un opulento americano. Jefe de una familia de artistas, y de artistas excepcionales, supo enderezar el genio de uno de los más ilustres escultores modernos, Mariano. Fué maestro, fué padre, fué compañero de todos ellos, y como he dicho al comienzo de esta semblanza, Juan Antonio y Mariano tienen hoy más fe en el juicio de Pepe que en el del más ilustre crítico.

Cutanda, bien conocido de los lectores de La Ilustración Artística, me refería en ocasión en que hablábamos del carácter de José Benlliure lo siguiente: «Yo he visto á Pepe atareadísimo en preparar y disponer todo lo necesario para una *cervara*. A él se le ocurrían los más originales disfraces, las más grotescas caricaturas, las decoraciones más graciosas. Trabajaba en decorar el salón de baile del Círculo Artístico Internacional, del que fué vicepresidente, como si no tuviese otra cosa que hacer. Esto era por la noche. Al otro día lo vi en su taller; Pepe Benlliure llevaba horas sin moverse de delante del caballete, cuasi triste, acariciando con el pincel una hermosísima cabeza llena de misticismo, que parecía arrancada de un fresco de Asís. A su lado se hablaba de la fiesta que iba á realizarse, se comentaban dichos, se reía, se recordaban varios de los asuntos ideados por Benlliure; éste, sumido en una abstracción completa, no decía una palabra. Al cabo soltó los pinceles.

–¿De qué hablan ustedes?, preguntó.

***

Y ahora, vaya una declaración mía:

No recuerdo por qué motivo emití, hace bastantes años, un juicio mío respecto de varios cuadros: entre ellos creo que se contaba uno de Benlliure, ó si no se contaba, yo le aludía. Era aquel juicio duro; pero como siempre que he analizado una obra ó una personalidad artística, lo había hecho sinceramente, sin prejuicio de ninguna especie y después de haber aquilatado cuanto me es dable el cuadro, la estatua ó las condiciones del artista. Transcurrió bastante tiempo, y un día, hablando con otro artista muy allegado á José Benlliure y que acababa de venir de Roma á Madrid, me dijo mi interlocutor:

–¿Qué te ha hecho Pepe para meterte con él de aquel modo?

–A mí nada, le contesté.

–Pues amigo Balsa, me parece, aun cuando no me ha dicho nada, que si algún día necesitas de él como artista, puedes esperar sentado á que te complazca.

Poco tiempo después acaecieron las inundaciones de Almería y Consuegra. Pensé en recurrir á todos los artistas españoles para que me remitiesen algún dibujo, cuadro ó acuarela con que formar una colección y rifarla á beneficio de los inundados. Me dirigí directamente á José Benlliure. A vuelta de correo, y acompañado de una carta, si muy sobria muy cortés, me remitió un precioso dibujo á la aguada.

Este es José Benlliure.

R. Balsa de la Vega

CARTA DE CUBA

(cuento del otro mundo)

El Heraldo de Madrid, en su número 2.076, correspondiente al jueves 16 de julio del presente año, dice en la sección *Ecos de todas partes* lo siguiente:

«Leemos en los anuncios de un periódico de *sport*: – Se vende cuerda de ahorcado garantizando la autenticidad, procedente del suicidio de un *sportman* desgraciado. Un metro sesenta centímetros, vendidos en provecho de su viuda. Talismán y amuleto reconocidos. Un centímetro, 5 francos. – Parte de la cuerda que operó la estrangulación, el centímetro, 10 francos. – Enviar los fondos en *bonos de correos*, en blanco, á Mar... etcétera.»

Y añade *El Heraldo de Madrid:*

«Nos parece ligeramente cínica la desconsolada viudita...»

Lástima que *El Heraldo* sea tan conciso y no diga las señas precisas de la persona á quien pudiera dirigirse el pedido de algunos centímetros de la cuerda maravillosa. Conozco más de cuatro amigos, y yo entre ellos, que comprarían gustosos varios milímetros de la cuerda para llevarlos cuidadosamente guardados en la cartera; aunque á decir verdad, yo tendría mas fe en la cuerda de un ajusticiado que en la procedente de un suicida.

La lectura de anuncio tan curioso ha despertado en mí el recuerdo de una noticia «sensacional» que leí hace algunos años.



Lo mejor de la bodega, cuadro de Román Ribera (Salón Parés)

He aquí, poco más ó menos, el hecho:

Vivía en cierta capital de provincia un señorón millonario. Hombre diestro en el arte de hacer dinero, no siempre había reparado en los medios empleados para acaparar su fortuna; y si en público se le rendían toda clase de homenajes, no faltaba quien, privadamente y en el seno de la confianza, murmurase de su honradez, diciendo que la base de su riqueza la debía á una acción muy negra. Según decían, había negado un depósito que le entregara un amigo que por causas políticas tuvo que salir apresuradamente de España sin poder antes arreglar sus asuntos. Algún tiempo después concedió el gobierno amnistía, volvió el amigo á la patria, y al reclamar su dinero, que era por cierto una suma considerable, el *fiel amigo* depositario lo negó en redondo. Sin pruebas que presentar y después de gastar en el pleito el poco dinero que pudo reunir, el burlado amigo perdió la causa y se encontró en la mayor miseria, que compartían con él su mujer y sus hijos, niños de corta edad.

No era solamente la pérdida de la fortuna lo que amargaba la vida de aquel hombre, viejo ya y enfermo; su nombre había figurado en los tribunales, y como tuvo en contra suya al *dios éxito*, no dejaron algunas personas de imaginar, y aun de buena fe, que lo del depósito era una farsa y un modo de intimidar á todo un señor de elevada alcurnia, y por medio de una transacción hacerse entregar una cantidad crecida.

Indudablemente, alguno estaba en el secreto de la verdad; y este alguno debió ser cierto secretario íntimo que dejó la casa del millonario poco después de ganar éste el pleito, llevándose al extranjero un capitalejo regular. Súpose después que desde el punto donde residía, un pueblecillo de Austria, escribía al que fué su amo pidiéndole cantidades que recibía con la más puntual regularidad.

«Para verdades el tiempo,» dice el proverbio, y dice bien. De un modo positivo llegóse á saber que lo del depósito había sido cierto. El desdichado Alcázar, que así se llamaba el arruinado vilmente por su amigo, había prestado á éste favores de consideración; había salvado de ir á presidio á un hermano del señorón, muy jugador y calavera de mal género; en momentos de gran angustia, Alcázar le había adelantado sin interés alguno fondos para que salvara su honra muy comprometida.

Había más aún: apremiado el noble amigo por un pago que no podía demorar, falsificó en cierta ocasión la firma de Alcázar para obtener los fondos necesarios. Presentadas al cobro las letras, Alcázar pagó para no deshonrar el nombre de su amigo. Éste le hizo grandes y solemnes protestas de agradecimiento eterno, protestas que se desvanecieron como el humo, pues en las almas viles no anida la gratitud.

Complicado Alcázar en una causa por cosas políticas, pudo el *noble amigo* salvarlo; mas, por sus miras ulteriores, tan viles como pérfidas, le aconsejó que saliera de España sin pérdida de tiempo, prometiéndole cuidar sus intereses y haciéndole antes realizar las propiedades que tenía Alcázar, poniendo las escrituras á nombre del amigo. Alcázar, demasiado confiado y algo tonto, no creyó digno pedirle los resguardos necesarios ni los debidos documentos, y al volver á España y reclamar al fiel amigo, éste lo negó, despojando al crédulo Alcázar de toda su fortuna.

De esto hacía muchos años.

Arruinado Alcázar, con familia, sin protectores ni amigos, que huyen siempre del caído, determinó marchar á Cuba en busca de fortuna; iba sin plan fijo, á la ventura, á la merced de Dios: última esperanza.

Y á Cuba fué con su mujer y sus dos niños, en un buque de emigrantes, sufriendo en el viaje torturas indecibles.

El desdichado Alcázar había cometido los tres mayores delitos que no castiga el código, pero que no perdona la sociedad en que vivimos:

Ser tonto, honrado y bueno.

. . . .

Todo era júbilo y fiesta en la suntuosa mansión del millonario. Celebrábase el matrimonio de su hija única, Julia, con un hacendado inmensamente rico que pertenecía á la alta banca de Madrid.

El marido de Julia era un perfecto caballero en toda la extensión de la frase; de agradable y simpática presencia, joven, de juicio rápido y seguro en las cuestiones bancarias, sabía dar á tiempo, y al hacer un favor á un amigo tenía la exquisita delicadeza de aparecer él favorecido, sin hacer sentir el favor al que lo recibía. No tenía enemigo alguno, ni aun le guardaban rencor los vencidos en la Bolsa, que reconocían en él talentos superiores.

Aunque no profesaba la mayor estimación por su futuro suegro, á quien tuvo lugar de apreciar en dos ó tres ocasiones, adoraba á Julia, que reunía, además de una belleza perfecta, todas las cualidades morales que un hombre puede desear para la que ha de llevar su nombre.

El matrimonio bajo todos conceptos estaba llamado á ser de los felices – carbón blanco en los anales del Registro Civil y aun de la Iglesia.

Millonario el padre y millonario el novio, excusado es decir si la boda sería espléndida y rica en joyas, regalos y sobre todo en las cartas dotales. Cinco millones en el Banco de España la dió su padre, y su *futuro*, por no ser menos, otros cinco millones, entregados al poner su firma en el Registro Civil.

Con la delicadeza y caballerosidad propias del prometido, al dotar á Julia hizo constar que la cantidad estaba enteramente á disposición de Julia, sin inge-

rencia alguna de parte del marido y con entera libertad de disponer de aquella suma como mejor le agradase.

Al aceptar Julia el dote de su marido decía:

– Le amo tanto que quisiera poseer el universo entero para dárselo todo. Lo que mi padre me da, es mío; lo que mi marido me da, es mío; pero yo, ¿de quién soy?.. Suya, suya con toda mi alma y mi ser.. Así es que todo, todo es suyo. Y os digo esto para que no se crea que soy ambiciosa... No. ¡Dios me libre!.. Mi padre y *él* son mis únicos amores en este mundo. No conocí á mi madre, que murió siendo yo muy pequeña; su recuerdo es mi religión...

El padre de Julia en su *generosidad* y por el amor que profesaba á su hija, amor grande que podría redimirle algo sus pecados, perdonó *de hecho* á sus deudores, cumpliendo literalmente lo que manda aquella sublime plegaria que se llama *El Padre nuestro*.

Los numerosos convidados que asistían al banquete llenaban los sitios respectivos en la amplia y lujosa mesa servida con profusión, esplendidez y elegancia. Allí estaba representada la nobleza, la diplomacia y la banca: todos rendían homenaje á la belleza, á la felicidad y, ¿por qué no decirlo?, al becerro de oro, lábaro social de hoy.

La desposada excitaba la admiración de todos, y en verdad que lo merecía: joven, bellísima, rica, inteligente, cerraba su vida de soltera, dando su mano y su corazón al hombre que amaba y era digno de ella. El padre, ebrio de felicidad, había logrado su mayor deseo; adoraba á Julia, la veía dichosa..., ya no podía, en lo humano, temer por ella.

Al llegar al último brindis, la desposada volviéndose á su íntima amiga, que se sentaba cerca de ella, le dijo en voz baja:

– Soy tan feliz, tan feliz, que tengo miedo...

– Calla, tonta, le contestó la amiga; ¿miedo de qué ni á quién?.. ¡Bah!.. Goza, Julia, y que Dios te conserve esa dicha toda tu vida.

– No sé, repitió Julia, no sé, pero... tengo miedo; un presentimiento me aflige sin motivo, lo comprendo y no...

En este momento un criado, acercándose á ella, le dijo presentándole en una bandeja de plata un estuche de terciopelo negro:

– Señorita, acaban de traer esto para usted y una carta para el señor; el que lo ha traído dijo que era urgente..., que venía de Cuba...

– ¿De Cuba?, dijo Julia; ¿de Cuba? ¡Si no conozco allí á nadie!..

– No importa, le interrumpió su amiga; un regalo en el día de hoy no debe despreciarse. Abramos el estuche y veamos lo que contiene.

Y entre las dos amigas cortaron los hilos de plata que sujetaban la tapa del estuche: dentro y colocado tan esmerada como artísticamente había un collar muy extraño; parecía hecho con cuerda de cáñamo.

– ¿Qué es esto, Dios mío?, dijo la desposada con temor y asombro.

– ¡Curioso!, exclamó la amiga: miren ustedes, miren, y pasó el collar á manos de los convidados, que le examinaban con muestras de repugnancia.

Entretanto el criado había entregado la carta á su amo.

La carta era del hijo de Alcázar, fechada en Cuba; en pocos renglones decía que no poseyendo bienes de fortuna y deseando hacer un regalo á la hija del que había sido amigo de su padre, le enviaba aquel collar hecho con la *cuerda de un ahorcado*... para que le diese buena fortuna.



ESTATUA ERIGIDA AL ILUSTRE NATURALISTA Y FISIÓLOGO INGLÉS CARLOS DARWIN EN SHREWSBURY, SU CIUDAD NATAL



El padrón municipal, cuadro de Isidoro Marín

Premiado en la Exposición de Bellas Artes de Granada de 1897

– Y el ahorcado fué mi padre, terminaba la carta, víctima de las infamias de usted; no dudo que me agradecerá el regalo y apreciará bien mi intención, etcétera, etc.

El desdichado Alcázar, no teniendo ya fuerzas para soportar su infortunio y sus desgracias, se había suicidado ahorcándose. El hijo se vengaba de aquella manera; su venganza llegó directa como una bala al corazón del millonario, pues antes de concluir la lectura de la carta hizo ademán de llamar á su hija, mas no pudo terminar su nombre y cayó exánime, de golpe, muerto de un ataque apoplético fulminante.

Poco tiempo después, la infeliz desposada, pobre flor del jardín humano marchita al abrirse, dejó este mundo para habitar el país del cual no se vuelve...

* * *

Un detalle: aprovechando la confusión que produjo el triste desenlace de la fiesta, uno de los convidados cogió el collar, y sin que lo notase nadie, cortó un pedacito, guardándole cuidadosamente en el bolsillo del chaleco blanco.

M. J. Quintana

LOS DESPOSORIOS

(CUENTO)

A mi amigo y paisano el eminente pintor D. Román Navarro

Como para el pobre muchacho no había en el mundo nada que valiese lo que valía aquella mujer de negros ojos y tez aterciopelada y morena, no hay para qué decir si la habría amado como un loco, con la locura propia de la primera juventud y de un corazón no abierto todavía á las impurezas de la realidad.

La amó, pues, primero en secreto y guardando en lo más recóndito de su ser aquel cariño, con tal solicitud y tan grande anhelo, como si temiera verlo agostado al dejarlo en contacto con el mundo exterior; después fueron ya inocentes é inofensivas manifestaciones de un platonismo encantador: miradas anhelosas, suspiros muy hondos, idas y venidas por delante de sus ventanas con andar automático y lento, como si los pies fueran á echar raíces en aquel pedazo de suelo; rubores mal disimulados, soberanos plantones en la acera de enfrente á la luz de la luna... Un idilio, un verdadero idilio sin palabras, pero con estrofas de miradas y suspiros.

Y más hubiera valido al enamorado Alejo que, al menos por parte de Marcelina, no vinieran las palabras á turbar aquella íntima y deliciosa melodía que de tal modo inundaba su corazón en frescas y acariciadoras oleadas de felicidad. Y hubiérale valido mucho más, porque al menos así no se vería obligado á sufrir el amargo desconsuelo de ver marchitas una por una todas sus ilusiones al helado contacto de los desdenes de aquella mujer adorada; al menos así no hubiera visto arrebatadas y perdidas sus esperanzas, barridas cruelmente por el desatado huracán de su desesperación sin límites.

Aquel pobre corazón que había sentido dentro de su pecho y poco á poco írsele ensanchando hasta el punto de que imaginaba por momentos que iba á romper la estrecha cárcel que lo envolvía, con desgarramiento de fibras y tejidos, aquel corazón fuése ahora poco á poco achicando y contrayendo, empapado por las lágrimas que le ahogaban y que pugnaban por salírsele á los ojos imprudentemente delante de sus amigos, de sus padres ó de su hermano...

Hubo un momento en que Alejo, á solas, llevóse con espanto la mano al pecho como buscando el corazón... No, no lo sentía, allí no había nada; lo que antes parecía lleno, ahora encontrábalo vacío. Antes se agolpaba la vida á aquel corazón que latía brioso y con fuerza; ahora sólo percibía un latido muy tenue, muy desvanecido, unos latidos que tenían, según á Alejo le pareció advertir, gran semejanza con lo que debe ser la extinción de la vida en la última hora. Barriósele el color al muchacho, que por vez primera se sublevó ante la idea de morir en plena juventud y sin conocer de la vida otra cosa que aquel zarpazo de la suerte, cuyos desastrosos efectos achacó á su inexperiencia de las cosas del mundo.

«Es el primer golpe, se dijo, y es siempre el que duele más. Y es una ventaja empezar por ahí. Los que vengan detrás (si vienen) me encontrarán con los hombros encogidos y la sonrisa en los labios.»

Este fué el razonamiento que Alejo se hizo á sí mismo, más que por propia convicción, por no dejarse dominar de aquella maldita melancolía que le iba dominando y venciendo. Hacía algo parecido al medroso viajero que al atravesar de noche un camino solitario procura alejar de sí todo temor en fuerza de cánticos y de coplas.

Pero no contó con la huéspeda el rapaz, y aquí la huéspeda fué que aquel cariño se le había metido tan adentro, tan adentro, que á todas partes donde sus miradas dirigiera el bueno de Alejo había de encontrar clavados en él, y como perennes testigos de su desencanto, aquellos ojos negros de Marcelina y aquella tez aterciopelada y morena que tantas veces había sido, en sus sueños, el blanco de sus castos besos de amor.

Mil y mil veces habíase hecho el firme y decidido propósito de sacar con otro clavo aquel que en el corazón había ido á clavársele: un amor con otro amor. Pero ya hemos dicho que para Alejo no había en el mundo nada que valiese lo que *su* Marcelina, como en otro tiempo había creído poder llamarla. Y si esto le acontecía antes, cuando juzgaba no sólo probable sino hasta naturalísima y corriente cosa el lograr el amor de aquella mujer, mucho más le sucedía ahora que entre ella y él se alzaban, como una barrera imposible de salvar, los desvíos y esquiveces de su bien amada. Pues ya se sabe que suele la prohibición ser poderoso acicate y estímulo que nos arrastra á pretender de nuevo el logro de lo que por imposible apetecemos más.

Pero fué inútil toda nueva tentativa para reanudar unos amores que nunca existieron sino en la acalorada mente del muchacho. Nunca más sus ojos encontraron de frente los de Marcelina; nunca más sus sonrisas fueron acogidas por aquélla con otras sonrisas; nunca más sus idas y venidas volvieron á encontrarla como en otro tiempo, de codos sobre la ventana y medio oculta detrás de los tiestos de albahacas y claveles. Sobre aquellos amores de Alejo no había ya más que cantar el *requiem* de la eterna despedida.

* * *

Súbita transformación operóse en el carácter de Alejo. Recogido y reservado hasta el exceso, buscaba para sus paseos los lugares más solitarios y las horas del crepúsculo. Borrárase la sonrisa de sus labios y en sus ojos no brillaba ya el fulgor que antes los animara. Casi siempre solo, lento el paso y baja la frente, dijérase que sus paseos sólo tenían por objeto la meditación ó el rezo. Sus padres le encontraban «hecho un viejo,» según decían. Su hermano mayor Andrés no tenía en él ya el compañero decidor y alegre de sus juveniles expansiones.

Y aquella metamorfosis acentuábase más cada vez é iba cada día en aumento. Si algo de risueño ó alegre encontraba á su paso, si la vida y el mundo le salían al encuentro con su estrépito y ruido, Alejo entonces tomaba distinto rumbo y se alejaba, internándose por los apartados senderos, dejando franco el camino al bullicio ensordecedor y al animado oleaje de la vida.

No fueron sus padres, admirados como todos de cambio tan repentino, los últimos en advertirlo. Más de una vez intentaron sonsacarle, tirándole de la lengua, sus íntimos pensamientos y sus misteriosas meditaciones; pero todo en vano. Alejo encerrábase en un mutismo desesperante, y ni una queja, ni una frase amarga, ni un reproche asomó á sus labios; una dulce sonrisa y nada más.

Buscaba para sus lecturas aquellos libros que por presentarnos como deleznables y vanas las cosas de este mundo y los placeres y venturas de acá abajo, parecíanle á Alejo que llevaban á su corazón raudales de frescura, hálitos consoladores que le hacían respirar más á sus anchas y alzar la vista al cielo, en el cual llegó á soñar como compensación á sus padecimientos en la tierra y como premio á su resignación dolorosa y ejemplar.

Enfermiza y débil la imaginación de Alejo, vigorosos y enérgicos aquellos cuadros místicos que le sumían en inefable arrobamiento, no hay para qué decir la metamorfosis que en el muchacho se había ido operando. Taciturno, resignado y humilde, tomó por necesidad irreemplazable de su espíritu aquellos consuelos y aquellos arrobos, por vocación sus aspiraciones á la soledad y al encierro, por compañeros únicos sus libros piadosos, por testigos de sus anhelos las imágenes del templo. Y cuando aquellas visiones y aquellos ensueños no le buscaban á él, apresurábase Alejo á ir en su busca, sucediendo al fin lo que tenía que suceder. Llegado el momento de elegir una carrera, optó por aquella que le parecía más en consonancia con el estado de su ánimo, con su vocación, como él decía; escogió aquella que más acerca los hombres á Dios, la que salva, redime y consuela. A los pocos meses Alejo ingresaba como interno en el seminario de Muraleda, y tres años después recibía las órdenes sagradas, realizando el anhelo único en aquellos últimos años de su vida.

* * *

El padre Alejo, como en la aldea le llamaban, llegó á ser el cura de almas de un poblado insignificante. Dos docenas de casas y pocos más moradores. A esto se limitaba su señorío espiritual; pero no era Alejo hombre que midiese la importancia de su misión por los límites de su feligresía. Él se encontraba tan feliz y satisfecho como si el humilde sillón de baqueta fuera una silla episcopal y su pobre sotana el hábito morado. Sobrio y económico, vivía holgadamente, y aun de sus pequeños derechos sobrábale lo indispensable para dar limosnas y socorrer las necesidades apremiantes de sus buenos feligreses, que se hacían lenguas de su carácter bondadoso, de su piedad sin límites y de la vida ejemplar y santa que hacía en aquella casita que habitaba, poco más grande que la palma de la mano. Era de los buenos, de los elegidos, un santo, y lo que decían todos en la aldea: «Si hombres como el padre Alejo no se salvan, nadie tiene ya salvación en la otra vida.»

Un día supo que su hermano Andrés se casaba. Los padres se lo habían escrito: «Andrés se nos casa el sábado. No te decimos que asistas á la boda, aunque en ello nos darías una gran satisfacción, porque sabemos que procuras huir de todo bullicio y de toda fiesta. Eso es demasiado, Alejo. Nosotros no sabemos de esas cosas que sabéis los curas, pero sabemos muchas otras cosas que sólo saben los padres. Por eso sabemos que una cosa debe ser la vocación, y el martirio otra cosa muy distinta. Sin embargo, tú eres feliz haciendo esa vida de anacoreta y Dios te premiará seguramente en la otra vida. No se te parece mucho tu hermano Andrés. Va á misa todos los domingos, eso sí; pero jura y perjura que la misa que ha de oir con mayor fe y devoción es la del sábado: su misa de bodas. ¡Ya ves tú! ¡Como si á los ojos de Dios no fueran todas iguales! La chica es buena, hacendosita, muy formal y creemos que ha de hacer una excelente esposa. Por eso vemos con gusto que Andrés se case. Así sentará de una vez la cabeza..., etc.»

* * *

Vacilando si se limitaría á felicitar á su hermano por escrito ó si asistiría á su boda, sorprendió á Alejo la noche del viernes al sábado, indeciso y perplejo. El afecto á su hermano le hacía desear el hallarse presente á la ceremonia; pero el temor, no de renovar antiguas heridas, sino solamente de turbar por un momento la dulce paz de su vida, le invitaba á quedarse en su retiro, rogando al cielo por la felicidad de los nuevos esposos. Y en estas dudas y temores, en estas vacilaciones y sobresaltos le sorprendió la primera luz del alba. Arrojóse del lecho, y adoptando de pronto una resolución repentina: «Iré – se dijo. – Iré y en el tren de la noche me vuelvo á mi casita y á mi iglesia.»

En la mula de un vecino se trasladó á la estación del pueblo inmediato, y dos horas después llegaba á la casa de sus padres... No había nadie en ella. A aquella hora debían estar en la iglesia antigua donde se casaba Andrés. Allá se dirigió más que á buen paso el modesto cura de aldea, en quien nadie reconocería á aquel Alejo que tanto había pisado en otro tiempo las calles de Muraleda. Penetró en la iglesia, y su apacible frescura, que contrastaba vigorosamente con el calor y la luz que ya se advertía fuera, prodújole gran bien... Tendió una mirada al altar mayor y allí vió el grupo que formaban los novios y sus acompañantes que no eran escasos en número. Acercóse más aún, pero sin atreverse á llegar al altar. No quería interrumpir con su presencia la solemne ceremonia que unía dos almas para siempre. Allí, detrás de un pilar, vería sin ser visto, se gozaría en la ventura de su hermano y conocería á la novia, de la cual sólo le ensalzaban sus padres sus condiciones morales. Ni el nombre, ni seña ninguna, nada. Claro que era un olvido disculpable en la celeridad con que á veces se escribe; pero ya que él, Alejo, estaba allí, subsanaría aquel olvido y vería á la novia...

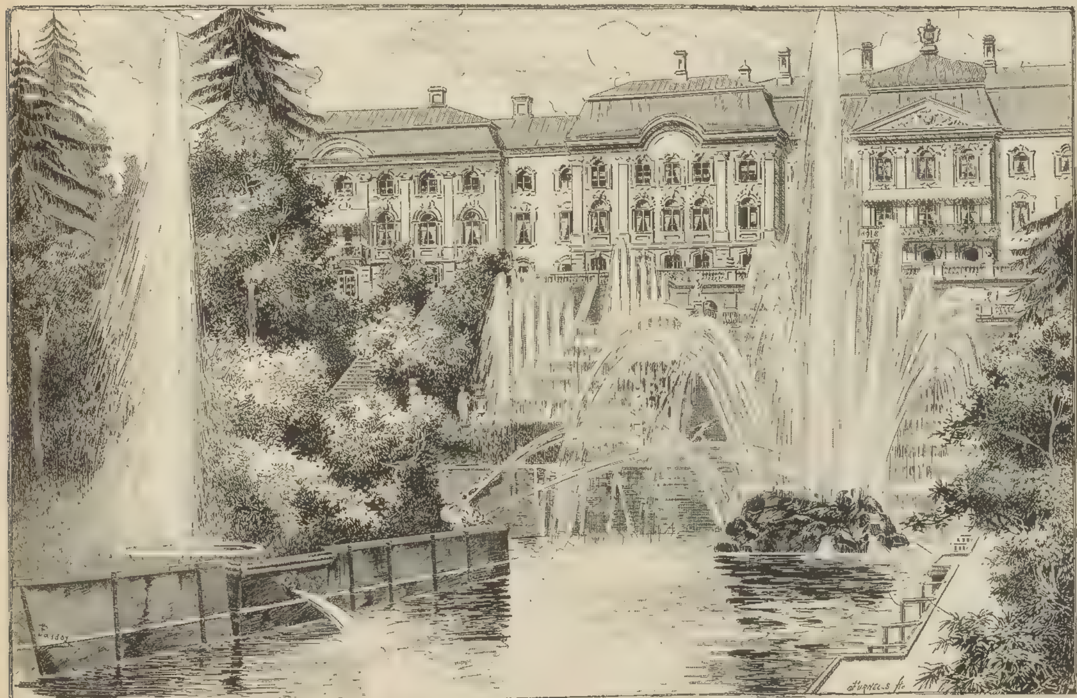
A Andrés le veía perfectamente; alto, musculoso, radiante de júbilo y pareciendo estallar de felicidad. A ella la ocultaba un grupo de personas, entre las cuales Alejo reconoció á su madre.

Seguro de no ser visto y de no llamar por tanto la atención de nadie, fuése acercando al altar muy poco á poco, con todo el recogimiento de que era capaz su alma de niño. El cura bendecía en aquel momento á los esposos, y á la luz de uno de los cirios pudo ver de un modo claro y distinto á la novia...

Alejo llevóse las manos al corazón y ahogó un grito que pugnaba por salir á su garganta. Lo ahogó con fuerza, con rabia, crispados los puños, mordiéndose los labios hasta hacer saltar la sangre, y huyó, huyó de allí para no ver salir de la iglesia á Marcelina, *¡su* Marcelina!, del brazo de Andrés y unida ya á él para siempre.



VIAJE DE M. FAURE A RUSIA. - M. FAURE RECIBIDO POR NICOLÁS II EN EL EMBARCADERO DE PETERHOF



VIAJE DE M. FAURE A RUSIA. - EL PALACIO DE PETERHOF, EN DONDE SE HOSPEDÓ M. FAURE (dibujo de Passos, tomado de una fotografía)



Un drama en los barrios bajos, dibujo de Daniel Perea



SEVILLA.—Orillas del Guadalquivir, cuadro de Manuel García Rodríguez

(Exposición Robira)



ADOREMUS, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila

(Exposición Robira)

Durante el día vagó por los alrededores de Muraleda. Los indiferentes no le conocían, y los suyos..., los suyos le hacían á bastantes leguas de allí, en su curato, y harto tenían que hacer en casa festejando la boda para que fueran á buscarle á él en aquellos parajes solitarios y extraviados, tan propios para la meditación y el éxtasis.

Aquella misma noche regresaba Alejo á su casita y á su iglesia. Dos días después sus padres recibieron una carta en la que se disculpaba por no haber podido asistir á la boda de su hermano, «al cual felicitaba de todo corazón por haber visto realizados sus anhelos y sus esperanzas, como él también las veía colmadas en aquel pedazo de suelo, poco más grande que la palma de la mano...»

MANUEL AMOR MEILÁN

NUESTROS GRABADOS

Gracia y belleza, cuadro de José M.ª Tamburini (Salón Parés). – Tan preciosa como hábilmente interpretada es la nota que recientemente ha expuesto en el Salón Parés el distinguido artista y amigo nuestro D. José M.ª Tamburini. Considerada como manifestación pictórica, no titubeamos en calificarla como bellísima. La posición de la gentil doncella, su gracioso escorzo, la maestría con que están tratadas las telas, la luz hábilmente combinada y los tonos claros y brillantes produciendo agradables contrastes, revelan escollos inteligentemente vencidos, conocimiento completo de la técnica, que se avaloran por la vaguedad y delicadeza que se manifiesta en la producción, verdadera característica del artista, cuyos sentimientos se traducen en todas sus obras cual si fueran la armónica conjunción del arte y la poesía.

Lo mejor de la bodega, cuadro de Román Ribera (Salón Parés). – La mayor parte de los cuadros de este distinguido artista representan luchas, investigaciones, porque aparte de la concepción y del desarrollo del asunto, plácese, ajustándose á las leyes de la estética y del arte, en vencer los escollos que los tonos, al combinarlos, pueden ofrecerle. Agréguese á esta que pudiéramos llamar cualidad la de observar en todas, absolutamente en todas sus composiciones, la mayor concisión en el dibujo, circunstancia que no poseen la mayoría de los pintores, aun los que se distinguen como coloristas, y se comprenderá el buen concepto de que goza y la estima en que se tienen sus cuadros. El que reproducimos, inspirado en el período de nuestras guerras con Flandes, recuerda por su finura y ejecución los que labraron la reputación de los Van Ostade y Terburg.

Monumento erigido á Carlos Darwin en Shrewsbury.—La inolvidable memoria de Carlos Darwin, del naturalista más grande de nuestro siglo, ha sido honrada en su ciudad natal por medio de un monumento sencillo y severo, que ha sido erigido por la Sociedad de Horticultura de Shropshire delante de la antigua Escuela de Shrewsbury, hoy convertida en museo y biblioteca públicos, y que consiste en un pedestal de granito verdoso, sobre el cual, sentada en un sillón, se ve la estatua de bronce del eminente biólogo, admirablemente modelada. El autor del monumento, el escultor londinense Mr. Montford, ha dado á su obra el carácter severo que tan bien cuadra cuando se trata de perpetuar el recuerdo de un hombre de ciencia como Darwin, prescindiendo en ella de todo adorno y aun de toda inscripción, puesto que el pedestal sólo contiene el nombre del sabio ilustre que abrió nuevos y anchos horizontes en el campo de las ciencias naturales.

El padrón municipal, cuadro de Isidoro Marín (premiado en la Exposición de Bellas Artes de Granada de 1897). – Todos los cuadros de Isidoro Marín que hasta ahora hemos publicado ofrecen especial atractivo por la riqueza del color y los verdaderos derroches de luz que, al abrillantar sus lienzos, reproducen con fidelidad los bellísimos contrastes y los varios tonos que produce la tierra andaluza cuando la ilumina y esmalta su hermoso sol meridional. Mas el lienzo que damos á conocer á nuestros lectores, aun comprendido en el género que cultiva el pintor granadino, merece formar en distinto grupo, aun siendo trasunto de las costumbres de la ciudad nazarita. El patio de la casa, cuyos primorosos entallados recuerdan la del Chapiz, los tipos de las mujeres y hasta el guardia municipal que en vano trata de inscribir en el padrón los antecedentes de los numerosos inquilinos de la casa de vecindad, todo tiene marcadísimo sabor local, pero revela mayores alientos en su autor, estudio y observación, ya que no de otra suerte es posible agrupar tipos, obtener efectos y lograr expresión que se ajuste al natural. Por eso consideramos muy justa y merecida la primera recompensa que le ha concedido el jurado de la Exposición de Bellas Artes de Granada y muy acertado el acuerdo de adquirir la obra, adoptado por aquella corporación municipal.



LA CALLE DE LOS TEATROS EN YOKOHAMA

Viaje del presidente de la República Francesa á Rusia. – Los periódicos de todo el mundo se han ocupado en estos últimos días con gran lujo de detalles del viaje de M. Faure á Rusia, llenando sus columnas con descripciones de las fiestas que en honor de su ilustre huésped dispuso Nicolás II. El autócrata ruso ha querido corresponder al brillante recibimiento de que hace poco fué objeto en París, y no hay que decir, tratándose del señor de un imperio tan inmenso y poderoso como el moscovita, que los deseos del tsar se han traducido por una serie de festejos y solemnidades cortesanas que por su magnificencia han excedido á toda ponderación. La información amplísima de la prensa diaria nos releva de explicar estos festejos y estas solemnidades que sobradamente conocerán nuestros lectores; tampoco hemos de ocuparnos del aspecto político del viaje del Presidente de la República francesa, pues con decir que con él se ha sellado la alianza de los dos grandes estados, se comprenden las consecuencias que de tal hecho se derivan. Por esto nos limitamos á reproducir dos notas de la transcendental visita, que son la vista del palacio de Peterhof, donde fué recibido y agasajado el presidente de la República Francesa M. Faure, y la llegada de éste al desembarcadero de la imperial residencia rusa.

Un drama en los barrios bajos, dibujo de Alfredo Perea.—Ante todo debemos rectificar un error padecido en el epígrafe puesto al pie de este grabado: el dibujo no es de Daniel, sino de Alfredo Perea. La escena tan magistralmente dibujada por el malogrado artista es el desenlace de uno de estos dramas del vicio que empiezan en la taberna y en el garito, en los que escribe la última palabra la repugnante navaja, y cuyos personajes, salidos de la hez del pueblo y á veces también de clases sociales más elevadas, terminan su vida de crápula en el presidio. Los tipos del dibujo de Perea, sobre todo el del matador, que tranquilamente cierra el arma homicida mientras contempla indiferente el cadáver de su adversario, están trazados de mano maestra y son una prueba más del talento de observación de su autor y del estudio acabado que había hecho de las gentes y costumbres de los barrios bajos madrileños en donde se desarrolla la escena.

Sevilla.—Orillas del Guadalquivir, cuadro de Manuel García Rodríguez (Exposición Robira). – En varias ocasiones nos hemos ocupado de las obras del distinguido paisajista sevillano. Nuestros lectores conocen sus méritos y saben que sólo á sus excepcionales aptitudes debe la fama de que goza y los triunfos alcanzados en varias exposiciones, á pesar del género que cultiva, hasta ha poco considerado por los jurados en inferior línea que los demás, cual si en el paisaje no pudieran producirse verdaderas maravillas de habilidad y maestría. De ahí que nos limitemos hoy á llamar la atención de nuestros lectores respecto del precioso lienzo que reproduce las encantadoras orillas del Guadalquivir; en él son dignos de aplauso el grupo de álamos blancos, desnudos de hoja, cuyas raíces se bañan en las aguas, y el último término, formado por las caprichosas construcciones de la ciudad, entre ellas la hermosa torre árabe.

Adoremus, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila (Exposición Robira). – Todas las obras del Sr. Mas y Fontdevila ostentan el sello especial que constituyen su carácter y revelan desde luego corrección en el dibujo, seguridad en los trazos, frescura en el color, elegancia en los tonos y siempre inspirada composición. Severo y exigente consigo mismo, conviértese las más de las veces en crítico de sus producciones, no entregándolas al dominio del público hasta que ha logrado vencer las dificultades que él mismo se ha impuesto. Muestra de ello es el notable lienzo cuya copia figura en estas páginas, reproducción del interior de una iglesia de uno de los más pintorescos pueblos del litoral catalán. En él pónense de manifiesto gallardamente las envidiables cualidades de su autor, pudiendo admirarse la finura y armonía de las medias tintas y las filigranas del pincel, que constituyen manchas de color tan agradables como severas, propias del sagrado lugar que se representa.

La calle de los teatros en Yokohama.—Los japoneses son muy aficionados á los teatros, no habiendo ciudad que no tenga cuando menos uno, pues algunas tienen varios, como sucede en Yokohama, una de cuyas calles se compone casi exclusivamente de esta clase de edificios. Pintoresco en extremo es el aspecto que dicha calle ofrece, según puede verse en nuestro grabado: desde lejos se distinguen los largos mástiles de bambú de diez y hasta de doce metros, de los cuales penden los más vistosos cartelones-anuncios con que las respectivas empresas procuran atraer al público. Completan la decoración los faroles de colores con que se adornan las fachadas de las casas de te que suele haber al lado de cada teatro. La animación extraordinaria de aquella calle dura todo el día; pues las representaciones teatrales empiezan por la mañana y terminan por la noche sin solución de continuidad; la afluencia de gente es á veces tal que se hace preciso prohibir la circulación de toda clase de vehículos.

Maniobras de artillería, cuadro de José Cusachs (Exposición Robira). – La genialidad de Cusachs y su carácter asimilador revélanse en la mayor parte de sus producciones y de modo especial en aquellas en que se reproducen escenas y tipos militares de nuestro país, á los que el artista da vida y animación cual si fueran arrancados de la realidad. Tal acontece y puede observarse en la obra que representa las maniobras verificadas por la artillería, á cuya arma perteneció Cusachs; en todos, hasta los más insignificantes pormenores merecen estudio y observación. No en balde figura nuestro amigo entre los pintores que con mayor éxito é inteligencia cultivan el difícil género de la pintura militar.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. – La reputada casa de reproducciones artísticas en heliograbado y fototipia de J. Thomas y C.ª ha ejecutado por vez primera en España el procedimiento foto-químico llamado de los tres colores, por el cual y con sólo los colores amarillo, encarnado y azul se obtiene la reproducción exacta de todos los matices y tonos que puede producir la más rica paleta. La obra escogida como muestra es una preciosa acuarela de Siebe ten Kate, titulada *En el campo*, siendo realmente maravilloso el resultado obtenido. Reciban los Sres. Thomas y Compañía nuestro aplauso por su iniciativa en propagar los modernos adelantos y nuestra enhorabuena por la perfección con que ejecutan el citado procedimiento.

Teatros.—*Novedades.* – Continúa en este teatro alcanzando entusiastas ovaciones el Sr. Vico, quien pone de su parte cuanto puede para corresponder al favor del público, representando las mejores obras de su inmenso repertorio y ejecutándolas con la maestría que le ha conquistado el primer puesto entre nuestros actores contemporáneos.

Necrología.—Ha fallecido:

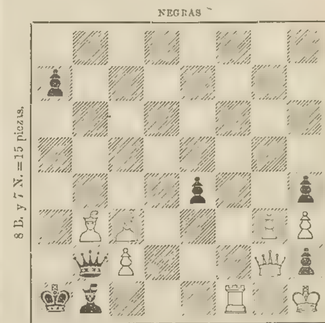
Augusto Lacaussade, célebre poeta francés cuyas composiciones *Poemes et paysages* y *Les Epaves* fueron premiadas por la Academia Francesa.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 86, POR VALENTÍN MARÍN

(Dedicado á Andrés C. Vázquez)

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 85, POR J. PALUZÍE

Blancas.	Negras.
1. A 5 A D	1. P toma A (*)
2. C 6 A D jaque	2. Cualquiera.
3. P 4 R mate.	

(*) Si 1. P 5 C ó P 8 D pide C; 2. P 4 R, P toma A ú otra; 3. C 6 A D mate; – 1. R 4 A; 2. P 4 R jaque, y 3. C mate. La amenaza es 2. A toma P jaque, y 3. P 3 R ó 4 R mate.





Isabel tejía una corona de hiedra y de siemprevivas y la institutriz terminaba otra de margaritas

ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

Novela original de la notable escritora alemana Eugenia Marlitt

(continuación)

XIX

Cuando el criado de Lindhof llamó á Gnadeck, Isabel se hallaba en el gran vestíbulo tejiendo una corona de hiedra y de siemprevivas, mientras la institutriz, sentada á su lado, terminaba otra de margaritas. El sepulcro mandado construir en el cementerio de Lindhof estaba dispuesto ya, y aquel mismo día, á las seis de la tarde, debía ser transportado á él el ataúd de Lila. Si los ojos de Justo de Gnadewitz hubieran podido contemplar á las dos mujeres ocupadas en preparar aquellas coronas, sin duda se habría dulcificado al ver cómo una de las descendientes de su querida Lila, disponíase á depositar algunas flores de los bosques sobre el ataúd que contenía los restos de su abuela.

Después de consultar con su madre, Isabel aceptó la invitación de la señorita de Walde, con tanta más facilidad cuanto que enviaba á decir que se trataba tan sólo de conversar agradablemente una hora. Poco después de haberse ido el criado se presentó Reinhard; parecía muy grave y algo triste, y preguntado por la señorita Mertens acerca de la causa de ello, díjole que el Sr. de Walde se mostraba desde su regreso más sombrío y silencioso que nunca.

– Las impresiones que ha sufrido con la muerte de su amigo, añadió, debieron ser muy penosas, pues á decir verdad, apenas le reconozco, por decirlo así. Debía hacerle varias comunicaciones importantes, y bien pronto he comprendido que no me escuchaba, ó por lo menos que no había fijado la menor atención en lo que le decía. Estaba sentado delante de mí, quebrantado al parecer y como absorto en muy tristes pensamientos. Lo que me ha parecido particularmente extraño es el arrebato con que me interrumpió cuando, deseoso de distraerle, quise hablarle del descubrimiento hecho aquí en las ruinas. «He oído hablar suficientemente de eso, – dijo con impaciencia, – y es inútil tratar más de ello. Sírvase usted dejarme solo.»

– Amigo mío, repuso la institutriz, cuando un dolor profundo acaba de agobiarnos, el mundo exterior nos es indiferente y hasta importuno. Nos resentimos en nuestro interior al observar que todo cuanto nos rodea sigue su curso habitual sin tener en cuenta nuestros sufrimientos, y cualesquiera que sean nuestros instintos de justicia, y hasta la bondad de nuestro corazón, rara vez podemos abstenernos de las señales de impaciencia de que se muestra usted tan contristado como sorprendido. El Sr. de Walde quería tiernamente al amigo de la infancia que acaba de perder, y... ¡Pero, Dios mío, Isabel, qué hace usted! ¿Cree usted que puede quedar así esa corona?

Y al decir esto señalaba la que tenía en la mano su joven compañera. Esta, mientras Reinhard hablaba, había cogido al acaso algunas dalias grandes y de brillantes colores colocándolas en la verde guirnalda; el contraste resultaba violento, tratándose de una corona para una tumba, é Isabel, ruborizándose, lo comprendió así desde luego, arrojando á lo lejos las flores tan intempestivamente colocadas en la rama de hiedra.

Las tres habían dado ya hacía largo tiempo en el reloj de Lindhof cuando Isabel bajó por el sendero de la montaña, apresurando el paso. Su tío la había detenido bastante tiempo, y no le agradaba que hubiese aceptado aquella invitación, «porque, en fin, decía, la pobre difunta que hoy hemos de conducir al cementerio bien merece de nuestra parte que consagremos todo un día á su memoria...» No sabía lo que pasaba en el corazón de su querida sobrina... Ignoraba que había contado todas las horas de los días que acababan de transcurrir hasta el momento en que pudo decirse: «ya ha vuelto.»

Apenas tocaban sus pies el suelo, y esperaba, apresurando cada vez más su marcha, ganar el tiempo perdido, cuando una rama enganchó de pronto sus espinas en su vestido y fué necesario perder algunos minutos más para desprenderse de aquel obstáculo. Por fin llegó al pabellón; las puertas estaban abiertas de par en par, y en el salón no había nadie todavía; en una mesa veíanse preparados refrescos de todas clases; y en uno de los ángulos de un diván se habían colocado almohadones, evidentemente dispuestos para Elena.

Isabel, con el corazón aligerado por aquella soledad, que la disculpaba de una falta de exactitud, apoyó los brazos en una de las ventanas del fondo, delante de la cual se extendía un espeso bosquecillo formado por árboles raros. De improviso oyó un ligero movimiento detrás de sí y se volvió. El Sr. de Hollfeld estaba de pie delante de la puerta principal. Al verle, Isabel quiso salir del pabellón inmediatamente; pero él le cerró el paso, con todas las señales del más profundo respeto, asegurándole que la señorita de Walde le seguía.

– Doy á usted mi palabra de que Elena estará aquí dentro de un momento, dijo, insistiendo al ver que Isabel manifestaba el deseo de renovar la tentativa de alejarse lo más pronto posible. ¿La parece á usted tan insoportable mi presencia?, añadió con acento conmovido y melancólico.

– Sí, caballero, contestó fríamente Isabel, y me extraña que usted lo dude; le bastará recordar la incalificable persecución que me ha hecho sufrir muy recientemente para que le sea fácil comprender que no podría soportar la idea de hallarme sola con usted, ni aun durante un momento.

– ¿Conque continúa usted siempre tan desapiadada? ¿Deberé sufrir largo tiempo todavía el castigo por una simple broma, que debería usted olvidar generosamente?

– Le aconsejo á usted, caballero, que en adelante proceda con más discernimiento y aprenda á elegir con circunspección las personas que toleren semejantes bromas.

– ¡Sin duda, sin duda hay una mala inteligencia entre nosotros, pero esto cesará!.. Deploro la interpretación que usted ha dado á mis palabras..., pero también ¿cómo suponer?..

– ¿Que se me deba respeto?, interrumpió Isabel, cuyos ojos brillaron de cólera y desdén.

– ¡No, oh, no! De esto no he dudado jamás; quería decir tan sólo que no era fácil suponer tanto arrebato de parte de usted, ni tan mala acogida á unos cumplidos bien sinceros... Reconozco que usted tiene todos los derechos posibles á exigir de mí el más profundo respeto, y voy á pedir á usted perdón de rodillas.

– Le dispenso á usted de hacerlo; no hay más que un medio de obtener ese perdón, y es alejarse ahora mismo, no acercarse á mí nunca, ni dirigirme jamás la palabra.

– Esas condiciones son demasiado duras, y se avienen demasiado poco con mis proyectos para que yo pueda aceptarlas... Ya he dicho á usted, Isabel, que la amo apasionadamente.

– Y yo le he contestado ya, como le contesto ahora, que eso me es de todo punto indiferente.

– ¡Isabel, no me reduzca usted á la desesperación!

– Ante todo, caballero, debo recordarle las reglas de la cortesía, que nos prohiben designar á los extraños por su nombre de pila.

– ¡Es usted un demonio de frialdad y de maldad! En fin, reconozco que tiene usted algunos derechos para maltratarme; pero se arrepentirá pronto, añadió, sonriendo. Escúcheme usted un instante, y concédame un poco de paciencia. Se ha engañado usted respecto á mis intenciones, y para refutar victoriosamente todos sus malos pensamientos, una palabra bastará. Me propongo casarme con usted, y añadiré que mi fortuna y mi categoría me permiten ofrecer á mi esposa una posición muy brillante y envidiable.

Y diciendo esto miraba á la joven, sonriendo con aire de triunfo.

¡Qué deslumbrada, en efecto, debía quedar aquella pobre menestrala! ¡Qué sueño! ¡Qué perspectiva! ¡Hallarse de repente colocada en el seno de la nobleza más escogida, ir á la corte, tener magníficos trajes, un castillo!.. ¡Y todo esto, todo cuanto se acepta de buena gana hasta de un esposo viejo, enfermo y desagradable, ofrecido por un joven seductor! El corazón de Isabel debía rebosar sin duda agradecimiento.

¡Pues no! La sorpresa fué grande sin duda; pero no la acompañó ningún síntoma de alborozo. Isabel, retrocediendo un paso, contestó con altivez:

– Deploro, caballero, no haber conseguido hasta aquí hacerme comprender mejor; si usted me hubiera entendido, se habría ahorrado, y á mí también, un momento desagradable. Después de todo cuanto le he dicho hasta ahora, no puedo explicarme que me haga usted semejante proposición...; mas, puesto que me obliga, le repetiré que no puedo ni quiero aceptar...

– ¿Por qué?

– Porque nada en el mundo me haría consentir en ser su compañera.

El Sr. Hollfeld permaneció algunos instantes silencioso, como si su entendimiento rehusase penetrar el sentido de aquellas palabras; después palideció, y dirigiéndose á Isabel con expresión rencorosa, repuso:

– ¿Qué comedia representa usted? ¿A quién haría creer que piensa seriamente en rechazar semejante proposición?

Isabel sonrió desdeñosamente y apartóse con disgusto, movimiento que llevó á su colmo el furor de que el Sr. de Hollfeld parecía animado.

– ¡Los motivos, exclamó balbuciente, diga usted los motivos, quiero conocerlos!, exclamó precipitándose de nuevo entre la puerta é Isabel, que trataba de acercarse á ella, y cogiendo por el vestido á la joven, la cual retrocedió horrorizada.

– ¡Déjeme usted, quiero irme en seguida!, gritó la joven fuera de sí.

El terror la tenía paralizada, pero haciendo un esfuerzo supremo irguióse altivamente y con voz enérgica dijo:

– Por si hay en usted un átomo de honor, al que yo pueda apelar, véome precisada á recurrir á mis armas y á decirle que le desprecio profundamente, que siento por usted un aborrecimiento invencible. Su presencia me produce la misma repulsión que la vista de una serpiente, y mejor me casaría con el más humilde obrero que con usted, á pesar de su nobleza y de su fortuna. Me ha inspirado usted esta repugnancia desde el primer día que le vi, y no se la he ocultado sino en cuanto lo exigía la más simple y fría política. Su conducta inconveniente respecto á mí, su empeño y su persecución han venido á justificar todos esos sentimientos, que se hallaban en mí en el estado puramente instintivo, y que en lo futuro persistirán, formando parte de mi ser. Todo se rebela en mí cuando lo veo, y no podría el infierno ofrecerme perspectiva más espantosa que la de tenerle por compañero. Usted lo ha querido: he hablado; y ahora, déjeme usted pasar.

– De ningún modo, contestó Hollfeld con una expresión sombría que aterró á Isabel, tanto que retrocedió hacia la ventana abierta, distante apenas algunos pies del suelo.

En el preciso momento en que iba á precipitarse sobre la cornisa, detúvose inmóvil ante una extraña aparición. Allí, al pie de la arboleda, muy cerca del pabellón, hallábase una mujer cuyo rostro no era apenas menos espantoso que el de su perseguidor. Lívido, contraído por el furor, animado por el extravío y la ferocidad; tal se le apareció aquel rostro, en el que reconoció, no sin mucho trabajo, el de Berta la loca. Entonces retrocedió involuntariamente. Hollfeld la cogió entre sus brazos estrechándola fuertemente; ciego de furor no vió á la joven que desde fuera presenciaba aquella escena. Isabel llevóse las manos á los ojos para no ver la espantosa visión que en el jardín se le había aparecido; sentía junto á su rostro el aliento de su perseguidor cuyos cabellos tocaban sus mejillas: un temblor se había apoderado de ella y todas las fuerzas físicas la habían abandonado. El horror que le inspiraban Hollfeld y Berta había paralizado todos sus movimientos y no pudo ni siquiera dar un grito. Al ver al Sr. de Hollfeld, Berta amenazó con los puños hacia la ventana, pero de pronto volvió la cabeza como si escuchase algún ruido, dejó caer las manos, soltó una carcajada histérica y huyó en dirección al bosque.

Todo esto fué obra de un instante. Al oir la carcajada, Hollfeld irguióse atemorizado, y sus ojos trataron de escudriñar la espesura por donde había desaparecido Berta, pero en seguida se fijaron de nuevo en la joven que tenía entre sus brazos y á la que oprimía cada vez con más fuerza.

En aquel instante sus sentimientos hacia Isabel eran sinceros, y no se acordaba de su egoísmo ni de su hipocresía. Habíase también olvidado de que era la hora de que Elena acudiera á la cita y no pensaba que en cualquier momento podían entrar en el pabellón el jardinero ó alguien de la servidumbre. Sentíase completamente dominado por su pasión y no vió que la señorita de Walde, apoyada en el brazo de su hermano, estaba de pie en el umbral de la puerta. La baronesa iba detrás, y su rostro expresaba el mayor descontento.

– ¡Emilio!, exclamó con acento de cólera.

El Sr. de Hollfeld se irguió al punto, lanzando á su alrededor una mirada de enojo, mientras Isabel libre al fin de los brazos que la aprisionaban, dejóse caer desfallecida en un sillón. Esta vez, la voz dura y áspera de la baronesa sonó en sus oídos como la más dulce y suave de las melodías..., y allí, cerca de ella, estaba silencioso y altivo aquel que era dueño de su pensamiento y de su corazón. Hubiera querido poder arrojarse á sus pies y gritarle: ¡Protéjame usted, líbreme de ese hombre á quien odio y desprecio!.. ¡Pero qué miradas le dirigía el Sr. de Walde!.. ¿Podían tomar una expresión tan glacial y agobiadora aquellos ojos, que la miraban con ternura, ó por lo menos con simpatía, tan pocos días antes? ¿Era realmente aquel hombre de actitud desdeñosa y de frente pálida, el mismo que un día se inclinó hacia ella diciéndole con voz tan dulce: «Quiera mi ángel bueno murmurar á su oído el nombre del ausente?» Y estaba á pocos pasos de ella como un ángel malo, como el demonio de la venganza y del odio, dispuesto á hollar bajo los pies su pobre corazón.



Hollfeld la cogió entre sus brazos estrechándola fuertemente

Elena, que había contemplado inmóvil la escena, retiró al punto el brazo que apoyaba en el de su hermano y acercóse penosamente á Isabel. No podía dudar ya que la proposición de Hollfeld hubiese sido aceptada con alegría por la joven.

– ¡Sea usted mil veces bien venida aquí, apreciable Isabel!, exclamó, mientras algunas lágrimas se desprendían de sus hermosos ojos.

Y tomando la mano temblorosa de la joven, añadió:

– Emilio me da en usted una hermana, que será, que es ya tiernamente amada... Yo le ruego que procure devolverme un poco del cariño que le ofrezco; se lo agradeceré eternamente... Querida Amelia, añadió, volviéndose hacia la baronesa, que parecía convertida en estatua, ruégote que te acerques y unas tus esfuerzos á los míos para acoger bien á esta niña, porque de ella depende en adelante la felicidad de Emilio... ¡Mírala! ¿No parece nacida para satisfacer todas las exigencias maternales, todo cuanto esperas con razón de la joven que debe pertenecerte tan de cerca? Joven, ricamente dotada por la naturaleza de mil gracias y otras tantas cualidades apreciables, perteneciente á una de las familias más antiguas y más ilustres de nuestro país...

Elena se interrumpió de pronto; la vida parecía renacer bajo las facciones pálidas de Isabel, que hasta aquel momento no había comprendido sin duda de qué se trataba, y cogiendo ambas manos de Elena, é irguiéndose al fin, díjole con voz dulce, pero firme:

– Se engaña usted, señorita; permítame observar que yo pertenezco á una obscura familia de menestrales.

– ¿Cómo es eso? ¿No tiene usted los derechos más incontestables á reclamar y usar el nombre de Gnadewitz?

– Sí, el derecho es incontestable, según parece; pero mi padre está resuelto á no tomarle.

– ¡Es imposible! No se puede rechazar semejante dicha.

– Será sin duda que, lo mismo que yo, mi padre y mi tío no cifran la felicidad en un título.

La baronesa se había acercado, y comenzaba á comprender de qué se trataba. Muy resentida interiormente de no haber sido consultada siquiera en aquel trascendental asunto, odiaba además, y hacía largo tiempo, á la persona elegida por su hijo; pero sabía de antemano que todas las quejas que pudiera dirigir á éste serían acogidas con un movimiento de hombros y una sonrisa irónica, sin producir más efecto que el de afirmarle en su resolución. Además no se le ocultaba que Elena dirigía toda aquella combinación con un entusiasmo de que auguraba bien para los intereses de la familia, y por lo tanto se había prometido velar á medias su descontento, desempeñando en aquella escena el papel de una madre indulgente que consiente en bendecir á sus hijos á pesar de las faltas en que han incurrido respecto á ella. La contestación de Isabel cambió el curso de sus decisiones; sintió germinar en ella la secreta esperanza de que la joven podría muy bien con su orgullo hacer fracasar el proyecto, y se propuso, por consiguiente, echar leña al fuego.

– Vamos á tropezar con un criterio menestral, querida Elena, dijo, volviéndose hacia su prima... ¿Y por qué rechazaría usted el honor de llevar un nombre ilustre, señorita?, preguntó á la joven.

– Porque los nombres ilustres no son siempre honoríficos, señora; nosotros amamos nuestro nombre obscuro, pero limpio, honroso, y no quisiéramos cambiarle por ese otro, temerosos de hacernos solidarios de actos que no fueron siempre irreprensibles...

La voz de la joven era á cada momento más segura.

– ¡Dios mío, qué altivez!, exclamó la baronesa, sonriendo con aire burlón.

– Usted no habla seriamente, querida niña, repuso Elena. No olvide que de esta cuestión depende la futura dicha de dos personas, añadió dirigiendo una mirada de inteligencia á Isabel, cuyo verdadero sentido ésta no comprendió. Para el porvenir de usted más vale que lleve un nombre noble en la esfera que ha de ser la suya; usted lo sabe y lo comprenderá sin que yo insista más sobre este punto, y no querrá, de consiguiente, comprometer por una niñada de esa especie sus esperanzas de felicidad y también las de otra persona.

– ¡Pero señorita!, exclamó Isabel, me es absolutamente imposible comprender el sentido de las palabras de usted... No puedo relacionar con ese nombre ninguna esperanza, ningún proyecto, cualquiera que sea... Mucho menos aún comprendo cómo la felicidad de otro pueda depender de la mayor ó menor importancia que mis padres den al descubrimiento de ese pergamino enmohecido, ni por qué extraño concurso de circunstancias me vería yo, pobre joven insignificante, árbitra de los destinos de un ser cualquiera.

– Usted no es pobre, hija mía, repuso Elena; venga usted aquí, junto á mí, añadió con profunda emoción; desde hoy somos hermanas... ¿No es verdad, Rodolfo?, preguntó, volviéndose hacia su hermano... Para ti también la novia de Emilio es bien venida en nuestra familia, y tú permites que comparta fraternalmente mi fortuna con ella... ¿No es verdad?

– Sí, contestó el Sr. de Walde con voz sorda, pero firme.

Isabel se aplicó un momento la mano á la frente, como si hubiese dudado de su razon... «La novia de Emilio» había dicho la señorita de Walde... Y de ella era de quien se trataba... ¡Oh, esto no podía ser! ¿Se habían unido todas aquellas personas para perseguirla? ¡Y él, él que no ignoraba hasta qué punto aborrecía al Sr. de Hollfeld, los apoyaba! ¡Permanecía allí inmóvil, con los ojos bajos, indiferente á todo lo que se agitaba á su alrededor! Hasta entonces no se había tomado la molestia de proferir una palabra, ni había hablado más que para pronunciar con su tono más seco aquel *sí* cruel que arrebataba todas sus esperanzas á la joven. ¿No le había manifestado recientemente hasta qué punto la desagradaban las asiduidades con que el Sr. de Hollfeld la perseguía?

De repente un rayo de luz iluminó la noche profunda en que se entrechocaban los pensamientos de la joven: ahora era noble, y todo quedaba explicado así. El Sr. de Walde no sentía ya enojo, porque no debía temer que uno de sus más próximos parientes contrajese una alianza desigual; ella era noble, la familia consentía en aquel casamiento; y he aquí por qué Elena le hacía aquellas advertencias con palabras embozadas, cuando se permitió rechazar aquel honor. No le era posible adivinar por qué toda aquella gente parecía estar de acuerdo para concertar una alianza muy poco ventajosa desde el punto de vista de la fortuna; mas un sentimiento, una necesidad dominaba todo el caos tumultuoso de sus pensamientos, y era que ante todo debía destruir la base en que reposaban aquellos errores.

– Me veo obligada, dijo vivamente, á desvanecer una mala inteligencia. Al Sr. Hollfeld correspondería

establecer la verdad de los hechos; pero como persiste en guardar silencio, no puedo dispensarme de declarar aquí que jamás, jamás ha obtenido de mí un consentimiento, ni una promesa, ni siquiera el menor estímulo.

–Pero, hija mía, balbuceó Elena muy perpleja, ¿no acabamos de ver todos á Emilio estrechando á usted entre sus brazos?


Isabel quedó como herida del rayo

Isabel quedó como herida del rayo. Hasta entonces su carácter leal, su alma pura y sincera no habían admitido un solo instante que se hubieran podido interpretar torcidamente sus verdaderos sentimientos, y ahora reconocía de pronto que, según todas las apariencias, se la creía de acuerdo con aquel hombre despreciable... Se volvió vivamente hacia él como para apelar de nuevo á su testimonio, pero una ojeada le bastó para comprender que nada debía esperar por aquel lado, y que era preciso luchar sola para restablecer la verdad. Si las señoras hubiesen estado solas Hollfeld hubiera tratado sin duda de salvar la situación con alguna mentira improvisada; pero allí estaba presente un hombre cuya perspicacia le inspiraba un terror bien fundado, y continuó guardando un silencio que se podía interpretar de muy diversas maneras.

–Dios mío, ¡qué situación tan horrible!, exclamó la joven fuera de sí y retorciéndose las manos. Lo que ustedes han visto, añadió bajando la cabeza como avergonzada, es á una joven honrada luchando en vano por rechazar la persecución de un hombre sin honor, de un hombre á quien no han podido hacer desistir de sus viles propósitos ni el desprecio ni la aversión que siempre le he demostrado. Pongo por testigo al cielo de que nunca he disimulado estos sentimientos para con el Sr. de Hollfeld, á pesar de lo cual...

No pudo terminar la frase, interrumpida por un ruido que se produjo detrás de ella.

Elena habíase dejado caer en el sofá y sus manos agarrábanse convulsivamente al ángulo de la mesa. Presa de un temblor violento y con el rostro lívido fijaba sus ojos, casi apagados, en el Sr. de Hollfeld... En vano trató de dominar su emoción; la luz se había hecho, y esta luz, implacable, le mostraba de pronto un tejido de despreciables intrigas, de viles cálculos interesados para burlarse de la credulidad de su fe y de su afecto. No era ya posible la duda, y mil circunstancias surgieron al punto en la memoria de la infortunada para confirmar la verdad de las palabras pronunciadas por Isabel.

Cualquiera que fuese la emoción de la joven, sintióse poseída de la más tierna piedad al contemplar á Elena echada en el diván. Para alejar las sospechas que sobre ella pesaban, habíale sido forzoso arrancar la venda que cubría los ojos de la señorita de Walde, y aunque la luz debiera hacerse más pronto ó más tarde, la joven tuvo un profundo sentimiento por haber sido la causa directa del intenso dolor que Elena sufría en aquel instante. Se acercó á la enferma ligeramente, y estrechando la mano helada de Elena entre las suyas, dijo con dulzura:

–Dispénseme usted la energía de mis palabras; esto no le será difícil, por poco que se digne ponerse un momento en mi lugar. Algunas palabras pronunciadas por el Sr. de Hollfeld hubieran bastado para evitarme la obligación de manifestar aquí, delante de todos, de qué naturaleza son los sentimientos que me inspira. Siento haberme visto precisada á ello, mas no podría retirar ni atenuar nada de lo que es la pura verdad.

Y besando tiernamente la mano de Elena, Isabel salió del pabellón. Parecióle que el Sr. de Walde hacía ademán de detenerla, pero ella sin hacerle caso abandonó la estancia.

Sin darse cuenta de sus movimientos, tomó el sendero que conducía al estanque, traspasó el límite del parque, y avanzando siempre, absorta en sus dolorosos pensamientos, hallóse en el camino que conducía á la Torre de las Religiosas, sin echar de ver que tomaba una dirección opuesta á la que conducía á su morada.

Sentíase presa de una excitación indescriptible y en su cabeza parecía bramar una tempestad. La proposición de casamiento del Sr. de Hollfeld, sus reiteradas instancias, la aparición de Berta en la ventana del pabellón, la particularidad extraña é inexplicable de la parte que Elena tomó en el proyectado enlace del hombre á quien amaba, todo esto pasaba y repasaba en su memoria; pero nada podía igualar al dolor que sentía al repetirse aquel *sí* tan resueltamente pronunciado por el Sr. de Walde... ¡Conque la saludaba como prometida de su primo, y no le importaba que llegase á ser la compañera de aquel Hollfeld! El casamiento se había concertado en consejo de familia, y el Sr. de Walde, considerando fríamente la situación, se había puesto de acuerdo con su hermana respecto á la persona que llevaba á su esposo un árbol genealógico aceptable. ¡Habían tenido la condescendencia de consentir en aquella alianza, y se convenían mutuamente para vencer el último obstáculo, que era su pobreza!

Isabel se estremeció al hacer esta reflexión. ¡Qué duramente habían sido holladas bajo los pies por aquel hombre despiadado sus esperanzas y los sinceros sentimientos que germinaran en su corazón!.. ¿Cómo había podido creer ella que aquella alma altiva, solitaria, hastiada, fuera susceptible de experimentar alguna simpatía por una obscura joven, él, que no pedía más aureola en la frente de una mujer que la de una larga serie de antepasados que se perdiera en la noche de los tiempos?

Algunas veces se detenía, y después continuaba su marcha, sin darse cuenta del tiempo, del espacio, de la soledad; seguía adelante, sin reconocer siquiera el sendero que había recorrido ya á su lado y con él; las ramas rozaban su rostro, y no recordaba que él las había desviado cuidadosamente cuando estaba junto á ella. El tallar estaba despejado aún en el sitio donde la señorita de Quittelsdorf apareció de pronto aquella tarde; allí había repetido con docilidad las palabras que él le dictaba, y que debían componer la felicitación por él exigida; pero Isabel atravesó aquella vía sin reconocerla, y fué una fortuna para ella, porque sus ojos ardorosos no tenían lágrimas, y en aquel lugar era donde su corazón habría tenido que prorrumpir en llanto.

Por fin miró sorprendida á su alrededor: hallábase delante de la Torre de las Religiosas; la soledad más completa reinaba en aquel sitio y muy probablemente era ella la primera persona que desde la tarde de la fiesta había pisado el césped que se extendía circularmente alrededor del antiguo edificio.

Todo presentaba la imagen del desorden; acá y allá veíanse troncos de guirnaldas marchitas, de ramas rotas; los dos pinos que habían sostenido la tienda de las cantineras yacían en tierra entre restos de botellas y de carbones apagados, sobreviviendo á la instalación campestre de los cocineros del castillo y á las piezas de fuegos artificiales que habían puesto término á la fiesta. El día declinaba, y bajo las encinas condensábase ya la obscuridad, anunciando la noche; pero un débil rayo de sol iluminaba aún la cima de la torre.

Isabel pensó de pronto en su profunda soledad en medio del bosque, y sin embargo, no pudo menos de encaminarse al sitio en donde el Sr. de Walde se había despedido de ella... En el momento de dar algunos pasos para alejarse de allí, detúvose sorprendida; el viento de la tarde llevaba hasta ella algunos sonidos vagos y cortados que alguna voz humana pronunciaba. Al pronto le pareció un grito de dolor proferido á lo lejos; pero poco á poco los sonidos se percibieron más próximos; era una voz femenina que gritaba más bien que cantaba una especie de salmo religioso, y á juzgar por el ruido de los pasos aquella mujer avanzaba hacia ella.

De pronto cesó el canto y resonó una horrible carcajada, cuyos acentos expresaban odio, triunfo y ferocidad.

Isabel se estremeció, fijando su mirada en el tallar donde se acababa de oir aquel rumor; la risa había cesado, pero el canto volvía á comenzar y la que cantaba acercábase rápidamente.

Isabel se refugió en la torre, procurando evitar el encuentro con aquella persona; mas apenas hubo traspasado el umbral de la puerta, la risa feroz se oyó de nuevo, y esta vez muy cerca de ella.

Por la parte del prado de césped salía del bosque precipitadamente Berta seguida de Wolf, el peligroso dogo que sólo ella había domesticado.

–¡Wolf, sus á ella, sus!, gritó la joven, extendiendo ambas manos hacia el sitio donde Isabel se hallaba.

El dogo se precipitó con la rapidez de una flecha hacia el punto que se le indicaba.

Isabel empujó la puerta tras sí y se lanzó por la escalera que conducía á la plataforma; así ganó un poco de tiempo; pero antes de llegar á la parte superior de la torre, oyó empujar violentamente la puerta del piso bajo, y en la escalera, la respiración anhelante del dogo, excitado por la loca, que le seguía.

La desgraciada Isabel alcanzó al fin el último escalón, y sintiéndose perseguida de cerca por el perro, pudo utilizar el resto de sus fuerzas para cerrar tras sí la pesada puerta de encina y apoyarse contra ella poseída de indecible terror.

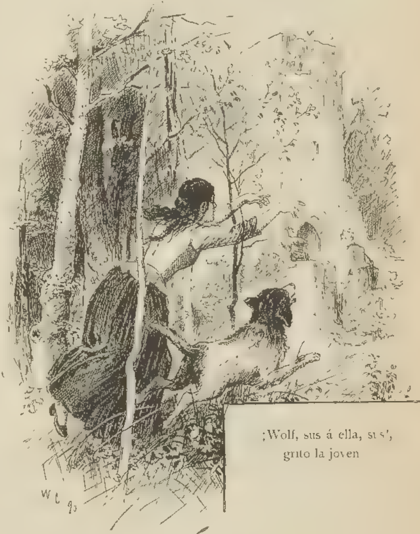
Apenas transcurridos algunos minutos, Berta sacudía la puerta sin poder abrirla, y se arrojó contra aquel obstáculo con la fuerza irresistible propia de la locura, mientras el dogo aullaba furiosamente y arañaba las maderas.

–¡Te engañas si crees que escaparás, bruja maldita!, gritaba Berta. ¡Espera, espera, que ahora te alcanzaré! ¡Quiero retorcerte el pescuezo; te cogeré por tus cabellos amarillos y te arrastraré así á través del bosque! ¡Ah, tú me has robado su corazón, tú has ahogado todas mis esperanzas, y crees que esto quedará así! ¡Me amaba, me había prometido casarse conmigo..., yo debía tener magníficos trajes, un castillo, criados á quienes dar mis órdenes..., y todo esto me lo has robado! ¡Sus, Wolf! ¡Cógela, cógela!

El dogo arañó la puerta con furia.

–¡Desgárrala en mil pedazos, mi bravo Wolf, continuó Berta; tritura entre tus dientes sus blancos dedos, que le han hechizado con una música del demonio! ¡Maldita seas, maldita la música que producen tus manos y que ahora será el puñal que partirá tu corazón!

Berta se precipitó de nuevo con todo su peso contra la puerta, cuyas viejas planchas produjeron algunos crujidos, aunque sin ceder. Isabel continuaba apoyándose contra ella con los dientes apretados y el rostro lívido; había recogido á sus pies un pedazo de madera, y preparábase á defenderse, aunque esto le pareciese de antemano imposible é inútil. Si su emoción le hubiese permitido mirar la cerradura de la puerta, habría visto que no era necesario apoyarse contra ella para oponer mayor resistencia, pues con los esfuerzos hechos habíase corrido un antiguo y enorme cerrojo más que suficiente para resistir los esfuerzos de la loca.


¡Wolf, sus á ella, sus!, gritó la joven

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL PUENTE MIRABEAU EN PARÍS

El puente Mirabeau, que recientemente ha sido inaugurado en París, atraviesa el Sena y pone en comunicación los distritos 15 y 16 de aquella capital, desembocando por un extremo en la prolongación de la calle de la Convención y por otro por el lado de Auteuil, en la avenida de Versalles, enfrente del cruce de las calles Mirabeau y Remusat.



Fig. 1. – Vista en conjunto del puente Mirabeau, recientemente inaugurado en París



Fig. 2. - Estatua alegórica en una de las pilas del puente



Fig. 3. – Estatua alegórica en una de las pilas del puente

Este puente es del tipo de los llamados de arcos de culatas compensadoras afirmadas en los estribos; sus dimensiones son: 20 metros de anchura (12 el arroyo y 8 las dos aceras), por 173'04 de longitud. Lo que en primer término llama en él la atención es el extremado abocinamiento del perfil adoptado: el puente hubiera ciertamente ganado, desde el punto de vista del aspecto, si la curva hubiese sido más pronunciada; pero por una parte el nivel inferior estaba impuesto por la obligación de dejar una altura libre suficiente para el paso de los barcos, aun en los casos de una regular crecida, y por otra el nivel superior de la calzada debía sujetarse al de las vías de las inmediaciones cuyos perfiles no podían ser alterados.

En la construcción de este puente ha entrado como elemento principal el acero laminado: de los 2.744.000 kilogramos de metales empleados 2.077.000 son de acero laminado; el hierro laminado, que sólo ha servido para las planchas colocadas debajo de la calzada y de las aceras, sólo figura por 385 toneladas, y el resto hasta la cifra total está representado por las barandas y las fundiciones decorativas (152 toneladas) y por las articulaciones de acero forjado y colado (unas 80 toneladas.)

En el vértice del arco formado por el tramo central, es decir, en el punto de unión de los extremos de los medios arcos, hay una articulación destinada á determinar exactamente el punto de paso de las reacciones mutuas de las dos partes de la obra sin oponer resistencia alguna á las deformaciones angulares. Esta articulación, que es de acero colado, se compone de una rótula y de un cojinete: la rótula es una plancha rectangular levantada por una de sus caras, que en la cara opuesta tiene la forma de un semicilindro horizontal de 12 centímetros de diámetro. El cojinete, levantado también por una de sus caras, tiene en la otra una estría á la que se ajusta la parte semicilíndrica de la rótula, de modo que puedan cambiar de sitio relativamente las dos piezas, la una con relación á la otra.

Las articulaciones de las pilas están basadas en el mismo principio, pero su forma es distinta por razón de construcción. En los estribos es también necesario que el extremo de las culatas descanse sobre la sillería por mediación de piezas movibles, que consisten en bielas articuladas en su parte inferior en una plancha de hierro fundido y compuestos de travesaras y cantoneras unidas por un enrejado de hierro.

Uno de los dispositivos más ingeniosos empleados en el puente Mirabeau es el que tiene por objeto anular la dilatación del pavimento de madera de la calzada. La madera es una substancia esencialmente higrométrica que tiende á aumentar de volumen bajo la influencia de la humedad: en las vías ordinarias se tiene el cuidado de disponer en los bordes de las aceras, á fin de impedir esta dilatación, una tajea de unos cinco centímetros que se llena de arena; pero en este puente, á causa de las junturas rígidas de las piezas metálicas, ha sido preciso recurrir á un sistema compensador de articulación: para ello se ha dado á las piezas que sirven de apoyo á las planchas de las aceras la forma de una U puesta de canto, colocando en ellas, á cada 75 centímetros de distancia, unos resortes en espiral apoyados contra otras piezas en forma de Z, colocadas debajo de los bordillos de las aceras, sobre los cuales se apoya la capa de arena. Fácilmente se comprende que en caso de dilatación, la pieza en forma de Z, al sufrir una presión considerable, oprime los resortes en espiral y se aproxima á la pieza en U, volviendo á su posición primitiva en cuanto cesa la presión.

La parte decorativa del puente ha sido realizada de una manera sobria y afortunada: en vez de querer disimular el esqueleto metálico, se ha contado acertadamente con el buen efecto producido por la armonía de las grandes líneas del arco, limitándose á ocultar por medio de una faja de hierro colado los resaltos motivados por las junturas y las barras suplementarias, merced á lo cual la curva del intradós conserva la continuidad y la limpieza necesarias.

Para completar la ornamentación se han colocado en las pilas figuras simbólicas esculpidas por M. Injalbert, que producen bellísimo efecto. – E. Maglin.

* * *

PERFECCIONAMIENTOS

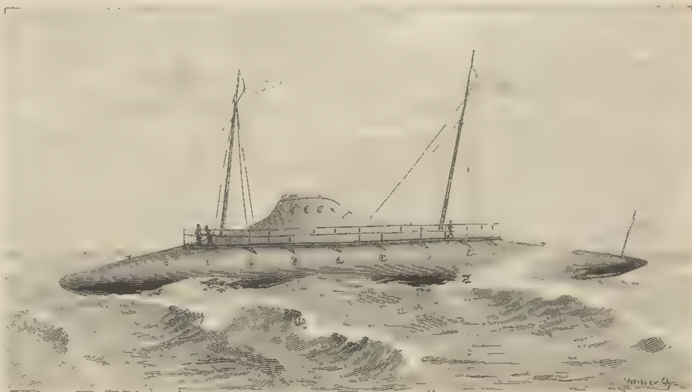
INTRODUCIDOS EN LA NAVEGACIÓN MARÍTIMA

Los numerosos ensayos de construcción de buques submarinos han llamado la atención de los inventores acerca de los inconvenientes que ofrecen los buques ordinarios de flotación superficial, y el principal de los cuales es que, debido á la altura del puente sobre el nivel del mar, el barco ofrece una gran superficie al choque de las olas y de aquí el gran balanceo de la embarcación que dificulta su velocidad.

En cambio, adoptando la disposición de los buques submarinos, herméticamente cerrados, el puente se encuentra más cerca de la línea de flotación y las olas al pasar por encima de él no encuentran obstáculo, con lo cual gana la velocidad del barco. Comprendiéndolo así, los americanos han construído unos buques especiales llamados *whalebacks* (de dorso de ballena), uno de los cuales reproduce el grabado adjunto y que son una transición entre los buques ordinarios y los submarinos.

El que reproducimos presenta además la novedad de una hélice especial inventada por el capitán Flindt, quien pretende que con esta hélice, movida por un motor de gasolina, se obtendrá una velocidad de 50 millas por hora, y afirma que un vapor ordinario que ande 15 nudos por hora alcanzaría con el nuevo propulsor una velocidad de 28.

Sin querer prejuzgar los méritos de este perfeccionamiento, no creemos aventurado esperar que de las pruebas que se van á hacer en el Hudson resulte un nuevo paso dado en la vía del progreso.–G. L. Pesce.



El buque cerrado en forma de dorso de ballena llamado *Whaleback*

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

EL EJÉRCITO ESPAÑOL. – El cuaderno 11 de esta interesante publicación que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Luis Tasso contiene 16 bellísimas autotipias que reproducen escenas de la vida militar de la marina de guerra, de la caballería, del Real cuerpo de alabarderos y de los mozos de la escuadra.

MAREMÁGNUM, por *Julio Gómez Muñoz*. – El conocido periodista valisoletano Sr. Gómez Muñoz, que firma con el seudónimo Julio de Pincia, ha reunido en un tomo varios trabajos, publicados en periódicos unos, inéditos hasta ahora otros, clasificados en cuatro grupos: *trazos imitativos*, imitaciones de los poetas de Valladolid; *notas críticas*, dos siluetas literarias de César Silió y Luis Zapatero; *composiciones rimadas*, varias inspiradas poesías, y *artículos literarios* sobre varios asuntos. En todos ellos se advierte claro espíritu crítico y mano hábil en el manejo de la pluma. Impreso en Valladolid en el establecimiento tipográfico de F. Santarén, se vende á 1'50 pesetas.

REVISTA CONTEMPORÁNEA. – El último número de esta importante revista matritense publica interesantes artículos de Gabriel Vergara y Martín, Manuel Gil Maestre, P. Guillermo Hahn, José M.ª Amigó, P. Lorenzo Carrillo, Romualdo Méndez de San Julián, L. Barrios, Vicente Rodríguez Intilini y F. Bohours.

TARIFAS QUE RIGEN EN LOS FERROCARRILES Y MUELLES DE LA REPÚBLICA DEL PERÚ. – Publicación oficial muy completa, en la que figuran los más minuciosos datos acerca de las materias que el título indica y que resulta verdaderamente de importancia para el comercio y la industria peruanos. Ha sido impresa en Lima, imprenta «La Industria.»

LA REVISTA MÉDICA DE PUERTO RICO. – Hemos recibido los últimos números de esta revista quincenal que se publica en San Juan, bajo la dirección del Dr. D. Francisco Baixauli, que contiene interesantes trabajos de higiene, medicina y farmacia de los doctores Queipo Riesco, Palacios y Gallo y Blanes y una sección de curiosas noticias.

LA MUSA Y EL POETA, por *José Toral y Sagristá*. – Este poema, como su autor declara en su prólogo, está inspirado en las *Noches*, de Alfredo de Musset, aunque con tendencias y fin distintos: escrito en diversos metros, abunda en versos armoniosos y en bellas imágenes. Ha sido impreso en el establecimiento tipográfico del *Diario de Manila*.

CÓMO DEBE PROCEDERSE EN LOS ENVENENAMIENTOS, por *M. William Murrell*, traducción de *Ciro L. Urriola*. – El libro del Dr. Murrell es sobrado conocido para que haya de ser elogiado, y su principal mérito consiste en ser una obra puramente práctica, una guía de bolsillo que en el lenguaje más llano posible da minuciosas instrucciones sobre el uso de los antídotos en los casos de envenenamiento. La excelente traducción que de la séptima edición de la misma ha hecho el reputado médico panameño Sr. Urriola forma un tomito de 300 páginas y se vende al precio de dos pesos en Panamá, en la librería Hispano-Colombiana.

LA REVISTA ILUSTRADA. – Los dos últimos números de esta revista quincenal de Santiago de Chile contienen artículos y poesías de Jaime Brull, Gustavo Valledor, M. de los Ríos, Santiago Iglesias, Nicanor Aguilar, P. Federico Gana, Miguel Provins y P. Germain, varios grabados artísticos y de actualidades y una sección de modas.

HURACÁN, por *Ricardo Toro Soler*. – Interesante leyenda portorriqueña, escrita en elegante prosa y premiada en el certamen literario celebrado en Ponce en 12 de diciembre de 1896. Ha sido impresa en Ponce, en la tipografía «La Libertad.»

EL FAUSTO, por *Salvador V. de Castro*. – El autor de esta obra se ha propuesto vulgarizar en España el personaje del doctor Fausto, dándolo á conocer desde sus orígenes, que se pierden en las tradiciones y leyendas de la Edad media, hasta el inmortal poema de Goethe y las producciones artísticas modernas: su trabajo es una labor de investigación concienzudamente hecha y un detenido estudio del poema famoso. *El Fausto* ha sido impreso en Granada en la tipografía de G. Gómez de la Cruz.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO ESPAÑOL. – Se ha publicado el cuaderno 5.º de este notable boletín que con tanto acierto dirige D. Miguel Almonacid y Cuenca: como todos los anteriores, contiene datos completísimos relativos á todas las publicaciones que han visto la luz en España durante el mes de Julio. Suscríbese en Madrid, Correo, 4, 3.º, y en Barcelona en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

EL CONSULTOR AVÍCOLA. – El último número de esta revista que dirige D. José M.ª de Febrer contiene interesantes artículos sobre la alimentación de las gallinas, el caponaje, el conejo de Angora y las hormigas.

PROBLEMAS POLÍTICOS EN LA AMÉRICA DEL SUR. LAS CARTAS DEL DR. RAWSON, por *Alberto Gutiérrez*. – Muchos y muy trascendentales son los problemas políticos que desde el punto de vista internacional tienen actualmente pendientes de resolución las repúblicas sudamericanas. El distinguido publicista chileno Sr. Gutiérrez hace en su libro un estudio completo de todos ellos, y analizando la gravedad de la actual situación de aquellos estados, producida principalmente por la que se llama paz armada, señala soluciones prudentes que podrían poner remedio á la misma. Esto hace que la obra que nos ocupa sea altamente interesante y digna de meditado estudio por los que se preocupan del presente y del porvenir de América. El libro ha sido impreso en Valparaíso, en la Imprenta y Litografía Central.



Maniobras de artillería, cuadro de José Cusachs (Exposición Robira)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVI — Barcelona 20 de septiembre de 1897 — Núm. 821

Regalo a los señores suscriptores de la Biblioteca Universal Ilustrada



LAS CIGARRAS, cuadro de Arnaldo Ferragutti



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

OTOÑAL

La estación más grata del año no es la primavera; es el otoño, particularmente en el campo. La primavera sólo abunda en flores: el otoño colma los fruteros, las despensas, las trojes, y en este tiempo los tarros de conservas y de almíbar, repletos de dulzura, van alineándose en las estanterías de las alacenas, prometiendo recreo al paladar y postres para todo el invierno. Estación favorable á la paz de la vida doméstica, estación de reposo y de ligera y suave melancolía, no te aprecian en tu valor los que sólo te representan con los símbolos de la caída de las hojas, del cielo nebuloso y la tierra húmeda y ensopada por las primeras lluvias constantes.

Una de las alegrías del otoño es la caza. Por acá, en la llanura, á orillas del mar, apenas conocemos este goce propio de las tierras altas, de la montaña y del interior. La perdiz huye de nuestras planicies, de nuestras vegas de maizal, de nuestros campos demasiado labrados, arados y desmontados, de este terreno fatigado y exhausto á fuerza de cultivo – como huiría una libre y nómada hija del Egipto de una comarca perfectamente civilizada, donde todo contrastase con su instinto de vagancia y de independencia. – La perdiz prefiere las quebradas, las hoces barrancosas y profundas, los despeñaderos, los montuosos flancos de las sierras, el arbolado vigoroso y rústico que crece entre los escarpes de las rocas y que jamás conoció el filo de la podadera ni el sostén de la estaca. A la perdiz que no la quieran atraer con jardines, parques, calles regulares y bien enarenadas, fuentes que no surtan por virtud natural de las hendeduras de las peñas, ni charcas que no haya formado sin intervención del hombre el caer del agua llovediza, el deshielo ó los manantiales que se abren salida al través de la corteza terrestre. Busca la perdiz el sencillo y campestre aroma de los brezos, el espinoso roce de las bravas aliagas, el inmenso ámbito de las selvas é inaccesibles picachos, el agua purísima de los arroyos que el invierno convierte en desatados torrentes. Gusta de poner su nido en las escondidas breñas, y que sus polluelos nazcan rodeados de cajigas, pinos y espinares, madroñeras y hayas, retamares y lentiscos. Hay en la carne morena de la perdiz, en sus rojas canillas finas y secas, dejos deliciosos de la montaña, una gracia indómita, algo que en las especies animales como en la especie humana dice á gritos: *libertad.*

Sin embargo, la perdiz se domestica y llega hasta á prestarse – ¡indigna bajeza! – á atraer á sus hermanas con su canto engañador al lazo y á la muerte. Algunas perdices he tenido en jaulas, que comían por la mano y demostraban complacencia al hablarlas y festejarlas sus carceleros. Tanto influyen la desgracia y la fuerza de los sucesos, que cambian la propia condición, volviéndola en otra muy distinta. No son sólo las inofensivas perdices las que se someten á la ley del vencido: animales más monteses y las mismas fieras se amansan algo entre cuatro paredes; los leones en los circos llegan á tirar de una carroza, guiados – ¡oh ignominia! – por un mono, que empuña las riendas de la cuadriga rugidora y terrible.

Algunas veces la perdiz, á manera de espíritu inquieto que persigue la calma después de la agitación, deja el monte y ronda por los sembrados y hasta los huertos y vegas, con objeto de pastar la hierbezuela fresca y tiernecita. En nuestras aldeas tiene la perdiz fama de ecléctica en sus gustos y aficiones, y un cantar popular asegura que «la perdiz come de toda hierba.» Lo seguro es que hacia fines del verano, cuando la verdura se agosta, la perdiz busca su vida fuera de las asperezas donde mora por costumbre.

¡Qué alegre es ver llegar al cazador con el zurrón repleto de conejos, liebres, perdices y codornices! Nuestra sensibilidad es caprichosa: nos conmueve mucho el sartal de pajaritos muertos, pero nadie se enternece á la vista de la perdiz difunta. Al verla con su plumaje de tonos serios y obscuros, sólo se recuerda el buen bocado, el *chaud froid* ó el asado con salsa de limón y pimiento. ¡Ay infeliz de la que nace suculenta y exquisita! He notado siempre esta particularidad: las aves de mesa, cuando son apetitosas, no dan lástima bajo el cuchillo ni bajo el plomo. Tampoco da lástima el marrano, á pesar de la crueldad feroz con que lo sacrifican y de la larga agonía que le imponen dejándole desangrarse lentamente. La compasión se reserva para los seres bonitos é inútiles, los que no se pueden freir ni asar, como las golondrinas y los pechirrojos, y para ciertos animales de quienes hizo símbolos encantadores la religión: las palomas y los borregos. En mi niñez no había cosa que me desesperase y afligiese como saber que acogotaban á un *Espíritu santo.* Aun hoy, los borreguitos blancos, con su dulce balido que implora, su mansa cabeza que busca el halago de la mano, su cuello envedijado que está pidiendo el lacito de seda azul colocado por una pastora Watteau, de cayado de flores, me inspiran una simpatía y una piedad de esas que sólo infunden la inocencia, la infancia y la absoluta imposibilidad de defenderse. No así el cerdo, tan feo, tan innoble, tan hozador, tan sucio, tan propenso á las enfermedades cutáneas, tan gruesiento, tan gruñón, tan torpe y tan inoportuno, tan antipático en suma. No hay nadie que no celebre la muerte del cerdo, que no vea en ella asunto de regocijo y holgorio. Y el otoño, entre sus sonrisas y sus promesas, cuenta la de la época de la *matanza,* período de abundancia y refocilamiento general, único solaz gastronómico en la pobre choza del labrador de mi tierra.

***

Algún día aparecerá un curioso coleccionista de antiguedades que recoja las recetas de la clásica cocina española y las ofrezca al público en toda su ingenua y primitiva complicación (es un error creer que son sencillos los guisos patriarcales). Allí aparecerán catalogadas las infinitas combinaciones de ese *mondongo* que, como se enseña una ciencia, enseñaban antaño las madres á sus hijas. Allí saldrán á relucir los misterios y artes de las salchichas, salchichones, longanizas, chorizos rabiosos y mansos, morcillas blancas, negras, dulces, picantes, de sangre y de carne; butifarras, *Pedros-Pérez,* sobreasadas y demás embutidos, grandes amigos y consocios del jarro y del vaso, despertadores de la sed y estimulantes del apetito. Allí se aprenderá cómo ha de aprovecharse hasta la última fibra y la última piltrafa de grasa del marrano; qué especiales preparaciones y condimentos necesitan y requieren su lomo, sus codillos, su hígado, sus peludas orejas y su retorcido rabo; cómo se tuestan los gustosos chicharrones, y cómo se limpian y se lavan las flexibles tripas; cómo se hacen tortas, *filloas* y galantinas de la sangre y de la cabeza; cómo, en resolución, se adapta á los más diversos fines y adopta las más variadas formas ese animal impuro, cuyos restos pueden figurar en la humilde mesa del pobre, y reforzar el suntuoso banquete del millonario, según la exterioridad y el decorado, digámoslo así, que ofrezcan; pues el mismo jamón que en robustas magras fríe la ventera para el trajinero y el mozo de mulas, preparado á la francesa y cortado en sutiles lonchas que cerca tembladora gelatina, honra las listas de los refinados golosos y adorna el *buffet* en los aristocráticos saraos.

En septiembre todavía el marrano puede prometerse larga vida, una vida de tres ó cuatro meses, y las manzanas y las castañas, aquéllas caídas ya del árbol, éstas principiando á madurar y á desprenderse casualmente revestidas del rudo erizo, van criándole lomos y afinando el gusto y sabor de sus carnazas acolchadas de tocino y grasa compacta y dura. Aquí, á orillas del mar, hay cochinos que se alimentan de los residuos de la playa, con marisco y sardina, y su carne guarda siempre el gusto á saín y la acritud salada de los alimentos de que se formó. En cambio los marranos que en la aldea viven de castaña y bellota, producen el estimado jamoncillo gallego, pequeño y de mal ver al lado del de Granada ó Westfalia, pero sabroso más que ninguno.

Una de las notas características del otoño gallego es la importancia que el castaño adquiere desde que madura su fruta. Ya no es sólo el árbol que da sombra y hermosea; es el postre del aldeano, es el recreo de la chiquillería, que se junta para asar las castañas en el fondo del bosque ó en la linde de una heredad, y no envidia, al saborearlas, ni al propio emperador de la China. Y en los pueblos recuérdese qué papel desempeña la castaña asada, aquí donde no conocemos la freiduría de patatas al aire libre, el atractivo de aquel *cornet de frites* con que en París se regalan los estudiantes, las modistillas, los obreros y los pobretes famélicos, los que no tienen en su casa fuego en el hogar. La castaña asada es en Madrid brasero y sustento; calienta las manos, rechaza el frío y engaña el hambre. En la aldea llama por el mosto, ameniza las veladas junto á la lumbre, y mientras saltan entre el rescoldo las castañas pegando estallidos, las murmuraciones, los cuentos de asombros y trasgos, las consejas y las lamentaciones fundadas en la pérdida de la cosecha y la falta ó sobra de la lluvia divierten tanto á estas pobres gentes como podría divertirlas y solazarlas la más ingeniosa y amena tertulia. Hay en la velada aldeana, como en el salón vestido de brocado, sus agudezas, sus burlas, sus historias escandalosas, sus sazonados cuentecillos y sus alusiones pérfidas y malignas. Hay también su poco de política, su mucho de censura á la inmoralidad administrativa y su boletín diario de las guerras, comentado por las angustias de las madres que tienen *al mozo* allá..., ¿dónde?, ¡ni ellas mismas lo saben!.. Lejos, muy lejos, eso sí; en una tierra mala, que «se come á la gente...» Según dicen con expresiva y certera frase, «no son los del otro bando, es la tierra la que mata allí.»

Tan mala es aquella tierra, que hasta nos envía sus pestilencias y sus contagios. Estos días la campana de la iglesia de mi aldea dobla á muerto con frecuencia suma. El terruño del humilde cementerio que describí en *Los Pazos de Ulloa,* aparece removido de fresco por el azadón. Lo que envía pasto á la fosa insaciable es *un mal de allá,* una infección, un *aria cattiva* traída por los soldados que vuelven de Cuba y Filipinas, exhaustos y moribundos, á los hospitales y sanatorios de la costa. Hay quien cree que este contagio sea una fiebre amarilla atenuada, suavizada, puesta al diapasón de nuestro clima y de nuestras costumbres. Atenuada será, pero la campana dobla á veces, y aun dobló esta tarde, para anunciar que dejaba el mundo un mozo de veinte años, buen trabajador, á quien hará veinte días vi manejar con ánimos el pico. El mal empieza traidoramente, por una indisposición, asunto de risa, y acaba en la sepultura. Se oye, sí, á menudo la triste campana, tocando á sacramentos, á muerto, á funeral...

«Y lo peor es que este año se pierde el vino – dice un anciano cosechero. – Con el agua y la niebla se fastidió la uva...» Este es el tono apacible que emplea el aldeano para hablar de sus mayores contrariedades. Nunca se les ve descompuestos, alborotados, desesperados. La desesperación huye de la pura naturaleza: tiene su asilo en la negra miseria de las ciudades, aquí desconocida.

Emilia Pardo Bazán

PENSAMIENTOS

El artista que da un concierto se propone con ello que el público juzgue sus méritos: el mejor medio de conseguir esto sería en vez de exigir al público el precio de entrada, que los oyentes pagaran á la salida lo que estimaran conveniente, con lo cual, por una parte, se vería hasta qué punto han sido sinceros los aplausos y, por otra, se pondría seguramente un freno á la plaga de concertistas.

***

Muchas veces recibo poesías para que les ponga música, lo cual me hace el mismo efecto que si me presentaran una muchacha para que la amara. Sucede en algunas ocasiones que leyendo uno casualmente una poesía se siente conmovido y la pone en música, como acontece que uno ve por casualidad una joven y se siente enamorado de ella. Pero en uno y en otro caso obra por propio impulso, no por ruegos ajenos.

***

Me había propuesto escribir una pieza que se titulara *Amor. – Tema y variaciones;* pero hube de desistir de mi intento, porque en mi juventud podía encontrar el tema fácilmente y me faltaban los conocimientos necesarios para escribir las variaciones, al paso que ahora que me siento capaz de componer las variaciones carezco de la potencia necesaria para dar con un tema.

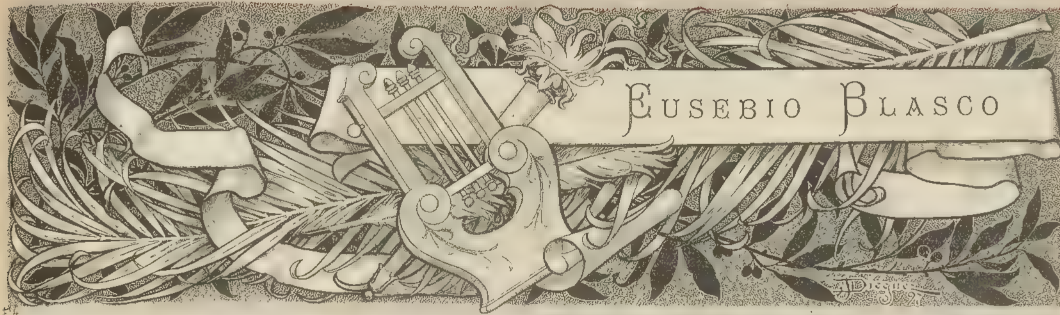
***

Las trufas son las patatas de los ricos; las patatas son las trufas de los pobres.

***

Me parece muy bien el hecho de que los hijos de los grandes artistas rara vez escojan como profesión la especialidad del arte en que sus padres han brillado, pues con ello se marca una distinción entre el arte y la industria artística.

Antonio Rubinstein



EUSEBIO BLASCO

Desde que regresó de París, abandonando la redacción del *Fígaro* para instalarse definitivamente en Madrid, raro es el día que los periódicos de gran circulación de la corte no publican algún nuevo trabajo de Blasco.

Su fecundidad es asombrosa y los hechos se encargan de evidenciarla: crónicas en *El Imparcial*, cuentos originalísimos en *El Liberal* y en la *Ilustración*, poesías en casi todos los periódicos literarios, correspondencias de España en *El Fígaro* y algún otro periódico extranjero, y continuamente se le ve en la calle, en el teatro, en la cervecería, en todas partes y á todas horas del día y de la noche.

«Pero ¿cuándo escribe este hombre,» nos preguntamos con curiosidad siempre que le vemos (cinco ó seis veces todos los días).

En Madrid habita en el hotel Inglés... A primera y última hora de la tarde suele hallársele siempre en la cervecería de la Carrera, donde, como decía en un primoroso artículo publicado hace poco, toma su jarro de cerveza

«entre el marqués de Valdueza
y Manolito Navarro.»

Por las noches hace vida de sociedad, ó asiste al banquete que celebra un personaje político, con la inmensa mayoría de los cuales le unen particulares relaciones de amistad; luego acude al teatro si un acontecimiento reclama su presencia, y por fin, á última hora, antes de retirarse al hotel..., otro ratito á la cervecería de la Carrera.

¿Cuándo escribe? ¡Misterio impenetrable!

Y es el caso que trabaja cuanto puede trabajar un hombre que tiene que vivir de lo que produce, y es preciso ser muy laborioso para vivir hoy de las letras en este afortunadísimo país.

No se limita Blasco solamente á escribir la crónica y el cuento que le reclaman diariamente los periódicos; al mismo tiempo prepara un tomo de poesías, y publica una novela, y planea una obra teatral para la temporada próxima, y todavía si llega un semanario de esos que se dedican á dar *sablazos* de original y se dirige al correcto escritor en demanda de un trabajito cualquiera para honrar con él las columnas del periódico, Eusebio Blasco, pródigo y generoso como nadie, le regala media docena de cuartillas.

Pero asusta pensar lo que Blasco hubiera producido durante los quince ó veinte años que ha permanecido en París, alejado de la patria y de sus antiguas relaciones y amistades.

Mientras ha estado en Francia ha escrito muy poco, poquísimo en castellano, y durante su permanencia en el extranjero era muy raro encontrar una correspondencia suya en *La Época* ó *El Liberal*, únicos periódicos donde publicaba algo de tarde en tarde. (Últimamente este diario era el objeto de las preferencias de Blasco, que solía colaborar en los números extraordinarios que publicaba.)

Ni siquiera hizo nada para el teatro, á pesar de haberse anunciado en los carteles de inauguración de la Comedia obras nuevas de Blasco, promesas que jamás se cumplían, y después de haber conseguido grandes triunfos y éxitos fabulosos en la escena pareció que abandonaba el género por completo para dedicarse en cuerpo y alma á hacer literatura en francés.

Bien es verdad que así es como únicamente se comprende que Blasco llegara á dominar ese idioma, manejándole con la misma corrección y galanura que el castellano.

Y hasta tal punto al sentar sus reales en París quiso hacer abstención completa de España y los españoles, que habiendo sido gran aficionado á toros y publicado brillantísimas é inspiradas poesías elogiando la clásica fiesta nacional, olvidóse de todo, y escribió violentos artículos en el *Fígaro* condenando el bárbaro espectáculo, la salvaje diversión, como la calificó más de una vez, en francés, por supuesto...

Pero eso sí, al regresar á España, donde primeramente le vi fué en la Plaza de Toros de Madrid, el día de la inauguración de la temporada, ocupando una barrerita del 10.



EUSEBIO BLASCO (de fotografía de J. R. Villalonga. Madrid)

Refiérense de Blasco infinitas anécdotas, sucedidos en que el célebre autor ha tomado parte, frases graciosas, agudísimas. Son *donaires* llenos de ingenio, prodigios de improvisación, chistes deliciosos.

En una *soirée* que daba en su casa el eminente Martos, y hallándose en un corrillo Blasco y el dueño de la casa, preguntóle éste si tenía hora, y Blasco dirigiéndose á los que allí se hallaban, exclamó en un momento de feliz inspiración:

– «¿Tiene usted hora?, me dice
mi amigo Martos...
– No, querido Cristino,
ni hora... ¡ni cuartos!»

Otra vez, cuando al regresar de un viaje que el general Serrano, duque de la Torre, hizo á Andalucía, circulaba por la capital una anécdota en la que el ilustre político había sido protagonista, Blasco perpetuó el sucedido versificando con facilidad increíble el caso al referirlo á sus compañeros de improviso y diciendo:

«Esto sucedió en Triana
entre una chula barbiana
y un general castellano:
– ¡Vaya usted con Dios, serrana!
– ¡Vaya usted con Dios..., *Serrano!*»

En los salones, haciendo la vida de alta sociedad que Blasco tiene costumbre de *vivir*, ha prodigado su ingenio de un modo asombroso.

Hoy era el chiste á costa de un político, mañana el apólogo hecho á un viejo verde; otro día la frase mortificante que dirigía á una duquesa al presentarse en los salones cubriendo su escote provocativo y exagerado con calado velo transparente que proporcionaba á Blasco el *calembourg* ó la palabra de doble intención, y otra vez, en fin, era la petición de un favor á una gentil marquesa para que tuviera la bondad de enviarle el gabán á casa con su cochero, y al preguntarle la dama:

– «¿Ahora mismo?»

Respondía Blasco improvisando:

– «¡Por supuesto!
– ¿Quiere usted mandarlo ahora?
– Sí, pero el caso es, señora,
que... ¡voy á llevarlo puesto!»

En cuantos asuntos intervenía hallaba la manera de aventurar una palabra picaresca, algo cómico que provocase la hilaridad del que le escuchara.

Si durante una noche de calaveradas varios jóvenes literatos se ven en la precisión de pignorar el busto solemne de un monarca, que llevaron con majestad augusta y tarareándole la marcha real á una casa de préstamos para realizar un puñado de pesetas, Blasco con su facilidad característica, pasado algún tiempo, refiere el hecho diciendo:

«Empeñaron este invierno
cierto busto dos poetas
y consta así en el cuaderno:
– ¡Un rey!.. ¡Catorce pesetas!»

Y si en otras circunstancias dos amigos, alguno de ellos conocidísimo en las letras, se hacen mutuamente encargos y recomendaciones para buscar una fámula que necesitaba uno de ellos, Blasco, conocedor del caso, juega los apellidos con gracia inimitable, y dando intención á la frase relata el caso como sigue:

«Coello le escribió á Pello
mandándole una doncella,
y Pello escribió á Coello
que se quedaba *coella*.»

La manía versificadora que, según él dice, padece y de la cual se burla diferentes veces, oblígale á poner en verso todo lo que le ocurre y todos cuantos sucedidos escucha. No es extraño, pues, que hallándose Blasco de temporada en el castillo de una conocidísima dama de nuestra aristocracia, y no encontrando un día de fiesta, á la hora de decir misa el cura en la capilla de la señorial mansión, un monaguillo que ayudase á consumar el santo sacrificio, como alguien propusiera á Blasco para el caso y éste aceptara con mil amores, al saberlo el canónigo se opusiera gritando asustado:

«¡No! ¡No! ¡Que ese es capaz de ayudar la misa en verso!..»

Y efectivamente, cuando fueron á buscar al inspirado poeta halláronle muy atareado terminando unas seguidillas hilvanadas á todo vapor, que comenzaban con un *introito*, que si mal no recuerdo, decía así:

«A sacristán me lleva
mi buena pasta,
si no resulto bueno
la intención basta.
¡Jesús, qué risa!
¡Un hombre de este vuelo
diciendo misa!»

«¡Quita de ahí..., hereje!,» gritaba el canónigo indignado al enterarse de los versos y del suceso.

Y Blasco se retiró á su habitación, donde mientras se celebraba la ceremonia componía un primoroso sermón en verso, que tampoco le consintió el canónigo que predicara desde el púlpito; documento feliz, como pocos ingenioso, lleno de gracia, pero imposible de encontrar, porque D. Ramón María Narváez, que allí presente escuchó la lectura, entusiasmado pidió á Blasco que le regalara el original, á lo cual el inspirado poeta accedió inmediatamente.

Hace algunos años decía Blasco esto mismo respecto á lo que él llamaba su «monomanía de versificarlo todo,» y se lamentaba además de la infelicísima memoria que Dios le había dado, pues jamás podía acordarse de tres versos suyos.

De otro modo, si Blasco recordara todo cuanto ha escrito y perdido, de seguro se podría llenar un par de tomos de versos deliciosos y fáciles, como todo lo que produce este célebre poeta.

Y con pensamientos originales, con frases espontáneas, son innumerables las anécdotas y epigramas que de su pluma han salido; algunos de éstos se citan como modelos de versificación y cultura, pues para excitar la risa ó estimular el aplauso Blasco no necesita apelar á malas artes.

El siguiente epigrama es una prueba evidente de esta afirmación:

«Es tan estrecho el ajuar
del pobre de D. Donato,
que le dió un gato Gaspar,
¡y le cortó el rabo al gato
para que pudiera entrar!»

* * *

A pesar de todas sus inconsecuencias, Blasco ha sido consecuente en una sola cosa.

Aragonés á macha martillo, siéntese orgulloso de haber nacido en aquella heroica tierra, y en Madrid y en París y en San Petersburgo habrá consentido que se diga de nosotros los españoles cuantas perrerías puédanse imaginar, pero ¡ay del que se atreva á ridiculizar á Aragón ó á poner en duda los milagros de la Virgen del Pilar!

Esto era lo que indignaba tanto á Moreno Nieto, cuando siendo muy joven Blasco acudía á las reuniones del Ateneo que aquel célebre hombre presidía, y nuestro autor y ya conocido poeta, avanzado en ideas políticas y religiosas y discutidor incansable, mostrábase escéptico y descreído y únicamente guardaba tesoros de veneración y respeto para su santa patrona la milagrosa Virgen del Pilar de Zaragoza.

Y al escucharle Moreno Nieto salíase de sus casillas, no pudiendo comprender que tales distingos se hicieran tan en serio y discutiendo con tanto calor y apasionamiento.

Esta es la única consecuencia de Blasco. Pero si es cierta la frase que reza que de sabios es cambiar de opinión, en este caso no cabe duda que el inspirado poeta es un hombre, no sabio, sapientísimo.

Ahora bien: lo cierto es que al regresar Blasco á España, como el hijo pródigo, vuelve en toda la plenitud de su maravilloso talento, y nadie como él es capaz de dar amenidad y atractivo al asunto más insignificante y trivial.

No puede dudarse que trae el secreto de la crónica fácil é intencionada, que seduce, y atrae, y regocija, y conmueve, según el motivo de que trate.

Claro está que después de tan larga ausencia de la patria, y habiéndose casi olvidado, ú olvidado del todo, de España y nuestras costumbres, no podía en manera alguna á las primeras de cambio acertar con el gusto de nuestro público, hoy muy variado y completamente distinto del de hace algunos años, y por eso se explica perfectamente el fracaso de su comedia *Juan León*, que si como obra dramática fué una *caída*, como obra literaria, donde se retratan fiel y exactamente caracteres y pasiones, es una verdadera filigrana y un primor de ternura y delicada poesía.

Pero no fué baldía la lección ni vano el escarmiento, y ya en *El Angelus*, obra estrenada el pasado invierno, demostró Blasco ser el autor de siempre, maestro consumado en el difícil arte de hacer comedias, y correcto é inspirado escritor.

Si el *Juan León* por su estructura y forma, difíciles de entender, parecía y pareció una obra de costumbres españolas, escrita por un francés ilustrado, en cambio *El Angelus* ha merecido los elogios de todos por lo bien estudiados que están los tipos que intervienen en aquella fábula sencilla y conmovedora, tipos genuinamente españoles y arrancados á la realidad con acertado tino y conocimiento maravilloso del teatro.

En esta obra como en la inmensa mayoría de las que Blasco dió anteriormente á la escena, el autor consigue siempre lo que se propone, y conmueve ó excita la hilaridad del auditorio con facilidad increíble, pues la ductilidad de su ingenio pasa naturalmente, sin esfuerzos violentos ni rebuscamientos inaguantables, del chiste culto y felicísimo á la frase tierna y apasionada.

* * *

Blasco es pobre. Todo lo que ha producido apenas le ha dado lo suficiente para vivir al día y dar á sus hijos una educación conforme con las ideas modernas.

Triste destino el de este gran escritor que viendo ya próxima la vejez, sabe que las necesidades de la vida no le han de dar punto de reposo, y han de reclamarle con verdadera crueldad el trabajo cotidiano...

JOSÉ JUAN CADENA

LAS MINAS DE ORO EN ALASKA

¡Oro!.. ¡Oro! . ¡Oro!..

Este es el grito que suena nuevamente con indecible frenesí por doquier en el Nuevo Mundo, y ya repercute en nuestro continente. La *fiebre del oro* se apodera otra vez de la humanidad con la misma diabólica energía que en 1849, cuando se descubrieron los ricos yacimientos de California. Esta, hasta la fecha, había sido tenida por la región aurífera por excelencia del mundo, y significaba para nosotros, los modernos, lo que para los pueblos de la antigüedad la Cólquide y Ofir; mas parece que ahora esta fama quedará eclipsada por la fabulosa riqueza de las minas que acaban de descubrirse en Alaska.

Las noticias que de Alaska se reciben suenan como cuentos de las *Mil y Una Noches*. Desde hace ya bastantes años se sabía que en aquella región existían excelentes criaderos de oro, pero sólo hace pocos meses se ha sabido el colosal valor de los mismos.

Fueron los pasajeros del buque *Excelsior*, que en la primera mitad del último mes de julio arribó, procedente de Alaska, á San Francisco de California, los que difundieron la noticia del descubrimiento de grandiosos *placeres* en las cuencas del Yucón y el Klondique, situadas al Este de Alaska y en la parte de la Colombia británica que linda con este Estado. Dichos pasajeros eran cuarenta mineros que habían trabajado durante un año en las nuevas minas, y podía darse fe á sus relatos maravillosos, pues traían pruebas *palpables*, ó sea pepitas y arenillas por valor de 750.000 dollars. Llevaban el oro nativo en sacos hechos con las pieles de animales cazados, en pucheros, en botas, en fin, en los recipientes más estrambóticos del mundo, y vertían montañas del precioso metal sobre los mostradores de los cambistas. Hacía ya casi medio siglo que no había entrado semejante cantidad de oro bruto en San Francisco.

Pocos días después llegó otro barco con sesenta y ocho mineros procedentes del distrito del Klondique y un millón de dollars en oro nativo á bordo. Uno de esos mineros había cedido su pertenencia *(claim)*, cuya superficie sólo era de 180 pies cuadrados, en 10.000 dollars. En otra pertenencia, con una superficie de 5.400 pies se había extraído, sólo con arañar la tierra, oro por valor de 130.000 dollars.

Un tercer buque procedente de Alaska, que entró en el puerto de San Francisco tres días después, llevaba 200.000 dollars, y por él se supo que en San Miguel existía un cargamento de oro cuyo valor ascendía á cuatro millones de dollars, esperando buque que lo transportase.

Estas noticias, como pueden figurarse nuestros lectores, han causado una *sensación* inmensa. A raíz de propalarse las mismas, un verdadero torrente humano, impulsado por el afán del lucro y el espíritu aventurero, hase encauzado hacia el nuevo Dorado. A pesar de las advertencias dadas por los gobiernos de los Estados Unidos y el Canadá, á pesar del relato que se hace de los horribles trabajos y penalidades que se sufren en aquellos desolados parajes, los buques que de todos los puertos del Pacífico zarpan para Alaska no son capaces de transportar las ávidas muchedumbres que los asaltan con objeto de verse pronto en la región del oro. Es de presumir que dentro de poco Alaska será el teatro de escenas y sucesos semejantes á los que tan pintoresca y dramáticamente supo describir el bardo californiano Bret Harte.

Ven, pues, lector, y echaremos una mirada á aquellos parajes donde un prehistórico Midas parece un día haber celebrado la más desenfrenada de sus orgías auríficas.

Alaska es la península que forma la extremidad Noroeste del continente americano. El nombre es indígena, y significa en idioma esquimal *Tierra Grande*. Tomada en conjunto, tiene Alaska la forma de un cuadrado irregular, cuya superficie, comprendiendo las islas, es de 1.500.000 kilómetros cuadrados, ó sea aproximadamente triple de la de España.

La costa del territorio de Alaska presenta en casi todo su contorno grandes inflexiones, penínsulas, golfos y un sinnúmero de islas. Los límites del referido país los forman: al Norte el mar Glacial, al Oeste el estrecho y el mar de Behring, al Sur el mar Pacífico septentrional y al Este el Canadá.

El país es, por lo general, montañoso; los núcleos orográficos principales son la extremidad septentrional de las montañas Roquizas, al Sudeste, de las que se destacan hacia el Oeste los montes Ilemna y los montes Alaska; en el centro se distinguen los montes del Yucón y del Tanana; al Nordeste existen los montes Romanzof, y el país es bajo ó solamente ondulado con pequeñas colinas al Norte del paralelo 64°, entre los ríos Mackenzie y Porcupine.

Alaska tiene numerosos ríos y lagos, todos muy poblados de pesca variada. A excepción de la zona litoral, el país está cubierto de bosques, constituyendo las especies arbóreas más comunes los abetos, los álamos, los abedules, los saúcos, los chopos y los alerces.

Con decir que Alaska está situada bajo las mismas latitudes que Islandia, damos una idea de lo que es su clima. El mar Glacial y el mar de Behring están helados durante nueve meses del año. Todos los ríos y lagos se congelan hacia el 15 de octubre y se deshielan á principios de junio.

La población de Alaska es muy escasa, pues apenas si asciende á 80.000 almas, de las que sólo 10.000 son de origen caucásico. Los aborígenes se distinguen en dos clases muy diferentes: por una parte los Esquimales, diseminados en todo el litoral, por otra las tribus indias ó Pieles Rojas. Ambas razas son de carácter manso é inofensivo.

Alaska fué descubierta y explorada por primera vez por los rusos. A mediados del siglo XVIII se fundaron en el continente y las islas los primeros establecimientos moscovitas con el especial objeto de cazar nutrias, zorros azules, castores, vacas marinas y otros animales de pieles finas. En 1821 el emperador Alejandro declaró territorio ruso toda la costa americana al Norte de los 51° latitud. En 1867 Rusia cedió Alaska á los Estados Unidos mediante una suma de siete millones de dollars.

Los tesoros minerales que existen en el suelo de Alaska son de valor incalculable. Ya en 1885 el teniente norteamericano Allen había explorado el curso superior del río Yucón y descubierto allí ricos yacimientos de oro; pero tan enormes fueron las dificultades que encontró Allen á causa del clima y la configuración del país, que su viaje de exploración se comparó con el de Stanley en el Africa ecuatorial. En el río del Cobre *(Copper River)* se encuentran trozos de cobre nativo del tamaño de una nuez de coco, y se sabe de inmensos criaderos de mineral de hierro, hulla y petróleo. De este último producto han descubierto, hace pocas semanas, un verdadero lago de ocho kilómetros de largo.

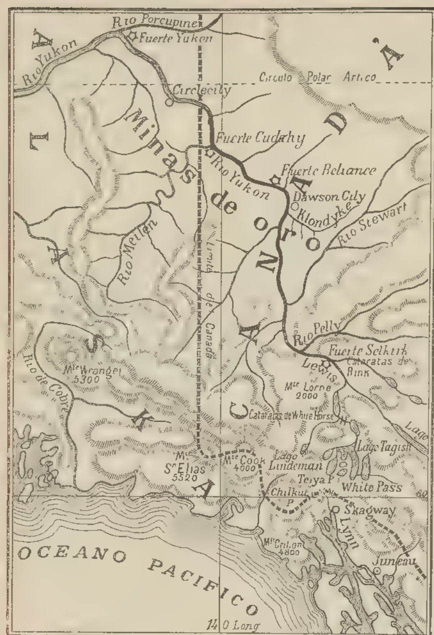
Pero el principal producto del suelo de aquellas regiones es indudablemente el oro. En 1887 el geólogo canadiense Mr. Dawson y el explorador y geómetra del Estado Mr. Ogilvie, canadiense también, descubrieron y describieron nuevos *placeres* en la cuenca del Yucón y llamaron sobre esto la atención. El centro de la región aurífera se halla aproximadamente cerca del fuerte de Cudahy. Dicha región aurífera, más bien que en Alaska, está situada en territorio canadiense y tiene una extensión casi igual á la de España. Sus límites no están bien determinados, pero se puede admitir como tales al Norte el 60° latitud, al Sur el 50°, y los 145° y 135° longitud al Oeste y Este respectivamente. La principal explotación fué durante muchos años la de la *Treadwell-Union*, que en 1895, con 240 molinos, elaboró 240.000 toneladas de mineral y produjo por valor



LAS MINAS DE ORO EN ALASKA. – Mineros conducidos por guías indios atravesando unos rápidos (dibujo tomado de una fotografía)



LAS MINAS DE ORO EN ALASKA. – Salida del puerto de San Francisco del buque «Excelsior» conduciendo los emigrantes que se dirigen á las minas de oro (de fotografía de Carlos Weidner)



Las minas de oro en Alaska. – Mapa de la region aurífera

de 768.000 dollars de oro. La mina situada en la isla de Unga produce, con 40 molinos, oro por valor de 1.000 dollars diarios. Se encuentran arenas auríferas también en las inmediaciones de la bahía de Yukatá; pero las precitadas minas son miserias en comparación con las riquezas que yacen en el interior del país. Se extiende, según ya se descubrió á mediados del año pasado, un poderoso filón cuarzoso aurífero al través de todo el país, de Sudeste á Noroeste, y su rendimiento es tamaño, que los sitios donde un hombre no puede extraer por lo menos 10 dollars diarios son abandonados por los mineros.

Estos hechos, confirmados por la oficina geológica de los Estados Unidos, causaron desde luego gran admiración y despertaron la codicia de muchos. En 1896 más de 5.000 buscadores de oro se fueron á Alaska, y no pocos extrajeron en un año por valor de 10.000 dollars. Se calcula que Alaska produjo en 1896 oro por un valor total de tres millones de dollars.

Recientemente se han descubierto en las cuencas del Klondique y del Stewart, que son afluentes del Yucón, yacimientos aun mucho más abundantes que todos los hasta ahora conocidos. De las numerosas noticias que los periódicos norteamericanos publican acerca de aquellas fabulosas riquezas mineras, extractamos al azar las siguientes:

«Un sargento de la gendarmería montada estacionado en el territorio Noroeste del Klondique, escribe á su familia entre otras cosas lo que á continuación se expresa: «No hay duda de que Klondique es la región aurífera más rica del mundo. Muchos mineros extraen á diario miles de dollars de oro. Los jornales que aquí se pagan por trabajar en los *placeres* importan 15 dollars ó más. Todos nuestros guardias que abandonaron el servicio para dedicarse á la extración del oro, hanse granjeado una fortuna, y yo pienso hacer otro tanto.»

Los dos hijos de un Sr. Thorpe escriben á su padre que vive en Seattle para anunciarle que han extraído oro por valor de 130.000 dollars y por el próximo buque podrán remitirle por 200.000, como resultado de tres meses de trabajo.

Toda la tripulación del vapor inglés *Dorothy*, de la matrícula de West-Hartlepool, desertó en Savannah (Georgia) y se marchó al Klondique. Al capitán le dejaron escrita una carta diciéndole que dentro de dos años regresarían y tendrían entonces tanto oro que comprarían el *Dorothy* y se lo regalarían para que lo usara como yate de recreo.

El precitado Mr. Ogilvie, en un informe que acaba de publicar, afirma que sólo en el distrito del Klondique existe oro por valor de 70 millones de dollars.

Todo lo que precede es muy á propósito para engolosinar á los que sienten ansias del *vil metal*. Pero ahora viene el reverso de la medalla, un reverso tan tétrico y espantoso que no dudamos ha de entibiar considerablemente los entusiasmos que hubiesen despertado las anteriores descripciones.

Increíbles son los sacrificios que tienen que imponerse los que van á las minas de oro de Alaska y particularmente las del Klondique. El camino es extremadamente penoso y peligroso, el clima del país es horrible, los comestibles alcanzan precios altísimos, y se necesita una salud de hierro para resistir tantas penalidades como ofrece la vida del buscador de oro en aquellas regiones.

El viaje al valle del Klondique dura unas seis semanas. De Juneau al extremo septentrional del canal de Lynn se hace el viaje á bordo de un transatlántico. Luego hay que atravesar los montes Elias, que se pueden comparar á los Alpes, puesto que como se ve en nuestro mapa, hay algunos picos cuya altura pasa de 5.000 metros. Pueden atravesarse los montes por varios puertos, y los más frecuentados son el *White-Pass* y el *Chikoot-Pass*, á más de 2.000 metros sobre el nivel del mar y cubiertos de hielos eternos. El equipaje de los mineros lo transportan á hombros los indios, haciéndose pagar jornales exorbitantes. Más allá de los montes se entra en la llanura donde nace el río Lewis. Aquí se encuentra una sucesión de pequeños lagos. En el lago de Lindemán empieza la navegación. No es que allí se encuentren embarcaciones, sino que el minero que quiere seguir su camino hacia el Norte por la vía acuática tiene que construirse una canoa. Al salir del lago se entra en el Lewis para luego bajar por el Yucón hasta el distrito aurífero. La navegación de referencia presenta no pocas dificultades, pues el río tiene varias caídas y remolinos, y sólo embarcaciones sólidas y marineros expertos pueden afrontar los peligros de la travesía.

Durante todo el año el viajero que atraviesa la cordillera está expuesto á ser sepultado por las tempestades de nieve. De octubre hasta marzo estas tempestades son casi continuas. En verano soplan vientos marinos que engendran nieve y lluvia, y tienen á veces tal violencia que precipitan á hombres y caballerías al fondo de los precipicios.

El distrito aurífero es una meseta de 3.000 pies sobre el nivel del mar, una tierra yerma y desolada que no produce nada para la alimentación del hombre. Sólo el Klondique ofrece abundante pesca, que siempre es algo.

Los buscadores de oro suelen emprender el viaje en abril y llegan á su destino á fines de mayo, empezando en seguida por adquirir una pertenencia *(claim)*, para lo cual necesitan el beneplácito del sindicato de los mineros allí establecidos. La longitud de un *claim* es ordinariamente de 500 pies á lo largo del río. El título de propiedad es registrado por el secretario del precitado sindicato y todos los litigios se arreglan por medio de votación en las asambleas de mineros.

Los torrentes que bajan de las montañas han excavado en la roca aurífera profundas quiebras y barrancas, y en el fondo de las mismas se encuentra bastante polvo de oro mezclado con la arena. En cada una de estas barrancas que no esté ocupada puede escogerse una pertenencia que ofrece trabajo remunerador á tres mineros durante una estación. Hay muchos que no encuentran pertenencia y tienen que trabajar á jornal.

Éste, como hemos dicho, es de diez á quince duros diarios, pero hay que considerar que sólo se puede trabajar durante dos ó tres meses al año. Luego todo alcanza precios enormes. El hacerse afeitar y cortar el pelo cuesta dos duros y medio. Una libra de harina cuesta un duro. El tocino está á 75 centavos la libra. Las judías cuestan tres duros el kilogramo. Muchos mineros se ven reducidos á alimentarse con los peces que cogen en los ríos, pues los comerciantes no venden al fiado.

El oro se encuentra inmediatamente encima del lecho de roca, debajo de una capa más ó menos gruesa de arenas y guijarros. Para llegar al precioso metal hay que sacar con la pala esa capa, que á veces tiene más de veinte pies de espesor, en cuyo trabajo se va toda la estación. Entonces sólo en invierno se llega al oro, y es preciso deshelar el terreno por medio de grandes hogueras, extraer los terrones y amontonarlos en un sitio á propósito para lavarlos en el verano.

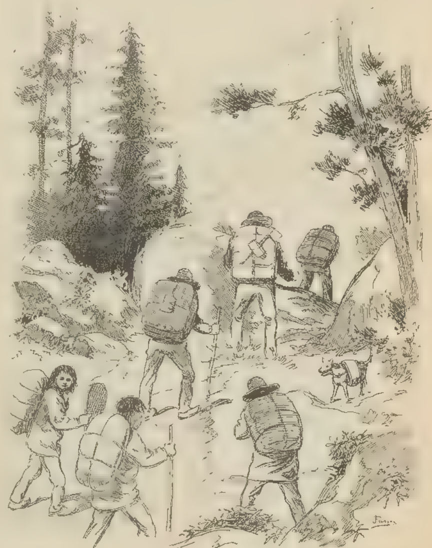
Pocos mineros se quedan en invierno en las minas; en la segunda mitad de septiembre la mayor parte de ellos se retiran á las regiones más cálidas para pasar allí el invierno. Los unos regresan por los puertos de la cordillera, los otros bajan el Yucón, que ya es surcado por vapores y es navegable hasta casi su embocadura, completamente empantanada. Otros se refugian en Circle City (ciudad del círculo polar), cuya población ha experimentado en los últimos tiempos un aumento considerable.

El beneficio del oro en las nuevas minas de Alaska se practica de una manera muy primitiva, y consiste en el lavado de los minerales, pues no ha sido hasta ahora posible llevar allí maquinaria para una explotación á la moderna. Como el mineral aurífero es muy abundante, no importa perder cantidad, y sí reunir cuanto antes la mayor cantidad posible del precioso metal.

El lavado de las arenas se practica en artesas que permiten el trabajo individual y aislado del minero. El artefacto de referencia tiene una capacidad de como la cuarta parte de un metro cúbico, y un hombre puede, por medio del mismo, lavar cuatrocientos kilogramos de arena en un día.

Cuando se quiere aumentar la producción y operar en sociedad, se sustituye la batea precitada por el *cradle*, ó cuna, que es modificación de una antigua máquina empleada por los españoles en las explotaciones auríferas de Méjico. Consiste en una especie de arca ó cofre sin tapadera, cuya base es un rectángulo; el aparato está inclinado hacia uno de los lados menores y sostenido de manera que puede oscilar como la cuna de un niño. Descansando sobre las paredes y en la parte trasera de la cuna hay una caja que tiene cincuenta centímetros de lado y cuyo fondo es de palastro agujereado. Debajo de la caja y en sentido oblicuo se tiende una tela de lona gruesa. En la caja se colocan las arenas y tierras auríferas, y al propio tiempo que sobre ellas cae un chorro de agua, se imprime un movimiento de vaivén á todo el aparato, quedando así las partes gruesas sobre la reja de palastro; las más ligeras, arrastradas por el agua, salen fuera, y las más ricas de oro, ó sea las más pesadas, las retiene la tela de lona. Dos obreros pueden, con este aparato, lavar en un día tres mil kilogramos de arena.

En invierno el termómetro baja hasta 60 grados bajo cero, reina una obscuridad casi completa, y la



Las minas de oro en Alaska. – Mineros ascendiendo las montañas


Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – MANILA. – FOGUEO DE LA 6.ª COMPAÑÍA DEL BATALLÓN DE VOLUNTARIOS Á RAÍZ DE LOS PRIMEROS ACONTECIMIENTOS (de fotografía)

vida en Alaska es un verdadero martirio. No se crea que es mucho más agradable en verano. Éste es muy caluroso y provoca el nacimiento de miriadas de mosquitos extremadamente malignos que son el tormento y la desesperación de los desgraciados mineros.

Todos estos detalles los ha publicado el gobierno de los Estados Unidos para atajar la inmensa corriente de emigración que ha producido la fiebre del *yellow dirt*, del cieno amarillo, y sin embargo ésta continúa, y nada puede arredrar á los nuevos argonautas que salen en busca del *vellocino de oro*, de la fortuna, de los miles de dollars... Dawson-City, que ha poco sólo contaba unos centenares de habitantes, es hoy una población de tres mil almas, sin contar que en su cementerio descansan ahora dos mil muertos más. Es casi seguro que las tres mil personas que actualmente se encuentran en los puertos de la cordillera de Elias serán sorprendidas por el terrible invierno polar antes de llegar al Klondique y hallarán casi todas espantosa muerte.

Y estos hechos, propios de los tiempos de las cruzadas, se producen hoy, á fines del siglo de las luces, del siglo del vapor y la electricidad, como para refrenar los ímpetus de nuestra soberbia y recordarnos que á pesar de todos nuestros progresos, de toda nuestra grandeza intelectual, técnica y científica, aún es grande el mundo, y lejana la llamada apropiación del planeta.

JULIO BROUTÁ

NUESTROS GRABADOS

Las cigarras, cuadro de Arnaldo Ferragutti.—En todos tiempos se ha considerado á la cigarra como símbolo de la existencia descuidada, atenta sólo á gozar de los placeres del presente sin preocuparse en modo alguno de las necesidades del mañana. No obstante, esta idea, que tan admirablemente supo sintetizar nuestro gran fabulista Samaniego en el tan conocido apólogo de *La cigarra y la hormiga*, ha sido muchas veces combatida y no han faltado poetas que, como el ilustre vate catalán Apeles Mestres, han dignificado el vilipendiado insecto haciéndolo símbolo de la inspiración, de la vida del pensamiento, del trabajo intelectual en contraposición á la labor del cuerpo y á los egoísmos de la materia. Ambas tendencias obsérvanse también en los artistas que en el modo de ser de la cigarra han inspirado sus composiciones: el celebrado pintor italiano Arnaldo Ferragutti, muchos de cuyos cuadros hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nos presenta en el que hoy publicamos simbolizada aquélla en dos jóvenes labradoras que, olvidando por un momento las fatigas de sus rudas faenas, embriagadas por la poesía de los campos, dejan escapar de sus labios dulces canciones apurando la copa de la felicidad con que la naturaleza les brinda en sus flores y su aire y su luz, sin pensar en el cáliz de amargura que su pobreza les reserva, ni en los cuidados de hoy ni en las penas que les esperan en el mañana.

* * *

Después del trabajo, cuadro de Ernesto Henseler.—La jornada ha sido de prueba; las amontonadas mieses demuestran elocuentemente que el labrador ha tenido que trabajar de firme para recoger la cosecha que tantos afanes y zozobras le cuesta y en la cual cifra todas sus esperanzas para subvenir á las necesidades de los suyos. ¡Bien ha cumplido el divino precepto que manda al hombre ganar el pan con el sudor de su rostro! Pero terminadas las faenas, en aquella hora de dulce poesía en que asoma la luna en el horizonte, ¡cuán pródigamente recompensado se siente el fatigado obrero al reunirse con los seres que constituyen todos sus amores y sus alegrías todas, y al regresar al hogar humilde al lado de su esposa y llevando en brazos al pequeñuelo que con sus manecitas acaricia aquel rostro por el sol tostado y con sus besos parece agradecer y premiar los paternales desvelos! Cuadros como este que con tanta abundancia ofrece la vida del campo, han de atraer necesariamente á los artistas que buscan para sus composiciones principalmente el sentimiento, primera materia del arte, digan lo que quieran los que quieren hacer de él palenque de disquisiciones filosóficas ó de problemas sociales. La escena tan deliciosamente pintada por Henseler ofrece ese encanto especial de las obras artísticas que hablan directamente al corazón, avalorado por una ejecución irreprochable que permite apreciar todas las bellezas por el autor acumuladas en el precioso lienzo.

* * *

Guerra de Filipinas.—Apenas iniciada la rebelión filipina, organizóse en Manila el batallón de voluntarios: fué, en verdad, un acto imponente, grandioso, difícil de describir, el ver á todos los españoles unidos para la defensa de la madre patria, confundidos en una misma idea y agrupados alrededor de una misma bandera. Desde el jefe superior de Administración hasta el más humilde empleado, así el acaudalado comerciante como el modesto dependiente, todos empuñaron sus fusiles y se dispusieron á la defensa, logrando desde luego con tan enérgica actitud imponerse á los que se proponían arrollar al elemento español y evitar una hecatombe en la capital del archipiélago. «El día de la bendición de la bandera del batallón – dice nuestro corresponsal señor Arias y Rodríguez – no se borrará de la memoria de cuantos presenciamos aquel acto: el entusiasmo fué delirante.» El grabado que publicamos en esta página representa el fogueo de la sexta compañía de dicho batallón: el sitio en donde se verificaba el ejercicio era la Luneta y los blancos flotantes se colocaban en la bahía á una distancia de 500 metros.

El otro grabado de esta misma página reproduce el varadero civil de Cañacao en Cavite, y en él se ven, de izquierda á derecha, el taller de reparación y construcción de lanchas de vapor, botes, etc., el muelle ó andén de madera construído sobre pilotaje, la casa en donde está instalada la máquina para la tracción del carro-cuna, el carro-cuna en que se apoyan los barcos que han de ser reparados y los talleres de fundición, montaje, etc.

* * *

Monumento á Rafael Sanzio, obra del escultor L. Belli.—Cerca de cuatro siglos después de la muerte del inmortal pintor de Urbino, su patria le ha erigido un monumento que se inauguró á fines del pasado agosto. Tarde se ha acordado Italia de pagar esta deuda, tardanza tanto más incomprensible cuanto que se trata de la nación artística por excelencia y cuanto que allí mismo se han levantado y se levantan de continuo monumentos á personalidades más ó menos ilustres, pero de fijo ninguna de ellas comparable al artista que le diera mayor y más pura gloria, á Rafael, cuyo nombre es admirado universalmente. Pero, en fin, más vale tarde que nunca, y esta vez no puede decirse tarde y con daño, puesto que la obra del escultor Belli es digna de aquel á cuya memoria va dedicada. El monumento está inspirado en el estilo de la época y en las obras del gran maestro: tiene una altura total de 11 metros y


Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – EL VARADERO CIVIL DE CAÑACAO EN CAVITE (de fotografía)



DESPUES DEL TRABAJO, cuadro de **Ernesto Henseler** (de fotografía de F. Hanfstaengl, de Munich)



MONUMENTO A RAFAEL SANZIO, recientemente inaugurado en Urbino, obra del escultor Luis Belli (de fotografía)

una anchura de 7'63. La estatua de Rafael es de bronce, mide 3'84 metros de alto y representa al pintor en actitud de observar su trabajo. El pedestal es de mármol blanco de Carrara con incrustaciones metálicas y mármoles de colores, y en el friso se ven los escudos de Urbino, Florencia, Perugia, Roma y Siena entrelazados por ramas de laurel; los capiteles y las bases son de bronce y en los pedestales de las pilastras están los retratos en bronce también de los maestros y principales discípulos de Rafael, Perugino, Bramante, Timoteo Vitti, Juan de Udine, Pierino del Vago, Francisco Penni, Julio Romano y Marco Antonio Raimondi. En la cara principal se ve un bajo relieve que representa á Rafael retratando á León X, y en el lado opuesto otro bajo relieve en que se ve al mismo artista dirigiendo las obras de las Logias del Vaticano. En las otras dos caras hay dos grandes estatuas de bronce que figuran el Renacimiento y el Genio del Arte. El pedestal descansa sobre un plinto de mármoles de colores sobre el cual aparecen dos grupos de bronce, símbolos de la Pintura y de la Arquitectura. El monumento tiene por base una amplia gradería de granito rosado, cerrada por una balaustrada de mármol de trece metros de lado.

A la inauguración del monumento, que presidió en nombre del rey de Italia el ministro de Instrucción Pública, concurrieron las autoridades y representaciones importantes de las academias y corporaciones artísticas: coincidiendo con tan solemne acto hanse celebrado en la ciudad de Urbino grandes fiestas y una interesantísima exposición internacional de cuadros originales, copias, estampas, fotografías, etc., referentes todas á la gloriosa obra de Rafael.

* * *



Los funerales de D. Antonio Cánovas en la catedral de la Habana. – Salida de las autoridades después de terminada la ceremonia religiosa (de fotografía de Otero y Colominas)

Los funerales de D. Antonio Cánovas del Castillo en la Habana.—La capital de la isla de Cuba, como todas las de la península, ha honrado la memoria del eminente estadista celebrando suntuosos funerales en sufragio de su alma. La fotografía de los Sres. Otero y Colominas que en esta página reproducimos, representa la puerta principal de la basílica en el momento de salir las autoridades que habían presidido la ceremonia religiosa.

* * *

Bailén, cuadro de José Aguado y Guerra. (Exposición nacional de Bellas Artes de 1897). – Si nuestros historiadores han descrito con vivísimos colores el épico combate que ensangrentó los campos de Bailén el día 16 de junio de 1808, nuestros artistas han tratado también de inmortalizar su recuerdo, representando los hechos más culminantes de aquella batalla, en la que el ejército español, compuesto de gente bisoña, derrotó é hizo prisionero al cuerpo de ejército de Dupont, formado por más de 21.000 hombres de tropas escogidas. La defensa de una causa tan justa como la independencia patria pudo alentar á las abigarradas divisiones mandadas por Castaños, Reding y Coupigny y convertir en héroe á cada combatiente. El cuadro del Sr. Aguado representa el episodio más interesante de la batalla, aquel en que se decidió la suerte de las armas españolas, el combate decisivo en que cuatrocientos piqueros mezclados con el regimiento de España cargaron briosamente contra los mejores batallones y la caballería francesa, que con Dupont y demás generales del imperio intentaron el último esfuerzo para evitar la completa derrota. Muchos jinetes quedaron tendidos en el campo, pero su brillante acometida selló las victorias alcanzadas en aquel día tan glorioso para las armas españolas.

El discreto pintor andaluz Sr. Aguado ha sabido desarrollar con feliz acierto el episodio á que nos referimos, produciendo una hermosa manifestación de la pintura militar que honra al artista y al arte patrio.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Venecia. – Nuestro querido compatriota el celebrado pintor Sr. Sorolla Bastida ha obtenido en la última Exposición de Bellas Artes veneciana el premio de la provincia de Venecia, consistente en 2.500 liras, que le ha sido adjudicado por unanimidad por su hermoso cuadro *La bendición de la barca*.

– Los dueños de algunos hoteles de Venecia, en celebración de los beneficios que les ha reportado la Exposición de Bellas Artes, han adquirido siete preciosos cuadros japoneses que en la misma figuraban, y han hecho donación de ellos al municipio con destino á la Galería de Arte Moderno que se va á fundar en aquella ciudad.

Teatros.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Cluny *Le Pigeon*, graciosísima comedia bufa en cuatro actos, de Degas, J Hess y G. Berny, y en el de la Porte-Saint-Martin *Le Camelot*, interesante melodrama de Andry, Maurey y Jubin.

Barcelona. – En el teatro de Novedades continúa alcanzando grandes ovaciones el eminente actor D. Antonio Vico, de cuya compañía ha entrado á formar parte la aplaudida actriz señorita Aranaz. En el Principal debutará próximamente una excelente compañía dramática catalana, dirigida por D. Antonio Tutau y en la que figuran actrices y actores tan notables como las señoras Mena y Clemente y los Sres. Soler, Goula y Capdevila: esta compañía se propone devolver al teatro catalán su antiguo esplendor, reproduciendo las más aplaudidas obras del antiguo repertorio y estrenando otras de los mejores literatos regionales; por ello merece las felicitaciones de los amantes de nuestra literatura, y no es aventurado afirmar que sus laudables propósitos se verán coronados por el mejor éxito. El Eldorado, que ha sido objeto de muchas reformas, abrirá sus puertas el día 22 con una compañía dirigida por el popular actor don Servando Cerbón, que se dedicará al género llamado chico, dando á conocer en Barcelona todas las producciones que se estrenen con aplauso en los teatros madrileños, alternándolas con las más notables del corriente repertorio.

Necrología.—Han fallecido:

Adolfo Deboe, astrónomo holandés, fundador y propietario de un observatorio astronómico que goza de gran reputación é inventor de varios instrumentos científicos.

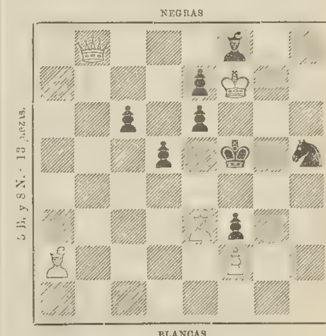
Eduardo Engerth, pintor austriaco, ex director de la Galería Imperial de Pinturas de Viena y director de la Academia de Praga.

Jacobo Burckhardt, historiógrafo suizo, profesor de Historia y de Historia del Arte de la Universidad de Basilea y autor de varias importantes obras.

AJEDREZ

Problema número 87, por Juan Capó González

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 86, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. A 8 T R	1. P ó R (*)
2. D 8 T D	2. Cualquiera.
3. D ó A mate.	

(*) Si 1. D toma A; 2. P 3 A D, y 3. D 2 T mate, – y si 1. P 4 T ó P toma P; 2. P 4 A D, y 3. D ó A mate.



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

Novela original de la notable escritora alemana Eugenia Marlitt

(continuación)

—¿Abrirás al fin?, gritaba Berta, rechinando los dientes... ¿Cómo esperas resistirme, criatura débil y frágil? ¡Ja, ja, ja! *Isabel, la de los cabellos de oro...*, así te llama ese oso viejo de la casa forestal, á quien odio con toda mi alma... ¡Viejo impío, él irá al infierno, y yo al paraíso, al paraíso, al paraíso!.. ¡Qué fea eres, qué espantosa!.. Mi cabello es negro como el plumaje del cuervo; yo soy más hermosa, mil veces más hermosa que tú.

Berta calló de pronto, y el mismo dogo quedó inmóvil: á lo lejos se oía el tañido de las campanas, é Isabel sabía lo que esto significaba. Allá abajo, hacia las ruinas de Gnadeck, un cortejo fúnebre se ponía en marcha y bajaba por la pendiente de la montaña. Los restos mortales de Lila abandonaban los antiguos muros que habían retenido prisionera, así en vida como en muerte, á la hija independiente de una tribu de zíngaros. Ahora la conducían á través del verde bosque por el que su corazón suspiraba doscientos años antes.

Berta pareció comprender á su manera el sonido de las campanas.

—¡Ya tocan las campanas!, exclamó de pronto. Viejo Wolf, vámonos á la iglesia... Dejaremos á esa criatura maléfica arriba, en las nubes; la noche traerá un buen huracán, que estallando sobre ella la arrojará á tierra desde lo alto de la plataforma... Entonces los cuervos vendrán á devorar sus ojos, porque está maldita, sí maldita..., y durante la eternidad se abrasará en el infierno esa mujer que me ha robado el corazón del que me amaba.

Y volvió á entonar su canto; su voz resonaba con notas salvajes repercutidas por la bóveda de la escalera; pero felizmente aquella voz se fué alejando poco á poco. Muy pronto Berta, seguida siempre del dogo, saltó hacia el tallar de donde había surgido tan inopinadamente á los ojos de Isabel. Parecía haber olvidado la terrible escena en que desempeñara el principal papel, pues no volvió ni una sola vez la cabeza hacia la torre donde estaba encerrada la persona á quien odiaba tan violentamente.

Isabel quiso entonces abandonar la torre, pero la cerradura enmohecida se mantuvo tan inmóvil como bajo los esfuerzos de Berta; y la joven reconoció con un terror indescriptible que el enorme cerrojo que la había preservado de los ataques de Berta la retenía ahora prisionera. Todos sus repetidos esfuerzos no bastaron ni para moverle, y muy pronto dejó caer sus manos con desaliento.

Nada podía intentar ya... ¡Con qué angustia pensó en sus padres! ¡Cuál no habría sido su inquietud al ver que las horas transcurrían y que la ceremonia se terminaba sin que su hija se presentase! Y más tarde, cuando la noche hubiera cerrado del todo, cuando cada minuto que pasara se llevase la esperanza de su regreso, sustituyéndola con la horrible inquietud que causa lo desconocido, ¿cómo soportaría su madre semejante angustia?

A su alrededor elevábanse los sólidos muros de la torre, iluminados aún por el último rayo de sol..., y lejos, muy lejos, divisábase en el límite del horizonte la ciudad de L... con su orgulloso castillo, cuyas ventanas brillaron un instante bajo el fulgor del sol poniente, quedando después sumidas en la obscuridad. A la derecha elevábase la montaña, coronada por las ruinas de Gnadeck, pero ni siquiera podía contemplar la morada que su desaparición llenaba ahora de dolor... El bosque cubría la pendiente de la montaña, rodeando la Torre de las Religiosas, en aquella dirección, con una espesa cortina formada por gigantescos árboles, y ni siquiera se veía la pica de hierro donde en otro tiempo ondeaba la bandera de los Gnadewitz.



Isabel se cubrió el rostro con ambas manos

La esperanza de ser vista se extinguió en el corazón de Isabel, y no tardó en reconocer que los gritos proferidos en aquella soledad no atraerían á nadie, pues ningún sendero conducía á la Torre de las Religiosas, y si aquel edificio estaba solitario durante el día, con mayor razón nadie se acercaba á sus inmediaciones al anochecer.

Sin embargo, era necesario hacer por lo menos una tentativa, é Isabel pidió socorro.. ¡Mas ay, qué débil le pareció su voz! ¿Cómo suponer que se pudiese oir á semejante altura? Aquel grito fué á perderse en las copas de los árboles inmediatos; algunos cuervos, instalados en ellos para pasar con comodidad la noche, abandonaron su sitio graznando lúgubremente, y después de volar al acaso, volvieron á ocupar sus ramas, quedando todo otra vez en el silencio más profundo y espantoso. Ya no se oían las campanas de la iglesia de Lindhof; ya la noche había cerrado en el bosque.

Isabel recorría maquinalmente la plataforma de la torre, y deteníase en el ángulo que estaba más próximo á la dirección del castillo de Lindhof para pedir de nuevo auxilio. Fatigada, agotadas sus fuerzas, dejóse caer en un banco de piedra empotrado en el muro, en parte preservada del viento por el tejado de la torre. No temía tener que pasar allí toda la noche, porque no se le ocultaba que los suyos la buscarían por todos los rincones del bosque; pero hasta que la encontraran, ¡qué horas de mortal incertidumbre y de horribles temores pasaría su familia!

Esta idea la atormentaba lo indecible y aumentaba la excitación nerviosa de que se hallaba poseída. Todas las impresiones que recibiera en aquel día aciago eran dolorosas ó terribles, y había tenido que luchar sola, sin apoyo, confiando únicamente en que su fuerza moral y su presencia de ánimo la protegieran. Todavía temblaba recordando la persecución de que había sido objeto por causa de Berta... ¿Qué causa podía haber determinado aquel súbito acceso de locura furiosa, excitado aquel espíritu de venganza y dictado las espantosas imprecaciones que dirigió á Isabel? Hablaba sin cesar de aquel corazón cuyo afecto le había robado la joven... ¿Habría adivinado la señora Ferber al suponer que el Sr. de Hollfeld tendría que ver algo con la conducta enigmática y el misterioso tormento que se notaba en Berta?

Al evocar la imagen de aquel hombre, despertáronse al punto en su memoria los dolorosos sentimientos que laceraban su corazón. En aquel momento, estrechándose contra el muro de la antigua torre, contemplando más de cerca el cielo sin claridad, completamente aislada de todo cuanto vivía y sintiendo tan sólo el aire fresco de la noche pasar sobre su ardorosa frente, midió en toda su extensión la desgracia que la agobiaba, y sus ojos se humedecieron de lágrimas... ¡Todo había concluído, y para siempre! Había roto irrevocablemente sus relaciones con

los habitantes del castillo de Lindhof; había arrebatado á Elena la ilusión en que la infeliz concentraba todas sus esperanzas, y había rechazado la generosidad del Sr. de Walde, que tenía á bien consentir en que una parte de los bienes de su hermana sirvieran para dotar á la joven pobre que iba á ser elevada á la dignidad de parienta suya. Su orgullo debía haber recibido una herida que no se cerraría nunca; no volvería á verle más, porque sin duda iba á poner en ejecución sus proyectos de viajes lejanos, y se apresuraría á ir á olvidar en Asia ó en Africa el disgusto que sin duda le había causado la ingratitud de la pobre pianista.

Isabel se cubrió el rostro con ambas manos, y sus lágrimas corrieron abundantes entre sus delicados dedos.

La obscuridad comenzó á ser menos intensa; en el horizonte se dejó ver de pronto la luna en su cuarto creciente, y el cielo se pobló de una infinidad de estrellas. Isabel levantó la cabeza, contemplando con desesperación aquellos mudos é impasibles testigos de su dolor. ¿Harían lo mismo allá arriba? ¿Sufrían en aquellos otros planetas como en éste? ¿Sienten como aquí los corazones, desgarrados y despreciados, esas sordas tempestades, esos huracanes interiores, cuya violencia no cede á la de los más violentos trastornos de la naturaleza?

La torre se animó; oyéronse dolorosos gemidos y quejas misteriosas; en la escalera se produjeron algunos movimientos y varios cuerpos ligeros chocaron contra la puerta y las paredes del interior: los mochuelos y los murciélagos trataban de visitarse mutuamente, y buscaban en vano la salida que les era familiar. Rumores extraños, desconocidos, resonaron también por la parte del bosque; los cuadrúpedos y las aves se entregaban á sus juegos, seguros de que nadie había de molestarles en aquella soledad; y á lo lejos, hacia el Este, por el lado donde el bosque, más salvaje, se extendía sobre los valles, remontando los flancos de las montañas menos exploradas que las que rodean á Lindhof, oíase el bullicio más característico de la caza mayor. La joven retrocedió maquinalmente como si dos ojos brillantes, dos pupilas feroces, debieran fijarse sobre ella por aquel lado.

Y no llegaba socorro...; pero reflexionando mejor, haciendo el cálculo de la marcha de las horas, Isabel se dijo que sin duda no la buscaban todavía. Cuando más, estarían inquietos y descontentos en Gnadeck al ver que se prolongaba tanto tiempo su visita al castillo. La esperarían hasta las diez..., después irían á buscarla á Lindhof, y no encontrándola, se organizaría una batida general. Luego .. ¡á la gracia de Dios! Solamente *él* podía dirigir el auxilio hacia la pobre Isabel, aislada en la plataforma de la Torre de las Religiosas.

Como la temperatura había bajado considerablemente, Isabel cruzó sobre su pecho la manteleta con que se cubría, anudó su pañuelo alrededor del cuello y apresuróse á levantarse del banco en que se había refugiado á fin de recorrer sin cesar la plataforma para restablecer la circulación, que amenazaba paralizarse. Aunque tenía poca esperanza de ser socorrida, inclinábase á menudo sobre las almenas de la torre para interrogar al horizonte y sondear las profundidades del bosque.

Veía subir hacia ella como unas oleadas blanquecinas que persiguiéndose al parecer, huían, reuniánse de nuevo y se desgarraban: eran los vapores que ascendían de las partes fangosas del bosque. Isabel no pensaba ya en la elegante fiesta que se había celebrado al pie de aquella torre pocos días antes, en la lucha de las vanidades, en las frases ociosas que se habían pronunciado, como en todas las reuniones mundanas; pero su imaginación evocó la imagen melancólica de las religiosas, inclinando bajo su velo negro su frente blanca como la cera de los cirios que llevaban, y entregándose á las prácticas de su orden. La fundadora de aquel convento había sido una señorita de Gnadewitz, y ahora una descendiente suya había visto en aquel resto del edificio levantado á sus expensas un refugio y una protección contra los designios homicidas de una insensata. ¿Pero estaba destinado aquel asilo á transformarse siempre en una prisión? ¿Debía Isabel perecer encerrada como aquellas religiosas que habían sido secuestradas en aquella soledad para favorecer los proyectos ambiciosos de sus familias?

Isabel volvía siempre al ángulo de la plataforma que estaba más próximo á la dirección de Lindhof. Por todo el país reinaba un silencio majestuoso; las estrellas difundían una luz igual, así sobre las más pobres chozas del pueblo como sobre el orgulloso castillo que las dominaba; pero no, por aquel lado divisábase un resplandor rojizo. Orientándose, Isabel reconoció que aquella luz debía hallarse en el límite que separaba el parque del bosque; mas la luz no permanecía quieta; de pronto iluminó las copas de los árboles situados en dirección opuesta. Era, ó debía ser, una antorcha que penetraba en el angosto sendero recorrido por Isabel para dirigirse á la Torre de las Religiosas.

Durante un momento, la luz se mantuvo inmóvil; sin duda los que la llevaban se consultaban; tal vez iban á cambiar de dirección... ¡Pero no! A lo lejos se oyó un grito, é Isabel se dijo con alegría que la buscaban, que el socorro estaba próximo, y lanzó una contestación al aire, aunque persuadida de que todavía no podrían oirla. El resplandor volvió á quedar inmóvil, como si un oído vigilante hubiese tratado de percibir los rumores á través del espacio; después, la luz volvió á avanzar, cada vez más de prisa, y la joven distinguió al fin la llama que de la antorcha se desprendía.

–¡Isabel!, gritaron á través del bosque.

Aquella voz trastornó todo su ser, porque era la *suya*... El Sr. de Walde la llamaba con un tono de angustia indescriptible.

–¡Aquí!, gritó Isabel. ¡Estoy aquí, en la plataforma de la torre!

La luz surgió al punto del tallar vecino, y el que la llevaba se lanzó al umbral de la puerta de la torre y de allí á la escalera. Pocos instantes después, una vigorosa mano sacudía la puerta, que recibía al mismo tiempo algunos fuertes puntapiés, hasta que al fin cedió, aunque gimiendo y protestando con desesperados crujidos.

El Sr. de Walde apareció en la plataforma; su mano izquierda empuñaba la antorcha y con la otra cogió á Isabel y atrájola al círculo formado por la luz; llevaba la cabeza descubierta, y su cabello castaño caía en desorden sobre su frente pálida. Su mirada recorrió con la rapidez del relámpago la delicada figura de la joven que se hallaba allí, como para asegurarse de que no le había ocurrido ninguna desgracia; parecía que le era de todo punto imposible dominar la emoción que se había apoderado de él; la mano que cogía el brazo de Isabel temblaba violentamente, y no pudo recobrar al pronto el uso de la palabra.

–¡Isabel, exclamó al fin suspirando, pobre niña! ¿Conque ha debido usted refugiarse aquí, en esta obscura noche y en este edificio desierto y espantoso, huyendo de la persecución que ha sufrido en mi casa?

Isabel le explicó que su permanencia en la plataforma era involuntaria, que había debido buscar en ella un refugio y que éste se convirtió en prisión. Haciendo rápidamente su relato, bajaba la escalera detrás del Sr. de Walde, que la ofreció su mano; pero Isabel había cogido ya la cuerda que servía de baranda, y aparentó no haber notado el ademán de su compañero. ¿Podía olvidar ¡ay! que pocas horas antes había dado su consentimiento para que se casara con el Sr. de Hollfeld?.. Y ahora, al venir en su auxilio, quería tan sólo pagar una deuda de agradecimiento, que debía pesar á su corazón orgulloso. Salvado por ella, él la salvaba ahora, y en adelante estarían en paz.

De improviso, la antorcha, después de lanzar un vivo y último fulgor, se apagó bruscamente, y una obscuridad profunda rodeó los últimos peldaños de la escalera.

–Ahora, déme usted la mano, dijo el Sr. de Walde con su tono de autoridad absoluta.

–Ya me cojo á la cuerda, y en realidad no necesito más apoyo, contestó Isabel.

Apenas pronunciada la última palabra, se sintió coger y levantar del suelo.

–¡Niña insensata!, exclamó el Sr. de Walde, dejándola sobre el césped, fuera de la torre. ¿Cree usted que consentiría en verla correr el riesgo de estrellarse en esa escalera?

Isabel tomó el camino que conducía al castillo, que era también el más directo para volver á su casa, y el Sr. de Walde iba silencioso junto á ella.

–¿Se propone usted, dijo al fin con un tono que expresaba un dolor profundo, separarse de mí sin dirigirme una palabra de reconciliación? ¿He tenido la desgracia de enojarla?

–Sí, me ha hecho usted daño.

–¿Porque no hice entrar en razón á mi primo al punto?

–¿A qué había usted de hacerlo, puesto que aprobaba plenamente, si no la persecución que he sufrido, por lo menos el objeto que se proponían mis perseguidores? Usted, como todos los demás, quería obligarme á aceptar la mano del Sr. de Hollfeld.

–¿Obligarla?.. ¿Yo?.. ¡Pobre niña, qué mal lee usted en el corazón de un hombre! Yo era víctima de un deplorable error, ó hablando más sinceramente, quería tratar de librarme de las tinieblas que me atormentaban, y he dicho *sí* para hacer una prueba. Además, quiero desviar de usted todo cuanto pudiera recordarla este penoso día. ¿Está usted á gusto en Lindhof?

–Sí.

–La baronesa de Lessen ha de abandonar el castillo, y pienso rogar á usted que tenga á bien ser para mi hermana una compañera y un apoyo cuando vuelva á continuar mis viajes á través del mundo.

–En cuanto á eso, no puedo prometerlo.

–¿Y por qué?

–Temo que la señorita de Walde no desee mi compañía; y aunque fuera de otro modo, según lo he declarado ya hoy, no me propongo ostentar el antiguo nombre á que tenemos tantos derechos.

–¡Singular contestación, que no conviene en modo alguno con el asunto de que tratamos!.. ¡Ah, ahora comprendo; sí, la luz se hace al fin! ¡Usted cree que yo he aprobado la elección de Hollfeld principalmente porque en adelante pertenecería usted á una antigua nobleza! ¿Es ese el fondo del pensamiento de usted?

–Sí, creo que es eso.

–Y usted sigue la deducción lógica de ese parecer, atribuyendo á la misma nobleza la súplica que le he dirigido al rogarle que sea compañera y amiga de mi hermana... Está usted persuadida de que es preciso buscar el principal, el único móvil de mis sentimientos, de mis ideas y de mis actos en mis preocupaciones aristocráticas.

–¡Sí, sí!

–Le rogaré á usted simplemente que me diga qué nombre llevaba cuando aquí mismo, en el sendero que recorremos en este instante, le pedí que me concediese una felicitación.

–No sospechábamos entonces el secreto que el mirador nos reservaba, murmuró Isabel, como hablando consigo misma.

–¿Ha olvidado usted las palabras que le dicté aquel día y que repitió después de pronunciarlas yo?

–No, contestó vivamente Isabel, recuerdo muy bien cada frase, cada palabra.

–¿Y cree usted que aquella felicitación pueda terminarse simplemente diciéndome: «Dios le conceda á usted salud este año y los siguientes?»

Isabel no contestó; pero levantando la cabeza, miró á su acompañante con seriedad, aunque ruborizándose un poco.

–Ahora, escúcheme usted tranquilamente, Isabel, dijo el Sr. de Walde.

Pero él mismo estaba tan agitado, que se hubieran podido contar, por decirlo así, los latidos de su corazón en el sonido entrecortado de su voz.

–Un hombre privilegiado de la suerte, que le favoreció en su cuna con una riqueza considerable y una elevada posición, despreció estas ventajas apenas hubo comenzado á reflexionar, á pensar por sí mismo, creyendo ver en aquellas superioridades otros tantos escollos para la felicidad que pedía al mundo. De la compañera de su vida se había formado un ideal del que no podía ni quería separarse, y no porque exigiera que estuviese colmada de todos los dones de la inteligencia y de la hermosura, pues tan sólo buscaba una mujer de corazón bondadoso, puro y noble, que no concediese una importancia principal á las ventajas del nacimiento y de la riqueza, y que le quisiese á él, solamente á él, sin tener para nada en cuenta lo que poseyera. Debió convencerse de que su ideal seguiría siéndolo siempre, pues en el curso de sus investigaciones inútiles había llegado ya á los treinta y seis años. Cuando la esperanza ha sido defraudada á menudo, cuando después del sol puro de la montaña y del sol abrasador del mediodía, ha de venir el crepúsculo en esa época de madurez del espíritu en que no se abrigan ya ilusiones como en la juventud, y por el contrario mueren las que en la juventud se han acariciado, dejando vacío y solitario el suelo que antes adornaran, ¡con qué afán nos precipitamos hacia lo que colma los deseos más ambiciosos, hacia lo que parece como la recompensa y la compensación de los años que pasaron sin conocer ningún afecto! ¡Cómo el corazón lacerado por la experiencia se refresca con la pureza que le es dado contemplar, y cómo aspira ardientemente á la dicha que ya no esperaba! Isabel, el hombre de quien hablo á usted conoce esa embriaguez; ha encontrado el corazón que ambicionaba, sostenido, iluminado por una inteligencia privilegiada, que no era extraña á ninguna idea grande ó noble y que se hacía superior á los vulgares intereses á que se sacrifican todas las cosas en este mundo. Ese corazón animaba el pecho de una niña encantadora, generosamente dotada por la naturaleza. ¿Era extraño que el hombre llegado á la edad madura, poco hábil para gastar el tiempo en palabras, medianamente favorecido por sus cualidades físicas, viese con desconfianza y angustia á otro hombre, más joven y mucho más

apuesto que él, enamorado de la niña que le había seducido? ¿Se le ha de tener mala voluntad porque las apariencias, confirmando plenamente sus temores, le indujeran á precipitarse desde la cúspide de su esperanza al abismo sin fondo y sin salida donde le esperaban los pesares eternos y la eterna soledad? ¿No era demasiado verosímil que la juventud quisiera ir con la juventud? ¡Jamás un corazón humano había obtenido en la tierra más completa, más perfecta realización de sus esperanzas; jamás tampoco cayó tan dolorido y desgarrado entre las dudas que le asaltaban! Y cuando fueron á decirle que su adorada, aquella á quien debía el haber renacido á la vida, aquella á quien amaba sobre todo en este mundo, iba á dar su mano á otro, apuró hasta las heces el cáliz de los dolores. Dijo *sí* porque creía satisfacer de este modo el deseo que ella había formado. Isabel, al ver hoy desde el umbral de la puerta del pabellón ese hombre á los pies de usted, he esperado un momento que la vida se extinguiese en mí para siempre, librándome de este modo de un dolor insufrible. Usted no sabe lo que es reunir los más preciosos tesoros en una barca y verla zozobrar á nuestros ojos. ¿Será preciso expresar á usted lo que experimenté al verla rechazar con tanta firmeza todas las ventajas de fortuna y de posición que se le ofrecían por su casamiento con ese Hollfeld? ¿Deberé añadir que si ese miserable no fué expulsado inmediatamente de mi casa y por mí mismo y á presencia de usted, fué únicamente por consideración y cariño á mi hermana? Por lo demás, su perseguidor ha salido ya de Lindhof, y no volverá usted á encontrarle en su camino. ¿Consentiría usted en olvidar la ofensa que hoy se le ha inferido en mi casa?

El Sr. de Walde había cogido entre sus brazos á Isabel, que no pudiendo pronunciar una palabra, se limitó á inclinar afirmativamente la cabeza.

– Y ante todo, añadió, mi más querida, dulce y juiciosa niña, es preciso que olvidemos todo cuanto ha pasado desde aquel día en que la suerte le designó para ser mi compañera durante una tarde, y el de hoy, en el que me prometerá ser mi compañera hasta la muerte. Mi querida Isabel, usted que es la fe de mi corazón, usted á quien amo con toda mi alma, usted, Isabel Ferber, y no Isabel de Gnadewitz, ¿quiere usted repetir palabra por palabra el final de la felicitación que un día le dicté y que fué interrumpida tan cruelmente? ¿Quiere usted pronunciar aquella frase?..

– He aquí mi mano, que es la prenda de una dicha indefinible.

– Añada usted ahora: «¡Consiento en ser su compañera hasta la muerte!»

Pero Isabel trató inútilmente de pronunciar estas palabras; sus lágrimas se deslizaban suaves y abundantes por sus mejillas, y el Sr. de Walde juzgó al parecer que esto era suficiente contestación, pues no quiso insistir más y renunció á la tenacidad que había manifestado en otras circunstancias.

– ¡Conque al fin se ha realizado el sueño que me había hecho olvidar las tristezas, las dudas y las decepciones de mi vida anterior!, exclamó el señor de Walde, hablando en voz baja. ¡Aquel sueño de felicidad se ha reproducido y no me abandonará! Isabel, déme usted la mano, y permítame tenerla en la mía hasta llegar á la casa de sus padres, á quienes ahora mismo he de pedirla por esposa. Déme usted esa mano para que yo me acostumbre á mi felicidad, para convencerme de que esto será más y mejor que un sueño. ¿Está usted bien resuelta? ¿Consiente de veras en vivir á mi lado? Ya sabe usted que por mí deberá separarse de sus queridos padres y de sus amadas ruinas.

– Ya lo sé, y consiento en ello, Rodolfo, contestó Isabel, cuya boca se sonreía mientras tras de sus ojos escapábanse todavía lágrimas de felicidad.

– ¡Bendita seas, amada mía, por esa palabra que acabas de pronunciar!; pero necesito que contestes á una pregunta: ¿has accedido á mi súplica movida por un sentimiento de compasión hacia quien tanto te ama?

– No, Rodolfo, contestó Isabel; no ha sido la compasión, sino el amor, el amor que en mí vive desde que mis ojos se fijaron en los tuyos, desde que mis oídos oyeron tu voz justiciera castigar implacable la crueldad y la dureza. Y este amor no me ha abandonado ni un momento desde entonces, antes bien ha ido creciendo y haciéndose cada vez más poderoso, á pesar de todos mis esfuerzos por destruirlo, á pesar de todas las frases duras que á menudo lo hirieron de muerte.

– ¿Y quién ha pronunciado estas frases?

– ¡Tú mismo, que has sido para mí cruel y violento!

– ¡Oh, hija mía, la pasión de los celos es terrible! Siempre procuré dominarme, reprimir la manifestación de lo que experimentaba; pero esto no se consigue del todo sino cuando se trata de cosas y de personas que son poco menos que indiferentes... Cuando uno está profundamente herido, difícil es fingir, y todas las reflexiones, todos los razonamientos son arrastrados por el torrente que no podemos refrenar. Solamente es propio de los corazones bien dotados no experimentar nada que no sea justo, ni amar nada que no merezca ser amado y honrado. ¿Y por esa severidad y esa dureza querías cerrarme las puertas del cielo que ahora me abres de par en par?

– ¡Oh, no! Porque aunque hubiese querido habría



Déme usted esa mano para que yo me acostumbre á mi felicidad

sido en vano: una mirada tuya borraba todo cuanto había precedido; pero había otra cosa que me atormentaba mucho, demostrándome á todas horas hasta qué punto mi pensamiento era insensato al fijarse en ti. Yo había grabado en mi memoria uno de los rasgos de tu carácter, relacionaba con él todos tus actos, y cuando se despertaban en mí ciertas esperanzas, me repetía, para desecharlas, el motivo que te indujo á rehusar la mano de una joven dama de honor de la corte de L...

– ¡Ah, sí, exclamó el Sr. de Walde, dejándose llevar de una sonrisa franca y sonora, los abuelos, los cuarteles de nobleza!.. ¿Y sabes, mi adorada niña, por qué dije esto? Pues porque fué el medio que como mejor se me ocurrió para rechazar un enlace que mi corazón no deseaba; por esto dí aquella excusa, sin pensar en sus consecuencias y sin poder prever que algún día pudiera hacerme perder la mayor felicidad de mi vida. Mis relaciones con el príncipe de L... eran muy cordiales, pero mi residencia en la corte llegaba á ser para mí realmente odiosa á causa de esos planes de matrimonio, de esa caza á la fortuna. Me perseguía particularmente la princesa Catalina, á quien se le había puesto en la cabeza casarme con una de sus damas de honor; y nadie quería admitir que aquella joven me fuera del todo indiferente, porque pasaba por ser una gran belleza y excitaba viva admiración. Todas mis protestas fueron inútiles; la pequeña conspiración seguía su curso, y no tuve más remedio que confiar á Sus Altezas que una elección de tal género me costaría uno de mis más hermosos dominios, el cual, según el testamento de mi tío, recaería en favor del Estado si yo me casaba con una mujer que no llevase á mi árbol genealógico un número determinado de cuarteles de nobleza. Esta declaración puso término á las persecuciones de que yo era objeto, pues en todo nuestro país no se encuentra una sola familia cuyos cuarteles se eleven á la cifra deseada, y todos admitieron sin dificultad que yo no quería renunciar á mi finca.

– ¿Y vas á sufrir por mí una pérdida considerable?, preguntó Isabel.

– No es una pérdida; no es más que un cambio, que me proporcionará un tesoro inapreciable en vez de una tierra y un castillo, con los cuales no sabría qué hacer.

El resplandor de una antorcha iluminó el tallar vecino.

– ¡Por aquí!, gritó el Sr. de Walde.

Al punto se presentó uno de sus criados, á quien ordenó que fuera con toda la rapidez posible á Gnadeck y anunciara á los padres de Isabel que su hija estaba sana y salva y que acompañada por él se dirigía á su casa.

El criado partió á escape con la rapidez de una flecha, y muy pronto se vió la luz de la antorcha elevarse en los flancos de la montaña.

– He sido muy egoísta, Isabel, perdóname, continuó diciendo el Sr. de Walde, pasando el brazo de la joven bajo el suyo. Sabía que tus padres te esperaban con angustia, y también que tu padre y tu tío recorren en este momento el otro lado del bosque. Toda mi gente, todos los campesinos de Lindhof exploran el país en todas direcciones, mientras tu madre y la institutriz han quedado allá arriba bajo la protección de mi bravo Reinhard, á quien he confiado la misión de calmar, si era posible, su dolorosa inquietud. ¡Y de todo esto me he olvidado junto á ti!

– ¡Pobres padres!, murmuró Isabel.

También á ella le remordía la conciencia; también ella se había olvidado de todo cuando estuvo al lado de su amado libertador.

– Federico tiene las piernas ligeras, dijo el Sr. de Walde sonriendo; es célebre por esta especialidad, y podemos esperar que dentro de pocos minutos quedará tranquilizada tu madre. Además, según hemos convenido con Reinhard, una hoguera encendida en la muralla que domina la comarca advertirá á todos los que te buscan que has regresado á tu hogar.

– Y ahora caigo, dijo Isabel más tranquilizada, que ni siquiera me ha ocurrido preguntarte cómo me has encontrado... ¡Me ha parecido tan natural que me salvaras!

– Cuando saliste del pabellón, ya había resuelto yo lo que debía hacer; iba á dirigirme á casa de tus padres, pensando encontrarte en Gnadeck, para pedirles tu mano, como me propongo hacerlo ahora, y tan sólo quería dejar que tomaras un poco la delantera. En su consecuencia emprendí la marcha, encaminándome hacia la montaña. Pregunté á un jardinero ocupado en el parque, por el lado que linda con el bosque; y me aseguró que no habías pasado por aquel camino, el único sin embargo, que conduce desde Lindhof á Gnadeck; no se había apartado de aquel sitio desde hacía algunas horas, y mantuvo sus afirmaciones de la manera más categórica. Otro jardinero, ocupado en la parte opuesta, y que pasaba cerca de nosotros, apoyó á su compañero, diciendo que habías tomado el camino que conduce á la Torre de las Religiosas, y que parecías estar muy preocupada y distraída, hasta el punto de no haberles devuelto su saludo, lo cual les extrañó, porque, como ellos decían, «la señorita es muy buena y bondadosa, y dirige siempre la palabra con mucha cortesía cuando pasa cerca de alguno.» El buen muchacho dijo también que había dejado allí su azada, y que poseído de cierta inquietud te había seguido desde lejos, pero sin osar acompañarte, al verte avanzar resueltamente, como si tuvieras algún objeto bien determinado.

Todo esto era alarmante. Mi primera diligencia fué enviar recado á Gnadeck para advertir que habías salido de Lindhof á las cuatro y media, y que te habían visto seguir una dirección opuesta á la de tu casa. A Reinhard fué á quien confié este encargo, adoptando rápidamente al mismo tiempo mis disposiciones para organizar una batida con la gente del pueblo y la del castillo. Yo me reservé el sendero que desembocaba en la Torre de las Religiosas, seguro de encontrarte antes que nadie. Sin contar á tu padre y á tu tío, que te buscan tal vez con una angustia igual á la mía, la población que se ha diseminado en el bosque no tiene más estímulo que el de la humanidad, muy poderoso sin duda, al que he agregado la promesa de una buena recompensa, distribuída entre los campesinos de Lindhof por la batida que hacen esta noche. En cuanto á mí, he atravesado de noche el bosque, impelido por una fuerza irresistible y llamándote á cada momento. ¡Al fin tu voz me contestó! ¡Dios sea loado! ¿Cómo agradecer este divino beneficio que me permite volver á tenerte á mi lado y que te ha preservado milagrosamente de un gran peligro?

– Permaneciendo siempre aquí y haciendo que no haya pobres en Lindhof, contestó Isabel emocionada.

– Sí, tienes razón, hija mía; solamente así podremos merecer la dicha que se nos ha concedido.

(Concluirá)

LA INSURRECCIÓN EN LA INDIA INGLESA

El imperio indo-británico, que comprende toda la India anterior y la parte occidental de la posterior, ocupa una superficie de más de cinco millones de kilómetros cuadrados y tiene, según el censo de 1891, una población de más de 290 millones de habitantes. El clima es variadísimo, imperando en unas regiones los calores de la zona tórrida y en otras los fríos glaciales de los países polares, y no menos variadas son las razas que pueblan aquellos territorios, las organizaciones sociales por que se rigen y las religiones que profesan. Entre éstas prevalecen el brahmanismo y el mahometismo, que cuentan respectivamente, en cifras redondas, 188 y 50 millones de adeptos.



LA INSURRECCION EN LA INDIA INGLESA. – Jirga ó asamblea de indígenas para decidir la guerra ó la paz, celebrada en Thull, en la frontera afghana (de fotografía de Mr. F. St. John Gore)

Hasta 1858 fué la India propiedad de la denominada Compañía de las Indias Orientales; pero en aquella fecha, después de haber sido ahogada en sangre la importante rebelión de los cipayos, pasó á ser provincia inglesa, al frente de la cual se puso un gobernador general ó virrey nombrado por la corona y dependiente del ministerio de las Indias, constituyendo desde entonces el Imperio indo-británico, solemnemente consagrado por el acta parlamentaria de 29 de abril de 1876, que otorgó á la reina Victoria el título de emperatriz.

Entre estas posesiones que tiene Inglaterra en Asia y las que en el mismo continente dependen de Rusia, está enclavada la comarca de los afghanes, verdadero estado independiente, cuya dominación se han disputado y se disputan aquellas dos naciones, sin que ni una ni otra consigan definitivas ventajas. Una no despreciable, sin embargo, logró Inglaterra durante el reinado del emir antecesor al actual, y fué que aceptara de la Gran Bretaña una fuerte pensión que todavía percibe el que al presente gobierna aquel territorio, Abdhur-Rhamán, con lo cual es éste, en cierto modo, vasallo de la reina Victoria.



Abdhur-Rhamán, emir del Afghanistán (de fotografía)

A pesar de esto, no parece que el citado emir se porte muy lealmente con los ingleses, pues á sus excitaciones se atribuye la actual rebelión, suponiéndose, no sin fundamento, que ha hecho predicar la guerra santa entre los habitantes de la frontera noroeste y que les ayuda con sus propios soldados.

Comenzó la insurrección por el levantamiento de algunas tribus montañesas de Tchitral; pero muy pronto hubo de generalizarse, y el movimiento que en un principio se consideraba aislado toma cuerpo de día en día y amenaza convertirse en formidable lucha. ¿Cuál es la causa de esta rebelión? Difícil es señalarla de una manera concreta. El carácter levantisco de las antes citadas tribus que contra su voluntad fueron conquistadas en 1893 por los ingleses y que les ha movido ahora á rebelarse contra éstos, y los desórdenes ocurridos en Calcutta á consecuencia del derribo de una mezquita y en Poona por la manera de aplicar las autoridades las disposiciones sanitarias contra la peste, son hechos, por decirlo así, incidentales que por sí solos no explicarían la rapidez con que la insurrección se ha ido extendiendo entre las tribus: en el fondo de todo ello hay sin duda alguna un plan completo, hábilmente tramado, para provocar un levantamiento general contra los ingleses y contra todos los cristianos, y este plan bien pudiera ser dirigido desde Constantinopla en venganza de las exigencias que acerca de la evacuación de la Thesalia por los turcos formula Inglaterra en las negociaciones para la paz que ha de poner término al conflicto turco-griego.

Si tenemos en cuenta que el gobierno inglés, según parece, ha entregado recientemente al embajador otomano en Londres, el cual la ha remitido á la Sublime Puerta, una enérgica nota quejándose de la agitación religiosa de la India, casi podremos afirmar que la insurrección se debe ante todo al fanatismo musulmán, excitado por las recientes victorias de Turquía sobre Grecia; y esta afirmación se hace más verosímil por la conducta del emir del Afghanistán, quien ha llamado á Cabul á todos sus agentes diplomáticos de la India británica y ha celebrado importantes entrevistas con los mollahs de las tribus fronterizas.

De todos modos, la situación es gravísima en la India, y así lo demuestra la preocupación del gobierno británico y los grandes aprestos militares que está haciendo, no sólo para concentrar las tropas coloniales á fin de que puedan ponerse sobre las armas desde luego 25.000 hombres, sino que también para enviar desde la metrópoli grandes refuerzos de infantería, caballería y artillería. Un síntoma que Inglaterra considera muy grave es la defección de los afridis, hasta ahora amigos muy leales de los ingleses, á quienes auxiliaron poderosamente en la última guerra contra los afghanes, defección que arrastrará á la rebeldía á otras muchas tribus que hasta hoy han permanecido más ó menos indiferentes.

Hasta ahora la campaña no se presenta muy favorable á las armas inglesas. Los grupos de rebeldes, engrosados sin cesar por tribus nómadas y por muchos desertores indígenas del ejército británico, se



LA INSURRECCIÓN EN LA INDIA INGLESA. – El fuerte Jamrud, situado en la entrada del valle de Khyber, en la frontera afghana (de fotografía de Mr. F. St. John Gore)

han dividido en dos fuertes columnas que se dirigen hacia la posesión inglesa de Peschawer, una por el Sureste y otra por el Suroeste, habiéndose apoderado del importante paso de Khyber, sobre la frontera afghana, ocupando los fuertes allí existentes, entre los cuales se cuenta el de Jamrud, y cuyas guarniciones, compuestas en su mayor parte de tropas indias, se rindieron sin apenas oponer resistencia. Quisieron los rebeldes apoderarse del paso de Kohat, pero la suerte no les fué propicia porque rechazados por los ingleses que lo defendían hubieron de refugiarse en las montañas vecinas, desde donde, á no dudarlo, repetirán el ataque.

Veremos si con los refuerzos que desde Inglaterra se envían se logra sofocar la rebelión que por ahora se presenta con caracteres en extremo alarmantes: lo que sí puede asegurarse es que la Gran Bretaña no ha de perdonar medio alguno para vencerla, cueste lo que cueste, pues considera y con razón que los dominios de la India valen todos los sacrificios, por grandes que sean, que haya de hacer para conservarlos.



LA INSURRECCION EN LA INDIA INGLESA. – VISTA DEL PASO DE KHYBER, dibujo tomado de una fotografía

De los grabados que en estas páginas publicamos, el más curioso es indudablemente el que representa la *jirga* ó consejo que celebran los hombres más notables de un clan ó tribu, reunidos en el sitio acostumbrado para tales asambleas, á fin de tratar de los asuntos del país. Los que en el grabado referido aparecen han bajado de los montes comarcanos para discutir con el Oficial Político la cuestión de si lucharán en favor ó en contra de los ingleses: todos están sentados á la puerta de la tienda del citado oficial, los más principales delante, y cada uno habla por turno defendiendo su dictamen. La categoría de un individuo en estos clanes está en relación directa de la calidad de las armas que posee; los que figuran en el grabado están provistos de excelentes carabinas Martini Henry, que suelen proporcionarse furtivamente en la India, en donde es frecuente la desaparición de carabinas de las tropas indígenas al servicio de Inglaterra. – X.



BAILÉN, cuadro de José Aguado y Guerra (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

A[illegible] XVI —— B[illegible] —— N[illegible]



DANZA GITANA, acuarela de A. H. Schram

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La paja en el ojo ajeno. – Explosiones guerreras y revolucionarias en América. – Paz de Europa y dilación á las pacificaciones orientales. – Alemania é Inglaterra. – Históricas afinidades antiguas y desafinidades reales presentes. – Proyectos marítimos del emperador asestados á Inglaterra. – El rey de Italia en Alemania. – Significación de su visita. – Las maniobras militares. – Los soldados de caballería y la princesa del Hesse en estas maniobras. – Impulsos y fomentos al feminismo. – Reflexiones. – Conclusión.

Púdrenos los oídos la prensa extraña, sobre todo la prensa yankee, á diario, con sus cargos por las dos guerras que mantenemos los españoles al Oriente y al Occidente del planeta. No son para nosotros ningún plato de gusto estas discordias con los colonos, así orientales cual occidentales, y hacemos lo posible por concluirlas, pues manténémoslas y pagámoslas con luciente oro de nuestras arcas y con purpúreo cruor de nuestras venas. Pero al oir tantas reconvenciones, cualquiera creería la tierra toda en augusta paz y convertidos los mares todos en otras tantas balsitas de aceite. Amén del ciclón que azota nuestra grande antilla y nuestro archipiélago filipino, la guerra estraga los campos del Brasil recién redimido ahora de la monarquía, los desiertos que forman la banda oriental en que los pamperos van errantes, inmensas planicies vecinas del gran río argentino, las Repúblicas de Honduras y de Guatemala, el Centro con el Mediodía de América. Y estas perturbaciones entran hasta dentro del Estado y del pueblo que más de su carácter jurídico se han ufanado siempre y que mayores hipotecas de paz y libertad han ofrecido, con sus instituciones liberales y democráticas, al mundo. Humeante aún en Pensilvania, tierra clásica de los derechos humanos, la sangre vertida estos últimos días en que unos tercios de milicia ciudadana tendieron por los campos y calles á muchos trabajadores, muertos al pedir justo aumento de salario, é ignorantes de la lengua inglesa, en que iban inscritos los bandos, opuestos, sin ley ni razón, á sus legítimas reivindicaciones, ¿podrán decirnos algún vejamen los americanos? Y no recordemos nada del Estado erigido en otro Estado por el profeta Conselheiro, resuelto á restaurar la monarquía entre los inextricables bosques brasileños del Amazonas; y tampoco creamos la proposición presentada por un británico sindicato á la República de Honduras, intimándole se deje ocupar en su totalidad por los banqueros, y dividirse, como cualquier sociedad anónima, en acciones, para gobernarse como se gobierna un verdadero Banco.

En Europa misma como un rompecabezas aparece la pacificación oriental. Deséanla todos los gobiernos y ninguno puede ó sabe formularla. Unas veces diríase que Turquía se apercibe á quedarse con Grecia; otras veces diríase que va Grecia por su parte á recuperar toda Tesalia. Se habla de prestar un gobernador cristiano á Creta, y en Creta reaparece, como llevado por un poder mágico, el antiguo bajá turco, bajá de tres colas, circuido por una tropa de homicidas genízaros. En cuanto se trata de un verdadero convenio, lo desmiente una horrible degollación. Y Turquía persevera en sus matanzas, viola con sus esbirros los hogares en busca de víctimas, puebla de cadáveres metidos en sacos el Bósforo á los estremecimientos de sus terrores, mantiene los asesinos estipendiados de su tesoro en Anatolia y en Armenia, que los degüellos enrojecen, que los saqueos talan, que los incendios devoran. Estos días creíamos próxima la solución del conflicto, cuando Inglaterra propuso que, fuesen cuales fuesen las cargas impuestas á Grecia por la derrota, se la reintegrara en su territorio nacional y se le dejasen las manos libres para cosecharse y atrojar los necesarios rescates en su tesoro, dirigido por ella misma con su correspondiente responsabilidad. Grecia respiró creyendo llegada la hora de su reintegración en el territorio patrio, más ó menos hipotecado á las extranjeras deudas. Pero Alemania se irguió, á favor de Turquía, contra Grecia; y no tuvieron más remedio los orgullosos británicos que ceder y achicarse á las imposiciones germánicas. El interés de los banqueros alemanes ha sobrenadado en todas las negociaciones; y para sostener ese interés no han tenido más remedio los reyes cristianos que arrancar algunas piedras á la cruz, griega ó latina, para ornar con ellas la media luna de Ostmán, que aparece como una marca de ignominia en Europa entera y como una señal de servil dependencia del Asia y sus sultanes.

Cuando extraña uno esta metamorfosis del emperador de Alemania en paje del sultán, recuerdan los alemanes cómo Guillermo juega por tabla, y apuntando á Grecia en lo externo, internamente malhiere á Inglaterra. Con efecto, nada tan claro y escandaloso cual esta rivalidad entre la mayor potencia germánica del Continente y la mayor oceána, siendo, como son, alemanes y britanos del mismo tronco en Etnología y en Historia. Siempre que se han entablado litigios morales entre los germanos y la raza nuestra, no se han satisfecho aquéllos con aducir en su pro los títulos de Alemania, también á estos títulos han sumado los muy excelsos de Inglaterra y América. Por esta concomitancia existen las innumerables relaciones reconocidas entre los dos idiomas, alemán y sajón; por esta concomitancia los postreros monarcas británicos han gozado la soberanía real sin obstáculos é inconvenientes en los pueblos isleños y en los pueblos continentales de Germania, hijos de una sola madre, y por hijos de una sola madre dotados de la misma complexión fundamental y del mismo común espíritu.

Mas el emperador de Alemania se ha empeñado en que rabie ahora el perro; y el perro, creedlo, rabiará. Como si las tradiciones históricas y la posición geográfica no recluyeran á Germania en el continente, hanse metido los alemanes entre ceja y ceja que han de levantarse á potencia colonial. Porque los ingleses tuvieron exploradores como Gordon y Hanley, fornidos, hercúleos mozos, cuyas hazañas repiten de coro los niños en las escuelas, él envió catedráticos puestos en burros, con diccionarios bajo el brazo y anteojos sobre las narices, en busca del vellocino de oro entre las líneas ecuatoriales. Y estos sabios señores aportaron al fantástico acerbo colonial de Alemania varios encontrones con los dominios lusitanos y sajones del Africa tropical, amén del nuestro en las madréporas carolinas, que dieron por único substrato un verdadero montón de peligrosas escorias coloniales, cambiadas pronto por un ostrio como el diminuto Heligoland, singular dominio marítimo de Alemania, muy semejante á las ínsulas concebidas por Sancho Panza y llevadas á su poder y gobierno por la sublime demencia del gran Quijote. Desde tal ocasión, cada esfuerzo de Inglaterra por conducir su africano imperio de las aguas del Cabo á las aguas del Nilo trastorna la mollera de Guillermo II y le hace perder por completo los estribos. ¿Quién se duele y plañe de Inglaterra en Europa? Guillermo no se cura de quién sea y de cómo se llame. Con él está y á su auxilio acude. Si es el sultán, impórtale poco, echándoselas, como se las echa, de predicador evangélico y caballero carlovingio del Santo Graal, aparecer como un gran turco, ayúdalo en Armenia, en Anatolia, en Grecia, en Creta. Si es el emperador de Rusia, con el emperador de Rusia entra en intrigas, aunque le pese con imponderable pesadumbre la grandeza moscovita sobre los hombros y sea la cuestión del predominio eslavo un terrible asunto de política interior en su tierra; si es Francia, por Francia se pierde, siquier ésta reclame para toda ulterior inteligencia su Alsacia y su Lorena.

Así, cuando el presidente holandés de los boeros dió tan justa paliza fenomenal á los ingleses del Cabo, el emperador se levantó entre los combatientes y dió al vencedor el apoyo de sus autorizados telegramas henchidos con loas y aplausos extremadísimos. Aunque tenía razón el emperador y apoyaba una causa justísima, todas las leyes admitidas y todas las conveniencias internacionales enseñan que un emperador no puede improvisar y menos transmitir por el cable juicios únicamente permitidos al periodista de última hora, encargado de hacer tragar su propia peculiar opinión á la opinión universal. Los ingleses revolviéronse furiosos contra el nieto de su reina y lo pusieron como no digan dueñas. Y desde tal sazón el emperador sintió aquel desprecio de los orígenes y sangre sajones, experimentado por el canciller de hierro, cuando brutalmente decía en un coloquio íntimo á la mujer de Federico el Bueno, menuda y no fuerte, que iba en su matrimonio á disminuir la estatura gigantesca y la complexión fuerte de los Brandeburgos. Y no pudiendo extraerse la sangre inglesa de sus venas Guillermo, la sangre maternal, púsose á ensayar otras más difíciles extracciones, como sacar las leyes británicas del régimen germánico y sacar del inmenso Atlántico Inglaterra. So pretexto de que tales instituciones y leyes parlamentarias se pegan á todos los pueblos y vician los pueblos á quienes se pegan, el aturdido Guillermo intenta restringir en su imperio las instituciones representativas y liberales, hasta el sufragio universal; y so pretexto de que Inglaterra significa hoy lo que ayer la mercantil Cartago y él significa hoy lo que ayer la imperial Roma, se propone una guerra entre ambos que haga enrojecer los aires, hervir las aguas, caer la tierra.

Se cogen á puñados los testimonios reveladores de tamaños intentos y propósitos, así en sus palabras como en sus obras. No le impele ningún otro móvil á pedir un presupuesto excesivo de Marina más que amenazar á los ingleses; y no le impele ningún otro móvil á restringir el derecho de reunir, más que procurarse de una Cámara dócil recursos bastantes á fomentar su ya monomaníaca rivalidad naval con los ingleses. Así cambia la base de su política liberal por una política reaccionaria en halago y requerimiento de los agrícolas feudales; promete la vuelta de los jesuítas á los ultramontanos, si los ultramontanos le votan los marinos á cambio de los padres; amenaza con su látigo á los socialistas porque le niegan recargos de contribuciones y aumento de ingresos para cosa tan ilusoria como una desmesurada marina en imperio sin costas y sin colonias posibles, hasta partirse desenfrenado hacia violenta dictadura, en cuyos bajíos podría muy fácilmente chocar con una revolución. Lo que hace ahora por Rusia contra Inglaterra no tiene sentido común. Explayése, abrazado á sus ilusiones y esperanzas del triunfo cesáreo sobre los Parlamentos y del triunfo continental sobre Inglaterra: lo demás le tiene sin cuidado. Si Rusia le subleva los eslavos del Mediodía y le roba histórica tutela, con cuyos honores y provechos ha soñado siempre Alemania; si pone una barrera infranqueable frente al germano proyecto de las expansiones en el Asia Menor y en Palestina; si entrega la llave del Santo Sepulcro á Moscou, la ciudad ortodoxa oriental, con daño de todas las iglesias occidentales; si ataja el camino de los alemanes hacia Salónica y extiende su áureo cetro sobre Trieste; si halaga los ojos febriles de Francia con espejismos tan seductores como la reivindicación de Metz y Estrasburgo; todo eso le importa un comino al emperador alemán, cuando logre con tiempo y dinero vengarse de Inglaterra.

Marean los viajes de Guillermo II, las entrevistas que promueve, las maniobras que arma. No se ha desudado aún de su viaje á Rusia, cuando tiene que darse una semana entera de quehaceres y fatigas, sin tregua ni reposo, recibiendo á los reyes de Italia en Hamburgo; y contrastando con esta recepción, vulgar y ordinaria entre soberanos, la recepción extraordinaria y singularísima del presidente de la República francesa en el palacio de los autócratas moscovitas. Ignoro si habrán tocado en Hamburgo ante los reyes de Italia el himno de Garibaldi, tan grato á los pueblos; pero no ignoro que han tocado en Petersburgo la Marsellesa, y hanla oído de pie y descubiertos los descendientes de aquellos que hace un siglo se ponían al oir la Marsellesa cual se ponen los hidrófobos al ver el agua. Guillermo II se ha lucido mucho en las fiestas militares y ha mostrado competir en maquinaria y atrezzo con los más hábiles tramoyistas del teatro de Berlín. Aunque Humberto ha jurado por los manes de sus antecesores que la triple alianza defiende la paz y representa la vida, se ha vestido de húsar de la muerte. Aunque la gran duquesa del Hesse pertenece por su prestancia y por su ternura y por su exquisita sensibilidad al bello sexo, hase puesto casco de coracero, ha empuñado espada flameante, ha subido en caballo de guerra, y mandando un regimiento de caballería enorme, ha corrido por el campo de batalla como cualquier Valkiria por el escenario de Bayreuth. No ha sido á tanto la reina Margarita osada; pero también, desde una carretela y con grande comodidad asentada, en las ruidosas maniobras ha oficiado de pontifical como coronel de un regimiento. Las ideas feministas han dado un paso enorme, porque si las señoras son coroneles, ¿qué no podrán ser ya las señoras? Es más contrario á la naturaleza femenina el mando de un regimiento en campaña, fingida ó verdadera, como ha hecho la duquesa del Hesse en Hamburgo, que la recitación de discursos ante un club rojo, cual hace Luisa Michel en Londres ó en París. Así hay que soñar en todas las utopías, pues, como dice Calderón, los sueños sueños son; hay que creer en la paz perpetua y en la libertad universal; hay que aguardar la reconciliación entre todas las naciones cultas; hay que presentar la confederación de repúblicas en el anfictionado europeo.

San Sebastián, 19 de septiembre de 1897.



MANUEL BELGRANO

MANUEL BELGRANO

Con letras de oro y en el panteón de la inmortalidad está grabado el nombre de aquel *porteño,* que según el dicho del bizarro general Mitre, ha legado á la historia el nombre más puro de los fastos americanos. Desde sus primeros años dió Belgrano muestras portentosas de talento, asombrando por sus altas capacidades, puesto que á semejanza de nuestro Menéndez Pelayo, se consagró en edad temprana á investigar los arcanos de la ciencia y la filosofía, á profundizar en el derecho público y á empaparse en doctrinas nuevas que ávidamente saboreaba.

En España tomó el grado de bachiller, logrando después escudriñar en las bibliotecas más antiguas y beber en los manantiales del saber humano el abundante caudal de conocimientos que más y más enriquecieron su inteligencia.

¿Cómo aquel joven con tan vasta ilustración y que había hecho del estudio su mayor empeño pudo convertirse en soldado? Cierto que su educación no era la más á propósito para un militar; pero tornáronle en guerrero las convulsiones americanas, que amenazaban por entonces destruir todo lo establecido desde hacía cuatro centurias.

Tenía Manuel Belgrano carácter espiritualista, entusiasta é impetuoso de acuerdo con su temperamento, hijo de los climas tropicales, y estas condiciones le llevaron desde la península á las risueñas orillas del Plata, donde había de sobresalir y alcanzar justa nombradía.

Por los años de 1806 descolló Belgrano como capitán de milicias en la memorable invasión de los ingleses, y hasta 1809 fué uno de los principales iniciadores en las reformas políticas, tomando parte activísima en los sucesos que se desarrollaron hasta 1810.

En la junta gobernadora del virreinato, nombrada por el pueblo en Buenos Aires, vemos á Belgrano ser el alma de aquélla, por sus excepcionales condiciones, por su espíritu heroico y su recto criterio.

La bandera argentina le debió entonces su emoción, y los colores blanco y azul fueron los del pabellón de la patria.

Pocos ejemplos ofrecen los anales históricos de una consagración tan exclusiva á los intereses y á las glorias nacionales. Las ilusiones de la juventud, el ímpetu del hombre apasionado, las seductoras intimidades de la familia y la vida del hogar no existieron para Belgrano; su único amor fué la patria y su más halagadora esperanza el constituirla libre y preponderante.

El tipo de Belgrano era caballeresco y simpático. Su carácter, leal hasta el sacrificio, afable y liberalísimo. Tenía el don de atraerse las voluntades por su exquisita cultura y por las chispas de ingenio que semejantes á rica filigrana realzaban su conversación.

Había mucho de idealismo en sus ideas, y aun en medio del imponente campo de batalla soñaba como el poeta, á la par que se batía como un espartano.

Carecía de extensos conocimientos militares; pero en cambio en su corazón rebosaba el patriotismo, la tenacidad propia para llevar á cabo las empresas más difíciles y un arrojo sin límites.

Parece fabulosa su expedición al Paraguay. Por las empinadas cumbres, por selvas ignoradas, por despeñaderos inaccesibles y costeando abismos de profundidad inmensa llegó el patriota con su reducido ejército hasta las orillas del río Paraguarí.

El primer choque con las tropas españolas fué afortunado para Belgrano; en el segundo ataque la victoria favoreció á los realistas.

Hacíase preciso rendirse ó morir: el caudillo argentino optó por lo segundo, y cargando bizarramente contra los vencedores, rompe sus filas, sin dar espacio á que el desaliento invadiera el corazón de los soldados vencidos.

La intrepidez de Belgrano no obtuvo el disputado laurel, pero alcanzó la admiración de los enemigos y el honrosísimo armisticio de Tacuari. Aún hizo más: con su persuasiva elocuencia ganó partidarios y no pocos brazos para la causa que defendía con tal decisión.

Su incontrastable actividad y su firmeza le hicieron contrarrestar los desastres y hacer frente á los motines y á la indisciplina, consagrándose con todos sus bríos cívicos á la organización del ejército, sin arredrarse, ni detenerse, por las múltiples dificultades que encontraba á su paso.

En pintoresca región está situada la patriótica Tucumán, donde Belgrano alcanzó el más sobresaliente, el más inmortal y el más arriesgado de sus triunfos. Téngase en cuenta que el enemigo era numeroso, mandado por el valiente Pío Tristán, y que al salir á su encuentro desobedecía Belgrano las órdenes del gobierno, inspirado sin duda por la convicción en la victoria.

Era de ver aquella caballería *gaucha* briosa y ligera; los jinetes vestidos con *ponchos* de mil colores y cubiertos los robustos cuerpos con pieles de fieras. La mirada altiva y provocadora, largo y ondulante el negro cabello, el fornido brazo manejando la espada y á veces el *lazo* y los *bolos.*

¡Cómo debían resaltar los detalles singularísimos en aquel paisaje exuberante y rico, digno del pincel de Luna ó de Pradilla! Combatían allí dos instintos generosos, dos principios gigantescos ambos, dos antagonismos admirables. En aquellos campos se escribía la primera página de la Nacionalidad Argentina.

Hay en la jornada memorable de Tucumán algo de fantástico, algo que aferraba en Belgrano la seguridad del triunfo: algo de sublime y mucho de religioso.

«Rueguen al cielo que haga un milagro» – dijo el Leónidas argentino á las hermosas hijas de Tucumán cuando con su escasa tropa salía al campo en busca de los realistas.

El éxito de la batalla fué precursor de otros, entre ellos el de Salta, que ciñó la frente de Belgrano con inmortal aureola. Honores y ovaciones no escasearon para el héroe, y la Asamblea votó cuarenta mil pesos para que fuesen entregados al que peleaba con el doble impulso de la gloria y de la libertad.

«Nada quiero para mí – dijo el ciudadano invicto; – cedo esa suma para las escuelas de la patria.»

La década de oro, la estrella radiante de Belgrano comenzó á eclipsarse en el Perú. La fortuna, que hasta entonces habíale acompañado, cedió el puesto á la adversidad y á los reveses.

Júzguese cuál sería el amargo dolor del soldado, por más que su alma grande soportase el infortunio con estoica resignación. Su salud decayó notablemente; y cumpliendo la orden de someterse al consejo de guerra, volvió á Tucumán para entregar el mando y su espada, victoriosa un día, al general San Martín.

Con hidalga entereza se desciñó el acero, que el futuro primer capitán general de Chile le devolvió, diciendo: «Guardadla: aún ha de ser útil para la independencia nacional.»

Un año después consagrábase de nuevo al servicio de su país, asumiendo el mando de las tropas y dedicándose á disciplinarlas, dando al ejército una organización perfecta y preparándole para futuras campañas.

Fué por entonces cuando se inició la terrible enfermedad que había de postrar las enérgicas facultades de Belgrano.

La hidropesía le rindió moral y físicamente.

En Tucumán se recuerda con cariñosa veneración una casita blanca rodeada por un risueño huerto: allí se moría lentamente Belgrano cuando estalló una rebelión militar capitaneada por Abraham González. La exaltación política llevó á los sediciosos hasta la modesta vivienda del inválido general.

Con sobrehumana voluntad y esfuerzo se levantó luchando con la parálisis, pero sereno y resuelto á morir.

«¿Qué pedís – exclama, – mi vida? Tomadla si ha de ser lazo de unión entre hermanos: herid: he aquí mi pecho.»

La respuesta á estas nobles palabras fué la orden de González para remachar los grillos en las piernas del abnegado patriota, que no podían soportar por la hinchazón ni el contacto de la ropa (1).

El inicuo propósito no se ejecutó, limitándose los sublevados á poner en la puerta de la casa centinelas de vista.

Es evidente que el triste suceso activó los progresos de la enfermedad, aumentando á la vez las amarguras que desgarraban el corazón de Belgrano.

Desde la cima del prestigio había caído en el abismo del olvido, y la muerte moral debía ser más terrible y triste que los agudos sufrimientos físicos para un temperamento sensible y por demás impresionable.

Atesoraba grandes virtudes y carecía de altiveces pueriles. Era honrado y su orgullo se cimentaba en haber cumplido en un todo con sus deberes de ciudadano.

Un erudito escritor ha dicho que Belgrano tenía alma de niño y corazón de león (2).

Había nacido para brillar en el foro, en la prensa y en las lides del pensamiento: su patriótico entusiasmo puso la espada en su mano y lo condujo hasta el templo de los inmortales.

Murió en Buenos Aires el día 20 de junio de 1820. Tenía á la sazón cincuenta años.

Con su muerte renacieron las memorias de sus proezas y recobraron perdurable lozanía los laureles que el desdén popular había marchitado.

Tal es el bosquejo de una vida que la gallarda pluma del general Mitre ha idealizado, retratando al hombre que, penetrado de una idea como los paladines de la edad medioeval, fundó todas sus esperanzas en su realización, no aspirando á otros títulos de gloria que al triunfo de la unidad y poderío argentino.

BARONESA DE WILSON

EL CABALLERO QUE HACE EL OSO

He conocido á varios; pero el más típico de todos, el que habría podido pasar por modelo del género, era un tal D. Vicente, á quien muchos de mis lectores habrán visto, codeado y probablemente hablado.

Cuando le conocí, siendo yo todavía un rapaz, pintaba ya D. Vicentito sus treinta años. Al volver del Instituto en donde seguía mis cursos de segunda enseñanza, encontrábale indefectiblemente en la calle de..., paseando la acera, puesto siempre de veinticinco alfileres, con extremada elegancia, luciendo flamante sombrero de copa y crujientes botas de charol; muy enguantado, haciendo molinetes con el roten que sostenía su mano derecha, mientras que la izquierda sobaba sin descanso la leontina de oro fino, que relucía sobre el chaleco.

Era bastante buen mozo: tenía una barba negra, espesa, recortada, que acariciaba á cada momento, y unos ojos de mirar muy cariñoso, dulzón, fijos con molesta insistencia en toda mujer algo guapa que la casualidad pusiera en su camino.

(1) Mitre: *Historia de Belgrano.*

(2) Azpurúa.

–¿Qué hace este caballero?, pregunté un día á un compañero mío de clase, de más edad y experiencia y que sabía muchas cosas ignoradas todavía por mi candor, algo averiado ya, empero: yo creo que se pasa aquí toda la santa mañana...

–Y la tarde también y la noche, si á mano viene, replicóme con aire de suficiencia el condiscípulo.

–Pero ¿para qué?, insistí con curiosidad; ¿qué hace ahí?

–Pues ¿qué quieres que haga?.. Hace e loso.

Y viendo mi aspecto bobo, añadió:

–Sí, hombre, sí..., pareces tonto .. Hace el oso á esa rubia que está en el balcón de ahí enfrente; una chica de *mistó*, por cierto.

Luego, mi inteligente compañero me explicó con muchos detalles y comentarios lo que era «hacer el oso.»

Más tarde y á medida que fueron transcurriendo años y más años, tuve ocasión de notar que D. Vicente no tenía más ocupación que aquella: «hacer el oso,» á la que consagraba todo su tiempo y todas sus facultades, viviendo únicamente, exclusivamente, para llenar aquella extraña misión á que le llamara su destino.

Carrera no había podido concluir ninguna..., apenas si empezar la de Leyes, que dejó al primer suspenso por la de Medicina, que tuvo por conveniente abandonar á los ocho meses. Metiéronle sus padres en un escritorio, al cual solía llegar á la hora de salir. Y se comprende... Lo mejor de su tiempo se lo robaba aquella maldita é irresistible querencia á que no podía sustraerse en manera alguna. ¿Cómo había el muchacho de entrometerse en aulas universitarias ni en oficinas de comercio, si en cuanto vislumbraba en la calle á una hembra de buen palmito y airosos andares se le iban tras ella los pies y con los pies la cabeza, dispuesta siempre á perder la brújula?

Un día *papá* dijo á *mamá:* voy viendo, Serafina, que de este chico no hay medio de hacer nada...

Y como la respetable doña Serafina abundaba en la misma opinión de su dignísimo consorte, dióse el punto por suficientemente discutido. Con lo cual quedó tácita, pero definitivamente ratificado el derecho que se había arrogado D. Vicentito de consagrar sus ocios, es decir, toda su vida al singular empeño á que le arrastraban ingénitas inclinaciones.

Murieron sus padres, heredó de sus bienes, encontróse bastante rico para proseguir en el ejercicio de su vocación; pasaron más años, estuvo en el transcurso de los mismos diez ó doce veces á punto de casarse, y siempre fracasaron esas nobles tentativas, gracias al irremediable sino que perseguía á D. Vicente, que le decía: «anda, anda tras de todas las mujeres...» Y él seguía andando sin tregua, olvidando por Julia los compromisos contraídos con Pepita, plantando á Mercedes para enamorar á Rosarito, abandonando la conquista á medio hacer de Cecilia para principiar la de Florentina, errando de un lado á otro como un fantasmón, haciendo perennemente el oso.

A veces sus amigos, ó sus amigas, decíanle con acento de cariñoso reproche: «Pero ¡qué calavera es usted, Vicentito!.. ¡Qué Tenorio!..»

En lo cual mentían, ó mejor dicho, se engañaban los tales acusadores Podían las apariencias tachar de calavera á nuestro hombre; pero lo que es serlo, él no lo era. Y Tenorio mucho menos: si el terrible caballero sevillano causó, á lo que refiere la leyenda, grandes y criminales estragos en corazones, honras y virtudes, no tuvo el bueno de D. Vicente que reprocharse jamás la comisión de hazañas como las que inmortalizaron el nombre del famoso burlador. Don Vicente no hacía más que el oso, nada más; pero esto sí..., ¡qué bien lo hacía!

La opinión pública, que concluye siempre por otorgar justicia, no le tenía por calavera, ni por Tenorio, y le designaba de manera eminentemente acertada y expresiva. *El caballero que hace el oso,* decía la *vox populi* al referirse á D. Vicente, y con esta denominación se le conocía en toda la ciudad, cuyas calles y cuyas plazas tenía mil veces paseadas nuestro eximio rondador en todas direcciones, en cuyas aceras y esquinas se había exhibido durante horas enteras con la vista clavada en un balcón, con frecuencia desierto, impreso en el rostro un sello de serena placidez.



Ensueño, cuadro de Vicente Cutanda (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897)

Placidez íntima, de hondísimas raíces, á prueba de reveses, que no consiguieron alterar nunca cuchufletas ni sarcasmos, desdenes ni desaires, lluvias ni vientos, rigores de estío, ni crudezas de invierno. A las miradas irónicas ó á las frases despreciativas de hembras á quienes molestaba la persecución de D. Vicente, respondía éste con ojos ternísimos, con suspiros capaces de ablandar la dureza de un peñasco ó con palabras de almíbar pronunciadas al oído. A las burlas, con frecuencia no muy áticas, de horteras, de fregonas y de granujas, testigos de sus rondas y paseos, contestaba con el silencio glacial, con la impasibilidad soberana, irreductible, del varón fuerte á quien no pueden separar del camino que se ha trazado los despreciables ladridos de la gentecilla inculta y grosera.

Más de una y más de mil veces escuchó indirectas ofensivas, dicharachos ultrajantes, apóstrofes de aquellos que á un bisoño y hasta á un veterano de poca talla le dejan corrido y lelo, obligándole á escapar con el rabo entre piernas. Más de una vez también oyó silbar junto á sus oídos algún proyectil del reino vegetal disparado por una mano oculta, y más de una vez, en fin, si no mienten las crónicas, hicieron aquellos poco nobles disparos blanco certero en el reluciente espejo de la bien planchada chistera. Hasta oí asegurar en cierta ocasión que una noche se desprendió al través de una celosía todo el no muy limpio ni oloroso contenido de cierto recipiente que puso á nuestro caballero hecho una lástima y le arrancó una protesta vehementísima. Mas si le dolió en el alma – y en la levita – el lance, no fué la mojadura motivo bastante para que curase D. Vicentito de su manía y renunciara á sus empresas.

¿Y cómo había de serlo, si la misma implacable mano del tiempo que todos los bríos aniquila y todos los entusiasmos extingue, probó en vano de pararle los pies al héroe?..

No pudo, no, el grande y terrible peso de los años quitarle al buen caballero andante de paseos y aceras aquella tan dulce ilusión en que se ufanaban su espíritu siempre joven y su corazón siempre enamorado.

Volaban insensiblemente los inviernos y los veranos, las primaveras y los otoños con su implacable rapidez y matemática exactitud: unas tras otras las innumerables doncellas á quienes *oseara* (con perdón sea dicho de la grey académica) el constante D. Vicentito pasaban de la juventud á la madurez; muchas de ellas eran casadas, no pocas estaban cargadas ya de prole; algunas tenían nietos y peinaban respetables canas..., apenas si su inofensivo perseguidor de antaño se atrevía á reconocerlas..., apenas si de cuando en cuando, al tropezar en la calle ó en la iglesia con una ya derruída matrona, de carnes fofas, cintura piramidal, cabellos grises y respiración fatigosa, prestaba oídos á una vocecilla interior que le decía: «Mira, Vicente, esa es aquella gentilísima rubia, aquella preciosa Joaquina á quien enamorabas en..., ¿en qué año era?.. ¡Ah, sí!., cuando lo de Vicálvaro..., ¿te acuerdas?»

Él no quería acordarse..., ¡ea! que no quería,... ¿para qué?.. Luchando gallardamente con la edad, hecho siempre un petimetre, enderezando el busto que se rendía, apelando á su energía moral para dar soltura y ligereza á unas piernas cansadas y reumáticas, veíasele todavía resistir y batallar con tenacidad.

Y no hace mucho tiempo tuve la satisfacción de contemplar al veterano, andando, ó arrastrándose, tras una buena moza. Con la tez amarillenta y arrugada, lacios y rojizos los párpados, húmedos y tiernos los ojos, blancos los labios, pero negros, negrísimos los bigotes así como el pelo de la peluca, presentaba D. Vicente el aspecto más lamentable... y el más innoble. Me habría inspirado piedad á no causarme asco.

* * *

Un día supe que había muerto. Y muerto como quien dice en el campo del honor... Rondábale la calle á una chica, y esperando que ésta se asomara al balcón, aguantó uno de aquellos chubascos que dejan á un hombre hecho una sopa en menos que canta un gallo.

Al otro día D. Vicente se despertaba con una pulmonía de las que se saldan con una misa de *Requiem.* Peleó con ella desde la mañana de un lunes hasta la tarde del miércoles siguiente; echó un piropo á la enfermera que le asistía y lanzó el último suspiro á los sesenta y ocho años de su edad y á los cincuenta y tres de hacer el oso.

Séale la tierra ligera.

Juan Buscón

EL CENTENARIO DEL NATALICIO DE DONIZETTI EN BÉRGAMO

El día 22 de agosto último comenzaron en Bérgamo las fiestas del centenario del ilustre compositor Cayetano Donizetti. No habiendo podido inaugurarse el monumento de Francisco Jerace por no estar terminado todavía, lo más notable que aquellas fiestas ofrecieron fué la exposición organizada en el palacio *dei tre Passi*, exposición interesantísima para cuantos la visitaron recordando la vida del autor de *Lucia*.



CENTENARIO DEL NATALICIO DE DONIZETTI
Retrato del inspirado compositor (de una litografía hecha en 1825)

En la planta baja del citado edificio habíanse colocado todas las reliquias enviadas desde Constantinopla por los sobrinos de Donizetti, consistentes en retratos al óleo y á la acuarela del inmortal maestro y de su hermano José, excelente músico también y director de la banda del sultán de Turquía. En dos pequeñas vitrinas veíanse numerosos autógrafos musicales, cartas, memorias y una botonadura que Rossini regaló á Donizetti como muestra de gratitud por haber ido éste expresamente á Bolonia á dirigir su *Stabat Mater*. En la propia sala figuraba un pequeño reloj que á Donizetti regalara su maestro Mayr por haber aquél, según se cuenta, aprendido de memoria toda una ópera de éste, burlando así á un empresario que se había apoderado de la partitura y se negaba á devolverla á su autor.

La sección austriaca componíase de todos los objetos que figuraron en la exposición donizettiana celebrada en el mes de mayo último en Viena, ciudad en donde Donizetti obtuvo los éxitos más brillantes de su carrera artística y los cargos de director de orquesta y compositor de la corte. En esta sección continuaba la colección de autógrafos, de retratos y gran número de láminas y fotografías de los principales intérpretes de las obras de aquel maestro; la Malibrán, la Pasta, la Grisi, la Sonntag, la Ungher, la Marchesi, Jenny Lind, la Alboni, Rubini, Lablache, Tamburini y muchos otros.

Después de la sección austriaca seguía una colección de autógrafos, retratos y especialmente caricaturas enviadas por F. Nicola Manskoff de Francfort.

Pero de todas las secciones la más importante era



CENTENARIO DEL NATALICIO DE DONIZETTI. – Reproducción con los muebles auténticos del cuarto en donde murió Donizetti

indudablemente la de París, la capital en donde quedó consagrada la gloria de Donizetti y para cuyos teatros escribió éste *La Favorita, Don Pascuale, Marino Faliero* y *Don Sebastiano*. El número de partituras autógrafas que en esta sección figuraban era grandísimo, habiendo entre ellas el final de una ópera *Ne m' oubliez pas*, inédita y no mencionada por ningún biógrafo. Grande también era el número de retratos y muy interesantes las caricaturas.

Las salas del primer piso ocupábalas la sección italiana, con profusión de partituras y cartas autógrafas remitidas por el Conservatorio de Milán, por la casa Ricordi, por el notario Dolce de Bérgamo, por la baronesa Scotti y otros. Allí se veían los recuerdos más conmovedores de la vida del gran compositor: una habitación reproducía exactamente y con los mismos muebles la del palacio Scotti de Bérgamo, en donde murió el maestro en 8 de abril de 1848, el lecho en donde expiró, la butaca en donde pasó los últimos días de su existencia, un cuadrito al óleo con una Virgen, tres grabados de la época y varios otros objetos.

Otro recuerdo de esta sección era el piano de Donizetti, el piano que en 1845 enviaba á su cuñado Vasselli diciéndole: «No vendas por ningún precio ese piano que encierra toda mi vida artística desde 1822. Lo tengo en mis oídos, en él murmuran las Anas, las Marías, las Lucías, los Robertos, los Belisarios, los Marinos, los Mártires, los Olivi, Furioso, Paria, Castello di Kenilworth, Diluvio, Gianni di Calais, Ugo, Pazzi, Pía, Rudenz. ¡Oh, deja que viva mientras yo exista, pues con él viví la edad de la esperanza, la vida conyugal, la soledad!.. Él escuchó mis alegrías, mis lágrimas, mis esperanzas, mis desilusiones, los honores..., él compartió conmigo mis sudores y mis fatigas..., en él vivió mi genio, en él viven todas las épocas de mi carrera..., de tu... ó de tus carreras. A tu padre, á tu hermano, á todos nos ha visto, á todos nos ha conocido, todos le hemos atormentado, de todos fué compañero...»

Después de esta carta dulce y triste como una elegía, comienza para Donizetti el período doloroso, acércase el ocaso de aquella noble inteligencia. «Luz, luz! – exclamaba el compositor en una de sus últimas cartas. – O la de Dios, ó la de aceite, ó la de cera.» Y el Donizetti de aquella época resucitaba ante los que visitaban la exposición, no sólo por sus cartas inconexas, no sólo por los recuerdos de los amigos y por las narraciones de los conocidos, sino que también por una fotografía, por un pequeño daguerrotipo hecho en París en 1847 y que representa al maestro enfermo, asistido por su sobrino Andrés en su casa de la avenida de Chateaubriand, de París: en ella se ve á Donizetti completamente caído, recostado en una butaca, con los ojos medio entornados y los labios hinchados y con expresión dolorida.

A falta del monumento que debía inaugurarse, á falta de otros festejos, los que con motivo del centenario acudieron á Bérgamo visitaron los lugares que recuerdan al maestro, el magnífico templo de Santa María Maggiore, donde se levanta el monumento de Vicente Vela, que reproducimos en esta página; el palacio Scotti, donde murió Donizetti, y la modesta casa de Borgo Canale, en donde el compositor ilustre vió la luz.

«Nací debajo de tierra – escribía Donizetti á Mayr en julio de 1843 – en Borgo Canale: á aquella estancia llegábase por una escalera de bodega en donde nunca penetró la luz y por la cual hube de emprender el vuelo como un buho.»

Y aquel vuelo, como dice un célebre escritor italiano, fué el vuelo del águila. – X.



MONUMENTO Á DONIZETTI EN LA IGLESIA DE SANTA MARÍA MAGGIORE DE BÉRGAMO, obra de Vicente Vela

CACHITO DE CIELO

(NOVELA CORTA)

I

Como quien se dispone á contar una historia larga, arrellanóse mi amigo Luis en el sillón, y en la penumbra en que nos hallábamos envueltos en aquella hora del anochecer, me dijo:

No sé si aguijoneado por la sed ó atraído por la belleza del ama del aguaducho, me senté delante de un velador de madera, honorosamente cubierto de albayalde: pedí agua con merengues (una de mis debilidades es la de gustárme mucho los merengues). Me sirvió la aguadorcita y fuése como en volandas á continuar la tertulia con unos señoritos de sobra risueños y alborotadores que ocupaban un velador inmediato al mío.

Adivinarás que desde el primer momento me fueron antipáticos los señoritos del velador y que me quedé embobado con aquel diablito femenino tentadoramente vestido con una falda azul, de lana, y una blusa de seda, color barquillo, sobre la que campeaban en aquella parte más prominente un manojito de claveles rojos y blancos, no tan rojos como los labios ni tan nítidos como nítido era el rostro de su dueña.

Para que durase más el vasazo de agua pedido, bebí á sorbos pequeños, y sin darme cuenta de lo que hacía, llamé á la joven y pedí otro merengue y otro vaso de agua: total, para no cansarte, en las dos horas que permanecí como pegado á la silla del aguaducho, convertí mi estómago en un *acuarium*. Soy testarudo en mis decisiones y hubiera permanecido atracándome de agua Dios sabe las horas, á no venir en ganas los señoritos de levantarse, despidiéndose todos de la aguadora con esta frase:

– ¡Hasta la noche, *Cachito de cielo!*

– ¡Que no dejéis de venir!, indicó la moza con cierto interés cariñoso.

– ¡No faltaba más, Patro!, afirmó uno de los contertulios, estrechando con fuerza la manecita de *Cachito de cielo*.

He de advertirte que en las dos horas de espera tracé *in mente* un plan de conquista que haría honor al más desenfadado y ducho en lances parecidos, y eso que jamás supe ni me atreví á enamorar á ninguna mujer por considerar que caía en el ridículo más espantoso.

Entraba en mis propósitos encomiar la hermosura de la aguadorcita con frases de un tono subido, ofrecerla mi corazón, mi título de doctor en Leyes, mi fortuna, mi..., todo lo que un hombre puede ofrecer puesto en tal disparadero: mas aún, tenía pensados unos cuantos giros retóricos que indudablemente llegarían al corazón de aquella que más que reinar en un aguaducho debía reinar en un palacio.

Pero... es el caso que en el momento de querer poner en práctica estas altisonancias, me quedé como mudo y miré azorado á la muchacha, la cual mientras recogía el servicio del velador de los señoritos, me miraba con el rabillo del ojo, sin duda asombrada de mi gran cachaza y del estómago mío que tal diluvio había resistido sin estallar como un triquitraque.

No se me ocurrió otra cosa que dar una palmada tímida y al ver acercarse á *Cachito de cielo* me puse colorado como una cereza y balbuceé como un imbécil un «¿Cuánto?» que hizo asomar á los labios de la chiquilla una sonrisa no sé si de satisfacción porque abandonaba el puesto ó de zumba por mi estultez.

Entregué para que se cobrase una moneda de cinco pesetas, y al ir á registrarse el bolsillo del delantal para darme la vuelta, la hice seña de que parase en la captura de los cuartos, y dije de prisa, como si cometiera un delito:

– ¡Para usted, *Cachito de cielo!*

– No, caballero, usted se equivoca, me replicó Patro.

Ante esta réplica redobló mi azoramiento.

– No, no, afirmé como si me atragantara, ¡quédese usted con la vuelta!

– ¡Dispénseme usted si no la acepto!, insistió con tal fiereza que instintivamente alargué la mano, recogí las monedas, refunfuñé un «¡Buenas tardes!» y me marché confuso y avergonzado, resonándome aún en el oído aquella protesta de una intención pecaminosa que sin duda adivinó Patro en mi sospechosa generosidad.

II

¿Querrás creerlo?.. A la noche ocupaba yo el mismo velador de por la tarde y los señoritos antipáticos formaron su tertulia, á la cual agregábase Patro en los momentos que la dejaba libre el trajín del aguaducho: noté que los tertulianos me miraban y se sonreían: era indudable que la aguadora les había dado noticia de mi hombrada. Pude observar que de todos los del corro, uno me observaba con sospechosa insistencia y con cara de pocos amigos, como vulgarmente se dice. Pero esto, que en otro caso hubiera soliviantado mi ánimo un tanto inquieto, no me produjo alteración alguna: mis ojos, mi alma entera pendían de *Cachito de cielo:* estaba enamorado de la muchacha.

Permanecí poco rato en el aguaducho, me dirigí á mi casa y me acosté, no para dormir, sino para soñar despierto: desgracia esta que les ocurre á todos los que se encuentran «mal feridos de amor.»

No quiero alargar esta confesión mía contándote los múltiples pensamientos que rodaron por mi cerebro, ni las mil y una novelas que trazó la fantasía: paso por alto los distingos consiguientes de pura conveniencia social que se oponían á la realización de mi deseo por tratarse de una aguadora y de un señorito: acaso pienses que no había por qué extremar la realidad y que el caso podría muy bien reducirse á una aventura galante sin consecuencias: uno de tantos vulgarísimos contubernios entre la simpatía y el «vil metal;» pero mi pasión, por ser la primera sentida, rechazaba tan grosero maridaje: además Patro debía ser una mujer honrada que no se dejaría sujetar, como otras muchas, con cadenas de oro.

También paso por alto las innumerables visitas que á pretexto de refrescar hacía yo al aguaducho, mejor dicho, á la aguadora; las miradas lánguidas y las palabras de doble sentido que le dirigía. Y ella, ¡bendito sea Dios!, más parecía alejarse de mí cuanto más cerca yo la anhelaba.

Quise cerciorarme de si era digna del cariño ferviente que yo le prodigaba sin esperanza: satisfice mi curiosidad, y más prendado quedé de Patrocinio con las noticias que acerca de su conducta pude adquirir: mi corazón no me había engañado: la Patro era una muchacha honrada, á la cual no se le conocía ninguno de esos trapicheos que son el pan cotidiano en mujeres de su estofa: era huérfana de padre y sostenía á su madre con lo que se agenciaba en el puesto de agua. Tenía un novio, aquel joven que desde el primer instante me puso cara de pocos amigos. El noviazgo en el punto y hora en que me fué revelado padecía eclipse por parte de él: los celos habían proyectado la sombra: él quería que Patro abandonase el trajín del aguaducho: ella no accedía por cuanto que era renunciar al *modus vivendi* suyo y de su madre. Él no podía – por tratarse de un estudiante sin medios de fortuna – precipitar los acontecimientos y casarse, única forma de que Patro aceptara la protección: mi Mentor en esta historia agregó, á guisa de comentario, que era lástima grande que dos muchachos simpáticos y que se querían con alma y vida tuvieran que separarse por la eterna canción de un puñado de pesetas.

Al saber esto, se entabló necesariamente entre mi conciencia y mi amor ese diálogo sin palabras que precede á una resolución en la cual se lastima más ó menos directamente á un tercero.

Somos crueles y egoístas en cuanto se trata de satisfacer un deseo que nos aguijonea: te digo esto porque después de corta vacilación decidí arriesgar el todo por el todo.

Y aquella noche abordé resueltamente la cuestión con Patro.

(Mi amigo, que se sentía algo fatigado, paró aquí en su discurso.)

III

No sé decirte, continuó Luis, si debí el triunfo á la sinceridad de mis palabras ó al despecho de Patro hacia la injustificada ausencia del «otro:» lo que sí te aseguro es que en mi vida gocé de mayor ventura que cuando «ella» con briosa resolución me dijo que aceptaba mis relaciones, siempre que á las mismas no se opusiera su madre, tribunal supremo que debía decidir de mi suerte.

. . . .

Obtuve de la madre de Patro una acogida cariñosa: expuse el deseo que me guiaba á pedirle su venia para formalizar mis relaciones con su hija, y á la justa observación que ambas mujeres me hicieron acerca de la desigualdad de posición social repliqué que el corazón no sabe nada de eso ni le importa, y que siendo yo, como era, libre, sin tener desgraciadamente á nadie á quien dar cuenta de mis actos, lo que el mundo dijera me tenía sin cuidado.

Aceptado en esta forma, rogué á Patro y á su madre que abandonaran el aguaducho y buscaran una persona que estuviera al frente del negocio como subarrendatario hasta nuestro próximo enlace, en que venderíamos el puesto, destinando á limosnas su importe.

. . . .

Dispensa mi prolijidad, pero he querido acentuar el principio de estos amores míos para que juzgues mejor el drama psíquico en que he sido víctima y verdugo.

Días antes de celebrarse nuestra boda, Patro me dió á leer, sin abrirla, una carta que había recibido de su antiguo novio.

Se la leí yo en voz alta: la carta era una protesta de amor, una súplica de perdón y una promesa de eterna ventura: dábase por enterado de que otro hombre quería suplantarle en el corazón de su adorada.

«Patro, pero esto no es posible (son palabras textuales de la carta que me sé de memoria), si son ciertos tus juramentos de que yo he sido el único hombre al que has amado y amarás siempre.» El final de la epístola era este: «Te pido por lo que más quieras en el mundo que devuelvas la paz á mi alma, que la ha perdido desde que te abandoné (no creas que rebusco las palabras para conmoverte, sabes que peco siempre de sincero). Si tal fuera tu decisión que no hicieras caso de mis súplicas, te prometo encontrar de la manera que tú menos imaginas la paz que deseo. Sobre tu conciencia ha de ir cuanto suceda.»

Puedes suponer que ninguna gracia me hizo la lectura de esta carta: me abstuve de hacer comentario alguno: observé que Patro había palidecido mucho y que en sus ojos había lágrimas.

Aun cuando no sentían lo que expresaban mis labios, por el bien parecer advertí á mi futura que si algún cariño sentía por aquel hombre, libre era en poder manifestárselo, aunque yo para ello perdiese toda mi felicidad.

– ¡No, Luis!, me dijo Patro con resolución, pasándose nerviosamente las manos por los ojos como avergonzada de sus lágrimas. ¡No pensemos más en ese hombre!

Dijo esto con acento trémulo: la madre agregó con viril energía:

– ¡Como si no hubiera escrito! ¡La callada por respuesta!

IV

Logré realizar mi ventura.

Cachito de cielo, la bellísima aguadora del Prado, habíase transformado en la dama más bonita y elegante que hombre alguno pudo llevar del brazo.

¡Qué idilio el de nuestra luna de miel!

Llegó á tal punto nuestra felicidad, que algunas veces sentía miedo horrible de ser tan dichoso, y en voz baja hacía partícipe á mi Patro de mis absurdas preocupaciones. Ella desvanecía el fantasma de mi imaginación. ¿Tener miedo de lo porvenir quienes como nosotros así nos adorábamos?..

(Al decir esto, Luis, hondamente emocionado, dejó escapar un fuerte suspiro.)

– Sí, amigo mío, yo nunca he sido escéptico, y no obstante, la incredulidad hacia la continuación de horas tan felices llenaba mi espíritu: no me consideraba yo acreedor á disfrutar de tanta ventura. ¡No! En buena lógica había yo robado á otro hombre su felicidad. Podía establecer muchos sofismas para desvirtuar esta conclusión, pero esto no era más que querer vestir á un esqueleto para que no resultara repugnante su armazón: debajo del ropaje quedaba siempre el esqueleto.

Una tarde el criado de casa nos anunció la visita de un delegado del Juzgado de guardia.

Patro y yo nos miramos asustadizos como si presintiéramos una desgracia.

– ¡Que pase!, ordené al criado.

– ¿Qué querrá el Juzgado de nosotros?, me preguntó Patro en voz baja.

– ¡No sé! ¡Ahora veremos!, repliqué con impaciencia.

V

. . . .

Miré á Patro y vi que su rostro tornábase pálido, que la angustia había impreso en él su sello y que las lágrimas, rebeldes, pugnaban por salir de las hermosísimas cárceles adonde se asomaban.

El alguacil del Juzgado, un hombrecito insignificante, vestido de negro como una araña, nos contó el motivo de su visita con una impasibilidad extraordinaria: es más, dijérase que en su rostro escuálido, de muerto, vagaba una sonrisa desdeñosa... hacia nosotros que le escuchábamos espantados. ¡Como si mereciera la molestia de emocionarse el mensaje de que era portador!..

Se marchó el hombre haciéndonos una ridícula reverencia, y al quedarnos solos, Patro se arrojó en

mis brazos y con silencio abrumador quedóseme mirando. En sus ojos leía yo una protesta... ¡No! ¡No éramos culpables de aquella desgracia!.. ¡Podríamos vivir felices!.. ¡Consagrarnos egoístamente á nuestro cariño!..

Rasgué el sobre que tenía en la mano, y emocionado saqué de él un plieguecillo de cartas que desdoblé tembloroso... Patro, apoyada su cabeza en mi hombro, tenía fija la vista en aquel papel. ¡Lo leímos ambos!..

Era carta de él, del suicida.

«Te prometí – decía con laconismo que ponía frío en los huesos – encontrar la paz que tus desdenes habían quitado á mi alma, y he cumplido mi palabra confiando á un revólver lo que tu corazón me había negado.

»El cielo te dé toda la ventura que tu traición hacia mí me ha robado.»

Al acabar la lectura, Patro, en un momento de excitabilidad nerviosa, arrebató de mis manos la carta y estrujándola la arrojó sobre el fuego de la chimenea.

Nuestras miradas se cruzaron, y los dos, como si obedeciésemos á un mismo sentimiento, bajamos la cabeza... ¡Teníamos miedo de mirarnos!..

. . . .

Ni los labios de Patro ni los míos recordaron jamás al suicida; pero la sombra de éste parecía haberse interpuesto entre ambos desbaratando nuestra felicidad.

No existía ya entre nosotros la franca expansión de días mejores: una dolorosa incertidumbre presidía á nuestra voluntad: la inquietud nos dominaba: de los labios de mi Patro huyeron las sonrisas como huyen las golondrinas del tejado ruinoso... Y ruinas eran ya nuestros amores.

Una tristeza melancólica se apoderó de Patro... ¡Cuántas veces con febril impaciencia me pregunté á mí mismo la causa de aquel dolor vago que anublaba su rostro! ¿Habría revivido en su pecho el amor hacia aquel hombre?.. ¿Era el remordimiento lo que originaba su pena, que Patro se esforzaba en desechar sin conseguirlo? Estaba ante un caso psicológico sin nombre... ¿Cómo volver á la vida venturosa á aquella alma tan sensible?.. Y las ideas más extravagantes me obsesionaban sin que encontrase la apacibilidad anhelada: cada vez veía el problema más irresoluble.

Como único remedio confiaba en la llegada de la primavera... Huiríamos de Madrid. ¡Huir!, esa es la palabra. Nos iríamos lejos, muy lejos, y acaso se desvaneciera el fantasma que pesaba sobre nuestra conciencia lo mismo que plomo.

Pero aquella esperanza, la última, fué deshecha brutalmente: un día Patro se sintió indispuesta. Y... ¡bueno!.., no sé decírtelo, no quiero contarte lo horrible del caso... ¡Murió! ¡Eso es!.. ¡Murió de pena!.. Y en su delirio febril sonaba un nombre... El de «él,» el del suicida... Y una confesión brotó de sus labios resecos como lirios agostados... Después de muerto, le amó lo mismo que le amó antes... ¡A mí me odiaba!.. ¿Puedo decirte el efecto que esto me produjo?.. ¡No!.. Las palabras serían sólo ruido, modulaciones extrañas... Desde que supe esto he vivido muriendo... y la sombra del suicida es la que con fuerza de gigante me arrastra á terminar cuanto antes el camino de la vida...

Dijo esto mi amigo con voz de lágrimas; en aquel momento lloraba el recuerdo de una pasión que le hizo feliz unos cuantos días.

Unos cuantos días: los únicos que dura la felicidad.

ALEJANDRO LARRUBIERA



ENTRE LOS TRIGOS, fotografía de H. Heydenhauss



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – ULTIMAS OPERACIONES PARA SOFOCAR LA INSURRECCIÓN DE CAVITE. DESEMBARQUE DE MARINERÍA EN LA ENSENADITA DE APLEITA



EL EJÉRCITO DE NAPOLEÓN I PASANDO EL BERESINA, ел

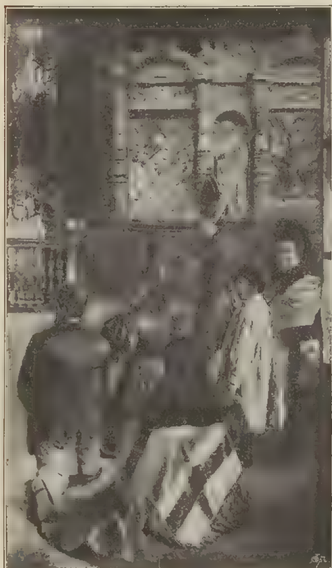


...NTO DEL PANORAMA TITULADO «BERESINA,» PINTADO POR J. FALAT

NUESTROS GRABADOS

Danza gitana, cuadro de A. H. Schram.—La belleza, la gracia, la esbeltez de las mujeres de la raza gitana, raza menospreciada por muchos que sólo conocen de ella esos ejemplares sucios y andrajosos que vemos por nuestras calles acosando á las gentes con la tradicional frase de «¿Te digo la buenaventura, *resalao?*,» han tenido un intérprete inspirado en el pintor alemán Schram: la gitana que nos presenta en su cuadro empuñando la pandereta y disponiéndose á ejecutar una de sus típicas danzas, reune todas aquellas cualidades; su rostro es de perfecta hermosura, sus ojos tienen ese fuego especial que ha hecho que se considerara á las zíngaras como dotadas de un poder sobrenatural para atraer á los hombres; sus cabellos ofrecen ese brillante negro de azabache que en vano se busca en otras mujeres; al través de su vistoso traje denúnciase una corrección de líneas que caracteriza á las hembras de su raza, y en su actitud adivínase la flexibilidad y la gentileza de movimientos, que son el distintivo de los bailes orientales.

Por la paz de la patria, cuadro de Anselmo Gascón de Gotor.—Representa este lienzo á varios fieles que oran ante el Santísimo Cristo de la Seo de Zaragoza, en donde se celebraron solemnes fiestas implorando la terminación de las guerras de Cuba y de Filipinas. A un lado se ven parte de la churrigueresca capilla y los relieves del trascoro plateresco, estuco magno del gran Tudelilla, Martín Tudela, de Tarazona, rival del castellano Berruguete. Todos estos detalles artísticos del lienzo, así como las figuras que en él aparecen, están hábilmente tratados y demuestran las buenas cualidades que adornan á su joven autor. D. Anselmo Gascón de Gotor ha obtenido premios en la Exposición Nacional de 1895, en las aragonesas de 1885 y 1886 y en dos certámenes de Teruel, es académico correspondiente de la Academia de San Fernando, socio de la Sociedad Científica de Bruselas é individuo



POR LA PAZ DE LA PATRIA, cuadro de A. Gascón de Gotor

de la Comisión de Monumentos de Zaragoza, ha sido pensionado por el Ayuntamiento zaragozano y ha visto premiadas algunas obras literarias sobre Bellas Artes y Arqueología, en especial la importantísima que con el título de *Zaragoza artística monumental é histórica* escribió en colaboración con su hermano D. Pedro, que obtuvo medalla de plata en la Exposición histórico-americana celebrada en Madrid en 1892 y de oro en la de Bruselas.

Ensueño, cuadro de Vicente Cutanda (Exposición de Bellas Artes de 1897). – *Ensueño* titúlase en el catálogo oficial de la última Exposición de Bellas Artes el cuadro que reproducimos, con cual denominación trató el autor de poner coto á los equivocados juicios que su obra mereció antes de remitirla al certamen. Respetamos su resolución, pero creemos que así no expresa por completo el asunto que se propuso desarrollar. Cutanda, en cuyas obras se adivina siempre al artista en la plena posesión de sus facultades y al pensador de elevadas concepciones, quiso glorificar simbólicamente á la *Virgen del taller*, y con ella á la dulce compañera del obrero, á la que dignifica el hogar, á la esposa ejemplar que impuesta de sus deberes, dispuesta siempre, resignada y animosa, á sufrir los embates de la vida, eleva el espíritu de su esposo, lo alienta y anima, saturada su alma de las cristianas virtudes. Atrevida podrá parecer á algunos la obra del distinguido artista; pero es preciso confesar que la concepción corre pareja con el concepto, puesto que en la hermosa figura de la joven obrera vese confundido el símbolo con la realidad, y tras la aureola que ilumina su cabeza admírase á la esposa y á la madre cumpliendo su doble misión, obteniendo fuerzas de su debilidad, prodigando el tesoro de su ternura y de sus virtudes.

El cuadro de Cutanda es, á nuestro juicio, una gallarda y felicísima manifestación de la pintura moderna. El artista ha tenido muy en cuenta la época en que vive, é identificado con ella ha abandonado los recursos del efectismo para producir lo que hoy exigen los cánones artísticos de sus más inteligentes cultivadores.

Ahmed-Riza, jefe del partido de los Jóvenes turcos.—Hombre de unos cuarenta años, de elevada estatura, dulce y reflexiva expresión y de vida sencilla, pertenece á una familia distinguida. Su padre ocupó altos puestos en la diplomacia y fué algún tiempo embajador de Turquía en el imperio austro-húngaro. Ahmed-Riza hizo sus estudios en Francia, por lo cual habla y escribe el francés con gran pureza. Desempeñó algunos empleos importantes en su patria y entre ellos el de director de Instrucción pública en el vilayeto de Constantinopla y Bruza. En este cargo pudo convencerse de lo deficiente que era la enseñanza en las escuelas, donde los alumnos sólo aprendían versículos del Corán, instrucción muy á propósito para crear fanáticos. Ahmed-Riza hizo lo posible por modernizar el sistema pedagógico, liberalizándolo. Creyendo propicio el momento en que el sultán Abd-ul-Hamid manifestaba disposiciones liberales y hacía concesiones al partido de los Jóvenes turcos, trazó un programa de reformas con objeto de difundir entre las poblaciones otomanas ideas de civilización, programa que presentó respetuosamente al sultán; pero habiendo variado éste de política, el audaz director recibió orden de presentarse en palacio. Conocedor de lo que esta orden significa en Turquía, Ahmed-Riza se apresuró á emigrar á Marsella, y poco tiempo después un tribunal turco le condenaba en rebeldía á muerte. Hace seis años que aquél vive en París, donde ha adquirido la importancia de un personaje y fundado el periódico *Mechoeret*, que defiende sus ideas. Cuando huyó de Constantinopla no era más que un funcionario destituído: en la actualidad es el jefe de su partido, y su importancia política ha crecido tanto que se trata con él como con una potencia.

Entre los trigos, fotografía de H. Heydenhauss.— No hemos de insistir una vez más en las excelencias del procedimiento fotográfico, cuando quien maneja la máquina tiene verdadero temperamento de artista: muchas veces nos hemos ocupado de este asunto y creemos que puede darse por suficientemente discutido. Al publicar la fotografía que va en la página 631, damos por reproducido cuanto hemos dicho anteriormente, y no hacemos hincapié en los encantos que tiene ese adorable grupo infantil, porque no habrá de seguro entre nuestros lectores ninguno que no se sienta gratamente impresionado al contemplarlo.

Guerra de Filipinas. Desembarque de marinería en la ensenadita de Apleita.—En la pequeña playa que forma la ensenadita de Apleita ó de Capua, en pleno terreno insurrecto, verificóse, por fortuna sin resistencia, el desembarque de la marinería que nuestro grabado reproduce. Tan pequeña es la playa, que formada la columna con fuerzas de infantería de marina, marinería y cazadores casi la ocupaba por entero. Esta parte de playa está rodeada por pequeños montes de espesa vegetación, de modo que de haber tenido allí los insurrectos algunas fuerzas la operación hubiera podido tener fatales resultados para nuestras tropas. A la izquierda se ven los botes que han conducido á tierra á las fuerzas desembarcadas y á la derecha se distinguen algunos barcos de guerra.

Como el personal de los barcos de guerra que permanecían fondeados frente á Naic quería en masa formar parte de la expedición, fué preciso recurrir al sorteo, que se verificó la víspera del desembarque, distribuyéndose en seguida raciones para dos días y 150 cartuchos por plaza y otros 150 que se colocaron en cajas. Después del rancho de la tarde se reunieron en los barcos mayores por compañías á fin de efectuar el desembarque ordenadamente.

Ya entrada la noche, el comandante del cañonero *Leyte* recibió orden de levar anclas y con todas las luces apagadas y con el menor ruido posible reconocer la costa entre Ternate, punto que ocupaba el enemigo, y Punta Restinga, en donde tenía ya preparada la retirada para el caso, como ocurrió, de que nuestros soldados lo desalojaran de Marigondón y ocuparan á la vez Ternate. Poco antes de media noche el cañonero abandonó las aguas de Naic, y hora y media más tarde fondeaba muy cerca de Ternate: el comandante del mismo Sr. Peral mandó entonces arriar la canoa, y con solos dos remeros fuése á reconocer la parte de tierra que había enfrente, regresando dos horas después con noticias detalladas de las posiciones que allí ocupaba el enemigo.

Al rayar el día fondeó la escuadra y empezó el desembarque que, según palabras de nuestro corresponsal Sr. Arias, que iba con la expedición, resultó hermoso é imponente.

Ejército de Napoleón I pasando el Beresina, fragmento de un panorama pintado por J. Falat. – Conocido sobradamente es este episodio de la desastrosa retirada de Rusia realizada por los ejércitos napoleónicos; huelga por lo tanto toda explicación sobre el mismo, y sólo diremos algo acerca del lienzo que reproducimos y que es una parte del panorama actualmente expuesto en Berlín y pintado por J. Falat y por A. Kossak, autor el primero de este fragmento que publicamos. Las verdes ondas del río Beresina están cubiertas de témpanos de hielo y en la vertiente de la nevada colina que se alza al otro lado del río se ve la aldea de Studjanka, sobre la cual avanzan los rusos procedentes del Sur. Los franceses precipítanse en confusión espantosa sobre los dos puentes de madera que cruzan el río, lanzándose por el de la derecha la artillería y el tren y por el de la izquierda la infantería y la caballería, procurando cada soldado pasar el primero, siendo no pocos los que hallan la muerte en la corriente. Esta lucha por la vida, esta angustia de un momento supremo, ese terror ante el peligro que amenaza de cerca, hállanse grandiosamente expresados en el trozo del panorama que nos ocupa y forma por sí solo un cuadro admirable. Julio Falat, quien en unión de Kossak ha ejecutado con esta obra uno de los mejores panoramas de nuestros tiempos, nació en Galizia en 1853 é hizo sus estudios artísticos primero en Munich bajo la dirección de José Brandt y luego en Cracovia, de cuya Academia de Bellas Artes es actualmente director. Después de un viaje alrededor del mundo establecióse en Berlín, en donde pronto llamaron la atención sus preciosos cuadros al óleo y acuarelas, siendo hoy uno de los pintores más justamente afamados de Austria.



AHMED-RIZA, jefe del partido de los Jóvenes turcos, residente en París (de fotografía)

¡Granada, por los Reyes Católicos!, cuadro de Isidoro Marín.—Granada, fiel guardadora de sus glorias y tradiciones, conmemora el día 2 de enero, ante el sepulcro do descansan los restos de los Católicos Reyes, el aniversario de la conquista, la fecha memorable en que se realizó la unificación de la nacionalidad española al tremolar las enseñas cristianas en las torres de la Alhambra. En tal día congréganse las autoridades en la histórica Capilla Real, en donde y después de haber rezado por el eterno descanso de los monarcas, un concejal del ayuntamiento, representando al conde de Tendilla, tremola el estandarte azul y pronuncia las conocidas frases de «¡Granada, Granada, Granada por los ínclitos Reyes Católicos D. Fernando V de Aragón y D.ª Isabel I de Castilla!,» que recuerdan el acto de posesión de la ciudad conquistada.

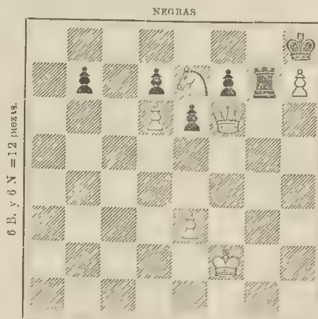
Esta es la ceremonia que ha reproducido el Sr. Marín en el cuadro cuya copia figura en estas páginas, pintado y desarrollado con la maestría y acierto que caracterizan sus producciones de este género, todas ellas destinadas á perpetuar glorias de su ciudad natal.

Teatros.— *Barcelona.* – En el teatro Principal ha inaugurado sus tareas la excelente compañía que dirige D. Antonio Tutau. En la función inaugural, dedicada á la memoria del ilustre Federico Soler, pusiéronse en escena *La dida* y *Cura de moro*, en cuya ejecución alcanzaron entusiastas y merecidos aplausos cuantos actores tomaron parte en ella y muy especialmente las señoras Mena y Munner y los señores Soler, Capdevila, Goula y Fernández.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 88, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 87, POR J. CAPÓ GONZÁLEZ

Blancas.	Negras.
1. D 4 C D	1. P 4 R (*)
2. D 4 R jaque	2. R ó P toma D
3. A mate.	

(*) Si 1. R 4 R; 2. A c C, y 3. D mate; – 1. P 5 D; 2. D toma P D, y 3. A ó D mate. La amenaza es 2. A c C jaque, y 3. D 8 C D mate.



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

Novela original de la notable escritora alemana Eugenia Marlitt

(conclusión)

Hablando de este modo atravesaron el parque, pasando por delante del castillo; todo estaba obscuro y silencioso; tan sólo una lámpara velada iluminaba las ventanas de la alcoba de Elena.

– Allá arriba, detrás de esos vidrios, lloran y sufren, murmuró el Sr. de Walde; Elena amaba con locura á ese miserable... ¡Qué espantosa debe ser para ella la decepción!

– Sube á verla, dijo Isabel; tu deber es ir á consolarla.

– ¡Consolarla! ¿En este momento?.. ¡Ah, hija mía, hay penas de que no se puede uno consolar ni quiere ser consolado!.. ¡Yo hubiera recibido de una manera muy extraña al que hubiera tratado de consolarme cuando te creía irrevocablemente perdida para mí!.. Elena se ha encerrado en su habitación desde el momento en que, disponiéndome para ir á Gnadeck, he dado orden de ensillar el caballo de ese Hollfeld. Sus doncellas la acompañan. Será preciso que transcurra algún tiempo antes de que quiera verme y busque mi compañía; se ha sustraído voluntariamente á mi afectuosa compasión, y por desgracia, nada puedo hacer ahora para mitigar su pena. Cuando una persona ha sido tan cruelmente engañada, huye de aquellas que la hicieron reconocer su error, con más obstinación aún de la que mostraría para huir del que la engañara. Además no volveré á pisar hoy el umbral de la puerta de mi casa sin llevar el consentimiento que voy á solicitar de tus padres; estoy resuelto á ello. La hora es inoportuna; pero en fin, todo es insólito en nuestra situación, y espero que tus padres comprenderán esto y dispensarán mi conducta: los buenos corazones se entienden siempre.

Al pasar por delante del sendero que conducía al banco cerca del cual tuvo lugar el encuentro entre Isabel, su hermanito y el Sr. de Walde, preguntó Isabel:

– ¿Te acuerdas de este sitio?

– Sí, sí; allí fué donde me diste cuenta del juicioso proyecto que habías formado; te proponías ser institutriz, y yo me tomé la libertad de prometerme – interiormente – que no daría jamás mi consentimiento para que realizaras tal designio. En ese sitio se reveló á mí toda una parte de tu corazón infantil y valeroso á la vez, de tu inteligencia recta y firme y de tus sentimientos tiernos y generosos respecto á toda tu familia. Después, olvidando que yo era un extraño para ti, me dejé llevar por la pendiente irresistible que me conducía á hablarte de mí, y no pudo menos de sorprenderme la fría y digna reserva de tu actitud... Una niña me enseñaba á conducirme, y esto me encantó...

– Nunca pensé en darte una lección, pero estaba muy aturdida y un poco asustada; y todavía no aseguro que al ver mañana á la luz del día tu rostro altivo y severo no me sobrecoja de nuevo la timidez.

– Ya no estaré nunca severo, amor mío; la felicidad me ha serenado.

Poco después, los añosos árboles que se elevaban delante de las ventanas, vivamente iluminadas, del saloncito de los esposos Ferber, presenciaron un espectáculo sorprendente. Vieron á uno de los más poderosos personajes del país solicitar el honor de una alianza con aquella familia pobre y obscura; le vieron inclinado ante los padres de Isabel para recibir la bendición que daban á los dos prometidos, sonriendo á través de sus lágrimas, mientras Ernesto despertaba al pajarillo dormido en su jaula para referirle el cuento maravilloso, cuya heroína era *Isabel la de los cabellos de oro.*

XXI

Mientras la felicidad penetraba en el antiguo castillo de Gnadeck, en el valle se realizaba un triste descubrimiento.



El dogo dejó oir algunos gruñidos amenazadores

Dos de los campesinos de Lindhof que dirigían la batida, oyeron á lo lejos un aullido plañidero; encamináronse hacia el sitio de donde partía aquel rumor de siniestro augurio, y encontraron un cuerpo humano echado en tierra, al lado del cual se veía un dogo enorme, con las dos patas delanteras puestas sobre aquel cuerpo como para reanimarle ó interrogarle. Cuando quisieron acercarse á este grupo para prestar auxilio á la persona que estaba tendida en tierra, el dogo dejó oir algunos gruñidos amenazadores, enseñó los dientes á los campesinos, é hizo ademán de lanzarse contra ellos. No se atrevieron á insistir, y como varios camaradas se les habían reunido, enviaron aviso al guardabosque, el cual acababa de saber precisamente que Isabel había sido encontrada sana y salva.

En su consecuencia se dirigió inmediatamente al lugar indicado, y esta vez el dogo no se mostró amenazador, sino que se acercó al guardabosque arrastrándose y agachóse humildemente ante él. Era Wolf, el perro encargado de guardar el patio de su casa, y allí yacía Berta, al parecer sin vida; perdía mucha sangre por una herida que había recibido en la cabeza, y la palidez de su rostro era cadavérica.

El guardabosque no pronunció una palabra, y evitó las miradas de compasión de los asistentes, pues en su alma rebosaban la cólera y el dolor. Levantó á Berta, cogióla en sus brazos, y la llevó hasta la casa más próxima al pueblo, que precisamente era la de la mujer del tejedor, desde donde envió recado á Sabina para que viniese. Por una feliz casualidad, el médico del pueblo había prolongado su visita y hallábase todavía junto á una mujer enferma; avisado oportunamente se trasladó al punto donde Berta estaba y le administró un cordial que la hizo volver en sí rápidamente. La gran cantidad de sangre que había perdido parecía haberla calmado; su herida no era peligrosa, y cuando se le aplicó una compresa, la desgraciada joven, recobrando la vida y el recuerdo, comenzó á llorar amargamente.

Sabina se presentó en el umbral de la puerta, seguida de una criada que llevaba diversos objetos, mientras uno de los guardas acudía también con un paquete de ropa de cama. Cuando Sabina hubo hecho preparar un cómodo lecho para Berta, y cuando ésta la vió vaciar su cesto, alineando después debidamente el contenido, compuesto de vendajes, hilas, refrescos y jarabes, objetos que revelaban una solicitud siempre activa y una caridad infinita, sus lágrimas dejaron de correr súbitamente. Se incorporó en su asiento, y tomando la palabra, dijo con voz breve:

– Retire usted todo eso, lléveselo de aquí y abandóneme.

– Vamos, Berta, repuso Sabina, es preciso calmarse; el médico le ha prohibido hablar, y si no le obedece, la fiebre será más violenta.

– ¿La fiebre? ¡Ah, no igualará nunca á la que he sufrido algunos meses hace! ¡Ya no la tengo, y ahora comprendo lo que he sido! Mire usted, Sabina, usted que es tan buena para mí, huirá de mi presencia con horror..., porque soy una criminal...

– ¡Vamos, está usted exaltada, demasiado exaltada!..

– ¡Repito que soy una criminal! ¿No he tratado de matar á la sobrina de aquel que me ha sostenido hasta aquí?

– ¡Isabel!, exclamó Sabina con expresión de espanto.

– Sí; y en mi conciencia la he matado, induciendo al dogo grande, que es tan feroz, á desgarrarla...; si no lo conseguí, no por eso he dejado de cometer el crimen moralmente. ¡Ya ve usted que soy una criminal! Pero no ha ganado mucho librándose de la furia del perro, porque está prisionera allá arriba, en la Torre de las Religiosas.

– Se pondrá usted peor, mi pobre Berta; no hable

más, dijo Sabina con aire de conmiseración, creyendo que aquel relato era debido al delirio.

– ¡Ah! Y si muero, repuso, ¿no será esto una dicha para mí y para los otros?

– De todos modos, tranquilícese usted, porque nuestra Isabel se halla muy tranquila en casa de sus padres.

– Bien, pero yo he tratado de matarla, y ya que le digo esto, preciso es que lo sepa usted todo.



Y atrayendo á Sabina junto á la cama hízole una confesión completa

Y atrayendo á Sabina junto á la cama, hízole una confesión completa.

El Sr. de Hollfeld la había cortejado, prometiéndole que se casarían apenas hubiera podido vencer la obstinación de su madre, muy opuesta á los matrimonios desiguales, según dijo. Habíale añadido que era indispensable guardar el más profundo secreto para el buen éxito de aquel plan, que la menor indiscreción haría fracasar. Deslumbrada por la perspectiva que se le ofrecía, fascinada, fanatizada, Berta se comprometió por un juramento solemne á no dirigir una sola palabra á ninguna persona más que al que consideraba como su futuro, y esto hasta el día en que él le permitiese hablar. Tal era el estado de cosas cuando Isabel Ferber llegó á Turingia; y desde que el Sr. de Hollfeld vió á la joven, todo cambió para Berta. Ya no trató más de verla, y no tardó en evitar su encuentro, hasta que al fin le declaró cierto día que se veía obligado á renunciar á aquella locura de joven, aconsejándole al mismo tiempo que no tratara de verle en lo sucesivo.

Entonces fué cuando Berta, viendo desvanecidas todas sus esperanzas, humillada y desesperada, tomó la costumbre de internarse por la noche en el bosque para desahogar sus dolores en la soledad; pero llegado el día, y frenética al ver en el pabellón del jardín á Hollfeld junto á Isabel, había tratado primeramente de vengarse de él, y fué á ver á la baronesa, á la cual declaró que su hijo era un miserable; pero la señora de Lessen la amenazó con hacerla arrojar del castillo por sus criados.

Durante algunas horas, prosiguió Berta, estuve loca... Recuerdo vagamente, como se recuerdan algunos incidentes de una pesadilla, que me lancé al bosque, donde siempre había hallado una calma relativa; pero aquel día todo fué inútil. ¿No se habían confirmado todos mis temores? ¿No había oído yo á aquel cobarde ofrecer su nombre á Isabel Ferber, que no era de condición superior á la mía? Pues entonces, un matrimonio desigual no le era tan imposible de contraer como él pretendía hacía algún tiempo. De repente encontré sola, sin protección, á la que me había reducido á un estado tan miserable, frustrando todas mis esperanzas. Entonces..., entonces, como ya he dicho á usted, quise matarla, y si hubiese podido, ciertamente lo hubiera hecho. Bien ve usted que su tío no podrá perdonarme nunca, y que usted misma, Sabina, me volverá la espalda. ¿Qué será de mí?

– ¡Desgraciada joven!, exclamó Sabina, enjugando algunas lágrimas con la punta de su delantal. Los que la juzgan á usted son justos.., tendrán en cuenta la perturbación de su espíritu, y la perdonarán si se arrepiente.

– Ya no puedo, ni quiero tampoco permanecer en este país. Comprendo que me volvería loca y mala. Si curo, es preciso que me aleje de aquí.

– Ya hablaremos de eso más tarde; por lo pronto es preciso curarse, dijo Sabina con dulzura, apoyando misericordiosamente sobre su seno la cabeza de la joven.

La buena mujer tuvo la satisfacción de ver á Berta dormirse tranquilamente, y muy pronto no se oyó en aquel pequeño aposento más que la respiración regular de la joven y el movimiento monótono del pendulo de un reloj rústico. Sabina sacó del bolsillo sus gafas, de su cesta un ejemplar muy usado de un libro de devociones y veló toda la noche hasta que comenzó á despuntar el alba.

Berta no sucumbió, aunque tuvo el salvaje deseo de morir; y muy lejos de ello, bien cuidada por la señora Ferber y por Sabina, recobró rápidamente la salud. La herida que se infirió con un guijarro puntiagudo cuando cayó accidentalmente en el sitio donde fué hallada sin conocimiento, se había ya cicatrizado.

El guardabosque se puso fuera de sí cuando supo la mancha que sobre su nombre había echado Berta; ni siquiera las dulces advertencias de su hermano lograron calmarle en los primeros días, y cuando Sabina le hubo comunicado la confidencia que la joven le había hecho, cuando supo que todos aquellos desórdenes y las desgracias que estuvieran á punto de suceder no tenían más origen que las mentiras de Hollfeld, dirigióse inmediatamente á Odenberg con el designio secreto, pero bien determinado, de exigir una reparación al Sr. de Hollfeld. Pero al llegar allí supo con el mayor disgusto que el dueño de Odenberg se había marchado por un tiempo indefinido, sin que nadie supiese adónde. En vano quiso el mismo Sr. de Walde averiguarlo; sus investigaciones resultaron infructuosas.

Berta declaró que odiaba ya á aquel hombre tanto como le había amado, y que su deseo era no oir hablar más de él. Pocas semanas después de su convalecencia abandonó la casa del tejedor para ir á establecerse en América; mas no se iba sola, pues uno de los jóvenes guardas empleados en la casa forestal, honrado y buen muchacho, la amaba hacía largo tiempo, y dijo al guardabosque que no podía consentir en verla expatriarse sola y sin apoyo. Berta accedió á su demanda con agradecimiento, y se convino en que se casarían en Brema en el momento de embarcarse, acompañando á la joven hasta allí una mujer anciana de Lindhof. Cuando los recién casados se disponían á ir á buscar una nueva patria, y en el instante en que sus cajas de efectos eran trasladadas á bordo, la anciana entregó á Berta una suma importante: era el regalo de boda generosamente hecho por el señor de Walde en nombre de Isabel, y como prueba del perdón que otorgaba con noble sinceridad á la infeliz cuyos padecimientos había ocasionado involuntariamente. Con el consentimiento silencioso del guardabosque, Sabina había recogido los efectos abandonados por la joven, á los cuales agregó diversos objetos que le parecieron necesarios para la emigrante.

En un día de otoño, gris y sombrío, un coche de viaje cargado de baúles y maletas salió del pórtico del castillo de Lindhof y dirigióse hacia la ciudad de L... Abatida, consternada, la baronesa de Lessen se oprimía contra uno de los ángulos del coche; el brillante papel que desempeñaba en Lindhof había terminado, y muy contra su voluntad volvía á la vida modesta, que ya conocía y que tanto odiaba.

– Mamá, dijo Bella con su voz agria y lánguida, bajando y subiendo sin cesar el vidrio de la ventanilla del coche, ¿pertenece ahora á Isabel Ferber el castillo de Lindhof? ¿Usará ella nuestra hermosa carretela, y podrá sentarse en los cojinetes de damasco gris que la adornaban? ¿Tendrá permiso para habitar tu lindo salón y servirse de los sillones forrados de seda azul, tan bien bordada? El viejo Lorenzo dice que en adelante será la dueña de todo eso, y que se obedecerá cuanto ella mande.

– Tu charla me aburre, contestó la baronesa, inclinando hacia la ventanilla su rostro para ocultar su alteración.

– Pero es muy feo en mi tío Rodolfo habernos despedido así, y muy desagradable también para usted, prosiguió la desapiadada niña; no tenemos en B... platos y bandejas de plata para la comida... ¿No es cierto, mamá? ¡Oh, también recuerdo ahora que no tendremos cocinero ni todas las buenas cosas que comíamos en Lindhof! ¿Y deberás peinarte tú misma los días en que Carolina lava y repasa la ropa? Porque...

– ¡Basta!, exclamó la señora de Lessen con un tono que no admitía réplica, ni aun de parte de la díscola y maligna niña, cada una de cuyas palabras se clavaba en ella como un puñal.

Bella retrocedió atemorizada hasta un ángulo del coche, mientras la baronesa, después de dirigir una mirada de aversión al castillo, que se divisaba al doblar un recodo del camino, bajó su velo sobre el rostro y comenzó á llorar silenciosamente.

Las confidencias de Berta habían ocasionado entre el Sr. de Walde y la baronesa una discusión borrascosa; y Elena, sabedora de aquel nuevo incidente, había rechazado á su prima con horror cuando trató de solicitar su apoyo. Se había visto, pues, obligada á subir al coche de viaje que acababa de detenerse delante del pórtico á la hora precisa señalada por el Sr. de Walde... Sin embargo, había caído una gota de miel en el amargo cáliz que apuraba, pues el señor de Walde se había encargado de costear la educación de Bella, prometiendo darle un pequeño dote si se conducía bien.

Poco más ó menos á la misma hora en que la señora de Lessen abandonaba el castillo, la gran dama de honor, señora de Falkenberg, se presentó en el saloncito donde se hallaba la princesa en compañía del príncipe reinante de L...

La gran dama se inclinó tan profundamente como la etiqueta lo requiere, y más aún de lo que convenía á sus miembros atacados de la gota. Cualquiera que fuese el imperio que el respeto debido á su soberano la obligaba á ejercer sobre sí misma, notábase en sus facciones y en sus modales una turbación indescriptible.

Llevaba una carta abierta, que sus manos temblorosas habían arrugado.

– Para mí es una desgracia, dijo con voz mal segura, verme obligada á comunicar á Sus Altezas una noticia verdaderamente escandalosa. ¡Oh, Dios mío, quién lo hubiera creído!.. Si aun en esta esfera no se sabe ya conservar la dignidad, si se huellan bajo los pies, para satisfacer una inclinación vulgar, los deberes que el nombre nos impone, no debe extrañarnos ver todas las posiciones confundidas, el desorden sustituyendo al orden, y la revolución, en fin, llamando á nuestras puertas.

Este discurso, detenidamente meditado y bien preparado, no produjo, al parecer, el efecto que la señora de Falkenberg esperaba.

– Ruego á usted que se tranquilice, señora, dijo con bondad el príncipe, á quien parecía divertir sobre manera aquel incidente. El discurso de usted tiene algo de grandioso que nos ha conmovido..., créalo usted; he notado en él un estilo que recordaba el de las maldiciones de Casandra; pero hasta ahora no se ha producido el anunciado terremoto, y veo con placer – su mirada, ligeramente burlona, se fijó en la extensión que se prolongaba delante del palacio – que ninguno de mis súbditos llama á mi puerta con intenciones revolucionarias... ¿Qué tiene usted que comunicarme?



Llevaba una carta abierta que sus temblorosas manos habían arrugado

La señora de Falkenberg contempló á Su Alteza con asombro; el tono sarcástico que imprimía á sus palabras la llenaron de perturbación.

– ¡Oh, exclamó al fin, si Vuestras Altezas pudiesen prever de qué se trata!.. ¡Precisamente él, él, de quien hubiera respondido yo con mi cabeza, y al que creía firme como una roca, inflexible como el hierro!..

¡El Sr. de Walde me anuncia que acaba de desposarse..., con quién, con quién!..

– Con la señorita Ferber, sobrina de mi viejo y honrado jefe forestal, dijo el príncipe, sonriendo. Sí, sí, ya he sabido eso. Walde no ha perdido la cabeza, según veo, pues parece que esa pequeña es una maravilla de hermosura, de talento y de inteligencia... Vamos, confío en que no nos hará esperar mucho tiempo la presentación de su compañera que nos anuncia.

– ¡Alteza, exclamó la señora de Falkenberg, como aturdida; pero si es hija de uno de sus más obscuros empleados!

– Sí, sí, apreciable señora de Falkenberg, ya sabemos eso; mas tranquilícese usted, porque es de buena y antigua nobleza.

– Que Vuestra Alteza me permita observar, dijo la gran dama, con el rostro purpúreo por efecto de la emoción, que el documento que tengo es oficial; he aquí la esquela de aviso, que lleva el nombre de Isabel Ferber y no otra designación; así se inscribirá este nombre en el árbol genealógico de Walde, y así quedará en los siglos de los siglos. ¿No hay en este proceder alguna cosa ofensiva, algo como un insulto inferido á todo cuanto respetamos? Esa gente ha dicho que no quiere tener nada de común con la familia de Gnadewitz, y siguen siendo menestrales por su voluntad, lo cual es mucho peor que nacer menestral involuntariamente... No puedo menos de compadecer, por lo tanto, á ese pobre, excelente y encantador Hollfeld, que pierde en tal asunto una fortuna evaluada en varios millones... ¡Y la infortunada baronesa de Lessen! ¡Para no autorizar con su presencia tan odiosa alianza desigual, abandona Lindhof hoy mismo!

– Esas consideraciones no tienen más peso en la balanza que aquel con que las favorece la amistad de usted, contestó el príncipe con cierta severidad, y no hemos de lamentar las decepciones de parientes que sienten perder una herencia... Sírvase usted avisarnos, á la princesa y á mí, apenas el señor de Walde solicite presentarnos á su hermosa é inteligente prometida.

En la habitación contigua una joven dama de honor prestaba atento oído, y no pudo abstenerse de hacer la mueca más vulgar y más impropia, aplicándose el pulgar á la nariz, para burlarse de la gran dama.

Por este rasgo no se habrá dejado de reconocer á la señorita de Quittelsdorf.

– ¡Bien lo había dicho!, exclamó, acercándose á una compañera. Ya sabía yo que era inútil llevarme á Lindhof para trastornar la cabeza á ese caballero impasible. ¡Oh, cómo me divierte esto; qué ratos tan alegres y divertidos vamos á pasar con la vieja baronesa!

Y dirigiéndose á otra dama, joven como ella, que bordaba sentada junto á la ventana, añadió, conteniendo á duras penas la risa:

– Ya tenemos diversión para quince días por lo menos viendo á la baronesa, á la tan leal realista, clavar en Sus Altezas sus más iracundas miradas... cuando estén vueltas de espaldas, por supuesto, porque lo que es delante de ellos no dejará de asomar á sus labios la sonrisa de la adulación. Sólo por el placer que esto me proporcionará quisiera que todos nuestros nobles hicieran lo mismo que acaba de hacer el señor de Walde.

– ¡Por Dios, Cornelia, estás loca!, exclamó su compañera dejando su labor.

Casi á la misma hora en que esto pasaba en la corte, el doctor Fels volvía triunfante á su casa, subía la escalera, franqueando los peldaños de cuatro en cuatro, y precipitábase en la habitación de su mujer con la violencia de una tromba que lo derriba todo á su paso.

– ¡Mujer, regocíjate conmigo!, exclamó, radiante el rostro de alegría. ¡Lindhof tendrá dueña y señora! ¿Sabes tú quién será? *¡Isabel, la de los cabellos de oro!* ¡Todo renacerá allá abajo; el buen espíritu triunfa..., el otro desaparece! Acabo de encontrarle hace un minuto en el coche de viaje del Sr. de Walde. Las esquelas de aviso han caído como una bomba en medio de nuestra buena ciudad. Es un placer indecible contemplar esas caras largas y avinagradas. En cuanto á mí, la noticia no me ha sorprendido, pues la esperaba desde el día de la tentativa de asesinato, desde la hora en que el Sr. de Walde vino á rogarme que hiciera una visita á su pequeña libertadora. Aquel día reconocí que su hora había llegado, que tenía corazón, y hasta un corazón lleno de vivo y profundo afecto.

XXI

Si nuestro lector quiere saltar con nosotros un período de dos años, y seguirnos de nuevo á las ruinas de Gnadeck, le conduciremos por una ancha y hermosa carretera que va desde Lindhof al antiguo castillo; en éste se han cambiado las viejas cerraduras enmohecidas y su aspecto ha sufrido toda especie de transformaciones.



Isabel contempla con deleite al niño

Si recordando el patio triste, sombrío y húmedo, que se extendía detrás de la puerta principal, el aspecto desolado de los pórticos ruinosos y los leones de piedra cubiertos de un musgo verdoso, que aguardaban junto al estanque el agua que había desaparecido hacía largo tiempo; si evocando estos recuerdos tiramos de la cadena que corresponde á una campanilla de sonoro timbre, á cuyo sonido acude á abrirnos una criada fresca y rolliza, nos detenemos estupefactos, sin poder dar crédito á nuestros ojos, pues en todas partes vemos la luz, el agua y la verdura; las ruinas han desaparecido; no queda más que el gran muro de recinto, firme, sólido, inalterable, que indica la extensión de las construcciones que encerraba. Avanzando por un sendero perfectamente enarenado que contornea un gracioso prado de césped, veremos en el centro de éste los cuatro leones, lanzando ahora hacia el cielo cuatro chorros de agua que vuelven á caer en el vasto estanque de piedra, y los viejos castaños rejuvenecidos ahora por el aire y la luz.

Después de cruzar varios bosquecillos, dispuestos con exquisito arte, nuestras miradas se fijarán en las platabandas guarnecidas de innumerables flores. Delante de nosotros veremos alzarse el cuerpo de edificio habitado por la familia Ferber, que ofrece muy distinto aspecto y ostenta una fachada mucho más ancha, pues Ferber había dispuesto que se agregasen cuatro habitaciones á la casa, porque su hermano irá á vivir allí con Sabina el día, muy próximo, en que pedirá su retiro.

En la sala donde solía reunirse toda la familia no encontraremos ningún cambio notable; solamente observaremos que se ha practicado un claro entre los árboles, porque el Sr. de Walde quiso que los padres de Isabel tuviesen á todas horas á la vista la morada de su hija. En aquella sala está en el momento de penetrar nosotros en ella, la joven señora de Walde, *Isabel la de los cabellos de oro:* es la primera visita que ha hecho á Gnadeck desde hace algunas semanas, porque ha tenido que permanecer encerrada en su palacio, y hoy se ha apresurado á presentar su primogénito en la morada de los abuelos. Allí está en sus brazos; la institutriz, ó más bien la feliz esposa del buen Reinhard, levanta suavemente el velo que cubre aquel pequeño rostro sonrosado, el cual presenta ya todas las facciones del Sr. de Walde; un mechón de cabello castaño cae sobre su frente, sobresaliendo de su gorrito de blonda, y recuerda exactamente el cabello de su padre. Ernesto se desternilla de risa al mirar las manecitas coloradas que se agitan en todos sentidos, y el guardabosque se ha puesto resueltamente sus dos grandes manos á la espalda, como para evitar la tentación de molestar al recién nacido tocándole. No cede su admiración á la de los abuelos, tiernamente inclinados sobre su nieto; al fin ha olvidado á Berta, y se entrega por completo al dulce pensamiento de la felicidad de su sobrina, felicidad que no acaba de explicarse, no porque le haya parecido nunca que su suerte fuera demasiado brillante para ella – pues á su entender, la más hermosa corona de la tierra hubiera estado en su verdadero sitio ciñendo la frente pura y encantadora de Isabel, – sino porque no se comprende cómo aquella «niña, cuyas venas están llenas de azogue,» se muestra tan satisfecha y feliz al lado de aquel hombre tan serio.

En aquel momento Isabel contempla con deleite al niño que sus brazos sostienen, y después dirige una mirada hacia el valle, por el lado por donde verá aparecer al Sr. de Walde, que viene á buscar á su esposa y á su hijo... Durante algunos segundos, no obstante, su mirada se turba y sus ojos se humedecen un poco; es porque se ha fijado en una alta cruz dorada que se eleva sobre el monumento donde Elena reposa hace un año. Ha muerto en brazos de Isabel, bendiciendo y pidiendo á Dios que protegiera á la que con su afecto la había ayudado fielmente á sobrellevar el peso de su desesperación.

El Sr. de Hollfeld ha vendido Odenberg; y nadie conoce el lugar donde se ha retirado para deplorar la pérdida de sus esperanzas y el mal éxito de sus planes tan hábilmente concebidos.

TRADUCCIÓN DE E. L. VERNEUIL

SECCIÓN CIENTÍFICA

MÉTODOS É INSTRUMENTOS DE LA ASTROFOTOGRAFÍA

La fotografía celeste, arte de origen relativamente reciente, tiene á pesar de sus adelantos un gran porvenir en la vía del progreso, gracias á los perfeccionamientos de los mecanismos modernos, á la excelencia de los aparatos de óptica y á los progresos de la fotoquímica, ó sea la química fotográfica.

El primer resultado de los métodos modernos se manifestó en el congreso astronómico celebrado en París el año de 1887, en el que el almirante Mouchez, á la sazón Director del observatorio de aquella ciudad, propuso la preparación de un mapa fotográfico de todo el firmamento por la colaboración de todos los grandes observatorios. Al mismo tiempo se dictaron las disposiciones que asegurasen la uniformidad de los trabajos. Habían de usarse solamente los refractores y no los reflectores; y también se convino en un tipo de abertura de los objetivos y de la distancia focal. En lo posible se usarían unas mismas fórmulas para las emulsiones fotográficas de las planchas secas; y se fijó en quince minutos el tiempo que se daría á las exposiciones ó insolaciones.

Se calculó que esa exposición daría un total de 20 á 25 millones de estrellas fijas. Si se tiene en cuenta que el número visible á la simple vista sólo llega á 8.250, fácil es imaginarse el sorprendente resultado que se obtendría por ese sistema fotográfico. Sin embargo, como la inscripción de esos millones daría material para unos 300 volúmenes cuya perfección sería casi imposible, se resolvió más tarde hacer otra exposición de un minuto para el objeto de las inscripciones.

La primera exposición daría todas las estrellas hasta las de la décimacuarta (14.ª) magnitud; y la segunda hasta las de la undécima, reduciendo así el número total á cerca de un millón.

En el catálogo constará la posición de todas las estrellas al principio del año de 1900. Para completar ese catálogo se necesitan unos 25 años de trabajo. A cada observatorio se le designará una zona de la declinación. Para obtener la uniformidad deseada hay naturalmente diferentes clases de instrumentos, que dando resultados excelentes, de por sí requieren, sin embargo, algunos cambios. Así en muchos casos los refractores ya usados para la observación usual sirven para fines astrofotográficos poniéndoles una cámara en el ocular del telescopio. En los casos en que esto se haga no puede naturalmente coincidir el foco químico con el óptico. Las fotografías que se obtienen de ese modo no son bien claras y por consiguiente no permiten mucha ampliación.

El otro método consiste en disponer el tubo de

modo que la plancha fotográfica pueda entrar en el foco químico.

El refractor de 36 pulgadas del Observatorio de Lick del monte Hamilton, de California (fig. 2), se ha construído de modo que se pueda desprender el ocular para poner en su puesto el portaplacas. Algunas veces se une lateralmente al refractor un telescopio propio para los trabajos fotográficos; pero los telescopios de esta clase, á causa de su gran longitud focal y su pequeña abertura objetiva, sólo sirven para un campo muy limitado.

De los instrumentos construídos especialmente para fines fotográficos mencionaremos en primer lugar el ecuatorial de Sir Howard Grubb. En esta clase los dos tubos están íntimamente enlazados por una cubierta común por las partes superiores solamente. En el todo se ha conservado la forma usual de montura paraláctica, y el constructor sólo se ha propuesto suprimir el aspecto brusco inherente á los refractores dobles del tipo alemán. El aparato de Grubb tiene movimiento circumpolar sin sacrificio de su firmeza ó estabilidad.

Un instrumento original, que se hizo para la observación visual y que se ha reconstruído para la fotografía, es el «ecuatorial acodillado» del Observatorio Nacional de París. Se hizo siguiendo las instrucciones de M. Loewy, director del observatorio. M. P. Gautier se ocupó de la parte mecánica, y de la óptica los hermanos P. y P. Henry. Se compone de dos partes ó tubos que se unen por medio de un cubo de hierro fundido, cuyos ejes están en ángulo



Fig. 1. – Ecuatorial fotográfico del Observatorio del Vaticano

recto. El tubo del ocular, que es el mayor, se coloca paralelo al eje de la tierra, y su extremidad superior descansa en un anillo que se fija en el pilar del Norte. Un saliente cónico que continúa el tubo por el otro lado del cubo le da otro apoyo axial en el segundo pilar del Sur.

El tubo objetivo que va unido en ángulo recto al del ocular, está en el plano del ecuatorial, como es evidente. El tubo contiene otro interior, que termina en una cabeza cúbica. El cilindro objetivo se apoya en el extremo diametralmente al frente de una proyección tubular, que es, sin embargo, mucho más

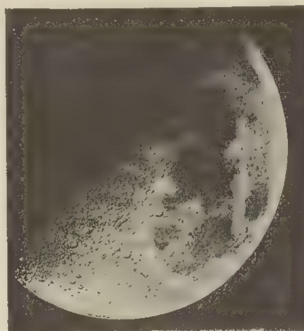


Fig. 3. – Fotografía de la luna, tomada en el Observatorio de Lick (medio segundo de exposición)

larga que el cono corto del otro tubo, que sirve principalmente para equilibrar el conjunto.

La cabeza objetiva de hierro fundido contiene un espejo, colocado á 45° del eje. El cubo central lleva también otro espejo, colocado de tal modo que forma un ángulo de 45° con cada tubo. La cabeza objetiva además sirve de apoyo al objetivo que cae en el plano ecuatorial en ángulos rectos con el eje de la tierra. Se desprende de esta disposición que un rayo de luz que caiga perpendicularmente en el objetivo pasa á través de él al primer espejo, se refleja en seguida en ángulo recto en el segundo, de donde se refleja de nuevo en la dirección del eje del tubo del ocular, es decir, hacia el mismo ocular.

Sólo el extremo del ocular de todo el instrumento está encerrado en la cámara de observación. Todas las demás partes están abiertas y accesibles por una escalera elíptica. Dichos órganos se protegen con una cubierta giratoria que puede traerse hasta cerca de la pared, y alejarse al emplearse el instrumento.

Las ventajas que presenta el ecuatorial acodillado son evidentes y muy cómodas para el observador, que encuentra facilitado el trabajo por la posición natural de la cabeza. También se halla resguardado de la inclemencia del tiempo. La forma del ecuatorial fotográfico del Vaticano (fig. 1) es mucho más pesada que la que tienen los dobles refractores de Potsdam. Es verdad que la gran rigidez del conjunto le da gran estabilidad y una exactitud correspondiente á las imágenes fotográficas; pero le falta la gran movilidad propia del sistema de Grubb.

Además de los refractores se usan también los reflectores con gran éxito en lo referente á la astrofotografía. Así Isaac Roberts, dueño del observatorio particular de Crownborough Hill (Sussex), ha trabajado con un reflector de 20 pulgadas, eclipsando todos los negativos que hasta entonces se habían hecho.

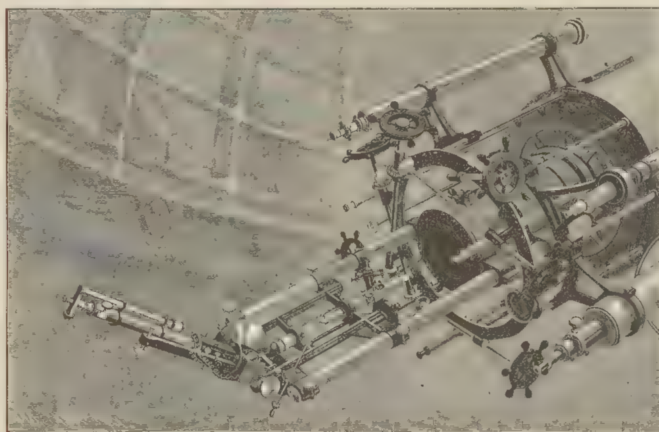


Fig. 2. – Ocular del refractor del Observatorio de Lick

Tomándolos en conjunto, los instrumentos para la fotografía celeste se dividen en dos clases, ya sean dióptricos ó catóptricos. La primera comprende toda clase de instrumentos dispuestos de tal modo que la imagen fotográfica se tome en el foco del objetivo.

En los de la segunda clase el negativo no se obtiene en el foco, sino fuera de él, por medio de un sistema de lentes de aumento. Este sistema se aplica exclusivamente á las fotografías del Sol, pues la gran pérdida de lucidez que produce da siempre malos resultados cuando se trata de los cuerpos celestes que se nos presentan débiles de luz. Las imágenes obtenidas fuera del foco no se pueden ampliar mucho. Por eso no tienen valor científico ó casi nulo.

Hay tres métodos de obtener las medidas astronómicas. El primero es el de coordinadas polares. El segundo el de las perpendiculares. El tercero, menos exacto, es el de Kapteyn; es decir, el que coloca la placa fotográfica perpendicularmente delante de un teodolito situado á distancia conveniente. Por ese medio las estrellas y las intersecciones se miden de



Fig. 4. – Medidor de Repsold de las placas fotográficas

tal modo que la lectura de los arcos del instrumento dan los datos requeridos para el cómputo de las distancias de las estrellas.

Por último, los Sres. A. Repsold et Sons de Hamburgo han construído un aparato distinto de los descritos porque se puede usar de dos modos: primero, para determinar las distancias y ángulos de posición; segundo, para determinar las coordinadas perpendiculares.

* * *

NUEVO GLOBO MILITAR CAUTIVO

Cuanto más se profundiza hoy en día en el estudio del problema de la aerostación, tanto más se apartan los que de este asunto se ocupan de la forma esférica que primitivamente tuvieron los globos, sustituyéndola por otras formas que venzan más fácilmente la resistencia del aire y aumenten la solidez de los aerostatos, sirviendo para ellas de modelo práctico principalmente las cometas de los niños.

Pero como á pesar de todas las pruebas hechas no ha sido inventada todavía la máquina voladora del porvenir, es decir, la máquina voladora dinámica que por sí misma se mueva, para los fines militares se utilizan los globos cautivos que por la fuerza del hombre pueden ser dirigidos desde el suelo y permiten á los que los tripulan observar desde lo alto las posiciones ocupadas por los enemigos y dar noticia de ellos á su ejército.

Para este objeto se ha demostrado que tampoco era conveniente la forma esférica, puesto que las oscilaciones del globo y de la góndola producidas por las corrientes de aire y las vueltas que por la fuerza del viento da sobre su eje dificultan de tal manera la estabilidad del aparato que se hace imposible realizar ninguna observación segura desde la barquilla. A fin de remediar estos inconvenientes, se ha construído últimamente un aerostato de forma prolongada, cilíndrica y semiesférica por sus dos extremos, que se mantiene en el aire en posición oblicua por medio del cable, el cual hace las veces de la cuerda en las

cometas. Merced á otro globo, el llamado timón, más pequeño que el globo principal y fijado en la parte trasera del mismo, se ha logrado que el aerostato permanezca bastante quieto y se mantenga en la dirección tomada por el impulso del viento. El adjunto grabado reproduce el globo de esta nueva forma perfeccionada que fué utilizado en las últimas maniobras efectuadas en Berlín por la sección de aerostación militar. La reproducción es de una fotografía instantánea y representa el aerostato visto de lado. La disposición del aparato es como sigue: el globo prolongado, sostenido á modo de una cometa por el cable y mantenido por éste en posición oblicua, lleva la barquilla en su mitad posterior, y en su parte trasera va provisto de otro globo más pequeño de forma de gusano que se ajusta á la extremidad semiesférica del primero y que hace las veces de timón.

Los buenos resultados obtenidos en las pruebas verificadas señalan un nuevo progreso en la aerostación militar, que tan importantes servicios puede prestar en casos de guerra.



NUEVO GLOBO MILITAR CAUTIVO RECIENTEMENTE PROBADO EN BERLÍN

EL TIEMPO PRONOSTICADO POR LAS ABEJAS

M. de Ridder, en la revista titulada *Ciel et Terre* afirma que las abejas saben de antemano si un invierno será crudo ó benigno. Se ha pretendido que los pájaros abandonan tempranamente nuestras latitudes cuando amenaza un invierno riguroso; pero esta afirmación no ha sido comprobada: los pájaros se van cuando la región en donde se encuentran es prematuramente invadida por el mal tiempo, haciendo, en suma, lo que cualquier turista, que deja la montaña ó el campo en cuanto asoman los primeros fríos.

Las abejas, por el contrario, adivinan, según parece, realmente el carácter del invierno. ¿Cómo? Esto es lo que no se sabe todavía; pero por regla general cuando el invierno ha de ser riguroso aquellos animales cierran herméticamente las entradas de la colmena con cera, sin dejar más que un agujero imperceptible, y cuando ha de ser benigno las dejan completamente abiertas. Para juzgar el carácter de un invierno bastaría observar en octubre lo que hacen las abejas en sus colmenas.

LIBROS RECIBIDOS EN ESTA REDACCIÓN

CANÇONS CATALANES, harmonisades per *Enric Morera*. – La empresa editorial barcelonesa *L'Avenç* merece bien de los amantes del arte catalán por haber comenzado esa publicación de composiciones populares: la primera que ha dado á luz es *El compte Arnau*, sentidísima canción que ha armonizado el inteligentísimo maestro Sr. Morera para solo y coro de hombres y niños, y que se vende á dos reales.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO ESPAÑOL. – Ha salido á luz el cuaderno 4.° de esta importante publicación con tanto acierto dirigida por D. Miguel Almonacid y Cuenca, que como los anteriores contiene interesantes y completos datos sobre las últimas publicaciones hechas en España. Suscríbese en Madrid (Correo, 4) y en Barcelona en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

PANORAMA NACIONAL. – El cuaderno 31 de esta interesantísima publicación que con tanto éxito edita en esta ciudad don Hermenegildo Miralles, contiene reproducciones de monumentos notables de Lerez (Pontevedra), Granada, Toledo, Durango (Vizcaya), Avila, Córdoba, Madrid, Lérida, Murcia, Valladolid, Barcelona y Almería, una reproducción del célebre cuadro de Alonso Cano *La Virgen y el Niño*, el faro de San Juan de Puerto Rico y una gran vista panorámica de Bilbao.

MAYOR DE SALDO CONSTANTE, por *D. Domingo Cabré y Estany*. – La Biblioteca Comercial, de cuya utilidad é importancia nos ocupamos en uno de nuestros anteriores números, ha publicado el segundo volumen, *Mayor de saldo constante*, que es un notable estudio teórico y práctico perfectamente aplicable á la partida doble que enseña el sistema de anotar los asientos en el libro Mayor, de manera que cada una de sus cuentas diga constantemente el saldo que arroja en favor ó en contra de la misma, sin contravenir las disposiciones del Código de Comercio, sin perjuicio de la claridad y exactitud y con ahorro de páginas. Véndese en Barcelona, Ronda de la Universidad, 3, 3.°, al precio de dos pesetas.



¡GRANADA, POR LOS REYES CATÓLICOS!, cuadro de Isidoro Marín

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 4 de octubre de 1897 — Núm. 823



EL CÁNTARO ROTO, cuadro de E. Patry



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

RECUERDO

En este año que corre, la muerte parece escoger cuidadosamente sus víctimas entre mis amigos predilectos. Después de la conmoción profunda que me ocasionó la tragedia de Santa Águeda, pocas desgracias podrían afligirme tanto como la pérdida de Luis Vidart. No me creería autorizada para comunicar á mis lectores de LA ILUSTRACIÓN esta pena, si no me diese pleno derecho á hacerlo el ser Vidart uno de los hombres de mayor valía, de los escritores más doctos y de los pensadores más originales que en España poseíamos. Consagrar estas páginas á su memoria, no es complacencia de la amistad, sino acto de justicia.

Todos los diarios insertan una reseña de su biografía, y varias publicaciones ilustradas su retrato, rindiendo así tributo merecido al que consagró la vida entera al estudio y á la reflexión, y fué aquí verdadero iniciador de muchas corrientes de ideas que otros divulgaron ó ahondaron después. En esto consiste, á mi juicio, la característica de la labor de Luis Vidart y su importante papel en nuestra cultura, ya desde antes de la revolución de 1868. Buzo incansable, investigador apasionadísimo, no era del número de los que adoptan una posición fija, de los que no cambian ni se inquietan; lejos de eso, diríase que el espíritu de Vidart, sediento de verdad y de luz, hallábase siempre dedicado á la investigación afanosa, siempre á la descubierta, y cada año encontraba nuevas comarcas que explorar, nuevas campañas que emprender. En este sentido he visto pocas almas más juveniles que la de Vidart, de quien se podría decir que había adivinado lo que Campoamor llama el secreto de la vida: *el acto de nacer todas las mañanas;* y no con el cuerpo, sino con la mente.

Otros hombres – la mayor parte de ellos – no se entusiasman por cuestiones del orden especulativo, sino, á lo sumo, durante cierto período de la juventud: al acercarse á la edad madura, son las cosas prácticas las que les llaman la atención, las que absorben sus esfuerzos y su energía toda. Vidart no sufrió este cambio, que en cierto sentido podríamos llamar descenso; acaso contribuyó á que no lo sufriese la independencia de su desahogada posición, el no verse compelido á luchar por la vida obscuramente y á diario; pero en cualquier situación que se encontrase, su tendencia sería á olvidarse de lo positivo y consagrarse á dar vueltas y más vueltas á los problemas de la metafísica y la ética, ó á dilucidar asuntos históricos. Era asaz indiferente á los intereses puramente materiales; y del mundo apenas veía las formas y los accidentes externos, lo plástico y lo tangible, sino lo interno, los conceptos abstractos, las leyes morales, las grandes síntesis y los fenómenos de la idea revelados en el espacio y el tiempo. Por eso no tenía ni vanidad, ni envidia, ni soberbia, ni codicia, ni ambiciones, ni ruines ansias de lucro; y ni en la política, ni en las letras, ni en la vida social le vimos nunca batallar por obtener nombradía, puestos, honores, satisfacciones del amor propio, venganzas, dinero ni poder. Para que Vidart fuese (al fin de sus años y poseyendo tan gloriosa hoja de servicios) individuo de número de la Academia de la Historia, se necesitó que sus amigos le pinchásemos, como suele decirse, y que estimulase nuestra iniciativa la que estaba ya en la intención y en el deseo de todos.

A pesar de este carácter modesto, no era Vidart de los sabios retraídos, huraños y metidos en su concha; antes al contrario, nadie se mostró más comunicativo, más aficionado al trato y roce con sus semejantes, más fácil en conferir lo que leía ó pensaba, más abierto y humano entre gentes. De tal modo prevaleció en él esta índole franca y expansiva, que si no se toma en cuenta la labor verbal, no se apreciará debidamente la influencia de Vidart en las ideas filosóficas, históricas y literarias de estos últimos treinta años: influencia harto mayor de lo que creen ó afectan creer los que no le igualan en conocimientos y todavía menos en nobleza y sencillez de ánimo. Conversador y discutidor infatigable, y siempre sobre temas intelectuales (aquí donde hay más propensión á disputar y charlar que paciencia para leer), difundió Vidart bastantes opiniones y conceptos que hoy son patrimonio del público, mediante insensible propaganda, y en este respecto no cabe dudar que sus escritos sólo representan una parte de su trabajo – la única, es cierto, que podría conocer la posteridad, pues lo hablado se lo lleva el aire.

Ostentan los escritos de Vidart (hoy dispersos en periódicos y revistas, en libros que van siendo raros y en innumerables folletos) el sello de la personalidad de su autor, tal cual la he retratado fielmente. Escribió de filosofía, de historia; trazó estudios biográficos sin cuento y críticas bibliográficas; debatió asuntos muy varios, técnicos y científicos, y hasta se ensayó en el drama y la poesía. Su estilo era más persuasivo que galano: no aspiraba á deslumbrar y cautivar, sino á convencer, y la honradez de la intención se comunicaba á la frase, clara, castiza, tersa y adecuada, sobre todo en los escritos históricos y biográficos, lo mejor sin duda de cuanto Vidart produjo. La palabra no era para él instrumento de arte, sino medio de expresar y dar á conocer la verdad, según al escribir la veía en su conciencia; pues Vidart, por la misma seriedad, libertad y sinceridad de sus convicciones, varió y *evolucionó* bastante; en política, desde el republicanismo á la dictadura autocrática, por la cual abogaba últimamente con muy ingeniosas y peregrinas razones; en literatura, desde el semi-romanticismo realista de su grande amigo Fernán Caballero, al naturalismo de Zola y de Tolstoy, de quienes había llegado á ser admirador ferviente; en filosofía, desde el pesimismo determinista á una especie de idealismo místico; de esta evolución final es buen testigo su edificante y cristiana muerte, con todos los Sacramentos de nuestra madre la iglesia, pedidos por él y recibidos con devoción profunda.

Las principales campañas sostenidas por Vidart son conocidas y algunas memorables. Fué, si no el primero – y quizás pudiera otorgársele la primacía, al menos entre los contemporáneos, – de los primeros defensores y abogados de la existencia de la llamada *filosofía española*, del caudal de investigación propia de nuestra nación, que debiera conocerse por *filosofía hispano-árabe;* idea que después robusteció con datos y pruebas el erudito Menéndez y Pelayo. A Vidart se debió en gran parte, si no en todo, la exhumación de nuestras olvidadas glorias militares y literarias á la vez, como el marqués de Santa Cruz de Marcenado. Las últimas polémicas de Vidart las ocasionó el centenario de Cristóbal Colón y la serie de conferencias que con tal motivo se pronunciaron en el Ateneo de Madrid. Indignaba á Vidart el error común de que á pretexto de Colón fuese acusada nuestra patria de atroz ingratitud y crueles tratos á un extranjero ilustre; y no creía que los derechos de la verdad deban sacrificarse en el altar de la poesía y la leyenda, y que las pinturas caprichosas y románticas de una figura histórica hayan de prevalecer eternamente. Novelistas y poetas disfrazados de historiadores, como Lamartine y Roselly de Lorgues, habían hecho de Colón un arcángel, un mártir, un santo, un inspirado y un ser fantástico y prodigioso; Vidart emprendió la tarea de ofrecer al público la efigie del Colón auténtico, siempre grande, pero á cuya grandeza hay que asociar nombres de héroes españoles, como los hermanos Pinzones, verbigracia. Aunque la opinión sustentada por Vidart fuese la de la mayoría de los doctos en la materia, la de Fernández Duro, el Padre Cappa, Oliveiro Martins, y también en el fondo la de Cánovas del Castillo, el haberse constituído Vidart en su más activo propalador y podemos decir vulgarizador, hizo que contra él se dirigiesen las sátiras, las diatribas y las insulsas chirigotas, reservadas á todo el que lucha con el *misoneismo* de la multitud. Alguna de estas flechas no enherboladas vino á caer dentro de mi huerto, por haberme yo arrimado al parecer de Fernández Duro y Vidart, y en general de los novísimos críticos de Colón, en mi conferencia sobre *Colón y los franciscanos;* y es indecible el buen humor con que comentábamos tales desahogos de la prensa menuda; porque Vidart, en confianza, era de alegre y benigna condición, á pesar de sus alardes pesimistas y sus teorías sobre el mal de la vida y la *infelicitá*.

El instinto de sociabilidad que dominaba en Vidart, le impulsó á intentar constituir en su casa, y bajo la égida de la señora de Vidart, excelente, virtuosa y finísima dama perteneciente á muy linajuda familia de Andalucía, lo que suele llamarse un salón literario. Tal intento fracasó por fin, y tenía que fracasar en estos tiempos de vanidad exasperada y de pretensiones desmedidas; pero Vidart, persona en extremo cortés, cumplido caballero á la antigua española en todas sus relaciones sociales, recibió un desengaño y jamás acertó á darse cuenta de por qué es hoy imposible reunir á treinta ó cuarenta personas para leer prosa ó versos y hablar de letras y artes, sin exponerse á treinta ó cuarenta serios disgustos. Y es que el ideal de Vidart era la asociación, la efusión, el compañerismo de la inteligencia, virtudes y hábitos que van desapareciendo en nuestra vida literaria, tan anárquicamente individualista. Así y todo, y á falta de salón, Vidart consiguió reunir muchos y muy leales amigos, á quienes su falta será doblemente sensible, puesto que en él veían un lazo de unión y en su casa un terreno franco y neutral donde se encontraban los que cultivan las mismas aficiones. Y en la tertulia de D. Juan Valera, tan reducida como atractiva, animada por la encantadora facundia y la amena sabiduría del autor de *Pepita Jiménez*, nuestros ojos buscarán siempre con inconsolable tristeza el sitio vacío del autor de *Letras y armas*.

Ya sabíamos que por ley natural le veríamos desaparecer, probablemente antes que nosotros, y sin embargo no nos acostumbramos á la idea de que aquel hombre de entendimiento tan vivaz y de tan fresco espíritu – aunque físicamente quebrantado por los achaques propios de la edad y por el ningún cuidado con que atendía á su salud, – no está ya entre nosotros, no vendrá á darnos su parecer sobre el libro más reciente, el último discurso, el drama estrenado ó la flamante teoría filosófica. Vidart era ante todo una inteligencia, un ser pensante, pero también el mejor de los amigos, el más afectuoso, y en mi casa y en algunas otras casas de Madrid su llegada era una fiesta y le querían hasta los perros... No es un modo de decir, no; uno de los rasgos de sensibilidad del excelente Vidart, rasgo transmitido quizás por Fernán Caballero, era el cariño que manifestaba á los pobres animales, nuestros *hermanos inferiores*. Me han dicho que la fatal caída que causó la muerte de Vidart, se debió al movimiento de inclinarse para acariciar en la calle á un mísero can abandonado, y no dudé ni un momento de la verdad de esta versión, reveladora de una nota típica en quien fué el más ardiente impugnador y acérrimo adversario de las corridas de toros.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

La escritura es satisfacción propia; la impresión, responsabilidad.

* * *

¿Qué es poesía? Una cosa que se rima, pero que no existe. ¿Y la verdad? Una cosa que existe, pero que no puede rimarse.

* * *

El gobernar debe ser una carga muy pesada, un oficio lleno de cuidados; y sin embargo, la historia consigna muy pocas abdicaciones. Debe, pues, haber algo aceptable y grato en la situación de los monarcas.

* * *

No vayas muy á menudo adonde quieras que te reciban bien.

* * *

Se equivocan los que dicen que el matrimonio no debe contraerse hasta que los dos interesados se conozcan bien. Aunque el noviazgo dure largos años, los que se casan no pueden conocerse hasta después de transcurrida la luna de miel.

* * *

Soy enemigo del realismo craso en materias de arte, pero hay casos en que también el idealismo me estorba. Citaré algunos ejemplos: en un puente de San Petersburgo hay cuatro caballos de bronce con cuatro estatuas que representan á otros tantos hombres desnudos. Esta desnudez que en un clima meridional me parecería conveniente y bella, no me parece ni lo uno ni lo otro en un país en donde sólo hace calor cuatro meses al año y en donde durante el invierno llega el frío á treinta grados bajo cero. Aquellos hombres vestidos en traje nacional me gustarían mucho más. Lo propio me sucede con el monumento que en la misma capital representa á Pedro el Grande con la cabeza descubierta y vestido con la toga romana: lo encuentro demasiado ideal. Vestido con el traje militar de su época, la figura de aquel soberano resultaría más realista, pero en mi concepto más conveniente. Y á propósito de este monumento diré que no me gustan ni poco ni mucho las estatuas ecuestres sobre un pequeño pedestal cuadrado, si el caballo aparece galopando ó encabritándose: siempre se me figura que el animal ha de dar un salto y que el jinete ha de romperse la crisma á consecuencia de la caída.

ANTONIO RUBINSTEIN

D. SEGISMUNDO MORET

D. SEGISMUNDO MORET

Si al terminar la labor cotidiana se acordase don Segismundo de cuanto ha estudiado, leído, dictado, discurrido, proyectado, expuesto, hablado y hecho durante el día, se volvería loco. No le basta el vapor, ni siquiera la electricidad: antes de terminar la carrera ya enseñaba Economía política y explicaba Instituciones de Hacienda en la Universidad Central, donde cursaba; apenas licenciado, ganó cátedra; fué elegido diputado sin haber cumplido la edad legal para sentarse en el Congreso, y fué ministro á los treinta y dos años. Es gaditano y no tiene acento ni siquiera dejo andaluz. Nació el 2 de junio de 1838; es abuelo y parece un joven. Antes llevaba bigote sedoso, fino, largo, popularizado y exagerado por la caricatura; ahora usa toda la barba, sin duda porque le falta tiempo para afeitarse, tarea que él mismo llevaba á cabo. Es alto de estatura, cara pequeña, facciones delicadas, algo calvo, escaso de carnes, apuesto, elegante por naturaleza, sin que tenga necesidad de poner nada de su parte para serlo y parecerlo. Si comprase una levita en el Rastro y con ella vistiera su cuerpo, entallaría como si la hubiese cortado el mejor sastre.

Se levanta muy temprano y baja á su despacho, compuesto de dos piezas: tiene la principal ventana á la calle y hay en ella una biblioteca tallada en Vitoria, acabada imitación del antiguo, que á la primera mirada revela que su dueño tiene los libros para leerlos y manosearlos, no como adorno. En un cabalete se ve un retrato de un niño, en el que no pueden fijarse los ojos del Sr. Moret sin humedecerse, porque le recuerda al hijo querido que le arrebató esa terrible enfermedad que se llama difteria. Contigua á esta pieza hay otra con sencilla estantería y muchos libros, en la cual trabajan sus auxiliares, de quienes tiene absoluta necesidad, en particular de taquígrafos, porque padece esa enfermedad que á veces ataca á los escritores dificultándoles el movimiento de los músculos de la mano derecha para el manejo de la pluma. Puede escribir arqueando algo el brazo, y aun firma con soltura, pero reduce el Segismundo Moret y Prendergast á una S y el apellido paterno y la rúbrica á un fino trazo, porque no tiene tiempo para más. Un detalle: la casa donde vive, en la calle de doña Blanca de Navarra, tiene la fachada al Norte; y teniendo en cuenta la dureza del clima de Madrid en invierno, es de suponer que el arquitecto también dió al despacho aquella orientación para que las heladas disminuyeran los hervores de la fantasía del propietario, siempre en ebullición.

Moret es el prototipo de los librecambistas, y no hay asociación de tal carácter de la que no sea miembro, ni *meeting* en el que no tome parte para exponer y defender con apasionamiento las excelencias de la escuela de Manchester y de las teorías de Cobden. Los proteccionistas saltan de ira en cuanto se habla de él, en quien creen tener un enemigo irreconciliable, porque ignoran que si las palabras de D. Segismundo son muy librecambistas, cuando llega la ocasión, esto es, cuando se encuentra delante de la realidad, procede como un proteccionista convencido. Sabemos de un concurso que se declaró desierto, y al reproducirse el anuncio dispuso el señor Moret, entonces ministro de la Gobernación, que se excluyese á las casas extranjeras para que sólo pudiese concurrir la industria nacional. Obra suya es la disposición que tanto favorece á la ganadería mandando que no se pueda destinar al consumo ninguna res procedente del extranjero sin que antes hayan transcurrido diez días para que descanse y se reponga, orden que si no fuese burlada en las fronteras y en nuestros puertos aseguraría casi en absoluto nuestros mercados á los ganaderos españoles. Otros hechos podríamos citar que recuerdan que el Sr. Moret, como todos los hombres que verdaderamente tienen talento, deja la tesis para los discursos y se rinde ante la evidencia de los hechos. Para nosotros sobran los discursos, pero peor fuera que sobraran los discursos y las obras. El fué quien siendo ministro de Estado dió á la Exposición de Barcelona las proporciones de un acontecimiento internacional preparando la representación de todas las potencias por medio de sus escuadras fondeadas en las aguas de la capital de Cataluña; y Moret no vió la Exposición á cuyo esplendor tanto había contribuído; y no la vió receloso del concepto que de él tienen los proteccionistas. No sabemos que los catalanes le instaran para que les visitara. Fiaríamos la resolución de una cuestión económica al Sr. Moret en el silencio y reposo del gabinete, pero jamás en el Parlamento, ni siquiera formando parte de una comisión, porque cuando habla ó discute en público se siente dominado por la idea librecambista; pero en el aislamiento del despacho suele resultar proteccionista, y á veces muy proteccionista.



D. Segismundo Moret

Si como tiene memoria y entendimiento tuviese voluntad, sería el primero de nuestros hombres de Estado; si en sus discursos se percibiesen las vibraciones del acero alternando con el canto de los pájaros y los murmullos del arroyo y el susurro de las auras, sería el primero de nuestros oradores. Nuevo yo en el Congreso, me dijo una tarde D. Víctor Balaguer: «Oiga usted á Moret, que posee la palabra más hermosa del Parlamento.» No me atreví á darle crédito, porque allí estaban, entre otros, Castelar, Cánovas y Martos. Tenía enfrente á D. Segismundo, que se sentaba á la izquierda, en el grupo de los demócratas; levantóse, y al destacarse su elevada y gallarda figura parecióme que en vez de la levita cruzada hubiera debido llevar el vistoso y elegante traje veneciano del siglo XVI. Si hay orador capaz de no sentirse emocionado ante el Congreso, cosa que dudo, este es Moret, quien comienza sus discursos con naturalidad; mueve la cabeza á derecha é izquierda para que su palabra llegue á todos los lados de la Cámara y sea este movimiento cortés saludo, y su voz sonora y grata al oído domina los sentidos antes que los conceptos hieran las inteligencias. De actitud siempre reposada y mímica sobria, es elocuente sin esfuerzo y lo sería aunque se empeñase en no serlo. La dicción es limpia; la pronunciación rápida, sin que las palabras salgan atropelladas, ni siquiera en los momentos en que es la desesperación de los taquígrafos; y en los períodos de más calor se limita á pasear la mirada por la Cámara y á un acentuado movimiento del brazo derecho. Cuando le interrumpen, calla y agita pausadamente la mano anunciando la réplica, que es espontánea y pronta. Hay en su oratoria la dulzura del Petrarca, la suavidad de Menéndez Valdés, pero no los arranques de Herrera. Faltan en ella, lo que no impide que sea su palabra la más hermosa de nuestro Parlamento. Pero la prodiga demasiado, y á eso se debe que no siempre dejen los diputados los pasillos por oirle cuando se levanta á hablar. Si se limitase á pronunciar un par de discursos cada legislatura, no quedaría un escaño vacío en el salón de sesiones ni un asiento sin ocupar en las tribunas, y sería necesaria la intervención de los agentes de la autoridad para mantener el orden entre el público, que esperaría turno para ocupar un hueco y oirle.

Pero Moret habla siempre y en cualquier ocasión, porque siempre está preparado para pronunciar un gran discurso. Ha sido ministro de Ultramar, de Hacienda, de Estado, de Gobernación y de Fomento, siendo el de Gracia y Justicia el único ministerio civil que no ha dirigido. Si le pusiesen al frente de los deparmentos de Guerra ó Marina, á los pocos días hablaría de estrategia y táctica con los generales, de fortificación y castrametación con los ingenieros, de balística con los artilleros, de los últimos adelantos de la ciencia de curar y de la higiene con el cuerpo de Sanidad Militar, de la alimentación, precios y transportes con los oficiales de Administración; discurriría sobre las campañas antiguas y modernas, desde las de Phyrro, Aníbal, Alejandro Magno y César, á las de Gonzalo de Córdoba, Carlos V, Napoleón y Moltke; á los marinos les expondría las teorías astronómicas, las meteorológicas, los últimos adelantos realizados en construcciones navales, disertaría sobre el problema del proyectil y la coraza, y á todos asombraría; si bien es difícil predecir si tras tanta teoría y derroche de erudición las cosas seguirían mejor ó peor que antes.

Moret inició la evolución de la democracia hacia la monarquía después de la Restauración, exponiendo con conmovedora elocuencia el estado de ánimo de la gente del campo y de las villas, deseosa de paz para pedir al trabajo el bienestar y la prosperidad. Se ha pasado la vida saltando de un lado á otro dentro del campo liberal, y no es de extrañar que cuando el duque de la Torre, empujado por todos los que estaban descontentos de Sagasta, tuvo ó le sugirieron la desdichada idea de formar la izquierda, Moret sentase plaza en el conato de nuevo partido, porque le fascina y atrae cuanto es agitación y novedad. Fué ministro de la Gobernación, pero cuando llegó el momento crítico de disolver las Cortes y hacer nuevas elecciones, fué sincero y se negó á hacerlas comprendiendo que la izquierda era una ficción sin personal ni arraigo. No quiso perturbar al país, y en esta resolución, que algunos le han criticado, demostró cualidades de hombre de Estado. Volvió á Sagasta, á quien le va muy bien con D. Segismundo, porque es hombre dúctil que en cada bolsillo halla una fórmula para salir del paso é ir tirando bien ó mal, y eso no tiene precio para D. Práxedes. Luego siempre está dispuesto á pronunciar un gran discurso sea cual fuere la cuestión, y un ministro así es de gran utilidad, casi irreemplazable, dado el abuso del sistema parlamentario, que ya llega á charlamentario. En una crisis parcial presentó D. Práxedes el ministerio al Congreso, y como estuviesen de humor batallador las oposiciones, se empeñaron en discutir en el acto y lo lograron. «Señor Moret, debió decirle su jefe, el uniforme me sofoca más que el empeño de esos señores diputados en tirarnos de la lengua, y voy á quitármelo. Aquí queda usted.» D. Segismundo hizo frente á todo y á todos, y pronunció no recordamos cuantos discursos con gran derroche de elocuencia y de sudor, porque el día era caluroso y es sabido que la transpiración aumenta cuando se habla en público; y como las oposiciones no le dieron tiempo para cambiar la casaca de ministro por la levita, á pesar de que aquélla era de invierno, porque no se tiene un uniforme para cada estación, cuando el Sr. Moret pudo refugiarse en el saloncito de los ministros y mudar de ropa, se encontró convertido en un cangrejo,

teñida de rojo la camisa y también la piel, gracias al forro encarnado.

Es un ministro parlamentario en toda la extensión de la palabra, pero en el silencio del gabinete le perjudica lo que en las Cortes le favorece: la exuberancia de imaginación y de proyectos, que apenas concebidos salen empujados por los que vienen detrás y se evaporan al contacto del aire. Me decía uno que ha sido director general siendo él ministro: «A Moret no le asusta el trabajo y va por las mañanas al ministerio, cosa rara dadas las costumbres de Madrid. Si tuviese buenos auxiliares sería un gran ministro, porque necesita quien recoja sus ideas, deseche las fantásticas y dé forma á las prácticas. Con sus proyectos le pasa lo que á los millonarios, que por tener mucho dinero no dan importancia á cantidades que para otros la tienen grande, y los entrega al que los recoge, sin encariñarse con ellos. Cuando me llamaba para exponerme algún pensamiento, procuraba enterarme bien de cuanto me decía, y luego me fijaba en lo que me parecía factible y desarrollaba el plan, prescindiendo en absoluto de todo lo que creía fantástico. Entregaba las cuartillas á D. Segismundo, quien se las llevaba á su casa, las leía, llamaba al taquígrafo y le dictaba lo que él pensaba que debía ser el proyecto. Al día siguiente sonaba el timbre de mi despacho, á veces poco después de mediodía, que es cuando se almuerza en Madrid, y acudía al del ministro, que me daba las cuartillas que acababa de dictar al taquígrafo. Las leía, aceptaba lo factible, redactaba un nuevo proyecto y este era siempre el que prevalecía sin ningún esfuerzo de mi parte, lo que prueba que el Sr. Moret no es una medianía, porque estas suelen ser tercas, y en cuanto se les ocurre una idea no admiten que pueda necesitar enmienda. ¡Ah, si D. Segismundo tuviese buenos auxiliares!»

Su nombre está unido á la abolición de la esclavitud en Puerto Rico y en Cuba, y aunque más no hubiera hecho, bastaría tal obra para que la memoria del hombre que á ella ha contribuído se guardase con respeto. Los discursos de Moret llenarían una biblioteca si se coleccionaran; pero á hablar se ha limitado y es poco lo que ha escrito, lo que no le ha impedido ser nombrado académico de la lengua, elección que se debe á sus méritos, pero en particular á la circunstancia de haber contribuído como ministro de Fomento á la terminación del palacio en que se aloja la sabia corporación que limpia, fija y da esplendor al habla castellana. Jamás se ha fundido en absoluto en ningún partido, pues siempre ha guardado algo propio; pero aunque ha logrado muchas veces formar grupo, al poco tiempo lo ha visto reducido á grupito, porque es refractario á las menudencias de la política, que son la soldada que reciben los que siguen á los jefes sueltos, y no tiene temperamento para oir impertinencias y majaderías ni para librar batallas por un destino. Siendo ministro de la Gobernación pasó el verano y el otoño encerrado en su despacho trabajando, proyectando y evitando á los diputados, que se vengaron al abrirse las Cortes derrotándole en las secciones y obligándole á dimitir. Ha aplicado á su morada todos los adelantos de la higiene; viaja como si el vagón fuera un aposento de su casa; duerme en el tren, y al apearse ya está dispuesto á ocuparse en agricultura si ha ido á sus posesiones de Extremadura, ó á pronunciar un discurso si es Zaragoza el término de su viaje, no siendo cosa rara que al transmitirlo el telégrafo á Madrid sonrían los que lo leen y digan: «¡Qué Moret!» Se cuenta que cuando fué nombrado embajador en Londres no sabía el inglés, se propuso hablarlo al llegar á Inglaterra y logró su propósito. Son varios los idiomas que posee, circunstancia que le permite hacer buen papel en el ministerio de Estado ante el cuerpo diplomático. Es cortés, correcto, tiene mil fórmulas para decir sí, pero aún no ha hallado una para decir no, lo que con frecuencia le crea compromisos, le pone en apuros y le da disgustos. No sé que le entusiasmen las Bellas Artes, y si le entusiasman no lo demuestra. Si hubiese aplicado su poderosa fantasía á la literatura, á la pintura, á la música, hubiera producido obras maestras; la ha aplicado á la política, á la economía, á las cuestiones sociales, á la hacienda, y sus creaciones resultan más ricas de color que sólidas, que es la principal cualidad que debieran tener. Moret se ha empeñado en fumar y de vez en cuando enciende algún cigarrillo y por excepción un habano, pero sólo logra echar humo como si echara proyectos. Por ser muy artista no es un gran político, y por ser muy político no es un gran artista.

Teodoro Baró



Las salas Borgia del Vaticano recientemente restauradas
El Papa Alejandro VI,
cuadro de Pinturicchio que representa la resurrección de Jesucristo

LOS GOLPES

Era más de la una de la noche, y Tomasín, el chico de la portera de mi casa, en su cuarto situado en un rincón del estrecho patio no cesaba de dar golpes y más golpes, clavando y aserrando madera. La hora era intempestiva y el silencio de la noche acrecentaba el ruido; yo estaba escribiendo entonces un tratado de Filosofía positiva para un concurso, y para concentrar mis ideas escribía cuando los demás dormían, es decir, desde la una de la noche hasta las seis de la mañana. Pero los golpes no me dejaban escribir y me ponían nervioso. Abrí la ventana á riesgo de tomar una pulmonía, pues estábamos en diciembre, y grité como un desesperado:

«Tomasín, endiablado, ¿quieres hacer el favor de no clavar á estas horas?..»

Cesaron los golpes y yo continué escribiendo: ... *si bien las operaciones de la conciencia humana tienden al egoísmo como los ríos al mar, no pudiéndose admitir la opinión de los panteístas y de los idealistas que los fundamentos de la moral basan fuera del hombre... El escepticismo más elevado consiste en colocar el Yo en el cielo... Büchner, Moleschott, Straus, Uberweg, Augusto Comte el creador del altruismo...* Y continué escribiendo unos diez minutos hasta que de nuevo comenzó Tomasín con los golpes, con el clavar y aserrar.

No pude sufrir más; resuelto á hacer callar al chico por buenas ó por malas, me abrigué lo mejor que pude, bajé al patio y entré bruscamente en el cuartucho de Tomasín.

–¿Quieres concluir ya?, le grité sacudiéndole por las espaldas.

Tomasín se volvió pausadamente hacia mí, sin mostrar temor alguno, y mirándome fijamente, sin expresión en las pupilas, contestó con acento entre dulce y melancólico:

–Ya casi he concluído, señorito.

–Pero ¿qué diablos estás haciendo, chiquillo, la horca en que has de morir?..

–No, señor, me respondió; estoy haciendo la cruz para mi pobre madre...

–¿Se ha muerto?

–Sí, señorito, la semana pasada, en el hospital... Yo creí que lo sabía usted. Los vecinos lo saben... Fuí á verla al anochecer y llegué á tiempo..., me abrazó llorando, llorando, me besó y después se quedó fría, helada... y yo estoy aquí solo, solo...

–Bien, bien, le dije con cierta emoción; pero ¿no lo puedes hacer de día y no á estas horas?..

–Ya está casi concluída, señorito, mire usted.

Y me enseñó una cruz, toscamente unida, hecha con las patas del catre, pues el chico no tenía otra madera.

–Quisiera pintarla de negro, pero no tengo cuartos ni pintura.

Y me enternecí hasta el punto de decirle:

–Mañana te daré medio duro.

–Gracias, señorito, compraré la pintura y lo que sobre será para el señor cura, para que diga una misa por mi madre.

Las lágrimas que asomaban á mis ojos me obligaron á salir precipitadamente del cuartucho, y cuando estaba ya en el patio Tomasín me llamó diciéndome:

–Señorito, tengo que pedirle un favor.

–Di.

–Que me deje usted concluir la cruz esta noche..., corre prisa, señorito; mañana es domingo y quisiera ir al cementerio á llevarla concluída.

No podía negarme á ello; concedíle el permiso para dar golpes y subí á mi cuarto.

Aquella escena había puesto mis nervios á prueba. No podía dormir y me puse á escribir:

.. *La impulsividad de todas nuestras acciones, la causa impelente de nuestros deberes, de nuestros sacrificios mismos, ¿á quién puede exigirse sino al sujeto mismo? Lange observa acertadamente...*

Los golpes que daba Tomasín me distraían y hacían escapar mis ideas. Hice un esfuerzo y continué:

... *Lange observa acertadamente que el mundo de los átomos y de sus vibraciones le parece un mundo extraño y frío; la metafísica, y por tanto todo concepto de providencia y de inmortalidad del alma serían proyecciones del Yo en el cielo ..*

Los golpes de Tomasín me hacían desvariar; no sabía lo que escribía; pero el estado de mis nervios me impulsaba á escribir y seguí: ... *Hasta que no digamos que espíritu, alma, conciencia, son palabras abstractas destinadas para distinguir uno de los momentos más emergentes de una organización que se llama vida...* (Tomasín golpeaba y clavaba á más no poder) *...no daremos un paso adelante. No hay fenómenos sino en la vida misma, y nada puede producirse sino por vía de las combinaciones orgánicas, de donde procede la vida... Estas combinaciones están esencialmente subordinadas á la existencia...*

Sin poder coordinar una idea, con una tensión de nervios que no podía dominar, sin saber lo que escribía, dejé de escribir y recosté mi cabeza sobre la cuartilla.

Los latidos de mi corazón se acompasaban con los golpes de Tomasín.

Al fin me dormí, ó mejor dicho, tuve una pesadilla; veía á Tomasín concluyendo la cruz, pintándola de negro; la cruz crecía, crecía, llegaba al cielo, majestuosa, sublime. Y en el fondo, indeciso, confuso y obscuro, veía una horca inmensa al pie de la cual se leía: *Proyecciones del yo.*

El eco repetía las palabras, Egoísmo, Maldad, Interés...

Decididamente era una pesadilla.

Cuando desperté era ya de día. No se oían los golpes de Tomasín; sin duda había terminado ya su cruz. Me acordé de la promesa del medio duro, abrí la

ventana, llamé á Tomasín que salió al patio y le arrojé el medio duro envuelto en un papel.

– Gracias, señorito, me dijo. Mire usted, añadió señalando á un rincón del patio, allí está la cruz acabada ya y pintada, porque un vecino me ha dado la pintura... Estos diez reales son para decir misa por el alma de mi madre; gracias, señorito, voy corriendo á llevar la cruz; hasta luego.

Cerré la ventana, y algo más despejado con el aire frío de la mañana, quise continuar escribiendo. Para cambiar mis ideas, cogí una cuartilla limpia y escribí en ella con grandes letras: *Libro primero. Capítulo primero.*

Pero en vano traté de continuar; las ideas se escapaban de mi mente sin condensarse ni tomar forma alguna, mis párpados se cerraban, la sangre afluía á mi cabeza hasta sentir en mi cerebro los golpes de Tomasín. Tiré las cuartillas y la pluma y me acosté tapándome la cabeza con la manta.



LAS SALAS BORGIA DEL VATICANO RECIENTEMENTE RESTAURADAS. – DETALLE DEL CUADRO DE PINTURICCHIO «LA MÚSICA»

Pasaron cuatro meses desde aquella famosa noche de los golpes; Tomasín está contento al parecer, y canta y silba tratando de enseñar á un sinsonte que le han regalado. En mi libro no he podido pasar del título; abandono el asunto y la idea.

Con la estación volvieron las amapolas y las golondrinas; la primavera adorna los campos, inundando de luz el cementerio y las solitarias cruces. En cambio yo sufro una tristeza que no puedo desechar, que me envuelve como niebla de noviembre y paraliza mi pensamiento; para mí no hay ya cosa que renazca ni muera. El todo se me muestra delante, impasible en su inmensa grandeza que gira y gira sobre el mismo eje.

Hace pocos días llamé al médico y le dije:

– Doctor, creo que estoy enfermo, pero no puedo ni acierto á explicar lo que siento... Tengo algo aquí, y le señalé á mi corazón.

– Veamos, veamos, dijo el doctor.

Me pulsó; no tenía fiebre. La pulsación era normal. Después me hizo desabrochar la americana y el chaleco, y aplicó el oído á mi corazón. Así estuvo un buen rato. Al fin le dije:

– Doctor, dígame usted la verdad, ¿oye usted algo extraño?

– Psh... Sí, dijo el doctor; oigo los latidos así... como si dieran con un martillo..., como si fueran golpes...

– Ya sé lo que es, doctor, dije interrumpiéndole.

M. J. QUINTANA

PLAYAS MUNDANAS

No importa el galicismo, si este epígrafe indica exactamente el contenido de mi crónica. Es imposible estudiar las costumbres de las modernas sociedades, sin emigrar, de julio á octubre, á las regiones alpinas, á los establecimientos termales ó á las playas que la moda impone al mundo elegante como estaciones veraniegas.

Las personas que por causas diversas se ven obligadas á permanecer en las ciudades durante la canícula, caen en desgracia ante la sociedad mundana. Muchos se acusan de faltar á la costumbre consagrada por la moda, como si faltasen á todas las leyes humanas y divinas, y acumulan razones más ó menos plausibles para hacerse absolver del crimen de lesa elegancia.

Los felices mortales á quienes las ocupaciones ó la escasez de medios no tienen encadenados en la oficina ó en la reclusión inevitable de su domicilio, toman el tren, sea sud-expreso ó el vulgarmente denomina-



LAS SALAS BORGIA DEL VATICANO RECIENTEMENTE RESTAURADAS. – SANTA CATALINA ANTE EL EMPERADOR MÁXIMO, cuadro de Pinturicchio que forma parte de la serie titulada «Vida de los Santos»

do tren *botijo,* cuando llega el momento de la dispersión general.

Acabo de visitar varias playas de moda, y en cada una de ellas he observado, entre circunstancias comunes, particularidades distintas, propias de las costumbres de cada país.

He visto á los bilbaínos bañarse en las Arenas y en Portugalete, esas dos magníficas playas divididas por la desembocadura del Nervión, bordadas de *chalets* y bonitos hoteles, servidas por un ferrocarril y dos tranvías eléctricos que las tienen en continua comunicación con la capital vizcaína, frecuentada por ricas familias españolas é inglesas, cuyo veraneo se ve libre de los inconvenientes que trae consigo la vida mundana, impuesta en otras playas por los modernos casinos. La elegante colonia asiste al sacrificio de la misa después del desayuno, y toma su baño antes del almuerzo. No le son desconocidos los preceptos de la higiene para el caso. Sabe que la temperatura del agua del mar sigue hasta cierto punto las variaciones de la temperatura atmosférica, pero que jamás se eleva ni baja tanto. Sabe que el mar posee propiedades electro-magnéticas, y que el análisis da los siguientes elementos en un litro de agua del Océano Cantábrico:

Acido carbónico.	0,230
Cloruro de sodio.	28,000
Cloruro de magnesia.	5,853
Sulfato de magnesia.	6,456
Sulfato de cal.	0,150
Carbonato de magnesia y de cal. .	0,200

En algunas playas mundanas, como las de San Sebastián, Biarritz y Dieppe, hay cincuenta espectadores por cada bañista. En Portugalete y en las Arenas todo el que acude á la playa es para zambullirse en el mar, ó para acompañar y servir de vigilante y preceptista al que se baña. Diríase que los allí reunidos forman una sola familia: ¡tan patriarcales costumbres se observan! Nada de líneas divisorias entre ambos sexos. A ningún hombre le choca que una muchacha se le acerque en el agua á suplicarle que le enseñe á nadar. El traje de baño es una especie de uniforme que establece entre todos los que lo visten un compañerismo semejante al que existe entre los soldados de un mismo cuerpo. Allí hombres y mujeres pertenecen al cuerpo de nadadores, sin oficialidad ni jerarquías, todos soldados rasos, todos iguales. La única superioridad está en saber nadar. El buen nadador produce admiración y envidia. Por esto no es raro ver que una mujer se le acerque á suplicarle con una sencillez y una naturalidad propias de camaradas:

«¡Enséñeme usted á nadar!»

Los preceptistas no se muestran nunca avaros de recomendaciones.

«Ya sabe usted que no es indiferente bañarse de un modo cualquiera – dicen al que ven dispuesto á echarse al agua. – ¿Es usted nadador?.. Pues métase usted de cabeza. Es el mejor método, puesto que evita las congestiones cerebrales y pulmonares. ¿No sabe usted nadar?.. Pues sumerja rápidamente el cuerpo en el mar, hasta el cuello; método bastante bueno también, por cuanto evita las sensaciones penosas y repetidas de un frío vivo.»

Y el filantrópico consejero les grita á las mujeres que entran lenta y progresivamente en el agua:

«¡Ese método es muy malo! ¿No ven ustedes que así se entrecortan la respiración y la voz, mediante un estado convulsivo ó espasmódico de la caja del pecho, que se produce al llegar el agua á la boca del estómago? Se exponen ustedes á males de cabeza, á odontalgias, á fluxiones... Sumérjanse rápidamente hasta el cuello, y mójense en seguida la cabeza.»

Y como es frecuente que los niños se diviertan entrando y saliendo repetidas veces del agua, el preceptista se encara irritado con las personas encargadas de su custodia:

«Eso es peligrosísimo. De esa manera, ni las reacciones son todo lo enérgicas que deben ser, ni se da tiempo á que éstas corran y completen la marcha ó curso natural que tienen. Muchos trastornos resultan de eso.»

No teniendo ya nadie á su alcance para continuar sus preceptos, uno de esos buenos mentores de la playa de Portugalete me detuvo para decirme, en el momento en que iba yo á meterme en el agua:

«Ya sabe usted que en el acto del baño es muy útil y conveniente agitarse, frotarse, andar en continuo movimiento, para dar más tiempo á la absorción y retardar la venida del segundo frío de tercer período, lo cual es muy importante, pues el calor de la reacción que se sigue es entonces más vivo y animado. Los principales preceptos para el uso de los baños...»

Lo dejé con la palabra en la boca, precipitándome en el mar. Cinco minutos después lo vi gesticular con otro bañista, á quien estaría explicando los preceptos que era del caso tener presentes.

Como en San Sebastián y en las playas de Bélgica y Holanda, se halla establecido en Portugalete y las Arenas el sistema de casetas montadas sobre ruedas, que robustos bueyes acercan ó apartan de la orilla según las mareas, para mayor comodidad de los bañistas.

***

Tomé en Bilbao el expreso de la tarde, que llega á las ocho á Durango, de donde salí el día siguiente para San Sebastián por esa espantosa vía de Zumárraga que el vulgo ha dado en llamar *ferrocarril de la muerte,* serie no interrumpida de trincheras, calzadas y túneles; revueltas al borde de abismos; puentes y viaductos de inmensa altura; curvas tan rápidas que hacen pasar la máquina por el lado del furgón de cola; subidas que exigen una locomotora para cada dos vagones; bajadas por las cuales se precipita el tren con loca rapidez, como si realmente fuese á despeñarnos en el supremo salto de la muerte.

Por esta vez llegamos con vida á Zumárraga, donde tomé el expreso procedente de Madrid, que en hora y cuarto me llevó á San Sebastián.

Aunque mi última visita á esta hermosa ciudad databa de pocos años, la encontré ahora desconocida, sorprendiéndome en el espacioso ensanche de Amara el paseo de los Fueros; en el ensanche de la Zurriola, el de Salamanca, que termina en el rompeolas; el túnel del Antiguo y sobre él el real palacio de Miramar; los magníficos hoteles y *chalets* que por doquier se han levantado.



LAS PLAYAS MUNDANAS. – LA PLAYA DE BIARRITZ (de fotografía)

El aseo y limpieza de la población, lo bien atendida que está en todos los ramos que abarca la administración municipal, sus hermosos y bien cuidados edificios, su situación y su clima, y sobre todo su playa incomparable, explican el rápido desenvolvimiento de la capital donostiarra y el favor que le prestan la corte, gran parte de la nobleza y una elegante sociedad cosmopolita que la han elegido para residencia de verano.

La playa de San Sebastián, con su grande extensión, su limpia arena, su igual y suavísima pendiente es acreedora al título de *sin rival* que le dan los hijos del país. Merecida es también la predilección de que goza entre los aficionados á los baños de mar, pues la naturaleza y el hombre se han puesto de acuerdo para reunir en ella cuantas comodidades pueda apetecer el bañista. Diferentes rampas adoquinadas facilitan su comunicación con el paseo de la Concha, y grandes y pequeños establecimientos rivalizan en baratura y *confort* para satisfacción de sus clientes.

En la playa se colocan infinidad de casetas montadas sobre ruedas para que puedan ser conducidas hasta la orilla del agua durante la baja mar, y así el servicio de que están provistas como el que prestan los bañeros es inmejorable.

En el centro de la misma playa se halla instalado su grandioso establecimiento, que es el punto de reunión favorito de la colonia veraniega durante las horas destinadas al baño. La animación que reina en el espacioso salón central y la comodidad con que los curiosos presencian desde las galerías laterales el divertido espectáculo del mar con sus numerosos bañistas constituyen un poderoso atractivo para todo el que destina un rato al solaz y esparcimiento de la vida de la playa.

Los niños, descalzos, juegan al borde del agua, oponiendo acá y acullá muros de arena á las olas invasoras.

Las muchachas, con trajes claros de muselina ó de percal y con sombrillas de vivos colores, forman graciosos grupos, sentadas en la arena, ó se pasean libremente, sin escoltas de mamás, charlando con transportes de alegría, radiantes de gracia y juventud. Alguna solitaria se abisma en la lectura de tal ó cual novela ó en la muda contemplación del horizonte infinito. ¿Quién es capaz de adivinar lo que piensa un alma soñadora? Las de instintos caseros y económicos llevan á la playa su cesta de labor y se pasan la mañana bordando ó haciendo *crochet.*

Son muy pocas las que van acompañadas de novio. Esto está reñido con la libertad que reina en la vida de playa. El matrimonio parece estar divorciado con la moda. Sin embargo, se encuentra de vez en cuando alguna chica que se casa. Lo que no se encuentra es ninguna que tenga novio.

La elegante colonia veraniega de San Sebastián se reune invariablemente cinco ó seis veces al día: á las doce en el Bulevard, á las cinco en el parque de Alderdi-eder, oyendo la música del Casino; á las siete en el paseo de la Concha, á las nueve otra vez en el Bulevard, donde toca la banda municipal, y á las diez nuevamente en el parque de Alderdi-eder ó en el Casino, en cuya terraza da excelentes conciertos la orquesta del suntuoso Kursaal.

Éste posee lujosas dependencias: salas de juego, lectura, esgrima, tiro, baños, café, restaurant y un grandioso salón de fiestas, donde se dan funciones dramáticas, conciertos y bailes, concurridos por la flor y nata de la colonia veraniega.

Encastillada en el palacio de Miramar, la familia real únicamente suele salir para ir al baño. A cien metros de distancia de las últimas casetas públicas, casi al extremo Oeste de la playa, se encuentra un elegante pabellón de estilo árabe, montado sobre rieles y sujeto por medio de fuertes cables á una máquina de vapor que lo deja rodar por un plano inclinado hasta la orilla del agua, ó lo aproxima á la anchurosa rampa por la cual se sube al paseo de la Concha. Cada mañana acude una multitud de curiosos á ver cómo se bañan las personas reales, y muchos se asombran de que en el agua no se distingan del común de los mortales.

Juan B. Enseñat

NUESTROS GRABADOS

Flor de un día, escultura de José Alcoverro. – Si bien es cierto que José Alcoverro ha logrado singularizarse modelando obras de grande aliento que pudiéramos considerar como manifestaciones del gran arte, no por eso se desdeña de ejecutar bonitos estudios, y especialmente esas esculturas que constituyen el más preciado adorno de los aristocráticos salones y de los gabinetes de los aficionados. Nuestros lectores ya conocen algunas producciones de este género por haberlas reproducido en las páginas de esta Revista, y habrán podido apreciar, por lo tanto, la habilidad y buen gusto de este artista, que con tanta inteligencia y éxito cultiva este difícil arte. *Flor de un día*, inspirada en la conocida producción dramática del mismo título, es una galana muestra de cuanto dejamos expuesto y de la clase de esculturas a que nos referimos.



Flor de un día, escultura de José Alcoverro

Salida de baile, cuadro de Ramiro Lorenzale. – La *Salida de baile* es una nueva y gallarda producción de Ramiro Lorenzale, digna compañera de otros cuadros de género que ha ejecutado este discreto artista, cuyo nombre no en balde recuerda el de su ilustre padre, á quien tanto debe el renacimiento artístico de nuestra ciudad en su primer período de evolución. El lienzo á que nos referimos, como todos los que produce, lleva impreso el sello especial que caracteriza á sus composiciones por la elegancia de líneas y la delicada armonía de tonos que las hace simpáticas y agradables, sin que su plasticismo las separe de las reglas que informan el concepto artístico. Así puede observarse en el cuadro que reproducimos, que cautiva por su belleza y por el estudio que revela.

El cántaro roto, cuadro de E. Patry.—No parece haberse inspirado el autor de este cuadro en la tan conocida fábula de *La lechera:* esa chiquilla que vierte abundantes lágrimas al contemplar roto el cántaro y derramado su contenido, no llora la pérdida de ilusiones que como la heroína de aquélla se forjara; su llanto es más conmovedor, es el llanto del que teme un castigo como consecuencia del accidente sufrido. Hay en aquel rostro verdadero desconsuelo y en su actitud completo abandono, y el pintor inglés ha sabido interpretar con gran acierto la desesperación de esa niña, haciendo de ella una figura en extremo interesante.

Las salas Borgia del Vaticano, obra de Pinturicchio.—Los que visitan los inestimables tesoros de los palacios del Vaticano podrán admirar en lo sucesivo una serie de salas hasta hoy inaccesibles y descuidadas y ahora convertidas en un museo en donde se guardan las obras maestras del gran Bernardino Betti, llamado el Pinturicchio, uno de los más geniales pintores del Renacimiento. La inauguración de estas salas, cuidadosamente restauradas y vueltas á su antiguo esplendor, ha sido un acontecimiento artístico realzado por la presencia del actual Pontífice S. S. León XIII, que tanto se ha interesado por la realización de esta obra, debida por completo á sus iniciativas y á sus esfuerzos. La restauración ha sido dirigida en la parte artística por el profesor Seitz y en la parte arquitectónica por el arquitecto conde Vespignani; uno y otro han llenado su cometido á satisfacción de los más exigentes. Como hemos dicho, las pinturas que adornan estas salas son de Bernardino Betti: nació éste en Perugia en 1454 y



Salida de baile, cuadro de Ramiro Lorenzale



DOBLE JUEGO, cuadro de Alonso Pérez (de fotografía de Braun Clement y C.ª, de Dornach y París)



MINUTOS DE ESPERA DURANTE LAS CARRERAS, cuadro de Francisco Miralles



Utilización de las cataratas del Niágara para la producción de fuerza eléctrica. Edificios donde se produce la fuerza eléctrica construídos junto al Niágara



Los cables eléctricos al través del canal en Tonowanda

murió en Siena á los 59 años de edad, después de una vida muy laboriosa durante la cual ganó honra y provecho no escasos, mereciendo especial protección de varios pontífices. Sus principales obras se encuentran en Roma, en Orvieto, en Perugia y en Spello, pequeña ciudad de Umbría que posee quizás la más bella y perfecta de cuantas produjo el Pinturicchio, cuales son los frescos de la capilla Baglione, en la iglesia de Santa María la Mayor. Las salas inauguradas que contienen las pinturas de Betti son cinco: la de la «Historia de la Virgen,» en donde está, entre otros, el cuadro de la *Resurrección de Jesús*, en el cual se ve al Pontífice Alejandro VI; la de la «Vida de los Santos,» en la que figura el lienzo que representa á *Santa Catalina ante el emperador Máximo;* la de las «Artes liberales y Ciencias,» que contiene el cuadro de *La Música;* la del «Credo» y la de las «Sibilas.» Los tres grabados que publicamos en las páginas 644 y 645 son reproducciones de las principales obras con que el famoso artista inmortalizó su nombre en las salas Borgia del Vaticano.

Doble juego, cuadro de Alonso Pérez.—Todas las composiciones de este distinguido pintor tienen un sello especialísimo que revelan desde luego una personalidad artística perfectamente acentuada: de ello habrán podido convencerse nuestros lectores admirando los varios lienzos de Alonso Pérez que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se han publicado. Todas tienen algo de picaresco, una intención que aumenta los atractivos que la labor técnica ofrece, como sucede en el que hoy reproducimos, escena perfectamente concebida y esmeradamente ejecutada que justifica de una manera cumplida el título de *Doble juego* con que la ha bautizado su autor.

Minutos de espera durante las carreras, cuadro de Francisco Miralles.—Animado como pocos es el espectáculo que presenta la *pelouse* de un hipódromo en día de carreras, cuando durante el descanso las elegantes damas y los apuestos *sportmen* se disponen á despachar la merienda que á prevención han traído en sus *mail-coatchs*, ó que les preparan en los bien surtidos *bars* que por todas partes brindan á los *gourmets* sus apetitosos manjares. Miralles, á quien pocos aventajan en la reproducción de escenas de la vida al aire libre del gran mundo, nos ha trazado en su cuadro ese espectáculo con la habilidad que le caracteriza, ofreciéndonos en su composición admirablemente dispuesta una colección de figuras bellísimas, graciosas, distinguidas, de esas que sólo se encuentran en las diversiones aristocráticas y que, como vulgarmente se dice, dan el tono en todas partes en donde se presentan.

Utilización de las cataratas del Niágara para la producción de fuerza eléctrica.—El próspero resultado de la utilización de la catarata del Niágara como fuerza motriz es uno de los más grandes hechos de la ingeniería moderna. El poder generador del enorme salto de agua se empezó á utilizar para objetos relativamente insignificantes, como la tracción de vehículos por calles y factorías, después de haber sido conducido con buen éxito por cables aéreos á la ciudad de Búffalo, distante veintisiete millas. La transmisión de esta fuerza en tan gran cantidad era una cosa en la que no se había pensado hasta hace pocos años, y hoy han surgido nuevos establecimientos industriales á lo largo de esta línea de cables.

Ahora que la línea está en lisonjero funcionamiento, sábese que la demanda de fuerza va aumentando. Los habitantes de Búffalo han solicitado la de 10.000 caballos, y se dice que la compañía explotadora está preparando el suministro de otros 10.000 anuales por espacio de cuatro años, lo que elevará el total á 40.000 caballos, ó sea el de ocho generadores.

Por lo que respecta á las grandes obras que se han tenido que realizar para conducir eléctricamente dicha fuerza hasta la mencionada ciudad, los grabados que publicamos dan aproximada idea de ellas.

La red protectora del puente de Ramingao.—Este puente, situado en la carretera de Niza á Menton sobre un barranco de 16 metros de profundidad, tiene una reputación siniestra: punto de unión de dos trozos de la carretera casi paralelos y con una pendiente de 8 por 100, forma ángulo recto con cada uno de ellos, por cual razón los coches y bicicletas que por aquel camino descienden, si no van muy bien frenados, bajan por allí de una manera desordenada, y no pudiendo dar la vuelta con la debida rapidez, chocan con el parapeto del puente y son precipitados en el barranco. De aquí que en menos de tres años, y á pesar de los postes indicativos que advierten del peligro, más de cien personas, veinte de ellas ciclistas, han resultado muertas unas y gravemente heridas otras. Aun cuando la administración de Puentes y Calzadas ha comenzado á rectificar aquel trozo de carretera, como el trabajo no quedará terminado hasta dentro de cuatro ó cinco años, el Touring Club de Francia, por consejo de M. Aubé, ingeniero de Puentes y Calzadas, y de M. Manigley, delegado de dicho club en Menton, ha hecho construir en aquel puente una red protectora, que reproducen los dos grabados que publicamos en la página 655, y que se compone de un fuerte armazón de hierro empotrado en la mampostería. Sobre el armazón va tendida una red de alambre muy resistente, cuya parte horizontal está al nivel superior del parapeto y forma un trapecio de 1'30 de alto, cuyas bases tienen 16 metros de longitud la interior y 13 la exterior; en toda la longitud de esta última se eleva una red vertical de un metro de altura y los lados están protegidos por redes triangulares. La construcción es bastante sólida para resistir el choque de dos caballos. Inauguróse la red el día 5 de abril, y cuatro días después un ciclista chocó con el parapeto, rompiéndose su máquina y siendo él lanzado á la red sin causarse el menor daño; posteriormente han ocurrido otros varios accidentes, pero todos los que los sufrieron resultaron ilesos gracias á esa instalación, cuyos iniciadores merecen, por lo mismo, el más entusiasta aplauso.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—MUNICH. – Entre los cuadros que figuraron en la última exposición de Bellas Artes y que han sido adquiridos por los varios museos de Alemania, está el de José Benlliure *Pasatiempo regio*, que ha comprado el Museo Municipal de Magdeburgo.

BUENOS AIRES. – La reputada fundición artística y fábrica nacional de medallas bonaerense de los Sres. Orzali, Bellagamba y C.ª ha acuñado una bonita medalla conmemorativa de la muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo, como prueba de confraternidad entre argentinos y españoles. En el anverso hay el busto muy parecido del ilustre estadista, al pie del cual están grabadas las fechas 8 *febrero* 1828 – 8 *agosto* 1897. En el reverso se lee la siguiente inscripción: *Los argentinos se adhieren á la pública protesta contra el asesinato del ilustre español que era un talento, un corazón y un carácter. – Buenos Aires. Agosto* 1897.

BASILEA. – En la ciudad de Basilea se están haciendo grandes preparativos para celebrar el septuagésimo aniversario del natalicio del celebrado pintor Arnoldo Boecklin y el cuarto centenario del de Hans Holbein el joven, que si bien no nació en aquella población, sino en Augsburgo, trasladóse á ella desde muy joven y en ella pintó la mayor parte de sus obras. En la Galería del Arte se habrá inaugurado el día 22 de septiembre una exposición de obras de Boecklin, que se cerrará en 24 de octubre, y para la cual se han reunido ochenta cuadros, la mitad casi de los que el artista ha pintado, procedentes de Austria, Alemania y Suiza. Al mismo tiempo se celebra en el Museo una exposición de obras de Holbein, originales y copias.

Teatros.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Palais Royal *La coupe et les levres*, drama lírico en cinco actos, adaptación del poema del mismo título de Alfredo de Muset, hecha por E. d' Harvilly, con música de Canoby; y en el Ateneo *Cabinet Piperlin*, opereta en tres actos de Raymond y Burani, música de Hervé. En la Comedia Francesa se ha representado con aplauso *La Vie de Boheme*, de Enrique Murger, arreglada á la escena por T. Barriére.

Madrid. – Han comenzado la temporada de invierno los teatros de la Princesa, Lara, Zarzuela, Apolo y Eslava. En el primero, en donde actúa la compañía de María A. Tubau, de la que forman parte la Sra. Alverá y los Sres. García Ortega y Mendiguchía, se ha estrenado con gran éxito un sainete en un acto y tres cuadros, en verso, de Ceferino Palencia titulado *Comediantes y toreros ó La Vicaría*.

Barcelona. – Con motivo de la colocación de la primera piedra del monumento que se erigirá al ilustre dramaturgo catalán D. Federico Soler *(Serafí Pitarra)* y para honrar la memoria de éste, se han celebrado dos funciones en los teatros Principal y Romea, poniéndose en escena en el primero *Las joyas de la Roser* y *Los cantis de Vilafranca*, y en el segundo *Batalla de Reynas* y *La mosca al nas*, producciones todas de aquel popular autor, que obtuvieron entusiastas aplausos.



Soportes de los cables formando recodo

Necrología. – Han fallecido:

José Meiners, compositor italiano, cuyas óperas obtuvieron gran éxito en otro tiempo.

Aquileo Postolakas, arqueólogo griego, uno de los mejores numismáticos modernos, director del Gabinete Numismático de Atenas.

Tomás Vallauri, notable filólogo, distinguido literato y eminente filósofo italiano.

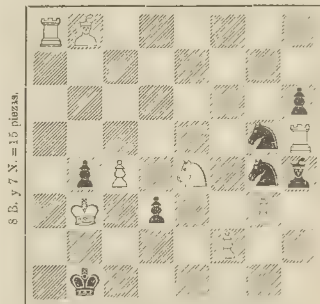
Juan Cristián Hirt, escultor muniquense, profesor y miembro de honor de la Academia de Artes Plásticas de Munich.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 89, POR JOSÉ BELTRÁN

(Dedicado á Alfredo Carreño)

NEGRAS



8 B. y 7 N. = 15 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 88, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. R 2 R	1. P C juega (*)
2. D c T D	2. P juega
3. D 8 T D jaque	3. R toma P ú otra.
4. D mate.	

(*) Si 1. P R juega; 2. C 5 A R, y 3. D toma T mate.



Has de saber que no la he vendido, sino que la he regalado ó poco menos

MI TIO JUAN

Novela original de José L'Hopital, ilustrada por Marchetti

PRIMER CUADRO. – LA BODA

I

–¡Pues bien!, exclamó la señora Chantavoine pasando por la puerta de la granja en su carricoche vacío, has de saber que no la he vendido, sino que la he regalado ó poco menos.

Y mientras Chantavoine cogía la brida del caballo, la mujer se apeó del vehículo, y después de mirar á su alrededor dijo dos palabras al oído del buen hombre, á fin de asegurarse de que nadie sino él sabría el mísero precio en que había vendido su ternera.

Chantavoine levantó los brazos con expresión de desaliento.

–¡No hay ya medio de criar terneras!, exclamó. ¡Y el trigo que se da por nada, y las orugas que cortan las remolachas! ¡No, ciertamente que no sé adónde iremos á parar, pues la agricultura produce bien poco!

–Y hay muchos que no han vendido, repuso la señora Chantavoine; y no es la mercancía lo que faltaba, pues no he visto muchas veces tantas terneras en la feria de Plessis. El muchacho de Flottard tenía una superior. ¡Pues bien, los mercaderes le despreciaban como á los demás!

–Si es así, ya no siento tanto haberme quedado en casa para cuidar del heno, sobre todo porque tengo algo nuevo que contarte.

–¿Es sobre el asunto?

Chantavoine guiñó los ojos con aire significativo, y su mujer, comprendiendo que se trataba de una conversación seria, dijo después de reflexionar un instante:

– Será preciso estar sentados para eso.

Y cogió del vehículo su cesto de provisiones, donde se hallaban amontonados varios paquetes de especias envueltas en papeles amarillos, sobrepuestos de un pedazo de carne sanguinolenta, y se dirigió hacia la casa, mientras el buen hombre desenganchaba el caballo y le conducía flemáticamente á la cuadra.

La granja de los Muriaux está situada en medio de una gran llanura y distante un kilómetro largo del pueblo y del castillo de Berneville. El campanario, muy agudo, forma punto de vista, y las sombrías espesuras del parque limitan el horizonte por el Oeste; pero en los demás puntos la llanura se extiende en toda la extensión que los ojos pueden alcanzar, tan lejos, que en tiempo muy claro es posible divisar en último término, hacia el Oriente, la aguja de piedra blanca de la iglesia de Plessis, distrito principal del cantón vecino. La llanura, fértil y bien cultivada, no está, como la de Beauce, indefinidamente desnuda y surcada por caminos rectos flanqueados de olmos retorcidos; es una meseta normanda con arboledas de bosque y manzanos, y los caminos que la cruzan serpenteando á través de los campos sembrados y de los islotes de verdura, más que caminos donde se corre ó se trabaja, parecen esas lánguidas avenidas de los jardines ingleses, donde se medita y se pasea perezosamente.

Largo tiempo hace que los Chantavoine viven allí; de padre á hijo son los arrendadores del castillo de Berneville, y el que cultiva actualmente la granja de los Muriaux no ha olvidado que fué bautizado el mismo día que el señor conde; pero no se vanagloría de ello delante de todo el mundo, porque, según dice, en el día de hoy hay muchos á quienes les importa un comino todo eso de bautismos y de condes.

Por lo demás, el padre Chantavoine es hombre muy honrado, buen agricultor, que goza de consideración en el país, y su mujer una excelente ama de gobierno que conoce bien el precio de los comestibles, es económica y nada avara para ella ni para los demás.

Sin divertirse nunca, y trabajando mucho, han aumentado los bienes que sus antecesores les dejaron; y dícese en el país que así en Plessis como en Berneville los Chantavoine tienen más de cuarenta acres de tierra suyos. También se asegura que sus tierras no son las menos bien cultivadas, y que siempre hay estiércol para ellas, mientras que los abonos químicos se emplean de preferencia en las del señor conde; pero como á éste se le paga siempre puntualmente, no dice nada, y hace bien.

Después de dar paja á su caballo, Chantavoine volvió hacia la casa, donde encontró á su mujer en la sala, sentada ante la gran mesa de haya maciza y mondando unos guisantes para la cena. Detrás de ella, varias cacerolas de cobre, bien alineadas, brillaban vivamente al reflejarse en ellas los rayos del sol ya en su ocaso, y en la alta chimenea algunos tizones, consumiéndose entre los dos morillos de hierro pulimentado, calentaban suavemente la caldera donde se cocían las patatas destinadas á los cerdos.

Marido y mujer permanecieron algún tiempo silenciosos, escuchando el tic-tac del reloj normando colocado contra la pared al extremo de la mesa, y cuyo péndulo de cobre, brillante como una moneda nueva de este metal, pasaba y repasaba con lánguido balanceo por delante de su ventanilla de cristal. Y antes de hablar los dos reflexionaron largamente; mientras un gato, acurrucado en un ángulo del hogar, observaba con interés el vuelo de las chispas que de vez en cuando se escapaban de los tizones, y en tanto que un perro mastín, apoyado en su cuarto trasero junto al amo, reposaba sobre las rodillas de éste su voluminosa cabeza de expresión honrada y su hocico con bigotes rígidos, en cierto modo semejantes á los de un viejo granadero.

La mujer fué la primera en romper el silencio.

– ¿Conque ha venido á verte aquí?, preguntó.

– Apenas hacía un cuarto de hora que te habías marchado, contestó el marido.

– Entonces... te habrá dicho que seguía en la misma idea. ¿No es verdad?

– Precisamente, y también me ha repetido que Coralia le convenía por completo.

– Creo muy bien á ese caballero. ¡Coralia!.. ¡Fácil es que le presenten mujeres como ella! Una joven de tal educación, que toca el piano que es una delicia oirla...

– Eso es lo que él dice: «No encontraré en Varencieres, ni en todo el país de los alrededores, otra joven que merezca ser mi esposa.»

– ¿Qué te parece? ¡Diríase que él es quien nos honra!

– ¡Diablo! Preciso es confesar que es más rico que nosotros. ¿Sabes tú que Desiré Muterel será dueño, solamente por parte de su madre, de cerca de cincuenta acres de tierra?

– Seguramente, seguramente...

– ¿Y que por parte de su difunto padre es también dueño del molino de Verdieres, sin contar diez hectáreas de prado en el Berneville Bajo?

– ¿Y qué más?

– Y además su casa de Varencieres, con sus dependencias de labranza que constituyen una nueva granja, todo ello construído con ladrillos y cubierto de pizarra. Allí hay cisternas, huertos, ganado y caballos... Te digo que no hay dos como él en todo el país.

La señora Chantavoine había concluído de mondar sus guisantes; apartó el plato que los contenía, fué á buscar en su cesto la carne y comenzó á cortarla en pedazos, los cuales echaba en una olla de hierro. El perro se acercó, el gato saltó sobre la mesa y los dos permanecieron inmóviles contemplando la carne, y para llamar la atención del ama, los dos comenzaron, el uno á roncar y el otro á gemir suavemente. Pero el ama estaba sin duda de mal humor, pues al cabo de un minuto cogió una rodilla y la arrojó á la cara del gato, que se lanzó fuera de un brinco, y largó un puntapié al otro suplicante, gritando:

– ¡Fuera de aquí, al patio!

Después, prosiguiendo en sus ocupaciones culinarias, volvió á romper el silencio.

– Bien veo, dijo, que se te ha metido en la cabeza ese matrimonio; pero á mí no me agrada el pretendiente.

– ¿Qué defecto le encuentras?

– Desprecia demasiado el mundo, habla por los codos y entiende en más asuntos de los necesarios. Diríase que no hay en el país nadie más que él. De los habitantes del castillo murmura porque son nobles; del cura porque, según dice, no se debe ya pensar en Dios; y á nosotros nos acusa de no conocer el cultivo á que nos dedicamos desde que vinimos al mundo. En fin, es hombre que de todo tiene que decir. ¿Y qué edad tiene? Veinticinco años. A mí, francamente, me inspira lástima.

– Pero escucha, mujer; debes advertir que es un mozo que ha estudiado y que sabe tanto como el maestro de escuela.

– Lo cual no impide que, si llega á ser nuestro yerno, nos mire como si no fuéramos nadie...

– ¿Quieres decirme con quién casarás á tu hija si no aceptas á ese?

– ¡Diantre, no lo sé! ¿No hay más hombres que ese en el país?

– ¿Quieres darla á un hombre como yo? Para esto no valía la pena de educarla en la ciudad, y más hubiera valido dejarla que ordeñase vacas, como su prima Juanita, á quien recogí por caridad en recuerdo de mi desdichado hermano.

– Yo no quiero decir...

– Entonces más hubiera valido enviarla á la escuela de Berneville, en vez de educarla en el pensionado *Pompadoux*.

– Esto hubiera sido más barato.

– Ciertamente... Muterel es todo un sabio, y á lo que él dice, hasta el latín ha aprendido. Nuestra hija no será desgraciada con él, ella, que puede enseñar historia á los del castillo. Además, hay algo bueno en él; no gasta, y también alterna con la alta sociedad. Cuando el prefecto visitó Varencieres el año último, en casa de Muterel fué donde almorzó; y para recibir á los prefectos no debe tener una mujer vulgar...

– Eso sí; verdad es que Coralia...

– ¡Oh! No la intimidará el prefecto, y si á éste le agrada el piano...

En aquel instante, y como para contestar al pensamiento de Chantavoine, se oyó el piano en la habitación contigua: los buenos padres quedaron inmóviles y embelesados. Era una pieza ligera, tocada sin gracia por dedos rígidos, uno de esos cantos antiguos cuyas notas alegres y retozonas hacían resaltar tan bien nuestras abuelas, pero que las pensionistas torpes á quienes se ejercita en teclear los clavicordios de provincia mutilan y desfiguran de una manera deplorable.

Chantavoine escuchaba con los ojos muy abiertos, poseído de admiración; mientras que su esposa, con las manos cruzadas sobre el vientre, olvidaba los guisantes y los pedazos de carnero.

– ¡Es la pieza premiada!, dijo á media voz Chantavoine, aquella que tocó sin papel delante del señor Califrousse, el inspector de la academia, quien la cumplimentó mucho.

– Sí, contestó la señora Chantavoine, son las variaciones sobre el *Carnaval de Venecia*...

Y mientras la antigua melodía se desarrollaba con monótona languidez, los dos quedaron sumidos en una especie de mudo éxtasis.

De repente, la puerta de la sala se abrió con viveza, un brillante rayo de sol penetró en el interior, y con él una robusta joven de cabello algo rojizo, cuyo traje consistía en una falda de lienzo remendada, gran sombrero de paja y zuecos muy ruidosos. Llevaba debajo del brazo un manojo de zanahorias silvestres, y arrojándole sobre la mesa, gritó muy alto, con voz fresca y alegre:

– ¡He aquí una buena ración para nuestros conejos!

Chantavoine volvió la cabeza, indignado de que se faltase así al respeto debido al *Carnaval de Venecia*.

– ¿Te callarás?, refunfuñó con acento de cólera.

La joven se detuvo algo confusa.

– ¿Qué vienes á hacer aquí con tus hierbas?, añadió la señora Chantavoine con tono agudo.

– ¡Toma!.. ¿Pues no me han dicho ustedes que no había bastante hierba para los conejos? Pues yo he venido á mostrarles que he encontrado suficiente.

– ¿Pero no oyes á tu prima?

– Seguramente que sí la oigo, pues bastante ruido hace.

– ¿Y no puedes callar?

– Yo no sabía...

– ¿Pues no oyes?

– Desde aquí sí; pero no desde el patio, porque el sonido no atraviesa las paredes.

– Vamos, está bien. Retira las patatas del fuego y ve á mirar los cerdos; de los conejos ya me cuidaré yo. Y no hagas ruido, ó me enfadaré de veras. ¿Lo entiendes bien, Juanita?

La joven dirigió una mirada temerosa al grupo amenazador formado por su tío y su tía, y después se quitó los zuecos para hacer menos ruido. Luego se acercó á la chimenea, y cogiendo la caldera, levantóla por un vigoroso esfuerzo de riñones y la puso en el ángulo de la habitación sobre un trípode de hierro. En seguida, siempre sin hacer ruido, vertió en un cubo lo que contenía, calzóse rápidamente los zuecos y desapareció en dirección á la pocilga, silenciosa y ligera como un ratón. Sin embargo, en la habitación contigua seguía oyéndose las variaciones sobre el *Carnaval de Venecia*, ejecutadas de un modo desastroso. Chantavoine había vuelto al éxtasis, y su mujer, sin perder una nota, continuaba su cocina, reuniendo con muchas precauciones en la olla de hierro los guisantes y los pedazos de carnero.

II

La señorita Coralia Chantavoine acababa de cumplir diez y ocho años. Era una joven robusta, rechoncha y generalmente muy colorada, á causa del tormento que se imponía ciñéndose desapiadadamente un corsé mal hecho. No conseguía de este modo ni adelgazar ni redondear su talle cuadrado; pero se congestionaba el rostro y hacía sobresalir un seno, enorme de por sí, que protestaba por su desbordamiento de las trabas que se pretendía oponerle. Sentada ante el piano, tecleaba con sus manos de cortos dedos y de uñas de dudosa limpieza, insistiendo con tenaz perseverancia en la tercera variación del *Carnaval de Venecia*, la más difícil, la que no sabía tocar *sin papel*. Luchaba contra una nota terrible que no podía dominar y que terminaba invariablemente en falso; sus dedos, cada vez más rebeldes, se resistían contra aquel duro trabajo, y el sudor inundaba su frente desde la raíz de su cabello negro y lustroso en fuerza de la pomada. Por último, la nota vino al fin justa, y como la onda que ha franqueado un obstáculo, la variación siguió su curso hasta el fin sin entorpecimiento.

Después de haber poco menos que hundido el piano con el último acorde dominante, la señorita Coralia se levantó, irguióse para desviar las ballenas del corsé que la sofocaban, se ahuecó la falda, miróse en el espejo y sin duda se juzgó hermosa, pues sonrió. Al volverse vió ante sí á su padre, que la contemplaba con admiración.

La campana sonaba en el patio, llamando á cenar á la gente de la granja, y todos salieron á fin de tomar un poco el fresco antes de sentarse á la mesa.

El sol, á punto de ocultarse y semejante á una gran linterna roja, brillaba detrás del campanario de Berneville, y la luz difusa de la tarde iluminaba muy suavemente el grandioso paisaje que se veía desde el umbral de la casa de la granja. Enfrente, un extenso prado lleno de manzanos y protegido por una cerca de regular elevación descendía en ligera pendiente hasta la llanura, que se inclinaba á su vez, remontando luego de una manera insensible hasta Berneville, cuyas casas se esfumaban en las sombras del crepúsculo, lo propio que el castillo y los corpulentos árboles de ancha copa. Nada interceptaba la vista hasta allí, y la frescura de la noche, que se aproximaba,

llegaba libremente desde lejos y muy pura, trayendo consigo los perfumes balsámicos de la campiña y de los bosques.

A derecha é izquierda, formando alrededor de la casa un arco de círculo, las construcciones de la granja estaban iluminadas por los últimos rayos del sol; allí se oían balidos y mugidos; los carneros y las vacas acomodábanse para pasar la noche; y el vaquero, saliendo del establo, se dirigía hacia la sala, arrastrando sus pesados zuecos con el paso de un hombre rendido de cansancio. Juanita cruzó lentamente en dirección á la casa de vacas, cargada con dos cubos llenos de la leche recién ordeñada; y el pastor, enganchando uno de los perros á su carretón de hierro, empujó éste penosamente, lleno de haces de paja rebuscada ya, hacia la pila de heno donde se acumulaban los desperdicios.

En aquel momento se oyó ruido de caballos sobre los guijarros del camino, detrás de la granja y de improviso comenzaron á desfilar lentamente por la gran puerta abierta entre la entrada de aquélla y el prado los carreteros que volvían del trabajo, silbando y sentados en sus caballos humeantes. El primero traía un arado, que sostenido en su rastra saltaba de continuo, produciendo un chirrido estridente; y el segundo tiraba de un carretón donde brillaban los rastrillos con sus puntas al aire.

– ¿Y bien, muchachos, preguntóles Chantavoine acercándose á ellos, terminó ya la labor en los diez acres?

– Sí, señor; pero costaba mucho prender los arados y resultaban muchos terrones.

– La culpa de esto la tiene esa maldita sequía.

– ¡No se puede ya cultivar la tierra!.. ¿Has dado por lo menos un buen repaso á todo, Juan Pablo?

– En cuanto á eso sí, he pasado por todas partes; pero esos rastrillos saltaban sobre los terrones, y apenas han hecho más que cambiarlos de sitio.

– Agua es lo que se necesita. Vamos, llevad á la cuadra los caballos, que se han mojado el pelaje.

La campana sonaba por segunda vez. Chantavoine volvió hacia la casa, y todos los trabajadores de la granja le siguieron. El patio quedó sin gente, bajo la vigilancia del perro *Mostacho*, gravemente sentado en el umbral; seis patos que acababan de hacer en una charca sus últimas abluciones cruzaban ahora en fila para entrar en el gallinero, balanceándose con aire de satisfacción.

En la sala, alrededor de la larga mesa, todos habían ocupado el lugar que por su jerarquía les tocaba. La señorita Coralia ocupaba uno de los extremos de la mesa; á su derecha, apoyado en la pared, Chantavoine la miraba comer su sopa, tan enternecido, que casi olvidaba llevarse el bocado á la boca; á su izquierda, la esposa vigilaba para que no le faltase nada, y de vez en cuando dirigía una mirada al hornillo donde se cocía lentamente el guisado. Juanita servía la cena; vaciaba los jarros de cidra; corría á llenarlos de nuevo, haciendo resonar la llave de la bodega, que llevaba pendiente de la cintura; sentábase después un instante junto á su tía para comer; luego retiraba la sopera vacía á fin de poner el guisado sobre la mesa, y marchaba otra vez á la bodega, siempre con los jarros vacíos. Y mientras, los hombres comían y bebían sin decir nada, por el cansancio del día que concluye y la soñolencia de la noche de descanso que comienza; y en tanto que Chantavoine y su esposa mimaban á su hija, aquella servicial criada, de rostro blanco y risueño, de cabello algo rojizo, aunque peinado con gracia, se cuidaba de toda la gente que parecía ignorar su existencia.

En el campo, si no hay fiesta, la comida no es larga. Cuando el carnero y los guisantes hubieron desaparecido, lenta y completamente triturados por todas aquellas mandíbulas poderosas, Juanita puso en la mesa un queso fabricado, según la receta de la señora Chantavoine, con leche cuidadosamente desnatada: y éste era el último plato. Los hombres limpiaron entonces su cuchillo en una miga de pan, guardáronle en el bolsillo y se levantaron.



Llevaba debajo del brazo un manojo de zanahorias silvestres

En tiempo ordinario, los amos no eran orgullosos, y permitían que se reposase un poco después de cenar. La patrona, á quien el tabaco no molestaba, no se oponía á que se encendieran las pipas; y el amo no tenía á menos hablar con sus criados acerca del tiempo que haría al día siguiente, del aspecto de las cosechas y de otros muchos asuntos que no se agotaban jamás. Pero cuando la señorita estaba de vacaciones, los amos no eran ya los mismos: entonces era preciso levantarse de la mesa con el último bocado; y si la señora Chantavoine hubiese visto tan sólo la punta de un cigarrillo, habría puesto muy mala cara. Los hombres se resignaban y se iban dócilmente á la cama, ó salían al campo á fumar, algo descontentos porque se interrumpían así sus costumbres; pero sin gran enojo contra la señorita Coralia, que les imponía con su elegancia dominadora, con sus modales desdeñosos de señorita de ciudad y cuyos poderosos atractivos les hacían enmudecer de admiración. Como los viejos de Troya cuando veían pasar á Elena, los criados de la granja de los Muriaux se confesaban entre sí, mirando á Coralia, que era justo sufrir un poco por tan hermosa mujer.

Se fueron, pues, uno tras otro, encendiendo sus farolillos para ver claro en sus establos y majadas, y cada cual, antes de pasar por la puerta, saludaba con las palabras «Buenas noches, señor y señoras,» á las que Chantavoine, en su calidad de jefe de familia, contestaba gravemente. Los dos esposos, la hija y la sobrina quedaron solos.

III

Juanita comenzó á llevarse la vajilla sucia para dejarla sobre la piedra de la pila de la cocina, y después pasó por la mesa una gruesa esponja. La señorita Coralia se levantó; el padre y la madre Chantavoine permanecieron sentados con expresión inquieta.

– Quédate un poco, hijita, dijo al fin el padre, pues tenemos que hablarte.

– Bien lo veo; pero déjeme usted ir antes á buscar mi labor, que lo mismo que sin hacer nada, puedo escucharles trabajando.

Si la señorita Pompadoux hubiese oído esta contestación dicha con ortografía incorrecta, que probaba los graves perjuicios que una semana de permanencia en la granja había ocasionado á la educación literaria de la joven, seguramente se habría asombrado; pero los dos viejos, insensibles á las faltas de lenguaje, no pensaron más que en admirar el afán de su hija por el trabajo. Coralia salió y al cabo de un instante volvió con una labor de tapicería; era para cubrir el asiento de un sillón y representaba un enorme ramo de peonías de color escarlata sobre fondo verde. La joven comenzó á tirar de la aguja, indiferente al parecer á la emoción de sus padres, que se agitaban de ansiedad en sus bancos. Juanita continuaba trasteando por la sala, acabando de ponerlo todo en orden.

– ¿No sería mejor que Juanita se retirase?, preguntó en voz baja la señora Chantavoine á su esposo.

Este, rascándose la cabeza, contestó:

– Creo que podrá quedarse, porque no es ella la que irá á decir nada... Además de que algún día habrá de saberlo.

– Pues entonces será necesario prevenirla, al menos para que se calle.

Y volviéndose hacia su sobrina, añadió:

– Escucha una palabra, Juanita. Voy á comunicar á tu prima, que ahí ves, algunas cosas..., ciertas cosas.., en fin, que se refieren á su casamiento.

La aguja de la bella Coralia tembló un poco entre sus dedos y se equivocó de agujero en el cañamazo. Juanita por su parte se ruborizó vivamente.

– ¡Oh, tío Juan!, exclamó batiendo palmas, ¿conque habrá una boda?

– Puede ser, pero no debe decirse.

– ¿Conque no es seguro?

– ¡Pardiez, no! Son cosas que se dicen así en las familias antes de que el mundo lo sepa..., porque si luego no se realizara... En fin, he aquí la cosa; escucha un poco, Juanita.

– Sí, tío Juan.

– Tu padre era un pobrete que se fué al otro mundo sin dejar un cuarto, y tú causaste la muerte de tu madre al nacer. Bien sé que no es culpa tuya; pero esto no impide que no tuvieras nada cuando viniste al mundo, y tampoco tendrías ahora nada si no te lo hubiéramos dado nosotros... Pero así es...; tu padre era un pobrete..., mas también hermano mío... y tú eres una Chantavoine, y yo tu padrino, ¿verdad? Por eso te eduqué en mi casa, y no vayas á creer que fué del agrado de mi mujer; pero en fin, yo me dije: «Porque su padre, que era mi hermano, fuese un pobrete, no dejaré morir de hambre á ese escrúpulo de chiquilla, que lleva el apellido de Chantavoine.» Y mi mujer dijo: «Eso no costará nada, y si es tu gusto...» Pero tú has costado cara, ya lo sabes, y ahora puedes trabajar para resarcirnos un poco.

Juanita había inclinado la cabeza y dejaba pasar

aquel torrente de palabras sin ruborizarse ni protestar. Sabía de memoria el sermón del tío Juan, y apenas transcurría una semana en que no se lo oyese. Cuando moría una gallina ó un conejo, cuando una vaca se enredaba en su correa, ó cuando por descuido se dejaba de recoger algún huevo en el corral, la joven estaba segura de tener que sufrir interminables reprensiones, precedidas siempre de dicho sermón; y no era poca fortuna que no tomase también parte su mujer en ello. Pero ¿adónde iría á parar hoy Chantavoine?

– Por lo pronto, continuó el tío, he aquí la cosa. Tú perteneces á la familia; podrá ser una desgracia; pero así es. A causa de esto, se hace preciso que sepas que nuestra Coralia se casará tal vez con alguno de por aquí; mas no queremos que nadie lo sepa. ¿Me entiendes bien?

– Pues entonces, ¿por qué me habla usted de ello, tío Juan?

El buen hombre enmudeció, confundido por esta pregunta tan sencilla; pero la señora Chantavoine replicó con tono áspero:

– No comprendes nada; ya te dice que es porque perteneces á la familia... Además, siempre te entrometes en todo y continuamente estás entrando y saliendo.

– Pero, señora, esto depende de mis ocupaciones.

– Pues por eso mismo lo hubieras sabido de todos modos, y de consiguiente, creemos preferible decírtelo; pero si no te coses la boca...

La bella Coralia, que desde su ingreso en el pensionado Pompadoux se consideraba como de una esencia cada vez más superior á la de su prima, dedicada á toscos trabajos, y que rara vez le dirigía la palabra, pensó que correspondía á su dignidad intervenir, dispensando su alta protección á aquella débil é insignificante hija de los campos.

– No se necesitan tantas palabras, dijo con voz majestuosamente cadenciosa. Estoy bien segura de que Juanita no dirá nada de lo que se hable aquí; y puesto que hay algo que decir, opino que ya es tiempo de hablar, pues deseo acostarme temprano esta noche.

– Ya puede usted decir lo que quiera, tío Juan, concluyó Juanita. Le prometo ser tan muda como nuestra piedra de molino blanca, ya sabe usted, aquella que no muele nunca.

– Por lo demás, comenzó á decir Chantavoine, no vale la pena andar con rodeos más tiempo. He visto al gran Muterel esta mañana, y me ha dicho que no le desagradaría establecerse casándose contigo; y si tú no contestas con una negativa, por él no se perderá la cosa, pues he comprendido que lo desea de veras.

Coralia se ruborizó un poco, y una expresión de orgullosa alegría pasó por sus ojos; pero se contuvo, recobrando muy pronto su aire digno, y contestó con voz acompasada, mientras tiraba de su aguja distraídamente.

– Es cosa que merece pensarse.

– Ya sabes que nadie te obliga, dijo con viveza la señora Chantavoine. Aunque tu padre se haya prendado de ese gran hablador...

– Vamos, ¿quieres callarte?, exclamó su marido. ¿Te propones ahora predisponer á Coralia en contra? ¡Desiré es el gallo del país!

– No se puede negar que es un buen mozo, se arriesgó á observar Juanita.

– Yo creía que habías prometido no decir nada, gritó la buena mujer furiosa.

– Es cosa que merece pensarse, repitió la plácida Coralia. ¿Es verdad que tiene más de cuarenta acres de tierra?

– ¡Oh! En cuanto á eso, es seguro, pues yo mismo los he contado muchas veces. Toda la extremidad de la llanura que va desde el Trogne á Cadet, hasta la Grosse-Epine, es terreno suyo. Esto en cuanto á Varencieres, y además tiene sus prados...

– ¿Cuánto hay de prados?

– Unos veinte acres.

– Pues entonces vienen á resultar como si dijésemos más de sesenta.

– Puedes calcular ochenta..., y aún te quedarás corta. Además hay que contar su casa de Varencieres.

– ¿Es verdad que no tiene hermano ni hermana?

– Ciertamente que no.

– No tiene padre; pero su madre vive aún. ¿No es verdad?

– En cuanto á esto, no puedo decir lo contrario; pero es mujer que tiene también de qué vivir; no habita en Varencieres, sino en una pequeña granja muy bonita, que se halla á diez leguas de aquí, en el país en donde nació.

– Según me han dicho, todavía no es vieja.

– ¡Pardiez!, es una mujer ya anciana, y además dícese que padece de una enfermedad que la aqueja desde hace algunos años.

– ¡Ah!

– Ya ves que tocante á los bienes no hay nada que decir, y á menos de casarte con el señor vizconde...

– ¡Oh!, exclamó Coralia; podría ser menos, pero también podría ser más.

– ¡Diablo!, refunfuñó el buen hombre; me parece que no es poco: no tendrás tú tanto.

– ¿No tendré eso cuando estén ustedes en la hoya?

– No sé de dónde sacas que no tendrá eso, á fe mía, protestó la señora Chantavoine. ¿Por ventura no estás á punto de pagar un plazo al conde? No vengas ahora á decirnos que los negocios no marchan bien.

– Los negocios..., los negocios...

– ¿No tienes tierra tuya en el país? ¿No tienes bosques en el Futelaye? ¿No tienes tu caballería? ¿No has ganado nada con la granja? ¿Y soy yo acaso una mendiga?

– ¡Vamos, está bien! Ya sé lo que tengo, y también lo que tú tienes; pero todo eso junto no llega á la fortuna de Muterel.

– ¡Solamente tú dices eso! Y yo sospecho mucho que el tal señorito sabe bien lo que tienes, que ha comparado tus bienes con los suyos y ha visto que allá se van los unos con los otros.

– Es positivo, observó orgullosamente Chantavoine, que nuestra hija una vez casada con Muterel no sería la última del país. Y además hay otra cosa: él no es un campesino como yo; ha estudiado, y sabe explicar la política de tal modo que da gusto oirle.

– Puede ser muy bien; mas siempre parece que mira á los demás por encima del hombro...

– ¡Es que recibe al prefecto! Y hasta me han dicho que iban á nombrarle alcalde de Varencieres. Vamos, hijita, añadió el padre, inquieto por el silencio de su hija, ¿no te dice nada todo eso?

– Eso me dice, contestó Coralia; sí..., eso me dice en un sentido..., pero en otro no me dice... ¡Ah! Si le nombrarán alcalde, yo tendría un salón.

Y sus miradas se fijaron con deleite en las brillantes peonías que, casi del todo terminadas, se destacaban crudamente sobre el fondo verde espinaca del bordado.

– ¡Y recibirías al prefecto', dijo Chantavoine frotándose las manos.

La bella Coralia se esforzaba inútilmente para ocultar su satisfacción y tenía el rostro radiante; la madre Chantavoine guardaba un silencio violento; y Juanita, no atreviéndose á decir nada, proseguía silenciosamente su ocupación, arreglando en el aparador los platos y los vasos.

– ¡Vaya, veamos!, insistió Chantavoine. ¿Qué se ha de contestar?

– Dígale usted, contestó Coralia, que puede intentar...

Y sin añadir palabra, entró majestuosamente en su habitación, dejando á su padre poseído de contento, á su madre refunfuñando y á Juanita encantanda por la perspectiva de la próxima boda.

IV

Dos meses después de esta conversación memorable, en un frío día de noviembre, hallábase reunida en el salón del castillo de Berneville, después de almorzar, una sociedad ultra selecta.

Este castillo era muy antiguo y á la vez muy moderno. En el exterior, su arquitectura del tiempo de Enrique II, sus tejados puntiagudos sobrepuestos de arabescos de plomo, sus muros, donde se destacaban blasones esculpidos, y sus torres de formas diversas, redondas unas y otras cuadradas ó poligonales, comunicábanle ese aspecto de elegancia, feudal aún, que caracteriza á las construcciones del Renacimiento. En el interior habíanse reunido todo el lujo y los refinamientos de la vida contemporánea, y la antigüedad del cuadro, el aspecto venerable y el origen histórico de ciertos detalles contribuían á que fuera más agradable la comodidad de fin de siglo del conjunto.

El vestíbulo, particularmente, es una maravilla: ocupa todo el pabellón central del castillo; los pisos se han suprimido; sus ventanas dan á espaciosas galerías, cuyas balaustradas de encina están como suspendidas sobre la vasta sala, y desde abajo la mirada se eleva hacia esos balcones sobrepuestos, hasta el techo esculpido, donde se fija en el artesonado y en las molduras. En cada ángulo de la habitación hay cuatro torres redondas; dos de ellas sirven de escaleras, y las otras dos forman gabinetes en el piso bajo y en las galerías.

En aquel salón, que es el centro, como el corazón del castillo, el conde de Berneville ha acumulado la mayor parte de las preciosidades de que le han hecho poseedor su gran fortuna, la antigüedad de su raza y su afición á gastar, siempre con inteligencia. El suelo está cubierto de gruesas alfombras sobre las cuales se ostentan preciosas alfombrillas de Oriente; hay allí sitiales de todas las formas y muebles de todas las épocas, agrupados en un desorden estudiado; un gran piano, cubierto de una funda magnífica, ocupa un ángulo, en donde se ve también un arpa, y otro está lleno de objetos raros y curiosos y de grandes jarros y porcelanas del Japón. Acá y allá cuadros de los mejores maestros, colocados en caballetes cubiertos de telas antiguas, soberbias lámparas con pantallas de blondas y encajes, y á lo largo de las paredes armaduras y panoplias que se reflejan en los espejos de Venecia. Una araña inmensa de bronce dorado, cincelada por un artista del siglo XVII, desciende del alto techo como un sol de oro; en toda la extensión de las galerías se ven los retratos de graves señores, de los antecesores de la familia, paisajes flamencos, marinas, mitologías italianas, y en la enorme chimenea que ocupa el fondo de la estancia, una carga de leña de encina cubre á medias la vasta plancha de hierro en la que se ostenta el antiguo escudo de Berneville.

El conde estaba sentado, algo taciturno, en un gran sillón, hablando distraídamente con el cura, que había ido por la mañana á decir misa en la capilla del castillo, y mirando con inquietud su pie derecho, que balanceaba nerviosamente, pasando á intervalos su mano febril sobre la pantorrilla, aprisionada en una especie de polaina barnizada. Era hombre bien conservado aún, al que sentaba perfectamente su traje de caza del más correcto corte; pero su rostro, algo más colorado de lo natural, y su vientre, un poco demasiado voluminoso, indicaban el buen vividor á quien la gota aflige algunas veces.

Las señoras, reunidas junto al piano, formaban círculo alrededor de la dueña de la casa, mujer de edad madura, pero elegante todavía, y los jóvenes que todos los años iban al castillo, atraídos por las cacerías, pasaban de un lado á otro del grupo charlando y echando piropos al bello sexo antes de ir á entendérselas con las perdices. Las señoras eran jóvenes, y varias de ellas muy lindas; todas vestían con arreglo al último número publicado de su diario de la moda, y dos de ellas llevaban falda corta, calzón bombacho y botas de cuero leonado, y se esforzaban para tomar posturas masculinas y cinegéticas.

Cortando de pronto la conversación del cura, el conde se levantó y dió algunos pasos con creciente mal humor.

– ¡Vamos, dijo, estoy cogido!

Y acercándose al grupo de los jóvenes, añadió con tono quejumbroso:

– Señores, les dejo á ustedes; tengo el ataque en este diablo de pie y dentro de un cuarto de hora ya no podré andar. Voy á quitarme el zapato de caza para ponerme la zapatilla...

Un concierto de pésames cariñosos interrumpió al conde, que continuó:

– Mi hijo se encargará de dirigir la batida; yo oiré desde lejos los tiros, y con un poco de imaginación... ¡En fin, cúmplase la voluntad de la gota!

El vizconde de Berneville se separó de las dos cazadoras, con quienes sostenía una conversación de las más serias sobre *sport*, y cogiendo del brazo á su padre, que cojeaba mucho ya, le condujo al otro extremo de la habitación. Muy pronto comprendieron los allí reunidos, por la contracción atenta de sus facciones y la mímica expresiva de sus gestos, que ambos estaban concertando la estrategia de la batida.

De repente abrióse una puerta, y el Sr. Bautista, primer mayordomo, entró en el salón, acercándose al señor conde.

Tenía aquél ese aire de superioridad discretamente irónica que toman los criados de casa grande cuando deben introducir á personas de poca importancia.

– ¡Vamos, bueno!, dijo el Sr. de Berneville. ¡Que el diablo se los lleve! ¡En buena ocasión llegan! En fin..., si no los recibo estarán furiosos, tanto más cuanto que como voy á quedar completamente cogido por esta maldita gota... Introdúzcalos usted, Bautista.

– ¿No los recibe el señor conde en su gabinete?

– ¡No, á fe mía! Su visita podría ser más larga, y aquí verán tal vez que estamos de prisa.

Bautista se retiró, y muy pronto abrióse de nuevo la puerta de par en par para dar paso al señor y la señora Chantavoine, su hija Coralia y el novio de ésta, Desiré Muterel.

Dieron tres pasos y detuviéronse después, ofuscados por el lujo en medio del cual se hallaban súbitamente y desconcertados por las miradas que adivinaban fijas en ellos.

(Continuará)

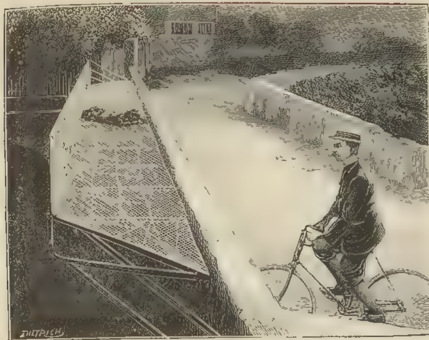


Fig. 1. Red protectora del puente de Ramingao (Francia)



Fig. 2. Vista en conjunto del parapeto de alambre

REPÚBLICA DE BOLIVIA

El Excmo. Sr. Presidente y Ministros que constituyen su Gobierno



Es la República de Bolivia uno de los Estados del Centro de América que más señalados progresos ha alcanzado en pocos años. Las vías de comunicación, los edificios públicos, las colonias agrícolas y cuanto puede contribuir al fomento de la riqueza del país ha merecido particular interés, así como la instrucción, que nada deja que desear, cual si se tratara, con señalada elevación de ideas y propósitos, de fomentar en igual medida los bienes materiales y los que produce la inteligencia. Gran parte de tan lisonjeros resultados se debe al esfuerzo, patriotismo é ilustración del actual Presidente Constitucional don Severo Fernández Alonso y á sus inteligentes consejeros los señores D. Rafael Peña, primer vicepresidente; D. Jenaro Sanginés, segundo vicepresidente y ministro de la Guerra; D. Manuel M.ª Gómez, ministro de Relaciones Exteriores y Culto; D. Macario Bonilla, ministro de Gobierno y Justicia; D. Lisímaco Gutiérrez, ministro de Hacienda, y D. Juan Vicente Ochoa, ministro de Instrucción pública y Fomento. Los grandes servicios que han prestado á su país antes de ocupar los altos puestos que desempeñan, y el acierto con que rigen los destinos de aquella República, hácenlos dignos de la consideración de que gozan y de la simpatía que les dispensan sus conciudadanos. Algunos de ellos, cual acontece con el distinguido escritor y amigo querido nuestro Sr. Ochoa, han logrado que sus nombres sean conocidos en toda la América española y que en Europa sean estimadas sus obras.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al publicar los retratos del Excmo. Sr. Presidente y ministros que constituyen el gobierno de la República de Bolivia, da pública muestra del aprecio que le merecen y de simpatía á una de nuestras hermanas americanas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XVI — BARCELONA 11 DE OCTUBRE DE 1897 — NÚM. 824

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

Comprendiendo la importancia que en nuestros días ha alcanzado el arte fotográfico, auxiliar poderoso de las publicaciones de la índole de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y deseosos de estimular, por nuestra parte, á cuantos por oficio ó por afición al mismo se dedican, decidimos celebrar un concurso de fotografías, á cual efecto en el prospecto de la **Biblioteca Universal** correspondiente á la serie de 1897 anunciamos las condiciones dentro de las cuales el concurso había de verificarse y señalamos varios premios y accésit para aquellos trabajos que á juicio del Jurado mereciesen tales recompensas.

Muchas han sido las personas, así de España como de América, que nos han honrado con sus envíos y á todas ellas damos las más expresivas gracias por haber respondido á nuestro llamamiento. Pero hemos de confesar que si todas las fotografías recibidas revelan en sus autores buenas disposiciones para el cultivo del arte fotográfico, ninguna de ellas reunía cualidades bastantes para ser calificada de sobresaliente, unas por defectos más ó menos grandes de ejecución, otras por carecer de verdadero interés el asunto escogido y las más por constituir trabajos sencillos que suponen escaso esfuerzo y en los cuales no ha habido que vencer dificultad técnica alguna.

Así lo ha comprendido el Jurado que se constituyó oportunamente y que, después de un detenido examen, ha declarado desiertos los dos primeros premios y tres de los accésit.

El tercer premio, consistente en un ejemplar de la HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS, por J. A. Spencer y Horacio Greely, lujosamente encuadernado, ha sido adjudicado á don Manuel Suárez Estrada, de Madrid, por *El Vado (Monasterio de Piedra)*.

Los tres accésit, consistentes cada uno de ellos en una suscripción gratuita por un año á la **Biblioteca Universal** con los correspondientes regalos de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y EL SALÓN DE LA MODA, han sido otorgados: á don Antonio Sáenz, de Madrid, por el *Trascoro de la catedral de Avila;* á D. José Fortunato Rojas, de Talca (Chile), por *La piedra de los Lobos en Constitución (Chile)*, y *Cabalgata en Constitución;* y á D. Marcial Ballús, de Sabadell, por el *Interior del puerto de Barcelona* y *En el bosque*.

Todas estas fotografías premiadas las reproducimos en el presente número.

Las suscripciones gratuitas á la **Biblioteca Universal** comprenderán todo el año de 1898.

A los señores que han resultado premiados les suplicamos se sirvan indicarnos dónde hemos de remitirles el premio y los accésit que les han correspondido.



BASÍLICA DEL PILAR, cuadro de José Garnelo

(Salón Parés)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos el cuarto tomo de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, que es «La ciencia moderna» obra interesantísima, escrita por D. Julio Broutá é ilustrada con profusión de grabados.

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Las desgracias de Grecia. – Egoísmo de Inglaterra en los asuntos helenos. – Los bajos relieves del Partenón presos en Inglaterra y los pueblos del continente griego presos de Alemania. – El mes de octubre. – San Francisco de Asís. – El Ave María y el Rosario. – Santo Domingo de Guzmán, autor del Rosario. – Fisonomía de este santo español. – Conclusión.

Engañaríamos á nuestros lectores ocultándoles cuánto hemos sentido las desgracias de Grecia; sus desmembraciones ocultas bajo el maquiavélico nombre de la rectificación de sus fronteras; la ruina irreparable á su tesoro llevada por el enorme rescate pedido para la redención de Tesalia; el relajamiento y mengua de su independencia, malherida por las intervenciones de un terrible sindicato, compuesto de todos los usureros europeos y apercibido á chuparle hasta la medula de sus huesos. Grecia en esta crisis ha visto muchos enemigos irreconciliables; no ha visto un solo desinteresado amigo, ni uno solo. Mientras Alemania se le ponía enfrente con todas sus arrogancias y con todas sus influencias, ayudada por sus dos anexos, Italia y Austria, dejábala Inglaterra en los cuernos del toro, y después de haberla precipitado al combate no supo salvarla del desastre. Las guerras de Creta y Grecia no se hubieran empeñado sin el levantamiento de Armenia; y el levantamiento de Armenia no hubiera sobrevenido sin los impulsos y empujes de Inglaterra, que determinaron aquella revolución. ¿Por qué, después de haberla empujado hacia el abismo, no haberla retenido al borde y evitado que rodase hasta su fondo?

No hay en el mundo país alguno que haya tan profundamente acertado con la manifestación bella de la idea como Grecia. Cuatro rayas bastan á sus dibujantes para trazar en el mármol esos bajos relieves, cuya sencillez se confunde casi con la sencillez nativa de las ideas y cuya hermosura es la perfección absoluta de una serenidad eterna. Son las ideas griegas como las melodías más naturales de la creación, como el susurro del arroyo, como el canto del ruiseñor. Son sus estatuas el bello ideal de las artes plásticas. No parece que el mármol se haya sujetado al martillo que lo desgajara del monte ó al cincel que lo revistiera de formas, sino á la idea y á la palabra. Dueños los griegos de una lengua perfectísima por su flexibilidad y por su riqueza, los labios helenos despiden las ideas en palabras sonoras, como un instrumento músico las dulces notas. Jamás pueden olvidarse, cuando en el original se han leído, los versos con que Tetis consuela á su hijo, la descripción del valle de Colonna en el *Edipo* de Sófocles, el ronquido de las Furias en la *Orestiada* de Esquilo, y los períodos inmortales del *Timeo* de Platón. Parece que luego la humanidad no ha sabido hacer otra cosa que copiar y recopiar estos eternos modelos, como un aprendiz de dibujo copia el ejemplar que tiene enfrente, borroneándolo á tientas, poniendo á veces superioridad en la expresión ó en algunos de sus rasgos, pero sin llegar á su perfecta forma. Todos los artistas, clásicos ó románticos, poetas, pintores, escultores ó arquitectos, los que cultiven las artes de la palabra en la tribuna ó en la cátedra, han de ir á Grecia buscando los secretos de la forma. Byron no podía faltar. La patria del arte se le aparece como uno de esos cráneos que han llevado el peso de un alma en vida, de un alma capaz de elevarse hasta lo infinito, y que en muerte apenas pueden ofrecer habitación á un insecto. La mano aleve de los hombres acababa de arrancar hasta las ruinas del Partenón para llevarlas al Museo de Londres. Los sacrílegos han profanado un cadáver para despojarlo de sus riquezas. Yo he visto en el Museo Británico los rotos mármoles del Partenón, animados por el cincel de Ictino, de Calícatres y de Fidias; yo los he visto con mis ojos, y los hubiera besado con mis labios, como el peregrino la tierra de Jerusalén. Yo he visto las teorías, las procesiones, el desfile de los dioses y de los héroes, las vírgenes griegas ofreciendo los presentes del Atica, los semidioses vencedores de los centauros, las víctimas destinadas al sacrificio, los jóvenes guerreros desnudos sobre el caballo en pelo, todos perfectos en su hermosura inmortal y serena; pero todos tristes, lejos de las colinas donde crece la adelfa de Apolo, circuidos del aire cargado con las nieblas del Támesis y el humo de la hulla, en vez de hallarse circuidos del aire á cuyos besos nacieron, del aire perfumado del Himeto, lleno con las armonías del Egeo; extranjeros eternamente, ¡ellos, los genios del Mediodía, los genios del arte y de la luz! á las sombras y á las tristezas de los climas del Norte, más desgraciados entre las brumas de Albión que Eurídice entre las tinieblas del Infierno.

Pasemos á otros asuntos más deleitables que los recuerdos de las desgrácias helenas. Como sus bajos relieves de ayer cayeron en poder de Inglaterra, sus ciudadanos de hoy han caído en poder de Alemania. ¡Cuán obscuros nos parecen los países boreales evocados en estos meses de octubre nuestro tan esplendoroso! El éter cae á torrentes sobre la cuartilla blanca donde trazo estas líneas. El cielo muestra un azul tal que divierte mis ojos del papel. ¡Salud, mes de octubre, mes de las vendimias! ¡Salud, mes en que la Iglesia celebra el Rosario y San Francisco! ¡Qué santo el mendigo de Asís! Francisco, joven obscuro, de ligera vida, de sensuales costumbres, de vulgar origen; modesto comisionado de una casa de comercio, sin ninguna instrucción y sin otro género de aspiraciones que el facilísimo logro de los placeres naturales á su clase y edad, siente un día que idea extraña, como centella eléctrica y corriente magnética, se difunde por fibras, venas y nervios en él, conmoviendo todo su ser; y agitado, febril, convulso, arroja lejos de sí los brocados de fiesta y ciñe con cuerda de tosco esparto sus riñones, y cubre con sayal de burda estameña sus carnes, y escoge la penitencia para sí como la predicación para los demás con tal entusiasmo que obra verdaderos milagros; y á sus sollozos, á sus cánticos, á sus versos, la tierra se agita como impulsada por palpitaciones misteriosas; las avecillas del cielo suspenden su inquieto volar y corren á escucharle todas á una en canoras bandadas; los lobos del desierto pierden su nativa crueldad y le lamen los llagados pies; los niños de teta dejan el pecho de sus madres para recoger aquellas miradas de fuego; los jóvenes renuncian á los placeres para imitarlo en las maceraciones; las doncellas cuelgan sus blancos velos y sus largas cabelleras del altar para desposarse con su idealismo religioso; los señores créense iguales á los siervos y los ricos comparten con los pobres sus tesoros; alzan los arquitectos naves místicas en cuyas tablas van los planetas obscuros á los cielos etéreos; trazan los escultores santos que viven á una entre los iris formados por las lámparas del santuario y las notas despedidas por los tubos del órgano; llaman los pintores á los ángeles y serafines para que desciendan desde las cumbres del Empíreo á traernos en sus labios los ecos de la palabra creadora; cantan los poetas en lengua no aprendida expansiones del amor avivado en el divino fuego; predican los teólogos otra religión más espiritualista y más cercana de la verdad eterna; se transforma el férreo mundo feudal donde se hallaban remachadas las últimas cadenas y reunidos los últimos siervos, entreviéndose allá, en los celajes y albores de la nueva idea, que así como la *Biblia* fué completada por el Evangelio, el Evangelio será completado con otras revelaciones, y después de la idea del Padre, después de la idea del Hijo y del Verbo, vendrá la idea del Espíritu á extinguir las llamas del infierno y á traer para la humanidad, transfigurada y libre, nuevas y consoladoras esperanzas.

El 4 de octubre celebra la Iglesia San Francisco de Asís y el primer domingo de octubre celebra la Virgen del Rosario. A San Francisco de Asís se le ocurrió el Ave María que las campanas de nuestras iglesias entonan al salir y al acabar el sol; á Santo Domingo de Guzmán, la piadosa devoción del Rosario. Detengámonos ante tal santo y mirémoslo por breves minutos. Estalló en Provenza la herejía de los Albigenses durante la primer mitad del siglo décimotercio. Lo primero que hizo Inocencio III fué condenar la herejía con aquella fuerza de lógica y aquella vehemencia de palabra que tanto distinguían su temperamento; y lo segundo enviar delegados como Pedro de Castelnau y Rodolfo, monjes de las órdenes más adictas á la Santa Sede, para que moviesen las potestades civiles contra las tendencias espirituales que se apartaban del seno de la Iglesia. Los legados, escogidos por el Papa, y representantes de la autoridad pontificia, no podían contrastar la mala opinión que su convento de Citeaux alcanzaba en todo el Mediodía de Francia, por creerlo duro, intolerante, cruelísimo al par que sensual, voluptuoso y epicúreo. Un día que estos monjes abandonaban sus cómodos claustros para dirigirse á combatir la herejía en una especie de legión asistida por toda clase de comodidades y relumbrante de opulencia, detuviéronlos un prelado español y un monje, obispo aquél de Osma y conocido éste con el nombre célebre de Domingo de Guzmán, los cuales iban al mismo destino, pero como se debe ir á las cruzadas espiritualistas, vestidos de sayal, descalzos los pies, pegado el cilicio á las carnes, despidiendo de los ojos febriles y de las manos huesosas los efluvios de un misticismo exaltado y sólo asequible á la soledad, á la maceración y á la penitencia. En efecto, pocos hombres han dejado en la historia y en el mundo las huellas que el español Santo Domingo de Guzmán. El fundador de la Inquisición, el que diera su nombre á este terrible tribunal de venganzas, aparece en la historia como un modelo perfecto de abnegación y de caridad inenarrables. Ningún dolor humano se presentaba ante sus ojos sin que cayera sobre su corazón como un propio dolor. Rico, valeroso, noble, todas las ventajas que procuran la cuna, la gloria, el oro, cambiábalas de grado por la satisfacción de hacer bien. Ya joven, estudiando en Palencia, se arruinó por acorrer á los enfermos de una terrible peste. Entró en la orden de San Agustín reformada por el obispo de Osma, sin más objeto que abrazar su austerísima severidad, y todavía fundó otra más severa, con expreso encargo de predicar la religión, así por la elocuencia de la palabra como por la santidad del ejemplo. Pocos hombres hubieran hecho lo que hizo Santo Domingo de Guzmán: permanecer como un monje de la Tebaida, ayuno, casto, macerado, penitente en medio de aquella Provenza, que era como una orgía perpetua, tentadora y en sus tentaciones invencible. Comprendiendo que el interés debía en alguna parte y en alguna medida mezclarse á las ideas, malbarató todos sus bienes, tan sólo para tener recursos con que comprar almas al diablo. Cuando ya lo hubo perdido todo, agotado todo, puesto todo en manos de unos y de otros, como le dijera una pobre mujer albigense que si de la secta se retiraba quedaría completamente arruinada, quiso venderse como esclavo, tan sólo para rescatar aquella pobre alma. Las gentes imaginaban que Santo Domingo se mantenía por medios sobrenaturales, puesto que se sustentaba casi del aire, y apenas dormía en aquellas sus noches entregadas completamente á meditaciones y á plegarias. Así él era querido del pueblo, aun de sus mismos enemigos, mientras era odiado Pedro de Castelnau, violento en sus palabras y más violento aún, por inclinaciones de un natural irremediable, en su proceder y en sus obras. Así, como quiera que un día insultara gravemente á Raimundo VI, un criado de éste que oyó tales palabras juró vengarlas y le partió el corazón de una puñalada. Imaginaos cómo sentiría esta herida, en sus propias entrañas abierta, el orgulloso Inocencio. Lo que más indignaba á un hombre de la decisión de Inocencio III era la indecisión de Raimundo VI. Aún le perdonara mejor la herejía franca que la doblez, el disimulo y la incertidumbre. Formábale allá en su corte un proceso, y sentía más encontrarlo débil que encontrarlo heterodoxo. Aunque jamás fué Raimundo un hereje declarado y franco, decía que deseaba educar á sus hijos en la heterodoxia; y daba cien marcos de plata á aquel de sus caballeros capaz de abrazar la nueva creencia; y si recibía cualquier regalo de los herejes, guardábalo como el mejor de los presentes que pudieran enviarle en el mundo; y si los encontraba á solas, demandábales su santa bendición; y si le pasaba cualquier caso adverso, atribuía el origen de nuestro planeta al diablo; y por las noches se recataba de todo el mundo y se iba disfrazado á oir las predicaciones albigenses; y obligaba á sus bufones á que caricaturaran la misa en farsas indecentes; y despreciaba el matrimonio hasta el punto de despedir á sus mujeres cuando le cansaban y de tener, como un musulmán, su serrallo: imputaciones todas concebidas en los ardores de la guerra y exageradas por la superstición y el fanatismo. Pues bien: dentro de aquel horroroso mundo, Santo Domingo brilla como un ideal; y entre los espantos de la guerra el rezo de sus Rosarios parece un coro y concierto de paz. La Historia religiosa tiene su lado laico, y San Francisco y Santo Domingo su aspecto cosocial. Reconozcámoslo.

Madrid, 4 de octubre de 1897.



VITAL AZA

Durante la temporada teatral, el público de los estrenos, que no perdona espectáculo ni fiesta ni solemnidad sin autorizarlos con su presencia, está acostumbrado á ver en todas partes indefectiblemente una trinidad literaria, que es, sin duda, en la actualidad verdadero sostén del teatro cómico moderno.

Componen esta trinidad Ramos Carrión, Vital Aza y Ricardo de la Vega.

Vital, por su gigantesca estatura es en todo espectáculo una cabeza visible y es cosa segura que al hallarle la gente en el teatro le contempla siempre con curiosidad, recordando las infinitas ocasiones en que le ha aplaudido premiando con ovaciones estruendosas la labor del más felicísimo poeta cómico con que hoy cuenta nuestra literatura.

Parecía á las gentes que después de *El Señor Gobernador, Zaragüeta, San Sebastián mártir, Su Excelencia* y cien obras por el estilo, sería imposible escribir nada, no ya mejor, ni parecido siquiera, cuando Vital, incansable y generoso, estrenó el año pasado en el teatro de Lara *La Rebotica,* primoroso cuadro de costumbres lugareñas lleno de sal, de intención, de dichosas ocurrencias y de situaciones originalísimas.

Vital es modelo de autores cultos, y tiene gracia é ingenio como pocos. Une á esto su facilidad prodigiosa para versificar, facilidad reconocida por todos los que en esta materia entienden algo y que le ha conquistado una envidiable reputación.

En un detalle cualquiera, en la cosa más insignificante, Vital halla modo de urdir un enredo, una equivocación, un error, que le da motivo para escribir una obra. Equivocación, error ó enredo que á menudo toman proporciones terribles y parecen imposibles de explicar, y cuando el público piensa en el motivo vulgar, pequeñísimo, verdaderamente fútil, que ha dado lugar á la interminable serie de situaciones que el autor se complace en presentar de la manera más natural y lógica, entonces encuentra admirable la obra y digna de aplauso la labor del autor. Buena prueba de esto *El sombrero de copa, chef d'œuvre* del teatro cómico contemporáneo, éxito que consolidó la reputación de su autor y le colocó en la categoría de los *indiscutibles,* lugar que, en la actualidad, llegan á ocupar muy pocos.

Y si en el teatro es hoy por hoy Vital Aza una de las figuras de más altura y relieve (por sus obras... y por su estatura), esta importancia no es menor como poeta festivo.

Admiran á quien le lee la soltura y fluidez de la versificación, la espontaneidad del chiste, la frase ingeniosa dicha naturalmente, sin forzar jamás el verso... Es, en fin, un verdadero mago de la versificación, y leyendo sus deliciosas composiciones no se sabe qué celebrar más, si la corrección y limpieza del verso ó el ingenio y gracia de todas sus frases, siempre llenas de sal é intención.

* * *

Asturiano de la cabeza á los pies, Vital siente lo que todos los hijos de aquellas montañas: cariño inmenso, verdadera idolatría por la tierra que le vió nacer; y si habita en la corte los ocho meses que viene á durar aproximadamente la temporada teatral, en cambio el resto del año va á pasarlo en la aldea, entregado á las dulzuras de la vida campestre.

Gran aficionado á la caza, impenitente jugador de tresillo, excursionista infatigable y audaz, entregado á estas ocupaciones que apenas le dejan tiempo para nada, vive durante esos cuatro meses, que de seguro pasan para él con rapidez vertiginosa, dejándole recuerdos sumamente agradables.



Vital Aza (de fotografía de Audouard)

Inútil querer trabajar en su apartado retiro de Asturias. Si alguna vez fué animado con la idea de escribir una obra de más ó menos importancia á fin de traerla terminada y en disposición de ponerla en ensayos al volver á la corte en los comienzos de la temporada siguiente, pronto se convenció de lo imposible que era realizar aquel empeño. La caza y el tresillo, el tresillo sobre todo, no le consentían ninguna otra ocupación.

Es, por su carácter, Vital un verdadero muchacho: las personas que han tenido ocasión de tratarle y pasar con él una corta temporada en un balneario, por ejemplo, donde sin querer se hace trato íntimo por necesidad, pues la vida monótona y aburrida es por todos conceptos insoportable, saben el beneficio inmenso que deben á Vital.

Es un *bulle-bulle,* inquieto, revoltoso, enredador: parece mentira que aquel exterior gigantesco y hombruno que infunde pavor y respeto, cubra engañosamente su carácter bullanguero y amigo de la broma y el jaleo. Contribuye también á que el efecto sea más brusco la seriedad con que Vital se expresa siempre y el vozarrón en consonancia con las proporciones enormes de su estatura.

Son innumerables los motivos de diversión que inventa, las cosas fantásticas y extraordinarias que se le ocurren, y sobre todo las bromas, ya leves, ya pesadas, á que con su seriedad contribuye.

En una ocasión, visitando varios excursionistas, entre los que se encontraba Vital, cierta casa de locos conocida de todos por su fama y renombre, uno de los visitantes, hombre apocado y tímido y sobre todo de una credulidad y buena fe á prueba de los mayores embustes, se acercó á Vital y le preguntó con curiosidad que en vano trataba de disimular:

– Y diga usted, Vital, todos los que se pasean por estos patios ¿son locos?

– ¡Claro!, le respondió Vital. Hay muchos que padecen monomanías pacíficas, y á esos, como son inofensivos, no se les encierra.

– De modo que los que andan sueltos ¿también están locos?

– Todos, hombre, todos los que encuentre usted en esta casa están locos, aunque no lo parezcan, exceptuando, claro es, á los loqueros...

Convencido su interlocutor, siguió visitando la casa en compañía de los demás excursionistas, y al poco tiempo vió venir hacia el lugar en que ellos se encontraban á una señora acompañada de un caballero correctamente vestidos ambos.

Vital conocía á aquel matrimonio, pues matrimonio era, como asimismo le conocían algunos otros individuos del grupo de excursionistas. Eran el Registrador de la propiedad del término municipal inmediato y su señora, que habían ido también á visitar el manicomio.

Pero el joven tímido y apocado no sabía quiénes eran, y al verlos venir decididos y en línea recta al sitio en que se encontraban los excursionistas, acercóse precipitadamente á Vital y le preguntó en voz baja:

– Dígame, Vital, y esa pareja que viene hacia nosotros ¿también son locos?

– Sí, señor, también lo son...

– ¡Demonio!

– Pero no se asuste usted. Son locos pacíficos...

– ¡Ah, vamos, menos mal!

– Sí, á éstos les da la locura por saludar con mucha finura á todo el mundo y hablar de cosas indiferentes, como si estuvieran en visita...

– ¡Tiene gracia!

– Ya se acercan... ¡Verá usted!, le dijo Vital, gozando de antemano con la escena muda que se le preparaba.

Y efectivamente. Llegaron el Registrador y su señora, saludaron con gran cortesanía, hablaron breves instantes de cosas indiferentes y luego se despidieron, mientras el joven tímido y apocado contemplaba la escena con la boca abierta, no comprendiendo cómo la Providencia castigaba á las criaturas con un padecimiento como aquel, que no parecía padecimiento.

* * *

Las improvisaciones de que suele hacer gala Vital en el curso de la conversación particular son un mérito más, y como todos los que posee este escritor ponen de relieve sus brillantes condiciones de poeta festivo.

A veces, sin darse cuenta de ello, le ha ocurrido decir una frase, una réplica, ó hacer una advertencia con facilidad prodigiosa y causando un efecto sorprendente.

El siguiente suceso, que no creo sea muy conocido, demuestra de modo evidente su facilidad *improvisadora*.

Cruzaba Vital el largo pasillo que da acceso al escenario del teatro Eslava, y en una de las revueltas del corredor tropezó con el representante de la empresa, hombre de una fealdad horrible, pero tan presumido y coquetón que iba siempre acicalado y compuesto como una señorita.

Aquella noche, sin duda, el caballero representante había estado en la peluquería haciéndose la *toillette* y venía resplandeciente de fealdad, porque llevaba en cara, pelo y bigotes una de untos, cosméticos, potingues y perfumes que apestaba.



CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS DE «LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.» – El Vado en el Monasterio de Piedra
Fotografía de D. Manuel Suárez Estrada, de Madrid, que ha obtenido el tercer premio

Al ver á Vital le saludó con grandes demostraciones de afecto, apartándose á uno de los lados del estrecho callejón, y nuestro autor reparando en la obra de *revoco* que en su fisonomía acababa de hacer aquel pollo pasado por agua, le dijo irónicamente, sin detener el paso, continuando por el pasillo en dirección al escenario:

¡Hola! ¡Qué guapo está usté!..

El representante, esponjándose de satisfacción al oir el requiebro, dirigió á Vital una mirada de agradecimiento, y al propio tiempo contestó, irguiéndose con satisfacción y orgullo, aunque queriendo dar carácter de broma al piropo y á sus palabras:

– *¡Siempre lo fué D. García!*

A lo que Vital replicó, mirando compasivamente á aquel héroe de perfumería:

– D. García lo sería,
¡pero usté nunca lo fué!

Y continuó su camino, después de dejar al pobre hombre corrido y avergonzado, mucho más porque no faltó un curioso que presenciara el suceso, relatándolo después con verdadero lujo de detalles.

Innumerables sucesos por el estilo harían inacabable esta narración. Muchos de ellos pasarán, y después de algún tiempo apenas dejarán el más leve recuerdo; pero otros, los que jamás pueden olvidarse, habrán de citarse y referirse para patentizar el ingenio del saladísimo autor de *Perecito*.

Recuerdo también otro suceso que demuestra el carácter bullicioso de Vital.

Muchas de estas frases han pasado al dominio público y no se habla una vez de este autor sin que se recuerde por todos el suceso tal ó la escena cual en que actuó de protagonista, dando pruebas evidentes de la fecundidad de su talento y de la gracia inagotable que posee.

En los buenos tiempos del Círculo Artístico y Literario celebrábanse de vez en cuando veladas que daba para animar sus salones y estrechar más aún las relaciones que debieran existir entre socios y compañeros.

En una de aquellas solemnidades un celebrado poeta que aún vive, afortunadamente, joven enton-



CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS DE «LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.» – Trascoro de la catedral de Avila
Fotografía de D. Antonio Sáenz, de Madrid, premiado con un accésit

ces, de estatura bastante menos que mediana y grueso, leyó una composición primorosa, como todo lo que de su pluma brota; poesía amorosa, puramente personal, subjetiva, en la que el autor relataba las desventuras que produce en un pecho enamorado la ausencia de la mujer querida...

Y el autor, mostrándose impaciente, ansioso de consuelos y sintiéndose pesimista, al contemplar la enormidad de sus tristezas y amarguras, con profunda pena repetía varias veces, desesperanzado y pesaroso, que se encontraba

«Esperando una carta que no llega;
esperando un amor... ¡que no vendrá!»

El público premió con plácemes la labor del poeta. Los amigos felicitáronle cariñosamente y terminó la velada.

Realmente resultaba muy bonita la poesía que la concurrencia había escuchado, y los invitados, al salir, imitando al público que cuando termina una función en un teatro cualquiera va tarareando el trozo de música que más le ha gustado, ó que ha aprendido antes por la sencillez de la melodía, por su factura elegante ó por otra cualquier causa que pueda influir en su ánimo, recitaban también los dos versos de la composición antes leída, y sin darse apenas cuenta de ello, todos iban repitiendo el trozo de la estrofa tan agradable, tan dulce, tan sonora...

«Esperando una carta que no llega;
esperando un amor... ¡que no vendrá!»



CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS. – LA PIEDRA DE LOS LOBOS EN CONSTITUCIÓN (CHILE)
Fotografía de D. José Fortunato Rojas, de Talca (Chile), premiado con un accésit

Vital y sus amigos aprendieron el estribillo también, y es seguro que cuando después de saludar y felicitar calurosamente al poeta, abandonaba aquél los salones del Círculo en más de una ocasión repetía la estrofa elogiándola sinceramente.

A los pocos días *echóse encima* el calor, como suele decirse, *sin avisar,* y en Madrid comenzó la desbandada.

Vital marchó á Asturias... Hizo sus acostumbradas excursiones veraniegas, y cuando ya iba bien entrado el invierno, regresó á la corte. Y como es natural, al reunirse nuevamente el grupo de íntimos amigos reanudaron las antiguas tertulias, volviendo á hacer la vida de costumbre, y una tarde hallándose Vital en el Círculo saludó al poeta de la velada, le condujo á uno de los extremos del salón, y una vez allí le preguntó misteriosamente y bajando mucho la voz:

– Dígame.., ¿recibió usted aquello?

– ¿Qué?, preguntó el poeta alzando la cabeza y apoyándose en las puntas de los pies...

– ¿Que si recibió usted aquello?..

- No sé..., no recuerdo...

– Sí, hombre... ¡Aquella carta que no llegaba nunca!

Y otra vez como fueran á invitarle para que honrara con su presencia una función á beneficio de no sé quién, que iba á verificarse en el teatro Real, Vital, que estaba leyendo el programa en el que se indicaba el orden del espectáculo, exclamó de repente:



CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS. – CABALGATA EN CONSTITUCIÓN (CHILE). Fotografía de D. José Fortunato Rojas, de Talca (Chile), premiado con un accésit

– ¡Caracoles! ¿Lectura de poesías?

– Sí, señor, le decía el organizador, lectura de poesías.

– ¿En el Real?

– ¡Claro! ¿Le asombra á usted?..

– No, á mí no, respondió Vital. Es que ya me parece estar viendo salir al escenario á un caballero, el cual llevándose ambas manos á la boca y colocándolas á manera de bocina, grita con voz estentórea:

– ¡Soneto!

* * *

Todas las noches de doce á dos de la madrugada asiste con puntualidad Vital Aza á su tertulia del café de Londres.

Reúnense allí Ramos Carrión, Ricardo de la Vega, Eduardo Lustonó, Luis Taboada, Martínez Soto, Jacinto Octavio Picón, López Silva y algunos otros literatos y artistas, y al lado de éstos varios amigos y admiradores sinceros de todos ellos, que jamás faltan á aquellas agradables veladas de última hora.

En ellas se comenta con gracia inimitable el último acontecimiento literario, la novela publicada, el estreno reciente, la leyenda de la tiple A, lo ocurrido al cómico B, la decadencia de Fulano, la importancia que adquiere Mengano y cosas por el estilo.

Al dar las dos de la madrugada Vital sale del café. Mientras en silencio se dirige á su casa, es posible que vaya forjando el plan de uno cualquiera de esos juguetes que tanto nombre le han conquistado y tanta utilidad le han producido.

Porque Vital, que cursó y terminó con gran aprovechamiento la carrera de Medicina, la abandonó apenas terminada, pues habiendo estrenado sus primeras obras con gran éxito, sintiéndose además con una vocación irresistible, y viendo sobre todo los resultados pecuniarios que la nueva profesión le ofrecía, determinó dedicarse decididamente al teatro.

Hízolo así, y hoy todos celebramos tal determinación, que ha dotado al teatro contemporáneo de una figura de poderoso saliente.

Vital es además uno de los autores que mayor trimestre perciben: sus obras, que dan continuamente la vuelta por todos los escenarios de España y América, son de las que no envejecen nunca, pues ha conseguido que estén incluídas casi todas ellas en las que, para las empresas teatrales, constituyen el moderno repertorio.

Alguna de ellas también, como *El sombrero de copa,* ha sido traducida en varios idiomas, y en una de las *tournées* de Novelli por España nos dió á conocer el arreglo hecho de dicha comedia para adaptarla á á la escena italiana.

No quiere esto decir que porque Vital no haya ejercido su carrera de médico no sirva para el caso. Hace poco tiempo tuvo necesidad de armarse de sus lejanos conocimientos médicos, porque viajando una señora que se encontraba en estado interesante, en el mismo tren en que Vital se dirigía á Aturias, le dió á la pobre viajera la ocurrencia de *dividirse* en aquellas especialísimas circunstancias, y tal maña se dió Vital en el trance amargo, con tan exquisito cuidado la atendió, que no parecía sino que en su vida hiciera otra cosa.

¡Quién sabe! Es posible que los varios incidentes á que dió lugar la tremenda escena, los aplaudamos regocijadísimos en cualquier teatro la noche menos pensada...

Tomen ustedes nota del suceso... y al tiempo.

JOSÉ JUAN CADENAS



CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS DE «LA ILUSTRACION ARTÍSTICA.» – INTERIOR DEL PUERTO DE BARCELONA
Fotografía de D. Marcial Ballús, de Sabadell, premiado con un accésit



CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS DE «LA ILUSTRACION ARTÍSTICA.» – EN EL BOSQUE
Fotografía de Marcial Ballús, de Sabadell, premiado con un accésit

LA GRAN DESDICHA

El carácter nacional se revela, en todos los pueblos, en cada individuo, y de todos los caracteres juntos resulta la nota que los distingue de los otros.

Digo esto porque la relación de lo que vi y oí quince años ha, probará hasta qué punto se diferencian las desdichas de los individuos de otra raza de las que á nosotros nos suceden. Porque hasta en las desdichas hay clases y categorías.

Estábamos en Biarritz, en el año de 1880, todos los que componemos mi numerosa familia. Quisimos quedarnos allí todo el invierno, que era riguroso en España y en los Pirineos muy soportable. Hubo que pensar en que los niños no perdieran el tiempo y se buscó un profesor de francés.

Había uno á quien recomendaba toda la población. No solamente enseñaba francés; también daba lecciones de Historia y de Geografía, y sin duda por la costumbre de enseñar muchas cosas, enseñaba las rodillas por los agujeros de los pantalones.

Estaba muy pobre; pobrísimo. Con el producto del primer mes de lecciones que le adelanté se compró un pantalón nuevo y unos guantes. Era hombre correctísimo y de maneras relativamente distinguidas.

Iba vestido de luto; y según afirmación de los vecinos de Biarritz y Anglet, llevaba luto desde el año setenta y dos.

¡Ocho años!

¿Quién se le había muerto? ¿La mujer? ¿Sus hijos? No sé; decían que era viudo y estaba siempre muy triste.

¡Es tan indiscreto preguntarle detalles de su vida íntima á un hombre á quien apenas se conoce!

Monsieur Duval (que este era su nombre) venía con exactitud digna de un soberano á la hora de la lección. Se despedía con grandes extremos de afabilidad, pero muy serio. Un día quise convidarle á almorzar.

– No, señor, no, muchas gracias, me dijo. Desde mi desgracia no voy á almorzar ni á comer á ninguna parte.

«¡Hola!, me dije. Ya tenemos un dato. A este señor le ha ocurrido una desgracia, á consecuencia de la cual se ha aislado. ¿Qué desgracia puede ser esta?»

Le pregunté á una de las personas que me le habían recomendado qué había en la vida de aquel hombre para haberle llevado á un estado de misantropía que no podía ocultar.

Los franceses son muy discretos, no tienen nada de chismosos ni se meten en lo que no les importa. Mi convecino me respondió:

– No hay que hablarle de eso, porque no le gusta y le trae malos recuerdos.

Aquel misterio comenzó á aguijonear más mi curiosidad. Del maestro me propuse hacer mi amigo. Cada vez que salía del cuarto de los niños, después de darles la lección, le detenía en el jardín, le hablaba de todo un poco, le ofrecía un cigarro... Monsieur Duval parecía quedarme muy agradecido, pero no me hablaba de sus penas nunca.

Y siempre le veía triste, cabizbajo, como el que lleva un luto *eterno* en el alma.

Una noche nos regaló un amigo un palco para el teatro de Bayona.

– Monsieur Duval, le dije al profesor melancólico, hoy irá usted al teatro con nosotros. Le llevaremos á usted en coche, á la vuelta le dejaremos á usted en su casa, en Biarritz, y oirá usted una ópera cómica preciosa. Cantan *Mignón*, y la canta una compañía que viene de París. ¿No hay más que hablar, eh?

– ¿Yo al teatro? No, señor, lo agradezco con toda mi alma; pero desde mi desgracia no he vuelto á ningún teatro, ni pienso volver. No, no, de ninguna manera.

«Pero señor, ¿qué desgracia es esa?,» exclamaba yo paseándome por mi jardín.

Y mi cocinera, que conocía á Monsieur Duval de muchos años, me gritó desde la cocina:

– ¡Fué terrible!

No me pareció muy sincero el acento con que me lo dijo, pero no era posible creer que la cocinera se atreviese á decirme una cosa por otra.

Una semana después mis hijas debían comenzar á aprender á tocar el piano.

– ¿Cuál es el mejor profesor de Biarritz?, le pregunté al maestro de francés.

Monsieur Duval, lanzando un gran suspiro, contestó:

– Yo lo era, hasta mi desgracia; pero desde *aquel día* no he vuelto á poner los dedos en el piano, ni los pondré nunca.

Ya no pude más.

– Mire usted, le dije, se va usted á enojar conmigo, pero ha llegado usted á *intrigarme* de tal modo, que á riesgo de evocar en su memoria recuerdos tristes, le pido por favor que me diga lo que le tiene tan abrumado, en un



BARCELONA. – COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DEL MONUMENTO Á FEDERICO SOLER (SERAFÍ PITARRA) EL DÍA 28 DE SEPTIEMBRE ÚLTIMO (de fotografía de F. Laureano)



BARCELONA. – COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DEL MONUMENTO Á D. FRANCISCO DE P. RÍUS Y TAULET, PRIMER MARQUÉS DE OLÉRDOLA EL DÍA 26 DE SEPTIEMBRE ÚLTIMO (de fotografía de F. Laureano)



ABSUELTA, COPIA DEL CELEBRADO C



... DE FERNANDO BRUTT, GRABADO POR BONG

estado de melancolía constante. ¿Qué fué? ¿Un desengaño? ¿Un adulterio sorprendido? ¿La muerte de un ser adorado? Dígamelo usted por Dios, porque me está usted quitando el sueño.

Y Monsieur Duval, casi sollozando, me respondió:

– El día 6 de octubre del año 72 se me perdió un billete de cincuenta francos en el camino de Biarritz á Bayona.

. . . .

¡Pobrecito!

Eusebio Blasco

NUESTROS GRABADOS

La Basílica del Pilar (Zaragoza), cuadro de José Garnelo (Salón Patés). – Atento Garnelo á que los cánones artísticos modernos exigen nuevas y razonables manifestaciones, dedica sus aptitudes y su ingenio á representar cuanto traduce plásticamente la época en que vivimos, singularmente en su aspecto psicológico, en la vida íntima, en lo pasional y dramático, y siempre en la expresión de sensaciones. Sus cuadros *Sin trabajo* y *Duelo interrumpido* pertenecen, por el concepto que entrañan, á este género de pintura, al igual que *La Basílica del Pilar*, que reproducimos en la primera página de esta Revista, que tan admirablemente retrata la devoción de un pueblo creyente que siempre acude henchido de fe á postrarse ante la sagrada imagen de la Virgen, de quien espera alivio en sus desdichas y consuelo en sus pesares.

El distinguido artista, aparte de las dificultades vencidas por las variadas gradaciones de tonalidad y de luz que ofrece la representación del interior de la Basílica zaragozana, ha logrado expresar gallardamente el ferviente amor de aquellos para quienes la sagrada imagen sintetiza las glorias, las tradiciones y la patria aragonesa.

Colocación de las primeras piedras de los monumentos á Federico Soler y á D. Francisco de P. Ríus y Taulet.— Durante las fiestas que se han celebrado últimamente en Barcelona se procedió solemnemente á la colocación de las primeras piedras de estos monumentos, con cuya erección paga nuestra ciudad la deuda que desde que murieron tenía contraída con dos de sus más preclaros hijos. No hemos de analizar las ilustres personalidades de Federico Soler y Ríus y Taulet: sus nombres y sus hechos son harto conocidos y no hay quien no sepa á qué altura supo el uno elevar el arte dramático catalán y en general la literatura de nuestra tierra, y que no conozca los merecimientos del inolvidable alcalde que por la prosperidad de esta capital sacrificó todos sus intereses personales y que supo llevar á feliz cima empresas asombrosas, entre ellas la Exposición Universal de 1888, que constituye uno de los mejores timbres de gloria de Barcelona.

Los monumentos han de erigirse, el de Federico Soler en la plaza del Teatro y el de Ríus y Taulet en la entrada del Salón de San Juan, enfrente del Parque, á cuyo embellecimiento tanto contribuyó el insigne prócer. El primero, cuya ejecución está confiada al escultor Sr. Querol, consistirá en un basamento en forma de escalinata, del que arrancará una columna, encima de la cual estará el celebrado poeta sentado en un sillón y en actitud de escribir una de sus obras; la columna ostentará el escudo de Barcelona y algunas figuras alegóricas de las principales producciones del gran dramaturgo. Del segundo, obra de los señores Fuxá y Falqués, nada hemos de decir por cuanto ya nos ocupamos de él en el número 808 de La Ilustración Artística.

Las fotografías de D. Félix Laureano que publicamos permiten apreciar la importancia de los actos inaugurales de la construcción de estos monumentos.

Absuelta, cuadro de Fernando Brutt.—Una falsa delación sentó á la infeliz muchacha en el banquillo de los acusados; á las denuncias de los testigos sólo supo responder con lágrimas y protestas de esas que á un corazón honrado arranca la calumnia; el fiscal pidió para ella una pena, es decir, una mancha para su vida inmaculada, y después que el abogado defensor en elocuentes y conmovedoras frases proclamó y demostró su inocencia, los magistrados se retiraron á deliberar. ¡Qué momentos de angustia tan terribles! Por fin el tribunal reapareció y dióse lectura del fallo en que se absolvía á la procesada: lo que sucedió entonces, explícalo sobradamente el magnífico lienzo de Brutt, impregnado de sentimiento y ejecutado de una manera magistral. Mientras los jueces abandonan el salón y el ugier se lleva los autos, el miserable delator se escurre despechado, el abogado defensor recibe las muestras de agradecimiento de los ancianos padres de su defendida, embargados todavía por la emoción, y la interesante joven á quien acaban de absolver apenas se da cuenta de lo que le pasa y desciende maquinalmente de aquel banco de tortura para reunirse con los suyos que regocijados la esperan. La obra del pintor alemán es indudablemente una de las más hermosas páginas del arte contemporáneo.

Manila.—Corona ofrecida por el ejército de Filipinas para los funerales de D. Antonio Cánovas.— El día 6 de septiembre último celebráronse en la catedral de Manila solemnes funerales por el eterno descanso de D. Antonio Cánovas del Castillo: entre las innumerables coronas que adornaban el túmulo sobresalía la ofrecida por el ejército de aquellas islas. Esta corona, de 1'60 metros de diámetro, está montada sobre un gran tablero de *narra*, madera parecida á la caoba, y se compone de flores artificiales y grandes hojas de laurel y roble de plata; en la parte inferior figura un artístico escudo de plata sobredorada, de 75 × 60 centímetros, y en alto relieve las alegorías de los cuerpos de ejército, ó sean, Jurídico Militar, Artillería, Ingenieros, Estado Mayor, Caballería, Infantería, Voluntarios de Manila, Administración Militar y Sanidad Militar. Como fondo del escudo y parte de la corona hay una cinta de seda con los colores nacionales cubierta con un negro crespón. En el centro de la corona y sobre un fondo de terciopelo se ve un cuadro de 80 centímetros de *camagón* (ébano del país), en donde va escrita la dedicatoria en letras de plata sobredorada. La corona, de cuyo gusto, riqueza y arte podrán formarse idea nuestros lectores por el grabado de esta página, fué ideada y dirigida por el comandante de Artillería de Montaña D. Luis Gómez y ejecutada en los talleres de platería, grabado y escultura de los artífices españoles insulares Sres. T. Zamara y hermanos.

La fotografía de donde reproducimos el grabado nos ha sido remitida por nuestro activo é inteligente corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez, á quien expresamos una vez más desde estas columnas nuestro agradecimiento.



Propiedad de M. Arias Rodriguez

Manila. Corona ofrecida por el ejército de Filipinas para los funerales del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo

La modelo, cuadro de Pedro Sáenz (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897). El ser anónimo que ofrece al artista forma para la representación del concepto, la desdichada criatura que presta su belleza y sus encantos para que el pintor los retrate en el lienzo, contribuyendo inconscientemente á aguzar sus aptitudes y cimentar su gloria, es la modelo que nos presenta en su precioso lienzo el discreto pintor don Pedro Sáenz, representándola en el momento en que fatigada por la violencia de la actitud adoptada, busca junto á la chimenea del taller calor y descanso para sus entumecidos y fatigados miembros. La producción de nuestro amigo ha de estimarse como un estudio, y como tal fué juzgado y apreciado en la última Exposición Nacional de Bellas Artes, llamando la atención por su buen dibujo y acertado colorido.

Ferrocarril aéreo en el dique de Devil.—El grabado que reproducimos en la página 672 representa un ferrocarril de un sistema sumamente original que se ha construído recientemente en Brighton para salvar un precipicio y evitar el rodeo que antes había que dar para pasarlo. Tiene 840 pies de largo y el transporte se hace por medio de dos vagones, uno ascendente y otro descendente, provistos de un freno que les permite detenerse en cualquier punto del camino.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— Londres. – La casa G. Ashley et C.º se propone abrir bajo los auspicios de D. Urbano Montejo, cónsul general de España en Inglaterra, una Exposición permanente de Arte moderno español, con el objeto de dar á conocer en Londres las obras y productos industriales de nuestros artistas contemporáneos, con lo cual se llenará un vacío que se notaba en el importantísimo mercado londinense, en donde existen desde hace muchos años varios salones ó galerías para la exposición de obras artísticas de la mayoría de las naciones europeas, sin que hasta ahora se haya visto España dignamente representada á pesar de haber alcanzado en materia de arte una altura envidiable. Para llevar á cabo su idea la referida casa ha dispuesto que pasen á España sus representantes Sres. S. Ferdinando y Tolrá, á fin de recoger datos y ultimar todo lo necesario para la apertura de una exposición en grande escala. Aplaudimos, y con nosotros lo aplaudirán todos los amantes del arte español, el pensamiento de los Sres. G. Ashley y C.ª, y al felicitarles por su honrosa iniciativa formulamos nuestros más sinceros deseos de que su laudabilísima empresa sea coronada por el éxito más brillante, esperando que nuestros artistas, penetrándose de la importancia del asunto, les prestarán entusiasta cooperación.

Italia. – El número de obras de arte de toda clase exportadas de Italia durante el año 1896 fué de 12.200 antiguas y 9.085 modernas, con un valor total de 2.797.085 liras. De esta cantidad corresponden: 1.203.895 á la pintura moderna, 1.152.420 á la escultura y 190.860 á los objetos artísticos de poca importancia. En cambio, el arte antiguo entra en aquella suma total por cantidades relativamente insignificantes, á saber: 4.144 cuadros por 68.910 liras, 886 esculturas por 52.565 y 6.430 labores artístico-industriales por 128.135. La exportación de obras antiguas comparada con la del año anterior presenta una diminución de 5.905 obras; la de obras modernas un aumento de 3.150. Se han exportado á Alemania 10.020 obras, á América 5.680, á Francia 3.225 y el resto distribuído entre las demás naciones.

Teatros.— *Madrid.* – En el Circo de Parish ha inaugurado con excelente éxito sus tareas una compañía de zarzuela seria de la que forman parte artistas tan ventajosamente conocidos como las señoras Fabra y Landy y los señores Berges, Casañas, Soler, Querol, Navarro y Gamero. En la Princesa la compañía de la señora Tubau ha puesto en escena por vez primera en Madrid la comedia de Sudermann *Magda*, traducida por los Sres. Costa y Jordá, que ha sido recibida con gran aplauso.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Deliri de grandesas*, comedia en tres actos y en prosa del señor Ausona; en Romea *La cosina de la Lola*, graciosa comedia en un acto de Francisco J. Godo, y en el Eldorado *El sí natural*, zarzuela en un acto de Jackson Veyan, música del maestro Chapí. En Novedades ha terminado sus tareas la compañía del eminente actor dramático Sr. Vico, que ha hecho una campaña brillante bajo todos conceptos.

Necrologia.—Han fallecido:

Juan Preleuthner, escultor austriaco, excelente consejero y protector de los artistas vieneses.

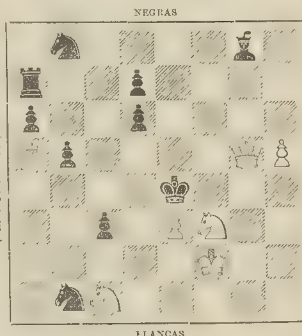
Carlos Federico Gustavo Brossmann, notable y muy conocido escultor alemán.

AJEDREZ

Problema núm. 90, por J. Tolosa y Carreras

(Mención honorífica en el 2.º Concurso de Munich)

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 89, por J. Beltrán

Blancas	Negras
1. T c T D jaque	1. R toma T
2. C 2 D	2. [illegible]
3. A ó T mate.	



—Señores, les dejo á ustedes; tengo el ataque en este diablo de pie (véase página 654)

MI TIO JUAN

NOVELA ORIGINAL DE JOSÉ L'HOPITAL, ILUSTRADA POR MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Para hacer aquella visita oficial al Sr. conde que Chantavoine había querido á toda costa que se hiciera, consintiendo en ello Muterel, no sin violentar sus opiniones radicales, se habían puesto la ropa de los días de fiesta. Chantavoine llevaba su levita negra con cuello de terciopelo, y daba vueltas entre los dedos á su sombrero de fieltro de las grandes solemnidades; su esposa se había puesto su mejor vestido y un pañuelo imitación de cachemire, y esforzábase para llevar alta la cabeza, aprisionada en un sombrero cerrado, cuyas cintas de seda de color de crema la sofocaban. En cuanto al novio, robusto mocetón de cabello rubio, patillas cortadas al rape y mirada algo torva, iba vestido como para un entierro; solamente los guantes, de color morado, que oprimían sus manos rechonchas, contrastaban de un modo singular con el conjunto fúnebre del pantalón, del chaleco, de la corbata y de la chaqueta, severamente negros. La más elegante, sin disputa, era Coralia: llevaba en la cabeza un verdadero jardín, y á cada movimiento que hacía las rosas se inclinaban sobre los claveles y los ranúnculos sobre las dalias. Iba oprimida en un vestido de seda de color de ciruela, que la amoldaba con torpe indiscreción, acusando de una manera brutal á los ojos más miopes las formas incoherentes de una joven rechoncha y mal hecha; el vientre sobresalía con exceso, la espalda era irregular y hundida y el seno exageradamente abultado. A fin de parecer esbelta, se había oprimido el talle hasta martirizarse, y el dolor físico que sufría, unido á la emoción que la sofocaba, comunicaban á su rostro el aspecto de un tomate maduro rodeado de colgajos.

Durante más de un minuto reinó en el salón un silencio general, hijo del asombro y de la confusión. La escogida sociedad del castillo miraba con curiosidad á aquellos campesinos tan ridículamente acicalados, y varias damas elegantes disimulaban mal, mordiéndose los labios, el deseo de reir que se reve-

laba en sus ojos; mientras los recién venidos, cada vez más mortificados, permanecían de pie balanceándose sin decir palabra, como marineros en un barco que bandea. El conde llegó en su auxilio.

– ¡Y bien, Chantavoine!, exclamó, sacudiendo rudamente la mano del campesino. ¿Nos traes algo nuevo?

Chantavoine, que en ciertos sitios se cuidaba poco de vanagloriarse de ser hermano de leche del conde, alegrábase siempre mucho de que éste le tuteara; y ahora, en presencia de su futuro yerno, parecióle haber crecido un palmo.

– Sí, señor conde, contestó con su voz robusta y jovial; ha dado usted en el quid: aquí le traigo dos mozos que quieren casarse; y sin que esto sea una imposición, venimos á pedirle que se sirva asistir á la boda.

Así diciendo, el buen hombre mostró con paterno ademán á los dos novios. Muterel contestó suavemente, con vaga sonrisa, al apretón de manos del señor de Berneville, mientras Coralia ensayaba una reverencia que la ballena de su corsé, atenazándole el estómago, le impidió terminar. La madre Chantavoine, muy intimidada y apoyándose en sus extremidades inferiores, hizo tal genuflexión, que por poco cae en tierra; y á pesar de todos los esfuerzos que debían reprimirla, una hilaridad loca, dominadora, se apoderó de la mayoría de los invitados al castillo, que se esquivaron unos tras otros.

El conde se mantuvo serio, con la sonrisa en los labios, como cumplido caballero, si bien es verdad que el pie le dolía más que nunca, sin dejarle humor para bromear.

– ¡Ay de mí, querido amigo!, dijo á Chantavoine, mucho temo no poder ser de los vuestros, porque debo volver á París la semana próxima; y además, la gota acaba de cogerme otra vez..., pero mi hijo me sustituirá.

Coralia se atrevió á interrumpir, porque acababa de recordar uno de los preceptos de la señorita Pompadoux: «Una joven debe rehuir tanto la timidez, que conduce á la necedad, como el aplomo, que hace incurrir en ligereza ..»

– ¡Oh, dijo con una sonrisa de niña, es que nosotros ya contábamos en todo caso con la presencia del señor vizconde!

– ¡Y la señora condesa, añadió la madre Chantavoine, haciendo otra genuflexión é irguiéndose después como una muñeca de muelles, y la señora condesa!

La señora de Berneville, que se había acercado, se excusó á su vez: faltaba el vizconde, y éste tomó valerosamente su partido.

– ¡Vamos, padre Chantavoine, dijo con voz alegre, yo soy quien sustituirá á los dos: firmaré el acta, comeré en el banquete y haré bailar á las señoritas!

– Y abrazará usted á la novia, ¿no es verdad?, dijo Chantavoine tranquilizado por aquel buen humor.

– Ciertamente, y mejor dos veces que una.

Coralia se esforzó para acentuar más el color de tomate de su rostro; Chantavoine gritó *¡bravo!;* la madre repitió sus genuflexiones y Muterel hizo una mueca: estos dos últimos personajes, que se habían contenido hasta entonces, dieron rienda suelta á su alborozo.

Después se habló de los proyectos del joven matrimonio.

El conde, para quien su bota era en aquel instante un borceguí de tormento, hubo de escuchar quieras que no las explicaciones de los esposos Chantavoine, que hablaron del futuro establecimiento de su hija y de la posición que en el país ocupaba ya Muterel, joven de buena posición y educación excelente, sin olvidarse de la visita del prefecto; sin embargo, acerca de esto y por no herir los sentimientos antirrepublicanos bien conocidos del Sr. de Berneville, no hicieron más que indicar el porvenir político que hacía presagiar aquel favor. Luego siguieron las lamentaciones ordinarias respecto de las cosechas, de la lluvia que lo anega todo, de la sequía que todo lo esteriliza, del propietario, que debe cobrar lo mismo, y de los criados, á quienes tanto cuesta hacer servir.

– Y con esto, querida señora, concluyó la madre Chantavoine, ¡cuánta miseria en el día de hoy!..

Al mismo tiempo el vizconde hacía muchos cumplidos á Coralia, esforzándose para que Muterel hablase. La robusta joven, encantada de ser objeto de las atenciones de tan galán caballero, contoneábase y desembuchaba todo el arsenal de hermosas frases de que la había provisto la señorita de Pompadoux; pero su novio se mantenía visiblemente hostil, encerrado en un silencio irónico que no interrumpía sino para pronunciar algunos monosílabos.

El Sr. de Berneville no podía resistir más.

Mandó traer cigarros, con la esperanza de que ofreciéndolos á Chantavoine y á su futuro yerno les daría así la idea de irse para fumar; pero después de levantarse á fin de tomarlos, sentáronse de nuevo al punto, y la conversación languideció interminable sin que ninguno de los visitantes se atreviese á dar la señal de marcha.

Sin embargo, todo tiene su fin: llegó un momento en que los esposos Chantavoine no encontraron nada ya que decir, y en que la señorita Coralia enmudeció, habiendo agotado la provisión entera de su literatura. Entonces el conde se resolvió á poner brusco término á la sesión.

– Santiago, dijo, acompañarás á estas señoras hasta la verja. Dispénsenme ustedes, añadió, porque me cuesta mucho andar hoy.

Todos se levantaron satisfechos de tener una excusa para irse.

– Deseo á ustedes todas las felicidades, dijo el señor de Berneville, y repito que siento mucho no poder asistir á la ceremonia.

Los apretones de manos, las tentativas de reverencia de la hija y las genuflexiones de la mamá comenzaron de nuevo con más efusión que nunca, y al fin salieron todos conducidos por el vizconde.

– ¡Bárbaros, más que bárbaros!, gritó el conde apenas hubieron desaparecido. Ahora para descalzarme será preciso que me corten la bota.

Y sostenido por su criado, se encaminó penosamente á su habitación, mientras fuera resonaban los ladridos de los perros y las ruidosas voces de los cazadores.

V

En Normandía el mes de noviembre es el más sucio y triste de todos los del año.

Los árboles pierden lentamente sus últimas hojas, que las heladas desprenden, ó que arrancan los huracanes cargados de lluvia y con frecuencia de nieve.

La campiña toma un aspecto lúgubre; bajo el cielo nebuloso los árboles parecen morir, y una melancolía vaga y angustiosa se cierne sobre la naturaleza, que poco á poco se embota en profundo letargo.

Esta triste estación, sin embargo, es la que reune más gente en los castillos, donde todos se divierten. No es ya de buen tono volver pronto á París; aún no es tiempo de sacrificar los placeres del Norte á los del Mediodía, y no tardará la gente de buen tono en marchar á Cannes ó Niza, y á esas costas risueñas de la inmensidad azul, donde es artículo de fe que siempre hace buen tiempo y calor. Entretanto, noviembre es la estación de las cacerías y es preciso aprovecharlo.

He aquí por qué mientras la campiña viste de luto los castillos se animan y se ponen de fiesta.

El fuego brilla en las chimeneas; como un reto al frío, elévase hacia el cielo gris el humo negro de los caloríferos; á los gritos de los ojeadores, liebres y conejos salen de sus escondites; los faisanes emprenden su vuelo pesadamente; á lo largo de las avenidas rectas óyense las detonaciones; en el fondo de los bosques las trompas resuenan, y sobre las hojas caídas amortíguase el galope de los caballos. Es el mes preferido de los discípulos de San Huberto, aquel en que su alegría joven se manifiesta con mejor voluntad; es el mes de las largas historias, de los cuentos referidos entre el humo de las pipas en un ángulo del hogar que llamea; es el mes de los discretos galanteos en los salones iluminados suavemente por la luz tamizada de las lámparas.

Nadie mejor que el vizconde Santiago de Berneville disfrutaba de aquella estación, que sólo tiene encantos para los ricos. Hijo único, mimado desde su primera infancia por una madre que le idolatraba, y tratado casi de igual á igual por un padre que no sabía rehusarle nada, acababa de heredar, además, de un anciano tío que le había legado directamente una hermosa fortuna. Era un mozo bien plantado, de aspecto aristocrático, cumplido cazador, aficionado á todos los placeres, bastante instruído para hablar ligeramente de todo sin profundizar nada y de una inteligencia que tenía suficiente desarrollo para brillar en un mundo donde se aprecia mucho menos la superioridad del talento que la cortesía y los buenos modales.

Acababa de terminar su año de servicio en clase de voluntario, durante el cual había obtenido las mejores notas como buen jinete; su recepción en el Jockey Club era indudable para el invierno siguiente; y habíase ahorrado las vacilaciones que lleva consigo la elección de una carrera decidiéndose resueltamente á no tomar ninguna. Con la bolsa bien provista, los sentidos despiertos y el estómago sólido, apuraba hasta las heces aquella alegría intensa de vivir que todo hombre ha experimentado por lo menos una vez, y que tan pocos vuelven á encontrar cuando la han perdido.

Para celebrar dignamente la salida del regimiento en que servía su presunto heredero, el conde y la condesa habían reunido en Berneville una sociedad de las más elegantes. Los nombres aristocráticos se mezclaban con las celebridades artísticas y literarias: la prensa tenía por representante un escritor cuyos artículos leía con afán el gran mundo; y en fin, numerosas mujeres lindas, con ricos trajes y bastante coquetas, contribuían á que aquella estación fuese del todo encantadora. Por eso el vizconde Santiago se entregaba á la mayor alegría, cabalgando, cazando, asistiendo á los banquetes y bailando, feliz de no tener ya nada que temer del sargento adusto que durante un año había emponzoñado su existencia, y muy contento de montar caballos de lujo que no necesitaba cuidar él mismo.

Aquel día el tiempo era hermoso; había helado por la mañana, y el sol brillante parecía prometer un agradable veranillo de San Martín. La alegre partida de cazadores bajaba por las avenidas del parque, y guiada por el vizconde, que se había reunido con ella después de despedir á los Chantavoine, llegaba á los puestos de la primera batida.

Los cazadores se escalonaron en un camino que flanqueaba una ancha llanura bañada por el sol, y cada cual esperó inmóvil detrás de su puesto cubierto de ramaje.

Muy pronto los gritos de los ojeadores y las órdenes de los guardas eleváronse del fondo de la llanura como un vago murmullo, y después se oyeron con más claridad.

– ¡Perdices, perdices! ¡Adelante, pues!

– ¡A la liebre! ¡Habráse visto otro animal como ese, que no quiere seguir la línea!.. ¡Buena sangre!.. ¡Otro que ha franqueado el paso!

Al oir este rumor creciente, los tiradores prepararon nerviosamente sus armas, y viéronse las primeras bandadas de perdices, que pasaron como una exhalación, saludadas por un tiroteo bien nutrido. «¡Ya está! – ¡Corred á recogerlas! – ¡Dios mío, qué torpe estoy! – ¡De usted es, baronesa! – ¡Silencio, señoras y caballeros, silencio!»

Enloquecidas por los gritos de los ojeadores, algunas grandes liebres penetraron á galope en la línea de los tiradores; varias de ellas detuviéronse bruscamente, sentadas sobre su cuarto trasero é irguiendo sus largas orejas temblorosas, y después emprendieron desesperada carrera, no viendo ya salvación en su instinto de animales y corriendo á la casualidad...

Cuando volvían hacia los ojeadores, todo eran gritos, carreras, palos arrojados á las fugitivas; y si su mala suerte las conducía delante de las escopetas, rodaban por tierra dando dos ó tres vueltas, y el suelo quedaba cubierto de pelajes leonados, mientras allá arriba las perdices pasaban siempre á tiro de escopeta, cayendo las pobres también con las patas al aire.

El día se anunciaba bien, pues la caza pasaba abundante; los hombres tiraban con destreza, y las mujeres no habían disparado aún un tiro; el vizconde estaba radiante de satisfacción, y al fin de la batida repetía con embriaguez:

– ¡Cuando pienso que hay personas á quienes no gusta la caza!..

Y habiendo la bella señorita Gasny matado en aquel momento la última perdiz de un certero tiro, no pudo contener su entusiasmo y exclamó:

– ¡Inimitable, inimitable!

Después; recogiendo la perdiz, arrancó las mejores plumas del ala y ofreciólas con un ademán de admiración á la joven, que se las prendió, sonriendo, en su toca de piel de nutria.

VI

El día declinaba ya cuando los cazadores dejaron la llanura para entrar en el bosque. El vehículo, lleno de liebres y perdices y tirado por un asno que seguía á los expedicionarios, encaminóse hacia el castillo; las damas habían regresado ya, cansadas de carnicería y sobrecogidas de frío, pues comenzaba á soplar un cierzo penetrante.

– Vamos, señores, apretemos el paso. Aún nos falta hacer dos batidas en el bosque, y el sol comienza á ponerse, gritó Santiago acelerando la marcha, mientras los ojeadores penetraban en el recinto que se debía batir, siguiendo al paso gimnástico las huellas de los guardas.

Cuando entraron en el bosque, el vizconde recomendó el silencio, porque dos corzos se habían remboscado por la mañana en la batida que se trataba de hacer, y convenía no alarmarlos. Con toda la formalidad de un jefe de avanzadas que establece su línea de centinelas, el vizconde señaló sus pues-

tos á sus compañeros, y después, tomando la tangente, se reunió con los ojeadores, cuya marcha á través del tallar quería vigilar por sí mismo.

De pronto resonó un silbido, y la línea de blusas blancas, penetrando en la espesura, comenzó á marchar con gran estrépito de ramas rotas, palos descargados sobre los resalvos, llamadas y gritos.

Algunos faisanes habían remontado ya su vuelo; varios conejos salían disparados como flechas; una becada huía siguiendo la cima de los tallares en medio de formidables hurras; y allá abajo, á lo lejos, resonaban ya los primeros tiros, cuando de pronto llegó á oídos del vizconde un voto seguido de imprecaciones furibundas. Corrió al oir el ruido, y encontró á Florencio, el jefe de los guardas, gesticulando en medio de un claro del bosque; delante de él permanecía inmóvil, confusa y desconcertada, una joven de elevada estatura que tenía debajo del brazo un haz de ramas de enebro, y en la mano derecha una de esas grandes hoces que los leñadores llaman cortantes.

– ¿Qué ocurre, Florencio?, preguntó el vizconde. ¿Por qué gritas en vez de avanzar?

– ¿Qué ocurre? Bien ve usted lo que hay, replicó el guarda, á quien la cólera hacía perder todo respeto. Lo que hay es que esa delincuente anda hace una hora por el terreno de la batida. ¡Ah, ya puede usted correr detrás de los corzos! ¡Quién sabe dónde estarán á estas horas!

– Bueno; cállate.

Y el vizconde miró de pies á cabeza con aire descontento á la joven, que cada vez más confusa balanceaba maquinalmente sus ramas de enebro y su hoz, como si hubiera querido metérselas en el bolsillo.

A Santiago de Berneville le había disgustado siempre la franqueza con que los vecinos se utilizaban de la leña de su padre para calentarse gratuitamente; y en aquel caso el delito se agravaba sobre todo á sus ojos por la perturbación ocasionada en la batida, dando la alarma á los cervatos.

– ¿Cómo se llama usted?, preguntó con dureza.

– Juanita, balbuceó la joven.

– ¿Qué hace usted aquí?

– Es que mi tío Juan...

– ¿Y quién es su tío? ¡Juanita..., Juan!.. ¿No tiene usted apellido? En fin, ¿qué ha hecho su tío? Supongo que le habrá dicho que venga á robar...

Juanita prorrumpió en llanto.

– No se trata de llorar, sino de responder, dijo el vizconde. Por segunda vez pregunto qué hace usted aquí.

– Bien lo ve usted, Sr. Santiago, contestó la joven entre sollozos. Cogía ramas de enebro, y no tengo yo la culpa de que mi tío Juan haya matado un cerdo esta mañana.

Poco á poco la cólera del vizconde disminuía, trocándose en deseo de reirse, y esto acabó de hacerle volver á su indulgencia natural.

– Vamos, vamos, dijo dulcificando su tono, no llore usted así

Pero Juanita, sin reprimir su llanto, pronunciaba una infinidad de palabras confusas, mezcladas con gemidos que no se interrumpían ni un instante.

– ¡No, no es culpa mía que hoy hayan matado el cerdo en casa! No debían hacerlo hasta mañana; pero el matarife llegó esta madrugada y dijo: «Ahora puedo matarle; si no lo mato hoy, no lo haré en toda la semana...» Entonces mi tío Juan contestó: «Puedes degollarlo, porque no ha comido en toda la noche...» Y á mí me dijo: «Juanita, ve á buscar enebro, porque tengo idea de ahumar un jamón.» Y hete aquí... que era preciso buscar enebro..., no es culpa mía..; ¡pero los Chantavoine no son por eso ladrones!

El vizconde comenzaba á divertirse de veras; parecíale que aquella joven era tan picarilla como graciosa, con su dorado cabello en desorden, sus ojos llenos de lágrimas y su hablar normando. Al oir el nombre de Chantavoine aguzó el oído.

– ¡Chantavoine!, exclamó con sorpresa. ¿Quién habla de Chantavoine?

– ¡Pardiez, sí!, refunfuñó el guarda, que hasta entonces se había contentado con escuchar con aire burlón; es la sobrina de Juan Chantavoine, de los Muriaux.

– ¡Debías haberlo dicho, imbécil!

– Pero señor vizconde, esa joven no vale gran cosa, ni tiene un cuarto; es la hija del primogénito difunto, un infeliz que se comió lo que tenía, dejando huérfana á su hija, recogida después por caridad...



Pues bien, yo me atreveré, repuso el vizconde

Y como Santiago se callara, mirando con asombro á Juanita, que seguía lamentándose, dijo á ésta:

– ¡No nos venga usted con lloriqueos! En otras partes hay también enebro, y yo se lo probaré á usted con un proceso. Cuando el padre Chantavoine tenga conocimiento de ello, ya verá usted cómo le calentará las orejas.

El rostro desconsolado de Juanita tomó una expresión de terror suplicante.

– ¡Oh, exclamó, no haga usted eso, Sr. Florencio, no haga usted eso!

– Deja á esa joven tranquila y ve á reunirte con los ojeadores. Yo la perdono.

– Pero señor...

– Cállate y vete.

Florencio se alejó refunfuñando, y Santiago de Berneville quedó solo en el claro, á la luz ya escasa del día, frente á Juanita Chantavoine.

– Señorita Juanita, dijo con tono contrito en el cual se revelaba cierta ironía, no llore usted más. Siento mucho haberle causado tanta pena.

– ¡Oh! No hay ofensa, Sr. Santiago.

– ¿Cómo sabe usted mi nombre?

– ¿Pues no le conoce todo el mundo?

– ¡Pero si esta es la primera vez que veo á usted! Palabra de honor.

– ¡Ah, no! Será quizás la primera vez que usted me mira, por casualidad, pero otras veces me ha visto.

– Lo dudo, porque si la hubiera visto la habría mirado.

– Preciso será creer que no, puesto que no me conoce.

– ¿Pero dónde la he visto á usted?

– No lo sé; pero yo le he visto á usted en muchas partes.

– ¿Dónde?

– Pues en la granja, en los campos, en la iglesia y en todos los sitios.

– ¿Pero por qué no iba usted con su tío cuando fué al castillo?

– Bien lo ve usted, porque cogía enebro...

– Y espantaba usted mi caza; dos delitos en vez de uno. ¿Sabe usted que esto es muy grave, señorita?

– ¡Oh, Sr. Santiago, perdóneme usted!

– ¡Hum!.. En fin, sea; pero con una condición, y es que me permita darle un beso.

Juanita Chantavoine retrocedió de un salto, ruborizándose vivamente.

– ¡Oh, no me atrevo!, dijo.

– ¡Pues bien, yo me atreveré!, repuso el vizconde lanzando una carcajada.

Y se adelantó con los brazos abiertos; pero Juanita, ligera como una corza, precipitóse detrás de un cepellón, cuyas apretadas ramas le sirvieron de barrera; Santiago quiso franquear el obstáculo, pero la joven se esquivó delante de él, y los dos comenzaron á correr uno tras otro alrededor del árbol.

El vizconde se detuvo, un poco avergonzado: á través de las briznas vió á la joven, sin aliento, que le miraba á la vez con aire temeroso y burlón.

– ¿Conque decididamente no quiere usted que la perdone, señorita?

– Lo que no quiero es que usted me bese en el bosque.

– ¿Y por qué?

– Porque no hay nadie.

– ¿Y si hubiese gente?

– ¡Oh! Entonces me agradaría...

– ¿Tanto miedo me tiene usted?

– ¡Diantre!.. Falta saber si usted me besaría delante de gente.

El vizconde hizo de tripas corazón.

– ¿Por qué no?, preguntó.

– ¡Ah! Yo apuesto á que no.

– Pues yo apuesto lo contrario.

– ¿Y cuándo me besará usted delante de gente?

– ¡Diablo!, pensó el vizconde. Vamos..., supongo que no estará usted en el bosque cuando su prima se case.

– Confío en que no. Por de pronto mi tío Juan me ha dicho que me dará un vestido.

– ¡Pues bien! Apuesto que la abrazaré delante de todos los que asistan á la boda.

– ¡Ah! Así me conformo.

– Pues convenido, y hagamos las paces, señorita. No huya usted, pues nada debe temer de mí hasta el día de la boda.

Y el vizconde se acercó á la joven sin que ésta entonces tratase de huir.

A lo lejos, en la línea de los tiradores, las detonaciones habían cesado, y los expedicionarios llamaban á gritos al vizconde.

– ¿No oye usted que le llaman allá abajo?, exclamó Juanita.

– Voy á buscarlos, dijo Santiago después de haber respondido con un grito á aquellos llamamientos, pero no antes de haber dejado á usted en su camino.

– Lo conozco muy bien.

– No importa; quiero acompañarla.

– Es usted muy amable.

Tomaron un sendero que atravesaba el claro é internáronse en el bosque, dirigiéndose hacia la llanura. Aún no habían dado diez pasos, cuando un faisán se remontó con gran estrépito de alas; Santiago le apuntó á través del tallar; su escopeta produjo en la sombra, intensa ya, un relámpago rojizo, y el ave cayó pesadamente en una espesura, donde la oyeron aletear.

– ¡Es una fortuna no haberle perdido!, exclamó el vizconde recogiendo el faisán. Usted me trae buena suerte, Juanita.

Y le ofreció la hermosa ave, de brillantes colores y collar blanco y cuyas alas batían el aire con una palpitación suprema.

– Hágame usted un favor, dijo el vizconde. Acéptele usted.

– ¡Oh! Sr. Santiago, es que...

– Se lo dará usted si quiere á su tío, ó á su tía, ó ó su prima, que es tan coloradita...

– ¡Oh, señorito Santiago!

– ¡Pero tómele usted, yo se lo ruego!..

Juanita Chantavoine se había detenido temblorosa, mirando con envidia el faisán que le ofrecían y que no osaba aceptar.

Por fin alargó una mano tímidamente.

– Entonces, balbuceó, les diré que es para ellos, de parte de usted.

– Sea; pero entre nosotros, ya sabe que á usted es á quien se lo doy. Y tome usted...

Como á la perdiz que la señorita de Gasny había matado, el vizconde arrancó al faisán dos hermosas plumas de su ala.

– Tendrá usted á bien, dijo, guardar estas plumas para usted sola, en recuerdo mío. ¿No es verdad?

La joven, confusa, no se atrevió á contestar; había dejado caer en tierra su haz y las ramas de enebro; con una mano trataba de introducir las dos plumas en su corsé; con la otra tenía el faisán cogido de las patas; así permaneció largo tiempo pensativa.

Santiago de Berneville, en tanto, se alejaba á largos pasos, silbando con aire triunfante. Muy pronto comenzó á reirse, y exclamó casi en alta voz:

– ¡A fe mía, viva la caza y las aves que vuelan! ¿Quién quiere plumas de perdiz ó de faisán? Yo tengo para las tocas de las señoritas y también para el corsé de las campesinas. ¡Pardiez, cuánto más divertido es todo esto que servir de voluntario!

VII

El día de la boda se acercaba, y ya la granja de los Muriaux estaba de fiesta.

Todas las mañanas la bella Coralia se probaba nuevos trajes, y todas las tardes el cabriolé de Muterel hacía resonar los guijarros del patio. El novio entraba, luciendo toda su ropa nueva, lleno de pomada el cabello, y entonces los dos prometidos daban largos paseos, espiados por la gente de la granja, entregándose á pláticas amorosas cuya animación se adivinaba por el color de ladrillo de la novia.

Juan Chantavoine, triunfante por haber conseguido una alianza tan rica, se frotaba las manos desde la mañana hasta la noche, olvidándose de ir á los campos y de vigilar á su gente en los edificios. Los carreteros se aprovechaban de ello, y durante largos ratos pensaban en las musarañas, ó dormían sentados en sus carretas.

El pastor, curioso por saber lo que sucedía en la casa, entraba dos horas antes que de costumbre, malgastando la provisión de forraje reunida para el invierno; el vaquero hacía lo que los demás, y una de las mejores vacas había estado á punto de morir por haberse olvidado de ordeñarla. Por último, el criadito, en vez de barrer el patio y limpiar los caballos, pasaba el tiempo acechando á los enamorados y mirando á través de las celosías la habitación de la señorita.

Solamente la lechería, confiada en particular á los cuidados de Juanita, no se resentía de la incuria general; siempre estaba bien lavada y caldeada á la hora precisa; la nata subía en los cuencos tan bien alineados y tan limpios como de costumbre, y en los días en que correspondía hacer manteca no se permitía estar ocioso al hombre encargado de batirla.

Más aún que su esposo, la señora Chantavoine contribuía á este abandono, no ejerciendo ya á su alrededor en el patio, que era su reino, aquella severa vigilancia que de ordinario hacía temblar á todo el mundo. Su rara voz no resonaba ya sino rara vez en el establo y en la cocina, y Juanita hubiera podido dejar impunemente en el corral los huevos puestos acá y allá por las gallinas. La buena mujer, sin salir apenas ya de la casa, no hacía más que dar vueltas alrededor de su hija, cuyos brillantes tocados la arrebataban y que le parecía encantadora cuando se pavoneaba delante de su chimenea, mirando en el espejo los regalos de su futuro, un collar de oro y unos pesados pendientes que guarnecían como dos asas su rostro mofletudo.

No se podía negar que los Muterel hacían bien las cosas, conduciéndose como personas acomodadas que quieren hacer honor á su posición. No economizaban nada ni para la canastilla ni para el ajuar; habían comprado, sin reparar en el gasto, muebles de caoba magníficos, y un reloj dorado que representaba al natural á Mario sentado en las ruinas de Cartago. También habían amueblado de nuevo un salón que, aun sin ostentar todavía las tapicerías que bordaba Coralia, producía el más rico efecto, con su mesa de palisandro, sus cuatro sillones de la misma madera cubiertos de terciopelo de Utrecht color de tórtola y sus cortinas de seda amarilla deslumbradoras. En fin, habían puesto el colmo á la alegría de los Chantavoine ofreciendo su hermosa casa de Varencieres para el banquete de boda y el baile. Estarían allí más cómodamente que en la reducida morada de los Muriaux, y además, había añadido el novio con maliciosa sonrisa, una vez terminada la boda no sería necesario llevar á la esposa muy lejos... Los Chantavoine habían aprobado esta combinación con la mejor voluntad, pareciéndoles que les ofrecía la inmensa ventaja de ahorrarles un gasto que no hubieran osado rehusar. En vez de sufragar el coste del festín, confiaban en salir del paso ofreciendo tres pavos á la madre Muterel, que de fijo se prestaría á pagar todo lo demás.

Así, pues, la alegría era general en los Muriaux: alegría de la novia, que pasaba horas deliciosas mirándose por delante en el espejo y descubriéndose el cuello para contemplarse con orgullo por detrás; alegría del novio, cuya pomada, renovada de continuo, descubría su creciente amor; alegría de los padres Chantavoine, lisonjeados de dar su hija al hombre más serio del país después del señor conde; alegría de Juanita al pensar que tendría un vestido nuevo para ir á bailar, y alegría de los criados, que ya no trabajaban sino cuando querían. En aquella granja de ordinario animada por el movimiento sin tregua ni reposo que la dura labor de los campos exige, reinaba una ociosidad feliz, una especie de *dolce farniente*; los chasquidos de los látigos, los votos, el rechinamiento de las carretas y el choque de las ruedas de los pesados chirriones no se oían ya sino muy rara vez: la mayor parte del tiempo lo pasaba aquella gente en reir, cantar y fumar en pipa junto á los caballos dormidos; y por la noche, bajo las brillantes estrellas, en la calma helada, oíanse las notas del *Carnaval de Venecia* atormentado por Coralia con frenético entusiasmo.

Sin embargo, el tiempo se echaba á perder, el viento del Este soplaba ya en ráfagas, y la antevíspera de la boda la nieve comenzó á caer. Sin cesar ni de día ni de noche, se amontonó, formando gruesos muros contra las paredes y las cercas, y en los caminos hondos verdaderos bancos; flotaba en la campiña, rasando la tierra, y rechazábala un viento penetrante.

Al día siguiente, Muterel estuvo á punto de volcar con su cabriolé cuando venía de Varencieres; un poco de inquietud comenzó á turbar la satisfacción general, y todo el mundo se preguntaba cómo lo harían al día siguiente. Porque lo cierto era que no había medio de arreglarlo de otro modo. Era preciso ir primero á la alcaldía de Berneville, es decir, á casa del alcalde, pues el ayuntamiento de dicho pueblo no tenía edificio propio, y aquella autoridad habitaba en el caserío de Crieres, distante de allí un kilómetro largo. Después había que ir á la iglesia, próxima al castillo, lo cual suponía dos kilómetros más, y el cura había pedido que no se le hiciera esperar hasta más de las once. ¡El cura!.. Lo que es el novio de buena gana habría prescindido de él, y hasta no ocultó cuánto le repugnaba someterse á las *mojigangas de la superstición*. ¡El cura!.. Tampoco Chantavoine tenía gran empeño en utilizar sus servicios; pero su mujer pensaba que era preciso; pues de lo contrario, ¿qué hubiera dicho el señor conde? Habría sido capaz de prohibir á su hijo que fuera testigo... Por último, Coralia había zanjado perentoriamente la cuestión, exigiendo la intervención de la Iglesia, pues el matrimonio religioso correspondía á los principios de buena educación que le inculcara la señorita de Pompadoux. Así, pues, irían á la iglesia; pero luego era necesario trasladarse á Varencieres, franqueando una distancia de doce kilómetros por caminos llenos de nieve. ¡Y la pícara nieve sin dejar de caer ni un momento!

El viento calmó, sin embargo, á la caída de la tarde; al mismo tiempo el cielo se aclaraba y en la campiña blanca reinó un frío intenso y seco. Una hermosa mañana de hielo, iluminada por un brillante sol, sonrió á Coralia mientras le ceñían su vestido virginal.

VIII

Aquella mañana el vizconde de Berneville se despertó de muy mal humor. El castillo estaba desierto; hacía varios días que la brillante reunión había emprendido su vuelo hacia París, y la víspera el conde y la condesa resolvieron marcharse á fin de evitar una visita ofensiva de los Chantavoine.

¡El vizconde estaba solo, y tenía en perspectiva una boda de campesinos en la nieve! Se vistió refunfuñando, y al bajar, muy arropado en su capote de pieles, parecióle salir de la estancia del cuartel y descolgarse por la escalera al oir la llamada del sargento de semana; sólo que su imaginación prestaba al enojoso sargento el aspecto y la voz de Chantavoine.

Delante del pórtico esperaba un landó tirado por dos caballos comunes, pues el conde, teniendo empeño en hacer bien las cosas, había querido que su hijo condujese á la casada en coche. Al vizconde no le agradaban aquellos caballos, que le parecían vulgares, y olvidando que los que eran dignos de él le habían precedido á París, preguntó airado al cochero por qué enganchaba «aquellos rocines.» Después, mientras el buen hombre explicaba que no quedaban otros, se lanzó en el coche, cerrando furiosamente la portezuela.

Cuando llegó á los Muriaux, el patio estaba ocupado ya por media docena de carricoches, y la sala llena de convidados que engullían grandes trozos de ternera. Chantavoine se mostraba muy solícito, llevando tazas á unos y otros, y Juanita, triunfante con su traje nuevo, llenaba la mesa de frascos de formas extrañas y escanciaba el café en abundancia. Se ruborizó mucho al entrar Santiago; pero éste no fijó la atención en ella. Dirigiendo á la concurrencia una mirada de altiva protección, que produjo en aquella buena gente, para quienes ya había comenzado la fiesta, el efecto de una ducha helada, estrechó la mano de Chantavoine, que se había precipitado á su encuentro risueño y obsequioso, y sentóse en un ángulo, poniendo cara de mal humor y gesto de hombre poco resignado al papel que debía desempeñar y contestando apenas al cúmulo de palabras que le dirigía el dueño de la casa.

– ¿Sigue usted bien de salud, señor vizconde? ¿Y el papá y la mamá? ¿Tiene el señor conde el pie dolorido aún? ¡Vamos, tanto mejor!.. ¡Ah, vea usted qué mal tiempo tenemos para una boda!.. ¡Y nuestro yerno que no llega!.. ¡Con tal que no haya volcado en el camino!.. Por lo regular no emplea mucho más de tres cuartos de hora para venir aquí; pero también es verdad que no se entretiene. Sin embargo, voy á decirle á usted una cosa, y es que esta mañana no habrá podido hacer correr su caballejo. ¡Toma! He aquí un calesín que entra en el patio; seguramente es mi primo Langlois.

Chantavoine salió corriendo al encuentro del recién llegado; el calesín de alquiler llegó al trote penoso de sus dos asmáticos rocines, y el primo Langlois bajó con su esposa y su hijo de cinco años.

Como el novio no llegaba, la entrada del primo distrajo la atención general. Después del vizconde, era el hombre más notable que se esperaba por parte de los Chantavoine, y también su segundo testigo. Tenía la lonja de ultramarinos más considerable de Plessis, villa importante que se enorgullecía muy justamente de poseer una estación de ferrocarril y un alquilador de coches. Decíase en voz baja que había acumulado muchos bienes vendiendo á subido precio productos muy medianos, y dábase por seguro que echaba siempre polvo en la pimienta y harina en el azúcar molido.

Pero como siempre tuvo el talento ó la suerte de que no le sorprendieran en estas operaciones, elogiábase mucho su habilidad en los negocios, y todos admiraban los resortes que le permitían doblar sus beneficios.

– ¡Bien!, decía Chantavoine. ¿Qué quiere usted hacerle? ¿No es así el comercio? ¿Quién es entre nosotros hoy día el que no echa agua en la leche?

Todos se agruparon en derredor del primo Langlois, y si la recepción hecha al vizconde había sido respetuosamente desconfiada, fría y casi hostil, en cambio fué muy entusiasta y cordial la que se dispensó á aquel hombre gordo, que salido de la nada, había sabido robar bastante bien al mundo para ganar mucho dinero. Santiago lo echó de ver y comprendió que ya era hora de mostrarse amable; prometióse, pues, eclipsar al lonjista, y desde entonces comenzó á divertirse.

La señora Langlois, mujercita seca, de nariz puntiaguda, que parecía flotar en un vestido de seda demasiado ancho y que llevaba un sombrero con cintas brillantes confeccionado por la modista de Plessis, se precipitó en la habitación donde acababan de vestir á Coralia, y profirió grandes gritos de contento al oir que todavía llegaba á tiempo para poner el velo á la novia. Su hijo, espantoso galopín, cuya boca recordaba el hocico del cerdo y que tenía las piernas torcidas, fué acaparado por Juanita, la cual le besó repetidas veces; y como el frío le hacía toser, dióle, para calmarle, una rebanada de pan con manteca y confitura, que el chiquillo devoró con avidez llenándose de almíbar hasta las orejas. En cuanto al primo Langlois, sentóse á la mesa y comenzó á beber mucho café y licores, por ser él quien los había enviado y porque este era un medio agradable de hacer prosperar el comercio.

La mañana avanzaba; la novia, dispuesta ya, esperaba sentada en su taburete, rígida, envuelta en su velo, congestionada por un corsé que la oprimía bárbaramente y sin osar moverse por temor de que se desarreglasen los pliegues de su vestido blanco; sufría mucho, mas era feliz al verse tan bella.

(Continuará)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

Revista Ilustrada. – Los últimos números de este periódico quincenal que se publica en Santiago de Chile contienen artículos y poesías de Jaime Brull, Luis de Tanemburgo, José S. Chocano, Ruben Rubí, Theuriet, René Vinci, Gustavo Valledor, José M. Barreto, René Brickles, M. de los Ríos, Alberto Makenna y Tatin y varios grabados artísticos, retratos, paisajes y caricaturas.

Las colonias escolares de vacaciones granadinas. – Interesante bajo muchos conceptos es la memoria que acaba de publicar la Sociedad de Colonias Escolares de Vacaciones de Granada: en ella se hace la historia de tan benéfica institución, se consignan detallados datos acerca de los gastos ocasionados por las colonias y se insertan las hojas antropológicas de cada una de éstas, por las cuales se demuestran los buenos resultados que las mismas producen en el desarrollo físico de los colonos.

Revista contemporánea. – El último número de esta notable revista madrileña contiene interesantes trabajos de Pablo Alzola, P. Guillermo Hahn, L. Mallada, M. Gil Maestre, C. García Alonso, A. García Maceira, V. Rodríguez Intilini, R. Méndez de San Julián, P. Artigas y F. Bonhours.



La modelo, cuadro de Pedro Sáenz
(Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897)

El ejército español. – El cuaderno 12 de esta importante colección de instantáneas que edita Luis D. Tasso contiene 16 autotipias que reproducen interesantes escenas de la vida militar de las armas de Artillería de plaza, de campaña y de montaña, de Caballería, Administración militar, Sanidad militar, Marina de guerra, Guardia civil y Mozos de la Escuadra.

Panorama Nacional. – El cuaderno 32 de esta notable publicación que edita don Hermenegildo Miralles contiene bellísimas vistas de Santiago, Palma, Madrid, San Sebastián, Jaén, Barcelona, Melilla, Úbeda, Burgos, Sagunto, Soria, Oñate y Pontevedra, una reproducción de una preciosa *Sagrada Familia* de Murillo, que se conserva en el Museo del Prado de Madrid, y una gran vista panorámica de Cádiz. Véndese á 70 céntimos.

Legislación sobre aguas, por *Jenaro B. Ramírez*. – Con motivo de la publicación de un decreto por la legislatura del estado de Jalisco (México), el jurisconsulto mexicano Sr. Ramírez ha publicado un trabajo notabilísimo bajo todos conceptos sobre la legislación en materia de aguas, en el que se estudia con gran copia de datos y vasto caudal de conocimientos tan interesante cuestión. El libro ha sido impreso en Guadalajara (México), en la imprenta de Ancira y Hermano.

A Costa Rica, por *Máximo Soto Hall*. – Inspiradas décimas del conocido poeta americano Sr. Soto Hall, llenas de brillantes imágenes y de sentimiento: se publicaron en el *Diario de Costa Rica*, y han sido recientemente editadas en San José, en la librería de Antonio Font.

Poesías premiadas de *Federico Soler*. – El tomo cuarto de la interesante *Biblioteca Catalana* contiene multitud de inspiradas poesías del ilustre vate catalán Federico Soler, todas ellas premiadas en públicos certámenes, lo cual, unido al nombre del autor, constituye su mejor elogio. Véndese á dos reales.

Asociación de dependientes del comercio de la Habana. – Hemos recibido la Memoria de esta Sociedad correspondiente al año 1896, por la cual pueden apreciarse los importantes trabajos realizados por su Junta Directiva y el estado próspero de tan utilísima asociación.



Ferrocarril aéreo en el dique de Devil, en Brighton (Inglaterra,

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 18 de octubre de 1897 — Núm. 825



OCIOS DE CUARTEL, cuadro de Joaquín Agrasot

(Exposición Robira)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el tomo cuarto de la actual serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, que es «La ciencia moderna,» por D. Julio Broutá, profusamente ilustrado. Este tomo contiene en sus diferentes capítulos curiosísimos datos acerca de los últimos descubrimientos ó perfeccionamientos científicos, en particular los referentes á la aviación y aerostación, los de los rayos X, los del alumbrado eléctrico, los últimos trabajos practicados para llegar al Polo Norte y otros no menos notables, y en su descripción ha cuidado el autor, persona tan conocida como competente, de imprimirle un estilo ameno y sencillo y al alcance de todas las inteligencias.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LO INCURABLE

¿Hay cosa más contemporánea ni más actual que la política? En ella vivimos, nos movemos y somos, aun los que menos motivos tenemos de acordarnos de ella. Sería tan inútil pretender evitar el influjo absorbente de la política, como querer no respirar el aire que es nuestro ambiente. Que nos guste ó no nos guste, se nos ha de colar en los pulmones.

La prensa está monopolizada y tiranizada por la política; las conversaciones también. Esto indica que nos encontramos en un momento crítico de la Historia, porque la política de hoy es la historia de mañana; lo que ahora nos parece choque de guijarros y pedrezuelas en la playa, será después rumor profundo del mar, voz de lo pasado. Y cuando los que han de seguirnos estudien la situación presente, su desarrollo, sus diversas fases, creo que se admirarán de cómo hemos podido resollar y existir entre tal desbordamiento de ambiciones y tal conflicto de intereses, vanidades, rencillas, rencores, delaciones y acusaciones mutuas; en esta profunda anarquía moral, la peor de todas.

Una nota de la política del día es ser esencialmente chismográfica. ¡Las calabazadas que se darán los futuros historiadores para interpretar los artículos alusivos, las insinuaciones continuas de la prensa! Y cuando aparezcan, si es que aparecen, las Memorias ó el Diario secreto de algún observador minucioso y agudo, de un Saint Simón ó una Madama de Aulnoy de la última mitad del siglo XIX, ¡qué hormiguero de leyendas, qué hervir de anécdotas y cuentos, qué matorral psicológico se descubrirá allí, y qué hacecillo de rayos de luz se proyectará sobre estas obscuridades y nieblas de la historia política, esclareciendo los móviles de muchos actos al parecer inexplicables y anómalos!

Antaño la tarea del historiador era más fácil. Con observar detenidamente al rey, á la reina, á la favorita ó el favorito, y á media docena de personajes eminentes, príncipes, generales, cardenales ó ministros, tenía en la mano, por decirlo así, los ases de la baraja. Actualmente, toda la baraja se vuelve ases. Hemos sustituído la monarquía tradicional con la monarquía colectiva, y padecemos centenares de régulos autónomos. La idea tan difundida de que impera el caciquismo no es más que versión popular del estado en que nos encontramos y reconocimiento de la verdad de mi tesis: que nos mandan infinitos reyes, aunque al parecer acatamos uno solo, el cual ni manda ni gobierna.

Sería tiempo perdido el que gastásemos en clamar contra este modo de ser de «nuestras democracias.» Tan persuadidos andamos de ello, que no sólo no clamamos, pero ni chistamos. Granjearíamos fama de extravagantes, si por fortuna ya no la tenemos bien sentada. Nuestra voz se perdería en el desierto; nuestras quejas serían objeto de mofa, y sobre todo, no remediaríamos punto. Causas muy complejas y muy poderosas determinan siempre este género de situaciones, y sólo otras causas análogas y de mayor fuerza las modifican. Paciencia, pues, que cada siglo tiene sus cojeras y sus alifafes.

No es nuevo, por otra parte, el escribir largo y tendido acerca de las tales cojeras. Max Nordau consagró un capítulo substancioso en su mejor libro, *Mentiras convencionales de nuestra civilización*, á la *mentira política*. Empieza recontando con mucho donaire el fárrago de documentos que necesita un mozo para demostrar un hecho que salta á la vista – el hecho de que ha nacido, – y para ejercer una profesión, para casarse, para poner una tienda, para todo lo que se puede intentar y emprender, que sin excepción está sometido á las exigencias inaguantables del Estado y al formulismo de los papelotes. «Y sin embargo – añade Nordau, – con el actual sistema de gobierno, tan complicado, con tantísimo infundio que parece el cuento de nunca acabar, con tanto escribir, protocolizar, funcionar, prohibir, autorizar, dar y tomar del Estado en todas las relaciones y actos de nuestra existencia, ni está garantizada nuestra propiedad, ni nuestra seguridad, ni nuestra vida. En compensación de todos los sacrificios de sangre, dinero y libertad, que el ciudadano ofrece al Estado, no recibe más servicios que el de la justicia, por otra parte desatinadamente cara é interminable, y el de la instrucción...» ¡Instrucción, justicia! Los que leemos este párrafo de Nordau pensamos en los famélicos maestros, en las escuelas desmanteladas, en los libros de texto fabricados Dios sabe cómo é impresos en papel de estraza, que cuestan el ejemplar á doscientos, trescientos ó quinientos reales – valor intrínseco de la edición entera; – en los exámenes de favor, mogollón y momio, ó de iracunda venganza; en las cátedras abandonadas por los alumnos al menor capricho, en las oposiciones donde se lleva el gato al agua quien mejores padrinos consigue; en los litigios que duran cuarenta años y por último arruinan al que los gana; en cuanto se llama aquí justicia é instrucción..., y encontramos que, verdaderamente, lo que nos da el Estado no es para alucinar á nadie, particularmente considerando lo que nos pide, que no es grano de anís...

Pero la más irrisoria y burlesca de las mentiras políticas que sobre nosotros proyectan sombra es para Nordau el parlamentarismo: *grande y absoluta mentira*, repite con insistencia; y mentira que, para mejor engañarnos, no se cubre con la máscara del pasado, de la tradición, sino con la del progreso y del porvenir. A mí los duros calificativos y las acres censuras de Nordau me han servido de consuelo. Temía yo que sólo fuese España la nación inhábil para adaptarse al régimen parlamentario, pero del libro á que me refiero saco en limpio que cuecen habas en todas partes. Tampoco en Bélgica, ni en Inglaterra, naciones donde el parlamentarismo nos figuramos que brota del suelo como la planta indígena, son las elecciones ni las Cortes expresión del mandato y de la voluntad popular. También allí para los diputados son letra muerta los intereses altos y generales, y sólo importan los relativos y ocasionales que pueden influir en la conservación del distrito, y por consiguiente en el propio medro. Tampoco allí es el país el que imprime dirección á sus representantes, sino los ministros los que, reuniendo en torno suyo á éstos como á dócil grey, por medio de ellos imponen su voluntad omnímoda á la masa. Tampoco allí ni ministros ni diputados asumen la menor responsabilidad efectiva, y por más injusticias, abusos, delitos y gatuperios que cometan, no incurren en la pena menor. Lo que se dice de Inglaterra y Bélgica parece – ¡triste satisfacción para nosotros! – escrito de España y por España. No nos apresuremos á creer que aquí existen males y vicios de que están exentos los demás pueblos; son males universales, vicios de nuestro siglo, de los cuales ninguna nación, por lo visto, se exime. Y este es nuevo motivo para que no gritemos ni protestemos contra lo que ocurre, así ocurran demoniuras. Ley fatal la de los tiempos, hemos de sufrirla resignados.

Lo estamos de antemano al trueno gordo de las elecciones que se acercan. Si bien se considera, esto de disolver las Cámaras cuando cae el gobierno, por sí solo demuestra la inconmensurable mentira convencional del régimen parlamentario. ¿Es otro el país al día siguiente de haber caído Azcárraga y subido Sagasta? No habrá nadie que no se ría de esta interrogación. El país es el mismo; su pulso no tendrá un latido más; su tesoro, por ahora, ni un ochavo menos; pero no es el mismo el ministro de la Gobernación, ni los gobernadores civiles, y poco á poco, á golpe de procesamientos y destituciones, otras irán siendo las diputaciones provinciales, otros los municipios, otros los funcionarios de arriba abajo de la escala, otro en fin ese tinglado oficial que recibirá la consigna para reclutar otra mayoría, diferente de la anterior, si no en procedimientos y condiciones, en banderín de enganche. ¿Cómo se recluta? ¡Ah!, eso bien ¡lo sabemos, bien lo saben hasta los campesinos, más escépticos y desengañados de lo que parece, al menos en mi tierra, donde los paletos se distinguen por una sagacidad y un talento natural que admira.

Ya se preparan á vender el voto, por dinero ó cosa que lo valga – rebaja de consumos, recomendación eficaz, destinillo, protección en cualquiera forma. – Si no les vale algo el votar, no votarán; se quedarán tranquilamente en la heredad, cavando ó sembrando: harto les consta que no por abstenerse dejará de aparecer su voto, atribuído á quien menos piensan; á quien se le antoje al alcalde, ó al secretario, al que maneje la mecánica electoral. Los augures se reían de su religión caduca y falsa; los electores se ríen de su soberanía, de su función, de su carácter y de sus derechos. Si les preguntáis por sus opiniones, contestan que no saben qué es eso, ni con qué se come, ni para qué puede servir. En lugar de opinión tienen cuando más un nombre propio: D. Zutano. Irán adonde D. Zutano les mande ir. ¿Y D. Zutano? Ese irá adonde D. Mengano disponga. D. Mengano dispondrá lo que quiera el Excelentísimo é Ilustrísimo D. Perengano. Este, á su vez, lo que sea servido el jefe. ¡Y gracias si hay jefe, en estos tiempos acéfalos!

He visto, en cierta ocasión, los movimientos del tronco de un insectillo decapitado. No cabe mayor expresión de angustia que el pataleo frenético y los automáticos movimientos del bicho. Realmente, no es para menos: le faltaba la cabeza. Ahora mismo muchos políticos sufren la agonía de aquel pobre ser: les falta la cabeza visible, y se agitan desesperados, á derecha é izquierda, en suprema convulsión. Un jefe de partido no se improvisa, dicen bien los que lo dicen. Hay en todos los partidos, y más en el conservador, bastante número de hombres que serían capaces de jefatura; pero necesitarían, para conseguirla y ejercerla, que desde hace años se les reconociese la aptitud, y haber esperado que los sucesos les traerían á puesto tan alto; y no sólo convenía que lo hubiesen creído ellos, llenos de fe en su destino, sino que á su vez lo hubiese creído el público. De la noche á la mañana no se inventa una personalidad en quien todos, tácita ó explícitamente, ven, acatan y reconocen al caudillo, al guía, al ungido de la fortuna y del pueblo. En esto sí que, probablemente, fracasará cualquier intento de artificiosa componenda. El jefe no se nombra: *deviene*, y perdónese el germanismo.

Lo único que hay de verdadero acaso en la mentira política que á todos nos envuelve y nos penetra, es la persona, el individuo más ó menos genial, que consigue destacarse de la colectividad y agrupar en torno suyo energías y voluntades. Si pudiese fabricarse un jefe indiscutible como se fabrica un diputado, no hubiese producido tan honda conmoción la muerte del gran Cánovas. La del rey Alfonso XII demostró que, en nuestra organización actual, es más fácil de reemplazar un monarca que un jefe de partido. Verdadera fórmula democrática, entre tantas que no pasan de fórmulas pintadas en telones y bambalinas.

Emilia Pardo Bazán

PENSAMIENTOS

Si el hombre desciende del mono, cabe preguntar si ha alcanzado ya su definitiva perfección física ó si todavía es perfectible: en este último caso puede admitirse que con el tiempo llegará á ser un ángel.

***

El militarismo es, en sus fines y en sus medios, tan exclusivista y tan absoluto que anula todas las demás direcciones del pensamiento. Por otra parte, desde el momento en que consume la parte más joven, más fuerte y más sana de la población masculina, constituye un obstáculo para el progreso de la civilización. A los militares los preceptos les son ordenados, y la libertad de pensar, de examinar y de elegir constituye en ellos un crimen. Esta disciplina es ciertamente necesaria en la guerra; pero como una guerra no es, por fortuna, sino un caso excepcional, resulta que en tiempo de paz la mayor parte de los hombres carecen de la facultad de pensar por cuenta propia.

***

La inmensa mayoría de los hombres sólo reconoce como grandes y dignos de un monumento á los monarcas, á los generales y en parte también á los hombres de Estado, encogiéndose de hombros cuando pasan por delante de un monumento de un sabio, de un poeta, de un artista: en su concepto, Atila es más grande que Shakespeare, Goethe y Beethoven. Y sin embargo, día vendrá en que la gente se encogerá de hombros y se mostrará sorprendida cuando encuentre á su paso algún monumento de los de la primera categoría.

Antonio Rubinstein

ACTUAL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS

Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta.

D. PRÁXEDES M. SAGASTA

D. Práxedes Sagasta, el hombre del tupé, ni se llama Práxedes, ni Sagasta, ni tiene tupé, ni lo ha usado en su vida, y es sencillamente D. Mariano Mateo, que se peina como el resto de los mortales. Nació en Torrecilla de Cameros el 21 de julio de 1827, día en que la Iglesia celebra la festividad de Santa Práxedes, y á esta circunstancia debe uno de los nombres que le impusieron en el bautismo; pero el primero es Mariano.

Mateo Sagasta se llamaba su padre; pero el apellido Mateo ha quedado reducido á la indicación de una M, y el Sagasta ha prevalecido.

He aquí el comienzo de la leyenda del tupé. Fué á Madrid durante el período revolucionario un dibujante catalán, quien aprovechó la circunstancia de estar abiertas las Cortes para tomar apuntes de los hombres políticos, que le sirviesen para la caricatura. Era Sagasta ministro de la Gobernación, y el dibujante dió comienzo á su tarea en una sesión borrascosa, en la que D. Práxedes sostenía acalorado debate con la minoría republicana; y como molestado por el sudor se pasase la mano por la frente para echar atrás el cabello, el instintivo movimiento produjo un improvisado tupé, que apuntó el dibujante en su cartera y del que tomó origen el legendario. Años después estaba una tarde Sagasta en su palco del teatro de la Comedia; había en el del lado una hermosa niña, que le miraba con aquella insistencia que en las criaturas es encanto y que en los mayores sería insolencia; y Sagasta, cariñoso con los niños, le preguntó sonriendo:

-¿Por qué me miras, monina? ¿Te gusto?

-Busco el tupé y no lo hallo, contestó la pequeñuela.

D. Clemente se llamaba el padre de Sagasta. Vivía en Logroño en casa propia, cuya construcción había dirigido D. Práxedes, que es ingeniero, y prefería la tranquila existencia de la capital de la Rioja á la agitada de Madrid. Si su hijo no hubiese sido presidente del Consejo de ministros, acaso fuera con más frecuencia á la capital; pero estaba mejor en Logroño, jugando al mus con los que, como él, vivían de los recuerdos del tiempo pasado. Entre éstos figuraba un viaje á Barcelona en galera, del cual conservaba tan buena memoria, que era un encanto oirle narrar lo que en aquellos tiempos tenía las proporciones de odisea.

D. Práxedes ha heredado la sencillez riojana de su padre. Quien desee ver á Sagasta vaya á su casa por la mañana, llame, y si se ha enterado previamente de la disposición de las habitaciones para llegar á la de D. Práxedes, ni siquiera tendrá necesidad de preguntar al criado si el señor recibe, porque pasará con dar los buenos días. La puerta de su gabinete nunca está cerrada, y no es raro que esté entreabierta la del dormitorio, en el cual se ve una imagen religiosa. Pero ¿no ha sido masón Sagasta y Gran Oriente? Sí; mas sospecho que fué á la masonería arrastrado por la corriente revolucionaria, sin tomarla jamás en serio, ni siquiera cuando fué Gran Oriente.

En el Congreso se le echó en cara que había sido masón.

-Lo fuí, pero ya no lo soy, contestó Sagasta, que era presidente del Consejo de ministros.

-¿Cuándo dejó de serlo S. S.?, le preguntó el diputado.

-En cuanto supe que la Iglesia condenaba la masonería.

La respuesta sería un recurso oratorio, pero prueba lo que hemos dicho.

Siendo ministro durante el período revolucionario, mandó cerrar la logia masónica de la que formaba parte Martí, que fué quien preparó la actual insurrección de Cuba.

¿Cómo Sagasta, nervioso y bilioso, ha logrado dominar los nervios y la bilis hasta convertirse en un hombre en apariencia impasible, de cuyos labios jamás desaparece la sonrisa? Dicen que es débil, pero yo opino que su voluntad es de hierro, puesto que ha logrado imponerla á su temperamento. Cuando éste y aquélla están de acuerdo, entonces surge el tribuno fogoso; pero en caso contrario, no hay más recurso que sonreir, oir y callar. En lo de callar es maestro. Un día de crisis preguntaron qué sabía de ella á

Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta

un diputado. «¿Qué quieren ustedes que sepa, contestó, si vengo de casa de Sagasta?» Sagasta era presidente del Consejo de ministros. Recibe á todo el mundo, parece asequible; pero si lo es su casa, tanto que se cuenta que durante tres días comió en ella un amigo, quien se marchó de Madrid sin que supiera cómo se llamaba, no lo es su pensamiento. Le habláis y os fascinan su bondad, la espontaneidad y la sencillez con que os contesta; es fácil que os invite á almorzar y ponga empeño en que aceptéis, aunque apenas os conozca. Llega la hora de despediros, y os marcháis encantados de su exquisita amabilidad, temerosos acaso de haber llevado la petición hasta la exigencia; pero en cuanto os da el aire de la calle os preguntáis: «¿Qué me ha dicho y prometido Sagasta?» Y os es difícil averiguarlo.

Gracias á este sistema gobierna á su partido, que con la imposición se disgregaría, dados los elementos que lo forman y las corrientes que le empujan. Son varios los que se creen superiores al Sr. Sagasta, pero no hay quien niegue que es insustituíble porque sólo él es capaz de dirigirlos, lo que prueba que tiene cualidades de que aquéllos carecen. En apariencia jamás se impone, deja hacer; pero al final resulta que los demás hacen, sabiéndolo ó no, aquello que el jefe quiere que hagan. Cuando el 92 se formó el ministerio compuesto de lo más granado del partido fusionista, hubo quien dijo: «La situación de Sagasta se asemeja á la de un domador que se metiese en una jaula donde hubiese ocho fieras: ó las domaría ó le devorarían.» No le devoraron, y aquellos ministros de cuerpo entero salieron del Gabinete por medio de crisis parciales cuando se creyó necesario que salieran, sin que, á juzgar por las apariencias, Sagasta hubiese tenido arte ni parte en los conflictos de personas ó de doctrinas que las provocaron. ¿Cómo es posible enfadarse con un jefe así? Además, Sagasta tiene otra cualidad de primer orden para que olvide fácilmente el agravio aquel que supone haberlo recibido: jamás habla mal de nadie, ni siquiera de sus enemigos, si es que los tiene, cosa que puede ponerse en duda.

Lleva la condescendencia respecto á la forma hasta el exceso de bondad. El año 91 le visité cuando regresó de los baños de Aliseda. Acababa de almorzar y estaba de sobremesa rodeado, como de costumbre, de varios que se ha dado en llamar amigos, y que á veces apenas son conocidos, pues al comedor pasan los que van llegando, y después de un apretón de manos se acomodan si hallan sitio vacío. Alguien habló en broma de las ovaciones que compensan las amarguras de los jefes de partido, y Sagasta nos dijo lo siguiente:

«Ustedes no saben lo que son las ovaciones con temporal de lluvia. Salí en coche de la Carolina para Aliseda, y como la temperatura era desagradable y la lluvia la hacía más molesta, iba muy abrigado con mantas, y les confieso que aquel calorcito me era muy agradable; pero á cosa de kilómetro y medio de la población se detiene el carruaje; me asomo y veo que había salido á recibirme todo el pueblo con las autoridades y el párroco al frente. Siendo poder, esto no hubiera tenido nada de particular; pero estando fuera de él, era más de agradecer. Bajé del carruaje, y ¿qué había de hacer sino seguir con ellos á pie para el pueblo? A pie fuimos todos, precedidos de una música, aguantando la lluvia y recordando yo aquel calorcito del coche. Al llegar al pueblo me vi obligado á recorrerlo, sombrero en mano para corresponder á los vivas; y cuando entré en la casa donde me hospedaba, calado hasta los huesos y deseoso de descanso, supe que los que me habían acompañado deseaban despedirse y saludarme los del pueblo. ¿Cómo podía negarme á semejante prueba de consideración, si también ellos habían aguantado la lluvia como yo?

»La recepción duró hora y media, y en cuanto hubo terminado me senté á la mesa; pero no comí, tenía fuerte dolor de cabeza y con gusto me acosté. Al día siguiente se empeñaron en que viera unas minas, y en las minas estuve á pesar de que continuaba lloviendo, recibiendo siempre agua y ovaciones; pero no podía más y me vi obligado á ponerlas término regresando á Madrid, para lo cual busqué una estación que no tuviese pueblo. Pregunté si había alguna en estas condiciones, y me contestaron que Venta de Cárdenas. A ella fuimos en carruaje para tomar el tren sin ovaciones, y á Madrid me vine.»

Jamás se ha debilitado la fe monárquica de Sagasta, y si Martínez Campos no se hubiese anticipado, es probable que hubiera influído para que las Cortes llamasen á D. Alfonso. Una vez proclamado, preparó á su partido para colocarlo dentro de la legalidad; convocó á sus delegados en Madrid, se celebró la reunión del Circo del Príncipe Alfonso, y luego hizo particularmente á cada grupo la insinuación de que fuera á palacio á ofrecer sus respetos al monarca; esto es, á hacer pública adhesión á la dinastía. La indicación sorprendió, á pesar de que ya se estaba curado de la neurastenia revolucionaria, porque no se sospechaba que tal fuera el verdadero propósito de Sagasta al reunir á su partido en Madrid. Todos fueron; les encantó el joven monarca, de quien hablaron con encomio al volver á provincias, y pudo decirse que definitivamente se había cerrado el período revolucionario para entrar los partidos en la legalidad,

gracias al acto que pudo realizar el Sr. Sagasta porque el Sr. Cánovas había preparado el terreno.

Con la misma lealtad que sirvió á D. Alfonso sirve á la Regente, á quien admira por las grandes cualidades que adornan á la reina y á la madre. S. M. sabe apreciar los servicios de los ilustres hombres políticos que dirigen los partidos gubernamentales, como lo prueba este hecho: la fiesta de Santa Práxedes coincide con el cumpleaños de la Regente, y el año 91 dijo la reina, que se hallaba en San Sebastián: «Todos los años Sagasta y yo nos disputamos quién se felicita primero. Este año quiero ser yo.» Pidió recado de escribir al duque de Medina Sidonia y ella misma escribió el telegrama, ordenando que se expidiera por la noche para que Sagasta lo recibiera á primera hora de la mañana, antes que hubiese cursado el suyo, como así fué. El mismo año y también en San Sebastián, preguntó á Cánovas, que con ella almorzaba, dónde vivía Sagasta en Biarritz, y mandó la reina que el duque de Medina Sidonia le telegrafiara invitándole á almorzar. Se apresuró Sagasta á ir á San Sebastián, y terminado el almuerzo la Regente le dijo que quería que viese las obras del palacio que estaba edificando, pues como ingeniero podría darle su opinión sobre algunas cosas. Distinguió á Sagasta llevándole en su coche, en el que también iba una dama de honor. Al recorrer el palacio llegaron á una puerta en la que había una tabla que indicaba que no se pasase, porque detrás había un desnivel; pero la reina la empujó, no notando el peligro por su cortedad de vista; mas lo vió Sagasta y con la rapidez que el caso requería detuvo á S. M., advirtiéndola del riesgo. Este hecho fué muy exagerado, pero creemos que la verdad está en lo que hemos narrado.

El dominio que sobre sí mismo ejerce Sagasta es tan absoluto que se ha convertido en hábito, hasta tal extremo que ni ante el peligro personal pierde la serenidad. Un verano iba embarcado en Zumaya en una lancha con su amigo D. Miguel Villanueva y corrió gravísimo riesgo sin llegar á inmutarse; en el verano del 85 salía de la plaza de toros de Logroño y llegó á la puerta en el momento en que la abrían para que el público aglomerado frente á la plaza viese gratis el final de la lidia. Por ella se precipitó la humana torrentada, y Sagasta tuvo serenidad para pararse en seco, pues de haber dado un paso le arrollaban y pisoteaban. Una noche de verano se apeó en Avila del expreso en que iba para San Sebastián, y al bajar del vagón para saludar á los amigos, puso el pie en falso y cayó, aunque de pie, entre el estribo y el andén; en otra ocasión, paseando con unos bañistas por una carretera, se vieron acometidos por una vaca brava, y su sangre fría evitó el peligro. Cuando ocurrió la sorpresa del castillo de San Julián de Cartagena, Sánchez Pastor, subsecretario de Gobernación, fué á darle la noticia, y como estaba acostado hubo que despertarle. Al enterarse exclamó: «¡Qué país!» En octubre del 92 se pegó fuego en la casa del lado de la de Sagasta en Avila, quedando aquélla destruída. Entró el criado á despertarle, y volviéndose al otro lado D. Práxedes dijo: «Avisen cuando haya peligro;» pero como el peligro ya existiera, fué necesario convencerle para que se levantase. Más tarde le preguntó un periodista:



PLAYAS MUNDANAS. - La playa de Dieppe (de fotografía)

- Pero ¿es verdad, D. Práxedes, que tuvo usted la calma de seguir en la cama á pesar del incendio?

- ¿Y qué había de hacer si el peligro no era inminente y me despertaron á lo mejor del sueño?

Siendo presidente del Consejo se le ve en Avila gustando del bienestar que halla al sentarse solo en la galería de su casa para contemplar el Guadarrama. Una mañana notó que los pollos que había en el huerto no tenían comida, y avisó para que se la dieran. Bajaron una gran cazuela en la que todos los pollos pudieron meter á la vez el pico y saciarse, y un amigo le dijo: «¡Lástima que no tenga usted para el partido una cazuela tan grande como para los pollos, porque si todos comieran no habría disgustados!»

Conoce á fondo á los hombres, lo mismo á los de Madrid que á los de provincias. Sus cualidades oratorias son propias, son de Sagasta; y que en este concepto vale mucho lo prueba el haber tenido que medirse con todos los grandes oradores de nuestro Parlamento sin quedar quebrantado. Asiste á los debates, oye á todos, se forma exacto concepto del pro y del contra, y cuando se levanta ya se ha asimilado los argumentos que le sirven. Descubre el lado flaco del adversario, y en algunas ocasiones ha destruído con un chiste el efecto del más grandioso de los discursos.

Sagasta, el orador fogoso, el español que ha sido más veces y más tiempo presidente del Consejo de ministros, el caballero del Toisón de Oro, no puede ser ambicioso, no porque todas sus ambiciones estén satisfechas como lo están, sino porque no tiene necesidades, todo le basta y todo le sobra. Come poco y lo que le dan, se contenta con aquello de que puede disponer, le basta pasear con un par de amigos por humilde que sea su condición, saber que en Logroño le quieren y le agradecen lo mucho que por la ciudad ha hecho. Cuando deja la presidencia del Consejo de ministros y se halla en su casa, libre de las preocupaciones del gobierno, me parece que debe pensar: «¡Qué bien se está aquí!»

Teodoro Baró

PLAYAS MUNDANAS

II

Llegado á Irún, no quise pasar por vigésima vez el Bidasoa sin visitar la hermosa playa y la vieja población de Fuenterrabía, fundada en tiempos del rey godo Suintila y elevada á la categoría de ciudad por Felipe IV en 1629, merced á la heroica defensa que sostuvo durante su sitio por los franceses al mando del príncipe de Condé, que con 28.000 hombres y la escuadra que dirigía el arzobispo de Burdeos hubieron de huir, perseguidos por 700 españoles, dejando en el campo una infinidad de muertos y gran número de piezas de artillería.

A los internacionales odios de antaño ha sucedido aquí una confraternidad universal, que se acentúa durante los meses en que numerosas y ricas familias de todos países veranean en esta pintoresca ciudad.

Son tan risueñas las vistas que desde ella se descubren, como severa es la perspectiva que de lejos presenta con su antigua fortaleza, sus ruinas y viejos muros, ora se contemplen desde las vegas fronterizas de ambas naciones, ó desde la vía férrea.

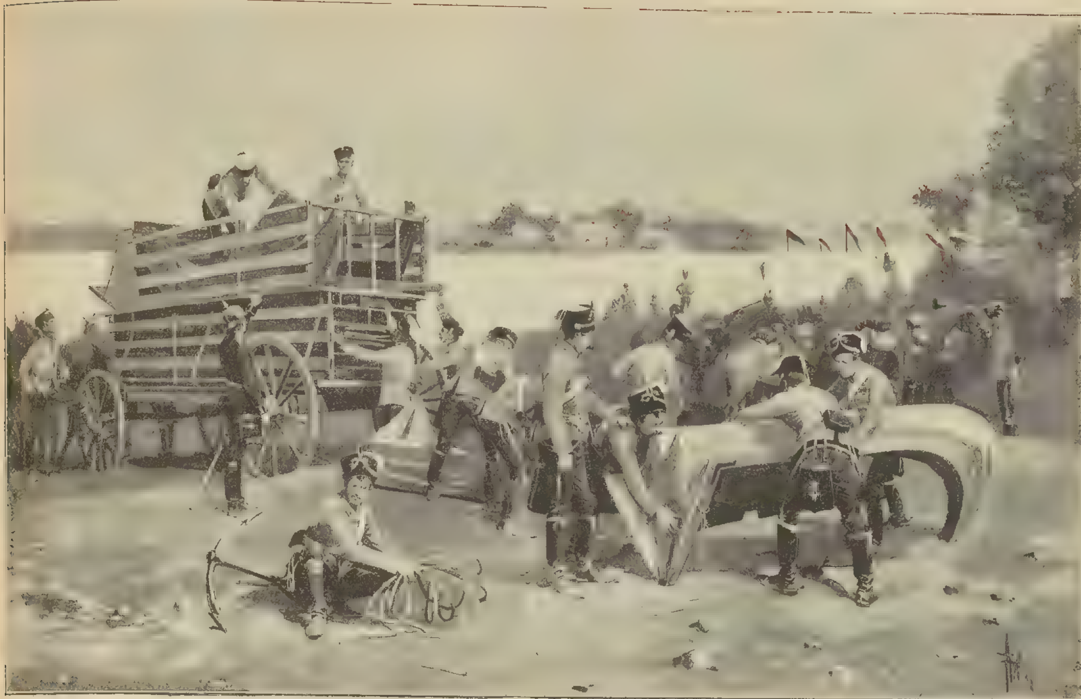
Tiene Fuenterrabía el privilegio de ser visitada por cuantos aficionados á los recuerdos históricos llegan á este país.



PLAYAS MUNDANAS. - La playa de Arcachón (de fotografía)

La mayor parte de sus casas, del siglo XVI, tienen anchos aleros de madera. Entre sus edificios son notables el palacio de Carlos V, construcción atribuída á Sancho Abarca, y la iglesia parroquial, renovada á fines del siglo XV.

A la orilla derecha del Bidasoa está la playa, có-



MANIOBRAS DEL EJÉRCITO ALEMÁN. – Húsares embalando los botes plegables para transportes, dibujo del teniente Nienstaedt



MANIOBRAS DEL EJERCITO ALEMÁN. – Artilleros y húsares conduciendo un cañón por una palanca colocada sobre los botes plegables, dibujo del teniente Nienstaedt

moda y segura, sumamente concurrida durante la época de baños.

Lleváronme en bote de Fuenterrabía á Hendaya por cincuenta céntimos. En esta villa fronteriza de Francia, el viajero no ve más que la estación del ferrocarril, y su playa no ha sido *descubierta* hasta hace poco por el mundo elegante, con ser una de las más hermosas que existen y poseer una de las fondas más grandes de Europa. Pero tiene el gran defecto de estar demasiado lejos de la población y demasiado próxima á San Juan de Luz, que con legítimo orgullo ostenta el título de Pequeño París, y se disputa con Biarritz el favor de la aristocrática sociedad cosmopolita que veranea por estas playas.

Situado en el fondo de una pequeña bahía, San Juan de Luz fué en la antigüedad un puerto muy rico. Destruído en varias ocasiones por el Océano, ha renacido cada vez con más vigor de sus escombros, y hoy conserva, como estación balnearia, el honor de ser la capital del viejo país vascongado francés. Su playa, de fina arena y suave pendiente, permite á los bañistas alejarse de la orilla sin el menor peligro. Domínala un hermoso anfiteatro cubierto de elegantes hoteles y caprichosos *chalets*. La colonia veraniega tiene allí dos casinos: el Grande, situado en el centro de la bahía, con una terraza desde la cual se descubre magnífico panorama; y el Nuevo, que posee, como su rival, salas de juego y de fiestas, alhajadas con gran lujo.

No reina aquí la agitación de San Sebastián, ni el lujo de Biarritz; cada cual vive á su antojo, sin estar sujeto á las fastidiosas exigencias de la etiqueta y de la moda. Las señoras no tienen necesidad de cambiar diariamente cuatro veces de traje, y sólo se visten para ir al casino las noches de baile.



EL EMINENTE DOCTOR D. FELIPE SOLÁ, recientemente fallecido en Buenos Aires

Siguiendo la costa, hacia Biarritz, se encuentra Guetaria, con sus pequeñas bahías semicirculares, bordadas de mullido césped hasta la blanca arena de sus diminutas playas, frecuentadas por tranquilos bañistas; y Bidart, la de las blancas alquerías, con ventanas rojas sombreadas por verdes tamarintos, en cuya pequeña playa toman sus baños la reina Natalia de Servia y su hermana la princesa Ghika, que tienen su residencia en la *villa* Sacchino.

No hay más que un paso de allí á Biarritz, la aristocrática villa que puso en moda el capricho de una emperatriz, y que más afortunada que su augusta protectora, conserva el rango de reina de las estaciones.

Situada en la costa del golfo de Gascuña, sobre escarpadas rocas, aseada, elegante, distinguida, parece mirarse coquetamente en el mar.

Posee magníficas playas, hermosos paisajes, puntos de vista deliciosos, un casino espléndido, residencias señoriales, hoteles de primer orden, y sobre todo, un clima privilegiado.

Desde principios de agosto hasta mediados de octubre, Biarritz parece una torre de Babel. Se oyen allí todas las lenguas y fraternizan todas las razas del universo.

La pudibundería inglesa ha dado tono aristocrático á la pequeña playa del Puerto Viejo, oculta entre elevadas peñas, donde el oleaje molesta poco, pero donde el agua es tan sucia, que habiéndome yo bañado en ella, tuve que tomar inmediatamente después un nuevo baño de limpieza, empleado agua caliente y jabón. No sucede así en la Gran Playa, batida por el oleaje en plena libertad. Multitud de curiosos, sentados en sillas, á lo largo del dique, en los jardincitos que lo dominan, en la propia arena y en la terraza del casino, contemplan el espectáculo del mar con sus variantes tonos. Faltan aquí los balconcitos y casetas de San Sebastián, la tienda y los vaporcitos de San Juan de Luz, las casetas-salones de Dieppe, los sillones-garitas de Ostende. Y es que el baño no es más que un accidente de la vida mundana en esta aristocrática estación, donde la colonia extranjera se entrega á múltiples diversiones y con preferencia al ciclismo, á la equitación y al baile. Las fiestas del casino suelen ser muy animadas y espléndidas, desfilando por sus salones, por su terraza incomparable y sobre todo por sus salas de juego la mayor parte de las celebridades femeninas de Europa. En ninguna otra parte ostenta la moda más caprichos, ni el lujo más riqueza en trajes y pedrerías, ni el bello sexo más elegancias y seducciones.

Después de Biarritz, la playa más animada de la Gascuña es Arcachón, que debe la mayor parte de su celebridad á su inmenso parque de ostras. Su colonia veraniega es un abigarrado conjunto de toda clase de tipos, desde el opulento comerciante de Burdeos hasta el cómico de café cantante parisiense; desde la generala retirada en Tours ó Poitiers hasta la *cocotte* de Toulouse y de Lyón.

La playa está cubierta de restaurants, donde por



MADRID. – RECUERDO DE LA ÚLTIMA CRISIS. – D. ALBERTO AGUILERA DANDO CUENTA DEL RESULTADO DE LA CRISIS Á SUS AMIGOS DEL «CENTRO LIBERAL»

(de fotografía de Franzen)

cuatro ó cinco francos se come bastante mal, y de establecimientos de baños, cuyos cuartos son tan exiguos que las personas gruesas tienen que desnudarse y vestirse delante de la puerta. Estamos muy lejos de la pudibundería inglesa que reina en el Puerto Viejo de Biarritz. Una de las particularidades más típicas de Arcachón es el desenfado con que las mujeres se pasean por la playa, descalzas, con las faldas recogidas hasta los muslos, aun cuando la marea baja permite andar á pie enjuto y formar verdaderas tertulias en la arena.



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. – Una de las muchas «lantacas,» falconetes ó cañones cogidos á los insurrectos

De Arcachón á Dieppe la diferencia es tan grande como la distancia. Acabo de pasar quince días en la célebre playa normanda, y terminaré esta crónica recordando algunos de sus atractivos. Situada en la costa de la Mancha entre dos promontorios y en la desembocadura del Arques, atravesada por canales y vías férreas, la ciudad de Dieppe, que no cuenta menos de 23.000 habitantes, ve casi doblada su población en los meses de verano, durante los cuales se llenan de forasteros los innumerables hoteles, quintas y *villas* que la embellecen.

La colonia veraniega se compone, en su inmensa mayoría, de parisienses y de ingleses de diversas procedencias.

Durante la estación de baños toda la vida elegante de Dieppe se halla concentrada, á ciertas horas, en el casino y en la playa. Ésta comprende no tan sólo el borde de guijarros y arena que el mar deja en descubierto dos veces al día, sino que también el vasto espacio, cubierto de mullido césped y bosquecillos frondosos, que se extiende desde la boca del puerto hasta el viejo castillo. En el fondo de la playa se alzan, á derecha é izquierda de la manufactura nacional de tabacos, las aristocráticas *villas* y magníficos hoteles que forman la calle Aguado, por la cual un pequeño tranvía Decauville recorre un trayecto de unos 1.300 metros, y cuyas terrazas y balcones dominan el mar.

Por la noche todo se alumbra con focos eléctricos.

El casino, de aspecto oriental, precedido de cuatro pabellones y varios jardines, es un inmenso edificio con terrazas y escaleras que dan al mar. Al pie de la terraza central, de cuatrocientos metros de longitud, se hallan alineadas las casetas destinadas á los bañistas, y delante de éstas los saloncitos portátiles, lujosamente amueblados, que la Administración del casino alquila por un precio relativamente módico, y en los cuales se reunen las familias durante las horas del baño. Allí se ven caballeros leyendo el periódico y fumando su cigarro, perezosamente tendidos en grandes sillones de mimbre lujosamente almohadillados; grupos de señoras entregadas probablemente á la chismografía; parejas amorosas, indiferentes á cuanto les rodea; melancólicas muchachas abismadas en la lectura de cualquier libro ó en la contemplación del horizonte; mucho color, mucha luz, una distinción y elegancia naturales; todo envuelto en un ambiente voluptuoso en que el alma languidece.

Por cada mil personas que acuden á la playa mañana y tarde, apenas habrá una docena que se ofrezcan en espectáculo como bañistas. Los demás se reunen para gozar de los alicientes de aquella vida mundana, que ha transportado á orillas del mar el lujo, la elegancia y el refinamiento de costumbres de las grandes capitales. El ir y venir de una á otra playa vecina; las partidas de *croquet* ó *lawn-tennis;* las excursiones en coche, á caballo ó en bicicleta; los paseos por el mar; las reuniones en el casino; las emociones del juego; las sorpresas de la coquetería y del amor... ¿Qué más puede desear una sociedad mundana, si de todo eso goza en playas risueñas, con la naturaleza engalanada por teatro, y el mar inmenso por horizonte?

JUAN B. ENSEÑAT

NUESTROS GRABADOS

Guerra de Filipinas.— Una de las armas más originales de que disponen los insurrectos filipinos es la lantaca, especie de cañón rudimentario que ellos mismos se fabrican utilizando cualquier tubo de hierro ó de cobre que cae en sus manos: para ello obturan una parte con hierro ó madera, abren un agujerito en un lado y si disponen de tiempo lo recubren con madera y lo zunchan con hierro. Las lantacas construídas por los rebeldes cuéntanse por centenares; pero por fortuna el alcance de estas armas es corto (200 metros), su tiro incierto y resisten muy pocos disparos, reventando algunas al primero. El ejemplar que reproduce el grabado de esta página es uno de los más perfectos de cuantos han caído en poder de nuestras tropas: tiene el tubo de hierro cubierto con madera, está zunchado y montado sobre una plataforma. El disparo de las lantacas se hace cebándolas con pólvora, y para que no se queme la madera que cubre el tubo se coloca lata, cobre ó hierro en el sitio donde está la chimenea ú oído.

El otro grabado de la misma página es una vista parcial del



GUERRA DE FILIPINAS. – Vista parcial del Arsenal de Cavite. Fachadas que están frente á la ensenada de Bacóor



Un rincón del bosque, cuadro de José M.ª Marqués



La hora del desayuno, cuadro de Miralles Darmanín



SEVILLA.—Entrada á la huerta y jardines del Alcázar

dibujo de Manuel García Rodríguez

Arsenal de Cavite, cuyos vastos talleres constituyen una serie de edificios construídos á medida que lo han ido exigiendo las necesidades. En este arsenal reina gran actividad; el orden y el silencio son perfectos y la limpieza nada deja que desear. Todos los operarios son de Cavite ó de San Roque ó residentes hace muchos años en estas localidades, siendo de notar que entre los cientos de obreros que allí trabajan sólo uno se ha marchado á la insurrección. El kiosco que se ve en primer término á la izquierda está destinado á cocinas de los guardias del Arsenal y de la marinería afecta al mismo. El primer edificio del segundo término á la izquierda es el cuartel de Infantería de Marina; sigue á éste la casa habitación del Ayudante mayor del Arsenal y á ésta el grandioso caserón en donde reside el Comandante general del Arsenal, en cuya ala derecha y en la planta baja hay instaladas las oficinas. El Arsenal de Cavite fué fundado en 1799 á propuesta del general de la Armada D. Ignacio M.ª de Álava; ha pasado por mil vicisitudes, debidas unas á falta de recursos y otras á escasez de iniciativas de los generales. Nunca se ha conocido la actividad que ahora reina en él, debido esto sin duda á las excepcionales condiciones del Comandante general D. José Warleta.

La bandera katipunesca que publicamos en esta página debió confeccionarse para las reuniones masónicas de Malibay, toda vez que la enseña de la rebelión es la estrella de 24 puntas que reprodujimos en el número 817. El fondo de la misma es encarnado, las letras son de algodón, el palo está forrado de tela encarnada, la lanza y lo que forma la cruz son de caña y la borla de estambre blanco y encarnado.

Todas las fotografías de donde están sacados estos grabados son de nuestro activo é inteligente corresponsal D. Manuel Arias y Rodríguez.

Ocios en el cuartel.—La primera etapa, cuadros de Joaquín Agrasot.—Retirado Agrasot en Valencia después de haber figurado en primera línea entre los españoles que sostuvieron en el extranjero las tradiciones artísticas de nuestra patria, continúa dando muestras de su laboriosidad y produciendo obras que recuerdan las distintas fases que ha ofrecido la pintura en el período en que Agrasot residió en Roma, París y Madrid. Los distintos géneros que ha cultivado determinan una personalidad tan respetable para la región valenciana, cual lo es la de Jiménez Aranda para Madrid y Sevilla y la de Román Ribera para Cataluña. Todos sintiéronse arrastrados por la corriente que informaba la pintura nacional hace veinte años, y los tres reunieron, si bien distinguiéndose, los efectismos que pudieran obtener, aun en la pintura de género, con las tonalidades de las basquiñas, los casacones ó las trusas. Unos y otros, á medida que el arte pictórico ha exigido del artista el abandono de determinados modelos, han procurado ajustarse al concepto moderno, desechando los recursos del colorista para fijarse en las leyes de la novísima escuela. Esto no obstante, los tres, de vez en cuando, producen lienzos del género á que nos referimos, si bien en ellos adivínase la maestría y buen gusto de sus autores, cual puede observarse en los dos cuadros que reproducimos en estas páginas, inspirados en episodios militares de la época de nuestras guerras con Flandes, que constituyen un ciclo honroso de la historia patria.

Fragmento de una estatua antigua encontrada en Elche.—Esta escultura encontrada recientemente en unas excavaciones practicadas en Elche, en el sitio denominado la *Alcudia*, es uno de los mejores ejemplares entre los pocos hasta hoy conocidos del antiguo arte ibero anterior á la conquista romana: el busto de piedra caliza procede de indudablemente de una estatua funeraria ó votiva; el tipo del rostro, el peinado, los adornos en forma de rueda son españoles con reminiscencias orientales y la ejecución de todo ello es habilísima. Los labios, el tocado y la túnica conservan todavía restos de color. Este fragmento de estatua ha sido presentado por el Conservador del Museo del Louvre, M. León Houzey, á la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París, y según parece no sería extraño que con él se enriqueciese el citado museo, lo cual no deja de ser sensible para nuestra patria, privada, no sabemos por qué circunstancias, de una obra que ha sido admirada «como ejemplar único revelador de un arte desconocido.»



ESTATUA antigua encontrada en Elche

Maniobras del ejército alemán.—En las últimas maniobras del ejército alemán se han hecho con excelente resultado las pruebas de un bote plegable y de un material especial para la construcción de puentes que permitan atravesar los ríos. El bote en cuestión, que una vez plegado queda reducido á un pequeño volumen, es invento de un sacerdote inglés: cuando está desdoblado puede contener seis hombres. Del modo como se utiliza y como se embala dan perfecta idea los dos grabados que publicamos en la página 677.

Dr. D. Felipe Solá.—El día 6 de agosto falleció en Buenos Aires este ilustre catalán. Muy joven llegó allí y pronto supo granjearse como médico el respeto de sus colegas y como caballero el aprecio de cuantos le trataban. Consagrado por completo á su carrera, hizo de las enfermedades mentales su especialidad, logrando adquirir una reputación tal, que ningún otro médico trató jamás de disputarle.

Hijo de Garriguella (Gerona) y doctorado en Madrid, fué á Buenos Aires después de la guerra del Pacífico, y desde entonces bien puede asegurarse que no hubo en la colectividad española acontecimiento notable en que no tomara parte.

Ha fallecido á los 54 años de edad, y su entierro patentizó las muchas simpatías de que gozaba entre argentinos y españoles.



GUERRA DE FILIPINAS. – Bandera katipunesca cogida á los insurrectos en las proximidades de San Nicolás, perteneciente á la agrupación del pueblo Malibay (Manila).

Madrid. Recuerdo de la última crisis.—Como nota curiosa de la crisis recientemente motivada por la salida de los conservadores y cuyo resultado ha sido la subida al poder del partido que acaudilla el Sr. Sagasta, tiene verdadero interés la preciosa fotografía que reproducimos en la página 678 y que ha sido obtenida expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por el reputado fotógrafo madrileño Sr. Franzen por el procedimiento de la luz de magnesio. Representa uno de los salones del Círculo Liberal, casino político único en su género en España por su carácter especial y su magnífica instalación, en el momento en que el Sr. Aguilera, el actual gobernador de Madrid, da cuenta á sus amigos de la solución de la crisis.

Un rincón del bosque, cuadro de José María Marqués.—El bellísimo lienzo que publicamos nos recuerda los hermosos paisajes acuáticos que tan justa celebridad reportaron á este laborioso artista hace algunos años, puesto que en ellos pudieron observarse sus especiales aptitudes para el cultivo de este difícil género, avaloradas por sus condiciones de colorista y por el encanto que les prestaba la vaguedad de la composición. Marqués no ha variado los derroteros que emprendiera, á pesar de la diversa índole de sus producciones, puesto que admirador ferviente de la naturaleza, ha tratado siempre de reproducirla en sus más bellos aspectos, fresca, jugosa y exuberante, próxima algunas veces á la idealidad é impregnada de poesía. De ahí que en todas sus obras se revele la armónica unión del artista y del poeta, del pintor que amasa en su paleta delicadísimas gamas, saturadas por el misterio y el sentimiento.

La hora del desayuno, cuadro de Miralles Darmanín.—No es Miralles Darmanín un artista novel. Su nombre figura dignamente entre los de los escogidos y va unido con el de los que han sabido honrar, por medio de sus obras, el arte patrio. Establecido en extranjero suelo, ha logrado singularizarse alcanzando aplausos y recompensas. A unos y otras danle derecho sus notables producciones, que á pesar de ajustarse á los cánones modernos, así por el concepto que entrañan como por su ejecución, revelan la casticidad de la escuela de que procede su autor, distintiva por la gama característica de los grandes maestros de nuestro país.

La hora del desayuno es una donosa muestra de esa conjunción de corrientes. Hermoso estudio de carácter determinadamente francés, cuadro de índole realista, pintado con la paleta española, sin los efectismos de los coloristas y en el justo medio que informan las producciones del verdadero arte.

Sevilla. Entrada á la huerta y jardines del Alcázar, dibujo original de Manuel García Rodríguez. – En la extensa línea de murallas que aprisiona el celebrado Alcázar de Sevilla, maravillosa creación del arte mudéjar y morada de D. Pedro I de Castilla y junto á vetustos torreones ábrese una puerta que desde una de las más solitarias calles de la ciudad da acceso á la huerta y jardines de aquella suntuosa mansión, en la que los artífices mudéjares desplegaron toda la pompa y fantasía da su rica ornamentación. En aquellos encantadores jardines, que sólo son hoy un recuerdo de lo que fueron, existieron los baños de la compañera del monarca, doña María de Padilla, cuya figura, agrandada por la leyenda y la poesía, tan simpática y agradable resulta para la generalidad.

Un rincón, pues, de aquella histórica morada, con cuya posesión tan justamente se envanece Sevilla, ha reproducido nuestro buen amigo el Sr. García Rodríguez, que ha logrado añadir una hermosa y nueva página á su colección de recuerdos de la reina del Guadalquivir.

Jota mayúscula, cuadro de Timoteo Pamplona (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897). – El lienzo del Sr. Pamplona reproduce un cuadro de costumbres zaragozanas, uno de los tantos accidentes que se producen en las calles de la heroica ciudad cuando una *ronda* compuesta de mozos tropieza con otra que dedica sus cantares á una garrida y gentil doncella de la parroquia de San Pablo. Las guitarras conviértense en armas, y no pocas veces queda el campo sembrado de astillas y revolviéndose en el suelo algún desgraciado á quien en el calor de la lucha se le ha inferido mortal herida. Cierto es que á medida que el tiempo transcurre y que la ilustración va cundiendo son menos frecuentes estas escenas, que tan fielmente reproduce el lienzo que damos á conocer á nuestros lectores, tan discretamente ejecutado y concebido por el estudioso pintor D. Timoteo Pamplona.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—MUNICH. – En la exposición últimamente celebrada en la capital de Baviera ha sido premiado con medalla de primera clase el pintor español Sr. Sorolla y Bastida.

– El producto de la venta de obras de arte en la Exposición Internacional muniquense ha ascendido á la cantidad de 350.000 marcos (437.500 pesetas).

Teatros.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Les Menottes*, comedia en tres actos de Mauricio Beaubourg; en el Vaudeville *Jalouse*, graciosa comedia en tres actos de Brisson y Leclercq; y en la Porte Saint Martin *La mort de Hoche*, interesante drama histórico de Pablo Deroulede.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en Eslava *Los botijistas*, gracioso sainete en un acto de los Sres. Casero y Larrubiera, música del maestro Lope; en Romea *La torre de Babel*, juguete cómico lírico en un acto de Jiménez Prieto, música del maestro Valverde (hijo); y en la Princesa *La tía de Carlos*, divertida comedia en tres actos arreglada del inglés.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Lo Senyor Nadal*, graciosísima comedia en tres actos y en prosa del aplaudido actor cómico D. Jaime Capdevila; en Romea *La llar*, interesante drama en tres actos y en verso de don Ernesto Soler de las Casas; y en el Eldorado *Aquí va á haber algo gordo ó la casa de los escándalos*, sainete en un acto de don Ricardo de la Vega, música del maestro Jiménez.

Necrología. – Han fallecido:

D. Pascual Gayangos, eminente orientalista español, catedrático de la Escuela de Diplomacia, individuo de la Academia de la Historia y autor de varias importantísimas obras históricas.

Julio Bernardo Luys, uno de los más notables médicos alienistas franceses, miembro de la Academia de Ciencias de París, verdadera autoridad en materia de enfermedades nerviosas y de hipnotismo.

Dr. Alarico Frithjof Holmgren, famoso fisiólogo sueco, fundador de la doctrina de la ceguera de colores y profesor de Fisiología de la Universidad de Upsala.

Uladimiro Sherwood, pintor, escultor y arquitecto ruso, constructor del Museo Histórico de Moscou, autor de muy notables monumentos y de un libro sobre investigación de las leyes del arte y miembro de la Academia Imperial rusa.

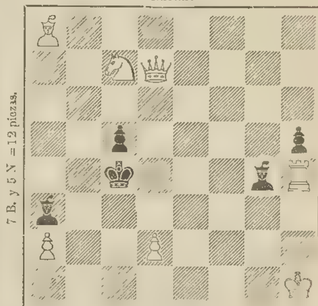
Alfredo Ritter de Arneth, célebre historiador y arqueólogo austriaco, director de los imperiales archivos privados de la corte y del Estado y presidente de la Academia de Ciencias de Viena.

José Matías Trenkwald, pintor de historia austriaco, ex director de la Academia de Praga y desde 1872 profesor de la Academia de Bellas Artes de Viena.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 91, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



7 B. y 5 N. = 12 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 90, POR J. TOLOSA

Blancas.	Negras.
1. C 5 R	1. R 4 D (*)
2. C 7 A R jaque	2. R juega.
3. C mate.	

(*) Si 1. P toma C; 2. D 2 C R jaque, y 3. D 6 C mate; – 1. A 3 R; 2. D 4 A R jaque, y 3. D mate; – 1. A 2 T; 2. C 7 A R, y 3. D 2 C ó C mate. La amenaza es 2. C 4 C R. y 3. C 6 A R mate.



La fila de vehículos se puso en marcha lentamente

MI TIO JUAN

NOVELA ORIGINAL DE JOSÉ L'HOPITAL, ILUSTRADA POR MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Y á cada lado de la puerta que daba al camino, inmóviles á pesar del viento que soplaba, los dos carreteros y el pastor miraban á lo lejos al camino.

De repente resonaron las detonaciones de las escopetas.

– ¡Por fin está ahí!, gritó Chantavoine.

Y todo el mundo salió para recibir al novio, que hizo una entrada triunfal al trote largo en un buen carricoche pintado de nuevo. Apeóse al punto, y los abrazos comenzaron; mientras que explicaba cómo su madre no había podido venir á causa del frío, y cómo la nieve le había obligado á ir al paso en una parte del trayecto.

Sus testigos le seguían de cerca, y sucesivamente se vió pasar por la puerta el cabriolé del Sr. Griffon, notario en Varencieres, y la cesta del doctor Tranchebize, consejero general. Por poco ocurrió un accidente, pues el caballo del Sr. Griffon, espantado por los tiros, se encabritó al pasar por la puerta y la rueda montó sobre uno de los guardacantones; pero felizmente el vehículo recobró su equilibrio, y el notario salió del paso con una brusca sacudida.

Todo el mundo había llegado ya, y en la sala, alrededor de los restos de la ternera y de las tazas humeantes, el músico, el notario y el vizconde formaban un grupo curioso. Santiago de Berneville había saludado cortésmente al doctor; pero éste, ofendido en su radicalismo por la presencia de aquel vecino importuno, apenas se había dignado contestarle con una inclinación de cabeza, visto lo cual por el vizconde, volvióle la espalda para hablar familiarmente con maese Griffon. El notario estaba inquieto; su sonrisa obsequiosa vagaba de uno á otro, y hubiera querido multiplicarse para hablar á la vez con los dos, pues si era notario de los Berneville, también lo era de los Tranchebize, y no quería contrariar ni al gran Turco ni á la República de Venecia. En cuanto á Muterel, había cruzado la sala presuroso para poder admirar á Coralia en la habitación contigua;

tan sólo se detuvo un instante para estrechar la mano del lonjista, que se disponía á probar el tercer licor, y para saludar á Santiago con una cortesía ceremoniosa que su mirada socarrona desmentía.

–¡Y á todo esto son ya más de las nueve y media!, dijo Chantavoine. Deberíamos pensar en ir á la alcaldía.

Todo el mundo opinó que era preciso ponerse en marcha, y después de discutir sobre la extensión del trayecto hasta la alcaldía y sobre el tiempo que se necesitaría después para llegar á la iglesia, se convino al fin en que de todas maneras llegarían con retraso. Alguno se compadeció del hambre que el señor cura padecería, lo cual hizo asomar á los labios del doctor una sonrisa irónica; y al fin convinieron en que ya era tiempo de subir al coche, lo cual no impidió que volvieran á sentarse á la mesa.

Al cabo de un cuarto de hora, Chantavoine comenzó á creer que era preciso ir de todos modos, lo cual nadie contradijo; pero como los convidados volvían á servirse café, el vizconde salió, hizo seña á su cochero para que avanzase, y después volvió á entrar, exclamando con voz clara:

–¡Me llevo la novia!

Y ofreciendo su brazo á Coralia, la condujo hasta el landó, en medio de las risas y de los bravos de los concurrentes, á quienes pareció bueno aquel arranque, pensando que para ser hijo de un conde no era Santiago muy orgulloso.

Todo el acompañamiento de la boda salió al patio. Chantavoine, muy contento, arrojó su sombrero al aire gritando: «¡Viva la novia!,» y todos contestaron á coro, excepto Muterel, que no dijo nada. Parecía estar disgustado, y mirando con envidia el elegante coche que llamaba la atención general mientras nadie hacía caso de su carricoche nuevo, acercóse torpemente adonde estaba su prometida.

–¡Ah, no, dijo el vizconde, usted no ha de subir ahí!.. ¡Aún no!.. ¡Qué de prisa va!

El novio retrocedió un paso sin pronunciar palabra y visiblemente furioso, en medio de las pullas de los presentes.

Coralia, muy digna bajo su velo, aparentó no oir.

–Aún queda sitio para dos señoritas conmigo, añadió Santiago.

Tres jóvenes, que llevaban imponentes sombreros y muchas cintas y flores, como conviene á señoritas de honor, detuviéronse, chistosamente alineadas, mirando el landó con los ojos muy abiertos; y mientras que Santiago los contemplaba, comparándose mentalmente con Paris, vió de pronto á Juanita en la puerta.

Llevaba aún el delantal que se había puesto sobre su vestido nuevo para no ensuciarle mientras servía, y cubría en parte su cabello dorado un gorrito recién planchado, que llevaba con mucha gracia. Parecía mirar con respetuosa envidia á las señoritas de honor y sus sombreros adornados de plumas; mientras que el hijo del lonjista, que acababa de dar cuenta de la segunda rebanada de pan con manteca y confitura, se agarraba á su vestido gritando.

El vizconde la reconoció, recordando al punto su encuentro en el bosque; parecióle más graciosa aún con su sencillo traje, que contrastaba con el de aquella gente vestida de domingo, y tomó al punto su partido.

–¡Venga usted aquí, señorita!, gritó. ¿Qué hace ahí, detrás de todo el mundo? ¿No es usted también de la boda?

Juanita, comprendiendo que la miraban, se había ruborizado mucho, y perdió del todo la serenidad al verse interpelada y objeto de la atención general. Aparentó querer decir algo; pero el muchacho cogido á su falda comenzó á gritar con más bríos, y como el primo Langlois acudiese á calmarle, aprovechó al punto la oportunidad que se le ofrecía para ocultar su confusión. Entró en la sala y volvió á salir, llevando un gran terrón de azúcar, que el muchacho comenzó á chupar refunfuñando.

Sin embargo, Juan Chantavoine había soltado una ruidosa carcajada.

–¡Usted se chancea, señor vizconde, exclamó; Juanita es mi sobrina!

–Ya lo sé, contestó Santiago; precisamente por eso me parece que su lugar...

–¡Ah, señor vizconde, usted no habla en serio! Su lugar está bien donde se halla..., detrás de todos.

–¡Pero Chantavoine!..

–Escuche usted, voy á decirle una cosa: su padre, que era mi hermano, no fué nunca más que un pobrete, y bien puedo decirlo, porque todo el mundo lo sabe en el país. A esta joven la he sacado yo de la miseria, pues ya comprenderá usted que al fin y al cabo es una Chantavoine. Y hasta la he vestido de nuevo para el día de hoy; pero bien está donde se halla.

El vizconde estaba indignado; mas observó muy pronto que todo el mundo parecía participar de la opinión de Chantavoine. La misma Juanita escuchaba, sin manifestar vergüenza ni cólera, el sempiterno sermón con que su tío y su tía le aturdían los oídos diariamente desde la mañana hasta la noche...

–Vamos, sube, Amelia, dijo Chantavoine, y tú también, Delfina; no hay lugar para Ceferina, y es una desgracia; pero no pueden ir tres delante. Tanto peor para ella.

Amelia y Delfina, rojas como una amapola por efecto del placer que sentían, se precipitaron en el hermoso coche y sentáronse en la banqueta delantera; mientras Ceferina, muy contrariada, se quedaba entre los demás convidados.

El vizconde se había propuesto ser galante, y por eso rogó á la señorita Amelia que tomara asiento en el fondo junto á la novia.

Amelia creyó que debía rehusar, y como Santiago insistiese, acentuó más sus muecas; pero el acompañamiento se helaba, y entonces la madre de Amelia, mujer obesa congestionada por el frío, no pudo resistir más.

–¿Acabarás pronto con tus tonterías?, gritó á su hija. ¿Quieres que nos helemos aquí? ¿No puedes ponerte en el asiento que el señor vizconde te indica?

Amelia cedió por fin, y el landó se puso en marcha con muchos resbalones en la nieve.

El novio mandó avanzar su carricoche, donde se amontonaron la madre Chantavoine, Juanita y tres mozos con levitas adornadas de un ramo de papel, bastante alegres ya por lo que habían bebido en la granja.

Avanzó después el calesín del lonjista, y cuando hubo éste subido majestuosamente con su esposa y su heredero, ofrecieron un sitio á la señorita Ceferina. El notario saltó á su cabriolé; el doctor Tranchebize, sentado en su cesta, fustigó su jaca blanca; los demás convidados ocuparon sus vehículos; y por último Chantavoine, que había tenido empeño en cerrar las puertas, dando la consigna al muchacho encargado de la custodia de la granja, hizo subir con él á los criados admitidos á presenciar el casamiento de la señorita de la casa, y al músico, que acababa de llegar de Varencieres medio helado, demasiado tarde para rascar en su instrumento una marcha propia de la boda.

La fila de vehículos se puso en movimiento lentamente; bamboleándose en las rodadas invisibles bajo un cielo que volvía á ser gris, á través del llano, que la blancura de la nieve, extendida por todas partes, rodeaba de un sudario helado y en el profundo silencio de aquella lúgubre mañana de invierno, perturbado solamente por los graznidos de los cuervos.

IX

Al llegar al caserío de Crieres, el landó del vizconde se detuvo delante de la puerta de la casa del alcalde, y la novia se apeó en medio de la nieve que llenaba el reducido patio plantado de manzanos, entonces cubiertos de escarcha. Después todo, el acompañamiento de la boda, apeándose también, penetró en la sala donde esperaba el primer magistrado municipal, sala desnuda, sin fuego, con suelo de ladrillos que vacilaban bajo el pie, y sin más muebles que algunas sillas viejas y una estantería donde estaban alineados algunos grasientos legajos. Una bandera arrollada en su asta puesta en un rincón y un sable viejo de guarda campestre, pendiente de un clavo junto á la puerta, eran los únicos objetos que recordaban el destino oficial de aquella estancia. El alcalde no habitaba ya allí; retirado hacía algunos años en casa de su hijo, no iba á Crieres más que para desempeñar sus funciones municipales, y todo tenía en aquella mansión el aspecto deteriorado de los lugares inhabitados.

Los que llegaron primero se pusieron á charlar, porque era preciso dar tiempo á que llegasen los demás. La comitiva habíase retrasado más de una hora, pero ¡qué remedio había! El casamiento no se podía efectuar sin el padre, y Chantavoine no llegaba. Por fin se presentó; el alcalde quiso agasajarle y comenzó una nueva conversación; pero la misma alma bondadosa que había pensado ya en la extorsión que se haría al cura, observó que ya eran las once y media; y entonces el alcalde, cogiendo su faja, anudóla por encima de la blusa, se colocó detrás de la única mesa y dispuso que se pusieran delante de él los futuros esposos, los testigos y los padres, formando círculo alrededor.

Mientras el alcalde daba lectura de los artículos del código, reinó un silencio casi religioso; evidentemente, el libro y la faja impresionaban á todo el mundo; pero cuando hubo pronunciado la famosa frase: «La mujer debe obediencia á su esposo,» oyéronse algunas risas, y los jóvenes engalanados con las rosas de papel comenzaron á inquietar á las señoritas, que contestaron con bofetones. Después fué necesario firmar, operación que duró largo tiempo, pues los dedos embotados no podían oprimir la pluma y aplastábanla sobre el papel... Por fin salieron todos de la alcaldía: el vizconde, siempre correcto, dando el brazo á Coralia, hízola subir de nuevo á su landó, cargando otra vez con Amelia y Delfina; cada cual ocupó su sitio, y el acompañamiento emprendió de nuevo la marcha dando vaivenes en dirección á Berneville.

Ya eran las doce y media de la mañana cuando llegaron á la iglesia: apenas divisó los coches desde muy lejos, el sacristán, exasperado por la espera, echó al vuelo con rabiosa furia las campanas; el agudo campanario, sacudido por aquella violencia, se balanceaba como un péndulo; las puertas estaban abiertas de par en par, y en el fondo, de pie sobre los escalones del coro, el cura esperaba, pálido de debilidad.

La novia daba lástima; tenía los pies helados, y el tormento que le ocasionaba su corsé era atroz. Durante el camino, Santiago había querido hablarle; pero no pudo obtener de ella más que estas palabras, veinte veces repetidas: «¡Ah, Dios mío, tengo dolor de cabeza!» Y sus quejas sobre la enojosa jaqueca habían estereotipado en los labios de Amelia y Delfina sonrisas estúpidas de compasión que le impacientaban; de modo que dejó escapar un suspiro de alivio cuando entraron en la iglesia.

Mientras conducía á la víctima á su reclinatorio, todo el acompañamiento penetró en el templo, dejando tras sí rastros de nieve y una humedad helada que transformó el pavimento en patinadero. Todos se instalaron acá y allá en los bancos y en las baldosas del coro, las mujeres aparentando rezar, y los hombres con aire distraído, no sin haber bosquejado los más la señal de la cruz furtivamente.

El doctor Tranchebize se adelantó hasta el pórtico, y deteniéndose después con aire solemne, preguntó al notario si no quería ir con él á la posada para tomar algo caliente durante «la comedia que se iba á representar allí dentro.» Maese Griffon se rascó la oreja, dirigiendo al interior del templo una mirada temerosa, pues acababa de ver al vizconde, que de pie junto al primer asiento del coro y arropado con su capote de pieles, miraba á los convidados que iban entrando. Esto le obligó á dar un paso hacia adelante; mas habiendo vuelto la cabeza, vió el rostro irónico del doctor, lo cual le indujo á retroceder de nuevo. Entonces estuvo á punto de aceptar la oferta; mas como una nueva mirada dirigida al vizconde le diese la seguridad de que era observado, calculó mentalmente que la clientela de los Berneville valía más aún que la de los Tranchebize, y alegó por excusa, balbuceando mucho, las conveniencias, el temor de ser observado si no hacía como los demás y la necesidad de someterse á las costumbres...

–¡Como usted quiera!, replicó el médico.

Y fijando en el notario, algo confuso, una mirada iracunda, dirigióse á largos pasos hacia la taberna; mientras maese Griffon, muy contristado, penetraba en la iglesia jurándose que no consentiría más en servir de testigo en un casamiento.

El cura seguía esperando, porque Chantavoine no había llegado todavía y era ya más de la una. Muterel, descontento de verse en la iglesia, miraba con malos ojos al sacerdote y á los dos monaguillos que le rodeaban soplándose los dedos. Coralia, apoyada en su reclinatorio, no se movía ya, satisfecha de haber encontrado una posición en que sus ballenas le atenazaban un poco menos las costillas; Santiago comenzaba á estar nervioso y sentía debilitarse su resolución de ser amable; el pequeño Langlois dormía, echado sobre las rodillas de su madre, que se apoyaba contra su marido, el cual digería los licores apurados en la granja; la señora Chantavoine murmuraba contra su esposo y corría á cada momento hacia la puerta para ver si llegaba; y por último, los demás convidados, ocupando los bancos, hablaban casi en alta voz.

A los cinco minutos, el cura, visiblemente irritado, descendió los dos escalones del coro, y acercándose á la señora Chantavoine, reprendióla en amargos términos por la prolongada espera que le imponían. Como la buena mujer buscase excusas, volvióle la espalda, y colocándose de nuevo frente á los futuros esposos, procedió á la bendición nupcial sin cuidarse ya de la ausencia de Chantavoine. Después, cuando comenzó la misa, el notario se esquivó discretamente y fué á buscar al doctor, esperando así conciliarlo todo, asegurándose el favor de sus dos clientes

Los chantres acababan de ganguear el *Credo* cuan-

do Chantavoine, seguido de sus dos criados, se precipitó en la iglesia, sacudiendo á su alrededor un montón de nieve. Muy sofocado, hizo apresuradamente una ligera genuflexión, y después explicó con volubilidad á su mujer el percance que le había ocurrido: su caballo, un jaco que acababa de comprar, no pudo seguir la marcha de los demás coches; sus pies se habían hundido en la nieve y el animal habíase quedado clavado entre las lanzas, teniendo necesidad de desengancharle para hacerle salir del atascadero, engancbándole de nuevo... ¡En fin, aquello era una miseria! Muy pronto, como el agua murmurante que corre, el relato de Chantavoine pasó de un banco á otro; muchos salieron para ver el caballo, y los carreteros se apresuraron á explicar el accidente.

La ceremonia en la fría iglesia tocaba ya á su fin, y una vez terminada los asistentes pasaron á la sacristía para firmar el acta; después formóse el cortejo; Coralia dió el brazo á su esposo, y el vizconde condujo á la señora de Chantavoine. El sol había reaparecido; mas el viento soplaba, levantando ráfagas de nieve que abrasaban la piel. Muterel condujo á su esposa hacia su vehículo, pero Santiago se opuso á ello ofreciendo su landó, y el recién casado no se atrevió á rehusar, por más que se sintiese humillado al pensar que por ser su vehículo descubierto, aquel señor insolente le insultaba con su coche cerrado. Los nuevos esposos subieron seguidos de las inevitables Delfina y Amelia.

El vizconde comenzaba á creer que la fiesta había durado más de lo regular; la idea de recorrer ahora tres leguas en la nieve no le sonreía; así es que se acercó á Chantavoine para despedirse; pero el rostro del buen hombre tomó una expresión tan desesperada, que aquél no quiso insistir. En su consecuencia buscó un coche, y la señora Chantavoine, que no había dejado su brazo, le condujo hacia la calesa de Langlois. El ministril, entretanto, de pie bajo el pórtico, se agitaba sobre su chirrión, golpeando el suelo con los pies para calentarse.

El Sr. Langlois se había instalado en el vehículo con su esposa, y el muchacho, embotado por el frío, dormía sobre la banqueta delantera. Aquella simpática pareja refunfuñó al abrirse la portezuela, mientras la señora Chantavoine preguntaba:

–¿Habrá sitio para dos estrechándose un poco?

–¡Si no hay otro remedio!, contestó el lonjista con tono adusto.

Aquel mal humor y aquella franqueza devolvieron á Santiago toda su alegría; ayudó á la señora Chantavoine á subir al vehículo y sentóse á su vez, estrechándose lo más posible para que el pequeño Langlois se colocara entre ellos sin perturbar la instalación cómoda de sus padres.

Al fin la comitiva se puso en marcha, y para animar á las personas y á los animales, el ministril, subido en el carricoche de Muterel, tocó una pieza alegre. El cortejo avanzó al trote por la lúgubre llanura, barrida por el viento del Norte, que soplaba cada vez con más fuerza.

En el coche de los Langlois reinó un silencio algo embarazoso al principio, durante el cual se examinaron unos á otros como para conocerse. El lonjista, tratando de colocar bien sus piernas, largaba algunos puntapiés á la madre Chantavoine, que se encogía lo más posible para no molestarle; la señora Langlois dirigía furtivas miradas á Santiago de Berneville, que inmóvil y con el capote levantado hasta los ojos, parecía una estatua del invierno; y por último, el pequeño Langlois se agitaba como una anguila, distribuyendo cabezadas con igual generosidad á sus dos vecinos. Por las grietas de la portezuela, mal cerrada, se introducía el frío agudo como un cortaplumas, y á cada descenso de las ruedas en los hoyos del camino, la antigua máquina oscilaba y gemía.

Pero nada pesaba á la señora Chantavoine tanto como el silencio, y á los pocos instantes fué fácil adivinar que la señora Langlois sufría en la lengua furiosas comezones. Su mismo esposo, acostumbrado á escucharse á sí mismo desde la mañana hasta la noche, tomaba poco á poco el aire asombrado de un hombre que no percibe ya el sonido de una voz que le es cara.



Mientras el alcalde daba lectura de los artículos del Código

De repente, el coche se detuvo, y en el mismo instante las lenguas se desataron.

–¿Qué sucede?, exclamó la madre Chantavoine zarandeándose.

–Uno que no puede avanzar más, refunfuñó el lonjista.

–¡Triste tiempo para el viajero!, murmuró la señora Langlois lanzando una ojeada al vizconde.

–Triste tiempo en verdad, contestó Santiago á través de sus pieles.

Como la helada había llenado de arabescos los vidrios de las ventanillas, era imposible ver nada en la campiña; la señora Chantavoine, fuera de sí por la impaciencia, apoyó el dedo sobre un resorte y la portezuela de su lado se abrió con estrépito. El pequeño Langlois comenzó á gritar de frío; pero la señora Chantavoine, sin cuidarse de ello, se inclinó fuera para explorar con mirada de águila el horizonte, y entonces vió en primer término el landó detenido por un verdadero banco de nieve amontonada contra una cerca que flanqueaba el camino: detrás veíase la fila de vehículos detenidos.

–¿Y bien, preguntó, no avanzamos?

–El camino está interceptado, contestó el cochero del landó

–Pues pasar por el campo de la izquierda, dijo el cochero del Sr. Langlois.

El vizconde, al oir la voz de su cochero, empujó á su vez el resorte de la otra portezuela; el viento atravesó el vehículo en torbellinos helados, y los gritos del pequeño Langlois llegaron á ser frenéticos.

–¿Acabará usted de helarnos?, balbuceó el lonjista tirando del vestido á la madre Chantavoine.

El vizconde, saltando á la nieve, corrió hacia sus caballos, y sondeando el terreno á la izquierda con su bastón, vió que no había foso y que el campo estaba unido. Después, adelantóse el landó, hízole salir del camino, y dando así la vuelta al banco de hielo, abrió paso á los otros coches.

Sin embargo, ni la señora Chantavoine ni el lonjista podían cerrar las portezuelas del vehículo, tanto que el cochero debió apearse para sujetarlas. En los carricoches, á lo lejos veíanse siluetas que se erguían agitando violentamente los brazos, mientras se oía resonar el ruido seco de los que pataleaban dentro.

Deseoso de combatir la invasión del frío con un poco de música, el ministril comenzó á tocar una pieza ligera y animada.

Por último, después de un prolongado trabajo, el cochero logró sujetar las portezuelas, y subiendo al pescante fustigó á sus rocines. El vehículo penetró bamboleándose en la tierra labrada, seguido de la fila de coches, salió sin dificultad y reunióse con el landó, cerca del cual esperaba el vizconde. El accidente se había evitado, y la marcha pudo continuar.

El viaje duró dos largas horas, durante las cuales se abordaron sucesivamente en el calesín los asuntos de conversación más interesantes; y cuando se llegó á Varencieres, los Langlois, la señora Chantavoine y Santiago de Berneville eran los mejores amigos del mundo, de tal modo que ni aun la política pudo alterar su buena inteligencia. El lonjista, cuyas teorías radicales habían sido escuchadas cortésmente, estaba henchido de orgullo y satisfecho y creía haber cerrado el pico sin réplica posible á la hidra de la reacción; la señora Langlois charlaba cada vez más sobre plumas y cintas, pareciéndole que el vizconde era un hombre delicioso; y por último, la señora Chantavoine había mezclado en el concierto la nota sobre la pérdida de la agricultura, condoliéndose de lo costoso que era pagar los arrendamientos y de las exigencias cada vez mayores de los criados. Solamente el pequeño Langlois no se interesó apenas en todas estas apasionadas cuestiones; pero á lo menos había dejado de gritar, quedándose dormido, lo cual ya era algo.

X

En el fondo del gran patio, las ventanas de la hermosa casa estaban iluminadas, y aquellos alegres resplandores, que anunciaban un buen fuego y un gran banquete, fueron saludados con verdaderos gritos de alegría por los convidados á la boda, que llegaban amoratados de frío.

La madre del novio se había quedado en casa, y hacía ya largo tiempo que reprendía con voz severa á una legión de criadas que se afanaban para preparar el festín.

La cocina tenía un aspecto pantagruélico.

Delante de la chimenea, donde ardían varios leños de manzano produciendo claras llamas, tres cocineras en fila preparaban otros tantos pavos, y la encargada del asado, casi tan cocida como las aves, se agitaba alrededor de éstas rociándolas con su jugo, volviéndolas de un lado á otro y pinchándolas para asegurarse de los progresos de la cocción. Sobre el hornillo de hierro veíase una enorme olla, cuyo contenido en ebullición hacía subir y bajar en sus hervores toda una masa de legumbres, y á su lado varias salchichas se asaban en las parrillas. Sobre el suelo, á lo largo de las paredes, algunas hornillas improvisadas con tres piedras sostenían una larga línea de cacerolas, donde se oían hervir los guisos, y en la mesa ostentábanse cuatro grandes fuentes de crema. Un vapor cálido, impregnado del olor del asado, de la grasa y del vino caliente, llenaba la sala, donde personas y objetos se distinguían vagamente como entre una niebla, y en el ángulo opuesto á la chimenea surgía un aparato de forma extraña izado sobre tres pértigas.

Los de la boda invadieron la cocina, profiriendo alegres gritos, aspirando voluptuosamente los aromas de la comida, y sacudiendo sobre los ladrillos tibios las ropas rígidas por el hielo. Al entrar la novia, la señora Muterel exclamó á manera de bienvenida:

–¡Ah, no es poca fortuna que haya usted llegado!

Coralia no sufría ya, porque Amelia acababa de descincharla cortando el lazo de su corsé para ponerle otro más ancho; ahora tenía el rostro menos colorado y en aquel momento sonreía. Después de haber abrazado á su suegra, la cual besó luego sucesivamente á todas las mujeres que entraban, Coralia se retiró á sus habitaciones, adonde la siguieron sus compañeras, deseosas de ocuparse en las diversas atenciones del tocador.

El vizconde había penetrado en la sala con el pelotón de convidados, empujando ante sí al pequeño Langlois, de quien tiraba su madre, y que enervado por el frío y aturdido por el estrépito de los que llegaban, gritaba como un condenado, negándose á andar. Santiago fué recibido por la madre Muterel con grandes reverencias: aunque llena de admiración por su hijo, cuyas ideas había adoptado ciegamente, la buena mujer conservaba á los Berneville un respeto tradicional, y no podía menos de lisonjearle ver al vizconde en su casa en aquellos momentos.

Mientras, los hombres se diseminaban ruidosamente en la sala y en la habitación contigua, donde se había puesto la mesa, acercaban la nariz á las cacerolas, husmeando el olorcillo de los pavos, pellizcaban á la joven que les daba vueltas, y muy regocijados por el agradable calor y por aquellos apetitosos preparativos, hablaban en voz alta, riendo ruidosamente. El ministril, alquilado por todo el día para hacer de bufón y cuyos chistes se habían helado en el coche, sentía renacer su locuacidad y con ésta la memoria. Muy pronto formóse círculo á su alrededor, y entonces él saltó á una silla para rascar su violín, mientras que en medio de aquel ruido dos criadas se agitaban, echando la sopa en grandes soperas.

De repente entró un hombrecillo cojo y tuerto, apoyándose en su muleta y llevando en la mano un cuadro rectangular envuelto en un trapo sucio.

– ¡Señoras y caballeros, exclamó con voz de falsete, aprovechemos el día! ¡Ya comienza á declinar..., y muy pronto desaparecerá ese astro, al que debo mi gloria! ¡Vamos, caballeros, vayan á buscar á las señoras y señoritas, y salgamos todos al patio! No os diré más que una palabra: ¡A la fotografía!

Y cojeando se dirigió hacia su aparato, arrinconado en un ángulo de la sala.

Todo el mundo salió dócilmente. Coralia debió sentarse, tiritando, con los pies en la nieve, y su señor y dueño se colocó en una silla á su lado. En la misma línea, á derecha é izquierda, las señoritas formaron un grupo, y los jóvenes que llevaban la flor en el ojal colocáronse en fila detrás de ellas en la posición del soldado sin armas. A fin de formar un grupo simpático, el fotógrafo dispuso que en el primer escalón se pusiera Chantavoine teniendo á los lados á su esposa y á la madre Muterel; en el escalón superior colocóse el ministril con el violín preparado y el arco en guardia, dominando la boda; y los demás concurrentes colocáronse acá y allá en grupos aislados, para que hubiese, según dijo el artista, un poco de variedad en la composición.

Al ver estos preparativos, Santiago se había deslizado en el comedor, y aparentaba mirar con mucha atención una serie de cuadros que representaban al monsieur Grevy recibiendo en el Elíseo el 1.º de enero; al presidente Carnot en la portezuela de un vagón, escuchando el cumplido de una niña vestida con un traje tricolor; y otros varios episodios importantes de nuestra historia contemporánea. Pero Chantavoine no olvidaba á su primer testigo, ni le convenía dejarle en su contemplación artística; así es que Santiago no tuvo más remedio que ceder.

Cuando el vizconde, murmurando un poco, cruzaba la cocina en pos de Chantavoine para ir al martirio de la fotografía, vió á Juanita, que revestida de un delantal, afanábase con las criadas alrededor de las cacerolas.

– ¿Cómo, señorita, preguntó, no quiere usted retratarse como los demás?

– ¡Ah! No vale la pena, interrumpió vivamente Chantavoine; más útil es donde está.

– ¿Y no se alegraría usted de tener un retrato?

– No me desagradaría, contestó Juanita dirigiendo una tímida mirada á su tío.

– Pero señor vizconde, será preciso advertirle que...

– Escuche usted, Chantavoine, si ella no va, yo tampoco.



¡Atención! Una... dos... tres...

El buen hombre no se atrevió á decir nada; contentóse con murmurar, y salieron todos al patio. El fotógrafo se precipitó cojeando hacia el vizconde, á fin de colocarle en el puesto de honor que había soñado para él; pero Santiago, impacientado, aparentó no verle, y tomando de la mano á Juanita, se puso con ella bien á la vista á la derecha del grupo. Entonces se produjo un murmullo; las señoritas de honor que rodeaban á los recién casados lanzaron á Juanita miradas de asombro y de envidia, y la misma novia dejó de tiritar por efecto de la impresión que esto le produjo. El retratista cojo, comprendiendo que no debía insistir, volvió á su aparato. El momento era solemne; el día declinaba; el frío iba en aumento, y los de la boda comenzaban á estar amoratados á causa del cierzo que soplaba.

– ¡Quitarse los sombreros!, ordenó el fotógrafo.

Todos obedecieron, excepto el vizconde y Chantavoine, quien declaró que ya tenía la cabeza casi helada y que bien podían retratarle sin descubrirse.

– ¡Atención, pues, y no volverse!, gritó el fotógrafo verdugo.

Los de la boda quedaron inmóviles como piedras.

– ¡Vamos, señoras y caballeros, un poco más de naturalidad en las posturas! Sonrían ustedes sin esforzarse, y miren hacia adelante como si vieran llegar á un amigo... ¡Toma, ya está usted aquí, querido! ¡Qué placer me causa verle!.. ¡Así!.. ¡Señor novio, mire usted á su esposa, y que se reflejen en el rostro sus sentimientos!.. Y usted, señora, vuélvase hacia su marido, y mírele con un sonrisita como si le dijese: «Sí, ya no hay más que decir...» ¡Vamos, bueno! Señoras y caballeros, ya vuelven ustedes á estar serios. Miren á ese amigo que llega... ¡Ah, buenos días, querido!..

– ¿Quiere usted hacernos morir aquí de frío?, preguntó Chantavoine con acento de cólera.

– ¡Ya comienzo! ¡Atención! Una, dos, tres..., ya está. Descanso ahora. ¡Ah, pero no se vayan ustedes, pues aún necesito la segunda prueba!.. Ruego al novio que tenga la bondad de levantarse para apoyar el codo en la silla de su esposa. ¡Así!.. Tome usted cierto aire como si quisiera decirle muchas cosas... ¡Eso es!.. Ahora que se coloquen los jóvenes entre las señoritas... ¡Bien!.. El del violín ha de estar sentado en el borde de la ventana... ¡Bueno!.. Los papás y las mamás...

– ¡Ya estamos bien así; continúe usted y concluyamos, porque si esto prosigue no nos deshelaremos jamás, y será preciso que nos separen á fuerza de hachazos!, exclamó el vizconde algo irritado.

Y Chantavoine se hundió más en la cabeza su chistera.

El cojo abrió de nuevo su objetivo, calculó el tiempo y gritó al fin:

– Ya he terminado.

Completamente rígidos los de la boda, anquilosados por el frío, entraron de nuevo en la cocina; y cuando traspasaban el umbral, Santiago dijo á Juanita:

– Creo recordar que el otro día, hablándonos en el bosque, le prometí á usted alguna cosa para hoy.

Juanita se ruborizó un poco.

– No me acuerdo, señor Santiago.

– Sí, sí, bien lo sabe usted; delante de toda la boda...

– ¡Oh, Sr. Santiago, aquello fué una broma!..

– ¿Lo cree usted así? ¡Pues bien, muy pronto lo verá!

Y mientras Juanita recogía su delantal y se mezclaba entre las criadas que llevaban los platos á fin de ocultar su turbación, el vizconde entró en la sala del festín riéndose de sí mismo y pensando que el día acabaría bien.

XI

Cuando los de la boda se vieron sentados alrededor de la mesa en forma de herradura, bajo la benévola presidencia de las efigies de M. Grevy y de M. Carnot, pendientes de la pared, una expresión de triunfo se pintó en todos los semblantes. ¡Por último alcanzaban el fin apetecido! Cierto que habían llegado á él por malos caminos; pero ¿qué importan al viajero que ha llegado el cansancio y la duración del trayecto? Las fatigas soportadas no son ya sino un recuerdo que hace disfrutar más completamente del reposo y de la abundancia. Así es que, en medio de una alegría creciente, los platos desfilaron, atacados al paso y aniquilados después por cuarenta poderosas mandíbulas. Aún no se había servido el asado cuando ya las pullas y las canciones volaban por la mesa, y el ministril, muy alumbrado, desempeñaba su papel de bufón con un entusiasmo que producía estrepitosas carcajadas; se levantaba y sentábase de nuevo; corría alrededor de la mesa, y chocando su vaso con el de las señoras, requebraba á las criadas que llevaban los platos.

Sentado á la mesa de honor frente á la novia, Santiago de Berneville se sentía dominado á pesar suyo por aquella ruidosa alegría; la antigua sangre normanda que corría por sus venas enardecíase al contacto de toda aquella buena gente tan animada, y poco á poco el barniz de la educación y del gran mundo que se revelaba siempre en una gravedad de buen tono, desvanecíase para ser sustituído por la franca y ruidosa risa que tantas veces, en otro tiempo, había dilatado los nobles semblantes de sus abuelos cuando, como paternales señores que eran, comían en los días de gran fiesta con sus campesinos. Bien eran aquellos los descendientes de los aldeanos de otra época: la raza se había conservado pura, y ellos también podían vanagloriarse de una especie de nobleza bastante rara en nuestro tiempo de alianzas desiguales, pues descendían de labradores secularmente establecidos en el país alrededor de una familia á la que representaban y amaban todavía.

(Continuará)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LA REVISTA MÉDICA DE PUERTO RICO. – El último número de esta revista contiene interesantes artículos y noticias de Medicina y de Farmacia.

NOTA ACERCA DE LAS CAUSAS DE LA HUMEDAD EXISTENTE EN LAS DUNAS DE TORROELLA DE MONTGRÍ, por *Rafael Puig y Valls*. – Esta memoria, leída en la Real Academia de Ciencias de Barcelona, es un estudio concienzudo y completo del fenómeno que el título indica, constituyendo un trabajo digno de su autor y de la sabia corporación á quien está dedicado.

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS Y ARTES DE BARCELONA. – Se ha publicado el acta de la sesión pública extraordinaria celebrada en 11 de mayo de 1896 en honor del académico difunto D. Antonio Cipriano Costa: contiene una relación de méritos y títulos alcanzados durante su carrera por dicho señor, un *Elogio crítico de la obra científica del Dr. Costa*, trabajo profundamente pensado y muy bien escrito por D. Rafael Puig y Valls, y un sentido discurso de gracias del Sr. Presidente D. Silvino Thos y Codina.



JOTA MAYÚSCULA, cuadro de Timoteo Pamplona
(Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897)

LA CLASE OBRERA. – DELIRIO ARTÍSTICO, por *Tomás Bravo y Lecea*. – En estos dos trabajos demuestra el distinguido abogado guadalajareño sus aptitudes para el cultivo de dos géneros muy distintos. *La clase obrera* es un estudio del problema del mejoramiento del obrero, para el cual propone el autor soluciones muy dignas de ser meditadas. *Delirio artístico* es un interesante boceto dramático escrito en fáciles versos.

EL CARNAVAL. – Hemos recibido los números 5 y 6 de este periódico humorístico ilustrado y de variedades que se publica en San Salvador.

ORTOGRAFÍA FONÉTICA, por *Eduardo de la Barra*. – Conocido es de nuestros lectores el movimiento que se está operando en Chile para reformar la ortografía castellana que parece haber aceptado el ministro de Instrucción pública de aquel Estado. En este movimiento ha tomado principalísima parte el Sr. de la Barra, que ha publicado varias obras de propaganda de la reforma: la *Ortografía fonética* es indudablemente la más importante y está destinada al cuarto Congreso Científico de Chile. El libro ha sido impreso en Santiago de Chile en el establecimiento tipográfico Roma.



La primera etapa, cuadro de Joaquín Agrasot

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 25 de octubre de 1897 — Núm. 826

EL TAPETE VERDE. - El juego de los caballitos

La inventiva de los que en el juego han encontrado su *modus vivendi* es inagotable, y alguno de ellos ha sabido dar á los productos de su ingenio un carácter tal, que las personas más refractarias á aquel vicio acaban por aceptarlo como inocente pasatiempo. ¡La ruleta! ¡Cuántos padres de familia, cuántas madres, cuántas esposas, cuántas señoritas se horrorizan al oir tal nombre y se considerarían deshonradas si alguien les viera jugar á la ruleta! Y sin embargo no tienen reparo alguno en jugar, por ejemplo, á los caballitos, que no es ni más ni menos que una ruleta con menos números y con más seguras ganancias para el banquero.

Este juego consiste en apostar por uno de los varios caballitos de hierro que, montados por sendos jokeys é impulsados por un resorte, dan vueltas á sus respectivas pistas circulares: el que al pararse queda más cercano á la meta es el que gana, y con él ganan los que han colocado sus apuestas en el número que lleva el caballo victorioso.

La cosa no puede ser más sencilla, y preciso es convenir que resulta entretenida é interesante: es el vicio presentado en su forma más agradable; de aquí la aceptación que ha tenido este juego, especialmente en los balnearios extranjeros y aun en algunos españoles.

El reputado artista inglés Oscar Wilson se ha inspirado en este asunto para trazar el bellísimo dibujo que publicamos en esta página y en el cual aparece reproducido con tanta exactitud en el conjunto como acertada expresión en cada una de las figuras el espectáculo que se ofrece junto al tapete verde del aristocrático juego de los caballitos.



EL TAPETE VERDE. - El juego de los caballitos,

dibujo de Oscar Wilson

ADVERTENCIA

Con el número último repartimos el tomo cuarto de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, que es «La ciencia moderna,» escrita por D. Julio Broutá y profusamente ilustrada, que tan bien acogida ha sido por nuestros suscriptores. Si alguno de éstos no lo hubiese recibido puede reclamarlo á los corresponsales ó repartidores.

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Nuevos libros. —Los papeles del Temple publicados por la *Nouvelle Revue*, de París. —Vida y lecturas de Luis XVI en el Temple. —*Los Estudios sobre la Naturaleza*, de Saint-Pierre. —Comparación de éste con Rousseau.--Objeciones comuneras á las regias lecturas. —El Padre Tosti. —Belleza de sus ideales y amargura de sus desengaños. —La Iglesia y la Italia. —Reflexiones. —Conclusión.

En Francia se publican á cada instante libros de sumo interés destinados á ilustrar la historia moderna. Entre tales preciosos libros resalta la colección de papeles relativos á la cautividad en el Temple de Luis XVI, publicados por la *Nouvelle Revue*, que dirige la excelsa escritora, mi amiga, madame Adam. Pocos episodios tan trágicos en la historia humana como la cautividad en el Temple de Luis XVI, muy pocos. Parece una tragedia del teatro antiguo. Dos cautividades regias habían precedido á la cautividad del pobre rey francés; primero la cautividad de María Estuardo; después la cautividad de Carlos I; ambos concluídos en el patíbulo, como su triste sucesor de Francia, que mucha sangre de uno y otro llevaba en sus venas á causa de las bodas entre los reyes legítimos de Francia y las dinastías legítimas de Inglaterra. María, Carlos, Luis representaban la reacción universal, y por esta representación terrible tuvieron suerte tan desastrada en sus respectivos combates con la libertad. Pero hay una diferencia entre la cautividad de los reyes británicos y la cautividad del rey francés. Aquéllos, los ingleses, no tuvieron persona ninguna de su familia junto á sí. María Estuardo no vió jamás á su hijo, que luego reinara en el trono de su Escocia y en el trono de Inglaterra. Carlos I mandó toda su familia real á la corte de Luis XIII. Allí estuvieron Enriqueta, primogénita del cuarto Enrique; la preciosa hija de Enriqueta, la que luego casó con el duque de Orleans, hermano de Luis XIV; los dos príncipes, Jacobo y Carlos, reinantes uno y otro sobre la restauración del trono inglés hecha por Monk, y al cabo destronados para siempre, como Estuardos, y sustituídos por los Oranges. La cautividad de Luis XVI tiene mayor interés que la cautividad de Carlos I y la cautividad de María Estuardo, por lo cual me perdonaréis si me paro en algunas particularidades que contienen los recién publicados papeles del Temple, tan dramáticos y tan curiosos.

A las dos se comía en el Temple. Nosotros comemos hoy á la francesa; comían entonces los franceses aún á la española. Tras esta fuerte comida llegaba el necesario recreo. Naturalmente había de reducirse tal recreo á que la princesa, joven, catorce años, y el delfín, verdadero niño, siete años y medio, se holgasen á una, saltando y riendo, en el cual honesto goce un poco se descargaban padre, madre, tía, de sus acerbísimas penas. A Luis XVI nada le sentaba tan bien moralmente para esta hora de olvido como un buen libro de literatura. Escogió así, por últimos de agosto, *Los Estudios sobre la Naturaleza*, de Saint-Pierre. Gran evocador del universo, no en la ciencia, pero sí en la sensibilidad, el insigne literato trascendía en sus libros á olor de flores y destilaba de sus páginas, melodiosas cual susurros de arroyos y de céfiros, ricas mieles de frutas, así propias á las zonas templadas, como propias á las zonas tropicales. Dos siglos antes que Saint-Pierre naciera, el sentimiento de la Naturaleza fué despertado por nuestros historiadores de América, los cuales traían á la fauna europea nuevos animales, á la flora nuevas esencias, desconocidos astros y constelaciones maravillosas al cielo planetario, zumos que parecían verdaderos filtros á las venas, tropos é hipérboles de tal resonancia y magnitud á las letras, que desequilibraban el antiguo monótono concierto clásico y parecían prestar un soplo nuevo al espíritu y un hervor nuevo á la sangre.

Pero entre que los artistas del Renacimiento no prestaban culto sino á la línea y al color, en cuanto éstos revelaban la figura humana, tan arquetipo y modelo para sus obras pictóricas como para los escultores helenos; entre que á tal gran apoteosis del hombre y de la mujer, solos como en el bíblico edén, siguió la metafísica del siglo décimoséptimo que nos diera los dos mayores filósofos de las edades modernas, Descartes y Espinosa, enamorados de la idea y no de la vida; entre que á la Filosofía del siglo décimoséptimo siguió la Enciclopedia del siglo décimooctavo, ingiriendo en la política y en la práctica y en el sentido común esta Filosofía, el sentimiento de la naturaleza, sobreexcitado por una pasajera exaltación al descubrirse América y traer nuestros historiadores, no sólo un original y nuevo lexicón á los diccionarios, levaduras para nuevos fermentos y metamorfoseos de la materia vivificada; el sentimiento de la naturaleza, decía, quedó muy dormido hasta que la inspiración idílica de Saint-Pierre lo despertó, y después de haberlo despertado lo transmitió á las letras con su maravillosa elocuencia.

Verdad que tuvo un excelso competidor en Rousseau, grande naturalista en sus libros; pero aparte de sus propensiones al estilo declamatorio, Rousseau miraba más la Naturaleza como un teatro de sus personajes y de sus novelas que como un objeto de culto. Su propia religión del hombre primitivo, desligado de todos los vínculos sociales, enderézase más á un ser abstracto, ideado por su metafísica y por su teología, que á un ser vivo en los senos del mundo natural y de la vida verdadera. Polígrafo Saint-Pierre, tan dispuesto á escribir unas contemplaciones de la Naturaleza como un romance idílico y sentimental que todavía hoy nos arranca lágrimas, no mezclaba ninguna idea filosófica y ningún interés político á sus anegaciones en el océano de la vida. Quería el universo con desinterés y abnegaciones de artista. Por eso todos hemos leído con arrobamiento, así los *Estudios sobre la Naturaleza*, tan melodiosos, cual una Salve cantada con acompañamiento del órgano que ofrecen los susurros campestres y los fragores marítimos, como su *Pablo y Virginia*, en que los matices de la luz y los espasmos de la vida esclarecen y avivan el amor, seguido de la muerte siempre, como de la sombra el cuerpo.

Yo nunca he dejado de admirar á Saint-Pierre. Sus fervores por la naturaleza más se acercan á los naturales mostrados por Virgilio en sus *Georgias* que á los artificiosos mostrados por Virgilio, y su predecesor Teócrito, en las *Eglogas*. Nada en él de aquellos artificios en que cayeron, lo mismo nuestro gran Garcilaso que Sannazaro, lo mismo Cervantes en su *Galatea*, que Tasso en su *Aminta*. La contemplación desinteresada del universo le presta un carácter tan propio, que sus libros, si no tuvieron jamás el influjo ejercido por las obras de Rousseau en lo político y en lo social, en las instituciones y en las leyes revolucionarias, lo tuvieron quizás mayor en la sensibilidad universal y en los corazones todos. Se comprende con suma facilidad las preferencias de Luis XVI por tal género de libros, cautivo en una fortaleza y amargado por el destronamiento. Nada inspira tanto deseo de vivir en los senos de la naturaleza, como carecer de libertad por completo. Así en los pueblos libres no brotan las *Eglogas*. No las tienen, como tampoco tienen sátiras, ni el pueblo heleno, ni el pueblo romano en la época de sus democracias, de sus libertades, de sus Repúblicas. Los tiranuelos en una parte y los césares en otra engendran ese género literario, protesta incontestable al despotismo.

Nada tan propio como que, viéndose cautivo un rey absoluto, falto de libertad por ende, tan amable á la vida, recurriese al seno de las letras idílicas y campestres en busca del recreo y del reposo, indispensables lenitivos y bálsamos á las heridas cancerosas de su alma. Pero hasta en tales refugios caían esbirros comuneros como caen moscas en el caldo. Mientras Luis XVI hablaba del precioso libro con entusiasmo á las princesas, y les leía la dedicatoria por el gran escritor á su persona dirigida, en que le consagraba muchos elogios, recuerdos de tiempos más felices, el regidor Trochon, de guardia en la torre, como buen comunero, contradecía el criterio de Luis XVI y negaba los méritos alabados por el rey en tal volumen, fuente para el rey de profundos consuelos. Este Trochon estuvo encerrado en Bicetre durante la vieja monarquía, dicen unos que por loco, dicen otros por ladrón y raptor. Los estremecimientos del suelo volcánico lo escupieron sobre la calle y la revolución del 10 de agosto lo empingorotó á la comunidad. No le faltaba ni cultura delicada, ni conversación amena; pero deseoso de ocultar su fisonomía y su persona, dejábase crecer la cabellera y la barba en tales términos y se vestía unos sayales tan burdos, que todo ello le daba el aspecto de un amortajado por la Orden Tercera, redivivo; y así el delfín asustábase y estremecíase al verlo en aquellas trágicas actitudes y en aquellos extraños hábitos. De tales gentes hallábase rodeado el cuitadísimo rey en su cautividad del Temple. Mas no podemos continuar; vamos á otros asuntos.

Un muerto llora la escuela democrática europea, que bien merece lágrimas: el viejo y venerable Padre Tosti. Estoy seguro de que muchos lectores míos no habrán oído nunca este nombre, universalmente conocido y admirado por los demócratas de todas las escuelas antaño, en mis lejanas mocedades. Pues el Padre Tosti perteneció á los monjes benedictinos y profesó toda su vida el principio de las armonías entre los dogmas católicos y los dogmas liberales, entre la Iglesia universal y la Italia moderna. El nido sublime donde tan extraordinario espíritu calentó estas ideas, para que rompiesen los cendales donde se hallaban ocultas y volasen á los cuatro vientos, como hermosas mensajeras del cielo, fué Monte-Casino, monasterio fundamental de la Orden Benedictina, elevado en la vía entre Roma y Nápoles, por aquella deleitable región que se llama Campania, sobre una montaña célebre, á la cual deberíamos denominar el Ararat de Occidente; pues si, como dicen las tradiciones bíblicas, sobre el Ararat de Oriente, allá en Armenia, se paró el arca de Noé, que llevaba tras el diluvio la esperanza del renuevo y continuación de las especies animadas, en el Monte-Casino se fundó el monasterio de San Benito, quien salvó tras las irrupciones bárbaras, peores que todos los diluvios, la cultura europea existente á la sazón, el resto por lo menos de cultura europea que aún quedaba, como residuo misterioso, de su total ruina y de su desaparición absoluta, evitadas por un verdadero milagro.

Pues cuando se pertenece á una orden así como la vieja Orden Benedictina; cuando se recibe y hereda la fuerza espiritual de quien restauró el estudio en medio de la barbarie y el trabajo en medio de la guerra, bien se puede concebir intento, de suyo tan sublime, como el concebido por Tosti: aliar la democracia con la Iglesia, el nuevo gobierno italiano con el secular Pontífice católico. Antes de que Pío IX acariciara su obra de redimir Italia por el catolicismo, la concibió Tosti; solamente que Pío IX tuvo que abandonarla, y Tosti siempre la mantuvo en obras elocuentísimas, donde palpitaba junto al Verbo platónico de las ciencias eternas el Espíritu Santo de la cristiana trinidad. Tosti aventajó en esto á los tres grandes hombres, salidos de la Iglesia para ir á la democracia, como Lammennais y Loysson y Doellinger; fué siempre ortodoxo, mientras sus ilustres émulos rodaron á la heterodoxia. Callado Tosti, cuando retrocedió Pío IX, se reanimó á la venida de León XIII, verdadero y grandioso renovador del espíritu político en la Iglesia de Dios. Y pronunció la palabra «conciliación» entre la Iglesia y la Italia.

Nunca lo hubiera hecho: León XIII no se lo perdonó. En el Vaticano quieren la conciliación absoluta con el gobierno de la República francesa; quieren una grande inteligencia entre la democracia española y el Pontífice máximo; pero no quieren recibir en su seno al rey gibelino, que ha desacatado á su madre, la Iglesia romana, y puéstose á servicio de la Germania protestante. Yo no creo la política vaticana en esto justa. Si hay razones para que la Iglesia llegue á entenderse con la República francesa y con la democracia española, más razones hay para que pueda entenderse con la unidad italiana. El Padre Tosti sufrió una espantosa contrariedad cuando León XIII rechazó la grande obra católica y nacional á que consagrara sus días. Pero no importa: en el tiempo se ven las contradicciones, y en lo eterno se ven las armonías. El Padre Tosti verá desde otra vida mejor que su idea es inmortal, y que si León XIII ha realizado una estrecha inteligencia entre la Santa Sede y las dos democracias católicas, española y francesa; otro venidero Papa, el próximo, cualquier sucesor suyo, si no él, tomando enseñanza de tan grandioso ejemplo, urdirá más ó menos tarde otra inteligencia entre la Santa Sede y la democracia italiana. Dios lo quiera así.

Madrid, 17 de octubre de 1897.



JUAN MANUEL ROSAS

DICTADOR ARGENTINO

En 1877 me encontraba en las rientes orillas del Rimac, cuando en un día del mes de marzo circuló una noticia que tuvo el privilegio de fijar la atención general, dando margen á evocar sucesos ya olvidados y á que el pensamiento se trasladase á Swathling, en las cercanías de Southampton, donde acababa de morir uno de los hombres que durante largos años tuvo poder omnímodo en las Repúblicas de la confederación argentina y que alcanzó puede decirse universal celebridad.

Tantas y tan extrañas han sido las opiniones que se relacionan con aquel *gaucho* excéntrico que como rey absoluto dominó la República Argentina, que sería tarea dificilísima formar un juicio exacto de Juan Manuel Ortiz de Rosas, ni descartar de su vida algunos acontecimientos que no han sido confirmados ni hasta hoy han tenido rectificación.

Juan Manuel Rosas pasó los primeros años de su vida apacentando ganados en las tan celebradas, extensísimas é imponentes Pampas Argentinas, desarrollándose al aire libre el carácter original é indomable del futuro dictador.

Préstase la vida excepcional de esos habitantes de los campos para que adquieran costumbres semisalvajes, rechacen toda traba que pueda atentar á su independiente albedrío y conserven siempre la altivez dominadora con la cual avasallan y vencen al toro, al caballo y á los tigres.

Es indudable que el *gaucho* tiene característicos puntos de contacto con el árabe nómada: hace alarde de su destreza, de su osadía, de su voluntad soberana que se sobrepone á todo, de su astucia jamás desmentida y de los instintos hostiles y hasta feroces.

Por los años juveniles de Juan Manuel Rosas conservaban las Pampas un verdadero aspecto hoy casi tradicional, debido á las corrientes civilizadoras y á las modificaciones que en las costumbres ha operado la instrucción pública, extendida y desarrollada por todas las provincias argentinas, sin que á pesar de esto haya perdido el *gaucho* su primitiva poesía y pintoresco tipo.

En la adolescencia, y sin duda por sus genialidades indómitas, huyó Rosas de la casa paterna y probablemente permaneció algún tiempo haciendo la vida errante del desierto, hasta que más tarde, empleado en la *Estancia* de D. Luis Dorrego, empezó en ella á forjarse su porvenir tomando lecciones de escritura y aritmética, y desechando entonces y sin saberse la causa el noble apellido de Ortiz de Rosas para firmarse únicamente con el segundo.

Su ilustrado protector y maestro D. Manuel Vicente Maza y D. Luis Dorrego fueron los cimientos de su elevación.

Aquella naturaleza dominante tenía sed de mando y anhelaba salir de la obscuridad: para ello sirvió como aliado y fué poderoso auxiliar del gobernador Luis Dorrego, que lo elevó á capitán de milicias y después á comandante general de la campaña.

Fusilado el gobernador Dorrego en un motín militar, se puso Rosas á la cabeza de una insurrección contra el denodado general La Valle.

Sin tregua ni descanso y soñando con futuros engrandecimientos, persiguió Rosas su propósito hasta triunfar, elevándose de un golpe á gobernador de Buenos Aires. Su despótica voluntad se impuso, planteando las formas de gobierno que habían de ejercer influencia absoluta en las repúblicas del Río de la Plata.

Rosas era rico, tenía fortuna propia cuando subió al poder, y en medio de los abusos y de las usurpaciones, afírmase que el Tesoro público no aumentó la riqueza de Rosas.

Durante una expedición contra los indios le sucedió en el mando el general Ramón Valcárcel, carácter conciliador, suave y opuesto en un todo á las exaltaciones de Rosas.

La templanza era ajena en un hombre como el dictador, y la marcha seguida por el gobernador de Buenos Aires fué el decreto para su caída.

Un desbordamiento general, la desorganización política obra de manejos hábiles y la lucha sorda de los partidos no interrumpida dieron el resultado que Rosas apetecía, pero no el triunfo completo.

Fué una época de transición y desasosiego que se prolongó dos años.

Con el general Viamont se creyó asegurada la tranquilidad: esperanza fallida. El desorden revistió un carácter distinto, pero agravante, y el gobernador, que se había declarado abiertamente en lucha con Rosas, no tuvo energía para vencer á su temible enemigo, dueño de poderosos elementos, y renunció.

El doctor D. Vicente Maza fracasó también. La anarquía tomó proporciones más altas, y la individualidad de Rosas adquiere entonces colosal preponderancia.

Creóse en Buenos Aires la celebérrima sociedad popular restauradora «La Mazhorca,» que al decir de muchos fué el pujante apoyo, el brazo ejecutivo del «Héroe del Desierto,» dictado que se le daba á Rosas desde su expedición á las fronteras.

Había llegado el momento de satisfacer todas sus ambiciones. La astucia del *gaucho* se había revelado en su vasta magnitud. Su partido aumentaba de día en día, y sus esfuerzos incesantes consistían en que la situación anómala é insostenible forzase á fijar la atención en Rosas, á desear su auxilio para que en la deshecha borrasca política y social fuera el puerto de salvación.

Con efecto, el plan premeditado, sostenido y con sumo acierto desenvuelto tuvo propicio éxito.

En varias ocasiones había Rosas increpado ásperamente al gobierno, desaprobando no empleara todo su poder para cortar de raíz los abusos y la falta de acatamiento al principio de autoridad.

Y lo más curioso y no ignorado por nadie era que el principal autor de la amenaza constante, de la zozobra, del miedo y de la alarma de todos los días era el mismo Rosas.

¡Personalidad singular la de aquel hombre!

Apenas tomaba forma en su cerebro una idea, cuando de muy cerca seguía la realización, por más que para esto hiciérase preciso apelar á todos los medios, por censurables que fueran.

De lo dicho se encuentran múltiples ejemplos en la vida del mandatario argentino, si bien hay sucesos que la Historia juzgará con imparcial criterio y que el tiempo y las prolijas investigaciones presentarán con incontestable realismo.

Por hoy tropezamos con extrañas contradicciones, con relatos que todavía son más ó menos apasionados, resultando imposible retratar fielmente al que por espacio de diecisiete años asumió todos los poderes del Estado, desde que la Sala de Representantes, por unanimidad y salvo algunas escasas excepciones, le brindara con el mando, *único y forzoso* recurso para que Buenos Aires recobrase el sosiego y su estado normal.

No olvidemos una particularidad digna de mención, un rasgo que caracteriza de lleno al Dictador. Al aceptar la elevación soñada y tan disputada, lo hizo imponiendo sus condiciones.

No era mucho alcanzar el mando, sino obtenerlo en absoluto. Así exigió se prolongase el período de tres años hasta cinco y se le concediesen facultades extraordinarias.

Ya investido con la soberanía sin límites, comenzó su administración, que todo lo absorbió, que todo lo centralizó en sí propio, que todo lo dominó hasta que diecisiete años después, en febrero de 1852, se dió la batalla de Monte Caseros, ganada por el general Justo José de Urquiza. La omnipotencia de Rosas terminó en aquel día, y el coloso cayó sin protesta, y había muy alto en su favor que acatando el resultado del combate, se embarcase al día siguiente del triunfo de Urquiza para Europa, eligiendo como residencia Inglaterra.

Desde entonces fué el *Restaurador* un cadáver político; tuvo el buen tacto y el talento de no conspirar nunca desde el ostracismo.

El espacio es reducido y sólo á grandes rasgos puede perfilarse la figura de un hombre de quien en toda América y aun en Europa quedó un recuerdo que la saña de los partidos hizo más desfavorable, ennegreciéndolo con los comentarios y propagación de acontecimientos que, exagerados, tomaron creces gigantescas.

Rosas tenía inteligencia natural, era suspicaz y malicioso. ¡Cosa extraña! Durante su prolongada y renovada autoridad dictatorial, gobernó sin efectuar grandes alteraciones en la marcha fundamental administrativa creada por el probo é insigne Rivadavia.

En el interior fué un hecho la seguridad personal, sólo alterada cuando los intereses políticos de Rosas estaban en juego.

Por hábitos arraigados, por espíritu refractario á todo *lo europeo*, manifestábase abiertamente antiprogresista y oponíase con tenacidad á toda innovación civilizadora.

Entre el déspota del Paraguay doctor Francia y Rosas se encuentran puntos de contacto, semejanza en rasgos característicos y tendencias iguales para que las masas permanecieran en la más censurable ignorancia.

No fué Juan Manuel Rosas avaro de riquezas, puesto que dueño de cuantiosa fortuna personal no trató de aumentarla cuando tenía en su mano grandes elementos para conseguirlo.

Después de su caída es cosa juzgada que vivió modestamente y que á su muerte poseía escasos recursos, á pesar de habérsele atribuído falta de legalidad en el manejo de los fondos públicos y confiscaciones de bienes en provecho propio.

Así, pues, aún falta mucho para que la famosa dictadura sea considerada desde su verdadero punto de vista y con todos los detalles, siniestros algunos, extravagantes otros y falsos en gran parte. Al decir de un publicista, existen documentos que destruyen las acusaciones más sombrías que se hicieron á Rosas, entre éstas el asesinato del coronel Maza, la ejecución de Camila O'Gorman, así como también los pormenores que se refieren á la fuga del doctor don Vicente Alsina.

«¿Será tiempo de que se me oiga? – decía Rosas en algunas de sus cartas escritas en el ostracismo. – Para vindicarme necesitaría perjudicar á muchos y echar mano de mis papeles y de documentos que considero deben esperar su época.»

De alto interés para la historia sería la colección de esas comunicaciones, memorias inéditas del gobernante, reflejo de sus pensamientos más secretos y retrato gráfico de su individualidad.

Se afirma que su hija Juana Manuela Rosas de Terrero ha guardado religiosamente la correspondencia notable y asidua sostenida por Rosas desde Southampton con su íntimo amigo Lord Palmerston, así como conserva también papeles importantísimos que serían la vindicación en su vida política, borrando de ella errores ó injusticias y modificando tal vez el fallo severo de la Historia y de la posteridad.

Juan Manuel Rosas murió á los ochenta y cuatro años. Había nacido en el memorable de 1793.

Baronesa de Wilson

EXPEDICIÓN BELGA AL POLO ANTARTICO

Varias son las expediciones que han ido á explorar el polo Sur, menos conocido todavía que el polo Norte; pero la que



EXPEDICIÓN BELGA AL POLO ANTÁRTICO
El capitán A. de Gerlache, jefe de la expedición

mandada por el capitán belga Gerlache zarpó hace poco del puerto de Amberes será la primera que invernará en aquellas heladas regiones. A este efecto lleva todo el material necesario de chozas y trineos para ir avanzando durante el invierno y provisiones para tres años.

La expedición se compone de 24 hombres: el jefe de la misma, Gerlache, cuenta 30 años y navega desde la edad de 16; el primer oficial es el teniente Lecointe, de 28 años, que después de haber sido oficial de artillería en su país y marino de guerra en Francia, servía últimamente en la Oficina de Latitudes de París; el segundo oficial es un noruego, Amundsen, y el tercero un belga, Melaerts. El teniente belga Danco está encargado de las mediciones del péndulo, de la fotografía y de las observaciones magnéticas. Forman también parte de la expedición el Dr. Racovitza, rumano, famoso por sus investigaciones zoológicas; el químico y geólogo polaco Aretowski y el médico norteamericano Cook, compañero que fué del teniente Peary en su viaje de exploración al Polo Norte.

El buque «Bélgica» que conduce la expedición estaba en su origen destinado á la pesca de la ballena, desplaza 400 toneladas, ha sido convenientemente reforzado para resistir la presión de los hielos y está provisto de todos los aparatos é instrumentos necesarios para tan interesante viaje de exploración. Tomará su última provisión de carbón en Punta Arenas y desde allí, á mediados de noviembre, hará rumbo hacia la tierra de Graham, adonde llegará á primeros de diciembre, es decir, al comienzo del verano en el hemisferio Sur. En la tierra de Victoria invernarán desde marzo de 1898 Gerlache, Danco, Racovitza y Aretowski, avanzando hacia el polo los tres primeros mientras el último hará sus observaciones en el cuartel de invierno. En tanto, el «Bélgica» permanecerá en Australia y á fines de 1898 volverá á recoger á los expedicionarios, los cuales regresarán á Europa por el Océano Indio y el canal de Suez.

Los grabados de esta página darán á nuestros lectores idea de algunos detalles de esta expedición, cuya importancia científica es evidente y cuyos resultados pueden tal vez contribuir á la solución del problema relativo á la existencia de un continente antártico. – X.

. . . .

APUNTES DEL NATURAL

MANOLILLO «EL CIEGO»

(Véase el dibujo de la página 697)

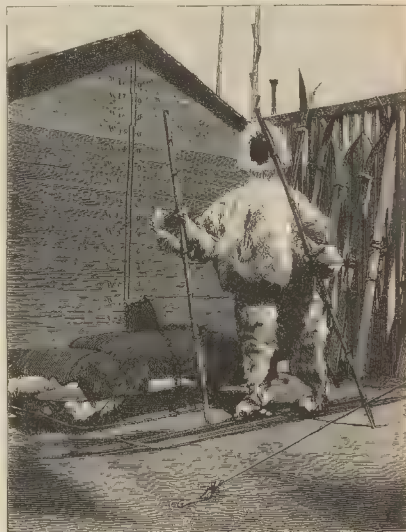
No ha mucho tiempo que á la caída de una hermosa tarde del mes de mayo dirigíame por la ancha vía que conduce al puente de Triana, para pasar por él al populoso arrabal que tanto debe su fama á los moriscos alfahares, que producen sus incomparables azulejos, como á la belleza y gracia de sus mujeres, que tampoco tienen rivales. Detúveme á la entrada del magnífico puente para gozarme contemplando el cuadro que á mi vista se ofrecía, lleno de luz, exuberante de vida y de colores. Entre celajes de ópalo y de grana comenzaba el sol á hundir su disco de fuego por detrás de la masa verde obscura de naranjos y limoneros que rodea la imponente mole de la monumental Cartuja de las Cuevas, reverberando en los polícromos y esmaltados chapiteles de las torres del arrabal.

Una multitud alegre y bulliciosa de mujeres cruzaba á la sazón entre las arboledas de la orilla del río, dirigiéndose á la entrada del puente para pasar al arrabal. Eran las cigarreras de Triana, que una vez terminadas sus tareas, iban en busca de sus pobres albergues. Siempre con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón, sin que sus rostros revelen las amarguras de la miseria ni el cansancio producido por el cotidiano trabajo, véselas avanzar formando numerosos grupos, animados por la incesante charla ó por las espontáneas carcajadas que de sus labios hacen brotar, ya las frases gráficas, licenciosas ó punzantes de alguna que ridiculiza el adorno de otra compañera, ya la pulla dirigida á algún señorito, que sin saber lo que hace, las requiebra al pasar, ya también por la algarabía de disputas, en las cuales todas toman parte, y cuyos temas suelen ser amorosas rencillas, encubiertos celos, disimulados reproches, en los que el amor propio interviene en primer término.



EXPEDICIÓN BELGA AL POLO ANTÁRTICO
El buque «Bélgica» que conduce la expedición (de fotografía)

Parado á la entrada del puente contemplaba yo el hermoso y característico conjunto que ofrecía la ciudad en aquellos momentos, y entreteníame también mirando *el paso de las tórtolas,* según dicen de las cigarreras los mocitos del barrio, que todas las tardes las aguardan, reclinados á lo largo de los antepechos de hierro, cuando un grupo numeroso de *flamencas* acercóse hasta el sitio en que yo estaba, próximo al cual hallábase sentado sobre las losas un ciego, en el que yo no había reparado hasta entonces. Una de aquéllas, de tipo verdaderamente faraónico, con la tez bronceada, con grandes ojos y ondeados cabellos negros, que envolvía su gentil talle en rico pañolón de seda blanco, cruzado sobre el pecho, entre cuyos pliegues resaltaba una blusa de percal roja con lunares negros, acercóse al ciego, y tocándole con la punta de un pie le dijo:



EXPEDICIÓN BELGA AL POLO ANTÁRTICO
Utensilios de los expedicionarios

– ¿Qué haces, Maoliyo? ¿Te duermes?

– ¿Eres tú, Paca?, interrogó aquél.

– Yo soy, y conmigo vienen la Puriya y la Soleá y la Gertruis, que toas venimos á darte las güenas tardes y á que nos cantes una copla.

– ¡Pa tafetanes está la Mardalena!.., dijo el ciego.

– ¡Pos mala puñalá te den, permazo! ¿Te va á dar el aquer de la tristesa esta tarde?

– ¿Te paece, Paca, que no tengo motivo para deseá que me parta un rayo?.. Anoche no he podío dormí, con estos marditos ojos, y entoavía no he comío.

– Pos no te apures por eso, que aquí te traemos nosotras.

Todas buscaron en sus cestillos: el ciego extendió un paño, y en él pusieron las muchachas los relieves de sus comidas.

De los ojos de aquel desdichado vi brotar lágrimas, y Paca, inclinándose hacia él, díjole en voz baja y como á hurtadillas de sus compañeras:

– Toma pa tabaco, esaborío; y deslizó entre sus manos una moneda.

Cuando se incorporó Paca vi también sus grandes pupilas empañadas; pero reprimiéndose instantáneamente, volvióse hacia sus amigas y dijo:

– Vaya, vámonos, que éste es un asaúra mu superió y esta tarde no está más que pa cantá saetas.

– Adiós, Maoliyo, repitieron todas.

– Vayan ustedes con Dios, y no orviarse der probe siego.

II

«¡Ay!, qué triste es caminá
solo y por un caminiyo
que nunca cabo tendrá.
. . . .
Mira si te habré querío,
que ni rencores te guardo
de lo que hisiste conmigo.»
. . . .

Así cantaba Manolillo á la tarde siguiente, en la cual, estimulado por rara curiosidad y por una mis-



EL CHARLATÁN, cuadro de Gerardo Dow, que se conserva en el Museo de Munich, [illegible]

teriosa simpatía hacia aquel desgraciado, acudí al sitio en que se hallaba, deseoso de averiguar las causas del afecto con que yo veía que era tratado por sus amigas las cigarreras; pues todas las que pasaban por junto á él le saludaban y muchas le dirigían palabras cariñosas.

Mi curiosidad cada vez más creciente se vió al cabo satisfecha, y de los labios mismos de Manolillo recogí su triste historia, que es una de tantas de las que la indiferencia humana arroja al montón de las grandes desventuras que á nadie importan.

A los diez y ocho años Manuel había ya hecho varios viajes á Marsella, como marinero de uno de los vapores que efectúan la travesía entre aquel puerto y el de Sevilla.

Una tarde estaba parado á la entrada del puente, entretenido en requebrar á las muchachas de la fábrica, y entre un grupo de aquéllas vió pasar á Amparo. He aquí cómo él me describió aquel momento decisivo de su suerte:

«Cuando la vide vení pa mí me queé mu fijo, mu fijo, mirando sus ojos, y eya también me miró de la misma manera... Eso me pasó en este mismito sitio, donde desde mi desgrasia vengo á sentarme toas las tardes, á ver si las güenas armas se acuerdan der probe siego, y aquí he de estarme jasta que llegue er día del úrtimo viaje... ¡Valiente mujé aqueya! – continuó con un acento de inexplicable tristeza. – ¡Dios la haiga perdonao!; pero á usté le tengo que desí la verdá. Era más arta que yo, moreniya, con unos ojazos, que mar fin tengan, tan negros como su corazón. Traía aqueya tarde un vestío de percá blanco..., ¡me paese que la estoy viendo!.., y un pañuelo de Manila celeste, un ramo de nardos en er pecho y unas flores encarnás entre la mata de pelo negro de su cabesa. En semejante sitio (y Manolillo indicaba con su dedo índice á los extremos de su boca) tenía dos hoyitos, que cuando aqueya arrastrá mujé se reía eran una dislocasión... Por fin, que pasó por delante de mí, que yo, primero me queé parao, pero después metí mano, y apretando er paso, la arcansé ya á la salía der puente, y detrás, detrás de eya yegué jasta la puerta de su casa.

»Me quitó el sueño y las ganas de comé y de to en er mundo. Desde entonse no hubo pa mí sosiego, ni más gloria, ni más na que verla. Ocho días estuvo mi barco cargando en er mueye, y usté comprenderá que por la mañana y por la tarde la esperaba á la ía y á la venía de la frábica, siguiéndola siempre como un perriyo. Yo tenía la mar de ganas de asercarme á eya y de hablarle; pero no sé por qué, cada ves que iba á haserlo sentía una cosa, que no sé si era mieo ó lo qué; pero la víspera de mi marcha en el vapó, me arresté ya, y en la misma puerta de su casa al ir á entrá, le tiré de los flecos der mantón y le dije:

– »No oyes, tú, niña; ¿vamos á estarnos así toa la vía?

– »¡Ay el hombre!.. ¿Y qué querrá?

– »Lo que yo camelo es hablá contigo, siquiea dos minuto.

– »Pos me paese que viene usté dequivocao.

– »¡Ea, vaya!.. También ahora se va la niña á poné moños y á presumí... Pos mira, mañana me las piro pa Marseya, y yo no me voy sin que los dos hablemo... ¿Te entera?

»Se queó un ratiyo pensando, y me dijo:

»Esta noche á las nueve, mientras la fiesta de la Crus, estaré á la puerta der corrá.

»Cuando hablé con eya, señorito, me paresió que se me había quitao un peso mu grande de ensima; y como un tonto estuve dando vuertas por las cayes der barrio, jasta que oí las nueve, que me dieron parao á la puerta de su casa.

III

El corral de la Cruz es uno de los más grandes de Triana, y cuando Manolillo me refirió los primeros pormenores de su historia, fuí á verlo á ruegos suyos, para conocer los lugares que formaron el fondo de los cuadros que me describía.

Cuando di cuenta á Manolillo de mi visita al corral, y ligeramente le tracé la descripción de la fiesta que en él había presenciado, no me interrumpió una sola vez, pero lloraba como un niño, y no sin trabajo logré contener sus lágrimas y distraerlo de los recuerdos que yo despertaba en su mente.

«En el momento que Amparo – decíame – se levantaba pa bailá, to er mundo enmudesía, y mientra que er tocaor afinaba la guitarra, eya, despué de arreglarse las flores de su cabesa y de su pecho y los pliegues de su pañuelo, se ponía en jarras, y entonse de toas partes, al verla tan hermosa, comensaban á jalearla y á echarle requiebros; pero ni siquiea se sonreía, y como si fuera una reina que to se lo meresiera, miraba alrededó suyo con mucho señorío y mu satisfecha, presumiendo con su persona. Yo entonse no me cambiaba ni por er mismo rey... Si usté la hubiera visto me daría la rasón, porque lo que le digo es la verdá, sin infundios ni pamplinas...

»Yo le hablé aqueya noche y quedamos arreglaos, y er mundo me paresió desde entonse más grande y er sol más hermoso; y yo tenía aquí dentro – decía el pobre ciego poniendo su mano sobre el corazón – una alegría y una cosa que no sé lo que era, pero que me quitaba er sueño y me traía como loco. Quise á Amparo con toa mi arma, y eya lo sabía de sobra, porque las mujere saben distinguí mu bien cuándo los hombres pierden er sentío.

»Dos viajes hise, y las noches que estuve en Seviya las pasé hablando con eya, y echando cada ves más leña ar fuego. Pasaron dos meses, ar terser viaje, cuando desembarqué, iba yo mu aprisa á ver á mi Amparo, cuando me encontré á un amigo y nos paramo en conversasión. Me preguntó por eya; le dije que ca día la quería más, y que sólo aguardaba á que me subieran el jorná pa casarme con eya y pa jaserla mu felís. Mi amigo me paresió que me oía como quien oye llové, y empesó á darme consejos, disiéndome que toas las mujeres eran unas interesás, que sólo buscaban su convenensia, y que no se debía fiá en sus palabras ni en su cariño, y esto me lo decía de una manera que á mí me dió que pensá y creí notá que en er fondo de su conversasión había argo que no se atrevía á desirme. Yo, mu indiferente, le di jasiya á sus palabra, pa darle confiansa, hasta er punto que él me creyó, y pa sacarle del cuerpo lo que pensaba, lo convié á tomá unas cañas.

»Con poco trabajo me cantó Goriyo de plano. Por él supe que mi Amparo hablaba toas las noches, por la puerta farsa der corrá que daba ar río, con un hombre que por su edá podía sé su padre, pero que tenía fama de rico en er barrio. Yo púe dominarme pa escuchá á Goriyo, sin ajogarlo entre mis manos.

»Él me dijo que los vecinos der corrá le habían dicho á Amparo más de una ves.

– »¿Qué vas á jacé cuando güerva Manué?

»A lo cual había eya contestao:

– »Darle la lisensia arsoluta.

»Cuando supe toa mi desgrasia, creo que mi corasón se paró: oleás de sangre se agorparon á mis ojos; sentí un frío mu grande po er cuerpo, y dejé caé la cabesa sobre la mesiya que tenía delante con las cañas de vino... Un segundo bastó pa determinarme. Levanté mi cabesa y reí, reí mucho, pa que Goriyo se confiase; y tan bien jise mi papé, que después de apurao el último vaso nos despeímos. Yo lo vi continuá su camino alante, y enseguía tomé er mío, que no fué otro más que er de la puerta der corrá.

»Me paré delante der verde y espeso emparrao que daba sombra á la puerta: jiso Dios pa más fatigas mías que la noche fuera hermosa, y la luna alumbraba er río que paresía de plata. En medio de aquella soleá y de aquer silensio, escuché ayá á lo lejos er son de una guitarra, cuyas notas no se borrarán nunca de mi memoria.

»Me aserqué á la puerta, y dí un sirbío mu fuerte... Pocos momentos después, Amparo asomóse á un ventaniyo que había sobre la puerta, y en er que la luna daba de yeno. Creí que mi corasón iba á romperse dentro de mi pecho; pero tuve la precausión de colocarme en un sitio en que las sombras del emparrao me ocurtaban casi por completo.

»¡Qué bien la vi resartando su cabesa en el marco de la ventana!

– »¿Eres tú, Pedro?, preguntó.

»No sé cómo tuve fuersa pa respondé al oir aquer nombre, ¡que no era el mío!

– »Sí, yo soy..., baja pronto.

»Sentí sus pisás por dentro de su casa, que paresía que me daban en er corasón, y escuché su vos que venía tarareando unas soleares.

»De pronto abrió la puerta, y al verme ajogóse en su garganta la copla... Dió un grito de terró y retrosedió espantá; pero yo no le dí tiempo pa escaparse, y cogiéndola fuertemente por er vestío, la arrastré un buen trecho fuera de las sombras del emparrao, y siego de coraje, hambriento de vengansa, con la furia de la desesperasión, en un segundo abrí mi navaja y le corté la cara...

»Cayó á mis pies desmayá, revorcándose en un charco de sangre. La creí muerta, y sacando de mi faja una pistola apunté á mis sienes y mi cuerpo se desplomó sobre er suyo.

»Acudieron los vesinos y la justisia, y nos yevaron al hospitá.

»Dos meses después le dieron er arta, y sólo supe de eya que había queao horriblemente desfigurá; que abandonó er corrá de la Crus, y que naide ha sabío de su paraero.

»¡Yo queé siego como usté me ve!»

Después de este relato, pude explicarme bien el significado de la copla que tan frecuentemente cantaba el pobre Manolillo:

«¡Ay!, qué triste es caminá
solo y por un caminiyo
que nunca cabo tendrá.»

J. GESTOSO

DESDE LA CORTE

(CRÓNICA PARA «LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA»)

Interview con el rey de Siam

Se quejaba con amargura Adolfo Brisson, en un curioso artículo que ha publicado recientemente sobre la psicología de la *interview*, de que muchas personas no demuestren hacia «esta forma del periodismo contemporáneo» el mismo interés que tienen por las novelas, las memorias, las obras teatrales y otros géneros literarios.

Nosotros no podemos asociarnos á esa lamentación del genial escritor francés, porque en España la *interview* no se ha cultivado lo bastante para que podamos apreciar si el público la acepta con simpatía y agrado, ó la acoge con frialdad é indiferencia.

Aquí realmente no ha existido más *interviewer* que el político. Y como nuestros *hombres de gobierno* han perdido, si no todo, por lo menos una gran parte de su crédito como *hombres de palabra*, de aquí que las declaraciones que recogen de sus labios los periódicos de información, se lean sin curiosidad y sin gusto.

Gracias á coincidencia verdaderamente inesperada, puedo ofrecer á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA una *interview* con Chulalongkorn I, rey de Siam, que será tal vez la única que se publique en la prensa española.

Tuve la fortuna de asistir á una entrevista entre su majestad siamesa y los padres misioneros españoles.

Las personas que presenciamos aquella escena, entre las cuales se hallaban algunas autoridades de la corte, no pudimos disimular el gozo y el orgullo que nos produjera ver á nuestros dos compatriotas, que han viajado por todo el orbe predicando la fe de Cristo, hablar correctamente con el rey en su propio idioma.

Sostuvieron animada conversación en siamés, y el monarca, regocijado y satisfecho, alargó tanto los motivos de nuestra visita, que tuvimos tiempo suficiente para hacer la *interview* que trato ahora de trasladar al papel con la mayor fidelidad posible.

Aunque los ilustres frailes que yo acompañaba no me regatean su indispensable concurso en esta tarea, temo, sin embargo, ser poco verídico en el relato.

De toda la entrevista, si fuera á describirla por mi propia cuenta y sin auxilio ajeno, sólo podría hablar del asombro con que yo escuchaba aquel diálogo original, matizado de breves y ásperas palabras monosilábicas.

– ¿Se entera su majestad de los periódicos españoles?

– Sí por cierto; en París ya hacía que me los tradujeran y aquí continúo enterándome de sus noticias.

– Se han inserto muchas descripciones del reino de Siam; eso demuestra que la gente desea enterarse de todo lo que se relaciona con aquellos lejanos países.

– Pero á la verdad, hablando con franqueza, no veo con buenos ojos la campaña que con tal fin viene haciendo la prensa europea, y conste que no me refiero sólo á la española, que ha estado conmigo muy atenta y cortés.

Los periódicos, todos los de Europa en general, quieren describir los países del Oriente con el mismo espíritu novelesco que ha informado á los cuentistas de otras épocas, y buscan, es cierto, el dato ameno y curioso, pero en daño y perjuicio de la nación que tratan de dar á conocer.

Hoy todavía son por desgracia exactas aquellas palabras que escribió Malte-Brun á principios de siglo: «Las vastas regiones que bajo la figura de una doble península se extienden entre el golfo de Bengala y el mar de la China, no son generalmente conocidas más que por sus costas; el interior presenta un campo de conjeturas *inútiles y fastidiosas* (1).»

(1) Son de apreciar los conocimientos que revela tener Chulalongkorn I. En esto ha seguido las huellas de su padre y antecesor en la corona de Siam Phra-Somdetch-Mongkut, el cual era gran amigo del estudio y hombre de vastísima ilustración. Conocía varias lenguas orientales y diversas europeas. El célebre naturalista francés Henri Mouhot hizo referencia á su erudición en la descripción de un viaje que realizó por aquella tierra en 1858 á 1861 (*Voyages dans les royaumes de Siam, de Cambodge et de Laos et autres parties centrales de l' Indo-Chine*).

–¿En qué sentido ha encontrado vuestra majestad más injustas las apreciaciones de la prensa.

–Sobre todo en lo que se refiere á la organización política y administrativa de mi reino. Presentan aquello como una monarquía absoluta y despótica, cuando desde 1874 existe una Constitución escrita, en virtud de la cual el gobierno se ejerce de común acuerdo entre el rey, el Consejo de ministros y el Consejo supremo de Estado. De los periódicos españoles que han estado más razonables en este punto es uno de ellos *El Imparcial*.

Al llegar aquí hizo el rey que le tradujeran al siamés un párrafo de dicho diario que estaba previamente señalado con lápiz rojo. Correspondía al 16 de octubre y pudimos copiar su contenido: «Los príncipes y los grandes sacerdotes entran á formar parte de estas corporaciones (se refiere el articulista á los Consejos de ministros y al Supremo de Estado), y reciben el testimonio de la voluntad nacional no haciendo de ella menos aprecio que otros gobiernos que tienen *mayores pretensiones de liberalismo*. Chulalongkorn ha respetado esta *organización legal*, y aun la ha ampliado en el sentido de conceder mayores garantías á los que sin ser aún ciudadanos, han dejado ya de ser vasallos.»



CHULALONGKORN I, REY DE SIAM

(de fotografía)



MUJER FAVORITA DEL REY DE SIAM

(de fotografía)

Como se ve, no existe el régimen impersonal y caprichoso que muchos pintan. Es claro que allí no se cumple la célebre máxima de Thiers «el rey reina y no gobierna,» pero creo que nada vamos perdiendo en ello.

Más constitucionales al estilo de Mirabeau, entre nosotros el Jefe del Estado, el monarca, ejerce el poder ejecutivo por medio de sus ministros.

La organización administrativa no diré que sea un dechado de perfección, no quiero hacer apologías que se tachen de apasionadas, pero es bastante completa y ofrece eficaces resultados. Todas las provincias tienen á su frente gobernadores, que reunen á sus atribuciones políticas otras de carácter judicial.

Los títulos de nobleza no son hereditarios y transmisibles, y en esto llevamos una ventaja grande á casi todos los demás países. En mi concepto la única dignidad que debe ser hereditaria es la real, porque siempre sufren trastornos los pueblos en la práctica del sistema electivo.

En Siam era tradicional la elección del príncipe heredero y yo sancioné legalmente esta costumbre en 1887, año en que se declaró de manera solemne sucesor á la corona á mi hijo Vagiruouah que estudiaba entonces en la Gran Bretaña. Cuando en 1891, después de terminar su instrucción, volvió á mi lado, tuvieron efecto en Bangkok espléndidas y suntuosas fiestas en confirmación de aquel acto.



INTERIOR DE LA SALA DE AUDIENCIA EN EL PALACIO DEL REY DE SIAM EN BANGKOK

(de fotografía)



CASTIGADA, cuadro de Trupheme, grabado por [illegible]



Cuando un grupo de flamencas acercóse hasta el sitio en que yo estaba..., dibujo de García y Ramos (véase el artículo *Manolillo el ciego*)

Nos presentan como fanáticos en religión y dicen que el *budismo* es el único culto que practicamos, cuando allí precisamente se disfruta de una tolerancia religiosa que existe en pocos Estados europeos. Realmente los ritos primitivos del culto antiguo se celebran sólo por tribus salvajes llamadas *khos* y por los *karens* y *lavas* de las montañas.

La enseñanza en Siam se halla bastante extendida y divulgada. Hasta en las regiones fronterizas de mi reino los sacerdotes enseñan á leer y escribir. Toda la instrucción se facilita gratuitamente y no se considera este como trabajo retribuíble.

La situación del esclavo es tan buena y son tantas las consideraciones que se les guarda, que muchos de ellos llegan á ser considerados con el tiempo como de la propia familia. La institución es por sí misma vergonzosa, y yo soy el primero en reconocer su inmoralidad; *pero es preciso respetar los intereses creados,* frase muy usada en Europa cuando se luchaba por abolir esa institución que se ha mantenido también por acá hasta fecha bien reciente.

En toda la extensión de mis dominios hay libertad absoluta para los ciudadanos de otras naciones, y no es esto solo, sino que además el extranjero halla siempre protección y hospitalidad. Lo mismo sucede con las compañías extranjeras que toman á Siam por campo de sus operaciones mercantiles.

No creo que otra cosa puedan decir los viajeros que nos han visitado para estudiar el país. Entre los que han ido desde hace ya bastantes años, merecen citarse el capitán Cupet, que formaba parte de la misión Pavie para el estudio de las fronteras de Annam y y Siam, y M. Lucien Fournereau, que realizó un viaje de 1891 á 1892 y publicó más tarde una monografía sobre Bangkok.

El ejército de Siam se halla bien equipado. La mayoría de sus oficiales son europeos y el armamento corriente son los fusiles Mannlicher y Mauser.

Me agradó mucho la revista militar de Saint-Quintin que acabo de presenciar en París y mucho me satisfizo la marcialidad del soldado español en el de la otra tarde; pero no está bien que me consideren sorprendido y admirado como si me hallase ante cosas jamás vistas ni soñadas.

Nuestra escuadra, sin ser muy numerosa, posee cruceros, cañoneros y magníficos guardacostas.

Contra lo que muchos piensan, en Siam hay telégrafos, ferrocarriles, carreteras y correos.

Tenemos Código civil, criminal, penitenciario, monetario, de policía, de la propiedad, de la esclavitud, etc. Hay excelentes médicos y sobre todo astrónomos peritísimos. La astronomía es estudio predilecto de muchos sabios.

Bastantes siameses viajan y vienen á Europa á aprender idiomas é instruirse en distintas clases de conocimientos científicos.

Poseemos obras maestras, que revelan desde luego temperamento apropiado en nuestra raza para el cultivo de la literatura. Hay libros hermosísimos, como *Sany-sin-chai* y *Samuniayi-si-muang,* que es lástima no sean traducidos á otros idiomas.

La deuda pública agobia hoy con peso abrumador á casi todos los Estados modernos, y las grandes potencias ven crecer rápidamente los *déficit* de sus enormes presupuestos; en cambio nosotros no necesitamos para nada del *Gran libro,* de ese registro especial que las demás naciones usan para inscribir los títulos de la Deuda, llamados con retórico eufemismo *efectos públicos.* Y calcular, como dice Blanqui, la riqueza de un pueblo por el importe de su deuda, es lo mismo que juzgar de la salud de un hombre por el número y la extensión de sus heridas.

El reino de Siam no debe dinero á nadie, tal es el mejor elogio de su hacienda y la recomendación más valiosa para su erario.

* * *

Lector amigo: el artículo resulta muy *ministerial de Siam* y hasta parece pagado por el Kalahom, primer ministro del reino, que debe ser allí el que distribuya lo que nosotros, mucho más cultos, conocemos con el nombre de *subvenciones;* pero puedes estar tranquilo, ni he disfrutado de tal beneficio, cosa que después de todo poco daño habría de ocasionarte, ni he tenido más finalidad en mi empeño que la de entretenerte unos minutos.



Pagoda siamesa (de fotografía)

Si algo ha forjado mi imaginación y notas que abusé de la fantasía, te ruego me perdones en gracia á la índole del compromiso, pues no hay nada más difícil que hablar de lo que no se entiende y sobre todo repetir lo que uno no ha oído. Por lo demás, apareciendo intérprete en este caso de ideas ajenas, he procurado reservar y no exhibir las propias.

Gabriel R. España

Madrid, 19 octubre de 1897.

NUESTROS GRABADOS

El charlatán, cuadro de Gerardo Dow.—El famoso pintor holandés Gerardo Dow nació en Leiden en 1613 y fué discípulo de Rembrandt desde 1628 á 1631, siendo sin disputa el más distinguido representante de la pintura delicada y de salón, de aquel género pictórico que buscaba la ejecución más perfecta dentro de las más reducidas dimensiones, lo cual no fué óbice para que pintara también grandes y hermosos lienzos. Sus cuadros figuran en los principales museos del mundo, como joyas del arte flamenco, y entre ellos considérase como uno de los mejores *El charlatán,* que reproducimos y que se conserva en la pinacoteca de Munich.

* * *

Castigada, cuadro de Trupheme.—Esta escena de escuela, tan admirablemente pintada por el reputado artista francés Trupheme, resulta altamente encantadora: la actitud de la castigada, cuyo lloroso rostro se adivina al través del brazo que lo cubre, y las caras de las demás niñas, cuya expresión corresponde perfectamente á los sentimientos que en cada una de ellas despierta el castigo de su compañera, tienen un sello de naturalidad que sólo alcanzan á imprimir en sus obras los maestros del arte. La sobriedad de la composición, la habilidad con que el grupo está dispuesto y el hermoso efecto de luz que penetra por las aberturas del fondo contribuyen á dar mayor valor á este bellísimo lienzo.

* * *

Observatorio del Etna.—Este observatorio (véase el grabado de la página 703), instalado cerca del volcán mayor de Europa y á 2.942 metros sobre el nivel del mar, fué construído según el proyecto del profesor Tacchini y restaurado en 1891 á consecuencia de los desastres causados por la intemperie y por la erupción de 1886. Recientemente se ha colocado en él un ecuatorial de 5'50 metros de longitud focal y varios instrumentos meteorológicos y seísmicos: las observaciones se verifican allí con toda regularidad, exceptuando en invierno, época en que las interrupciones son inevitables y durante el cual el observatorio queda á veces de tal modo cubierto por la nieve, que para penetrar en él hay que entrar por una ventana del primer piso.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Munich. – La Intendencia de los teatros de la Corte de Baviera ha dispuesto crear una escuela de escenografía que cuenta con el apoyo artístico de dos pintores tan famosos como Francisco Lenbach y Rodolfo Steitz.

– El importe de las obras de arte vendidas en la última exposición internacional de Munich ha excedido de la suma de 400.000 marcos (500.000 pesetas).

Teatros.—En Roma se ha estrenado con gran aplauso como drama la ópera de Leoncavallo *I pagliacci.*

París. – Se ha estrenado con buen éxito en el Gymnase *Les trois filles de M. Dupont,* interesante comedia en cuatro actos de M. Brieux.

Madrid. - Se han estrenado con buen éxito: en Apolo *El primer reserva,* juguete cómico lírico en un acto de Sánchez Pastor, música de Torregrossa y Valverde (hijo), y en Lara la refundición en dos actos de la graciosa comedia de Vital Aza *El señor cura.* El teatro de la Comedia ha inaugurado sus funciones del género chico, y en el teatro Cómico ha comenzado á actuar con buena fortuna una excelente compañía á cuyo frente están los aplaudidos actores Rubio y Manso y la señora Rodríguez.

Barcelona. – Se ha estrenado con buen éxito en el Eldorado *Los autómatas,* capricho cómico lírico bailable de los señores Prieto y Ruesga, música del maestro Lope. En Novedades funciona una buena compañía de declamación dirigida por el inteligente actor Sr. Cepillo.

Necrología. – Han fallecido:

El cardenal Guarino, arzobispo de Messina, prelado de gran cultura y uno de los que se consideraban *papabiles.*

Víctor Meyer, profesor de Química de la Universidad de Heidelberg, uno de los más ilustres químicos contemporáneos, cuyos estudios y descubrimientos en materia de química orgánica y física han sido de gran importancia para la ciencia.

Carlos Bourbaki, ilustre general francés que se distinguió brillantemente en las guerras de Crimea, de Italia y especialmente en la franco-prusiana de 1870-1871.

Enrique Luis Teodoro Gurlitt, notable paisajista alemán.

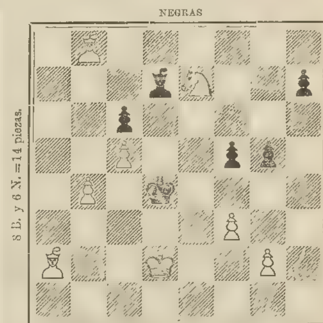
Guillermo Wattenbach, historiador y paleógrafo alemán, profesor de Historia de la Universidad de Berlín, miembro de la Academia de Ciencias berlinesa y autor de importantes obras históricas.

Enrique Chivot, escritor francés, autor de vaudevilles y de libretos de muchas operetas de Offenbach, Lecoq, Audrán, Suppé, Hervé, Barbier y otros.

Otón Juan Enrique Heyden, notable pintor de historia y retratista alemán, pintor de la corte de Prusia.

AJEDREZ

Problema núm. 92, por J. Tolosa y Carreras



Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

Solución al problema número 91, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. A 4 R	1. Cualquiera.
2. T, D ó A mate.	



... y bruscamente besó á la joven en ambas mejillas

MI TIO JUAN

NOVELA ORIGINAL DE JOSÉ L'HOPITAL, ILUSTRADA POR MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Las excelentes y suculentas viandas y la sidra habían reanimado sus sentimientos afectuosos y cordiales de otra época; el orgullo imbécil y la baja envidia que presiden hoy en todas las relaciones sociales se habían desvanecido por un momento, y alrededor de la mesa el vizconde observaba que todos los semblantes le sonreían. Solamente el lonjista, el médico, el notario y el novio dejaron de contribuir á aquel concierto de buen humor, con su aire desdeñoso de menestrales enriquecidos, su actitud estudiada, sus posturas á lo Robespierre y sus miradas furtivas.

Un silencio casi religioso reinó cuando se sirvieron los pavos; los convidados se apartaron con respeto para permitir á las criadas colocarlos en medio de cada mesa, y Juanita, que llevaba el más hermoso destinado á la mesa de honor, estuvo á punto de caer sobre el vizconde cuando debió colocarle, con los brazos extendidos, delante de los novios. Los aplausos resonaron, y el ministril, blandiendo un frasco de licor, gritó que antes de trinchar aquellos «señoritos» era preciso hacer la ronda normanda. Alrededor de la mesa circuló el aguardiente, llenándose á medias los vasos; hombres y mujeres chocaron los suyos, apurando de un trago su contenido: entonces Chantavoine, empujando hacia Santiago el enorme pavo, le dijo:

–¡A usted el honor, señor vizconde!

Pero algunas voces gritaron:

–¿Y la liga?

–¡Esperad á los postres!, contestaron otras.

–No, no; entre nosotros eso se ha hecho siempre después de la primera ronda.

Entonces comenzó una discusión, y para cortarla de raíz dejaron que se metiera debajo de la mesa el pequeño Langlois, que comenzó á correr á gatas, pellizcando las piernas á todo el mundo, revolviendo indiferentemente todos los vestidos que encontraba, tanto que Amelia, y las otras señoritas de honor después, se agitaron en sus sillas riendo nerviosamente.

Después tocó el turno á la madre Chantavoine y á la señora de Muterel para mayor diversión de los concurrentes.

– ¿Quieres soltarme, pillete?, gritó la madre Muterel, que no entendía de bromas.

– ¡Diantre, es que el niño no sabe!., replicó con acritud la señora Langlois.

El muchacho llegó por fin á la novia, que se agitó á su vez, y vióse!e reaparecer con un lazo de cinta. Entonces se produjo un delirio, y de nuevo circuló el aguardiente. Cuando se sirvieron las natillas todo el mundo hablaba á la vez; los ojos brillaban en los rostros enardecidos, y antes de tomar el café más de un convidado se dirigió hacia el patio tambaleándose, mientras otros empezaban á entonar alegres canciones.

¡Las canciones! ¿Quién no conoce en Normandía ese acompañamiento necesario de todos los banquetes?

– Una boda sin canciones no es boda, había dicho de repente Chantavoine. Oigamos las vuestras, una tras otra. Comienza tú, Ludovico, y veremos cómo lo haces.

Ludovico se levantó; estaba un poco ebrio, y su ramo de papel se balanceaba medio arrancado del ojal. Con un pie sobre otro y tambaleándose entonó una queja amorosa de una poesía tan triste como incorrecta, que enterneció á todos en general:

«Adorada Filomena,
enjuga el llanto por Dios,
que tú sola eres la dueña
de mi amante corazón.»
. . . .

Los concurrentes estaban dulcemente conmovidos. El ministril saltó á su silla y estuvo á punto de caer con ella, lo cual le valió una silba; pero el hombre empuñó su violín, hizo rechinar algunas notas y cantó:

«No vayas al bosque, niña,
siempre en pos de Nicolás;
mira que en artero lazo
cual ave incauta caerás.»

Los concurrentes, electrizados, repitieron en coro:

«No vayas al bosque, niña,
siempre en pos de Nicolás...»

Y continuó su canción entre el tumulto creciente de las risotadas, mientras los hombres, convirtiéndose en traviesos, inquietaban á sus vecinas, oyéndose acá y allá varios besos, seguidos de ligeros gritos.

– ¡Vamos, ahora le toca á la novia!, gritaron algunos.

Era preciso conformarse, y Coralia se levantó; pero visiblemente había perdido todos sus recursos; el martirio del corsé, el frío, las emociones y la comida habían triunfado de su robusta constitución; no podía ya más, y con voz temblorosa y un acento normando que hubiera hecho saltar á la señorita Pompadoux, comenzó á cantar:

«Dime avecilla por qué
te ocultas en la enramada;
pobre avecilla...»

No pudo continuar; y como la miraban con la boca abierta, esperando la continuación, parecióle que todo daba vueltas á su alrededor, y volvió á caer en su silla, rompiendo á llorar. Las mujeres se acercaron á ella; la señora Muterel trajo un gran vaso de agua, y para distraer á los demás un muchacho entonó la cuarta canción. En cuanto á la señora Langlois, levantó los ojos al cielo con cierto aire de conformidad y resumió la situación diciendo que todo aquello era muy natural en una joven.

Saboreóse el café lentamente, con el acostumbrado ponche; y cuando los convidados se levantaron de la mesa para preparar el baile, muchos de los mejores bailarines tenían las ideas algo perturbadas. Todos salieron para dejar que se levantaran las mesas, siguiendo las mujeres á la novia á su aposento, mientras los hombres iban al patio para ventilar un poco sus cerebros.

Cuando volvieron á entrar, el comedor estaba transformado; ya no había mesas; pero en el fondo, sobre un pequeño estrado, veíanse dos atriles, detrás de los cuales habían tomado asiento el ministril y un músico nuevo recién venido, que esperaba con el cornetín de pistón preparado; á sus pies, la palabra *rigodón* brillaba en letras doradas recientemente pegadas á un cartelón blanco.

Santiago de Berneville estaba ya cansado: la comida interminable, los licores que le habían hecho tomar casi por fuerza, y en fin, el cigarro que no se atrevió á rehusar habían dado al traste con sus resoluciones de persistir en el buen humor, y ya no pensaba más que en marcharse. Mandó salir á su cochero, que olvidando del todo que era de buena casa, se encanallaba alegremente apurando grandes vasos de sidra, y ordenóle que enganchara, con un tono que no admitía réplica.

Cuando el cochero se iba de muy mal humor, el vizconde vió á Juanita ocupada en arreglar la vajilla; la joven le miraba, teniendo en una mano un plato medio enjugado ya y en la otra un paño, del que al parecer no pensaba ya servirse. Santiago creyó leer en su mirada algo como sentimiento y decepción, casi una tímida queja...

Entonces se avergonzó de haberla olvidado, y al mismo tiempo sobrecogióle un sentimiento de cólera contra aquel viejo Chantavoine, que relegaba á su sobrina, tan graciosa joven, al papel de criada, mientras que todas aquellas rechonchas señoritas, hombrunas y vulgares, que constituían el cortejo de la novia, acababan de ahuecar sus vestidos y disponíanse á bailar.

En aquel instante sonó el ritornelo del rigodón, desgarrador, con rechinamientos de violín y sonidos huecos de cobre, suficientes para hacer huir á la gente felina á los más lejanos rincones, y después oyóse la voz del ministril que decía:

– ¡Caballeros y señoras, cada cual á su puesto para la contradanza! ¡Atención! ¿Quién se pone frente á la novia?

– ¡Señor vizconde, señor vizconde!, gritó Chantavoine, precipitándose en la cocina. A usted es á quien esperan, porque ahora bailarán la contradanza de honor. ¡Supongo que no se negará usted á ponerse frente á mi hija! Sería esto muy doloroso para ella

«¡Pardiez, pensó Santiago, vamos allá!»

Y acercándose á Juanita, que se ruborizó hasta la raíz de los cabellos, inclinóse ante ella diciéndole:

– Señorita, á usted debe agradarle mucho más bailar que secar los platos. Créame usted, deje ahora ese trabajo, y venga conmigo para ponernos frente á su prima.

Chantavoine, mudo de estupor, balbuceó:

– ¡Pero, señor vizconde, ésta no es..., no es la conducta que usted debe... Ahí está la señora Langlois, dispuesta ya.. Juanita debe fregar...

– Escuche usted, Chantavoine, me parece que tengo derecho para invitar á quien quiera..

– No diré lo contrario, pero...

– ¡Pues bien, yo quiero invitar á su sobrina, y se concluyó! ¿Y sabe usted por qué? Pues porque es encantadora, porque es lo mejor de lo que se ve aquí; y usted es un bobo por no haberlo notado, y un viejo sin corazón al hacerla trabajar así en día de fiesta.

Y dejando á Chantavoine aturdido, tomó vivamente el brazo de Juanita, que se dejó conducir desfallecida de emoción y de contento. Pero era valerosa, y cuando al entrar en la sala de baile se produjo un murmullo de asombro, levantó la cabeza y miró con aire triunfante el grupo de las señoritas de honor, mudas de sorpresa: por poco más hubiera hecho una reverencia y una mueca á la señora Langlois, cuyo aire desconcertado le daba ganas de reir.

Realmente era aquella la contradanza de honor, pues en ella figuraban todos los personajes de nota: la madre Muterel bailaba con Chantavoine; la mujer de éste iba conducida por el lonjista, haciendo de tripas corazón: la señora Langlois había aceptado el brazo del notario, y los jóvenes de la boda piafaban como potros alrededor de sus parejas. Solamente el doctor habíase negado á bailar, pues tenía muy mal humor desde la mañana porque todas las miradas habían sido para el vizconde. El efecto que pensaba producir yendo á la taberna durante la misa quedó frustrado; nadie fijaba la atención en él, y sufría, mortificado en su cuádruple orgullo de médico, de consejero general, de radical y de libre pensador. Por esta razón retiróse á un rincón de la sala, y desde allí dirigía á todo el mundo miradas de odio.

Dejóse oir de nuevo el ritornelo estridente, y las parejas se pusieron en movimiento avanzando una hacia otra. Chantavoine andaba á largos pasos, empujando á la madre Muterel como si fuese su arado; el lonjista, semejante á un tonel que rueda, tiraba de la señora Chantavoine con una violencia de obús, y el notario, muy apurado en su papel, adelantábase con rigidez, sin mirar á la señora Langlois, que hacía esfuerzos para cautivar su atención con algunas ligeras cabriolas. A derecha é izquierda las parejas más jóvenes se divertían, los muchachos moviendo las caderas, dando vueltas y haciendo piruetas delante de las señoritas, que giraban, balanceando sus faldas como campanas que tocan á vuelo. Y en el estrado, el violín y el cornetín de pistón hacían más ruido que nunca, con no poca admiración del pequeño Langlois, extasiado ante aquel caballero que tocaba la trompeta.

En medio hacía sus evoluciones la pareja de los novios, dando frente á Santiago de Berneville y á Juanita. Muterel conducía á su esposa con aire grave, y cada vez que pasaba por delante de Santiago dirigíale miradas oblicuas. Estaba descontento, porque la elección que el vizconde había hecho de aquella prima, tratada por su suegro como una criada, le parecía una ofensa. Coralia estaba visiblemente furiosa; si hasta entonces había tratado á Juanita con una especie de desdén protector; la idea de que nunca pudiese estar frente á ella en una contradanza no le había ocurrido jamás, y examinábala ahora con indignación. Pero á Juanita le importaba esto poco; transportada de alegría y de agradecimiento, no tenía ojos más que para aquel galante caballero que había ido á buscarla á la cocina para distinguirla, á ella de quien nadie se ocupaba nunca. Y Juanita le seguía ligera, dando vueltas con esa gracia natural de las jóvenes lindas y de los pájaros bonitos; Santiago estaba encantado, y parecíale adorable su pareja, tanto, que jamás contradanza alguna fué para él tan corta.

Sin embargo, el baile terminó, y Santiago hubo de acordarse de su cochero, que renegaba en el patio, reflexionando, al oir el último sonido del cornetín de pistón, que se ponía en ridículo. Hizo un ceremonioso saludo á Juanita; dirigió á la novia un cumplido, al que ella respondió torpemente; dió la mano á Muterel, y á pesar de las súplicas de Chantavoine encaminóse hacia la puerta. Había llegado casi á ella, cuando se vió otra vez delante de Juanita, que apoyada contra la pared, le miraba silenciosa y como confusa. . Entonces sintió latir su corazón con más celeridad; una nube pasó por sus ojos, y bruscamente besó á la joven en ambas mejillas.

Después, mientras Chantavoine se detenía aturdido; mientras un murmullo de asombro circulaba por la sala, y el ministril aplaudía con loco entusiasmo, el vizconde se lanzó á la cocina, cogió un abrigo y saltó al coche.

«¡Uf!, pensó, cuando el vehículo rodaba hacia Berneville. ¡Gracias á Dios que se ha acabado esta pesada obligación!.. ¡De todos modos, esa muchacha es muy linda!.. ¡Pero qué boda!.. ¡Cuánto haré reir con ella en París!»

SEGUNDO CUADRO. – UNA CAMPAÑA ELECTORAL

I

– Señor conde, continuó maese Griffon, rascándose la oreja, yo no he venido solamente á París para hablar de negocios.

– ¿De veras? ¿Pues de qué más?

– Comprendo que el casamiento del señor vizconde sea sin duda la principal preocupación de usted en este momento; pero...

– ¿Pero qué?

– Usted no puede olvidar el país, usted se debe al país.

– ¿Qué entiende usted por eso, Griffon? Me habla por enigmas.

Y el conde de Berneville comenzó á remover el fuego con impaciencia. El notario guardó silencio algún tiempo, fijando sucesivamente su penetrante mirada en el conde y su hijo, que acababa de encender un cigarrillo y daba largos pasos por el gabinete para desperezarse un poco y serenar su mente, fatigada por las combinaciones y las cifras.

El notario continuó:

– No ignoran ustedes, señores, que en el distrito de Varencieres se verificará próximamente una elección de diputado á fin de reemplazar al Sr. Letoucheur, que acaba de morir.

– ¡Ah!, exclamó el conde con tono indiferente, y... ¿usted tiene intención de presentarse, Griffon?

– ¿Yo, señor conde? ¡No lo quiera Dios! Ya sabe usted que yo no me ocupo más que de mi despacho, y éste peligraría si me lanzara á la política. No es en mí en quien piensan los electores.

– ¡Bah! ¿Por qué no han de pensar? Usted sería un diputado tan bueno como cualquier otro. Y... ¿á quién propondrán?

El notario se recogió como aquel que se prepara á descargar un gran golpe, y después dijo con voz solemne:

– A usted, señor conde.

El Sr. de Berneville no manifestó ningún asombro, y solamente dejó de atormentar los tizones; Santiago interrumpió de pronto su paseo, y acercándose á la chimenea arrojó su cigarrillo en el fuego.

– ¿De veras piensan en mí?, preguntó el conde. ¿Y desde cuándo? Cuénteme usted eso.

– Ya sabe usted, señor conde, que no es usted de aquellos á quienes se olvida, y añadiré que el país no ha dejado nunca de serle fiel en su afecto, así como á toda su digna familia. Si por una ceguedad que

yo deploro no se le reeligió hace cuatro años en el cargo de consejero general...

– En efecto, ese infinito cariño me fué demostrado cuatro años ha por el triunfo de mi contrincante el doctor Tranchebize.

– ¡Ay, nadie sintió tanto como yo esa deplorable

– Ya está reflexionado. Escúcheme, Griffon: usted dice que el país me es fiel, y yo no lo creo. Es indudable que durante siglos la fidelidad y el afecto fueron recíprocos entre mi familia y el país; pero hoy, tan sólo yo he conservado sentimientos á los que los demás no corresponden. Mi padre fué más de cua-

tía gradualmente envuelto en una red de pequeñas traiciones, de viles emboscadas, en las que iba á dar de cabeza con mi bondad y falta de malicia.

– ¡Oh, señor conde!..

– Permítame usted continuar, prosiguió el conde, que se había levantado y que ahora recorría febril-



El vizconde puso su yegua al paso al acercarse al rebaño

elección! Pero considere usted que desde aquel tiempo muchos electores se lamentan del vértigo que los impulsó... ¡Y por otra parte, han pasado tantas cosas!.. Créame usted, muchos ojos se han abierto.

– ¿Y quién sería mi competidor?

– Pues... siempre el mismo, el doctor Tranchebize.

– ¡Ya lo ve usted! Los ojos están tan abiertos, que ven ya á Tranchebize en el Palacio Borbón. ¡Irá, Griffon, irá!

– Pues yo creo que no, si el conde consiente en presentar su candidatura.

– No consiento.

– Padre mío, se aventuró á decir Santiago, tal vez sería bueno reflexionar.

renta años consejero general de aquel departamento, y yo mismo ocupé este cargo durante unos treinta. Confieso que creía morir en él; pero me engañaba. Llegó un médico, un doctor exótico, procedente no sé de dónde, que comenzó á envenenar el cantón con sus drogas y sus discursos. Al principio yo le desprecié (¡tanta confianza tenía en mis electores!), y sin hacer caso de él, seguí con el género de vida que había observado hasta entonces, y en el que, me atrevo á decirlo, consagraba al país una gran parte en mis trabajos y en mis cuidados... ¡Oh! Esto no duró mucho; el envenenador llevó muy pronto á cabo su obra; poco á poco dejaron de saludarme; luego se evitó astutamente mi encuentro, y después, con motivo de no sé qué, me buscaron camorra. Yo me sen-

mente á largos pasos su habitación; le digo á usted que me han indispuesto con mis antiguos amigos, y que se ha minado indigna y pérfidamente la influencia que yo pensaba conservar, gracias á unos pocos servicios que he prestado. En torno de ese espantoso médico se agrupa toda una legión de ambiciosos, de hombres poseídos de envidia y de odio, como por ejemplo ese Muterel...

– ¡Ah, indigno pajarraco, exclamó el vizconde, que siempre mira de través como el mochuelo!

– Es positivo, dijo el notario, que el Sr. Muterel le ha hecho la oposición; pero ¿está usted seguro de que persiste en ella? Yo creo más bien, según ciertos indicios ..

– ¡No me diga usted esas cosas, Griffon, pues di-

ríase que no le conoce! Muterel es un bestia, y además un hombre malo; está persuadido de su gran capacidad, y envidia á todos aquellos que están ó han estado por encima de él. Sostendrá á Tranchebize con todas sus fuerzas hasta el día, próximo tal vez, en que se crea capaz de ocupar su puesto, y entonces, al agua el médico.

– ¿Verdaderamente cree usted á Muterel capaz de todos esos cálculos, señor conde?

– De todos, amigo mío. Y ese muchacho, cuyo padre estaba en la mejor inteligencia con el mío, se ha conquistado influencia en el país, y me odia.

– ¿Cómo es posible odiar á usted, señor conde?

– ¡Ah, nada de lisonjas! ¿Me toma usted por un imbécil que puede engreírse con sus cumplidos?

– Le juro á usted...

– Está bien, está bien; pero le repito á usted que Muterel es mi enemigo encarnizado, aunque no le haya hecho ningún mal, y que ha urdido contra mí en Varencieres una cábala que no contribuyó poco á mi descalabro. Lo sé muy bien.

– Pero no obstante, se ha casado...

– Con la hija de mi arrendatario. ¿Y qué prueba esto? ¿Imagina usted por ventura que tengo confianza en Chantavoine?

– Pero...

– Chantavoine no es mal hombre, y en otra época no me hubiera dejado; pero hoy, con el trastorno general... Además, profesa á su yerno esa admiración verdaderamente inexplicable que tantos hombres honrados y de clara inteligencia sienten á veces por esos imbéciles que no valen nada. En fin, convénzase usted de que he perdido la partida. ¡Si necesitan hombres nuevos, que satisfagan su capricho! No fuera digno de mí hacerme solicitante cerca de personas que ya no me quieren; me han echado por una puerta, y no soy hombre para tratar de introducirme por la otra.

Y el conde, sentándose de nuevo bruscamente, siguió revolviendo los tizones; mientras Griffon, intimidado por aquella salida, se callaba, buscando en su cabeza algunos nuevos razonamientos que no encontraba. Aquel diablo de hombre era demasiado franco y verdaderamente irresistible por su manera de tomar las cosas y cortar el asunto. La idea de que pudiera resignarse tan sencillamente á no intentar ser diputado trastornaba al Sr. Griffon.

El vizconde fué quien primero reanudó la conversación.

– Veamos, papá, dijo; ¿cree usted francamente que no es cosa de promover una reacción contra esos nuevos hombres? Realmente son una peste para el país; su incapacidad, su presunción y sus apetitos han ocasionado ya males incalculables, y lo peor es que se preparan aún otros muchos. ¿No es un deber, cuando puede hacerse, oponerles una barrera en su marcha?

– A otros con eso, amigo mío, que yo tengo ya bastante. Me hago viejo, la gota me aqueja; y por otra parte, el disgusto que me inspiran mi época y los monos maléficos que en ella se agitan, me oprime de tal modo la garganta, que estoy resuelto á no ocuparme más del asunto, pues me ahogaría.

– Si usted no se ocupa de esa gente, ella sí de usted; y si el cataclismo social que su necedad y sus manejos preparan llegase á producirse, ¿no se irritaría usted como todo el mundo?

– ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

– Se dirá que el conde de Berneville ha tenido miedo del doctor Tranchebize.

– Sea.

– Se dirá que abandonó á la gente honrada que quiso contar con su protección.

– Sea también. ¿Por qué ha dejado de quererme esa gente honrada?

– ¡Pero si le quieren, señor conde!, exclamó el notario con voz suplicante.

– ¡Ah! ¡Al fin acabarán ustedes por impacientarme los dos! Les repito que no me presentaré, y por lo tanto déjenme en paz. Cuando digo no, es que no.

Santiago temblaba de emoción.

– ¿Y si le pidiese permiso para presentarme yo?, preguntó Santiago.

– ¡Tú, exclamó el conde saltando de su sillón, tú! ¿Estás loco? ¿Y tu casamiento?

– No he de casarme hasta la entrada del otoño, y las elecciones son en agosto.

– ¿Y harás la corte á Berta de Gasny perorando en reuniones públicas? Porque es preciso perorar ahora; el triunfo es de aquel que dice en público más disparates y durante más tiempo.

– Mi prometida estará orgullosa de mí si arrostro la lucha.

– ¿Y si eres derrotado?

– Dirá que he cumplido con mi deber.

El conde permaneció un instante meditabundo, mirando sucesivamente á su hijo, cuyo rostro revelaba una decisión y energía que no le eran habituales, y al Sr. Griffon, que como buen diplomático había buscado la actitud más propia para expresar admiración y enternecimiento. Al fin sonrió, más feliz de lo que hubiera querido confesarse por la resolución que leía en los ojos de Santiago. Hasta entonces el joven no había lisonjeado su amor propio paternal más que con triunfos mundanos; sabía que era buen jinete, buen bailarín y lo bastante aficionado á las fiestas y al juego para que su bolsa no pudiese ignorarlo; mas ahora descubría en él un hombre de acción y de voluntad.

– A fe mía, dijo al fin, podrás hacer lo que quieras. Eres joven, tienes buena salud y aún crees en algo, lo cual me extraña y me complace al mismo tiempo, porque es cosa rara en los jóvenes de hoy. Ve, si el corazón te lo dice. Con tal que yo descanse, consiento en que te agites, y si, como estoy seguro de ello, sufres una derrota, por lo menos habrás satisfecho tu deseo.

– Ya está dicho, señor conde, exclamó el notario; pero, añadió inclinándose, el hijo no podrá hacernos olvidar al padre...

– ¡Cállese usted, viejo adulador!, exclamó el conde. ¿No se corregirá usted nunca de su manía de lisonjear á todo el mundo? ¿Se queda usted á almorzar?

– ¡Ay! No puede ser, señor conde, porque uno de mis amigos de París...

– Tanto peor, y siendo así, adiós..., hasta muy pronto. Si mi hijo persiste en sus ideas políticas, recibirá usted noticias nuestras; pero es preciso darle tiempo para reflexionar.

– ¡Oh! En cuanto á eso, dijo Santiago, ya he tomado mi partido.

– ¡Ta, ta, ta, ta! Tú no dependes de ti solo, muchacho.

– El señor vizconde puede tomar todo el tiempo que quiera, dijo Griffon; pero yo llevo al país la esperanza de que no me habrá causado una falsa alegría. Señores, reciban ustedes mis respetos.

Y el notario salió después de hacer una serie de reverencias.

– Escucha, dijo el Sr. de Berneville cuando hubo desaparecido, es preciso desconfiar de ese sujeto.

– ¿Lo cree usted así, padre mío?.. ¡Nuestro notario, un antiguo amigo de la familia!

– ¡Oh juventud, juventud! Si tú te presentas, es posible que te apoye, porque aún no te has casado.

– No veo que mi casamiento...

– ¿No lo ves? ¡Inocentón, todo estriba en eso! Hace largo tiempo que Tranchebize está casado, y ahora ya nada tiene que sacar por esta parte; mientras que tú... Temerá hasta el último instante que mandemos hacer el contrato matrimonial á nuestro notario de París.

– Eso que dice usted no es nada lisonjero para el notariado.

– ¡Bah! El notariado no es mejor ni peor que las demás profesiones. En el tiempo en que vivimos no hay en los hombres más que dos pasiones dominantes: el amor al dinero y la envidia; y Griffon las tiene ambas en grado superlativo.

– ¡Qué misántropo se ha hecho usted!

– Nada de eso; yo no odio á los hombres; solamente me dan lástima. Ahora bien: volviendo al perillán que acaba de salir de aquí, te diré que es muy capaz, por amor á nuestro dinero, de sostenerte con palabras; pero por bajo cuerda. .

– ¿Bajo cuerda?

– Sí, la envidia que le consume le hará desear tu derrota; y como la votación no se hace por papeletas abiertas, apuesto á que inscribirá en la suya el nombre de Tranchebize. Por otra parte, de este modo se habrá entendido con sus dos clientes; si triunfas, se jactará respecto á ti de los servicios electorales que te haya prestado, manifestando después su sentimiento al doctor junto á la chimenea; si te derrotan, irá á buscar á tu competidor y le dirá: «¿Qué tal, hemos trabajado bien? ¡Admire usted de qué modo le servía aparentando combatirle!» Y á fe mía, como se puede apostar á que tu derrota te desanimará, y atendido á que tu contrato matrimonial estará ya otorgado y que los de tus hijos no se habrán de extender hasta después de mucho tiempo, es probable que te abandone ruidosamente..., á menos que tu madre ó yo estemos muy enfermos, en cuyo caso la esperanza de un inventario ..

– Decididamente, padre mío, está usted pesimista esta mañana.

– ¿Lo crees así?.. Tal vez tengas razón; pero yo no quisiera más que equivocarme. ¡Y ahora, vamos en busca del almuerzo!

Ocho días después, el *Faro de Varencieres* publicaba el suelto siguiente:

«Hemos sabido que la hidra de la reacción vuelve á levantar la cabeza en nuestro distrito y se propone nada menos que apoderarse de todo el cantón. El joven vizconde de Berneville toma parte en las elecciones de diputado, y acaba de llegar á su castillo, para mayor alegría de todos los camanduleros clericales del país, con la bolsa bien repleta de billetes de Banco. Asegúrase que manifiesta descaradamente la esperanza de corromper á los electores.

»Los republicanos de nuestro distrito no se dejarán sorprender, y ese joven gastará su oro inútilmente. Nuestro buen consejero general, el doctor Tranchebize, tiene alta y firme la bandera del progreso y de la República, y no toleraremos que sea hollada por uno de los más peligrosos portaestandartes de la monarquía y del clericalismo.»

II

Con el corazón lleno de alegría y de esperanza, el vizconde Santiago emprendió la marcha una hermosa tarde para dar principio á su campaña electoral. En su cabeza ardiente y algo aturdida, la ambición había crecido como planta en invernadero; ninguna reflexión ni consideración alguna habían bastado para moderar su entusiasmo creciente, que acabó por transmitir á todos cuantos se acercaban á él. Su novia, la linda Berta de Gasny, había sido la primera en participar de sus sueños políticos; veíase ya esposa del diputado, del jefe de partido tal vez, asistiendo á las sesiones y contando con un número de billetes de tribuna suficientes para obsequiar á todas sus amigas é inspirarles una envidia atroz; creía ya admirar á Santiago en la tribuna, fulminando rayos contra sus enemigos, soberbio en medio de las imprecaciones y de las violencias, y con la mano extendida, vibrante, en ademán de reto, debajo de la tribuna del presidente, que agitaba violentamente la campanilla. Y la señorita de Gasny se exaltaba con estas ideas políticas, que ocupaban poco á poco el lugar de los pensamientos que deben consagrarse al amor.

Los dos jóvenes habían dedicado toda la última semana á combinar proyectos futuros; pero sin que se hablase de amueblar la casa, ni de consultar los horarios para el viaje, ni de prodigarse todas esas ternezas furtivas que las mamás aparentan no ver. No se había hablado más que de la Cámara de diputados, del asiento que Santiago debía ocupar, de la actitud que le convenía tomar ante el gobierno; se había sometido á un examen formal á los diferentes partidos políticos, discutiéndose acerca de los hombres que más figuraban, pesando con gravedad las probabilidades de unos y de otros, y tomando el pulso doctoralmente á la opinión pública para combinar más de veinte sistemas distintos, destinados todos á salvar infaliblemente al país. Los banquetes y los bailes se pasaron en conversaciones trascendentales, y apenas de vez en cuando se habían decidido los dos futuros á alternar un vals con una discusión parlamentaria. Los ramos enviados diariamente marchitábanse en la antecámara; las diligencias comenzadas con entusiasmo para la compra de la canastilla habíanse interrumpido bruscamente para entregarse á largas lecturas de folletos y de diarios, á laboriosas confecciones de anuncios y de proclamas y á maquiavélicas combinaciones para derribar al feroz Tranchebize.

Por otra parte, todo sonreía á Santiago. El conde, contento por no tener nada que hacer, y muy satisfecho en el fondo al ver á su hijo ocupado en algo, estaba dispuesto á no retroceder ante ningún sacrificio para el buen éxito de la elección. Del distrito llegaban las mejores noticias; los amigos de la familia de Berneville, que eran numerosos, aclamaban al joven vizconde; un diario de influencia, el *Independiente de Varencieres*, se había consagrado á la campaña anti-radical; las cartas abundaban todos los días, llenas de felicitaciones y de promesas; y el notario, aparentando el mayor celo, respondía del triunfo.

Por último, el *Faro*, diario de Tranchebize, manifestaba una irritación de buen agüero, y los amigos del doctor se agitaban con visible ansiedad, semejantes á hormigas en medio de las cuales hubiese caído una piedra. Esta última era el vizconde; pero una piedra viva que se agitaba activamente y que había de dar mucho que hacer á los radicales.

El vizconde marchaba, pues, con la mayor confianza, y la despedida no tuvo nada de penosa, ni Santiago sintió oprimirse su corazón al separarse de su novia. Su última conversación giró sobre la campaña que iba á emprender resueltamente, y había prometido escribir todos los días... para dar cuenta de sus visitas á los electores y de las reuniones á que asistiría.

(Continuará)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LO ROMIATGE DE MON ÀNIMA, por *D. Víctor Balaguer*. – Hay nombres de autores y títulos de libros que por sí solos constituyen el mejor elogio de una obra; tal sucede con el inspiradísimo y popular poeta señor Balaguer y con su hermosísimo poema *Lo romiatge de mon ànima*, del cual no hemos de ocuparnos, pues sobrado conocidas son sus innumerables bellezas, no sólo en España, sino que también en el extranjero, pues ha sido traducido al portugués, al provenzal, al francés, al italiano, al alemán, al sueco y al húngaro. La última edición de este libro, la cuarta, ha sido lujosamente impresa en la tipografía barcelonesa de D. Luis Tasso, lleva bonitas ilustraciones de Pellicer y contiene un interesantísimo prólogo de don Eduardo Benot y una excelente traducción castellana del poema, hecha por D. Guillermo Macpherson.



OBSERVATORIO CONSTRUÍDO SOBRE EL ETNA Y VISTA DEL CRÁTER CENTRAL DEL VOLCÁN

LA ELECTRICIDAD COMO PRUEBA DE JESUCRISTO DIOS, por *Antonio*. – En anteriores números nos hemos ocupado de la instructiva publicación que con el título de *En casa de mi tío. Veladas*, imprime en esta ciudad la tipografía Hispano-Americana: la obra que nos ocupa forma el tercer tomo de la misma y no cede á las anteriores en interés y en útiles enseñanzas.

LA REVISTA LITERARIA. – Los últimos números de esta revista que se publica en Iquique insertan artículos literarios de E. Gómez Carrillo, E. Zegarra Ballon, F. Turcios, R. Blanco Fombona, V. G. Mantilla, C. L. Ledgard, C. Velarde, M. Gutiérrez Nájera, J. S. Lois, R. Gerolz, N. Bolet Pedraza, L. Taboada, E. Talero, A. Parra, S. Escuti, L. E. Orrego, F. Mostajo, A. Bac, Mercedes Cabello de Carbonera, A. Ambrogi, F. Manzaneque, J. M. Barreto, D. Dublé, J. Gallegos, E. Posada, S. J. Villafaña, F. García, S. Díaz, M. F. Horta, H. Olivos y C. Díaz.



Fig. 1. - Sala principal del laboratorio subterráneo del Museo de Historia Natural de París



Fig. 2. – Una de las galerías del subterráneo

LABORATORIO SUBTERRANEO

DEL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE PARÍS

Este laboratorio, único en el mundo, que se ha inaugurado en París hace poco, tiene por objeto estudiar la influencia de la obscuridad sobre los animales é investigar experimentalmente cómo las especies animales se modifican pasando de una á otra. Instalado en las catacumbas que existen debajo del Jardín de Plantas, sus galerías tienen un desarrollo de cerca de un kilómetro y en su sala principal hay varias mesas de mármol y pizarra que sostienen otros tantos acuariums de cristal (fig. 1).

Gracias á este laboratorio, cuya instalación ha sido bastante costosa, los experimentos relativos á las transformaciones por las cuales pasa un animal sometido á la influencia de un nuevo medio, darán resultados más precisos que los obtenidos en los experimentos análogos realizados en las cavernas naturales, puesto que en vez de animales ya modificados por una larga permanencia debajo de tierra, se tomará como punto de partida la especie tipo, cuya lenta evolución podrá seguirse paso á paso.

Los directores de este laboratorio cuentan ya con multitud de insectos, crustáceos, peces, batracios y mamíferos: algunos de estos últimos se han reproducido, de modo que ya se cuenta con una generación que no ha visto nunca ni verá la luz. Para el cuidado de estos animales se emplea una luz roja muy débil, de modo que se reduzca al mínimo la luz que se utiliza en los experimentos.

La tarea emprendida por los hombres de ciencia que se han puesto al frente de este laboratorio subterráneo exige para su completo desarrollo un tiempo considerable: algunos experimentos necesitarán siglos; otros podrán hacerse en pocos meses. Esta consideración, sin embargo, no ha hecho vacilar á aquéllos, pues han comprendido que, si no ellos, las generaciones que les sucedan podrán recoger los frutos de la labor por ellos comenzada.

Este laboratorio estará en absoluto cerrado para el público; pero en cambio á él tendrán acceso todos los sabios é investigadores que en él deseen trabajar.

La realización del pensamiento de este laboratorio se debe al director del Museo de Historia Natural de París M. Milne-Edwards.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XVI ← Barcelona 1.° de noviembre de 1897 → Núm. 827



EN EL PALACIO BARBERINI DE ROMA, cuadro de J. Gallegos



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

REYES FORASTEROS Y COSTUMBRES NACIONALES

El exotismo (si se permite el retruécano) es exótico en España. Planta aclimatada en el terruño del bulevar parisiense, no medra en nuestro suelo, ni la favorece nuestro ambiente, ni le tomamos gusto aquí. La venida de los aschantis y del rey de Siam parece contradecir mi aserto, pero lo confirma. Todos los síntomas del movimiento que produjo la llegada de estos turistas de color obscuro, son de curiosidad y risa, ninguno de verdadero interés, de interés humano, filosófico y caritativo. Entre las muchas é ingeniosas chirigotas que estos días dedica la prensa á nuestros ahumados y cobrizos huéspedes, he buscado sin encontrarlo el rastro de una disertación, de un estudio algo serio sobre el lugar que ocupan en el mundo y en la escala del reino hominal los siameses y los aschantis. Nos hemos divertido en grande con los muñecos procedentes del Africa y de la Indo-China, sin averiguar si son algo más que muñecos, y si bajo su piel atezada ó amarillenta hay algo que se parezca á nuestra alma... Pasan ante nosotros como vivientes enigmas esas sombrías siluetas, y la mirada que en ellas fijamos no se diferencia poco ni mucho de la que consagraríamos al ara ó al papagayo de lindo plumaje, salvo que el papagayo es bonito y los aschantis muy feos, ¡feos como el coco!

En mi niñez me amenazaban, para corregirme, con un negrazo que pedía limosna por las calles de mi pueblo, y á quien el vulgo había otorgado patente de hidalguía colgándole un *don* como una casa: llamábanle *D. Alejos* grandes y chicos. Era inofensivo el pobre moreno, pero eso sólo lo comprendimos después los chiquillos de entonces; y cuando nos decían «que venía» el negro, nos echábamos á temblar. La idea mixta que me ha quedado de aquel *D. Alejos*, primero objeto de terror, después objeto de compasión risueña, resurge en mi mente estos días á causa del rey de Siam. Este personaje de abanico que se ha sentado en un palco al lado de la reina regente, de gran uniforme, cruzado el pecho por bandas, estrellado de condecoraciones, correcto, grave, diplomático; este señor á quien le presentan las damas de la corte y á quien se recibe á los acordes de un himno, á quien tratan de *Majestad* los cortesanos europeos, ante quien presenta armas la tropa, ¿es un rey efectivo, ó es un monigote de tibor, un *samuray* descendido de algún cacharro de porcelana y despojado de sus atavíos pintorescos y estrambóticos, para adoptar el disfraz de la civilización y venir á embromarnos?

Las versiones que corren acerca de la persona de Chulalong no sacan de dudas á nadie. Mientras unos afirman que es sujeto que recibió en Inglaterra educación escogidísima y nos le representan poco menos que como á un Pedro el Grande de Siam, empeñado en transportar á sus reinos la cultura, el adelanto y las luces de Europa, otros describen el descomunal serrallo, las prehistóricas amazonas y las románticas degollaciones por leve sombra de celos, con cabezas presentadas en bandejas – el aparato de la corte de un tetrarca, en el siglo en que reinaba Augusto. – ¿Cuál de estas dos imágenes es verdadera y fiel trasunto del viajero siamés? Me inclino á creer que la segunda. Nuestro planeta está todavía muy lejos, muy lejos de tener medianamente civilizada una mínima parte de su superficie. La barbarie sumerge y señorea el resto; la barbarie es aún hoy el estado normal. Estos reyes que salen de su casa resueltos á transformar un país, no ven que la transformación tiene que empezar por arriba, por ellos mismos, en primer término. No me convencerán á mí de que el siamés puede hacer obra civilizadora, si antes no licencia su ejército de víctimas y de *soldadas*, si no deja salir de su palacio á ese millar de hombres que le guardan noche y día, como la cohorte oculta en los subterráneos del castillo de Herodes. No puede ser civilizador, por lo menos en la acepción que los europeos atribuímos á esta palabra, quien tiene cuatro mil esposas ó esclavas (viene á ser lo mismo para el caso) y reune á los treinta años varias docenas de hijos. Se me dirá que esas son las costumbres de allá, la tradición, el inveterado uso. Yo respondo que tales usos y tradiciones son absolutamente incompatibles con la civilización moderna, y que el rey de Siam haría mejor en vivir como sus antepasados y en no pretender vestirse de máscara y fundar en su patria un carnaval perpetuo.

Llevarán á Bangkok, de nuestros adelantos, lo externo, la cáscara, lo que se ve con los ojos; los medios de locomoción especialmente: caminos de hierro, vapores, tranvías eléctricos, bicicletas, automóviles; llevarán también las máquinas de oir y hablar pronto, telégrafos y teléfonos, y esa caricatura del sonido que se denomina fonógrafo. Igualmente se asimilarán los trastos de matar aprisa y mucho: fusiles Mauser, cañones de tiro rápido, grandes torres de combate para los recios acorazados, torpederos y caza-torpederos, explosivos de los más devastadores. Acaso acepten (esto ya no me parece tan seguro) los métodos de nuestro arte de curar, la antisepsia, los anestésicos. Digo que esto no me parece tan seguro, porque la vida humana tiene poco valor en esas naciones de Oriente, donde la raza es prolífica, insensible al dolor, indiferente á la muerte, y donde un reo de pena capital encuentra por dinero quien se preste á sustituirle, como aquí se encuentran para el servicio militar sustitutos.

Mas ¿qué importa, en realidad, la adopción de estos adelantos, si no se modifica la organización social, si no se cultiva á proporción la inteligencia, la moralidad, la justicia, el derecho? Ir más de prisa ó más despacio, es una ventaja relativa: si todos disfrutan del tren, no he de viajar yo en galera; convenido; pero si suponemos que no hay trenes para nadie, las condiciones se igualan, y vamos en galera ó en palanquín ó á pie tan ricamente. Lo que en absoluto puede llamarse desdicha é iniquidad, es la situación de cuatro mil seres humanos secuestrados por el capricho de uno solo, condenados á cautiverio y á soltería ó viudez perpetua, y no al resignado, voluntario y á menudo feliz celibato de los conventos, sino á la rabiosa soltería de los harenes, donde todo es envidia, chisme, delación, sospecha, tedio y desesperación. Una señora que ha viajado por esos países semifantásticos de la Indo-China y Persia, afirma que las reclusas de los harenes viven contentas con su suerte, entregadas á juegos infantiles, á cultivar la golosina y la vanidad más fútil, rascando guitarrillos ó aporreando pianos – el piano ya ha llegado hasta allí, – tomando sorbetes y atracándose de dulces, mirándose al espejo y pintándose las uñas. Acaso sea verdad, y la mayoría de las encerradas del rey de Siam no conciban otro destino más venturoso. Cuéntase que cierta mujer árabe, al servicio de un cónsul inglés, hubo de embarcarse para Inglaterra, y fué interrogada por sus compatriotas, al regresar, acerca de las magnificencias y grandezas de la nación que había recorrido. Ella alabó á su manera, con encomiásticas frases, los caminos, los coches, los trenes, las casas, la riqueza y magnitud de las ciudades, la fertilidad y esmerado cultivo de las campiñas, y en suma, hizo de Inglaterra cumplido panegírico. Envidiaban los que la oían la ventura de los ingleses; pero así que la mujer añadió que en Inglaterra no había encontrado ni una sola palmera para un remedio, á pesar de buscarla sin interrupción desde el día de su llegada hasta el de su salida, los árabes instantáneamente mudaron de parecer, y retractándose prorrumpieron en exclamaciones de lástima hacia los infelices moradores de la Gran Bretaña, sentenciados á pasarse la vida sin comer dátiles. ¿Quién sabe si, en efecto, las encerradas de Bangkok no se compadecen de las europeas, bien como infinitas europeas se compadecen de las pobrecitas norteamericanas, condenadas á una libertad y una iniciativa superiores á las que aquí posee la mujer?

De todas suertes, la empresa del rey de Siam, puesto caso que en efecto este soberano sueñe en civilizar á su grey, no ha de negarse que es empresa peliaguda; y si el soberano no conoce que el primer obstáculo para esta civilización á la europea es su propia casa, el enjambre de sus bellas señoras, peor que peor. Va á tener muchos disgustos el buen monarca, empezando por el de privarse totalmente de inocentes satisfacciones semejantes á aquella de marras, de la cabeza cortada. Que un rey de Siam no pueda ni descabezar á una hermosura, es el relajamiento del principio de autoridad y el desquiciamiento de las bases en que la sociedad reposa. Más le vale al caballero del blanco elefante sagrado seguir cortando en paz y en gracia de Buda las cabezas que se le antojen, y dejarse de monsergas civilizadoras, que á él le han de fastidiar, sin hacer felices á sus súbditos.

***

Y por el siamés ¿van á quedarse en el tintero los dos últimos amantes que quisieron morir juntos, con arreglo al último figurín de la pareja que les precedió hará unos meses? Es preciso reconocerlo: acciones de este género, realizadas en forma tal, suspenden el juicio entre la reprobación explícita, la involuntaria ironía y la no menos involuntaria admiración hacia el valor salvaje que revelan, y que es lástima que se emplee tan mal, ahora que tenemos guerra por todas partes. Los escritores que han emprendido en Francia la glorificación y apoteosis de la energía, Taine, Stendhal, Mauricio Barrés, no en balde hicieron de Italia y de España sus comarcas favoritas. Lo que á Barrés enamora en España, es la violencia de sus sensaciones, la exasperación de todo su ser; lo que celebra del arte español, son las escenas de horror, las fúnebres y macabras imaginaciones de un Valdés Leal, las representaciones de sangre y martirio; lo que encuentra característico, el deleite que se goza en las corridas de toros. «España es el país más desenfrenado del mundo,» exclama en tono de profunda simpatía. Le recomiendo á mi amigo Barrés esta pareja, la de la calle de las Huertas: va á parecerle de perlas y oro, porque, no puede negarse, ha revelado una energía rayana en frenesí. El cálculo de vanidad, la aspiración á una especie de bastarda gloria póstuma que á no dudarlo presidió al doble crimen, no disminuyen, antes aumentan, la suma de energía necesaria para consumarlo. Obsérvese que estos amantes no se entregaron á la muerte, sino más bien obligaron á la muerte á que se les entregara. La violentaron, la retorcieron, se apoderaron de ella, no mirándola cara á cara, sino abrazándola con insana furia. En vez de elegir el carbón ó el veneno ó siquiera el revólver, medios semi-pasivos, apelaron á la terrible navaja nacional, aquella que en tiempos más altos sirvió para tomar cañones á la carrera. Y del primer navajazo, el hombre, iba á decir la fiera, partió el corazón á la mujer, la cual cayó sin proferir un grito; del segundo, buscó el hombre su propio corazón, y como sintiese que no lo encontraba, que no llegaba á él, dentro de la misma herida revolvió el arma sin sacarla, y esta vez el corazón quedó partido instantáneamente. No hubo agonía, no hubo quejidos, no hubo ni el más leve indicio que denunciasen á los transeuntes que aquellos dos cuerpos humanos, extendidos el uno al lado del otro, eran dos cadáveres. Hermoso caso, ¿verdad Barrés? Stendhal diría del asesino y suicida de la calle de las Huertas: «Era todo un hombre.»

Y lo mismo puede decirse que era todo un jabalí; ambas tesis pueden defenderse con argumentos capciosos, con ejemplos y con raciocinios. Yo me inclino á admirar la energía, pero aplicada á nobles fines, á ejemplares acciones, á heroicos esfuerzos que nos eleven y nos infundan satisfacción y contento de pertenecer á la misma especie que el individuo enérgico que los ejecuta. Todas las cosas son buenas bien dispuestas y ordenadas, y en su lugar y ocasión.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

Hay hombres que hacen grande la época en que viven, y hay épocas que engrandecen á un hombre: ejemplo de lo primero, Napoleón I; ejemplo de lo segundo, Napoleón III.

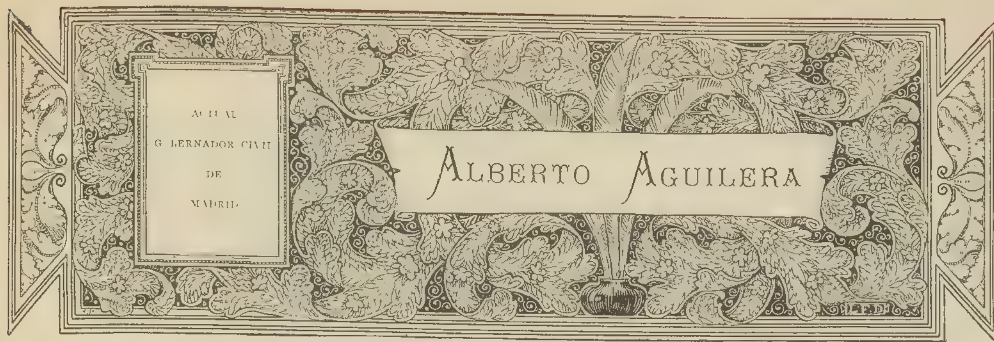
***

Hay para mí un placer mayor que el de poseer, y si deseo tener mucho es únicamente por el gusto de poder dar.

***

Mucho se habla hoy en día de la altura á que han llegado la instrucción y la ciencia. Cierto que la instrucción es en nuestros días más general que en los pasados tiempos; en cambio es muy cuestionable que sea más grande; así creo que, por ejemplo, nuestros actuales artistas, aun los mejores (pintores, escultores, poetas y arquitectos), no pueden compararse en punto á pluralidad de conocimientos con los del Renacimiento ó los del *Cinquecento*. Y no digo esto en tono de censura, pues la pluralidad no es una *conditio sine qua non* en la potencia creadora, sino únicamente desde el punto de vista de la historia del arte.

ANTONIO RUBINSTEIN



ALBERTO AGUILERA

No se parece á ninguno de los demás políticos españoles. Ni física ni moralmente.

Por su cuerpo nos recuerda á aquel gigante de los filisteos de que nos habla la narración bíblica. Entre cien, entre mil hombres la figura de Aguilera se destaca sin esfuerzo. Sobresale entre todos por su humanidad ancha y robusta, y se hace visible sobre las cabezas de la multitud por la insólita estatura y el aspecto del semblante verdaderamente autoritario.

Pero si es mucha la diferencia que hay entre este y otros de nuestros políticos por lo que se refiere á la materialidad de la economía (tomando esta palabra en su sentido modernista como conjunto de los aparatos orgánicos), es mayor la que existe en la parte moral.

Si no tuviéramos tan olvidados, por no decir poco aprendidos, los principios que informan la política moderna y que constituyen hoy la *vis medicatrix* para la gobernación de los pueblos, Aguilera sería de los llamados á ocupar, y no en lejana fecha, los más elevados puestos políticos.

Un antiguo proverbio de Bacon dice que más valen buenos hombres que buenas leyes. Procuremos ante todo conocer la moralidad de aquellos á quienes se entrega el régimen y la administración del país, indaguemos su vida íntima, su conducta privada, analicemos atentamente su comportamiento como ciudadanos y llegaremos á prever lo que de ellos puede esperarse en la dirección de los negocios públicos.

Hora es ya de alejarnos de esa maligna tendencia que aún nos arrastra y que hace exclamar á Disraeli: «Ponemos mucha confianza en los sistemas y muy poco cuidado en los hombres.»

* * *

Realizada por Aguilera en cierta visita al ayuntamiento una importantísima aprehensión de millares de cajas de petróleo, le correspondieron como denunciador en el expediente administrativo *veintitrés mil duros*.

Era entonces ministro de la Gobernación, y encargó al alcalde de Madrid que distribuyese sus 23.000 duros en la forma siguiente: 10.000 pesetas á las casas de socorro; 2.500 al Hospital provincial; 2.500 á la Caja de previsión de accidentes del trabajo del Centro obrero; 2.500 al Asilo de la Santísima Trinidad; 5.000 á los empleados subalternos que habían cooperado á la denuncia; 10.000 entre otros establecimientos benéficos; 5.000 á la Biblioteca de la Academia de Jurisprudencia y el resto á la casa de Urquijo para las obras del Asilo de Santa Cristina.

Rasgos como este, llenos de desinterés y generosidad, no necesitan comentarios.

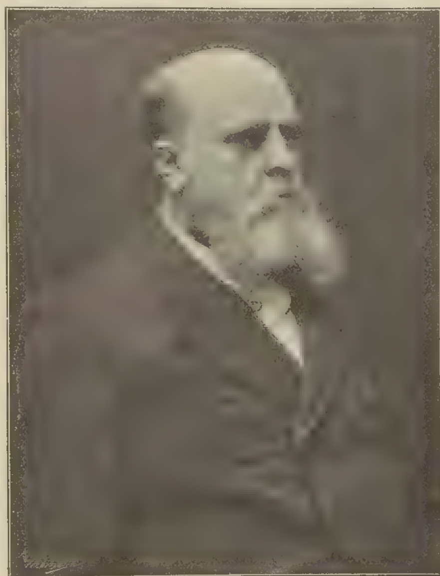
* * *

El mismo día en que llegaba á Cartagena el rey D. Amadeo, acompañado de la Comisión española presidida por Ruiz Zorrilla, se recibió en aquel puerto la triste nueva del fallecimiento del general Prim.

El vil asesinato de que fué víctima el ilustre caudillo produjo honda excitación en todas partes. El nuevo rey no pudo menos de ser partícipe de aquellos sentimientos, y los individuos de la Comisión tuvieron en tan críticos instantes justificados recelos.

Durante el viaje desde la ciudad de Asdrúbal á Madrid se hicieron esfuerzos para levantar el decaído espíritu del pueblo, infundiéndole confianza en el reinado que se inauguraba y fe en el porvenir de la nación. A Echegaray le encargaron pronunciara en todas las estaciones del trayecto un corto discurso de tonos patrióticos; pero como la figura del duque de Aosta no era verdaderamente popular, no se lograba nunca el efecto deseado.

«La nómina y la curiosidad,» frase famosa escrita



Excmo. Sr. D. Alberto Aguilera y Velasco, gobernador civil de Madrid (de fotografía de Franzen)

con motivo de un célebre entierro, eran las que esperaban al rey, y no demostraban ningún interés ni entusiasmo.

Aguilera se hallaba en Alcázar de San Juan rodeado de una muchedumbre compacta. Al tener noticia de la aproximación del tren real, se dirige á todos con fuerte voz y les dirige un sentido panegírico del general Prim, que terminó de esta manera:

– Hijos míos, arrodillémonos y á rezar todos como buenos cristianos una oración por su alma.

Aquel pueblo religioso y profundamente católico hinca la rodilla en tierra y en medio de una solemnidad majestuosa recita el padre nuestro.

Entonces Aguilera, aprovechando el estado místico de las masas, provocado hábilmente y con tanta oportunidad, grita con sugestivo imperio: «¡Viva el rey D. Amadeo!,» y este viva, contestado frenéticamente, se convierte en pocos minutos en ovación delirante indescriptible.

Los mismos que acompañaban al rey no se explicaron de pronto aquel triunfo de la causa amadeísta. Al ver á Aguilera no fué difícil, sin embargo, precisar quién era el autor de aquella prodigiosa escena.

El episodio se presta á científicas consideraciones sobre un problema de candente actualidad: la psicología de la *foule*.

Siendo Aguilera gobernador de Sevilla, se promovió un imponente motín después de una manifestación tumultuosa contra las quintas.

Desde la multitud exaltada partieron numerosos proyectiles, y uno de ellos hubo de dar á un carabinero, que quedó gravemente herido. Al ver esto el capitán que mandaba la compañía, dió las voces preventivas de *preparen* y *apunten;* pero antes de que pronunciara la voz de *fuego*, lanzóse el gobernador delante de la tropa, alzó con su bastón los fusiles de los primeros soldados, dió órdenes á los demás, y dirigiéndose con frases enérgicas al oficial le increpó duramente por su temeraria disposición.

Al mismo tiempo, él solo, seguido de unos cuantos agentes, acometió á la muchedumbre y la hizo retroceder más de treinta metros en medio de los aplausos que le tributaban desde los balcones los espectadores de aquellos extraños sucesos.

Los mismos alborotadores, impresionados por aquel acto del gobernador que les había salvado de una muerte cierta, mostraron bien pronto su agradecimiento. Y aun después, á la corrección que se les dió, la calificaban en su pintoresco lenguaje de «palos paternales.»

* * *

Proyectábase un alzamiento en todas las provincias andaluzas, á cuyo frente había de ponerse el general Contreras.

Aguilera tuvo noticia de cuanto se tramaba, y puso en conocimiento del gobierno todo el plan revolucionario, indicándole que muy en breve, según sus noticias, debía de salir de Madrid el general Contreras y que era esperada su llegada en Cádiz para iniciarse el movimiento.

La detención del general á su paso por Sevilla, combinada con otras medidas, podía hacer fracasar la intentona; pero se trataba de un hombre meritísimo, popular en todo el ejército, de muy alta graduación en el mismo, y sobre todo, de un senador del reino, al que acompañaba por tanto la inmunidad parlamentaria.

Recibió Aguilera un telegrama cifrado de Córdoba dándole noticia de haber pasado por allí el general, del coche en que iba, del traje que llevaba y de sus compañeros de viaje. Inmediatamente llamó á un inspector de su absoluta confianza y le dijo:

– ¿Conoce usted al general Contreras?

– Sí, señor.

– Bueno, pues viene en el tren correo, en un coche de segunda. Ocupa el cuarto lugar y trae un traje ordinario cuyos detalles tiene usted apuntados en esta nota. Cuando el tren se detenga, suba usted al carruaje y le invita á bajar de él; pero sin violencias y siempre guardando las formas más corteses. Después le acompaña usted en un coche hasta el gobierno civil.

Va usted á contraer por ello gravísima responsabilidad, que yo haré mía en caso necesario. Si á usted le parece bien ejecuta la orden; en caso contrario, dígamelo con franqueza, porque sin resentimiento alguno de mi parte encomendaré á otro tan delicada misión.

– Mande usted lo que quiera, mi gobernador, que yo jamás discuto ni discutiré sus órdenes.

– Gracias, así lo esperaba; pero ahora, fíjese mucho en lo que va á hacer. Usted no conoce para el efecto de la detención á Contreras; á quien va usted



DAR DE COMER AL HAMBRIENTO, cuadro de Leghe Suthers



El paso de un vado



El presidente Kruger viajando con su escolta



Grupo de boers ejercitándose en el manejo del rifle



Campanas de la catedral de San Pedro en Pietermaritzburgo

EN EL TRANSVAAL (fotografías de F. H. Biddell)

á detener es al brigadier Veco, y aunque aquél jure y perjure y trate de justificar su persona, usted persiste en su error, y tenaz en él, me lo trae hasta aquí.

– Está bien, mi gobernador. Comprendido.

– Aquí le espero.

Las cosas ocurrieron como se habían previsto. Hubo las protestas consiguientes formuladas con energía propia de personalidad de temple tan varonil. Contreras afirmaba que no era Veco, pero cuidadosamente rehuía darse á conocer, y cuando ya apremiado por las circunstancias tuvo que decir cómo se llamaba pronunciando su verdadero nombre é invocando su cualidad de senador, el tren partía.

Entonces Contreras, dirigiéndose al jefe de estación y enseñándole una cartera llena de billetes de Banco, le dijo:

– Voy á ver al gobernador para que me explique el atropello conmigo cometido; pero antes de una hora estoy aquí, y cueste lo que cueste disponga usted un tren especial para que pueda salir en dirección á Cádiz.

Llegó el general al gobierno, y no es para descrita la entrevista. A las imprecaciones y á las protestas contestaba Aguilera con la más exquisita cortesía, lamentando la equivocación en que había incurrido el inspector, etc.

Al fin, viendo que la cólera de Contreras no se aplacaba, le dijo:

– Mi general, juguemos con cartas vistas.

Y le expuso todo su plan y le demostró al mismo tiempo que era ardid de buena guerra el que había empleado para evitar la proyectada revolución.

Casi sin contestarle, violento y agitado, salió Contreras del gobierno civil y dirigióse nuevamente á la estación. El jefe de ésta, que había recibido ya órdenes del gobernador, le dijo que tenía empleado todo el material y que le era completamente imposible la formación de un nuevo tren.

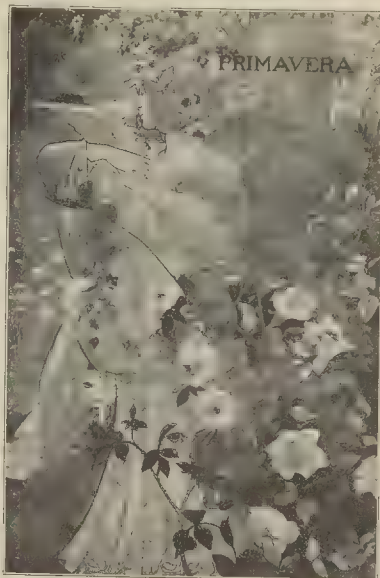
Volvió entonces al gobierno civil, y Aguilera, que había previsto el caso, fingió no estar. Contreras hizo indicaciones de esperarle *hasta el día siguiente*, las cuales bastaron para que el secretario pusiera á su disposición las habitaciones particulares de su jefe.

El general aceptó el ofrecimiento, y allí cenó y durmió hasta que á la mañana siguiente muy temprano llamó á un ordenanza y le dijo:

– ¿Cuánto es el gasto que he hecho en esta fonda?

– Nada, señor, contestó aturdidamente el sirviente.

– Está bien, toma cinco duros de propina y di al amo que estoy muy satisfecho del trato que aquí me han dado, y aunque yo no pienso volver por el hotel lo recomendaré á los amigos.









Las cuatro estaciones, dibujo de Alejandro de Riquer

Dicho se está que no sólo el gobierno aprobó y aplaudió agradeciéndole mucho la conducta de Aguilera, sino que enérgicamente la defendió en el Senado cuando el mismo general quiso hacer una interpelación sobre el asunto.

* *

Acompañaba yo á Franzen, el conocido fotógrafo, para hacer unas instantáneas del Círculo liberal con motivo de la última crisis.

La gente, apiñada en uno de los grandes salones, impedía obtener las fotografías por el afán de mirar hacia el sitio en que se hallaba la Cámara. Cuando todos dirigen la visual al objetivo, pierden los grupos y las figuras la naturalidad; salen las caras serias, en actitud de retratarse, como si fueran á ser víctimas de un atentado; los cuerpos *puestos* de manera especial; las miradas convergiendo á un solo punto, al parecer clavadas sobre un panorama de fuegos artificiales, en fin, no hay posibilidad de *impresionar una buena placa*.

Aguilera, que es presidente del Círculo y á cuyos esfuerzos se debe todo lo que representa y significa aquella asociación (el mejor *club* político de España), comprendió nuestra angustia y quiso ayudarnos en la obra de dominar á la multitud, empeño para nosotros titánico y en último término estéril.

Acordóse seguramente de Alcibiades, que cortó las orejas y la cola á su perro por hacer un favor á Pericles, y que advertido por sus amigos de cuanto comentaban este acto los atenienses, les dijo:

– De esa manera se entretendrán hablando del perro y no hablarán de otras cosas peores.

Aguilera se valió de sencillísima estratagema. Como lleva siempre un surtido de discursos para todos los momentos y todos los lugares, no le faltaron oportunas frases sobre el cambio político, saludables consejos de prudencia á los amigos y correligionarios...

Y *pun*, la detonación del magnesio interrumpió sus improvisadas palabras é hizo reir la ocurrente habilidad, pues todo el mundo, atento á sus labios, había perdido de vista á la máquina fotográfica, y quedaba hecha la instantánea conforme á nuestros deseos, *sin posturas violentas y sin amaneramientos* de los allí congregados.

G. R. España

NUESTROS GRABADOS

Las cuatro estaciones, dibujo de Alejandro de Riquer.—Alejandro de Riquer figura entre los primeros dibujantes catalanes, y es de los que con mayor fe y entusiasmo han aceptado las modernas tendencias que nos vuelven á los tiempos del prerrafaelismo. La palabra *aceptado*, sin embargo, no es propiamente la que cuadra á nuestro distinguido colaborador, porque cuando aquí nadie pensaba en la escuela prerrafaelista y apenas si en el extranjero, en Inglaterra sobre todo, se iniciaba ese movimiento de reacción artística, ya Riquer se inspiraba en los grandes modelos que aquélla nos legara, y rompiendo con lo que entonces era corriente, presentábase en sus originales composiciones como iniciador de lo que después que

él han hecho tantos otros. Los dibujos que hoy publicamos son una gallarda muestra del talento de su autor, que se revela, así en la belleza del pensamiento que en cada uno de ellos preside, como en la originalidad con que ha dado forma á las estaciones del año en las mismas representadas.

* * *

El célebre pintor inglés Sir John Gilbert.—Víctima de una parálisis que hacía tiempo le aquejaba ha fallecido recientemente en su posesión de Vanbruck Park, situada en los alrededores de Londres, el renombrado artista que tanta gloria ha dado á su patria. John Gilbert nació en 1817, y desde muy joven fué uno de los principales colaboradores de la importante ilustración inglesa *The Illustrated London New:* á los 19 años hizo su aparición en público exponiendo en la Sociedad de Artistas británicos un cuadro de historia, y á los 21 recibía su consagración artística viendo admitido en la Real Academia un retrato por él pintado. Desde entonces su carrera fué una serie de triunfos y de honores: en 1862 fué elegido miembro de la Sociedad de Acuarelistas, cuya presidencia ocupó en 1881; en 1872 la reina le condecoró; en el propio año la Academia le nombró asociado y en 1876 académico. Era, además, caballero de la Legión de Honor. Sus dibujos, publicados en la citada revista y en varios libros por él ilustrados, sus acuarelas y sus cuadros al óleo, que figuran en los principales museos y adornan las mansiones más aristocráticas de Inglaterra, constituyen una obra de importancia verdaderamente nacional.

* * *

Mr. Gladstone en Birnam.—Este retrato, el último que se ha hecho del eminente estadista inglés, nos presenta á Mr. Gladstone en el apacible retiro escocés, en donde acaba de pasar una larga temporada. Durante algún tiempo pareció que el venerable anciano, cuya inteligencia tantas veces ha regido los destinos de la nación inglesa, á pesar de haberse retirado de la política activa, seguía ocupándose de ella y aun sostenía algunas polémicas sobre los más importantes problemas de actualidad; y buena prueba de ello es el elocuente llamamiento que hizo en favor del pueblo griego cuando vió que le abandonaban á su propia suerte aquellos mismos, Inglaterra en primer término, que le habían empujado á la peligrosa guerra contra Turquía; pero últimamente ha dejado de ocuparse en estos asuntos para consagrarse casi por entero á la agricultura y á uno que otro trabajo literario.

El día 2 de este mes salió Mr. Gladstone de Birnam, regresando á su residencia de Hawarden.



EL CÉLEBRE PINTOR INGLÉS SIR JOHN GILBERT, recientemente fallecido

En el palacio Barberini de Roma, cuadro de J. Gallegos.—El palacio Barberini, mandado construir por el papa Urbano VIII, es el mayor de Roma, después del Vaticano, y encierra verdaderos tesoros en joyas artísticas que una familia tan ilustre como amante de las bellas artes ha acumulado en él durante varias generaciones. Desde que aquella ciudad dejó de ser capital de los Estados Pontificios para serlo del reino de Italia, ha desaparecido de tales palacios la vida animada, de continuas fiestas, que en ellos reinara durante el poder temporal de los Papas. A aquella época nos transporta Gallegos en el bellísimo cuadro que reproducimos, y que le ha dado ocasión para poner una vez más de relieve las brillantes cualidades que le adornan: las expresivas figuras de los lacayos que esperan á sus respectivos señores; las ropas admirablemente pintadas que estos servidores visten; las estatuas, relieves y adornos que constituyen detalles importantísimos del lienzo, la monumental escalera que en hermosa perspectiva se desarrolla en el fondo de éste, todo está tratado con esa maestría que tantas veces hemos tenido ocasión de encomiar en nuestro insigne compatriota.

* * *

Dar de comer al hambriento, cuadro de Leghe Suthers.—En materias de bellas artes y especialmente en la pintura, los mismos efectos pueden conseguirse con los asuntos más sencillos que con las más complicadas composiciones: el sentimiento unas veces, el sello de la verdad otras, comunican al cuadro menos efectista atractivos tan apreciables como los que prestan á los lienzos de grandes pretensiones un pensamiento de alto vuelo ó la utilización de los poderosos recursos de la imaginación y de la habilidad técnica. Prueba de ello es el bonito cuadro del pintor inglés Leghe Suthers, que nos encanta por su naturalidad y por la delicada idea en que el artista se ha inspirado.

* * *

En el Transvaal.—Las fotografías que reproducimos en la página 709 han sido remitidas á una revista inglesa por uno de sus corresponsales en el Sur de Africa. La primera representa el paso de un vado, y ofrece de particular la forma y disposición del carro cargado, del cual tiran varias yuntas de bueyes: dicho carro va completamente cubierto, pues muy á menudo los ríos crecen repentinamente, y si no se adoptaran precauciones especiales con los vehículos de transporte, las mercancías sufrirían irreparable daño. En la segunda se ve la escolta que durante sus viajes acompaña al presidente Kruger,



MR. GLADSTONE EN BIRNAM, ÚLTIMO RETRATO DEL ILUSTRE ESTADISTA INGLÉS (de fotografía de A. F. Mackenzie, Birmam)

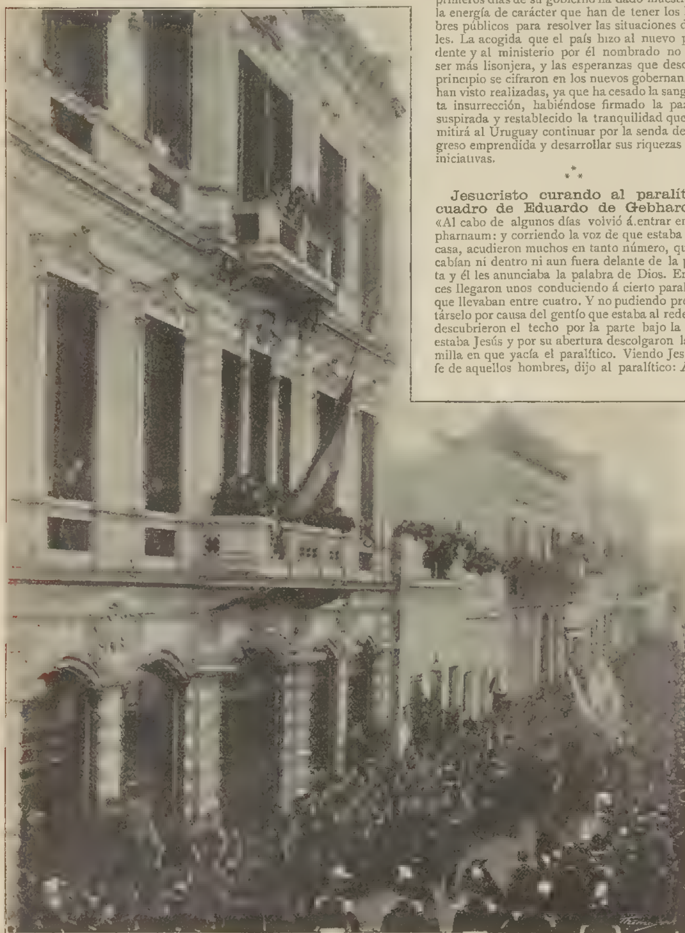


JESUCRISTO CURANDO AL PARALÍTICO, [illegible]



... EDUARDO DE GEBHARDT (de fotografía de la Sociedad Fotográfica de B...)

el cual es muy poco aficionado á andar á pie y recorre con mucha frecuencia sus dominios, unas veces por obligación y otras por placer, en la forma que el grabado indica. La tercera nos presenta un grupo de boers ejercitándose en el manejo del rifle; los boers son excelentes tiradores y han demostrado recientemente, cuando la incalificable agresión de los ingleses, que su habilidad sirve para algo más que para tirar al blanco, y que con ella corren parejas su valor y su patriotismo. La última fotografía es verdaderamente curiosa: como se ve, las campanas de la catedral de San Pedro, de Pietermaritzburgo, no están en el mismo templo, sino que aparecen pendientes de un árbol cercano al edificio, y desde este campanario, tal vez único en su clase, convocan á los fieles á las prácticas religiosas.



BUENOS AIRES. – MANIFESTACIÓN DE DUELO QUE EL PUEBLO ARGENTINO TRIBUTÓ EN 22 DE AGOSTO ÚLTIMO Á ESPAÑA CON MOTIVO DE LA MUERTE DEL SR. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Paso de la comitiva por delante de la «Casa de España» (de fotografía de B. González, remitida por D. Justo Solsona)

Buenos Aires. Manifestación de duelo del pueblo argentino con motivo de la muerte del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.—El pueblo bonaerense, deseando asociarse al duelo de España por la muerte del ilustre estadista Sr. Cánovas del Castillo, organizó una manifestación en la cual, además de la comisión ejecutiva compuesta de 600 personas de lo más selecto de la sociedad porteña, tomaron parte las representaciones de todas las sociedades argentinas recreativas, benéficas, artísticas y literarias, el Colegio Nacional, las facultades universitarias, muchas sociedades francesas, algunas italianas y todas las españolas. La comitiva ocupaba una extensión de más de un kilómetro. El acto resultó en extremo imponente, y á él se asoció el jefe de policía Dr. Beazley enviando atentísima nota y un escuadrón de guardias de seguridad y la celebrada banda de esta fuerza, que abrían la marcha. Al llegar frente á la Casa de España, el joven argentino D. Julio Arditi Rocha, iniciador de la idea, pronunció un discurso elocuentísimo lleno de conceptos honrosísimos para España y para la unión de argentinos y españoles. Contestóle el Excmo. Sr. D. Juan Durán y Cuervo, ministro plenipotenciario español, agradeciendo de todo corazón en nombre de la patria aquella manifestación de duelo y de simpatía, tan grandiosa y tan espontánea. Usaron también de la palabra el Dr. D. Gonzalo Segovia, presidente de la Asociación Patriótica Española, y D. Ignacio Firmat, presidente del Club Español, dando las gracias en nombre de la colectividad española al pueblo argentino y haciendo votos por la firme unión de ambos pueblos. La manifestación, en suma, fué una calurosa expresión de cariño y de entusiasmo. – J. S.

***

D. Juan Lindolfo Cuevas, nuevo Presidente de la República del Uruguay.—En virtud del precepto constitucional, ha sucedido en la presidencia de la República del Uruguay al Sr. Idiarte Borda, de cuya violenta muerte nos ocupamos oportunamente, el Presidente del Senado don Juan Lindolfo Cuevas, cuyo retrato publicamos en esta página. El Sr. Cuevas goza de las mayores simpatías entre sus compatriotas: liberal, de honradez acrisolada, sabio administrador, hacendista é historiógrafo meritísimo, desde los primeros días de su gobierno ha dado muestras de la energía de carácter que han de tener los hombres públicos para resolver las situaciones difíciles. La acogida que el país hizo al nuevo presidente y al ministerio por él nombrado no pudo ser más lisonjera, y las esperanzas que desde un principio se cifraron en los nuevos gobernantes se han visto realizadas, ya que ha cesado la sangrienta insurrección, habiéndose firmado la paz tan suspirada y restablecido la tranquilidad que permitirá al Uruguay continuar por la senda de progreso emprendida y desarrollar sus riquezas y sus iniciativas.

***

Jesucristo curando al paralítico, cuadro de Eduardo de Gebhardt.—«Al cabo de algunos días volvió á entrar en Capharnaum: y corriendo la voz de que estaba en la casa, acudieron muchos en tanto número, que no cabían ni dentro ni aun fuera delante de la puerta y él les anunciaba la palabra de Dios. Entonces llegaron unos conduciendo á cierto paralítico que llevaban entre cuatro. Y no pudiendo presentárselo por causa del gentío que estaba al rededor, descubrieron el techo por la parte bajo la cual estaba Jesús y por su abertura descolgaron la camilla en que yacía el paralítico. Viendo Jesús la fe de aquellos hombres, dijo al paralítico: *Hijo, tus pecados te son perdonados.* Estaban allí sentados algunos de los escribas y decían en su interior: *¿Qué es lo que éste habla? Este hombre blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?* Mas como Jesús penetrase al momento con su espíritu esto mismo que interiormente pensaban, díceles: *¿Qué andáis revolviendo esos pensamientos en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados: ó decir. Levántate, toma tu camilla y camina? Pues para que sepáis que el que se llama Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar pecados: Levántate* (dijo al paralítico). *Yo te lo digo coge tu camilla y vete á tu casa.* Y al instante se puso en pie y, cargando con su camilla, se marchó á vista de todo el mundo, de forma que todos estaban pasmados, y dando gloria á Dios decían: *Jamás habíase visto cosa semejante.*» En este pasaje del Evangelio de San Marcos está inspirado el hermoso cuadro que en este número reproducimos: su autor, el célebre pintor alemán Gebhardt, se ha consagrado desde los comienzos de su carrera á la pintura religiosa, pero ha querido dar á sus obras un carácter nacional y eminentemente realista, siguiendo en esto el ejemplo de los maestros flamencos y alemanes de los siglos XV y XVI. A pesar de esta modernización, sus cuadros tienen un sello que les distingue de los de otros pintores modernistas, no sólo por la grandiosidad de las composiciones, sino que también porque, á pesar de su realismo, el sentimiento religioso prevalece en ellos de tal manera, que pueden confundirse con los de los mejores artistas de la edad de oro de aquel género pictórico.



D. JUAN LINDOLFO CUEVAS,
nuevo presidente de la República del Uruguay

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—DRESDE. – En la primera exposición internacional recientemente verificada en Dresde y que se cerró el día 17 de octubre último se han vendido obras de arte por la suma de 400.000 marcos (500.000 pesetas).

Teatros.—En el teatro Lessing, de Berlín, ha alcanzado grandes triunfos la célebre actriz francesa Mme. Rejane.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en Nouveautés *Les petites folles*, comedia en tres actos de Alfredo Capus, y en la Opera Cómica *Le spahi*, poema lírico de Luis Gallet y Andrés Loti, basado en la novela de Pedro Loti del mismo título, y para el cual Luciano Lambert ha escrito una partitura bellísima que en el concurso de 1896 obtuvo el premio de la ciudad de París.

Madrid. – Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Eslava *El gallito del pueblo*, zarzuela en un acto de los Sres. Cocat y Criado con muy bonita música el maestro Brull. En los teatros de Novedades y Martín han comenzado sus tareas dos compañías dramáticas dirigidas por los reputados actores señores Mata y Espejo respectivamente.

Barcelona. – Se ha representado con extraordinario éxito en el teatro Romea la comedia en tres actos de D. Alberto Llanas *Don Gonzalo*, obra de acción interesante, con personajes hábilmente trazados y sostenidos, muy bien escrita y abundante en chistes de la mejor ley.

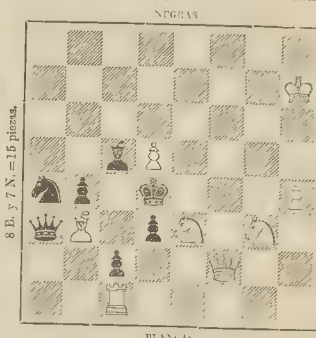
Necrología.—Han fallecido:

Dupont-Vernon, notable actor francés, uno de los más aplaudidos artistas del teatro de la Comedia Francesa.

Francisco Guillermo Newmann, sabio publicista inglés, autor de importantes obras filosófico-religiosas, de filología, historia, etnografía, matemáticas y literatura.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 93, POR VALENTÍN MARÍN



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 92, POR J. TOLOSA

Blancas.	Negras.
1. A 6 D	1. P 5 A R (*)
2. C 5 A R jaque	2. A toma C
3. A 8 A R	3. Cualquiera.
4. A 7 C R mate.	

(*) Si 1. P 5 C R; 2. P 4 A R, 3. A 5 R, y 4. A c C D mate; – 1. P T juega; 2. C 6 C, y 3. A 5 R mate.



– Esté usted tranquila; seré discreto sobre este punto. Adios, Juanita

MI TIO JUAN

Novela original de José L'Hopital, ilustrada por Marchetti

(continuación)

En la estación encontró al Sr. Fineuil, su principal agente, que hacía su décimaquinta campaña; encargábase de una elección por ajuste, y mediante una suma redonda se cuidaba de todo el servicio: comunicados á la prensa, publicidad, alquiler de salas, impresión de anuncios y candidaturas, correspondencia, retribuciones y propinas; en fin, lo organizaba, preparaba y dirigía todo. El Sr. Fineuil no dudaba nunca del éxito, asegurando que ningún candidato podía ser vencido si seguía sus consejos. Por otra parte, era ecléctico en materia de opiniones, y prestaba sus servicios con la mejor voluntad á los partidos políticos más diversos; pero mientras se le pagase, era hombre formal y tenía empeño en cumplir sus compromisos.

Había recorrido ya el país en todas direcciones, reclutado su personal, adelantado una considerable suma al *Independiente* y llevado á la imprenta la primera proclama del vizconde; de modo que Santiago, al cruzar por Berneville, tuvo la satisfacción de ver su nombre en todas las esquinas y con todos los colores del arco iris. Los anuncios eran enormes, brillantes, y los del doctor Tranchebize de un feo color de sangre de toro, que ningún efecto producían

al lado de los de su competidor. Fineuil había acechado la tirada de los del contrincante del vizconde y ordenado al punto que hicieran carteles de dobles dimensiones para su protegido; estaba bien pensado, y Santiago llegó al castillo de muy buen humor.

Desde el día siguiente la campaña comenzó por una comida, á la que asistieron algunos electores influyentes y seguros. Hubo manjares suculentos, se habló mucho, y con auxilio de los buenos vinos de la bodega, las esperanzas fueron muy halagüeñas al llegar á los postres. No obstante, el notario no tomó parte en aquel banquete, lo cual extrañó á Santiago; esto le hizo recordar la desconfianza que el Sr. Griffon inspiraba á su padre, y dijo dos palabras á Fineuil, que con aire de suficiencia comenzó al punto á escribir algunas noticias en su libro de memorias.

En la sala de fumar se trazaron varios planes de acción, conviniendo todos en un punto, y era que se debía empeñar la lucha inmediata y enérgicamente. ¿Pero cómo? ¿Se visitaría personalmente á los electores, ó se procedería por medio de reuniones públicas? Y si el vizconde no organizaba reuniones, ¿debería asistir á las que su competidor pudiera preparar? Estos diversos problemas suministraron á la elocuencia de los electores influyentes asuntos inagotables y maravillosamente apropiados á sus caracteres; y como cada uno de ellos era insoluble en razón á la parte que se dejaba á la casualidad, todos los discursos terminaban invariablemente por la fórmula normanda: «No vengo á deciros que eso se haya de hacer; pero tal vez convendría que se hiciera.»

Después de oir detenidamente todos los consejos y de escuchar todas las opiniones, el vizconde, impacientado, declaró para terminar que como cada sistema aplicado por sí solo ofrecía ventajas é inconvenientes, estaba resuelto á emplearlos todos juntos: visitaría á los electores, organizaría reuniones públicas é iría á las de su competidor. Aquel ardimiento juvenil aturdió un poco á los graves personajes á quienes Santiago acababa de consultar; pero después de una nueva y muy amplia discusión, convinieron en que el señor vizconde podía incurrir en error por hacer tanto, pero que también podía tener razón haciéndolo. En cuanto á Fineuil, aplaudió con entusiasmo. Al ver el ímpetu con que su candidato emprendía el primer galope en la pista electoral, comprendió que iba á dirigir una hermosa campaña, provechosa para su bolsillo y lisonjera para su amor propio de *barnum* político. Proclamó que el éxito no era dudoso, que en pocos días la actividad del señor vizconde confundiría á Tranchebize, y que él, Fineuil, se encargaba de «caldear el distrito de tal manera, que el nombre de Berneville saldría de la urna á borbotones.» Hablaba con tan persuasiva convicción, que los electores influyentes acabaron por exclamar: «¡Muy bien podría suceder!»

Y se retiraron muy tarde, ya de noche, satisfechos de la comida y de los cigarros, y menos convencidos que cuando llegaron al castillo de la inutilidad de la lucha contra Tranchebize, porque el señor vizconde hablaba sin manifestar el menor cuidado y tenía mucho aplomo.

III

Santiago se entregó al sueño con la confianza del gran Condé en la víspera de la batalla de Rocroy, y no se despertó hasta las ocho, hora en que su criado le llamó repetidas veces. Se vistió apresuradamente, y ordenó que engancharan su *charrete* inglesa; sin perder momento quería comenzar su visita, y le ocurrió la idea de ir á ver ante todo á Chantavoine. Este último no se había presentado la víspera aunque se le convidó á comer. ¿Por qué no asistió? ¿Sería preciso desconfiar de él como del notario? ¡Vamos, cómo pensar semejante cosa de un antiguo amigo de la familia, de un labrador hijo de labrador, del hermano de leche del conde! Su fidelidad no era sospechosa. ¡Y sin embargo, agradábale comer bien! Su ausencia reconocía, pues, algún motivo..., en fin, era preciso ver.

Mientras almorzaba de prisa, el vizconde se enteró de un artículo que Fineuil se disponía á llevar al *Independiente*, y en el cual anunciaba que todo el país se levantaba en masa para aclamar el nombre de Berneville. Después encendió un cigarro, saltó ligeramente á su *charrete* y fustigó á su yegua *Fly*, que partió como una exhalación.

Hacía una de esas mañanas de julio calurosas y pesadas que comienzan con sol y acaban con tempestad. Nubes amarillentas se acumulaban lentamente por la parte del Oeste; ni el más leve soplo atravesaba el aire denso, ni se oía cantar ave alguna, y sobre la campiña pesaba un calor sofocante y silencioso. La elegante *charrete* corría rápida hacia los Muriaux, á través de los trigos que maduraban, y á veces rebotaba ligeramente sobre los baches del camino. Santiago, con el látigo levantado y las riendas tendidas, contenía y excitaba á su cuadrúpedo, que ahora iba al trote, aspirando con las narices muy abiertas el escaso aire agitado por su carrera: detrás, el lacayo, inmóvil, con los brazos cruzados y las piernas extendidas y juntas, balanceábase á cada vaivén ocasionado por las desigualdades del suelo con la rigidez correcta de un criado bien enseñado. Muy pronto divisóse la granja, con sus construcciones formando arco de círculo y rodeando el gran patio lleno de manzanos y cerrado por una cerca blanca. Algunas vacas salían por la puerta principal después de haber bebido y sido ordeñadas en el establo, y dirigíanse por el camino hacia un prado de alfalfa en parte ya consumida.

El vizconde puso su yegua al paso al acercarse al rebaño, y muy pronto hubo de detenerse, rodeado de aquellos animales cachazudos que pasaban lentamente, parándose á veces de pronto para mirarle con sus grandes ojos húmedos, mientras el lacayo, que se había apeado, acariciaba á *Fly*, inquieta, espantada y nerviosa.

– ¡Tráelas, *Mostacho*, tráelas aquí! ¡Anda, valiente! ¡Marcha tú, *Retozona!* ¡Dios mío, qué poco dóciles son estos animales! ¡Miren ahora lo que hace la *Corza!* ¡Muérdela, *Mostacho*, muerde á esa tunanta!

Obedeciendo á la voz y afanoso en su tarea, *Mostacho* galopaba de la cabeza á la cola de la columna, obligando á las vacas á permanecer en el camino, ladrando á las que trataban de alejarse y mordiscando las piernas de las recalcitrantes, mientras que entre sus fauces abiertas y sobre sus dientes muy blancos pendía la lengua roja, que comunicaba á su cabeza un aspecto feroz. El perro volvía á cada instante hacia la vaquera como para pedirle órdenes, y después marchaba de nuevo á todo correr.

– ¡Toma, pues si es Juanita!, exclamó el vizconde cuando, después de pasar las vacas, pudo ver á la que las conducía.

– ¡Señor Santiago!, exclamó Juanita, deteniéndose de pronto como sofocada por aquel encuentro inesperado.

La joven llevaba los zuecos y su ropa de trabajo; cubría su cabeza un ancho sombrero de paja y tenía un palo largo en una mano, mientras que con la otra empuñaba uno de esos recipientes de barro con dos compartimientos que se llaman *pastoras*, en los que los guardianes de rebaños suelen llevar su almuerzo.

– ¡Sí, yo soy!, contestó alegremente Santiago. Según parece, no pensaba usted verme. ¡A la verdad, hace tanto tiempo!.. Apenas la he visto á usted alguna vez de lejos desde aquella famosa boda...

Juanita no contestaba; mirábale con una especie de éxtasis, como aturdida de encontrarle y de ver que la había reconocido; pero esta mirada y esta emoción pasaron del todo inadvertidas para el vizconde, que teniendo otras cosas en qué pensar, continuó en el mismo tono:

– Supongo que todos siguen sin novedad en los Muriaux. Ayer esperaba á su tío de usted á comer...

– No, Sr. Santiago, allí no siguen muy bien, ni va todo en grande. Nada de eso...

– ¿Hay algún enfermo?

– Sí, mi tía está enferma, mañana hará quince días.

– ¿La señora Chantavoine? ¿Qué tiene?

– No lo sabemos. Tiene dolor tan pronto en una parte como en otra... Dispense usted un momento, porque mis vacas se agrupan en el trigo... ¡Hola, *Mostacho!* ¿Qué haces, holgazán?

Y la joven se lanzó blandiendo un largo palo, llamando á gritos á las vacas por sus nombres, y arrojándoles á las piernas terrones de tierra; mientras *Mostacho* se multiplicaba, ladrando furiosamente. En un abrir y cerrar de ojos, el campo de trigo quedó despejado, y todas las vacas, ahuyentadas á gritos, pasaron al campo de alfalfa, donde comenzaron á pacer. Después Juanita puso á *Mostacho* de centinela en el lindero, y volvió adonde estaba el vizconde, que permanecía inmóvil, divertido por aquella escena campestre. La joven parecía sofocada y gruesas gotas de sudor caían sobre su rostro enardecido por la carrera; pero con su expresión seria continuó la conversación con el vizconde como si nada la hubiera interrumpido.

– Se queja de dolores en la espalda, más fuertes en el estómago y la cabeza; y el médico no comprende el mal.

– ¿Quién la visita?, preguntó Santiago.

– El Sr. Tranchebize.

– ¡Ah!, exclamó el vizconde, contrariado al parecer. Y... ¿qué dice?

– ¡Diantre!, no gran cosa. Ha recetado una botella de líquido que la enferma ha de tomar tres veces diarias...

– Y su hija ¿está junto á la enferma?

– Algunas veces viene; pero no la encontrará usted hoy. Dos días hace ya que no la hemos visto, sin duda á causa de la gente que tiene en su casa.

– ¿Qué gente?

– Yo no lo sé; son señores que no conozco; desde que el Sr. Muterel es alcalde de Varencieres, con frecuencia recibe visitas de personas importantes, sobre todo ahora con motivo de las elecciones.

– Es muy justo. ¿Conque su primo de usted se ocupa mucho de ellas?

– ¡Ah, sí, por desgracia se ocupa!

– ¿Ya sabe usted que soy candidato?

– Ya me lo han dicho, y además han pegado el nombre de usted en nuestra puerta esta mañana.

– Espero, señorita, que no será usted hostil á mi candidatura.

– ¿Qué quiere usted decir, Sr. Santiago?

– Que espero que no le disgustará á usted que me elijan diputado.

– Seguramente que no, si esto ha de complacerle.

– En fin..., veo que continúa usted trabajando mucho, tal vez más que de costumbre, pues si su prima no está allí, usted es sin duda quien cuida á la enferma.

– Preciso es. Mi tío Juan me ayuda por la noche; pero esto no impide que me llame á veces para arreglarla.

– ¿Y es una enferma exigente?

– Un poco.

– La compadezco á usted, pobre Juanita; la vida que lleva no es muy alegre.

– ¡Diantre! La enfermedad tiene la culpa de ello, lo cual no impide que mi tía y las vacas me den realmente mucho que hacer.

– ¡Vamos!, valor; usted es una buena muchacha. ¿Le parece que podré ver á la enferma?

– Seguramente; la he dejado en la sala, y estaba más firme hoy, sin duda porque ha podido tomar un poco de sopa esta mañana.

– ¿Y su tío?

– Mi tío Juan debe estar en la granja, con su mujer.

– Ahora me explico por qué no asistió á la comida, pues supongo que sigue siendo amigo mío. ¿No es verdad?

– Sería una lástima que no lo fuese...

– Vaya, adiós, señorita, la dejo con su rebaño; pues sin duda no volverá usted á la granja.

– No puedo, Sr. Santiago, porque mis vacas volverían al campo de trigo, y debo vigilarlas hasta mediodía, á menos que la tempestad no nos obligue á marcharnos antes.

Como para contestar al pensamiento de Juanita, un sordo fragor resonó á lo lejos en las nubes color de plomo que cerraban el horizonte.

– Tanto mejor, contestó Santiago al oir el trueno, pues ya sabe que me agrada mucho hablar con usted, Juanita.

El vizconde emprendió de nuevo la marcha sin observar la turbación de la joven, que permaneció largo tiempo inmóvil en el camino mirando cómo se alejaba el coche, y pensando con el alma enternecida en aquel apuesto joven que la había besado una noche y que todavía le hablaba con tanta dulzura.

IV

Cuando Santiago penetró en el patio de los Muriaux, el sol, hasta entonces brillante, se había velado con una especie de bruma; la nube avanzaba rápida, amenazadora, de color gris con reflejos amarillentos, y en el aire tranquilo aún percibíase un vago y alarmante murmullo. Cuando el vizconde se apeaba de su vehículo, brilló un relámpago semejante á la llama de un cañonazo; al mismo tiempo la yegua se desvió, y se habría desbocado si el lacayo no hubiese corrido á la brida. Después estalló con fuerza un trueno que resonó violentamente en el espacio.

– Conduce el coche al cobertizo, ordenó Santiago; desengancha la yegua y llévala á la casa de vacas. ¡Ah! ¿Ya está usted aquí, Chantavoine? ¿Cómo va?

Con lento y pesado paso, Juan Chantavoine se acercaba á Santiago.

– Es usted muy bueno, señor vizconde, le dijo. ¿Sigue usted bien? ¿Y el papá y la mamá?

– Creo que vamos á tener mal tiempo.

– Me parece que sí; viene derecho sobre nosotros.

Y el buen hombre, poniéndose la mano sobre los ojos á guisa de pantalla, examinó atentamente el cielo.

– Lo que me extraña, dijo, es que tiene el pie blanco.

– ¿Qué significa eso?, preguntó Santiago.

– Es que cuando una tempestad tiene el pie blanco es mala señal, señor vizconde.

– ¡Bah! Usted está asegurado contra el granizo.

– ¡Oh, no! Nada de eso. Mi yerno quería; pero todo eso supone gastos.

–¡Diablo!, es que usted tiene muy buenos trigos!

–Sí, es verdad, peores los he tenido.

Y continuó en su contemplación.

–Tal vez no sea eso nada, repuso. Diríase que el ángel malo extiende sus alas sobre Crieres. Seguramente ellos tendrán granizo; si nosotros no tenemos más que agua, todo irá bien.

En aquel instante estalló otro trueno, y algunas grandes gotas cayeron sobre los guijarros del patio. Instintivamente el vizconde y Chantavoine entraron en la casa.

Al lado del fuego, la señora Chantavoine estaba sentada en un gran sillón. Tenía la cara enflaquecida; la fiebre hacía brillar sus ojos, y todo su rostro expresaba la angustia. Apenas notó al parecer la presencia de Santiago, que le estrechaba la mano, y evidentemente su pensamiento estaba en otra parte. Con una voz que la debilidad hacía temblorosa, pero que conservaba su ronco acento de mando, preguntó á su esposo:

–¿Cómo tiene el pie?

–Blanco, contestó Chantavoine, levantando los brazos.

Entonces los dos dirigieron sus miradas hacia la ventana, que estaba frente á la puerta y daba al campo. Santiago siguió la dirección de aquéllas, y vió, balanceándose bajo las primeras ráfagas del temporal, las espigas de un extenso campo de trigo.

En el entretanto el día se había obscurecido completamente, y los relámpagos se sucedían de continuo, iluminando fantásticamente aquella noche súbita.

De un extremo á otro del cielo el trueno retumbaba, unas veces seco, como si se rasgase, y otras arrastrándose en la nube con interminables fragores.

La inmensa voz de la tempestad rugía en la chimenea, y el humo, rechazado por los torbellinos del viento, llenaba la sala.

–Espero que su sobrina volverá pronto, dijo el vizconde; la he encontrado con sus vacas en la llanura.

–¡Ah! Las vacas, contestó Chantavoine; esas no temen el granizo; tienen la piel dura.

Sin embargo, la luz del día, muy escasa, brilló de pronto con un resplandor lúgubre; una nube baja, de color blanco rojizo, ascendía con una rapidez terrible, redoblando al mismo tiempo los relámpagos y truenos.

–¡El granizo, ahí está el granizo!, gritó la madre Chantavoine, irguiéndose en su sillón.

–¡Oh, Dios mío, qué desgracia!, exclamó el marido, dejándose caer en un banco.

Pero se levantó de un salto, al oir que en el tejado resonaba ya el siniestro *tic-tac* de las piedras; después corrió á la ventana, y allí permaneció inmóvil, contemplando con hondo pesar su trigo. La buena mujer, que había vuelto á hundirse en su sillón, repetía con acento lúgubre:

–¡Ahí está, ahí está!

Santiago, dirigiéndose también hacia la ventana, miró. Bajo el impulso de la tromba, las espigas ondulaban como la superficie de un mar, y el pedrisco, rechazado casi horizontalmente por la violencia del viento, penetraba de través en aquella masa atormentada. Después pudo más el granizo; el viento cesó de pronto, como si se diera por vencido, y entonces la lluvia de proyectiles helados cayó vertical y compacta, partiendo los tallos, cortando las espigas y convirtiendo aquella hermosa cosecha, casi madura, en una masa informe aplastada contra el suelo, batida sin cesar, en medio de la cual se elevaban acá y allá algunas plantas decapitadas, y en la que el granizo se acumulaba, formando grandes manchas é islotes blancos en la verde extensión. Sobre el tejado de la casa las piedras resonaban como el redoble continuo de un tambor, y los relámpagos se multiplicaban, grandes y blancos, acompañados de espantosos truenos.

Siempre inmóvil cerca de la ventana, Chantavoine, sin decir nada, miraba su trigo. Su rostro, de ordinario animado de una expresión algo burlona, había tomado un aspecto casi noble; una verdadera angustia le oprimía, y por sus curtidas mejillas una lágrima comenzó á deslizarse lentamente. Olvidando su mal, la señora Chantavoine se agitaba en su sillón, amenazando el techo con los puños y profiriendo amargas quejas, imprecaciones llorosas, que muy pronto degeneraron en una especie de abatimiento.

Santiago de Berneville estaba singularmente conmovido. Por primera vez acababa de ver la parte grandiosa y trágica de esa vida de campesinos empleada sin tregua ni reposo en las rudas labores que



De repente se abrió la puerta y entró Juanita chorreando agua

violentan la tierra, y que tan á menudo se pierden por los caprichos brutales de la indomable atmósfera. Y también por primera vez comprendía esos rudos hijos del suelo de Francia, de cuyos contratiempos, de cuyas costumbres rústicas y de cuya economía no había hecho hasta entonces más que burlarse.

¿Económicos? Sí; seguramente lo son, con frecuencia hasta la avaricia; pero ¡qué sudores para ganar ese dinero que tantos gariteros de las ciudades recogen y gastan tan de prisa! ¡Qué oficio el suyo, sufriendo el frío y el calor, en medio de la lluvia que lo anega todo, en la sequía que todo lo mata y en las tempestades que, como la de aquel día, hacen perder en pocos minutos el trabajo de todo un año!

Y pensativo, contristado, el vizconde contemplaba el trigo hecho trizas por el granizo, y escuchaba á la madre Chantavoine, cuyas quejas no cesaban y que repetía llorosa entre el formidable acompañamiento de la tempestad:

–¡He ahí la desgracia! ¡Unos trigos que eran tan hermosos! ¿Qué será de nosotros ahora, Dios mío, qué será de nosotros?

De repente se abrió la puerta, y entró Juanita chorreando agua; su sombrero de paja, empapado como una esponja, goteaba sobre su cabeza; llevaba la ropa pegada al cuerpo, y el agua que soltaban sus vestidos dejaba tras sí un largo reguero.

Al verla entrar, Chantavoine se estremeció de pronto.

–¿Y las vacas?, preguntó.

–Ya las tengo dentro, excepto la *Corza*, que ha huído.

La madre Chantavoine había dejado de gemir.

–Era preciso correr en su seguimiento, dijo con dureza.

–Bien he corrido, señora; pero si los hombres no me hubieran ayudado, jamás habría conseguido reunir el rebaño. ¡Era de ver cómo galopaban todas bajo el granizo! Y advierta que era duro de recibir, y creo que aún tengo sangre en las espaldas debajo de mi corpiño. Y si no, mire usted el patio, y verá granizos como nueces.

–Pues entonces, repuso Chantavoine después de una pausa, mi trigo de allá abajo estará como ese...

Y mostraba la ventana.

–¡Ah, tío Juan!, exclamó Juanita.

De nuevo permanecieron silenciosos; la joven lloraba, y la madre Chantavoine, con las manos crispadas sobre los brazos de su sillon, respiraba penosamente. Santiago se acercó al labrador.

–Vamos, dijo, no hay que desesperarse; usted no quedará arruinado por una cosecha comprometida, y ya se repondrá de este golpe; nosotros le ayudaremos...

–¿Y qué dirá el otro?, preguntó de pronto la enferma, profiriendo un gemido.

–¿Quién es el otro?

–¡Nuestro yerno, pardiez!, refunfuñó Chantavoine. Bien sé lo que mi mujer quiere decir. ¡Ah, si las cosas se pudieran hacer dos veces!..

–¿Y qué tiene que ver su yerno con esto? No es culpa de usted que haya estallado una tempestad de granizo.

–Seguramente que no; pero hay cosas... Juanita, ve á ver si la *Corza* ha vuelto.

El ruido del granizo había cesado, y ahora la lluvia caía á cántaros, arrastrando rápidamente las piedras hacia la balsa. Juanita salió dócilmente, sufriendo la lluvia.

V

–Será usted causa de que su sobrina enferme, exclamó Santiago. Está mojada hasta los huesos.

–¡Bah!, replicó la buena mujer; el trabajo es lo primero; ya tendrá tiempo para secarse después.

–¡Enfermar!, añadió Chantavoine, no hay temor de eso. Aunque su padre fuera un pobrete, la chica es una Chantavoine, dura para el trabajo, y además tiene apego á la casa. Estoy seguro, Sr. Santiago, de que Juanita siente una desgracia como ésta tanto como nosotros, porque sabe muy bien... que esto es la miseria.

–¿La miseria? Usted se chancea, Chantavoine. Cierto que ha sufrido una pérdida considerable en dinero; pero la miseria...

–¡La miseria le digo á usted!.. ¡Ah, su padre de usted puede esperar el pago del plazo!.., pero yo no sé ya qué podré hacer ahora.

–Veamos, cálmese usted y no exagere las cosas. Usted es rico.

–¿Rico yo? Así lo decían en otro tiempo; pero hoy no tengo un cuarto, entiéndame usted bien, ni un solo cuarto.

Y la señora Chantavoine repitió como un eco:

–¡Ni un cuarto, ni un cuarto!

–¡Vamos!, exclamó el vizconde impacientado. La tempestad le ha trastornado á usted el juicio, buen hombre. ¡Usted tiene ahorros, qué diablos!

–¡Ya no los tengo!

–Tiene usted tierras.

–¡Ya no las tengo!

–Pero en fin, ¿qué ha sido de sus bienes?

–¡Ah! Seguramente que no se han ido á las nubes, ni tampoco se han perdido para todo el mundo... Pero vea usted..., uno se embrutece cuando es viejo.

–¿Ha hecho usted malas especulaciones?

–¿Especulaciones? ¡Ah!, sí, puede usted decir que he hecho una muy mala!

La madre Chantavoine se sobresaltó en su sillón.

–¡Cállate, hombre, exclamó, cállate!

–¡Bah, qué diantre, bastante adelantaré yo con callarme! He cometido una torpeza, y ahora toco el resultado. Señor vizconde, cuando haya usted de casar una hija, desconfíe; no le digo más que esto.

–Gracias por el consejo; pero aún no ha llegado ese caso...

–Mire usted, cuando un padre y una madre no tienen más que una hija, todo les parece poco; creen que no se la eleva jamás á suficiente altura, y suben...

—¡Vamos, usted no se halla en ese caso! Pienso que usted vale tanto como Muterel.

—¡Ah! Seguramente que sí, dijo en apoyo la señora Chantavoine.

—Usted es muy bueno..., pero yo no soy más que un campesino, mientras que él es un menestral que sabe estudiar en los libros. Recibe en su casa la visita de señores; el prefecto le escribe algunas veces, y hasta vino á almorzar con él. Por otra parte, no es un torpe; ya lo sabe usted.

—Pues entonces, si le parece á usted tan bien, no veo por qué ese casamiento...

—Voy á decírselo á usted...

—¡Cállate, marido, dijo otra vez la madre Chantavoine con tono suplicante, cállate!

—¡Pues yo quiero hablar! Sepa usted que no he casado á mi hija de balde; me ha costado caro; y cuando no se tiene más que una, sabrá usted... ¡En fin, pensar que los padres se dejan coger siempre así!. Supóngase que le dicen: «Deje usted estar esas tierras, Chantavoine, pues á su edad le fatigaría demasiado cultivarlas; bastante tiene usted con la granja para cansarse. Yo sabré labrarlas bien, porque soy joven y tengo más ánimo que usted para el trabajo. Y por otra parte, ¿no soy yo quien debe poseerlas algún día? Siendo así, un poco antes ó un poco después... ¡Oh! Ya sabe usted, yo le pasaré la renta; no es un donativo lo que yo pido, ni vale la pena extender una escritura, porque ésta ocasionaría gastos, sin contar que entre nosotros no hay necesidad de firmas. ¿No es verdad? Mas para probar que usted me cede su hacienda en vida, se necesitará de todos modos una, atendido que... bien conoce usted el país... se diría: «¡Toma, hele ahí que labra las tierras del padre Chantavoine! ¿Por qué lo hará?» Es preciso cerrar la boca á la gente si se puede, y cuando el mundo sepa que Muterel es propietario de la hacienda que su suegro le dió, y que si quiere cerciorarse de ello no ha de hacer más que ir á ver la escritura en casa del notario, Sr. Griffon, la gente dirá: «¡Toma!, ya no nos extraña. ¡Qué bueno es quererse así yerno y suegro!..» Ya comprenderá usted, Sr. Santiago, que uno es viejo y tonto; se ama á su hija y se sacrifica todo para educarla en un colegio costoso de la ciudad, y se la casa después con el supuesto gallo del país. Uno se dice: «es verdad; bastante tengo con la granja; siempre bastará para pagar al propietario, y podré vivir con comodidad. Si yo doy mis tierras, nuestro yerno, que tiene ya una posición segura, llegará á ser así el primero después del señor conde; y por otra parte, ¿no ha dicho que me pagaría la renta?» Uno consulta á su mujer y ésta grita...

—Sí, he gritado, interrumpió la señora Chantavoine. ¿Y acaso no tenía razón?

—Ella grita; pero no se le hace caso, pues sabido es que las buenas palabras son las que hacen andar á los hombres. Cierto día voy á casa de Griffon, el notario; veo sobre la mesa un pliego de papel sellado; el Sr. Griffon me dice: «Firme usted;» y yo firmo...

—¡Cómo! ¿Ha hecho usted en vida donación de todos sus bienes á su yerno?

—Sí, señor.

—¡Qué buen suegro es usted! ¡Tiene suerte ese señor Muterel!.. En fin..., por fortuna es hombre honrado, y puesto que le paga el arriendo de las tierras, ya ve usted...

Santiago se detuvo, esperando la contestación; pero Chantavoine se callaba, como avergonzado de sí mismo. Dió algunos pasos hacia la puerta y miró al patio con cierta confusión; la tempestad se desvanecía; un fino rayo de sol se filtraba á través de las nubes y hacía brillar como diamantes las gotitas de lluvia que aún caían.

Desde su sillón, la enferma le siguió con los ojos, fijando en él una mirada de rencor y de cólera; pero el marido volvió muy pronto como si hubiera sentido una mordedura.

—¿Habrás acabado de hablar?, dijo la madre Chantavoine con una voz que la fiebre hacía aguda. Era preciso callarte antes, pero has dicho ya demasiado. ¡Acaba de confesarte, viejo papamoscas!.. ¡Hola! Parece que no dices nada; sin duda te parece ahora duro. Es como los burros cuando tiran del arado; al principio va bien, y después, si uno se apoya en el instrumento, sienten frío en el lomo, y ya no tiran... ¡Ah! A ti te parece que has dicho bastante... Pues bien: espera un poco, y verás cómo acabo de contar la historia.

—Cálmese usted, señora Chantavoine, dijo Santiago, pues va usted á ponerse peor contándome sus asuntos, que en definitiva no me conciernen.

—¡No, no, déjeme usted hablar; era preciso que él no hubiera comenzado!.. Pues hete aquí á mi Chantavoine que se va después de haber firmado su papel como si tal cosa, dando todos sus bienes á nuestra hija; mas el yerno, comprenda usted, no había querido que se firmase escritura alguna, y sólo había dicho: «Sí, padre Chantavoine, yo le pagaré á usted el alquiler todos los años el día de San Juan, y puede usted contar con él.» ¡Y el imbécil de mi esposo ha creído, sí, ha creído que se podía dar dinero sin estar obligado á ello! ¡Ah, qué desgracia! ¡Si será tonto, si será!.. Bien ha visto, por el día de San Juan, de qué modo ha pagado Muterel su alquiler, diciendo: «Nada le debo á usted; nada hay escrito; no digo que no le daré algo; pero no porque le deba.» Entonces Chantavoine se ha enfadado; pero dígame usted de qué servía eso. Entonces quiso poner remedio á lo hecho. Mejor hubiera sido no incomodarse; pero cuando se ha de hacer un disparate, esté usted seguro, lo hará. Y he aquí por qué nos hemos quedado sin nada, sin nada más que esta granja; de Muterel son ahora nuestros diez acres de tierra de la Brosse; suyos nuestros prados del molino de Berneville, y las cuarenta fanegas de Grosse-Epine que yo había heredado de mi difunto padre, y todo nuestro bosque de la Souche, y nuestra casa en el pueblo. En fin, le digo á usted que todo... Y el año último, cuando fué preciso pagar al propietario, á su padre de usted, como la cosecha había sido mala, mi marido fué á buscar á su ladrón y yerno para que le ayudase. ¡Ah, ya, ya! Le contestó: «La culpa es de usted, porque cultiva demasiado á la antigua. Mire usted mis tierras, y vea si no tienen cosecha. Pero yo sé cómo se ha de hacer: se necesitan nitratos, superfosfatos *salubres* en el agua; y además no sé cuántos guanos,» según él dijo á ése para burlarse de él. Y como después de esto mi estúpido marido siguiera pidiéndole dinero, el otro le contestó: «No puedo, pues ya he colocado mis ahorros del año. No digo que no haré algo por ustedes el año que viene; mas por ahora, procure arreglarse como pueda.» En su consecuencia, hemos vendido una parte de nuestro ganado para pagar á usted; mas ahora, esa granizada todo lo ha destruído. ¿Qué será de nosotros? ¡Vamos á quedar reducidos á la nada! ¡Y pensar que todo esto se debe á un disparate, un disparate, un disparate!

Sin aliento, sofocada, la madre Chantavoine se había recostado en el sillón; después sus brazos se agitaron en el aire, y luego permaneció inmóvil, con la boca torcida y los ojos en blanco. Chantavoine se había dejado caer en un sitial como agobiado, y habiéndole mostrado Santiago á la buena mujer, desfallecida, contestó con aire de cansancio:

—¡Ah, sí, es que vuelve á repetirle el ataque! ¡Y Juanita no está aquí!

—¿Quiere usted que la busque?

—Es usted muy bueno, y dispense la molestia. Es preciso que demos algo que oler á la enferma.

Y mientras el vizconde se lanzaba hacia el patio, Chantavoine sacó de una alacena un frasquito de vinagre, y sentándose junto á su esposa, acercóselo á su nariz.

Santiago encontró á Juanita en el establo, disponiéndose á dar el pienso á la *Corza*, encontrada felizmente. La joven corrió á la casa; Santiago llamó á su lacayo, ordenóle que enganchase, y encendiendo un cigarrillo comenzó á pasear por el patio.

La lluvia había cesado; de la campiña húmeda elevábase un olor fresco y balsámico; en el aire, de una pureza y transparencia extraordinarias, el sol brillaba en todo su esplendor; y á lo lejos, la nube tempestuosa huía como un mal sueño, y se oía cada vez más lejano el fragor del trueno.

Santiago de Berneville era, como muchos jóvenes, de carácter superficial, ligero y bastante egoísta, pero no malo en el fondo. El dolor de aquella buena gente al ver sus cosechas devastadas le había conmovido y sus confidencias habíanle trastornado, recordándole ciertas historias que ya en diversas ocasiones habían circulado por el país y que su padre le había referido, relativas á padres ancianos despojados en vida y reducidos á la miseria por su ciego amor á los hijos. «Ahora comprendo, se decía, la desesperación de Chantavoine y el furor de su mujer. Se han entregado á Muterel atados de pies y manos, y él les hará pagar muy cara la confianza que le han manifestado. He aquí por qué Chantavoine se ha estremecido cuando le pregunté si estaba asegurado contra el granizo. ¿Asegurado? ¡Pobre hombre, esperaba que no granizase! Sin duda se ha dicho: «He salido del apuro el año último; pero no me queda ya dinero. Una buena cosecha me salvará tal vez...» ¿Por qué había de granizar? Pero así sucedió, y como no estaba asegurado, su última probabilidad de salvarse por sí solo se le escapó. Y ahora será necesario que vaya á ver á su yerno, el cual le dará una dura lección, reprendiéndole por no haber previsto el siniestro, y si no le deja en lucha con su ruina, le impondrá quién sabe qué condiciones... Verdaderamente la vida no es alegre para todo el mundo.

Esta última reflexión, despertada por un sentimiento de piedad sincera, movió naturalmente el ánimo del vizconde á comparar su existencia con la de los Chantavoine, lo cual le devolvió un poco la serenidad.

«¡Bah!, se dijo, será necesario que mi padre saque de apuros á esos pobres viejos..., sobre todo si Chantavoine se porta bien en la elección.»

La yegua estaba enganchada ya, y el lacayo esperaba inmóvil delante de la puerta. Santiago volvió á entrar para despedirse y preguntar por la enferma. La sala estaba vacía, pero la puerta que comunicaba con el aposento contiguo estaba entornada; acercóse á ella y dió unos golpecitos, mas como nadie contestara, entró.

La madre Chantavoine acababa de ser conducida á su lecho por su esposo y Juanita. La parálisis había cesado en parte, pero en cambio habíase presentado el delirio; la lengua estaba muy suelta, mas el cerebro permanecía como petrificado. La enferma divagaba, pronunciando con volubilidad pastosa una serie de palabras ininteligibles, acompañadas de fuertes estremecimientos, sobresaltos convulsivos y gritos.

Al ruido que hizo Santiago empujando la puerta, Chantavoine volvió la cabeza y dirigióse á él; mientras Juanita permaneció junto á su tía.

—Jamás la he visto así, dijo con voz triste. De ordinario recobra el sentido más pronto; además me parece que observo en ella un cambio...

—¿Quiere usted que avise al médico? Voy á Varencieres...

Juanita se estremeció.

—Es que..., dijo.

—¿Qué?

—Que es el doctor Tranchebize.

—Es verdad, dijo Chantavoine; á mí tanto me daba él como otro; pero ya sabe usted que Muterel y Tranchebize son muy amigos, y por lo tanto...

—No se trata de eso, dijo Santiago; en menos de una hora el Sr. Tranchebize estará avisado.

Y salió, siguiéndole Juanita al patio.

—Sr. Santiago, dijo la joven, mi tía se muere.

—Mucho lo temo, pobre Juanita.

—Yo quisiera, sin embargo, que no se muriera así. Si no le molestase demasiado, ya que va usted á llamar al médico, podría usted decir también al señor cura que viniese.

—Lo haré así, tiene usted razón; volveré á pasar por Berneville para avisar al cura.

En aquel momento una idea cruzó por su mente é hízole sonreir.

—¡Diablo!, exclamó. ¿Qué sucederá si Tranchebize y el cura se encuentran en la granja?

—¡Oh, no se inquiete usted por eso, Sr. Santiago!, repuso vivamente Juanita. Por lo pronto nos arreglaremos para que no se vean, y además, esto no le importa al médico. Mi tío Juan no está mal con el señor cura; no piensa en él, ni mi tía tampoco, pero se alegran de que venga. Se le dirá al médico que se cuide de sus asuntos si dice algo en contra. Solamente que si por casualidad el Sr. Muterel...

—Es verdad que también tenemos á esos. ¿Será necesario avisarlos?

Y como Juanita vacilase en contestar, añadió:

—Me parece que no se puede prescindir de ellos, pues no dejarán de saber que hemos ido á buscar á su amigo Tranchebize, y además es preciso que yo les haga una visita. ¿Cómo no decírselo?

—Bueno, replicó Juanita, dígales usted lo que quiera. Hace hoy demasiada humedad para que ellos se molesten, y no vendrán antes de mañana; pero si habla usted del cura al Sr. Muterel, será capaz de darnos un mal rato...

—Esté usted tranquila; seré discreto sobre este punto. Adiós, Juanita.

El vizconde tenía ya el pie en el estribo de su coche, cuando recordó otra cosa.

—A propósito, dijo, dos palabras. El temporal, el granizo y por último el estado de su tía de usted me han impedido hablar á Chantavoine del principal objeto de mi visita, es decir, de mi elección. Supongo que podré contar con él. ¿No es verdad?

Juanita se detuvo en el umbral de la puerta, ruborizóse y comenzó á doblar la punta de su delantal con cierta confusión.

—¡Cómo!, dijo el vizconde. ¿No me contesta usted?

—¡Ah, Sr. Santiago!, ¿quién sabe cómo concluirá todo esto? Bien quisiera decirle á usted que sí, y me contrista no estar segura. Sé que mi tío Juan siente más simpatías por usted que por el médico; pero el otro...

—¿Qué otro?, preguntó Santiago sin poder disimular su irritación.

—Pues el Sr. Muterel... Si está contra usted, ¿qué ha de hacer mi tío? Por eso no se le ha de tener ojeriza, Sr. Santiago, pues ya sabe usted que en el día de hoy no somos dueños de nuestra voluntad.

(Continuará)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO ESPAÑOL. – Hemos recibido el último número de esta importante publicación que con autorización oficial del ministerio de Fomento publica en Madrid D. Miguel Almonacid y Cuenca: como todos los anteriores, contiene los más completos datos sobre la actual bibliografía española.

LA NUEVA CIENCIA GEOMÉTRICA, por *D. José Fola*. – Libro es este que ha dado ya lugar á algunas discusiones y que indudablemente ha de originar aún muchas más, justificadas por la índole de la obra. No podemos en esta sección ocuparnos extensamente de ésta, por lo cual nos limitaremos á decir que supone una transformación radical en la ciencia geométrica, y que su autor pretende, por medio de la original evolución del círculo y la supresión del infinito geométrico, resolver de un modo sencillo y categórico problemas que, como la cuadratura del círculo, la trisección del ángulo y otros, se habían considerado hasta ahora como irresolubles. El libro, muy bien impreso y con multitud de grabados perfectamente ejecutados, ha sido editado en Barcelona por J. Romá, Sociedad en Comandita, y se vende lujosamente encuadernado á 20 pesetas.

MEMORIA ACERCA DEL ESTADO Y ADELANTOS DEL EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO DE LA HABANA. – Notable trabajo presentado por el Ilmo. Sr. D. Miguel Díaz Alvarez, Alcalde municipal de la capital de Cuba; contiene datos interesantes y completos sobre la administración de aquel municipio, reunidos en un volumen de más de 300 páginas.

GEOGRAFÍA COMERCIAL DE LA AMÉRICA DEL SUR, por *Carlos B. Cisneros y Rómulo E. García*. – La segunda entrega de esta obra, cuyo interés se comprende con sólo leer su título, está dedicada á la República Argentina y comprende los datos más completos acerca de todo cuanto se refiere á la geografía comercial de aquel país. Con esta publicación, impresa en Lima en la tipografía de la Escuela de Ingenieros, los Sres. Cisneros y García, miembros de importantes sociedades geográficas, prestan un gran servicio á las repúblicas sudamericanas y al comercio en general, y adquieren un nuevo título al aplauso de los que por aquella ciencia se interesan.

LA REVISTA ILUSTRADA. – Los últimos números de esta revista que se publica en Santiago de Chile contienen notables artículos de J. Bruli, E. Pardo Bazán, R. Vinci, C. Vero, J. L. Antuña, M. de los Ríos, G. Valledor, E. Rodríguez Mendoza, José S. Chocano, C. Palma y C. Guido Spano, y bonitos grabados, entre ellos varias reproducciones de obras artísticas.

FRASES CÉLEBRES, por *M. Belisario Soto*. – Con motivo del 76.º aniversario de la independencia del Perú, el escritor peruano Sr. Soto ha publicado un folleto con los episodios históricos que sirven de explicación á algunas frases célebres de San Martín, Córdova, Goyeneche y Bolognesi. Ha sido impreso en Arequipa, en la imprenta de La Bolsa.

MONITOR POPULAR. – Los últimos números de este semanario ilustrado limeño contienen artículos interesantes sobre sericicultura, geografía y estadística del departamento de Apurimac, el tabaco, la adormidera, la telegrafía sin hilos, fotografía y otros, algunos con grabados.

SANATORIO QUIRÚRGICO MADRAZO. – Se ha publicado la estadística operatoria de este sanatorio quirúrgico fundado hace dos años por el Dr. D. Enrique D. Madrazo en Vega de Pas (Santander), y los datos en la misma consignados son el más elocuente testimonio de la pericia de su director y de la bondad de los procedimientos científicos que en tan notable establecimiento se siguen.

NOCIONES DE ORTOGRAFÍA CASTELLANA, por *Aníbal Echeverría y Reyes*. – Opúsculo impreso en Santiago de Chile en el que se explica la ortografía que algunos denominan nacional y que se extiende considerablemente en la república chilena.

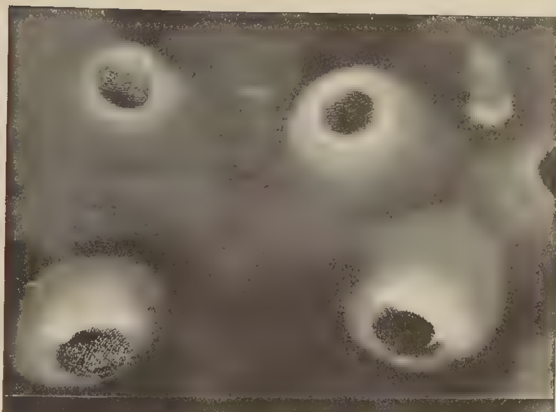


Fig. 1. – Fotografía directa de efluvios digitales



Fig. 2. – Fotografía de efluvios digitales al través de una placa de cristal

LOS EFLUVIOS DIGITALES

Uno de los más sabios individuos de la Academia de Medicina de París, el Dr. Luijs, ha expuesto recientemente ante la Sociedad de Biología el resultado de sus investigaciones sobre la fijación fotográfica de los efluvios humanos, presentando fotografías de los que se desprenden de los dedos de un adulto. Para obtenerlas, el Dr. Luijs y su colaborador M. David se han encerrado con el sujeto en un laboratorio totalmente privado de luz y colocado la mano que debía servir para el experimento en un baño de hidroquinono, aplicando la cara palmar de los dedos sobre una placa al.gelatino bromuro de plata, con una *pose* de 15 á 20 minutos. Esta placa, tratada por los procedimientos ordinarios, ha proporcionado unas pruebas tan curiosas como instructivas, cuya reproducción publicamos en esta página. En ellas se ven perfectamente las yemas de los dedos con los efluvios que se desprenden alrededor de los dedos como una especie de penacho. En el ángulo derecho superior de la figura 1 se ve un pedazo de epidermis desprendida que flota en el baño y que emite efluvios directamente. Todos los puntitos blancos que se ven en el fondo negro de la prueba representan polvillos de efluvios que flotan en el baño de hidroquinono. Lo propio que con los dedos ha hecho el Dr. Luijs con las orejas y los ojos, habiendo conseguido fijar fielmente las impresiones sentidas en las placas influídas á distancia. Gracias á estos nuevos estudios se explicarán varios fenómenos que de antiguo se conocían como concepciones sugestivas, porque no se tenía una demostración objetiva de su realidad. Para responder á ciertas objeciones de los que decían que la impreción producida sobre la placa podía ser simplemente resultado de la aposición directa de los dedos, el Dr. Luijs ha aislado dos de éstos suprimiendo el contacto con la placa y ha obtenido una prueba en la cual aparecen tres impresiones semejantes á las primeras y dos menos desarrolladas, pero no menos convincentes. Alentado por este éxito, ha obtenido la prueba reproducida en la figura 2, en la cual los dedos estaban colocados sobre la cara lisa de la placa. Entre los beneficios que puede reportar el descubrimiento del Dr. Luijs, merece especial mención el de que gracias á él podrá saberse con certeza si una persona está realmente muerta ó si la muerte es sólo aparente.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XVI ← Barcelona 8 de noviembre de 1897 → Núm. 828



¡HIJO MÍO DE MI ALMA!, cuadro de Herminia Lankota

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Adoración de Italia y de los italianos á sus grandes hombres. – Indiferencia nuestra por los españoles ilustres. – Causa de uno y otro sentimiento colectivo. – Centenario de Donizetti. – Recuerdos del gran lírico y homenajes á su genio. – Un español en Bérgamo celebrando el centenario. – Calzado. – Su discurso á Donizetti en italiano. – Causas de la maestría con que Calzado escribe la lengua italiana. – Reflexiones. – Conclusión.

Nunca me cansaré de admirar el culto que sienten á una los italianos por sus grandes hombres, ni de ofrecerlo como un ideal y como un ejemplo á mis compatriotas, indiferentes en esta materia, indiferencia punible, pues las naciones viven más por sus filósofos, por sus oradores, por sus artistas, que por sus materiales dominios y por sus bélicas grandezas. Mayor gloria debemos á las páginas de Cervantes que á los triunfos de Carlos V. En Italia no queda ni la más humilde aldea sin efigie y simulacro de los hijos que la esclarecieran é ilustraran por un apellido famoso. Todo el mundo sabe allí que no fueran Italia y el espíritu italiano, sin la unidad viva y perenne de su colonia neolatina. Sabiendo esto, sabe al par todo el mundo que fundó y fijó la italiana lengua en su epopeya medioeval el divino Dante. Pues una estatua tiene Dante, á quien devociones religiosas consagran sus compatriotas, en cada gran pueblo. Así por la eterna Roma, el Pincio se aparece como un Olimpo de las grandezas intelectuales italianas, pues cada grande hombre muerto, allí tiene su efigie, bajo solios de laureles y sobre pedestales parecidos á verdaderas aras, como las que puedan tener los santos en las iglesias cristianas, los dioses en las colinas helenas. Y estos simulacros forman coros de grandes personajes petrificados en mármol de Carrara, enseñando al pueblo su historia intelectual.

En España tenemos efigies de reyes por todas partes, aunque hayan sido estos reyes tan ignominiosos como Carlos IV y Fernando VII; imágenes de bienaventurados, aunque algunos recuerden fechas tan nefastas como la que recuerda Pedro Arbués en la Seo de Zaragoza é instituciones tan horribles como la Santa Inquisición; estatuas de prelados y de nobles, casi todas yacentes y muchas bellas, sobre sus tumbas aparatosas, entre altares y en capillas; no tenemos apenas estatuas que pudiéramos llamar laicas ó civiles, mostrando al pueblo en símbolos de bronce ó piedra su historia nacional. Y ¿cómo los italianos tienen tantas estatuas en sus calles y plazas públicas, mientras nosotros tan pocas? Porque Italia se constituyó durante siglos en Repúblicas municipales, que inspiradas y artistas, no solamente cultivaban las artes y las ciencias, conocían el valor de sus grandes hijos, mientras aquí, por el perdurable absolutismo de tres siglos, por la intolerancia religiosa, por la guerra perpetua, tenemos en los Palacios y en los templos estatuas de reyes, santos y generales; mas en las plazas no tenemos sino alguna que otra estatua moderna, erigida por el espíritu amplio y democrático de nuestra segunda edad, avivado en las libres generaciones contemporáneas. El número de centenarios laicos celebrados en Italia es indecible: centenario de Rafael en Urbino, de Rossini en Pesaro, de Miguel Angel en Florencia, de Tasso en Sorrento, de Donizetti en Bérgamo. A este último, celebrado por las postrimerías de septiembre, consagraremos unas sumarias reflexiones, pues lo merece la consideración de que la música del gran maestro y su genio lírico han alcanzado tanta devoción entre nos otros, que por lustros dominara nuestra escena con las capitales entre sus óperas maravillosas y meciera nuestros ensueños en las ondulaciones de sus melodías celestiales.

Yo no litigaré con la crítica de ningún modo sobre los deméritos y los defectos de Donizetti. Para tener demérito se necesita tener mérito, y entre las sobras duelen y apenan mucho las faltas. Rapsoda, ripioso, descuidado, plagiario, vulgar, escaso muchas veces, todo esto no empece á que haya escrito páginas eternas, de una melodía celeste, las cuales páginas, á pesar de lo muy pronto que las obras músicas envejecen y de lo muy móvil del gusto y de la moda en su aprecio, permanecerán, dado el género, entre las obras maestras de todos los tiempos y resonarán en el oído encantado de todas las generaciones. No puede uno menos que rezar con el Credo sublime de *Los Mártires*, á cuyos acentos el más chico teatro se transforma en la mayor Iglesia. No ve uno en sus viajes cruces de piedra junto á cenobios católicos, bajo sauces y entre cipreses, hablando aquéllos con sus ramas llorosas de la muerte y éstos con sus pirámides obscuras de la inmortalidad, sin que pueble tales poéticos espacios con los plañidos de la *Favorita*, donde parecen, animadas por una pasión vivificadora, las estatuas de los sepulcros y las estatuas de los portalones monásticos entonando un canto elegíaco, cuyas notas repiten el eco de todos nuestros desengaños al par que el dolor de todos nuestros amores.

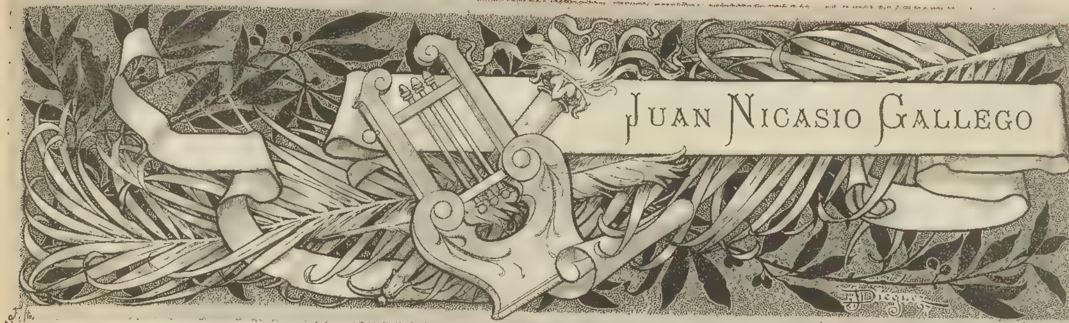
Donizetti, dramático y cómico, cual pudieran serlo Mozart y Rossini, gorjea, plañe, llora en romanzas que parecen ecos de mundos y cielos superiores, como se plañía de sus males y lloraba sus quejas el melodioso y plañidero por excelencia, el singular y divino Bellini. Evoco ahora mismo la despedida de la *Figlia del Regimiento* cantada por la inolvidable Alboni hace medio siglo ya, y lloro como un chico, como cualquier mozo enamorado y de corazón abierto á las emociones de una juventud entusiasta. Podéis alabar cuanto queráis las piezas concertantes modernas, y ninguna os hará olvidar el sexteto de *Lucía*, si tenéis oído en la cabeza y estética en el sentimiento. Hizo Víctor Hugo con *Lucrecia* su primer obra dramática, la que más interés despierta entre todas sus creaciones para el teatro, y con ella hizo Donizetti la primer ópera dramática del mundo. No tiene rival. Ninguna resucita como ella la Venecia del Renacimiento en aquel carnaval, cuyos coros hacen reir y alegrarse á los objetos inanimados; ninguna evoca en resonancias más trágicas aquellas siniestras familias atridas, medio pontificias, medio feudales, acompañadas de sus esbirros, de sus condotieros, de sus bravos, que daban entonces sus reinas y sus envenenadores al mundo, peleando entre coros de artistas que les presentaban por trofeos obras eternas, y muriendo en cualquier orgía del bebedizo que le habían escanciado en copas cinceladas por Ghibertho ó por Donatello; ninguna expresó el cariño filial como las estancias de su terceto, ni la muerte como los últimos estertores de Genaro y los últimos lamentos de su madre: obras todas del genio que coronara su *Lucía* con el aleteo de las almas enamoradas volando al cielo en busca de un amor sin celos, sin olvidos, sin eclipses y sin ocasos.

Hizo perfectamente Bérgamo al celebrar el centenario de su inmortal cantor, é hizo perfectamente nuestro compatriota y mi amigo Adolfo Calzado al asistir á este centenario. Y no es de maravillar y extrañar que un español artista como Calzado fuese á Bérgamo representando por su propio derecho la natural devoción española, mostrada desde sus primeras obras, á Donizetti, cantado aquí tanto por lo menos como en su propia patria. Lo extraño, lo extraordinario, lo singular, es que llevase un discurso escrito en loor de Donizetti, admirado por él con inagotable admiración, y que tal discurso estuviera en un italiano clásico propio de la Crusca. Mucho más difícil escribir que hablar cualquier lengua. Lo hablado se va en las vueltas y giros del aire; lo escrito queda siempre. *Verba volant; scripta manent.* Yo he hablado en los balcones del gobierno de Tours después que Gambetta; yo he hablado en la Sorbona de París junto á oradores como Julio Simón y Ernesto Larisse; yo he discutido en reuniones literarias y políticas, sin arredrarme, con Thiers y con Hugo: no escribo una línea, ni para dar los buenos días, en francés. Tradúzcanme todo lo mal que quieran mis traductores; yo tengo un horror invencible á escribir en lenguas extrañas á mi lengua patria. Pues Adolfo, que habla el castellano, á pesar de pasarse gran parte de la vida en París, como pueden hablarlo Arce ó Gamazo, escribe como un florentino su lengua italiana y la pronuncia como un romano, sin las guturaciones toscanas. Y es de admirar este discurso, no solamente por la ciencia y la conciencia con que se halla escrito, no solamente por la dialéctica serie de ideas profundas y por el enlace de sabios juicios que contiene, no solamente por la unión de una crítica razonada y fría con un entusiasmo desordenado y caliente; por ser un trozo clásico de prosa italiana, presentado en homenaje á Italia, con un apologético de su inspirado maestro.

Bien es verdad que todo esto á maravilla se comprende y explica, dado el temperamento de Adolfo, con el que una educación felicísima se aduna, la cual verdaderamente lo completa y lo perfecciona. Banquero, negociante, bolsista, con una mirada certera para ver lo útil y lucrativo, de que yo careciera siempre, pues adolezco de una enfermedad que llamo yo el triste daltonismo de la utilidad, Adolfo es pensador, Adolfo es literato, Adolfo es político, Adolfo es artista, interesándole todo lo humano. Metido en intrincados negocios franceses por los tiempos del Imperio, los beneficios suyos se hallaban en la duración del emperador, y deseaba la República, tan impaciente por ella como un republicano cualquiera, siquier se llevara el diablo todos sus intereses. Y respecto de política española, con decir que ha sido siempre junto á mi persona, ingresando en el partido liberal á mi consejo, dicho está cuánto de romanticismo habrá puesto el calculador y expertísimo banquero en sus preferencias nacionales. Ama el bien por ser bien y le interesa la libertad por ser la libertad. Hijo, como todos saben, del mayor empresario, del más inteligente, del más afamado que tuviera la ópera italiana en París, creció entre aquellos cantantes y artistas cuyo mérito en su género se levantaba de suyo al mismo nivel que los méritos de sus grandes maestros, de Rossini, de Bellini, de Donizetti, de Verdi, como si Dios hubiese querido crear á un tiempo los grandes músicos dramáticos y sus inspirados intérpretes. No alcanzó los tiempos Adolfo de la Malibrán y de Rubini; pero alcanzó en sus mocedades otros, que acaso fueran más fecundos. Quien jamás oyera cantar á Herminia Frezzolini la canción del sauce, á Marieta Alboni la *Cenerentola* y su rondó final, á Ronconi la *María de Rohán*, á Mario el acto último de la *Favorita*, el Credo de *Los Mártires* á Tamberlik, la *Sonámbula* y *Los Puritanos* á la Patti, los últimos acentos á la Penco de *Lucrecia*, no ha oído cantar en este mundo. Entre todos ellos creció Adolfo, y este trato continuo le sugirió el idioma italiano de manera que ha podido hablarlo en Milán oratoriamente y escribirlo para Bérgamo como un verdadero maestro. Los italianos le han aplaudido mucho; no le tasemos nosotros plácemes y aplausos.

Calzado ha traducido en esta obra el párrafo de mi discurso dicho ante la izquierda liberal del Parlamento italiano el año setenta y cinco sobre las relaciones entre Italia y España. La traducción es magistral. Me complace tanto como la que hiciera del primer tomo de los *Recuerdos de Italia* el escritor clásico Fanfani, como la que hiciera el conspicuo escritor florentino Piccini del segundo tomo de esta misma obra, donde se halla el mencionado discurso. Es una verdad evidente que se identifican Italia y España, no sólo en las grandezas históricas, en las particularidades más nimias de ambas naciones y de sus respectivos ciudadanos. Cuando voy desde Barcelona, por ejemplo, á Génova, no me parece haber salido de mi patria. Si me paseo por el cementerio de Pisa, descubro recuerdos de naves y nombres de nautas que han cooperado desde tiempo inmemorial á nuestra reconquista. Si me acerco á Roma, la ciudad más cosmopolita, ¡cuánto recuerdo español! El Janículo lleno de monumentos hispanos; los palacios de Colonna y Doria, tan españoles como los viejos palacios de nuestros grandes; la plaza Navona, propiedad casi nuestra; San Pablo, á cuya construcción hemos cooperado con tal copia de tesoros; los edificios más bellos de Roma, el Farnesio y la Farnesina, evocan España de tal manera que creeríais llevarla impresa en vuestra retina, reproduciéndose por millares de imágenes, como el sol se reproduce y se multiplica en círculos varios á vuestros ojos cuando lo habéis mirado con fijeza mucho tiempo. Y no quiero hablar de Nápoles y de Sicilia, tan españoles, tan fundamentalmente españoles como Andalucía ó como Valencia. No digo esto á humo de pajas. Las naciones italiana y española están ya fundadas. La nacionalidad, independiente y libre, ha sido hechura y obra del siglo; nosotros la fundamos contra el emperador de Francia; los italianos contra el emperador de Austria. Estas naciones, libres é independientes hoy, formarán como afines el siglo futuro una confederación. Ya tenemos ahora España é Italia un motivo más de aproximación ¡ay!, nuestras respectivas desgracias.

Madrid, 30 de octubre de 1897.



EXCMO. SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO

Todo era grande en Gallego, desde los pies á la cabeza: humanidad y talento.

Varias son las fases que ostenta la vida de *don Juan Nicasio*, como comúnmente se le llamaba, y por las cuales podría ser estudiado. Nosotros, al trazar ahora el presente boceto de tan gran figura, nos ocuparemos promiscuamente en su aspecto social y literario, á fin de poder obtener siquiera un traslado lineal de uno de los más ilustres hijos que abrieron los ojos á la luz en la ciudad zamorana á principios del último tercio del siglo décimoctavo.

Su fisonomía halagueña y genio abierto y complaciente, conversación amena, instrucción vasta y comunicativa, y crítica templada, siquiera penetrante, le hicieron ser generalmente querido, buscado y consultado, convirtiéndose en *refugium peccatorum* de todo escritor novel, á quien servía de Mentor con sus consejos del mejor gusto literario y corrección poética y gramatical, y, lo que es mucho más, adelantándose en ocasiones á poner mano en algunas composiciones, retocándolas hasta el punto de transformarlas por completo, como, según pública voz y fama, se cuenta de la Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Refiérese que en cierta ocasión se llegó un escritor principiante á nuestro biografiado, pidiéndole audiencia para leerle unos versos y saber el concepto que éstos pudieran merecerle.

–Señor mío, le contestó, si he de decirle á usted mi parecer, le confieso que no los entiendo. ¿Qué ha querido significar en tal, tal y cual paraje?

–He querido decir tal, tal y cual cosa.

–Pues si lo quiso usted decir así, ¿por qué no lo dijo?

* * *

Por malos de sus pecados hubo de entregarse don Juan Nicasio en manos de la política, para la que indudablemente no había nacido; así llevó el pago, pues que no sirviendo para representar semejante comedia, ésta se tornó en tragedia para él, mediante las varias prisiones y persecuciones que le acarreara. Y no tan sólo para él fué objeto de desventura, sino también para el Parnaso español, que contempla en el egregio vate zamorano una de sus más preciadas galas, dado que fué causa de que abandonara, á repetidos y largos intervalos, la trompa y la lira, instrumentos dos para cuyo manejo por conducto de la pluma le dotara el Cielo de raras y exquisitas cualidades. Bien es verdad, y no hay para qué callarlo, que su carácter era indolente por demás, y que su estro había menester de un estímulo que saliera de la órbita de lo común para llegar á exaltarse; verbigracia: la lucha heroica de un país por recabar su independencia.

Y así sucedió. A fines de 1806 ocupan 1.600 ingleses por sorpresa la ciudad de Buenos Aires; ¡hazaña propia de los que habían hecho otro tanto con la Perla del Océano en 1596! Defiéndese aquélla á viva fuerza, y logra dejar incólume su nacionalidad, merced á heroico denuedo. Traída á Europa en alas de las brisas de los mares tan fausta nueva, manifiestan los españoles con públicos festejos su natural alegría, y en medio del popular aplauso se escucha una voz potente, eco fiel del sentimiento que palpita en los corazones todos. Aquella voz da el grito de guerra con atronadora valentía; describe con magnífica elocuencia el furor del combate, y celebra la victoria con patriótico orgullo; aquella voz mágica y solemne es la de D. Juan Nicasio Gallego, que retumba así, á vueltas de otras muchas imágenes, á cual más sublimes:

«Álzase en tanto, colosal matrona,
de una alta sierra en la fragosa cumbre
la América del Sur; vese cercada
de súbito esplendor, de viva lumbre,
y en noble ceño y majestad bañada.
No ya frívolas plumas,
sino bruñido yelmo rutilante,
orlan su rostro fiero;
al lado luce ponderoso escudo,
y en vez del hacha tosca, ó dardo rudo,
arde en su diestra refulgente acero.
La vista fija en la ciudad; y entonces
golpe terrible en el broquel sonante
da con el pomo, y al fragor de guerra
con que herido el metal gime y restalla,
retiembla la alta sierra
y el ronco hervir de los volcanes calla.»



Excmo. Sr. D. Juan Nicasio Gallego

Tales versos, que colocaban á su autor á la altura de los mejores poetas de nuestro Parnaso, eran digno preludio de los que había de cantar dos años después con ocasión de la invasión francesa de nuestro territorio en el tristemente célebre día *Dos de Mayo*, y que, por harto conocidos, nos abstenemos de reproducir aquí. Pero sí se nos permitirá que traslademos el soneto que le dictó su cariñosa musa con motivo de la reconquista de Badajoz debida á nuestras armas, auxiliadas por las fuerzas del general inglés lord Wéllington: al obrar así, manifestamos ser de todo punto ajenos á la parcialidad, puesto que tras de un acto (mejor dicho, dos) de piratería, citamos un rasgo de heroicidad. Dice así la composición aludida:

«A par del grito universal que llena
de gozo y gratitud la esfera hispana,
y del manso, y ya libre, Guadiana
al caudaloso Támesis resuena:
Tu gloria ¡oh conde! á la región serena
de la inmortalidad sube, y ufana
se goza en ella la nación britana;
tiembla y se humilla el vándalo del Sena.
Sigue, y despierta el adormido polo
al golpe de tu espada; en la pelea
te envidie Marte y te corone Apolo;
Y si al triple pendón que al aire ondea
osa Alecto amagar, tu nombre solo
prenda de unión, como de triunfo, sea.»

No puede darse mayor espíritu de patriotismo en Gallego que el que se descubre en las composiciones á que acabamos de aludir; pero si todavía no pareciera bastante, venga en corroboración de nuestro aserto el relato del siguiente hecho.

En 1811 se suscitó en Cádiz una agria polémica, de carácter político-literario, entre D. Antonio de Capmany y D. Manuel José Quintana, de que se hizo eco la prensa en varios folletos lanzados por uno y otro contendiente. En uno de ellos retrata Capmany, de mano maestra cual solía hacerlo, á varios literatos eclesiásticos asistentes á la tertulia de Godoy, con negros colores; y como no faltase quien creyera que entre ellos se aludía á nuestro biografiado, faltóle tiempo á éste para escribir á Capmany en solicitud de que declarara públicamente la verdad, haciendo constar que no figuraba él en el número de las personas con tal motivo zaheridas. Hízolo así inmediatamente aquel ilustre cuanto probo catalán, quedando puesto en su lugar el buen nombre de Gallego, cuya conciencia y dignidad no le permitían asentir á los ruines manejos é indecentes arterías de aquel fatuo choricero (que tantas desventuras acarreara á España, merced á un monarca memo y bragazas), y cuyo verdadero y sólido talento no le consentía alternar con tanto bajo adulador como hacía la corte al que se vendía por literato y protector de las *Letras* patrias, teniéndolas muy *gordas* en punto á Literatura, y que poseía tan sólo *letra menuda* para hacer, como hizo á las mil maravillas, muy bien su agosto á costa de los intereses y del buen nombre de nuestra nación. Gallego era, pues, lo que se llama un buen patriota, y á esta circunstancia debe España uno de los más gloriosos florones de la esmaltada corona poética que orla sus sienes; más claro: Gallego no formó nunca en la fila de los *afrancesados*.

No ha faltado quien pretendiera ver en algunas producciones del egregio vate que nos ocupa ciertas tendencias hacia la escuela del romanticismo, en lo cual se equivocan de medio á medio. A Gallego le sucedía lo que á todo hombre de talento: ecléctico, en el buen sentido de la palabra, toma, diligente abeja, lo bueno, dondequiera que lo encuentra; asimílaselo, y discretamente elaborado, produce esos sabrosos panales que no pueden menos de satisfacer al paladar más exigente y antojadizo.

Lástima es, y grande, que el número de tales producciones no se haya elevado á un guarismo más crecido. Así y todo, basta y sobra con el que ha llegado á salir á la pública luz para hacer inmortal su nombre; por otra parte, ¿quién podría sumar el total de informes, consultas y otros escritos breves, en cuanto al tamaño, pero grandes tocante á su trascendencia, que produjera en el terreno de la Jurisprudencia, de la Instrucción pública, de la Política, y en fin, de los múltiples diversos cargos que desempeñó. Además, nadie ignora que el lenguaje indigesto del Digesto no es el que mejor se aviene con el lozano y ameno de la Poesía y de las Bellas Letras y Artes; así y todo, maravilla descubrir en él al traductor que galanamente interpreta en nuestra lengua á Manzoni, mediante su linda novela *I promessi sposi*, que traslada *Los novios*, y no *Los prometidos esposos*, como antes lo había hecho impropiamente entre nosotros Enciso Castrillón, y que vierte al habla de Castilla, mejorándola en tercio y quinto, la tragedia de Arnault intitulada *Oscar*.

Ni maravilla menos al contemplarle desempeñando modestamente el papel menos lucido y más ingrato de corrector de obras ajenas, de que certifica, entre varias otras, la ingeniosa sátira de Vargas Ponce *Proclama de un solterón*, quien puso á cargo de nuestro biografiado la corrección y reforma de dicho opúsculo al salir á luz por segunda vez, lo cual tuvo efecto en Valencia, año de 1830, y cuyas mejoras y atinados retoques sólo se pueden apreciar al hacer el cotejo con la primera edición, hecha en Madrid veintidós años antes, llevando su modestia hasta el

punto de atribuir al autor, su amigo, las correcciones en dicha nueva edición introducidas (1).

Semejante protectorado que nunca negó á quien se lo demandara de buena fe, impulsó á algunos á decir que «los que tienen la honra de visitar familiarmente á *Gallego*, habrán visto siempre cubierta su mesa de *obras que juzgar*, de verdaderos memoriales en que se le piden correcciones, de más mamotretos, en fin, muchos de personas desconocidas, que la mesa de un ministro. Esta voluntaria magistratura le ocupaba muchas horas al día; pero le producía el placer de contribuir á que desapareciesen los lunares que deslucían las obras de mérito que se le confiaban.» No cabe decir más en elogio suyo, siendo además semejante voluntaria cuanto ingrata ocupación una nueva disculpa para con aquellos que le tildan de no haber producido mayor número de obras originales.

Su espontáneo gracejo fué causa de que se le hayan atribuído multitud de cuentos y chistes de color más ó menos subido, impropios de su formalidad y estado eclesiástico; esto no es nuevo, pues sabido es que otro tanto se ha dicho en el particular con Quevedo, no ignorando ninguna persona sensata que es y ha sido moneda corriente en todo tiempo eso de cargar en cuenta á todo escritor agudo, donairoso y festivo el primer chiste que nos sale al encuentro y de cuyo autor no tenemos verdadero conocimiento. ¡Cuán cierto es aquel dicho de que en el día del Juicio por la tarde se sabrá á ciencia fija quiénes fueron los padres de ciertos hijos y los autores de ciertos libros!

Al propósito que acabamos de indicar, corre como muy valido entre la gente de letras la especie de que, discutiéndose en una de las juntas de la Academia Española acerca del valor de la letra *h* en nuestra lengua, y defendiendo D. Juan Nicasio la nulidad de dicha letra, para más esforzar su argumento, apeló al recurso de hacer ver lo malsonante que resultaría el pronunciar con guturalidad la palabra *coHonestar*. Si pasó ello así, permítasenos creer que fué una simple broma y nada más; pues ni á Gallego, ni al menor de los estudiantes de Poética le podía ser desconocido que muchos versos de nuestros primeros clásicos, de cualquiera provincia española, pertenecientes al habla de Castilla, no constan en manera alguna si no interviene la aspiración de dicha letra al recitarlos, á fin de evitar la sinéresis, como sucede, verbigracia, en aquella tan conocida oda de Fr. Luis de León, que empieza:

«Folgaba el rey Rodrigo
Con la *h*ermosa Cava en la ribera
Del Tajo, sin testigo.......»

Pronúnciese *laermosa* por *la-Hermosa*, y tendremos diez sílabas en vez de once, requeridas para el caso presente. Porque no hay que confundir la guturalidad propia de la *h* con la que es peculiar de la *jota*, defecto en que incurre el pueblo iliterato de la generalidad de nuestras provincias, y con especialidad la andaluza, pero nunca las personas que recibieran una educación siquiera medio regular. ¡Pues no faltaba más sino que, después de tantas trabas como pesan sobre la versificación española, se la fuera á acabar de maniatar con esas y otras imposiciones!

Repito, pues, que sólo una broma inocente pudo mover á nuestro biografiado á formular semejante argumento, á cuya enunciación le autorizaba, por otra parte, la Academia misma, toda vez que el vocablo transparentado figura en las primeras ediciones de su Diccionario.

Tiempo es ya de que epiloguemos.

Numen poético de remontado vuelo, efecto, por su mayor parte, del acendrado patriotismo que le animaba; pródigo, que no caritativo, en compartir el abundante pan de su ciencia con quien se lo demandaba, á diferencia de no pocos sabios, ora verdaderos, ora de pega, que, avaros de su caudal, á nadie se lo comunican; quitapesares de las tertulias, mediante su conversación variada y deleitable; crítico profundamente razonador, y aun cuando contundente en ocasiones, pero siempre de buena ley; y por último, maestro en el Arte de bien decir, así como en el de decir bien, dudo mucho que saliese de su pluma empleado como regular el verbo *derrocar*, que leo en letras de molde en aquel pasaje de su *Elegía á la muerte del Duque de Fernandina*, donde se dice:

«Viérase, á aquel gemido,
cual bella palma que *derroca* el rayo,
bajar envuelta en súbito desmayo
la triste madre al alfombrado suelo:»

por lo que me inclino á creer que debe de ser yerro del amanuense ó del cajista; pero, si así no fuera, conste desde ahora para siempre que ese y algún que otro pequeño lunar que pudiera haberse deslizado de su bien tajada péñola, no serían nunca parte para conseguir que se *derrueque* un renombre tan justamente adquirido como el que llegó á alcanzar el sujeto cuyo retrato acabamos de delinear.

JOSÉ MARÍA SBARBI

(1) Según Salvá, «esta composición poética se publicó en Madrid, 1808, sin nombre de autor y con las iniciales D. R. A.» El citado bibliógrafo apunta, en el número 1026 del *Catálogo* de su selecta Biblioteca, otra edición, hecha en Marsella, Camoin, 1827, 8.° marquilla, que no he tenido ocasión de ver. De lo expuesto se deduce que la edición que publicó D. Juan Nicasio Gallego no puede ser la segunda, como reza la portada, sino tercera, cuando menos.

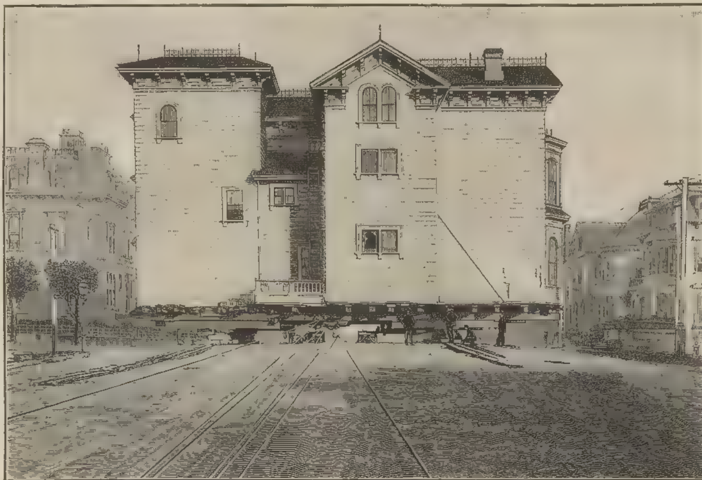


TRANSPORTE DE UNA CASA EN SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA. Fachada lateral (de fotografía)

TRANSPORTE DE UNA CASA

EN SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA

Esta operación que de cuando en cuando se realiza en las grandes ciudades no es algunas veces cosa tan difícil como á primera vista parece. Así, por ejemplo, en el caso del transporte del edificio que reproducen los dos grabados de esta página la casa es de madera toda ella, á excepción de la chimenea, que es de piedra. De todos modos no deja de ser una obra muy digna de atención, puesto que se trata de una casa de dos pisos y de 40 pies de ancho por 120 de largo, colocarla sobre un armatoste de vigas y rieles, y de este modo trasladarla á considerable distancia. El transporte duró varias semanas, porque, á fin de no interrumpir el tránsito de las calles, hubo de hacerse de noche: una de las mayores dificultades ha sido la de pasar por debajo de la inmensa red telefónica que cubre la ciudad; para salvarla iban detrás de la casa ambulante varios telefonistas que separaban los alambres del teléfono y volvían á juntarlos después de haber pasado el edificio.



TRANSPORTE DE UNA CASA EN SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA. – Fachada posterior (de fotografía)

PERLAS Y BOMBONES

A mi querido amigo el aplaudido poeta cómico Gonzalo Cantó

La orquesta, colocada bajo haces de brillantes luces encerradas en bombas de cristal opaco, lanzaba á los aires las alegres notas del vals de *Fausto*... Las máscaras poblaban el salón en abigarrada mezcolanza; en los palcos aristocráticas damas agitaban sus abanicos de plumas, recibiendo cada cual á su corte respectiva de admiradores y apasionados. En el aire cerníase un polvillo claro y denso que hacía ver, como á través de sutilísima gasa, luces, disfraces, giros y semblantes...

Confundida entre el tropel de máscaras que bullían en el salón, la hermosa Bertina, del brazo de un enmascarado, escuchaba abstraída las frases amorosas que éste deslizaba en sus oídos. Parecíale que aquella voz, que aquel acento no le era desconocido... A través del falsete que á aquélla procuraba dar el enmascarado, Bertina creía advertir inflexiones de ella conocidas, tonos que le eran casi familiares... Hacía tiempo que los había escuchado ya, y esta circunstancia abstraíale más aún y hacía que la sonrisa y la alegría que se reflejaban en el rostro de la encantadora Bertina fuéranse disipando poco á poco para dejar plaza á la meditación y al recogimiento. Buscaba en su memoria, recordaba, inquiría, retrotraía su pensamiento á otros días relativamente lejanos, para buscar en sus recuerdos aquella voz, aquellas inflexiones. Era una voz firme á ratos, á ratos temblorosa, pero siempre fresca, bien timbrada, juvenil... Repasando mental-



Propiedad de M. Arias Rodriguez

ISLAS FILIPINAS. – Arsenal de Cavite. Capilla situada frente á la casa comandancia



Propiedad de M. Arias Rodriguez

ISLAS FILIPINAS. – Orillas del río Pasig á la puesta del sol. Un paisaje del barrio de San Pedrillo

mente la lista de sus antiguos adoradores, parecíale que entre ellos uno tenía en el acento inflexiones análogas, los mismos dejos amargos... ¿Sería el enmascarado aquel Valentín de otros tiempos á quien ella desdeñara porque le acusaba de inconstante y desleal?

Detuviéronse un instante en el centro del salón, porque los pies de Bertina resistíanse á seguir adelante. El debía ser, no tenía duda de ello. Fué al principio un vago recuerdo, después presunción probable, luego se fué afirmando en aquella idea, y la misma constancia de su pensamiento acabó por hacerle parecer indiscutible y fuera de toda duda la primera idea.

Sí, Valentín era; no tenía duda de ello.

Y ya en esta seguridad, comenzó Bertina á reprocharle su pasada conducta y á afearle en rostro sus infidelidades y sus deslealtades.

Poco á poco fué subiendo de tono el diálogo, por parte de ella sobre todo. Pensar que el hombre en cuyo brazo se apoyaba era aquel mismo Valentín de otros tiempos; que aquel hombre desdeñado y arrojado de su lado era el mismo que ahora se acercara á ella cobardemente, valiéndose de la impunidad que le prestaba la careta de raso; esto encendía su sangre y ponía en su acento tonos de indignación sólo comparables á los que encontrara en su voz aquella noche en que se habían despedido para siempre.

– Amargas son tus palabras, Bertina, dijo la máscara; y sin embargo...

– ¿Qué vas á decir?

– Nada; que no me conoces cuando así me hablas, esto en primer lugar, y en segundo, que tengo la seguridad de que has de cambiar de tono cuando me conozcas tal y como efectivamente soy.

– Demasiado te conozco, Valentín, aunque sólo sea por el tiempo malgastado en dar oídos á tus pretensiones amorosas.

– Sentémonos y hablemos con calma, Bertina; la pasión es mala consejera.

– Esas son calumnias que hacéis correr los que tenéis algo que echaros en cara. Llamáis pasión á lo que no es sino sinceridad.

– Sentémonos, te digo, y hablemos con calma.

– ¿De qué? ¿Del pasado?

– No; del porvenir.

– ¿Y qué tienes tú que ver con mi porvenir?

– Nada por ahora. Mañana... ¿quién sabe?

Sentóse la joven pareja en amplio diván. El enmascarado presentó á Bertina una bolsita de raso blanco cuyo bordado en oro era una verdadera y artística filigrana.

– ¿Qué es esto?, preguntó Bertina.

– Bombones.

– ¿Zalamero te has vuelto?

– Quiero endulzar tus amarguras; esto es todo

– Más valiera que no me las hubieras proporcionado, Valentín.

– Primero toma un bombón, después veremos cuál es la existencia más acibarada; si la tuya ó la de *ese* á quien llamas Valentín.

Bertina obedeció después de resistirse un poco. Tomó en sus enguantados dedos uno de los confites, y llevándolo á su menuda boca, lo apretó entre sus menudos dientes, logrando trincarlo no sin algún esfuerzo.

Pero con gran sorpresa suya advirtió Bertina que en el centro del confite tropezaron sus dientes con un cuerpo extraño, duro y frío.

Quiso escupirlo, pero deseó antes convencerse de lo que era aquello, y lo arrojó en su mano, calzada con fino y blanco guante.

Era una perla.

– ¿Qué clase de bombones son estos, Valentín?



Un puesto de castañas en París, dibujo de S. Azpiazu

– Ya lo ves. Demasiado pobres para ti. Bombones disfrazados. Para algo estamos en días de Carnaval.

– Pero eso es un derroche fabuloso.

– Es posible. Pero no lo creo yo así.

– ¿Tan rico eres? Luego no eres Valentín. Para derrochar de esa manera es preciso ser un rajah indio...

– Pero si es que no derrocho. Porque para ti sola fueron hechos estos bombones. Toma otro, Bertina.

– No en verdad. No seré yo quien tal haga.

– Los arrojaré entonces.

– ¿Tirar una fortuna?

– ¿Y para qué la quiero? Para la mujer que ha de ser mi esposa están fabricados. Para mi futura el confite; para mi esposa las perlas. Devora hoy los primeros y recoge las segundas. Con ellas ha de hacerse para mi esposa el collar de desposada.

– Pero ¿eres Valentín?

– El mismo soy, dijo el enmascarado alzando el antifaz. He querido demostrarte de un modo práctico cuánto es mi amor; no me lo creas si no quieres creerlo. Cuanto soy, cuanto tengo, todo es tuyo. Fortuna, juventud, vida..., tómalo todo si quieres. Es la última prueba que puedo darte de mi afecto. Si lo rechazas, nada me quedará; ni una ilusión, ni una esperanza...

– ¡Calla!

– Pues contesta.

– Dame otro bombón.

– ¿Te has vuelto golosa?

– Me he vuelto convencida.

– Pues toma bombones.

– Trae. Me tomaré los confites y guardaré las perlas. Quiero hacer con ellas mi collar de desposada.

M. Amor Meilán

. . . .

EL FAVORITO

En lo más pintoresco de la campiña de Sevilla, donde es más florido el suelo y más plateado el Guadalquivir, muy cerca de Tablada y no muy lejos de la capital, existe una pequeña aldea que si mal no recuerdo se llama Guadalcázar.

Un solo ministro del Señor, sacerdote ejemplar y venerable, de edad mediana, delgado y alto, discreto y entendido, regenta la escasa filigresía de la aldehuela desde hace muchos años.

Una tarde, no bien había concluído de cenar el padre Juan, que así se llamaba el cura, se presentó á la puerta de la casa gallardo mozo tristón y malhumorado.

Harto debía saber el padre quién era el visitante, porque la sobrina del sacerdote, guiando al que llegaba por entre las macetas que había en el zaguán, condujo en el acto á la presencia de su tío al recién llegado.

Solos ya, los dos hombres entablaron este ó parecido diálogo:

– Ya sabéis, padre, decía el seglar, que llevo cerca de dos años de casado y que no he sido malo en ese tiempo. Las faenas de mi ocupación me obligan á pasar en el campo muchos días; ningún vaquero conoce como yo la dehesa donde entré de zagalón para salir de ganadero; ¡pero soy tan desgraciado, Sr. Juan!..

Y luego añadió en voz más baja:

– En tanto que yo aguanto, cuidando de mi hacienda, un sol que me ennegrece y que me tuesta, mi mujer, la *Paquilla*...

El cura no le dejó acabar la frase, y con sincero acento de convicción le dijo:

– Tu mujer te quiere y es honrada.

– Así lo creo; que á no haberlo creído, de seguro la hubiera matado.

Hubo una breve pausa y el ganadero continuó hablando:

– Sin embargo, de pocos días á esta parte dudas y recelos principian á asaltarme. ¿Por qué sus ojos negros no brillan como antes? ¿Por qué á su cariñosa solicitud de otro tiempo parece que siguen ahora el hastío y el cansancio? ¿Por qué no ríe, por qué se niega á ir á la feria y por qué no quiere ver correr estas Pascuas nuestro toro preferido que se lidia en la plaza de Sevilla? Aquí hay algo, Sr. Juan, que yo no sé explicarme y que me hace sospechar.

– No seas tonto, hijo mío, dijo el cura, la misma pasión que tienes por tu mujer te ciega.

Y como viera aún vacilar al ganadero, agregó mirándole fijamente:

– Sobre todo, ¿tienes más que hacer una prueba?

– Ya sabe vuestra mercé que siempre le obedecí; mandad.

– Tenéis un niño, rubio como rayos de sol y blanco como los copos de la nieve, adoráis en él y yo os absuelvo de esta idolatría; nuevo lazo de unión entre vosotros es este angelito que el cielo os envió; pues bien, ¿por qué no tomarle por testigo de vuestra dicha ó de vuestra desventura?

El sacerdote clavó su penetrante mirada en el que le escuchaba, y continuó al tiempo que hacía una reserva *in mente* para no pecar.

– Vete á casa, haz la vida ordinaria, festeja á tu mujer como hasta aquí lo hiciste, y cuando más confiada esté de que nada sospechas, dile que jure por su hijo si es buena y que no te miente al confesarte la causa del pesar que nubla su frente.

– Así lo haré, respondió el ganadero, que poco después salía de casa del cura.

Éste, antes de empezar á rezar el rosario, murmuró entre dientes un «Veremos,» que pasó inadvertido para su sobrina y la criada.

No transcurrieron cinco días, cuando volvió el ganadero á casa del sacerdote y se celebró una nueva conferencia entre ambos.

El joven volvía contento y alegre, y al notarlo el padre, éste sonrió, al tiempo que aquél decía:

– ¿Sabéis Sr. Juan, que mis celos no tenían fundamento?

«Ya lo sospechaba yo,» pensó el cura para su sotana.



EL VALOR, estatua de José Alcoverro



LIRIO DEL CAMPO, cuadro de Francisco Sans Castaño (Salón Parés)

– Paquilla juró y me explicó casi todo; el resto lo he adivinado yo mismo... Ya no se lidia nuestro *Zalamero*, ya no le matan. Ya ve su mercé; mi mujer le debía la vida, porque una vez contuvo á otros toros que se le arrancaban; ella le había visto crecer poquito á poco, y siempre que iba á la dehesa le daba puñadillos de sal y el bicho le lamía las manos como queriendo besárselas.. Pero qué quiere su mercé, necesitaba dinero y me pagaban tan bien el animalejo... ¡Es tan bonito!

Tras nueva pausa añadió:

– Pero no hay cuidado, no le vendo. Lo único que siento es no poder cambiarle el nombre; más que *Zalamero*, desde ahora será nuestro *Favorito*.

Y echándose á reir, dijo con la misma locuacidad con que había empezado su explicación:

– Ya ve su paternidad, he tenido celos de ¡un toro!

El cura, comprendiendo que aquella salida no era tan incoherente como parecía, dijo en tono grave y sentencioso:

– Puedes estar satisfecho y seguro. Una mujer podrá jurar en falso por su vida á riesgo de perderla; podrá jurar en vano por el nombre de Dios en la seguridad de condenarse; pero una madre no jura nunca falsamente en nombre de sus hijos.

Levantóse el cura de su sillón de cuero, y puso fin á la entrevista con estas palabras:

– Pero no vendas nunca el *Zalamero*, aunque tengas que hipotecar toda la ganadería.

P. GÓMEZ CANDELA



ISLA DE CUBA. – ESCOLTA DE HOMBRES DE COLOR DEL GENERAL WEYLER (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)



EL RENACIMIENTO estatua en mármol de Héctor Ximenes



EL AVARO, cuadro de Ernesto Zimmerma [illegible]

NUESTROS GRABADOS

El concertista catalan J. Malats.—Forma parte el concertista Sr. Malats de esa agrupación de juveniles inteligencias, que tantas glorias alcanzan y que tanto honran á las artes de nuestro país. Pocos como él han sabido aprovechar tan cumplidamente la modesta pensión que le concedió el Ayuntamiento de nuestra ciudad para perfeccionar sus estudios en el Conservatorio de París, y pocos como él han logrado singularizarse en aquel centro, conquistando tan honrosas distinciones.



El concertista catalán J. Malats

Recientemente tributóle el público barcelonés calurosa y merecida ovación en el teatro Lírico. Todos pudieron apreciar los excepcionales méritos de tan distinguido concertista, para quien no guardan secretos las magistrales composiciones de los Bizet, Liszt, Mendelssohn, Schumann, etc. Los dedos arrancan del piano inesperadas y maravillosas armonías, revelando siempre un gusto irreprochable y un temperamento de artista genial.

El nombre de Malats significa ya una gloria, que podemos presentar frente á aquellas que ha consagrado el mundo del arte.



D. Fernando Acevedo y Espinosa,
capitan de infantería que se ha portado brillantemente en las campañas de Cuba y Filipinas
(de fotografía de F. Laureano)

D. Fernando Acevedo y Espinosa, capitán de infantería.—Este valeroso militar nació en Filipinas en 1861, siendo hijo de padres españoles. Hizo sus primeros estudios en el colegio de los Jesuítas de Manila, é ingresado luego en la Academia de infantería de aquella capital, salió de ella tres años después con el empleo de alférez. En 1885 vino á España, donde se dió á conocer como ilustrado escritor de asuntos militares y científicos, estudió en Melilla el árabe, en Madrid aprendió el grabado y en Toledo la tipografía, y fué profesor del colegio de huérfanos de infantería. Cuando la incalificable agresión de los rifeños, fué voluntario á Melilla, y al estallar la insurrección cubana pasó á la Grande Antilla en calidad de tal. De su comportamiento en la guerra allí sostenida son elocuente y brillante prueba las dos heridas recibidas en reñidas luchas, las siete cruces de que se encuentra en posesión, tres de ellas de María Cristina, los setenta y un encuentros y treinta y un combates formales á que asistió y el empleo de capitán que alcanzó por votación unánime después del combate de Palmarito, donde, según el concepto textual del parte de la acción, demostró gran desprendimiento de su vida en defensa de la patria. Hoy, ganoso de nuevos laureles, este bizarro oficial se encuentra en la campaña de Filipinas adonde fué en calidad de voluntario. A sus cualidades y servicios militares y á su modestia, añade especial cultura literaria, es orador elocuente, buen dibujante y maneja el pincel como la espada.

El joven concertista catalán Juan Manén.—Agradabilísima sorpresa y honda satisfacción fueron las impresiones que produjo el joven concertista D. Juan Manén en aquellos que concurrieron al notable concierto ejecutado en el teatro Lírico de esta ciudad. Y no cabía otro sentimiento dada la edad del artista, pues apenas cuenta quince años, y la extraordinaria maestría y exquisito gusto con que ejecutó en el violín las piezas que figuraban en el programa, entre ellas dos de su composición, viéndose obligado á añadir algunas otras para acallar los aplausos del público.

El joven Manén constituye ya otra gloria española, puesto que su reputación artística hállase cimentada por los triunfos que ha alcanzado en las principales ciudades de América, que ha recorrido desde la temprana edad de siete años. De ahí que pueda casi afirmarse que Manén ha debido formarse por su propio esfuerzo, ya que no ha podido recibir las sosegadas enseñanzas del Conservatorio, viéndose obligado á tener iniciativas para presentarse como concertista.

Aunque modesto, enviámosle nuestro sentido aplauso, augurándole un lisonjero porvenir.

¡Hijo mío de mi alma!, cuadro de Herminia Lankota.—Bien se conoce que es una mujer quien ha pintado este bellísimo lienzo; y aun casi nos atreveríamos á afirmar que es madre: sólo así se comprende que haya sabido interpretar con tanta delicadeza el amor maternal, el más puro de los sentimientos que á los seres mortales puede consagrarse. Difícil, si no imposible, habría de ser á quien tal afecto no hubiese experimentado, exteriorizarlo de una manera tan real y en forma tan ideal en medio de su realismo. Esos dos preciosos bustos, magistralmente trazados, que se abrazan y confunden en apasionado abrazo, reflejan dos corazones no menos estrechamente unidos; hay en ellos algo superior á la materia; el alma se asoma por entero á esos rostros en cuya expresión se adivina la mano de un artista que siente y ejecuta como los grandes maestros.

Islas Filipinas.—En el número 825 publicamos una vista así como la descripción del arsenal de Cavite: hoy completamos la primera con la de la capilla situada frente á la Casa Comandancia de marina, construcción sencilla cuanto elegante, rodeada de lozana vegetación y á la cual concurren el Comandante general del arsenal, sus ayudantes, jefes y oficiales, así como los individuos que constituyen la fuerza de guardias de arsenales, en los días festivos, para asistir al santo sacrificio de la misa.

En el segundo grabado referente á Filipinas son de notar esas pintorescas casitas de construcción ligerísima, como formadas que están de caña y nipa, y aun cuando no faltan algunas de piedra y teja ó con techumbre de hierro, puede decirse que son las menos.

Un puesto de castañas en París, dibujo de Salvador Azpiazu.—Con la llegada del otoño llegan también las castañas y por consiguiente las castañeras que con sus puestos invaden las esquinas de las calles de las ciudades populosas; mas en la capital de Francia son las segundas sustituídas por castañeros, en su mayoría italianos, con lo cual pierden los franceses, que no pueden tener idea de lo que es una castañera española, y sobre todo andaluza ó madrileña. Situados aquéllos por lo general en las inmediaciones de los estancos, donde instalan sus grandes calderas, ofrecen su tostada mercancía á todo transeunte, no siendo raro ver que á la par de la donosa modistilla compre algún atildado caballero algunos sueldos de castañas con las que calienta el estómago en los fríos días del invierno mientras se encamina á sus ocupaciones.

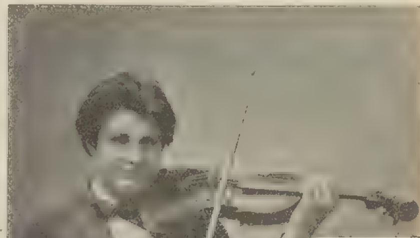
El valor, estatua de José Alcoverro (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897).—Varias veces hemos dado á conocer á nuestros lectores obras de este distinguido escultor, y esta circunstancia nos sirve hoy de excusa para no consignar noticia alguna respecto de su vida artística, limitándonos á llamar la atención acerca de la hermosa estatua que reproducimos, alegórica representación del valor, tan gallardamente concebida como pulcramente modelada. En ella demuestra el escultor catalán que procura inspirarse en las producciones del gran arte, rehuyendo las minucias y efectismos, tan empleados en esta época por aquellos que se dejan arrastrar por peligrosas é injustificadas corrientes.

El lirio del campo, cuadro de Francisco Sans Castaño (Salón Parés).—Delicado y sentido es el concepto que entraña la simpática producción del Sr. Sans Castaño, quien ha logrado armonizar la simbólica representación de la pureza con la realidad, sin incurrir en las exageraciones ultramodernistas ni en los senderos del naturalismo. Quizás es un tanto idealista: pero, aun así, la preferimos, puesto que se ajusta por completo al sentimiento y expresa la cualidad que tanto enaltece á la mujer, la pureza, por medio de una hermosa jovencita rodeada de blancos lirios.

Plácemes merece el joven artista catalán y nosotros no se los escaseamos, con mayor motivo cuanto que estimamos el lienzo á que nos referimos como una de sus composiciones más recomendables.

Isla de Cuba.—Escolta de hombres de color del general Weyler.—Formada esta escolta de hombres de color, voluntarios, animosos y adictos á la causa española, mandábala el ayudante de dicho general D. Francisco Merry, y tuvo la honra de ser la fiel guardadora del marqués de Tenerife en todas las operaciones emprendidas en Pinar del Río, Habana, Matanzas y las Villas. Tan penetrados estaban estos corpulentos y leales hombres de lo honroso de su cometido, tan resueltos á cumplir con él, que el día en que se les notificó la disolución de la escolta que componían, dejaron su puesto tristes y abatidos, despidiéndose muchos, á pesar de su entereza, con los ojos llenos de lágrimas.

El Renacimiento, escultura en mármol de Héctor Ximenes.—No necesita esta escultura explicación ni elogios; cuantos tienen nociones de la historia del arte, conocen de sobra aquella época que lleva el nombre de Renacimiento que comenzó en el siglo XV y cuyas consecuencias déjanse sentir aún en nuestros días. Y sabiendo el entusiasmo que entonces se despertó por el estudio de la antigüedad clásica griega y romana, ¿quién no comprende el valor de la obra de Héctor Ximenes?. En esa estatua armonízanse por modo admirable la severidad del clasicismo con las galas en que supieron envolverla los artistas del Renacimiento: severa, elegante, llena de poesía, correcta y pura de líneas, la escultura que nos ocupa merece seguramente figurar entre las mejores y más preciadas joyas del arte italiano moderno.



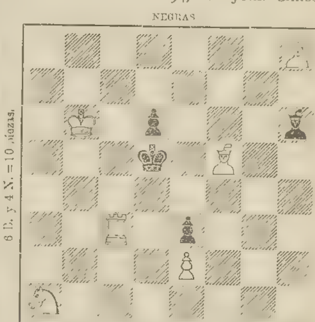
El concertista catalán Juan Manén

El avaro, cuadro de Ernesto Zimmermann.—En el teatro, en la novela, en las obras de arte, la figura del avaro ha sido siempre una de las que han dado al literato y al artista materia interesante para sus composiciones: pocos pecados imprimen en los que por ellos se sienten dominados un sello tan acentuado y tan característico como la avaricia; pocos caracteres presentan el relieve que el del que cifra todos sus goces en acumular dinero y ante nada retrocede, ni ante la infamia ni ante el crimen, si el crimen ó la infamia le proporcionan el único goce que experimenta en su miserable existencia. El reputado pintor alemán Ernesto Zimmermann ha sabido representar esta figura del avaro en una composición admirablemente concebida, que á la vez que nos presenta el pecado en toda su repugnante desnudez, nos deja entrever los tormentos indecibles que el pecador sufre.

AJEDREZ

Problema número 94, por Juan Carbó

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 93, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. P c D	1. R 4 R
2. D 6 A R jaque	2. R toma D
3. C 4 C mate.	

(*) Si 1. R 6 A D; 2. C c D jaque, y 3. D 7 A R mate; —1. P 7 D; 2. D toma P jaque, y 3. C 4 C mate; —1. D toma A; 2. D 4 A R jaque, y 3. C c D mate. La amenaza es 2. C 5 D jaque, y 3. D 6 A R mate.

MI TIO JUAN

Novela original de J. L'Hopital, ilustrada por Marchetti

(continuación)



Al verle, el doctor, en el colmo de la excitación, castigó á su yegua

El vizconde miró á la joven, y asombrado de la expresión de angustia que se pintaba en su rostro, comprendió que estaba al corriente de todo.

Y una reflexión, rápida como el relámpago, le representó el drama que hacía dos años pesaba sobre aquella familia: la hija mimada, adulada, complacida en todo é ingrata; el yerno, hombre obscuro, astuto, sirviéndose de subterfugios para arrancar firmas, y muy pronto insolente y déspota; y Juanita, tan largo tiempo despreciada, convertida ahora en único apoyo de aquel tío que la había tratado tan duramente, y correspondiendo á las injusticias y humillaciones con que la agobiaran con una abnegación absoluta, una ternura casi apasionada. Al punto experimentó por ella un sentimiento de admiración sincera, de dulce simpatía que no pudo disimular, y acercándose á Juanita, cogió sus manos, y con voz vibrante pronunció estas palabras, que cayeron abrasadoras sobre su corazón, y que debían ser para siempre su delicia y su tormento.

– Señorita Juana, tranquilícese usted; no tengo mala voluntad á su tío de usted; que vote como quiera, ó más bien como pueda. Sea cual fuere su manera de proceder, yo le estaré siempre agradecido más de lo que pueda expresar con palabras, por haber amparado á una sobrina tan encantadora y tan buena como usted, proporcionándome ocasión de conocerla.

Juanita se había puesto extraordinariamente pálida y apoyábase contra la pared, tratando de dominar una emoción profunda y embriagadora.

– Sr. Santiago, dijo al fin con voz temblorosa, no me hable usted así..., porque me hace daño, y al mismo tiempo me produce demasiado placer. Esas son palabras de París, que una pobre joven como yo no entiende. Adiós, Sr. Santiago.

Y entró en la casa con un apresuramiento que revelaba profunda turbación. El vizconde, muy pensativo, subió á su coche y partió.

IX

Cuando hubo franqueado la puerta del patio, tomó de nuevo el camino de Berneville; pero sin mirar ni una sola vez la campiña mutilada, cuyas espigas se levantaban penosamente, dejó á la yegua trotar á su antojo, con las riendas sueltas, indiferente á los vaivenes que hacían rebotar su vehículo sobre las piedras y en los baches llenos de agua. Reflexionaba é irritábase contra sí mismo. Aquel día se anunciaba mal: la tormenta, la desesperación de aquella buena gente, la pobre señora Chantavoine atacada de improviso por la enfermedad y ahora en lucha con la agonía, y aquella joven... ¡Ah, de esta última, sobre todo, no podía apartar su pensamiento, y decíase que era en alto grado interesante! ¡Qué diferencia entre ella y las feas lugareñas que de ordinario pueblan la campiña! Era una aldeana; pero no como las demás; bien lo había echado de ver, dos años antes, en su primer encuentro, durante aquella cacería..., y si la había olvidado desde entonces, el recuerdo adormecido que de ella conservaba despertábase ahora muy vivo..., demasiado vivo, puesto que se tradujo por un cumplido necio y una galantería de mal gusto. «Porque en fin – murmuraba con creciente irritación contra sí mismo, – supongo que no iré á coque-

tear ahora con la señorita de Chantavoine. He venido con el objeto de preparar mi elección, y no para ponerme en ridículo. ¿Por qué diablos habré hablado yo con esa muchacha? ¡Y qué singular aspecto tenía! . Aquella confusión, aquella contestación temblorosa, aquella huída .. ¡Vamos, vamos, sería demasiado estúpido; es necesario poner un poco de orden en todo esto!»

Poner orden era lo que estaba en el pensamiento del vizconde, contener el incendio que ahora no dudaba haber encendido en el corazón de Juanita; y con su fatuidad de parisiense, comenzaba á despreciar aquella victoria, juzgándola demasiado fácil. Por desgracia para la pobre joven, no se engañaba; lo que en él no era más que inclinación de capricho, admiración simpática, había llegado á ser ya para ella una pasión, y pasión sin esperanza...

Llegado á las primeras casas de Berneville, Santiago recordó que había prometido avisar al cura; en su consecuencia, dió un rodeo á fin de pasar por la rectoría, y después puso su yegua al trote por el camino de Varencieres. A medida que se acercaba, sus pensamientos tomaban otro giro, preocupándole la visita que debía hacer á Muterel. Le costaba mucho, porque comprendía que aquel hombre era un enemigo cuya influencia no se podía ocultar; mas la visita era inevitable, y estaba resuelto á hacerla al punto, comparándola mentalmente con una mala medicina que disgusta, pero que es preciso tragar cuando se está enfermo. Ahora bien: él lo estaba por causa de la agitación electoral, y sabía que para curar esta afección no debe haber vacilaciones en visitar á los adversarios ni en saludar á unos cuantos imbéciles.

Se apeó, pues, valerosamente delante de la puerta de casa Muterel, y después de encargar á su lacayo que avisase corriendo al médico, tiró resueltamente de la campanilla.

Un perro grande le contestó desde el patio, ladrando furiosamente; después oyó el choque de los zuecos sobre los guijarros, y una criolla mofletuda entreabrió la puertecilla que había junto al portal.

– ¿Está el Sr. Muterel en casa?, preguntó Santiago.

Al reconocer al vizconde, la criada tomó un aire confuso é indeciso que le hizo sonreir.

«Parece que no me esperaban,» pensó.

– No sé, contestó la criada, voy á ver.

Y dando media vuelta, se fué corriendo. El perro, sujeto con la cadena, siguió ladrando, á la vez que enseñaba los dientes. El vizconde permaneció un instante en la puerta, y después, perdiendo la paciencia, se dirigió hacia la casa. Cuando llegaba, la criada reapareció, y dijo «que el señor estaba en casa é iba á venir al punto.»

—Si el señor vizconde quiere tomarse la molestia de entrar...

Al penetrar en la cocina, Santiago recordó la boda, los tres pavos que se asaban delante de la chimenea, las filas de cacerolas hirviendo á lo largo de las paredes, el aparato fotográfico preparado en un ángulo más abajo, y al mismo tiempo el frío glacial de aquel día; de modo que involuntariamente sus fosas nasales se dilataron para aspirar de nuevo el olor de las viandas, mientras un estremecimiento corría por su espalda como si aún hubiese nieve en el patio.

Al mismo tiempo su mirada se fijó en la puerta de la sala donde se había celebrado el festín, y detrás de esta puerta, cerrada entonces, percibió un vago rumor, como de personas reunidas que hablasen con animación; pero la criada no le permitió detenerse.

– Si el señor vizconde quiere pasar al salón...

Aquel aposento parecía la sala de un dentista: en el centro, sobre la estrella central del suelo de madera, veíase una mesa de palisandro cubierta con tapete de felpa rojo; las cortinas de seda amarilla de ambas ventanas, levantadas sobre las abrazaderas, pendían con triste majestad; los cuatro sillones de terciopelo de Utrech color de tórtola, puestos como centinelas delante de la mesa, estaban colocados unos frente á otros con glacial simetría; y en la pared opuesta á las ventanas, entre dos puertas falsas pintadas de color de salmón, un espejo con marco dorado se destacaba sobre el fondo gris del papel, dominando un canapé en que se ostentaban dos almohadones paralelos. Sobre el reloj se veía sentado un Mario de cinc, como si creyese estar sobre las ruinas de Cartago, llorando de aburrimiento entre dos vasos de alabastro y un par de candelabros de bronce, alrededor de los cuales se arrollaba, cautelosa y pérfida, una serpiente dorada. Pero lo que allí triunfaba, lo que constituía el complemento del mobiliario, eran los dos taburetes giratorios y el *puf* con asiento de tapicería de fondo verde espinaca, sobre el cual se destacaban grandes flores rojas, obra maestra de la dueña de la casa, que atraía los ojos, los fascinaba, y cuando por un esfuerzo de voluntad se sustraían al fin á aquella atracción del verde y del rojo, conservaban largo tiempo como un doloroso pestaño.

– ¡Mil diablos!, exclamó el vizconde recobrando el equilibrio después de un resbalón sobre el suelo, encerado con exceso, he aquí un aposento poco hospitalario. ¡Tiembla uno sólo de pensar que podría desarreglar algo! ¡Y hasta me dan ganas de hablar bajo..., para no despertar á Mario! Bien quisiera sentarme, pero no me atrevo, porque esos sillones alineados como hortalizas me intimidan... ¡Pardiez, qué colores!.. ¡Ah! Me ocurre una idea..., voy á sentarme en el *puf*, volviéndome de espaldas á los dos taburetes y así no los veré.

Sentóse y quedó pensativo, arrullado por el *tic tac* monótono del reloj en el frío silencio del salón, con la nariz excitada por el olor de cera que ascendía del suelo.

Ya comenzaba á quedar adormecido cuando abriéndose la puerta apareció Muterel.

Había engordado mucho; su chaleco cruzado, sobre el cual se ostentaba una gran leontina de plata, apenas podía contener el abultado vientre, y su levita de cuello de terciopelo parecía resistir con gran trabajo el empuje de sus poderosos hombros. Su cuello, grueso y corto, sostenía una cabeza voluminosa de cabello rubio amarillento con patillas cortadas al ras, que servían de marco á un rostro descolorido con mejillas fofas, el cual hubiera parecido insignificante á no ser por el brillo de dos ojos atravesados; en la boca, de labios gruesos, vagaba una falsa sonrisa de vanidad.

Ante aquel gigante grotesco y vulgar, Santiago de Berneville se levantó irguiendo su talle esbelto, y alargó su pequeña mano, cubierta con el bien ceñido guante, hacia la manaza de cortos dedos, que sufrió el apretón sin corresponder con otro.

Los dos hombres se miraron un instante como asombrados de verse uno frente á otro, en un silencio hostil.

– ¿Conque ha venido usted á dar una vuelta por nuestro país, señor vizconde?, dijo al fin Muterel.

– Así es, contestó Santiago, y como no ignorará usted que mi viaje tiene un objeto electoral, he querido que mi primera visita fuese para usted, señor alcalde.

Muterel dirigió una mirada hacia la puerta, como para asegurarse de que estaba bien cerrada y que desde fuera no se podía oir, lo cual hizo recordar al vizconde el rumor de conversaciones que había sorprendido por el lado del comedor cuando entró en la casa.

– ¿Y la familia sigue bien?

– Sí, bastante bien, muchas gracias, y siento no poder decir á usted otro tanto de la suya.

– Es usted muy amable; todos siguen bastante bien.

– Vengo ahora de los Muriaux. Su suegra de usted se encuentra hoy peor, y acabo de enviar á mi criado para avisar al médico.

Muterel se estremeció.

– No le encontrará, dijo; no está en su casa.

– Pues dígame usted dónde se halla...

– ¡Oh! No importa; se le avisará cuando vuelva.

– Es que aseguro á usted que la señora Chantavoine me ha parecido muy enferma ..

– Esos ataques le sobrecogen á veces, y luego pasan, aunque podría dar la casualidad... Dispénseme usted un momento.

Y Muterel salió.

«Bien sé dónde se halla el médico, pensó Santiago; está en el comedor junto á la cocina; he caído en medio de una conferencia organizada contra mí, y los molesto... ¿No lo dije? En este momento cruza el patio.»

En efecto, Muterel acompañaba hacia la puerta á un hombrecillo á quien trataba de ocultar con su elevada estatura. Dos ó tres veces se volvió con aire inquieto hacia el lado del salón como si temiese ser espiado; pero el vizconde los veía á través de las cortinillas transparentes, y á pesar de las precauciones del dueño de la casa, no le costó mucho reconocer la silueta del doctor Tranchebize.

«En fin, se dijo el vizconde, no he perdido del todo el día; he perturbado una discusión de mi competidor, y gracias á mí, la pobre madre Chantavoine verá tal vez al médico un poco antes...»

– Dispense usted, señor vizconde, dijo Muterel entrando en la sala; he ido á decir que avisen al médico.

– ¿Está usted seguro de que le encontrarán?, preguntó Santiago tomando el aire más inocente del mundo.

– ¡Pardiez, no lo dudo!

– ¡Vamos, pues tanto mejor! Y ahora hablaremos, señor alcalde, si usted lo tiene á bien; después pediré á usted permiso para presentar mis respetos á la señora Muterel.

– Será mucho honor para nosotros.

– ¿Cómo? ¿Cree usted que he olvidado su casamiento, y que fuí yo quien condujo á la novia hasta los pies del altar? De esto hace ya tres años. ¡Qué rápidamente pasa el tiempo!

– Sí, es verdad.

– Pero ahora hablemos de cosas serias. Los diarios y los anuncios le habrán dado á conocer seguramente mi candidatura. Ya sabrá que me presento á la diputación.

– Ya me lo han dicho.

– Al obrar así, creo cumplir con un deber. Mi abuelo ha representado el cantón de Varencieres hasta su muerte, y mi padre, que le sucedió, fué á su vez consejero general aquí durante largos años.

– No le diré lo contrario. La plaza ha pertenecido largo tiempo á la familia de usted; esta es la verdad.

– ¿Hemos desmerecido en algo? ¿Hemos dejado de hacer el bien que nuestra situación nos permite dispensar al país? ¿Nos han encontrado alguna vez mal dispuestos cuando se ha recurrido á nosotros para obtener un apoyo ó un servicio cualquiera.

– Faltaría á la verdad quien tal dijera.

– ¡Ah! Ya sé que nosotros no tenemos la marca republicana, y sin duda nos acusan de ello Mi padre fué siempre francamente antirrepublicano, lo reconozco así, y añadiré que no quiere cambiar de opinión, pues ya comprenderá usted que á su edad...

– Seguramente; es su bandera.

– He aquí por qué después de un descalabro en el consejo general, no piensa en solicitar el cargo legislativo; pero yo, que soy joven, no tengo las mismas razones para no aceptar la República; sin duda que yo no la hubiera hecho; pero en fin, existe, y no veo qué se podría poner en su lugar por ahora.

– Esto es verdad.

– Pero yo no quiero la república de los radicales, sino una que permita á los que conservan recuerdos, tradiciones y creencias, no echarlo todo á barato; deseo una República grande, franca, tolerante y muy liberal...

– ¿Es esa la bandera de usted?

– ¿No la impone así el buen sentido?

– Algunos dicen que sí.

– Por lo demás, señor alcalde, en mi concepto, el diputado debe ocuparse ante todo de los asuntos de su departamento, consagrando á ellos su buena voluntad y su trabajo y mostrándose dispuesto á servir á todos sus conciudadanos sin cuidarse de sus opiniones. ¿No estoy en lo cierto, y no le parece que tengo razón?

– No podemos decir que esté usted en un error desde el momento en que esa es su bandera.

– Quisiera encargarme seriamente de los intereses del distrito, que en mi concepto se han descuidado un poco por la política de combate durante estos últimos años. Así, por ejemplo, la línea férrea de Varencieres debería estar hecha, y yo reclamaré sobre esto con la mayor energía.

– Seguramente que no haría usted mal.

– Bien sé que hay algunos que me aplican el epíteto de clerical; pero usted es lo bastante ilustrado, señor alcalde, para no dar á esta palabra las interpretaciones estúpidas que circulan entre ciertos sectarios. Sabe usted muy bien que yo no me propongo imponer mi religión á nadie, y no puede parecerle mal que yo pida para ella el respeto y la libertad. Usted me despreciaría si yo renunciase á mis ideas liberales, si con un objeto ambicioso hollase bajo los pies mis convicciones cristianas.

– Esto sería ir contra su bandera.

«¡Mi bandera, mi bandera!, murmuró el vizconde impacientado. ¿No encontrará por ventura este animal otra cosa que decirme?»

– En fin, señor alcalde, dijo levantando la voz, no tengo que hacerle mi profesión de fe; ya habrá leído la que he mandado publicar en el distrito, y sobre todo, usted me conoce bien. Soy del país como usted; los dos somos antiguos normandos, y me atrevo á invocar respecto á usted relaciones seculares entre nuestras dos familias. Bien valen algo estos recuerdos del pasado, y me parece que puedo decir, sin atacarle deslealmente, que mi competidor, llegado al país apenas hace veinte años, no tiene los mismos vínculos, ni puede, como yo, invocar los servicios prestados por varias generaciones de personas honradas.

– ¡Ah, pardiez, en cuanto á eso de ser más antiguo que Tranchebize entre nosotros, no hay duda que usted lo es!

– Por otra parte, repito que no conozco el caso de que nadie haya podido quejarse nunca de mi familia.

– No que yo sepa.

– ¡Pues bien: veamos, Muterel, y juguemos con cartas descubiertas! ¿Puedo contar con el curcurso de usted para mi elección?

Muterel se sobresaltó, desconcertado por aquella pregunta dirigida á quemarropa, y una mueca de descontento, que no pudo reprimir, contrajo sus facciones un segundo. Experimentaba el vivo sentimiento de contrariedad de muchos normandos cuando se les pone entre la espada y la pared y se ven obligados á hablar claramente, sentimiento que podría compararse con el asombro indignado de una mujer linda en presencia de un caballero importuno y mal educado.

Sin embargo, se repuso muy pronto; tomó de nuevo su expresión plácida, y dejando caer los brazos con desaliento, dijo con voz sorda:

– No puedo prometer á usted eso, señor vizconde; lo siento mucho, mas no puedo prometerlo.

– ¡Oh! No le pido á usted un compromiso formal; pero me parece...

– ¡No puedo!.. Usted no sabe lo que es ser alcalde; si supiera lo que es, si lo supiera... ¡Oh desgracia!

– Pues bien; dígame usted algo sobre ello.

– ¡Un alcalde, señor vizconde, un alcalde... es el criado de todo el mundo, ni más ni menos!

– ¡Ah! Es singular; yo creía que era todo lo contrario.

– Comprenderá usted que es preciso no ponerse en mal lugar con unos ni con otros; no se debe decir á aquel «tú eres mi amigo,» y después aparentar que se desprecia al vecino; sin este ten con ten, ¡cuántos disgustos se sufren!

– ¡Pero permítame usted! Yo no le pido que desprecie...

– Mire usted, señor vizconde, yo soy alcalde; es una desgracia, pero lo soy, y por lo tanto es preciso que me eleve...

– ¿Que se eleve usted?

– ¡Pardiez, sí! Es necesario que yo me eleve sobre todo el mundo, como si las cosas de las elecciones me pasaran tan por debajo que las ignorase completamente.

– Comprendo; quiere usted permanecer en las alturas como el águila. Es muy hermoso.

– Mi cargo es el que lo requiere.

– Lo siento por mí; pero al menos, si no me es usted favorable, tampoco puede serlo para mi competidor, y esto me consuela.

Muterel, fingiendo confusión, se rascó la cabeza con aire preocupado; pero al mismo tiempo deslizó hacia el vizconde una mirada, cuya expresión burlona y maligna sorprendió éste.

– Es que, dijo, el Sr. Tranchebize es consejero general, ya sabe usted.

– Sin duda...

– ¡Y el Sr. Tranchebize tiene buenas agarraderas!

– No comprendo.

– Quiero decir que no está mal con el prefecto, y esto es bastante importante para el distrito.

– Cuidado, Muterel, que se olvida usted de lo de *elevarse*...

– No, señor vizconde, nada de eso. Si yo fuera dueño de mi persona, ya vería lo que me conviene hacer; pero no soy dueño...

– ¡En fin, diga usted de una vez que está por Tranchebize!

– Estoy y no estoy y vuelvo á estar. Yo no debo ponerme mal con él.

– Va usted á combatirme; ya lo sabía; pero he querido tener la conciencia limpia.

– ¿Combatir á usted, señor vizconde? Seguramente que no; cuando uno es alcalde no combate á nadie.

– Pues no deje usted á todo el mundo decir que el doctor es su mayor amigo y que tiene en usted su más activo agente.

– ¿Pero es posible impedir á todo el mundo que hable?

– En fin, usted no puede negar que está en la mejor inteligencia con Tranchebize.

– No diré que esté mal con él...

– Siempre se halla en casa de usted.

– Yo no puedo poner á la puerta á ese hombre.

– No se ve á nadie más que á él en esta casa.

– También hay aquí otros algunas veces.

– ¿Conque me hace usted la guerra? Está bien; lucharé.

– ¿Y quién le dice á usted que yo quiero hacerle la guerra?

– Todo me lo dice: su actitud, su silencio, sus contestaciones...

– ¡Ah! Veo que no soy afortunado: si hablo le disgusto; si no hablo le disgusto también.



Deseo una república grande, franca, tolerante, liberal

El vizconde se levantó muy pálido.

– ¡A decir verdad, Muterel, me parece que se burla usted de mí!

Muterel no se movió; pero un pliegue irónico contrajo su labio, y con la misma mirada rencorosa de antes, siguió al joven, que recorría el salón á largos pasos.

Muy pronto Santiago reflexionó que manifestar mal humor á aquel campesino astuto era una torpeza; avergonzóse del movimiento de impaciencia á que había cedido, serenóse y volviendo hacia Muterel le dijo:

– Vamos, ya veo que no nos entendemos bien. Lo siento mucho, y aún espero que llegaremos á una inteligencia, pues no puedo creer que sea usted mi adversario. En todo caso, si la política nos separa, espero que fuera de ella nos conservaremos siempre buenos amigos.

– En cuanto á eso, señor vizconde, no diré lo contrario.

– Pero tampoco dice usted que sí, chancero normando. ¡Vaya, un apretón de manos y le dejo!

Y tocando aquella mano gruesa, inerte y blanda, se dirigió hacia la puerta.

Cuando se disponían á cruzar el patio, saludado por los furiosos ladridos del perro, que con su franqueza de animal no vacilaba en manifestarle claramente su hostilidad, una dama corpulenta, de colores muy subidos, que llevaba vestido negro de seda, sombrero de blonda con un lazo de cinta de color de fuego y balanceaba una sombrilla en la mano, apareció de pronto en el umbral de la puerta grande entornada; el vizconde reconoció en ella á Coralia. Regresaba después de hacer sus visitas, muy hueca por los elogios que había obtenido en casa de la señora notaria, la señora recaudadora y la señora del juez de paz, y volvía á casa con esa dejadez que conviene á las mujeres perezozas, coquetas, gordas y mal compuestas.

Al divisar á Santiago acompañado de su esposo, detúvose como alarmada; pero después, ante la actitud pacífica de los dos hombres, irguióse muy orgullosa, al ver un candidato en su casa y considerando que era ella la esposa del señor alcalde desde la cabeza á los pies. Redondeó sus gruesos labios, dió algunos pasos haciendo arrumacos, y al encontrar á Santiago en medio del patio, hízole la reverencia que tenía aprendida para las grandes solemnidades, aquella que, según los preceptos de la señorita Pompadoux, unía la dignidad categórica con la cortesía de la hospitalidad.

– ¡Cómo!, exclamó tartamudeando. ¿Otra vez el señor vizconde entre nosotros? ¡Qué suerte, qué feliz casualidad!

Santiago la miró algunos instantes sin contestar, algo confuso, porque le parecía horrible. Por fin sonrió con la mayor amabilidad que le fué posible, y apresuróse á preguntar por la preciosa salud de la señora Muterel.

– Como usted ve, señor vizconde, todo sigue en paz, contestó redoblando sus muecas. Si no fuera por este atroz calor. ., estoy sofocada. La tempestad me excita los nervios, y cuando truena me pongo hecha, como si dijéramos, una sensitiva...

– Y por otra parte, dijo el vizconde, debe usted estar muy inquieta por el estado de su madre.

Coralia tomó una actitud sentimental.

– ¡Es verdad, señor vizconde, mamá Chantavoine está muy quebrantada!

– Hace poco decía á su esposo que la había visto y estaba muy mal.

– ¿Ha ido usted hoy á los Muriaux?

– Ahora llego de allí, y la buena señora padecía tanto cuando me marché, que he mandado avisar al médico.

– Es mucha amabilidad por parte de usted; yo iré mañana para ver cómo sigue. Tal vez sea un efecto del temporal, como me sucede á mí..., pues aunque no haya llovido...

– En Varencieres no ha llovido; pero allá abajo...

Hasta entonces Muterel había guardado silencio; pero estremecióse al oir la última palabra.

– ¿Ha llovido en los Muriaux?, preguntó vivamente.

– ¡Ah, estimado señor alcalde, si no hubiera hecho más que llover; pero el granizo cayó antes que la lluvia!

– ¡El granizo, gritó Muterel, el granizo! ¿Conque ha granizado en los Muriaux?

El vizconde, sobresaltado, miró á Muterel con asombro, al ver que tenía el rostro lívido y los labios temblorosos.

«¡Oh!, pensó, parece que he tocado la cuerda sensible.»

– ¡Viejo estúpido!, exclamó el otro sin poder contenerse. ¡No ha querido asegurarse! ¡Ah! Es una noticia desagradable la que me da usted.

Y volviéndose hacia el vizconde añadió:

– Dice usted que ha granizado. ¿Ha sido mucho?

– Con abundancia, contestó el vizconde, pronunciando las palabras lentamente; todo está tronchado, triturado, y la cosecha se ha perdido por completo.

– ¡Ay de mí, qué desgracia!, murmuró Coralia.

– ¿Por qué no me ha dicho usted eso?, replicó Muterel con tono amenazador.

– ¡Pardiez, señor mío, porque no veía la necesidad de decirlo! Las malas noticias se saben siempre demasiado pronto, y sus suegros de usted no me habían encargado tan desagradable comisión. Hasta siento haber hablado de ello, puesto que tanto le aflige esa enojosa tempestad. Este desastre material, unido al pesar que le causa la enfermedad de la señora Chantavoine, será para usted un nuevo golpe, y yo sentía ya demasiado verme en la precisión de manifestarle algo sobre la enfermedad de aquella á quien tanto ama usted, para querer contristarle además con el relato de esa terrible granizada. En fin, contra lo irreparable, la resignación es el único remedio; y lo mejor que puedo hacer ahora es despedirme con estas consoladoras palabras. Hasta la vista, señor alcalde; señora, soy su más humilde servidor.

Había dicho todas estas palabras muy rápidamente, con un retintín burlón, incapaz de ocultar la satisfacción que le causaba la cólera de aquel rechoncho palurdo, antes tan dueño de sí mismo y tan insolente. Ganó la puerta con paso ligero, dejando á

Muterel en medio del patio, aterrado y furioso, y á Coralia silenciosa á su lado.

«¡Ah, tunante!, se dijo el vizconde recogiendo las riendas, al fin me ha tocado á mí también. ¡No tengo yo la culpa de que granizara en los Muriaux; pero ya que esto te enoja, á fe mía que no lo siento!»

Y sin querer continuar su correría, aunque aún era temprano, el vizconde volvió muy alegre á Berneville. Ya no pensaba en su elección, ni en la tristeza que había experimentado en la granja, ni tampoco en Juanita: solamente la gorda Coralia y su esposo ocupaban su imaginación divertida, riéndose á solas como un pillete al pensar en el mal talante que presentaban los dos, plantados en medio del patio, aturdidos por aquella noticia con que los había consternado, sin importarle que su despedida burlona acrecentara el odio que los dos le profesaban.

Pero cuando se halló por la noche en el pequeño comedor, sentado á la mesa sin más compañía que la del Sr. Fineuil, su empresario electoral, su alegría pasó muy pronto. Entonces debió ocuparse de cosas serias, oir el informe de su agente, referirle lo que había hecho durante el día y preparar de concierto con él el plan del siguiente. El Sr. Fineuil había recorrido el distrito, y como siempre, tenía mucha confianza y estaba contento de sí mismo; pero cuando Santiago le dió á conocer el resultado de su entrevista con Muterel, declaró solemnemente que aquello era grave, muy grave.

—Señor vizconde, dijo, permita usted á un viejo rutinario como yo observarle que no ha tenido bastante sangre fría, que en materia de elecciones es una cosa absolutamente necesaria. Ahora bien: las respuestas á la normanda y las sutilezas del señor alcalde de Varencieres le han impacientado, y se ha dejado usted llevar de un movimiento de irritación muy lamentable, que le ha inducido después á vengarse, recordando de improviso esa granizada que sus preocupaciones personales le hicieron olvidar en un principio. Permítame usted decirle una vez más que ha dado pruebas de poca experiencia, y siento no haberle acompañado á casa del Sr. Muterel. ¿No conoce usted el espíritu de ciertos campesinos, y no sabe que en ellos las cuestiones de interés se anteponen á todas las demás? En vez de guardar el granizo para el fin, era preciso comenzar por él, fingir que estaba usted trastornado por aquel desastre, lamentarse en alto grado de las víctimas, y hasta, lo cual hubiera sido muy hábil, indignarse con el yerno contra el suegro que no había asegurado la cosecha. La pobre mujer, su enfermedad, el médico y todo eso hubiera venido después, por ser cosa de interés secundario. Pero sobre todo, señor vizconde, no debió usted, para tomar una inútil venganza, abandonarlos así, como burlándose de aquel granizo con que acababa usted de aplicarles una ducha. ¿Para qué vengarse de un Muterel? ¡Valiente descubrimiento habrá hecho usted cuando se convenza de que tiene más talento que él! ¡Y adelantará usted mucho con ello! ¡He ahí un hombre que ya no le quería, y que ahora le aborrece!

—Tiene usted razón, Fineuil, dijo el vizconde con tono contrito, he procedido como un tonto.

—¡Vamos, yo no he dicho eso! Tan sólo ha sido usted imprudente, pero todo puede arreglarse. Bien mirado, ese alcalde se ha descubierto, y tal vez sea esto conveniente. ¡Pero tenga usted sangre fría, señor vizconde, más sangre fría! Un candidato no se debe asombrar de nada ni enojarse por nada, sino lisonjear á cada cual y sonreir á todo el mundo.

—¡Vaya un lindo oficio!, refunfuñó el vizconde desanimado.

—Pues no hay más remedio. ¿Quiere usted ser derrotado ó vencer?

—Está bien, Fineuil, soy de su parecer.

Y Santiago estudió dócilmente los planes de campaña de Fineuil; pero su entusiasmo de la primera hora se había enfriado mucho. Cuando hubo escrito á su novia doce páginas sobre combinaciones electorales, experimentó una vaga impresión de cansancio y desaliento, que se tradujo en la décimatercera sin que él se diese cuenta de ello, y que sirvió insensiblemente de transición para expresar en la décimacuarta sentimientos más tiernos. Dejaba de pensar en la Cámara de diputados para recordar que iba á casarse con una joven de la que estaba muy enamorado, y gracias á esto su carta, que comenzaba hablando de política, terminó con frases de amor.



Por fin sonrió con la mayor amabilidad que le fué posible, y apresuróse á preguntar por la salud de la señora Muterel

VII

Al separarse de Muterel, el doctor Tranchebize, después de enganchar su yegua blanca al vehículo de mimbres se había dirigido hacia los Muriaux, maldiciendo en su interior á la madre Chantavoine y su parálisis. Había visto entrar al vizconde, y aquella aparición súbita de su adversario interrumpió un período que él desarrollaba muy complaciente. Y ahora marchaba, esclavo de su profesión, mientras que el otro armaba tranquilamente sus baterías. A la verdad, esto era tener muy mala suerte.

Llegado á la granja ató su montura cerca de la puerta grande, y entró. Juanita y Chantavoine se precipitaron á su encuentro.

—¿Qué ocurre?, preguntó con voz adusta.

—Ocurre, contestó Chantavoine, que mi pobre mujer se va. Si no puede usted darle algo eficaz, creo que no llegará á esta noche.

El doctor penetró en la habitación de la enferma que estaba agonizando.

La examinó un momento, encogióse de hombros y volvió á salir.

—¿Qué tiene?, preguntó tímidamente Juanita.

—¡Pardiez, que está perdida! Déme usted con qué escribir.

—¿Cree usted que saldrá de esta?, preguntó Chantavoine, que se había quedado atrás.

—Mientras que haya vida hay esperanza; voy á recetarle, y esperemos los resultados.

Y el doctor comenzó á garrapatear.

—Tome usted, dijo después; que hagan eso inmediatamente en la botica.

—¿Es para beber lo de la botella ó para hacer fricciones?

—Para beber; pero que vayan pronto.

Chantavoine salió, entregó la receta al carretero, que salió al punto para Verancieres, y volvió á entrar, con los brazos caídos y expresión abatida, como agobiado por toda aquella desgracia que le perseguía desde la mañana. El doctor daba sus instrucciones á Juanita en voz baja; en la habitación contigua el estertor de la enferma resonaba lúgubremente.

—Vamos, me voy, dijo de repente Tranchebize.

—¿No hay que hacer nada más?

—Nada más. Tengo mucha prisa; hasta más ver.

Y se dirigió con paso rápido hacia donde estaba su yegua, que le esperaba soñolienta. Cuando se disponía á salir entraba el cura de Berneville. El doctor se detuvo al punto, como fascinado por aquella aparición inesperada; el sacerdote pasó de prisa, aparentando no verle, y llegó á la casa, en cuyo umbral Juanita estaba de pie, con la mano sobre los ojos, en actitud inquieta. Sin moverse de su sitio, Tranchebize había dado media vuelta, y su mirada torva seguía al cura. Cuando le hubo visto saludar á Juanita y penetrar en la casa encogióse de hombros é hizo una mueca; después dejóse llevar de la cólera y saltó hacia su vehículo, levantando los brazos al aire y blandiendo su bastón como para defenderse de una legión de sotanas.

En el camino encontró á Muterel, que con su carriola al paso se dirigía hacia la granja, deteniéndose á cada momento para examinar y evaluar los daños ocasionados por el granizo, pensando en sacar el mejor partido posible del desastre, y calculando hasta qué punto le sería posible utilizar en provecho propio la desgracia de su padre político.

Al verle, el doctor, en el colmo de la excitación castigó á su yegua, y el desgraciado animal, aturdido por aquella avalancha de golpes, intentó un galope. Al ruido de hierros que producía el vehículo de Tranchebize, Muterel interrumpió la contemplación de un campo de remolachas, cuyas hojas tronchadas cubrían el suelo, y contuvo su jaco, que al ver la yegua blanca había dado un salto, y ahora se revolvía entre las varas del vehículo, relinchando al ver aquella vieja amiga. Al mismo tiempo, el coche del doctor, tambaleándose de continuo, le recordó su madre política, en la cual no pensaba ya, y apenas Tranchebize estuvo al alcance de su voz, gritóle:

—¿Ha muerto ya?

¡Poco pensaba el médico en la buena mujer! Con mano nerviosa detuvo su yegua, y abrió la boca haciendo una mueca trágica; pero el caballo de Muterel, entusiasmado por la presencia del bello sexo, comenzó á dar resoplidos y á relinchar á más y mejor, permitiéndose varios saltos y corbetas, como haciendo la corte á su compañera, mientras la vieja yegua descargó algunas púdicas coces. En resumen, los dos hombres debieron apearse para coger sus monturas por la brida, y entonces Tranchebize pudo hablar.

(Continuará)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

EL MUSEO BIBLIOTECA DE ULTRAMAR, por *Antonio García Llansó*. – Meritísimo bajo todos conceptos es este trabajo realizado por nuestro compañero de redacción D. Antonio García Llansó: en él se hace una historia y una descripción detalladas de la Exposición general de las islas Filipinas celebrada en Madrid en 1877 por iniciativa del entonces ministro de Ultramar el poeta ilustre y eminente político D. Víctor Balaguer y del Museo y Biblioteca cuya creación fué consecuencia de aquel certamen. Al estudiar los objetos existentes en dicho Museo Biblioteca, no se limita el Sr. Llansó á presentar un catálogo más ó menos detallado, sino que la enumeración de los mismos le sirve de punto de partida para hacer un estudio tan interesante como exacto y completo de los usos, costumbres é industrias de aquellas apartadas islas del Pacífico. Por esta razón la obra que nos ocupa tiene doble atractivo, no sólo por la amenidad del asunto y por la manera de tratarlo, sino que también por la importancia de las cuestiones que con el mismo se enlazan: avaloran su interés gran número de grabados que representan varias vistas de la mencionada exposición y los principales objetos que figuran en el Museo Biblioteca. El libro ha sido muy bien impreso en la tipolitografía de D. Luis Tasso.

EL PORVENIR DE CENTRO AMÉRICA. – El último número de esta revista que se publica en San Salvador contiene bonitos grabados é interesantes artículos de Eva C. Verbel, E. Gómez Carrillo, Navarro Ledesma, Ismael G. Fuentes, A. Reyes, Isaías Gamboa y M. Fernández Juncos.

LA AVICULTURA PRÁCTICA. – El último número de esta importante revista, órgano de la Real Escuela de Avicultura de Arenys de Mar, publica interesantes artículos sobre la consuelda forrajera gigante del Cáucaso (con grabados), la gallina de Batavia y la mortalidad de los polluelos.



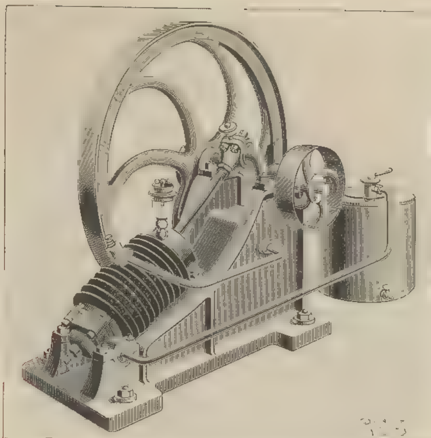
ALEJANDRO ZAIMIS,

nuevo presidente del Consejo de ministros de Grecia

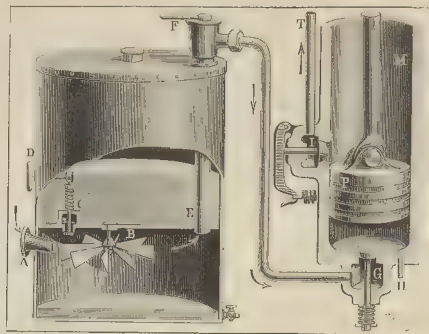
ALEJANDRO ZAIMIS,

NUEVO PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS DE GRECIA

Cuenta el actual presidente del Consejo de ministros griego 46 años, es sobrino de Delyannis y desciende de una familia ilustre de la moderna Grecia: su abuelo, Andrés Zaimis, fué uno de los que más fomentaron la guerra de la independencia; su padre, Trasíbulo Zaimis, desempeñó varias veces los cargos de ministro y presidente de la Cámara. Alejando Zaimis estudió en París la carrera de derecho y ejerce gran influencia en el Peloponeso, y es desde hace muchos años diputado por la eparquía de Kalavryta: en 1890 fué ministro de Justicia, en 1891 del Interior y en 1893 presidente de la Cámara. Su actual nombramiento le ha indispuesto con su tío. Si logra cumplir, aunque sólo sea en parte, el programa que expuso en la Cámara, los desacreditados partidos griegos sufrirán una transformación completa y radical. Por de pronto, su energía, demostrada por el simple hecho de haber reñido con Delyannis, le ha conquistado las simpatías del pueblo. Falta le hace esta energía al nuevo jefe del gobierno griego, tanto para mantener la cohesión necesaria entre sus compañeros de gabinete, y sabido es cuán fácilmente se ponen los gobernantes en desacuerdo en aquel país, cuanto para resolver las múltiples y espinosas cuestiones que el gobierno anterior le ha dejado en herencia, entre ellas el arreglo definitivo del tratado de paz con Turquía, arreglo que de día en día sufre nuevos aplazamientos y tropieza con reiterados obstáculos, y el de la hacienda, bastante maltrecha después de la última guerra sostenida contra aquel imperio. De voluntad enérgica no carece Zaimis, como queda dicho: es de esperar también que posea el tacto y la diplomacia suficientes para aunar voluntades y llevar á buen puerto la nave de Estado, como así lo deseamos por la simpatía que nos inspira el pueblo heleno, tan digno de mejor suerte. De todos modos el hecho de encargarse de las riendas del gobierno en circunstancias tan críticas, prueba que Alejandro Zaimis es hombre de resolución y político de talla.



Conjunto del motor de petróleo, sistema Loyal



Corte del carburador y del motor Loyal

MOTOR DE PETRÓLEO, SISTEMA LOYAL

Aunque los motores de petróleo estén fundados en el mismo principio que los de gas, ó sea la explosión de una mezcla detonante, difieren de éstos en ciertos puntos que permiten establecerlos con una sencillez de mecanismo que el motor Loyal ha llevado á su límite. Para el funcionamiento de los segundos se requieren cuatro golpes de pistón ó émbolo; para el de los primeros la vuelta completa del árbol motor se obtiene con uno solo. – El motor se compone de un carburador y del motor propiamente dicho. Aquél está formado de un recipiente cilíndrico separado en dos partes por un tabique horizontal y cuya parte superior contiene el petróleo de densidad 800 (800 gramos por litro). La mezcla detonante de aire y de petróleo se forma en la parte inferior del recipiente: el aire penetra por A, el petróleo por una válvula C que puede graduarse por medio de un resorte regulado por el tornillo D. El líquido cae sobre una pequeña rueda de aletas B, que gira alrededor de un eje vertical bajo la acción de la corriente de aire que penetra por A, á causa de la aspiración creada en E por el motor, y que puede regularse merced á la llave F. La válvula C regula, pues, la riqueza de la mezcla de petróleo, y la llave F la cantidad de mezcla enviada al motor por la acción aspirante del émbolo. – Por lo que respecta al motor, basta examinar detenidamente el corte esquemático que de él damos para que se comprenda su funcionamiento. Como partes esenciales, comprende un cilindro M, un émbolo P que actúa sobre la manivela por medio de una biela unida directamente al émbolo, una válvula de admisión G, otra de escape I que comunica con el tubo T y un tubito de encender de níquel H. El motor Loyal es de una sencillez notable que recomienda su empleo siempre que se necesite una potencia mecánica intermitente, fácil de poner en acción y de detener.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 15 de noviembre de 1897 — Núm. 829

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OFELIA

BUSTO MODELADO POR CRENTACOSTE

El más patético é interesante de los tipos femeniles creados por la poderosa imaginación de Shakespeare es sin duda el de Ofelia, la tierna amante de Hámlet, por lo cual no es de extrañar que pintores y escultores hayan tratado á porfía de inspirarse en él, y últimamente Crentacoste lo ha hecho objeto de una admirable obra plástica. Verdad es que solamente presenta la cabeza de la desgraciada doncella y la mano que cubre castamente el seno, teniendo aún la flor que acaba de coger; pero nos causa la ilusión de que vemos el cuerpo entero flotando en las aguas del lago donde halló la muerte, que oímos la melodía con que Ofelia, á pesar de tener la imaginación perturbada, se pinta á sí misma exclamando: «Blanca es la mortaja como la nieve de la montaña, toda ella rodeada de suaves y olorosas flores que bajaron á la tumba bañadas en torrentes de verdadero amor.» Pura y serena es la expresión del inanimado rostro de la doncella, como pura y serena era el alma de la amada de Hámlet, tan magistralmente creada por el dramaturgo inglés.

OBRAS MAESTRAS DEL ARTE MODERNO



LA MUERTE DE OFELIA,

busto en mármol, modelado por D. Crentacoste



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Sin imitar á aquella señorita desconocedora de las realidades, que indicaba para los pobres faltos de pan el remedio de que comiesen pastelillos y bizcochos, á mí me sucede que al oir hablar del «conflicto del pan» me cuesta trabajo comprender su importancia, porque el pan apenas lo pruebo. Aparte de que es alimento considerado muy malsano á poco que se adultere, y excesivamente fácil de adulterar mezclando á la harina cal y greda (medio casi infalible de producir dispepsias, anemias y tuberculosis), el pan, francamente, se elabora de tal modo, que es necesario tener un estómago de hierro para no estremecerse al pensar lo que comemos cuando llevamos á la boca un mendrugo. ¡Dios piadoso, y cómo se elabora el pan!

¿Lo sabéis, lo sospecháis acaso, pulcras lectoras, las que os enjuagáis la boca seis veces al día, las que os pulís las uñas al salir de un baño perfumado, las que pondríais el grito en el quinto cielo si divisaseis una manchita, una sombra, en el terso mantel, ó en el reluciente cuchillo una empañadura insignificante? ¿Lo sabéis, lo sospecháis, lectores exigentes, que si encontraseis en la sopa un pelo de la cocinera desertaríais de vuestro hogar y os iríais á comer de fonda? ¿Con qué creéis que se amasa el dorado bollito, tan apetitoso y coquetón, oculto entre la nívea servilleta? ¿Creéis que lo sazona la sal, que lo ha ligado el agua? Sudor humano es lo que traba la miga é impregna la corteza; sudor arrancado por la fatiga á cuerpos desaseados de operarios, que hunden los pies en la masa, y la patean y la soban hasta que está en punto de ir al horno.

A la verdad, estremece pensar que un artículo «de primera necesidad» sufre tales peripecias. Que los que temen el borrico en zorza se abstengan de chorizo y salchichón; que los que no gustan de la fécula de patata renuncien al queso de Gruyére, santo y bueno. Pero que si hemos de comer pan tengamos que ingerir lo más repugnante, lo que nos haría desmayarnos de asco, me parece una de las señales clarísimas del atraso de nuestra civilización, de su impotencia para hacer menos desagradable la vida. No vayáis nunca á una tahona los que seáis *paniegos*, como dicen en Castilla, ó *panegíricos*, como cuentan que decía un trastrocador de *voquibles* famoso en mi pueblo. No vayáis á una tahona, porque después no podríais ni ver el pan; á menos que sea una de esas honradas tahonas de mi tierra, donde se hace el pan *completo*, y donde las mujeres, remangadas, luciendo los blancos brazos rollizos, amasan con la mano – el instrumento de trabajo de las razas superiores, – mientras las inferiores, las amarillas, se sirven de los pies, como los jimios, ¡hasta para edificar!

Por otro lado, el «conflicto del pan» implica una de las muchas contradicciones económicas de que nuestra organización adolece. Hay artículos, y bien indispensables para la vida (no sólo de pan vive el hombre, dice la Escritura), que suben y suben y llegan á las nubes, sin que ni el Gobierno, ni la opinión, ni los diarios, ni los sociólogos, se enteren de cómo se remontan y llegan á la región de lo inaccesible. Sólo las amas de casa, clase modestísima y útil, se enteran de que aquel «renglón» va tomando proporciones aterradoras. Sube el petróleo; suben el carbón y la leña; sube la legumbre; suben los garbanzos, el aceite, el tocino y la carne; sube la leche; suben el chocolate y el café; suben los géneros, los aranceles y las contribuciones como la espuma, sin que nadie chille, sin que se crea amenazado el orden social. Lo único que no puede subir es el trigo, y el pan por consiguiente. ¿Qué dirán de esto Gamazo y sus electores y acérrimos partidarios, aquellos que le votarían á él antes que á D. Juan de Padilla que resucitase? – según me declaró un vecino de Villalar, por cierto en la misma casa donde Padilla pasó la última noche, víspera de su degollación.

Si Gamazo y sus electores y mi amigo el director del *Norte de Castilla* dijesen que esto es una injusticia manifiesta y una anomalía extraña, razón tendrían, vive Dios. No se concibe que subiendo todos los productos, se mantenga estacionario uno solo. Se objetará que el pan es el recurso del pobre. No; el pobre también necesita el resto: vestido, calzado, calefacción, bebida, luz y casa. El pobre mismo ha encarecido también; hablo del pobre que trabaja, del que gana su salario. Los jornales han aumentado sensiblemente en todas partes, y sobre todo en los grandes centros el obrero se cotiza quizás á doble precio que hace un cuarto de siglo. Estos son hechos, y la economía política, que decían antaño, los problemas económicos, que dicen ahora, con hechos se resuelven. De todas maneras, sin que intentemos resolver cuestión tan pavorosa, ¿no podría inventarse una máquina de amasar el pan que nos redima de los actuales procedimientos pedestres y hediondos?

***

¿Será cierto que la incredulidad, el escepticismo y el materialismo ganan terreno cada día? ¿Será verdad que no se espera en el más allá ni en la vida futura? Estoy por decir que, al menos en apariencia, nunca se habrá creído en ella más firmemente. Tomemos por norma el respeto y veneración á los muertos. El culto de los manes se ha dicho siempre que revelaba la convicción profunda de la inmortalidad del alma. Si pensásemos que detrás de la losa no hay más que un puñado de ceniza, y que esa ceniza es cuanto nos queda de los seres queridos, no se explicarían las asiduidades y los cuidados que vemos consagrar á las tumbas. Del cementerio antiguo, triste, abandonado, invadido por las hierbas y las ortigas, donde los muertos se quedaban tan solos, al cementerio actual, esmeradamente cultivado como un jardín, espléndidamente iluminado en estos días, embalsamado por las flores, atestado de coronas y exvotos, va sorprendente diferencia. Se multiplican los mausoleos lujosos y las capillitas recordatorias; los escultores tienen un porvenir abierto por la muerte; el mármol blanco invade nuestras necrópolis, poblándolas de bustos de azúcar de pilón y obeliscos de confitería; pero sobre todo los floristas, industria nueva, se aprovechan de esta creciente devoción á los manes.

Días hay en Madrid en que no encontraríais á las tres de la tarde, ni aun pagándola á peso de oro, una violeta, una lila, una camelia blanca, un crisantelmo (*crisantelmo* se dice en castellano, y no *crisantema*, aunque el Diccionario de la Academia, con su acostumbrada y encantadora concisión de sordo mudo, no lo traiga de un modo ni de otro). No encontraréis, repito, ninguna flor de las que con más ó menos propiedad se aplican á las coronas que á los muertos se ofrecen. En cambio, algún carro fúnebre desaparecerá bajo la carga de tanta corona inmensa, cuyas cintas llevan grabado en oro el nombre del donante. Esta novedad de las coronas es francesa, y ha venido á sustituir casi por completo á la costumbre rancia y española de las misas y los sufragios por el alma; y al reconocerlo, me dan impulsos de desdecirme y de afirmar que, en vez de probar tantas flores y tantas luces una creencia espiritualista, lo que prueban es que á falta de la fe, la vanidad, la ostentación y la rutina saben hacer prodigios.

Las coronas son muy bonitas, ¿quién lo duda? Producen un efecto grato á la vista y al olfato, cubriendo y disimulando la lividez del cadáver, engalanando el ataúd, revistiendo de los esplendores de un mes de mayo la negrura de las últimas horas. Pero las coronas cuestan un sentido, miles de duros, de que se aprovechan las tiendas de flores naturales y artificiales y las de cintas de raso y gro; y si somos cristianos, si somos católicos, si esperamos en la gracia de Dios y en el colectivismo admirable de los sufragios, haríamos bien en reservar un poco de lo que se gasta en *rositas* para ofrecer el Santo Sacrificio por las almas de los muertos, y en elevar á Dios el aroma de las preces y el solemne eco de los salmos del Oficio de difuntos.

La muerte es cosa muy seria, muy trágica – á pesar de que el hábito diario nos ha familiarizado con ese terrible tercer acto del drama de la vida. – Sólo la Iglesia ha sabido revestir de dignidad y de respeto los últimos instantes, el duelo, la aflicción y el sepulcro. En esto sí que no caben innovaciones, como las que solicito y deseo para elaborar el pan. Lo tradicional me parece insustituíble, y aunque no me lo pareciese por razones más altas, me lo parecería por conveniencia y decoro. Todas las coronas del mundo no son nada al lado de una misa; y si se trata de lujo, en vez de coronas me agrada sobre las sepulturas el gran paño heráldico, ricamente bordado, que cubrió los restos del padre y cubrirá los de los hijos, simbolizando la familia y la religión á la vez.

En grave apuro se vería el que investigase el origen de las ideas que se refieren á la muerte, al encontrarlas diametralmente opuestas en una misma raza, la raza aria, por ejemplo. Nosotros creemos que la tierra es sagrada cuando la bendice el sacerdote; y porque la creemos sagrada depositamos en ella algo sacratísimo, los restos de nuestros muertos, lo que nos queda de lo que más se amó; y los parsis, por el contrario, al creer que la tierra es santa, tendrían por un sacrilegio enterrar en ella á los muertos, pues juzgan que sería impurificar y manchar el seno de la tierra. De ahí esos enterramientos tan extraños, esas torres fúnebres llamadas con expresiva frase *del Silencio*, en las cuales los cadáveres, descubiertos, se desecan al sol, por el procedimiento de los higos pasos, hasta que se disuelven del todo, y quedan los huesos blancos, mondos y limpios, que van hacinándose en un rimero en el fondo de la torre. Coinciden en esto con los maoríes, gente muy religiosa á su modo, que cuelga los muertos de los árboles, en una especie de hamaca, á estilo de nido de pájaro. Pero, sin género de duda, el modo más extraño de sepultar á los muertos es el que gastan otras tribus más salvajes aún que los maoríes, y más supersticiosas, más *animistas* en sus creencias. Anticipándose á Brown-Sequard, suponen que el que come del cuerpo de un valiente se hace valiente como él, y el que come de un sabio se asimila la sabiduría; así es que el sumo honor fúnebre entre esas tribus es ser devorado, al son de músicas discordantes. Si es cierto que el cuerpo del hombre es templo y alcázar á la vez, ¿qué mejor panteón que un templo y un alcázar? Por eso, no ha muchos días tuve ocasión de leer un interesante articulito, donde se demostraba que la antropofagía no se ha de considerar, como han creído hasta hoy los ignorantes, un acto de salvaje y bárbara crueldad, sino una ceremonia religiosa, que demuestra en alto grado la fe y la piedad de los que lo ejecutan y su espiritualidad delicada y exquisita.

¡Oh, mis colegas los escritores!

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

La *interview* se ha hecho hoy en día una costumbre general y, lo propio que el afán de autógrafos, es una mala costumbre que los europeos han importado de América. En el terreno político puede quizás significar algo porque por este medio le es dado á un hombre de Estado decir algo que conviene que sepan sus adversarios ó los demás Estados, pero ¿á qué conduce *interviewar* á un artista? Este se guardará muy mucho de hablar de sus colegas; sus principios en materia de arte no son ningún secreto; para influir en el público le bastan sus obras; explicar sus actos de la vida privada ó de familia no es cosa que haya de serle muy agradable. ¿De qué hablará, por consiguiente? Y sin embargo, el que intenta sustraerse á esta plaga se perjudica, exponiéndose á ser pasto de las malas lenguas. *¡O tempora, o mores!*

***

No deseo tener más dinero del que exigen las necesidades de mi vida: lo superfluo no entra en mi modo de ser, y la acumulación de bienes, aun cuando sea con objeto de dejarlos á los hijos, me parece censurable. Aunque sea cruel, encuentro mucho más justo obligar á los hijos, después de haberles dado una educación completa, á que se ganen por sí mismos la subsistencia, y en cuanto á las hijas, cuando se casan, no darles más dote que el necesario para que el marido, en tiempos adversos, no pueda echarles en cara que ha de mantenerlas.

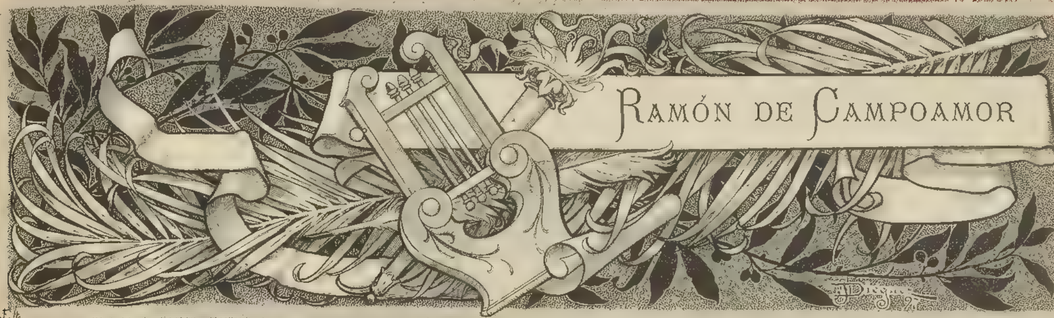
***

Paréceme que junto á una mesa de escribir iluminada por la luz eléctrica los pensamientos toman un carácter distinto del que revisten cuando aquélla está alumbrada por velas de cera ó de sebo; que con la primera han de ser de índole más optimista y más pesimista con las últimas. ¿Será, acaso, una característica del pesimismo el hecho de que le diera vida una iluminación insuficiente?

***

En el transcurso de los siglos, los sabios, los filósofos y los naturalistas han investigado y penetrado todos los fenómenos de la creación y han podido explicarlos á la humanidad. Sólo dos cosas no han podido explicar, el principio y el fin. Por esto la humanidad habrá de tener eternamente un Dios, una religión y una iglesia.

ANTONIO RUBINSTEIN



CAMPOAMOR

«Germinal,» Revista de la *gente nueva,* consideraba hace pocos días al octogenario Campoamor como uno de los suyos y como más revolucionario que muchos seudo-liberales, á pesar de que el insigne autor de las Doloras ha sido y sigue siendo, quizá por el buen parecer, reaccionario y conservador. No pretendía «Germinal,» como humorísticamente decía el ilustre vate, que le llevasen á la cárcel á concluir su envidiable vejez, sino que anhelaba poner de relieve una verdad inconcusa, la de que Campoamor-artista es más revolucionario que Campoamor-consejero de Estado conservador.

¡Sí!, es de la *gente nueva* el gran poeta, *dont l'Espagne est si justement fière.* Y lo es, porque, á pesar de su conservaduría, contra sus desplantes autoritarios y hasta aristocráticos, frente «á sus aficiones á pasarlo bien y á sus hábitos de pereza,» Campoamor, el artista genial, es *per sæcula sæculorum* un *agitador de ideas.* No es filósofo, ni didáctico, ni reflexivo; se prenda de lo intuitivo, de lo plástico, del lenguaje por imágenes y proclama como dogma de su estética el *arte por la idea.*

De su filosofía, que ha publicado en dos doloras en prosa — *El Personalismo* y *Lo Absoluto,* - formula el juicio zumbón, que oyó á uno de sus administradores, que parece pidió dichas obras, las leyó y devolvió, diciendo: «la remesa de las Metafísicas del amo equivale á mandar expresiones, que es como no mandar nada.»

De su afán didáctico protesta el escepticismo que surge de todas sus poesías *(el color del cristal con que se mira),* escepticismo que rabia de verse junto con el plácido y bonachón aspecto de creyente, que de su exterioridad de burgués aburrido irradia el pastoso Campoamor.

De su criterio político, que acentuó refutando «La Fórmula del Progreso» de Castelar y confirmó con sus doctrinarismos aristocráticos, no se ha separado un ápice, siquiera no haya llegado á la Meca de todos los políticos, á la poltrona ministerial, porque nunca supo quitar motas, ni tomar aires de seriedad ridícula. Si le preguntaban: «¿por dónde es usted diputado, D. Ramón?,» contestaba: «por Romero Robledo.»

De su ambición decía: «Yo tengo el honor de despreciar la gloria y el dinero.» Quizá es esta declaración de las que carecen de ingenuidad (¡y cuidado si el gran poeta es ingenuo!). «No he necesitado nunca dinero,» repite con frecuencia Campoamor, y aun es creíble que lo haya despreciado siempre. ¡Pero la gloria! ¡Qué hermosa mentira, aun referida á lo que llama la *fama infame!* Campoamor ha sido (y aún sigue siendo) una sensitiva; ha soportado la censura, pero no le ha gustado jamás. Por evitar una crítica acerba era capaz de cometer una injusticia con sus adversarios y hacer bien á sus enemigos. Para negar que había plagiado una poesía de Víctor Hugo, dijo que no sabía una palabra de francés y no ha habido quien le arranque declaración en contra; porque, ¡debilidad de los grandes!, quiere ante todo aparecer como hombre que nada sabe y que no estudia...; él, el gran poeta-psicólogo, que todo lo lee y que medita los asuntos de sus hermosas Doloras y aun los vive como Gœthe su *Werther.*

A través de su ortodoxia (garantida por la elegancia devota, que mezcla en el *boudoir* el incienso á que huele el devocionario con la mostaza de las Doloras), apenas si podría caminar, con grave riesgo, el ingenio sutil de un Duns Scott. Las raíces de su sensualismo poético ahondan en el misticismo literario; pero, como todos los místicos, convierte lo religioso en la novela de lo infinito y habla de la religión del amor *(Los Grandes Problemas),* como pudiera hablar el más emancipado de lo dogmático. Carece Campoamor de la fe del carbonero, «aunque prefiere ir á misa á reñir con su mujer;» no le seduce la fe razonadora de Balmes, ni el celo ardiente de Fernán Caballero, ni la creencia militante de tanto obispo de levita. Cree en la religión de la belleza y odia la democracia por antiestética. Y del cristianismo acepta su carácter poético y la hermosa melancolía de su pesimismo, que *concibe,* pero que *no siente,* pues


D. Ramón de Campoamor

> Vive con la manía
> De maldecir de su feliz estrella,
> Y cual buen pesimista en teoría
> Le va en la vida bien y habla mal de ella.
>
> *(Los Buenos y los Sabios)*

Convierte Campoamor la ictericia moral del pesimismo, tinte gris de su grata existencia, en penumbras y contrastes para describir los flagrantes delitos de inconsecuencia, en que sorprende á la gente *d'elite (Los Grandes Hombres, Antinomias del Genio).* Para ello tiene como único lema el *arte por la idea* y dentro de él la originalidad, sin hallar óbice en lo paradógico. Es él mismo *una paradoja de carne* y se complace en darse aires de conservador y en verse evocado por los revolucionarios como porta-estandarte de toda protesta.

Pero, *experimentum crucis,* en medio de la paradoja, agitando ideas, aun las más contradictorias, Campoamor es un poeta de cuerpo entero; es *el poeta,* aparte todo ditirambo. Y por lo mismo es contradictorio, es un *Proteo.* Ya lo hizo notar Schopenhauer: «El poeta es el resumen del hombre en general.» Cuanto, en circunstancias dadas, ha sentido la naturaleza humana, cuanto alguna vez ha hecho latir el corazón, otro tanto es la materia sobre la cual trabaja el poeta, apto para cantar la voluptuosidad y los objetos místicos, para ser Anacreonte ó Angel Silesio, escribir trágica ó cómicamente y retratar un carácter elevado ó vulgar. Nadie puede impedirle ser moral, piadoso, cristiano, ni censurarle que no lo sea; verdadero espejo de la humanidad, pone ante sus ojos cuantos sentimientos la agitan. Los grandes poetas penetran en los personajes que representan y como ventrílocuos hablan por la boca de cada uno de ellos, ahora con el tono del héroe, después con la delicadeza del niño inocente, siempre con igual verdad y naturalidad. Estos grandes poetas son, entre otros, Gœthe y Campoamor, libres del *egotismo* y jamás protagonistas de sus obras para llorar fe perdida ó maldecir dudas que no se disipan.

De tan buena cepa es el gran poeta Campoamor. ¿Por qué han de acusarle alguaciles de la conciencia, cuando ésta es incoercible, si ha conseguido que sus audacias volterianas y su *perfidia* sean paladeadas hasta por los más timoratos? Ha sabido unir la candidez de la paloma con la astucia de la serpiente; ha conseguido administrar aun á los más ortodoxos el veneno (según otros el tónico) de la duda en píldoras doradas. ¿Es ó no revolucionario?..

Jefe político de la provincia de Castellón el 54, Campoamor contestó al conde de San Luis, cuando le estimulaba á la reacción y á la arbitrariedad: «En esta provincia no hay temor de que el orden se altere, porque no tenemos ni un soldado.» De Campoamor, que ha asistido en vida á la apoteosis de su gloria (y el inocente embustero dice que la desprecia), no habla mal nadie, ni aun los muchos que le envidian. A su excelsitud como artista añade la condición ingénita de la bondad. *Vir bonus natus.* No tiene que esperar á no llenar hueco para que comiencen las alabanzas. El coro general de ellas suena armoniosamente hace ya muchos años con Ayala, que, sintiendo la influencia de Campoamor y viéndole tan descreído, no le quería tan bueno:

> «No prediques el amor,
> Te lo pido por Dios vivo.
> Hazte malo por favor,
> Que no serás tan nocivo
> *Siendo... un poco peor.*»

A nadie extrañará que cuando el Gran Anciano llega á la puerta de la librería de F. Fe, sin poder bajar de su coche, en busca de alguno de los muchos y muy sinceros admiradores, que se complacen en saludarle, se sombree su risueña fisonomía con el temor del Gran Misterio (la muerte). Si alguno quiere animarle con paliativos *ad usum Delphini,* podrá contestar el inmortal Campoamor como Aristipo. Asustado éste de una tempestad, excitaba la risa de los ignorantes, que carecían ó aparentaban carecer de miedo, y Aristipo les decía:

«Es que hay mucha diferencia entre lo que tenemos que perder.»

U. González Serrano

Madrid, octubre de 1897.



Y luego que volvía á casa el simpático mudo dibujaba con suma ligereza las siluetas de los oficiales y aprendices del taller (dibujo de Huertas)

CUADROS POPULARES

LA BODA DEL SEÑOR MARTÍN

I

Boda más sonada que la del Sr. Martín no habrían conocido seguramente los más antiguos feligreses de San Lorenzo, y eso que para bodas sonadas y de rumbo no hay otra parroquia como la que tiene por titular el insigne santo de las parrillas. De antiguo reside en aquellos barrios la flor y nata de la majeza y la guapeza de Madrid, y si no hay allí capitalistas y banqueros, de esos pobres banqueros que viven amarga vida haciendo cálculos y combinaciones con que sumar millones, y en esta ruda faena pierden la salud y adquieren la diabetes y otras enfermedades de que mueren, existen no pocos sujetos bien acomodados que poseyendo modesta fortuna, producto del trabajo y del ahorro, son más felices que aquellos otros, y pasan mejor vida con más salud y menos quebrantos, y también pueden considerarse más ricos, en puridad, con un saneado capital de alegría y de buen humor, que vale lo que no vale todo el oro del mundo.

El Sr. Martín era uno de estos dichosos feligreses de San Lorenzo; pero para ser enteramente feliz, más cerca ya de los cincuenta que de los cuarenta años, creía que le faltaba una buena moza por compañera, con la bendición del cura, se entiende; y á fe que tuvo la suerte de encontrar el mejor ejemplar del bello sexo que existía en el barrio de Lavapiés, y estoy por decir, aunque parezca exageración, que en toda España. Y desde que se corrió por el barrio que el señor Martín, el cerrajero, se casaba con Margarita, la hija de sus vecinos los prenderos, túvose por cosa cierta que la boda sería un acontecimiento de gran resonancia, porque el Sr. Martín gozaba legítima y bien ganada fama de espléndido y dadivoso, y si había echado, como suele decirse, la casa por la ventana con motivo de sacar de pila á chiquillos de la vecindad ó de apadrinar en sus bodas á la hija de un amigo, ¿qué no haría tratándose de celebrar su propio enlace con aquella hermosísima doncella que era gala y honor del populoso barrio? Y en verdad que nadie podía persuadirse de que la linda Margarita fuera hija del tío Polonio, el más arrastrado y enredador de los ropavejeros, y de la tía *Ulogia*, su digna esposa, que semejaba propiamente la estampa de la herejía, y si él tenía merecido renombre de borracho, pendenciero y cobardón, de ella sabía todo el mundo que era horrible de rostro, larga de lengua y de manos, tramposa, embustera y trapisondista... Fué capricho singular de la naturaleza que de la unión de aquellos dos demonios naciera dulce y angelical criatura, hermosa sobre toda ponderación, y con ser tan hermosa de cuerpo, más hermosa de alma que de cuerpo.

II

Martín, al cumplir los ocho años, había perdido á sus padres en un día, víctimas de la epidemia colérica. Gentes extrañas echáronle de la buhardilla donde aquéllos habían muerto, y del arroyo le recogió un matrimonio pobre y caritativo. El marido era cerrajero y dueño de un pobrísimo taller que le producía muy poco dinero. Envió al huérfano á la escuela municipal donde aprendiera á leer y escribir, y luego le enseñó el oficio, todo lo que él sabía del oficio, que no era mucho. No podía hacer más en favor de su hijo adoptivo aquel honrado menestral. Aplicóse tanto Martín, que en pocos años supo de cerrajería muchísimo más que el maestro, y gracias á su hábil trabajo y á su actividad hizo que adquiriera cierta importancia el triste y desmantelado taller del Sr. Laureano, y allí donde antes no se hacía más que enderezar alguna llave y forjar cerrojos é instrumentos ordinarios, todo cosa de poco valor y de ningún mérito, hiciéronse balcones decorados, verjas, barandillas, cerraduras artísticas y otras obras que dejaban regular utilidad y proporcionaban crédito y parroquianos á la casa. Y se ensanchó el taller, y la fragua funcionaba día y noche y ya no se veía solos al maestro y á Martín; quince, ó más, oficiales y aprendices trabajaban allí á las órdenes del huérfano, á quien el Sr. Laureano había confiado la dirección de la cerrajería, seguro de que lo haría mejor que él mismo. El pobre del Sr. Laureano enfermó, y después de estar dos ó tres años cayendo y levantando murió en los brazos de su mujer y de Martín, pidiendo á éste que no abandonara á la viuda mientras ésta viviera, y que la amara como cariñosa madre que había sido para él. Cumplió como bueno Martín la postrera voluntad de su bienhechor, y continuó dirigiendo el taller y cuidando con filial cariño á la viuda de su maestro, que tampoco tenía buena salud. Martín no conoció las naturales expansiones y los legítimos placeres de la juventud; ni tuvo novias, ni frecuentó bailes, cafés y paseos; ni se distrajo un punto de su ruda labor y de la conservación de la vida de la excelente mujer que le llamaba hijo. Y aun contrajo otra obligación, queriendo imitar la virtud de su llorado maestro.

En la casa donde estaba el taller había muerto, en una buhardilla como la en que él nació, la infeliz madre de un hermosísimo niño de ocho años, á quien cierto pariente de pocos recursos y de menos corazón, no pudiendo hacerse cargo del huérfano, decidió llevarlo al hospicio. Súpolo Martín y no lo consintió. Él mismo cogió en sus brazos á la desvalida criatura y la llevó á los que siempre habían sido para él amorosísimos, á los de la bonísima mujer á quien llamaba madre con profunda gratitud y con amor infinito. Y experimentó Martín un movimiento de legítimo orgullo al considerarse protector de aquel niño desventurado, y le amó como si fuera hijo de su propia carne, y más le amó porque el huérfano era doblemente desgraciado: era mudo.

La viuda del Sr. Laureano, aunque tan enferma estaba, vivió largo tiempo, gracias á los exquisitos y amorosos cuidados que le prodigó el agradecido Martín, y ya rayaba éste en los cuarenta años cuando el alma buena de la bondadosa mujer voló á unirse en el cielo con la de su honradísimo esposo. Martín fué dueño del gran taller de cerrajería y de todos los ahorros que había hecho la viuda; ésta había tenido el buen acuerdo de otorgar testamento sin que lo supiera su hijo adoptivo; á no ser por esta previsión, lejanos parientes de aquella habrían heredado lo que era, en puridad, producto exclusivo del trabajo y de la honradez de Martín. Obtuvo, pues, la merecida recompensa de tantos años de incesante labor, y con más recursos que antes pudo anchamente completar la educación de su protegido, el pobre mudo, que, de complexión delicada, había sufrido penosas enfermedades, necesitando asiduos cuidados que no le escatimó el bueno de Martín, empeñado en conservar aquella vida constantemente amenazada. Todo cuan-

to Martín pudo reunir, que nunca en vida de la viuda quiso cobrar más que su modesto jornal, todo lo había empleado en beneficio de su amado Andrés, que no habría sido más agasajado y más solícitamente atendido si hubiera nacido de príncipes. Y estaba orgulloso Martín de haber triunfado en su nobilísimo propósito de vigorizar y fortalecer la flaca naturaleza del mudo, y experimentaba una satisfacción inmensa, un placer incomparable del espíritu cuando Andrés, educado también por Martín cristianamente, le echaba los brazos al cuello ó le besaba con la mayor ternura. Era Andrés de viva y clara inteligencia y pronto aprendió á leer y escribir, y mostraba afición especial á las bellas artes. El Sr. Martín, así le llamaba todo el mundo en el barrio, llevábale los domingos al Museo; allí vió el cerrajero cómo se animaba el semblante de su protegido, cómo fulguraban sus ojos contemplando aquellas maravillas de la pintura y de la escultura, y cómo se esforzaba en expresar el asombro que producían en su ánimo. Y luego que volvía á casa el simpático mudo reproducía de memoria alguna figura ó algún grupo de los que había visto en el Museo, ó dibujaba con suma ligereza y notable exactitud las siluetas de los oficiales y aprendices del taller, ó se complacía en retratar á la niña gentil cuya angelical figura semejaba aparición fantástica en medio de las siniestras sombras de la hedionda cueva donde *Polonio* y *Ulogia* tenían establecida la prendería.

ca, respondona, aviesa y de mala sangre, y ya andaba él discurriendo modo y manera de prescindir de los servicios para sustituirla con cierta buena moza, que habiendo quedado viuda deseaba hallar una casa donde servir á señor solo y formal, de posición desahogada; que para pasar hambre y trabajos, ya los había pasado bien grandes con el difunto.

Instaláronse los fugitivos en una lóbrega y sucia tienda frente por frente á la cerrajería, y dedicáronse á esta industria de comprar y vender cosas viejas, ropas, calzado, muebles más ó menos averiados, colchones de difuntos, en fin, todo lo que se les ofrecía en buenas condiciones económicas; también prestaban á interés módico de real diario por duro á los vendedores ambulantes del barrio que no tenían capital, y no les hubiera ido mal del todo con su industria si hubiesen observado otra conducta, pero *Ulogia* era una mujer incapaz de toda prudencia y cordura, y no tardó en indisponerse con los vecinos y con sus mismos parroquianos, porque todo lo que sabía lo había de contar y no podía guardar un secreto un cuarto de hora siquiera, y así tuvo que andar á la greña con algunas *señoras*, que si ella era larga de manos no eran cortas las otras, y más de una vez ocurrió que en lucha la prendera sin vergüenza á puñadas, arañazos y mordiscos con verdulera ó con cintera de la calle, vió el público divertido algo más que las enaguas, nada limpias, de la *Ulogia*, teniendo que ampararla los guardias del orden, por donde fué

taban su trato gentes maleantes, tales como mujeres perdidas que empeñaban allí en sus continuos apuros las más precisas prendas de ropa; traperos de la calle que le surtían de pingajos por unos pocos céntimos; timadores y rateros que llevaban relojes *ganados* en la vía pública, en el tranvía ó en las iglesias y en todo sitio donde había apreturas, y como les urgía deshacerse de aquellas alhajas comprometedoras vendíanlas por muchísimo menos de su valor... Este ilícito comercio llegó á poner en grave aprieto á Polonio y su mujer, porque un día que no quisieron dar á un acreditado timador un dinero que les pidió para una urgencia, el juez recibió denuncia anónima de que en el tenducho de los toledanos hallaría muchas alhajas de mala procedencia, y en efecto las encontró y los puso á la sombra, dejando en libertad á la niña Margarita, á quien desde luego consideró inocente. Fué aquel golpe muy sonado; reunióse mucha gente delante de la nauseabunda tienda mientras estaba allí el Juzgado; y así como nadie tuvo lástima de los presos, á todos compadeció la situación en que iba á quedar la niña, que ni casa tenía, pues el juez mandó cerrar la tienda, y el escribano, después de poner los sellos correspondientes se guardó la llave. Pero allí estaba el Sr. Martín que, siempre noble y generoso, se hizo cargo de la hermosa criatura y la llevó consigo, diciendo á *Ulogia*, que no por ser mala mujer dejaba de ser madre y se afligía al separarse de Margarita: «Vaya usted tranquila por



En el Museo vió el Sr. Martín cómo fulguraban los ojos de su protegido contemplando aquellas maravillas de la pintura y de la escultura (dibujo de Huertas)

III

El tío Polonio y su digna esposa la tía *Ulogia*, como la llamaban todos, sin duda para economizar una letra, habían venido fugitivos de la provincia de Toledo; en uno de aquellos pueblos servía ella en casa de un labrador bien acomodado, y habiendo conocido al interesante Polonio, que era, aunque feo, seductor á su modo, encalabrinóse la mujer de tal suerte que, sugestionada por su enamorado, cogió un puñado de onzas de las que tenía el amo en un puchero enterrado en la cuadra, y los dos viniéronse á Madrid, donde celebraron sus bodas luego que *Ulogia* se restableció de haber dado á luz á Margarita. El labrador toledano había tenido no sé qué obligaciones con la madre ya difunta de *Ulogia*, y por esta consideración no quiso dar parte á la justicia para que fuera perseguida la doméstica infiel, sobre que la pérdida de aquellas miserables onzas no le causaba gran perjuicio, porque era poseedor de otras muchas, y precisamente estaba harto de la *Ulogia*, que era puer-

muy conocida en las Prevenciones y en la Tenencia de Alcaldía y en el Juzgado municipal, porque repetidamente había de responder de las infracciones de ley que cometía, y á lo mejor desaparecía de la siniestra tienda de guiñapos, y no por su gusto, sino porque estaba cumpliendo condena de unos días de cárcel, justo castigo á su perversidad. El marido, por su parte, guardábase bien de intervenir en las contiendas en que se empeñaba su mujer, porque decía que no quería perderse, y lo que no quería era habérselas con algún otro marido, menos blanco que él, ó padre ó hermano que pudiera arrimarle un pinchazo; y así, en barruntando que su mujer iba á armar bronca, escabullíase, si estaba en la calle, ó estando en casa metíase en lo profundo de la trastienda y no se le veía el pelo hasta que la cuestión estaba terminada, que entonces salía diciendo que si él hubiera llegado á enterarse de lo que pasaba, puede que alguno hubiese quedado tendido en medio del arroyo.

El matrimonio se hizo antipático á todo el mundo en el barrio, y al cabo de algún tiempo sólo frecuen-

su hija, que yo respondo de que no le faltará nada.»

Margarita, que acababa de cumplir los trece años cuando la justicia la separó de sus padres, tenía tres menos que el mudo Andrés, quien llevaba ya siete en la hospitalaria cerrajería. Andrés y Margarita se conocían; llena tenía el mudo su cartera de apuntes representando á Margarita, pero no habían tenido ocasión de comunicarse sus pensamientos. Profunda impresión produjo en Andrés la presencia de Margarita tan cerca de él, y en Margarita una pena muy honda la desgracia de Andrés. Creyó éste que podría entenderse con su compañera como con el Sr. Martín, escribiendo, pero Margarita no sabía leer. Sus padres no se habían cuidado de que aprendiera. ¡Qué contrariedad tan grande para el mudo!; pero allí estaba el bondadoso Sr. Martín que se impuso la tarea de enseñar á leer á la hija de los toledanos. Y tal empeño puso la muchacha en aprender, que á los dos meses ya leía sin trabajo lo que escribía Andrés, y no tardó mucho en saber escribir unas letras muy grandes como las que el mudo le ponía de modelo. En su

conversación escrita hablaba Andrés del Sr. Martín, de lo bueno que era, de la resignación con que, gracias al amor del cerrajero, llevaba él la desgracia de ser mudo y sordo, y preguntaba á Margarita si había aprendido á rezar, si, como él, decía todas las mañanas al levantarse el Padre nuestro, si conocía la Salve, el Credo, el Ave María... No, nada conocía en este punto la bella Margarita. Sus padres no rezaban nunca. Andrés escribió en grandes pliegos de papel en primorosas letras, imitando los tipos de imprenta, las oraciones todas que él sabía, y Margarita las aprendió de memoria y por la noche las repetía ante el señor Martín, que estaba en sus glorias, cuando terminada la faena, después de cenar, dedicaba un par de horas, hasta la de acostarse, á sus dos protegidos, y allí, en compañía de aquellas criaturas tan inocentes y tan sin ventura, experimentaba el más puro é íntimo de los placeres del alma, placeres desconocidos de los que no la tienen buena.

Poco duró la ventura de los tres, un año solo, porque al año justo apareció, cuando nadie la esperaba, la endiablada prendera, la madre de Margarita, que había sido puesta en libertad por haberse sobreseído respecto de ella en el proceso. La tía *Ulogia*, lo primero que hizo, antes de abrir la tienda, de que traía la llave, fué pasar á casa del Sr. Martín á recoger á su hija. La pobre niña ciñó sus brazos al cuello de su madre; pero después de esta natural demostración de amor filial quedó suspensa, aterrada, pensando que en aquel punto había de separarse del Sr. Martín y del mudo. Era allí tan venturosa, respiraba en un ambiente tan distinto del de su casa, había sido amada por aquel hombre y por aquel niño con tales delicadezas y ternuras, que parecíale imposible habituarse otra vez á los desabrimientos y á la grosería de sus padres, á la suciedad de aquellos montones de guiñapos de que estaban llenos los suelos y las paredes de la tienda y de la trastienda, en fin, á la vida triste y amarga de aquel medio en que había crecido como pudiera crecer en un muladar una flor de finísimo y delicado perfume.

Carlos Frontaura

(Continuará)

DESDE LA CORTE

(Crónica para La Ilustración Artística)

LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE INDUSTRIAS MODERNAS

No voy á hacer una descripción más del público certamen á que ha concurrido la industria española. Los periódicos diarios se encargaron de darnos á conocer el aspecto general y el carácter técnico de la Exposición con la mayor oportunidad.

Mi tarea será breve y sencilla. Presentaré, aunque sea en mal hilvanado conjunto, un resumen de los principales adelantos, invenciones y progresos industriales que he podido notar. Labor breve porque son relativamente pocas las novedades que se ofrecen, y sencilla porque me limitaré á reproducir, y en muchos casos á copiar textualmente, concisas noticias facilitadas por los mismos expositores.

* * *

Casi nada hay relativo al arte de Gutenberg, y entre ese poco, que es una verdadera insignificancia, merece citarse el *Boletín del Círculo Filatélico madrileño*, publicación impresa por un procedimiento especial llamado *tricolor*, *multicolor* y también del *iris*.

Ramón Aramburo, de Barcelona, presenta una máquina fotográfica automática, y la viuda de Amayra y Fernández, de Madrid, exhibe preciosas fotografías en esmalte (vitrificadas), algunas ampliadas é inalterables y otras coloridas por un sistema nuevo.

Es curioso y revela ingenio el péndulo fotocronométrico cicloidal, aparato inventado por D. Gonzalo de Gabriel, que sirve para determinar el tiempo de *exposición útil* de los diversos obturadores del comercio, sirviendo también para graduarlos y determinar la duración de los relámpagos artificiales. Puede igualmente aprovecharse para contar el tiempo de exposición desde medio segundo hasta 1,2000, y para demostrar experimentalmente la diferencia de forma



RICARDO STRAUSS, director de orquesta en los conciertos del teatro Lírico de Barcelona

de las trayectorias de los péndulos simple y cicloidal y el tautocronismo de dicha curva.

* * *

En la sección de Agricultura, selvicultura y jardinería figura un arado Giralt, privilegiado en toda España. Es doble y giratorio, está construído con gran solidez y tiene la ventaja de ser muy fácil su manejo. Puede hacerse con él un trabajo superior á todos los ordinarios de su clase, siendo su garantía la gran aceptación que ha tenido por cuantos lo han usado.

Hay también algunas instalaciones curiosas relativas á la cría y aprovechamiento de animales. Entre todas sobresale la de D. Salvador Castelló y Carreras, que da una idea de la *Granja Paraíso*, situada en la pintoresca costa de Levante de Cataluña, á las puertas de Arenys de Mar y á poca distancia de Barcelona.



Comisión ejecutiva de la Exposición nacional de industrias modernas

Esta institución, que es la primera y única en su género en España, publica un boletín mensual ilustrado que se lee mucho y que ha obtenido premio en la Exposición de Avicultura de Bruselas de 1892.

En el grupo destinado á máquinas y sus accesorios, hay bastantes ejemplares expuestos, pero casi nada llama la atención del curioso que busca y rebusca lo extraordinario, lo sensacional. Ya se sabe que en esta esfera es en donde se ha revelado con más fuerza el genio del hombre en los últimos tiempos.

Aquí no faltan algunas máquinas originales, como una para picar tabaco al cuadrado y otras para hacer y encajetillar cigarrillos, presentadas por D. Valentín Silvestre Fombuena; hay también dos máquinas para hacer tapones y otras dos para cortar sopa, fabricadas por D. Miguel Escuder y D. Juan Más Bagá, ambos de Barcelona; pero en conjunto se observa muy poca novedad y escaso atractivo en los aparatos que se exhiben.

La sociedad anónima «Vasco-Belga» disfruta patente de invención de una caldera multitubular inexplosible, con tubos desmontables, que es acaso lo más notable que figura en este departamento.

La citada caldera se distingue por la supresión absoluta de fugas de agua en las juntas de los tubos, merced á la adaptación libre de los mismos. La calefacción es en ella verdaderamente metódica, y por lo tanto, el consumo se reduce al último límite. Ofrece también seguridad absoluta aunque falte el agua, siendo en consecuencia casi inexplosible.

D. Cándido Figueiras, de esta corte, tiene en la Exposición dos aparatos, un «estribo marcador de carruajes,» y otro para bolsillo, titulado «contra rateros,» que demuestran, sobre todo el primero de ellos, una grande inventiva. El estribo marcador de carruajes es un aparato igual á los que hoy se usan en la generalidad de los carruajes, teniendo en su fondo ó caja un orificio cilíndrico y otro rectangular, destinados para el paso de dos piezas que están colocadas en la plancha superior y que ponen en juego las colocadas en el cajón. Con este aparato se evitan en gran parte los fraudes que pueden cometerse por los conductores de carruajes en perjuicio de las empresas, pues en el momento de subir en el coche las personas que van á ir en él, queda indicado en la cinta del estribo marcador de carruajes el número de personas que han subido al mismo.

Otra invención útil es la de un ascensor locomóvil para casos de incendio, que se debe á D. Manuel Varana Ruiz. Mediante una fácil combinación, puede elevarse el aparato en cincuenta segundos hasta una altura de 18 metros.

Significan un progreso indudable para el ciclismo las cámaras inestallables, ó con protectores para las ruedas de los velocípedos. La cámara inestallable, concebida y fabricada por don Emilio León Arnaiz, es un tubo de goma que sirve de receptor del aire para las ruedas neumáticas de los velocípedos y carruajes, el cual va cubierto y defendido por otro tubo de piel que impide á la goma formar hernias y por lo tanto estallar.

* * *

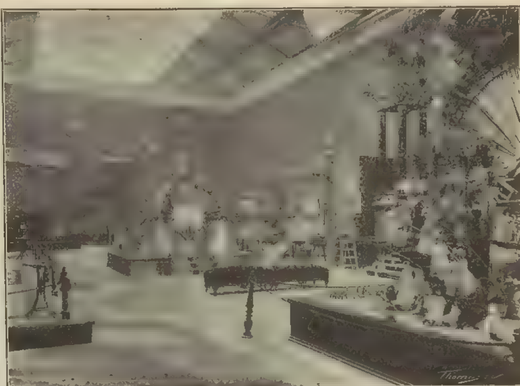
Mención especial, siquiera sumarísima, merecen otras instalaciones, y entre ellas la de los Altos Hornos de Bilbao, cuyos hierros y aceros gozan de fama universal; las de industrias metalúrgicas de Vizcaya y Asturias; la de cervezas de la casa Mahou, de Santander, que surte á casi toda la Península, así como á Cuba y Filipinas; las de los establecimientos oficiales como el Museo Naval, Administración militar y fábricas de armas de Toledo, Sevilla, Oviedo y Trubia, llamando la atención el mapa en relieve de España y el plano de Bilbao que ha presentado el Cuerpo de Ingenieros.

Por su grandiosidad y belleza debe mencionarse también la de la *Real fábrica de tapices*, donde expone su director, el Sr. Stuyck, magníficas alfombras, tapices, bocetos y cartones, así como pequeños telares que dan idea al visitante del modo de funcionar esta fábrica, justo orgullo de la industria nacional española.

Por lo que hace á la especial de Cataluña, está ade-



TELAS FINAS DE FABRICACIÓN CATALANA



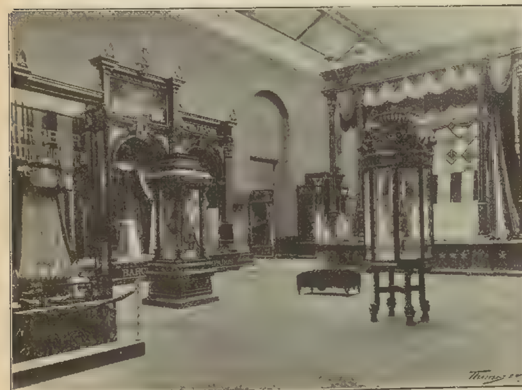
SALA DESTINADA Á INDUSTRIAS DIVERSAS



DECORADO PARA EDIFICIOS Y HABITACIONES



INSTALACIONES DE INDUSTRIALES DE TARRASA



SECCIÓN DE HILADOS, TEJIDOS, VESTIDOS Y ACCESORIOS



INSTALACIÓN DEL MUSEO NAVAL

EXPOSICIÓN NACIONAL DE INDUSTRIAS MODERNAS (de fotografías de Franzen)

más dignamente representada, tanto por lo que hace á tejidos de seda, lana y algodón, de los que son gallarda muestra la mayoría de las instalaciones, en las que se ven piezas de tela hechas con la misma, si no mayor perfección que sus similares del extranjero, cuanto por lo que respecta á otros productos industriales, por ejemplo, los bronces y objetos artísticos de hierro de Masriera y Campins, de Barcelona, que exponen curiosísimas y hermosas muestras de su industria, tan afamada en España. Los ejemplares que presenta en bronces de arte han sido todos fundidos *á cera perdida*. Esta industria, introducida por el expositor en 1891, se ha presentado en nuestra Exposición de un modo artístico y que llama la atención general.

Son también notables las instalaciones del producto de las minas del señor marqués de Villamejor y el material de ferrocarriles de la sociedad asturiana *La Felguera*.

En bujías presentan curiosas elaboraciones las casas de Rocamora, de Cataluña y Lizariturry y Rezole, de San Sebastián.

Para concluir esta ligera reseña, citaré tres aparatos que aparecen instalados en la sección de electricidad. Uno de ellos, «el limita-corrientes-Castilla,» sin muelles ni mercurio, invención del expositor D. Vicente Castilla González, que tiene solicitada patente en el presente año. Los otros dos son un arca para guardar caudales, blindada por medio de la electricidad, y una cerradura eléctrica para puerta de piso. Ambos aparatos son de invención del expositor don José Pol Jover, residente en Tarrasa.

En cuanto á las instalaciones, en su mayoría magníficas y dispuestas con tanto gusto como arte y originalidad, los grabados que se acompañan darán una ligera idea de algunas de ellas.

GABRIEL R. ESPAÑA



HIMNO RELIGIOSO, cuadro de Woldemar Friedrich



GANIMEDES ARREBATADO AL EMPÍREO POR UN ÁGUILA

NUESTROS GRABADOS

Evangelina Cisneros, insurrecta cubana.—Hay personas insignificantes á quienes una circunstancia casual en que accidentalmente intervienen da cierta notoriedad, mas por lo mismo esta notoriedad es tan transitoria que en breve ni



Evangelina Cisneros, insurrecta cubana

queda recuerdo de ella. Así sucederá seguramente con la joven cubana cuyo retrato damos. Su intervención en la tentativa de secuestro del comandante militar de la isla de Pinos y la novelesca evasión de la cárcel en que fué encerrada á consecuencia de esta tentativa, han hecho que los periódicos se ocuparan de ella con insistencia por espacio de algunas semanas, y que hasta se cruzaran, según se dice con fundamento ó sin él, varias notas diplomáticas relativas á su prisión. Hoy se halla libre en los Estados Unidos, muy festejada por los laborantes cubanos, cuyo entusiasmo por ella no tardará en desaparecer, del propio modo que se olvida y relega á un lado todo instrumento que ha dejado de ser útil.

***

Ricardo Strauss, compositor y director de orquesta.—A pesar de ser muy joven, pues sólo cuenta treinta y tres años, Ricardo Strauss ha adquirido ya una fama tan merecida como sólida. Nació en Munich en 1864, heredando las aptitudes musicales de su padre, distinguido profesor de la orquesta real y de la Academia de aquella capital de Baviera; de él recibió las primeras lecciones, pasando luego á estudiar con el profesor Meyer, quien conociendo el genio y entusiasmo del joven Ricardo, alentó sus nacientes aspiraciones, que revelaban ya sus conatos de introducir audaces novedades en la composición. Deiz y seis años solamente tenía cuando se dió á conocer con una inspirada sinfonía; á ésta siguieron otras hasta que el poema sinfónico *Las jugarretas de Till Eulespiegel*, personaje legendario alemán, cimentó su popularidad, que desde entonces ha ido en progresión creciente. Laborioso cuanto entendido, ha escrito además los siguientes poemas: *Macbeth*, *Muerte y transfiguración*, *Así habló Zoroastro*, *Don Juan* y la ópera *Gontram*, así como numerosas canciones para piano y canto y varios corales; en la actualidad trabaja en otro poema que llevará por título *Don Quijote*.

Si como compositor ha demostrado con estas obras su mucho valer, como director de orquesta se distingue de un modo tan notable que en concepto de muchos críticos es casi superior por el segundo concepto al primero. En efecto, con Levi, Mott y Richter comparte la dirección de los conciertos de las obras de Wagner en Beyruth; los ha dirigido también en Meiningen y últimamente ha conquistado unánimes aplausos en Munich como director del ciclo wagneriano y de las mejores composiciones de Mozart.

Precedido del renombre justamente adquirido, se ha presentado ante nuestro público en el teatro Lírico, y puede decirse que llegar y vencer ha sido todo uno. Y no sólo ha vencido como director de orquesta, sino también como compositor, dando á conocer su preludio de la ópera *Gontram* y su poema *Don Juan*, que ha suscitado tempestades de aplausos. Como todos los innovadores, porque Ricardo Strauss lo es, es y será muy discutido, pero el genio al fin se sobrepone á la crítica más ó menos apasionada, y el del joven músico es de los que confirman á pesar de todo una brillante reputación.

***

Himno religioso, cuadro de Woldemar Friedrich.—Escena patética é interesante trazada de mano maestra por el artista alemán. La familia, entre la que al parecer se cuentan excelentes músicas, hállase reunida á esa hora de la tarde en que todo invita á la plegaria, y haciendo cada uno de sus individuos uso de sus conocimientos en aquel arte, eleva sus preces al cielo entonando un sentido himno religioso: la música y la oración, consuelo de las tiernas almas. Que una y otra absorben á los protagonistas de esta escena familiar, lo demuestra la expresión de sus semblantes, impregnada de dulce arrobamiento y de piadosa unción.

***

Ganimedes arrebatado al empíreo por un águila, cuadro de Frank Kirchbach.—Según cuenta la Fábula, Ganimedes fué un joven troyano, tenido por el más hermoso de los mortales, por lo cual fué elegido por los dioses para servir de copero á Júpiter, el principal de ellos, y vivir en el Olimpo en medio de los inmortales. A este efecto el mismo Júpiter, descendiendo á las llanuras de la Troade en forma de águila, arrebató al gracioso adolescente y le transportó al empíreo. Diferentes obras escultóricas y pictóricas se han inspirado en esta fábula, siendo las más notables entre las primeras una estatua griega que se conserva en el Museo Vaticano, y entre las segundas, dos cuadros, uno de Miguel Angel y otro de Rembrandt, existente aquél en la colección imperial del Ermitage en San Petersburgo y éste en el Museo de Dresde. Tal vez el lienzo de Kirchbach no esté pintado con la maestría peculiar de tan insignes artistas; pero debe confesarse que no carece de vigor y de expresión, que el asunto está bien tratado y que da perfecta idea de la mitológica tradición del rapto de Ganimedes.

***

Monumento que la Trasatlántica dedica á sus empleados que perecieron en la catástrofe del «Cabo Machichaco.»—Llamaba poderosamente la atención en Ciriego el suntuoso monumento erigido por la Compañía Transatlántica á los oficiales y tripulantes del vapor *Alfonso XIII* que perecieron en la tarde del 3 de noviembre de 1893 en la explosión del *Cabo Machichaco*, en cuya inmediación y á bordo se hallaban prestando auxilio para la extinción del incendio.

Sobre una gradería descansa un lujoso féretro, que cubre una vela de un barco casi totalmente.

El trabajo del féretro, hecho en piedra negra, es delicadísimo; pero es mucho más el de la vela, que llega al extremo de ser preciso tocarla para adquirir el convencimiento de que no es tela, sino piedra, lo que se mira.

Junto á la cabecera del féretro se eleva una columna formada por un haz de columnitas delgadas y truncada con gracia especial.

Sobre la basamenta y al pie de la columna se ve en una hornacina una efigie de la Virgen del Carmen, á la que todos los hombres de mar profesan especialísima devoción, fundida en bronce y obra de arte acabadísima.

No es menos hermosa la cruz, fundida en bronce, que se ve á la mitad de la altura de la columna y superpuesta sobre ésta.

El proyecto es de la casa A. Cabezas y está construído por los Sres. Masriera y Campins, de Barcelona.

Y si en detalles hay que rendir tributo de admiración á la obra, el conjunto no puede ser más severo y propio del objeto.

Ante aquel monumento se siente algo que no sólo recuerda seres perdidos para siempre, sino también algo que evoca á la memoria una hecatombe.

En los costados del monumento se ve, al pie de la columna, por un lado la popa de un buque ardiendo y por el opuesto la proa con el botalón roto.

En ambos costados y en la parte posterior del pedestal se leen las tres siguientes inscripciones en caracteres góticos:

«El día 3 de noviembre de 1893, á las dos de la tarde, se inició fuego en la bodega del vapor mercante *Cabo Machichaco*, surto en la bahía de Santander, y encontrándose fondeado también en la misma el vapor correo *Alfonso XIII*, de la Compañía Transatlántica, acudió á sofocar el incendio el vapor auxiliar de dicha Compañía con los jefes, oficiales y tripulantes, cuyos nombres constan en este monumento, á pesar de saber éstos que á bordo se encontraba formando parte del cargamento buen número de cajas de dinamita.

»Pocas horas después, y cuando todos se encontraban en el buque, explotó dicha substancia, destruyendo instantáneamente el vapor incendiado y totalmente el vaporcito auxiliar, causando la muerte á todas las personas que en éste se encontraban y ocasionando horribles estragos y sensibles pérdidas de vidas é intereses en toda la población.

»Dios tenga en su seno las almas de las víctimas.»

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Copenhague.—La exposición internacional celebrada en la capital de Dinamarca ha sido, según parece, un verdadero fracaso, pues además de haber tenido muy pocos visitantes, las ventas no han llegado á la cantidad de 1.000 coronas (unas 1.400 pesetas).

Pezenas.—En esta población del departamento del Herault (Francia) se ha inaugurado un monumento á Molière que se considera como una de las mejores obras del escultor Injalbert: el busto del poeta álzase sobre un pedestal, á cuyo pie está sentado un sátiro; en el lado opuesto á éste se ve la figura de una *soubrette* sentada y arrojando flores. Este monumento ha sido erigido en conmemoración del hecho de haber Molière permanecido con su compañía de cómicos durante el invierno de 1655 á 1656 en Pezenas, en donde, bajo la protección del príncipe Conti, hizo representar sus primeras comedias mientras se celebraban allí los Estados del Languedoc y en donde escribió su famosa obra *Las preciosas ridículas*.

Berlín.—El emperador de Alemania ha encargado al famoso pintor polaco Kossak una serie de cuadros históricos sobre las guerras napoleónicas, especialmente sobre la campaña de 1814. Estas pinturas están destinadas al regimiento de guardias de corps, que tanto se distinguió en esta campaña.

Teatros.—En Buenos Aires se ha estrenado con buen éxito una ópera de E. Parrizza titulada *Il fidanzato del mare*.

—La comedia inglesa *The Cyrcus' Girl* ha producido en un año á la empresa del teatro de la Gaiety, de Londres, 83.191 libras esterlinas (2.079.775 pesetas).

—En el teatro Carl Rosa, de Londres, se ha cantado con gran éxito la ópera de Puccini *La Boheme*.

—En el teatro de la Corte, de Dresde, se ha representado con gran éxito el entremés de Cervantes *La guarda cuidadosa*, arreglado á la escena alemana por R. Genée.

—La comedia de Molière *La escuela de las mujeres*, arreglada al alemán por Luis Fulda, ha sido muy aplaudida en el teatro de la Corte, de Munich.

—La ópera de Puccini *La Boheme* ha sido cantada con muy buen éxito en el teatro Coven garden, de Londres.

Madrid.—En el teatro de la Comedia se ha estrenado con éxito verdaderamente extraordinario la tradición madrileña *El guardia de corps*, letra de los Sres. Vela y Servert y música del maestro D. Tomás Bretón. La obra está escrita con gran primor, en versos muy lindos, inspirados y sonoros, y contiene agudezas bastante ingeniosas. La partitura contiene ocho ó diez números, sobresaliendo entre ellos una delicada romanza de tiple, un coro de introducción y otro de alguaciles y guardias, un dúo de tiples y unos *couplets*. La señorita Pretel, encargada del papel de protagonista, lo desempeñó de un modo admirable. Al terminar la representación el público tributó una ovación á los autores del libro y de la música, haciéndoles salir repetidas veces á la escena.

Barcelona.—El día 20 del actual se inaugurará en el Gran teatro del Liceo la temporada lírica con la ópera *Don Carlo* de Verdi. De la compañía forman parte, entre otros artistas, el maestro Ferrari, las señoras Bordalba, Carrera, Darclée y Teodorini, y los Sres. Garulli, Kauschmann y Navarrini.



Monumento conmemorativo que la Compañía Transatlántica dedica á sus empleados que perecieron en la explosión del «Cabo Machichaco» (3 de noviembre de 1893) según fotografía del Sr. Urtasun

Necrología.—Han fallecido:

Francisco Javier Wegele, historiógrafo alemán, catedrático de la Universidad de Wurzburgo, miembro de la comisión histórica de la Academia de Ciencias de Munich.

Carlos Smart Roy, ilustre médico inglés, profesor de patología de la Universidad de Cambridge.

Eduardo Simón, publicista francés, decano de los periodistas parisienses.

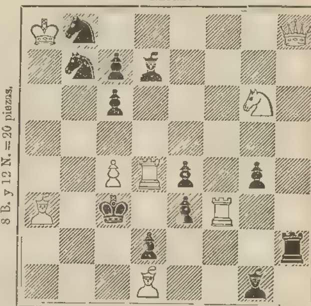
José Luis Albareda, notable escritor y político español.

AJEDREZ

Problema número 95, por Valentín Marín

Primer premio ex æquo del Concurso organizado por la Revista *Ruy López*.

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 94, por J. Carbó.

Blancas.	Negras.
1. T toma P	1. A toma T jaque (*)
2. R 5 C D	2. A juega.
3. P 4 R mate.	

(*) Si 1. A 2 C R; 2. A 6 R jaque, y 3. C 2 A D mate; — 1. R 5 A D; 2. T 4 R jaque, y 3. T 4 D mate. La amenaza es 2. A 6 R mate.



Frente á él, Tranchebize se erguía iracundo, y á su alrededor el auditorio gritaba frenéticamente

MI TIO JUAN

NOVELA ORIGINAL DE JOSÉ L'HOPITAL, ILUSTRADA POR MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

—Usted no sabe lo que pasa en los Muriaux, dijo. Pues bien, el cura está allí.

—¿El cura?, dijo Muterel. ¿Y á qué ha ido?

—Eso es lo que yo le pregunto á usted. Entraba en la granja en el momento de salir yo. Ahora bien: usted me ha dicho que el vizconde, mi competidor reaccionario, ha visitado hoy á los Chantavoine, y el cura y el vizconde son una misma cosa. ¿No es verdad? Lo cierto es que ya no salen de la casa de su padre político de usted, y ahora deduzca usted las consecuencias.

—¡Diantre!, exclamó Muterel.

—Evidentemente, continuó el médico, se prepara un golpe. El vizconde ha venido esta mañana para sondear el terreno, y habrá catequizado al viejo con buenas palabras, pues ya sabe usted tan bien como yo que Chantavoine en el fondo se ha conservado siempre reaccionario... ¡En fin, viéndole vacilar, el vizconde habrá querido hacer entrar en juego su reserva, es decir, el clericalismo! Y ahí está el cura, que se aprovecha de la enfermedad de la mujer para insinuarse como una serpiente en la conciencia del viejo. Con la habilidad maquiavélica de los hombres de su profesión, le atemorizará refiriéndole una serie de siniestras pataratas, y entonces...

—¡Mil millones de diablos!, gritó de nuevo Muterel.

– Entonces, prosiguió Tranchevize, el resultado no se hará esperar. Chantavoine votará por el vizconde, y yo quedaré burlado.

– ¡No, no votará! ¡Yo soy quien le dice á usted que no votará!

– ¡Bah! ¿Qué sabe usted? ¿Es usted acaso su amo, y no quedó chasqueado en otra ocasión? ¿No rehusó siempre firmar el proyecto que usted había formado de enterrarle civilmente, á él y á su mujer, con lo cual su adhesión á nuestra sociedad del libre pensamiento es puramente platónica?

– ¡Es verdad! No he podido convencerle en este punto, á causa de haber servido en la cofradía y del empeño que tiene de ser enterrado como hermano de la misma.

– Bien lo ve usted; el clericalismo ejerce siempre su imperio sobre él, y ejercerá más que nunca en las circunstancias actuales, cuando su mujer está perdida.

– ¿Cree usted que morirá?

– Indudablemente; no pasará la noche. ¿Quién le dice á usted que el cura no se aprovechará de su ausencia, de su debilidad?..

– ¿Cree usted que sea capaz aún de firmar un papel?

– ¡Oh! Eso no se puede saber..

– ¡Pero de todos modos, no puede faltar á su hija'.

– Sin duda; pero se necesita tan poco tiempo para manifestar una voluntad..., para hacer un gran regalo... En fin, á usted corresponde ver; si yo estuviera en su lugar vigilaría muy de cerca.

– ¡Seguramente que vigilaré! Gracias por el aviso, y confíe usted en que el padre Chantavoine marchará con nosotros, y que el señor cura se irá á su casa más que de prisa. Hasta la vista, ciudadano Tranchebize.

– Ciudadano Muterel, hasta más ver.

El doctor subió á su vehículo y emprendió la marcha muy contento y satisfecho de su conversación.

El señor alcalde, después de algunos segundos de lucha con su jaco, que continuaba sus galanterías, saltó á su carricoche, hizo chasquear su látigo y corrió como un huracán hacia la granja de los Muriaux.

VIII

En el entretanto la vida de la señora Chantavoine se extinguía rápidamente A su agitación había sucedido el coma, y sin ser reconocido de la moribunda, el cura de Berneville había practicado las unciones santas sobre sus miembros ya fríos. En aquel momento Chantavoine y Juanita la veían morir, comprendiendo que la receta del médico era inútil, y que la medicina llegaría demasiado tarde; y mientras el sacerdote, de rodillas á los pies del lecho, recitaba las últimas oraciones, los dos permanecían de pie é inmóviles, llenos de lágrimas los ojos.

Chantavoine estaba trastornado; su compañera le abandonaba para siempre; ella, que hacía treinta años que gobernaba su casa. Aquella muerte le hería en su afecto, en sus intereses, en lo más profundo de su ser; en aquel instante supremo, el pasado le acosaba dolorosamente, recordándole los trabajos, las fatigas, los ahorros acumulados lentamente, los buenos y los malos años, toda aquella vida, en fin, soportada en común con la pobre mujer que yacía allí y cuyas facciones, contraídas ya, presentaban el sello siniestro de la muerte. Y sus faltas, su carácter dominante y celoso, su tenaz avidez de campesina y todo lo que muchas veces le había hecho sufrir desaparecía ante el dolor de verla marcharse así, aniquilada de golpe y dejándole aislado ante la desgracia.

Juanita lloraba sin hacerse todas estas consideraciones, obedeciendo naturalmente á su corazón de buena muchacha, muy sumisa y tierna. El ama, como llamaba á su tía, habíala tratado siempre con dureza, haciéndole pagar muy caro el pan que le daba; pero Juanita no pensó nunca en todo esto. Huérfana y sin recursos, le había parecido muy natural que la tratasen con dureza, y no se comparaba con Coralia, la hija de la casa, la señorita educada á gran coste en un colegio caro. Sin profesar á su tía el mismo afecto que á su tío Juan, no se arrepentía de haberla sufrido con paciencia, y afligíale sinceramente una muerte que hacía desgraciado á su tío.

De repente, el rumor producido por un carricoche que rodaba con mucha rapidez sobre los guijarros del patio los estremeció; abrióse la puerta de la sala, resonaron pesados pasos, y en el umbral apareció Muterel. Aparentando no ver al sacerdote, miró un instante hacia el lecho, y dirigiéndose después á Chantavoine, le dijo en voz alta:

– ¿Conque al fin ha venido la granizada?

Chantavoine inclinó la cabeza como un culpable.

– Es verdad, contestó, ha venido.

– Bien le dije á usted que se asegurase; pero usted no ha querido hacerlo, porque es usted testarudo como un asno viejo. ¿Y qué hará usted ahora?

Chantavoine, no sabiendo qué decir, miró á su yerno con aire suplicante; pero Muterel se encogió de hombros. En aquel momento la moribunda profirió una especie de gemido, y con el brazo que conservaba libre comenzó á tirar de la sábana hacia su rostro.

Juanita se precipitó de rodillas junto al lecho, y el cura continuó sus oraciones con voz más fuerte.

– Todo eso, continuó Muterel, por no haberme escuchado. ¡A fe mía, tanto peor para usted! Al fin se cansa uno de ayudarle, y puesto que se halla usted en tan buen lugar con el señor vizconde, dígale que pague su arriendo al papá.

– ¡Tío Juan, tío Juan, gritó Juanita, mi pobre ama se va!..

– ¡Ah, Dios mío, mi pobre mujer! ¡Duelo y miseria, todo á la vez!

Y con profundos sollozos, arrodillóse junto á la joven.

Muterel permaneció un momento indeciso en medio de la habitación; después acercóse á su vez maquinalmente y miró. Los estremecimientos de agonía habían cesado en un espasmo supremo; la madre Chantavoine estaba echada é inmóvil, con los ojos muy abiertos.

– ¡Ya concluyó!, dijo Muterel.

Chantavoine y Juanita se levantaron, llorando y gimiendo; Muterel retrocedió con un movimiento de terror, pues los ojos fijos de la difunta le impresionaban, y encontróse cara á cara con el sacerdote, que cerraba su breviario.

– Señor cura, dijo, ¿podríamos hablar un minuto?

– A sus órdenes, señor alcalde. Pasemos á la sala si usted gusta, y será más conveniente.

Cuando hubieron salido del aposento, Muterel continuó:

– Señor cura, ¿en qué estado se hallaba la enferma cuando usted llegó?

– ¡Ah, señor alcalde, no me ha reconocido!

El rostro de Muterel se serenó.

– ¡Entonces, repuso, no ha podido decir nada!

– ¡Oh! Evidentemente que no.

– ¿Está usted seguro de que no la han hecho firmar papeles?

¿Qué papeles?

– ¡Yo no lo sé..., papeles como los que se firman para expresar voluntades..., hacer donativos!

– Le repito á usted, señor alcalde, que la señora Chantavoine no tenía ya conocimiento cuando yo llegué aquí. ¿Qué hizo antes? No lo sé, ni tampoco me importa. Y con esto tengo el honor de saludar á usted.

Muterel dejó entrar al sacerdote un instante en la habitación, y salir después, haciendo un saludo ceremonioso, sin fijar al parecer la atención en él; pero cuando Juanita cruzaba la sala, detúvola, preguntando:

– Di, Juanita, ¿qué ha hecho tu tía con el cura?

La joven volvió hacia él su rostro bañado en lágrimas.

– ¿Qué quiere usted que haya hecho, si ya no tenía conocimiento?

– ¿Entonces no ha firmado nada?

– ¡Oh! Seguramente que no.

– ¿Por qué habéis enviado á buscar al cura?

– Porque sabíamos que el ama quería verle.

– Es posible; pero yo no quería eso. El padre Chantavoine no ganará nada contrariándome siempre así.

– Primo, no es mi tío Juan el que envió á buscar el cura; yo lo hice, y si hay en ello algún mal yo tengo la culpa.

– Deberías ocuparte de las gallinas y de los conejos, y no de otra cosa.

– No se enfade usted, primo.

– Pero bien saben que no me agradan los curas.

– También sabe usted que el ama no estaba por el libre pensamiento, como usted dice...

– Sí, sí, porque ella quería que la enterrasen los hermanos de la cofradía, luciendo sus bonetes. Muy bien; era preciso dispensarle sus manías; pero no necesitaba un cura en su cuarto para morir.

– ¡Oh, primo!

– He aquí lo que pierde á las mujeres, la beatería; pero todo tiene sus límites. ¡Que no vuelva yo á ver aquí ninguna sotana, ó de lo contrario la cosa irá mal.

– Yo creía que usted estaba por la libertad de todos.

– ¡Vamos, bueno! ¿Qué hace el padre Chantavoine?

– ¿Qué hace? Está orando junto á su pobre esposa. No tiene usted por ventura corazón cuando me pregunta eso.

– Es que... yo quisiera hablarle..., es preciso que vuelva á Varencieres para avisar á Coralia. Dile, pues, que venga.

– ¿No puede usted esperar un poco? Debo ir á buscar ropas. Dentro de dos minutos vendré á velar al ama, y usted podrá hablar.

Juanita salió, y entonces Muterel comenzó á pasear por la estancia á largos pasos. Hubo un momento en que se acercó á la habitación mortuoria; mas en el instante de empujar la puerta retrocedió, pensando en los ojos de la muerta, que le daban miedo. Volvió á sentarse junto á la chimenea; acercó dos tizones que se carbonizaban debajo de la olla pendiente de la cadena, y absorbióse al parecer en la contemplación de la ligera columna de humo que comenzó á elevarse en el hogar. El gato de la madre Chantavoine, sentado enfrente de él, observaba también con interés los progresos del fuego, que se volvía á encender lentamente. De improviso prodújose una pequeña llama que osciló con suavidad en las puntas aproximadas de los tizones; al mismo tiempo oyóse la queja de Chantavoine, que sollozaba en la habitación, y Juanita entró llevando un montón de ropa.

– Voy á decir á mi tío Juan que venga, murmuró, deteniéndose un momento delante de Muterel; pero convendrá que no le aturda usted hoy la cabeza con los negocios, pues hartos pesares tiene ya.

Por toda contestación Muterel se encogió de hombros, y esperó, muy resuelto á poner en claro la situación en una conferencia decisiva con su suegro.

Al cabo de un instante Chantavoine compareció, desfigurado por las lágrimas, sosteniéndose con dificultad, y se dejó caer pesadamente en su sitial de costumbre, en el extremo de la mesa de haya, delante del gran reloj normando que comprara al montar la casa, cuando se casó, y que había sonado todas las horas en vida de aquella que ya no existía.

IX

Muterel le miró algún tiempo sin pronunciar palabra, y á pesar de la extremada dureza de su corazón, cerrado hacía largo tiempo á todo cuanto no fuese cálculos de interés ó de política, no pudo menos de experimentar un poco de compasión.

– Comprendo, dijo, que esto le haga sentir á usted algo.

Chantavoine comenzó á lamentarse de nuevo.

– ¡Ah, sí que me hace algo!, exclamó. ¡Quién lo hubiera dicho esta mañana, Dios mío, quién lo hubiera dicho!

– ¡Qué le vamos á hacer; son cosas que las fuerzas del hombre no pueden impedir; cuando uno muere, muere; no hay más remedio! A usted no le es posible hacerla resucitar, y por lo tanto, más vale no afligirse.

– ¡Una mujer que siempre se había mantenido tan firme, hasta que vino esa maldita enfermedad!

– ¡Ah, sí; quién había de pensar!..; pero esto no impide que fuera ya una mujer gastada.

– ¿Pues y yo? ¿No soy también un hombre gastado?

– ¡Oh! En cuanto á eso, sí, también lo es usted; no voy á decirle lo contrario; y buena prueba de ello es que se ha dejado dominar por el granizo.

– ¡Ah, sí, el granizo, es verdad; no solamente pierdo la mujer, sino también mis trigos, mis avenas y mis remolachas! ¡Si seré desgraciado!

– No tan sólo es usted desgraciado, sino que tiene la culpa de ello.

– ¿Yo la culpa?

– Si su mujer ha muerto, la culpa no es de usted; pero sí la tiene de no haber asegurado su hacienda.

– ¿Podía yo prever lo sucedido?

– Podía usted haberme escuchado; pero siempre desconfió de mí, como de costumbre.

– ¡Cómo puedes decir eso! ¿Desconfié yo acaso cuando te dejé todos nuestros bienes?

– No hablo yo de eso.

– ¡Ya lo creo que no hablas; pero disfrutas de ellos, lo cual vale más! ¡Ah, pobre esposa mía, eso es lo que la mató, ver que no teníamos ya nada y que tú nos lo habías tomado todo.

– ¡Vaya una manera de hablar! Cuando yo hago un regalo, no llamo ladrón á quien favorezco.

– Sí, pero tú no haces nunca regalos.

– Todo eso no tiene nada que ver con el granizo. Era preciso asegurarse.

– No tenía dinero.

– ¡Eso es una necedad, puesto que se paga al año siguiente! Usted ha perdido toda su cosecha. ¿Cómo se arreglará ahora?

– ¡Pardiez! Si tú no me ayudas...

– ¿Y con qué le ayudaré? ¿Cree usted que yo tengo lo suficiente para pagar sus arriendos?

– Si yo conservase aún mi hacienda, no me vería apurado, prosigue.

– Y no es eso todo. Siempre trata usted de buscarme disgustos.

– ¿Qué disgustos te he dado?

– ¿No ha visto usted hoy al vizconde?

– ¿Podía yo ponerle á la puerta?

– Por lo pronto, usted es amigo suyo.

– Cierto que la familia del señor conde es buena gente; mas no soy por eso su amigo, bien lo sabes.

– No debe usted decir que no lo es, puesto que ha venido aquí para hablar de su elección y usted le ha escuchado. La prueba es ese cura que estaba aquí hace poco.

– ¡Necedades! Por lo pronto, yo no envié á buscar al cura; pero tampoco podía echarle de aquí. Y además, ¿qué daño ha hecho?

– ¿No tenía otra cosa que hacer que estarse aquí para cantar los evangelios? Dígame usted, ¿para qué sirve esto?

– ¡Si no hace bien, tampoco puede hacer mal!

– ¿Cree usted en eso?

– Yo no sé; tal vez sí, tal vez no. Mi mujer creía á veces en ello, y en cuanto á Juanita, cree de lleno.

– ¡Juanita! ¡He aquí una á quien debería usted enseñar á mezclarse tan sólo en sus asuntos.

– ¡Ah, deja tú en paz á Juanita! Creo que está en mi casa, y no en la tuya. Es la hija de mi hermano, y aunque éste fuera un pobrete, era mi hermano; y ella es una Chantavoine. Te prohibo ocuparte de ella, y ya está dicho.

– Muy bien; ya conocemos su máxima; pero no la eche usted tanto de orgulloso, porque esto no le sienta bien ahora. Mejor será que hablemos de su asunto.

– Eso es lo que yo quiero.

– Ya es usted viudo; pero esto no le impide ser arrendatario. Será preciso, pues, pagar el plazo de Navidad, sin contar lo que aún queda del de San Juan; y el conde no le hará gracia de ello. ¿Con qué dinero pagará usted? El temporal ha destrozado la cosecha; los trigos se han perdido, y están revueltos de tal modo, que al mejor operario se le quedaría clavada la hoz entre ellos: las remolachas no tienen ya hojas, y hasta las raíces de las patatas están cortadas.

– ¿Tanto destrozo hay?

– Vaya usted mañana á verlo á primera hora; yo lo he mirado bien al venir, porque aún había bastante luz para contemplar ese hermoso espectáculo.

– Pues entonces venderé mi ganado si es preciso.

– ¿Y cómo abonará usted las tierras sin animales?

– Compraré abono.

– ¿Y con qué lo pagará? ¿Cómo lo hará usted después para comprar de nuevo ganado?

– Emplearé el tiempo que sea necesario para reponerme.

– ¿Y la escritura de arrendamiento? ¿La ha leído usted? Dice que en su granja ha de haber siempre animales suficientes.

– Veré al señor conde; y comprendiendo la cosa, no es hombre capaz de querer la miseria de los demás. Me dará tiempo.

– ¡Eso es, pida usted caridad al conde! ¡Oh! Bien se la hará, pero no de balde. Primeramente será necesario trabajar para el vizconde, y hacer que le elijan; de modo que yo vuelva á quedar reducido á no ser nada. Le he conocido á usted en un tiempo en que se proponía que su hija fuese la primera en Varencieres; mas parece que esto ha cambiado. Le obligarán á usted á votar contra Tranchebize, y cuando se vea esto en el país, la elección del vizconde como diputado será segura, con lo cual todo habrá concluído para mí. Bien sabe usted que Tranchebize está enfermo, que le queda poca vida, y que por eso yo le empujo hacia adelante, porque cuando haya hecho los gastos para obtener el cargo no se aprovechará de él, y entonces me lo apropiaré yo: se hará la cosa y yo recogeré los frutos. Llegaré á ser diputado como el agua llega á nuestro estanque, y su hija de usted será la primera entre las primeras. Pero si usted es quien nos hace la guerra, entonces...

Muterel se había exaltado con su discurso; una oleada de bilis comunicaba un tinte verdoso á sus pálidas mejillas; sus ojos de expresión burlona revelaban una malicia ambiciosa, y sus patillas, de un rubio sucio, se erizaban alrededor de su rostro. Chantavoine se atemorizó ante aquel hombre terrible y maligno; sintióse impotente y desarmado; sus pobres astucias de campesino viejo se debilitaron; embrolláronse sus ideas, y de su cerebro, trastornado por la desgracia, se apoderó la desesperación con la conciencia de lo irremediable, de lo imposible. Chantavoine se cogió la cabeza con ambas manos como para impedir que estallase, y el otro continuó:

– El vizconde será elegido diputado gracias á usted; volverá de arriba abajo todo lo del país, y cuando Tranchebize muera, ni siquiera podré ser consejero general en su lugar. En Varencieres hay algunos que me quieren mal, los del partido del cura, todos los reaccionarios; y en el Consejo tengo cinco que me buscan disgustos por todas partes. En las próximas elecciones municipales, toda esa gente marchará con el vizconde, y yo seré arrojado de la alcaldía. Ya no mandaremos en nada, y como los vencedores no necesitarán más de usted, el conde le dirá el mejor día: «¡Eh, Chantavoine, se retrasa usted mucho en sus arriendos; será menester que pague eso; además no veo muchos carneros en sus rediles y me parece que en sus establos hay pocas vacas. Es preciso cumplir las condiciones del contrato, y no empobrecer mis tierras por falta de ganado!» Y como el dinero no habrá vuelto aún, á menos que haya usted encontrado el medio de hacer producir á la tierra napoleones, le venderán lo que tiene, viejo pícaro. ¡Siga usted adelante; yo le prometo venir á la subasta de sus efectos!

– ¡Pero Dios mío, Dios mío, gimió Chantavoine, qué quieres que haga! No quieres hacer nada por mí, ni quieres tampoco que haga nada por mí el conde. ¿Quieres, pues, que me arroje en mi cisterna?

Muterel se paseó algún tiempo por la sala sin contestar; su cólera, fingida ó verdadera, se había desvanecido bruscamente, y su fisonomía tomaba la expresión de placidez estúpida que le era habitual. Introdujo ambas manos en sus bolsillos, detúvose delante de Chantavoine, y haciendo sobresalir su vientre, sobre el cual se ostentaba una gruesa cadena de plata, dijo con aire bonachón:

– Sin embargo, tal vez podría hacerse algo.

El viejo levantó la cabeza, y miróle con aire sorprendido, sin atreverse á decir nada.

– He aquí de lo que se trata, prosiguió Muterel. Claro es que no puede usted salir de apuros por sí solo. Será preciso ayudarle; pero ¿cómo hacerlo?

– Sí, eso es, se apresuró á decir Chantavoine, recobrando un poco de esperanza.

– ¿Qué es lo que aún le queda en el mundo hoy día? Nada más que su hija, y por ella trabaja usted, ¿no es cierto?

– Seguramente.

– Usted no tendrá empeño ahora en ganar dinero para sí. ¿Qué haría usted con él á su edad? Lo que ahora necesita es vivir tranquilo, y desde el momento en que tenga la subsistencia asegurada, creo que no pedirá usted otra cosa. ¿No es verdad?



¡Jamás abandonaré á usted, tío Juan; se lo prometo por lo que más quiero!

– Prosigue y sabremos.

– Pero comprenderá usted que no se puede garantizar á usted eso sin exponerse á perder. Suponiendo que quisiéramos sacar á usted del apuro, esto puede costarnos bastante, y seguramente que nos costará mucho, tal vez más de lo que podemos hacer, pues ¡quién responde del día de mañana!.. En fin, para explicarnos bien, diré que sería necesario que por lo menos existiera la esperanza de que ganásemos algo más adelante.

Muterel se calló, fijando su mirada en Chantavoine, que permanecía mudo y visiblemente desconfiado; pero su actitud revelaba tanto desaliento y tristeza, que su yerno juzgó que podía decirlo todo.

– He aquí, continuó, lo que ahora me ocurre. Usted seguirá siendo arrendatario del señor conde para todo el mundo; pero entre nosotros firmaremos un papel.

– Sí, sí, repuso Chantavoine con expresión sombría, tras eso andabas tú, buen mozo, y ya te he visto venir desde lejos.

Muterel tomó un aire de hombre ofendido.

– Está bien, dijo; desde el momento en que lo toma usted así, no hablemos más de ello; pero es muy duro que no quiera usted creer nunca á sus hijos. Ni siquiera sabe usted qué contendría ese papel.

– ¡Pues dilo y veremos!

– En primer lugar, nosotros le garantizaríamos á usted todos sus gastos, alojamiento, alimentación, y todo cuanto necesite.

– ¿Y á Juanita?

– A Juanita también, si usted tiene empeño en ello. Usted seguirá siendo aquí el dueño para mandar á los criados, y gobernar la granja como antes; pero...

– ¿Pero qué?

– Ya no trabajará usted para sí mismo, sino para mí. Como nosotros somos los que daríamos el dinero, para nosotros habrían de ser las ganancias, y sin mandarle á usted, yo sería quien dirigiría su cultivo á mi gusto.

– ¡Es decir, que yo seré tu primer carretero!

– Mediante eso yo pagaré al conde los atrasos, tomando de mi hacienda para satisfacer el plazo próximo; pero en el papel usted me cederá la propiedad de sus animales, carros, monturas, y en fin, todo.

– Eso quiere decir que no me quedaría ya absolutamente nada.

– ¡Pero puesto que le aseguran la subsistencia!..

– ¿Y qué diría el conde de todo esto?

– ¡El conde! ¿Qué le importa? Desde el momento en que se le paga ..

– Pero podría decir que se ha cambiado la escritura sin pedirle parecer.

– No se trata de cambiar la escritura, pues siempre será usted el obligado respecto á él, y además no sabrá nada de nuestro convenio.

– ¿Y cómo firmaremos el papel?

– El notario Sr. Griffon lo arreglará todo.

Chantavoine comenzó á reflexionar con la cabeza entre las manos, y Muterel esperó un poco, jugando con los dijes de su cadena; mas al ver que su suegro no le contestaba, díjole con dureza:

– Ya sabe usted que nada le obliga. Si no quiere entenderse conmigo, dueño es de obrar como guste; pero no venga después á buscarme para pedirme dinero. Usted es viejo ya, y yo le ofrezco el medio de no carecer de nada y morir tranquilo; pero una vez que usted haya rehusado, buenas noches... Usted no me contesta, y lo siento mucho. ¡Será uno animal cuando es viejo! Si á mí me propusieran semejante cosa, me daría por muy feliz aceptando..., pero se cree que uno tiene mala intención, que se podrá mejorar, y que se hará salir el dinero de la tierra cual si fuese trigo .. ¡Como si usted no supiera lo que es la agricultura! ¡Ah, es cosa muy afortunada!, ¿verdad? Y se gana mucho con ella, ¿no es cierto? ¿Usted no ve que si no fuera por consideración, jamás pensaría en hacer semejante cosa? ¡Gastar el dinero sin saber si se recobrará; incurrir en gastos sin estar seguro de que produzcan!.. Porque, hablando con franqueza, la granja de usted es pobre, muy pobre, falta de abonos y de estiércol, pues hace años que apenas le da á usted lo estrictamente necesario para que no olvide que lo tuvo en otro tiempo. Se necesitaría, pues, abonarla mucho. Y si vende usted su ganado para pagar al conde, ¿qué cosechará el año próximo? Cardos y gra-

ma; nada más... ¡Vamos, siga usted por ese camino, ya verá cómo el conde le obliga á vender hasta las camisas, y no hará mal! ¡Eso no me importará ya; y en cuanto á Coralia, le prohibiré ayudar á usted, entiéndame bien, se lo prohibiré!

Chantavoine no tenía ya fuerzas; el pesar, la desconfianza y el temor le habían anonadado. Buen obrero, labrador endurecido á la fatiga, siempre fué débil de espíritu, con la cabeza mal organizada para calcular y prever. Su mujer le había gobernado y dominado; solamente ella hubiera podido infundirle esperanza y valor, hacer frente á su yerno y encontrar tal vez qué contestarle..., mas ahora estaba allí inmóvil en su lecho de muerte. ¿Qué hacer? ¿Qué sería de él? Su pobre inteligencia pedía gracia; los oídos le zumbaban; parecíale que en su cráneo descargaban recios golpes sordos, que era una campana lanzada á vuelo, y al fin comenzó á llorar como un niño.

De pie, delante de él, su yerno le anonadaba con una mirada de triunfo y de desdeñosa compasión. Considerábale vencido, pero no quiso llevar más lejos la victoria por temor de comprometerla.

– Escuche usted, padre Chantavoine, dijo, es necesario darle á usted tiempo para reflexionar sobre el asunto, pues no se le pone el puñal al pecho. Sabido es que desgracias como esa trastornan á un hombre... Yo me marcho; es preciso que hable á Coralia, la cual no sabe que su madre ha muerto. ¡Calcule usted cuál será su pesar! Vendremos mañana á primera hora, y entonces veremos si es usted más razonable.

Y cogiendo la mano de su padre político, la sacudió con afectada franqueza. Chantavoine le dejó hacer; pero cuando su yerno llegaba á la puerta, díjole:

– ¿No echas el agua bendita?

– ¡Es verdad!, contestó Muterel, después de vacilar un segundo.

Y entró en la habitación mortuoria. Juanita, que estaba orando, se levantó y presentóle una rama de boj.

Muterel roció el cadáver; después paseó á su alrededor una mirada recelosa, hizo la señal de la cruz, y salió á largos pasos, como avergonzado de lo que había hecho.

Al atravesar la sala se detuvo de repente, como si desconfiase aún, y acercándose á su suegro le dijo:

– Vamos, Chantavoine, dígame una cosa: el cura..., ¿no ha podido mi suegra decir nada?

– ¡Ah! Seguramente que no; la pobre mujer no tenía ya conocimiento cuando él llegó.

Muterel sonrió, sin disimular su satisfacción; aquel informe convenía con los dos primeros.

– Vamos, pues, hasta mañana suegro; y no se aflija usted, la muerte es la muerte.

Un momento después, el rumor del carricoche, rodando por el patio, anunció á Chantavoine la marcha de su terrible yerno; levantóse penosamente, y vió en la puerta de la habitación á Juanita, que le miraba con los ojos llenos de lágrimas. Entonces levantó los brazos, exclamando:

– ¡Ah, muchacha, qué día!

Sin moverse del sitio, Juanita hizo el mismo ademán, contestando como un eco:

– ¡Ah, tío Juan!

– ¿No has oído lo que ha dicho?

– Hubiera debido ser sorda para no oirlo. ¡Gritaba de tal modo y usted lloraba tanto!..

– ¿Y qué piensas de todo eso?

– Es preciso no firmar el papel, tío Juan.

– Pero si no lo firmo, me dejarán...

– Allá veremos...

– ¿Y mi arriendo..., el granizo?..

– Trabajaremos.

– Pero de todos modos habremos de pagar este año.

– Hablaré al señor vizconde.

– ¿Crees tú que el conde lo llevará con paciencia?

– ¿Y si los otros no cumplen sus promesas?

– Puesto que constarán en el papel...

– ¡Ah, tío Juan! Los papeles dan siempre la razón á los que pueden pagar á la gente.

– ¿Quieres, pues, que me indisponga con Muterel?

– Yo no quiero nada; usted lo ha de ver; pero en el lugar de usted, yo desconfiaría.

– Entonces sería preciso votar por el vizconde...

– ¡Es claro!..

– En este caso la miseria ya no nos abandonará.

Los dos guardaron silencio: había sobrevenido la noche, y por la ventana que daba á los campos penetraba en la habitación la pálida luz del crepúsculo que se extinguía, mientras que en lo más obscuro de la estancia los tizones del hogar producían un resplandor rojizo. Chantavoine y Juanita apenas se veían uno á otro. De pronto el tío se levantó, y dirigiéndose hacia su sobrina, apoyó ambas manos en sus hombros.

– Escucha, Juanita, dijo con voz alterada, yo no sé qué haré, pues todo lo veo muy nebuloso; pero bien quisiera tener alguna persona con quien contar... Suceda lo que quiera, tú permanecerás junto á mí hasta que muera. ¿No es verdad?

Juanita contestó con una voz clara, que resonó singularmente en medio de aquel silencio profundo:

– ¡Jamás abandonaré á usted, tío Juan; se lo prometo por lo que más quiero!

Con un movimiento convulsivo, los brazos de Chantavoine se estrecharon y la joven se apoyó sobre su pecho. En medio de sus sollozos se oía sin cesar la misma frase, repetida con indecible tono de orgullo y agradecimiento:

– ¡Eres una Chantavoine, eres una Chantavoine!

X

En Varencieres, dos días después, hacia el mediodía, el doctor Tranchebize, seguido de los individuos más importantes de su comité, penetraba en el hotel del Sol de Oro, y se dirigía con aire solemne hacia una sala en cuyas paredes se veían impresos en grandes caracteres los títulos siguientes: «Salón de baile, de teatro; sala para bodas y banquetes, cien cubiertos.» Detrás del doctor, siguiendo los pasos al comité, los doctores se estrujaban.

En el fondo se había preparado una mesa, cubierta del clásico tapete verde; detrás veíase un sillón de despacho, prestado por el dueño del establecimiento, y que flanqueado correctamente de dos sillas para los asesores, parecía esperar con paciencia un presidente cualquiera. En la extremidad de la mesa, á la derecha, una tercera silla, la del orador, daba frente á una bandeja con el vaso de agua tradicional.

Tranchebize fué á sentarse y paseó sus miradas sobre el público tumultuoso que llenaba ya la sala. Ésta, que para todo servía, pues en ella se celebraban banquetes, se bailaba y se peroraba sucesivamente, era larga, pero bastante estrecha, y á primera vista no parecía que pudiese contener muchas personas; pero el arquitecto, muy hábil en el arte de amontonar á sus semejantes, no pudiendo, á pesar de la escasa población del pequeño distrito, hacer venir á todo Varencieres al piso bajo, le había dispuesto varias graderías que llegaban hasta el techo.

Una inmensa tribuna á manera de anfiteatro daba frente á la mesa cubierta con un tapete verde, y sus gradas, anchas y bajas, llenas de mesas de café, elevábanse insensiblemente hasta un mostrador, cuyos vasos y frascos se reflejaban en un espejo del fondo. Delante, un reducido estrado de forma cuadrada, en el cual se veía un contrabajo, dominaba el salón; y una lira de hierro, puesta en la balaustrada, tenía prisionero un cartelón en el que se leía: «Mazurka.» A lo largo de las paredes, á cada lado, la tribuna se prolongaba en dos largas galerías que podían contener una doble hilera de bancos y se unían en el fondo opuesto bajo un busto de yeso representando una República de aspecto de cocinera. En los cuatro ángulos del cuadro que formaban las cuatro balaustradas, cuatro escaleras de madera conducían á la tribuna y á las galerías; y así quedaba resuelto el problema: todo Varencieres podía coger allí, abajo ó en el aire. Los banquetes de boda se celebraban en el piso bajo; después, mientras se tomaba café en la tribuna, los mozos levantaban la mesa; los músicos se instalaban en su estrado; el cornetín de pistón preludiaba las primeras notas como para excitar al contrabajo, ya despierto, y los convidados bajaban de nuevo muy alegres á la sala del festín, transformada en salón de baile.

Aquel día nadie pensaba en bailar, porque el bello sexo faltaba por completo en la reunión convocada por Tranchebize; pero el salón se llenaba de personajes ruidosos, excitados ya por las conversaciones políticas comenzadas fuera. Las escaleras crujían bajo los pasos continuos de pies calzados con gruesos zapatos; y en lo alto de la tribuna, el Sr. Claquepont, dueño del establecimiento, daba vueltas en torno de su mostrador, sirviendo cafés y llenando vasos de cerveza, que dos muchachos aturdidos no bastaban para llevar á los consumidores impacientes.

Muy pronto no hubo ya ningún asiento arriba, y la multitud, agolpándose en el piso bajo, ocupó rápidamente todo el espacio hasta las últimas filas bajo la tribuna. Entonces el estrépito llegó á ser atronador: los primeros que habían llegado apuraban sus vasos en la tribuna y en las galerías, burlándose de los que acudían tarde, los cuales no podían beber por serles imposible subir; éstos tomaban las pullas, unos á broma y otros en serio, cruzándose de continuo los chistes y las palabras malsonantes. Un gracioso ató una cuerda alrededor de una copa de cerveza y la tuvo suspendida sobre los concurrentes, lo cual produjo una explosión de carcajadas y de bromas. Cien brazos se levantaron para coger la copa que descendía lentamente; cuando llegaba á la altura de las manos se formó un remolino, queriendo todos cogerla; pero se ladeó, y la cerveza fué á caer sobre el cuello de un obeso ciudadano, que comenzó á renegar espantosamente. Entonces resonaron por todas partes frenéticos aplausos, mientras que los espectadores apiñados en las tribunas y en las galerías golpeaban el suelo con los pies, á riesgo de hundir el piso. Electrizado por aquel espectáculo un elector que se hallaba junto al contrabajo, cogió el arco y le frotó violentamente contra el instrumento, que produjo sonidos lúgubres, y al mismo tiempo otras copas comenzaron á bajar como la primera, con gran desesperación del Sr. Chaquepont y de sus ayudantes, impotentes para impedir el pillaje de su mostrador. Sin embargo, la atmósfera comenzaba á ser sofocante; el sudor de todos aquellos hombres, embriagados de hablar y de beber, juntamente con el humo de las pipas, contribuía á dificultar la respiración, y el sol de un hermoso día de verano, que penetraba como dueño por las ventanas sin cortinas, calentaba desapiadadamente á la agitada multitud.

Sentado delante de su vaso de agua, Tranchebize esperaba, contemplando con satisfacción todos aquellos vocingleros, y decíase que su comité había trabajado bien y que iba á tener una buena reunión. Aquella barahúnda le agradaba; estaba en su elemento; aquel era el auditorio que le convenía, comprendiendo que era incapaz de razonar, que estaba excitado de antemano y que impresionable como un niño hallábase dispuesto á gritar de entusiasmo á la primera palabra que él pronunciara. De repente se levantó, reclamó la atención de la concurrencia con un ademán solemne, y como no se callaran bastante pronto descargó sobre la mesa un bastonazo, gritando con voz profunda: «¡Ciudadanos!»

El efecto fué inmediato; prodújose un silencio profundo, y después un movimiento general de atención impelió como una ola todas las cabezas hacia el lado de Tranchebize; algunas copas, que bailaban aún suspendidas al aire, remontáronse rápidamente, y el doctor sonrió, considerándose dueño de la situación.

– Ciudadanos, dijo, es preciso elegir un presidente y dos asesores; ya sabéis que esto es absolutamente necesario para que la reunión pueda celebrarse; y cuando hayáis elegido los tres dignos ciudadanos que tendrán por misión dirigir nuestros debates, pediré la palabra para defender mi candidatura. Si el señor vizconde de Berneville, cuya ausencia, debo confesarlo, me sorprende un poco, se digna discutir conmigo, espero poder triunfar fácilmente de la reacción clerical encarnada en su persona.

En aquel momento alguno gritó: «¡Lo cual no es seguro!» Esto contrarió en alto grado á Tranchebize, pues el interruptor había elegido el segundo de silencio que transcurre casi siempre entre el momento en que un orador deja de hablar y aquel en que se silba ó se aplaude, profiriendo su frase tan oportunamente, que todo el mundo pudo oirla muy bien. Por eso el tumulto se produjo más violento; los gritos de «¡A la calle!,» resonaron mezclados con los de «¡Viva Tranchebize!» y el entusiasmo por el doctor no reconoció muy pronto límites. A pesar de ello, estaba meditabundo y descontento, pues acababa de divisar á Fineuil apoyado en una de las columnas de la galería, y junto á él vió á varios partidarios del vizconde.

– ¡Ciudadanos, gritó con tono indignado, todas las opiniones son libres aquí; pero me parece que para expresarlas podría esperarse la elección de presidente!

– Pues ¿por qué no ha esperado usted mismo?, dijo la misma voz de antes.

De nuevo resonaron los gritos de «¡A la calle, á la calle!» Pero enérgicas protestas respondieron: evidentemente Fineuil no estaba solo; y en efecto, una docena de mozos robustos, dotados al parecer de fuertes músculos y poderosos pulmones, le rodeaban en aquel momento. ¿Cómo les habían dejado entrar? De ordinario, las reuniones preparadas por el comité radical no permitían tales sorpresas... A Tranchebize no le agradaba la contradicción; la presencia de un adversario resuelto y bien acompañado le disgustó mucho; quiso acabar de una vez, y prosiguió en medio del ruido:

– Veo allí un ciudadano á quien no conozco, pero que no tiene aire de ser elector en este distrito. Sin embargo, que se explique, para saber qué quiere decir pretendiendo que no he esperado la elección del presidente.

Fineuil saltó hacia la mesa, abriéndose paso á fuerza de puños, y en un abrir y cerrar de ojos se halló junto á Tranchebize. El empresario de elecciones estaba verdaderamente hermoso; también él se encontraba en su elemento, y su rostro de expresión astuta, de pillete parisiense, iluminábase con una sonrisa provocadora.

Frente á él, Tranchebize se erguía iracundo, y á su alrededor el auditorio gritaba frenéticamente:

– Lo que yo quería decir, gritó Fineuil con una

voz aguda que dominó el ruido, y lo que digo, es que el señor doctor Thanchebize se ha permitido hace un instante insinuaciones desleales respecto á su adversario ausente.

El tumulto se repitió; pero los amigos de Fineuil vociferaban como los demás, y el doctor reconoció, con una sorpresa y un descontento crecientes, que eran numerosos. Por lo mismo gritó con más fuerza, agitándose como un loco:

– ¿Qué insinuaciones, caballero, qué insinuaciones?

– Usted se ha extrañado, repuso Fineuil con voz cada vez más aguda, de que el señor vizconde de Berneville no esté aquí para discutir con usted, y ha querido insinuar que tenía miedo. ¿Tan temible se cree usted?

Y Fineuil señaló con el dedo y gesto de mofa al doctor Tranchebize, tan flaco, tan raquítico, con su levita que le bailaba en el cuerpo y que cubría una figura huesosa, cuyo rostro estaba en aquel momento verde por efecto de la cólera.

Los circunstantes comenzaron á reir, y alguno gritó: «¡Es un alfeñique!,» mientras que los partidarios del doctor volvían á gritar á coro: «¡A la calle!»

Fineuil, lejos de inmutarse, continuó:

– ¿Sabe usted dónde está en este momento el vizconde? ¡Pues se halla con el alcalde, sí, ciudadanos, con Muterel!.. Confieso que vuestras interrupciones y la sorpresa que me manifestáis me admiran... Adversario político del ciudadano Muterel, el vizconde no es por eso menos amigo de su familia, y no ignoráis la desgracia que acaba de sufrir. Al acompañar á su última morada á la señora de Chantavoine, suegra del ciudadano Muterel, el vizconde ha querido probar que ante la muerte, la divergencia de opiniones debe ceder su lugar á la comunidad de sentimientos, y que, resuelto á combatir á vuestro alcalde en el terreno electoral, se mantiene su amigo en el terreno conciliador de la familia y de los recuerdos.

(Continuará)

ADELINA PATTI EN 1852

Con motivo del octogésimo cuarto aniversario del célebre Verdi, Mr. Crowest ha publicado una detallada biografía de este compositor, dedicándola á dicha famosa cantante «que tanto ha contribuído - dice - con su voz melodiosa y su exquisito arte á avalorar las obras de Verdi.» En esta biografía ha incluído el autor un retrato de la *diva*, que es el que publicamos adjunto, reproducido de otro hecho por el daguerrotipo, procedimiento precursor de la fotografía, que en 1852, época á que este retrato se remonta, estaba muy en boga. Habiendo nacido la Patti en Madrid el 19 de febrero de 1843, tenía á la sazón nueve años solamente, y aunque tan niña, ya se advierte en la expresión de su semblante su aptitud para el estudio y ese naciente destello del genio artístico que tan eminente la ha hecho en la carrera abrazada y que tantos aplausos y lauros la ha valido. Nótase asimismo, comparando este retrato con otros posteriores, que sus facciones han variado poco, conservando casi siempre esa delicadeza y esa lozanía que pudiera calificarse de infantil, y tan gran atractivo da á su tipo, mezcla de italiano y español. Las vicisitudes de la vida llevaron á los padres de Adela (que tal es el nombre que unido á los de Juana y María recibió en la pila del bautismo de la iglesia parroquial de San Luis) á América, donde se educó, y esta es la causa de que el susodicho retrato fuese hecho en aquel país. Adelina estudió música desde su infancia, siendo la primera persona que le enseñó el canto Elisa Valentini, artista que de 1845 á 1855 gozó de renombre en América: luego continuó su educación musical con su hermano uterino el barítono Héctor Barilli, el cual había cantado en el teatro Principal de Barcelona por los años de 1846 y 1847; el maestro Manzocchi la auxilió también con sus consejos; pero quien la preparó para el teatro y la presentó á la Academia de Música de Nueva York fué el maestro Muzio, discípulo de Verdi. Apareció en público Adela por primera vez en 1851, en el teatro Italiano de aquella ciudad; luego cantó en el teatro de Tacón de la Habana, llamando la atención aquella artista en miniatura, la cual ostentaba dos magníficas trenzas de pelo negro que le bajaban hasta el borde de su corta falda. Desde entonces sólo triunfos ha contado; su renombre es universal y hoy que cuenta ya cincuenta y cuatro años aún continúa entusiasmando á los públicos ante quienes se presenta y conserva incólume la fama adquirida en su larga carrera artística.



Adelina Patti en 1852 (de un retrato daguerrotípico)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Intimas vulgars, per *Joseph Burgas (Mayet)*. - Colección de poesías del joven poeta catalán Sr. Burgas, quien ha reunido en ella multitud de composiciones de diversos géneros y escritas en distintos metros, en todas las cuales demuestra su autor cualidades no comunes de escritor original é inspirado y de hábil versificador. Muy bien impreso en la tipografía de «L' Avenç,» véndese el libro á una peseta.

Tratamiento racional para la curación del tumor blanco con el suero antituberculoso del doctor *A. Romeo Mataro*. - Folleto impreso en Barcelona en la imprenta de Federico Sánchez, que contiene las notas explicativas del procedimiento para curar el tumor blanco con el suero descubierto por el autor y de los resultados que con él se obtienen.

Revista contemporánea. - El último número de esta importante revista madrileña contiene notables é interesantes artículos de los Sres. Alzola, Durán y Bas, Gil Maestre, Gómez Chaix, Pedreira, Mallada, Méndez de San Julián, Rodríguez Intilini y F. Bonhours.

La vida nueva, por *José Enrique Rodó*. - Con este título el distinguido escritor uruguayo Sr. Rodó se propone reunir todos sus trabajos que expresen, ya una impresión, de su conciencia de espectador en el gran drama de la inquietud contemporánea, ya una modificación de su pensamiento que obedezca al impulso renovador de las ideas y de los espíritus. El primer volumen publicado contiene dos interesantes artículos, titulados *El que vendrá* y *La novela nueva*, y ha sido impreso en Montevideo, imprenta de Dornaleche y Reyes.

La gran revista. - El último número de este periódico ilustrado que se publica en Lima contiene notables artículos y poesías de José S. Chocano, J. M. Barreto, O. Espinosa, J. Fiansón, J. A. Román, C. López, V. G. Mantilla, Numa P. Llona, M. A. San Juan, A. N. Velezmoro, A. Arnao, R. de Campoamor, J. C. Ozete y M. Moncloa, y varios grabados.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVI — Barcelona 22 de noviembre de 1897 — Núm. 830



EL CÉFIRO Y LAS FLORES, composición de Francisco Miralles

(Salón Parés)

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Una ópera de Mancinelli. – *Hero y Leandro.* – Orígenes de esta leyenda. – Su conmemoración por el gran Virgilio en las *Geórgicas.* – Participación de Ovidio en la leyenda. – Nacimiento de los amores entre Leandro y Hero. – Repetición de las nataciones de Leandro por Lord Byron. – Muerte de Leandro y Hero. – Conclusión.

Hase inaugurado el teatro de la Opera. Y tras esta inauguración se cantará una obra nueva del maestro Mancinelli, cuyos ensayos comienzan ya y que se titula *Hero y Leandro.* Tal novedad lírica despierta en mi ánimo el recuerdo literario de una leyenda muy antigua, titulada *Los amores de Hero y Leandro*, los cuales dieron inspiraciones sublimes á Ovidio en sus *Heroidas* y en sus *Geórgicas* á Virgilio. Así voy á evocar estos amores, porque al evocarlos refiero el argumento de la ópera tal y como se cantará uno de estos días en Madrid. Es interesantísima la leyenda y se holgarán mis lectores con ella.

El amor, tal como aquellos jóvenes lo sentían, aparece muchos siglos antes que lo describiera el dramático y poeta Abuseo. Entre los poemas naturalistas que nos ha legado el viejo mundo latino, como *La naturaleza de las cosas* y *La metamorfosis de los seres*, por Lucrecio y Ovidio, ninguno como las *Geórgicas*, de Virgilio. El perfecto músico y poeta de la creación y de los campos acierta por modo maravillosísimo á unir la realidad viviente con la poesía ideal. De la menta que puede crecer entre las piedras en los cercados, del espliego que aroma los riscos en el cerro, de la blanca leche que rebosa en los odres, de los aceites destilados por la oliva y de las mieles cortadas en la colmena extrae con arte divino ideas poéticas en canoros enjambres, sin que pierdan por eso tan reales y vivos objetos su realidad y su vida. El cántico tercero de las *Geórgicas* está consagrado al instinto que reproduce los seres. Ceñido el poeta con corona de oliva, desdeña los cantores guerreros y exhala como de pastoril zampoña idílicas armoniosas cadencias. Y estas cadencias se han impregnado en el calor vivaz, cuya virtud por primavera lo mismo puebla los nidos que los apriscos. Y al ver cómo la leona cruel, que parece para el odio engendrada por los dioses, ama, y la jabalina feroz, que destroza el monte y arremete al pastor, se ablanda y enternece al celo, el poeta siente las afinidades misteriosas que llaman unos seres á otros seres y entona un himno lleno de casta voluptuosidad á todos los amores. Y cantando la savia que se despierta en la yema, el aleteo de la mariposa tenue sobre los ramos aromáticos, la mirada profundísima de las lunas á los soles, la serenata del ruiseñor, el relincho de la yegua, el mugido de la vaca, el arrullo de la tórtola, recuerda que dos almas se han querido como si concentraran en su seno todos estos amores y han llevado tan encendida pasión hasta más allá de la muerte. Poco después de habernos presentado el jabalí de la Sabina, en cuyos durísimos huesos y en cuya piel impenetrable entra el amor como en los seres más tiernos, pinta en versos inmortales, de una perfección absoluta, modelos eternos del hermoso decir, aquel joven frigio abrasado hasta en sus tuétanos por el soplo ardoroso de un amor infinito, y que solo, abandonado á sí mismo, escondiendo su cariño en los senos del corazón y en los senos del mar, nada y nada por el Helesponto en obscura tormentosa noche, sin cuidarse del hervor de las olas que braman y palpitan bajo su cuerpo, ni del estruendo de los cielos que truenan por cien nubes relampagueantes sobre su cabeza, ni de sus padres, á quienes ha dejado, para buscar tan sólo, impelido por el amor y llamado por la muerte, aquella hermosísima virgen llamada Hero, con la cual no podrá dormir en paz, á causa del exceso de su temeridad y de su pasión, sino bajo el sueño de la eternidad y sobre la tierra del sepulcro.

Ovidio mismo, ese gran representante de los sensuales amores, por los que perdió su patria, Roma, y por los que juntó á un renombre ilustre una infamia eterna, parece como que se purifica cuando trata de esta triste historia y describe con su elocuencia natural estos dulces amores. Bien es verdad que pocos idilios tan melancólicos, tan elegíacos y tan bellos como este idilio marítimo. Abydos y Sestos, aunque se miran complacientes en las mismas aguas y viven felices bajo el mismo cielo, están separadas, por hallarse la una en Asia y la otra en Europa, compartiendo así los odios mutuos entre aquellas regiones y llevando el peso de las guerras históricas entre aquellas razas. Las familias de uno y otro pueblo no podían unirse tan fácilmente con sus sendas rivalidades, como lo podían entre sí, cumpliendo las leyes y las tradiciones patrias. Pero el amor no conoce la historia, no estima la diferencia de razas, no sabe cosa ninguna de los odios seculares que hayan podido dividir á dos familias en guerra; él salta los abismos, suprime las distancias, convierte un suspiro en el aire necesario al espíritu y de la mirada despedida por unos ojos enamorados hace un cielo eterno, en el cual no pueden reinar ni el triste olvido ni la implacable muerte. Celebrábanse las fiestas de Venus en los jardines de Sestos. La diosa resplandecía en su ara y los coros de sus sacerdotisas la saludaban en himnos amorosos sin fin. Entre las sacerdotisas de Venus brillaba con brillo singular la hermosa Hero. Verla, oirla entre las llamas sacras, las guirnaldas votivas, las cítaras armoniosas cantando el amor y á la divinidad del amor, ofreciendo puros holocaustos, era un espectáculo demasiado bello para que no tentase á un joven marino de alma pura y de sentimientos ardorosos. A no dudarlo, en cuanto se vieron los dos jóvenes se enamoraron, y en cuanto se amaron debieron reconocer la imposibilidad completa de unirse legítimamente y legítimamente satisfacer aquel amor intenso. Ya fuese por odio entre sus dos familias, ya por triste recuerdo y conmemoración de pasadas guerras, ya por diferencia de religión, ya por odiosidades mutuas de raza, no podían verse y hablarse á su arbitrio para convenir la unión legal de sus nombres, que debía responder á la unión eterna de sus almas. Habitante de Abydos él, vivía ella en una torre de Sestos. El no tenía confidente alguno de su amor. En cambio ella tenía la vieja nodriza, que hace papel de confidente allá en todas las letras y en todas las artes griegas. Dentro del alma suya vertía Hero las lágrimas y al seno suyo confiaba sus secretos. Ella, la nodriza, encendía todas las noches la tenue luz que brillaba como una estrella de amor sobre la torre donde residía Hero. Los dos jóvenes se amaban con igual intensidad, y siendo suspiros y ojos los pregoneros inconscientes é indeliberados del amor, tenían que ocultar esta pasión del alma, la cual trasciende por toda la exterioridad del ser como si fuera un crimen. Leandro no podía ver á Hero sino de noche, y Hero no podía sino de noche aguardar á Leandro. Una barca, deslizándose, aunque fuese al amor de las sombras, entre las dos riberas, podía traicionar al barquero y desvanecer el misterio. Los dos amantes por tal manera estaban seguros de la mutua imposibilidad alzada entre los dos amores, que se convinieron, el uno en ir nadando á la torre de Sestos, y la otra en la torre de Sestos aguardar al intrépido y enamorado nadador.

¡Cuántas dificultades! En primer lugar necesitaba Leandro que la población de Abydos llegase á profundo sueño y no advirtiese de ningún modo su fuga, cosa poco asequible sino á las altas horas de la noche. Después debía burlar la doble vigilancia que por tierra y por agua empleaban contra los vecinos y contra sus rivales aquellas poblaciones heridas por tantas guerras y atravesadas por una continua invasión. Luego que ya hubiese todos estos obstáculos vencido y superado, ¡cuántas celadas terribles podía el mar tenderle, y cuántos abismos de muerte abrían sus fauces en torno suyo para devorarlo! Un viento súbito, una onda traidora, la zozobra inesperada de cualquier cambio repentino, los monstruos varios que corren por las infinitas soledades del mar, los mil accidentes propios de una peligrosa natación, amenazábanle con las amenazas más terribles y le tendían por doquier amagos de muerte. Luego, podía conocerse la marcha entre las aguas, bien por un relámpago en tormentosa noche, bien por un rayo de luna en noche serena, bien por la estela y el fosforeo que su propio cuerpo produjera en las luminosísimas y esplendentes aguas. Aunque había menos de una milla entre las dos riberas, el frío nocturno entumecería mucho los músculos y la corriente opuesta resistiría mucho también á los esfuerzos del nadador, aunque hábil y diestro fuera. Estas distancias marinas ¡ay!, siquier cortas en estrechos angostísimos cual el Bósforo, se agrandan en cuanto, después de haberlas medido con la vista, queréis medirlas á nado. Lord Byron ha tendido su éter de poesía sobre todas estas costas y sobre todos estos mares de Grecia. El Egeo, el Jonio, el Bósforo, las islas del Archipiélago que parecen madreperlas, el puerto de Atenas, las canteras de Paros, los desfiladeros de Lacedemonia, los cercados de Arcadia, las montañas de Tesalia, todos aquellos territorios llevan como una corona de ideas ceñida por el poeta seminormando y semisajón, que no habiendo podido nacer de Grecia como lo deseaba su alma y lo merecía su genio, murió joven é inspirado en los brazos de Grecia. Bogaba un día por el Bósforo, acompañado de varios marinos ingleses, cuando se les ocurrió una disputa sobre la verosimilitud ó inverosimilitud reales del paso de Leandro á nado por aquel extremo de la mar tracia. Sostenían unos la facilidad manifiesta, sostenían otros la dificultad insuperable. Aquellos aguijoneos que sentía el poeta inglés por todas las aventuras poéticas, lanzáronlo al mar, donde ensayó el viaje que hacía Leandro todas las noches á su regreso de Sestos. Pasó, pues, desde las riberas europeas á las riberas asiáticas. El experimento no se frustró. En una hora y diez minutos llegó el nadador normando, ilustre lobo marino, á las costas asiáticas desde las costas europeas. Pero no pudo abordar al sitio donde supone la leyenda que abordaba Leandro; lleváronle más lejos las corrientes. El joven enamorado griego hacía todas las noches dos expediciones, una de ida y otra de vuelta. Si á la expedición atractiva de ir le impulsaban los ardientes deseos y las esperanzas de hallar al otro lado satisfacciones indecibles á su amor, todo esto se tornaba en contra suya naturalmente á la vuelta, oponiéndole invencibles obstáculos, así las satisfacciones halladas, como el amor intenso, que lo retenían en las costas donde residiera su amada. ¿Pero qué resistencias no superan las pasiones humanas?

Ocultar el amor é ir todas las noches á la torre de su amada, ¡terrible situación verdaderamente dramática y muy propia para despertar las grandes emociones que avivan en nosotros siempre todos los combates del alma! ¡Cuán importuna le debía parecer á Leandro la población entera de Abydos interpuesta en el camino de su felicidad! Estos pueblos mediterráneos duermen poco y están siempre al aire libre. Dificilísimo, pues, el esquivar á su natural nervioso y curiosísimo un secreto de suyo tan interesante como un secreto de amor. Las noches en que no podía Leandro emprender su expedición, pasábalas entre insomnios más procelosos que todas las tormentas y más fatigadores que todos sus nados. Para él más tranquilidad ofrecía la onda y la brisa que la cama. Así, cuando robaba con facilidad el cuerpo al hogar y al pueblo natales, poníase en escollos altísimos columbrando la esperada luz que debía encender Hero en la torre de Sestos. ¡Cómo aguzaría la vista para penetrar en las tinieblas, deseando á un tiempo que las sombras llegaran á espesarse para no ser visto y á esclarecerse para ver! ¡El náufrago perdido no vió nunca el faro con la emoción despertada en Leandro á la vista del fanal encendido por la nodriza de su hermosa Hero en la torre de Sestos! ¡Cuántas veces, ya resuelto, se volvería para ver si en el hogar paterno alguien velaba, ó si en la ciudad natal le seguía sospechoso y vigilante algún vecino rival! Cerciorado por sí de los hombres, no podía con la misma seguridad cerciorarse de los elementos. ¿Quién le decía que la brisa más suave no se trocara en súbito huracán? Las aguas palpitaban siempre, y á estas palpitaciones entregaba su cuerpo. ¡Cuántas veces, aterido de frío, daba diente con diente, sintiendo esparcirse por todo su cuerpo el helor de los cadáveres! ¡Cuántas veces llegaba fatigado y sudoroso á las opuestas arenas, después de haberse pasado como un pez bajo las tumultuosas olas y tenido, al arribar, una especie de síncope que le presagiaba la muerte! A veces la hermosa luz que riela con tanto esplendor sus rayos de plata en las aguas celestes le hacía verdadera traición y le inspiraba recelo de revelaciones y advertencias que hubieran podido traerle, de seguro, irreparables dolores á él y á su amada. Recordando entonces que la casta y virgen Diana también había querido, como los mortales y los inmortales quieren, bien ó mal de su grado, y también había puesto sus puros labios en la frente de su Endimión, dormido sobre la roca del Atmos, rogábale de hinojos, tendiendo sus dos brazos en acción suplicante al plateado disco, tan hermoso en el cielo azul como en el mar callado, á que le favoreciese y prosperara su difícil carrera entre los vientos y las aguas. Pero como el amor está cerca de la muerte, Leandro y Hero se ahogaron en aquellos mares, pasando así tras su trágica muerte á la leyenda y á la historia.

Madrid, 13 noviembre de 1897.

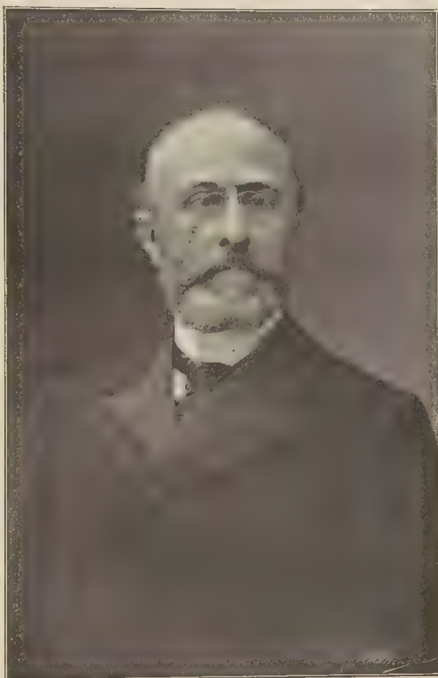


D. FRANCISCO SILVELA

Aventajada la estatura, gallardo el cuerpo, de pocas carnes, fina la cabeza, rizado, sedoso y negro el pelo, al igual que la barba, entreverada de algunas canas; ocultos los ojos tras unos lentes que sirven al que los usa para clavar la mirada en los del prójimo sin que éste pueda fijarla en los suyos; tal es D. Francisco Silvela, cuyos labios siempre están entreabiertos por una sonrisa que sin cesar se asoma y retira, como si temiera salir al exterior; sonrisa que anima la fisonomía para hacer luego más característica su impasibilidad, de la que tiene fama, supuesta ó merecida, así como de frialdad. De ésta hace gala, con gran desesperación de los que quisieran que diese un paso en falso; pero como antes de sentar la planta golpea el suelo con el tacón de la bota para cerciorarse de la firmeza del terreno, no lo logran; y en cuanto á adelantar el pie, no hay estímulo ajeno que á ello le obligue si el propio convencimiento no se lo aconseja; porque opina que el hombre no debe ir adonde se quiere llevarle, sino donde se ha propuesto.

Adonde va Silvela es á la jefatura del partido conservador, y para llegar á ella adoptó primero el sistema de estarse quieto, porque sabe que á veces se va más lejos sin moverse que agitándose. Cuando Romero rompió con Cánovas, su fogosidad le llevó á oponer pendón á pendón; mientras que Silvela prescindió de actitudes arrojadas, pero expuestas por tener en su contra la realidad; y en vez de combatir á D. Antonio, se descubrió con respeto ante la bandera que tremolaba el malogrado hombre de Estado, y al saludar el estandarte ponía mucho cuidado en saludar y ensalzar al jefe, si bien no le seguía. Discutió sin disputarle la jefatura, porque sabía que Cánovas valía tanto que su nombre era un prestigio, su talento una fuerza y su persona un partido. Jamás se le ocurrió debilitarle por medio del ataque, porque no ignoraba que estaba por encima de todas las agresiones, y que si el partido conservador, en su última etapa, no aprobaba la conducta de su jefe en las cuestiones internas, le respetaba demasiado para consentir que nadie intentase medirse con él. No lo intentó Silvela, quien sabía tres cosas: que Cánovas estaba cien codos por encima de su partido; que después de Cánovas, no quedaría en el partido conservador quien pudiera igualarse á él, Silvela; que ofendiendo ó lastimando á Cánovas, lastimaría y ofendería á todos los conservadores, cuya mayoría simpatizaba con Silvela, por más que por respeto y por disciplina siguiese al ilustre hombre de Estado cuya pérdida llora España. Cánovas comprendió que Silvela era temible porque no se presentaba como adversario, tenía á su favor la edad, combatía sombrero en mano y sabía esperar. No ignoraba D. Antonio que mientras él viviese estaría al frente del partido conservador, pero de un partido al que tenía necesidad de dar fuerza y prestigio, porque la actitud de Silvela le debilitaba; mas no se le ocultaba que en cuanto él desapareciese, la jefatura iría á D. Francisco. También éste lo sabía. Cánovas podía prescindir de Silvela y hasta de todos los que componen el partido conservador, porque su personalidad era tan grande que llenaba todos los huecos; pero el partido conservador sin Cánovas no puede prescindir de Silvela. Al primero le era dado gobernar hasta con ocho hospicianos, porque sentados á su lado en el banco azul hubieran parecido ministros; muerto Cánovas, no es posible un gabinete conservador sin que lo presida Silvela.

La incompatibilidad de Silvela y Romero ha perturbado la política durante un largo período. Creemos que Cánovas siguió un impulso de su corazón al quedarse con Romero, atacado de terrible dolencia, cuando se le colocó en la disyuntiva de optar entre él y Silvela, y no puede censurarse al hombre lo que tal vez no merezca aprobación en el político. La pugna entre los dos Pacos, como se dice en Madrid, es antigua, y ni siquiera cuando estuvieron juntos en el ministerio lograron vivir en buena armonía real, aunque sí aparente, ésta impuesta por la autoridad de


D. Francisco Silvela

Cánovas. Un día se presentó á Romero una comisión de Avila que había venido á Madrid á gestionar cierto asunto, y como Silvela representaba el distrito de Piedrahita que á dicha provincia pertenece, y también era ministro, dijo aquél á los comisionados: «Eso es cosa del otro Paco.» Pero como el otro Paco no se tomaba ningún interés en el asunto, lo que nada tiene de extraño, de ser cierto que nunca le ha preocupado aquello en que otros políticos ponen la atención para ganarse simpatías, Romero cuidó en el acto de complacer á los de Avila.

En nada se parecen. Nació Romero en la bella Andalucía, donde el viento Norte lo es de fuego, y Silvela en la estéril meseta donde Madrid se asienta y se hiela el soplo del Guadarrama; tira á rubio el cabello y también la barba del hijo de Antequera, y á negro el pelo del nacido en Madrid, color que también lo es del vestido, mientras que el traje de Romero no lo es; lleva Silvela abrochada la levita, y Romero suelta. Es aquél dueño de la palabra, pero el otro va con frecuencia más lejos de lo que se propone, por ella arrastrado. Frío, sobrio Silvela; fogoso, amplificador Romero. Cuando aquél comienza un discurso sabe adónde va; Romero cree saberlo, pero le ha sucedido dirigirse á un lado y encontrarse en el opuesto. ¿Cómo se puso de manifiesto la incompatibilidad de estos dos hombres políticos? Hay quien dice que fué en cierta sesión del Congreso con motivo de no haber sido apoyado Silvela, que era vicepresidente, como creía tener derecho á serlo. Le abandonaron, dejaron que cayese, y se levantó para demostrar que no pertenece al número de aquellos á quienes, en política, se tira cuando estorban.

Una vez Silvela, que suele dar en el blanco, erró el tiro, y fué en la sesión del 6 de diciembre de 1892, de la que data su disidencia. En ella se sirvió del verbo *soportar* refiriéndose al Sr. Cánovas, pero apuntando á Romero; y tal efecto produjo en D. Antonio, que planteó la cuestión de confianza, y al ver que le faltaba la mayoría, dimitió. Silvela dijo á uno de sus amigos: «Me ha pasado lo que á veces al cazador, que apunta á la liebre y mata el perro.» Cuando pide la palabra, imprime al cuerpo un movimiento rápido hacia adelante; antes de haberse incorporado ya ha expuesto su deseo de hablar, é instantáneamente vuelve á quedar sentado, respondiendo con una sonrisa á la curiosidad revelada por todas las miradas que en él se fijan. «¡Silvela va á hablar!» La noticia llega á los pasillos y entran en el salón de sesiones los diputados. «Tiene la palabra el Sr. Silvela,» dice el presidente. Surge la figura de D. Francisco y se ve la parte de la cara que no está tapada por la barba y atenuada por los lentes: todo lo demás es negro, pelo, corbata, levita y pantalones. Hay tanta belleza como severidad en la actitud del orador, en la que se ve el aplomo que da la seguridad de la propia fuerza. La voz es vibrante, fina y el tono siempre mesurado; sobrio el gesto, que se limita á ligero movimiento de la mano derecha; cuando ha lanzado alguna frase en la que sintetiza un concepto desarrollado en un período, frase que da en la frente de cuantos le escuchan, entonces el Sr. Silvela se inclina como si quisiera cerciorarse del efecto y sonríe como diciendo: «Ya lo he obtenido,» y prosigue su discurso, llegando á la nota aguda en la intención, nunca en la forma. En las pausas saca del bolsillo de la levita una tarjeta, la mira, vuelve á guardarla y continúa su oración. En aquella cartulina ha apuntado los puntos principales de su discurso.

Silvela nació en Madrid en 1843, y ni por su temperamento ni por sus costumbres sencillas se presta á la anécdota. Es muy amante de su familia, y á sus goces, más que á las grandezas, pide la felicidad. Fué muy joven secretario del Congreso, y un día le dijo Posada Herrera: «No tardará usted en ser ministro; dirigirá usted mayorías, oirá usted aplausos y adhesiones calurosas y disfrutará de la confianza de los que sean sus compañeros: cuando á tal punto llegue, no olvide que está como el picador en la plaza; no mire tan sólo al toro que le va á acometer, ni lo fíe todo en sus puños y serenidad para sostener el encuentro; cuide tanto como de todo eso, de que el caballo que monte no haya quedado malherido, no tenga fría la oreja y vaya á dar con usted en tierra en el momento en que más necesite de sus ancas; y desmonte al sentir el primer estremecimiento de debilidad para sostenerle, porque esos tumbos son deslucidos por demás, y si ocurren á la cabeza del toro pueden ser de muerte.» Como Silvela no ha olvidado aquellos consejos, ha cuidado siempre de no dar tumbos deslucidos ni lucidos, y á esto se debe que hoy las miradas en él se fijen y digan todos los labios: «Este es el jefe del partido conservador.»

TEODORO BARÓ



Cuando llegaron en el último coche el Sr. Martín, Margarita y Andrés, hubo grandes salvas de aplausos (dibujo de Huertas)

CUADROS POPULARES

LA BODA DEL SEÑOR MARTÍN

(Conclusión)

IV

La prendera toledana volvió á su hogar, si hogar podía llamarse aquella zahurda, y volvió completamente desprovista de intereses y sin el digno esposo que fué á cumplir condena de seis años de prisión, y eso por buenas composturas, según dijo ella misma al Sr. Martín, jurando y perjurando que ella y su marido eran inocentes de los hechos que les habían *acumulado* por una mala voluntad. Quiso continuar su comercio, pero en un año había perdido la clientela, y además de esto la falta de capital era un obstáculo terrible para que prosperase su industria. Hubiera tenido dinero que prestar y no habría faltado quien lo tomara como ella quisiera, pues la necesidad obliga mucho y aprieta más; pero sin dinero, todo lo que podía prometerse era vender las existencias de ropas y de muebles viejos que halló en la tienda, ropas que lo poco que tenían que perder lo habían perdido ya en el tiempo que estuvieron entregadas á la polilla y á las telarañas, y muebles que todos se tambaleaban y en cuanto se intentaba cambiarlos de sitio deshacíanse en pedazos. Y sobre esta penuria tuvo que sufrir la madre de Margarita el desvío de toda la gente del barrio, que no creía en su inocencia y esquivaba el trato con mujer que había pasado un añito alojada por cuenta del Estado en la cárcel de su sexo. Este desvío la hería profundamente y le ennegrecía el humor de un modo que hacía padecer mucho á la dulce Margarita, que si trataba de hablar á su madre para consolarla el lenguaje de la resignación cristiana, recibía por respuesta una descarga de soeces palabrotas y á las veces recios golpes, y así desahogábase impunemente de la ira que la cegaba. La mala mujer culpaba á su hija de haber adquirido, mientras ella estuvo á la sombra, maneras y lenguaje propios de una señorita, lo que era, decía *Ulogia* bárbaramente, «un *disprecio* á los padres que la habían criado con tantas fatigas, para que en *iciendo* que *allegara* á moza *echara el alma* trabajando para ellos y les aumentara la *miaja* de *probeza* que tuvieran,» y terminaba el discurso con un par de ajos de los más gordos. Claro es que con este lenguaje, que le parecía á la grandísima bestia el más claro y expresivo, contrastaba singularmente el que la niña con su buena inteligencia y su delicado instinto había aprendido en casa del Sr. Martín, donde no se oía jamás á los oficiales y aprendices una frase desvergonzada ni una exclamación sacrílega, porque no tenía el cerrajero tolerancias con nadie en ese punto. El obrero mal hablado ó se corregía en poco tiempo ó era despedido irremisiblemente. La noble naturaleza de aquel hombre de bien repugnaba todo lo grosero, todo lo indigno.

Los primeros días que siguieron al del regreso de *Ulogia* á su prendería, la tierna y agradecida Margarita pasó algunos ratos á la casa de su bienhechor, y éste y el mudo holgábanse mucho de verla, siendo su presencia gran consuelo en la pena que los dos experimentaban desde que la niña se vió en el duro trance de cambiar de domicilio; pero sus visitas cesaron súbitamente, y el Sr. Martín, creyendo que podría estar enferma la angelical criatura, se decidió á pasar á la prendería para enterarse de si eran ciertos sus temores, bien que no le hacía mucha gracia conversar con la zafia toledana. Recibió la prendera al señor Martín procurando parecer amable, y llamó á Margarita, que al ver á su protector alegró con su dulce mirada y su inefable sonrisa la siniestra obscuridad de aquel antro. *Ulogia* no quería que pasara la niña á la cerrajería, porque habiendo en el taller hombres solamente, y siendo ya Margarita una moza de catorce años, que parecían diez y ocho, no estaba ni medio bien, y daría mucho que hablar á los vecinos que allí se estuviera todos los días donde tantos hombres jóvenes se juntaban, y oyendo que el uno la decía una cosa y el otro otra, y alguno se le podía propasar, y además la chica tenía que trabajar, coser, lavar, planchar, lo que le saliera, para ayudar á su madre que estaba sin un céntimo, por *mor* de la maldita causa con que una mala voluntad había perdido á un matrimonio honrado, y ella se veía y se deseaba para poder comprar un pedazo de pan, y puede que al fin tuviera que poner á servir á Margarita para que no se quedara sin comer y en cueros vivos y poder ella misma libremente buscarse la vida como pudiera.

El Sr. Martín, oyendo estas razones, quedó casi convencido de la de *Ulogia*, y la idea de poner á servir á Margarita le impresionó tan desagradablemente que en aquel punto pensó que, viviendo él, no iría á ejercer oficios de criada la gentil muchacha. La madre al terminar su discurso rompió á llorar, con lo que acabó de poner al cerrajero más blando que la cera, de tal suerte que cuando el Sr. Martín volvió al taller traía en el bolsillo quince duros menos que había dejado en las pecadoras manos de la redomada toledana. Y ésta, luego que se fué el vecino, sorprendió á Margarita abrazándola y besándola, y por cierto que no la tenía acostumbrada á estas manifestaciones del amor maternal, pero la oportuna generosidad del Sr. Martín hizo concebir á la prendera la halagüeña esperanza de explotar el filón que tan al descubierto había puesto aquel excelente hombre que era todo sinceridad y nobleza.

Y en efecto, comenzó la explotación: antes de acabar el mes ya se lamentó *Ulogia* de la imposibilidad de continuar en el comercio porque no se vendía nada, ni se obtenía siquiera lo preciso para pagar al arrastrado casero y para mal comer, y ni ella tenía zapatos ni la chica tampoco, y ya veía que no había más remedio que ponerse á servir Margarita; que en Toledo, sabiendo de quién era hija, la recibiría con los brazos abiertos un labrador muy rico y solito, el que siempre los había querido con delirio á Polonio y á ella. Todo esto era mentira; ni en Toledo ni en parte alguna del mundo estimaba nadie á matrimonio tan abominable; pero la mentira pareció verdad al Sr. Martín y se apresuró á hacer otro donativo, seguro de que este era el medio único de que la grandísima tía *Ulogia* tratara bien á Margarita.

Andrés acompañaba al Sr. Martín en sus visitas á la prendería, y él y Margarita mirábanse tristemente sin poder comunicarse de otro modo, como antes, sus pensamientos, recordando aquellos deliciosos días, tan breves, que viviendo juntos se creían, en su adorable inocencia, los seres más venturosos de la tierra. Seguía el mudo haciendo progresos en la pintura y ya el Sr. Martín había obtenido de un pintor famoso los mejores informes respecto de las bonísimas disposiciones de su ahijado para cultivar con gloria el arte á que mostraba tan decidida afición. Esto llenaba de orgullo al bonísimo Martín, que hacía grandes gastos en libros costosísimos, en estam-

pas, en modelos, en todo lo que podía contribuir á formar el buen gusto del futuro artista. ¡Qué gloria para el humilde cerrajero cuando llenara el mundo la fama del pintor mudo!.. Esta esperanza era su idea fija, y no había sacrificio que no estuviera dispuesto á hacer para que su hijo de adopción llegara á la notoriedad. Y seguía el excelente hombre dedicado cada vez con más afán á su oficio, procurando que en su taller se trabajara mucho y bien, y Dios le favorecía, porque todas las obras importantes se le encargaban al Sr. Martín, que no sólo se distinguía por lo perfecto del trabajo, sino también por la formalidad con que acostumbraba cumplir sus compromisos. Ya había comprado la casa donde tenía el taller y sus habitaciones y la inmediata para ensanchar aquél, y como la fortuna le sonreía y él no tenía necesidades holgábase de hacer el bien; que no sólo atendía á sus protegidos Andrés y Margarita; otras, no pocas, familias pobres del barrio le debían favores, y era, como se dice, el paño de lágrimas de mucha gente.

V

Cuatro años estuvo Polonio en el establecimiento penitenciario donde cumplía su condena, y no la cumplió entera porque fué indultado. Regresó, pues, á su hogar, y trajo para divertirse por el resto de su vida un reuma articular que no puede asegurarse que no se lo mereciera. Su mujer no recibió grande alegría con la vuelta del esposo, que no regresaba apto para nada y sólo sería una boca más en la casa, y seguramente una boca insaciable, porque vendría el hombre ansioso de comer más y mejor que allá en el presidio donde adquirió el reuma. Pero si la mujer le recibió con notorio desabrimiento, sirvióle de consuelo, en medio de su miseria, el beso que le dió con toda el alma su hija Margarita, corazón de oro puro, que viendo á su padre demacrado, lívido, moviéndose trabajosamente, abrumado bajo la pesadumbre de su desgracia, sintió en el alma una profunda conmiseración. Fué aquel un beso de redención para el desventurado Polonio, que experimentó una alegría nunca sentida, un placer nunca soñado, y sintió correr por sus mejillas el llanto de la gratitud, del arrepentimiento y de la esperanza.

Margarita era ya una mujer y ángel le pareció al mísero Polonio, y cuando la oyó hablar un lenguaje tan distinto del que él y *Ulogia* habían usado y oído siempre, cuando le prometió amarle y cuidarle cariñosamente y le aseguró que aún podía haber para él calma y salud de cuerpo y de alma, á punto estuvo de dudar que fuera hija suya y de la fiera de su mujer la hermosa Margarita; pero no, no era posible la duda, porque aquel beso únicamente de los inmaculados labios de su propia hija podía recibirlo un miserable como él.

El Sr. Martín fué el único de los vecinos del averiado prendero que le dió la bienvenida. Triste impresión le produjo y profunda compasión le inspiró el estado en que volvía el mísero Polonio, á quien Margarita había encarecido cuantos beneficios debían su madre y ella al Sr. Martín, expresó á éste su agradecimiento en el tosco y torpe lenguaje que le era propio, y le consoló mucho oir de labios de aquel hombre honradísimo, intachable, frases afectuosas, él que sólo las oía mucho tiempo hacía ásperas, despreciativas y humillantes.

«Hay que olvidar lo pasado, le dijo el Sr. Martín, y vivir honradamente. Esta es la manera de redimir las faltas propias y ganar el afecto de las gentes. Así no le faltará á usted mi protección.»

Seguramente no podía faltar al padre de Margarita la protección del Sr. Martín. El mudo Andrés hallábase ausente acompañando en un viaje á Roma al pintor famosísimo que era su afable maestro y que habiéndole cobrado gran cariño había querido que admirase las obras de arte que allí existen; el señor Martín había quedado solo, y en seis meses de ausencia de su protegido habíase apoderado de su mente una idea que si al principio le pareció absurda luego la tuvo por la más acertada que hubiera podido ocurrirle. Había visitado más frecuentemente y durante mayor espacio de tiempo cada vez la tienda del prendero; había hablado mucho con Margarita, que casi siempre estaba sola, porque la madre andaba por allá dentro, en las profundidades de la trastienda, escarbando entre los trapos, y el Sr. Polonio no podía moverse de la cama, y la contemplación de aquella singularísima hermosura y las excelentes cualidades morales que en ella descubría le inspiraron vivo irresistible deseo de ser dueño de tanta belleza y tanta virtud... En la edad más que madura en que se hallaba el Sr. Martín la pasión se impone á la voluntad por fuerte que ésta sea; el Sr. Martín estaba locamente enamorado de Margarita. Antes de que el cerrajero explicara sus sentimientos, ya los había conocido la madre de la muchacha y prevenido á ésta para que se mostrara cada día más afectuosa con él, pues era una gran fortuna para ella casarse con hombre tan bien acomodado y tan generoso que no abandonaría á los padres de su mujer, y hasta los llevaría á su casa y los regalaría como si sus propios padres fueran, con lo que ya no estarían atenidos al aperreado tráfico de la compra y venta de cosas viejas, y las gentes del barrio que con tan humillante desprecio los miraban se morirían de pura envidia viéndolos en tan ventajosa situación.

Margarita estimaba y respetaba mucho al Sr. Martín, pero no le amaba, y sincera como siempre, así lo declaró á su madre. Y la empecatada prendera, temiendo que la chica fuese capaz de dar calabazas al pretendiente, no hubo denuesto ni injuria que no lanzara al rostro de su propia hija, acusándola de ingrata y sin vergüenza, y amenazándola con que había de hacer con ella un escarmiento, si por necedad, por mala sangre, ó por ser una perdida y tener capricho por alguno de los chulapos del barrio, perdía tan buena proporción y hacía perder á sus padres la protección del Sr. Martín. Y empezó una vida amarguísima para la gentil Margarita, que tenía otro amor en el corazón y en el pensamiento.

El Sr. Martín cada día se mostraba más generoso con los prenderos y por consiguiente cada día era más difícil y penosa la situación de Margarita, y cuando el honrado cerrajero le declaró su amor y su propósito de hacerla su esposa, la pobre, gravemente amenazada por su madre, consintió sollozando, y el cerrajero, que sabía que el llanto lo produce la alegría como el dolor, creyó buenamente que era amado.

«La boda, dijo, en cuanto vuelva de su viaje á Italia mi querido Andrés.»

Y pronto corrió por el barrio la noticia de que el Sr. Martín, el popular y estimado Sr. Martín, se casaba con la hija de los prenderos, alabando todos á la novia y lamentando todos también que fuera hija de tales padres.

Loco estaba de alegría el Sr. Martín, é impaciente por realizar la boda que había de hacerle completamente feliz. Andrés había escrito señalando la fecha en que regresaría con su maestro; faltaban diez días, y de buena gana hubiera rogado á su hijo adoptivo que anticipase el viaje; pero consideró que acaso aquellos días le serían precisos, porque Andrés le decía que estaba tomando muchos apuntes de las maravillas que nunca se acababan en aquel emporio de las artes, y dominó su ansia de ser el hombre más dichoso del universo. Habría querido sorprender al mudo agradablemente comunicándole cuando regresara la venturosa nueva de su próxima boda; pero no tuvo paciencia y le escribió cariñosa carta en que le hablaba con mucho calor de la irresistible pasión que le había inspirado Margarita, y se esforzaba en aducir razones con que justificar su resolución de casarse á pesar de la notable diferencia de edad. De que Margarita le amaba, decía estar completamente seguro; también lo estaba de que Andrés, á quien siempre había amado como hijo, experimentaría la mayor satisfacción al conocer su dicha, y concluía asegurándole que no por contraer nueva obligación dejaría de ser para él padre amorosísimo como siempre. No habría en su hogar otra variación que ser dos los que le amarían con toda el alma, porque Margarita, ya lo sabía él, le quería como á un hermano desde aquel año que vivieron juntos bajo el mismo techo hasta que la madre fué absuelta en la causa que se le formó por una mala voluntad. Tan ciego estaba el señor Martín, que llegó á tener por cosa cierta que el Sr. Polonio y la señora *Ulogia* eran dos buenas personas con poca suerte, y que se vieron en aquel apretado trance por malas artes de algún enemigo oculto.



Y no había acabado Margarita de leer la carta, cuando estalló en sollozos... (dibujo de Huertas)

Dedicóse con el más solícito afán á hacer los preparativos necesarios. Compró para la novia vestidos y joyas, amuebló la casa más confortablemente, vistió de pies á cabeza á los arrastrados padres de Margarita, les hizo abandonar aquella inmunda trapería, quemando las existencias, y en la casa inmediata les puso modesto, pero limpio y bien arreglado almacén de camas de hierro económicas que se fabricaban en su cerrajería, regalándoles unas cuantas docenas con que empezar esta nueva industria, y así se realizó el deseo de *Ulogia* de que le envidiaran la suerte las comadres del barrio, entre las cuales era muy comentada la habilidad con que había logrado colocar á su hija nada menos que con el Sr. Martín, bien que la chica se lo merecía todo.

Y la hermosa Margarita, siempre que su prometido le traía un nuevo regalo y le decía ternezas que le sa-

lían del alma, sufría horriblemente, porque aquellas ternezas no llegaban á su corazón, lleno de otro amor, que era amor inextinguible y piedad suprema. Sufría y callaba, dispuesta ya al sacrificio por sus padres que, sumidos en la miseria y en la abyección, habían venido por obra y gracia de aquel hombre de bien á disfrutar una existencia de holgura y tranquilidad que nunca pudieron soñar.

VI

Faltaban sólo tres días para que regresara de Roma el mudo Andrés, era la fecha señalada por él mismo antes de recibir la carta del Sr. Martín que le notificaba su próxima boda; ésta se verificaría el mismo día de la llegada de Andrés, y ya no se hablaba de otra cosa en el populoso barrio donde tantos amigos tenía el contrayente. El programa de la fiesta era brillante. A las ocho de la mañana se verificaría la boda en la parroquia de San Lorenzo, y á las nueve los invitados, que pasaban de cuatrocientos, serían llevados á los Viveros del Ayuntamiento, donde pasarían el día entero, sirviéndoseles un desayuno á la llegada; á la una la comida encargada al actual representante de la dinastía de los famosos pasteleros Botines, y á las seis de la tarde la merienda. Habría baile para los aficionados, y no con acompañamiento de piano de manubrio, como es costumbre; el Sr. Martín quería hacer las cosas en grande y había contratado la excelente banda del regimiento de Zaragoza. No se había olvidado de los desgraciados; además de los socorros que él mismo daría personalmente á familias cuya extrema necesidad le era conocida, el señor cura propio de San Lorenzo distribuiría entre los feligreses pobres mil duros en nombre del Sr. Martín.

Era extraordinaria la animación en el barrio. Las invitadas á la fiesta, entre las que se contaban ejemplares sobresalientes de hermosura y gentileza, habían sacado ya del cajón de la cómoda el riquísimo pañolón de Manila bien oliente, y todas habían citado á la peinadora al amanecer del día señalado para que les hiciera el peinado de mayor lujo y de más gracia que supiera hacer; y las muchas que poseían pendientes de brillantes, collares de aljófar ó de granates y anillos preciosos tenían á mano los estuches donde conservaban tales joyas para que á última hora no olvidasen completar con ellas el adorno de sus personas. Los hombres se preparaban también á lucir su mejor ropa, y los había que llevarían camisa de pechera bordada y un capital en botonaduras y sortijones, que no de otra suerte se podía ir á festejar la boda del popularísimo Sr. Martín. Éste habría podido elegir para padrino á alguno de los ricachos del barrio que se habían ofrecido con la mejor voluntad, pero quiso que su padrino fuese un obrero que por consiguiente no tuviera dinero sobrante que gastar, y eligió á uno de los oficiales de su taller, á quien quería mucho por sus bonísimas cualidades. Y en vez de ser el padrino quien regalara al novio, éste fué quien obsequió al padrino generosamente. Los demás que trabajaban en el taller recibieron al mismo tiempo que la invitación á la fiesta el doble jornal de la semana.

El día anterior al de la boda el Sr. Martín esperaba á Andrés con mucha impaciencia, porque el mudo no había contestado á su cariñosa carta. No llegó Andrés, pero llegó la carta que le escribía desde Roma. «Padre mío, escribía Andrés, que sea usted dichoso, y lo será usted mucho si lo es tanto como merece, es lo que más vivamente he deseado y deseo en este mundo. Perdone usted que no vaya á ser testigo de su felicidad... Quisiera ir, mas no puedo, padre mío, no puedo. Ya tengo, gracias á usted, medios de poder valerme en la lucha por la existencia. Bendito sea usted, padre mío. Puede ser que, andando el tiempo, nos veamos. Ahora no puede ser, pero tenga usted por cierto que no pasará un día de mi vida sin que pida á Dios que le conceda á usted todas las venturas. Ya sé que usted no olvidará á su desgraciado *Andrés.*»

Leyó y releyó esta carta el Sr. Martín, y sintió profundísimo dolor en el corazón, como si de improviso le hubiera herido agudo puñal. Con la carta en la mano corrió á casa de los ex prenderos, y tan agitado le vió la madre de Margarita que no pudo menos de preguntarle asustada:

–¿Qué le pasa á usted, Sr. Martín?..

–¡Margarita, quiero ver á Margarita!, dijo, apretando en su mano el fatal papel.

Llamó á su hija la presunta suegra, y vino la muchacha pálida, melancólica, triste, pero procurando sonreir ante la cruel madre que tenía clavada en ella la mirada amenazadora.

–Toma, le dijo el Sr. Martín, lee esa carta de Andrés.

Margarita alargó la mano, temblorosa, y tomó la carta...

Y no había acabado de leerla, cuando no pudiendo ya ahogar su pena como otras veces, estalló en sollozos, á los que siguió el torrente de lágrimas tanto tiempo contenidas por dolorísimos esfuerzos de la voluntad.

–¿Qué es esto, Margarita?.., preguntó, convulso, el Sr. Martín.

–¿Qué carta es esa?.., exclamó la madre con acento de ira. ¿A qué viene ese llanto?.. Y estabas hace poco tan contenta... ¿Qué carta maldita es esa?.. A ver, di por qué lloras, por qué te afliges...

Y cogiendo de la muñeca á la muchacha se la apretó de modo que cuando la soltó, obligada por el señor Martín, en la delicada piel se había marcado un círculo violáceo.

–Déjenos usted solos, dijo el herrero, apartándola violentamente.

–Es que...

–Que nos deje usted solos, repitió con un tono que no admitía replica, y no escuche usted detrás de la puerta, añadió.

La mujer obedeció y los dejó solos.

–Margarita, dijo el Sr. Martín, vas á explicarme el contenido de la carta de Andrés que te he dado á leer.

–Señor Martín..., murmuró Margarita, suplicante.

–Que me digas la verdad quiero... Tú sabes lo que esa carta quiere decir, porque si no lo supieras no te habría arrancado tantas lágrimas su lectura. Dime la verdad, Margarita, la verdad toda y nada temas. ¿Por qué no viene Andrés á nuestra boda? No bajes los ojos, Margarita, y mírame sin temblar para decirme la verdad como mujer honrada que eres.

–¡Oh, sí, Sr. Martín!, exclamó la hermosa, levantando la cabeza y mirando suplicante á su prometido, la verdad diré. Yo le quiero á usted como nadie le querrá en el mundo y le respeto..., y á nadie quiero tanto como á usted, que tan bueno ha sido para Andrés, para mis padres... y para mí; pero Andrés y yo habíamos soñado ser esposos... Por eso, Sr. Martín, no puede venir Andrés á nuestra boda.

–¡Nuestra boda!, repitió tristemente el herrero.

–Tiene usted mi palabra, Sr. Martín.

–Pero no tengo tu amor. Te resignas á ser desgraciada. ¿No habría sido mejor para los dos que antes me hubieras dicho la verdad?..

–¡Ah, Sr. Martín, no he tenido valor..., ni podía tampoco!

–Ya entiendo, que tus padres te han obligado á consentir. ¡Qué infamia la suya y cuánto habrás sufrido, mi pobre Margarita!, murmuró el herrero tomando en sus duras manos de trabajador las suaves y delicadas de su prometida. En verdad te digo, Margarita, que ha de costarme la vida este dolor.

Y había lágrimas en los ojos y en la voz de aquel hombre.

–Señor Martín, dijo Margarita, profundamente conmovida ante la angustia de su enamorado, no quiero que usted sufra. Usted dispone de mí. Andrés no volverá. Yo seré esposa de usted mañana, con la bendición de Dios.

–¿Serás mi mujer?, preguntó con ansia el señor Martín.

–Lo he prometido.

–¿Mañana?

–Mañana.

–¿Y no te arrepentirás?..

–Nunca.

Entró la madre, que ya no pudo contener su impaciencia, y el Sr. Martín salió.

Loco de amor salió del almacén. La esperanza de ser dueño de aquella singular hermosura le hizo olvidarlo todo instantáneamente; la carta de Andrés, la confesión y el desconsuelo de Margarita, la enorme diferencia entre la edad de su prometida y la suya, la infamia de los ex prenderos que se habían propuesto explotarle, y volvió á su taller resuelto á casarse á las ocho de la mañana del día siguiente. Estuvo toda la tarde ocupado en varios detalles de la fiesta; se aseguró de que á la hora precisa estarían dispuestos los veinticinco vehículos que transportarían á los convidados hasta los Viveros; de que el ínclito sucesor de los Botines saldría antes de amanecer para el sitio de la jira con todas las provisiones y vajilla y con el correspondiente golpe de cocineros, pinches y camareros; repasó atentamente la lista de los invitados á fin de reparar algún olvido involuntario; se probó el traje nuevo que le había llevado el sastre, se extasió en la contemplación de la flamante camisa cuya pechera había bordado maravillosamente con sus primorosas manos la gentilísima novia – y bien que había llorado cuando hacía tan delicada labor, – y luego que todo lo hubo preparado, encerróse en su alcoba á dormir, á soñar las venturas que el día siguiente habían de empezar á ser deliciosa realidad.

Allí, junto al novísimo lecho conyugal, tendióse en una de las butacas que formaban parte del mueblaje de lujo que había comprado para que la casa fuera digna de la que había de ser dueña y señora en ella, y metiendo distraídamente la mano en el bolsillo de la americana sacó un papel arrugado, que no era otra cosa que la carta de Andrés. No quería pensar en su protegido, pero sólo en éste pudo pensar. Andrés era como hijo suyo, porque él le había querido como se quiere á un hijo. Aquel huerfanito, enfermizo, triste, mudo, había sido para él un grandísimo consuelo, un estímulo poderoso, un ángel de su guarda, un amor entrañable, una satisfacción inmensa de la conciencia; por Andrés había gustado el placer incomparable de obrar bien; por Andrés había puesto el mayor empeño en ser bueno y honrado, en ser económico, en trabajar cada vez con más ahinco y con la posible perfección, en no distraer el pensamiento de aquella hermosa obra de caridad y de amor; por Andrés había experimentado el dulce y noble sentimiento del cariño paternal, y por Andrés le había sonreído la esperanza de ver trocado en hombre sano y artista famoso al desmedrado ser que había recogido miserable, raquítico, ignorante, y que á él, á él solo debería la vida, la inteligencia, la gloria artística...

–¡Ah, exclamó Martín, pensando todo esto, y también me deberá su desventura!

Y esta idea se fijó con tal insistencia en su mente que ya le fué imposible desecharla en toda aquella larga noche.

«Andrés, pensaba, ama á Margarita; los dos se quieren, los dos van á ser desgraciados... No, no lo serán ellos solos; lo seré yo también, porque sabiendo que Margarita no ha de poder arrancar del corazón el amor á Andrés, voy á ser también muy infeliz, más infeliz que ellos, porque ellos no son culpables de mi desgracia y yo sí lo seré de la suya. ¿Y habré estado tantos años procurando la felicidad de Andrés para destruirla yo mismo ahora?.. ¡Y quiero llamarme padre de Andrés y no me sacrifico por él?.. ¡Pero si este sacrificio es demasiado grande para un miserable como yo!..»

Y el Sr. Martín, allí, á solas con su conciencia de hombre recto, con sus ansias amorosas y con su ternura de padre, lloró mucho, lloró la muerte de sus ilusiones de enamorado, lloró el sacrificio que su rectitud le imponía, batalló con su ardorosa pasión mundana y su infinito cariño paternal..., y cuando una tenue claridad anunció el amanecer del día que había esperado como el más dichoso de su vida, ya estaba en su pensamiento vencida la carne por el espíritu... Ya no serían desgraciados por su culpa Andrés y Margarita.

VII

Acababan de dar las seis cuando paró un coche delante de la casa del cerrajero. Pocos momentos después oyó éste la voz chillona de la criada anciana que le servía, que gritaba con júbilo: «¡Ya está aquí, ya está aquí! ¿Cómo había de faltar?» Levantóse el señor Martín, y abriendo la puerta de su alcoba iba á preguntar quién había llegado, á tiempo que unos brazos vigorosos rodearon su cuello amorosamente y en su mejilla sintió el calor de un beso que fué bálsamo de consuelo para su corazón.

Era el mudo, su amado Andrés. Antes de que el Sr. Martín pudiera impedirlo, Andrés cayó de rodillas á los pies de su bienhechor, y le entregó un papel instándole á que lo leyera.

Andrés había escrito que después de haber puesto en Roma, en el correo, la carta en que decía al señor Martín que no podía venir á la boda, había experimentado la más penosa angustia pensando que era gran soberbia la suya y miserable ingratitud. Decía que era cierto que había soñado ser esposo de Margarita y se la hubiera disputado á otro hombre; pero entre la felicidad de su padre adoptivo y la suya propia, ésta era la que él debía sacrificar. Añadía que los beneficios que del Sr. Martín había recibido solamente los podía pagar renunciando á su amor y acudiendo á ser testigo de la ventura del hombre generoso que se había compadecido del huérfano desvalido. Y terminaba diciendo que ya que le fué imposible recoger del correo aquella carta imprudente, luego que se arrepintió de haberla escrito, resolvió ponerse en camino inmediatamente para llegar á Madrid el día de la boda y pedir á su padre perdón y darle una prueba de sumisión y de agradecimiento.

El Sr. Martín levantó del suelo cariñosamente al mudo y le abrazó con la mayor efusión. Luego en el mismo papel que le había entregado Andrés escribió con lápiz:

«Andrés, hijo mío, no acepto tu sacrificio; no soy yo quien se casa con Margarita; eres tú. Ella te ama y seréis dichosos, porque sois buenos. Cuando te hice mi hijo adoptivo me impuse el grato deber de

todo padre, que es procurar la ventura de su hijo; no cumpliría la obligación de padre si no completara mi obra realizando tus sueños de felicidad.»

Leyó estos renglones Andrés, y otra vez el rudo cerrajero y el inteligente artista unieron sus pechos en estrechísimo abrazo, gozando los dos en aquel momento el más intenso de los placeres del alma, un placer que solamente los buenos pueden saborear en este mundo. .

. . . .

Ya se oía el animado rumor de la gente que se reunía en la calle para presenciar la salida de los novios; ya iban llegando los carruajes alquilados por el Sr. Martín, y ya empezaban á presentarse los buenos mozos y las arrogantes y bien aderezadas hembras que el Sr. Martín había convidado. El Sr. Martín hizo que ellas y ellos ocuparan los carruajes dispuestos, y pasó al almacén de camas con Andrés. En pocas palabras explicó á la madre de Margarita, porque el padre se quedaba como siempre en cama, donde le retenía el reuma, que la fiesta se celebraría puesto que todo estaba á punto; que habría gran banquete en el Vivero y música y baile y toda la broma decente que se quisiera, pero no habría boda hasta algunos días más tarde cuando se casaran Margarita y Andrés, bien que entonces no se haría ningún festejo público, puesto que por adelantado se les ofrecía á los amigos.

Margarita, que ya iba á vestir las galas para el desposorio, experimentó emoción tan profunda al saber que estaba allí Andrés y que éste era su prometido, que hubo de hacerse gran violencia para no prorrumpir en sollozos de alegría. El Sr. Martín, que leía en el pensamiento de la lindísima joven, acercóse á ella, le tomó la mano cariñosamente y le dijo:

«No disimules tu regocijo, que no me ofendes. Vais á ser felices los dos, porque yo he querido que lo seáis. Si grande es tu alegría, más grande tiene que ser la mía. Alégrate, hija, y Dios os bendiga y me permita ser testigo de vuestra felicidad mucho tiempo.»

La fiesta en el Vivero fué animadísima. Cuando llegaron en el último coche el Sr. Martín, Margarita y Andrés, hubo grandes salvas de aplausos. Muchos de los convidados no se habían enterado siquiera de que no se había celebrado la boda. El Sr. Martín encargó á los que tenían ya noticia de que la boda que se celebraba no se había verificado que comunicasen este extraño suceso á los demás, añadiendo que el herrero había renunciado á las delicias del matrimonio, y se contentaba con ser padre, y probablemente abuelo más tarde, sin haber tenido hijos nunca.

De regreso de la fiesta, el Sr. Martín se durmió profundamente con la tranquilidad de quien tiene la conciencia del deber cumplido.

CARLOS FRONTAURA



Tejedoras del Albaicín, cuadro de Ricardo Brugada

NUESTROS GRABADOS

El céfiro y las flores, composición de Francisco Miralles (Salón Parés). – La alegórica composición del Sr. Miralles hállase inspirada en la hermosa mutación que experimenta la naturaleza cuando el céfiro besa las flores, prestándoles nueva vida. El lienzo del discreto artista catalán representa, por lo tanto, la primavera de la vida en sus dos más bellas manifestaciones: la naturaleza revestida con sus esplendentes galas: la mujer con los atractivos de su belleza.

A la monotonía de tintas del tétrico invierno sucede la variedad de tonos de la más agradable de las estaciones; las plomizas brumas que cubrían la celeste bóveda se desvanecen por la fuerza vivificadora del astro rey; los árboles que antes extendían su escueto ramaje puéblanse de hojas; los campos, agostados por las nieves, cúbrense de verdura y de matizadas y olorosas flores, y todo, cual si renaciera, recobra su fuerza y perdida vitalidad.



SEVILLA.—Fiesta en una venta, cuadro de Ricardo Brugada



SANTANDER.—Puente de Ganzo, dibujo original de Mariano Pedrero



SANTANDER.—Paisaje montañés.—Una portalada, dibujo original de Mariano Pedrero



LOS DOMINGOS EN MADRID.—En la fuente de la Teja,

dibujo de Méndez Bringa

Lo mismo sucede, en otro orden, con la humana criatura. La juventud es la verdadera primavera de la existencia, ya que el organismo adquiere su completo desarrollo, fijeza las ideas y el corazón empieza á experimentar sensaciones que marcan quizá el futuro modo de ser.

Tal es la significación de la nueva obra del Sr. Miralles, quien en este nuevo género ha dado una vez más muestra de sus aptitudes artísticas y de la delicadeza de su espíritu.

* * *

Santander. Paisajes montañeses.- El puente de Ganzo.—Una portalada, dibujos originales de Mariano Pedrero.— Si Cataluña, Valencia y Andalucía tienen artistas que saben hallar en sus paisajes, así como en los tipos y costumbres, asuntos variadísimos para sus cuadros, tiénelos también la región montañesa, aquella en que tuvo origen Castilla, repleta de recuerdos y de memorias históricas. Santander cuenta también con un artista distinguido, que dedica su habilidad é inteligencia en servicio de la tierra que le vió nacer, dándola á conocer en sus más bellos aspectos, en sus grandiosos contrastes, en su severa belleza. Mariano Pedrero, á quien pudiéramos considerar como digno colaborador de Pereda en su nobilísima empresa de dar á conocer á su país y de buscar en el terruño fuentes de inspiración, produce de continuo hermosas composiciones, interesantísimos cuadros que ponen de manifiesto sus aspiraciones y sus méritos. A este número corresponden los dos excelentes dibujos que publicamos en la página 760, representación el primero del pintoresco y antiguo puente de Ganzo, sobre el río Saja, y el segundo el rincón de una aldea montañesa, con gran copia de típicos pormenores distintivos de aquel país, tales como las añosas *cajigas* (robles), las carretas de altos *adrales* de pértiga, y en el fondo, como digno coronamiento, como resumen de la vida lugareña, la característica *casona* con su robusta y blasonada *portalada*.

* * *

Tejedoras del Albaicín.—Fiesta en una venta, cuadros de Ricardo Brugada.—Los dos cuadros que con los títulos que anteceden reproducimos en estas páginas son dignos compañeros de los que Ricardo Brugada ha producido durante su corta estancia en la hermosa reina del Guadalquivir y en la antigua capital de los monarcas nazaritas. Ambos constituyen dos bellísimas composiciones genuinamente andaluzas, en las que, aparte de la seguridad y delicadeza de los trazos, obsérvase la siempre agradable brillantez de tonos que ofrece aquel rincón de la patria española, que á los encantos de la naturaleza, pródiga, bella y fecunda, une el atractivo de sus leyendas, el recuerdo de su grandeza, las tradiciones de sus alcázares y el interés de sus costumbres

Las *Tejedoras del Albaicín* es un cuadro fidelísimamente copiado del natural, arrancado del histórico barrio granadino en donde más recuerdos se conservan de la dominación árabe, y en el que existen todavía un buen número de viviendas que conservan admirables labores, que atestiguan la inagotable fantasía y habilidad en aquellos alarifes que produjeron tan maravillosas construcciones que, como la Alhambra, son causa de orgullo para nuestro país y de admiración para los extranjeros.

Cuanto á la *Fiesta en una venta* es un cuadro de costumbres sevillanas lleno de animación y vida, en el que se retratan los tipos y se representa una escena popularísima, en la que entran como elementos el *cante*, el *baile* y las *cañitas* de la famosa manzanilla, que envía á la sangre efluvios de efímera vida y energías.

El Sr. Brugada ha saturado su espíritu con el ambiente de los cármenes granadinos y sevillanos, arrancando de su paleta esas combinaciones de color que sólo puede concebir quien cultiva el arte con entusiasmo y conoce y siente el país en donde halla asuntos que trasladar al lienzo con rigurosa fidelidad y extraordinaria competencia.



Fig. 1. – Vista de conjunto del barco quitasol



Fig. 2. – Bajo el quitasol

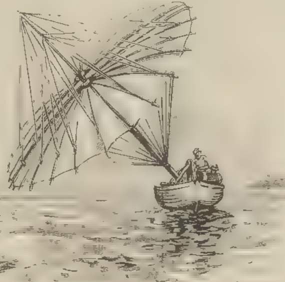


Fig. 3. – Inclinación del mástil

La vela quitasol.—Los Sres. Percy, S. Pilcher, de Londres, y Wilson, de Dublín, acaban de ensayar con buen éxito en las aguas de Southampton el nuevo género de velamen representado en los grabados adjuntos. Con el velamen habitual de nuestros barcos, una parte de la fuerza del viento tiende á inclinarlos, y si esta fuerza llega á ser demasiado grande con relación al peso de la quilla, la embarcación zozobra.

La vela quitasol evita este peligro, porque la acción del viento tiende, por el contrario, á levantar el barco. En efecto, como la fuerza de levantamiento se ejerce paralelamente al mástil y éste está fijo en el eje de la embarcación sin enlace alguno con los lados, resulta de aquí que el casco no sufre ninguna inclinación (figs. 1 y 2).

El mástil está puesto sobre un pivote y puede moverse en dos correderas de ángulo recto (fig. 3).

La vela es de forma elíptica, con el eje mayor en sentido horizontal, y está puesta sobre una montura parecida á la de un paraguas, pudiendo plegarse en el sentido del eje menor.

Por lo común, la vela tiene una inclinación de 45° sobre el horizonte, pero este ángulo se puede modificar según la fuerza del viento.

Según los inventores, esta vela está llamada á prestar grandes servicios á los barcos de salvamento porque propende constantemente á mantener el barco á flote.

M. G. Selvym Edwards, de Newbury, que se interesa también por esta clase de velamen, tiene en construcción en estos momentos en los astilleros de Chiswick un barco de 40 pies de largo con el cual espera obtener resultados mucho más satisfactorios que los alcanzados hasta ahora.

* * *

Los domingos en Madrid. En la Fuente de la Teja, dibujo de Méndez Bringa.—Debemos á este notable y popular dibujante la representación de una de esas animadas escenas que se presencian frecuentemente en el sitio de las orillas del Manzanares conocido en Madrid con el nombre de Fuente de la Teja. Es el predilecto del pueblo para sus meriendas, partidas de campo y *juergas*, y como puede suponerse, allí se canta y baila á porfía á los sones de la guitarra andaluza ó de la asturiana gaita. Una de estas movidas escenas es la que ha reproducido el Sr. Méndez Bringa con la maestría que le es característica.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – LEIPZIG. – Acaban de publicarse por la casa Hofmeister algunas composiciones musicales de un joven músico mejicano, D. Ricardo Castro, entre las que figuran *Las lágrimas*, melodía para canto, editada por Wagner y Levien, en México.

PARÍS. – La liquidación de los diez conciertos organizados en la Opera arroja una pérdida de 150.000 francos, que según un dictamen competente no se sabe si atribuirla á la abundancia de conciertos parisienses en los días festivos, ó á la preferencia del público por obras más claras y magistrales que algunas modernas, en las cuales es incapaz de discernir la belleza en el seno de lo incomprensible.

– Según la opinión de M. Henzey, de la Academia de Inscripciones, la escultura descubierta tiempo atrás en Elche y que publicamos en el número 825, no es la parte superior de una estatua destrozada, como algunos suponían, sino un verdadero busto, que constituía un monumento votivo y más probablemente funerario.

PAU. – La Sociedad de Amigos de las Artes celebrará la 31.ª exposición del 15 de enero próximo venidero al 15 de marzo siguiente.

Teatros.—En el teatro del Hofburg, de Viena, se ha representado con éxito extraordinario la traducción alemana de *El gran galeoto*, de Echegaray.

París. – En el teatro de la Opera se ha cantado por primera vez en Francia la ópera de Wagner *Los maestros cantores de Nuremberg*, con dudoso resultado.

En el Gimnasio se ha estrenado una comedia en tres actos de H. Malin, titulada *Medor*, que ha obtenido muy buen éxito.

También lo ha alcanzado la ópera cómica de espectáculo *Mam'zelle Quat' sous*, letra de Mars y Desvalliéres y música del conocido maestro Planquette, estrenada en el teatro de la Gaité.

Finalmente, en el de Variedades se ha puesto en escena una de esas revistas de fin de año á que tan aficionados son los parisienses, titulada *Paris qui marche*, la cual ha sido muy aplaudida, más que por su bondad literaria, por la suntuosidad de su aparato y lo lujoso de los trajes.

Madrid. – La compañía á cuyo frente figura la Sra. Tubau de Palencia ha estrenado en el teatro de la Princesa la comedia *Currita Albornoz*, cuyo argumento está basado en el de la novela *Pequeñeces*, del P. Coloma. La obra, á pesar de la excelente ejecución que le ha cabido, en especial por parte de aquella notable actriz, no ha hecho más que pasar.

Barcelona. – Ha dado principio en el gran teatro del Liceo la temporada lírica, poniéndose en escena la ópera de Verdi *Don Carlo*, hacía muchos años no cantada en dicho coliseo, y en la que han tomado parte las Sras. Bordalba, Borlinetto y Pontelli, y los Sres. Sigaldi, Kaschmann, Navarrini y Mazzara. La obra ha sido muy bien presentada y los artistas han obtenido aplausos, de los que ha participado el maestro Ferrari, que se distinguió dirigiendo la orquesta con su acostumbrado acierto.

En el teatro de Novedades se ha estrenado la traducción perfectamente hecha por nuestro colaborador el distinguido literato D. Juan Bautista Enseñat de la comedia francesa *Les deux gosses*, en español *Los dos pilletes*, puesta en escena con lujoso aparato y la cual ha obtenido un éxito extraordinario que augura gran número de representaciones.

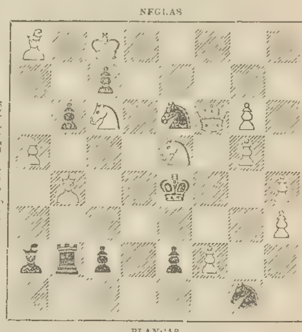
En el Principal se ha estrenado la comedia catalana *Lo senyor Batlle*, escrita con el gracejo y el conocimiento de los efectos escénicos que tanto distinguen á su aplaudido autor D. Teodoro Baró, y que ha alcanzado merecidos aplausos, présagos de que esta obra, como todas las de tan inteligente escritor, quedará de repertorio en el teatro catalán.

AJEDREZ

PROBLEMA N.º 96, POR A. F. MACKENZIE (Jamaica)

Primer premio ex-æquo del Concurso organizado por la Revista *Ruy López*.

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 95, POR V. MARÍN.

Blancas.	Negras.
1. C 4 A R	1. P C toma T (*)
2. C 3 D	2. P toma C ó T toma D
3. T 4 T ó A 2 C mate.	

(*) Si 1. P R toma T; 2. C 3 D, y 3. A mate; – 1. C 3 T; 2. T 3 T, y 3. C ó D mate; – 1. C de 2 C ó A juega; 2. T 2 A R, y 3. C ó D mate.



Una procesión desembocaba en la plaza: era el acompañamiento de la madre Canta[illegible], que la cofradía de la Caridad [illegible] al cementerio

MI TIO JUAN

NOVELA ORIGINAL DE JOSÉ L'HOPITAL, ILUSTRADA POR MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Pronunciado este discurso, Fineuil respiró con fuerza y estiróse los puños de la camisa, mientras dirigía á Tranchebize miradas de indignación. Muchos aplaudieron, aturdidos por aquella elocuencia; mas habiendo gritado un partidario del doctor: «¡Qué farsantes!,» Tranchebize sonrió, encogiéndose de hombros. En el mismo instante prodújose una reacción en su favor, y los gritos de: «¡A la calle! ¡Al agua el reaccionario! ¡Abajo el vizconde y su espía!,» resonaron con una violencia alarmante.

Pero Fineuil no era hombre tan fácil de intimidar: viendo que la reunión se volvía contra él, comprendió que no se podía hacer ya más que una cosa: imposibilitarla.

Había llevado consigo una veintena de individuos bien preparados; esto era más de lo necesario para impedir que hablase quienquiera que fuese, y les dió la señal de alborotar, gritando:

– El que ha dicho «¡Qué farsantes!» es un insolente, y si yo supiera quién es, le arrancaría las orejas.

Tranchebize quiso hablar; pero sus palabras se perdieron en el tumulto, pues todo el auditorio estaba en pie, gritando y golpeando el suelo. Unos se injuriaban, otros reñían y muchos se desternillaban de

risa, haciendo ruido por el gusto de hacerle. Allá arriba comenzó otra vez el saqueo de los vasos de cerveza á pesar de los esfuerzos del Sr. Claquepont, que se mesaba los cabellos en su mostrador; y detrás de la mesa, frente á frente, Fineuil y Tranchebize se apostrofaban á porfía, el uno, fuera de sí, enfurecido; el otro, más sarcástico que nunca y divirtiéndose á más y mejor.

El doctor quiso mantenerse firme á pesar de todo y conseguir que se eligiera presidente; pero los amigos de Fineuil profirieron tales gritos que no hubo medio de oirle; la cólera de los partidarios de Tranchebize se acrecentó y los golpes comenzaron á menudear, mientras los más prudentes de ambos campos se esquivaban; de modo que la sala se vació lentamente en medio de las vociferaciones.

Entonces el doctor, comprendiendo que ya no había nada que hacer, volvió á sentarse sofocado de cólera, y Fineuil, después de hacerle un profundo saludo, fué á perderse entre la multitud, que ahora se estrujaba dirigiéndose hacia la puerta atropelladamente.

Una vez fuera, formáronse de nuevo grupos que discutían y peroraban. Fineuil, rodeado de los suyos, subió á un poste y comenzó á censurar despiadadamente á Tranchebize; pero como se produjese un remolino en la multitud, perdió el equilibrio y hubo de saltar al suelo. Un partidario del doctor ocupó su puesto y sufrió la misma suerte.

Sin embargo, Tranchebize, que había salido el último del Sol de Oro, vió á la multitud agrupada aún y excitada, y avanzó hasta el centro de la plaza, donde había un pozo; saltó al brocal, y con una mano se cogió á la armadura de hierro. Al verle en aquella posición dominante, sus partidarios afluyeron hacia él; Fineuil y sus compañeros trataron inútilmente de acercarse, pues fueron reconocidos y acosados por sus adversarios, que les pusieron en fuga. Al fin el doctor tuvo su reunión.

Entonces paseó en torno suyo una mirada de triunfo; nadie se movía; allí no estaban más que sus partidarios, y el enemigo, completamente derrotado, no había tenido tiempo aún para reponerse.

Tranchebize tosió, escupió en su pañuelo, y comenzó á decir:

– Ciudadanos...

En el mismo instante oyóse un sonido argentino de campanillas agitadas á compás; todos los oyentes de Tranchebize se volvieron de pronto, y el doctor se quedó con la boca abierta. Una procesión desembocaba en la plaza: era el acompañamiento de la madre Chantavoine, que la cofradía de la Caridad de Berneville conducía al cementerio de Varencieres, á la sepultura de la familia. Revestido de su dalmática de heraldo, de terciopelo negro, recamada de ricos bordados de oro, y cubierta la cabeza con un birrete adornado de estrellas de plata, el campanero avanzaba con solemne paso, agitando sucesivamente las campanillas que llevaba, una en cada mano; seguía detrás el estandarte de la cofradía, de terciopelo rojo, llevado por un hermano que á duras penas podía mantenerse contra el viento, haciendo brillar gloriosamente al sol la imagen de Nuestra Señora y la de San Sebastián atravesado de flechas; en pos iba el monaguillo, con sobrepelliz y bonete, apoyando sobre el pecho la cruz de plata con aureola de oro; después el ataúd, cubierto de un paño lleno de bordados, inscripciones y lágrimas de plata, conducido por cuatro hermanos que avanzaban pesadamente; mientras otro, el hermano más antiguo, con el birrete resplandeciente, presidía el duelo, escoltado á cada lado por los cuatro porta-hachas, el escribano, el preboste, los hermanos que debían relevar á los que llevaban el cadáver, los chantres, cuyos gorros rojos se destacaban sobre las blancas sobrepellices; y por último, el cura, seguido de dos monacillos y precediendo á la familia.

Todos los que en la plaza se encontraban habían abandonado á Tranchebize, y formaban dos filas al paso del cortejo; los hombres se descubrían; profundo y respetuoso silencio reinaba en la multitud tan ruidosa antes, y solamente se oían los cánticos sagrados con el acompañamiento cadencioso de las campanillas y el sordo rumor de los gruesos zapatos que pisaban el suelo pesadamente.

Detrás del cura iba Chantavoine, vistiendo su levita de las grandes solemnidades con cuello de terciopelo; en una mano llevaba el sombrero de copa, antiguo ya, y en la otra un pañuelo de cuadros, con el que se enjugaba los ojos. Cerca de él estaba Muterel, que seguía á su difunta suegra, con los ojos secos, molestado al parecer y visiblemente resentido, en su amor propio de libre pensador, por el cura y los chantres. De repente resonó un grito de la multitud, y oyóse decir: «¡Mira, ahí está el vizconde!»

En efecto, Santiago pasaba en medio de los amigos de la familia; y en un abrir y cerrar de ojos todo el mundo repitió: «¡El vizconde está!» Y más de veinte ciudadanos se precipitaron hacia el centro de la plaza, donde Tranchebize había permanecido en su brocal, renegando del contratiempo.

– Pues el vizconde está ahí, le gritaron; no eran farsantes.

Muy pronto se formó un compacto grupo, porque todos querían ver á Santiago; faltó poco para que el cortejo quedase dividido, y con gran dificultad pudo seguir el grupo de mujeres, precedidas de Coralia, que lloriqueaba, y de Juanita.

Fineuil, que refugiado en una calle próxima acechaba los acontecimientos, volvió á la plaza y encaramóse otra vez en su poste.

– ¿Había dicho yo verdad, ciudadanos?, gritó. ¿Habéis visto pasar á esos adversarios políticos, que vuelven á ser momentáneamente amigos ante la muerte? ¿Era oportuno aprovecharse de una ausencia tan natural y hasta tan honrosa, para organizar una reunión á la que se sabía que no podría asistir un adversario temido justamente? ¿Qué dicen de sorpresas? ¡El ciudadano Tranchebize no podía extrañarse de nada; él es quien quería sorprender nuestra buena fe, arreglándose para estar solo, y fingiendo sentir que no hubiese nadie delante de él!

Apenas se hicieron algunas protestas contra aquel torrente de elocuencia; los aplausos las ahogaron, y la multitud que aclamaba un momento antes al doctor se volvió contra él hostil y casi amenazadora, repitiendo á cada instante: «¡Pero si está ahí el vizconde!» Tranchebize quiso explicarse y comenzó á gesticular, gritando que jamás había dicho lo contrario y que ignoraba la presencia de su competidor en el entierro; pero nadie le escuchó, pues la gente de Fineuil se mezclaba en los grupos, gritando á voz en cuello:

– ¡Es un tunante; ha querido celebrar su reunión en ausencia del otro!

Y muy pronto los apóstrofes y las pullas agobiaron al infortunado Tranchebize, que decidió marcharse; casi loco de cólera, perseguido por la voz de Fineuil, que decía:

– ¡Ya celebrará el vizconde otra reunión, y le tomará la vez; no tenga usted cuidado!

XI

Dueño del campo de batalla, Fineuil no tardó en correr hacia el cementerio para dar cuenta de su triunfo al vizconde. En el camino se encontró el acompañamiento del entierro, que regresaba ya, cruzándose también con Chantavoine y Muterel; el primero llevaba encasquetado su sombrero de copa y parecía loco de dolor; el segundo iba con la cabeza alta, muy satisfecho de haber terminado su misión, y apresuraba el paso hacia la plaza á fin de obtener noticias acerca de la reunión electoral. Más lejos saludó á Coralia, escoltada de una guardia de matronas, que sudaban y bufaban bajo sus velos negros junto á Juanita; después vió un grupo de labradores de las cercanías, que peroraban con volubilidad, y por último divisó al vizconde, aislado y pensativo.

– ¡Ah, ya está usted aquí!, exclamó Santiago con aire de cansancio. Y bien, ¿qué hay de la reunión? ¿Es preciso ir?

– Inútil, señor vizconde, se ha disuelto.

– ¡Disuelto! ¿Y por quién?

– ¡Por mí! ¡He apagado á Tranchebize, soplándole como si fuese una vela! He demostrado que había querido aprovecharse de la ausencia de usted para hablar solo, y al fin no ha podido decir una palabra.

– ¡Ah!, exclamó Santiago con indiferencia.

– Hemos ganado el día; ahora es preciso batir el hierro mientras que está caliente, y organizar otra reunión; pero pronto, muy pronto.

– Tengo malas noticias que darle, Fineuil. Griffón nos vende.

Y entregó á Fineuil una carta, que éste leyó rápidamente, encogiéndose de hombros.

– ¿Y qué más?, preguntó después de haber terminado su lectura. ¿Qué prueba eso? El Sr. Duval, que le escribe así, es uno de los celosos partidarios de usted, no lo dudo; pero es un cándido.

– ¿Cómo así?

– ¡Ah, déjeme usted que me ría, señor vizconde! Ese buen señor se indigna de los ofrecimientos que Griffón acaba de hacer, según pretende, al doctor Tranchebize; pero esto es cosa corriente. Basta haber visto una vez á Griffón para conocerle al dedillo. Cuando está delante de usted ó de sus amigos se extasía sobre sus méritos y declara que usted es el único, el verdadero candidato; y un minuto después, si encuentra á Tranchebize, le hace zalamerías. ¿Qué quiere usted? Eso está en el orden de las cosas: los dos son ustedes sus clientes, y como estima que sus probabilidades son casi iguales, se mantiene en equilibrio entre ustedes, como Blondín en la cuerda tirante, inclinando su balancín tan pronto hacia usted como hacia el doctor. ¡Esto no se llama hacer traición, qué diablo! Desconfía, y nada más.

– Pero no es menos cierto que no me hubiera presentado sin él; él fué quien fué á suplicar á mi padre, y quien me decidió á ocupar su puesto; mas desde que estoy en el país se me desliza entre los dedos. ¡No se le puede coger, y ahora se dice que trabaja contra mí!

– No, señor; no tanto como eso. Tan sólo se arregla para aclamar al elegido; pero en el fondo, tanto le da que sea Tranchebize como usted. Triunfe usted ó no, su diligencia en París le servirá para recomendarse al señor conde, lo cual no le impedirá lisonjear á Tranchebize, cerca del cual, mucho lo sospecho, habrá dado un paso semejante.

– Eso es precisamente lo que mi padre adivinó...

– Pues, ¿por qué se admira usted? ¡Es muy hábil ese Griffón, es muy hábil!

– ¿A eso llama usted habilidad? ¡Si es cierto, yo diría que es un canalla!

– ¡Oh, señor vizconde, esas son palabras muy duras! La importancia que usted atribuye al Sr. Griffón le hace demasiado severo para él.

– Desengáñese usted; es muy influyente.

– Pues entonces Griffón es un instrumento de que usted debe servirse. ¡Esgrímale usted contra su adversario!

– Mi competidor le retiene demasiado bien...

– Eso no está probado. O me engaño mucho, ó la reunión de hoy, anulada gracias á mí, enfriará singularmente los sentimientos del notario respecto á Tranchebize.

– ¡Buena veleta es, pues, ese Griffón! Si gira así á todos los vientos, ¿cómo asegurarme de él?

– Combatiendo el inexplicable desaliento de que al parecer está usted poseído y que verdaderamente me aflige. Créame usted, señor vizconde, poniendo en fuga á Tranchebize le he dado muy buenas cartas; juéguelas usted atrevidamente. ¡Adelante la reunión pública! Organícela usted para pasado mañana en el Sol de Oro, en el sitio mismo donde el otro acaba de fracasar. Su competidor no se atreverá á ir, y entonces acósele usted; preséntese resueltamente; y tenga usted audacia, más audacia, como decía Dantón.

– ¡Triste hombre era el tal Dantón, Sr. Fineuil!

– Es posible, pero tenía tupé; no se desconcertaba, y no se hubiera inquietado él por Griffón.

– Tal vez tenga usted razón; pero es preciso que reflexione, pues no me faltan motivos para creer que usted exagera mucho el efecto de esa reunión anulada. He recibido malos informes; mi situación electoral se complica.

– ¿Dónde le han dicho á usted eso, señor vizconde? No sé qué informes pueden haberle dado, pero los míos son excelentes. Veo que en todas partes inspira usted simpatías; personalmente y fuera de la política no tiene usted enemigos, y la gente del campo está á su favor. ¿Qué más desea para tener confianza?

– ¿La gente del campo? Desconfío muchísimo de ella.

– ¡Vamos!

– Mire usted, el mismo Chantavoine, á quien acabo de manifestar públicamente mi simpatía, me es hostil; tengo buenos motivos para creerlo.

– Podría ser; Chantavoine es suegro de Muterel.

– No es una razón...

– Dispense usted, lo es. Ya le dije que era preciso ablandar á Muterel; en vez de esto, le ha irritado usted, burlándose de él; y... ¡pardiez!, ha debido prevenir contra usted á su padre político con todas sus fuerzas, tanto más cuanto que, en mi opinión, le tiene dominado. Sin embargo, bien mirado, la desgracia no es irreparable, pues Chantavoine no es dueño del escrutinio.

– Y yo le digo á usted que si va contra mí, el efecto será deplorable, y le aseguro que, combatido por él y vendido por mi notario, voy derecho á la derrota. ¡Crea usted que si hubiese podido prever todos estos abandonos, todas estas cobardías, todos estos cálculos mezquinos, no habría venido!

Fineuil miró un momento al vizconde con aire de extremada compasión.

– Vamos, señor vizconde, replicó, con tono de ironía paternal, ¿va usted á perderlo todo cuando algunos esfuerzos le bastan para triunfar? Le he preparado en todas partes el terreno; basta sembrar un poco de elocuencia para obtener una elección magnífica; y sería verdaderamente deplorable quedarse en tan buen camino...

Y como Santiago no contestase, Fineuil añadió:

– Corro á la imprenta. Los carteles anunciando la reunión se pondrán en todas partes mañana á primera hora; esta misma tarde Tranchebize recibirá una

invitación personal para asistir; se avisará á todos nuestros amigos, ninguno de los cuales faltará; tendrá usted un auditorio perfecto, y yo le prometo un ruidoso triunfo.

– Una vez más le diré que me deje reflexionar, interrumpió Santiago; quiero ver hoy mismo á Chantavoine y á Griffón, y después resolveré. Aunque esa reunión no se celebre hasta dentro de tres días, el mal no será considerable. Aún nos queda una semana...

– Como usted guste, señor vizconde, dijo Fineuil con expresión de enojo. Si es así, voy á escribir por lo menos para el *Independiente* de mañana el informe acerca de la reunión que se acaba de celebrar, á fin de hacer público el descalabro que por mí ha sufrido el competidor de usted.

– Hágame usted el favor de no escribir nada antes de haber vuelto á verme. Dentro de dos horas estaré en Berneville; sírvase esperarme, y le comunicaré cuáles sean mis intenciones definitivas.

Hablando así habíase llegado á la plaza: Fineuil se alejó á largos pasos sin replicar, poseído de un despecho que dió á conocer encogiéndose de hombros varias veces. El vizconde, pensativo y descontento de sí, despidió el coche, que le esperaba, y se paseó al azar por las calles de la población, que una vez apaciguado el tumulto habían recobrado su habitual aspecto triste y soñoliento.


Chantavoine llevaba encasquetado su sombrero de copa y parecía loco de dolor

XII

Desde su visita á Muterel, Santiago había reconocido que su entusiasmo y ardimiento disminuían de hora en hora. Una especie de disgusto invencible le dominaba poco á poco, y lejos de estar excitado por la especie de fiebre que se apodera de los hombres verdaderamente dados á la política, á medida que el instante decisivo se acerca, sentíase, por el contrario, desalentado y frío.

Había creído sinceramente ser de la madera del hombre político, y se lanzó adelante, un poco por deber y mucho por ambición. Inteligente, pero superficial, no había calculado las dificultades, ni previsto los sinsabores de la campaña; se aventuró, con una lealtad cándida y una confianza verdaderamente juvenil, en el dédalo de las intrigas, de las emboscadas y de los compromisos electorales; y á su ignorancia de los manejos de la política, una vez desvanecida, sucedía un horror profundo á la política misma.

¿Era aquello una elección? ¡Guerra de mentiras, cambio continuo de astucias y delaciones, desbordamiento de calumnias y de injurias recíprocas, hombres despreciables á quien se debía considerar y pagar, aliados siempre dispuestos á una traición!.. ¡Pardiez, aquello era repugnante, y si hubiera sabido!..

Mientras hacía estas tristes reflexiones, vió de pronto, brillando sobre una puerta baja, la muestra del despacho de Griffón.

«Vamos, se dijo, quiero tener la conciencia limpia; es preciso que obligue á ese hombre de dos caras á explicarse claramente por lo menos una vez.»

Y entró en el despacho lleno de polvo, donde se veía un montón de papelotes. Dos escribientes, sentados uno frente á otro, garabateaban con la cabeza inclinada sobre su trabajo, separados por un montón de cartones; el meritorio, sentado ante una mesita, ensayábase vagamente en hacer letra bastardilla, y miraba las musarañas; el primer escribiente se esforzaba para dar á entender á una buena mujer recalcitrante que debía pagar algo, y el cajero, dominando á los asistentes desde una especie de púlpito que le separaba de los demás mortales, inscribía cifras cabalísticas en un gran libro.

– ¿El Sr. Griffón?, preguntó el vizconde.

– Está ocupado, contestó uno de los escribientes sin levantar la cabeza.

– Pues hágame usted el favor de pasarle mi tarjeta

Pero el escribiente primero había reconocido al vizconde, y dejando un instante á la buena mujer, levantóse con aire apresurado y contrito.

– El Sr. Griffón ha salido, señor vizconde, dijo. Si quiere usted tomarse la molestia de volver á pasar dentro de una hora ó dos, seguramente habrá vuelto ya.

– Pero ese señor me ha dicho que su jefe estaba ocupado, y por lo tanto debo suponer que se halla aquí.

El primer escribiente dirigió una mirada furiosa al empleado que había cometido la torpeza.

– Se ha equivocado, replicó, pues el Sr. Griffón marchó esta mañana para Tourneville, donde se ocupa en la venta Labordette. Como ya he tenido el honor de manifestar á usted, no volverá hasta la noche; y sentirá mucho no haber estado aquí.

Santiago pensó en insistir; mas viendo que todas las plumas corrían otra vez sobre el papel, y oyendo la voz de la buena mujer que repetía: «Puesto que le digo que no le debo á usted nada absolutamente,» comprendió que no le abrirían el despacho notarial, y tirando su tarjeta sobre la mesa del escribiente mayor, salió refunfuñando.

«Fineuil tiene razón, pensó; Griffón prefiere no recibir mi visita, y teme comprometerse. Todo cuanto puedo esperar es que mi competidor le inspire los mismos temores y las mismas reservas. Ya veo tu juego, maese Griffón, y también veo que no es nada limpio.»

Santiago andaba absorto en sus reflexiones pesimistas, y seguía maquinalmente el camino de Berneville.

«¿Si yo le desenmascarase?, se preguntó. ¿Si en esa reunión que Fineuil me aconseja, diese á conocer el paso que ha dado cerca de mi padre y de mí?.. Sí, pero entonces, sería la guerra declarada. Todo el que da un mal paso puede negar, y él negaría. Me parece que le oigo hablar desde aquí: – ¿Cómo podéis creer, ciudadanos, que maese Griffón, el notario bien conocido por sus opiniones republicanas, haya sido capaz de pensar un momento en hacer pactos con un reaccionario?... – Y todos mis imbéciles aplaudirán. ¡No, decididamente, el remedio sería peor que la enfermedad! Es preciso guardarle consideraciones. ¡Vaya un oficio el de candidato!»

Razonando así, había salido de la ciudad y avanzaba por la campiña, hundiéndose á través de los trigos maduros. Delante de él, siguiendo el mismo camino, vió sentada en un vehículo, tirado por un asno que trotaba, una mujer á quien reconoció por su talle esbelto y los reflejos ardientes de un lustroso cabello que cubría un sombrero negro de paja. Apresuró el paso, y la llamó.

– ¿Es usted, Juanita?

La joven se detuvo, volvióse confusa, y en un segundo el vizconde la alcanzó.

– ¿Cómo vuelve usted así tan sola?, dijo. Yo hubiera querido hablar á Chantavoine; pero apenas me fué posible estrecharle la mano.

– Mi tío Juan se ha quedado en el pueblo para evacuar algunos asuntos; irá á cenar á casa de su hija, pero yo me voy con el burro para ver mis vacas y preparar la sopa de esta noche.

Santiago miró tan fijamente á Juanita que la hizo ruborizar.

– ¡Conque ya es usted ama de casa, mi pobre Juanita! ¿Qué sería de su tío sin usted?

La joven comenzó á llorar.

– ¡Ah, exclamó, no somos afortunados en verdad, Sr. Santiago!

El vizconde frunció el ceño; no le agradaban las lágrimas, y á menudo se había burlado de la facilidad con que ciertas mujeres lloran.

– Sin duda, dijo, ha sufrido usted una gran desgracia; pero en fin...

– ¡Ah, si no fuera más que eso!

– ¿Pues qué más?, preguntó el vizconde, reprimiendo una sonrisa.

Juanita no contestó.

– No quisiera ser indiscreto, y los asuntos de usted no me conciernen; tan sólo le ruego que diga á Chantavoine que le acompaño sinceramente en su dolor, y que si en algo soy útil, puede contar conmigo.

– Lo sé muy bien, Sr. Santiago, y mi tío Juan también. Le debe á usted el gran favor de haber honrado á su difunta.

– Eso no es nada; pero si tiene algún apuro del que yo pueda ayudarle á salir... En fin, le considero como un antiguo amigo..., y además, ya sabe usted que yo soy el primero que le pide un servicio. Supongo que ha reflexionado y que puedo contar con él. Contésteme usted francamente.

Por toda respuesta, Juanita comenzó á llorar de nuevo.

– ¿Y bien?, preguntó Santiago, á quien aquellas lágrimas irritaban.

– ¡Ah, si usted supiera, si usted supiera, Sr. Santiago!

– ¡Precisamente! Yo quisiera saber.

– Es que yo no quería decírselo á usted, añadió Juanita llorando con más fuerza.

– ¡Vamos, no sea usted tan reservada, y dígame al punto que Chantavoine no votará por mí!

– No puede hacerlo, Sr. Santiago. ¡Ah, pobre hombre, no es culpa suya! ¡No le guarde usted rencor por eso..., no puede!

– ¿Muterel?..

– Se ha puesto en su poder, y esto es aún peor de lo que yo temía. Ha firmado otro papel... y aunque yo quise impedirlo, no hubo medio. El Sr. Griffón y mi primo son los que han arreglado el negocio; á estas horas le tienen bajo su dominio; ya no es dueño de sus acciones, pues todo lo ha cedido á su yerno, y si no obedece, le dejarán en la agonía de la miseria...

– ¡Ah! Pero permítame usted, exclamó el vizconde; nosotros tenemos tal vez derecho para oponernos á semejantes manejos, pues Chantavoine es nuestro arrendatario y...

– ¡Oh! En cuanto á eso, se le pagará á usted, y ya puede estar tranquilo; no es usted quien se resentirá de lo que pasa.

– Es posible; pero en fin, usted dice que Chantavoine lo ha cedido todo á Muterel; y á mi padre puede y debe parecerle la cosa mal, pues si Chantavoine no tiene ya nada...

—¡Nada, nada absolutamente! Su ganado, su caballo, su cosecha, todo es del Sr. Muterel.

—Eso ya lo veremos. Voy á prevenir inmediatamente á mi padre; no creo que tolere semejantes operaciones, y debe tener derecho para impedirlas.

El rostro lloroso de Juanita tomó una expresión de terror suplicante.

—¡No haga usted eso, Sr. Santiago, por favor! Si se supiera que yo he dicho estas cosas, ¿qué sería de mí?

—No se inquiete usted por esto. El primo Muterel es un miserable, y el tío Chantavoine un viejo loco. Yo sabré confundir al primero, y este es el mejor medio de salvar al segundo.

—¿Y qué será de mi tío Juan?

—¿Pues no digo á usted que quiero salvarle?

—¡Usted no le salvará, sino que le matará!

—¡Vamos!

Juanita continuó con vehemencia:

—Usted no sabe que en este asunto todo es cuestión de dinero. ¡Ah, y si no hubiese más! ¿Ignora usted que mi tío ama á su Coralia? Si han de vivir mal juntos, el ser amigo de usted no le impedirá morirse de pesar. Bien he visto lo que Muterel quería el día en que el ama murió, y no tardé mucho en decírselo á mi tío Juan; también lo vió él, y yo le induje á contestar á su yerno que rehusaba, que tenía buenos amos, y que no le apurarían ustedes porque el granizo había tronchado sus trigos. Pero al día siguiente vino Coralia..., ¡ah!.., y el asunto quedó arreglado muy pronto; el buen hombre quedó convencido y dos horas después iban á casa del Sr. Griffón y se firmaba el papel. Mi tío ama á su hija más que ella á él. ¿Qué puede usted hacer en esto? No se domina la desgracia. Ahora que la jugada está hecha, lo mejor para él es no decir nada, y si usted es su amigo, no dirá palabra tampoco. Desde el momento en que se le pague á usted, esto no debe importarle, y si usted habla, darán tan mala vida á mi tío Juan, que todo cuanto usted pueda hacer no le salvará.

Santiago no se impacientaba ya al ver las lágrimas que corrían, más abundantes que nunca, por las mejillas de Juanita. Comprendía que se hallaba ante una gran desgracia debida al horror del presente y á la angustia del porvenir; y con voz severa al principio, pero que poco á poco se dulcificó hasta el enternecimiento, repuso:

—De modo, Juanita, que lo que usted me pide es lo siguiente: usted quiere que yo oculte á mi padre una estratagema que me parece atacable por todos conceptos y que puede perjudicar á sus intereses; usted quiere que no me ofenda al verme tratado como enemigo por Chantavoine, á quien tenía por fiel amigo; usted quiere que cierre los ojos, renunciando á sacar partido de la deslealtad de Muterel, y que vaya al encuentro de un descalabro que la hostilidad sincera ó forzosa de Chantavoine, explotada contra mí, hará casi inevitable. Mucho pedir es..., y sin embargo, comprendo que voy á ceder; no puedo resistir á sus ruegos, y además lo que usted me ha dicho me inspira compasión... Pero escúcheme bien: si más tarde echa usted de ver que se ha engañado, avíseme desde luego. El día en que se canse usted de la vida que la impondrán, acuérdese de mí, y tal vez haré pagar caro aún á ciertas personas el triunfo de hoy.

Juanita ya no lloraba; al contrario, sonreía, radiante de agradecimiento.

—¿Entonces, Sr. Santiago, dijo, ya no tendrá usted mala voluntad á mi tío Juan?

—No se lo prometo en absoluto: Chantavoine es un torpe que, mucho lo temo, expiará cruelmente la necedad que ha cometido, y que entretanto, me juega una mala partida.

—¡Yo se lo ruego, Sr. Santiago!

—¿Lo quiere usted así? ¡Pues bien, sea, le perdono por usted!

Durante algún tiempo caminaron uno junto á otro sin hablar, y después, como llegasen á una encrucijada desde donde cada cual debía ir por distinto camino, el vizconde dijo:

—Adiós, Juanita. Es probable que no vuelva á verme hasta de aquí á mucho tiempo, pues ahora no tengo ya nada que hacer en casa de ese pobre Chantavoine, á quien han convertido en enemigo mío. Recuerde solamente lo que le he dicho, y en caso necesario avíseme, escríbame usted.

—Adiós, Sr. Santiago, balbuceó Juanita.

XIII

Al día siguiente, el vizconde de Berneville, encerrado en su gabinete, escribía una carta. Por la gran ventana abierta penetraba un cálido rayo de sol, y con él una ligera brisa impregnada de los aromas matinales y del rumor de los cantos de las avecillas.

Santiago parecía feliz; sonreía, y su pluma se deslizaba rápida y resuelta sobre el papel, fijando con alegre celeridad el vuelo incesante de sus pensamientos. Larga era la carta; no le faltaría á su novia qué leer..., y á medida que las páginas se sucedían, el indecible reposo de espíritu que se sigue á las resoluciones honradas comunicaba á la mano del vizconde más seguridad y á su rostro mayor contento. Muy pronto habló mientras escribía, dictándose la carta en alta voz.

«No, Berta, no más esposa de un diputado; mi derrota, probable ayer, es hoy cierta; Griffón me vende; Chantavoine debe declararse contra mí, y me veo privado de los servicios de Fineuil.

»¡Ah, Berta, cuando sepas lo que es una lucha electoral, cómo aprobarás mi conducta! Me parece salir de una mala pesadilla, y haber escapado de una tempestad de cieno en la que creía perder mi conciencia y mi honor.

»En un principio me mantuve firme, porque deseaba triunfar; la ambición que por mí sentías se me había comunicado, y también el deseo de ser útil, de sacrificarme, de arrancar á mi país de la explotación de un partido nefasto, y proclamar en la lucha política la unión de la honradez con el buen sentido.

»Reuní á los que se titulan amigos míos, creyendo encontrar en ellos partidarios firmes; y he visto hombres temblorosos, indecisos, ó que se hacían violencia para prestar un auxilio comprometedor. He contado mis enemigos, y su odio me ha parecido superficial, basado, no en razones, sino en cálculos, y subordinado á las probabilidades de éxito de mi competidor. Ni en ellos ni en los otros hallé una voluntad firme, una fe sincera; y bajo estos amigos y enemigos, envolviéndolos y zarandeándolos confusamente en el impalpable remolino de sus agitadas olas, se me apareció un mar inmenso, un océano de indiferencia y de inercia, dispuesto á soportar con igual paciencia las teorías y las pasiones del vencedor, cualquiera que fuese, y de hundir con la misma frialdad las ideas y la persona del vencido. ¿Era esto lo que yo esperaba encontrar, yo que me proponía marchar en la política como en el combate, con la espada al aire y las banderas desplegadas, seguido de valientes que me amasen y me comprendieran, contra un enemigo leal y convencido? Sin embargo, no me desanimé. Fineuil me seducía con su ingenio, tranquilizábame con su experiencia y me divertía con su actividad optimista é infatigable. Yo había resuelto dejarle hacer, comprendiendo que en materia de polémicas y de astucias era mi maestro, y tranquilizado además moralmente, en un principio, por la odiosa campaña de calumnias y mentiras que mi adversario comenzaba contra mí; pero no había contado con mi honradez natural, con ese sentimiento más fuerte que todos los cálculos y que detiene bruscamente á ciertos hombres como si una voz imperiosa les gritase: «¡Tú no puedes hacer eso!»

»Al leer en los diarios de Tranchebize las injurias con que me agobiaban y los cuentos que se inventaban contra mí, al ver mi familia y mi nombre arrastrados por el fango, experimenté una repugnancia violenta; y las contestaciones y contraataques de Fineuil en los diarios que me hizo comprar, no sirvieron más que para aumentar mi asco. Porque en esas luchas, cuyo grado de suciedad excede á cuanto puede imaginarse, se injurian arrojando puñados de dinero; se compran hombres para insultar, se pagan panegiristas, se reclutan individuos para silbar ó aplaudir, y si se quiere vencer en eso que ellos llaman reuniones públicas, basta llenar la sala á gusto propio fijando el precio.

»A pesar de todo, hubiera seguido adelante; pero los informes que de todas partes me llegaban acabaron por poner el colmo á mi repugnancia. Solicitaban de mí compromisos, promesas; y se quería hacerme pagar auxilios dudosos é influencias problemáticas con actos ó escritos que me hubieran sublevado. Al mismo tiempo me atacaban por todas partes, y como yo vacilara, á pesar de los consejos de Fineuil, en combatir enérgicamente á mis adversarios en ese terreno de calumnias y delaciones, comprendí que ganaban terreno, y que en semejantes luchas no era yo buen competidor.

»La traición de Griffón, que desde que estoy aquí se oculta para no verme y cuya hostilidad aumenta en proporción al éxito de los manejos de mi adversario, y la certidumbre de que nuestro arrendatario Chantavoine, cuya influencia es poderosa sobre los electores rurales, se propone combatirme también, han hecho desbordar la copa. En su consecuencia resolví salir del avispero; envié á buscar á Fineuil, y sin querer dar importancia al triunfo que pretendía haber alcanzado en una reunión organizada por Tranchebize, le expresé mi intención absoluta de no hacer ya nada hasta el día del escrutinio. Este Fineuil, mirándome con desdén, é irritado además de que yo no apreciara lo bastante sus servicios, me habló con un tono que me disgustó, así es que le pagué y despedí anoche. Creo que hoy recorre el distrito, trabajando para Tranchebize.

»El resultado no me parece dudoso, y sin embargo, no me retiraré; mi nombre quedará en las paredes, y junto á él mi alocución, en la cual expongo lo que yo quiero y pienso. Si los indiferentes, los pasivos, más ó menos avergonzados, que constituyen hoy la inmensa mayoría electoral, quisieran salir de su letargo, yo sería elegido seguramente; pero no se debe contar con semejante milagro. Fracasaré, pues; pero no me habré manchado, y si no eres esposa de un representante de la nación, serás por lo menos la de un hombre honrado.»

Ocho días después los electores justificaban estas previsiones. El doctor Tranchebize marchaba triunfante al Palacio Borbón, y el vizconde volvía á París sin pensar más que en su casamiento.

CUADRO TERCERO

LA MUERTE DEL ANCIANO

I

Hacía calor, y el coche de Muterel levantaba á su paso un polvo blanco que ascendía iluminado por el sol como una nube plateada. Muterel había dado la vuelta por sus tierras de Varencieres; la recolección tocaba á su fin, faltando tan sólo atar algunos haces para darla por terminada; y volvía satisfecho del trigo, que le parecía muy granado, y de las avenas, que se habían nutrido con la lluvia... Llegó á la puerta de su casa al trote largo, é hizo restallar su látigo para llamar al mozo, el cual acudió á coger el caballo. Muterel dirigióse hacia la cocina sacudiéndose el polvo.

Allí encontró á Coralia explicando á la criada cómo debía preparar una espalda de ternera que delante de sí tenía. Sobre la mesa veíanse algunas cartas y diarios; Muterel se apoderó de ellos, y muy pronto profirió una exclamación que estremeció á Coralia, interrumpiendo sus explicaciones culinarias.

—¡Vaya una manera de asustar á la gente!, exclamó con acritud.

—¡Interesante noticia!, dijo Muterel sin cuidarse del descontento de su esposa.

—¿Qué ocurre ahora?

—Me escriben de París que Tranchebize se muere.

—¡Ah!

—Tú dices «¡ah!» como si no te importase nada; pero á mí me importa mucho.

—¡Ah!

—¡Siempre «¡ah!» ¡Dios mío, no es poca desgracia tener una mujer estúpida! ¿No recuerdas, pues, que Tranchebize es diputado?

—Seguramente que lo recuerdo.

—¡Pues entonces! ¿No te importa nada saber que se va? No lo comprendes, ¿eh? ¡Vamos, ocúpate de tu guisado, que no sirves más que para eso! Si acaso preguntan por mí, dirás que he ido á los Muriaux.

Y Muterel salió de prisa, dirigiendo á Coralia, roja de cólera, una mirada de desdeñosa superioridad.

Se dirigió á las cuadras como para tomar otra vez su vehículo; pero cambió de parecer. Experimentaba la necesidad de hacer bruscos movimientos para dar libre curso á su alegría, y andaba haciendo con el bastón molinetes triunfantes; mientras su sombrero de paja, echado hacia atrás, dejaba del todo descubierto su abultado rostro, radiante de alegría.

Y efectivamente, Muterel tenía motivos para estar contento. Desde que Tranchebize era diputado, hacía dos años, no había dejado nunca de estar enfermo, y el alcalde de Varencieres se había aprovechado de ello para hacerse necesario, erigiéndose en agente principal é indispensable del doctor. Su influencia se había acrecentado de día en día, llegando á ser tanto más poderosa cuanto que la de los Berneville parecía completamente anulada.

El conde había muerto poco después del casamiento de su hijo; desde entonces, el castillo no fué habitado más que durante dos meses en la época de la caza, pues á la condesa no le agradaba el campo, y Santiago, completamente disgustado de la política, parecía conservar rencor al país. Durante el luto, había hecho un largo viaje con su esposa, y si bien fué á Berneville al año siguiente para cazar, lo cierto es que volvió á París sin haber visitado á nadie. Además, los Berneville habían roto definitivamente sus relaciones con Griffón, que hasta entonces había sido, no solamente el notario, sino también el agente de negocios de la familia; su conducta, más que torpe en la cuestión de las elecciones, produjo un choque, y la condesa confió sus intereses á un intendente.

(Continuará)

ELLAS,

dibujo original de

M. GREIFFENHAGEN

Es este artista uno de los pintores y dibujantes de Inglaterra que puede vanagloriarse de haber adquirido por sí solo los conocimientos en el arte que tan apreciado le hacen en su país. Comenzó por copiar los mármoles del Museo Británico, estudiándolos sin auxilio ajeno: ingresó luego en la escuela de la Real Academia, donde se perfeccionó y al poco tiempo lanzóse ya á pintar cuadros que le dieron algún crédito. Aunque no ha descuidado la pintura histórica, dedícase con preferencia á los retratos y á la ilustración de diferentes obras, entre otras la titulada *Ellas*, por Rider Hagard, de cuyos dibujos es una muestra el que insertamos adjunto, *Cleopatra*, *La Hija de Motezuma*, *La mujer de Allan*, etc. Sus aptitudes para el género llamado «blanco y negro» son tales, que hacen que sus trabajos sean muy solicitados por los editores de periódicos ilustrados. Entre sus cuadros, uno de los mejores es el titulado *Ofelia*, que se conserva en la galería artística Walker de Liverpool.



Ellas, dibujo original de Mauricio Greiffenhagen

LIBROS

TIPOS TRASHUMANTES, por *José M. de Pereda*, ilustraciones de *Mariano Pedrero*. – Conocida de todos los amantes de las letras patrias la hermosa obra del meritísimo novelador montañés, poco hemos de decir acerca de su valía, pues hállase generalmente reconocida, recomendando únicamente su lectura á aquellos que no la conozcan. La nueva edición que acaba de publicarse ofrece la novedad de hallarse profusa y artísticamente ilustrada por nuestro buen amigo y colaborador don Mariano Pedrero, que revela en sus dibujos buen gusto, habilidad y conocimiento exacto de los tipos tan admirablemente retratados por Pereda, verdaderamente copiados del natural.

Es un nuevo aspecto artístico el que nos ofrece el Sr. Pedrero, y confesamos con satisfacción que el distinguido artista montañés ha dado un gran paso, alcanzando lugar preferente entre los pintores y dibujantes que en nuestro país, por desgracia en escaso número, se dedican con lucimiento y acierto á interpretar plásticamente las producciones literarias.



Recuerdo de Madrid, dibujo inédito del malogrado Perea

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

AÑO XVI — BARCELONA 29 DE NOVIEMBRE DE 1897 — NÚM. 831

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DERECHO DE PONTAZGO, cuadro de O. Lingner

SUMARIO



Excmo. Sr. D. Jacinto M.ª Cervera, obispo de Mallorca † el 14 de noviembre de 1897.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

RECUERDOS DE UN DESTRIPADOR

Empiezo por advertir que el destripador cuya historia voy á exhumar aquí, no es el mismo de quien escribí hace tiempo una novelita titulada *Un destripador de antaño*. La resonancia que estos días obtienen en la prensa las hazañas del atroz destripador francés Vacher, me han sugerido el recuerdo de cierto célebre destripador gallego, del cual podemos hablar sin miedo á que tropiece la pluma con los más repugnantes pormenores de la criminal leyenda transpirenaica. No faltan horrores en la que voy á referir, pero son horrores algo menos repulsivos, y entre ellos se desliza una nota cómica: la del buen sentido y la malicia.

Por lo pronto, la existencia, no de uno, sino de varios destripadores, en mi tierra y desde principios á mediados del siglo, demuestra que esos monstruos no son frutos podridos y envenenados de una civilización extrema, como por ahí se dice y repite, sino, al contrario, casos de regresión al fiero instinto natural, que pueden darse, y acaso se dan con más frecuencia, en regiones atrasadas. No era ningún *decadentista*, ni ningún refinado, el espantoso *Sacamantecas;* era sencillamente un bruto. El destripador gallego que voy á recordar, aunque rudo é ignorante, presenta la particularidad de no tener de bruto ni chispa: pertenece á la especie de los tartufos del crimen; como que su inteligencia y habilidad fueron tales, que logró embromar á los sabios, á los tribunales de justicia, al gobierno y á la reina, y evitar el condigno castigo, salvando la piel.

Esto sucedía hará unos cuarenta años. Hallándose trabajando en la villa de Escalona una cohorte de segadores gallegos, se presentaron al alcalde para avisarle de que entre ellos se encontraba un hombre de vida vagabunda, de profesiones muy diversas, á quien el rumor público acusaba de varios crímenes. Siniestra, muy siniestra debía ser la fama del segador para que sus paisanos se resolviesen á delatarle; pues el gallego teme más á la justicia que á los malhechores, y propende, antes que á denunciar, á encubrir. Pero el caso era extraordinario: tratábase de la desaparición y asesinato de muchas personas á quienes el asesino había «sacado el unto,» llevándolo á vender á Portugal, pues el unto «de persona» ya se sabe que posee virtudes mágicas, y los drogueros y boticarios lo pagan á peso de oro.

Arrestado é interrogado, el hombre prestó una declaración asaz curiosa: declaró que desde hacía años, por haberle maldecido su padre, por temporadas se convertía en fiera montés, empezando por quitarse la ropa y revolcarse en el suelo, desnudo, y hallándose transformado en lobo, con todos los instintos del lobo más carnicero y sanguinario, acometiendo, destrozando y devorando á las gentes sin dejar más que los huesos, y aprovechando, para cometer tales desafueros, la fragosidad y aspereza de la sierra de San Mamed. Juntábase con otros lobos en manada y con otros hombres igualmente cambiados en lobos, y reunidos mataban y comían, durando tal situación hasta el día de San Pedro del año 1852, en que le constaba que los efectos de la maldición habían cesado, porque sintió extinguirse en su alma la sed de sangre y en sus nervios el impulso de muerte. «Nada temía yo – añadió el acusado – al realizar las matanzas, porque estaba seguro de que no me prendería nadie: me protegía mi mal sino, la fuerza misma que me impulsaba á asesinar. ¡Cuántas veces he oído atribuir á los lobos la muerte de los que yo había desgarrado con dientes y uñas..., y lo he escuchado en silencio!»

Esta declaración singular, que tanto juego dió después, y el hecho probado de la desaparición de varias personas, especialmente mujeres y niños, de quienes no se encontraba ni rastro, á quienes no se había vuelto á ver jamás, movió al juzgado de la villa de Allariz á encargar á cuatro médicos y dos cirujanos que reconociesen al procesado é informasen acerca de su estado mental. Yo me represento á los seis facultativos (ignoro si alguno de ellos vive todavía) conferenciando entre sí y sonriendo con esa sonrisa peculiarmente galaica que suele dilatar la faz de D. Eugenio Montero Ríos – sonrisa apacible y finísimamente escamona, que es un poema de penetración y de sutileza. Creed que si hay cosas difíciles en el mundo, la más difícil es pegársela á un gallego. – Acerca del *Hombre-lobo*, redactaron los médicos un informe contundente, verdadero documento de psicología. Estudiaron de un modo sucinto, pero á fondo, el carácter de aquel criminal que no ofrecía señal ninguna de enajenación, que gozaba de salud excelente, que poseía más que mediana inteligencia, que revelaba profunda hipocresía en su humilde apostura y continuos alardes de devoción y religiosidad, rosario en mano y rezos en boca. En vez de locura, lo que observaron en Blanco fué bellaquería y disimulo; y en lugar del sino funesto determinado por la maldición paterna y la supuesta licantropía, lo que vieron fué el sórdido interés, el cálculo mezquino, pero infernal, con que el *Hombre-lobo*, siempre necesitado de dinero, sacaba á despoblado á sus víctimas después de seducirlas prometiéndoles colocación ventajosa fuera de su aldea, no sin persuadirlas á que antes vendiesen cuanto poseían y se llevasen el dinero consigo, y asesinándolas en lugar salvaje y desierto, donde los lobos se cebasen en los cadáveres, y á los lobos pudiese atribuirse la muerte. A la novela romántica de la conversión en lobo, sustituyeron los facultativos de Allariz la novela realista, mucho más verosímil, de una criminal y sórdida especulación.

En vista de este informe sentenció el juez á Manuel Blanco á pena de muerte, y en la Audiencia de la Coruña pidió la confirmación de esta sentencia el fiscal D. Luciano de La Bastida, quien señaló los móviles del único hecho que no se explicaba bien en tan dramático proceso: la confesión espontánea del criminal, que hubiese podido negar, no existiendo, como no existía, lo que algunos consideran cuerpo del delito; pues de las personas desaparecidas no se encontró más resto ni huella que un solo hueso carcomido en la espesura de un monte. La Bastida creyó que Blanco había confesado en el aturdimiento de los primeros instantes de su detención, porque se creyó perdido, y no vió más recurso que urdir una espeluznante novela á fin de revestir de inconsciencia sus meditados asesinatos; y también porque del seno de los grandes crímenes secretos se alza un eco sordo, una voz sin cuerpo, que todos oyen y que á nadie se refiere, que marcha con el criminal y que le envuelve en su atmósfera: y esta aura zumbaba insinuante alrededor de Manuel Blanco, á quien, sin que se precisase el motivo de sobrenombre tan extraño, conocían todos por «el del unto.»

Así el proceso y á dos dedos del patíbulo el *Hombre-lobo*, como el relato de su extraña historia se divulgase mucho en los periódicos y resonase hasta fuera de España, cátate que aparece en escena un sabio francés trayendo á la causa los elementos de ofuscación del sentido común que á veces, por obra y gracia de la sabiduría, introducen los sabios en las cosas más claras y evidentes. Llamábase el tal M. Philips, y se dedicaba á dar lecciones experimentales de lo que él nombraba *electro-biología*, y que, si no mienten las señas, era ni más ni menos que lo que hoy se llama *sugestión hipnótica*, pues los experimentos realizados por M. Philips en las sesiones de su curso, se parecen como dos gotas de agua á los que se cuentan de Charcot en la Salpetriére, cuando no á los ejercicios de fascinación de Onofroff en los teatros. Apoyándose en la base de sus experimentos y de su nueva ciencia, el Sr. Philips, en comunicación dirigida al ministro de Gracia y Justicia, sostenía la posibilidad de que un hombre se crea convertido en lobo, de que destroce á otro con los dientes y las uñas, de que se vuelva antropófago, y de que, en vez de criminal, sea un pobre loco digno de lástima. Y á pesar de las objeciones muy razonadas del Fiscal, no se necesitó más que esta comunicación del magnetizador francés para que subiese en la balanza de la opinión el platillo de la clemencia. Los nueve ó más horribles asesinatos, cuya verdadera forma y cuyos cruentos detalles sólo las encinas y los riscos de la sierra podrían referir, pues nadie más los presenció, no justificaron la última pena impuesta por los tribunales; esparcíase ya el concepto de identidad de la locura y el crimen, y aún no se había cortado el nudo gordiano como lo cortan los criminalistas de hoy, que si opinan que todo criminal es un demente, también entienden que el loco por la pena es cuerdo, y han bautizado con el nombre de *eliminación* lo que antes se llamaba buenamente *castigo* y *vindicta pública*.

Después de una defensa en que salieron á relucir todos los casos de errores de la justicia cuando condenó á inocentes, y todos los casos de vesania, perturbación y monomanía registrados en los libros de medicina; como la Audiencia de la Coruña insistiese en pedir garrote para Manuel Blanco, el movimiento de la opinión, provocado por la comunicación de M. Philips, fué tan decisivo, que la reina Isabel II indultó al *Hombre-lobo*, conmutando la pena capital por cadena perpetua. Y el destripador ingresó en presidio, siempre humilde, siempre con los ojos bajos, siempre rezador, siempre dedicado á hacer calceta y á referir, con una especie de crudeza bíblica, el modo que había tenido de despedazar á sus víctimas.

Leída casi á medio siglo de distancia esta causa que oí narrar como pavorosa conseja en mi niñez, siento – ¿y por qué no decirlo? – una impresión de comedia semejante á la que noto al recorrer otros procesos modernos, donde los criminales y sus defensores se convierten en novelistas sensacionales para despistar ó burlar á la justicia humana. Tal vez sea cierto que hoy ha desaparecido la fe en lo maravilloso, la creencia en cosas peregrinas y fuera del orden natural; sin embargo, la maravillosidad, instinto jamás vencido, se ha refugiado y atrincherado en los dominios de la administración de justicia, especialmente en las causas criminales. Cualquier paparrucha que se disfrace de histerismo, de monomanía, de perversión, de alucinación; cualquier cosa que la razón no pueda explicar y que repugne al buen criterio, conviértese en baluarte inexpugnable donde el defensor se ampara y lucha, antes por la vida, hoy hasta por la absolución del reo, mañana tal vez por su recompensa. Parecerá que estoy rehabilitando teorías añejas y principios casi arrinconados si digo que la parte de la responsabilidad moral y del libre albedrío son mucho mayores de lo que se cree; que los criminales en general disciernen muy bien lo que hacen y saben que es malo; que las anomalías y las vesanias capaces de obscurecer enteramente el juicio son menos frecuentes de lo que se supone, y que abunda más la iniquidad que la insensatez y el desvarío. No es moda pensar así, pero yo no tengo la culpa de haber encontrado en mi vida infinitamente más pícaros redomados que maniáticos impulsivos, y sobre todo, de haber visto que los maniáticos impulsivos, cuando se trata de su conveniencia, aciertan muchas veces á dominar los impulsos ciegos de la manía, sin que los casos especiales que en contra se podrían citar sean más que raras excepciones. Por eso, al cabo de tantos años, al desenterrar en estas páginas el recuerdo de la un tiempo célebre causa del *Hombre-lobo*, muy propia y adecuada para dar cimiento de aire á las lucubraciones de algún lombrosista, me complazco en desagraviar la memoria de aquellos seis honrados, cuerdos y sagaces cuanto modestos facultativos de Allariz, tratados poco menos que de asnos con orejeras por los que entonces empezaban á hacer pinitos filosóficos, y también la de D. Luciano de La Bastida, á quien conocí mucho y que era un jurisconsulto serio, no obstante lo cual lo arrolló y derrotó M. Philips con su *electro-biología*, ciencia que los formales magistrados que concurrían á mi casa de tertulia no dejaban de llamar irreverentemente *una mojiganga*.

Emilia Pardo Bazán



JOSÉ MARIA DE PEREDA

I

La *semblanza* es un nuevo género literario especial y estereotípico que debe revelar ó por lo menos reflejar el carácter, la vida íntima, la historia del corazón, los hechos y movimientos materiales del personaje que la motiva, para que sobre todas estas cosas juntas ó por cada una de por sí deducir el ciclo trabajoso ó esplendente, las gradaciones psicológicas por que ha tenido que pasar y las causas predisponentes ó congénitas de la labor científica, literaria ó artística del que da á luz las producciones de su entendimiento y las lega á la posteridad. Muchos artífices de la inteligencia, la mayor parte, se han prestado ó se prestan á este análisis investigador, pues han llevado una vida agitada y comunicativa, que forzosamente ha tenido que trascender á la vida general. Por muy *altruistas* que sean, por poco que se revelen en sus obras, siempre descubren en éstas algún rincón de su espíritu. Balzac se ocultaba mucho detrás de sus creaciones; pero en cambio se desbordaba comunicativamente en su vida particular, y nada hay que decir de Alejandro Dumas, que antes y después de darlos á luz vivía y se asimilaba á sus *tipos*.

Respecto á nuestros escritores, muchos han sido pobres, rayando en la miseria; algunos, si bien no desamparados de fortuna, impulsados por su carácter aventurero, como Byron, como Espronceda y como el duque de Rivas, han pasado por apuros y han sufrido peripecias, que constituyeron en ellos una existencia animada, pintoresca, que se presta á los anecdóticos y variados matices de la *semblanza*.

Pero hay dos publicistas que no la tienen; Pérez Galdós y Pereda: el uno por carta de menos y el otro por carta de más. En el carácter del primero, reservado, ó mejor dicho, ensimismado, refractario á la expansión y que es una esfinge aun para las personas á quienes trata con más frecuencia y confianza, no hay más que un solo conato de dejarse traslucir, anihilándose al propio tiempo: una de sus novelas, *El amigo Manso*, comienza con un raro prólogo ó introito que concuerda con el carácter del protagonista de su obra y con el que el autor presenta á la investigación de sus amigos y admiradores.

En un párrafo de este prólogo, ó lo que sea, dice Pérez Galdós:

«Soy (diciéndolo en lenguaje obscuro para que lo entiendan mejor) una condensación artística, diabólica, hechura del pensamiento humano *(Ximia Dei)*, el cual, si coge entre sus dedos algo de estilo, se pone á imitar con él las obras que con la materia ha hecho Dios en el mundo físico... Quimera soy, sueño de sueño y sombra de sombra, sospecha de una posibilidad..., y recreándome en mi no ser... me pregunto si el no ser nadie equivale á ser todos, y si mi falta de atributos personales equivale á la posesión de los atributos del ser.»

Esto ha dicho Pérez Galdós, quizá retratándose á sí propio; en cuanto á Pereda, tal vez podría decir de sí mismo:

«Yo soy *los que* soy: tengo la fantasía de diez hombres y los nervios de cuarenta. No me preguntéis lo que he hecho ni lo que hago. Ando y bullo como los demás, sin darme cuenta á mí mismo. Me parece que si soy algo, soy como el viento del Sur descrito por mí en *El sabor de la tierruca*, subo, bajo, sufro, me retuerzo, me comprimo ó me expansiono inconscientemente. A veces me creo niño, á veces me siento hombre, á veces pierdo el equilibrio de la vida y á veces me supongo más firme y seguro que los demás. Hay ocasiones que me parece que tengo alas y vuelo sobre los bosques y sobre las cañadas, traspongo la orilla del mar, pero no puedo engolfarme en él; pretendo salir del círculo de Popilio de mis montañas, y mis alas se hacen pesadas y voy cayendo, cayendo, y esto me desespera. Señor preguntón, no me preguntéis nada; mi vida material es como la de todos: en ella habrá incidentes que yo olvido y quiero olvidar.»



José María de Pereda
célebre novelista y Académico de la Lengua

Así pues, con hombres que han dicho ó deben decir cosas parecidas á las consignadas en los párrafos anteriores, no hay semblanzas posibles; y digo *hombres*, pues respecto á entrambos *escritores*, analizar y juzgar (mal ó bien) sus obras, tarea es que han hecho muchos y que podría llenar volúmenes.

Un crítico de Pérez Galdós compara á éste con un río grande que corre con la serenidad de los grandes ríos; porque *el río cuanto más hondo oculta mejor el fondo y aparece más sereno*; yo asimilo á Pereda con el viento impetuoso tan bien descrito por él. ¿Cómo, pues, asir el agua ó el viento?

II

Como Pereda ha vivido siempre de su fortuna, más que pingüe, y como sólo ha salido incidentalmente y por poco espacio de tiempo de la encantadora comarca en donde tiene su residencia, su vida material no ofrece historia, ni lances, ni peripecias. De su única campaña electoral y política, de la que se retrajo en breve como gato escaldado (permítaseme el símil), Pereda no habla nunca ó habla á disgusto, por más que le haya servido á guisa de preludio para su precioso tipo *Don Gonzalo González de la Gonzalera*; ¿cómo, pues, averiguar nada en relación á un hombre que se olvida de lo que hace, recién hecho, y que hállase casi siempre en perpetua tensión de nervios?

Pereda, en su labor literaria (y hablo de ella de pasada porque así conviene para explicar algún tanto su genialidad), sabe ó ha presentido que la primera cualidad de todo narrador es la creación de tipos ó caracteres, y por esto pertenece á la pléyade de Cervantes, Walter-Scot, Balzac y algunos más, no muchos, que no nombro por no dar en prolijo. Esta parte de la producción literaria es muy difícil, si ha de hacerse con el equilibrio de la verdad, puesto que crear tipos monstruosos, abstrusos y fenomenales está al alcance de todo el que tiene un poco de imaginación; y aunque en las realidades de la vida no hay nada absolutamente falso, conviene no exhibirlo, pues aunque nadie duda de que existen sapos, á ninguno se le ocurre exponerlos en un estrado, en una jaula dorada, como á un pájaro vistoso y atractivo. Esta exposición de caracteres en la escena ó en la novela en que juegan los defectos, vicios y pasiones humanos, es escollo en que se estrellan los medianos y crisol en que se aquilatan las inteligencias privilegiadas. Los contrastes constituyen la ley universal; en toda producción literaria debe haberlos, pero tan bien sentidos y dibujados que parezcan *humanidades* y no *abstracciones*.

Pereda se cuida mucho de esta verdad típica.

Cuando la prensa, que desdeñó sus primeros trabajos literarios, se fijó por fin en ellos; cuando la pluma del insigne crítico Menéndez Pelayo le abrió las puertas del templo de la fama; cuando el voto de *amigos inteligentes* hízole creer que era un estilista notable, dióse el autor montañés á bosquejar las figuras que bullían en su rededor y á describir la hermosa naturaleza que tenía al alcance de su vista. Para esto tenía el ojo avizor y la mano hábil y firme.

Pero el diablo quiso tentar y alterar sus nervios, que vibran al más mínimo contacto. El estaba en su terreno, pero amigos y críticos de buena ó mala fe procuraron sacarle de él. Un revistero de un importante periódico (1) le dijo en cierta ocasión: «Señor Pereda, usted sólo pinta en su montaña, ¿por qué no sale usted de ella?»

Antes también había dicho una egregia escritora: «Pereda tiene un huerto bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y salubres auras campestres, pero huerto al fin, no extensa llanura ni dilatado parque;» y como estas excitaciones ó *punzadas* coincidían quizá con algún pensamiento del autor de *Sotileza* y de *La Puchera*, el nervioso estilista de Polanco, que, como hombre al fin, tiene su poquita levadura de vanidad, decidióse *á salir de la montaña*, y á limpiarse un poco de su bilis contra lo moderno, flagelando los vicios cortesanos y desdorando los cuarteles aristocráticos. Escribió *La Montálvez*; pero no tuvo, como siempre, modelos que diesen seguri-

(1) Bodll.

dad á su pluma-pincel; las figuras que intentó retratar saliéronle borrosas por la lejanía y por la falta de constante observación; y aunque hizo pasmosos esfuerzos de intuición, él mismo comprendió que sus incitadores y su relámpago de orgullo le llevaban por sendas escabrosas y desconocidas.

Esta contrariedad en el éxito de una obra de empeño, túvole agitado durante mucho tiempo, ¡qué digo agitado!, epiléptico y rayano en la locura. Quizá sintió las convulsiones de la impotencia literaria y la contrariedad de aquel *non plus ultra*, puesto en la cresta de sus montañas y en las playas de sus mares.

Sosegóse por fin algún tanto, puesto que por completo es imposible. Su gran instinto literario hízole comprender la injusticia de sus embozados detractores; pues, en efecto, el mérito de una obra de imaginación no se mide por la mayor ó menor extensión del espacio en que se desarrolla, y la descripción de las costumbres regionales con sus mares, sus cumbres y sus campiñas, vale tanto, acaso más, que el microcosmos de los centros populosos. Mas aunque sosegó el nervioso y sentido escritor los anhelos de su conciencia literaria, tardó bastante tiempo en volver á tomar la pluma; bien así como el mílite herido en campaña que tiene que pasar por la convalecencia. La mayor parte de los biógrafos de Pereda convienen en que éste se asemeja físicamente á Cervantes, y yo mismo he tenido ocasión de comprobar este parecido. De seguro sentaríanle bien al castellano de Polanco la gola, el jubón acuchillado, el ferreruelo al hombro y la espada al cinto que usó el cautivo de Argel. Y si en lo físico se parece á Cervantes, antójaseme que en su parte moral é íntima Pereda tiene no poco de D. Quijote. El héroe caballeresco, por muy abstraído que estuviera en su locura, debió resentirse de los golpes de las aspas de los molinos, de la paliza de los yangüeses, y sobre todo de las pedradas que partiendo de los formidables ejércitos de Bradarbarán, de Boliche y de Pentapolín *del arremangado brazo*, dejáronle casi sin dientes y con dificultad de yantar; y sin embargo, impulsado por sus generosos ideales, proseguía sus aventuras que tantas desventuras le valían. De igual suerte Pereda, á quien la concepción, parto é impresión de sus libros proporcionan punzantes malos ratos y desazones, motivadas por las nerviosas excitaciones de su carácter, sigue escribiendo por lujo, movido por esa predestinación de los grandes artífices del entendimiento.

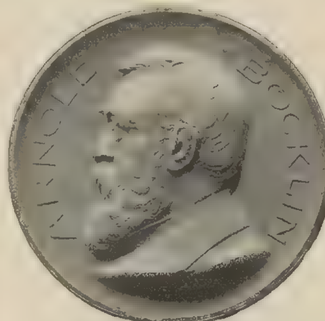
Y ¡cosa rara!, el axioma de que *el estilo es el hombre* no reza por extraña excepción con el novelista montañés; porque ¿quién presumiría que de un manojo de nervios en tensión pudiera salir tanta página tan sosegada, tan correcta y bien aderezada?

Además de su cuidado en el dibujo de los tipos de sus obras, Pereda tiene que vencer otra dificultad que se ha impuesto á sí propio. Existen dos escuelas en las producciones literarias y artísticas: la una da preferencia casi absorbente á lo humano sobre la naturaleza; la otra, por exceso contrario, pone al paisaje ó la descripción arquitectónica ó suntuaria sobre el hombre: pues bien; Pereda, con su instinto de perfección, no prescinde de ninguna de estas dos tendencias y pone todo su conato en equilibrarlas; en lo cual, á mi juicio, obra grandemente; puesto que lo humano no podría existir sin lo natural, y esto sin la vida de la inteligencia sería una especie de caos. Además, Pereda no es sólo el paisajista que ve el panorama de la naturaleza, sino que la siente, se identifica con ella y la llama en su auxilio para dar mayor realce á sus escenas y personajes, como en la catástrofe con que es castigado *por do más pecado había* el avaro de *La Puchera*.

Algún biógrafo del novelador de Polanco ha dicho, para probar la necesidad que siente éste de escribir, que no bien creyóse autor, se dedicó á estudiar con encarnizamiento náutica, botánica y agricultura, para apoyarse en ellas en la concepción y expresión de sus obras; lo cual no es verdad: Pereda, espíritu observador, y en el ocio que proporciona en el campo la fortuna, sabía todas estas cosas y algunas más antes de llenar su primera cuartilla. También un crítico atrabiliario le reprocha, aunque veladamente, su dominio sobre la naturaleza que le rodea y que le sirve como de andamio para la estructura y decoración de sus obras; reproche gárrulo, á mi juicio, y que equivaldría á motejar al caballeresco Esplandián porque llevaba en la mano una espada de fuego voraz é inextinguible, con la que abrasaba los muros de las fortalezas que embestía; ó á la reina de Sabá, que se presentó á Salomón envuelta en galas y cubierta de joyeles para mejor enamorarle.

Pereda sufre mucho y se sobrexcita al concebir sus obras y darlas forma; pero necesita escribir: es como los grandes enamorados que gozan en lo que padecen. Es el titán de los nervios, cualquiera contrariedad le exalta con resquemores de niño, ve baches donde no los hay, golpea con el bastón las puertas y esquinas que encuentra á su paso, y en alguna ocasión se ha quejado de que se le olvidaba el pie que debía adelantar para moverse. Alguno creerá al saber estas particularidades que el gran novelista debe ser hombre de genio atrabiliario y casi feroz, y á este propósito escribe Pérez Galdós estas ó parecidas palabras: «Pereda es carlista; si D. Carlos llegara á reinar, y eligiera por gran canciller al hombre de más ingenio de su partido, habría en España una libertad rayana en anarquía.» No, Pereda tiene un corazón excelente; es un arcaísta político que por modo nuevo quisiera amalgamar las ideas antiguas y los adelantos modernos. El desquiciamiento en que según su apreciación hállase la sociedad, y el ansia de perfección que quiere dar á sus producciones literarias, con algo de *voluntad virgen* del que no está acostumbrado á contratiempos ni contrariedades, le atormentan continuamente; pero sin que sus *malos ratos* repercutan en los que le rodean y tratan.

El castellano de Polanco ha sufrido recientemente una gran desgracia y ha obtenido la sanción *oficial* de sus merecimientos literarios; acaba de ingresar en la Academia de la Lengua Española, vistiendo lutos por la muerte de un hijo.





Medalla mandada acuñar por la Comisión del jubileo del celebrado pintor Arnaldo Böcklin, en Basilea. Modelo del pintor Hans Sandreuter, de la misma ciudad

Y aquí termino todo cuanto puedo decir de don José María de Pereda.

Así, pues, este trabajo mío no es una historia, porque el célebre novelista no la tiene; no es tampoco una semblanza, pues le falta el requisito de intimidad que exige dicho género de narración; ni mucho menos una crítica literaria, que no encaja en este lugar. Plegue á Dios que por arte de birlibirloque sea por lo menos como una humilde violeta entrelazada á la espléndida corona de laureles-rosas que la opinión culta y la alta crítica han ceñido á las sienes del eximio escritor montañés.

F. MORENO GODINO

EL PINTOR ARNALDO BÖCKLIN

Este notable pintor nació en 1827 en Basilea, donde su padre tenía un comercio. Más aficionado al estudio del arte que al de las ciencias y las letras, trasladóse en 1846 á Dusseldorf, en cuya célebre Academia hizo sus primeros ensayos, dedicándose con preferencia al paisaje. Pasó luego á Bruselas, de allí á París y últimamente á Roma, y perfeccionado ya como artista pictórico en estos viajes, regresó á su ciudad natal, donde se le encargaron algunos trabajos. Hizo después un viaje á Munich y en 1860 fué nombrado catedrático de la Escuela de Artes de Weimar, ciudad en la cual pintó sus célebres cuadros *Diana cazando con sus ninfas* y *Castillo en la costa incendiado por los piratas*. Cansado de su residencia en Weimar, regresó de nuevo á Basilea y allí pintó en la escalera del Museo los tres grandes frescos *La fuerza creadora*, *Flora y sus hijos* y *Apolo en su cuadriga*. Otra vez en Munich, pintó una larga serie de cuadros para la galería Schak. De 1874 á 1885 residió en Florencia; en este último año fué á vivir á Zurich, donde pintó entre otros cuadros el famoso titulado *El centauro en la herrería*, cuya reproducción incluímos en este número. Desde 1892 vuelve á residir en Florencia. Para celebrar el septuagésimo aniversario de este notable pintor, tan elogiado por unos como criticado por otros, se constituyó en Basilea un comité especial que hizo acuñar en su honor la medalla representada en el anterior grabado. – A.

CORTE DE CUENTAS

– ¿Ha observado usted que en los Estados Unidos de América todo es grandioso?

– Sí, señor.

– Cuando se declara un incendio, que según leo, también allí «se declaran» como aquí, lo mismo que los enamorados, perecen las personas por millares. «En la calle 425.712 se declaró un violento incendio, que en media hora había destruído 54.715 casas. Las pérdidas materiales ascienden á seis millones de arrobas esterlinas,» y siempre lo mismo.

– Sí, señor; pero aún es más grande lo que ocurre en esta casa.

Este diálogo sostenían dos pupilos en la casa de doña Mónica, que «no era de huéspedes,» según los anuncios, aunque la dueña de aquel asilo retribuído hubiera dedicado su juventud á la cría de estudiantes y funcionarios públicos baratos.

Los que hablaban así eran D. Celestino, señor retirado del todo, y Serafín, muchacho modesto, obscuro de carácter y por «*la* color tostada de su rostro,» café con leche y gotas de tinta de China; pequeño que parecía un borrador de hombre.

Era poco ó nada comunicativo, triste, pero cortés. Porque, como decía D. Celestino, lo cortés no quita á lo melancólico.

Y aducía como argumento:

– Ya ven ustedes ú oyen el cante andaluz, que al par que alegra, enternece, según dicen los peritos; y es claro, con esa mezcla cualquiera «toma *la tajada*.»

Serafín había venido á Madrid para leer un drama á la empresa del Español y pretender una colocación decorosa.

Pagaba puntualmente su pupilaje en los primeros meses, lo cual revelaba cierta holgura irritante para los pupilos serios y principalmente para D. Celestino, que exclamaba:

– ¡Paga y vive y aún está triste! Es un imbécil.

– No lo crea usted, replicaba doña Mónica, es un ser espiritual y soñador.

– ¡Soñador! Sonámbulo será.

– Yo creo haberle entendido: ese joven no es de este mundo.

– Señora, es usted más tonta que un *kilo* de almejas. Yo le daría mi reuma para que se divirtiera.

La dueña de aquel asilo, llamémosle así, tenía «los ojos puestos» en Serafín. Era su pupilo favorito y procuraba adivinarle los gustos.

Esto redundaba, en ocasiones, en perjuicio de los otros pupilos, que protestaban.

¿Que Serafín pedía bacalao en salsa con patatas? Bacalao había para todos.

– Doña Mónica, decía el retirado en nombre de todos los «damnificados,» si pudiera usted suprimir el bacalao, ó cuando más, dárnosle á turno tercero, se lo agradeceríamos, porque estamos comiendo bacalao desde nuestra «más tierna infancia.»

– ¡Ay! Qué mal gusto tienen ustedes, menos don Serafín, que se muere por el bacalao.

– Ya se sabe, señora. ¡Por vida de D. Serafín!

– ¡Buenos están los tiempos para cambiar el *menú* diariamente! Se deja una todas las mañanas un dineral en la plaza.

– Lo creo.

– Por su salud de usted, que es verdad lo que digo.

– No, no, por mi salud, no; por la de D. Serafín.

– Vaya.

– ¡Ojalá llegara á costar un panecillo cinco duros oro!



EL CENTAURO EN LA HERRERÍA, cuadro del célebre pintor A. Böcklin. Reproducido por la «Unión fotográfica de Munich»



INUNDACIONES DE VALENCIA. - PLAZA DE SAN FRANCISCO, según fotografía de Antonio García

– ¡Qué atrocidad!

– ¿No puede usted darnos un día bacalao y otro callos, y otro patatas y otro dinamita, para variar?

– Pero, D. Celestino...

– Estamos devorando en silencio, diariamente, bacalao de cartón piedra, y guisote de cabrito apócrifo todo piltrafas, que parece que comemos recortaduras de paño pardo.

– Hijo, se ha hecho usted muy delicado.

– Mucho.

– Ya ve usted; en cambio D. Serafín...

– ¡Dale! Señora, respétese usted un poco más.

Y hablando con otros pupilos, decía D. Celestino:

– Estamos sirviendo de acompañamiento.

– ¡Qué bárbaro es este D. Celestino!, pensaba alguno.

Pero en el fondo todos estaban conformes.

Serafín, cada día más taciturno, llegó á inquietar á doña Mónica.

¡Cuántas lágrimas arrancó la pesadumbre del joven, de aquellos «preciosos ojos patroniles!»

Adoraba á su pupilo y todo se lo perdonaba, hasta el pago del pupilaje, que había cesado hacía cuatro meses.

– ¿Qué importa?, pensaba, los otros pagarán por él.

– Serafinito, entre nosotros no puede haber cuentas, le dijo un día en que el pundonoroso joven se disculpaba por su retraso.

Él sonrió como agradecido á tanta bondad y para corresponder.

Aquel corte de cuentas era una prueba de amor inmenso.

Como D. Celestino era el que más confianza inspiraba á doña Mónica, entre todos los pupilos, con él hablaba algunas veces, respecto á Serafín.

– A mí, respondió el retirado, cuando supo lo del corte de cuentas, lo que me interesa es que se me sirva bien, que para eso pago mis dos pesetas diariamente, días festivos inclusive; pero esto ya no es casa, es una tienda-asilo. Por lo demás, que ustedes vivan como dos tórtolos de la Edad media, ó de más de la Edad media, contando solamente la de usted, nada me importa.

– Como Herodes y Pilatos.

– O los amantes de Teruel.

Pero ¡ah! que doña Mónica deletreaba en el porvenir alguna desgracia.

Serafín salió un día de la casa paterna de la patrona, después de despedirse cariñoso de doña Mónica.

– Hasta luego, la dijo, y todavía continúa esperando aquella mujer tierna y pasional y consecuente.

– Me alegro, la dijo D. Celestino. Bastante tiempo han abusado ustedes de nuestra salud.

EDUARDO DE PALACIO

INUNDACIONES EN VALENCIA

Las lluvias torrenciales é insistentes de las últimas semanas han producido en varios puntos de España inundaciones y desbordamientos de ríos causa de graves daños en personas y bienes, pero donde estas últimas han revestido el carácter de verdadera y dolorosa catástrofe ha sido en Valencia y su provincia. La inundación ocurrida en la segunda semana de este mes ha llegado á tal extremo que, según dice un periódico local, «sólo es comparable á la sobrevenida hace más de tres siglos, el año 1516, en que las aguas llegaron hasta la plaza de Santo Domingo y el vecindario abandonó sus casas, huyendo por las puertas de Poniente.»

La avenida del Turia, río que por lo general arrastra poca agua en las cercanías de Valencia á causa de las numerosas sangrías que en su curso se le hacen, fué espantosa, habiendo subido su nivel en términos que apenas dejaba medio metro de luz en los ojos del puente de la Trinidad. La fuerza tremenda, la impetuosidad de la corriente eran tales, que, según aseguran testigos presenciales, precisaba ver el río para convencerse de que el estrépito incesante y ensordecedor del oleaje no era el del mar agitado por la tempestad. Como ocurre en casos análogos, las aguas arrastraban árboles arrancados de cuajo, maderos, infinidad de objetos domésticos y hasta una barraca entera, constituyendo al quedar detenidos en los pilares de los puentes otros tantos obstáculos que, á modo de poderosos arietes, amenazaban con su formidable empuje la seguridad de aquéllos, y tanto que el de la Socienad Valenciana de Tranvías se desmoronó en parte.

Las tablas, maderos y vigas detenidos en los puentes de la Trinidad y el Real llegaron á cegar los ojos de ambos, y gracias á los esfuerzos de los bomberos y de algunos vecinos se logró separarlos, pues de lo contrario las aguas rebalsadas hubieran inundado aquellos barrios de la población.

A pesar de todos los esfuerzos no pudo evitarse que el líquido elemento se extendiese impetuoso por algunos de dichos barrios, y al mediodía estaban inundados las alamedas de Serranos, la calle de Sagunto, parte de la barriada de San Vicente, la Alameda, el cuartel y la iglesia de Santo Domingo, la plaza de San Francisco y otros puntos. El peligro era tan inminente y la situación de parte del vecindario tan angustiosa, que se pidieron barcas al Grao para salvar vidas, ya que no haciendas, y acudiendo éstas en número de unas cuarenta, prestaron inapreciables servicios, portándose los marineros que las tripulaban con verdadera heroicidad.

La barriada de Marchalenes es una de las que más han sufrido. Como la parte de esta barriada á la salida del puente de San José forma hondonada con gran depresión, por allí se precipitaron en su desbordamiento las aguas, anegándola en brevísimos instantes. Desde el citado puente al de la Trinidad, por el camino del llano de la Zaidia hasta Marchalenes, la inundación se nivelaba con la altura del río,



INUNDACIONES DE VALENCIA. - PUENTE DE SAN JOSÉ, CUANDO HABÍAN DESCENDIDO LAS AGUAS DOS METROS, según fotografía de Antonio García

desapareciendo los pretiles bajo las aguas. Todos los pisos bajos de las casas tenían más de un metro de agua y los vecinos hubieron de refugiarse en los altos. Para salvarlos, los bomberos fueron perforando tabiques de casa en casa, y bajándolos por la escala Porta. Muchos de estos beneméritos ciudadanos estuvieron trabajando animosamente largas horas con agua al cuello, y algunos sujetos por la cintura con largas cuerdas.

Prolijos por demás serían los detalles que de esta terrible inundación podríamos añadir. La prensa diaria ha dado cuenta de algunos, y por ellos se viene en conocimiento de la consternación natural así como de las pérdidas que ha causado en la ciudad del Turia y en su feraz campiña, siendo lo más sensible que á las materiales se ha unido la de algunas vidas de personas arrastradas por la corriente y ahogadas.

Los grabados que incluímos en este número podrán dar una ligera idea de la importancia de tal catástrofe, de la que los valencianos guardarán largo tiempo triste recuerdo.



INUNDACIONES DE VALENCIA. – PUENTE DEL REAL, según fotografía de Antonio García

REGRESO

DEL GENERAL WEYLER Á ESPAÑA

El día 18 del actual fondeó en el puerto de la Coruña el vapor *Montserrat* de la Compañía Transatlántica, á bordo del cual regresaba á España el general Weyler, ex capitán general de Cuba. Habíanse preparado en aquella ciudad, por distintas asociaciones políticas y amigos del general, algunas demostraciones y particulares festejos en su obsequio para darle la bienvenida; pero, consecuente con la promesa hecha á Barcelona de ser el nuestro el primer puerto que pisara al regresar de la gran Antilla, no quiso aquél desembarcar en la Coruña, y recibió á bordo las comisiones que se le presentaron con tal objeto. Estas comisiones fueron bastante numerosas, figurando en primer lugar las de los partidos carlista y republicano, á cuyas manifestaciones contestó el general con frases de agradecimiento y del más acendrado patriotismo, presentándose, antes que político, como soldado de la patria, dispuesto siempre á acudir dondequiera que ésta le necesitase. La negativa del general Weyler á saltar á tierra impidió la celebración de los obsequios que se le tenían dispuestos, y únicamente desde las lanchas que rodeaban al vapor hubo vítores y aplausos para él y los generales y soldados que en número de 600 le acompañaban.

Zarpó el *Montserrat* con rumbo á Barcelona, adonde llegó en la mañana del 23 del mes corriente. Preparadas estaban para salir al encuentro del transatlántico así que se dirigiera en demanda del puerto, entre otras pequeñas embarcaciones, los remolcadores *Monseny* y *Toro*, fletados ambos por el Fomento de la Producción nacional, así como los vaporcitos-golondrinas, uno de ellos dispuesto por determinada asociación política y el otro por la familia del general. En el primero de dichos vapores se embarcaron, además de los amigos de éste, cuatro ó cinco sociedades corales con sus respectivos estandartes y una orquesta, que al llegar el *Montserrat* tocó la marcha de la zarzuela *Cádiz*, á continuación de la cual entonaron los primeros la cantata *Gloria á España* y el rigodón bélico *Los nets dels almogávers*, con acompamiento de voladores y morteretes. Además de los citados vapores rodearon el transatlántico botes, falúas, esquifes y demás embarcaciones menores, varios de ellos engalanados. En los muelles y en la terraza del puerto había bastantes curiosos y los vapores *Cádiz* y *Pío IX*, de la casa Pinillos, *Miguel Jover*, *Jover y Serra* y *Menorquín* y dos costeros, además de estar empavesados, unían el ruido de sus sirenas á las músicas, coros y vivas.

Lo propio que en la Coruña, subieron á bordo á saludar al general Weyler, aparte de las autoridades y amigos particulares, diferentes comisiones que al cumplimentarle le hicieron algunas indicaciones acerca del estado en que dejaba la isla de Cuba; indicaciones á las que el general, que en este punto se mostró poco explícito, menos quizás de lo que debiera, se limitó á contestar que había tenido la seguridad, si hubiera continuado más tiempo en el mando, de terminar la guerra en mayo próximo, y haciendo hincapié en la cuestión de la autonomía arancelaria, manifestóse reiteradamente acérrimo proteccionista y defensor de la producción nacional.

Terminada esta recepción á bordo con vivas á España, al rey, á Cuba española y á la producción nacional, desembarcó el general Weyler con todos sus acompañantes en el muelle de la Paz, donde había aglomerado un numeroso gentío del que partieron algunos aplausos y vivas, á los cuales contestó aquél con otros iguales á los anteriores. Ya en tierra, subió á un carruaje que le tenía preparado el Sr. Puig y Saladrigas, en cuyo domicilio pasó á hospedarse, y durante el trayecto desde el muelle de la Paz fué saludado cortésmente por los transeuntes. Un grupo numeroso que se había reunido ante la casa del Sr. Puig y Saladrigas aplaudió con insistencia y prorrumpió en vivas al general Weyler, el cual, asomándose al balcón, dió las gracias á sus admiradores, y contestó con otros vivas á España, á Cuba española, al trabajo nacional en Cuba y á los obreros de Cataluña. Después se retiró el general, y la calle quedó despejada.

Los grabados que incluímos en este número, reproducción de fotografías instantáneas, sacadas por el hábil fotógrafo D. A. S. Xatart, representan los preparativos y el acto del desembarque del general Weyler y de sus compañeros de viaje en el muelle de la Paz.



LLEGADA DEL GENERAL WEYLER Á BARCELONA
PREPARATIVOS DE DESEMBARQUE



LLEGADA DEL GENERAL WEYLER Á BARCELONA
DESEMBARQUE EN LAS ESCALERAS DEL MUELLE DE LA PAZ EN BARCELONA



LA BARCA DE CARONTE, cuadro de José Benlliure y Gil



EL PASO DE UNA PROCESIÓN EN SEVILLA, último cuadro del malogrado José Llovera



Derecho de pontazgo, cuadro de O. Lingner. – El cuadro de este distinguido artista alemán es una sencilla cuanto bella alegoría. Tres lindas muchachas, en toda la lozanía de su edad juvenil, intentan cruzar un arroyo por una tabla puesta entre ambas orillas; pero el Amor se opone resueltamente á su paso, amenazándolas con sus flechas, si antes no le pagan el derecho de pontazgo, esto es, si no se someten á su imperioso dominio. La amenaza no debe conturbar en gran manera á las doncellas, por cuanto reciben la intimación con placentera sonrisa, aun cuando una de ellas parece hurtar el cuerpo á una probable herida del travieso Cupido. Y en verdad, á sus años, ¿quién teme un amoroso flechazo? El lienzo de Lingner es una gráfica representación de la primavera de la vida, y como tal lleno de suavidad y alegría y altamente simpático.



ELENA THEODORINI,
soprano absoluta del Gran Teatro del Liceo

Excmo. Sr. D. Jacinto María Cervera, obispo de Mallorca.—Aunque este venerable prelado figuraba ya como un varón eminente en el episcopado español, recientemente le dió gran notoriedad, como saben nuestros lectores, la cuestión surgida entre él y el ministro de Hacienda con motivo de la incautación por el Estado de los bienes del Santuario de Nuestra Señora de Lluch en la isla de Mallorca. El doctor Cervera había nacido en Pedralva, provincia de Valencia, en 1828, y después de seguir con gran aprovechamiento los estudios de la carrera eclesiástica y de servir varios curatos y canonjías, así en España como en América, fué preconizado obispo de Tenerife, diócesis que gobernó hasta junio de 1885. Al año siguiente se le nombró obispo de Mallorca, cuyo elevado puesto ha desempeñado con tanto acierto como apostólica energía y cariñoso aprecio de todos sus diocesanos hasta su fallecimiento, ocurrido repentinamente el 14 del corriente mes de una enfermedad del corazón. ¡Dios haya acogido en su seno el alma de este venerable prelado!

* * *

La barca de Caronte, cuadro de José Benlliure.—La idea que tenían los griegos de los ríos que suponían en el infierno, les sugirió la de la existencia de un barquero ocupado constantemente en transportar las sombras de los muertos de una orilla á otra. Este barquero era Carón ó Caronte, de quien se creía que era un viejo taciturno que apremiaba á las almas que debía conducir á la otra ribera del río Aqueronte y se mostraba cruel con aquellas que no tenían óbolo con que pagarle el pasaje, rechazándolas á las ondas con su remo. Era el infernal barquero la imagen despiadada y dura de la muerte, y los artistas griegos lo representaban con fisonomía horrible y repugnante, con orejas puntiagudas como las del lobo, nariz encorvada semejante al pico de un ave de rapiña, la boca abierta como la de un animal pronto á devorar y rasgada con júbilo feroz, y los ojos expresando también el júbilo maligno. Benlliure no ha dado tan repulsivo aspecto á Caronte, personaje principal de su notable lienzo, pero tampoco ha dejado de inspirarse acertadamente en la mitológica creencia, presentándolo en la figura de un viejo de luenga y blanca barca y desmelenada cabellera y de fisonomía dura y atrabiliaria. Aparte de esto, todo el cuadro está impregnado de un ambiente tétrico, como debía serlo para las acongojadas almas su traslado al reino de Plutón, y perfectamente adecuado al asunto, como no podía esperarse menos del renombrado autor de la *Visión del Coliseo.*

* * *

Artistas del Gran Teatro del Liceo.—Insertamos en este número los retratos de algunas de las principales artistas que en la presente temporada actúan en nuestro primer teatro lírico, como son los de la renombrada cantante Elena Theodorini, de la aplaudida Concetta Bordalba, ambas sopranos absolutas, y de la mezzo soprano Erina Borlinetto. De las dos primeras nada tenemos que decir, pues sobrado conocidas en todos los coliseos de Europa, incluso el del Liceo, en los que han conquistado siempre aplausos y renombre, huelga toda apreciación relativamente á su mérito. La tercera, Erina Borlinetto, se ha presentado por primera vez en nuestra escena desempeñando la *particella* de la princesa de Eboli en la ópera de Verdi *Don Carlo*, y desde luego ha merecido las simpatías del público por su voz fresca y bien timbrada, su buena escuela de canto, su dominio de la escena, y sobre todo por su visible deseo de agradar. Muy en breve se pondrá en escena la ópera *Gioconda* para el debut en esta temporada de la señora Theodorini; ópera que es una de las más notables creaciones de tan eximia artista, y en la que es de esperar que siga alcanzando los lauros que siempre ha conseguido.



ERINA BORLINETTO,
mezzo soprano del Gran Teatro del Liceo

* * *

El paso de una procesión en Sevilla, cuadro de José Llovera.—Este hermoso lienzo, último que pintó el malogrado artista catalán, fué expuesto en el Salón Petit de París, y tanto y tan merecidamente llamó la atención de inteligentes y profanos, que desde los personajes más elevados de la aristocracia francesa hasta los aficionados más modestos acudieron en interminable romería á contemplarlo. Como era de esperar de la admiración que causó y de la curiosidad que despertó, Llovera pudo venderlo por una suma de gran consideración. Y se comprende lo uno y lo otro, pues el asunto está tratado con gallarda maestría, las figuras, en alto grado típicas de nuestros climas meridionales, son simpáticas á la par que bellas; la luz, el ambiente, los propios de la hermosa Andalucía, y la indumentaria, que tanto realce da á los cuerpos de las donosas mujeres que engalanadas con sus trajes de los días de fiesta asisten desde un anchuroso balcón al paso de la procesión, perfectamente estudiada y exacta. Ningún detalle ha omitido el celebrado pintor para retrotraernos á los últimos años del siglo pasado y para representar una de las escenas populares de más castizo colorido español, y así los personajes como los adornos, las flores como los tapices, las imágenes sagradas en sus nichos como la arquitectura y ornamentación de los edificios, todo respira el aire de la hispana tierra. ¡Cuánto podía haberse esperado aún del renombrado artista, cuyos cuadros son la fiel reproducción de aquellos tiempos, si la muerte no hubiera venido sañudamente á segar en flor su laboriosa existencia!



Bellas Artes.—ROMA. – El Ayuntamiento de esa ciudad ha adquirido por el precio de 150.000 francos de renta al año la regia propiedad conocida por *Villa Borghese*, á fin de que subsista el hermoso parque, el palacio, museo, etc., que constituyen uno de los principales encantos de la capital.

* * *

MADRID. – En una tienda de muebles de lance ha descubierto poco ha un artista un cuadro de Murillo, procedente del colegio de San Francisco, que desapareció unos cincuenta años hace al demolerse aquel edificio. Es un retrato del arzobispo de Sevilla Pedro de Urbina de Calahorra.

Necrología.—Han fallecido:

D. Manuel de Rancés, marqués de Casa la Iglesia, diplomático español.

Courtry, excelente grabador en talla, colaborador durante muchos años de la *Gazette des Beaux-Arts*, y autor de innumerables planchas reproduciendo obras maestras antiguas y modernas.



CONCETTA BORDALBA,
soprano absoluta del Gran Teatro del Liceo

Juan B. Cavalcaselle, director general de Bellas Artes, pintor é ingeniero: tras una vida agitadísima durante los acontecimientos políticos del 1848 á 1861, colaboró con el escritor Crowe en varias obras, una de ellas la *Historia de la pintura italiana*, publicada en Leipzig.

Augusto Boulard, pintor francés, compañero de Dupré, Millet, Rousseau, etc., representante de la escuela de 1830: sus cuadros fueron una revelación para el público al exponerse el año pasado en la Galería Petit.

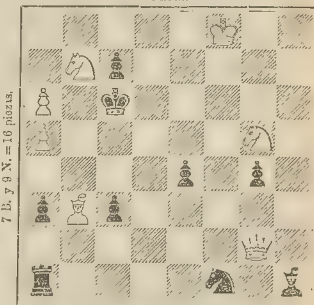
Martín Plud, joven compositor de verdadero talento, el más renombrado autor de lieder en Alemania, después de Love y Roberto Frantz.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 97, POR K. ERLIN (Viena)

Segundo premio del Concurso organizado por la Revista *Ruy López*.

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 96, POR A. F. MACKENZIE

Blancas.	Negras.
1. C 3 D	1. R 4 D (*)
2. D toma C jaque	2. R toma D.
3. C 4 D mate.	

(*) Si 1. R toma C; 2. D 4 D jaque, C toma D; 3. C 5 R mate; – 1. T toma A; 2. D 5 A R jaque, R toma D; C 7 R mate; – 1. C toma P T; 2. D 3 A jaque, R toma D; 3. C 5 R mate; – 1. A 4 D; 2. C c R, y 3. A ó D mate; – 1. C toma P C; 2. D 5 R jaque, y 3. D mate. La amenaza es 2. D 5 A R jaque, y 3. C 7 R mate.

Tiene otra solución que empieza con 1. P 3 A R jaque.

MI TIO JUAN

NOVELA ORIGINAL

DE JOSÉ L'HOPITAL, ILUSTRADA POR MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)



En tanto, Muterel, con las piernas separadas y las manos á la espalda, miraba cómo trabajaban sus operarios...

Aquellas ausencias casi continuas, aquella indiferencia respecto al país y aquel rompimiento impolítico con un hombre á quien todos consideraban, equivalían por parte de Santiago á un abandono completo de todo propósito electoral; por esta parte, el terreno quedaba despejado.

En cuanto á Tranchebize, se moría por momentos: el médico, tísico en último grado, se aprovechó de sus dietas de diputado y de su pase gratuito en los caminos de hierro para ir á buscar en el clima del Mediodía la prolongación de su existencia, fatalmente condenada; había encargado á uno de sus colegas que votase por él en la Cámara, y á Muterel que le reemplazase cerca de sus electores, y después se marchó á Niza. De allí regresó sin haberse aliviado, y ahora estaba ya en los últimos. Muterel no podía dudarlo, y este pensamiento colmábale de alegría, pues una vez muerto Tranchebize, ¿quién sería diputado sino él? ¡Oh, qué hermoso entierro civil le haría! ¡Qué magnífico pretexto para pronunciar un discurso; qué ocasión para mancillar al clericalismo, ensalzando la filosofía austera, el inquebrantable ateísmo de aquel viejo campeón que..., de aquel incorruptible ciudadano que!..

«¿Y quién dirá todo eso? ¡Pues seré yo!,» exclamó Muterel en voz alta, bailando casi, á la vez que golpeaba con su bastón los cardos que flanqueaban el camino.

Una vez debidamente enterrado el buen doctor, vendrían las elecciones, que por cierto no le inquietaban ya. ¡Hacía tanto tiempo que trabajaba el país!..

Y por otra parte, ¿no tenía en su apoyo la logia masónica del *Perfecto Silencio*, que no podía menos de hablar en su favor? ¡Vamos, vamos, el negocio era bueno, y seguramente Muterel entraría en el Palacio Borbón!

La vista de los campos que recorría aumentaba su contento; había llegado á las tierras de los Muriaux, y avanzaba lentamente en medio del rastrojo de un largo campo de trigo, entre dos hileras de apretadas gavillas, que se ostentaban soberbias y poderosas. Sus pajas, de un blanco luminoso, elevábanse rígidas, mostrando orgullosamente su ramo de espigas rojas, que parecían encenderse por los reflejos dorados del sol, encorvándose unas sobre otras en abundante desorden, como doblegadas por el excesivo peso de sus granos.

– ¡Todo esto es dinero, y no poco dinero!, decía Muterel frotándose las manos.

Llegado al término de su viaje, encontró la carreta que venía á cargar todo aquel trigo; iba tirada por cuatro vigorosos caballos, cuyas colleras con gualdrapas azules realzaban más la forma del cuello, y conducida por el carretero, que colocado á la izquierda, con el látigo al hombro, estiraba las bridas. Las ruedas abrían surcos, crujiendo continuamente, y oíase el sonido de las clavijas de hierro pendientes por su cadena del torno de atrás.

– Y bien, gritó Muterel al carretero, ¿qué tal marcha la cosa?

– No va mal, contestó el hombre deteniendo sus caballos; ahora comenzamos el tercer viaje.

La carreta se detuvo entre las dos hileras de haces; y cogiendo su horquilla con la mano derecha, el gavillero la arrojó como una jabalina. El instrumento fué á clavarse en una gavilla con tal fuerza, que

el mango de fresno retembló; después, mientras el operario se apeaba, el carretero, cogiéndose á la rueda, subió al vehículo para amontonar las gavillas.

Entonces comenzó la operación de cargar: con un movimiento igual y preciso como el del péndulo de un reloj, el gavillero clavaba la horca en una gavilla, elevábala con gran esfuerzo, la pasaba por encima del adral y dejábala caer en los brazos del carretero, que la colocaba en la carreta. Y hasta el fin del montón, las gavillas iban irguiéndose, trazando en el aire un surco de oro; mientras á su alrededor caía una menuda lluvia de granos sacudidos.

– ¿Pesa?, preguntó Muterel.

– ¡Ah, bastante!, contestó el carretero arreglando su carga.

¡A otro montón ahora!.. Los caballos reconcentran sus fuerzas, y sus cascos arañan la tierra; la carreta avanza con un balanceo majestuoso, y á medida que su carga se eleva, toma el aspecto de una montaña ambulante.

Muterel observaba aquellas operaciones mecido por pensamientos cada vez más alegres. La vista de aquella riqueza era para él un motivo más de alegría, y su imaginación recorría con delicia los campos en una especie de soñolencia feliz, pasando de los sueños de ambición á los de la fortuna, á la vez que contaba y calculaba sucesivamente las embriagueces de la política y los seguros beneficios de la cosecha vendida. Su buen humor era tal, que siendo de ordinario amo altivo y duro, sin tener nunca para los obreros más que palabras de mando, de cólera ó de desdén, esta vez cumplimentó, cuando la carreta estuvo llena, á los dos hombres que delante de él habían manejado aquellas pesadas moles y que no pudieron menos de manifestar su asombro.

– ¡Bien cargado y bien apilado!, dijo Muterel.

De pie en el vehículo, el carretero contestó como para excusarse:

– No vale la pena hablar de ello; yo hubiera puesto un poco más; pero como el trigo pesa mucho, he desistido por causa de los caballos.

– Y has hecho bien, sin contar con que Juan Pablo hubiera tenido que esforzarse demasiado para tirar las gavillas á tanta altura.

El peón, aturdido un instante por aquel súbito interés, creyó, después de un momento de reflexión, que el amo se burlaba de él. Se encogió de hombros, y alargó su brazo musculoso, protegido por un brazalete de cuero más arriba de la muñeca.

– ¡No es eso lo que molesta!, dijo con aire descontento.

– Es preciso atar ya, gritó el carretero; dame la cuerda.

Juan Pablo desató del torno la gruesa cuerda que, sujeta en la delantera, pasaba por debajo del vehículo; y después, colocándose junto al caballo de varas, tiró de aquélla hacia sí, la arrolló, tomó su impulso y lanzóla sobre la carreta, donde cayó como una serpiente.

– ¡Bien por los hombres fuertes!, exclamó el carretero recibiendo la cuerda.

Después de tenderla en el centro del montón, de delante atrás, se suspendió de ella y deslizóse hasta el suelo; luego pasó la extremidad de la cuerda por el agujero del torno, y cogiendo una de las clavijas de hierro, dió la primera vuelta. La cuerda quedó tirante; el peón, apoderándose de la otra clavija, continuó el movimiento, y bajo el esfuerzo combinado de los dos hombres, aquélla oprimió poco á poco la carreta, hundiéndose en los haces, cuya paja crujía.

– Le aseguro á usted que hay buen peso ahí dentro, dijo el carretero á Muterel, volviendo á sus caballos. ¡Vamos, *Tomás*, arriba! ¡Andando, *Cocota!*

Los cuatro cuadrúpedos se arquearon; un latigazo cruzó las piernas del caballo de varas, y la gigantesca mole se puso en movimiento, produciéndose un crujido de ruedas y rechinamiento de madera.

– ¡Procura tener prudencia cuando estés en el camino, gritó Muterel, y desconfía sobre todo de las hornagueras!

Y comenzó á seguir la carreta, lanzando bocanadas de humo de su pipa.

Cuando llegaron al camino que un surco bastante profundo, formado por las labores, separaba del campo, el carretero hizo retroceder un poco, y después, excitando á los tres caballos delanteros con un vigoroso latigazo, los lanzó hacia adelante. El vehículo bajó de golpe hasta el surco con las dos ruedas juntas y rebotó en el camino, produciendo un ruido sordo; entonces el conductor tiró de la brida bruscamente para contener los tres cuadrúpedos, y al mismo tiempo, dando un golpe con el mango del látigo en la testera, paró en seco el caballo de varas, que se dobló sobre los corvejones. Hecho esto, el carretero habló con suavidad á sus cuadrúpedos.

Los animales volvieron por sí mismos á la derecha; las dos ruedas detenidas en medio del camino giraron, y la pesada carreta comenzó á rodar de nuevo.

– Hay hombres, decía el carretero al peón, vigilando al mismo tiempo para que las ruedas no tocaran en las hornagueras, que tratan mal á sus caballerías; pero si debiesen pasar por un surco semejante á éste con tan pesada carga de trigo detrás, ya sabrían lo que es bueno, ¡oh, sí!

En la orilla del camino, tres pilas elevaban sus cúpulas amarillentas, las dos primeras terminadas y la tercera muy alta ya. Cuando se acercaban, cruzáronse con una carreta vacía que iba en busca de más gavillas, y una vez llegados allí comenzaron á descargar las que ellos llevaban.

De pie en lo alto de la pila, el gavillero, especie de Hércules de pelo rojo, recibía con la punta de la horquilla las gavillas que le alargaban desde la carreta, y haciéndolas girar sobre su cabeza, las arrojaba al apilador. El sudor caía en torno suyo como gotas de lluvia; algunas briznas de paja se habían enredado en su cabello rojizo; respiraba con fuerza, mostrando sus dientes, muy blancos, que oprimían una espiga de trigo, y como para desafiar el cansancio, sus ojos, de un azul pálido, sonreían é iluminaban su rostro varonil de galo. En tanto, Muterel, con las piernas separadas y las manos á la espalda, á lo Napoleón, miraba cómo trabajaban sus obreros y cómo se elevaba la pila.

– ¡Animo, muchachos!, gritó de pronto el apilador; veo que por allá abajo nos traen la comida.

Al mismo tiempo percibióse un rumor de ruedas á lo lejos, y en el camino, viniendo de la granja, cuyas construcciones blanqueaban en medio de la llanura, apareció un carrito.

– Es el ama que nos trae de beber. ¡Iza, Juan Pablo!, gritó el gigante de la plataforma.

– ¡No tengas cuidado, contestó Juan Pablo desde el vehículo; todavía faltan cuarenta; tú eres quien ha de darse prisa!

Y apresurando el compás, comenzó á bombardear la plataforma con las gavillas, que en seguida de enganchadas eran enviadas una tras otra al apilador; este último las cogía, las tumbaba, y saltando por encima como una rana, fatigábase sin poder ir bastante de prisa, por lo cual se burlaban de él los otros dos gavilleros. Muterel se reía silenciosamente, pareciéndole que aquellos hombres que se derrengaban á fin de poder beber antes eran muy graciosos, y calculando que así se haría el trabajo más de prisa.

– ¡Hola, buenos días, Juanita!, exclamó corriendo presuroso hacia el carrito que llegaba.

Y quiso ayudarla á bajar; pero la joven le dió los panes, el tocino y la cántara de sidra, y saltó á tierra antes de que él pudiera desembarazarse de aquellos objetos.

– ¿Cómo sigue el tío?, preguntó dejando las provisiones junto á la pila.

– No sigue mal. Le encontrará usted haciendo ligaduras en el cobertizo. ¡Eh, Pedro, ata mi burro, no sea que se marche como la otra vez!

Mientras el carretero ataba el burro, Juan Pablo pasó la última gavilla, y descargando dos golpes sobre el suelo de la carreta para demostrar que estaba vacía, bajó por la rueda; mientras los dos hombres que trabajaban en el montón bajaban ligeramente por la escalera.

En un abrir y cerrar de ojos cada cual estuvo sentado á la sombra de la pila; la botella, de abultada forma, vertió su sidra á la redonda; el pan, cortado en grandes rebanadas, estrechó grandes pedazos de tocino, y los obreros, cansados de sol y doloridos por el peso de las gavillas, saborearon un rato el alimento y el reposo.

– Voy á los Muriaux, dijo Muterel, y si usted me lo permite subiré en el carrito.

– Es que... no vuelvo ahora á la granja, contestó Juanita; tengo que ir á buscar hierba para mis conejos, y necesito por lo menos una hora.

– Y si la ayudasen á coger la hierba, ¿no acabaría antes?

– Pero usted no querrá ayudarme, primo mío, porque se reirían de usted.

Muterel se encogió de hombros, visiblemente enojado.

– ¡Vamos, contestó, está bien!; vaya usted á buscar las hierbas sola.

Y se alejó en dirección á la granja; pero había perdido su buen humor; andaba con paso nervioso; el despecho le hacía guiñar los ojos; y apenas contestaba al saludo de los segadores que, cerca de las construcciones, despejaban el último espacio de trigo.

II

En el fondo del patio, Juan Chantavoine, sentado en una silla vieja y delante de una gavilla de paja estaba haciendo ligaduras. Entre sus dedos, con esa rapidez que solamente se adquiere por una larga práctica, los dos puñados de paja se anudaban cerca de la espiga; después probaba sobre su rodilla la fuerza de aquéllas, y las arrojaba una por una al montón común.

Absorto en esta ocupación no vió á su yerno que se acercaba, y estremecióse al sonido de su voz.

– Buenos días, padre Chantavoine. ¿Sigue usted tan bien como quiere?

– ¡Hola, eres tú! ¿Cómo es que no se te ha visto dos días hace?

– Tenía negocios que despachar. ¿Y la cosecha?

– La cosecha va bien; al fin de la semana concluiremos con el trigo; y en cuanto á las avenas, ya se siega, pero hay algunos espacios donde queda aún bastante verde.

– No será este año la avena lo que alcance el mejor precio. ¿No es verdad?

– ¡Ah! Seguramente que el trigo es mejor. El gusano tiene la culpa, pues ha cortado las avenas á medida que iban creciendo.

– ¡Qué serie de desgracias!

Y Muterel, rodando un tonel vacío hasta llegar delante del haz de centeno, frente á su padre político; sentóse en él y comenzó á hacer ligaduras.

Durante algunos minutos los dos trabajaron sin decir palabra, y después reanudaron la conversación.

– ¿Va todo como tú quieres allá en Varencieres?, preguntó Chantavoine.

– No me quejo.

– ¿Has almacenado ya todo el trigo?

– Ayer se concluyó.

– Ahora sí que coges mucho, en Varencieres y aquí.

– Demasiado, y por eso quiero que esto cambie.

– ¿Hay alguna novedad?

– Sí que hay.

Chantavoine dirigió á su yerno una mirada interrogadora y tímida; pero Muterel parecía absorberse de nuevo en la confección de las ligaduras, y otra vez reinó el silencio. Sin embargo, el buen hombre se agitaba en su silla, visiblemente desconfiado é inquieto.

– Pero ¿qué hay de nuevo?, acabó por decir.

Muterel contaba sus ligaduras; formó un haz de ciento cuatro y le apoyó contra la pared del cobertizo. Después sentóse de nuevo en su tonel y se puso á trabajar otra vez. Sin atreverse á ser más indiscreto, Chantavoine se levantó y fué á buscar una nueva gavilla de centeno, la echó delante de sí para continuar su tarea, y esperó con resignación que su yerno tuviera á bien explicarse. Por fin, éste comenzó á decir con suavidad:

– He aquí la novedad. Ya sabe usted que el muchacho del padre Grelinet envidia mis tierras largo tiempo hace. Pues bien: ha venido á verme para arrendarlas

– ¿Habrás fijado precio?

– He pedido ochenta francos por acre.

– ¿Le ha parecido demasiado?

– Seguramente; ha gritado que esto era desollar á las personas; pero yo le contesté que fuera á buscar de balde tierras como las mías á la puerta de la ciudad y en el estado de cultivo en que se hallan, tan fértiles que no necesitan estiércol. A esto me contestó: «No vengo á decirle que desprecio sus tierras; pero ochenta francos...»

– Es claro que son dinero...

– Debo advertirle que yo sabía que el hijo Malingard deseaba mis tierras también, y por eso dije á Grenilet: «No se apure usted; si le parece caro, no las tome.» Entonces, como sabía que Malingard buscaba lo mismo, se ha decidido.

– ¿Por ochenta francos?

– No he rebajado nada.

Chantavoine saltó entusiasmado sobre su silla.

– ¡Bien arrendado!, exclamó.

Y contempló con admiración á su yerno, que daba vueltas á sus ligaduras con aire triunfante.

Pero muy pronto tomó una expresión sombría.

– ¿Y qué harás ahora tú sin tierras?, preguntó.

– Helo aquí. Ya sabe usted que no tengo más que el cultivo en la cabeza. Tranchebize se muere; y las consecuencias de su muerte no serán de fijo malas para mí. Advierta usted, continuó, encendiendo otra vez su pipa y rodeándose de una nube de humo, que yo he querido ser más libre. Mis tierras están alquiladas, pero conservo mi casa de Varencieres, y ya me tiene usted hecho un burgués. En cuanto á los Muriaux, usted se halla aquí, y es un buen dependiente; si no fuera porque cultiva un poco á la antigua..., pero se le puede corregir de eso. Ahora, aunque ocupándome de la política, podré cuidar un poco estas tierras. ¡Oh! No se inquiete usted; no le mandaré delante de gente como á un criado.

Chantavoine inclinó la cabeza; hacía dos años que había aprendido á obedecer.

Muterel continuó:

– Y aun se me ha ocurrido una idea, y es la de venir aquí con Coralia hasta después de las labores; esto no me impedirá ocuparme de mis otros asuntos, y al mismo tiempo veré en qué estado se hallan las tierras. ¿No le conviene á usted vivir junto á su hija?

El buen hombre quedó inmóvil de gozo. ¡Iba á tener á Coralia en su casa! Ante esta sola idea, todas sus desconfianzas se desvanecieron.

– ¡En cuanto á eso, sí que me conviene! ¡Vamos, eres un buen muchacho!

– ¡Pardiez!

– ¿Y cuándo vendrá?

– Hablaremos de ello esta tarde. Por lo pronto me parece que es hora de ir á llevar las ligaduras á los trabajadores, pues ya habrán terminado su comida.

– ¡Vamos!, contestó alegremente Chantavoine.

Entre los dos llevaron á la balsa las ligaduras para mojarlas; después las amontonaron en una carreta, y Chantavoine partió, fustigando triunfalmente su jaco. Muterel, que se quedó solo en el patio, le miró alejarse, sonriendo con una expresión singular.

III

Sentado sobre los haces de ligaduras húmedas, Chantavoine atravesaba la llanura, insensible á los vaivenes que le hacían tambalearse de un lado á otro, y arreando de continuo á su caballo, que acostumbrado á una marcha más tranquila, galopaba con aire descontento. El buen hombre restallaba su látigo como si fuera un joven; y los trabajadores, que hacía dos años le veían siempre triste y adusto y cada día más achacoso por la vejez y el pesar, decíanse entre sí: «¿Qué tendrá hoy, qué tendrá hoy?»

Lo que tenía era que acababa de salir de un sueño, de una pesadilla que databa de dos años. Había vivido en la angustia, descontento de sí, avergonzado de la situación que su compromiso con Muterel le creara, sometido á su yerno, á quien odiaba, por el papel que él tuvo la debilidad de firmar, y abandonado de su hija que, cada vez más gran señora, había disminuído sus visitas hasta hacerlas muy raras, y apenas le miraba cuando en los días de mercado iba tímidamente á preguntar por ella en su hermosa casa de Varencieres. Había envejecido de una manera lastimosa; su carácter, naturalmente receloso y tímido, era ahora más sombrío; muy pronto vió en su yerno un amo, y se puso pasivamente bajo su dependencia, obedeciendo á sus menores órdenes. Temblaba cuando el otro iba á recorrer las tierras ó á ver los animales, y se mostraba temeroso é inquieto como un soldado en los días de revista. En vano Juanita le repetía que siempre era el dueño en su casa: la hostilidad de la joven respecto á Muterel, lejos de levantar su ánimo, le daba miedo.

¿Qué sería de él si separaban de su lado á Juanita? No ignoraba que se había tratado de ello; que Coralia estaba celosa de su prima; que la hubiera despedido á no ser por su esposo, el cual, si bien objeto de visible repulsión por parte de la joven, había tenido siempre para ella consideraciones que el buen hombre no se explicaba... Esta vergüenza, esta timidez, y sobre todo el profundo pesar de no verse amado de una hija á quien adoraba siempre, había minado la robusta salud de Chantavoine, el cual debió renunciar á las labores, á los acarreos largos, á todo lo que se llama en las granjas trabajos de fatiga; y se acababa lentamente, poseído de un temor senil y disgustado de todo.

En esta triste disposición de ánimo se hallaba cuando oyó la proposición de Muterel; y de repente se había erguido, galvanizado por una dicha inesperada, incapaz de reflexionar, con su pobre cerebro fatigado, sobre los motivos y las consecuencias de aquella nueva determinación, sin ver más que una cosa, que su hija, su Coralia, iba á vivir otra vez junto á él, que la vería diariamente, que sin duda él se había engañado, y que ella le amaba, puesto que consentía en vivir bajo el mismo techo. Este pensamiento desvaneció como por encanto las negras ideas que aún le atormentaban aquella mañana, y cantaba alegremente con una voz á la que el temblor de la vejez comunicaba entonaciones ridículas, cuando se reunió con Juanita, que volvía en su pequeño vehículo lleno de hierbas, mecida por el suave trote de su borrico.



En el fondo del patio, Juan Chantavoine, sentado en una silla vieja, estaba haciendo ligaduras

– ¡Juanita, gritó desde lejos, fustigando con fuerza su jaco, cada vez más aturdido por aquellos nuevos y desagradables tratamientos, eh, Juanita! ¡Detén un poco tu bestia, porque hay novedades!

Y cuando los dos vehículos estuvieron uno junto á otro, comenzó á decir con volubilidad:

– Escucha un momento: Coralia vendrá á vivir con nosotros, y van á quedarse en los Muriaux hasta el día de Todos Santos. Muterel me lo ha dicho. Es preciso preparar la habitación de la señora, y arreglar la salita de modo que se pueda colocar su piano si lo quiere. ¿Lo has oído bien? ¡Pues en marcha!.. Y bien, ¿qué hay? ¿Por qué abres así la boca? Diríase que te contrista tener á tu prima en la granja.

– No, tío Juan, contestó la joven, haciendo un esfuerzo; pero me extraña tanto... ¿Y... van á quedarse largo tiempo?

– ¡Hasta el día de Todos Santos, ya te lo he dicho! ¿Te has quedado sorda?

– ¿Y... el Sr. Muterel... habitará con nosotros?

– ¡Toma, ya lo creo! ¿Crees tú que no seguirá á su mujer?

– ¿Y... van á venir muy pronto?

– Puesto que te dicen que lo arregles todo para su llegada, será porque no han de tardar mucho probablemente. ¡Vaya una cara que pones! Será preciso que la cambies, pues no te corresponde á ti ese ademán cuando yo estoy contento. Tal vez te parezca enojoso no ser ya el ama, pero no hay remedio; Coralia lo es. Bien sé que tu padre era mi hermano, por más que fuese un pobrete, y además... En fin, ya he dicho bastante. ¿Has comprendido?

– Sí, tío Juan...

– ¡Enhorabuena! Vuelve á casa, y dirás á mi yerno que regresaré en cuanto deje las ligaduras.

Y Chantavoine continuó su marcha al galope.

IV

Al entrar en el patio, Juanita divisó á Muterel de pie en el umbral de la casa; mas aparentando que no le veía, desenganchó el burro y empujóle hacia el establo. Después volvió á salir. En el patio estaba solo Muterel, al parecer espiándola. La joven para no quedar sola con aquel hombre, cogió una brazada de hierbas, corrió hacia sus conejos, y entretúvose con ellos cuanto la fué posible; pero nadie volvía, el tiempo pasaba, y era preciso preparar la cena. Entonces se decidió y dirigióse resueltamente á la casa.

Muterel se apartó para dejarla pasar; después entró en la sala detrás de la joven, sentóse junto á la chimenea, como un hombre cansado, y se absorbió al parecer en la contemplación de su pipa, que rellenaba meticulosamente. Pero su mirada, deslizándose astuta bajo los párpados á medio cerrar, seguía siempre á Juanita, que iba y venía por la habitación, para encender el hornillo, preparar la vajilla y colocar en el fuego la olla; y como continuaba su trabajo, aparentando siempre no verle, Muterel le dirigió al fin la palabra con dulzura, casi respetuosamente.

– ¿Ha encontrado usted al viejo en los campos?

Juanita contestó con un movimiento de cabeza.

– ¿Entonces le habrá dicho tal vez?..

– ¿Que iba usted á venir á los Muriaux? Sí, primo mío... Si no le sirve de molestia, hágame el favor de colocarse al otro lado de la chimenea, porque aquí tapa el hornillo...

– Con mucho gusto. ¿Conque le ha dicho á usted lo que hay?.. Creo que esto ha complacido mucho al buen hombre.

Juanita se había acercado al hornillo con una cazuela llena de hojas de col cortadas, y comenzó á echarlas en la olla sin contestar á su primo.

– En fin..., continuó Muterel, hacía largo tiempo que se quejaba de no ver á su hija, y ahora la verá siempre; esto es lo que me ha decidido. ¿Le parece á usted una buena idea?

Juanita le miró; pero él evitaba encontrar sus ojos, y volviéndose un poco, cogió en el hogar con las tenazas una brasa pequeña, y aplicóla á su pipa. Entre tanto la joven miró hacia la ventana: el patio continuaba desierto.

– Diríase que á usted no le parece eso bien, prosiguió Muterel, levantando un poco la voz.

– ¿A mí?.. Yo no tengo opinión que dar.

– Sí, sí, yo quiero saber cuál es la de usted...

– ¿Y por qué? Bien sabe usted que yo no sé mentir.

– Eso significa que usted preferiría no vernos aquí. ¿No es verdad?

– Yo no digo eso.

– Escuche usted; si hay buenas razones, preciso es decírmelas, pues no soy hombre á quien no se pueda hablar. Yo hago esto para complacer al padre Chantavoine; pero si ha de causar molestia...

Muterel se había levantado, y acercóse á Juanita, que en aquel momento, ocupada en sacar de la alacena un pedazo de tocino, le volvía la espalda. Cogióla suavemente del brazo, pero la joven profirió un ligero grito; poco faltó para que el plato escapase de sus manos, y temblaba al dejarle sobre la mesa. Muterel permaneció un momento vacilante, y su rostro tomó

una expresión de despecho; Juanita lo notó y esforzóse para sonreir.

– Me ha dado usted miedo, primo, dijo.

– ¡Ni que fuera usted una niña!, exclamó Muterel. Y con todo eso, no contesta usted á mi pregunta. ¿Qué mal hay en que Coralia y yo vengamos á vivir aquí? Veamos.

– Yo.. temo por lo pronto que mi prima se aburra en los Muriaux.

– ¡Ah, ah!

– ¡Diantre! Cuando haya pasado aquí tan sólo una semana sin más compañía que las gallinas, las vacas y los patos, ¿cree usted que no echará de menos á las damas de Varencieres?

– Ya se acostumbrará. ¿Y además qué? Estará con su prima, y bien vale usted tanto como esas damas.

– ¡Oh, primo mío!.

– ¡Sí que vale usted tanto como todas ellas, y yo soy quien se lo digo!

Muterel se había acercado otra vez, con los ojos brillantes y la mirada vaga; pero Juanita, sin dejar de hablar, había interpuesto la mesa entre los dos.

– Usted se chancea, repuso, haciendo un esfuerzo; pero esto no impedirá que la señora Coralia se aburra, y mi tío Juan es quien se resentirá de ello.

Muterel no tenía ya su expresión plácida de antes; andaba por la sala, fumando nerviosamente, y su cara hinchada había tomado un tinte verdoso que obscurecía más el cerco amarillento de sus patillas. Detúvose de pronto, y después de sacudir su pipa en el suelo, la guardó en el bolsillo. Luego sonrió con expresión maligna.

– ¡Su tío Juan, su tío Juan! ¡Habla usted de él más de lo que en él piensa, Juanita!

– ¿Qué quiere usted decir?

– Quiero decir, contestó Muterel con tono amenazador, que no es el tío Juan la causa de que usted no quiera que Coralia venga aquí.

– Pero, primo mío..., yo no tengo nada que desear... ¿No es usted el amo?

– ¡Sí que lo soy, y bien lo verá usted!

– Siga usted su camino, que bastante tiempo hace que conozco sus intenciones.

Muterel se contuvo, serenóse, tomó el aire de un hombre abatido, y dejándose caer sobre una silla exclamó:

– ¡Pues bien: no, yo no soy el amo! No lo soy, puesto que usted me tiene todavía mala voluntad. ¿Y qué me importa á mí mandar á los demás, sabiendo que está usted siempre contra mí? Por causa mía le disgusta á usted la llegada de mi esposa, porque yo estaré con ella... ¡Dígalo usted de una vez!

– Primo mío..., es verdad que..., pero es en interés de usted, porque teniendo tan elevada posición...

Juanita se interrumpió, no sabiendo ya qué decir; pero á punto de llorar, y volviendo hacia la extremidad de la mesa, midió la distancia que la separaba de la puerta.

– Sí, sí, continuó Muterel con expresión de amargura; vaya usted ahora á buscarme razones sobre mis asuntos. He aquí las cosas que la ocupan. ¡Qué desgracia, como si yo no supiera que usted me aborrece!

– ¡Oh, primo mío, si se pudiera decir!..

– La repito que me aborrece. ¡Ah, si fuera alguno á quien conozco muy bien el que hubiera de venir aquí, ya cambiaría usted de tono!

– No comprendo lo que usted dice.

– Si el vizconde la dijese: «Voy á venir á establecerme en los Muriaux.» ¡Ah, ah!, esto sería muy distinto, y bien se echa de ver en la cara que pone. Vamos, demasiado sabemos lo que ha mediado entre usted y el vizconde, y que no la besó por primera vez en mi boda. Yo sé quién podría decir lo que ocurrió el año pasado cuando daba usted vueltas alrededor del castillo...

– ¡No es verdad!, exclamó Juanita. ¡Usted sabe muy bien que no es verdad!

– Vaya usted á contar á otros que no es verdad, y no á mí. Ya se la conoce, pollita, y sabemos lo que se oculta tras esa gazmoñería. No viene el vizconde á pasar entre nosotros cada mes de septiembre solamente para cazar.

– ¡Le digo á usted que no es verdad!, repitió Juanita.

Y dejándose caer sobre el banco, comenzó á sollozar con la cabeza entre las manos.

– ¡Hace usted muy mal en decir semejantes cosas! Dos años hace que no he visto al Sr. Santiago.., sí..., en la iglesia algunas veces.., pero ¡ni siquiera me ha mirado!

– ¡Toma, toma, casi se inclinaría uno á creer á usted, tan sólo por la tristeza que al parecer le causa que no haya fijado en usted la atención ese hermoso caballero! ¡He aquí lo que tiene dejarse besar por vizcondes! Viene el engreimiento, y la creencia de que un hombre como él puede amar á una muchacha como usted.

– ¡Ah, yo no lo he creído nunca, no, jamás!

– Y se desperdician las buenas ocasiones...

– ¿Qué ocasiones, primo?

Muterel no contestó al punto; dió algunos pasos silenciosamente, girando sobre sí mismo, y sin apartar la vista de Juanita, mirándola como el gato que acecha un ratón. Al mismo tiempo desvanecíase de su rostro la expresión amenazadora, sustituyéndola poco á poco su aspecto bonachón.

Pasó lentamente por detrás de la mesa como para sentarse en el banco que estaba junto á Juanita; pero ésta se levantó cual movida por un resorte, y huyó hasta la otra extremidad. Una nueva expresión de despecho crispó los labios delgados de Muterel, que volvió vivamente al centro de la sala, lo cual hizo comprender á Juanita que la vigilaba, que no podría salir, y que la escena no había terminado aún.

– ¡Ah, Juanita, dijo con tono meloso, si usted hubiera querido... sería el ama aquí, y tendría una buena posición! No la hubiera negado yo á usted nada. ¿Por qué me ha tratado con tanta dureza la primera vez que le hablé de amistad?

Juanita se irguió, estremecida por un indecible terror.

– No hablemos de eso, primo, balbuceó, se lo ruego.

– Opino por el contrario, que es preciso hablar de ello. Puedo siempre darle una posición. ¿Y qué la pido en cambio? Nada más que un poco de complacencia.

Juanita era valerosa, y en ella la indignación sustituía muy pronto al miedo.

– ¿Por quién me toma usted, Sr. Muterel? ¡Procure usted recordar con quién habla!

Pero Muterel continuó con más dulzura aún:

– Usted no tiene un céntimo, y vive en nuestra casa de caridad; basta que levantemos el dedo para ponerla en medio del campo; Coralia, mi esposa, ha desconfiado siempre de usted, y el padre Chantavoine morirá muy pronto... Entonces no se hallará usted en mejor posición. ¡Vamos, no ha de llorar por eso!.. Lo que le digo es solamente con el fin de hacerle ver el motivo de la cosa. Y precisamente hallándose usted en situación tan crítica, resulta que me agrada del todo, á mí, que soy el jefe de la casa. ¿Cree usted que sea de despreciar un hombre como yo?

– Creo que un hombre como usted es ante todo un casado. ¿No tiene usted esposa? ¿Cuántas necesita usted?

– Ya le he dicho que usted es la que yo necesito.

– Advierta usted que soy honrada.

– ¡Qué desgracia que yo no sea vizconde!

– ¡Deje usted en paz á ese caballero; he sido honrada con él como con todo el mundo!

– Lo cual no impide que le ame usted más que á mí.

– Todo cabe en lo posible.

Muterel se había colocado delante de la puerta, cerrando la salida; estaba lívido y sus ojos llameaban.

– ¡Ah, esas tenemos!, gritó con voz estentórea. Ahora te burlas de mí; pero ya te he dicho que te quería; soy el amo, y vas á verlo.

– ¡Oh!

Muterel avanzó sobre la joven; la mesa los separaba, pero no era bastante ancha para que le impidiese cogerla; Juanita huyó gritando hasta la otra extremidad, perseguida por él en furiosa carrera, y como alargase la mano hacia la joven, ésta se esquivó, retrocedió después y pasó por delante de su perseguidor como una flecha; mientras que Muterel caía sobre la mesa con los brazos hacia adelante, derribando los platos, los vasos y la fuente del tocino, que rodaron por el suelo. Entonces Juanita, creyendo el instante propicio, saltó hacia la puerta; pero Muterel, que se había levantado prontamente, corrió de nuevo hacia ella, y cogiéndola del vestido, hízola volver por fuerza á la sala. La joven se defendió rudamente, y tuvo tiempo de darle varios vigorosos bofetones; pero él, más fuerte, la sujetó ambos brazos, doblegándola cual un tallo verde, y como comenzase á gritar pidiendo socorro, ahogó sus gritos con un beso brutal. Juanita seguía defendiéndose, y al fin se desasió con un esfuerzo desesperado. Al mismo tiempo la puerta se abrió; Chantavoine apareció en el umbral, y antes de que Muterel se diera cuenta de lo que pasaba, la joven cayó en brazos del viejo sollozando.

– ¡Tío Juan, tío Juan!, murmuró.

Chantavoine se había apoyado en el quicio de la puerta, y Juanita, rodeándole el cuello con los brazos, ocultaba la cabeza sobre su pecho. El viejo parecía anonadado; sus ojos se abrían desmesuradamente; convulso por la sorpresa y la indignación, no podía articular palabra; con una mano se apoyaba en la pared, y agitaba la otra en el vacío.

Muterel había retrocedido vivamente; estaba cerca de la chimenea, inmóvil también, calculando qué actitud debía tomar; su rostro, descompuesto aún por la pasión, expresaba en aquel momento la cólera y el temor, haciéndole más repugnante las tumefacciones rojizas, señaladas por los bofetones de la joven, que le habían hinchado el ojo y la nariz; al fin, dando prueba de audacia, fué el primero en romper el silencio.

(Continuará)



Muterel caía sobre la mesa, derribando los platos, los vasos y la fuente del tocino...

RODOLFO FERRARI,

actual director de orquesta del Gran Teatro del Liceo

El maestro Rodolfo Ferrari, cuyo retrato acompaña á estas líneas, es natural de Bolonia, ciudad en la cual hizo sus estudios musicales con verdadero afán y entusiasta asiduidad, obteniendo de ellos tan provechosos frutos, que puede decirse que empezó su carrera artística por donde otros la concluyen, pues muy joven aún logró verse al frente de diferentes orquestas. Sus conocimientos en el arte que profesa, el entrañable cariño que le tiene y el nombre que poco á poco fué adquiriendo han hecho que como maestro director y concertador figurara á la cabeza de las orquestas de los principales teatros de Europa, y en calidad de tal ha sido contratado en algunos de Italia, en los de Francfort, Berlín, Viena, París, Londres, Lisboa, dos temporadas en el de la *Scala* de Milán, y en la anterior y la presente en nuestro Liceo, donde ha sabido granjearse generales simpatías. Modesto cuanto inteligente, si anhela los aplausos del público cuando son justos y sinceros, rehuye los apasionados ó en que se revele alguna parcialidad y es enemigo declarado de toda *claque*, por creer, y con razón, que estos aplausos hacen desmerecer al artista que en su talento fía y se somete de buen grado al concepto que de él puedan formar los públicos.



RODOLFO FERRARI,
actual director de orquesta del Gran Teatro del Liceo

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

PAÍS VASCO, CROQUIS DE ÁLBUM, por *D. de Regoyos*. – El conocido dibujante Sr. Regoyos acaba de publicar con este título una colección de quince interesantes croquis que reproducen escenas de costumbres de las Provincias Vascongadas, y que están muy bien tirados en varias tintas en los talleres de artes gráficas que tiene D. Federico Alvarez en Tolosa.

LA GRAN REVISTA. – Los últimos números de este periódico limeño contienen abundantes grabados y notables artículos y poesías de Barreto, Santos Chocano, García Cisneros, San Juan, Vivero, Amézaga, Lugones, Fianson, Balna, Moncloa, Elías Corpancho, Espinosa, Rey Castro, Heredia, Prado, Chávez, Llona, Criado, Tovar, Whilar y Cisneros. El número de septiembre está dedicado á celebrar la coronación del poeta nacional Luis Benjamín Cisneros, celebrada con gran solemnidad en el Ateneo de Lima.

ORTOGRAFÍA CASTELLANA, por *D. Domingo Cabré y Estany*. – Esta obra, tercer volumen de la Biblioteca Comercial, se ocupa del empleo de las letras y de las reglas de puntuación y acentuación, con especial referencia á los documentos mercantiles, siendo por consiguiente de gran utilidad para los empleados de escritorio y para los comerciantes extranjeros que han de escribir en lengua española. Véndese á dos pesetas en la Administración de «El Consultor Mercantil é Industrial,» Ronda de la Universidad, 3, 3.º

LA ILUSTRACIÓN DEL PACÍFICO. – El último número de esta revista quincenal que se publica en Guatemala contiene interesantes artículos de Triveley, Mixco, Gómez Carrillo y Macías del Real y muchos é interesantes grabados.

INSTALACIÓN

DEL ENCUADERNADOR Y LITÓGRAFO

D. Hermenegildo Miralles

en la Exposición de industrias modernas

Una de las instalaciones que llaman con justicia la atención en la citada exposición actualmente abierta en Madrid es la que representa el grabado adjunto y que pertenece al mencionado industrial. Dispuesta con gusto y elegancia, figuran en ella variadas muestras de todos los productos que salen del establecimiento del Sr. Miralles, distinguiéndose por su verdadero mérito sus encuadernaciones, ora lujosas, ora sencillas, pero todas artísticas; los azulejos, fuentes y platos de cartón piedra; la infinita variedad de trabajos litográficos en colores, que ha llevado á una notable perfección, así como los Panoramas de Monserrat, de Santiago y Nacional que ha publicado con aceptación general.



Instalación del encuadernador y litógrafo de Barcelona D. Hermenegildo Miralles en la Exposición de industrias modernas que se celebra en Madrid

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Album Salón. – El Centro editorial de D. Miguel Seguí ha publicado el primer número de una Revista íbero-americana de literatura y arte, titulada *Album salón*. Dicho número contiene, además de algunas páginas de texto y de varios fotograbados, cinco láminas en colores. Cada número cuesta una peseta y se suscribe en las principales librerías y centros de suscripciones.

La Ilustración del Pacífico. – En los últimos números de esta revista guatemalteca se insertan notables trabajos y multitud de interesantes grabados.

América en fin de siglo, por la *Baronesa de Wilson*. – La infatigable viajera é ilustre escritora Sra. Baronesa de Wilson acaba de publicar un nuevo libro, dedicado, como su título indica, á esa América que tantas muestras de consideración le ha dado en el largo período de sus peregrinaciones, en donde tanto se la estima y respeta. La nueva producción de tan distinguida dama es un conjunto de cuadros, expuestos con galanura, de las transformaciones operadas en los Estados hispano-americanos en las postrimerías del presente siglo; la grandiosa obra social y política que informa la vida actual de aquellos pueblos, y el avance que todos ellos han dado en la anchurosa vía del progreso.

América en fin de siglo es un nuevo y valioso servicio que acaba de prestar á los pueblos americanos la Baronesa de Wilson y una muestra del cariño que profesa á aquellos países, en donde se han deslizado, entre aplausos y homenajes rendidos á su ingenio, los mejores años de su laboriosa existencia.

La Revista Médica de Puerto Rico. – El último número de este periódico científico y profesional de Puerto Rico contiene trabajos interesantes de D. Francisco Baixauli, A. Lutaud y G. Sanarelli.

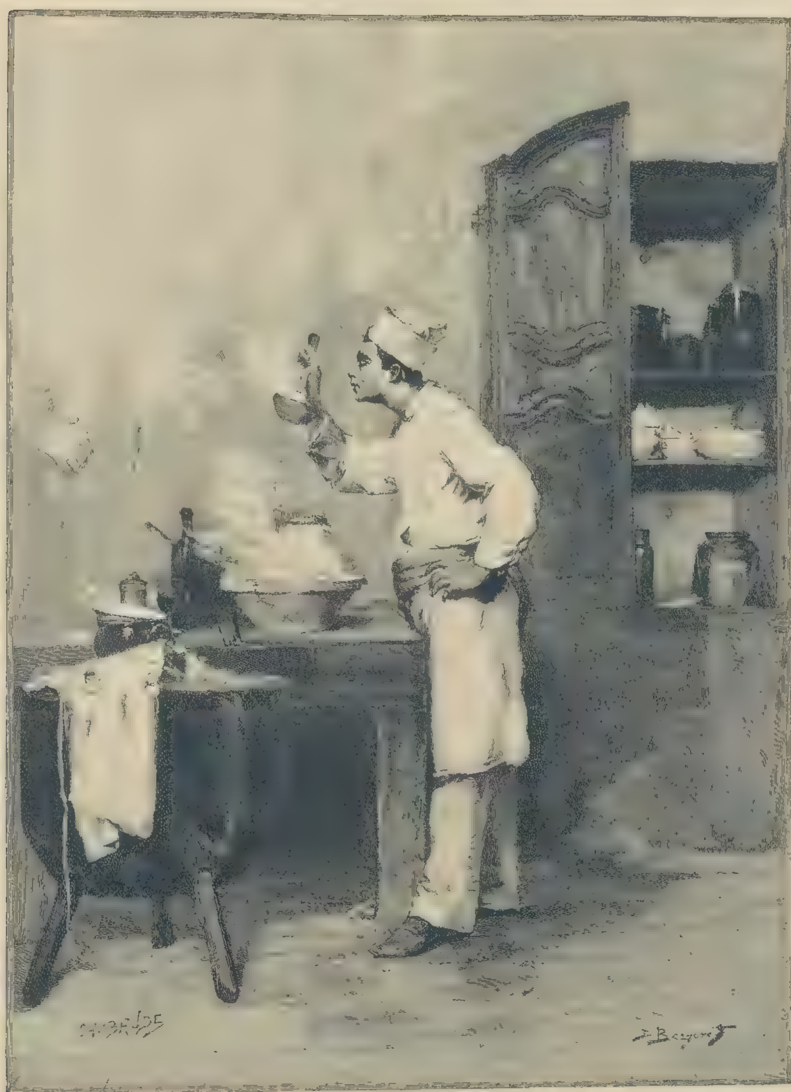
El descuaje de los bosques aumenta la cantidad de agua de los manantiales que brotan de su seno y disminuye la de las lluvias que caen en su localidad, por el *Dr. Manuel Sol*. – Digno de estudio para los agricultores es el tema que el doctor salvadoreño Sr. Sol desarrolla en el folleto que nos ocupa: no pudiendo analizar detenidamente este trabajo, diremos sólo que el autor demuestra su tesis con razonamientos y con hechos comprobados. El folleto ha sido impreso en la imprenta Nacional de San Salvador.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVI — Barcelona 6 de diciembre de 1897 — Núm. 832

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



BUEN COCINERO, cuadro de P. Bergeret

(Salón de los Campos Elíseos de 1897)

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Cuestión de Cuba. – Importancia y trascendencia de esta cuestión. – Interés universal por ella despertado. – Método seguido por los estadistas de la revolución y método seguido por los estadistas de la restauración en los conflictos cubanos. – Facilidad con que los revolucionarios convertimos la guerra en un pleito vulgar. – Monomanía de las grandezas. – Julio Ferry, Francisco Crispi, Antonio Cánovas. – Las guerras tropicales no pueden jamás confundirse con las guerras europeas, porque no es neutral en aquéllas la naturaleza. – Nuestros soldados no pelean jamás con los enemigos, pelean siempre con los elementos. – Reflexiones. Conclusión.

La cuestión cubana sobrepuja en alto y vivo interés á todas las cuestiones continentales é intercontinentales que hay planteadas y extendidas en el planeta. Inútilmente Francia trata de sus próximas elecciones y eleva discursos numerosos con sendos programas cada uno, ya de oposición, ya de gobierno; en vano Italia reanuda alianzas con Inglaterra, en requerimiento de su indispensable seguridad mediterránea; en vano el imperio austriaco amenaza escindirse por las competencias y luchas entre las tribus y razas diversas, que llegan desde los griegos hasta los turcos y que no se rinden jamás á la superior unidad imperial; en vano Alemania pugna con su emperador que pide y desea numerosas escuadras negadas por su Parlamento; en vano se desarrolla cada día más y se afirma el pacto franco-ruso, que ha rehecho el equilibrio europeo; en vano los tratos de paz entre Grecia y Turquía se dilatan promoviendo mil enojosas cuestiones; en vano aglomera el imperio sajón sus naves en Malta con indicaciones de que defenderá el Niger y las posesiones al Niger cercanas, si es preciso con una guerra, mientras iza el imperio germánico su pabellón en territorio chino, so color de proteger á los cristianos: nadie se cura de todos estos problemas y todo el mundo vuelve los ojos á la isla que arde bajo un tremendo incendio sobre los mares de las Antillas y so los cielos del trópico. Consejos de la diplomacia europea, artículos de las más importantes publicaciones, tratados y estudios de las revistas principales, hasta conversaciones privadas en Londres y en París y en Viena y en Berlín ponen sobre todos los asuntos el asunto cubano, á causa de la importancia que siempre tuviera nuestra patria en la historia y del choque tremendo que puede sobrevenir por el problema cubano entre dos continentes.

* * *

Así habremos de consagrar á este problema especial atención. Yo no sé cómo nos las compusimos en los tiempos revolucionarios, que teniendo la cuestión cubana el mismo aspecto guerrero de hoy, nunca embargó nuestros ánimos, ni agitó nuestros nervios, ni alarmó nuestros intereses, ni trascendió á la política interior y extranjera, como trasciende la cuestión cubana presente, de una exacerbación y de una gravedad incalificables. Los revolucionarios supimos no desangrar al país con esos numerosos ejércitos de ahora, que han tendido agostada la flor de nuestra juventud sobre la proterva manigua; los revolucionarios declinamos en Cuba el gasto de la guerra, puesto que la sostenía Cuba, y ocurrimos á las bajas con recluta voluntaria bien pagada y bien satisfecha; los revolucionarios nunca nos dividimos en la cuestión cubana, teniéndola todos por una cuestión eminentemente nacional; los revolucionarios aislamos la guerra en Oriente imposibilitada de invadir los feraces campos del tabaco, del café y de la caña, intangibles por una sabia defensa é intactos durante todo el período de la revolución; los revolucionarios contestamos á los Estados Unidos con la noble altivez que cumple á un pueblo conocedor de su fuerza, y redujimos la guerra transatlántica en términos que no pasó nunca de un pleito vulgar y ordinario, aunque tuviera fecundidad tristísima de daños y perjuicios para la patria. Entonces la guerra tuvo una grande organización, las familias más patricias del antiguo régimen colonial y esclavista la dirigieron, hombres de gobierno muy probados y muy expertos la gobernaron, una constitución muy bien formulada contuvo sus principios y un partido muy bien nutrido la mantuvo con sus holocaustos de sangre y con sus tributos de dinero. Pero todo supimos superarlo dejando la guerra en tales términos reducida, que por su poca importancia sólo podría compararse á la sustentada en período de treinta y más años por los holandeses de Sumatra.

* * *

Pero hemos llegado á una edad en que pasa por Europa entera el viento de esa manía de las grandezas, que tanto se parece, aunque por opuesto sentido, á la otra manía llamada de las persecuciones. Reclusas dentro de sus límites las viejas nacionalidades europeas, han soñado con las grandezas coloniales y han convertido por su mal en problemas inmensos, dificultades vulgarísimas que acaso hubiérampos podido superar mejor y con más acierto reduciéndolas á términos modestos y apreciándolas en menos. Tres grandes hombres contemporáneos han sufrido golpes tremendos de la suerte por generosas ambiciones patrióticas, que les movían á empresas dignas de su genio, pero inadecuadas al punto y al tiempo en que se plantearan. Hacer grande, muy grande, intentar cosas extraordinarias, fué la idea de Ferry en Asia, la idea de Crispi en Africa, la idea de Cánovas en América. Y el primero cayó del gobierno y desapareció ante sus conciudadanos para siempre, sin alcanzar una rehabilitación justa, sino á la hora de su muerte, por el Tonkín; á su vez el segundo, estadista de gran fuste, muy enérgico y muy tenaz, perdió el gobierno y la dirección de su Italia, por Eritrea; mientras el tercero, el mayor de los tres por su alta elocuencia y por su profundo entendimiento, nos ha dejado la cuestión cubana el día de su terrible muerte, metida en inmensa marisma de lágrimas y sangre. No pueden medirse las guerras tropicales en territorios apartadísimos caldeados como un horno por cielos ardientes, como se miden las guerras europeas. En Europa el clima se nos aparece neutral entre los combatientes, en el Trópico está por nuestros enemigos y contra nosotros elemento de suyo tan vital como el clima. Y cuando expedimos nuestros soldados de aquí, los expedimos para que combatan con los hombres, y luego al llegar allí tienen que combatir estos infelices, héroes y mártires á un mismo tiempo, con los elementos. No hay nada que suscite tanto entusiasmo en el soldado español como tener visible y palpable su enemigo enfrente; pero nada que lo rinda y lo desespere como luchar, no con facciosos en armas, con invisibles microbios.

* * *

Debimos indudablemente considerar que guerras como las guerras tropicales, mantenidas desde puntos inaccesibles, ayudadas por maniguas inestricables, servidas por el cólera disuelto en las aguas y por la fiebre palúdica disuelta en los aires y por el vómito tan asolador y espantoso, deben sujetarse á reglas diversas de las que rigen los grandes combates europeos. Cuando no se acude á ningún llamamiento, cuando no hay espacio siquiera donde citarse á combatir, cuando se libran á las enfermedades inevitables el estrago que hacen los combates heroicos, se necesita someter á estas fatalidades el plan de una guerra que no puede medirse por nuestras experiencias y que no puede saberse por nuestra táctica, pues el mayor número, decisivo en todos los empeños guerreros, aquí resulta muchas veces para la persecución de los facciosos y para el triunfo sobre sus desparramadas huestes una verdadera impedimenta. Son indispensables las largas aclimataciones, indispensable una grande adaptación al medio ambiente predecesora de la guerra, indispensable poseer un ejército colonial de que pueden darnos base y ejemplo los heroicos voluntarios cubanos y las milicias filipinas que nos han servido en estos últimos trances, para seguir las guerras tropicales en que huelgan los soldados bisoños, que suelen ir como borregos y suelen tornar como sombras. Así es indudable que nuestra guerra de Cuba, la cual habrá de resolverse siempre por la victoria definitiva de la Península sobre sus ingratos colonos, hubiese ahorrado numerosos males y hubiera tenido aspecto menos agudo ahora, si en vez de aglomerar allí tal número de gentes como jamás los contara la historia, trasladados del viejo mundo al nuevo, nos redujéramos á guardar nuestras poblaciones y á impedir por las trochas y demás métodos ya sabidos desde otros tiempos el paso de los rebeldes desde las estériles zonas del Oriente á las feraces zonas de Occidente.

* * *

Amén de todo esto, yo he creído y sigo creyendo que no debía la cuestión cubana promover partidos contrarios y suscitar fórmulas diversas de solución, cuando nosotros hemos sido provocados por la manigua, y ya provocados, heridos, puestos en la necesidad inevitable de salvarnos ó defendernos, debiendo por esto responder á la guerra con la guerra. ¿Qué significa eso de programas opuestos, de soluciones contradictorias, como si de un pueblo se tratase sobre quien ejerciéramos dominio entero y pacífico? Yo he visto que al promoverse la guerra separatista en los protervos estados yankees de la esclavitud contra los estados del Norte, jamás éstos ofrecieron á sus contrarios ningún programa favorable á sus intereses, los exterminaron con todo cuanto pudieron. Las correrías de quinientos mil caballos por los campos del Sur, el incendio de Rismond asolado, la entrada en la grande Nueva Orleans reducida como los pueblos rendidos por los déspotas antiguos á la miseria, el trato infligido á los facciosos cuyas tierras se calificaban de territorio, tratándolas en aquel tiempo los vencedores como trataran siempre á los indios, demuestran que los Estados Unidos, quienes hoy nos exigen tantas blanduras con nuestros facciosos, han contestado la guerra con la guerra y han repelido la fuerza con la fuerza. Una guerra es un estado excepcional morboso, en que las funciones naturales y ordinarias de la vida se suspenden por fuerza, resultando hasta la nutrición tan indispensable á toda normalidad, esa nutrición que nos sustenta y mantiene, peligrosísima y dañosa. No conozco territorio en estado de guerra que no necesite medidas excepcionales. Y cuando esta guerra cruel no recuerda ningún humano sentimiento, hasta valerse de la dinamita y de las balas explosibles prohibidas por el derecho de gentes contemporáneo, lo excepcional del ataque impone una defensa también excepcional. Así exclamo viendo todo lo que vemos: ¡Dios salve á la Patria!

Madrid, 27 de noviembre de 1897.

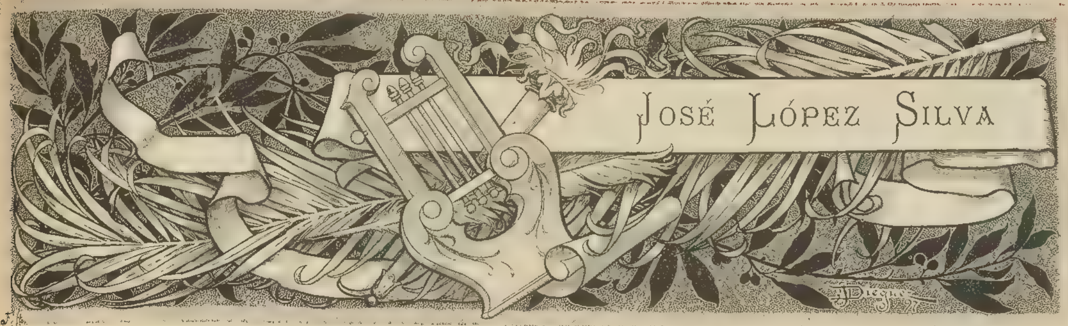
PENSAMIENTOS

Muy á menudo leemos ú oímos decir: «La ópera fué representada en presencia del autor, el cual ha quedado plenamente satisfecho.» De este modo una representación es considerada como una tradición por otros teatros. Y sin embargo, esto sólo es posible en Italia y también, aunque en menor escala, en París, en donde una obra se estudia durante seis y hasta ocho meses; en donde todo, desde la contrata de los artistas hasta la forma de calzado que éstos han de usar, depende del compositor; en donde éste enseña por sí mismo á las cantantes sus respectivos papeles, y con el director de orquesta, el director de escena, el pintor, el sastre, los maquinistas, etc., lo dispone todo hasta los menores detalles. Pero en otros países en donde al estudio de una ópera pueden dedicarse á lo sumo ocho semanas, en donde los papeles han de repartirse entre el personal que se tiene á mano, en donde el director de orquesta, que es quien enseña la obra, y el director escénico, que la pone en escena, son genios tan colosales que acogen con un compasivo encogimiento de hombros las observaciones del compositor, en donde éste no ve las decoraciones y los trajes hasta el día del ensayo general, es decir, veinticuatro horas antes del estreno (y esto no siempre ni en todas partes), y si no le parecen bien oye por toda respuesta que ya es tarde para cualquier modificación, ó que lo que él desea sería demasiado costoso: en estos países, digo, el autor no tiene más remedio que decir que sí á todo y poner á todos buena cara en la noche del ensayo general á fin de que su obra no se malogre y de no desanimar á los artistas con sus censuras. Y esto se convierte luego en el suelto de periódico «La ópera fué representada, etc., etc.,» según queda copiado al principio.

* * *

No son los caníbales los únicos antropófagos; también los demás hombres se devoran unos á otros, con la particularidad de que los primeros sólo se comen el cuerpo y nunca lo más noble del ser humano, como los otros hacen.

ANTONIO RUBINSTEIN



JOSÉ LÓPEZ SILVA

Todo el que haya leído los sabrosísimos romances chulescos del simpático autor de *Las Bravías* no podrá menos de exclamar al conocerle personalmente:

–¡Este es mi hombre!

Efectivamente, el autor y creador á un tiempo de aquellos deliciosísimos tipos que en todas sus conversaciones tratan siempre las más arduas y complicadas cuestiones de actualidad palpitante, no tenía más remedio que ser así...

Alto, moreno, de facciones pronunciadas que adornan negras patillas, de las que entre la gente *cañí* son conocidas con el *rótulo* de *boca de jacha*, López Silva no puede prescindir, para que todo en él resulte apropiado á las circunstancias, de cierto aire jacarandoso y chulón.

Y no puede ser de otra manera... Al ver á López Silva surge instantáneamente en todos el recuerdo de los diálogos de la «gente del bronce,» los romances que más nos han impresionado por su incomparable corrección y gracia, todo, en fin; y parece que oímos hablar al lado nuestro al mendigo que discute la bondad de su oficio razonando de la manera que conocemos:

«Mira, *Pucheta:*
yo alquilo un chico que tiene
descoyuntás las dos piernas,
y saco en un par de días
más que tú en semana y media,
y fumo de *cuarterón*,
y le pago el cuarto á *aquella*,
como es debido, y no tengo
que pasar por la vergüenza
de comer patatas viudas
delante de quien me vea...»

Esto, que es una verdadera apología de la mendicidad, es al mismo tiempo realidad triste y desconsoladora... Así son la mayor parte de nuestros mendigos; porque hay muchos necesitados, pero no son menos los que han hecho de la caridad una profesión lucrativa como pocas, que explotan con el cinismo más escandaloso.

Véase, pues, si López Silva es moral ó no en sus escritos, y si éstos tienden á corregir los vicios, defectos ó impurezas de nuestra clase baja.

Si esto fuese motivo de discusión, que afortunadamente no lo es, porque todos admiramos como merece la labor del culto poeta festivo, aunque la discusión se enconara, no habría quien rebatiera estos razonamientos como refutan su discurso al *Efrigenio* de *Los Traperos en el Centenario*, al cual decían:

«Así discute
cualquier mula de varas, Efrigenio,
pero no un hombre docto...»

Ni se llegarían á *verter* en el debate «epítetos injuriosos» como los que se cruzaron al final de aquel célebre *meeting* forjado en la imaginación del saladísimo autor:

–«Su Señoría
es un morral vendido á los burgueses,
que no *quedrá* tomarse, de seguro,
cuatro golpes conmigo á la intemperie.
–¡Y cuarenta y dos mil!
–¡Mentira!
[illegible]
–¡Granuja!
–¡Sin vergüenza!
–¡So castrense!»

López Silva es además acreedor á todo nuestro respeto porque es un carácter. Su voluntad de acero, la confianza en sus méritos son las condiciones que más le han ayudado para conquistar el puesto que hoy ocupa, desde el vulgar mostrador de una tienda de sedas de la calle de Toledo, donde López Silva comenzó siendo hortera.

Asombra su laboriosidad, y nadie sabe cuándo descansa el inagotable romancista y autor. En la actualidad es tenedor de libros y cajero de una importante casa de comercio de la corte, en cuya oficina está desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche; y á pesar de eso, vémosle por las noches en los estrenos, ó fisgando en los escenarios, y acude con frecuencia á las tertulias donde se trasnocha... ¿Cómo puede verificar este milagro? ¡Quién lo sabe! Pero al día siguiente asiste puntualmente á la oficina, y luego á las reuniones de compañeros y amigos, y aún le queda tiempo para publicar cien versos en *Madrid Cómico* y doscientos en el *Heraldo*, y para estrenar una obra y exhibirse en todas partes, pues no hay acontecimiento ni suceso, por insignificante que sea, que López Silva no presencie.



José López Silva

Acudió López Silva con sus primeras coplas al buzón de *Madrid Cómico*, donde Sinesio Delgado, habituado ya por larga experiencia á hacer la oportuna selección de lo bueno y malo que le remiten, vió en los originales del nuevo remitente condiciones que otro cualquiera no se hubiese tomado el trabajo de estimular, y como en la época en que esto sucedía gozaba el semanario madrileño de más importancia que en la actualidad, López Silva logró hacerse nombre rápidamente.

Sinesio Delgado ha sido indudablemente quien más le animó á seguir por el camino emprendido, y es indiscutible que la mitad del nombre adquirido débelo al celebrado director de *Madrid Cómico*, que no hace mucho decía de la labor literaria de López Silva, entre otras cosas:

«Sobre todo
sabe dibujar de un modo
la gente de gorra y faja
que grita, riñe y trabaja;
tima, se emborracha y pega,
que en este punto, quizás
nadie le aventaja..., más
que Ricardo de la Vega.»

Con las primeras composiciones chulescas de López Silva coincidió el estreno de alguna de sus producciones teatrales; pero el público no estaba, por lo visto, suficientemente preparado para juzgar los méritos del nuevo autor, y por este motivo, quizá, aquellas obras no lograron obtener más que un recibimiento frío é indiferente.

Esto hizo mala impresión en López Silva, y llegó á creer que en el teatro nunca acertaría; por eso cuando alguien le animaba á que escribiera obras teatrales, decía *sotto voce:*

«Le doy las gracias... por fórmula,
y digo, allá en mi interior:
– Este, si no es un borrico,
tiene muy mala intención.»

Porque el autor de *Los descamisados* maneja la sátira con gran facilidad é ingenio, y es una cosa que todos saben la improvisación contra un crítico chirle que con piadosa intención le maltrataba, y al que, noticioso de ello López Silva, disparó cuatro versos que le taparon la boca.

Decía López Silva:

«Yo me caliento los cascos
y, aunque mal, compongo versos,
tú también te los calientas...
¡y no puedes andar luego!»

Hace algún tiempo comenzaron á ponerse en moda los diálogos de López Silva, y llegaron hasta á representarse en distintos teatros de la corte. Juzgó López Silva que esta era la ocasión más á propósito y escribió varias obras que lograron éxito completo.

Las Bravías recientemente han venido á satisfacer al público, y han colocado á López Silva á la altura que sus méritos reclamaban, premiando así su laboriosidad y talento indiscutibles.

Ha conseguido también López Silva algo muy difícil, casi imposible, dada la indiferencia con que el público de este país contempla el desarrollo lento y perezoso de nuestra vida intelectual. ¡López Silva agota las ediciones de sus libros! De *Los barrios bajos* y *Los Madriles*, libros últimamente publicados, se han agotado algunas con rapidez verdaderamente asombrosa.

Es quizá el único poeta festivo que en la actualidad puede echar un libro á la calle en la seguridad de que ha de producirle rendimientos grandes, cosa que hoy consiguen muy pocos. Como son muy pocos también los escritores solicitados continuamente por editores de todas partes, como sucede á López Silva, al cual se hacen proposiciones ventajosas hasta para coleccionar en libros las poesías ya publicadas en periódicos y revistas.

Este éxito, esta admiración que en todos producen sus trabajos, ha animado á muchos á cultivar el mismo género, y aunque á alguno de estos imitadores el «maestro» le distingue con su benevolencia y protección decidida, el discípulo, sin primera materia, no pasa de ser un imitador vulgar, y como es consiguiente, carece de la espontaneidad y gracia necesarias.

Es un género tan difícil de imitar el que López Silva cultiva, que en vano se esfuerzan algunos en competir con él; siempre salta á la vista la comparación y de la comparación brotan las diferencias.

Luego, ¡es tan completa la personalidad de López Silva! Hasta tal extremo es esto cierto, que cuando hace poco tiempo, en una de las fiestas organizadas en la *Asociación de la Prensa* vi á López Silva por primera vez vestido de frac y leyendo uno de sus más primorosos diálogos chulescos, me pareció que no estaba en carácter, que le faltaba algo...

Le faltaban su sombrero hongo, su americana de



Una finca arruinada



Guardia de un tren



Guerrilla cubana



Caballería en operaciones



Un fuerte español en el campo



Preparando las hamacas para pernoctar



Batallón de infantería peninsular



Tipos de soldados

GUERRA DE CUBA, según fotografías de Federico Hughes



Campamento de insurrectos



Insurrectos en un platanar



Insurrectos saqueando un poblado



Guerrilla española

GUERRA DE CUBA, según fotografías de Federico Hughes

corte irreprochable, el pantalón abotinado y la chalina de la corbata sujeta por el grueso solitario, todo esto, que es lo que le da carácter, ya que así nos le figuramos, y así es él cuando á nuestra vista se presenta en el trato particular, íntimo, corriente... Pero eso sí, siempre tan correcto, tan pulcro, tan elegante.

Porque la corrección y finura de López Silva se aprecian así, al oirle hablar de sus proyectos, entre los amigos, pocos y escogidos, al leer sus romances antes de darlos á la publicidad, y entonces se descubre entre sus buenas cualidades una verdaderamente encantadora: la modestia.

Jamás habla mal de nadie. La envidia no la comprende. Aplaude lo bueno y disculpa lo malo, y así se desliza su vida, siendo uno de los pocos hombres á quienes unánimemente se aplaude, porque no tiene ni puede tener enemigos.

Hay frases en sus poesías que son verdaderos trozos de pasión. En ellas se descubre toda una vida. Sus tipos tienen pasiones porque son humanos, y López Silva los sorprende, los ve, los observa desde su casa de la Cava Baja, enclavada en el corazón de la Plaza de la Cebada, hasta donde llega el rumor de la chulería del Lavapiés y la calle de Embajadores.

El simpático López Silva no se quiere convencer de que él exclusivamente es el único mantenedor de un género que nadie puede tocar, y piensa que no vale tanto como las gentes dicen. Por eso al escribir su autobiografía se empeñaba en repetir una y otra vez:

«Soy propiamente lo mismo
que la casa de Astrarena,
que tiene mucha fachada
pero poquita vivienda.»

JOSÉ JUAN CADENAS

. . . .

UN DESAFIO APLAZADO

Entre el general D. Ramón Castilla, ex presidente del Perú, y el cónsul de Francia M. Saillard se pactó un duelo que debía realizarse doce meses después. Pero antes de dar á conocer la causa del desafío, paréceme conveniente que el lector sepa quién fué M. Saillard y los bríos que gastaba. Para ello extractaremos el artículo que Vicuña Mackenna le consagra en su libro *Relaciones históricas*.

A fines de 1829 la fragata francesa *Moselle*, de 60 cañones, se detuvo sin fondear frente á Valparaíso, sólo el corto tiempo preciso para que desembarcase el vizconde de Espinville, que venía investido con el carácter de vicecónsul, pues por aquellos tiempos Inglaterra y Francia no acreditaban todavía ministros cerca de los gobiernos de las nacientes repúblicas americanas.

La *Moselle* continuó su viaje para el Callao conduciendo, también con el carácter de vicecónsul en el Perú, á M. de Saillard.

Ambos agentes eran tipos opuestos. El aristócrata vizconde era un simpático normando, de veintiséis años de edad, elegante y buen mozo. M. de Saillard era un provenzal, hijo de un modesto receptor de rentas, pequeño, regordete y frisaba en los treinta. Su carácter era altanero é iracundo, también en oposición al del vizconde, que era todo moderación, afabilidad y cortesía.

Para matar el fastidio de larga navegación entreteníanse una noche los dos vicecónsules en una partida de naipes, en la que sólo interesaban céntimos de franco, cuando, á propósito de una jugada, promovió Saillard una disputa, y tanto hubieron de agriarse los ánimos, que Espinville dió un bofetón á su compañero. Intervinieron el comandante de la nave y los oficiales; pero quedó concertado un duelo para cuando los dos adversarios se encontrasen en tierra. En el resto del viaje no volvieron á cambiar saludo ni palabra. Al desembarcar el vizconde en Valparaíso, M. de Saillard, que estaba recostado en la borda, le gritó:

– Hasta muy pronto, M. d' Espinville.

– Hasta cuando usted guste, M. de Saillard.

El vicecónsul acreditado para Chile fué muy bien acogido por la buena sociedad de Valparaíso, y pasó ocho meses de paseo en paseo y de baile en baile. La voz pública le daba por novio de una de las más



UN RINCÓN DE GRANADA, cuadro de Ricardo Brugada

bellas y ricas señoritas porteñas. Entretanto, Saillard pasaba su tiempo en Lima, esquivo, siempre que le era posible, á frecuentar la sociedad, adiestrándose en el manejo de la pistola hasta conquistarse fama de eximio tirador.

Un día supo por un comerciante francés que el vizconde celebraría su boda en pocos meses más, y Saillard dijo:

– Pues regresa usted pronto á Valparaíso, hágame el servicio de decirle que los hombres que tienen deudas como la que él ha de pagarme, no pueden casarse sin faltar al honor y á la lealtad.

El comisionado cumplió con el encargo, y el vizconde le contestó:

– Si escribe usted á ese caballero, dígale que soy de raza de buenos pagadores

Paso por alto interesantísimos pormenores que relata Vicuña Mackenna para llegar al 11 de junio de 1830, en que Saillard se presentó en el domicilio de su compatriota para decirle que había hecho un viaje de ochocientas leguas con solo el propósito de matarlo.

El duelo se realizó en Polanco (que era, por entonces, una pobre hacienda vecina á Valparaíso), en la mañana del 13 de junio, día de San Antonio, en que por ser cumpleaños de la novia se preparaba en casa de ésta un espléndido sarao.

El vizconde cayó con el corazón destrozado por una bala.

Saillard se embarcó inmediatamente en un buque ballenero que á las dos de la tarde levó ancla con destino al puerto del Callao.

Ahora narremos lo que motivó el duelo, á cuya realización se opuso la Providencia, con el general Castilla que en 1839 era ministro de Guerra en el gobierno del presidente Gamarra. También Saillard había adelantado en su carrera y era, á la sazón, cónsul general de Francia en el Perú.

Era una noche de gran tertulia en palacio, y á ella había sido invitado el cuerpo consular.

En un grupo de militares charlábase sobre cosas de milicia, y M. de Saillard, acaso estimulado por el champagne, se enfrascó en críticas imprudentes sobre la manera como estaba organizado el ejército peruano, y hablando del arma de caballería, dijo que los soldados eran escogidos entre los facinerosos de la costa.

D. Ramón Castilla, que hasta entonces había escuchado con indiferencia las intemperancias del francés, lo interrumpió con estas palabras:

– ¡Moderación, señor cónsul! ¡Moderación!

Para el irritable Saillard fué esto como avivar una hoguera. Se encaró con el ministro, y éste le volvió la espalda murmurando con el acento que le era peculiar.

– ¡Eh!.. ¡Déjeme en paz!.. ¡Borrachito!.. Sí.., ¡borracho!

Al siguiente día Saillard enviaba dos padrinos á Castilla. El bravo D. Ramón contestó:

– Está bien..., cuando guste..., soy el desafiado..., elijo armas..., la de los facinerosos de caballería..., es mi derecho..., nos batiremos cuando quiera..., á caballo y lanza en mano.

Los padrinos regresaron en la tarde á casa del general, y le comunicaron que el ahijado convenía en batirse á caballo, pero que necesitaba un plazo para aprender el manejo de la lanza.

– ¡Eso es!.. Que aprenda..., muy justo.., que aprenda..., tiene razón.

– ¿Y qué plazo le concede usted, general?, preguntó uno de los padrinos.

– ¡Hombre!.., por mí..., tanto da un mes como un año..., el que ustedes fijen, caballeros.

– Pues será un año.

– ¡Eh!..., ya lo he dicho..., me es indiferente.

Saillard, que contaba en Francia con amigos influyentes, solicitó ser trasladado á Venezuela, y cuatro meses después recibió el nombramiento de cónsul general en Caracas.

Posesionado ya de su destino, tomó por maestros de equitación y manejo del arma á los dos *primeras lanzas* de Colombia, dos llaneros de los que habían militado con Páez en la guerra de independencia.

A los pocos meses de lecciones los maestros le declararon á Saillard que nada tenían ya por enseñarle, que sabía tanto como ellos; en fin, que era un *primera lanza.*

Faltaban poco más de cuarenta días para cumplirse el plazo que anteriormente habían convenido, cuando Saillard se dirigió al puerto de la Guaira, con la firme decisión de embarcarse inmediatamente para el Perú.

Pero el hombre propone..., y la fiebre amarilla descompone.

Dos días después de llegado á la Guaira recibía cristiana sepultura el cadáver del rencoroso y testarudo provenzal.

RICARDO PALMA

Lima - 1897.



ISLA DE CUBA. – En[illegible] puerto de la Habana (de fotografía de [illegible] y C[illegible])



GUERRA DE CUBA. – Llegada del general Blanco a la Habana. El general y la comitiva pasando por delante del Templete.

(de fotografía de J. A. Suárez y C.ª, de la Habana)



COMIDA DE BODA EN ANDALUCÍA, cuadro de P. Salinas



PRESAGIO FELIZ, cuadro de A. Schram



Fig. 1. – Pequeño Palacio de Bellas Artes, uno de los dos que se construyen en los Campos Elíseos de París

NUESTROS GRABADOS

Un buen cocinero, cuadro de P. Bergeret.—La naturalidad con que está trazada la figura, la armónica colocación de los accesorios que en la composición entran y la corrección con que una y otros están ejecutados, son otras tantas bellezas de este cuadro que con justicia fué muy celebrado en el último Salón de los Campos Elíseos de París.

Guerra de Cuba.—Por lo mismo que la guerra de Cuba no se presta á grandes batallas, tienen interés excepcional las fotografías que reproducen las escenas y episodios íntimos de campaña y los hechos aislados en los cuales se prueban el valor y la resistencia de nuestros heroicos soldados.

Este interés lo ofrecen los grabados que publicamos en las páginas 788 y 789, referentes unos á las tropas españolas y otros á las fuerzas insurrectas.

La prensa diaria de todo el mundo, que tiene fijos los ojos en la cuestión de Cuba, se ha ocupado detenidamente de la entusiasta recepción hecha por el pueblo de la Habana al general Blanco: esto nos releva de describirla, ya que ninguno de nuestros lectores ignorará la confianza que toda la isla tiene en el marqués de Peña Plata, no sólo por sus dotes militares, sino que también por la implantación del nuevo régimen que es consecuencia de la política del gobierno liberal, y en el cual cífranse grandes esperanzas para la obtención de la paz tan deseada. La fotografía que reproducimos en la página 791 nos ha sido remitida por los reputados fotógrafos de la Habana señores J. A. Suárez y C.ª

En la misma página que la anterior publicamos la vista de la llegada del nuevo dique flotante al puerto de la Habana, tomada de fotografía que desde aquella capital nos envían los conocidos fotógrafos Sres. Otero y Colominas. A estos, así como á los Sres. J. A. Suárez y C.ª, damos las más expresivas gracias por su atención.

La centenaria María Durand.—Como ejemplo extraordinario de longevidad puede servir una aldeana de Auberive (Francia), María Durand, cuyo retrato publicamos.



MARÍA DURAND,
centenaria que vive actualmente en Auberive (Francia) y que cuenta 137 años de edad

Con decir que nació en 1760, queda demostrado que es uno de los casos más excepcionales de larga vida y resulta ocioso todo comentario.

Un rincón de Granada, cuadro de Ricardo Brugada.—Forma parte el bonito lienzo que reproducimos de la colección de estudios que ha ejecutado durante su temporal residencia en la región andaluza el discreto pintor catalán D. Ricardo Brugada, algunas de cuyas producciones hemos dado ya á conocer á nuestros lectores. Todas ellas se distinguen por su carácter genuinamente andaluz, ofreciendo especial atractivo por la riqueza del color y los verdaderos derroches de luz que, al abrillantar los cuadros, reproducen con fidelidad los bellísimos contrastes y los varios tonos que ostenta aquel privilegiado país cuando lo ilumina y esmalta su hermoso sol meridional.

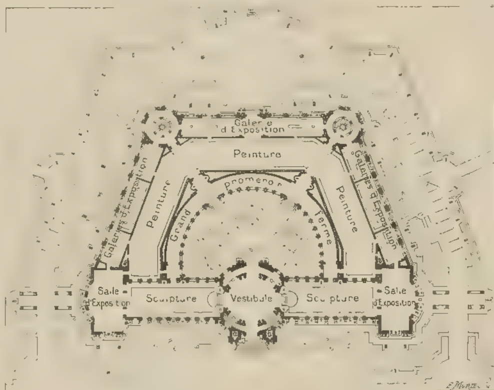


Fig. 2. – Plano del Pequeño Palacio de Bellas Artes

Comida de boda en Andalucía, cuadro de P. Salinas.—Muchas veces hemos tenido ocasión de elogiar las obras de nuestro distinguido compatriota, el celebrado pintor Sr. Salinas: la maestría que ha demostrado siempre en la reproducción de costumbres españolas aparece más de relieve, si cabe, en la que hoy publicamos, pues tanto en el conjunto cuanto en los detalles manifiéstase en todo su valor el talento del artista que encuentra para sus asuntos una riqueza de recursos inagotable.

Presagio feliz, cuadro de A. Schram.—El pintor alemán A. Schram dedícase especialmente á la pintura de escenas de la vida elegante, y buena prueba de la habilidad con que sabe tratar tales asuntos es su cuadro *Presagio feliz*, simpático por lo que representa y digno de gran alabanza por la ejecución, así de las tres bellísimas figuras como del delicioso paisaje que les sirve de fondo.

El pequeño palacio de Bellas Artes en los Campos Elíseos de París.—La apertura de una gran vía que se ha de realizar con motivo de la Exposición universal de París de 1900, para poner en comunicación el puente de Alejandro III y la avenida de los Campos Elíseos, ha exigido la demolición del palacio de la Industria y del pabellón de la villa de París, que serán sustituídos por otros dos palacios, para cuya construcción abrióse en 1896 un concurso entre arquitectos franceses. Uno de ellos es el pequeño palacio de Bellas Artes, cuyo principal motivo de decoración consiste en un pórtico central coronado por una cúpula bastante elevada: los dos grabados que publicamos en esta página nos relevan de entrar en detalles respecto de este edificio, que durante el certamen de 1900 contendrá una exposición retrospectiva de Bellas Artes, pasando luego á ser propiedad de la ciudad de París. El edificio, tal como se ejecutará, se ajusta casi exactamente al proyecto de M. C. Girault, eminente arquitecto que obtuvo en el concurso un primer premio por su proyecto del pequeño palacio y otro premio por el del gran palacio y que está encargado, como arquitecto en jefe, de dirigir la construcción de los dos.

MISCELÁNEA

Teatros.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Antoine *Le bien d' autrui*, interesante comedia en tres actos de Emilio Fabre, y *Hors les lois*, graciosa comedia en un acto y en verso de L. Marsolleau y A. Byl; en el Ambigu-Comique *La Maitresse d' école*, drama en cinco actos y siete cuadros de Edmundo Tarbé; y en los Bouffes Parisiens *Les P' tites Michu*, bonita opereta en tres actos de Van Leo y Duval, con preciosa música de Messager.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en la Princesa *El gran mundo*, traducción de *Le prince d' Aurec*, de Lavedan, muy bien hecha por D. Juan Seoane; en la Comedia *Las españolas*, «portfolio» en un acto y siete cuadros de los Sres. Perrín y Palacios, música del maestro Nieto, puesto en escena con gran lujo de decoraciones y trajes; en el teatro cómico *Gua... gua...*, gracioso juguete cómico en un acto de D. Felipe Pérez; en Eslava *Los rancheros*, zarzuela en un acto de los Sres. García Alvarez y Paso, con música de los maestros Rubio y Estellés; en Lara *La enredadora*, bonito juguete en un acto de D. Joaquín Abati; en Romea *Portfolio madrileño*, de los Sres. Montesinos y Frutos, con preciosa música de los Sres. Valverde (padre é hijo); y en Apolo *La revoltosa*, sainete lírico en un acto de los Sres. Fernández Shaw y López Silva, con bellísima música del maestro Chapí. El estreno en el Real de *Hero y Leandro*, ópera en tres actos de Mancinelli, ha sido un verdadero acontecimiento artístico que ha valido entusiastas aplausos á su autor, á las Sras. Guerrini y Darclée y á los Sres. De Marchi y Scarneo.

Barcelona. – En el Liceo se han cantado con muy buen éxito las óperas *Orfeo* y *Gioconda*, habiendo sido muy aplaudidas en la primera las Sras. Guerrini, Fabbri y Barone, y en la segunda las Sras. Theodorini, Borlinetto y Sala Conde, y los señores Kaschmann y Giannini: en una y otra obtuvo asimismo muchos aplausos el maestro Sr. Ferrari.

Necrología. – Ha fallecido:

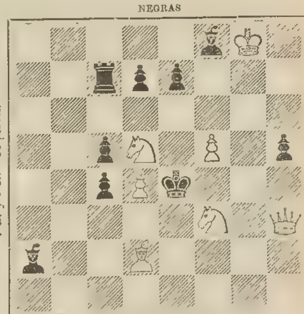
Luis Monti, distinguido escultor italiano, autor del monumento erigido en memoria de Gregorio XVI, existente en San Pedro y considerado como el más importante.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 98, POR B. G. LAWS (Londres)

Tercer premio del Concurso organizado por la Revista *Ruy López*.

NEGRAS



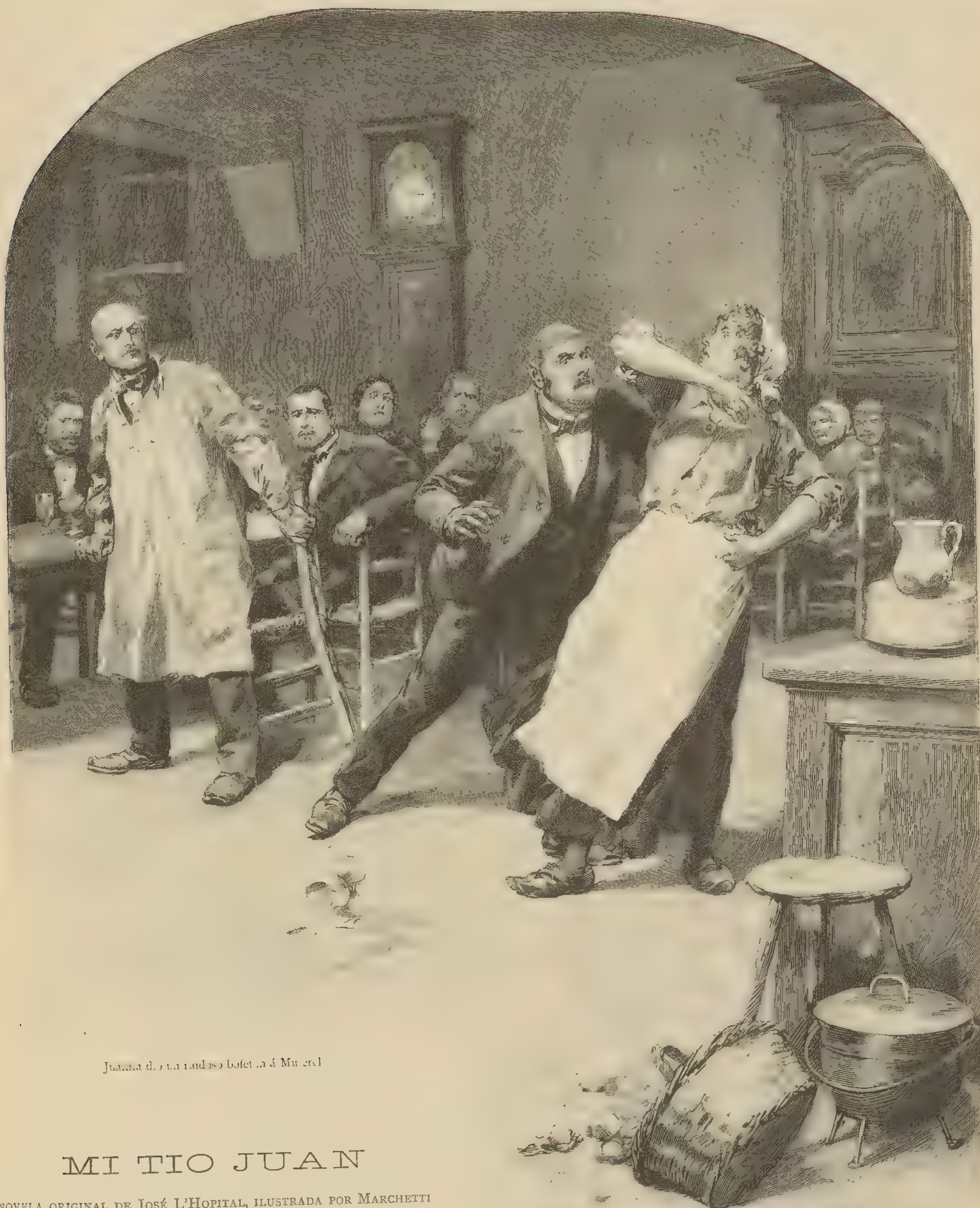
BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 97, POR [illegible]

Blancas.	Negras.
1. C 3 A R	1. P C toma C (*)
2. D 8 C R	2. Cualquiera.
3. A 6 D mate.	

(*) Si 1. P R toma C; 2. D toma P C y 3. D mate; – 1. T 8 D; 2. A 3 T jaque, y 3. D 2 T D mate; – 1. R 2 D, 2. D toma P C jaque, y 3. C 4 D mate; – 1. R 4 C; 2. D 2 R jaque, y 3. C 5 R mate; – 1. A toma D; 2. C 4 D jaque y 3. A 6 R mate. La amenaza es igual á esta última variante.



Juanita dió un ruidoso bofetón á Muterel

MI TIO JUAN

NOVELA ORIGINAL DE JOSÉ L'HOPITAL, ILUSTRADA POR MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

– ¿Qué le pasa á usted, padre Chantavoine, que parece embobado?, preguntó.

– Lo que me pasa, contestó el buen hombre desasiéndose de los brazos de su sobrina y dejándose caer sobre una silla, es que venía muy contento, cuando detrás de la puerta he oído á Juanita gritar, pidiendo socorro. Creyendo que era un ladrón, he dejado mi caballo y he corrido..., y á ti es á quien encuentro... Tú no eres un ladrón, puesto que te hallas en tu casa; pero ¿qué eres?

– Voy á decírselo á usted. ¡Soy un hombre que quiere ser aquí el amo..., sí, el amo!

Y cogiendo un candelero de hierro que estaba sobre la chimenea, retorcíolo con rabia y lo arrojó contra la pared.

– Nadie niega que seas el amo, contestó Chantavoine, que se amostazaba ya; pero también hay cosas que no te son permitidas, según creo. No me opongo á que mandes aquí; pero en cuanto á Juanita, la hija de mi hermano, una Chantavoine, te prohibo que la toques. ¿Me entiendes?

Muterel profirió una carcajada estridente.

– ¡Ah, ah!, exclamó, ¿acaso cree usted que me ocupo de ella?

– Y te prevengo que se lo diré á Coralia.

– ¿A Coralia? ¿Piensa usted que mi mujer creerá semejante cosa? Yo soy quien le hablará, y para no retardarlo, esta misma noche. Diré la verdad; que su sobrina me ha faltado; que es preciso que se vaya, y que se irá.

– ¡Pues entonces, yo también me iré!

– ¡Eso es, dejará usted plantada á su hija en el momento en que quiere reunirse con usted! En fin, esto es asunto suyo; pero no deberá contar más con nosotros.

– ¡Mala sangre!

– Será preciso escoger entre una ú otra.

– ¡Oh, mi cabeza, mi cabeza! ¿Pero qué ha pasado aquí?

– ¡Ah, ya estamos! Si hubiera usted empezado por preguntar eso en vez de buscarme camorra..., pero á usted le agrada más creer cosas... En fin, si usted quiere, voy á decirle lo que ha pasado.

Juanita se callaba, fascinada por la imprudencia de aquel hombre. Sorprendido en flagrante delito, intentando una acción innoble, no había perdido nada de su aplomo, y muy lejos de ello, en vez de defenderse, él era ahora quien acusaba. Habíase erguido, y declamaba en la actitud de un juez irritado

– Lo que ha sucedido, dijo, es que he encontrado aquí á esa señorita, que sabe muy bien ser amable con algunos que yo sé, y que siempre ha procurado enojarme por todos los medios posibles. He aquí por qué cuando le dije que iba á venir á los Muriaux con Coralia, dejándose llevar de una cólera violenta, comenzó por hablarme mal; he querido contestar; pero ha gritado con más fuerza, tanto que al fin me impacienté. Cierto que soy vivo de genio, pero es preciso reconocer que al oirle decir lo que ha dicho de mí y de mi esposa... En fin, la he sacudido un poco, y lo siento; pero suya es la culpa. Y no ha pasado más.

Chantavoine miró á Juanita, y ésta leyó en los ojos de su tío una dolorosa angustia, un deseo vergonzoso de que las cosas quedaran así, por lo cual no contestó. Muterel, que los observaba á uno y otro, comprendió y sonrióse con expresión maligna. A pesar de esto, el viejo no quiso ceder desde luego.

– Sin embargo, dijo dulcificando su tono, pero con una expresión que revelaba censura, ningún hombre debe poner la mano sobre una mujer.

– ¡Ah! Ya le he dicho á usted, repuso Muterel, que ha sida efecto de la cólera; y si se pudiera volver atrás, no lo volvería á hacer. Por eso no diré nada á Coralia, si ustedes me prometen, por su parte, olvidarlo todo.

Chantavoine miró otra vez á Juanita; ésta se estremecía de pies á cabeza; sus párpados temblaban nerviosamente, y una palidez lívida revelaba la horrible lucha que la agitaba interiormente. Sin embargo, accedió á la súplica de aquella mirada; pero sin poder hablar, dejóse caer llorando en los brazos de su tío.

Muterel vió que era inútil é imposible exigir más; estaba ya seguro de que no hablarían; la victoria quedaba por él, y sin el menor inconveniente podía abandonar el campo de batalla.

– Vamos, exclamó con tono indiferente, bien podemos decir que en todo eso no hay motivo de riña; pero servirá de lección á la señorita Juanita para que otra vez no se vaya de la lengua. Esto es todo..., y ahora me voy; volveré con Coralia el domingo. ¡Adiós, padre Chantavoine!

Muterel estrechó la mano del buen hombre, y después, en el momento de transponer el umbral de la puerta, se detuvo. Habíale ocurrido una idea que le pareció chistosa é irresistible; acercóse á sus dos víctimas, y abriendo los brazos exclamó:

– ¿Queréis que nos abracemos para hacer las paces del todo?

Juanita profirió un grito de terror, y Chantavoine hizo un vago ademán como para defenderse.

– Vamos, está bien, dijo Muterel; no hablemos más por esta vez; pero me parece mal que sea usted rencorosa, Juanita, sobre todo no teniendo razón. Ya nos abrazaremos otro día.

Y salió riéndose á carcajadas.

V

El domingo siguiente, los Muterel llegaron en su carruaje, coche de campo que participaba de la forma de faetón y de ómnibus, y que en los alrededores llamaban respetuosamente «el cuatro ruedas del señor alcalde.» Detrás iba el carricoche de la granja, con los cofres, la criada y la cocinera.

Coralia se apeó majestuosamente, y dejóse abrazar largo rato por su padre. Todo el personal de la granja estaba alineado delante de la casa, y la señora de Muterel le dió gracias con un ademán de reina satisfecha, sin fijarse al parecer particularmente en Juanita, que se mantenía junto á su tío, muy pálida, luchando contra un terror visible, llamando en su auxilio todo el valor que podía concentrar en su corazón resignado.

Muterel, luciendo su gran levita burguesa y cubierta la cabeza con un sombrero de paja de alas aplanadas, se apeó después que su mujer con la ligereza de un oso vestido de payaso, y comenzó á estrechar la mano de los trabajadores de la granja, afectando alegre franqueza. Pasó por delante de Juanita sin mirarla, y entró con Coralia y Chantavoine en la casa, mientras que la criada, que se había apeado del carricoche, sacaba con precaución y entregaba al personal, maravillado de tantas riquezas, los paquetitos de la señora, amontonados en las banquetas del hermoso coche.

Chantavoine, radiante de alegría, se apresuró á hacer los honores. Había olvidado ya la escena cuyo brutal desenlace impidió tan oportunamente; y entregado del todo á la alegría de recibir á su hija, no era capaz de pensar en otra cosa. Por otra parte, su egoísmo y su debilidad habían ahogado muy pronto su indignación y sus remordimientos; había meditado y sus reflexiones le condujeron poco á poco á pensar que, después de todo, Muterel tenía tal vez razón; que solamente se había dejado llevar de un arrebato de cólera, y que nada más se debía temer. El silencio de Juanita, su actitud pasiva, la docilidad y dulzura que manifestara, preparándolo todo para la llegada de su prima, como si nada hubiese sucedido, le confirmaban en aquella esperanza tan conforme con sus deseos; y habría sido necesario que estuviese menos debilitado por la edad, menos ciego por su manía paternal, para que echase de ver los esfuerzos heroicos que hacía su sobrina para aceptar la existencia que se la preparaba.

Aquel viejo no vivía sino para su rechoncha hija; estaba más dispuesto que nunca á dárselo todo, á sacrificárselo todo; la idea de que Coralia pudiese tener motivo para fruncir el ceño le trastornaba, y una cuestión con ella le habría matado.

Así lo había comprendido Juanita hacía largo tiempo, y por eso se callaba.

La pobre joven le había ocultado siempre las galanterías de Muterel, y fué necesaria la inminencia del peligro para que corriera hacia él en el exceso de su terror. Sin embargo, hubiera preferido que otro y no su tío Juan hubiese puesto término á la odiosa lucha; y al pensar en aquel pobre viejo que la había criado y á quien ella amaba, alegrábase casi de que el miserable manifestara tanta impudencia y tan cínica habilidad para defenderse.

Decididamente Coralia estaba de buen humor.

Pavoneábase de una habitación en otra, profiriendo ligeras exclamaciones de aprobación; parecíale la suya muy bien, y enternecíase al encontrar en el salón el reloj de pared que había señalado sus cuartos de hora de estudio en el tiempo en que se fatigaba con el *Carnaval de Venecia,* y declaraba que su piano, que una carreta había ido á buscar á Varenciéres, produciría admirable efecto colocado en ángulo cerca de la ventana. Hacía monadas, sonreíase delante del espejo, volvía para abrazar á su padre, con ademanes de niña juiciosa, y muy pronto se dignó cumplimentar á Juanita, diciéndole que estaba satisfecha del buen arreglo de la casa. Por un momento la joven pudo creer que hallaría en su prima auxilio y protección.

Muy pronto debió convencerse de lo contrario. Desde el primer día, mientras que ordeñaba sus vacas, Muterel se había presentado á la puerta del establo con su aire agresivo, y después de mirarla trabajar silenciosamente, como si se gozara en su turbación, había dicho:

– ¿Sigue usted en sus trece?

En el mismo instante había entrado el vaquero, que regresaba de la lechería haciendo sonar sus cubos vacíos, y el perseguidor se retiró sin esperar la contestación.

Por la noche Coralia no era ya la misma, y manifestaba otra vez á su prima su altivez de princesa. La mesa se había preparado en el salón para que cenaran el señor y la señora Muterel, pues su posición social no les permitía comer con los trabajadores.

A Chantavoine se le había admitido á la mesa, y parecía estar muy orgulloso de ello; pero cuando preguntó tímidamente si no había sitio para su sobrina, se le contestó con tono muy seco que Juanita estaba más en su lugar en la cocina La joven quedó muy satisfecha, porque estaría libre de Muterel al menos durante las comidas; pero los criados de la granja, resentidos ya en sí de aquella mesa de amos, que parecía un nuevo medio de despreciarlos, manteniéndolos á cierta distancia, se resintieron todavía más por ella; su buen sentido y su instinto de justicia se rebelaron al ver que aquella á quien llamaban la patrona desde la muerte de la señora Chantavoine era tan maltratada como ellos.

En los días siguientes, la frialdad de Coralia respecto á su prima, lejos de disminuir, aumentó, y á Juanita le pareció evidente que Muterel la predisponía contra ella, procurando hacer su situación intolerable, mientras que por otra parte la espiaba y seguía, buscando todas las ocasiones de ofrecerle la paz á costa de un pacto infame.

Muy pronto no fueron tampoco bien las cosas para Chantavoine. Las efusiones del primer día no duraron mucho; Coralia tomaba otra vez sus aires de gran dama; mostrábase brusca, altanera y caprichosa; aceptaba con impaciencia las adoraciones del buen hombre, y apenas le ocultaba que le eran enojosas. Trastornaba la casa de arriba abajo, dando órdenes á troche y moche; acaparaba el fogón para su cocinera, que le hacía algunos guisos especiales, sin tener presente al parecer que en aquel tiempo de recolección se debía alimentar á muchos, y sin hacer caso de los obreros más que para quejarse, pareciéndole que hacían demasiado ruido, prohibiéndoles fumar, y obligándolos, poseída de enojo, á retirarse cuando después de comer se detenían un poco en la habitación. Todos los trabajadores, rendidos por los penosos trabajos de agosto, comenzaban á murmurar sordamente de aquella mujer, que se levantaba tarde y pasaba la mañana arreglándose; que no se presentaba al mediodía más que para reñirles, y ocupaba el resto del día golpeando las teclas ó sin hacer nada. Se contenían por afecto á Juanita, que compartía su actividad laboriosa, y también por respeto á Chantavoine, que siempre fué buen amo para ellos; pero á duras penas conseguían ocultar su descontento, y no hablaban siempre bastante bajo para que no se oyese lo que decían de Coralia, á quien designaban con el mote de «la holgazana.» Contrariado en sus costumbres, rechazado en su afecto, herido en el cariño que profesaba á su hija, Chantavoine sufría mucho.

Y aún no era esto nada: de su hija estaba dispuesto á tolerarlo todo; pero Muterel le irritó muy pronto los nervios, y no en vano había dicho: «Quiero ser el amo.» Desde su llegada á la granja se encargó del gobierno, y había comenzado á ejercerle de una manera absoluta, relegando á Chantavoine al segundo término. Cierto que desde la muerte de su suegra y del convenio que se siguió no había dejado nunca de imponer su autoridad; pero tan sólo la había ejercido desde lejos, sin entrar en el detalle de los trabajos diarios, dejando á Chantavoine por lo menos la apariencia, la ilusión del poder. Ahora todo había cambiado; Muterel mandaba en todo y se hallaba en todas partes, dando sus órdenes á los carreteros, riñendo al pastor, apremiando á los segadores, oponiéndose á que su suegro se cuidara hasta de hacer barrer el patio, tratándole como á un simple jornalero, y lo que era peor, como á un jornalero viejo que no sirve ya para nada. Chantavoine se sentía profundamente humillado; su posición respecto á un personal que siempre había dirigido hasta entonces llegaba á ser ridícula; y si no observó sin placer que Muterel se hacía odiar, esta satisfacción relativa no sirvió muy pronto más que para probarle que él mismo le detestaba cada día más.

Sin embargo, se callaba, comprendiendo su debilidad, dándose cuenta de su abdicación, y por otra parte, sediento de reposo, temiendo los disgustos, deseando acabar su vida en paz, resuelto á tener paciencia y á obedecer, contentándose con lo malo porque temía lo peor. Pero su desengaño era grande; veía que no le amaban, que era una carga; y el pesar, más aún que la vejez, minaba de nuevo su salud, resentida ya, aunque una última alegría la restableció aparentemente.

La tristeza que experimentaba no podía menos de hacerle perspicaz. Nunca se había engañado del todo con respecto á la audaz actitud que su yerno tomaba para con Juanita; quería creerlo, sin poder conseguirlo del todo; mas ahora, la vida infernal de la pobre joven se le representaba en todo su horror; y si su egoísmo senil le impedía apreciar toda la extensión de la abnegación de su sobrina, comprendía sin embargo vagamente que se sacrificaba por él, y que sin él no hubiera soportado la situación que toleraba. Este pensamiento le había inclinado más y más hacia ella; el verdadero afecto que la profesaba, á pesar de sus injusticias y de sus bruscos arranques, aumentaba á medida que se desvanecían sus ilusiones y que se desconocía toda la profundidad de su amor paterno; y sin darse él mismo cuenta de ello, manifestaba á Juanita una confianza, un abandono muy semejante al agradecimiento. Al mismo tiempo encariñábase con ella, la seguía y la vigilaba, procurando dejarla sola lo menos posible cuando Muterel estaba allí. Y muy á menudo, cuando la joven comprendía que era acechada, cuando en la puerta de la bodega, en la escalera del granero ó á la salida del establo se halló en presencia del miserable que la perseguía, oíase rumor de zuecos sobre los guijarros del patio, una voz la llamaba, y el tío Juan, presentándose de pronto, había frustrado el insulto, impedido la tentativa...

Pero esto no podía durar largo tiempo así, Juanita lo comprendía, viendo prepararse para un porvenir próximo una escena terrible, una inevitable borrasca; y estremecíase al pensar lo que podría hacer Muterel cuando, seguro como estaba de la estupidez, de la ceguedad y de la perversidad de su mujer, quisie-

ra llevar las cosas al extremo, librarse de las importunidades de su padre político, y saciar al fin su pasión, que se acrecentaba diariamente. En efecto, sus persecuciones redoblaban; encontrábale en todas partes pisándola los talones; y á cada hora, á cada instante surgía ante ella su cara bestial.

Cierto día pensó en asegurarse un defensor formal, y desató á *Mostacho*, el perro de la madre Chantavoine, que á causa de la edad era muy gruñón y maligno para todo el mundo, excepto para ella. *Mostacho* entró al punto en funciones, y la seguía por todas partes paso á paso, gruñendo cuando alguien se acercaba. Los perros tienen un olfato infalible; el animal había mirado desde luego á Muterel con horror, y cuando le veía, aunque fuera desde muy lejos, erizaba el pelaje y enseñaba los colmillos. Pero al día siguiente, Coralia mandaba con tono duro á su prima que encadenase el perro, porque intimidaba á todos, ó que de lo contrario se le mataría. Entonces Juanita aparentó jugar con un largo y agudo cuchillo y guardóle con afectación en su bolsillo; pero Muterel no hizo más que reirse, lo cual hizo comprender á la joven que mejor hubiera sido no enseñarle, y que tan poco se la temía á ella como al perro. ¿Qué podía hacer, en efecto, contra aquel Hércules prevenido ya? Más que nunca resuelta á no abandonar á su tío Juan, esperó los acontecimientos, sumida en una profunda desesperación.

VI

La recolección tocaba á su fin; llegó el día en que se entró en la granja la última carreta; y según la costumbre, cuando, sobrepuesta de un montón de follaje pasó por la puerta, hízose una salva con las escopetas, y los segadores, llevando solemnemente un ramo de espigas, le clavaron á la entrada de la casa.

Al día siguiente, al declinar la tarde, se verificó la *pasada de agosto*. Coralia, que se dignaba asistir, tomó asiento en el extremo de la mesa junto á su padre, á quien Muterel consintió en dejar la presidencia por un resto de consideración. La cocinera de los amos ayudaba á Juanita en la preparación de la comida, pues Coralia, deseando hacer bien las cosas, quiso que su presencia fuera solemnizada con un número de platos mayor que de ordinario. Se había agregado, pues, un pastel al conejo y al guisado de carnero tradicional; también había sardinas, tortas y natillas para los postres, y por último, media docena de botellas de champaña, llegadas la víspera de Saumur, debían completar el banquete.

A pesar de estas magnificencias, la comida carecía de animación. De ordinario comenzaba silenciosamente, pues la sopa se toma siempre en el campo con religioso respeto; después se cruzaban algunas pocas palabras mientras se repartía la carne y las legumbres; al servirse el conejo, desatábanse más las lenguas, y el primer «agujero normando» que precedía á la entrada del asado, imprimíalas una actividad general, desde cuyo momento cada cual decía su ocurrencia.

Pero aquel día, la presencia de los Muterel tenía contenido á todo el mundo. Los criados de la granja y los segadores miraban con una especie de timidez hostil aquella mujer gorda, «la holgazana,» como la llamaban, sentada junto al padre Chantavoine con aire solemne, protector y gruñón. No se atrevían á decir nada ni á bromear ante aquella majestad burguesa, y esperaban de su parte una señal que no llegaba.

Y el otro, el nuevo amo, Muterel, sentado á la izquierda de su suegro, no los intimidaba menos. Muterel se agitaba, esforzándose para animar á los comensales, hablando, interpelando, aventurándose á chistes y profiriendo una ruidosa carcajada á cada paso; pero se le contestaba tan sólo con monosílabos, se reía con desconfianza, y todas las miradas dirigíanse con una especie de compasión á Chantavoine, que colocado entre su hija y su yerno, parecía un prisionero, abatido, sin movimiento y sin sonrisa. Y todos se decían por lo bajo:

«¿Qué tiene el amo? ¿Le habrán dado más disgustos?»

Juanita servía, ayudándola la criada de los Muterel, y afanábase lo más posible, llevando los platos, corriendo á sacar sidra de la bodega, y negándose á aceptar el auxilio de los hombres que se levantaban para evitarle trabajo. No era poco motivo de asombro para los concurrentes aquella excitación extremada de la joven, pues sabíase que de ordinario, en la *pasada de agosto*, le agradaba sentarse, hablar y reir, consintiendo de buena gana que aquel día se ocuparan el mozo del corral y el carretero en traer y retirar los platos, y contentándose con vigilar de vez en cuando el fogón. Lo mismo para ella que para su tío, la *pasada de agosto* era día de gran fiesta; era el día del descanso y de la abundancia, el día en que echaba una cana al aire por tener los graneros repletos las granjas llenas, los almiares alineados en grandes moles; en una palabra, todas las riquezas conquistadas en un año de trabajo, acumuladas al fin y almacenadas. Y aquella buena gente recordaba que aún el año último había cantado con su fresca voz una canción cuyo estribillo repetían ellos á coro, golpeando los vasos con sus cuchillos. ¿Por qué hoy se negaba á sentarse á la mesa con ellos? ¿Por qué se obstinaba en servir de criada? Muy pronto lo supieron.

La comida continuaba siempre triste; el pastel había circulado á la redonda, y Coralia observaba, no sin despecho, que no había excitado la admiración con que ella contaba. Juanita y la cocinera sirvieron las natillas, que á causa del calor se deshacían lentamente en los platos; entonces Muterel se levantó, y cogiendo una de las botellas del vino espumoso se dispuso á destaparla. La atención general se fijó al punto en él, y todos los ojos brillaron; se deseaba ver cómo saltaría el tapón, y por otra parte, casi ninguno de los comensales había probado nunca el champaña..., sí..., Juan Claudio lo había probado, cuando estaba en el regimiento, cierto día de broma, y decía que era soberbiamente bueno, más agradable al paladar que la misma sidra embotellada. Se había comido y bebido mucho; deseábase diversión, y Coralia no se mostraba ya tan adusta. Cuando el primer tapón saltó prodújose un entusiasmo general; la espuma que llenaba los vasos y desaparecía después, dejándolos casi vacíos, hizo reir mucho; el tapón de la segunda botella fué á dar en una bujía y la apagó, lo cual excitó una ruidosa hilaridad.

Muterel seguía destapando botellas, cuando interpeló de pronto á Juanita:

– ¡Vamos, Juanita, dijo, bastante ha servido usted de criada, y esto no es justo! Es preciso venir á trincar también con nosotros. ¿Acaso no es usted de la familia?

Los comensales aplaudieron frenéticamente estas palabras, porque todos querían á la joven, y enterneciéronse al ver al yerno del patrón hablarle tan bondadosamente.

Juanita se había detenido temblorosa en medio de la sala.

– ¡Vamos, haz un poco de sitio para que Juanita pueda sentarse!, añadió Muterel, dando un empellón á su vecino de la izquierda.

– ¡Sí, sí, *asiéntese* usted, ama!, gritaron los hombres como electrizados.

Coralia se puso encendida de cólera. «¿El ama?» ¿Pues qué era ella?

En cuanto á Chantavoine, fijó en su yerno y en su sobrina una mirada inquieta.

Juanita no se movía, y continuaba en pie, indecisa, como dispuesta á huir.

– ¡Vaya, vaya!, continuó Muterel, acercándose á ella con paso mal seguro por empezar á subírsele los vapores del vino á la cabeza. ¿Tendré que dar el brazo á la princesa?

Juanita retrocedió ante él precipitadamente.

– Gracias, primo, contestó, no tengo sed; dispénseme usted.

– ¡Que no tienes sed!, exclamó Muterel, soltando la carcajada ¡Esta sí que es buena! ¿Se necesita acaso tener sed para beber champaña á la salud de los amigos?

– Sí, sí, gritó la concurrencia. ¡A la salud de nuestra ama!

Muterel llenó un vaso y le dejó sobre la mesa junto á sí.

– ¡Vamos, Juanita, dijo, ven á tomarle; siéntate en el banco, y trinquemos!

La joven vaciló un instante, aturdida; después dió algunos pasos hacia el banco; pero sobrecogióle el horror ante aquel hombre, cuyos ojos brillaban al fijarse en ella.

– ¡No..., no..., no puedo!

Esta contestación produjo un murmullo de asombro; Juanita lloraba, tapándose la cara con el delantal, y Muterel, encolerizado, descargó un puñetazo en la mesa.

– ¡Eso es hacerme un desaire!, exclamó.

– ¡Bah, se aventuró á decir Chantavoine, es que está turbada, y nada más!

– ¿Acaso hemos de ocuparnos de esa señorita hasta mañana?, balbuceó Coralia. ¡Puesto que no aprecia el honor que se le quiere dispensar, que siga sirviendo! No es buena más que para criada.

Se elevaron varias protestas al punto; Juanita había retrocedido hacia la chimenea.

– ¡Es muy terca!, prosiguió Muterel, que se exaltaba. ¿Y será la única que no honre la reunión? ¡Ah, pues no, vas á trincar; ya lo verás!

Al decir esto levantó el vaso, acercóse presuroso á Juanita y la cogió por la cintura. El choque hizo saltar el champaña por todas partes; el vaso cayó y se hizo pedazos en el suelo; y Juanita, profiriendo un agudo grito, echóse atrás y dió un ruidoso bofetón á Muterel, que soltó su presa mientras que ella huía.

Durante algunos minutos reinó un silencio de estupor; después todos se hablaron en voz baja, oyéndose exclamaciones ahogadas. Algunos, no comprendiendo la menor cosa de aquella escena, censuraban á Juanita, extrañándose de que hubiera llegado á ser tan gazmoña; otros, creyendo comprender algo, burlábanse; y los más, encubriendo mal su satisfacción, reíanse con disimulo de la bofetada que públicamente había recibido el hombre á quien odiaban.

Coralia estaba poseída de un furor que durante largo tiempo no le permitió expresarse más que por monosílabos; después se desató en injurias: aquel insulto á su esposo, al señor alcalde de Varencieres, al futuro diputado, inferido por aquella insignificante mujer con quien había querido bromear un poco, parecíale insufrible.

En cuanto al yerno y al suegro, los dos callaban; el primero, del todo sereno ya, se mordía los labios; mientras que el segundo se estremecía de indignación y de temor.

Muterel comprendió, sin embargo, que se necesitaba una inmediata reacción, y volviendo á su sitio, dijo con tono desdeñoso:

– Puesto que decididamente la señorita Juana no tiene sed, es preciso dejarla por hoy.

Y volviéndose á Chantavoine con ademán amenazador, le dijo:

– Mañana veremos. Por lo pronto ¡á beber, á reir y cantar!

Se bebió. pero nadie rió ni cantó.

La frialdad que al comenzar la comida había paralizado las lenguas, las congeló del todo, sin que el café ni las copas modificaran aquella violenta situación Los convidados siguieron bebiendo hasta muy tarde, tal vez más que de costumbre; y aunque Coralia se había retirado á sus habitaciones pocos momentos después del lance, su marcha no hizo renacer la alegría. Todos aquellos buenos hombres se fueron á sus casas enteramente bebidos, pero horriblemente tristes: ¡la *pasada de agosto* se había malogrado!

. . . .

VII

Al día siguiente, Juanita, que se había encerrado en su cuarto, atrancando la puerta, se levantó antes de amanecer, corrió al establo para ponerse bajo la protección de *Mostacho* y del vaquero, y allí esperó los acontecimientos.

Muy de mañana vió á Muterel marchar en su carricoche; entonces respiró y atrevióse á entrar en la casa. La sala estaba desierta, y comenzó sus quehaceres como de ordinario, procurando calmar con el trabajo la espantosa inquietud que la devoraba. Aún no había visto á su tío Juan, y pensó que sin duda se habría ido al mismo tiempo que los carreteros, mientras que ella se hallaba en el establo, pues recordaba que aquel día debía sembrar trébol rojo... Para verle sería necesario seguramente esperar la hora de comer, y ella deseaba mucho hablarle, para saber si estaba demasiado enojado por el arrebato que no le fué posible reprimir al contacto de aquel hombre y por el terror invencible que la inspiraba.

¡Y Coralia! ¿Qué iba á decirle?

Cuando reflexionaba tristemente en esto, fregando el suelo de la sala, la criada de los Muterel entró y le dijo que la señora deseaba hablarle. Juanita se estremeció, pues aún no eran las ocho de la mañana y Coralia no se levantaba antes de las nueve, prescindiendo de que nunca la había llamado así..., pero se hizo fuerte contra la emoción y entró.

La habitación, con las persianas cerradas, hallábase en la penumbra, y se percibía allí cierto olor de pomada y de perfumería de mala calidad. Cuando Juanita abrió la puerta y penetró un rayo de luz, una abultada forma blanca se agitó, haciendo crujir el lecho, y Coralia, revestida de una camisola sucia, pero guarnecida de blonda, se incorporó.

– ¿Me ha enviado usted á llamar, prima?, preguntó Juanita.

– ¡Supongo que ya sabes para qué!, contestó la señora Muterel en voz alta.

– Pero yo...

– ¡Ah, aparentas no saberlo! ¡Pues bien, es para decirte que arregles tu baúl, descarada!

– ¿Cómo? Usted quiere...

– Quiero que no duermas aquí esta noche. Después del insulto que has inferido á mi esposo, no puedes permanecer en la granja.

– Pero, prima, no es culpa mía. Yo no he ido á buscar al Sr. Muterel, sino que él es quien...

–¡Quieres callarte!

–¡Ah! Si usted supiera...

–Sé que eres una calamidad, y que ya estoy harta de ti. ¡Qué bien pagas las bondades que te dispensamos!

–Pero mi tío Juan, prima mía...

–¿Tu tío Juan? ¡Ah! ¿Crees que te necesito para cuidar á mi padre?

–¡Oh, prima!..

–¡Basta! Te marcharás esta tarde.

–¿Y... adónde iré?

–Donde quieras. Eres joven, tienes brazos, y puedes trabajar. Eso te hará cambiar.

–¿Eso me hará cambiar?, exclamó Juanita, á quien tanta dureza irritaba al fin. ¿Le parece á usted que no trabajo aquí? Procure usted hacer lo que yo hago y ya veremos si podrá estar en la cama á las ocho.

–¿Lo que haces?, exclamó Coralia furiosa. ¡Yo desempeñar tus faenas! ¡Fuera de aquí, necia, insolente, ó me levanto!..

–Sería una verdadera lástima, porque es muy temprano.

–¡Te despido, entiéndelo bien, te despido!

Juanita salió indignada, cerrando la puerta de golpe con violencia, y subió seguidamente á su cuarto; pero allí se desvaneció su cólera y cayó sentada sobre su lecho. ¡Marcharse..., ella marcharse!..

Miró por la ventana, y sus lágrimas comenzaron á correr en abundancia. ¡Aquella querida granja de los Muriaux, de la que no había salido nunca, adonde la habían llevado tan pequeña que no se acordaba sino de ella en el mundo; aquellas construcciones que circuían el patio, aquellos manzanos, aquella pequeña cerca por cima de la cual se veía ondular la pradera y aquel vetusto campanario de Berneville, que allá abajo se destacaba entre la verdura!.. ¡Y todos aquellos animales que tanto quería, las vacas que cuidaba, la *Berrenda* que solamente ella sabía ordeñar..., las gallinas, que la seguían por todas partes; los conejos, que cuando entraba en su caseta la miraban como si la conociesen, arrugando el hocico! ¡Era preciso abandonar todo aquello! ¡Y el pobre *Mostacho*, tan viejo ya, que gruñía á todo el mundo excepto á ella! ¡Vamos, seguramente causarían su muerte! Y al pensar en todas estas cosas, en el afecto de todos aquellos animales, se la oprimía el corazón, y parecíale que le arrancaban la mitad de su vida.

Y sin embargo, ¿no se hubiera marchado ya á no ser por el tío Juan?

¿No hubiera sido ella la primera en procurar escapar de aquellas continuas y espantosas persecuciones? ¡Sí!.., pero ¿y el tío Juan?

En el momento en que pensaba en él con creciente aflicción, le vió entrar en el patio con su herramienta al hombro, avanzando á largos y lentos pasos y al parecer pensativo y cansado. Levantó la cabeza y la vió; y después de asegurarse de que nadie le espiaba, dijo en voz casi baja:

–Espérame ahí; tengo que hablarte.

Un momento después la escalera crujió bajo sus pasos. Cuando se presentó en la habitación, Juanita profirió un doloroso gemido, y Chantavoine se detuvo, impresionado al verla llorosa y sollozando.

–¿Qué más ocurre ahora?, preguntó con desaliento. ¿Qué hay?

–¡Hay, contestó Juanita, conteniendo sus lágrimas, que me marcho, tío Juan!

–¿Que te vas?

–Sí; me voy; me despiden.

–¿Y adónde vas?

–¿Lo sé yo acaso?

–¿Y quién te despide?

–La señora Coralia.

–¡Coralia! ¡Ah! ¿Pues no soy ya amo en mi casa, di?

–No, tío Juan, ya no lo es usted. Bien sabe que no lo es largo tiempo hace.

–Pero todo tiene sus límites, repuso el tío Juan con violencia. ¡Tú eres una Chantavoine y estás bajo mi protección! Tal vez no te despidan de ese modo sin contar con mi voluntad... ¡Vamos, habla, cuenta lo que ha pasado!

Y tomó asiento en la única silla que allí había, tembloroso de emoción.

Juanita estaba demasiado trastornada para ocultarle la menor cosa, y le habló de la insolencia de Coralia y de su brutal manera de despedirla.

–Ya sabe usted, tío Juan, añadió, que yo quería permanecer á su lado; mas veo que es preciso marcharme. Si no me voy, habrá disgustos para usted, y en cuanto á mí, Dios sabe cuál será mi suerte. Pero esto no me apura; la señora Coralia tiene razón; ya sabré dónde colocarme bien. En la agencia de sirvientes de Varencieres no faltará quien me proporcione ocupación, pues no ignoran que sé trabajar

Al oir esto, la cólera del viejo estalló.

–¿Tú irías á la agencia de Varencieres, tú, Juanita? ¡Espera un poco; quiero hablar á Coralia!

–No le escuchará á usted.

–¡Ahora lo veremos! Aunque no acostumbre á decir nada, no han de obligarme siempre á obrar según su deseo. ¡Yo te recogí, te eduqué y te guardo, pardiez; y por lo pronto sería faltar á mi hermano... aunque haya muerto!..

Chantavoine se había levantado, y paseó algunos instantes por el aposento, contraído el rostro por una expresión de rencor.

–¡Y pensar que todo esto, continuó, es culpa de mi hermano! Si él no se hubiera comido toda su hacienda, yo no te tendría ahora á mi cuidado, ni tú me necesitarías. Tal vez estuvieras casada, quizá con uno que valdría tanto como mi yerno, por lo que hace á la instrucción...

–¡Oh, tío Juan!

–Sí, ya sé que odias á Muterel. ¡Pues yo también! Y veo que tienes razón. Ya he observado su manera de portarse, pues no se ha de creer que estoy ciego... Esto no impide que ayer no viera nada de particular en que te invitara á beber...

Juanita se retorció los brazos.

–¡No pude, tío Juan; no pude!

–No por eso te guardo rencor; pero estando yo allí, no había peligro... ¡Y además, le diste tan fuerte bofetón!..

–¡Por lo mismo comprenderá que es preciso que me vaya!

–¡Eso es! Será preciso que te vayas... Pues y yo, ¿qué será de mí entonces?

Chantavoine se encolerizaba, y no vió la mirada sumisa y suplicante que en él fijaba Juanita.

–Te marcharás dejándome solo, continuó, después de haberte dado de comer hasta el día de hoy. ¡Vas á buscar trabajo! ¿Y cuál encontraré yo? Preciso será decir que cuando uno llega á viejo, valdría más que le mataran.

–Pero tío Juan, ¿qué quiere usted que haga?, exclamó Juanita con desesperación. Yo no puedo quedarme si me despiden, yo no soy quien le abandona, bien lo sabe usted. ¡Estará solo con Coralia, que le cuidará bien..., yo no volveré á verle á usted más!

Una amarga sonrisa entreabrió los labios de Chantavoine; sus ojos se dilataron, y permaneció mudo algunos instantes, con el rostro tembloroso y la mirada fija en el suelo.

–Crees que Coralia me cuidará bien, repuso con voz sorda. ¡Pues no, yo te digo que no me cuidará bien!

–Me ha dicho...

–Lo que ha querido; pero yo sé que no me cuidará bien. Y todo eso por una sola cosa... Preciso será que acabe por decirla..., porque sólo puedo servirme de una palabra... Todo es porque...

En aquel momento sobrevino una especie de hipo al tío Juan; hizo una mueca; sus ojos se dilataron, y todo su despecho, sus decepciones, su profundo é irremediable dolor tradujéronse á la vez en quejas desgarradoras, mientras que Juanita, poseída de espanto, le abrazaba y suplicaba que no se desconsolase así.

–¡Ah, no me ama, no me ama! ¡Largo tiempo hace que lo sospecho, pero no quería creerlo!.. ¡Y yo que la amo tanto!.. ¡Qué estúpido es uno en querer mucho á los hijos!.. ¡Ni siquiera me mira ya, y podría morirme sin que á ella le importase nada!. ¡Yo te aseguro que sí, por más que digas lo contrario!.. ¿Vas á defenderla tú ahora?.. ¡Qué mala idea tuve al firmar aquel papel! ¡Estoy por completo en su poder! Me he anulado del todo; soy viejo, y las piernas me flaquean... Muy pronto no podré trabajar..., y todo esto progresa de continuo. Siento como si se me hubiera roto alguna cosa aquí dentro... ¡Basta ya de zalamerías!, añadió el tío Juan, rechazando á Juanita con cólera. ¡Tú tampoco me amas!

–¡Oh, cómo es posible!

–Después de morir mi mujer, continuó Chantavoine, no valía la pena hacer tanto la mimosa. «Tío Juan, me decías, no le abandonaré á usted jamás; se lo prometo por Dios...» Parece que ya no te acuerdas de esto... Este pobre hombre no puede ya valerse; seguramente caerá enfermo muy pronto; no tiene ya nada en el mundo.. ¡Pues bien, que muera abandonado!

–¡Tío Juan, tío Juan! ¡Yo desearía quedarme, le quiero á usted mucho..., no es culpa mía!

Esto era demasiado; la fuerza moral de Juanita había sufrido una prueba sobrado ruda durante largo tiempo. La escena de la víspera, y las que acababan de ocurrir, una tras otra, la habían postrado, y ya no podía más; le sobrevino una crisis nerviosa, y cayó en su lecho, presa de un paroxismo de desesperación, profiriendo agudos gritos.

La exaltación de Chantavoine se desvaneció al punto ante aquella crisis violenta; en medio de su pesar le consoló el espectáculo de aquel otro dolor; su egoísmo quedó lisonjeado; y al mismo tiempo, un sentimiento mejor, el verdadero cariño que profesaba á la pobre joven, se despertó con fuerza en él. Comprendió que en realidad ella era la que más adhesión le tenía, y que no le abandonaría por su gusto. Recordó las pruebas de abnegación que le había dado; repasó mentalmente con viveza la vida atroz que sufría por causa de él, y pensando en su dureza, experimentó remordimientos.

–Está bien, dijo con voz enternecida; no te aflijas así. Ya sé que tienes buen corazón, y tan acostumbrado estoy á ti, que no podría prescindir de tenerte á mi lado.

Juanita se había calmado poco á poco, y sonrió á Chantavoine á través de sus lágrimas.

–Voy á ver á Coralia, continuó el tío Juan; no es tan mala como parece, pero el orgullo la domina. No podrá negarse á que te quedes, y si se niega... ¡Pues bien, me marcharé contigo! Veremos qué dirán entonces, cuando me hayan obligado á marcharme y sea necesario que tú me mantengas. ¡Deberán ser bien canallas para no quedar corridos de vergüenza!

Y Chantavoine, sin esperar contestación, salió del aposento y bajó la escalera con pie firme.

Por primera vez desde hacía largo tiempo, Juanita experimentó un sentimiento de alegría: el hombre á quien había consagrado su afecto le hacía justicia, y parecíale que no había comprado demasiado caras aquellas palabras que consolaban al fin su corazón quebrantado...

Pero cuando estuvo sola, el horror de su situación se le representó de nuevo. ¿Qué iba á resultar de la conversación que Chantavoine tendría con su hija? Probablemente nada bueno. Era estúpida, obstinada y vanidosa; su marido, furioso por el insulto público de la víspera, la habría predispuesto indudablemente en contra suya, y además, de nada servían razonamientos ni reflexiones con semejante mujer. Por otra parte, Chantavoine era á la vez violento y débil; tal vez se arrebatara hasta el furor, ó bien iba á ceder y humillarse. Si se dejaba llevar de su cólera, el dolor que le causaría separarse de su hija, romper irremediablemente con ella, le sería muy pronto fatal. Y ¿qué sería de Juanita sin recursos, con aquel viejo enfermo, loco tal vez? Si consentía por timidez, por cobardía de alma, en sacrificarla, ¿qué sería del pobre hombre, entregado sin defensa, por la indiferencia de una hija indigna, al odio de un yerno ávido de desembarazarse de él?

Cuando hacía estas dolorosas reflexiones, la voz de Chantavoine llegó á sus oídos, alta, amenazadora, y al mismo tiempo, también la de Coralia, áspera y penetrante. La disputa había comenzado al punto, con una violencia terrible, á juzgar por los ecos ruidosos que llenaban toda la casa. Parecióle luego que Chantavoine bajaba de tono, dominado por las réplicas cada vez más chillonas de Coralia; después la voz del viejo se ensordeció, degenerando en modulaciones suplicantes; al fin la señora Muterel habló sola mucho tiempo, y sus palabras, aunque ininteligibles para Juanita, llegaron hasta ella como un rumor de amenazas, con entonaciones duras, y á manera de *ultimatum* desapiadadamente impuesto. Después reinó el silencio, y Juanita salió á la escalera, pero vió á su tío de pie en el primer peldaño; Chantavoine le hizo seña de que entrara en su aposento, y subió.

¡Ay! Ya no tenía la expresión resuelta ni la actitud atrevida de antes. Tímido, confuso, avergonzado de sí mismo, sentóse pesadamente.

Y como Juanita le mirase con ansiedad, díjole penosamente:

–He aquí lo que hay. Consiente en que te quedes.., pero... con ciertas condiciones.

–¿Qué se ha de hacer, tío Juan?

–Quiere que pidas perdón á Muterel.

–¡Oh!

–Dice que le has abofeteado delante de la gente, y que es preciso que te disculpes delante de todos también, esta misma noche, después de cenar.

–¿Y si no me disculpo?

–Será preciso que te vayas.. ¡Oh! He hablado fuerte; he dicho que me marcharía contigo.

–¿Y qué ha contestado?

–Que sería una desgracia, pero que tanto peor para ti si te obstinas.

–¿Y entonces?

–Pues... entonces... no sé; tú verás lo que debes hacer...

Juanita reflexionó. De este modo jamás acabaría de apurar el cáliz; siempre quedaría en el fondo una hiel más amarga, y sería preciso beberla... La joven suspiró dolorosamente, y sus manos se unieron en ademán de súplica...

(Continuará)

EL GENERAL D. IGNACIO ANDRADE

El general Andrade ha sido elegido recientemente presidente de la república de Venezuela en sustitución del general D. Joaquín Crespo, debiendo posesionarse de su cargo en febrero próximo.

D. Ignacio Andrade nació en 31 de julio de 1839 en Maracaibo, siendo su padre gobernador de la provincia: pertenece á una de las familias más ilustres de Venezuela, y hace treinta años viene prestando sus servicios á la república, habiendo desempeñado los gobiernos de Falcón, Zulia, Zamora y finalmente de Miranda, puesto que desempeñaba al ser elegido para la presidencia.

Es hombre de experiencia, capaz de continuar la obra de su predecesor, asegurando, por medio de una sabia administración, la prosperidad de su patria, tan fecunda en riquezas naturales.

El general Crespo, elevado al poder después de la revolución de 1892, consagró todos sus cuidados á hacer valer esas inmensas riquezas: gracias á su gobierno liberal, á su administración prudente y progresiva, desarrolló todas las fuerzas vivas del país, guardándose muy mucho de lanzarlo á un camino de aventuras. Desde el punto de vista de las relaciones exteriores, supo llevar á feliz término varias cuestiones importantes, entre ellas las delicadas negociaciones relativas á la indemnización á los franceses víctimas de la revolución de 1892.

El nombramiento del general Andrade para la suprema magistratura venezolana se considera como una garantía de la continuación de esta política y se espera con impaciencia su instalación en el poder precisamente por los disturbios que de poco tiempo á esta parte se han producido en aquella república y que se hallan agravados por una crisis financiera, confiándose en que el nuevo presidente logrará con su talento y su prudencia restablecer la normalidad en aquel país.



El general D. Ignacio Andrade, recientemente elegido presidente de la República de Venezuela (de fotografía)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

REVISTA CONTEMPORÁNEA. – El último número de esta importante revista madrileña contiene notables artículos de García Maceira, Bullón Fernández, Alzola, Gómez Chaix, Pedreira, Gil Maestre, Olmedilla y Puig, Rodríguez Intilini, Vergara y Martín y María Belmonte.

LA REVISTA MÉDICA DE PUERTO RICO. – El último número de esta revista inserta varios artículos y noticias interesantes á los médicos y farmacéuticos.

EL MONITOR POPULAR. – El último número de este periódico que se publica en Lima contiene curiosos artículos de agricultura, geografía y artes gráficas, varias noticias, recreaciones científicas y prescripciones útiles y algunos grabados.

ALMANAQUE SUD-AMERICANO. – Editado por la casa barcelonesa de Espasa y C.ª, se ha publicado este almanaque, propiedad de «El siglo ilustrado,» correspondiente á 1898. No siendo necesario elogiar esta publicación tan popular en América, nos limitaremos á decir que sus 224 páginas contienen interesantes artículos y bellísimas poesías de los más reputados literatos españoles y americanos, y multitud de dibujos de artistas tan justamente reputados como Pellicer, Mestres, Pascó, Cabrinety, Esteban, Cilla, Eriz, Gascón, Nicolau Cotanda y otros.

CONSULTOR AVÍCOLA. – El último número de esta publicación, órgano de la Granja agrícola de San Luis, contiene interesantes trabajos sobre la alimentación de los conejos, el huevo de Langshan y desinfección y saneamiento de gallineros y palomares.

EDUARDO HAGERUP GRIEG

CÉLEBRE COMPOSITOR Y PIANISTA NORUEGO

Este distinguido músico nació en Bergen (Noruega) el 15 de junio de 1843, y á su madre, señora muy instruida y notable pianista, debió las primeras nociones en el arte á que con tanto entusiasmo ha seguido dedicándose. Cuando contaba quince años de edad, pasó recomendado por el famoso violinista Ole Bull al Conservatorio de Leipzig, donde estudió piano bajo la dirección de Moscheles, composición bajo la de Reinecke y Rietz y contrapunto y armonía bajo la de Richter y Hauptmann. Cinco años después trasladóse á Copenhague, y allí, aleccionado por Niels Gade y su hermano político Emilio Hartmann, hizo rápidos progresos en el arte de la composición. Unióse con estrecha amistad con Ricardo Nordraak, joven compositor que indujo á Grieg á fijar toda su atención en las melodías del Norte que tan considerable influjo habían de ejercer en su carrera. En 1866 Grieg fundó la Asociación musical de Copenhague. Durante las visitas hechas en 1865 y 1870 á Roma, fué compañero inseparable de Liszt, quien reconoció y admiró su talento. En varias de sus estancias en Leipzig dió á conocer muchas de sus obras, en especial su concierto para piano en *do* menor que le proporcionó mucha fama. Desde mayo de 1888 hasta la fecha ha dado á conocer en Londres varios de sus cantos noruegos, con el auxilio de su esposa, excelente cantante y fiel intérprete de tan inspiradas composiciones, en especial las *Dos melodías elegíacas* que produjeron gran entusiasmo en aquella capital, donde se le ha dado el nombre de «Chopín escandinavo.» El 12 de junio de 1892 Grieg celebró sus bodas de plata en su preciosa quinta de Troldhaugen cerca de Bergen, adonde acudió gran muchedumbre, compuesta de admiradores y de todas las sociedades musicales de las inmediaciones, que aclamaron á su eminente compatriota. En Barcelona conocemos algunas de sus composiciones, delicadamente cantadas por el *Orfeó catalá*, ó ejecutadas en algunos conciertos, composiciones que han confirmado entre nuestros aficionados la fama alcanzada por Grieg en diferentes capitales del Norte de Europa. Hoy este inteligente músico, que se halla en el pleno dominio de su arte, continúa dedicado á él con el mismo ó mayor anhelo que en sus primeros tiempos.

Eduardo Hagerup Grieg,
célebre compositor y pianista noruego

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Memoria de la Escuela de Artes y Oficios de San Sebastián. – Esta memoria, leída en la solemne apertura del curso académico de 1897 á 1898 por el secretario de dicha escuela D. José de la Peña, es una demostración elocuente de la envidiable altura alcanzada por esta institución y de los inmensos servicios prestados á la clase obrera en los diez y ocho años que lleva de existencia.

Cánovas juzgado por los argentinos. – D. R. Monner y Sans, deseando, á fuer de entusiasta patriota español, rendir un tributo á la memoria del ilustre estadista asesinado en Santa Agueda, ha reunido en un interesante folleto los juicios emitidos por los principales personajes de la República Argentina acerca del eminente hombre público, formando con ellos una corona fúnebre que merece el aplauso de cuantos nos interesamos por las glorias de nuestra patria. El folleto ha sido editado en Buenos Aires por F. Lajouane.

Panorama Nacional. – Los últimos números de esta importante publicación que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles contienen reproducciones de monumentos y sitios notables de Palma, Cuenca, Zaragoza, Soria, Barcelona, Santiago, Sacro Monte, Miraflores, Baeza, Ceinos, Menorca, Segovia, León, el Escorial, Jaén, Avila, Soria, Santiago, Alicante y Lérida, vistas de Ripoll, del puerto de Mahón y Hernani, copias de los célebres cuadros *La rendición de Breda*, de Velázquez, y *El martirio de San Bartolomé*, de Ribera, y dos grandes vistas panorámicas de Toledo y Sevilla. Véndese á 70 céntimos cada uno.

Sor Milagros ó secretos de Cuba, por *Aurelio Pérez Zamora*. – Interesante narración de costumbres cubanas en la que el autor relata en forma novelesca y enlazados dentro de una acción principal varios cuadros y episodios históricos acaecidos en Cuba hace más de cuarenta años, cuya descripción está hecha con esa elegante sencillez que tan bien sienta cuando se trata de la reproducción de lo vivido, de la verdad personalmente observada. El libro ha sido impreso en Santa Cruz de Tenerife por el editor F. S. Molowny.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona [illegible] de 1897 — Núm. 833



FLOR DE INVIERNO, cuadro de Eduardo Gelí

ADVERTENCIA

Con uno de los próximos números de La Ilustración Artística repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el quinto y último tomo de la presente serie, que es la segunda parte de la obra de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, reproducción en facsímile de la impresa en 1615 por Juan de la Cuesta, de Madrid. Al completar con este tomo tan importante libro, cúmplenos manifestar nuestra gran satisfacción por los elogios unánimes que la prensa de Europa y América ha hecho de la primera parte ya publicada, y cuya reproducción, asimismo en facsímile de la edición de 1608, hecha por el mismo impresor y única revisada y corregida por su inmortal autor, emprendimos para los suscriptores de nuestra **Biblioteca Universal** é Ilustración Artística. Esos elogios públicos y los muchos plácemes particularmente recibidos son el mayor galardón de nuestros esfuerzos así como la sanción del acierto á que aspirábamos para complacer á nuestros abonados, á pesar de los cuantiosos gastos que tamaña empresa nos ha ocasionado, y al propio tiempo los consideramos como un estímulo para que apelemos á toda clase de medios á fin de realizar la misma aspiración en las sucesivas series de obras, á lo cual estamos obligados por deber y por gratitud.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

NIÑOS Y FIERAS

La cuestión de los «niños actores» se ha abierto camino estos días al través de tantas otras como nos preocupan y forman la negra trama de la vida nacional. Esas criaturas, sentenciadas á un trabajo *artístico* de nueve á una de la noche, y al estudio y ensayo de ese trabajo el resto del día; desquiciadas de sueño y comida, privadas de esparcimiento y reposo, han inspirado más de un artículo filantrópico, una *campañita* que el público, por otra parte, acoge con la indiferencia con que suelen mirarse en España estos problemas.

No somos un pueblo á quien la pedagogía y la antropocultura le importen gran cosa, ciertamente. Compasivos y hasta blandos de corazón cuando vemos de cerca los males, nos falta por completo el resorte de la unión y asociación para evitarlos y prevenirlos. El impulso individual puede hacer milagros aquí, donde nacieron un Mañara y un San Juan de Dios; el colectivo sólo produjo una obra maestra, la Compañía de Jesús, y para eso tuvo San Ignacio de Loyola que ir á fundarla á París; si se queda en España no la funda.

Volviendo á los niños de la Zarzuela, digo que habría un medio seguro de evitar que los sometiesen á esa labor impropia de sus tiernos años; y sería, sencillamente, no acudir al teatro cuando ellos trabajasen. Yo no los he visto nunca: tal espectáculo no me atrae; los *pequeños prodigios* me son hasta antipáticos – la precocidad me repugna tanto como las pretensiones juveniles persistentes en la vejez. – A cada edad lo suyo. Un niño, que recite su fabulilla, y mejor cuanto más de reata; que cabalgue el alazán de cartón, que esgrima el sable de madera; pero, por los clavos de Cristo, que no juegue en serio ni al actor, ni al soldado, ni al enamorado, ni al sabio, ni al poeta; que no «borde» en el piano, ni en el violín, ni dé esperanzas, ni le nombren los periódicos, ni haga más que conjugar regularmente los verbos irregulares, dormir doce horas, merendar pan y queso y pegar en los vidrios calcomanías.

En la cuestión de «los niños actores» va envuelta una grave responsabilidad social y moral. No son sólo niños; hay también niñas, cuyo candor se mancha, cuyos labios se enlodan al dar paso á la cancioncilla impura, á la alusión libre, á la reticencia deshonesta .. Y no digo bien; estoy siguiendo la rutina al considerar que esto es un peligro y una degradación para las niñas solamente. Entre los más perniciosos *errores comunes* se cuenta el de suponer que únicamente la pureza de las niñas se ha de cuidar y preservar, y que los varones pueden sin inconveniente, desde los primeros albores de la vida, depravar la imaginación, corromper el alma, emponzoñar las fuentes de la sensibilidad y estragar en flor los sentidos. Las razas vigorosas se forman con el respeto á la niñez y á la adolescencia, y el mayor cuidado en no pervertirla. No cabe duda; la raza sajona tarda más que la latina en romper el cascarón de la inocencia, y el fruto sazonado á tiempo tiene después otro sabor, doblemente grato.

Que la profesión de actor expone al niño á una excitación sexual tempranísima y deplorable, no lo podrá negar quien conozca poco ó mucho la índole de esa profesión. Los actores que ya cuentan la edad conveniente para ejercerla no están expuestos á daño alguno; las actrices españolas suelen ser mujeres de intachable conducta y excelentes madres de familia; pero es que cabalmente conocen y miden el peligro, y el uso de razón les presta cautela y dignidad. El niño mal podría precaver ciertos riesgos; sus curiosidades le atormentan; sus propias alas de ángel le llevan al abismo. ¿A qué insistir en lo que no requiere demostración? A nadie se ocultan las consecuencias que el estado de actor puede acarrear á un niño.

El doctor Moreau enseña que los chicos precoces son todos candidatos á la locura, en mayor ó menor grado. Sin embargo, cuando la precocidad es una disposición natural, un impulso genial mejor dicho, no lleva en sí la amenaza de tan graves desórdenes como cuando resulta de una cultura forzada y artificiosa, que estimula violentamente un cerebro normal y mediano. Rameau tocando divinamente el clave á los siete años, Mozart componiendo sonatas á los seis, Pascal publicando á los doce un tratado de las secciones cónicas, no hacían más que seguir la corriente de su propio espíritu; y acaso necesita mayor esfuerzo y se infiere más daño la diminuta actriz de la Zarzuela para cantar un tango ó para representar una escenilla picaresca, subrayando efectos y marcando intenciones con el gesto y la voz.

* * *

Después de reconocer que el hecho de organizar compañías de «niños actores» constituye un abuso y también una ilegalidad – pues existen numerosas disposiciones que implícitamente lo prohiben, y están en vigor y sólo necesitarían una ligera aclaración para que se pudiese calificar de delito público la salida á las tablas de criaturas menores de doce y diez y seis años, – conviene añadir que no es este el único ejemplo de la indiferencia con que aquí se miran la salud y la moralidad del niño. Algunas veces, en la calle, he oído las conversaciones de los chicuelos – no ya de los que visten el desarrapado traje de golfos ó el mugriento andrajo de la mendicidad, sino de esos niños de mejillas relucientes en que se notan las huellas del agua fresca, de pelona bien recortadita, de calzado lustroso y de ojos alegres: niños de familia acomodada, alimentados y cuidados, con hogar, con instrucción – y he escuchado salir de su boca de rosa las palabras más brutales y groseras, los dichos más horriblemente cínicos, cuyo sentido no sé si comprenderían por entero, ¡y ojalá no! Mientras encendían el apestoso cigarro, que chupaban de un modo inhábil, apretando los dientes y hundiendo los carrillos, y reían con la fresca risa de su adorable edad, las frases indecentes brotaban á chorros, los juramentos y las blasfemias se atropellaban, y yo recordaba la princesa de los cuentos de hadas, aquella que al hablar soltaba, en vez de perlas y rosas, feos lagartos, asquerosos sapos y negras víboras. ¿Por qué se expresaban así los infelices niños? ¿De qué modo habían adquirido el estribillo canallesco? Fácilmente se adivina: repetían lo que aprendieron de los grandes. No inventan los chicos: imitan lo que ven, lo que oyen; son jimios; se moldean en los mayores; si los mayores rezan, rezan, y si juran y reniegan, reniegan y juran también. La sucia boca del español adulto hace la sucia boca del niño; sólo que en el niño resalta más lo antipático, lo brutal de esta costumbre, á que sin notarlo pagan tributo casi todos, y que es una de nuestras inferioridades, externa si se quiere, pero ¡cuán trascendente á lo interno!

Jamás se les ocurriría á los chicos la extravagancia de fumar, si no advirtiesen que á sus padres no se les cae de los dedos el cigarro, llegando el hábito á constituir necesidad tan imperiosa, que en el tranvía, los cortos instantes que el reglamento obliga á prescindir del cigarro, vierais á los hombres desasosegados, nerviosos, contraídos y tristes como víctimas, acechando el momento de bajarse, no por llegar al término del viaje, sino por sacar la petaca ó la cajetilla, restallar el fósforo y disfrutar las inefables delicias del chupetón. Por fuerza han de creer los niños que el cigarro contiene el paraíso de Mahoma, al observar en los mayores tal entusiasmo por él, que ni cinco minutos viven y respiran sin disfrutarlo. El cigarro y la blasfemia son, para el niño, símbolos de la toga viril. Ser hombre no es ser sabio, ni ser bueno, ni ser fuerte, ni ser laborioso; ser hombre es quemar sin tregua una hierba que sabe mal y decir muchas obscenidades y muchos pecados. – ¡Pobres niños!

* * *

Sin salir del tema de la infancia, sépase que estos días se admiran en el Retiro dos cachorrillos de león la cosa más linda del mundo. La infancia es graciosa en las especies animales como en la humana; y esos leones pequeños tienen los juegos, las monerías y las espontaneidades de una criatura mimada y gentil; en términos que dan tentaciones de traérselos á casa, ni más menos que si fuesen perritos ó gatos domésticos, y, andando el tiempo, no hubiesen de crecer, rugir y devorar.

Corrió hace ya dos ó tres años por Madrid la noticia de que una señorita muy fina y acaudalada, huérfana y libre, se había enamorado ciegamente de un domador de leones. El caso, asaz romántico, no tenía nada de maravilloso, porque el valor, en cualquier forma que se presente, ejerce influencia y tiene prestigio sobre la imaginación de la mujer, y hasta la misma temeridad del arrojo contribuye á la seducción. La señorita no perdía una noche del Circo donde su predilecto realizaba los ejercicios de su profesión; y cada vez que le veía expuesto al peligro, cada vez que le contemplaba intrépido y sonriente, con su delgado latiguillo en la mano, dominando con la mirada y la actitud á las fieras, el entusiasmo y la ilusión crecían, la pasión se hincaba más adentro en aquel alma de mujer. El domador no sospechaba nada de su triunfo. Estaba acostumbrado á recibir declaraciones de mujeres excéntricas, pero no se cuidaba poco ni mucho – es bien natural – de los sentimientos callados que sus habilidades podían ocasionar en las espectadoras. Sabía que por él latían muchos corazones femeniles: que fuese de terror, de compasión ó de amor, no le importaba, en suma, porque un interés más profundo, el del combate y el peligro diario, le absorbía enteramente. Sin embargo, una noche, al terminar el número é inclinarse para agradecer los aplausos, notó que dos ojos velados de lágrimas le envolvían en su mirar, y que una cara pálida, llena de ansiedad, permanecía vuelta hacia él mientras iba retirándose. De esta primera observación á las demás sólo había un paso que dar: el domador siguió observando y pronto pudo cerciorarse de lo que ya decía todo el mundo: aquella señorita iba al Circo diariamente, entraba proximamente á la hora en que el domador aparecía, y se marchaba cuando éste daba por concluído su trabajo. La certidumbre de haber inspirado una pasión discreta, sincera y pura no le fué indiferente al domador; por espacio de una semana, la energía que al entrar en la jaula desarrollaba siempre, recibió un estímulo grato, algo que se parecía á poético orgullo, y su actitud fué más noble y resuelta que nunca y su mirada brilló con resplandores eléctricos, al subyugar á sus feroces amigos, dos grandes leones africanos, macho y hembra, y dos jaguares del Brasil, todavía más temibles é indómitos que los leones.

Mas como quiera que el plazo de la contrata expiraba, y el domador tenía que estar antes de junio en Viena, deseó dejar á la enamorada un recuerdo suyo; y averiguando el domicilio de la señorita, la remitió, bajo perfumado sobre, una magnífica fotografía... ¿suya? ¡No mil veces! La fotografía no era sino de *Drago*, el león macho (animal hermosísimo, con una melena regia y unas posturas de soberana y majestuosa dignidad). Y cuando los confidentes del domador le preguntaron por qué no enviaba su retrato propio y sí el de la fiera, contestó riéndose:

– Porque esa señorita no me quería á mí, sino á mis leones.

Este suceso se me acordó al ver los preciosos leoncillos del Retiro, dignos por su gentileza de que cualquier señorita conserve su retrato.

Emilia Pardo Bazán



Entrada de San Fernando en Sevilla, composición de Andrés Parladé

(Véase el artículo de José Gestoso y Pérez)

LA ENTRADA DE SAN FERNANDO

EN SEVILLA

Efeméride del 22 de diciembre de 1248

Los dos hechos más culminantes y que más poderosamente influyeron en el triunfo de los cristianos sobre los musulmanes durante el siglo XIII, fueron, á no dudarlo, las victorias de las Navas y de la toma de Sevilla. A consecuencia del primero, puede decirse que vino á tierra el poderío de los almohades, y como resultado del segundo, posesionados los castellanos de las más importantes ciudades de *l'Andalus,* podía ya preverse en plazo no lejano la total ruina de la dominación musulmana en España.

Largo y penoso fué el asedio de Sevilla; desde el 20 de agosto de 1247 hasta el 23 de noviembre del siguiente año tuvo puestos el monarca Fernando III sus reales, y con tanto ahinco y con interés tanto, que al decir de la Crónica no pensó jamás levantar el cerco, cuya decisión pruébase por el aspecto del campamento cristiano, el cual hallábase compuesto con la traza misma de una ciudad; pues tenía sus calles y plazas, cada una de las cuales era conocida por su nombre particular, y así llamábanse la de los panaderos, carniceros, armeros, etc. Acudieron á esta empresa muy valerosos magnates y ricoshombres de diversos países con sus milicias; húbolos alemanes, genoveses, franceses y de otros reinos, los cuales procuraban emular con los castellanos en valor y bizarría. En esta empresa vióse reunida la flor de la caballería española, formando aquellas mesnadas el más apuesto y lucido ejército, que de nada carecía, pues artífices y menestrales establecidos en el real atendían á todas las necesidades.

Separado de la ciudad el más importante de sus arrabales, el de Triana, por el caudaloso Guadalquivir, y á ésta unido por el gran puente de barcas, pensó desde luego D. Fernando en la conveniencia de aislar la ciudad de aquel populoso barrio, por el cual entraban principalmente los mantenimientos. Necesitábase, pues, de una escuadra, cuya fabricación encomendó el monarca á su almirante Ramón Bonifar, el cual pudo con ella surcar las aguas del celebrado río y romper el puente de barcas, hecho memorable que acaeció el día de la Cruz de Mayo de 1248, que si gran pena causó á los sitiados, fué de inmenso júbilo para los castellanos, que desde entonces pudieron juzgar muy próximo el ansiado día del triunfo.

Así acaeció en efecto; al cabo de quince meses de asedio y de constantes luchas, faltos de víveres y de recursos que cada vez eran más difíciles de obtener, convencidos de que no podían esperar auxilios ni socorros, hicieron varias proposiciones los sitiados, y en su nombre el wali Abul Hasan Axataf, al monarca castellano, á las cuales no contestó éste, pues les exigía la entrega de la ciudad, concediéndoles sólo que la abandonasen los que quisieran, llevándose los bienes que pudiesen transportar consigo, y bajo estas condiciones se verificó la capitulación el 23 de noviembre de 1248.

No obstante haberse efectuado la entrega en el citado día, difirió el monarca vencedor cerca de un mes el acto solemne de celebrar su entrada, para dar tiempo á que negociasen sus haciendas y dispusieran de sus bienes los vencidos, y al cabo el 22 de diciembre tuvo lugar aquélla con toda la pompa y el esplendor propios de la importancia del suceso que se celebraba.

Apenas si la imaginación puede concebir aproximadamente el maravilloso conjunto de aquel cuadro lleno de luz, deslumbrante de colores, ostentoso y magnífico, cuya belleza debió superar á todas las ficciones de la más ardiente y creadora fantasía.

Desde los campos de Tablada hasta la puerta de la ciudad que los moros llamaron de Goles, veíase aquella vasta extensión poblada de infinitas criaturas; ya de los desdichados que se dirigían al río para embarcarse al Africa; ya de los que se encaminaban al reino de Granada, que tristemente volvían los ojos para mirar por última vez á su ciudad querida; ya de los menestrales, mercaderes y traficantes del campamento, que transportaban en sus acémilas las vituallas y mercancías que componían sus haciendas; ya finalmente de los soldados que acudían á unirse á las mesnadas de que formaban parte.

El inusitado movimiento de tantos seres, cuyos abigarrados y brillantes trajes deslumbraban al ser heridos por el sol; los cantos de júbilo; el estruendo de las armas; los lejanos sonidos de las trompetas llamando á los soldados dispersos; el relinchar de los caballos, que inquietos caracoleaban moviendo las ricas y blasonadas gualdrapas que los cubrían; los solemnes cánticos de los religiosos y las voces de mando de los caudillos para organizar sus huestes, con tantos otros pormenores inenarrables, producirían unidos el más sorprendente efecto.

Organizóse, pues, la comitiva en la forma siguiente: iban delante los caballeros de las órdenes militares, con sus férreas lorigas, almofares y bacinetes, con sus blancas sobrevestas en que lucían las cruces bermejas y verdes, que asimismo resaltaban sobre las bruñidas superficies de sus escudos, dando al viento sus pendones con las propias insignias, precedidos de los grandes maestres D. Pelayo Pérez Correa, que lo era de Santiago; D. Fernando Ordóñez, de Calatrava; D. Pedro Yáñez, de Alcántara; D. Fernando Ruiz, de San Juan, y D. Gómez Ramírez, de la del Temple. Seguía luego numerosísimo clero con los prelados de Jaén, Córdoba, Cuenca, Avila, Astorga, Cartagena, Palencia y Coria, revestidos de sus pluviales capas y mitras de argentería y sus báculos de oro, entonando preces al Altísimo en acción de gracias. A continuación, sobresaliendo por encima de todos, en riquísimo carro triunfal, la imagen de talla de Nuestra Señora, vestida de deslumbrantes estofas, á la cual acompañaban á pie el monarca santo, llevando en su diestra mano la espada desnuda, y con él la reina doña Juana, su esposa; los infantes D. Alfonso, D. Fadrique, D. Enrique, D. Sancho, D. Manuel, hijos del rey; el príncipe D. Alfonso de Molina, su hermano; el infante D. Pedro de Portugal; el hijo del rey D. Jaime de Aragón y el del rey moro que fué de Baeza, y Micer Uberto, sobrino del Pontífice Inocencio IV. Detrás de este numeroso grupo, resplandeciente por sus recamados trajes, riquísimas armas y joyas, iban D. Diego López de Haro, duodécimo Señor de Vizcaya, y los ricoshombres, caballeros y nobles leoneses y castellanos, á los cuales seguían las milicias concejiles y de los magnates del reino con sus mil variadas enseñas y pendoncillos blasonados con las heráldicas empresas que demostraban el pueblo ó señor á quien servían.

En este orden y siguiendo la margen del río llegaron hasta la mencionada Puerta del Arenal, en cuyo paraje salió al encuentro de la comitiva el desventu-

rado Abu-l-Hasan Axataf é hizo entrega al monarca vencedor de las llaves de la ciudad, la cual volvía á poder de los cristianos después de 536 años, desde el de 712 al de 1248, habiendo sido provincia del califato de Occidente durante 308, reino independiente con la dinastía abbadita 71, gobernada por los almoravides 55 y bajo el dominio de los almohades 102.

Suceso tan capital y que tan grande influencia había de tener para el imperio de los musulmanes españoles, prestábase en gran manera á ser cantado por la lira poética, y las lágrimas de la desventura de los que abandonaban el privilegiado suelo sevillano buscando refugio donde acabar sus días, y los ayes de dolor de los que siendo señores se veían convertidos por la mudable fortuna en miserables esclavos, arrancaron sentidas estrofas al sentimiento de la dulcísima musa árabe, que cantó de esta suerte por boca de su poeta Abu-Bekka Saleh, hijo del Xerif de Ronda, la pérdida de la más hermosa ciudad musulmana.

Todo cuanto llega á su apogeo comienza luego á descender. ¡Hombre, no te dejes desvanecer por los embelesos de la vida!

Todo lo humano sufre tristes alternativas; si hoy le halaga la fortuna, mañana sufre sus reveses.

Si nada permanece inmutable en la morada terrestre, ¿podrá ser el hombre de mejor condición, y gozar invariablemente de una misma suerte?

Decreta Dios, y saltan hechas pedazos esas corazas impenetrables al acero de las espadas y de las lanzas.

. . . .

Desgracias hay que son llevaderas, porque cabe consuelo en ellas; empero no lo hay ni cabe para la herida que acaba de sufrir todo el Islam.

Tremendo, inaudito é irremediable quebranto lacera en este momento á España. Sus ayes de dolor resuenan hasta en la Arabia, y los montes de Ohod y Thalan se estremecen con horror.

¿Dónde buscaremos á Sevilla con todas las galas que vestían sus campiñas, con aquel grandioso río de aguas tan cristalinas, abundantes y deleitosas?

. . . .



Violetas de Roma, cuadro de Carlos Pellicer

Como llora el amante la ausencia de su dulce dueño, así llora sin consuelo el Islam.

. . . .

Nuestras mezquitas se transformaron en iglesias, y sólo cruces y campanas aparecen en ellas.

Hasta nuestros santuarios y púlpitos, de madera insensible y durísima, prorrumpen en gemidos y copioso llanto al presenciar tanta desventura.

. . . .

Torpe afrenta mancilla la honra de los que moran en España...

¡Ah! Si vieras sus rostros inundados en lágrimas cuando los llevan encadenados al mercado, tu corazón se quebrantaría de dolor y tu mente se ofuscaría.

¡Si los vieras errantes, despavoridos, sin asilo, hasta sin tierra donde poner la planta, ceñida la túnica y arrastrando la cadena de la esclavitud!

¡Oh, Dios! Mares y montañas separan la madre del hijo... Las almas andan errantes separadas de sus cuerpos.

Y esas doncellas hermosas como soles, cuya aurora esparce rubíes y corales... ¡Oh, dolor! Los bárbaros se las llevan y las destinan á trabajos serviles é ignominiosos... ¡Ay!, que de sus ojos brotan raudales de lágrimas y de sus pechos suspiros que hacen estremecer.

Al presenciar tanto desastre, ¿cómo no se desangra el corazón de quien conserve en él siquiera un átomo de fe y de islamismo?

J. Gestoso y Pérez

IL CENERENTOLO

Inspiraba temor, lástima y risa el ver al pobre Domínguez con aquella barba de manguitería, que más que barba parecía fleco, y el casco guerrero calado, y metido el cuerpo en una coraza que hacía el efecto de una zafra deteriorada.

¡Pobre guerrero!

Pasaba su vida rabiando.

– ¡Postergado siempre!, exclamaba á solas y en cuanto cualquiera le preguntaba algo, aunque fuera en asunto ajeno al teatro.

– Aquí me tiene usted, ganando..., digo, cobrando treinta reales todas las noches... Digo, todas las noches que trabajo. ¡Qué vergüenza!



SEVILLA. – Un embarcadero en el Guadalquivir, dibujo de Manuel García Rodríguez



LA GUERRA DE CUBA. - UNA COLUMNA HACIENDO ALTO EN PINAR DEL RÍO (de otografía de G. C. Musgrave)



LA GUERRA DE CUBA. - COLUMNA EN MARCHA EN PINAR DEL RÍO (de fotografía de G. C. Musgrave)

– Ya, ya; es abusar de usted, le decía algún abonado, «para darle cuerda.»

– Éste, que hace de su voz cuanto quiere, solía interrumpir un compañero que se divertía oyéndole y que estaba resignado con su puesto en el cuerpo de coros y el porvenir de Tamberlick con guitarra ó de Tamagno transeunte, sube adonde le acomoda, si lo permite el portero, y baja hasta donde puede bajar un hombre digno, aunque pobre solemne.

– Déjame, Marcial, y no me exasperes.

– Qué, ¿no soy yo el primero que te hace justicia?

– A mí todos me hacen justicia, replicaba Domínguez. ¡Verdugos!

– ¡Verse un hombre así!, me decía. Porque aquí, donde usted me ve, disfrazado de mamarracho, he cantado como primer tenor en San Carlo y...

– En San ceremonie, apuntaba el chusco.

He cantado *I Lombardi Veneti, Il ballo in maschera, Lucia, Trovador*...

– *Otello ó el moro de los dátiles*...

– ¡Marcial!

– Pero, hombre, ¿qué sacas con vivir en continuo berrinche? Haz lo que yo: salgo á escena, abro la boca y muevo los brazos como si me «tiraran de unos cordelitos» desde el foso. Una noche me sorprendió *in fraganti* el director de escena.

– ¿Y usté per che non sona?, me preguntó indignado.

– Per che me sente roto por dentro, respondí sin inmutarme.

– E bene, á la calle, gritó.

Conque yo le esperé después de la función, y sacando de un bolsillo del gabán que fué ruso y ahora es de la múltiple alianza de paños diferentes, la llave de la puerta de mi casa, tamaña como la de la Puerta Otomana, le dije, mientras le apuntaba con ella á manera de pistola:

– ¡Tú vai morrire, morrale!

Conque el pobre, muy asustado, me pidió perdón y me aseguró que continuaría en el teatro.

– ¡Ah! Per Dio, non volo morire si giovinne... ¡Ah, mío fratello!

– No me pongas motes y basta, repliqué.

– Pero tú, objetó el fúnebre Domínguez, no tienes afición, ni voz...

– Pero tengo apetito desordenado de comer, beber y arder, y equivale á la voz y á todo. Créeme y déjate de *piques* y de disgustos, que nada ganarás con eso.

– Yo no puedo sufrir á este tenor.

– Yo, en cobrando, sufro á éste y al tenor siguiente; ya lo creo.

– Yo soy el *Cenerentolo* de la compañía. «Domínguez, que se ha indispuesto el barítono, ¿quiere usted salvarnos, cantando su parte?» Y la canto y...

– En poco vas á la cárcel: lo recuerdo; fué en Córdoba y un guasón de la galería te llamó «Juan de los gallos.»

– ¿Te has propuesto que yo me vuelva loco?

– No, hombre, no: al revés, que te cures.

– ¿No he cantado yo esa misma ópera en varios teatros?

– Sí, pero con desgracias personales, casi, casi.

– ¿Y por qué me postergan y traen á ese grillo?, preguntaba Domínguez en el delirio.

La compañía continuó poniendo el grito en el cielo en diversos teatros de España.

Domínguez no podía aguantar más el papel de *Cenerentolo*.

– Estoy resuelto, pensó; esta noche en *Lucia*, mato á ese hombre, artística ó materialmente.

Y efectivamente, cantaban *Lucia* en Soria.

El teatro estaba lleno.

Pasó el primer acto, y Domínguez, tascando el freno, aguantó.

Pero cantar el partiquino, exponerse á la grita que, indefectiblemente, se llevan cuantos se encargan del papel, no podía ser.

Domínguez, llegado ese momento, emprendió á cintarazos con su rival, y siguió cantando la parte del tenor.

El público aplaudía con entusiasmo.

¡Qué colorido! ¡Qué verdad!

El apaleado se quejaba como si le doliera efectivamente.

Y vaya si lo parecía.

Al terminar el acto cayó sin sentido el pobre tenor.

¡Pobre Domínguez!

El último acto le cantó en la cárcel, vestido de *maschera*.

Y su compañero, que fué á visitarle, le decía:

– Ahora te convencerás de la lealtad de mis consejos. Si ese tenor no vuelve á la vida pública, y muere, ¿qué va á ser de ti? ¡Morir disfrazado! ¡Y poco que reirán las gentes! Porque no te permitirán, digo yo, salir para mudarte de ropa.

Afortunadamente el apaleado recobró pronto el «poco conocimiento que disfrutaba» y Domínguez salió á la calle.

Pero no se enmendó.

Y, como dice su amigo:

«Ese muere en un patíbulo por robarle la voz á un tenor de veras.»

EDUARDO DE PALACIO



UN JEFE INDIO, cuadro de Antonio Fabrés

¡QUIEN NO CORRE!..

¡Era cosa de ver el resultado que aquel año habían tenido los segadores gallegos que, según costumbre inveterada, llegaron, *pedibus andando*, á las ardorosas llanuras de Castilla!

Las planicies sembradas de doradas mieses, ondulantes al menor soplo del aire caliginoso de la canícula, se presentaban ya calvas como vieja quintañona y peladas como testuz de recluta; los graneros se combaban al peso de aquellos montones de granos rubios como el oro; por la atmósfera bailaban enturbiándola esos millones de moléculas que las operaciones de la siega lanzan al aire, y tordillos y verderones bajaban como flechas desde los aleros de los tejados de las casas y campanarios vecinos á picotear los granos que el suelo contenía olvidados.

Los segadores, tostados como reos inquisitoriales, nervudos como garrotes, fuertes como los castaños de su tierra, sufridos como mártires, veían la labor terminada y sus bolsillos repletos con las *onciñas* que aseguraban la vida de aquellos rapaces que habían quedado en la aldehuela, jugando con los chotos y retozando entre los maizales, erguidos como palmeras.

¡No se presentaba mal invierno! Los ricachos castellanos podrían abrir un gran mercado de trigo, compitiendo con el que á buques llenos Rusia exporta, y los segadores no tendrían que temer las exigencias del fisco ni volver á alentar ideas de emigración, y los airiños salutíferos de la tierra, siempre dulce y cariñosa, siempre verde y perfumada, no dejarían de refrescar, humedeciéndolos, aquellos rostros abrasados por el calor tropical de Castilla en el verano.

Farruco y Toñuelo jamás se habían visto con tanto dinero junto. Aquello era una felicidad, y por bien empleados podrían dar todos los sudores que les costó el ganarlo.

Había que pensar, no obstante, en no gastar toda la alegría en salvas y realizar cuanto antes el regreso á la tierruca, donde con los brazos abiertos habían de esperarlos familia y amigos.

Cosa sencilla es hoy emprender un viaje alrededor del mundo, pero en los tiempos de Farruco y Toñuelo la cosa revestía la importancia de una cuestión de vida ó muerte.

Además la cuadrilla con que llegaron á las para ellos apartadas regiones, había sufrido una gran dispersión. Unos de sus miembros se habían alargado á ver las maravillas de la corte; otros habían encontrado colocación urbana que llenaba sus aspiraciones, separándoles del terruño, y algunos, sin encomendarse á Dios ni al diablo, habían hecho su retorno como pudieron.

Encontrábanse, pues, Farruco y Toñuelo aislados, solos y en brazos de sus propias iniciativas. La cosa era peliaguda, tanto más, cuanto que los sucesores y continuadores de las hazañas de Rinconete y cofrades abundaban que era un primor, teniendo en constante alarma á cuantos por necesidad, que eran entonces los más, ó por gusto, que eran los menos, emprendían un viaje.

La cosa, pues, merecía estudiarse.

Y como más vale un avisado que cien doctores, y Toñuelo y Farruco no estaban dispuestos á perder en un momento lo que tantos días, tantos trabajos y tantos sudores les había costado adquirir, diéronse á pensar, encerrados en el fondo obscuro de sus madrigueras, la manera de llegar á Monforte, no sólo sanos y salvos, sino que, aun á trueque de arribar llenos de polvo y paja, conservando las relucientes onciñas, punto, base y fundamento de una vida holgada durante ocho meses de crudo invierno.

Doña Necesidad ha sido, es y será la mayor milagrera.

Farruco y Toñuelo, instigados por ella, ó por ella guiados, tomaron por unanimidad la más peregrina de las resoluciones.

Colocados en la carretera que á Galicia conduce, procuraron, antes que la noche cerrara, el encuentro de una de esas parejas cuyos tricornios espantan como nada de sus alcances á la maleante gente que siempre abunda por los caminos.

Cuando la hubieron encontrado, á ella se dirigieron, diciéndole en dialecto muy parecido al castellano ó en castellano muy parecido al gallego:

«Señores: nosotros dos somos dos pobrecitos bandoleros que habiendo cometido el robo de unas onciñas al cura de la aldehuela tal de Monforte, las cuales onzas llevamos encima, queríamos llegar á la corte para gastárnoslas alegremente. Pero la conciencia nos remuerde por este delito; deseamos reintegrar al señor cura su dinero y nos ponemos á disposición de vuestras mercedes para que por tránsitos nos conduzcan á nuestra tierra, donde al juez daremos cuenta de nuestro delito, al señor cura devolveremos sus ahorros y á nuestros cuerpos les tocará sufrir la pena que las autoridades nos impongan en justo castigo á nuestra perversidad.»

La pareja de civiles, verdaderos ángeles custodios de los caminantes, ¿qué más quiso escuchar? Oída la confesión, amarró á sus penitentes codo codo, no desprendiéndose de ellos hasta que, muy recomendados, les entregó á su compañera la pareja del puesto inmediato.

Y así sucesivamente, ¿hasta nuestros días?.. ¡No!, hasta Monforte.

Y cada pareja contaba con que aquel servicio le sería premiado con un ascenso en su carrera ó con una condecoración por lo poco para su casaca.

Excusado me parece añadir que Toñuelo y Farruco hicieron la caminata asegurados de tal modo que en los días que duró la peregrinación no tuvieron los aguzados caminantes el tropiezo menor.

Ignoraron siempre si algún discípulo de Monipodio tuvo intención de desbalijarlos. Lo que sí vieron fué que la sorpresa de los civiles fué mayúscula, cuando se convencieron en Monforte de que todo el vecindario, incluso el cura, recibía á los segadores con las muestras más expresivas del cariño más acendrado; que habían servido inocentemente de escolta á unos pícaros, con tanto ingenio como escama y medrosidad; que hay rústicos que dan ciento y raya á los más afamados talentos cortesanos, y... que en este mundo el que no corre es porque vuela.

Voilà tout.

Y como me lo contaron, queridísimo lector y linda lectora, te lo cuento, sin añadir ni quitar punto ni coma.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO



FLOR DE LYS, fotografía de Miss Frances B. Johnston, de Wáshington
(Exposición de la Real Sociedad Fotográfica de Londres de 1897)

NUESTROS GRABADOS

Flor de lys, fotografía de Miss Frances B. Johnston.—Cada día se aprecia en más la importancia de la fotografía, no ya en sus vulgares aplicaciones, sino en el concepto artístico: de aquí el sinnúmero de exposiciones que se celebran en los principales centros del arte, entre los que ocupa lugar muy preeminente la ciudad de Londres. De uno de los certámenes allí celebrados recientemente procede la fotografía que en esta página reproducimos, y acerca de cuyas bellezas nada diremos, porque de tal manera saltan á la vista, que á no saber el origen del grabado creería cualquiera que se trata de una obra pictórica debida á un maestro consumado.

Escena final de la ópera «Carmen,» cuadro de Manuel Cabral Aguado y Bejarano.—El hermoso cuadro que reproducimos, inspirado en la notabilísima partitura del malogrado Bizet, es obra del Sr. Cabral Aguado Bejarano, distinguido profesor de la Escuela de Bellas



ESCENA FINAL DE LA ÓPERA «CARMEN,» cuadro de Manuel Cabral Aguado y Bejarano
(Exposición de Bellas Artes de Barcelona)



MONTE CARLO, dibujo de F. Gómez Soler.



EN EL BALCON, cuadro de José Llovera [illegible]



Fig. 1. – Gran Palacio de Bellas Artes que se construye en los Campos Elíseos de París

Artes de Sevilla. No se trata, pues, de la producción de un artista novel, muy al contrario, puesto que el autor del lienzo á que nos referimos ha demostrado repetidas veces su valía y obtenido señalados triunfos en diversos certámenes artísticos. Su hermosa composición es una muestra de sus recomendables aptitudes y de su facilidad é inteligencia para disponer y ejecutar en el lienzo escenas movidas esencialmente dramáticas, que cual la de la escena final de la ópera *Carmen*, tanto impresionan.

Flor de invierno, cuadro de Eduardo Gelli.—Esta obra del ilustre artista italiano fué unánimemente admirada cuando se expuso en el certamen internacional de Bellas Artes recientemente celebrado en Florencia, y en verdad que la admiración nos parece justificada, porque difícilmente puede pintarse un rostro más lleno de expresión y vida, ni una figura más esbelta y elegante, ni una actitud más natural que la actitud, la figura y el rostro de esta dama cuya belleza y cuyo traje explican perfectamente el nombre de *Flor de invierno*.

Violetas de Roma, cuadro de Carlos Pellicer. – El autor de este cuadro empieza, por decirlo así, ahora su carrera artística, á pesar de lo cual *Violetas de Roma* reune condiciones que sólo en las producciones de los artistas consumados suelen encontrarse; y es porque, además de sus excelentes dotes naturales, de su entusiasmo por el arte y de su aplicación al trabajo, ha adquirido una educación sólida que actualmente está perfeccionando y completando en París bajo la dirección del insigne Bouguereau.

Sevilla. Un embarcadero en el Guadalquivir, dibujo de Manuel García Rodríguez. — Un nuevo apunte del natural, obra del discreto pintor sevillano Sr. García Rodríguez, ofrecemos á nuestros lectores, copia de una de las pintorescas riberas del Guadalquivir en sitio próximo á la ciudad, que á lo lejos se destaca por encima del arbolado y de la frondosa vegetación, caracterizada por la gallarda Giralda, muestra elocuentísima de la fantasía creadora de los alarifes árabes. Considerable es el número de producciones de carácter sevillano que ha ejecutado nuestro distinguido amigo, y á pesar de ello, vemos con satisfacción que siempre halla nuevos asuntos en que inspirarse y medio para demostrar el intenso cariño que dedica á la ciudad que le vió nacer.

Guerra de Cuba.—Los dos grabados que publicamos en la página 805 continúan la serie de los que venimos dando en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA como información gráfica de la lucha que sostenemos en la perla de las Antillas. La descripción de los mismos nos parece innecesaria, porque no sólo en España, en el mundo entero interesa en alto grado la guerra de Cuba, y no hay, á buen seguro, quien no conozca al dedillo el sistema de operaciones que allí se sigue. ¡Quiera Dios que pronto podamos dedicar el espacio que hace tiempo consagramos á este asunto á otros más gratos, y si no más honrosos, más útiles para la prosperidad de nuestra patria!

Monte Carlo, dibujo de F. Gómez Soler.—Se ha escrito tanto sobre el juego y sobre el minúsculo principado en donde se ha erigido magnífico alcázar á este vicio, que nos parece ocioso, á propósito de la bonita composición de Gómez Soler, insistir una vez más en unos asuntos tan manoseados. La obra, en éstos inspirada, del reputado dibujante catalán, es digna del mayor elogio porque en ella está perfectamente sintetizada la vida de Monte Carlo, y expresadas con gran acierto las incomparables bellezas naturales de aquel privilegiado país, la magnificencia de su Casino, el aspecto de su sala de juego y un trágico episodio que por desgracia se repite allí con relativa frecuencia.

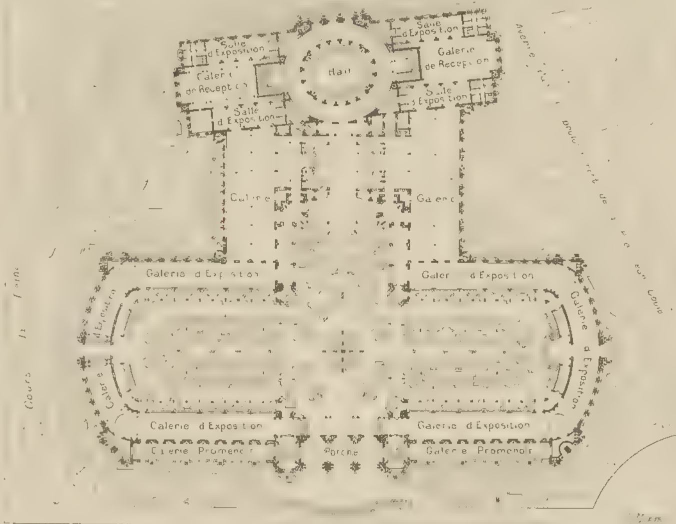


Fig. 2. – Plano del Gran Palacio de Bellas Artes

Un jefe indio, cuadro de Antonio Fabrés. – Cada nueva obra que produce el admirable pincel de nuestro distinguido compatriota es una demostración más de las excepcionales dotes que le adornan y un nuevo laurel que añadir á los muchos que tiene justamente conquistados en su carrera artística. Residente desde hace algunos años en París, Fabrés ha encontrado en aquella capital ancho campo para sus brillantes iniciativas, y en ella y en Londres mercado seguro para sus primorosos cuadros, que se disputan los más inteligentes capitalistas pagándolos á precios exorbitantes. Su *Jefe indio*, una de sus últimas producciones, reune en alto grado todas las condiciones de valentía y seguridad en el trazo, corrección en el dibujo, minuciosidad en la ejecución y brillantez en el colorido.

En el balcón, cuadro de José Llovera. — No ha sido el malogrado Llovera de aquellos artistas á quienes no se ha hecho justicia sino después de muertos; ya en vida pudo el ilustre pintor reusense saborear las delicias de la gloria conquistada en noble lid y palmo á palmo. Sus obras traspasaron las fronteras de nuestra patria y contribuyeron á vulgarizar el conocimiento de tipos y costumbres de nuestra tierra; y en los principales mercados del mundo hallaban sus primorosos cuadros segura venta á precios elevadísimos, causando admiración por la espontaneidad, la gracia y la intención, que fueron siempre las cualidades salientes del artista renombrado. Estas cualidades aparecen en alto grado en el lienzo que en este número reproducimos, cuyas tres figuras hábilmente agrupadas tienen en sus actitudes una naturalidad y en sus rostros una expresión que cautivando nuestro ánimo hacen brotar de los labios el más caluroso elogio, y recrudecen en el corazón el sentimiento por la muerte prematura de quien supo dar forma á tantas bellezas.

El Gran Palacio de Bellas Artes en los Campos Elíseos de París.—En el número último publicamos las vistas de uno de los palacios que se han de construir en los Campos Elíseos de París: hoy reproducimos el otro, el Gran Palacio de Bellas Artes, cuyo plano definitivo ha sido trazado en común por los arquitectos que obtuvieron los cuatro premios en el concurso de 1896, Girault, Louvet, Deglane y Thomas. Los grabados que en esta página insertamos dan idea completa y exacta de la grandiosidad del conjunto y belleza del exterior de este palacio, así como del acierto que ha presidido en la distribución interior del mismo, en cuyo primer piso se celebrará anualmente el certamen artístico internacional conocido con el nombre de Salón.

La herida del general Mitre, cuadro de Vicente Nicolau Cotanda. — El infatigable pintor valenciano D. Vicente Nicolau Cotanda, domiciliado hace ya algunos años en Buenos Aires, es un artista en toda la extensión de la palabra que sostiene muy alto el pabellón español en las Repúblicas del Plata. Con su cuadro *Los últimos momentos de Dorrego*, que dimos oportunamente, quiso contribuir por su parte á la creación de la pintura histórica argentina, y los aplausos que la crítica le concediera prueban que estuvo inspirado nuestro modesto paisano al trasladar al lienzo aquel interesante episodio de la historia de aquella República.

Recientemente ha terminado y expuesto estos días en los salones de «La Colmena Artística» otro cuadro de grandes dimensiones, *La herida del general Mitre*, que reproduce fielmente nuestro grabado de la página 816, y que como el anterior le ha valido á Cotanda espontáneos aplausos.

Ha expuesto además en los citados salones una *Santa Rosa de Lima*, una de las obras más inspiradas de este pintor, y otro cuadrito, *Las rosas*, estudio del desnudo.

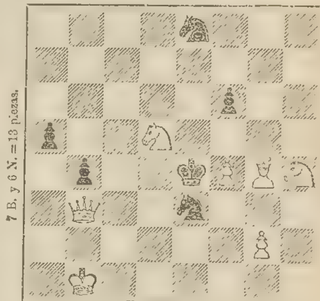
Sin duda quiso Cotanda demostrar que su paleta se presta para todos los géneros, ya que en todos ellos se descubren las pinceladas de un maestro.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 99, POR J. POSPISIL (Praga)

Cuarto premio del Concurso organizado por la Revista *Ruy López*.

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 98, POR B. G. LAWS.

Blancas.	Negras.
1. D 2 C R	1. P toma P (*)
2. C 4 T R jaque	2. R juega.
3. A ó C mate.	

(*) Si 1. P 6 A D; 2. C 5 R jaque, y 3. A ó D mate; – 1. R 6 D; 2. C [illegible] R jaque, y 3. A mate; – 1. R toma P; 2. D 6 C jaque, R toma D; 3. C 4 T R mate; – 1. R toma C; 2. C 5 C jaque, y 3. D ó C mate; – 1. T 3 A D; 2. D 2 R jaque, y 3. C ó D mate. La amenaza es 2. C 5 R jaque, y 3. A ó D mate.



[illegible]

MI TIO JUAN

Novela original de José L'Hopital, ilustrada por Marchetti

(CONTINUACIÓN)

–¿Estará ausente mucho tiempo el Sr. Muterel?, preguntó al fin.

–Me ha dicho que no volvería hasta la noche; ya ves que tienes tiempo de pensarlo.

–Pensaré y procuraré que usted quede contento de mí.

–¡Ah, buena sangre!, exclamó Chantavoine, otra vez con cólera, siempre es algo tener que estarte agradecido. Por lo demás, ya sabes que si no puedes decidirte, tanto peor..., nos marcharemos los dos.

–Gracias, tío Juan; pero usted no sería feliz...

–Eso es cuestión tuya, Juanita.

Y salió, sin querer ni atreverse á decir más, aunque bien convencido de que su sobrina comprendía el nuevo sacrificio que de ella esperaba.

Juanita bajó á su vez, y maquinalmente comenzó su trabajo: en la turbación de su espíritu no veía clara más que una cosa: que era la mañana, que Muterel no volvería hasta la noche, que tenía ante sí un día de calma; y retrocediendo instintivamente ante el horror del partido que debía tomar, abandonábase á ese abatimiento tranquilo, á ese extravío lánguido que serena las almas más atormentadas cuando tienen algunas horas de reposo antes de la crisis decisiva.

Muy pronto, sin embargo, volvió en sí, comprendiendo que era preciso tomar una resolución, conformarse y atenerse á ella.

Pero cuanto más pensaba, más se rebelaba contra el pensamiento de obedecer, humillándose ante aquel miserable.

De repente le ocurrió una idea: recordaba las palabras que dos años antes le había dicho Santiago de Berneville en el camino de Varencieres: «Si alguna vez está usted cansada de la vida que la espera, acuérdese de mí.»

¿Acordarse de él? ¡Ah!, sí, tal vez...

No había vuelto á verle sino algunas raras veces desde lejos, en la iglesia., y muy á menudo había tomado el camino del castillo; hasta cierto día penetró en el bosque y comenzó á coger enebro, esperando cándidamente que volviese á pasar por el claro del bosque, persiguiendo á una liebre ó á un corzo, y que le vería y hablaría tal vez. ¡Oh, hablarle, no!.., tan sólo verle.

Y á vueltas de estos dulces pensamientos, Juanita, olvidando todo lo demás, dejaba de ordeñar á la *Berrenda*, que volvía hacia ella la cabeza, con sus grandes ojos húmedos y como asombrados.

¡Vamos, estaba loca! ¡Cómo había de pensar en ella el vizconde de entonces, conde ahora!

¿Había venido acaso ni siquiera una vez á los Muriaux desde hacía un año? Tan sólo se había visto por allí al agente de negocios, que iba á cobrar los alquileres y á examinar las construcciones... Y ¿por qué se había de acordar el Sr. Santiago de una joven como ella? ¡Seguramente conservaba rencor á su tío Juan, que había votado contra él, y no se quejaba porque se le pagaba bien; pero no volvería á poner nunca los pies en la granja! ¡Para esto hubiera sido necesario que Juanita..., estaba loca, sí, estaba loca!

Y tiró tan nerviosamente del pezón, que la *Berrenda*, impacientada, dió una coz en el cubo y casi le derribó.

¡Sin embargo..., no le quedaba más recurso..., era la última carta que podía jugar! Sí..., ahora lo recordaba bien.., ella fué quien impidió al vizconde denunciar á su padre los manejos de Muterel, y la firma que ponía Chantavoine á merced suya. Lo había hecho por amor á su tío Juan, para impedir que sus hijos le ocasionaran disgustos; pero ¿no se los daban ahora mayores que nunca?

Si el Sr. Santiago quisiera aún... «Acuérdese usted de mí,» había dicho...

¿Por qué no intentaría este último medio? Tal vez al verla el conde de Berneville recordaría que había sido bueno para ella en otro tiempo. Sí, bueno para ella..., y el único bueno también para su tío Juan.

La mañana avanzaba, y era necesario preparar la comida del mediodía. La señora de Muterel, por supuesto, no se presentó, y según costumbre, se quedó á comer noblemente en sus habitaciones; mas para demostrar que el estado de guerra continuaba, no admitió á Chantavoine á su mesa, y el buen hombre fué á comer tristemente, como otras veces, con sus criados en la cocina.

VIII

Terminada la comida, Juanita se puso el gorro limpio y el vestido de los días de fiesta, y salió, dirigiéndose hacia Berneville. Eran los primeros días de septiembre; un sol deslumbrador reflejábase en la llanura; el aire tenía esa pureza admirable que solamente el otoño le puede comunicar; las espesuras sombrías del parque se iluminaban en el horizonte bajo la ardiente luz, y hasta la línea de los bosques, que cerraban la llanura como un circo inmenso, los rastrojos, las alfalfas, los campos de remolacha y los trigos negros granados extendíanse como una alfombra cambiante.

De repente Juanita prestó oído; á lo lejos resonaban detonaciones de arma de fuego; una liebre pasó por delante de ella como una flecha, huyendo azorada, con las orejas gachas; y una bandada de perdices, dejándose caer en el rastrojo, comenzó á correr por un surco. Juanita dió algunos pasos más, y llegada á un altozano que dominaba la llanura, vió muy lejos, en dirección de los bosques, una larga línea de cazadores. En un principio creyó que venían hacia ella, pero muy pronto pudo reconocer que el rumor de las detonaciones se alejaba: era evidente que avanzaban hacia los bosques, y que la liebre y las perdices habían traspasado la línea.

Juanita permaneció un momento indecisa: por aquel lado toda la llanura pertenecía al conde de Berneville; de modo que él era quien cazaba, y á juzgar por el número de cazadores era una gran partida, probablemente para inaugurar la época de la caza.

La joven se sintió desanimada. ¿Cómo se presentaría á él en medio de todos aquellos caballeros? Después se reanimó, pensando que precisamente en un día de caza le había hablado por primera vez; que la mirarían quizás menos que si se presentase en el castillo; y que una feliz casualidad podría ponerla al paso del conde... Allí cerca veíase un camino de travesía que se prolongaba en línea recta hacia los bosques, y Juanita se aventuró por él valerosamente, alargando el paso para acercarse á los tiradores; pero llevaban demasiada ventaja sobre ella para poder alcanzarlos en la llanura. Cuando llegó á los bosques habían desaparecido y oyó sus voces y sus carcajadas alejándose en la espesura del tallar. Las detonaciones habían cesado; Juanita entró en el bosque, tomó un sendero, guiada por el rumor que se percibía, y muy pronto se detuvo, impresionada por el espectáculo que se ofrecía á sus ojos.

Había llegado á lo alto de una cortadura que dominaba la entrada de un estrecho valle; allí el tallar se interrumpía bruscamente, y para llegar al fondo del desfiladero era preciso descender por una pendiente cubierta de brezos.

Abajo, alrededor de un manantial, cuya boca sombreaban cuatro grandes árboles, todos los cazadores se habían reunido y veíalos distintamente sentados acá y allá sobre la hierba.

Un poco más lejos estaba detenido un gran *break*, y varios criados sacaban de él cestas llenas de viandas y de botellas. De repente resonaron bravos y palmadas; un landó, lleno de señoras, desembocó en el valle; los cazadores corrieron á su encuentro y ellas saltaron del coche. Juanita oyó sus exclamaciones y su viva charla.

Apoyada contra una verde encina, en el lindero del bosque, miraba con la boca abierta aquella alegría y aquellas elegancias, y reteniendo el aliento, temía ahora ser vista. Había reconocido desde luego á Santiago, y veíale ir de un lado á otro haciendo los honores de la comida, invitando á los cazadores á sentarse cerca del manantial, y ocupándose después de los guardas, que alineaban sobre la hierba la caza muerta. Una de las hermosas damas iba con frecuencia á decirle algo; sin duda era la condesa; Juanita no podía dudarlo, pues desde lejos la veía feliz al parecer y encantadora; oíala reir, y su alegría, que le angustiaba el corazón, dominaba todas las demás.

Permaneció vacilante algunos minutos más, sin atreverse á dar un paso ni á retroceder, mientras los tapones del champaña saltaban al aire y se oía el rumor argentino de los vasos, que llegaba hasta ella. Después, llevada de un brusco impulso, echó á correr, volviendo por el camino que había seguido. ¡No, decididamente no le vería! ¿Cómo presentarse delante de aquella gente? ¡Había presumido demasiado de sus fuerzas, y no podía hacerlo!

¡Llegar hasta él, nombrarse á presencia de todos aquellos indiferentes, hablarle de su miseria, y no ser reconocida tal vez, por haber pasado tanto tiempo!.. ¡Todo antes que esto!

Volvió á la llanura, y tomando, sin mirar á su alrededor, el camino de antes, corrió como una loca hacia la granja, afligida de un terror más profundo que todos cuantos había sufrido hasta entonces, revolviendo en su cerebro, exaltado hasta el sufrimiento, la humillación que la esperaba y el espantoso reflujo de los recuerdos que acababan de asaltarla. Y cuando hubo llegado, corrió á su aposento y se encerró, decidida al sacrificio, dispuesta á pedir perdón aquella misma noche al que la insultaba hacía meses; pero deseando permanecer sola algún tiempo para coordinar sus ideas y dominar su desesperación.

IX

Muterel había regresado á los Muriaux antes de lo que se le esperaba, y volvía de muy mal humor por haber sabido en el pueblo que Tranchebize estaba más aliviado. Griffón no le ocultó tampoco que había esperanzas de salvarle, y el aire socarrón que el notario tomó para darle esta noticia, le había exasperado.

Entró en la habitación de Coralia murmurando, y como ésta, sentada ante su piano, continuara sin cuidarse de él, haciendo gorgoritos interminables, la mandó callarse con un tono que no admitía réplica.

No se necesitaba más para que el humor de Coralia se igualase con el suyo, y le preguntó con tono duro qué significaba aquella manera de proceder. Muterel se encogió de hombros, y sin más preámbulo refirió lo que le habían dicho en Varencieres, dulcificándose después al ver que su esposa estaba tan consternada como él por la mejoría de Tranchebize. Luego preguntó qué había ocurrido en la granja durante su ausencia.

Coralia hizo el relato detallado de la cuestión que había tenido por la mañana con Juanita, á quien despidió, según lo convenido entre ellos; pero añadió que Chantavoine había tomado á mal la cosa, montando en cólera de una manera de que no le creía capaz, y había amenazado con salir de la casa con su sobrina. Entonces ella, pensando que no debía extremar las cosas demasiado, concedió á su padre que Juanita permaneciese en la granja; pero con la condición de que aquella misma noche, delante de todo el personal reunido, haría penitencia pública, pidiendo perdón á Muterel de su arrebato de la víspera. ¡Oh, bien sabía que Juanita era demasiado orgullosa para consentir en semejante humillación!; pero ¿no era esto lo que ellos deseaban? Los dos se marcharían, tío y sobrina, y así quedarían libres de ellos; después tratarían de asegurar la existencia del viejo, y ellos vivirían tranquilos. Al exponer su ingeniosa combinación, la mujer gorda se contoneaba triunfalmente en su silla.

Pero á medida que hablaba, su marido fruncía el ceño cada vez más, y cuando hubo concluído, dió libre curso á su mal humor.

¿Qué necesidad había de precipitar tanto las cosas? ¿No podía esperar, antes de imponer semejantes condiciones sin haberse entendido con él? ¡Claro era que Juanita no querría humillarse hasta ese punto! ¿Y entonces, qué? Se marcharían ¿Y después? ¡Buen efecto produciría esto en el país!

¡Ah, qué desgracia era tener una mujer estúpida!

¿No había comprendido que la despedida de Juanita era una estratagema? Aparentar que se echaba de la casa á la joven, atontar al viejo, que tenía empeño en guardarla á su lado, aprovecharse de su aturdimiento para confinarle en un rincón cualquiera de la granja, donde viviría como pudiera, sin mandar ya nada ni entorpecer la autoridad absoluta que él, Muterel, pensaba ejercer.. ¡He aquí el plan! Y para que tuviese buen resultado, bastaba una cosa muy sencilla: dejar á Chantavoine gritar, y contestarle tranquilamente que Muterel tomaría una resolución definitiva á su regreso. ¡Pero la verdad es que cuanto más estúpido es uno, más quiere inventar, y tan sólo hace disparates!

Coralia, mortificada, contestó con acritud que puesto que él tenía tanto talento, ella no se mezclaría ya en nada, y Muterel repuso que no podía hacer cosa mejor. Entonces, como Coralia recordase ciertas discusiones conyugales anteriores, que él había cortado prontamente con algunos bofetones, juzgó prudente guardar silencio, limitándose á refunfuñar.

Muterel salió, ordenando á su mujer que permaneciese en su habitación, por temor, añadió, de que cometiera más necedades; y Coralia, una vez sola, desahogó su cólera en el piano, arrancando de él frenéticos acordes.

Muterel estaba muy perplejo: por ningún precio quería que Juanita se fuese, pues la pasión que le inspiraba era de aquellas que no ceden sino con la saciedad. Aparentando despedirla, había previsto la indignación de Chantavoine, y hasta entraba en sus planes; pero no pudo suponer que el viejo la emprendería con su hija. Contaba con promover una discusión en la que habría impacientado al buen hombre, llevándole á cometer cualquiera violencia, y después hubiera afectado ser generoso, consintiendo en tenerle á su lado con la sobrina, por caridad, pero relegándole á un lado para retirarle la escasa autoridad que aún le quedaba. De este modo habría matado dos pájaros de una pedrada, pues libre de Chantavoine, que le molestaba, habría conservado á Juanita bajo su mano; pero ahora, ¿cómo hacerlo? Juanita, indignada, quería marcharse á toda costa, ¿cómo retenerla?.. Y si el viejo se obstinaba en seguirla, ¿cómo evitarlo?.. Y por otra parte, ¡qué escándalo en el país! ¿No llegaría esto á oídos del conde? ¿Qué sucedería si él llegase á intervenir? Porque, en fin, á Chantavoine y no á él se había arrendado la granja. Hasta entonces el buen hombre había tenido la voluntad ó la sencillez de creerse ligado por un compromiso que no tenía derecho de contraer sin avisar á su propietario; pero ¿y si se rebelaba al fin?

Muterel se decidía prontamente, y después de algunos minutos de reflexión se tranquilizó, porque había encontrado el medio de conseguir su objeto.

Fué á buscar deliberadamente á Chantavoine; pero en vez de tomar la actitud severa del hombre ofendido, afectó ese aire paternal y bonachón que tantas veces le había servido. Se quejó en términos mesurados del ultraje que Juanita le había inferido, é hizo valer la necesidad en que se hallaba de obtener satisfacción, para poner á salvo su decoro y su autoridad en la granja.

Sentado esto, censuró á Coralia por haber querido imponer á Juanita una humillación excesiva, y añadió que, comprendiendo el afecto que el tío profesaba á la sobrina, consideraba un deber no separarle de ella; pero Chantavoine debía entender que la vida común con Juanita era ya imposible para él: no que-

ría ni podía tolerarla. ¿No había medio de conciliarlo todo? La casa del arrendador entrante, aunque deshabitada hacía largo tiempo, podía servir aún, teniendo dos aposentos y chimenea... ¿Por qué Chantavoine no se instalaría allí con Juanita? En aquella casa vivirían independientes, pudiendo coger sus verduras en el huerto, tomar de las provisiones el tocino necesario y de la bodega el vino; de modo que no carecerían de nada. Como era justo, Chantavoine no tendría ya que intervenir en la granja; pero á su edad, esto sería un descanso para él. En cuanto á Juanita, como precio de su alimento se exigiría que siguiese ocupándose del corral y de las vacas; era un trabajo que sabía desempeñar bien; pero, así como antes, no se le daría salario. ¿No era lo menos que podía hacer en cambio del perdón que se le concedía? Así, pues, habitación aparte, existencia separada, reposo para Chantavoine; y para Juanita, sus ocupaciones acostumbradas. Tales eran las condiciones mediante las cuales se haría la paz, quedando todo el mundo contento. ¿No era esto aceptable?

Chantavoine le dejó decir, bajando la cabeza. Pocos momentos después Juanita fué á buscarle, con el corazón oprimido, pero firme la voluntad, dispuesta á todo... Su tío le refirió sencillamente lo que Muterel le había propuesto.

La joven no se hizo ilusiones sobre aquella moderación aparente; al punto comprendió que esto era para su tío el aislamiento, la ociosidad, la lenta agonía, y tal vez muy pronto, hasta la miseria; mientras que para ella significaba el peligro permanente, la inquietud y el terror de todos los días. Pero ¿qué podía hacer?

Se le perdonaba la humillación; permanecía con su tío Juan, y podría dulcificar con sus cuidados sus últimos días, que presentía muy próximos... Por eso le aconsejó que aceptara.

X

A principios del invierno, terminada ya recientemente la siembra de los trigos, Muterel tuvo una gran alegría. ¡Cierta mañana supo que Tranchebize había muerto! La mejoría de salud que se produjo engañosamente en septiembre no había durado, y el mal recrudeció con violencia á la caída de la hoja. El enfermo, obstinándose en vivir, había pensado en volver al Mediodía; pero en medio de sus preparativos de viaje llegó su fin con la rapidez del rayo.

El terreno, pues, quedaba despejado y de la mejor manera posible: Tranchebize, que no quiso transigir con sus principios, había muerto como había vivido, siendo radical, ateo y librepensador, y dejando así á su probable sucesor obligado á encargarse del entierro civil, que podía servirle de precioso puente. Ahora le sería dado á Muterel seguir adelante con sus planes, entusiasmar á su comité y pronunciar los discursos que hacía largo tiempo había mandado preparar á las mejores cabezas entre los librepensadores de Varencieres, discursos que ya sabía al dedillo.

En su consecuencia, tomó posición al punto: dirigióse á Varencieres, donde visitó á muchas personas; manifestó, dándose importancia, una dolorosa emoción, y dejó escapar algunas palabras muy sentidas sobre la gran pérdida que la República acababa de sufrir. Por la noche mandó hacer en la granja café en señal de luto; pero una vez en la habitación de Coralia, no trató ya de disimular la intensidad de su satisfacción; y mientras que su rechoncha mujer, poseída de entusiasmo, preludiaba en el piano los acordes de una mazurka arrebatadora, se arriesgó á ejecutar varias cabriolas, faltando poco para que cayera, por habérsele enredado los pies en una silla.

Ya era tiempo para él de que llegase esta buena noticia, pues en los Muriaux nada iba como hubiera querido. La súbita retirada de Chantavoine, su confinamiento en la casa del arrendador entrante y la abdicación absoluta que de él se exigiera habían producido disgusto entre los antiguos criados que acostumbraban á trabajar á sus órdenes; y la altiva gravedad de Coralia, los modales bruscos é imperiosos del nuevo dueño, no tardaron en suscitar murmuraciones. El nuevo amo había resuelto hacer cambios en la granja, sustituyendo los quinteros y el pastor, lo cual dió lugar á muchas habladurías en el país.



Juanita, olvidando todo lo demás, dejaba de ordeñar á la *Berrenda*

Hacer entrar en vereda á todo un personal nuevo no es cosa fácil en una granja, ni se consigue á menudo sin decepciones y tropiezos. Los carneros, mal atendidos, habían comenzado á cojear; un quintero novicio había estropeado varios arbolillos á fuerza de golpes con el arado; y un caballo sobrecogido de retortijones durante la noche, había muerto por falta de cuidados. Solamente la vaquería se conservaba en buen estado, gracias á Juanita, que cumplía puntualmente con su servicio, velando para que sus animales no careciesen de nada, y sin hablar á nadie, excepto al vaquero, un palurdo que la obedecía dócilmente y que Muterel no quiso despedir, considerándole demasiado estúpido para ver ni comprender nada.

Aquel mutismo de Juanita, que, según comprendía, estaba siempre alerta, habíale irritado desde los primeros días; pero otra cosa más le exasperaba. Había comenzado de nuevo á rondarla, eligiendo con preferencia el momento en que ordeñaba sus vacas; de modo que la joven debía tolerarle y oirle por fuerza. Empezaba por frases indiferentes, vagas observaciones sobre la temperatura, la sementera y el ganado, como si no recordase nada de lo que había ocurrido entre ella y él, y afectando el aire de un labrador bonachón, ocupado únicamente de su cultivo y de su ganado. Como Juanita no contestaba, fingía no fijarse en su silencio, no insistía más y retirábase.

La joven le encontraba en la lechería, contemplando los cuencos donde se hacía la nata, ó dando vueltas alrededor de la estufa, la cual llenaba de leña, ó bien agitando con precaución la mantequera vacía. Iba detrás de la joven á los gallineros; interesábase al parecer vivamente por el estado de las gallinas y de los patos, y hablaba de continuo con tono plácido y amable, acosándola con una paciencia que martirizaba á Juanita. Cierto día arriesgóse á pronunciar una frase galante, y le dijo:

—¡Ah, si usted quisiera!..

La joven huyó precipitadamente.

Al otro día, cuando Muterel volvió á la hora de ordeñar las vacas, Juanita no estaba ya sola; Chantavoine se paseaba detrás de los animales, y al ver esto hizo una mueca; pero sin atreverse á decir nada, fué á emboscarse en la lechería. Sin embargo, la joven entró allí también acompañada de Chantavoine. En el patio, junto á su sobrina y distribuyendo la avena á los volátiles, volvió á ver al tío Juan momentos después; y desde aquel instante, siempre y por doquiera, encontrábalos uno junto á otro. ¿Qué hacer? Ciertamente no podía prohibir á su suegro que se paseara por el patio...

Entonces comenzó á espiar: cierto día, habiendo visto al viejo salir solo de la casa, aventuróse por este lado y levantó el pestillo de la puerta; pero un gruñido de mal agüero le detuvo inmóvil: en medio de la sala, delante de Juanita, que mondaba patatas, había visto á *Mostacho*, mirándole fijamente, con el pelaje erizado, enseñando los colmillos y los ojos sangrientos, terribles bajo su aspecto belicoso de granadero veterano de Waterloo; y obrando con prudencia, emprendió la retirada. Sin embargo, estaba resuelto á concluir de una vez; aquellos obstáculos, aquella defensa, preparada siempre, no hacían más que inflamar su pasión hasta la rabia; comenzaba á ser capaz de los peores extremos, y todo era de temer para Juanita, para Chantavoine y para *Mostacho*, cuando llegó la noticia de la muerte de Tranchebize.

El incidente resultó ser de los más felices, pues apenas despertada la ambición de Muterel, su pasión pareció adormecerse. ¡No se trataba ahora de dominar aquella joven, sino de lanzarse en la política, alcanzar la victoria en las elecciones y entrar triunfalmente en el Palacio Borbón! Ya no le quedaba tiempo para ocuparse de bagatelas amorosas; necesitaba toda su actividad, la plenitud de su inteligencia y de su astucia, y dejó de acosar á Juanita, que pudo disfrutar de algunos días de reposo.

El entierro de Tranchebize fué magnífico; ningún librepensador recordaba haber visto nunca semejante afluencia de banderas, de coronas, de políticos notables, que lucían en el ojal la siempreviva encarnada. En el cementerio se pronunciaron interminables discursos; el prefecto, Sr. Franck Soufrín, habló del admirable criterio político del difunto, de sus profundos conocimientos, del apoyo inapreciable que en su celo por el bien del país no había cesado de prestar á la administración, y terminó con un apóstrofe vibrante á Francia y á la República, consoladas del duelo de tal muerte por el recuerdo, por el ejemplo que aquel hombre tan eminentemente fiel á nuestras instituciones dejaba tras sí. El venerable de la logia masónica ensalzó el espíritu filosófico del difunto, y la altiva independencia de alma que le había mantenido siempre en el horror á la superstición; y concluyó proclamando que la libertad no estaría jamás asegurada mientras no se impidiera á los sacerdotes de una religión aborrecida insultar públicamente á la razón, asentando su ambición invasora sobre esa credulidad cuyas tinieblas deshonrosas están lejos aún de haberse desvanecido completamente ante la antorcha regeneradora de la ciencia y del pensamiento humano.

Muterel, en su calidad de alcalde de Varencieres, fué el último que habló.

Adelantóse hasta la orilla de la fosa, contoneándose majestuoso, se irguió, haciendo sobresalir el vientre, lo cual permitía ver su traje negro del todo nuevo, y recitó de un tirón, sin omitir ni una palabra, el discurso que hacía meses repasaba en su memoria para aquella ocasión. Al fin halló medio de hacer temblar convenientemente su voz; se preguntó cómo se podría reemplazar semejante hombre, y si se atrevería jamás alguno á tomar sobre sí la pesada carga de ocupar su puesto.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL PLANETA MARTE

De todos los planetas que gravitan alrededor del Sol, el que más semejanza ofrece con la Tierra es, según parece, Marte, que, sin embargo, difiere de ella en puntos esenciales y en cuya superficie se observan configuraciones llamadas canales que constituyen todavía un misterio para los astrónomos.

Marte dista del Sol 227 millones de kilómetros, y su revolución dura unos 687 días: su diámetro es un poco mayor que la mitad del de la Tierra y la gravedad en su superficie guarda con la de nuestro planeta la proporción de 1 á 3. En él se han distinguido desde hace mucho tiempo unas manchas grises verdosas que contrastan con el fondo amarillo ó rojo del resto del globo y que presentan en sus formas una persistencia notable, variando sólo su aspecto á consecuencia del cambio relativo de lugar del planeta y de la Tierra. Las manchas fijas han permitido determinar con gran exactitud la duración de la rotación de Marte, que es de 24 horas, 37 minutos, 23 segundos, y de la inclinación de su eje, poco diferente de la del de la Tierra, se deduce que las estaciones son allí análogas á las nuestras, aunque de duración casi doble y más desiguales, y que su superficie puede dividirse en cinco zonas como las de nuestro planeta. Los múltiples experimentos y observaciones realizados demuestran que Marte tiene una atmósfera bastante densa.

Fig. 1. – Planisferio del planeta Marte trazado según las observaciones de M. Schiaparelli desde 1882 á 1884

Las épocas más favorables para las observaciones son aquellas en que el planeta está en oposición, es decir, cuando la Tierra se halla casi entre el Sol y Marte: las oposiciones se reproducen cada dos años aproximadamente.

En 1877 los astrónomos convenían en que las manchas obscuras eran *mares* y los espacios claros continentes. La figura 4 reproduce dos dibujos hechos, el de la izquierda por M. Perrotin en el observatorio de Meudon, y el otro por D. José Comas en Barcelona, que dan una idea de lo que en el planeta puede verse. Lo que más sorprende en el aspecto de los planisferios de Marte trazados entonces por Green, Schiaparelli, Flammarion, etc., es la poca extensión ocupada por los mares comparándola con la de los de la Tierra. En la oposición de 1879 comienzan los descubrimientos de Schiaparelli, el más importante de los cuales es el de una red de líneas rectas de color obscuro que se entrecortan y ponen, al parecer, en comunicación las manchas con los espacios claros: M. Schiaparelli denominó á esas líneas *canales*, nombre que han conservado. La longitud de estos canales es generalmente de 4.000 á 5.000 kilómetros y su anchura puede calcularse por lo menos en 100 kilómetros; los canales, de los que se ven algunos en la figura 4, terminan en un mar ó en otro canal; ninguno termina en un continente. En 1881 el mismo Schiaparelli descubrió el fenómeno de la duplicación de los canales, que consiste en la aparición de un segundo canal paralelo al primero sin que éste haya cambiado de aspecto ni de posición.

Fig. 2. – Configuraciones observadas en Marte en el laboratorio Lowell

Fig. 3. – Configuraciones observadas en Marte en el laboratorio Lowell

Fig. 4. – Aspectos del planeta Marte observados en Meudon por M. Perrotin y en Barcelona por D. José Comas

Las oposiciones siguientes se emplearon en comprobar y completar las observaciones precedentes.

Con posterioridad á 1892, año en que Flammarión reunió en un tomo los numerosos datos que acerca de Marte se tenían, se ha realizado un descubrimiento más sorprendente é importante que todos los anteriores: un astrónomo americano, Mr. Percival Lowell, descubrió durante la oposición de 1894 desde su observatorio de Nuevo México que los canales se prolongan en línea recta al través de las manchas obscuras y van á terminar en las inmediaciones del polo, como indican las figuras 2 y 3. Estas observaciones se compaginan mal con la antigua hipótesis de que las manchas obscuras son mares, y parecen poner fuera de duda la comunidad de origen de los canales y de estas manchas. Además, se han confirmado las modificaciones de las orillas, sucediendo que algunas extensiones verdosas de muchos centenares de kilómetros cuadrados desaparecen en un tiempo asombrosamente corto, á todas luces insuficiente para que pueda retirarse de ellos el agua. Mr. Lowell ha emitido, en su consecuencia, una nueva teoría acerca de Marte que resumiremos diciendo: respecto de la atmósfera, las nubes son la excepción, lo cual prueba que la circulación atmosférica del agua no tiene en Marte la actividad que en la Tierra y que no hay allí mares, circulando el agua sólo por un sistema de canales profundos; las grandes masas obscuras son llanuras bajas y los espacios claros regiones más elevadas regadas por canales, y éstos y aquéllas experimentan cambios de color en relación con las estaciones, alimentándose los canales con el agua procedente de la fusión de las nieves polares.

Otras varias observaciones ha hecho Mr. Lowell que la falta de espacio nos impide examinar; pero lo consignado basta para dar idea de cómo se diferencia de las anteriores su teoría acerca de Marte que, si bien no puede admitirse sin reservas, es la única que explica casi todos los hechos apreciados en aquel planeta.

Para la mejor comprensión de los detalles observados en Marte publicamos (fig. 1) un planisferio del mismo, hoy insuficiente, trazado por la Sociedad Astronómica de Francia, según las observaciones hechas por Schiaparelli en 1882-1884 en el observatorio de Milán. – M. F.

EL MAYOR METEORITO DEL MUNDO

El teniente Peary, explorador norteamericano, acaba de regresar de un viaje á las heladas regiones árticas, trayendo á bordo del vapor *Hope* una enorme masa de metal, cuyo origen es meteórico según unos y volcánico según otros. Lo cierto es que esta masa es del hierro más puro y que pesa de setenta á noventa toneladas. Este meteorito es seguramente el mayor fragmento de hierro natural que se conoce en el mundo, pues otro fragmento conservado en el Museo Británico, y único que puede compararse con aquél, sólo pesa diez y ocho toneladas. El ejemplar traído por Peary ha sido colocado en el Museo de Historia Natural de Nueva York.

El mayor meteorito del mundo

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

Cansons catalanes, harmonisades per *Enric Morera.* – La casa editorial barcelonesa «L' Avenç» ha publicado *Los segadors*, sentida canción popular, recuerdo de la guerra separatista de 1640, admirablemente arreglada para coro de hombres y para canto y piano por el inspirado compositor Sr. Morera. Véndese á dos reales.

Cuentos escogidos de *H. C. Andersen.* – El último tomo de la Biblioteca Selecta que con tanto éxito publica en Valencia D. Pascual Aguilar, es una colección de los cuentos más escogidos del famoso escritor dinamarqués, cuyas narraciones han adquirido una popularidad indiscutible: la versión castellana, directamente hecha del idioma original, es de D. C. S. de Tejada, quien además ha puesto al libro algunas interesantes notas. Véndese á dos reales.

Peccata minuta, por *Felipe Pérez y González.* – ¿A qué alabar este libro, cuando la firma de su autor constituye su mejor elogio? Decir Felipe Pérez es decir versificación fácil, chiste culto, ideas originales, gracia en los juegos de palabras, etcétera, etc.: de todo esto hay en abundancia en *Peccata minuta*, que forma parte de la Colección Diamante, que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Antonio López y que se vende á dos reales.



La herida del general Mitre. Episodio histórico de las luchas de la República Argentina. Cuadro de Vicente Nicolau Cotanda

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVI — Barcelona 20 de diciembre de 1897 — Núm. 834

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡FELICIDADES!, dibujo de Narciso Méndez Bringa

PROSPECTO PARA 1898

En el presente número inclúimos el prospecto para la nueva serie de la **Biblioteca Universal**, ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y SALÓN DE LA MODA, acerca del cual nos permitimos llamar la atención de nuestros suscriptores, de nuestros corresponsales y del público en general, que verán en él confirmados una vez más los propósitos que siempre nos han animado para hacer de estas publicaciones un modelo en sus respectivos géneros. Entre las obras que para la serie de 1898 de la **Biblioteca Universal** anunciamos, no dudamos que complacerá especialmente á nuestros suscriptores *La perfecta casada*, libro admirable de Fray Luis de León, del cual nos proponemos hacer una edición digna por sus condiciones materiales de las preciosas enseñanzas y de las infinitas bellezas de fondo que tan inmortal obra contiene. A este efecto, el tomo irá ilustrado con bonitas viñetas y hermosas láminas en colores, reproducciones de las acuarelas pintadas ex profeso por el reputado artista Sr. Bacarissas, que representan las principales fases de la vida de la mujer, por lo cual no vacilamos en asegurar que esta obra será estimada por los suscriptores á la **Biblioteca Universal** como una de las mejores en la misma publicadas.

En cuanto á nuestros corresponsales, inútil nos parece excitar su celo en pro de las publicaciones á que esta advertencia se refiere: en la historia de las mismas, en el hecho de haber cumplido siempre con creces nuestros ofrecimientos, en el favor creciente con que el público recompensa nuestros constantes esfuerzos y en la bondad de las obras que para la próxima serie anunciamos en el prospecto está la mejor recomendación que podemos hacerles para que continúen prestándonos su más asiduo concurso á fin de que el mayor éxito siga, como hasta ahora, coronando nuestros propósitos.

Sección Americana de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. – De nuevo suplicamos á nuestros suscriptores de América, y en general á todos cuantos por la literatura y bellas artes del nuevo mundo se interesan, que nos favorezcan enviándonos artículos literarios, reproducciones de monumentos, retratos de personajes importantes, vistas de sucesos de actualidad notables, copias de obras artísticas, y en una palabra, todo cuanto consideren de verdadero interés para los pueblos americanos y digno de reproducirse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LA NOCHEBUENA DEL CARPINTERO

José volvió á su casa al anochecer. Su corazón estaba triste hasta la muerte: nevaba en él, como empezaba á nevar sobre los tejados y las calles, sobre los árboles de los paseos y las granÍticas estatuas de los reyes españoles, erguidas en la plaza. Blancos copos de fúnebre dolor caían pausadamente en el alma del carpintero sin trabajo, que regresaba á su hogar y no podía traer á él luz, abrigo, cena, esperanzas.

Al emprender la subida de la escalera, al llegar cerca de su mansión se sintió tan descorazonado que se dejó caer en un peldaño con ánimo de pasar allí lo que faltaba de la alegre noche. Era la escalera glacial y angosta de una casa de vecindad, en cuyos entresuelos, principales y segundos vivía gente más que medianamente acomodada, mientras en los terceros y cuartos, ó llámense buhardillas y buhardillones, se albergaban menesterosos artesanos. Un mechero de gas alumbraba los tramos hasta la altura de los segundos; desde allí arriba, la obscuridad se condensaba, el ambiente se hacía negro y era fétido como el que exhala la boca de un sucio pozo. Nunca el aspecto desolado de la escalera y sus rellanos había impresionado así á José. Por primera vez retrocedía, temeroso de llamar á su propia puerta. ¡Para las buenas noticias que llevaba!

Altas las rodillas, afincados en ellas los codos, fijos en el rostro los crispados puños, tiritando, el carpintero repasó los temas de su desesperación y removió el sedimento amargo de su ira contra todo y contra todos. ¡Perra condición, centellas, la del que vive de su sudor! En verano, cebolla, porque hace un bochorno que abrasa y los pudientes se marchan á bañarse y tomar el fresco. En Navidad, cebolla, porque nadie quiere meterse en obras con frío, y porque todo el dinero es poco para leña de encina y abrigos de pieles. Y qué, ¿el carpintero no come en la canícula, no necesita carbón y mineral cuando hiela? El patrón del taller le había dicho, meneando la cabeza: «Qué quieres, hijo, yo no puedo sacar de donde no hay... Ni para Dios sale un encargo... Ya sabes que antes de soltarte á ti he *soltao* á otros tres... Pero no voy á soltar á mis sobrinos, los hijos de mi hermana..., ¿sabes? Ya me quedo con ellos solos... Búscate tú por ahí la vida... A ingeniarse se ha dicho...» – ¡A ingeniarse! ¿Y cómo se ingenia el que sólo sabe labrar madera, y no encuentra quien le pida esa clase de obra?

Un mes llevaba José sin trabajar. ¡Qué jornadas tan penosas las que pasaba en recorrer á Madrid buscando ocupación! De aquí le despedían con frases de conmiseración y vagas promesas; de allá, con secas y duras palabras, hasta con marcada ironía... «¡Trabajo! Este año para nadie lo hay...,» respondían los maestros, coléricos, malhumorados ó abatidos. De todas partes brotaba el mismo clamor de escasez y de angustia; doquiera se lloraban los mismos males: guerra, ruina, enfermedades, disturbios, catástrofes, miedo, encogimiento de los bolsillos... Y José iba de puerta en puerta, mendigando trabajo como mendigaría limosna, para regresar á la noche con el semblante hosco y el ceño fruncido, y contestar á la interrogación siempre igual de su mujer, con un movimiento de hombros siempre idéntico, que significaba claramente: «No, todavía no.»

La mala racha les cogía sangrados, después de larga enfermedad, una tifoidea, de la chica mayor, Felisa, convaleciente aún y necesitada de alimento substancioso; después de la adquisición de una cómoda y dos colchones de lana, que tomaron el camino de la casa de empeños á escape; después de haber pagado de un golpe el trimestre atrasado de la vivienda y oído de boca del administrador que no se les permitiría atrasarse otra vez y al primer descuido se les pondría de patitas en la calle con sus trastos... En ocasión tal, un mes de holganza era el hambre en seguida, el ahogo para el resto del venidero año. ¡Y el hambre en una familia numerosa! Nadie se figura el tormento del que tiene obligación de traer en el pico la pitanza al nido de sus amores, y se ve precisado á volver á él con el pico vacío, las plumas mojadas, las alas caídas... Cada vez que José llamaba y se metía buhardilla adentro, el frío de los desnudos baldosines, la nieve de la apagada cocina se le apoderaban del espíritu con fuerza mayor; porque el invierno es un terrible aliado del hambre, y con el estómago desmantelado muerde mil veces más riguroso el soplo del cierzo que entra por las rendijas y trae en sus alas la voz rabiosa de los gatos...

En todo esto cavilaba José. No, no era posible que él pasara aquel umbral sin llevar á los que le aguardaban allá dentro, famélicos y transidos, ya que no las dulzuras y regalos propios de la noche de Navidad, por lo menos algo que desanublase sus ojos y reconfortase su espíritu: algo que les abrigase el cuerpo. Permanecía así, en uno de esos estados de indecisión horrible que constituyen verdaderas crisis del alma, en las cuales zozobran ideas y sentimientos arraigados por la costumbre, por la tradición. Honrado era José, y á ningún propósito criminal daba acogida, ni aun en aquel instante de prueba; las manos se le caerían de verguenza antes que extenderlas á la ajena propiedad; pero esta honradez tenía algo de instintivo; y lo que se le turbaba y confundía á José era la conciencia, en pugna entonces con el instinto natural de la hombría de bien, y casi reprobándolo. Él no robaría jamás, eso no...; pero vamos á ver, los que roban en casos análogos al suyo, ¿son tan culpables como parece? A él no le daba la gana de abochornarse, de arrostrar el feo nombre de ladrón; – unas horas en la cárcel le costarían la vida; moriría del berrinche, de la afrenta; bueno; esas eran cosas suyas, repulgos de su dignidad, que un carpintero puede tenerla también; mas los que no padeciesen de tales escrúpulos y cometiesen una barbaridad, no por sostener vicios, por mantener á la mujer y á los pequeños..., ¿quién sabe si tenían razón á su modo? ¿Quién sabe si eran mejores maridos, mejores padres? Él no traía á los suyos más que necesidad y lágrimas...

José gimió, se clavó los dedos en la cabeza, y estúpido de amargura, miró hacia abajo, hacia la parte iluminada de la escalera. Por allí mucho movimiento, mucho abrir de puertas, mucho subir y bajar de criados y dependientes llevando paquetes, cartitas, bandejas: los últimos preparativos de la cena, el turrón que viene de la turronería, el bizcochón que remite el confitero, el obsequio del amigo, que se asocia al júbilo de la familia con las seis botellas de Jerez dulce y las rojas granadas. Una puerta sola, la de la viuda anciana y devota, doña Amparo, no se había abierto ni una vez; de pronto se oyó estrépito, una turba de chiquillos se colgó de la campanilla; eran los sobrinos de la señora, su único amor, su debilidad, su mimo... Entraron como bandada de pájaros en un panteón; la casa, hasta entonces muda, se llenó de rumores, de carreras, de risas. Un momento después, la criada, viejecita tan beata como su ama, salía al descanso y gritaba con cascada voz:

– ¡Eh, Sr. José! ¿Está por ahí el Sr. José? Baje, que le quiero un recado...

En los momentos de desesperación, cualquier eco de la vida nos parece un auxilio, un consuelo. El que cierra las ventanas para encender un hornillo de carbón y asfixiarse, oye con enternecimiento los ruidos de la calle, los ecos de una murga, el ladrido del perro vagabundo... José se estremeció, se levantó, y ronco de emoción contestó bajando á saltos:

– ¡Allá voy, allá voy, señora Baltasara!..

– Entre... – murmuró la vieja. – Si está desocupado nos va á armar el Nacimiento, porque han *venío* los chicos, y mi ama, como está con ellos que se le cae la baba pura...

– Voy por la herramienta – contestó el carpintero pálido de alegría.

– No hace falta... Martillo y tenazas hay aquí, y clavos quedaron del año *pasao*, como yo lo guardo todo, bien apañaditos los guardé...

José entró en el piso invadido por los chiquillos y en el aposento donde yacían desparramadas las figuras del belén y las tablas del armadijo en que había de descansar. Entre la algazara empezó el carpintero á disponer su labor. ¡Con qué gozo esgrimía el martillo, escogía la punta, la hincaba en la madera, la remachaba! ¡Qué renovación de su ser, qué bríos y qué fuerzas morales le entraban al empuñar, después de tanto tiempo, los útiles del trabajo! Pedazo á pedazo y tabla tras tabla, iba sentando y ajustando las piezas de la plataforma en que el belén debía lucir sus torrecillas de cartón pintado, sus praderas de musgo, sus figuras de barro toscas é ingenuas. Los niños seguían con interés la obra del carpintero, no perdían martillazo, preguntaban, daban parecer, y coreaban con palmadas y chillidos cada adelanto del armatoste. La señora, entretanto, colgaba en la pared unas agrupaciones de bronce y vidrio para colocar en ellas bujías. Los criados iban y venían, atareados y contentos. Fuera nevaba, pero nadie se acordaba de eso; la nieve, que aumenta los padecimientos de la miseria, también aumenta la grata sensación del bienestar íntimo, del hogar abrigado y dulce. Y José, asentaba, clavaba la madera, hasta terminar su obra rápidamente, en una especie de transporte, reacción del abatimiento que momentos antes le ponía al borde de la desesperación total...

Cuando el tablado estuvo enteramente listo, y José hubo dado alrededor de él esa última vuelta del artífice que repasa la labor, doña Amparo, muy acabadita y asmática, le hizo seña de que la siguiese, y le llevó á su gabinete, donde le dejó solo un momento. Los ojos de José se fijaron involuntariamente en los muebles y decorado de aquella habitación ni lujosa ni mezquina, y sobre todo, le atrajo desde el primer momento una imagen que campeaba sobre la consola, alumbrada por una lamparilla de fino cristal. Era un San José de talla, escultura moderna, sin mérito, aunque no desprovista de cierto sentimiento; y el santo en vez de hallarse representado con el Niño en brazos ó de la mano, según suele, estaba al pie de un banco de carpintero, manejando la azuela y enseñando al Jesusín, atento y sonriente, la ley del trabajo, la suprema ley del mundo. José se quedó absorto. Creía que la imagen le hablaba; creía que pronunciaba frases de consuelo y de cariño infinito, frases no oídas jamás. Cuando la señora volvió y le metió dos duros en la mano, el carpintero, en vez de dar gracias, miró primero á su bienhechora y después á la imagen; y á la elocuencia muda de sus ojos respondió la de los ojos de la viejecita, que leyó como en un libro en el alma de aquel desventurado, deshecho física y moralmente por un mes de ansiedad y amargura sin nombre. Y doña Amparo, muy acostumbrada á socorrer pobres, sintió como un golpe en el corazón: la necesidad que iba á buscar fuera de casa, visitando zaquizamíes, la tenía allí, á dos pasos, callada y vergonzante, pero urgente y completa. Alzó los ojos de nuevo hacia la efigie del laborioso Patriarca, y bondadosamente, tosiqueando, dijo al carpintero:

«Ahora subirán de aquí cena á su casa de usted, para que celebren la Navidad.»

EMILIA PARDO BAZÁN





S. M. la Reina Regente de España Doña María Cristina

(de fotografía de Fernando Debas, Madrid)

LA REINA REGENTE

Veintiún años tenía cuando, conducida por el amor, vino á compartir el trono de España con el malogrado rey D. Alfonso XII la reina Doña María Cristina. Había precedido á su aparición en España aquel breve idilio de Arcachón en que los dos futuros esposos se conocieron, y cuando la joven y gentil archiduquesa de Austria se presentó al pueblo de Madrid, que la esperaba á las puertas del Ministerio de Marina y se extendía hasta la Basílica de Nuestra Señora de Atocha, la acogió con murmullos de simpatía.

Iba, como para boda, vestida de blanco y coronada de azahar, y reflejábanse en su semblante la dicha de su alma y la bondad de su corazón.

Aquel matrimonio que la razón de Estado aconsejaba, era también un matrimonio de amor. El rey D. Alfonso le había dicho á su presidente del Consejo de ministros, el llorado Sr. Cánovas del Castillo, al partir de incógnito para la entrevista de Arcachón: «Conste que si la archiduquesa no me gusta, no me caso con ella.»

Y la archiduquesa, por su parte, les había dicho á sus ilustres parientes de Viena que antes de que el *sí* definitivo saliese de sus labios, tenía que darle su corazón.

Se vieron, se hablaron y antes que sus manos quedaron unidos sus corazones, y cuando contestaron afirmativamente á las preguntas que solemnemente les dirigió el prelado al pie de la venerable imagen y delante de toda la corte, las contestaciones salieron del fondo del alma.

Sucedía esto el 24 de noviembre de 1879, y antes del año, en octubre de 1880, volvía á Atocha la reina á presentar á la virgen su primera hija, la que recibía en la cuna el título de princesa de Asturias. La unión feliz estaba bendecida por el cielo: la corona de España tenía una heredera directa.

¿Cuánto duró aquella dicha? Muy poco; la reina tuvo una nueva hija, la infanta doña María Teresa, que nació el 12 de noviembre de 1882, y el 25 de noviembre de 1885, ¡qué triste fecha!, exhalaba el rey D. Alfonso XII el último suspiro en aquel palacio del Pardo, donde seis años antes había firmado sus esponsales con la que dejaba viuda.

Al borde de aquella tumba tan prematuramente abierta se elevó sublimada por el dolor la reina; y la que no había sido hasta entonces más que la esposa feliz que encanta su hogar, fué desde aquel momento la soberana que asume con entereza graves dificultades, colocándose al frente de una situación difícil para cumplir sus deberes para con la patria y para con sus hijos.

Cuando vestida de negro, llevando de la mano á su hija y en el seno una nueva esperanza, se presentó á la corte para prestar juramento como Regente del reino, no tenía más que 27 años, edad de juventud para todos y para ella de triste despedida de las alegrías en que no tuviese parte su corazón de madre.

Su virtud y su talento han brillado en todas las ocasiones á la misma altura, y pocas veces la Constitución ha tenido soberano más respetuoso de sus fueros. Sin apartarse de ella, ha entregado el poder á los partidos designados por la opinión pública, y su rectitud ha brillado á la misma altura que todas sus nobles cualidades.

Del Palacio Real ha hecho, por la severidad de las costumbres que allí se observan, poco menos que un claustro, pues sin las solemnidades que son indispensables en la vida de la monarquía, aquella casa parecería, por su calma, un convento.

Doña María Cristina, como todos los espíritus activos, es muy madrugadora, y la señal de levantarse se la da en todo tiempo el alba cuando asoma. Recién levantada, siente dos necesidades: la de respirar el aire puro y bañarse en agua fría, y abre los balcones de sus departamentos y consagra su cuidado á la higiene. Asiste luego al despertar de sus hijos, presencia cómo los levantan, comparte con ellos el desayuno, oye misa, ora después breves momentos y se retira á sus habitaciones para comenzar sus tareas de soberana.

Por la mañana recibe á los ministros, que de dos en dos y por riguroso turno despachan con ella. Luego al capitán general y á las autoridades y á los militares que han solicitado audiencia. A las doce conferencia todos los días con el presidente del Consejo de ministros, y á la una almuerza con la infanta Isabel, el jefe de la guardia de palacio y los ayudantes y gentileshombres del interior y damas de su servicio particular á quienes corresponde.

Las primeras horas de la tarde, después del almuerzo, las consagra á lo referente á la real casa, despachando con el Intendente todo lo relativo al patrimonio, y con la camarera y el mayordomo mayor cuanto se relaciona con la corte.

Pasea luego con sus hijos por la Casa de Campo ó por el Pardo, y vuelve al real alcázar para comenzar una de las tareas que deben ser más enojosas: recibir en audiencia á las muchas personas que han solicitado este honor. Títulos de Castilla, personajes políticos, personas de más ó menos viso, pero de cierta posición, son admitidas en estas audiencias, que la mayor parte de las veces se limitan á cumplidos oficiales y que no pocas tienen por objeto exposición de lástimas que terminan por peticiones.

Las damas de la reina, los gentileshombres grandes de España, los ex ministros de la corona, son recibidos sin petición de audiencia, y éstas duran hasta las primeras horas de la noche, dejando apenas tiempo á S. M. para vestirse y pasar al comedor, donde se sirve el diario yantar con algo más de aparato que el almuerzo.

Después de la comida se forma una pequeña tertulia á la que asisten la princesa y la infanta, que han comido aparte. La reina juega una partida de

ajedrez ó de cartas con alguna de sus hijas, y lo más tarde á las once se retira á sus habitaciones, después de haber pasado por el cuarto de su augusto hijo y de haberse enterado de si duerme y está todo dispuesto para que pase bien la noche.

La reina despacha en sus habitaciones su correspondencia particular, lee los periódicos nacionales y extranjeros y se entera de una porción de asuntos. Con su madre, la archiduquesa Isabel, sostiene correspondencia casi diaria, y la referida es su vida habitual, que interrumpen sólo durante el invierno alguna que otra salida al teatro, especialmente al Real, y la visita á la virgen de Atocha todos los sábados por la tarde para rezar la *salve*.

Las camarillas han desaparecido por completo de Palacio, y no queda sombra siquiera de lo que ejerció tanta influencia en anteriores reinados, y con las camarillas se ha ido el favoritismo. Ni el espíritu más suspicaz podría descubrir la menor preferencia hacia tal ó cual dama, ó hacia éste ó el otro personaje; la reina puede complacerse más en la conversación de unas personas ó de otras, pero siempre se han equivocado los que han querido distinguir alguna predilección.

Muy independiente de carácter, no oculta lo que la molesta, lo que puede tener el carácter de imposición, y en los nombramientos que parten de su augusta iniciativa ha habido siempre alguna sorpresa que ha echado por tierra todos los cálculos de los cortesanos.

Inflexible en el cumplimiento del deber, exige que todos cuantos la rodean sean esclavos del que les corresponde, como ella es del suyo, y si en política puede hacerle algunas veces transigir la razón de Estado, no así en lo que se refiere al régimen interior de su casa y de la de sus hijos.

Sus damas de compañía son señoras respetabilísimas de la más intachable historia, y en la designación de las grandes que obtienen la banda y el lazo rojo con las iniciales de S. M. no deja ya aquella amplitud que tuvo al principio de la Restauración el difunto é insigne señor Cánovas del Castillo, que ha sido el presidente del Consejo que ha tenido iniciativa en esta clase de nombramientos, pues el Sr. Sagasta nunca le ha concedido importancia.

Soporta las ceremonias oficiales de gran aparato que son de rigor, pero las tiene muy poca afición y las suspende siempre que puede; por eso procura estar fuera de Madrid cuando llegan su santo y su cumpleaños, que son en julio, y no volver hasta que pasan los de la princesa de Asturias, que son en septiembre.

Sus únicos goces lo constituyen la vida de familia, el cuidado de sus hijos, y su temporada mejor del año es la que pasa con ellos en su apacible retiro de San Sebastián.

Los antiguos Sitios Reales la agradan poco, y las jornadas como se hacían en los anteriores reinados serían para ella una gran molestia, y por eso las ha suprimido. Aranjuez, donde no hay corro grande, donde la gente no está tan cerca del palacio real como en la Granja, no la disgusta por completo; pero en ninguna parte se encuentra mejor que en su *chalet* de Miramar, construído á su gusto y se puede decir que bajo su dirección.

De cuanto se relaciona con sus hijos ella se ocupa personalmente, pudiendo asegurarse que la princesa y la infanta doña María Teresa son de las princesas mejor educadas de Europa, complaciéndose su augusta madre en que no salgan de niñas, por lo que retrasa todo lo que es posible su presentación oficial.

El destello de sus virtudes, el culto que pone en el cumplimiento de su deber, las simpatías que inspiró su dolor de viuda y la orfandad de sus hijos, lo irreprochable de su conducta, todo la rodea de una aureola de respeto que se extiende por todo el mundo culto, donde son generales los elogios que se la prodigan haciéndole justicia.

Hay en su carácter mucho de timidez que no se explica dados sus vastos conocimientos en todas las materias, pero necesita para desarrollarlos sentir ella la confianza, que no siempre tiene. Todo lo que es publicidad, ruido, ostentación, la desagrada, y todo lo que es recogimiento la complace.

Está á su gusto cuando sostiene conversación con un hombre eminente, y entonces se siente con ánimo para exponer todo lo que piensa y lo hace con brillantez; pero si tuviera un auditorio se sentiría lo que vulgarmente se llama *cortada*. Tiene mucho de la naturaleza de la sensitiva, que se abre en la soledad y se recoge al menor contacto. Una mirada fija la molesta, y una embajadora extranjera muy corta de vista que asistía á las recepciones palatinas con gemelos de teatro, recibió el ruego de no usarlos en la corte.



¡OLE POR LAS BUENAS MOZAS!, cuadro de José Llovera

Sin salir apenas de Palacio, sin tener camarilla, ni distinguir á ninguna dama con predilecciones, sabe cuanto en Madrid ocurre y está enterada de cuanto pasa, sorprendiendo muchas veces á los que la rodean, con noticias que estaban muy lejos de imaginar que habían llegado á ella. Viste con irreprochable elegancia, pero con gran severidad, no usando desde que está viuda más que los medios colores, pero siempre que se presenta con traje de corte cautiva la majestad de su persona, y pocas reinas habrán hecho con más gracia la reverencia con que saluda en todos los actos públicos.

Es cuidadosa de los bienes de sus hijos, pero no escatima los gastos que le impone su posición, acudiendo al alivio de las calamidades públicas, haciendo obras de caridad y donativos y regalos para rifas benéficas y toda clase de públicos certámenes. Lo que no le gusta son el fausto y la ostentación, lo que la haga figurar público.

En estos últimos años ha debido sufrir mucho y aun en los momentos presentes deben ser grandes sus preocupaciones.

Desde que se disparó el primer tiro en Melilla la patria ha sufrido cruelmente, y sus dolores no pueden cesar mientras duren las guerras coloniales. España, sin embargo, ha salido de situaciones más penosas, y es de esperar que la que la Providencia ha colocado al frente de su destino, obtenga la recompensa que merece viendo felizmente terminada la misión á que ha consagrado los años mejores de su vida.

KASABAL

LA NOCHEBUENA DE LOS NIÑOS

Hay que conocer los inmortales Cristmas del Norte de Europa para hallar algo comparable á la Nochebuena de la católica y poética España. Y esta fiesta está tan profundamente arraigada en nuestras costumbres porque reune ese carácter íntimo y grandioso á un tiempo, familiar y nacional, que tienen las solemnidades en que todas las almas se funden en un sentimiento único y en que los hombres se confunden con los niños para rendir íntimo culto á las tradiciones del hogar.

En las modernas sociedades, que olvidan las glorias del pasado y no se preocupan del porvenir, las generaciones que sólo viven del presente han perdido casi por completo el poder de asociar su historia y sus aspiraciones en un mismo impulso. Y en ese naufragio universal de comuniones y creencias, las únicas fiestas que sobreviven y parecen destinadas á no desaparecer son las de la infancia.

El hombre más desengañado de las universales ilusiones, el más abrumado por el pesimismo que invade nuestra sociedad, dejará á un lado su análisis, su escepticismo y su ironía, cuando éstos pueden dirigirse contra las fiestas de los niños.

Y si estas fiestas vienen á ser una especie de comunión de todo un pueblo en unos mismos sentimientos de amor y en unas mismas creencias religiosas, revisten un carácter sagrado que las impone á la veneración de todos los hombres, lo mismo que cuando sirven á una raza entera para manifestar la satisfacción de una obra realizada en común.

Difícilmente desaparecen cuando conmemoran un momento histórico decisivo, una victoria nacional entre pueblos guerreros, ó una transformación radical en las sociedades políticas, ó una verdadera conquista del progreso; pero son eternas, cuasi inmutables, cuando simbolizan místicamente la alianza entre el mundo sobrenatural y el mundo terrestre entre pueblos religiosos, porque en ellas se funden las almas en un mismo amor y en una misma fe.

Las revoluciones podrán sacrificar las costumbres en aras de los nuevos ideales, como los sacerdotes del paganismo sacrificaban vidas en aras de sus dioses; la incredulidad sarcástica podrá deshojar una por una todas las flores de ese árbol místico que se llama el Año Cristiano, como antiguamente las hijas de María, vestidas de blancas túnicas, deshojaban rosas en las procesiones; nada habrá que destruya estas fiestas de la infancia, en las cuales los hombres se confunden con los niños.

¡Pero qué diferencia entre las fiestas infantiles de los salones aristocráticos y las de la calle, ese salón del pueblo por excelencia!

Allí, la prematura parsimonia, la preocupación de clase, la distinción del rango, el orgullo del nombre, la presunción de la persona, el dominio de la fortuna, todos los efectos de una selección gradual que al querer evitar confusiones engendra ya rivalidades y egoísmos; aquí un precoz instinto de solidaridad, nacido en una comunidad de peligros y sufrimientos.

Como plantas nacidas para vivir en estufas, muchos de los niños criados en la atmósfera de los salones se sienten en la calle fuera de su elemento. Para ellos, los transeuntes, cuyo lenguaje apenas comprenden; aquellas vías cuyo término ignoran; aquella actividad cuyo fin desconocen; aquellas sonrisas en que no toman parte; aquella vida á que se sienten extraños, los aturde y entristece.

En cambio, los hijos del pueblo, como abandonados á una corriente en que flotan sin sacudidas y sin esfuerzos, se sienten felices entre las oleadas humanas. Observadores por recurso, acostumbrados á ver hoy en el arroyo á los encumbrados de ayer, templan su alma en una generosa filosofía, que aun en medio de los egoísmos que los peligros engendran tiene algo de grande y hermoso. Diríase que ya en la cuna ha iluminado su espíritu un rayo de solidaridad que ha de ser base de fuerza y de goces juveniles. Ninguno establece distinciones entre compañeros por su cara



LA NOCHEBUENA DE LOS NIÑOS. – EN LA CALLE. Dibujo de Narciso Méndez Bringa



LA NOCHEBUENA DE LOS NIÑOS. – EN LOS SALONES. Dibujo de Narciso Méndez Bringa

ó por su traje, ni por las opiniones políticas ó religiosas de los papás. Todos viven en un terreno de igualdad perfecta. Las únicas distinciones se basan en los grados de simpatía.

En los salones, los camaradas no son chicos cualesquiera, reunidos por azar; son compañeros de elección, hijos de familias distinguidas, puestos fuera del alcance de los contagios callejeros, de los roces que manchan, de las camaraderías que corrompen. Pero, ¡ay!, esto no evita que despierten en sus almas tiernas los sentimientos de amor propio, de competencia, de vanidad, todas esas pequeñeces de muchachos que son la levadura de hombres defectuosos. Un observador profundo podrá pronosticar, sin gran peligro de equivocarse, el porvenir de cada uno de estos niños, pues el carácter, los gustos y las inclinaciones de cada cual se revelan de modo que el pronóstico no es muy difícil.

Esto no quiere decir que las virtudes infantiles sean privilegio de la calle. En el salón del pueblo fermentan también todas las corrupciones y todos los vicios inherentes á la naturaleza humana. Pero lo que allí es cohibición y estudio, es aquí libre espontaneidad.

En una y en otra parte, en la alta y en la baja esfera, se produce una selección natural que separa la virtud del vicio, la nobleza de alma de la pobreza de espíritu, la distinción de carácter de la vulgaridad de condición, el genio de la medianía. En una y otra parte vemos revelarse al hombre en las energías del niño Sus nobles ambiciones le dan aires de gran capitán, de diplomático ó de pontífice. Poco importa que luche con la espada, con la palabra ó con la pluma; lo esencial es que tome parte con entusiasmo y con fe en la batalla de la vida, y que soldado de la ciencia, del progreso ó de la patria, honre á su país y sea útil á la humanidad. – Juan B. Enseñat.



Una feria en un pueblo de Andalucía
El tío Juan Misa «el Sevillano» y sus polichinelas, dibujo de S. Azpiazu

UNA FERIA EN UN PUEBLO DE ANDALUCÍA

En la estación hermosa en que los campos se visten de flores; cuando las mariposas de oro y las libélulas verdes y azules vuelan entre las mieses que esmaltan los prados y entre los azahares de los naranjos y de los limoneros que embalsaman el aire; cuando los corpulentos higuerales empiezan á desenvolver el manto verde-obscuro de sus aterciopeladas hojas, que sirve de nido á miriadas de jilgueros y de ruiseñores; cuando las golondrinas empiezan á revolotear sobre los guardapolvos y cornisas de los viejos caserones, buscando sus nidos del año anterior; desde que la primavera, en fin, se anuncia riente, esplendorosa y magnífica derrochando sus mayores encantos sobre este privilegiado suelo, hasta que las hojas de los árboles empiezan á caer lentamente, desprendidas por el frío soplo del otoño, en este período de tiempo es en el que se celebran las más renombradas ferias andaluzas. Fácil es conocer el pueblo que se dispone para celebrar la suya, por el aspecto que ofrece y por los preparativos que hace.

De una parte vese á las mujeres con las faldas recogidas, luciendo sus rojos ó amarillos zagalejos; enjalbegando con cal las fachadas de sus casas, hasta dejarlas más blancas que la nieve; mientras que otras adornan sus balcones y ventanas con tiestos pintarrajeados de diversidad de colores rebosando rosas y claveles.

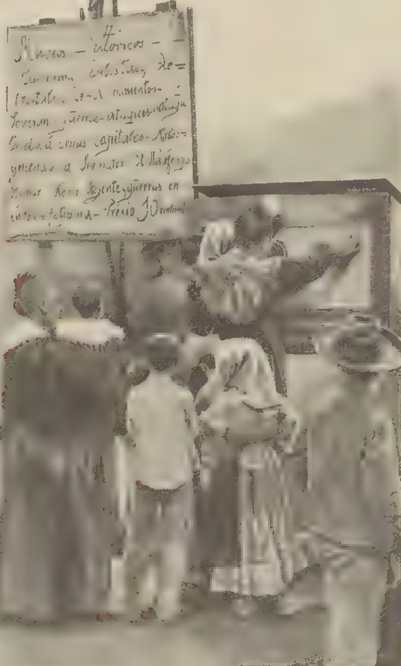
Limpias las calles, adornan el lugar de la feria con arcos de ramaje y farolillos de papel: numerosas barracas aparecen como por encanto engalanadas con las más vistosas colchas de abigarrados percales, sujetas con lazos de seda, flores de papel dorado y de relucientes talcos, destinadas á buñolerías, tabernas y casas de comida, las cuales se anuncian, las más de las veces, por ilegibles letreros redactados unos en prosa, como aquellos que dicen:

a Qvi Se come
Se VeVei no Se FIA

GUÑUELO^S
i AgUARDI^TE

y otros en verso, como éste:

AY CARACOLES BURGADOS
I MENUDO BIEN GUISADO



Una feria en un pueblo de Andalucía
Un titirimundi,
dibujo de S. Azpiazu.

Los vendedores de frutas y de turrones; los puestos de juguetes en que relucen sables, lanzas, petos, cascos y escudos de limpia hojalata; con sus caballos y toros de barro cocido, que por su inocente ejecución podrían juzgarse objetos protohistóricos; con sus *curas* y beatas *siempretiesos*, sus carrañacas, pitos y trompetillas cuyo estridente ruido aturde los más fuertes tímpanos, objetos todos que despiertan la codicia de unos chicuelos, mientras que otros más dados á las golosinas contemplan tristemente los alfajores, piñonates y dulces de masa frita de origen sarraceno, que en ordenadas pirámides ofrecen á los feriantes bulliciosos y pintorescos grupos formados de muchachas serranas, esbeltas, de negros ojos y finísimos cabellos, cuyos torsos ciñen ajustados corpiños de terciopelo y cuyas faldas azules y blancas dejan ver sus pies esmeradamente calzados con zapatos de piel blanca y moñas carmesíes.

En el centro de la plaza y días antes de la feria hállanse ya instalados los *tío-vivos* con sus caballos y sirenas toscamente esculpidos, salpicados de lunares amarillos, rojos y verdes, con cabezas de expresión espantable, todos en actitud de galopar; sobre los cuales cabalgan muchachos y muchachas en vertiginoso movimiento circular al acompasado y monótono son de un tamboril, unos platillos y un clarinete, á cuyas estruendosas armonías hay que añadir el indispensable tambor del *tío del titirimundi*, personaje obligado en estas ferias, y el cual, como el caracol lleva su casa, así él camina con un pie de tijera que sirve de asiento á la caja donde se contienen, no sólo la vistas panorámicas de *tutilimundi*, sino las de la guerra de Africa y de Cuba, la muerte del rey D. Alfonso XII y del general Prim, juntamente con los cuadros de la caridad romana ó los del sangriento crimen de Higinia Balaguer. Acompañado de los redobles del tambor, va explicando en voz alta á los espectadores, que encorvados aplican el ojo izquierdo al cristal mientras guiñan el derecho, todas las peripecias de aquellos sucesos, ó bien les describe las maravillas de las ciudades extranjeras, con la exactitud misma de quien no las conoce ni por el mapa.

Próximo al *tío-vivo* se abre la barraca de los polichinelas, á los cuales llama la gente de la tierra las *puchinelas de D. Cristóbal* ó de *Cristobita*, el cual bien merece capítulo aparte, siquiera porque va ya tocando á su término y no tardará mucho en desaparecer como otras tantas diversiones que fueron características de esta comarca andaluza.

No ha muchos años que en todas las ferias veíanse á veces más de una de aquellas barracas en que el famoso Cristóbal se exhibía haciendo de las suyas; al presente no queda más que un intérprete, un ejecutante de tan popular diversión, el cual, una vez desaparecido, llevará consigo á la tierra el último recuerdo de las proezas del más bravo de todos los muñecos.

El tío Juan Misa, *el sevillano*, es el único *artista* que queda, el cual en más de una ocasión tuvo la honra de mostrar su habilidad delante de ilustres personajes, como fueron los infantes de España duques de Montpensier, quienes solazáronse en su palacio de Sanlúcar de Barrameda con las agudas improvisaciones de Juan Misa en las temporadas que solían pasar en aquella suntuosa mansión.

Puede decirse de Juan Misa que es digno discípulo de aquel Juan Palomo que de nadie necesitaba, pues así esculpe toda la turbamulta de sus títeres, como corta y cose las prendas con que los muestra en su escenario, adereza las candilejas, decora el interior de la barraca empleando los más rabiosos colori-

nes y echa el resto de sus primores pictóricos en el cartel de anuncios, que por más de un concepto ocupará algún día preferente lugar en un museo etnográfico regional.

Dicho cartel es rectangular, y luce colgado á manera de estandarte en la parte superior triangular de la barraca. Está dividido en cuatro zonas horizontales paralelas, que dejan entre sí iguales espacios. Comienza la composición por el extremo superior de la izquierda, y va desarrollándose, como escritura jeroglífica egipcia, de espacio en espacio ó como si dijéramos de renglón en renglón. Las más atrevidas hazañas del héroe aparecen eslabonadas sin interrupción, y menester es hallarse versado en la historia de don Cristóbal para separar las escenas. Las figuras todas están presentadas de perfil, las piernas en invariable posición, y sólo por las actitudes de los brazos se viene en conocimiento de lo que el maestro Juan Misa ha querido interpretar.

Pero donde más claramente se ofrece la semejanza de este estilo pictórico con el de las representaciones de asirios y egipcios es cuando se figura alguna comitiva; por ejemplo, el entierro de D. Cristóbal ó su persecución por la guardia civil, pues los muñecos no se ven agrupados, sino uno en pos de otro en idéntica posición, como si estuviesen calcados todos del que va en primer lugar, según nos enseñan los relieves de Karnac y Denderah.

En cuanto á la que podríamos llamar factura no puede ser más sencilla. Perfiles negros y dintornos monocromáticos de los más rabiosos colores, verde, azul almagre y amarillo, sin sombras ni nada que se les parezca, por lo cual producen los tales muñecos el efecto de estar recortados.

En la línea inferior del cartel léese:

POLICHINIELA DE JUAN MISA EL SEVILLANO ENTRADA. 10 CÉNTIMO

En cuanto al interior, figúrense mis lectores una espaciosa barraca de planta rectangular, cubierta con viejas y remendadas lonas y ocupada por varias filas de bancos formados solamente de tablas clavadas en pedazos de madera, que son los asientos para el público, si bien las dos primeras filas de los otros bancos están sustituídas por otras tantas desvencijadas sillas, cada una de ellas de diferente tamaño y forma, que se llaman de preferencia y cuestan 15 céntimos.

En el fondo álzase el que podemos llamar escenario, que no es más que un espacio rectangular que tiene de ancho lo que la barraca y casi un metro de alto, en el cual aparecen los muñecos que mueve y maneja interiormente el tío Misa oculto detrás de la lona que desde la línea inferior de aquél llega hasta el suelo.

En cuanto al decorado del *teatro* compónese de pinturas en forma de tallos ondeantes verdes, con ramas azules y coloradas, círculos con estrellas y pabellones de almagre y flecos de ocre y cordonería pintada de rabioso añil, todo tan tosco, primitivo y chillón que recuerda las inocencias de aquellos rústicos decoradores de los tiempos más arcaicos.

Grandes candilejas de hojalata con tres ó cuatro enormes mecheros de aceite cada una y cuyas torcidas requemándose despiden irrespirable humazo, penden colgadas del techo y alumbran débilmente el interior del escenario.

En la puertecilla de entrada colócase el tío Misa, que atruena los oídos con los redobles de su tambor, convocando al espectáculo, y algo más adentro vese á su mujer que cumple la difícil misión de cobrar las entradas.

Llena la barraca de mujeres, chiquillos y soldados, que con indescriptible algarabía piden que empiece la función, llega el tío Juan, y dejando el tambor, entra por una puertecilla de la derecha del escenario, detrás de la cual tiene pendiente la palanqueta de hierro de que se sirve para armar y desarmar la tienda, y tomando un martillo, descarga el primer golpe, ó como si dijéramos, la primera campanada, con la cual cálmanse los ánimos de los impacientes espectadores. Mientras tanto, y con gran presteza, coloca detrás de sí sobre un banco los muñecos que han de servirle para los episodios que va á representar; acude á la palanqueta de nuevo y da el segundo golpe; vuelve á su pobre almacén, y sacando de una mugrienta caja de lata los pitos que van á servirle para hablar, los ensaya; el público aplaude al oir la voz chillona del héroe de la fiesta, suena por tercera vez la palanqueta, álzase el teloncillo y el tío Juan asoma el muñeco de D. Cristóbal, que atentamente saluda al público, siendo recibido por éste con una salva de aplausos.

Con un pedacillo de lata doblado por su mitad y envuelto en una tira de trapo consigue Misa producir un tono de voz hueco, chillón, agudísimo, que parece salir de las entrañas del muñeco mismo; cuyo aparato adapta al cielo de su boca de una manera especial, hija de su práctica, sirviéndose de él cuando es Cristobita el que habla y prescindiendo de su sonido cuando el mismo Misa es el interlocutor.

La acción toda se desenvuelve en forma dialogada entre el muñeco y el maestro Juan, que sazona los episodios con las agudezas más ingeniosas ó con la más refinada sátira, nacida de un natural malicioso, astuto y zumbón, propio de los redomados rústicos que pasan de los sesenta y conocen sobradamente la vida y los hombres.

No es posible seguir á Cristobita en todos sus lances, y para conocer el carácter que lo distingue, véase lo que de él dijo mi buen amigo el ilustre poeta Luis Montoto en su precioso libro *La capa del estudiante:*

«Es el compendio y suma de todas las cualidades del hombre del pueblo en Andalucía, llevadas al último grado. Valiente hasta la temeridad, camorrista, pendenciero, zumbón si los hay, generoso con el necesitado, altivo con el poderoso y amigo de zambra. *Cristobita* es, como personaje que preside en un poema dramático, creación más *real* que las principales figuras de los dramas *realistas* del día. Los héroes de los dramas que hoy llenan la escena resuelven los problemas más irresolubles valiéndose del puñal, la espada, el veneno y el *revólver: Cristobita* se vale del palo. La porra con que machuca á sus acreedores impertinentes, á los amigos falsos, al malaventurado que pone los ojos en su mujer, á cuantos, en fin, se le atreven de obras y palabras; es como resorte dramático mil veces más eficaz, convence mucho más, como dicen los críticos, que la espada en cuya hoja escribió un moribundo, con el dedo mojado en su propia sangre, la ejecutoria de su deshonor.

»En *Cristobita* hay algo de *El burlador de Sevilla*. Como D. Juan Tenorio, atrévese á seglares como á clérigos. Si San Telmo se le sube á las gavias, nada son para él el poder civil y el poder militar.

»Es imposible narrar el argumento de la obra...



UNA FERIA EN UN PUEBLO DE ANDALUCÍA
Exterior de la barraca de Juan Misa, dibujo de S. Azpiazu



VISIÓN DE NOCHEBUENA, cuadro al temple de José M



...ENTESSI (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia. 1897)

»Baste decir por hoy, que no serán menos de sesenta ó setenta las escenas del drama; que el protagonista cumple á las mil maravillas el precepto de Horacio, siendo el mismo desde el principio hasta el fin, y que la acción principal, que escaparía á la observación de los retóricos, la encuentro yo en la manifestación ruda, pero espontánea, del sentimiento popular.»

Así es en efecto, y á lo dicho por Montoto añadiré yo que el buen Cristóbal no ha dejado de sentir los efectos de las libertades modernas, como lo revela el siguiente episodio del drama que presencié este mismo pasado verano.

– Cristóbal, dice el tío Misa, aquí está *un cura* que pregunta por ti.

– ¿Y qué quiere ese zeñó?

– Dise que sa enterao de que quieres jasé testamento, y viene á darte un güen consejo.

– Allá voy.

– Zeñó Cristoba, pa que no lo fastidien á usté en el otro mundo, sa menesté que usté sa acuerde de la iglesia.

– Está mu requetebién. ¿Y qué quiere usté que jaga?

– Que me deje usté eza caziya que tiene usté en Triana.

– Me parese mu bien y yo se la dejaré.

Vase el clérigo, y de pronto vuelve otra vez.

– Mire usté, Cristoba, no estaría de más que me dejase usté también la otra caziya con er jardín que tiene usté en San Bernardo, que yo le resaré toos los días una letanía.

– Güeno, hombre, también zerá pa usté.

Despídese el sacerdote, pero vuelve de nuevo; y al sentirlo Cristóbal, adivinando la intención, desaparece rápidamente, saliendo al escenario armado de una enorme porra, que trae oculta debajo de su capa.

– Mire usté, zeñó Cristoba, como usté tendrá difuntos, zerá güeno que me deje usté la otra caziya que tiene en la puerta de Triana, que yo les diré una mizita diaria toos los días...

Al escuchar Cristóbal la nueva petición, se desata en cólera; pero conteniéndose, le dice muy reposadamente:



Busto en relieve de Antonio Rubinstein, recientemente colocado en Stuttgart, en la casa que habitó el ilustre pianista en 1856. Obra de Teodoro Bausch

– Mire usté, *pare cura* ó *pare gañote*, ¿usté za creío que yo he robao esas caziyas?

– No, zeñó.

– Pos entonces deje usté quietas las caziyas, y tome usté adelantao por las letanías y por las mizas.

Y rápidamente sacando la porra, descarga un diluvio de palos sobre el *pare cura* que no ve el sitio por donde salir escapado.

Para terminar, vaya una muestra del ingenio zumbón del viejo tío Misa.

Cierto día presentósele un inglés que ha tiempo moraba en Sevilla, el cual hubo de comprarle algunos de sus muñecos para llevarlos de muestra á su país; pero deseoso de completar su compra, mostró deseos de adquirir uno de los pitos de lata con que habla Cristóbal, y púsose á ensayarlo.

Gran trabajo costábale emitir la voz con el aparato, que no podía sujetar en el cielo de la boca, y en medio de tales trabajos y sudores, tuvo un descuido, fuésele por el gaznate y por poco se ahoga.

Repuesto un tanto del susto, pero todavía tembloroso, faltóle tiempo para sacar de su boca el pito y darlo al tío Misa, que mirándolo con la mayor indiferencia le dijo:

– No zapure usté, hombre, na le hubiera pazao á usté; porque eze pito me lo he tragao yo muchas vecez y no ma pazao na.

J. Gestoso y Pérez

NUESTROS GRABADOS

Antiguo sarcófago cristiano encontrado en Siracusa.—Pertenece este sarcófago al siglo V de la era cristiana y se considera como uno de los más bellos ejemplares de los enterramientos cristianos de aquella época. Fué encontrado en las excavaciones que se practicaron en las catacumbas de Siracusa y se conserva en el museo de aquella ciudad: las figuras en relieve que lo adornan reproducen escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento, costumbre que adoptaron los artífices desde los primeros tiempos del cristianismo. El medallón con dos bustos que adorna el centro del sarcófago indica que éste estaba destinado á sepultura de dos esposos.

¡Felicidades!, dibujo de N. Méndez Bringa.—En esta palabra se compendian los deseos de La Ilustración Artística con respecto á sus suscriptores y con motivo de las presentes Pascuas, deseos que ha interpretado hábilmente nuestro querido colaborador Sr. Méndez Bringa, trazando una de esas elegantes figuras que tantos aplausos han valido al distinguido dibujante madrileño.

¡Ole por las buenas mozas!, cuadro de José Llovera.—Al reproducir en estas páginas esa obra del malogrado pintor reusense no repetiremos los juicios encomiásticos que en tantas ocasiones hemos emitido acerca de la producción de su ilustre autor. ¿Para qué decir una vez más lo que harto saben cuantos se interesan por el arte español contemporáneo? ¿Quién ignora lo que en el mismo significó Llovera? ¿Quién desconoce la celebridad que logró conquistar en nuestra patria y aún más en el extranjero, donde sus cuadros se pagaron y se pagan á los más elevados precios y donde su firma era con insistencia solicitada para las más afamadas publicaciones? Su cuadro *¡Ole por las buenas mozas!* es una nueva y gallarda muestra de la maestría con que el genial artista supo trasladar al lienzo los tipos y costumbres genuinamente españoles, dándoles todo el relieve y todo el color que les caracterizan.

Visión de Nochebuena, cuadro de José Mentessi.—Si digno de elogio es el artista que reproduce los cuadros de la vida real buscando su inspiración en la naturaleza y en los hechos vividos, no menos meritoria es la labor del que, volando en alas de la fantasía, sabe llegar hasta lo más hondo de nuestro espíritu por medio de sus composiciones de un orden puramente imaginativo. Tal sucede con el lienzo del reputado pintor milanés José Mentessi, cuyas figuras, sin apartarse de la realidad, ofrecen á nuestros ojos y sobre todo á nuestro corazón algo que está muy por encima de lo humano y que justifica la fama de poeta de la melancolía, todo dulzura, todo sentimiento, que su autor se ha conquistado en el mundo del arte italiano. *Visión de Nochebuena* fué justamente celebrado por su composición y por su factura como uno de los mejores que figuraron en la exposición internacional de bellas artes recientemente celebrada en Venecia.

Busto de Antonio Rubinstein, recientemente inaugurado en Stuttgart, obra de Teodoro Bausch.—El día 30 de noviembre último, aniversario del natalicio del famoso pianista y compositor, descubrióse en la casa número 1 de la calle de Augusto en Stuttgart, que Antonio Rubinstein habitó en 1856, una lápida de bronce con el busto en relieve del gran artista. Esta obra, que reproduce fielmente los rasgos fisonómicos de Rubinstein, ha sido modelada por el escultor Teodoro Bausch: nació éste en Stuttgart en 1849 y después de haber asistido á aquella escuela de bellas artes entró en el taller del profesor Juan Schilling, de Dresde, de quien fué colaborador durante muchos años. Viajó luego largas temporadas por Italia y Francia, estableciéndose por fin en su ciudad natal, en donde trabaja sin descanso, puesto que es uno de los artistas que de mayor reputación gozan en Alemania.

Bicicleta para diez personas.—La fábrica Waltham y C.ª de Massachusetts (Estados Unidos) ha sido la primera en construir esa clase de bicicletas, demostrando con ello el grado de perfección á que se ha llegado en la fabricación de esos aparatos, que un día se consideraron como extravagantes máquinas destinadas al capricho de algunos excéntricos y hoy gozan de la mayor popularidad y prestan utilísimos servicios. Siguiendo el camino emprendido por los citados fabricantes norteamericanos, no sabemos adónde se irá á parar en materia de ciclismo, pero se nos antoja que bicicletas como la que reproduce nuestro grabado serán siempre más á propósito para hacer la propaganda de una casa constructora y para probar la habilidad de los profesionales que para obtener de ellas las ventajas prácticas que indiscutiblemente ofrece el con razón llamado caballo de acero.



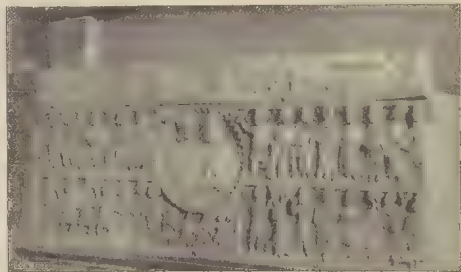
Bicicleta para diez personas, construída por la Waltham Manufacturing Company, de Massachussets (de fotografía)

Batalla de Treviño, cuadro de Víctor Morelli (premiado en la Exposición nacional de Bellas Artes de 1897). La batalla de Treviño, librada el día 7 de julio de 1875, significa uno de los hechos que más enaltecen los anales de nuestro ejército y la historia militar del hoy general Contreras, cuya arrogante figura se destaca en el centro del cuadro, representado en el momento que con un regimiento cargaba á los batallones enemigos.

El lienzo honra al Sr. Morelli. Está bien resuelto, mirada la obligada monotonía de tonos de los uniformes, bien dibujado y mejor compuesto; resultando, por lo tanto, merecida la recompensa concedida por el jurado calificador de la última exposición.

Necrología.—Han fallecido:

Enrique George, escritor y agitador socialista americano, propagandista del principio de la distribución del suelo, autor de la obra *Progress and Poverty*, vulgarizada en todo el mundo.



Antiguo sarcófago cristano encontrado en las catacumbas de Siracusa

Francisco Turner Palgrave, profesor de Poética en la universidad de Oxford, compilador de una de las mejores antologías de la lírica inglesa.

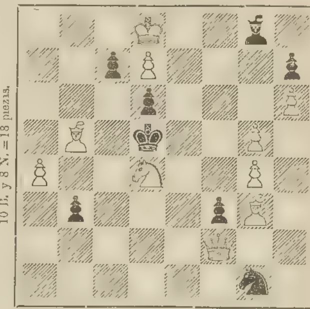
Agustín Palme, pintor de historia muniquense, que se distinguió por sus frescos y por sus cuadros religiosos.

AJEDREZ

Problema núm. 100, por J. Jespersen (Dinamarca)

Quinto premio del Concurso organizado por la Revista *Ruy López.*

NEGRAS



10 B. y 8 N. = 18 piezas

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 99, por J. Pospisil.

Blancas.	Negras.
1. C 5 A R	1. C toma C (*)
2. A 2 R	2. C 5 D ú otra.
3. A 3 D ó D mate.	

(*) Si 1. P 5 T; 2. D toma P C jaque, y 3. C 7 R ó D mate; – 1. C toma A; 2. D 4 A D jaque, y 3. C 7 R mate; – 1. C de c R juega; 2. C toma P A jaque, y 3. D toma C mate.



El vencedor era llevado en hombros más bien que escoltado por la multitud

MI TIO JUAN

NOVELA ORIGINAL DE JOSÉ L'HOPITAL, ILUSTRADA POR MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Sin embargo, expresó la esperanza de que el favorecido, si se encontraba, al sentarse en el sillón que el malogrado Tranchebize ocupaba tan dignamente en la cámara, hallaría el vestigio, no borrado aún, de su energía y de su fidelidad.

Y cuando hubo terminado, bufó ruidosamente, como para desechar la intensa emoción que le embargaba.

Aquella misma tarde comió con el prefecto, y ya no se habló nada de las virtudes de Tranchebize, completamente olvidado. La hidra de la reacción fué el asunto de las conversaciones, y se juró que, hollada en Varencieres, no reuniría ya nunca sus restos diseminados. El comité de Muterel, debidamente aleccionado, le ofreció por unanimidad la candidatura al servirse los postres.

Aparentó quedar estupefacto, agobiado por semejante honor, pero aceptó; y el señor prefecto, aunque manteniéndose en la reserva que la imparcialidad, bien conocida del gobierno, le imponía en materia de elecciones, declaró que le era imposible ocultar los sentimientos personales de simpatía que le animaban respecto al Sr. Muterel, republicano por excelencia, el hombre de todos los progresos. La ju-

gada estaba hecha, y Muterel volvió á los Muriaux henchido de orgullo y de esperanza.

A los pocos días se publicó el decreto invitando á los electores á reemplazar á Tranchebize, y el conde de Berneville, á pesar de las diligencias y de las súplicas de los restos diseminados de la hidra de la reacción, rehusó obstinadamente presentarse.

Declaraba que ya tenía bastante; que su descalabro de hacía dos años le había disgustado para siempre en cuestión de política; que los manejos y astucias de una campaña electoral le repugnaban profundamente, y que, puesto que á su país le agradaba tener representantes como los Tranchebize y los Muterel, no reconocía derecho para contrariar sus inclinaciones.

Muterel, pues, quedaba como único candidato, y muy pronto los anuncios de color de sangre de toro cubrieron las paredes, dando á conocer á todos su programa, que consistía simplemente en realizar las economías posibles, efectuando todas las reformas, lo cual evitaba el apuro de manifestar cuáles, y aventurarse en la vía de todos los progresos.

XI

Durante los primeros días de aquella agitación electoral, Juanita disfrutó de una calma profunda, pues nadie se cuidaba de ella: Coralia, siempre encerrada en su majestad, no la veía, y Muterel no echaba de vèr aparentemente su presencia. Todas las mañanas se iba en su carricoche á recorrer el distrito, y con frecuencia no regresaba hasta la noche; se le veía volver con personajes al parecer muy atareados; á cada momento llegaban coches con visitantes; había conciliábulos, y se daban comidas en el salón de la señora Muterel. Por un momento Coralia esperó que volverían á su casa de Varencieres, y ella lo deseaba, para que sus amigas de la ciudad viesen la mujer de un futuro diputado; pero Muterel no se cuidó de esto; pensaba que en los Muriaux se hallaba bastante cerca de Varencieres para estar al corriente de todo; que su mujer, cuya charlatanería increíble conocía muy bien y cuya nulidad apreciaba, podría, de vuelta á la ciudad, decir ó hacer alguna tontería; y que, por otra parte, no era inútil para él, desde el punto de vista electoral, que se le creyese hombre muy ocupado, agrónomo distinguido, y sobre todo yerno fiel, que socorría á su suegro debilitado por la edad, proporcionándole el precioso concurso de su laboriosa experiencia. Fué preciso, pues, resignarse á ver á los Muterel quedarse en la granja; pero tenían demasiadas cosas que hacer para ser molestos.

Por desgracia para Juanita, la salud de Chantavoine la inquietó muy pronto. Hacía dos años que el viejo decaía visiblemente; pero las últimas escenas habían sido causa de que su decadencia hiciera espantosos progresos. Hasta entonces había podido luchar contra el desaliento, trabajando; aplicábase para que la granja prosperara bajo la alta dirección de su yerno; y dando órdenes á los trabajadores, para los cuales seguía siendo siempre el amo, olvidaba un poco la frialdad y el mal humor que le manifestaba su hija; pero ahora, retirado en aquella casa, donde vivía con su sobrina, como si fueran dos apestados, y no teniendo ya nada que hacer ni que ordenar, la pena se apoderó completamente de su corazón.

Había esperado en un principio que su hija no le conservaría rencor; que su obediencia, tan fácilmente obtenida, haría olvidar todo, y que de nuevo podría ser recibido por ella, vivir con frecuencia á su lado, y cuando menos verla; pero debió renunciar á esta esperanza. Coralia no se dignaba ya recibirle ni hablarle, y cuando por casualidad le veía volvíale la espalda. No le era posible perdonarle que fuese la causa, la única causa, según creía ella, de que se conservase en la granja á Juanita, á la cual odiaba realmente.

Este rencor y esta dureza acabaron de desconsolar á Chantavoine, pero muy pronto la ociosidad y la inquietud aumentaron su dolor.

Desde la mañana hasta la noche andaba de un lado á otro sin saber qué hacer, sin hallar siquiera con quien hablar, pues desde que sus antiguos criados fueron despedidos no veía en el patio más que caras extrañas, hombres que no lo conocían, y que por lo tanto no tenían para él atenciones ni respeto. Para ocuparse un poco había pensado trabajar en el jardín; pero Coralia puso mala cara al verle cavar debajo de sus ventanas, y al punto dejó el trabajo por temor de contrariarla. Chantavoine se desesperaba sólo por falta de ocupación, él, que toda la vida había trabajado en medio de su gente; y si no hubiera tenido en su compañía á Juanita, tal vez habría muerto ya. Por lo menos quedábale su sobrina, y como no tenía más que á ella, apreciaba cada día más sus cuidados y su presencia, aunque pensando, en su egoísmo de aldeano y de viejo, que con su abnegación no hacía más que satisfacer una deuda, pero se la pagaba bien y estaba agradecido.

Por el afecto y el agradecimiento se llega á tener perspicacia. Chantavoine no se hacía ya ilusiones sobre los manejos de Muterel para con su sobrina; no se dejaba ya engañar por sus fingidas indignaciones ni su aparente generosidad, y he aquí por qué se había propuesto acompañar á Juanita por dondequiera que se pudiese presentar su yerno. La irritación creciente de este último le había causado placer y miedo á la vez, y continuaba su vigilancia, persuadido de que desagradaba á Muterel, á quien odiaba resueltamente, por más que temiese que apelara á cualquier extremo.

El pesar, el despecho, el temor, la ociosidad y la aversión, todos los sentimientos de mayor violencia que pueden agitar y deprimir el alma, se entrechocaron en su cerebro y pusieron el colmo á su abatimiento físico y moral. Sobrevínole un enfriamiento en la noche de cierto día en que el viento Norte había soplado más glacial que de costumbre; quiso acostarse, y desde que estuvo en cama un temblor de mal agüero le agitó; después sobrevino la fiebre, y casi al punto acompañáronla las alucinaciones del delirio.

Juanita comprendió desde el primer día que el estado de su tío era grave; jamás había estado enfermo, y era de aquellos hombres á quienes el mal no sobrecoge sino cuando debe aniquilarlos.

Se apresuró á dar aviso á Coralia; pero el momento era el menos oportuno, pues aquel día se trataba de dar una comida, y esperaban á Griffón y á los principales individuos del comité, porque se quería redactar el último llamamiento á los electores, adoptándose las disposiciones supremas para el escrutinio que se verificaría á fin de la semana.

Todos estaban preocupados, porque el conde Berneville había vuelto al castillo. ¿Se proponía tal vez, cediendo á las vivas instancias de sus partidarios, lanzarse de nuevo en la lucha? No había verdaderamente tiempo para ocuparse de Chantavoine.

Coralia escuchó á su prima con aire desdeñoso; encogióse de hombros cuando le habló de la enfermedad y del peligro, y añadió que aquello pasaría. Sin querer ir á ver á su padre, que preguntaba por ella, dió bruscamente con la puerta en las narices á Juanita, y corrió á conferenciar con su cocinera sobre el mejor modo de guisar una cabeza de ternera, que esperaba ya con los ojos y el hocico llenos de perejil, pues deseaba que fuese digna de llamar la atención de los convidados.

Juanita, muy desconsolada, volvió á la cabecera del lecho de su tío. La fiebre iba en aumento; el delirio no había cesado sino para ser sustituído por una exaltación lúcida, que por lo mismo era más espantosa; y en su consecuencia la joven hizo uso de su autoridad sobre el vaquero para enviarle á Varencieres en busca del médico. Este último llegó al día siguiente, auscultó al enfermo, reconoció que los pulmones estaban congestionados, siendo la temperatura excesiva, prescribió algunos remedios y retiróse muy de prisa, diciendo que el caso era grave, muy grave.

Entonces Juanita fué de nuevo en busca de su prima, pero no encontró á nadie; la cocinera le dijo que la señora había ido á almorzar á la ciudad, en casa del notario; por la noche, cuando Coralia volvió, apeóse y se encerró en su habitación. Juanita envió á decirle que el estado de Chantavoine empeoraba; mas no recibió respuesta.

¡Así, pues, era cosa resuelta; Coralia se negaba á ver á aquel viejo que en las excitaciones de la fiebre la llamaba á gritos! ¿Y cómo hacer para cuidarle?

Ningún auxilio se ofrecía á la joven; sola en aquella casa maldita, únicamente la cocinera, obesa joven, de buenos sentimientos, llevábale de vez en cuando una taza de caldo sin que lo viera su ama; y el vaquero, acostumbrado á obedecer pasivamente, corría por la noche á la ciudad á buscar medicinas, que Juanita compraba al fiado por carecer de dinero. No descansaba ni de día ni de noche, disputando á la muerte la vida de aquel hombre, cuyo delirio, en ciertos instantes, redoblaba sus fuerzas, y que la rechazaba y maltrataba, rehusando tomar los remedios. El enfermo derribaba las botellas, atemorizaba á la joven con violencias que ella no tenía fuerza suficiente para resistir, y caía otra vez en largos abatimientos. En aquellos instantes de calma Juanita se ocupaba en los quehaceres de la casa, y después atendía al viejo, manejándole en su cama como si fuera un niño; el enfermo la reconocía entonces, dábale las gracias con una triste sonrisa, y preguntaba si Coralia vendría... Si el letargo se producía de nuevo, Juanita iba á la sala para sentarse allí un rato, reunía los tizones en el hogar y dormitaba un poco, mientras que *Mostacho,* echado junto al fuego, la miraba con afecto y aire sumiso, como si comprendiera lo que pasaba. Algunas veces avanzaba á paso de lobo para no despertarla, y ponía con precaución sobre sus rodillas la peluda cabeza, en la cual brillaban dos ojos amarillentos de dulce mirar.

Cuando llegó el sábado, el día fué horrible; durante largas horas Chantavoine tuvo un frenesí delirante; daba órdenes á trabajadores imaginarios, se encolerizaba; tratábalos de holgazanes, se figuraba labrar la tierra, hablaba á sus caballos, renegaba, creyendo haber roto su arado contra una roca y destrozado un manzano; volvía á ver á su esposa, discutía con ella sin fin, casaba de nuevo á Coralia, hacía el elogio de Muterel; y profiriendo un grito de rabia rechazaba lejos de sí un papel que Griffón le presentaba á la firma.

Después hablaba del granizo, que caía compacto, destrozando sus cosechas, y gemía tanto que se hubiera dicho que le golpeaban el cráneo. Juanita se cruzaba en su siniestro sueño; llamábala, y ella huía, arrebatada á lo lejos por su padre, y como él se lanzara en su persecución, encontrábala derribada en tierra, oprimida por Muterel, defendiéndose de éste á puntapiés y á puñetazos y pidiendo auxilio desesperadamente. De pronto su voz, preñada de amenazas, convertíase en suplicante: Coralia estaba en su presencia y aparentaba no verle, mientras que él preguntaba por ella, le suplicaba y lloraba, profiriendo quejas desgarradoras. En fin, todo se embrollaba; las imágenes sucesivas que habían perturbado su cerebro le llenaban todas á la vez; y en un paroxismo de locura gritaba, manoteando, dándose golpes contra la pared y agobiando á Juanita, que se precipitaba sobre él para contenerle, evitar que saltase de la cama y que se diese golpes que le arrancasen gritos de dolor.

Insensiblemente, sin embargo, sus fuerzas disminuían; á la caída de la tarde volvió en sí; quejóse de un intenso frío en los pies, y preguntó de nuevo con lamentable angustia:

– ¿No vendrá?

Y como Juanita, llena de pesar y de compasión, trataba de explicarle que Coralia estaba ausente, pero que volvería muy pronto, y se esforzaba por tranquilizarle y consolarle, el enfermo sonrió tristemente, exhaló un suspiro de resignación, miró á su sobrina con ojos llenos de agradecimiento y de paternal cariño, y mientras la contemplaba así se adormeció de nuevo.

Otra vez había pasado la crisis; pero Juanita comprendió que la muerte se hallaba próxima, y que su tío no resistiría un nuevo acceso del delirio. Tenía los pies y las piernas helados; la joven los rodeó de ladrillos calientes, y con esto experimentó al parecer un poco de bienestar, pues durmió casi con calma. Juanita salió para decir al vaquero que fuese al amanecer á dar aviso al cura, y después, al ver á la cocinera que atravesaba el patio con un cubo lleno de basura que llevaba al estercolero, la llamó, rogándole que previniese á su señora que el enfermo estaba peor. Pero aquella mujer no quiso encargarse de la comisión, diciendo que su ama estaba muy nerviosa y que el señor acababa de volver de una reunión donde había hablado dos horas, y que ahora escribía en la sala, donde había gente. Añadió que no sabía cómo preparar la cena; que todos parecían endemoniados allí arriba..., y que por fortuna la elección se efectuaría al día siguiente, pues de lo contrario acabaría por volverse tonta.

Juanita vaciló un instante; pero al fin no se atrevió á ver á su prima, pensando por otra parte que, como había enviado á buscar al cura, tal vez fuera mejor esperar á que éste se presentase: al día siguiente haría el último esfuerzo...

La noche transcurrió sin que ocurriese ningún incidente. Hacia el amanecer, el sueño de Chantavoine volvió á ser nervioso; se despertó, quejándose otra vez del frío que le sobrecogía, y después comenzó á divagar, pero más sosegadamente que la víspera, pues la debilidad aumentaba por grados. El vaquero volvió de la rectoría anunciando que el cura acudiría después de la misa mayor.

Como Juanita viese poco después que el coche se detenía delante de la casa, y que Coralia tomaba asiento en él, vestida de gala, corrió á la portezuela, y dijo:

– ¿Se va usted, prima?

– Probablemente, contestó Coralia, pavoneándose en su asiento. Tal vez ignoras que hoy se elige nuestro diputado; mi lugar está en Varencieres hasta que sepamos...

– Es que...

– Pero ¿no estás tú aquí para cuidarle? Puesto que tanto te quiere, ya tiene cuanto necesita. Por

otra parte, yo volveré esta noche, y ya me dirás cómo sigue.

—Pero, prima mía, no sé si pasará de la noche, y no deja de preguntar por usted.

—¡Qué exageración!, exclamó Coralia con impaciencia. Apenas hace cinco días que mi padre está enfermo, y quieres hacerme creer que ha llegado su última hora... Bien le conozco, y sé que es más fuerte de lo que parece.

—Se lo ruego á usted, prima; entre á verle aunque no sea más que un minuto.

—Te repito que vuelvo esta noche; si subiese ahora, ya no habría motivo para marcharme, y mi esposo me espera. ¡Vamos, déjame marchar!

Y Coralia hizo seña al cochero, que arrancó al punto, mientras Juanita se quedaba llorando amargamente.

XII

Durante todo el día, Muterel, sentado detrás de la urna, presidió el escrutinio de Varencieres; varias veces su auxiliar se ofreció á sustituirle, pero siempre rehusó, mostrando empeño en llenar hasta el fin sus deberes de alcalde, y hallando además en la contemplación de aquella caja cuadrada, donde introducía papelitos de vez en cuando, una ocupación maquinal que calmaba su impaciencia, impidiendo que se exasperase la inquietud que le devoraba á pesar de sus probabilidades de éxito.

Cierto que no había competidores, pero tampoco ignoraba que existía contra él un partido numeroso, influyente aún, y que hasta la última hora este partido había esperado decidir al conde á entrar en lucha. También era una verdad que Muterel no había triunfado, pero esto no bastaba para desarmarle. Durante toda su campaña había chocado contra una hostilidad tenaz, y aunque lisonjeado por sus amigos, por todas partes encontró adversarios que le habían recibido mal en sus casas y que le siguieron y combatieron en las reuniones públicas, atacándole y burlándose de él en los diarios. Aún aquella misma mañana, el *Independiente de Varencieres*, que como todo el mundo sabía, estaba inspirado y dirigido por el conde, había invitado á los electores á votar por quienquiera que fuese, pero á votar para tener en jaque al que llamaba por irrisión «la oca colorada de Varencieres.» ¿No era de temer que se siguiera este consejo, y que el alcalde no reuniera suficiente número de votos, por presentarse contra él una mayoría heterogénea? Y entonces, ¡qué decepción, qué vergüenza!

Para desechar estos pensamientos que le atormentaban, Muterel hacía esfuerzos á fin de hablar de cosas diversas con sus asesores, mientras que bromeaba con los electores, afectando desenvoltura; pero invenciblemente sus miradas se dirigían á cada momento á la urna, como si hubiesen podido atravesar sus paredes y devorar las papeletas que contenía. Y á medida que el día avanzaba sentía acrecentarse su turbación; pálido y nervioso, inquietábale la ausencia de éste, notaba como indicio de mal augurio la presencia de aquél; y aunque había visto muchos amigos, ¡cuántos adversarios también! ¡Y con qué insolencia acababa de referir el farmacéutico reaccionario que llegaba de Berneville, que allí se votaba mucho, y que el señor conde había llegado de los primeros, escoltado por toda su servidumbre, que le acompañaba expresamente! Cuando dieron las seis Muterel sudaba la gota gorda, y con voz temblorosa de emoción y de impaciencia proclamó que el escrutinio quedaba cerrado.

Cuando se procedió al examen, Muterel se tranquilizó: en Varencieres, cabeza del distrito, resultaba una imponente mayoría; después corrió á la subprefectura para acechar la llegada de los gendarmes, portadores de los resultados de los pueblos. El primero que llegó fué el de Berneville, detestable para él, pues de sesenta electores el conde tenía á su favor cincuenta y dos votos; seis eran de nombres diversos, y Muterel no obtenía más que dos. Cierto que Berneville era un pequeño municipio; pero á Muterel le mortificó fracasar allí donde hacía algunos meses que había fijado su residencia, pues semejante resultado probaba hasta qué punto se le aborrecía, y cuánto se amaba aún á la familia de Berneville. No trató de ocultar su mal humor, y comenzó á renegar en alta voz de aquel sucio país y de su suegro, condenado viejo que no trataba más que de hacerle daño, y que se había fingido enfermo únicamente con el objeto de no votar en su favor.



Rechazaba lejos de sí un papel que Griffón le presentaba á la firma

Entretanto iban llegando en gran número los resultados de los demás ayuntamientos, y cada uno de ellos aumentaba la ansiedad y malestar de Muterel. Todos eran obscuros, contradictorios; la mayoría asegurada en un municipio la anulaba la de otro; por todas partes seguíanse las cifras, se igualaban casi, y bajo el lápiz de los interventores, un número amenazador de sufragios acompañaba el nombre de Santiago de Berneville. No quedaba duda de que si el conde hubiera querido luchar, Muterel estaba perdido. No tenía, como Tranchebize, esa popularidad fácil del médico, que trata á sus enfermos como electores, y compra sus votos olvidando el pago de las visitas; ni sus modales de político audaz, su charla imperturbable de estudiante de medicina, ni tampoco, en fin, ese fanatismo que pone al servicio de las peores causas la fuerza de persuasión resultante del entusiasmo de la buena fe. No; por otra parte, siendo del país, se le conocía demasiado, y sostenía mal la comparación con el señor conde. Sabíase que era rico, interesado y hasta mezquino; se le temía más bien que se le amaba, y la mayoría vacilante de aquellos que no saben por quién votar no se inclinaba hacia á él por el recuerdo de ningún servicio, por la corriente de ninguna simpatía. Sin duda se ignoraba su abominable proceder privado; pero había en él algo de ambiguo que desagradaba seguramente á la mayoría de los electores, conocida por su honradez y actitud, á pesar de las locuras embrutecedoras de la política.

Muterel pensaba todo esto, mientras que se iban conociendo los resultados de los diferentes colegios; y cuando el último gendarme hubo vaciado su cartera, sintióse inundado de un sudor frío: aquel distrito debía decidir de su suerte, y eso que era muy poco importante; de la diferencia en más ó en menos de unos pocos votos iba á depender su triunfo ó su derrota.

Permanecía, pues, inmóvil, acosado de angustia, cuando el subprefecto, agitando un papel lleno de cifras, le dió un golpecito en la espalda, exclamando:

—¡Ya está; triunfa usted por veintitrés votos! ¡Bravo, querido diputado!

¡Diputado, era diputado!.. No se atrevía á creerlo; pero de pronto resonaron los gritos de ¡viva Muterel! Entonces salió de la subprefectura, ebrio de alegría, y fué á caer en brazos de los individuos de su comité. Los apretones de manos, las felicitaciones y los gritos de triunfo no cesaron ya. Muy pronto aparecieron banderas rodeadas de farolillos; una murga tocó la *Marsellesa*, y organizóse un cortejo que recorrió la ciudad hacia el Sol de Oro. Allí esperaba Coralia, sofocada de orgullo y llorosa, por la sorpresa de la victoria; vió á su marido avanzar en medio de la música, entre el estrépito producido por un bombo y un cornetín de pistón, que tocaban una especie de gambetada triunfal; y estuvo á punto de estallar al oir las aclamaciones que saludaban al vencedor, llevado en hombros más bien que escoltado por la multitud.

Muterel hizo seña de que deseaba hablar, y subió á un banco...; el cornetín enmudeció al punto, emitiendo como un balido ronco, y reinó un silencio respetuoso. Entonces el nuevo diputado exclamó con voz ahogada:

—¡Amigos míos..., ciudadanos..., mi corazón rebosa..., mi corazón está demasiado lleno..., tan lleno!.. En fin, no os diré más que una palabra: ¡Gracias! Y no proferiré más que un grito: ¡Viva la República!

La multitud vociferó entusiasmada, y alguno gritó:

—¡A los Muriaux! ¡Es preciso acompañarle allí!

Todo el mundo aplaudió al punto con frenesí. A los gritos mil veces repetidos de «¡A los Muriaux, á los Muriaux!,» el cortejo se rehizo, y el coche de Coralia quedó en el centro. En medio del vértigo de su gloria, Muterel tuvo tiempo de pensar que aquella marcha triunfal iba á costarle muy cara; entrevió un instante el saqueo de su despensa y su sidra corriendo á cántaros...; mas ¿cómo resistir á semejante impulso? Pero por otra parte, aquella gran satisfacción bien valía el gasto que causara. Tomó, pues, asiento en su carruaje, y Coralia se colocó á su lado á petición de la muchedumbre. Dos hombres cogieron el caballo de la brida, y la música desfiló precedida de la bandera, flanqueada de varios pilletes que agitaban en la extremidad de largas pértigas farolillos á la veneciana, de los cuales se había despojado á un tendero. Hacía un tiempo seco, no muy frío, y bueno para andar; el comité rodeó el coche y la multitud siguió, llevando hachas y faroles, gritando y gesticulando. Y entre aquel gentío que invadía el arrabal, saliendo muy pronto á los campos, con el estrépito de los gritos y el brillo de las luces, el coche parecía un monstruo negro, un animal del Apocalipsis avanzando con lentitud en un mar fosforescente y alumbrándose en su camino con dos ojos de fuego.

La música se detuvo á la izquierda de la gran puerta, y el cortejo desfiló por delante de ella. Al sonido estridente de los instrumentos de cobre, al estrépito creciente de los tambores y al fragor del bombo, golpeado sin cesar, contestaron en las vaquerías balidos quejumbrosos; en las cuadras y en los establos, rumores de cadenas arrastradas y mugidos de espanto; las gallinas cacarearon, y los perros prorrumpieron en aullidos. El señor alcalde y su esposa, apeándose con aire solemne del coche, en medio de aquel bullicio, entraron en la casa, cuyas ventanas se iluminaron todas. En el mismo instante viéronse sombras que corrían hacia la bodega, de la cual salieron con frascos y botellas; la cocinera, fuera de sí, pasó llevando un filtro lleno de café; los litros de aguardiente circularon; por todo el patio se percibió un olor de morcillas asadas, y los electores comenzaron á comer y á beber con entusiasmo y alboroto.

(Concluirá)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL TURBINIA

¿Estaremos á punto de presenciar en breve plazo una transformación completa en los aparatos motores de los buques? Casi estamos tentados de creerlo así, en vista de los resultados verdaderamente notables que se han conseguido en las pruebas de velocidad del *Turbinia*.

Este pequeño barco, que por su aspecto general recuerda los primeros torpederos de 27 metros de la marina francesa, tiene 30'50 metros de eslora, 2'75 de manga y un calado medio de 0'92: su desplazamiento no excede de 45 toneladas, de las cuales 22 corresponden á la maquinaria.

La particularidad del *Turbinia* consiste en la sustitución de la maquinaria ordinaria Compound ó de triple expansión por una turbina Parson.

Hasta el presente, esta turbina no había sido utilizada, á lo menos á bordo de los buques, más que para hacer funcionar las dinamos, pues tenía el inconveniente del gasto considerable de vapor, sobre todo en las potencias reducidas; pero, según parece, M. Parson en sus últimas pruebas ha conseguido, gracias á ciertos perfeccionamientos, reducir aquel consumo á 6'9 kilogramos por caballo y aun á 6'3 en determinadas instalaciones de una potencia que varía entre 150 y 200 caballos.

Animado por estos resultados, M. Parson llevó más lejos sus experimentos, y ante la necesidad cada día creciente de reducir el peso de los aparatos motores de los buques de guerra, pensó en aplicar la turbina á un torpedero: el nuevo motor, gracias á su sencillez y á la supresión de todos los órganos de transmisión intermediarios, puede, en efecto, producir una gran potencia con poco peso, estimándose actualmente que su empleo permitirá reducir á una tercera parte el peso actual de las máquinas de torpederos y *destroyers*. Desde luego se comprende las grandes ventajas que esto reportaría á los buques de pequeñas dimensiones.

Los motores ensayados en el *Turbinia* son del modelo ordinario Parson: sin entrar en detalles acerca de ellos, diremos que cada uno se compone de siete turbinas elementales parecidas á las turbinas hidráulicas, montadas sobre un mismo eje, unas detrás de otras, y encerradas en la misma cubierta. El conjunto de las mismas constituye un motor propiamente dicho.

Estas siete turbinas elementales están asociadas en serie, es decir, que el vapor que llega de la caldera obra en primer término sobre la primera, luego sobre la segunda y así sucesivamente hasta la última, de manera que el vapor que se escapa de cada turbina elemental conviértese en vapor motor de la siguiente.

Hay tres motores así constituídos y colocados igualmente en serie, diferenciándose uno de otros únicamente por el diámetro de las turbinas, que aumenta á medida que disminuye la tensión del vapor que las pone en movimiento. La presión es de 12 kilogramos á la entrada en el primer motor, y queda reducida á 100 gramos cuando sale de la tercera para entrar en el condensador; puede decirse, pues, que la máquina se compone de tres motores de alta, media y baja presión. Como se ve en la figura 2, el motor de alta presión está situado á estribor, en el departamento de máquinas; el de presión media, á babor, y el de baja presión, en el centro.

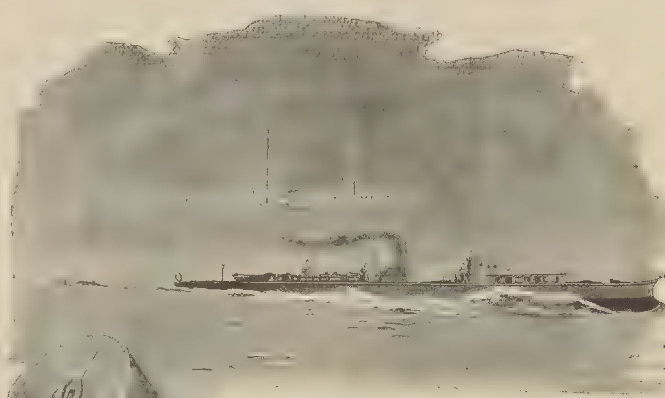


Fig. 1. - Vista en conjunto del *Turbinia*

Cada motor mueve un eje independiente; el eje del centro se extiende hasta la popa del barco; los otros dos, más cortos, terminan aproximadamente á la altura de la parte trasera del departamento de máquinas. Los tres ejes, cada uno de los cuales lleva tres hélices, están ligeramente inclinados sobre el horizonte con el objeto de colocar los propulsores en aguas más profundas: las nueve hélices, absolutamente idénticas, tienen un diámetro de 0'45 metros y dan unas 2.200 vueltas cuando el buque es lanzado á toda velocidad. Esta disposición de tres hélices de escaso diámetro sobre cada eje ha sido adoptada á consecuencia de los resultados defectuosos que dió una hélice única de mayores dimensiones.

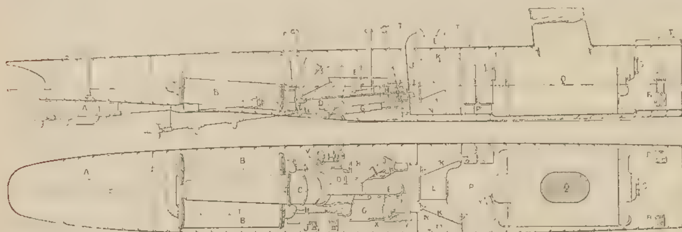


Fig. 2. – A, Timón; B B, Condensadores; C, Tubo de escape al condensador; G, Turbina de alta presión; H, Turbina de presión media; D, Turbina de baja presión; H', Turbina de marcha atrás; E, Tubo de evacuación de la turbina de marcha atrás; F, Tubo de vapor de la primera á la segunda turbina; I, Ventilador; Q, Caldera; Y, Válvula de parada; N, Tubo de toma de vapor; O O, Calentadores.

La condensación del vapor se realiza por mediación de dos condensadores colocados, uno á cada lado, detrás de los motores; la superficie refrigerante total de los mismos es considerable, pues se aproxima á 400 metros cuadrados. Un ancho tubo visible en la figura 2 une los dos condensadores con el motor central de baja presión: la circulación se verifica, como en la mayoría de los pequeños torpederos, por la singladura del barco.

El aparato evaporador se compone de una caldera multitubular del tipo *Express*, que produce vapor á 17 kilogramos cuando funciona á tiro forzado, que se obtiene mediante un ventilador montado sobre un eje, prolongación del del motor central, aumentando de esta suerte el tiro con el consumo de vapor. La superficie de calefacción de la caldera es de 101 metros cuadrados y la superficie de la rejilla de 3'85.

Los aparatos auxiliares comprenden varias bombas de aire y alimentadoras y en el hogar hay dos calentadores de agua de alimentación. El timón está colocado fuera del plano diametral, á babor y á la altura del sitio que queda entre las dos hélices delante del eje central.

Por su misma sencillez los motores son de fácil dirección, y como no necesitan que se les lubrique, ahórrase con ellos el transporte de materias grasas en las calderas: únicamente los ejes exigen un cuidadoso engrasado á causa de la velocidad de su rotación.

La poca altura de las máquinas permite colocarlas á bordo de un buque de escaso calado como el *Turbinia*, debajo de la línea de flotación: de esta manera el centro de gravedad se encuentra muy bajo y la estabilidad del torpedero aumenta. Además, los motores están colocados al abrigo de los disparos del enemigo, condición inapreciable para un barco de guerra.

Al decir de M. Parson, las ventajas del *Turbinia* pueden resumirse en las siguientes:

1.ª Gran aumento de velocidad; 2.ª, elevación de la potencia del buque; 3.ª, economía en el consumo del combustible; 4.ª, mayores facilidades para navegar en aguas poco profundas; 5.ª, aumento de estabilidad; 6.ª, reducción del peso de las máquinas para una misma fuerza; 7.ª, diminución considerable del peso de los motores; 8.ª, reducción de las dimensiones y del peso de las hélices y de los ejes; 9.ª, ausencia completa de vibraciones; 10.ª, abajamiento del centro de gravedad y diminución de las probabilidades de averías en los motores durante el combate.

Al lado de estas ventajas, algunas de ellas muy problemáticas, hemos de citar algunos inconvenientes que hacen que el *Turbinia* no pueda ser considerado como una solución completa del problema.

En primer lugar, la gran rotación de las hélices, necesaria con los motores de esta clase, es causa del mal rendimiento de las mismas.

En ninguna de las pruebas se ha consignado el consumo de combustible por caballo y hora, lo cual permite suponer que debe ser considerable, y en este caso podría disminuir notablemente el radio de acción del torpedero.

En las grandes velocidades los gastos de vapor han sido muy reducidos: 6'5 kilogramos por caballo á 32 nudos ¾ y 7'2 kilogramos á 31. Pero en las pequeñas velocidades comprendidas entre los 10 y 12 nudos el consumo ha sido mucho mayor; este es un punto muy digno de consideración, porque para un barco de guerra ó mercante importa que el consumo de vapor, y por ende de combustible, sea poco elevado.

Otra dificultad es la que se experimenta en la marcha atrás, que resulta siempre muy imperfecta y débil: además, para obtenerla ha sido preciso añadir una turbina especial que permite andar unos 10 nudos hacia atrás.

Conviene hacer notar que un buque de guerra, especialmente un torpedero, ha de poder maniobrar rápidamente y á toda velocidad en ambos sentidos.

Mas sea lo que fuere de estas dificultades, el *Turbinia* constituye un progreso notable, pues es el único barco de tan reducidas dimensiones que ha podido realizar velocidades tan grandes: en la última prueba ha dado 32 nudos ¾ como término medio en dos recorridos, los cuales han sido realizados después de cuatro horas de funcionamiento á marchas diversas y de 15 días de permanencia en el mar.

Esta velocidad considerable se obtuvo con una potencia de 2.100 caballos, ó sea 100 caballos aproximadamente por tonelada de maquinaria y 50 por tonelada de desplazamiento. Estos resultados verdaderamente notables permiten suponer que con buques como los *destroyers*, que tienen de 60 á 65 metros de eslora, y los torpederos de escuadra, que tienen de 45 á 50, será fácil conseguir de 35 á 40 nudos.

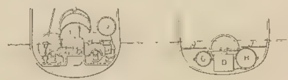


Fig. 3. – G, Turbina de alta presión; H, Turbina de presión media; D, Turbina de baja presión

M. Parson prosigue sus interesantes pruebas y trata de modificar las partes defectuosas de sus aparatos: el Almirantazgo inglés parece dispuesto á auxiliarle haciendo realizar pruebas comparativas entre su motor y los de Thirnicroft y Yarrow. Esta prueba será decisiva y tendrá probablemente trascendentales consecuencias para las construcciones del porvenir si en ella se demuestra que la turbinas Parson tienen resistencia suficiente, cosa hasta ahora no muy segura. – G.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

REVISTA CONTEMPORÁNEA. – El último número de esta importante revista madrileña contiene notables artículos de Gil Maestre, Iribas, J. M. del Castillo, L. Navarro, Rodríguez Intilini, Bullón y Fernández, Hannis Taylor, P. Madrid y R. Blanco.

ANALES DE LA INQUISICIÓN DE LIMA, por *Ricardo Palma*. – Una obra del ilustre escritor peruano D. Ricardo Palma no necesita elogios; lleva su mejor alabanza en la firma de su autor: por esto nos limitaremos á decir que la edición de *La Inquisición de Lima* que nos ocupa y que ha sido impresa en Madrid por Ricardo Fe, es la tercera de tan interesante obra, en la cual se narran, con la elegancia de estilo peculiar de su autor, la historia de aquel tribunal en la capital peruana y algunos de los más curiosos episodios de la misma.

ALMANACH DE LA ESQUELLA DE LA TORRATXA. 1898. – Cuando una publicación cuenta tantos años de existencia y está tan acreditada como esta, huelgan los elogios y su solo anuncio es su mejor recomendación; por esto nos limitaremos á decir que el almanaque de 1898 iguala y aun supera en mérito á los anteriores, formando un tomo de cerca de 200 páginas con escogido texto de nuestros principales escritores y profusión de dibujos de los artistas más renombrados. Editado por don Antonio López, véndese á una peseta.

EL EJÉRCITO ESPAÑOL. – El último número de esta importante publicación que edita D. Luis Tasso contiene 16 interesantes autotipias que reproducen escenas de la vida militar de los cuerpos de Marina, Sanidad, Administración, Ingenieros, Guardia Real, Velocipedistas, Guardia Civil y Mozos de la Escuadra.

HIGIENE DEL ALMA, por *E. de Feuchtersleben*. – Esta obra del insigne barón de Feuchtersleben ha sido en todos tiempos considerada de tal importancia, que además de haberse hecho de ella cerca de 50 ediciones en alemán, ha merecido los honores de la traducción en los principales idiomas. Es un libro que deben leer cuantos estiman que el cuidado del espíritu y la salud del alma son tanto ó más dignos de atención que la salud y el cuidado del cuerpo: su lectura es eficaz medicina para prevenir ó curar las enfermedades morales, y aunque eminentemente filosófico, el libro está escrito con gran sencillez, que lo hace asequible á todas las inteligencias, pues este es el objeto que se propuso su autor al publicarlo. La edición española que nos ocupa ha sido hecha por el editor barcelonés D. Juan Gili en un tomo elegantemente encuadernado.

AL INSIGNE CÁNOVAS DEL CASTILLO. – Colección de notables artículos dedicados á la memoria del Sr. Cánovas por los más importantes personajes políticos de Chile: es una corona fúnebre digna del ilustre estadista y una prueba de afecto y consideración del pueblo chileno que debemos agradecer todos los españoles. Forma un tomo de más de 200 páginas, que ha sido impresa en Santiago de Chile en la imprenta Barcelona, de Barros y Balcells.

PANORAMA NACIONAL. – El último número de esta publicación que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles, contiene preciosas vistas de Toledo, la Coruña, la sierra del Paular, Jérez, San Cugat del Vallés, Guadamur, la Armería Real de Madrid, Santa María de la Rábida, Palma y Pamplona, ejercicios de tiro de una batería de artillería y una gran vista panorámica de las fortificaciones de Melilla. Véndese á 70 céntimos.

DICCIONARIO BIOGRÁFICO DE ARTISTAS VALENCIANOS, por el *barón de Alcahalí*. – Mucho mayor espacio que el de que podemos disponer necesitaríamos para ocuparnos como se merece de este importantísimo libro, justamente premiado en los Juegos Florales de «Lo Rat Penat» de Valencia de 1894. El Excmo. Sr. D. José Ruiz de Lihori, barón de Alcahalí, ha reunido en él, á fuerza de un trabajo ímprobo y gracias á su erudición vastísima, las biografías de cerca de 800 artistas valencianos de todos los tiempos, acompañadas de una minuciosa reseña de sus obras, con indicación, siempre que es posible, del lugar en que se hallan y con atinados juicios acerca de sus principales trabajos. Como introducción á los artículos del *Diccionario* ha escrito el autor un primoroso compendio de la historia de las bellas artes en Valencia. Con esta obra, que no vacilamos en calificar de monumental, ha prestado el Sr. barón de Alcahalí un valiosísimo servicio al arte de nuestra patria mereciendo por ello las alabanzas más entusiastas. El libro, perfectamente impreso en el establecimiento de D. Federico Doménech (calle del Mar, 65, Valencia), forma un tomo de cerca de 450 páginas, y se vende á 10 pesetas en Valencia y á 10'75 fuera de aquella capital.



Batalla de Treviño, cuadro de Víctor Morelli. (Premiado en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVI — Barcelona 27 de diciembre de 1897 — Núm. 835



Facsímile de un dibujo de Wan-Dych, existente en el Museo de Viena

ADVERTENCIA

Con el presente número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA repartimos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el quinto y último tomo de la presente serie, que es la segunda parte de la obra de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, reproducción en facsímile de la impresa en 1615 por Juan de la Cuesta, de Madrid. Al completar con este tomo tan importante libro, cúmplenos manifestar nuestra gran satisfacción por los elogios unánimes que la prensa de Europa y América ha hecho de la primera parte ya publicada, y cuya reproducción, asimismo en facsímile de la edición de 1608, hecha por el mismo impresor y única revisada y corregida por su inmortal autor, emprendimos para los suscriptores de nuestra **Biblioteca Universal** é ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Esos elogios públicos y los muchos plácemes particularmente recibidos son el mayor galardón de nuestros esfuerzos así como la sanción del acierto á que aspirábamos para complacer á nuestros abonados, á pesar de los cuantiosos gastos que tamaña empresa nos ha ocasionado, y al propio tiempo los consideramos como un estímulo para que apelemos á toda clase de medios á fin de realizar la misma aspiración en las sucesivas series de obras, á lo cual estamos obligados por deber y por gratitud.

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Cuestión cubana. – Triunfo del régimen autonómico. – Luchas políticas preparatorias de este régimen. – La derecha y la izquierda del partido liberal. – Programa de Sagasta en Madrid y discurso de Moret en Zaragoza. – Las fórmulas de este último triunfantes. – Triste suspensión del poder parlamentario. – Deseo universal de que la paz se alcance.

I

Desde que comenzó el gran conflicto cubano, se adoptaron para conjurarlo dos métodos contradictorios á un mismo tiempo: el método de la guerra y el método de la reforma. Y no conozco período más difícil para las reformas que un período de guerra, ni conozco guerra ninguna que se compadezca bien, por sus violencias, con el procedimiento y el genio de las reformas, siempre jurídicas y por ende necesitadas de paz y libertad. Pero desde que comenzó la guerra, los gobiernos todos han empleado á una, sin excepción, ambos métodos. Fué mandado por el partido más gubernamental de nuestra patria el general Martínez Campos á dirigir la guerra de Cuba, y este general se queja siempre de que no le mandasen las reformas desde Madrid y no las publicasen pronto en la *Gaceta* oficial, cuando estaba decretado por el Parlamento y sancionado por el monarca el plan puesto en vigor y convertido en ley por la sabia prudencia de Abarzuza. No compartió el partido más gubernamental de nuestra España las impaciencias de su general en jefe y no publicó las deseadas reformas. Pero poco después de haber vuelto este general, cuando se mandaba en su reemplazo á Weyler, significando la guerra opuesta por nosotros á la guerra, de súbito en la *Gaceta* estalla un plan semi-autonomista concebido y formulado por la reacción conservadora. Desde tal punto sabíase que los liberales por fuerza tendrían que acogerse al partido autonómico en sí, para continuar significando la izquierda liberal del país que casi le acababan de llenar los partidos y los proyectos conservadores. Con efecto, el Sr. Sagasta, muy hábil estratega, de táctica superior en el combate político, avezado á conocer las manipulaciones y maniobras de sus contrarios, soltó el nombre mágico de autonomía completa.

II

El partido liberal tiene una extrema izquierda, representada por el Sr. Moret, y una extrema derecha, representada por el Sr. Gamazo. En estos dos polos de tal política debía repercutir, por muy contraria y opuesta manera, la grave y trascendente frase. Así, apercibiéronse sus sendos representantes á un verdadero combate, el cual era tanto más sabio cuanto menos público. Y en este combate secreto pugnaron los dos combatientes por dar al programa llamado autonomía la correspondiente significación, por cada cual de ambos preferida. Y con efecto, tras una larga serie de reflexiones, llegóse á otra larga serie de componendas. Una comisión del partido liberal se nombró, compuesta por los Sres. Gamazo, Moret y Abarzuza. En esta comisión representaba la autonomía diferida el Sr. Gamazo, y el Sr. Moret por su parte la autonomía inmediata. Arbitro entre ambos mi amigo Abarzuza, convino en que la palabra se aceptase, pero no como sacramental é improvisada, especie de fórmula cabalística incompatible con un método científico, no, como corolario de una serie lógica, en que precedieran varias mejoras, y como corona de una paz definitiva é imperturbable. Mientras el Sr. Moret quería, dirigiéndose á Cuba, decirle: «Toma las autonomías y daca la paz,» el Sr. Gamazo y el Sr. Abarzuza cambiaron esa oferta en esta otra: «Daca la paz y toma las autonomías.» Pero como esto no resolvió de ninguna manera el combate aquel en ningún sentido, aunque tuviese una significación muy clara contra las impaciencias de Moret, éste se aprovechó de la primer coyuntura ofrecida por los acontecimientos y formuló en Zaragoza un proyecto de autonomía, el cual no solamente desconcertó las conciliaciones que habían Gamazo y Abarzuza concertado, sino que borró por completo el manifiesto de Sagasta, donde aparecieran las autonomías diferidas y limitadas.

III

En esto sobrevino la muerte de Cánovas. Con la muerte de Cánovas sobrevino la disolución de los conservadores, y con la disolución de los conservadores sobrevino el regreso del partido liberal á la pública gobernación del Estado. Y no habiendo en la pública gobernación del Estado problema que se asemejara en gravedad al problema cubano, seguidamente dentro de la crisis ministerial y del tránsito de un gobierno á otro gobierno, estalló la grande contradicción entre unas autonomías diferidas y unas autonomías inmediatas. La gente se maravilló mucho de que no perteneciera el Sr. Gamazo al nuevo gobierno, de que se hubiese ido en aquellas circunstancias á París desde Biarritz el Sr. Abarzuza, en vez de venirse á Madrid; pero extrañáronse las gentes, porque juzgan, por cierto con bien erróneo juicio, á todos nuestros estadistas ambiciosos y creen que hay en sus actos la menor cantidad de idealismo posible. Sin embargo, si estudiaran las gentes con algún cuidado las circunstancias políticas, vieran cómo había quedado diferido el programa de las autonomías aplazadas y victorioso el programa de las autonomías inmediatas. El combate se hallaba empeñado entre un manifiesto como el que pusieran Abarzuza y Gamazo á la firma de Sagasta y un discurso como el que pronunciara Moret en la insigne Zaragoza. Venido el bando liberal á la gobernación pública bajo las fascinaciones del gran orador que representa su extrema izquierda, y puesta en olvido la proclama del jefe que otros hicieran y no él, imponíase la solución Moret, quedando vencida por completo la solución Gamazo. Y como se imponía la solución Moret, no cabe dudarlo, el partido liberal tuvo que abrazarse á ella, y omitiendo ú olvidando la proclama del jefe siempre dócil al consejo de sus amigos, admitió las autonomías inmediatas, que triunfaron en toda la línea.

IV

Yo no repugno el régimen autonómico. La distancia entre Cuba y su metrópoli; el opuesto carácter de sus contrarios climas; las especialidades varias que un medio ambiente lejano y diverso del nuestro imponen á sus naturales, justifican el reconocimiento á Cuba del derecho al gobierno por sí misma con mayor amplitud y mayor descentralización que las demás regiones hispánicas. Las leyes contenidas en los códigos llamados de Indias por los tiempos del absolutismo, las especiales mantenidas aun por los gobiernos más reaccionarios, no significan otra cosa que una proclamación indirecta del derecho de Cuba y los cubanos á gobernarse de una manera particular y por sí mismos. Así, pues, ni el ministerio propio de Cuba, ni las dos cámaras insulares, ni el reconocimiento en estos poderes de facultades para nombrar los funcionarios públicos me asusta, pues se hallan en verdadera y completa congruencia con los principios radicales sustentados por mí toda la vida y congénitos con los comienzos de mi vieja historia. Lo que me asusta y muchísimo es el conjunto de circunstancias particularísimas en que los decretos proclamando el régimen autonómico se dan y se promulgan. Ha precedido á ellos una impaciencia propia de cualquiera junta revolucionaria, y acompañádolos una serie de súbitas improvisaciones á cual más peligrosa. Las gestaciones rápidas traen aparejados consigo seres fugaces, los cuales por lo mismo que ha costado poco su vida, se hallan muy expuestos á la muerte. Un gobierno que gasta cuatro semanas en estudiar y formular el nuevo régimen de las Antillas españolas y tres ó cuatro sesiones de dos ó tres horas cada una en aprobarlo, me parece, repito, cualquier junta revolucionaria de aquellas que tras un pronunciamiento victorioso removían cielo y tierra en busca de innovaciones que apenas decretadas eran suprimidas. Así no ha podido menos de extrañarme cuando he visto á los autonomistas cubanos, que sufrieran el antiguo régimen por tanto tiempo, impacientarse y pedir la improvisación del nuevo régimen autonómico en leyes acaso tan rápidas en su existencia, como rápidas han sido en su breve é improvisada formación.

V

Y no sólo me asusta esto, me asustan más todavía las pretericiones sistemáticas, hechas por el partido conservador y por el partido liberal, de institución tan alta como la institución parlamentaria. Un siglo nos ha costado acreditar la idea de que la nación es por completo soberana y de que sólo en la nación reside con propia virtud el poder constituyente. Y al terminarse la centuria en que allegáramos y estableciéramos tan justos dogmas políticos, el poder real se arroga el poder constituyente y lanza una constitución para parte considerable de nuestra patria, como pudiera lanzar cualquier decreto de aquellos reconocidos en el radio de su autoridad y hechura del legítimo número de sus prerrogativas. Una doble conjuración ha suspendido el poder parlamentario por mucho tiempo entre nosotros. Los conservadores lo han usado poco en el período último, por fatigarles las grandes discusiones á diario, y los liberales han cooperado á este enormísimo error de los conservadores, por apego al retraimiento revolucionario. ¡Cuánto no hubiéramos ganado con que las deficiencias de nuestros generales se apreciaran en cámaras libres y no en cámaras obscuras; cuánto con que los gastos anualmente se hubieran examinado por aquellos mismos que los decretan y los tasan; cuánto con que se hubieran depurado en el seno de las cámaras y por luminosos debates los programas de cada partido, en vez de depurarlos y mantenerlos en reuniones públicas, sin la grande autoridad del poder parlamentario; así lo han querido los hados, la pereza del gobierno conservador en reunir las cámaras del país y la impaciencia del gobierno liberal en asaltar las cimas del Estado. Lo cierto es que han dejado nuestros partidos constitucionales á la reina casi fuera de la Constitución, atribuyéndole prerrogativas jamás usadas por el despotismo de Fernando VII y demás reyes absolutos; porque todos estos tiranos recibían en herencia un poder ya constituído y casi nunca se arrogaban el supremo poder constituyente. Así, cambio de situaciones, designación de ministros, reparto de dispendios, grandes operaciones de crédito, metamorfosis de un régimen constitucional en régimen republicano, organización de poderes públicos en una parte considerable de nuestros dominios, nuevas cámaras legislativas, nuevos ministros extraños, nuevas transformaciones del veto real, todo esto ha dependido exclusivamente de la reina, expuesta por ello á que le reclamen las responsabilidades de lo hecho y decretado, por sus temerarias usurpaciones, al advenimiento de las grandes desgracias, frecuentísimas durante todo nuestro siglo, en los anales de las monarquías europeas. Las circunstancias en verdad son supremas y extraordinarias; extraordinariamente se ha procedido. Al cabo sucederá que si la victoria llega, como pedimos á Dios, sus rayos acabarán por borrar todas estas tenebrosas obscuridades del procedimiento. Que venga pronto la paz á Cuba. Ya la tenemos en Filipinas. ¡Loores á la Providencia!

Madrid, 17 de diciembre de 1897.



DOÑA ISABEL II

Sean los que quieran los fallos de la historia acerca de la augusta señora que ha ocupado durante treinta y cinco años el trono de España, no negará que ha sido una de las soberanas más estimadas por su pueblo, y que reune condiciones que la hacen simpática por su carácter genuinamente español, ó mejor dicho, *madrileño puro*.

Una madrileña neta, una hija del pueblo cuyos tipos pintó Goya y cuyas costumbres describió D. Ramón de la Cruz. Esta es, como persona, doña Isabel II, uniendo, como es natural, á estas cualidades propias los primores de una educación esmerada y el hábito de una majestad ejercida desde la cuna.

Aclamada de niña como una esperanza lisonjera, bendecida de joven como una realidad dichosa, denostada luego como un desengaño horrible, las alas de la popularidad mecieron su cuna y las cornetas tempestuosas de la revolución la llevaron al destierro, acumulando sobre ella errores que no fueron quizá más que los de su época y culpas en que tuvieron parte principalísima aquellos que la rodearon, y que estuvieron más atentos á la propia conveniencia que al prestigio de la reina de que eran súbditos y que al bienestar de la nación de que eran ciudadanos.

La pérdida de una corona llevada desde la infancia, veinticinco años de destierro, los desengaños del que cae de las alturas y los sufrimientos del que tiene que sacrificar los sentimientos á los deberes, ahogando deseos propios en aras de generales conveniencias, son bastante expiación para que se perdonen las faltas que se hayan podido cometer y para que no se hable de esa señora más que con respeto, recordando hechos que la enaltecen y cualidades que la hacen extraordinariamente simpática.

Descuella entre ellas su proverbial generosidad y la bondad de su corazón. Nadie más fácil que ella para dar á manos llenas lo que tiene, ni nadie más pronta al olvido de las ofensas, ni más inclinada al perdón.

—¡Que no hagan nada á ese desdichado!, fueron sus primeras palabras cuando recobró el sentido después de la herida que le causó el cura Merino. Yo le perdono.

—¡Por Dios! ¡Que no se derrame más sangre!, decía á su presidente del Consejo en todas las turbulencias que agitaron su reinado.

Y porque no se derramase desoyó los consejos de los que la rogaban que viniese de San Sebastián á Madrid en septiembre de 1868, y prefirió pasar la frontera, dejando para siempre en ella su cetro y su corona.

Su ingenio es vivo y penetrante, un poco inclinado á la ironía, y en su conversación resalta con frecuencia el epigrama, que no hiere, pero pincha.

Un personaje que después de haberla sido muy adicto le hizo ruda oposición y volvió á la fidelidad, gracias á un destino de espléndida paga, fué á ofrecerla sus respetos después de larga ausencia de Palacio.

—¡Dichosos los ojos que te ven!, exclamó al verle entrar en la regia cámara. ¡Qué caro te vendes, hombre, qué caro te vendes!

Un célebre arquitecto que no anduvo muy moderado en la cuenta que puso de unas obras verificadas en palacio, fué á un baile de la corte ostentando una magnífica botonadura de brillantes.

—¡Como te lucen las piedras!, exclamó la reina al verle.

Y como ésta se citan muchas frases suyas. El chiste y el epigrama han sido no pocas veces su única venganza.



S. M. LA REINA D.ª ISABEL II
(de fotografía de Marius Neyrond, París)

Fué de joven muy graciosa. Cuando de recién casada salía de palacio para ir al Retiro, guiando ella misma el carruaje que la conducía, el pueblo se agolpaba para verla, y con los saludos le prodigaba los piropos, que la complacían sobre manera. Fué muy aficionada á montar á caballo, y estaba gentilísima como amazona, lo mismo cuando con insignias de general iba á pasar las revistas de la tropa en el Prado, que cuando seguida de algunos cortesanos se lanzaba á todo el correr de su caballo por la alameda de la Casa de Campo. Algunas veces pasaba las tapias y se complacía en correr aventuras, como la vez que, según cuenta el general Fernández de Córdova en sus *Memorias*, volvió de Carabanchel ya muy avanzada la noche y á todo el correr de su caballo, sufriendo los tiros que á ella y á los que la seguían les hicieron los dependientes de consumos creyéndolos matuteros.

El peligro no la asustaba, y se complacía muchas veces en desafiarle, saliendo de incógnito de palacio, según cuentan las crónicas de aquel tiempo. Al perder con el transcurso de los años la esbeltez, conservó la gracia y la majestad, y era una figura verdaderamente regia cuando ataviada con sus galas de corte ocupaba la espléndida carroza de la corona para ir con todo aparato á Nuestra Señora de Atocha, ó para inaugurar las Cortes.

Cuando la emperatriz Eugenia vino á Madrid por primera vez después de su elevación al trono de Francia, hallábase en todo el apogeo de su elegancia y de su belleza. La reina la recibió con todos los honores debidos á una soberana, y cuando salió á su encuentro en la escalera de palacio y la hizo la reverencia, desplegó en ella tal gracia y majestad, que todos vieron en ella á la descendiente de cien reyes.

Y esta majestad la conserva todavía, hasta el punto de que aun los que la ven por vez primera en un país extraño, sin séquito ni aparato, adivinan que no es una figura vulgar, y la dejan con facilidad paso, saludándola con respeto. Ama con pasión todo lo genuinamente español, y no hay música que la recree como los cantos de nuestro pueblo, ni manjares que más le gusten que los que constituyen la cocina genuinamente española. En sus devociones llega al fanatismo, y por la Virgen de la Paloma siente el mismo fervor que las hijas netas del pueblo de Madrid, no faltando nunca en sus aposentos la venerada imagen alumbrada con la clásica lamparilla.

Perdió con el trono los esplendores de la corte, pero no ha perdido ninguno de sus antiguos hábitos: el de tutear con familiaridad á los que la hablan si son españoles, el de conceder cuantas mercedes puede, el de dar á besar su mano, el de hacer muchos regalos. Cuando era reina, á todo niño que tenía en la pila le regalaba una botonadura de brillantes, á toda niña un aderezo, y hacía también ricos regalos á los padres de su ahijado. Ahora cuando viene á Madrid se queda casi siempre sin equipaje, porque se acuerda de aquellos tiempos en que al comenzar el verano y á principios de invierno repartía sus trajes entre sus azafatas, y á todas sus servidoras antiguas que van á verla y cuya posición sabe que no es muy desahogada las regala sombreros, vestidos y abrigos para que tengan un recuerdo suyo.

Dicen que se ha reído mucho, pero pocas mujeres habrá que más hayan llorado. Se complace en recordar el pasado, pero sin sentir pena por lo que ha perdido, y consolándose de la desaparición de los esplendores que la rodearon desde la cuna con la tranquilidad de que goza y la libertad de que usa.

Suele decir que la Revolución de Septiembre sí la causó pena la proporcionó ventajas, y al hombre público que más aprecia, al que profesa más afecto, es á uno procedente de la Revolución, al Sr. Sagasta, del que siempre habla con gran cariño. El embajador de España en Francia con el que mejor se ha entendido en París, ha sido otro hombre de la Revolución, Albareda.

Hace muchos votos por la felicidad de España, pero no se ocupa para nada de política, y desde que murió su hijo el rey D. Alfonso, al que adoraba y al que dió la mayor muestra de cariño, no cuando le cedió la corona, porque en esto pudo influir la razón de Estado, sino cuando le dió como madre el consentimiento para su primer boda, evita las ocasiones de venir á su patria.

En París vive satisfecha; como todos los que han ejercido el mando supremo, gusta de ser en su casa la primera figura; pero como todos los que han pasado una juventud como la suya, que fué tan agitada por los sucesos políticos, saborea la tranquilidad, considerándola una dicha que bien vale la pérdida de algunos esplendores.

Tiene ya sesenta y siete años, y á esa edad se ven ya las cosas bajo un aspecto muy distinto de cuando la juventud las dora y las ilusiones y las esperanzas las iluminan, y aunque quede algo de genio y figura que, según nuestro clásico adagio, nos acompaña hasta la tumba, no se puede menos de sentir la in-

fluencia del otoño con su tristeza y del invierno con sus fríos.

De todos los de su raza que han reinado en este siglo puede considerarse la más feliz, pues ella y su madre la reina doña María Cristina han sido los únicos Borbones que han visto á sus nietos en el trono que ellas ocuparon, y ninguno de su familia duerme el sueño eterno en el destierro, como sus augustos parientes de Francia y de Italia.

Doña Isabel II ha pasado á la historia antes de bajar al sepulcro, y no volverán para ella los esplendores que rodearon su cuna, los honores regios que acompañaron su juventud brillante y la mayor parte de su vida, hasta el día, que celebraremos que esté lejano, en que formen las tropas y suenen los cañones para conducir sus restos al regio Panteón del Escorial.

Goce, en tanto, por muchos años de los plácidos rayos del sol de invierno, á cuyo grato calor pueden encontrarse muchos atractivos cuando el recuerdo no está emponzoñado por el remordimiento y cuando la esperanza se pone en lo que vale más que todas las grandezas de la tierra: en el cielo.

Kasabal

¡QUÉ NOCHEBUENA!

Los dichosos tienen obligación de acordarse de los que no lo son. No es cristiano el que no piensa en un gran baile, en una fiesta, en un día de esos en que todo sale bien, de tanto prójimo como en aquel mismo momento sufre y padece...

Porque si no, Dios castiga sin palo, como decían nuestras madres.

Véase en prueba de ello lo que le sucedió á mi amigo Portal, un hombre joven, rico, feliz... Feliz un poco de tiempo, porque la felicidad siempre ha sido, es y será cosa pasajera.

«¡Qué Nochebuena vamos á pasar!» decía sentado á una mesa de una de las cervecerías de la Carrera de San Jerónimo, junto á una ventana. Ya había empezado el mes de octubre, pero hacía muy buen tiempo y los amigos que se reunían allí podían tener abierta la ventana, ver pasar á las buenas mozas y oir las lamentaciones de los pobres.

– ¡Qué Nochebuena! ¡Lo que es la de este año va á ser fenomenal!

– Pero hombre, le decía el marqués de *** (un marqués cualquiera de los millares que hay en Madrid, porque en Madrid hay una peste de marqueses y de generales. ¡No hay más que eso!) ¡Pero hombre, decía el marqués, no lo tomas con poco tiempo! ¡Pensar en la Nochebuena ya!

– Te diré; es que cada año las voy celebrando con más aparato, con más amigos y con más dinero. Parece que Dios se haya empeñado en que á mí todo me salga bien...

– Señorito, una limosnita por amor de Dios!, decía la pobre pegada á la ventana

– ¡Deje usted hablar, buena mujer, y váyase usted y no esté usted aquí siempre oyendo las conversaciones!

El marqués le dió diez céntimos y la pobre se fué.

– Pues veréis; esta Nochebuena hago venir á mi madre de Gerona á Madrid, y á mi primo el que está en Reus también, y les pago el viaje. A mi hijo mayor, el que está en Cuba, ya tengo medio de que venga, ascendido, por supuesto, y esté aquí antes del 24 de diciembre; el otro chico, el que está en Deusto con los jesuítas, vendrá también con licencia...

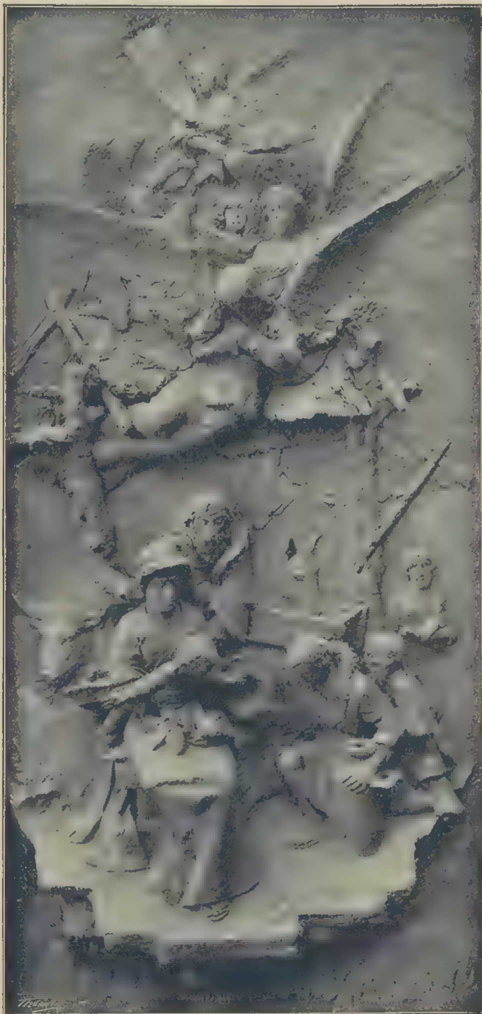
– ¡Noble caballero, un centimito por el amor de Dios!, dijo en aquel momento una niña pobre tendiendo la mano.

– ¡Largo de aquí! ¡Es cosa de no poder hablar; yo no sé en qué piensa el gobernador!, exclamó Portal. Es que no hay manera de hablar seguido...

El coronel Ruiz, que era del círculo donde esto pasaba, le dió una *perra grande* á la chica y la chica se fué.

– Pues veréis; en el hotel que he comprado hace un mes hay un comedor muy hermoso; cabéis todos, familia y amigos, y os voy á dar una de esas cenas que dejan memoria. Y como aquel día me ha de tocar la lotería, porque el número que sale sin falencia es éste...

Y Portal enseñó el billete entero que había comprado.



El Nacimiento del Redentor, relieve de Viriato Rull

– Quinientas pesetas me he gastado, y no le doy participación ni á mi sombra.

– Hombre, déjame llevar cinco duros, dijo el periodista H, que también era del corro.

– ¡Ni una peseta! Me ha dicho una gitana que me ha de caer, y me caerá.

– ¡Una bendita limosna para estos pobrecitos!, gritó en aquel momento una mujer que llevaba dos niños en brazos y otro de la mano.

– Señores, esto es inaguantable, exclamó Portal. Esos niños serán alquilados, de seguro; vaya usted con Dios, y si no se va usted pronto llamo al guardia.

El periodista H le dió diez céntimos y la mujer se fué.

– Bueno; pues este año mi cena es para celebrar mi fortuna; porque entre lo que he ganado en Bolsa, el pleito que les gané á los huérfanos del primo Pepe, lo que heredé de mi tío y unas cosas y otras, chicos, á vosotros, amigos de toda la vida, os lo puedo decir, tengo ya *el millón*. Ese *millón*, que parece una cosa fantástica cuando uno le oye nombrar de chico; ese millón que nunca cree uno llegar á tener, lo tengo yo, y vamos á brindar á él con mi mujer, mi madre, mis hijos y mis amigos todos juntos. ¡La cena ha de costar mil duros!

– Por el amor de Dios, caballero, una *perrita chica*, que no he comido hace veinticuatro horas, exclamó una especie de fantasma, un hombre transparente de puro flaco.

– ¡Vaya, vámonos de aquí ó cerremos la ventana!, gritó Portal, mientras sus amigos dieron cada uno la *perrita chica* á aquel infeliz, á quien todos los presentes habían conocido rico, empleado en un ministerio, padre de muchos hijos que sabe Dios dónde andarán.

– Es un sablista, dijo Portal; un vago. Yo no creo en ninguno de estos pobres; ¡que trabajen!

Y ya cerrada la ventana, Portal siguió hablando:

– Pues como yo me voy mañana á París...

– ¿Vas á París?

– Sí; todo mi dinero lo tengo en casa del gran banquero judío Manenthal, porque es casa más segura que todos los bancos del mundo, y se casa su hija y me ha convidado á la boda; voy á pasar allí ya todo el mes de noviembre y parte de diciembre con mi mujer, que va á comprar vestidos y joyas, y la quiero dar gusto. Tú (dirigiéndose al marqués) me dices que te vas á cazar á Extremadura.

– Sí, allá me voy.

– Y tú, coronelito, te vas á Valencia, ¿no es eso?

– Así es.

– Y tú (al periodista) te vas á dirigir un periódico á las Baleares, ¿verdad?

– El viernes.

– Perfectamente; pues como á todos os haría extorsión hacer un viaje por vuestra cuenta por darme gusto á mí, aquí tenéis cada uno doscientas pesetas. Arreglaos como podáis, pero el día 24 de diciembre, á las diez de la noche, estáis en la calle de Génova para que cenemos.

Hubo sus resistencias y sus monadas para rechazar al principio, pero los tres amigos cedieron, porque lo que decía Portal:

– Ya nos conocemos de muchos años, y lo mismo que vosotros conocéis mi posición conozco yo la vuestra..., no hay nada de ofensivo en tomar ese dinero. Lo más que puede suceder es que de aquí á entonces os gastéis el dinero.

– Me parece cosa probable, dijo el periodista.

– Pues con avisármelo os lo vuelvo á enviar y estamos del otro lado. Tengo empeño en que mis amigos cenen conmigo este año.

Y al salir todos juntos, vuelta á presentarse la chiquitina de antes y á decir:

– ¡Señorito, una limosnita por Dios, que tengo cinco hermanitos!

– ¡Ay, qué *lata!*, gritó Portal. ¡Largo!

Y le dió un empujón tal, que la chiquilla cayó y fué á dar con el cuerpo en el portalón de la casa de al lado. Y comenzó á gritar y á decir:

– ¡Ay, que me ha matado! ¡Ya, ya le castigará á usted Dios, ya le castigará á usted Dios!

Pero Portal no lo oyó ni sus amigos tampoco, porque habían salido muy de prisa, la acera estaba llena de gente, comenzaba á llover y se dispersaron buscando coches y tranvías.

Y el día 24 de diciembre se encontraron á la puerta del hotel los cinco amigos (pues además de los tres que el lector ya conoce había invitado Portal á dos más), y todos se saludaron y se dieron las manos.

¿Querrán ustedes creerlo? La chiquilla de marras estaba allí. Según dijo un guardia, hacía dos meses que rondaba por aquellos barrios huyendo de la autoridad.

– *Estus*, decía el guardia, saben adonde tienen que ir á buscar, son *comu* los *gurriones*. El señor gobernador hizo una cacería de pobres en las calles céntricas, y ahora los pobres se buscan la vida por *otrus* rincones. Esta se estará aquí hasta mañana á ver si le dan algo los que vayan al *entierru*.

– ¿A qué entierro?



LA PAZ, grupo escultórico de Gustavo Eberlein que forma parte del monumento erigido en Altona al emperador Guillermo I

– Al del Sr. de Portal, que vivía ahí en el *hotel*...
Los cinco amigos se miraron aterrados.
– ¡Cómo! ¡Qué dice usted!, exclamó el coronel temblando, ¿Portal?..
– Sí, señor, un *bulsista* que se pegó un tiro esta mañana.
– ¡Un tiro!
Y miraron todos á las ventanas. Sólo en una se veía luz, y el guardia dijo:
– Ahí está puesta la capilla del aguardiente.
No era ocasión de reir. De prisa y corriendo se comunicaron todos sus impresiones.
– Yo le escribí, y no me contestó.
– Yo también.
– Los periódicos de hoy no dicen nada.
– ¡Claro! Un suicidio...
– ¡Oh, qué horror!
Y el periodista llamó, y abrió un criado viejo con librea negra y los ojos húmedos como quien ha llorado.
– Pasen ustedes, dijo en voz baja.
Y entraron en el comedor, vacío, sin luces, desierto... ¡En aquel comedor donde pensaban brindar al millón!
– ¿Podemos ver á la señora?
– La pobre señora murió en París...
– ¡Jesús! ¿Ya llegó su hijo, por supuesto?
– ¡Ay, no, señor! Al señorito le machetearon en una acción; el cablegrama llegó aquí el mismo día en que el señor volvía de Francia desconsolado...
Los amigos no podían contener las lágrimas.
– Estará, pues, arriba el hijo menor.
– ¡Tampoco! El señor, abrumado por tantas desdichas, le telegrafió que viniese; se puso en camino en seguida, y en el choque de trenes que hubo aquel día pereció completamente destrozado...
Y el viejo servidor lloraba como un niño, y el coronel se secaba una lágrima con los dedos, sin saber qué preguntar ya.
Y el criado continuó:
– Por último, ayer el señor, que hace un mes estaba como loco, y ni hablaba, ni escribía á nadie, ni recibía, ni hacía más que pasear día y noche por la casa..., recibió una carta, la leyó, me dijo que fuese á buscar al médico porque se sentía mal, y cuando volví..., cuando volví le encontré tendido en un charco de sangre con el revólver en la mano... Y aquí estoy solo con él, sin saber qué hacer. La carta, que se dejó abierta sobre la mesa, decía que el banquero en cuya casa tenía el señor sus fondos en París, había quebrado; esto es una catástrofe, una cosa horrorosa.
– ¡Y todo esto en mes y medio!, exclamó el coronel. Señores, pasemos la noche aquí; es un deber de todos. ¡Qué Nochebuena!
El periodista se marchó diciendo:
– Ahora vengo.
Y otro amigo preguntó al criado si podrían pasar la noche allí.
– Como ustedes quieran. En casa hay de todo si los señores quieren cenar. Yo iba á buscar ahora una hermana de la Caridad que le velara...
– Aquí está, dijo el periodista.
Y entró en el comedor con la infantil mendiga cogida de la mano.
– ¡Ah!, dijeron todos.
– Los que no crean en que *todo se paga*, observó el escritor, encontrarán tal vez extraño lo que yo voy á hacer; pero aquella cena tan anunciada, aquella cena del millón, va á convertirse en cena modesta que presidirá esta infeliz como señora de la casa.

. . . .

Subieron todos á ver al muerto.
– Este es el señor aquel..., dijo la niña. ¡Pobrecito!
Y se arrodilló y rezó con gran recogimiento.
Y después que los amigos sirvieron de cenar á la pobre niña, pasó velándole toda la noche.

Eusebio Blasco

UNA FERIA
EN UN PUEBLO DE ANDALUCÍA

I

Así como en estos pueblos de Andalucía no se concibe ni es posible regocijo ni diversión sin que vaya acompañada de la guitarra y de la manzanilla sanluqueña, así tampoco no se comprende que llegado el día del patrono de un lugar ó la celebración de una fiesta pueda efectuarse sin que en ella ocupe el lugar primero la corrida de toros, el *gayumbo* ó toro de cuerda, ó la capea. Festéjase, pues, el santo titular del pueblo con solemne función religiosa, y á la tarde rebosa más todavía el júbilo en todos los semblantes, obsérvase inusitado movimiento por las calles y las plazas, las tabernas se ven henchidas de parroquianos, y grandes y pequeños y mujeres y hombres se preparan para acudir á la plaza donde han de jugarse los becerros. Santos y toros han ido siempre juntos en los festejos andaluces, y no se crea que esta es moderna costumbre, sino muy añeja, pues en ciudades populosas como Sevilla solemnizáronse todos los más renombrados acontecimientos religiosos con grandiosas funciones y procesiones que se verificaban por la mañana, y con toros y cañas que tenían lugar por la tarde. Tan arraigado estuvo siempre entre nosotros el varonil espectáculo, que no sólo en el pueblo despertaba interés y entusiasmo, sino entre los más calificados y graves, y así para nuestros abuelos no pudo extrañar que al tratarse de la canonización de San Ignacio de Loyola fuesen los mismos Padres de la Compañía de Jesús los que suplicaron al Cabildo de la ciudad que entre los festejos con que habían de regocijarse todos por tan memorable acontecimiento, ocupara el segundo lugar, ó sea después de las solemnidades religiosas, una lucida fiesta de toros y cañas.

Después de esto tampoco ha de maravillarnos que en nuestros días casi, al establecerse en esta ciudad la escuela de tauromaquia, se hiciese constar en la lápida conmemorativa que al intento se mandó esculpir que obedecía su creación á que sirviese la plaza *para la enseñanza preservadora* de la tauromaquia, prueba inequívoca de la paternal previsión y del cariño que inspiraban á Fernando VII las vidas de sus amados súbditos, tan entusiastas del varonil espectáculo.

Con tales antecedentes y otros de la misma índole que pudiéramos citar, se comprende bien el arraigo que entre los andaluces tiene la llamada fiesta nacional.



Una feria en un pueblo de Andalucía. – Una capea, dibujo de S. Azpiazu

II

Decíamos, pues, que no se da el caso de que ningún pueblo de esta tierra celebre á su santo patrón sin que al par se solace y divierta con una corrida de toros, si tiene plaza á propósito, ó en una capea, si carece de aquel edificio, pues entonces hay que hacer el palenque, cerrando unas veces con vallas las bocacalles que dan á la plaza pública, ó bien disponiendo aquél por medio de un gran círculo formado con carretas, que se van colocando de costado, una detrás de otra y de manera que las lanzas vayan entrando por debajo de las que están delante. Así quedan éstas muy próximas las unas á las otras, y permiten establecer entre cada dos un tabladillo, sobre el cual se colocan sillas para asientos de los espectadores.

Figúrese el lector el aspecto que presentará la plaza rebosando gente por balcones, ventanas y azoteas, todos vestidos con sus mejores galas, así como el apretado público que ocupa las carretas y que en más de una ocasión sirve, al que se encuentra en las casas, de motivo de algazara y diversión, pues ya es una silla que se resbala y cae arrastrando consigo desde el tablado al que la ocupaba, ya es el becerro que arremete furioso contra una de las carretas y la hace estremecer con el susto natural de las mujeres que chillan y se alborotan creyéndose á punto de caer en los cuernos de la fiera; ya por las travesuras que cometen un enjambre de chiquillos, los cuales se colocan debajo de los pesados vehículos, y desde allí con sus gritos y silbidos llaman la atención del becerro, sirviéndoles de defensa la rueda del carro que cae á la plaza, mientras que los más inquietos se encaraman por los rayos de la otra buscando buen punto de observación.

Para un pintor colorista en cualquier sitio de la plaza encontrará motivos de estudio. El brillo de los negros cabellos que esmaltan las flores; las rosadas y suaves tintas de unos rostros contrastando con los morenos y á veces bronceados cutis de otras; los abigarrados colores de los pañuelos de Manila con sus largos é inquietos flecos; los trajes de percal, relucientes por el almidón; el incesante movimiento de los abanicos y de las sombrillas de todos colores con que se resguardan de los rayos de un sol abrasador; las carcajadas de un grupo y las discusiones de otro sobre las suertes que se ejecutan; el choque de las cañas de manzanilla con que de una parte se brinda, y los estruendosos aplausos con que atruenan la plaza los más entusiastas; el clamoreo que de todo el público se levanta al ver rodar á alguno de los diestros, al cual el novillo no le dió tiempo de ponerse á salvo en el burladero; las mil peripecias, en una palabra, que ocurren en la capea, con tantos y tan divertidos incidentes como en ellas ocurren siempre, contribuyen poderosamente á aumentar la diversión favorita de los andaluces.

III

Frecuentemente estas fiestas son organizadas por la hermandad ó cofradía que cuida del culto del santo patrón del pueblo, y entonces los asientos en las carretas y en los balcones tienen su precio, destinándose los ingresos á fomentar la devoción.

La diversión comienza desde la víspera del día de la capea por ser el señalado para efectuar el encierro. Los garrochistas y aficionados á caballo, armados de sendas picas, prepáranse de antemano visitando las tabernas del pueblo y formando á las puertas de éstas animados y pintorescos grupos, en que abundan las libaciones y se derrama espléndidamente, ya el *vinillo de la hoja*, que así se llama el de la última cosecha, ya el aguardiente, que por su fortaleza le dicen *arranca-rejas*, ya la dorada y aromática manzanilla.

Así dispuestos, haciendo algunos verdaderas suertes de equilibrio sobre sus cabalgaduras, encamínanse al paraje donde se encuentra el ganado que ha de jugarse para encerrarlo en un corralón, que se procura que sea el de una casa próxima á la plaza, y de

la una á la otra se levanta una valla por donde el becerro encallejonado desemboca en la arena, sucediendo á veces que asombrado por la gritería de los muchachos rompe la valla y recorre las calles del lugar haciendo de las suyas, con lo cual auméntase la diversión, aun cuando no falta quien tenga que acordarse durante su vida del santo patrono del pueblo.

La noticia de la capea atrae también á los aficionados de los lugares vecinos y muy especialmente á los torerillos de invierno y á los aspirantes á las glorias taurómacas, y estos simulacros de las grandes corridas han sido el palenque donde han comenzado á darse á conocer, por lo general, las más ilustres *eminencias del toreo*, como hoy les llaman.

A alguna de estas hemos conocido, que muy ligeramente vestidos y desnudos de pies y cabeza, solicitaban al final de la capea una ayuda de costa para trasladarse á otro pueblo en donde lucir nuevamente sus facultades. ¡Triste odisea que quilata los méritos y facultades de los aspirantes, hasta que llega el día en que son contratados para una formal corrida de novillos, meta á la cual no llegan más que los privilegiados!

UNA FERIA EN UN PUEBLO DE ANDALUCÍA. – UN BALCÓN DE LA PLAZA EN DÍA DE TOROS, dibujo de S. Azpiazu

En las capeas juéganse de cuatro á seis becerros y á veces bueyes bravos. Por lo general los vecinos ó ganaderos ricos del lugar los prestan, siéndoles luego devueltos; pero á veces también se adquiere uno de los cornúpetos destinado á la muerte, y éste entonces se juega en medio de la función; la cual consiste, como su nombre indica, en capearlo y simular el lance de las banderillas. Cuando hay toro de muerte, destínanse las carnes al siguiente día para el consumo público.

IV

Ya hemos dicho algo del original aspecto que ofrece la plaza de toros de un pueblo, cuando el circo está formado con carretas, y tal pintoresco conjunto no puede menos de sorprender al que por vez primera lo contempla, del mismo modo que cuando la fiesta se verifica en medio de la plaza pública del lugar, pues entonces las puertas y ventanas, las azoteas y los tejados puéblanse de un enjambre de criaturas de todos sexos, edades y condiciones que con su incesante movimiento dan al conjunto de la plaza un aspecto de animación y vida inusitadas.

Los balcones que más lucido aspecto presentan son los de la Casa Ayuntamiento, á los cuales se invita á las personas principales del lugar, ofreciéndose para primera fila las muchachas que presiden la capea con sus cabezas llenas de flores, airosamente envueltos sus bustos en ricos pañolones bordados de Manila, que siguen con interés marcadísimo las peripecias todas del espectáculo, pues las más de las veces son los ídolos de los capeadores, que emulan en valor y exponen sus cuerpos á un magullamiento general.

Tal es, brevísimamente narrada, la suerte de la capea en los pueblos de Andalucía, que se presta por sus variados incidentes, ya cómicos, ya serios, y por las mil escenas á que da lugar, al estudio de los artistas y de los hombres observadores.

J. GESTOSO Y PÉREZ



UNA FERIA EN UN PUEBLO DE ANDALUCÍA. – EN EL REAL DE LA FERIA, dibujo de S. Azpiazu

NUESTROS GRABADOS

Facsímile de un dibujo de Van Dyck.—Cuando la fama universal ha consagrado el nombre de un artista, como sucede con el del ilustre pintor flamenco, no es necesario elogiar sus obras: basta reproducirlas sin comentario alguno, pues al verlas no habrá quien no advierta en ellas los rasgos que caracterizan á las creaciones de los grandes maestros, y quien no recuerde, en presencia de la firma del autor, que la historia del arte lo ha colocado entre el número de los inmortales y de los indiscutibles.

El Nacimiento del Redentor, relieve de Viriato Rull.—El autor de este relieve, de composición tan inspirada como acertada ejecución, se halla, por decirlo así, en los comienzos de su carrera, y sin embargo hay en su obra bellezas que revelan al artista experto y permiten augurarle un brillante porvenir. El joven escultor sevillano Sr. Rull es discípulo del malogrado Susillo, cuyas sabias enseñanzas ha sabido aprovechar y con cuyo estilo admirable ha logrado identificarse, gracias á sus excelentes disposiciones y al amor con que se ha consagrado al arte que con tanto acierto cultiva.

La Paz, grupo escultórico de Gustavo Eberlein.—Forma parte este grupo del grandioso monumento erigido recientemente en Altona á la memoria del emperador Guillermo I: la Paz está representada por un héroe alemán, bajo cuya protección se ponen dos matronas que figuran ser el «Holstein» y el «Schleswig.» En este grupo, como en todo el monumento, una de las mejores creaciones del famoso artista Eberlein, adviértense como cualidades salientes una nobleza en las actitudes y una corrección de líneas verdaderamente clásicas.

La siesta, cuadro de Francisco Masriera (Exposición Robira). – Ocasiones tan repetidas se nos han ofrecido de ensalzar en este mismo lugar las obras del distinguido pintor D. Francisco Masriera, que casi juzgamos ocioso encarecer las bellezas de la nueva producción de que hoy damos copia. *La siesta*, como todas sus brillantes manifestaciones plásticas, revelan la delicadeza de su espíritu, la frescura inagotable de su brillante paleta y ese sello peculiar y exclusivo que tanto le distingue, circunstancia á la que se debe que aun sin ver encantos en sus producciones se adivinen, presintiéndose la belleza. Mas dando como cierta la propensión de embellecer cuanto crea, siempre resalta su personalidad artística, y lo preferimos tal como es, más artista que asimilador, con la habilidad y esfuerzo suficientes para dejar huella de su inteligencia.

Recuerdo de Venecia, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila.—Pocas ciudades ofrecen al artista la riqueza de asuntos que Venecia; no es, pues, de extrañar que cuantos pintores la visitan se queden extasiados ante sus múltiples bellezas, se recreen en su contemplación y guarden de ella, al abandonarla, recuerdos que en muchos se traducen en verdaderas obsesiones, las cuales, á su vez, toman forma en lienzos primorosos, como todas las producciones en que el pincel está guiado por emociones hondamente sentidas. El cuadro de Mas y Fontdevila, que pertenece á esta clase de obras, es un delicioso apunte lleno de verdad que justifica una vez más la fama que en el mundo del arte ha logrado alcanzar nuestro ilustre compatriota.

De la Huerta, cuadro de Joaquín Agrasot (Exposición Robira). – Entre la pléyade de artistas valencianos que tanto lustre dan á su celebrada escuela, destácase la figura de Joaquín Agrasot como el maestro indiscutible. A tan honroso título danle derecho su brillante historia artística y sus relevantes méritos. Artista de corazón y amante de su patria, ofrece al arte y al país que le vió nacer las mejores galas de su ingenio y de su rara habilidad y maestría. Nadie como él ha logrado dar cuerpo y forma á esos brillantes cuadros de costumbres valencianas, á esos tipos admirables, trasunto de la fusión de la raza morisca y de los dominadores. A este género pertenece el *huertano*, en el que se descubren rasgos y caracteres dignos de estudio que ha puesto de relieve la experta mano del artista.

Alfonso Daudet.—Sabíase, desde hacía tiempo, que el eminente novelista francés estaba enfermo, pero nadie creíale amenazado de muerte tan pronta, y á esta creencia contribuía el encanto de su conversación, siempre animada, siempre alegre, curiosa mezcla de jovialidad provenzal y de delicadeza parisiense. Así es que cuantos le visitaban salían de su casa tranquilos y con ganas de contestar á sus quejas con amistosos reproches, tratándole de enfermo imaginario ó por lo menos de exageradamente aprensivo. Desgraciadamente la realidad vino á desvanecer tales ilusiones: el día 16 de este mes, después de un día de trabajo, toda la familia se hallaba reunida comiendo



La siesta, cuadro de Francisco Masriera (Exposición Robira)



Recuerdo de Venecia, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila (Exposición Robira)



DE LA HUERTA, cuadro de Joaquín Agrasot

(Exposición Robira)

alegremente; de pronto, Daudet lanzó un ¡ay! desgarrador y echó atrás la cabeza. Creyeron los suyos que se trataba de un síncope y corrieron en busca de médicos: cuando éstos llegaron, sólo pudieron certificar que el escritor ilustre había dejado de existir.

Después de un verano pasado en su preciosa quinta de Champrosay, acababa de trocar su conocido domicilio del quinto piso de la calle de Bellechasse por un primero de la calle de l' Université, que había tomado para evitar á sus piernas, vacilantes á causa de su padecimiento atáxico, la fatiga de la penosa ascensión á su antigua vivienda. Encantado de su nueva instalación, proponíase inaugurarla en Nochebuena. «Os espero aquella noche — decía á sus íntimos, — allí me encontraréis con mis dos *Safos*, la Rejane y la Calvé, y juntos celebraremos la Navidad. Mi casa estará dispuesta á recibiros.» Daudet adoraba estas reuniones de intimidad cordial y era el alma de las mismas, dando á todos los concurrentes el ejemplo con su inagotable verbosidad y con una prodigiosa memoria que sus dolencias no habían podido quebrantar.



EL EMINENTE NOVELISTA FRANCÉS ALFONSO DAUDET, † en París el 16 del actual

Alfonso Daudet nació en Nimes el día 13 de mayo de 1840, y á los diecisiete años marchóse á París, dándose á conocer con la publicación de algunas poesías, entre ellas *Las Amorosas*, y siendo al poco tiempo nombrado secretario del duque de Morny. Escribió para el teatro, viendo aplaudidas sus obras en los primeros escenarios de París, la Comedia Francesa y el Odeón; pero sus triunfos como autor dramático y como poeta delicado é inspiradísimo fueron sobrepujados por los que alcanzó como novelista: *El Nabab*, *Fromont joven y Risler mayor*, *Los reyes en el destierro*, *Jack*, *El Inmortal*, *Safo*, *Numa Roumestan* y otras novelas y cuentos no menos conocidos le habían conquistado uno de los primeros puestos en la literatura francesa contemporánea. Su última obra ha sido *El sostén de la familia*, que en breve comenzaremos á publicar en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.



LA QUINTA DE CHAMPROSAY, RESIDENCIA DE VERANO DE ALFONSO DAUDET

Daudet, el novelista que ha creado sus obras buscándolas en la realidad y que ha sabido, según ha dicho Emilio Zola, tomar de ésta sólo lo bueno, lo bello, lo agradable, aceptando lo malo únicamente para ridiculizarlo con su fina sátira, ha muerto en la plenitud de su gloria. Sus contemporáneos, al sentir y llorar su muerte, tendrán por lo menos el consuelo de no haber sido ingratos con él.

Paisaje de Granada, cuadro al óleo de Diego Marín.—Reproduce este cuadro uno de los bellísimos paisajes de las afueras de Granada, tan hermosa por su naturaleza como interesante desde el punto de vista artístico: el Sr. Marín ha sabido dar á su lienzo esa brillantez de tonos que como ningún otro presenta el cielo de Andalucía y poetizar dentro de la verdad el asunto que con tanto acierto ha escogido para su obra.

Gibraltar. — Demolición de la antigua torre del reloj.—Para la construcción de los diques que desde hace mucho tiempo proyectaba realizar el gobierno inglés en Gibraltar y que por fin va á ser un hecho, ha sido preciso derribar la antigua torre del reloj, que contaba más de cien años de existencia. La demolición se ha verificado recientemente, y el grabado de esta página, tomado de una fotografía, reproduce el momento en que la torre se derrumba. Además de la torre, será preciso demoler el viejo palacio del Gobierno que junto á ella se alza.



GIBRALTAR. — Demolición de la antigua torre del reloj para la construcción de los nuevos diques

Camino del cortijo, cuadro de José Garnelo. — Garnelo, á quien tantas veces hemos aplaudido y ensalzado por el extraordinario aliento que revelan algunas de sus notables producciones, es acreedor esta vez también á nuestros plácemes, á pesar de la diversidad de género, concepto y procedimiento que entraña la obra que reproducimos. Hasta ahora habíamos visto á Garnelo inspirándose en el clasicismo ó en los cuadros esencialmente dramáticos de la vida real, retrato fiel de nuestra época; pero no se nos había ofrecido ocasión de estudiar un nuevo aspecto del pintor andaluz, cual el que presenta el hermoso paisaje, avalorado por el grupo de campesinas que después de fatigosa jornada regresan al cortijo en busca de reparador descanso. Nuestro amigo ha ejecutado, á nuestro juicio, una obra altamente recomendable. La misma simplicidad la enaltece. Recuérdanos por su apacibilidad, por su melancólico encanto, una producción de un distinguido artista francés, á la que debió su celebridad.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—PITTSBURGO. — Un millonario ha legado á la ciudad de Pittsburgo (Estados Unidos) toda su fortuna para la creación de un museo de pinturas, debiendo emplearse cada año 200.000 marcos (un millón de reales) en la adquisición de cuadros de artistas modernos, á cual efecto un jurado especial visitará anualmente las capitales europeas en donde se rinde mayor culto al arte, y fomentará el envío de cuadros á la exposición que todos los otoños se celebrará en aquella ciudad. Un jurado internacional decidirá luego las adquisiciones que deben hacerse con destino al referido museo.

BERLÍN. — El ministro de Cultos ha abierto un concurso para la confección de una medalla de bodas que sea propia como regalo de matrimonio destinado á perpetuar el recuerdo de la ceremonia nupcial. En dicho concurso sólo podrán tomar parte los artistas prusianos ó los alemanes residentes en Prusia; se concederá un premio de 2.000 marcos (2.500 pesetas), y además el jurado podrá destinar 3.000 para otras recompensas. La idea de este concurso ha partido, según se cree, de la iniciativa del emperador de Alemania.

COPENHAGUE. — Se ha descubierto en Copenhague un cuadro de Murillo, hasta ahora desconocido, que representa á San Ignacio de Loyola arrodillado delante de la Virgen y el Niño Jesús. Este lienzo, que pertenece á un particular, hállase expuesto actualmente en París y por él pide su propietario medio millón de francos.

ATENAS. — En las excavaciones que se están practicando en el lado Norte del Acrópolis se ha descubierto una inscripción que viene á resolver la cuestión durante tanto tiempo debatida referente á la época en que se construyó el templo de Nice Apteros y de quién fué su constructor. De dicha inscripción resulta que el edificio fué construído en tiempo de Pericles y que el arquitecto fué Calícrates, el mismo que en unión de Ictinos edificó el Partenón.

VENECIA. — El notable pintor alemán L. Dettmann ha regalado á la Galería de Arte moderno recientemente creada en Venecia varios cuadros, uno de ellos la *Nochebuena*.

Teatros.—El ilustre escritor italiano Gabriel d' Anunzio se ha asociado con varios empresarios para fundar en Roma un teatro romano en donde se representarán las tragedias antiguas.

París. — Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *Sapho*, ópera en cinco actos, basada en la novela del mismo título de Alfonso Daudet, libreto de E. Cain y A. Bernede, música de Julio Massenet; en el Ambigú *La joueuse d' orgue*, interesante drama en cinco actos y doce cuadros de J. de Montepin y J. Dornay; en Folies Dramatiques *La Carmagnole*, ópera cómica de L. d' Harcourt, J. Lemaire y E. Darsay, con bonita música de Fauchey; y en la Renaissance *Les mauvais bergers*, drama de Octavio Mirbeau.

Madrid. — Se han estrenado con buen éxito: en la Zarzuela *Los camarones*, juguete cómico lírico de los Sres. Lucio y Arniches, música de Valverde (hijo) y Torregrossa; en el teatro Cómico *La reja*, pieza en un acto de los hermanos Sres. Alvarez Quintero; en Lara *Los fiambres*, gracioso juguete en un acto, arreglado del francés por los Sres. Catarineu y Sabau; y en Romea *Juegos de salón*, revista en un acto de Eduardo Navarro, música de los Sres. Calleja y Lleó.

Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Lo mas de l' Abella*, drama en tres actos y en verso de don Pedro A. Torres; en Romea *La taberna y lo taller*, interesante y bien escrita comedia en tres actos, arreglo de D. Teodoro Bonaplata; y en el Eldorado *El bigote rubio*, graciosa comedia en un acto de D. Miguel Ramos Carrión, y *Agua, azucarillos y aguardiente*, sainete en un acto de D. Miguel Ramos Carrión, con bonita música del maestro Chueca. En el Liceo han cantado con aplauso la Sra. Borlinetto y el Sr. Cardinali la ópera de Saint-Saens *Sansón y Dalila*, y la Sra. Bordalba y los Sres. Giannini y Navarrini la de Boito *Mefistófele*, una y otra muy bien concertadas y dirigidas por el maestro Sr. Ferrari.

Necrología. — Ha fallecido:

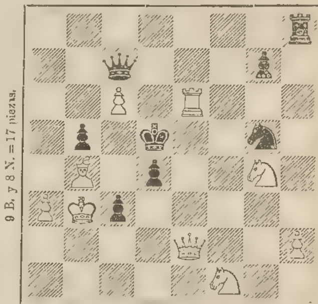
Benito Mercadé y Fábregas, ilustre pintor catalán, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona. En uno de los próximos números publicaremos su retrato, pintado por él mismo, y la reproducción de una de sus principales obras.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 101, POR J. JESPERSEN (Dinamarca)

Sexto premio del Concurso organizado por la Revista *Ruy López*.

NEGRAS



9 B. y 8 N. = 17 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 100, POR J. JESPERSEN.

Blancas.	Negras.
1. C 6 R	1. R toma C (*)
2. D 5 A D	2. P toma D ú otra.
3. A ó D mate.	

(*) Si 1. P 7 C D; 2. D 2 A D, y 3. D mate; — 1. P 4 A D; 2. D 3 R, y 3. D ó C mate; — 1. P 3 A D; 2. A 4 A D jaque, y 3. D mate; — 1. A toma C; 2. D 2 D jaque, y 3. A ó D mate; — 1. A 2 A R; 2. D 4 D jaque, y 3. D mate: — 1. C juega; 2. D toma P jaque, y 3. D mate.



Vaya, tío Juan, dijo Juanita, no piense usted ahora en eso

MI TIO JUAN

NOVELA ORIGINAL DE JOSÉ L'HOPITAL, ILUSTRADA POR MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

XIII

Desde que la luz del alba penetró en la casa del arrendatario, Chantavoine se fué debilitando por momentos. Las crisis violentas y el delirio no se habían reproducido aún; pero el frío aumentaba, haciendo refluir la vida hacia el corazón, que latía á sacudidas desiguales, como palpita un ave cuando se la estrangula.

Conservaba toda su inteligencia; oyó el coche que se marchaba, y al entrar Juanita escuchóla con desconsolada resignación cuando dijo que Coralia, obligada á ir á Varencieres con motivo de la elección, vendría seguramente á verle á su regreso por la noche.

Y después de varias horas de silencio, cuando el sol ascendía, derritiendo la blanca alfombra de la escarcha que cubría la hierba del patio, comenzó á hablar con mucha dulzura.

–Ya ves, Juanita, dijo, que no vendrá, ó bien lo hará demasiado tarde. Dila que yo por eso no estoy enojado con ella, porque una mujer casada, al fin es casada; su marido es quien la tiene ocupada, y nadie puede estar acá y allá... Esto no impide que sienta mucho su ausencia... ¡Dios mío, ya no siento las piernas!.. Escucha: lo peor de todo es llegar á viejo, y aún no me puedo quejar mucho, porque es preciso confesar que tú me has cuidado bien. Hay viejos que

no tienen nadie á su alrededor, como sucedió con la madre Catalina, aquella á quien, según recordarás, se encontró una mañana muerta de miseria en su casa.

–¡Vamos, tío Juan, dijo Juanita, no piense usted ahora en eso, porque le aquejará de nuevo la fiebre.

–¡Oh! La fiebre..., me parece que ya me falta la fuerza para tenerla... ¡Bien sé que me debías alguna cosa, porque te he criado; pero hay tantos que no dan importancia á estos favores! ¡Coralia, por ejemplo! También la crié, ¿no es cierto? ¡Y hoy ni siquiera me mira!

–No se atormente usted así, tío Juan.

–Decididamente se me paralizan las piernas; quisiera moverlas, y no es posible. Siento que esto sube..., pero no importa; tú habrás cumplido tu palabra, porque no me has abandonado. Se dirá que al menos una mujer en la familia de Chantavoine supo cumplir con los deberes de buena hija... Y sin embargo, tu padre era un pobrete. ¿No conociste nunca á tu padre?

–Bien sabe usted que no, tío Juan.

–Era mi hermano mayor. ¡Cuánto dinero malgastó!.. Quiso dedicarse al comercio... ¡Qué desgracia! Y por otra parte, su mujer no tenía fuerza de voluntad; de modo que el dinero se escapaba de las manos de uno y otro... Cuando tú naciste tu madre murió..., y al cabo de algún tiempo mi hermano se vió en la miseria.

–No hable usted tanto, tío Juan.

–¡Ah! No me acuerdo de todo... Cierto día se me presentó con una criatura en brazos y me dijo: «Juan, soy muy desgraciado. ¿Quieres encargarte de la pequeña?» Tú eras la pequeña, Juanita, y aún no tenías dos años.. ¡Ah! Los brazos se me enfrían; vuélveme un poco de lado... ¡Así!.. Yo le recibí mal, y le contesté: «¡Eso es; tú no sirves para nada, y ahora es necesario que cargue con tu niña!..» «Es una Chantavoine, repuso, ¿quieres que se muera de hambre?» «¡No, contesté, por eso no se morirá; pero que no vuelva yo á verte, holgazán!..» ¿No se oye ruido en el patio?

–Es el carretón del lechero.

–¡Ah!.. Pensaba que quizás sería Coralia; pero no, ya no vendrá... Entonces el pobre hombre se marchó y fué á Plessis para ocuparse en extraer marga; pero esto no duró mucho tiempo, pues cierto día ocurrió un desprendimiento de tierras que le ocasionó la muerte... ¡Ah! Esto es cosa antigua; mas á pesar de eso, me entristece...

–¡Pero, tío Juan!..

–No sé por qué jamás he pensado en esto. Preciso es creer que en la situación en que me hallo se recuerdan ciertas cosas... Mi hermano era un pobrete..., pero no tenía pizca de malicia..., verdaderamente no..., y era todo un buen muchacho... Por otra parte, suyo era el dinero que se gastó; no era de los demás; y por lo tanto, ¿qué hay qué decir?.. ¡He sido duro, demasiado duro!

Su boca se contrajo; sus ojos, donde temblaban algunas lágrimas, se fijaron en Juanita con una ternura llena de súplicas; hizo un movimiento como para alargarle los brazos, pero las palabras se ahogaron en su garganta, porque la lengua se paralizaba. Juanita comprendió el remordimiento que en la hora suprema obscurecía los últimos resplandores de aquella vida que se acababa, y consideróse depositaria del perdón del mismo hermano que Chantavoine había despedido de su casa.

–¡No le conserva á usted rencor por eso, tío Juan, contestó la joven, abrazando al moribundo cariñosamente; no, no le tiene mala voluntad, pues le debía mucho favor por haberme adoptado! ¡Ha muerto amándole á usted como yo le amo; yo soy quien se lo asegura!

Chantavoine trató otra vez de hablar, pero no pudo darle gracias más que con los ojos.

En aquel momento, *Mostacho*, echado junto al lecho, gruñó; el moribundo se estremeció, y una expresión de esperanza reanimó su rostro, pero muy pronto se desvaneció: no era Coralia aún, sino el cura el que entraba.

Le recibió sin manifestar asombro ni descontento, escuchó sus exhortaciones con visible atención, y pareció quedar satisfecho. Después, como el sacerdote le preguntara si quería recibir los últimos sacramentos, hizo una señal afirmativa. Lo mismo que su mujer, el padre Chantavoine quería terminar cristianamente su vida, y así se lo había dicho varias veces á Juanita.

También él pretendía ser enterrado «como jefe» por las hermanas de la Caridad, luciendo sus caperuzas; y sin ser devoto había conservado para la muerte y para la otra vida ese respeto y ese temor saludables que impiden aún á tantos hombres, á Dios gracias, concluir mal.

Terminada la ceremonia, el cura se retiró, y Juana se quedó sola junto al enfermo, que agonizaba poco á poco.

Su vida se extinguía sin grandes padecimientos, en calma, mirando á su sobrina con infinita dulzura, aunque estremeciéndose todavía por los ruidos del patio, esperando siempre que su hija llegara, para verla antes de exhalar el postrer aliento. La tarde transcurrió así; las fuerzas disminuían lentamente, la vida tardaba en llegar á su fin, y la inteligencia, aún entera, refugiábase en los ojos. Cuando el día declinó, Juanita encendió una vela; su tío halló medio de indicarla con una seña que deseaba tenerla delante, y permaneció cada vez más inmóvil, fija la vista en la llama amarillenta, mientras que Juanita oraba de rodillas.

Había llegado la noche, y en los vidrios de la ventana condensábase un vapor frío.

De repente Chantavoine dejó oir un ligero estertor, indicio de que la sofocación comenzaba. Al mismo tiempo resonaron trompetas á lo lejos, acompañadas de los sordos redobles de tambor y de los golpes del bombo; el ruido se acercaba rápidamente, y muy pronto se oyó junto á la puerta; el patio se llenó de tumulto, y resonaron las aclamaciones. ¡Viva Muterel! ¡Viva nuestro diputado! ¡Viva la República!

Chantavoine se incorporó haciendo un último esfuerzo; su cabeza moribunda se volvió hacia la puerta con una suprema expresión de angustia y esperanza, y después volvió á caer de golpe é inmóvil sobre la almohada.

Entonces Juanita contempló largo rato aquellos ojos desmesuradamente abiertos y dilatados por la muerte, que parecían mirarla y sonreirla aún; después, con piadoso respeto, bajó el velo de sus párpados, é inclinándose sobre el lecho, besó, sollozando, la frente del tío Juan, que se helaba bajo sus labios.

XIV

–¿Quieres atar tu perro?, gritó fuera una voz con acento de cólera.

–¡Vamos, quieto, *Mostacho!*, dijo Juanita, corriendo de un lado á otro de la sala.

Y cogiendo por su collar al perro, que gruñía sordamente, plantado delante de la puerta, le ató por un extremo de la cadena á la argolla clavada á la izquierda de la chimenea, hecho lo cual abrió.

Coralia entró como un huracán.

–¿Qué hay de esa enfermedad?, preguntó en voz alta.

Y antes de que Juanita pudiese contestar, añadió:

–¿Sabes que mi esposo ha sido nombrado?.. Supongo que has oído la música, y hasta me parece que hubieras podido molestarte un poco, pues todo el mundo estaba allí para cumplimentarnos; tan sólo faltabas tú. ¿Está acostado mi padre?

Coralia entró vivamente en el aposento de Chantavoine; la vela ardía siempre, iluminando vagamente la estancia, y vió al viejo tendido en su lecho.

–¡Toma! Está durmiendo, dijo bajando la voz. Es preciso no despertarle; volveré mañana.

Y ya iba á salir; pero Juanita la cogió del brazo con fuerza y Coralia retrocedió, impelida hacia el lecho, atemorizada por la indignación que leía en el rostro de su prima.

–¡Mire usted!, dijo Juanita con voz sorda. ¿No comprende usted aún nada?

–¿Cómo, balbuceó Coralia, cómo?

Y tocó tímidamente el rostro de su padre.

–¡Ah, Dios mío, exclamó, está helado!..

–Ya puede usted hablar en alta voz, dijo Juanita con amargura; nadie le despertará de su sueño.

–¡Papá..., papá!..

–Sí, está muerto; hace un instante se ha incorporado al oir esas malhadadas trompetas; mas era por última vez; creyó que usted iba á entrar, porque la esperaba siempre; pero ahora es demasiado tarde...

Las lágrimas ahogaron momentáneamente la voz de Juanita, que dijo después:

–¡Mi pobre tío Juan! ¡Estaba bien enfermo! ¿Cree usted ahora que ha dejado de existir?

Coralia permaneció al pronto inmóvil, aturdida por aquella sorpresa terrible, fijando una mirada de espanto en el cadáver, cuyos contornos angulosos se dibujaban bajo las sábanas; después acercóse y se inclinó como para besarle en la frente; pero sobrecogióle un estremecimiento y retrocedió, invenciblemente cobarde ante el frío siniestro de la muerte. Y al volverse vió los ojos de Juanita que revelaban desdeñosa compasión. Entonces entró en la sala y dejóse llevar de la cólera, supremo recurso de las almas viles.

–¿Por qué no me has dicho que se hallaba en tal estado?

–¡Cómo! ¿Pues no hace una semana que le envío un recado todos los días?

–¿Por qué le has dejado morir?

–¿Dejarle morir yo? Si ha muerto no ha sido seguramente por culpa mía, tan cierto como que hay Dios.

–Pues, ¿de quién es la culpa?

–Usted debe saberlo.

–Era preciso avisarme antes; yo hubiera vuelto.

–¿Y á quién podía enviar? Hoy es domingo y no había nadie.

–¿Y el vaquero?

–Había ido á votar y á beber como los demás; y por otra parte, usted no habría vuelto.

Di más bien que lo que tú querías era que muriese antes de llegar yo.

–¿Y por qué, Dios mío?

–¿Acaso lo sé? Tal vez tuviera algunos ahorros. ¡Ah! Si se registrase tu jergón...

–Puede usted registrarle.

–Así se hará.

–¡Muy bien, sí, regístrelo; pero entretanto salga usted de este aposento!

–¿Salir yo, salir de mi casa?

–¡Salga usted de aquí, repito, gritó Juanita, ó de lo contrario suelto el perro!

Al decir esto hizo ademán de volver hacia *Mostacho*, que tiraba de la cadena, ladrando furiosamente.

–¡Ya veremos quién saldrá mañana, ya lo veremos!, balbuceó Coralia, lívida de cólera, saliendo de la habitación.

XV

Una vez sola, Juanita preparó su fúnebre velada; tenía la seguridad de que su prima no volvería, y suponía también que no enviaría á nadie. Enfrente, en la casa iluminada, la fiesta seguía su curso; oíanse los vivas, las carcajadas, los gritos y canciones; y por delante de la ventana de la habitación mortuoria pasaban y repasaban sombras. La música comenzó de nuevo, mutilando una polka, y no podía dudarse que iban á bailar. Evidentemente la señora de Muterel no había querido decir nada, dejando su duelo para el día siguiente. ¡Qué ignominia si esto se llegase á saber!

Y sin embargo, Juanita se preguntaba con espanto qué haría con aquel muerto. ¿Cómo le lavaría y le amortajaría por sí sola? Dejarle así toda la noche era imposible..., y por otra parte, pedir auxilio á cualquiera era dar á conocer el hecho, pues quienquiera que fuese, hablaría, y al día siguiente diríase en todas partes: «La señora Muterel ha hecho bailar y ha bailado ella misma tal vez junto al cadáver de su padre.»

¡Pues bien: no, la joven no quería que se dijese esto! Hubiera sido vergonzoso para Coralia; pero Juanita no era de aquellas que se vengan; un sentimiento más elevado, el del honor de la familia, prohibíale proceder así, y le pareció oir á su tío Juan suplicarle que librase á su hija de semejante baldón. Sí, sin duda la despedirían al otro día, y esta vez para siempre; sin duda saldría de aquella casa en medio de un huracán de injurias, de calumnias y tal vez de ultrajes, y veríase reducida á seguir desde lejos, como una extraña, al acompañamiento del pobre viejo; pero al menos se iría con la calma de una conciencia pura, sin tener que echarse en cara el haber infamado á los ojos de las personas honradas el nombre de su padre y de su tío, reconciliados hoy en la muerte.

Pero ¿cómo arreglarse ahora? A la pálida luz de la vela, el rostro de Chantavoine se afinaba, tomando los tonos de la cera, y bajo sus párpados cerrados los ojos parecían hundirse. Juanita fué á sacar ropa blanca del armario, llenó de agua un barreño, y terminados estos preparativos se estremeció... ¡No, no podría..., ni se atrevería jamás á emprender aquella tarea ella sola!

Y se echó á llorar amargamente.

De improviso llamaron á la puerta, pero *Mostacho* no gruñó, lo cual indicaba que sería un amigo. Temblorosa, Juanita abrió la puerta; era el cura; había prometido volver por la noche y cumplía su palabra; mas estupefacto al ver que había fiesta en la granja, pensó que sin duda el Señor había hecho un milagro y que la extremaunción acababa de curar á Chantavoine. Sin embargo, sabiendo que era mal visto de Muterel, y deseoso de no encontrarse en medio de los hombres cuyas siluetas distinguía á lo lejos bajo los farolillos, se había acercado rasando las paredes y pasando por los ángulos de sombra, y así pudo llegar á la casa del viejo sin que le observaran.

Al verle Juanita profirió casi un grito de alegría. ¡Dios se lo enviaba! Desde luego le confió sus penas, sus apuros, evitando tan sólo decirle lo que temía para el día siguiente respecto á sí misma; hasta hubiera querido inventar alguna cosa para disculpar á su prima, haciendo creer al sacerdote que ésta no sa-

bía nada aún; pero esto hubiera sido mentir, y además sería acusarse á sí propia, y por decidida que estuviese á todos los sacrificios no se sintió con fuerza para éste. Tan sólo suplicó al sacerdote que guardase el secreto, y por consideración á la memoria del difunto, que dejase creer lo que ella hubiera querido que él creyese...

El cura de Berneville era un sacerdote sencillo y bueno, capaz, por lo tanto, de comprender á la joven. La escuchó con admiración, prometió cuanto ella quiso, y la consoló con palabras que dulcemente mitigaron su dolor. Después amortajaron á Chantavoine, y cuando el viejo estuvo echado en una cama bien blanca, teniendo entre sus manos el escapulario de Juanita; cuando se encendieron á su lado dos cirios, que iluminaron la pila de agua bendita y el pequeño crucifijo de madera, el sacerdote salió bendiciéndole.

Entonces volvió á sobrecogerle el terror que le inspiraba el día siguiente. ¿A qué violencias no se vería expuesta? Todo debía temerlo...

De pronto le ocurrió la idea de ponerse bajo la protección del conde, pues sabía que aún estaba en Berneville; pero tal vez marchase por la mañana, y entonces... No había más que un medio, escribirle, ir á buscar después al vaquero, y si tenía la suerte de no encontrarle del todo borracho, inducirle á llevar la carta al amanecer.

Una vez adoptada esta resolución tranquilizóse un poco, y fué á buscar en la sala, sobre la meseta de la chimenea, el antiguo tintero de cristal de Chantavoine; pero hacía mucho tiempo que no había servido, y tan sólo contenía una especie de fango negro, de modo que debió echar un poco de agua; en un cajón encontró una hoja de papel de cartas, ya sucia, y una pluma enmohecida; dejó sobre la mesa el farolillo de la cuadra, que iluminaba el aposento, y sentóse para emprender su trabajo.

Había perdido la costumbre de escribir desde que salió de la escuela; sus dedos se embotaban, aplastando la pluma y rasgando el papel; esforzábase en trazar líneas en zis-zás, en que se agrupaban ó espaciaban desmesuradamente letras temblorosas, con una ortografía imposible; y acá y allá manchaban la hoja numerosos borroncitos de tinta. La joven, avergonzada, lloró de angustia; díjose que el Sr. Santiago no leería jamás aquello, y buscó, pero sin encontrarlo, otro papel para copiar de nuevo su carta.

Por fin se resignó, suplicando á la Virgen en una oración mental que diera al conde bastante paciencia para descifrar aquellos garabatos, en los que, con tan pocas palabras y tanto trabajo, había puesto todo su corazón; recordábale su promesa, le confiaba su apuro y llamábale en su auxilio. Dobló toscamente la carta, encajando sus bordes uno en otro, por falta de sobre, y se esforzó en escribir las señas legiblemente. Después, desencadenando á *Mostacho*, le habló como á una persona, recomendándole que custodiase al tío Juan; y el viejo perro, mirándola con ojos inteligentes, se echó gravemente de través á la puerta del aposento. Juanita tomó la carta, apagó el farolillo, y salió, cerrando tras sí la puerta con llave para mayor precaución: un momento después hallábase en el patio.

XVI

Los regocijos habían terminado; en la casa de Muterel, una sola ventana, la de la habitación de Coralia, tenía luz aún; en medio del patio, cerca de la balsa, un farolillo se extinguía, reflejando su fulgor en el agua helada, y sentíase un frío glacial que parecía bajar del cielo tachonado de brillantes estrellas. Al tumulto de la orgía y de las iluminaciones del baile, había sucedido una obscuridad tranquila, un silencio profundo.

Juanita permanecía inmóvil, vacilante, temiendo ya que el vaquero no hubiera vuelto al establo, cuando de pronto le pareció que la puerta de la casa de Muterel había rechinado. Escuchó atenta, pero no volvió á oir nada; el farolillo despidió el último fulgor y apagóse.

La joven, concentrando toda su energía, cruzó el patio, dirigiéndose hacia los establos, que se elevaban ante ella como una mole negra bajo la claridad de las estrellas; al fin llegó, levantó el picaporte de la puerta é inclinóse por la abertura, sintiendo en su rostro el vapor cálido de las vacas.

– ¡Casimiro, gritó con voz ahogada, Casimiro!

Pero en el mismo instante profirió un grito de espanto: una pesada mano acababa de apoyarse en su brazo, y rechazábala hacia al patio; la puerta, entreabierta un momento, se había cerrado de golpe, y una voz burlona, ligeramente avinada, decíale, mientras que la mano la apretaba el brazo con más fuerza.

– Hola, Juanita, ¿vas á buscar á tu amante?

La joven quiso huir, pero Muterel la tenía bien cogida; adivinaba que tenía ante sí, destacándose sobre la blancura de la pared, el voluminoso cuerpo de su perseguidor, que se balanceaba como por efecto de la embriaguez, mientras que su aliento llegaba hasta ella con las emanaciones del alcohol y del tabaco. Era Muterel, el diputado, el triunfador; había salido al mismo tiempo que ella para respirar el aire libre y reponerse del embrutecimiento de la fiesta; y entonces distinguió la sombra de la joven deslizándose hacia la vaquería. Súbitamente dominado de nuevo por su pasión, que la llamada al vaquero exasperó con un sentimiento de celos bestiales, dirigióse en línea recta hacia Juanita, cortándole la retirada.

La joven se apoyó bruscamente en la puerta, gritando:

– ¡Casimiro, socorro, Casimiro!

El vaquero contestó desde lejos, en las profundidades del establo:

– ¡Ya voy, mi ama, ya voy!

Pero Muterel la estrechaba, la arrastraba, tapándole la boca con su mano para ahogar sus gritos; y en su furor de borracho comenzó á insultarla.

– ¡Oh! ¿Acaso es por ese estúpido por quien te haces la gazmoña con los demás, hermosa mía? ¡Pues bien, ya veremos!.. ¡Lo que consigue el criado ha de conseguirlo el amo, por vida de!..

Y tratando de abrazarla, estrechaba á Juanita contra sí, apoyando la mano sobre su rostro casi hasta asfixiarla, mientras que se inclinaba sobre ella en un impulso salvaje y hacía llegar á su cuello su aliento abrasador. La joven comenzaba á desfallecer; el vértigo de la sofocación anudaba ya su garganta, é iba á caer exhausta, vencida.

De repente se abrió la puerta del establo, y el vaquero preguntó desde el umbral:

– ¿Qué hay? ¿Por dónde voy?

Juanita se revolvió, mordiendo con toda su fuerza la mano que le tapaba la boca; Muterel la retiró, profiriendo un alarido de dolor, y la joven gritó con voz desesperada:

– ¡Socorro, Casimiro, socorro!

Y mientras el vaquero, medio dormido aún, corría vacilante hacia el grupo informe que entreveía agitándose en medio del patio, oyóse ruido de puertas, un hombre se presentó en el umbral de la cuadra con un farolillo encendido, y la abultada silueta de Coralia, en traje de noche, se dibujó en la ventana abierta de la habitación.

Pero Muterel había perdido la cabeza; de un salto cayó sobre el vaquero, que vacilante aún rodó sobre los guijarros, y después se lanzó de nuevo hacia Juanita que huía en dirección á su casa; pero no podía más, y arrastrábase como una perdiz herida. En el momento de alcanzar la puerta sintió muy próximo á su perseguidor, y enloquecida de espanto echó de ver que la había cerrado con llave, de lo cual no se acordaba... Buscó la llave en su bolsillo, y consiguió cogerla con mano temblorosa, mientras que dentro de la habitación, *Mostacho*, comprendiendo que su ama corría algún peligro, comenzó á saltar contra la puerta, ladrando furiosamente.



Mostacho cayó sobre Muterel, haciéndole presa en la nuca

En tanto Muterel había vuelto á coger á Juanita; la cual se agarraba al pomo de la puerta, á riesgo de que le arrancasen los brazos, de los cuales tiraba aquél con todas sus fuerzas. Y mientras se encarnizaba, en la insconciencia de su furor, para que soltase el pomo, la joven pudo introducir la llave, haciéndola girar en la cerradura, y después dió en la puerta un puntapié que la entreabrió un instante, pero esto fué suficiente... *Mostacho* se precipitó; de un salto dió la vuelta alrededor de su ama, y en menos de un segundo cayó sobre Muterel, haciéndole presa en la nuca, con tan espantoso mordisco que los huesos crujieron, y Muterel cayó como una masa inerte, sin proferir ni un grito. Al mismo tiempo el carretero llegaba armado de una escopeta; después el vaquero Casimiro, cojeando, y por último Coralia, que se detuvo como atontada delante del cuerpo inerte de su esposo, que el perro, loco de rabia, mordía con afán. Juanita yacía sin conocimiento en la puerta, que había abierto de par en par al caer, y más allá, cerca de la sala obscura, adonde llegaba un vago reflejo de luz, los dos cirios ardían junto al crucifijo, mientras la cabeza severa de Juan Chantavoine, entregado al sueño eterno, reposaba en la blanca almohada.

XVII

Hacía mucho tiempo ya que el conde de Berneville escuchaba á Juanita, que le hablaba de sus interminables días de apuros y angustias, y olvidábase de todo en su dolorosa estupefacción, mientras ella se expresaba con un ardimiento creciente, brillantes de fiebre los ojos. ¿Cómo se hallaba ella en Berneville? No lo sabía, pero vagamente recordaba haber vuelto en sí al ruido de una detonación de arma de fuego, entreviendo entonces á su viejo perro *Mostacho*, que se revolcaba en tierra con las fauces destrozadas. Después había oído gritos agudos; era Coralia, presa de un ataque de nervios; y por último, volvía á ver á la luz de los faroles un voluminoso cuerpo tendido boca abajo y cubierto de sangre. .

Pero ¿qué había hecho ella? Sin duda, antes de perder el sentido otra vez, había tenido tiempo para decir al vaquero una palabra, ó hacerle una seña, y el hombre la habría conducido allí sin conocimiento en el carretón donde llevaba siempre su forraje... Y ¿qué haría ahora?

–¡Oh, Sr. Santiago, exclamó, no me envíe usted allá sola!.. ¡Y mi tío Juan!.. Ellos me hubieran matado... ¡Tenga usted compasión de mí, Sr. Santiago!

Ahora le sobrecogía de nuevo el temor delante del conde, que muy impresionado, no encontraba palabras para contestarla. ¡Si él la rechazase!.. La idea de reaparecer sola, sin apoyo, en aquella casa de muerte, de violencia y de sangre, la estremecía de pies á cabeza, y al mismo tiempo acosábale un remordimiento. ¿Quién se cuidaría de su tío Juan, de aquel pobre cuerpo que había abandonado en el delirio de su fuga? ¿Qué honras fúnebres le dispensarían? Juanita se calló de pronto, porque las lágrimas ahogaban su voz, siendo tal la angustia que martirizaba su alma, que su boca se contraía como la de un moribundo.

Pero miró á Santiago, y parecióle que participaba de una parte de su pesar.

Estaba en extremo pálido; sus párpados se movían nerviosamente; y Juanita creyó comprender que acababa de recordar de pronto ciertas cosas relativas á ella... Entonces una especie de calma alivió su pena, y sintió murmurar en su corazón la queja infinitamente dulce de su tímido amor.

El conde se había levantado y se dirigió hacia ella.

–No tema usted nada, Juanita, le dijo; yo no la abandonaré. Para mí es un remordimiento haberla olvidado tanto tiempo, sin acordarme nunca, en el torbellino de mi vida, de mi promesa, esa promesa de auxiliarla que usted era demasiado altiva para mendigar. La conduciré yo mismo junto á aquel por quien se ha sacrificado, y haré de modo que no esté usted ya sola... En cuanto á la señora Muterel, no tema nada de ella, porque su odio es impotente contra usted; harto cruel ha sido su castigo... No se ocupe usted, pues, de asunto alguno; déjeme el cuidado de arreglar todas estas tristes cosas...

Juanita le miraba siempre, y una sombra de desencanto entibió su agradecimiento. Sí, encontraba un protector; pero ¡qué diferencia entre los recuerdos de uno y otro!.. ¡Sueño de niña, locura!.. ¿Qué pretendía ella?.. ¿No había hecho este sacrificio antes que todos los demás y desde el primer día?

–Deseo conservar la granja de los Muriaux, continuó el conde, pero no quiero más arrendatario; usted es quien se quedará y será la dueña...

Juanita sonrió. ¡Terminar su vida en aquella granja, donde tanto había trabajado y sufrido; permanecer allí, en medio de aquellos seres que amaba!.. ¿No era esto cuanto podía esperar de la vida?.. Y ¿por qué no contestaba?

–No rehusará usted, dijo Santiago; me permitirá satisfacer así un poco la deuda que contraje con usted, y espero que me perdone haberla dejado sufrir tanto tiempo. ¿Y quién sabe?.. Tal vez algún día un buen muchacho le dé á conocer una nueva vida, haciéndola feliz. Crea usted que...

El conde se interrumpió, perplejo, al observar la tristeza humilde que de nuevo se pintaba en el rostro de Juanita. La joven volvía la cabeza como para contestar negativamente; un pliegue crispaba su boca dolorosamente, y tenía la mirada fija en el suelo, pero de repente dijo:

–Déjeme usted con mis vacas, Sr. Santiago.

–Cómo, ¿quiere usted seguir siendo una simple criada?

–Siempre he obedecido, y no sabría mandar. Déjeme usted con las vacas.

–Supongo que no lo dice usted formalmente, Juanita. Yo le ofrezco la única posición que puede convenirle. Ya reflexionará usted...

–Señor Santiago, no quiero ser ama; déjeme usted con las vacas.

El conde se calló, angustiado por una duda, trastornado por un recuerdo; y de repente leyó, como en un libro abierto, la vida dolorosa de la pobre joven. Un sentimiento de piedad le conmovió; y Juanita, observando aquella emoción, comenzó á sonreír: se habían comprendido.

–Se hará como usted desea, dijo el conde con acento muy dulce, casi suplicante.

La joven le dió gracias en la efusión de su agradecimiento...

Y ha continuado en los Muriaux su vida obscura de trabajadora, ocupada todos los días como en el pasado. No sale de la granja más que algunas horas, los domingos, para ir á depositar algunas flores, mientras tocan á misa, en la tumba de su tío Juan.

Traducción de E. L. Verneuil

D. MIGUEL LOPEZ DE LEGAZPI

ÁNGEL. – LA AGRICULTURA

estatuas de D. Aniceto Marinas, fundidas en los talleres de los Sres. Masriera y Campins

Recientemente la pintoresca villa de Zumárraga ha honrado la memoria de uno de sus más ilustres hijos erigiendo un hermoso monumento destinado á



D. Miguel López de Legazpi, estatua que corona el monumento erigido en Zumárraga, obra de Aniceto Marinas, fundida en bronce por los Sres. Masriera y Campins

perpetuar el recuerdo de D. Miguel López de Legazpi, atrevido navegante y conquistador de las Islas Filipinas.

Muy joven comenzó á navegar Legazpi, y hallándose en México de escribano mayor del cabildo, confiósele en 1563 la dirección de la empresa de la conquista del archipiélago filipino. Acompañado del padre Urdaneta, hízose á la vela en 21 de noviembre, y en 9 de enero siguiente arribó á las islas de los Ladrones, que luego se denominaron las Marianas, tomó posesión de ellas, y en 13 de febrero llegó á las Filipinas, logrando ser bien recibido en todas partes por los habitantes indígenas y atrayéndose con su habilidad, su prudencia y su justicia á los tagalos, que eran los más temibles. En abril de 1565 entró en Cebú, cuyos naturales aceptaron la soberanía española, recibieron en sus tierras á los misioneros y comenzaron á convertirse. Continuando sus exploraciones, descubrió la isla de Panay, sometió todas las Bisayas y se apoderó, no sin haber tenido que luchar con varios jefes tagalos, de la isla de Luzón, fundando en ella la ciudad de Manila, de la que tomó solemnemente posesión en 15 de marzo de 1571. Destruída la ciudad naciente, comenzó á ser reconstruída según los planos del arquitecto que construyera el Escorial, y en 1572 su puerto era visitado por naves cargadas de ricas mercancías. En mayo del propio año, y á consecuencia de un ataque apoplético, falleció Legazpi, cuya ambición única, según consigna el padre Juan de la Concepción en su *Historia general de Filipinas*, había sido la de merecer los títulos de prudente y pacífico y no el de conquistador. Reunidas todas las órdenes religiosas, celebráronse solemnes funerales por su alma, en los cuales, al decir del citado historiador, todo el mundo lloraba.

Tal fué el hombre en cuyo honor se ha erigido el monumento que nos ocupa.



Angel, estatua de Aniceto Marinas, fundida en bronce por los Sres. Masriera y Campins

La estatua del primer capitán general de aquel archipiélago ha sido modelada por el distinguido escultor segoviano D. Aniceto Marinas, el laureado autor de *San Sebastián mártir*, *El descanso del modelo* y otras obras no menos notables que pregonan los méritos del artista y ponen de manifiesto sus recomendables aptitudes, asignándole un lugar distinguido entre los escultores españoles.

Otra producción del mismo escultor damos á conocer en estas páginas. Ella nos revela un nuevo aspecto de sus aptitudes artísticas, cual es la representación mística y alegórica del ángel portador de la eterna esperanza. Tan severa cuanto hermosa obra sirve de digno remate al suntuoso panteón que, pro-



La Agricultura, estatua de Aniceto Marinas fundida en bronce por los Sres. Masriera y Campins

yectado por el arquitecto D. Pascual Herraiz, guarda en el cementerio de San Isidro de la coronada villa los restos de los individuos de la familia de los marqueses de Casa Riera.

Asimismo ha ejecutado el Sr. Marinas la alegórica representación de la Agricultura, personificándola en una garrida campesina de las provincias centrales de la península, que ofrece típicos caracteres de indumentaria. La obra del distinguido escultor español es una bella y donosa manifestación artística, muy digna de figurar como preciado adorno de suntuosos salones. Fué ofrecida por el Cuerpo de Ingenieros Agrónomos al ex ministro de Hacienda Sr. Navarro Reverter.

Las tres obras han sido fundidas en bronce por el procedimiento de la cera perdida en los talleres de los Sres. Masriera y Campins, de Barcelona.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO ESPAÑOL. – Hemos recibido los dos últimos cuadernos de este Boletín que con tanto éxito y con autorización oficial del ministerio de Fomento publica en Madrid D. Miguel Almonacid y Cuenca: como los anteriores, contienen datos completísimos acerca del movimiento bibliográfico en España. Suscríbese en Madrid, Correo, 4, 3.º, y en Barcelona en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

* * *

ALMANACH DE LA CAMPANA DE GRACIA PER 1898. – Veintidós años de existencia cuenta este almanaque, siempre con el mismo éxito, siempre agotándose las ediciones apenas puestas á la venta: ¿qué mejor elogio cabe hacer de esta publicación? Como todos los anteriores, contiene chispeantes artículos y poesías y profusión de intencionados dibujos, todos alusivos á sucesos políticos de actualidad. Editado por Antonio López, véndese á dos reales.



PAISAJE DE GRANADA, cuadro de Diego Marín

REVISTA CONTEMPORÁNEA. – El último número de esta importante revista que se publica en Madrid, bajo la dirección de D. Rafael Alvarez Sereix, contiene notables artículos de Alzola, Gil Maestre, J. M. del Castillo, Bullón Fernández, Mallada, R. Puig y Valls, Alvarez Sereix, Madrid y Ramiro Blanco.

* * *

REAL DECRETO É INSTRUCCIÓN DE 9 DE NOVIEMBRE DE 1897, para llevar á efecto el censo general de la población de España en la noche de 31 de diciembre de 1897 á 1.º de enero de 1898. – La Dirección general del Instituto Geográfico y Estadístico ha publicado en un folleto estas disposiciones. Inútil nos parece encarecer la importancia que para los pueblos cultos tienen los censos generales, porque estamos seguros de que de ella están convencidos nuestros suscriptores: no hemos, por consiguiente, de recomendarles que cada uno, dentro de su esfera, ayude á la administración facilitando en su día los datos necesarios para que el próximo censo resulte lo más perfecto y completo posible, cosa que ha de redundar en beneficio de los particulares y del país en general.



Camino del cortijo, cuadro de José Garnelo (Salón Parés)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

ÍNDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN EL TOMO XVI DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ÍNDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XVI DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA





